THESAVRVS LITTERAE

ANTOLOGÍAS LABOR DE LA LITERATURA UNIVERSAL

ESPAÑA

II

BAJO LA DIRECCIÓN DE GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

ANTOLOGÍA MAYOR
DE LA
LITERATURA ESPAÑOLA

DIRECCIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
DE
GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

II

RENACIMIENTO
(SIGLO XVI)

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO
MÉXICO - MONTEVIDEO
1958

© EDITORIAL LABOR, S. A., BARCELONA

DEPÓSITO LEGAL. B. 13 257. — 1958

Han colaborado eficazmente en la confección de este tomo:

D. Felipe C. Maldonado, D. Joaquín del Val, D. Miguel Herrero García, D. Eduardo Juliá, D. Rafael Morales y D. P. Nazano de Santa Teresa

PRINTED IN SPAIN

TALLERES GRÁFICOS IBERO-AMERICANOS, S. A. : PROVENZA, 86. BARCELONA

PRÓLOGO

DOS SIGLOS DE ORO

El ámbito cronológico de los volúmenes II y III de esta *Antología Mayor de la Literatura Española*, abarca desde 1500 a 1700. Se cerraba el volumen anterior en el año 1499, con la aparición de *La Celestina*. Termina el presente grupo de textos literarios en el final del siglo XVII. En 1701 viene a España la Casa de Borbón, y con ella un horizonte distinto para el hecho literario. La cronología, que cuenta por siglos, coincide misteriosamente, a veces, con los movimientos del espíritu. El siglo XVI y el siglo XVII aparecen así, reunidos, con una plenitud de significado. Los historiadores lo intuían al usar la designación del Siglo de Oro para este período. Pero ¿cuál? Tomando el término en sus límites más estrictos, el período de esplendor no podía por menos de extenderse un siglo y medio. Entre la obra de Garcilaso — hacia 1530 — y la muerte de Calderón — 1681 — se desarrolla no menos de un siglo y medio de espléndida floración. Llamar « de oro » a cualquiera de las dos centurias era, injustamente, menospreciar a la otra. Y ya en los tratados históricos literarios se sustituye « siglo » por « período » o « edad » de oro.

Implica, además, esta denominación otro grave peligro : el de dar a entender una cierta unidad espiritual, cuando la realidad — como suele acontecer — es mucho más compleja. Entre 1500 y 1700 transcurre no sólo una evolución estilística, sino un cambio del ademán espiritual. Va esto no es una novedad, y los motes de « Primer Renacimiento », « Segundo Renacimiento » y « Período Barroco » señalan, en los tratadistas, por lo menos tres actitudes diversas cuya discriminación precisa acometer.

LO ESPAÑOL COMO COMPLEJIDAD

Para esta discriminación se ha tenido en cuenta, en primer término, la actitud de « lo español » frente a « lo no español ». Acontece que la vida cultural hispánica tiene siempre un « dentro » y un « fuera ». No en vano somos — desde la Edad Media — una cultura fronteriza. Quiere esto decir que los avatares históricos que han querido que España se estuviera « haciendo », a punta de cuchillo, a lo largo de ocho siglos militares, frente a los moros, ha construído su ser de valores heterogéneos — y aun heterodoxos — que se ha ido incrustando en la intimidad nacional más compleja de que tenemos noticia. Ser romano en Roma, o europeo en París, es una fácil perogrullada. Qué cosa sea ser español es ya una espinosa pregunta. Lo menos que podemos declarar, al con-

testarla, es que somos una realidad combatiente. Sin entrar en la disparidad horizontal de la vida española — sus complejidades geográficas y la original concepción de la vida de cada una de sus regiones — no es posible desconocer una dramática complejidad hacia lo profundo, viva en cada español.

Conservo una carta de don Miguel de Unamuno dirigida a Ramón de Basterra, que es, en este sentido, ejemplar. Alude en ella a cierta campaña suya dirigida entonces (1917) contra las derechas. Y añade: «Y la más dura guerra civil es la que tengo que librar dentro de mí, pues llevo, como llevamos todos, frente al ciudadano de la Europa civil del siglo XX — siquiera del XIX — un súbdito de la España filipina del siglo XVI. Lo más de lo que combato en otros lo combato en mí, y de aquí mi acritud en el ataque. Cuanto más agriamente regaño para refutar a otros es que me estoy refutando. Somos, como Job, hijos de contradicción».

Nada, pues, más difícil, para un español profundo, que ser «de una pieza». A los primeros tanteos se advierte en una actitud marginal. Sabe que su modo de ser transcurre al flanco de otra manera general que integra la actitud cultural que denominamos Europa. Y su vivencia histórica transcurre en una sobresaltada alternativa entre intentar ser como los demás o permanecer orgullosa y despectivamente siendo lo que es.

Cuán gravemente se inserta esta problemática en la vida medieval española lo sabemos — descontando su habitual apasionamiento — después de leer el libro «La realidad histórica de España» de Américo Castro. Pero aquí — quiero decir en el ámbito medieval — la visión dramática de la realidad española se basta a sí misma. Es pronto para que nuestra conciencia se abra — o se cierre — ante el complejo europeo. La lucha no es marginal porque es la misma entraña espiritual española la que se siente sacudida por tres razas, «cristianos, moros y judíos» — que están *dentro*, con análogo derecho, diríamos, a la intimidad nacional.

Traemos el hecho a la consideración del lector — como lo hicimos al prologar el volumen medieval de esta Antología —, no tanto para hacer notar que ahora vamos a enfrentarnos con una realidad más «unitaria» enfrentada con otra realidad «europea», sino para recordar que tan dramática y honda heterogeneidad no puede quedar liquidada por el hecho, en último término anecdótico, de que en 1492 ondee el pendón de Castilla sobre la muralla bermeja de la Alhambra y se firme el decreto de expulsión de los judíos. En cualquier caso, la realidad del espíritu que permanece se encargará de recordarnos cuánta sangre mezclada sigue corriendo por las venas y las arterias de los españoles.

ESPAÑA ADENTRO Y ESPAÑA AFUERA

Cierto es, sin embargo, que la bisagra de 1492 cierra un período militar — la Reconquista — y abre otro imperial — América —. Que la visión monárquica de Fernando e Isabel va a enfrentar, por primera vez, una España como totalidad. Y que fuera de esta totalidad no está realmente — África es inoperante para el espíritu, América es sólo un fu-

turo — sino Europa. El « dentro » y el « fuera » de que se hablaba antes, no significan ya el « más acá » o el « más allá » de la línea militar contra el moro, ni siquiera la disparidad real de dos políticas distintas dentro de la pluralidad de los reinos cristianos peninsulares, sino el enfrentamiento de lo que ya podemos llamar plenamente « España » frente a lo que acaso sería prematuro denominar «Europa».

Por lo demás, este mundo « hacia fuera » está ligado al gesto militar del momento en dos sentidos geográficos : Italia — por donde pululan los tercios que heredan la política de expansión catalano-aragonesa — y Flandes como herencia familiar de la dinastía borgoñona. Fernando e Isabel traen, pues, cada uno por sí contactos políticos de indudable trascendencia cultural. Italia y Flandes son, en este momento, dos hogueras crepitantes. Trae la una el resplandor del Renacimiento cultural; la otra, el fuego de la inquietud religiosa. A estas dos luces se abre la vida española, no por reverberaciones parciales sino con las ventanas abiertas de par en par. Denominamos precisamente, «Primer Renacimiento», a esta actitud receptiva y maravillada por la que entran en la vida española estas dos formas de la inquietud espiritual que caracterizan a la Europa del siglo XVI. Como se ha dicho tantas veces, la receptividad venía obligada por aquella mecánica de la historia que convierte en vencidos por el espíritu a los dominadores por la espada. «Græcia capta»... Exportamos soldados e importamos sonetos. Las naves que llevan a Flandes pertrechos de guerra regresan cargadas de libros erasmistas. España — convaleciente de una vida heroica — recibe maravillada la exquisita perfección de los versos itálicos y la alquitarada ilusión de la utopía erasmista.

ERASMO Y LOYOLA

No es éste, naturalmente, el lugar ni la ocasión de pormenorizar esta ardua e importante cuestión. Tratamos de explicar ante el lector — en bien corta síntesis — lo que pudiéramos llamar « posición abierta » de la España de la primera mitad del siglo XVI. Es, en último término, un « período de importación » que afecta tanto a las ideas como a las formas. A este período corresponden, respectivamente, la presencia de las ideas erasmistas y aun resueltamente protestantes y la adopción de la métrica italiana o de los modelos clásicos para el llamado teatro humanista.

La sencilla misión introductoria que se proponen estas páginas quedará discretamente cumplida si se recuerda que la invasión de las doctrinas de tipo heterodoxo tropezó en España con la Reforma Católica, promovida y llevada a cabo por la energía casi militar del cardenal Jiménez de Cisneros. Recabemos — siguiendo la tantas veces olvidada terminología de Menéndez y Pelayo — la locución Reforma Católica o tridentina para esta actitud espiritual, en vez de la sospechosa palabra Contrarreforma, que indica una actitud a la zaga del luteranismo. La Reforma fue iniciada a fines del siglo XV como una necesidad realmente sentida y previa a la atroz desgarradura de la rebelión luterana.

Don Marcelino nos ha trazado en una página inmortal *Heterodoxos*, V, 51) la silueta de Erasmo. «Hombre pacífico, moderado, amante de su comodidad, enemigo de ruidos y escándalos, creyó dirigir la Reforma desde su mesa de estudio y sembrar impunemente tempestades; hacer a la Iglesia una guerra culta, elegante, de sátiras y diálogos, derribando hoy una piedra, mañana otra, descubriendo las heridas como para catarlas, sin reparar en contradecirse para volver atrás cuando su palabra o su pensamiento le llevaban demasiado lejos». Y, a continuación, con su formidable instinto de polemista, Menéndez Pelayo trae el texto en que el P. Rivadeneyra describe el efecto que la lectura de Erasmo producía en un joven estudiante de humanidades llamado Iñigo de Loyola, quien advertía, al leer, cómo «se le comenzaba a entibiar su fervor y a enfriársele su devoción». «Y como echase de ver esto algunas veces, a la fin echó el libro de sí y cobró con él y con las demás obras deste autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que jamás no quiso leerlas él, ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen...».

Ignacio — ya en el terreno de la polémica — completa la obra reformadora de Cisneros y da carácter al «Segundo Renacimiento», que transforma la «posición abierta» del período anterior en una enérgica posición defensiva. La Inquisición persigue, como es sabido, la infiltración erasmista, y una formidable floración ascético-mística flanquea al lado positivo de esta actitud, siempre en una línea reformadora — recuérdese a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz —, como podrán ver los lectores de esta antología.

La polémica religiosa ha terminado. El «tercer período», llamado «nacional» (por Ludwig Pfande) o Barroco, que ocupa el siglo XVII, no plantea problemas desde el punto religioso, salvo los mínimos focos de heterodoxia perdidos y anulados en el ámbito nacional o desviaciones de la propia doctrina ascético-mística que la Iglesia se vio en la necesidad de reducir.

LAS ETAPAS ESTÉTICAS. PRIMAVERA Y FLOR

Esquematizada la problemática religiosa de este período, veamos de reducir a síntesis enunciadora la complejidad del fenómeno estético.

Fenómeno estético — y vital —. Un poco al compás de la evolución religiosa, ya que los factores generales de una época son, por decirlo así, solidarios. Mucho más cuando el Renacimiento asume una función enérgicamente vital. El Renacimiento no es una sabiduría sino una vivencia. No es sólo que el hombre del Renacimiento conoce mejor la Antigüedad (que la Edad Media no olvidó en la medida que se supone, ya que Alejandro y Ulises son héroes también medievales), sino que desea vivirla, como recordábamos al evocar (en el prólogo del volumen I de esta Antología) el suicidio de Melibea.

El mundo clásico enseña una concepción de la vida contraria al «valle de lágrimas». El poema de Ausonio *Collige virgo rosas* era un estímulo para gozar de la existencia. El maestro Francisco de Medina, amigo y cantor de Garcilaso, lo traducía así:

Mientras oro, grana y nieve
ornan vuestro cuerpo tierno,
gozad este don tan breve,
antes que venga y se lleve
tales flores el invierno.
De no ser cual habéis sido
entonces os doleréis
o, viendo el tiempo perdido,
lloraréis no haber tenido
la voluntad que tendréis.

Un eco: la "ballata" del Poliziano.

Com é bella primavera
che si fugge tuttavia

o el tema que recoge Ronsard en el más famoso de sus «Sonetos para Helena».

Cueillez des d'aujourd'hui les roses de la vie

¿Y no está en esta línea nuestro Garcilaso cuando remata el famoso soneto que comienza: «En tanto que de rosa y azucena», con los conocidos versos

Coged de nuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre?

Estos primeros años del siglo XVI tienen un tono virginal y eristalino. Parece como si el mundo acabara de nacer. La figura de Garcilaso nos trae un aire sonriente y primaveral. Sí, pensamos con el poeta Alberti:

Si Garcilaso volviera
yo sería su escudero
que buen caballero era.

Atraviesa el aire de España un soplo de heroísmo y de seguridad. Los poetas piensan que Dios está con nosotros. El mesianismo habitual en la gente hispánica halla motivos reales para su fe en el esplendor de nuestras victorias militares.

Ya se acerca, Señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey, un pastor solo en el suelo
por suerte a nuestros tiempos reservada.

Primavera un poco agraz. El verso itálico es, todavía, indócil en la pluma de Juan Boscán o de Diego Hurtado de Mendoza. La extática valoración del teatro antiguo producirá un teatro de carácter reflejo, inevitablemente engolado y retórico, si depurado de la ganga populachera del teatro medieval, sin vida propia todavía.

La lengua de los tratadistas tiende ligeramente al énfasis del período ciceroniano. La novela satírica repite, acaso con demasiada ingenuidad, la fórmula lucianesca. El amor, la manera petrarquesca de tono neoplatónico.

Es, pues, un período reflejo. Su «vocación externa» la lleva a recibir valores con voluntad unitaria. Son las bodas de España con Europa.

ESTÍO Y LLAMA

Con el Segundo Renacimiento —segunda mitad del siglo XVI— se quiebra tan idílica actitud. Ya hemos visto cómo —en el terreno religioso— surge una voluntad española de resistencia: España pronuncia su propia voz.

Análogamente en el terreno estético. Si las formas itálicas —del verso heptasílabo y endecasílabo de 6.ª o 4.ª y 8.ª; soneto, lira, octava real— permanecen ya inalterables en la devoción de los poetas, el fondo es distinto.

Acostumbramos a llamar a este período «de incorporación» para diferenciarlo del anterior, al que designábamos como «de importación». La diferencia importa porque en el período que estudiamos ahora lo meramente reflejo deja paso a la voz auténtica de cada poeta y de su circunstancia. Garcilaso el de Toledo y Boscán el barcelonés se diferencian por su calidad, pero no por su tono. Entre Herrera y fray Luis de León existe, en cambio, esta diferencia de tonalidad. La «incorporación» consiste precisamente en este sentirse una poesía radicada en un medio. Y la poesía de fray Luis trasciende el alma de Castilla como Herrera trasluce el espíritu de Andalucía. Por primera vez nos es posible vincular la poesía de fórmula extranjera a una entrañable raíz española. El ademán petrarquesco —siempre en riesgo de insinceridad— deja paso a una autenticidad cada vez más honda.

El sentimiento amoroso de Herrera se nos aparece con sus matices, más personales y privativos, así como el pensamiento de fray Luis nos surge como traspasado por su más profunda verdad. Hay, por lo demás, la blandura sensual de lo bético en la lira del poeta del amor a la condesa de Gelves, como advertimos la sobria sequedad castellana de los versos de fray Luis de León.

A esta autenticidad se corresponde un más alto clima. Por eso en el epígrafe sustituimos los conceptos de «primavera y flor» por los de «estío y llama», intentando una terminología circunstancial y de un vago alcance pedagógico. Sí. El grupo de poetas del «Segundo Renacimiento» tiene a su favor un grado más alto de ardor. El esteticismo italianizante del Primer Renacimiento tiene un irremediable gesto superficial y reflejo —exceptuando a Garcilaso—. Los poetas del Segundo Renacimiento ascienden, por decirlo así, en profundidad, camino de su verdad más auténtica, de su más personal raíz.

En este clima de llama, cabe, claro está, la espléndida floración de nuestra literatura ascético-mística, a la que tan bien convienen los conceptos de «autenticidad» y de «ardor» que acabamos de señalar como característicos de este período.

OTOÑO Y FRUTA

Nos seduce continuar el hilo metafórico de los epígrafes anteriores. Y así, sin violencia, tras el llameante estío cuyos síntomas son, como

hemos visto, la autenticidad y el fervor, bien podríamos decir que llega, bien frutado, el otoño.

El crepitante período anterior deja paso a una hora fecundísima y plena. Cervantes, Lope, Tirso, son eso : una plenitud. Plenitud vital en la que la curva de la maternidad se distiende hasta el límite para ofrecer una cosecha ubérrima. No hay otra cosa sino el signo multiplicado de la vitalidad, válida por sí misma, justificada en su propia y fabulosa realidad.

Si se ha dicho, por Ortega y Gasset, que clásico es aquel pretérito tan bravo que es capaz de presentar batalla después de muerto, estos de esta hora vendimial son, ciertamente, los clásicos por excelencia. Los clásicos — Cervantes y Lope, para no citar más nombres — son aquellos escritores que, para entendernos, podríamos definir como los que se encuentran más lejos de la Arqueología.

Lo que da eternidad a Cervantes es la sensación que nos ofrece de estar vivo, con sangre circulante en sus venas. Por eso Cervantes — como Lope — nos dan, a través de tantos resquicios, el pálpito de su intimidad.

Lejos de la Arqueología, tanto como lejos del formulismo. Son para sí — y para todos —. Nos emociona sorprender su voz, como si descubriésemos la circulación de su sangre. Podemos hacer calas en su obra para descubrir su autenticidad ofrecida sin aspavientos, tranquilamente normal, equilibradamente humana.

Cuando, desde el cautiverio de Argel, Cervantes firma la *Epístola a Mateo Vázquez*, se da entero y desnudo. Alude Cervantes — como tantas veces lo hará, empujado por una gloria que no tuvo — a la batalla de Lepanto. Y nos dice que su persona estuvo allí, presente

más de esperanza que de hierro armada.

Leed este endecasílabo ; releedle. *Más de esperanza que de hierro armada*. ¡Qué música más noble! Ciertamente el ritmo se trajo sesenta años atrás de la minerva itálica. No tiene el acento dominante en la 6.ª sílaba, que da una inflexión, blanda y grave, en la mitad del verso (como en *Flérida para mí dulce y sabrosa*). Es de los que tienen dos acentos dominantes en 4.ª y 8.ª sílaba (como en *más que la fruta del cercado ajeno*). Con una suave insistencia rítmica que hace cabalgar la voz en un juego alternado :

más de esperanza que de hierro armada.

Este verso cervantino, bellísimo, juega además con el contraste. Los dos acentos dominantes gravitan y destacan dos vocablos antípodas, *esperanza* y *hierro*, y así se destacan, exentos y contradictorios, a nuestra lectura. Pero no es sólo la fábrica del verso — de la que ya se habían extraído veneros de belleza por los poetas anteriores — lo que aquí nos conmueve. Es la sensación de sinceridad estremecida que es capaz de contenerse en tan breves palabras. Todo Cervantes está aquí. Cervantes fue, sí, el gran esperador, el gran esperanzado. La riqueza de niño, en la agobiada casa paterna ; el esplendor en Italia, cuando sólo es el criado de un cardenal ; la gloria, en Lepanto, cuando sólo regresa cargado de sus heridas ; la capitanía, en España, cuando es convertido en cautivo ;

la libertad, en Argel, cuando no pasa de ser un heroico conspirador; el puesto en Indias, cuando su Consejo le niega el tránsito; la gloria literaria, el sosiego económico, la paz familiar, en suma, mientras la vida no le da sino los signos de su desventurada crueldad.

¡Más de esperanza que de hierro armado!

Así, Cervantes. Así — claro está —, Don Quijote. La lectura y el comentario del Quijote se ha centrado — signo de los tiempos — en el desenlace funesto de sus aventuras, en el momento ciertamente patético en que el caballero es burlado, derribado y tundido. Pero no se resalta la tremenda energía con que el Caballero se pone de nuevo en pie. El hecho de que don Quijote al fin reconozca — al dictado de Sancho — que los gigantes eran molinos, no obsta a su desesperada certeza de que tales gigantes existieron y volverán a existir — si bien fueron transformados en molinos sólo para evitar su derrota por obra de su brazo. Contra estos gigantes pasados y futuros, el alma de don Quijote estuvo y estará en pie. Las derrotas de Don Quijote son siempre momentáneas — por lo menos en su ánimo — porque está seguro de que el Mal existe y hay que vencerlo. El patetismo del combate de Barcelona con el Caballero de la Blanca Luna consiste en que en él, Cervantes, cruel padre de su criatura, no deja resquicio alguno para la escapatoria heroica, para su férrea y denodada esperanza. Sólo así podía ser derrotado — para siempre — el Caballero; sólo con una verdad indubitable y sarcástica, que obliga al Caballero a refugiarse en la Cordura, que es la otra forma de la Verdad. Ahí se derrumba la Esperanza.

He aquí un poco de lo que vemos a través de un solo endecasílabo cervantino; tan lleno de vida está.

Lope, nos daría muestras de parecida intensidad humana. Más universo y proliferado, como un haz de sangre y llamas, como un gran corazón.

Todo en Lope nos da esta sensación frutada, de logro total y natural a la vez. Produce mucho y en todas direcciones, como un árbol inmenso. Y hay en él, naturalmente, los frutecillos tiernos de las ramas altas, que apuntan hacia Dios, y las frutas redondas, grávidas y carnales, estremecidas por la proximidad de la tierra.

A todos acude la savia humanísima del poeta, su tremenda sinceridad. Cuando mira a Dios: en el acto consagratorio *(Cuando en mis manos, rey eterno, os miro...)*, en el deliquio de la ternura *(¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?)* o en el remordimiento *(Pero ¿cómo te digo que me esperes — si estás, para esperar, los pies clavados?*

Y cuando ve a la tierra y especialmente a la criatura femenina:

> Versos de amor, conceptos esparcidos
> engendrados del alma en mis cuidados,
> partos de mis sentidos abrasados
> con más dolor que libertad nacidos...

Así empiezan las maravillosas *Rimas humanas*. Y ¿qué adjetivo más exacto podría encontrarse para estas rimas? Humanas: es decir, de carne y de sangre, fruto redondo del poeta en el otoño prodigioso y fecundo de la mejor literatura española.

INVIERNO Y RAMA

Apuremos el símil todavía. Hacia 1630 la frutación ha dado todo su rendimiento. Queda la obra ingente del período barroco. Góngora, Quevedo, Gracián, Calderón. Quedan de esa inmensa « naturaleza viva » de las letras, las grandes obras construídas. No ya la dulce espontaneidad perfecta de los frutos, sino la noble arquitectura de los ramajes. La belleza tiene un esqueleto dentro, una ordenada arquitectura. Es alta y ahincada; dura en su consistencia mental. Responde a un sistema. Un hilo conductor recorre la obra por debajo de su diversa apariencia. Culteranismo y conceptismo son, en último término, fórmulas mentales; si se me permite: literatura adrede.

Los escritores de este momento tienen un aire de colosales ingenieros de la literatura. Su obra no surge tranquila y espontánea, como un fruto, sino ordenada como un esquema o como un laberinto. Góngora es un algebraico; Quevedo, un meditador; Calderón, un silogista; Gracián, un sistemático. Algo se ha congelado — y como petrificado — en relación con el vitalismo del período anterior.

Queda en pie el tronco y las altas ramas. Cuando pase el temblor primaveral, el ardor del estiaje, la emoción del otoño, hallaremos tras tantas fugaces apariencias la arquitectura noble de los ramajes que sostuvieron el verdor y garantizan la perennidad.

Góngora, cuando nos fatigue su búsqueda inverosímil, nos asombrará por la lúcida ordenación de su juego. El erudito podrá apreciar en él cuán prodigiosamente buscados están los vocablos más sonoros para los acentos más eficaces; admirará con qué audacia se lanza el cabo de una metáfora para enlazar con el objeto remoto que tenga una sensación común y produzca el efecto poético. Es un prestigitador, pero puede enseñar su juego. Porque es preciso e impecable, difícil, y claro a la vez — como la matemática. Porque es un mago cuya batuta está movida por la inteligencia.

En Quevedo, esta sensación se acrece todavía. Por muy mezclado que parezca, una lúcida mirada lo preside todo. Eugenio d'Ors, tan clarividente para la síntesis, ha escrito al comentar el estilo de Quevedo: « En medio de esta orgía de fuerza brilla, de pronto, la inteligencia hecha malicia, con el frío resplandor de una navaja española, en la revuelta confusión de un fandango popular ». Y es exacto. La prosa y el verso se desequilibran adrede, y el tono enjuto del conceptismo (cuando no — y a pesar de todo — la tentación culterana) parecen arrastrar al escritor. Pero, de pronto, se ve, segura y fría, la mano conductora que sabe lo que quiere y por donde va.

Cuanto de Calderón pueda decirse en la línea que estamos trazando puede adivinarse ya. Se ha dicho muchas veces que la dramática calderoniana está hecha de premisas y de conclusiones. Un rigor implacable mueve las figuras y las ideas. Calderón era un geómetra. Los argumentos de sus obras pueden dibujarse — y no sólo los autos sacramentales que, por su condición abstracta, hacen más posible una construcción mental rigurosa, sino la mayor parte de sus dramas. Alguna vez he dibujado, con fines pedagógicos, una obra tan conocida como *El Alcalde de Zalamea*, matemática contraposición de valores como dos pilastras supe-

radas por una cúpula armonizadora: la de la presencia del Rey. Hela aquí.

REY

PEDRO CRESPO	LOPE DE FIGUEROA
Isabel	Capitán
Juan	Sargento
Inés	Chispa
Paisanaje	Soldadesca

En cuanto a los autos, sabido es que ha podido estudiarse el sistematismo riguroso de las figuras y de las escenas. Superado el vitalismo torrencial de Lope, Calderón es la reposada ordenación de unos valores que se corresponden matemáticamente para obtener el efecto preciso. A las situaciones se llega — recordemos las décimas de Segismundo — por rigurosas deducciones conceptuales. Teatro más pensado que vivido, resiste mejor el análisis y el tiempo devastador. Teatro, por lo demás, tanto más difícil cuanto pone en juego no sólo el hilo de las palabras sino el elemento plástico que las ambienta y condiciona. Que Calderón detalle tanto la escenografía de sus *autos* — las *memorias de las apariencias* — significa hasta qué punto cuenta con el complemento de los factores plástico-visuales en su teatro. Es otra manera de hacer difícil y trabajada la fórmula de belleza que nos propone.

En cuanto a Gracián, casi sobra el comentario. Autor más gélido no puede imaginarse. En Gracián, más que en nadie, lo que cuenta es la Inteligencia — y él se enorgullece de proclamarlo así —. Los sentidos no sirven, esos traidorzuelos. Importa el esquema mental, la línea que la Voluntad y la Razón han trazado previamente. Todos los personajes de Gracián nos dan la impresión de que han muerto; que nos hablan desde panteones fríos, sistemática y jerárquicamente colocados. ¡Qué lejos la flor, la llama y la fruta! No queda sino la línea conductora del ramaje que ya crepita, a punto de morir. Que mantiene, sin embargo, su alta y seca misión indicadora y su propia altivez de construcción vertical capaz de resistir al tiempo.

Invierno que tiene la dureza y la perennidad de lo definitivo. Las vidas son ya conceptos, y los ademanes se han petrificado. Hemos pasado del temblor primaveral de Garcilaso a la gélida inmovilidad de la estatua. El siglo XVII apura así, hasta el límite, la línea evolutiva que hemos intentado trazar. No hay salida. La fórmula se ha agotado al extremarla y ha llegado a la negatividad de lo grotescamente insoluble.

LA CRISIS DEL EGOÍSMO

El siglo XVII ha cometido un gran pecado. Este pecado es el orgullo. No se está, impunemente, en lo más alto de «el gran teatro del mundo». El perfeccionismo es a la vez una bella virtud y un trágico error. A la fuerza de querer ser mejor, de intentar llegar a los límites infranqueables, se llega a la zona en que lo perfecto equivale a lo irrespirable.

Me gusta definir el Clasicismo como una forma de Abnegación, y el Barroco como una manera de Egoísmo. El artista clásico es aquel que abdica de muchos caprichos personales en aras de una norma que ya

tiene el beneplácito universal: el juego es menos brillante pero también menos arriesgado. El Barroco, en cambio, tienta a cada artista con la ilusión de ser original y distinto, sin advertir que pone en juego la comunicabilidad de su obra, que puede quedar así asfixiada en su propia insolidaridad.

De la originalidad barroca se pasa fatalmente a la extravagancia. El Gran Egoísta acaba por no trascender y se queda prisionero de su propio mensaje. El gusto por lo minoritario acaba desgraciadamente en el gusto por lo individual, y la obra se convierte en un trágico monólogo, desesperante para quien lo formula, risible para los demás.

La fórmula seiscentista se agota en un crepitar de ramajes secos ya sin savia. El ciclo se cierra en el vacío. La salvación vendrá, en el siglo XVIII, con una fórmula nueva: la de un arte, sencillo y claro, pedagógico y racional, que nada tiene que ver con el trágico egoísmo ni con la espléndida hermosura de la literatura barroca.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA

INDICE DE MATERIAS

Págs.

Prólogo V

Dos siglos de oro VII

Lo español como complejidad, VII. — España adentro y España afuera, VIII. — Erasmo y Loyola, IX. — Las etapas estéticas. Primavera y flor, X. — Estío y llama, XII. — Otoño y fruta, XII. — Invierno y rama, XV. — La crisis del egoísmo, XVI.

I

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVI

Juan Boscán de Almogáver

Poesías de tipo tradicional 3

1. Señora, pues que no espero, 3. — Señora doña Isabel, 4.

Poesías de tipo italiano 4

Sonetos: 1. En memoria de Garcilaso, 4. — 2. Nunca de amor estuve tan contento, 5. — 3. Las llagas que de amor son invisibles, 5. — 4. Mas mientras más yo desto me corriere, 5. — 5. ¿Quién tendrá en sí tan duro sentimiento..?, 6. — 6. Vuelve el deseo a levantar su rueda, 6. — 7. Traducción de Petrarca, 6. — A la duquesa, 7. — Canción, 7. — Respuesta de Boscán a Don Diego de Mendoza, 9. — Octava rima, 15. — Leandro, 20. — ¡Oh, muerte!, di, ¿qué esperas de llevarme..?, 26.

Garcilaso de la Vega

Composiciones al modo tradicional 27

I. Habiéndose casado su dama, 27. — II. Yo dejaré desde aquí, 28. — III. A una partida, 28. — IV. Traduciendo cuatro versos de Ovidio, 28. — V. A una señora que, andándose él y otro paseando, les echó una red empezada, y un huso comenzado a hilar en él y dijo que aquello había trabajado todo el día, 28. — VI. Copla sobre este villancico, 28. — VII. A Boscán, porque estando en Alemania danzó en unas bodas, 28. — VIII. Nadie puede ser dichoso, 28.

Poesías al estilo italiano 29

Égloga primera: Al visorrey de Nápoles, 29. — Égloga segunda, 37. — Égloga tercera, 82. — Elegía primera: Al duque de Alba, 90. — Elegía segunda: A Boscán, 98. — Epístola: A Boscán, 102. — Canciones: Canción primera, 104. — Canción segunda, 105. — Canción tercera, 107. — Canción cuarta, 108. — Canción quinta, 111. — Sonetos, 114.

Hernando de Acuña

Epigrama: A la muerte del Emperador Carlos V, 129. — Al rey Nuestro Señor, 130. — En prisión de franceses, 130. — Jamás pudo quitarme el fiero Marte, 131. — Cuando era nuevo el mundo y producía, 131. — Sobre la red del amor, 131. — Soneto en ausencia, 132. — A un caballero y mal poeta: La lira de Garcilaso contrahecha, 132.

Gutierre de Cetina

Composiciones varias: Sonetos, 135. — Madrigales, 138.

Pág.

Francisco de Figueroa

Canción pastoril, 140. — Égloga, 141. — Estancias, 143. — Sonetos: 1. Blanco marfil en ébano entallado, 147. — 2. Epitafio a la muerte de Tirsi, 174. — 3. A la esperanza, 148. — 4. Las Musas en venta, 148.

Francisco de Aldana

Sobre la contemplación de Dios y los requisitos della, 149. — Otro aquí no se ve que, frente a frente..., 157.

Jerónimo de Lomas Cantoral

Sombra fresca, agua clara, verde asiento, 158. — Cabellos de oro sobre nieve pura, 158.

Cristóbal de Castillejo

A una dama llamada Ana, 159. — Glosa de las vacas, 159. — Allá miran ojos, A do quieren bien, 160. — Comienza el Sermón de Amores. Tema: ¿Adonde iré? ¿Qué haré? ¿Qué mal vecino es el amor?, 160. — Contra los encarecimientos de las coplas españolas que tratan de amores, 162. — Contra los que dejan los metros castellanos y siguen los italianos, 163. — Garcilaso y Boscán, siendo llegados..., 164. — Octava rima de Garcilaso, 164. — Diálogo entre Memoria y Olvido, 165.

Gregorio Silvestre

Yo he hecho lo que he podido: Ventura quiso que os viese, 169. — Ojos, decídselo vos, 169. — El ciervo viene herido, 169. — La vida se nos pasa, el tiempo vuela, 170. — Los ojos que una vez pudieron veros, 170.

Jorge de Montemayor

Los que de amor estáis tan lastimados, 172. — Hablar será forzado, 172.

Gaspar Gil Polo

La bella maridada, 175. — Sin que ninguna cosa te levante, 175. — Voy tras la muerte sorda paso a paso, 176. — Canto de Turia, 176. — Rimas provenzales, 183. — No puede darme Amor mayor tormento, 185. — Versos franceses, 186. — Recoge a los que aflige el mar airado, 187. — Canción de Nerea, 187.

Diego Hurtado de Mendoza

Carillo, ¿quieres bien a Juana?, 190. — Viéndose sujeto al amor, 191. — Ésta es la justicia, 191. — Yo soy, cruel amor, el que has traído...?, 192. — ¿Qué hace el gran amor de los romanos..?, 192.

Fray Luis de León

Prólogo 196
Poesías originales 198

I. Vida retirada, 198. — II. A Don Pedro Portocarrero, 200. — III. A Francisco de Salinas, 201. — IV. Canción al nacimiento de la hija del marqués de Alcañices, 202. — V. A Felipe Ruiz. De la avaricia, 203. — VI. A una señora pasada la mocedad, 204. — VII. Profecía del Tajo, 206. — VIII. Noche serena, 208. — IX. A Querinto, 210. — X. A Felipe Ruiz, 211. — XI. Al licenciado Juan de Grial, 213. — XII. A Felipe Ruiz. Del moderado y constante, 214. — XIII. De la vida del cielo, 215. — XIV. Al apartamiento, 216. — XV. A Don Pedro Portocarrero, 218. — XVI. Contra un juez avaro, 219. — XVII. En una esperanza que salió vana, 220. — XVIII. En la Ascensión, 221. — XIX. A todos los santos, 222. — XX. A Santiago, 224. — XXI. A Nuestra Señora, 227. — XXII. A Don Pedro Portocarrero, 230. — XXIII. Al salir de la cárcel, 231.

Francisco de la Torre

Págs.

Sonetos 232
1. Vos a quien la fortuna dulce espira, 232. — 2. Rompe la niebla de la noche fría, 232. — 3. Eterno mal y grato mal eterno, 232. — 4. Claras y transparentes luminarias, 233. — 5. Sigo, silencio, tu estrellado manto, 233. — 6. Clara y hermosa Virgen del triunfante, 233. — 7. Enciende ya las lámparas del cielo, 234. — 8. Claro y sagrado río, y tu ribera, 234. — 9. En la confusa suerte de mi estado, 235. — Oda. 1. Mira, Filis furiosa, 235.

Francisco de Medrano

Sonetos amorosos 237
A Flora : 1. Tus ojos, bella Flora, soberanos..., 237. — 2. Borde Tormes de perlas sus orillas, 237. — 3. Veré al tiempo tomar de ti, Señora..., 238. — A Amarili, 238. — A una desconocida, 238. — A María, 239. — A la renunciación que hizo el Emperador Carlos en el hijo y el hermano, 239.
Oda : Si de renta más cuentos 239

Fernando de Herrera

Canciones heroicas 242
I. Canción en alabanza de la Divina Magestad por la victoria del Señor Don Juan : A la batalla de Lepanto, 242. — II. A la pérdida del rey Don Sebastián, 246.
Sonetos 248
I. Osé y temí : mas pudo la osadía..., 248. — II. Voy siguiendo la fuerza de mi hado, 249. — III. Pensé, más fue engañoso pensamiento, 249. — IV. El Sátiro, que el fuego vio primero, 249. — V. Hórrido ivierno, que la luz serena, 250. — VI. Al mar desierto, en el profundo estrecho, 250. — VII. No puedo sufrir más el dolor fiero, 250. — VIII. [¿Por qué] este encendimiento..?, 251. — IX. Esta desnuda playa, esta llanura, 251. — X. Rojo sol que con hacha luminosa, 252. — XI. Suspiro, y pruebo con la voz doliente, 252. — XII. Yo voy por esta solitaria tierra, 252.
Elegías 253
I. Si el grave mal que el corazón me parte, 253. — II. ¡Cuál fiero ardor cuál encendida llama..!, 255. — III. No bañes en el mar sagrado y cano, 257.
Algún tiempo esperé de aquellos ojos..... 258

Francisco de Medina

En la sazón del tiempo más templada..... 260

Baltasar del Alcázar

Su modo de vivir en la vejez, 263. — Cena jocosa, 263. — Epigramas : I. En un muladar un día, 264. — II. Magdalena me picó, 264. — III. Mostróme Inés por retrato, 265. — Diálogo entre un galán y el eco, 265.

Luis Barahona de Soto

Sonetos 266
I. Genil, que ves la sombra en tu corriente, 266. — II. Aquestos ásperos y helados..., 266. — III. En una enfermedad, 266. — IV. A Fernando de Herrera, 267. — V. Al mismo, 267. — VI. Contra un poeta que usaba mucho de estas voces en sus poesías, 268.

Cristóbal Mosquera de Figueroa

Soneto a la victoria que el primer marqués de Santa Cruz hubo contra Don Antonio que rompió la armada francesa que iba a la tercera, 269. —

El abad Francisco de Salinas, catedrático de música en Salamanca : Elegía, 269. — A una dama que se le enviaron unos jaboncillos para las manos, 271.

II

POESÍA ÉPICO-NARRATIVA

Luis Zapata de Chaves

Carlo famoso : Muerte de Garcilaso 275
Miscelánea 277
De un gran conocimiento de una bestia fiera (El Duque del Infantado y el León), 277. — De una extraña habilidad en escribir (Historia del falso Nuncio de Portugal), 277. — De que el bien hacer nunca se pierde (Cofradía de ladrones de Sevilla), 278. — De un miserable caso (Una difunta pleiteada), 279. — De toros y toreros (Superstición llamada « del toro de San Marcos »), 279. — De una acomodada respuesta (Garcilaso y Villalobos), 279. — De dichos (Respuesta del bufón Don Francisco de Zúñiga), 280. — De un músico excelente (Sobre Gregorio Silvestre, músico y poeta), 280.

Pablo de Céspedes

Fragmentos de El Arte de la Pintura 282
Libro primero, 282. — De la formación del hombre, 283. — Los instrumentos necesarios para la pintura, 283. — Principios para adestrar la mano, 285. — Libro II. De la proporción de los hombres, 286. — De la proporción de los animales, 286. — Pintura de un caballo, 287. — De la imitación de la naturaleza, 289. — De las imágenes de la fantasía, 289. — Predicción de sí mismo, 290.

Juan Rufo

La Austríada : Batalla de Lepanto 291

Alonso de Ercilla y Zúñiga

La Araucana 299
Al Rey Nuestro Señor, 299. — Prólogo, 299. — Canto primero, 299. — Canto XXV, 311. — Canto XXXIV, 322.

Pedro de Oña

Arauco domado 334
Prólogo al lector, 334. — Exordio de esta primera parte, 335. — Canto primero, 338.

Cristóbal de Virués

El Monserrate 346
Prólogo, 346. — Canto I, 346. — Canto II, 352.

III

DRAMÁTICA ANTERIOR A LOPE DE VEGA

Bartolomé de Torres Naharro

La Propaladia 357
Prohemio, 357. — Comedia Tinellaria, 359. — Comedia Himenea, 363. — Comedia Calamita, 368. — Comedia Soldadesca, 371.

Gil Vicente

Auto de Sibilla Cassandra 376
Auto de las barcas 382
Comedia do viuvo 389

Anónimos

AUTOS VIEJOS

Págs.

Auto del Magná 395
Auto del Sacrificio de Abraham 398
Farsa del Sacramento del entendimiento niño 401

Lope de Rueda

Paso muy gracioso 406
Paso muy gracioso 409
Paso de los ladrones 412
Paso muy gracioso 415
Comedia llamada de los engañados 418

Juan de Timoneda

Farsa llamada Paliana 421

Juan de Cueva

El Infamado 428
Los siete infantes de Lara 430

Fray Jerónimo Bermúdez

Nise lastimosa 436

Micer Andrés Rey de Artieda

Los amantes 442

Cristóbal de Virués

Elisa Dido 446

Diego Sánchez de Badajoz

Farsa militar 450
Lamentaciones de Garcisánchez de Badajoz 454

Micael de Carvajal

Las cortes de la Muerte 456
Tragedia josefina 458

Francisco de Avendaño

Comedia Florisea 461

Bartolomé Palau

Farsa llamada Salamantina 464

Francisco Tárrega

La duquesa constante 469

Gaspar de Aguilar

El mercader amante 473

Ricardo del Turia

La burladora burlada 477

Guillén de Castro y Bellvís

Comedia famosa de las mocedades del Cid 481
Los malcasados de Valencia 495

Agustín de Rojas Villadrano

Págs.

Loa sin título 499
Loa sin título 503

Anónimos

Entremés famoso de los romances 509
El baile del ¡Ay, Ay, Ay! y el sotillo 519
Baile de la mesonerica 523
Mojiganga de Roxillas 524

IV

NOVELÍSTICA ANTERIOR A CERVANTES

Anónimos

Amadís de Gaula y otros libros de caballerías

Amadís de Gaula 531

Aquí comienza el Primer Libro, 531. — Introducción, 532. — Capítulo IV : Cómo el rey Lisuarte navegó por la mar e aportó al reino de Escocia, donde con mucha honra fue rescebido, 533. — Capítulo X : Cómo el Doncel del Mar fue conocido por el rey Perión su padre, e por su madre Elisenda, 538. — Libro segundo de Amadís de Gaula, 542. — Capítulo I : Cómo Amadís con sus hermanos e Agrajes, su primo, se partieron adonde el rey Lisuarte estaba, 542. — Capítulo V : Cómo don Galaor e Florestán e Agrajes se fueron en busca de Amadís, 544. — Capítulo XI : De cómo estando el rey Lisuarte sobre tabla entró un caballero extraño armado de todas armas y desafió al Rey y a toda su Corte, 548. — Sumario del tercero Libro de Amadís de Gaula, 549. — Capítulo X : De cómo el Caballero de la Verde Espada, después de partido de Grisinda para ir a Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, 549.

Oliveros de Castilla y Artus Dalgarbe 551

Capítulo VI : Cómo la Reyna se enamoró de Oliueros su antenado, 551. — Capítulo XVI : De la grande fortuna e tempestad que houo la nao en que yua Oliueros ; e cómo se fundió la nao e murieron todos saluo Oliueros e vn cauallero, que milagrosamente escaparon, 552. — Capítulo XVII : Cómo Oliueros fizo leuar al cauallero a su tierra, e cómo murió el cauallero, e de lo que Oliueros fizo por su alma, 552. — Capítulo XVIII : Cómo Oliueros fizo enterrar al cauallero, e le fizo absoluer de la descomunión e pagó la deuda que deuía ; e de las justas que fueron pregonadas en la corte del rey de Inglaterra, que el vencedor dellas houiesse la fija del Rey por muger, 553. — Capítulo XX : Cómo un cauallero vino a conortar a Oliueros, e de las palabras e ofrescimientos que en uno houieron, 554. — Capítulo XXVI : Cómo Oliueros vino el segundo día al torneo, e cómo ganó por fuerça de armas el estandarte de los mantenedores, 555. — Capítulo XXXVIII : Cómo Oliueros adolesció de pensamiento de amores, e del sentimiento que houo Helena de su mal, e cómo le fue a veer por le dar salud, 557. — Capítulo LI : Cómo Oliueros fue a monte, e del sueño de su muger Helena, 558. — Capítulo LV : Cómo Artus andando por el reyno de Irlanda, falló vn feroz e muy espantoso animal, el qual mató, 559. — Capítulo LXXIV : Cómo el cauallero Blanco tuuo el braço al Rey por que no matasse a Helena su muger, e le soltó todo lo que deuía, e le dixo quién era, 562.

Historia de Clamedes y Clarmonda 564

Lazarillo de Tormes 575

La novela picaresca, 575. — Prólogo, 575. — Tratado primero : Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue, 575. — Tratado segundo : Cómo Lázaro se asentó con un clérigo y de las cosas que con él pasó. — Tratado tercero : De cómo Lázaro se asentó con un escudero y de lo que le acaesció con él, 587. — Tratado cuarto : Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la merced y de lo que le acaesció con él, 596. — Tratado quinto : Cómo Lázaro se asentó con un buldero y de las cosas que con él pasó, 596. —

Págs.

Tratado sexto : Cómo Lázaro se asentó con un capellán y lo que con él pasó, 600. — Tratado séptimo : Cómo Lázaro se asentó con un agualcil y de lo que le acaesció con él, 601.

H. de Luna

Segunda parte de Lazarillo de Tormes 603
Capítulo primero : Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir a la guerra de Argel, 603.

Tirso de Molina

Los tres maridos burlados 606

PROSA NARRATIVA MISCELÁNEA

Fray Antonio de Guevara y Noroña

Menosprecio de Corte y alabanza de aldea 609
Epístolas familiares 613
Libro Áureo de Marco Aurelio 617
El villano del Danubio 617

Antonio de Villegas (?)

Historia del abencerraje y la hermosa Jarifa 626

Juan de Timoneda

El sobremesa y alivio de caminantes : En el cual se contienen afables y graciosos dichos, cuentos heroicos y de mucha sentencia y doctrina 638
Cuento 1, 638. — Cuento 2, 638. — Cuento 4, 638. — Cuento 10, 638. — Cuento 11, 639. — Cuento 12, 639. — Cuento 15, 639. — Cuento 18, 639. — Cuento 19, 639. — Cuento 20, 640. — Cuento 22, 640. — Cuento 26, 640. — Cuento 27, 641. — Cuento 28, 641. — Cuento 29, 641. — Cuento 30, 641. — Cuento 31, 641. — Cuento 32, 641. — Cuento 35, 641. — Cuento 36, 642. — Cuento 37, 642. — Cuento 38, 642. — Cuento 42, 642. — Cuento 43, 642. — Cuento 47, 642. — Cuento 51, 642. — Cuento 52, 643. — Cuento 53, 643. — Cuento 57, 643. — Cuento 60, 643. — Cuento 62, 643. — Cuento 63, 644. — Cuento 66, 644. — Cuento 67, 644. — Cuento 70, 644. — Cuento 72, 644. — Cuento 78, 644. — Cuento 79, 644. — Cuento 80, 645. — Cuento 87, 645. — Cuento 88, 645. — Segunda parte del sobremesa y alivio de caminantes, 645. — Cuento 1, 645. — Cuento 2, 645. — Cuento 8, 645. — Cuento 9, 646. — Cuento 12, 646. — Cuento 13, 646. — Cuento 17, 646. — Cuento 36, 646. — Cuento 37, 646. — Cuento 40, 646. — Cuento 41, 647. — Cuento 42, 647. — Cuento 45, 647. — Cuento 48, 647. — Cuento 51, 647. — Cuento 52, 648. — Cuento 55, 648. — Cuento 58, 648. — Cuento 59, 648. — Cuento 60, 649. — Cuento 63, 649. — Cuento 64, 649. — Cuento 67, 649. — Cuento 68, 649. — Cuento 73, 649.

Juan Aragonés

Cuentos 650

Juan de Arguijo

Cuentos 654

Esteban de Garibay

Cuentos de Garibay 668

Luis de Pinedo

Liber facetiarum et similitudinum 676

LA NOVELA PASTORIL

Jorge de Montemayor Págs.

Diana 684
Argumento deste libro, 684. — Libro primero, 684.

Gaspar Gil Polo

La dama enamorada 687

V

PROSA HISTÓRICA

Lorenzo Galíndez de Carvajal

Memorial breve de los Reyes Católicos 691
Llegada de Carlos de Gante a España, 691.

Juan de Osnaya

La batalla de Pavía 693
La codiciada Italia. Prisión del rey de Francia en Pavía, 693.

Pedro Mexía

Historia Imperial y Cesárea 697
Fragmentos de la Introducción, 697. — Muerte de Julio César, 697.
Historia del Emperador Carlos V 700
Fin de la guerra de las comunidades. La rota de Lobatón, 700. — Sentencia y ejecución de los comuneros, 701.

Ambrosio de Morales

Relación de la prisión del arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza 702
El primado de España y el Santo Oficio. Carranza, encarcelado, 702. — Incomunicación, 704. — Camino de Valladolid, 704.

Fray José de Sigüenza

Historia de la Orden de San Jerónimo 706
Carlos V se retira a Yuste. Elección de lugar, 708. — Preparativos, 706. — La abdicación, 707. — Embarca para España, 708. — Llegada a Yuste, 709. — Los regalos de la mesa, 710. — Los insolentes vecinos de Quacos, 710. — Construcción de El Escorial, 711.

Padre Juan de Mariana

Historia de España 715
Libro XI, capítulo I : Cómo los almohades vinieron a España, 714. — Libro XIII, capítulo VII : Conquista de Sevilla por Fernando III, 715. — Libro XVII, capítulo XIII : Muerte del rey don Pedro el Cruel, 718. — Libro XX, capítulos II y IV : El compromiso de Caspe, 718.

Diego Hurtado de Mendoza

Guerra de Granada 721
Fragmentos del libro primero, 721.

Luis de Mármol Carvajal

Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada 724
Capítulo VIII : Que trata de la muerte de Aben Aboo y fin desta guerra, 724.

Lorenzo de Padilla

Crónica de Felipe I, el Hermoso 726
Prematura muerte de Felipe El Hermoso, 726.

Cabrera de Córdoba

Historia de Felipe II 727
La Invencible, 727. — Partida, 727. — La Armada en el Océano, 728. — Combates parciales y espaciados, 728. — La ligereza de los navíos ingleses, 730. — Rumbo forzoso hacia el Norte, 731. — En el Canal de San Jorge, 731. — Vuelta a España, 732.

Carlos Coloma

Las guerras de los Estados Bajos 733
Libro X. Toma de Amiens, 733.

Fray Prudencio de Sandoval

Historia de los reyes de Castilla y de León 736
Origen de las Órdenes de los Templarios y de San Juan de Malta, 736.
Historia del Emperador Carlos V 737

Alonso de Santa Cruz

Crónica del Emperador Carlos V 739
II parte, capítulo III: De las primeras Cortes que el rey don Carlos tuvo en la villa de Valladolid y cómo en ellas fue jurado por rey, y las fiestas que allí se hicieron, 739.

Luis de Ávila y Zúñiga

Comentario de la guerra de Alemania 741
Rendición del landgrave de Hesse, 741.

Francisco de Moncada

Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos 743
Capítulo XLIV: Acometen los genoveses a Galípoli y retíranse con pérdida de su general, 743.

Francisco Manuel de Melo

Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña 746
Estalla la revolución en Barcelona el 7 de junio de 1640, 746.

Fray Miguel Servía

Relación de la batalla de Lepanto 750
El suceso de Lepanto: Composición de la armada aliada, 750. — Descúbrese la armada turca, 750. — El combate, 751. — La victoria, 751.

Juan de Vallejo

Vida de Cisneros 753
Cisneros: I. Estudios, 753. — II. La carrera eclesiástica, 753. — III. Franciscano, 754.

Fray Marcos de Guadalajara

Expulsión de los moriscos de España 755
Bando de expulsión de los moriscos del reino de Valencia, 755.

Pedro de Gante

Relaciones 758
Carlos V y Francisco I: La entrevista en Aguas Muertas, 758.

Pedro de Ribadeneyra

Vida de San Ignacio 761
San Ignacio de Loyola, estudiante en la Sorbona. De Salamanca a París, 761. — Trabajos y estudios, 761.

Gonzalo de Illescas

Jornada de Tunez ..... Pág. 763
La brillante campaña de Túnez, 763.

Baltasar Porreño

Historia de Don Juan de Austria 765
Virtudes naturales de D. Juan de Austria, 765.

Juan Mateos

Origen y dignidad de la caza 767
Felipe IV, cazador de jabalíes, 767.

Esteban de Garibay

Compendio historial de España 769
Libro XVI, capítulo 44 : Prisión del condestable don Álvaro de Luna, 769.

Jerónimo Zurita

Anales de la corona de Aragón 771
Libro III, capítulo IV : De la pasada del rey don Jaime con su armada a la isla de Mallorca, y de las batallas que tuvieron con los moros, y de la muerte de don Guillén de Moncada, vizconde de Bearne, y de don Ramón de Moncada, 771.

VI

LITERATURA DIDÁCTICA

Elio Antonio de Nebrija

Gramática Castellana : Prólogo 778

Francisco López de Villalobos

Sumario de la Medicina 781
Comienza la obra trouada, 781.

Pedro Simón Abril

Apuntamientos 792
De cómo se deben reformar las doctrinas, y la manera de enseñallas, para reducillas a su antigua entereza y perfición ; de que con la malicia del tiempo, y con el demasiado deseo de llegar los hombres presto a tomar las insignias dellas, han caído ; hechos al Rey Nuestro Señor (Don Felipe II) por el Doctor Pedro Simón Abril, 792. — Errores en la Gramática, 794. — Errores en la filosofía natural, 794.

Gabriel Alonso de Herrera

Obra de Agricultura 796
Del tiempo y arte del podar, 796. — De los árboles veceros, 797. — De las berenjenas, 798.

Antonio de Torquemada

Jardín de flores curiosas 800

Juan Luis Vives

Diálogos 803
Despertar matutino, 803. — El triclinio, 804.
Instrucción de la mujer cristiana 806
De la doctrina de las doncellas. — Que no hay que sospechar de la mujer por versada en letras. — La Filosofía eleva el alma. — Conveniencia de la cultura. — Las mujeres doctas son también las más ho-

Págs.

nestas. — Ejemplos históricos de esta verdad. — Las paganas. — Las cristianas. — Infantas y princesas españolas sabias. — Las letras, medicina del entendimiento. — Quién debe ser el ayo o maestro. — Diferencia entre la sabiduría femenina y la varonil, 806. — Doctrina de San Pablo, 806.

Alfonso de Valdés

Diálogo de Mercurio y Carón 819
Diálogo de las cosas ocurridas en Roma 819
Argumento, 819.

Juan de Valdés

Diálogo de la Lengua 824

Hernán Pérez de Oliva

Diálogo de la dignidad del hombre 833
Argumento, 833.

Pedro Sánchez Ciruelo

Reprobación de las supersticiones y hechicerías de los sueños 850

Luis Lobera de Ávila

Banquete de nobles caballeros 852
De los vinos y de los daños y utilidades dellos y de sus complexiones, 852. — De las cerezas et sus provechos y daño, 853. — De las almendras y de su complixión y provechos e daños, 853.

Diego Sagredo

Medidas del romano 855
Comienzan las medidas del romano, 856.

Pedro de Medina

Arte de navegar 858
En que se contienen todas las reglas, declaraciones, secretos y avisos que a la buena navegación son necesarios y se deben saber, 858. — Libro. De los vientos : Qué cosa es viento, y de qué calidad es y cómo se engendra, 859.

Juan Huarte de San Juan

Examen de Ingenios 861
A la majestad del rey Nuestro Señor Don Felipe II. Proemio, 861. — Capítulo primero : Donde se declara qué cosa es ingenio, y cuántas diferencias se hallan de él en la especie humana, 863. — Capítulo III : Pruébase por un ejemplo que si el muchacho no tiene el ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demás es oirla de buenos maestros, tener muchos libros, ni trabajar en ellos toda la vida, 864. — Capítulo XI : Donde se da a cada diferencia de ingenio la ciencia que le corresponde en particular, y se le quita la que le es repugnante y contraria, 867.

Agustín de Rojas Villandrando

Viaje entretenido 869

Ruperto de Nola

Libro de guisados manjares y potajes intitulado Libro de cocina 872
Para hacer salsa de pavo, 873.

Juan de Mal Lara

La philosophia vulgar 874
Licitud del neologismo, 878.
« Tomás Moro » 879

Fernando de Herrera

Pags.

Anotaciones a las obras de Garcilaso 878

Fray Francisco de Alcocer

Tratado de juego 881
De las diversas maneras que hay de juegos, 881. — De los que tienen tablajería en sus casas, y son terceros y causas de los juegos, 881.

Gonzalo Correas

Vocabulario de refranes y frases proverbiales 883

Antonio Agustín

Diálogo de medallas 885
Diálogo segundo : De los rouersos, y del prouecho dellos y especialmente de los rouersos de las virtudes, y de sus compañeras, 885.

Cristóbal de Villalón

El Scolástico 889
Capítulo XI. En el cual el Maestro Oliva, prosiguiendo en la formación del buen discípulo, persuade que tenga gran atención en las lecciones que oyere, y que estudie y trabaje en sciencias lícitas y que sufra nuestra cristiandad, 889.
Crotalón 893

Andrés Laguna

Descripción de Constantinopla 899

Juan de Herrera

Discurso de la figura cúbica 901

Antonio Pérez

Epistolario 903
Copia de carta a un señor amigo : De dónde procede la poca seguridad de privados, 903. — Copia de la segunda carta al mismo : De dónde venga que los más de los príncipes se entreguen a un privado, 905. — A doña Juana Coello, su mujer, 907.

Juan de la Cueva

Ejemplar poético de Juan de la Cueva 910
Epistola I, 910.

Francisco Pacheco

Arte de la pintura, sv antigvedad, y grandezas 921
De la división de la Pintura y sus partes, 922. — Del colorido y de sus partes, 923. — Que declara entre varias maneras de pintura, cuál se deve seguir, 924. — Pintura de paises, 926.
Libro de retratos 928
El maestro Frai Luis de León, 928. — Gutierre de Cetina, 929.

Bernardo José de Aldrete

Del origen y principio de la lengua castellana o romana que oi se usa en España 931
De las grandes partes dignas de mucha estima, que la lengua castellana tiene, 931.

Ricardo del Turia

Apologético de las comedias españolas 934

Carlos Boyl Págs.

A un lindo que deseaba hacer comedias 938

Gregorio de los Ríos

Agricultura de jardines 940
Lo que el jardinero debe hacer, 940.

Oliva Sabuco de Nantes

Coloquio del conocimiento de sí mismo 940
Título primero : De la plática de los pastores, en que mueven la materia y proponen sus preguntas, 942. — Título II : Que los afectos de la sensitiva obran en algunos animales, 943. — Título XXVIII : De la amistad y buena conversación necesaria a la vida humana, 944. — Título XXIX : De la soledad, que hace daño en su proporción, 944. — Título XXXVIII : Del sonido excesivo y repentino, que hace este daño en su proporción, 945. — Título XXXIX : De la música, la cual alegra y afirma el celebro, y da salud a toda enfermedad, 945. — Título XLV : De la comida, bebida y sueño, 946. — Del sueño, 947.

Alonso Martínez de Espinar

Arte de ballestería y montería 948
De la difinición de la caza, y modos como se caza en España, 948. — Difinición de la ballestería, y montería, 948. — Difinición de la bolatería, 948. — Difinición de la chuchería, 949. — Cómo se han de aguardar las reses cerbunas o los gamos, teniéndolos concertados al levantarse a la tarde, 949.

Baltasar de Céspedes

Discurso de las letras humanas, llamado El humanista 951
De las fábulas, 952.

Francisco Correa de Araujo

Libro de tientos y discursos de música práctica, y theórica de órgano intitulado facultad orgánica..... 956
Prólogo en alabanza de la cifra, 956.

VII

LITERATURA ASCÉTICA Y MÍSTICA

C. García de Cisneros

Ejercitatorio de la vida espiritual 961
Capítulo XXXVI : Cómo el amor de Dios es principio y fin de la vida contemplativa, 961. — Capítulo XXXVII : En qué consiste la perfección de la vida contemplativa por semejanza del amor mundano, 962. — Capítulo XXXVIII : Qué tal ha de ser el amor de Dios que el contemplativo ha de tener, 962.

San Ignacio de Loyola

Carta de la obediencia 964

Fray Francisco de Osuna

Abecedario espiritual 970
Capítulo XXXI, 970. — Capítulo XXXII : De otra manera cómo debe ser el hombre guardar ley del amor consigo mesmo, 970.

Alejo Venegas del Busto

Agonía del tránsito de la muerte 976
Del tercero género de tentaciones que son de los vicios particulares y propios de las provincias, 976. — Que trata qué cosa es declaración y quántas differencias ay della, 977.

Págs.

Fray Alonso de Madrid

Arte para servir a Dios 979
Notable I, 979. — Notable II, 980. — Notable III, 981. — Notable IV, 983. — Notable V, 983. — Notable VI, 985. — Notable VII, 987. — Del amor de sí mismo, 988.

Beato Juan de Ávila

Epistolario 992

Fray Luis de Granada

Tratado de la Oración 998
Meditaciones. Para el lunes por la mañana : Este día será la meditación del lavatorio de los pies de los discípulos, 998. — Meditación del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen, 1000.
Guía de pecadores 1003
De cómo en la oración señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas, 1009. — De las consolaciones de los que comienzan a servir a Dios, 1010.
Introducción del símbolo de la fe 1013
En la cual se trata de la creación del mundo para venir por las criaturas al conoscimiento del Criador, y de sus divinas perfecciones : Consideración del mundo mayor, y de sus partes más principales, 1013.

Santa Teresa de Jesús (?)

Soneto a Cristo Crucificado 1016

Santa Teresa de Jesús

Autobiografía 1018
Capítulo primero : En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres, 1018. — Capítulo II : Trata cómo fue perdiendo estas virtudes y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas, 1019. — Capítulo III : En que trata cómo fue parte la buena compañía para tornar a despertar sus deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darla alguna luz del engaño que había traído, 1022. — Capítulo IV : Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí misma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que su Majestad le comenzó a dar, 1023. — Capítulo V : Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo y la paciencia que el Señor le dio en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que acaeció en este lugar que se fue a curar, 1026. — Capítulo XXXIII : Procede en la misma materia de la fundación del glorioso San José. Dice cómo le mandaron que no entendiese nada en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo y cómo la consolaba en ellos el Señor, 1032. — Capítulo XIII : En que trata cómo se comenzó la primera casa de la Regla primitiva, y por quién, de los Descalzos Carmelitas. Año de MDLXVIII, 1034. — Capítulo XIV : Prosigue en la fundación de la primera casa de Descalzos Carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacían, y del provecho que comenzó a hacer Nuestro Señor en aquellos lugares, a honra y gloria de Dios, 1036.
Libro de las moradas 1038
Moradas primeras : Hay en ellas dos capítulos. Capítulo primero : En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas. Pone una comparación para entenderse, y dice la ganancia que es entenderla y saber las mercedes que recibimos de Dios y cómo la puerta de este castillo es oración, 1038. — Capítulo II : Prosigue en lo mismo. Declara la oración de unión por una comparación delicada. Dice los efectos con que queda el alma. Es muy de notar, 1040.
Poesías 1044
I. Aspiraciones de vida eterna, 1044. — II. Feliz el que ama a Dios, 1044. — III. Ante la hermosura de Dios, 1044. — IV. Eficacia de la

Págs.

paciencia, 1045. — V. Hacia la patria, 1045. — VI. Al velo de la Hermana Isabel de los Ángeles, 1045. — VII. En una profesión, 1046.
Exclamaciones 1046
Conceptos del amor de Dios 1047
Capítulo primero: Trata de la veneración con que deben ser leídas las Sagradas Escrituras y de la dificultad de comprenderlas las mujeres, principalmente el «Cantar de los Cantares», 1047.
Cartas 1050
A Felipe II, 1050.

Fray Bernardino de Laredo

Subida del Monte Sión 1051
Capítulo XL: De la declaración de los versos del amor que fueron puestos en el capítulo XXI de aquesta tercera parte en la primera impresión, porque esta declaración me ha sido muy demandada en el nombre de Jesús, 1051.

Fray Diego de Estella

Tratado de la vanidad del mundo 1056
Primera parte. Capítulo primero: Cómo para gozar de Dios conviene despreciar las vanidades del mundo, 1056.

Fray Luis de León

De los nombres de Cristo 1059
Introducción, 1059. — Naturaleza del hombre, 1060. — Esposo, 1063. — El Amado, 1068. 1071
La perfecta casada 1071
Capítulo I, 1071. — Capítulo IV, 1073.

San Alonso Rodríguez

Prácticas Espirituales 1078

Fray Pablo de León

Guía del cielo 1083
Capítulo XXXIII. — De la humildad: qué cosa es y qué hace en el hombre, 1083.

Fray Luis de Alarcón

Camino del cielo 1088
Capítulo primero: De cuán necesaria sea la meditación para alcanzar la salvación, 1085.

María de San José (Salazar)

Libro de recreaciones 1086
1.ª recreación, 1086.
Ramillete de Mirra 1088
Introducción, 1088. — Qué es ser carmelita, 1089.

Juan de Jesús María (Aravalles)

Instrucción de novicios 1090
Que los gustos son argumento de flaqueza y por qué se comunican más a los principiantes, 1090.

San Juan de la Cruz (Juan de Yepes)

Subida del Monte Carmelo (de 1578 a 1583) 1094
Trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina, así a los principiantes, como a los aprovechados, muy provechosa, para que sepan desembarazarse de todo lo temporal, y no embarazarse con lo espiritual, y quedar en la

Págs.

suma desnudez y libertad de espíritu cual se requiere para la divina unión, 1094. — Argumento, 1094. — Canciones : En que canta el alma la dichosa ventura que tuvo en pasar por la oscura noche de la fe, en desnudez y purgación suya a la unión del amado, 1095. — Prólogo, 1095. — Capítulo XIII : En que se trata de la manera y modo que se ha de tener para entrar en esta noche del sentido, 1097.

Noche Oscura (de 1578 a 1583) 1099
Capítulo XV : Pónese la segunda canción y su declaración, 1099. — Capítulo XVI : Explícase cómo yendo el alma a oscuras va segura, 1099.

Cántico espiritual (hacia 1584) 1103
Argumento, 1103. — Comienza la declaración de las canciones de amor entre la esposa y el esposo Cristo, 1103. — Canción primera, 1103. — Declaración, 1103.

Llama de amor viva 1109
Declaración de las Canciones que tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios, por el Padre Fray Juan de la Cruz, Carmelita Descalzo, a petición de doña Ana de Peñalosa, compuestas en la oración por el mismo, año de 1584, 1109. — Prólogo, 1109. — Canción primera, 1110. — Declaración, 1110.

Poesías 1111
I. Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negociación espiritual. De el mesmo autor, 1111. — Cántico espiritual, 1112. — Llama de amor viva, 1114. — Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de alta contemplación, 1114. — Coplas del alma que pena por ver a Dios, del mismo autor, 1115. — Otras del mismo a lo divino, 1116. — Otras canciones a lo divino (del mismo autor) de Cristo y el alma, 1116. — Cantar del alma que se huelga de conoscer a Dios por fe, 1116. — Traducción del salmo por « Super flumina Babylonis », 1117. — Glosa a lo divino, 1118. — Glosa a lo divino del mismo autor, 1118. — Suma de la perfección, 1119.

Teresa de Jesús María (Pineda)

Explicación a lo místico de los trenos de Jeremías 1120

Diego Pérez de Valdivieso

Avisos de gente recogida 1122
Capítulo I : Que ni la lección ni la oración vocal le conviene dejar del todo en ninguna manera por perfecta que le parezca a un alma que está, 1122.

Jerónimo (Gracián) de la Madre de Dios

Dilva Darío 1124
Capítulo V : De los cinco grados de unión, que nacen de las potencias unidas. Declárase en qué consiste la esencia de la unión, y el orden que ha de llevar el alma en el proceder en la oración para llegar a lo más perfecto, 1124.

Cecilia del Nacimiento (Sobrino)

Tratado de la transformación del alma en Dios 1127
Liras de la transformación del alma en Dios, 1127. — Sonetos místicos, 1130. — Traducción del Cantar de los Cantares (Fragmento), 1130.

P. Juan Eusebio Nieremberg

Tratado de la hermosura de Dios 1132
Ejercicio de afectuoso amor de Dios, 1132. — I. Gozo y complacencia de la Hermosura divina, 1133. — II. Gozo del Ser perfectísimo de Dios, 1134. — III. Gozo de la felicísima Vida de Dios, 1135.

Miguel de Molinos

Págs.

Guía espiritual, que desembaraza el alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz 1136
Proemio: Advertencia primera. De dos modos se puede ir a Dios: el primero, por meditación y discurso; el segundo, por pura fe y contemplación, 1136.

Miguel de Cervantes Saavedra

La Galatea 1141
Novelas ejemplares 1147
Prólogo, 1147. — La Gitanilla, 1148. — El amante liberal, 1150. — Rinconete y Cortadillo, 1151. — La española inglesa, 1155. — El licenciado Vidriera, 1156. — El celoso extremeño, 1159. — La ilustre fregona, 1162. — Las dos doncellas, 1169. — La señora Cornelia, 1169. — El casamiento engañoso y coloquio de los perros, 1169.
El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha 1172
Los trabajos de Persiles y Sigismunda 1196
Poesías 1212
Viaje del Parnaso 1218
Adjunta al Parnaso 1226
Obras dramáticas 1227
Primera época: A) Los Tratos de Argel, 1227. — B) El cerco de Numancia, 1231. — Segunda época: A) El gallardo español, 1234. — B) Los baños de Argel, 1234. — C) La gran sultana, 1235. — Tercera época: A) La casa de los celos, 1235. — B) El laberinto de amor, 1235. — C) El rufián dichoso, 1235. — D) La Entretenida, 1241. — E) Pedro de Urdemalas, 1242.
Entremeses 1243
A) El juez de los divorcios, 1243. — B) El rufián viudo, llamado Trampagos, 1243. — C) La elección de los alcaldes de Daganzo, 1243. — D) La guarda cuidadosa, 1245. — E) El retablo de las maravillas, 1245. — F) La cueva de Salamanca, 1246. — G) El viejo celoso, 1252.

I

POETAS LÍRICOS DEL SIGLO XVI

JUAN BOSCÁN DE ALMOGÁVER

Juan Boscán de Almogáver fue natural de Barcelona pero no se sabe el año de su nacimiento. Figuró en la Corte del Rey Católico y en la del Duque de Alba, del que fue ayo. Conocida es su firme amistad con Garcilaso, allí anudada. Pasó la mayor parte de su vida en Barcelona, donde murió en 1542.

Su obra poética dividida en tres libros encierra en el primero de ellos sus composiciones a la manera tradicional; «esta poesía de tiquismiquis, dice Menéndez Pelayo, que tomada a muy pequeñas dosis puede entretener un momento, resulta empalagosísima cuando se la ve reunida en las páginas de un libro para las cuales no se compuso ciertamente». Boscán continúa la tradicional batalla de conceptos ingeniosos y antítesis satíricas que ya conocemos; influyen en él, principalmente, Petrarca y Ausias March. Esta influencia se acrece, si cabe, en las composiciones endecasílabas: noventa y dos sonetos, diez canciones, una «Epístola a D. Diego Hurtado de Mendoza», la «Octava Rima» y, finalmente, «Leandro», evocación de la leyenda clásica de Hero y Leandro, en verso libre. De este grupo de poesías se destacan por su valor expresivo y personal la serie de los sonetos calcados muchos de ellos de los modelos ya citados, y de otros como el Bembo, tienen el enorme interés de iniciar el tono apasionado y melancólico del amor que dura un siglo de nuestra poesía.

Boscán fue un poeta dulce y tranquilo, de felicísimo vivir junto a su esposa, doña Ana Girón, que editó sus versos junto a los de Garcilaso, en simbólica hermandad. Véase la perfecta estampa de su felicidad conyugal en la «Epístola a Diego Hurtado de Mendoza».

BIBLIOGRAFÍA. *Obras*: Ed. Knapp, Madrid, 1875. *Las Treinta*, ed. Keniston, Nueva York, 1911. De la edición *Juan Boscán y el cancionerillo barcelonés*, de Martín de Riquer, Barcelona, 1942, tomamos el soneto que figura al final de nuestra selección.

POESÍAS DE TIPO TRADICIONAL

1

Señora, pues que no espero
remedio del mal que muero,
pidiendo cuán poco pido,
yo me doy por tan perdido,
que en mí siento
que se parte el sufrimiento
que debiera ser partido.

Y tras él va la esperanza
que de vos nunca la alcanza;
yo solo cautivo quedo,
tan triste, que más no puedo.
¿Qué haré?
«Que sufra», dice la fe.
«Que no sufra», dice el miedo.

Cuando tengo en la memoria
que en sufrir se gana gloria,
he por bien, y lo consiento
que se sufra el mal que siento;
mas ahora,
ya no es posible, señora,
que se va mi sufrimiento.

El se va, yo quedo en prendas
con aquellas mis contiendas
que salen del pensamiento.
¿Qué haré? Que mi tormento
ya es afrenta,
y el temor se me presenta
cuando a vos yo me presento.

Cuando presente me hallo,
ni bien hablo, ni bien callo,
y en ausencia tal me siento,
que muero sin algún tiento
por buscaros,
y en tanto miedo de hallaros,
que si os hallo, me arrepiento.

Tan usado a la pasión
es mi triste corazón,
que estoy diestro en padecella;
ved qué cuerda es mi querella,
qué compuesta,
qué importuno por respuesta
y muero de miedo della.

Así yo triste me veo,
con un miedo y un deseo
tan puestos en combatirme,
que no sé de vos partirme
de perdido,
y mil veces me despido
sin que pueda despedirme.

Y después, ya de ser ido,
quedo tan arrepentido
que el alma luego me deja ;
yo, en ver que mi bien se aleja,
nunca dejo
de quejar, y no me quejo,
pues no sé de quién dé queja.

Señora doña Isabel,
tan cruel
es la vida, que consiento
que me mata mi tormento
cuando menos tengo dél.

Pero vivo
con la gloria que recibo,
tan ufano en los amores,
que procuro de estar vivo
porque vivan mis dolores.

Vivo de mi pensamiento
tan contento,
que es mi congoja mayor
si no hallo el sufrimiento
conforme con el dolor.

Yo querella
no puedo de vos tenerla ;
sólo de mí estoy quejoso,
si mi pena en padecerla
me conoce temeroso.

La pena queda vencida,
ya perdida,
pues vuestra merced, señora,
ha sido la vencedora
de las fuerzas de mi vida.

De tal suerte,
que no puede ya la muerte
ser conmigo sino muerta,
pues tengo por buena suerte
ser en mí la pena cierta.

Mis congojas de bien llenas
son tan buenas
por la causa que es tan buena,
que no podéis darme pena
sino con no darme penas.

Mas parece
que un contrario se me ofrece
tan grave, que ved cuál quedo
que el alma dice padece
y el cuerpo dice no puedo.

POESÍAS DE TIPO ITALIANO

SONETOS

1

En memoria de Garcilaso

Garcilaso, que al bien siempre aspiraste
y siempre con tal fuerza le seguiste,
que a pocos pasos que tras él corriste,
en todo enteramente le alcanzaste.

Dime : ¿por qué tras ti no me llevaste?
Cuando desta mortal tierra partiste,
¿por qué al subir a lo alto que subiste,
acá en esta bajeza me dejaste?

Bien pienso yo que si poder tuvieras
de mudar algo lo que está ordenado,
en tal caso de mí no te olvidaras,

Que, o quisieras honrarme con tu lado,
o, a lo menos, de mí te despidieras;
o, si esto no, después por mí tornaras.

2

Nunca de amor estuve tan contento,
que en su loor mis versos ocupase,
ni a nadie aconsejé que se engañase
buscando en el amor contentamiento.

Esto siempre juzgó mi entendimiento,
que deste mal todo hombre se guardase,
y así, porque esta ley se conservase,
holgué de ser a todos escarmiento.

¡Oh vosotros que andáis tras mis escritos,
gustando de leer tormentos tristes,
según que por amar son infinitos!

Mis versos son deciros: «¡Oh benditos
los que de Dios tan gran merced hubistes,
que del poder de amor fuésedes quitos!»

3

Las llagas, que de amor son invisibles,
quiero como visibles se presenten,
porque aquellos que humanamente sienten
se espanten de accidentes tan terribles.

Los casos de justicia más horribles
en público han de ser, porque escarmienten
con ver su fealdad y se amedrenten
hasta los corazones invencibles.

Yo traigo aquí la historia de mis males,
donde hazañas de amor han concurrido
tan fuertes, que no sé cómo contarlas.

Yo sólo en tantas guerras fuí herido,
y son de mis heridas las señales
tan feas, que he vergüenza de mostrarlas

4

Mas mientras más yo desto me corriere,
más convenga mostrar mis desventuras,
que así serán pagadas mis locuras
con la triste vergüenza que sintiere.

Y cada vez que bien me arrepintiere,
gran logro llevaré de mis tristuras;
desta cura saldrán otras mil curas
para mí y para quien verme quisiere.

Por el ancho camino por do fueren
todos, verán mi triste monumento,
y verán de mi muerte el gran letrero.

Temblando quedarán en un momento
cuantos allí miraren y leyeren
un modo de morir tan lastimero.

5

¿Quién tendrá en sí tan duro sentimiento
que en ver mi mal la vuelta no dé luego?
¿Quién tan loco será, o será tan ciego,
que los ojos no cierre a mi tormento?

Delante van las penas que en mí siento,
dando nuevas de mi desasosiego,
y en las manos llevando el vivo fuego
do ardiendo está mi triste pensamiento.

Los que tras mí vengan, si se perdieren,
no sé cómo podrán ser disculpados;
morirán a sabiendas, si muriesen.

Dignos serán de ser al campo echados
por mano de las gentes que los vieren
tan adrede morir desesperados.

6

Vuelve el deseo a levantar su rueda,
reverdece y barrunta ya el verano;
la tierra viste su color temprano;
mozo está el año, al buen estado rueda.

El alma en su esperanza se está queda;
aunque avisos le dan de mano en mano,
flores vendrán, mas nunca vendrá el grano;
con hambre quedará, si en esto queda.

No quedaré sino muy mantenido,
que al desear mantiénele el deseo.
Yo traigo en mí lo que para mí pido.

Quiero querer, y es mi querer cumplido;
mas en tal tiempo, a veces, me proveo,
que es mayor hambre estar más proveído.

7

Traducción de Petrarca

Solo y pensoso en páramos desiertos,
mis pasos doy cuidosos y cansados,
y entrambos ojos traigo levantados,
a ver, no vea alguien mis desconciertos.

Mis tormentos así vienen tan ciertos,
y van mis sentimientos tan cargados,
que aun los campos me suelen ser pesados,
porque todos no están secos y muertos.

Si oigo balar acaso algún ganado,
y la voz del pastor da en mis oídos,
allí se me revuelve mi cuidado,

y quedan espantados mis sentidos,
cómo ha sido no haber desesperado
después de tantos llantos doloridos.

A LA DUQUESA

¿A quién daré mis amorosos versos,
que pretenden amor con virtud junto,
y desean también mostrarse hermosos?
A ti, señora, en quien todo esto cabe,
a ti se den; por cuanto si carecen
de estas cosas que digo que pretenden,
en ti las hallarán cumplidamente.
Recógelos con blanda mansedumbre,
si vieres que son blandos, y si no
recógelos como ellos merecieren.
Y si después te importunaren mucho
con llorar, porque así suelen hacerlo,
no te parezcan mal sus tristes lloros,
que pues que son sus lágrimas con causa,
no sólo es gran razón que se consientan,
mas han de ser dolidas y lloradas
por todos los que vieren donde caen.
Ellos se van huyendo de mis manos
pensando que podrán vivir doquiera;
pero según han sido regalados
y poco corregidos en sus vicios,
a peligro andarán si en ti no hallan
manera de vivir en sus regalos
y amparo por valerse en sus errores.
Si pasaren con honra, dales vida,
y si no, no les quites el remedio
que el tiempo les dará con su justicia:
que mueran y que los cubra la tierra,
y la tierra será el eterno olvido.

CANCIÓN

Gentil señora mía,
yo hallo en el mover de vuestros ojos
un no sé qué, no sé cómo nombrallo,
que todos mis enojos
descarga de mi triste fantasía.
Busco la soledad por contemplallo,
y en ello tantos gustos de bien hallo,
que moriría si el pensar durase.
Mas este pensamiento es tan delgado,

que presto es acabado,
y conviene que en otras cosas pase.
Porfío en más pensar,
y estoy diciendo si esto no acabase.
Mas después veo que tanto gozar
no es de las cosas que pueden durar.

Yo pienso si allá arriba,
donde está el Movedor de las estrellas,
las obras que se ven son de esta arte:
¿por qué, para bien vellas,
de mí no huye mi alma tan cautiva?
¿Por qué no abre la cárcel y se parte
a do, de tanto bien, lleve su parte?
Tras esto, en ver que sois vos la que quiero
bendigo, pues que vos estáis aquí,
la hora en que nací
y el suelo en que los pies puse primero:
y por no ver finida
la voluntad que os tengo y la que espero,
muero tanto por alargar la vida,
que siempre pienso tenella perdida.

Vuestro gentil semblante,
tan grandes son las fuerzas que en mí tiene,
que alguna vez me pesa verle tal.
Mi alma no sostiene
ver junto tanto bien en un instante,
y más, que tan gran bien es muy gran mal.
¿Cómo durará un ser tan desigual?
Vuestro es el gesto y el mirar es mío.
Y mientras más vuestra hermosura crece,
mi vista más padece,
tanto, que ya a sufrirse es desvarío.
Totalmente ha de ser
forzado en este crudo desafío,
que vos dejéis, o templéis vuestro ser,
o yo, señora, que os deje de ver.

Las cosas que os contemplo
cuando os las miro, no pueden venir
a la medida de un hombre que muere.
No puedo yo sentir
de hermosura un tan subido ejemplo.
Por fe os ha de querer aquel que os quiere.
Gran parte de su gloria, quien os viere,
la perderá por falta de sentirla.
Así que os empobrece la riqueza.
Pues vuestra gentileza,
de mucha, no es de creerla ni decirla.
Si yo pudiese gozarla,
mi bienaventuranza, o recibirla,
como vos, mi señora, podéis darla,
yo bien podría ya bien alcanzarla.

Bien proveen mis penas
en templar la calor de mi deseo.

Forzado es echar agua a tanto fuego.
El miedo, cuando os veo,
hiela toda mi sangre por las venas;
refrena al gozo y al desasosiego.
¡Oh extraño mal!, que he de buscar sosiego
entre el dolor y la desconfianza.
El extremo del bien es tanto y tal,
que otro extremo de mal
le ha de sanar y le ha de dar templanza.
Contrarios elementos
sostienen al amor en su balanza.
Si a un cabo echasen mis pensamientos,
muy presto faltarían sus cimientos.

Levántase el quereros
tan sin tino, que ya no sé que quiero.
He de venir a no querer ya nada.
Por cien mil cosas muero,
y no sé cuándo os veo sino veros.
Al primer paso acabo la jornada.
Gran cuenta traigo siempre comenzada,
y que es tiempo de darla bien lo siento,
ya que llego y el darla está en la mano,
paréceme temprano,
y fundo por razón mi encogimiento.
Delante de vos puesto
mi corazón, que en vos siempre está atento,
hace tantas mudanzas y tan presto
cuantas son las que hace vuestro gesto.

Busco lo más seguro,
dilatando lo que es más necesario
por una cierta temerosa vía.
Jamás falta contrario
en lo que quiero ni en lo que procuro.
Esta dicha mil años ha que es mía;
si yo la viese, yo la conocería.
Amor me hiere y luego se me esconde.
Yo lo perdono, mas también me ensaño
de ver que con engaño
se me va lo mejor no sé por dónde.
Pensad lo que os merezco,
que llamo siempre a quien no me responde;
y en los mayores casos que padezco,
deseo el bien y el mal os agradezco.

Canción, ya puedes ir a quien tú sabes;
y si al volver me quieres hacer fiesta,
no cures tú de darme su respuesta.

RESPUESTA DE BOSCÁN A DON DIEGO DE MENDOZA

Holgué, señor, con vuestra carta tanto,
que levanté mi pensamiento luego
para tornar a mi olvidado canto.

Y así, aunque estaba a oscuras como ciego,
sin saber atinar por dónde iría,
cobré tino en la luz de vuestro fuego.

La noche se me hizo claro día,
y al recordar mi soñoliento estilo,
vuestra musa valió luego a la mía.

Vuestra mano añudó mi roto hilo
y mi alma regó vuestra corriente
con más fertilidad que riega el Nilo.

Por do mi escribir ora no siente
fértil vena, será la causa dello
ser mi ingenio incapaz naturalmente.

Pero viniendo a nuestro presupuesto,
digo también que el no maravillarse
es propio de juicio bien compuesto

Quien sabe y quiere a la virtud llegarse,
pues las cosas verá desde lo alto,
nunca tendrá de qué pueda alterarse.

Todo lo alcanzará sin dar gran salto;
sin moverse andará por las estrellas,
seguro de alborozo y sobresalto.

Las cosas naturales verá bellas,
y bien dirá entre sí que son hermosas;
pero no parará por eso en ellas.

Subirse ha al Movedor de todas cosas,
y allí contemplará grandes secretos,
hasta en las florecillas y en las rosas.

Allí verá con causas los efectos.
Y viendo los principios y su fuente,
no habrá maravillar en sus conceptos.

Verá el correr del sol resplandeciente,
y la velocidad incomparable
con que va de Levante hasta Poniente.

Verá la luna y su mover mudable,
acá y allá mostrando desatinos,
tanto, que a los antiguos fué admirable

Verá mil otros cursos y caminos,
según que por acá nuevas tenemos
de los siete planetas por los finos.

Verá, en fin, más que todo cuanto vemos.
Y en maravillas no maravillado
estará, sin sentir jamás extremos.

Como digo, en lo alto irá encumbrado,
y viendo desde allí nuestras bajezas,
llorará y reirá de nuestro estado.

Nuestras fuerzas dirá que son flaquezas,
tendrá nuestros deleites por fatigas
y nuestras abundancias por pobrezas.

Los hombres antojársele han hormigas,
los robles pensará que son retamas,
y a todo podrá hacer doscientas higas.

¿Qué gracia para él serán las damas?
¿Qué burla eterna en ver las diligencias
que tienen en soplar ardientes llamas?

Tendrá el saber nacido de experiencias,
y sobre la mundana sinrazón
falso estará y dará grandes sentencias.

Decid: ¿si veis bailar, no oyendo el son,
de los que bailan no estaréis burlando
y no os parecerá que locos son?

Así, el sabio que vive descansando,
sin nunca oír el son de las pasiones,
que nos hacen andar como bailando,

sabrá burlar de nuestras turbaciones
y reírse ha de aquellos movimientos
que verá hacer a nuestros corazones.

. . . . . .

El estado mejor de los estados
es alcanzar la buena medianía
con la cual se remedian los cuidados.

Y así ya, por seguir aquesta vía
heme casado con una mujer
que es principio y fin del alma mía.

Esta me ha dado luego un nuevo ser,
con tal felicidad, que me sostiene
llena la voluntad y el entender.

Esta me hace ver que ella conviene
a mí y las otras no me convenían.
A ésta tengo yo, y ella me tiene.

En mí las otras iban y venían,
y a poder de mudanzas a montones,
de mi puro dolor se mantenían.

Eran ya para mí sus galardones
como tesoros por encantamientos
que luego se volvían en carbones.

Ahora son los bienes que en mí siento,
firmes, macizos, con verdad fundados
y sabrosos en todo el sentimiento.

Solían mis placeres dar cuidados,
y al tiempo que venían a gustarse
ya llegaban a mí casi dañados.

Ahora el bien es bien para gozarle,
y el placer, es lo que es, que siempre place,
y el mal ya con el bien no ha de juntarse.

Al satisfecho, todo satisface;
y así también a mí, por lo que he hecho,
cuanto quiero y deseo se me hace.

El campo que era de batalla el lecho,
ya es lecho para mí de paz durable.
Dos almas hay conformes en un pecho.

La mesa en otro tiempo abominable,
y el triste pan que en ella yo comía,
y el vino que bebía lamentable,

infectándome siempre alguna arpía
que en mitad del deleite, mi vianda
con amargos potajes envolvía.

Ahora el casto amor, acude y manda,
que todo se me haga muy sabroso
andando siempre todo como anda.

De manera, señor, que aquel reposo
que nunca alcancé yo, por mi ventura,
con mi filosofar triste y pensoso,

una sola mujer me le asegura,
y en perfecta sazón me da en las manos
victoria general de mi tristura.

. . . . . .

Déjenme estar contento entre mis cosas
comiendo en compañía mansamente
comidas que no sean sospechosas.

Conmigo y mi mujer, sabrosamente
esté, y alguna vez me pida celos
con tal que me los pida blandamente.

Comamos y bebamos sin recelos
la mesa de muchachos rodeada,
muchachos que nos hagan ser abuelos.

Pasaremos así nuestra jornada,
ahora en la ciudad, ora en la aldea,
porque la vida esté más descansada.

Cuando pesada la ciudad nos sea
iremos al lugar con la compaña
a donde el importuno no nos vea.

Allí se vivirá con menos maña
y no habrá el hombre tanto de guardarse
del malo o del grosero que os engaña.

Allí podrá mejor filosofarse
con los bueyes, y cabras, y ovejas,
que con los que del vulgo han de tratarse.

Allí no serán malas las consejas
que contaron los simples labradores
viniendo de arrastrar las duras rejas.

¿Será, pues, malo allí tratar de amores
viendo que Apolo con su gentileza
anduvo enamorado entre pastores?

Y Venus, ¿no se vio en grande estrecheza
por Adonis vagando entre los prados.
según la antigüedad así lo reza?

Y Baco, ¿no sintió fuertes cuidados
por la cuitada que quedó durmiendo
en mitad de los montes del poblado?

Las ninfas, por las aguas pareciendo,
y entre las arboledas las driadas
se ven con los faunos rebullendo.

Nosotros seguiremos sus pisadas,
digo yo, y mi mujer, nos andaremos,
tratando allí las cosas namoradas.

A do corra algún río nos iremos
y a la sombra de alguna verde haya,
a do estemos mejor, nos sentaremos.

Tenderme allí la halda de su saya
y en regalos de amor habrá porfía,
cuál de entrambos hará más alta raya.

El río correrá por do es su vía ;
nosotros correremos por la nuestra
sin pensar en la noche ni en el día.

El ruiseñor nos cantará a la diestra,
y vendrá sin el cuervo la paloma
haciendo en su venida alegre muestra.

No tendremos envidia al que está en Roma
ni a los tesoros de los asianos
ni a cuanto por acá del India asoma.

Tendremos nuestros libros en las manos
y no se cansarán de andar contando
los hechos celestiales y mundanos.

Virgilio a Eneas estará cantando,
y Homero, el corazón de Aquiles fiero,
y el navegar de Ulises rodeando.

Propercio tendrá allí por compañero,
el cual dirá con dulces armonías
del arte que a su Cintia amó primero.

Catulo acudirá por otras vías,
y llorando de Lesbia los amores,
sus trampas llorará y chocarrerías.

Esto me advertirá de mis dolores,
pero volviendo a mi placer presente
tendré mis escarmientos por mejores.

Ganancia sacaré del accidente,
que otro tiempo mi sentir turbaba,
trayéndome perdido entre la gente.

Que haré de acordarme cual estaba,
viéndome cual estoy, que estoy seguro
de nunca más pasar lo que pasaba.

En mí fuerte estaré, dentro en mi muro,
sin locura de amor ni fantasía
que me pueda vencer con su conjuro.

Como digo, estaré en mi compañía,
en todo me hará el camino llano
su alegría mezclando con la mía.

Su mano me dará, dentro en mi mano,
y acudirán deleites y blanduras
de un sano corazón en otro sano.

Los ojos holgarán con las verduras
de los montes y prados que veremos;
y con las sombras de las espesuras

el correr de las aguas oiremos;
y su blando venir por las montañas,
que a su paso vendrán donde estaremos.

El aire moverá las verdes cañas,
y volverán entonces los ganados
balando por llegar a sus cabañas.

En esto, ya que el sol por los collados
sus largas sombras andará encumbrando,
enviando reposo a los cansados,

nosotros nos iremos paseando
hacia el lugar do está nuestra morada
en cosas que veremos platicando.

. . . . . .

Mosén Durall allí estará muy junto,
haciendo con su trato y su nobleza
sobre nuestro placer el contrapunto.

Y con su buen burlar y su llaneza
no sufrirá un momento tan ruin
que en nuestro gran placer mezcle tristeza.

No faltará Jerónimo Agustín,
con su saber sabroso y agradable
no menos que en romance en el latín.

El cual, con gravedad mansa y tratable,
contando cosas bien por él notadas,
nuestro buen conversar hará durable.

Las burlas andarán por él mezcladas
con las veras así con tal razón,
que unas de otras serán bien ayudadas.

En esto acudirá el buen Monlleón,
con quien todos holgar mucho solemos,
y nosotros y cuantos con él son.

El nos dirá y nosotros gustaremos,
él reirá y hará que nos riamos,
y en esto enfadarse ha de cuanto haremos.

Otras cosas habrá que las callamos,
porque tan buenas son para hacerse,
que pierden el valor si las hablamos.

Pero tiempo es, en fin, de recogerse,
porque haya más para otro mensajero,
que si mi cuenta no ha de deshacerse,

no será, yo os prometo, éste el postrero.

OCTAVA RIMA

En el lumbroso y fértil Oriente,
adonde más el cielo está templado,
vive una sosegada y dulce gente.
la cual en sólo amar pone el cuidado.
Esta jamás padece otro accidente
si no es aquel que amores han causado ;
aquí gobierna y siempre gobernó
aquella reina que en la mar nació.

Aquí su cetro y su corona tiene,
y desde aquí sus dádivas reparte;
aquí su ley y su poder mantiene
mucho mejor que en otra cualquier parte.
Aquí si querelloso alguno viene,
sin queja y sin pesar luego se parte;
aquí se gozan todos en sus llamas,
presentes las figuras de sus damas.

Amor es todo cuanto aquí se trata,
es la sazón del tiempo enamorada;
todo muere de amor o de amor mata,
sin amor no veréis ni una pisada.
De amores se negocia y se barata,
toda la tierra en esto es ocupada;
si veis bullir de un árbol una hoja,
diréis que amor aquello se os antoja.

Amor los edificios representan,
y aun las piedras aquí diréis que aman;
las fuentes así blandas se presentan,
que pensaréis que lágrimas derraman.
Los ríos, al correr, de amor os tientan,
y amor es lo que sueñan y reclaman;
tan sabrosos aquí soplan los vientos,
que os mueven amorosos pensamientos.

Sobre una fresca y verde y grande vega,
la casa de esta reina está asentada;
un río alrededor toda la riega,
de árboles la ribera está sembrada;
la sombra de los cuales al sol niega
(en el solsticio) la caliente entrada.
Los árboles están llenos de flores,
por do cantando van los ruiseñores.

Otros arroyos mil andan corriendo,
acá y allá sus vueltas rodeando;
diversos laberintos componiendo,
los unos por los otros travesando.
Las flores de los árboles cayendo,
las dulces aguas andan meneando;
y cada flor que destas allí cae,
parece que al caer amor la trae.

El poeta sigue describiendo la amenidad del sitio, la hermosura de los árboles y praderíos, y los seres mitológicos que lo pueblan. Venus reina allí y en su boca se pone el siguiente elogio de Barcelona.

Ciudades hay allí de autoridad
que alcanzan entre todas gran corona;
pero entre estas ciudades, la ciudad
que más es de mi gusto es Barcelona.
Yo puse en ésta toda mi verdad,
y puse todo el ser de mi persona,

con todo aquel regalo y lozanía
que por tesoro está en mi fantasía.

» Lo primero le di el cielo, templado
con una eterna y blanda primavera ;
dile el suelo después, llano y cercado
de vegas y de mar con gran ribera.
Y dile el edificio enamorado
tal cual yo de mi mano le hiciera ;
el sol veréis que allí mejor parece,
y la luna también más resplandece.

» Y dile más mujeres tan hermosas,
que vuelan por el mundo con sus famas,
dulces, blandas, discretas y graciosas.
no sé cómo nacidas para damas.
En amores honestas y sabrosas,
encienden sin soplar ardientes llamas ;
cuanto hallan apandan con los ojos
y andan ricas después con los despojos.

» Esta ciudad de mí tanto querida,
después que con mis largos beneficios
entre todas se halla ennoblecida,
acuerda de hacerme deservicios,
y así, perversa y mal agradecida,
inventa contra mí mil maleficios ;
maleficios que dan malos ejemplos
contra los sacrificios de mis templos.

Venus encarga al poeta que, con su hijo Cupido, vaya a Barcelona donde existen dos damas de singular hermosura.

» Y tomaréis mi hijo, bien armado
con las fuertes saetas que les tire ;
mas cuando hayáis a ellas ya llegado,
por el Niño mirá que no las mire.
De sólo su tirar tenga cuidado ;
de suerte que en tirando se retire.
¿Paréceos que sería buen concierto
que amor, yendo a matar, quedase muerto? »

Puesto fin al hablar fuése, dejando
el aire con suavísimos olores ;
y por alrededor iban volando
mil amores allí, cantando amores.
Hecho esto, quedaron aderezando
su partida los dos embajadores ;
y con tanto, se fueron otro día
a la hora que ya el sol esclarecía.

Hacia las tierras fueron caminando
que por el solo Nilo son regadas ;
y anduvieron después atravesando
por las Alejandrinas encontradas.

Y a más andar, o a más volar, pasando
por Creta y Rodas, islas celebradas,
fueron a dar consigo en la gran Grecia,
adonde el mar se junta de Venecia.

Y desde allí pasaron adelante,
adonde fue Parthénope enterrada,
y luego a la ciudad siempre triunfante
allegaron haciendo su jornada.
Y por ellos después, en breve instante
(Italia y Francia siendo atravesada)
subieron sin hacer ningún rodeo
a la cumbre del alto Pirineo.

Y tras esto, pasando por Gerona
y por otros lugares no nombrados,
pararon un buen rato en Badalona,
hasta que el sol se fue de los collados.
Y así entraron de noche en Barcelona,
adonde fueron bien aposentados;
y ambos allí y el Niño reposaron
y su razonamiento concertaron.

Otro día, después que el sol luciente
alumbró ya los altos edificios
y a bullir empezó toda la gente
en sus acostumbrados ejercicios,
mostrada fue de Venus la patente
que de los dos mostraba los oficios,
y allí juntáronse las dos señoras
a ser de la embajada sabedoras.

Explican su Embajada y dice una de las damas la eternidad del amor y de la poesía:

»Amor, a cosas altas nos levanta
y en ellas levantados nos sostiene;
amor, las almas de dulzura tanta
nos hinche, que con ellas nos mantiene.
Amor, cuando a su son nos tañé y canta;
transportados en sí nos manda y tiene;
amor gobierna todo lo creado
con el orden por él al mundo dado.

»La tierra, el mar, el aire y más el fuego
lo visible también, con lo invisible;
con lo mudable, el eternal sosiego,
lo que no siente y todo lo sensible,
amor, tú lo gobiernas con tu ruego;
ruego que es mando y fuerza incomprensible;
tu propio asiento está y tu fortaleza
en la más alta y más eterna alteza.

»Y desde allí no sólo las estrellas
y los cielos amor gobierna y manda;
pero manda otras cosas que hay más bellas
sobre el cielo que más ligero anda.

Aquestas mueve allí como centellas
una virtud que nunca se desmanda;
virtud que del amor desciende y llueve
y poco a poco allí todo lo mueve.

»Aquesta corporal nuestra gran carga
(que nos trae los pechos por el suelo)
tan blanda y diestramente la descarga,
que nos hace soplar en alto vuelo.
Nuestra cárcel nos abre y desembarga
mostrando la salida para el cielo;
y después ya de muertos y enterrados
nos hace que seamos más nombrados.

»Esta fundó las cumbres de Parnaso
y los templos que en Cipro se levantan;
esta llovió con abundante vaso
cuantos versos de amor acá se cantan.
Esta teje y compone cualquier caso
de los casos que siempre nos espantan;
y mueve nuestros pies y nuestras manos
a sentimientos mucho más que humanos.

»Esta hizo que aquel gran Veronés
por su Lesbia cantase dulcemente;
e hizo por Corinna al Selmonés
abrir la vena de su larga fuente.
Cantadas Delia y Cintia, las vírgenes,
por Tíbulo y Propercio juntamente,
todos éstos y éstas se perdieran
si esta virtud de amor no recibieran.

»Esta guió la pluma al gran toscano
para pintar su Laura en su figura;
e hizo a miser Cino andar lozano
loando de Salvagia la hermosura.
Y por pasar al vuestro castellano,
ésta puso al de Mena gran altura,
y le movió su alma y su sentido
a cantar, ¡ay!, dolor del dolorido.

»Y al bachiller que llaman de la Torre
ésta esforzó la fuerza de su estilo;
tanto, que dél la fama tira y corre
del Istro al Tago y del Tago hasta el Nilo.
Y otro que ahora a la memoria acorre,
que por amar perdió del seso el hilo:
Garcisánchez se llama; ésta le puso
en las finezas que de amor compuso.

»Esta también al andaluz de Haro
le levantó sus versos, levantando;
y le hizo que al mundo fuese raro
sus tormentos de amor notificando.
Y al de Vivero dió juicio claro
sus escritos moviendo y concertando,

y haciéndole de puro enamorado
comenzar : « Si no os hubiera mirado ».

» Y aquel que nuestro tiempo trajo ufano :
el nuestro Garcilaso de la Vega,
esta virtud le dio con larga mano
el bien que casi a todo el mundo niega.
¡Oh su verso latino y castellano
que desde el Helicón mil campos riega!
¡Oh dichoso amador, dichoso amado
que del amor acrecentó el estado!

» Y el grande catalán de amor maestro :
Ausias March, que en su verso pudo tanto,
que enriqueció su pluma el nombre nuestro
con su fuerte y sabroso y dulce llanto.
Amor le levantó y le hizo diestro
en levantar su dama con su canto
y en extender su nombre de tal suerte
que no podrá vencerle con la muerte.

» Y aquí tenéis también en vuestra tierra
otro, que Gualbes dicen que se llama,
cuyo escribir en su amorosa guerra
señala el gran ardor de su gran llama.
De manera que quien de amar no yerra
dará y recibirá muy alta fama,
y andará por el mundo la su gloria
renovando en las gentes la memoria.

LEANDRO

Canta con voz süave y dolorosa,
¡oh musa!, los amores lastimeros,
que en suave dolor fueron criados ;
canta también la triste mar en medio,
y a Sesto de una parte y de otra Abydo,
y amor acá y allá, yendo y viniendo,
y aquella diligente lumbrecilla,
testigo fiel y dulce mensajera
de dos fieles y dulces amadores.
¡Oh merecíente luz de ser estrella
luciente y principal en las estrellas,
que fueron desde acá al cielo enviadas
y alcanzaron allá notables nombres!
Pero comienza ya a cantar, musa,
el proceso y el fin de estos amantes,
el mirar, el hablar, el entenderse,
el ir del uno, el esperar del otro,
el desear y el acudir conforme,
la lumbre muerta y a Leandro muerto.

Sesto y Abydo fueron dos lugares
a los cuales, enfrente uno del otro,
éste en Asia y aquél siendo en Europa,

un estrecho de mar los dividía.
Con sus ondas Neptuno en ellos daba.
Oíanse los gallos y los perros
de entrambos, y los humos se topaban.
El dios de amor, contra estos dos lugares,
por su placer, o por lo que se sabe,
su mano convirtió con tanta fuerza,
que aún hizo mayor mal del que pensaba.
Y en ambos dio con una sola flecha,
dando en el corazón de un gentil mozo.
Y en otro corazón de una doncella.
Los nombres de los cuales eran éstos:
era Leandro el dél, y el de ella, Hero;
iguales en linaje y en hacienda,
en valer, en saber y en hermosura.
El estaba en Abydo, y ella, en Sesto.
Dambos lugares ambos eran gloria,
honra y placer de sus contentos padres,
aunque tamaño bien, algunas veces,
en tanta mocedad le recelaban.
En Sesto una alta torre Hero tenía
sobre la mar, en buen asiento puesta,
dentro en la cual moraba, repartiendo
sus horas en honestos ejercicios,
para vivir sabrosa y cuerdamente.
Este lugar sus padres se le dieron;
pero no se le dieron, por guardarla,
con guardas, ni con premias, ni estrecheces.
Su misma voluntad era su guarda.
Su vivir era libre, mas no suelto;
haciendo su querer cuanto quería,
no hacía sino lo razonable,
y en esta discordancia concordaba.
Alegre estaba estando retraída;
no buscaba solaz ni pasatiempos;
antes los pasatiempos la buscaban.
Virgen y virginal su vivir era;
no andaba en competencias, ni asonadas,
ni en cuentas con ajenas hermosuras.
Tan apartada de tener envidia
estaba, que aun de quien se la tenía
se dolía entre sí y se lastimaba.

El recato de su vida se rompe un día de fiesta.

Llegaba la sazón del santo día:
los sestios en el cual solemnizaban
la gran fiesta de Venus y de Adonis.
Cubiertos los caminos y los campos
iban de gente alegre y presurosa;
los unos caminando con silencio,
los otros con cantar alegres himnos,
hacia el templo donde eran estas fiestas.
Ni hombre ni mujer hubo en las islas
del Egeo, ni en todo el Helesponto,
ni adonde en la Cythere en cielos quema,

que aquestos sacrificios no acudiesen.
Muchos de Cypro y muchos de Thesalia
fueron aquí, y Frigia, y las montañas
del Líbano quedaron despobladas.
Pues tras éstos ya veis si los de Sesto
y de Abydo pudieron excusarse
de acudir por su parte en tal jornada.
Todos fueron en son de alegre fiesta,
ceñidas sus cabezas de arrayanes,
diversidad de flores esparciendo,
flores que amor y amores influían.
Los mancebos, en quien la sangre hierve,
de la solemnidad curaban poco;
no curaban sino de las mujeres.
Vían entrar las unas y las otras;
de las unas notaban hermosura,
de las otras notaban otras gracias.
Ellos, estando así, veis donde asoma,
por la más principal puerta del templo,
Hero. La virgen generosa, ilustre,
entraba con sus rayos de hermosura,
acá y allá mil gracias descubriendo,
mil gracias que encubrir no se podían.
Como salir la blanca aurora suele,
con su color las rosas imitando
y el oro figurando en sus cabellos,
y al su salir las gentes se alborozan
y empiezan a sentir nueva alegría,
renovándose en sus viejos trabajos,
así salió la virgen, cuando entraba,
por el templo de Venus, y así iba,
haciendo estar atentos mil sentidos.
Movía con su gesto y refrenaba
cuantos eran allí, y en un momento
contrarios accidentes producía.
En su cuerpo su alma se mostraba
y víale también claro en su alma,
que a tal alma tal cuerpo se debía.
Levantaba los ojos a su tiempo,
sin parecer que se acordaba dello
dando con un descuido mil cuidados.
El andar, el mirar, el estar queda,
andaban en tal son, que descubrían
un cierto no sé qué tan admirable,
tan tendido por todo y por sus partes
con tal orden y fuerza recogido,
que era imposible darle lugar cierto,
y con su luz tan presto daba el golpe,
que sin herir, al parecer, mataba,
como rayo que mata al primer punto.

Todos prorrumpen en elogios de Hero.

Estas tales razones y otras muchas
decían todos éstos con ardientes
suspiros y alborozos entrañables.

Sólo Leandro calla y sólo muere,
sólo cierra su boca y aun sus ojos,
apretándose en su profunda llaga.
Como el doliente que su muerte teme,
que no osa decir donde le duele,
y de miedo del mal se da por sano,
de flaco y apretado haciendo esfuerzos.
Así el cuitado de Leandro estaba,
sintiéndose venir su muerte cerca.
Conoció la saeta emponzoñada,
vió la mano de donde salió el tiro,
sintió que al corazón le acudió el golpe,
entendió más, cual llaga se le hizo,
y concluyó que por manera alguna
no podía escaparse de la muerte.
Pero desengañado se engañaba,
y dábase a entender que viviría,
y viendo la verdad se daba maña
a creer no sé cómo la mentira.
Él, luego que la virgen vió en el templo,
estuvo sobre sí como espantado
de un tan gran milagro de hermosura.
Y en verdad quisiera hallarse lejos
de un peligro tan presto y tan extraño;
y diera por entonces todo el gusto
y todo el bien de ver un bien tamaño,
por no verse en un mal de tanto aprieto.
Tras esto revolvió su sentimiento,
y empezó a recibir aquella vista
de aquel sol que aserenaba el mundo.
Dejó extender sus rayos por su alma
echando su calor y luz por ella,
y así le esclareció y él levantóle
con nuevos alborozos levantados,
y empezó con amor a entrar en cuenta,
acordando de no dejar morirse.
El esperanza allí vino a su tiempo,
prometiéndole muy fundadamente
cosas que ya el deseo le pedía.
Y allí el fuego extendió sus vivas llamas,
y empezaron a hacerle grandes torres
de amor, y de verdad, y no de viento.
Él echaba sus ojos en los della,
y ella también alguna vez alzaba
los suyos hacia él, de tal manera,
quél no podía bien certificarse
aquello si era acaso o si era adrede.
Con esto, andaba amor más en su fuerza.
Mas como quiera, en fin, que aquesto fuese,
si los ojos de entrambos se topaban,
allí era el salir a recibirse,
allí era el mezclarse de las almas;
no embargante que aquella de Leandro
la mayor parte del camino andaba,
Las saetas de amor eran espesas;

de los ojos al corazón volaban,
y allí luego la hierba se envolvía
con la más pura sangre que topaba.

Leandro confiesa su amor y ruega a Hero le ilumine con una antorcha cuando cruce el Helesponto a nado.

Yo me llamo Leandro, y soy de Abydo,
que es un lugar que está en frente del tuyo;
el Helesponto ves cómo está en medio,
duro estrecho de mar para nosotros,
no embargante, que a mí el trabajo en esto
descanso me dará en cualquier trabajo
y el peligro pondrá mayor esfuerzo.
Todavía la mar nos está en medio,
duro estrecho de amor que nos aparta
los cuerpos, ayuntándonos las almas;
mas tú me das aliento para todo,
y hácesme ver lo que las gentes dicen,
y dícenlo quizá porque lo oyen,
mas no porque lo entiendan ni lo sientan,
que al verdadero amante todo es fácil.
Así lo será a mí pasar a nado
este brazo de mar yendo a tu torre,
que ir en barco sería perder tiempo.
Y tomar para esto compañía
sería no acudir a tu secreto.
Cosa tan importante y deseada,
yo sólo he de gozar de hacerla toda.
Yo mismo seré el barco y el remero,
y siendo el llevador, seré el llevado.
Yo romperé las ondas de Neptuno
y mi proa pondré contra los vientos
de Eolo, y no me turbarán las focas,
ni me tendrán las muy peinadas ninfas,
aunque Tetis allí venga con ellas,
mostrando los sus pechos sobre el agua.
Ni aquéllas con sus rostros monstruosos,
ni aquestas con sus hermosuras blandas,
divertirme podrán de mi camino.
No temeré los montes de las aguas,
ni el bramido del mar embravecido,
viendo que voy a donde estás, iré
por camino muy llano y muy seguro.
Solamente una cosa te encomiendo,
que cuando acordaras que yo a ti vaya,
en la noche me pongas una lumbre
muy junto a la ventana donde duermes
porque mejor saber yo pueda el punto
de cuando he de ir y al tiempo que ya fuere.
En lo oscuro atinar sea más fácil.
Tu lumbre me será la cierta guía
con que será guiado mi viaje
hasta tomar derechamente el puerto.
No será menester alzar los ojos
cansados y adormidos para el norte,

como el piloto en medio del gran golfo,
pasado lo peor ya de la noche.
No curaré del reluciente carro,
ni de su carretero que le vuelve,
ni las estrellas que fortuna mueven
en la mar, moverán mi seso un punto,
haciéndome torcer mi gobernalle.
El Orión podrá espantar los otros
y el Arcturo también cuanto quisiere;
mas a mí no, pues eres tú mi estrella
sola, de donde mi fortuna pende.
Ser el cielo sereno o ser oscuro;
ser prósperos los vientos o contrarios,
por mi seguridad poco me importa;
por donde yo querría el cielo claro
y el aire sin moverse puesto en calma,
es por tener segura nuestra seña,
no nos la mate algún maligno viento.
Esto sólo te encargo cuanto puedo,
que a nuestra lumbrecilla des gran cobro,
porque en su luz está toda la mía.
Si la viere morir desde el estrecho,
donde fuere luchando con las ondas,
yo moriré también en aquel punto.

Una noche de tempestad, Leandro no puede alcanzar la orilla opuesta.

Como saltó el troyano entre los griegos
el día que mató al triste Patroclo,
un rato fue siguiendo su camino
con trabajo, pero podía hacerlo;
mas ya después que allá más adelante
llegó, la mar se embraveció del todo,
reventando sus furias concebidas;
embistieron los vientos con sus fuerzas,
el aquilón, el áfrico y el euro
haciendo sierras espantosas de agua;
los truenos y los rayos se alcanzaban,
el cielo se rompía en torbellinos,
y la mar, del furor que padecía,
hasta el fondo se abría muchas veces.
Peleaba en mitad destas fortunas,
sin desmayar un punto, el triste mozo,
luchando con sus pies y con sus manos,
rompiendo por la muerte y por las ondas,
teniéndose entre tantos enemigos;
pero la tempestad creciendo andaba,
y aunque la noche a la mañana se iba
no había la esperanza allí de ningún día.
Este andar peleando duró tanto,
que Leandro, que en fin era de carne,
comenzó el triste de perder sus fuerzas;
empezaron sus brazos a vencerse,
sus piernas anduvieron desmayando,
entrábale la muerte con el agua
y dél a su placer tomaba el tiempo.

El, viéndose morir entre estos males,
la postrer cosa que hizo el desdichado
fue alzar los ojos a mirar su lumbre;
y aquel poco de aliento que tenía
echólo todo en un gemido bajo
envuelto en la mitad del nombre de Hero.
Y allí un golpe le dio del mar tan bravo,
que le sorbió del todo en un instante,
y en este mismo punto un torbellino
acabó de matar la lumbrecilla.
Testigo fiel y dulce mensajera
de estos fieles y dulces amadores,
comenzó a esclarecer en este tiempo,
y Hero, con furia de mortal congoja,
con los ojos buscando toda el agua,
buscando las riberas y buscando
más allá que llegaba con su vista.
No viendo nada, en fin, cayó de pechos
en la ventana sobre las barandas,
y acaso, sin sentir cosa que hiciese,
que ya poco sentido le quedaba,
hacia el pie de la torre miró el suelo,
y su Leandro vio muerto en la arena.
Entonces, con la rabia de la muerte,
a rasgar empezó sus vestiduras,
mesando sus cabellos y arañando
su lindo rostro, sus hermosos pechos,
hinchiendo de aullidos todo el campo.
Tras esto, así, sin más pensar su muerte,
dejándose caer de la ventana
dio sobre el cuerpo muerto de Leandro,
que aun entonces se le acababa el mundo,
y así se fueron juntas las dos almas
a los Campos Elíseos para siempre.

SONETO

¡Oh muerte! di, ¿qué esperas de llevarme
de mundo tan perverso y desdichado,
sin fe y sin lealtad, tan acabado
en todo el mal que no puede acabarme?

Yo tengo amigos con que consolarme,
porque el intento en ellos va doblado;
y ansí se dobla el mal y el triste hado
con encubrillo sin poder alejarme.

La buena orden toda ya descrece
y todo cuanto es bueno se desama
las buenas obras malas veo se mudan

respecto no se tiene a quien merece,
ni se tiene respecto a quien bien ama,
ni amigos se respectan ni se ayudan.

GARCILASO DE LA VEGA

Nació en Toledo (1503), de familia procer; se educó en su ciudad natal, hasta que en 1520 entró al servicio del Emperador, al que acompañó a Galicia y en las guerras comuneras. Casó con doña Elena de Zúñiga y residió en Toledo hasta 1529. Pasó luego a Italia, donde tomó parte en la campaña contra Florencia, y a Francia, a la que fue como embajador extraordinario. Volvió a Italia, donde le sorprendió una orden de destierro del Emperador por haber el poeta asistido a una boda que él no consentía; cumplióla en una isla del Danubio. Y, perdonado, fue a Nápoles, donde pasó una de las épocas más fecundas de su vida. Hizo un viaje a Barcelona, pasando por la Vaucluse, en homenaje a Petrarca, y luego a Túnez en la expedición militar de Carlos V. Finalmente, en la campaña de Provenza, siendo ya Maestre de Campo, por complacer al Emperador, asaltó sin casco ni coraza, la pequeña fortaleza de Muy (Fréjus), donde cayó despeñado por una gran piedra que tiraron los defensores, muriendo de las heridas recibidas (1536).

Lo que en la obra de Boscán es un ensayo de adaptación de las formas italianas, susceptible como en Santillana, de fracaso o de olvido, se salva definitivamente por la obra de GARCILASO DE LA VEGA. La figura — humana y poética — de este escritor cautiva literalmente a sus contemporáneos; su belleza física; su atractivo personal; su educación literaria y musical lo hacían «el más lucido en todos los géneros de ejercicios de la corte y uno de los caballeros más queridos de su tiempo; honrado del Emperador, estimado de sus iguales, favorecido de las damas, alabado de los extranjeros y de todos en general». Este cuadro de elogios, tradicionalmente invocados al enfrentarse con la obra de Garcilaso, puede darnos una idea del prestigio alcanzado por el poeta entre sus contemporáneos; un análisis de la poesía posterior nos lo daría de su influencia y de su fama. El secreto de este ascendiente estriba en el hecho de ser Garcilaso un perfecto símbolo de su tiempo; algo que, en cierto modo, lo compendia y lo define. Garcilaso es el «cortesiano» ejemplar. La educación humanística de su adolescencia — que le permitía incluso el cultivo poético de la lengua latina — y su contacto con la cultura italiana en los años de su madurez son los mejores elementos para formar un espíritu plenamente renacentista; añadamos a ello su delicadeza expresiva, su estado de gracia poético y la sazón recién ganada de la lengua, para valorar su significación dentro de la poesía del Renacimiento, y aun dentro de la evolución general de la poesía española.

Publicamos la obra poética completa de Garcilaso de la Vega. (Ed. Navarro Tomás, «Clásicos Castellanos») anteponiendo las poesías de tipo tradicional a las de carácter italianizante.

BIBLIOGRAFÍA. FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, *Vida del célebre poeta G. de la V.* «Documentos inéditos», vol. XVI. M. DE LAURENCÍN, *Documentos sobre G. de la V.*, Madrid, 1915. M. ALTOLAGUIRRE, *G. de la V.* Madrid, Espasa-Calpe, 1934. PITOLLET (C), «Sur la mort de G. de la V. au Muy en Provence», *Bulletin Hispanique*, abril-junio, 1936. MARGOT ARCE, *Garcilaso de la Vega*, Madrid, 1930. RAFAEL LAPESA, *La trayectoria poética de Garcilaso*, Madrid, 1948.

COMPOSICIONES AL MODO TRADICIONAL

I

HABIÉNDOSE CASADO SU DAMA

Culpa debe ser quereros,
según lo que en mí hacéis;
mas allá lo pagaréis,
do no sabrán conoceros,
por mal que me conocéis.

Por quereros, ser perdido
pensaba, que no culpado;
mas que todo lo haya sido,
así me lo habéis mostrado,
que lo tengo bien sabido.

¡Quién pudiese no quereros
tanto, como vos sabéis,

por holgarme que paguéis
lo que no han de conoceros
con lo que no conocéis!

II

Yo dejaré desde aquí
de ofenderos más hablando;
porque mi morir callando
os ha de hablar por mí.

Gran ofensa os tengo hecha
hasta aquí en haber hablado,
pues en cosa os he enojado
que tampoco me aprovecha.

Derramaré desde aquí
mis lágrimas no hablando;
porque quien muere callando
tiene quien hable por sí.

III

A UNA PARTIDA

Acaso supo, a mi ver,
y por acierto quereros,
quien tal yerro fue a hacer,
como partirse de veros
donde os dejase de ver.

Imposible es que este tal,
pensando que os conocía,
supiese lo que hacía,
cuando su bien y su mal
junto os entregó en un día.

Acertó acaso a hacer
lo que si por conoceros
hiciera, no podía ser
partirse, y con sólo veros
dejaros siempre de ver.

IV

TRADUCIENDO CUATRO VERSOS DE OVIDIO

Pues este nombre perdí,
Dido, mujer de Siqueo,
en mi muerte esto deseo
que se escriba sobre mí:

«El peor de los troyanos
dió la causa y el espada;
Dido, a tal punto llegada,
no puso más de las manos».

V

A UNA SEÑORA QUE, ANDÁNDOSE ÉL Y OTRO PASEANDO, LES ECHÓ UNA RED EMPEZADA, Y UN HUSO COMENZADO A HILAR EN ÉL, Y DIJO QUE AQUELLO HABÍA TRABAJADO TODO EL DÍA

De la red y del hilado
hemos de tomar, señora,
que echáis de vos en un hora
todo el trabajo pasado.

Y si el vuestro se ha de dar
a los que se pasearen,
lo que por vos trabajaren,
¿dónde lo pensáis echar?

VI

COPLA SOBRE ESTE VILLANCICO

«¿Qué testimonios son estos
que le queréis levantar?
Que no fue sino bailar».

¿Esta tienen por gran culpa?
No lo fue a mi parecer,
porque tiene por disculpa
que lo hizo la mujer.
Esta le hizo caer,
mucho más que no el saltar
que hizo con el bailar.

VII

A BOSCÁN, PORQUE ESTANDO EN ALEMANIA DANZÓ EN UNAS BODAS

La gente se espanta toda
que hablar a todos distes,
que un milagro que hicistes,
hubo de ser en la boda.

Pienso que habéis de venir,
si vais por este camino,
a tornar el agua en vino,
como el danzar en reir.

VIII

Nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

Porque la gloria de veros
en ese punto se quita
que se piensa mereceros.

Así que, sin conoceros,
nadie puede ser dichoso,
señora, ni desdichado,
sino que os haya mirado.

POESÍAS AL ESTILO ITALIANO

EGLOGA PRIMERA

AL VISORREY DE NÁPOLES

SALICIO, NEMOROSO

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
he de contar, sus quejas imitando;
cuyas ovejas al cantar sabroso
estaban muy atentas, los amores,
de pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
un nombre en todo el mundo,
y un grado sin segundo;
ahora estés atento, solo y dado
al ínclito gobierno del estado
albano; ahora vuelto a la otra parte,
resplandeciente, armado,
representando en tierra el fiero Marte;
ahora de cuidados enojosos
y de negocios libre, por ventura
andes a caza el monte fatigando
en ardiente jinete, que apresura
el curso tras los ciervos temerosos,
que en vano su morir van dilatando,
espera que en tornando
a ser restituido
al ocio ya perdido,
luego verás ejercitar mi pluma
por la infinita innumerable suma
de tus virtudes y famosas obras,
antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino
viene a sacarme de la deuda un día,
que se debe a tu fama y a tu gloria;
que es deuda general, no sólo mía,
mas de cualquier ingenio peregrino
que celebra lo digno de memoria,
el árbol de victoria
que ciñe estrechamente
tu gloriosa frente
dé lugar a la hiedra que se planta
debajo de tu sombra, y se levanta
poco a poco, arrimada a tus loores;
y en cuanto esto se canta,
escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado

al pie de una alta haya, en la verdura,
por donde un agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía;
y así como presente,
razonando con ella, le decía:

SALICIO

¡Oh más dura que mármol a mis quejas,
y al encendido fuego en que me quemo
más helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aun la vida temo;
témola con razón, pues tú me dejas;
que no hay sin ti el vivir para qué sea
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de ti desamparado,
y de mí mismo yo me corro ahora.
¿De un alma te desdeñas ser señora
donde siempre moraste, no pudiendo
della salir un hora?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

El sol tiende los rayos de su lumbre
por montes y por valles, despertando
las aves y animales y la gente:
cuál por el aire claro va volando,
cuál por el verde valle o alta cumbre
paciendo va segura y libremente:
cuál con el sol presente,
va de nuevo al oficio,
y al usado ejercicio
do su natura o menester le inclina:
siempre está en llanto esta ánima mezquina,
cuando la sombra el mundo va cubriendo,
o la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Y tú, desta mi vida ya olvidada,
sin mostrar un pequeño sentimiento
de que por ti Salicio triste muera,
¿dejas llevar, desconocida, al viento
el amor y la fe, que ser guardada
eternamente sólo a mí debiera?
¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera
(pues ves desde tu altura
esta falsa perjura
causar la muerte de un estrecho amigo)
no recibe del Cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,
por ti la esquividad y apartamiento
del solitario monte me agradaba;
por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
y cuán de otra manera
lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decía
la siniestra corneja repitiendo
la desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,
reputándolo yo por desvarío,
vi mi mal entre sueños desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
llevaba, por pasar allí la siesta,
a beber en el Tajo mi ganado;
y después de llegado,
sin saber de cuál arte,
por desusada parte
y por nuevo camino el agua se iba;
ardiendo yo con la calor estiva,
el curso enajenado iba siguiendo
del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Tu dulce habla, ¿en cúya oreja suena?
Tus claros ojos, ¿a quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe, ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que, como en cadena
en tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazón que baste,
aunque fuese de piedra,
viendo mi amada hiedra,
de mí arrancada, en otro muro asida,
y mi parra en otro olmo entretejida,
que no se esté con llanto deshaciendo
hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,
por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente, ¿qué tendrá por cierto,
o qué de hoy más no temerá el amante,
siendo a todo materia por ti dada?
Cuando tú enajenada

de mí, cuitado, fuiste,
notable causa diste
y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,
que el más seguro tema con recelo
perder lo que estuviere poseyendo;
salid fuera sin duelo,
salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
de alcanzar lo imposible y no pensado,
y de hacer juntar lo diferente,
dando a quien diste el corazón malvado,
quitándolo de mí con tal mudanza,
que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
con el lobo hambriento
hará su ayuntamiento,
y con las simples aves sin ruido
harán las bravas sierpes ya su nido;
que mayor diferencia comprehendo
de ti al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Siempre de nueva leche en el verano
y en el invierno abundo; en mi majada
la manteca y el queso está sobrado;
de mi cantar, pues, yo te vi agradada,
tanto, que no pudiera el mantuano
Títiro ser de ti más alabado.
No soy, pues, bien mirado,
tan disforme ni feo;
que aún ahora me veo
en esta agua que corre clara y pura;
y cierto no trocara mi figura
con ése que de mí se está riendo;
trocara mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible,
siempre fuera tenido de ti en precio,
y no viera de ti este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento
buscan en el estío
mis ovejas el frío
de la sierra de Cuenca, y el gobierno
del abrigado Extremo en el invierno?
Mas ¿qué vale el tener, si derritiendo
me estoy en llanto eterno?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Con mi llorar las piedras enternecen
su natural dureza y la quebrantan,
los árboles parece que se inclinan;

las aves que me escuchan, cuando cantan,
con diferente voz se condolecen,
y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
su cuerpo fatigado,
dejan el sosegado
sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
los ojos aun siquiera no volviendo
a lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Mas ya que a socorrer aquí no vienes,
no dejes el lugar que tanto amaste,
que bien podrás venir de mí segura.
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
ven, si por sólo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
ves aquí un espesura,
ves aquí un agua clara,
en otro tiempo cara,
a quien de ti con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
al que todo mi bien quitarme puede;
que pues el bien le dejo,
no es mucho que el lugar también le quede.

Aquí dió fin a su cantar Salicio,
y suspirando en el postrero acento,
soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
de aquel dolor en algo ser propicio,
con la pesada voz retumba y suena.
La blanca Filomena,
casi como dolida
y a compasión movida,
dulcemente responde al son lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
decidlo vos, Piérides, que tanto
no puedo yo ni oso,
que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
árboles que os estáis mirando en ellas,
verde prado de fresca sombra lleno,
aves que aquí sembráis vuestras querellas,
hiedra que por los árboles caminas,
torciendo el paso por su verde seno;
yo me vi tan ajeno
del grave mal que siento,
que de puro contento
con vuestra soledad me recreaba,
donde con dulce sueño reposaba,

o con el pensamiento discurría
por donde no hallaba
sino memorias llenas de alegría.

Y en este mismo valle, donde ahora
me entristezco y me canso, en el reposo
estuve ya contento y descansado.
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdate durmiendo aquí algún hora,
que despertando, a Elisa vi a mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
antes de tiempo dada
a los agudos filos de la muerte!
Más convenible fuera aquesta suerte
a los cansados años de mi vida,
que es más que el hierro fuerte,
pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Dó están ahora aquellos claros ojos
que llevaban tras sí como colgada
mi alma doquier que ellos se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,
llena de vencimientos y despojos
que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
con gran desprecio el oro,
como a menor tesoro,
¿adónde están? ¿Adónde el blando pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo ahora ya se encierra,
por desventura mía,
en la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
cuando en aqueste valle al fresco viento
andábamos cogiendo tiernas flores,
que había de ver con largo apartamiento
venir el triste y solitario día
que diese amargo fin a mis amores?
El cielo en mis dolores
cargó la mano tanto,
que a sempiterno llanto
y a triste soledad me ha condenado;
y lo que siento más es verme atado
a la pesada vida y enojosa,
solo, desamparado,
ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca pace
en hartura el ganado ya, ni acude
el campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude:
la mala hierba al trigo ahoga, y nace
en lugar suyo la infelice avena.

La tierra, que de buena
gana nos producía
flores con que solía
quitar en sólo vellas mil enojos,
produce ahora en cambio estos abrojos,
ya de rigor de espinas intratable ;
yo hago con mis ojos
crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
y, en cayendo su rayo, se levanta
la negra oscuridad que el mundo cubre,
de do viene el temor que nos espanta,
y la medrosa forma en que se ofrece
aquella que la noche nos encubre,
hasta que el sol descubre
su luz pura y hermosa ;
tal es la tenebrosa
noche de tu partir, en que he quedado
de sombra y de temor atormentado,
hasta que muerte el tiempo determine
que a ver el deseado
sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido
de los tiernos hijuelos, entre tanto
que del amado ramo estaba ausente,
y aquel dolor que siente
con diferencia tanta
por la dulce garganta
despide, y a su canto el aire suena,
y la callada noche no refrena
su lamentable oficio y sus querellas,
trayendo de su pena
al cielo por testigo y las estrellas,

desta manera suelto ya la rienda
a mi dolor, y así me quejo en vano
de la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
y de allí me llevó mi dulce prenda ;
que aquél era su nido y su morada.
¡Ay muerte arrebatada!
Por ti me estoy quejando
al Cielo y enojando
con importuno llanto al mundo todo.
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,

que nunca de mi seno se me apartan ;
descójolos, y de un dolor tamaño
enternecerme siento, que sobre ellos
nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
con suspiros calientes,
más que la llama ardientes,
los enjugo del llanto, y de consuno
casi los paso y cuento uno a uno ;
juntándolos, con un cordón los ato :
tras esto el importuno
dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece
aquella noche tenebrosa, oscura,
que tanto aflige esta ánima mezquina
con la memoria de mi desventura.
Verte presente ahora me parece
en aquel duro trance de Lucina,
y aquella voz divina,
con cuyo son y acentos
a los airados vientos
pudieras amansar, que ahora es muda ;
me parece que oigo que a la cruda,
inexorable diosa demandabas
en aquel paso ayuda ;
y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar a tal crudeza,
que, conmovida a compasión, oído
a los votos y lágrimas no dieras
por no ver hecha tierra tal belleza,
o no ver la tristeza
en que tu Nemoroso
queda, que su reposo
era seguir tu oficio, persiguiendo
las fieras por los montes, ofreciendo
a tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
dejas morir mi bien ante los ojos?

Divina Elisa, pues ahora el Cielo
con inmortales pies pisas y mides,
y su mudanza ves, estando queda,
¿por qué de mi te olvidas, y no pides
que se apresure el tiempo en que este velo
rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
y en la tercera rueda
contigo mano a mano
busquemos otro llano,
busquemos otros montes y otros ríos,
otros valles floridos y sombríos,
donde descanse, y siempre pueda verte

ante los ojos míos,
sin miedo y sobresalto de perderte?

Nunca pusieran fin al triste lloro
los pastores, ni fueran acabadas
las canciones que sólo el monte oía,
si, mirando las nubes coloradas,
al tramontar del sol bordadas de oro,
no vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
venir corriendo apriesa
ya por la falda espesa
del altísimo monte, y recordando
ambos como de sueño, y acabando
el fugitivo sol, de luz escaso,
su ganado llevando,
se fueron recogiendo paso a paso.

ÉGLOGA SEGUNDA

ALBANIO, SALICIO, CAMILA Y NEMOROSO

ALBANIO

En medio del invierno está templada
el agua dulce desta clara fuente,
y en el verano más que nieve helada.

¡Oh claras ondas, cómo veo presente,
en viéndoos, la memoria de aquel día
de que el alma temblar y arder se siente!

En vuestra claridad vi mi alegría
oscurecerse toda y enturbiarse;
cuando os cobré, perdí mi compañía.

¿A quién pudiera igual tormento darse
que con lo que descansa otro afligido
venga mi corazón a atormentarse?

El dulce murmurar de este ruïdo,
el mover de los árboles al viento,
el suave olor del prado florecido,

podrían tornar, de enfermo y descontento
cualquier pastor del mundo, alegre y sano;
yo sólo en tanto bien morir me siento.

¡Oh hermosura sobre el ser humano!
¡Oh claros ojos! ¡Oh cabellos de oro!
¡Oh cuello de marfil! ¡Oh blanca mano!

¿Cómo puede ora ser que en triste lloro
se convirtiese tan alegre vida
y en tal pobreza todo mi tesoro?

Quiero mudar lugar, y a la partida
quizá me dejará parte del daño
que tiene el alma casi consumida.

Cuán vano imaginar, cuán claro engaño
es darme yo a entender que con partirme,
de mí se ha de partir un mal tamaño!

¡Ay miembros fatigados, y cuán firme
es el dolor que os causa y enflaquece!
¡Oh si pudiese un rato aquí dormirme!

Al que velando el bien nunca se ofrece,
quizá que el sueño le dará durmiendo
algún placer, que presto desfallece.

En tus manos, ¡oh sueño!, me encomiendo.

SALICIO

¡Cuán bienaventurado
aquel puede llamarse
que con la dulce soledad se abraza,
y vive descuidado,
y lejos de empacharse
en lo que el alma impide y embaraza!
No ve la llena plaza,
ni la soberbia puerta
de los grandes señores,
ni los aduladores,
a quien la hambre del favor despierta;
no le será forzoso
rogar, fingir, temer y estar quejoso.

A la sombra holgando
de un alto pino o robre,
o de alguna robusta y verde encina,
el ganado contando
de su manada pobre,
que por la verde selva se avecina,
plata cendrada y fina,
oro luciente y puro,
baja y vil le parece,
y tanto lo aborrece,
que aún no piensa que dello está seguro
y como está en su seso,
rehuye la cerviz del grave peso.

Convida a dulce sueño
aquel manso ruïdo
del agua que la clara fuente envía,
y las aves sin dueño
con canto no aprendido
hinchen el aire de dulce armonía;
háceles compañía,

a la sombra volando,
y entre varios olores
gustando tiernas flores,
la solícita abeja susurrando;
los árboles y el viento
al sueño ayudan con su movimiento.

¿Quién duerme aquí? ¿Dó está que no le veo?
¡Oh! Helo allí. Dichoso tú, que aflojas
la cuerda al pensamiento o al deseo.

¡Oh natura, cuán pocas obras cojas
en el mundo son hechas por tu mano!
Creciendo el bien, menguando las congojas.

el sueño diste al corazón humano
para que al despertar más se alegrase
del estado gozoso, alegre y sano;

que, como si de nuevo le hallase,
hace aquel intervalo que ha pasado
que el nuevo gusto, nunca el bien, se pase.

Y al que de pensamiento fatigado
el sueño baña con licor piadoso,
curando el corazón despedazado,

aquel breve descanso, aquel reposo
basta para cobrar de nuevo aliento,
con que se pase el curso trabajoso.

Llegarme quiero cerca con buen tiento,
y ver, si de mí fuere conocido,
si es del número triste o del contento.

Albanio es este que está aquí dormido,
o yo conozco mal. Albanio es, cierto;
duerme, garzón cansado y afligido.

¡Por cuán mejor librado tengo un muerto
que acaba el curso de la vida humana
y es reducido a más seguro puerto,

que el que, viviendo acá, de vida ufana,
y de estado gozoso, noble y alto,
es derrocado de fortuna insana!

Dicen que este mancebo dió un gran salto,
que de amorosos bienes fue abundante,
y ahora es pobre, miserable y falto.

No sé la historia bien; mas quien delante
se halló al duelo, me contó algún poco
del grave caso deste pobre amante.

ALBANIO

¿Es esto sueño, o ciertamente toco
la blanca mano? ¡Ah sueño! ¿Estás burlando?
Yo estábate creyendo como loco.

¡Oh cuitado de mí! Tú vas volando
con prestas alas por la ebúrnea puerta;
yo quédome tendido aquí llorando.

¿No basta el grave mal en que despierta
el alma vive, o, por mejor decirlo,
está muriendo de una vida incierta?

SALICIO

Albanio, deja el llanto, que en oírlo
me aflijo.

ALBANIO

¿Quién presente está a mi duelo?

SALICIO

Aquí está quien te ayudará a sentirlo.

ALBANIO

¿Aquí estás tú, Salicio? Gran consuelo
me fuera en cualquier mal tu compañía;
mas tengo en esto por contrario al Cielo.

SALICIO

Parte de tu trabajo ya me había
contado Galafrón, que fue presente
en aquel lugar el mismo día;

mas no supo decir del accidente
la causa principal: bien que pensaba
que era mal que decir no se consiente,

y a la sazón en la ciudad yo estaba,
como tú sabes bien, aparejando
aquel largo camino que esperaba;

y esto que digo me contaron cuando
torné a volver; mas yo te ruego ahora
(si esto no es enojoso que demando),

que particularmente el punto y hora
la causa, el daño cuentes y el proceso:
que el mal comunicado se mejora.

ALBANIO

Con un amigo tal verdad es eso,
cuando el mal sufre cura, mi Salicio;
mas éste ha penetrado hasta el hueso.

Verdad es que la vida y ejercicio
común y la amistad que a ti me ayunta,
mandan que complacerte sea mi oficio,

mas ¿qué haré?, que el alma ya barrunta
que quiero renovar en la memoria
la herida mortal de aguda punta.

Y póneme delante aquella gloria
pasada y la presente desventura,
para espantarme de la horrible historia.

Por otra parte, pienso que es cordura
renovar tanto el mal que me atormenta,
que a morir venga de tristeza pura.

Y por esto, Salicio, entera cuenta
te daré de mi mal como pudiere,
aunque el alma rehuya y no consienta.

Quise bien, y querré mientras rigiere
aquestos miembros el espíritu mío,
aquella por quien muero, si muriere.

En este amor no entré por desvarío,
ni lo traté, como otros, con engaños,
ni fue por elección de mi albedrío.

Desde mis tiernos y primeros años
a aquella parte me inclinó mi estrella,
y a aquel fiero destino de mis daños.

Tú conociste bien una doncella,
de mi sangre y abuelos descendida,
más que la misma hermosura bella.

En su verde niñez, siendo ofrecida
por montes y por selvas a Diana,
ejercitaba allí su edad florida.

Yo, que desde la noche a la mañana
y del un sol al otro, sin cansarme,
seguía la caza con estudio y gana,

por deudo y ejercicio a conformarme
vine con ella en tal domestiqueza,
que della un punto no sabía apartarme.

Iba de una hora en otra la estrecheza
haciéndose mayor, acompañada
de un amor sano y lleno de pureza.

¿Qué montaña dejó de ser pisada
de nuestros pies? ¿Qué bosque o selva umbrosa
no fue de nuestra caza fatigada?

Siempre con mano larga y abundosa
con parte de la caza visitando
el sacro altar de nuestra santa diosa.

La colmilluda testa ora llevando
del puerco jabalí cerdoso y fiero,
del peligro pasado razonando;

ora clavando del ciervo ligero
en algún sacro pino los ganchosos
cuernos, con puro corazón sincero,

tornábamos contentos y gozosos,
y al disponer de lo que nos quedaba
jamás me acuerdo de quedar quejosos.

Cualquier caza a entrambos agradaba;
pero la de las simples avecillas
menos trabajo y más placer nos daba.

En mostrando la aurora sus mejillas
de rosa, y sus cabellos de oro fino
humedeciendo ya las florecillas,

nosotros, yendo fuera de camino,
buscábamos un valle, el más secreto
y de conversación menos vecino;

aquí con una red de muy perfecto
verde tejida aquel valle atajábamos
muy sin rumos, con paso muy quieto.

De dos árboles altos la colgábamos,
y habiéndonos un poco lejos ido,
hacia la red armada nos tornábamos;

y por lo más espeso y escondido,
los árboles y matas sacudiendo,
turbábamos el valle con ruido.

Zorzales, tordos, mirlos, que temiendo
delante de nosotros, espantados
del peligro menor, iban huyendo,

daban en el mayor, desatinados,
quedando en la sutil red engañosa
confusamente todos enredados.

Y entonces era verlos una cosa
extraña y agradable, dando gritos,
y con voz lamentándose quejosa.

Algunos dellos (que eran infinitos)
su libertad buscaban revolando;
otros estaban míseros y aflitos.

Al fin, las cuerdas de la red tirando,
llevábamosla juntos casi llena,
la caza a cuestas y la red cargando.

Cuando el húmedo otoño ya refrena
del seco estío el gran calor ardiente,
y va faltando sombra a Filomena,

con otra caza desta diferente,
aunque también de vida ociosa y blanda,
pasábamos el tiempo alegremente.

Entonces siempre, como sabes, anda
de estorninos volando a cada parte
de acá y allá la espesa y negra banda.

Y cierto aquesto es cosa de contarte,
cómo con los que andaban por el viento
usábamos también de astucia y arte.

Uno vivo primero de aquel cuento
tomábamos; y en esto sin fatiga
era cumplido luego nuestro intento.

Al pie del cual un hilo, untado en liga,
atando, le soltábamos al punto
que vía volar aquella banda amiga.

Apenas era suelto, cuando junto
estaba con los otros y mezclado,
secutando el efecto de su asunto.

A cuantos era el hilo enmarañado
por alas o por pies o por cabeza,
todos venían al suelo mal su grado.

Andaban forcejando una gran pieza
a su pesar y a mucho placer nuestro,
que así de un mal ajeno bien se empieza.

Acuérdaseme ahora que el siniestro
canto de la corneja y el agüero
para escaparse no le fué maestro.

Cuando una dellas, como es muy ligero,
a nuestras manos viva nos venía,
era ocasión de más de un prisionero.

La cual a un llano grande yo traía,
a do muchas cornejas andar juntas
o por el suelo o por el aire vía.

Clavándola en la tierra por las puntas
extremas de las alas, sin rompellas,
seguíase lo que apenas tú barruntas.

Parecía mirando a las estrellas,
clavada boca arriba en aquel suelo,
que estaba contemplando el curso dellas.

De allí nos alejábamos, y el cielo
rompía con gritos ella, y convocaba
de las cornejas el supremo vuelo.

En un solo momento se ayuntaba
una gran muchedumbre presurosa
a socorrer la que en el suelo estaba;

cercábanla, y alguna, más piadosa
del mal ajeno de la compañera
que del suyo avisada y temerosa,

llegábase muy cerca, y la primera
que esto hacía pagaba su inocencia
con prisión o con muerte lastimera.

Con tal fuerza la presa y tal violencia
se engarrazaba de la que venía,
que no se despidiera sin licencia.

Ya puedes ver cuán gran placer sería
ver, de una por soltarse y desasirse,
de otra por socorrerse, la porfía.

Al fin la fiera lucha a desparcirse
venía por nuestra mano, y la cuitada
del bien hecho empezaba a arrepentirse.

¿Qué me dirás si con su mano alzada
haciendo la nocturna centinela,
la grúa de nosotros fue engañada?

No aprovechaba al ánsar la cautela,
ni ser siempre sagaz descubridora
de nocturnos engaños con su vela.

Ni al blanco cisne que en las aguas mora
por no morir como Faetón en fuego,
del cual el triste caso canta y llora.

Y tú, perdiz cuitada, ¿piensas luego
que en huyendo del techo estás segura?
En el campo turbamos tu sosiego.

A ningún ave o animal natura
dotó de tanta astucia, que no fuese
vencido al fin de nuestra astucia pura.

Si por menudo de contarte hubiese
de aquesta vida cada partecilla,
temo que antes del fin anocheciese.

Basta saber que aquesta tan sencilla
y tan pura amistad, quiso mi hado
en diferente especie convertilla;

en un amor tan fuerte y tan sobrado,
y en un desasosiego no creíble,
tal, que no me conozco de trocado.

El placer de mirarla, con terrible
y fiero desear sentí mezclarse,
que siempre me llevaba a lo imposible.

La pena de su ausencia vi mudarse,
no en pena, no en congoja, en cruda muerte,
y en fuego eterno el alma atormentarse.

A aqueste estado, en fin, mi dura suerte
me trajo poco a poco, y no pensara
que contra mí pudiera ser más fuerte,

si con mi grave daño no probara
que, en comparación de ésta, aquella vida
cualquiera por descanso la juzgara.

Ser debe aquesta historia aborrecida
de tus orejas ya, que así atormenta
mi lengua y mi memoria entristecida.

Decir ya más no es bien que se consienta;
junto todo mi bien perdí en un hora;
y ésta es la suma, en fin, de aquesta cuenta.

SALICIO

Albanio, si tu mal comunicaras
con otro, que pensaras que tu pena
juzgaba como ajena, o que este fuego
nunca probó, ni el juego peligroso
de que tú estás quejoso, yo confieso
que fuera bueno aqueso que hora haces;
mas si tú me deshaces con tus quejas,
¿por qué ahora me dejas como a extraño,
sin dar de aqueste daño fin al cuento?
¿Piensas que tu tormento como nuevo
escucho y que no pruebo, por mi suerte,
aquesta viva muerte en las entrañas?

Si no con todas mañas ni experiencia
esta grave dolencia de deshecha,
al menos aprovecha, yo te digo
para que de un amigo que adolezca

otro se condolezca, que ha llegado
de bien acuchillado a ser maestro.

Así que, pues te muestro abiertamente
que no estoy inocente destos males,
que aún traigo las señales de las llagas,
no es bien que tú te hagas tan esquivo;
que mientras estás vivo, ser podría
que por alguna vía te avisase,
y contigo llorase, que no es malo
tener al pie del palo quien se duela
del mal, y sin cautela te aconseje.

ALBANIO

Tú quieres que forceje y que contraste
con quien al fin no baste a derrocalle;
amor quiere que calle; yo no puedo
mover el paso un dedo sin gran mengua
Él tiene de mi lengua el movimiento;
así que no me siento ser bastante.

SALICIO

¿Qué te pone delante que te impida
el descubrir tu vida al que aliviarte
del mal alguna parte cierto espera?

ALBANIO

Amor quiere que muera sin reparo;
y conociendo claro que bastaba
lo que yo descansaba en este llanto
contigo a que entre tanto me aliviase,
y aquel tiempo probase a sostenerme;
por más presto perderme, como injusto,
me ha ya quitado el gusto que tenía
de echar la pena mía por la boca.
Así que ya no toca nada dello
a ti querer sabello, ni contallo
a quien sólo pasallo le conviene,
y muerte sólo por alivio tiene.

SALICIO

¿Quién es contra su ser tan inhumano,
que al enemigo entrega su despojo,
y pone su poder en otra mano?

¿Cómo? ¿Y no tienes ora algún enojo
de ver que amor tu misma lengua ataje,
o la desate por su solo antojo?

ALBANIO

Salicio amigo, cese este lenguaje ;
cierra tu boca, y más aquí no la abras ;
yo siento mi dolor, y tú mi ultraje.

¿Para qué son magníficas palabras?
¿Quién te hizo filósofo elocuente
siendo pastor de ovejas y de cabras?

¡Oh cuitado de mí, cuán fácilmente
con expedida lengua y rigurosa
el sano da consejos al doliente!

SALICIO

No te aconsejo yo, ni digo cosa
para que debas tú por ella darme
respuesta tan aceda y tan odiosa.

Ruégote que tu mal quieras contarme,
porque dél pueda tanto entristecerme,
cuanto suelo del bien tuyo alegrarme.

ALBANIO

Pues ya de ti no puedo defenderme,
yo tornaré a mi cuento cuando hayas
prometido una gracia concederme ;

y es, que en oyendo el fin, luego te vayas
y me dejes llorar mi desventura
entre estos pinos solo y estas hayas.

SALICIO

Aunque pedir tú eso no es cordura,
yo seré dulce más que sano amigo,
y daré bien lugar a tu tristura.

ALBANIO

Ora, Salicio, escucha lo que digo ;
y vos, ¡oh ninfas deste bosque umbroso!
a doquiera que estéis estad conmigo.

Ya te conté el estado tan dichoso
a do me puso amor, si en él yo firme
pudiera sostenerme con reposo.

Mas como callar y de encubrirme
de aquella por quien vivo, me encendía,
llegué ya casi al punto de morirme.

Mil veces ella preguntó qué había,
y me rogó que el mal le descubriese,
que mi rostro y color lo descubría.

Mas no acabó con cuanto me dijese,
que de mí a su pregunta otra respuesta
que un suspiro con lágrimas hubiese.

Aconteció que en una ardiente siesta,
viniendo de la caza fatigados,
en el mejor lugar desta floresta,

que es éste donde estamos asentados,
a la sombra de un árbol aflojamos
las cuerdas a los arcos trabajados.

En aquel prado allí nos reclinamos,
y del céfiro fresco recogiendo
el agradable espíritu respiramos.

Las flores, a los ojos ofreciendo
diversidad extraña de pintura,
diversamente así estaban oliendo.

Y en medio aquesta fuente clara y pura,
que como de cristal resplandecía
mostrando abiertamente su hondura,

el arena, que de oro parecía,
de blancas pedrezuelas variada,
por do manaba el agua, se bullía.

En derredor ni sola una pisada
de fiera, o de pastor, o de ganado
a la sazón estaba señalada.

Después que con el agua resfriado
hubimos el calor, y juntamente
la sed de todo punto mitigado,

ella, que con cuidado diligente
a conocer mi mal tenía el intento,
y a escudriñar el ánimo doliente,

con nuevo ruego y firme juramento
me conjuró y rogó que le contase
la causa de mi grave pensamiento;

y si era amor, que no me recelase
de hacerle mi caso manifiesto,
y demostrarle aquella que yo amase;

que me juraba que también en esto
el verdadero amor que me tenía
con pura voluntad estaba presto.

Yo, que tanto callar ya no podía,
y claro descubrir menos osara
lo que en el alma triste se sentía,

le dije que en aquella fuente clara
vería de aquella que yo tanto amaba
abiertamente la hermosa cara.

Ella, que ver aquesta deseaba,
con menos diligencia discurriendo
de aquella con que el paso apresuraba,

a la pura fontana fue corriendo,
y en viendo el agua, toda fue alterada,
en ella su figura sola viendo.

Y no de otra manera, arrebatada,
del agua rehuyó, que si estuviera
de la rabiosa enfermedad tocada.

Y sin mirarme, desdeñosa y fiera,
no sé qué allá entre dientes murmurando,
me dejó aquí, y aquí quiere que muera.

Quedé yo triste y solo allí, culpando
mi temerario osar, mi desvarío,
la pérdida del bien considerando.

Creció de tal manera el dolor mío,
y de mi loco error el desconsuelo,
que hice de mis lágrimas un río

Fijos los ojos en el alto cielo,
estuve boca arriba una gran pieza
tendido, sin mudarme en este suelo.

Y como de un dolor otro se empieza,
el largo llanto, el desvanecimiento,
el vano imaginar de la cabeza,

de mi gran culpa aquel remordimiento,
verme del todo, al fin, sin esperanza,
me trastornaron casi el sentimiento.

Cómo deste lugar hice mudanza
no sé, ni quién de aquí me condujese
al triste albergue y a mi pobre estanza.

Sé que, tornando en mí, como estuviese
sin comer y dormir bien cuatro días,
y sin que el cuerpo de un lugar moviese,

las ya desamparadas vacas mías
por otro tanto tiempo no gustaron
las verdes hierbas ni las aguas frías.

Los pequeños hijuelos, que hallaron
las tetas secas ya de las hambrientas
madres, bramando al cielo se quejaron.

Las selvas, a su voz también atentas,
bramando pareció que respondían,
condolidas del daño y descontentas.

Aquestas cosas nada me movían,
antes con mi llorar hacía espantados
todos cuantos a verme allí venían.

Vinieron los pastores de ganados,
vinieron de los sotos los vaqueros,
para ser de mi mal de mí informados.

Y todos con los gestos lastimeros
me preguntaban cuáles habían sido
los accidentes de mi mal primeros.

A los cuales, en tierra yo tendido,
ninguna otra respuesta dar sabía,
rompiendo con sollozos mi gemido,

sino de rato en rato les decía:
«Vosotros, los de Tajo, en su ribera
cantaréis la mi muerte cada día.

»Este descanso llevaré aunque muera,
que cada día cantaréis mi muerte
vosotros, los de Tajo, en su ribera».

La quinta noche, en fin, mi cruda suerte,
queriéndome llevar do se rompiese
aquesta tela de la vida fuerte,

hizo que de mi choza me saliese
por el silencio de la noche oscura
a buscar un lugar donde muriese;

y caminando por do mi ventura
y mis enfermos pies me condujeron,
llegué a un barranco de muy gran altura.

Luego mis ojos lo reconocieron,
que pende sobre el agua, y su cimiento
las ondas poco a poco le comieron.

Al pie de un olmo hice allí mi asiento;
y acordéme que ya con ella estuve
pasando allí la siesta al fresco viento.

Y con esta memoria me detuve,
como si aquesta fuera medicina
de mi furor y cuanto mal sostuve.

Denunciaba ya la aurora ya vecina
la venida del sol resplandeciente,
a quien la tierra, a quien la mar se inclina.

Entonces, como cuando el cisne siente
el ansia postrimera que le aqueja,
y tienta el cuerpo mísero y doliente

con triste y lamentable son se queja,
y se despide con funesto canto
del espíritu vital que dél se aleja;

así, aquejado yo de dolor tanto,
que el alma abandonaba ya la humana
carne, solté la rienda al triste llanto.

«¡Oh fiera — dije —, más que tigre hircana,
y más sorda a mis quejas que el ruido
embravecido de la mar insana!

»Heme entregado, heme aquí rendido.
he aquí vences; toma los despojos
de un cuerpo miserable y afligido.

»Yo pondré fin del todo a tus enojos;
ya no te ofenderá mi rostro triste,
mi temerosa voz y húmedos ojos.

»Quizá tú que en mi vida no moviste
el paso a consolarme en tal estado,
ni tu dureza cruda enterneciste,

»viendo mi cuerpo aquí desamparado,
vendrás a arrepentirte y lastimarte;
mas tu socorro tarde habrá llegado.

»¿Cómo pudiste tan presto olvidarte
de aquel tan luengo amor, y de sus ciegos
nudos en sola un hora desligarte?

»¿No se te acuerda de los dulces juegos
ya de nuestra niñez, que fueron leña
destos dañosos y encendidos fuegos,

»cuando la encina desta espesa breña
de sus bellotas dulce despojaba,
que íbamos a comer sobre esta peña?

»¡Quién las castañas tiernas derrocaba
del árbol al subir dificultoso?
¿Quién en tu limpia falda las llevaba?

»¿Cuándo en valle florido, espeso, umbroso,
metí jamás el pie, que dél no fuese
cargado a ti de flores y oloroso?

» Jurábasme, si ausente yo estuviese,
que ni el agua sabor, ni olor la rosa,
ni el prado hierba para ti tuviese.

» ¿A quién me quejo, que no escucha cosa
de cuantas digo quien debría escucharme?
Eco sola me muestra ser piadosa ;

» respondiéndome prueba conhortarme,
como quien probó mal tan importuno ;
mas no quiera mostrarse y consolarme.

» ¡Oh dioses!, si allá juntos de consuno
de los amantes el cuidado os toca.
¡Oh tú sólo!, si toca a sólo uno,

» recibid las palabras que la boca
echa con la doliente ánima fuera,
antes que el cuerpo torne en tierra poca.

» ¡Oh náyades, de aquesta mi ribera
corrientes moradoras! ¡Oh nápeas,
guarda del verde bosque verdadera!

» Alce una de vosotras, blancas deas,
del agua la cabeza rubia un poco,
así, ninfa, jamás en tal te veas.

» Podré decir que con mis quejas toco
las divinas orejas, no pudiendo
las humanas tocar, cuerdo ni loco.

» ¡Oh hermosas oréades, que teniendo
el gobierno de selvas y montañas,
a caza andáis por ellas discurriendo!

» Dejad de perseguir las alimañas ;
venid a ver un hombre perseguido,
a quien no valen fuerzas ya ni mañas.

» ¡Oh dríades, de amor hermoso nido,
dulces y graciosísimas doncellas,
que a la tarde salís de lo escondido,

» con los cabellos rubios, que las bellas
espaldas dejan de oro cobijadas!
Parad mientes un rato a mis querellas.

» Y si con mi ventura conjuradas
no estáis, haced que sean las ocasiones
de mi muerte aquí siempre celebradas.

» ¡Oh lobos, oh osos, que por los rincones
de estas fieras cavernas escondidos
estáis oyendo ahora mis razones!

» Quedaos adiós, que ya vuestros oídos
de mi zampoña fueron halagados,
y alguna vez de amor enternecidos.

» ¡Adiós, montañas ; adiós, verdes prados ;
adiós, corrientes ríos espumosos!
Vivid sin mí con siglos prolongados ;

» y mientras en el curso presurosos
iréis al mar a darle su tributo,
corriendo por los valles pedregosos,

» haced que aquí se muestre triste luto
por quien viviendo alegre os alegraba
con agradable son y viso enjuto ;

» por quien aquí sus vacas abrevaba,
por quien ramos de lauro entretejiendo,
aquí sus fuertes toros coronaba ».

Estas palabras tales en diciendo,
en pie me alcé por dar ya fin, al duro
dolor que en vida estaba padeciendo.

Y por el paso que me ves, te juro
que ya me iba a arrojar de do te cuento,
con paso largo y corazón seguro,

cuando una fuerza súbita de viento
vino con tal furor, que de una sierra
pudiera remover el firme asiento.

De espaldas, como atónito, en la tierra
desde ha gran rato me hallé tendido ;
que así se halla siempre aquel que yerra.

Con más sano discurso en mi sentido
comencé de culpar el presupuesto
y temerario error que había seguido

en querer dar con triste muerte al resto
de aquesta breve vida fin amargo,
no siendo por los hados aún dispuesto.

De allí me fui con corazón más largo
para esperar la muerte, cuando venga
a relevarme deste grave cargo.

Bien has visto ya cuánto me convenga,
que pues buscarla a mí no se consiente,
ella en buscarme a mí no se detenga.

Contado te he la causa, el accidente,
el daño y el proceso todo entero ;
cúmpleme tu promesa prestamente.

Y si mi amigo cierto y verdadero
eres, como yo pienso, vete ahora;
no estorbes un dolor acerbo y fiero

al afligido y triste cuando llora.

SALICIO

Tratara de una parte
que ahora sólo siento,
si no pensaras que era dar consuelo;
quisiera preguntarte
cómo tu pensamiento
se derribó tan presto en ese suelo,
o se cubrió de un velo,
para que no mirase
que quien tan luengamente
amó, no se consiente
que tan presto del todo te olvidase.
¿Qué sabes si ella ahora
juntamente su mal y el tuyo llora?

ALBANIO

Cese ya el artificio
de la maestra mano;
no me hagas pasar tan grave pena.
Harasme tú, Salicio,
ir do nunca pie humano
estampó su pisada en el arena.
Ella está tan ajena
de estar desa manera,
como tú de pensarlo,
aunque quieras mostrarlo
con razón aparente o verdadera.
Ejercita aquí el arte
a solas, que yo voyme en otra parte

SALICIO

No es tiempo de curarle,
hasta que menos tema
la cura del maestro y su crudeza;
sólo quiero dejarle;
que aún está el apostema
intratable a mi ver por su dureza.
Quebrante la braveza
del pecho empedernido
con largo y tierno llanto:
iréme yo entre tanto
a requerir de un ruiseñor el nido
que está en un alta encina
y estará presto en manos de Gravina.

CAMILA

Si desta tierra no he perdido el tino,
por aquí el corzo vino, que ha traído,
después que fue herido, atrás el viento.
¡Qué recio movimiento en la corrida
llevá de tal herida lastimado!
En el siniestro lado soterrada
la flecha enarbolada iba mostrando,
las plumas blanqueando solas fuera,
y háceme que muera con buscalle.
No pasó deste valle ; aquí está cierto,
y por ventura muerto. ¡Quién me diese
alguno que siguiese el rastro ahora,
mientras la ardiente hora de la siesta
en aquella floresta yo descanso!
¡Ay viento fresco, manso y amoroso,
almo, dulce, sabroso! Esfuerza, esfuerza
tu soplo, y esta fuerza tan saliente
del alto sol ardiente ora quebranta ;
que ya la tierna planta del pie mío
anda a buscar el frío desta hierba.
A los hombres reserva tú, Diana,
en esta siesta insana tu ejercicio ;
por ahora tu oficio desamparo,
que me ha costado caro en este día.
¡Ay dulce fuente mía, y de cuán alto
con sólo un sobresalto me arrojaste!
¿Sabes qué me quitaste, fuente clara?
Los ojos de la cara, que no quiero
menos un compañero que yo amaba ;
mas no como él pensaba, Dios ya quiera
que antes Camila muera que padezca
culpa por do merezca ser echada
de la selva sagrada de Diana.
¡Oh cuán de mala gana mi memoria
renueva aquesta historia! Mas la culpa
ajena me disculpa, que si fuera
yo la causa primera desta ausencia,
yo diera la sentencia en mi contrario.
Él fue muy voluntario y sin respeto.
Mas ¿para qué me meto en esta cuenta?
Quiero vivir contenta, y olvidallo,
y aquí donde me hallo recrearme.
Aquí quiero acostarme, y en cayendo
la siesta iré siguiendo mi corcillo,
que yo me maravillo ya y me espanto
cómo con tal herida huyó tanto.

ALBANIO

Si mi turbada vista no me miente,
paréceme que vi entre rama y rama
una ninfa llegar a aquella fuente.

Quiero llegar allá ; quizá, si ella ama,
me dirá alguna cosa con que engañe
con algún falso alivio aquesta llama.

Y no se me da nada que desbañe
mi alma, si es contrario lo que creo ;
que a quien no espera bien no hay mal que dañe.

¡Oh santos dioses! ¿Qué es esto que veo?
¿Es error de fantasma convertida
en forma de mi amor y mi deseo?

Camila es ésta que está aquí dormida ;
no puede de otra ser su hermosura ;
la razón está clara y conocida :

una obra sola quiso la natura
hacer como ésta, y rompió luego apriesa
la estampa do fue hecha tal figura.

¿Quién podrá luego de su forma expresa
el traslado sacar, si la maestra
misma no basta y ella lo confiesa?

Mas ya que es cierto el bien que a mí se me muestra,
¿cómo podré llegar a despertarla,
temiendo yo la luz que a ella me adiestra?

¿Si solamente de poder tocarla
perdiese el miedo yo? Mas ¿si despierta?
Si despierta, tenerla y no soltarla,

Esta osadía temo que no es cierta ;
mas ¿qué puede hacer? Quiero llegarme.
En fin, ella está ahora como muerta.

Cabe ella por lo menos asentarme
bien puedo ; mas no ya como solía.
¡Oh mano poderosa de matarme!

Viste cuánto tu fuerza en mí podía,
¿por qué para sanarme no la pruebas?
Que tu poder a todo bastaría.

CAMILA

Socórreme, Diana.

ALBANIO

No te muevas,
que no te he de soltar ; escucha un poco.

CAMILA

¿Quién me dijera, Albanio, tales nuevas?

¡Ninfas del verde bosque, a vos invoco,
a vos pido socorro desta fuerza!
¿Qué es esto, Albanio? Dime si estás loco.

ALBANIO

Locura debe ser la que me fuerza
a querer más que el alma y que la vida
a la que a aborrecerme así se esfuerza.

CAMILA

Yo debo ser de ti la aborrecida,
pues me quieres tratar de tal manera,
siendo tuya la culpa conocida.

ALBANIO

¿Yo culpa contra ti? Si la primera
no está por cometer, Camila mía,
en tu desgracia y desfavor yo muera.

CAMILA

¿Tú no violaste nuestra compañía,
queriéndola torcer por el camino
que de la vida honesta se desvía?

ALBANIO

¿Cómo de sola un hora el desatino
ha de perder mil años de servicio,
si el arrepentimiento tras él vino?

CAMILA

Aqueste es de los hombres el oficio,
tentar el mal, y si es malo el suceso,
pedir con humildad perdón del vicio.

ALBANIO

¿Qué tenté yo, Camila?

CAMILA

¡Bueno es eso!
Esta fuente lo diga, que ha quedado
por un testigo de tu mal proceso.

ALBANIO

Si puede ser mi yerro castigado
con muerte, con deshonra o con tormento,
vesme, aquí estoy a todo aparejado.

CAMILA

Suéltame ya la mano, que el aliento
me falta de congoja.

ALBANIO

He muy gran miedo
que te me irás, que corres más que el viento.

CAMILA

No estoy como solía, que no puedo
moverme ya de mal ejercitada.
Suelta, que casi me has quebrado el dedo.

ALBANIO

¿Estarás si te suelto sosegada,
mientras con razón clara yo te muestro
que fuiste sin razón de mí enojada?

CAMILA

Eres tú de razones gran maestro.
Suelta, que sí estaré.

ALBANIO

Primero jura
por la primera fe del amor nuestro.

CAMILA

Yo juro por la ley sincera y pura
de la amistad pasada de sentarme
y de escuchar tus quejas muy segura.

¡Cuál me tienes la mano de apretarme
con esa dura mano, descreído!

ALBANIO

¡Cuál me tienes el alma de dejarme!

CAMILA

¿Mi prendedero de oro si es perdido?
¡Oh cuitada de mí! Mi prendedero
desde aquel valle aquí se me ha caído.

ALBANIO

Mira no se cayese allá primero,
antes de aqueste, al val de la Hortiga.

CAMILA

Doquier que se cayó, buscarlo quiero.

ALBANIO

Yo iré a buscarlo, excusa esa fatiga;
que no puedo sufrir que aquesta arena
abrase el blanco pie de mi enemiga.

CAMILA

Pues que quieres tomar por mí esta pena,
derecho ve primero a aquellas hayas;
que allí estuve yo echada una hora buena.

ALBANIO

Ya voy; mas entre tanto no te vayas.

CAMILA

Seguro ve, que antes verás mi muerte
que tú me cobres ni a tus manos hayas.

ALBANIO

¡Ah ninfa desleal! ¿Y desta suerte
se guarda el juramento que me diste?
¡Ah condición de vida dura y fuerte!

¡Oh falso amor, de nuevo me hiciste
revivir con un poco de esperanza!
¡Oh modo de matar penoso y triste!

¡Oh muerte llena de mortal tardanza!
Podré por ti llamar injusto el Cielo,
injusta su medida y su balanza.

Recibe tú, terreno y duro suelo,
este rebelde cuerpo, que detiene
del alma el expedido y presto vuelo.

Yo me daré la muerte, y aun si viene
alguno a resistirme... ¿A resistirme?
El verá que a su vida no conviene.

¿No puedo yo morir? ¿No puedo irme
por aquí, por allí, por do quisiere,
desnudo espíritu o carne y hueso firme?

SALICIO

Escucha, que algún mal hacerse quiere,
o cierto tiene trastornado el seso.

ALBANIO

Aquí tuviese yo quien mal me quiere.

Descargado me siento de un gran peso
paréceme que vuelo, despreciando
monte, choza, ganado, leche y queso.

¿No son aquestos pies? Con ellos ando:
ya caigo en ello, el cuerpo se me ha ido;
sólo el espíritu es este que hora mando.

¿Hale hurtado alguno o escondido
mientras mirando estaba yo otra cosa?
¿O si quedó por caso allí dormido?

Una figura de color de rosa
estaba allí durmiendo; ¿si es aquélla
mi cuerpo? No, que aquélla es muy hermosa.

NEMOROSO

¡Gentil cabeza! No daría por ella
yo para mi traer sólo un cornado.

ALBANIO

¿A quién iré del hurto a dar querella?

SALICIO

Extraño ejemplo es ver en qué ha parado
este gentil mancebo, Nemoroso,
¡y a nosotros, que le hemos tratado,

manso, cuerdo, agradable, virtuoso,
sufrido, conversable, buen amigo,
y con un alto ingenio, gran reposo!

ALBANIO

Yo podré poco o hallaré testigo
de quién hurtó mi cuerpo; aunque esté ausente,
yo lo perseguiré como enemigo.

¿Sabrásme decir dél, mi clara fuente?
Dímelo, si lo sabes; así Febo
nunca tus frescas ondas escaliente.

Allá dentro en lo hondo está un mancebo
de laurel coronado, y en la mano
un palo, propio, como yo, de acebo.

¡Hola! ¿Quién está allá? Responde, hermano,
¡Válame Dios! O tú eres sordo o mudo,
o enemigo mortal del trato humano.

Espíritu soy de carne ya desnudo,
que busco el cuerpo mío, que me ha hurtado
algún ladrón malvado, injusto y crudo.

Callar que callarás. ¿Hasme escuchado?
¡Oh santo Dios! Mi cuerpo mismo veo.
o yo tengo el sentido trastornado.

¡Oh cuerpo! Hete hallado, y no lo creo,
tanto sin ti me hallo descontento.
Pon fin ya a tu destierro y mi deseo.

NEMOROSO

Sospecho que el continuo pensamiento
que tuvo de morir antes de ahora
le representa aqueste apartamiento.

SALICIO

Como del que velando siempre llora,
quedan durmiendo las especies llenas
del dolor que en el alma triste mora.

ALBANIO

Si no estás en cadenas, sal ya fuera
a darme verdadera forma de hombre,
que ahora sólo el nombre me ha quedado.
Y si allá estás forzado en ese suelo,
dímelo ; que si al Cielo que me oyere,
con quejas no moviere y llanto tierno,
convocaré el infierno y reino oscuro,
y romperé su muro de diamante,
como hizo el amante blandamente
por la consorte ausente, que cantando
estuvo halagando las culebras
de las hermanas negras mal peinadas.

NEMOROSO

¡De cuán desvariadas opiniones
saca buenas razones el cuitado!

SALICIO

El curso acostumbrado del ingenio,
aunque le falte el genio que lo mueva,
con la fuga que lleva, corre un poco ;
y aunque éste está hora loco, no por eso
ha de dar al travieso su sentido,
en todo, habiendo sido cual tú sabes.

NEMOROSO

No más, no me le alabes, que por cierto
de verlo como muerto estoy llorando.

ALBANIO

Estaba contemplando qué tormento
es este apartamiento. A lo que pienso
no nos aparta inmenso mar airado,
no torres de fosado rodeadas,
no montañas cerradas y sin vía,
no ajena compañía, dulce y cara;
un poco de agua clara nos detiene;
por ella no conviene lo que entramos
con ansia deseamos; porque al punto
que a ti me acerco y junto, no te apartas
antes nunca te hartas de mirarme,
y de significarme en tu meneo
que tienes gran deseo de juntarte
con esta media parte. Daca, hermano,
échame acá esa mano, y como buenos
amigos a lo menos nos juntemos
y aquí nos abracemos. ¡Ah! ¿Burlaste?
¿Así te me escapaste? Yo te digo
que no es obra de amigo hacer eso.
¿Quedo yo, don Travieso, remojado,
y tú estás enojado? ¡Cuán apriesa
mueves, ¿qué cosa es ésa?, tu figura!
¿Aún esa desventura me quedaba?
Ya no me consolaba en ver serena
tu imagen, y tan buena y amorosa.
No hay bien ni alegre cosa ya que dure.

NEMOROSO

A lo menos, que cure tu cabeza.

SALICIO

Salgamos, que ya empieza un furor nuevo.

ALBANIO

¡Oh Dios! ¿Por qué no pruebo a echarme dentro
hasta llegar al centro de la fuente?

SALICIO

¿Qué es esto, Albanio? Tente.

ALBANIO

¡Oh manifiesto
ladrón! Mas ¿qué es aquesto? ¿Y es muy bueno
vestiros de lo ajeno? ¿Y ante el dueño,
como si fuese un leño sin sentido,
venir muy revestido de mi carne?
Yo haré que descarne esa alma osada
aquesta mano airada.

SALICIO

Está quedo.
Llega tú, que no puedo detenerle.

NEMOROSO

Pues ¿qué quieres hacerle?

SALICIO

¿Yo? Dejarle,
si desenclavijarle yo acabase
la mano, a que escapase mi garganta.

NEMOROSO

No tiene fuerza tanta; sólo puedes
hacer lo que tú debes a quien eres.

SALICIO

¡Qué tiempo de placeres y de burlas!
¿Con la vida te burlas, Nemoroso?
Ven ya, no estés donoso.

NEMOROSO

Luego vengo,
en cuanto me detengo yo aquí un poco.
Veré cómo de un loco te desatas.

SALICIO

¡Ay, paso, que me matas!

ALBANIO

Aunque mueras.

NEMOROSO

Ya aquello va de veras. Suelta, loco.

ALBANIO

Déjame estar un poco, que ya acabo.

NEMOROSO

Suelta ya.

ALBANIO

¿Qué te hago?

NEMOROSO

¿A mí? No, nada.

ALBANIO

Pues vete tu jornada, y nunca entiendas
en ajenas contiendas.

SALICIO

¡Ah furioso!
Afierra, Nemoroso; tenle fuerte.
Yo te daré la muerte, don Perdido.
Ténmele tú tendido mientras lo ato;
probemos así un rato a castigarlo.
Quizá con espantarlo habrá algún miedo

ALBANIO

Señores, si estoy quedo, ¿dejaréisme?

SALICIO

No.

ALBANIO

Pues qué, ¿mataréisme?

SALICIO

Sí.

ALBANIO

¿Sin falta?
Mira cuánto más alta aquella sierra
está que la otra tierra.

NEMOROSO

Bueno es esto.
El olvidará presto la braveza.

SALICIO

Calla, que así se aveza a tener seso

ALBANIO

¿Cómo? ¿Azotado y preso?

SALICIO

Calla, escucha

ALBANIO

Negra fue aquella lucha que contigo
hice, que tal castigo dan tus manos.
¿No éramos como hermanos de primero?

NEMOROSO

Albanio, compañero, calla ahora,
y duerme aquí algún hora, y no te muevas.

ALBANIO

¿Sabes algunas nuevas de mí?

SALICIO

Loco.

ALBANIO

Paso, que duermo un poco.

SALICIO

¿Duermes, cierto?

ALBANIO

¿No me ves como un muerto? ¿Pues qué hago?

SALICIO

Este te dará el pago, si despiertas,
en esas carnes muertas, te prometo.

NEMOROSO

Algo está más quieto y reposado
que hasta aquí. ¿Qué dices tú, Salicio?
¿Parécete que puede ser curado?

SALICIO

En procurar cualquiera beneficio
la vida y salud de un tal amigo
haremos el debido y justo oficio.

NEMOROSO

Escucha, pues, un poco lo que digo,
y contaré una extraña y nueva cosa,
de que yo fui la parte y el testigo.

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,

verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío.

Levántase al fin della una ladera
con proporción graciosa en la altura,
que sojuzga la vega y la ribera.

Allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con extraña hermosura,

no tanto por la fábrica estimadas,
aunque extraña labor allí se vea,
cuanto de sus señores ensalzadas.

Allí se halla lo que se desea:
virtud, linaje, haber, y todo cuanto
bien de natura o de fortuna sea.

Un hombre mora allí de ingenio tanto,
que toda la ribera adonde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.

Nacido fue en el campo placentino,
que con estrago y destrucción romana
en el antiguo tiempo fue sanguino,

y en éste, con la propia, la inhumana
furia infernal, por otro nombre guerra,
lo tiñe, lo arruina y lo profana.

Él, viendo aquesto, abandonó su tierra,
por ser más del reposo compañero
que de la patria que el furor atierra.

Llevóle a aquella parte el buen agüero,
de aquella tierra de Alba tan nombrada,
que éste es el nombre della, y dél Severo.

A aqueste Febo no le escondió nada;
antes de piedras, hierbas y animales
diz que le fue noticia entera dada.

Este, cuando le place, a los caudales
ríos el curso presuroso enfrena
con fuerza de palabras y señales;

la negra tempestad en muy serena
y clara luz convierte, y aquel día,
si quiere revolverlo, el mundo atruena.

La luna de allá arriba bajaría,
si al son de las palabras no impidiese
el son del carro que la mueve y guía.

Temo que si decirte presumiese
de su saber la fuerza con loores,
que, en lugar de alabarlo, lo ofendiese.

Mas no te callaré que los amores
con un tan eficaz remedio cura,
cuanto conviene a tristes amadores.

En un punto remueve la tristura,
convierte en odio aquel amor insano,
y restituye el alma a su natura.

No te sabré decir, Salicio hermano,
la orden de mi cura y la manera;
mas sé que me partí dél libre y sano;

acuérdaseme bien que en la ribera
de Tormes lo hallé solo cantando,
tan dulce, que a una piedra enterneciera.

Como cerca me vido, adivinando
la causa y la razón de mi venida,
suspenso un rato estuvo allí callando;

y luego con voz clara y expedida
soltó la rienda al verso numeroso
en alabanzas de la libre vida.

Yo estaba embebecido y vergonzoso;
atento al son, y viéndome del todo
fuera de libertad y de reposo,

no sé decir, sino que en fin, de modo
aplicó a mi dolor la medicina,
que el mal desarraigó de todo en todo.

Quedé yo entonces como quien camina
de noche por caminos enriscados,
sin ver dónde la senda o paso inclina.

Mas venida la luz, y contemplados,
del peligro pasado nace un miedo
que deja los cabellos erizados.

Así estaba mirando atento y quedo
aquel peligro yo que atrás dejaba,
que nunca sin temor pensarlo puedo.

Tras esto luego se me presentaba,
sin antojos delante, la vileza
de lo que antes ardiendo deseaba.

Así curó mi mal con tal destreza
el sabio viejo, como te he contado,
que volvió el alma a su naturaleza,
y soltó el corazón aherrojado.

SALICIO

¡Oh, gran saber, oh, viejo fructuoso!
que el perdido reposo al alma vuelve,

y lo que la revuelve y lleve a tierra
del corazón destierra incontinente.
Con esto solamente que contaste,
así lo reputaste acá conmigo,
que, sin otro testigo, a desearle
ver presente y hablarle me levantas.

NEMOROSO

¿Desto poco te espantas tú, Salicio?
De más te daré indicio manifiesto,
si no te soy molesto y enojoso.

SALICIO

¿Qué es esto, Nemoroso? ¿Y qué cosa
puede ser tan sabrosa en otra parte
a mí como escucharte? No la siento,
cuanto más este cuento de Severo;
dímelo por entero por tu vida,
pues no hay quien nos impida y embarace.
Nuestro ganado pace; el viento espira;
Filomena suspira en dulce canto,
y en amoroso llanto se amancilla;
gime la tortoliza sobre el olmo;
preséntanos a colmo el prado flores,
y esmalta en mil colores su verdura;
la fuente clara y pura murmurando
nos está convidando a dulce trato.

NEMOROSO

Escucha, pues, un rato, y diré cosas
extrañas y espantosas poco a poco.
Ninfas, a vos invoco; verdes faunos,
sátiros y silvanos, soltad todos
mi lengua en dulces modos y sutiles,
que ni los pastoriles ni el avena
ni la zampoña suena como quiero.

Este nuestro Severo pudo tanto
con el suave canto y dulce lira,
que revueltos en ira y torbellino
en medio del camino se pararon
los vientos, y escucharon muy atentos
la voz y los acentos, muy bastantes
a que los repugnantes y contrarios
hiciesen voluntarios y conformes.
A aqueste el viejo Tormes como a hijo
lo metió al escondrijo de su fuente,
de do va su corriente comenzada.
Mostróle una labrada y cristalina
urna, donde él reclina el diestro lado;
y en ella vio entallado y esculpido

lo que antes de haber sido, el sacro viejo
por divino consejo puso en arte,
labrando a cada parte, las extrañas
virtudes y hazañas de los hombres
que con sus claros nombres ilustraron
cuanto señorearon de aquel río.

Estaba con un brío desdeñoso,
con pecho corajoso, aquel valiente
que contra un rey potente y de gran seso,
que el viejo padre preso le tenía,
cruda guerra movía, despertando
su ilustre y claro bando al ejercicio
de aquel piadoso oficio. A aqueste junto
la gran labor al punto señalaba
al hijo, que mostraba acá en la tierra
ser otro Marte en guerra, en corte Febo.
Mostrábase mancebo en las señales
del rostro, que eran tales, que esperanza
y cierta confianza claro daban,
a cuantos le miraban, que él sería
en quien se informaría un ser divino.
Al campo sarracino en tiernos años
daba con graves daños a sentillo,
que como fue caudillo del cristiano,
ejercitó la mano, y el maduro
seso y aquel seguro y firme pecho.
En otra parte, hecho ya más hombre,
con más ilustre nombre, los arneses
de los fieros franceses abollaba.
Junto tras esto estaba figurado
con el arnés manchado de otra sangre,
sosteniendo la hambre en el asedio,
siendo él solo remedio en el combate,
que con fiero rebate y con ruido
por el muro batido le ofrecían.
Tantos, al fin, morían por su espada,
a tantos la jornada puso espanto,
que no hay labor que tanto notifique
cuánto el fiero Fadrique de Toledo
puso terror y miedo al enemigo.

Tras aqueste que digo se veía
el hijo don García, que en el mundo
sin par y sin segundo solo fuera
si hijo no tuviera. ¿Quién mirara
de su hermosa cara el rayo ardiente,
quién su resplandeciente y clara vista,
que no diera por vista su grandeza?
Estaban de crudeza fiera armadas
las tres inicuas hadas, cruda guerra
haciendo allí a la tierra con quitalle
a éste, que en alcanzalle fue dichosa.
¡Oh patria lacrimosa, y cómo vuelves
los ojos a los Gelves suspirando!
El está ejercitando el duro oficio,

y con tal artificio la pintura
mostraba su figura, que dijeras,
si pintado le vieras, que hablaba.
El arena quemaba, el sol ardía,
la gente se caía medio muerta ;
él sólo con despierta vigilanza
dañaba la tardanza floja, inerte,
y alababa la muerte gloriosa.
Luego la polvorosa muchedumbre
gritando a su costumbre le cercaba ;
mas el que se llegaba al fiero mozo,
llevaba con destrozo y con tormento
del loco atrevimiento el justo pago.
Unos en bruto lago de su sangre,
cortado ya el estambre de la vida,
la cabeza partida revolcaban ;
otros claros mostraban expirando,
de fuera palpitando las entrañas,
por las fieras y extrañas cuchilladas
de aquella mano dadas. Mas el hado
acerbo, triste, airado, fue venido ;
y al fin él, confundido de alboroto,
atravesado y roto de mil hierros,
pidiendo de sus yerros venia al Cielo,
puso en el duro suelo la hermosa
cara, como la rosa matutina,
cuando ya el sol declina al mediodia,
que pierde su alegría, y marchitando
va la color mudando ; o en el campo
cual queda el lirio blanco, que el arado
crudamente cortado al pasar deja,
del cual aún no se aleja presuroso
aquel color hermoso, o se destierra ;
mas ya la madre tierra, descuidada,
no le administra nada de su aliento,
que era el sustentamiento y vigor suyo ;
¡tal está el rostro tuyo en la arena,
fresca rosa, azucena blanca y pura!

Tras esto una pintura extraña tira
los ojos de quien mira, y los detiene
tanto, que no conviene mirar cosa
extraña ni hermosa, sino aquélla.
De vestidura bella allí vestidas
las gracias esculpidas se veían ;
solamente traían un delgado
velo, que el delicado cuerpo viste ;
mas tal, que no resiste a nuestra vista.
Su diligencia en vista demostraban,
todas tres ayudaban en un hora
a una muy gran señora que paría.
Un infante se veía ya nacido,
tal, cual jamás salido de otro parto,
del primer siglo al cuarto vió la luna.
En la pequeña cuna se leía
un nombre que decía : « Don Fernando ».

Bajaban, dél hablando, de dos cumbres
aquellas nueve lumbres de la vida.
Con ligera corrida iba con ellas,
cual luna con estrellas, el mancebo
intonso y rubio Febo ; y en llegando,
por orden abrazando todas fueron
al niño, que tuvieron luengamente
visto como presente. De otra parte
Mercurio estaba, y Marte, cauto y fiero,
viendo el gran caballero que encogido
en el recién nacido cuerpo estaba.
Entonces lugar daba mesurado
a Venus que a su lado estaba puesta.
Ella con mano presta y abundante
néctar sobre el infante desparcía ;
mas Febo la desvía de aquel tierno
niño, y daba el gobierno a sus hermanas.

Del cargo están ufanas todas nueve.
El tiempo el paso mueve, el niño crece,
y en tierna edad florece y se levanta
como felice planta en buen terreno.
Ya sin precepto ajeno daba tales
de su ingenio señales, que espantaban
a los que lo criaban. Luego estaba
cómo una lo entregaba a un gran maestro,
que con ingenio diestro y vida honesta
hiciese manifiesta al mundo y clara
aquella ánima rara que allí vía.
Al niño recibía con respeto
un viejo, en cuyo aspecto se vía junto
severidad a un punto con dulzura.
Quedó desta figura como helado,
severo y espantado viendo al viejo,
que como si en espejo se mirara,
en cuerpo, edad y cara eran conformes.
En esto el rostro a Tormes revolviendo,
vió que estaba riendo de su espanto.
« ¿De qué te espantas tanto? — dijo el río —.
¿No basta el saber mío a que, primero
que naciese Severo, yo supiese
que había de ser quien diese la doctrina
al ánima divina de este mozo? »
Él, lleno de alborozo y de alegría,
sus ojos mantenía de pintura.

Miraba otra figura de un mancebo,
el cual venía con Febo mano a mano,
al modo cortesano. En su manera,
lo juzgara cualquiera, viendo el gesto
lleno de un sabio, honesto y dulce afecto,
por un hombre perfecto en la alta parte
de la difícil arte cortesana,
maestra de la humana y dulce vida.
Luego fué conocida de Severo
la imagen por entero fácilmente

deste que allí presente era pintado.
Vió que era el que había dado a don Fernando,
su ánimo formando en lengua usanza,
el trato, la crianza y gentileza,
la dulzura y llaneza acomodada,
la virtud apartada y generosa,
y, en fin, cualquiera cosa que se vía
en la cortesanía, de que lleno
Fernando tuvo el seno y bastecido.
Después de conocido, leyó el nombre
Severo de aqueste hombre, que se llama
Boscán, de cuya llama clara y pura
sale el fuego que apura sus escritos.
que en siglos infinitos tendrán vida.

De algo más crecida edad miraba
al niño que escuchaba sus consejos;
luego los aparejos ya de Marte,
estotro puesto aparte, le traía.
Así les convenia a todos ellos,
que no pudiera dellos dar noticia
a otro la milicia en muchos años.
Obraba los engaños de la lucha;
la maña y fuerza mucha y ejercicio
con el robusto oficio está mezclando.

Allí con rostro blando y amoroso
Venus aquel hermoso mozo mira,
y luego le retira por un rato
de aquel áspero trato y son de hierro.
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
armar continuo el pecho de dureza,
no dando a la terneza alguna puerta.
Entrada en una huerta, con él siendo,
una ninfa durmiendo le mostraba.
El mozo la miraba, y juntamente
de súbito accidente acometido,
estaba embebecido, y a la diosa,
que a la ninfa hermosa se allegase
mostraba que rogase, y parecía
que la diosa temía de llegarse.
Él no podía hartarse de mirarla,
eternamente amarla prometiendo.

Luego venía corriendo Marte airado,
mostrándose alterado en la persona.
Y daba una corona a don Fernando,
y estábale mostrando un caballero,
que con semblante fiero amenazaba
al mozo que quitaba el nombre a todos.
Con atentados modos se movía
contra el que le atendía en una puente.
Mostraba claramente la pintura
que acaso noche oscura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba

y al mozo coronaba en el fin della;
el cual como la estrella relumbrante
que el sol envía delante, resplandece.
De allí su nombre crece, y se derrama
su valerosa fama a todas partes.

Luego con nuevas artes se convierte
a hurtar a la muerte y a su abismo
gran parte de sí mismo, y quedar vivo
cuando el vulgo cautivo le llorare,
y muerto lo llamare con deseo.
Estaba el Himeneo allí pintado,
el diestro pie calzado en lazos de oro.
De vírgenes un coro está cantando,
partidas alternando y respondiendo,
y en un lecho poniendo una doncella,
que quien atento aquélla bien mirase,
y bien la cotejase en su sentido
con la que el mozo vido allá en la huerta,
verá que la despierta y la dormida
por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
digna y merecedora de tal hombre.
La almohada el nombre contenía,
el cual doña María Enríquez era.
Apenas tienen fuera a don Fernando,
ardiendo y deseando estar ya echado;
al fin era dejado con su esposa,
dulce, pura, hermosa, sabia, honesta.

En un pie estaba puesta la fortuna,
nunca estable ni una, que llamaba
a Fernando, que estaba en vida ociosa,
que por dificultosa y ardua vía
quisiera ser su guía y ser primera;
mas él por compañera toma aquélla,
siguiendo a la que es bella descubierta,
y juzgada cubierta por disforme;
el nombre era conforme a aquesta fama;
virtud ésta se llama, al mundo rara.

¿Quién tras ella guiara igual en curso
sino éste, que el discurso de su lumbre
forzaba la costumbre de sus años,
no recibiendo engaños sus deseos?
Los montes Pirineos (que se estima
de abajo que la cima está en el cielo,
y desde arriba el cielo en el infierno)
en medio del invierno atravesaba.
La nieve blanqueaba, y las corrientes
por debajo de puentes cristalinas
y por heladas minas van calladas.
El aire las cargadas ramas mueve,
que el peso de la nieve las desgaja.
Por aquí se trabaja el duque osado
del tiempo contrastado y de la vía,

con clara compañía de ir delante.
El trabajo constante y tan loable
por la Francia mudable en fin le lleva;
la fama en él renueva la presteza;
la cual con ligereza iba volando,
y con el gran Fernando se paraba,
y le significaba en modo y gesto
que el caminar muy presto convenía.

De todos escogía el duque uno,
y entrambos de consuno cabalgaban;
los caballos mudaban fatigados;
mas al fin llegados a los muros
del gran París, seguros la dolencia,
con su débil presencia y amarilla,
bajaba de la silla el duque sano,
y con la pesada mano le tocaba.
Él luego comenzaba a demudarse,
y amarillo pararse y a dolerse.

Luego pudiera verse de travieso
venir por un espeso bosque ameno,
de buenas hierbas lleno y medicina,
Esculapio, y camina, no parando,
hasta donde Fernando está en el lecho.
Entró con pie derecho, y parecía
que le restituía en tanta fuerza,
que a proseguir se esfuerza su viaje,
que le llevó al pasaje del gran Reno
Tomábale en su seno el caudaloso
y claro río, gozoso de tal gloria,
trayendo a la memoria cuando vino
el vencedor latino al mismo cáso.
No se mostraba escaso de sus ondas;
antes con aguas hondas que engendraba,
los bajos igualaba y al liviano
barco daba de mano; el cual, volando,
atrás iba dejando muros, torres.
Con tanta priesa corres, navecilla,
que llegas do amancilla una doncella,
y once mil más con ella, y mancha el suelo
de sangre, que en el cielo está esmaltada.
Úrsula, desposada y virgen pura,
mostraba su figura, en una pieza
pintada su cabeza. Allí se vía
que los ojos volvía ya expirando,
y estábale mirando aquel tirano
que con acerba mano llevó a hecho
de tierno en tierno pecho tu compaña.

Por la fiera Alemaña de aquí parte
el duque a aquella parte enderezado
donde el cristiano estado estaba en dubio.
En fin al gran Danubio se encomienda;
por él suelta la rienda a su navío,
que con poco desvío de la tierra

entre una y otra sierra el agua hiende.
El remo, que desciende en fuerza suma,
mueve la blanca espuma como argento.
El veloz movimiento parecía
que pintado se vía ante los ojos.

Con amorosos ojos adelante,
Carlos, César triunfante, le abrazaba
cuando desembarcaba en Ratisbona.
Allí por la corona del imperio
estaba el magisterio de la tierra
convocado a la guerra que esperaban.
Todos ellos estaban enclavando
los ojos en Fernando ; y en el punto
que así le vieron junto, se prometen
de cuanto allí acometen la victoria.

Con falsa y vana gloria y arrogancia,
con bárbara jactancia, allí se vía
a los fines de Hungría el campo puesto
de aquel que fue molesto en tanto grado
al húngaro cuitado y afligido.
Las armas y el vestido a su costumbre,
era la muchedumbre tan extraña,
que apenas la campaña la abrazaba,
ni a dar pasto bastaba, ni agua el río.

César, con celo pío y con valiente
ánimo, aquella gente despreciaba.
La suya convocaba, y en un punto
vieras un campo junto de naciones
diversas y razones, más de un celo.
No ocupaban el suelo en tanto grado
con número sobrado e infinito
como el campo maldito ; mas mostraban
virtud, con que sobraban su contrario,
ánimo voluntario, industria y maña.
Con generosa saña y viva fuerza
Fernando los esfuerza y los recoge,
y a sueldo suyo coge muchos dellos.
De un arte usaba entre ellos admirable ;
con el disciplinable alemán fiero
a su manera y fuero conversaba ;
a todos se aplicaba de manera,
que el flamenco dijera que nacido
en Flandes había sido, y el osado
español y sobrado, imaginando
ser suyo don Fernando y de su suelo,
demanda sin recelo la batalla.
Quien más cerca se halla del gran hombre
piensa que crece el nombre por su mano.
El canto italiano nota y mira,
los ojos nunca tira del guerrero,
y aquel valor primero de su gente
junto en este y presente considera.
En él ve la manera misma y maña

del que pasó en España sin tardanza,
siendo sólo esperanza de su tierra,
y acabó aquella guerra peligrosa
con mano poderosa y con estrago
de la fiera Cartago y de su muro ;
y del terrible y duro su caudillo,
cuyo agudo cuchillo a las gargantas
Italia tuvo tantas veces puesto.

Mostrábase tras esto allí esculpida
la envidia carcomida, así molesta :
contra Fernando puesta frente a frente,
la desvalida gente convocaba,
y contra aquél la armaba, y con sus artes
busca por todas partes daño y mengua.
Él, con su mansa lengua y largas manos,
los tumultos livianos asentando,
poco a poco iba alzando tanto el vuelo,
que la envidia en el cielo le miraba ;
y como no bastaba a la conquista,
vencida ya su vista de tal lumbre,
forzaba su costumbre, y parecía
que perdón le pedía, en tierra echada.
Él, después de pisada, descansado
quedaba y aliviado de este enojo ;
y lleno del despojo de esta fiera,
hallaba en la ribera del gran río,
de noche, al puro frío del sereno,
a César, que en su seno está penoso
del suceso dudoso desta guerra ;
que aunque de sí destierra la tristeza,
del caso la grandeza trae consigo
el pensamiento amigo del remedio.
Entrambos buscan medio convenible
para que aquel terrible furor loco
les empeciese poco, y recibiese
tal estrago, que fuese destrozado.

Después de haber hablado, ya cansados,
en la hierba acostados se dormían ;
el gran Danubio oían ir sonando,
casi como aprobando aquel consejo.
En esto el claro viejo río se vía
que del agua salía muy callado,
de sauces coronado y de un vestido
de las ovas tejido mal cubierto,
y en aquel sueño incierto les mostraba
todo cuanto tocaba al gran negocio.
Parecía que el ocio sin provecho
les sacaba del pecho ; porque luego,
como si en vivo fuego se quemara
alguna cosa rara, se levantan
del gran sueño, y se espantan, alegrando
el ánimo y alzando la esperanza.

El río, sin tardanza, parecía
que el agua disponía al gran viaje ;

allanaba el pasaje y la corriente,
para que fácilmente aquella armada
que había de ser guiada por su mano,
en el remar liviano y dulce viese
cuánto el Danubio fuese favorable.

Con presteza admirable vieras junto
un ejército a punto denodado,
y después de embarcado, el remo, lento,
el duro movimiento de los brazos,
los pocos embarazos de las ondas
llevaban por las hondas aguas presta
el armada molesta al gran tirano.

El artificio humano no hiciera
pintura que exprimiera vivamente
el armada, la gente, el curso, el agua;
y apenas en la fragua, donde sudan
los cíclopes y mudan fatigados
los brazos, ya cansados del martillo,
pudiera así exprimillo el gran maestro.

Quien viera el curso diestro por la clara
corriente, bien jurara a aquellas horas
que las agudas proras dividían
el agua y la hendían con sonido,
y el rastro iba seguido. Luego vieras
al viento las banderas tremolando,
las ondas imitando en el moverse.
Pudiera también verse casi viva
la otra gente esquiva y descreída,
que, de ensoberbecida y arrogante,
pensaban que delante no hallaran
hombres que se pararan a su furia.
Los nuestros, tal injuria no sufriendo,
remos iban metiendo con tal gana,
que iba de espuma cana el agua llena.

El temor enajena al otro bando;
el sentido, volando de uno en uno,
entrábase importuno por la puerta
de la opinión incierta; y, siendo dentro,
en el íntimo centro allá del pecho
les dejaba deshecho un hielo frío,
el cual, como un gran río en flujos gruesos,
por medulas y huesos discurría.
Todo el campo se vía conturbado
y con arrebatados movimientos;
sólo del salvamento platicaban.

Luego se levantaban con desorden;
confusos y sin orden caminando,
atrás iban dejando, con recelo,
tendida por el suelo, su riqueza.
Las tiendas do pereza y do fornicio,
con todo bruto vicio obrar solían,

sin ellas se partían. Así armadas,
eran desamparadas de sus dueños.
A grandes y pequeños, juntamente,
era el temor presente por testigo,
y el áspero enemigo, a las espaldas,
que les iba las faldas ya mordiendo.

César estar teniendo allí se vía
a Fernando, que ardía sin tardanza
por colocar su lanza en turca sangre.
Con animosa hambre y con denuedo
forcejea con quien quedo estar le manda.
Como lebrel de Irlanda, generoso,
que el jabalí cerdoso y fiero mira,
rebátese, suspira, fuerza y riñe,
y apenas le constriñe la atadura,
que el dueño, con cordura, más aprieta;
así estaba perfecta y bien labrada
la imagen figurada de Fernando,
que quien allí mirándola estuviera
que era desta manera lo juzgara.

Resplandeciente y clara de su gloria,
pintada la victoria se mostraba;
a César abrazaba, y no parando,
los brazos a Fernando echaba al cuello.
El mostraba de aquello sentimiento,
por ser el vencimiento tal holgado.
Estaba figurando un carro extraño
con el despojo y daño de la gente
bárbara, y juntamente allí pintados,
cautivos y amarrados a las ruedas,
con hábitos y sedas variadas;
lanzas rotas, celadas y banderas,
armaduras ligeras de los brazos,
escudos en pedazos divididos,
vieras allí cogidos en trofeo,
con que el común deseo y voluntades
de tierras y ciudades se alegraba.

Tras esto blanqueaba falda y seno
con velas al Tirreno del armada
sublime, y ensalzada, y gloriosa.
Con la proa espumosa, las galeras,
como nadantes fieras, el mar cortan,
hasta que, en fin, aportan con corona
de lauro a Barcelona, do, cumplidos
los votos ofrecidos y deseos,
y los grandes trofeos ya repuestos,
con movimientos prestos de allí luego
en amoroso fuego todo ardiendo,
el duque iba corriendo, y no paraba.
Cataluña pasaba, atrás la deja;
ya de Aragón se aleja, y en Castilla,
sin bajar de la silla, los pies pone.
El corazón dispone la alegría

que vecina tenía, y reserena
su rostro, y enajena de sus ojos
muerte, daños, enojos, sangre y guerra.
Con sólo amor se encierra sin respeto,
y el amoroso afeto y celo ardiente
figurado y presente está en la cara;
y la consorte cara, presurosa
de un tal placer dudosa, aunque lo vía,
el cuello le ceñía un nudo estrecho,
de aquellos brazos hecho delicados;
de lágrimas preñados relumbraban
los ojos que sobraban al sol claro.

Con su Fernando caro y señor pío,
la tierra, el campo, el río, el monte, el llano,
alegres a una mano estaban todos,
mas con diversos modos lo decían;
los muros parecían de otra altura;
el campo, en hermosura de otras flores,
pintaba mil colores disconformes;
estaba el mismo Tormes figurado,
en torno rodeado de sus ninfas,
vertiendo claras linfas con instancia
en mayor abundancia que solía;
del monte se veía el verde seno,
de ciervos todo lleno, corzos, gamos,
que de los tiernos ramos van rumiando;
el llano está mostrando su verdura,
tendiendo su llanura así espaciosa,
que a la vida curiosa nada empece,
ni deja en qué tropiece el ojo vago.
Bañados en un lago, no de olvido,
mas de un embebecido gozo, estaban
cuantos consideraban la presencia
deste, cuya excelencia el mundo canta,
cuyo valor quebranta al turco fiero.

Aquesto vió Severo por sus ojos;
y no fueron antojos ni ficciones.
Si oyeras sus razones, yo te digo
que como a buen testigo le creyeras.
Contaba muy de veras que, mirando
atento y contemplando las pinturas,
hallaba en las figuras tal destreza,
que con mayor viveza no pudieran
estar si ser les dieran vivo y puro.
Lo que de ellas oscuro allí hallaba,
y el ojo no bastaba a recogello,
el río le daba dello gran noticia.

«Este de la milicia — dijo el río —,
la cumbre y señorío tendrá sólo
del uno al otro polo; y porque espantes
a todos cuantos cantes los famosos
hechos tan gloriosos, tan ilustres,
sabe que en cinco lustres de sus años
hará tantos engaños a la muerte,

que con ánimo fuerte habrá pasado
por cuanto aquí pintado de él has visto.
Ya todo lo has previsto, vamos fuera ;
dejarte he en la ribera do estar sueles ».
« Quiero que me reveles tú primero
— le replicó Severo — qué es aquello,
que de mirar en ello se me ofusca
la vista ; así corusca y resplandece,
y tan claro parece allí en la urna,
como en hora nocturna la cometa ».
« Amigo, no se meta — dijo el viejo —
ninguno, le aconsejo, en este suelo
en saber más que el Cielo le otorgare ;
y si no te mostrare lo que pides,
tú mismo me lo impides, porque en tanto
que el mortal velo y manto el alma cubren,
mil cosas se te encubren, que no bastan
su ojos, que contrastan, a mirarlas.
No pude yo pintarlas con menores
luces y resplandores, porque sabe,
y aquesto en ti bien cabe, que esto todo
que en excesivo modo resplandece
tanto, que no parece ni se muestra,
se lo que aquella diestra mano osada
y virtud sublimada de Fernando
acabarán, entrando más los días.
Lo cual, con lo que vías comparado,
es como con nublado muy oscuro
el sol ardiente, puro, relumbrante.
Tu vista no es bastante a tanta lumbre,
hasta que la costumbre de mirarla
tu ver al contemplarla no confunda.
Como en cárcel profunda el encerrado,
que, súbito sacado, le atormenta
el sol que se presenta a sus tinieblas,
así tú, que las nieblas y hondura,
metido en estrechura, contemplabas
que era cuanto mirabas otra gente,
viendo tan diferente suerte de hombre,
no es mucho que te asombre luz tamaña.
Pero vete, que baña el sol hermoso
su carro presuroso ya en las ondas,
y antes que me respondas será puesto ».
Diciendo así, con gesto muy humano,
tomólo por la mano. ¡Oh admirable
caso y, cierto, espantable!, que, en saliendo,
se fueron estriñendo de una parte
y de otra de tal arte aquellas ondas,
que las aguas, que hondas ser solían,
el suelo descubrían, y dejaban
seca por do pasaban la carrera,
hasta que en la ribera se hallaron ;
y como se pararon en un alto,
el viejo de allí un salto dió con brío,
y levantó del río espuma al cielo,
y conmovió del suelo negra arena.

Severo, ya de ajena ciencia instruto,
fuese a coger el fruto sin tardanza
de futura esperanza ; y escribiendo,
las cosas fue exprimiendo muy conformes
a las que había de Tormes aprendido ;
y aunque de mi sentido él bien juzgase
que no las alcanzase, no por eso
este largo proceso sin pereza
dejó por su nobleza, de mostrarme,
Yo no podía hartarme allí leyendo ;
y tú de estarme oyendo estás cansado.

SALICIO

Espantado me tienes
con tan extraño cuento,
y al son de tu hablar, embebecido ;
acá dentro me siento,
oyendo tantos bienes
y el valor deste príncipe escogido,
bullir con el sentido
y arder con el deseo
por contemplar presente
a aquel que, estando ausente,
por tu divina relación ya veo,
¡Quién viese la escritura,
ya que no puede verse la pintura!

Por firme y verdadero,
después que te he escuchado,
tengo que ha de sanar Albanio cierto ;
que, según me has contado,
bastará tu Severo
a dar salud a un vivo y vida a un muerto :
que a quien fué descubierto
un tamaño secreto,
razón es que se crea
que cualquiera que sea
alcanzará con su saber perfeto,
y a las enfermedades
aplicará contrarias calidades.

NEMOROSO

Pues ¿en qué te resumes, dí, Salicio,
acerca de este enfermo compañero?

SALICIO

En que hagamos el debido oficio.

Luego de aquí partamos, y primero
que haga curso el mal y se envejezca,
así le presentemos a Severo.

NEMOROSO

Yo soy contento, y antes que amanezca
y que del sol el claro rayo ardiente
sobre las altas cumbres se parezca,

el compañero mísero y doliente
llevemos luego donde cierto entiendo
que será guarecido fácilmente.

SALICIO

Recoge tu ganado, que cayendo
ya de los altos montes las mayores
sombras, con ligereza van corriendo.

Mira en torno, y verás por los alcores
salir el humo de las caserías
de aquestos comarcanos labradores.

Recoge tus ovejas y las mías,
y vete ya con ellas, poco a poco,
por aquel mismo valle que solías.

Yo solo me avendré con nuestro loco;
que pues él hasta aquí no se ha movido,
la braveza y furor debe ser poco.

NEMOROSO

Si llegas antes, no te estés dormido;
apareja la cena, que sospecho
que aún fuego Galafrón no habrá encendido.

SALICIO

Yo lo haré, que al hato iré derecho.
Si no me lleva a despeñar consigo
de algún barranco Albanio, a mi despecho.
Adiós, hermano.

NEMOROSO

Adiós, Salicio amigo

ÉGLOGA TERCERA

TIRRENO, ALCINO

Aquella voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María,
que ne mí de celebrar tu hermosura,
tu ingenio y tu valor estar solía,
a despecho y pesar de la ventura
que por otro camino me desvía,

está y estará en mí tanto clavada
cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aún no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida;
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
por el estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
me aflige, y de un trabajo en otro lleva;
ya de la patria, ya del bien me aparta,
ya mi paciencia en mil maneras prueba;
y lo que siento más es que la carta
donde mi pluma tu alabanza mueva,
poniendo en su lugar cuidados vanos,
me quita y arrebata de las manos.

Pero, por más que en mí su fuerza pruebe,
no tomará mi corazón mudable;
nunca dirán jamás que me remueve
fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las hermanas, todas nueve,
me darán ocio y lengua con que hable
lo menos de lo que en tu ser cupiere,
que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harte
tratar del campo y soledad que amas,
ni desdeñes aquesta inculta parte
de mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos
al bajo son de mi zampoña ruda,
indigna de llegar a tus oídos,
pues de ornamento y gracia va desnuda;
mas a las veces son mejor oídos
el puro ingenio y lengua casi muda,
testigos limpios de ánimo inocente,
que la curiosidad del elocuente.

Por aquesta razón de ti escuchado,
aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
con recibirlo tú, yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
salieron juntas, a cantar me ofrezco:
Filódoce, Dinámene y Climene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta la altura,
y así la teje arriba y encadena
que el sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado, con sonido
alegrando la vista y el oído.

Con tanta mansedumbre, el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
una ninfa del agua do moraba
la cabeza sacó, y el prado ameno
vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
el suave olor de aquel florido suelo.
Las aves, en el fresco apartamiento,
vió descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
el sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
atentamente aquel lugar sombrío,
somorgujó de nuevo su cabeza,
y al fondo se dejó calar del río.
A sus hermanas a contar empieza
del verde sitio el agradable frío,
y que vayan las ruega y amonesta
allí con su labor a estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
que las tres dellas su labor tomaron,
y en mirando de fuera, vieron luego
el prado, hacia el cual enderezaron.
El agua clara, con lascivo juego,
nadando dividieron y cortaron,
hasta que el blanco pie tocó mojado,
saliendo de la arena, el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
escurrieron del agua sus cabellos,
los cuales esparciendo, cobijadas
las hermosas espaldas fueron dellos.
Luego, sacando telas delicadas,
que en delgadeza compartían con ellos,
en lo más escondido se metieron
y a su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía,

apurado después de bien cernidas
las menudas arenas do se cría ;
y de las verdes hojas reducidas
en estambre sutil, cual convenía ,
para seguir el delicado estilo
del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta
de las colores que antes le habían dado
con la fineza de la varia tinta
que se halla en las conchas del pecado.
Tanto artificio muestra en lo que pinta
y teje cada ninfa en su labrado,
cuanto mostraron en sus tablas antes
el celebrado Apeles y Timantes.

Filódoce, que así de aquéllas era
llamada la mayor, con diestra mano
tenía figurada la ribera
de Estrimón, de una parte el verde llano,
y de otra el monte de aspereza fiera,
pisado tarde o nunca de pie humano,
donde el amor movió con tanta gracia
la dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa
Eurídice en el blanco pie mordida
de la pequeña sierpe ponzoñosa,
entre la hierba y flores escondida ;
descolorida estaba como rosa
que ha sido fuera de sazón cogida,
y el ánima, los ojos ya volviendo,
de su hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía extensamente
el osado marido, que bajaba
al triste reino de la oscura gente
y la mujer perdida recobraba ;
y cómo después desto él, impaciente
por mirarla de nuevo, la tornaba
a perder otra vez, y del tirano
se queja al monte solitario en vano.

Dinámene no menos artificio
mostraba en la labor que había tejido,
pintando a Apolo en el robusto oficio
de la silvestre caza embebecido.
Mudar luego le hace el ejercicio
la vengativa mano de Cupido,
que hizo a Apolo consumarse en lloro
después que le enclavó con punta de oro.

Dafne, con el cabello suelto al viento,
sin perdonar al blanco pie corría
por áspero camino, tan sin tiento,
que Apolo en la pintura parecía

que, porque ella templase el movimiento,
con menos ligereza la seguía.
Él va siguiendo, y ella huye como
quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas a la fin los brazos le crecían,
y en sendos ramos vueltos se mostraban.
Y los cabellos, que vencer solían
al oro fino, en hojas se tornaban;
en torcidas raíces se extendían
los blancos pies, y en tierra se hincaban;
llora el amante, y busca el ser primero,
besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,
el oro y las colores matizando,
iba de hayas una gran montaña,
de robles y de peñas variando;
un puerco entre ellas, de braveza extraña,
estaba los colmillos aguzando
contra un mozo no menos animoso,
con su venablo en mano, que hermoso.

Tras esto el puerco allí se vía herido
de aquel mancebo por su mal valiente,
y el mozo en tierra estaba ya tendido,
abierto el pecho del rabioso diente,
con el cabello de oro desparcido
barriendo el suelo miserablemente;
las rosas blancas por allí sembradas
tornaba con su sangre coloradas.

Adonis éste mostraba que era,
según se muestra Venus dolorida,
que, viendo la herida abierta y fiera,
estaba sobre él casi amortecida.
Boca con boca coge la postrera
parte del aire que solía dar vida
al cuerpo por quien ella, en este suelo,
aborrecido tuvo al alto ciclo.

La blanca Nise no tomó a destajo
de los pasados casos la memoria,
y en la labor de su sutil trabajo
no quiso entretejer antigua historia;
antes, mostrando de su claro Tajo
en su labor la celebrada gloria,
lo figuró en la parte donde él baña
la más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso río se vía,
que, en áspera estrecheza reducido,
un monte casi alrededor ceñía,
con ímpetu corriendo y con ruido;
querer cercarlo todo parecía
en su volver, mas era afán perdido;

dejábase correr, en fin, derecho,
contento de lo mucho que había hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí, por él sembrada,
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.
De allí, con agradable mansedumbre,
el Tajo va siguiendo su jornada
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían,
entretejidas, las silvestres diosas
salir de la espesura y que venían
todas a la ribera presurosas,
en el semblante tristes, y traían
cestillos blancos de purpúreas rosas,
las cuales, esparciendo, derramaban
sobre una ninfa muerta que lloraban.

Todas, con el cabello desparcido,
lloraban una ninfa delicada,
cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua, en el lugar florido,
estaba entre la hierba degollada,
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,
al parecer, a todas excedía,
mostrando en el semblante la tristeza
que del funesto y triste caso había,
apartada algún tanto, en la corteza
de un álamo unas letras escribía,
como epitafio de la ninfa bella,
que hablaban así por parte della:

«Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso,
y llama: "¡Elisa!...". ¡Elisa!, a boca llena
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
donde será escuchado, yo lo fío».

En fin: en esta tela artificiosa
toda la historia estaba figurada
que en aquella ribera deleitosa
de Nemoroso fue tan celebrada;
porque de todo aquesto y cada cosa
estaba Nise ya tan informada,
que llorando el pastor, mil veces ella
se enterneció escuchando su querella.

Y porque aqueste lamentable cuento,
no sólo entre las selvas se contase,
mas dentro de las ondas sentimiento
con la noticia de esto se mostrase,
quiso que de su tela el argumento
la bella ninfa muerta señalase,
y así se publicase de uno en uno
por el húmedo reino de Nèptuno.

Estas historias tales variadas
eran las telas de las cuatro hermanas,
las cuales, con colores matizadas,
y claras luces de las sombras vanas,
mostraban a los ojos relevadas
las cosas y figuras que eran llanas,
tanto que, al parecer, el cuerpo vano
pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
escondiendo su luz, al mundo cara,
tras altos montes, y a la luna daban
lugar para mostrar su blanca cara ;
los peces a menudo ya saltaban,
con la cola azotando el agua clara,
cuando las ninfas, la labor dejando,
hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
tenían los pies, y reclinar querían
los blancos cuerpos, cuando sus oídos
fueron de dos zampoñas que tañían
suave y dulcemente, detenidos ;
tanto que, sin mudarse, las oían,
y al son de las zampoñas escuchaban
dos pastores a veces, que cantaban.

Más claro cada vez el son se oía
de dos pastores, que venían cántando
tras el ganado, que también venía
por aquel verde soto caminando ;
y a la majada, ya pasado el día,
recogido le llevan, alegrando
las verdes selvas con el son suave,
haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno de estos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
y sobre cuantos pacen la ribera
del Tajo con sus vacas enseñados ;
mancebos de una edad, de una manera
a cantar juntamente aparejados,
y a responder ; aquesto van diciendo,
cantando el uno, el otro respondiendo :

TIRRENO

Flérida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche y más hermosa
que el prado por abril, de flores lleno;
si tá respondes pura y amorosa
al verdadero amor de tu Tirreno,
a mi majada arribarás, primero
que el cielo nos amuestre su lucero.

ALCINO

Hermosa Filis, siempre yo te sea
amargo al gusto más que la retama,
y de ti despojado yo me vea,
cual queda el tronco de su verde rama
si más que yo el murciélago desea
la oscuridad, ni más la luz desama,
por ver ya el fin de un término tamaño
deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO

Cual suele acompañada de su bando
aparecer la dulce primavera,
cuando Favonio y Céfiro, soplando,
al campo tornan su beldad primera,
y van artificiosos esmaltando
de rojo, azul y blanco la ribera;
en tal manera a mí, Flérida mía,
viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO

¿Ves el furor del animoso viento,
embravecido en la fragosa sierra,
que los antiguos robles ciento a ciento
y los pinos altísimos atierra,
y de tanto destrozo aún no contento,
al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
a la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO

El blanco trigo multiplica y crece,
produce el campo en abundancia tierno
pasto al ganado; el verde monte ofrece
a las fieras salvajes su gobierno;
a doquiera que miro me parece
que derrama la copia todo el cuerno;
mas todo se convertirá en abrojos
si dello aparta Flérida sus ojos.

ALCINO

De la esterilidad es oprimido
el monte, el campo, el soto y el ganado;
la malicia del aire corrompido,
hace morir la hierba mal su grado;
las aves ven su descubierto nido,
que ya de verdes hojas fue cercado;
pero si Filis por aquí tornare,
hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO

El álamo de Alcides escogido
fue siempre, y el laurel del rojo Apolo;
de la hermosa Venus fue tenido
en precio y en estima el mirto sólo;
el verde sauz de Flérida es querido,
y por suyo entre todos escogiólo;
doquiera que de hoy más sauces se hallen,
el álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO

El fresno por la selva en hermosura
sabemos ya que sobre todos vaya,
y en aspereza y monte de espesura
se aventaja la verde y alta haya;
mas el que la beldad de tu figura
dondequiera mirado, Filis, haya,
al fresno y a la haya en su aspereza
confesará que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
le respondió; y habiendo ya acabado
el dulce son, siguieron su camino
con paso un poco más apresurado.
Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
todas juntas se arrojan por el vado
y de la blanca espuma que movieron
las cristalinas ondas se cubrieron.

ELEGÍA PRIMERA

AL DUQUE DE ALBA

En la muerte de don Fernando de Toledo, su hermano.

Aunque este grave caso haya tocado
con tanto sentimiento el alma mía,
que de consuelo estoy necesitado,

con que de su dolor mi fantasía
se descargase un poco, y se acabase
de mi continuo llanto la porfía,

quise, pero, probar si me bastase
el ingenio a escribirte algún consuelo,
estando cual estoy, que aprovechase

para que tu reciente desconsuelo
la furia mitigase, si las musas
pueden un corazón alzar del suelo,

y poner fin a las querellas que usas,
con que de Pindo ya las moradoras
se muestran lastimadas y confusas;

que según he sabido, ni a las horas
que el sol se muestra ni en el mar se esconde,
de tu lloroso estado no mejoras;

antes en él permaneciendo, donde-
quiera que estás tus ojos siempre bañas,
y el llanto a tu dolor así responde,

que temo ver deshechas tus entrañas
en lágrimas, como al lluvioso viento
se derrite la nieve en las montañas.

Si acaso el trabajado pensamiento
en el común reposo se adormece,
por tornar al dolor con nuevo aliento,

en aquel breve sueño te aparece
la imagen amarilla del hermano,
que de la dulce vida desfallece;

y tú, tendiendo la piadosa mano,
probando a levantar el cuerpo amado,
levantas solamente el aire vano;

y del dolor el sueño desterrado,
con ansia vas buscando el que partido
era ya con el sueño y alongado,

así desfalleciendo en tu sentido,
como fuera de ti, por la ribera
de Trápana con llanto y con gemido

el caro hermano buscas, que sólo era
la mitad de tu alma, el cual muriendo,
no quedará ya tu alma entera.

Y no de otra manera repitiendo
vas el amado nombre, en desusada
figura a todas partes revolviendo,

que cerca del Erídano aquejada,
lloró y llamó Lampecie el nombre en vano,
con la fraterna muerte lastimada:

«Ondas, tornadme ya mi dulce hermano
Faetón; si no, aquí veréis mi muerte,
regando con mis ojos este llano».

¡Oh cuántas veces; con el dolor fuerte
avivadas las fuerzas, renovaba
las quejas de su cruda y dura suerte!

¡Y cuántas otras, cuando se acababa
aquel furor, en la ribera umbrosa,
muerta, cansada, el cuerpo reclinaba!

Bien te confieso que si alguna cosa
entre la humana puede y mortal gente
entristecer un alma generosa,

con gran razón podrá ser la presente,
pues te ha privado de un tan dulce amigo,
no solamente hermano, un accidente;

el cual, no sólo siempre fue testigo
de tus consejos e íntimos secretos,
mas de cuanto lo fuiste tú contigo.

En él se reclinaban tus discretos
y honestos pareceres, y hacían
conforme al asiento sus efetos.

En él ya se mostraban y leían
tus gracias y virtudes una a una,
y con hermosa luz resplandecían,

como en luciente de cristal coluna,
que no encubre de cuanto se avecina
a su viva pureza cosa alguna.

¡Oh miserables hados! ¡Oh mezquina
suerte la del estado humano, y dura,
do por tantos trabajos se camina!

¡Y ahora muy mayor la desventura
de aquesta nuestra edad, cuyo progreso
muda de un mal en otro su figura!

¿A quién ya de nosotros el exceso
de guerras, de peligros y destierro
no toca, y no ha cansado el gran proceso?

¿Quién no vió desparcir su sangre al hierro
del enemigo? ¿Quién no vió su vida
perder mil veces y escapar por yerro?

¿De cuántos queda y quedará perdida
la casa, y la mujer, y la memoria,
y de otros la hacienda despendida?

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios o agradecimientos?
Sabrálo quien leyere nuestra historia.

Veráse allí que, como polvo al viento,
así se deshará nuestra fatiga
ante quien se endereza nuestro intento.

No contenta con esto la enemiga
del humano linaje, que, envidiosa,
coge sin tiempo el grano de la espiga,

nos ha querido ser tan rigurosa,
que ni a la juventud, don Bernaldino,
ni ha sido a nuestra pérdida piadosa.

¿Quién pudiera de tal ser adivino?
¿A quién no le engañara la esperanza,
viéndote caminar por tal camino?

¿Quién no se prometiera en abastanza
seguridad entera de tus años,
sin temer de natura tal mudanza?

Nunca los tuyos, mas los propios daños,
dolernos deben ; que la muerte amarga
nos muestra claros ya mil desengaños.

Hanos mostrado ya que en vida larga
apenas de tormentos y de enojos
llevar podemos la pesada carga.

Hanos mostrado en ti que claros ojos
y juventud, y gracia, y hermosura,
son también, cuando quiere, sus despojos.

Mas no puede hacer que tu figura,
después de ser vida ya privada,
nos muestre el artificio de natura.

Bien es verdad que no está acompañada
de la color de rosa que solía
con la blanca azucena ser mezclada ;

porque el calor templado, que encendía
la blanca nieve de tu rostro puro,
robado ya la muerte te lo había.

En todo lo demás, como en seguro
y reposado sueño, descansabas,
indicio dando del vivir futuro.

Mas ¿qué hará la madre que tú amabas,
de quien perdidamente eras amado,
a quien la vida con la tuya dabas?

Aquí se me figura que ha llegado
de su lamento el son, que con su fuerza
rompe el aire vecino y apartado;

tras el cual a venir también se esfuerza
el de las cuatro hermanas, que teniendo
va con el de la madre a viva fuerza.

A todas las contemplo desparciendo
de su cabello luengo el fino oro,
al cual ultraje y daño están haciendo.

El viejo Tormes con el blanco coro
de sus hermosas ninfas seca el río,
y humedece la tierra con su lloro.

No recostado en urna al dulce frío
de su caverna umbrosa, mas tendido
por el arena en el ardiente estío,

con ronco son de llanto y de gemido,
los cabellos y barbas mal paradas
se despedaza, y el sutil vestido.

En torno dél sus ninfas, desmayadas,
llorando en tierra están sin ornamento,
con las cabezas de oro despeinadas.

Cese ya del dolor el sentimiento,
hermosas moradoras del undoso
Tormes; tened más provechoso intento;

consolad a la madre, que el piadoso
dolor la tiene puesta en tal estado,
que es menester socorro presuroso.

Presto será que el cuerpo, sepultado
en un perpetuo mármol, de las ondas
podrá de vuestro Tormes ser bañado.

Y tú, hermoso coro, allá en las hondas
aguas metido, podrá ser que al llanto
de mi dolor te muevas y respondas.

Vos, altos promontorios, entre tanto
con toda la Trinacria entristecida,
buscad alivio en el desconsuelo tanto.

Sátiros, faunos, ninfas, cuya vida
sin enojos se pasa, moradores
de la parte repuesta y escondida,

con luenga experiencia sabedores,
buscad, para consuelo de Fernando,
hierbas de propiedad oculta y flores;

así en el escondido bosque, cuando
ardiendo en vivo y agradable fuego
las fugitivas ninfas vais buscando,

ellas se inclinen al piadoso ruego,
y en recíproco lazo estén ligadas,
sin esquivar el amoroso juego.

Tú, gran Fernando, que entre tus pasadas
y tus presentes obras resplandeces,
y a mayor fama están por ti obligadas,

contempla dónde estás ; que si falleces
al nombre que has ganado entre la gente,
de tu virtud en algo te enflaqueces.

Porque al fuerte varón no se consiente
no resistir los casos de fortuna
con firme rostro y corazón valiente.

Y no tan solamente esta importuna,
con proceso cruel y riguroso,
con revolver de sol, de cielo y luna,

mover no debe un pecho generoso
ni entristecerlo con funesto vuelo,
turbando con molestia su reposo ;

mas si toda la máquina del cielo
con espantable son y con ruido
hecha pedazos, se viniere al suelo,

debe ser aterrado y oprimido
del grave peso y de la gran ruina,
primero que espantado y conmovido.

Por estas asperezas se camina
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina.

En fin, señor, tornando al movimiento
de la humana natura, bien permito
a nuestra flaca parte un sentimiento

mas el exceso en esto vedo y quito,
si alguna cosa puedo, que parece
que quiere proceder en infinito.

A lo menos el tiempo, que decrece
y muda de las cosas el estado,
debe bastar, si la razón fallece.

No fue el troyano príncipe llorado
siempre del viejo padre dolorido,
ni siempre de la madre lamentado ;

antes, después del cuerpo redimido
con lágrimas humildes y con oro,
que fue del fiero Aquiles concedido,

y reprimiendo el lamentable coro
del frigio llanto, dieron fin al vano
y sin provecho sentimiento y lloro.

El tierno pecho, en esta parte humano
de Venus, ¿qué sintió, su Adonis viendo
de su sangre regar el verde llano?

Mas desque vido bien que corrompiendo
con lágrimas sus ojos no hacía
sino en su llanto estarse deshaciendo,

y que tornar llorando no podía
su caro y dulce amigo de la oscura
y tenebrosa noche al claro día,

los ojos enjugó y la frente pura
mostró con algo más contentamiento,
dejando con el muerto la tristura ;

y luego con gracioso movimiento
se fue su paso por el verde suelo
con su guirnalda usada y su ornamento.

Desordenada con lascivo vuelo
el viento su cabello, y con su vista
alegraba la tierra, el mar y el cielo.

Con discurso y razón que es tan prevista
con fortaleza y ser que en ti contemplo,
a la flaca tristeza se resista.

Tu ardiente gana de subir al templo
donde la muerte pierde su derecho,
te baste sin mostrarte yo otro ejemplo.

Allí verás cuán poco mal ha hecho
la muerte en la memoria y clara fama
de los famosos hombres que ha deshecho

Vuelve los ojos donde, al fin, te llama
la suprema esperanza, do perfecta
sube y purgada el alma en pura llama.

¿Piensas que es otro el fuego que en Oeta
de Alcides consumió la mortal parte
cuando voló el espíritu al alta meta?

Desta manera aquel por quien reparte
tu corazón suspiros mil al día,
y resuena tu llanto en cada parte,

subió por la difícil y alta vía,
de la carne mortal purgado y puro,
en la dulce región del alegría ;

do con discurso libre ya y seguro
mira la vanidad de los mortales
ciegos, errados en el aire oscuro ;

y viendo y contemplando nuestros males,
alégrase de haber alzado el vuelo
a gozar de las horas inmortales.

Pisa el inmenso y cristalino cielo
teniendo puestos de una y otra mano
el claro padre y el sublime abuelo.

El uno ve de su proceso humano
sus virtudes estar allí presentes,
que el áspero camino hacen llano ;

el otro, que acá hizo entre las gentes
en la vida mortal menor tardanza,
sus llagas muestra allá resplandecientes.

Dellas aqueste premio allá se alcanza ;
porque del enemigo no conviene
procurar en el Cielo otra venganza.

Mira la tierra, el mar que la contiene,
todo lo cual por un pequeño punto
a respeto del Cielo juzga y tiene.

Puesta la vida en aquel gran trasunto
y espejo, do se muestra lo pasado
con lo futuro y lo presente junto,

el tiempo que a tu vida limitado
de allá arriba te está, Fernando, mira,
y allí ve tu lugar ya deputado.

¡Oh bienaventurado, que sin ira,
sin odio, en paz estás, sin amor ciego,
con quien acá se muere y se suspira ;

y en eterna holganza y en sosiego
vives, y vivirás cuanto encendiere
las almas del divino amor el fuego!

Si el Cielo piadoso y largo fiere
luenga vida a la voz deste mi llanto,
lo cual tú sabes que pretende y quiere,

yo te prometo amigo, que entre tanto
que el sol al mundo alumbre, y que la oscura
noche cubra la tierra con su manto,

y en tanto que los peces la hondura
húmeda habitarán del mar profundo,
y las fieras del monte la espesura,

se cantará de ti por todo el mundo;
que en cuanto se discurre, nunca visto
de tus años jamás otro, segundo

será desde el Antártico a Calixto.

ELEGÍA SEGUNDA

A BOSCÁN

Aquí Boscán, donde del buen troyano
Anquises con eterno nombre y vida
conserva la ceniza el Mantuano,

debajo de la seña esclarecida
de César Africano, nos hallamos,
la vencedora gente recogida;

diversos en estudio, que unos vamos
muriendo por coger de la fatiga
el fruto que con el sudor sembramos;

otros, que hacen la virtud amiga,
y premio de sus obras, y así quieren
que la gente lo piense y que lo diga,

destrotos en lo público difieren;
y en lo secreto sabe Dios en cuánto
se contradicen en lo que profieren.

Yo voy por medio, porque nunca tanto
quise obligarme a procurar hacienda;
que un poco más que aquéllos me levanto.

Ni voy tampoco por la estrecha senda
de los que cierto sé que a la otra vía
vuelven de noche, al caminar, la rienda.

Mas ¿dónde me llevó la pluma mía,
que a sátira me voy mi paso a paso,
y aquesta que os escribo es elegía?

Yo enderezo, señor, en fin, mi paso
por donde vos sabéis que su proceso
siempre ha llevado y lleva Garcilaso;

y así en mitad de aqueste monte espeso
de las diversidades me sostengo
no sin dificultad, mas no por eso

dejo las musas, antes torno y vengo
dellas al negociar, y variando,
con ellas dulcemente me entretengo.

Así se van las horas engañando,
así del duro afán y grave pena
estamos algún hora descansando.

De aquí iremos a ver de la sirena
la patria, que bien muestra haber ya sido
de ocio y de amor antiguamente llena.

Allí mi corazón tuvo su nido
un tiempo ya ; mas no sé, ¡triste!, ahora
o si estará ocupado o desparcido.

De aquesto un frío temor así a deshora
por mis huesos discurre en tal manera,
que no puedo vivir con él un hora.

Si, ¡triste!, de mi bien estado hubiera
un breve tiempo ausente, yo no niego
que con mayor seguridad viviera.

La breve ausencia hace el mismo juego
en la fragua de amor, que en fragua ardiente
el agua moderada hace al fuego ;

la cual verás que no tan solamente
no le suele matar, mas lo refuerza
con ardor más intenso y eminente ;

porque un contrario con la poca fuerza
de su contrario, por vencer la lucha,
su brazo aviva y su valor esfuerza ;

pero si el agua en abundancia mucha
sobre el fuego se esparce y se derrama,
el humo sube al cielo, el son se escucha,

y el claro resplandor de viva llama,
en polvo y en ceniza convertido,
apenas queda dél sino la fama.

Así el ausencia larga, que ha esparcido
en abundancia su licor, que amata
el fuego que el amor tenía encendido,

de tal suerte lo deja, que lo trata
la mano sin peligro en el momento
que en apariencia y son se desbarata.

Yo sólo fuera voy de aqueste cuento ;
porque el amor me aflige y me atormenta
y en el ausencia crece el mal que siento ;

y pienso yo que la razón consienta
y permita la causa deste efeto,
que a mí sólo entre todos se presenta ;

porque, como del cielo yo sujeto
estaba eternamente y deputado
al amoroso fuego en que me meto,

así, para poder ser amatado,
el ausencia sin término infinita
debe ser, y sin tiempo limitado ;

lo cual no habrá razón que lo permita ;
porque, por más y más que ausencia dure,
con la vida se acaba, que es finita.

Mas a mí ¿quién habrá que me asegure
que mi mala fortuna con mudanza
y olvido contra mi no se conjure?

Este temor persigue la esperanza,
y oprime y enflaquece el gran deseo
con que mis ojos van de su holganza.

Con ellos solamente ahora veo
este dolor que el corazón me parte,
y con él y conmigo aquí peleo.

¡Oh crudo, oh riguroso, oh fiero Marte,
de túnica cubierto de diamante,
y endurecido siempre en toda parte!

¿Qué tiene que hacer el tierno amante
con tu dureza y áspero ejercicio
llevado siempre del furor delante?

Ejercitando, por mi mal, tu oficio,
soy reducido a términos, que muerte
será mi postrímero beneficio.

Y ésta no permitió mi dura suerte
que me sobreviniese peleando,
de hierro traspasado agudo y fuerte,

por que me consumiese contemplando
mi amado y dulce fruto en mano ajena,
y el duro poseedor de mí burlando

Mas ¿dónde me transporta y enajena
de mi propio sentido el triste miedo?
Aparte de vergüenza y dolor llena

donde, si el mal yo viese, ya no puedo
según con esperarle estoy perdido,
acrecentar en la miseria un dedo.

Así lo pienso ahora, y si él venido
fuese en su misma forma y su figura,
tendría el presente por mejor partido;

y agradecería siempre a la ventura
mostrarme de mi mal sólo el retrato
que pintan mi temor y mi tristura.

Yo sé qué cosa es esperar un rato
el bien del propio engaño, y solamente
temer con él inteligencia y trato.

Como acontece al mísero doliente,
que del un cabo el cierto amigo y sano
le muestra el grave mal de su accidente,

y le amonesta que del cuerpo humano
comience a levantar a mejor parte
el alma suelta con volar liviano;

mas la tierna mujer, de la otra parte,
no se puede entregar a desengaño,
y encúbrele del mal la mayor parte;

él, abrazado con su dulce engaño,
vuelve los ojos a la voz piadosa
y alégrase muriendo con su daño;

así los quito yo de toda cosa,
y póngolos en sólo el pensamiento
de la esperanza cierta o mentirosa.

En este dulce error muero contento,
porque ver claro y conocer mi estado
no puede ya curar el mal que siento;

y acabo como aquel que en un templado
baño metido, sin sentido muere,
las venas dulcemente desatado.

Tú, que en la patria entre quien bien te quiere
la deleitosa playa estás mirando,
y oyendo el son del mar que en ella hiere,

y sin impedimento contemplando
la misma a quien tú das eterna fama,
en tus vivos escritos, procurando.

Alégrate, que más hermosa llama
que aquella que el troyano encendimiento
pudo causar el corazón te inflama.

No tienes que temer el movimiento
de la fortuna con soplar contrario;
que el puro resplandor serena el viento.

Yo, como conducido mercenario,
voy do fortuna a mi pesar me envía,
si no a morir, que aquesto es voluntario.

Sólo sostiene la esperanza mía
un tan débil engaño, que de nuevo
es menester hacerlo cada día;

y si no lo fabrico y lo renuevo,
da consigo en el suelo mi esperanza;
tanto, que en vano a levantarla pruebo.

Aqueste premio mi servir alcanza,
que en sola la miseria de mi vida
negó fortuna su común mudanza.

¿Dónde podré huir que sacudida
un rato sea de mí la grave carga
que oprime mi cerviz enflaquecida?

¡Mas, ¡ay!, que la distancia no descarga
el triste corazón, y el mal, doquiera
que estoy, para alcanzarme el vuelo alarga!

Si donde el sol ardiente reverbera
en la arenosa Libia, engendradora
de toda cosa ponzoñosa y fiera;

o adonde es él vencido a cualquiera hora
en la rígida nieve y viento frío,
parte do no se vive ni se mora;

si en ésta o en aquélla el desvarío
o la fortuna me llevase un día,
y allí gastase todo el tiempo mío,

el celoso temor con mano fría,
en medio del calor y ardiente arena,
el triste corazón me apretaría;

y en el rigor del hielo, en la serena
noche, soplando el viento agudo y puro,
que el veloce correr de agua enfrena,

de aqueste vivo fuego en que me apuro
y consumirme poco a poco espero,
sé que aún allí no podré estar seguro,
y así, diverso entre contrarios muero.

EPÍSTOLA

A BOSCÁN

Señor Boscán, quien tanto tiene
de daros cuenta de los pensamientos
hasta en las cosas que no tienen nombre,

no les podrá con vos faltar materia,
ni será menester buscar estilo
presto, distinto, de ornamento puro,
tal cual a culta epístola conviene.

Entre muy grandes bienes que consigo
el amistad perfecta nos concede,
es aqueste descuido suelto y puro,
lejos de la curiosa pesadumbre ;
y así de aquesta libertad gozando,
digo que vine, cuanto a lo primero,
tan sano como aquel que en doce días
lo que sólo veréis ha caminado,
cuando el fin de la carta os lo mostrare.

Alargo y suelto a su placer la rienda,
mucho más que al caballo, al pensamiento,
y llévame a las veces por camino
tan dulce y agradable, que me hace
olvidar el trabajo del pasado.
Otras me lleva por tan duros pasos,
que con la fuerza del afán presente
también de los pasados se me olvida.
A veces sigo un agradable medio
honesto y reposado, en que el discurso
del gusto y del ingenio se ejercita.

Iba pensando y discurriendo un día
a cuántos bienes alargó la mano
el que de la amistad mostró el camino ;
y luego vos, de la amistad ejemplo,
os me ofrecéis en estos pensamientos.
Y con vos a lo menos me acontece
una gran cosa al parecer extraña,
y porque la sepáis en pocos versos,
es que, considerando los provechos,
las honras y los gustos que me vienen
desta vuestra amistad, que en tanto tengo,
ninguna cosa en mayor precio estimo
ni me hace gustar del dulce estado,
tanto como el amor de parte mía.
Este conmigo tiene tanta fuerza,
que sabiendo muy bien las otras partes
de la amistad, de la estrecheza nuestra,
con sólo aqueste el alma se enternece ;
y sé que otramente me aprovecha
que el deleite, que suele ser pospuesto
a las útiles cosas y a las graves.
Llévame a escudriñar la causa desto
ver continuo tan recio en mí el efeto,
y hallo que el provecho, el ornamento,
el gusto y el placer que se me sigue
del vínculo de amor que nuestro genio
enredó sobre nuestros corazones,
son cosas que de mí no salen fuera,
y en mí el provecho sólo se convierte.

Mas el amor, de donde por ventura
nacen todas las cosas, si hay algunas
que a vuestra utilidad y gusto miren,
es razón grande que en mayor estima
tenido sea de mí que todo el resto,
¡cuánto más generosa y alta parte
es el hacer el bien que el recibirlo! ;
así que amando me deleito, y hallo
que no es locura este deleite mío.

¡Oh cuán corrido estoy y arrepentido
de haberos alabado el tratamiento
del camino de Francia y las posadas!
Corrido de que ya por mentiroso
con razón me tendréis, arrepentido
de haber perdido tiempo en alabaros
cosa tan digna ya de vituperio,
donde no hallaréis sino mentiras,
vinos acedos, camareras feas,
varletes codiciosos, malas postas,
gran paga, poco argén, largo camino ;
llegar, al fin, a Nápoles, no habiendo
dejado allá enterrado algún tesoro,
salvo si no decís que es enterrado
lo que nunca se halla ni se tiene.
A mi señor Dural estrechamente
abrazad de mi parte, si pudiereis.
Doce del mes de octubre, de la tierra
do nació el claro fuego del Petrarca,
y donde están del fuego las cenizas.

CANCIONES

CANCIÓN PRIMERA

Si a la región desierta, inhabitable
por el hervor del sol demasiado,
y sequedad de aquella arena ardiente ;
o a la que por el hielo congelado
y rigurosa nieve es intratable,
del todo inhabitada de la gente,
por algún accidente,
o caso de fortuna desastrada,
me fuésedes llevada,
y supiese que allá vuestra dureza
estaba en su crudeza,
allá os iría a buscar, como perdido,
hasta morir a vuestros pies tendido.

Vuestra soberbia y condición esquiva
acabe ya, pues es tan acabada
la fuerza de en quien ha de ejecutarse.
Mire bien que el amor se desagrada
deso, pues quiere que el amante viva

y se convierta a do piense salvarse.
El tiempo ha de pasarse,
y de mis males arrepentimiento,
confusión y tormento
sé que os ha de quedar, y esto recelo ;
que aún de aquesto me duelo,
como en mí vuestros males son de otra arte,
duélenme en más sensible y tierna parte.

Así paso la vida acrecentando
materia de dolor a mis sentidos,
como si la que tengo no bastase ;
los cuales para todo están perdidos,
sino para mostrarme a mí cuál ando.
Pluguiese a Dios que aquesto aprovechase
para que yo pensase
un rato en mi remedio, pues os veo
siempre con un deseo
de perseguir al triste y al caído ;
yo estoy aquí tendido,
mostrándoos de mi muerte las señales ;
y vos viviendo sólo de mis males.

Si aquella amarillez y los suspiros
salidos sin licencia de su dueño ;
si aquel hondo silencio, no han podido
un sentimiento grande ni pequeño
mover en vos, que baste a convertiros
a siquiera saber que soy nacido ;
baste ya haber sufrido
tanto tiempo, a pesar de lo que basto ;
que a mí mismo contrasto,
dándome a entender que a mi flaqueza
me tiene en la tristeza
en que estoy puesto, y no lo que yo entiendo ;
así que con flaqueza me defiendo.

Canción, no has de tener
conmigo que ver más en malo o en bueno ;
trátame como ajeno,
que no te faltará de quien lo aprendas.
Si has miedo que me ofendas,
no quieras hacer más por mi derecho
de lo que hice yo, que el mal me he hecho.

CANCIÓN SEGUNDA

La soledad siguiendo,
rendido a mi fortuna,
me voy por los caminos que se ofrecen,
por ellos esparciendo
mis quejas de una en una
al viento, que las lleva do perecen ;
puesto que no merecen
ser de vos escuchadas,

pues son tan bien vertidas,
he lástima de ver que van perdidas
por donde suelen ir las remediadas.
A mí se han de tornar,
adonde para siempre habrán de estar.

Mas ¿qué haré, señora,
en tanta desventura?
¿Adonde iré, si a vos no voy con ella?
¿De quién podré yo ahora
valerme en mi tristura,
si en vos no halla abrigo mi querella?
Vos sola sois aquella
con quien mi voluntad
recibe tal engaño,
que viéndoos holgar siempre con mi daño,
me quejo a vos, como si en la verdad
vuestra condición fuerte
tuviese alguna cuenta con mi muerte.

Los árboles presento
entre las duras peñas
por testigo de cuanto os he encubierto;
de lo que entre ellos cuento
podrán dar buenas señas,
si señas pueden dar del desconcierto.
Mas ¿quién tendrá concierto
en contar el dolor,
que es de orden enemigo?
No me den pena, pues, por lo que digo,
que ya no me refrenará el temor.
¡Quién pudiese hartarse
de no esperar remedio y de quejarse!

Mas esto me es vedado
con unas obras tales
con que nunca fue a nadie defendido;
que si otros han dejado
de publicar sus males,
llorando el mal estado a que han venido,
señora, no habrá sido
sino con mejoría
y alivio en su tormento;
mas ha venido en mí a ser lo que siento
de tal arte, que ya en mi fantasía
no cabe; y así quedo
sufriendo aquello que decir no puedo.

Si por ventura extiendo
alguna vez mis ojos
por el proceso luengo de mis daños,
con lo que me défiendo
de tan grandes enojos,
solamente es allí con mis engaños;
mas vuestros desengaños
vencen mi desvarío

y apocan mis defensas.
Sin yo poder dar otras recompensas,
sino que siendo vuestro más que mío
quise perderme así,
por vengarme de vos, señora, en mí.

Canción, yo he dicho más que me mandaron,
y menos que pensé;
no me preguntes más, que lo diré.

CANCIÓN TERCERA

Con un manso ruído
de agua corriente y clara,
cerca el Danubio una isla, que pudiera
ser lugar escogido
para que descansara
quien como yo estoy ahora no estuviera;
do siempre primavera
parece en la verdura
sembrada de las flores;
hacen los ruiseñores
renovar el placer o la tristura
con sus blandas querellas,
que nunca día ni noche cesan dellas.

Aquí estuve yo puesto,
o, por mejor decirlo,
preso, forzado y solo en tierra ajena;
bien pueden hacer esto
en quien puede sufrirlo
y en quien él a sí mismo se condena.
Tengo sólo una pena,
si muero desterrado
y en tanta desventura;
que piense, por ventura,
que junto tantos males me han llevado,
y sé yo bien que muero
por sólo aquello que morir espero.

El cuerpo está en poder
y en manos de quien puede
hacer a su placer lo que quisiere;
mas no podrá hacer
que mal librado quede,
mientras de mí otra prenda no tuviere.
Cuando ya el mal viniere
y la postrera suerte,
aquí me ha de hallar,
en el mismo lugar;
que otra cosa más dura que la muerte
me halla y ha hallado;
y esto sabe muy bien quien lo ha probado.

No es necesario ahora
hablar más sin provecho,
que es mi necesidad muy apretada ;
pues ha sido en una hora
todo aquello deshecho
en que toda mi vida fue gastada.
Y al fin de tal jornada,
¿presumen espantarme?
Sepan que ya no puedo
morir sino sin miedo ;
que aún nunca qué temer quiso dejarme
la desventura mía,
que el bien y el miedo me quitó en un día.

Danubio, río divino,
que por fieras naciones
vas con tus claras ondas discurriendo,
pues no hay otro camino
por donde mis razones
vayan fuera de aquí, sino corriendo
por tus aguas, y siendo
en ellas anegadas ;
si en tierra tan ajena,
en la desierta arena
fueron de alguno acaso en fin halladas,
entiérrelas siquiera,
porque su error se acabe en tu ribera.

Aunque en el agua mueras,
canción, no has de quejarte ;
que yo he mirado bien lo que te toca
Menos vida tuvieras
si hubieras de igualarte
con otras que se me han muerto en la boca.
Quién tiene culpa desto,
allá lo entenderás de mí muy presto.

CANCIÓN CUARTA

El aspereza de mis males quiero
que se muestre también en mis razones,
como ya en los efectos se ha mostrado.
Lloraré de mi mal las ocasiones.
Sabrá el mundo la causa por que muero,
y moriré a lo menos confesado.
Pues soy por los cabellos arrastrado
de un tan desatinado pensamiento,
que por agudas peñas peligrosas,
por matas espinosas,
corre con ligereza más que el viento,
bañando de mi sangre la carrera,
y para más despacio atormentarme,
llévame alguna vez por entre flores
a do de mis tormentos y dolores
descanso, y dellos vengo a no acordarme ;

mas él a más descanso no me espera ;
antes, como me ve desta manera,
con un nuevo furor y desatino
torna a seguir el áspero camino.

No vine por mis pies a tantos daños ;
fuerzas de mi destino me trajeron,
y a la que me atormenta me entregaron.
Mi razón y juicio bien creyeron
guardarme, como en los pasados años
de otros graves peligros me guardaron ;
mas cuando los pasados compararon
con los que venir vinieron, no sabían
lo que hacer de sí, ni do meterse ;
que luego empezó a verse
la fuerza y el rigor con que venían.
Mas de pura vergüenza constreñida,
con tardo paso y corazón medroso,
al fin ya mi razón salió al camino.
Cuanto era el enemigo más vecino,
tanto más el recelo temeroso
le mostraba el peligro de su vida.
Pensar en el temor de ser vencida,
la sangre alguna vez le calentaba,
mas el mismo temor se la enfriaba.

Estaba yo a mirar, y peleando
en mi defensa mi razón estaba
cansada, y en mil partes ya herida ;
y sin ver yo quién dentro me incitaba,
ni saber cómo, estaba deseando
que allí quedase mi razón vencida.
Nunca en todo el proceso de mi vida
cosa se me cumplió que desease
tan presto como aquesta ; que a la hora
se rindió la señora,
y al siervo consintió que gobernase
y usase de la ley del vencimiento.
Entonces yo sentíme salteado
de una vergüenza libre y generosa ;
corríme gravemente que una cosa
tan sin razón hubiese así pasado ;
luego siguió el dolor al corrimiento
de ver mi reino en mano de quien cuento
que me da vida y muerte cada día,
y es la más moderada tiranía.

Los ojos, cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa,
y oscurecer al sol a mediodía,
me convirtieron luego en otra cosa.
En volviéndose a mí la vez primera
con el calor del rayo que salía
de su vista, que en mí se difundía,
y de mis ojos la abundante vena
de lágrimas al sol que me inflamaba,

no menos ayudaba
a hacer mi natura en todo ajena
de lo que era primero. Corromperse
sentí el sosiego y libertad pasada,
y el mal de que muriendo estó, engendrarse,
y en tierra sus raíces ahondarse
tanto, cuanto su cima levantada
sobre cualquier altura hace verse.
El fruto que de aquí suele cogerse,
mil es amargo, alguna vez sabroso;
mas mortífero siempre y ponzoñoso.

De mí ahora huyendo, voy buscando
a quien huye de mí como enemiga,
que a un error añado el otro yerro;
y en medio del trabajo y la fatiga
estoy cantando yo, y está sonando
de mis atados pies el grave hierro;
mas poco dura el canto, si me encierro
acá dentro de mí, porque allí veo
un campo lleno de desconfianza.
Muéstrame la esperanza
de lejos su vestido y su menco;
mas ver su rostro nunca me consiente.
Torno a llorar mis daños, porque entiendo
que es un crudo linaje de tormento
para matar aquel que está sediento,
mostrarle el agua por que está muriendo;
de la cual el cuitado juntamente
la claridad contempla, el ruido siente,
mas cuando llega ya para bebella,
gran espacio se halla lejos della.

De los cabellos de oro fue tejida
la red que fabricó mi sentimiento,
do mi razón revuelta y enredada
con gran vergüenza suya y corrimiento,
sujeta al apetito y sometida
en público adulterio fue tomada;
del cielo y de la tierra contemplada.
Mas ya no es tiempo de mirar yo en esto,
pues no tengo con qué considerallo,
y en tal punto me hallo,
que estoy sin armas en el campo puesto,
y el paso ya cerrado y la huída.
¿Quién no se espantará de lo que digo?
Que es cierto que he venido a tal extremo,
que del grave dolor que huyo y temo
me hallo algunas veces tan amigo,
que en medio dél, si vuelvo a ver la vida
de libertad, la juzgo por perdida,
y maldigo las horas y momentos
gastados mal en libres pensamientos.

No reina siempre aquesta fantasía,
que en imaginación tan variable

no se reposa un hora el pensamiento.
Viene con un rigor tan intratable
a tiempos de dolor, que el alma mía
desampara, huyendo, el sufrimiento,
lo que dura la fuerza del tormento.
No hay parte en mí que no se me trastorne
y que en torno de mí no esté llorando ;
de nuevo protestando
que de la vía espantosa atrás me torne.
Esto ya por razón no va fundado,
ni le dan parte dello a mi juicio,
que este discurso todo es ya perdido ;
mas es en tanto daño del sentido
este dolor, y en tanto perjuicio,
que todo lo sensible atormentado,
de bien, si alguno tuvo, ya olvidado
está de todo punto, y sólo siente
la furia y el rigor del mal presente.

En medio de la fuerza del tormento
una sombra de bien se me presenta,
do el fiero ardor un poco se mitiga.
Figúraseme cierto a mí que sienta
alguna parte de lo que yo siento
aquella tan amada mi enemiga.
Es tan incomportable la fatiga,
que si con algo yo no me engañase
para poder llevarla, moriría,
y así me acabaría
sin que de mí en el mundo se hablase.
Así que del estado más perdido
saco algún bien ; mas luego en mí la suerte
trueca y revuelve el orden, que algún hora,
si el mal acaso un poco en mí mejora,
aquel descanso luego se convierte
en un temor que me ha puesto en olvido
aquella por quien sola me he perdido.
Así, del bien que un rato satisface,
nace el dolor que el alma me deshace.

Canción, si quien te viere se espantare
de la instabilidad y ligereza,
y revuelta del vago pensamiento ;
estable, grave y firme es el tormento,
le di, que es causa ; cuya fortaleza
es tal, que en cualquier parte que tocare,
la hará revolver hasta que pare
en aquel fin de lo terrible y fuerte,
que todo el mundo afirma que es la muerte.

CANCIÓN QUINTA

Si de mi baja lira
tanto pudiese el son, que un momento
aplacase la ira

del animoso viento,
y la furia del mar y el movimiento;

y en ásperas montañas
con el suave canto enterneciese
las fieras alimañas,
los árboles moviese,
y al son confusamente los trajese;

no pienses que cantando
sería de mí, hermosa flor de Gnido,
el fiero Marte airado,
a muerte convertido,
de polvo, y sangre, y de sudor teñido;

ni aquellos capitanes
en las sublimes ruedas colocados,
por quien los alemanes
el fiero cuello atados,
y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella
fuerza de tu beldad sería cantada,
y alguna vez con ella
también sería notada
el aspereza de que estás armada;

y cómo por ti sola,
y por tu gran valor y hermosura,
convertida en viola,
llora su desventura
el miserable amante en su figura.

Hablo de aquel cautivo,
de quien tener se debe más cuidado,
que está muriendo vivo,
al remo condenado,
en la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,
del áspero caballo no corrige
la furia y gallardía,
ni con freno le rige,
ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano
no revuelve la espada presurosa,
y en el dudoso llano
huye la polvorosa
palestra, como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,
en lugar de la cítara sonante,
tristes querellas usa,
que con llanto abundante
hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo
le es importuno, grave y enojoso,
yo puedo ser testigo,
que ya del peligroso
naufragio fui su puerto y su reposo.

Y ahora en tal manera
vence el dolor a la razón perdida,
que ponzoñosa fiera
nunca fue aborrecida
tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendrada,
ni producida de la dura tierra ;
no debe ser dotada
que ingratamente yerra
quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa
el caso de Anaxárete, y cobarde,
que de ser desdeñosa
se arrepintió muy tarde,
y así su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando
del mal ajeno el pecho empedernido,
cuando abajo mirando,
el cuerpo muerto vido
del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado
con que desenlazó de la cadena
el corazón cuitado,
que con su breve pena
compró la eterna punición ajena,

sintió allí convertirse
en piedad amorosa el aspereza.
¡Oh tarde arrepentirse!
¡Oh última terneza!
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron
en el tendido cuerpo que allí vieron,
los huesos se tornaron
más duros y crecieron,
y en sí toda la carne convirtieron ;

las entrañas heladas
tornaron poco a poco en piedra dura ;
por las venas cuitadas
la sangre su figura
iba desconociendo y su natura ;

hasta que, finalmente,
en duro mármol vuelta y transformada,

hizo de sí la gente
no tan maravillada
cuanto de aquella ingratitud vengada.

No quieras tú, señora,
de Némesis airada las saetas
probar, por Dios, ahora;
baste que tus perfetas
obras y hermosura a los poetas

den inmortal materia,
sin que también en verso lamentable
celebren la miseria
de algún caso dotable,
que por ti pase triste y miserable.

SONETOS

I

Cuando me paro a contemplar mi estado
y a ver los pasos por do me ha traído,
hallo, según por do anduve perdido,
que a mayor mal pudiera haber llegado.

Mas cuando del camino estoy olvidado,
a tanto mal no sé por do he venido;
sé que me acabo, y más he yo sentido
ver acabar conmigo mi cuidado.

Yo acabaré, que me entregué sin arte
a quien sabrá perderme y acabarme,
si ella quisiere, y aún sabrá querérlo;

que pues mi voluntad puede matarme,
la suya, que no es tanto de mi parte,
pudiendo, ¿qué hará sino hacerlo?

II

En fin, a vuestras manos he venido,
do sé que he de morir tan apretado,
que aun aliviar con quejas mi cuidado
como remedio me es ya defendido.

Mi vida no sé en qué se ha sostenido,
si no es en haber sido yo guardado
para que sólo en mí fuese probado
cuánto corta un espada en un rendido.

Mis lágrimas han sido derramadas
donde la sequedad y la aspereza
dieron mal fruto dellas y mi suerte.

Basten las que por vos tengo lloradas.
No os venguéis más de mí con mi flaqueza
allá os vengad, señora, con mi muerte.

III

La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía;
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero, es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperarlo,
si esperarlo pudiera sin perderlo.

Mas de no veros yo para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo;
y si esto lo es, tampoco podré haberlo.

IV

Un rato se levanta mi esperanza.
Tan cansada de haberse levantado
torna a caer, que deja, mal mi grado,
libre el lugar a la desconfianza.

¿Quién sufrirá tan áspera mudanza
del bien al mal? ¡Oh corazón cansado!
Esfuerza en la miseria de tu estado;
que tras fortuna suele haber bonanza.

Yo mismo emprenderé a fuerza de brazos
romper un monte, que otro no rompiera,
de mil inconvenientes muy espeso.

Muerte, prisión no pueden, ni embarazos,
quitarme de ir a veros, como quiera
desnudo espirtu u hombre en carne y hueso.

V

Escrito está en mi alma vuestro gesto,
y cuanto yo escribir de vos deseo;
vos sola lo escribísteis, yo lo leo
tan solo, que aún de vos me guardo en esto.

En esto estoy y estaré siempre puesto;
que aunque no cabe en mí cuanto en vos veo,
de tanto bien lo que no entiendo creo,
tomando ya la fe por presupuesto.

Yo no nací sino para quereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma misma os quiero.

Cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir, y por vos muero.

VI

Por ásperos caminos he llegado
a parte que de miedo no me muevo;
y si a mudarme o dar un paso pruebo,
allí por los cabellos soy tornado.

Mas tal estoy, que con la muerte al lado
busco de mi vivir consejo nuevo;
conozco lo mejor, y lo peor apruebo,
o por costumbre mala o por mi hado.

Por otra parte, el breve tiempo mío,
y el errado proceso de mis años,
en su primer principio y en su medio,

mi inclinación, con quien yo no porfío,
la cierta muerte, fin de tantos daños,
me hacen descuidar de mi remedio.

VII

No pierda más quien ha tanto perdido;
bástete, amor, lo que ha por mí pasado;
válgame ahora haber jamás probado
a defenderme de lo que has querido.

Tu templo y sus paredes he vestido
de mis mojadas ropas, y adornado,
como acontece a quien ha ya escapado
libre de la tormenta en que se vido.

Yo había jurado nunca más meterme,
a poder mío y a mi consentimiento,
en otro tal peligro, como vano.

Mas del que viene no podré valerme;
y en esto no voy contra el juramento;
que ni es como los otros, ni en mi mano.

VIII

De aquella vista pura y excelente
salen espíritus vivos y encendidos,
y siendo por mis ojos recibidos,
me pasan hasta donde el mal se siente.

Encuéntranse en camino fácilmente
con los míos, que de tal calor movidos,
salen fuera de mí como perdidos,
llamados de aquel bien que está presente.

Ausente, en la memoria la imagino;
mis espíritus, pensando que la vían,
se mueven y se encienden sin medida.

Mas no hallando fácil el camino,
que los suyos entrando derretían,
revientan por salir do no hay salida.

IX

Señora mía, si de vos yo ausente
en esta vida duro y no me muero,
paréceme que ofendo a lo que os quiero,
y al bien de que gozaba en ser presente.

Tras éste luego siento otro accidente,
que es ver que si de vida desespero
yo pierdo cuanto bien de vos espero,
y así ando en lo que siento diferente.

En esta diferencia mis sentidos
están en vuestra ausencia y en porfía.
No sé ya qué hacerme en mal tamaño.

Nunca entre sí los veo sino reñidos:
de tal arte pelean noche y día,
que sólo se conciertan en mi daño.

X

¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíais de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevaste
todo el bien que por términos me distes,
llevadme junto el mal que me dejaste.

Si no, sospecharé que me pusiste
en tantos bienes porque deseaste
verme morir entre memorias tristes.

XI

Hermosas ninfas, que, en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas

de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas ;

ahora estéis labrando embebecidas,
o tejiendo las telas delicadas ;
ahora, unas con otras apartadas,
contándoos los amores y las vidas,

dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando ;

que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá de espacio consolarme.

XII

Si para refrenar este deseo
loco, imposible, vano, temeroso,
y guarecer de un mal tan peligroso,
que es darme a entender yo lo que no creo,

no me aprovecha verme cual me veo,
o muy aventurado o muy medroso,
en tanta confusión, que nunca oso
fiar el mal de mí que lo poseo,

¿qué me ha de aprovechar ver la pintura
de aquel que con las alas derretidas
cayendo fama y nombre al mar ha dado,

y la del que su fuego y su locura
llora entre aquellas plantas conocidas,
apenas en el agua resfriado?

XIII

A Dafne ya los brazos le crecían,
y en luengos ramos vueltos se mostraban ;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro oscurecían ;

de ásperas cortezas se cubrían
los tiernos miembros, que aún bullendo estaban ;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado! ¡Oh mal tamaño!
¡Que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!"

XIV

Como la tierna madre, que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa, de la cual comiendo
sabe que ha de doblarse el mal que siente,

y aquel piadoso amor no le consiente
que considere el daño que haciendo
lo que le pide hace, va corriendo,
y dobla el mal, y aplaca el accidente ;

así a mi enfermo y loco pensamiento,
que en su daño os me pide, yo querría
quitar este mortal mantenimiento.

Mas pídemelo, y llora cada día
tanto, que cuanto quiere le consiento,
olvidando su muerte, y aun la mía.

XV

Si quejas y lamentos pueden tanto,
que el curso refrenaron de los ríos,
y en los diversos montes y sombríos
los árboles movieron con su canto ;

si convirtieron a escuchar su llanto
los fieros tigres y peñascos fríos ;
si, en fin, con menos casos que los míos
bajaron a los reinos del espanto,

¿por qué no ablandará mi trabajosa
vida, en miseria y lágrimas pasada,
un corazón conmigo endurecido?

Con más piedad debría ser escuchada
la voz del que se llora por perdido,
que la del que perdió y llora otra cosa.

XVI

A la sepultura de don Fernando de Guzmán, su hermano, que murió de pestilencia a los veinte años de su edad, estando en el Ejército de nuestro César contra franceses en Nápoles.

No las francesas armas odiosas,
en contrapuestas del airado pecho,
ni en los guardados muros con pertrecho
los tiros y saetas ponzoñosas ;

no las escaramuzas peligrosas,
ni aquel fiero ruido contrahecho

de aquel que para Júpiter fue hecho
por manos de Vulcano artificiosas,

pudieron, aunque más yo me ofrecía
a los peligros de la dura guerra;
quitar un hora sola de mi hado.

Mas infición de aire en sólo un día
me quitó al mundo, y me ha en ti sepultado,
Parténope, tan lejos de mi tierra.

XVII

Pensando que el camino iba derecho,
vine a parar en tanta desventura,
que imaginar no puedo, aun con locura,
algo de que esté un rato satisfecho.

El ancho campo me parece estrecho;
la noche clara para mí es oscura;
la dulce compañía, amarga y dura,
y duro campo de batalla el lecho.

Del sueño, si hay alguno, aquella parte
sola que es ser imagen de la muerte
se aviene con el alma fatigada.

En fin, que como quiera estoy de arte
que juzgo ya por hora menos fuerte,
aunque en ella me vi, la que es pasada.

XVIII

Si a vuestra voluntad yo soy de cera,
y por sol tengo sólo vuestra vista,
la cual a quien no inflama, o no conquista
con su mirar, es de sentido fuera;

de do viene una cosa, que si fuera
menos veces de mí probada y vista,
según parece que a razón resista,
a mi sentido mismo no creyera,

y es que yo soy de lejos inflamado
de vuestra ardiente vista y encendido
tanto, que en vida me sostengo apenas.

Mas si de cerca soy acometido
de vuestros ojos, luego siento helado
cuajárseme la sangre por las venas.

XIX

Julio, después que me partí llorando
de quien jamás mi pensamiento parte,

y dejé de mi alma aquella parte
que al cuerpo vida y fuerza estaba dando,

de mi bien a mí mismo voy tomando
estrecha cuenta, y siento de tal arte
faltarme todo el bien, que temo en parte
que ha de faltarme el aire suspirando;

y con este temor mi lengua prueba
a razonar con vos, ¡oh dulce amigo!,
del amarga memoria de aquel día

en que yo comencé como testigo
a poder dar del alma vuestra nueva,
y a saberla de vos del alma mía.

XX

Con tal fuerza y vigor son concertados
para mi perdición los duros vientos,
que cortaron mis tiernos pensamientos
luego que sobre mí fueron mostrados.

El mal es que me quedan los cuidados
en salvo destos acontecimientos,
que son duros, y tienen fundamentos
en todos mis sentidos bien echados.

Aunque por otra parte no me duelo,
ya que el bien me dejó con su partida,
del grave mal que en mí está de contino;

antes con él me abrazo y me consuelo,
porque en proceso de tan dura vida
atajaré la guerra del camino.

XXI

Clarísimo marqués, en quien derrama
el Cielo cuanto bien conoce el mundo,
si al gran valor en que el sujeto fundo,
y al claro resplandor de vuestra llama

arribare mi pluma, y do la llama
la voz de vuestro nombre alto y profundo,
seréis vos solo eterno y sin segundo,
y por vos inmortal quien tanto os ama.

Cuanto del largo Cielo se desea,
cuanto sobre la Tierra se procura,
todo se halla en vos de parte en parte;

y, en fin, de sólo vos formó natura
una extraña y no vista al mundo idea,
e hizo igual al pensamiento el arte.

XXII

Con ansia extrema de mirar qué tiene
vuestro pecho escondido allá en su centro,
y ver si a lo de fuera lo de dentro
en apariencia y ser igual conviene,

en él puse la vista; mas detiene
de vuestra hermosura el duro encuentro
mis ojos, y no pasan tan adentro
que miren lo que el alma en sí contiene.

Y así, se quedan tristes en la puerta
hecha por mi dolor, con esa mano
que aun a su mismo pecho no perdona;

donde vi claro mi esperanza muerta;
y el golpe que os hizo amor en vano
«non esservoi passato oltra la gonna».

XXIII

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende el corazón y lo refrena,

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena;

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.

Marchitará la rosa el viento helado,
todo lo mudará la edad ligera,
por no hacer mudanza en su costumbre.

XXIV

A la marquesa de Padula,
doña María de Cardona.

Ilustre honor del nombre de Cardona;
décima moradora de Parnaso,
a Tansilo, a Minturno, la culto Taso
sujeto noble de inmortal corona.

Si en medio del camino no abandona
la fuerza y el espirtu a vuestro Laso,
por vos me llevará mi osado paso
a la cumbre difícil de Helicona.

Podré llevar entonces, sin trabajo,
con dulce son que el curso al agua enfrena,
por un camino hasta ahora enjuto,

el patrio celebrado y rico Tajo,
que del valor de su luciente arena
a vuestro nombre pague el gran tributo.

XXV

¡Oh hado ejecutivo en mis dolores,
cómo sentí tus leyes rigurosas!
Cortaste el árbol con manos dañosas
y esparciste por tierra fruta y flores.

En poco espacio yacen mis amores
y toda la esperanza de mis cosas,
tornadas en cenizas desdeñosas
y sordas a mis quejas y clamores.

Las lágrimas que en esta sepultura
se vierten hoy en día y se vertieron
recíbe, aunque sin fruto allá te sean,

hasta que aquella eterna noche oscura
me cierre aquestos ojos que te vieron,
dejándome con otros que te vean.

XXVI

Echado está por tierra el fundamento
que mi vivir cansado sostenía.
¡Oh cuánto bien se acaba en sólo un día!
¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!

¡Oh cuán ocioso está mi pensamiento
cuando se ocupa en bien de cosa mía!
A mi esperanza, así como a baldía,
mil veces la castiga mi tormento.

Las más veces me entrego, otras resisto
con tal furor, con una fuerza nueva,
que un monte puesto encima rompería.

Aqueste es el deseo que me lleva,
a que desee tornar a ver un día
a quien fuera mejor nunca haber visto.

XXVII

Amor, amor, un hábito vestí,
el cual de vuestro paño fue cortado;
al vestir ancho fue, más apretado
y estrecho cuando estuvo sobre mí.

Después acá de lo que consentí,
tal arrepentimiento me ha tornado,
que pruebo alguna vez de congojado
a romper esto en que yo me metí.

Mas ¿quién podrá deste hábito librarse,
teniendo tan contraria su natura,
que con él ha venido a conformarse?

Si alguna parte queda, por ventura,
de mi razón, por mí no osa mostrarse;
que en tal contradicción no está segura.

XXVIII

Boscán, vengado estáis, con mengua mía,
de mi rigor pasado y mi aspereza,
con que reprenderos la terneza
de vuestro blando corazón solía.

Ahora me castigo cada día
de tal salvatiquez y tal torpeza;
mas es a tiempo que de mi bajeza
correrme y castigarme bien podría.

Sabed que en mi perfecta edad y armado,
con mis ojos abiertos me he rendido
al niño que sabéis ciego y desnudo.

De tan hermoso fuego consumido
nunca fue corazón: si preguntado
soy lo demás, en lo demás soy mudo.

XXIX

Pasando el mar Leandro el animoso,
en amoroso fuego todo ardiendo,
esforzó el viento, y fuese embraveciendo
el agua con un ímpetu furioso.

Vencido del trabajo presuroso,
contrastar a las ondas no pudiendo,
y más del bien que allí perdía muriendo,
que de su propia vida congojoso,

como pudo esforzó su voz cansada,
y a las ondas habló desta manera
(mas nunca fue la voz dellas oída):

«Ondas, pues no os excusa que yo muera,
dejadme allá llegar, y a la tornada
vuestro furor ejecutá en mi vida».

XXX

Sospechas que en mi triste fantasía
puestas, hacéis la guerra a mi sentido,
volviendo y revolviendo el afligido
pecho, con dura mano, noche y día;

ya se acabó la resistencia mía
y la fuerza del alma ; ya rendido,
vencer de vos me dejó, arrepentido
de haberos contrastado en tal porfía.

Llevadme a aquel lugar tan espantable,
do por no ver mi muerte allí esculpida,
cerrados hasta aquí tuve los ojos.

Las armas pongo ya, que concedida
no es tan larga defensa al miserable ;
colgad en vuestro carro mis despojos.

XXXI

Dentro de mi alma fue de mí engendrado
un dulce amor, y de mi sentimiento
tan aprobado fue su nacimiento
como de un solo hijo deseado ;

mas luego dél nació quien ha estragado
del todo el amoroso pensamiento ;
que en áspero rigor y en gran tormento
los primeros deleites ha trocado.

¡Oh crudo nieto, que das vida al padre
y matas al abuelo! ¿Por qué creces
tan disconforme a aquel de que has nacido?

¡Oh celoso temor! ¿A quién pareces?
¡Que la envidia, tu propia y fiera madre,
se espanta en ver el monstruo que ha parido!

XXXII

Estoy continuo en lágrimas bañado,
rompiendo el aire siempre con suspiros ;
y más me duele nunca osar deciros
que he llegado por vos a tal estado ;

que viéndome do estoy, y lo que he andado
por el camino estrecho de seguiros,
si me quiero tornar para huiros,
desmayo viendo atrás lo que he dejado ;

si a subir pruebo en la difícil cumbre,
a cada paso espántanme en la vía
ejemplos tristes de los que han caído.

Y, sobre todo, fáltame la lumbre
de la esperanza, con que andar solía
por la oscura región de vuestro olvido.

XXXIII

A Mario Galeota

Mario, el ingrato amor, como testigo
de mi fe pura y de mi gran firmeza,
usando en mí su vil naturaleza,
que es hacer más ofensa al más amigo;

teniendo miedo que si escribo o digo
su condición, abajo su grandeza;
no bastando su fuerza a mi crudeza,
ha forzado la mano a mi enemigo.

Y así en la parte que la diestra mano
gobierna, y en aquella que declara
el concepto del alma, fui herido.

Mas yo haré que aquesta ofensa, cara
le cueste al ofensor, ya que estoy sano,
libre, desesperado y ofendido.

XXXIV

Gracias al Cielo doy que ya del cuello
del todo el grave yugo he sacudido,
y que del viento el mar embravecido
veré desde la tierra sin temello.

Veré colgada de un sutil cabello
la vida del amante embebecido
en su error, y en su engaño adormecido,
sordo a las voces que le avisan dello.

Alegrárame, el mal de los mortales;
mas no es mi corazón tan inhumano
en aqueste mi error, como parece,

porque yo huelgo como huelga el sano,
no de ver a los otros en los males,
sino de ver que dellos él carece.

XXXV

A Boscán, desde la Goleta

Boscán, las armas y el furor de Marte,
que con su propia sangre el africano
suelo regando, hacen que el romano
imperio reverdezca en esta parte,

han reducido a la memoria el arte
y el antiguo valor italiano,
por cuya fuerza y valerosa mano
África se aterró de parte a parte.

Aquí donde el romano entendimiento,
donde el fuego y la llama licenciosa
sólo el nombre dejaron a Cartago,

vuelve y revuelve amor mi pensamiento,
hiere y enciende el alma temerosa,
y en llanto y en ceniza me deshago.

XXXVI

A la entrada de un valle, en un desierto,
do nadie atravesaba, ni se vía,
vi que con extrañeza un can hacía
extremos de dolor con desconcierto ;

ahora suelta el llanto al cielo abierto,
do nadie atravesaba, ni se vía,
camina, vuelve, para, y todavía
quedaba desmayado como muerto.

Y fue que se apartó de su presencia
su amo, y no le hallaba, y esto siente,
¡mirad hasta do llega el mal de ausencia!

Movióme a compasión ver su accidente ;
díjele lastimado : « Ten paciencia,
que yo alcanzo razón y estoy ausente ».

XXXVII

Mi lengua va por do el dolor la guía ;
ya yo con mi dolor sin guía camino ;
entrambos hemos de ir con puro tino,
cada uno va aparar do no querría ;

yo, porque voy sin otra compañía,
sino la que me hace el desatino ;
ella, porque la lleve aquel que vino
a hacerla decir más que quería.

Y es para mí la ley tan desigual,
que, aunque inocencia siempre en mí conoce,
siempre yo pago el yerro ajeno y mío.

¿Qué culpa tengo yo del desvarío
de mi lengua, si estoy en tanto mal,
que el sufrimiento ya me desconoce?

XXXVIII

Siento el dolor menguarme poco a poco,
no porque ser le sienta más sencillo,
mas fallece el sentir para sentillo,
después que de sentillo estoy tan loco.

Ni en serlo pienso que en locura toco,
antes voy tan ufano con oíllo,
que no dejaré el serlo y el sufrillo,
que si dejo de serlo el seso a poco.

Todo me empece, el seso y la locura,
privame éste de sí por ser tan mío;
mátame estotra por ser yo tan suyo.

Parecerá a la gente desvarío
preciarme deste mal, do me destruyo;
yo lo tengo por única ventura.

Hernando de Acuña

Hernando de Acuña (1520?-1580?) nacido en Valladolid, siguió la carrera de las armas junto al Emperador, del que fue amigo. Sirvió cargos diplomáticos en Italia. Está en la línea italianizante de Garcilaso.

Bibliografía. *Varias poesías*, Madrid, 1804. Véase el libro de Narciso Alonso Cortés: *Don Hernando de Acuña*, Valladolid, 1913.

Epigrama

A la muerte del Emperador Carlos V.

La Fama

Yo que soy la que levanto
De la sepultura al hombre,
Y con mi voz puedo tanto,
Que hago inmortal el nombre
De los famosos que canto.

Con mil lenguas y clamores
Cantaré de los mayores
El más famoso y mayor,
Y el monarca, Emperador
De Reyes y Emperadores.

De quien los más poderosos
Su poder reconocieron,
Y su nombre los famosos;
Y al que humillado rindieron
Sus armas los belicosos.

Y en cuyo valor se encierra
Cuanto en la paz y en la guerra
Merece que más se alabe
Lo que en mil lenguas no cabe,
Ni en el orbe de la tierra.

Do justicia y fortaleza,
Y con ellas temperancia,
Con muy constante firmeza,
Vivieron en propia estancia
Unidas con su grandeza.

Y él fue en ellas tan entero,
Y amador tan verdadero,
Que en todas tres en el mundo
A ninguno fue segundo,
Y a los mayores primero.

Y así se ha de anteponer
A pasados y presentes,
Pues extendió su poder,
Do no conocidas gentes
Le vinieron a conocer.

Y do en viendo las primeras
De sus invictas banderas,
Se le dan por mil razones
Las más bárbaras naciones,
Reynos y provincias fieras.

Triunfo de la esclarecida
Provincia que fue señora;
Temiólo la más temida,
Y la antigua vencedora
Fue de sus armas vencida:

Y por ellas en un día
Vio acabada la porfía,
La conquista sin ganancia,
De todo el poder de Francia,
Y a su Rey preso en Pavía.

Puso como defensor
Del santo nombre christiano,
A su enemigo mayor
Con armada y fuerte mano
Duro freno de temor.

Tal que quando acometía
La Cristiandad, y venía
Con poder innumerable,
Huyó con daño notable,
Quedando segura Hungría.

Por él fueron conquistados
Para ser restituídos,
Grandes reynos, y amparados,
Los reynos desposeídos,
Y en su posesión tornados.

Que la virtud más loable,
Y el hecho más memorable
De un poderoso, es el ser
Escudo con un poder,
Y amparo del miserable.

Los tiranos rebelados
De la fe y dél en su tierra,
Con gran liga conjurados,
Fueron dél en justa guerra
Presos y desbaratados.

Y por él en conclusión
La christiana Religión
Perseguida y trabajada,
Fué en sus tiempos amparada
De toda persecución.

Por dó fue merecedor
Que Dios le quisiese dar
De sí tan gran sucesor,
Que le pudiese llamar
Traslado de su valor.

A quien el cielo concede,
Que con sus reynos herede
Su misma felicidad,
La qual de edad en edad
A sus sucesores quede.

Y al fin hubo otra victoria,
Que la más clara oscurece,
Y es digna de tal memoria,
Que por sí sola merece
Divina, no humana historia;

Pues fue sólo él vencedor
De su grandeza y valor,
Quando del humano estado,
Despreciando el sumo grado,
Ganó el imperio mayor.

SONETO

AL REY NUESTRO SEÑOR

Ya se acerca, Señor, o es ya llegada
La edad gloriosa en que promete el cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte a vuestros tiempos reservada;

Ya tan alto principio en tal jornada
Os muestra el fin de vuestro santo celo,
Y anuncia al mundo, para más consuelo
Un Monarca, Un Imperio y una espada;

Ya el Orbe de la tierra siente en parte,
Y espera en todo vuestra Monarquía
Conquistada por vos en justa guerra,

Que a quien ha dado Cristo su estandarte,
Dará el segundo mes dichoso día
En que vencido el mar, venza la tierra.

SONETO

EN PRISIÓN DE FRANCESES

Como el poderos ver, Señora mía,
Me sustentaba sin usar de otra arte,
Cuando en segura y reposada parte
Fortuna tanto bien me concedía;

Así después que por contraria vía
Volvió su rueda y con el fiero Marte,
Sin que cese su furia ni se aparte
De mí, los dos me dañan a porfía;

Ni su poder ni la prisión francesa,
Do por nuevo camino me han traído,
Privaran de su bien mi pensamiento,

Con que no sólo ningún mal me pesa,
Más aún Señora, viéndome perdido,
Conozco que lo soy, y no lo siento.

SONETO

Jamás pudo quitarme el fiero Marte,
Por más que en su ejercicio me ha ocupado,
Que en medio de su furia no haya dado
A Apolo de mi tiempo alguna parte ;

Pero quiero Lavinio, ahora avisarte,
Que ya me tiene ausencia en un estado,
Do casi yerran el discurso usado
Mi estilo, mi razón, mi ingenio y arte ;

Lo que en mi fue cantar silencio sea,
Y canten los que esperan de su canto
Que el amor baste a mejorar su suerte ;

A mi me quede sólo el triste llanto,
Pues muero no mirando a Galatea,
Y el podella mirar también es muerte.

SONETO

Cuando era nuevo el mundo, y producía,
Gentes como salvajes, indiscretas,
Y el cielo dio furor a los Poetas,
Y el canto con que el vulgo los seguía ;

Fingieron dios a Amor, y que tenía
Por armas fuego, sed, arco y saetas,
Porque las fieras gentes no sujetas
Se allanasen al trato y compañía ;

Después viniendo a más razón los hombres
Los que fueron más sabios y constantes,
Al Amor figuraron niño y ciego ;

Para mostrar que dél, y de estos nombres
Les viene por herencia a los amantes
Simpleza, ceguedad, desasosiego.

SONETO

SOBRE LA RED DEL AMOR

¿Dígame quien lo sabe cómo es hecha
La red de amor, que tanta gente prende
Y cómo habiendo tanto que la tiende
No está del tiempo ya rota o deshecha?

¿Y cómo es hecho el arco que amor flecha,
Pues hierro ni valor se le defiende?
¿Y cómo, o donde halla, o quien le vende
De plomo, plata y oro tanta flecha?

Y si dicen que es niño, ¿cómo viene
A vencer los gigantes? y si es ciego,
¿Cómo toma al tirar cierta la mira?

Y si, como se escribe, siempre tiene
En una mano el arco, en otra el fuego,
¿Cómo tiende la red, y cómo tira?

SONETO EN AUSENCIA

Vivir, Señora, quien os vio, sin veros,
No es por virtud ni fuerza de la vida,
Que en partiendo de vos fuera perdida,
Si el dejaros de ver fuese perderos;

Mas, de tanto valor es el quereros,
Que teniéndoos el alma en sí esculpida,
De su vista y memoria, que no olvida,
Ninguna novedad basta a moveros;

Así, aunque lejos de vuestra presencia,
Vos sola me estaréis siempre presente,
Y no me faltaréis hora ninguna,

Sin que puedan tenerme un punto ausente,
El áspero desdén, la cruda ausencia,
Nueva llama de amor, tiempo o fortuna.

A UN BUEN CABALLERO Y MAL POETA: LA LIRA DE GARCILASO CONTRAHECHA

De vuestra torpe lira
Ofende tanto el son, que en un momento
Mueve al discreto a ira,
Y a descontentamiento,
Y vos solo, Señor, quedáis contento.

Yo en ásperas montañas,
No dudo que tal canto endureciese
Las fieras alimañas,
O a risa las moviese,
Si natura el reir les concediese.

Y cuanto habéis cantado
Es para echar las aves de su nido,
Y el fiero Marte airado
Mirándoos se ha reido
De veros tras Apolo andar perdido.

¡Ay de los capitanes,
En las sublimes ruedas colocados,

Aunque sean alemanes,
Si para ser loados
Fueren a vuestra musa encomendados!

Mas ¡ay, Señor, de aquella,
Cuya beldad de vos fuere cantada!
Que vos daréis con ella,
Dó veros sepultada
Tuviese por mejor que ser loada.

Que vuestra musa sola
Basta a secar del campo la verdura,
Y al lirio y a la viola,
Do hay tanta hermosura,
Estragar la color y la frescura.

Triste de aquel cautivo,
Que a escucharos, Señor, es condenado,
Que está muriendo vivo
Y de veros enfadado,
Y a decir que son buenos es forzado.

Por vos, como solía,
No reprehende Apolo, ni corrige
La mala poesía,
Ni ya las plumas rige,
Pues la vuestra anda suelta, y nos aflige.

Por vuestra cruda mano
Aquella triste traducción furiosa
No tiene hueso sano,
Y vive sospechosa,
Que aún vida le daréis más trabajosa.

Por vos la docta musa
No da favor a nadie con que cante,
Y mil querellas usa
Con su llanto abundante,
Mas nunca escarmentáis para adelante.

A vos es vuestro amigo
Grave sino os alaba y enojoso,
Y si verdad os digo,
Daisme por envidioso,
Por hombre que no entiende, o sospechoso.

Si yo poeta fuera
Viendo la cosa ya rota y perdida,
A Apolo le escribiera,
Pues que de sí se olvida
Que reforme su casa o la despida.

Que no ha sido engendrada
La poesía de la dura tierra
Para que sea tratada
Como enemigo en guerra
De quien se muestra amigo y la destierra.

Ella anda temerosa
Con sobrada razón y tan cobarde,
Que aún quejarse no osa,
Ni halla quien la guarde
De que en vuestro poder no haga alarde.

Y estáis os alegrando,
El pecho contra Apolo empedernido,
Y "a su pesar cantando,
De que él está sentido,
Y el coro de las musas muy corrido,

Por ley es condenado
Qualquier que ocupa posesión ajena,
Y es muy averiguado,
Que con trabajo y pena
El oro no se saca do no hay vena

¿Pués qué podrá decirse
De quien de versos llenos de aspereza,
No quiere arrepentirse,
Y para tal dureza
Anda sacando fuerzas de flaqueza?

Señor, unos dexaron
Fama en el mundo por lo que escribieron,
Y de otros se burlaron,
Que en obras que hicieron
Ajeno parecer nunca admitieron.

Palabras aplicadas
Podrían ser estas a vuestra escritura,
Pero no señaladas,
Porque es en piedra dura,
Y ya vuestro escribir no tiene cura.

Mas digo finalmente,
Aunque decirlo ya es cosa excusada,
Que no hagáis la gente,
De vos maravillada,
Juntando mal la pluma con la espada.

Mueran luego a la hora
Las públicas estancias y secretas,
Y no queráis agora,
Que vuestras imperfectas
Obras, y rudo estilo a los poetas

Den inmortal materia
Para cantar en verso lamentable
Las faltas y miseria
De estilo tan culpable,
Digno, que no sin risa del que hable.

GUTIERRE DE CETINA

Nacido en Sevilla (1520) de noble familia, siguió la carrera militar en España, Italia y Alemania. Pasó a Méjico en 1546, donde tuvo desastrado fin en un incidente provocado por unos amores (1557?).

Gutierre de Cetina era considerado por sus contemporáneos como un poeta blando y amoroso, pero al que, como decía Herrera, «fáltale el espíritu y vigor», ciertamente porque, como bien escribe del estilo poético el lírico Gabriel Bocángel, «a unos les agrada lo dulce [y] otros lo llaman desnervado»). «Afectuoso y tierno, pero sin vigor ni nervio», dice de él Saavedra Fajardo. Todo ello indica la manera, delicada y armoniosa, de Gutierre de Cetina, poeta del amor. De sus musas predilectas — Dórida y Amarílida — sólo por conjeturas podemos saber algo; parece, de todos modos, a juzgar por la expresión del poeta, que eran de alta alcurnia (acaso Laura Gonzaga) ya que su afecto tiene matices de atrevimiento.

Su manera poética está muy próxima a Garcilaso, con quien, dice Herrera, pretendía rivalizar en sus sonetos. Cetina ofrece, empero, menos amplitud temática absorbido por el tema amoroso, en el que se adentra en un sentido más filosófico o más estudiado.

BIBLIOGRAFÍA. Ediciones *Obras*, J. Hazañas, Sevilla, 1895; B. A. E. vol. XXXII, páginas 40 y 55; ICAZA: *Sucesos reales que parecen imaginarios*, págs. 1-75. Madrid, Hernando, 1919. LAPESA: *La poesía de G. de C.* en «Hommage a Martinenche», pág. 245 y ss. Sobre *El madrigal de Cetina*, CEJADOR en «Rev. Hispanique», 1923.

COMPOSICIONES VARIAS

SONETOS

I. — Como garza real, alta en el cielo,
Entre halcones puesta y rodeada,
Que siendo de los unos remontada,
De los otros seguirse deja a vuelo;

Viendo su muerte acá bajo en el suelo,
Por oculta virtud manifestada,
No tan presto será de él aquejada,
Que a voces mostrará su desconsuelo.

Las pasadas locuras, los ardores
Que por otras sentí, fueron, Señora,
Para me levantar remontadores.

Pero viéndoos a vos, mi matadora,
El alma dió señal en sus temores
De la muerte que paso cada hora.

II. — Si tras de tanto mal me está guardado
Algún bien de que estoy tan fuera agora,
Aun espero por vos cantar, Señora,
Con estilo más alto que he llorado.

Entonces será el bien más estimado,
Por no haber de él jamás sabido un hora,
Cual madre que por muerto al hijo llora,
Se alegra en verlo vivo a sí tornado.

Entonces contaré de la tormenta,
Seguro de zozobras en el puerto,
Y placeráme la pasada afrenta.

Desterraré al dolor, que sin concierto
Me suele fatigar, do nunca sienta
Nueva, ni sepa de él si es vivo o muerto.

III. — Como está el alma a nuestra carne unida,
En los miembros las partes igualmente,
Y como cada miembro el alma siente
Entera en sí y en todos repartida,

Y como si una parte es dividida
Del cuerpo por algún inconveniente,
El alma queda entera y tan potente
Cual siempre, sin que pueda ser partida.

Así el amor en mí no se acrecienta
Por más favor, ni cuando más padece
El triste corazón muda el estado.

Muéstrase amor en mí como tormenta
De mar, que cuando más con furia crece,
Su término no pasa limitado.

IV. — Si no fuese juzgado atrevimiento,
Si vuestra crueldad lo comportase,
Que vuestro servidor llamarme osase,
De sólo el nombre viviría contento.

Tal os pinta en mi alma el pensamiento,
Que no os miré jamás que no juzgase
Temeridad el bien que desease;
Y de tal desvarío me arrepiento.

Enójome de haber más deseado,
Y acusando a mí mismo mi locura,
De cuanto deseé no quiero nada.

Sólo en veros consiste mi ventura,
Todo lo porvenir me desagrada;
El bien presente es más que el mal pasado.

V. — Contento con el mal de amor vivía,
Habiendo el alma en él hábito hecho;
Su daño principal ni su provecho
No me alteraba ya ni lo sentía.

Hora ha querido la desdicha mía
Con otro nuevo mal herirme el pecho;
Éste me desbarata y me ha deshecho,
Mientras menos del otro me temía.

Como enfermo que está ya confiado
Que no puede morir de un mal que tiene,
Por haberse en el uso así guardado,

Cualquier nuevo accidente que le viene
Diferente de aquél que había pensado,
Le hace recelar más que conviene.

VI. — Para ver si sus ojos eran cuales
La fama entre pastores extendía,
En una fuente los miraba un día
Dórida, y dice así, viéndolos tales:

«Ojos, cuya beldad entre mortales
Hace inmortal la hermosura mía,
¿Cuáles bienes el mundo perdería
Que a los males que dais fuesen iguales?

»Tenía antes de os ver por atrevidos,
Por locos temerarios los pastores
Que se osaban llamar vuestros vencidos.

»Mas hora, viendo en vos tantos primores,
Por más locos los tengo y más perdidos
Los que os vieron, si no mueren de amores».

VII. — En un olmo Vandalio escribió un día,
Do la corteza estaba menos dura,
El nombre y la ocasión de su tristura;
Después mirando al cielo, así decía:

«Tanto crezcas, ¡oh bella planta mía!
Que al más alto ciprés venzas de altura,
Y tanta sea mayor tu hermosura
Cuanta aquella de Dórida sería.

»Crezcan a par del olmo en su grandeza
Las letras del amado y dulce nombre,
Y en él hagan perpetua su memoria;

»Porque los que vendrán sepan que un hombre
Levantó el pensamiento a tanta alteza,
Que es digno al menos de inmortal renombre».

VIII. — Remedio incierto que en el alma cría
La ponzoña que da vida al tormento;
Madrastra del cuitado sufrimiento,
De nuestros bienes robadora arpía;

Oscura luz, que por tinieblas guía,
Falso esfuerzo del loco pensamiento,
Dificultoso bien del sentimiento,
Peligroso manjar de la porfía;

Siempre fiera con rostro de doncella,
Fuego que blandamente nos consume,
Jarabe dulce de alargar los males;

Bien do el daño mayor se anida y sella,
¿Quién será tal que tus maldades sume?
¡Oh mísera esperanza de mortales!

IX. — Ponzoña que se bebe por los ojos,
Dura prisión, sabrosa al pensamiento,
Lazo de oro cruel, dulce tormento,
Confusión de locuras y de antojos;

Bellas flores mezcladas con abrojos,
Manjar que al corazón trae hambriento,
Daño que siempre huye el escarmiento,
Minero de placer, lleno de enojos;

Esperanzas inciertas, engañosas,
Tesoro que entre el sueño se parece,
Bien que no tiene en sí más que la sombra,

Inútiles riquezas, trabajosas,
Puerto que no se halla, aunque parece,
Son efectos de aquel que Amor se nombra.

X. — Si de una piedra fría enamorado,
Pudo Pigmaleón mover el cielo;
Si pudo a tanto ardor poner consuelo
Falso espíritu, en ella trasformado;

Siendo retrato vos tan bien sacado
De la mayor beldad que hay en el suelo,
Y siendo ante mi ardor el suyo un hielo,
¿Por qué no me ha el Amor a mí engañado?

¡Ay de mí! ¿Para qué? ¿Qué es lo que pido?
Si espíritu tuviese esta pintura,
¿Podría mejorarse mi partido?

No, porque en caso tal ¿quién me asegura
Se os hubiese en las mañas parecido
Tanto como os parece en la hermosura?

MADRIGALES

I. — Ojos claros, serenos,
Si de un dulce mirar sois alabados,
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?
Si cuando más piadosos,
Más bellos parecéis a aquel que os mira,
No me miréis con ira,
Porque no parezcáis menos hermosos.
¡Ay tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.

II. — Cubrir los bellos ojos
Con la mano que ya me tiene muerto.
Cautela fue por cierto;
Que ansí doblar pensastes mis enojos
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño;
Que el resplandor extraño

Del sol se puede ver mientra se cela.
Así que, aunque pensastes
Cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
Yo os perdono la ofensa,
Pues, cubiertos, mejor verlos dejastes.

III. — No miréis más, Señora,
Con tan grande atención esa figura,
No os mate vuestra propia hermosura.
Huid, dama, la prueba
De lo que puede en vos la beldad vuestra.
Y no haga la nuestra
Venganza de mi mal piadosa y nueva.
El triste caso os mueva
Del mozo convertido entre las flores
En flor, muerto de amor de sus amores.

IV. — ¡Ay qué contraste fiero,
Señora, hay entre el alma y los sentidos
Por decir que os doláis de los gemidos!
Ninguno de ellos osa ;
Cada cual se acobarda y se le excusa
Al alma deseosa,
Que de su turbación la lengua acusa.
Ella dice confusa
Que os dirá el dolor mío,
Si la deja el temor de algún desvío ;
Pero de un miedo frío
La cansa el corazón, y de turbada,
Cuando algo os va a decir, no dice nada.
Al corazón no agrada
La excusa, y dice que es della la mengua ;
Que el quejarse es afecto de la lengua.
El uno al otro amengua ;
El vano pensamiento
No sabe dar consejo al desatiento.
La razon sierva siento,
Que solía un tiempo entre ellos ser señora,
Y el esfuerzo enflaquece de hora en hora.
La mano no usa agora
Del medio que solía ;
Que el temor la acobarda y la desvía.
La sangre corre fría
A la parte más flaca y de turbado.
El triste cuerpo tiembla y suda helado.
¡Ay rabioso cuidado!
Pues si el alma contrasta a los sentidos,
¿Quién dirá que os doláis de sus gemidos?

Francisco de Figueroa

Nacido en Alcalá de Henares (1536), pasó su mocedad en Italia, cuya cultura e idioma asimiló profundamente. Viajó por Flandes, y finalmente se retiró a su ciudad natal, donde gozó de gran consideración hasta su muerte (1617).

Bibliografía. Ed. *Obras de Francisco de Figueroa, laureado Píndaro español.* Lisboa, 1626. Nuevas obras en *Boletín de la Academia Española,* 1915 [con un estudio de Menéndez Pidal], y en *Revue Hispanique,* volumen XXV [ed. de Foulché-Delbosc]. Sobre Figueroa: González Palencia, *Del Lazarillo a Quevedo.* Madrid, 1946).

CANCIÓN PASTORIL

Sale la aurora de su fértil manto,
Rosas suaves esparciendo y flores;
Pintando el cielo va de mil colores,
Y la tierra otro tanto,
Cuando la tierna pastorcilla mía,
Lumbre y gloria del día,
No sin astucia y arte,
De su dichoso albergue alegre parte.
Pisada del gentil blanco pie, crece
La yerba; nace en monte, en valle y llano
Cualquier planta que toca con la mano;
Cualquier árbol florece;
Los vientos, si soberbios van soplando,
Con su vista amansando,
En la fresca ribera
Del río Tibre siéntase y me espera.
Deja por la garganta cristalina
Suelto el oro que cubre el sutil velo;
Arde de amor la tierra, el aire y cielo
Y a sus ojos se inclina;
Ella de azules y purpúreas rosas
Coge las más hermosas,
Y tendiendo la falda,
Teje de ellas después bella guirnalda.
En esto ve que el sol, dando a la aurora
Licencia, muestra en la vecina cumbre
Del monte el rayo de su clara lumbre,
Que el mundo orna y colora;
Túrbase, y una vez arde y se aíra,
Otra teme y suspira
Por mi luenga tardanza,
Y en mitad del temor cobra esperanza.
Yo, que estaba encubierto, los más raros
Milagros de natura y de amor viendo,
Y su amoroso corazón leyendo
Poco a poco en sus claros
Ojos, principio y fin de mi deseo,
Como turbar la veo,
Enojada conmigo,
Temblando, ante ella me presento y digo:

«Rayos de oro, marfil, sol, lazos, vida
De mi alma y mi vida y de mis ojos;
Pura frente, que estás de mis despojos
Más preciosos ceñida;
Ébano, nieve, púrpura, jazmines,
Ámbar, perlas, rubines,
Tanto vivo y respiro,
Cuanto con miedo y sobresalto os miro».
. . . . . .

ÉGLOGA

Tirsi, pastor del más famoso río
Que da tributo al Tajo en la ribera
Del glorioso Sebeto, a Dafne amaba
Con ardor tal, que fue mil veces visto
Tendido en tierra en doloroso llanto
Pasar la noche; y al nacer del día,
Como suelen tornar otros del sueño
Al ejercicio usado, así del llanto
Tornar al llanto, y de una en otra pena,
Rompiendo el aire en semejantes voces;
«Fiero dolor, que del profundo pecho
De este tu propio antiguo usado nido
Sacas tan abundante y larga vena,
Afloja un poco, ¡oh dolor fiero! Afloja
Fiero dolor, un poco, y de las lágrimas,
Que, en mis ojos cuajadas, hacen turbia
Mi débil vista, alguna parte enjuga;
Porque con este yerro, que algún día
Ha de dar fin a mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas,
Do por ventura la engañosa Dafne,
Tornando de la caza calurosa,
O sedienta a buscar o sombra o agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea;
O si esto no, serán piadoso ejemplo
A amorosos pastores... Dafne ingrata,
Que mientras vas, con el sol nuevo alegre,
Del espacioso mar las bravas ondas,
Que crecen con mis lágrimas, mirando,
O en jardín deleitoso al manso viento
De cuidados de amor libre paseas...
Tu Tirsi, ¡ay Dios! tu Tirsi un tiempo yace
Solo con su dolor en esta selva;
Que ya ni el verde prado o fresca sombra,
Ni olor suave de diversas flores,
Ni dulce murmurar de clara fuente
Le es dulce o cara, sino el llanto sólo.
¡Cuántos pastores, cuántas pastorcicas
Amorosas, oyendo mis gemidos,
Conmigo, consolándome, han llorado!
¿Qué me dijo una vez la blanca Alcea,
Movida a compasión? ¿Qué dijo Clori,
La rubia Clori, amor de mil pastores?

Que cuando yo cantando, ella, vencida
Del amor que me tiene, entre estas ramas
Escondida, tu nombre oye mis versos,
Dijo (¡ay amargas voces, cuán impresas
Os tiene el corazón!) : — Hermoso Tirsi,
De tus riberas no pequeña gloria,
¿Cuál estrella cruel, cuál fiera saña
Te mueve contra tí? Tú mismo buscas
Tu presto fin en tus más tiernos años.
¿No te vi, Tirsi, yo (¡ah, qué bien debo
Acordarme del día!) en las solemnes
Bodas de Alcipe estar, cual prado en mayo,
De guirnaldas ganadas en mil pruebas
Cercado en derredor, ufano y ledo?
¿Qué tienes ya de aquel, de aquel que pudo
A mí misma robarme? ¿Adonde es ida
Tu gracia? ¿Adonde la color del rostro?
¿Adonde está la fuerza de tus ojos
Amorosos o airados? ¿Quién te tiene
Parado tal, que si tu imagen viva
Desde aquel para mí cuitado día
Esculpida en mi pecho no estuviera,
Te conociera apenas? Mira, Tirsi,
Mira, cruel, que el justo amor debido
A tu Clori, tan mal en Dafne empleas.
Mas así va ; son estos los misterios
De la diosa cruel reina de Cipro,
Que desiguales ánimas y formas
Se deleita enlazar con crudo yugo.
Alcipe ama a Damón, Damón a Clori ;
Arde Clori por Tirsi, Tirsi ingrato
Por Dafne ; Dafne está entregada a Glauco,
En Glauco no hay amor. — Apenas pude
Escuchar hasta aquí, que airado en vista,
Y muy más dentro el corazón, le dije :
— Huye, huye de mí, malvada Clori,
No me fatigues más con falsas nuevas. —
Ella se fue, mas levantó primero,
Los ojos lacrimosos hacia el cielo,
Y no sé si pidió de mí venganza,
Pero bien se la doy ; desde aquella hora
Imaginando estoy el cómo sea
Que por amar a Glauco a Tirsi olvides
De secreta virtud pequeña yerba
No nace planta en este prado o valle,
De quien no tenga yo cierta noticia
Y la sepa apropiar a sus efetos.
¿Cuándo nació jamás por aquí en torno
Contienda pastoril, que yo no fuese
Elegido juez por ambas partes?
¿Cuándo en fiesta quedé sin algún premio?
Testigo son esta zampoña y vaso,
Y este collar que cuelga de mi pecho.
Pues si versos se precian, ya te dieron
Otro tiempo loor mis dulces versos.
Mis ovejas, que van presas del lobo,

¿No te dieron un tiempo de sus partos?
¿No te dieron mis huertos fruta y flores?
¿Por qué me ha de vencer pastor ajeno,
Y si no vil, que yo menos famoso?
¿En qué me excede Glauco? ¡Ah Dafne ingrata!
¡Ah Dafne desleal, perjura Dafne!
¿Por qué quiero esperar que venga a pasos
Perezosos la muerte? «Aunque está cerca,
Yo quiero apresurarla». En esto prueba
A levantarse, pero no sostienen
Los piés débiles carga tan pesada.
Torna a caer, y con dolor de verse
Estorbar el morir, corre a la muerte,
Perdiendo los espíritus vitales;
Mas presto torna a su pesar la vida,
Y torna juntamente el llanto amargo.

ESTANCIAS

Sobre nevados riscos levantado
Cerca del Tajo está un lugar sombrío,
En el rigor del hielo tan templado,
Cuan fresco en la sazón del seco estío;
Adonde, de tristeza acompañado,
Al son del agua del corriente río,
Tan dulcemente Tirsi se quejaba,
Que los peñascos duros ablandaba.

Mil veces de morir determinado,
Los ojos enclavados en el cielo,
Su grave desventura contemplando,
Con lágrimas regando el verde suelo,
Tan ardientes suspiros arrancando,
Que encendieran el más helado hielo,
Resistir no pudiendo a dolor tanto,
Así soltó la rienda al triste llanto:

«Después que de mis ojos se apartaron
Aquellos que la luz vuelven oscura,
Ni yo puedo vivir, pues me dejaron,
Ni quiero, aunque pudiese, tal locura;
Y pues me dejan por lo que llevaron
(¡Dolor terrible, extraña desventura!)
Mis males y tristísimos cuidados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.

»No lloro solamente tu partida,
Aunque es mal que matara solamente;
Lloro ver la esperanza consumida
En quien siempre el deseo es más ardiente;
Lloro tu rigurosa despedida,
Cuyo rigor terrible mi alma siente,

Y mil males que encubro desudados ;
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Cual la agua al río, al prado la verdura,
La nueva y blanca leche a mi ganado ;
Cuanto le agrada al ave la espesura,
A la tierra la yerba y flor del prado,
Tal es, Fili, a mis ojos tu figura ;
Y pues de verla estoy desconfiado
Por ríos, campos, montes, tierras, prados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Ya las ninfas de Tajo y su ribera
Lloran tan doloroso apartamiento,
Pues no hay sin tí en la tierra primavera,
Ni en las selvas y bosques ornamento ;
La casta diosa desdeñosa y fiera,
Esparcido el cabello al fresco viento,
No persigue ya corzos ni venados.
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Pues no puedo seguirte, ¡ay Fili mía!
Siempre te seguirá mi pensamiento ;
Morir quiero mil veces cada día
Antes que no vivir sin tí en tormento ;
Pues cuando de te amar tuve osadía,
Tan cierto y breve ví mi perdimiento,
Que me dijeron luego allí mis hados :
Llorad sin descansar, ojos cansados.

« Estoy sin tí do el bien es tan incierto
Que no podrá creerlo quien lo viere ;
La esperanza dudosa el dolor cierto,
Según la fuerza con que amor me hiere ;
Mas el que por tu mano ha de ser muerto
No procure morir, pues así muere.
¡Ay, ay remedios, por mí mal hallados!
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Durmiendo un día acaso en la floresta,
Vencido del dolor, Fili, soñaba
Que en el calor ardiente de la siesta
A la sombra de un sauce te hablaba ;
Más fortuna, en mi daño firme y presta,
Me dió luego a entender que me engañaba ;
Y pues mis bienes son bienes soñados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Estaba yo diciendo : — Este no es sueño ;
Que el sueño es cosa vana y mentirosa,
Incierto es su placer, siempre es pequeño,
Y en el no hay cosa tal ni tan sabrosa :

También, por otra parte, si no sueño,
¿Cómo está agora Fili tan piadosa?
¡Ay desengaños, por mí mal hallados!
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Viéndome a tales términos llegado
Sin culpa, culpo al cielo y mi destino,
Mas del bien que mis ojos han mirado
En un hermoso rostro y ser divino;
De haberme a cierta muerte condenado,
Quejarme ahora del cielo es desatino;
Y pues en el mirar fuísteis osados,
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» Si no has determinado que yo muera
En tan grave dolor y desventura;
Si la hora no es llegada postrimera,
Y aquella noche eternamente oscura,
Ves aquí un verde valle, una ribera,
Un gentil prado, un bosque de espesura;
Lugares algún tiempo de tí amados.
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» ¡Ay que no entiendo ya do me ha traído
El dolor de no verte, Fili mía!
No sé sino que muero, y he vivido
Muriendo, desque no veo tu alegría;
El fin de mi jornada es ya cumplido;
La oscura noche viene antes que el día;
Mis términos postreros son llegados.
Llorad sin descansar, ojos cansados;

» Que ya os ha puesto Fili en tal estado,
Que el descanso será mi muerte cierta,
Y no sé cómo tanto se ha tardado,
Pues mi esperanza ha tanto que está muerta;
Ausente vivo, triste y desamado,
En parte solitaria y tan desierta,
Que no serán mis huesos enterrados.
Llorad sin descansar, ojos cansados.

» En tan universal pena y tamaña
Muy mal podrá vivir Tirsi contento;
De amargo llanto un río sus ojos baña,
Y aún le parece corto sentimiento;
Ya no me vale, Fili, fuerza o maña
Para tener sin verte sufrimiento;
Y así, mis dias serán hoy rematados.
Llorad sin descansar, ojos cansados ».

Aquí dio fin al llanto y a la vida
El sin ventura triste malogrado,

El dulce pecho de cruel herida
Con agudo cuchillo atravesado,
Queriendo antes de sí ser homicida
Que sufrir el furor de su cuidado;
La verde yerba por allí sembrada
Tiñó su roja sangre colorada.

Damon, su caro amigo, que escuchando
Estaba el dulce canto doloroso,
Salió de donde estaba, imaginando
El caso lamentable lastimoso.
Y al sin ventura Tirsi vio espirando,
Teñido de su sangre y polvoroso;
El nombre amado en vano repetía.
Y con suspiros tristes le decía:

«¿Es ésta la alegría? ¡ay Tirsi amado!
¿Qué le queda a Damon, tu firme amigo,
Ver tu lloroso fin arrebatado,
Y quién tanto te amaba por testigo?
¿Por qué no me avisabas de tu estado?
¿Por qué no me llevaste allá contigo?
O ¿por qué, pues del todo me dejaste,
Los últimos abrazos me negaste?

»¿Qué se dirá de tí, siendo sabido?
Tirsi se ha muerto con su propia mano;
Como ya por Eneas la triste Dido.
Todos dirán que fuiste ciego, insano,
Siendo el pastor más sabio y entendido
De toda esta ribera y verde llano,
De las hermosas ninfas tan amado,
De las hermanas nueve celebrado.

»¿De qué te sirve haber sido excelente
En plantar vides y en sembrar cebadas,
Y en guardar de los lobos diligente
Las tiernas ovejuelas descuidadas,
Y haber ejercitado cuerdamente
Contiendas pastoriles tan dudadas,
Si al fin que es lo que loa el curso humano,
Fuiste contigo así tan inhumano?

»Tu sanguinoso cuerpo, bien lavado
En agua clara, envuelto en varias flores,
Debajo un blanco mármol sepultado,
Será donde se entallen tus loores;
Y no quiero a tu muerte, amigo amado,
Ni a tus obsequias convocar pastores,
Sino quedarme aquí en esta ribera
Lamentando tu muerte hasta que muera.

»Aunque escribir yo versos sea locura,
Vencido del dolor que mi alma siente,
De ver ya hecha tierra tu figura
En tus primeros años crudamente,

En la memoria de tu desventura,
Porque suene tu mal de gente en gente,
En la corteza dura de este pino
Poner este epitafio determino.

» — Junto de aqueste pino sepultado
Yace el más sin ventura y venturoso
Pastor que apacentó jamás ganado
Ribera de este río caudaloso ;
En morir tan temprano desdichado,
Y en amor altamente venturoso.
Él mismo se dio muerte de afligido ;
La causa no la sé, si amor no ha sido.

SONETOS

Blanco marfil en ébano entallado ;
süave voz indignamente oída ;
dulce mirar — por quien larga herida
traigo en el corazón — mal ocupado.

Blanco pie por ajeno pie guiado,
oreja sorda a remediar mi vida,
y atenta al son de la razón perdida,
lado — no sé porqué — junto a tal lado ;

Raras, altas fortunas ; ¿no me diera
la Fortuna cortés durar una hora
del alto bien que desde vos reparte

o el sol, que cuanto mira, orna y colora
no me faltara aquí, porque no viera
un sol más claro en tan oscura parte?

EPITAFIO A LA MUERTE DE TIRSI

Crezca con el licor del llanto mío
La verde yerba de este fértil prado ;
Enfrene el triste son de mi cuidado
El presuroso curso de este río ;

Resuene el bosque cavernoso y frío ;
« Ya es muerto Tirsi, Tirsi es ya acabado
En el dolor terrible sepultado,
Que tuvo dél entero señorío ».

Sola esta solitaria selva umbrosa,
Sola aquesta gentil verde ribera
Del lamentable fin fueron testigos.

Aquí cerró sus ojos muerte fiera,
Y el miserable cuerpo aquí reposa,
Llorándolo Damón, su firme amigo.

A LA ESPERANZA

¡Ay esperanza lisonjera y vana,
Ministra de cuidado y de tormento,
Que el más osado y loco pensamiento
Haces juzgar segura empresa y llana!

Si aquel suele llevar pluma liviana,
Te me ha llevado de continuo el viento,
Y con daño y vergüenza me arrepiento
De haber creído en confianza humana.

Déjame; que si el amor y mi fortuna
Te han cortado mil veces floreciendo,
¿Qué puedes prometer seca y perdida?

Marchítanse tus flores en saliendo
Sin hacer fruto; y si le hace alguna,
Es cebo dulce para amarga vida.

LAS MUSAS EN VENTA

¿Hay quien quiera comprar nueve doncellas
Esclavas o a lo menos desterradas
De las tierras do fueron engendradas?
¿Hay quién las compre? ¿Quién da más por ellas?

Fueron un tiempo en todo extremo bellas,
Airosas, ricas, graves y estimadas;
Y aunque de muchos fueron recuestadas,
Bien pocos alcanzaron favor de ellas.

Ahora van las tristes mendigando
De puerta en puerta, rotas y baldías,
Y aún por sólo el comer se venderían.

Pues no son muy golosas; que en hallando
Yerbas, flores u hojas, pasarían
Con sombras frescas y con aguas frías.

Francisco de Aldana

Francisco de Aldana nació en Alcántara de Extremadura en 1537, y siguió la carrera de las armas en Italia primero y en África después, asistiendo a la batalla de Alcazarquivir en calidad de Maestrecampo General, falleciendo junto al rey don Sebastián en aquella espantable derrota (1577).

Bibliografía. Publicó magníficos sonetos y epístolas. Sus obras se publicaron en 1589. Antonio Rodríguez Moñino ha publicado un estudio sobre Aldana en la revista «Castilla» de Valladolid, 1947, y ha editado su *Epistolario Poético* (Badajoz, 1946). Ver también el estudio de Rivers: *F. de A.* (Badajoz, 1955). Reproducimos la magnífica Carta VII dirigida a su amigo y coterráneo Arias Montano.

Sobre la contemplación de Dios y los requisitos della

Montano, cuyo nombre es la primera
estrellada señal por do camina
el Sol el cerco oblicuo de su esfera;
nombrado así por voluntad divina
para mostrar que en tí comienza Apolo
la luz de su celeste disciplina:
yo soy un hombre desvalido y solo,
expuesto al duro hado, cual marchita
hoja al rigor del descortés Eolo;
mi vida temporal anda precita
dentro el infierno del común trafago
que siempre añade un mal y un bien nos quita;
oficio militar profeso y hago,
¡baja condenación de mi ventura
que al alma dos infiernos da por pago!
Los huesos y la sangre que natura
me dio para vivir, no poca parte
dellos y della he dado a la locura,
mientras el pecho al desenvuelto Marte
tan libre dí, que sin mi daño puede
(hablando la verdad) ser muda el arte;
y el rico galardón que se concede
a mi — llámola así — ciega porfía
es... que por *ciego* y *porfiado* quede.
No digo más sobre esto, que podría
cosas decir que un mármol deshiciese
en el piadoso humor que el ojo envía,
y callaré las causas de interese
(no sé si justo o injusto) que en alguno
hubo porque mi mal más largo fuese;
menos te quiero ser ora importuno
en declarar mi vida y nascimiento.
que tiempo dará Dios más oportuno;
basta decir que cuatro veces ciento
y dos cuarenta vueltas dadas miro
del planeta septeno al firmamento,
que en el aire común vivo y respiro,
sin haber hecho más que andar haciendo
yo mismo a mi cruel, doblado tiro;

y con un trasgo a brazos debatiendo
que al cabo, al cabo — ¡ay Dios! — de tan gran rato
mi costoso sudor queda riendo.
Mas ya (merced del cielo) me desato,
ya rompo a la esperanza lisonjera
el lazo en que me asió con doble trato;
pienso torcer de la común carrera
que sigue el vulgo y caminar derecho
jornada de mi patria verdadera;
entrarme en el secreto de mi pecho
y platicar en él mi interior hombre
do va, do está, si vive o qué se ha hecho.
Y, porque vano error más no me asombre,
en algún alto y solitario nido
pienso enterrar mi ser, mi vida y nombre;
y, como si no hubiera acá nacido,
estarme allá, cual Eco, replicando
al dulce son de Dios del alma oído.
Y, ¿qué debiera ser (bien contemplando)
el alma, sino un Eco resonante
a la eterna beldad que está llamando?
y, desde el cavernoso y vacilante
cuerpo, volver mil réplicas de amores
al sobrecelestial Narciso amante,
rica de sus intrínsecos favores
con un piadoso escarnio el bajo oficio
burlar de los mundanos amadores
En tierra o en árbol hoja algún bullicio
no hace que al moverse ella no encuentra
en nuevo y para Dios grato ejercicio;
y como el fuego saca y desencentra
oloroso licor por alquitara
del cuerpo de la rosa que en ella entra,
así destilará de la gran cara
del mundo inmaterial varia belleza
con el fuego de amor que la prepara;
y pasará de vuelo a tanta alteza
que, volviéndose a ver tan sublimada,
su misma olvidará naturaleza,
cuya capacidad ya dilatada
allá verá do casi ser le toca
en su primera causa transformada
Ojos, oídos, pies, manos y boca,
hablando, obrando, andando, oyendo y viendo
serán del mar de Dios cubierta roca.
Cual pece dentro el vaso alto, estupendo,
del Océano irá su pensamiento
desde Dios para Dios yendo y viniendo;
serále allí quietud el movimiento.
cual círculo mental sobre el divino
centro, glorioso origen del contento;
que, pues, el alto, esférico camino
del cielo causa en él vida y holganza
sin que lugar adquiera peregrino,
llegada el alma al fin de la esperanza
mejor se moverá para quietarse

dentro el lugar que sobre el mundo alcanza,
do llega en tanto extremo a mejorarse
(torno a decir), que en él se transfigura
casi el velo mortal sin animarse;
no que del alma la especial natura
dentro al divino piélago hundida
cese en el Hacedor de ser hechura,
o quede aniquilada y destruída,
cual gota de licor que el rostro enciende
del altísimo mar toda absorbida,
mas como el aire en quien en luz se extiende
el claro sol, que juntos aire y lumbre
ser una misma cosa el ojo entiende.
Es bien verdad que a tan sublime cumbre
suele impedir el venturoso vuelo
del cuerpo la terrena pesadumbre;
pero — con todo — llega al bajo suelo
la escala de Jacob, por do podemos
al alcázar subir del alto cielo;
que yendo allá no dudo que encontremos
favor de más de un ángel diligente
con quien alegre tránsito llevemos.
Puede del sol, pequeña fuerza ardiente
desde la tierra alzar graves vapores
a la región del aire allá eminente,
¿y tantos celestiales protectores
para subir a Dios alma sencilla
vendrán a ejercitar fuerzas menores?
Mas, pues, Montano, va mi navecilla
corriendo este gran mar con suelta vela
hacia la infinidad buscando orilla,
quiero (para tejer tan rica tela)
muy desde atrás decir lo que podría
hacer el alma que a su causa vuela.
Paréceme, Montano, que debría
buscar lugar que al dulce pensamiento
encaminado a Dios abra la vía,
a do todo exterior derramamiento
cese, y en su secreto el alma entrada
comience a examinar con modo atento
antes que del Señor fuese criada
como *no fue*, ni pudo haber salido
de aquella privación que llaman nada;
ver aquel alto piélago de olvido,
aquel sin hacer pie luengo vacío,
tomado tan atrás, del no haber sido;
y diga a Dios: — «¡Oh, causa del ser mío,
cuál me sacaste desa muerte oscura
rica del don de vida y de albedrío!».
Allí gozosa en la mayor natura
déjese el alma andar suavemente
con leda admiración de su ventura;
húndase toda en la divina fuente
y, del vital licor humedescida,
sálgase a ver del tiempo en la corriente:
veráse como línea producida

del punto eterno, en el mortal subjecto
bajada a gobernar la humana vida;
dentro la cárcel del corpóreo afecto
hecha horizonte allí de este alterable
mundo y del otro puro y sin defecto,
donde a su fin únicamente amable
vuelta, conosca dél ser tan dichosa
forma gentil de vida indeclinable;
y sienta que la mano dadivosa
de Dios cosas crió tantas y tales
hasta la más süez, mínima cosa,
sin que las calidades principales,
los cielos con su lúcida belleza,
los coros del impíreo angelicales,
consigan facultad de tanta alteza
que lo más bajo y vil que asconde el cieno
puedan criar, ni hay tal naturaleza.
Enamórese el alma en ver cuán bueno
es Dios, que un gusanillo le podría
llamar su criador de lleno en lleno;
y poco a poco le amanezca el día
de la contemplación, siempre cobrando
luz y calor que Dios de allá le envía;
déjese descansar de cuando en cuando
sin procurar subir, porque no rompa
el hilo que el amor queda tramando,
y veráse colmar de alegre pompa
de divino favor, tan ordenado
cuan libre de desmán que le interrompa.
Torno a decir que el pecho enamorado
la celestial de allá rica influencia
espere humilde, atento y reposado,
sin dar ni recibir propria sentencia,
que en tal lugar la lengua más despierta
es de natura error y balbucencia;
abra de par en par la firme puerta
de su querer, pues no tan presto pasa
el Sol por la región del aire abierta,
ni el agua universal con menos tasa
hinchió toda del suelo alta abertura
bajando a la región de luz escasa,
como aquella mayor, suma Natura
hinche de su divino sentimiento
el alma cuando abrir se le procura;
no que de allí le quede atrevimiento
para creer que en sí mérito encierra
con que al Supremo obligue entendimiento
pues la impotencia misma que la tierra
tiene para obligar que le dé el cielo
llovida ambrosía en valle, en llano o en sierra,
o para producir flores el yelo
y plantas levantar de verde cima
desierto estéril y arenoso suelo,
tiene el alma mejor, de más estima
para obligar que en ella gracia influya
el bien que tanta alteza le sublima.

Es don de Dios, magnificencia suya,
divina autoridad que el ser abona
de nuestra indignidad que no le arguya;
y cuando da de gloria la corona,
es último favor que los ya hechos
como sus proprios méritos corona.
Así que el alma en los divinos pechos
beba infusión de gracia sin buscalla,
sin gana de sentir nuevos provechos,
que allí la diligencia menos halla
cuanto más busca, y suelen los favores
trocarse en interior nueva batalla.
No tiene que buscar los resplandores
del sol quien de su luz anda cercado,
ni el rico abril pedir yerbas y flores,
pues no mejor el húmido pescado
dentro el abismo está del Océano
cubierto del humor grave y salado,
que el alma alzada sobre el curso humano
queda, sin ser curiosa o diligente,
de aquel gran mar cubierto ultramundano;
no como el pece, sólo exteriormente,
más dentro, mucho más, que esté en el fuego
el íntimo calor que en él se siente.
Digo que puesta el alma en su sosiego
espere a Dios, cual ojo que cayendo
se va sabrosamente al sueño ciego;
que, al que trabaja por quedar durmiendo,
esa misma inquietud destrama el hilo
del sueño que se da no le pidiendo.
Ella verá con desusado estilo
toda regarse y regalarse junto
de un, salido de Dios, sagrado Nilo;
recogida su luz toda en un punto
aquélla mirará de quién es ella
indignamente imagen y trasumpto,
y cual de amor la matutina estrella
dentro el abismo del eterno día
su cubrirá, toda luciente y bella,
como la hermosísima judía
que llena de doncel, novicio espanto,
viendo Isaac que para sí venía,
dejó cubrir el rostro con el manto
y descendida presto del camello,
recoge humilde al novio casto y santo.
Disponga el alma así con Dios hacello
y de su presumpción descienda altiva
cubierto el rostro y reclinado el cuello,
y aquella sacrosanta virtud viva,
única criadora y redemptora,
con profunda humildad en sí reciba.
Mas, ¿quién dirá; mas quién decir agora
podrá los peregrinos sentimientos
que el alma en sus potencias atesora?
Aquellos ricos amontonamientos
de sobrecelestiales influencias,

dilatados, de amor, descubrimientos;
aquellas ilustradas advertencias
de las Musas de Dios sobreesenciales,
destierro general de contingencias;
aquellos nutrimientos divinales
de la inmortalidad fomentadores,
que exceden los posibles naturales;
aquellos..., ¿qué diré?, colmos favores,
privanzas nunca oídas, nunca vistas,
suma especialidad del bien de amores...
¡Oh, grandes; oh, riquísimas conquistas
de las Indias de Dios, de aquel gran mundo
tan escondido a las mundanas vistas!
Mas..., ¡ay de mí, que voy hacia el profundo,
do no se entiende suelo ni ribera,
y, si no vuelvo atrás, me anego y hundo!
No más allá. Ni puedo, aunque lo quiera.
Do la vista alcanzó, llegó la mano;
ya se les cierra a entrambos la carrera.
¿Notaste bien, doctísimo Montano,
notaste cuál salí, más atrevido
que del cretense padre el hijo insano?
Tratar en esto es sólo a ti debido,
en quien el cielo sus noticias llueve
para dejar el mundo enriquescido;
por quien de Pindo las hermanas nueve
dejan sus montes, dejan sus amadas
aguas, donde la sed se mata y bebe,
y en el sancto Sión ya trasladadas
al profético coro por tu boca
oyendo están, atentas y humilladas.
¡Dichosísimo aquel que estar le toca
contigo en bosque, en monte o en valle umbroso,
o encima la más alta, áspera roca!
¡O tres y cuatro veces yo dichoso
si fuese Aldino aquel, si aquél yo fuese
que en orden de vivir tan venturoso
juntamente contigo estar pudiese
lejos de error, de engaño y sobresalto,
como si el mundo en sí no me incluyese!
Un monte dicen que hay sublime y alto,
tanto, que al parecer la excelsa cima
al cielo muestra dar glorioso asalto,
y que el pastor con su ganado encima,
debajo de sus pies correr el trueno
ve, dentro el nubiloso, helado clima,
y en el puro, vital, aire sereno
va respirando allá, libre y esento,
casi nuevo lugar, del mundo ajeno,
sin que le impida el desmandado viento,
el trabado granizo, el suelto rayo
ni el de la tierra grueso, húmido aliento;
todo es tranquilidad de fértil mayo,
purísima — del sol — templada lumbre,
de yelo o de calor sin triste ensayo.
Pareces tú, Montano, a la gran cumbre

deste gran monte, pues vivir contigo
es muerte de la misma pesadumbre ;
es un poner debajo a su enemigo,
de la soberbia el trueno estar mirando
cuál va descomponiendo al más amigo ;
las nubes de la envidia descargando
ver ; de murmuración duro granizo,
de vanagloria el viento andar soplando
y de lujuria rayo encontradizo ;
de acidia el grueso aliento y de avaricia,
con lo demás que el Padre antiguo hizo :
y desta turba vil que el mundo envicia
descargado, gozar cuanto ilustrare
el Sol en ti de gloria y de justicia.
El alma que contigo se juntare
cierto reprimirá cualquier deseo
que contra el propio bien la vida encare ;
podrá luchar con el terrestre Antheo
de su rebelde cuerpo, aunque le cueste
vencer la lid por fuerza y por rodeo.
Y, casi vuelta un Hércules celeste,
sompesará de tierra ese imperfecto
porque el favor no pase della en éste,
tanto que el pie del sensitivo afecto
no la llegue a tocar y el enemigo
al hercúleo valor quede subjecto ;
de sí le apartará, junto consigo
domándole, firmado en la potencia
del pecho ejecutor del gran castigo.
Serán temor de Dios y penitencia
los brazos, coronada de diadema
la caridad, valor de toda esencia.
Mas — para concluir tan largo tema —
quiero el lugar pintar do con Montano
deseo llegar de vida al hora extrema ;
no busco monte excelso y soberano,
de ventiscosa cumbre en quien se halla
la triplicada nieve en el verano ;
menos profundo, escuro, húmido valle
donde las aguas bajan despeñadas
por entre desigual, torcida calle :
las partes medias son más aprobadas
de la Natura, siempre fructuosas,
siempre de nuevas flores esmaltadas.
Quiero también, Montano, entre otras cosas,
no lejos descubrir de nuestro nido
el alto mar con ondas bulliciosas ;
dos elementos ver : uno movido
del aéreo desdén, otro fijado
sobre su mismo peso establecido.
Ver uno desigual, otro igualado ;
de mil colores éste, aquél mostrando
el claro azul del cielo no añublado.
Bajaremos allá de cuando en cuando,
altas y ponderadas maravillas
en recíproco amor juntos tratando ;

verás por las marítimas orillas
la espumosa resaca entre el arena
bruñir mil blancas conchas y lucecillas,
en quien hiriendo el sol con luz serena
echan como de sí nuevos resoles
do el rayo visual su curso enfrena
Verás mil retorcidos caracoles,
mil buzios istriados con señales
y pintas de lustrosos arreboles;
los unos del color de los corales,
los otros de la luz que el sol represa
en los pintados arcos celestiales,
de varia operación, de varia empresa,
despidiendo de sí como centellas
en rica mezcla de oro y de turquesa.
Cualquiera especie producir de aquellas
verás (lo que en la tierra no acontece)
pequeñas en extremo y grandes dellas,
donde el secreto, artificioso pece
pegado está, y en otros despegarse
suele y al mar salir si le parece.
Por cierto, cosa digna de admirarse
tan menudo animal, sin nervo y hueso,
encima tan gran máquina arrastrarse;
criar el agua un cuerpo tan espeso
como la concha, casi fuerte muro
reparador de todo caso avieso,
tada de fuera peñascoso y duro,
liso de dentro que al salir injuria
no haga a su Señor tratable y puro.
El nácar, el almeja y la purpuria
venera, con matices luminosos
que acá y allá del mar siguen la furia;
ver los marinos riscos cavernosos
por alto y bajo en varia forma abiertos
do encuentran mil embates espumosos;
los peces acudir por sus inciertos
caminos, con agalla purpurina,
de escamoso cristal todos cubiertos;
también verás correr por la marina
con sus airosas tocas sesga y presta,
la nave a lejos climas peregrina;
verás encaramar la comba cresta
del líquido elemento, a los extremos
de la helada región al fuego opuesta;
los salados abismos miraremos
entre dos sierras de agua abrir cañada
que de temor Carón suelta sus remos;
veráse luego mansa y reposada
la mar, que por Sirena nos figura
la bien regida y sabia edad pasada,
la cual en tal gentil, blanda postura,
vista del marinero se adormece
casi a música voz, suave y pura,
y en tanto el fiero mar se arbola y crece
de modo que (aún despierto) ya cualquiera

remedio de vivir le desfallece.
En fin, Montano, el que temiendo espera
y velando ama, sólo éste prevale
en la estrecha, de Dios, cierta carrera.
Mas ya parece que mi pluma sale
del término de epístola, escribiendo
a tí, que eres de mí lo que más vale;
a mayor ocasión voy remitiendo
de nuestra soledad contemplativa
algún nuevo primor que della entiendo.
Tú, mi Montano, así tu Aldino viva
contigo en paz dichosa esto que queda
por consumir de vida fugitiva,
y el Cielo cuando pides te conceda
que nunca de su todo se dismiembre
esta tu parte y siempre serlo pueda.
Nuestro Señor en tí su gracia siembre
para coger la gloria que promete.
De Madrid, a los siete de setiembre,
mil y quinientos y setenta y siete.

SONETO

Otro aquí no se ve que, frente a frente,
animoso escuadrón moverse guerra,
sangriento humor teñir la verde tierra,
y tras honroso fin correr la gente.

Este es el dulce son que acá se siente:
«¡España, Santiago, cierra, cierra!»
y por suave olor, que el aire atierra,
humo de azufre dar con llama ardiente.

El gusto envuelto va tras corrumpida
agua, y el tacto solo apalpa y halle
duro trofeo de acero ensangrentado,

hueso en astilla, en él carne molida,
despedazado arnés, rasgada malla;
¡oh sólo de hombres digno y noble estado!

Jerónimo de Lomas Cantoral

Jerónimo de Lomas Cantoral, elogiado por Cervantes en su *Canto de Calíope*, fué vallisoletano y nació hacia 1540. Vivió en Sevilla y en Italia y residió en su madurez en su ciudad natal. Debió morir en los primeros años del siglo XVII. Es un poeta garcilasiano y además muy influído por la poesía italiana, especialmente del Petrarca, Bembo y Sannazzaro.

Bibliografía. Narciso Alonso Cortés: *Jerónimo de Lomas Cantoral*, en «Revista de Filología Española», 1919. Josep G. Fucilla: *Las imitaciones italianas de L. C.* en íd., 1930. La edición de sus obras es de Madrid, 1578.

SONETO

Sombra fresca, agua clara, verde asiento
tiernas, alegres y olorosas flores,
lugar secreto que de mis dolores
y quejas escucháis el triste acento;

asi rigor de hielo, lluvia o viento
no turbe nuestro estado y mil amores,
volando en torno con los ruiseñores,
perpetuo albergue os hagan de contento.

Guardad en vos eterna la memoria
del bien que Amor aquí prestó al deseo
que tanto tiempo en mí, cual fuego ardía,

De suerte que el que oyó mi breve gloria
en Filis reconozca a Melibeo
su terrible mudanza y la fe mía.

SONETO

Cabellos de oro sobre nieve pura
que al viento suelto vuelan milagrosos;
ojos más que el sol claros, poderosos
de combatir en luz la noche oscura;

puerta por donde sale la dulzura
de amor y los acentos más sabrosos;
manos que dan desdenes amorosos
y al corazón cadena de blandura;

honestidad que muestra el bien del cielo;
en verde edad maduro seso y claro;
valor no visto acá, virtud divina,

fueron de mi prisión la red y anzuelo
y son, Filis, en vos (milagro raro)
gratie ch'a poche il ciel largo destina.

(Petrarca, *In vita*, CLIX. Imitación del Bembo, según J. G. Fucilal)

Cristóbal de Castillejo

Nacido en Ciudad Rodrigo (1490?). Fue secretario del Rey de Bohemia, hermano de Carlos V. Anduvo a la caza de cargos eclesiásticos y de prebendas que le permitieron una vida inquieta y desigual. Murió en 1550.

Cristóbal de Castillejo, como veremos por los textos que publicamos declara afecto a las formas tradicionales, al verso octosílabo y a las estrofas de cancionero. Pero es muy interesante hacer notar que, espiritualmente, Castillejo pertenece al Renacimiento con la misma plenitud de derecho que los cultivadores del gusto italiano. «Su poesía, dice Menéndez Pelayo, es, a pesar de su amable negligencia, una poesía de espíritu clásico y humanista; libre y audaz en la intención; viva, espontánea y fresca en su juvenil alegría». No faltan, a pesar de ello, temas medievales en la obra de Castillejo, como por ejemplo el «Sermón de Amores», en el que, después de un grotesco diálogo de un cura y un fraile, se ocupa el poeta de las ventajas del amor correspondido sobre el que no tiene correspondencia, cosa que habíamos visto discutir ya en las inacabables recuestas del Cuatrocientos y que, según el propio Castillejo, fue inspirado por la novela «Cárcel de Amor» de Diego de San Pedro. Pero, con todo, es evidente que el resto de su obra poética, singularmente sus «Obras de Amores» dedicadas a doña Ana de Schaumburg y doña Ana de Aragón sucesivamente, contienen ya todos los elementos que integran la poesía amorosa del Renacimiento. Sin duda el poeta se encuentra mejor fuera de conceptos tan alambicados. Sin embargo léase el *Diálogo entre Memoria y Olvido*, lleno de interés.

Bibliografía. *Obras*, ed. J. Domínguez Bordona, «Clásicos Castellanos».

A UNA DAMA LLAMADA ANA

A NAdie miráis, Señora,
Que, si no le falta el seso,
No quede luego a la hora
De vuestros amores preso;
Que os hizo Dios soberano
Tan hermosa y escogida,
Que es partido muy más sano
La muerte de vuestra mano
Que de otra mano la vida.

Y con tal conocimiento,
Después que yo triste os vi,
Sin placer vivo contento,
Pues que por vos lo perdí;
Y tengo por buena andanza
El dolor que se me ordena;
Que aunque me falte esperanza,
Harto es bienaventuranza
Ser vos causa de mi pena.

GLOSA DE LAS VACAS

Guárdame las vacas,
Carillejo, y besarte he;
Si no, bésame tú a mí,
Que yo te las guardaré.

En el troque que te pido,
Gil, no recibes engaño;
No te me muestres extraño
Por ser de mí requerido.
Tan ventajoso partido
No sé yo quién te lo dé;
Si no, bésame tú a mí,
Que yo te las guardaré.

Por un poco de cuidado
Ganarás de parte mía
Lo que a ninguno daría
Sino por don señalado.
No vale tanto el ganado
Como lo que te daré;
Si no, dámelo tú a mí,
Que yo te las guardaré.

— No tengo necesidad
De hacerte este favor,
Sino sola la en que amor
Ha puesto mi voluntad.
Y negarte la verdad
No lo consiente mi fe;
Si no, quiéreme tú así,
Que yo te las guardaré.

— Oh, cuántos me pedirían
Lo que yo te pido a ti,
Y en alcanzarlo de mí
Por dichosos se tendrían.
Toma lo que ellos querrían,
Haz lo que te mandaré ;
Si no, mándame tú a mí,
Que yo te las guardaré.

Mas tú, Gil, si por ventura
Quieres ser tan perezoso,
Que precias más tu reposo
Que gozar de esta dulzura,
Yo por darte a tí holgura
El cuidado tomaré
Que tú me beses a mí,
Que yo te las guardaré.

Yo seré más diligente
Que tú sin darme pasión,
Porque con el galardón
El trabajo no se siente ;
Y haré que se contente
Mi pena con el porqué,
Que es que me beses tú a mí,
Que yo te las guardaré.

VILLANCICO

Allá miran ojos,
A do quieren bien.

Y bien que mirando
Buscan su dolor,
Fuérzalos amor
Que estén de su bando
Y digan callando
La causa por quién,
A do quieren bien.

Es fuerza mirar
Donde hay afición,
Y el que sin pasión
Lo puede dejar
Podráse llamar
Amor de almacén,
Pues no quieren bien.

Amor lisonjero
No puede forzarse,
Ni no declararse
Si es falso y ligero ;
Mas el verdadero
No sufre desdén
Con quien quiere bien.

Que amor es la prueba
De la piedra imán :
Los ojos se van ;
Después que los ceba,
Tras sí se los lleva,
Y, el alma también,
A do quieren bien.

De aquí mil enojos
Nos suelen hacer,
Por poco placer
De solos los ojos,
Y que sus antojos
Tormento nos den
Por quien quiere bien.
Señora, los dos
Erramos el tiro,
Y siempre a vos miro,
Y nunca a mí vos.
Maldígame Dios
Si no os quiero bien

COMIENZA EL SERMÓN DE AMORES

TEMA

¿Adonde iré? ¿Qué haré?
¡Qué mal vecino es el amor!

Habéis de saber, señores,
Cuantos aquí sois venidos,
Que todos los hoy nascidos
Tienen su punta de amores ;
De la cual
Se desapega muy mal
La nuestra carne mezquina,
Porque a ello nos inclina
La inclinación natural
Que tenemos ;
A cuyos grandes extremos
Apenas hay quien resista,
Que cuerpo que carne vista,
Carne pide que le demos
Abundante,
Contra lo cual no es bastante
El socorro de razón ;
Porque cuantas cosas son
Codician su semejante
De contino,
Y tenemos por vecino
El natural apetito,
En el cual, como en garlito,
Caen por este camino
Los sentidos.

Todos van de amor heridos,
Dice un devoto doctor.
A las leyes del Amor
Muchos están sometidos;
En Oriente,
En Levante y en Poniente,
No sólo los racionales,
Mas los brutos animales,
Le siguen naturalmente,
Y se van
Cuantos heridos están
En busca de quien los hiere
Similis similem quiere,
Por la pena que le dan
Los deseos.
No veréis amores feos,
Ni caben en un subgeto;
No parece mal lo prieto
A los indios ni guineos,
Ni los daña.
Al que Amor hiere y apaña,
El hierve sin que le aticen,
Porque hay ojos, según dicen,
Que se pagan de legaña,
A mi ver.
Guárdeos Dios del bien querer.
Que en él ponen el tesoro.
Mama el cuervo granos de oro
A sus hijos y mujer,
Que es bonica
Si el aguijon de amor pica,
Excusado es poner tregua;
Va el caballo tras la yegua
Y el asno tras la borrica
Rebuznando,
El toro sigue bramando
A la vaca por la sierra,
El perro va tras la perra,
A las veces arrastrando
Por el lodo;
Embebecido y beodo
Anda el gato por hebrero,
Con voces de pregonero
Llanteando el día todo
Tras la gata.
Ved cuánto ciervo se mata
En el tiempo de la brama;
El gamo va tras la gama,
Y el ratón busca la rata
Por el suelo;
Las avecicas del cielo,
Heridas, sienten amores;
Con ansia los ruiseñores
Cantan cantares de duelo
Dulcemente;
Con lengua muy elocuente
Se quejan las golondrinas,
Y el gallo con las gallinas,
De celoso, es diligente
Y lozano.
Será trabajar en vano
Traer más comparaciones,
Pues todas las generaciones
Publican de llano en llano
Mi opinión.
La hembra por el varón
Ansias en su pecho siembra,
Y el varón ha por la hembra
En sus entrañas pasión;
Y cualquiera
Busca su forma primera;
Que Adán en el paraíso
Compañero no le quiso,
Mas demandó compañera,
En quien hubo
los hijos que después tuvo
Por natural experiencia,
Mediante concupiscencia
Que entre ellos ambos anduvo.
Y ésta es
La que nos quedó después
Por herencia que heredamos,
De que vestidos andamos
De la cabeza a los pies;
Cuyo ardor
Es un amargo dulzor,
Que por honra le han querido
Los dotores de Cupido
Que lo llamemos amor.
Y éste es ciego,
Que aunque se meta en el fuego
No sabe por do saltar,
Antes quiere allí quedar
Por vasallo solariego...
Mas mirad
Que para su ceguedad
Tiene un mozo que le adiestra,
Que se llama en lengua nuestra,
Por su nombre, *Voluntad*,
Que le guía;
Esta es sorda todavía,
Que a ninguno oye ni cree,
Y el *Amor*, como no vee,
Va tras ella en compañía
Zanqueando,
En sus piernas tropezando;
Y la *Razón* desdichada
A veces, de importunada,
Va con ellos cojeando
Con temor;
De tan gran perseguidor
Hecha esclava, que no fue,

Va diciendo: «¿Adonde iré,
Que me escape del Amor?
No lo siento;
Que el ligero pensamiento,
Aunque muda la ocasión,
No muda la condición,
Que es penar tras cada viento
Que se sopla;
Verso ni prosa ni copla
No le pueden declarar,
Porque hoy está en Gibraltar,
Mañana en Constantinopla...

CONTRA LOS ENCARECIMIENTOS DE LAS COPLAS ESPAÑOLAS QUE TRATAN DE AMORES

Estando conmigo a solas,
Me viene un antojo loco
De burlar con causa un poco
De las trovas españolas
Al presente;
De aquellas principalmente
Muy altas y encarecidas,
Excelentes y pulidas,
Que mucho estima la gente;

Y de aquellos extremados
Que por estilo perfeto
Sacan del pecho secreto
Hondos amores penados.
Son del cuento
Garci-Sánchez y otros ciento
Muy gentiles caballeros,
Que por esos cancioneros
Echan suspiros al viento.

No se me achaque o levante
Que me meto a decir mal
De aquel subido metal,
De su decir elegante;
Antes siento
Pena de ver sin cimiento
Un tal gentil edificio,
Y unas obras tan sin vicio
Sobre ningún fundamento.

Los requiebros y primores
¿Quién los niega, de Boscán,
Y aquel estilo galán
Con que cuenta sus amores?
Mas trovada
Una copla muy penada,
El mismo confesará
Que no sabe dónde va
Ni se funda sobre nada.

Aunque no por un tenor,
Todos van por un camino,
También sabe Guardamino
Quejar su mal y dolor
Sin paciencia;
No hay dél otra diferencia
Al que se cuelga de un hilo,
Que no ser tal el estilo
Sobre la misma sentencia.

Y de aquí debe venir
Que contando sus pasiones,
Las más más comparaciones
Van a parar en morir;
Y de suerte
Que nunca salen de muerte
O de perderse la vida;
Quitaldes esta guarida,
No habrá copla que se acierte.

Por donde los trovadores
Son de burlar y reir,
Que no se dan a escribir
Sino penas y dolores.
¡Cosa vana,
Que la lengua castellana,
Tan cumplida y singular,
Se haya toda de emplear
En materia tan liviana!

Coplas dulces, placenteras,
No pecan en liviandad,
Pero pierde autoridad
Quien las escribe de veras,
Y entremete
El seso por alcahuete
En los misterios de amor;
Cuanto más si el trovador
Pasa ya del caballete.

Y algunos hay, yo lo sé,
Que hacen obras fundadas
De coplas enamoradas,
Sin tener causa por que.
Y esto está
En costumbre tanto ya,
Que muchos escriben penas
Por remedar las ajenas,
Sin saber quién se las da.

Pero digo que arda en ellas
De los piés a la cabeza,
Decidme ¿a quién endereza
Sus coplas y sus querellas?
Si las vende
A la dama que le prende,

¿Qué mayor desaventura
Que hablar por escritura
Con quien sé que no la entiende?

Cuanto más que ni leer
Saben las más ni escribir,
Y en el dar o recibir
Aún hay algo que hacer.
Mal mascada
Vais, copla desventurada,
Y la que más os estima
Devana su seda encima,
Y quedáis vos allí aislada.

Ved que donoso presente,
Que la que más fe aventura
Por gozar de esta locura,
Ni la gusta ni la siente;
Y el provecho
Es que la meta en su pecho
Alguna dama loquilla,
Y diga por maravilla:
«¡Ay, qué coplas que me han hecho!»

Pues si donde era razón
Tan pequeño fruto hacen,
Con los demás, aunque aplacen,
Deshonesta cosa son;
Y muy vano
Ejercicio, y aún profano,
Publicar yo mis flaquezas,
Liviandades y bajezas,
Y escribirlas de mi mano.

Sobra de bien y pan tierno
Hace que los amadores
Comparen el mal de amores
A las penas del infierno.
Tú, Cupido,
Estás muy favorecido
Pensando que aquello es,
Mas adonde hay mal francés
El tuyo queda en olvido.

FINAL

Coplas y locuras mías,
Vuestro tiempo se ha llegado
Para aliviar el enfado
Destos trabajosos días
Todas pasaréis por buenas,
Siendo aquel que os da favor,
Por natura mi señor,
Y por suerte mi Mecenas.

CONTRA LOS QUE DEJAN LOS METROS CASTELLANOS Y SIGUEN LOS ITALIANOS

Pues la santa Inquisición
Suele ser tan diligente
En castigar con razón
Cualquier secta y opinión
Levantada nuevamente,
Resucítese Lucero
A corregir en España
Una muy nueva y extraña,
Como aquella de Lutero
En las partes de Alemaña.

Bien se pueden castigar
A cuenta de anabaptistas,
Pues por ley particular
Se tornan a bautizar
Y se llaman petrarquistas.
Han renegado la fe
De las trovas castellanas,
Y tras las italianas
Se pierden, diciendo que
Son más ricas y galanas.

El juicio de lo cual
Yo lo dejo a quien más sabe
Pero juzgar nadie mal
De su patria natural
En gentileza no cabe;
Y aquella cristiana musa
Del famoso Juan de Mena,
Sintiendo desto gran pena,
Por infieles los acusa
Y de aleves los condena.

«Recuerde el alma dormida»
Dice don Jorge Manrique;
Y mostróse muy sentida
De cosa tan atrevida,
Porque más no se platique.
Garci-Sánchez respondió:
«¡Quién me otorgase, Señora,
Vida y seso en esta hora
Para entrar en campo yo
Con gente tan pecadora!»

«Si algún Dios de amor había,
Dijo luego Cartagena,
Muestre aquí su valentía
Contra tan gran osadía,
Venida de tierra ajena».
Torres Naharro replica:
«Por hacer, Amor, tus hechos

Consientes tales despechos,
Y que nuestra España rica
Se prive de sus derechos».

Dios dé su gloria a BOSCÁN
Y a Garcilaso, poeta,
Que con no pequeño afán
Y con estilo galán
Sostuvieron esta seta,
Y la dejaron acá
Ya sembrada entre la gente;
Por lo cual debidamente
Les vino lo que dirá
Este soneto siguiente:

Soneto

Garcilaso y Boscán, siendo llegados
Al lugar donde están los trovadores
Que en esta nuestra lengua y sus primores
Fueron en este siglo señalados,

Los unos a los otros alterados
Se miran, demudadas las colores,
Temiéndose que fuesen corredores
O espías o enemigos desmandados;

Y juzgando primero por el traje,
Parecióronles ser, como debía,
Gentiles españoles caballeros;

Y oyéndoles hablar nuevo lenguaje,
Mezclado de extranjera poesía,
Con ojos los miraban de extranjeros.

Mas ellos, caso que estaban
Sin favor y tan a solas,
Contra todos se mostraban,
Y claramente burlaban
De las coplas españolas,
Canciones y villancicos,
Romances y cosa tal,
Arte mayor y real,
Y pies quebrados y chicos,
Y todo nuestro caudal.

Y en lugar de estas maneras
De vocablos ya sabidos
En nuestras trovas caseras,
Cantan otras forasteras,
Nuevas a nuestros oídos:
Sonetos de grande estima,
Madrigales y canciones
De diferentes renglones,
De tercia y octava rima,
Y otras lindas invenciones.

Desprecian cualquier cosa
De coplas compuestas antes,
Por baja de ley, y astrosa
Usan ya de cierta prosa,
Medida sin consonantes.
Ya muchos de los que fueron
Elegantes y discretos
Tienen por simples pobretos,
Por sólo que no cayeron
En la cuenta a los sonetos.

Daban en fin a entender
Aquellos viejos autores
No haber sabido hacer
Buenos metros ni poner
En estilo los amores
Y que el metro castellano
No tenía autoridad
De decir con majestad
Lo que se dice en toscano
Con mayor facilidad.

Mas esta falta o manquera
No la dan a nuestra lengua,
Que es bastante y verdadera,
Sino sólo dicen que era
De buenos ingenios mengua;
Por lo cual en lo pasado
Fueron todos carecientes
Destas trovas excelentes
Que han descubierto y hallado
Los modernos y presentes.

Octava rima de Garcilaso

Y ya que mis tormentos son forzados
Aunque vienen sin fuerza consentidos,
Pues ¿qué mayor alivio a mis cuidados
Que ser por vuestra causa padecidos?
Si, como son por vos bien empleados,
De vos fuesen, Señora, conocidos,
La más crecida angustia de mi pena
Sería de descanso y gloria llena.

Juan de Mena, como oyó
La nueva trova pulida,
Contentamiento mostró,
Caso que se sonrió
Como de cosa sabida,
Y dijo: «Según la prueba,
Once sílabas por pie
No hallo causa por qué

Se tenga por cosa nueva
Pues yo también las usé».

Don Jorge dijo: «No veo
Necesidad ni razón
De vestir nuestro deseo
De coplas que por rodeo
Van diciendo su intención.
Nuestra lengua es muy devota
De la clara brevedad,
Y esta trova, a la verdad,
Por el contrario, denota
Oscura prolijidad».

Garci-Sánchez se mostró
Estar con alguna saña,
Y dijo: «No cumple, no,
Al que en España nació
Valerse de tierra extraña;
Porque en solas mis *lecciones*,
Miradas bien sus estancias,
Veréis tales consonancias,
Que Petrarca y sus canciones
Queda atrás en elegancias».

Cartagena dijo luego,
Como práctico en amores:
«Con la fuerza de este fuego
No nos ganarán el juego
Estos nuevos trovadores;
Muy mal entonadas son
Estas trovas, a mi ver,
Enfadosas de leer
Y tardas de relación,
Y enemigas de placer».

Torres dijo: «Si yo viera
Que la lengua castellana
Sonetos de mí sufriera,
Fácilmente los hiciera,
Pues los hice en la romana;
Pero ningún sabor tomo
En coplas tan altaneras,
Escritas siempre de veras,
Que corren con pies de plomo,
Muy pesadas de caderas».

Al cabo la conclusión
Fue que por buena crianza
Y por honrar la nación
De parte de la invención
Sean dignas de alabanza.
Y para que a todos fuese
Manifiesto este favor,
Se dió cargo a un trovador
Que aquí debajo escribiese
Un soneto en su loor.

Soneto

Musas italianas y latinas,
Gentes en estas partes tan extraña,
¿Cómo habéis venido a nuestra España,
Tan nuevas y hermosas clavellinas?

O ¿quién os ha traído a ser vecinas
Del Tajo y de sus montes y campaña?
O ¿quién es el que os guía o acompaña
De tierras tan ajenas peregrinas?

Don Diego de Mendoza y Garcilaso
Nos trujeron, y Boscán y Luis de Haro
Por orden y favor del dios Apolo,

Los dos llevó la muerte paso a paso,
El otro Solimán, y por amparo
Sólo queda don Diego, y basta solo.

DIÁLOGO ENTRE MEMORIA Y OLVIDO

OLVIDO

Dime tú, Memoria, di,
Que presumes sin derecho,
¿Por qué causa el mundo a ti
Loa y precia más que a mí,
Que le soy de más provecho?
Tú con tu importunidad
Las causas guerra contina,
Yo paz y tranquilidad;
Eresles enfermedad,
Yo salud y medicina.

MEMORIA

¿Quién eres tú desastrado
Que hablas tan atrevido?

OLVIDO

Soy un pobre desechado,
De todo el mundo olvidado,
Y así me llaman Olvido.
Soy libre de condición,
Que apenas conozco dueño,
Y contrario a tu opinión,
Porque no tomo pasión
De nada, ni pierdo el sueño.

MEMORIA

Siendo pues eso verdad,
Que eres quien dices, amigo,

¿Qué locura y liviandad
Es querer tú en dignidad
cotejarte aquí conmigo,
Y que por una medida
Pienses tú de ser medido
Con mi valor en la vida,
Siendo yo virtud sabida,
Y tú vicio conocido.

OLVIDO

Sé tú quien tú te quisieres,
Que no me doy una paja,
Pues con todo cuanto fueres,
En provechos y placeres
No te conozco ventaja,
No te esfuerces ni te ayudes
De fieros y fantasías;
Vengamos a las saludes,
Saca a plaza tus virtudes,
Yo también diré las mías.

MEMORIA

No seas tan insolente,
Olvido desvergonzado;
Porque Dios entre la gente
Potencia más excelente
Que yo soy no la ha criado.
Bien sé que la alma, por ser
Sempiterna, es desigual,
Pero yo con mi saber
Casi llego a parecer
También cosa celestial.

OLVIDO

Si por celestial te tienes,
Memoria, súbete al cielo,
Donde vas y de do vienes;
Que yo no pido mis bienes
Sino en este dulce suelo,
Donde sin ningún cuidado
De cosas mías ni ajenas,
De presente ni pasado,
Soy exento y reservado
De tus congojas y penas.

MEMORIA

¿No sabes tú que yo soy,
Entre las cosas criadas,
La que en toda parte estoy,
Y que con mi lumbre doy
Ser y vida a las pasadas?
Mediante lo cual tenemos
Noticia de ellas tan cierta
Como de las que sabemos
Y con nuestros ojos vemos
Cada día ante la puerta.

Pues los puntos y primores
De tantas ciencias y artes,
De que tan graves autores
Y de tan diversas partes
Fueron y son inventores;
La verdad y autoridad
De todo cuanto pasó
En la vieja antigüedad,
¿Quién las hace en esta edad
Manifiestas, sino yo?

¿Quién hace vivir la fama
De los excelentes hombres,
Que tan lejos se derrama,
Y a muchos otros inflama
En la invidia de sus nombres,
Sino yo, que si durmiese,
Y con virtud y fortuna
La cuenta se me perdiese,
No habría quien se moviese
A gentileza ninguna?

Pero la gloria mediante
De los ejemplos famosos
Que yo les pongo delante,
Convida a que se levante
El alma a los virtuosos,
Para estar siempre despiertos,
Menospreciando el morir,
Siendo seguros y ciertos
Que por mí, después de muertos,
Comenzarán a vivir.

OLVIDO

Quizá que concedería,
Por complacerte, Memoria,
Y templar nuestra porfía,
Que de esa tu fantasía
Llevases alguna gloria,
Si de los hechos pasados
Acordases solamente
Los dignos de ser loados,
Excelentes, señalados
Para ejemplo de la gente;

Mas tan bien haces mención
Y llevas de mano en mano,
Por ejemplos y razón,
De Calígula y Nerón
Como de Augusto y Trajano;

Tan bien cuentas del ladrón
Malo como del bienquisto,
Y nos das información
Tan bien de la condición
De Judas como de Cristo.

No te hinchas, pues los senos
De esos gozos y regalos,
Y si por ejemplos buenos
Hacéis provecho, no menos
Hacéis daño con los malos;
Porque el mundo pecador,
A todo vicio inclinado,
Siempre sigue lo peor;
De manera que es mejor
Quedar conmigo callado.

MEMORIA

Calla, miserable Olvido,
Hijo de la misma muerte;
No compares tu partido,
Que ser tuyo o no haber sido
Todo casi es una suerte;
Y ven en conocimiento
De mi gracia y excelencia;
Que yo soy de nacimiento,
Hija del entendimiento,
Madre de la providencia

Mi cuidado y mi saber,
Que no se duermen ni troean,
Dan aviso en proveer
Todo lo que es menester
De las cosas que nos tocan.
Yo hago que el hombre entienda
Con vigilancia y cuidado
En su hora y su hacienda,
Y con cordura defienda
Lo con fatiga ganado.

Yo doy lumbre a los errores
Que tú causas y procuras;
Alumbro a los oradores,
Letrados, predicadores,
Que sin mí quedan a escuras.
Quito los inconvenientes,
Y por medio de testigos
Pongo paz entre las gentes,
Y hago que estén presentes
En ausencia los amigos.

OLVIDO

Todo eso es la verdad,
Y está, Memoria, muy claro,
Y sería en calidad
De no poca utilidad,
Si no costasen tan caro;
Pero hágote saber
Que el que de mucho se acuerda,
Jamás pudo carecer
De algún duelo o desplacer
Que le aflija y que le muerda.

Las dulces cosas pasadas,
Acordadas, dan pasión,
Y las duras y pesadas
Tambien, no siendo olvidadas,
Aprietan el corazón;
Y cuando nos apartamos
Del lugar do bien quisimos,
Cuanto más nos acordamos,
Tanto más y más lloramos
La soledad que sentimos.

Alegas el buen servicio
Que haces a los humanos,
Pero de este tal oficio
Poco o ningún beneficio
Se les sigue de tus manos;
Que a los que vienes y vas
Con avisos singulares,
Y a los que visitas más,
Por un placer que les das
Les causas treinta pesares.

Por tu medio son mayores
Cualesquier adversidades,
Penas y angustias de amores,
Y otros cualesquier dolores,
Pérdidas y enfermedades.
Todos los males serían
Menores si tú cesases,
Y los que pena tenían,
El descanso que querrían
Si tú no los atizases.

Enojos, enemistades,
Iras, bravezas y furias,
Bandos y parcialidades
Y vanas prosperidades,
Odios, afrentas, injurias,
Quistiones, guerras, batallas,
Y cosas de este tenor
Tú entiendes en despertallas,
Y yo entiendo en olvidallas:
Mira cual es lo peor.

Y porque esta competencia
Ya, Memoria, se concluya,

Yo te digo, ten paciencia,
Que hallo gran diferencia
De mi virtud a la tuya ;
Porque es muy más eficaz
Para el cuerpo y para el alma,
Pues durmiendo a su solaz,
Los placeres tienen paz
Y los pesares en calma.

Y que al fin soy una cosa,
Si no lo quieres negar,
Que, allende de ser sabrosa,
Muchos, por ser tan preciosa,
No la pueden alcanzar ;
Por lo cual, si se hiciese
Mercado de tí y de mí,
No dudo, dama, que hubiese
Quien por onza de mí diese
Más que por libra de tí.

En cualquier cosa perdida
Que no puede ser cobrada,
Tú renuevas la herida ;
Yo sóy solo en esta vida
Medicina señalada.
Por tanto, Memoria amiga,
Piensa que estás en error,
Y si no te da fatiga,
Que mi mote te lo diga :
« Olvidar es lo mejor ».

Gregorio Silvestre

Aunque nacido en Lisboa, la producción poética de Gregorio Silvestre, de familia extremeña, es toda castellana por lo que le incluimos en la presente Antología. Gran conocedor de la música, por ser maestro de capilla y organista en Granada, su poesía oscila entre métrica tradicional y la italiana. Murió en 1569.

Bibliografía. *Poesía*, Granada, 1582. Utilizamos la selección de textos poéticos de Gregorio Silvestre, publicada por Antonio Rodríguez Moñino.

TEXTO

Yo he hecho lo que he podido ;
Fortuna, lo que ha querido.

GLOSA

Ventura quiso que os viese,
permitió Amor que os amase
y la razón que os sirviese,
Fortuna, que desease
lo que alcanzar no pudiese.

Siempre procuré quereros,
cuanto pude os he querido
y aunque en poco, os he servido,
si pudiera mereceros
yo he hecho lo que he podido.

Mas como Fortuna ordena
de todo como es servida,
hame puesto en tal cadena
que no espero en esta vida
verme libre de mi pena.

Y lo que me da pasión
es que culpa no he tenido,
pues hice lo que he sabido
con la fe y con la razón ;
Fortuna, lo que ha querido.

CANCIÓN

Ojos, decídselo vos
con mirar,
pues también sabéis hablar.

No le dejéis a la lengua
que en su provecho entorpece
y cuanto el dolor nos crece
tanto más su virtud mengua.
Y pues de vuestro mirar
nasció el daño de los dos,
ojos, decídselos vos
con mirar,
pues también sabéis hablar.

Del daño la causa fuistes,
sed ahora del bien medio,
sabed procurar remedio
al veneno que bebistes ;
porque con sólo el llorar
no se enternece este Dios,
ojos, decídselo vos.

Del alma al concepto tierno
le diréis vos, ojos míos,
las penas, los desvaríos
que padezco en este infierno.
Y que sepa remediar
para el daño de los dos,
pues con sólo verla vos
la supisteis adorar.

No os cause el hablar enojos
que lenguaje es conocido
un espíritu afligido
decir su mal por los ojos.
Si él no se sabe mostrar,
ojos, mostrádselo vos,
aunque os derritáis los dos
en lo que soléis llorar.

CANCIÓN

El ciervo viene herido
de la yerba de amor ;
caza tiene el pecador.

Allá en el monte vedado,
la montera libertada,
con saeta enherbolada
de corazón humillado,
tan lindo tiro ha tirado
que hizo siervo al señor.
Caza tiene el pecador.

Como a Dios le tocó allá
aquél *veis aquí la sierva*;
quedó preso de la yerba
y al fin de amor morirá.
En el corazón le da
la saeta del amor;
caza tiene el pecador.

De nuestras culpas llagado,
de nuestra salud ardiente,
viene a matar en la fuente
la sed de nuestro pecado;
¡tiro bien aventurado
que a Dios enclavó de amor!
Caza tiene el cazador.

Alzó su voz la doncella,
y al son de su dulce canto,
vino el unicornio santo
a echarse en las faldas della.
¡Qué caza hizo tan bella
que a su Dios y su señor
dio por caza al pecador!

SONETO

La vida se nos pasa, el tiempo vuela,
las Parcas van obrando por su estilo,
Atropos muy apriesa corta el hilo.
La Muerte hace mangas desta tela.

Y va ya la cargada navezuela
batida de las ondas deste Nilo,
el aire vital sopla, arde el pabilo,
consúmese el humor, muere la vela.

Pasando del peligro a la tormenta,
de la fortuna al mal y al accidente,
perdemos, si es perder, tan triste vida.

Y desta vida tal hacemos cuenta
y olvídese la que es eternamente
de gozo incomparable y sin medida.

OCTAVAS

Los ojos que una vez pudieron veros,
¿qué más tienen que ver, sino miraros?;
y el corazón tocado de quereros,
¿en qué se ha de emplear sino en amaros?
El alma que ha sabido conoceros,
¿qué puede saber más que contemplaros?;
mis pensamientos, todos mis sentidos,
en no pensando en vos quedan perdidos.

En saberos amar estoy tan diestro
que tiene Amor envidia de mi estado
en ver que puedo ya ser su maestro,
y llego donde Amor nunca ha llegado.
Y aquesto me ha venido de ser vuestro,
que nadie en mereceros me ha igualado;
convino que a valor inestimable
correspondiese amor incomparable.

Está elevada en vuestra hermosura
mi alma, aunque medrosa de gozalla
que dice que el mirar a tal figura
su fin sólo ha de ser reverencialla.
Y tiene por exceso y por locura,
que así sin más se atreve a contemplalla;
no pido yo más bien del que poseo,
mas ¿quién terná las riendas al deseo?

En vos de cuanto puede desearse
con mil ventajas sobre el cumplimiento,
mas no deja el deseo de alargarse
si no consigue el fin de su contento;
y no puede dejar de contentarse
vencido de tan gran merecimiento,
mas siempre queda en esto el gusto falto
en tanto que hay poder subir más alto.

No puede subir más, mas bien podria
subirlo a lo imposible vuestra mano,
lo que no puede ser de parte mía
haréis vos por la vuestra muy liviano.
Pensar en tanto bien por otra vía
es loco atrevimiento, simple y vano.
vos sola me hacéis digno de amaros
y en esta fe merezco desearos.

JORGE DE MONTEMAYOR

(Ver datos biográficos en el grupo de textos antológicos referente a la novela).

BIBLIOGRAFÍA. Ed.: *Canciones*. Ed. A. González Palencia, Madrid, 1930.

SONETO

Los que de amor estáis tan lastimados
que el remedio buscáis en causa ajena
y con ver mayor mal curáis la pena
a que os da causa amor y sus cuidados,

venid a leer mis versos, do pintados
veréis tormentos tristes más que arena,
que están unos en mí, do amor ordena
que estén para este efecto diputados.

y aunque sufrido hayáis pena y tormento
y nunca ver podáis lo que esperastes
o con ausencia estéis siempre lidiando,

en viendo la pasión que amando siento
todos confesaréis que nunca amastes
o si algún tiempo amastes fue burlando.

CANCIÓN

Hablar será forzado
y más fuerza sería
si no me la hiciese en tal extremo.
Bien, basta lo callado;
comienza, lengua mía,
no estés ahora sujeta a lo que temo.
Si el fuego en que me quemo
hablando se acrecienta,
callado es muy más fuerte.
Publíquese mi suerte
que no hay quien sin hablar mejor la sienta
que yo poder sentilla
aunque algo me divierta ahora en decilla.

¿Habrá sentido humano
que alcance de mi pena
un poco, aunque mayor la haya tenido?
Un tiempo estuve ufano
teniendo por ajena
la vida que sin él había vivido:
y estaba tan corrido
del tiempo que no amara
que nunca recibiera
disculpa, ni quisiera
decir que había vivido si bastara

para quien visto había
tan libre del amor mi fantasía.

Si alguno me hablaba
en el tiempo dichoso
que estuve sin amar ni ser amado
de mí lo desechaba
y medio vergonzoso
bajaba el rostro así como afrentado.
Después desto pasado
andaba el alma mía
tan llena de congoja
de haber sido tan floja
que sin amor se viere sólo un día,
que casi en penitencia
tomaba celos hoy, mañana ausencia.

Dos mil cosas fingía
a sí misma contrarias
para satisfacción de aquel olvido,
y más penas quería
que aquellas ordinarias
que amor en mi subjecto había imprimido
Y aquel tiempo perdido
continuo lo llamaba
diciendo: «¡Oh si vinieses
mi tiempo, y me pusieses
con esta pena mía, aunque más brava
en el primero estado
que pudiera de amor ser lastimado!».

¿Quién viera el día primero
que tuve entendimiento
para de amor sentir tan dulce efecto?

Queriendo como quiero
¿pudiera el pensamiento
estar en cosa alguna más perfecto?
Mas no fui tan discreto
que amor en mí hallase
capaces a mis ojos
para que mis despojos
vencidos su presencia los dejase,
mostrándoles la estrella
que el mismo amor quedó vencido de ella.
. . . . . .

Los días se pasaban
y nuestro amor estaba
de una y otra parte muy sellado.
Favores no faltaban
Y aún bien no deseaba
contento, cuando el punto era llegado
tan bien afortunado
sobre como yo era
ni hombre tan contento

con este pensamiento
en cuantos amor siguen no pudiera
hallarse otro segundo
aunque se revolviera todo el mundo.
y en un punto fortuna
así volvió su rueda
que aquella fe tan firme que había dado
la hizo ser ninguna.
¿Quién hay que creerlo pueda
que me trujese amor a tal estado
que viva desamado
y que mi claro día
así se me añublase
y que la fe quebrase
mostrando aborrecer quien más quería?
Vení, pues, amadores
tomad todos ejemplo en mis dolores.

Canción no sepa nadie que eres mía
mas dilo si quisieres
que ya verán que es muerto cuya eres.

Gaspar Gil Polo

De Gaspar Gil Polo se sabe que residió casi toda su vida en Valencia, donde fue notario y luego lugarteniente del Maestre Racional de este reino. Murió en 1591. Como poeta son notabilísimos sus intentos de adaptar al castellano ritmos de literaturas extranjeras. (Véase novela).

CANCIÓN

La bella mal maridada,
de las más lindas que vi,
si has de tomar amores,
vida no dejes a mí.

GLOSSA

Amor, cata que es locura
padescer, que en las mujeres
de aventajada hermosura
pueda hacer la desventura
más que tú siendo quien eres.
Porque estando a tu poder
la belleza encomendada,
te deshonras, a mi ver,
en sufrir que venga a ser
la bella mal maridada.

Haces mal, pues se mostró
beldad ser tu amiga entera,
porque siempre al que la vio,
a causa tuya le dio
el dolor que no le diera.

Y ansí mi constancia y fe
y la pena que está en mí,
por haber visto no fue,
mas por ser la que miré
de las más lindas que vi.

Amor, das a tantos muerte,
que pues matar es tu bien,
algún día espero verte,
que a ti mismo has de ofenderte,
porque no tendrás a quién.
¡Oh qué bien parescerás
herido de tus dolores!
cautivo tuyo serás,
que a ti mismo tomarás,
si has de tomar amores.

Entonces dolor doblado
podrás dar a las personas,
y quedarás excusado
de haberme a mí maltratado,
pues a ti no te perdonas.
Y si quiero reprehenderte,
dirás, volviendo por ti,
razón forzarte y moverte,
que a ti mismo dando muerte,
vida no dejes a mí.

SONETO

Sin que ninguna cosa te levante,
Amor, que de perderme has sido parte,
haré que tu crueldad en toda parte
se suene de Poniente hasta Levante.

Aunque más sople el Abrego o Levante,
mi nave de aquel golfo no se parte,
do tu poder furioso le abre y parte,
sin que en ella un suspiro se levante.

Si vuelvo el rostro estando en el tormento,
tu furia allí enflaquesce mi deseo,
y tu fuerza mis fuerzas cansa y corta;

Jamás al puerto iré, ni lo deseo,
y ha tanto que esta pena me atormenta,
que un mal tan largo hará mi vida corta.

SONETO

Voy tras la muerte sorda paso a paso,
siguiéndola por campo, valle y sierra,
y al bien ansí el camino se me cierra,
que no hay por donde guíe un solo paso.

Pensando el mal que de contino paso,
una navaja aguda, y cruda sierra
de modo el corazón me parte y sierra,
que de la vida dudo en este paso.

La Diosa, cuyo ser contino rueda,
y Amor que ora consuela, ora fatiga,
son contra mí, y aun yo mismo me daño.

Fortuna en no mudar su varia rueda,
y Amor y yo, cresciendo mi fatiga,
sin darme tiempo a lamentar mi daño.

CANTO DE TURIA

Regad el venturoso y fértil suelo,
corrientes aguas, puras y abundosas,
dad a las hierbas y árboles consuelo.
y frescas sostened flores y rosas;
y ansí con el favor del alto cielo
tendré yo mis riberas tan hermosas,
que grande envidia habrán de mi corona
el Pado, el Mincio, el Ródano y Garona.

Mientras andáis el curso apresurando,
torciendo acá y allá vuestro camino,
el valentino suelo hermoseando
con el licor sabroso y cristalino,
mi flaco aliento y débil esforzando,
quiero con el espíritu adevino
cantar la alegre y próspera ventura
que el cielo a vuestros campos asegura.

Oidme, claras Ninfas y pastores,
que sois hasta la Arcadia celebrados:
no cantaré las coloradas flores,
la deleitosa fuente y verdes prados,
bosques sombríos, dulces ruiseñores,
valles amenos, montes encumbrados,
mas los varones célebres y extraños
que aquí serán después de largos años.

De aquí los dos pastores estoy viendo
Calixto y Alexandre, cuya fama,
la de los grandes Césares venciendo,
desde el Atlante al Mauro se derrama;
a cuya vida el cielo respondiendo,
con una suerte altísima los llama,

para guardar del báratro profundo
cuanto ganado pace en todo el mundo.

De cuya ilustre cepa veo nacido
aquel varón de pecho adamantino,
por valerosas armas conocido,
César romano y Duque valentino,
valiente corazón, nunca vencido,
al cual le aguarda un hado tan malino,
que aquel raro valor y ánimo fuerte
tendrá fin con sangrienta y cruda muerte.

La mesma ha de acabar en un momento
al Hugo, resplandor de los Moncadas,
dejando ya con fuerte atrevimiento
las mauritanas gentes sujetadas;
ha de morir por Carlos muy contento,
después de haber vencido mil jornadas,
y pelear con poderosa mano
con el francés y bárbaro africano.

Mas no miréis la gente embravecida
con el furor del iracundo Marte;
mirad la luz que aquí veréis nacida,
luz de saber, prudencia, genio y arte;
tanto en el mundo todo esclarecida,
que ilustrará la más oscura parte;
Vives, que vivirá, mientras al suelo
lumbre ha de dar el gran señor de Delo.

Cuyo saber altíssimo heredando
el Honorato Juan, subirá tanto,
que a un alto rey las letras enseñando,
dará a las sacras Musas grande espanto;
paréceme que ya le está adornando
el obispal cayado y sacro manto;
ojalá un mayoral tan excelente
sus greyes en mis campos apaciente.

Cuasi en el mismo tiempo ha de mostrarse
Núñez, que en la doctrina en tiernos años
al grande Estagirita ha de igualarse,
y ha de ser luz de patrios y de extraños;
no sentiréis Demóstenes loarse
orando él. ¡Mas, ay, ciegos engaños!
¡ay, patria ingrata, a causa tuya siento
que orillas de Ebro ha de mudar su asiento!

¿Quién os dirá la excelsa melodía,
con que las dulces voces levantando,
resonarán por la ribera mía
poetas mil? Ya estoy de aquí mirando
que Apolo sus favores les envía,
porque con alto espíritu cantando,
hagan que el nombre de este fértil suelo
del uno al otro polo extienda el vuelo.

Ya veo al gran varón que celebrado
será con clara fama en toda parte,
que en verso al rojo Apolo está igualado
y en armas está al par del fiero Marte;
Ausias March, que a tí, florido *Prado*,
Amor, *Virtud* y *Muerte* ha de cantarte,
llevando por honrosa y justa empresa
dar fama a la honestísima *Teresa*.

Bien mostrará ser hijo del famoso
y grande Pedro March, que en paz y en guerra,
docto en el verso, en armas poderoso,
dilatará la fama de su tierra;
cuyo linaje ilustre y valeroso,
donde valor clarísimo se encierra,
dará un Jaime y Arnau, grandes poetas,
a quien son favorables los planetas.

Jorge del Rey con verso aventajado
ha de dar honra a toda mi ribera,
y siendo por mis Ninfas coronado
resonará su nombre por do quiera;
el revolver del cielo apresurado
propicio le será de tal manera,
que Italia de su verso terná espanto
y ha de morir de envidia de su canto.

Ya veo, Franci Oliver, que el cielo hieres
con voz que hasta las nubes te levanta,
y a ti también, clarísimo Figueres,
en cuyo verso habrá lindeza tanta;
y a tí, Martín García, que no mueres,
por más que tu hilo Láquesis quebranta;
Innocent de Cubells, también te veo
que en versos satisfaces mi deseo.

Aquí tendréis un gran varón, pastores,
que con virtud de hierbas escondidas
presto remediará vuestros dolores
y enmendará con versos vuestras vidas;
pues, Ninfas, esparcid hierbas y flores
al grande Jaime Roig agradecidas,
coronad con laurel, serpillo y apio
el gran sicrvo de Apolo y de Esculapio.

Y al gran Narcís Viñoles, que pregona
su gran valor con levantada rima,
tejed de verde lauro una corona,
haciendo al mundo pública su estima;
tejed otra a la altísima persona,
que el verso subirá a la excelsa cima,
y ha de igualar al amador de Laura,
Crespi celebradíssimo Valldaura.

Parésceme que veo un excelente
Conde, que el claro nombre de su Oliva

hará que entre la extraña y patria gente,
mientras que mundo habrá, florezca y viva:
su hermoso verso irá resplandeciente
con la perfecta lumbre, que deriva
del encendido ardor de sus *Centellas*,
que en luz competirán con las estrellas.

Ninfas, haced del resto, cuando el cielo
con Juan Fernández os hará dichosas,
lugar no quede en todo aqueste suelo,
do no sembréis los lirios y las rosas;
y tú, ligera Fama, alarga el vuelo,
emplea aquí tus fuerzas poderosas,
y dale aquel renombre soberano
que diste al celebrado Mantuano.

Mirando estoy aquel poeta raro
Jaime Gazull, que en rima valentina
muestra el valor del vivo ingenio y claro
que a las más altas nubes se avecina;
y el Fenollar que a Titïro acomparo,
mi consagrado espíritu adevina,
que resonando aquí su dulce verso
se escuchará par todo el universo.

Con abundosos cantos del Pineda
resonarán también estas riberas,
con cuyos versos Pan vencido queda,
y amansan su rigor las tigres fieras;
hará que su famoso nombre pueda
subir a las altísimas espheras;
por este mayor honra haber espero,
que la soberbia Esmirna por Homero.

La suavidad, la gracia y el asiento
mirad con que el gravísimo Vicente
Ferrandis mostrará el supremo aliento,
siendo en sus claros tiempos excelente;
pondrá freno a su furia el bravo viento,
y detendrán mis aguas su corriente
oyendo al son armónico y suave
de su gracioso verso, excelso y grave.

El cielo y la razón no han consentido,
que hable con mi estilo humilde y llano
del escuadrón intacto y elegido
para tener oficio sobrehumano,
Fernan, Sans, Valdellos y el escogido
Cordero, y Blasco ingenio soberano,
Gacet, lumbres más claras que la Aurora,
de quien mi canto calla por agora.

Cuando en el grande Borja, de Montesa
Maestre tan magnánimo imagino,
que en versos y en cualquier excelsa empresa
ha de mostrar valor alto y divino,

parésceme que más importa y pesa
mi buena suerte y próspero destino,
que cuanta fama el Tíber ha tenido,
por ser allí el gran Rómulo nascido.

A ti del mismo padre y mismo nombre
y misma sangre altíssima engendrado,
claríssimo Don Juan, cuyo renombre
será en Parnaso y Pindo celebrado,
pues ánimo no habrá que no se asombre
de ver tu verso al cielo levantado;
las Musas de su mano en Helicona
te están aparejando la corona.

Con sus héroes el gran pueblo Romano
no estuvo tan soberbio y poderoso,
cuanto ha de estar mi fértil suelo ufano,
cuando el magno Aguilón me hará dichoso,
que en guerra y paz consejo soberano,
verso subtil, y esfuerzo valeroso,
le han de encumbrar en el supremo estado
donde Marón ni Fabio no han llegado.

Al Serafin Centellas voy mirando,
que el canto altivo y militar destreza
a la región etérea sublimando,
al verso añadirá la fortaleza,
y en un extremo tal se irá mostrando
su habilidad, su esfuerzo y su nobleza,
que ya comienza en mí el dulce contento
de su valor y gran merescimiento.

A Don Luis Millán recelo y temo
que no podré alabar como deseo,
que en música estará en tan alto extremo,
que el mundo le dirá segundo Orfeo;
tendrá estado famoso, y tan supremo,
en las heroicas rimas, que no creo
que han de poder nombrársele delante
Cino Pistoya y Guido Cavalcante.

A tí, que alcanzarás tan larga parte
del agua poderosa de Pegaso,
a quien de pocsía el estandarte
darán las moradoras de Parnaso,
noble Falcón, no quiero aquí alabarte,
porque de tí la fama hará tal caso,
que ha de tener particular cuidado
que desde el Indo al Mauro estés nombrado.

Semper loando el ínclito imperante
Carlos, gran rey, tan grave canto mueve,
que aunque la fama al cielo le levante,
será poco a lo mucho que le debe;
veréis que ha de pasar tan adelante
con el favor de las hermanas nueve,

que hará con famosísimo renombre
que Hesiodo en sus tiempos no se nombre.

Al que romanas leyes declarando,
y delicados versos componiendo,
irá al sabio Licurgo aventajando
y al veronés poeta antecediendo,
ya desde aquí le estoy pronosticando
gran fama en todo el mundo, porque entiendo
que cuando de Oliver se hará memoria
ha de callar antigua y nueva historia.

Ninfas, vuestra ventura conosciendo,
haced de interno gozo mil señales,
que casi ya mi espíritu está viendo
que aquí están dos varones principales;
el uno militar, y el otro haciendo
cobrar salud a míseros mortales,
Siurana y el Ardévol, que levantan
al cielo el verso altísimo que cantan.

¿Queréis ver un juicio agudo y cierto
un general saber, un grave tiento?
¿queréis mirar un ánimo despierto,
un sosegado y claro entendimiento?
¿queréis ver un poético concierto,
que en fieras mueve blando sentimiento?
Felipe Catalán mirad, que tiene
posesión de la fuente de Hipocrene.

Veréis aquí un ingenio levantado,
que gran fama ha de dar al campo nuestro,
de soberano espíritu dotado,
y en toda habilidad experto y diestro,
el Pellicer, doctísimo letrado,
y en los poemas único maestro,
en quien han de tener grado excesivo
grave saber y entendimiento vivo.

Mirad aquel, en quien pondrá su asiento
la rara y general sabiduría;
con este Orfeo muestra estar contento,
y Apolo influjo altísimo le envía;
dale Minerva grave entendimiento,
Marte nobleza, esfuerzo y gallardía;
hablo del Romaní, que ornado viene
de todo lo mejor que el mundo tiene.

Dos soles nacerán en mis riberas
mostrando tanta luz como el del cielo;
habrá en un año muchas primaveras,
dando atavío hermoso el fértil suelo,
no se verán mis sotos y praderas
cubiertos de intratable y duro hielo,
oyéndose en mi selva o mi vereda
los versos de Vadillo y de Pineda.

Los metros de Artieda y de Clemente
tales serán en años juveniles,
que los de quien presume de excelente,
vendrán a parescer bajos y viles;
ambos tendrán entre la sabia gente
ingenios sosegados y subtiles,
y prometernos han sus tiernas flores
frutos entre los buenos los mejores.

La fuente que a Parnaso hace famoso
será a Juan Pérez tanto favorable,
que de la Tana al Gange caudaloso
por siglos mil tendrá nombre admirable;
ha de enfrenarse el viento presuroso,
y detenerse ha el agua deleznable,
mostrando allí maravilloso espanto
la vez que escucharán su grave canto.

Aquel, a quien de drecho le es debido
por su destreza un nombre señalado,
de mis sagradas Ninfas conocido,
de todos mis pastores alabado,
hará un metro sublime y escogido,
entre los más perfectos estimado;
este será Almudévar, cuyo vuelo
ha de llegar hasta el supremo cielo.

En lengua patria hará clara la historia
de Nápoles el célebre Espinosa,
después de eternizada la memoria
de los *Centellas*, casa generosa,
con tan excelso estilo, que la gloria,
que le dará la fama poderosa,
hará que este poeta sin segundo
se ha de nombrar allá en el nuevo mundo.

Recibo un regalado sentimiento
en la alma de alegría enternecida,
tan sólo imaginando el gran contento
que me ha de dar el sabio Bonavida;
tan gran saber, tan grave entendimiento
tendrá la gente atónita y vencida,
y el verso tan sentido y elegante
se oirá desde Poniente hasta Levante.

Tendréis un Don Alfonso, que el renombre
de ilustres Rebolledos dilatando,
en todo el universo irá su nombre
sobre Marón famoso levantando;
mostrará no tener ingenio de hombre,
antes con verso altíssimo cantando,
parescerá del cielo haber robado
la arte sutil y espíritu elevado.

Por fin deste apacible y dulce canto,
y extremo fin de general destreza,

os doy aquel, con quien extraño espanto
al mundo ha de causar naturaleza;
nunca podrá alabarse un valor tanto,
tan rara habilidad, gracia, nobleza,
bondad, disposición, sabiduría,
fe, discreción, modestia y valentía.

Este es Aldana, el único Monarca,
que junto ordena versos y soldados,
que en cuanto el ancho mar ciñe y abarca,
con gran razón los hombres señalados
en gran duda pondrán, si él es Petrarca
o si Petrarca es él, maravillados
de ver que donde reina el fiero Marte,
tenga el fecundo Apolo tanta parte.

Tras éste no hay persona a quien yo pueda
con mis versos dar honra esclarecida,
que estando junto a Febo, luego queda
la más lumbrosa estrella escurecida,
y allende desto el corto tiempo veda
a todos dar la gloria merescida.
Adiós, adiós, que todo lo restante
os lo diré la otra vez que cante.

RIMAS PROVENZALES

ALCIDA

Mientras el sol sus rayos muy ardientes
con tal furia y rigor al mundo envía,
que de Ninfas la casta compañía
por los sombríos mora y por las fuentes.
Y la cigarra el canto replicando,
se está quejando,
pastora canta,
con gracia tanta,
que enternescido
de haberte oído,
el poderoso cielo de su grado
fresco licor envíe al seco prado.

DIANA

Mientras está el mayor de los planetas
en medio del oriente y del ocaso,
y al labrador en descubierto raso
más rigurosas tira sus saetas.
Al dulce murmurar de la corriente
de aquesta fuente,
mueve tal canto,
que cause espanto,
y de contentos
los bravos vientos,
el ímpetu furioso refrenando,
vengan con manso espíritu soplando.

ALCIDA

Corrientes aguas, puras, cristalinas,
que haciendo todo el año primavera,
hermoseáis la próspera ribera
con lirios y trepadas clavellinas,
el bravo ardor de Febo no escaliente
tan fresca fuente,
ni de ganado
sea enturbiado
licor tan claro,
sabroso y raro,
ni del amante triste el lloro infame
sobre tan lindas aguas se derrame.

DIANA

Verde y florido prado en do natura
mostró la variedad de sus colores
con los matices de árboles y flores,
que hacen en ti hermosísima pintura.
En ti los verdes ramos sean esentos
de bravos vientos;
medres, crezcas
en hierbas frescas,
nunca abrasadas
con las heladas,
ni dañe a tan hermoso y fértil suelo
el gran furor del iracundo cielo.

ALCIDA

Aquí de los bullicios y tempesta
de las soberbias cortes apartados,
los corazones viven reposados,
en sosegada paz y alegre fiesta,
a veces recostados al sombrío
a par del río,
do dan las aves
cantos suaves,
las tiernas flores
finos olores,
y siempre con un orden soberano
se ríe el prado, el bosque, el monte, el llano.

DIANA

Aquí el ruido que hace el manso viento,
en los floridos ramos sacudiendo,
deleita más que el popular estruendo
de un numeroso y grande ayuntamiento,
adonde las superbas majestades
son vanidades;
las grandes fiestas,

grandes tempestas ;
los pundonores,
ciegos errores,
y es el hablar contrario y diferente
de lo que el corazón y el alma siente.

ALCIDA

No tiende aquí ambición lazos y redes,
ni la avaricia va tras los ducados,
no aspira aquí la gente a los estados,
ni hambrea las privanzas y mercedes ;
libres están de trampas y passiones
los corazones ;
todo es llaneza,
bondad, simpleza,
poca malicia,
cierta justicia ;
y hacer vivir la gente en alegría
concorde paz y honesta medianía.

DIANA

No va por nuevo mundo y nuevos mares
el simple pastorcillo navegando,
ni en apartadas Indias va contando
de leguas y monedas mil millares.
El pobre tan contento al campo viene
con lo que tiene,
como el que cuenta
sobrada renta,
y en vida escasa
alegre passa,
como el que en montes ha gruesas manadas,
y ara de fértil campo mil yugadas.

SONETO

No puede darme Amor mayor tormento,
ni la Fortuna hacer mayor mudanza ;
no hay alma con tan poca confianza,
ni corazón en penas tan contento.

Hácelo Amor, que esfuerza el flaco aliento,
porque baste a sufrir mi malandanza,
y no deja morir con la esperanza
la vida, la afición ni el sufrimiento.

¡Ay, vano corazón! ¡Ay, ojos tristes!
¿por qué en tan largo tiempo y tanta pena
nunca se acaba el llanto ni la vida?

¡Ay, lástimas! ¿no os basta lo que hecistes?
Amor ¿por qué no aflojas mi cadena,
si en tanta libertad dejaste Alcida?

VERSOS FRANCESES

De flores matizadas se vista el verde prado,
retumbe el hueco bosque de voces deleitosas,
olor tengan más fino las coloradas rosas,
floridos ramos mueva el viento sosegado.
El río apresurado
sus aguas acreciente,
y pues tan libre queda la fatigada gente
del congojoso llanto,
moved, hermosas Ninfas, regocijado canto.

Destierre los ñublados el prefulgente día,
despida el alma triste los ásperos dolores,
esfuercen más sus voces los dulces ruiseñores,
Y pues por nueva vía
con firme casamiento,
de un desamor muy crudo se saca un gran contento,
vosotras entre tanto
moved, hermosas Ninfas, regocijado canto.

¿Quién puede hacer mudarnos la voluntad constante,
y hacer que la alma trueque su firme presupuesto?
¿quién puede hacer que amemos aborrecido gesto
y el corazón esquivo hacer dichoso amante?
¿Quién puede a su talante
mandar nuestras entrañas,
sino la gran Felicia, que obrado ha más hazañas,
que la tebana Manto?
moved, hermosas Ninfas, regocijado canto.

Casados venturosos, el poderoso cielo
derrame en vuestros campos influjo favorable,
y con dobladas crías en número admirable
vuestros ganados crezcan cubriendo su ancho suelo.
No os dañe el crudo hielo
los tiernos chivaticos,
y tal cantidad de oro os haga entrambos ricos,
que no sepáis el cuánto;
moved, hermosas Ninfas, regocijado canto.

Tengáis de dulce gozo bastante cumplimiento
con la progenie hermosa que os salga parecida,
más que el antiguo Néstor tengáis larga la vida,
y en ella nunca os pueda faltar contentamiento;
Moviendo tal concento
por campos encinales,
que ablande duras peñas y a fieros animales
cause crescido espanto:
moved, hermosas Ninfas, regocijado canto.

Remeden vuestras voces las aves amorosas,
los ventecicos suaves os hagan dulce fiesta,
alégrese con veros el campo y la floresta,
y os vengan a las manos las flores olorosas.

Los lirios y las rosas,
jazmín y flor de Gnido,
la madreselva hermosa y el arrayán florido,
narciso y amaranto;
moved, hermosas Ninfas, regocijado canto.

Concorde paz os tenga contentos muchos años,
sin ser de la rabiosa sospecha atormentados,
y en el estado alegre viváis tan reposados,
que no os cause recelo Fortuna y sus engaños.
En montes más extraños
tengáis nombre famoso;
mas porque el ronco pecho tan flaco y temeroso
repose agora un cuanto,,
dad fin, hermosas Ninfas, al deleitoso canto.

SONETO

Recoge a los que aflige el mar airado,
oh, Valentino, oh, venturoso suelo
donde jamás se cuaja el duro hielo
ni de Febo el trabajo acostumbrado.

Dichoso el que seguro y sin recelo
de ser en fieras ondas anegado,
goza de la belleza de tu prado
y del favor de tu benigno cielo.

Con más fatiga el mar surca la nave
que el labrador cansado tus barbechos;
¡oh tierra, antes que el mar se ensoberbezca,

Recoge a los perdidos y deshechos,
para que cuando en Turia yo me lave
estas malditas aguas aborrezca.

CANCIÓN DE NEREA

En el campo venturoso,
donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
dejando el suelo abundoso,
da tributo al mar potente,

Galatea desdeñosa,
del dolor que a Licio daña
iba alegre y bulliciosa
por la ribera arenosa,
que el mar con sus ondas baña.

Entre la arena cogiendo
conchas y piedras pintadas,
muchos cantares diciendo,
con el son del ronco estruendo
de las ondas alteradas,

Junto al agua se ponía,
y las ondas aguardaba,
y en verlas llegar huía,
pero a veces no podía
y el blanco pie se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento
amador ninguno iguala,
suspendió allí su tormento
mientras miraba el contento
de su polida zagala.

Mas cotejando su mal
con el gozo que ella había,
el fatigado zagal
con voz amarga y mortal
desta manera decía:

Ninfa hermosa, no te vea
jugar con el mar horrendo,
y aunque más placer te sea,
huye del mar, Galatea,
como estás de Licio huyendo.

Deja agora de jugar,
que me es dolor importuno;
no me hagas más penar,
que en verte cerca del mar
tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado,
que a mi pensamiento crea,
porque ya está averiguado
que si no es tu enamorado
lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque Amor
sabe desde que me hirió
que para pena mayor
me falta un competidor
más poderoso que yo.

Deja la seca ribera
do está el agua infructuosa,
guarda que no salga afuera
alguna marina fiera
enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento
por ti dolores sobrados,
porque con doble tormento
celos me da tu contento
y tu peligro cuidados.

En verte regocijada
celos me hacen acordar
de Europa Ninfa preciada,
del toro blanco engañada
en la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado
hace que piense contino
de aquel desdeñoso airado
orilla el mar arrastrado,
visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en ti temor
de congoja y pena tanta;
que bien sé por mi dolor,
que a quien no teme el Amor,
ningún peligro le espanta.

Guarte, pues, de un gran cuidado;
que el vengativo Cupido
viéndose menospreciado,
lo que no hace de grado
suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,
y al apacible sombrío
de olorosas flores lleno,
do en el día más sereno
no es enojoso el estío.

Si el agua te es placentera,
hay allí fuente tan bella,
que para ser la primera
entre todas, sólo espera
que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo
a guardar tu hermosa cara
no basta sombrero, o velo;
que estando al abierto cielo,
el sol morena te para.

No encuentras dulces contentos,
sino el espantoso estruendo,
con que los bravosos vientos
con soberbios movimientos
van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera
son las vistas más suaves
ver llegar a la ribera
la destrozada madera
de las anegadas naves.

Ven a la dulce floresta,
do natura no fue escasa,
donde haciendo alegre fiesta,
la más calurosa siesta
con más deleite se passa.

Huye los soberbios mares,
ven, verás como cantamos
tan deleitosos cantares,
que los más duros pesares
suspendemos y engañamos.

Y aunque quien pasa dolores,
Amor le fuerza a cantarlos,
yo haré que los pastores
no digan cantos de amores,
porque huelgues de escucharlos.

Allí por bosques y prados
podrás leer todas horas
en mil robles señalados
los nombres más celebrados
de las Ninfas y pastoras.

Mas serátе cosa triste
ver tu nombre allí pintado,
en saber que escrita fuiste
por el que siempre tuviste
de tu memoria borrado.

Y aunque mucho estás airada,
no creo yo que te assombre
tanto el verte allí pintada,
como el ver que eres amada
del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar
fuera triste desplacer,
mas ¿qué tormento o pesar
te puede, Nympha, causar
ser querida y no querer?

Mas desprecia cuanto quieras
a tu pastor, Galatea,
sólo que en essas riberas
cerca de las ondas fieras
con mis ojos no te vea.

¿Qué pasatiempo mejor
orilla el mar puede hallarse
que escuchar el ruiseñor,
coger la olorosa flor
y en clara fuente lavarse?

Pluguiera a Dios que gozaras
de nuestro campo y ribera,
y porque más lo preciaras,
ojalá tú lo probaras,
antes que yo lo dijera.

Porque cuanto alabo aquí,
de su crédito le quito,
pues el contentarme a mí,
bastará para que a tí
no te venga en apetito.

Licio mucho más le hablara,
y tenía más que hablalle,
si ella no se lo estorbara,
que con desdeñosa cara
al triste dice que calle.

Volvió a sus juegos la fiera,
y a sus llantos el pastor,
y de la misma manera
ella queda en la ribera
y él en su mismo dolor.

(De la *Diana*, ed. N. B. A. E.)

Diego Hurtado de Mendoza

Nacido en Granada (1503). Su formación, plenamente humanística, se desarrolla en Granada, Salamanca e Italia. Fue embajador del Rey de España en Inglaterra y en Venecia y representante del Emperador en el Concilio de Trento; disfrutó después otros cargos de responsabilidad. Una disputa palaciega le ocasionó un destierro al castillo de la Mota. Todavía tomó parte en la sublevación de Granada, muriendo en Madrid en 1575.

La personalidad poética de Diego Hurtado de Mendoza ha de encuadrarse, cronológica y estilísticamente, en el primer albor del italianismo. Una gran parte de su obra está todavía al servicio del viejo estilo, en el que se mueve con singular gracejo. Suele citarse la frase de Lope de Vega: «¿Qué cosa iguala a una redondilla de Garci-Sánchez o don Diego de Mendoza?». Pero nos interesa más su producción italianizante. Su prolongada estancia en la tierra del Petrarca, su cultura de lenguas clásicas y orientales, su incansable curiosidad humanística centran nuestro interés en este sentido. Sin embargo, anticipemos que existe un esencial contraste entre la perfección de su cultura y la de su estilo. El endecasílabo de Hurtado de Mendoza es a menudo torpe e inhábil, desigual en el acento; el uso frecuente de versos agudos en las silvas perjudica la armonía del conjunto. Seguramente no podríamos hacer un paralelo favorable a nuestro lírico si lo comparábamos con los demás poetas del petrarquismo español, en general tan correctos y afeitados. Pero es que, además, hay en don Diego un poeta que piensa mucho más honda y filosóficamente que sus colegas. Sus sonetos, sus estancias y, sobre todo, sus epístolas son más un fruto de meditación que un juego poético y, como se verá por la que publicamos, un curioso testimonio de sus actividades políticas.

Bibliografía. Ed. B. A. E. vol. X, pág. 91. Véase la obra fundamental de E. Mele y A. González Palencia sobre D. *H. de M.* (1941).

VILLANCICO

Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y a mi alma.

Amor es de condición,
Que cuando se encubre crece,
Y una terrible afición
Claro y lejos se parece;
Si la causa lo merece,
No encubras mal que no sana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

En tu semblante y meneo,
Pastor, estás asombrado:
Mezquino el enamorado
Que pierde el tiempo y deseo.
Nunca hables de rodeo,
Sino clara y a la llana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

Tiéneme el mal tan sujeto,
Y el sujeto es tan subido,
Que no callo de secreto,
Sino de puro aturdido;
Accidente es de vencido
Estar entre miedo y gana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

Entre querer bien y amar
La diferencia es dudosa:
Quiero bien la que es sin par,
Y amo la que es hermosa:
Querer bien es mayor cosa,
Y amar cosa más humana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

Pequeña prenda es la vida
Cuando el alma está obligada
Por voluntad tan valida,
Y pena bien empleada;
Vida y alma sería nada
Si quisiese esta tirana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

Ruede el mundo, y siempre crezca
Su hermosura más y más;

Nunca nacerá jamás
Ninguna que le parezca,
Ni otra que tanto merezca
Habrá como esta villana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

Por razón nos enamora,
Por voluntad nos destruye
La que del vencido huye,
Siendo libre y vencedora;
Yo el firme, mas la traidora
Voluntaria y inhumana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

Turbadora de reposo,
Anzuelo de voluntades,
Pecho de contrariedades,
Aunque en extremo hermoso;
Sólo aquel será dichoso
Que la quiere, si ella ha gana.
Carillo, ¿quieres bien a Juana?
Como a mi vida y mi alma.

REDONDILLAS

VIÉNDOSE SUJETO AL AMOR

Lloremos, ojos cansados,
Los daños que padecemos;
Que no es razón que dejemos
Quejosos a mis cuidados.
Yo soy aquel que vivía
El más lejos del amor,
Burlaba de su dolor,
De su poder me reía.
Siempre de su trato huí,
Vanos fueron mis consejos;
Pensé que estaba de lejos,
Y halléle dentro de mí.
De ver tanto atrevimiento
Toda el alma se alteró,
Y su gravedad perdió,
Turbado, el entendimiento.
Mandóme al primero día
Que lágrimas le ofreciera;
Obedecerle quisiera
Mas yo llorar no sabía.
El que no puede pasar
Sin llantos y desconsuelos,
Envie al alma unos celos
Que la enseñen a llorar.
Tomé esta lición de coro,
Tanto en ella repitiendo,
Que hasta cuando estoy durmiendo
Estoy soñando que lloro.
De aquesto llegué a enfermar,
Y amor, que mi mal sintió,
A la esperanza mandó
Que me viniese a curar.
Quien poco alcanza su ciencia,
A más daño le encamina,
Pues su mayor medicina
Es aplicar la paciencia.
Del mal a que estoy sujeto,
Tanto vivo atormentado,
Que el corazon ha llorado
Sus lágrimas en secreto.
Tanto ha llegado a sentir
Su riguroso desdén,
Que ha llegado a estarme bien
El desearme morir.
Y con ser tal mi dolor,
Aquella ingrata, homicida,
Para animarme la vida
Aún no me ha dado un favor.
Bella Filis, llegó el día
En que ha llegado mi suerte,
Que vengo a buscar la muerte,
Y hallar la muerte querría.

VILLANCICO

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

Engañó al mezquino
Mucha hermosura,
Faltó la ventura,
Sobró el desatino;
Errado el camino,
No puede volver
El que por amores
Se quiso prender.
Mandenle escribir,
Aunque no contente,
Y si se arrepiente,
Que no ha de huir,
Que quiera morir,
Y no pueda ser;
Esta es la justicia
Que mandan hacer.
Entró simple y ciego,
Mas no sin razón;
Hízose afición
De lo que era juego;
El encendió el fuego
En que había de arder,

Cuando por amores
Se quiso prender.
  Sufra disfavores
Hechos por antojo,
Háganse del ojo
Sus competidores,
Y los miradores
Echenlo de ver;
Que esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.
  Si acaso algún dia
Habla con su dama,
Mire ella al que ama,
Y con él se ria;
De envidia y porfía
Se ha de mantener
El que por amores
Se quiso prender.
  Diga su cuidado,
Mas no sea creido;
Antes que sea oído,
Sea condenado;
Quiera ser mirado:
No le quieran ver
Al que por amores
Se dejó prender.

SONETO XXIV

Yo soy, cruel amor, el que has traído
Con vanas esperanzas engañado,
Y quien había de haber escarmentado
Ya en los propios males que ha sufrido

Yo soy quien tus mentiras ha creído,
Y aquél que por creellas ha llegado
A ser contigo el más desventurado
De cuantos tus banderas han seguido.

Pero si en todo el tiempo que viviere
Tornare a tu poder, que en él me vea
Muriendo por quien más aborreciere.

Y porque mi jurar más firme sea,
Que si jamás, amor, yo te creyere,
Quien causare mi mal no me lo crea.

CARTA IV

¿Qué hace el gran señor de los romanos,
Don Luis, cuando se parte de Alemaña?
¿Puédese en esta tierra dar a manos?
  Acá ya le embarcamos para España,
Y ya le hacemos ir a Berbería,
Y él a todos, callando, nos engaña.
  Argel y la Morea y la Suria
Son de esta vuestra empresa los terrenos
A quien se tira en esta señoría.
  ¡Oh embajadores, puros majaderos,
Que si los reyes quieren engañar,
Comienzan por nosotros los primeros!
  Nuestro mayor negocio es no dañar,
Y jamás hacer cosa ni decilla
Que no corramos riesgo de enseñar.
  Si hace algún bien por maravilla
La persona que está cerca del Rey,

Nos ensilla el negocio o desensilla.
Escrita con el dedo os da la ley ;
El la entiende a su modo o la deshace,
Llevándoos por el cuerno como a buey.
Jamás embajador se satisface,
Por bien que en el negocio llegue al centro ;
Mas siempre piensa en algo que desplace.
Siempre teme o recibe algun encuentro.
Del pueblo o de la parte o del patrón,
Que le da por defuera o por dedentro.
No te sabría decir la alteración
Con que se abre el despacho cuando llega,
Temiendo que traerá reprehensión.
El primero capítulo nos ciega ;
« Loamos vuestra fe, vuestra prudencia
En tratar los negocios ; luego pega,
» Y siempre os encargamos la paciencia,
Y en lo que en la pasada os escribimos
Debiérades poner más diligencia ».
¡Oh, tristes de nosotros, que vivimos
Los años siete y siete arrepentidos,
Y nos hacen merced en que salimos!
Abre bien, don Luis, esos oídos ;
Apolo y todas nueve sus hermanas
Publiquen los secretos escondidos.
Si cien lenguas tuviese más que humanas,
Y la boca y la voz fuesen de hierro,
No podrían bastarme una hora sanas.
Echemos a Virgilio para perro,
Con su navegación de cinco millas,
Y tratemos a Homero de cencerro.
Contaré con verdad las maravillas.
Los escollos, tormentos y nublados
Que pasamos sentados en las sillas.
La primera fortuna que los hados
Nos ordenan al dar de la instrucción,
Es que seamos indios de privados.
La otra, que en cualquiera mutación
Tememos lo peor, y lo esperamos
Comiendo con sudor y alteración.
Si por caso escribimos o hablamos
Algún negocio grave, al digerir,
Aún antes del error nos disculpamos,
Y después procuramos escribir,
No aquello que dijimos, si es simpleza
Sino lo que debiéramos decir.
En negocios ajenos gran pereza,
Y en los propios mayor solicitud,
Juntando con el arte la destreza.
Magníficas palabras de virtud,
Profesión de decir siempre lo cierto,
Y a nuestro modo templar siempre el laúd.

Continúa explicando las dificultades de su misión y acaba haciendo un elogio de la vida apacible.

No me curo del cetro del tirano,
Que amenaza la muerte o da riqueza,
Ni de ir en triunfo en carro soberano.
He de vivir en una medianeza,
Vida humilde, segura y reposada,
De amor y de sabor y de dulceza.
Vívase hoy, que mañana será nada,
Procuremos el bien con alegría,
Y acabemos con ella la jornada.
Procuremos la dulce compañía
Del bien, que no se acaba en los primeros,
Gozando desta vida cada día.
Tú, Vulcano, señor de los plateros,
Poderoso en fuego y en metal,
A quien también adoran los herreros,
Hazme un vaso de plata, hondo y tal,
Que mida san Martín ocho cuartillos,
Y otro santo, si hay, con su caudal.
En él no entalles rayos amarillos,
El cielo cuando truena, ni el infierno
En humosos caballos y morcillos;
No las heladas nieves del invierno
Ni los ardientes soles del verano,
Ni las mareas en igual gobierno;
No el carretero que con diestra mano
Gobierna siete estrellas, sin mudallas,
Saliendo, ahora tarde, ora temprano.
No el sangriento señor de las batallas;
¿Qué tengo yo que ver con las estrellas,
Con los rayos, los tiempos o las mallas?
Quédense en cielo y tierra ellos y ellas,
Duren por muchos años ordenadas,
Y yo que tarde y viejo vaya a vellas.
Entalla muchas uvas coloradas
Con sus vides, que en torno las rodean,
Con las revueltas hiedras entricadas.
Los amores estén que se menean,
Esparciendo aquel fuego glorioso
Cuyas llamas ardiendo no se veen.
El dios Baco, borracho y dormiloso,
Las horas todas doce al derredor,
El tiempo sano y mozo y con reposo
Tal será la razon de la labor,
Padre Vulcano, que me has de hacer,
Y a tí te cabrá parte del sabor...

(*B. A. E.*, vol. X, págs. 80-91).

Fray Luis de León

Fray Luis de León nació en Belmonte de Tajo (Cuenca) en 1527. Hizo sus estudios universitarios en Salamanca, donde profesó en la orden agustina y donde realizó estudios clásicos y bíblicos. A los 32 años obtuvo, por oposición, la cátedra de Biblia y en seguida la de Santo Tomás. Las discordias entre las órdenes religiosas, agravadas por el celo inquisitorial que veía peligro reformista en la versión al romance de las Sagradas Escrituras, llevó a Fray Luis a la cárcel (1572-1576), de la que salió absuelto después de un enojoso proceso. Ocupó, entre agasajos extraordinarios, la cátedra de Teología Eclesiástica, y parece comprobado que reanudó sus explicaciones con un sencillo «*decíamos ayer...*». Plenamente restaurado en su cátedra y su prestigio, fue una de las figuras más respetadas de su tiempo. Murió de Provincial de su Orden, en 1591.

La figura de este lírico no puede presentarse desligada de la del erudito catedrático que fue; sus conocimientos bíblicos, su sabiduría en las letras grecolatinas, su cultura humanística explican conjuntamente su obra de poeta. Su vida profesional daba, sin duda, mayor valor a los graves trabajos de exégesis bíblica a que tan competentemente se aplicaba. Pero no por ello deja de dar a la poesía su valor pleno.

La poesía de Fray Luis de León es más intelectual que sensorial. Admira más que seduce. Y lo que admira es, sobre todo, el soberbio equilibrio entre la intención poética y la forma expresiva. Ni conceptismo, ni redundancia; ni exceso de afán ni exageración de forma. Cada estrofa es el encaje perfecto, exacto, matemático del pensamiento; cada pensamiento viene encuadrado vigorosamente en su forma. Y esto de tal manera, que la menor vibración de la idea repercute en el verso; y el más nimio detalle del verso expresa una alteración de la idea. Si a este equilibrio se puede llamar clasicidad, Fray Luis es el más clásico de los poetas españoles. Acaso por ello es el que permanece más fiel en la memoria de las gentes, sin altibajos de aceptación. Es, además, y éste es otro síntoma de madurez, el poeta que nos da la cultura renacentista plenamente integrada ya en su personalidad; hay en él, sin duda, influencias de poetas clásicos y renacientes, pero de tal manera asimilados, tan profundamente absorbidos, maleados y reconstruidos por su estro poético, que la transformación sufrida equivale a una plena creación. Es un lírico esencial que posee los más finos resortes expresivos para decir todo lo que quiere; no precisa de metáforas sino en un grado muy elemental, y es tan jugoso, apretado, dramático y rico de ideas, que con una obra lírica muy breve — sólo veintiséis composiciones da como auténticas su más reciente editor — figura en la primera línea de los poetas españoles.

Los versos de Fray Luis, producto de su juventud, anduvieron mucho tiempo corriendo en cartapacios estudiantiles, con el consiguiente deterioro de su frasis original. Al fin, el Poeta se movió a lástima de sus *obrecillas* y se decidió a adoptarlas por suyas y limpiarlas de elementos espúreos, más que pensando en su publicación, por obsequiar con ellas a su ferviente admirador D. Pedro de Portocarrero, Obispo de Calahorra. Fray Luis murió en 1591, dejando inéditas sus poesías. Debemos a Quevedo su publicación, el año 1631.

La obra poética de Fray Luis se divide en tres partes: Poesías originales, imitaciones de autores clásicos y traducciones de Salmos. Damos la primera íntegramente.

Bibliografía. Ediciones críticas: V. Llobera, S. J., Cuenca, 1931, y P. Angel C. Vega, Madrid, 1955. Han escrito obras fundamentales sobre Fray Luis de León, Menéndez y Pelayo, el P. Merino, A. G. Bell, el P. Vélez, Karl Vossler y el P. Angel Custodio Vega.

PRÓLOGO

A don Pedro Portocarrero.
FRAY LUIS DE LEÓN

Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad. No porque la poesía, mayormente si se emplea en argumentos debidos, no sea digna de cualquier persona y de cualquier nombre; de lo cual es argumento que convence haber usado Dios della en muchas partes de sus sagrados libros, como es notorio, sino porque conocía los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinación a todo lo que tiene alguna luz de ingenio o de valor, y entendía las artes y mañas de la ambición y del estudio del interés propio, de la presunción ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean agora de nuestros tiempos. Y ansí, tenía por vanidad excusada a costa de mi trabajo ponerme por blanco a los golpes de mil juicios desvariados, y dar materia de hablar a los que no viven de otra cosa. Y señaladamente siendo yo de mi natural tan aficionado al vivir encubierto, que después de tantos años como ha que vine a este reino, no son pocos los que me conocen en él, que, como vuestra merced sabe, se pueden contar por los dedos. Por esta causa nunca hice caso desto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecía lo que nacía para nunca salir a luz; de lo cual ello mismo y las faltas que en ello hay dan suficiente testimonio. Pero como suele acontecer a algunos mozos, que maltratados de los padres o ayos se meten frailes, así estas mis mocedades, teniéndose como por desechadas de mí, se pusieron, según parece, en religión, y tomaron nombre y hábito muy más honrado del que ellas merecían, y han andado debajo dél muchos días en los ojos y en las manos de muchas gentes, haciendo agravio a una persona religiosa y bien conocida de vuestra merced, a quien se allegaron, con lo cual yo en los años pasados tuve una estrecha amistad, y no la nombro aquí por no agravialla más. La ocasión deste error vuestra merced la sabe, y porque es para pocos, y decilla aquí sería comunicalla con muchos, no la digo. Basta saber que la persona que he dicho, por condescender con mi gusto, que era vivir desconocido, disimuló, hasta que fatigado ya con otras cosas que la malicia y envidia de algunos hombres pusieron a sus cuestas, de las cuales Dios le descargó, como se ha parecido, trató conmigo que si no me era pesado, le librase yo también desta carga. Si el reconocer mis obras, y el publicarme por ellas fuera poner la vida en condición, en un ruego y demanda tan justa lo hiciera, y no aventurando en ella cosa que importe más que es vencer un gusto mío particular, si lo rehusara, no me tuviera por hombre. Y ansí lo hice, o, por mejor decir, lo hago ahora. Y recogiendo a este mi hijo perdido, y apartándole de mil malas compañías que se le habían juntado, y enmendándole de otros tantos malos siniestros que había cobrado con el andar vagueando, le vuelvo a mi casa y recibo por mío; y porque no se queje de mí, que le he sacado de la iglesia adonde él se tenía por seguro, envíole a vuestra merced para que le ampare como cosa suya, pues yo lo soy, que con tal trueque bien sé que perderá la queja, y se tendrá por dichoso.

Son tres partes las de este libro. En la una van las cosas que yo compuse mías. En las dos postreras las que traduje de otras lenguas, de autores así profanos

como sagrados. Lo profano va en la segunda parte, y lo sagrado, que son algunos Salmos y capítulos de Job, van en la tercera. De lo que yo compuse juzgará cada uno a su voluntad ; de lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña a la suya sin añadir ni quitar sentencia y con guardar cuanto es posible las figuras del original y su donaire y hacer que hablen en castellano y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante ; mas helo pretendido hacer, y así lo confieso. Y el que dijere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo más, al cual yo me incliné sólo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se la encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera, y abundante para los que la saben tratar. Mas esto caiga como cayere, que yo no curo mucho de ello ; sólo deseo agradar a vuestra merced, a quien siempre pretendo servir ; y el que no me conociere por mi nombre, conózcame por esto, que es solamente de lo que me precio y lo que, si en mí hay cosa buena, tiene algún valor.

POESÍAS ORIGINALES

I

VIDA RETIRADA

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruïdo,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,
ni cura si encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento
si soy del vano dedo señalado?
¿Si en busca de este viento
ando desalentado
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,
oh secreto seguro y deleitoso!
Roto casi el navío,
a vuestro alino reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al Cielo
a solas, sin testigo,

libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera,
por mi mano plantado, tengo un huerto,
que con la primavera
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,
desde la cumbre airosa
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada,
el paso entre los árboles torciendo,
el suelo de pasada
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menea
con un manso ruído,
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
los que de un falso leño se confían;
no es mío ver el lloro
de los que desconfían
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
cruje, y en ciega noche el claro día
se torna, al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
mesa de amable paz bien abastada
me basta, y la vajilla,
de fino oro labrada.
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
con sed insaciable
del peligroso mando,
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
de hiedra y lauro eterno coronado,
puesto el atento oído
al son dulce acordado
del plectro sabiamente meneado.

II

A DON PEDRO PORTOCARRERO

Virtud hija del Cielo,
la más ilustre empresa de la vida,
en el oscuro suelo
luz tarde conocida,
senda que guía al bien poco seguida.

Tú, desde la hoguera,
al cielo levantaste al fuerte Alcides;
tú, en la más alta esfera,
con las estrellas mides
al Cid, clara victoria de mil lides.

Por ti el paso desvía
de la profunda noche, y resplandece
muy más que el claro día
de Leda el parto, y crece
el Córdoba a las nubes, y florece.

Y por tu senda ahora
traspasa luengo espacio con ligero
pie y ala voladora
el gran Portocarrero,
osado de ocupar el bien primero.

Del vulgo se descuesta;
hollando sobre el oro, firme aspira
a lo alto de la cuesta,
ni violencia de ira,
ni blando y dulce engaño la retira.

Ni mueve más ligera,
ni más igual divide por derecha
el aire y fiel carrera,
o la traciana flecha,
o la bola tudesca un fuego hecha.

En pueblo inculto y duro
induce poderoso igual costumbre,
y do se muestra oscuro
el cielo, enciende lumbre,
valiente a ilustrar más alta cumbre.

Dichosos los que baña
el Miño, los que el mar monstruoso cierra
desde la fiel montaña
hasta el fin de la tierra,
los que desprecia de Eume la alta sierra.

III

A FRANCISCO DE SALINAS

El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música extremada
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna a cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,
en suerte y pensamientos se mejora;
el oro desconoce
que el vulgo vil adora
la belleza caduca, engañadora.

Traspasa el aire todo
hasta llegar a la más alta esfera,
y oye allí otro modo
de no perecedera
música, que es la fuente y la primera.

Y como está compuesta
de números concordes, luego envía
consonante respuesta,
y entre ambas a porfía
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega
por un mar de dulzura, y, finalmente,
en él así se anega,
que ningún accidente
extraño y peregrino oye y siente.

¡Oh, desmayo dichoso!
¡Oh, muerte que das vida! ¡Oh, dulce olvido!
Durase en tu reposo,
sin ser restituido
jamás aqueste bajo y vil sentido.

A este bien os llamo,
gloria del Apolíneo sacro coro,
amigos a quien amo
sobre todo tesoro,
que todo lo visible es triste lloro.

¡Oh!, suene de contino,
Salinas, vuestro son en mis oídos,

por quien al bien divino
despiertan los sentidos,
quedando a lo demás adormecidos.

IV

CANCIÓN AL NACIMIENTO DE LA HIJA DEL MARQUÉS DE ALCAÑICES

Inspira nuevo canto,
Calíope, en mi pecho aqueste día;
que de los Borjas canto,
y Enríquez la alegría,
y el rico don que el Cielo les envía.

Hermoso sol luciente,
que el día das y llevas, rodeado
de luz resplandeciente
más de lo acostumbrado.
sal y verás nacido tu traslado.

O si te place ahora
en la región contraria hacer manida,
detente allá en buen hora;
que con la luz nacida
podrá ser nuestra esfera esclarecida.

Alma divina, en velo
de femeniles miembros encerrada,
cuando viniste al suelo
robaste de pasada
la celestial riquísima morada.

Diéronte bien sin cuento
con voluntad concorde y amorosa
quien rige el movimiento
sexto, con la alta diosa
de la tercera rueda poderosa.

De tu belleza rara
el envidioso viejo mal pagado
torció el paso y la cara,
y el fiero Marte, airado,
el camino dejó desocupado.

Y el rojo y crespo Apolo,
que tus pasos guiando descendía
contigo al bajo polo,
la cítara hería,
y con divino canto así decía:

«Desciende en punto bueno,
espíritu real, al cuerpo hermoso;
que el ilutre seno
te espera deseoso
por dar a tu valor digno reposo.

» Él te dará la gloria
que en el terreno cerco es más tenida.
de abuelos larga historia,
por quien la no hundida
nave, por quien la España fue regida.

» Tú dale en cambio de esto
de los eternos bienes la nobleza,
deseo alto, honesto,
generosa grandeza,
claro saber, fe llena de pureza.

» En su rostro se vean
de tu beldad sin par vivas señales;
los sus dos ojos sean
dos luces inmortales
que guíen al bien sumo a los mortales.

» El cuerpo delicado,
como cristal lucido y transparente
tu gracia y bien sagrado,
tu luz, tu continente
a sus dichosos siglos represente.

» La soberana abuela,
dechado de virtud y de hermosura;
la tía, de quien vuela
la fama, en quien la dura
muerte mostró lo poco que el bien dura.

» Con todas cuantas precio
de gracia y de belleza hayan tenido,
serán por ti en desprecio
y puestas en olvido,
cual hace la verdad con lo fingido.

» ¡Ay tristes! ¡Ay dichosos
los ojos que te vieren! Huyan luego,
si fueren poderosos,
antes que prenda el fuego
contra quien no valdrá ni oro ni ruego.

» Ilustre y tierna planta,
gozo del claro tronco y generoso,
creciendo te levanta
a estado el más dichoso
de cuantos dio ya el Cielo venturoso ».

V

A FELIPE RUIZ

DE LA AVARICIA

En vano el mar fatiga
la vela portuguesa; que ni el seno

de Persia ni la amiga
Maluca da árbol bueno
que pueda hacer un ánimo sereno.

No da reposo al pecho,
Felipe, ni la India, ni la arra
esmeralda provecho;
que más tuerce la cara
cuanto posee más el alma avara.

Al capitán romano
la vida y no la sed quitó el bebido
tesoro persïano;
y Tántalo, metido
en medio de las aguas, afligido

de sed está; y más dura
la suerte es del mezquino que, sin tasa,
se cansa así, y endura
el oro, y la mar pasa
osado, y no osa abrir la mano escasa.

¿Qué vale el no tocado
tesoro, si corrompe el dulce sueño,
si estrecha el nudo dado,
si más enturbia el ceño
y deja en la riqueza pobre al dueño?

VI

A UNA SEÑORA PASADA LA MOCEDAD

Elisa, ya el preciado
cabello que del oro escarnio hacía
la nieve ha variado.
¡Ay!, ¿yo no te decía:
«recoge, Elisa, el pie, que vuela el día»?

Ya los que prometían
durar en tu servicio eternamente,
ingratos se desvían,
por no mirar la frente
con rugas y afeado el negro diente.

¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto
que tu labor te ha dado,
si no es tristeza y luto
y el alma hecha sierva a vicio bruto?

¿Qué fe te guarda el vano
por quien tú no guardaste la debida
a tu bien soberano?
¿Por quién mal proveída
perdiste de tu seno la querida

prenda? ¿Por quién velaste?
¿Por quién ardiste en celos? ¿Por quién uno
el Cielo fatigaste
con gemido importuno?
¿Por quién nunca tuviste acuerdo alguno

de ti misma? Y ahora
rico de tus despojos, más ligero
que el ave huye, y adora
a Lida lisonjero;
tú quedas entregada al dolor fiero.

¡Oh, cuánto mejor fuera
el don de la hermosura que del Cielo
te vino, a cuyo era
haberlo dado en velo
santo, guardado bien del polvo y suelo!

Mas ahora no hay tardía;
tanto nos es el Cielo piadoso
mientras que dura el día;
el pecho hervoroso
en breve del dolor saca reposo.

Que la gentil señora
del Magdalo, bien que perdidamente
dañada, en breve hora,
con el amor ferviente,
las llamas apagó del fuego ardiente.

Las llamas del malvado
amor con otro amor más encendido,
y consiguió el estado
que no fue concedido
al huésped arrogante, en bien fingido.

De amor guiada y pena
penetra el techo extraño, y atrevida
ofrécese a la ajena
presencia, y, sabia, olvida
el ojo mofador, busca la vida.

Y toda derrocada
a los divinos pies que la traían,
lo que la en sí fiada
gente olvidado habían,
sus manos, boca y ojos lo hacían.

Lavaba larga en lloro
al que su torpe mal lavando estaba;
limpiaba con el oro
que la cabeza ornaba
a su limpieza, y paz a su paz daba.

Decía: «Sólo amparo
de la miseria extrema, medicina

de mi salud, reparo
de tanto mal, inclina
aqueste cieno tu piedad divina.

«¡Ay!, ¿qué podrá ofrecerte
quien todo lo perdió? Aquestas manos
osadas de ofenderte,
aquestos ojos vanos
te ofrezco, y estos labios tan profanos.

»La que sudó en tu ofensa
trabaje en tu servicio, y de mis males
proceda mi defensa;
mis ojos dos mortales
fraguas, dos fuentes sean manantiales.

»Bañen tus pies mis ojos,
limpienlos mis cabellos; de tormento
mi boca y red de enojos
les dé besos sin cuento,
y lo que me condena te presento.

»Preséntote un sujeto
tan mortalmente herido, cual conviene
do un médico perfeto
de cuanto saber tiene
dé muestra, que por siglos mil resuene».

VII

PROFECÍA DEL TAJO

Holgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Caba en la ribera
del Tajo sin testigo;
el río sacó afuera
el pecho, y le habló desta manera:

«En mal punto te goces,
injusto forzador, que ya el sonido
y oigo ya las voces,
las armas y el bramido
de Marte, y de furor y ardor ceñido.

»¡Ay!, esa tu alegría
qué llantos acarrea, y esa hermosa
que vió el sol en mal día,
a España, ¡ay!, cuán llorosa,
y al cetro de los godos cuán costosa.

»Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamientos, fieros males
entre tus brazos cierras,
trabajos inmortales
a ti y a tus vasallos naturales.

» A los que en Constantina
rompen el fértil suelo, a los que baña
el Ebro, a la vecina
Sansueña, a Lusitaña,
a toda la espaciosa y triste España.

» Ya desde Cádiz llama
el injuriado Conde, a la venganza
atento y no a la fama,
la bárbara pujanza,
en quien, para tu daño, no hay tardanza.

» Oye que al Cielo toca
con temeroso son la trompa fiera
que en África convoca
el moro a la bandera,
que al aire desplegada va ligera.

» La lanza ya blandea
el árabe cruel, y hiere el viento
llamando a la pelea;
innumerable cuento
de escuadras juntas veo en un momento.

» Cubre la gente el suelo;
debajo de las velas desparece
la mar; la voz al Cielo
confusa y varia crece;
el polvo roba el día y le oscurece.

» ¡Ay!, que ya presurosos
suben las largas naves; ¡ay!, que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden
las mares espumosas por do hienden.

» El Eolo derecho
hinche la vela en popa, y larga entrada
por el hercúleo estrecho
con la punta acerada
el gran padre Neptuno da a la armada.

» ¡Ay triste!, ¿y aún te tiene
el mal dulce regazo? ¿Ni llamado
al mal que sobreviene
no acorres? ¿Ocupado
no ves ya el puerto a Hércules sagrado?

» Acude, acorre, vuela,
traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
no perdones la espuela,
no des paz a la mano,
menea fulminando el hierro insano.

» ¡Ay, cuánto de fatiga!
¡Ay, cuanto de sudor está presente

al que viste loriga,
al infante valiente,
a hombres y a caballos juntamente!

» ¡Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,
darás al mar vecino
cuánto yelmo quebrado,
cuánto cuerpo de nobles destrozado!

» El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena
igual a cada parte;
la sexta, ¡ay!, te condena,
¡oh, cara patria! a bárbara cadena ».

VIII

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado,
y miro hacia el suelo
de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado,

el amor y la pena
despiertan en mi pecho un ansia ardiente,
despiden larga vena
los ojos hechos fuente,
Olarte, y digo al fin con voz doliente:

« Morada de grandeza,
templo de claridad y hermosura,
el alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

» ¿Qué mortal desatino
de la verdad aleja así el sentido,
que de tu bien divino
olvidado, perdido,
sigue la vana sombra, el bien fingido? ».

El hombre está entregado
al sueño, de su suerte no cuidando,
y con paso callado
el cielo vueltas dando
las horas del vivir le va hurtando.

¡Oh!, despertad, mortales;
mirad con atención en vuestro daño.
¿Las almas inmortales
hechas a bien tamaño
podrán vivir de sombras y de engaño?

¡Ay!, levantad los ojos
a aquesta celestial eterna esfera;
burlaréis los antojos
de aquesa lisonjera
vida, con cuanto tiene y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
el bajo y torpe suelo comparado
con este gran trasunto
do vive mejorado
lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto
de aquestos resplandores eternales,
su movimiento cierto,
sus pasos desiguales
y en proporción concorde tan iguales;

la luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de Amor la sigue reluciente y bella;

y cómo otro camino
prosigue el sanguinoso Marte airado,
y el Júpiter benino,
de bienes mil cercado,
serena el cielo con su rayo armado;

rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
tras él la muchedumbre
del reluciente coro
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
y precia la bajeza de la Tierra,
y no gime y suspira,
y rompe lo que encierra
el alma y destos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
aquí reina la paz, aquí asentado
en rico y alto asiento
está el Amor sagrado,
de glorias y deleites rodeado.

Inmensa hermosura,
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura,
que jamás anochece;
eterna primavera aquí florece.

¡Oh, campos verdaderos!
¡Oh, prados con verdad frescos y amenos!

¡Riquísimos mineros!
¡Oh deleitosos senos,
repuestos valles de mil bienes llenos!

IX

A QUERINTO

No te engañe el dorado
vaso, ni de la puesta al bebedero
sabrosa miel cebado;
dentro al pecho ligero,
Querinto, no traspases el postrero

asensio; ten dudosa
la mano liberal, que esa azucena,
esa purpúrea rosa
que el sentido enajena,
tocada pasa al alma y la envenena.

Retira el pie, que esconde
sierpe mortal el prado, aunque florido
los ojos roba: a donde
aplace más, metido
el peligroso lazo está y tendido.

Pasó tu primavera;
ya la madura edad te pide el fruto
de gloria verdadera.
¡Ay!, pon del cieno bruto
los pasos en lugar firme y enjuto,

antes que la engañosa
Circe del corazón apoderada,
con copa ponzoñosa
el alma transformada,
te junte nueva fiera a su manada.

No es dado al que allí asienta,
si ya el cielo dichoso no le mira,
huir la torpe afrenta;
o arde oso en ira,
o hecho jabalí gime y suspira.

Ni fíes en viveza,
atiende al sabio rey Solimitano;
no vale fortaleza;
que al vencedor Gazano
condujo a triste fin femenil mano.

Imita al alto griego,
que, sabio, no aplicó la noble antena
al enemigo ruego
de la blanda Serena;
por do por siglos mil su fama suena.

Decía conmoviendo
el aire en dulce son: «La vela inclina
que del viento huyendo
por los mares camina,
Ulises, de los griegos luz divina.

»Allega y da reposo
al inmortal cuidado, y, entre tanto,
conocerás curioso
mil historias que canto;
que todo navegante hace otro tanto.

»Todos de su camino
tuercen a nuestra voz, y satisfecho
con el cantar divino
el deseoso pecho,
a sus tierras se van con más provecho.

»Que todo lo sabemos
cuanto contiene el suelo, y la reñida
guerra te cantaremos
de Troya y su caída,
por Grecia y por los dioses destruida».

Así, falsa, cantaba
ardiendo en crueldad; mas él, prudente,
a la voz atajaba
el camino en su gente
con la aplicada cera suavemente.

Si a ti se presentare,
los ojos sabio cierra; firme tapa
la oreja, si llamare;
si prendiere la capa,
huye, que sólo aquel que huye escapa.

X

A FELIPE RUIZ

¿Cuándo será que pueda
libre desta prisión volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
que huye más del suelo
contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo,

do estable y firme asiento
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
columnas do la tierra está fundada,
las lindes y señales
con que a la mar hinchada
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,
por qué las hondas mares se embravecen;
do sale a mover guerra
el cierzo, y por qué crecen
las aguas del Océano y descrecen;

de do manan las fuentes;
quién ceba y quién bastece de los ríos
las perpetuas corrientes;
de los helados fríos
veré las causas, y de los estíos;

las soberanas aguas
del aire en la región quién las sostiene;
de los rayos, las fraguas;
do los tesoros tiene
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece
turbarse el aire todo en el verano?
El día se ennegrece,
sopla el Gállego insano,
y sube hasta el cielo el polvo vano.

Y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente,
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
tiembla la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,
envían largos ríos los collados:
su trabajo deshecho,
los campos anegados
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
veré los movimientos celestiales,
así el arrebatado
como los naturales,
la causa de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
veré, y quién las enciende con hermosas
y eficaces centellas;
por qué están las dos Osas
de bañarse en la mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno
fuente de vida y luz do se mantiene;
y por qué en el invierno
tan presuroso viene,
quién en las noches largas le detiene.

¿Veré sin movimiento
en la más alta esfera las moradas
del gozo y del contento,
de oro y luz labradas,
de espíritus dichosos habitadas.

XI

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

Recoge ya en el seno
el campo su hermosura; el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
al resplandor Egeo; ya del dia
las horas corta escaso;
ya Eolo al mediodía
soplando espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
del Ibico navega los nublados,
y con voz ronca llora,
y al yugo el cuello atados
los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
a los estudios nobles, y la fama,
Grial, a la subida
del sacro monte llama,
do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
paso, y la cuesta vence, y sólo gana
la cumbre del collado;
y do más pura mana
la fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si el perdido
error admira el oro, y va sediento
en pos de un bien fingido;
que no así vuela el viento,
cuando es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
te dicta favorable, que lo antigo
iguala y pasa el nuevo

estilo ; y, caro amigo,
no esperes que podré atener contigo.

Que yo de un torbellino
traidor acometido y derrocado,
de en medio del camino
al hondo, el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado.

XII

A FELIPE RUIZ

DEL MODERADO Y CONSTANTE

¿Qué vale cuanto vee
do nace y do se pone el sol luciente,
lo que el indio posee,
lo que da el claro Oriente
con todo lo que afana la vil gente?

El uno, mientras cura
dejar rico descanso a su heredero,
vive en pobreza dura,
y perdona al dinero,
y contra sí se muestra crudo y fiero.

El otro, que sediento
anhela al señorío, sirve ciego,
y por subir su asiento
bájase a vil ruego,
y de la libertad va haciendo entrego.

Quien de dos claros ojos
y de un cabello de oro se enamora,
compra con mil enojos
una menguada hora,
un gozo breve que sin fin se llora.

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
a sí sólo lo pide,
y mira como ajeno
aquello que no está dentro en su seno.

Si resplandece el día,
si Eolo su reino turba, ensaña,
el rostro no varía,
y si la alta montaña
encima le viniere, no le daña ;

bien como la nudosa
carrasca en alto risco desmochada
con hacha poderosa,

del ser despedazada
del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundirle, y crece
mayor que de primero; y si porfía
la lucha, más florece,
y firme al suelo envía
al que por vencedor ya se tenía.

Exento a todo cuanto
presume la fortuna, sosegado
está y libre de espanto
ante el tirano airado,
de hierro, de crudeza y fuego armado.

«El fuego — dice — enciende,
aguza el hierro crudo, rompe y llega,
y si me hallares prende,
y da a tu hambre ciega
su cebo deseado, y la sosiega.

»¿Qué estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¿O no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave?

»Ahonda más adentro,
desvuelve las entrañas, el insano
puñal penetra al centro;
mas es trabajo vano;
jamás me alcanzará tu corta mano.

»Rompiste mi cadena
ardiendo por prenderme; al gran consuelo
subido he por tu pena;
ya suelto encumbro el vuelo,
traspaso sobre el aire, huello el cielo».

XIII

DE LA VIDA DEL CIELO

Alma región luciente,
prado de bienandanza que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
falleces; fértil suelo,
producidor eterno de consuelo;

de púrpura y de nieve
florida la cabeza coronado,
a dulces pastos mueve
sin honda ni cayado
el buen Pastor en ti su hato amado.

El va, y en pos dichosas
le siguen sus ovejas do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña
del alto bien las guía ; ya en la vena
del gozo fiel las baña,
y les da mesa llena,
pastor y pasto él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
la cumbre toca altísimo subido
el sol, él sesteando
de su hato ceñido
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,
y el inmortal dulzor al alma pasa,
con que envilece el oro,
y ardiendo se traspasa
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh, son! ¡Oh, voz! Siquiera
pequeña parte alguna descendiese
en mi sentido, y fuera
de sí el alma pusiese,
y toda en ti, ¡oh Amor!, la convirtiese.

Conocería dónde
sesteas, dulce Esposo, y desatada
desta prisión adonde
padece, a tu manada
viviera junta, sin vagar errada.

XIV

AL APARTAMIENTO

¡Oh ya seguro puerto,
de mi tan luengo error! ¡Oh, deseado
para reparo cierto
del grave mal pasado,
reposo dulce, alegre, descansado!

Techo pajizo, adonde
jamás hizo morada el enemigo
cuidado, ni se esconde
envidia en rostro amigo,
ni voz perjura ni mortal testigo.

Sierra que vas al cielo
altísima, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,

adonde el vulgo ciego
ama el morir ardiendo en vivo fuego,

recíbeme en tu cumbre,
recíbeme, que huyo perseguido
la errada muchedumbre,
el trabajar perdido,
la falsa paz, el mal no merecido.

Y do está más sereno
el aire me coloca, mientras curo
los daños del veneno
que bebí mal seguro;
mientras el mancillado pecho apuro.

mientras que poco a poco
borro de la memoria cuanto impreso
dejó allí el vivir loco
por todo su proceso
vario entre gozo y vano caso avieso.

En ti, casi desnudo
de este corporal velo, y de la asida
costumbre roto el nudo,
traspasaré la vida
en gozo, en paz, en luz no corrompida.

De ti en el mar sujeto,
con lástima los ojos inclinando,
contemplaré el aprieto
del miserable bando
que las saladas ondas va cortando.

El uno, que surgía
alegre ya en el puerto, salteado
de bravo soplo guía
en alta mar lanzado
apenas el navío desarmado.

El otro, en la encubierta
peña, rompe la nave, que al momento
el hondo pide abierta;
al otro, calma el viento;
otro, en las bajas sirtes, hace asiento.

A otros roba el claro
día y el corazón el aguacero;
ofrecen al avaro
Neptuno su dinero;
otro, nadando, huye el morir fiero.

Esfuerza, opone el pecho;
mas ¿cómo será parte un afligido
que va, el leño deshecho,
de flaca tabla asido
contra un abismo inmenso embravecido?

¡Ay, otra vez y ciento,
otras seguro puerto deseado!,
no me falte tu asiento,
y falte cuanto amado,
cuanto del ciego error es codiciado.

XV

A DON PEDRO PORTOCARRERO

No siempre es poderosa,
Carrero, la maldad, ni siempre atina
la envidia ponzoñosa,
y la fuerza sin ley que más se empina
al fin la frente inclina;
que quien se opone al cielo,
cuando más alto sube, viene al suelo.

Testigo es manifiesto
el parto de la Tierra mal osado,
que cuando tuvo puesto
un monte encima de otro y levantado,
al hondo derrocado,
sin esperanza gime
debajo su edificio, que le oprime.

Si ya la niebla fría
al rayo que amanece odiosa ofende,
y contra el claro día
las alas oscurísimas extiende,
no alcanza lo que emprende,
al fin, y desparece,
y el sol puro en el cielo resplandece.

No pudo ser vencida,
ni lo será jamás, ni la llaneza,
ni la inocente vida,
ni la fe sin error, ni la pureza,
por más que la fiereza
del tigre ciña un lado,
y el otro, el basilisco emponzoñado.

Por más que se conjuren
el odio y el poder y el falso engaño,
y ciegos de ira apuren
lo propio y lo diverso, ajeno, extraño,
jamás le harán daño;
antes, cual fino oro,
recobra del crisol nuevo tesoro.

El ánimo constante
armado de verdad mil aceradas,
mil puntas de diamante
embota y enflaquece, y, desplegadas
las fuerzas encerradas,

sobre el opuesto bando,
con poderoso pie se ensalza hollando.

Y con cien voces suena
la fama, que a la sierpe, al tigre fiero
vencidos los condena
a daño no jamás perecedero;
y con vuelo ligero
viniendo la Victoria,
corona al vencedor de gozo y gloria.

XVI

CONTRA UN JUEZ AVARO

Aunque en ricos montones
levantes el cautivo inútil oro,
y aunque tus posesiones
mejores con ajeno daño y lloro,

y aunque cruel tirano
oprimas la verdad, y tu avaricia
vestida en nombre vano
convierta en compra y venta la justicia,

y aunque engañes los ojos
del mundo a quien adoras, no por tanto
no nacerán abrojos
agudos en tu alma, ni el espanto

no velará en tu lecho;
ni huirás la cuita, la agonía
del último despecho,
ni la esperanza buena en compañía

del gozo tus umbrales
penetrará jamás, ni la Meguera
con llamas infernales,
con serpentino azote la alta y fiera

y diestra mano armada,
saldrá de tu aposento sola un hora;
y ni tendrás clavada
la rueda aunque más puedas, voladora

del tiempo hambriento y crudo,
que viene con la muerte conjurado
a dejarte desnudo
del oro y cuanto tienes más amado;

y quedarás sumido
en males no finibles y en olvido.

XVII

EN UNA ESPERANZA QUE SALIÓ VANA

Huid, contentos, de mi triste pecho.
¿Qué engaño os vuelve a do jamás pudistes
tener reposo, ni hacer provecho?

Tened en la memoria cuando fuistes
con público pregón, ¡ay!, desterrados
de toda mi comarca y reinos tristes.

A do ya no veréis sino nublados,
y viento, y torbellino, y lluvia fiera,
suspiros encendidos y cuidados.

No pinta el prado aquí la primavera,
ni nuevo sol jamás las nubes dora,
ni canta el ruiseñor lo que antes era.

La noche aquí se vela, aquí se llora
el día miserable sin consuelo,
y vence el mal de ayer el mal de ahora.

Guardad vuestro destierro, que ya el suelo
no puede dar contento al alma mía,
si ya mil vueltas diere andando el cielo.

Guardad vuestro destierro, si alegría,
si gozo y descanso andáis sembrando,
que aqueste campo abrojos solos cría.

Guardad vuestro destierro, si tornando
de nuevo no queréis ser castigados
con crudo azote y con infame bando.

Guardad vuestro destierro, que olvidados
de vuestro ser en mí seréis dolores;
tal es la fuerza de mis duros hados.

Los bienes más queridos y mayores
se mudan; y en mi daño se conjuran,
y son para ofenderme a sí traidores.

Mancíllanse mis manos si se apuran,
la paz y la amistad me es cruda guerra,
las culpas faltan, mas las penas duran.

Quien mis cadenas más estrecha y cierra
es la inocencia mía y la pureza;
cuando ella sube, entonces vengo a tierra.

Mudó su ley en mi Naturaleza,
y pudo en mi dolor lo que no tiene
ni seso humano ni mayor viveza.

Cuanto desenlazarse más pretende
el pájaro cautivo, más se enliga,
y la defensa mía más me ofende.

En mí la culpa ajena se castiga,
y soy del malhechor, ¡ay!, prisionero,
y quieren que de mí la fama diga.

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
ni el alto tribunal, ni las ciudades,
ni conoció del mundo el trato fiero,

que por las inocentes soledades
recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
y el ánimo enriquece con verdades.

Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que se las aplomen odio y saña.

Sus noches son sabrosas y seguras,
la mesa le abastece alegremente
el campo que no rompen rejas duras.

Lo justo le acompaña, y la luciente
verdad, la sencillez en pechos de oro,
la fe no colorada falsamente.

De ricas esperanzas almo coro
y paz con su descuido le rodean,
y el gozo, cuyos ojos huye el lloro.

Allí, contento, tus moradas sean;
allí te lograrás, y a cada uno
de aquellos que de mí saber desean,
les di que no me viste en tiempo alguno.

XVIII

EN LA ASCENSIÓN

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

¿Los antes bienhadados,
y los ahora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeídos,
a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,

que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
¿quién le pondrá ya freno? ¿Quién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tú encubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidïosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ¡ay!, nos dejas!

XIX

A TODOS LOS SANTOS

¿Qué santo o qué gloriosa
virtud; qué deidad que el cielo admira,
¡oh Musa poderosa!,
en la cristiana lira,
diremos entre tanto que retira

el sol con presto vuelo,
el rayo fugitivo en este día
que hace alarde el cielo
de su caballería?
¿Qué nombre entre estas breñas a porfía

repetirá sonando
la imagen de la voz en la manera
el aire deleitando,
que el Efrateo hiciera
del sacro y fresco Hermón por la ladera?

A do ceñido el oro
crespo con verde hiedra, la montaña
condujo con sonoro
laúd, con fuerza y maña
del oso y del león domó la saña.

Pues ¿quién diré primero
que el Alto y que el Humilde, y que la vida
por el manjar grosero
restituyó perdida,
que al cielo levantó nuestra caída?

Igual al Padre Eterno,
igual al que en la tierra nace y mora,
de quien tiembla el infierno,
a quien el sol adora,
en quien todo el ser vive y se mejora.

Después el vientre entero,
la Madre desta luz será cantada,
clarísimo lucero
en esta mar turbada,
del linaje humanal fiel abogada.

Espíritu divino,
no callaré tu voz, tu pecho opuesto
contra el dragón malino;
ni tú en olvido puesto,
que a defender mi vida estás dipuesto.

Osando en la promesa,
barquero de la barca no sumida,
a ti mi voz profesa;
y a ti que la lucida
noche te traspasó de muerte a vida.

¿Quién no dirá tu lloro,
tu bien trocado amor, ¡oh Magdalena!,
de tu nardo el tesoro,
de cuyo olor la ajena
casa, la redondez del mundo es llena?

Del Nilo moradora,
tierna flor del saber y de pureza,
de ti yo canto ahora,
que de la santa alteza
de Arabia esparce luz tu fortaleza.

¿Diré el rayo Africano?
¿Diré el Estridonés sabio, elocuente,
o del panal Romano,
o del que justamente
nombraron «boca de oro» entre la gente?

Columna ardiente en fuego,
el firme y gran Basilio al cielo toca,
mayor que el miedo y ruego;
y ante su rica boca
la lengua de Demóstenes se apoca.

Cual árbol con los años
la gloria de Francisco sube y crece,
y entre mil ermitaños
el claro Antón parece
luna que en las estrellas resplandece.

¡Ay Padre! ¿Y dó se ha ido
aquel raro valor? ¿O qué malvado
el oro ha destruido
de tu templo sagrado?
¿Quién cizañó tan mal tu buen sembrado?

A donde la azucena
lucía y el clavel, do el rojo trigo,

reina ahora la avena,
la grama, el enemigo
cardo, la injusticia, el falso amigo.

Convierte piadoso
tus ojos y nos mira, y con tu mano
arranca poderoso
lo malo y lo tirano,
y planta aquello antiguo, humilde y llano.

Da paz a aqueste pecho,
que hierve con dolor en noche oscura;
que fuera deste estrecho
diré con más dulzura
tu nombre, tu grandeza y hermosura.

No niego, dulce amparo
del alma, que mis males son mayores
que aqueste desamparo;
mas cuanto son peores,
tanto resonarán más tus loores.

XX

A SANTIAGO

Las selvas conmoviera
las fieras alimañas, como Orfeo,
si ya mi canto fuera
igual a mi deseo,
cantando el nombre santo Zebedeo.

Y fueran sus hazañas
por mi con voz eterna celebradas
por quien son las Españas
del yugo desatadas
del bárbaro furor y libertadas.

Y aquella nao dichosa
del cielo esclarecer merecedora,
que joya tan preciosa
nos trajo, fuera ahora
cantada del que en Citia y Cairo mora.

Osa el cruel tirano
ensangrentar en ti su injusta espada;
no fue consejo humano;
estaba a ti ordenada
la primera corona y consagrada.

La fe que a Cristo diste
con presta diligencia has ya cumplido;
de su cáliz bebiste,
apenas que subido
al Cielo retornó, de ti partido.

No sufre larga ausencia ;
no sufre, no, el amor que es verdadero ;
la muerte y su inclemencia
tiene por muy ligero
medio, por ver al dulce compañero.

Cual suele el fiel sirviente,
si en medio la jornada le han dejado,
que haciendo prestamente
lo que le fue mandado,
torna buscando al amo ya alejado,

así entregado al viento
del mar Egeo al mar de Atlante vuela ;
do, puesto el fundamento
de la cristiana escuela,
torna buscando a Cristo a remo y vela.

Allí por la maldita
mano el sagrado cuello fue cortado ;
camina en paz, bendita
alma, que ya has llegado
al término por ti tan deseado.

A España, a quien amaste
(que siempre al buen principio el fin responde),
tu cuerpo le enviaste
para dar luz a donde
el sol su claridad cubre y esconde.

Por los tendidos mares
la rica navecilla va cortando ;
Nereidas a millares
del agua el pecho alzando
turbadas entre sí la van mirando.

Y dellas hubo alguna,
que con las manos de la nave asida
la aguija con la una,
y con la otra tendida
a las demás que lleguen las convida.

Ya pasa del Egeo,
vuela por el Ionio, atrás ya deja
el puerto lilibeo ;
de Córcega se aleja,
y por llegar al nuestro mar se aqueja.

Esfuerza, viento, esfuerza ;
hinche la santa vela, embiste en popa ;
el curso haz que no tuerza
do Abila casi topa
con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.

Y tú, España, segura
del mal y cautiverio que te espera,

con fe y voluntad pura
ocupa la ribera ;
recibirás tu guarda verdadera.

Que tiempo será cuando
de innumerables huestes rodeada,
del cetro real y mando
te verás derrocada,
en sangre, en llanto y en dolor bañada.

De hacia el Mediodía
oye que ya la voz amarga suena ;
la mar de Berbería
de flotas veo llena ;
hierve la costa en gente, en sol la arena.

Con voluntad conforme
las proas contra ti se dan al viento,
y con clamor deforme
de pavoroso acento
avivan de remar el movimiento.

Y la infernal Meguera,
la frente de ponzoña coronada,
guía la delantera
de la morisca armada,
de fuego, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo
España está, merced en tanta afrenta ;
si ya este suelo caro
os fue, nunca consienta
vuestra piedad que mal tan crudo sienta.

Mas, ¡ay!, que la sentencia
en tabla de diamante está esculpida ;
del Godo la potencia
por el suelo caída,
España en breve tiempo es destruída.

¿Cuál río caudaloso
que los opuestos muelles ha rompido
con sonido espantoso,
por los campos tendido
tan presto y tan feroz jamás se vido?

Mas cese el triste llanto,
recobre el español su bravo pecho,
que ya el Apóstol santo,
un otro Marte hecho,
del Cielo viene a darle su derecho.

Vesle de limpio acero
cercado, y con espada relumbrante,
como rayo ligero,
cuanto le va delante
destroza y desbarata en un instante.

De grave espanto herido,
los rayos de su vista no sostiene
el Moro descreído;
por valiente se tiene
cualquier que para huir ánimo tiene.

¡Huye, si puedes tanto,
huye; mas por demás, que no hay huída;
bebe dolor y llanto
por la misma medida
con que ya España fue de ti medida.

Como león hambriento,
sigue, teñida en sangre espada y mano,
de más sangre sediento,
al Moro que huye en vano;
de muertos queda lleno el monte y llano.

¡Oh gloria, oh gran prez nuestra,
escudo fiel, oh celestial guerrero!,
vencido ya se muestra
el Africano fiero
por ti, tan orgulloso de primero.

Por ti del vituperio,
por ti de la afrentosa servidumbre
y triste cautiverio
libres en clara lumbre
y de la gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada,
o fuese de tu mano poderosa
o fuese meneada
de aquella generosa
que sigue tu milicia religiosa.

De tu virtud divina
la fama que resuena en toda parte,
siquiera sea vecina,
siquiera más se aparte,
a la gente conduce a visitarte.

El áspero camino
vence con devoción, y al fin, te adora
el franco, el peregrino
que Libia descolora,
el que en Poniente, el que en Levante mora.

XXI

A NUESTRA SEÑORA

Virgen que el sol más pura,
gloria de los mortales, luz del Cielo,
en quien es la piedad como la alteza;

los ojos vuelve al suelo,
y mira un miserable en cárcel dura
cercado de tinieblas y tristeza;
y si mayor bajeza
no conoce ni igual juicio humano
que el estado en que estoy por culpa ajena,
con poderosa mano
quiebra, reina del Cielo, la cadena.

Virgen, en cuyo seno
halló la Deidad digno reposo,
do fue el rigor en dulce amor trocado;
si blando al riguroso
volviste, bien podrás volver sereno
un corazón de nubes rodeado;
descubre el deseado
rostro, que admira el cielo, el suelo adora;
las nubes huirán, lucirá el día;
tu luz, alta Señora,
venza esta ciega y triste noche mía.

Virgen y Madre junto,
de tu Hacedor dichosa engendradora,
a cuyos pechos floreció la vida;
mira cómo empeora
y crece mi dolor más cada punto;
el odio cunde, la amistad se olvida;
si no es de ti valida
la justicia y verdad que tú engendraste,
¿adonde hallará seguro amparo?
Y pues Madre eres, baste
para contigo ver mi desamparo.

Virgen del sol vestida,
de luces eternales coronada,
que huellas con divinos pies la luna;
envidia emponzoñada,
engaño agudo, lengua fementida,
odio cruel, poder sin ley ninguna
me hacen guerra a una;
pues ¿contra un tal ejército maldito
cuál pobre y desarmado será parte,
si tu nombre bendito,
María, no se muestra por mi parte?

Virgen por quien vencida
llora su perdición la sierpe fiera,
su daño eterno, su burlado intento;
miran de la ribera
seguras muchas gentes mi caída,
el agua violenta, el flaco aliento,
los unos con contento,
los otros con espanto; el más piadoso
con lástima la inútil voz fatiga;
yo, puesto en ti el lloroso
rostro, cortando voy onda enemiga.

Virgen, del Padre Esposa,
dulce Madre del Hijo, templo santo
del inmortal Amor, del hombre escudo,
no veo sino espanto.
Si miro la morada, es peligrosa;
si la salida, incierta, el favor mudo,
el enemigo crudo,
desnuda la verdad, muy proveída
de armas y valedores la mentira;
la miserable vida
sólo cuando me vuelvo a Ti respira.

Virgen, que al alto ruego
no más humilde «sí» diste que honesto,
en quien los cielos contemplar desean,
como terrero puesto,
los brazos presos, de los ojos ciego,
a cien flechas estoy que me rodean,
que en herirme se emplean;
siento el dolor, mas no veo la mano
ni me es dado el huir ni el escudarme;
quiera tu soberano
Hijo, Madre de amor, por Ti librarme.

Virgen, lucero amado,
en mar tempestuoso clara guía,
a cuyo santo rayo calla el viento;
mil olas a porfía
hunden en el abismo un desarmado
leño de vela y remo, que sin tiento
el húmedo elemento
corre; la noche carga, el aire truena;
ya por el cielo va, ya el suelo toca,
gime la rota antena;
socorre antes que embista en dura roca.

Virgen no inficionada
de la común mancilla y mal primero
que al humano linaje contamina;
bien sabes que en Ti espero
desde mi tierna edad; y si malvada
fuerza que me venció ha hecho indina
de tu guarda divina
mi vida pecadora, tu clemencia
tanto mostrará más su bien crecido,
cuanto es más la dolencia
y yo merezco menos ser valido.

Virgen, el dolor fiero
anuda ya la lengua, y no consiente
que publique la voz cuanto desea;
mas oye tú al doliente
ánimo, que continuo a Ti vocea.

XXII

A DON PEDRO PORTOCARRERO

La cana y alta cumbre
de Ilíberi, clarísimo Carrero,
contiene en sí tu lumbre
ya casi un siglo entero,
y mucho en demasía
detiene nuestro gozo y alegría.

Los gozos que el deseo
figura ya en tu vuelta y determina,
a do vendrá el Lieo
y de la Cabalina
fuente la moradora
y Apolo con la cítara cantora.

Bien eres generoso
pimpollo de ilustrísimos mayores;
mas esto, aunque glorioso,
son títulos menores;
que tú por ti venciendo
a par de las estrellas vas luciendo.

Y juntas en tu pecho
una suma de bienes peregrinos,
por donde con derecho
nos colmas de divinos
gozos con tu presencia,
y de cuidados tristes con tu ausencia.

Porque te ha salteado
en medio de la paz la cruda guerra,
que ahora el Marte airado
despierta en la alta sierra,
lanzando rabia y sañas
en las infieles bárbaras entrañas.

Do mete a sangre y fuego
mil pueblos el morisco descreído,
a quien ya perdón ciego
hubimos concedido,
a quien en santo baño
teñimos para nuestro mayor daño.

Para que el nombre amigo,
¡ay piedad cruel!, desconociese
el ánimo enemigo
y así más ofendiese;
mas tal es la Fortuna,
que no sabe durar en cosa alguna

Así la luz que ahora
serena relucía, con nublados

veréis negra a deshora,
y los vientos alados
amontonando luego
nubes, lluvias, horrores, trueno y fuego.

Mas tú ahí solamente
tenes del caro Alfonso, que inducido
de la virtud ardiente
del pecho no vencido,
por lo más peligroso
se lanza discurriendo victorioso.

Como en la ardiente arena
el hbico león las cabras sigue;
las haces desordena
y rompe y las persigue
armado relumbrando,
la vida por la gloria aventurando.

Testigo es la fragosa
Poqueira, cuando él solo y traspasado
con flecha ponzoñosa,
sostuvo denodado
y convirtió en huída
mil banderas de gente descreída.

Mas sobre todo cuando
los dientes de la muerte agudos, fiera
apenas declinando,
alzó nueva bandera,
mostró bien claramente
de valor no vencible lo excelente.

Él, pues, relumbre claro
sobre sus claros padres; mas tú, en tanto,
dechado de bien raro,
abraza el ocio santo;
que mucho son mejores
los frutos de la paz y muy mayores.

XXIII

AL SALIR DE LA CÁRCEL

Aquí la envidia y mentira
me tuvieron encerrado.
Dichoso el humilde estado
del sabio que se retira
de aqueste mundo malvado,
y con pobre mesa y casa
en el campo deleitoso,
con sólo Dios se compasa,
y a solas su vida pasa
ni envidiado ni envidioso.

Francisco de la Torre

Pocos datos biográficos. Acaso natural de Torrelaguna, hizo la carrera de las armas en Italia y fue sacerdote a la vejez. Debe su fama a Quevedo que publicó en 1631 sus poesías para oponerse a los excesos del culteranismo.

Bibliografía. Ed. «Clásicos Castellanos», pról. de A. Zamora Vicente.

SONETO 1

Vos, a quien la fortuna dulce espira,
Títiro mío, la gloriosa llama
cantando, vuestro Tajo y mi Jarama
paráis al son de vuestra hermosa lira.

Yo, aquí donde conmigo vivo en ira,
ausente de la nieve que me inflama,
cuelgo mi caramillo de una rama
de salce y lloro, lloro y él suspira.

¡Cuánto es mejor que el mío vuestro estado,
pues que gozáis presente del sentido
que robó por los ojos la alma firme!

Yo, para lamentar y arder nacido,
la vida esquivo y aborrezco el hado.
¡Oh, sólo vos no os esquivéis de oírme!

SONETO 2

Rompe la niebla de la noche fría,
de nieve y ostro y de cristal ornada,
de perlas orientales esmaltada,
rosada Aurora, y aparece el día.

Descubre el campo la beldad que había
convertido en espanto la cerrada
y oscurísima noche y de pasada
enriquece la tierra de alegría.

Tal a mis ojos la beldad divina
del ídolo purísimo que adoro,
Aurora clara con tu paz parece.

Inclina el Sol, inclina el cielo, inclina
los elementos, y al Pierio coro
gloria mayor que la que goza ofrece.

SONETO 3

Eterno mal y grato mal eterno,
a quien como contento dulce sigo,
capital y carísimo enemigo,
cuando más infernal más caro y tierno.

Si estoy metido en tu amoroso infierno,
sufriendo voluntario tu castigo,
¿por qué con el fingido nombre amigo
das efectos de daño sempiterno?

Miro la lumbre de mi claro cielo,
el amoroso, aunque semblante altivo,
que no hay pecho de nieve que resista.

Siento luego abrasarme en vivo yelo,
y siento luego helarme en fuego vivo;
responden los efetos con la vista.

SONETO 4

Claras y transparentes luminarias
del cielo, y de la noche compañeras,
hijas del crudo tiempo y Parcas fieras,
por casos varios y por suertes varias.

Ya que de las amigas y contrarias
horas de mi contento lastimeras
testigos fuisteis, sedlo en las postreras
a mi cansada vida necesarias.

No me fuerce, mirad, el tiempo acaso
a pediros palabras quebrantadas;
pues sois fiadoras y testigos dellas.

Dijo Damón, y de las luces bellas
del claro cielo, errantes y fijadas,
resplandeció el Oriente y el Ocaso.

SONETO 5

Sigo, silencio, tu estrellado manto,
de transparentes lumbres guarnecido,
enemiga del Sol esclarecido,
ave noturna de agorero canto.

El falso mago Amor, con el encanto
de palabras quebradas por olvido,
convirtió mi razón y mi sentido,
mi cuerpo no, por deshacelle en llanto.

Tú, que sabes mi mal, y tú, que fuiste
la ocasión principal de mi tormento,
por quien fui venturoso y desdichado,

oye tú solo mi dolor, que al triste
a quien persigue cielo violento,
no le está bien que sepa su cuidado.

SONETO 6

Clara y hermosa Virgen del triunfante
cielo primero, bella y adornada

de la clara corona y de la amada
manadilla de cabras de tu amante;

así la soberana y circunstante
máquina de lumbreras estrellada
deje de acompañarte, y la sagrada
cara de Febo veas rutilante;

que al tiempo que la Maga que me encanta
con palabras y deseos te mirare
no recibas la lumbre de tu Apolo.

Y si aquella belleza te forzare,
sea para mirar entonces cuánta
sinrazón se le hace a un hombre solo.

SONETO 7

Enciende ya las lámparas del cielo,
amiga y esperada noche, en tanto
que un voto, un sacrificio, un altar santo
te consagra Damón con puro celo.

He aquí la ofrenda con el negro velo
que escurece sus ojos, y allí el canto
de sus aves noturnas, y el Acanto
y Beleño, que ofusca en humo el suelo.

No te desdeñes de mirar mis dones
(pues son de tu color) y mi ganado,
víctimas inocentes y piadosas,

dijo Damón; y Tirsi a sus razones
regó su seno. ¿Sufres ser rogado,
cielo, para turbar ajenas cosas?

SONETO 8

Claro y sagrado río, y tu ribera
de esmeraldas y pórfidos vestida,
corto descanso de una amarga vida,
que entre amor y esperanza desespera.

Cierto mal, bien incierto, ausencia fiera,
gloria pasada y gloria arrepentida,
tienen tan acabada y combatida
la triste vida, que la muerte espera.

Tú, que lavas el monte y las arenas
rojas de mi Cyteron soberano,
lleva mi voz y lástimas contigo.

Alivia tú, llevándolas, mis penas;
así veas su rostro tan humano,
cuanto yo despiadado y enemigo.

SONETO 9

En la confusa suerte de mi estado,
diversas cosas muestra mi ventura;
el bien y el mal, la gloria y desventura,
en una calidad y ser mezclado.

Si fuera tanto mal sólo por hado,
mi grave pena fuera menos dura;
mas ser el mal por hado y por natura,
es vivir a tormentos destinado.

Temores ciertos y esperanzas vanas,
bienes dudosos, mal seguidas glorias
desdicen mi firmeza desdichada.

Yo, de llorar contentos y memorias
de pasados placeres, de livianas
firmezas, muero como al cielo agrada.

ODA 1

Mira, Filis, furiosa
onda, que sigue y huye la ribera
y torna presurosa,
echando al punto fuera
del agua el peso de la nao ligera.

Aquellas despojadas
plantas, que son estériles abrojos,
solían adornadas
de cárdenos y rojos
ramos, lucir ante tus bellos ojos.

Vino del Austro frío
invierno yerto y abrasó la hermosa
gloria del valle umbrío
y derribó la hojosa
corona de los árboles umbrosa.

Agora que el Oriente
de tu belleza reverbera, agora
que el rayo transparente
de la rosada Aurora
abre tus ojos y tu frente dora,

antes que la dorada
cumbre de relucientes llamas de oro
húmida y argentada
quede, inútil tesoro
consagrado al errante y fijo coro,

goza, Filis, del aura
que la concha de Venus hiere; dado

que apenas se restaura
el contento pasado,
como el día de ayer y el no gozado.

Vendrá la temerosa
noche de nieblas y de vientos llena,
marchitará la rosa
purpúrea y la azucena
nevada mustia tornará de amena.

FRANCISCO DE MEDRANO

La mayor parte de las composiciones poéticas de Francisco de Medrano que han llegado hasta nosotros, son traducciones y paráfrasis de las odas de Horacio. Ellas solas bastarían a cautivar nuestra atención, por su fina corrección y su sabor expresivo; un poeta verdadero se adivina, que el resto de la obra — original — nos confirma, y nos hace lamentar sea tan breve y tan poco valorada. Dejando aparte algunos versos de circunstancias — «A Felipe III» —, donde se encuentra la verdadera expresión del poeta es en sus composiciones amorosas.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. B. A. E., XXXII, 342 y ss. Véase el importante libro de DÁMASO ALONSO: *Vida y obra de Francisco de Medrano*. Madrid, 1951.

SONETOS AMOROSOS

A FLORA

1

Tus ojos, bella Flora, soberanos,
Y la bruñida plata de tu cuello,
Y ese, envidia del oro, tu cabello,
Y el marfil torneado de tus manos,

No fueron, no, los que de tan ufanos
Cuanto unos pensamientos pueden sello,
Hicieron a los míos, sin querello,
Tan a su gusto victorioso llanos.

Tu alma fue la que venció la mía,
Que espirando con fuerza aventajada
Por ese corporal apto instrumento,

Se lanzó dentro en mí, donde no había
Quien resistiese al vencedor la entrada,
Porque tuve por gloria el vencimiento.

2

Borde Tormes de perlas sus orillas
Sobre las yerbas de esmeralda, y Flora
Hurte para adornarlas, a la aurora
Las rosas que arrebolan sus mejillas.

Viertan las turquesadas maravillas
Y junquillos dorados que atesora
La rica gruta, donde el viejo mora,
Sus dríadas en cándidas cestillas,

Para que pise Margarita ufana,
Tierra y agua llenando de favores;
Mas si uno y otro mira con desvío,

Ni las ninfas de Tormes viertan flores,
Ni rosas hurte Flora a la mañana,
Ni su orilla de perlas borde el río.

3

Veré al tiempo tomar de tí, Señora,
Por mí venganza, hurtando tu hermosura;
Veré el cabello vuelto en nieve pura,
Que el arte y juventud encresca y dora.

Y en vez de rosas, en que tiñe ahora
Tus mejillas la edad ¡ay! mal segura,
Lilios sucederán en la madura,
Que el pesar quiten y la envidia a Flora.

Mas, cuando a tu belleza el tiempo ciego
Los filos embotare, y el aliento
A tu boca hurtare soberana,

Bullir verás mi herida, arder el fuego
Que ni mueve la llama, calmo el viento,
Ni la herida, embotado el hierro, sana.

A AMARILI

El rubí de tu boca me rindiera,
A no me haber tu bello pie rendido;
Hubieranme tus manos ya prendido,
Si preso tu cabello no me hubiera.

Los del cielo por arcos conociera,
Si tus ojos no hubiera conocido;
Fuera su polo norte a mí sentido,
Si la luz de tus ojos no lo fuera.

Así le plugo al cielo señalarte,
Que no ya sólo al norte y arco bello
Tus cejas venzan y ojos soberanos;

Mas, queriendo a ti mesma aventajarte,
Tu pie la fuerza usurpa, y tu cabello
A tu boca, Amarili, y a tus manos.

A UNA DESCONOCIDA

No sé cómo, ni cuándo, ni qué cosa
sentí que me llenaba de dulzura;
sé que llegó a mis brazos la hermosura
de gozarte conmigo cudiciosa;

sé que llegó, si bien con temerosa
vista resistí apena su figura;
luego pasmé como el que en noche oscura,
perdido el tino, el pie mover no osa.

Siguió un gran gozo a aqueste pasmo o sueño;
no sé cuándo, ni cómo, ni qué ha sido
que lo sensible todo puso en calma.

Ignorarlo es saber; que es bien pequeño
el que puede abarcar sólo el sentido
y éste pudo caber en sola la alma.

A MARÍA

Las almas son eternas, son iguales,
Son libres, son espíritus, María ;
Si en ellas hay amor, con la porfía
De los estorbos crece y de los males.

Nacimos en fortuna desiguales,
No en gustos ; la violencia nos desvía ;
El tiempo corre lento, y deja el día
De sí hasta en los mármoles señales.

Mas tú ni a tiempo alguno ni a violencia,
Ni a aquello desigual de la fortuna,
Ni temas a la más prolija ausencia ;

Que si nuestras dos almas son a una,
¿En quién, si no ya en Dios, habrá potencia
Que las gaste o las fuerce o las desuna?

A LA RENUNCIACIÓN QUE HIZO EL EMPERADOR CARLOS EN EL HIJO Y EL HERMANO

De sostener cual nuevo Atlante el mundo
El siempre augusto Carlos ya cansado,
« Gentes, dice, no vistas he domado,
Hollado el suelo, hollado el mar profundo.

» Hecho el persa monarca a mí segundo,
Preso al francés, al moro leyes dado,
El cielo en ambos hombros sustentado,
Mas grave con las glorias que en él fundo ».

Luego, del mundo desdeñoso y harto,
« Tú gobierna (al hermano le decía)
De Roma el ancho imperio y de Alemaña ».

Y al hijo : « Tú de la invencible España
Y del indio tendrás la monarquía,
Y entre ambos junte amor lo que yo parto ».

ODA (1)

Si de renta más cuentos
Que los ingas y chinos alcanzares,
Y tus anchos cimientos
Las tierras ocuparen y los mares,

Ni la certera flecha
De la muerte huirás, ni de su miedo
La importuna sospecha
Tenerte dejará el ánimo ledo.

¡Oh! mejor el gitano,
Sin patria conocida ni solares,

(1) Imitación de la oda XXIV del libro 3.° de Horacio : *Intactis pulentior*, contra la ambición.

Vive, y el africano
En movedizas casas y aduares;

A quien fruto crecido,
No con lindes tasado ni mojones,
El campo agradecido
Rinde, y de trigo fértiles montones;

Y con labor de un año
Llenos, holgar permiten a la tierra,
Y al que administra ogaño
Igual otro sucede, paz y guerra.

Allí al varón no rige,
Soberbia con la dote, su casada,
Ni el vicio mal corrige,
Del poderoso adúltero fiada.

Gran dote es la nobleza
Y honestidad allí de los mayores;
El pecar gran vileza,
Y su precio morir con los favores.

¡Oh tú, quien quier que seas,
De los siglos prudentes inmortales!
Si escrito ser deseas
Padre del pueblo en públicos anales,

Osa enfrenar severo
Cuerdamente la vida licenciosa,
Y al siglo venidero
Virtud que imite ofrece generosa.

Pues tal es, que invidiosos
En los presentes la virtud odiamos,
Y de ella codiciosos,
Si a los ojos fallece, la buscamos.

¿Qué sirven las querellas
Si el castigo las culpas no descrece?
¿Qué las leyes, cual ellas
Vanas, si exento el pueblo, no obedece?

Ni ya el estéril suelo
De la tórrida ardiente siempre y solo,
Ni ya el eterno hielo
De los siete triones y del polo,

Al mercader desvía
De sus torpes ganancias. Vence artero
Con pertinaz porfía
Tamaño golfo un breve marinero,

Y presta la pobreza
¡Grande oprobio! Hoy paciencia y ardimiento
Para cualquier vileza,
Y pone en torpe olvido el santo intento;

O al común, do la fama
Y aplauso popular con gloriosos
Apellidos nos llama,
O al mar vecino los rubíes preciosos;

Y el oro inútil demos,
¡De todo mal cuán ciertas ocasiones!
Y si nos mal queremos
Las maldades, si bien somos varones.

De la torpe avaricia
Las letras no se aprendan, no, primeras;
Mas beba en la puericia
Disciplinas el ánimo severas.

No cual hoy, que no gusta
Ni andar sabe a caballo el ahembrado
Mozuelo, y la robusta
Caza teme, o ¿el naipe así y el dado?

Y tú, ¡oh padre perjuro
Y trefe a tus amigos y usurero!,
¿Con recambios el juro
Apresuras y el censo a ese heredero?

Está bien, y sin tasa
Crezca la hacienda, crezca; mas ¿qué importa,
Si la codicia escasa
Siempre en un no sé qué la llora corta?

FERNANDO DE HERRERA

De Sevilla (1534), según Pacheco, su biógrafo; estudió la carrera eclesiástica recibiendo las órdenes precisas para disfrutar de un beneficio en la parroquia de San Andrés, del que se sustentó toda su vida. Herrera, a falta de una biografía brillante, posee una interesante historia espiritual, que reflejan sus versos, y cuyo motor en la realidad fue doña Leonor de Milán, mujer de don Álvaro Colón y Portugal, segundo conde de Gelves, que hacia 1565 reunía en Sevilla una especie de academia literaria a la que concurría nuestro poeta. Murió en 1597.

Herrera, creador de la escuela poética de Sevilla, se presenta ante nuestros ojos como un amplificador de la obra de Garcilaso. Amplificación en el estilo, que gana prosopopeya y brillantez; ensanchamiento en la temática poética, que abarca, además de los temas garcilasistas (amorosos y pastoriles), los patrióticos y religiosos; y aún ampliación en la restante actividad literaria que se ocupa en obras de crítica, biografía e historia escritas en prosa.

Herrera, que pertenece, como ya sabemos, a un «segundo ciclo» dentro del Renacimiento, es el primer ejemplo prototípico del poeta que ha dejado de ser un *cortegiano* — ducho en las armas y las letras — para devenir un *clerc*, es decir, un hombre puramente volcado en su profesión intelectual. Retraído, orgulloso, severo, pero leal y desinteresado, Herrera es un ejemplo vivo de vocación ideal y de cultura humanística; su obra es un asedio constante a la belleza pura, sin otro objetivo que la belleza misma, a la que dedica en su espíritu no sólo su afección especialísima sino también su laboriosidad intelectual; ello le hace un perito excelente en cuestiones estéticas, cuyas mejores fórmulas aplica rigurosamente a su obra propia, puliéndola y mejorándola cuanto le es posible. Es, pues, Herrera un *virtuoso*, cuya maestría se aplica a la expresión de dos temas capitales: el amor y la patria; en segundo término, lo pastoril y lo religioso. Cierto que todo ello deriva, como veremos, de sus copiosas lecturas; cierto que la poesía de Herrera entra de lleno dentro de la insinceridad formularia que marca la escuela petrarquista; pero nos daría una imagen falsa de este poeta el considerarlo sólo como «una gigantesca máquina de recursos retóricos».

BIBLIOGRAFÍA. Las ediciones críticas de las poesías de Herrera se deben a V. GARCÍA DE DIEGO («Clásicos castellanos»), J. M. Asensio, Adolphe Coster, *Algunas obras de F. de H.* (París, *Poesías inéditas* Sevilla; 1908), Blecua: *Poesías inéditas* (Madrid, 1948). Véase: A. COSTER, *Fernando de Herrera.* (París Champion, 1908).

CANCIONES HEROICAS

I

CANCIÓN EN ALABANZA DE LA DIVINA MAGESTAD POR LA VITORIA DEL SEÑOR DON JUAN

A LA BATALLA DE LEPANTO

Cantemos al Señor, que en la llanura
venció del mar al enemigo fiero (1).
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud, y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
frente de Faraón, feroz guerrero.
Sus escogidos príncipes cubrieron
los abismos del mar, y decendieron

(1) Otras ediciones: «venció del ancho mar al trace fiero».

cual piedra en el profundo ; y tu ira luego
los tragó, como arista seca el fuego.
El soberbio tirano, confiado
en el grande aparato de sus naves,
que de los nuestros la cerviz cautiva,
y las manos aviva
al ministerio de su duro estado,
derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima
y el árbol que más yerto se sublima,
bebiendo ajenas aguas, y pisando
el más cerrado y apartado bando.
Temblaron los pequeños confundidos
del ímpio furor suyo ; alzó la frente
contra ti, Señor Dios, y enfurecido
ya contra ti se vido
con los armados brazos extendidos
el arrogante cuello del potente.
Cercó su corazón de ardiente saña
contra las dos Esperias, que el mar baña,
porque en ti confiadas le resisten,
y de armas de tu fe y amor se visten.
Dijo aquel, insolente y desdeñoso :
« ¿No conocen mis iras estas tierras,
y de mis padres los ilustres hechos?
¿o valieron sus pechos
contra ellos, con el húngaro dudoso,
y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿pudo su Dios librallos de sus manos?
¿Qué Dios salvó a los de Austria y los Germanos?
¿por ventura podrá su Dios ahora
guardallos de mi diestra vencedora?
Su Roma, temerosa y humillada,
sus canciones en lágrimas convierte ;
ella y sus hijos mi furor esperan
cuando vencidos mueran.
Francia está con discordia quebrantada,
y en España amenaza horrible muerte
quien honra de la luna las banderas ;
y aquellas gentes en la guerra fieras
ocupadas están en su defensa :
y aunque no, ¿quién podrá hacerme ofensa?
Los poderosos pueblos me obedecen,
y con su daño el yugo han consentido,
y me dan por salvarse ya la mano ;
y su valor es vano,
que sus luces muriendo se escurecen.
Sus fuertes en batalla han perecido,
sus vírgenes están en cautiverio,
su gloria a vuelto al cetro de mi imperio,
Del Nilo a Eufrátes y al Danubio frío,
cuanto el sol alto mira, todo es mío ».
Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
usurpe quien confía en su grandeza,
prevaleciendo en vanidad y en ira,
a este soberbio mira,

que tus templos afea en su vitoria
no dejes que los tuyos así oprima [eza]
y en sus cuerpos las fieras bravas cebe,
y en su esparcida sangre el odio pruebe;
y hecho ya su oprobio, dice: «¿Dónde
el Dios destos está?, ¿de quién se esconde?
¡Por la gloria debida de tu nombre,
por la venganza de tu muerta gente,
y de los presos por aquel gemido,
vuelve el brazo tendido
contra aquel, que aborrece ya ser hombre,
y las honras que a ti se dan consiente,
y tres y quatro veces su castigo
dobla con fortaleza al enemigo;
y la injuria a tu nombre cometida
sea el duro cuchillo de su vida!
Levantó la cabeza el poderoso
que tanto odio te tiene, en nuestro estrago
juntó el consilio, y contra nos pensaron
los que en él se hallaron.
«¡Venid! dijeron: y en el mar undoso
hagamos de su sangre un grande lago;
deshagamos a estos de la gente,
y el nombre de su Cristo juntamente,
y, dividiendo dellos los despojos,
hárten[se] en muerte suya nuestros ojos.
Vinieron de Asia y de la antigua Egito,
los árabes y fieros Africanos,
y los que Grecia junta mal con ellos,
con levantados cuellos,
con gran potencia y número infinito.
Y prometieron con sus duras manos
encender nuestros fines, y dar muerte
con hierro a nuestra juventud más fuerte,
nuestros niños prender y las donzellas,
y la gloria ofender y la luz dellas.
Ocuparon del mar los largos senos,
en silencio y temor puesta la tierra,
y nuestros fuertes súbito cesaron,
y medrosos callaron;
hasta que a los feroces agarenos,
el Señor eligiendo nueva guerra,
se opuso el joven de Austria valeroso
con el claro español y belicoso;
que Dios no sufre en Babilonia viva
su querida Sión siempre cativa.
Cual león a la presa apercibido,
esperaban los ímpios confiados
a los que tú, Señor, eras escudo;
que el corazón desnudo
de temor, y de fe todo vestido,
de tu espíritu estaban confortados.
Sus manos a la guerra compusiste,
y a sus brazos fortísimos pusiste
como el arco acerado, y con la espada
mostraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
rindiéronse temblando, y desmayaron,
y tú pusiste, Dios, como la rueda,
como la arista queda
al ímpetu del viento, a estos injustos,
que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, y cual llama,
que en las espesas cumbres se derrama,
tal en tu ira y tempestad seguiste
y su faz de inominia confundiste.
Quebrantaste al dragón fiero, cortando
las alas de su cuerpo temerosas,
y sus brazos terribles no vencidos,
que con hondos gemidos
se retira a su cueva silbos dando,
y tiembla con sus sierpes venenosas,
lleno de miedo torpe sus entrañas,
de tu león temiendo las hazañas;
que, saliendo de España, dio un rugido,
que con espanto lo dejó atordido.
Hoy los ojos se vieron humillados
del sublime varón y su grandeza,
y tú sólo, Señor, fuiste exaltado;
que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
sobre la alta cerviz y su dureza,
sobre derechos cedros y estendidos,
sobre empinados montes y crecidos,
sobre torres, y muros, y las naves
de Tiro, que a los tuyos fueron graves.
Babilonia y Egito amedrentada
del fuego y asta temblará sangrienta.
y el humo subirá a la luz del cielo,
y, faltos de consuelo,
con rostro oscuro y soledad turbada
tus enemigos llorarán su afrenta.
Y tú, Grecia, concorde a la esperanza
de Egito, y gloria de su confianza,
triste que a ella pareces, no temiendo
a Dios, y en tu remedio no atendiendo,
porque ingrata tus hijas adornaste
en adulterio con tan impia gente,
que deseaba profanar tus frutos,
y con ojos enjutos
sus odiosos passos imitaste,
su aborrecible vida y mal presente
por esso Dios se vengará en su muerte;
que llega a su cerviz su diestra fuerte
la aguda espada. ¿Quién será que pueda
tener su mano poderosa queda?
Mas tú, fuerza del mar, tú, ecelsa Tiro,
que en tus naves estabas gloriosa,
y el término espantabas de la tierra,
y si hacías guerra,
de temor la cubrías con suspiro,
¿cómo acabaste fiera y orgullosa?

¿quién pensó a tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto,
y derribar tus ínclitos y fuertes,
te hizo perecer con tantas muertes.
Llorad, naves del mar, que es destruída
toda vuestra soberbia y fortaleza;
¿quién ya tendrá de ti lástima alguna,
tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿quién mostrará por ti alguna tristeza?
¿quién rogará por ti? Que Dios entiende
tu ira, y la soberbia que te ofende;
y tus antiguas culpas y mudanza
han vuelto contra ti a pedir venganza.
Los que vieren tus brazos quebrantados
y de tus pinos ir el mar desnudo,
que sus ondas turbaron y llanura,
viendo tu muerte oscura,
dirán de tus estragos espantados;
«¿Quién contra la espantosa tanto pudo?»
El Señor, que mostró su fuerte mano,
por la fe de su príncipe cristiano
y por el nombre santo de su gloria,
a España le concede esta vitoria.
Bendita, Señor, sea tu grandeza,
que después de los daños padecidos,
después de nuestras culpas y castigo,
rompiste al enemigo
de la antigua soberbia la dureza.
Adórente, Señor, tus escogidos;
confiese cuanto cerca el ancho cielo
tu nombre, oh nuestro Dios, nuestro consuelo
y la cerviz rebelde, condenada,
padezca en bravas llamas abrasada.
A ti sólo la gloria
por siglos de los siglos, a ti damos
la honra, y humillados te adoramos.

II

CANCIÓN

A LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIÁN

Voz de dolor, y canto de gemido,
y espíritu de miedo, envuelto en ira,
hagan principio acerbo a la memoria
de aquel día fatal aborrecido
que Lusitania mísera suspira,
desnuda de valor, falta de gloria;
y la llorosa historia
asombre con horror funesto y triste
dende el Africo Atlante y seno ardiente
hasta do el mar de otro color se viste,
y do el límite rojo de Oriente,

y todas sus vencidas gentes fieras
ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron, confiados
en sus caballos y en la muchedumbre
de sus carros, en ti, Libia desierta;
y en su vigor y fuerzas engañados,
no alzaron su esperanza a aquella cumbre
de eterna luz; mas con soberbia cierta
se ofrecieron la incierta
vitoria; y sin volver a [D]ios sus ojos,
con yerto cuello y corazón ufano
sólo atendieron siempre a los despojos!
y el [S]anto de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero.
Vino el día cruel, el día lleno
de indinación. de ira y furor, que puso
en soledad y en un profundo llanto
de gente, y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
el nuevo sol, presagio de mal tanto;
y con terrible espanto
el [S]eñor visitó sobre sus males,
para humillar los fuertes arrogantes,
y levantó los bárbaros no iguales,
que con osados pechos y constantes
no busquen oro, mas con crudo hierro
venguen la ofensa y cometido yerro.
Los impios y robustos, indinados,
las ardientes espadas desnudaron
sobre la claridad y hermosura
de tu gloria y valor, y no cansados
en tu muerte, tu honor todo afearon,
mezquina Lusitania sin ventura;
y con frente segura
rompieron sin temor con fiero estrago
tus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
la llanura con muertos, aspereza;
cayó en unos vigor, cayó denuedo,
mas en otros desmayo y torpe miedo.
¿Son estos, por ventura, los famosos,
los fuertes y belígeros varones
que conturbaron con furor la tierra,
que sacudieron reinos poderosos,
que domaron las tórridas naciones,
que pusieron desierto en cruda guerra
cuanto enfrena y encierra
el mar Indo, y feroces destruyeron
grandes ciudades? ¿dó la valentía?
¿cómo así se acabaron, y perdieron
tanto heroico valor en sólo un día;
y lejos de su patria derribados,
no fueron justamente sepultados?
Tales fueron aquestos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido

de ramos, hojas con ecelsa alteza ;
las aguas lo criaron poderoso,
sobre empinados árboles subido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramos con belleza ;
y, extendiendo su sombra, se anidaron
las aves que sustenta el grande cielo,
y en sus hojas las fieras engendraron,
e hizo a mucha gente umbroso velo ;
no igualó en celsitud y hermosura
jamás árbol alguno a su figura.
Pero elevóse con su verde cima,
y sublimó la presunción su pecho,
desvanecido todo y confiado,
haciendo de su alteza sólo estima.
Por eso Dios lo derribó deshecho,
a los impios y ajenos entregado,
por la raíz cortado ;
que opreso de los montes arrojados,
sin ramos y sin hojas, y desnudo,
huyeron dél los hombres espantados,
que su sombra tuvieron por escudo ;
en su ruina y ramos cuantas fueron
las aves y las fieras se pusieron.
Tú, infanda Libia, en cuya seca arena
murió el vencido reino lusitano,
y se acabó su generosa gloria,
no estés alegre y de ufanía llena,
porque tu temerosa y flaca mano
hubo sin esperanza tal vitoria,
indina de memoria ;
que si el justo dolor mueve a venganza
alguna vez el español coraje,
despedazada con aguda lanza,
compensarás muriendo el hecho ultraje ;
y Luco amedrentado al mar immenso
pagará de Africana sangre el censo.

SONETOS

SONETO I

Osé y temí : mas pudo la osadía
tanto, que desprecié el temor cobarde.
Subí a do el fuego más me enciende y arde
cuanto más a esperanza se desvía.

Gasté en error la edad florida mía ;
ahora veo el daño, pero tarde,
que ya mal puede ser que el seso guarde
a quien se entrega ciego a su porfía.

Tal vez pruebo (mas ¿qué me vale?) alzarme
del grave peso que mi cuello oprime ;
aunque falta a la poca fuerza el hecho.

Sigo al fin mi furor, porque mudarme
no es honra ya, ni justo que se estime
tan mal de quien tan bien rindió su pecho.

SONETO II

Voy siguiendo la fuerza de mi hado
por este campo estéril y ascondido;
todo calla, y no cesa mi gemido,
y lloro la desdicha de mi estado.

Crece el camino y crece mi cuidado,
que nunca mi dolor pone en olvido;
el curso al fin acaba, aunque extendido,
pero no acaba el daño dilatado.

¿Qué vale contra un mal siempre presente
apartarse y huir, si en la memoria
se estampa, y muestra frescas las señales?

Vuela Amor en mi alcance; y no consiente
en mi afrenta que olvide aquella historia
que descubrió la senda de mis males.

SONETO III

Pensé, mas fue engañoso pensamiento,
armar de puro hielo el pecho mío;
porque el fuego de Amor al grave frío
no desatase en nuevo encendimiento.

Procuré no rendirme al mal que siento,
y fue todo mi esfuerzo desvarío;
perdí mi libertad, perdí mi brío,
cobré un perpetuo mal, cobré un tormento.

El fuego al hielo destempló, en tal suerte,
que, gastando su humor, quedó ardor hecho;
y es llama, es fuego, todo cuanto espiro.

Este incendio no puede darme muerte;
que, cuanto de su fuerza más deshecho,
tanto más de su eterno afán respiro.

SONETO IV

El Sátiro, que el fuego vio primero,
de su vivo esplendor todo vencido,
llegó a tocallo; mas probó encendido
que era, cuanto hermoso, ardiente y fiero.

Yo, que la pura luz do ardiendo muero
mísero ví, engañado y ofrecido
a mi dolor, en llanto convertido
acabar no pensé como ya espero.

Belleza y claridad antes no vista
dieron principio al mal de mi deseo,
dura pena y afán a un rudo pecho.

Padezco el dulce engaño de la vista;
mas, si me pierdo con el bien que veo,
¿cómo no estoy ceniza todo hecho?

SONETO V

Hórrido ivierno, que la luz serena
y agradable color del puro cielo
cubres de oscura sombra y turbio velo
con la mojada faz de nieblas llena,

vuelve a la fría gruta, y la cadena
del nevoso Aquilón; y en aquel hielo
que oprime con vigor el duro suelo
las furias de tu ímpetu refrena.

Que en tanto que en tu ira embravecido
asaltas el divino Esperio río,
que corre al sacro seno de Ocidente,

yo, triste, en nube eterna del olvido,
culpa tuya, apartado del Sol mío,
no me enciendo en los rayos de su frente.

SONETO VI

Al mar desierto, en el profundo estrecho
entre las duras rocas, con mi nave
desnuda tras el canto voy suave,
que forzado me lleva a mi despecho.

Temerario deseo, incauto pecho,
a quien rendí de mi poder la llave,
al peligro me entregan fiero y grave,
sin que pueda apartarme del mal hecho.

Veo los huesos blanquear, y siento
el triste son de la engañada gente,
y crecer de las ondas el bramido.

Huir no puedo ya mi perdimiento;
que no me da lugar el mal presente,
ni osar me vale en el temor perdido.

SONETO VII

No puedo sufrir más el dolor fiero,
ni ya tolerar más el duro asalto
de vuestras bellas luces, antes, falto
de paciencia y valor, en el postrero

trance, arrojando el yugo, desespero ;
y por do voy huyendo el suelo esmalto
de rotos lazos ; y levanto en alto
el cuello osado, y libertad espero.

Mas ¿qué vale mostrar estos despojos
y la ufanía de alcanzar la palma
de un vano atrevimiento sin provecho?

El rayo que salió de vuestros ojos
puso su fuerza en abrasar mi alma,
dejando casi sin tocar el pecho.

SONETO VIII

[¿Por qué] renuevas este encendimiento,
tirano Amor, en mi herido pecho?
que ya, casi olvidado del mal hecho,
vivía en soledad de mi tormento.

Cuando más descuidado y más contento,
revuelves a meterme en tanto estrecho ;
oblígas[me], cruel, que a mi despecho
procure contrastar tu fiero intento.

Las armas, en el templo ya colgadas,
visto, y el acerado escudo embrazo,
y en mi venganza salgo a la batalla.

Mas ¡ay! que a las saetas, que templadas
en la luz de mi Estrella están, y al brazo
tuyo, no puede resistir la malla.

SONETO IX

Esta desnuda playa, esta llanura
de astas y rotas armas mal sembrada,
do el vencedor cayó con muerte airada,
es de España sangrienta sepultura.

Mostró el valor su esfuerzo, mas ventura
negó el suceso y dio a la muerte entrada,
que rehuyó dudosa y admirada
del temido furor la suerte dura.

Venció Otomano al Español ya muerto ;
antes del muerto el vivo fue vencido,
y España y Grecia lloran la vitoria.

Pero será testigo este desierto
que el Español, muriendo no rendido,
llevó de Grecia y Asia el nombre y gloria.

SONETO X

Rojo Sol, que con hacha luminosa
cobras el purpúreo y alto cielo
¿hallaste tal belleza en todo el suelo,
que iguale a mi serena Luz dichosa?

Aura suave, blanda y amorosa
que nos halagas con tu fresco vuelo;
cuando se cubre del dorado velo
mi Luz ¿tocaste trenza más hermosa?

Luna, honor de la noche, ilustre coro
de las errantes lumbres y fijadas,
¿consideraste tales dos estrellas?

Sol puro, Aura, Luna, llamas de oro,
¿oistes vos mis penas nunca usadas?,
¿vistes Luz más ingrata a mis querellas?

SONETO XI

Suspiro, y pruebo con la voz doliente
que en su dolor espire el alma mía;
crece el suspiro en vano y mi agonía,
y el mal renueva siempre su acidente.

Estas peñas, do sólo muero ausente,
rompe mi suspirar en noche y día;
y no hiere (¡oh dolor de mi porfía!)
a quien estos suspiros no consiente.

Suspirando no muero, y no deshago
parte de mi pasión, mas vuelvo al llanto,
y cesando las lágrimas, suspiro.

Esfuerza, Amor, el suspirar que hago,
y como el cisne muere en dulce canto,
así acabo la vida en el suspiro.

SONETO XII

Yo voy por esta solitaria tierra,
de antiguos pensamientos molestado,
huyendo el resplandor del Sol dorado,
que de sus puros rayos me destierra.

El paso a la esperanza se me cierra;
de una ardua cumbre a un cerro yo enriscado,
con los ojos volviendo al apartado
lugar, sólo principio de mi guerra.

Tanto bien representa la memoria,
y tanto mal encuentra la presencia,
que me desmaya el corazón vencido.

¡Oh crueles despojos de mi gloria,
desconfianza, olvido, celo, ausencia!
[¿por qué] cansáis a un mísero rendido?

ELEGÍAS

ELEGÍA I

Si el grave mal que el corazón me parte
y siempre tiene en áspero tormento
sin darme de sosiego alguna parte
pusiese fin al mísero lamento
que en los húmidos cercos de mis ojos
conoce sólo su perpetuo asiento,
podría yo, Señor, vuestros enojos
consolar, como bien ejercitado
del ansioso afán en los despojos.
Pero nunca permite Amor airado
que yo levante la cerviz cansada,
o en algo desocupe mi cuidado.
Por la prolija senda y no acabada
de mi dolor prosigo, y mi porfía
en el mayor peligro es más osada.
En el silencio de la noche fría
me hiere el miedo del eterno olvido,
ausente de la Luz del alma mía.
Y en la sombra del aire desparcido
se me presenta la visión dichosa,
cierto descanso al ánimo afligido.
Mas veo mi serena Luz hermosa
cubrirse ; porque en ella haber espero
sepulcro, como simple mariposa.
Entonces me derriba el dolor fiero,
y mi llorosa faz fijando en ella,
cual cisne hiere el aire en son postrero,
digo : « Luz de mi alma, pura estrella,
si os perturba el osado intento mío,
y por eso celáis la imagen bella,
poned[me], no en horror de duro frío,
mas donde a la abrasada Africa enciende
el cálido vapor del seco estío ;
y allí veréis que al corazón no ofende
su fuerza toda ; que el sutil veneno
que de vos lo penetra lo defiende.
No me ascondáis el resplandor sereno ;
que siempre he de seguir vuestra belleza,
cual Clicie al sol de ardientes rayos lleno.
Amo, mas con temor, vuestra grandeza,
para apurar en vuestro sacro fuego
lo que en mí guarda esta mortal corteza.
Que sea inmensa gloria yo no niego,
pero por este paso en alto vuelo,
do es sin vos imposible alcanzar, llego.
Y separada del umbroso velo,
como desea estar, mi alma pura
se halla alegre en el luciente cielo.
Yo espero a vuestra sola hermosura
por tanto bien con inmortal memoria
hacer del tiempo y su furor segura.

No grabaré en colunas vuestra historia,
ni en las tablas con lumbres engañadas
y sombras falsas os daré la gloria ;
mas en eternas cartas y sagradas,
con la virtud que Febo Apolo inspira
de las Cirreas cumbres ensalzadas.
Y si a do opreso Atlante no respira
con la pesada carga, y a do suena
turbado el alto Ganges, lleno de ira,
y si a do el Nilo la secreta vena
derrama, y do el Duina grande y frío
las tardas ondas con el cielo enfrena,
no pudiere alcanzar el canto mío,
[al menos] honrará vuestra belleza
cuanto Ebro y Tajo cerca y nuestro río.
Seré el primero yo que con pureza
de corazón y con humilde frente
ose mirar, mi Luz, vuestra grandeza.
Así le digo, y viendo el Oriente,
do el cielo y tierra tocan, esmaltado
y que mi Luz se asconde en Ocidente,
al lloroso ejercicio del cuidado
vuelvo, de mis trabajos, perseguido,
de vida sí, no de pasión cansado.
En tal mísero estado aquí perdido
me habla el canto vuestro, que esclarece
y guarda vuestra gloria del olvido ;
y al rudo ingenio y nombre mío ofrece
eternamente no cansada fama,
merced del ardor sacro que en vos crece.
Si do el deseo justo que me inflama
fuese mi voz, sería en honra vuestra
una inmortal y siempre viva llama ;
pero no sufre la fortuna nuestra
que intente tanto bien, y así me deja
desplegar sólo esta pequeña muestra ;
« El Tracio amante, a cuya dulce queja
el severo Plutón, enternecido,
vuelve aquella, que en sombra dél se aleja,
cuando en el frío Ródope y tendido
yugo del alto y áspero Pangeo
cantó llorando con dolor perdido,
y trajo al son del número Febeo
las peñas, fieras y árboles mesclados,
y atento el coro que bañó el Olmeo,
con inmortales versos y sagrados
en la ascondida niebla refería
los principios del mundo comenzados,
el Sol ardiente, Cintia blanca y fría,
los celestiales giros y belleza
de la alta, inmensa luz, y la armonía.
Y arrebatado en la mayor grandeza
del tenebroso cerco reluciente,
cantó el ardor profundo y su riqueza.
Mas porque el mortal ánimo doliente,
indino de sentir su hermosura,

se ofuscaba en aquella luz presente,
con otra voz menos ecelsa y pura,
pero sublime, y que rudeza humana
desdeña, y sólo la virtud procura,
volvió a sonar la lira soberana
honrando a quien la bella Melpomene
lejos de tanta multitud profana
con blandos ojos mira, y lo sostiene
en alteza, do nunca ver se puede
el gran varón que en su favor no tiene.
A este solo tanto bien concede,
que, cuando llegue la implacable muerte,
libre de su furor viviendo quede,
aquél también, que mereció tal suerte,
que el sacro verso haga dél memoria,
no temerá su agudo hierro fuerte.
Tal por este camino dio a la gloria
de la inmortalidad el paso abierto,
quien celebró de Grecia la vitoria;
y el otro mayor que él (si no es incierto
lo que la fama afirma) que el Troyano
puso en Italia, y cantó a Turno muerto;
tal el süave espíritu Romano
huyó con Delia del mortal tormento,
y el puro, el terso y el gentil Toscano.
Por esta senda sube al alto assiento
Lasso, gloria immortal de toda España,
mezclado en el sagrado ayuntamiento,
do, si al deseo mío amor no engaña,
yo espero veros, siendo colocado
en la alta cumbre que Castalia baña,
si en medio el curso no dejáis cansado
la vía, llana a vos, y no ofendido
lleváis por ella el paso acostumbrado.
El rico Tajo vuestro conocido
será por vos a donde riega el Indo;
y el collado de Cintra, esclarecido
con tal honra, será otro nuevo Pindo».

ELEGÍA II

¡Cuál fiero ardor, cuál encendida llama,
que duramente me consume el pecho,
por estas venas mías se derrama!
Abrasado ya estoy, ya estoy deshecho;
cese, Amor, el rigor de mi tormento;
basten los males que en mi alma has hecho.
Este dolor que nuevo siempre siento,
esta llaga mortal contino abierta,
este grave y perpetuo sentimiento,
esta corta esperanza y siempre incierta,
este vano deseo peligroso,
fin de mis penas, esta muerte cierta,
tal me tienen confuso y temeroso,
y sin valor perdido, y quebrantado,

que ni aun huir de mis pasiones oso.
No es amor, es furor jamás cansado;
rabia es, que despedaza mis entrañas,
este eterno dolor de mi cuidado.
¡Qué gran vitoria, Amor, y que hazañas
atravesar un corazón rendido,
un corazón que dulcemente engañas!
Ya que me tienes preso, y tan herido,
que en mi pecho no hallas lugar sano,
no me acabes, crüel, en duro olvido.
Mi fe y mi pensamiento soberano
de mi grande osadía la nobleza,
no sufren que me dejes de la mano.
Nací para inflamarme en la pureza
de aquellas vivas luces que al sagrado
cielo ilustran con rayos de belleza.
Y de sus flechas todo traspasado,
por gloria estimo mi quejosa pena,
mi dolor por descanso regalado.
Tal es la dulce Luz que me condena
al tormento, y tal es por suerte mía
de mi enemiga la beldad serena.
Mas aunque sin igual fue mi osadía
y el mal que sufro, por tu fuego juro
que contrastar no puedo a mi porfía.
Y cuanto en él mi corazón apuro
y afino, tanto más crece el deseo
y un temor, con que nunca me aseguro.
¡Quién me daría, Amor, que el bien que veo
gozase solo y libre de recelo
en aquella verdad con que lo creo!
Que nunca mi ofensor, medroso celo,
que tan grave me aflige y desbarata,
podría derribarme por el suelo.
¡Ay cuánto tu crueza me maltrata!
¡ay cuánto puede en mí tu diestra airada,
que contino me aviva, y siempre mata!
Bella Señora, si mi voz cansada
alcanza tanto bien, que no os ofende,
oidla blandamente sosegada.
Luz de eterna belleza, en quien me enciende
y gasta Amor, y en un lloroso río
vuelto, contra sus llamas me defiende.
Si os puede enternecer el dolor mío,
comiencen a ablandaros mis enojos;
no déis ya más lugar a más desvío.
No me neguéis esos divinos ojos,
que todo en vos me han ya trasfigurado,
llevándose consigo mis despojos.
Si ausente estoy de vos, muero cuitado,
y vivo alegre sólo cuando os miro,
¡mas ay, cuán poco duro en este estado!,
que, cuando a ver[me] en vos presente aspiro,
mi enemiga fortuna no consiente
que falte causa al mal por quien suspiro;
así estoy ante vos solo y ausente.

ELEGÍA III

No bañes en el mar sagrado y cano,
callada Noche, tu corona oscura,
antes de oir este amador ufano.
Y tú alza de la húmida hondura
las verdes hebras de la bella frente,
de Náyades lozana hermosura.
Aquí, do el grande Betis ve presente
la armada vencedora, que el Egeo
manchó con sangre de la turca gente,
quiero decir la gloria en que me veo;
pero no cause invidia este bien mío
a quien aún no merece mi desseo.
Sosiega el curso, tú, profundo río,
oye mi gloria, pues también oíste
mis quejas en tu puro asiento frío.
Tú amaste, y como yo también supiste
del mal dolerte, y celebrar la gloria
de los pequeños bienes que tuviste.
Breve será la venturosa historia
de mi favor; que breve es la alegria
que tiene algún lugar en mi memoria.
Cuando del claro cielo se desvía
del Sol ardiente el alto carro a pena,
y casi igual espacio muestra el día,
con blanda voz, que entre las perlas suena,
teñido el rostro de color de rosa,
de honesto miedo, y de amor tierno llena,
me dijo así la bella desdeñosa
que un tiempo me negara la esperanza,
sorda a mi llanto y ansia congojosa;
«Si por firmeza y dulce amar se alcanza
premio de Amor, yo [ya] tener bien debo,
de los males que sufro más holganza.
Mil veces, por no ser ingrata, pruebo
vencer tu amor, pero al fin no puedo;
que es mi pecho a sentillo rudo y nuevo.
Si en sufrir más me vences, yo te ecedo
en pura fe y afetos de terneza;
vive de hoy más ya confiado y ledo».
No s[é] si oi, si fui de su belleza
arrebatado, si perdí el sentido;
sé que allí se perdió mi fortaleza.
Turbado dije al fin: «Por no haber sido
este tan grande bien de mi esperado,
pienso que debe ser (si es bien), fingido.
Señora, bien sabéis que mi cuidado
todo se ocupa en vos; que yo no siento,
ni pienso [sino] en ver[me] más penado.
Mayor es que el humano mi tormento,
y al mayor mal igual esfuerzo tengo,
igual con el trabajo el sentimiento.
Las penas que por sola vos sostengo
me dan valor, y mi firmeza crece
cuanto más en mis males me entretengo.

No quiero concederos que merece
mi afán tal bien, que vos sintáis el daño;
más ama quien más sufre y más padece.
No es mi pecho tan rudo, o tan estraño,
que no conozca en el dolor primero
si en esto que dijistes cabe engaño.
Un corazón de impenetrable acero
tengo para sufrir, y está más fuerte,
cuanto más el asalto es bravo y fiero.
Dióme el cielo en destino aquesta suerte,
y yo la procuré, y hallé el camino
para poder honrarme con mi muerte».
Lo [demás] que entre nos pasó no es dino,
Noche, de oir el Austro presuroso,
ni el viento de tus lechos más vecino.
Mete en el ancho piélago espumoso
tus negras trenzas y húmido senblante;
que en tanto que tú yaces en reposo
podrá Amor darme gloria semejante.

CANCIÓN II

Algún tiempo esperé de aquellos ojos
gozar la dulce luz, que tiernamente
se mostraba a mi llanto piadosa,
el Sol cuando Diana estuvo ausente,
y no le desplacieron mis enojos.
Ahora, que esta sombra tenebrosa
se entrepone a mi lumbre venturosa,
su esplendor me fallece en el desierto,
cercado de terror y niebla oscura;
y crece el mal, y el daño se apressura.
Procuro salir dél con paso incierto,
y doy en la espesura,
donde todo me estorba, y la esperanza
desmaya con dolor de la mudanza;
cualquier fulgor presente a la memoria
vuelve de mi perdido bien la gloria.

Fue en mi luengo camino cierta guía
mi luz, y mi cuidado embebecido
adiestraba por ella el pensamiento
Ahora, ¡ay triste!, ausente y ofendido,
en soledad confusa y egonía
la veo oscurecida sin aliento;
culpa de quien me causa tal tormento.
Cuando en la asperidad de el bosque espeso
me enselvo más la claridad se aaparta,
y de su ajena gloria al alma aparta.
Temo otro nuevo error en mi proceso.
De este agravio no harta
la Fortuna, un nubloso cerco opone,
que pluvïoso el bien me descompone,
y mi Estrella arrebata de los ojos:
yo ciego voy por ásperos abrojos.

Ya subo apena, y nunca descansando,
por yertos riscos, pasos despeñados,
ya en hondos valles baxo con presteza,
lugares de las fieras no tratados,
el pensamiento en ellos veriando.
Un frío horror y súbita tristeza
roba el vigor, y engendra la flaqueza.
Cualquier soplo de viento que resuena
enter árboles desnudos quebrantado
aqueja la esperanza y el cuidado,
que piensa ser la causa de su pena :
pero luego engañado
hallo el cuidado y la esperanza vana,
que, como sombra, se me va liviana :
más luego en la memoria amor despierta,
para cobrar su bien, la gloria muerta.

Salgo de esta aspereza a un verde llano,
de flores y de violas vestido,
y de mi luz el claro lampo veo :
la belleza, el olor lleva el sentido,
y el sereno esplendor y soberano :
contemplo en su rigor cuanto deseo
y es el amor semblante a mi deseo.
El pecho abierto admite el blando fuego,
y pruebo en la dulzura de este hecho,
que no arde con viva fuerza el pecho.
Todo mi grau placer se turba luego,
al principio deshecho :
admírame la culpa, que no es mía,
y procuro encenderme con porfía,
y tanto lo procuro por mi daño,
que me abraso y consumo en este engaño.

Cuando oso descubrir el mal que siento,
hallo tanta tibieza el bien, que espero,
que desconfío luego de mi gloria,
y vuelvo al llanto y al dolor primero,
desesperado de mi pensamiento ;
viendo muerta en mis bienes la memoria,
olvido el dulce tiempo y dulce historia
de mi leda Fortuna y aplacible.
Veo mi malandanza estar presente,
y el remedio que aguardo siempre ausente.
Torno a la oscuridad ; que más terrible
es la luz al doliente ;
y estoy en soledad con luengo llanto,
do suena sólo y gime el triste canto ;
y no espero volver al bien pasado,
ni fin al vano error de mi cuidado.

FRANCISCO DE MEDINA

Poeta sevillano, del círculo de Fernando de Herrera, notable por su saber humanístico, del que reproducimos esta elegía a la muerte de Garcilaso, que figura en las *Anotaciones* de Herrera. (Sevilla, 1580).

CANCIÓN

En la sazón del tiempo más templada
cuando del frío o del calor ardiente
menos el aspereza se temía;
hinchado el curso ondoso, la creciente
de lágrimas sangrientas alterada
al mar de Lusitania. Tajo envía,
l'agua luciente y fría,
con llorosos suspiros encendida,
camina oscurecida;
del lamento, de ardor, la llama fiera
abrasan la ribera,
que toda cubre, destemplada en lloro,
con turbio velo las arenas de oro.

Las canas venerables sin concierto
de varias flores otro tiempo ornadas
por las ondas discurren esparcidas;
urna, guirnalda, veste, destrozadas
del sacro Tajo van buscando el puerto,
donde nadando fueren conducidos
las Náyades tendidas
en torno al viejo yacen, que revienta
gimiendo por la afrenta
que el bárbaro francés con duro pecho
a toda Hesperia ha hecho
dando en edad florida muerte al Lasso,
honor de Marte, lumbre del Parnaso.

¿Qué luz, qué bien ya mi vejez espera?
dice en la seca arena derribado
de sangre y plovo y lágrimas teñido
¿Qué bien, qué luz, pues ya me ha arrebatado
el destino cruel con mano fiera
la luz y el bien que pude haber tenido?
¡ay, que veo herido
con rústico coraje en tierra extraña
mi Lasso, honra de España!
¡Ay, que la sangre roja que derraina
tiñe la verde grama!
Más costosa me es Lasso esta corona
que la que recibiste en Helicona.

Ninfas del bosques, ninfas, yo os invoco;
socorred piadosas al amigo,
de quien ya tanto celebradas fuisteis,
¡reprimid (pues podéis) al enemigo!

¿no veis que desfallece poco a poco
la tierna voz, que os llama en tonos tristes?
Otro tiempo la oisteis,
con deleitoso son, con blando acento
repartir por el viento
los loores de vuestro nombre claro;
séd ahora su amparo;
no muera el que conserva en viva historia
de vuestras verdes selvas la memoria

Triste, cuán poco el ruego me aprovecha;
veo acabar en el sanguino llano
la vida de mi nombre y gloria cierta.
¡Ay, cuán crudo se muestra el inhumano
hado!; veis tiene ya toda deshecha
mi luz (¡cuan presto!) y mi esperanza muerta;
cerraste ya la puerta,
severas parcas, que me abría el cielo,
para subir en vuelo
más alto, que jamás alzó la fama,
a la sublime llama;
do con rayos de pura lumbre y clara
Tajo entre las estrellas relumbrara.

Atravesó el dolor del ronco pecho
del viejo fatigado con el llanto,
y quedó sin aliento y sin sentido.
Resonó en la montaña luego el canto,
y fue por las riberas trecho a trecho
hasta el golfo de luso repetido.
Prateo que había salido
a repostar en lo alto su ganado,
del caso lastimado
saltó la voz, por consolar al viejo,
con divino consejo
el mar calló y el aire escucha atento
para llevarlo fiel, al sacro intento.

No temas, Tajo, ver tu nombre oscuro;
ni pienses que tu Lasso yace muerto;
él vive, y tú serás eterno al mundo.
Lasso descansa en sosegado puerto,
ya de nunca anegarse bien seguro
del piélago mortal en el profundo;
tú serás sin segundo
bien que tendrás igual en esta gloria.
Durará tu memoria
mil y mil siglos fresca y floreciente
en lenguas de la gente.
Tu valor y el del Betis hermanados
contrastarán la furia de los hados;

Betis dará quien con dichosa pluma
alcé en vuelo tu fama y la de Lasso
y la suya la de él también extienda
nunca será a los cuatro el cielo escaso

tanto, que vuestro nombre se consuma
o poco del olvido se defienda.
Antes por la ardua senda
le alzará al inmortal y sacro asiento,
con animoso aliento
un joven animoso a quien ha dado
Febo su canto amado;
y por más estimallo el casto coro
le dio nombre de hierro, ingenio de oro.

Al nuevo son despierto el lagrimoso
Tajo percibe la orden de los hados;
y atónito contempla con ventura
por fuerza oculta siente renovados
los gozos de su pecho doloroso;
siéntelos y regálase en dulzura;
despide la tristura
luego; y la barba y el cabello adorna;
y al traje antiguo torna.
Reclinado en la urna el dulce frío
aclara el turbio río,
y en su caverna, en medio de los bellas
Ninfas, en fiesta trueca sus querellas.

Baste, canción, el atrevido esfuerzo,
conque el divino canto referiste;
y del lloroso Tajo el caso triste,
las gozas de su fiesta
otra lengua más presta
podrá contallas; pues la suerte mía
no me permite cuentos de alegría.

Baltasar del Alcázar

Nació en Sevilla (1530). Estudió Humanidades. Fue soldado, alcaide y administrador de los Condes de Gelves. Sufrió reveses de fortuna y quebrantos de salud, pero su buen humor superaba todas las caídas. Murió en 1606. Sus poesías han llegado a nuestro conocimiento por la diligencia de su amigo Pacheco.

El retrato del poeta sevillano Baltasar del Alcázar que nos ha transmitido el mencionado Pacheco, nos da en gran parte la clave de su espíritu: optimista, vital, bienhumorado. Sus obras reflejan bien estos tres caracteres y no es raro que sean sus «Poesías festivas» las más abundantes y mejor conocidas de entre sus obras. Su famosa «Cena jocosa» figura en todas las antologías; y una serie de sus epigramas, décimas y redondillas merecieron el mismo honor. No hay en la vena humorística de Alcázar recovecos oscuros, ni alusiones irónicas, ni sarcasmo; en el alegre decir del sevillano no hay sino zumba juguetona, sátira descarada pero directa y sencilla, aunque no toda ella publicable hoy. Este aspecto de la poesía de Alcázar ha hecho que se tenga en mayor olvido el resto de su producción. Sus «poesías amatorias» al gusto petrarquesco, son siempre correctas y saturadas de saber renacentista.

Bibliografía. Sobre Alcázar: A. Coster, *Fernando de Herrera*, cap. IV. (París, Champión, 1908). Ediciones B. A. E., vol. XXXII.

Su modo de vivir en la vejez

Deseáis, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos a tantos daños,
Como me porto y sustento.
Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.
Salido el sol por oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente,
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y a quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.
Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distando por un igual
Del oriente y del ocaso,
Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.
Después que cayendo viene
A dar en el mar hesperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,
Me suelen dar a comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen a su ser.
Luego me cierran la puerta,
Yo me entrego al dulce sueño;
Dormido soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta.
Hasta que habiendo sol nuevo,
Me cuentan como he dormido;
Y así, de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.
Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo;
Voyle puntales poniendo,
Porque no caiga tan presto.
Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Que han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

Cena jocosa

En Jaén, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oído.
Tenía este caballero
Un criado portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino a punto,
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,
Y échole la bendición;
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.
Franco fue, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota,
Vale un florín cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo;
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino más bajo.
Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es o no invención moderna,
Vive Dios, que no lo sé,
Pero delicada fue
La invención de la taberna;
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y voyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta le hallo,
Que con la priesa se acaba
La ensalada y salpicón
Hizo fin; ¿qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneración!
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sus, encójase y entre;
Que es algo estrecho el camino.
No eches agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con más gusto comas;
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, mi consejo.
Mas di, ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
hechas a cebar lechones.
El corazón me revienta
De placer; no sé de ti,
¿Cómo te va? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios;
Mas oye un punto sutil,
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser:
Con este negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale a plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena,
Levántense los manteles.
Ya que, Inés, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

EPIGRAMA I

En un muladar un día
Cierta vieja sevillana,
Buscando trapos y lana,
Su ordinaria granjería,
Acaso vino a hallarse
Un pedazo de un espejo,
Y con un trapillo viejo
Lo limpió para mirarse.
Viendo en él aquellas feas
Quijadas de desconsuelo,
Dando con él en el suelo,
Le dijo: «Maldito seas».

EPIGRAMA II

Magdalena me picó
Con un alfiler un dedo;

Díjele : picado quedo,
Pero ya lo estaba yo.
Rióse, y con su cordura
Acudió al remedio presto ;
Chupóme el dedo, y con esto
Sané de la picadura.

EPIGRAMA III

Mostróme Inés por retrato
De su belleza los pies ;
Yo le dije : « Eso es, Inés,
Buscar cinco pies al gato ».
Rióse ; y como eran bellos,
Y ella por extremo bella,
Arremetí por cojella,
Y escapóseme por ellos.

DIÁLOGO ENTRE UN GALÁN Y EL ECO

GALÁN. En este lugar me vide
Cuando de mi amor partí ;
Quisiera saber de mí,
Si mi suerte no lo impide.
ECO. Pide.
GALÁN. Temo novedad o trueco,
Que es fruto de una partida ;
Mas ¿quién me dice que pida
Con un término tan seco?
ECO. Eco.
GALÁN. ¿La que siguió con tal priesa
Las pisadas de Narciso?
¿La que por Jupiter quiso
Ser contra Juno traviesa?
ECO. Esa.
GALÁN. ¿Qué andas por aquí buscando,
Bella ninfa? ¿Es a tu amor,
O vencida del dolor,
Andas tus males llorando?
ECO. Ando.
GALÁN. Así Narciso te vea
Con más piedad que solía,
Que informes al alma mía
De las cosas que desea.
ECO. Sea.
GALÁN. Respóndeme pues del cerro
Cavernoso : ¿haberme ido
Fue yerro, no habiendo sido
Necesario mi destierro?
ECO. Yerro.
GALÁN. Hora debió ser menguada,
Donde reinó el interés ;
La lealtad y fe de Inés
¿Qué han medrado en mi jor-
[nada?
ECO. Nada.
GALÁN. El caso va descubierto,
Algún desconcierto ha hecho ;
¿Es cierto lo que sospecho
De haber hecho desconcierto?
ECO. Cierto.
GALÁN. ¿Vístele romper el hilo
Que anudó nuestra amistad?
No quieras con liviandad
Hacerme cera y pavilo.
ECO. Vilo.
GALÁN. A vilo no hay que dudarse,
Yo te doy entera fe ;
Mas lo que viste ¿qué fue?
¿Fue olvidarme o fue mudarse?
ECO. Darse.
GALÁN. ¡Qué, en tales trances y puntos
Inés con otro se halla!
Di cómo los viste, y calla
Las circunstancias y adjuntos.
ECO. Juntos.
GALÁN. Ella fue nave sin lastre,
Que dio conmigo al través ;
Y ¿de qué calidad es
El autor de mi desastre?
ECO. Sastre.

LUIS BARAHONA DE SOTO

Nacido en Lucena (1548), tuvo una educación humanística y estudió medicina en Osuna, ejerciendo su profesión en distintas poblaciones andaluzas.

BIBLIOGRAFÍA. Su obra fué publicada, con un extenso estudio, por Francisco RODRÍGUEZ MARTÍN: *Luis Barahona de Soto*, Madrid, 1903.

SONETOS

I

Genil, que ves la sombra en tu corriente,
Que Amor lleno de glorias y despojos:
La lumbre, digo, de los claros ojos;
Que sombra en tanta luz no se consiente

En beneficio del amigo ausente
Revuelve de tus riendas los manojos,
Con nuevas de mis lástimas y enojos,
Adonde es mi levante y tu poniente;

Y al tiempo que el sereno rostro veas
De aquellos ojos verse entre tus ondas,
Dirásle: «Ingrato corazón, venciste.

Venciste; no me huyas ni te escondas;
Alégrate, pues sé que lo deseas;
Que muerto es ya el que tanto aborreciste».

II

Aquestos vientos ásperos y helados
De espesas nubes y tinieblas llenos,
De ardientes rayos y terribles truenos,
Con súbitos relámpagos rasgados,

Aunque en mi daño siempre conjurados,
Ya fueron tiempos claros y serenos,
De mi dudoso bien terceros buenos,
Y en esperar mi gloria preparados.

¡Cuán presto pasa un temple del verano
Y cuán despacio destemplados tiempos,
— cuán cuesta un bien no conocido!

¡Ay buena suerte, venturosa en vano!
Tras la larga en breve pasatiempo,
Del tiempo bien llorado y mal perdido!

III

EN UNA ENFERMEDAD

Vuelve, Señor mío, a mi tus ojos,
Pues sé que muchas veces me miraste

Cuando de vanas sombras me sacaste,
Tras quien fuí ciego, en vana luz de antojos.

No sufra tu piedad largos enojos;
Ni es justo que del soto sue plantaste,
— tan a costa tuya cultivaste
Lleva otro que su dueño los despojos.

No lleve, al fin, la leña fría y seca;
Basta que cien mil veces le ha cazado,
En tu desgracia y mía, sin ser suyo.

Si tantos desengaños no han bastado
A libertar a un hombre vil que peca,
Sácale Tú por fuerza, por ser tuyo

IV

A FERNANDO DE HERRERA

Dichosa ¡oh gran Herrera! es vuestra ira,
O desesperación, do amor ordena
De varios eslabones la cadena
Que a la inmortalidad os lleva y tira,

Pues ya en el tierno vuestro llanto inspira
De cisne gracia y fuerza de sirena,
Y espíritu oye lumbre y curso enfrena
Del sol que tanto cerca y tanto mira.

Pasión es vehemente, no lo niego,
Más digna de vivir en larga historia,
Por la gloriosa llama que ha encendido.

Por quien, después que os gocen en sosiego
A partes cielo y tierra, con vitoria
Saldréis de tiempo y muerte, o no vencido.

V

AL MISMO

En tanto que admirado vas cogiendo
Aquella y esta flor, muy paso a paso
Fernando por la Vega de tu Lasso,
Y dellas su corona componiendo,

Revuelve atento el favorable estruendo
Del siglo que en tu loor no ha sido escaso,
Y veráste en las cumbres de Parnaso,
Y, si hay do subir más, aún ir subiendo.

Pues aunque le alce tu piadosa mano
El ídolo inmortal que alzó la Fama
A Píndaro y Teócrito primero,

La voz común, que tarde suena en vano,
Por bien del coro que a las Musas ama,
De ti promete al mundo un nuevo Homero.

VI

CONTRA UN POETA QUE USABA MUCHO DE ESTAS VOCES EN SUS POESIAS

Esplendores, celajes, rigoroso,
Salvaje, llama, líquido, candores,
Vagueza, faz, purpúrea, Cintia, ardores,
Otras vez esplendores, caloroso:

Ufanía, aplacible, numeroso,
Luengo, osadía, afán, verdor errores,
Otras quinientas veces esplendores;
Más esplendores, crespo, glorïoso;

Cercos, ásperos albos, encrespado,
Esparcir, espirar, lustre, fatales,
Cambiar, y de esplendor otro poquito;

Luces, ebúrneo, nitido, asombrado,
Orna, colora, joven, celestiales...
Esto quitado, cierto que es bonito.

Cristóbal Mosquera de Figueroa

Poco menos que desconocido ha sido hasta ahora Cristóbal Mosquera de Figueroa, sevillano, que siguió la carrera de las armas en las galeras del Rey. Poeta personal, del grupo herreriano, creemos que su nombre se situará en una línea de estimación histórico literaria.

Bibliografía. Mss. de la Biblioteca Arturo Sedó, de Barcelona. Ed. Guillermo Díaz-Plaja: Publicaciones de la Real Academia Española, 1955.

Soneto a la victoria que el primer Marqués de Santa Cruz hubo contra don Antonio que rompió la armada francesa que iba a la Tercera

¿Qué capitán es este glorïoso
que provoca a batalla, y que desciende
contra la flor de Francia, que pretende
cubrir el mar, con naves espantoso?

Entra por todas partes animoso
rompe, destroza y mata, rinde y prende,
manda, socorre, anima, ordena, atiende,
a un punto, con ardor maravilloso.

Con número de naves tan estrecho
y parte del ejército esparcido
designios de tres Reinos ha deshecho.

No hay para decir, quién haya sido
que las grandes empresas, de derecho
son de Bazán, Marqués esclarecido.

Al abad Francisco de Salinas, catedrático de música en Salamanca

Elegía

Oh tú que con el alma señoreas
todos los bienes que produce el cielo
mereciendo alcanzar los que deseas.

Ahora levantando en alto vuelo
contemples los secretos de las cosas
dejándonos a todos en el suelo.

Y acá en la tierra con maravillosas
sentencias, en tu ingenio concebidas
suspendas nuestras almas deseosas.

Pues tú solo gobiernas nuestras vidas
¡Oh Salinas! y en ellas puedes tanto
que a sólo tu poder están rendidas.

Y con aquel süave y dulce canto
que las sagradas Musas te enseñaron
nos mueves a alegría y triste llanto.

Que a sus apartamientos te llevaron
por el doblado monte, y descubrieron
el bien que a los humanos ocultaron.

Los inmortales números te dieron
humedeciendo tus sagradas sienes
y con el nuevo son te adormecieron.

Y en despertando con el bien que tienes
comenzó a producir tu entendimiento
el fruto de que ahora nos mantienes.

¡Oh luz y gloria del Hesperio asiento
oh Cisne que en Caístro y su ribera
jamás se oyó tan deleitoso acento!

El padre Tormes ya de hoy más espera
no ver ya clara su veloz corriente
gozando de perpetua primavera.

Y el genial Favonio blandamente
situando con las alas rociadas
esmaltará la tierra floreciente.

Las ondas en las peñas levantadas
resonarán tu nombre glorioso
y no serán por tiempo quebrantadas.

Que este es el premio más dificultoso
y que ha de procurar el varón fuerte
de corazón altivo y generoso.

Trabajar en la vida de tal suerte
que venga a merecer renombre y gloria
con que quite las armas a la muerte.

Tú llevas en la tierra la Victoria
y tú por tus trabajos eres digno
de que se guarde eterna tu memoria.

Pídelo tu virtud, cuyo camino
te pudo colocar en las estrellas
y te pudo hacer casi divino.

Y entretanto las nueve hermanas bellas
te muestran los misterios escondidos
en las canciones que aprendiste dellas.

Y los secretos altos y escondidos
de la Divina Música, que excede
a aquella que regala los oidos.

Y pues el rojo Febo no concede
al simple canto mío más licencia
ten compasión del que hablar no puede.

Sólo diré que es la común sentencia
que tanta variedad que en ti florece
no es obra de la humana diligencia.

Y este valor que siempre recrudece
entretejer y celebrar quisiera
con estos versos que el Amor te ofrece.

Mas ¡ay de mí! que llega la postrera
hora que aflige esta alma temerosa
para que yo con mi memoria muera.

Y la urna tristísima y llorosa
las calladas cenizas revolviendo
lamentará mi suerte dolorosa.

Dirá quien se parare refiriendo
la letra del sepulcro entristecido
aquí se está un mancebo consumiendo

cubierto de las ondas del olvido.

A UNA DAMA QUE SE LE EMVIARON UNOS JABONCILLOS PARA LAS MANOS

Lo que señora os envío
regalo viene a llamarse
y parece desvarío
que tal pueda en mí hallarse
siquiera decirse mío;
porque es tan grave dolencia
la que me sigue en ausencia
que el regalo y el contento,
en oliendo mi tormento
aborrecen mi presencia.

Estará en vuestro poder
tan contento y tan ufano
que con verse deshacer
de vuestra preciosa mano
cobrará divino ser;
y con este ser perfeto
hará tan notable efeto
que sobre la hermosura
os dará nueva blancura
que al mundo tengáis sujeto.

Ello se irá consumiendo
y morirá a vuestras manos
que así me van deshaciendo
vuestros rayos soberanos
cuando miraros pretendo.
Venturosas pomas de oro
que la luz en quien adoro
tiene en sus manos hermosas
el de las Sagradas Diosas
no fue tan rico tesoro.

Siento que allí os acabéis
cuanto más os véis tratadas
del poder en quien estáis
y cuanto más apartadas
más en vida os conserváis
al contrario es mi pasión
porque mis dolores, son
el bien que me huye y niega
y si vuestra mano llega
vivirá mi corazón.

II

POESÍA ÉPICO-NARRATIVA

Luis Zapata de Chaves

Nació el 16 de noviembre de 1526 en Llerena, donde su padre, el Comendador de Hornachos, disfrutaba la Alcaidía de la fortaleza de Puerta de Reina. Allí debió transcurrir su infancia. A los nueve años era paje de la emperatriz Isabel, recibiendo su primera educación en la corte. Muerta la esposa de Carlos I, pasó don Luis al servicio del príncipe (1539). El 24 de octubre del mismo año se le hacía merced del hábito de Santiago; hizo el noviciado en el monasterio de Uclés, y profesó en junio de 1541. Al fallecer el padre de don Luis, en 1544, pasaron a éste las dignidades de Comendador de Hornachos y la Alcaidía que aquél disfrutaba, expidiéndose la oportuna provisión en agosto de 1545. Más tarde acompañó al príncipe don Felipe en el viaje que narra Calvete de Estrella, iniciado en 1548, recorriendo diversas ciudades de Italia y los Países Bajos. Contrajo matrimonio en 1556 con su prima doña Leonor Portocarrero. Retiróse a Llerena y a la llegada de su primer hijo quedó viudo. Pasada una etapa de sincero dolor, se trasladó a Sevilla y en 1562 casaba con doña Leonor de Ribera. En 1564 concluía su *Carlo famoso*, largo poema cuyo protagonista es el emperador Carlos I; salió el libro de la imprenta en 1566, con dedicatoria al rey Felipe II; y este mismo monarca ordenaba poco después que prendieran a don Luis y lo encerraran en la fortaleza de Segura, porque «después que recibió el hábito, no ha vivido con la honestidad y decencia que se requiere para ser hombre de orden». Condenado a privación del hábito, a reclusión perpetua y completa incomunicación, esta última le fue alzada en octubre de 1568, permitiéndole la convivencia con su esposa sin abandonar su encierro. Al año siguiente lo trasladaban a la fortaleza de Hornachos, y meses más tarde a la de Valencia de la Torre, donde permaneció casi veinte años, escribiendo allí su *Libro de cetrería*, concluído en 1583. Cuando lo hizo imprimir, en 1592, ya estaba libre de prisiones y en gracia del rey, pues en abril de ese año era nombrado Regidor de Mérida. Los últimos años de su vida, transcurridos en Portugal, Extremadura y Talavera de la Reina, los dedicó a preparar un libro que debía titularse *Varia historia*, pero que al ser publicado en el *Memorial histórico español*, tomó el nombre de *Miscelánea* con que hoy se le conoce. Falleció Zapata a finales de 1594 o principios de 1595.

Bibliografía. Ed.: *Carlo Famoso* (Valencia, 1566); *Miscelánea*, «Memorial Histórico Español», t. XI. Véase: Menéndez Pidal, *Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1915. Reproducimos un curioso fragmento del *Carlo Famoso* y una selección de la *Miscelánea*.

CARLO FAMOSO

Muerte de Garcilaso

Y así, con gran enojo luego manda
que se contaba aquel torreón roquero;
pusiéronle dos piezas, y a una banda
le hicieron en medio un agujero;
estaba esto mirando a cada banda
mucho señor, soldado y caballero,
y en una rueda de alta compañía
Garcilaso batir la torre había.

Y burlándose, dijo: «Desdichado
será el que en una empresa tan vil muera».
Lo oyó la hada, el diablo, el caso, el hado,
y corrió a tomar luego la tijera:
corrió luego un murmullo, que enojado

rugía el Emperador en gran manera
de que, batida así de un solo encuentro,
no hubiesen a la torre entrado dentro.

Y así escalas pedidas con voz clara,
fueron por todo el campo en continente;
Garcilaso, cual si esto le tocara,
por ser maese de campo de su gente,
de la rueda movió, y puso la cara
en subir a la rorre osadamente;
teníanle sus amigos abrazado,
porque la veían que estaba desarmado.

Soltóse, y corrió allá y subió ligero
Por la escala que al muro se arrimaba,
tomando una ruin gorra antes de acero
de un soldado acaso que pasaba
llegaba casi al escalón postrero,
cuando una grande almena que bajaba,
con gran dolor del campo allí presente,
le envió mortal a tierra finalmente.

La fama que estas cosas trae y lleva,
de Garcilaso el caso esparce y suena;
Pues ¿quién ahora será que dé esta nueva
a su querida esposa Doña Elena?
Cómo ella supo el caso de esta prueba
para otro tiempo lo dirá mi vena;
que no conviene que ahora, a aquesto atento,
de su ordenado curso saque el cuento

Pasó de allí el ejército, y poniendo
lo que convenía ir con su persona,
de Génova a la mar Carlo saliendo
con su armada, a parar fue a Barcelona,
y fue a Valladolid, donde atendiendo
era la emperatriz con su corona,
donde fue rescebido en aquel día
que no podré decir tanta alegría.

Y juntamente cuantos por los mares
con su rey victorioso allá volvieron
de que unos a Sevilla, a sus lugares
otros, y a Toledo aun otros fueron;
humean con el incienso los altares,
y a los templos de Dios mil dones dieron
las matronas de España, que traídos
así fueron en salvo sus maridos.

En vano con placer grande le espera;
se adereza, y su casa en son no escaso
la adorna, porque esté muy placentera;
sabe Toledo todo el triste paso,
y anda el dolor y angustia por defuera
y tan alegre verla de ello ajena
da a todos los que la aman mayor pena.

Como el que está en la cárcel condenado
a muerte, sin saber él su dolencia
que antes de libertad muy confiado,
da de alegría y placer grande apariencia,
los suyos, que le ven tan engañado
en esto, y saben todos la sentencia,
reciben más dolor de tal manera,
cuannto a él más de su daño le van fuera.

MISCELÁNEA

DE UN GRAN CONOCIMIENTO DE UNA BESTIA FIERA

(El Duque del Infantado y el León)

Había salido de su casa el Duque don Yñigo en Guadalajara, hijo del duque don Diego, el que hizo las gentilezas y las guerras, que yo he escrito en mi libro *Carlos*, en el hospedaje del Rey de Francia, y a la vuelta a ella halló toda su plaza llena de gente alborotada y atemorizada, que estaba suelto adentro un gran león, que andaba acá y allá por el patio, las puertas cerradas, sin le osar esperar naide, y el leonero puesto en salvo. Sabe la nueva el Duque; hace abrir las puertas, entra y ve el león a un rincón erizado, y regañando; vase para él el Duque, y hace ir tras sí por fuerza al leonero que iba aún detrás dél temblando; tienta su espada estando cerca, y llegase a él paso, y el león le conoció que era su señor, y con aquel respeto espérale coleando. Entonces pónele el duque la mano en la cabeza y trácsela por el cerco, y vuelve otra mano atrás, y toma una traílla del leonero, y métesela en la cabeza y llévale a la leonera, como si llevara así de traílla a un manso lebrel o a un galgo, y como el Cid encerró también el león que en Valencia se había salido a su sala.

DE UNA EXTRAÑA HABILIDAD EN ESCRIBIR

(Historia del falso Nuncio de Portugal)

Fue un hombre en estos reinos del Andalucía, natural de Huelva, de baja suerte, hijo de un cardador que se llamaba Buitrago, a quien llamaron Elmicio, persona por este nombre conocido asaz, de fisonomía y figura rústica, de una caraza ancha y abobada, de donde infiero yo que en todas figuras y rostros, hay mucha común opinión es que este impostor se llamó Saavedra, y fue natural de Jaén. Corre entre los curiosos una relación que se dice escrita por él mismo, por mandato expreso del juez que entendió en su causa, y en la cual se dice hijo del capitán Saavedra y de doña Ana de Guzmán, y hermano de Juan Perez de Saavedra, veinticuatro de Jaén y de Córdoba. Dice que fue escribiente del Dr. Latorre, en cuya casa y la del licenciado Polanco, hubo en su poder las firmas de los principales consejeros, y aun del mismo monarca, ejercitándose en secreto a imitarlas, hasta que logró hacerlo con gran perfección y poca calidad, que el alma es la que obra en cualquier funda; que esta parte adquiere el saber por influencia de las estrellas; parte se hereda de los padres; parte causa la doctrina; parte la inclinación que tiene a saber. Como no hay mala tierra ninguna que esté bien cultivada, fue el tal de tan alto ingenio y tan hábil en lo que lo quiso emplear, que fue hacer letras en cifra, que a emplearlo en otras cosas fuera por demás; cosa admirable que pues la fortuna no le hiço de mayores prendas, ni puso a su cargo grandes negocios, él quiso ser su misma fortuna y enmendarlo.

Dio en contrahacer y falsear bulas del Papa, y las firmas públicas y rúbricas de sus datarios; hácese Nuncio apostólico, y sabido que allá no lo había, entra a serlo en Portugal; despacha sus correos y aposentadores, y a fama del título busca dineros prestados. Llega a dos leguas de Lisboa; envíale a visitar el Rey con un señor muy principal, después de buscar quien lo supiese hacer

y represéntase bien la persona del Rey y su pío celo con el Vicario de Dios ante el hijo del cardador miserable, y la voluntad del servicio a la Santa Iglesia, y en cuanto tenía la merced que su Santidad le hacía de enviar tal persona a aquel reino, que de aquel beneficio y remedio tenía tanta necesidad. Conciértase la ida a Lisboa; tratan de que el Rey le saldrá a recibir a la puerta del palacio. — No, señor Conde, dice él muy gravemente; si Su Alteza manda, los Nuncios de S. S. no hemos de ser así tratados, no por mí sino por quien me envía y por mi dignidad. Su Alteza ha de salir a la mitad del camino de aquí por la mar, sino yo me volveré con mi embajada. — Yo le diré a S. A., dijo el Conde, y enviaré la respuesta a V. S., replicó el Rey; a esto porfió el Nuncio, y estuvieron en puntos de honra de salir, y dónde se habían de ver el Rey y el picaronazo.

En fin venció el Nuncio, y como era el Rey tan católico y tan gran cristiano, sale en una galera, y en otras muchas con él sus señores y grandes; cuájase de barcas la mar; húndese la artillería toda al afrontarse; los menestriles andan por alto; desembarca junto a Palacio; loa él mucho a Lisboa al parecer; ofrécesela el Rey, que todo está a su mandado; tráenle mulas y caballos muy adereçados en que se vaya el Nuncio a su posada; están en cortesías él y el Rey, cual dejaría al otro en su casa; en fin él va, deja al Rey muy contento, y todos alaban su discreción y cortesanía, y que se le parecía bien la buena casta.

Así quedó allí el invencionero donde estuvo dos años; puso en orden y concierto lo eclesiástico; reformó las religiones; hiço hacer al Rey monasterios y grandes y buenas obras pías; puso en aquel reino el Santo Oficio de la Inquisición; nadie administró como él su legacía; nadie la impetró tan mal.

Tenía de esta manera los despachos que iban y venían de Roma; hiço que fuesen siempre a su casa y cuanto allí ponía, y falseaba todas las cartas y bulas a su beneplácito; daba y negaba dispensaciones, y trujo allí al rededor todas las cosas. Ni se supiera la trama en muchos años sino que riñó un día con un su ministro de aquellos negocios, su datario, y desde la mesa le tiró un plato, de lo que el otro afrentado descubrió la verdad, y fue más difícil de creer el desengaño verdadero, que había sido de introducir la falsedad, según en los ánimos de todos estaba asentada; y pienso yo que muchos personajes andan entre nosotros falsos que por la autoridad de sus oficios nadie les examina los títulos.

Al cabo él fue preso, y sus Oficiales, que también vivían engañados, dados por libres y el descubridor sólo muy mal açotado, que murió de los açotes, y el falso nuncio echado a galeras perpetuas, donde yo le ví en la galera capitana del príncipe Andrea Doria en el bogavante, en la que pasó el Rey a Italia; y porque administró lo mejor del mundo aquel no su oficio, e porque hiço mil cosas santas y pías no fue descuartizado, aunque tenía pena de la vida si tomase pluma en la mano. Escribía con el remo en su lugar, y dada licencia por tal vez por el Rey, contrahizo su firma, que todos quedaron espantados, la que obedescieran cuantos bancos y tratantes había; y si no le hallaron riquísimo de estas cosas, fue porque era tan gastador que no le bastaba cuanto había para sostener su mentirosa autoridad..

DE QUE EL BIEN HACER NUNCA SE PIERDE

(Cofradía de ladrones en Sevilla)

En Sevilla dicen que hay cofradía de ladrones con su prior y cónsules como mercaderes; hay depositario entre ellos, en cuya casa se recojen los hurtos, y arca de tres llaves, donde se echa lo que se hurta, y lo que se vende, y sacan de allí para el gasto y para cohechar los que pueden para su remedio. Cuando se ven en aprieto son muy recatados en recibir que sean hombres esforçados y ligeros, cristianos viejos; no acogen sino a criados de hombres poderosos y favorecidos en la ciudad, ministros de Justicia; y lo primero que juran es esto, que aunque los hagan cuartos pasarán su trabajo, mas no descubrirán los compañeros; ansí cuando entre gente honrada de una casa falta algo, que dicen

que el diablo lo llevó, levántanselo al diablo que no lo llevó, sino alguno de estos, y de haber la cofradía es cierto y durará mucho más que la Señoría de Venecia, por que aunque la justicia entresaca algunos desdichados, nunca ha llegado al cabo de la hebra.

DE UN MISERABLE CASO

(Una difunta pleiteada)

Justa fue la sentencia que dicen que dio en semejante caso el Sumo Pontífice en dar por mujer al que en Florencia la sacó de la sepultura viva, aunque tenía otro marido, pues ya cuanto al mundo ella murió y espiró. El casamiento, como San Pablo dice: Muerto el varón, suelta es la mujer de la ley del varón; y por el contrario, muerta la mujer es lo mismo. A este propósito me contó el licenciado Salguero Manosalbas, que pasó un pleito en Valladolid. Estaban dos de Burgos concertados de secreto de casarse; pártese el mancebo a Flandes, y en su ausencia trátansele a la moça muchos casamientos; ella unas veces por unas dolencias y otras por otros achaques entretiene la obediencia que a sus viejos padres debía, por ocho meses que fue el tiempo que entre ambos por cartas se puso el ausente enamorado, que no pudo venir al plazo dejadas todas las cosas de allá. Dende a poco tiempo vino, pregunta por su amada señora luego en llegando a Burgos, y dícenle: Un mes ha que casaron contra su voluntad a la desdichada, y de descontenta enterraron allí a la mal logradita.

El moço que esto oyó, de dolor estuvo para perder el juicio; va a donde estaba enterrada, hinche la iglesia de gritos y gemidos, da al sacristán porque se la deje ver después de muerta cuatro escudos; abre la tumba que estaba en una bóveda, hállala viva, ¡ya podéis ver con cuanta alegría, mientras menos lo esperaba, sería de él el felice suceso recibido! «Sed quid ego hac autem nequicquam ingrata revolvo, quidve moror?...»

Tiénela en la Iglesia dos o tres días, llévala a su casa a poco tiempo, conócenla los padres y el falsamente viudo primer marido, pídela por justicia; anda el pleito, sentencia el Corregidor, amparando en su posesión al que la tenía, y la volvió de la muerte a la vida; fue el pleito por apelación a Valladolid; en qué paró no lo sé, sino que fue a toda España el caso extraordinario notorísimo.

DE TOROS Y TOREROS

(Superstición llamada «del toro de San Marcos»)

..., y este cuento es de lo que pasa los días de San Marcos cada año, en un lugar que se llama las Broças, tierra de Alcántara.

En aquel lugar, teniendo alguno algún espantable y temeroso toro, y que de fiero no se pueden con él averiguar, dásele a la Iglesia. Llegando el día de San Marcos, a la víspera de él, va el mayordomo a esos montes por él, donde no le para hombre que vea, y llegado en su asnillo ante el embajador de San Marcos, le dice: «Marco, amigo, ven conmigo a las Broças, que de parte de San Marcos te llamo para su fiesta.» El toro luego deja sus pastos, y manso vase delante de él; entra a las vísperas en la Iglesia como un cordero manso, y pónenle en los cuernos rosas y guirnaldas las mujeres; y sin hacer mal a nadie, sálese acabadas las vísperas al campo allí cerca. Otro día va en la procesión suelto entre la gente, y pasa por un arco del claustro, tan estrecho que ha menester para pasar ladear los cuernos, y esto sin que se lo diga nadie, y toda la misa se está en pie, delante de las gradas del altar mayor, y acabada de alzar la hostia postrera y de consumir alguna vez, sálese de la Iglesia a todo correr, como muchacho de la escuela, y vase por esos montes y jarales, volviendo a su braveza natural.

DE UNA ACOMODADA RESPUESTA

(Garcilaso y Villalobos)

Garcilaso, como era un caballero muy cortesano, y el doctor Villalobos un muy del palacio y gracioso médico, así muy ordinariamente ambos se burlaban, y habiendo estado muy malo Garcilaso, curóle el doctor y sanóle muy cuidadosamente; y viendo que un día y otro se tardaba la paga, envióle un paje el

dotor, que pues le había hecho tanto mal como volverle al mundo, que le pagase. Él abriendo un arca vacía sacó de ella también una bolsa vacía, y enviósela con esta copla dentro :

La bolsa dice : yo vengo
como el arca do moré,
que es el arca de Noé
que quiere decir : « no tengo ».

DE DICHOS

(Respuesta del bufón Don Francisco de Zúñiga)

Don Francés, un hombre muy gracioso, vecino de Béjar, viendo a un caballero muy chico, armado, se llegó a él y le dijo ; « Beso las manos mil veces al cascabel plateado ».

El mismo a un caballero muy grande y de muy grandes cuartos, dijo que era baharí torçuelo, criado a tetas de almofrex. Y el mismo al mismo, que era padrino de una justa, llegando a los jueces, donde estaba con la porfía de una lanza, les dijo : « Dénle V.V. S.S. el precio, que dice la verdad San Cristóbal el pollo ».

Estas gracias le costaron al cabo la vida, que le mataron a cuchilladas. Salió su mujer al ruido, diciendo : ¿Qué es esto, qué es esto?, respondió él allí luego. — Señora, nada, sino que matan a vuestro marido.

* * *

Estaba un caballero muy malo y casi sin sentido a muerte, y llegó a él una muger diciendo : « Señor, acuérdese V. md. de mí cuando esté ante Nuestro Señor. — Señora, dijo él ; despachad con otro, que no pienso ser esta vez el mensajero ».

* * *

Contóme un caballero que estando preso soñó que le sentenciaba un juez a cortarle la cabeza, y que muy congojado le enviaba en vano muchos medianeros. Así, dijo él, pues que no quiera yo me dispertaré, y que se sacudió en la cama y despertó, y no hubo menester más ruegos.

* * *

Garcí Sánchez de Badajoz, príncipe de los trovadores de las coplas castellanas, enloqueció de amores, y lo que dicen, aunque yo pienso que fue porque profanó la Sagrada Escritura, que fueron las Liciones de Job ; y un hermano suyo, que era de bando contrario le dijo : « Recia cosa es que hemos de sufrir aquí un año a este loco. » — Él dijo : « Señor, no es mucho que me sufráis un año de loco, pues yo os he sufrido de necio tantos años ».

* * *

El mismo a su hermano que estaba enfermo, le preguntó : « ¿Cómo os va, hermano? ». — Dijo él : « ¿Cómo queréis que me vaya, que tengo una calentura lenta, lenta que nunca se me quita? ». — « ¿Cómo, dijo él, no ha de ir lenta si va en asno? ».

DE UN MÚSICO EXCELENTE

(Sobre Gregorio Silvestre, músico y poeta)

Estaba el órgano de Granada por proveer, y mandó poner sus cartas de edicto Don Pedro Guerrero, arçobispo ; júntanse de acá y de allá opositores infinitos, iban todos famosos una mañana a la música de oposición : estuvo Silvestre con una capa parda a oirlos arrimado a un pilar de la iglesia : este no, y este otro no, y este otro tampoco, y este otro menos a su parecer. Bajábanse ya el arçobispo y la eclesiástica milicia, alabando muchos a algunos, y procurando escoger a uno entre dos, o tres : llegá con su capa parda Silvestre, y dijo que él quería tañer también, que le oyesen. No hay que oír, que lo que han estos tañido, basta ya, dijo el Arzobispo ; la Iglesia os agradece el buen deseo. — Señores, yo vengo de muchas leguas, dijo él, y por llegar a tiempo he andado hoy diez leguas, y agora me apeo ; ya me manden oír, pues me han hecho venir sus cartas de edicto, que se han puesto por todo el reino. — Dejadnos, dijeron los canónigos, que ya estamos hartos de música en ayunas, que nos vamos a comer. — Señor, dijo él al Arçobispo ; suplico a vuestra señoría no se me haga tan gran agravio y yo protesto cuanto se puede protestar para no perder mi derecho. Díjole un

cantor : — Señor, sabéis hacer tal y tal diferencia, porque los que su señoría ha oído han hecho todas éstas. — Lo que yo hiciere ahí se verá, justicia que se me oiga pido solamente. — Oiga vuestra señoría a este importuno, dijo una dignidad, que poco se aventura en ello. Vuelven, siéntanse, comienza a tañer, hace tantos monstruos y diferencias que todo el día se estuvieran oyéndole sin comer, que todos dijeron el órgano es suyo, sin discrepar uno de ellos. Y el que vino con su capa parda, sin pelo, bajó la escalera con ciento y cincuenta mil maravedís de renta cada año.

PABLO DE CÉSPEDES

Nació en Córdoba el año 1538 ; cursó estudios en la Universidad de Alcalá de Henares, siendo auxiliar de Ambrosio de Morales. Marchó a Roma en 1558, donde permaneció hasta 1566, mientras en España la Inquisición de Valladolid lo procesaba a causa de una carta suya que apareció entre los papeles del arzobispo Carranza, en la que vertía expresiones contra el Santo Oficio y contra el Inquisidor general Valdés. Tras una estancia en Florencia y Nápoles, regresó a Roma en 1572, permaneciendo en la ciudad santa hasta 1575, fecha en que volvió a España. Dos años más tarde era racionero de la catedral cordobesa, y con una misión que el Capítulo le confiara, se dirigió nuevamente a Roma, donde permaneció un par de años. A su regreso, pasó a Sevilla y allí realizó con Pacheco las pinturas de la nueva sala capitular de la catedral. Su colaborador incluyó el retrato de Céspedes en la espléndida galería que supone su *Libro de Retratos*. Falleció Pablo de Céspedes en su ciudad natal en 1608.

Aparte de su obra pictórica, la personalidad del racionero cordobés ofrece vivo interés por su cultura humanística de la que al parecer dejó abundantes pruebas escritas aunque apenas algo ha llegado hasta nuestros días, entre ello los fragmentos del Poema de la pintura que salvó en su libro Francisco Pacheco

BIBLIOGRAFÍA. El *Poema de la Pintura* se ha conservado incompleto en los fragmentos reproducidos por Pacheco en su *Arte de la Pintura*. Posteriormente, Ceán Bermúdez lo incluyó en el tomo V de su *Diccionario Histórico...*, páginas 324-343, cuya lección hemos seguido.

FRAGMENTOS DE EL ARTE DE LA PINTURA

LIBRO PRIMERO

Mueve al alma un deseo que la inclina
A seguir desigual atrevimiento ;
Ardor, que nos parece ser divina
Inspiración de pretendido intento ;
Si el desierto vigor donde se afina,
En mí avívase el fugitivo aliento,
Diría el artificio soberano
Sin par do llegar pudo estudio humano.
¿Cuál principio conviene a la noble arte?
¿El dibujo, que él solo representa
Con vivas líneas que redobla y parte,
Cuanto el aire, la tierra y mar sustenta?
¿El concierto de músculos y parte
Que a la invención las fuerzas acrecienta?
¿El bello colorido y los mejores
Modos con que florece, o los colores?
Comenzaré de aquí : « Pintor del mundo,
Que del confuso caos tenebroso
Sacaste en el primero y el segundo
Hasta el último día del reposo
A luz la faz alegre del profundo,
Y el celestial asiento luminoso
Con tanto resplandor y hermosura
De varia y perfectísima pintura,

«Con que tan lejos del concierto humano
Se adorna el cielo de purpúreas tintas,
Y el traslúcido esmalte soberano
Con inflamadas luces y distintas
Muestras tu diestra y poderosa mano
Cuando con tanta maravilla pintas
Los grandes signos del etéreo claustro
De la parte del Elice y del Austro;
»Al ufano pavón alas y falda
De oro bordaste y de matiz divino,
Do vive el rosicler, do la esmeralda
Reluce y el zafiro alegre y fino;
Al fiero pardo la listada espalda,
La piel al tigre en modo peregrino,
Y la tierra amenísima que esmalta
El lirio y rosa, el amaranto y calta.
»Todo fiero animal por ti vestido
Va diverso en color del vario velo;
Todo volante género atrevido,
Que al aire y niebla hiende en presto vuelo;
Los que cortan el mar, y el que tendido
Su cuerpo arrastra en el materno suelo.
De ti, mi inculto ingenio, enfermo y poco,
Fuerzas alcance, yo a ti sólo invoco».

DE LA FORMACIÓN DEL HOMBRE

Un mundo en breve forma reducido,
Propio retrato de la mente eterna,
Hizo Dios, que es el hombre, ya escogido
Morador de su regia sempiterna;
Y el aura simple de inmortal sentido
Inspiró dentro en la mansión interna,
Que la exterior parte avive, y mueva
Los miembros fríos de la imagen nueva.
Vistiólo de una ropa que compuso,
En extremo bien hecha y ajustada,
De un color hermosísimo, confuso,
Que entre blanco se muestre colorada;
Como si alguno entre azucenas puso
La rosa en bella confusión mezclada,
O del indio marfil trasflora y pinta
La limpia tez con la sidonia tinta.

LOS INSTRUMENTOS NECESARIOS PARA LA PINTURA

Será entre todos el pincel primero
En su cañón atado y recogido,
Del blanco pelo del silvestre vero
(El bélgido es mejor y en más tenido);
Sedas el jabalí cerdoso y fiero
Parejas ha de dar el más crecido;
Será grande o mayor, según que fuere
Formado a la ocasión que se ofreciere.

Un junco que tendrá ligero y firme
Entre los dedos la siniestra mano,
Do el pulso incierto en el pintar se afirme,
Y el teñido pincel vacile en vano;
De aquellas que cargó de tierra firme
Entre oro y perlas navegante ufano,
De ébano o de marfil, hasta que se entre
Por el cañón y con el pelo encuentre.

Demás un tabloncillo relumbrante
Del árbol bello de la tierna pera,
O de aquel otro que del triste amante
Imitare el color en su madera,
Abierto por la parte de delante,
Do salga el grueso dedo por defuera;
En él asentarás por sus tenores
La variedad y mezcla de colores.

Un pórfido cuadrado, llano y liso,
Tal que en su tez te mires limpia y clara,
Donde podrás con no pequeño aviso
Trillarlos con sutil mixtura y rara;
De tres piernas la máquina de aliso,
De una a otra poco más que vara,
Las clavijas pondrás en sus encajes,
Donde a tu mano el cuadro alces o bajes.

De macizo nogal y sazonado
Derecha regla, que el perfil recuadra,
Tendrás también, de acero bien labrado,
No faltará ocasión, la justa escuadra;
El compás del redondo fiel trabado,
A quien el propio nombre al justo cuadra,
Que, abriéndose o cerrando, no se sienta
El salto donde el paso más se aumenta.

Demás de esto, un cuchillo acomodado,
De sus perdidos filos ya desnudo,
Que incorpore el color, y otro delgado
Que corte sin sentir, fino y agudo;
Los despojos del pájaro sagrado,
Cuya voz oportuna tanto pudo
De la Tarpeya roca en la defensa,
Cuando tenerla el fiero galo piensa.

Sea argentada concha, do el tesoro
Creció del mar en el extremo seno,
La que guarde el carmín y guarde el oro,
El verde, el blanco y el azul sereno;
Un ancho vaso de metal sonoro,
De frescas ondas transparentes lleno,
Do molidos a olio en blando frío,
Del calor los defienda y del estío.

Una ampolla de vidrio cristalina,
Que el perfecto barniz guarde, distinta
De otra do se conserva y do se afina
Olio con que más cómodo se pinta;
Con estas otra que a la par destina
A la letra, y dibujo obscura tinta,
De caparrosa hecha, agalla y goma,
Con el licor que da la fértil Soma,

PRINCIPIOS PARA ADESTRAR LA MANO

Primero romperás lo menos duro
Deste arte, poco a poco conquistando;
Procura un orden, por el cual seguro
Por sus términos vayas caminando;
Comienza de un perfil sencillo y puro
Por los ojos y partes figurando
La faz; ni me desplugo deste modo
Un tiempo linear el cuerpo todo.
Un día y otro día, y el contino
Trabajo hace práctico y despierto,
Y después que tendrás seguro el tino
Con el estilo firme y pulso cierto,
No cures atajar luengo camino
Ni por allí te engañe cerca el puerto;
Vedan que el deseado fin consigas
Pereza y confianzas enemigas.
Así la universal naturaleza
Cuantos produce al esplendor del cielo,
No primero los arma de firmeza
Ni con osado pie huellan el suelo;
Que el sabor de la leche la terneza
Funde y condense del purpúreo velo;
Y como va creciendo el alimento,
Refuerza con igual mantenimiento.
Hasta que ya crecida allega al punto
Adulta edad de más perfecto estado,
El sustento dispone, y dalo junto
Al cuerpo y al vigor acomodado;
No quieras adornar más tu trasunto
De lo que conviniere al primer grado;
Que cuanto más en él te detuvieres,
Irás más pronto al otro a que subieres.
Ya que el aura segunda de la suerte
Descubre en tu favor felice agüero,
No puede, segun esto, sucederte
Menos el resto que el sudor primero;
Por ende con ahinco anteponerte
Pretende entre los otros delantero,
Llevando siempre, y vencerás, por guía
La libre obstinación de tu porfía.
La elegancia y la suerte graciosa
Con que el diseño sube al sumo grado
No pienses descubrirla en otra cosa,
Aunque industria acrecientes y cuidado,
Que en aquella excelente obra espantosa,
Mayor de cuantas se han jamás pintado,
Que hizo el Bonarrota de su mano
Divina en el etrusco Vaticano.
Cual nuevo Prometeo en alto vuelo
Alzándose, extendió las alas tanto,
Que puesto encima el estrellado cielo,
Una parte alcanzó del fuego santo,
Con que tornando enriquecido al suelo,
Con nueva maravilla y nuevo espanto

Dio vida con eternos resplandores
A mármoles, a bronces, a colores.
Era perpetua noche y sombra oscura
La ignorancia, que tanto ocupa y tiene
Cuando con llama relumbrante y pura
Esta luz clara se aparece y viene;
Vistióse de no vista hermosura
El siglo inculto y rudo, a quien conviene
Con título vencer debido y justo
La fortunada edad del gran Augusto.
¡Oh, más que mortal hombre, ángel divino!
¡Oh! ¿cuál te nombraré? No humano, cierto,
Es tu ser; que del cerco impíreo vino
Al estilo y pincel vida y concierto;
Tú mostraste a los hombres el camino
Por mil edades ascondido, incierto,
De la reina virtud; a ti se debe
Honra que en cierto día el sol renueve.

LIBRO II

DE LA PROPORCIÓN DE LOS HOMBRES

Y aunque en la proporción generalmente
De los antiguos muchos difirieron,
Una intento seguir, la más corriente
Que en las mayores obras eligieron;
Yo la vi y observé en aquella fuente
De perenne saber, de do salieron
Nobles memorias de valiente mano,
Que ornan la alta Tarpeya y Vaticano.
Del alto de la frente, do el cabello
Se comienza a espesar oscurecido,
Hasta donde adornado de su vello
El perfil de la barba es más crecido
Y do más bajo se avecina al cuello,
En tres partes iguales dividido,
La medida será con que midieres
Grande o pequeña imagen que hicieres.

DE LA PROPORCIÓN DE LOS ANIMALES

El estudio no menos y el cuidado
Que pusiste en humanas proporciones,
A cualquier animal representado
Aplicarás por partes y razones;
Al corzo ligerísimo, al venado,
Pero en particular a los leones
Con fuerte garra y con lanudas crines,
Y cierta ley de rigurosos fines.
El hermoso lebrel, el crudo alano
Pintado, ser de grande hornato hallo;
El jabalí espantoso, el tigre hircano,
Y otros en grande número que callo;

Mas sobre todo ten siempre a la mano
El bizarro dibujo del caballo,
Con que tanto enriquece la pintura
El aliento, caudal y hermosura.

PINTURA DE UN CABALLO

Muchos hay que la fama ilustre y nombre
Por estudio más alto ennobleciera
Con obras famosísimas, do el hombre
Explica el artificio y la manera;
Sólo el caballo les dará renombre
Y gloria en la presente y venidera
Edad, pasando del dibujo esquivo
A descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano;

Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva;
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caído de lados, y que aviva
Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos,
Hondo el canal dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos;
Llena el anca y crecida, largo el trecho
De la cola, y cabellos desdeñosos,
Ancho el hueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero
Si acaso caminando ignota puente
Se le opone al encuentro, y delantero
Precede a todo el escuadron siguiente;
Seguro, osado, denodado y fiero
No dude de arrojarse a la corriente
Raudal, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos al arma dio el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte;
Crece el resuello, y recogido el viento,
Por la abierta nariz ardiendo parte;
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas
De la fiera cerviz con fiero asalto,
Cuando con los relinchos encendidas
El aire y blanca nieve a Pelio alto,
Las matas más cerradas esparcidas
Al vago viento igual de salto en salto,
En el encuentro de su ninfa bella,
Saturno volador delante della ;
Tal el gallardo Cilaro iba en suma,
Y los de Marte atroz iban y tales ;
Fuego espiraba la albicante espuma
De los sangrientos frenos y bozales ;
Tal con el tremolar de libia pluma
Volaban por los campos desiguales
Con ánimos y pechos varoniles
Los del carro feroz del grande Aquiles,
A los cuales excede en hermosura
El cisne volador del señor mío ;
Que la vitoria cierta se asegura
De otro cualquiera en gentileza y brío ;
Va delante a la nieve helada y pura
En color, y en correr al Euro frío,
Y a cuantos en su verso culto admira
La ronca voz de la pelasga lira.
Salve, gran madre, a quien dichoso parto
Digno engrandece de corona y cetro,
Cuyo esplendor se extiende y crece harto
Más vivo y puro que el diurno eletro,
Rendido el persa, el agareno y parto
A su valor con sonoroso pletro ;
Sí, el suelo tiene aún quien venza y quiebre
De Esmirna y Roma el presumir célebre.
Cuales en torno el carro levantado
De uncidos ferocísimos leones
Van al abrigo del materno lado
De estrellas los ardientes escuadrones ;
No menor gozo tienta el pecho amado
Ver tu salir de ti tales varones,
Cuya virtud cual el celeste fuego
Reluce, y más el gran marqués de Priego.
Este, por quien de gloria coronada
Viste de eterno honor mil ornamentos,
Córdoba, de laureles adornada
Y de palmas sus altos fundamentos ;
Luz de su ilustre patria, levantada
Encima a cualesquier merecimientos ;
Y es bien razón que en serlo della sea
De cuanto alumbra el sol y el mar rodea.
Y si tú, grave cítara, pretendes
Seguir este subido heroico intento,
Y el valor celebrar donde te enciendes
Tanto, y alzar tu voz al claro asiento,
No consienten tus fuerzas lo que emprendes,
Que pocas son, y el ya cansado aliento ;
Vuelve, vuelve, y conoce la carrera
Que ya tomaste a proseguir primera.

DE LA IMITACIÓN DE LA NATURALEZA

Y pues ya sale y resplandece y dora
Con belleza de luz del nuevo día
El cielo oscuro la florida aurora,
Y alza la faz rosada al aura fría,
A vos llamo y a vos convoco ahora,
Ilustre y animosa compañía,
Que conmigo entendido aquella parte
Habéis de los principios de aquesta arte.
Mas ¿qué me canso de pintar, si al vivo
Desfallece el matiz y apenas llega,
Si con humilde ingenio lo que escribo
Mal el verso declara o mal despliega?
Del natural pretende alto motivo
Seguir que a sólo estudio no se entrega;
Del natural recoge los despojos
De lo que pueden alcanzar sus ojos.
Busca en el natural, y si supieres
Buscarlo, hallarás cuanto buscares;
No te canse mirarlo, y lo que vieres
Conserva en los diseños que sacares;
En la honrosa ocasión y menesteres
Te alegrará el provecho que hallares;
Y con vivos colores resucita
El vivo que el pincel e ingenio imita.
No me atrevo a decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de contino en un sujeto,
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las cría sin ningún defeto,
A todas en belleza preferidas,
Naturaleza, tú entresaca el modo,
Y de partes perfectas haz un todo.

DE LAS IMÁGENES DE LA FANTASÍA

En el silencio oscuro su belleza,
Desnuda de afectadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza
Por tantos modos y por tantas vías,
Para que el arte atienda a su lindeza
Con nuevo ardor cuando en las cumbres frías
La luna embiste blanca y en cabello
Al pastorcillo desdeñoso y bello.
Las frescas espeluncas ascondidas
De arboredos silvestres y sombríos,
Los sacros bosques, selvas extendidas
Entre corrientes de cerúleos ríos;
Vivos lagos y perlas esparcidas
Entre esmeraldas y jacintos fríos
Contemple, y la memoria entretenida
De varias cosas queda enriquecida.

PREDICCIÓN DE SÍ MISMO

Si dispusiese el soberano cielo,
Cuyo imperio corrige y ley gobierna
Cuanto a luz manifiesta el ancho suelo,
Y el estado mortal siguiendo alterna,
Que después que dé vuelta el leve vuelo
Del tiempo, que consume y desgobierna
Cuanto produce y cría el universo,
Viviese la memoria de mi verso,

Será quizá que entre otros desvaríos
En que dan los que aquesta humana senda
Huellan, mírase en los preceptos míos
Uno que alzarse a la virtud pretenda,
Y añadiendo al cuidado nuevos bríos,
Levantar a su antiguo honor emprenda
Esta arte ya perdida y desechada,
Sin honra en el olvido sepultada.

¿Cómo? ¿No puede ser? Un tiempo estuvo,
Y pasaron mil años, ascondida,
En tanto que la niebla oscura tuvo
De la ignorancia la virtud sin vida,
Hasta que aventajadamente hubo
Quien la ensalzó do ahora está subida;
Mas, como todas las cosas, nunca puede
Firmarse donde permanezca y quede.

No asienta en nada el pie ni permanece
Cosa jamás criada en un estado;
Este hermoso sol que resplandece
Y el coro de los astros levantado,
El vago aire y sonante, y cuanto crece
En la tierra y el mar de grado en grado
Mueven, como ellos cambian vez y asientos,
Y revuelven los grandes elementos.

JUAN RUFO

Juan Rufo, nacido en Córdoba, fue poeta y humanista. Nacido en 1547 estuvo en la guerra de los moriscos y en la batalla de Lepanto, temas ambos de su poema *La Austríada*. Fue Jurado en su ciudad natal donde murió en 1620.

BIBLIOGRAFÍA: Ed. B. A. E., vol. XXIX, pág. 1-136.

LA AUSTRÍADA

BATALLA DE LEPANTO

¿Quién me dará la voz alta y facunda
Y el término eficaz que se requiere
Para cantar la guerra furibunda
Cuyo conflicto ya los aires hiere?
Aquella vena homérica bien funda
De Frigia el fin, y su poder que muere;
Marón con gracia idónea y exquisita
Sigue sus pasos, y su estilo imita.

Estacio pinta a Tebas asolada,
Y otros autores otras cosas tales,
Y algunos, con industria celebrada,
Otros sucesos bélicos navales;
Mas en diversidad tan variada
Pudo el ser los sujetos casi iguales
Ofrecelle camino propio y cierto
Para imitarse en frasis y concierto.

Yo, que sujeto nuevo y peregrino,
Con menos suficiencia que osadía,
Escribir en mis versos determino,
¿Cómo podré llegar donde debría?
¿A qué poeta griego ni latino
Con apta imitación seguir podría,
Si cada cual en arte me precede,
Y el sujeto que trato al suyo excede?

Porque en la edad pasada no hay noticia
De guerra ni conflicto semejante,
Ni el ejercicio de naval milicia
Pudo jamás estar tan adelante;
Ni el temple, que el acero beneficia
Hasta dalle fineza de diamante,
Forjado habían diestros oficiales,
Ni pólvora las furias infernales.

¡Oh caso memorable y espantoso,
Que con aquellas armas insufribles,
A cuyo efecto bravo y poderoso
Se prostran las murallas más terribles,
Y el más fuerte castillo, a que el penoso
Asiento daba fuerzas invencibles,
Se venga a combatir en esta era
Sobre frágiles casas de madera!

. . . . . .

En esto la batalla presentada
Fue de un tronante tiro, y al momento
Del católico bando confirmada,
Respondiendo con dos al mismo intento.
La gran virtud de Carlos celebrada,
Y el más que humano término y talento
Que mostró la experiencia en tiempos tales,
Hoy muestran en su hijo las señales.
Salta en un barco con alegre cara,
Con ademán heroico y generoso,
Como si por Madrid gallardo entrara,
Ya del fiero enemigo victorioso,
Por la armada discurre, y en voz clara
Les habla, y en estilo tan sabroso,
Que nunca Marco Tulio defendiendo,
Tuvo tal eficacia persuadiendo.
«Si nuestra buena suerte conocemos,
Caros amigos míos, les decía,
La justísima causa que tenemos
De cualquiera peligro nos desvía;
Si ventura y descanso pretendemos,
Si honra con provecho, hoy es el día
En que Dios con nosotros lo reparte;
Hagamos lo que toca a nuestra parte.
»Hoy de los altos cielos la influencia
Se muestra con aspecto a nos propicio;
Hoy la divina, eterna Providencia
Nos concede un inmenso beneficio;
Suyo es el caso, suya es la pendencia;
No es humana pasión ni otro artificio;
La Iglesia santa en fe representamos,
Y por Dios uno y trino peleamos.
»Y aunque este mar sagrado en lo profundo
Depósito nos fuese y sepultura,
Sería nuestra muerte invidia al mundo,
Y vida a nuestras almas más segura;
Muestre pues cada cual pecho jocundo,
Y sepa aprovechar la coyuntura,
Que yo espero vencer, y no me obligo
A mucho, pues tal gente está conmigo».
Esta amonestación, estas razones
Hicieron tal efecto en los soldados,
Que no les caben ya los corazones
En los feroces pechos encerrados;
Huye el recelo y vuélvense leones,
De amor, fe y esperanza asegurados;
Mas ¿quién al General entonces viera,
Que ya por vencedor no se tuviera?
Que Pompeyo, presago de sus males,
Causa fue en la farsálica caída
Dando de sí tristísimas señales,
Para quedar su gente destruída;
Así que, deste ejemplo y otros tales
Nos queda por verdad clara y sabida
Que recambia el valor de sólo uno
Sobre el ánimo y ser de cada uno.

Estando las armadas ya vecinas,
A un esclavo cristiano Alí pregunta:
« ¿Qué número de velas determinas
Con insignia española en esta junta? —
Noventa, dijo, cuento ponentinas ».
Y el Bajá comenzó a perder la punta;
La disimulación perdió la rienda,
Aunque le cumple que esto no se entienda.
Dijo: « Si es vuestro día, y Dios lo quiere,
Si fortuna el vencer me concediere,
Que no os dará más pena el remo duro,
Ni el cónitre cruel que agora os hiere,
Ni de Constantinopla el fuerte muro;
Iros héis por albricias señaladas,
Libres a vuestras casas deseadas ».
Así hablaba el General severo,
Aunque en el rostro pena descubría,
Que, despojado del color primero,
Mortal amarillez en sí tenía.
« Mahoma, agora, dice, es cuando quiero
Que mires por tu honra y por la mía.
¡Arma, soldados, arma; y vos, canalla,
Arranca, boga, apriesa a la batalla! ».
La fiera tempestad y el son horrendo
De las espesas balas y cañones
Comienzan a tronar, y van creciendo
Apriesa los nocivos turbiones;
A todos ensordece un bravo estruendo;
Los hechos valen ya, no las razones;
El hondo mar, gimiendo, se estremece,
El aire se condensa y escurece.
No hay cosa en tal aprieto que no espante,
Todo amenaza inevitable muerte;
Que en una competencia tan pujante
No puede haber lugar ni escudo fuerte;
Sólo el valor allí se ve constante
De la virtud, que no se rinde a suerte,
Y sabe despreciar, firme y segura,
Los mudables efectos de ventura.
Cual Austro y Bóreas vienen a encontrarse
En medio del invierno embravecido,
Y trabajando, luchan por mezclarse,
Ensordeciendo el mundo con ruido,
Vinieron las armadas a trabarse,
Y al pavoroso estruendo y alarido
Estremecióse el centro y el altura,
Y otro segundo caos temió natura.
Porque los poderosos elementos,
Bramando, pareció que se ofendieron,
Y fuera de sus límites y asientos
En nueva confusión se revolvieron.
¿Quién explicar podría los sangrientos
Y espantosos estragos que se hicieron
En poco más espacio de un instante,
Especial en la armada de levante?

Vengan aquí las guerras fabulosas,
Trabadas entre dioses y gigantes,
Las encantadas lanzas espantosas,
A fuerza natural sobrepujantes,
Y salgan las corazas escamosas,
Con los petos y escudos de diamantes,
Y aquellas mismas armas que al Troyano
Forjó la ardiente fragua de Vulcano.

Que otra batalla cierta aquí daremos
Entre hombres, y con armas sin encanto,
En la cual se verán cien mil extremos
Que al mundo dejarán eterno espanto;
Nueva gloria en vencer celebraremos,
Si en verso o prosa puede caber tanto,
Una verdad purísima y sencilla,
Que a ser ficción, aun fuera maravilla.

Del juego de la brava artillería
A los turcos la pérdida tocaba,
Porque en las galeazas tanta había,
Que bien claro su efecto se mostraba,
Y porque a nuestra armada en este día
El ser bajas las proas le importaba,
Y también porque quiso el otomano
Ganarnos, como dicen, por la mano.

Y así, volaron por el aire abierto
Algunos de sus tiros vanamente,
Y otros, ejecutando el golpe incierto,
Fueron de muy pequeño inconveniente;
Mas, como del moral el fruto es cierto
Todos los años infaliblemente,
Porque mete sus flores y verdura
Cuando el verano entrado le asegura;

Así de nuestro bando la prudencia
Había en sus consejos prevenido
Que, tardando en tirar con advertencia,
No hubiese tiro vano ni perdido;
Correspondió al intento la experiencia,
Mas el turco soberbio y ofendido,
De poderse vengar no desconfía,
A las manos llegando en la porfía.

Después que de la pólvora humosa
La niebla se ausentó y quedó esparcida,
Luego la seña ronca desdeñosa
Divulgó la sangrienta arremetida;
La multitud de bárbaros odiosa
Grita con algazara desmedida;
«Santiago» decían los cristianos,
Y volando se llegan a las manos.

El general de España, deseando
Tentar la más difícil aventura,
A la real turquesca iba buscando,
La cual esto pretende, esto procura;
Y no podrá faltalles cómo y cuándo
Les dé el tiempo sazón y coyuntura;
Que no hay más fácil cosa que hallarse
Dos que de veras tratan de buscarse.

Como tal vez caballos animosos
Con las herradas uñas van midiendo
Velozmente los sitios polvorosos,
Sus dueños el peligro no sabiendo,
Y al encuentro recíproco furiosos
Llegan, los fuertes pechos deshaciendo;
Así las dos galeras poderosas
Terribles se embistieron y espantosas.
Al son de los clarines y trompetas
Se embisten las demás embravecidas,
Con la furia que suelen ir cometas,
Dejando tras sí rayas encendidas;
No pasan por el aire las saetas
En curso más veloz, siendo impelidas,
Que cierran las armadas, de quien pende
El bien y mal del hecho que se emprende.
Tal quiebra al embestir la palamenta,
Y tal de las del turco, mal su grado,
Siente en las obras vivas la violenta
Furia del plomo y hierro salitrado,
Y hace, cía, escurre, inquiere y tienta
Remedios en su daño confirmado,
Hasta que ya del mar deja vencerse,
Y en breve espacio acaba de perderse.
Como toros valientes madrigados,
Heridos de aquel mal que llaman celo,
Suelen bramar por selvas y collados,
Con las uñas rayendo el duro suelo;
Y de su misma seña convocados,
Vienen a la contienda sin recelo,
Donde queda por guerra establecido
Cuál será vencedor y cuál vencido;
Tal fue el reñido encuentro y fuerte saña
Con que las dos reales se encontraron;
Balas y flechas, golpes, fuerza y maña,
Heridas, muertes y dolor causaron;
Ciega y dudosa anduvo la maraña,
En cada parte dieron y tomaron,
Porque si treinta turcos perecían,
Sesenta en su lugar sobrevenían.
Que estaban por la popa tres bajeles
De ñudosas escalas prevenidos,
Sostituyendo escuadras infieles
En lugar de los muertos y heridos;
Por una larga pieza resistidos,
Entre suertes de guerra desiguales,
Y el bravo resonar de los metales.
De fanal otros cuatro a los dos lados
La turquesca real también tenía,
Con la mayor braveza de soldados
De todos los confines de Turquía;
La de España tenía a los costados
Del Papa y de la libre Señoría
Las capitanas dos, donde el Venero
Venía y el romano caballero.

. . . . . .

Ya todas las galeras abordadas
Aquel naval conflicto acrecentaban,
Y las feroces armas, intricadas
En sangre, de ambas partes se bañaban;
Sonaba el golpear de las espadas,
Los tiros espantosos no cesaban,
Avívase el furor, la saña crece,
Y Marte sin piedad se ensoberbece.

¿Quién al templado son de blanda lira,
Puesto que fuese la del tracio Orfeo,
Podrá a un tiempo cantar enojos, ira,
Rabia, dolor, pesar, muerte y deseo,
La maña, fuerza y lo demás que admira,
Sobre el cerúleo reino de Nereo,
Donde llenas de tales acidentes
Se estaban oprimiendo tantas gentes?

Escudos, yelmos, astas va volcando
El turbio lago en raudos remolinos;
Quiébranse remos de uno y otro bando,
De gruesas hayas y teosos pinos;
El aire suena, en torno rebramando,
Herido de fogosos torbellinos,
Hierven las olas, cruje la madera,
Y el horrible combate persevera.

Trabada estaba la cruel porfía,
Y el discorde furor tan en su punto,
Que andar sobre las aguas parecía
En fiera lucha todo el mundo junto:
El confuso ruido y vocería
Se puede averiguar, que era un trasunto
Del espantoso reino inexorable,
Donde vive la muerte perdurable.

Con sus escuadras fuertes las reales
Lo último hacían de potencia
Por la victoria; pero están neutrales
Los arduos fines, y ella en contingencia;
Mas el de Santa-Cruz, viendo señales
De estar en su vigor la turbulencia,
Con el socorro acude y corre apriesa
Donde mayor peligro se atraviesa.

Y así, al tiempo llegó que, rodeada
La real de enemigos, sostenía
Contienda desigual y porfiada,
Sin un bajel que entonces la embestía,
Al cual por el través la Loba osada,
Galera insigne en que el Marqués venía,
La asalta poderoso, y de su intento
La defraudó con pena y escarmiento.

Apriétase de nuevo aquel conflito;
El mar brama, revuelto y conmovido,
De balas vuela un número infinito,
Y de flechas exceso nunca oído;
La bárbara nación, según su rito,
Levanta al cielo el pérfido alarido
Que al enemigo flaco es espantoso
En el marcial oficio sanguinoso.

Estando así la lid fiera, inhumana,
Por el fogón a la real embiste
Una galera turca capitana,
Do la flor de genízaros asiste;
Mas don Pedro Zapata tanto afana
En remediar allí, y tanto resiste,
Que, como capitán diestro y valiente,
Aseguró el peligro y acidente.

Tenía este lugar a su defensa
Don Pedro en aquel trance cometido,
Cuyo valor, cuya bondad dispensa
El dalle el punto aquí que le es debido;
Sucédele al revés de lo que piensa
Al orgulloso turco y atrevido,
Porque surtiendo en tanta fortaleza,
Forzoso es que se rompa su braveza.

Algunos, por entrar apriesa, dieron
En el undoso mar burlado salto,
Heridos de tal suerte, que tuvieron
A un tiempo fin sus vidas y el asalto;
Muchos casos de fama sucedieron
En medio de aquel recio sobresalto,
Y el capitán Domingo, en tal estrago
Fue martes para turcos aciago;

Porque hizo soltar la artillería,
Que a cargo suyo en la real estaba,
Cinco veces en la áspera porfía,
Facción que a nuestras cosas importaba;
Mas tanta multitud sobrevenía,
Que nuevo sucesor jamás faltaba
En los muchos lugares que soldados
Dejaban con morir desamparados.

Los arroyos de sangre que corrían
Las aguas en color diferenciaban,
Donde los cuerpos míseros bebían
La que por muchas partes derramaban;
Armas defienden, armas ofendían,
Y tan confusamente se mezclaban,
Que algunos vivos se juzgaban muertos,
Y otros muriendo estaban dello inciertos.

Tal del furioso tiro reservado
Vio sus colaterales piezas hechos,
Sangriento su vestido, y ruciado
Con sesos de los otros ya deshechos;
Y tal de sutil bala traspasado
Por mitad del costado o de los pechos,
Aquel sano, por muerto se juzgaba
Y este muriendo, nunca lo pensaba.

Los unos por matar mueren contentos,
Los otros por vencer darán la vida;
Las ya cansadas fuerzas sin alientos
Vuelve a corroborar ira encendida;
Ansias, fatigas, penas ni tormentos,
Calor, sed ni otra plaga allí es sentida:
Tanto promete el fin de la victoria,
Tanto puede el amor de fama y gloria.

¡Oh inmenso Dios, que cielo y tierra miras,
Y todo está presente a tu presencia,
Tus secretos escondes y retiras
En tu divino ser y providencia!
¿Cómo se aplacarán tamañas iras?
¿Qué fin ha de tener tan gran pendencia,
Pues parece que pende desta guerra
El general dominio de la tierra?
¿Por ventura, Señor, querrás que sea
Tu pueblo castigado y perseguido?
¿Habrás por bien que el mal profeta vea
El suyo en nuestra sangre ennoblecido?
¿Permitirás que el bárbaro posea
Los reinos que ha usurpado y adquirido,
Y su poder ensanche y monarquía
Con el principio alegre deste día?
. . . . . .

Era la hora que el mejor planeta
Estaba en la mitad de su camino,
Cuando entre las reales más se aprieta
Trabada lucha con furor sanguino;
Los que profesan la burlada seta
Y los que a Dios adoran uno y trino,
Nunca el odio mortal y diferencia
Mostraron con tan áspera pendencia.
Arrimado al católico estandarte
En la alta popa el buen don Juan estaba,
Igual en todo al poderoso Marte,
Como su clara sangre le obligaba,
No cercado de muro o baluarte,
De hondo foso o espaciosa cava,
Antes sujeto al peligroso hado
Del mas sin nombre y mísero soldado.
Pero su corazón, de esfuerzo lleno,
Desprecia el riesgo extraño y aventura,
Y en su rostro se ve un cielo sereno,
Que la victoria a todos asegura;
Alí-Bajá tambien, de miedo ajeno,
A su legislador promete y jura
Edificar un templo y relicario
Si le deja triunfar de su adversario.
Este fue el día verdaderamente
Más nuevo en todo a la memoria humana,
Y donde se entendió más evidente
Del valor la ecelencia soberana;
Dame el licor de tu castalia fuente,,
¡Oh gran Maestro de la ley cristiana!
Para que saque deste mar profundo
Los que hacer famosos debe el mundo.

Alonso de Ercilla y Zúñiga

Alonso de Ercilla y Zúñiga (nacido en 1533) de noble familia, acompañó a Felipe II a Flandes e Inglaterra; pasó a Indias para asistir a la guerra de Chile, tomando parte en muchas batallas; el Rey le premió —a pesar de un acto grave de indisciplina que cometió— con un repartimiento de indios y una lanza de a caballo con mil pesos anuales de salario. Volvió a España, reintegrándose a la vida cortesana. Murió en 1594.

La Araucana es un «diario de un testigo» de la guerra de Chile. Se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabían seis versos, relata el poeta.

Se divide en tres partes: la primera, la más vivida en relación con las hazañas militares; la segunda y tercera, intercalan visiones de carácter mitológico o de batallas como las de San Quintín y Lepanto, que interrumpen el relato.

Los araucanos luchan denodadamente al mando de Caupolicán y aunque debilitados por rivalidades entre algunos de sus caciques como Tucapel y Rengo, ofrecen dura resistencia. La obra termina con la derrota y muerte en suplicio de Caupolicán, verdadero héroe de la epopeya, que nubla incluso al general español, don García Hurtado de Mendoza.

Terminemos con el juicio que acerca de esta obra escribió José Toribio Medina, editor de *La Araucana*:

«Sentimiento patrio, personificado en el monarca, estusiasmo religioso y espíritu de aventuras, derivado, especialmente para los que pasaron a América confiados en el empuje de su espada y en un valor a toda prueba para desafiar los peligros que en su conquista les ofrecían sus pobladores... derivado, decimos, del éxito que tantas veces coronó sus arriesgadas empresas, fueron así los distintivos del genio español en ese tiempo y, por tanto, rasgos también del carácter de Ercilla».

Bibliografía. Ed.: B. A. E., XVII; Santiago de Chile, ed. J. T. Medina, 1910-13 2 vols. V. J. T. Medina; *Vida de Ercilla*, ed. México, «Fondo de Cultura Económica».

La Araucana

Al Rey nuestro señor

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas a vuestra Majestad, esta, como necesitada, acude al amparo que ha menester. Suplico a vuestra Majestad sea servido de pasar los ojos por ella y que con merced tan grande demás de dejarla vuestra Majestad ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la católica persona de vuestra Majestad.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga

Prólogo

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me había de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero, considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar a ello; y así, el que pude hurtar le gasté en este libro el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos

tan pequeños, que apenas cabían seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intención con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiración que, no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opinión adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente, por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, vienen también las mujeres a la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, a ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y a los que la leyeren se la encomiendo.

CANTO PRIMERO

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó a rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que a la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables
De gente que a ningún rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razón merecen:
Raras industrias, términos loables
Que más los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor más estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada
Queda con darse a vos favorecida:
Es relación sin corromper sacada
De la verdad, cortada a su medida;
No despreciéis el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero a señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en más lo tenga;
Y si esto no bastare a no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va a vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡Que crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin orden, lleno de arte;
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, a lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
En la región antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni a estranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del este a oeste de angostura
Cien millas por lo más ancho tomado:
Bajo del polo antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado,
Hasta do el mar Océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, señor, fue el primer hombre
Que abriendo este camino le dio nombre.

Por falta de pilotos, o encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
Y báñala del oeste la marina ;
A la banda del leste va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina :
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio mas se afina ;
Venus y Amor aquí no alcanzan parte ;
Sólo domina el iracundo Marte. .
Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está a treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre ajena y propia cuesta :
Éste es el fiero pueblo no domado
Que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.
Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo más deste gran término tenía,
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se estendía ;
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mía :
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.
De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseído,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido :
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido ;
Otros caciques hay, más por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.
Sólo al señor de imposición le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasión cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos ;
Pero así la obligación el señor tiene
En las cosas de guerra dotrinallos
Con tal uso, cuidado y disciplina,
Que son maestros después desta doctrina.
En lo que usan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa ;
Y al puesto y fin del curso revolviendo,
Le dan al vencedor alguna cosa ;
Vienen a ser tan sueltos y alentados,
Que alcanzan por aliento los venados.
Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio
Entrando en más edad los ejercitan :
Si alguno de flaqueza da un indicio,
Del uso militar lo inhabilitan,
Y el que sale en las armas señalado
Conforme a su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveídos,
Ni van por calidad ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la escelencia,
Ésta hace los hombres preferidos,
Ésta ilustra, habilita, perficiona,
Y quilata el valor de la persona.

Los que están a la guerra dedicados
No son a otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados,
Y de la gente baja mantenidos;
Pero son por las leyes obligados
De estar a punto de armas proveídos,
Y a saber diestramente gobernallas
En las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos más ejercitadas
Son picas, alabardas y lanzones,
Con otras puntas largas enastadas
De la fación y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sarjentas, flechas y bastones,
Lazos de fuertes mimbres y bejucos,
Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora;
Y otras según los tiempos inventado,
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas
Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma común a todos los soldados,
Y otros a la manera de sayetes,
Que son aunque modernos más usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida y duro cuero,
Que no basta a ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
Y es aquella a que más naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de más de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la protección de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Hasta medir a pica al enemigo.

Si el escuadrón primero que acomete
Por fuerza viene a ser desbaratado,
Tan presto a socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo a ser notado;
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen a veces acogerse,
Si viene a suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada a nuestra gente.

Del escuadrón se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algún cristiano,
Salga luego adelante mano a mano.

Hasta treinta o cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores;
Las armas matizadas a porfía
Con varias y finísimas colores,
De poblados penachos adornados,
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algún aprieto y grande estrecho;
De do más a su salvo se defienden,
Y salen de rebato a caso hecho,
Recogiéndose a tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que a los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho en trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado,
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y más seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cuál es largo, cuál ancho, cuál estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar más sin recelo;
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo sólo por remedio el cielo,
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada;
Y así a cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores,

Haciéndoles saber cómo se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse;
Pues a todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse;
Según el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;
Lo cual visto que a todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado,
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinión es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente común y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene a averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque a noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse:
Tres días se han de haber ratificado
En la difinición sin retratarse;
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como a forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo más hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado.
Do una fresca y altísima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida a descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.
Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fue del cielo derribado,
Que como a poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y a todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso o mal futuro.
Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito;
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque más les insista el apetito:
Caso grave y negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre a alguno si es valiente.
Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia a que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros
Por las cuales sus cosas determinan;
Veneran a los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.
Algunos destos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que sólo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia;
Estos son los que ponen en errores
Al liviano común con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica Escritura.
Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas sólo aquel vivir les aprovecha
De ser por sabios hombres reputados;
Pero la espada, lanza, el arco y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agüero alegre o triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y a sólo esto los ánimos aspiran :
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condición feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervos bien fornidos :
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De fríos mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni estranjera nación que se jactase
De haber dado en sus términos pisada,
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada,
Siempre fue exenta, indómita, temida,
De leyes libre, de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado
En todas las antárticas regiones,
Fue un señor en estremo aficionado
A ver y conquistar nuevas naciones,
Y por la gran noticia del estado
A Chile despachó sus orejones ;
Mas la parlera fama desta gente
La sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza a servidumbre los trujeron,
A do leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciéndoles con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante :
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor a la fama que alcanzada
Tenía el pueblo araucano por la espada.

Los promaucaes de Maule que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen orden que lozanos ;
Y las cosas de suerte sucedieron,
Que llegando estas gentes a las manos
Murieron infinitos orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente,
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los españoles la han probado;
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nación, que cotejado
El valor de las armas y escelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.
Los Ingas que la fuerza conocían
Que en la provincia indómita se encierra,
Y cuán poco a los brazos ganarían
Llevada al cabo la empezada guerra;
Visto el errado intento que traían
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron a los pueblos que dejaron
Donde por algún tiempo reposaron.
Pues don Diego de Almagro, adelantado
Que en otras mil conquistas se había visto,
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convino.
A sólo el de Valdivia esta vitoria
Con justa y gran razón le fue otorgada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo
Y en opresión la libertad redujo.
Con una espada y capa solamente
Ayudado de industria que tenía,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañía:
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha vía,
Resuelto en acabar desta salida
La demanda difícil o la vida.
Viose en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frío en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho;
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, a despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.
Tuvo a la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines muy dudosos;
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raíces desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Do a las bárbaras armas oprimidas
A la española devoción trujeron
Por ánimo constante y raras pruebas,
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, cauquenes, gente belicosa;
Y el Maule y raudo Itata atravesando
Llegó al Andalien, do la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde a punto llegó de ser perdido;
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
Que todas las demás le había acorrido:
Otros dello darán más larga cuenta,
Que les está este cargo cometido:
Allí fue preso el bárbaro Ainavillo,
Honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
El cual divide a Penco del estado,
Que del Nibequetén copioso río
Y de otros viene al mar acompañado:
De donde con presteza y nuevo brío,
En orden buena y escuadrón formado,
Pasó de Andalicán la áspera sierra,
Pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme más en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
Y así pienso pasar por todo presto
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto,
Que antes que los de Arauco a servidumbre
Viniesen, fueron tantas las batallas,
Que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres que por milagro y caso estraño
De la región celeste eran venidos;
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como a inmortales dioses los tenían,
Que con ardientes rayos combatían.

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los más supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresión claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dio Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo a Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo a su opinión gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villarica y la del Lago.
El felice suceso, la vitoria,
La fama y posesiones que adquirían
Los trujo a tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabían;
Sin pasarles jamás por la memoria,
Que en siete pies de tierra al fin habían
De venir a caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.
Crecían los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia había por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.
Así el ingrato pueblo castellano
En mal y estimación iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel a quien él mismo puso el yugo.
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.
El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.
Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaría,
En dos soldados nuestros, que a tormento
Mataron sin razón y causa un día:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióles la osadía;
No aguardando a más tiempo, abiertamente
Comienzan a llamar y juntar gente.
Principio fue del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor, desvergonzado,
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo espresa.

Expuesto el escenario de la obra se describe el estado en que se hallaban los araucanos separados por discordias internas. La acción militar se mueve alrededor del fuerte de Tucapel donde muere el capitán Valdivia. En este combate alcanza gran renombre el cacique Lautaro (Cantos II y III). Prosigue la batalla (IV, V y VI) retirándose los españoles derrotados a la ciudad de Concepción (VII). Continúa la lucha con varia fortuna (VIII-XII) hasta que llega el Marqués de Cañete al Perú con el capitán Francisco de Villagrán que cae sobre el grueso de las tropas de Lautaro, quien muere en el combate (XIII-XVII). El Canto XVIII es una descripción incidental de la batalla de San Quintín. Prosiguen los combates con varia fortuna : ataque fracasado de los araucanos al fuerte de Penco (XIX-XX) y reacción victoriosa de los españoles (XXI-XXIII). El Canto XXIV es otra incidencia : describe la batalla de Lepanto. Estando los españoles en el campo de Millarapué vienen a desafiarlos de parte del cacique Caupolicán, sobreviniendo la espantosa batalla que se describe en el Canto XXV.

CANTO XXV

Asientan los españoles su campo en Millarapué ; llega a desafiarlos un indio de parte de Caupolicán ; vienen a la batalla muy reñida y sangrienta ; señálanse Tucapel y Rengo ; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel día.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que así difícilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los más famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni más celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron :
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién los mostró a formar los escuadrones,
Representar en orden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuánto en uso militar se halla?
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fue secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la esperiencia ;
Pues por mañas jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos días.

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron

Con gran constancia y firmes continentes ;
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño
Creciendo su cautela y nuestro engaño.
Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitán aposentado.
Y a su presencia el bárbaro llegando
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente :
« ¡Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traído
Que el gran Caupolicano deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo a solo la batalla.
» Que siendo de personas informado,
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitán y cabeza desta gente ;
Dándote por ventaja de su grado
La elección de las armas francamente,
Sin escepción de condición alguna,
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.
» Y así por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá a presentar en este llano :
Do con firmeza de ambas partes llana
En medio de los campos mano a mano,
Si quieres combatir sobre este hecho
Remitirá a las armas el derecho.
» Con pacto y condición que si vencieres
Someterá la tierra a tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia ;
Y cuando tú por él vencido fueres
Libre te dejará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino sólo el honor de la vitoria.
» Mira que sólo en que esta voz se estienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente ;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano,
Persona por persona y mano a mano.
» Esto es a lo que vengo ; y así pido
Te resuelvas en breve a tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido

Rehusar o acetar el desafío;
Que aunque el peligro es grande y conocido,
De tu altiveza y ánimo confío,
Que al fin satisfarás con osadía
A tu estimado honor y al que me envía».
Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiento
Podrá a su voluntad venir seguro».
El indio que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente».
Con esto sin pasar más adelante
Las espaldas volvió y tomó la vía,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinión que nos tenía.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba a reconocer con este intento
La gente y pertrechado alojamiento.
Venida pues la noche, los soldados
En orden de batalla nos pusimos,
Y a las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados,
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que sólo vino
A tomar lengua y descubrir camino.
Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las había reducido a sólo una:
Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres distintas partes dividido
El ejército bárbaro ordenado,
Cada escuadrón de gente muy fornido,
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual orden como cuento
Cercando nuestro estrecho alojamiento.
La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadrón siniestro encaminada
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.
Pero Caupolicán que gobernando
Iba aquel escuadrón algo adelante,
El paso hasta su gente retirando

Hizo calar las picas a un instante,
Donde los pies y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro estraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.
Unos sin alas con lijero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros vueltas las plantas hacia el cielo
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar más recio las rodillas,
Aunque más se mostraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.
De sus golpes los nuestros no faltaron,
Que todos sin errar fueron derechos:
Cuáles de banda a banda atravesaron,
Cuáles atropellaron con los pechos.
Todos en un instante se mezclaron
Viniendo a las espadas más estrechos
Con tal priesa y rumor, que parecía
La espantosa vulcánea herrería.
El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y a la derecha y a la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y echa a tierra:
Hallándose muy junto a Berzocano,
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tal puñada
Que le abolló en los cascos la celada.
Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fue por su desdicha el más vecino:
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino;
Y al yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcón al pollo o palomino,
Sin poderle valer los más cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.
Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando
A su pesar usaron de crianza,
Hincando a un tiempo entrambos las rodillas.
Con un batir de dientes y ternillas.
Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero, crudo
Ya tiran a los pies, ya a la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo.
Así pues anduvieron una pieza,
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza a su pesar los despartieron.
Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufré con riesgo estraño

Sustentan todo el peso de su banda.
También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martín Ruiz y Juan López de Gamboa.
Pues don Luis de Toledo, peleando,
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo
Resisten al furor del indio bando
Con Diego Cano, Pérez y Ronquillo.
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo
Derriban a sus pies gallardamente,
Aunque a costa de sangre, mucha gente.
El escuadrón de enmedio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida
Acude a socorrer la furia horrenda;
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale a recibir a toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro,
La tierra se apretó contra su centro.
Hubo muchas caídas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos;
Lanzas, gorguces y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:
Vienen en un momento a las espadas,
Y aun otros más coléricos a brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.
El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó a Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.
Mata de un golpe a Torbo fácilmente,
Y dio a Juan de Inarauna tal herida,
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y a Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazón inadvertido
De más de diez espadas fue herido.
Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso montón le fatigaba;
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que a muchos con castigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.
Tanto en más ira y más furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende

Donde mayor dificultad se ofrece ;
Lo más dudoso y de más riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece :
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.
El último escuadrón y más copioso
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso aunque ordenado presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo ;
Y en el dispuesto llano y espacioso
Nuestro escuadrón del todo descubriendo,
Se detuvo algún tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.
Delante desta escuadra pues venía
El mozo Galvarino sarjenteando,
Que sus troncados brazos descubría
Las llagas aún sangrientas amostrando :
De un canto al otro apriesa discurría
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,
Diciendo : « O valentísimos soldados,
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano :
Estad de la victoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habéis vencido tantas veces.
» Y esta postrer batalla fenecida
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame o triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos escesivos
Que el vencedor promete hoy a los vivos.
» Que si en esta batalla sois vencidos
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos
Inhábiles del uso de la guerra :
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habéis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios más serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.
» Tened, varones, siempre en la memoria,
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpetuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura ;
Considerad, soldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo.
» Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere :
Que todo lo que habemos deseado

La fortuna con ello hoy nos requiere.
También piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere:
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por juez el enemigo».
De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadrón apenas obediente
Podía sufrir el orden y tardanza;
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolución y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.
En el exento y pedregoso llano,
Que más de un tiro de arco se estendía,
Nuestro escuadrón a un tiempo mano a mano
Asimismo al encuentro le salía:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada cual traía
Se embisten los airados escuadrones,
Cayendo cuerpos muertos a montones.
No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron;
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron;
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.
Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia estraña,
Todos en un tesón igual poniendo
La estrema industria, la pujanza y maña.
Sube a los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.
Hierve el coraje, crece la contienda,
Y el batir sin cesar siempre más fuerte;
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso a la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.
Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.
Andrea pues, asimismo procurando
Fenecer la cuestión, le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando

La dicha de los dos los desviaba:
Que el italiano mozo peleando
En el otro escuadrón distante andaba
Haciendo por su estraña fuerza cosas,
Que aunque lícitas eran lastimosas.
Mata de un golpe a Trulo, y endereza
La dura punta, y a Pinol barrena,
Y sin brazo a Teguán una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe a Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo a Pon cercena;
Hiende a Narpo hasta el pecho, y a Brancolo
Como grulla le deja en un pie sólo.
Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo
Venía por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo
Vio cubierta de muertos la ancha tierra;
Y al jinovés gallardo conociendo
Como cebado tigre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los pies enhiesto.
Fue de la maza el jinovés cogido
En el alto crestón de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodón colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Vomita sangre, la color mudada,
Y vio dando de manos por el suelo
Vislumbres y relámpagos del cielo.
Redobla otro el gallardo mozo luego
Con mas furor y menos bien guiado,
Que a no ser a soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado;
El jinovés desatinado y ciego
Fue un poco de través; más recobrado,
Se puso en pie con priesa no pensada
Levantando a dos manos la ancha espada.
Y con la estrema rabia y fuerza rara
Sobre el joven la cala de manera,
Que si el ferrado leño no cruzara
De arriba a bajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco o tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida,
Que privara al mancebo de la vida.
Viéndose el araucano pues sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela;
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y como aquel que daño no recela,
Con sólo el trozo de bastón cortado
Aguija al enemigo confiado.
Hirióle en la cabeza, y a una mano
Saltó con lijereza y diestro brío
Hurtanto el cuerpo así, que el italiano

Con la espada azotó el aire vacío ;
Quiso hacello otra vez, más salió en vano
Que entrando recio al punto del desvío
Fue el jinovés tan presto, que no pudo
Sino cubrirse con su roto escudo.
Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor a la celada
Que defender no pudo la cabeza ;
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza ;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.
El bravo jinovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asía ;
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro joven escedía :
Revuélvense por una y otra parte,
El uno al pie del otro rebatía,
Intrincando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.
Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remón ocioso estaba,
Que de soldado y capitán prudente
Con igual disciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.
Santillán y don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,
Galdámez, don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida.
El fator Vega y contador Segarra
Habían echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velázquez y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos y Ribera.
Pasáranlo pues mal al otro lado,
Según la mucha gente que acudía,
Si don Felipe, don Simón y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañía
Con valeroso esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.
También acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivel y Altamirano,
Villaroel, Morán, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernández y Andicano :
Si de todos aquí mención no hago,
No culpen la intención, sino la mano,
Que no puede escribir lo que hacían
Tantos como allí a un tiempo combatían.
Sonaba a la sazón un gran ruido
En el otro escuadrón de mediodía,
Y era que el fiero Rengo embravecido,

Llevado de su esfuerzo y valentía
Se había por la batalla así metido
Que volver a los suyos no podía,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acosado
Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacía tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando;
Pero la turba acá y allá lijera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palas y armas enastadas,
Como a fiera de lejos arrojadas.
Uno deja tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura;
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y más incierto
Quebranta brazo, pierna o coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.
Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van a tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible;
Y por más que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.
Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que aun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte, por la orilla
De la alta loma, Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza
Por donde quiera que iba larga plaza
Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada,
Y en esto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama:
Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del montón, que sin recelo
Poco a poco cerrándole venía;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traía,
Viéndole así tratar sin poner duda
Rompe por el tropel a darle ayuda.
Dejó por tierra cuatro o seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos

Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacía tener bien a lo largo.
Llegóse a Rengo, y dijo: «Aunque enemigo
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte,
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mío,
Si cumples a su tiempo el desafío».
Rengo le respondió: «Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado».
En esto más lijero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pie, y a nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.
Tucapel replicó: «Sería bajeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazón aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida».
No se dijeron más, y por la vía
Los dos competidores araucanos
Haciéndose amistad y compañía
Iban, como si fueran dos hermanos:
Guardaba el uno al otro y defendía,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el escuadrón gallardamente
Llegaron a juntarse con su gente.
En esto a todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los dulces y ásperos acentos.
Era el rumor del uno y otro bando
Y de golpes la furia apresurada
Como ventosa y negra nube, cuando
Del vulturno o del céfiro arrojada
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados:
Pues de aquella manera y más furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas

Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban;
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.
Pero la parte que a la izquierda mano
La batalla primero había trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
A pura fuerza el escuadrón cristiano,
Del contrario tesón sobrepujado,
Comenzó poco a poco a perder tierra
Acia la espesa falda de la sierra.
Fue tan grande la priesa desta hora,
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la victoria y vencimiento.
Mas la misma fortuna burladora
Dio la vuelta a la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada.
Que el último escuadrón donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza
Metido en el contrario peleaba,
Haciendo fiero estrago y gran matanza;
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;
Ni yo basto a contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

La batalla termina con la derrota de los araucanos (XXVI). Sucede una descripción del imperio de España (XXVII) y una serie de episodios novelescos y guerreros (XXVIII-XXXII), y tras otra divagación incidental (XXXIII) que relata el episodio de la reina Dido de Cartago, se describe la prisión y muerte de Caupolicán, que reproducimos (Canto XXXIV).

CANTO XXXIV

Habla Caupolicán a Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan a la elección del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caída!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
Que el dejo del deleite es el tormento.
Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,

Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.
Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo-indiano
Tuvo en las armas el lugar primero;
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fue mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caída.
El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso a Reinoso claramente:
Que venido a saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:
«Si a vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caída hubiera sido
Debajo de hombre y capitán indino,
No tuviera el brazo así desfallecido,
Que no abriera a la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y mísera jornada.
»Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que a mí me fuere concedida;
Ni pienses que a la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por esperiencia he ya probado,
Cuán mal le está el vivir a un desdichado.
»Yo soy Caupolicán, que el hado mío
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.
»Soy quien mató a Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó a Purén desmantelado;
Soy el que puso a Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen a tus pies a que te pida
Por un muy breve término la vida.
»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona más es más clemente;
Y si a venganza la pasión te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira

Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.
» No pienses que aunque muera aquí a tus manos
Ha de faltar cabeza en el estado:
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya a los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error sería
Yendo tan cuesta abajo ya la mía.
» Mira que a muchos vences en vencerte;
Frena el ímpetu y cólera dañosa:
Que la ira examina al varón fuerte,
Y el perdonar, venganza es generosa.
La paz común destruyes con mi muerte:
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están a una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.
» Aspira a más y a mayor gloria atiende;
No quieras en poca agua así anegarte:
Que lo que la fortuna así pretende
Sólo es que quieras della aprovecharte.
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.
» Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, o capitán, satisfacerte,
Tendiera el cuello a que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y más en este tiempo, que la mía
La paz universal perturbaría.
» Y pues por la esperiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está a mi voluntad todo sujeto;
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.
» Tenme en prisión segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere:
Que yo sé que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado
Podré también morir, si no cumpliere:
Escoge lo que más te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto ».
No dijo el indio más, y la respuesta
Sin turbación mirándole atendía,
Y la importante vida o muerte presta
Callando con igual rostro pedía:
Que por más que fortuna contrapuesta

Procuraba abatirle, no podía,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierto término libre y grave modo.
Hecha la confesión como lo he escrito,
Con más rigor y priesa que advertencia,
Luego a empalar y asactearle vivo
Fue condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término escesivo
Causó en su gran semblante diferencia:
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.
Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano.
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiración de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.
Luego aquel triste aunque felice día,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitía
En la fe verdadera le informaron;
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.
Descalzo, destocado, a pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aún dudaba:
Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes a la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.
Puesto ya en lo más alto, revolviendo
A un lado y a otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo a maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.
Llegose él mismo al palo donde había
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mía

Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningún mal hay grande si es postrero».
Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás había sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:
«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho honrado
Cabe tan cosa fuera de medida,
Que a un hombre como yo, tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir el más culpado:
Que al fin todo se paga con la vida,
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo.
»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mi se arrancaron a porfía,
Que usada a nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mía?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este día,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano».
Esto dicho, y alzando el pie derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dio tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.
No el aguzado palo penetrante,
Por más que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fue bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.
En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban;
Y aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.
Mas fortuna cruel, que ya tenía
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salía
Forzando el curso le traía derecho;
Y en breve sin dejar parte vacía

De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.
Paréceme que siento enternecido
Al más cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, señor, no estuve yo presente:
Que a la nueva conquista había partido
De la remota y nunca vista gente;
Que si yo a la sazón allí estuviera
La cruda ejecución se suspendiera.
Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban a mirarle:
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aún puesto allí desfigurarle.
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle,
Ni allí se vio en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.
La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa,
Causando alteración y movimiento;
Luego la turba incrédula y dudosa,
Con nueva turbación y desatiento,
Corre con priesa y corazón incierto.
A ver si era verdad que fuese muerto.
Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí a la vista no se daba
Si ya no le tocaban con la mano,
Y aún tocado, después les parecía
Que era cosa de sueño o fantasía.
No la afrentosa muerte impertinente,
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente:
Antes de aquella injuria provocada,
A la cruel satisfacción aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.
Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobio recibido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y bastón ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas a la guerra
Incitando a furor toda la tierra.
Si hubiese de escribir la braveria
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopia,
Purén y Cayopil y Mareande,
En un espacio largo no podria,

Y fuera menester libro más grande :
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira a ser electo.
Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensajeros diligentes,
Para que se juntasen a consulta
En lugar apartado y parte oculta.
Los que abreviar el tiempo deseaban
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron ;
Otros que a otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.
Fue entre ellos acordado que viniesen
Solos, a la lijera, sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algún indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contrición fingida.
El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido,
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien o por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.
Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambición los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera o señal de conveniencia,
Fundando cada cual su desvarío
En la fuerza del brazo y albedrío.
Entrados como digo en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Según su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros denudados,
Aunque aguardaba a la sazón postrera,
Adelantó la voz desta manera...
Pero si no os cansáis, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el designio a nuestro polo :
Que aunque a deciros mucho me prefiero,

El sujeto que tomo basta solo
A levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.
Mas si me dáis licencia yo querría,
Para que más a tiempo esto refiera,
Alcanzar si pudiese a don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino había
Reformado los pueblos de manera,
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.
Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcán vecino,
Fragua, según afirman, de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero,
Término de Valdivia y fin postrero;
Donde también llegué: que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las más ciudades convocadas,
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así el tumulto bélico creciendo
En sordo son confuso rimbombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba.
Que arrebatado del ligero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oído:
Los cuales con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.
Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.
Quien sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas,
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando a los caciques de las vidas,
Quién que a las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades
Sin reservar lugar, sexo ni edades.
Crece el desorden, crece el desconcierto
Con cada cosa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa:
Sólo el salvarse les parece incierto,

Y esto los atribula y atormenta :
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.
Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razón hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdición considerada,
Se junta a consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.
Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento,
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestión y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo a doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.
El cual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusión que había,
Pues sin oir trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones
Les comenzó a decir estas razones :
« Escusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto a las puertas la tenemos ;
Pues el temor que a todos nos fatiga,
Nos apremia y constriñe a que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.
» ¿A qué fosado muro o antepecho,
A qué fuerza o ciudad, a qué castillo
Os podréis retirar en este estrecho;
Que baste sola un hora a resistillo?
Si queréis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitán, ni disciplina.
» Que estos barbudos crueles y terribles
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores :
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De sólo el pensamiento gobernados.
» Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no tenéis de fuerza o muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza
Y prevenir con tiempo el mal futuro :
Que mostrando doméstica llaneza

Les podéis prometer paso seguro
Como a nación vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño a nadie obliga.
» Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña ;
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan a entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada
De gente pobre y mísera habitada.
» Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos
Dejando por inútil esta empresa ;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará deste distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.
» Tenéis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato a los vecinos naturales ;
Cuya espesura grande y aspereza
Aun no pueden romper los animales,
Y las aves alíjeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle a vuelo.
» Llevados por aquí, sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso ;
Y si quieren buscar algún rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta región por miserable
Libre de su insolencia intolerable.
» Y aunque la libertad y vida mía
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero a encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé a entender nuestra laceria.
» Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios a otra parte ».
No acabó su razón el indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer a voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente ;
Y así la ejecución apresurando

En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas y ganados.
Ya el español con la presteza usada
Al último confín había venido,
Dando remate a la postrer jornada
Del límite hasta allí constituido;
Y puesto el pie en la raya señalada
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.

Los Cantos XXXV y XXXVI son en cierto modo epilogales describiéndose el archipiélago del sur de Chile y terminando (Canto XXXVII) con una justificación de la guerra y un comentario personal del poeta que reproducimos para terminar.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Hacia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
Golfos inavegables navegando,
Estendiendo, señor, vuestra corona
Hasta casi la austral frígida zona!
¿Qué jornadas también por mar y tierra
Habéis hecho que deje de seguiros,
A Italia, Augusta, a Flandes, a Inglaterra
Cuando el reino por rey vino a pediros?
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Pirú me llevó por más servicios,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.
Y el rebelde indiano castigado
Y el reino a la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Había del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.
Dejo por no cansaros y ser míos
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los fríos,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes ríos,
Los yermos despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que aun son para contadas importunas.
Ni digo cómo al fin por accidente
Del mozo capitán acelerado
Fui sacado a la plaza injustamente
A ser públicamente degollado;
Ni la larga prisión impertinente
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar más graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy más viva,
Desmaya la esperanza quebrantada
Viéndome proejar siempre agua arriba;
Y al cabo de tan larga y gran jornada,
Hallo que mi cansado barco arriba
De la fortuna adversa contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha vía
La carrera difícil he corrido;
Y aunque más inste la desdicha mía,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sino en sólo arribar a merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma:
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande inumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave
Y el tímido y dudoso paradero
El más sabio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo quiero,
Acabar de vivir, antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y distraída.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,
Y reducirme a lo postrero aguarde,
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverse a Dios jamás es tarde:
Que nunca su clemencia usó de arte;
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo, que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida más florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido:
Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razón que llore y que no cante.

PEDRO DE OÑA

Como es sabido, Pedro de Oña escribió el *Arauco Domado* para enaltecer la figura de don García Hurtado de Mendoza, que, a su juicio, había quedado poco valorada en *La Araucana* de Ercilla.

Oña era chileno de nacimiento, nacido en la ciudad de los Confines (1570); estudió en Lima. Es notable la estrofa que se separa de la octava real por tener los cuatro primeros versos constituyendo un cuarteto *(ABBA)*. Texto: «B. A. E.».

BIBLIOGRAFÍA: Ed. B. A. E., vol. XXIX, pág. 353-428.

ARAUCO DOMADO

PRÓLOGO AL LECTOR

Solicitado de tan grandes temores, cuanto lo son las causas de tenerlos, pongo, discreto lector, este mi libro en tus manos, porque demás del ordinario y justo recelo con que todos sacan sus obras a la almoneda de tantos y tan varios gustos, donde cada uno corta a la medida del suyo, tengo yo otros muchos particulares motivos para encogerme, y temblar de sacar a la luz de los altos y claros entendimientos la escuridad y bajeza del mío; así, por ser en la hora de agora cuando todo, y en especial el arte de la divina poesía con su riqueza de lenguaje y alteza de concetos, está tan adelgazado y en su punto, que ya parece no sería perfeción sino corrupción el pasar del término a que llega, como por suceder yo (si así lo puedo decir) a los escritos de tan celebrado y bien aceto poeta como don Alonso de Ercila y Zúñiga, y escrebir la misma materia que él, cosa que en mi (si aspirase a más que a traer a la memoria lo que él dejó al olvido, preciándome mucho de ir al olor de su rastro) pareceria tan grande locura como envidia el no confesarlo: ultra de que mi poco caudal y menos curso me hacen abatir las alas, si algunas me hubieran levantado los pocos años. Mas todas estas dificultades atropelló el sólo deseo de hacer algún servicio a la tierra donde nací (tanto como esto puede el amor a la patria), celebrando en parte con mis incultos versos las obras de aquellos que, sirviendo en ella a su rey, dieron a costa de sus vidas plumas y lenguas a la fama, y el principal entre estos, el marqués don García Hurtado de Mendoza, en el tiempo que gobernó aquellas provincias, que es todo el sugeto deste libro. Acordé dalle título de *Arauco Domado*, porque aunque sea verdad que agora, por culpas nuestras no lo esté, lo estuvo en su gobierno, pues trajo pacífico a todo el Estado y demás tierra generalmente en tres años que la tuvo a su cargo, habiendo dado a los indios siete campales batallas, de que siempre salió victorioso, cosa de gran ponderación y estima en un mancebo de veinte y un años, que estos tenía cuando comenzó a gobernar. Fue pues mi intento que hasta el nombre significase lo que sólo su valor y no otro, antes ni después dél, ha podido acabar; y aunque en esta primera parte no quede Arauco domado, al menos dispónese, como se verá por el discurso, para que lo quede en la segunda. El nuevo modo de las octavas, por la nueva trabazón de las cadencias, no fue por más que salir, no de orden, sino del ordinario, como quiera que sea de más suavidad, aunque más impedidas para correr bien, por hacer en tres partes rima donde parece que repara el concepto. Van mezclados algunos términos indios, no por cometer barbarismo, sino porque, siendo tan propria dellos la materia, me pareció congruencia que en esto también le correspondiese la forma; destos los más se explican luego en una pequeña tabla que está al fin deste libro. Y el divertirme del intento principal, como es

tratar las cosas de Chile, contando otras (aunque bien mirado sin salir dél) mucho después en Lima sucedidas, cual es la rebelión de Quito y la victoria que se alcanzó del inglés Richarte Achines, cáusalo el ser mi blanco escribir las hazañas y felicidades del marqués de Cañete; y como no ocupen estas el menor lugar entre aquellas, no me pude excusar de engerirlas, so pena de huir el cuerpo a mi pretensión. Esto he prevenido, curioso lector, así por acudir a lo que pide el nombre del prólogo, como porque más libre de dificultad entres a la lección desto que te ofrezco; en lo cual, si por ventura hallares algo de consideración, lo podrás atribuir, o al demasiado trabajo, o a la fertilidad de la materia, y las faltas solamente a la estrecheza de mi ingenio; si ya no quisieres recebir en cuenta la priesa, tan grande cuan forzosa, que en todo este discurso he llevado. Porque así habrás tú cumplido con lo que a tí mismo debes, y quedaré yo de todas mis vigilias bastantemente satisfecho. *Vale.*

EXORDIO DE ESTA PRIMERA PARTE

Si pluma y vista de águila tuviera,
Pluma con que romper el vacuo seno,
Y vista para ver al sol de lleno,
Seguro de temor volara y viera;
O si tan remontada no estuviera
La soberana cumbre do me estreno,
Prestárame el trabajo sus escalas,
O me valiera entonces de mis alas.
Mas si para poder volar tan alto,
Y ver el resplandor de mi sugeto,
Conozco de mis plumas el defeto,
Y cuanto soy de vista pobre y falto,
¿Qué miedo, qué temor, qué sobresalto
Habrá que no me cerque en tal aprieto?
Adonde se me pone por delante
Un amasado muro de diamante.
¡Oh cuán terrible empresa tomo a cargo!
¡Oh cuán difícil y ardua cosa intento!
¡Oh cuántos culpan ya mi atrevimiento,
Y acuden a ponérmele por cargo!
Mas hay una razón en mi descargo
Que en obras semejantes, el intento,
Haciéndose el deber por emprendellas,
Basta para llevar el premio dellas.
Ultra de que mirándose la obra,
Verse la materia ser tan alta,
Que todo lo que en vista y pluma falta,
Sin alta en lo que ve y escribe sobra;
Por donde sobresalto ni zozobra,
No me zozobra ya ni sobresalta,
Porque me da motivo y osadía
Lo mismo que me daba cobardía.
Pues canto... mas cantar es devaneo,
Después de tantos célebres cantores,
En quienes conoció competidores
La resonante cítara de Orfeo;
Aunque la letra obliga y mi deseo
A sacudir solícitos temores,

Que si me llevan todos en el canto,
Yo sólo a muchos llevo en lo que canto
Con todo suena mal un ronco acento
Si el arte, gracia y crédito le falta,
Y la tonada es cónsona y tan alta
Para tan bajo y díscno instrumento;
Favoreced, señor, al buen intento,
Que bastará a suplir cualquiera falta,
No siendo necesario más abono
Que dar vuestros oídos a mi tono.
A sólo vos favor en esto pido,
Pues dalle en todo a sólo vos es dado;
De vos le tiene quien le da, Hurtado,
Y debe ser a vos restituido;
Que siendo yo de vos favorecido,
De nadie puedo ser desayudado,
Porque si de mi parte a Jove llevo,
Conmigo se vendrán Minerva y Febo.
A vuestro ser consagro mi escriptura:
Suplico la miréis, que más es vuestra,
Por ser labor sacada de la muestra,
Que en vos dejó estampada su figura;
Porque con esto sólo va segura,
Y pone obligación a quien se muestra,
De que mirado el blanco adonde tira,
Mire, si le mirare, como mira.
Que vista la grandeza del sugeto,
Y quien para cantársele me toca,
¿Quién hay tan recio y áspero de boca
Que no le tenga un freno tal sujeto?
O ¿quién habrá tan falto de respeto,
Que si un animalillo se coloca
Allá en lugar supremo y venerado
Toque, por derriballe, a lo sagrado?
Y pues que por mirar mis pies tan cojos,
Es visto que la vista no se os mengua,
Haced que el invidioso quede en mengua,
Y que callando mire sus despojos;
Que donde vos pusiéredes los ojos
Ningún osado habrá que ponga lengua,
Mas antes le harcis que con asombro,
Estirando la ceja, encoja el hombro.
El vulgo fácil es el mar hinchado;
Es la barquilla frágil mi talento;
Yo soy el pobre Amiclas tremulento,
Del recio temporal amedrentado;
Mas sedme vos el Cesar, don Hurtado,
Pues mucho más tenéis de nacimiento,
Y no me detendrá temor de Scila,
Ni fiera boca rábida y zoila.
Mirad, señor, que os pongo aquí delante
A vuestro claro padre por espejo,
Adonde bien podéis tomar consejo,
Dado que para darle sois bastante;
Para que viendo en él vuestro semblante,
Si al suyo no se iguala por parejo,

Con ansia de que igualen sus figuras,
Acometáis iguales aventuras.
Sabed agradecer al sancto cielo,
Con agradecimiento que le cuadre,
Haberos hecho hijo de tal padre,
Que de tenerle en sí blasona el suelo;
Y que para seguir su raudo vuelo,
Os da bastantes alas vuestra madre,
Pues tales con el aire no las peina
El ave que de todas es la reina.
Mas ¡oh sublime garza Sant García!
Que es nombre con que el bárbaro os honora,
Y bien os cuadra y viene desde ahora,
Si en la virtud está la nombradía;
Perdonen vuestras plumas a la mía,
Que de su vivo lustre las desdora,
Si puede ser bastante a deslustrallas
El no saber cual piden alaballas.
Aunque resulta gloria más entera,
Según algunos dicen, de que alabe
El ignorante simple que no sabe,
Que si el discreto sabio lo hiciera;
Y dada esta opinión por verdadera,
En tan capaz sugeto sólo cabe,
Según es mi alabanza de crecida,
Teniendo mi simpleza por medida.
Al universo mundo satisfago,
Si ya no está, cual debe, satisfecho,
Que sin comparación es más lo hecho
Que, si lo hiciera Homero, lo que hago;
Entienda que el recibo es más que el pago,
Y que si, haber allá tan largo trecho
Del dicho al hecho, enseña el viejo dicho,
Aquí va mucho más del hecho al dicho.
No estriba ni se funda mi osadía
En ver que es todo vuestro lo que escribo,
Pues aunque sepa yo que es firme estribo,
Vos no os dejais llevar por esta via;
Ser tal por sí la grave historia mia,
Es la probada fuerza donde estribo,
Y ser tan importante a todo el mundo,
Seguro firmamento en que me fundo.
Otra razón también me hizo fuerza,
Que si faltaran todas, esta sobra,
Para poner las manos en la obra,
Por más que de mi estudio el paso tuerza:
Es con que más el ánimo se esfuerza,
Y aquel perdido anhélito recobra,
Ver que tan buen autor apasionado
Os haya de propósito callado.
Pensó callando así dejar cerrada
De vuestra gloria y méritos la puerta,
Y la dejó de par en par abierta,
Dejando su pasión descerrajada;
Sin vos quedó su historia deslustrada,
Y en opinión quizá de no tan cierta,

Mas tal es un rencor, que da por bueno
El daño proprio a trueque del ajeno.
¿Quién a cantar de Arauco se atreviera
Después de la riquísima *Araucana*?
¿Qué voz latina, hespérica o toscana
Por mucho que de música supiera?
¿Quién punto tras el suyo compusiera
Con mano que no fuese más que humana,
Si no le removiera el pecho tanto
El ver que sois la pausa de su canto?
Pues esta ha sido casi todo el punto,
De donde le tomé para cantaros,
Doliéndome que en cánticos tan raros
Faltase tan subido contrapunto;
Mas bien será que cese lo que apunto,
Y que de vuestros hechos más que claros,
A resonar comience alguna parte,
Que para lo demás ninguno es parte.

CANTO PRIMERO

Que trata cómo el marqués de Cañete don Andrés de Mendoza, visorey del Pirú, a pedimento del reino de Chile, y de la necesidad y aprieto en que estaba, le envió socorro y fuerza de gente, así por mar como por tierra, yendo por general della y gobernador de aquel reino don Garcia Hurtado de Mendoza, su legítimo y claro hijo.

Canto el valor, las armas, el gobierno,
Discanto aviso, maña, fortaleza,
Entono el pecho, el ánimo y nobleza
Del estremado en todo joven tierno;
Hinche la fama agora el aúreo cuerno,
Apreste de sus alas la presteza,
Redoble su garganta el claro Apolo,
Y llévese esta voz de polo a polo.
Las vengadoras furias entre tanto,
Y toda aquella mísera canalla
Que con eterna pérdida se halla
En el oscuro reino del espanto,
Absorta en las grandezas de mi canto,
Suspenda, si es posible, su batalla;
El cielo, estrellas, mixtos elementos
Reciban con aplauso mis acentos.
A la sazón que Chile belicoso
Mas levantado y más soberbio estaba,
Y más mostrar al mundo procuraba
La fuerza de su brazo vigoroso;
Cuando más arrogante y orgulloso
La dura tierra el Bárbaro hollaba
Con muestra tan gallarda y tal denuedo,
Que al ánimo español causaba miedo;
Cuando la tierra estaba ya de suerte
Que no daba lugar al bautizado
Adonde estar un punto asegurado
De la espantosa imagen de la muerte;
Postrado ya su muro y casa fuerte,

Valdivia muerto, Penco despoblado,
Aguirre y Villagrán sobre el gobierno
Alzando al cielo llamas del infierno;
Cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
Teniendo tan en poco lo del suelo,
Para con el rigor de sus espadas;
Y cuando sobre picas levantadas,
¡Oh lúgubre espectáculo y señuelo!
Andaban las católicas cabezas
Cortadas de sus troncos hechas piezas:
De blancos huesos, blanca parecía
La verde superficie de la tierra,
Y a las corrientes claras de la sierra
La derramada sangre enrojecía;
Cuando la guerra el Héspero temía,
Y el Bárbaro gritaba: «Guerra, guerra»
Pensándola hacer a todo el orbe,
Sin que poder humano se lo estorbe.
Ya cuando su curtida y ruda planta
Pisaba el rojo círculo de Oriente,
Y el español sumido en Occidente
Mostraba ya el cuchillo a la garganta;
Atierra Tucapel y Rengo espanta,
Brama Lincoya y muéstrase valiente,
Por ver su fuerza idólatra crecida,
Y la del fiel ejército perdida.
Tronaba el alto Júpiter tonante,
Y en cólera bañado y furia brava,
Al corazón hispánico arrojaba
Su poderoso rayo corruscante;
Aquel que viste planchas de diamante
El acerado escudo se embrazaba,
Y con vibrar el asta por el cuento,
Mostraba su feroz y crudo intento.
Entonces con sañuda vista horrible
Miraba la Belona nuestro bando,
Y al indio con semblante ledo y blando
Regocijaba todo lo posible;
Aquella diosa lúbrica y terrible,
Su voladora rueda volteando,
Al Bárbaro en la cima colocaba,
Y al Fido allá en el centro sepultaba.
La sacra y evangélica doctrina,
Sembrada en el estéril pecho bruto,
No daba de virtud el rico fruto,
Que el vicio lo ahogaba con su espina
Señales eran todas de ruina,
De lamentable voz y triste luto,
Y todo tempestad, sin esperanza
De ver jamás el rostro a la bonanza.
Entonces pues, habiendo como digo
El reino triste a lo último llegado,
Ya casi de vivir desconfiado,
Y de tener jamás algún abrigo;
La suerte se trocó, y el cielo amigo

De espesas nubes limpio y espejado,
Volviéndose con súbita carrera,
Las cosas ordenó de otra manera.
Pues desechado ya su duro ceño,
La Palas descubrió su rostro afable,
Prestando la señora variable,
También el suyo plácido y risueño;
Y oliendo la venida de su dueño,
Que a todo su pesar la tiene estable,
A su rodante globo dio la vuelta,
En ser de nuestro bando ya resuelta,
Lo cual se pareció patente y claro,
Pues en adevinando su partida,
Fortuna comenzó a enmendar la vida,
Quitándosela al mísero Lautaro;
Por vuestro padre vino aquel reparo,
Al cual bastó la voz de su venida,
Que el resplandor del sol, sin que él parezca,
Ya suele tener hecho que amanezca.
Bien como el ocupado en un oficio,
Do lo que puede ensancha la conciencia,
Cuando cercana ve la residencia,
Se vuelve a la virtud, dejado el vicio;
Así fortuna viendo por indicio
Que el joven acercaba su presencia,
Del áspero castigo temerosa,
Anticipó la vuelta presurosa.
Determinóse en darla más apricsa,
Cuando la tierra, estando como cuento,
Pidió favor y mano al rico asiento
Que Lima con sus ondas atraviesa;
Entonces comenzó la gente opresa
A recebir, señor, algún aliento,
Y desde aquí principio yo la historia,
Adonde se origina vuestra gloria.
Estando pues así mi patrio suelo,
Despacha para Lima embajadores,
Un próspero lugar, de los mejores
Que cubre el ancho cóncavo del cielo;
Adonde gobernaba vuestro abuelo,
Aquel tan duro freno de traidores
Y espuela de los ánimos leales,
Cuyas memorias viven inmortales;
Aquel que con los santos al presente,
Ya lejos de cuidados y zozobras,
En galardón y premio de sus obras,
A Dios está mirando claramente;
Aquel de caridad tan excelente,
Que son como reliquias della y sobras
La puente, el hospital y monasterio,
Que ilustran el Antártico hemisferio.
Llegados los de Chile a su presencia,
Le fue por breves términos propuesto
El término en que todo estaba puesto
Para que tome el pulso a la dolencia,
Pidiendo en conclusión a su excelencia

Lo saque del peligro manifiesto,
Por mano de su propio hijo caro,
Pues golpe tal requiere tal reparo.
Discreta petición, si ser podía,
Que cuando aquella tierra trabajosa
Estaba de su vida más dudosa,
Pidiese su salud por don García;
Con sobra de razón por el envía,
Pues si la enfermedad es peligrosa,
Y el alma está entre el uno y otro labio,
Es bien llamar al médico más sabio.
No dilató la dádiva perplejo
El pecho del Marqués, a más bastante,
Que luego, pareciéndole importante,
A su demanda dio sabroso dejo;
Y de primero y último consejo,
Mostrándoles benévolo semblante,
Fue de su voluntad el hijo dado,
Y en el tablero bélico arrojado.
Que ni el amor, con ser tan poderoso,
Es parte a que lo niegue ni suspenda,
Ni el ser fragosa y áspera la senda,
Ni el trance a que lo pone peligroso;
Ni el golpe, de sentirse congojoso,
Por empeñar así tan cara prenda,
Le hace vacilar el firme pecho,
Sobre dejar a Chile satisfecho.
Respetos amorosos atropella,
Aunque pudiera bien seguir tras ellos
Y dejarse llevar por los cabellos
Por ir a la razón, que es todo della;
Los ojos solamente pone en ella,
Quitándolos de quien es lumbre dellos,
Y quiere de este bien quedar privado,
Anteponiendo el público al privado.
Aquella luz que el mundo torna claro,
Y con su curso rápido le mide,
De sí su rayo fúlgido despide,
A trueque de no ser al suelo avaro;
Así de sí despide al hijo caro,
Porque el aflito reino se le pide,
Por donde bien el Bárbaro decía
Tener por hijo el sol a don García.
Mas harto diferente del hermano,
Cuyo desastre y mísera caída,
En álamo Lampecie convertida,
No menos que Fetusa llora en vano;
Aquel soltó la rienda de la mano,
Este la tuvo siempre recogida;
Si aquel dejó de daño tanto hecho,
Veréis lo que este deja de provecho.
Ya pues al grave y lícito mandato
Del orden paternal obedeciendo,
Se va por don Hurtado disponiendo
El militar oficio y aparato;
Ya suena todo a cosa de rebato,

Ya suena de las armas el estruendo,
Ya toda Lima es tráfago y bullicio,
Rumor confuso y áspero ejercicio.
Ya desde los balcones descogidas
Tremolan con el aire las banderas,
Y quiérenlo abrazar de mil maneras,
Con verse de sus manos sacudidas;
Mil aguas hacen cotas enlucidas,
Rayos de fuego brotan las cimeras;
Ya la pajiza pluma y roja banda
Jugando por cabeza y pechos anda.
Ya salen de las tiendas los brocados,
Y sedas mil, distintas en colores;
Ya sacan vistosísimas labores,
Vestidos y jaeces recamados;
Por otra parte petos acerados,
Y adargas, ya de cuadros, ya de flores,
Venablos, lanzas, picas y jinetas,
Mosquetes, arcabuces y escopetas.
Ya luchan con el viento los penachos
Encima de argentados morriones,
Y mozos levantados fanfarrones,
Mirándose, retuercen los mostachos;
Ya todos echan velas y velachos
En sobrevistas, galas, invenciones
Acero, plata y oro por do quiera
Espejos son, si Apolo reverbera.
El bélico frisón se lozanea,
Del ronco tarantántara incitado,
Y el polvo con la pata levantado,
El espumoso rostro polvorea;
En bello alarde, a guisa de pelea,
Se representa el plático soldado,
Y el milite bisoño se señala
Para llevar la joya de la gala.
Por acullá la pieza reforzada
El cálido artillero pone a vista,
Y luego el ahumado polvorista
Refina su materia salitrada;
Acá los viejos dan en la jornada,
Haciendo de palabra la conquista,
Allí veréis los sastres en sus cortes
Estar en esto mismo dando cortes.
Ya Lima con soberbia, fausto y pompa
Se hincha, se levanta, se engrandece,
Y deshacer su fábrica parece,
O que de todo punto se corrompa;
Al son de caja, pífano y de trompa
El aire, el mar, la tierra se ensordece,
Y cuanto con sus términos encierra
Es un tumulto y máquinas de guerra.
El cano y turbio Rímac resonante,
Que de vejez en urna se recuesta,
Su ronca voz levanta sobre apuesta
Con este son de guerra disonante;
Mas, aunque se desgañe, no es bastante

Para ganar el viejo lo que apuesta,
Porque el mormullo y bélico ruido
Le tiene su murmurio ensordescido.
En esa gran ciudad que Dido funda
Para su albergue y último recurso,
No suena tal estrépito y concurso,
Tal trápala, tropel y baraunda;
O cuando el ancho mar la tierra inunda,
Saliendo de sus límites y curso,
No vemos a la gente convecina
Con tal fervor y bulla en la marina.

. . . . . .

Lucidas van escuadras y cuarteles
Con tan hermosos visos y colores
Cual suelen por abril estar las flores
En los amenos prados y vergeles;
Ya están a recebillas los bateles,
Sonando dentro flautas y atambores,
Cornetas, sacabuches y clarines,
A cuyo son se duermen los delfines.
Al pedregoso límite llegados
La tropa y el caudillo don García,
Con una religiosa compañía
De clérigos y frailes consagrados,
Empiezan nuevamente los soldados
A descubrir la gala y bizarría,
Con otros vistosísimos arreos,
Airosos y gallardos contoneos.
Al espacioso mar y vega clara,
Por donde ya pretende abrir carrera,
Está mirando el joven desde afuera,
Y enamorando a Tetis con su cara;
A fe que si Calipso le hallara,
Cual anda por aquí, por su ribera,
Que nunca le agradara tanto Ulises,
Ni a Dido el primogénito de Anquises.
Mas ya llegado el tiempo favorable,
Confusamente fueron apiñados
El nuevo general con los soldados
En la Nereida margen agradable;
Los barcos por el agua deleznable,
De mil pimpollos verdes coronados,
Al término marítimo vinieron,
Do a todos en sus vientres recibieron.
Y la marina estéril renunciando,
Con algazara, júbilo y contento,
A descansada boga y paso lento
Se van las aguas líquidas cortando:
Cual garza el vuelo raudo levantando
Si ve de la borrasca el mal intento,
Levanta agora el suyo don García
Por ver la tempestad que en Chile había.
Caminan pues al son de varios sones
Y al paso de chalupas enramadas,
Que de los bravos Césares preñadas

Los paren en soberbios galeones;
A do con salva espesa de cañones
Con festivales voces y algaradas,
Fueron del marinaje recebidos,
Ya de la dulce patria despedidos.
¡Cuán bien desde la tierra parecían
Las flámulas tendidas por el viento,
Y tantos gallardetes, que contento
Causaban con las ondas que hacían!
Parece que con ansia pretendían
Soltarse todos a una de su asiento,
Por irse tras el aire libremente,
Llevados al amor de su corriente.
Bien como si el arroyo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en su orilla,
Sin ver por dónde o cómo el agua vino;
Veréis que por llevarla de camino,
El hace su poder por desasilla,
Y ella según se tiende y se recrea,
Parece que otra cosa no desea.
Lo mismo hace el viento delicado
Con todos los gallardos tremolantes,
Llevándolos tan sesgos y volantes,
Que no se mueven a uno ni otro lado;
Pues vista la sazón por don Hurtado
De aquellos instrumentos rebombantes,
Mandó que a recoger tocasen uno
Para marchar a cuestas de Neptuno.
La gente con el tiro recogida,
Por bordos y jaretas derramada,
Mira la dulce tierra y mar salada,
Deseando la señal de su partida;
Pues no le fue más tiempo diferida,
Que con zaloma el áncora levada,
Y repitiendo el nombre de Cañete,
Largó la capitana su trinquete.
Al punto comenzó la blanca vela
A recoger al céfiro en su seno,
Y con el soplo dél hinchado y lleno,
Rompe el naval caballo por la tela;
El aire va sirviéndole de espuela,
El sólido timón en vez de freno,
Con que fogoso, rápido y lozano
Seguramente corre el mar insano.
El cual agora está tranquilo y manso,
Alzando unas ampollas no de fuego,
Que sin hacer espuma quiebran luego,
Como si fuera el piélago remanso;
Parece Tetis cama de descanso,
Cubierta con un plácido sosiego,
Según que manifiesta su bonanza,
Sin rastro ni sospecha de mudanza.
Así del puerto sale nuestra flota,
Dejando boquiabiertos los Tritones,
De ver los poderosos galeones,

Y su feliz y próspera derrota ;
La baja tierra ya se remonta,
Ya rompen alta mar los espolones,
Y a más andar Favonio refrescando,
Va recio las escotas estirando.
Sacaron las cabezas prestamente,
Alzando sierras de agua por sus bocas,
Delfines ferocísimos y focas,
Por ver y dar solaz a nuestra gente ;
Y el gran señor del húmido tridente,
En cuya mano están las altas rocas,
Con Doris, Aretusa y Melicerta
La sale a recibir hasta la puerta.
Sesgando van así las mansas olas
Por medio de marinas potestades,
Que muestran sus alegres voluntades
Haciendo sobre el agua cabriolas ;
Y no las que refiero vienen solas,
Porque otras mil incógnitas deidades,
Que en el cerúleo piélago se bañan,
Las poderosas naves acompañan.
Pues vayan, como van, ganando tierra
Por el salado mar y blanca espuma,
Que quiero adelantarme con la pluma,
Saltando desde aquí primero en tierra ;
Diré lo que sucede en paz y guerra,
Haciendo de uno y otro breve suma ;
Mas porque estoy, Señor, de aliento falto,
Dejádmele tomar para este salto.

CRISTÓBAL DE VIRUÉS

El Capitán Cristóbal de Virués nacido en Valencia (1550) y siguió la carrera de las armas, combatiendo en Lepanto y en Milán. Su obra como autor dramático se estudia en el lugar correspondiente de esta Antología.

El Monserrate recoge la leyenda de fray Garín, ermitaño de Montserrat, a quien el Conde Jofre de Barcelona deja en custodia la hija. Dominado por el demonio, Garín abusó de la doncella y la mató. Horrorizado de su pecado fue a Roma — lo que motiva largas digresiones, entre ellas la descripción de la batalla de Lepanto — y se confiesa ante el Pontífice. Vuelve a España caminando de rodillas, y al llegar a Monserrat es tomado por una alimaña y cazado por el Conde de Barcelona. Garín se da a conocer, acuden al sepulcro de la doncella y la encuentran milagrosamente viva.

Reproducimos un fragmento del Canto I, en el que se contiene el planteamiento del tema.

BIBLIOGRAFÍA: Ed. B. D. E., vol. XVII, págs. 502-570.

EL MONSERRATE

PRÓLOGO

Las dos partes con que la poesía llega a su perfecto punto (según nos enseñan los dos excelentes maestros della, Aristóteles y Horacio) son dulzura y utilidad, y a éstas se ha de atender en cualquier cosa que en verso se escribiere; pero más particularmente y con mayor cuidado y diligencia se han de procurar en aquella principal poesía llamada *épica* o *heroica*, que es la que debajo de una acción forma un poema, cual es la *Eneida* de Virgilio. Queriendo, pues, yo hacer una obra en este género de poesía, tomando por acción la milagrosa aparición de la imagen de Nuestra Señora de Monserrate y fundación de su santa casa, parecióme que las dos primeras partes no podían faltarme de parte del sugeto; y así determiné de emplear en él el talento que Dios fue servido de comunicarme, por cuya gracia he salido con el libro presente. El celo que he tenido ha sido bueno, y con él he usado de la invención poética en la parte que lo ha permitido la historia como humana, que es en lo que toca al ermitaño Garín, procurando pintar en él un heroico y verdadero cristiano, con varias digresiones y ejemplos que, sin alterar la historia, miren a aquellos fines principales ya dichos, de provecho y gusto. En la parte deste poema que trata de la sagrada imagen (guardando el respeto y decoro debido a cosa de tanta calidad y tan divina) no ha llegado la poesía a más de decir la verdad de la historia, con sólo el ornamento que el verso pide, como se verá en el canto XVIII y en el último: el cual, aunque decirlo Garín como en profecía es invención poética, es lo que dice pura verdad. Esto he querido advertir, porque se entienda que en tratar la santa historia que tomé por acción y fundamento de mi poema, he tenido consideración cristiana cuanta me ha sido posible, así como en la poesía atención a las dos partes que dije, de dulzura y utilidad. Si al debido fin de todo esto hubiere llegado mi libro, la gloria sea a Dios, y si no, recíbase mi voluntad.

CANTO PRIMERO

Estaba el religioso en una cueva,
Que aún hoy se llama de su mismo nombre,
Haciendo de su cuerpo y alma prueba
De casi más que humano y mortal hombre:

En sólo Dios allí sus gustos ceba ;
No hay contento sin Dios que no le asombre :
Oraciones, cilicios y abstinencia
Regalan su limpísima conciencia.
Pero los dos sus enemigos fieros,
Que ya emprendieran su mortal viaje,
Con pies apresurados y lijeros
Llegaron en un punto a su paraje :
Diferentes tomaron los senderos,
Y diferente el hábito y lenguaje :
A Barcelona el uno va invisible ;
Al monte el otro llega y va visible.
En forma y traje de ermitaño anciano,
Blanco el cabello, y barba blanca y larga,
A Monserrate llega aquel tirano,
Vestido de grosera y vieja sarga ;
Y con plática dulce y rostro humano,
Fingiendo la inhumana voz y amarga,
Como si allí a Garín acaso viera,
Se le presenta y habla de esta manera :
« Si, como parecéis, sois ermitaño,
Y no divino espíritu escondido
En esa humanidad y en ese paño
Humilde y pobre de que estáis vestido,
Vuestra mano me dad y el desengaño,
Diciendo la ocasión que os ha traído
Por este monte, donde a nadie he visto
En muchos ha que en él asisto ».
Admirado Garín de lo que oía,
Responde al enemigo simulado :
« La razón misma que decís podría
Deciros yo muy cierta, padre amado ;
Pues desde que la santa compañía
Por quien en este monte en este estado
Viví, faltó, jamás hasta ahora supe
Que hubiese en él quien como yo se ocupe.
» Desde que al cielo el alma santa, a cuya
Virtud divina debo yo esta vida,
Subió dichosa a convertir la suya
En la eterna, de gloria enriquecida,
Hasta este punto la persona tuya,
Otra jamás he visto, y que traída
Por el cielo ella sea estimo y tengo,
Con que a cobrar la ya perdida vengo ».
Finge notable admiración el fiero
Y cruel enemigo, y junto muestra
Gran contento en hallar tal compañero,
Y dale con amor la mano diestra,
Diciendo : « Vuestra vida, padre, espero
Que me será tan singular maestra
Para mi pretensión y firme intento,
Que consiga su fin mi pensamiento ».
Con la humildad a su virtud aneja
Le responde Garín : « Antes yo creo
Que aquella perfección que se me aleja
Tanto cuanto alcanzalla yo deseo,

Si en el exterior el alma ver se deja,
En vos, padre carísimo, la veo,
Y por vuestra bendita compañía
Podrá ser alcanzalla yo algún día».
Estas y otras razones se dijeron,
Con que la compañía confirmaron;
En sus dos cuevas ambos estuvieron,
Y sus secretos se comunicaron:
Desde aquel día cada día se vieron,
Y mil cosas santísimas trataron,
Tratadas por el uno santamente,
Por el otro rabiando en saña ardiente.
Cerca de donde el buen Garín estaba
Tenía el enemigo en una altura
Una pequeña cueva en que habitaba,
Que el nombre de Satán aún hoy le dura;
Mas mientras esto así despacio andaba,
El otro compañero se apresura,
El otro, que, cumpliendo su viaje,
Fue a Barcelona sin fingido traje.
Este, del cuerpo de una dama bella
Se apoderó con presurosa furia:
Hija es del conde don Jofre, y doncella,
Y a él el fiero, como a ella, injuria:
Fue conjurado, y respondió que della
Jamás saldrá ni cesará su injuria
Si Garín no lo manda; y que en su cueva
Nueve días estar la dama deba.
Dice quién es Garín, y dice dónde
Tiene su habitación. Pártese al punto
Con la doliente dama el triste Conde,
Ella en tormento y él casi difunto:
Hallan la cueva, y que en su centro esconde
Al que es de santidad vivo trasunto;
Póstrasele delante el Conde en verle,
Sin que Garín pudiese detenerle.
Y con los ojos hechos fuentes, dice:
«No os espantéis si destos ojos hago
Ríos, pues las ofensas que a Dios hice
Hacen en l'alma de amargura un lago;
Y ellas son causa de que martirice
Esta niña inocente el fiero drago,
El infernal dragón que el cuerpo a ella
Y el alma a mí, cual véis, nos atropella.
»Que sea del cielo paternal castigo
Siéntolo así, bendito padre, y veo
Que el justo Dios, que al hombre es tan amigo,
Y que es sólo salvarle su deseo,
Permite que este pérfido enemigo
Haga en nosotros de su saña empleo
Para ganancia nuestra: así del pío
Divino amor yo firmemente fío.
»Y así, cual padre de misericordia,
Consuela mi mortal desasosiego,
Por este mismo padre de discordia
Que ardiendo véis en tan airado fuego;

Pues venimos con él en tal concordia,
Que a vuestro mandamiento saldrá luego
Del afligido cuerpo de mi hija,
Sin que más la atormente ni la aflija.
» Por esto vine aquí, por esto os pido
Que os doláis desta moza lastimada ».
Así el Conde rogaba, y condolido,
Con alma en caridad toda abrasada,
Garín postrado, el vuelo más subido
Levanta, en su oración de punto alzada,
La cual apenas el varón concluye,
Cuando Satán de la doncella huye.
Huye el demonio, y huye juntamente
La tristeza, el dolor, la pena, el llanto
Del ya contento Conde y de su gente,
Huyendo de la dama el fiero espanto ;
La cual revuelve con serena frente
Los bellos ojos que espantaban tanto,
Y al padre y los demás y al monte mira,
Y de todo y de verse así se admira.
No maravilló más la extraña vista
A Lázaro, el dichoso muerto, visto
Que, trasladado de una en otra lista
Por quien el hecho tuvo tan previsto,
Sin que el infierno o muerte le resista,
Al mundo vuelve a la alta voz de Cristo,
De lo que a la doncella maravilla
El ver en sí la misma maravilla.
Y no con mayor gozo las hermanas
Al hermano ya vivo acariciaron,
Y las gentes incrédulas profanas
No con mayor admiración quedaron
De ver salir las carnes vivas sanas,
Que cuatro días antes enterraron ;
Que es del padre la dama acariciada,
Y que toda su gente está admirada.
Y vuelto el Conde al pío Garín, llorando
Le dice : « Padre, pues lo más hicistes,
Vence del todo al enemigo bando
Con el valor que ahora le vencistes ;
Porque nos dijo aquel tirano, cuando
Puestos nos tuvo en el dolor que vistes,
Que, aunque como ha salido ya, saliese
Cuando a vuestra obediencia aquí viniese,
» Con más furor sin duda volvería
A dar a esta afligida joven pena,
Si en esta santa cueva no tenía
En vuestra compañía una novena ».
El buen Garín, que atento aquello oía,
Con voz de amargo sentimiento llena,
Y con cristiana alteración responde
No convenirle aquello a él ni al Conde.
Y esfuerza aquesto con fervor, haciendo
Mil razones vivísimas y urgentes,
Con gran prudencia y santidad poniendo
Mil graves causas, mil inconvenientes ;

Con ejemplos notables concluyendo
Sus argumentos firmes y prudentes;
Pero, aunque más se esfuerce y más arguya,
La ajena voluntad fuerza a la suya.
Porque, demás del encendido ruego
Del afligido Conde, el triste llanto,
El bravo miedo, el gran desasosiego
De la triste doncella pueden tanto,
Que vino bien en ello; y así luego,
Condescendiendo el ermitaño santo,
Quedó en su pobre cueva la doncella;
Donde sólo Garín quedó con ella.
A Monistrol, un pueblo situado
Al pie del alto monte floreciente,
De la cueva una lengua desviado
Hacia la parte del dorado oriente,
Bajó contento el Conde y consolado
De haber dado remedio al daño urgente,
Con sus criados y sus compañías,
Para esperar allí los nueve días.
Y cada día desde allí enviaba
Criados con regalos y comida,
De quien sabía cuánto ella gustaba
De aquella santa solitaria vida;
A los cuales Garín importunaba,
Su mortal guerra ya reconocida,
Que llevasen al padre la doncella;
Lo cual rehusaban ellos y él y ella.
El tiempo ahora ¡oh buen Garín! os fuerza
A mostraros soldado valeroso,
Para valer contra la brava fuerza
Del enemigo fiero y poderoso:
Mirad que ya con la ocasión se esfuerza,
Y juntamente es fuerte y cauteloso:
Prevenid vuestras armas y defensas
Para que se resistan sus ofensas.
Anchos fosos abrir, cerrar portillos,
Reconocer traveses y cortinas.
Levantar puentes y calar rastrillos,
Cuidoso prevenir secretas minas,
Municionar del alma los castillos,
Plataformas en ella alzar divinas,
Caballeros trazar, poner reparos,
Conviene ahora para aseguraros.
Y aunque veo que destas defensivas
Prevenciones os váis apercibiendo
Con las trazas más finas y más vivas,
Que estáis en vuestro espíritu escogiendo;
Las armas enemigas ofensivas
Son dañosas, en modo tan horrendo,
Que de sus furias pocos se defienden,
Si, como a vos ahora, los emprenden.
Vos, Garín, encendéis la ilustre dama
A contemplar la celestial riqueza;
Y en vos el enemigo enciende llama
Que os arda y deje en mísera pobreza:

Vos le mostráis el bien del que bien ama
Del bien eterno la inmortal belleza ;
Y el enemigo a vos amar os hace
Esa mortal belleza que os place.
Era la virgen tierna y delicada
Un ángel en aviso y hermosura ;
Las gracias la tenían adornada,
Y dellas era una real hechura :
Los dos hermanos que con luz amada
Platean y doran la estrellada altura,
Cada cual con la faz serena y bella,
Menos hermosos son que la doncella.
De quince a diez y seis años tenía
La bellísima dama generosa,
Enriquecidos de una gallardía
Tierna, suave, blanda y amorosa :
Sólo con el mirar, rendir podía
El furor de una tigre rigurosa,
El de un cruel determinado asalto,
El del airado mar cuando más alto.
Si la gran perfección, si la luz viva
De sus ojos, mejillas, boca y frente,
Y aquella gracia angélica y altiva
De que sabía usar perfectamente,
Hubiera visto el gran pintor que iba
Buscando lo perfecto y lo excelente,
No deseara más hermosa idea
Para pintar la linda Citerea.
Su gran beldad a toda humana vista
Admiración dulcísima causaba ;
Fue su alta gracia con espanto vista,
Espanto que en mil gustos se anegaba :
Su excelso aviso, general conquista
Hizo de cuantas almas regalaba,
Formando en cuerpo y alma un paraíso,
Gran beldad, alta gracia, excelso aviso.
Fue, al fin, en hermosura aventajada
A cuantas en su tiempo en todo el suelo
Al alma de más dones adornada
Causar pudieran celestial consuelo :
Naturaleza, de su fuerza armada,
A imitación de la beldad del cielo
La de la generosa dama hizo,
Y allí de su poder se satisfizo.
No es maravilla pues que Garín quede
Vencido por Satán en la batalla,
Si, demás de lo mucho que obra y puede,
Tal ocasión para su intento halla :
Si al valiente varón en fuerza excede
Y en este trance rinde y avasalla,
No es de espantar ; que a fuerza de belleza
Resiste mal nuestra mortal flaqueza.

CANTO II

¡Oh fiera brava de veneno llena,
Monstruo cruel, perverso y pernicioso,
Que con la voz y rostro de sirena
Encantas al más sabio y valeroso!
¡Simulacion traidora, que condena
Tu trato doble, infame y alevoso,
A que valga el doméstico enemigo
Lo que el tesoro del leal amigo!
¡Oh tirana absoluta de las cortes,
Adonde no hay proteo que te iguale
En variar de trazas y de cortes,
Según las formas del que puede y vale;
Tomando alturas mil, mudando nortes
A cada viento que reinando sale
Por los profundos golfos espantables,
Sólo a ti y tus secuaces navegables!
Si en el excelso trato cortesano
Tú no mezclases tu mortal cicuta,
Y en dulce estilo gravemente llano
A la verdad dejases resoluta,
¡Ay cuánta de Jacob trocada mano
Viéramos, bendición dando absoluta
A quien más justamente le tocase,
Sin que simulación se lo estorbase!
Pues cuanto en la milicia heróica y alta,
Donde honor y valor tienen su punto,
Donde sublima, donde fama exalta
Las cosas con excelso contrapunto,
¡Cuánto tú contrapuntas! ¡Cuánta falta
Por tí se tiene, y cuánta sobra! Y junto
¡Cuánto daño y ruina, varios puestos
Trocados por tu mano y contrapuestos!
Lobo voraz, airada tigre horrible
En traje de cordero y de ovejuela;
Zángano ponzoñoso, aborrecible,
En hábito y susurro de abejuela;
Grande miseria, daño muy terrible,
Caso que en l'alma al justo es justo duela:
¡Que el trato fiel que la amistad requiere
La infiel simulación así adultere!
La infiel simulación, por cuyas sobras
Pobre y desnuda vas, filosofía,
Por ser el trato de tus justas obras
El que verdad, el que modestia cría;
Donde salvarte debes tú, zozobras,
Y ella se salva do morir debría:
Tanto daña a tu sabio y fiel intento
Su bárbaro y su infiel atrevimiento.
Podrá guardarse fácilmente el hombre
De quien tuviere manifiestamente
De su adversario título y renombre,
Aunque sea fortísimo y valiente;
Pero de aquel amigo que en tal nombre

Envuelve esta mortífera serpiente,
No se puede guardar ; que el fiero daño
Viene cual aquí vino al ermitaño.
El cual vuelve engañado así a su cueva,
Con un grande propósito encendido
De emplear su virtud con fuerza nueva
Hasta ver su mortal deseo rendido ;
Mas este buen propósito que lleva
Presto fue con su fuego consumido,
Con su fuego cruel, con aquel fuego
Que consume la vida y el sosiego.
Recibióle la dama generosa,
Mostrando en el cristal resplandeciente
En los dos soles, y en la fresca rosa
(Helado asiento del amor ardiente),
Que sin consuelo, triste y temerosa
Había estado mientras dél ausente,
Esto diciendo con tal dulce acento,
Que por oirla se paraba el viento.
Como suele salir la blanca aurora
Del negro albergue de la noche oscura,
Vertiendo con los ojos que enamora,
Dignos bien de tal luz, luz del sol pura :
Así salía la gentil señora
De aquella cueva tenebrosa y dura,
Esparciendo la luz de aquellos ojos,
Dignos de mil trofeos y despojos.
No tan presto sus luces se encontraron
Con las que de los ojos dél salieron,
Cuando el intento principal borraron
Y el propósito santo consumieron :
Ambos alegres en la cueva entraron,
Y entre varias razones estuvieron
Hasta que, ya cansado y anhelante,
Eton pasó del mauritano Atlante.
Ya mostraba la luz cualquier estrella
Que le reparte la febea mano,
Ya la casta Lucina blanca y bella
Hacía su curso tras su rubio hermano ;
Plateaba su clara y fría centella
El monte, el mar, la playa, el valle, el llano,
Y esparciendo venía ya Morfeo
Las descuidadas aguas de Leteo ;
Cuando Garín, rendido ya y postrado
Al enemigo riguroso y fuerte,
El ser de la razón preso y atado
En ásperas cadenas de la muerte,
Del alma tan amada ya olvidado,
Como cosa de poco precio y suerte,
De hombre, y tan bueno, se convierte en fiera.
Cual si Medea o Circe le prendiera.
Y a la noble doncella, que esperando
Está de oir lo que él decir solía,
Con ambiguas palabras murmurando,
Confusa y atajada la tenía ;
Y con furioso atrevimiento osando,

Ya sus honestas tocas componía,
Ya llegaba a las ropas, ya impaciente
Daba licencia al suspirar ardiente.
Ya las madejas de oro le tocaba,
Temblándole las manos temerosas,
Y en las delgadas hebras se enlazaba
Como en fuertes cadenas poderosas;
Ya con menos temor acariciaba
Las tiernas azucenas y las rosas,
Y entre la no tocada nieve fría
Como en ardiente fragua se encendía.
Ya entre las suyas toma aquellas manos
Blancas, largas, suaves, delicadas,
Que vencieron leones inhumanos,
Mortíferas serpientes enconadas;
Y en estos actos viles y profanos
Se vieron las mejillas matizadas
De un fino rosicler, con que encendiera
La más helada salamandra y fiera.
Volvía los ojos la doncella honesta,
Triste, turbada, atónita y confusa,
Como si preguntara, ¿qué obra es esta
Tan nueva ¡oh padre! que tu mano usa?
Y aunque él la entiende, no le da respuesta;
Que bien conoce que no tiene excusa;
Ni desiste del acto torpe y ciego,
Rendido al sensual furioso fuego.
No sólo no le ataja con mirarle
Con castos ojos la gentil doncella;
Mas antes sirve para acrecentarle
Con fuerza nueva la mortal centella:
Siente aquellos espíritus entrarle,
Que salen de la una y otra estrella,
Al tierno corazón, donde esforzados,
Aumentan los deseos y cuidados.
Ya el carro de la noche, gobernado
Por el silencio y por el sueño, había
De su viaje la mitad andado
Por la estrellada relumbrante vía,
Cuando Garín, en llamas abrasado,
La luz pequeña que en la cueva ardía
Mató; porque sin duda al que mal hace
La luz no le apetece ni le aplace.
Viendo tras tantas novedades esta,
La doncella temblando se arrincona
Hácia una parte de la cueva, y puesta
Entre mil dudas, entre sí razona;
Pero Garín, toda razón pospuesta,
Violó su castísima persona,
Ni en él ni en ella habiendo resistencia,
Rotas las armas ya de la conciencia.

III

DRAMÁTICA ANTERIOR A LOPE DE VEGA

BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO

Nació este poeta español en Torre de Sexmero o de Sesmero, aldea entonces y hoy algo más, de la provincia de Badajoz, a pocos kilómetros de Olivenza. Ignórase la fecha como tantas otras circunstancias de la vida de este autor, ya que las pocas noticias conocidas son las facilitadas por un documento pontificio firmado por León X (en 1517), dando privilegio al autor de la *Propalladia* para la impresión de sus obras durante diez años y penando con excomunión mayor y mil ducados de multa las reimpresiones fraudulentas; y asimismo, agregando nuevos datos, las indicaciones contenidas en una carta latina de Mesinierus I. Barberius Aurelianensis (« ¿Messinier Barbier de Orleáns? » insinúa Menéndez Pelayo) a José Badio Ascensio, famoso tipógrafo y humanista de París. Se supone que Torres Naharro fuera militar y acaso siéndolo fue cuando naufragó y quedó cautivo en Argel. Rescatado de los piratas africanos, pasó a Roma, donde debió abrazar el estado eclesiástico y contó con la protección de don Bernardino de Carvajal, Cardenal de Santa Cruz y Obispo de Túsculo. Del contexto de sus obras se deduce que nuestro autor estuvo en Roma durante los años de 1513 a 1517, luego pasó a Nápoles, donde anduvo al servicio de Fabricio Colonna, probablemente, y de don Fernando Dávalos, Marqués de Pescara y Gran Camarlengo del Reino de Nápoles, a quien está dedicada la *Propalladia*, en su primera edición, marzo de 1517, impresa por Joan Pasqueto de Sallo; aunque las más de las obras allí contenidas ya corrían en ediciones fuera de su obediencia y voluntad, según expresión del poeta. Se sabe que sus farsas fueron representadas en la corte vaticana, lo que no impidió que mediado el siglo XVI el Santo Oficio las incluyera en su Índice, aunque por trece años, y en lo sucesivo apareciesen expurgadas. Ignórase la fecha de la muerte de Torres Naharro si bien hacia 1533, y por una cita de Juan de Valdés en su *Diálogo de la Lengua*, ya debía haber muerto.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. Cañete y M. Pelayo en « Libros de antaño », vols. IX y X. J. E. GILLET, Pennsylvania, 1951.

LA PROPALADIA

PROHEMIO

El pobre labradorcillo, por su fatal estrella encaminado desde los pueriles años para el litigio y largo contraste de la dura tierra, y por el asiduo uso aplicando y convertiendo la dureza della en sus delgados cueros (empero, si yo no me engaño, con tenerísima voluntad), a los amigos y convecinos presenta y hace liberal parte de la primera fruta que de sus fatigas y arbocillos le nasce: cuya pura y humilde intención no es menos de agradescer que las soberbias mercedes de los altos príncipes. No sé agora yo si cuanta bondad puede haber en una sana intención, como es la mía, será bastante a hacer grata y aceptable a los discretos lectores esta mi pobre y rústica composición, como sea obra de mis manos, toda mi vida siervo, ordinariamente pobre, y, lo que peor es, *ipse semipaganus*, etc.

Yo, pues, soy perdido en este mi temerario viaje, si vuestra cortesía piadosamente no adoba lo que mi ignorancia presuntuosamente gasta. En todo caso converná, como humildemente os lo suplico, del bajo presente de mis primeras vigilias no hagáis caso, y recibáis (como de los virtuosos s'espera) la tierna y pura voluntad: pues que

Haec facit, ut veniat pauper quoque gratus ad aras; Et placeat caeso non minus agna bove

Menos mal me ha parescido haceros yo por mis manos este presente de cosa conoscidamente no buena, que esperar que por sus pies incorrecta y viciosamente a vuestra noticia veniese; mayormente, que las más destas obrillas

andaban ya fuera de mi obediencia y voluntad. Intitulélas *Propalladia, a prothon*, quod est *primum*, et Pallade; id est, *prima res Palladis*, a diferencia de las que secundariamente y con más maduro estudio podrían succeder.

La orden del libro, pues que ha de ser pasto spiritual, me paresció que se debía ordenar a la usanza de los corporales pastos; conviene a saber, dandoos por antepasto algunas cosillas breves, como son los Capítulos, Epístolas, etc., y por principal cibo las cosas de mayor subjecto, como son las comedias; y por pospasto ansí mesmo algunas otras cosillas, como veréis. Cuanto a lo principal, que son las comedias, pienso que debo daros cuenta de lo que cerca dellas me paresce; no con presunción de maestro, mas solamente para serviros con mi parescer, tanto que venga otro mejor. Comedia, según los antiguos, *es civilis privataeque fortunae, sine periculo vitae, comprehensio;* a diferencia de Tragedia, que es *heroicae fortunae in adversis comprehensio*. Y según Tulio, comedia es *imitatio vitae, speculum consuetudinis, imago veritatis*. Y según Acron, poeta, hay seis géneros de comedias, *scilicet: stataria, pretexta, tabernaria, palliata, togata, motoria;* y cuatro partes, *scilicet: prothesis, catastrophe, prologus, ephitasis;* y como Horacio quiere, cinco actos; y sobre todo, que sea muy guardo el decoro, etc. Todo lo cual me paresce más largo de contar que necesario de oir. Quiero hora decir yo mi parescer, pues el de los otros he dicho. Y digo ansí: que comedia no es otra cosa sino un artificio ingenioso de notables y finalmente alegres acontecimientos, por personas disputado. La división della en cinco actos, no solamente me paresce buena, pero mucho necesaria; aunque yo les llamo jornadas, porque más me parescen descansaderos que otra cosa. De donde la comedia queda mejor entendida y rescitada.

El número de las personas que se han de introducir, es mi voto que no deben ser tan pocas que parezca la fiesta sorda, ni tantas que engendren confusión. Aunque en nuestra *Comedia Tinellaria* se introdujeron pasadas veinte personas, porque el subjeto della no quiso menos, el honesto número me paresce que sea de seis hasta doce personas. El decoro en las comedias es como el gobernalle en la nao, el cual el buen cómico siempre debe traer ante los ojos. Es decoro una justa y decente continuación de la materia, conviene a saber dando a cada uno lo suyo, evitar las cosas impropias; usar de todas las legítimas, de manera qu' el siervo no diga ni haga actos del señor, et econverso; y el lugar triste entristecello, y el alegre alegrallo, con toda la advertencia, diligencia y modo posibles, etcétera.

De dónde sea dicha comedia, y por qué, son tantas opiniones, que es una confusión. Cuanto a los géneros de comedias, a mí paresce que bastarían dos para en nuestra lengua castellana: comedia a noticia, y comedia a fantasía. A noticia, s' entiende de cosa nota y vista en realidad de verdad, como son *Soldadesca* y *Tinellaria*. A fantasía, de cosa fantástiga o fingida, que tenga color de verdad aunque no lo sea, como son *Serafina*, *Imenea*, etc. Partes de comedia, ansí mesmo, bastarían dos, *scilicet: introito* y *argumento*. Si más os paresciere que deban ser, ansí de lo uno como de lo otro, licencia se tienen para quitar los discretos. Ansí mesmo hallarán en parte de là obra algunos vocablos italianos, especialmente en las comedias, de los cuales convino usar, habiendo respecto al lugar y a las personas a quien se recitaron. Algunos dellos he quitado, otros he dejado andar, que no son para menoscabar nuestra lengua castellana, antes la hacen más copiosa. Como quiera que sea, os suplico de lo que no he sabido usar me perdonéis, y de lo que a vuestro propósito estuviere déis las gracias a Dios; pues que

Est Deus in nobis; et sunt commercia coeli. Sedibus aetheriis spiritus ille venit.

COMEDIA TINELLARIA

La comedia presenta los latrocinios y codicia de los oficiales encargados del tinello *o cocina de un doctor procedente de Egipto, que ha sido nombrado Cardenal. Los familiares y criados se expresan en diversas lenguas aunque todos coinciden en observar las peores costumbres, de las que la obra pretende ser un reflejo sin apoyo en línea argumental alguna.*
Damos a continuación una escena, la primera de la comedia, que tiene como personajes a la lavandera Lucrecia y a Barrabás, credenciero o despensero del Cardenal.

BARRABÁS. Esta nuestra lavandera
No viene con las tobajas.
¿Si piensa la scopetera
Que me duermo yo en las pajas?
Ya va mal.
Por vida del Cardenal
Que yo os la ponga del duelo,
Y aun que no halle otro tal
Credenciero del tinelo.
De contino
Le doy pan, y carne, y vino,
Que summa buenos cuatrines,
Que al menos cada camino
Se lleva cinco carlines.
Todavía
Se yo que triunfaría,
Y aun con ella sus vecinas,
Pues con sólo el pan podría
Mantener bien cien gallinas.
Mas es necia.
Harto le digo: Lucrecia,
Conserva mi buen partido;
Mas el bien nunca se precia
Hasta después q'es perdido.
Pues andar,
Que a mí no puede faltar
Por mis dineros corambre,
Y a ella spero llegar
A verla morir de hambre.
Ya son dos.

LUCRECIA. Buenos días te de Dios.

BARRABÁS. ¡Oh, que milagro tamaño!
Y buenas noches a vos,
Porqu'es la mitad del año.

LUCRECIA. ¿He tardado?

BARRABÁS. Tanto, que m'has enojado
Para hacer maravillas.

LUCRECIA. Por tu vida que he sperado
Que tocasen campanillas.

BARRABÁS. ¡Qué placer!
Dime, ¿quién debe atender,
Si presumes como sueles,
Los manteles al comer,
O el comer a los manteles?

LUCRECIA. No sé nada
Como quier que fui criada

Donde siempre fui servida,
Y menos de aquesta vida.

BARRABÁS. ¡Guay de mí!
Diez años ha que te vi
Morar en el Burgo viejo,
Que siempre te conosci
Lavandera de concejo.

LUCRECIA. ¿Cómo qué?
Pues no ha más que me casé;
Mira si bien has mentido,
Pues harto estuve, a la fe,
Con el ruin de mi marido.

BARRABÁS. Si querrás,
Dime quantos años has,
No me niegues la verdad.

LUCRECIA. Veintidós, par Dios, no más
He hecho por Navidad.

BARRABÁS. Hora, pues,
No quiero ser descortés;
Pero ansí me ayude Dios
Que creo que ha veinte y tres
Que dices que has veinte y dos.

LUCRECIA. Di, pues, ea,
Que aquella que en ti se emplea
Se puede contar por loca:
Nunca yo fui vieja y fea
Sino en tu maldita boca.
¡Ay perdida!
Que de nadie en esta vida
Nunca fui tan mal tractada,
Ni de hombre menos querida
Ni menos acariciada.
Y aun ayer,
Por quererte a ti querer,
Cosa que no me conviene,
He dejado un mercader
Que me diera cuanto tiene.
Y aun hiciera
Que en llegando me vistiera,
Y hoy me ruega de hora en hora,
Y en su casa me tuviera
Servida como señora.
Desgraciado,
Dime, ¿dónde has tu hallado
Otra boba como yo,
Que hobiera por ti negado
La madre que me parió?
Bien me niembra
Que quien en ruin tierra siembra
Diz que coge mal y tarde.
¡Maldita sea la hembra
Que se fía d'un cobarde!

BARRABÁS. Calla, esposa;
Por una tan poca cosa
No tomes esos enojos,
Que no hay dama más hermosa

Si preguntan a mis ojos.
¿Qué más quieres?
Vieja o moza, cual tú fueres,
Quiero yo más tu xervilla
Que a todas cuantas mujeres
Han salido de Castilla.

. . . . . .

LUCRECIA. ¡Sí, por cierto!
¿Tu querer falso, encubierto,
Sin haber de mí memoria,
O el querer d' aquel qu' es muerto?
Ponga Dios su alma en gloria.
BARRABÁS. Di ¿quién es?
LUCRECIA. Ya salías al través
A saber por quién dijera:
Mi señora doña Inés,
¡Que nunca morir debiera!
¡Con qué ganas
Más que a todas mis hermanas
Me tuvo tan grande amor,
Y me dio cosas galanas
Aunque era yo la menor!
Si venía
Cualquier cosa de valía
De la India o de Venecia,
En ese punto decía:
« Aquesto para Lucrecia ».
¡Qué señora!
Si viviera hasta agora,
Nunca tú, traidor cruel,
Me darías de hora en hora
Los tragos de amarga hiel
Que me das.
Pero tú me perderás
Por darme tan mala vida,
Y entonces me alabarás
Como me tengas perdida.
BARRABÁS. Calla, amiga,
No tomes esa fatiga
Porque me burlo contigo,
Que cualquier razón me obliga
A serte muy buen amigo.

. . . . . .

LUCRECIA. ¡Ay, qué pieza!
Si Dios ansí me enderesza,
Yo seré la bien librada,
Que me lavas la cabeza
Después de descalabrada.
BARRABÁS. ¡Qué hablar!
Cata que eres de culpar,
Si a quién te quiere sin cuento
No le sabes comportar
Una palabra de viento.
LUCRECIA. ¡Ay, más cuántas!

Comporto tantas y tantas
A quien no me meresció,
Que sé que no hay en las sanctas
Otra mártir más que yo.

BARRABÁS. Qu' es verdad.
Hagamos esta amistad
Y sanemos todas dudas.

LUCRECIA. Anda, saco de maldad,
Qu' este fue el beso de Judas.

. . . . . .

BARRABÁS. No haya más.
Espera un poco, y verás
Si quieres de lo que habrá.

LUCRECIA. Vé, que tú me manternás,
Mas otro me gozará.
¡Qué placer!
¡Cómo le hago creer
Que las piernas son pan tierno!
Y no lo puedo más ver
Que al diablo del infierno.
¡Oh bestial!
¡Qué galera tan real
Esperabas hoy, ahotas,
Si supiese el Cardenal
Por donde van sus pañotas!
Y aún diría,
Jurando por vida mía,
Que si él cayera en la cuenta
No te diera el otro día
Treinta ducados de renta.
¡Mundo astroso!
¡Que a un tridos y a un malicioso
Nunca falta que le den!
Si éste fuera un virtuoso,
En su vida hobiera bien.

. . . . . .

BARRABÁS. Toma aquí,
Y no te quejes de mí
Pues que ves que no te olvido,

LUCRECIA. Hallase yo amor en tí,
Que otro bien nunca te pido.

BARRABÁS. Toma presto.
Vete agora con aquesto
Porque lo puedas cobrir;
Yo haré después del resto
Cuando me fuere a dormir.

LUCRECIA. Al cenar
No me hagas esperar.

BARRABÁS. Si tardare, cena y calla,
Que yo no puedo faltar
De complir con la canalla.
Si me esperas,
Levaré en todas maneras
Mis pollos con su tocino,

Pan blanco, buen queso y peras,
Y un par de jarros de vino.
LUCRECIA. Sí haré.
BARRABÁS. Sola un hora tardaré ;
Esto quiero que me speres.
Ten buen fuego cuando iré
Y convida a quien quisieres.
No te atrevas
A poner con nadie en nuevas,
Qu' estos mozos son astutos
Si te preguntan qué llevas,
Dí que son los paños brutos.
LUCRECIA. En buena hora.
BARRABÁS. Dios te guíe, mi señora.
LUCRECIA. Y él te guarde, mi señor.
BARRABÁS. Contenta va la traidora
Hoy que le hice favor.

. . . . . .

COMEDIA HIMENEA

El enamorado Himeneo obtiene de Febea que lo reciba una noche ; pero el Marqués, hermano de la dama, que anda receloso, descubre el hecho y pretende vengar su honor. Himeneo huye por casualidad, ya que sus criados abandonaron cobardemente la vigilancia desde el primer momento, y el Marqués vuelve contra su hermana para matarla y salvar de este modo su honra. Recobrado el ánimo que la sorpresa alterara, Himeneo vuelve a la casa de Febea, declara sus honrados propósitos y el ofendido Marqués autoriza la boda.

Damos a continuación el primer diálogo entre Himeneo y Febea. (Jornada 2.ª).

HIMEN. ¡Oh mayor bien de los bienes!
¿Es mi bien?
FEBEA. Mas ¿quién sois vos?
HIMEN. Quien no fuese,
Ni más un hora viviese.
FEBEA. No os entiendo, caballero.
Si merced queréis hacerme,
Más claro habéis de hablarme.
HIMEN. Y aún con eso sólo muero ;
Que no queréis entenderme,
Sino entender en matarme.
FEBEA. Cóm' os llamáis os demando.
HIMEN. Por las llamas que me dáis,
Del fuego que me causáis
Lo podéis ir trasladando.
FEBEA. Gentilhombre,
Quiero saber vuestro nombre.
HIMEN. Soy el que en veros me veo
Devoto para adoraros,
Contrito para quereros.
Soy aquel triste Himeneo,
Que si no espero gozaros
No quisiera conoceros.
Porque en ser desconoscida
Me matáis con pena fuerte,

Sabiendo que de mi muerte
No podéis ser bien servida.
Pero sea,
Pues por vos también se emplea.

FEBEA. Bien me podéis perdonar,
Que, cierto, no os conoscía.

HIMEN. Porque estoy en vuestro olvido.

FEBEA. En otro mejor lugar
Os tengo yo todavía,
Aunque pierdo en el partido.

HIMEN. Yo gano tanto cuidado
Que jamás pienso perdello,
Sino que con merescello
Me paresce estar pagado,
Pues padezco
Menos mal del que merezco.

FEBEA. Gran compasión y dolor
He de ver tanto quejaros,
Aunque me place de oiros,
Y por mi vida, señor,
Querría poder sanaros
Por tener en qué serviros.

HIMEN. Ojalá plugiese a Dios
Que queráis como podéis,
Porque mis males sanéis,
Que speran a sola vos.

FEBEA. Dios quisiese
Que en mí tal gracia cupiese.

HIMEN. Esa y todas juntamente
Caben en vuestra bondad,
Pues os hizo Dios tan bella;
Pero d' esta solamente
Tengo yo necesidad,
Aunque soy indigno d' ella.

FEBEA. Más merescéis que pedís,
Aunque lo que es no lo sé;
Mas de grado lo haré,
Si puedo como decís.
Pero he miedo
Que sin dañarme no puedo.

HIMEN. Pláceme, señora mía,
Que me habéis bien entendido.,
No os quiero más detener;
Vuestra mesma fantasía
Vos dirá que lo que pido
Lo compra bien mi querer.
Y las mercedes pesadas
Que con fatiga se hacen
Son las que alegran y placen
Y las que son estimadas;
De las cuales
Todas las vuestras son tales.

FEBEA. Pues si puedo complaceros,
Aclaradme en qué manera,
Porque tengáis cosa cierta.

HIMEN. Que cuando viniere a veros

En la noche venidera,
Me mandéis abrir la puerta.
FEBEA. Dios me guarde.
HIMEN. ¿Qué, señora
Revocáisme ya el favor?
FEBEA. Sí, porque no me es honor
Abrir la puerta a tal hora.
HIMEN. No son esas
Vuestras pasadas promesas.
FEBEA. Pues ¿cómo queréis que os abra?
Que en aquellos tiempos tales
Los hombres sois descorteses.
HIMEN. Señora, no tal palabra.
Si queréis sanar mis males,
No busquéis esos reveses.
Ya sabéis que mis pasiones
No me mandan enojaros,
Y no debéis escusaros
Con escusadas razones,
De tal suerte
Que me causáis nueva muerte.
FEBEA. No puedo más resistir
A la guerra que me dais,
Ni quiero que me la deis.
Si concertáis de venir,
Yo haré lo que mandáis
Siendo vos el que debéis.
HIMEN. Debo ser siervo y cabtivo
De vuestro merescimiento,
Y ansi me parto contento
Con la merced que rescibo.
FEBEA. Id con Dios.
HIMEN. Señora, quede con vos.

BOR. Señor, pues has conseguido
La merced que deseaste
Tan conforme a tu querer,
Cúmplenos lo prometido,
Pues sabes que nos mandaste
Las albricias del placer.
HIMEN. Hermanos, de muy buen grado,
Que es razón en todo caso.
Toma tú el sayón de raso,
Y tú el jubón de brocado,
Que otro día
Yo os daré mayor valía.
BOR. Dios haya de tí memoria
Y acresciente tu vivir
Con honra y fama sin par,
Y te dé tanta vitoria
Que no tengas que pedir,
Pues no te falta que dar.
ELISO. Yo no quiero tus brocados,
Ni consiento, ni es honesto
Que quedes tú descompuesto
Por componer tus criados.

Ten cordura,
Que tu largueza es locura.

. . . . . .

Y acto seguido aquella en que el Marqués entra en persecución de Himeneo (Jornada quinta).

MARQ. ¡Oh mala mujer traidora!
¿Dónde váis?
TURP. Paso, señor.
FEBEA. ¡Ay de mí desventurada!
MARQ. ¿Pues qué os parece, señora?
¿Para tan gran deshonor
Habéis sido tan guardada?
Confesaos con este paje,
Que conviene que muráis,
Pues con la vida ensuciáis
Un tan antiguo linaje.
Quieros daros,
Que os do la vida en mataros.
FEBEA. Vos me sois señor y hermano
(Maldigo mi mala suerte
Y el día en que fui nascida),
Yo me pongo en vuestra mano,
Y antes os pido la muerte
Que no que me deis la vida.
Quiero morir, pues que veo
Que nasci tan sin ventura.
Gozará la sepoltura
Lo que no pudo Himeneo.
MARQ. ¿Fue herido?
TURP. No, que los pies le han valido.
FEBEA. Señor, después de rogaros
Que en la muerte que me diás
No os mostréis todo cruel,
Quiero también suplicaros
Que, pues a mí me matáis,
Que dejéis vivir a él.
Porque según le atribuyo,
Si sé que muere d'esta arte,
Dejaré mi mal aparte
Por mejor llorar el suyo.
MARQ. Toca a vos
Poner vuestra alma con Dios.
FEBEA. No me queráis congojar
Con pasión sobre pasión
En mis razones finales;
Dejadme, señor, llorar,
Que descansa el corazón
Cuando revela sus males.
MARQ. Pues contadme en qué manera
Pasa todo vuestro afán.
FEBEA. Pláceme, porque sabrán
Cómo muero, sin que muera,
Por amores

De todo merescedores.
¡Doresta!

DOREST. Ya voy, señora.
FEBEA. Ven acá, serás testigo
De mi bien y de mi mal.
TURP. Señor, es una traidora.
DOREST. Tú de bondad enemigo.
MARQ. Callad, hablemos en al.
FEBEA. Hablemos cómo mi suerte
Me ha traído en este punto
Do yo y mi bien todo junto
Moriremos d' una muerte.
Mas primero
Quiero contar cómo muero.
Yo muero por un amor
Que por su mucho querer
Fue mi querido y amado,
Gentil y noble señor,
Tal que por su merescer
Es mi mal bien empleado.
No me queda otro pesar
De la triste vida mía,
Sino que cuando podía
Nunca fui para gozar
Ni gocé
Lo que tanto deseé.
Muero con este deseo,
Y el corazón me revienta
Con el dolor amoroso;
Mas si creyera a Himeneo,
No moriera descontenta
Ni le dejara quejoso.
Bien haya quien me maldice,
Pues lo que él más me rogaba
Yo más qu' él lo deseaba:
No sé por qué no lo hice.
¡Guay de mí,
Que muero así como así.

. . . . . .

No me quejo de que muero,
Pues soy mortal como creo,
Mas de la muerte traidora;
Que si viniera primero
Que conosciera a Himeneo,
Viniera mucho en buen hora.
Mas veniendo d'esta suerte,
Tan sin razón a mi ver,
¿Cuál será el hombre o mujer
Que no le doldrá mi muerte
Contemplando
Porqué y dónde, cómo y cuándo?
Yo nunca hice traición.
Si maté, yo no sé a quién;
Si robé, no lo he sabido;
Mi querer fue con razón;

Y si quise, hice bien
En querer a mi marido.
Cuanto más que las doncellas,
Mientra que tiempo tuvieren,
Harán mal si no murieren
Por los que mueren por ellas.
Pues moriendo
Dejan sus famas viviendo.
Pues, muerte, ven cuandoquiera,
Que yo te quiero atender
Con rostro alegre y jocundo;
Qu'el morir d'esta manera
A mí me debe placer
Y pesar a todo el mundo.
Sientan las gentes mi mal
Por mayor mal de los males,
Y todos los animales
Hagan hoy nueva señal.
Y las aves
Pierdan sus cantos suaves,
La tierra haga temblor
Los mares corran fortuna,
Los cielos no resplandezcan,
Y pierda el sol su claror,
Tórnese negra la luna,
Las estrellas no parezcan,
Las piedras se pongan luto,
Cesen los ríos corrientes,
Séquense todas las fuentes,
No den los árboles fruto,
De tal suerte
Que todos sientan mi muerte.

COMEDIA CALAMITA

Iusquino se finge pariente del crédulo Torcazo para ganar su confianza, entrar luego en su casa y procurar el amor de Calamita para su amo Floribundo, mientras asedia personalmente a Libina, la muy liviana esposa de Torcazo. Fracasa en estas últimas pretensiones y procura vengarse de Libina; obtiene sin embargo la voluntad de Calamita para Floribundo siempre que medie matrimonio, que se celebra secretamente. Eutício, padre del galán, estimándose deshonrado, quiere matar a los enamorados pero se entera de que Calamita es de noble familia y fue sustituída en la cuna por otra criatura. Esto concilia al anciano con los jóvenes, finalizando la comedia felizmente.
Transcribimos la escena de la venganza de Iusquino. (Jornada tercera), en la que intervienen con éste, Torcazo, Calamita y Libina.

IUSQ. Ce, Torcazo.
TORC. ¿Quién va ahí?
IUSQ. Otro norabuena venga.
TORC. Oh, mi primo, Dios mantenga.
IUSQ. En busca vengo de ti.
TORC. Pues mira, ¿que quiés me di?
IUSQ. No otra cosa
Mas que Libina, tu esposa,
No asienta bien el tonillo;

Que tras un escolarcillo
Diz que va muy bolliciosa.
TORC. Juria diez si a la tiñosa
La arrebato,
Que le sacuda aquel hato:
Y an aquí si te parece,
Son que luego se amortece
Y he mancilla dende a rato.
IUSQ. Por mi vida gentil acto
Desos eres?
Mal conoces de mugeres
Y lo que su ingenio puede;
Que se hace muerta adrede
Porque tú te desesperes.
TORC. No ha poder.
IUSQ. Nota (si quieres)
Qu' el probar
Es cosa muy singular:
Riñe con ella en viniendo.
TORC. ¡Juriami! muy bien te entiendo,
Que mas no in' ha d' engañar
Yo la haré levantar
IUSQ. Bien harás,
Mayor honra ganarás.
TORC. Dexa tú hacer a mí.
IUSQ. Quiero me esconder aquí
Por ver la fiesta, y no más;
Que ellas, según su compás,
Y do van,
Sé que poco tardarán.
Veré que hace este nescio,
Que para mí más lo precio
Que ser duque de Milán.
Hora tornan muy colladas,
Santas son,
Mas que negra devoción:
¡Cuán presto se le acabó!
Oración me torne yo
Si ellas han dicho oración.
En la mano es la questión,
Voto a Dios.
TORC. ¡Ha jurial cuerpo de nos!
CAL. Tentalla si Dios te vala.
TORC. Torná mucho noramala
Y entraos en casa vos.
IUSQ. Para las señoras, dos.
TORC. ¿Dó venís?
LIB. De la iglesia.
TORC. Vos mentís,
Hoy os tengo de achocar:
¿Quién es aquel escolar?
LIB. ¿Cuál escolar?
TORC. ¿No decís?
LIB. Ay, mezquina.
TORC. ¿Ya groñís?
IUSQ. Y rebida,

Bien le hinche la medida.
LIB. Que me mata.
IUSQ. Ya es en tierra.
TORC. Ea, hija de la perra,
¿Hacéis os amortecida?
Esperá.
IUSQ. Dios te de vida.
¿Dónde vas?
¡Aquí es de ver que hará!
Mas cual s' está la bellaca,
¡Voto a Dios que paja saca!
Querrá que coma quizá:
Si, que por más tornará
Mi pariente,
Que la cubre el inocente,
Y la bestia qu' está queda,
Guárdese, no le suceda
Cosa que no le contente.
¡Mas como anda diligente
Medio ciego!
Veréis, veréis, el matiego
Que hará alguna simpleza,
Y aunque a la necia l' escueza
Porque está de buen sosiego,
Voto a Dios que trae fuego.
TORC. Sus, Libina,
Verguete presto, malina,
De parte de Dios te habro,
Y an de Dios y del diabro,
Que tú te yergas, ayna,
Sono haré chamosquina.
IUSQ. Oh, galante.
TORC. El demoño te levante:
¿Pues no quieres?
IUSQ. Sopla, hermano.
¡Que priesa se da el villano!
La cosa pasa adelante:
Oh, animal ignorante.
TORC. ¿Rebollís?
Ha noramala salís.
IUSQ. ¿Qués esto, primo Torcazo?
TORC. Par Dios, toméla en el lazo.
¿Agora ya revivís?
¿De engañarme presumís?
IUSQ. ¿Quién te engaña?
TORC. Aquesta falsa alimaña
Que se hace amortecida.
LIB. Para esta, y aun por mi vida.
IUSQ. ¿No ves, necio, que regaña?
LIB. No me tengan en España
Por muger,
Sobrina del Bachiller,
Hija de Pero García,
Si la injuria d' este día
No te la doy a beber.

COMEDIA SOLDADESCA

La escena es en Roma. Guzmán se queja de su mala fortuna; hállale un capitán conocido suyo, encargado de reclutar quinientos peones para el ejército del Papa, y le ofrece el grado de sota-capitán. Queda luego ajustado un tambor a quien se manda publicar la recluta. Manrique y Mendoza se repuntan de palabras. Se presenta un fraile que acaba por sentar plaza de soldado bajo el nombre de Liaño; éste con otros dos alójanse en casa de un labrador italiano, cuya lengua no entienden, produciéndose continuas equivocaciones. El capitán debe apaciguar sus alborotos y sofrenar las intenciones de Guzmán y Mendoza, que se proponían hurtarle una docena de pagas y desertar. Concluye la comedia con un villancico, que cantan todos marchando en ordenanza.

Damos a continuación un fragmento del introito, a cargo de un pastor encargado de presentar la comedia:

Dios mantenga y remantenga,
mía fe, a cuantos aquí estáis,
y tanto pracer os venga
como cro que deseáis.
¿Qué hacéis?
Apostá que más de seis
estáis el ojo tan luengo,
y entiendo que no sabréis
adevinar a qué vengo.

. . . . . .

¿Qué decís?
Todo cuanto presumís
es un aire loco y vano.
¿Véis? Aquí todos venís
ascuchar este villano.
¡Bobarrones!
Que cegáis con presunciones,
y vivís todos ascuras;
que Dios reparte sus dones
por todas las creaturas.
Y ansí siento
que reparte con tal tiento
las mercedes su grandeza,
que dio a mí en contentamiento
más que a otros en riqueza.
Pues pobretos,
¿qué queréis vivir sujetos
al mundo y a su cebico?
Que en mi tierra los discretos
al contento llaman rico.
Por probar,
hora os quiero preguntar:
¿Quién duerme más satisfecho?
¿yo de noche en un pajar,
o el Papa en su rico lecho?
Yo diría
qu'él no duerme todavía
con mil cuidados y enojos;
yo recuerdo a medio día,
y aún no puedo abrir los ojos.
Mas verán,

que dais al Papa un faisán
y no come d'él dos granos;
yo tras los ajos y el pan
me quiero engollir las manos.
Todo cabe;
mas aunque el Papa me alabe
sus vinos de gran natío,
menos cuesta y mejor sabe
el agua del dulce río.
Yo, villano,
vivo más tiempo y más sano
y alegre todos mis días,
y vivo como cristiano,
por aquestas manos mías.
Vos, señores,
vivís en muchos dolores
y sois ricos de más penas,
y coméis de los sudores
de pobres manos ajenas.

Sigue un fragmento del diálogo entre el Capitán y Guzmán (Jornada primera).

CAPITÁN. ¿En qué afán
se ha puesto el señor Guzmán?
Debe andar muerto de sed.
GUZMÁN. ¡Oh mi señor Capitán!
Bien venga vuestra merced.
CAPITÁN. ¿Qué hacéis?
GUZMÁN. Ya, señor, oís y veis:
estó esperando que llueva.
CAPITÁN. Pues hora ¿qué me daréis
si yo os do una buena nueva?
GUZMÁN. Mas ¡cuán claros
tenéis modos de burlaros
en estas y otras consejas!
¿Qué me veis que pueda daros
si no os diese las orejas?
CAPITÁN. Por mi fe,
pocas veces me burlé
de quien acostumbró honrarme;
mas agora os mostraré
cómo no vengo a burlarme.
¿Veis aquí?
Pues entre nos es ansí
que la verdad se ejecuta.
El Papa mandó por mí
y hame dado esta conducta;
y al presente
me ha mandado expresamente,
porque no pudo ser antes,
que haga de buena gente
hasta quenientos infantes.
Si se habrán,
seréis, hermano Guzmán,
sin que más os lo suplique,
vos mi sota-capitán,

y alférez será Manrique.

. . . . . .

GUZMÁN. Bien está.
Mas también razón será
que, señor, os acordéis
que he tenido por acá
los cargos que vóis sabéis,
y aun de grado
cualquier plático soldado
vos dirá quién es Guzmán,
y cómo ha sido tractado
del señor Gran Capitán.
CAPITÁN. Pues, hermano,
ya sé que por vuestra mano
cresce la fama española.
GUZMÁN. ¿Vístesme en el Garellano?
CAPITÁN. Y aun os vi en la Chirinola.
GUZMÁN. Yo he placer
que me queréis conoscer
sin habéroslo servido.
Pues más habéis de saber:
que he diez veces combatido.
Y en Bugía
yo tuve una compañía,
la mejor de mi cuartel,
y en Trípol de Berbería
pudiera ser coronel.
Mas, señor,
yo quiero, por vuestro amor,
serviros de voluntad.

Y dos escenas de la jornada segunda.

ATAMBOR. ¡Sus, señores compañeros,
soldados de Papa Juan!
Quién querrá tomar dineros
a Pozo Blanco se dan.
Tres ducados
a los pláticos soldados
y diestros en renegar,
y a los bisoños honrados
dos y medio y el tragar.
MENDOZA. Di, Atambor,
¿y no harán más honor
a los buenos que a los ruines?
ATAMBOR. Ya os darán a vos, señor,
catorce o quince carlines.
MENDOZA. ¡Oh, ladrón!
y aquesta disposición,
cabello, garbo y cintura,
¿paréscete que es razón
pasar por esa mesura?
ATAMBOR. No sé nada.
Daros han paga doblada
si jugáis bien de piquer.

MENDOZA. Daros he una bofetada
porque os burléis a placer.
ATAMBOR. No osaréis,
que primero miraréis
a vuestro nombre y cabello ;
cuanto más, como sabéis,
que burlando os dije aquello.
MENDOZA. Ven acá,
¿conóscesme tú quizá?
¿Por qué te burlas ansí?
ATAMBOR. Ya os conozco días ha,
que por eso me atreví.
Y aun Guzmán
de parte del Capitán
os llamó yendo comigo.

. . . . . .

FRAILE. Sanidad
os dé Dios por su bondad
y al alma después reposo.
¿Queréis hacer caridad
a este pobre religioso?
JUAN. ¡Qué habrar!
No os podéis probe llamar
donde a mí, padre, me véis.
Id con Dios a trabajar,
que buenos cuartos tenéis.
FRAILE. A mi ver,
mal hacéis en me correr ;
que, si bien queréis sentir,
harto trabaja el comer
quien lo tiene de pedir.
JUAN. ¡Ay dolor!
Escuchai, padre señor,
¿quién vos dice aquí el contrario?
Mas estaros híe mejor
la pica qu'el famolario.
FRAILE. Ciertamente.
Ya Dios, el mundo y la gente
desprecian nuestros afanes,
y era poco inconviniente
renunciar los balandranes.
ATAMBOR. ¿Son hurtados?
FRAILE. No, sino muy bien ganados,
y no con poco dolor.
ATAMBOR. Juguémoslos a tres dados
aquí sobr'este atambor.
FRAILE. Bien haría ;
pero a vos no se daría
la culpa de tal peccado.
ATAMBOR. Dejadvos de hiproquesía ;
buscad, señor, un ducado.

. . . . . .

Yo os prometo
Qu'el soldado más pobreto

De cuantos podéis hallar
Es hoy a Dios más acepto
Qu'el flaire más regular.

. . . . . .

FRAILE. Que me place, voto a Dios,
de hacer lo que mandáis.
PERO. Eso sí.
¿Para qué es andar aquí
con haldas de panadera?
Será mejor, juri a mí,
que apañéis una bandera
si os la dan.
ATAMBOR. Digo que le rogarán,
y al tiempo hago testigo.
Dejad, vernú el Capitán
y veréis yo qué le digo.
FRAILE. Pues, señor,
y vosotros, por mi amor,
pues es hecho ya este daño,
si queréis hacerme honor
llamadme d'hoy más Liaño.
ATAMBOR. Bien será.
LIAÑO. Pues, hermanos, dad acá.
Mientra el Capitán no viene,
hagamos, si os placerá,
lo que a la tripa conviene.
ATAMBOR. ¿Qué haremos?
LIAÑO. Que mis hábitos tomemos,
según usanza moderna,
y allí los remataremos
en una sancta taberna.

GIL VICENTE

No se conoce la fecha en que pudiera nacer Gil Vicente, y por aproximación se la sitúa entre los años 1470 y 1475. En cuanto al lugar, Lisboa, Barcellos y Guimaraens, disputan sus respectivos derechos. 1502 es la primera fecha establecida, por haber entonces recitado su *Monólogo do Vaqueiro* con motivo del nacimiento del príncipe don Juan, nieto de los Reyes Católicos. En 1506 fue terminada la famosa custodia de Belén, cuya atribución a Gil Vicente tanto se ha discutido, realizada con el primer oro que de Oriente trajo Vasco de Gama, y que en la actualidad se acepta, siquiera parcialmente, como obra del orfebre-poeta, según la tesis de Teófilo Braga. Casado en fecha incierta con Blanca Bezerra — Braancamp Freire apunta los años de 1490 a 1492 — tuvo en ella un hijo que se llamó Gil, como su padre, y fue quien andando el tiempo publicó sus obras. Aceptando la condición de orfebre, en 1509 fue designado veedor de los trabajos de platería para el convento de Tomar y el Monasterio de Nuestra Señora de Belén. En 1512 fue elegido para la Casa de los Veinticuatro. En 1513 fue nombrado *maestre da balança*, algo así como director de la Casa de la Moneda, de Lisboa, según una carta regia todavía existente, y principal documento para la teoría que identifica al poeta con el orfebre autor de la citada custodia. El rey don Manuel I le comisionó en 1520 para dirigir los festejos que con motivo de la llegada a Lisboa de la reina doña Leonor, celebró aquel municipio. En 1531 y con motivo de un temblor de tierra que algunos atribuyeran a la cólera divina, irritada por los cristianos nuevos de Portugal, intervino nuestro autor en la cuestión, esclareciendo el caso y apaciguando los ánimos. En esta fecha se decía ya *vecino de la muerte*, y unos años más tarde se supone que debió hallarla en la ciudad de Evora.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. *Obras*, ed. Mendes, Coimbra, 1907-1912.

AUTO DA SIBILLA CASSANDRA

Figuras: CASSANDRA, SALOMAO, ERUTEA, PERESICA, CIMERIA, ESAIAS MOYSES Y ABRAHAO

A obra seguinte foi representada no mosteiro de Enxobregas nas matinas do Natal. Tracta-se nella da presumpção da SIBILLA CASSANDRA, *que, como por espirito prophetico soubesse o misterio da encarnação, presumio que ella era a virgem de quem o Senhor havia de nascer. E com esta opinião nunca mais quis casar.*

Entra Cassandra, em figura de Pastora, dizendo:

CASSANDR. ¡Quién mete ninguno andar
ni porfiar
en casamientos comigo!
Pues séame Dios testigo
que yo digo
que no me quiero casar.
¡Cuál será pastor nacido
tan polido
ahotas que me meresca!
¿Alguno hay que me paresca
en cuerpo, vista y sentido?

SALOM. ¡Casandra, Dios te mantenga!
y yo venga
también mucho norabuena;

pues te veo tan serena,
nuestra estrena
ya por mí no se detenga:
y pues ya que estoy acá,
bien será
que diga a qué soy venido;
y tanto estoy de ti vencido,
que creo que se hará.

CASSANDR. No te entiendo.

SALOM. Anda, ven,
que por tu bien
te envían a llamar tus tías;
y luego de aquí tres días
alegrías
ternás tú y yo también.

CASSANDR. ¿Qué me quieren?

SALOM. Que me veas
y me creas
para hecho de casar.

CASSANDR. Lo que de ahí puedo pensar,
que ellas o tú devaneas.

. . . . . .

SALOM. ¿Qué me dices?

CASSANDR. Yo te digo
que comigo
no hables en casamiento;
que no quiero ni consiento,
ni con otro ni contigo.

. . . . . .

No tomes desto pasión
ni alteración,
pues que no desprecio a ti;
mas nació, cuando nací,
comigo esta opinión,
y nunca más la perdí.

SALOM. ¿Qué te hizo el casamiento?
¿Es tormento,
que se da por algún hurto?

CASSANDR. Y aun por eso le surto,
porque es curto
su triste contentamiento.
Muchos dellos es notorio
purgatorio
sin concierto ni templanza;
y si algún bueno se alcanza,
no es medio placentorio.
Veo quejar las vecinas
de malinas
condiciones de maridos:
unos de ensoberbecidos
y aborridos,
otros de medio gallinas,
otros llenos de mil celos
y recelos,

siempre aguzando cuchillos,
sospechosos, amarillos,
y malditos de los cielos.
Otros a garzonear
por el lugar,
pavonando tras garcetas,
sin dejar blancas ni prietas
ni reprietas;
¿y la mujer? Sospirar,
después en casa reñir
y gruñir
de la triste allí cautiva.
Nunca la vida me viva
si tal cosa consentir.

. . . . . .

SALOM. Yo voy llamar al aldea
Erutea
y a Peresica tu tía
y a Cimeria; y tu porfía
delante dellas se vea.
CASSANDR. ¡Y a mí qué se me da!
¿Quién será,
que me case a mi pesar?
Si yo no quiero casar,
¿a' mí quién me forzará?
(*Canta.*)
Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.
Más quiero vivir segura
nesta sierra a mi soltura,
que no estar en ventura
si casaré bien o no.
Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.
Madre, no seré casada,
por no ver vida cansada,
o' quizá mal empleada
la gracia que Dios me dia.
Dicen que me case yo;
no quiero marido, no.
No será ni es nacido
tal para ser mi marido;
y pues que tengo sabido
que la flor yo me la só,
dicen que me case yo;
no quiero marido, no.

Entra ERUTEA, PERESICA *e* CIMERIA, *com o pastor* SALOMAO, *em chacota, ellas a maneira de lavradoras, e diz* CIMERIA *a* CASSANDRA.

CIMERIA. ¿Qué te parece el zagal?
CASSANDR. Ni bien ni mal,
que no quiero casar, no.
¿Vosotras quién os metió
que case yo?

Pues sabed que pienso en al.

CIMERIA. Tu madre en su testamento
(No te miento)
manda que cases, que es bueno.

CASSANDR. Otro casamiento ordeno
en mi seno:
que no quiero ni consiento.

SALOM. Loco consejo has tomado.
¡Estoy espantado!
¿Do se halló tal desvarío?

CASSANDR. Mi fe, nel corazón mío;
y lo fío,
que no yo camino errado.
Yo quiero ser escogida
en otra vida,
de más perfeta manera.

ERUTEA. Escucha, sobrina mía;
todavía
no puedes sino casar;
y éste debes tomar
sin porfiar,
que es muy bueno en demasia.

. . . . . .

SALOM. ¡Muy entirrada está!
Bien será
que no le digamos más.
Pues tú te arrepentirás,
y querrás,
cuando el diablo no querrá.

ERUTEA. Muy más ayna quizá
se hará,
si la servieses de amores.

SALOM. ¡Qué moza para favores!
¿No veis qué respuesta da?

PERESICA. Si tus tíos allegasen,
y le hablasen,
que son hombres entendidos...

CIMERIA. ¡Pardiez son, y bien validos
y sentidos!
Bien sé yo que lo acabasen.

SALOM. Quiérolos ir a llamar
al lugar:
veremos esto en qué para;
aunque ella se declara
por tan cara,
que ha de ser dura de armar.

Traz SALOMAO ESAIAS *e* MOYSES *e* ABRAHAO, *cantando todos quatro de folia a cantiga seguinte:*

¡Qué sañosa está la niña!
¡Ay, Dios, quién le hablaría!

Volta

En la sierra anda la niña
su ganado a repastar;

hermosa como las flores,
sañosa como la mar.
está la niña:
¡ay, Dios, quién le hablaría!

ABRAHAO. ¡Digo que estéis norabuena!
Por estrena
toma estas dos manijas.

MOYSES. Y yo te doy estas sortijas
de mis hijas.

ESAIAS. Yo te doy esta cadena.

SALOM. Dartehía yo bien sé qué,
mas no sé
cuánto puede aprovechar.

ERUTEA. Muchas cosas hace el dar,
como contino se ve.

CASSANDR. ¿Téngome de captivar
por el dar?
No me engaño yo ansí.
Yo digo que prometí
sólo de mí,
que no tengo de casar.

Los razonamientos de los recién llegados tampoco vencen la porfía de Casandra que se supone elegida para ser madre de Dios, en gracia de las muchas que a sí misma se atribuye. Al cabo de la discusión, ábrense las cortinas que ocultaban el aparato del Nacimiento y cuatro ángeles cantan:

Ro ro ro
nuestro Dios y Redentor,
Ro ro ro
no lloréis, que dais dolor
a'la virgen que os parió.
Ro ro ro.
Niño hijo de Dios Padre,
Padre de toda las cosas,
cesen las lágrimas vuesas,
no llorará vuestra madre,
pues sin dolor os parió.
Ro ro ro.
No le deis vos pena, no.
Ora, niño, ro ro ro,
nuestro Dios y Redentor,
no lloréis, que dais dolor
a'la virgen que os parió.
Ro ro ro.

MOYSES. Naquel cantar sento yo
y cierto so
que nuestro Dios es nacido;
y llora por ser sabido
y conocido
que es de carne como yo.

CIMERIA. Yo ansí lo afirmaría
y juraría;
que lo deben estar brizando
y los ángeles cantando
su divinal melodía.

ESAIAS Pues vámoslo adorar
y visitar
el recién nacido a nos :
verán nuestros ojos dos
un solo Dios,
nacido por nos salvar.

CASSANDR. Señor, yo, de ya perdida
nesta vida,
no te oso pedir nada,
porque nunca di pasada
concertada ;
ni debiera ser nacida.
Virgen y madre de Dios,
A'vos, a vos.
corona de las mujeres,
por vuestros siete placeres,
que quieras rogar por nos.

TODOS

Muy graciosa es la doncella :
¡cómo es bella y hermosa!
Digas tú, el marinero,
que en las naves vivías,
si la nave o la vela o la estrella
es tan bella.
Digas tú, el caballero,
que las armas vestías,
si el caballo o las armas o la guerra
es tan bella.
Digas tú, el pastorcico,
que el ganadico guardas,
si el ganado o las valles o la sierra
es tan bella.

Isto bailado de terreiro de tres por tres : e por despedida o vilancete seguinte :

VILANCETE

¡A la guerra,
caballeros esforzados ;
pues los ángeles sagrados
a'socorro son en tierra.
¡A la guerra!
Con armas resplandecientes
vienen del cielo volando,
Dios y hombre apelidando
en socorro de las gentes.
¡A la guerra,
caballeros esmerados ;
pues los ángeles sagrados
a'socorro son en tierra.
¡A la guerra!

LAUS DEO.

AUTO DE LAS BARCAS

Represéntase en la obra siguiente una prefiguración sobre la rigurosa acusación que los enemigos hacen a todas las almas humanas en el punto que parten sus cuerpos terrestres por la muerte. Al tratar de esta materia y a modo de símbolo, pone el Autor que en dicho instante llegan a un profundo brazo de mar donde hay dos embarcaciones : una se dirige a la Gloria ; otra, al Purgatorio, y al Infierno.
Van llegando a las naves personajes de las distintas clases sociales y profesiones : Un hidalgo, un zapatero, un fraile, una celestina, un judío, etc. Transcribimos algunos fragmentos de la Barca de la Gloria, única en castellano de la trilogía.

DIABLO. Patudo, ve muy saltando,
Llámame la Muerte acá ;
Dile que ando navegando,
Y que la estoy esperando,
Que luego vuelverá.

Viene la Muerte.

MUERTE. ¿Qué me quieres?
DIABLO. ¿Que me digas porqué eres
Tanto de los pobrecitos?
Bajos hombres y mugeres,
Destos matas cuantos quieres,
Y tardan grandes y ricos.
En el viage primero
Me enviaste oficiales :
No fue mas que un caballero,
Y lo al, pueblo grosero.
Dejaste los principales
Y villanage
En el segundo viage,
Siendo mi barco ensecado.
A pesar de mi linage,
Los grandes de alto estado
¡Cómo tardan en mi passage!
MUERTE. Tienen más guaridas esos,
Que lagartos de arenal.
DIABLO. De carne son y de huesos ;
Vengan, vengan, que son nuesos,
Nuestro derecho real.
MUERTE. Ya lo hiciera,
Su deuda paga me fuera ;
Mas el tiempo le da Dios,
Y preces le dan espera :
Pero deuda es verdadera,
Y los porné ente vos.
Voyme allá de soticapa
A mi estrada seguida,
Verás cómo no me escapa
Desde el Conde hasta el Papa.
DIABLO. Haced prestes la partida
En buenora.

Compañero del Diablo.

COMPAÑERO. Pues el conde que vendrá ora,
¿Irá echado, o de qué suerte?

ÁNGEL. O Virgen nuestra Señora,
Sed vos socorredora
En la hora de la muerte.

Viene la Muerte y trae al Conde y dice:

MUERTE. Señor Conde prosperado,
Sobre todos más ufanos,
Ya pasastes por mi vado.
CONDE. ¡O Muerte! ¡cuán trabajado
Salgo triste de tu mano!
MUERTE. No fue nada;
La peligrosa pasada
Desta muy honda ribera
Es más fuerte y trabajada,
Mas terrible en gran manera.
Ved, Señor, si traéis flete
Para aquel barco del cielo.
CONDE. Allí iría yo por grumete.
MUERTE. Primero os sudará el topete.
CONDE. Tú no das nunca consuelo.
O Muerte escura,
Pues me diste sepultura,
No me des nuevas de mí.
Ya hundiste la figura
De mi carne sin ventura,
Tirana, déjame aquí.
MUERTE. Hablad con ese barquero,
Que yo voy hacer mi officio.
DIABLO. Señor Conde y caballero,
Dias ha que os espero,
Y estoy a vueso servicio:
Todavía
Entre Vuesa Señoría,
Que bien larga está la plancha,
Y partamos con de día:
Cantaremos a porfía
«Los hijos de Doña Sancha».
CONDE. ¿Ha mucho que eres barquero?
DIABLO. Dos mil años ha y más,
Y no paso por dinero.
Entrad, Señor pasagero.
CONDE. Nunca tú me pasarás.
DIABLO. ¿Y pues quién?
Mirad, Señor, por iten
Y habéis de pasar allen.
Os tengo acá en mi rol,
¿Veis aquellos fuegos bien?
Allí se coge la frol.
¿Veis aquel gran fumo espeso,
Que sale daquellas peñas?
Allí perderéis el vueso,
Y mas, Señor, os confieso
Que habéis de mensar las greñas.
CONDE. Grande es Dios.
DIABLO. ¿A eso os atenéis vos,

Gosando ufano la vida
Con vicios de dos en dos,
Sin haber miedo de Dios,
Ni temor de la partida?

CONDE. Tengo muy firme esperanza,
Y tuve dende la cuna,
Y fe sin tener mudanza.

DIABLO. Sin obras la confianza
¡Hace acá mucha fortuna!
Suso, andemos;
Entrad, Señor, no tardemos.

CONDE. Voyme a estotra embarcación.

DIABLO. Id, que nos esperaremos.

CONDE. O muy preciosos reinos,
Socorred mi aflición.

LECCIÓN

O parce mihi, Dios mío,
Quia nihil son mis días:
¿Porqué ensalza tu poderio
Al hombre, y das señorío,
Y luego del te desvías?
Con favor
Visitas eum al albor,
Y súpito lo pruebas luego:
¿Porqué consientes, Señor,
Que tu obra, y tu hechor,
Sea deshecha nel fuego?
Ayudadme, remadores,
De las altas hierarquías,
Favoreced mis temores,
Pues sabéis cuantos dolores
Por mí sufrió el Mesías.
Sabed cierto
Como fue preso en el huerto,
Y escupida su hermosura,
Y dende allí fue, medio muerto,
Llevado muy sin concierto
Al juicio, sin ventura.

DIABLO. ¿Ahora se os acordó?
El asno muerto cebada.
De vos bien seguro estó:
¿Pensaréis que no sé yo
La vuesa vida pasada?

CONDE. Yo te requiero.

DIABLO. Vos, Señor Conde agorero,
Fuisteis a Dios perezoso,
A lo vano muy ligero,
A las hembras placentero,
A los pobres riguroso.
Viva Vuesa Señoría
Para siempre con querella.

CONDE. ¡O gloriosa María!

DIABLO. Nunca un hora ni día
Os vi dar paso por ella.

. . . . . .

Viene la Muerte y trae un Rey :

REY. ¡Cuánto dolor se me ayunta!
MUERTE. Señor, ¿qué es de vuesa alteza?
REY. ¡Oh rigurosa pergunta!
Pues me la tienes defunta,
No resuscites tristeza.
¡Oh ventura,
Fortuna perversa escura!
Pues vida desaparece,
Y la muerte es de tristura,
¿Adonde estás, gloria segura?
¿Cuál dichoso te merece?
DIABLO. Señor, quiero caminar,
Vuesa Alteza ha de partir.
REY. ¿Y por mar he de pasar?
DIABLO. Si, y aún tiene que sudar ;
Ca no fue nada el morir.
Pasmaréis :
Si miráis, dahí veréis
Adó seréis morador
Naquellos fuegos que véis ;
Y llorando, cantaréis
« Nunca fue pena mayor ».

LECCIÓN

REY. *Taedet anima mea*
Vitae meae muy dolorida,
Pues la gloria que desea
Me quita que no la vea
La muy pecadora vida
Que pasé.
Loquar in amaritudine
Palabras muy dolorosas ;
De mi alma hablaré
A mi Dios, y le diré,
Con lágrimas piadosas :
Noli me condemnare,
Judica mihi, porque
No me dejas quien me ampare :
¿Si al infierno bajare,
Tuyo so, cuyo seré?
¡Ay de mí!
¿Cur me judices ansí?
Pues de nada me heciste,
Mándame pasar daquí ;
Ampárame, *fili Davi,*
Que del cielo descendiste.

RESPONSO

O mi Dios, *ne recorderis*
Peccata mea, te ruego,
Naquel tiempo *dum veneris,*
Cuando el siglo destruieres,

Con tu gran, per fuego.
Dirige a mí.
Vias meas para ti,
Que aparezca en tu presencia.

DIABLO. Vuesa Alteza vendrá aquí,
Porque nunca acá sentí
Que aprovechase adherencia.
Ni lisonjas, crer mentiras,
Ni voluntario apetito,
Ni puertos, ni algeciras,
Ni diamantes, ni zafiras,
Sino sólo aquese esprito
Será asado:
Porque fuisteis adorado
Sin pensar serdes de tierra;
Con los grandes alterado,
De los chicos descuidado,
Fulminando injusta guerra.

Vase el Rey a la barca de los Ángeles.

REY. ¡O remos de gran valor!
¡O llagas por nos habidas!

ÁNGELES. Plega a vuestro Redentor,
Nuestro Dios y criador,
Que os dé segundas vidas;
Porque es tal
La morada divinal,
Y de gloria tanto alta,
Que el ánimo humanal,
Si no viene oro tal
En ella, nunca se esmalta.

REY. Buen Jesu, que apareciste
Todo en sangre bañado,
Y a Pilato oyiste,
Mostrándote ao pueblo triste,
—*¡Eis el hombre castigado!*
Y reclamaron,
Y con la cruz te cargaron,
Por todos los pecadores:
Pues por nos te flagelaron,
Y a la muerte te allegaron,
Esfuerza nuestros temores.

. . . . . .

Viene la Muerte y trae un Obispo.

OBISPO. Muy crueles voces dan
Los gusanos cuantos son,
Adó mis carnes están,
Sobre cuales comerán
Primero mi corazón.

MUERTE. No cueréis,
Señor Obispo; hecho es:
A todos hago esa guerra.

OBISPO. ¡O mis manos y mis pies!

¡Cuán sin consuelo estarés,
Y cuán presto seréis tierra!

DIABLO. Pues que venís tan cansado,
Vernéis aquí descansar,
Porque iréis bien asentado.

OBISPO. Barquero tan desastrado
No ha obispo de pasar.

DIABLO. Sin porfía:
Entre Vuesa Señoría,
Que este batel infernal
Ganaste por fantasía,
Halcones de altanería,
Y cosas deste metal.
De ahí donde estáis veréis
Unas calderas de pez,
Adonde os coceréis,
Y la corona asaréis,
Y freiréis la vejez.
Obispo honrado,
Porque fuiste desposado
Siempre desde juventud,
De vuestros hijos amado,
Santo bienaventurado,
Tal sea vuestra salud.

LECCIÓN

OBISPO. *Responde mihi* cuántas son
Mis maldades y pecados,
Veremos si tu pasión
Bastará a mi redención,
Aun que mil veces doblados,
Pues me heciste,
¿Cur faciem tuam escondiste,
Y niegas tu piedad
Al ánima que redimiste?
Contra folium escribiste
Amargura y crueldad.

RESPONSO

Memento me, Deus Señor
Quia ventus est vita mea;
Memento mei, redentor,
Envía esfuerzo el temor
De mi alma dolorida.
¡Ay de mí!
De profundis clamavi,
Exaudi mi oración.

DIABLO. Obispo, paréceme a mí
Que habéis de volver aquí.
A esta santa embarcación.

Vase el Obispo a los Ángeles y les dice:

OBISPO. ¡O remos maravillosos,
O barca nueva segura,

Socorro de los llorosos!
¡O barqueros gloriosos!
En vos está la ventura.
He dejado
Mi triste cuerpo cuitado
Del vano mundo partido,
De todas fuerzas robado,
Del alma desamparado,
Con dolores despedido.
Bien basta fortuna tanta;
Pasadme esta alma por Dios,
Porque el infierno me espanta.

ÁNGELES. Si ella no viene santa,
Gran tormenta corréis vos.

OBISPO. Yo confío
En Jesu Redentor mío,
Que por mí se desnudó,
Puestas sus llagas al frío;
Se clavó naquel navio
De la cruz donde espiró.

ÁNGELES. Vuestras preces y clamores,
Amigos, no son oídas:
Pésanos tales señores
Ir en a aquellos ardores
Ánimas tan escogidas.
Desferir;
Ordenemos de partir:
Desferir, bota batel:
Vosotros no podéis ir,
Que en los yerros del vivir
No os acordásteis dél.

En este momento los Ángeles despliegan una vela en la que está pintado el crucifijo y todos se arrodillan, diciendo cada uno su oración.

PAPA. ¡O Pastor crucificado
Cómo dejas tus ovejas,
Y tu tan caro ganado!
Y pues tanto te ha costado,
Inclina a él tus ovejas,

EMPERADOR. Redentor,
Echa el áncora, Señor,
En el hondón desa mar:
De divino criador,
De humano redentor,
No te quieras alargar.

REY. ¡O Capitán General!
Vencedor de nuestra guerra;
Pues por nos fuiste mortal,
No consientas tanto mal;
Manda remar para tierra.

CARDENAL. No quedemos;
Manda que metan los remos,
Hace la barca más ancha.
¡O Señor, que perecemos!

¡O Señor, que nos tememos!
Mándanos poner la prancha.

DUQUE. O Cordero delicado,
Pues por nos estás herido,
Muerto y tan atormentado;
¿Cómo te vas alongado
De nuestro bien prometido?

ARZOBISPO. *Fili Davi,*
¿Cómo te partes daqui?
¿Al infierno nos envías?
La piedad que es en ti,
¿Cómo la niegas ansí?
¿Porqué nos dejas, Mesías?

CONDE. O Cordero divinal,
Médico do nuestro daño,
Viva fuente perenal,
Nuesa carne natural;
No permitas tanto daño.

OBISPO. O flor divina,
In adjuvandum me festina,
Y no te vayas sin nos;
Tu clemencia a nos inclina,
Sácanos de foz malina,
Benigno hijo de Dios.

No haciendo caso de estas preces, los Ángeles comienzan a botar la embarcación. Las almas cantan plañideras y con grandes muestras de dolor, y llégase Cristo que reparte entre ellas los remos con los símbolos de las llagas, llevándoselas consigo.

COMEDIA DO VIUVO

Trata esta comedia de un hombre mercader, que moraba en Burgos, viudo de una muy noble dama y de quien hubo dos hijas llamadas Paula y Melicia y asimismo de cómo las casó.
Laméntase el mercader de su viudez y soledad, recibiendo consuelo de un fraile. Llega luego de visita su compadre.

COMPADRE. ¿Qué haces, compadre amigo?

VIUVO. Lo que quiere la tristura,
sin mujer y sin abrigo.

COMPADRE. Bien trocara yo contigo
si supiera tu ventura:
que tengo mujer tan dura
de natura,
que se da la vida en ella
mejor que en tierra de Estrella
la verdura.

PAULA. Mirad vos qué cosa aquella.

COMPADRE. Digo verdad, por mi vida.

MELICIA. Pues muy noble dueña es ella.

COMPADRE. Ansí me gozo yo en vella
no con vida tan complida.
Alma que no tiene salida
allí metida
ha de estar hasta mi padre:

gran invidia te he, compadre,
sin medida.
A la fe, dígote, amigo,
que te vino buena estrena:
eso haga Dios conmigo.

VIUVO. ¡Oh, calla, que soy testigo
que es gran mal perder la buena!

COMPADRE. ¿Más cadena
quieres tú que el hombre tenga
que mujer con vida luenga
aunque rebuena?
No estés, compadre, triste
por salieres de prisión;
cuando tu mujer perdiste
entonces remaneciste,
mas fáltate el corazón.

VIUVO. Según va sin conclusión
esa razón,
tú estás fuera de ti
y aumentas más en mí
la pasión.

PAULA. ¡Oh, qué mala condición!

COMPADRE. Más es buena y muy real
porque yo tengo razón.

PAULA. Mas habla en ti Nerón
y parécete muy mal.

COMPADRE. ¡Sí yo tengo un animal,
pese a tal,
y una sierpe por mujer,
y por más mi daño ser
es inmortal!

. . . . . .

Cuando con ella casé
hallé, norabuena sea,
en ella lo que os diré:
cuando bien, bien, la miré
vile un rostro de lamprea,
una habla a fuer de aldea
y de Guinea
el aire de su meneo;
cuanto más se pon de arreo
está más fea.

PAULA. ¡Oh, calla, no digas eso,
que es mucho gentil mujer!

COMPADRE. No le visteis el avieso:
pone el blanco desto en grueso,
que diablo habéis de ver.
Dejemos su parecer
escaecer,
y vengamos a lo al.
No estará sin decir mal
y lo hacer.

. . . . . .

Si algo estoy de placer
dice que yerba he pisado;

si triste, quieren comer.
Yo no me puedo valer;
así me trae asombrado.
Yo si trayo a mi cuñado
convidado,
muéstrame un ceño tamaño,
que me hace andar un año
renegado.
Miente que es cosa espantosa;
¡oh cuántas mentiras pega!
Muy porfiada y temosa,
soberbia, invidiosa,
siempre urde, siempre trasfiega;
su lengua siempre navega,
como pega,
para todo mal ardida;
si se halla comprehendida,
luego niega.

PAULA. ¿Por qué deshonráis ansí
vuestra mujer?

COMPADRE. Porque es plaga
que desque la recibí
bien pueden decir por mí:
«El marido de la draga».
No hay quien me deshaga
tan gran llaga,
de toda paz enemiga.
Por Dios, que no sé qué diga
ni qué haga.
Yo no la puedo trocar,
yo no la puedo vender,
yo no la puedo amansar,
yo no la puedo dejar,
yo no la puedo esconder;
yo no la puedo hacer
entender
sino que es ella una rosa
y que está muy desdichosa
en mi poder.
Y con todas sus traviesas
está tan llena de vida
que con dos bombardas gruesas
ni con lanzadas espesas
será en vano combatida.

. . . . . .

(DON ROSVEL, *príncipe de Uxonia, se fez como travalhador ignorante, e entrou acolhendose en casa*).

PAULA. ¿Qué buscáis?
D. ROSVEL. Véngome acá.
PAULA. ¿A qué?
D. ROSVEL. Vengo a quien quiera.
MELICIA. ¿Dónde eres?
D. ROSVEL. Soy de acullá,
del Villar de la Cabrera.

Llámanme Juan de las Brozas
de en cabito del lugar
natural,
hermano de las dos mozas:
sé hacer priscos y chozas
y un corral.

PAULA. Ora, pues, vete en buenhora.
VIUVO. ¿Qué haces acá, porquero?
D. ROSVEL. No soy, no.
VIUVO. Pues ¿qué eres?
D. ROSVEL. Juan de las Brozas,
ya per soy medio gaitero.
Hago notas y placeres
a las mozas.
VIUVO. ¿Dónde eres?, di, amigo.
D. ROSVEL. De mi tierra.
VIUVO. ¿Qué lugar
es el tuyo?
D. ROSVEL. No es mío, que es de un crigo,
que no tengo de negar
que no es suyo.
VIUVO. ¿Quieres conmigo vivir?
D. ROSVEL. Si me dais buena soldada,
trabajar;
yo bien tengo de servir
en ganado y en sembrada
y en cavar.
VIUVO. Hagamos luego avenencia.
Está tú conmigo un año.
D. ROSVEL. Bien será:
déjolo a vüestra conciencia:
como vierdes que me amaño,
así pagá.
VIUVO. Voyme a cas del sacristán
a pagalle las campanas
que tañó.
Quédate, hijo Juan.
D. ROSVEL. ¿Ambas a dos sois hermanas?
MELICIA. Creo yo.
D. ROSVEL. Bien lo sé por mi ventura;
que si yo no lo supiera
no penara:
ambas vi por mi tristura:
antes no nacido fuera
que os mirara.
PAULA. ¡Jesú!, ¡Jesú!, ¡Jesú!,
más es esto que pastor.
MELICIA. ¡Cómo!, ¡ay Dios!,
¡y nós llamámosle tú!
Decidnos, por Dios, señor,
¿quién sois vos?

Declara ser don Rosvel, hijo de duques y enamorado de ambas hermanas, a las que no quiere abandonar.

D. ROSVEL. Dos amores se ayuntaron
contra mí;

los males de dos en dos
mi cuerpo y alma cercaron
cuando os vi.
De dos en dos los dolores
dos saetas en mí siento
y me hirieron:
¡ay!, ¡que juntos dos amores
en un solo pensamiento
no se vieron!

Vem o VIUVO.

D. ROSVEL. Nuestramo, ¿venís cansado?
VIUVO. Mas antes mucho contento
del casal,
porque dejo concertado
para Paula un casamiento
muy real:
y aun Melicia esta semana
le espero de dar marido
de hazaña.
¿Lloras?
D. ROSVEL. Lloro una hermana
que poco ha se ha morido
supitaña.
Quiero llevar el ganado
a unos valles sombríos
y tristoños,
donde se harte el cuitado
de oír los gritos míos
muy medoños.
VIUVO. Limpia el establo primero
y lleva el estércol luego
al linar.
D. ROSVEL. Que me place, eso quiero.
Acábame ya, triste muerte,
de matar.
¡Oh, por Dios, lindas señoras,
en este trance penado
tan mortal,
no os mostréis consentidoras,
ni vea yo, desdichado,
tanto mal!
PAULA. No os matéis sin por qué,
que muy fuera estamos deso
y bien frías.
D. ROSVEL. ¡Oh, preciosa mercé!
¿Cuándo serviré yo eso,
diesas mías?

(*Andando* DON GILBERTO, *irmão de* DON ROSVEL, *correndo o mundo, em busca de seu irmão, por inculcas veio ter com elle, e vendo-o lhe diz:*)

GILBERTO. ¡El Señor sea loado
y toda la Corte del Cielo,
pues mi hermano y mi consuelo

tengo hallado!
Todo el mundo he buscado
por hallarte muerto o vivo,
o si eras libre o cautivo,
o desterrado.

D. ROSVEL. Mi padre y madre ¿son vivos?

GILBERTO. ¿Vivos? De lloros dolientes
diéronle mil accidentes
tus motivos.
Están tristes, pensativos,
no sabiendo qué es de ti,
y salen fuera de sí
con gemidos.

D. ROSVEL. Contarte he de mi venida
en dos palabras no más,
porque luego sentirás
mi fatiga.
Estas diesas de la vida,
reinas de la fuerza humana,
me prendieron de mi gana
oferecida.
No digo ser su vaquero,
más merece su valor:
ser un grande emperador
su porquero.
Hermano, yo te requiero,
por la mucha virtud de ellas
que nos casemos con ellas.
Yo primero.
Toma ésta por mujer
y a mí darás la vida
y ternás mujer nacida
a tu placer.
Quien casa por sólo haber
casamiento es temporal.

GILBERTO. Como a hermano especial
lo quiero hacer.

(*Tomou* DON ROSVEL *a* PAULA *pola* [illegible] *e* DON GILBERTO *a* MELICIA. *E neste passo veio o pae dellas*).

GILBERTO. Señor vuestro yerno so.

D. ROSVEL. E yo vuestro yerno e hijo:
Dios y la ventura quiso
y también yo.

VIUVO. ¡Loado y glorificado
sea nuestro Dios podroso
que me hizo tan dichoso
y descansado!
Caso bienaventurado
por mi consuelo acaecido
sin tenelo merecido
ni soñado.

Autos Viejos

Se conoce con el nombre de *Autos viejos* las primeras produeciones teatrales, de carácter anónimo, impresas parcialmente en la «Biblioteca de Autores Españoles» y de modo más completo por Leo Rouanet en la «Biblioteca Hispánica» (1901). Es un teatro de carácter primitivo y extático, que tiene como valores fundamentales la ingenuidad y la devoción.

AUCTO DEL MAGNÁ

LOA

Quien juzga debe entender:
Sin entender no hay juzgar;
Que mal puede uno tratar
De aquello do su saber
Jamás no pudo llegar.
Esto a nuestro auto lo aplico:
Quien lo juzgue esté avisado,
Porque yo le certifico
Que debe hilar delgado;
Donde no, calle su pico.
Quien es suelo, hable de suelo;
Y los demás, entended
Que trataré con buen celo
De la más alta merced
Que os hizo el Señor del cielo.
Yo trataré del manjar
Do Dios se transustanció:
Esta es merced singular;
Qu'el que a sí mismo se dió
Ved qué más nos pudo dar.
De la magná del desierto
Esta obra ha de tratar,
Figura muy singular
Deste Pan, remedio cierto,
Para en Dios nos transformar.
Del desierto trataré;
Estad todos muy aspertos,
Y rogá a Dios con gran fée,
Que en corazones desiertos
No caya lo que diré.

Desierto a las faldas del Sinaí

Entra Ruben

Aquel Eterno Señor
Nos quitó un tal vituperio
Que no pudo ser mayor;
Mas de hambre o captiverio
No sé cuál es lo peor.
El mar Bermejo pasó
Todo el pueblo de Israel;
Faraón le persiguió,
Pero guardábalo Aquel
Que nunca a nadie faltó.
¡Oh hambre, hambre rabiosa!
¡Triste y estéril desierto,
Donde el pueblo de Dios, muerto
De hambre, jamás reposa
Ni halla remedio cierto!
¿Por ventura tú querrás,
Señor, matarnos aquí,
Pues libertado nos has,
Y que no hayamos de ti
Lo que a todo el mundo das?
Si esto imaginas, Señor,
En el mar nos ahogaras,
Como 'aquel Rey pecador,
O en Egipto nos dejaras,
Qu'esto fuera lo mejor.

Ruben. — *Entra* El Villano (o Bobo)

BOBO

¡Cómo si fuera mejor!
Pregúntenlo a mi barriga,
Qu'estaba, Dios la bendiga,
Que parecía un atambor.

RUBEN

¿Ella quieres que lo diga?
No tienes entendimiento.
¿La barriga ha de hablar?

BOBO

Pues ella siente el tormento,
Mejor lo podría contar
Que no yo, por bien que siento.
¡Oh ollón de nabos lleno,
Tal cual yo en Egipto vi!
¡Cuajar de tripas relleno,
Que en sólo verme sin ti
Todo comer me es ajeno!

RUBEN

Calla, nescio, que no sientes.

BOBO

¿No siento? Razón tenéis.

Tampoco vos sentiréis
Ningún pan entre los dientes,
Por más y más que maxquéis.
Señor, ¿la hambre es mujer,
O hombre destos palpables?

RUBEN

Calla, si quieres; no hables.

BOBO

¡Par Dios! mujer debe ser,
Que todas son miserables.
¡Oh hambre, vieja, arrugada,
De las más lindas que vi;
Coja, manca, derrengada:
Si has de ser enamorada,
Sélo dellos y no de mí!

RUBEN, EL BOBO. — *Entra* MANASÉS

MANASÉS

¡Oh trabajo cual no fue!
¡Oh pueblo de Dios aflito!

BOBO

Señor, aguarde un poquito;
Yo apuesto que su mercé
No viene enfermo de ahito.

MANASÉS

Déjame, vete de ahí. —
¡Triste de mí! ¿Dónde iré?

BOBO

¿Que le deje? Sí haré:
Déjeme la hambre a mí,
Que yo a él dejado le he.

MANASÉS

¿Qué os paresce a vos, Rubén,
Desta hambre que pasamos?

RUBEN

Paréceme que ya estamos
Desamparados del bien
Que del Señor esperamos.
¡Oh si mil muertes viniesen
A este pueblo mezquino!

BOBO

¡Oh Dios, si agora lloviesen
Nabos cochos con tocino,
Aunqu'ellos no los comiesen!

RUBEN

Pues ¿quién lo había de comer?

BOBO

Yo solo, aunque fuesen ciento,
Los combría en un momento,
Y ellos no, son a meter
En esa barriga viento.
Mas ¿qué sería de me ver
Engullir hasta hartar?

MANASÉS

Necio, ¿no quieres callar?

BOBO

Quítame Dios el comer.
¡Quitáme vos el hablar!

RUBEN, MANASÉS, EL BOBO. — *Entran* LÍA *y* RUDILIA, *con los* DOS NIÑOS

RUDILIA

Traigo tan grave cuidado,
Que estoy para me perder.

BOBO

Si trairá; más, a mi ver,
El estómago empachado
No le debe de traer.

LIA

De hambre quiero espirar.

MANASÉS

Yo deste mundo me parto.

RUBEN

Pues yo ya no puedo hablar.

BOBO

Pues, par Dios, ya estoy yo harto...

RUBEN

¿De qué, di?

BOBO

De no mascar.

LIA

Dios, ¿por qué nos trajo aquí?
Debió de ser por matarnos
De hambre y desampararnos.

RUDILIA

Yo creo qu'esto es ansí,
Y que quiere ya olvidarnos.

RUBEN

¡Oh hambre desesperada!

RUDILIA

¡Oh tierra estéril y yerma!

LIA

¡Oh pena jamás pensada!

BOBO

¡Oh barriga triste, enferma;
Por mi mal fuiste engendrada!

RUDILIA

¿Quién podrá sufrir, Ruben,
Tal hambre y tan grande afán?
Los niños lloran por pan;
Sus madres llorar los ven...
Mas ¿cómo se lo darán?

RUBEN

¡Oh hijos desventurados!

BOBO
¡Oh desdichado de yo!

MANASES
¿Quién de Egipto nos sacó
Para ser desamparados
Del que libertad nos dio?

BOBO
Decí, niños, ¿queréis pan?

NIÑOS
Sí queremos, si nos dan.

BOBO
Pues dormí bien descuidado
De comer sendos bocados,
Que, a fée, que n'os lo darán

RUDILIA
Hijos míos, sí os daría ;
Mas, si Dios no nos lo da,
Decí, ¿quién nos lo dará?

LIA
Manasés, decí, ¿no habría
Pan alguno por allá?

MANASÉS
Mujer, ningún pan tenemos.

LIA
Nosotras bien nos sofrimos ;
Mas ¿cómo remediaremos
Estos hijos que parimos,
Pues de hambre perecemos?

Recomienda Moisés confianza en la divina providencia y se retira para impetrar la ayuda de Dios. Más tarde regresa.

Entran MOISEN *y* ARÓN. — Luego UN ÁNGEL

ARÓN
¡Bendito sea el Señor
Que de Egipto nos sacó!
¡Bendito Él, que nos libró
De un rey cruel y traidor
Contra Aquel que le crió!

MOISEN
Decid, pueblo de Israel,
Vos, ¿contra quién murmuráis?
¿Contra nosotros, pensáis?
No es sino contra Aquel
Por cuya mano os salváis.

ARÓN
¿Contra nos murmuráis vos?
No murmuráis ciertamente.
Decidme, ¿quién somos nos?
Contra Dios omnipotente
Habláis, no contra los dos.

(*Aquí aparece un Ángel y echa el magna*).

ÁNGEL
Vedes aquí el pan del cielo
Qu'el Señor os ha enviado ;
Coged, y sea loado
Aquel Dios que en este suelo
A su pueblo ha conhortado.
Coged el bendito magna
De aquel Señor, cuyo soy ;
Coged, pues tal bien se gana ;
y lo que cogiéredes hoy
No guardéis para mañana.

(Desaparece.)

RUBEN
¿Qu'es esto que cae del cielo?
¡Es pan santo, soberano!

MANASÉS
¿Qu'es esto, Rubén hermano?

ARÓN
Es pan de Dios, cuyo celo
Es salvarnos con su mano

(Cogen todos maná, y lo comen.)

RUDILIA
¡Oh qué sabor excelente!

LIA
Es pan del cielo enviado.

RUBEN
¡Oh manjar glorificado!

BOBO
¡Par Dios, sabe lindamente!
¡Oh qué cielo tan honrado!—
Señor cielo, eche, no acabe
Hasta que acá no nos quepa.

RUBEN
¡Oh qué sabor tan suave,
Que a lo que quiero que sepa
Aqueso mesmo me sabe!

BOBO
¡Engullir hasta los codos!
¡Coger, niños, al rebate!

MOISEN
No digas tal disparate,
Que pan sobra para todos. —
Coged, nadie no se mate.

BOBO
Sus, vámonos 'acostar,
Que, par Dios, yo harto estó.
Vamos al Señor a loar.

MOISEN

Yo a dalle gracias voy
Por merced tan singular.

LIA

Démoslas aquí al presente,
Con voces que al cielo lleguen.

RUDILIA

Y con un canto excelente,
Con palabras que no nieguen
Ser Dios vivo Omnipotente.

(Cantan.)

VILLANCICO

Este es pan del cielo ;
Coged, pescadores ;
Este es el consuelo
De nuestros dolores.
Este es el magná
De Dios inviado ;
Este pan nos da
Dios glorificado.
Este pan sagrado
Coged, pescadores ;
Este es el consuelo
De nuestros dolores.

AUTO DEL SACRIFICIO DE ABRAHAM

Abraham manda a su criado Recuenco que vaya en busca de Eliacer.

SARRA

Señor mío, ¿dónd'estáis?

ABRAHAM

¿Qu'es lo que mandáis, mujer?

SARRA

Saber en qué os ocupáis
Que acá fuera os apartáis ;
Que no os he podido ver.

ABRAHAM

Pensaba cómo a los dos
Dios nos quiso dar tal hijo,
Siendo tan viejos yo y vos.

SARRA

Diónos a la vejez Dios
Gran descanso y regocijo.

ABRAHAM

A Isac, ¿dónde le tenéis?

SARRA

Allí, qu'es gozo miralle.

ABRAHAM

Pues llegado el tiempo es,
Parésceme, si querés,
Que será bien destetalle ;
Porque habiendo ya mamado
Lo qu'es de necesidad,
Lo demás será excusado.

SARRA

Señor, si es tu voluntad,
Destetalle he yo grado.
Aunque quitalle el mamar
Sabe Dios cuanto me cuesta
Que temo que ha de llorar.

ABRAHAM

Pues ¡sus! yo quiero ordenar
Un gran regocijo y fiesta,
Donde vernán a comer
Mis amigos y parientes.
Por eso, id a proveer
Los manjares y adherentes,
Y lo qu'es de menester.

SARRA

Señor, mandá convidar
Los que tienen de venir ;
Que yo voy'aderezar
La comida y el manjar,
Y lo qu'es de menester. (Vase.)

Entran ELIACER *y* EL BOBO

BOBO

Señor, ya viene Eliacer. —
Aguija, no seas pesado.
(A Eliacer.)

ELIACER

Señor, ¿a qué soy llamado?

ABRAHAM

A que te cumple hacer
En un punto mi mandado.
Por tanto, vé prestamente,
Por Bersabé y sus collados,
Y convida, mi sirviente,
A toda esa honrada gente :
Di que sean mis convidados.

BOBO

Y si topares a Antón,
El nieto de Pero-Gil,
Di que traya el tamboril
Para que nos haga el són.

ABRAHAM

Óyete, villano vil. —
Llama los músicos todos,
(A Eliacer.)

Que de mí serán contentos,
Y dalle sus asientos;
Y traigan todos los modos
Que tuvieren de instrumentos.

BOBO

Di que vengan almorzados,
Porque acá no hagan mengua
Y nos dejen apiolados.

ELIACER

Tus dichos son excusados;
Óyete, calla tu lengua. —
Señor, yo iré liberal
Y mi vuelta será presta.

ABRAHAM

Tambien llama al mayoral,
Porque en regocijo tal
Goce también de la fiesta:
Que, pues en lo interior
Me alegró Dios con tal hijo,
Justo es, en lo exterior,
Muestre también regocijo
En el bien de su señor.

ELIACER

Señor, yo los vo a llamar.

BOBO

Eliacer, vuelve priado;
Di allá que so convidado.

ABRAHAM

Ve, que yo me quiero entrar
A hacer poner recabdo.
(Vanse.)

Salen LA MOZA Y VILLANO *a poner la mesa*

MOZA. (Saca una cesta al brazo.)
¿Es para ogaño, asnejón?
¿No sales con esa mesa?

BOBO. (Sale con una mesa a cuestas.)
¡Paso! no te des tal priesa.
Ten. (Deja la mesa en el suelo.)
Dola a la maldición,
Que me ha muerto.

MOZA

¿Tanto pesa?

BOBO

¡Tanto pesa! ¡La señora
Vienes'ella muy compuesta
Con la comida en la cesta:
Yo con la mesa, en mal hora,
Sobre las costillas puesta!
¡Por Dios, gentil embarazo!
Yo cargado con la mesa
Y ella la cesta en el brazo...
¡Llevá, marido, el artesa,
Que yo llevaré el cedazo!

MOZA

Acaba: pon esa tabla;
Tenderemos los manteles.
(Aderezan la mesa.)

BOBO

¡Oyes! Mira, una palabra.

MOZA

¿Qué?

BOBO

Que saques los pasteles;
Dejallos hemos sin habla.

MOZA

¡Por Dios, gentiles consuelos!
Y después los convidados
Que se quedasen burlados.

BOBO

No, que dejalles los suelos,
Y que los coman reglados.

MOZA

¡A fée, que no sería malo!
Y después, ¿qué nos dirán?

BOBO

Que no te aqueje ese afán;
Que a trueco de cualque palo
Nos lo pagará Abrahán.

MOZA

Ten: pon esos panecillos.

BOBO

Di, ¿no hago gentil paje?

MOZA

Sí, para comer potaje.

BOBO

Deso y jugar de colmillos,
No le hay otro en mi linaje.

MOZA

¿Para qué partes el pan?
¡Asnazo, villano, tocho!

BOBO

No tomé so este escamocho.

MOZA

Pues ¿para qué, ganapán?

BOBO

Para ver si está bien cocho.
Oyes, dame acá un pastel,
Y verás con qué primor
Me lo zampo a mi sabor.

MOZA

¡No le encontráran con él!

BOBO

¡Ojo! ya viene señor.

LA MOZA, EL BOBO.— ABRAHAM

ABRAHAM

¿Qué hacéis acá vosotros?

MOZA

Mi señor, aderezar
Las mesas para yantar.

BOBO

En viniendo los acotros,
Bien se pueden asentar.

ABRAHAM

Pues ¡sus! vosotros entrá
Y sacáme aquí al momento
Cualquier género de asiento
Que hallardes; — caminá; —
Y sillas de mi aposento.

BOBO

¿Todas sillas han de ser?

ABRAHAM

Sí, vée, tráelas; ¿en qué tardas?

BOBO

Si no se pueden haber,
¿No será bueno traer
Cuatro, o cinco, o seis albardas?
Y coman los convidados,
Y hinchan bien las costillas;
Y estarán apareados,
La mitad dellos con sillas,
La otra mitad nalbardados.
Y sino, no tenga duelo;
Haya ello bien que comer,
Que sillas no es menester,
Son sentados en el suelo.

Los invitados comen y beben con gran regocijo y luego se van. El Dios Padre manda al anciano que sacrifique a su hijo Isaac.

Camino del monte Moria. —
Es de madrugada

Sale ABRAHAM *con* ISAC *de la mano.* —
EL BOBO

ABRAHAM

¡Gran Dios! ¿qué hora será?
Creo he poco madrugado,
Aunqu'el estar desvelado
Por ventura causará
No estar tan bien acordado.
Mas podrase conocer
En el Norte qué hora sea.
¡Oh gran Dios, Sumo Poder,
Que quisiste proveer
Por do tan claro se vea! —
¿Recuenco?

BOBO. (Con un cencerro al pescuezo, y cargado de leña.)

Yo ya no só
Recuenco, por mi pecado,
Que m'he en borrico tornado.

ABRAHAM

Pues, ¿quién ansí te paró?

BOBO

Teresa me ha encencerrado;
Que diz que el asno llegó
Ahí, a ver una su tía;
Y que, mientras él benía,
Que sirviese de asno yo,
Qu'él me serviría otro día.

ABRAHAM

Asno, vétemc de ahí.

BOBO

Vaya, yo irc por do fuere,
Ya que en asno me volví.

ABRAHAM

Hijo Isac, vente tras mí;
Hagamos lo que Dios quiere.

BOBO

No se den tal prisa a andar,
Si tengo que ir con los dos.

ABRAHAM

Hijo, ¿cánsaste de andar?

ISAC

Yendo yo, padre, con vos,
¿Cómo me puedo cansar?

ABRAHAM. (Ap.)

¡Da sufrimiento que baste,
Gran Dios, a cosas tamañas!

ISAC

Scñor, ¿por qué sospiraste?
Sentí de lo que hablaste
No sé qué, acá en mis entrañas.
No fue, cierto, mi intinción
Darte, padre, pesadumbre.

ABRAHAM

Dios te dé su bendición,
Que tu habla y mansedumbre
Antes m'es consolación.
Ya yo veo desde aquí
El lugar donde venimos. —
Recuenco, quédate ahí,
Que yo e Isac nos imos.

BOBO

¡Eh! no me dejen ansí.

ABRAHAM

Quédate en este collado
Sentado, Recuenco amigo;
Que, en aquel monte encumbrado

Habiendo a Dios adorado,
Luego seremos contigo.

BOBO

Yo me voy tras estas cuestas.
Miren que se vengan luego.
(Deja la carga.)

ABRAHAM

Luego al punto, ten sosiego. —
Lleva tú la leña a cuestas,
Hijo, y yo llevaré el fuego.
(Cárgase Isac con la leña, y trepan los dos al monte)

ISAC

Padre, quiero os preguntar:
Con aquesta leña y fuego,
¿Qué se ha de sacrificar?

ABRAHAM

Hijo, Dios proveerá luego,
Venido tiempo y lugar.

BOBO

¡Ojo! ¿no véis qué cargado
Que lleva a Isac Abrahan?
Mas, ¡qué arguenas de pan
Le echó a cuestas al cuitado,
Son leña! ¡Gentil desmán!

(En la cumbre del Moria)

ABRAHAM

Hijo, ya llegado habemos
Donde habemos de parar;
La leña y fuego dejemos,
Y un altar aderecemos,
Do se ha de sacrificar.
— Hijo mío, ten de ahí:
Vaya aqueste altar bien hecho;
Porque ha de ser hecho aquí
Un sacrificio por mí,
Cual nunca jamás fue hecho.
Sabrás que aqueste lugar
Me fue por Dios enseñado,
Adonde, no sin llorar,
Te quiero, hijo, declarar
Lo que por Él fue mandado.
Mandome Dios que viniese
A un lugar do Él me mostrase,
Y a tí conmigo trajese,
Y aquí te sacrificase,
Y tu vida le ofreciese.
Es a mí cosa tan cara
Tu muerte, y tan lastimera,
Que, si Dios no lo mandara,
Mi propia vida ofreciera
Porque la tuya quedara.

ISAC

¡Gracias do yo desde aquí
A'quel gran Dios soberano
Que ha querido tan temprano,
Padre, apartarme de ti,
Y que sea por tu mano! —
Padre mío, considera
Que el morir es cosa fuerte;
Y, si esto posible fuera,
¡Oh, padre, cuánto quisiera
Que se excusara mi muerte!
Mas si no, sea cumplida
La voluntad que tenéis;
Pues claramente sabéis
Que, más que mi propia vida,
Quiero lo que vos queréis.

Cuando Isaac va a ser sacrificado, un Ángel detiene la mano de Abraham y le ordena dar muerte al cordero. Así lo hace, regresando felices al hogar.

FARSA DEL SACRAMENTO DEL ENTENDIMIENTO NIÑO

LOA

Muy supremo ayuntamiento,
De cristiana relisión,
Vengo a dar declaración
De un auto del Sacramento
De preciosa erudición:
Y el intento del autor
Ha sido de declarar
Que en las obras muy sin par
De Cristo, Nuestro Señor,
No hay para qué escudriñar.
Y por recitar su intento
Con ejemplario primor,
Saldrá luego aquí un pastor
Que se llama Entendimiento,
Niño de poco vigor.
Mas tiene tal presunción
Que paresce por saber,
Y quiere conprehender
Los cielos y su creación,
Y aun a Dios querría entender.
Y sale en su compañía
Otro pastor muy lozano,
Qu'es el Deleite Mundano,
Y con el niño porfía
No se aparte de su mano.
Mas el niño al fin lo deja,

Y en su inclinación metido,
Por un monte se ha subido,
Y de su tierra se aleja,
De suerte que va perdido.
Y aun los padres van perdidos
Tras su hijo muy querido;
Búscanle con gran gemido,
Y de dolor afligidos,
Andan todos sin sentido.
Este enjemplo es para nos,
Para que, pues los humanos
Somos rateros gusanos,
No pensemos ver a Dios
En misterios soberanos.
No queramos resaber
En cosa de Dios divino,
Que perderemos el tino
Y pudrémonos perder,
Qu'es sin rastro su camino.
Piérdese ansina sin vía
Este niño que he contado,
Y una mujer le ha topado,
Llamada Sabiduría,
De la cual fue sustentado.
Sustentóle con hablar
Del Pan divino sagrado,
Y despues le ha encaminado,
Para que acierte a tornar
Do a sus padres ha dejado.
Después que fue recebido,
Quiérenle dar de comer
Como a su hijo querido;
Mas el niño no ha querido
Del pan que suelen hacer.
Pídeles pan de la gloria,
Del cual venie regostado,
Y el viejo, qu'es la Memoria,
Con este pan de vitoria
Concorda lo profetado.
Y aquí darán conclusión
En loor del Sacramento:
Tened el oído atento,
Qu'es auto de devoción
Y de gran contentamiento.

Valle rodeado de altas montañas

Entran DELEITE Y ENTENDIMIENTO

DELEITE

¿Dónde vas, Entendimiento?
Siéntate aquí: ¿quiés, hermano?
Mira que andas muy liviano
Con ansias y descontento,
Y es mejor ir por lo llano.
Mira, carillo, holguemos
En aqueste valle umbroso,
Tan fértil y deleitoso:
Descansa aquí y reposemos.

ENTENDIMIENTO

No puedo tener reposo.
Ya tú sabes qu'es mi padre
Memoria, y él me engendró,
Y cuando me concibió
La Voluntad, que es mi madre,
Cierto, Géminis reinó.
Y en la mi natividad,
En el signo del León
Entró el planeta Aquilón,
Por donde es mi calidad
Altiva de corazón.
Deleite, tú no me digas
Que ande tras el ganado,
Pues, zagal, será excusado;
Que a cosas grandes, altivas,
De mío soy inclinado.

DELEITE

No seas tan presumido,
Jatando genealogía,
Pues que tu madre es la mía.

ENTENDIMIENTO

Sí; pero tu padre ha sido
Deseo del Alegría.
Cual el padre, tal el hijo:
Él quiso, y tú quiés holgar:
Yo no puedo ocioso estar,
Que todo mi regocijo
Es de los cielos tratar.
En esta especulación,
En esto soy recreado,
Y allá vuela mi cuidado.

DELEITE

Tú harás como Faëton,
Que cayó despepitado.

. . . . . .

Jamás fatigues tu cholla
En eso, son merendemos,
Pues pan y vino tenemos,
Y aun, pardiobre, de la olla
Carne fiambre traemos:
Y en después de merendar
Dormiremos a porfía.

ENTENDIMIENTO

. . . . . .

Merienda tú, por mi amor.
Yo vo a hacer cierta cosa:
Siéntate tú y comerás.

DELEITE

Entendimiento, ¿do vas?
Que la tierra es muy fragosa.

Cata que te perderás.

. . . . . .

ENTENDIMIENTO

No, que poco me desvío,
Que luego volveré aquí;
Que yo bien entiendo a mí.

DELEITE

Pues en tu cuenta m'enfío,
Y tú no te enfíes en ti.

El Deleite se echa a dormir y el Entendimiento sigue el camino entregado a sus pensamientos, sufriendo un desmayo. Sale la Voluntad.

VOLUNTAD

¡Hola, hao! ¿Do estáis, zagales?
¡Ah, Deleite! ¿Qu'es de ti?

DELEITE. (Despierta)

Yo aquí estoy, pesia mis males.

VOLUNTAD

Entendimiento ¿do está?

DELEITE

No sé; por ahí se es ido.

VOLUNTAD

Búscale por es'ejido.

DELEITE

¡Mi agüelo le hallará!

VOLUNTAD

¡Oislo! ¡Hola, marido!

Entra LA MEMORIA

MEMORIA

¿Qué me queréis, Voluntad?

VOLUNTAD

Que se ha desparescido
Vuestro hijo y mi querido.

MEMORIA

¿Qué decís?

VOLUNTAD

Dig'os verdad.

MEMORIA

¡Oh triste viejo afligido!
¿Que mi niño no paresce?
¿Tú do estabas, enemigo?
¿No salió el niño contigo?

DELEITE

Sí; mas él se lo meresce,
Pues no quiere andar conmigo.

. . . . . .

MEMORIA

¡Hijo de mi corazón!
¿A dónde estás, alma mía?

VOLUNTAD

¡Mi vida y mi compañía,
Mi amor y consolacion!
¿A dónde estás, luz del día?

MEMORIA

¡Regocijo de mi vida,
Norte de mi gobernalle!...
Vamos todos a buscalle.

VOLUNTAD

Vamos, que yo soy perdida
Si no podemos hallalle.

MEMORIA

¿Que será de mí sin ti?

VOLUNTAD

Sin él ¿qué he yo de hacer?

MEMORIA

¡Hijo, que pierdo mi ser!
Pues tú ¿qué harás sin mí,
Si llorar y peresçer?

VOLUNTAD

¡Oh angélica figura!
¿Si te tengo de ver más?

MEMORIA

¡Hijo mío! ¿A dónde estás?

DELEITE

En el monte y noche escura,
El buscalle es por demás.

MEMORIA

Pues si yo considerase
Que buscalle no sirvía,
Luego me consumiría.

VOLUNTAD

¡Ay de mí! Si tal pensase,
Seso y vida perdería.
Siempre he oído decir
Que perder hijos sin cuento
Es muy rabioso tormento,
Mas nadie debe sentir
La mitad de lo que siento.

. . . . . .

¡Oh mi niño y mi regalo,
Quién te pudiese hallar!
¡Yo te solía acallar,
Pero no tendría por malo
Agora oirte llorar!
Vamos por estas montañas,
Y si mi hado quisiese,
Hijo, que yo te perdiese,
¡No te hallasen alimañas,
Sino quien bien te hiciese!

(*Vanse Memoria y Voluntad.* y el Deleite.)

EL ENTENDIMIENTO. — *Y entra* LA SABIDURÍA, por lo alto del monte

(Canta la Sabiduría)

VILLANCICO

El que entendimiento tiene
Jamás le deje meter
En cosas que no conviene,
Porque se podría perder.

ENTENDIMIENTO

(Volviendo de su desmayo)

¡Oh qué divino sonido
Paresce que oigo cantar!...
Yo me quiero levantar,
Que gran rato he ya dormido.
Gente veo allí asomar.
¿Si es mi madre? Mas no es. —
Dios mantenga, dueña honrada.

SABIDURÍA

Buena sea vuestra llegada.
Decí, niño, ¿en que entendéis,
En tierra tan despoblada?

ENTENDIMIENTO

Perdido ando, y errado,
Y fuera de mi nación.
¿Tiene alguna provisión,
Que ando muy desmayado?

SABIDURÍA

Sí, y'os daré refeción;
Pero mi mantenimiento
Y lo que como contino
Es del colloquio divino,
Tratando del Sacramento,
Sacro Pan y sacro Vino.
No me contento del pan
Que sólo al cuerpo hartaba,
Ni del vino que embriagaba,
Sí el dan y el vino que a Adán
Y a los cielos gloria daba.
Yo soy la Sabiduría,
Que de Dios soy sustentada:
Pan de acá jamás me agrada,
Sí la hostia, do yacía
Mi Dios en carne sagrada.

ENTENDIMIENTO

¡Oh qué manjar tan subido
Debe ser ese, señora!
Mas decidme vos agora,
Ese pan ¿dónde ha salido,
Quién le hace, o dónde mora?

. . . . . .

SABIDURÍA

Yo pudiera declarar
Docientas profundidades,
Mil causas y propiedades
Del Sacramento sin par;
Pero son curiosidades.
Sólo te quiero decir
Qu'es remedio soberano
De todo el género humano,
Si lo saben rescebir
Con corazón limpio y sano.
Y si no, será al revés,
Porque aquel desventurado
Que comulgase en pecado,
Sábete que cierto es
Al infierno condenado.
Remédienlo los nacidos
Sus pecados confesando,
Que Dios nos está llamando,
Y con sus brazos tendidos,
Con su amor está esperando. —
Ivos luego, amado hijo,
Si estáis algo descansado:
Volveos a vuestro ganado;
Tornaos a vuestro cortijo,
Donde sois bien deseado.

ENTENDIMIENTO

Quisiera, señora mía,
Jamás partirme de vos.

SABIDURÍA

Andad y servir a Dios,
Y estad en la compañía
De los vuestros padres dos.

ENTENDIMIENTO

¿Conoceisme, mi señora?

SABIDURÍA

Sí os conozco, Entendimiento.
Idos sin detenimiento,
Que vuestros padres agora
Pasan con muy gran tormento.
Id, porque los consoléis;
Andad por esta cañada
Derecho, sin torcer nada,
Que allá abajo hallaréis
Sus ganados y majada.

ENTENDIMIENTO

Pues yo lo quiero hacer
Como, señora, mandáis.

SABIDURÍA

Mi hijo, en buena hora vais.

ENTENDIMIENTO

Dios os guarde y dé placer.

SABIDURÍA

Andad, y no's detengáis.

(Entrase. — *Vase el Entendimiento cantando este*)

VILLANCICO

Divino mantenimiento
Es tratar cosas del cielo,
Que los manjares del suelo
No me dan contentamiento.

LA VOLUNTAD, LA MEMORIA, por el valle. — *Luego*, EL ENTENDIMIENTO

VOLUNTAD

¿Es mi hijo aquel que suena?
Sí, él es; mas no lo creo. —
¡Oh mi hijo y mi deseo!

ENTENDIMIENTO. (Saliendo)

Madre, estéis norabuena.

VOLUNTAD

¿Es posible que te veo?

MEMORIA

Entendimiento querido,
Vos seáis muy bien llegado.

VOLUNTAD

Oh mi amor tan deseado,
En buen punto seáis venido.

MEMORIA

Hijo, ¿dónde habéis estado?

ENTENDIMIENTO

Perdíme por la montaña,
Y andando bien fatigado,
Cansado y muy desmayado,
Topé con una ermitaña,
Santa y de perfeto estado.
Ella me dio de comer
Y me alegró y regaló,
Y ella mesma me rogó
Que me quisiese volver,
Y el camino me enseñó.

MEMORIA

Su caridad muy piadosa
Dios se la quiera pagar:
Y vos, mujer, sin tardar,
Corré, guisá alguna cosa,
Para dalle de cenar.

ENTENDIMIENTO

Madre, no os sirve traer
De lo que soléis guisar,
Que no lo podré pasar:
De aquel Pan de sacro ser
Me queráis, padre, hablar.
Con esto me ha sustentado
Aquella santa mujer;
Si vos lo podéis hacer,
Habláme del Pan sagrado,
No me déis otro a comer.
Aquel es Pan de harturas,
Pan de grande plenitud:
Aquel es Pan de virtud,
Que a todas las criaturas
Puede dar vida y salud.

MEMORIA

Ese Pan se figuraba
En el Viejo Testamento,
En aquel mantenimiento
Del magná, que Dios les daba
'Aquel su pueblo hambriento.
También en el pan de Elías
Fue aqueste Pan figurado,
Y en el cordero imolado;
Y en otras mil profecías
Ha sido profetizado
Aqueste Pan muy dichoso,
Aunque su ser ha trocado;
Que allí está transustanciado
Jesucristo poderoso,
Por bendición transformado.
Dios y Hombre de consuno,
Y su alma sublimada,
Allí está sin faltar nada;
Dios y Hombre, Trino y Uno,
En la hostia consagrada.
Y aquesta transformación
Por Moisen fue figurada,
En la serpiente dorada
Que, para consolación
Del pueblo, fue levantada.
Y este Pan la vara era
Que en bendición transformó;
Y esto es lo que figuró
En la divina escalera
El patriarca Jacob.
Sepámoslo contemplar,
Pues que todo su misterio
Es para nuestro remedio,
Y para nos libertar
Del infernal cautiverio.
Y en loor suyo festivando
Este Pan de bendición,
Cantemos una canción,
Y la canción sea tratando
Del sacro y divino dón.

Lope de Rueda

A principios del siglo XVI nació en Sevilla Lope de Rueda. Con independencia de algunas fechas que luego señalaremos, el principal y mejor núcleo biográfico es el que Cervantes nos transmite en el prólogo a sus *Ocho Comedias*: «...dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fue natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir: de los que hacen panes de oro. Fue admirable en la poesía pastoril y en este modo ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja...». Las comedias eran unos coloquios como églogas entre dos o tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno; que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacía el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba entre los dos coros». En 1551 sábese que trabajaba en Valladolid, y el Ayuntamiento de esta misma ciudad le dispensaba un salario a cambio de que se avecindase en ella, al año siguiente; cuando Felipe II pasara por Benavente, camino de Inglaterra, en 1554, el conde don Antonio Alonso Pimentel contrató a Lope de Rueda para las fiestas que allí dispuso. En 1559 participó en las representaciones que con motivo del Corpus se celebraron en Sevilla, y dos años más tarde en las que con igual motivo se hicieron en Toledo. Estuvo en Valencia como atestigua Juan de Timoneda, su amigo y editor; y valenciana fue su segunda esposa, Ángela Rafaela o Rafaela Ángela, con la que casó al enviudar de una cómica llamada Mariana que antes había servido al tercer duque de Medinaceli, cuando estuvo retirado y enfermo en su palacio de Cogolludo. Próxima a la del primer matrimonio debe ser la fecha de 1554, en que Lope de Rueda presentó una demanda contra el nuevo duque, reclamando salarios adeudados a su mujer y que importaron 60 maravedises. Murió en Córdoba el año de 1565.

Bibliografía. Ed. Cotarelo, Madrid, 1908, 2 vols.

PASO MUY GRACIOSO

EN EL CUAL SE INTRODUCEN TRES PERSONAS

LUQUITAS, *paje*. — ALAMEDA, *simple*. — SALCEDO, *amo*

LUQUITAS

Anda, anda, hermano Alameda.

ALAMEDA

Que ya voy; ¡pardiez que me la he colado!

LUQUITAS

¡Quen viendo una taberna te has de quedar aislado!

ALAMEDA

Si me hace del ojo el ramo, ¿quieres tú que use con él de mala crianza?

LUQUITAS

Acaba, anda; caminemos presto, que nos mucho que señor de mal sufrido, que no piense que nos hemos ido de casa con el dinero.

ALAMEDA

¿Que tanto te paresce que hemos tardado?

LUQUITAS

Mira, sino a tardarnos un poquito más, podría ser que señor nos recibiera con lo que suele.

ALAMEDA

Pardiez, si tú no te detuvieras tanto en casa de aquella, que buen siglo haya el ánima que tan buen oficio lenseñó, allí me tuvieras de mi propia voluntad, con una cuerda de lana más amarrado que si estuviera por fuerza en el cepo de la casa fosca de Valencia.

LUQUITAS

En casa de la buñolera querrás decir.

ALAMEDA

¿Buñolera se llama aquélla? ¡Oh, qué autorizado nombre, bendito Dios!

LUQUITAS

Pues ¿tú no lo viste?

ALAMEDA

Pardiez, hermano Lucas, no me curé de saber cómo se llamaba; basta que si Dios o mi buena dicha me llevase otra vez a la villa, que no le marre la casa, aunque vaya a gatas y con los ojos puestos tras el colodrillo.

LUQUITAS

¿Comiste mejor cosa después que tu madre te parió?

ALAMEDA

¡Pardiez, ni aún antes de que me pariera! Yo, como los vi tan autorizados y en aquel pratel con aquella sobrehusa encima, no sabía qué cortesía les hiciese, quen cada uno dellos me quisiera estar larguísima hora y media; mas ¡cómo debían ser tus amigos y los debías de conoscer de antes, que ansí menudeabas sobrellos como banda de gallinas sobre puñado de trigo!

LUQUITAS

Sí, sí; que a ti te faltaba aliento.

ALAMEDA

Eso fue, mal punto, cuando yo vi el preito que se sentenciaba contra mí, que de antes a fe que me hacías engollir sin mascar.

LUQUITAS

Aquellos pasteles estaban mal cocidos y el suelo áspero; debía ser de puro afrecho.

ALAMEDA

Qué, ¿suelos tenían?

LUQUITAS

Sí, pues ¿no los vistes?

ALAMEDA

Yo juro a los güesos de mi bisagüela, la tuerta, que ni miré si tenían suelos, ni suelas, ni an tejados; mas no digo yo que fuera de puro afrecho, como tú dices, mas de serraduras de corcho me lo comiera, que ni dejara alto ni bajo, pequeño ni grande. Holguéme, hermano Lucas, cuando te vi dar tras ellos tan a sabor, y como te vi que de rato en rato te ibas mejorando en jugar de colmillo, y como quedé escarmentado de aquellos redondillos, el pastel toméle a tajo abierto, de modo que hice que se desayunase mi estómago de cosa que jamás hombre de mi linaje había comido.

LUQUITAS

Habías de comer primero el hojaldrado y después la carne, y así te supiera mejor.

ALAMEDA

¿Y qué era hojaldrado?

LUQUITAS

Aquello dencima.

ALAMEDA

La tapa querrás decir.

LUQUITAS

Sí, hermano; la tapa y aquello de los lados.

ALAMEDA

¡Válasme Dios y qué de nombres sabes en cosas de comer!

. . . . . .

LUQUITAS

¡Oh!, cata señor do viene. Si te preguntare en qué nos hemos detenido, dirás que había mucha prisa en las cebollas y el queso.

ALAMEDA

¿Cuáles cebollas o queso? Yo no vi tal.

LUQUITAS

Que ya lo sé, sino porque no nos riña echarás tú esa mentira.

ALAMEDA

Garrote trae, riendo se viene, de buen tiempre allega. ¡Ah, ah!

SALCEDO

¿De qué te ríes?

ALAMEDA

¿No quiere vuesa merced que me ría? ¡Ah, ah!

SALCEDO

Pues señor, cuando haya acabado, merced recebiré que me avise.

ALAMEDA

Ya, ya compiezo de acabar. ¡Ah, ah!

SALCEDO

¿Habéis acabado, señor?

ALAMEDA

Ya puede vuestra merced hablar.

SALCEDO

¡Oh, bendito sea Dios!

ALAMEDA

Espere, espere, que me ha quedado un poco. ¡Ah, ah!

SALCEDO

¿Quédate más?

ALAMEDA

No señor.

SALCEDO

¡Alabado sea Aquel que os ha dejado aportar acá! ¿Y en qué ha sido la tardanza, galanes?

LUQUITAS

¡Ay, ay, señor!, que había gran priesa en las cebollas y el queso ; si no, dígalo Alameda.

SALCEDO

¿Es verdad esto que dice Luquillas?

ALAMEDA

Vuesa merced ha de saber que cuando al tiempo que vuesa merced y yo estaba...

SALCEDO

¿Qué dices, villano? Toma tú también.

ALAMEDA

Luquitas, en medio, en medio ; yo juro a San que no ha sido hecho de hombres de pro. ¿Al mochacho con la mano y a mí con el garrote? No se sufre entre hombres de buena crianza.

SALCEDO

Ora dejaos deso y decime la verdad : ¿en qué habéis tardado?

ALAMEDA

¿Cómo me dijistes de antes, Luquillas?

LUQUITAS

Que había gran prisa en las cebollas y el queso.

ALAMEDA

¿Cuáles cebollas ni queso? Yo no vi tal.

LUQUITAS

Dilo tú ansí, porque no nos riña más.

ALAMEDA

¡Ah! ¿Por eso es? Pues tú ten en cuenta que si me errase, de tirarme de la halda.

SALCEDO

¿Qué conciertos son estos? Acabad, contádmelo vos.

ALAMEDA

Ya lo empiezo de contar.

SALCEDO

Pues acaba ya.

ALAMEDA

Vuesa merced ha de saber... ¿Cómo empieza, Luquillas?

LUQUITAS

Lo de las cebollas.

ALAMEDA

Sí, señor ; que como llegamos a la villa y fuimos a la praza y entró Luquillas y sentóse, y como había tantos pratos por allí, y había tantas cebollas en la prisa, como digo, señor, tantas cebollas en el queso...

SALCEDO

¿Qué dices?

ALAMEDA

Digo, señor, tantos quesos en las cebollas, paresce ser que no nos pudo despachar más presto la buñolera... No, no ; la pastelera quise decir.

LUQUITAS

¡Mirá el asno! Por decir la vendedera dijo la buñolera ; como todo acaba en a.

ALAMEDA

Sí, sí señor ; como todo acaba en a, eso debe ser. Dígame vuesa merced : ¿cómo se llama aquello que echan como arrope encima de unos redondillos?

SALCEDO

La miel querrás decir.

ALAMEDA

Qué, ¿miel se llama aquélla? Pues en despegalla del prato se ha detuvido más Luquillas quen todo.

LUQUITAS

En verdad, señor, que miente.

ALAMEDA

¿Que miento? ¡Juro a diez que habéis pecado! Llevaos ese pecadillo a cuestas. ¿Mentís a un hombre huérfano como yo?

LUQUITAS

Mire vuesa merced : yo llegué a casa de la que vendía el queso, y de un real que le di negábame la vuelta, hasta que vino lalguacil de la villa e hizo que me lo volviese.

ALAMEDA

¿Alguacil era aquel que estaba a la boca del horno con la pala larga?

LUQUITAS

A la boca de la calle querrás decir.

ALAMEDA

¿Aquella era boca de calle? ¡Juro a San que era boca de horno y tabla de pasteles!

SALCEDO

Agora este negocio veo muy mal ma-

rañado, y no puedo juzgar cuál de los dos tenga la culpa ; mas tú que lo viste y tú que lo heciste, tanta pena meresce el uno como el otro.

LUQUITAS

Sepa, señor, que Alameda entró delante.

ALAMEDA

Es verdad, señor, que yo entré delante, mas ya llevaba el señor Luquillas la sisa repartida donde había de cuadrar lo uno y esquinar lo otro.

SALCEDO

Baste, quentrambos me la pagaréis.

LUQUITAS

¡Ce, Alameda, ce ; oye acá!

ALAMEDA

¿A mí ce?

LUQUITAS

A ti ; ya sabes que tú entraste delante en casa de la buñolera y comiste tanto como yo.

ALAMEDA

Ya, ya ; no me digas nada.

LUQUITAS

Mira que somos amigos, y por tanto descúlpame con señor y di que lo dijiste por burla.

ALAMEDA

Pierde cuidado, que yo te desculparé. Sepa, señor, que Luquillas es uno de los mayores sisones del mundo, y que de un real sisa el medio.

SALCEDO

Decime cómo pasó.

ALAMEDA

Sepa vuesa merced que como él entró, yo vastaba allí, y púsose entre los pratos, y tomó al tiempo que yo dije.

SALCEDO

¿Qué miras, villano? ¿Por qué me diste?

ALAMEDA

¡San Jorge, San Jorge!

SALCEDO

¿Qués eso? ¿Araña? ¡Mátala, mátala!

ALAMEDA

Espere, señor, que allí se quedó.

SALCEDO

¿Eh? Mírala.

ALAMEDA

No, no señor, que nos nada ; la sombra de la oreja era ; perdone vuesa merced.

SALCEDO

Ora entrad acá adentro, que todo me lo pagaréis junto, como el perro los palos.

ALAMEDA

Ofrezco al diablo pescuezo tan duro, ¡amén, amén!, que ma lastimado la mano.

SALCEDO

Pues ¿habíase de tomar ansí, señor?

ALAMEDA

Con un ladrillo se matará mejor.

SALCEDO

Así, pues, entrá.

ALAMEDA

Vaya vuesa merced.

SALCEDO

Pasad delante.

ALAMEDA

¡Ande day, que me hará reir! Mejor beba yo que tal haga.

PASO MUY GRACIOSO

EN EL CUAL SE INTRODUCEN LAS PERSONAS SIGUIENTES

TORUVIO, *simple, viejo.* — ÁGUEDA DE TORUÉGANO, *su mujer.* — MENCIGÜELA, *su hija.* — ALOXA, *vecino*

TORUVIO

¡Válame Dios y qué tempestad ha hecho desdel requebrajo del monte acá, que no parescía sino quel cielo se quería hundir y las nubes venir abajo! Pues decí agora : ¿qué os terná aparejado de comer la señora de mi mujer? ¡Así mala rabia la mate! — ¿Oíslo? ¡Mochacha Mencigüela! Si todos duermen en Zamora. — ¡Águeda de Toruégano! ¿Oíslo?

MENCIGÜELA

¡Jesús, padre! ¿Y habéisnos de quebrar las puertas?

TORUVIO

¡Mirá qué pico, mirá qué pico! ¿Y adonde está vuestra madre, señora?

MENCIGÜELA

Allá está en casa de la vecina, que le ha ido a ayudar a coser unas madejillas.

TORUVIO

¡Malas madejillas vengan por ella y por vos! Andad y llamalda.

ÁGUEDA

Ya, ya, el de los misterios, ya viene de hacer una negra carguilla de leña, que no hay quien se averigüe con él.

TORUVIO

Sí; ¿carguilla de leña le paresce a la señora? Juro al cielo de Dios que éramos yo y vuestro ahijado a cargalla y no podíamos.

ÁGUEDA

Ya, noramala sea, marido, ¡y qué mojado que venís!

TORUVIO

Vengo hecho una sopa dagua. Mujer, por vida vuestra, que me deis algo que cenar.

ÁGUEDA

¿Yo qué diablos os tengo de dar, si no tengo cosa ninguna?

MENCIGÜELA

¡Jesús, padre, y qué mojada que venía aquella leña!

TORUVIO

Sí, después dirá tu madre ques el alba.

ÁGUEDA

Corre, mochacha, adrézale un par de huevos para que cene tu padre, y hazle luego la cama. Vos aseguro, marido, que nunca se os acordó de plantar aquel renuevo de aceitunas que rogué que plantásedes.

TORUVIO

¿Pues en qué me he detenido sino en plantalle como me rogastes?

ÁGUEDA

Callad, marido; ¿y adonde lo plantastes?

TORUVIO

Allí junto a la higuera breval, adonde, si se os acuerda, os di un beso.

MENCIGÜELA

Padre, bien puede entrar a cenar, que ya está adrezado todo.

ÁGUEDA

Marido, ¿no sabéis qué he pensado? Que aquel renuevo de aceitunas que plantastes hoy, que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceitunas, y que poniendo plantas acá y plantas acullá, de aquí a veinte y cinco o treinta años, ternéis un olivar hecho y drecho.

TORUVIO

Eso es la verdad, mujer, que no puede dejar de ser lindo.

ÁGUEDA

Mirá, marido: ¿sabéis qué he pensado? Que yo cogeré la aceituna y vos la acarrearéis con el asnillo, y Mencigüela la venderá en la plaza. Y mira, mochacha, que te mando que no me des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? ¿No véis ques cargo de consciencia y nos llevará al amotazén cadaldía la pena, que basta pedir a catorce o quince dineros por celemín.

ÁGUEDA

Callad, marido, ques el veduño de la casta de los de Córdoba.

TORUVIO

Pues aunque sea de la casta de los de Córdoba, basta pedir lo que tengo dicho.

ÁGUEDA

Ora no me quebréis la cabeza. Mira, mochacha, que te mando que no las des menos el celemín de a dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? Ven acá mochacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como quisiéredes, padre.

TORUVIO

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA

Así lo haré, padre.

ÁGUEDA

¿Cómo «así lo haré, padre?» Ven acá, mochacha: ¿a cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como mandárades, madre.

ÁGUEDA

A dos reales castellanos.

TORUVIO

¿Cómo a dos reales castellanos? Vos prometo que si no hacéis lo que yo os

mando, que os tengo de dar más de docientos correonazos. ¿A cómo has de pedir?

MENCIGÜELA

A como decís vos, padre.

TORUVIO

A catorce o quince dineros.

MENCIGÜELA

Así lo haré, padre.

ÁGUEDA

¿Cómo «así lo haré padre»? Tomá, tomá, hacé lo que yos mando.

TORUVIO

Dejad la mochacha.

MENCIGÜELA

¡Ay, madre; ay, padre, que me mata!

ALOXA

¿Qués esto, vecinos? ¿Por qué maltratáis ansí la mochacha?

ÁGUEDA

¡Ay, señor! Este mal hombre que me quiere dar las cosas a menos precio y quiere echar a perder mi casa: ¡unas aceitunas que son como nueces!

TORUVIO

Yo juro a los huesos de mi linaje que no son ni aún como piñones.

ÁGUEDA

Sí son.

TORUVIO

No son.

ALOXA

Ora, señora vecina, haceme tamaño placer que os entréis allá dentro, que yo lo averiguaré todo.

ÁGUEDA

Averigüe o póngase todo del quebranto.

ALOXA

Señor vecino, ¿qué son de las aceitunas? Sacaldas acá fuera, que yo las compraré, aunque sean veinte hanegas.

TORUVIO

Que no, señor; que no es desa manera que vuesa merced se piensa, que no están las aceitunas aquí en casa, sino en la heredad.

ALOXA

Pues traeldas aquí, que yos las compraré todas al precio que justo fuere.

MENCIGÜELA

A dos reales quiere mi madre que se vendan el celemín.

ALOXA

Cara cosa es ésa.

TORUVIO

¿No le paresce a vuesa merced?

MENCIGÜELA

Y mi padre a quince dineros.

ALOXA

Tenga yo una muestre dellas.

TORUVIO

¡Válame Dios, señor! Vuesa merced no me quiere entender. Hoy he yo plantado un renuevo de aceitunas, y dice mi mujer que de aquí a seis o siete años llevará cuatro o cinco hanegas de aceituna, y quella la cogería, y que yo la acarrease y la mochacha la vendiese, y que a fuerza de drecho había de pedir a dos reales por cada celemín; yo que no y ella que sí, y sobre esto ha sido la quistión.

ALOXA

¡Oh, qué graciosa quistión; nunca tal se ha visto! Las aceitunas no están plantadas y ¿ha llevado la mochacha tarea sobre ellas?

MENCIGÜELA

¿Qué le paresce, señor?

TORUVIO

No llores, rapaza. La mochacha, señor, es como un oro. Ora andad, hija, y ponedme la mesa, que yos prometo de hacer un sayuelo de las primeras aceitunas que se vendieren.

ALOXA

Ahora andad, vecino, entraos allá adentro y tened paz en vuestra mujer.

TORUVIO

Adiós, señor.

ALOXA

Ora por cierto, ¡qué cosas vemos en esta vida que ponen espanto! Las aceitunas no están plantadas, ya las habemos visto reñidas. Razón será que dé fin a mi embajada.

PASO DE LOS LADRONES

EN EL CUAL SE INTRODUCEN LAS PERSONAS SIGUIENTES

CAZORLA, *viejo ladrón.* — BUITRAGO, *ladrón nuevo.* — SALINAS, *ladrón mozo.* — JOAN DE BUENALMA, *simple*

BUITRAGO

Señor Cazorla, aquí te habemos sacado para que nos des alguna licioncita, porque como nosotros somos nuevos en el oficio, queríamos de ti que nos enseñases algunas trechas sotiles de las que tú sabes.

CAZORLA

Ya, ya os entiendo. Vosotros querríades ser ladrones viejos y regiros de la suerte que yo me rijo.

BUITRAGO

Eso mesmo; pero, señor Cazorla, cuanto a lo primero, ¿cómo te regías para defenderte destos jueces de Castilla? Porque os tratan con tanta ferocidad y rigor, que no hay ladrónico juicio que no se turbe.

SALINAS

Dice verdad aquí el señor Buitrago, porque una vez me vide preso delante un alcalde que me hacia tragar más tragos de saliva que hombre que ha perdido las agallas.

CAZORLA

Muy bien me paresce siempre pedir consejo a quien es más anciano y cursado en el oficio. Ora mirad, hijos míos: toda hora y cuando os halláredes delante un juez destos de Castilla, ya véis que con tener una vara en la mano paresce que quieren asombrar al mundo, habéis de tener tres cosas; disimulación en el rostro, presteza en las palabras, sufrimiento en el tormento; porque todo es un poquito de aire; no hacen sino apretaros unos cordelitos a los pies y haceros tragar algunos jarrillos de agua; bébese el hombre por su pasatiempo de que tiene gana de beber seis o siete: ¡mirá qué maravilla!

BUITRAGO

Eso verísimo está, señor Cazorla.

CAZORLA

Ora mirá: en hallaros delante algún juez, si os preguntare: «Ven acá, ¿de dónde eres?». Luego le habéis de responder: «Señor, de un lugar de Castilla la Vieja», el primero que os viniere a la boca. Catad no digáis que sois andaluz, por la vida que tienen bellaquísima fama los andaluces, porque en decir andaluz luego lo tienen por ladrón; si de Castilla la Vieja, por hombre sano y sin doblez de malicia. Si os preguntare cuánto ha que vinistes, habéis de responder: «Señor, anoche llegué», aunque haga mil años que estéis en el pueblo. Y si porfiare: «Aquí hay quien hoy os ha visto», acudid de presto diciendo: «Mire, señor, que un diablo se paresce a otro». Y si os dijere dónde dormistes, diréis: «Señor, como llegué tarde, no hallé posada; dormí bajo de un banco de un tundidor»; porque si decís que habéis posado en algún mesón, por la ropa pueden sacar rastro de vuestra vivienda.

BUITRAGO

Largos y descansados días viva, señor Cazorla.

SALINAS

Avisado hombre sois en esto de la Justicia.

CAZORLA

Muy bien lo he pagado; hartos sudores me cuesta; por tanto, tened atención, hijos míos. Si algún juez os preguntare qué oficio tenéis, responded con lengua presta y sereno rostro, si venís bien tratado, que servís a un caballero, y si no tal, de peón de albañil. Catad no nombréis oficio de callo, porque si decís que sois sastre, luego os miran por do pica el aguja, por do entra en la puntada, y si no os hallaren callos en las manos, luego dirán, sin duda, éste ladrón es, y veros eis en trabajo.

(*Entra Joan de Buenalma, simple cantando*).

JOAN

De casta de cornocales
traigo yo los huevos, madre,
pienso que buenos serane.

Pardiez, si es verdad lo que dice mi mujer, desta vez con esta clueca quedamos ricos para todos los días de nuestra vida. ¡Oh, hideputa, y qué ba-

belidad de mujer! Porque ella dice que a no parir nada la clueca, lo menos menos, aunque le pese, ha de parir diez pollas; y aquéllas a ser cluecas, con parir a diez cada una, serán ciento; pues cien pollas, reales han de valer.

CAZORLA

Tener, que véis allí adó asoma un villano, y, según su plática, trae una cesta de huevos. Veamos cuán diestros seréis para quitársela de entre manos.

BUITRAGO

Hazte a un cabo y tercea tú en ello, y si yo no le dejara en jolite, que me ahorquen, soy contento.

CAZORLA

Que me place.

SALINAS

En hora buena venga el hombre de bien.

BUITRAGO

Dios os guarde.

JOAN

¡Qué!, ¿conuéscenme, señores?

BUITRAGO

Mirá si os conoscemos: ¿no sois de aquí deste pueblo?

JOAN

Soilo a servicio y mandado de vuestras mercedes.

BUITRAGO

¿Nos llamáis vos...? Válame Dios, que no se me puede acordar, que en cabo de la lengua os tengo.

JOAN

Joan de Buenalma.

BUITRAGO

Así es la verdad.

SALINAS

¡Oh, señor Joan de Buenalma! ¿Y adó bueno?

JOAN

De aquí vengo de traer unos cuantos huevos para que mi mujer los eche a una clueca que tenemos.

SALINAS

No penséis que no ha sido cargo importante encomendaros semejante negocio.

JOAN

Dígame vuestra merced, que sabrá en esto de echar cluecas: ¿cuántos huevos son de manester para una clueca?

BUITRAGO

¿Por qué lo decís?

JOAN

Porque nos me miembra cuantos dijo mi mujer que trujese.

SALINAS

Esperá, yo os lo diré mejor que no él; seis docenas.

BUITRAGO

Quita allá, rapaz, que no sabes lo que te dices. Señor Joan de Buenalma, tres docenas sobran.

SALINAS

No, ni abastan; ¡mirá que sabe él!

BUITRAGO

Más que sabes tú, borrachuelo.

SALINAS

¡Mirá el majagranzas!

JOAN

Señores, no riñan, por amor de Dios, sobreso.

CAZORLA

¿Qué quistión es ésta?

JOAN

Yo se lo diré a vuesa merced, porque paresce más hombre de bien que todos, si no me engaño, digo, más anciano, y lo sabrá mejor. Este señor dice que para echar una clueca son de menester seis docenas de huevos, este otro que tres; ¿él qué dice?

CAZORLA

¿Cuántos traéis vos, Joan de Buenalma?

JOAN

¡Qué!, ¿también me connece vuestra merced?

CAZORLA

Mirá si os conozco, y an que sois casado con una honrada mujer deste pueblo.

JOAN

Honrados días viva vuestra merced. Yo, señor, traigo dos docenas a buen juicio, porque se me olvidaron los que me dijo mi mujer.

CAZORLA

En verdad, Joan de Buenalma, que tuvistes habilidad; que tantos son de menester.

SALINAS

¡Otra suya! ¡Mirad estotro desmemoriado con qué vino! ¿Habilidad diz ques aquello?

JOAN

Sí ques habilidad, pues quel señor lo dice: ¿qué tentiendes tú de habilidades?

SALINAS

Ora venid acá, pues tanta habilidad es la vuestra: ¿cuántos son siete, ocho y nueve?

JOAN

No, no; en cosa de cuenta yo sé que me engañarás, que no sé más que un asno.

SALINAS

¿Sabéis saltar?

JOAN

Quitá de ahí, meajica despecias: ¡mirad quién pregunta si sabe saltar!

SALINAS

Si tanta fantasía es la vuestra, apostad un real quién saltará más a pies juntillas.

BUITRAGO

Desde agora porné yo por el señor Joan de Buenalma.

JOAN

Mercedes, señor; no cumpre que nadie ponga por mí.

SALINAS

Ea, poné por vos.

JOAN

Cata quel diabro te añasga, muchacho; yo sé que perderás, sabandija.

SALINAS

No se me da nada.

JOAN

A mí se me da, ques cargo de consciencia igualarse un hombrazo como yo con un mozo sin barbas ni pelo de vergüenza.

CAZORLA

Tiene razón aquí el señor Joan de Buenalma; porque si te ganase, sería obligado de devolverte los dineros.

JOAN

¿No le paresce a vuestra merced?

CAZORLA

Mirá si me paresce.

BUITRAGO

Si tan hombre de consciencia y justificado es Joan de Buenalma, yo sé cómo se puede igualar este partido.

CAZORLA

¿De qué suerte?

BUITRAGO

Con atarse los pies y las dos manos juntas detrás.

CAZORLA

Aún eso trae camino.

JOAN

¿Y paréscele a vuestra merced que con eso estaré yo limpio de consciencia y puedo saltar con él?

CAZORLA

Sí, válame Dios; ¿por qué no?

JOAN

Vaya, por el real; ¿qué dices?

SALINAS

Helaquí puesto en manos del señor Buitrago.

JOAN

Y el mío también, y téngame este capote; y vos, padre honrado, la cesta de los huevos.

CAZORLA

Que me place.

BUITRAGO

Daca; ataros he los pies.

JOAN

Muy bien atados están.

BUITRAGO

Volved esos brazos atrás.

JOAN

Ya están vueltos; no aprieta tanto, señor, pésete a la puta que me parió.

BUITRAGO

Que no está sino flojo.

JOAN

Agora acote dé dó habemos de saltar.

BUITRAGO

Desta raya.

SALINAS

Aguarden, que lo mejor falta.

BUITRAGO

¿Qués lo mejor?

SALINAS

Ver qué real puso.

BUITRAGO

¿Qué real? Bueno; de *plus ultra*.

SALINAS

Veamos.

BUITRAGO

¡Oh, reñego del bellaco que se lleva las apuestas!

JOAN

¡Hola, oxte! señor de mi capote, vol-

ved acá : ¿dónde váis, hombre honrado? Desengáñeme : ¿es esto burla o trampa o ladronicio?

CAZORLA

¿Qué me sé yo, pecador de mí? Aguardá, iré a ver lo que pasa.

JOAN

No quiero, estése quedo, y deje la cesta de los huevos.

CAZORLA

Que luego vuelvo.

JOAN

¿Luego vuelvo? ¡Ah, señor, señor! ¡Toma! Ido ses. Este debe de ser sin duda un grandísimo ladrón como los otros. ¡Ah, Joan de Buenalma, Joan de Buenalma! ¡Con qué cara volverás a los ojos de tu mujer, sin blanca, ni capote, ni cesta de huevos para echar a la clueca! A chapinazos lo habré de pagar, y an poco a poco habré de ir a pasos limitados hasta mi posada.

PASO MUY GRACIOSO

INTRODÚCENSE EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES

SIGÜENZA, *lacayo.* — SEBASTIANA, *mundana.* — ESTEPA, *lacayo*

SIGÜENZA

Pasa delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nacidos y por nacer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA

Que no, sino cuál hinchiría su cántaro primero a la fuente, venimos a palabras y a las manos, y habiéndome rompido una toca...

SIGÜENZA

¡Ah, pese a la puta! ¿Por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA

Me llamó de bordonera, piquera, y que su servilla valía más que todo mi linaje.

SIGÜENZA

¡Ah, putañona ; como si yo no supiese que su madre fue una segunda Celestina!

SEBASTIANA

Y amenazándola yo contigo, me dijo : « Váyase el ladrón desorejado ».

SIGÜENZA

¿Que tal osó decir? ¡Ah, Dios, y cómo no se hunde la tierra!

SEBASTIANA

« Que si no se huyera de la cárcel como se huyó, le hicieran escribano real y le pusieran en la mano una péndola de veinticinco palmos ».

SIGÜENZA

¡Toma y si sabe de metáforas la poltronaza!

SEBASTIANA

Y otras veinte bellaquerías, que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA

Ya, ya ; no me digas más. ¡Ladrón desorejado! ¿Y de dónde le han nacido alas a esa lendrosilla? Déjame con ella ; pero quien viere un hombre como yo tomarse como una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA

La sucia, como te ve con ese becoquín de orejas y los lados rasos, atrévese a hablar, diciendo que te las habían cortado por ladrón.

SIGÜENZA

¡Ah, picara! ¿Por ladrón a mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA

Yo te creo ; pero dime, señor Sigüenza : ¿cómo te lisiaron de ellas?

SIGÜENZA

En el año de quinientos y cuarenta y seis, a nueve días andados del mes de abril, la cual historia se hallará hoy en día escrita en una tabla de cedro en la casa del Ayuntamiento de la isla de Mallorca, habiendo yo desmentido a un coronel, natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su per-

sona, siete soldados suyos se convocaron a sacarme al campo, los nombres de los cuales eran, Dios les perdone, Campos, Pineda, Osorio, Campuzano, Trillo el Cojo, Perotete el Zurdo y Janote el Desgarrado; los cinco maté y los dos tomé a merced.

SEBASTIANA

¡Válame Dios, qué tan gran hazaña! Mas las orejas dime, señor, ¿cómo las perdistes?

SIGÜENZA

A eso voy, que viéndome cercado de todos siete por si acaso viniésemos a las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo, usando de ardid de guerra me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas a uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno día murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA

¡Válame Dios, qué golpe tan cruel! ¿Qué fuera si le dieras con piedra o con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste? Mas ¿cómo dice aquella pulga que anduviste no sé en qué tiempo en las galeras por ladrón?

SIGÜENZA

¿Ladrón? ¡Ah, putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina del Campo, llevando la delantera su amigo o rufián, por mejor decir Estepa! ¡Ah, Estepilla, Estepilla! ¿No vendrían a tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazón?

SEBASTIANA

¿Ello es ansí que fuiste en galera?

SIGÜENZA

Es la verdad que anduve en la galera Bastarda contra mi voluntad no sé qué años. Mas, mirad: ¿qué va de ladrón a hombre vividor?

SEBASTIANA

¿Qué llamáis vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA

¿No te paresce ques harto buena manera de vivir salirse el hombre a la plaza de mañana y volverse antes de mediodía con la bolsa llena de reales, sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA

Harto bueno es aqueso.

SIGÜENZA

Cata y pues por qué afrentan a un hombre de honra y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA

¿Cómo limpiamente?

SIGÜENZA

¿No te paresce ques harta limpieza y destreza de manos traer cuatro o cinco bolsas y faltriqueras a casa, sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA

Ove, que Estepa viene.

SIGÜENZA

Por tu vida, ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA

¿Para qué?

SIGÜENZA

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA

¡Ah, Sigüencilla! ¿Paréscete bien de blasonar de quien vale más que tu linaje, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGÜENZA

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA

Agradesce que estás sin espada.

SEBASTIANA

Tómala, Sigüenza.

SIGÜENZA

Quítamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA

Di, bellaco: ¿no te paresce que esa tu mujercilla no es bastante para descalzar el chapín de la mía?

SIGÜENZA

Espérese, señor, certificarme dello. ¿Es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA

¡Pues no será! ¡Si en mi vida le he visto traer chapines!

ESTEPA

Dejémonos de gracias, doña bruta,

andrajo de paramento; y vos, don ladrón, tomá vuestra espada.

SIGÜENZA

Que no es mía, señor, que un amigo me la dejó con condición que no riñese con ella.

ESTEPA

Pues desdecíos, como a cobarde que sois, de lo que dijiste delante de vuestra amiga.

SIGÜENZA

¿De qué, señor?

ESTEPA

De que me habían azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGÜENZA

¿Desdecirme? No, no; no me paresce cosa suficiente; ¿qués de la espada?

SEBASTIANA

Hela.

SIGÜENZA

Quítala de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA

Acaba, ladrón azotado.

SIGÜENZA

¿Ladrón azotado? ¡Sus!, perdóneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA

¿No? Pues aguarda.

SIGÜENZA

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si a vuestra merced le placiere.

ESTEPA

¿De qué suerte? Veamos.

SIGÜENZA

Desta: ques muy gran verdad que lo dije como un grandísimo tacaño y que estaba borracho y fuera de mi seso; no hay más que tratar.

ESTEPA

Pues más habéis de hacer.

SIGÜENZA

Haré cuanto vuestra merced mandare.

ESTEPA

Que me déis la espada.

SIGÜENZA

¿Cómo daré lo que no es mío, señor?

ESTEPA

Digo que me la habéis de dar.

SIGÜENZA

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA

Esperá, que por fin y remate, habéis de recebir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

SIGÜENZA

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarrodrigos.

ESTEPA

¡Sus!, arrodillaos, por que más devotamente los recibáis.

SIGÜENZA

Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA

Ea, dueña, ¿qué aguardáis? Dadle recio.

SIGÜENZA

¡Oh, pésete a quien me vistió esta mañana!

ESTEPA

Tened tieso ese pescuezo.

SIGÜENZA

Señora Sebastiana, *miserere mei*; pasito, no tan recio.

ESTEPA

Bien está; dejaldo para quien es; veníos conmigo.

SIGÜENZA

¿La moza se me lleva? ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! Igual fuera no desdecirte y reñir de bueno a bueno con este Estepilla, y no quedaras sin honra y despojado de moza y harto de pasarrodrigos. ¡Ay, narices mías, que aún me duelen! En seso estoy de ponellas en un culo de un perro por que se ablanden. ¡Sus!, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

COMEDIA LLAMADA DE LOS ENGAÑADOS

En el saco de Roma de 1527, el ciudadano Verginio perdió a un hijo de seis años, hermano gemelo de una niña llamada Lelia. Trasladóse a Módena con ella y andados los años se enamoró de Lelia un caballero llamado Lauro. Con motivo de un viaje. Verginio depositó a su hija en un convento y a poco trató con un su familiar, Gerardo, el matrimonio de la doncella. Mandóla, pues, a buscar y entonces se enteró de que lo había abandonado vestida de hombre. El motivo, desconocido para Verginio, fue que enterada Lelia de que su amado Lauro, durante la ausencia, cortejaba a la joven Clavela, dio en disfrazarse de hombre y, con el nombre de Fabio, servir como paje a Lauro sin ser reconocida. Es coincidencia que Clavela, causa del desvío, es la hija de Gerardo, el proyectado marido de Lelia, y que Clavela, además, creyendo como todos que el supuesto Fabio es un hombre, se ha enamorado del fingido paje.
En estas circunstancias, cuando Verginio busca a su disfrazada hija para casarla con Gerardo, y éste busca las vueltas de Lauro para que deje tranquila a Clavela, llega a la ciudad el hermano gemelo de Lelia, desaparecido en Roma, Fabricio de nombre. El parecido extremado de ambos hermanos y el que Lelia ande vistiendo ropas de varón, da lugar a múltiples confusiones. Julieta, criada de Clavela, es la primera engañada y conduciendo a Fabricio hasta la casa de su ama, lo deja a la puerta por un momento.

SCENA SÉPTIMA

INTERLOCUTORES

VERGINIO, *padre de Lelia.* — GERARDO, *padre de Clavela.* — JULIETA, *moza.* — FABRICIO, *hermano de Lelia*

VERGINIO

¿Qué queréis, señor, que os diga? ¿A quién más que a mí ni con más justa razón debe pesar? Pero dejadme topar con ella.

GERARDO

Y dígame, señor Verginio, ¿tenéis por cosa cierta andar vuestra hija Lelia en el hábito que decís ?¿Y de quién lo habéis sabido?

VERGINIO

¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mío que habiéndolo yo enviado al monesterio, dijo que allá no estaba, y también que fui yo en persona a sabello.

JULIETA

¡Jesús, vista soy de mi señor! ¿Volverme he? No, que será peor. ¡Sus!, que ya la tengo pensada.

GERARDO

Vuelve acá, rapaza ; ¿pensabas que no te habían visto? Di, ¿dó dabas la vuelta, hurona?

JULIETA

Señor, enviábame mi señora Clavela a llamar uno destos cajeros, que le quería comprar no sé qué cuentas.

GERARDO

¡Jesú, Jesú, qué mentira tan probada! ¡Cajero diz que iba a llamar! Señor Verginio, ¿ha visto atravesar por aquí algún cajero?

VERGINIO

Que, señor, poco hace al caso, salga a lo que saliere.

JULIETA

En buena fe, señor, tan claro se oyeron aquellas campanillas que ellos suelen traer, que no dijeran sino « vesme aquí ».

GERARDO

Calla, calla, rapaza ; ven acá : ¿qué hace mi hija Clavela?

JULIETA

Rezando la dejé.

VERGINIO

Tal sea mi vida ; cierto terná mejor juicio que no la mía ; pero ¿qué digo? Hela, hela, señor, no hay más que decir ; topado ha Sancho con su rocín. Llégate, llégate, hija Lelia, que conoscida eres.

FABRICIO

¿Lelia? Abrenuncio. ¡Donosa gente es ésta!

GERARDO

Sea bien venida la señora, digo el galán. Por Dios que os está bien ese hábito, que si yo fuese que vos, nunca me lo quitaría.

VERGINIO

¿Qué es aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aquéste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FABRICIO

¿Decís a mí, hombre honrado?

VERGINIO

¡Donosa está la respuesta! Di, ¿burlaste conmigo?

FABRICIO

No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GERARDO

¡Santo Dios, qué poca vergüenza, que aún fingirá no conoscerte! ¡Tomá por ahí! ¡Tené gana de casaros con semejantes!

VERGINIO

Agora, hija Lelia, lo pasado sea pasado y en lo porvenir haya enmienda.

JULIETA

Cata que es el diablo el buey rabón. ¡Lelia diz que se llama el otro!

GERARDO

¿Qué dices tú, Julieta?

JULIETA

Digo que se engañan en buena fe, señores; mejor conozco yo este mocito que mis proprias manos.

VERGINIO

¿Y tú de dónde le conosces?

JULIETA

De mil veces que le [he] visto con su amo.

GERARDO

¿Y cómo se llama?

JULIETA

Fabio, y Lauro su señor.

VERGINIO

¿Lauro? Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer a mi hija en semejantes tratos.

FABRICIO

Por Dios, no sé qué me diga. Esta tierra debe ser de bárbaros; el uno me toma por extranjero, el otro por mujer, el otro por paje; no hay quien los entienda.

VERGINIO

No murmuréis, hija, sino andad acá conmigo a la posada y dad al diablo andar en devaneos, ni servir a nadie; basta que sirváis aquí a vuestro marido.

FABRICIO

¡Por Dios, si no tuviese respeto a las canas honradas, que yo os enseñase de hablar de otra manera! ¿Qué cosa es marido? ¿Estáis en vuestro juicio?

GERARDO

Paso, paso, cuerpo de mi linaje, señora, que no lo tenéis tan acabado, que si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan como dicen.

VERGINIO

Calle, señor Gerardo, que de alguna cosa debe traer el seso perdido; ¿qué le paresce que hagamos della?

GERARDO

Señor, lo que a mí me paresce que pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré a mi hija Clavela que se vea con ella, que quizá por ser mujer como ella la hará venir a lo bueno y le dará cuenta de toda su mudanza.

JULIETA

¡Mujer es el diablo! No verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí a otra cosa de casa que a llamalle.

GERARDO

¿Qué rezas, Julieta?

JULIETA

Digo, señor, que a la mano de Dios, ques muy bien hecho, que también se holgará mi señora por ser mujer como ella.

VERGINIO

Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FABRICIO

Estad quedos, hombres honrados; ¡por Dios que...!

GERARDO

¿Qué cosa es por Dios? Tené bien, señor, que no se nos vaya.

JULIETA

Déjate llevar, asno, que no te van a echar con leones, sino con la más linda dama que en toda Módena se halla.

FABRICIO

¡Paso, paso, señores, que no pienso deberos nada!

GERARDO

Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerza o por grado. Ayuda aquí, Julieta.

JULIETA

Eso de gracia, que a más soy obligada por lo que toca siquiera a mi ama. ¿Coceáis? Callá, que vos saldréis manso y el patrón quejoso y mi ama contenta, que es lo mejor.

A la postre se aclaran los equívocos. Verginio reconoce y recobra en Fabricio al hijo perdido, quien casa con Clavela, y a la errabunda Lelia, quien gana de nuevo el amor de Lauro, casando con él.

JUAN DE TIMONEDA

Nacido en Valencia, sin que se conozca la fecha, fue zurrador de pieles, impresor luego y librero. Muerto en 1583. Véanse datos complementarios al presentarlo como prosista.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. M. Pelayo, Madrid, 1911.

FARSA LLAMADA PALIANA

PALIANO. ¿Oyes, di?
JOAN. Oigo, señor.
PALIANO. ¿Por qué no sales, traidor?
JOAN. Porque no me lo ha mandado.
PALIANO. Esso sí, come un bocado,
pan y ajos ;
y a tal hora, di, ¿a destajos
comes? ¡No hay quien te consienta!
JOAN. En comer ninguna cuenta
tengo, señor, con badajos.
PALIANO. Estraños son tus trabajos
a mi ver ;
mira que eres menester.
JOAN. ¿Hame menester?
PALIANO. Sí, loco.
JOAN. Pues aguarde me él un poco,
que assí suelo yo hacer.
PALIANO. Sal acá, dexa el comer.
JOAN. Yo saldré,
mas comer no dexaré.
¿Qué manda?
PALIANO. ¡Mirá qué pato!
Dexa de comer un rato.
JOAN. Diga, que bien lo oiré.
PALIANO. Anoche ¿qué te mandé?
JOAN. Ya, ya, ya.
PALIANO. ¿A dónde vas? ¡Arre allá!
JOAN. A preguntar se lo Albero,
qu' el, como buen compañero,
me lo acordará quicá.
PALIANO. Dexa d' esso, oye acá :
ve corriendo.
¿A do vas? Yo no te entiendo.
JOAN. A correr, como mandó.
PALIANO. Bendito el que te crió,
¡siempre me has de estar moliendo!
Escucha : en amanesciendo
tomarás
el asnillo y andarás
a la majada a traer
leña, qu' es de menester
como ya oydo habrás,
y al buen viejo avisarás

que olvidar
no se quiera en transplantar
por hazer buena azeytuna,
antes del quinto de luna,
aquel poco de olivar;
y no dexe de castrar
las colmenas,
porque ya estarán muy llenas
con estas aguas que han hecho,
y en el recuesto y barbecho
que siembre las berengenas.
¿Sabrás lo dezir?

JOAN. A penas,
calle ya,
veamos si acertará
todo el hombre a repentillo:
primo que tome l' asnillo;
por asno empieço, bien va,
y que, y que...

PALIANO. ¿Qué será?

JOAN. Dexe me,
no m' ha de turbar, y qué...
y que vaya el asno en cerro.
No, aqui pienso que me yerro.
Sé que cabalgar habré:
y más dixo su mercé
que truxesse
leña con él si pudiesse,
porque era para quemar,
y que corte el olivar,
las aceitunas cogiesse:
y más que al viejo dixesse...
sin reñer
dexe me lo comprender...
no sé qué dixo de quinto.
¡Ah, ya, que la luna al cinto
no la dexe de poner!

PALIANO. Déxate de proceder
más locuras,
que tú contino procuras
de meter me en atahona.

JOAN. ¿Qué culpa he si me entona
en tan malas deziduras?
Dé me lo en escribaduras
el processo
de su dicho tan aviesso.

PALIANO. Digo, pues tan mal t' ensayas,
qu' es muy mejor que no vayas;
entra te allá, patitiesso.

JOAN. Si, sí, mejor será esso
sin dudar.

PALIANO. Ve, no dexes de albardar
el asno, haz que te olvide.

JOAN. A donde albarda se mide
no se me puede olvidar.

. . . . . .

Entra Albero y Paliano le reprende por su pereza y olvido de los quehaceres. Vuelve Juan.

. . . . . .

JOAN. ¡Ah, señor!
PALIANO. ¿Qué quiés?
JOAN. Aguarde,
al asno no hay quién l' albarde
por que no lo ha en voluntad.
PALIANO. ¿No notáis qué bobedad
tan bestial?
¿En qué viste, macorral,
que su voluntad no era?
JOAN. En alçar por la trasera
las dos patas por ygual.
PALIANO. ¡Súsl, éntrate allá, animal.
ALBERO. Ve d' ahy.
PALIANO. Anda, ve, tira de aquí.
JOAN. ¿De do tengo de tirar?
PALIANO. Esperad me, don mular;
¿de juegos estáis assí?
Oyd por amor de mí
si entendéis
que desto n' os descuidéis.
Que esse al ganado no vaya,
sino escrebilde que traya
el viejo lo que sabéys.
ALBERO. Bien, señor, n' os fatigéys,
que el buen viejo
traerá todo aparejo
como siempre suele hazer.
PALIANO. Vamos, que os quiero un consejo
pediros que es menester.

. . . . . .

Vanse los tres y sale Filomena, esposa de Paliano, acompañada de su criada Belisena, a quien da cuenta de un sueño que tuvo. Belisena niega toda importancia a sueños y presagios y ambas regresan a la casa. Albero recomienda a Paliano que consulte con el nigromante Tolomeo el significado del tal sueño y a este fin le hacen venir.

. . . . . .

PALIANO. Sabréis que soñó, en visión,
que salia
gran fuego que se encendía
de sus entrañas quemante,
y que siempre iba delante,
que apagar no se podía;
soñó más: en tal porfía,
que passaban
dos salvajes, y apagaban
sus llamas y su poder,
y aquestos fuegos y arder
en plazeres se tornaban,
y aquí dicen que cesaban
sus passiones.

NIGROM. Grandes consideraciones
son cierto a mi parecer.
Un hijo l' ha de nascer
que queme más que tizones;
fuego de tribulaciones
son sus trages,
y hasta que a dos salvages
cacen en una montaña,
este fuego y furia estraña
le dará tristes brebages.
PALIANO. Grandes son essos mensajes
de dolor.
NIGROM. Pues otra cosa, señor,
ha de hacer: qu' en su majada
su muger esté apartada
del pueblo, por muy mejor;
nasciendo el hijo y su amor,
en 'l istante,
con esfoçado semblante,
lo echará en la 'spessura
del monte, que su ventura
se verá más adelante;
y un cordón porná al infante
por señal.
Sepa más: que 'l sensual
amor le verná a postrar,
a que le queráys matar;
pero señor, no hagáys tal,
porque entonces todo el mal
será fuera,
según declara mi esphera,
sino que lo recibáys
por hijo cual antes era.
PALIANO. Yo quiero en toda manera,
sin alegría,
seguir tu sabiduría;
que más vale un hijo menos,
que no s' abrassen los buenos
passados de mi infamía;
la paga cual merecía
no le do,
pero el qu' es recibalo.

. . . . . .

Cumple Paliano los consejos del nigromante y dos salvajes recogen la abandonada criatura. Pasado el tiempo vuelve el Infantico acompañado de un padre adoptivo por la majada, declarándole como se ha enamorado de una dama que allí habita. El salvaje imagina una treta viendo a Juan y al Viejo durmiendo. Cosen las mantas a la yacija y luego les despiertan a puñetazos.

. . . . . .

VIEJO. ¡Sus, levanta;
suelta, que tienes la manta!
JOAN. Que vos la tenéys allá.
VIEJO. Un doblez sólo está acá.

JOAN. ¡Válame la virgen santa!
VIEJO. Cosida está más de tanta.
¡Oh cuytados,
qu' estamos encostalados!
FILOM. ¡Valme Dios!, ¿qué hay en el huerto?
Dezíme, ¿qué desconcierto
es éste, desatinados?
JOAN. ¿Qué? Que estamos ensacados,
nora maca,
metidos en esta saca
que parecemos harina.
FILM. ¿Quién os cosió, ay, mezquina?
VIEJO. Cual que hijos de bellaca.
JOAN. Baxe, que tenemos fraca
complisión,
y desate el talegón.
FILOM. Ya baxo, esperá un poquito.
VIEJO. Peydo te has tú, maldito;
no te vuelques, pedorrón.
FILOM. ¡Ea, mala maldición
Dios os dé:
por dormir todo esto fue!
Levantaos de ahy, perdidos:
¿veys cual estaban cosidos?
JOAN. Mostrama, yo, a buena fe,
essotra noche ensoñé
que mos ataban,
y que mos encostalaban
dos ladrones en la huerta,
y que detrás de una puerta
dos alimañas estaban;
también soñé que tragaban
a nostrama,
y que detrás de una rama
caçó el señor dos hurracos
muy grandes y muy bellacos.
FILOM. Muy grande passión te inflama.
VIEJO. De neceat nunca atama.
¡Valme Dios!,
¿no veys qué salvajes dos?
¿Do vas, Juan? Sin dilación
ven acá, toma un laçón.
JOAN. Antes no, tomaldo vos.
VIEJO. Muertos somos aquí nos.
INFANTICO. N' os turbéis,
linda dama, por que habéis
d' ir comigo a mis alcores:
cierto de vuestros amores
muy cativo me' tenéys.
SALVAJE. Señora n' os desmayéis,
vía al boscaje.
JOAN. Dalde, tío, a esse salvaje,
que se lleva la señora;
no vays, nostrama, malhora;
mostrad muy fuerte corage.
¡Oh, pésete a mi linaje!

¡Oh, mal grado!

VIEJO. Calla, asno nalbardado,
que gente siento venir.

JOAN. Señor es a mi sentir;
él será muy mal llegado.

VIEJO. ¿Quién va allá por esse lado?
¿Hau, quién es?

PALIANO. Dios os dé buena vejez:
yo soy capataz honrado,
háblame.

VIEJO. Ya, de turbado,
no podré en todo este mes.

PALIANO. Dezime presto lo que 's,
acabá.

VIEJO. Juan, señor, se lo dirá.

JOAN. Yo estó descoraçonado,
que pensé de ser passado
con aquel que hazían cla;
el viejo se lo dirá
mejor que yo.

PALIANO. No puedo entenderos, no.
Dezí, nescios, mal criados,
¿de qué estáis todos turbados?

JOAN. Vos, padre, decídselo.

PALIANO. Contad lo que acontesció,
por nivel.

VIEJO. Vino, mostramo, un tropel
de salvajes, y tomaron
su muger y la llevaron
por ahy, por san Miguel.

. . . . . .

Persiguen a los salvajes y dan sobre ellos mientras reposaban.

. . . . . .

PALIANO. Denles heridas mortales;
mueran si son defendidos.

SALVAJE. Nosotros somos rendidos
en vuestras manos leales.

JOAN. Huyr por los encinales,
que son bravos.

PALIANO. Átense aquí como esclavos.

FILOM. En mí no hay culpa celada
que por ellos fui robada;
habrá los días otavos.

JOAN. La vida por dos ochavos
juri a mí
la diera desque los vi,
y an, ¡por san!, si no huyera
que pensé que me moliera
aquel grande qu' está allí.

PALIANO. A los dos juntos aquí
a sazón,
pues cometistes trayción
a mi persona tan fuerte
os daré luego la muerte

por aplacar mi passión.

VIEJO. Yo, señor, de coraçón
como criado
te suplico no sea obrado
prontamente tu deseo.

PALIANO. Ver quiero si Tolomeo
en lo que dixo h' acertado.
Vos soys, vos, mi hijo amado
de mis entrañas.

SALVAJE. Yo le hallé en las montañas
al infante niño tierno,
y siempre le di gobierno
en los bosques d' alimañas.

INFANTICO. Pues han sido mis compañas
en criarme,
no queráys, padre, negarme
de dalles su galardón.

JOAN. ¡Ay, señor, del coraçón
so estado para finarme!

VIEJO. Y ¿vos queréys abraçarme,
dezí, espejo?

INFANTICO. Sí por cierto, padre viejo.

FILOM. Pues hijo, abraça tu madre
que tanto como tu padre
goza de tal aparejo.

PALIANO. Agora el mejor consejo
de verdad
es entrar en la ciudad
todos con gran regocijo,
porque quiero con mi hijo
hazer gran solennidad.

INFANTICO. Cantemos con brevedad
dulcemente.

. . . . . .

Y con la canción termina la farsa.

JUAN DE LA CUEVA

Sevillano como Lope de Rueda, nació en 1543 y, por lo tanto, cuando su paisano alcanzaba la madurez. En compañía de su hermano Claudio, quien más tarde alcanzara la dignidad de arcediano y el cargo de inquisidor, trasladóse a Méjico en el 1574. Tres años más tarde regresó a Sevilla y en esta ciudad representóse, a lo que parece, su primera comedia en 1579. En 1583 se publicó la primera edición conocida de sus obras dramáticas. Parece ser que su radicación en la ciudad del Betis fue ya definitiva y aunque no se conoce la fecha de su muerte, cuando menos en 1609 debía vivir aún, puesto que entonces corrigió su *Exemplar Poético;* por aproximación se sitúa su fallecimiento en el año inmediato siguiente. En su poema autobiográfico *Historia y sucesión de la Cueva* hace constar entre sus ascendientes al tristemente célebre privado de Enrique IV, don Beltrán de la Cueva.

BIBLIOGRAFÍA. Ed., *Comedias de J. de la C.*, ed. de Francisco de Icaza, Madrid, «Sociedad de Bibliófilos Españoles», 2 vols. *Poesías*, Ed., B. A. E., vols. X, XVI, XLIII.

EL INFAMADOR

ARGUMENTO

LEUCINO, *galán y hombre rico, se aficiona de* ELIODORA, *la cual jamás quiso oír su razón, aunque persuadida con continuados recaudos. Visto por* LEUCINO *que ninguna cosa aprovechaba con ella, quiso por fuerza gozar de la doncella* ELIODORA, *la cual, viéndose asida de un criado de* LEUCINO *llamado* ORTELIO, *le sacó la daga y lo mató. Acudió la justicia, y* LEUCINO *declaró haberle muerto* ELIODORA, *infamando su virginal vida. Ella declara ser verdad la muerte, y así fue llevada a la cárcel, y* LEUCINO *y* FARANDÓN, *un criado suyo, también fueron presos por la declaración della; y por los testigos, que fueron* LEUCINIO *y* FARANDÓN, *fue condenada a muerte. Aclaróse la verdad, y que ella lo había muerto por diferente causa de la que los testigos deponían, y fue libre, y* LEUCINO *y* FARANDÓN *condenados a muerte y ejecutados.*

Fue representada esta comedia por primera vez en Sevilla, por el excelente y gracioso representante Alonso de Cisneros, en la huerta de doña Elvira, año 1581, siendo asistente don Francisco Zapata de Cisneros.

Seleccionamos a continuación la escena en que Felicina, criada de Eliodora, se dirige a la prisión donde está su señora, con unas viandas envenenadas por orden de Hircano, padre de la infeliz dama, que prefiere ver a su hija muerta antes que bajo la acusación deshonrosa.

FELIC. ¡Desventurada de mí!
¿Dónde voy? ¿Qué razón sigo,
que Megera va conmigo,
que Alecto me lleva así?
No es posible que no sea
furor infernal el mío,
pues tan ciego desvarío
el alma me señorea.
Mi señor manda que dé
a Eliodora este bocado,
que entiende que su mandado
puede más que no mi fe.
¡Engañado está en razón;
contrario camino sigue,

porque no hay ley que me obligue
a sacarme el corazón!
Mas, ¡ay!, en qué duda estó
de contrarios combatida,
sin poder darle la vida
ni dejar de morir yo.
Forzosa ha de ser mi muerte,
porque si muere Eliodora,
Felicina, que la adora,
seguirá la mesma suerte.
La cárcel es ésta. ¡Ay, cielo,
cómo la muerte me cerca,
y a Eliodora se le acerca
la mesma miseria y duelo!
Ambas hemos de acabar,
que razón lo manda así;
y pues cumple, ¿qué hago aquí?
¡A dársela quiero entrar!

Eliodora y *Felicina*

ELIOD. ¿De quién serán mis quejas
y mi mal entendido,
en estado tan triste y peligroso,
Cielo, si tú me dejas
y no le das oído,
mostrándote a mi llanto riguroso?
¡Tú que del afrentoso
insulto en que sin culpa soy culpada,
sabes la verdad pura,
tú en mi angustia y tristura
aclara mi inocencia condenada!
¡Ya que pague la vida,
que no sea mi impureza así ofendida!

FELIC. ¿Qué haces, señora mía,
en tu miserable suerte?

ELIOD. Estó esperando la muerte
por momentos, cada día.

FELIC. Ten, señora, confianza,
que el cielo a quien tú te quejas
oído dará a tus quejas
y a tu inocencia venganza.

ELIOD. En él pongo mi justicia,
pues él sabe la verdad.
Él guarde mi honestidad
y castigue esta malicia.

FELIC. Sí hará, y así lo entiendo
de su bondad y clemencia,
que has de salir por sentencia
libre deste insulto horrendo;
y en confianza de aquesto
te traigo un regalo aquí.

ELIOD. ¿Regalo? ¡No es para mí,
que el mío pasó muy presto!
La muerte podrás traerme,
que es el regalo que espero,

que otro regalo no quiero
ni otro puede apetecerme.

FELIC. Espera en Dios el remedio,
y comamos esto agora,
mas con condición, señora,
que has de partillo por medio.

ELIOD. Pártelo tú de tu mano.

FELIC. Sí haré y será igualmente.
¡Oh ánimo de serpiente
con un ángel soberano!
Recibe desta tu sierva
esta conserva en regalo.

ELIOD. No ha estado el donaire malo.
¿Flores me das por conserva?

FELIC. Señora, el yerro fue en mí,
que turbada en tus dolores
dije conserva por flores.

ELIOD. Bueno está, quédese ahí.
Allá dentro nos entremos
porque gente oigo venir.

FELIC. Tras ti voy; bien puedes ir,
que no es bien que aquí aguardemos.
¿Quién ha visto tal mudanza,
volverse en flor el veneno?
¡Prodigio es, y es tan bueno
que me da buena esperanza!

LOS SIETE INFANTES DE LARA

Quedando muertos los siete Infantes de Lara, el REY ALMANZOR *manda a* VIARA *y* GALVE, *sus capitanes, que le cuenten todo el suceso de la batalla; cuéntansela, hace que le saquen allí a* GONZALO BUSTOS, *padre de los Infantes, y puesto en su presencia, querellándose que lo tenía contra ley preso, le muestra la carta de su cuñado* RUY VELÁZQUEZ, *que él mismo le trujo; mándale que coma con él aquel día.* ZAYDA, *hermana del* REY ALMANZOR, *que era aficionada de* GONZALO BUSTOS, *trata con él acerca de ofrecerle el* REY *su mesa. Así sucede con mucho contento de truhanes; acaban de comer; hace traer el Rey las siete cabezas de los Infantes y la del Ayo; pónenselas delante a* GONZALO BUSTOS, *y conociéndolas,*

G. BUST. Rey, ya he visto mi fortuna
y mis últimos desgustos.
Mis hijos son los que veo,
los siete Infantes de Lara;
ya veo mi muerte clara,
que es el premio que deseo.
Hijos, luz del alma mía,
honor y espanto del mundo,
¿dó el valor vuestro en quien fundo
el prez de la valentía?
¿Dó vuestros famosos hechos?
Hijos, ¿dó vuestras hazañas?
¿Dó las belicosas mañas?
¿Dó los invencibles pechos?
¿Qué ha podido de esta suerte
acabaros en el suelo?

Si no ha sido ira del cielo,
¿qué pudo daros la muerte?
En un hecho tan terrible,
¿quién la victoria ha emprendido?
Con brazo divino ha sido,
porque humano no es posible.
Espada mortal no pudo,
¡ay, hijos, daros la muerte,
que jamás a humana suerte
se domeñó vuestro escudo!
¿Qué enemigos combatiendo
hubo en valor tan constantes,
que al nombre de los Infantes
no revolviesen huyendo?
¿Quién resistió vuestras manos?
¿Quién vuestras fuertes espadas,
que en el mundo eran llamadas
pestilencia de paganos?
¿Cuál rayo, rompiendo el cielo,
bajó, haciendo igual daño
que vuestro valor extraño
hizo en gentes de este suelo?
Y tú, ayo, amparo y guía
de mis hijos, dame cuenta
de esta dolorosa afrenta,
mueve aquesa lengua fría.
Dímelo, Nuño Salido.
¿No quieres, por no ofenderme,
pues solías responderme
y a mi razón dar tu oído?
¡Oh triste! ¿dó mi cordura?
¿qué ciega ignorancia es ésta,
que a muertos pido respuesta
de mi extraña desventura?
Hijos, pues estáis conmigo,
no tengo ya que temer;
esto así se ha de hacer,
y vengarme en mi enemigo.
Morid todos, que es muy justo,
pues muerte a mis hijos disteis;
que en vengar lo que hicisteis
a Bustos morir le es gusto.

ALMANZ. Préndelo presto, Viara.
VIARA. Detente, cristiano, aguarda.
G. BUST. Perro, nada le acobarda
a los que vienen de Lara.
VIARA. Darete la fiera muerte
si no tienes sufrimiento.
G. BUST. En cuantos estáis, no siento
quien me trate de tal suerte.
(VIARA.) Aliaras, Bobalías,
cercadlo por esta parte.
(G. BUST.) No pudierais de otra parte
prenderme.
ALMANZ. Pues, ¿qué querías?
G. BUST. A todos, si no es a ti,

pasar por aquesta espada,
haciendo por mí vengada
mi ofensa, y morir aquí.

ALMANZ. Muy bien mereces la muerte.

G. BUST. Yo te la pido, Almanzor;
que vivir en tal dolor
será más penosa suerte.

ALMANZ. No quiero, viendo tu duelo,
usar de riguridad,
mas ponerte en libertad.

G. BUST. Ése es mayor desconsuelo.
Que viendo tal desventura,
tal desastre con mis ojos,
ser de la muerte despojos
será vida más segura.
Pues a mi fin se endereza,
por que tu valor compruebe,
hinche el número de nueve
con aquesta mi cabeza.

ZAYDA, hermana del rey ALMANZOR, *aficionada de* GONZALO BUSTOS, *viéndose preñada de él, y que por la libertad que el Rey le otorgó se quería ir y dejalla, determina de impedirle con hechizos, y acompañada de* HAJA, *otra mora, hacen sus conjuros para detenerlo. Sale* GONZALO BUSTOS, *y despídese de ella. Déjale un medio anillo para que aquello que pariere, siendo de edad, le lleve por donde sea conocido de él. Vase. Pare* ZAYDA *un hijo:* MUDARRA GONZÁLEZ, *a quien envía con su padre.*

MUDARR. Después de venir a verte
y a besar, señor, tus manos,
vengo a vengar mis hermanos
en quien les causó la muerte.
Y así digo que es traidor
Ruy Velázquez, que está aquí,
y lo entenderá por mí,
si en él hubiere valor.
Al cual desafío y reto
y a todos cuantos siguieron
su parte, a cuantos lo oyeron
en público o en secreto.
Y pido campo do estoy
al traidor y a los traidores,
hacientes consentidores,
que igual renombre les doy.
Y digo que les concedo
cuantas ventajas quisieren,
y las armas que pidieren,
y las que pide su miedo.
Que yo me pondré desnudo
en el campo, ellos armados,
de paveses acerados
cubiertos, yo sin escudo.
Más ventajas les ofrezco:
que si en la lid se cansaren,
que ne medio de ella se paren
y que salgan de refresco.
Que no partamos el sol,

sino que a su parte esté,
y así conocer haré
que tú no eres español.
Sin freno irá mi caballo,
sin espuelas yo, él sin silla,
y en medio de la rencilla
también me ofrezco a dejallo.
Y verán los circunstantes
que soy en casos tan justos
hijo de Gonzalo Bustos
y hermano de los Infantes.

RUY. Mancebo, di, ¿qué locura
te mueve a desafiarme?
Y más sería alterarme
viendo tu poca cordura.
Y así, de tu desafío
no debo de hacer cuenta,
porque no me hace afrenta
quien habla con desvarío.

MUDARR. Traidor, razón es la mía,
y razón la que sustento,
y así pagarás tu intento
y tu horrible alevosía.
¿Quieres suplir con razones,
traidor, tu maldad tan clara
en vender a los de Lara?

RUY. No es verdad lo que propones.

MUDARR. Tú mientes como traidor,
enemigo de tu ley,
traidor a tu Dios y rey,
sin fe de Dios, ni temor.
Y así, como a su enemigo
es razón poner la mano.

RUY. ¿Un moro ofende un cristiano?

MUDARR. Cristiano me nombro y digo.

G. BUST. Tente, hijo no te ofrezcas
tan ciegamente a tu ira.

MUDARR. Razón es la que me aíra.

G. BUST. Sí, mas no te ensoberbezcas.
Pon en la vaina el espada.

MUDARR. Cuando tenga este enemigo
con el debido castigo
tendré el alma sosegada.
Y así, traidor, te demando
campo, de hoy en tercer día,
do estás, do la verdad mía
haré buena peleando.

G. BUST. Sosiégate, hijo, un tanto
de esas culpas y disculpas,
y vamos donde tus culpas
laves con Bautismo santo.

MUDARR. Si por aquesta ocasión,
cobarde, el campo no aceptas,
ya de las Mosaicas setas
aparto mi corazón.
Y no entiendas que de esa arte

te librarás de mi mano,
que yo puedo ser cristiano
y tú de mí no librarte.
Luego que se cumpla el plazo,
en este lugar te aguardo,
donde mi brazo gallardo
verás, y a lo que te aplazo.
Con esto, vamos, señor,
a darme cristiana ley.
G. BUST. Vamos, hijo; el Sacro Rey
te dé su gracia y favor.

Ruy Velázquez huye a su casa de Barbadillo y allí le sigue el infante Mudarra.

. . . . . .

MUDARR. Sumo Dios, a esta empresa que ahora pruebo
tu divina piedad esté conmigo,
que veo aquel traidor; rige este brazo
de suerte que no deje de él pedazo.
Llegada es ya, traidor, tu justa muerte;
aquí me pagarás mis siete hermanos;
tú y los tuyos seréis igual en suerte.
No hay remedio que os libre de mis manos.
RUY. Mudarra, ten piedad de mi mal fuerte.
MUDARR. No es tiempo ya de oír tus ruegos vanos.
RUY. Tu nobleza y bondad piedad promete.
MUDARR. No con quien tan atroz maldad comete.
¿No te defiendes? ¿Ésta es tu braveza?
Pues muere así como mujer, cobarde,
que no me imputará nadie a bajeza
que te dé así la muerte y no te aguarde.
Ira, coraje, cólera, crueza,
dentro de mi alma conturbada arde,
por vengar mis hermanos: mueran, mueran
cuantos al traidor siguen, que esto esperan.
Éste es principio a la venganza nuestra.
Presto, presto, seguidme; traigan fuego,
y esta casa que aquí se nos demuestra
de doña Lambra es, quémese luego.
Sienta el rigor de nuestra fuerte diestra;
no mueva nuestro intento humano ruego;
apriesa, caballeros, ¿qué se tarda?
Poned fuego, echad leña, haced que arda.
D.ª LAM. ¡Ay Dios! ¿Qué extraño mal, qué desventura,
qué bravo incendio, qué crueza horrible,
qué infernal furia así mi fin procura?
¿Quién me pone en castigo tan terrible?
La llama esquiva llega ya al altura
de mi infelice casa, y veo visible
arruinarse con son horrible al suelo,
y las centellas ir subiendo al cielo.
¡Ay, triste! ¿Qué haré? ¿Qué vía me llama
por donde pueda remediar la vida?
Cielo piadoso, con piedad derrama
agua sobre esta llama embravecida.
No permitas que así la clara fama

de mis mayores sea consumida
de este fuego, quemando sus blasones,
en ceniza volviéndose y carbones.
¿Qué aguardo? ¿Qué procuro? ¿A quién le ruego?
que del cielo es aqueste mi castigo.
Pues si es del cielo, él oirá mi ruego,
si no lo tengo aquí por enemigo.
Doña Lambra, ¿qué haces? ¿Qué sosiego
tienes? Huye, que el fuego está contigo,
y esta sola ventana es mi reparo;
salta por ella, huye el fuego avaro.

MUDARR. ¿Qué intentas, di? Que no podrás, malvada,
por esa vía del morir librarte;
si saltas, has de dar sobre mi espada;
si te quedas allá, has de abrasarte.
Muere, traidora, que tu muerte agrada
a tierra y cielo, y pide castigarte
la maldad que trazaste; que yo vengo
de los Infantes, por quien sólo vengo.

D.ª LAM. Si en ese pecho el gran valor aspira
de tu padre, usarás de más templanza.

MUDARR. Tu maldad no demanda menos ira,
ni mi razón que quede sin venganza.

D.ª LAM. Desnúdate de saña, el fuego tira
que ya en mi cuerpo su braveza alcanza.

MUDARR. Eso pretendo, y eso sólo quiero.

D.ª LAM. Pues véngate crüel, que yo ya muero.

MUDARR. Parte de la maldad por esta vía
se va pagando, y cual yo deseo
y cual espero ver; que al ansia mía
más castigo demanda y más trofeo.
Claros Infantes, cuya valentía
en la inmortalidad escrita veo,
recebí esta venganza, que declara
que nació del valor de los de Lara.

Fray Jerónimo Bermúdez

Oriundo de Galicia, no se conoce la fecha de su nacimiento, que se sitúa hacia 1530. Ingresó en la Orden de Santo Domingo y ejerció el puesto de profesor de Teología en la Universidad de Salamanca. No fue persona sedentaria, por cuanto se sabe que corrió a más de su patria, por tierras de Francia, Portugal y África, falleciendo en 1599. Bajo el seudónimo de Antonio de Silva escribió dos tragedias de corte clásico sobre los dramáticos amores de doña Inés de Castro, en las que procuró adaptar al castellano algunos metros latinos; la primera de estas obras, sin duda la mejor *Nise lastimosa*, es una adaptación libre de la que escribiera en portugués Antonio Ferreira (por cierto que la tragedia portuguesa se estimó en un principio copia de la española por publicarse más tarde). La segunda parte, *Nise laureada*, aunque original completamente, carece de interés. Ambas son un precedente de la obra de Vélez de Guevara *Reinar después de morir*.

Bibliografía. *Nise lastimosa*, fue publicada por Sedano, en el «Parnaso Español», volumen VI.

NISE LASTIMOSA

El Príncipe don Pedro de Portugal, que en esta tragedia se llama Infante, siendo casado y teniendo ya heredero, puso los ojos en una dama natural del reino de Galicia, llamada doña Inés de Castro, tan ilustre en hermosura, discreción, virtud y linaje, que muerta la princesa, se pudo casar con ella en Berganza, aunque tan secretamente que cuando el rey su padre lo vino a sospechar, ya tenía tres hijos en ella. Con todo eso le mandó apartar y se dejó persuadir de algunos envidiosos que el reino se perdería si el casamiento del príncipe pasaba adelante. Y así vino a Coimbra con determinación de matarla. La noche antes que llegase, la pobre señora había soñado el trance y amargo fin de sus amores y así salió con tales ansias a pedir al rey la causa de su muerte, que no hallando ninguna, remitió el fin de la jornada a los que le habían puesto en ella. Los cuales, con esta licencia y su maldad, se fueron a ella, que ya estaba segura con el perdón del rey, y cruelmente la mataron. El príncipe cuando lo supo quedó sin juicio por muchos días; al cabo de ellos vino en sí, trató de hacer la guerra a su padre, que murió de verse en tales trances, y los matadores huyeron a Castilla.

Seleccionamos la escena en que los envidiosos recomiendan al rey la muerte de doña Inés:

Rey

De quien se temen menos los agravios,
de aquel se sienten más. ¡Ay, quien temiera
del príncipe mi hijo tal aviso!
¡Qué estrella fue tan triste y tan escura
aquélla! ¿Qué mal signo o mal planeta
le pudo contra mí volver tan duro?

Pacheco

Durando la ocasión, dura el pecado;
quitándola, se quita.

Rey

¡Extraña cosa,
endurecerse así aquel tierno pecho!

Pacheco

Endurézcase el tuyo con justicia.

Rey

¡Duro remedio! ¿Cuánto mejor fuera

amor y sujeción? ¡Oh mis pecados
cuán gravemente sobre mí descargan!

COELLO

¿Señor, qué hay que decir? Muera esa dama.

REY

¿Qué muera todavía?

PACHECO

Señor, muera,
porque vivamos todos.

REY

¿No es crueza
matar al inocente?

PACHECO

Muchos puedes
mandar matar sin culpa, habiendo causa.

REY

¿Con qué causa o color matamos ésta?

PACHECO

¿No basta que su sola muerte ataja
los males que tenemos de su vida?

REY

¿Ella qué culpa tiene?

PACHECO

Es ocasión.

REY

¡Oh! que ella no la da: el infante quiere
tomalla, por traerme a tal estrecho.
¿Qué ley o qué derecho la condena?

COELLO

El bien común, Señor, larguezas tiene
con las cuales abona muchas obras.

REY

¿Así, que estáis en eso?

COELLO

En esto: Muera.

REY

Echémosla del reino.

COELLO

El amor vuela.

REY

En un santo y estrecho monasterio
podremos encerralla.

COELLO

Hele quemado:
este fuego, señor, no muere luego;
cuanto más le resisten, más se enciende.
¿Contra el amor qué fuerte hay que lo sea?

REY

Matalla, cierto es medio riguroso.

COELLO

¿No ves, señor, que muchas veces mueren

muchos sin merecello? Dios lo quiere
por el bien que se sigue.

REY

Dios lo haga.

PACHECO

También licencia tal los reyes tienen
que en su lugar están.

REY

Antes no tienen
licencia para más de lo que manda
la justicia y razón. Otra licencia
es bárbara crueza de paganos.

. . . . . .

Temo dejar de mi nombre de injusto.

COELLO

Antes lo dejarás de justo y santo,
pues te aconsejas siempre con los tuyos,
y el parescer de los discretos sigues.

PACHECO

¿Ves, poderoso rey, ves con tus ojos
cuanto ya cunde la enconosa yerba
que este amor ciego engendra? Bien ves cuanto
la soberbia y desprecio de esta gente
contra ti y contra todos va cresciendo;
¿y si viviendo tú tenemos tanto,
después que tú nos dejes, qué haremos?

. . . . . .

REY

La parte que me cabe de este hecho
pongo en vosotros toda, mis amigos,
que sin pasión estáis tan obligados
a persuadirme aquello que es más justo,
más servicio de Dios y bien del pueblo.
Mis ojos sois vosotros; yo no veo
más de los que vosotros me mostráis.
Orejas mías sois; oír no puedo
más de lo que vosotros me decís.
Es buena mi intención, y Dios lo sabe.
Si es el engaño vuestro, vuestro sea
el castigo del cielo riguroso.

Del acto tercero recogemos el despertar del sueño profético y la entrevista del rey con doña Inés.

DOÑA INÉS

. . . . . .

¡Oh noche oscura, cuánto me duraste!
en miedos y en asombros me trajiste,
tan tristes y espantosos, que creía
que allí se me acababan los amores,
allí de esta alma triste los afectos
acá empleados. ¿Y vosotros, hijos,
mis hijos tan hermosos, en quien veo
aquel divino rostro, aquellos ojos

de vuestro caro padre, aquella boca,
tesoro peregrino, mis amores,
quedábades sin mí?
. . . . . .

Sale el ama con los infantes.

AMA

¿Qué llantos y qué gritos, mi señora,
eran los de esta noche?

DOÑA INÉS

¡Oh, ama mía!
la muerte vi esta noche, cruda y fiera.

AMA

Entre sueños te oí llorar, y tanto,
que de miedo y espanto quedé fría.

DOÑA INÉS

. . . . . .
Cansada de llorar la soledad
que allá consigo lleva y acá deja
el príncipe con su negra partida,
tan triste amanecí que la tristeza
me trajo en sueños uno tan pesado
que aun agora no puedo con su peso.
Porque soñé que estando en esta sala
con estos niños, como estoy agora,
entraban tres leones desatados
que arremetiendo a mí, con duras garras
los pechos me rasgaban. Yo, cuitada,
que en angustia tamaña me veía,
por mi señor gritaba,
mis hijos escondía,
pero a mí no podía
que no me daban tiempo;
entonces me parece que rendía
con tantas ansias el vital aliento
que aun agora no sé si ya le tengo.
. . . . . .

AMA

Esfuérzate, señora. ¿Por qué tienes
el corazón tan a los pies caído?
. . . . . .
Quien llama a la tristeza, mal la puede
lanzar de sí, que a veces en el gozo
tan furiosa se entra que le turba.
Mira estos angelicos, tan seguras
y ciertas prendas del amor tamaño
conque engendrados fueron. En tus ojos
esos tuyos alegra, que deshechos
están en crudas lágrimas.
. . . . . .
¿No ves cómo las aguas de este río
corren a saludar a tus amores?
De allá te oye, señora. Ellas le traen
a la memoria en ti sola empleada,

este aposento tuyo, donde mora
contigo siempre su dulcísima alma.
Tan esmaltados y tan frescos campos
debajo de un tan despejado cielo,
¿quién los verá que luego no se alegre?
Oye los dulces cantos y alboradas
con que los pajaritos te festejan
por entre esa arboleda deleitosa.

DOÑA INÉS

¡Ay, ama mía, quien no te tuviera
qué mal llevara tales accidentes!
Bien veo que son sombras, que son vientos
que amor me representa; mas agora
parece que me aflige la tristeza
más de lo acostumbrado; agora temo
más, y no sé qué temo.

. . . . . .

REY

Tus hados, doña Inés, han sido tristes,
tu suerte desdichada.

DOÑA INÉS

Antes dichosa,
pues merecí que en este estrecho grande
tus ojos me mirasen, ponlos ora
en esta sin ventura, como en otros,
de piedad y de justicia llenos.

. . . . . .

¿Señor, matarme quieres? dame causa.

REY

Tus culpas te la dan, si bien las piensas.

DOÑA INÉS

¿Mis culpas? ¿culpas mías? a lo menos
ninguna contra ti, mi rey, me acusa.

. . . . . .

PACHECO

Señor, pásase el tiempo.

REY

Tú bien sabes
la causa de tu muerte. ¿Tu dureza
qué podía esperar sino dureza?

. . . . . .

A grandes voces muchas caras vidas
me están pidiendo, doña Inés, tu vida.
La hora se te llega.

DOÑA INÉS

¡Oh mal hadada,
en fuerte hora nacida! para aquesta.
¡Oh mis amigos! llámome a vosotros:
hablad al rey por mí, favorecedme;
pedidle piedad, si en algún tiempo
entró en vuestras entrañas, o si dulce
amor de hijos puede enterneceros.

. . . . . .

¿Pecados contra ti? ¿Tan gran pecado
es bien querer a quien a mí me quiere?
¿Si amor con muerte pagas, con qué piensas,
señor, pagar el odio?
. . . . . .
No vivirá tu hijo ni es posible
vivir, pues por él muero : dale vida
con me la dar a mí ; que yo iré luego
donde jamás parezca ; y estas prendas
conmigo llevaré, pues no conocen
otros pechos sino estos que tú quieres
quitalles . . . . . .
. . . . . .
¡Ay cuando venga vuestro padre triste,
que hará de sí! ¿qué será de vosotros?
hallaros ha horfanitos y señeros :
no verá quien buscaba. Verá llenas
las casas y paredes de mi sangre :
¡tapicería triste!
Irase donde yo me paseaba ;
no me hallará. No me verá en el campo,
no en el jardín y cámara. Hele muerto.
. . . . . .
Señor, ¿por qué me matas?
¿en qué te lo merezco?

Micer Andrés Rey de Artieda

El notario Juan de Artieda y Ángela Alfonsa, que hacia 1543 se instalaran en Valencia, fueron los padres de Micer Andrés Rey de Artieda, quien vino al mundo seis años más tarde. Tras un breve intervalo, dedicado al ejercicio de las armas, el poeta reanudó sus estudios universitarios en octubre de 1563, siempre en la ciudad del Turia. Obtenido el título de bachiller, se trasladó a Lérida en 1565 para estudiar Leyes, y más tarde, con igual propósito a Tolosa, en cuya Facultad se graduó el 6 de octubre de 1574, en 1585 ya ostentaba el título de *Doctor en cascún dret*. Casó con doña Catalina de Monave, en quien hubo varios hijos : Miguel, nacido en 1575 ; Andrés, en 1576 ; Teodora y Andrea, cuyo nacimiento se supone ocurrido en Zaragoza, y acaso otro hijo del que no hay suficiente información. No obstante la conclusión de sus estudios, Rey de Artieda conservó y aun alternó con los libros una decidida afición por las armas, ya que con ellas sirvió durante más de treinta años, alcanzando el grado de capitán de infantería y luchando en las acciones de Lepanto, Navarino, socorro de Chipre, etc., mereciendo tan alta consideración que a cuenta de tales servicios, Felipe III concedió a su hija Andrea una renta vitalicia de 60 libras anuales. Formó parte de la famosa Academia de los Nocturnos, en cuyo seno encontrábase lo más granado de las letras valencianas, y aparte de los *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, sólo se conserva su comedia *Los Amantes*, publicada en 1581, curiosa como antecedente, aunque no único ni mucho menos, de las versiones de Tirso, Montalbán y Hartzenbusch. Murió Rey de Artieda en noviembre de 1613, recibiendo sepultura en la iglesia de San Esteban.

Bibliografía. Tomamos nuestro texto de la edición de F. Carreras, Valencia, 1908. Vid. Cotarelo : *Sobre el origen y desarrollo de la leyenda de los Amantes de Teruel*, Madrid, 1907.

Los Amantes

Marcilla regresa rico a Teruel para casarse con Isabel de Sigura, cuya mano le fue negada en otro tiempo por su pobreza, y encuéntrala recién desposada. En las fiestas la tropieza y le reprocha no haberle aguardado, de lo que Isabel se exculpa. En la noche nupcial Marcilla se oculta tras el lecho. Recogidos ya los recién casados, Isabel ruega a su esposo que la respete hasta el día siguiente, y aunque no fácilmente lo consigue. Marcilla sale de su escondite y suplica un beso a Isabel, ella, honesta, se lo niega y Marcilla muere de amor, Isabel ayuda luego a su esposo a depositar el cuerpo del infortunado galán frente a la casa de su padre y, ya en los funerales, rinde a Marcilla el beso que le negara en vida, muriendo luego.

A continuación, transcribimos la escena segunda del segundo acto, primer encuentro a solas de los dos amantes.

Marcilla

¿Es, ingrata Sigura,
el casamiento próspero q(ue) aguardo?
Callar será cordura,
pues de ira y desdén ardo,
y de envidia me hielo y acobardo.

Sigura

No es bien que si hablas, hable
sigún mi gran pasión y tu gran ira ;
pero la fe inviolable
ni a mis pasiones mira,
ni a lo que tú condenas por mentira.

Ella, pues lo que dije
lo reserve al salirme de la boca,
y en mis entrañas fije,
descubrirán cuán poca
razón tienes, o a quién de los dos toca.
De mí sé que los años
que prometí aguardarte esperé, y días,
venciendo con engaños
las quejas y porfías
de mis cansados padres y mis tías.
De ti a la fe se queja;
pues por faltar el día que ofreciste,
tu descuido me deja
tan afligida y triste,
que apenas al dolor mi alma resiste.

MARCILLA

No es pusible, ni creo,
que quien pasado el término en dos horas
se casó, como veo,
no quiera lo que adoras,
y llore tibiamente lo que lloras.
Porque a no darte gusto
esto, con lo que agora te acomodas,
pasado el tiempo justo
y condiciones todas,
dilataras siquiera un mes las bodas,
y lo que dilataras
dejara mi descuido averiguado,
y tus disculpas claras.

SIGURA

Hame sido forzado,
con probarlo hasta aquí, tomar estado,
porque mis bodas supe
cuando ya el estorballas fuera tarde.

MARCILLA

Como el temor ocupe
un ánimo cobarde,
¿esperáis del que fe o palabra guarde?
Que una tilde no tuerza
de lo que prometí, es caso ordinario;
pero do no me fuerza
lo que ofrecí al contrario,
a mucho obliga un hecho voluntario;
y así lo que aguardaste,
aunque te deje en parte disculpada,
no es disculpa que baste:
pues tu fe acelerada,
fuera la obligación, no puso nada.

SIGURA

Espántome que digas
que por lo voluntario más mereces
que por lo que te obligas;
pero hablemos a veces,
y verás a lo mucho que te ofreces.
Libertad ancha y larga

tiene el que ni lo debe ni promete ;
mas quien de algo se encarga,
por un año o por siete,
¿quién duda que otros tanto se sujete?
Y si és se deshonra
por no satisfacer la menor cosa,
¿qué fama gana y honra
si en lo que ofrecer osa
tan justo va, que no desmiente en cosa?
Y pues el tiempo mido
con lo que prometí y dello no salgo.
no me pidas más.

MARCILLA

Pido,
tras la obligación, algo
q(ue) un pecho nos descubra más hidalgo.

SIGURA

Digo que me resuelvo
en q(ue), sigún del tiempo y fe mal usas
si contra ti revuelvo,
no podrás con excusas
librarte de lo mesmo que me acusas.
Dime : tras los tesoros
que ganaste en dos años por tu brazo
en África a los moros,
¿qué estorbo o embarazo
tuviste para no llegar al plazo?
No fue sino que en verte
mozo, ilustre galán, próspero y rico,
tuviste a mala suerte,
sigún mi estado es chico,
perder de tu fortuna y ser tantico.

MARCILLA

¿Qué fortuna o quimeras?
Ser tu padre, a la fe, tan avariento,
que si un millón le dieras
quedara descontento,
me entretuviera hasta ganarle un cuento ;
los tesoros de Mida,
aquel deseo tan temerario y loco
que le quitó la vida,
convertir lo que toco
en oro, imaginara que era poco ;
pero partí, con todo,
y antes mucho del término llegara
a no soplar de modo
un viento que a la clara
pronosticó lo que me das en cara.
Si al fuego, a la ruina,
a fortuna deshecha nadie basta
contrastar, imagina,
y no respondas hasta
ver quién lo que esperaba acertar, gasta

SIGURA

Fuérate respondiendo ;

mas tras que mi marido asomar veo,
por la grita y estruendo
que siento en casa, creo
que el Conde a ma(n)tener viene el torneo.

MARCILLA

Cuán cierta es nuestra guerra,
pues nos retiran pífaros y cajas,
y cuán cierto quien yerra,
pues las manos encajas,
y de vergüenza al fin los ojos bajas.

Cristóbal de Virués

Nacido en 1550, Cristóbal de Virués vio la luz en Valencia, aunque por su condición de soldado y por el tiempo en que lo fue, apenas si residió en aquella ciudad salvo los primeros años, al extremo de no pertenecer siquiera a la Academia de los Nocturnos. Su padre, don Alonso, era médico y humanista, no es extraño que de él heredase su amor a las letras como también sucedió a sus hermanos; Jerónimo, médico igual que su progenitor; el eclesiástico Francisco y aun su hermana Jerónima, todos ellos muy versados en literatura. Comúnmente se acepta la creencia de que el retrato del protagonista de su poema *Monserrate* es una autodescripción, en este caso era «de aspecto venerable / aguileña nariz, enjuta cara, / alegre vista, gravemente afable, / con humildad y con modestia rara; / blanco, rubio, dispuesto y de agradable / compostura...». Como soldado participó en la batalla de Lepanto y campañas de Italia. Como poeta, además de sus poesías líricas cuenta su poema el *Monserrate*, publicado en Madrid, 1587, y luego de refundido en Milán, 1602. Al dar a la imprenta sus *Obras trágicas y líricas*, incluyó las cinco tragedias conocidas, saliendo de las prensas en Madrid el año de 1609, el mismo en que se sitúa su muerte.

Bibliografía. Sargent: *A Study of the dramatic Works of C. de Virués*, New York, año 1930.

ELISA DIDO

TRAGEDIA

Un embajador del príncipe Yarbas se presenta a la reina Elisa Dido con una propuesta de matrimonio de su señor, y a modo de presente le ofrece una espada, una corona y un anillo. La reina, sin embargo, no puede olvidar a su difunto esposo, Siqueo, a quien movido por la codicia asesinó Pimaleón, emperador de Tiro, y hermano de Dido. Los consejeros de la reina atacan a Yarbas para encontrar la muerte en el combate. Y cuando a este rey le abren las puertas del aposento en que Dido aguarda, la encuentra muerta con la misma espada que Yarbas le enviara, por conservarse fiel a la memoria de Siqueo.
Este último momento es el que seleccionamos de la obra.

(Iarbas, Magordio, Clenardo, Fenicio, Falerio, Coro)

Iarbas

Admirable es la fábrica del Templo,
al lugar donde está proporcionada
cuanto ser deve, y todo cuanto (h)e visto
lleva esta proporción bien entendida;
maravillosamente está traçada
la ciudad toda y cuanto en sí contiene.

Magordio

Tiene, señor, cosas notables muchas.

Coro 1.°

El orden que tenemos de la Reina
es que en llegando aquí tu Alteza, luego
abramos esta puerta del retrete,
donde la Reina tu presencia aguarda.

Iarbas

Ábrase luego, pues, no se dilate.

CORO 2.°
¡Eterno Dios! ¿Qués lo que aquí parece?

IARBAS
¡Padre piadoso, Iove eterno y alto!
¿Qué espetáculo es éste que me muestras
en tu sagrado templo, do venía
por gozo inmenso y por inmensa gloria?
¿Es aquesta mi esposa? ¿Es esta Dido,
la tanto desseada por Iarbas,
la tan hermosa y tan discreta? Amigos,
¿que me dezís? ¿Es vuestra Reina aquesta?

MAGORDIO
Según vemos, señor, ni nuestra Reina,
ni Dido, ni tu esposa desseada
es ésta ya, sino visión (h)orrible
de airada muerte (h)orrenda y repentina.

CLENARDO
Visión llena de grima y de tormento.

FENICIO
Visión de amargo llanto y duelo llena.

FALERIO
Visión llena de (h)orror, llena de espanto.

IARBAS
El cetro y la corona que en ofrenda
(hoi) le embié, como a mi Diosa, veo
arrojado en el suelo, y veo la espada,
que en un fuego arrojar antes deviera
esta alma mia como en cielo suyo
colocar, pues mi fe lo merecía;
infelice, cruel (h)orrible espada
¿cómo ser pudo que por mí rendida
a tan (h)eroico pecho te atreviesses?
Sangrienta (h)orrenda, y desdichada espada,
¿cómo creer se puede que rendida
rindas a quien te vence y quien te rinde?
Sacrílega, traidora, infame espada,
¿cómo pensar yo pude que rendida
a tan divina vida muerte dieras?
Pero ¿dónde el dolor me lleva a darte,
hierro insensible, culpa de esse yerro?
A ti, me vuelvo, que la culpa tienes,
injusta Elisa, de tu injusta muerte;
a ti me vuelvo con inmensa pena,
con inmenso dolor y sentimiento,
Dido infelice, mal lograda Reina,
a dar la culpa deste injusto hecho,
deste furioso y miserable hecho,
indigno del valor y la prudencia
con que tu fama con sus lenguas pudo
lo que el amor pudiera con tu vista,
que aun aora en su eclissi resplandece,
divino rostro, bella mano. Pero
¿qué carta es esta que en la mano tiene?
Della misma fue escrita; yo asseguro

que sea importante. Vos tomá, leelda
públicamente que la oyamos todos.

FENICIO

« A ti, dichoso Rei de Mauritania,
la desdichada Reina de Cartago
en el último punto de su vida
esta carta te escribe para darte
en vez de darse a sí, de sí la cuenta (deve :
que a su intento, a su (h)onor y a su fe
sabes, pues (h)as sabido estensamente
la larga (h)istoria de mi corta vida,
que por mi venerable padre Belo
fui dada virgen en mis pocos años
en santo matrimonio al gran Siqueo,
del grande Alcides sumo sacerdote ;
sabes que el casto Amor divino y santo
que reciproco en ambos fue igualmente,
fue sin igual en todo el ancho mundo ;
sabes la miserable injusta muerte
que mi cruel (h)ermano dio a Siqueo ;
sabes que él mismo de su misma muerte
en visión admirable me dio aviso ;
todo esto sabes bien ; es, pues, aora
bien que sepas también que yo a Siqueo
prometí castidad desde aquel punto
que me dio de su muerte el triste aviso,
la cual con fe firmíssima (h)e guardado
hasta (h)oi inviolable y santamente,
sin que el gran variar de mi fortuna
jamás (h)aya podido perturbala,
hasta que ya juntando con su fuerça
la tuya y la del cielo, a duro trance
de tan airada guerra la (h)a traído,
que para que ella gane la vitoria
es forçoso que yo pierda la vida,
lo cual por tal vitoria, no forçoso,
sino con toda voluntad y gusto,
hago yo como ves, a cuya causa
ten por bien que tu cetro y tu corona
estén cual ves postrados en el suelo,
pues de mi castidad la alta corona
que esta de mi cabeça representa
y el cetro de mi justa fe inviolable
que en éste de mi diestra se retrata,
a tu cetro y corona que de imperio
me ofreciste y de amor, vencen y rinden
y juntamente ten por justa cosa
que tu espada me dé esta justa muerte,
pues eres tú la mayor causa della,
en cuyo pecho, si es verdad que (h)a sido
causa de serlo tú desta mi muerte
aquel amor que siempre (h)as publicado,
por él te pido que mi amado pueblo,
que es tu(yo) ya, del noble efeto goze
que de tan noble causa salir suele ;
de lo cual, por ser tú quien eres, llevo

confiança en el alma, que acrecienta
consuelo y gozo al gran consuelo y gozo
que le da esta mortal vitoria mía,
porque esto sólo que podía faltalla
no (h)a de faltalle, pues a ti lo pido.
I en lo demás no falta cosa alguna.
Pues fui en vengar a mi Siqueo dichosa,
y en castigar a mi enemigo (h)ermano,
y en fundar a Cartago, como el cielo
por boca de Siqueo me dio el orden,
y al fin en alcanzar la gran vitoria
que con la muerte alcanço, y aquí acabo
entregando a Siqueo esta alma suya
y al silencio la voz, que en esta carta
solté en el postrer punto de mi vida
cual suele en la ribera del Meandro
soltar la dolorosa voz postrera
al blanco cisne ya vezino a muerte».

Diego Sánchez de Badajoz

Como con tantos otros autores contemporáneos suyos ocurre, no se conoce la fecha ni el lugar del nacimiento de Diego Sánchez de Badajoz; don Vicente Barrantes sugiere la posibilidad de que su patria fuera Talavera la Real, puesto que a veces se nombra a sí mismo Sánchez de Talavera. Sirvió como paje al obispo de Badajoz don Pedro Ruiz de la Mota, aunque posiblemente antes de ocupar éste la cátedra episcopal. Se supone que no siguió a dicho personaje hasta la Corte de Valladolid, en 1518, durante los sucesos de las comunidades, sino que permaneció en su tierra, donde murió en año también incierto, y pudiéndose sólo afirmar que en 1552 ya había muerto, como atestiguan la dedicatoria al Conde de Feria y la licencia concedida a su sobrino Juan de Figueroa para la impresión de sus obras en Sevilla.

Bibliografía. *Recopilación en metro*, ed. V. Barranco, Madrid, 1882-1886, 2 vols. Reproducimos al texto de las *Lamentaciones de amor* de la edición de A. Rodríguez Moñino (*Curiosidades bibliográficas*, Madrid, 1946). Sobre S. de Badajoz, v. J. López Prudencio; *El Bachiller D. S. de B.*, Madrid, 1915.

FARSA MILITAR

Cierto franciscano predica la penitencia. Tentado inútilmente por la Carne y el Mundo, emprende la tarea el propio Diablo, estimulando su vanidad y logrando que se dirija a Roma para cobrar estado. Falto de dinero, se lo ofrece el Diablo a cambio de falsificar una bula, y rodando ya la pendiente del pecado, se compromete a matar a un Cardenal, es víctima del Mundo y la Carne; y ambos con el Diablo, tras encanallarlo y maltratarlo duramente, van a darle muerte, cuando el Ángel de la guarda salva al triste Fraile, quien confiesa sus pecados, hace penitencia y perdona a los mendigos que le dieron de coces; recobrando éstos por divino milagro el uso de los sentidos y miembros de que estaban privados.

Seleccionamos las escenas de la tentación del mundo y la inmediata, con los mendigos.

Mundo. He pensado una malicia;
De cebarlo con quien quiera
Que toda cosa desquicia;
El dinero y su codicia
Quizá le pondrá ceguera.

Diablo. Pues lleva algunos doblones,
y convídale con ellos;
Lleva pensadas razones.

Mundo. ¡O que yo diré traiciones,
Con que huelgue de querellos!
Padre, yo estoy muy corrido
Deste vuestro inconveniente,
Y tengo por concluído
Que es algo lo acontecido,
Pues rezáis entre la gente.
Si para satisfacer
Cualquier cosa que yo alcance,
O persona es menester,
Crea que me he de poner
Por su honra a todo trance.
Si menester es dinero,
Veis aquí, no faltará.

Fraile. No, no.

MUNDO. Juro a diez, sí quiero;
No seáis tan rehertero,
Que en algo se pagará.
FRAILE. Hermano, perdóneos Dios;
Dejadme un poco rezar,
Y llevad lo vuestro vos,
Por que no podemos nos
En dinero confiar.
De limosna es mi comer.
Galardone Dios eterno;
Vos los habréis menester;
Yo solamente en los ver
Es mirar hacia el infierno.
MUNDO. Ya no tanta santidad.
Tomad, cuerpo de San Pablo.
FRAILE. No puedo.
MUNDO. Tomad, tomad.
FRAILE. No puedo, hermano, en verdad.
MUNDO. Pues llévelos el diablo.

Aquí arroja el Mundo los dineros en el suelo ante el Fraile, como enojado, y tornado a la compaña, dice:

MUNDO. Como fuerte torre está.
No hay ponzoña que lo ensarne.
CARNE. A nada se moverá.
DIABLO. ¡O necios! ¿quién vencerá
A quien no venció la Carne?

Aquí queda el Fraile mirando a los doblones, y hablando consigo, dice:

FRAILE. ¿Mi regla quebrantaré?
Guarde Dios mi corazón.
Cierto, no los tomaré;
Mas a pobres los daré,
No vengan en perdición.
Luego quiero ir a buscar
Algunos necesitados.
DIABLO. Sí, que así se ha de aliñar
Que le habemos de ayudar.
FRAILE. ¿Cuántos son estos ducados?
Treinta; bien, hay para tres.
Quiéroslo cobrir aquí.
DIABLO. ¿Ves todo vuelto al revés?
MUNDO. ¿Pues, en fin, señor, que quies?
Nora mala para mí.
CARNE. Tú le diste con tus fieros,
Con que limosna hará.
¿Ves? vienen los galloferos.
MUNDO. ¿Limosna de mis dineros?
Pues de aquesa comerá.

Aquí va el Mundo y quita el dinero de debajo de un ladrillo donde el Fraile los había dejado, y entra el Fraile con tres pobres: un Ciego y un Cojo que lo adiestra, y un Manco de una mano. Viene diciéndoles:

FRAILE. Hermanos, el mendigar
Es para más no poder;

Con esto que os he de dar
Os podéis bien remediar
Si bien os sabéis valer.
Aprended algún oficio,
Porque en los que viven flojos
Mucho más se encarna el vicio,
Y el oficio es beneficio
A los sanos y a los cojos.

CIEGO. Los frailes también ¿no piden?

FRAILE. Es por otras intenciones;
Porque en sus horas residen;
Con quien les da, se dividen
Sus méritos y oraciones,
Hacen el culto divino
Más libres con la pobreza,
Que de voluntad les vino,
Y dan ejemplo contino
De paciencia y aspereza.
¿Cómo ha nombre el pobre ciego?

CIEGO. Pedro.

FRAILE. ¿Y vos, hermano?

COJO. Juan

FRAILE. ¿Y tú, hijo?

MANCO. A mi Gil Borrego.

FRAILE. Partildos con buen sosiego:
Só aqueste ladrillo están.

MUNDO. ¿Aquí están? a ver la prueba

COJO. No veo yo... nada hay.

MANCO. Aun ésta fue burla nueva.

CIEGO. Juro a diez, aquél los lleva
Por no me dar parte a mí.
¡Por ser yo ciego cuitado
Tomáisme lo que me dan!

COJO. Cata, que no se han hallado.

CIEGO. Ambos os heis concertado,
Juro a diez, camino van.
¡O hi de perra, ladrón!
Pusiéronse de conseja.

COJO. Vos nora mala al mesón,
Tinaja de bodegón,
No os sobe yo la pelleja.

CIEGO. ¿Vos borracho me llamáis?
Mirá bien vuestras razones.

COJO. Sí, voto a diez, que coláis
Cuantas gallofas juntáis
Por aquesos bodegones.

CIEGO. Esto será lo de ayer;
Yo no sé vuestras cocinas;
Haréis mejor de volver
A la otra pobre mujer
El queso y las dos gallinas.

COJO. ¿Vístesmelas vos hurtar?
¡O perro maldito ciego!
Habéismelo de probar.

DIABLO. Quiérolos ir a engreñar.

Aquí va el Diablo, y da un palo en la cabeza al Ciego, y él, pensando que le dio el Cojo, acude al Cojo con otro, y riñen ambos hasta derribarse. Entran. Dice el Diablo, pasito y dando el golpe :

DIABLO. Toma, a ver como anda el juego.
CIEGO. ¡Ay! que me ha descalabrado.
¡O perro, Cojo traidor!
COJO. Pues tomá, don ahorcado.
CIEGO. Aquí, aquí, desesperado.
COJO. Aquí.
CIEGO. Justicia, señor.
FRAILE. ¡O hermanos! ¡Dios verdadero!
¿Ora ya? ta, ta, apartar.
CIEGO. Hanme de dar del dinero.
FRAILE. Como sois padre somero.
CIEGO. Juro a diez que lo heis de dar.
¡Ambos a mí! ¡derreñego!
¡A un viejo pelalle dos!
COJO. No está aquí, son yo, don Ciego.
CIEGO. ¿No andaba aquí Gil Borrego?
COJO. No, que se os antoja a vos.
CIEGO. ¡O que me dejan al aire,
Que me los tienen robados!
FRAILE. ¿Qué?
CIEGO. De treinta, que dio el fraile.
COJO. Entendeldo, ¡qué donaire!
CIEGO. Mi parte, los diez ducados.
FRAILE. Padre, por amor de mí,
Sosegad, tened paciencia.
COJO. No se hallaron aquí
Sin duda ; creeldo ansí,
Que es verdad en mi conciencia.
CIEGO. ¿Es esto verdad, o no?
COJO. ¡Voto a diez! ¿aún no os creéis?
CIEGO. ¿Luego el Fraile nos burló?
COJO. Pues aqueste es.
CIEGO. Po, po, po,
Juro a diez que vos paguéis.
Aquí, compañero, aquí.
COJO. Tomad, tomad, tomad vos,
Que burló de tí y de mí.
Sus de aquí, pégale ahí.
FRAILE. Vaya por amor de Dios.
¡O Cristo! que esta mancilla
Mis pecados me la dieron,
Que he causado, sin sentilla,
Cuanta quistión y rencilla
Aquestos pobres tuvieron.

LAMENTACIONES DE GARCISÁNCHEZ DE BADAJOZ

Ansias y pasiones mías,
presto me avéis de acabar,
yo lo fío.
¡O plato de Xeremías,
vení agora a cotexar
con el mío!

Lágrimas de mi consuelo
que mis penas encubrillas
no podéis,
salid, salid sin recelo
y regat estas mexillas
que soléis.

Sospiros, en quien descansan
los tormentos y dolores,
pues sabéis
que mis males no se amansan,
salid haziendo clamores
y deréis:

«Ánimas del purgatorio
que en dos mill fuegos andáis
batallando,
si mi mal os es notorio,
pareçeros a qu'estáis
descansando.

»Las q'en el limbo vivís,
que de gloria ni de pena
sentís nada,
si mis clamores oys,
convertírseos a en pesar
la morada.

»Y vosotras que penáis,
para perpetua memoria,
en cadena:
si mis clamores gustáis,
tenéis por crecida gloria
vuestra pena.

»Casada de Hierusalem
que fuiste, por tus errores,
destruída,
vem agora tu también
para que conmigo llores
tu cayda.

»Troya, tú que te perdiste,
que solías ser la flor
en el mundo;
gózate conmigo, triste,
pues ya llega mi clamor
al profundo.

»Babilonia, que lamentas,
la tu torre sin par famosa
ya'solada,
quando mi pérdida sientas
quedarás de muy llorosa
consolada.

»Constantinopla, qu'estás
tan sola de nuestra gente,
a tu pesar,
vuelve tu cara y podrás
(viendo lo que mi alma siente)
descansar.

»Mérida, que en las Españas
otro tiempo fuiste Roma,
mira a mí,
y verás que en mis entrañas
ay maior fuego y carcoma
que no en ti.

»Mujeres, que en el parir
hacéis llantos excesivos
de dolor,
cessat, pues que veis morir
mis pensamientos captivos
por amor.

»¡O fortuna del amar
que trastornas mil navios
no sé a dó,
si te quieres amansar,
ven a ver los males míos
en qu'estó!

»Seyrena, tú que hacías
al marinero dormir
con canciones,
no oyas las ansias mías
porque te haré dormir
con mil sones.

»Vos, cisnes, que cantáis
junto a la cañavera
a par del río;
pues que cantando os matáis,
más razón es que ansí muera
yo en el mío.

» Pelícano, que te hieres
para dar a tus hijos vida
con jemido,
pues que tú, sin culpa, mueres,
con la mía tu herida
terná olvido.

» Tú, pájaro solitario,
por las torres perseguido
do te vemos,
pues que no te soy contrario,
ven y hagamos un nido
en que lloremos.

» Tórtola, que vives triste
sin tu buena compañía
con firmeza.
aunque mucho tú perdiste,
no será como la mía
tu tristeza.

» Y tú, lechuza, que moras
en los muros derribados
de contino,
si por la claridad lloras,
yo ver luz por mis pecados
no fuy digno.

« Ave Féniz, que sin par
tú te quemas y deshaces
en el fuego,
y otra nueva sin dudar,
a la ceniza que hacer,
naces luego.

» Ansí yo, triste, mezquino,
que muero por quien no espero
galardón,
doyme la muerte contino
y vuelvo como primero
a mi pasión ».

Corazón : no te abrases
en aquesta viva fragua
con enojos,
¡tiempo es ya que derrames
veinte mill cántaros de agua
por mis ojos!

MICAEL DE CARVAJAL

Son escasísimos los datos biográficos que se conocen de este autor, natural de Plasencia, donde nació hacia 1480. De su *Tragedia Josefina*, la más antigua edición de que se tiene noticia es la que aparece en el *Registrum* de Hernando Colón, fechada en 1535. Cañete supone escrita la obra hacia 1520 y que Carvajal pertenecía al estado eclesiástico. La tragedia aparece dedicada a don Alvar Pérez de Osorio, conde de Trastamara y Marqués de Astorga.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. M. Cañete, Madrid, 1870.

LAS CORTES DE LA MUERTE

Convoca Cortes la Muerte y acuden Ángeles, San Agustín, San Jerónimo y San Francisco para defender a las gentes contra los tres enemigos capitales, que también se presentan, trayendo Satanás como abogado del infierno a Lutero. Presentan sus demandas un obispo, un caballero, un pobre, etc., siendo curiosa la presencia de un cacique indio. Van exponiendo sus pretensiones que ilustran con sus comentarios alguno de los Doctores de la Iglesia, la Muerte o cualquiera de los enemigos del alma. Para animar el conjunto se intercalan escenas como la del pastor (que reproducimos), la de los ladrones que asaltan a los procuradores y la de los rufianes y la cortesana. Concluye la pieza quemando a Lutero sus propios valedores.

ESCENA V. MUERTE, PASTOR Y SAN AGUSTÍN

MUERTE. ¿Do bueno, pastor hermano,
do vienes con esa oveja?

PASTOR. ¡Mi fe! Escapóse del llano,
y busquéla como alano
por no pagar su pelleja.
Que en mi hato yo tenía
cien cabezas de mi amo,
que apaciento cada día,
y do buena yerba había
yo las llevo y aun las llamo.
Recójolas cuando llueve;
unto la roña y la herida.
Quedóse ésta entre la nieve
dejé las noventa y nueve
por buscar esta perdida.

MUERTE. Yo creía que venías
a mis cortes aplazado.

PASTOR. Ni cortes ni cortesías
no sé qué son; ni en mis días
salí de con mi ganado.

MUERTE. Pues escúchame, Pastor;
sabe que yo soy la Muerte.

PASTOR. ¡La Muerte! ¡Oh, qué nombre fuerte
para aquel que es pecador!
Y más si no se convierte.
Quizá que os había mirado...
¡Oh, qué gesto, y... Dios me vala!
Decí... ¿sois algún finado?
¿Sois borrego desollado?

¡Par Dios, que sois cosas mala!

MUERTE. Pues, hermano, y si supieses
mi poder y mi morada,
a fe que tú me temieses,
y aún esa oveja me dieses
para tenerme agradada.

PASTOR. Y ¿qué podéis vos hacer?
Vuestra casa me mostrá,
que quizá podría ser
esta oveja os ofrecer,
y entre tanto la guardá.

MUERTE. Que me place. ¡Sus! Yo quiero
mostrarte mi habitación;
daca la mano, grosero.

PASTOR. ¡Ay, qué escuro torrentero!
¿Es esta vuestra rigión?

MUERTE. Esta es, y ves aquí
donde meto los mortales
y te he de traer a ti.

PASTOR. Cuando ha de ser me decí,
venderé los recentales.

MUERTE. Antes que tú lo querrás.

PASTOR. ¡Hi de Dios, qué de candiles
que arden acá detrás!
¡Cuerpo de sant! ¿Y aún hay más?
¿Son lámparas concejiles?
Hola, Señora, mirá
que aquellas se van matando;
más aceite les echá
o de acotras lo quitá,
que cuido están rebosando.

MUERTE. Pues, hermano, aquestas son
las vidas de los humanos,
según determinación
de Dios qu'es nuestro Patrón,
porque todo está en sus manos.
Las que ves que arden poquito,
por aceite les faltar,
son viejos y otros que cito,
según el divino escrito,
para su vida acabar.
Las que arden por compás,
con aceite limitado,
aún les queda vida más;
las que han aceite asaz
agora al mundo han llegado.

PASTOR. Pues por vuestra fe, Señora,
que vamos a ver la mía
que tanto le queda agora.

MUERTE. Vamos, que, vista, en la hora
te pondrá nueva porfía.
Vesla aquí; mira el deleite
cuán en breve es acabado.

PASTOR. ¡Ay Dios, qué poquito aceite!
Señora, atice y afeite
la mecha destotro lado;

y desta que más ardía
y el aceite se le vierte,
échele un poco a la mía,
y la oveja le daría.
Hágalo, señora Muerte.

MUERTE. No tengo aquese poder;
que de arriba está ordenado
cada cual cómo ha de ser,
y cuándo ha de fenescer,
que su aceite es limitado.

PASTOR. Pues que vos no podéis nada
y sois tan flaca y tan vieja,
la amistad es encusada.
Salgamos desta posada
y tornarme a dar mi oveja.
Darla he yo a mi mayoral,
y daráme mi partido.

SAN AGUSTÍN. Hermanos, mirad qué tal
es el cuidado especial
del que buen pastor ha sido;
que la oveja que ha hallado
con el morir la convierte,
y el cura si es avisado
a su hato la ha tornado
del Pecado y de la Muerte.

TRAGEDIA JOSEFINA

Los hermanos de José cuyos corazones corroe la envidia disponen su muerte, que Rubén estorba de la siguiente manera:

SIMEÓN. Ea, hermanos, atención.
Hevos aquí el soñador:
Sacudidle sin temor,
Nadie le haya compasión.

LEVÍ. Viene, viene el reyecito:
Déjamele acogotar.

JUDAS. Sus, no quieras dilatar,
Hora que viene bonito.

ZABULÓN. Esperá, esperá un poquito,
Don traidor, que no os iréis.

RUBÉN. Deteneos, no le matéis,
Hermanos, que es gran delito.

JUDAS. Ea, ea, ¿qué aguardáis?
Tú, Rubén, quítate allá.

SIMEÓN. Esperá, esperá, esperá.
Y ¿cómo en eso os estáis?

RUBÉN. ¿Qué es aquesto? ¿Aún pensáis
De matar este cordero?
Miradlo muy bien primero,
Que hermano y padre matáis.

. . . . . .

ASER. Muera con dos mil fatigas
El traidor desconocido,

Pues que contino ha querido
Hacer obras enemigas.

GAD. Veremos si sus espigas
Más que todas se encumbraron,
O veremos si abajaron
Do las comiesen hormigas.

RUBÉN. Pues queréis muera el espejo
Do vuestro padre se mira,
Y con su muerte se tira
Hoy la vida al triste viejo,
Oid, primero, un consejo
Que os daré, de que habréis gozo:
Aquí cerca está un gran pozo
Do su muerte habrá aparejo.
Empozadle, que es mejor,
Y de hambre morir'á,
Y vuestra culpa será
En este caso, menor.

JUDAS. Oíd, oíd, por mi amor,
Esto que dice Rubén.

LEVÍ. Que se haga, que es muy bien;
Que esa muerte es muy peor.

. . . . . .

(Así lo hacen. Rubén se aleja y los hermanos sacan a José del pozo para venderlo a unos mercaderes. Cuando todos se han alejado del pozo, regresa Rubén).

. . . . . .

RUBÉN. Ya mis hermanos son idos:
Podré a mi hermano sacar,
Y a ellos también librar
Del yerro en que eran caídos.
Pero ¿no estén escondidos?...
Que, según la envidia es fuerte,
Darán a ambos la muerte.
Mis deseos son cumplidos.
Quiero echalle este ramal
Y sacarle ya de allí.
¡Sus, Josef, ásete aquí!
¡Ea, sus, alto, zagal!
¡Oh triste, y qué grave mal!
Muerto está, pues no responde.
Peor es esto: dime, ¿adónde
Está mi hermano carnal?
Él sin dubda no está aquí.
Sus hermanos le habrán muerto.
¡Oh qué grande desconcierto!
¿Dónde fui, traidor de mí?
¡Oh Josef! Y ¿qué es de ti?
Que si no me fuera yo,
No murieras tú así, no.
Cuitado, ¿por qué nací?

. . . . . .

¿Dónde estáis, o qué hacéis,
Judas, Leví, Simeón?

LEVI. ¿Quién nos llama con pasión?
¡Oh hermano! Y ¿qué nos queréis?
RUBÉN. Que luego me despenéis,
Y me digáis muy de cierto
Si a nuestro hermano habéis muerto,
O en qué parte lo tenéis.

. . . . . .

(Cuéntanle a Rubén cómo vendieron a José).

. . . . . .

RUBÉN. ¡Oh qué extraños desafueros!
¡Oh cosa jamás no oída!
Y ¿en cuánto distes su vida?
JUDAS. En estos veinte dineros.
RUBÉN. Quitos, cabales y enteros.
JUDAS. Callemos, no pase más;
Que también tu parte habrás
Con los otros compañeros.
RUBÉN. Reniego de tal moneda
Y de caso tan injusto:
¡Vender la sangre del justo,
De la cual gran cargo os queda!

. . . . . .

Pues qué remedio ternemos
Con nuestro padre, es de ver,
Porque no pueda entender
Estos tan tristes extremos.
LEVI. Muy rebueno le daremos:
dejádmelo a mí guiar;
Que yo lo sabré tramar
De suerte que nos salvemos.
La ropeta que quitamos
A Josef, aquel bonito,
Corre tú por un cabrito,
Y en su sangre la tiñamos.
Diré que ansí la hallamos
Allí junto a una sendera:
Creerá que alguna fiera
Le mató, como aquí estamos.

. . . . . .

(Continúa la tragedia glosando la vida de José en casa de Putifar; la violenta pasión de Zenobia y la venganza en su despecho; la adivinación de los sueños del Faraón y el enaltecimiento de José. Concluye con la llegada de los hermanos en busca de pan, la prueba del vaso de oro y la reconciliación y felicidad final).

FRANCISCO DE AVENDAÑO

Del autor nada sabemos — consigna don Adolfo Bonilla en las notas que anteceden a su edición en la «Revue Hispanique» — sino lo que la misma portada de la comedia nos dice: que era amigo, o servidor, de don Juan Pacheco, capitán general de la gente del marqués de Villena y con casa en Escalona (de Segovia). Y cita a continuación a un Francisco, a un Cristóbal y a otro Francisco, para rechazar la probabilidad de que ninguno sea el autor de la Comedia Florisea. Merece consignarse la división en tres jornadas que Lope atribuyó a Virués y otros, como el propio Virués, Cervantes y Rey de Artieda, creyeron haber inventado.

BIBLIOGRAFÍA. «Revue Hispanique», XXVII, 1912. La primera edición conocida de esta obra es de fecha 1551, sin lugar de impresión, según referencia de Wolf de un ejemplar existente en la Biblioteca Real de Munich.

COMEDIA FLORISEA

Corre el introito a cargo de un pastor que tras las chanzas de costumbre, cuenta el argumento a su modo:

pues sabrés
que vn galán que verés,
de fortuna apassionado,
publicando su cuydado
viene, que del os doldrés;
que el cuytado
hase visto prosperado
de los vienes temporales,
y agora, cuemo mortales,
todos le han desamparado;
. . . . . .

entra otro del amor
también muy apassionado,
de Cupido muy quexado,
porque no le da fauor,
que su amiga
se le ha mostrado enemiga;
. . . . . .

habrarán
(los) dichos galanes su affán,
y vn poco estarán juntos,
(y) procurarán ser defuntos
si algún espacio les dan;
con remor
entrará lue(n)go vn pastor
que por nombre a Salauer,
que, con su poco saber,
remediará su dolor;
. . . . . .

entra luego vna donzella,
más galana que hue Elena,
ni Prones, ni Filomena,
ni Dido no fue tan bella;
con clamor
quexándose del amor,
entrará esta gentil dama,
y sabe questa se llama
por su nombre Blancaflor;
y, según veo,
conocella ha Floriseo
en la su fisolomía;
segunda jorbada vía
aquí darán, según creo,
y entrará
otra que se llamará
la Fortuna, muy peruersa,
de todos buenos aduersa,
con los quales habrará
y estarán;
con la qual practicarán
razones muy de sentir,
que, si las queréys oyr,
mucho vos contentarán;
. . . . . .

Sale el caballero quejoso de su fortuna, llamado Muerto, acompañado de su paje Listino, el cual intenta consolarle.

M. Pues sabrás
que dizen que aquí detrás
está vn rico monasterio
que se llama Sant Pleuerio;
llega allá, mira, verás,

y de mi parte
les dirás el modo y arte,
a los monjes que allí están,
y por bien quiçá ternán
que deste mundo me aparte
en (su) religión
haziendo mi abitación;
esto haz, y luego ve.

LIS. Primero me da tu fe,
como manda tu nación,
de no hazer,
hasta mi respuesta ver,
alguna cosa mal hecha;
toca la mano derecha,
¿tornásmelo a prometer?

M. Sí, de hecho.

LIS. Pues yo me parto derecho,
pues ya tu conocimiento
tomó nueuo pensamiento
que te será más prouecho;

. . . . . .

Receloso, se esconde el paje. En efecto, el caballero intenta suicidarse pero llega Floriseo.

FLO. No cabría,
en ley de cauallería,
que delante mí muriesse,
sin que primero supiesse
si remediarlo podría.

LIS. Bien, pardiós,
yo me holgado como vos;
dios ha oydo mi oración;
pues aunque el sea vn león,
bien le ternemos los dos.

M. Mater Dey,
hija de aquel alto rey,
no mires a mis peccados.
pero sean perdonados;
¡Deus, miserere mey!

FLO. ¿Qué hazeys?
¡tened quedo! ¡nos matéys!
no muráys desesperado,
que, en verdad, hombre esforçado
en el gesto parecéys.

LIS. Señor,
y la fe que al servidor
diste, ¿assí la guardauas?

M. Vi, Listino, que tardauas,
y crescía mi dolor.

FLO. Cauallero:
¿cómo estays tan lastimero?
bien mostrays tener tristeza;
guarde dios vuestra nobleza.

M. Assí haga a vos, escudero.

. . . . . .

Mutuamente se presentan y hacen relación de sus desdichas respectivas. Las del recién llegado son causadas por el amor de una bella.

LIS. ¡O mezquino!
digo que de Dios nos vino;
ellos se encordaron, cierto,
en algún mal desconcierto,
si no, no sea yo Listino.

M. Estoruastes,
quando, señor, me hablastes,
que yo fuera muerto ya.

FLO. Pues agora se hará;
no os pese si lo dexastes;
y hagamos
de modo que fenezcamos
entrambos juntos aquí.

. . . . . .

Listino intenta disuadir a su amo nuevamente, pero en vano. Vase, y los dos, apesadumbrados, dispónense a morir cuando de nuevo les interrumpen, esta vez la presencia del pastor Salauer. Enredados de palabras, dan los caballeros de puñadas al pastor, que huye. Lo llaman de nuevo para divertirse, haciendo previas paces. Listino, en otro lugar, encuentra a la doncella llorando la pérdida de Floriseo. El paje la identifica y se ofrece a acompañarla en busca de su galán.

LIS. Aquí es
donde yo los dexé, pues;
quiçá no se matarían,
y el acuerdo que tenían
se les boluió del reués;
si murieran,
los cuerpos aquí estuuieran.

DON. Como aquí son montañas,
quiçá vernien alimañas
y sus cuerpos se comieran.

LIS. No lo sé.

DON. Dime, amigo, por tu fe,
pues ¿quieres que prosigamos?

LIS. Es mejor que nos boluamos.

DON. Esso yo no lo haré.

LIS. Yo so.

DON. Pues yo me vo por aquí.

LIS. Vos, Blancaflor os llamays.

DON. ¿Cómo es que vos lo sepays?

LIS. Aquel galán se lo oy.

DON. ¡O cuytado!
¡buenas señas me aueys dado!

LIS. En uerdad, señora mía,

harta tristeza tenía
por vos, y harto cuydado.
DON. ¡Vamos, vamos!
LIS. Pues aquí no lo hallamos,
yo me querría boluer.
DON. Pues yo quiero proceder,
hasta toparlos entrambos.
LIS. ¡Sus, vía!
DON. Ve con la Virgen María
y con el eterno Dios.
LIS. Él vaya siempre con vos,
y os de vuestra compañía.
. . . . . .

Los presuntos suicidas, de charla con Salauer, oyen pasos y le mandan que vaya a ver quién es. El rústico tropieza con Blanca Flor y la corteja. Salen luego sucesivamente Muerto y Floriseo, quien, a la vista de su dama, desiste de la idea de morir. Aparece la Fortuna, tenida por fantasma, y se disponen a luchar con ella. La Fortuna se vanagloria de su poder y por último declara quién es :

FOR. Fortuna soy.
SA. No pese a sant Guiloy,
esta es la cos quitaua
vuestro poder y os mataua.
M. A hablar con ella voy ;
di, Fortuna,
¿qué hize, que de la cuna
sólo vn día de placer,
a lo que alcançó a saber,
no me acuerdo ver alguna?
FOR. No te espantes ;
otros que tu más triunfantes,
derribo quando me pago ;
si hago mil, cient mil deshago,
a muertos o querellantes,
de mi fición
no se haría mención,
ni sonaría mi nombre ;
hágolo porque se assombre
de mi qualquiera nación.
SA. ¡O traydora!
a pagar vienes agora
los males que nos has hecho ;
. . . . . .

Se aplacan los ánimos. La fortuna ofrece compensación a los personajes, y, ya todos contentos, concluyen cantando un villancico.

Bartolomé Palau

Como él mismo nos dice al principio de cuatro de sus obras, Palau era natural de Burbáguena, aldea de la provincia de Teruel, a orillas del Jiloca y próxima a la villa de Daroca, donde posiblemente nació a principios del siglo XVI. Sus estudios para graduarse de Bachiller debió cursarlos, siquiera sea parcialmente, en Salamanca, ciudad donde sitúa la farsa cuya selección ofrecemos, aunque luego en opinión de Morel-Fatio volvió a su tierra aragonesa, dedicando la *Victoria-Christi* a don Hernando de Aragón, arzobispo que fue de Zaragoza desde 1539 a 1577. A juicio del mismo hispanista, Lope de Rueda se refería a Bartolomé Palau cuando perfilaba los trazos del Bachiller Jáquima que aparece en *El Invitado;* según la descripción del autor sevillano, Bartolomé Palau sería, pues, «hombre bajo, cargado de espaldas, barbinegro». Esto y lo poco que acerca de sus obras escribe al comienzo de la *Victoria-Christi*, es cuanto sabemos de este primitivo dramaturgo español.

Bibliografía. Ed. A. Morel-Fatio, en «Bulletin Hispanique», 1900.

FARSA LLAMADA SALAMANTINA

nueuamente compuesta por Bartholomé Palau, estudiante de Buruaguena: en la qual se introduzen las personas siguientes. Estudiante. Soriano, moço de espuelas. Juancho, vizcayno. Antón, bouo. Mencia, tripera. Beltrán, pastor. Salamantina, donzella. Teresa, moça. El bachiller Tripero. Leandro, padre de Salamantina. Y un aguazil con sus criados. Es obra que passa entre los estudiantes en Salamanca. 1552.

Comienza la farsa con el introito de rigor en aquel tiempo, a cargo de un pastor, que con lenguaje grosero dice algunas burlas y chocarrerías, según costumbre. En la jornada primera traban conocimiento el Estudiante y Soriano, quéjase aquél de la flaca ayuda que recibe de su hogar campesino y Soriano del mal trato y escasa paga que le dan sus señores. Conciértanse para raptar a una joven, dedicarse al lenocinio y vivir ambos de las ganancias. Con unas monedas que obtienen de un vizcaíno, por una carta que el Estudiante le escribe, compran una morcilla y en un descuido de la tripera le hurtan un pedazo de tocino. Bien trajeados con ropas alquiladas, llegan a la puerta de Salamantina.

Sori. Señor mío, ¿qué haremos
que, pardiós, que vays polido?
Estu. A esta donzella prouemos
pues que vengo bien vestido:
en lo de más,
como te he dicho, harás,
como que eres mi criado,
que en estotro tú verás
que me muestro harto hinchado.
Sori. Sea ansí;
déxame esse cargo a mí,
y tú lleua presumpción.
Estu. Esso juro a Dios, sí, sí,
y avn más que será razón.
Sori. Ves la allí,
Estu. A passo, cuerpo de mí!
que quiçás la caçaremos.
Da la buelta por aquí,
mira que dissimulemos.
Sori. Sí haré.
Estu. Las manos de tu mercé
beso mil vezes, señora.
Sala. Yo las de vuestra merced;
vaya, señor, en buen hora.
Estu. Es morir
mandar me ansí despedir
de vista tan singular.
Sala. Señor, yo nol mando yr,
vuestra merced puede estar
quanto quisiere.
Estu. ¿Por qué tu merced no quiere
mirar con suaves ojos
al que por ti, reyna, muere?
Con passiones a manojos
he andado

tanto tiempo eleuado,
procurando te hablar,
sino que he dissimulado,
señora, por no enojar
tu presencia.

SALA. Jurare en mi consciencia
que hasta oy nunca te vi.

ESTU. Prometo te sin falencia
que yo passo por aquí
cada día,
porque no siento alegría
sino en ver tu hermosura.

SALA. ¿Esso es por burlería,
o es specie de locura?

SALA. ¿Aueys mirado?
Voto a diez, que lo ha albardado,
perra vieja es la traydora.

ESTU. Cierto estoy loco prouado
por tu respecto, señora.

SALA. ¿Cómo ansí?

ESTU. Porque el día que te vi
te abraçó mi pensamiento
de tal modo que perdí
todo el seso y sentimiento.
Mi biuir
es amarte a ti y seruir
como a muy perfecta dama;
no me he osado descubrir
sólo por guardar tu fama,
mas la pena
que Cupido en mí ordena
me tiene tan affligido
que al fin, puesto en tu cadena,
yo me he dado por vencido.
Determiné
descubrirte hora mi fe,
avnque con atreuimiento;
pero, si en ello herré,
fue la causa mi tormento.
En conclusión,
pues te offresco el coraçón
para tu amor y seruicio,
ten de mí ya compassión
y rescibe el sacrificio
desde agora.

SALA. Yo seré tu seruidora,
pero no en tan fea parte.
Vete, señor, en buen hora
y no tengas más debate,
sin detener;
date más a conoscer
para alcaçar esse intento
y no pienses algo hazer
sino es por casamiento,
ni avn esperes,
porque yo no sé quién eres
ni de dónde has arribado:
por tanto, si tú quisieres,
dexa estar esse cuydado.
En conclusión,
vete sin más defensión,
tu voluntad satisfecha,
porque nuestra dilación
trahe ya harta sospecha.

ESTU. Tu mandado
haré yo de muy buen grado,
sólo por no darte enojos,
que querría más doblado
sacarme entrambos los ojos
de rondón.
Si de mi generación
te quisieres informar,
dar se te ha información
sin vn punto dilatar
y sin error;
conoscerás mi dolor
y, aquél visto y conoscido,
tú darás algún fauor
a este sieruo de Cupido,
si querrás.

SALA. Vete, señor, no aya más,
porque sale mi señor.

ESTU. Haré cuanto mandarás;
queda con el Redemptor,
que yo me voy.

SORI. Muy buenos andamos oy:
no sé lo que nos haremos.

ESTU. Si otro mate yo le doy,
yos, voto a san, que allá entremos.

SORI. ¿Quál sería?

ESTU. Yos juro a sancta María
que yo buelua de mañana.

SORI. Mirando está toda vía
de dentro de la ventana.

ESTU. Mas, pardiós,
límpiame esta capa, vos,
con la halda y, los çapatos,
que es menester entre nos
que se hagan estos tratos,

SORI. ¡Por mi vida,
que creo que queda encendida!

ESTU. ¡Voto a tal, como ven gran fuego!

SORI. Hagamos la despedida,
que yo bolueré acá luego,
y de passada
hablaré con su criada:
veamos que me dirá.

ESTU. Vámonos a la posada
que allá se concertará.

SORI. Sea ansí.

SALA. ¡Ha! ¡Teresa! oye aquí.

TERE. ¿Qué manda vuestra merced?
SALA. ¿Quieres lo saber de ay?
Ven, que acá te lo diré
por entero.
Di, ¿viste aquel cauallero?
TERE. Ya le vi aquí apassionado.
SALA. Paresce muy lisongero.
TERE. Lisonja no da cuydado.
ni passión.
SALA. Quita, que es un famfarrón
y hará algún entremés.
TERE. Él te muestra affición,
pero yo no sé quién es.
SALA. Tú yrás
mañana, y si toparás
con aquel su seruidor,
y tú le preguntarás
quién es aquel su señor.
TERE. Bien está.
SALA. Notarás lo que dirá,
no porque ello es menester,
mas desseo lo saber,
que nada se perderá,
¿Has notado?
Mira que tengas cuydado
de hazello, por tu fe.
TERE. En topando su criado,
te prometo lo haré.

Teresa procura informarse de Soriano acerca del Estudiante y transmite a su señora las patrañas que el mozo le comunica. Leandro, padre de Salamantina, necesita ausentarse y advierte a su hija que permanezca retirada y honesta. La joven, sin embargo, escucha los embelecos del Estudiante, franqueándole la casa y aun su alcoba. Ya tarde, llega Beltrán, pastor de Leandro, al tiempo que Salamantina y Teresa huyen con sus burladores.

SALA. ¡Ay, ay, señor, que será
del buen viejo de mi padre!
BEL. Sus, sabuesso.
ESTU. No penséys agora en esso,
sino presto enfardelad.
Sus, tomad vosotros esso,
començad a caminar
muy de vero.
SORI. ¿El saquillo del dinero
quién lo trae, que es peor?
ESTU. Yo lo traygo, compañero.
SORI. Esso sí, que es mejor.
SALA. ¡Ay desdichada,
triste de mí mal mirada
de mi daño merescerlo!
ESTU. ¿Por qué estás atribulada?
SALA. ¡Va mi honra por el suelo
peccadora!
BEL. ¿Adonde vays en mal hora
agora fuera de casa?
SALA. Sancta María señora,
¿quién es aqueste que passa?
TERE. El pastor.
BEL. Juro a mí, peccador,
que ya sodes conoscida.
SALA. ¡Ay, hablalde vos, señor,
sino somos descubridas
ciertamente!
SORI. Calla, diablo innocente,
no des vozes en la calle.
BEL. Pues, dezidme, ¿aquessa gente
a esta hora adonde sale?
SALA. ¡Ay, mezquina!
BEL. ¿Dónde vays, Salamantina,
agora con el galán?
TERE. A casa de vna vezina;
calla ya, hermano Beltrán.
BEL. ¿Essa era?
¡Landre mala a la dentera!
¿Por qué tan presto la tienes?
TERE. No seas dessa manera,
calla y dinos por qué vienes.
ESTU. Hola, hermano.
BEL. ¿Qué queréys, señor galano?
¿dónde lleuáis las señoras?
ESTU. Calla diablo, mal villano,
poco a poco te desdoras;
oye vn poco.
BEL. Espera a limpiarme el moco;
hora dezid, ¿qué queréys?
ESTU. Que calléys ya y no seas loco.
BEL. Esso no me lo mandéys.
ESTU. ¡Que villano
Anda, dale, Soriano.
SORI. Don villano, callaréys.
BEL. ¡Y que escopís hos la mano!
SORI. Toma, pues, porque calléys.
BEL. ¡O cuytado!
¡Justicia, que me han matado!
ALGU. ¿Qués aquesto? Aquí no hay ley;
grande remor ha sonado.
¡Tené al rey, tené al rey,
sin quistiones!
BEL. ¡O señor, estos ladrones
que se lleuan a mi dueña!
ESTU. No lleguéys a las razones,
que hos cargaremos de leña,
¡boto a tal!
Y guardaos deste puñal
no hos trauiesse el coraçón.
ALGU. Por la vida imperial,

que aúys de yr a la prisión.
Porquerones,
sus, llegad sin más razones,
prendeme aquesta gente.

BEL. ¡Mueran, mueran los ladrones,
cabeça de sant Crimente,
sin rehierta!

SALA. ¡Peccadora, yo soy muerta!

TERE. Ay, señora, y qué haremos?

SALA. Abierta quedó la puerta,
bien será que nos boluamos.

ALGU. ¡Qué osadía,
qué, resistís toda vía!
Llegad que no hos harán nada.

ESTU. Essa es loca fantasía,
hablaréys con esta espada.

ALGU. ¡O gran mal,
mueran, mueran, pese a tal,
o rindan se a la justicia!

BEL. ¡Pues si saco mi puñal,
yo que les mando tristicia!
¿Dónde están?

ALGU. ¡Corred, corred, que se van,
acudid por otro cabo!

BEL. Ydos son, voto a san Juan,
echaldes vn ñudo al rabo,
De mí huyeron.

ALGU. ¿Y ellas, di, qué se hizieron?

BEL. Pardiós, nunca más las vi.
Apostaré que se boluieron
entre tanto, ¡juro a mí!
¡Qué donzellas!

ALGU. ¿Conociste las tú a ellas?

BEL. Mira si las conoscí,
como me conozco a mí,
¡juri a san, en sólo vellas!
La ensombrerada
era aquella desvergonçada
de mi dueña Salamantina,
y la otra su criada,
vna bestia muy malina.

ALGU. Y ven acá,
tu amo, agora, ¿dónde está?

BEL. Señor es ydo camino,
pero calle que el vendrá
y alguna pagará el vino ;
sí, amén.

ALGU. ¿Conociste las tú bien,
sabes cierto si eran ellas?

BEL. ¡Que ellas eran, pardiós, ellas!

ALGU. Que no serían.

BEL. ¿Si no quién?
Sí, eran, sí ;
¿yo no las bien conoscí?

ALGU. Algunas otras serían.

BEL. Teresa me habló a mí,
y avn que callasse dezían,
sin reproche.

ALGU. Que quiçá, como es de noche,
no las conosciste bien.

BEL. Sí hize, juri a sant Roche,
¡por vida de Santarén!

ALGU. No aya más ;
vamos allá y llamarás,
que estas cosas no se esconden,
y tú allí se lo dirás :
veamos que re responden.

BEL. Negarán
a pies juntos, por san Juan,
y dirán que desuarío.
¡Qué pieças, pesar de san,
si no las tomasse el río!

ALGU. Hora llama.

BEL. Hola, hola, ha, nuestrama,
¿hazéis hora el adormido?

TERE. Ya estamos en la cama,
¿qué quieres, diablo estordido?

BEL. Que me abráys,
pues tan presto hos acostáys
y hora estáuades en la calle.

TERE. ¡Qué diablo desuariáys!
¿Hora no veis con qué sale?

BEL. ¡Ay traydora!
¿no hos topé yo agora
que yuades cabe sant Juan,
vos y también la señora,
entrambas con vn galán,
y avn entre dos?

TERE. ¿Nosotras? ¡Líbreme Dios
y también sancta María!

BEL. ¿Qué hos dixe, señor, a vos,
nos dixe que negarían?

TERE. Ea, toma ;
tres o quatro horas ha
y avn más que nos acostamos.

BEL. ¡Mira el diablo que dirá!
No ha media que las topamos
a las dos.

TERE. El demonio hos trae a vos
siempre a traer querellas.

ALGU. Hora, sus, queda con Dios,
que no deuían ser ellas.

BEL. Que sí hizieron,
ellas son que se boluieron
que en fin no tienen disculpa.

ALGU. Más me pesa que se fueron
los otros por nuestra culpa.

TERE. ¡Qué entremés!
Plega a Dios que, si assí es,
que Él haga milagro en mí.
Acaba, entra si quiés,
que me hazes helar aquí

y perescer.
BEL. ¿Quieres me hazer vn plazer,
que agora a escuras estamos?
TERE. Sí, sí, lo puedo hazer.
BEL. ¿Quieres que nos lo hagamos?
TERE. Quítate allá maluado
BEL. Pardiobre, no lo diré
al señor, si quiés hazello.
TERE. Acaba, sus, éntrate,
que yo pensaré sobrello.

El Estudiante y Soriano se reparten el dinero robado. Leandro, es informado por Beltrán de la intentada fuga, pero el Alguacil desmiente la identificación y el padre queda tranquilo aunque engañado.

FRANCISCO TÁRREGA

Entre los años de 1553 a 1555 nació posiblemente en Segorbe Francisco Tárrega. Obtuvo el título de Bachiller en Artes en 1575 y al año siguiente pasó a Salamanca para continuar sus estudios. Nombrado canónigo de la catedral valenciana, tomó posesión del cargo en mayo de 1584. Perteneció a la Academia de los Nocturnos, de la que fue uno de los fundadores, con el sobrenombre de «Miedo», y en ella leyó en marzo de 1594 el famoso soneto que empieza «Llevó tras sí los pámpanos octubre...», que se atribuye a Argensola en los *Discursos, epigramas y epístolas de Artemidoro* (Cfr. Micer Andrés Rey de Artieda). De su caudal dramático se han conservado diez comedias cuya cronología no ha sido aún establecida. En cuanto a la estimación literaria que mereciera, es de recordar el elogio que Cervantes hace de nuestro dramaturgo en el *Quijote* y en el prólogo de sus *Comedias*. Murió el canónigo Tárrega en Valencia, el 7 de febrero de 1602.

BIBLIOGRAFÍA. *Obras* en B. A. E., XIII. Vid. EDUARDO JULIA: *El Teatro en Valencia*, en «Bol. de la Real Academia Española», 1926.

LA DUQUESA CONSTANTE

Torcato, gobernador de una ciudad italiana, torpemente enamorado de Flaminia, esposa del duque Valentino, prepara a éste una celada. A este fin logra que lo llamen a España y lo encarcelen. El duque, que ignora la pasión de Torcato, le confía la guarda de su esposa, encárgale que la distraiga y que, si en España hubiera de morir, proporcione a Flaminia un veneno para que no le sobreviva. Torcato asedia a la duquesa en vano y despechado le brinda el veneno, asegurándole que Valentino ha muerto. Flaminia bebe el veneno y Torcato tiene noticia de que el duque ha escapado y luego de que ha naufragado la nave en que regresaba. Esto excita la ambición de Torcato que se dispone a ocupar el puesto vacante. No obstante, el duque se salvó y advertido por un pescador de la criminal pasión de Torcato ordena su muerte. La fidelidad que al duque guardara un caballero empleado por Torcato en sus manejos resuelve felizmente la obra, ya que la duquesa sólo bebió un narcótico, y al despertar se une a su amado esposo.

La escena siguiente nos muestra a Torcato, disfrazado de mercader, cortejando a Flaminia y descubierto en tales trazas por su esposa Lucrecia.

FLAM. Curiosa está la ciudad;
no pensé que era tan rica.

TORC. Toda la curiosidad
en esta tienda se pica,
que (h)ay cosas de calidad.
¿Quieres ver la lista?

FLAM. Empieza.

TORC. Dada vendo esta cabeza
de rubís que es mi retrato.

FLAM. Aunque es dado, no es barato;
no quiero tan mala pieza.

. . . . . .

FLAM. Di más.

TORC. Una esfera doy,
en vez de mis pensamientos,
y este reloj, donde estoy
contando por sus momentos
las de la muerte a do voy,
y este pistolete fiel.

FLAM. Para matarte con él
le tomara, a ser con balas.

TORC. Y este dragón con sus alas.

FLAM. Eso para San Miguel.

TORC. Y este diamante sin di,
que sin él dice por mí,
amante.

FLAM. No compro amantes.

TORC. Tomadlo, pues.

FLAM. Llevo guantes.

TORC. Amor los pasa.

FLAM. Es así.
mas no pasará los míos,
porque son de malla.

TORC. ¡A(h), malla,
que tanto esfuerza sus bríos!

¡A(h), malla, porque en amalla
se olvide de sus desvíos!
Pero aquí tengo unas puntas,
que por malla jacerina
entrarán.

FLAM. Bien contrapuntas;
mas no quiero, que mohina
estoy con los que hacen puntas.

TORC. Pues ¿hágolas yo?

FLAM. Un traidor
hace punta a su señor
en cosas de calidad.

TORC. Lo que es bien, lo que es verdad
lo que es fe, lo que es amor,
lo que es puro rendimiento,
de mil finezas fraguado,
¿llamáis traición? No consiento.

FLAM. Un hombre tan abonado
con tan poco fingimiento,
¿dónde está, porque conquiste
lo que se aguarda y resiste?

TORC. Si no lo dijo su fama,
dígaoslo esta piedra, dama.

FLAM. ¿Qué nombre tiene?

TORC. Amatiste.

FLAM. ¿De quién lo dice?

TORC. De mí;
que piedras por mí publican
lo que yo callo por ti.

(Aquí se descubre Lucrecia).

LUCR. ¿Esto ha de pasar así?
Ya el toque de la paciencia
ha probado en mi presencia,
mercader falso y doblado,
el oro falsificado
que me vendes en ausencia.
Ya no más; por no ver más,
todo lo tengo entendido.

TORC. Mujer, engañada vas.

LUCR. Ya, traidor, lo he conocido;
mas tú me conocerás.

(Vase Lucrecia).

FLAM. Enviad la tienda, amigo,
a esa dama, por disculpa
de lo que va mal conmigo.
Pero yo tuve la culpa,
y así me daré el castigo. —
Venid vosotros acá.

(Aquí se va la Duquesa con su gente).

TORC. ¡Señora, señora! — Ya
traspuso por esa esquina.
¡Ah, mujer falsa y malina!
Por Dios, que la pagará.

Y a continuación, la escena en que Torcato ofrece a Flaminia el veneno recomendado por el duque.

TORC. Toma, señora, esta silla.

OCTAV. Triste dama; gran mancilla
tengo del rato que espera,
y que no tuve manera
de avisalla o escribilla;
mas tal anda, de curioso,
este demonio visible.

TORC. Duquesa, ya receloso,
y hablando afable y sufrible,
ya manso, ya vergonzoso,
ya con temor y recato,
cuando te mostré el retrato,
y cuando el original
de mi agradecido mal
y de tu desvío ingrato,
todo por ver si pudiera
obligarte a remediarme,
y tú, más cruda y más fiera,
perseveras en matarme,
pues tu desdén persevera.
Ya no puedo sufrir más;
avisote que me das
la muerte, cuyo dolor
camina por mi rigor
con tu desdén a un compás.
Mira esta razón, y advierte
que si la hormiga cobarde
procura escusar su muerte,
que no es justo que la guarde,
como yo, quien es más fuerte.
Esto te quise advertir.

OCTAV. ¿Quién puede callar y oir
una tan grande insolencia?

FLAM. Si tuve, ¡o(h), falso!, paciencia
para callar y sufrir,
no pienses que es cobardía;
que ausente de mi esposo,
con el favor que me envía,
a ser tú más orgulloso,
venciera tu tiranía.
Gana fue de perdonarte,
por si daba en otra parte
esta tu soberbia loca;
mas ya quiero, pues me toca,
disponerme a castigarte.

OCTAV. ¡Rara virtud! *(Ap.)*

TORC. Yo te digo.
que me reiré de gana,
de temor dese castigo,

Flaminia, si no te humana
el ver que las has conmigo.
Dime, por tu vida, agora,
¿en qué te fundas, señora,
cuando te muestras cruel?

FLAM. En que soy mujer de aquel
que desde España me adora,
dejando aparte lo más,
que es Dios y mi obligación.

TORC. ¡O(h), cuán engañada vas!
Yo espero que la opinión
y el enojo perderás.
Porque sepas una hazaña
del que te adora en España,
mira esta carta, y penetra
sus amores por su letra.

(Dale la carta).

OCTAV. ¡O(h), sembrador de cizaña!
(Ap.)

TORC. Dos cosas te represento:
su apasionada locura,
y mi grande rendimiento;
que él la muerte te procura,
yo te doy vida en descuento.
Al que tanto de ti abusa,
y al que tanto mal te excusa,
¿qué le debes? Haz la cuenta,
y mejora y escarmienta.

OCTAV. Suspensa queda y confusa.
(Ap.)
¡Cuánto puede una maldad!
¡O(h), Duque, y qué mal te has hecho!

TORC. Pues si mi mucha verdad
y mi fe te han satisfecho
de toda seguridad...

(Dale otra carta).

Si tu marido es muy cierto
que ya debe de ser muerto,
como lo reza este aviso,
viendo cuánto poco quiso
y lo que a quererte acierto,
con dar la muerte a mi esposa
haremos un casamiento,
de quien la fama envidiosa
no publicará el contento,
y esta envidia es provechosa,
digo, para tu secreto.

OCTAV. ¡O(h), cómo temo el efecto
(Ap.)
desta recia batería,
pues por los ojos envía
mil avisos de su aprieto!
Mas ya quiere responder;
¡cuánto mi aviso importara!

FLAM. Natural es el temer,
y más reina y más repara
el miedo en una mujer.
Esto me ha suspendido;
mas si de mujer ha sido
mi temor, doyle este nombre;
en darte respuesta de hombre
descontaré lo perdido.
Si fuera aborrecimiento,
si malicia fuere clara
este odioso pensamiento,
sábete que no mellara
los aceros de mi intento,
pues siendo amor justo y fino,
aunque por nuevo camino,
mira si me obliga en él
el Duque a serle más fiel,
cuanto más amor le atino.
La nueva de su prisión
es lo que me da cuidado.

TORC. ¡O(h), terrible obstinación!

OCTAV. ¡O(h), pecho fuerte y probado
(Ap.)
con tan grande obligación.

TORC. No creo de tu cordura
que, siguiendo esa locura,
pondrás en tal contingencia
la dulce vida a sentencia
de la muerte, que es muy dura.
Muda de opinión, y advierte
lo que te importa mudalla.

FLAM. Cuando me atreví a ser fuerte,
ya vencí en igual batalla
los temores de la muerte.
Dámela cuando quisieres,
y no me humillo a quien eres;
por este papel me humillo,
pues el Duque, al escribillo,
me sujeta a lo que hicieres.
Regalo será el morir
si él no vive; y si no es muerto
tampoco quiero vivir,
pues sobre a que esto es muy cierto
tú querrás a cada lance
darme con miedos alcance,
pues sé que tienes poder;
yo estoy sola y soy mujer,
y es la muerte un recio trance.
Agora, que Dios me ayuda,
y arma de valor mi pecho,
me puedes matar.

OCTAV. Sin duda. *(Ap.)*

que no es de mujer tal hecho.
TORC. Ni llora ni se demuda. *(Ap.)*
Leona que en sangre bañas
de tus venas tus hazañas;

(Alto).

sierpe, que arrastra a la muerte;
tigre, que el furor convierte
contra sus propias entrañas;
y más que todo, mujer
obstinada en no querer
lo más cierto y lo más bueno
¿sabes qué es esto? Veneno
que ese tuyo ha de romper.

(Aquí le muestra el veneno).

Resuélvete que ya es tema
eso, más que fe y verdad.
OCTAV. Contra la corriente rema.
(Ap.)
FLAM. Como es oro la bondad,
fuego la apura y no quema.
Y así, cuanto más harás,
menos ganas y me das
más corona de virtud.
TORC. Por ver si tu juventud
del falso error en que estás,
sobre acuerdo te retira,
éntrate en ese retrete,
y dentro de una hora mira
la muerte que te promete
quien por tu muerte suspira.

GASPAR DE AGUILAR

Aunque se le tuvo por noble, Gaspar de Aguilar fue hijo de un pasamanero «que debió de gozar de estimación entre sus contemporáneos», a juzgar por los padrinos que tuvieron sus hijos a la hora del bautismo. Nuestro poeta recibió este sacramento en la iglesia de San Martín de Valencia el 14 de enero de 1561, siendo el menor de los cinco hermanos. Ocupó el cargo de secretario del conde de Sinarcas y vizconde de Chelva. Contrariando la voluntad paterna casó en abril de 1587 con Luisa Peralta, hija de un sastre. Estuvo luego al servicio del duque de Gandía, como secretario o mayordomo, pero a consecuencia de su *Fábula de Endimión y la Luna*, composición epitalámica a las bodas de los Duques, y por una mala interpretación, cayó en su desgracia y cesó en su cargo. Remató al cabo una vida de sinsabores y desgracias el 26 de julio de 1623, en condiciones tan miserables que hubo de ser enterrado de caridad en la iglesia de San Andrés. Perteneció a la Academia de los Nocturnos con el sobrenombre de « Sombra ».

BIBLIOGRAFÍA. *Comedias*, en B. A. E., XLIII.

EL MERCADER AMANTE

Salen LOAISA Y CABRERA, *escuderos viejos, acuchillándose*

LOAISA

Muerde esa lengua traidora
Con ese caduco labio ;
No pienses, villano, agora
Disimular el agravio
Que has hecho contra Lidora.

CABRERA

Detente, Loaisa.

LOAISA

En vano
Detenéis mi fuerza airada ;
Que aunque tan viejo y tan cano,
Bien puedo empuñar mi espada
Por quien empuña mi mano.

CABRERA

Lidora escogerme pudo
Por su arrimo verdadero,
Y según esto, no dudo
Que a quien sirvo de escudero,
Pueda servirla de escudo.

LOAISA

Mete mano.

CABRERA

¿No sabremos
Por qué causa peleamos?

LOAISA

Mejor es que nos matemos
Agora,y después podremos
Saber por qué nos matamos.

CABRERA

La sangre se me alborota
Por morir o por matarte ;
Comencemos.

LOAISA

¿Traes cota?

CABRERA

Sólo traigo de mi parte
Esta espada francinota.
Muestra.

LOAISA

No hago desvíos ;
Coleto traigo.

CABRERA

En efeto ;
Que de aquí nacen tus bríos.

LOAISA

¿No sabes qu'este coleto
Es el blasón de los míos?
Porque fue del vellocino.

CABRERA

Pues ya espantar no me quiero
De que con tal desatino
Haga las obras del vino
Quien tiene el blasón de cuero.

LOAISA

Esa palabra atrevida
Te la meteré, villano,
Dentro el pecho, por la herida
Que darte pretendo.

CABRERA

Hermano,
Procura salvar tu vida ;

Porque este mi brazo airado
La acabará sin remedio.

Astolfo, criado de Belisario, les pone en paz y entérese de que peleaban defendiendo los respectivos deseos de sus señoras de casarse con el rico comerciante Belisario. Éste duda por cuál dama inclinarse, y para probar el amor que le tengan decide anunciar su ruina y que Astolfo, cobrándola en depósito, se la vuelva una vez decidido por Labinia o Lidora, nombres de las damas. A Labinia la corteja también, sin correspondencia, otro caballero : don García. Belisario conversa con Labinia y un mensajero le comunica su ruina. La dama se aleja comentando el poco sentimiento que la noticia causa en Belisario. Poco después Lidora lo abandona en igual caso. Sacan a subasta los bienes de Belisario, y Astolfo lo compra todo, admirándose las gentes de su fortuna. Lidora desprecia al comerciante arruinado, y Labinia :

LABINIA

Que no te acerques te pido ;
Basta, Belisario, verme.

BELISARIO

¿Que pudiste conocerme?
No debo estar muy perdido.

LABINIA

Sí ; qu'el sol se ha descubierto
De tu valor sublimado,
Aunque está con el ñublado
De la pobreza cubierto.
Pero dime, así te goces,
¿En qué puedo complacerte?

BELISARIO

En que dejes conocerte,
Señora, pues me conoces ;
Aquesta mercé te pido,
Si en algo quieres valerme.

LABINIA

Quisiera no conocerme
Por no haberte conocido.

. . . . . .

¿Dó está la grandeza, di,
De tu riqueza infinita?
Mas si el cielo te la quita,
Es por quitármela a mí,
Pues quiere que cada día
Tu hacienda se destruya,
Pensando que, por ser tuya,
Viniera luego a ser mía ;
Y pues la ocasión he sido
De tu daño y desconcierto,
Ten, Belisario, por cierto
Que por mí quedas perdido.
Quiero pues, llorando aquí,
Perder el nombre de cuerda ;
Y no es mucho que le pierda
Por quien se pierde por ti.

BELISARIO

Espera, aguarda, detente,
No me muestres tanto amor ;
Que del río del favor
Me anegará la corriente.

. . . . . .

LABINIA

¡Oh, quién fuera la fortuna
Para remediar tu daño!

BELISARIO

¿Qué hubieras hecho?

LABINIA

Volviera
La rueda que ta ha postrado,
Y al lugar más sublimado
Te levantara y subiera ;
Pero dime una verdad
Por mi vida.

BELISARIO

No podré
Mentir con eso.

LABINIA

¿De qué
Tienes más necesidad?
¿Es de comer o de vestir?

BELISARIO

Deso, Señora, te olvida.

LABINIA

Pues has jurado mi vida,
La verdad me has de decir,

BELISARIO

Por lo que juro, Señora,
Qu'es lo que yo quiero más,
Que no me he visto jamás
Tan próspero como agora ;
¿Qué quieres?

LABINIA

Que por mi amor
Aquesta cadena tomes ;
Porque si vistes y comes,
Comas y vistas mejor ;
Tómala, y no te suspendas,
Belisario, desa suerte ;
Tómala luego, y advierte
Que no quiero que la vendas.
Que como mi gran querer

Me ha hecho tan invidiosa,
Tengo invidia a cualquier cosa
Que por ti se ha de vender;
Mas será grande alegria,
Que pues no hay valor en mí
Para venderme por ti,
Que se venda cosa mía.
Tómala, no tengas miedo.

Belisario estima realizada la prueba y va en busca de Astolfo para volver las cosas a su punto. Astolfo, da conversación a Loaisa, a quien Lidora hizo su mensajero; hace que el escudero se oculte cuando Belisario llega.

BELISARIO

Ya he probado, amigo, quien
Me tiene amor verdadero:
Ya lo he probado tan bien,
Que de las dos que yo quiero
Sé la que me quiere bien.
Quiero pues, porque concluya
Esta suerte milagrosa,
Que aquí se me restituya
La hacienda.

ASTOLFO

Ninguna cosa
Tengo, Belisario, tuya.

BELISARIO

¿Búrlaste?

ASTOLFO

De veras digo
Qu'es quimera o fantasía.

BELISARIO

Bien merece este castigo,
Villano, el que se confía
De un falso y fingido amigo.
¿Amigo, dije? Traidor
Mejor te hubiera llamado,
Falso y fingido criado;
Y si criado, el peor
Que hay en todo lo criado;
¿Por qué, dime, quebrantaste
La lealtad por tantos modos,
Y agora, traidor, negaste
Lo que aquí delante todos
Tus criados confesaste?
Mas como infame, consientes
Que sean tus fraudes y dolos
De los demás diferentes:
Confiesas delante gentes,
Y niegas estando solos.

ASTOLFO

Paso, no te escandalices,
Templa el enojo y la ira,
Y lo que dijiste mira.

BELISARIO

Bien veo por qué lo dices,
Mas sé que dices mentira;
Porque no hay ninguno aquí
Que pueda dar testimonio
De lo que yo te pedí,
Si ya no tienes en ti
Revestido algún demonio.
Pero luego morirás,
Si en este punto, traidor,
Lo qu'es mío no me das.

ASTOLFO

¡Hola, criados!

Salen DOS CRIADOS

CRIADOS

Señor.

ASTOLFO

Prendelde.

BELISARIO

Volvéos atrás.

ASTOLFO

Prendelde y atalde ahí.

BELISARIO

Mancebo honrado, decí,
¿Será justicia y razón
Que, siendo vos el ladrón,
Vengan a prenderme a mí
Como si lo hubiera sido?

ASTOLFO

¿Posible es que tal escucho?
Prended al loco atrevido.

BELISARIO

No os lleguéis; que puede mucho
Un hombre honrado ofendido.
Y aunque tan postrado esté,
Que a todo podáis rendirme,
Las prisiones romperé;
Que no hay cosa que esté firme
Cuando se rompe una fe.

ASTOLFO

Pues se va, nadie le impida
El huir.

BELISARIO

Villano, advierte;
No imagines que esta huída
Es a restaurar mi vida,
Sino a procurar tu muerte.

ASTOLFO

Vete; que después verás
Que estás ciego.

BELISARIO

Yo estoy ciego
De verte cuán sordo estás.

Astolfo se lamenta de que por estar Loaisa oculto hubiera de comportarse así. Para mejor ayudar a su amo, corteja a las dos damas, obteniendo el favor de Lidora y la repulsa de Labinia quien, forzada por su padre a casarse con don García o con Astolfo, finge aceptar a éste con ánimo de matarle y vengar a Belisario. El comerciante mientras, al conocer la boda está pronto a suicidarse. Pero reunidos todos en casa de Labinia, Astolfo descubre la realidad, devuelve los bienes a su amo y éste desposa a Labinia.

RICARDO DEL TURIA

Ricardo de Turia no es sino el seudónimo del poeta, también valenciano, que últimamente se ha identificado con don Pedro Juan de Rejaule y Toledo, rechazándose la teoría de quienes lo adscribían a Luis Ferrer y Cardona. Rejaule nació en 1578 y en la ciudad de Valencia; estudió Leyes, obtuvo el título de doctor, y en 1606 lo encontramos como corregidor de *advocats*, como fiscal de la Real Audiencia en 1617, y como consejero en 1629. Consérvanse cuatro comedias suyas, en las que se muestra discípulo de Tárrega, Aguilar y Guillén de Castro; participó en varios certámenes poéticos, y en el *Viaje del Parnaso* puede leerse el elogio que de él hizo Cervantes.

BIBLIOGRAFÍA. Vid. MARTÍ GRAJALES: *Poetas valencianos*, 1927.

LA BURLADORA BURLADA

Enamorado Cintio de la joven Isbella, consigue que tercie en su favor la enredadora Laura, amiga de aquélla y amada novia de Leonardo, compañero de Cintio. De otra parte, Julio, hermano de Isbella vive penando por Laura, pidiendo a su hermana que tercie en su favor. Ocasión para ambas gestiones viene a darla Porcia, madre de Isbella y Julio, disponiendo ir a las fiestas de Villagonzalo. Isbella va a casa de Laura para invitarla, allí están Leonardo y Cintio, y la visitante al verlos trata de cubrirse el rostro pero Laura lo impide.

LAURA

No encubras esa hermosura
A quien tal deseo tiene
De vella.

ISBELLA

No sé yo que haya
Quien con tal deseo acierte.

CINTIO

Quien tendría a mucha suerte,
De la más remota playa
Poder venir sólo a verte,
Por mirar una beldad
Por quien el amor suspira.

ISBELLA

¡Jesús, qué grande mentira!

CINTIO

¡Jesús, qué grande verdad!

ISBELLA

Y ¿sois vos el que a eso aspira?

CINTIO

A lo menos aspirara,
Si acaso la suerte avara
Indio o tártaro me hiciera,
Y allá en mi patria supiera
De esa belleza tan rara.

ISBELLA

Es ya camino sabido
De un galán, lisonjear. —
(Y por picalle más, corta el hilo, y se vuelve a Laura)
¿Sabes lo que me ha traído?

LAURA

Mi suerte.

ISBELLA

Yo la he tenido
En poder de ti gozar.

. . . . . .

LAURA

El de la banda que ves,
Es Cintio.

ISBELLA

¿El mozo esforzado
Contra quien pueden los pies
Más que el pecho más osado?

. . . . . .

LAURA

Aunque tan fiero le ves,
Yo sé quién postra a sus pies
Sus bríos.

ISBELLA

No seré yo.

LAURA

Ni otra tampoco.

ISBELLA

¿Quién es,
Por vida del que merece
Ser de sus ojos querido?

LAURA

(*Ap.* Buena ocasión se me ofrece.)
Es un sujeto escogido,
Que harto a ti se te parece.

ISBELLA

Pues dímelo, por tu fe.

LAURA. (*Ap.*)

¡Válgame el vendado dios!

ISBELLA

¿Qué te ríes?

LAURA

Ríome,
Porque es una de las dos,
Y no soy yo.

ISBELLA

Yo seré.
¿Son burlas?

LAURA

No, sino veras.

ISBELLA

Pues bellaca suerte echó.

LAURA

Y soy la tercera yo.

ISBELLA. (*Ap.*)

Ya todas somos terceras,
¿Quién tales sucesos vio?

. . . . . .

LAURA

¿Que en ese estado te ha puesto
Lisardo?

ISBELLA

Adórole, amiga.

LAURA

Perdió al primer lance el resto
De mi Cintio la fatiga;
Será enfadoso y molesto
De esa suerte mi recado.

ISBELLA

No me puede dar enfado
Cosa dicha por tu boca.

LAURA

Luego ¿mi amor te provoca
A dar alivio al cuidado
De Cintio?

ISBELLA

Es cosa imposible;
Que es más lindo el burgalés.

LAURA

Por mi fe que estás terrible.

ISBELLA

Ya lo veo; y tú ¿no ves
Que es fuerza?

LAURA

Mas no invencible,
Si es continua la porfía.

ISBELLA

Yo lo quisiera, mas veo
Que he de ser cual piedra fría
Para su ardiente deseo.
Dime agora, Laura mía,
¿A Leonardo quieres bien?

LAURA

Con mucho extremo.

ISBELLA

¿Qué tanto?

LAURA

Como el estrellado manto
El que no piensa hacer bien.

ISBELLA

Grande amor, mas no me espanta.
Pues si agora te dijese
Que amases otro sugeto,
Y ante tus ojos pusiese
Este nuestro amor perfeto,
Que es el mayor interesa,
¿Que es el mayor interese,
¿Con mi gusto y persuación
Condecenderías?

LAURA

Digo
Que el cielo me es buen testigo
Que es tan grande la afición
Que te tengo, que a mi amigo
Haría agravio, por ser
Cosa que te daba gusto.

ISBELLA

¿Que tal puedes prometer?

LAURA

Tal prometo, aunque es injusto.

ISBELLA

Pues agora lo he de ver.

. . . . . .

ISBELLA

Ya que tu palabra creo,
Amiga, que la harás buena,
Sabrás que Julio, mi hermano,
Por tu rostro soberano
En llamas del amor pena;
Y es esto tan cierto y llano,
Que a otra cosa no he venido,
Por velle tan afligido,
Sino es a rogarte, amiga,
Que remedies su fatiga;
Cumple ya lo prometido.

LAURA

Nadie puede prometer
Lo que no puede pagar;
Y así, yo no pude dar
Lo que no alcanzo a tener
Ni aun es posible alcanzar.
Este es mi amor, que le he dado,
Y con él mi libertad,
A Leonardo, que ha alcanzado
De mi ufana voluntad
Lo que yo de su cuidado.

ISBELLA

Eso te doy por respuesta,
Pues también, amiga, me hallo
En la cárcel de amor puesta.

LAURA

Pues me venciste, yo callo.

CINTIO

Todo paró en burla y fiesta.

Viendo la tardanza de Isbella, su madre y Julio van a buscarla, enamorándose Porcia de Cintio. Llegados a su destino confiesa su pasión a Laura, y ésta, aprovechando que Leonardo, Lisardo y Cintio, así como Julio, se encuentran casualmente en la finca, urde una burla. Revela a Porcia que Cintio suspira por su hija; a ésta miente que su madre está enamorada de Lisardo; citando luego por separado a las cuatro figuras en un mismo lugar que, llegada la hora, ocupa ella con su enamorado Leonardo. Porcia supone que la pareja sea su hija con Cintio; Isbella, que son su madre y Lisardo; en tanto que ambos galanes suponen que Isbella quiso hacerle burla con su rival. Al irse los desengañados, Laura concierta con Leonardo una entrevista íntima para la noche siguiente, y por facilitarla, le da un pito como reclamo. Isbella y Cintio regresan y escuchan, y a la noche siguiente este galán suena un pito e Isbella le acoge presurosa, creyéndole Lisardo. Al reclamo acude Laura y al ruido Julio, quien viendo que su desdeñosa amada le acoge, aunque con nombre de Leonardo, entra en su habitación. Al salir los galanes favorecidos tropiezan con Leonardo, esperando inútilmente; juegan las espadas sin reconocerse, y aprovechando la oscuridad, Cintio y Leonardo huyen. La pasión de Cintio y Julio disminuye, pero cuando Julio quiere casar a su hermana con Lisardo, creyendo ser él uno de los que cruzaran con él su acero:

JULIO

Dale, Isbella, de marido
Luego a Lisardo la mano.

ISBELLA

¡Ay de mí! ¿qué es lo que he oído?
Yo fuera la venturosa,
A no ser mi suerte escasa.

. . . . . .

JULIO

¿No la das?

ISBELLA

Muy de tropel,
Julio, tus designios guías.

JULIO

La presteza no te asombre;
Que importa la diligencia.

ISBELLA

Pues dame, hermano, licencia
Que en la nobleza de un hombre
Haga luego una experiencia.
(*Le dice, como en secreto*)
Dime, Cintio, qué he de hacer;
Dame la mano o licencia
Para ser de otro mujer.

CINTIO

(*Ap.* Si es tan supremo el poder
De una cristiana conciencia
Y no es el poder menor
De mi sangre y mi valor,
¿Cómo he de poder llevar
Que a otro obliguen a pagar,
Debiendo yo aqueste honor?)
Quien tiene de Isbella hermosa
Prendas secretas, yo soy;
Y así, de esposo y de esposa
Mano tomo y mano doy.

JULIO

¿Hay suerte más venturosa?

LISARDO

¿Sueño, o pasa esto por mí?

CINTIO

¿Quién en tu jardín entró
Aquella noche, fui yo?

ISBELLA

¡Que al que más aborrecí,
La fortuna me entregó!

. . . . . .

PORCIA

Da, Isbella, a Cintio la mano,
Ya que así lo quiere el cielo.

(*Ap.* ¡Cuán cierto fue mi recelo!
¡Ah ingrato Cintio tirano!)

CINTIO

¿Qué gusto espera y consuelo
Quien se casa sin amor?

JULIO

(*Ap.* Ya que en mostrarnos trabaja
Cintio su mucho valor,
No me ha de llevar ventaja
En acudir a mi honor.)
Al mundo, a Dios en pagar
Lo que debo a Laura hermosa,
Hoy mi pecho he de sacar
De una obligación forzosa.

PORCIA

¿Quiéreste también casar?

JULIO

Sí quiero.

PORCIA

¿Con quién?

JULIO

Con Laura.

PORCIA

Y ¿sabes tú que querrá?

JULIO

Mi ruego lo alcanzará,
Viendo que con él restaura
Lo que más perdido está.

LISARDO

¿Vióse caso semejante?

LEONARDO

Grandes cosas se me encubren.

CINTIO

Deste mesón de Atalante
Los encantos se descubren.

PORCIA

Pase tu prueba adelante.

JULIO

Tu esposo soy, Laura hermosa,
Pues me lo debes y debo.

LAURA

(*Ap.* ¿No fuera cosa graciosa
Respondelle a este mancebo
Que no quiero ser su esposa?
Mas miremos al honor,
Dejando gustos aparte,
Tan ciegos como el amor.)
Con el alma he de pagarte
Tan soberano favor.
Tu esclava soy.

JULIO

Ese nombre
Pienso tomar por blasón.
(*Ap.* ¡Hay más grande confusión,
Que ha de dar la mano un hombre
A quien no da el corazón!)

LAURA

Perdona, Leonardo mío,
Que a esto me obliga mi honor.

LEONARDO. (*Ap.*)

Más quejoso del amor
Que de mi suerte, me río
Deste dulce disfavor.
Buen empleo el de esta dama,
Pasante por bachillera
Aunque el primero no fuera
Que en la mesa de la cama
Salva en la comida espera.

Guillén de Castro y Bellvís

Nació este dramaturgo en la ciudad de Valencia el año de 1569, de ilustre familia y «su vida, según se infiere de sus escritos y de las escasas noticias que de él nos quedan, debió ser sumamente dramática y agitada, por su genio altivo, inquieto y travieso, y su demasiada tenacidad en las resoluciones, que le hicieron mil veces perder la ocasión de mejorar de fortuna». Fue capitán de caballos de la costa en Valencia en 1593. Dos años más tarde contrajo matrimonio con doña Marquesa Girón de Rebolledo, hija de los señores de Andilla. Estuvo en Nápoles, donde fue favorecido por el conde de Benavente y por sus hijos, obteniendo el gobierno de Seyano. Pasó más tarde a Madrid, al parecer, para regresar a su ciudad natal (1609), allí procuró dar nueva vida a la ya desaparecida Academia de los Nocturnos en un nuevo cenáculo que denominó Los Montañeses del Parnaso. De nuevo en Madrid, se instaló definitivamente en la corte el año de 1619, entrando al servicio del marqués de Peñafiel, de quien recibió el cortijo de Casablanca, en Arahal, donación confirmada luego por el duque de Osuna y que más adelante transfirió Guillén de Castro a su hermana Magdalena. En 1623 le fue concedido el hábito de Santiago y tres años más tarde casó en segundas nupcias con Ángela Salgado, dama de la servidumbre de los duques de Osuna. Falleció en Madrid el año de 1631 y en su testamento dispuso que lo enterrasen en el Hospital de los Aragoneses de Madrid, hoy Nuestra Señora de Montserrat. Esto desmiente la referencia del comendador Vich, quien en sus Efemérides dice que «murió tan pobre, que de limosna le enterraron en el hospital de la Corona de Aragón». Fue muy amigo de Lope de Vega y correspondiendo a la dedicatoria que el Fénix le hiciera de su comedia *Las Almenas de Toro*, le dedicó Guillén de Castro la primera parte de las suyas, que salieron a luz en Valencia en 1618; publicóse la segunda parte de estas comedias en 1625. En su juventud había sido uno de los fundadores de la Academia de los Nocturnos.

Bibliografía. *Comedias*, en B. A. E., XLIII.

Comedia famosa de las mocedades del Cid

Don Rodrigo va a ser armado caballero por mano del rey y con sus propias armas.

Salen la reina y el príncipe don sancho, la infanta doña urraca, jimena gómez, el conde lozano, arias gonzalo, peranzules y rodrigo.

DOÑA URRACA

¿Qué te parece, Jimena,
De Rodrigo?

JIMENA

Que es galán,
(*Ap.* Y que sus ojos le dan
Al alma sabrosa pena.)

REY

¡Qué bien las armas te están!
Bien te asientan.

CID

¿No era llano,
Pues tú les diste los ojos,
Y Arias Gonzalo la mano?

ARIAS

Son del cielo tus despojos,
Y es tu valor castellano.

REY

¿Qué os parece mi ahijado?

DON SANCHO

¿No es galán, fuerte y lucido?

CONDE

Bravamente le han honrado
Los reyes.

PERANZULES

Extremo ha sido.

CID

Besaré lo que ha pisado
Quien tanta merced me ha hecho.

REY

Mayores las merecías;

¡Qué robusto, qué bien hecho!
Bien te vienen armas mías.

CID

Es tuyo también mi pecho.

REY

Lleguémonos al altar
Del santo patrón de España.

DIEGO

No hay más glorias que esperar.

CID

Quien te sirve y te acompaña,
Al cielo puede llegar.

(Corren una cortina, y aparece el altar de Santiago, y en él una fuente de plata, una espada y unas espuelas doradas.)

REY

Rodrigo, ¿queréis ser caballero?

CID

Sí quiero.

REY

Pues Dios os haga buen caballero.
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?

CID

Sí quiero.

REY

Pues Dios os haga buen caballero.
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?

CID

Sí quiero.

REY

Pues Dios os haga buen caballero.
Cinco batallas campales
Venció en mi mano esta espada,
Y pienso dejarla honrada
A tu lado.

CID

Extremos tales
Mucho harán, Señor, de nada;
Y así, porque su alabanza
Llegue hasta la esfera quinta,
Ceñida en tu confianza,
La quitaré de mi cinta,
Colgaréla en mi esperanza;
Y por el ser que me ha dado
El tuyo, que el cielo guarde,
De no volvérmela al lado
Hasta estar asegurado
De no hacértela cobarde;
Que será habiendo vencido
Cinco campales batallas.

CONDE. *(Ap.)*

¡Ofrecimiento atrevido!

REY

Yo te daré para dallas
La ocasión que me has pedido. —
Infanta, y vos le poné
La espuela.

CID

¡Bien soberano!

DOÑA URRACA

Lo que me mandas haré.

CID

Con un favor de tal mano,
Sobre el mundo pondré el pie.

(Pónele doña Urraca las espuelas.)

DOÑA URRACA

Pienso que te habré obligado,
Rodrigo; acuérdate de esto.

CID

Al cielo me has levantado.

JIMENA

Con la espuela que le he puesto,
El corazón me ha picado.

El rey nombra ayo del príncipe don Sancho a don Diego Laínez, provocando la envidia de otros caballeros y la cólera del conde Lozano, quien llega a abofetear al anciano. Éste corre afrentado a su casa y llamando a sus hijos, les estrecha la mano tan fuertemente que les arranca quejidos, al llegar a Rodrigo,

CID

Padre, Señor,
¿Es posible que me agravias?
Si me engendraste el primero,
¿Cómo el postrero me llamas?

DIEGO

¡Ay hijo! Muero.

CID

¿Qué tienes?

DIEGO

Pena, pena, rabia, rabia.

(Muérdele un dedo de la mano fuertemente)

CID

¡Padre, soltad en mal hora;
Soltad, padre, en hora mala!
Si no fuérades mi padre,
Diéraos una bofetada.

DIEGO

Ya no fuera la primera.

Enterado de la ofensa que hiciera a su padre va Rodrigo en busca del conde; lucha su sentido del honor contra el amor que tiene por Jimena, y por último se decide.

CID

¿Conde?

CONDE

¿Quién es?

CID

A esta parte
Quiero decirte quién soy.

JIMENA

¿Qué es aquello? ¡Muerta estoy!

CONDE

¿Qué me quieres?

CID

Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí
¿Sabes quién es?

CONDE

Ya lo sé.
¿Por qué lo dices?

CID

¿Por qué?
Habla bajo, escucha.

CONDE

Di.

CID

¿No sabes que fue despojos
De honra y valor?

CONDE

Sí sería.

CID

Y ¿que es sangre suya y mía
La que yo tengo en los ojos,
Sabes?

CONDE

Y el saberlo (acorta
Razones) ¿qué ha de importar?

CID

Si vamos a otro lugar,
Sabrás lo mucho que importa.

CONDE

Quita, rapaz; ¿puede ser?
Vete, novel caballero,
Vete, y aprende primero
A pelear y a vencer,
Y podrás después honrarte
De verte por mí vencido,
Sin que yo quede corrido
De vencerte y de matarte.
Deja ahora tus agravios,
Porque nunca acierta bien
Venganzas con sangre quien
Tiene la leche en los labios.

CID

En ti quiero comenzar
A pelear y aprender,
Y verás si sé vencer,
Veré si sabes matar.
Y mi espada mal regida
Te dirá en mi brazo diestro
Que el corazón es maestro
De esta ciencia no aprendida.
Y quedaré satisfecho,
Mezclando entre mis agravios
Esta leche de mis labios
Y esa sangre de tu pecho.

PERANZULES

¡Conde!

ARIAS

¡Rodrigo!

JIMENA

¡Ay de mí!

DIEGO

El corazón se me abrasa.

CID

Cualquier sombra de esta casa
Es sagrada para ti.

JIMENA

¿Contra mi padre, Señor?

CID

Y así no te mato ahora.

JIMENA

Oye.

CID

Perdonad, Señora;
Que soy hijo de mi honor. —
Sígueme, Conde.

CONDE

Rapaz
Con soberbia de gigante,
Mataréte si delante
Te me pones; vete en paz.
Vete, vete, si no quieres
Que, como en cierta ocasión
Di a tu padre un bofetón,
Te dé a ti mil puntapiés.

CID

Ya es tu insolencia sobrada.

JIMENA

¡Con cuánta razón me aflijo!

DIEGO

Las muchas palabras, hijo,
Quitan la fuerza a la espada.

JIMENA

Deten la mano violenta,
Rodrigo.

DOÑA URRACA

¡Trance feroz!

DIEGO

Hijo, hijo, con mi voz
Te envío, ardiendo, mi afrenta.

Da muerte al conde de Orgaz, y Jimena se presenta al Rey, coincidiendo con don Diego Lainez.

JIMENA

¡Justicia, justicia pido!

DIEGO

Justa venganza he tomado.

JIMENA

Rey, a tus pies he llegado.

DIEGO

Rey, a tus pies he venido.

REY

¡Con cuánta razón me aflijo!
¡Qué notable desconcierto!

JIMENA

¡Señor, a mi padre han muerto!

DIEGO

¡Señor, matóle mi hijo!
Fue obligación sin malicia.

JIMENA

Fue malicia y confianza.

DIEGO

Hay en los hombres venganza.

JIMENA

Y habrá en los reyes justicia
Esta sangre limpia y clara
En mis ojos considera.

DIEGO

Si esa sangre no saliera,
¿Cómo mi sangre quedara?

JIMENA

¡Señor, mi padre he perdido!

DIEGO

¡Señor, mi honor he cobrado!

JIMENA

Fue el vasallo más honrado.

DIEGO

Sabe el cielo quién lo ha sido.
Pero no os quiero afligir:
Sois mujer; decid, Señora.

JIMENA

Esta sangre dirá ahora
Lo que no acierto a decir,
Y de mi justa querella
Justicia así pediré,
Porque yo sólo sabré
Mezclar lágrimas con ella;
Yo vi con mis propios ojos
Teñido el luciente acero,
Mira si con causa muero
Entre tan justos enojos.
Yo llegué casi sin vida
Y sin alma (¡triste yo!)
A mi padre, que me habló
Por la boca de la herida.
Atajóle la razón
La muerte, que fue cruel,
Y escribió en este papel
Con sangre mi obligación.
A tus ojos poner quiero
Letras que en mi alma están,
Y en los míos, como imán,
Sacan lágrimas de acero;
Y aunque el pecho se desangre
En su misma fortaleza,
Costar tiene una cabeza
Cada gota de esta sangre.

REY

Levantad.

DIEGO

Yo vi, Señor,
Que en aquel pecho enemigo
La espada de mi Rodrigo
Entraba a buscar mi honor.
Llegué, y halléle sin vida,
Y puse con alma exenta
El corazón en mi afrenta
Y los dedos en su herida.
Lavé con sangre el lugar
Adonde la mancha estaba;
Porque el honor que se lava,
Con sangre se ha de lavar.
Tú, Señor, que la ocasión
Viste de mi agravio, advierte
En mi cara de la suerte
Que se venga un bofetón.
Que no quedará contenta
Ni lograda mi esperanza,
Si no vieras la venganza
Adonde viste la afrenta;
Ahora, si en la malicia,
Que a tu respeto obligó,
La venganza me tocó,
Y te toca la justicia,
Hazla en mí, Rey soberano,
Pues es propio de tu alteza
Castigar en la cabeza
Los delitos de la mano.

Y sólo fue mano mía
Rodrigo, yo fui el cruel,
Que quise buscar en él
Las manos que no tenía.
Con mi cabeza cortada
Quede Jimena contenta;
Que mi sangre sin mi afrenta
Saldrá limpia y saldrá honrada.

Rodrigo entra en casa de Jimena, sin reparar en el peligro, y arrodillándose le da una daga para que vengue la muerte de su padre. Pero la dama menos rencorosa que enamorada le obliga a huir inmune. Don Diego envía a Rodrigo con quinientos hombres a luchar contra los moros que corren tierras castellanas. El príncipe don Sancho se ejercita en el manejo de la espada del que no quiere aprender más.

DIEGO

Bastantemente eres diestro.

DON SANCHO

Cuando tan diestro no fuera,
Tampoco importara nada.

DIEGO

¿Cómo?

DON SANCHO

Espada contra espada,
Nunca por eso temiera;
Otro miedo el pensamiento
Me aflige y me atemoriza:
Con un arma arrojadiza
Señala mi nacimiento
Que han de matarme, y será
Cosa muy propincua mía
La causa.

DIEGO

Y ¿melancolía
Te da eso?

DON SANCHO

Sí me da;
Y haciendo discursos vanos,
Pues mi padre no ha de ser,
Vengo a pensar y a temer
Que lo serán mis hermanos;
Y así, los quiero tan poco,
Que me ofenden.

DIEGO

¡Cielo santo!
A no respetarte tanto,
Te dijera...

DON SANCHO

¿Que soy loco?

DIEGO

Que lo fue quien a esta edad
Te ha puesto en tal confusión.

DON SANCHO

¿No tiene demostración
Esta ciencia?

DIEGO

Así es verdad,
Mas ninguno la aprendió
Con certeza.

DON SANCHO

Luego, di,
¿Locura es creerla?

DIEGO

Sí.

DON SANCHO

¿Serálo el temerla?

DIEGO

No.

DON SANCHO

¿Es mi hermana?

DIEGO

Sí, Señor.

Sale DOÑA URRACA Y UN PAJE, *que le saca un venablo ensangrentado*

DOÑA URRACA

En esta suerte ha de ver
Mi hermano que, aunque mujer,
Tengo en el brazo valor.
Hoy, hermano...

DON SANCHO

¿Cómo así?

DOÑA URRACA

Entre unas peñas...

DON SANCHO

¿Qué fué?

DOÑA URRACA

Este venablo tiré,
Con que maté un jabalí,
Viniendo por el camino
Cazando mi padre y yo.

DON SANCHO

Sangriento está; y ¿le arrojó
Tu mano? (¡Ay cielo divino!) —
Mira si tengo razón. (*Entre los dos.*)

DIEGO

Ya he caído en tu pesar.

DOÑA URRACA

¿Qué te ha podido turbar
El gusto?

DON SANCHO
Cierta ocasión,
Que me da pena.

DIEGO
Señora,
Una necia astrología
Le causa melancolía,
Y tú la creciste ahora.

DOÑA URRACA
Quien viene a darle contento,
¿Cómo su disgusto aumenta?

DIEGO
Dice que a muerte violenta
Le inclina su nacimiento.

DON SANCHO
Y con una arma arrojada
Herido en el corazón.

DIEGO
Y como en esta ocasión
La vio en tu mano...

DOÑA URRACA
¡Ay cuitada!

DON SANCHO
Alteróme de manera,
Que me ha salido a la cara.

DOÑA URRACA
Si disgustarte pensara
Con ella, no la trujera.
Mas ¿tu crédito has de dar
A lo que abominan todos?

DON SANCHO
Con todo, buscaré modos
Cómo poderme guardar.
Mandaré hacer una plancha,
Y con ella cubriré
El corazón, sin que esté
Más estrecha ni más ancha.

DOÑA URRACA
Guarda con más prevención
El corazón, mira bien;
Que por la espalda también
Hay camino al corazón.

DON SANCHO
¿Qué me has dicho? Que imagino
Que tú de tirar te alabes
Un venablo, y de que sabes
Del corazón el camino.
Por las espaldas, traidora,
Temo que causa has de ser
Tú de mi muerte; mujer,
Estoy por matarte ahora,
Y asegurar mis enojos.

DIEGO
¿Qué haces, Príncipe?

DON SANCHO
¿Qué siento?
Ese venablo sangriento
Revienta sangre en mis ojos.

DOÑA URRACA
Hermano, el rigor reporta,
De quien justamente huyo;
¿No es mi padre, como tuyo,
El Rey, mi señor?

DON SANCHO
¿Qué importa?
Que eres de mi padre hija,
Pero no de mi fortuna;
Nací heredando.

DOÑA URRACA
Importuna
Es tu arrogancia y prolija.

DIEGO
El Rey viene.

DON SANCHO
¡Qué despecho!

DOÑA URRACA
¡Qué hermano tan enemigo!

Rodrigo presenta al Rey los despojos ganados en su victoria sobre los moros.

Levanta, famoso godo,
Levanta.

CID
Tu hechura soy.
¡Mi príncipe!

DON SANCHO
¡Mi Rodrigo!

CID
Por tus bendiciones llevo
Estas palmas.

DOÑA URRACA
Ya de nuevo,
Pues te alcanzan, te bendigo.

REY MORO
¡Gran Rodrigo!

CID
¡Oh Almanzor!

REY MORO
Dame la mano el mío Cide.

CID
A nadie mano se pide
Donde está el Rey mi señor,
A él le presta la obediencia.

REY MORO
Ya me sujeto a sus leyes
En nombre de otros tres reyes
Y el mío. ¡Oh Alá!, paciencia.

DON SANCHO
El mío Cid le ha llamado.

REY MORO
En mi lengua es mi señor,
Pues ha de serlo el honor
Merecido y alcanzado.

REY
Ese nombre le está bien.

REY MORO
Entre moros le ha tenido.

REY
Pues allá le ha merecido,
En mis tierras se le den.
Llamarle el Cid es razón,
Y añadirá, porque asombre,
A su apellido este nombre,
Y a su fama este blasón.

Jimena pide justicia nuevamente y y otra vez es desterrado el Cid. Apretado el Rey por el de Aragón en el litigio por la villa de Calahorra, manda enviar al embajador aragonés don Martín González al tiempo que regresa el Cid de Santiago.

DON MARTÍN
Sólo suplicarte quiero...

REY. *(Ap.)*
Notable arrogancia es esta.

DON MARTÍN
Que me des una respuesta,
Que ha dos meses que la espero;
¿Tienes algún castellano,
A quien tú justicia des,
Que espere un aragonés
Cuerpo a cuerpo y mano a mano?
Pronuncie una espada el fallo,
Dé una victoria la ley.
Gane Calahorra el Rey
Que tenga mejor vasallo;
Deje Aragón y Castilla
De verter sangre española,
Pues basta una gota sola
Para el precio de una villa.

REY
En Castilla hay tantos buenos,
Que puedo en su confianza
Mi justicia y mi esperanza
Fiarle al que vale menos;
Y a cualquier señalaría
De todos, si no pensase
Que si a uno señalase,
Los demás ofendería;
Y así, para no escoger,
Ofendiendo tanta gente,
Mi justicia solamente
Fiaré de mi poder;
Arbolaré mis banderas
Con divisas diferentes,
Cubriré el cielo de gentes
Naturales y extranjeras;
Marcharán mis capitanes
Con ellas, verá Aragón
La fuerza de mi razón
Escrita en mis tafetanes;
Esto haré, y lo que le toca
Hará tu rey contra mí.

DON MARTÍN
Esa respuesta le di,
Antes de oirla en tu boca;
Porque teniendo esta mano
Por suya el aragonés,
No era justo que a mis pies
Se atreviera un castellano.

CID
¡Reviento! Con tu licencia
Quiero responder, Señor;
Que ya es falta del valor
Sobrar tanto la paciencia. —
Don Martín, los castellanos,
Con los pies a vencer hechos,
Suelen romper muchos pechos,
Atropellar muchas manos
Y sujetar muchos cuellos;
Y por mí su majestad
Te hará ver esta verdad
A favor de todos ellos.

DON MARTÍN
El que está en aquella silla
Tiene prudencia y valor;
No querrá...

CID
Vuelve, Señor,
Por la opinión de Castilla;
¿Esto el mundo ha de saber,
Eso el cielo ha de mirar?
Sabes que sé pelar
Y sabes que sé vencer;
Pues ¿cómo, Rey, es razón
Que por no perder Castilla
El interés de una villa
Pierda un mundo de opinión?
¿Qué dirán, Rey soberano,
El alemán y el francés,
Que contra un aragonés

No han tenido un castellano?
Si es que dudas en el fin
De esta empresa, a que me obligo
Salga al campo don Rodrigo,
Aunque venza don Martín;
Pues es tan cierto y sabido
Cuánto peor viene a ser
El no salir a vencer,
Que saliendo, el ser vencido.

REY

Levanta, pues me levantas
El ánimo; en ti confío,
Rodrigo; el imperio mío
Es tuyo.

CID

Beso tus plantas.

REY

Buen Cid...

CID

El cielo te guarde.

REY

Sal en mi nombre a esta lid.

DON MARTÍN

¿Tú eres a quien llama Cid
Algún morillo cobarde?

CID

Delante mi rey estoy;
Mas yo te daré en campaña
La respuesta.

DON MARTÍN

¿Quién te engaña?
¿Tú eres Rodrigo?

CID

Yo soy.

DON MARTÍN

¿Tú a campaña

CID

¿No soy hombre?

DON MARTÍN

¿Conmigo?

CID

Arrogante estás;
Sí, y allí conocerás
Mis obras como mi nombre.

. . . . . .

DON MARTÍN

Ea, pues quieres morir,
Con matarte, pues es justo,
A dos cosas de mi gusto
Con una quiero acudir:
¿Al que diere la cabeza
De Rodrigo, la hermosura
De Jimena no asegura
En un pregón vuestra alteza?

REY

Sí aseguro.

DON MARTÍN

Y yo soy quien
Me ofrezco dicha tan buena,
Porque, por Dios, que Jimena
Me ha parecido muy bien;
Su cabeza, por los cielos,
Y a mí en sus manos, verás.

CID. (*Ap.*)

Ahora me ofende más,
Porque me abrasa con celos.

. . . . . .

Salen JIMENA Y ELVIRA

JIMENA

Elvira, ya no hay consuelo
Para mi pecho afligido.

ELVIRA

Pues tú misma lo has querido,
¿De quién te quejas?

JIMENA

¡Ay cielo!

ELVIRA

Para cumplir con tu honor,
Por el decir de la gente,
¿No bastaba cuerdamente
Perseguir el matador
De tu padre y de tu gusto,
Y no obligar con pregones
A tan fuertes ocasiones
De su muerte y tu disgusto?

JIMENA

¿Qué pude hacer? ¡Ay cuitada!
Vime amante y ofendida,
Delante del Rey corrida,
Y de corrida, turbada;
Y ofrecióme un pensamiento
Para excusa de mi mengua;
Dije aquello con la lengua,
Y con el alma lo siento,
Y más con esta esperanza
Que este aragonés previene.

ELVIRA

Don Martín González tiene
Ya en sus manos tu venganza,
Y en el alma tu belleza
Con tan grande extremo arraiga,
Que no dudes que te traiga
De Rodrigo la cabeza;
Que es hombre que tiene en poco
Todo un mundo, y no te asombres,

Que es espanto de los hombres,
Y de los niños el coco.
. . . . . .

Sale UN PAJE

Esta carta te han traído;
Dicen que es de don Martín
González.

JIMENA

Mi amargo fin
Podré yo decir que ha sido;
Vete. — Elvira, llega, llega.

(Vase el paje.)

ELVIRA

La carta puedes leer.

JIMENA

Bien dices, si puedo ver;
Que, de turbada, estoy ciega
(Lee.) «El luto deja, Jimena,
Ponte vestidos de bodas,
Si es que mi gloria acomodas
Donde quitaré tu pena;
De Rodrigo la cabeza
Te promete mi valor,
Por ser esclavo y señor
De tu gusto y tu belleza;
Ahora parto a vencer,
Vengando al conde Lozano;
Espera alegre una mano
Que tan dichosa ha de ser».
. . . . . .

Días más tarde llega Jimena, vestida de gala, a palacio.

JIMENA

(*Ap.* Muerto traigo el corazón.
¡Cielo! ¿Si podré fingir?)
Acabé de recibir
Esta carta de Aragón;
Y como me da esperanza
De que tendré buena suerte,
El luto que di a la muerte
Me le quito a la venganza.

DIEGO

Luego ¿Rodrigo es vencido?

JIMENA

Y muerto lo espero ya.

DIEGO

¡Ay, hijo!

REY

Presto vendrá
Certeza de lo que ha sido.

JIMENA. *(Ap.)*

Esa he querido saber,
Y aqueste achaque he tomado.

REY

Sosegaos.

DIEGO

Soy desdichado;
Cruel eres.

JIMENA

Soy mujer.

DIEGO

Ahora estarás contenta,
Si es que murió mi Rodrigo.

JIMENA. *(Ap.)*

Si yo la venganza sigo,
Corre el alma la tormenta.

Sale UN CRIADO

REY

¿Qué nuevas hay?

CRIADO

Que ha llegado
De Aragón un caballero.

DIEGO

¿Venció don Martín? ¡Yo muero!

CRIADO

Debió de ser.

DIEGO

¡Ay, cuitado!

CRIADO

Que este trae la cabeza
De Rodrigo, y quiere darla
A Jimena.

JIMENA. *(Ap.)*

De tomarla,
Me acabará la tristeza.

SANCHO

No quedará en Aragón
Una almena, vive el cielo.

JIMENA

(*Ap.* ¡Ay, Rodrigo! Este consuelo
Me queda en esta aflicción.)
Rey Fernando, caballeros,
Oid mi desdicha inmensa,
Pues no me queda en el alma
Más sufrimiento y más fuerza.
A voces quiero decirlo;
Que quiero que el mundo entienda
Cuánto me cuesta el ser noble,
Y cuánto el honor me cuesta.
De Rodrigo de Vivar
Adoré siempre las prendas,
Y por cumplir con las leyes,

Que nunca el mundo tuviera,
Procuré la muerte suya
Tan a costa de mis penas,
Que ahora la misma espada
Que ha cortado su cabeza
Cortó el hilo de mi vida.

. . . . . .

Sale RODRIGO

DIEGO

¡Hijo, Rodrigo!

JIMENA

¡Ay de mí!
¿Si son soñadas quimeras?

SANCHO

¡Rodrigo!

CID

Tu majestad
Me dé los pies, y tu alteza.

DOÑA URRACA

Vivo le quiero, aunque ingrato.

REY

De tan mentirosas nuevas,
¿Dónde está quien fue el autor?

CID

Antes fueron verdaderas;
Que si bien lo adviertes, yo
No mandé decir en ellas
Sino sólo que venía
A presentarle a Jimena
La cabeza de Rodrigo,
En tu estado, en tu presencia,
De Aragón, un caballero;
Y esto es, Señor, cosa cierta,
Pues yo vengo de Aragón,
Y no vengo sin cabeza,
Y la de Martín González
Está en mi lanza allí fuera,
Y ésta le presento ahora
En sus manos a Jimena;
Y pues ella en sus pregones
No dijo viva ni muerta
Ni cortada; pues le doy
De Rodrigo la cabeza,
Ya me debe el ser mi esposa;
Mas si su rigor me niega
Este premio, con mi espada
Puede cortarla ella misma.

REY

Rodrigo tiene razón:
Yo pronuncio la sentencia
En su favor.

JIMENA

¡Ay de mí!
Impídeme la vergüenza.

SANCHO

Jimena, hacedlo por mí.

ARIAS

Esas dudas no os detengan.

PERANZULES

Muy bien os está, sobrina

JIMENA

Haré lo que el cielo ordena.

CID

¡Dicha grande! Soy tu esposo

JIMENA

Y yo tuya.

DIEGO

¡Suerte inmensa!

DOÑA URRACA

Ya del corazón te arrojo,
Ingrato.

REY

Esta noche misma
Vamos, y os desposará
El obispo de Plasencia.

Coronado rey don Sancho y en la lucha contra su hermano don Alonso, es hecho prisionero y libertado por el Cid, quien decide la batalla a favor del castellano pero permite la huida de don Alonso, contrariando el gusto de su señor y aún más cuando le niega su apoyo para la conquista de Zamora. Alonso busca refugio en Toledo y Alimaimón se lo concede de buen grado; allí conoce a la bella Zaida, quedando ambos enamorados. Durante el cerco de Zamora el rey don Sancho tiene una visión.

Sale de la tierra EL REY, DON FERNANDO, *con un venablo en la mano sangriento (visión).*

DON FERNANDO

Detén, Sancho, la mano, que violenta
Es injusta.

DON SANCHO

¿Qué miro? ¿Qué recelo?
¿Qué me aflige, me asombra y me ame-
[drenta?

DON FERNANDO

Quien no obedece al padre ofende al
[cielo,
Y nunca tierra firme le sustenta;
Tu muerte, rey don Sancho, te revelo,
Cuyo instrumento el cielo soberano
Puso a tus ojos y dejó en mi mano.

(Vuélvese el rey don Fernando a entrar debajo la tierra)

DON SANCHO

¡Válgame Dios! Soldados, ¿habéis visto...
Habéis visto, vasallos?...

DON DIEGO ORDOÑEZ

Rey, ¿qué es esto?

DON SANCHO

Toquen a recoger ; que no resisto
Esta sombra, este asombro.

DON DIEGO ORDÓÑEZ

¿Descompuesto
Tu majestad?

DON SANCHO

En lo que estoy no asisto...
A recoger, soldados ; pase presto
La palabra.

DON DIEGO ORDÓÑEZ

¿Qué viste?

DON SANCHO

Al gran Fernando,
Mi vida con mi muerte amenazando.

ARIAS GONZALO

¿Qué suspensión, Señora, habrá podido
La furia detener del Rey, tu hermano?
(Tocan a recoger)
Tocan a recoger.

DON SANCHO

Ingrato he sido
A mi padre y a Dios.

DOÑA URRACA

Cuando su mano
Nos pudiera vencer, ¿cómo vencido
Se va? ¿Qué puede ser?

DON DIEGO ORDÓÑEZ

Rey soberano,
¿Qué tienes?

ARIAS GONZALO

¡Con qué priesa se retira!
El mismo cielo por tus cosas mira.

Bellido Dolfos promete a doña Urraca la libertad de Zamora y ofende de palabra a don Arias Gonzalo. Perseguido por éste y otras gentes sale Bellido huyendo de la ciudad y pide amparo a don Sancho, ofreciéndole la deseada conquista si le da unos hombres con los que entrar por el portillo de los Zambranos. Pese a las advertencias del Cid y a las de Arias Gonzalo, desde los muros de Zamora, Sancho concede su confianza a Bellido, le acompaña solo a reconocer el campo y es asesinado por el magancés, que huye a la ciudad.

CID

¿Qué has hecho, traidor? Espera ;
Algo hiciste, que huyes tanto.

(Vuelve a salir Bellido corriendo)

BELLIDO

Sólo puede el cielo santo
Parar mi veloz carrera.
No he podido desatar
El caballo, y a pie quedo ;
Mas con las alas del miedo
Podré correr y volar. *(Vase.)*

Sale EL CID

CID

Enfrena, dame el caballo ;
Quisiera, aunque imita el viento,
Como de pena reviento,
Reventar por alcanzallo. *(Vase.)*

Salen al muro de Zamora DOÑA URRACA Y ARIAS GONZALO

DOÑA URRACA

¿Qué has oído en el real
De don Sancho?

ARIAS GONZALO

Grande estruendo,
Y un hombre se viene huyendo.

DOÑA URRACA

Y volando viene ; ¿hay tal?

ARIAS GONZALO

El que le sigue a caballo,
Si es que alcanzarlo desea,
¿Cómo se apea?

DOÑA URRACA

¿Se apea?

ARIAS GONZALO

Y a pie procura alcanzallo.
Bellido es el que huye allí.

DOÑA URRACA

Y el que le sigue es Rodrigo.

ARIAS GONZALO

Ya se encamina al postigo
Nunca cerrado.

DOÑA URRACA

¡Ay de mí!
¿Qué habrá hecho? ¡Estoy perdida!

Salen por el palenque, que se ha de hacer para que pase un caballo hasta el ta-

blado, BELLIDO, *y tras él* EL CID, *los dos a pie.*

BELLIDO

Como el viento soy ligero.

CID

¡Oh mal haya el caballero
Que las espuelas se olvida!
Por alcanzarte mejor
Me apeé, y al viento igualas;
Espera.

BELLIDO

Notables alas
Son las del miedo.

CID

¡Ah traidor!

DOÑA URRACA

¡Ah del postigo! Amparad
A Bellido.

ARIAS GONZALO

Oye, Señora *(Vase.)*

BELLIDO

Dale sagrado, Zamora,
A quien te dio libertad. *(Entrase.)*

CID

¡Ah, villano! no estarás
Dentro en Zamora seguro;
Que derribaré este muro
A puntapiés.

DOÑA URRACA

¿Dónde vas?
Afuera, afuera, Rodrigo,
El soberbio castellano,
Acordársete debiera
De aquel buen tiempo pasado
Que te armaron caballero
En el altar de Santiago;
Mi padre te dio las armas,
Mi madre te dio el caballo,
Yo te calcé espuela de oro
Porque fueras más honrado,
Pensando casar contigo;
No lo quisieron mis hados.
Casástete con Jimena,
Hija del conde Lozano;
Con ella hubiste dineros,
Conmigo fueras honrado.
Muy bien casaste, Rodrigo,
Mejor hubieras casado;
Dejaste hija de un rey
Por tomar la de un vasallo.
Vete, Cid; Rodrigo, vete,
Pues te muestras tan ingrato,
Que no sólo no te acuerdas
De lo que estás obligado,
Pero, loco y atrevido,
Soberbio, arrogante y vano,
A mi decoro te atreves
Con la lengua y con las manos
Pagaste amor con desdén,
Y lealtades con engaños;
Con males pagas los bienes,
Los favores con agravios.

CID

Señora, corrido estoy
De ver que me ofendas tanto,
Que me culpes de atrevido
Y que me arguyas de ingrato.
Si tu padre me ciñó
La espada que traigo al lado,
Por eso contra Zamora
De la vaina no la saco,
Cumpliendo así el juramento
Que me tomó agonizando
En presencia de sus hijos,
Sobre sus reales manos.
Si tu madre y reina mía
Me honró con darme el caballo,
Y tú con la espuela de oro
Me dejaste más honrado,
Por eso el caballo ahora
Detuvo el curso gallardo
Con que volaba otras veces,
Tu disgusto adivinando
Y las espuelas también,
Con que pudiera picarlo,
Se escondieron al buscarlas,
Y al quererlas me faltaron.
Pues si en mí, que te respeto
Y hasta tu sombra idolatro,
Lo irracional, lo insensible
Muestra sentimiento humano,
¿Por qué dices que te enojo?
Por qué piensas que te agravio?
¿Qué disgusto te procuro?
¿Qué decoro no te guardo?
Si no me casé contigo
Fue, Señora, imaginando
Que aun con tus alas no fuera
Posible volar tan alto.
Si vengo sirviendo al Rey,
Solamente le acompaño,
Ni en tu daño le aconsejo,
Ni contra ti salgo al campo.
Si ahora un traidor persigo,
Con muchas causas lo hago;
Pues esta mañana solo
Salió con el Rey tu hermano,
Y vi que pasaba huyendo,
Recelé el notable daño

De que avisaron al Rey
Las voces de Arias Gonzalo.
Y con venir arrogante,
Temeroso y temerario,
Advierte si te respeto
Y si decoro te guardo,
Pues a tu voz me detuve,
Y a tu enojo estoy temblando.

DOÑA URRACA

Ya es menos, Rodrigo, escuchia.

ARIAS GONZALO. *(Dentro.)*

¡Muera Bellido, matadlo!

VOCES. *(Dentro)*

¡Muera, muera!

DOÑA URRACA

Voces siento.

(Dan voces dentro, como que las dan en Zamora y en el real de don Sancho)

UNA VOZ. *(Dentro)*

¡Oh infelice rey don Sancho!

CID

¿Qué escucho?

OTRA VOZ. *(Dentro)*

Los de Zamora
Son traidores declarados.

En la ciudad aprisionan a Bellido y doña Urraca manda que lo encarcelen. Los del real castellano retan a los zamoranos y Arias Gonzalo envía a sus hijos para que luchen en nombre de Zamora contra Diego Ordóñez. Mueren los dos primeros y herido de muerte el tercero, saca el caballo del campo a Diego Ordóñez, por lo que la pugna queda concluida, fallando los jueces que la ciudad queda libre de la imputación y Diego Ordóñez vencedor de la lid. Don Alonso, en Toledo, sorprende una conversación entre Alimaimón y dos morabitos, descubriendo el modo de conseguir la ciudad. Piensa darle muerte cuando le descubren pero Alonso se finge dormido y Zaida le salva. Poco después le llega la noticia de la muerte de Sancho y huye con la mora hacia Castilla para cobrar sus derechos. Allí le prestan acatamiento los nobles :

ARIAS GONZALO

Este es don Diego de Lara.
¡Oh infelice Arias Gonzalo,
Pues del que mató a mis hijos
Veo la espada y la mano!
No porque a venganza obligue ;
Que el matarlos en el campo
Fue desdicha, y las desdichas,
Si afligieron, no afrentaron.
Y así la tierna memoria
De mis hijos me ha obligado
A lágrimas de dolor,
Y no a venganzas de agravio.

DON ALONSO

Pues el cielo ha permitido
Que mi hermano, el rey don Sancho,
Fuese a pisar sus estrellas,
Y yo soy del gran Fernando,
Vuestro rey, hijo segundo,
Poco tengo que exhortaros
Que me prestéis la obediencia,
Y comience Arias Gonzalo.

ARIAS GONZALO

Españoles valerosos,
Leoneses y castellanos,
Gallegos y vizcaínos,
Montañeses y asturianos,
¿Juráis a Alonso por rey?

TODOS

Sí juramos, sí juramos.

DON ALONSO

Don Rodrigo de Vivar,
¿Cómo tú solo has callado?

CID

Oye el porqué no te juro,
Pues no te ofendo, aunque callo.
Señor, el vulgo atrevido
Locamente ha murmurado
Que fui cómplice por ti
En la muerte de tu hermano ;
Y para que bien se entienda
Con la verdad lo contrario,
Será bien satisfacerle.

DON ALONSO

¿Cómo?

CID

Poniendo la mano
Sobre un cerrojo de hierro
Y una ballesta de palo,
Y en cima de la ballesta
Un Cristo crucificado.

(Sacan el cerrojo y la ballesta)

DON ALONSO

Yo prestaré el juramento ;
¿Quién se atreverá a tomarlo?

CID

Yo, que no conozco al miedo.

DON DIEGO ORDOÑEZ
Por la vista arroja rayos.

CID
Villanos mátente, Alonso,
Villanos, que no son fidalgos
De las Asturias de Oviedo,
Que no sean castellanos;
Con cuchillos montañeses,
No con puñales dorados;
Abarcas traigan calzadas,
Y no zapatos de lazo;
Capas traigan aguaderas,
No de contray delicado;
Y sáquente el corazón
Por el siniestro costado,
Si fuiste ni consentiste
En la muerte de tu hermano.
¿Júraslo así?

DON ALONSO
Así lo juro.
Es testigo el cielo santo.

CID
Mueras de su misma muerte,
De otro Bellido pasado
De las espaldas al pecho
Con un agudo venablo,
Si mandaste, si supiste
En la muerte de don Sancho;
Y di: Amén.

DON ALONSO
Amén, digo

CID
Pon en la espada la mano.
Jura a fe de caballero
Que no has hecho ni ordenado,
Ni aun con solo el pensamiento,
La muerte que lloran todos.
¿Júraslo así?

DON ALONSO
Así lo juro.
Y, Cid, de un rey a un vasallo
Ya es ese poco respeto
Y ya es este mucho enfado.
Mucho me aprietas, Rodrigo;
¿Es bien que te atrevas tanto
A quien después de rodillas
Has de besarle la mano?

CID
Eso será si me quedo
A ser tu vasallo.

DON ALONSO
Y cuando
No lo seas, ¿qué me importa?
Y no me respondas.

CID
Callo
Y voyme...

DON ALONSO
Vete; ¿qué esperas?

CID
Donde el valor de mis brazos
Venza reyes, gane reinos.

DON DIEGO ORDÓÑEZ
El Cid se parte enojado.

ARIAS GONZALO
Colérico el Rey le mira.

Salen DOÑA URRACA Y ZAIDA, *vestida como cristiana*

DOÑA URRACA
¿Dónde vas, Cid castellano?
Dónde vas, Rodrigo fuerte,
Tan compuesto y tan airado?

CID
Voy, Infanta, voy, Señora,
A dejar de ser vasallo
De un rey que me estima poco.

DOÑA URRACA
Debes de haberte engañado;
Vuelve, acompáñame a mí.

CID
Pues lo mandas, ya lo hago.

ARIAS GONZALO. *(Al oído)*
Mira, Señor, que te importa
Ahora desenojarlo,
Hasta tener la corona.

DON ALONSO
En viendo a mis ojos claros,
Se me ha quitado el enojo. —
Vuelve, Cid; que de tu mano
Quiero la corona yo.

CID
Ya de servirte me encargo. —
¿Juráis al famoso Alonso
Por vuestro rey?

TODOS
Sí juramos.

CID
Yo le obedezco el primero.

DON ALONSO
Y yo te doy mis abrazos.

DOÑA URRACA
Y nosotras a tus pies
Mil parabienes te damos.

ZAIDA
Ya, de Zaida, soy María.

DON ALONSO

Y ya te estaba esperando
La mitad de mi corona;
Toma de esposo la mano.

ZAIDA

Tu dichosa esposa soy.

DOÑA URRACA

Guárdeos el cielo mil años.

CID

Y aquí, pidiendo perdón,
Fin a la comedia damos.

LOS MALCASADOS DE VALENCIA

Hipólita, dama valenciana, rechaza las pretensiones amorosas de Valerián, infiel amigo de su esposo don Álvaro. Un criado anuncia que Álvaro ha llegado a la casa y, en efecto, entra, acompañado de Elvira, vestida de paje. Saluda a Valerián y a Hipólita, que se muestra celosa y, al cabo, queda solo con Elvira.

DON ÁLVARO

. . . . . .

Llorando va. ¡Oh matrimonio!
Yugo pesado y violento,
Si no fueras sacramento,
Dijera que eras demonio.

ELVIRA

Tú lo fuiste para mí;
¿Parécete, fementido,
Que tu mal término ha sido
De caballero?

DON ÁLVARO

No y sí;
No, porque he sido dichoso,
De una mentira ayudado;
Y sí, porque, enamorado,
No es falta al ser mentiroso.

ELVIRA

Siempre afrenta viene a ser
El mentir, villano.

DON ÁLVARO

Mira
Que no afrenta una mentira
Cuando engaña a una mujer;
Porque en su misma hermosura
Halla disculpa su engaño.

ELVIRA

¡Qué buen argumento! El daño
Crece y la paciencia apura;
Siendo casado, traidor,
Divertirme el pensamiento,
Ofrecerme casamiento
Y ofenderme en el honor,
Y haberme, infame, traído
Donde rabio, lloro y peno
(Propio efecto del veneno
Que por la vista he bebido),
¿Fue buen término, es buen trato?
Y decirme que esta casa
Siendo (¡el alma se me abrasa!),
Que era de tu prima, ingrato.

DON ÁLVARO

Verdad dije.

ELVIRA

¿Puede ser
Que a esta cólera resisto?

DON ÁLVARO

Porque esta mujer que has visto,
Es mi prima y mi mujer.

ELVIRA

Pues tal rabia me provoca,
Las voces pondré en el cielo.

DON ÁLVARO

Porque calles, en el suelo
Pondré mil veces la boca;
Sosiégate.

ELVIRA

¡Hay tal traición!

DON ÁLVARO

Escucha; traidor he sido,
Mas tu belleza ha tenido
Por disculpa mi traición;
Mira mi disculpa en ti,
Y perdóname también,
Porque el ser casado ¿a quién
Le da pena más que a mí?
Pues te aseguro que es tanta,
Y tanto ofenderme pudo,
Que del matrimonio el ñudo
Llevo siempre en la garganta;
Y pues tu amor me obligó
A recibir tus mercedes,
Desátale tú, si puedes,
Y seré el dichoso yo.
Que disimules espero,
Mi bien, si el mío previenes.

ELVIRA

Fuerza en las palabras tienes;
¡Ay embaidor, hechicero!
Muerto y engañado me han,
Porque hasta el alma se entraron;

Mas una vez me engañaron,
Y otras mil me engañarán.

Vuelve Valerián con su mujer doña Eugenia, violentamente enamorada de don Álvaro desde tiempo atrás y sin que él haya querido jamás corresponderla. Todos reunidos juegan a las prendas y a la postre vanse a descansar. A la mañana siguiente llega Elvira a la casa de Valerián con un papel del viejo escudero de Alonso para una criada de Valerián. El dueño viendo despejado al supuesto paje le entrega una carta para Hipólita pero lo ve doña Eugenia y so pretexto de enterarse qué fue lo recibido, habla con Elvira de su amor por don Álvaro, entregándole otro papel. Llega don Álvaro.

DOÑA EUGENIA
¿Darásle el papel agora?

ELVIRA
Háblale tú, que es mejor.

DOÑA EUGENIA
¡Tanto miedo y tanto amor!

DON ÁLVARO
Tus manos beso, Señora. —
Y ¿tú, Antonio...

DOÑA EUGENIA
Es como un oro,
Y muy discreto, por cierto.

DON ÁLVARO
¿Qué haces aquí?

ELVIRA
He descubierto
Unas Indias, un tesoro;
Y tú no tienes razón
De no enriquecerte en ellas.

DON ÁLVARO
Pues ¿yo puedo merecellas?

ELVIRA
Si las quieres, tuyas son.

DON ÁLVARO
¿Qué dices? Y ¿adonde están?

DOÑA EUGENIA
En mi voluntad.

DON ÁLVARO
¿Qué dices,
Señora?

DOÑA EUGENIA
Espera, no atices
Mi fuego.

DON ÁLVARO
A Valerián
Quiero hablar.

DOÑA EUGENIA
Y lo que digo
Has de escucharme primero;
Testigo del mal que muero
Será Antonio.

DON ÁLVARO
Buen testigo.

DOÑA EUGENIA
Con él descansé mi pecho,
Cansado de tus desdenes.

DON ÁLVARO
¡Qué buen secretario tienes!
¡Si supieses lo que has hecho!

ELVIRA
Señor, oye sosegado
Estas razones suaves.

DON ÁLVARO
Calla, rapaz, ¿tú no sabes
Que tengo blasón de honrado?

DOÑA EUGENIA
Sé cortesano.

DON ÁLVARO
Villano
Seré; que en cosas de amor,
Está cerca de traidor
Un término cortesano.

DOÑA EUGENIA
Estoy por matarme, estoy
Por matarme.

DON ÁLVARO
Loca estás.

DOÑA EUGENIA
¿Que me dejas y te vas?

DON ÁLVARO
Que te dejo y que me voy.

DOÑA EUGENIA
¿Que me desprecias?

DON ÁLVARO
No es cierto.

DOÑA EUGENIA
Espera, ¿no me conoces?
Recélate de mis voces,
Que dirán que tú me has muerto.

ELVIRA. *(Ap.)*
¡Qué libertad de mujer!

DOÑA EUGENIA
Yo no he visto despreciarme,
Y soy mujer; por vengarme,
Hasta el alma he de perder.

DON ALVARO. *(Ap.)*
¿Es posible lo que veo?
Ya la temo.

DOÑA EUGENIA
Y más verás;
Que una pena puede más
Cuando la aprieta un deseo.
¿Quieres quererme, enemigo?

DON ÁLVARO
No puedo.

DOÑA EUGENIA
Mátame pues.

DON ÁLVARO
Ni eso quiero; ¿tú no ves
Que soy de tu esposo amigo,
Y aunque mi amigo no fuera,
Te dejara de querer,
Por verte que eres mujer
Que me ruegas que te quiera?
Acaba ya de dejarme.

ELVIRA. *(Ap.)*
¡Ay, afrenta de mujeres!

DOÑA EUGENIA
Villano, pues que no quieres
Ni quererme ni matarme,
Aborrece mi porfía,
Sigue tu gusto, y advierte
Que ocasiones de tu muerte
Compraré con sangre mía.
Que ya mudando de empleo,
Quiero que dé mi esperanza
Las fuerzas a la venganza,
Que hasta aquí tuvo el deseo.
Matarte, villano, quiero,
Guárdate de mi rigor;
Que cual diestro esgrimidor,
Señalo el golpe primero.

Todavía recibe Elvira un cuarto papel, de manos de un escudero francés que sirve a don Álvaro, para la misma criada que pretende el viejo y trabucándolos adrede entrega el de Valerián a Hipólita, como si fuera de don Álvaro para doña Eugenia; el de ésta lo entrega a Valerián, como procedente de Hipólita; e igualmente cruza los de los dos criados. Enterado don Álvaro del mensaje que su mujer recibiera y aclarado que no es suyo, quiere vengarse del amigo traidor, fingiendo un viaje para mejor lograrlo, por consejo de Elvira, quien, en realidad quiere burlarse de todos. Convence a Hipólita de que su marido piensa matarla y le conviene mudar de habitación aquella noche. La dama accede medio convencida pero como ha sorprendido un arrebato amoroso de su marido con el supuesto paje, confusa y escandalizada avisa a su hermano Leonardo para que la ampare y traiga a los alguaciles del Arzobispo a fin de que faciliten el divorcio. Siguen los enredos de Elvira encerrando en una habitación a los dos pajes, uno de ellos vestido de mujer, y a doña Eugenia la introduce en el cuarto de don Álvaro, aprovechando la ausencia de Hipólita. Pero como este caballero regresa sigilosamente a su habitación cuando Elvira lleva a Valerián al mismo cuarto, salen a poco acuchillámdose los dos hombres, al tiempo que entran en la casa los nuncios del Arzobispo y detienen la espada de don Álvaro. Éste pide a Leonardo que entre a por su hermana para aclarar la situación y, claro está, saca a doña Eugenia y no a Hipólita.

LEONARDO
Salid presto.

DOÑA EUGENIA
He de perder
La vida.

DON ÁLVARO
¡Cielo! ¿Qué veo?
¿Es posible? Aún no lo creo.

VALERIÁN
¡Ay, cuitado, es mi mujer!

Sale PIERRES, *como mujer, con su manto, luchando con* GALÍNDEZ

PIERRES
Pardiu que aus tinc de matar,
Al villaco bujiarrón.

ALGUACIL
¿Qué es esto? Figuras son
Que son muy para mirar.
Tenedlos; parece sueño
Lo que se ha ofrecido aquí.

Sale HIPÓLITA, *sola*

HIPÓLITA
¡Hermano!

LEONARDO
Hermana, salí;
Que ya tenéis otro dueño.

DON ÁLVARO
¡Qué súbita confusión!

VALERIÁN
¡Qué descomedida afrenta!

ALGUACIL
No sé qué diga o qué sienta
De tan no vista ocasión.
ELVIRA
Confieso que pude hacer
Este enredo.
ALGUACIL
¿Cómo fue?
ELVIRA
Primero, señor, diré
A todos que soy mujer.
HIPÓLITA
¡Jesús mio!
LEONARDO
¡Caso extraño!
ELVIRA
Fue travesura, y no mengua.
ALGUACIL
¡Buena cara!
GALÍNDEZ
Y buena lengua
Para trazar un engaño.
VALERIÁN
Oye, señor; de corrido
Apenas hablar acierto:
Por mi orden quedó muerto.
De mi mujer el marido.
Esto con ella traté;
Y como viuda quedó,
Caséme con ella yo,
Y ella lo diga.
DOÑA EUGENIA
Así fue.
VALERIÁN
De la justicia esto escondo,
Y de ti vengo a saber
Si pudo ser mi mujer.
ALGUACIL
Que no puede te respondo,
Y hay precisa obligación
De apartarte y de dejalla.
VALERIÁN
Pues con eso, Señor, halla
Mi honra satisfación.
DOÑA EUGENIA
Yo tengo mi merecido.
DON ÁLVARO
A mí el cielo me ha vengado
Por un camino extremado.
LEONARDO
Di, señor, ¿a qué has venido?
ALGUACIL
Señor don Álvaro, en Roma
La dispensación erraron
Los que allí la procuraron;
Y de aquí ocasión se toma
Para que Hipólita sea,
No vuestra, sino de quien
Ella guste.
DON ÁLVARO
Está muy bien,
Si ella quiere; ¿habrá quien crea
Que yo, pues honrado soy,
Para mía he de querer
Contra su gusto mujer?
(*Ap.* ¡Qué contento! Libre estoy.)
HIPÓLITA
Mas quiero estar sin marido
Que tenello y tener celos.
ELVIRA
A ti, Señor, y a los cielos,
De quien honor me ha debido,
Pedir justicia pudiera,
Siendo agora su mujer.
ALGUACIL
Pues di, ¿qué quieres hacer?
ELVIRA
No quiera Dios que tal quiera.
La vida de los casados
He visto en aquestos dos;
Y así, no permita Dios
Que a ella extienda mis cuidados.
Volverme quiero a mi tierra,
Donde un monasterio habrá
Que en dulce paz me tendrá,
Y no en tan amarga guerra.
ALGUACIL
Pues todos quedáis contentos,
No tengo más que esperar.
(Vanse los nuncios y alguaciles.)
DOÑA EUGENIA
Libertad les quiero dar
De hoy más a mis pensamientos.
VALERIÁN
Ancho es el mundo, y podré
Con anchura andar por él.
GALÍNDEZ
Penitencia haré cruel.
PIERRES
A Franza men andaré.
HIPÓLITA
Daré al cielo mis cuidados
Por soberano misterio.
DON ÁLVARO
Con fin de mi cautiverio
Acaba *Los mal casados.*

AGUSTÍN DE ROJAS VILLADRANDO

Natural de Madrid, donde nació en 1572, tras una vida azarosa y aventurera en que fue soldado, estuvo prisionero, hizo el corso contra Inglaterra, actuó como cómico, puso tienda de mercería y ejerció como escribano real, parece ser que murió en 1635, en Paredes de Nava.

LOA SIN TÍTULO

De las famosas riberas
que el sagrado Betis baña,
en cuyo fondo soberbio
dieron fondo mis desgracias,
salieron cuatro galeras
la vuelta del mar de España,
las dos para Cartagena,
las otras dos para Italia.
Surcan el salado charco,
arando montañas de agua,
azotando con los remos
las tranquilas olas varias.
Favorable viento llevan,
el mar sesgo y con bonanza,
todos gozosos y alegres,
navegan, boga arrancada.
Llegan junto a la Herradura,
levántase una borrasca,
túrbase el cielo en un punto,
el mar sus ondas ensancha,
los soberbios truenos crecen,
el airado viento brama,
con que a las galeras hunde
y a los peñascos arranca.
Ya bajan a las arenas,
ya a los cielos se levantan,
ya se hunden y trastornan,
ya van todos a la banda.
Ya rechina el mástil roto,
ya los remos se quebrantan,
ya el gobernalle se pierde,
ya la chusma va turbada.
Unos gritan, otros lloran,
éste iza, aquél amaina,
cuál va debajo cubierta,
cuál con la tabla se abraza.
El corvo pito no suena,
la triste noche amenaza,
los rayos atemorizan,
los relámpagos espantan.
Al cielo sube la proa,
el garcés al centro baja,
ya van las gúmenas rotas,
despedazadas las jarcias.

Cuál promete de ir a Roma,
cuál a la Peña de Francia,
cuál de no ofender a Dios
si deste peligro escapa.
Cesa el fiero torbellino
y el airado viento amaina,
vuelve el mar tranquilo y quieto,
Santelmo sobre las aguas.
Con la bonanza dichosa
descúbrese alegre el alba;
ya lo pasado se olvida,
y en lo presente se trata.
Toman puerto, echan esquifes,
en la amada tierra saltan,
unos las arenas besan,
Otras los riscos abrazan.
Los afligidos remeros
los lacios miembros descansan,
cuál durmiendo con los ojos,
cuál velando con el alma.
Aquí el marinero vela,
allí el cómitre trabaja,
hacia aquí el soldado juega,
y allá el otro mira y calla.
En efecto, dos soldados
al pañol llegan y llaman:
«— Ah, Pañolero, ¿a quién digo?»
Y responde: «— ¿Quién me llama?»
«— Dadnos cuatro o seis raciones
para en cuenta de mañana,
de bizcocho, vino, aceite,
tocino, garbanzos, habas».
«— Señores, las de hoy he dado,
que es las que darse me mandan;
mi patrón está ahora en tierra,
y sin él no doy yo nada».
Les dice, y que le perdonen,
pues él de darlas se holgara;
respóndenle; en fin, no quiere,
y replicó: «— Yo gustara;
pero falta mi patrón,
y en faltar él, todo falta».
«— ¿No quiere? Pues, ¡vive Dios!
(responden) si en tierra salta,
que le hemos de hacer que quiera».
Dicho y hecho; vánse y callan;
aperciben cuatro o seis,
y otro día, de mañana,
cogen en tierra al cuitado,
comiendo, solo y sin armas,
y al fin, para concluir,
danle una herida y escapan,
y dejándole por muerto,
hizo a todos tanta lástima,
que aquél en brazos le lleva,
y el otro en pie le levanta;

cuál le anima y le consuela,
cuál el cirujano llama,
cuál le desnuda el vestido
y cuál llora su desgracia.
Lo mismo me sucedió
estando en una posada,
que es la galera que he dicho,
siendo el pañol una sala.
Pues llegándome a pedir
del dinero de la entrada
lo que no podía dar,
ni por cuenta mía estaba,
dije que me perdonasen,
que el autor no estaba en casa,
que en viniendo él lo daría,
que por mi parte me holgara.
Y dícenme: «— En fin, ¿no quiere?»
Y dije: «— Digo que basta
decirles que si pudiera
que lo diera con el alma».
Replican tercera vez:
«— ¿Que no quiere darnos blanca?»
Respondí: «— Hasta aquí he querido;
ahora no quiero darla».
«— Pues mañana nos veremos,
sor, el de las plumas blancas».
Vánse y vienen otro día
cinco o seis de mano armada.
Y sin tener culpa alguna,
entran dentro de mi casa,
acuchillan, matan, hieren,
parten, rompen, despedazan.
Salgo en amistad con ellos,
y en llegando junto a Gradas,
por mis yerros, que son muchos,
me dieron una estocada.
No sentí que estaba herido,
que la pasión demasiada
cerró al sentido la puerta,
abriendo camino al alma.
Llegó Villegas a mí
cuando ya me desmayaba,
y díjome: «— ¡Ánimo, Rojas;
buen ánimo, que no es nada!»
Abrí los ojos y vile,
y con tan buena esperanza,
saqué fuerzas de flaqueza,
y animó las mías flacas.
Luego, un confuso tropel
de gente me llevó a casa;
cuál dejaba la comida,
cuál me cubre con su capa,
cuál me encomendaba a Dios,
cuál de suspenso callaba,
cuál en sus brazos me anima,
cuál el confesor me llama.

Cuál con mi salud se alegra,
cuál enciende luminarias,
cuál me consuela con obras,
cuál me anima con palabras.
Cuál hace decirme misas,
cuál me visita en la cama
y cuál me regala en ella,
sin saber quién me regala.
¡Oh ciudad reina del mundo!,
¡oh amparo de gente extraña!,
¡oh muralla de la Iglesia!,
¡oh escudo de la fe santa!
¡Oh relicario de Dios!,
¡oh archivo de gentes varias!,
¡oh luz de la Cristiandad!,
¡oh espejo ilustre de España!
¡Oh Sevilla venturosa!,
¡oh tú mil veces monarca
de cuantas ciudades cubre
toda la capa estrellada!
Tú a los perdidos remedias,
tú a los extraños amparas,
tú a los pobres favoreces,
tú a los humildes levantas.
Tú eres ser de la grandeza,
tú eres lustre de las galas,
tú eres madre del valor,
tú eres reina de las armas.
En ti hay catedral, iglesia
donde redimen las almas
con que enriqueces los cielos
y a Dios tu tributo pagas.
En ti hay tantos monasterios,
cuyas divinas campanas
son bocinas que publican
tus milagros, vida y fama.
En ti hay cabildo, en ti hay ley,
en ti hay nobleza y crianza,
en ti hay justicia y gobierno
y en ti todo el mundo se halla.
En ti nacen los que mueren,
en ti viven los que matan,
pues yo muerto estuve en ti,
y en ti encontré vida amada.
Bien puedo decir que eres,
¡oh gran Sevilla!, mi patria,
pues vuelvo a nacer en ti
y he vivido por tu causa.
Los que me decían milagro,
ya de veras me lo llaman,
que bien de milagro vive
quien de milagro se escapa.
A ti, pues, ciudad famosa,
madre de los que te llaman,
vengo yo a pedir mercedes,
tras una merced tan alta.

Y es que ampares a Villegas,
como continuo le amparas,
pues conoces que es tu hijo,
pues sabes lo que te ama.
Por haber nacido en ti,
y ser tú su madre amada,
y a vosotros, caballeros,
hermosas y bellas damas,
las mercedes que hicisteis
os pague Dios, que son tantas,
que yo no puedo servirlas
por ser mis fuerzas tan flacas.

LOA SIN TÍTULO

ROJAS. Una dama muy hermosa
esotro día me dio
palabra de sí y de no;
¿decidme, qué es cosa y cosa?
El no, bien le comprehendo;
el sí estoy dificultando,
porque el sí dijo callando
y el no me dijo riyendo.
El sí, callando, ha nacido
de amor, vergüenza o engaño;
el no, riendo, del daño
que deste sí he concebido.
Con la risa señaló
el no, que me dijo allí,
y callando, decir sí,
es porque me ría del no.
Que el no se da por favor,
y el sí por entretener,
y con no suele querer
quien con sí no tiene amor.
¿No hay quien lo declare?

Sale MARÍA

MARÍA. Sí.
ROJAS. ¿Quién me ha respondido?
MARÍA. Yo,
que estaba escuchando el no
y a declararle salí.
ROJAS. ¿Pues entiendes tú algo desto?
MARÍA. Entiendo lo que él no entiende.
ROJAS. Vete, que eres niña; aprende,
que tú no sabes de aquesto.
MARÍA. Oiga, que ha andado extremado,
señor milagro, yo sé
mucho más que él.
ROJAS. ¡Bueno a fe!
MARÍA. Éntrese, que me ha enfadado.
ROJAS. ¿Enfadado, mi clavel?
MARÍA. Piensa, mi bien, dese modo
que es hacer milagros todo;

pues sepa que sé más que él.
ROJAS. Por mi fe que anda donosa
y con mil donaires hoy.
MARÍA. Pues sepa, amigo, que soy
más bellaca que no hermosa.
ROJAS. ¡Por Dios!...
MARÍA. Como se lo cuento:
conózcame, por su vida.
ROJAS. Sí haré, pues me convida.
MARÍA. No le faltará un jumento.
ROJAS. ¿Hay más donosa rapaza,
hay tal donaire en la tierra?
MARÍA. Quedo, que se va a la sierra
y habla más que una picaza.
Vamos a lo que salí
y de gracia nos dejemos.
ROJAS. Digo, amores, que empecemos.
MARÍA. No soy la del no, ni el sí.
Ni vendo, como solía,
aljófares ni granates,
para decir disparates,
amores, ni «gloria mía».
Diga allá, a los labradores,
a los que vendía el coral,
«lleve esto, que es celestial»,
y a mí no me diga amores.
ROJAS. Pues diga a lo que salió.
MARÍA. Yo diré a lo que salí:
a declarar aquel sí
y el secreto de aquel no.
¿No dice que preguntando,
no sé qué le respondieron,
sí y no, y el no rieron
y el sí dijeren callando?
ROJAS. Es así.
MARÍA. Lo que él decía
importa ahora saber.
ROJAS. Decíale a una mujer
que la adoraba y quería.
Y que si acaso gustaba
de mis penas admitir,
que la empezaría a servir
porque en extremo la amaba.
MARÍA. Pues bien, ¿qué enigma hay aquí?
Si adorarla prometió,
al quererla, dijo no;
y al servirla, dijo sí.
De manera que, al servir,
le respondió con callar,
y al querer y al adorar
le respondió con reir.
Y así callando, otorgó,
como se ve claro aquí,
al interés dijo sí
y al amor dijo que no.
¿Quiere saber más?

ROJAS. Señora,
vuesa merced ha acertado;
cuidadoso me ha dejado
lo que ha dicho.
MARÍA. ¿Aquesto ignora?
Sepa que ya la mujer
no quiere al hombre galán,
que vale muy caro el pan
y muy barato el querer.
Discreción ni poesía,
donaire ni gentileza,
no vale donde hay pobreza;
déjese de esa porfía,
que vuesa merced, señor,
es un Alejandro Magno,
y no gasta en el verano
sino ternezas de amor.
Y tiene en España fama
de muy largo gastador,
y que con versos y amor
suele sustentar su dama,
que promete más que un Fúcar
por ser liviano de cascos,
y son sus manos peñascos
de la barra de Sanlúcar.
ROJAS. Yo confieso que es verdad,
que en mi vida di a mujer
cuando no llegó a querer
con igual conformidad.
Porque es muy gran majadero
el que quiere amor comprado,
pues quiere gusto forzado
a peso de su dinero.
Porque el amor que es honrado
no se funda en interés,
cuando por dicha no es
de necesidad forzado.
Que entonces, por caridad,
cualquier hombre de razón
acude a su obligación,
cuanto y más con voluntad.
Porque este amor, saber quiero
si le han de tener aquí
por el dinero o por mí,
por mí y no por el dinero.
MARÍA. Ahora, señor Rojas, eso
no lo salí a averiguar;
la loa quiero empezar:
éntrese allá.
ROJAS. ¿Cómo es eso?
MARÍA. Que se entre luego, volando,
que la loa he de decir;
ea, ¿no se quiere ir?
ROJAS. Niña, niña, ¿estaste holgando?
MARÍA. Acabemos; ¿no se va?
ROJAS. ¿Qué dices, niña?

MARÍA. Que acabe;
y pues tan poquito sabe,
que se entre al momento allá,
que la loa he de decir.
ROJAS. ¿Quién, niña?
MARÍA. Yo, niño.
ROJAS. ¿Tú?
MARÍA. Sí, niño de Belcebú.
ROJAS. Basta, que me hace reír.
MARÍA. Basta, que es un mentecato,
y no le parece a él,
que la diré mejor que él;
no yo, pero mi zapato.
ROJAS. Pues tú, ¿qué puedes hacer?
MARÍA. Mucho más que él.
ROJAS. Poco a poco.
MARÍA. Digo que el hombre está loco
o lo quiere parecer.
ROJAS. Salido de ángel o dama,
de un niño, de algún capón,
¿qué has de hacer?
MARÍA. Gentil razón
para detrás de una cama.
Sepa que yo puedo hacer,
mientras de aquesta edad gozo,
el ángel, el niño, el mozo,
el galán y la mujer.
Y el viejo, que para hacello,
y otras figuras que haré,
una barba me pondré,
y así habré de parecello.
El pobre, el rico, el ladrón,
el príncipe, la señora...
ROJAS. Anda, que eres habladora.
MARÍA. Pues oiga y deme atención,
que yo he de probar aquí
todo cuanto puedo hacer,
y luego habemos de ver
las muestras que él da de sí.
Va de ángel.
ROJAS. ¿De ángel va?

(Representa de ángel.)

MARÍA. Sansón, ¡ah, Sansón! ¿Es fuerza
que Dios te vuelva tu fuerza?
ROJAS. Eso de ángel, bueno está.
MARÍA. Va de dama.
ROJAS. ¿Dama?
MARÍA. Sí.

(Representa de dama.)

¡Hola, Hernández, hola! ¿Oís?...
corre, volando a don Luis
que se llegue luego aquí.
ROJAS. Bueno está; va de galán.
MARÍA. ¿De galán? Así lo haré.

ROJAS. ¿Qué haces?
MARÍA. Desnúdome.

(Quítase la saya y queda de hombre.)

ROJAS. ¿Hay más gracioso ademán?
MARÍA. Oiga, amigo ; no se asombre,
que el galán tengo de hacer ;
cuando dama, de mujer,
y cuando galán, de hombre.
ROJAS. Va de figura.
MARÍA. Señora...

(Representa de galán.)

a vustra gran discreción
humilla su corazón
este esclavo que os adora.
Tened de mi mal memoria,
muévaos amor mi desgracia
y no pierda vuestra gracia,
pues no alcanzo vuestra gloria.
ROJAS. Bueno está. Va de un ladrón
o de un matón arrogante.
MARÍA. Ya va de un hombre matante ;
señor Rojas, atención.

(Representa de rufián.)

Amaine, señor Garrancho,
no se entreche con la iza,
que es muy godeña marquiza,
la Guimara de Polancho.
Que le cortaré las nares
si más con ella se entreba,
y le quitaré una greba
con sus calzorros y alares.
ROJAS. ¡Válgate el diablo, cangrejo! ;
¿quién te enseñó germanía?
MARÍA. Oígame, por vida mía,
que falta más.
ROJAS. ¿Falta el viejo?
MARÍA. Deme una barba.
ROJAS. Aquí está,
que para mí la guardé.
MARÍA. Enseñe y me la pondré ;
¿está buena?
ROJAS. Buena está.

(Pónese la barba y representa de viejo.)

MARÍA. Hija, enemiga de honra,
de aquestos caducos días,
muévante ya mis porfías,
pues no te ablanda mi honra.

(De dama.)

Señor padre, no me afrente
con tan extraño rigor,

que siento más su dolor
que no él mis desdichas siente.

(De galán.)

Vuesa merced no me culpe,
que si a su hija he servido,
es para ser su marido,
y esto sólo me disculpe.

ROJAS. Epílogo bueno, a fe.

MARÍA. Ve aquí el galán, dama y viejo.
Ahora en tus manos dejo
que empiece vuesa mercé.
Haga, pues, lo que le toca.

ROJAS. Dime tú lo que he de hacer.

MARÍA. Digo que haga una mujer
puesta aquesta saya y toca.

ROJAS. ¿Yo mujer?

MARÍA. Pues, él mujer.

ROJAS. ¿Pues cómo con barbas puedo?

MARÍA. Luego con victoria quedo;
¿halo ya echado de ver?

ROJAS. Digo que en verdad ha sido.

MARÍA. En fin, señor, yo vencí;
¿qué dice?

ROJAS. Digo que sí.

MARÍA. ¿Está contento?

ROJAS. Y vencido.

MARÍA. Pues por vencido se da,
quiero hacelle una mamona,
y tras esto un bozcorona,
y luego entrarse podrá.
Llegue y béseme esta mano.

ROJAS. De muy buena voluntad.

MARÍA. Por sola aquesa humildad,
quiero perder lo que gano.
Mas con condición será
que hará lo que yo mandare,
no hablará donde yo hablare,
ni más fanfarroneará.

ROJAS. Digo que es justa razón.

MARÍA. Meta allá dentro esa saya.

ROJAS. ¿Qué he de hacer? Paciencia, vaya.

MARÍA. Senado ilustre, atención.

ANÓNIMO

El entremés de los *Romances* se publicó en la «Parte tercera» de las *Comedias de Lope*, y Adolfo de Castro lo incluyó en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes*, Madrid, 1874, estimando que por las semejanzas de lenguaje y estilo se trataba de una obra cervantina. La atribución fue rebatida por Vidal de Valenciano, adjudicándoselo a Quevedo con no mayores motivos que Castro lo hiciera a nombre de Cervantes. Indecisa la paternidad entre estos dos autores y aun otros que pudieran señalarse como posibles, nos parece más acertado dar la pieza como anónima.

ENTREMÉS FAMOSO DE LOS ROMANCES

Figuras: PERO-TANTO, MARI-CRESPA, TERESA, PERICO, ANTÓN, BARTOLO, BANDURRIO, SIMOCHO, MARICA, DOROTEA Y MÚSICOS

Salen MARI-CRESPA, TERESA, PERICO *y* PERO-TANTO, *viejo, vestidos de labradores*

MARI. Diga, señor Pero-Tanto,
¿eso es verdad?
PERO. Más me espanto,
Mari-Crespa, que dudéis
mi verdad.
MARI. No os enojéis,
que no lo digo por tanto.
PERO. Tanto por cuanto ya os digo
que vuestro yerno y amigo
quiere partirse a la guerra,
y dejar su esposa y tierra,
que lo consultó conmigo.
De leer el Romancero,
ha dado en ser caballero,
por imitar los romances,
y entiendo que, a pocos lances,
será loco verdadero.
Y aunque más le persuadí,
está tan fuera de sí
que se ausenta de Teresa.
PERICO. Porque es mi hermana, me pesa.
TERESA. ¡Ay, mal casada de mí!
Que Bartolo, mi velado,
se me quiere hacer soldado.
Madre, ¿con quién me casó?
MARI. Pues ¿tengo la culpa yo?
PERICO. ¡Ay, que se va mi cuñado!
TERESA. ¡Ay, mi querido Bartolo!
¿Qué he de hacer sola?
PERICO. Y yo,
¿qué haré yo solo sin ti?
MARI. ¡Ay, Bartolo!
PERICO. Veisle, aquí
viene a despedirse.
TODOS. ¿Dolo?

Sale BARTOLO *de labrador y* BANDURRIO

BARTOLO. Ensíllenme el potro rucio
de mi padre Antón Llorente;
dénme el tapador de corcho
y el gabán de paño verde.
El lanzón, en cuyo hierro
se han orinado los meses;
el casco de calabaza
y el vizcaíno machete.
Y para mi caperuza,
las plumas del tordo dénme,
que, por ser Martín el tordo,
servirán de martinetes.
Pondrásle el orillo azul
que me dio para ponerme
Teresa la del Villar,
mi mujer, que está presente;
pártete luego, Bandurrio,
y haz que todo se aderece.

BAND. Listo voy, que los soldados
hemos de ser diligentes.

(*Vase* BANDURRIO.)

MARI. ¿Qué es aquesto, hijo Bartolo?
¿Qué es aquesto en que nos metes?
¿Casado de cuatro días,
dejar a mi hija quieres?

PERICO. Señor cuñado, no vaya
a reñir con los ingleses,
que tendrá mi hermana miedo
de noche cuando se acueste.

PERO. Ea, Bartolo, no os vais;
mirad que Teresa siente
que la dejéis sola y moza.

TERESA. Más que nunca acá se quede.

BARTOLO. Teresa de mis entrañas
no te gazmíes ni jaqueques;
que no faltarán zarazas
para los perros que muerden.
Aunque es largo mi negocio,
la vuelta será muy breve:
el día de San Ciruelo
o la semana sin viernes;
acuérdate de mis ojos,
que están, cuando estás ausente,
encima de la nariz
y debajo de la frente.

Sale BANDURRIO

BAND. Partamos, señor.

BARTOLO. Bandurrio,
¿qué me dices?

BAND. Que te aprestes,
que para sesenta leguas
nos faltan tres veces veinte.

BARTOLO. Pues queda con Dios, Teresa;
señores, con Dios se queden;
adiós, hermano Perico;
adiós, Pero-Tanto.
TERESA. Vete.

(*Vanse* BANDURRIO *y* BARTOLO.)

¡Ay, quién se muriera,
para no pasar
tantas sinrazones
en guerra y en paz!
PERO. Todas las hermosas,
es cosa vulgar,
que son desdichadas
conforme al refrán.
PERICO. Si es verdad aqueso,
mi hermana será
«la más bella niña
de nuestro lugar».
MARI. Pobre de la triste,
pues para su mal
«hoy es viuda y sola
y ayer por casar».
TERESA. ¿Quién, señora madre,
muerta no se cae,
viendo que sus ojos
a la guerra van?
PERO. La pobre Teresa,
harta de llorar,
a su madre dice
que escuche su mal.
TERESA. Dulce madre mia,
¿quién no ha de llorar
aunque tenga el pecho
como un pedernal?
MARI. Calla, por tu vida,
que remedio habrá.
PERO. ¿Qué remedio?
MARI. Iremos
do su padre está,
y contando el caso
saldrá del lugar
a traerlo atado
si no vuelve en paz.
TERESA. Muy bien dice, madre;
vámosle a buscar.
Tú, Perico, en casa
te puedes quedar.
PERICO. Yo me quedo.
PERO. Vamos
presto, que se irá.
TERESA. Cuando no le hallemos,
«dejadme llorar
orillas de la mar».

(*Vanse y queda solo* PERICO.)

PERICO. ¡Qué de leer romances
Bartolo está tal,
que se haga soldado
y vaya a embarcar!

Sale DOROTEA.

DOROTEA. Hermano Perico,
que estás a la puerta,
con camisa limpia
y montera nueva.
Mi hermano Bartolo
se va a Inglaterra,
a matar el Draque
y a prender la reina.
Tiene de traerme
a mí de la guerra
un luteranico
con una cadena,
y una luterana
a señora agüela.
PERICO. Vámonos yo y tigo
para el azotea;
desde allí veremos
los valles y tierras,
los montes y prados,
los campos y sierras;
y más, si allá vamos,
diré una coseja
de la blanca niña
que llevó la Griega.
DOROTEA. Yo tengo una poca
de miel y manteca.
PERICO. Yo turrón del dulce
y una piña nueva.
DOROTEA. Haremos de todo
cocha, boda y buena.
PERICO. Dorotea, vamos
a pasar la fiesta,
y allá jugaremos,
donde no nos vean:
harás tú la niña
y yo la maestra:
veré tu dechado,
labor y tarea,
y haré lo que suelen
hacer las maestras
con la mala niña
que la labor yerra.
DOROTEA. Tengo yo un cochito
con sus cuatro ruedas,
para que llevemos
puestas las muñecas.
PERICO. Yo un peso de limas
hecho de dos medias,
y un correvuelas

que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
seña Dorotea,
tendré un caballito,
daré mil carreras;
tú saldrás a verme
por entre las rejas.

DOROTEA. Casarte has conmigo
y habrá boda y fiesta,
dormiremos juntos
en cama de seda.

PERICO. Y haremos un niño
que vaya a la escuela.

(*Vanse* DOROTEA *y* PERICO *y sale* BANDURRIO.)

BAND. Con la prisa que salimos
Bartolo y yo del lugar
para irnos a embarcar,
en el monte nos perdimos.
El viene atrás; yo no hallo
senda alguna ni vereda,
ni encuentro pastor que pueda
decirme dónde he de hallallo.
Pero ya descubro y todo
un pastor, si bien percibo,
cabizbajo y pensativo,
puesto en el peñasco el codo.

(*Vase* BANDURRIO *y salen* MARICA *y* SIMOCHO.)

SIMOCHO. ¡Oh, más falsa pastorcilla
que las trampas de los lobos;
más dura que la tortuga
la concha, que no el meollo!
Piensas que por Penélope
te tienen agora todos,
y no hay nadie que no diga
que quieres mal a Simocho.
Quitástete la gorguera
con la sarta de abalorio,
y pusístete el mandil
con que lavas el mondongo.
Si lo pensaste encubrir,
eso, Marica, a los bobos;
que bien se ve por la saya
cuando se quema el quillotro.

MARICA. Simocho, tuya es la culpa
que esotro día en el corro
pisaste la pata a Menga.

SIMOCHO Celuchos, celuchos.

MARICA. Soulo.

SIMOCHO. Marica, si te ofendí,
le ruego a Dios poderoso
que las yeguas se me mueran
y nunca me nazcan potros.

MARICA. Esas maldiciones y otras
caigan sobre ti, Simocho,
y cual asno, pues lo eres,
cuervos te saquen los ojos.
Suéltame.
SIMOCHO. Aguarda, Marica.
MARICA. Suéltame.
SIMOCHO. Olvida el enojo.
MARICA. Daré voces.
SIMOCHO. Aunque grites
hasta que te oigan los sordos.

Sale BARTOLO *armado de papel, de risa, y en un caballo de caña.*

BARTOLO. Mira, Tarfe, que a Daraja
no me la mires, ni hables,
que es alma de mis sentidos
y criada con mi sangre.
Y que el bien de mi cuidado
no puede mayor bien darme,
que el mal que paso por ella,
si es que mal puede llamarse,
¿a quién mejor que a mi fe,
esta mora puede darse,
si ha seis años que en mi pecho
tiene la más noble sangre?
Esto dijo Almoradí,
y escuchóle atento Tarfe.
SIMOCHO. Hermano, si estáis borracho,
id a dormir a otra parte,
que aquí no hay moro ni mora,
porque somos dos zagales
que nos queremos casar.
MARICA. No hayas miedo que tal cases.
BARTOLO. Retrátate, Almoradí,
que es razón que te retrates
de tus mujeriles hechos,
y en cosas de hombres no trates.
Dices que Daraja es tuya;
suéltala, moro cobarde.
SIMOCHO. No quiero.
BARTOLO. Pues por los cielos
que aquesta lanza te pase.
SIMOCHO. ¡Ay, que me ha dado en las nalgas!
MARICA. El diablo que los aguarde.

(*Vase* MARICA.)

SIMOCHO. ¿Cómo con la lanza misma
no me vengo?
BARTOLO. ¡Arre, arre!
SIMOCHO. Descabalgad del caballo
y lo que hicisteis pagadme.

(Toma SIMOCHO *la lanza y dale a* BARTOLO *de palos y tiéndele en el suelo y vase corriendo.)*

BARTOLO. ¡Ah, cruel fortuna proterva!
Apenas puedo moverme;
contenta estarás de verme
tendido sobre esta hierba.
De una desgracia tan brava
no tengo la culpa yo;
túvola el asno, que no
corrió cuando le arreaba.
¡Santa María me valga;
no puedo alzarme aunque quiero!
¡Mal hubiere el caballero
que sin espuelas cabalga!
Mas ¿yo no soy Valdovinos
y Carloto no es aquél
que, como traidor cruel,
me dejó entre estos espinos?

(Dice ANTÓN *dentro)*:

ANTÓN. Por aquí se van ya viendo
como la estampa lo muestra.
PERO. Pues como perros de muestra
los iremos descubriendo.
BARTOLO. ¿Dónde estáis, señora mía,
que no te duele mi mal?
De mis pequeñas heridas
compasión solías tomar,
y agora, de las mortales,
no tienes ningún pesar.
No te doy culpa, señora,
que descanso en el hablar;
mi dolor es tan crecido
que me hace desvariar.

(Dicen dentro):

TERESA. Señora madre, adelante;
una voz he oído hablar.
ANTÓN. Hacia do la voz oyeres,
comienza de caminar.
BARTOLO. ¡Oh, mi primo Montesino!
¡Oh, infante don Merián!
¡Oh, buen marqués Oliveros!
¡Oh, Durandarte el galán!
¡Oh, triste de la mi madre!
Dios te quiera consolar,
que ya es quebrado el espejo
en que te solías mirar.

Salen PERO-TANTO, ANTÓN, MARI-CRESPA *y* TERESA

PERO. Las ramas vengo cortando
para el camino acertar.
ANTÓN. A todas partes mirando
por ver qué cosa será.
MARI. Al pie de unos altos montes
veo un caballero estar.
TERESA. Armado de algunas armas
sin estoque ni puñal.

ANTÓN. Lleguemos a ver quién es.
PERO. Vuestro hijo es, por San Juan.
BARTOLO. ¡Oh, noble marqués de Mantua,
mi señor tío carnal!
ANTÓN. ¿Qué mal tenéis, hijo mío?
¿Querádesmelo contar?
BARTOLO. Sin duda que es mi escudero.
TERESA. La cabeza probó alzar.
BARTOLO. ¿Qué decís, amigo mío?
Tráesme con quien confesar,
que el ánima se me sale,
la vida quiere acabar;
del cuerpo no tengo pena;
el alma quiero salvar.
PERO. Luego le entendió su padre.
ANTÓN. Por otro me fue a tomar.
Yo soy vuestro criado;
nunca comí vuestro pan;
vuestro padre soy, Bartolo,
que os he venido a buscar.
TERESA. Decidnos si estáis herido.
MARI. Hijo, decid la verdad.
BARTOLO. Veintidós palos me han dado,
que el menor era mortal.
ANTÓN. Levantémosle del suelo
y llevémosle al lugar.
PERO. Muy bien decís.
BARTOLO. Caballero,
por mi fe os digo verdad:
hijo soy del rey de Dacia,
hijo soy suyo carnal.
La reina doña Armelina
es mi madre natural;
la linda infanta Sevilla
es mi esposa otra quetal.
TERESA. ¡Qué esposa ni qué Armelina!
PERO. Esto en las coplas está
del noble marqués de Mantua.
BARTOLO. Era mi tío carnal,
hermano del rey, mi padre,
sin en nada discrepar.

Sale BANDURRIO

BAND. ¿Adonde estará Bartolo?
ANTÓN. Llegad, Bandurrio, llegad.
BARTOLO. Ellos en aquesto estando
su escudero fue a llegar.
¡Oh, mi querido Bandurrio!
PERO. Vamos con él; acabar.
ANTÓN. Tened, Bandurrio, de ahí
y empezad a caminar.
MARI. Adelántate tú, hija.
TERESA. Yo voy volando al lugar.
ANTÓN. Hijo mío, ¿qué es aquesto?
Acabad de loquear.
PERO. Lleve el diablo romancero,

que es el que te ha puesto tal:
decid, ¿no tenéis vergüenza,
Bartolo, de porfiar
en que sois vos Valdovinos?

BARTOLO. ¿Yo Valdovinos? No hay tal.
Vos, señor, sois Bencerraje,
y yo alcaide natural
de Baza.

PERO. ¡Locura nueva!

ANTÓN. ¡Pobre dél que tal está!

BARTOLO. Dime, Bencerraje amigo,
¿qué te parece de Zaida?
Por mi vida que es muy fácil:
para mi muerte es muy falta. [1]
Este billete le escribo:
escucha, y silencio guarda.
«Si como Damasco vistes,
vistes jacerina malla,
y en la guerra escaramuzas
labrando una rica manga».

ANTÓN. Él está loco perdido.

PERO. Bien se ve por lo que habla.

BARTOLO. «Si tienes el corazón
Zaida, como la arrogancia».

PERO. Otro nuevo disparate,
otro modo de dulzaina.

BARTOLO. Por una nueva ocasión
mira Tarfe que a Daraja
rendido está Reduán
de las montañas de Laca.
Elicio, un pobre pastor,
en una pobre cabaña,
con semblante desdeñoso,
de pechos sobre una vara,
Brabonel de Zaragoza,
discurriendo en la batalla,
por muchas partes herido,
rotas las sangrientas armas.
Sale la estrella de Venus,
rompiendo la mar de España,
después que con alboroto
entró la mal maridada.
En un caballo ruano,
afuera, afuera, aparta, aparta.

ANTÓN. Tenedlo, Bandurrio, bien.

PERO. Tenedlo, no se nos vaya.
Ea, vamos poco a poco,
que ya llegamos a casa.

MARI. ¡Ay, pobre dél! Ya le lloro
como muerto.

BAND. ¡Grande lástima!

BARTOLO. Todos dicen que soy muerto.
Dígasme tú la Serrana,
si Azarque, indignado y fiero.

(1) Así en el original.

su fuerte brazo arremanga.
MARI. ¿Quién es Azarque, hijo mío?
BARTOLO. Azarque vive en Ocaña.

Sale TERESA

TERESA. Ellos sean bien llegados,
que ya está hecha la cama.
BAND. Pues metámosle acostar,
que el loco durmiendo amansa.

(*Llévale* BANDURRIO *adentro y* PERO-TANTO.)

TERESA. Señora madre, ¿no sabe?...
Periquillo y la muchacha
en el azotea están
haciendo...
MARI. ¿Qué es lo que pasa?
TERESA. Dorotea y Periquillo
él desnudo y ella en faldas.
ANTÓN. ¿Mi hija?
TERESA. Sí, señor suegro. *(Vase.)*

Sale PERO-TANTO *con* PERICO *y* DOROTEA.

PERO. ¡Oh, maldita sea la casta!
Compadre aqueste muchacho
y esta señora muchacha,
han de ser deshonra nuestra
si al momento no los casan.
ANTÓN. Azotarlos es mejor.
PERO. Mejor será que se haga
la boda, si ellos quisieren,
como Abindaraez y Fátima.
MARI. Dense las manos entrambos.
PERO. Y los padres también daldas,
y para alegrar la boda,
Bandurrio, músicos llama.
ANTÓN. Hágase asín.
PERICO. Yo soy vuestro.
DOROTEA. Y yo vuestra.
ANTÓN. Doy palabra
que se casarán entrambos.
MARI. Y yo gusto de aceptalla;
el enfermo ¿cómo queda?

Sale TERESA

TERESA. Como un cochino roncaba.
ANTÓN. Pues como él duerma, el sentido
volverá a cobrar sin falta.

Sale BANDURRIO *con los* MÚSICOS

BAND. Los músicos han venido.
ANTÓN. Dios guarde la gente honrada;

canten algo vuesastedes,
y tú, Teresilla, baila.

(*Cantan los* MÚSICOS *esta letra y baila* TERESA)

MÚSICOS. « Frescos ventecillos
favor os pido,
que me anego en las olas
del mar de olvido ».

(En acabando de cantar esta letra se asoma BARTOLO *por lo alto del tablado en camisa.)*

BARTOLO. Ardiéndose estaba Troya,
torres, cimientos y almenas ;
que el fuego de amor a veces
abrasa también las piedras.
TODOS. ¡Fuego, fuego!... ¡Fuego, fuego!

(Éntranse todos.)

BARTOLO. ¡Fuego!, dan voces. ¡Fuego!, suena,
y sólo Paris dice : abrase a Elena.

ANÓNIMO

EL BAILE DEL ¡AY, AY, AY! Y EL SOTILLO

Salen dos FREGONAS *cantando, con sus lios*

FREG. 1.ª « Ancha la espadita.
los tiros cortos,
sale el bien de mi vida
a matar los moros.
Cansada vengo, que el río
lejos de mi casada está ;
el lío lo pagará,
ya que me ha cansado el lío.
FREG. 2.ª Dije yo : Manzanares ;
dijo él : Pisuerga ;
levantamos las voces
y hubo pendencia ».
FREG. 1.ª ¿Es María?
FREG. 2.ª ¿Es Isabel?
¡Oh amiga! ; dame esos brazos.
Días ha que no te veo.
FREG. 1.ª Siéntate.
FREG. 2.ª No voy despacio,
que gruñirán en mi casa.
FREG. 1.ª ¿Son mal acondicionados?
Cuéntame, por vida tuya,
si mudaste de ama y barrio.
FREG. 2.ª Pues ¿había de pasarse
sin darme bureo un año,
padeciendo impertinencias?

FREG. 1.ª ¿De quién?
FREG. 2.ª De aquel espantajo.
FREG. 1.ª Qué, ¿te trataba mal?
FREG. 2.ª Después de limpiar el patio,
barrer la casa y zaguán,
y barrer muy de ordinario;
después de andar en visitas,
traer y llevar recados,
y de andar en la cocina
con ligereza de un gamo;
después de fregar sartenes
y un vasar de sucios platos,
con más ollas que se comen
los bobos en el tablado,
lo que sobraba del día
me hacían estar rezando,
y al cabo con hambre daban
a mi triste vida cabo.
Por esto me despedí,
y ya sirvo a un boticario
con gusto, mas con pasión
de aceites, botes y emplastos.

(Tocan dentro guitarras y cantan.)

FREG. 1.ª Cantar oigo en la ribera
entre sus floridos ramos,
y si no me engaño, son
nuestros respetos lacayos.

Sale un LACAYO *y un* MÚSICO *cantando.*

MÚS. 1.° Son estrellas los ojos
de mi morena;
es verdad que es fregona
que ella no es reina.

Sale otro LACAYO *con otro* MÚSICO *cantando.*

MÚS. 2.° ¡Dios te libre, fregona,
que te halle hablando,
pues conoces la furia
de tu lacayo!

Sale BELTRÁN, *lacayo, cantando.*

BELTRÁN. Todo hombre lacayo
siempre es valiente;
que ha de ser esforzado
quien vino bebe
FREG. 1.ª ¡Oh lacayo de mi vida!
LAC. 1.° ¡Oh fregona de mis ojos!
FREG. 2.ª Ya cesaron mis enojos.
LAC. 2.° ¡Prenda del alma querida!
LAC. 1.° Mi regalo, mi fregata,
¿es posible que nos vemos?

FREG. 1.ª Por tanto gusto, bailemos.
LAC. 2.º Vaya, pues, que se dilata,
que estos señores darán,
para bailar, ocasión
cantando.
FREG. 2.ª Tienes razón.
MÚS. 1.º Bailen, que el son les harán.

(Cantan y bailan la letra siguiente.)

Aunque el campo se ve florido
con la blanca y la roja flor,
más florido se ve quien ama
con las flores del amor.
Aunque dulces ruiseñores
le den al campo placer,
y en sí contemple correr
los cristales bullidores;
aunque las flores mejores
le den la gloria mayor,
más florido se ve quien ama
con las flores del amor.

(Siéntanse y dice la FREGONA PRIMERA :)

FREG. 1.ª ¡Ah, mi señor solitario!;
¿a dónde tiene la ingrata?
Quiero decir la fregata.
¡Vive Dios, que es temerario!
BELTRÁN. ¿Quién la mete a la fregona
en hablarme, siendo un rayo?
FREG. 1.ª Fregona soy, y él lacayo.
BELTRÁN. ¡Hable bien la picarona!
FREG. 1.ª ¿Quiere que diga por qué
se dijo que poco había
de rocín a ruin?
BELTRÁN. Querría.
FREG. 1.ª Pues escúcheme voacé.
Si es vuzé ruin, y va junto
lo más del año a un rocín,
poco hay de rocín a ruin.
BELTRÁN. No me ha contentado el punto.
Ya mis sentidos se quejan:
castigarla han mis rigores;
mas temo a sus servidores,
que aun de noche no la dejan.
Mas ya que no sé bailar,
quiero cantar, no se espante.
FREG. 1.ª Cante, pues, si sabe; cante.
BELTRÁN. ¡Y cómo que he de cantar!

(Saca la guitarra BELTRÁN *y canta.)*

BELTRÁN. Sale la estrella de Venus.
FREG. 1.ª Quién dice menos.
BELTRÁN. Al tiempo que el sol se pone.

FREG. 2.ª Porque se entone.
BELTRÁN. Y la enemiga del día.
FREG. 1.ª ¡Qué bobería!
BELTRÁN. Su negro manto descoge.
FREG. 1.ª Porque se moje.
BELTRÁN. Y con ella un fuerte moro.
FREG. 1.ª ¡Qué bravo toro!
BELTRÁN. Semejante a Rodamonte.
FREG. 2.ª Mátete un monte.
BELTRÁN. Sale de Sidonia airado.
FREG. 1.ª Es un cuitado.
BELTRÁN. De Jerez la vega corre.
FREG. 2.ª ¡Oh, que se corre!
BELTRÁN. No me corro; mas podrían
callar cuando Beltrán canta,
hombre que por su garganta
come; es verdad, no se rían.
FREG. 2.ª ¿Beltrán se llama?
BELTRÁN. Sí, a fe.
FREG. 2.ª Pues canten los que aquí están
esto en honor de Beltrán.
FREG. 1.ª Canten, que yo bailaré.

(Cantan y bailan.)

MÚSICOS. ¡Qué corrido está Beltrán
por la vaya que le dan!
¡Qué corrido que le veo
por la vaya que le dieron!
FREG. 2.ª De la cabeza a los pies
doliente está su persona,
más corrida que una mona,
y no es mucho si lo es;
trae el alma del revés,
disparates se le van.
¡Qué corrido...
FREG. 1.ª Él se precia de cantar,
oficio que no le toca;
tiene otra gracia su boca,
y no pienso que es menor;
porque es muy buen bebedor
todos le conocerán.
¡Qué corrido...
BELTRÁN. ¡Oh qué mal que lo han bailado!
FREG. 1.ª ¡Miente el lacayo!

(Dale un bofetón ella.)

BELTRÁN. ¡Ay, ay!
FREG. 1.ª ¡Estopilla de Cambray,
diga quién se lo ha enseñado!
BELTRÁN. ¿Es barro una bofetada
para no aprender un son?
FREG. 1.ª Vaya esta nueva invención,
de algún gotoso inventada.
FREG. 2.ª No fue sino de un lencero
para vender su Cambray.

FREG. 1.ª Vaya, pues, el ¡Ay, ay, ay!,
que por bailarle me muero.

(Cantan y bailan.)

MÚSICOS. ¡Ay, ay, ay,
estopilla de Cambray!
¡Ay, ay, ay!, que el ¡ay, ay, ay!
que hasta el alma se me ha entrado;
quien el ¡ay, ay, ay! no baila,
el gusto tiene estragado.
¡Ay, ay, ay!

FREG. 1.ª En un pocito de celos,
¡ay, ay!, estoy metida;
que si el amor no me saca,
¡ay, ay, ay!, yo soy perdida.
¡Ay, ay, ay!

BELTRÁN. Todos dicen ¡ay, ay!
¡Ay, ay!, con todos diga.
¡Mal haya quien no dijere
¡ay, ay, ay!, como yo digo!
¡Ay, ay, ay!

(Métese BELTRÁN *en medio y va bailando, con que se da fin al famoso baile.)*

ANÓNIMO

BAILE DE LA MESONERICA

En la mitad de la Corte,
porque es la Corte lugar
donde el regalo y placer
se procuran alojar,
a una casa de posadas,
donde por huéspeda está
una moza de Mojados,
no de las de mal fregar,
que canta y tañe su poco,
y si forasteros hay
sale y al son del adufe
ansí los suele llamar:
«¿Quién pasa, quién va?
¡Hola, hola, gente honrada!;
aquí hay posada,
aquí los regalarán,
aquí hay posada apacible,
adonde el huésped amor
notable regalador,
aunque pedidor terrible.
¡Cuán descaminado va!;
lleguen, alleguen,
gente honrada,
aquí hay posada».
A la voz y encanto
de aquesta sirena,
un pobre extranjero
al punto se apea,
justo de calzones
largo de garceta,
ferreruelo abierto
y gorra tudesca.
Que trae Arliquín
por mozo de espuelas,
y es ropa de entrambos
sola una maleta.
Los unos a otros
se hacen reverencia,
Y el patrón así
les pide licencia:
«Si nos dais posada,
la mesonerica,
si nos dais posada,
la mesonera.
Si nos dais posada
en vuestro mesón,
la mesonerica,
blanca como el sol,
si nos dais posada,
la mesonerica».

Ella dice que entren,
y ellos todos entran,
y al entrar se tocan
de las manos tiernas.
Arliquín con burlas
aumenta la fiesta,
y cruzan los tres
con estas endechas:
« Que entrad, el extranjero
que todo es vuestro.
Que meted la ropa,
bella española.
Que entrad, el extranjero
de allende el mare.
¡Ayme que soy loco
y esta banda gane!
¡Ay, Dios, qué donaire
del extranjero,
que todo es vuestro! ».

ANÓNIMO

MOJIGANGA DE ROXILLAS

Personas: ROXILLAS, DAMA PRIMERA, DAMA SEGUNDA, DAMA TERCERA, DAMA CUARTA Y DOS ITALIANAS

Salen las CUATRO MUJERES *y* ROXILLAS

(Música a cuatro)

¡Afuera, afuera, que salen
en traje de mojiganga
a requebrar a Roxillas
no menos que cuatro damas!
Amor en Carnestolendas
a todos cinco maltrata
con que a las damas sufoca
lo que al galán emborracha.

ROXILLAS. Oyan, señoras mías,
fuera de chanza.

(Estribillo de borracho)

« Yo tengo unos desdenes
como unas natas;
sólo me sobran,
miren si es falta,
unos vahídos
así de cabeza
que van y que vienen,
que corren y paran ».

(Cantan las cuatro)

¡Ay mi Roxillas!,
¡ay camarada!,
¡ay cuál está, cuál está tu alma!

ROXILLAS. *(Canta.)* Siento unos celos
en las pestañas,
que se me azulan
si se me cuajan,
y es que, como dijo el otro,
« por Septiembre calabazas ».

LAS 4. ¡Ay mi Roxillas!, ¡ay camarada!,
¡ay cuál está, cuál está tu alma!

ROXILLAS. Si por mí vienen
esas fantasmas,
Dios me dé siempre
tales y tantas.
Expliquen su fología
y denos Dios buenas pascuas.
LAS 4. ¡Ay mi Roxillas!, *etc.*
ROXILLAS. No se avergüencen,
que si se atascan
se hacen engrudo
las confianzas,
y es hermoso atar de bestia,
y atábalas por las ancas.
LAS 4. ¡Ay mi Roxillas!, *etc.*
DAMA 1.ª *(Canta.)* Yo soy la ramilletera,
Roxillas de mis entrañas,
que quiero gastar contigo
las flores de mi esperanza.
ROXILLAS. ¡Toma, qué maula!
Eso es venir por flores
al Perro de Alba.
DAMA 2.ª *(Canta.)* Yo soy una castañera
que, en tu cariño abrasada,
sabré tener un afecto,
mi bien, como unas castañas.
ROXILLAS. ¡Dale si escampa:
cariñitos de esquina
no tienen plaza!
DAMA 3.ª *(Canta.)* Una bollera soy yo,
con quien, estando en tu gracia,
te hallarás famosamente,
porque soy de linda masa.
ROXILLAS. ¡Tal qué bien baila!
Por el coscorrón, niña,
los bollos vayan.
DAMA 4.ª *(Canta.)* Pues yo soy una limera,
y si las limas te agradan,
verás que de amor con ellas
las prisiones se quebrantan.
ROXILLAS. ¡Bella entruchada!
¿Para qué son las limas
si el hierro falta?
LAS 4. Pues oye, mi Roxas,
si es que no te cansa
el ver que pregonan
las cuatro mezcladas.
MUJER 1.ª ¿Quieren ramilletes?
MUJER 2.ª ¡Tortitas y natas!
MUJER 3.ª ¡Bollos calentitos!
MUJER 4.ª ¡Limas y naranjas!
LAS 4. Para ti, para ti, mi vida,
para ti, para ti si te agrada.

(Recitando)

ROXILLAS

¡Callen y no me quiebren la mollera!

ITALIANA 1.ª
¡Mio bene!, espera, espera.

ITALIANA 2.ª
Ferma, ferma, mio core.

ITALIANA 1.ª
Que ya que no li trovan il tuo amore.

ITALIANA 2.ª
Que ya que no han pillato la lua gracia.

ITALIANA 1.ª
La española desgracia.

ITALIANA 2.ª
Vollo vedere a mano.

LAS DOS
Si te incanta un amor que es italiano.

ROXILLAS
Vaya, pues, italianas gentilezas;
mídanme dos azumbres de finezas. *(Ritornelo.)*

(Arieta a dúo)

ITAL. 1.ª *¡Impío tirano!*
ITAL. 2.ª *¡Ídolo cruel!*
LAS DOS. *¿Per che, per che e e e e e,*
non sapi il tuo core
il duro dolore
que causa il amore?
¡Que saggronone e e e e e
per che, per che, per che, per che e e e e!

(Recitando)

DAMA 1.ª ¿Qué *per qué* ni *per che*?
¿Sabe, señora mía,
que ese mozo es mi empeño,
y a quien se haga su dueño
mis manos delicadas
la sabrán rellenar de bofetas?
DAMA 2.ª Hermosa alicantina,
los dos niños se traen de la doctrina.

DAMA 3.ª
¿Oye usted? Mi señora doña embudo,
envoltorio con voz de lienzo crudo,
no hay más Italia que español reclamo.

DAMA 4.ª
Pues si yo cojo y mi como le llamo
ha de haber linda fiesta.

LAS DOS ITALIANAS
¡O mio siñor!, ¿qué patarata é questa?

ROXILLAS
Esto es por mi belleza alzar el grito,
y les sobra razón, que soy bonito.

(Ritornelo)

DAMA 1.ª *(Canta.)* Toda el alma, mi vida,
te sacrifico.

ROXILLAS. Bellos *cuatro* de plata
para el bolsillo.

DAMA 2.ª Muérete por mi afecto,
te querré siempre.

ROXILLAS. ¡Lleve el diablo tu alma
si tal hiciere!

ITAL. 1.ª *Enti il core, mi vida,*
per tuyo sento.

ROXILLAS. A otro gozque, madama,
con ese güeso.

DAMA 3.ª Para que yo sea tuya
tente por mío.

ROXILLAS. Sópleme usted la espuma
de ese cuartillo.

ITAL. 2.ª ¿Qué haré, pues no me quieres,
con este afecto?

ROXILLAS. Haga usted que se le echen
por maza a un perro.

DAMA 4.ª ¿Con que nada te agrada
y es todo tuyo?

ROXILLAS. Ya se ha pasado el tiempo
de boquirubios.

DAMA 1.ª Sin quererte es preciso
que mi amor sufras.

ROXILLAS. Colorada es mi sangre
como la tuya.

DAMA 4.ª Si tu amor no me quiere,
¿quién ha de amarme?

ROXILLAS. Cuatro frailes franciscos,
cuatro del Carmen.

DAMA 1.ª ¿Qué has creído, mi amante,
cuatro del Carmen.
de mi amor ciego?

ROXILLAS. Entendí que era sastre,
y es zapatero.

DAMA 4.ª ¿Qué quieres, pues no gustas
de mis favores?

ROXILLAS. Rábanos y lechugas
y alcaparrones.

ITAL. 1.ª *¿Qué nombre darli inventas*
a mi esperanza?

ROXILLAS. Yo me llamo piñones
y ella castañas.

ITAL. 2.ª *¿A li esfuerci te entreguis*
de mi fineza?

ROXILLAS. ¡Veinticinco demonios
carguen con ella!

DAMA 1.ª Aquí tienes mi afecto:
¿qué le reparas?

ROXILLAS. La cara no le veo
con las polainas.

DAMA 2.ª ¿Qué te han hecho que cantas
con tal desvío?

ROXILLAS. Un bellaco de un fraile
me dio un pellizco.
ITAL. 1.ª *Dimi con qué ti ispanto,*
porque lo deje.
ROXILLAS. Con tus torres y muros
y chapiteles.
DAMA 3.ª Con que ¿has dado en la tema
de decir faltas?
ROXILLAS. Una suegra de azúcar
dicen que amarga.
DAMA 4.ª Dime con qué servirte
mi afecto puede.
ROXILLAS. Con ese coletillo
y otro que tienes.
ITAL. 2.ª Anda, que en todo eso
tu afecto finge.
ROXILLAS. Se me ponen los ojos
como candiles,
que quisieran rendido
de amor tenerme,
y sentarme la mano
de sus desdenes,
pues no es fácil, queridas.
TODAS. Pues di, ¿qué es fácil?
ROXILLAS. Que con la tonadilla
se acabe el baile.
DAMA 1.ª « Cinta nacaradilla, aires,
con verde listón,
son colores de mezcla, niñas,
que me da mi amor :
que si quiero, sí,
que si quiero, no,
entregar a Juanillo las llaves
de mi corazón ».
DAMA 2.ª « De los de la costumbre, aires,
pellizcos de amor,
son bullicios que oculta, niñas,
cualquier buen humor :
que si quiero, sí,
que no quiero, no,
entregar a Juanillo las llaves
de mi corazón ».
DAMA 3.ª « Grupo de la melena, aires,
del rojo favor,
allá van mis suspiros, niñas,
por demostración :
que si quiero, sí », *etc.*
ROXILLAS. « Prisas de mi esperanza, aires,
mis deseos son ;
pues el viento las trùjo, niñas,
y él se las llevó :
que si quiero, sí,
que no quiero, no,
entregar a Juanillo las llaves
de mi corazón ».

IV

NOVELÍSTICA ANTERIOR A CERVANTES

AMADÍS DE GAULA

Y OTROS LIBROS DE CABALLERÍAS

En el «otoño de la Edad Media», cuando los poemas épicos van siendo olvidados, aparecen los libros de caballerías como pasto intelectual del gran público. Fueron en aquel tiempo lo que las novelas folletinescas en el siglo XIX y los relatos de vaqueros del Oeste americano en época más moderna. Los buenos contra los malos, aniquilándolos. Porque el héroe es siempre invencible y, aunque aparece falto de psicología, goza del favor público ya que encarna los grandes ideales colectivos; representa el honor y la justicia, la aventura y el valor, el amor intenso y la fidelidad. Sus hazañas las saborearon mozos y ancianos, nobles señores y doncellas de alcurnia, universitarios y menestrales. Personajes como Carlos V, Teresa de Jesús o Ignacio de Loyola leyeron con igual fruición esta clase de libros. Su éxito se mantuvo a lo largo del siglo XVI y, antes de desaparecer, sirvieron de modelo para la mejor novela de todos los tiempos: el *Quijote*.

Hemos de considerar como anónimo el libro de *Amadís de Gaula*. Se publicó en Zaragoza, en 1508, por vez primera, «corregido y enmendado» por el caballero Garci Rodríguez de Montalvo, a quien se llama en ediciones posteriores Garci Ordóñez de Montalvo. El problema de sus orígenes continúa sin resolverse. En el siglo XIV ya hablan del *Amadís* el canciller Ayala, Pero Ferrús y Fernán Pérez de Guzmán, entre otros. Por su parte los portugueses reclaman el origen de esta famosa novela, y aun es muy posible que tenga un origen bretón, como parece desprenderse de los nombres de los personajes. No es misión nuestra la de resumir las diversas teorías, que examinó magistralmente Menéndez Pelayo en sus *Orígenes de la Novela*. Sólo recordaremos el gran influjo del *Amadís* en el *Quijote*, porque Cervantes había sido un infatigable lector de libros caballerescos y sentía admiración por éste. Le imita en muchos pasajes como el de la penitencia de la Peña Pobre, y le cita en el capítulo primero, al hablar de la locura del buen Quijano y de como adoptó su apellido «de la Mancha» como Amadís el «de Gaula». En el capítulo VI al hacer el escrutinio de la biblioteca; en el XIII al hablar de los caballeros de la Tabla redonda; en el XV cuando don Quijote recuerda a Sancho las venturas y desventuras de los caballeros andantes; en el XX al comparar a los escuderos Gandalín y Gasabel con Sancho; en los XXV y XXVI al hacer penitencia en Sierra Morena; en los XXIV y XXVII con motivo de la historia de Cardenio; en el XL con el encantamiento de la venta, y en muchos otros porque como decía don Quijote: «Quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gaula fue uno de los más perfectos caballeros andantes: no he dicho bien, fue él solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo».

BIBLIOGRAFÍA. Para esta selección utilizamos el texto de la edición que preparó Gayangos en la «Biblioteca de Autores Españoles». Esperamos con impaciencia la edición que tienen en prensa el señor Gili y Gaya y Mr. Bernard Place.

La enorme extensión de esta colosal novela nos obliga a dar muy breves muestras.

ANÓNIMO

AQUÍ COMIENZA EL

PRIMER LIBRO

DEL ESFORZADO ET VIRTUOSO CABALLERO AMADÍS, HIJO DEL REY PERIÓN DE GAULA Y DE LA REINA ELISENA; EL QUAL FUE CORREGIDO Y EMENDADO POR EL HONRADO E VIRTUOSO CABALLERO GARCI-ORDÓÑEZ DE MONTALBO,

REGIDOR DE LA NOBLE VILLA DE MEDINA DEL CAMPO, E CORREGIÓLE DE LOS ANTIGUOS ORIGINALES, QUE ESTABAN CORRUPTOS É COMPUESTOS EN ANTIGUO ESTILO, POR FALTA DE LOS DIFERENTES ESCRIPTORES; QUITANDO MUCHAS PALABRAS SUPERFLUAS, E PONIENDO OTRAS DE MÁS POLIDO Y ELEGANTE ESTILO, TOCANTES A LA CABALLERÍA E ACTOS DE ELLA; ANIMANDO LOS CORAZONES GENTILES DE MANCEBOS BELICOSOS, QUE CON GRANDÍSIMO AFETO ABRAZAN EL ARTE DE LA MILICIA CORPORAL, ANIMANDO LA INMORTAL MEMORIA DEL ARTE DE CABALLERÍA, NO MENOS HONESTÍSIMO QUE GLORIOSO.

INTRODUCCIÓN

No muchos años después de la pasión de nostro redentor e salvador Jesucristo, fue un rey cristiano en la pequeña Bretaña, por nombre llamado Garinter, el cual era en la ley de la verdad de mucha devoción e buenas maneras acompañado. Este rey hobo dos hijas en una noble dueña su mujer; e la mayor fue casada con Languínes, rey de Escocia, e fue llamada la Dueña de la Guirnalda, porque el rey su marido nunca la consintió cubrir sus hermosos cabellos sino de una muy rica guirnalda: tanto era pagado de los ver; de quien fueron engendrados Agrajes e Mabilia, que así del uno como caballero e della como doncella en esta gran historia mucha mención se hace. La otra fija, que Elisena fue llamada, en gran cantidad mucho más hermosa que la primera fue; e como quiera que de muy grandes príncipes en casamiento demandada fuese, nunca con ningun dellos casar le plugo; antes su retraimiento y santa vida dieron causa a que todos *Beata Perdida* la llamasen, considerando que persona de tan gran guisa, dotada de tanta hermosura, de tantos grandes por matrimonio demandada, no le era conveniente tal estilo de vida tomar. Pues este dicho rey Garinter, siendo en asaz crescida edad, por dar descanso a su ánimo, algunas veces a monte e a caza iba; entre los cuales, saliendo un día desde una villa suya que Alima se llamaba, siendo desviado de las armadas y de los cazadores, andando por la floresta sus horas rezando, vio a su siniestra una brava batalla de un solo caballero que con dos se combatía: él conosció los dos caballeros, que sus vasallos eran, que por ser muy soberbios y de malas maneras e muy emparentados, muchos enojos dellos había recebido; mas aquel que con ellos se combatia no lo pudo conoscer; e no se fiando tanto en la bondad del uno que el miedo de los dos le quitase, apartándose dellos, la batalla miraba, en fin de la cual por mano de aquel los dos fueron vencidos e muertos. Esto fecho, el caballero se vino contra el Rey; e como sólo lo viese, díjole: «Buen hombre, ¿qué tierra es esta, que así son los caballeros andantes salteados?». El Rey le dijo: «No os maravilléis deso, caballero; que así como en las otras tierras hay buenos caballeros y malos, así los hay en esta; y estos que decís, no solamente a muchos han fecho grandes males y desaguisados, mas aun al mismo Rey, su señor, sin que dellos justicia hacer pudiese, por ser muy emparentados, han fecho enormes agravios, e tambien por esta montaña tan espesa, donde se acogían». El caballero le dijo: «Pues a ese rey que decís vengo yo a buscar de luenga tierra, y le traigo nuevas de un su gran amigo, e si sabéis dónde fallarlo pueda, ruégoos que me lo digáis». El Rey le dijo: «Como quier que acontezca, no dejaré de os decir la verdad: sabed ciertamente que yo soy el rey que demandáis». El caballero, quitando el escudo y yelmo, e dándolo a su escudero, lo fue a abrazar, diciendo ser él el rey Perión de Gaula, que mucho le había deseado conoscer.

Mucho fueron alegres estos dos reyes en se haber así juntado; e hablando en muchas cosas, se fueron a la parte donde los cazadores eran para se acoger a la villa; pero antes les sobrevino un ciervo, que de las armadas muy cansado se colara, tras el cual los reyes ambos, al más correr de sus caballos, fueron, pensando lo matar; mas de otra manera les acaeció, que saliendo de unas espesas matas un león delante dellos, el ciervo alcanzó e mató, e habiéndole abierto con sus muy fuertes uñas, bravo e mal continente contra los reyes se mostraba; e como así el rey Perión le viese, dijo:

« Pues no estaréis tan sañudo que parte de la caza no nos dejéis ». E tomando sus armas, descendió del caballo, que adelante, espantado del fuerte león, ir no quería ; poniendo su escudo delante, la espada en la mano, al león se fué, que las grandes voces que el rey Garínter le daba no lo pudieron estorbar ; el león asimesmo, dejando la presa, contra él se vino ; e juntándose ambos, teniéndole el león debajo en punto de le matar, no perdiendo el Rey su grande esfuerzo, firiéndole con su espada por el vientre, lo fizo caer muerto ante sí ; de que el rey Garínter mucho espantado, entre sí decía : « No sin causa tiene aquel fama del mejor caballero del mundo ».

Esto hecho, recogida toda la compaña, fizo en dos palafrenes cargar el león y el ciervo y llevarlos a la villa con gran placer ; donde siendo de tal huésped la Reina avisada, los palacios de grandes e ricos atavíos e las mesas puestas fallaron ; en la una más alta se sentaron los reyes, y en otra, junto con ella, Elisena, su hija ; e allí fueron servidos como en casa de tal hombre se debía. Pues estando en aquel solaz, como aquella infanta tan fermosa fuese, y el rey Perión por el semejante, e la fama de sus grandes cosas en armas por todas las partes del mundo divulgadas, en tal punto e hora se miraron, que la gran honestidad e santa vida della no pudo tanto, que de incurable e muy gran amor presa no fuese, y el Rey asimesmo della ; que fasta entonces su corazón, sin ser sojuzgado a otra ninguna, libre tenía ; de guisa que así el uno como el otro estovieron todo el comer casi fuera de sentido. Pues alzadas las mesas, la Reina se quiso acoger a su cámara, y levantándose Elisena, cayóle de la falda un muy fermoso anillo, que para se levar del dedo quitara, e con la gran turbación no tuvo acuerdo de lo allí tornar ; e bajóse por tomarlo ; mas el rey Perión, que cabe ella estaba, quiso gelo dar ; así que, las manos llegaron a una sazón y el Rey tomóle la mano e apretósela. Elisena tornó muy colorada, e mirando al Rey con ojos amorosos, le dijo pasito que le agradecia aquel servicio. « ¡Ay, señora! dijo él, no será el postrimero ; mas todo el tiempo de mi vida será empleado en os servir ».

En los capítulos I, II y III se cuentan los amores de Perión y Elisena, aquél regresa a su país y al poco tiempo nace Amadís. El niño es colocado en un arca embreada y arrojado al río con la espada y el anillo que el rey Perión dejó a Elisena al marchar. Un papel encerado declaraba : « Éste es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey ». El arca llega al mar y es recogida por el caballero Gandalés de Escocia que hace criar al niño por su esposa, junto con su propio hijo Gandalín. A Amadís le ponen de nombre el Doncel del Mar. Muerto el rey Garínter se casan Elisena y Perión y tienen otros dos hijos : Galaor y Melicia.

CAPÍTULO IV

Cómo el rey Lisuarte navegó por la mar e aportó al reino de Escocia, donde con mucha honra fue rescebido

La embajada oída por el rey Lisuarte, ayudándole su suegro, con gran flota en la mar entró, por donde navegando, fue aportado en el reino de Escocia, donde con mucha honra del rey Languines recebido fue. Este Lisuarte traía consigo a Brisena, su mujer, e una hija que en ella hobo cuando en Denamarca morara, que Oriana había nombre, de fasta diez años, la más hermosa criatura que nunca se vio ; tanto, que esta fue la que Sin-par se llamó, porque en su tiempo ninguna hobo que igual le fuese ; e porque de la mar enojada andaba, acordó de la dejar allí, rogando al rey Languines e a la Reina que gela guardasen. Ellos fueron muy alegres dello, e la Reina dijo : « Creed que yo la guardaré como su madre lo haría ». Y entrando Lisuarte en sus naos con mucha priesa, en la Gran Bretaña arribado fue e falló a algunos que lo estorbaron, como hacer se suele en semejantes casos ; e por esta causa no se membró de su fija por algún tiempo, e fue rey con gran trabajo que ahí tomó, e fue el mejor rey que ende hobo, ni que mejor mantuviese la caballería en su derecho, fasta que el rey Artur reinó, que pasó a todos los reyes de

bondad que ante dél fueron, aunque muchos reinaron entre el uno y el otro.

El autor deja reinando a Lisuarte con mucha paz e sosiego en la Gran Bretaña, e torna al Doncel del Mar, que en esta sazón era de doce años, y en su grandeza e miembros parescia bien de quince; él servía ante la Reina, e así della como de todas las dueñas e doncellas era mucho amado; mas desque allí fue Oriana, la hija del rey Lisuarte, diole la Reina al Doncel del Mar que la sirviese, diciendo: «Amiga, este es un doncel que os servirá». Ella dijo que le placía. El Doncel tuvo esta palabra en su corazón, de tal guisa, que después nunca de la memoria la apartó; que sin falta, así como esta historia lo dice en días de su vida no fue enojado de la servir, y en ella su corazón fue siempre otorgado, y este amor duró cuanto ellos duraron; que así como la él amaba, así amaba ella a él, en tal guisa, que una hora nunca de amar se dejaron; mas el Doncel del Mar, que no conocía ni sabía nada de cómo ella le amaba, teníase por muy osado en haber en ella puesto su pensamiento, según la grandeza y fermosura suya, sin cuidar de ser osado e le decir una sola palabra; y ella, que lo amaba de corazón, guardábase de hablar con él más que con otro, porque ninguna cosa sospechasen; mas los ojos habían gran placer de mostrar al corazón la cosa del mundo que más amaba.

Así vivían encubiertamente, sin que de su hacienda ninguna cosa el uno al otro se dijesen; pues pasando el tiempo, como os digo, entendió el Doncel del Mar en sí que ya podía tomar armas si hobiese quien le ficiese caballero, y esto deseaba él, considerando que él sería tal e haría tales cosas por donde muriese, o viviendo su señora, la preciaría; e con este deseo fue al Rey, que en una huerta estaba, e incando los hinojos, le dijo: «Señor, si a vos pluguiese, tiempo sería de ser yo caballero». El Rey dijo: «¿Cómo, Doncel del Mar? ¿Ya os esforzáis para mantener caballería? Sabed que es ligero de haber e grave de mantener; e quien este nombre de caballería ganar quisiere e mantenerlo en su honra, tantas e tan graves son las cosas que ha de facer, que muchas veces se le enoja el corazón; e si tal caballero es que por miedo o cobardía deja de facer lo que conviene, más le valdría la muerte que en vergüenza vivir, e por ende tenía por bien que por algún tiempo os sufráis». El Doncel del Mar le dijo: «Ni por todo eso no dejaré yo de ser caballero; que si en mi pensamiento no toviese de complir eso que habéis dicho, no se esforzaría mi corazón para lo ser; e pues a la vuestra merced soy criado, complid en esto conmigo lo que debéis; si no, buscaré otro que lo faga». El Rey, temiendo que así lo faría, dijo: «Doncel del Mar, yo sé cuando os será menester que lo seáis, e más a vuestra honra, e prométoos que lo faré; y en tanto ataviarse han vuestras armas e aparejos, ¿para quién cuidábades vos ir? — Al rey Perión, dijo él; que me dicen que es buen caballero e casado con la hermana de la Reina, mi señora, e hacerle he saber como era criado della; e con esto pensaba yo que de grado me armaría caballero. — Agora, dijo el Rey, estad; que cuando sazon fuere, honradamente lo seréis».

E luego mandó que le aparejasen las cosas a la orden de caballería necesarias; e hizo saber a Gandáles todo cuanto con su criado le contesciera, de que Gandáles fue muy alegre, y envióle por una doncella la espada y el anillo e la carta envuelta en la cera, como lo hallara en l'arca donde a él falló; y estando un día la hermosa Oriana con otras dueñas e doncellas en el palacio, que sólo mirar no osaba a su señora, y decía, entre sí: «¡Ay Dios! ¿por qué vos plugo de poner tanta beldad en esta señora, y en mí tan gran cuita e dolor por causa della? En fuerte punto mis ojos la miraron, pues que perdieron la su lumbre, con la muerte pagarán aquella gran locura en que al corazón han puesto». E así estando casi sin ningún sentido, entró un doncel e díjole: «Doncel del Mar, allí fuera está una doncella extraña que os trae donas e os quiere ver». El quiso salir a ella, mas aquella que lo amaba, cuando lo oyó estremecióselle el corazón de manera, que si en ello alguno mirara, pudiera bien ver su gran alteración; mas tal cosa no la pensaban; y ella dijo:

« Doncel del Mar, quedad, y entre la doncella y veremos las donas ». El estuvo quedo, e la doncella entró ; y esta era la que enviaba Gandáles, e dijo : « Señor Doncel del Mar, vuestro amo Gandáles vos saluda mucho, así como aquel que os ama, y envíaos esta espada y este anillo y esta cera, e ruégaos que trayáis esta espada en cuanto vos dure, por su amor ». El tomó las donas e puso el anillo e la cera en su regazo, e comenzó a desenvolver de la espada un paño de lino que la cobría, maravillándose cómo no traía vaina, y en tanto Oriana tomó la cera, que no creía que en ella otra cosa hobiese, e díjole : « Esto quiero yo destas donas ». A él pluguiera más que tomara el anillo, que era uno de los más hermosos del mundo ; e mirando la espada, entró el Rey e dijo : « Doncel del Mar, ¿qué os paresce desa espada? — Señor, parésceme muy hermosa, mas no sé por qué está sin vaina. — Bien ha quince annos, dijo el Rey, que no la hobo ». E tomándole por la mano, se apartó con él e díjole : « Vos queréis ser caballero, e no sabéis si de derecho os conviene ; e quiero que sepáis vuestra hacienda, como yo la sé ». E contóle cómo fuera en la mar hallado con aquella espada y anillo en el arca metido, así como lo oistes. Dijo él : « Yo creo lo que me decís, porque aquella doncella me dijo que mi amo Gandáles me enviaba esta espada, e yo pensé que errara en su palabra en me no decir que mi padre era ; mas a mí no pesa de cuanto me decís, sino por no conocer mi linaje, ni ellos a mí ; pero yo me tengo por hidalgo, que mi corazón a ello me esfuerza ; e agora, Señor, me conviene más que ante caballería, y ser tal que gane honra y prez, como aquel que no sabe parte de donde viene, e como si todos los de mi linaje muertos fuesen, que por tales los cuento, pues no me conocen, ni yo a ellos ».

El Rey creyó que sería hombre bueno y esforzado para todo bien ; y estando en estas hablas vino un caballero, que le dijo : « Señor, el rey Perión de Gaula es venido en vuestra casa. — ¿Cómo en mi casa? dijo el Rey. — En vuestro palacio está », dijo el caballero. El fue allá muy ahína, como aquel que sabía honrar a todos ; e como se vieron, saludáronse ambos, e Languines le dijo : « Señor, ¿a qué veniste a esta tierra tan sin sospecha? — Vine a buscar amigos, dijo el rey Perión ; ca los he menester agora más que nunca ; que el rey Abies de Irlanda me guerrea, y es con todo su poder en mi tierra, e acógese en la desierta, e viene con él Daganel, su cohermano, e ambos han tan gran gente ayuntada contra mí, que mucho me son menester parientes e amigos, así por haber en la guerra mucha gente de la mía perdido, como por me fallecer otros muchos en que me fiaba. Languines le dijo : « Hermano, mucho me pesa de vuestro mal, e yo vos faré ayuda como mejor pudiere. Agrájes era ya caballero, e fincando los hinojos ante su padre, dijo : « Señor, yo vos pido un don ». Y él, que lo amaba como así : dijo : « Fijo, demanda lo que quisieres. — Demándoos, Señor, que me otorguéis que yo vaya a defender la Reina, mi tía. — Yo lo otorgo, dijo él ; y te enviaré lo más honradamente e más apuesto que yo pudiere ». El rey Perión fue ende muy alegre.

El Doncel del Mar, que ahí estaba, miraba mucho al rey Perión, no por padre, que no lo sabía, mas por la gran bondad de armas que dél oyera decir ; e más deseaba ser caballero de su mano que de otro ninguno que en el mundo fuese ; e creyó que el ruego de la Reina valdría mucho para ello ; mas hallándola muy triste por la pérdida de su hermana, no le quiso hablar, e fuese donde su señora Oriana era ; e hincados los hinojos ante ella dijo : « Señora Oriana, ¿podría yo por vos saber la causa de la tristeza que la Reina tiene? » Oriana, que así vio ante sí a aquel que más que a sí amaba, sin que él ni otro alguno lo supiese, al corazón gran sobresalto le ocurrió, e díjole : « Ay Doncel del Mar, esta es la primera cosa que me demandaste, e yo lo haré de buena voluntad. — Ay Señora, dijo él ; que yo no soy tan osado ni digno de a tal señora ninguna cosa pedir, sino hacer lo que por vos me fuere mandado. — E ¿cómo? dijo ella, ¿tan flaco es vuestro corazón, que para rogar no basta? — Tan flaco, dijo él, que en todas las cosas contra vos me debe fallecer, sino en vos servir, como aquel que, sin ser suyo, es todo

vuestro.—¿Mío? dijo ella; ¿desde cuando? — Desde cuando vos plugo dijo él. — E ¿cómo me plugo? dijo Oriana. — Acuérdese, Señora, dijo el Doncel, que el día que de aquí vuestro padre partió me tomó la Reina por la mano, e poniéndome ante vos, dijo: Este doncel os doy que os sirva; e dijistes que os placía; desde entonces no tengo y me terné por vuestro para os servir, sin que otra ni yo mismo sobre mí, señorío tenga en cuanto viva. — Esa palabra, dijo ella, tomaste vos con mejor entendimiento que a la fin que se dijo; más bien me place que así sea». Él fue tan atónito del placer que ende hobo, que no supo responder ninguna cosa otra; y ella vio que todo señorío tenía sobre él; e dél se partiendo, se fue a la Reina, e supo que la causa de su tristeza era por la pérdida de su hermana; lo cual, tornando al Doncel del Mar, le manifestó. El Doncel le dijo: «Si a vos, Señora pluguiese que yo fuese caballero, sería en ayuda desa hermana de la Reina, otorgándome vos la ida. — E si la yo no otorgase, dijo ella, ¿no iríades allá? — No, dijo él; porque este mi vencido corazón sin el favor de cuyo es, no podría ser sostenido en ninguna afrenta, ni aún sin ella». Ella se rió con buen semblante e díjole: «Pues que así os he ganado, otórgoos que seáis mi caballero y ayudéis a aquella hermana de la Reina». El Doncel le besó las manos e dijo: «Pues que el Rey, mi señor, no me ha querido hacer caballero, más a mi voluntad lo podría agora ser deste rey Perión, a vuestro ruego. — Yo faré en ello lo que pudiere, dijo ella; mas menester será de lo decir a la infanta Mabilia, que su ruego mucho valdrá ante el Rey, su tío». Entonces se fue a ella e díjole cómo el Doncel del Mar quería ser caballero por mano del rey Perión, e que había menester para ello el ruego suyo e dellas. Mabilia, que muy animosa era e al Doncel amaba de sano amor, dijo: «Pues fagámoslo por él, que lo merece; e vengase a la capilla de mi madre armado de todas armas, e nos le haremos compañía con otras doncellas; e queriendo el rey Perión cabalgar para ser ir, que, según he sabido, será antes del alba, yo le enviaré a rogar que me vea, e allí hará el vuestro ruego, ca mucho es caballero de buenas maneras. Bien decís, dijo Oriana». E llamando entrambas al doncel, le dijeron cómo lo tenían acordado; él se lo tuvo en merced.

Así se partieron de aquella fabla en que todos tres fueron acordados, y el Doncel llamó a Gandalín e díjole: «Hermano, lleva mis armas todas a la capilla de la reina encubiertamiente; que pienso esta noche ser caballero; e porque en la hora me conviene de aquí partir, quiero saber si querrás irte comigo. — Señor, yo os digo que a mi grado nunca de vos seré partido». Al Doncel le vinieron las lágrimas a los ojos y besóle en la faz e díjole: «Amigo, agora haz lo que te dije». Gandalín puso las armas en la capilla en tanto que la Reina cenaba; e los manteles alzados, fuése el Doncel a la capilla, e armóse de sus armas todas, salvo la cabeza e las manos, e hizo su oración ante el altar, rogando a Dios que, así en las armas como en aquellos mortales deseos que por su señora tenía, le diese vitoria.

Desde la Reina fue a dormir, Oriana e Mabilia con algunas doncellas se fueron a él por le acompañar; e como Mabilia supo que el rey Perión quería cabalgar, envióle a decir que la viese antes; él vino luego, e díjole Mabilia: «Señor, haced lo que os rogare Oriana, fija del rey Lisuarte». El Rey dijo que de grado lo haría, que el merecimiento de su padre a ello le obligaba. Oriana vino ante el Rey; e como la vio tan hermosa, bien creía que en el mundo su igual no se podría fallar; e dijo: «Yo vos quiero pedir un don. — De grado, dijo el Rey, lo faré. — Pues facedme ese mi doncel caballero»; e mostróselo, que de rodillas ante el altar estaba. El Rey vio al Doncel tan fermoso, que mucho fue maravillado; y llegándose a él dijo: «¿Queréis recebir orden de caballería? — Quiero, dijo él. — En el nombre de Dios, y él mande que tan bien empleada en vos sea e tan crecida en honra como él os creció en fermosura». E poniéndole la espuela diestra, le dijo: «Agora sois caballero, e la espada podéis tomar»; el Rey la tomó e diógela, y el Doncel la ciñó muy apuestamente, y el Rey dijo: «Cierto, este acto de os armar caballero, según

vuestro gesto e apariencia, con mayor honra lo quisiera haber hecho ; mas yo espero en Dios que vuestra fama será tal, que dará testimonio de lo que con más honra se debía facer ». E Mabilia e Oriana quedaron muy alegres y besaron las manos al Rey ; e encomendando el Doncel a Dios, se fue su camino.

Urganda la Desconocida entrega una lanza al Doncel del Mar, y éste combate en defensa de una doncella, vence en la dura pelea y queda herido. Ya repuesto lucha contra el rey Abies que estaba en guerra con el rey Perión de Gaula. El Doncel vence a Abies que muere y restituye a Perión cuanto le había usurpado (capítulos V a IX) ; veamos el final :

Tomado el Doncel del Mar por el rey Perion e Agrájes e los otros grandes de su partida, e sacado del campo con aquella gloria que los vencedores en tales autos levar suelen, no solamente de honra, más de restitución de un reino a quien perdido lo tenía, a la villa con él se van ; e la doncella de Denamarca, que de parte de Oriana a él venía, como ya se vos dijo, llegó allí al tiempo que la batalla se comenzó ; e como vio que tanto a su honra se acabara, llegóse a él e díjole : « Doncel de Mar, hablad conmigo aparte, e decirvos he yo vuestra hacienda más que vos sabéis ». El la recibió bien, e apartóse con ella, yendo por el campo, e la doncella le dijo : « Oriana, vuestra amiga, me envía a vos, e os doy de su parte esta carta, en que está vuestro nombre escrito ». El tomó la carta, mas no entendió nada de lo que dijo, así fue alterado cuando a su señora oyó mentar, antes se le cayó la carta de la mano e la rienda en la cerviz del caballo, y estaba como fuera de sentido. La doncella demandó la carta, que en el campo estaba, a uno de los que la batalla habían mirado, e tornó a él, estando todos mirando lo que acaesciera, e maravillándose como así se había turbado el Doncel con las nuevas de la doncella, e cuando ella llegó díjole : « ¿Qué es eso, Señor? ¿Tan mal recebís mandado de la más alta doncella del mundo, de aquella que os ama mucho, y me hizo sofrir tanto afan en vos buscar? — Amiga, dijo él, no entendí lo que me habéis dicho con este mal que me ocurrió, como ya otra vez ante vos me acaeció ». La doncella dijo : « Señor, no ha menester encubierta comigo ; que yo sé más de vuestra hacienda e de la de mi señora que vos sabéis ; que ella así lo quiso ; e dígovos que si la amáis, que no hacéis tuerto ; que ella os ama tanto, que de ligero no se podría contar ; e sabed que la llevaron a casa de su padre, y envíaos a decir que tanto que desta guerra os partáis vayáis a la Gran Bretaña, e procuréis de morar con su padre fasta que os ella mande ; e díceos que sabe cómo sois hijo de rey, e que no es ella por ende menos alegre que vos ; y que, pues no conosciendo a vuestro linaje érades tan bueno, que trabajéis de lo ser agora mejor ». Y entonces le dio la carta e díjole : « Véis aquí esta carta, en que está escrito vuestro nombre, y esta levaste al cuello cuando os echaron en la mar ». Él la tomó e dijo : « ¡Ay carta, cómo fuestes bien guardada por aquella señora cuyo es mi corazón, por aquella por quien yo muchas veces al punto de la muerte soy llegado! Mas si dolores e angustias por su causa hobe, en muy mayor grado de gran alegría soy satisfecho. ¡Ay Dios Señor, y cuándo veré yo el tiempo en que servir pueda a aquella señora esta merced que me face! ». E leyendo la carta, conoció por ella que el su derecho nombre era Amadís. La doncella le dijo : « Señor, yo me quiero tornar luego a mi señora, pues que recaudé su mandado. — ¡Ay doncella!, dijo el Doncel del Mar, por Dios holgad aquí hasta tercero día, e de mí no os partáis por ninguna guisa, e yo os levaré donde os pluguiere. — A vos vine, dijo la doncella, y no haré al sino lo que mandárdes ».

Acabada la habla, fuese luego el Doncel del Mar para el Rey e Agrájes, que lo atendían ; y entrando por la villa, decían todos : « Bien venga el caballero bueno, por quien habemos cobrado honra e alegría ». Así fueron hasta el palacio, e hallaron en la cámara del Doncel del Mar a la Reina con todas sus dueñas e doncellas, haciendo muy gran alegría, y en los brazos della fué él tomado de su caballo, y desarmado por la mano de la Reina, e vinieron

maestros, que le curaron de las feridas, e aunque muchas eran, no había ninguna que mucho empacho le diese. El Rey quisiera que él e Agrájes comieran con él, mas no quiso sino con su doncella por le hacer honra ; que bien veía que esta podía remediar gran parte de sus angustias. Así holgó algunos días con gran placer, en especial con las buenas nuevas que le vinieron, tanto, que ni el trabajo pasado ni las llagas presentes, no le quitaron que se no levantase e anduviese por una sala, hablando siempre con la doncella, que por él era detenida, que se no partiese hasta que pudiese tomar armas e la levase. Mas un caso maravilloso que a la sazón le acaesció fue causa que, tardando él algunos días, la doncella sola de allí partida se fue, como agora oiréis.

CAPÍTULO X

Cómo el Doncel del Mar fue conocido por el rey Perión, su padre, e por su madre Elisena

Al comienzo ya se contó cómo el rey Perión dio a la reina Elisena, seyendo su amiga, uno de dos anillos que él traía en su mano, tal el uno como el otro, sin que en ellos ninguna diferencia paresciese, e cómo al tiempo que el Doncel del Mar fue en el río lanzado en el arca, llevó al cuello aquel anillo, e cómo después le fue dado con la espada al Doncel por su amo Gandáles. Y el rey Perión había preguntado a la reina algunas veces por el anillo, y ella, con vergüenza que no supiese dónde le pusiera, decíale que lo había perdido. Pues así acaesció, que pasando el Doncel del Mar por una sala hablando con su doncella, vio a Melicia, hija del Rey, niña, que estaba llorando, y preguntóla qué había. La niña dijo : « Señor, perdí un anillo que el Rey me dio a guardar en tanto que él duerme. — Pues yo os daré, dijo él, otro tan bueno o mejor, que le déis ». Entonces sacó de su dedo un anillo e dióselo. Ella dijo : « Este es el que yo perdí. — No es, dijo él. — Pues es el anillo del mundo que más le parece, dijo la niña. — Por esto está mejor, dijo el Doncel del Mar, que en lugar del otro le daréis ». Y dejándola, se fue con la doncella a su cámara, e acostóse en un lecho y ella en otro que ende había. El Rey despertó y demandó a su hija que le diese el anillo, y ella le dio aquel que tenía ; él lo metió en su dedo, creyendo que el suyo fuese ; mas vio yacer a un cabo de la cámara el otro que su hija perdió, e tomándolo, juntólo con el otro, e vio que era el que él a la Reina había dado, y dijo a la niña : « ¿Cómo fue esto de este anillo? ». Ella, que mucho le temía, dijo : « Por Dios, Señor, el vuestro perdí yo, e pasó por aquí el Doncel del Mar, e como vio que yo lloraba, dióme ese que él traía, e yo pensé que el vuestro era ». El Rey hobo sospecha de la Reina, que la gran bondad del Doncel del Mar, junto con la su muy demasiada fermosura, no la hubiesen puesto en algún pensamiento indebido. E tomando su espada, entró en la cámara de la Reina, y cerrada la puerta, dijo : « Dueña, vos me negaste siempre el anillo que yo os diera, y el Doncel del Mar ha lo dado agora a Melicia ; ¿cómo pudo ser esto? Qué véisle aquí. Decidme de qué parte le hobo, e si mentís, vuestra cabeza lo pagará ». La Reina, que muy airado lo vio, cayó a sus pies e díjole : « Ay Señor, por Dios merced ; pues de mí mal sospechiás, agora vos diré la mi cuita, que hasta aquí os hobe negado ». Entonces comenzó de llorar muy recio, firiendo con sus manos en el rostro, e dijo cómo echara a su hijo en el río, que llevara consigo el espada e aquel anillo. « Por cierto, dijo el Rey, yo creo que este es nuestro hijo ». La Reina tendió las manos, diciendo : « Así pluguiese al Señor del mundo. — Agora vamos allá vos e yo, dijo el Rey, e preguntémosle de su hacienda ». Luego fueron entrambos solos a la cámara donde él estaba, e falláronlo durmiendo muy asosegadamente, e la Reina no hacía sino llorar por la sospecha que tanto contra razón della se tomaba. Mas el Rey tomó en su mano la espada, que a la cabecera de la cama era puesta, e catándola, la conoció luego, como aquel que con ella diera muchos golpes e buenos, e dijo contra la Reina : « Por Dios, esta espada conozco yo bien, e

agora creo más lo que me dejiste. — Ay Señor, dijo la Reina, no le dejemos más dormir ; que mi corazón se aqueja mucho ». E fue para él, e tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo : « Amigo señor, acorredme en esta priesa e congoja en que estoy ». Él despertó e viola muy reciamente llorar, e dijo : « Señora, ¿qué es eso que habéis? Si mi servicio puede algo remediar, mandádmelo ; que fasta la muerte se cumplirá. — Ay amigo, dijo la Reina, pues agora nos acorred con vuestra palabra en decir cúyo hijo sois. — Así Dios me ayude, dijo él, no lo sé ; que yo fui hallado en la mar por gran aventura ». La Reina cayó a sus pies toda turbada, y él hincó los hinojos ante ella e dijo : « ¡Ay Dios! ¿qué es esto? ». Ella dijo llorando : « Hijo, ves aquí tu padre e madre ». Cuando él esto oyó dijo : « ¡Santa María! ¿qué será esto que oyo? ». La Reina, teniendo entre sus brazos, tornó e dijo : « Es, hijo, que quiso Dios, por su merced, que cobrásemos aquel yerro que por gran miedo yo hice ; e, mi hijo, yo, como mala madre, os eché en la mar, e veis aquí el Rey, que os engendró ». Entonces hincó los hinojos y les besó las manos con muchas lágrimas de placer, dando gracias a Dios porque así le había sacado de tantos peligros para en la fin le dar tanta honra e buenaventura con tal padre e madre. La Reina le dijo : « Hijo, ¿sabéis vos si habéis otro nombre sino este? — Señora, sí sé, dijo él, que al partir de la batalla me dio aquella doncella una carta que llevé envuelta en cera cuando en la mar fui echado ; en que dice llamarme Amadís ». Entonces sacándola de su seno, gela dio, e vieron cómo era la mesma que Darioleta por su mano escribiera, e dijo : « Mi amado hijo, cuando esta carta se escribió era yo en toda cuita e dolor, e agora soy en toda holganza e alegría, ¡bendito sea Dios! e de aquí adelante por este nombre os llamad. — Así lo haré », dijo él ; e fue llamado Amadís y en otras muchas partes Amadís de Gaula.

Amadís se va a la Gran Bretaña donde corre nuevas aventuras y arma caballero a su hermano Galaor, sin sospechar quién era. Galaor combate y vence al gran gigante, Señor de la Peña de Galtares. Amadís mata en desafío, en defensa de una dueña desamparada, a Dardán el Soberbio (caps. XI a XIII).

A esta hora que oís cabalgó el rey Lisuarte con gran compaña de hombres buenos, y fuese a un campo que había entre la villa e la floresta, e allí vino Dardán muy armado sobre un hermoso caballo, e traía a su amiga por la rienda lo más ataviada que él llevarla pudo ; e así se paró con ella ante el rey Lisuarte, e dijó : « Señor, manda entregar a esta dueña de aquello que debe ser suyo, e si hay caballero que diga que no, yo lo combatiré ». El rey Lisuarte mandó luego a la otra dueña llamar, e vino ante él, e díjole : « Dueña, ¿habéis quién se combata por vos? — Señor, no », dijo ella llorando. El Rey hobo della muy gran duelo, porque era buena dueña. Dardán se paró en la plaza donde había de atender fasta hora de tercia así armado, e si no viniese a él ningún caballero, darle-y-a el Rey su juicio, que así era costumbre. Cuando las doncellas así lo vieron, fue la una cuanto más pudo a lo decir a Amadís ; él cabalgó, e tomando sus armas, dijo a Gandalín e a la doncella que se fuesen por otra parte, y que si él a su honra de la batalla se partiese, que se fuesen a los tendejones, que allí acudiría el ; e luego salió de la floresta todo armado y encima de un caballo blanco, y él se iba hácia donde era Dardán, aderezando sus armas. Cuando el Rey e los de la villa vieron al caballero salir de la floresta, mucho se maravillaron quién sería, que ninguno lo pudo conocer ; más decían que nunca vieron caballero que tan hermoso pareciese armado e a caballo. El Rey dijo a la dueña reutada : « Dueña, ¿quién es aquel caballero que quiede sostener vuestra razón? — Así me ayude Dios, dijo ella, no sé, que le nunca vi que me miembre ». Amadis entró en el campo donde estaba Dardán, e díjole : « Dardán, agora manten razón de tu amiga, que yo defenderé la otra dueña con la ayuda de Dios, e quitarme he de lo que te prometí. — Y ¿qué me prometiste? dijo él. — Que me combatiría contigo, dijo

Amadís, y esto fue por saber tu nombre cundo fueste villano contra mí. — Agora vos precio menos que ante, dijo Dardán. — Agora me no pesa de cosa que me digáis, dijo Amadís ; que cerca estoy de me vengar, dándome Dios ventura. — Pues venga la dueña, dijo Dardan, e otorguete por su caballero, e véngate, si pudieres ». Entonces llegó el Rey a los caballeros por ver lo que pasaba, e Dardán dijo a la dueña : « Este caballero quiere la batalla por vos, ¿otorgáisle vuestro derecho?—Otorgo, dijo ella, e Dios le dé ende buen galardón ». El Rey miró Amadís, e vio que tenía el escudo falsado por muchos lugares, e al derredor cortado de golpes de espada, e dijo contra los otros caballeros : « Si aquel caballero extraño demandase escudo, dárse-y-an con derecho ». Mas tanto había Amadís la cuita de se combatir con Dardán, que en otro no tenía mientes ; teniendo aquellas sucias palabras que le dijera en la memoria muy más frescas y recientes que cuando pasaron ; en que todos debían tomar enjemplo y poner freno a sus lenguas, especialmente con los que no conocen, porque de los semejantes muchas veces ha acaescido grandes cosas de notar.

El Rey se tiró afuera, e todos los otros, e Dardán e Amadís movieron contra sí de lueñe, e los caballos eran corredores e ligeros, y ellos de gran fuerza, que se hirieron con sus lanzas tan bravamente, que sus armas todas falsaron, mas ninguno no fue llagado, e las lanzas fueron quebradas, y ellos se juntaron de los cuerpos de los caballos e con los escudos tan bravamente, que maravilla era, e Dardán fue en tierra de aquella primera justa ; mas de tanto le vino bien, que llevó las riendas en la mano, e Amadís pasó por él ; e Dardán se levantó ahina e cabalgó como aquel que era muy ligero, y echó mano a su espada muy bravamente. Cuando Amadís tornó facia él su caballo, violo estar de manera de lo acometer, y echó mano a la espada, e fuéronse ambos a acometer tan bravamente que todos se espantaban en ver tal batalla, e las gentes de la villa estaban por las torres e por el muro e por los lugares donde los mejor podían ver combatir ; e las casas de la Reina eran sobre el muro, e había hí muchas finiestras, donde estaban muchas dueñas e doncellas, e vían la batalla de los caballeros, que les parescía espantosa de ver ; que ellos se herían por cima de los yelmos, que eran de fino acero ; de manera que a todos parecía que les ardían las cabezas, según el gran huego que de ellos salía ; y de los arneses e otras armas hacían caer en tierra muchas piezas e mallas, e muchas rajas de los escudos. Así que, su batalla era tan cruda, que muy gran espanto tomaban los que la vían ; mas ellos no quedaban de se herir por todas partes, e cada uno mostraba al otro su fuerza e ardimento. El rey Lisuarte, que los miraba, como quiera que por muchas cosas de afruenta pasado hobiese por su persona e visto por sus ojos, todo le parescia tanto como nada, e dijo : « Esta es la más brava batalla que hombre vio, e quiero saber qué fin habrá, e haré figurar en la puerta de mi palacio a aquel que la victoria hobiere, que lo vean todos aquellos que hobieren de ganar honra ». Andando los caballeros con mucho ardimento en su batalla, como oídes, hiriéronse de muy grandes golpes sin sólo un poco holgar. Amadís, que mucha saña tenía de Dardán, y que en aquella casa de aquel rey, donde su señora esperaba morar, porque su mandado la sirviese, viendo que el caballero tanto se le detenía, comenzóle a cargar de grandes e duros golpes, como aquel que si alguna cosa valía, allí donde en más que en otra parte donde su señora no fuese lo que quería mostrar ; de manera que antes que la tercia llegase conocieron todos que Dardán había lo peor de la batalla ; pero no de manera que se no defendiese tan bien, que no estaba allí tan ardid que con él se osase combatir ; mas todo no valía nada, que el caballero extraño no hacía sino mejorar en fuerza e ardimento, y herialo tan fuertemente como en el comienzo, que todos decían que nada le menguaba sino su caballo, que ya no era tan valiente como era menester ; e otrosí aquel con quien se combatía, que muchas veces tropezaban e ahinojaban con ellos que a duro los podían sacar de paso ; e

Dardán, que mejor se cuidaba combatir de pie que de caballo, dijo a Amadís: «Caballero, nuestros caballos nos fallescen, que son muy cansados, y esto hace durar mucho nuestra batalla; yo creo que si anduviésemos a pie, que rato hobiese que te habría conquistado». Esto decía tan alto, que el Rey e cuantos con él eran lo oían, y el caballero extraño hobo ende muy gran vergüenza e dijo: «Pues te tu crees mejor te defender de pie que de caballo, apeémonos e defiéndete, que lo has mucho menester, aunque no me paresce que caballero debe dejar su caballo en cuanto pudiere estar en él». Así que, luego descendieron de los caballos sin más tardar, e tomó cada uno lo que quedaba de su escudo, e con gran ardimento se dejaron ir el uno al otro, e firiéronse muy más bravamente que ante, que era maravilla de los mirar; pero de mucho había muy gran mejoría el caballero extraño, que se podía mejor a él llegar, y heríalo de muy grandes golpes e muy a menudo, que no le dejaba holgar; pero veía que le era menester, e muchas veces le hacía revolver de uno y otro cabo, e algunas hinojar; tanto, que todos decían: «Locura demandó Dardan cuando quiso descender a pie con el caballero, que se no podía a él llegar en su caballo, que era muy cansado». Así traía el caballero extraño a Dardán a toda su voluntad, que ya pugnaba más en se guardar de los golpes que en ferir, e fuese tirando afuera contra el palacio de la Reina e las doncellas, e todos decían que moriría Dardán si más en la batalla porfiase. Cuando fueron debajo de las finiestras decían todos: «¡Santa María! muerto es Dardán». Entonces oyó hablar Amadís a la doncella de Denamarca, e conocióla en la fabla, e cató suso e vio a su señora Oriana, que estaba a una finiestra, e la doncella con ella, e así como la vido, así la espada se le revolvió en la mano, e su batalla e todas las otras cosas le fallescieron por la ver. Dardán hobo ya cuanto de vagar, e vio que su enemigo cataba a otra parte, e tomando la espada con las ambas manos, dio un tal golpe por cima del yelmo, que gelo hizo torcer en la cabeza. Amadís por aquel golpe no dio otro, ni fizo sino enderezar su yelmo, e Dardán lo comenzó a herir por todas partes. Amadís lo feria pocas veces, que tenía el pensamiento mudado en mirar a su señora. A esta hora comenzó a mejorar Dardán y él a empeorar, e la doncella de Denamarca dijo: «En mal punto vió aquel caballero acá alguna; que así perdiendo, hizo cobrar a Dardán, que al punto de la muerte llegado era. Cierto no debiera el caballero a tal hora su obra fallescer». Amadís, que lo oyó, hobo tan gran vergüenza, que quisiera ser muerto, con temor que creería su señora que había en él cobardía, y dejóse ir a Dardán e hiriólo por encima del yelmo de tan fuerte golpe, que le hizo dar de las manos en tierra, e tomóle por el yelmo e tiró tan recio, que gelo sacó de la cabeza, e diole con él tal herida, que le hizo caer atordido, e dándole con la manzana del espada en el rostro, le dijo: «Dardán, muerto eres si a la dueña no das por quita». Él le dijo: «¡Ay caballero! merced, no muera; yo la dó por quita». Entonces se llegó el Rey e los caballeros, e lo oyeron. Amadís, que con vergüenza estaba de lo que le acontesciera, fue a cabalgar en su caballo, y dejóse ir lo más que pudo contra la floresta. El amiga de Dardán llegó allí donde él tan mal trecho estaba e díjole: «Dardán, de hoy más no me cates por amiga vos ni otro que en el mundo sea, sino aquel buen caballero que agora fizo esta batalla. — ¡Cómo; dijo Dardán, ¿yo soy por tí vencido y escarnido e quiéresme desamparar por aquel que en tu daño y en mi deshonra fue? Por Dios, bien eres mujer, que tal cosa dices, e yo te daré el galardón de tu aleve». Y metiendo mano a su espada, que aún tenía en su cinta, diole con ella tal golpe, que le echó la cabeza a los pies; después desto, estovo un poco pensando e dijo: «¡Ay cativo! ¡qué hice, que maté la cosa del mundo que más amaba! Mas yo vengaré su muerte». E tomando la espada por la punta, la metió por sí, que lo no pudieron acorrer, aunque se en ello trabajaron; e como todos se llegasen a lo ver por maravilla, no fue ninguno en pos de Amadís para lo conocer; mas de aquella muerte plugo mucho a todos los más; porque aunque este Dardán era el más valiente

y esforzado caballero de toda la Gran Bretaña, su soberbia e mala condición facían que lo no emplease sino en injuria de muchos, tomando las cosas desaforadas, teniendo en más su fuerza e gran ardimento del corazón que el juicio del Señor muy alto, que con muy poco del su poder face que los muy fuertes de los muy flacos vencidos y deshonrados sean.

Amadís se da a conocer al rey Lisuarte y tiene noticias, en la corte, de su hermano Galaor. Amadís vence a Angriote y a Arcalaus, que consigue escapar y persiguiéndole Amadís cae desvanecido por encantamiento de Arcalaus. Finalmente consigue escapar Amadís y liberta a muchos cautivos del malvado encantador (capítulos XIV a XIX). Arcalaus difunde en la corte la noticia de la muerte de Amadís, lo que causa gran duelo especialmente a Oriana (cap. XX). Se celebran cortes en Londres, convocadas por Lisuarte, y éste y su hija Oriana caen prisioneros del encantador Arcalaus. Al saberlo Amadís y Galaor procuran libertarlos. Lisuarte celebra grandes fiestas y Amadís deja la corte para luchar contra Abiscos y sus dos hijos (cap. XXI a XL). Galaor y Agrajes acompañan a Amadís; se cuenta la historia de don Florestán, hijo del rey Perión y de la hija del conde de Selandia. Galaor y Florestán van al reino de Sobradisa, donde encuentran a Amadís, Agrajes y Briolanja (capítulos XLI a XLIII).

LIBRO SEGUNDO DE AMADÍS DE GAULA

Comienza en este libro la historia de la Ínsola Firme, con sus encantamientos y prodigios. El señor de la ínsula era el sabio Apolidón que había colocado su estatua y la de su amiga Grimanesa en una cámara, para entrar en la cual era preciso atravesar una huerta, en cuya entrada había un arco llamado de los leales amadores, pues sólo podían pasar bajo él los que habían sido fieles a su amor. El arco estaba rematado por una prodigiosa estatua masculina de cobre, con una trompa en la boca. Veamos un fragmento de éste.

CAPÍTULO I

Cómo Amadís con sus hermanos e Agrajes, su primo, se partieron adonde el rey Lisuarte estaba, e cómo les fue aventura de ir a la Ínsola Firme encantada a probar las aventuras, e lo que allí les acaesció

Pues allí llegados, entrando por la puerta, vieron un gran palacio las puertas abiertas e muchos escudos en él, puestos en tres maneras, que bien ciento dellos estaban acostados a unos poyos, e sobre ellos algunos estaban más altos, y en otro poyo sobre los diez estaban dos, y el uno dellos estaba más alto que el otro más de la meitad. Amadís preguntó por qué los pusieran así, e dijéronle que así era la bondad de cada uno cuyos los escudos eran, que en la cámara defendida quisieron entrar; e los que no llegaron al padrón de cobre estaban los escudos en tierra, y los diez que llegaron al padrón estaban más altos, y de aquellos dos el más bajo pasó por el padrón de cobre, mas no pudo llegar al otro; y el que estaba más alzado llegó al padrón de mármol, que no pasó más adelante. Entonces Amadís se llegó a los escudos por ver si conosciera alguno dellos; que en cada uno había un rétulo de cuyo fuera, e miró los diez, y entre ellos estaba uno más alto buena parte y tenía el campo negro e un león así negro; pero había las uñas blancas e los dientes e la boca bermejos, e conosció que aquel era de Arcalaus, y miró los dos escudos que más alzados estaban, e el más bajo había el campo indio e un gigante en él figurado, e cabe él un caballero que le cortaba la cabeza, e conosció ser aquel rey Abies de Irlanda, que allí viniera dos años antes que con Amadís se combatiera; e catóel otro, e también había el campo indio y tres flores de oro en él, e aquel no le pudo conocer, mas leyó las letras que en él había, que decían: «Este escudo es de don Cua-

dragante, hermano del rey Abies de Irlanda », que no había mas de doce días que aquella aventura probara, y llegara al padrón de mármol, donde ningun caballero había llegado ; y él era venido de su tierra a la gran Bretaña por se combatir con Amadís por vengar la muerte del rey Abies, su hermano. Desque Amadís vio los escudos mucho dudó aquella aventura, pues que tales caballeros no la acabaron ; e salieron del palacio e fueron al arco de los leales amadores, y llegando al sitio que la entrada defendía. Agrájes se llegó al mármol, y descendiendo de su caballo e encomendándose a Dios, dijo : « Amor, si vos he sido leal, membradvos de mí ». E pasó el marco, y llegando so el arco, la imagen que encima estaba comenzó un son tan dulce, que Agrajes y todos los que lo oían sentían gran deleite ; y llegó al palacio donde las imágines de Apolidón y de Grimanesa estaban, que no les pareció sino propiamente vivas ; e miró el jaspe e vio allí dos nombres escriptos, y luego el suyo, y el primero que vio decía : *Esta aventura acabó Madanil, hijo del duque de Borgoña*. Y el otro decía : *Este es el nombre de don Bruneo de Bonamar, hijo de Vallados el marqués de Troque*. El suyo decía : *Este es Agrájes, fijo de Languines, rey de Escocia*. Y este Madanil amó a Guinda Flamenca, señora de Flandes, e don Bruneo no había más de ocho días que aquella aventura acabara ; e aquella que él amaba era Melicia, hija del rey Perion de Gaula, hermana de Amadís. Entrando Agrajes, como oís, so el arco de los leales amadores, dijo Amadís a sus hermanos : « ¿Probaréis vosotros esta aventura? — No, dijeron ellos ; que no somos tan sojuzgados a esta pasión, que la merezcamos acabar. — Pues vos sois dos, dijo Amadís, faced vos compañía, e si yo pudiere, la haré a mi primo Agrajes ». Entonces dio su caballo e sus armas a su escudero Gandalin, e fuése adelante lo más presto que él pudo sin temor ninguno, como aquel que sentía no haber errado a su señora, no solamente por obra, mas por el pensamiento ; e como fue so el arco, la imagen comenzó a facer un són mucho más diferenciado en dulzura que a los otros hacía, e por la boca de la trompa lanzaba flores muy fermosas, que gran olor daban, e caían en el campo muy espesas ; así que, nunca a caballero que allí entrase fue lo semejante hecho, e pasó donde eran las imágenes de Apolidón e Grimanesa, e con mucha afición las estovo mirando, paresciéndole muy hermosas e tan frescas como si vivas fuesen ; e Agrajes, que algo de sus amores entendía, vino contra él de donde por la huerta andaba mirando las extrañas cosas que en ella había, e abrazándole le dijo : « Señor primo, no es razón de que aquí adelante nos encobramos nuestros amores ». Mas Amadís no le respondió ; e tomándole por la mano, se fueron mirando aquel logar, que muy sabroso e deleitoso era de ver.

Don Galaor e Florestán, que de fuera los atendían, viendo que tardaban, acordaron de ir a ver la cámara defendida, e rogaron a Isanjo el gobernador que gela mostrase ; él les dijo que le placía, e tomándolos consigo, fue con ellos, e mostróles la cámara por defuera, e los padrones que ya oiste, e don Florestán dijo : « Señor hermano : ¿qué queréis facer? Ninguna cosa ; dijo él, que nunca hobe voluntad de acometer las cosas de encantamentos. — Pues folgáos, dijo don Florestán ; que yo ver quiero lo que hacer podré ». Entonces encomendándose a Dios, e poniendo su escudo delante, e la espada en la mano, fue adelante, y entrando en lo denfendido, sintióse herir de todas partes con lanzas y espadas de tan grandes golpes e tan espesos, que le semejaba que ningún hombre lo podría sofrir ; mas como él era fuerte e valiente de corazón, no quedaba de ir adelante firiendo con su espada a una e a otra parte, e paresciale en la mano que ferían hombres armados, y que la espada no cortaba ; así pasó el padrón de cobre y llegó fasta el de mármol, e allí cayó, e no pudo ir más adelante, tan desapoderado de toda su fuerza, que no tenía más sentido que si muerto fuese ; e luego fue lanzado fuera del sitio, como lo facían a los otros. Don Galaor, que así lo vio, hobo dél mucho pesar, e dijo : « Como quiera que mi voluntad desta prueba apartada estoviese, no dejaré de tomar mi parte del peligro, e mandando a los escuderos e

al Enano que dél no se partiesen y le echasen del agua fría por el rostro, tomó sus armas, y encomendándose a Dios, fuese contra la puerta de la cámara, e luego le firieron de todas partes de muy duros e grandes golpes, e con gran cuita llegó al padrón de mármol e abrazóse con él, y detóvose un poco; mas cuanto un paso dio adelante fue tan cargado de golpes, que no lo pudiendo sofrir, cayó en tierra, así como don Florestán, con tanto desacuerdo, que no sabía si era muerto ni si vivo; e luego fue lanzado fuera, así como los otros. Amadís e Agrájes, que gran pieza habían andado por la huerta, tornáronse a las imágines, e vieron allí en el jaspe su nombre escripto, que decía: *Este es Amadís de Gaula, el leal enamorado, fijo del rey Perión de Gaula.* Y así estando leyendo las letras con gran placer, llegó al marco Ardián el enano, dando voces, e dijo: «Señor Amadís, acorred, que vuestros hermanos son muertos». E como esto oyó, salió de allí presto, e Agrájes tras él, y preguntando al Enano qué era lo que decía, dijo: «Señor, probáronse vuestros hermanos en la cámara e no la acabaron, y quedaron tales como muertos».

El enano Ardián ignoraba, como todos los amores de su señor con Oriana, y había dicho, antes de partir para Sobradisa, que Amadís iba a aquel reino para casarse con Briolanja después de reponerla en el trono. Oriana, al saberlo, siente celos y escribe esta carta:

Carta que la señora Oriana envía a su amante Amadís

Mi rabiosa queja, acompañada de sobrada razón, da lugar a que la flaca mano declare lo que el triste corazón encobrir no puede contra vos el falso y desleal caballero Amadís de Gaula; pues ya es conoscida la deslealtad e poca firmeza que contra mí la más desdichada y menguada de venturas sobre todas las del mundo, habéis mostrado mudando vuestro querer de mí, que sobre todas las cosas vos amaba, poniéndole en aquella que, según su edad para la amar ni conoscer su discreción basta; e pues otra venganza mi sojuzgado corazón tomar no puede, quiero todo el sobrado y mal empleado amor que en vos tenía, apartarlo; pues gran yerro sería querer a quien, a mí desamando, todas las cosas desame por le querer y amar. ¡Oh qué mal empleé e sojuzgué mi corazón, que en pago de mis sospiros e pasiones, burlada y desechada fuese! E pues este engaño es ya manifiesto, no parezcáis ante mí ni en parte donde yo sea; porque sed cierto que el muy encendido amor que vos había es tornado, por vuestro merescimiento, en muy rabiosa e cruel saña; e con vuestra quebrantada fe e sabios engaños id a engañar otra cativa mujer como yo, que así me vencí de vuestras engañosas palabras, de las cuales ninguna salva ni excusa serán recebidas; antes, sin vos ver, plañiré con mis lágrimas mi desastrada ventura e con ellas daré fin a mi vida, acabando mi triste planto.

Acabada la carta, cerróla con sello de Amadís muy conocido, e puso en el sobrescrito: «Yo soy la doncella ferida de punta de espada por el corazon, e vos sois el que me feriste». E fablando en gran secreto con un doncel que Durín se llamaba, hermano de la doncella de Denamarca, le mandó que no holgase fasta llegar al reino de Sobradisa, donde fallaría a Amadís, e aquella carta le diese, e que mirase al leer della su semblante y que aquel día le aguardase, no tomando dél respuesta aunque dárgela quisiese.

Durín llega a Sobradisa y entrega la carta a Amadís, quien desesperado se retira a una selva. Gandalín y Durín salen en su busca. Amadís encuentra a Petín, hermano del Emperador de Roma, con el que lucha y le vence (caps. II a IV). El siguiente capítulo es el que recordaba Don Quijote cuando hizo penitencia en Sierra Morena.

CAPÍTULO V

Cómo don Galaor e Florestán e Agrajes se fueron en busca de Amadís, e de cómo Amadís, dejadas las armas e mudando el nombre, se retrajo con un buen viejo en una ermita a la vida solitaria

. . . . . .

Entonces entró en una gran vega que al pie de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos, que estaban en una fuente, e fue allá por dar agua a su caballo, que todo aquel día andoviera sin fallar agua ; e cuando a la fuente llegó vio un hombre de orden, la cabeza e barbas blancas, e daba de beber a un asno, y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó, e preguntóle si era de misa ; el hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era. « A Dios merced, dijo Amadís ; agora vos ruego que folguéis aquí esta noche por el amor de Dios, e oirme eis de penitencia, que mucho lo he menester. — En el nombre de Dios », dijo el buen hombre. Amadís se apeó e puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y dejólo pacer por la yerba, y él desarmóse e fincó los hinojos ante el buen hombre, e comenzóle a besar los pies. El hombre bueno lo tomó por la mano, e alzándolo, lo fizo sentar cabe sí, e vio como era el más fermoso caballero que en su vida visto había, pero viole descolorido, e las faces e los pechos bañados en lágrimas que derramaba, e hobo dél duelo e dijo : « Caballero, paresce que habéis gran cuita, e si es por algún pecado que hayáis fecho, y estas lágrimas de arrepentimiento dél vos vienen, en buena hora acá nacistes ; mas si vos lo causan algunas temporales cosas, que, según vuestra edad y fermosura, por razón no debéis ser muy apartado dellas, membradvos de Dios y demandalde merced que vos traya a su servicio ». E alzó la mano y bendíjole e díjole : « Agora decid todos los pecados que se os acordaren ». Amadís así lo fizo, diciéndole toda su facienda, que nada faltó. El hombre bueno le dijo : « Según vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venís no os debríades matar ni perder por ninguna cosa que vos aviniese, cuanto mas por fecho de mujeres que se ligeramente gana e pierde ; e vos consejo que no paréis en tal cosa mientes e vos quitéis de tal locura, que lo fagáis por amor de Dios, a quien no place de tales cosas ; e aun por la razón del mundo se debría facer, que no puede hombre, ni debe, amar a quien le no amare. — Buen señor, dijo Amadís, yo soy llegado a tal punto, que no puedo vivir sino muy poco, e ruégoos por aquel Señor poderoso, cuya fe vos mantenéis, que vos plega de me llevar con vos este poco de tiempo que durare, e habré con vos consejo de mi alma ; pues que ya las armas ni el caballo no me facen menester, dejarlo he aquí, e iré con vos de pie, faciendo aquella penitencia que me mandárdes ; e si esto no facéis, erraréis a Dios, porque andaré perdido por esta montaña, sin fallar quien me remedie ». El buen hombre, que lo vio tan apuesto y de todo corazón para hacer bien, díjole : « Ciertamente, Señor, no conviene a tal caballero como vos sois que así se desampare, como si todo el mundo le falleciese, e muy menos por razón de mujer, que su amor no es más de cuanto sus ojos lo ven e cuanto oyen algunas palabras que les dicen ; e pasado aquello, luego olvidan, especialmente en aquellos falsos amores que contra el servicio del alto Señor se toman ; que aquel mesmo pecado que los engendra, faciéndolos al comienzo dulces e sabrosos, e aquel los face revesar con tan cruel e amargoso parto como agora vos tenéis ; más vos, que sois tan bueno e tenéis señorío e tierra sobre muchas gentes, e sois leal abogado e guardador de todas y todos aquellos que sinrazón reciben, e tan mantenedor de derecho, e sería gran malaventura e gran daño e pérdida del mundo, si vos así lo fuésedes desamparado ; e yo no sé quién es aquella que vos a tal estado ha traído, más a mi paresce que si en una mujer sola hobiese toda la bondad y hermosura que en todas las otras, que por ella tal hombre como vos no se debría perder. — Buen señor, dijo Amadís, yo no vos demando consejo en esta parte, que a mí no es menester ; mas demándoos consejo de mi alma, y que os plega de me llevar con vos, e si no lo ficierdes, no tengo otro remedio sino morir en esta montaña ». Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que dél había ; así que, las lágrimas le caían por las barbas, que eran largas y blancas, e díjole : « Mi fijo, señor, yo moro en un lugar muy esquivo e trabajoso de vivir, que es una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy alta,

y es tan estrecha la peña, que ningún navío a ella se puede llegar si no es en el tiempo del verano ; e allí moro yo ha treinta años, e quien allí morare conviénele que deje los vicios e placeres del mundo, e mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan. — Todo eso, dijo Amadís, es a mí agrado, e a mí place de pasar con vos tal vida, esta poca que queda, e ruégovos por amor de Dios que me lo otorguéis ». El hombre bueno gelo otorgó, mucho contra su voluntad, e Amadís le dijo : « Agora me mandad, padre, lo que faga ; que en todo vos seré obediente ».

El hombre bueno le dio la bendición, e luego dijo vísperas, e sacando de una alforja pan y pescado, dijo a Amadís que comiese ; mas él no lo hacía, aunque pasaran ya tres días que no comiera ; él dijo : « Vos habéis de estar a mí obediencia e mándoos que comáis ; si no vuestra alma sería en gran peligro si así moriésedes ». Entonces comió, pero muy poco ; que no podía de sí partir aquella grande angustia en que estaba ; e cuando fue hora de dormir el buen hombre se echó sobre su manto e Amadís a sus pies, que en todo lo más de la noche ni hizo, con la gran cuita, sino revolverse e dar grandes sospiros ; e ya cansado y vencido del sueño, amordecióse, y en aquel dormir soñaba que estaba encerrado en una cámara escura que ninguna vista tenía, e no fallando por dó salir, quejábasele el corazón ; e parescíale que su prima Mabilia e la doncella de Denamarca a él venían, e ante ellas estaba un rayo de sol, que quitaba la escuridad e alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos y decían : « Señor, salid a este gran palacio ». E pareciale que había gran gozo ; e saliendo, veía a su señora Oriana cercada al derredor de una gran llama de fuego, y él que daba grandes voces, diciendo : « ¡Santa María!, acórrela ». E pasaba por medio del fuego, que no sentía ninguna cosa, e tomándola entre sus brazos, la ponía en una huerta la más verde y hermosa que nunca viera ; e a las grandes voces que él dio, despertó al hombre bueno, e tomóle por la mano, diciéndole qué había. El dijo : « Mi señor, yo hobe agora dormiendo tan gran cuita, que a pocas fuera muerto. — Bien pareció en las vuestras voces, dijo él ; mas tiempo es que nos vayamos ». E luego cabalgó en su asno, y entró en el camino. Amadís se iba a pie con él, mas el buen hombre le fizo cabalgar en su caballo, con gran premia que le puso, e así fueron de consuno como oís ; e Amadís le rogó que le diese un don, en que no aventuraría ninguna cosa ; él gelo otorgó de grado, e Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijese a ninguna persona quién era ni nada de su hacienda ; y que no le llamase por su nombre, mas por otro cual él le quisiese poner ; y de que fuese muerto, que lo ficiese saber a sus hermanos, porque le llevasen a su tierra. « La vuestra muerte é la vida es en Dios, dijo él, e no fabléis más en ello, que él vos dará remedio si le conocéis e amáis e servís como debéis ; mas decirme qué nombre vos place tener. — El que vos por bien tovierdes », dijo él. El hombre bueno lo iba mirando, como era tan hermoso y de tan buen talle, e la gran cuita en que estaba, e dijo : « Yo vos quiero poner un nombre que será conforme a vuestra persona e angustia en que sois puesto ; que vos sois mancebo e muy fermoso ; e vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas ; quiero que hayáis nombre Beltenebros ». Amadís plugo de aquel nombre, e todo el buen hombre por entendido en gele haber con tan gran razon puesto, e por este nombre fue él llamado en cuanto con él vivió, y después gran tiempo ; que no menos que por él de Amadís fue loado, según las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues fablando en esto y en otras cosas llegaron a la mar siendo la noche cerrada e fallaron hí una barca en que habían de pasar al hombre bueno a su ermita, y Beltenebros dio su caballo a los marineros, y ellos le dieron un pelote e un tabardo de gruesa lana parda ; y Beltenebros preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada, y él cómo había nombre. « La morada, dijo él, es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza e mi nombre es Andalod, e fui clérigo asaz entendido, e pasé mi mancebía en muchas vanidades ; mas

Dios, por la su merced, me puso en pensar que los que lo han de servir tienen grandes inconvenientes y entrevalos contratando con las gentes, que, según nuestra flaqueza, antes a lo malo que a lo bueno inclinados somos ; e por esto acordé de me retraer a este logar tan solo, donde yá pasan de treinta años que nunca dél salí sino agora, que vine a un enterramiento de una mi hermana ». Mucho se pagaba Beltenebros de la soledad y esquiveza de aquel lugar, y en pensar de allí morir recebía algún descanso ; así fueron navegando en su barca fasta que a la peña llegaron. El ermitaño dijo a los marineros que se volviesen, y ellos se tornaron a la tierra con su barca ; y Beltenebros, considerando aquella estrecha e santa vida de aquel hombre bueno, con muchas lágrimas y gemidos, no por devoción, mas por gran desesperación, pensaba juntamente con él sostener todo lo que viviese, que a su pensar sería muy poco.

Así como oís fue encerrado Amadís con nombre de Beltenebros en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en el mar, desamparando el mundo e la honra, e aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era ; consumiendo sus días en lágrimas y en continuos lloros, no habiendo memoria de aquel valiente Galpano y de aquel fuerte Abies de Irlanda y del soberbio Dardán, ni tampoco aquel famoso Apolidón, que en su tiempo ni en cien años después nunca caballero hobo que a la su bondad pasase ; los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron, con otros muchos que la historia vos ha contado. Pues si le fuese preguntada la causa de tal destrozo, ¿qué respondiera? No otra cosa, salvo que la ira e la saña de una flaca mujer, poniendo en su favor aquel fuerte Hércoles, aquel valiente Sansón, que desta semejante pasión atormentados e sojuzgados fueron, e otros muchos que decir podría, ¿con esto sería su culpa desculpada? Ciertamente no, porque los yerros ajenos son de tener en la memoria, no para los seguir, mas para fuirlos e castigar en ellos ; pues ¿era razón que de un caballero tan vencido, tan sojuzgado con causa tan liviana, piedad se hobiese para de allí le sacar con dobladas vitorias que las pasadas? Diría yo que no, si las cosas por él hechas en tan gran peligro suyo no se redundasen en tanto provecho de aquellos que, después de Dios, otro reparo si el suyo no tenían. Así que, habiendo destos tales mayor mancilla que de aquel que, venciendo a todos, a sí mesmo vencer ni sojuzgar pudo, contarémos en qué forma, cuando más sin esperanza, cuando ya llegado al estrecho de la muerte, el Señor del mundo le envió milagrosamente el reparo.

Durín vuelve con la respuesta del mensaje a Oriana, y del llanto que ésta hizo al saber la verdad (capítulo VI). Guilán encuentra las armas y el escudo de Amadís y las lleva a la corte del rey Lisuarte (cap. VII) La doncella de Denamarca va en busca de Amadís, que se llamaba Beltenebros, y llega a la Peña Pobre (cap. VIII y IX) :

Beltenebros la tomó entre sus brazos e juntóla consigo, sin ninguna cosa le poder fablar ; ella, dándole la carta, le dijo : « Esta vos envía nuestra señora, e por mí vos face saber que si vos sois aquel Amadís que ser solía, a quien ella tanto ama, que poniendo en olvido lo pasado, luego seiás con ella en el su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio serán emendados los dolores e angustias que el sobrado amor que vos tiene han causado ». Él tomó la carta, e después de la besar muchas veces, púsola encima del corazón e dijo : « ¡Oh atribulado corazón!, que tanto tiempo con tan grandes angustias, derramando tantas lágrimas, te has podido sostener, fasta ser llegado en el estrecho de la cruel muerte, rescibe esta melecina, que para la tu salud ninguna otra bastar podiera ; quita aquellas nieblas de gran tenebregura de que fasta aquí cubierto estabas ; toma esfuerzo con que puedas servir a aquella tu señora la merced que en te quitar de la muerte te face ». Entonces abrió la carta por la leer, que así decía :

Carta de Oriana a Amadís

Si los grandes yerros que con enemistad se facen, vueltos en homildad, son dignos de ser perdonados, pues ¿qué

será de aquellos que con gran sobra de amor se causaron? Ni por eso niego yo, mi verdadero amigo, no merescer mucha pena, porque debiera considerar que en las prósperas e alegres cosas son las asechanzas de la fortuna para en mezquindad las poner, e con razón debiera yo considerar vuestra discreción, vuestra honestidad, que fasta aquí en ninguna cosa erró, y sobre todo, la gran sujeción de mi triste corazón, que no le vino sino de aquella en que el vuestro es encerrado ; que si por ventura algo de sus encendidas llamas resfriadas fueran, el mío lo sintiendo, algún descanso a los mortales deseos por él deseados fueran causa de acarrear. Mas yo erré como aquellas que estando en mucha buena ventura e con gran certenidad de aquellos que aman, no cabiendo en ellas tanto bien, por sospechas, mas por voluntad que con razón tomadas, por palabras de personas inocentes o maldecientes, de poca verdad y menos virtud, quieren aquella grande alegría escurecer con niebla de poco sufrimiento ; así que, muy leal amigo, como de persona culpada que con humildad su yerro conoce, sea recebida esta mi doncella que más de la carta le fará saber en el extremo que mi vida queda ; de la cual, no porque ella lo merezca, mas por el reparo de la vuestra, se debe haber piedad.

Leída la carta, el alegría de Beltenebros fué tan sobrada, que así como con la pasada tristeza con ella desmayado fue, cayendo las lágrimas por sus mejillas sin las sentir, y luego fue acordado por ellos que, dando a atender a todos los que allí venían que la doncella por servicio de Dios le sacaba de aquel logar, donde para su salud aparejo ninguno no había, que en la hora tornados a la nave, saliesen en tierra, lo cual así se hizo ; pero antes Beltenebros, despedido del ermitaño, faciéndole saber como aquella doncella, por la piedad de Dios, por grande aventura allí por su salud era aportada, y rogándole mucho que él tomase cargo de le reformar el monesterio que al pie de la peña de la Insola Firme prometiera de hacer, e por él otorgado, se metió en la mar, sin que de otro sino de la doncella sola conocido fuese.

Galaor, Florestán y Agrajes buscan infructuosamente a Amadís, en la Peña Pobre (cap. X).

CAPÍTULO XI

De cómo estando el rey Lisuarte sobre tabla entró un caballero extraño, armado de todas armas, y desafió al Rey y a toda su corte, e de lo que a Florestán pasó con él, e de cómo Oriana fue consolada e Amadís fallado

Pues partidos estos dos caballeros, como oís, el Rey quedó hablando con Don Galaor, Florestán, Agrájes e otros muchos que en el palacio estaban, e díjoles : « Quiero que veáis una cosa en que habréis placer ». Entonces mandó llamar a Leonoreta, su fija, con todas sus doncellas pequeñas que viniesen a danzar así como solían, lo que nunca había mandado después que las nuevas de ser perdido Amadís le dijeran ; y el Rey le dijo : « Hija, decid la canción que por vuestro amor Amadís fizo siendo vuestro caballero ». La niña con las otras sus doncellas la comenzaron a cantar, la cual dice así :

Leonoreta, fin roseta,
blanca sobre toda flor,
fin roseta, no me meta
en tal cuita vuestro amor.
Sin ventura yo en locura
me metí ;
en vos amar es locura
que me dura,
sin me poder apartar ;
óh hermosura sin par,
que me da pena e dulzor.
Fin roseta, no me meta
en tal cuita vuestro amor.
De todas las que yo veo
no deseo
servir otra sino a vos ;
bien veo que mi deseo
es devaneo,
do no me puedo partir,
pues que no puedo huir
de ser vuestro servidor.
No me meta, fin roseta
en tal cuita vuestro amor.
Aunque mi queja parece
referirse a vos, Señora,
otra es la vencedora,

otra es la matadora
que mi vida desfallece ;
aquesta tiene el poder
de me hacer toda guerra ;
aquesta puede hacer,
sin yo gelo merecer,
que muerto viva so tierra.

Quiero que sepáis por cuál razón Amadís fizo este villancico por esta infanta Leonoreta. Estando él un día hablando con la Reina Brisena, Oriana e Mabilia e Olinda dijeron a Leonoreta que díjese a Amadís que fuese su caballero e la sirviese muy bien, no mirando por otra ninguna ; ella fue a él, e díjole como ellas lo mandaron. Amadís e la Reina, que gelo oyeron, rieron mucho ; e tomándola Amadís en sus brazos, la asentó en el estrado e díjole : « Pues vos queréis que yo sea vuestro caballero, dadme alguna joya en conocimiento que me tenga por vuestro ». Ella quitó de su cabeza un prendedero de oro con unas piedras muy ricas, e diógelo. Todas comenzaron a reir de ver como la niña tomaba tan de verdad lo que en burla le habían consejado ; e quedando Amadís por su caballero, fizo por ella el villancico que ya oistes. E cuando ella e sus doncellas lo decían, que estaban todas con guirlandas en sus cabezas e vestidas de ricos paños de la manera que Leonoreta los traía, y era asaz fermosa, pero no como Oriana, que con esta no había par ninguna en el mundo e fue a tiempo, como adelante se dirá emperatriz de Roma ; e las doncellitas suyas eran doce, todas fijas de duques e de condes e otros grandes señores ; e decían tan bien e tan apuesto aquel villancico, que el Rey e todos los caballeros habían muy gran placer de lo oir.

Beltenebros se prepara para ir a ver a Oriana, y después de diversas aventuras se unen ambos amantes. Triunfan en la prueba de los leales amadores. Amadís se ausenta de la corte de Lisuarte por haber caído en su desgracia. Acaba el libro segundo, y en lo sucesivo Amadís se llamará el Caballero de la Verde Espada (caps. XII a XXI).

SUMARIO DEL
TERCERO LIBRO DE AMADÍS DE GAULA

En el cual se cuenta de las grandes discordias e zizañas que en la casa e corte del rey Lisuarte hobo por el mal consejo que Gandandel dio al Rey por dañar a Amadís y a sus parientes e amigos ; para en comienzo de lo cual, mandó el Rey a Angriote e a su sobrino que saliesen de su corte y sus señoríos, y los envió a desafiar, y ellos le tornaron la confirmación del desafio, como adelante se contará.

Cendil de Ganota llega a la Ínsula Firme con una carta del rey Lisuarte desafiando a Amadís y sus compañeros. Amadís acomete descomunales hazañas en Alemania, Bohemia y Romania (caps. I a IX). El sabio médico maestro Elisabat le acompaña en sus viajes y salva su vida con sus profundos conocimientos médicos. Terminamos esta selección con el capítulo del monstruoso Endriago.

CAPÍTULO X

De cómo el Caballero de la Verde Espada, después de partido de Grasinda para ir a Constantinopla, le forzó fortuna en el mar, de tal manera, que le arribó en la ínsola del Diablo, donde halló una bestia fiera, llamada Endriago

Por la mar navegando el caballero de la Verde Espada con su compaña la vía de Constantinopla, como oído habéis, con muy buen viento, súbitamente tornando al contrario, como muchas veces acaece, fue la mar tan embravecida, tan fuera de compás, que ni la fuerza de la fusta, que grande era, ni la sabiduría de los mareantes no pudieron tanto resistir, que muchas veces en peligro de ser anegada no fuese ; las lluvias eran tan espesas e los vientos tan apoderados, y el cielo tan escuro, que en gran desesperacion estaban de

ser las vidas remediadas por ninguna manera, ni lo podían creer, así él como el maestro Elisabat é los otros todos, si no fuese por la gran misericordia del muy alto Señor, e muchas veces la fusta, así de día como de noche, se les hendía de agua que no podían sosegar, ni comer ni dormir sin grandes sobresaltos, pues otro concierto alguno en ella no había sino aquel que la fortuna le placía que tomase. Así andovieron ocho días, sin saber ni atinar a cuál parte de la mar andoviesen, sin que la tormenta un punto ni momento cesase ; en cabo de los cuales, con la gran fuerza de los vientos, una noche, antes que amaneciese, la fusta a la tierra llegada fue tan reciamente, que por ninguna guisa la podían despegar ; esto dio gran consuelo a todos, como si de muerte a la vida tornados fueran ; mas la mañana venida, reconocieron los marineros en la parte que estaban, siendo ser allí la ínsola que del Diablo se llamaba, donde una bestia fiera toda la había despoblado, en dobladas angustia y dolores sus ánimos fueron, teniéndolo en muy mayor grado de peligro que el que en la mar esperaban ; e firiéndose con las manos en los rostros, llorando fuertemente, al caballero de la Verde Espada se vinieron, sin otra cosa le decir ; él, muy maravillado de ser así su alegría en tan gran tristeza tornada no sabiendo la causa dello, estaba como embarazado, preguntándoles qué cosa tan súpita y breve tan presto su placer en gran lloro mudara. « ¡Oh caballero!, dijeron ellos, tanta es la tribulación que las fuerzas no bastan para la recontar. Mas cuéntela ese maestro Elisabat, que bien sabe porqué razón esta ínsola del Diablo tiene nombre ».

El maestro, que no menor turbado que ellos era, esforzado por el caballero del Enano, temblando sus carnes, turbada la palabra, con mucha gravedad y temor contó al caballero lo que saber quería.

El emperador de Constantinopla invita y agasaja a Amadís. El rey Lisuarte está dispuesto a entregar a Oriana como esposa al emperador de Roma. Amadís y los suyos lo impiden, y vuelven a reunirse los amantes (caps. XII a XVIII).
En el cuarto libro, Amadís ofrece en vano la reconciliación al rey Lisuarte que, en unión del emperador de Roma, se dirige contra la Ínsula Firme ; pero, después de diversos sucesos, el ermitaño que crió a Esplandián reconcilia a Lisuarte con Amadís, al hacerle saber que éste estaba casado en secreto con Oriana, y que fruto de aquel matrimonio es el joven Esplandián. Finalmente se celebran las bodas de todas las damas y caballeros que habían vivido en torno a Oriana y Amadís: Para que nada falte se presenta en una sierpe de fuego Urganda la Desconocida para ser testigo de las bodas del invencible caballero Amadís (capítulos I a LII).

OLIVEROS DE CASTILLA Y ARTUS DALGARBE

ANÓNIMO

En tiempos del emperador Carlomagno vivía en Castilla un rey casado con la hija del rey de Galicia. Esperan tener un hijo y, cuando éste nace, causa la muerte de su madre (cap. I). El rey queda inconsolable pero, aconsejado por sus nobles, vuelve a casarse con la reina Dalgarbe. Ésta era una hermosa viuda que tenía un hijo llamado Artus (capítulos II y III). Se celebran las bodas y todos se asombran del enorme parecido de Artus y Oliveros, el hijo del rey de Castilla (cap. IV). Ambos niños se crían juntos y se profesan un extraordinario cariño. Su belleza, bondad y discreción eran únicas. Su habilidad y bravura en unas justas causan el asombro de todos (capítulo V), y su propia madrasta se enamora de Oliveros :

CAPÍTULO VI

COMO LA REYNA SE ENAMORÓ DE OLIUEROS SU ANTENADO

Tan noblemente lo fizo Oliueros los tres días de la justa, que a todos pareció muy bien. E sus gracias eran tantas, que a todos combidauan serle afficionado y a le seruir. E en tal suerte paró mientes la reyna a sus valentías de Oliueros, que vencida de sus amores empeçó a pensar en todas sus gracias e acabada fermosura, e dezía entre sí : « ¡Bien dichosa será la dama que dél fuere querida, e no creo que muger ninguna que le mire no se enamore de sus perfectas virtudes! ». E con este pensamiento perdió muchas vezes el sueño e dexó el comer. E vn día de sant Juan, entre otras galas e fiestas que se fizieron en la corte e en la cibdad, mandó la reyna que viniessen instrumentos de diuersas maneras, e juntáronse en vna rica sala todas las damas de la corte y algunas donzellas de la cibdad, e empeçaron a dançar e baylar de diuersas maneras. E los galanes de la corte no oluidaron de traer nueuas inuenciones e fizieron atabios muy costosos e de diuersas maneras, para parescer en las dançaș delante las damas. Mas Oliueros e Artus tenían tanta gracia en todas las cosas, que assí ceuauan los ojos las damas en ellos, como si no houiera otro ninguno en la sala. E más la reyna, que de muchos días estaua ferida de amores, la qual, mirando a Oliueros, sintió vn dolor de coraçón que le quitó la vista de los ojos e perdió los sentidos, e cayera de la silla do estaua assentada si no por las matronas que cabe ella estauan, que viéndola tan demudada, tomáronla luego por los braços e la leuaron a su cámara sin conoscer la causa de su mal ; e cessaron las dançaș. E tornada en sí la reyna, mando que cada vno se retraxesse en su estancia, e que quedasse sola en la camara. E dende a poco vino Oliueros e Artus a verla, e los rescibió muy bien, e les mostró más amor que fasta entonces, abraçando el vno e el otro. E abraçando a Oliueros, dixo muy baxo, que no lo oyó Artus : « Oliueros, entiendo que nascistes para que vos mirassen las gentes ». Y fue muy marauillado dello Oliueros, mas no fizo semblante ninguno, ni sabía si lo echasse a buena o a mala parte, e venidas las damas, despediéronse ellos e dexaron la reyna con ellas.

La reina declara su amor a Oliveros (cap. VII), éste ruega a Dios que le ayude a apartar el mal deseo de su madrastra (caps. VIII y IX) y se niega a sus pretensiones (capítulo X). Decide Oliveros huir del palacio y escribe una carta a su hermanastro Artus, sin decirle la verdadera causa de su huida, y le ruega que mire todos los días una redoma de agua, que cuando cambie de color indicará que está en gran peligro (cap. XI). Provisto de dinero y joyas llega a un puerto de mar y embarca rumbo a Constantinopla (cap. XII).
Artus encuentra la carta y la redoma de Oliveros. Pierde el sentido de la impresión. También el Rey y su esposa se rasgan los rostros y vestiduras en su desesperación (caps. XIII y XIV). Envían mensajeros por

todo el mundo en busca de Oliveros. La Reina se desespera considerándose culpable (cap. XV). Entretanto, Oliveros naufraga:

CAPÍTULO XVI

DE LA GRANDE FORTUNA E TEMPESTAD QUE HOUO LA NAO EN QUE VUA OLIUEROS; E COMO SE FUNDIÓ LA NAO E MURIERON TODOS, SALUO OLIUEROS E VN CAUALLERO, QUE MILAGROSAMENTE ESCAPARON

Va haueys oydo como Oliueros entró en mar con vn señor que yua a Costantinopla. Quando estouieron a tres jornadas del puerto, se leuantó vn viento tan contrario e la mar tan turbada, que estouieron vn mes que ni sabían si yuan adelante o atrás, ni en que región estauan. E perdidas las velas, e quebrado el mastel, e perdidas las áncoras e el timón, perdió el piloto el gouierno de la nao, por lo qual dieron en vna peña, e se abrió la nao de popa a proa, e viendo que se fundía la nao se echaron todos a nado por la mar. E Oliueros dixo al cauallero a quien hauía dado el cauallo: «Tomemos esta tabla e entremos en la mar, e no nos apartemos de en vno si possible fuere, que espero en Dios que saldremos a puerto». E assi lo fizieron, e pusieron la barjoleta de Oliueros en la tabla, e empeçaron a nadar quanto podían. Mas la tempestad era tan grande e el agua tan fría, que les atormentó los braços e las piernas que ya no las sentían, e apenas se podían tener en la tabla; e los traxo la tormenta hora a vna parte, hora a otra toda la noche. En la mañana vio Oliueros el cauallero que ya no podía fablar, ca estaua desmayado e para desamparar la tabla, e doliéndose más dél que de su mesmo peligro, dixo: «O señor, que fiziste carrera en la mar Vermeja porque passasen los fijos de Israel, e libraste los tres niños de la fornaz ardiente, te ruego por aquella piedad que dellos houiste, quieras hauer misericordia de nosotros». No houo dexado de fablar quando vio venir dos ciervos muy grandes que venían a ellos por la mar como si estouieran en tierra firme, e Oliueros llamó a grandes vozes al cauallero, diziendo que diesse gracias a Dios e que tomasse esfuerço, que luego saldría de peligro. E llegados los ciervos a ellos, estuuieron quedos. E Oliueros se allego al cauallero e le ayudo a subir en el vno dellos, e después tomó su barjoleta e caualgó en el otro, e llegaron por la gracia de Dios a buen puerto. E soltaron los ciervos e se fueron al monte. E los caualleros anduuieron por vn camino que fallaron fasta que llegaron a vn pequeño lugar. E Oliueros leuó al cauallero por el braço fasta el lugar, conortándole quanto podía, ca muchas vezes desmayaua por el frío que hauía passado e el agua salada que hauía beuido. E llegados al lugar, entraron en vn mesón, mandó Oliuros fazer en vna cámara apartada buena lumbre, e fizo assentar al cauallero e le descalçó e desnudó, e le acostó en la cama, e después de bien cubierto vio Oliueros que el cauallero dormía, e le dexó dormiendo e fue a curar de sí, que poco menos fatigado venía que el cauallero.

CAPÍTULO XVII

COMO OLIUEROS FIZO LEUAR AL CAUALLERO A SU TIERRA, E COMO MURIÓ EL CAUALLERO, E DE LO QUE OLIUEROS FIZO POR SU ALMA

Estouo Oliueros en el mesón detenido algunos días por la dolencia del cauallero. E el mesón era de vn fidalgo que las más partes del mundo hauía andado, e folgaua mucho en departir con Oliueros, e entre otras razones le preguntó Oliueros en que tierra estauan e en cuyo reyno o señorío, e el fidalgo le dixo que estauan en el reyno de Inglaterra. E oyendo el cauallero que estaua en la cama que estaua en su tierra, houo gran plazer e preguntó al fidalgo que quanto hauía de ay a la cibdad de Canturbia. E le dixo que no más de veynte leguas. E el cauallero le preguntó si conoscía vn cauallero de aquella cibdad que llamauan don Juan Talabot. E el fidalgo le dixo que muchas vezes la hauía oydo nombrar, mas nunca le hauía vido. E departieron Oliueros y el fidalgo de muchas cosas. E después se despidió el fidalgo e dexó los dos compañeros

en la cámara. E Oliueros se assentó en el banco de la cama del cauallero para le conortar, e fallóle llorando, e le preguntó la causa de su llorar. El cauallero le respondió: «Señor, sabed que estamos en mi tierra e estamos a veynte leguas e no más de donde tengo mi principio de generación. E aquel don Juan Talabot por quien pregunte al fidalgo, yo so, e tengo en la cibdad de Canturbia abundantemente de los bienes temporales, e aquí esto qual me veys, que si no por vos creo que no sería viuo». Dixo Oliueros: «Señor e compañero, vuestra buena compañía me obliga a nunca oluidarvos, e sed cierto que no vos dexaré fasta que vos vea en vuestra casa, e pensad de cobrar salud, e venderé las joyas que traxe de mi tierra e mercaremos sendos cauallos en que vayamos honrradamente a Canturbia». El cauallero le dio infinitas gracias por ello. E estuuieron los dos caualleros algunos días allí, pensando que el cauallero cobraría salud, mas como su mal cresciesse de día en día, dixo el cauallero a Oliueros: «Señor, yo veo mi muerte cercana, e querría, si vos pluguiesse, que fuéssemos a Canturbia, por que remunerasse en mi vida parte de los beneficios que de vos he rescebido». E Oliueros le dixo que no pensasse saluo en sanar de su dolencia, que mucho más le deuía por su buena compañía. E ordenó Oliueros su partida; e viendo que el cauallero no podría yr en cauallo ni en mula, alquiló vnos labradores que le leuassen en vnas andas metido en la cama. E mercó vn gentil cauallo para sí. E contentado muy bien su huésped, se partieron e le leuaron aquellos labradores fasta al primero lugar, e los pagó, e tomó otros fasta a otro lugar. E assí de lugar en lugar le leuaron fasta en la cibdad de Canturbia, e Oliueros en su cauallo siempre hablando con él e consolándole con muy dulces palabras. E llegados a sus casas, perdió luego el cauallero la fabla, e dende a poco tiempo dio fin a sus días, por lo qual fue muy triste Oliueros, e assí mesmo mostraron gran sentimiento los parientes. E queriéndole leuar a la yglesia, fizo vn cibdadano embargar el cuerpo e mostró como hauía siete años que le tenía descomulgado por cierta suma de dinero que le deuía; e viendo sus parientes e herederos que la deuda era grande e que no la podrían pagar sin vender de sus heredades, mayor querer touieron con las heredades que con el ánima del defunto pariente.

CAPÍTULO XVIII

COMO OLIUEROS FIZO ENTERRAR AL CAUALLERO, E LE FIZO ABSOLUER DE LA DESCOMUNIÓN, E PAGÓ LA DEUDA QUE DEUIA; E DE LAS JUSTAS QUE FUERON PREGONADAS EN LA CORTE DEL REY DE INGLATERRA, QUE EL VENCEDOR DELLAS HOUIESSE LA FIJA DEL REY POR MUGER

Quando Oliueros vio la grande auaricia de los parientes del cauallero, fue muy descontento dello, e trabajaua quanto podía, assí con los deudores como con el credidor por auenirlos, por que fuesse absuelto al cauallero e enterrado. Mas falló tan poca piedad en ellos, que ni los vnos quisieron vender sus rayzes ni el otro perder nada de la deuda, e parescióle inhumanidad que su compañero assí quedasse descomulgado e su cuerpo tan vituperado. E dixo entre sí: «Si lo poco que del camino me ha quedado bastasse, avnque supiesse vender el caballo, yo le faría absoluer porque su alma no penasse». E preguntó al cibdadano quanta era la quantía. El le dixo que era la valor de dos mil nobles. E Oliueros leuó vn joyero a su posada e mostróle las joyas que tenía, e que en su consciencia le dixiesse quanto valían. E el le dixo, después de bien miradas, que hauría por ella quatro mil nobles de oro. E Oliueros le dixo que ge las fiziesse vender. E vendidas las joyas, pagó Oliueros al cibdadano dos mil nobles, e hauida la absolución, fizo enterrar el cuerpo honrradamente, e fizo dezir sus misas muy complidamente. E estando Oliueros en Canturbia, oyó dezir que el rey de Inglaterra hauía fecho pregonar justas e torneo por tres días, e que el que quedasse vencedor todos los tres días, que houiesse su sola fija heredera del reyno por muger. La qual fija era la más fermosa que en aquel tiempo se fallasse en todas aquellas partidas. E no

quería el padre casarla con otros reyes que la demandauan por no la apartar de sí, ca la quería tanto, que le parescía que vn solo día no viuiría sin ella. E otrosí le parescía que, por el común prouecho, valía más casarla con vn buen cauallero e valiente, para defender el reyno de sus enemigos, avnque no fuesse grande señor, que a vn rey o a otro señor en quien las tales gracias no se fallassen. E fue ordenado que quatro cientos caualleros fuessen mantenedores contra quantos tornear quisiessen, e hauía ya nueue meses que el pregón era fecho, e dende a quinze días se cumplía el plazo. E fasta entonces no hauía Olivеros oydo nada dello, e rogó a vn cauallero que le enformasse por entero de todo el pregón. E el cauallero le certificó dello e de la suerte que hauían de ser las justas, e el torneo. E más le dixo de la grand fermosura e crescidas gracias de la fija del rey, por las quales fue afficionado e cayó en pensamiento de amores. E dixo entre sí: « Por bien empleadas daría todas mis passadas fortunas si por fuerça de armas alcançasse la tan alabada donzella »; e propuso de partirse para Londres, donde estaua entonces la corte e eran ordenadas las justas e torneo.

Oliveros se dirige hacia Londres, para tomar parte en las justas. En el camino es atacado por quince salteadores, de los que Oliveros mata once, pero le roban el caballo con cuanto dinero llevaba (cap. XIX). En su desesperación es consolado por un extraño caballero, que resultará ser el muerto agradecido (capítulo LXXIV):

CAPÍTULO XX

COMO VN CAUALLERO VINO A CONORTAR A OLIUEROS, E DE LAS PALABRAS E OFRESCIMIENTOS QUE EN VNO HOUIERON

Estando Oliueros tan pensatiuo, vino vn cauallero a el e le llamó a alta voz, diziendo: « Oliueros de Castilla, no hayays a mal si vos despierto de vuestro sueño ». Quando Oliueros se oyó llamar por su nombre, fue muy marauillado, e alcó la cabeça muy presto, pensando que soñaua o que era fantasía que tenía del grande enojo. E alçando los ojos vido cabe si vn cauallero de buena filosomía e statura; e todos sus atabíos eran negros. E leuantóse en pie Oliueros santigándose, e le dixo: « Yo te conjuro de parte de Dios, e todos los sanctos e sanctas del parayso, que me digas si eres diablo u hombre, e quien te dio a conoscerme e saber mi nombre ». El cauallero le respondió: « Amigo, no hayas temor ninguno de mí, ca yo so christiano e creo en Dios como tú. Si sé tu nombre no es marauilla, ca poco ha que en tus quexas te nombraste, e a grandes vozes dixiste que hauías perdido tu cauallo e todo tu dinero. E como el mayor pesar que tenías era que no podrías yr al torneo que de oy en seys días se faze en Londres. E sepas, Oliueros, que te soy obligado por cosas señaladas que vn muy cercano pariente tuyo por mí fizo, por lo qual (y por no caer en el vicio de ingratitud), si tu quieres yr al torneo, yo te daré cauallo e armas, e te seruiré muy complidamente de todas las cosas necessarias, con esta condición, que todo lo que ganares en el torneo o a causa del torneo, partirás comigo, e de todo me darás la meytad si te la pidiere, e mi voluntad fuere de tomarla ». Oliueros, que muy desseoso estaua de yr al torneo, oyendo la oferta del cauallero, sin más mirar las condiciones della respondió: « Cauallero, si mi dicha es tal, e mi fortuna consiente que tu me fagas tanto plazer e merced que me proueas como dizes, yo te juro al Dios en quien yo creo, e por la parte que en el reyno del parayso espero te prometo que, si algún bien alcanço a causa del torneo, de te fazer participante en ello e darte la meytad e la mayor parte si dello fueres seruido ». E el cauallero le dixo que era contento, e que era asaz grande juramento, e creya que no le faltaría; mas que le rogaua que en todo tiempo lo touiesse en memoria. E después le dixo: « Amigo Oliueros, ninguna duda tengas en lo que te he prometido, ca serás seruido mejor de lo que piensas ». E le tomó por la mano, e entraron en el monte fasta que fallaron vn camino muy angosto, e le dixo: « Oliueros, seguid por este camino fasta que falléys vna hermita, en la qual mora vn hermitaño de muy buena

vida e os rescibirá por amor de Dios, e no passéys de allá fasta que sepáys de mí, e yo yré a tiempo deuido, e seréys seruido de todo lo necessario ». E despediéronse el vno del otro, e rogando Olivéros al cauallero que no le oluidasse, se puso en camino.

[*El encuentro de caballeros con ermitaños es un lugar común en los libros caballerescos. Walter Scott hizo una bellísima imitación de este episodio en el capítulo XVI de* Ivanhoe, *como observó el señor Bonilla San Martín.*] *Oliveros está algunos días con el ermitaño (cap. XXI). Espera impaciente la ayuda prometida por el caballero misterioso (cap. XXII) :*

Venida la noche puso el hermitaño la mesa, e dixo a Olivéros que se assentasse e comiesse ; e Olivéros le dixo que no podría comer bocado. E el hermitaño le conortaua con muy buenas razones, e le rogó tanto, que se assentó a la mesa e cenaron. Otro día de mañana Olivéros demandó licencia al sancto hombre, que ya no tenía esperança en el cauallero e que se quería yr a Londres. El hermitaño le rogó que esperasse avn vn día, pues que tanto hauía esperado, que avn podía venir el cauallero a tiempo. Ca no hauía más de media legua dende a la cibdad de Londres, « e si vos fuéssedes e el cauallero veniesse, terníades grande quexa de vos mismo ». A ruego del hermitaño esperó Olivéros el sesto día. E el otro día era el primero de la justa. E llegada la noche no quiso cenar Olivéros, e cenó el hermitaño sólo. E Olivéros estaua sospirando, que parescía que el ánima le salía del cuerpo. E el sancto hombre le abraçaua, e le dizía que tuuiesse buena esperança en Dios, e que no tomasse tanto enojo, que bien podría ser causa de su muerte. En estas e otras semejantes razones se passó toda aquella noche, que Olivéros jamás cerró ojo para dormir. E en saliendo el alba, Olivéros se leuantó e se puso de rodillas delante el altar, e se encomendó muy deuotamente a su criador, llorando muy amargamente. E después abrió la puerta del hermita e se paró a mirar hazia la cibdad, e preguntaua al hermitaño por el camino de Londres. E en esto oyeron grande sonido de armas, e pisadas de cauallos que venían al hermita ; e Olivéros se pensó que serían caualleros que yuan al torneo, que ya ninguna esperança tenía en su cauallero ; e vio venir fasta seys caualleros armados de muy lucidas armas, saluo los escudos e las lanças e las cubiertas de los cauallos, que eran muy negras. E tras ellos venían diez caualleros con ropas rocegantes de terciopelo negro y por consiguiente todos sus atabíos negros. E tras ellos venian XV. pajes caualleros en muy fermosos cauallos todos vestidos de negro, e los cauallos negros. E tras ellos venían cincuenta hombres a pie vestidos de la misma color, e los dos delanteros leuauan vn poderoso cauallo de rienda, e era negro e la cubierta negra, e en el arçón delantero de la silla leuaua vn yelmo dorado y guarnecido al rededor de muchas piedras que alumbrauan todo el monte.

Los caballeros se ponen a las órdenes de Oliveros. El lucido cortejo se encamina a Londres. La bellísima Helena, hija del rey de Inglaterra, preside las justas (cap. XXIII). El torneo duró tres días ; « el primero era justa solamente. El segundo era que después de quebradas las lanças pudiessen ferir con las espadas. El tercero era a pie con hacha de armas ». Oliveros queda triunfador el primer día, y sus proezas admiran a todos. Helena queda gratamente impresionada (cap. XXIV). Después de las justas se celebra una fiesta en palacio, pero Oliveros que es esperado con curiosidad, no acude a danzar y regresa a la ermita (capítulo XXV). Veamos una escena del torneo, típica en esta clase de libros :

CAPÍTULO XXVI

COMO OLIVEROS VINO EL SEGUNDO DÍA AL TORNEO, E COMO GANÓ POR FUERÇA DE ARMAS EL ESTANDARTE DE LOS MANTENEDORES

Otro día de mañana, Olivéros se leuantó al alua del día, e fizo oración delante del altar del hermita ; e después abrió la puerta, e dende a poco vio venir su cauallero con vna ropa de terciopelo

cremesí fasta en pies, e su gente toda vestida de colorado, e los cauallos ruçios e las cubiertas de brocado, e los frenos dorados. E dos pajes leuauan de rienda vn poderoso cauallo ruçio pomelado ; e leuauan nueuo yelmo e nueuas armas. E después de armado a su contentamiento, se partieron para la cibdad. E quando llegaron a la plaça, fallaron que Helena e las damas e los juezes estauan ya assentados como el día primero. E desque Olivieros houo mirado a Helena a su plazer, ferió el cauallo con las espuelas, e quebró vna lança en el suelo delante del cadahalso, e saltaron las pieças en el ayre. E después dio tales carreras e tan grandes saltos, que lo tenían todos a gran marauilla ; e conoscieron que era el caualiero negro. E dixo vno de los juezes : « El cauallero que ayer era negro oy es colorado, e sus escuderos e pajes todos vestidos de colorado, pues veamos si será tal en el torneo como fue ayer en la justa ». En este instante el fijo del rey de Escocia entró en la plaça acompañado de muchos caualleros armados para tornear con él e que estuuiessen en guarda de su cuerpo. E otrosí venieron los reyes de Yrlanda, y el duque de Bretaña, e de Borbón, e de Cloestre, e el conde de Flandres, e otros muchos caualleros bien armados e adereçados. E quando vieron que no venían más caualleros, fue ordenado que todos los ventureros fuessen contados, e por consiguiente los mantenedores ; e fallaron que eran quatro mil ventureros e fueron otros tantos mantenedores, e tenían dos estandartes, vno los mantenedores e los otros otro. E mandó el rey que si los vnos tomassen por fuerça el pendón de sus contrarios, que por aquel día cessasse el torneo. E que cada vno tomasse vna lança, e quebrada aquella no podiesse tomar otra, saluo que con la espada peleasse quanto pudiesse. E cessado el pregón, se pusieron todos en ordenança. E Olivieros se puso frontera del cadalialso delante todos los caualleros con su lança en la mano, e tañieron las trompetas por que todos estuuiessen apercibidos. E el rey Maquemor, que tenía mala voluntad con Olivieros porque le hauía derribado el día de la justa, se adelantó con vna gruessa lança e fue derecho a Olivieros, e como le viesse Olivieros, abaxó su lança e fue a rescibirle, e encontró con él de tal manera, que le falso las armas, e le passó a la otra parte e metio la lança por las ancas del cauallo. E los otros caualleros se encontraron con las lanças muy ferozmente, e murieron muchos de vna parte e de otra. E Olivieros echó mano por la espada, e entró entre sus enemigos como vn león brauo cortando braços e cabeças, derribando hombres e cauallos, e cada vez que se le offrecía tiempo miraua a Helena, e le parescía que en mirarla se le doblauan las fuerças e crescía la osadía. E yua por el torneo mirando qual de sus contrarios lo fazía mejor, e no paraua fasta en topar con él. Su espada era de color de sangre, e assí mismo la manopla e el braço fasta el codo. Sus golpes eran más crueles a la postre que al principio del torneo. Nunca descansaua, antes discurría todo el campo muchas vezes de vn cabo a otro, matando e eriendo a diestra e a siniestra. E a todo esto parauan mientes los juezes, e no menos Helena e todas las damas. E Olivieros se metió tanto en los enemigos, que vido el pendón no muy lexos dél, e viéndole se le acordó del pregón, e vido que le guardauan sesenta caualleros escogidos, e se boluió a mirar si vería alguno de su parte, e no pudo ver ninguno de los suyos, ca estaua cercado de los enemigos de todas partes. E alçó la visera e miró hazia al cadahalso, diziendo : « Si fauor de mi señora Helena tuuiesse, bien acabaría qualquier cosa a mi voluntad, e ningún cuallero podría resistir a mis fuerças ». E abaxada la visera, apretó la espada en el puño e fue ferir en los sesenta caualleros que guardauan el pendón ; e fizo tanto por su espada, que llegó al pendón, e le tenía vn cauallero en vn valiente palafrén. E desque se vido desamparado de los suyos, e se vido cerca de Olivieros que gran destroço en ellos hauía fecho, quiso boluer rienda para fuyr, mas Olivieros saltó más presto con él, e tomó con la mano ysquierda la lança del pendón, e firió al cauallero con la mançana del espada e dio con el en tierra. E reboluió el pendón al rededor de la lança, mas no le leuó sin grande tra-

bajo, ca ay se juntaron todos los cauallеros, los vnos por defender el pendón, los otros por ayudar a Oliueros que le leuaua, e houo gran mortandad en ellos, assí de vna parte como de la otra. E quando Oliueros tuuo el pendón en el lugar ordenado, fueron despartidos los caualleros e cessó el torneo. E tenía Oliueros el escudo fecho rachas e las armas pedaços. E houo el cauallero de Oliueros muy gran plazer quando le vido con el pendón en la mano, e fuele luego abraçar.

Todos se asombran de las proezas de Oliveros. El Rey y su hija están enojados por los muchos muertos que hubo en el torneo. Oliveros duerme en la ermita (cap. XXVII). El tercer día Oliveros aparece vestido de blanco, sobre un caballo del mismo color. Pelea más bravamente que nunca y mata a un rey de Irlanda (capítulo XXVIII). Acabado el torneo, se encuentra sin ninguno de sus caballeros. Pero le entregan, de parte de su misterioso protector, tres mil monedas de oro (cap. XXIX). Oliveros recibe lujosos vestidos y un lucido acompañamiento de pajes y escuderos (cap. XXX) con los que llega a Palacio y es recibido por toda la corte (cap. XXXI).
Los jueces del torneo deciden que Oliveros fue el vencedor y el Rey declara que Oliveros deberá vivir un año en la corte para conocerle bien antes de que se case con la princesa Helena (cap. XXXII). El rey observa que su hija ama a Oliveros (capítulo XXXIII), quien recibe el trofeo de vencedor consistente en un valioso collar de oro y diamantes (capítulo XXXIV). Oliveros solicita el honor de ser nombrado « trinchante » de Helena. Recuérdese la importancia de este cargo, como puede verse en el Arte Cisoria *de don Enrique de Villena (cap. XXXV). Oliveros jura su cargo y sirve a la mesa de Helena. Todos le aman en la corte (caps. XXXVI y XXXVII) pero él sufre con su amor a la princesa :*

CAPÍTULO XXXVIII

COMO OLIUEROS ADOLESCIÓ DE PENSAMIENTO DE AMORES, E DEL SENTIMIENTO QUE HOUO HELENA DE SU MAL, E COMO LE FUE A VEER POR LE DAR SALUD

E llegado Oliueros a su posada, entró en su cámara, e fatigado de los diuersos pensamientos de amores, cayó en la cama muy malo, e, maldiziendo su ventura, dizía : « ¡Ay rey de Inglaterra, si tu palabra fuera complida como palabra de rey hauía de ser, yo no estaría cercado de tantos dolores ni mis sentidos tan turbados! ». E estuuo vn mes que no se leuantó de la cama, e mandó el rey a sus físicos que curassen del como de su persona misma. Los quales jamás conoscieron su dolencia, e por su gran flaqueza le desahuziaron, y dixieron al rey que ninguna esperança tenían en su salud, por lo qual tenía grande enojo. E estauan muy tristes todos los de la corte, especialmente la señora Helena, que en grande grado se dolía dél, ca bien sabía la causa de su mal. Mas jamás ninguna de sus damas pudo conoscer si de Oliueros le pesaua. E como sintiesse inestimable dolor en su coracón por la dolencia de Oliueros, anteponiendo la honrra a todas las cosas del mundo, con muy discreta manera e dissimulando modo estuuo con los físicos que de Oliueros curauan, e entre otras muchas pláticas, con buena dissimulación les preguntó por su trinchante. Los quales le respondieron que jamás hauían vido tal dolencia, e que ningún conoscimiento tenían de su enfermedad, mas que creyan que sería poca su vida, e que mandasse fazer algunos bienes por su alma e del cuerpo ninguna cuenta fiziesse. Oyendo Helena las tales nueuas, sintió grande alteración, mas con muy honesta dissimulación los despidió, sin más les preguntar por él. E despedidos los físicos, entró Helena en su cámara sola, e cerró la puerta por dentro, e con infinitos sospiros llorando e sollozcando se echó en la cama, diziendo : « ¡O todo poderoso Dios, que fiziste el cielo e la tierra, aue merced de este cauallero que a mi causa fenece sus días, e quieras guardar mi honrra! ¡E tu, bienauenturada e misericordiosa virgen María, assí como truxiste nueue meses el tu bendito fijo nuestro saluador Jesu Christo, te ruego que te plega guardar este cauallero e saluarle del grande peligro en que está, por que no cobre fama de matadora del tan virtuoso cauallero, e no sea lastimada en la honrra ni manzi-

llada en la fama! ». E acabando de dezir, fatigada del llorar se adormeció, e le paresció en sueños que veya cabe su cama vna dueña muy fermosa, que le dezía : « ¡O Helena! Oliueros de Castilla está ferido de muerte, e su mal no espera remedio si tu, que lo causaste, no ge lo das. Por ende, demanda licencia al rey e yrás verle, e le dirás que se acuerde del pregón del torneo e de lo que los juezes le dixeron quando el precio le fue dado, e que falta poco para complimiento del año ». Helena despertó de su sueño, e se leuanto muy alegre de la cama, e puesta de rodillas delante vna ymagen de Nuestra Señora, muy deuotamente le dio gracias por ello, e después fue donde estaua el rey su padre e entró con el en tales razones que el rey le houo de dezir de la graue dolencia de Oliueros, e como los físicos no le duan más de tres días de vida. Entonces se puso Helena de rodillas a los pies del rey, e le demandó licencia para yr a ver a Oliueros, e el rey le dixo que hauría plazer dello, e buelta Helena a su posada se vestió e atabió muy ricamente, e con muy poco compañía fue a la camara de Oliueros, que posaua en el mismo palacio del rey. E entrada en la cámara quedaron las damas a los pies de la cama, e ella se allegó a la cabecera, donde estaua Oliueros más muerto que viuo. E quando le vido tan flaco e tan desfigurado, por mucho que quiso no pudo tener las lágrimas, antes lloró muy amargamente, antes que nada le dixiesse, e alimpiando sus ojos se arrimó a la cama, e dixo : « Oliueros, mi señor, ¿qué vos falta? ¿Por qué tenéys tan floxo coraçón? ¿No sabéys que quando vencistes el torneo, que me ganastes a mí, e que en compliéndose el año seré vuestra muger e vos mi marido? ¿Por qué me queréys dexar viuda? Esforçad, e pensad de cobrar salud, que ningún mal puede ser tan crescido que yguale con el dolor que vuestra dolencia me causa ». Oliueros conosció que era su señora, e rescibió gran consolación en su coraçón ; mas estaua tan flaco que ni pudo leuantar la cabeça ni tanpoco responder palabra alguna, e en lugar de respuesta meneaua los beços e abría los ojos quanto podía, mostrando alegría. E quando Helena vio que no podía hablar, le saltaron las lágrimas otra vez de los ojos, e con gran piedad puso la mano sobre el carrillo a Oliueros, e Oliueros probó de voluer la cabeça por besar la mano, mas no pudo ; e conosciéndolo Helena le puso la mano sobre la boca, e ge la traya por la garganta e por toda la cara porque veya que Oliueros folgaua dello ; e queriéndose despidir la señora, quitó la mano que tenía sobre el carrillo de Oliueros. Entonces sospiró Oliueros, e començó a llorar, e se esforçó tanto que abrió la boca, e dixo, que a gran pena lo pudo entender : « Ya esto sano », e que ningún mal tenía, e que le besaua las manos ; e ella le dixo que no pensasse saluo en cobrar salud, que era suya e jamás otro marido no tomaría.

Vuelve Oliveros a Palacio. Los reyes de Irlanda le desafían (capítulo XXXIX), Oliveros acepta el reto (capítulo XL) y los vence (capítulo XLI). Pasa a Irlanda persiguiéndolos (cap. XLII) y los derrota en una batalla (cap. XLIII). Coge prisioneros a cinco reyes con los que regresa a Inglaterra caps. XLIV y XLV) y los presenta al rey de Inglaterra (cap. XLVI), que se muestra muy satisfecho y concierta la boda de su hija con Oliveros (capítulos XLVII y XLVIII). Se celebran los desposorios (cap. XLIX). Helena tiene un hijo y después una hija. Conceden la libertad a los reyes de Irlanda (cap. L).

CAPÍTULO LI

COMO OLIUEROS FUE A MONTE, E DEL SUEÑO DE SU MUGER HELENA

Como Oliueros fuesse muy amado de todos los del reyno, e supiessen sus vassallos que folgaua mucho de yr a monte, tres ancianos labradores entraron vna mañana por el palacio, e le dixeron que el día antes hauían visto el mayor puerco montes que jamás en aquella tierra se fallara, e estaua en vn valle a seys leguas de la cibdad. E Oliueros houo muy gran plazer dello, e les fizo mercedes, e mandó llamar los monteros, e les dixo que se aparejassen para después de comer, que quería yr a monte E quando houo comido e los

monteros fueron prestos, caualgó en vn cauallo e se puso en camino con sus monteros, e le tomó la noche en vn pequeño lugar, a media legua del valle a donde estaua el puerco, e posaron en casa de vn rico labrador que los rescibió muy bien. E ordenaron su caça para la mañana en saliendo el alba. Aquella noche la señora Helena soñó que veya vna leona muy feroz, que con las vñas e con los dientes despedaçaua las delicadas carnes de Olivieros su marido. E espantada del terrible sueño, despertó dando grandes gritos, e avnque estaua despierta le parescía que tenía la leona delante e su marido muerto, e estaua temblando e llorando, e no se asosegaua su coraçón porque era ydo Olivieros a monte, temiendo que estaua en algún peligro o que le vernía alguna desdicha. E mandó llamar dos caualleros e les contó su sueño, e estaua tan apassionada que apenas podía pronunciar la palabra. E les mandó que a gran priessa fuessen en busca de su marido e no parassen fasta fallarlo e le contassen su sueño, e le rogassen de su parte que por aquel día no fuesse a monte. Los caualleros fizieron el mandado de la señora, e tanto anduuieron aquella noche que antes del día llegaron al lugar do estaua Olivieros, e quando supieron que estaua en casa del labrador e que no tenía mal ninguno, fueron muy alegres e esperaron el dia. En la mañana estando Olivieros e sus monteros con los labradores preguntando por el valle, entraron los caualleros por la posada, e en viéndolos Olivieros fue muy marauillado, e luego les preguntó la causa de su venida. E ellos le contaron el sueño de Helena, e le dixeron que le rogaua caramente que por aquel día dexasse de yr a monte. Mas su mala fortuna no le dexó concebir el ruego de la muger, e dixo a los caualleros que se boluiessen luego, dixessen a Helena que apartasse todo cuydado de su coraçón, e que ninguna fe prestasse a sueños ni agüeros, e que otro día a hora de cenar sería con ella.

El profético sueño se realiza, pues Oliveros cae prisionero de un príncipe de Irlanda a cuyo padre había dado muerte Oliveros (cap. LII).

Entretanto, Artus observa que la redoma que le dejó Oliveros toma color de sangre y adivina que su hermanastro está en peligro (capítulo LIII). Artus recorre Portugal, España y Francia buscando a Oliveros. Pasa a Inglaterra, pero vientos contrarios hacen arribar al navío a Irlanda (cap. LIV). Lucha con un espantoso animal, capítulo imitado del Amadís de Gaula *(libro III, cap. XI) cuando Amadís mata al Endriago.*

CAPÍTULO LV

COMO ARTUS, ANDANDO POR EL REYNO DE YRLANDA, FALLÓ VN FEROZ E MUY ESPANTOSO ANIMAL, EL QUAL MATÓ

Quando Artus empeçó de andar por el reyno de Yrlanda, se falló muy confuso, ca no entendía el lenguage de aquella tierra, ni la gente della entendía a él sino por señas ; por donde fallaua menos aparejo para saber de lo que tanto desseaua. Mas por esso no dexó de buscar todas las cibdades e villas e aldeas de todo el reyno, e assimismo todos los montes e valles e yslas, en las quales estuuo dos meses sin entrar en poblado. Ni comió en todo esse tiempo sino yerbas e las rayzes della ; e estuuo muchas veces en peligro de muerte, por las espantosas e muy feroces animalías que fallaua e le acometían por fartar su fambre. Mas por la misericordia de Dios fue libre de todas ellas. E queriendo ya salir de aquel reyno, entró en vn valle muy grande, e los árboles dél eran tan altos e tan espessos que le quitauan la claridad, e en él falló muchos animales muy espantosos e de diuersas maneras. E falló vno muy mayor que ninguno de los otros e de mayores fuerças e su vista era para espantar todos los hombres del mundo. Tenía las narices e los dientes e la boca como león, sus ojos parescían dos antorchas encendidas. Las orejas tenía muy largas e muy derechas. El cuello tenía tan largo como tres varas de medir, e a las vezes lo encogía que juntaua la cabeça con los hombros, e sacaua dos palmos de lengua más negra que vn carbón ; e echaua por la boca tanto fumo que le cubría todo, e ninguna cosa se veya

saluo el fumo e los ojos, que parescían dos tizones de fuego. E después tendía el cuello quanto podía, e sorbía otra vez todo aquel fumo, e daua chiflidos e gemidos muy grandes. Tenía dos braços muy grandes e muy disformes, e los pies tenía como águila. Tenía dos alas muy grandes de manera de alas de morciélago, e el otro medio cuerpo tenía como sierpe, e la cola tan larga como vna lança de armas. Su cuero era como corteza de robre, e tan duro como punta de diamante. Quando Artus vio aquel animal tan espantoso e disforme, quiso apartarse dél e salir del valle, e anduuo veynte o traynta passos antes que el animal se mouiesse, e después empeçó a sacudir la cola e derribar árboles con ella, e siluando, que parescía que todo el valle se fundía, tendió sus alas, e se alçó en el aire e fue para el buen cauallero, que bien quisiera estar en su reyno o a lo menos escusar la batalla que esperaua. Mas como no viesse camino para fuyrla, encomendándose a Dios echó mano por la espada e esperó la cruel alimaña, la qual vino sobre él e le pensó asir la cabeça con las armas. E Artur le dio vn golpe que bien le penso cortar el cuello, mas no le fizo mal ninguno, qeu mas duro era el cuero que la espada, por lo qual fue muy triste, e bien penso entonces que nunca saldría del valle ni vería a su compañero Olivieros. E el animal se abaxó al suelo, e de rato a rato remetía para él e le fería cruelmente con las vñas, e él le tiraua estocadas a los ojos, por que no llegasse con los dientes. E a las vezes boluía la cola, e daua tan grandes golpes con ella que quanto alcançaua derrocaua en el suelo. E el cauallero tenía grande temor que le firiesse con ella, e miraua mucho quando la alçaua, por saltar e apartarse del golpe. E como estuuiesse cansado e ferido en muchas partes del cuerpo, avnque vio alçar la cola, no pudo apartarse tan presto que el cabo della no lo alcançasse por las espaldas, e dio con él en el suelo. E luego, antes que se leuantasse, saltó el feroz animal pensando ceuar su vientre; mas como el cauallero tuuiesse avn la espada en la mano, tiró vna estocada por baxo, adonde no estaua el cuero tan duro como en las otras partes del cuerpo, e le metió la espada por las entrañas fasta el coraçón e cayó sobre él echando espuma por la boca e fumo que cobría todo el valle. E el buen Artus salió de debaxo el animal lo mejor que pudo, e se puso de rodillas e dio gracias a Dios que de tanto peligro le hauía librado. E era ya cerca de la noche, e el cauallero no hauía comido ni beuido, e estaua tan cansado del grande trabajo e de las muchas feridas que tenía, que estaua para dar fin a sus días. E arrimándose a las manos lleuó el cuerpo rastrando por el suelo, por apartarse del animal que estaua muerto, fasta el pie de vn árbol, e falló algunas yerbas, e comió dellas para sustentar el cuerpo. E venida la noche, probó de subir encima del árbol por que no le comiessen las alimañas que en el valle estauan, mas le faltaron las fuerças por la mucha sangre que hauía perdido, e assí quedó al pie del árbol toda la noche, con tanto cuydado de su ánima como de buscar a Olivieros.

Se le aparece a Artus un misterioso caballero vestido de blanco que le cura con unas raíces prodigiosas y le revela donde se encuentra preso Oliveros (cap. LVI). Siguiendo sus indicaciones llega a Londres en donde le confunden con Oliveros capítulo LVII) y Helena, que está enferma, hace que se acueste con ella creyendo que es su esposo, pero Artus no se deja abrazar pues la dice que ha hecho un voto (cap. LVIII), y finge ir en peregrinación a Santiago. Libra a Oliveros de su prisión (cap. LIX) y al contarle como durmió con Helena hiere a Artus en la cabeza (caps. LX y LXI). Cuando llega Oliveros a Londres conoce su error y se arrepiente de haber dudado de la lealtad de Artus (capítulo LXII). Va en su busca y le pide perdón (cap. LXIII). Artus, repuesto de su herida, marcha a Irlanda para vengar la prisión de Oliveros (cap. LXIV), pero cae gravemente enfermo y sólo Oliveros le atiende (cap. LXV).

E estando vn día los dos amigos departiendo del reyno de Castilla, Artus houo de dezir a Olivieros la muerte de su padre, lo que fasta entonces no le

hauía osado dezir, por lo cual fue muy triste Olíueros. E después le rogó Artus que se diesse a conoscer, porque haurían plazer el rey e Helena quando supiessen que era fijo de tan poderoso rey. Mas Olíueros le rogó que no dixesse nada por entonces. E Artus dixo que le plazía ; ca, assí como se parescían en la filosomía, assí eran muy conformes en las voluntades. E viuiendo entrambos muy contentos en ygual estado, e en vna honrra e veneración, fortuna, que en sus mudanças nunca descansa, les trocó sus plazeres en muy grande tresteza. Ca Artus fue ferido de vna mortal pestilencia, e fue desahuziado de todos los físicos e çirugianos del reyno. Ca de su cabeça salía vna especie de gusanos negros como el carbón, e le descendían por la frente, e le comían toda la cara. E eran tantos, que quando le quitauan vno salían luego cinco o seys. E salía tan grande fedor del, que ningún hombre ni muger lo podía visitar ni entrar en la cámara a donde estaua. E todos le desampararon, saluo Olíueros, que jamás día ni noche se apartaua de su compañía, e embiaua por todas las partes del mundo a buscar físicos e çurugianos que curassen dél, e les daua de sus thesoros. Mas nunca falló hombre que de aquella enfermedad tuuiesse conoscimiento. E el que vna vez le visitaua, por ningún dinero boluiera otra vez, por el infinito fedor que de su cabeça salía. E en pocos días le comieron los gusanos las narizes e le cegaron los ojos. E de todo esto daua el buen Artus gracias a Dios, e le rogaua caramente que le embiasse la muerte e no le consintiesse viuir en tanta miseria, pues que a todo el mundo era enojoso. E esto dezía muy a menudo. E quando Olíueros le oya, se abraçaua con el llorando, e diziendo : « Hermano mío, vos nunca me fuestes enojoso, mas el pesar que tengo de vuestro mal no basta mi lengua para lo dezir. Mas vos prometo que de grado daría todo lo que tengo e espero de tener, e querría quedar el más pobre hombre de todo el mundo, por que vos tuuiéssedes salud ». E Artus le dezía : « Ningún hombre jamás fizo tanto por otro como vos fizistes e fazéys por mí ; e de seruirvos en este mundo ya tengo pérdida la esperança, mas en el otro rogaré por vos e por vuestras cosas, como soy obligado. E vos, hermano, rogad a Dios que me lleue deste mundo, por que salga de esta miseria e vos de tanto trabajo ».

Durante cuatro noches Oliveros y Artus sueñan que éste recobrará la salud si Oliveros le da a beber la sangre de dos niños inocentes (capítulo LXVI). Oliveros sobreponiéndose a su amor paternal sacrifica a sus dos hijos para salvar a Artus (cap. LXVII) :

Quando Olíueros estaua pensando en su sueño, infinitas ymaginaciones se le ponían delante los ojos del entendimiento, assí por el querer del compañero como por el amor de los fijos, e assí mesmo estaua muy turbado, porque no era cierto si con la muerte de sus fijos daría vida a su compañero. La grande amistad del compañero, con los muchos seruicios e beneficios rescibidos, le dezían que sin piedad ni temor matasse los fijos por el amigo. El natural querer de padre le rasgaua las entrañas, e fazía temblar las manos e estropeçar los pies quando se mouía para derramar su propia sangre ; e no menos le combatía el querer de la muger, ca bien sabía que matando los fijos perdería la madre, e que no osaría parar en todo el reyno de miedo del rey, que con muy justa razón le mandaría matar. Mas como viesse que la dolencia de Artus crescía de día en día, oluidó el paternal amor e el grande querer de la muger, e, pospuesto todo temor, tomó vna espada en la mano, e en la otra vn bacín que para esso tenía aparejado, e entró en la cámara adonde estauan las amas con los dos niños, e con dissimulada alegría preguntó por los niños, e ellas ge los mostraron como estauan en la cama dormiendo. E él, fingiendo otra cosa, las mandó salir de la cámara, e cerró la puerta por dentro, e fue para la cama de los niños, e alçó la ropa para cortarles las cabeças ; e el fijo, que era de edad de cinco años, despertó, e riendo e tendiendo los braços para abraçarle, le llamó padre ; mas la fija, que era de menos días, no despertó. E quando Olíueros oyó su fijo que le llamaua padre, le saltaron las lágrimas de los

ojos, e le cayó la espada de la mano, e del grande dolor que houo por su misma crueldad le fue forçado apartarse de la cama, e consigo mismo empeçó a dezir ; « ¿Cómo puede natura consintir que el padre mate sus fijos? ¿Quién vido jamás tan grande crueldad? ¡Bien es maldito e en mal signo nascido el que tan grande maldad comete! ¡O Helena, mi amada muger! ¿qué será de vos quando viniere a vuestra noticia que yo con mis crueles manos maté vuestros fijos e míos? Bien creo que no será más vuestra vida de quanto oyáys la triste nueva. ¡O rey de Inglaterra, quanta razón ternás de maldezir aquel que muchas vezes alabaste de buenas condiciones! ¡La grande alabança e crescida honrra que me fue dada quando vencí tus enemigos, me será trocada en grande vituperio e muy justa disfamia, quando sepas que con mis propias manos derramé la innocente sangre tuya e mía! E ¡cómo será maldita de todo el mundo la hora que entré en tu corte! Muchos te alabauan de discreto que te ternán por simple, porque vna sola fija que tenías, dotada de todas las gracias, diste a vn estrangero no conoscido, que avnque tiene las faciones de hombre, en la condición es peor que ningún feroz animal ; ningún león, ningún tigris ni onça jamás fizo lo que propongo de fazer. Todas las bestias mudas naturalmente offrescen sus vidas por guardar e defender los fijos, e avnque de su natural sean muy couardes, en rescibir la muerte por sus fijos se fallan siempre muy esforçadas. ¡O Artus! ¡quán dichoso me fallaría si sin la muerte de mis fijos te pudiesse dar salud! Mas no pienses que el amor de los fijos ni de la muger, ni la pérdida del reyno que esperaua heredar, sea ninguna cosa a comparación de nuestra leal amistad ; e me paresce hauer caydo en grande ingratitud porque, antes no te dí lo que tan justamente meresciste ». E fue a gran priessa a la cama de los niños, e sin mirarlos en la cara, tomó el fijo por los cabellos e le cortó la cabeça, e luego después a la fija, e rescibió la sangre en el bacín, e después tomó los cuerpos e los tornó en la cama, e los cobrió como estauan de primero, e puso las cabeças en sus lugares sobre los cuellos, e tomó el bacín, e cerró la puerta de la cámara con llaue.

Oliveros da la sangre de sus hijos a Artus y éste recobra rápidamente la salud y la fuerza (cap. LXVIII). Luego le explica como sacrificó a sus hijos. Entran a verlos y los encuentran vivos y jugando. La corte queda maravillada con este milagro (capítulo LXIX). Oliveros pide permiso al Rey para volver a España (capítulo LXX). La madre de Artus le recibe llorando y le pide perdón (capítulo LXXI). El rey de Inglaterra regresa a su país y quedan en España su hija Helena, Oliveros y Artus. Aparece el caballero blanco y exige el cumplimiento de la promesa de Oliveros de darle la mitad de cuanto conquiste (cap. LXXII). Pero no se conforma con dinero y exige un niño y la mitad de su mujer. Cuando Oliveros está a punto de cortar la cabeza de Helena con su espada, el caballero misterioso se da a conocer (cap. LXXIII).

CAPÍTULO LXXIV

COMO EL CAUALLERO BLANCO TUUO EL BRAÇO AL REY POR QUE NO MATASSE A HELENA SU MUGER, E LE SOLTÓ TODO LO QUE LE DEUÍA, E LE DIXO QUIEN ERA

Quando el cauallero blanco vio la grande lealtad de Olieros, que avnque su demanda era injusta e fuera de toda razón le quería contentar en todo lo que cautelosamente le háuía demandado, houo grande lástima del, e le tuuo el braço que ya tenía alçado con la espada para matar su muger, e le dixo que esperasse vn poco, que quería hablar con él. E le mandó tornar la espada en la vayna, e tomó la señora Helena por el braço e la fizo leuantar. E después dixo al rey si hauía conoscido vn cauallero que llamauan don Juan Talabot. E el rey dixo que sí. E el cauallero le dixo si se le acordaua como moriera descomulgado, e como el pagara la deuda que deuía a vn mercader de su propio dinero, e le fizo absoluer e enterrar muy honrradamente. E el rey le respondió que de todo se le acordaua muy bien. Entonces dixo el cauallero : « Sepas que yo so aquel don Juan Tala-

bot, e so aquel que te siruió en el torneo, e so aquel que leuó Artus tu compañero a donde estaua el rey de Yrlanda que te tenía preso. E por la grande limosna que fiziste por mí, consintió nuestro redemptor que saliesse de las penas del purgatorio e te siruiesse en tus necessidades. La causa por que el primer día del torneo te traxe los atabíos negros e los cauallos negros, era a dar a entender las tinieblas e grandes oscuridades en que estaua. El segundo día traxe los atabíos colorados, que significauan el fuego del purgatorio en que estaua purgando mis pecados. El tercer día fueron los atabíos blancos, a significança de la limpieza e puridad que mi ánima esperaua antes que subiesse a los cielos. Ca assí como la color blanca es virgen e limpia sin corrompimiento de tintura, assí el ánima ha de estar muy clara, virgen e limpia de todo pecado para subir a la gloria del parayso, a la qual yo me vo agora e vere la presencia de mi criador, ques la bienauenturança de las benditas ánimas, e tu te quedarás con tu muger e fijos fasta que Dios sea seruido, al qual trabajarás por seruir, e no dexes de fazer limosnas por que su gracia siempre contigo; e yo rogaré siempre por ti ». E luego desapareció el cauallero. E el rey e la reyna dieron las gracias a Dios.

E dende a pocos días vino el rey de Algarbe a España, de cuya venida fue el rey muy alegre, e assí mismo todos los caualleros de la corte. E viuían todos en grande paz e sosiego. E Henrique, el fijo del rey, se fizo muy gentil hombre, e era muy querido de todo el reyno. E siendo Clarisa, la fija del rey, para casar, el rey tomó Artus por la mano, e le dixo desta manera : « Hermano, ya sería tiempo que fiziéssedes assiento en vuestro reyno, que avnque esté allá la señora vuestra madre para regir e mandar, todavía seréys más temido e acatado vos que ella. E sería bien que casássedes, e si queréys casar, yo vos daré mi fija Clarisa por muger, por que nuestra amistad sea ligada con parentesco, como ha sido probada por buenas obras».

Para estrechar más su amistad Artus se casa con la hija de Oliveros y se van a su reino de Algarbe. Tres años después muere Oliveros y Helena muere de dolor (capítulo LXXV). El príncipe Enrique, hijo de Oliveros también muere luchando contra los turcos. Artus llega a ser rey de Castilla y al morir el rey de Inglaterra se corona monarca de aquel país y de un reino de Irlanda. Sus tres hijos se repartirán aquellos reinos al morir Artus (capítulo LXXVI).

Historia de Clamades y de Clarmonda

De remoto origen oriental es este libro caballeresco, que llegó a España a través de un texto francés. En Lyon, hacia 1480, se imprimió *Le livre de Clamades, filz du roy despaigne et de la bella Clermonde*, del cual se tradujo al castellano. Su fuente inmediata es el viejo poema *Li Roumans de Cleomades* del Trovero Adenet le Roi, pero el original árabe pudo entrar verosímilmente por España. El hecho es que figura un asunto muy parecido en la *historia del caballo de madera* de las *Mil y una noches*.

Cervantes, que fue un lector infatigable de libros de caballerías, conocía sin duda éste, pues lo parodió en el *Quijote*, en el episodio de Clavileño.

Se imprimió muchas veces en el siglo XVI y ha continuado publicándose hasta nuestros días como popular «pliego de cordel». Damos una amplia selección, utilizando la edición hecha por el Sr. Bonilla San Martín, en la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles» (Madrid, 1908).

HISTORIA DE CLAMADES Y DE CLARMONDA

AQUI COMIENÇA LA HISTORIA DEL MUY VALIENTE Y ESFORÇADO CAUALLERO CLAMADES, HIJO DEL REY DE CASTILLA, Y DE LA LINDA CLARMONDA, HIJA DEL REY CARNUANTE, REY DE TOSCANA.

I

En Castilla huuo una donzella, la qual sucedió en el reyno y fue reyna después de la muerte de su padre y de su madre. La qual se llamaua Doctiua; y ella tomó por marido el hijo del rey de Sardeña, el qual hauia nonbre Marcaditas. Los quales se amaron mucho el vno al otro; y era el rey Marcaditas muy valiente y muy esforçaeo honbre; y ellos huuieron tres hijas. La primera fue llamada Helior, la segunda Soliadissa, la tercera Máxima, y esta era más hermosa que las otras dos. Y huuieron un hijo que fue llamado Clamades, el qual, después de edad sufficiente, fue imbiado por el rey su padre en Grecia por aprender griego, y después en Alemaña por aprender alemán, y después en Francia por aprender francés. Y en aquel tiempo que estaua en Francia, cinco reyes de estraños reynos començaron a hazer guerra contra el rey Marcaditas. Y auino que los contrarios del rey Marcaditas le assignaron la jornada para la batalla. Entonces el rey Marcaditas embió por su hijo Clamades, el qual, luego como supo las nueuas, vino a su padre, el qual lo hizo luego cauallero y le dio el cargo de la guerra; y Clamades hizo tanto pos su esfuerzo y valentía, que el venció y desvaratá los cinco reyes que hazián guerra al rey su padre; de manera que el puso todo el reyno de Castilla en buena paz. Y entonces fue Clamades muy nombrado y estimado en todo el reyno de Castilla, y en todos los otros reynos comarcanos, y hazian muy gran cuenta dél. En aquel tienpo acaesció que tres reyes muy sabios honbres de la tierra de Áffrica, grandes maestros en la ciencia de astrología y nigromancia, todos tres tuuieron consejo entre sí, y todos tres de vn acuerdo deliberaron que ellos irían al rey Marcaditas y le demandarían sus tres hijas por mugeres. Y se llamauan aquellos tres reyes: el primero Melicando, rey de Barbaria; el segundo Bardigante, rey de Amorasta; el tercero Cropardo, rey de Vngria, el qual era muy feo y giboso; y este rey Cropardo se temió que no le querría dar la vna de las hijas del rey Marcaditas, por causa que era tan feo y giboso; y dixo a los otros dos reyes en esta manera: «Señores, nosotros yremos cada vno a su tierra y allí hallaremos los más ricos y hermosos jóyales que hazer podremos y sabremos; y depués vernemos y llevaremos estos joyeles con nosotros, y los presentaremos al rey Marcaditas, y aquello hecho, vno de nosotros le demandará vn don, y él, como es muy noble, luego nos lo otorgorá de buen

grado. Y si él demandare quel don aquel que le hará la demanda le responderá que son sus tres hijas ; y los otros dos reyes respondieron que era muy bien dicho y fueronse cada vno para su tierra y cada vno hizo su joyal. Y después vinieron todos tres juntos al rey Marcaditas con sus joyeles que cada vno hauia hecdo y se los presentaron. Es a saber : el rey Melicando hauía de sus manos vna gallina y tres pollitos de fino oro y este fue el primer joyel ; y quando ponía aquella gallina y los tres pollitos en el palacio del rey Marcaditas, la gallina aua delante y los tres pollitos. auan detrás. Y quando hauían vn poco andando, ellos cantauan tan dulcemente, que era gran melodía de los oyr.

El rey Bardigante hizo vn honbre de oro, el qual tenía vna tronpeta en la mano, y luego que alguno pensaua o trataua alguna trayción contra el, aquel honbre de oro tañia muy reziamente aquella tronpeta. Y el rey Cropardo hizo vn cauallo de madera, en el qual hauia dos caluijas de azero, por las quales el se regía y lo hazían yr donde querían. E quando el rey Marcaditas huuo recibido los dichos joyeles, el huuo muy gran plazer con ellos, porque eran mucho marauillosos. Y entonces los tres reyes le demandaron sus dones, y el, como era muy noble, sin más pensar se los otorgo. Y quando ellos vieron que les haiua otorgado lo que le demandauan, ellos le demandaron sus tres hijas. Y demando el rey Cropardo la más moça, de lo qual el rey Marcaditas fue muy triste, ca el no pensaua que le quería demandar aquélla, especialmente del rey Cropardo, que era tan feo ; pero el quería guardar su palabra. Entonces fue llamado Clamades, y le mostraron los joyeles, y fue puesta la gallina con sus tres pollitos de otro (1) en medio de vna sala, los quales pluguieron mucho a todos. Y el rey Bardigante, que hauía presentado el hombre de oro, dijo que el no podía ser prouado en ninguna manera sino por vn punto solamente, es a saber, quando alguno pensaría o haría trayción contra el rey. Y el rey le respondió que bien lo creya.

(1) Sic, por « oro ».

Y assí fueron otorgadas sus dos primeras hijas a los dos yeyes, que eran muy hermosos y muy ricos. Y quando Máxima, que era la más moça, vio que no quedaua otro sino el rey Cropardo, que era tan feo y giuoso, ella fue muy triste, e hizo llámar a su hermano Clamades, y quando fue venido, ella le rogó muy afincadamente que el no consintiesse en ninguna manera que ella huuiesse por marido al rey Cropardo, ca ella quería más morir que que le diessen honbre tan feo. Y entonces Clamades entró en la sala donde estaua el rey Cropardo, el qual tenía gran desseo que le diessen a Máxima ; y Clamades dixo al rey su padre que él se marauillaua mucho como el hauia otorgado a su hermana a vn tal hombre, y dixo Clamades que en tanto que sería en vida, si el podía, nunca la auría, y que tampoco no sabía el rey Marcaditas si el cauallo era tal como el dezía. Entonces dixo el rey Cropardo a Clamades que subiesse encima por le prouar, y esto le dezia a fin que el lo lleuasse, porque Clamades le guardaua de hauer su hermana Máxima. Y Clamades dixo que él subiría encima del por le prouar. Y entonces el hombre de oro començó a teñer su tronpeta, porque el rey Marcaditas no se auisaua del engaño del rey Cropardo ; y bien fue oyda la tronpeta, mas ellos no pararon mientes a ella, porque cada vno miraua al cauallo en el qual Clamades quería subir.

Y entonces Clamades subió en el cauallo, y el rey Cropardo boluió la clauija que el cauallo de madera tenía en la frente, y el cauallo començó a se mouer, y se alçó en el ayre tan alto que todos le perdieron de vista. Y entonces fueron muy pasmados el rey y la reyna, y todos los otros que allí estauan. E dixo el rey Marcaditas al rey Cropardo que hiziesse tornar a su hijo Clamades, que assaz era prouado el cauallo ; y el rey Cropardo le respondió diziendo assí : « Por cierto, señor, yo no puedo, porque yo he oluidado de le dezir como el deue boluer las clauijas que están en el cauallo ». Entonces el rey Marcaditas fue muy sañoso contra el y le dixo que juraua a su corona que él lo haría morir en vna cárcel si no le tornasse u hijo. Y entonces todos se acordaron del honbre de oro que

hauía tañido la tronpeta, y conoscieron que el rey Cropardo hauía pensado trayción contra Clamades y contra el rey su padre. Y entónces fue puesto el rey Cropardo en prisión, y fue muy grande el llanto que hizieron por Clamades, porque no hauía ninguno que supiesse a donde era ydo ni a donde lo fuessen a buscar. Y entonces vinieron a escusarse los otros dos reyes deste fecho, y dixeron que ellos no sabían nada dello ; y tanto se escusaron, que el rey Marcaditas los creyó. Y ellos le demandaron las dos hijas, las quales les hauian sido prometidas ; y el rey les respondió que en aquella manera no se haría casamiento, más que ellos se tornassen en hora buena a sus tierras, y que el les haría saber cuando sería tienpo, y cuando Clamades sería venido y tornado. Y entonces los dos reyes tomaron licencia del y se fueron para sus tierras.

E Clamades andaua sienpre sobre el cauallo de madera, y en poco tiempo fue tan lexos, que él no sabía en donde estaua ; pero él tomó muy gran esfuerço en sí, y pensó yendo assí a cauallo como y en que manera se podría boluer ; y luego miró en derredor del cauallo y halló vna clauija en el costado diestro, y él la empeçó de boluer ; y luego que huuo hecho aquéllo, miró al otro costado del cauallo y vio allí otra clauija ; y después halló otra en el pie del cauallo, las cuales començó a boluer, y entonces él se començó a baxar contra la tierra y allí conosció Clamades la manera del cauallo y fue más assegurado que de primero, porque el conosció que por aquéllas clavijas se gouernaua el cauallo de madera, y que por ellas andaua y venía ; más él no sabía en qué manera el deuía boluer a su tierra, ca el cauallo en vna noche y vn día lo hauia lleuado hasta en Toscana, de la qual tierra era señor el rey Carnuante, el qual hauía vna hija que hauía nombre Clarmonda, y allí traxó el cauallo a Clamades encima de vna torre de vn castillo que hauía noble *el castillo noble* ; y era aquella torre llana por encima ; y allí arribó Clamades, y descendió del cauallo sobre aquelal torre, y entró en la torre por ciertas gradas ; después entró en vna gran sala que era muy bien guarnescida de pan y vino y de otras viandas, en jarros y platos y escodillas de oro y de plata, encima de vnas mesas muy bien paradas, y ahlló allí vn negro que las guardaua ; y Clarmades le preguntó por qué a aquella hora tenían assí las mesas puestas y también guarnescidas de viandas. Y el negro le respondió que aquella era la costumbre de aquella tierra, que a la entrada de dos meses del año, es a saber de Mayo y de Setienbre, después de vísperas, ponían las mesas y las cargauan de buen vino y de buen pan y de otras buenas viandas que assí lo mandauan hacer los prestes de la ley, y que quedauan assí toda la noche ; y después en la mañana hazían su sacrificio y comían dos o tres días de aquellas viandas tanto como durauan ; y era en el mes de Mayo quando Clamades arribó allí. Y quando él vio aquellas mesas tan bien guarnescidas él tenía gran hambre, y se assentó a vna de aquellas mesas, y comió y beuió tanto como él quiso, que el negro no le dixo nada, y después, como hombre esforçado, deliberó de yr más adelante, y entró en vna cámara en donde vio vn gran gigante que dormía todo vestido encima de vna cama, y vio muchas armas en derredor del, porque en el era cometido para guardar la hija del rey susodicho ; y el passó más adelante por vnos corredores, y entró en otra cámara muy rica en la qual hauía tres camas, y en vna dellas yazían tres donzellas durmiendo. La primera se llamaua Flereta, la segunda Gayeta, la tercera Liades. Y después entró en vna otra cámara, y allí vio vna cama muy ricamente parada, y en aquella cama dormía la linda Clarmonda, hija del rey ; y él se acercó a la cama, y vio la donzella que dormía, la qual le agradó tanto, que él no se podía hartar de mirarla, ca ella era la más hermosa y más graciosa, y del mejor y más gentil gesto que podía hauer donzella de su manera en todo el mundo ; y en dormiendo se era descabellada, y sus cabellos eran tan lindos y tan hermosos, que no parescían sino fino oro, y le cubrían sus tetas muy delicadas por delante. Y no cabe preguntar si ella plugo a Clamadès, que el fue tan encendido de su amor, que deliberó de la besar antes que se tornasse, y assí lo hizo. Y entonces la donzella se despertó,

y fue muy espantada quendo le vio, y le dixo que mucho era atreuido, descortés y presumptuoso de hauer entrado en la cámara aquella hora sin lecencia y que mucho de desplazía en el hauer sido tan osado y le dixo en esta manera : « Yo vos juro que si no es cosa que vos sçays Leopatris, hijo del rey Barcaba, el qual ha de ser mi marido, que aunque vos tuuiéssedes mil vidas y mil cabezas, vos no escapeys de la muerte ; y aquel que yo digo es de gran linaje y es hombre muy valiente y esforcado en armas y en todas otras cosas, y es muy noble, cortes y gracioso, como quier que yo nunca lo vi, pero el rey mi padre y otros muchos me lo han assí dicho ; y mi padre y mi madre me han prometido al rey Barcaba su padre ; yo vos ruego que me digáis si vos soys él ». Entonces Clamades le dixo que él era aquél, y no otro. E Clarmonda le preguntó cómo era allí venido y para qué ; y él respondió que era allí venido por amor della, y por la ver antes que la tomasse por muger, y que ninguno lo sabía. Entonces Clarmonda le hizo muy buena cara y lo recibió muy cortés y amigablemente, pensando que era Leopatris, el qual la hauía de tomar por muger. E luego llamó a sus donzellas, las cuales fueron muy pasmadas quando lo vieron, más ella les dixo que aquel era Leopatris. Y Clamades salió fuera de la cámara entretanto que las donzellas se vestían, y entró en vn vergel, el qual no tenía otra entrada sino por aquella cámara. E quando las donzellas fueron vestidas, éllas vistieron a su señora muy ricamente, assí como a ella pertenescía. Y después vino Clarmonda con sus donzellas en el vengel donde estaua Clamades, y el día començó a parecer muy claro ; y quando Clamades vio venir la linda Clarmonda con su gentil y muy hermoso gesto, no cale preguntar si la miró de buen corazón. Allí començaron a departir y hablar con muy hermosas y amorosas palabras, y entonces conosció Clamades, por las palabras que ella dezía, en que tierra estaua y en qué lugar ; y estando ellos hablando en vno en el vergel, el gigante que tenía en guarda la linda Clarmonda se despertó, y miró por la ventana de su cámara que miraua en el vergel, y vio a Clamades que estaua assentado cerca de la linda Clarmonda, de lo que el fue muy triste, y luego lo fue a dezir al rey, y entonces el rey mandó llamar el ama de su hija Clarmonda, y le preguntó quién era aquel que estaua en el vergel con Clarmonda, y que quería. Y ella le respondió que era Leopatris, hijo del rey Barcaba. Y el rey se fue a la ventana y conosció muy bien que no era él. E luego embió muchos hombres armados para lo tomar, y él mesmo vino en persona. Y Clamades, quzndo lo vio venir con tanta gente armada, él no hizo ningún semblante de se defender ; y el rey le preguntó qué buscaua allí, y por qué causa se dezía ser Leopatris por engañar su hija, y que él lo haría morir. Entonces Clamades le dixo : A señor, por Dios merced, e yo le diré la verdad. Verdad es, sdor, que yo soy cauallero, más mi nascimiento fue en tal hora y en tal punto, que siempre de tres en tres años hadas me toman de noche y me ponen encima de vn cauallo de madera, y me lleuan tres días y tres noches encima de aquel cauallo, por montes y por ualles, y me hazen passar muchos y diuersos trabajos y males, y después me ponen encima de la más alta torre que ellas pueden hallar, con aquel cauallo de maddra ; y vos digo que oy antes del día me pusieron encima de vna torre llana deste vuestro palacio, aúu está allí el cauallo ; y si vuestra alteza no lo puede creer, haga venir comigo algunos de sus seruidores, e yo lo traeré aquí delante de vuestra alteza » ; lo cual assí fue hecho. Y Clamades traxó el cauallo dentro del jardín, el qual fue mucho mirado del rey y de todos los otros, más ni aun por esso el rey fue apaziguado, y de cabo le dixo que por qué daua a entender a su hija que el era Leopatris, hijo del rey Barcaba, por lo qual le parescía que él no quería su bien ni su honra. Entonces Clamades le dixo como su hija hauía sido muy mal contenta porque él era assí entrado en la cámara, y que se era mucho enseñada contra él, diziéndole que si él no era Leopatris, que ella lo haría morir ; que entonces él, por miedo de la muerte, se era fingido ser Leopatris. Y el rey le preguntó

por qué causa estaua assí razonando falsamente con ella. E Clamades le respondió que él era cauallero, y que él no pensaua mal ninguno. Entonces el rey tiró a parte a su consejo, por ver qué se deuía hazer dél. Los vnos dezían que no merescía muerte, los otros dezían que sí merescía, y que él pensaua en el mal quando en casa agena era entrado, y especialmente en la cámara de la hija del rey; y quando huuieron harto debatido de vna parte y de otra, lo juzgaron a morir, y si el huuo miedo, no era marauilla, ca bien veya que él no podía escapar en ninguna manera, sino por gran ingenio y cautela. Entonces Clamades suplicó al rey que por amor de Dios y de cauallería lo hiziesse morir a la costumbre de la tierra de donde él era. Y el rey le preguntó qué costumbre era aquélla. E Clamades le dixo: «Señor, que me mandeys poner encima de mi cauallo de madera o encima de vno de los vuestros si es vuestro buen plazer; ca assí lo hazen a vn cauallero en mi tierra quando lo quieren hazer morir; por esto, señor, vos suplico, por amor y honza de cauallería, que pues es vuestro plazer que yo muera, que me hagays morir en esta manera, a fin que sea dicho que yo soy muerto honradamente, y esto haziendo, vos guardaréys la honra de cauallería, e yo e todos mis parientes vos seremos obligados». Entonces el rey le otorgó su demanda, y le dixo que tomasse su cauallo de madera que él hauía traydo, que el no hauía otro; de la qual cosa fue muy alegre Clamades, porque el no demandaua otro por mejor escapar de sus manos. Y es de saber que todos los del palacio, assí como escuderos, moços de espuelas, lacayos y otros seruidores, estauan en derredor con arcos, lanças y espadas por matar a Clamades; más quando él fue subido en el cauallo de madera y se vio cercado de tanta gente armada, puso muy presto la mano a la clauija de al frente del cauallo y le boluió; y entonces el cauallo le alçó en el ayre tan reziamente, que parescía que los diablos lo leuauan. Y quando ellos lo vieron assí leuantar en el ayre, todos con gran fuerça començaron a tirar sus armas contra él por lo herir de manera que las armas cayan sobre los que las hauían echado y muchos dellos fueron llagados y muertos. Y entonces el rey y todos los otros fueron muy tristes y marauillados porque era assí escapado; mas por esso no quedó que Clarmonda no quedasse muy encendida del amor de Clamades, ca por la gran hermosura y gentil gesto y manera, y por el gracioso y cortés hablar y razonar que en él hauía visto, no lo podía oluidar y quitar de su coraçón, y huuo muy gran plazer por que era assí escapado, ca ella hauía ya puesto su pensamiento en él, y bien conoscía en su hablar y cortesía que él era de noble y alto lugar. Y Clamades anduuo tanto alto y baxo, que el arribo en Castilla en la ciudad de Seuilla, en la qual halló aun al rey Marcaditas su padre y a la reyna su madre. Bien podeys pensar que fiesta le hizieron y plazer que huuieron, porque la cosa que el rey y la reyna más desseauan en este mundo era la venida de su hijo Clamades. Y luego el contó a su padre y a su madre la auentura que le era venida. Y el rey su padre le contó como él tenía preso al rey Cropardo, y le preguntó que quería que hiziessen del. Y Clamades le respondió que fuesse librado, que él hauía dicho verdad del cauallo, aunque hauía pensado trayción. Y entonces el rey lo mandó soltar, pero él le dixo que nunca hauría su hija en casamiento. Y el rey Cropardo se fue a su posada en donde estaua aun toda su gente, y mucho rogó al rey Marcaditas que le diesse su hija Máxima, pues Clamades era tornado, más nunca se lo quiso otorgar. Y quando aquello vio el rey Cropardo, él embió toda su gente a su tierra y se quedó alla solo. Ca la hystoria dize que era de costumbre en el ryeno de Vngria, que quando el rey era reptado en alguna trayción, que si el entraua en su tierra dentro de siete años, lo podían librar a muerte y matarlo. Y como quier que no podría entrar en los siete años, pero bien podía tratar y hazer su paz con los que hauía hecho la trayción, y hecha la paz, bien podría entrar en su reyno y lo hauían de recebir como de primero. Y por aquella causa el no quiso tornar a su reyno, más se quedó en la ciudad de Seuilla, y se puso a vsar y entremeter de medicina, ca e era muy

bien entendido en todas sciencias. Y dize la hystoria que quando Clamades huuo estado allí tres o quatro días, él començó fuertemente a pensar en la gran hermosura y gentil gesto continencia de la linda Clarmonda, y como todo embeuido y encendido de su amor, le vino en voluntad de la yr a ver. Y dixolo al rey su padre y a la reyna su madre. Los quales en ninguna manera se lo querían consentir. Mas por los grandes y humildes ruegos que les hizo, le dieron licencia de yr, avanque mucho les pesaua. E luego sin más tardar. Clamades adereçó todo lo que hauía men y después subió en su cauallo dd madera y anduuo tanto que arribó muy cerca del Castillo Noble.

[*Llega Clamades hasta la cámara de Clarmonda, a la sur sorprende durmiendo y despierta con un beso. Contesta a sus preguntas y decalra quien es*].

Y quando Clarmonda entendió que él era hijo del rey de Castilla y que el hauía nonbre Clamades, el qual era tanto nombrado y affamado, ella huuo tan gran plazer, que no se podía hartar de mirarlo, ca muchas vezes hauía oydo hablar de sus grandes hechos y de sus nobles cauallerías, y de las grandes justas y torneos de los quales él hauía lleuado la honra en el tienpo que estaua en Alemaña y en Francia ; entonces se le dobló el amor que tenía ella a Clamades, y comencaron a departir muy dulcemente de muchas cosas ; y se enamoraron el vno del otro de tal manera, que Clamades le dixo : « Muy excelente y muy noble señora, sepa vuestra alteza que vos soys aquélla en quien yo he puesto todo mi coraçón y toda mi esperança, ca por cierto sin vos yo no podría viuir ni durar en mi tierra en ninguna manera, y si era vuestro buen plazer de me tomar por vuestro seruidor, yo sería el más dichoso y bien auenturado honbre del mundo ». Entonces Clarmonda, considerando el grande amor que el noble Clamades le mostraua, y assí mesmo que ella era tanto encendida de su amor, le respondió en esta manera : « Clamades, mi caro amigo pues que assí es que vos me quereys tanto como vos dezis, sabed en verdad, que si vos me quereys mucho, que aun vos quiero yo más ». E no conuiene preguntar si Clamades fue alegre de aquella respuesta, ca aquella era la cosa que el más desseaua en este mundo, y le dixo en esta manera : « Mi amor, mi alegría y mi desseo, yo vos agradezco de tanto bien que me quereys en que recebir por vuestro amigo y seruidor » ; y Clarmonda le dixo : « Si señor, salua mi honra, ca yo soy prometida por el rey mi padre a Leopatris, hijo del rey Barcaba, y no querría mi padre en ninguna manera quebrar su juramento ; e yo se bien que antes de poco tienpo verna Leopatris y me lleuará en vna tierra a mi muy estraña ; pero, señor, yo más querría a vos que no a él, más yo no se en que manera me pudiessedes hauer ». Entonces Clamades le contó toda la manera de su cauallo de madera, y en que manera lo hauía hauido, y que no quedaría sino por ella que él no la lleuase muy bien sobre su cauallo ; y Clarmonda le dixo que ella hablaría con sus donzellas ; y luego las hizo leuantar, y les contó como aquel era Clamades, hijo del rey de Castilla, y como le hauía rogado que fuese con él encima de su cauallo de madera, que él los lleuaría muy bien a ambos a dos, y que él la tomaría por muger en su tierra. Y quendo las donzellas oyeron que aquél era Clamades, ellas huuieron gran plazer, porque él era nonbrado en todas tierras por sus grandes valentías, y porque era hijo de vn tan gran rey. Y entonces vinieron a Clamades, y le hizieron muy gran fiesta, y fueron bien contentas que él la lleuasse, y querían más que el la huuiesse que Leopatris ; y ellas le rogaron que quando auría lleuado a su señora, que a lo menos se acordasse dellas, y que le pluguiesse las venir a buscar, porque ellas no podrían viuir sin la linda Clarmonda se señora, la qual cosa él las prometió, y que en aquello no auría falta.

Quando ellos huuieron assaz razonado en vno, Clamades fue a buscar su cauallo de madera en donde lo hauía dexado ; y allí lo cargaronde buen pan y de buen vino y de otras viandas, y de muchas y ricas joyas que eran de la linda Clarmonda ; y antes que partiessen, comieron y beuieron cada vuo

vn poco. Después subió Clamades sobre su cauallo de madera, y Clarmonda subió çaga dél, y quando fueron subidos y estuuieron bien a su plazer, las donzellas rogaron a Clamades que le pluguiesse se mostrar al rey en passando y que le dixesse a alta voz su nonbre y quién era, y como él lleuaua a Clarmonda su hija, a fin que ellas no fuessen reptadas y culpadas del hecho. Y Clamades fue contento, y las donzellas le dixeron que el rey se venía a holgar cada mañana en vn vergel que era cerca de la cámara de Clarmonda, y le mostraron el camino por donde hauía de yr; y a fin que la cosa fuesse más segura, vna de las donzellas, llamada Floreta, por mandado de la linda Clarmonda, subió en vna torre por ver si el rey era venido en el vergel, la qual como obediente tornó luego a hazer la respuesta, y dixo assí: «Señora, yo he visto al rey vuestro padre, que está dentro del vergel, y la reyna vuestra madre tanbién, y los más principales de la corte; por esto, señora, ya es hora de partir». Entonces Clarmonda se despidió de sus donzellas llorando amargosamente, y assí hizo Clamades, y las besó todas tres la vna después de la otra, y era gran piedad y lástima en ver llorar aquellas donzellas, ca aquélla fue la más graue partida que nunca honbre vio, tanto de vna parte como de otra.

(Al pasar, con el caballo mágico, cerca de los padres de Clarmonda, les dice Clamades quién es y cómo la lleva a Castilla para casarse con ella.
Llegan los enamorados cerca de Sevilla. Clamades deja a la princesa y al caballo en una huerta, mientras él va a prevenir a sus padres de su llegada.
Entretanto el rey Cropardo, que estaba en la huerta, rapta a Clarmonda en el caballo mágico, Clamades se desespera y cae gravemente enfermo, Llegan a Sevilla los mensajeros del rey Carnuante, padre de Clamonda, que regresan a su país a comunicar la triste nueva.
Como el rey Cropardo no puede regresar a su reino durante siete años, decide descender con su preciosa carga en un hermoso lugar próximo a Salerno. Son llevados al palacio del rey Meniadus, quien les interroga. Cropardo se niega a contestar, por lo que es encarcelado y en un acceso de cólera muere.
El rey Meniadus se enamora de Clarmonda, a la que quiere hacer su esposa. Para librarse de tal matrimonio ella se finge loca y queda recluída en el palacio.
Clamades, pasada su enfermedad, busca a Clarmonda por muchos países de Europa, en los que toma parte en guerras, torneos y lances caballerescos. Al llegar a Venecia decide separarse de los caballeros que le acompañan.

Clamades anduuo tanto por los montes, que él fue bien lexos de su gente tres jornadas, y quando se quería poner el sol, él vino cerca de vn castillo muy hermoso que se llamaua *Monte Estrecho* y quando él lo vio, él fue muy alegre y se fue derecho para allá, y los del castillo le abrieron la puerta y fue muy bien recebido, y su cauallo muy bien pensado, y Clamades fue lleuado en vna cámara bien paramentada, y fue desarmado de sus armas. Después le preguntaron quien era y que buscaua. Y él les respondió que era vn pobre cauallero que hauía más de enojo que de plazer, y les dixo que buscaua vna auentura que hauía gran tienpo buscado por hauer plazer y alegría, más ninguno lo entendía, porque él hablaua encubiertamente. Entonces vn escudero de los del castillo le dixo que harta auentura hauía hallado allí, porque ningún cauallero entrauá en aquel castillo que no le conuenía dexar armas y cauallo, o se hauía de combatir contra dos caualleros juntamente, de los quales el vno era el señor del castillo que se llamaua Durbans, y el otro se llamaua Sertans de Sertaria, y contra aquellos dos le conuenía combatir, y por aquello le hauían tan presto abierto la puerta. Y le contaron como ellos hauían vencido muchos caualleros y los auían matado en el canpo; y le dixeron que si él quería, que tenía tres días de plazo para combatir. Y Clamades dixo que pues la costunbre era tal, que el era contento de se conbatir al otro día siguiente y que hiziessen venir los dos caualleros sin más tardar, porque él tenía que negociar en otra parte. En-

tonces fueron a buscar los dos caualleros en vn otro castillo que era vna legua de allí. E Clamades fue lleuado en vna gran sala en la qual estauan todas las damas y donzellas del castillo, las quales lo recibieron muy honradamente y le conbidaron a cenar con ellas, ca los dos caualleros no deuían venir hasta la mañana, y hauían de venir todos prestos para conbatir elante del castillo en vn campo llano. Clamades, como humilde y cortés, recibió el conbite de las damas, y cenó con ellas y las entretuuo con muy hermosas palabras, de manera que fue mucho alabado dellas, y dixeron que él era muy noble cauallero. E quando huuieron cenado, Clamades preguntó a la señora del castillo por qué había sido puesta aquella costunbre en aquel castillo. E la señora le dixo que hauía gran tienpo que vn honbre vino en aquel castillo todo armado, y se dezía ser cauallero ; el qual fue luego recebido por aluergar aquella noche. Y quando vnio la hora de medianoche, él se leuantó de la cama y se armó lo mejor que pudo, y anduuo por todas las cámaras, las quales no eran cerradas, y mató al señor y a la señora del castillo y tres hijos suyos y otras diez personas, que hombres que mugeres; después mató al portero del castillo, y se fue sin lleuar nada consigo, y no pudo hombre saber quién era ; « y ha cerca cien años esto fue hecho, y por aquel desastre muchos buenos caualleros lo han comprado, ca después aca no entra cauallero que no dexe armas y cauallo, o le conuiene conbatir contra dos caualleros Y aquella batalla no es robar ni hurtar, sino vn estado que después ha sido guardado aquí en este castillo ; e yo vos ruego que vos dexéis armas y cauallo y no vos combatáys con los dos caualleros, a fin que no seáys vencido y porque no vos váys a pie, yo os daré vn gentil palafrén que yo tengo ». Y Clamades, como cortés y bien mostrado, le dio las gracias del bien y de la honra que ella le offrescía, y le demandó licencia de se conbatir con ellos, ca el no quería que le fuesse reprochado ser de tan floxo coraçón que reusse de conbatir por dexar armas y cauallo. Entonces la señora le preguntó su nonbre, y él respondió que el hauía nonbre *Mezquino de amores*, y que le venía de sus predecessores, y dixo que de buena gana lo trocaría si pudiesse.

Y luego Clamades se despidió de los del castillo y se fue para el campo en donde los caualleros lo esperauan, Y luego que llegó, él se fue reziamente contra ellos y ellos contra él. Y Clamades dio tan gran golpe de la primer venida a Sertans, que lo derribó en tierra a él y a su cauallo, y fue Sertans herido de tal manera, que él no se podía leuantar. Después començóse la batalla entre Clamades y Durbans, muy fuerte y marauillosa ; mas Clamades se defendía lo mejor que él podía, e hirió tan reziamente a Durbans con el pomo de la espada en la cara, que él lo hizo caer en tierra, y no se podía defender a causa de los grandes golpes que Clamades le hauía dado ; pero quando él fue caydo en tierra, él se leuantó muy presto y quando Clamades le vio en pie, él lo dio tan gran golpe, que le hizo caer otra vez, e hizo tanto Clamades, que le quitó el yelmo. Quando Durbans se vio la cara descubierta, y que Clamades era sobre él él huuo gran miedo de la muerte y le demandó perdón. Y Clamades le dixo que si él quería quitar la costunbre del castillo para siempre, que él era contento, y luego hizo llamar sus vassallos delante de Clamades, y el juró el primero, después hizo jurar los otros de su castillo y todos sus subjetos, que nunca más sería guardada aquella costumbre. E assí lo juraron y prometieron a la requesta de Clamades, agradesciéndole porque hauía tomado su señor a merced, visto que él lo podía matar si quisiera. Después tomaron a Sertans y lo lleuaron al castillo, el qual primero hauía sido ferido. E Durbans y Clamades se fueron al castillo, y fue Clamades muy bien recebido, y le hizieron gran honra por la gran valentía que era en él. Y Sertans fue puesto en vna cámara y allí lo vino a ver Durbans y le preguntó si le faltaua algo, y le hizo venir físicos y çurujanos para le curar, y aunque Sertans era malamente llagado, pero mas le penaua de vna batalla que él hauía prometido hazer por defender la donzella Liades, que no hazía el mal que

tenía, y dezía partir el primer día siguiente. Entonces Durbans lo consoló y le dixo que se esforçasse, que él mesmo haría la batalla por él. Entonces vinieron a buscar a Durbans para cenar y quando huuieron cenado, Clamades preguntó por el cauallero que hauía sido llagado, y Durbans le dixo que él era en la cama todo quebrantado, y le contó como él hauía de hazer vna batalla, por lo cual estaua muy triste porque no podía yr, mas que él le hauía prometido de la hazer por él. Entonces Clamades preguntó la causa de aquella batalla, y Durbans le respondió que lo conuenía demandar a Sertans, por saber la verdad, y Clamades fue contento y fue con él; y quando Sertans le vio, él huuo gran plazer, y aunque Clamades hauía assí llagado a Sertans, por aquello no le hizo peor cara, porque bien sabía que Clamades no hauía hecho por su gran valentía; y quando todos tres huuieron razonado en vno vn poco de tiempo, Clamades preguntó a Sertans la causa de la batalla que el hauía prometido hazer. Y Sertans le dixo que vno, llamado Clamades, hijo del rey de Castilla, hauía lleuado la linda Clarmonda, hija del rey Carnuante, la qual era prometida a Leopatris, hijo del rey Barcaba; y por el gran enojo y malenconía que hauía de la pérdida desta hija, culparon y acusaron de traycion a las tres donzellas que la guardauan, y les encargauan que eran consentientes en aquel hecho. Por lo qual les conuenía sufrir muerte si alguno no se conbatía por ellas. Y ellas son tres que no hallan quien se quiere conbatir por ellas sino yo, e yo hauía deliberado de defender la vna de las tres contra vno de los tres caualleros que deuen hazer la justa contra los defensores destas donzellas si algunos huuiere;

Clamades, como buen caballero, llega de incógnito al castillo del rey Carnuante, padre de su amada. En memorable combate defiende a las doncellas de Clarmonda, triunfando de sus contrincantes. Continúa su peregrinación y, en Salerno, tiene noticias de Clarmonda. Se hace pasar por médico para curarla de su locura.

Y quando el rey oyó dezir que él la sanaría, él fue muy alegre y le preguntó su nonbre. E Clamades le respondio que el hauía nonbre *MaestroDesseoso* Entonces el rey le rogó que la sanasse, que él sería muy bien pagado, y Clamades no demandaua otra cosa, y dixo que él la sanaría muy bien; más él quería primeramente ver su manera y continencia. Entonces el rey lo lleuó a se la mostrar, y le contó como un honbre muy feo y giboso la hauía traydo sobre vn cauallo de madera.

Entonces Clamades le dixo que era necessario traer el cauallo de madera, que por ventura ella podría hauer mejor remedio a causa dd aquel cauallo, que otras vezes él hauía oydo hablar dél. Esto dezía Clamades por hauer el cauallo para llauar a Clarmonda mejor a su plazer. Y el rey no sabía nada de la amistad que era entre Clamades y Clarmonda, e hizo luego traer el cauallo de madera a la requesta de Clamades. Después el rey hizo venir su madre y su hermana, y fueron todos juntos a la cámara de Clarmonda, la qual el rey la hazia guardar a diez mugeres que tenían el cargo. E quando ellos entraron en la cámara, ella conosció luego a Clamades, y assí mesmo él a ella, más ellos no hizieron ningún semblante de se conoscer, aunque hauían gran desseo de se hablar; y el rey dixo a Clamades en esta manera: «Maestro Desseoso, acercadvos a la donzella». Y entonces Clamades la tomó por la mano, y Clarmonda no se mouió nada, más apretaua la mano de su amigo Clamades con tan grán ardor, que era marauilla, y estuuo en poco que no se pasmó del gran plazer que hauía de hauer hallado su leal amigo. Y entonces, por finta, el noble Clamades preguntó al rey como ella hauía nonbre; y el rey le dixo que hauía nonbre Hallada. Entonces Clamades le dixo: «Señora Hallada, parad mientes a mi, ¿qué mal es el que vos tenéys?» «Amigo, dixo ella, ¿soys vos loco? ¿qué es lo que vos dezís? Hazed traer mi guante que yo perdí más ha de dos meses, y aun más de cinco semanas, vuestro cauallo no tiene ceuada sino de otra villa». Y dixo Clamades: «Hermana, Dios sea en vuestra guarda, que vos no estais en vuestro

buen seso ». E Clarmonda le respondió : « Pues preguntadlo a la gente, que castillo noble hallareys ». E Clamandes, que bien entendía lo que ella dezia, dixo al rey por fintia que ella no tenía seso ni estendimiento, y le rogó que mandasse traer el cauallo de madera, que por causa del podriq luego sanar. Y luego el rey hizo traer el cauallo. Y quando Clarmonda lo vio, ella rogó a Clamades que la dexasse, que ella no haría ningún mal en tanto que el cauallo estaría cerca della ; y quando ella fue desatada, ella se leuantó e hizo tres bueltas en derredor del cauallo por hazer reyr la gente. Entonces el rey dixo a Clamades que fuesse a su posada para hazer aparejar las medicinas que la eran necesarias, y le rogó que tornasse muy presto, y le dio gente para lo aconpañar hasta su posada. Entonces Clamades se partió de la linda Clarmonda con esperança que bien presto la vería y se fue a su posada muy alegre, y llamó a Pichonete y contóle todo el hecho, y se descubrió a él y le dixo que él era Clamades, hijo del rey de Castilla, y que hauía hallado a la linda Clarmonda su cara amiga, la qual él hauía tanto buscado ; y luego lo despidió, porque él no lo podía lleuar consigo, ca el quería subir sobre el cauallo de madera con Clarmonda, y Pichonete fue muy triste, porque de buena gana quisiera seruir a Clamades.

Y Clamades se lo tuuo a merced, y le dixo : « Amigo mío, si os plaze os yreys al rey Carnuante, padre de Clarmonda, y le diréys todo como ha acontescido ; y diréys a las tres donzellas que vengan sin ninguna dubda, que yo las casaré muy ricamente. Y encomendadme al rey, y dezidle que yo le ruego que venga a las bodas de su hija, que en breue yo me casaré con ella, plaziendo a Dios ». E Pichonete le prometió de lo hazer assí, y rogó mucho a Clamades que le pluguiesse de lo lleuar a la cámara de Clarmonda, a fin que mejor pudiesse affirmar al rey de la verdad ; y Clamades fue contento. E quando el rey lo vio venir, él fue muy alegre, porque pensaua casarse con Clarmonda luego después que fuesse sana ; más Clamades no lo entendía en esta manera, y el rey le dixo : « Maestro Desseoso, yo conozco que esta donzella comiença muy bien de sanar ». E Clamades respondió que antes de tres días él la vería sana del todo, con la ayuda de Dios ; e dixo al rey que la hiziesse muy bien y ricamente atauiar, y el rey lo hizo assí ; y después le hizo dar de comer y beuer, y el mesmo comió con ella por la conuertir a que casasse con él, más desso no le calía hauer miedo, que ella se curaua bien poco dél ; y quando huuieron comido, Clamades hizo traer el cauallo en medio de vn prado, y demando pan y vino y muchas otras cosas. Y el rey le hizo dar todo lo que demandaua ; y Clamades cargó todo aquello sobre el cauallo, de lo que el rey se marauilló mucho, porque no sabía la costunbre del cauallo. E quando Clamades huuo puesto todo aquello encima del cauallo ,dixo al rey y a los otros señores que se assentassen ; y quando fueron assentados, él les dixo que por ninguna cosa que viessen no se leuantassen hasta que él se lo dixesse, y que el cauallo hauía de hazer cosas de marauilla. Y entonces él tomó a Clarmonda y la puso encima del cauallo, e hizo semblante de hazer algunos encantamentos andando en derredor, a fin que no huuiesse alguna sospecha y que le hiziessen matar. E dixo que calía que él subiesse en el cauallo, y assí lo hizo. Y quando él fue subido, boluió la clauija de la frente del cauallo y luego se leuantó en el ayre ; y antes que se alexasse mucho del rey, él le dixo : « Señor, no os marauilleys de cosa que veáys, que sabed que yo soy Clamades, hijo del rey de Castilla ; y esta es Clarmonda, hija del rey Carnuante, la qual he yo gran tienpo busdado, y con esto quedaos con Dios ». Y después boluió otra clauija y subieron tan alto que todos los perdieron de vista, y entonces el rey fue mucho marauillado, y llamó a Pichonete y preguntóle que podría ser aquello. Y Pichonete le dixo : « Señor, yo no se más dello que vuestra alteza ; mas, señor, bien oystes como él dixo que era hijo del rey de Castilla, y que ella es hija del rey Carnuante ; y sepa vuestra alteza que yo no sabía quien era hasta ahora, verdad es que me contó como hauía

hauido essa donzella y como la perdió » ; y le contó Pichonete al gran valentía y nobleza que era en él, y como hauía hauido la honra en muchas justas y torneos. Y entonces el rey le dio licencia que se fuesse, y juró que jamás no guardaría aquella costunbre de saber nueuas de los que passauan por sus tierras, porque Clamades le hauía assí engañado. Y luego Pichonete se fue su camino derecho para el rey Carnuante, y le contó todo el hecho. Y quando el rey lo oyó fue muy alegre, y luego embió mensajeros en Castilla por ser más seguro.

Los amantes llegan a Sevilla. Clamades llora al saber la muerte de su padre. Es coronado rey y se casa con Clarmonda solemnemente, cuando llegan los padres de ésta. Tuvieron un hijo y una hija y reinaron muchos años felizmente.

LAZARILLO DE TORMES

Publicamos el texto íntegro de la famosa novela picaresca *Lazarillo de Tormes*, de autor anónimo, que abre al gran ciclo de su género en la literatura española.

El Lazarillo de Tormes se publicó en 1554, en Burgos, y en el mismo año en Alcalá y en Amberes. Parece cierto que hubo una edición anterior, que se desconoce. La edición de Alcalá añade sobre la de Burgos algunos trozos, que hemos puesto en cursiva.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. Cejador en «Clásicos Castellanos», 1914. Vid. CHANDLER, *La novela picaresca*, Madrid, 1913. MOREL-FATIO: *Remarques sur L. de T.*, en «Revue Hispanique», 1900. Marcel BATAILLON: *El Lazarillo de Tormes*, París, Editores Espagnoles, 1956.

LA NOVELA PICARESCA

PRÓLOGO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que algunos que las lea halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto los deleite. Y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena. Mayormente que los gustos no son todos unos; mas lo que uno no come otro se pierde por ello. Y así, vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar de ella algún fruto.

Porque si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes».

¿Quién piensa que el soldado, que es primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!» Justó muy ruinmente el señor don Fulano, y dio el sayete de armas al truhán porque le loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va desta manera: que confesando yo no ser más santo que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribio, no me pasará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto halleren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parescióme no tomalle por el medio, sino del principio, por que se tenga entera noticia de mi persona. Y también por que consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando saliendo a buen puerto.

TRATADO PRIMERO

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y CUYO HIJO FUE

Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mi me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por lo cual causa

tomé el sobrenombre, y fue desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años. Y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomúle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nascido en el río.

Pues, siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias curaban vinieron en conoscimiento. Este, algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía ; mas de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuíle queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno, leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar.

Y acuérdome que, estando el negro de mi padrastro trabajando con el mozuelo, como el niño veía a mi madre y a mí blancos, y a él no, huía dél, con miedo, para mi madre, y, señalando con el dedo, decía : «¡Madre, coco! ».

Respondió él riendo : « ¡Hideputa! ».

Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí : « ¡Cuántos debe haber en el mundo que huyan de otros porque no se ven a sí mesmos! ».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo, y hecha pesquisas, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban hurtaba, y salvados, leña, almohazas, mandiles y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas, y cuando otra cosa no tema, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuando digo y aun más. Porque a mí, con amenazas, me preguntaban, y como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo : hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí.

Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana. Y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar, y a mi hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo servía para adiestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre

que mi padre y que la rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano.

Él respondió que así lo haría y que me rescebía, no por mozo, sino por hijo. Y así, le comencé a servir y adiestrar a mi nuevo y viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí, y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

— Hijo: ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por ti.

Y así, me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada de ella un animal de piedra, que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

— Lázaro: llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

— Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parescióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido, estaba. Dije entre mí:

«Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues sólo soy, y pensar cómo me sepa valer».

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jeringonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

— Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré.

Y fue así: que, después de Dios, éste me dio la vida, y siendo ciego me alumbró y adiestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtur sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altro cuánto vicio.

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa, que desde que Dios crió el mundo ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Cierto y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

Allende de esto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas que sus maridos las quiseisen bien. Echaba pronósticos a las preñadas: si traía hijo o hija.

Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión que luego no le decía:

«Haced esto, haréis estotro, coced tal hierba, tomad tal raíz».

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Destas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa vuestra merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba a mi de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre, o las más de las veces, me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo. Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y

su candado y su llave, y al meter de todas las cosas y sacarlas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella lacería que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendido en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardal descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así, buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas, y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amargado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía :

— ¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaba? En ti debe estar esta desdicha.

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo :

« ¿Mandan rezar tal y tal oración? », como suele decir.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comíamos, y yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas duróme poco. Que en los tragos conocía la falta, y por reservar su vino a salvo nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y dende en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé, en el suelo del jarro, hacerle una fuentecilla y agujero sotil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobrete iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

— No diréis, tío, que os lo bebo yo — decía —, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, mas así lo disimuló como si no o hubiera sentido.

Y luego, otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía ; estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por

muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose, decía:

— ¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto por hacerlo más a mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonarle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí en adelante me decía, que sin causa ni razón me haría dándome coscorrones y repelándome.

Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

— ¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña.

Santiguándose los que lo oían, decían:

— ¡Mirá quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho el artificio, y decíanle:

— Castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis.

Y él, con aquello, nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos y adrede, por le hacer mal daño: si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto. Que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y por que vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo. Porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: «Más da el duro que el desnudo». Y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan.

Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo dellas en limosna. Y como suelen ir los cestos mal tratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábase mosto y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme: úue aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes Sentámonos en un valladar y dijo:

— Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; más luego, al segundo lance, el traidor mudó de propósito, y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él; mas aun pasaba adelante: dos a dos y trez y tres y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo:

— Lázaro: engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

— No comí — dije yo —; mas ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

— ¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.

A lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales, en Escalona, adonde a la sazón estábamso en casa de zapatero, había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte de ellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual, alzando la mano tocó en ellas, y viendo lo que era díjome :

— Anda presto muchacho ; salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo.

Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele :

— Tío ; ¿por qué decís eso?

Respondióme :

— Calla, sobrino ; según las mañas que llevas, lo sabrás y verás cómo digo verdad.

Y así pasamos adelante por el mismo portal, y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y como iba tentando si era allí el mesón adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo :

— ¡Oh, mala cosa, peor que tienes la hechura! ¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena y de cuán pocos tenerte ni aun oir tu nombre por ninguna vía!

Como le oí lo que decía, dije :

— Tío : ¿qué es esto que decís?

— Calla sobrino, que algún día te dará este que en la mano tengo alguna mala comida y cena.

— No le comeré yo — dije —, y no me la dará.

— Yo te digo verdad ; si no, verlo has, si vives.

Y así pasamos adelante, hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedió en él.

Era todo lo más que rezaba por mesoneras, y por bodegoneras y turroneras y rameras, y así por semejantes mujercillas, que por hombre casi nunca le vi decir oración.

Reíme entre mí, y, aunque muchacho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como denotar, que con este mi primer amo me acaecieron y quiero decir el despidiente y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del duque della, en un mesón, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fnese por él de vino a la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón, y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que, por no ser para la olla, debió ser echado allí.

Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador. El cual, mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido, por sus deméritos, había escapado.

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordíase en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo. Alteróse y dijo :

— ¿ Qué es esto, Lazarillo?

— ¡Lacerado de mí! — dije yo —. ¿Si queréis a mí echar algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto.

— No, no — dijo él —, que yo no he dejado el asador de la mano ; no es posible.

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio ; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asióme por la cabeza y llegóse a olerme. Y como debió sentir

el huelgo, a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz. La cual él tenía luenga y afilada, y a aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo. Con el pico de la cual me llegó a la gulilla.

Y con esto, y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la longaniza aún no había hecho asiento en el estómago; y lo más principal: con el destiento de la cumplidísima nariz medio casi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese vuelto a su dueño. De manera que, antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

¡Oh gran Dios, quién estuviera a aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego, que, si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme de entre sus manos dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo y ahora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta, mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reir.

Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecía, y fue no dejarle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello que la mitad del camino estaba andado. Que con sólo apretar los dientes se me quedaran en casa, y, con ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así.

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban y con el vino que para beber le había traído laváronme la cara y la garganta. Sobre lo cual discantaba el mal ciego donaire, diciendo:

— Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida.

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y harpado la cara y con vino luego sanaba.

— Yo te digo — dijo — que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino que serás tú.

Y reían mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso y después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profeta, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejarle, y como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo afirmélo más. Y fue así que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna y había llovido mucho la noche antes. Y porque el día también llovía y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojamos; mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

— Lázaro: esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada con tiempo.

Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande.

Yo le dije:

— Tío: el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por donde atravesemos más aína sin nos mojar, porque

se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto.

Parecióle buen consejo y dijo:

— Discreto eres; por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta, que ahora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los pies mojados.

Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales y llevélo derecho a un pilar o poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban salidizos de aquellas casas, y dígole:

— Tío: este es el paso más angosto que en el arroyo hay.

Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llevábamos de salir del agua, que encima de nos caía, y, lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme de él venganza), creyóse de mí y dijo:

— Ponme bien derecho y salta tú el arroyo.

Yo le puse buen derecho enfrente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele:

— ¡Sus! Saltad todo lo que podáis, porque deis de este cabo del agua.

Aun apenas lo había acabado de decir cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza.

— ¿Cómo olistes la longaniza y no el poste? ¡Oled! — le dije yo.

Y dejéle en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote, y antes que la noche viniese dí conmigo en Torrijos. No supe más lo que Dios de él hizo ni curé de lo saber.

TRATADO SEGUNDO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CLÉRIGO Y DE LAS COSAS QUE CON ÉL PASÓ

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuíme a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad. Que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fue esta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y dí en el relámpago. Porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más sino que toda la lacería del mundo estaba encerrada en este. No sé si de su cosecha era o lo había anexado con el hábito de clerecía.

El tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con una agujeta del paletoque. Y en viniendo el bodigo de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado y tornada a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algún tocino colgaba al humero, algún queso puesto en alguna tabla o en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran. Que me parece a mí que, aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.

Solamente había una horca de cebollas, y tras la llave de una cámara en lo alto de la casa. Déstas tenía yo de ración una para cada cuatro días, y cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopecto y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo:

— Toma y vuélvela luego y no hagáis sino golosinar.

Como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo. Las cuales él tenía tan bien por cuenta, que, si por malos de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.

Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que compartía conmigo del caldo. Que de la carne, ¡tan blanco el ojo!, sino un poco de pan, y ¡pluguiera a Dios que me demediara!

Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una, que contaba tres maravedís. Aquélla la cocía y comía los ojos, y la lengua, y el cogote, y sesos y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos. Y dábamelos en el plato, diciendo: «Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa».

«¡Tal te la dé Dios!», decía yo paso entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura si Dios y mi saber no me remediaran Para usar de mis mañas no tenía aparejo por no tener en qué dalle salto. Y aunque algo hubiera, no podía cegalle, como hacía al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció. Que todavía aunque astuto, con faltarle aquel preciado sentido, no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía.

Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caía que no era de él registrada. El un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el casco como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta. Y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar.

No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él vivi o, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino; mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compaba a de tal forma que le duraba toda la semana.

Y por ocultar su gran mezquindad, decíame:

—Mira, mozo: los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros.

Mas el lacerado mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador.

Y porque dije de mortuorios. Dios me perdone, que jamás fuí enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la Extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de aqueste mundo.

Y cuando alguno destos escapaba, ¡Dios me lo perdone!, que mil veces le daba al diablo. Y el que se moría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que sería casi seis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo o, por mejor decir, murieron a mi recuesta. Porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba. Que si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía. De manera, que yo también para mí, como para los otros, deseaba algunas veces; mas no la veía aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo; mas por dos cosas lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza, que de puro hambre me venía; y la otra, consideraba y decía:

«Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con este otro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si deste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?

Con esto, no me osaba menear. Porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y a bajar otro punto, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal aficción cual plega al Señor librar de ella a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuidado, ruin y lacerado de mi amo había ido fuera de lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo

creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar.

— En mí teníades bien que hacer y no haríades poco si me remediásedes — dije paso que no me oyó.

Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo le dije:

— Tío una llave de este arte he perdido, y temo que mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en esas que traéis hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré.

Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ella traía, y yo a ayudarle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato, veo en figuras de panes, como dicen, la cara de Dios dentro de arcaz. Y, abierto, díjele:

— Yo no tengo dineros que os dar por la llave; mas tomad de ahí el pago.

Él tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le paresció, y, dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida, y aun porque me vi de tanto bien señor parescióme que la hambre no se me osaba allegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta. Y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, paresciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mí dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego, al tercero oía, me vino la terciana derecha.

Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía:

«¡San Juan y ciégale!».

Después que estuvo un gran rato echado la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

— Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado de ella panes; pero de hoy más, sólo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos nueve quedan y un pedazo.

«¡Nuevas malas te dé Dios!», dije yo entre mí.

Parescióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y comenzóme el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue fuera de casa. Yo, por consolarme, abro el arca, y como vi el pan, comencélo de adorar, no osando recebillo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y nallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos, y lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte; tanto, que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo a mi memoria un pequeño remedio. Que, considerando entre mí, dije:

«Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros. Puédese pensar que ratones, entrando en él, hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre».

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y deja otro, de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé un poco. Después, como quien toma grajea, lo comí, y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abrirse el arca, vio el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habían hecho. Porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el aarcaz de un cabo al otro y viole ciertos aguje-

ros, por do sospechaba habían entrado. Llamóme, diciendo:

— ¡Lázaro! ¡Mira, mira qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan!

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

— ¡Qué ha de ser! — dijo él —. Ratones, que no dejan cosa a vida.

Pusímonos a comer, y quiso Dios que aun en esto me fue bien. Que me cupo más pan que la lacería que me solía dar. Porque ralló con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

— Cómete eso, que el ratón cosa limpia es.

Y así, aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle andar solícito quitando clavos de las paredes y buscando tablillas con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

«¡Oh, Señor mío! — dije yo entonces —. ¡A cuánta miseria y fortuna y desastres estamos ouestos los nacidos y cuán poco duran los placeres desta nuestra trabajosa vida! Heme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacería y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquélla carecen), ahora, cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos!

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero, con muchos clavos y tablillas, dio a sus obras diciendo:

— Ahora, donos traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis.

De que salió de su casa, voy a ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde le pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y de ellos todavía saqué alguna lacería, tocándolos muy ligeramente, a uso de esgrimidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que tendría en substentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y, habiendo en el día pensado lo que había de hacer y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voime al triste arcaz, y por do había mirado tener menos defensa le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno dél usé. Y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y, al tiento del pan que hallé partido, hice según deyuso está escrito. Y con aquello algún tanto consolado, tornando a cerrar, me volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco.

Lo cual yo hacía mal, y echábalo al no comer. Y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar al diablo los ratones y decir:

— ¿Qué diremos a esto? ¡Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora!

Y sin duda debía de decir verdad. Porque si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella, de razón, había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes y tablillas y a tapárselos. Venida la noche y su reposo, luego era yo puesto en pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día destapaba yo de noche.

En tal manera fue y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: «Donde una puerta se cierra, otra se abre.» Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penépole, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche. Pues en pocos días y noches pusimos la pobre despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre si tenía.

De que vio no aprovecharle nada su remedio, dijo:

— Este arcaz está tan mal tratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal, que andamos más con él nos dejará sin guarda. Y aun lo peor que, aunque hace poca, todaví hará falta faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro a estos ratones malditos.

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca. Lo cual era para mí singular auxilio. Porque, puesto caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarla de la ratonera y no caer ni quedar dentro el ratón y hallar caída la trampilla del gato.

Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos de haber caído alguna vez. Díjole un vecino:

— En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe ser, sin duda. Y lleva razón, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y aunque la coja la trampilla encima, como no entra toda dentro, tórnase a salir.

Cuadró a todos los que aquél dijo y alteró mucho a mi amo, y dende en adelante no dormía tan a sueño suelto. Que cualquier gusano de la madera que de noche sonase pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que a la cabecera, desde que aquello le dijeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía, y a mí no me dejaba dormir. Íbase a mis pajas y trastornábalas, y a mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas o en mi sayo. Porque le decían que de noche acaescía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas y aun morderlas y hacerlas peligrar.

Yo las más veces hacía del dormido, y en la mañana decíame él:

— ¿Esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor.

— Plega a Dios que no me muerda — decía yo —, que harto miedo le tengo.

De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, mi fe, la culebra o culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia o por el lugar, hacía mil saltos. Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debajo de las pajas tenía, y parescióme lo más seguro metella de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce o quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbasen el comer. Porque de otra manera no era señor de una blanca que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy a menudo.

Pues así como digo, metía cada noche la llave en la boca y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es la diligencia. Quisieron mis hados, o, por mejor decir, mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de manera

y tal postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de canuto era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó y creyó, sin duda, ser el silbo de la culebra, y cierto lo debía parescer.

Levantóse muy paso, con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud por no ser sentido de la culebra. Y como cerca se vio, pensó que allí, en las pajas donde yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza un tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí, y, dándome grandes voces llamándome, procuró recordarme Mas como me tocase con las manos tentó la mucha sangre que se me iba y conoció el daño que me había hecho Y con mucha prisa fue a buscar lumbre y, llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras que podría ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque en las guardas nada de la suya se diferenciaba. Fue luego a probarla, y con ella probó el maleficio.

Debió de decir el cruel cazador :

« El ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado ».

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena ; mas de cómo esto que he contado oí, después que en mí torné, decir a mi amo, el cual a cuantos allí venían lo contaba por extenso.

A cabo de tres días yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites y ungüentos, y, espantado, dije :

— ¿Qué es esto?

Respondióme el cruel sacerdote :

— A fe que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado.

Y miré por mí, y vime tan maltratado, que luego sospeché mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba, y los vecinos. Y comiénzanme a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron :

— Pues ha tornado en su acuerdo, placerá a Dios no será nada.

Y tomaron de nuevo a contar mis cuitas y a reílas, y yo, pecador, a llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron remediar. Y así, de poco en poco, a los quince días me levanté y estuve sin peligro — mas no sin hambre — y medio sano.

Luego, otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y, puesto en la calle, díjome :

— Lázaro : de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios. Que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.

Y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa y cierra su puerta.

TRATADO TERCERO

DE CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ESCUDERO Y DE LO QUE LE ACAESCIÓ CON ÉL

Desta manera me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, desde ha quince días se me cerró la herida. Y mentras estaba malo, siempre me daban alguna limosna ; mas después que estuve sano, todos me decían :

— Tú, bellaco y gallofero eres. Busca, busca un buen amo a quien sirvas.

— ¿Y adonde se hallará ése — decía yo entre mí —, si Dios ahora de nuevo, como crió el mundo, no lo criase?

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme y yo a él, y díjome:

— Muchacho: ¿buscas amo?

Yo le dije:

— Si, señor,

— Pues vente tras mí — me respondió —, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy.

Y seguíle, dando gracias a Dios por lo que le oí, y también que me parecía según su hábito y continente, ser el que yo había menester.

Era de mañana cuando este mi tercero amo topé. Y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba, y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propia hora, cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas.

— Por ventura no lo ve aquí a su contento — decía yo — y querrá que lo compremos en otro cabo.

Desta manera anduvimos hasta que dieron las once. Entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia.

A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto y que ya la comida estaría a punto y tal como yo la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dio el reloj la una, después de mediodía, y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró, y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa. La cual tenía la entrada oscura y lóbrega de tal manera, que parescía que ponía temor a los que en ella estraban, aunque dentro de ella estaba un patio pequeño y razonables cámaras.

Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y, muy limpiamente, soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, sentóse cabo de ella, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella cuidad.

Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no verle más aliento de comer que a un muerto.

Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome:

— Tú, mozo, ¿has comido?

— No, señor — dije yo —, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré.

— Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos. Allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquél era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mis trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Y con todo, disimulando lo mejor que pude, dije:

—Señor: mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. De eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado de ella hasta hoy día de los amos que yo he tenido.

—Virtud es esa —dijo él—, y por eso te querré yo más. Porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien.

—¡Bien te he entendido! —dije yo entre mí—, ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. El, que vio esto, díjome:

—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo de tres que eran: el mejor y más grande. Y díjome:

—Por mi vida, que parece éste buen pan.

—¡Y cómo! ¿Ahora —dije yo—, señor es bueno?

—Sí, a fe —dijo él—. ¿Adonde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?

—No sé yo eso —le dije—; mas a mí no me pone asco el sabor dello.

—Así plega a Dios —dijo el pobre de mi amo.

Y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en lo otro.

—Sabrosísimo pan está —dijo—, por Dios.

Y como le sentí de qué pie cojeaba, dime prisa. Porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase. Y con esto acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado. Y entró en un camareta que allí estaba y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y de que hubo bebido convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:

—Señor, no bebo vino.

—Agua es —me respondió—. Bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí. No mucho porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos y díjome:

—Mozo: párate allí y verás cómo hacemos esta cama, para que la sapas hacer de aquí adelante.

Púseme de un cabo y él del otro e hicimos la negra cama. En la cual no había mucho que hacer. Porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchón. Que por no estar muy continuada a lavarse no parecía colchón, aunque servía de él, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandarle. Lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí. Que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecían a lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco. Y sobre aquel hambriento colchón, un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome:

—Lázaro: ya es tarde y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean. Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios hará merced. Porque yo, por estar solo, no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera. Mas ahora hacerlo hemos de otra manera.

—Señor: de mí —dije yo— ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer.

—Vivirás más y más sano —me respondió—. Porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.

—Si por esa vía es —dije para mí—, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero, en mi desdicha, tenella toda mi vida.

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubón. Y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice. Mas ¡maldito el sueño que yo dormí! Porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse. Que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no había libra de carne, y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldíjeme mil veces. ¡Dios me lo perdone!, y a mi ruin fortuna, allí lo más de la noche, y, lo peor, no osándome revolver por no despertarle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas, y jubón, sayo y capa. ¡Y yo, que le servía de pelillo! Y vístese muy a su placer, despacio. Echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que le ponía díjome:

— ¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es esta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese. Mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo no acertó a ponelle los aceros tan prestos como ésta los tiene.

Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos diciendo:

— ¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella a cencenar un copo pe lana.

Yo dije entre mí:

— Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras.

Tornóla a meter y ciñósela, y un sartal de cuantas gruesas del talabarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo:

— Lázaro: mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama y ve por la vasija de agua al río, que aquí abajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponía aquí al quicio, por que si yo viniere en tanto pueda entrar.

Y súbase por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente del conde Alarcos, o a lo menos camarero que le daba de vistir.

—¡Bendito seáis vos, Señor — quedé yo diciendo —, que dáis la enfermedad y ponéis el remedio! ¿Quién encontrara a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber noche bien cenado y dormido en buena cama, y, aunque ahora es de mañana, no le cuenten por muy bien almozzado? ¡Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer. con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trujo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta dé paño de manos se hacía servir de la halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechara. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debéis vos tener por el mundo derramados que padecen por la negra que llaman honra lo que por vos no sufrirían!

Así estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Y como le vi trasponer, tornéme a entrar en casa, y en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar en qué. Hago la negra dura cama y tomo el jarro y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta. Antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del verano a refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba engre ellas, hecho un Macías, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago.

Él, sintiéndole tan frío de bolsa cuanto estaba caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la color del

gesto y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas.

Ellas, que debían ser bien instituídas como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa. De la cual pensé barrer alguna parte, que era bien menester ; mas no hallé con qué. Púseme a pensar qué haría, y parecióme esperar a mi amo hasta que el día demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos ; mas en vano fue mi experiencia.

Desque vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó y tórnome a mi menester. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que, aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que antes que el reloj diese las cuatro ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme a la posada, y al pasar por la tripería pedí a una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo y él paseándose por el patio. Como entró, vínose para mí. Pensé que me quería reñir la tardanza ; mas mejor lo hizo Dios.

Preguntóme dó venía.

Yo le dije :

— Señor : hasta que dio las dos estuve aquí, y de que vi que vuestra merced no venía, fuíme por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que véis.

Mostréle el pan y las tripas, que en un cabo de la halda traía, a la cual él mostró buen semblante, y dijo :

— Pues esperado te he a comer, y de que vi que no viniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso. Que más vale pedirlo por Dios que no hurtarlo. Y así él me ayuda como ello me paresce bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra. Aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡Nunca a él yo hubiera de venir!

— De eso pierda, señor, cuidado — le dije yo —, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo darla.

— Agora, pues, come, pecador. Que, si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que después que en esta casa entré nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo. Que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Ésta debe ser, sin duda, de ellas ; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por mía.

Sentéme al cabo del poyo, y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda. Y comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo había dél, porque sentí lo que sentía y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidarle ; mas, por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo. Porque como comencé a comer y él se andaba paseando, llegóse a mí y díjome :

— Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana, aunque no la tenga.

— La muy buena que tú tienes — dije yo entre mí — te hace parecer la mía hermosa.

Con todo, parescióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele :

— Señor : el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá a quien no convide con su sabor.

— ¿Uña de vaca es?

— Si señor.

— Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa.

Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Y asentóseme al lado y comienza a comer como aquel que lo había gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

— Con almodrote — decía — es éste singular manjar.

— Con mejor salsa lo comes tú — respondí yo paso.

— Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado.

— ¡Así me vengan los buenos años como es ello! — dije yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos a dormir, como la noche pasada.

Y por evitar prolijidad, de esta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento, y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre : que, escapando de los amos ruines que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más. Y antes le había lástima que enemistad. Y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal.

Porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres, y en tanto, yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jubón y las calzas, que a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecho cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo.

— Este — decía yo — es pobre y nadie da lo que no tiene ; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquellos es justo desamar y aqueste de haber mancilla.

Dios me es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquel le vi sufrir. Al cual, con toda su pobreza, holgaría de servir más que a los otros, por lo que he dicho. Sólo tenía dél un poco de descontento. Que quisiera yo que no tuviera tanta presunción ; mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada. Aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues, estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fue, como el año en tierra fuera estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí en adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dio vi llevar una procesión de pobres azotando por las cuatro calles. Lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar.

Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores ; tanto, que nos acaesció estar dos o tres días sin comer bocado ni hablaba palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían por de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la laceria que les traían me daban alguna cosilla, on la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa, bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o dónde andaba y qué comía. ¡Y velle venir a medio día la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que toca a su negra, que dicen, honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes, que en nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo:

—Malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, oscura. Mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir de ella.

Pues, estando en esta afligida y hambrienta persecución, un día, no sé por cuál dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real. Con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió, diciendo:

—Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: vé a la plaza y merca pan y vino y carne; ¡quebremos el ojo al diablo! Y más te hago saber, por que te huelgues: que he alquilado otra casa y en esta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré! Por Nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido ni he habido descanso ninguno; mas ¡tal vista tiene y tal oscuridad y tristeza! Vé y ven presto, y comamos hoy como condes.

Tomo mi real y jarro y, a los pies dándoles priesa, comienzo a subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza, muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha si está constituído en mi triste fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra? Y así fue éste. Porque, yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearía que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían.

Arriméme a la pared, por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venía luego a par del lecho una que debía ser mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres, la cual iba llorando a grandes voces y diciendo:

—Marido y señor mío: ¿adonde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!

Yo, que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije:

—¡Oh desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo, a todo el más correr que pude, para mi casa. Y, entrando en ella, cierro a grande prisa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga a ayudar y a defender la entrada. El cual, algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

—¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has? ¿Por qué cierras la puerta con tal furia?

—¡Oh señor—dije yo—: acuda aquí, que nos traen acá un muerto!

—¿Cómo así?—respondió él.

—Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: «Marido y señor mío: ¿adonde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!» Acá, señor, nos le traen.

Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía yo echada la aldaba a la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y desque fue ya más harto de reir que de comer el bueno de mi amo, díjome:

—Verdad es, Lázaro; según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y vé por de comer.

—Dejadlos, señor, acaben de pasar la calle—dije yo.

Al fin vino mi amo a la puerta de la calle y ábrela esforzándome, que bien era menester, según el miedo y alteración, y me torno a encaminar. Mas aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello. Ni en aquellos tres días torné en mi color. Y mi amo, muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideración.

Desta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra. Porque desde el primer día que con él asenté le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía.

Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba. Porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino.

— Señor — dije yo —: si él era lo que decís y tenía más que vos, ¿no errábades en no quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba?

— Sí es y sí tiene y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano.

— Parésceme, señor — le dije yo —, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más.

— Eres muchacho — me respondió — y sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como ves, un escudero; mas, ¡vótote a Dios!, si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quise poner en él las manos porque cada vez que le topaba me decía: «Mantenga Dios a vuestra merced.» Vos, don villano ruin — le dije yo —, ¿por qué no sois bien criado? ¿Manténgaos Dios me habeis de decir, como si fuese quienquiera? » De allí adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete hablaba como debía.

— ¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro — dije yo — decirle que le mantenga Dios?

— ¡Mira mucho de enhoramala! — dijo él —. A los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de: «Beso las manos de vuestra merced», o, por lo menos, «Bésoos, señor, las manos», si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento nunca más le quise sufrir, ni sufriría, ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que «Manténgaos Dios» me diga.

— Pecador de mí — dije yo —, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue.

— Mayormente — dijo — que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas que, a estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, según se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra. Y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada, que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo. Porque de hombre os habéis de convertir en malilla, y si no «anda con Dios» os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos, y las más y las más ciertas comido por servido. Ya, cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria. ¿Pues, por ventura, no hay en mí habilidad para servir y contentar

a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas. Reílle ya muchos sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores delmundo. Nunca decille cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho. No me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver. Y ponerme a reñir donde lo oyese con la gente de servicio, porque paresciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira y que paresciesen en favor del culpado. Decille bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar a los de casa y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos ; antes los aborrescen y tienen en poco y llaman necios y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar. Y con estos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría ; mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa.

Pues, estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara. Pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena respuesta : que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos y que a la tarde volviesen : mas su salida fue sin vuelta.

Por manera que a la tarde ellos volvieron ; mas fue tarde. Yo les dije que aun no era venido. Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme a las vecinas y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana los acreedores vuelven y preguntan por el vecino ; mas, a estotra puerta. Las mujeres les responden :

— Veis aquí su mozo y la llave de la puerta.

Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía a dónde estaba y que tampoco había vuelto a casa desde que salió a trocar la pieza y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el truco.

De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano. Y helos do vuelven con ellos, y toman la llave, y llámanme, y llaman testigos, y abren la puerta y entran a embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y hallándola desembarazada, como he contado, y dícenme :

— ¿Qué es de la hacienda de tu amo : sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?

— No sé yo eso — les respondí.

— Sin duda — dicen —, esta noche lo deben de haber alzado y llevado alguna parte. Señor alguacil; prended a este mozo, que él sabe dónde está.

En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubón, diciendo :

— Mochacho : tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo.

Yo, como en otra tal no me hubiese visto — porque asido del collar si había sido muchas e infinitas veces ; mas era mansamente dél trabado, para que mostrase el camino al que no vía —, yo hube mucho miedo, y, llorando, prometíle de decir lo que preguntaban.

— Bien está — dicen ellos —. Pues dí todo lo que sabes y no hayas temor.

Sentóse el escribano en un poyo para escrebir el inventario, preguntándome qué tenía.

— Señores — dije yo — ; lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.

— Bien está — dicen ellos —. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso? — me preguntaron.

— En su tierra — les respondí.

— Por Dios, que está bueno el negocio — dijeron ellos —. ¿Y adónde es su tierra?

— De Castilla la Vieja me dijo él que era — les dije yo.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

— Bastante relación es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

— Señores; este es un niño inocente y ha pocos días que está con ese escudero. y no sabe dél más que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él.

Vista mi inocencia, déjaronme, dándome por libre, y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos. Sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido. Porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a aquel.

Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón con el viejo alfamar de la vieja, aunque no iba muy cargado. Allán van todos cinco dando voces. No sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos. Y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha. Pues, señalándose todo lo que podía contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mi no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

TRATADO CUARTO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN FRAILE DE LA MERCED Y DE LO QUE LE ACAESCIÓ CON ÉL

Hube de buscar el cuarto, y ésto fue un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron. Al cual ellas le llamaban pariente. Gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitar. Tanto, que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Este me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días. Ni yo pude con su trote durar más. Y por esto y por otras cosillas, que no digo, salí dél.

TRATADO QUINTO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN BULDERO Y DE LAS COSAS QUE CON ÉL PASÓ

En el quinto por mi ventura dí, que fue un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado y el mayor echador dellas que jamás vi ni ver espero, ni pienso que nadie vio. Porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles invenciones.

En entrando en los lugares do habían de presentar la bula, primero presentaba a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana; si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiniales. Así procuraba tenerlos propicios, por que favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bula.

Ofreciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia dellos. Si decían que entendían, no hablaba palabra en latín, por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo que más con dineros que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un Santo Tomás y hablaba dos horas en latín. A lo menos, que lo parescía, aunque no lo era.

Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba cómo por mal se las tomasen. Y para aquello hacía molestias al pueblo y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos o tres días, ha-

ciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni a mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y, pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bula.

Y esa noche, después de cenar, pusiéronse a jugar la colación él y el alguacil. Y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladrón, y el otro a él falsario. Sobre esto, el señor comisario, mi señor tomó un lanzón que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano a su espada, que en la cinta tenía.

Al ruido de voces, que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos y métense en medio. Y ellos, muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas. Entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que era falsario y las bulas que predicaba que eran falsas.

Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a ponellos en paz, acordaron de llevar el alguacil de la posada a otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado. Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, se fue, y así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fue a la iglesia y mandó teñer a misa y al sermón para despedir la bula. Y el pueblo se juntó. El cual andaba murmurando de las bulas, diciendo cómo eran falsas y que el mismo alguacil, riñendo, lo había descubierto. De manera que, tras que tenían mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron.

El señor comisario se subió al pulpito y comienza su sermón y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien e indulgencia como la santa bula traía.

Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y desque hizo oración, levantóse, y, con voz alta y pausada, cuerdamente comenzó a decir:

— Buenos hombres: oídme una palabra, que después oiréis a quien quisiéredes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica. El cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio y partiríamos la ganancia. Y agora, visto el daño que haría a mi conciencia y a vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bulas que predica son falsas y que no le creáis ni las toméis, y que yo, directe ni indirecte, no soy parte en ellas, y que desde ahora dejo la vara y doy con ella en el suelo. Y si en algún tiempo éste fueran castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos cómo yo no soy con él ni le doy a ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad.

Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar el alguacil fuera de la iglesia, por evitar escándalo. Mas mi amo les fue a la mano y mandó a todos que, so pena de excomunión, no le estorbasen; mas que le dejasen decir todo lo que quisiese. Y así, él también tuvo silencio mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si quería decir más, que lo dijese.

El alguacil dijo:

— Harto hay más de decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta.

El señor comisario se hincó de rodillas en el pulpito, y, puestas las manos y mirando al cielo, dijo así:

— Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible: tú sabes la verdad y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a mí toca, yo lo perdono, por que tú, Señor, me perdones. No mires a aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a tí hecha te suplico y por justicia te pido no disimules. Porque alguno que está aquí que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito a las falsas palabras de aquel hombre lo dejará de hacer. Y, pues en tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules; mas luego muestra aquí milagroso y sea desta manera: que si es verdad lo que aquél dice y que yo traigo maldad y falsedad,

este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos ; y si es verdad lo que yo digo y aquél, persuadido del demonio, por quitar y privar a los que están presentes de tan gran bien, dice maldad, también sea castigado y de todos conocida su malicia.

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca y torcerla y hacer visajes con el gesto, dando de pie y mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra.

El estruendo y voces de la gente era tan grande que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos.

Unos decían : « El Señor le socorra y valga ».

Otros : « Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio ».

Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuentes puñadas a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato. Porque más de quince hombres estaban sobre él y a todos daba las manos llenas y, si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto, el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto, y ruido y voces que en la iglesia había no eran parte para apartarle de su divina contemplación.

Aquellos buenos hombres llegaron a él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre, que estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas ni a sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago ; mas si en algo podría aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró y miró al delicuente y a todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo :

— Buenos hombres : vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado ; mas, pues Él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda y Su Majestad perdone a este, que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo. Vamos todos a suplicarle.

Y así, bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen a Nuestro Señor tuviese por bien de perdonar a aquel pecador y volverle en su salud y sano juicio y lanzar de él el demonio, si Su Majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar, con los clérigos, comenzaban a cantar con voz baja una letanía. Y viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente, como suelen hacer en los sermones de Pasión, de predicador y auditorio devoto, suplicando a Nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida, y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados.

Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza. Y luego el pecador del alguacil comenzó, poco a poco, a estar mejor y tornar en sí. Y desque fue bien vuelto en su acuerdo, echóse a los pies del señor comisario y demandóle perdón y confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno, por hacer a él daño y vengarse del enojo ; lo otro, y más principal, porque el demonio reciba mucha

pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula.

El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos. Y a tomar la bula hubo tanta prisa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella : marido y mujer, e hijos e hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaescido por los lugares comarcanos, y cuando a ellos llegábamos no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada la venían a tomar, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que, en diez o doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón.

Cuando él hizo el ensayo, confieso mi pecado que también fui de ello espantado y creí que así era, como otros muchos ; mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso e inventivo de mi amo.

Acaesciónos en otro lugar, el cual no quiero nombrar por su honra, lo siguiente: Y fue que mi amo predicó dos o tres sermones, y do a Dios la bula tomaban. Visto por el astuto de mi amo lo que pasaba, y que aunque decía se fiaban por un año no aprovechaba, y que estaban tan rebeldes en tomarla y que su trabajo era perdido, hizo tocar las campanas para despedirse, y hecho su sermón y despedido desde el púlptio, ya que se quería bajar, llamó al escribano y a mí, que iba cargado con unas alforjas, e hízonos llegar al primer escalón, y tomó, al alguacil las que en las manos llevaba y las que no tenía en las alforjas púsolas junto a sus pies, y tornóse a poner en el pulpito con cara alegre y a arrojar desde allí, de diez en diez y de veinte en veinte, de sus bulas hacia todas partes, diciendo :

— Hermanos míos : tomad, tomad de las gracias que Dios os envía hasta vuestras casas, y no os duela, pues es obra tan pía la redención de los cautivos cristianos que están en tierra de moros. Por que no renieguen nuestra santa fe y vayan a las penas del infierno, siquiera ayudadlos con vuestra limosna y con cinco padrenuestros y cinco avemarías para que salgan de cautiverio. Y aun también aprovechan para los padres y hermanos y deudos que tenéis em el Purgatorio, como lo veréis en esta santa bula.

Como el pueblo las vio arrojar, como cosa que la daba de balde y ser venida de la mano de Dios, tomaban a más tomar, aun para los niños de la cuna y para todos sus difuntos, contando desde los hijos hasta el menor criado que tenían, contándolos por los dedos. Vímonos en tanta prisa, que a mi ainas me acabaran de romper un pobre y viejo sayo que traía, de manera que certifico a vuestra merced que en poco más de una hora no quedó bula en las alforjas, y fue necesario ir a la posada por más.

Acabados de tomar todos, dijo mi amo desde el púlpito a su escribano y al del Consejo que se levantasen ; y para que se supiese quiénes eran los que habían de gozar de la santa bula y para que él diese buena cuenta a quien le había enviado, se escribiesen.

Y así, luego, todos de muy buena voluntad decían las que habían tomado, contando por orden los hijos, y criados, y defuntos.

Hecho su inventario, pidió a los alcaldes que, por caridad, porque él tenía que hacer en otra parte, mandasen al escribano le diese autoridad del inventario y memoria de las que allí quedaban, que, según decía el escribano, eran más de dos mil.

Hecho esto, él se despidió con mucha paz y amor, y así nos partimos deste lugar. Y aun' antes que nos partiésemos, fué preguntando él por el teniente cura del lugar y por los regidores si la bula aprovechaba para las criaturas que estaban en el vientre de sus madres.

A lo cual él respondió que, según las letras que él había estudiado, que no. Que lo fuesen a preguntar a los doctores más antiguos que él, y que esto era lo que sentía en este negocio.

Y así nos partimos, yendo todos muy alegres del buen negocio. Decía mi amo al alguacil y escribano :

— ¿Qué os parece como a estos villanos, que con sólo decir cristianos viejos somos, sin hacer obras de caridad se piensan salvar, sin poder nada de su hacienda? Pues, por vida del licenciado

Pascasio Gómez, que a su costa se saquen más de diez cautivos.

Y así nos fuimos hasta otro lugar de aquél, cabo de Toledo, hacia la Mancha, que se dice, adonde topamos otros más obstinados en tomar bulas. Hechas mi amo y los demás que íbamos nuestras diligencias, en dos fiestas que allí estuvimos no se habían echado treinta bulas.

Visto por mi amo la gran perdición y la mucha costa que traía, y el ardideza que el sutil de mi amo tuvo para hacer despender sus bulas fue que este día dijo la misa mayor, y después de acabado el sermón y vuelto al altar, tomó una cruz que traía de poco más de un palmo, y en un brasero de lumbre que encima del altar había, el cual habían traído para calentarse las manos, porque hacía gran frío, púsole encima del misal, sin que nadie mirase en ello. Y allí, sin decir nada, puso la cruz encima de la lumbre, y, ya que hubo acabado la misa y echada la bendición, tomóla con un pañizuelo, bien envuelta la cruz en la mano derecha y en la otra bula, y así bajó hasta la postrera grada del altar, adonde hizo que besaba la cruz. E hizo señal que viniesen adorar la cruz. Y así vinieron los alcaldes los primeros y los más ancianos del lugar, viniendo uno a uno, como se usa.

Y el primero que llegó, que era un alcalde viejo, aunque él dio a besar la cruz bien delicadamentr, se abrasó los rostros y se quitó presto a fuera. Lo cual visto por mi amo le dijo:

—¡Paso, quedo, señor alcalde! ¡Milagro!

Y así hicieron otros siete u ocho. Y a todos les decía:

—¡Paso, señores! ¡Milagro!

Cuando él vio que los rostroquemados bastaban para testigos del milagro, no la quiso dar más a besar. Subióse al pie del altar y de allí decía cosas maravillosas, diciendo que por la poca caridad que había en ellos había Dios permitido aquel milagro, y que aquella cruz había de ser llevada a la santa iglesia mayor de su obispado. Que por la poca caridad que en el pueblo había la cruz ardía.

Fue tanta la prisa que hubo en el tomar de la bula, que no bastaron dos escribanos ni los clérigos ni sacristanes a escribir. Creo de cierto que se tomaron más de tres mil bulas, como tengo dicho a vuestra merced.

Después, al partir él, fue con gran reverencia, como es razón, a tomar la santa cruz, diciendo que la había de hacer engastonar en oro, como era razón.

Fue rogado mucho del Concejo y clérigos del lugar les dejase allí aquella santa cruz, por memoria del milagro allí acaescido. El en ninguna manera lo quería hacer, y al fin, rogado de tantos, se la dejó. Con que le dieron otra cruz vieja que tenían, antigua; de plata, que podrá pesar dos o tres libras, según decían.

Y así nos partimos alegres con el buen trueque y con haber negociado bien. En todo no vio nadie lo susodicho sino yo. Porque me subía par del altar para ver si había quedado algo en las ampollas, para ponerlo en cobro, como otras veces vi lo tenía de costumbre. Y como allí me vio, púsose el dedo en la boca, haciéndome señal de que callase. Yo así lo hice, porque me cumplía, aunque después que vi el milagro no cabía en mi por echado fuera. Sino que el temor de mi astuto amo no me lo dejaba comunicar con nadie, ni nunca de mí salió. Porque me tomó juramento que no descubriese el milagro, y así lo hice hasta agora.

Y, aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí:

—¡Cuántas de éstas deben hacer estos burladores entre la inocente gente!

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas, *aunque me daba bien de comer, a costa de los curas y otros clérigos do iba a predicar.*

TRATADO SEXTO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CAPELLÁN Y LO QUE CON ÉL PASÓ

Después desto asenté con un maestro de pintar panderos, para molerle colores, y también sufrí mil males.

Siendo ya en este tiempo mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán de ella me rescebió por suyo. Y púsome en poder de asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé a echar agua por la ciudad. Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca

era medida. Daba cada día a mi amo treinta maravedis ganados y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás, entre semana, de treinta maravedís.

Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja. De la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga trazada y puerta y una capa, que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desque me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio.

TRATADO SÉPTIMO

CÓMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ALGUACIL Y DE LO QUE LE ACAESCIÓ CON ÉL

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil. Mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso. Mayormente, que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos. Y a mi amo, que esperó, trataron mal; mas a mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato.

Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino los que le tienen.

En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance.

En el cual oficio, un día que ahorcábamos un apañador en Toledo, y llevaba una buena soga de esparto, conocí y caí en la cuenta de la sentencia que aquel mi ciego amo había dicho en Escalona, y me arrepentí del mal pago que le di, por lo mucho que me enseñó. Que, después de Dios, él me dio industria para llegar al estado que ahora estoy.

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano. Tanto, que en toda la ciudad, el que ha de echar vino a vender, o algo si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal, persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así, me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido.

Porque, allende de ser buena hija y diligente, servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo; por las Pascuas, su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja. E hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué, de que ven a mi mujer irle a hacer la cama y guisarle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad.

Aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela y habido algunas malas cenas por esperarla algunas noches hasta las laudes, y aun más, se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dijo en Escalona estando asido del cuerno. Aunque, de verdad, siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hacerme mal casado, y no le aprovecha.

Porque, allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá. Que él me habló un día muy largo delante de ella y me dijo:

—Lázaro de Tormes: quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca

medrará. Digo esto porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir de ella... Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

— Señor — le dije — : yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo de eso, y aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casarse había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramento sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado. En tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentarle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso ; antes, cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo :

— Mirá : si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar. Mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer. Que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí. Y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo... Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él.

Desta manera no me dicen nada y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mesmo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos, como vuestra merced habrá oído.

Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

De lo que de aquí adelante me sucediere avisaré a vuestra merced.

H. DE LUNA

Entre los continuadores del «Lazarillo», destacamos, como muestra, la *segunda parte* publicada por Luna, en París, año 1600. «La obra de Luna se distingue por tener muy recargado el sabor anticlerical, no escaseando las desenvolturas ni los rasgos satíricos contra clérigos, inquisidores, frailes y ermitaños, y también contra las costumbres de la época». (Hurtado y Palencia).

SEGUNDA PARTE DE LAZARILLO DE TORMES

CAPÍTULO PRIMERO

DONDE LÁZARO CUENTA LA PARTIDA DE TOLEDO PARA IR A LA GUERRA DE ARGEL

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Dígolo a propósito, que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me había ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba, tanto en la buena y abundante como en la mala y desastrada vida. Estando, pues, gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo más que un saludador, mejor vestido que un teatino y con dos docenas de reales en la bolsa, más ciertos que revendedora de Madrid, mi casa llena como colmena, con una hija injerta a canutillo y con un oficio que me lo podía envidiar el echaperros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó e hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé González (pues buen siglo haya), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar a un astuto ciego, ratonar el pan del avariento clérigo, servir al pelón escudero y, finalmente, gritar las faltas ajenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista a los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir a mi valeroso capitán de la Orden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase sería para mí (como lo fue); finalmente quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando a Santiago y cierra España.

Despedíme de mi amada consorte y cara hija; ésta me rogó no me olvidase de traerla un morico, y la otra que me acordarse de enviarle con el primer mensajero una esclava que la sirviese y algunos cequíes [1] berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licencia al arcipreste mi señor, a quien encargué el cuidado y regalo de mi mujer e hija, prometiéndome haría con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van a la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mesmo viaje llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos a Murcia con intención de irnos a embarcar a Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera por conocer que la fortuna, que me había puesto en lo más alto de su rueda voltaria y subido a la cumbre de la bienaventuranza terrestre, con su curso veloz, comenzaba a despeñarme a lo más ínfimo.

Fue, pues, el caso que llegando a la posada vi un semihombre, que más parecía cabrón, según las vedijas e hilachas de sus vestidos: tenía un sombrero encasquetado, de manera que no se le podía ver la cara; la mano puesta en la mejilla y la pierna sobre la espada, que en una media vaina de cimojes traía; el sombrero a lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era a la francesa,

(1) Cequí: Moneda árabe de oro.

tan acuchillada de rota, que no había en dónde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veía por la celosía de sus vestidos; las calzas, al equivalente; las medias una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran a lo descalzo, tan traídos como llevados; en una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado. Con esta imaginación le pregunté de dónde era y adónde bueno caminaba; alzó los ojos para ver quién era el que se lo preguntaba, conocióme, y yo a él: era el escudero que en Toledo serví; quedé admirado de verle en tal traje.

Conocida mi admiración, dijo: «No me espantaría, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves; pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el día que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando a casa con el trueque del doblón para pagar a mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herreruelo, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecía; roguéle me diese cuenta de su pena, que más tardaría en dármela que yo en dalle remedio; ella, sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal, dijo que la merced que le había de hacer, y ella me suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid, en donde le habían dicho estaba un caballero que no se había contentado con deshonrarla, sino que además le había llevado todas sus joyas, sin tener respeto a la palabra de esposo que le había dado, y que si yo quería hacer por ella esto, ella haría por mí lo que una mujer obligada debía. Consoléla lo mejor que pude, dándole esperanzas que si su enemigo estaba en el mundo, se tuviese por desagraviada. En conclusión, sin tornar el pie atrás, partimos a la corte, hasta donde la hice la costa. La señora, que sabía bien adónde iba, me llevó a una bandera de soldados, donde la recibieron con alegría y la llevaron delante del capitán para que la pusiese en la lista de las cicatriceras, y tornándose a mí con una cara de poca vergüenza, dijo: "Adiós, seor peligordo, pues ésta no es para más". Viéndome burlado, comencé a echar espumajos por la boca, diciéndole que si como era mujer fuera hombre la sacaría el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó a mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofetón, que si me lo hubiera dado allí podían abrir la sepultura; como vi aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus me fuí más que de paso, por ver si me seguiría algún soldado de talle para matarme con él; porque si me pusiera con aquel soldadejo y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra o qué fama ganaría? Mas si hubiera salido el capitán o algún valentón, les hubiera dado más cuchilladas que arenas hay en el mar. Como vi que ninguno osaba seguirme, fuíme muy contento. Busqué una comodidad, y por no haberla hallado tal cual merecía, estoy como ves; verdad es que he podido ser repostero, o escudero de cinco o seis remendonas, oficios que, aunque muriese de hambre, no los tomaría».

Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra que le prestasen dineros estaba sin ellos, y no sabía adonde ir aquella noche. Yo, que le entendí la leva (1), le convidé con la mitad de mi cama y cena. Admitió el convite. Cuando nos quisimos acostar le dije quitase los vestidos de encima del lecho, que era pequeño para tanta gente. A la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano a mis vestidos y fué en vano, porque el traidor me los había hurtado e ídose con ellos; pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como después recibí; di voces, apellidando: «¡Al ladrón, al ladrón!». Subieron los de casa y halláronme como el nadador: buscando con qué cubrirme por los rincones del aposento. Se reían todos como locos, y yo renegaba como carretero; daba al diablo al ladrón fanfarrón, que me había tenido la mitad de la noche contando grandezas de su persona y linaje.

El remedio que por entonces tomé (porque ninguno me lo daba), fué ver si los vestidos de aquel matasiete me

(1) Leva, la treta, el enredo.

podían servir hasta que Dios me deparase otros ; pero era un laberinto. Ni tenían principio ni fin : entre las calzas y sayo no había diferencia. Puse las piernas en las mangas y las calzas por ropilla, sino olvidar las medias, que parecían mangas de escribano. Las sandalias me podían servir de cormas, porque no tenían suelas ; encasquetéme el sombrero, poniendo lo de arriba abajo, por estar menos mugriento ; de la gente de a pie y de a caballo que iban sobre mi no hablo. Con esta figurilla fuí a ver a mi amo, que me había enviado a llamar, el cual, espantado de ver aquella madagaña (1), le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, e hizo *flux*. Por su honra es muy justo se pase en silencio. Después de haber hecho mil paradillas, me preguntó la causa de mi disfraz ; contéselo, y lo que dello resultó fué que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo que como aquella vez había acogido aquel hombre en mi cama, otro día haría lo mismo con alguno que le robase.

(1) Madagaña, figurón.

TIRSO DE MOLINA

Conocemos los datos biográficos de Tirso (v. *Teatro*). Como prosista, los *Cigarrales de Toledo* (1621), como obra miscelánea, nos ofrece aspectos muy variados de su inspiración y estilo. He aquí un ejemplo.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS

En Madrid, hija heredera emancipada de nuestra Imperial Toledo, que habiéndola puesto en estado y casado sucesivamente con cuatro Monarcas del mundo (uno Carlos V y tres Filipos), agora que se ve Corte, menos cortesana y obediente que debiera, quebrantando el cuarto mandamiento, le usurpa, con los vecinos que cada día le soborna, la autoridad de padre tan digno de ser venerado — vivían pocos tiempos ha tres mujeres hermosas, discretas y casadas: la primera, con el cajero de un caudaloso ginovés, en cuyo servicio ocupado siempre, tenía lugar de asistir en su casa solamente los medios días a comer y las noches a dormir; la segunda tenía por marido a un pintor de nombre, que en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba, más había de un mes, en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella Corte, sin permitirle sus tareas más tiempo para su casa que al primero, pues las fiestas que daban treguas a sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa de este ejercicio comunica a sus profesores; y la tercera padecía los celos y años de un marido que pasaba de los cincuenta, sin otra ocupación que de martirizar a la pobre inocente, sustentándose los dos de los alquileres de dos casas razonables, que por ocupar buenos sitios les rentaba lo suficiente para pasar, con la labor de la afligida mujer, con mediana comodidad, la vida.

Iban todas tres muy amigas, por haber antes vivido en una misma casa, aunque agora habitaban barrios no poco distantes; y por el consiguiente, los maridos profesaban la misma amistad, comunicándose ellas algunas veces que iban a visitar a la mujer del celoso; porque la pobre, si su marido no la llevaba consigo, era imposible poderles pagar las visitas, y ellos los días de fiesta, o en la comedia o en la esgrima y juego de argolla, andaban de ordinario juntos.

Un día, pues, que estaban las tres amigas en casa del celoso contándoles ella sus trabajos, habiendo venido los suyos, y estando merendando todos seis, concertaron para el día de San Blas, que se acercaba, salir al sol y a ver al Rey, que se decía iba a Nuestra Señora de Atocha aquella tarde, y por ser un día de Jueves de compadres, llevar con qué celebrar en una huerta allí cercana la solenidad de esta fiesta, que, aunque no está en el calendario, se soleniza mejor que las de Pascua; habiendo hecho no poco en alcanzar licencia para que la del celoso necio se hallase en ella.

Cumplióse el plazo y la merienda, después de la cual, asentadas ellas al sol, que le hacía apacible, oyendo muchas quejas de la malmaridada, y ellos jugando a los bólos en otra parte de la misma huerta, sucedió que, reparando en una cosa que relucía en un montoncillo de basura a un rincón de ella, dijese la mujer del celoso:

— ¡Válgame Dios! ¿Qué será aquello que brilla tanto?

Miráronla las dos, y dijo la del cajero:

— Ya podría ser joya que se le hubiese perdido aquí a alguna de las muchas damas que se entretienen en esta huerta semejantes días.

Acudió solícita a examinar lo que era la pintora, y sacó en la mano una sortija de un diamante hermoso, y tan fino que a los reflejos del sol parece que se transformaba en él. Acodiciáronse las tres

amigas al interés que prometía tan rico hallazgo; y alegando cada cual en su derecho, afirmaban que le pertenecía de justicia el anillo. La primera decía que habiéndolo sido en verle, tenía más acción que las demás a poseerle; la segunda afirmaba que adivinando ella lo que fue, no había razón de usurpársele, y la tercera replicaba a todas que siendo ella quien le sacó de tan indecente lugar, hallando por experiencia lo que ellas se sospecharon en duda, merecía ser solamente señora de lo que le costó más trabajo que a las demás.

Pasara tan adelante esta porfía, que viniendo a noticia de sus maridos pudiera ser ocasionaran en ellos alguna pendencia sobre la acción que pretendía cada una de ellas, si la del pintor, que era más cuerda, no las dijera:

— Señoras, la piedra, por ser tan pequeña y consistir su valor en conservarse entera, no consentirá partirse. El venderla es lo más seguro, y dividir el precio entre todas, antes que venga a noticia de nuestros dueños y nos priven de su interés o sobre su entera posesión riñan y sea esta sortija la manzana de la discordia. Pero ¿quién de nosotras será su fiel depositaria, sin que las demás se agravien? Allí está paseándose con otros caballeros el conde mi vecino. Comprometamos en él, llamándole aparte, nuestras diferencias, y pasemos todas por lo que sentenciare.

— Soy contenta — dijo la cajera —; que ya le conozco, y fío de su buen juicio y mi derecho que saldré con el pleito.

— Yo y todo — respondió la mal casada —. Pero ¿cómo me atreveré a informarle de mi justicia, estando a vista de mi escrupuloso viejo, siendo el conde mozo, y ciertos los celos, con el juego de manos tras ellos?

En esta confusa competencia estaban las tres amigas, cuando, diciendo que pasaba el rey por la puerta, salieron corriendo sus maridos entre la demás gente a verle. Y aprovechándose ellas de la ocasión llamaron al conde y le propusieron el caso, pidiéndole la resolución de él antes que sus maridos volviesen y el más celoso llevase qué reñir a casa, poniéndole la sortija en las manos, para que la diese a quien juzgase merecerla.

Era el conde de sutil entendimiento; y con la cortedad del término que le daban, respondió:

— Yo, señoras, no hallo tan declarada la justicia por ninguna de las litigantes, que me atreva a quitárscla a las demás. Pero, pues habéis comprometido en mí, digo que sentencio y fallo que cada cual de vosotras dentro del término de mes y medio haga una burla a su marido, y a la que en ella se mostrare más ingeniosa, se le entregará el diamante, y más cincuenta escudos que ofrezco de mi parte, haciéndome entre tanto depositario de él. Y porque vuelven vuestros dueños, manos a la labor, y adiós.

Fuese el conde, cuya satisfación abonó la seguridad de la joya, y su codicia les persuadió a cumplir lo sentenciado. Vinieron sus maridos. Y porque ya la cortedad del día daba muestras de recogerse, lo hicieron todos a sus casas, revolviendo cada cual de las competidoras las librerías de sus embelecos, para estudiar por ellos uno que la sacase vitoriosa en la agudeza y posesión del ocasionador diamante.

El deseo del interés pudo tanto en la del codicioso cajero, que, habiendo sacado por el alquitara de su ingenio la quinta esencia de las burlas, hizo a su marido la que sigue:

Vivía en su vecindad un astrólogo, grande hombre de sacar por figuras los sucesos de las casas ajenas. La astuta cajera quiso en la necesidad presente valerse de la ocasión y aprovecharse de sus estudios, para lo cual le dijo que para cierto fin ridículo con que quería regocijar aquellas Carnestolendas, le importaba hiciese creer a su marido que dentro de veinticuatro horas pasaría de esta vida a dar cuenta a Dios de la que hasta entonces había mal empleado. Prometióselo, contento de tenerla gustosa, sin inquirir su pretensión. Y mientras ella, llamando al pintor amigo y celoso necio, concertó con ellos lo que habían de hacer para colorear este disparate, persuadiéndolos que era para regocijarse con semejante burla en días tan ocasionados para ellas, haciéndose el astrólogo encontradizo con el igno-

rante cajero, que cansado de pagar letras se venía a acostar, le dijo :

— ¡Mala color traéis, vecino! ¿Sentís acaso alguna mala disposición en vos?

— ¡Gracias al cielo — le respondió —, si no es el enfado de haber contado hoy más de seis mil reales en vellón, no me he sentido más bueno en mi vida.

— La color, a lo menos — replicó —, no conforma con vuestra satisfación. Dadme acá ese pulso.

Diósele turbado el ignorante vecino. Y arqueando las cejas con muestras de sentimiento amigable, el cauteloso embelecador dijo :

— Vecino mío, cuando yo no haya sacado otro fruto del conocimiento de los cursos celestes sino el que se me sigue de avisaros de vuestro peligro, doy por bien empleados mis desvelos. Para estas ocasiones son los amigos. No lo fuera yo vuestro si no os avisara de lo que os conviene y menos cuidado os da. Disponed de vuestra hacienda y casa, o lo que importa más, de vuestra alma. Porque yo os digo por cosa infalible, que mañana a estas horas habréis experimentado en la otra vida cuánto mejor os estuviera haber ajustado cuentas con vuestra conciencia que con los libros de caja de vuestro dueño.

Entre turbado y burlón le respondió el pobre moscatel :

— Si este juicio sale tan verdadero como el pronóstico que del año pasado hicisteis, todo al revés de como sucedieron sus temporales, más larga vida me prometo de lo que imaginaba.

— Ahora bien — replicó el astrólogo —, yo he cumplido en esto con las leyes de cristiano y amigo. Haced vos lo que mejor os estuviere, que yo sé que no llevaréis queja de mí al otro mundo de que no os lo avisé pudiendo.

Y dejándole con la palabra en la boca, echó la calle arriba.

PROSA NARRATIVA MISCELÁNEA

FRAY ANTONIO DE GUEVARA Y DE NOROÑA

Nació entre 1480 y 1481 en Asturias de Santillana, según dice él mismo en su epístola al Abad de San Pedro de Cardeña, hijo de don Beltrán de Guevara y de doña Elvira de Noroña, dama de Isabel la Católica. Tenía 12 años cuando pasó a la corte de los Reyes Católicos, siendo, al parecer, paje del príncipe don Juan. La muerte del príncipe y luego la de Isabel fueron, según afirma Guevara, los motivos que le indujeron a tomar el hábito de San Francisco. Apenas se sabe qué fue de su vida hasta 1521, en que fue nombrado predicador de Carlos I, sólo que había sido guardián en los conventos de Arévalo, Soria y Ávila, y que se había puesto del lado de su rey en la lucha de las Comunidades. En 1523 era consejero de la Inquisición de Toledo. Dos años más tarde se encontraba en Valencia, encargado de reducir y convertir a los rebeldes moriscos de aquel reino. En 1526 era visitador de la morería de Granada y se le nombraba Cronista del Emperador. Por cierto que como toda su actividad se redujo a cobrar sus emolumentos sin escribir nada, al dictar testamento en 1542, dispuso que sus herederos devolviesen cuanto había cobrado indebidamente. En 1528 era propuesto y luego nombrado obispo de Guadix, abandonando su sede en 1535 para acompañar a Carlos en su expedición a Túnez y a otros lugares posteriormente, si bien regresó a la Península en 1536, a fines de cuyo año pasaba a ocupar el obispado de Mondoñedo; allí permaneció, con breves ausencias, hasta su muerte, en abril de 1545.

Pese a las repetidas citas con que Guevara adorna sus escritos, como muestras de erudición, la mayor parte son puras invenciones, sin solidez científica y que desde sus contemporáneos hasta nuestros días han provocado una ininterrumpida serie de censores.

BIBLIOGRAFÍA. Las múltiples ediciones y traducciones, en número verdaderamente extraordinario, pueden verse en PALAU, *Manual del librero*, Barcelona, 1953, t. VI, números 110 072 a 110 398, y en FOULCHÉ-DELBOSC, *Bibliographie espagnole de fray Antonio de Guevara*, en «Revue Hispanique», 1915, t. XXXIII.

Sobre Guevara puede verse: COSTES, *Antoine de Guevara. Sa vie*, París, 1925. KARL, L., *Notes sur la fortune des oeuvres d'A. de Guevara à l'étranger*, en «Bulletin Hispanique», 1938, t. XXXV. CLÉMENT, *Antoine de Guevara, ses lecteurs et ses imitateurs français au XVI ème siècle*, en «Revue d'histoire litteraire de la France», 1900, t. VII y 1901, t. VIII. CLAVERÍA, *Guevara en Suecia*, «Revista de Filología Española», 1942, XXVI. LIDA, M.ª ROSA, *Fray Antonio de Guevara*, en «Revista de Filología Hispánica», Buenos Aires, 1945, número 4, págs. 346-388. A. CASTRO, *Antonio de Guevara. Un hombre y un estilo del siglo XVI*, en «Boletín del Instituto Caro y Cuervo», Bogotá, 1945, I, pág. 46. NACCI, CHRIS NATALE, *An ideological index of forty-one «Epístolas familiares» of Antonio de Guevara*, en «Ohio State University abstracts of theses presented by candidates for Master's degree», Columbus, Ohio, 1948, núm. 54, págs. 86-87.

MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA

QUE EN EL ALDEA SON LOS HOMBRES MÁS VIRTUOSOS Y MENOS VICIOSOS QUE EN LAS CORTES DE LOS PRÍNCIPES

Es previlegio de aldea que todos los que allí moraren sientan menos los trabajos y gozen mucho mejor las fiestas, lo qual no es assí en la corte y gran república, a do con la gran confusión de negocios y con andar siempre amontados, ni nunca traen consigo alegría, ni sienten en su casa quándo es la fiesta. ¡O quán fuera desto están los que biven en el aldea! ; porque el día de la fiesta repica mucho el sacristán, riega el día antes la iglesia, empina quando tañe las campanas, canta a su hora la missa, viste sobrepelliz el sacristán, hinche y alimpia la lámpara, dan pan bendito el domingo, echan las fiestas de entresemana, declara el cura el Evangelio, descomulgan a los que no han dezmado,

hazen después de missa concejo, matan para los enfermos carnero, vístense los sayos de fiesta, offrescen aquel del todos, juegan a la tarde al herrón, tocan en la plaza el tamborino, bailan las moças so el álamo, luchan los moços en el prado, andan los mochachos con cayados, visítanse los desposados; y aun si es la vocación del pueblo, no es mucho que corran un toro. En la corte la señal de que ay fiesta es afeitarse las mugeres, levantarse tarde los hombres, ponerse de çapatillas coloradas las moças, almorçar antes de missa los moços, poner manteles limpios a la mesa, jugar al triunfo después de comer, visitar a las paridas, murmurar en la iglesia de las vezinas y merendar las comadres.

Es previlegio de aldea que los que allí moraren coman las aves escogidas y las carnes manidas, del qual previlegio no gozan los que residen en la corte y están en grandes ciudades, a do compran las aves viejas y las carnes flacas. ¡O vida bienaventurada la del aldea!, a do se comen las aves que son gruesas, son nuevas, son cebadas, son sanas, son tiernas, son manidas, son escogidas y aun son castizas. El que mora en el aldea come palominos de verano, pichones caseros, tórtolas de jaula, palomas de encina, pollos de enero, patos de mayo, lavancos de río, lechones de medio mes, gazapos de julio, capones cebados, ansarones de pan, gallinas de cabe el gallo, liebres de dehesa, conejos de zarçal, perdigones de rastrojo, peñatas de lazo, codornices de reclamo, mirlas de vaya y çorçales de vendimias. ¡O no una, sino dos o tres vezes gloriosa vida de aldea!, pues los moradores della tienen cabritos para comer, ovejas para cezinar, cabras para parir, cabrones para matar, bueyes para arar, vacas para vender, toros para correr, carneros para añejar, puercos para salar, lanas para vestir, yeguas para criar, muletas para emponer, leche para comer, quesos para guardar; finalmente, tienen potros cerriles para vender en la feria y terneras gruesas que matar en las Pascuas.

Es previlegio del aldea que allí sea el bueno honrado por bueno y el ruin conoscido por ruin, lo qual no es assí en la corte ni en las grandes repúblicas, a do ninguno es servido y acatado por lo que vale, sino por lo que tiene. ¡O quánto es honrado un bueno en una aldea!, a do a porfía le presenta las guindas el que tiene guindalera, brevas el que las tiene tempranas, melones si le salieron buenos, uvas si las tiene moscateles, panales el que tiene colmenas, palominos de la primera cría, morcillas si mata puerco, gazapos el que los arma, fruta el que tiene huerta, truchas el que tiene red, besugos quien va al mercado y aun hojaldres quien amasa el sábado.

Es previlegio de aldea que cada uno case sus hijas con otros sus iguales y vezinos, del qual previlegio no gozan los que andan en corte y moran en grandes pueblos, los quales casan a sus hijos tan apartados de sí que más vezes los lloran que los gozan. ¡O quán más bienaventurado es un labrador que no uno señor!, pues a pared y medio de su casa halla esposos para sus hijas y mugeres para sus hijos. Cásalos cabe su casa, regálase con sus nueras, hónrase con sus yernos, acompáñase con sus suegros, combídanse a las Pascuas, cómprales algo en las ferias, búrlase con los nietos, da aguinaldo a las nietas, mejora a la hija más querida y regala a la nuera que tiene en casa.

Es previlegio de aldea que no tengan allí los hombres mucha soledad ni enojosa importunidad, del qual previlegio no gozan los que andan en la corte y biven en los pueblos grandes, a do cada día les faltan los dineros y les sobran los cuydados. ¡O felice vida la del aldeano!, el qual no se levanta con cuydado de madrugar al consejo, de ir a las diez a palacio, de contentar al portero, de acompañar al presidente, de aguardar al privado, de estar al comer del rey, de buscar a do coma, de andar tras aposentadores y contentar a contadores. En lugar destos cuydados, tiene el aldeano otros passatiempos, es a saber: oír balar las ovejas, mugir las vacas, cantar los páxaros, graznar los ánsares, gruñir los cochinos, relinchar las yeguas, bramar los toros, correr los becerricos, saltar los corderos, empinarse los cabritos, cacarear las gallinas, encrestarse los gallos, hazer la rueda los pavos, mamar las terneras, abatirse los milanos, apedrearse los mochachos,

hazer puchericos los niños y pedir blancoas los nietos.

Es previlegio de aldea que allí sean los hombres más virtuosos y menos viciosos, lo cual no es assí por cierto en la corte y en las grandes repúblicas, a do ay mil que os estorben el bien y cien mil que os inciten al mal. ¡O bienaventurada aldea!, en la qual el buen aldeano guarda el día del disanto, offresce en la fiesta, oye missa el domingo, paga el diezmo al obispo, da las primicias al cura, haze sus Todos Santos, lleva offrenda por sus finados, ayuda a la fábrica, da para los santuarios, empresta a los vezinos, da torrezno a San Antón, harina al sacristán, lino a San Lázaro, trigo a Guadalupe ; finalmente, va a vísperas el día de la fiesta y quema su tabla de cera en la missa. No sólo es buena el aldea por el bien que tiene, mas aun por los males de que caresce ; porque allí no ay estados de que tener embidia, no ay cambios para dar a usura, no ay botillería para pecar en la gula, no ay dineros para ahuchar, no ay damas para servir, no ay bandos con quien competir, no ay cortesanos a quien requerir, no ay justas para se vestir, no ay tableros a do jugar, no ay justizias a quien temer, no ay chancillerías a do se perder, y, lo que es mejor de todo, no hay letrados que nos pelen ni médicos que nos maten.

Es previlegio del aldea que los que allí moraren puedan de su hazienda guardar más y gastar menos, del qual previlegio no gozan los cortesanos ni aun los que residen en superbos pueblos ; porque allí biven muy menos consolados y muy más costosos. ¡O bienaventurado el aldeano!, el qual no tiene necessidad de traer tapicería de Flandes, comprar antepuertas, proveerse de alfombras, hazer sobremesas, armar camas de campo, labrar vaxillas de plata, servirse con fuentes, sufrir cozinero, buscar trinchante, pagar cavallerizo ni reñir con el despensero, y, lo que es mejor de todo, que no ha de sacar dineros a cambio, ni aun fiarse de su camarero. En todos estos officios y a todos estos officiales muy poca es la costa de pagarlos a respecto del trabajo que se suffre en suffrirlos. El que bive en la corte y en los grandes pueblos, más alhajas tiene para cumplir con los que vienen a su casa que para el servicio de su persona. ¡O quán dichoso es en este caso el aldeano!, al qual le abasta una mesa llana, un escaño ancho, unos platos bañados, unos cántaros de barro, unos tajaderos de palo, un salero de corcho, unos manteles caseros, una cama encaxada, una cámara abrigada, una colcha de Bretaña, unos paramentos de sarga, unas esteras de Murcia, un çamarro de dos ducados, una taça de plata, una lança tras la puerta, un rocín en el establo, una adarga en la cámara, una barjuleta a la cabecera, una bernía sobre la cama y una moça que le ponga la olla. Tan honrado está un hidalgo con este axuar en una aldea como el rey con quanto tiene en su casa.

QUE EN LAS CORTES DE LOS PRÍNCIPES TIENEN POR ESTILO HABLAR DE DIOS Y BIVIR DEL MUNDO

En la corte, como no ay justizia que tome las armas no ay campana que taña a queda, no ay padre que castigue al hijo, no ay amigo que corrija al próximo, no ay vezino que denuncie al amancebado, no ay fiscal que acuse al usurero no ay provisor que compela a confessar, no ay cura que llame a comulgar ; el que de su natural no es bueno, gran libertad tiene para ser malo. En la corte, si quiere uno adulterar, ay factores que lo negocien ; si quiere vengar injurias, ay quien tome por él la mano ; si quiere banquetear, a cada passo hallará glotones ; si quiere públicamente mentir, no le falta con quien lo apruebe ; si se quiere amotinar, assaz hallará de apassionados ; si quiere jugar lo que tiene, hallará tableros públicos ; si quiere darse a hurtar, hallará hombres de gran sutileza ; si quiere jurar falso, hallará quien se lo pague ; si quiere no ir a la iglesia, no avrá quien dello le acusse ; finalmente, digo que si quiere darse a los vicios halla en la corte muy famosos maestros. En la corte siempre acuden a ella hombres de muy diversas partes a negociar, a pleytear, a servir o a se mostrar, los quales, como son primerizos y biven un poco bisoños, luego son con ellos moços de cámara, ministriles que tañen, cantores

que cantan, porteros de cadena, músicos de cámara, juglares de corte, truhanes de palacio y hidalgos pobres, a los quales piden estrenas, ferias, albricias y aguinaldos, y si les dan los señores algo, no es a fin de socorrerlos, sino por que publiquen en la corte que son magníficos. En la corte, como la fortuna es inconstante en lo que da y muy incierta en lo que promete, de una hora a otra cae uno y sube otro, muérese éste y sucédele aquél, abaten al privado y subliman al abatido, no admiten al que viene y ruegan al que se va, creen a los simples y desmienten a los sabios, de los animosos tienen sospecha y fianse de los cobardes, creen la mentira e impugnan la verdad ; finalmente, digo que siguen la opinión y huyen de la razón. Con estas y con otras semejantes cosas que se veen en las cortes de los príncipes, cada uno tiene esperança que agora más agora vendrá por sus puertas fortuna ; aunque es verdad que muchos cortesanos hallan primero la sepultura que no a ellos halle fortuna. En la corte ay muchos hijos de señores que quando vinieron a ella eran más para se casar que no para servir ; porque son muy descuydados, hablan como bisoños, no son nada polidos, andan desacompañados, cuentan donayres muy fríos, son en el visitar muy pesados, comen como aldeanos, son con las damas muy cortos, son en las mesuras un poco locos y en el hablar de palacio muy grandes nescios. El bien que de su venida se sigue es que hay en la corte para algunos días de que burlar y para algunas noches de que mofar. En la corte cada día acontescen cosas repentinas, desgracias nunca pensadas, es a saber : que el galán salió mal enjaezado, cayó el cavallo, erró el encuentro, paró en la carrera, sacó pobre librea, dio algún golpe feo, contó alguna frialdad, burlóle su dama, descuydóse en alguna mesura o dixo alguna pachochada, por manera que tienen dél en palacio que contar y por las mesas de señores que dezir. En la corte, como nunca faltan passiones entre cavalleros, enojos entre criados, embidia entre privados, competencias entre oficiales, enemistades entre generosos, dessasosiegos entre ambiciosos y rencillas entre maliciosos, nunca faltan allí muñidores que las mueven, farautes que las cuenten y aun bandoleros que las sustenten ; y a las vezes gana en la corte mejor de comer un malsín a malsinar que no un teólogo a predicar. En la corte todo se permite, todo se dissimula, todo se admite, todos caben, todos passan, todos se suffren, todos se compadescen, todos se sustentan y todos biven. Y si todos biven, digo que es : unos de abogar, otros de juzgar, otros de escrevir, otros de servir, otros de lisongear, otros de jugar, otros de mentir, otros de chocarrear, otros de hurtar, otros de trampear, otros de cohechar y aun otros de alcahuetar. En la corte, los que son extremados topan con otros extremados, es a saber : el que es furioso halla con quien reñir, el travieso con quien se acuchillar, el leído con quien disputar, el adúltero con quien pecar, el malicioso con quien murmurar, el goloso con quien gustar, el tahur con quien perder, el codicioso con quien trampear, el importuno a quien moler, el loco con quien competir, el agudo con quien se desaminar, y aun el nescio quien le engañar y el bivo quien le mofar. En la corte todos los cortesanos se prescian de sanctos propósitos y de heroycos pensamientos, porque cada uno de los que andan allí proponen de retraerse a su casa, desechar los cuydados, olvidar los vicios, hazer capillas, casar huérfanas, atajar enemistades, irse a las horas, ordenar confradías y reparar ermitas, y en lo que paran sus deseos es que se quedan allí hablando de Dios y biviendo del mundo. En la corte ninguno con otro tiene tanta cuenta, para que nadie le osse pedir cuenta; y de aquí viene que el cavallero se anda sin armas, el perlado sin hábito, el clérigo sin breviario, el fraile sin licencia, la monja sin obediencia, la hija sin madre, la muger sin marido, el letrado sin libros, el ladrón sin espías, el moço sin disciplina, el viejo sin vergüença, el mesonero sin arancel, el regatón sin peso, el tahur de casa en casa, goloso de mesa en mesa, el vagabundo de plaza en plaza, y aun la alcahueta de moça en moça. En la corte todos son obispos para crismar y curas para baptizar y mudar nombres, es a saber : que al sobervio llaman honrado ; al pró-

digo, magnífico; al cobarde, atentado; al esforçado, atrevido; al encapotado, grave; al recogido, hipócrita; al malicioso, agudo; al deslenguado, eloquente; al indeterminado, prudente; al adúltero, enamorado; al loco, regocijado; al entremetido, solícito; al chocarrero, donoso; al avaro, templado; al sospechoso, adevino, y aun al callado, bovo y nescio.

EPÍSTOLAS FAMILIARES

LETRA PARA EL CANÓNIGO ÍÑIGO OSORIO, EN LA CUAL SE TOCA CUÁN POCO ES LO QUE SABEMOS DE LO QUE NOS ESTÁ BIEN NI MAL EN ESTA VIDA

R. Canónigo y cuartanario señor: Cornelio Rufo, que fue en los tiempos de Quinto Cincinato, habiéndose una noche acostado sano y bueno, soñó que perdía la vista de los ojos y que le adestraban como a ciego, y así le sucedió como lo soñó; porque otro día amaneció sin ninguna vista, sin que jamás viese cielo ni tierra. Falareo el tebano, como estuviese enfermo de una grave enfermedad del pulmón, acordó de entrar en una batalla, en la cual como le diesen una muy feroz lanzada, quiso su buena dicha y fortuna que escapó de la herida y sanó de la enfermedad. Mamilo Búbulo, rey que fue de los etruscos, como le diesen en una batalla una saetada por la garganta y se le quedase dentro de la garganta el casquillo de la saeta, fue tan bien fortunado y tan dichoso, que como un día, andando a caza, diese del caballo una tan grandísima caída que echó por la boca el casquillo de la saeta, quedó muy sano para toda su vida. Puédese de lo sobredicho colegir cuán poco saben todos los mortales qué es lo que han de elegir, ni qué es lo que han de desechar, pues vemos que Cornelio Rufo estándose durmiendo en su cama perdió la vista, y Falareo el tebano con una lanzada sanó del mal que tenía, y el rey Mamilo por ocasión de una caída echó por la boca una saeta. Todas las cosas desta vida no tienen en sí más mal ni más bien de cómo suceden, es a saber, que si tienen prósperas salidas, las tenemos por buenas, y si hay en ellas algunas desgracias, las tenemos por malas: de manera que ninguna cosa hemos de esperar y por ninguna desesperar, hasta ver qué es nuestra ventura y qué es lo que hace fortuna. He traído todo este rodeo para daros el parabién de vuestra salud y del buen suceso en ese vuestro mal, es a saber, que habiendo estado tres continuos años cuartanario, os sucedió un tan grande enojo y tristeza, que fue bastante de echar de vuestra casa la cuartana. Por ocasión de vuestro ejemplo torno otra y otra vez a decir y me afirmar en que no sabemos lo que pedimos, ni atinamos a lo que nos está bien ni mal; porque muchas veces buscamos aquello que habíamos de huir, y huimos de aquello que habíamos de buscar. Entre los altos documentos del divino Platón, uno dellos fue, que con los dioses no nos pusiésemos a decir: dadnos esto o dadnos estotro; sino que les rogásemos y importunásemos que nos diesen aquello con que ellos fuesen más contentos y nosotros quedásemos mejor librados. Habiéndose los hebreos gobernado por jueces mucho tiempo, pidieron a Dios que les diese rey que los mandase y gobernase; lo cual como Dios hiciese, más por importunidad que no por su voluntad, dióles un rey tan astroso, que más valiera nunca le haber pedido. Sea, señor lo que fuere, o suceda lo que sucediere, que yo os torno a dar el parabién de la cuartana que se despidió y del enojo que la alanzó; aunque es verdad que jamás lo oí a persona ni lo leí en escritura, que su merced la señora tristeza haya sido causa de alguna buena obra. Pues yo os doy mi fe, Sr. Canónigo, que si todos los enfermos sanasen como vos sanastes, es a saber, con tristeza y enojos, que valiese más barata la tristeza que no vale la cañafístola. Si por gemidos, lágrimas, sospiros y sollozos diesen en las ferias dineros, muchos hombres y mujeres habría ricos y bienaventurados; porque es a todos

tan común la pena y tristeza, que no hay rincón ni aun cantón a do no se halle. De mí os sé decir, señor, que si los sospiros que he dado y las desgracias que me han acontecido valiesen a otros por medicina o para quitar la cuartana, yo me obligaría de poner una gran botica que bastase para toda España y aun Francia. A muchos he visto en este mundo faltar a unos los ojos, a otros los pies, a otros las orejas, a otros las manos, a otros las casas, a otros la hacienda y aun a otros la capa; mas a ninguno vi con tanta pobreza, que le faltase pena y tristeza; porque no hay casa en el mundo tan rica, a do no falten los dineros y sobren los enojos. El espíritu triste seca y deseca los huesos dice Salomón; lo cual no fue así en vos, pues la pena y tristeza no sólo os desecaron los huesos, mas aun os sacaron del cuerpo los humores malos. Si de aquí adelante os fuéremos a visitar por enfermo, no os podremos hacer mayor servicio que daros muy grande enojo. Yo, Sr. Canónigo, maldigo a vuestra complisión y aun reniego de vuestra condición, pues para haberos de sanar os hubieron de enojar; porque los hombres que presumen de racionales y que no son bestiales, suelen redimir los enojos a dineros, y comprar los placeres y descansos. Si me queréis creer y a mi consejo allegar, alegraos de habérseos quitado la cuartana, no digáis que se os quitó con un enojo o tristeza; porque a ley de amigo vos juro os infamen luego todos de que sois colérico, adusto o mal acondicionado. *De hoc hactenus suficit.* Desta corte hay mucho que escribir y poco que decir; porque el murmurar hácese a solas, mas las cartas pasan por muchas manos, y como las saben entender, ósalas cada uno glosar. No más, sino que nuestro Señor sea en su guarda, y a mí dé gracia para que le sirva.

LETRA PARA D. PEDRO GIRÓN, EN LA CUAL EL AUTOR TOCA LA MANERA DEL ESCRIBIR ANTIGUO

Villoria, vuestro solicitador y criado, me dio una carta suya, aquí en Burgos, escrita en Osuna a 24 de agosto, la cual, aunque partió de allá por agosto, llegó acá a 15 de noviembre, de manera que vuestras cartas, señor, son tan cuerdas y tan bien proveídas, que antes que salgan de su tierra dejan ya hecho el agosto y vendimia. Si como era carta fuera cecina, ella hubiera tenido tiempo para venir bien sazonada, porque ya hubiera tomado la sal y aun descolgádose del humo. Las cartas que habéis, señor, de enviar, y las hijas que habéis de casar, no curéis de dejarlas mucho añejar, porque en mi tierra no dejan añejar otra cosa sino los tocinos que han de comer y las cubas que han de beber.

Mucho menos camino hay de Osuna a Burgos, que hay de Roma a Constantinopla, y tenía mandado el emperador Augusto a todos los visorreyes suyos que en Oriente residían, que si dentro de veinte días no recibían la carta que él les había escrito, que no la diesen por recebida, aunque después la recibiesen; diciendo que después podía haber sucedido en Roma alguna cosa, la cual se había de proveer en contrario de lo que había proveído en la primera carta. El emperador Tiberio César, si las cartas que le venían de Asia no eran de veinte días escritas, y las que le venían de Europa de quince, y las que le venían de África de diez, y las que le venían del Illírico de cinco, y las que le venían de toda Italia de tres, ni las quería leer, ni menos proveer. Paréceme, señor, que debéis de aquí adelante hablar, y aun capitular con vuestras cartas, que si a la corte de César han de venir, se den más priesa en el caminar; porque, hablando con verdad, y aun con libertad, si vuestras cartas fuesen maderas de los pinares de Soria como son cartas de Osuna, a fe de cristiano, que ellas llegasen acá tan secas que se pudiesen hacer dellas puertas y ventanas. Aunque me den muchas cartas juntas, luego conozco entre todas, las suyas, las cuales vienen ajadas como lienzo, rancias como tocino, apolilladas como ropa, sudadas como jubón, y lo que más es de todo, que para abrirlas y leerlas no es menester fuerza ni hay necesidad de rasgarlas, porque las nemas vienen ya todas quebradas y los sellos hechos pedazos. Filóstrato, en la vida de Apolonio Tianeo, dice que era costumbre entre los ipimeos de poner las datas en las cartas

en los sobrescritos dellas, para que si fuesen de pocos días escritas las leyesen, y si fueran añejas las rasgasen. Si como sois cristiano fuérades, señor, ipimeo, sed cierto y no dudéis que de cien cartas de vuestra mano escritas, las noventa y ocho fueran rasgadas, y aun dudo que las dos fueran leídas. Es verdad pues que si la data de la carta es vieja, que la letra es legible y buena, sino que le juro *per sacra numina*, que parecen más caracteres con que se escribe el musaico, que no carta de caballero. Si el ayo que tuvistes en la niñez no os enseñó mejor a vivir, que el maestro que tuvistes en la escuela a escribir, en tanta desgracia de Dios caerá vuestra vida, como en la mía ha caído su mala letra, porque le hago saber, si no lo sabe, que querría más construir cifras, que no leer sus cartas. Según la variedad de los tiempos, así fue descubriéndose la manera del escribir entre los hombres; porque, según dice Estrabón, *De Situ Orbis*, primero escribieron en ceniza, después en cortezas de árboles, después en hojas de laurel, después en planchas de plomo, y después en pergamino, y lo último vinieron a escribir en papel. Es también de saber que en las piedras escribían con hierro, en las hojas con pinceles, en la ceniza con los dedos, en las cortezas con cuchillos, en el pergamino con cañas, y en el papel con péñolas. La tinta con que escribieron los antiguos fue la primera de un pece que se llamaba jibia, después la hicieron de zumo de zarzas, después de hollín de humo, después de bermellón, después del cardenillo, y al fin la inventaron de goma, agallas, caparrosa y vino. He querido, señor, contaros estas antigüedades, para ver esta vuestra carta si fue escrita con cuchillos, o con hierros, o con pinceles, o con los dedos, porque según ella vino tan inteligible, no es posible menos sino que se escribió con caña cortada o cañón por cortar. Sabed, señor, que las condiciones de vuestra carta eran : ser el papel grueso, la tinta blanca, los renglones tuertos, las letras trastrocadas, y las razones borradas : de manera que o vos, señor, la escribistes a la luna, o algún niño que era aprendiz en la escuela. Ya que la carta venía vieja, abierta, sudada, desollada y borrada, ¿es verdad que era corta de razones y abreviada en renglones? No por cierto, sino que a no tener nada escrito, tenía dos pliegos y medio ; por manera que cuando la abrí y vi, pensé que era alguna monitoria con que me citaban, y no carta que me escribían. Las letras de vuestra mano escritas, no sé para qué se cierran, y menos para qué se sellan, porque, hablando la verdad, por más segura tengo yo a vuestra carta abierta, que no a vuestra plata cerrada, pues a lo uno no le abastan candados, y a lo otro le sobran los sellos. Yo di a leer vuestra carta a Pedro Coronel para ver si venía en hebraico ; dila al maestro Prejamo para que me dijese si estaba en caldeo ; mostréla a Hameth Abducarin para ver si venía en arábigo ; dila también al Siculo para que viese aquel estilo si era griego ; enviésela al maestro Alaya para saber si era cosa de astrología ; finalmente, la mostré a los alemanes, flamencos, italianos ingleses, escocianos y franceses, los cuales todos me dicen que o es carta de burla, o escritura encantada. Como me dijeron muchos que no era posible sino que era carta encantada o endemoniada, determinéme de enviarla al gran nigromántico Joanes de Barbota, rogándole mucho que la leyese o la conjurase, el cual me tornó a reescribir y avisar qur él había la carta conjurado y aun metídola en cerco, y lo que alcanzaba en este caso era que la carta sin duda ninguna no tenía espíritus, mas que me avisaba que el que la escribió debía de estar espiritado. Por lo que os quiero y por lo que os debo, os aviso y ruego, señor, que de aquí adelante toméis estilo de mejorar la letra, si no, podéis encomendaros a Joanes de Barbota. Tan virgen escapara de mis manos la carta, como escapó la mujer de Putifar de manos de Josef, y la hermosa Sarra de manos de Abimelech, y la hebraica Sunamitis de manos de David, y la dama de Cartago de las manos de Escipión, y la mujer de Facio de las manos de Dionisio, y la hija del rey Darío de las manos de Alejandro, y la reina Cleopatra de las manos de Augusto ; finalmente, digo que yo no sé leer, o vos, señor, no sabéis escribir. Si la carta que envió el rey David a su

capitán Joab, sobre la muerte del triste Urías y la preñez de la hermosa Bersabé, fuera desta letra maldita, nunca David pecara, ni el inocente Urías muriera. Si la capitualción que hizo Escauro y sus compañeros en la conjuración de Catilina fuera de tan mala letra como su carta, ni a ellos dieran muerte tan cruda, ni en la ciudad de Roma se levantara tan infame guerra. Pluguiera a la Providencia divina que fuérades, señor, secretario de Maniqueo, Arrio, Nestorio Sipontino, Mario, Ebio y aun del Lutero, y de todos los otros herejes que ha habido en el mundo, porque, dado caso que ellos os constriñeran a escribir sus descomulgadas herejías, nunca nosotros ni nadie acertara a leerlas. A Plinio en la natural historia, y a Clebio en la astrologia, y a Pito en la filosofía, y a Clander en la aritmética, y a Estilfon en la ética, y a Codro en la política, reprehenden grave y gravísimamente todos los escritores antiguos porque escribieron en sus dotrinas algunas cosas, las cuales son fáciles de leer y muy difíciles de entender. En la capitanía destos tan excelentes varones, bien podéis, señor, asentar una lanza, y aun dar tres libras de cera para entrada de la cofradía ; porque, si las escrituras dellos no se dejan entender, tampoco vuestros renglones se pueden leer.

Muchas veces me pongo a pensar cómo con la antigüedad de los tiempos y con la variedad de los ingenios, todas las cosas se han renovado, y muchas mejorado, sino los caracteres del *a b c*, en los cuales dende que se inventaron acá nunca se han añadido, ni menos enmendado. El *a b c* tiene veintiuna letras, diez y ocho de las cuales halló Néstor, y las otras tres halló el capitán Diomedes estando en el bello Troyano ; y de verdad es cosa de notar que ni la elocuencia de los griegos, ni la curiosidad de los romanos, ni la gravedad de los egipcios, ni la grandeza de los filósofos, hallaron ni pudieron hallar otra letra al *a b c* que añadir, o una de las letras que quitar o trastrocar sino que, si las naciones liumanas son en algunas partes diversas, a lo menos las letras del *a b c* son en todo el mundo unas. Como Colón y Hernán Cortés, y Pedrarias y Pizarro han descubierto en las Indias otro Nuevo-Mundo para vivir, podrá ser que vos, señor, hayáis hallado otro nuevo *a b c* para escrebir ; mas mucho miedo tengo que ninguno querrá ir a leer a vuestra escuela, si es la materia della de la letra de vuestras cartas Yo, para mí, dicho me tengo que por aquella lista nunca venderéis bien vuestra toca. No quiero más decir en la materia de vuestra carta, sino que toméis a esta mía por premilla, y juntamente con esto pediros por merced no dejéis otro día apolillar la carta, y seáis tan bien servido de enmendar el avieso de la letra, porque yo aprendí a leer y no aprendí a adevinar. Pasádome ha por el pensamiento que adrede me enviastes aquella carta de burla para darme ocasión que os respondiese de burla, y que de puro travieso me escribistes así porque os respondiese así ; y si por caso fue este vuestro fin, pensad, señor, que de tales romerías no podéis sacar sino tales veneras. Desta corte de César muy poco hay, señor, que os escrebir, aunque mucho que murmurar. Lo que agora más nuevo hay, es muchos títulos de duques, de marqueses, de condes y de vizcondes, que el Emperador nuestro señor ha dado a muchos de sus reinos, los cuales los merecen muy bien por la autoridad de sus personas y por la antigüedad de sus casas. Si me preguntáis, señor, de las rentas que tienen y de las tierras y señoríos que poseen, en esto no me entremeto ni oso poner la mano ; aunque es verdad que algunos destos señores tienen tan estrechos estados, que, si como son suyos, fuesen de frailes Jerónimos, los ternian de tapias cercados. Rodrigo Girón, vuestro deudo y mi especial amigo, me rogó de su parte y mandó de la vuestra que hablase al Sr. Antonio de Fonseca sobre no sé qué embargo que había en una libranza ; yo, señor, lo hice como lo requería vuestra autoridad y mi fidelidad : no sé después acá qué se hizo en aquel negocio ; mas de lo que le podré certificar y afirmar es, que si él persevera tanto en sacar vuestra libranza como lia porfiado en jugar su hacienda, Vm. será tan librado de contadores cuanto él fue esta otra noche de los tahures ; porque, según me dijo uno dellos, no perdió más Rodrigo Girón de hasta la gorra

que traía y las espuelas que se calzaba. Bien haya quien parece a los suyos y sigue las pisadas de sus pasados, que, si bien me acuerdo, yo vi a su padre alcaide de Montanches, el cual se estaba muchas veces en la cama, no porque estaba malo, sino porque en Mérida había todo cuanto tenía jugado y perdido. El Señor sea en su guarda, y a mí dé gracias para que le sirva. De Burgos, a 15 de setiembre, año de 1523.

LIBRO ÁUREO DE MARCO AURELIO

EL VILLANO DEL DANUBIO

CAPÍTULO PRIMERO

De una plática que hizo un villano de las riberas del Danubio a los senadores de Roma, el cual vino a quejarse de las tiranías que los romanos hacían en su tierra. Divídela el autor en tres capítulos, y es una de las más notables cosas que hay en este libro, así para avisar a los que juzgan, como para consolar a los que son juzgados.

En el año décimo, que imperaba el buen emperador Marco Aurelio, sobrevino en Roma una general pestilencia, y como fuese pestilencia inguinaria, el Emperador retrájose a Campania, que a la sazón estaba sana, aunque junto con esto estaba muy seca y de lo necesario muy falta ; pero esto no obstante, se estuvo allí el Emperador con todos los principales senadores de Roma, porque en los tiempos de pestilencia no buscan los hombres do regalen las personas, sino do salven las vidas. Estando allí en Campania Marco Aurelio, fue de unas calenturas muy mal tratado, y como de su condicion era tener siempre consigo sabios, y la enfermedad requería ser visitado de médicos, era muy grande el ejercicio que en su palacio había, así de los filósofos en enseñar, como de los médicos en disputar ; porque este buen príncipe de tal manera ordenaba su vida, que en su ausencia estaban muy bien proveidas las cosas de la guerra, y en su presencia no se platicaba sino cosa de ciencia. Fue pues el caso, que como un día estuviese Marco Aurelio rodeado de senadores, de filósofos, de médicos y de otros hombres cuerdos, movióse entre ellos plática de hablar cuán mudada estaba ya Roma, no sólo en los edificios, que estaban todos ruinados, más aun en las costumbres, que estaban todas perdidas, y que la causa deste mal era por estar Roma llena de lisonjeros, y faltarle quien osase decir verdades. Oidas estas y otras semejantes palabras, el emperador Marco Aurelio tomó la mano, y contóles un muy notable ejemplo, diciendo : «En el año primero que fui cónsul, vino a Roma un pobre villano de la ribera del Danubio a pedir justicia al Senado contra un censor que hacía muchos desafueros en su pueblo, y de verdad él supo tan bien proponer su querella, y exagerar las demasías que los jueces hacían en su patria, que dudo yo las supiera Tulio mejor decir, ni el muy nombrado Homero escribir. Tenía este villano la cara pequeña, los labios grandes y los ojos hundidos, el color adusto, el cabello erizado, la cabeza sin cobertura, los zapatos de cuero de puerco espín, el sayo de pelos de los de cabra, la cinta de juncos marinos, y la barba larga y espesa, las cejas que le cubrían los ojos, los pechos y el cuello cubierto de vello como oso, y un acebuche en la mano. Por cierto, cuando yo le vi entrar en el Senado, imaginé que era algun animal en figura de hombre, y despues que le oí lo que dijo, juzgué ser uno de los dioses, si hay dioses entre los hombres ; porque si fue cosa de espanto ver su persona, no menos fue cosa monstruosa oir su plática. Estaban a la sazon esperando a la puerta del Senado muchas y muy diversas personas para negociar negocios de sus provincias ; pero primero habló este villano que todas ellas, lo uno por ver lo que diría hombre tan monstruoso, y aun porque tenían en costumbre los senadores que en el Senado primero fuesen oidas las querellas de los pobres que no las demandas de los ricos. Puesto, pues, en el medio del Senado aquel rústico, comenzó a proponer su propósito, y muy por extenso

decir a lo que allí había venido, en el cual razonamiento él se mostró tan osado como en las vestiduras extremado, y díjoles así: «¡Oh padres conscriptos, oh pueblo venturoso! Yo el rústico Mileno, vecino que soy de las Riparias, ciudades del Danubio, salud a vosotros los senadores romanos que en este Senado estáis juntos, y ruego a los inmortales dioses que rijan hoy mi lengua para que diga lo que conviene a mi patria, y a vosotros ayuden a gobernar bien la república, porque sin voluntad y parecer de los dioses, ni podemos emprender lo bueno, ni áun apartarnos de lo malo. Los tristes hados lo permitiendo, y nuestros sañudos dioses nos desamparando, fue tal nuestra desdicha, y mostróse a vosotros tan favorable ventura, que los superbos capitanes de Roma tomaron por fuerza de armas a nuestra tierra de Germania; y no sin causa digo que a la sazón estaban de nosotros nuestros dioses sañudos, porque si nosotros tuviéramos a los dioses aplacados, excusado era pensar vosotros vencernos. Grande es vuestra gloria, ¡oh romanos! por las victorias que habéis habido, por los triunfos que de muchos reinos habéis triunfado; pero mayor será vuestra infamia en los siglos advenideros por las crueldades que habeis hecho, porque os hago saber, si no lo sabéis, que al tiempo que los truhanes van delante los carros triunfales, diciendo: «¡Viva, viva la invencible Roma!» por otra parte los pobres cautivos van en sus corazones diciendo a los dioses: «Justicia, justicia!». Mis antepasados poblaron cabe el Danubio, a causa que haciéndoles mal la tierra seca, se acogiesen y se recreasen en el agua húmida, y si por caso les enojase el agua inconstante, se tornasen seguros a la tierra firme; que como son varios los apetitos y condiciones de los hombres, hay tiempo que huyendo de la tierra, nos refrescamos en el agua, y hay otro tiempo que, espantados del agua, nos acogemos a la tierra. Pero, como dije, ¡oh romanos! esto quiero decir. Ha sido tan grande vuestra codicia de tomar bienes ajenos, y fue tan desordenada vuestra soberbia de mandar en tierras extrañas, que ni la mar vos pudo valer en sus abismos, ni la tierra vos pudo asegurar en sus campos. ¡Oh qué gran consolación es para los hombres atribulados pensar y tener por cierto que hay dioses justos, los cuales les harán justicia de los hombres injustos! Porque de otra manera, si los atribulados no tuviesen por cierto que de sus enemigos los dioses no tomasen venganza, ellos mismos a sí mismos quitarían la vida. Es mi fin de decir esto porque yo espero en los justos dioses que, como vosotros a sin razón fuisteis a echarnos de nuestras casas y tierra, otros vernán que con razón os echen a vosotros de Italia y Roma. Allá en mi tierra de Germania tenemos por infalible regla, que el hombre que toma por fuerza lo ajeno pierda el derecho que tiene a lo suyo proprio, y espero yo en los dioses que esto que tenemos por proverbio en aquella patria, terméis por experiencia acá en Roma. En las palabras groseras que digo, y en las vestiduras monstruosas que traigo podéis bien adevinar que soy un muy rústico villano; pero con todo eso no dejo de conocer quién es en lo que tiene justo, y quién es en lo que posee tirano; porque los rústicos de mi profesion, aunque no sabemos decir lo que queremos por buen estilo, no por eso dejamos de conocer cuál se ha de aprobar por bueno y cuál se ha de condenar por malo. Diría, pues, yo en este caso, que todo lo que los malos allegaron con su tiranía en muchos días, todo se lo quitarán los dioses en un día, y por contrario, todo lo que los buenos perdieron en muchos años, se lo tornarán los dioses en una hora; porque hablando la verdad, ser los malos ricos y estar prosperados, no es poque los dioses lo quieren, sino porque lo permiten; y si nos quejamos que ahora disimulan mucho, suframos; que tiempo verná que lo castigarán todo. Creedme una cosa, ¡oh romanos! y no dudéis en ella, y es, que de la justa ganancia de los padres viene después la justa pérdida en los hijos. Muchos muchas veces se maravillan allá en mi tierra que sea la causa que los dioses no quitan a los malos lo que ganan luego como lo ganan, y para mí la razón de esto es, porque disimulando con ellos, ayunten poco a poco muchas cosas, y después, cuando estén muy descuidados, se las quiten todas

juntas ; porque justo juicio de los dioses es que pues ellos hicieron a sinrazón mal a muchos, vengan algunos que con razón les hagan mal a ellos. Por cierto el hombre cuerdo, y que de hecho presume de cuerdo, es imposible que en lo que tiene ajeno él tome gusto, porque de otra manera, de ninguna cosa terná contentamiento, acordándose que lo que tiene lo tiene mal ganado. No sé, romanos, si me entendéis ; pero porque mejor me entendáis digo que estoy espantado, y aun ahína diría escandalizado, cómo el hombre que tiene cosa ajena puede asosegar ni dormir sola una hora, pues ve a los dioses tiene injuriados, a los vecinos escandalizados, a los enemigos contentos, a los amigos perdidos, a los que robó agraviados, y lo que es peor de todo, tiene a su persona puesta en peligro ; y digo que la tiene puesta en peligro, porque el día que se determina uno de quitarme a mí la hacienda, aquel día me determino yo de quitarle a él la vida. Reo es a los dioses, y muy infame entre los hombres, el hombre que tiene tan caninos los deseos de su corazón y tan sueltas las riendas de sus obras, que la miseria ajena le parezca riqueza, y la riqueza propia le parezca pobreza. Ni me da más que sea griego, que sea bárbaro, que sea romano, que esté ausente, que esté presente ; digo y afirmo que es y será maldito de los dioses y aborrecido de los hombres el que sin más consideracion quiere trocar la fama con la infamia, la justicia con la injusticia, la rectitud con la tiranía, la verdad por la mentira, lo cierto por lo dudoso, teniendo aborrecimiento de lo suyo propio y estando suspirando por lo que es ajeno. El que tiene por principal intento allegar hacienda para los hijos, y de no ser famoso entre los famosos, justa cosa es que el tal no sólo pierda los bienes allegados, mas aun que sin fama quede infame entre los malos. Como vosotros los romanos naturalmente sois soberbios y os ciega la soberbia, tenéisos por dichosos, creyendo que por tener, como tenéis, más que todos, por eso sois más honrados que todos ; lo cual no es por cierto así, porque si de hecho queréis abrir los ojos y conocer vuestros propios yerros, veréis que si os preciáis ser señores de provincias extrañas, hallaros héis hechos esclavos de vuestras riquezas propias. Allegad cuanto quisiéredes y haced lo que mandáredes ; que a mi parecer muy poco aprovecha tener las casas llenas de hacienda, y por otra parte estar los corazones poseídos de codicia ; porque las riquezas que se allegan por codicia y se guardan con avaricia, quitan al poseedor la fama, y no le aprovechan para sustentar la vida. No se podrá sufrir muchos días, ni menos encubrirse muchos años, ser el hombre tenido por rico entre los ricos y por honrado entre los honrados, porque el hombre que es muy amigo de su hacienda, es imposible sino que sea enemigo de su fama. ¡Oh! si los codiciosos tuviesen tanta codicia de su honra propia como tienen de la hacienda ajena, yo os juro por los inmortales dioses que ni la polilla de la codicia les royese el reposo de la vida, ni el cáncer de la infamia les destruyese su buena fama. Oid, romanos, oid esto que os quiero decir, y plega a los dioses que lo sepáis entender ; porque de otra manera yo perdería mi trabajo, y vosotros no sacaríades de mi plática algún fruto. Yo veo que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre ; todos condenan el adulterio, y a ninguno veo continente ; todos maldicen la destemperanza, y a ninguno veo templado ; todos loan la paciencia, y a ninguno veo sufrido ; todos reniegan de la pereza, y a todos veo que huelgan ; todos blasfeman de la avaricia, y a todos veo que roban. Una cosa digo, y no sin lágrimas la digo públicamente en este senado, y es, que con la lengua todos los más blasonan de las virtudes, y después con todos sus miembros sirven a los vicios. No penséis que digo esto por los romanos que están en el Illírico, sino por los senadores que veo en este senado. Vosotros los romanos en vuestras banderas traéis por mote estas palabras : *Romanorum est debellare superbos, et parcere subjectis*. Por cierto que dijérades mejor : *Romanorum est expolliare innocentes et inquietare quietos*. Porque vosotros los romanos no sois sino mollidores de gentes quietas y robadores ajenos.

CAPÍTULO II

En el cual el rústico prosigue su plática y arguye contra los romanos, que a sinrazón fueron a conquistar sus pueblos, y prueba por muy buenas razones que por tener ellos a sus dioses enojados, fueron de los romanos vencidos.

Pregúntoos, ¡oh romanos! ¿que acción teníades vosotros, siendo criados cabe el río Tiberin, a nosotros, que nos estábamos en paz a las riberas del Danubio? ¿Por ventura, vístesnos de vuestros enemigos ser amigos, o a nosotros declararnos por vuestros enemigos? ¿Por ventura, oístes acá en Roma decir que dejadas nuestras tierras propias, nos fuimos a conquistar tierras ajenas? ¿Por ventura, fuístes avisados que levantándonos contra nuestros señores, dimos la obediencia a los indómitos bárbaros? ¿Por ventura, enviástenos algún embajador que nos convidase a ser vuestros amigos, o vino alguno de vuestra patria a Roma a desafiaros como a nuestros enemigos? ¿Por ventura, murió algún rey en nuestros reinos, que en su testamento os dejase por herederos, para que con aquel título nos constriñésedes a ser vuestros vasallos? ¿Por ventura, fallastes alguna ley antigua o alguna costumbre moderna, en la cual se aclare que la generosa Germania de necesidad ha de ser sujeta a Roma la superba? ¿Por ventura, destruimos vuestros ejércitos, talamos vuestros campos, saqueamos vuestros pueblos, dimos favor a vuestros enemigos por ocasión de vengar estas injurias, para que destruyésedes a nuestras tierras? Si vosotros de nosotros o nosotros de vosotros hubiésemos sido vecinos, no fuera maravilla que unos a otros nos destruyéramos ; porque muchas veces acontece que por ocasión de partir una pobre tierra, se levantan entre dos pueblos una prolija contienda. No por cierto hubo cosa destas entre vosotros los romanos y nosotros los germanos ; porque allá en Alemania tan achína sentimos vuestra tiranía como oímos vuestra fama. Si os enojáis desto que he dicho, yo os ruego que os desenojéis con esto que os diré, y es, que el nombre de romanos y las crueldades de tiranos en un día llegaron a nuestros pueblos. Ya no sé qué me diga, romanos, del descuido de los dioses y del atrevimiento de los hombres ; porque veo que el que tiene mucho tiraniza al que tiene poco, y el que tiene poco sirve, aunque no quiere, al que tiene mucho ; y la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta, y la malicia secreta da lugar al robo público, y al robo público no hay quien le vaya a la mano, y de aquí viene a resultar después que la codicia de un hombre malino se ha de cumplir en perjucio de todo un pueblo. Oid, romanos, oid, y por los dioses inmortales os conjuro estéis atentos a esto que os quiero decir, y es esto. Mirad bien lo que habéis hecho, que, o los dioses se han de descuidar, o los hombres han de fenecer, o el mundo se ha de acabar, o el mundo no será mundo, o la fortuna hincará el clavo, o se verá lo que nunca fue visto, o lo que ganastes en ochocientos años vernéis a perder en ocho días, porque no puede ser cosa más justa, que pues os hicísteis tiranos por fuerza, os tornen esclavos por justicia. No penséis vosotros los romanos que si tomastes y os enseñorastes de nuestra Germania, que fue por alguna industria de guerra, ca ni sois más belicosos, ni más animosos, ni más osados, ni aun más esforzados que nosotros, sino que como nosotros teníamos ofendidos a nuestros dioses, ordenaron ellos, en sus secretos juicios, que para castigar a núestros desordenados vicios fuésedes vosotros sus crueles verdugos. Ni estiméis a vosotros por tan fuertes, ni tengáis a nosotros por tan flacos, que si los dioses estuvieran a la sazón de por medio, pudiera ser que no llevárades como llévastes el despojo del campo ; porque, hablando la verdad, no alcanzastes vosotros la victoria por las armas que llevastes de Roma, sino por los muchos vicios que había en Germania. Pues si nosotros nos perdimos, no por ser cobardes, no por ser flacos, no por ser tímidos, sino sólo por ser malos y por no tener a los dioses propicios, ¿qué esperáis será de vosotros, romanos, siendo, como sois viciosos, y teniendo, como tenéis, a los dioses airados? Ni porque juntéis grandes ejércitos, ni porque os preciéis de grandes tesoros, ni porque tengáis grandes dioses, ni porque levantéis grandes templos, ni porque ofrezcáis grandes sa-

crificios, no penséis, romanos, que por eso seréis más vitoriosos; porque os hago saber, si no lo sabéis, que ninguno tiene más parte con los dioses de cuanto tuviere paz con las virtudes. Si los triunfos y vencimientos no estuviesen en más de llevar sutiles ingenios, capitanes diestros, hombres esforzados y ejércitos gruesos, por cierto sería harta inadvertencia no procurar de llevar todo esto a la guerra; pero ¿qué diremos, pues vemos por experiencia que los hombres no pueden dar más de las batallas, y que sólo los dioses son los que dan las vitorias? Si yo no me engaño, lo que nosotros contra nuestros dioses tenemos ofendido, pienso que lo tenemos pagado; pero también creo que las crueldades que vosotros en nosotros habéis hecho, y la ingratitud que con los dioses habéis tenido, aun no las habéis pagado; mas tengo gran certenidad que todo lo habéis de pagar, y en este caso podría ser que como ahora nos tratáis como a esclavos, algún día nos reconoceréis por señores. Después que en este camino he visto las bravas montañas, las diversas provincias, las muchas naciones, las tierras ásperas, las gentes tan bárbaras, las muchas y muchas millas que hay de Germania a Roma, yo no sé qué locura le tomó a Roma de enviar a conquistar a Germania; porque, si lo hizo con codicia de sus tesoros, sin comparación fue más el dinero que se gastó en conquistarla, y ahora se gasta en sustentarla, que no le renta ni rentará por muchos años Germania; y podrá ser que primero la tenga perdida que no saquen la costa que hicieron por ella. Si me decís, romanos, que no por más fue Germania conquistada de Roma, sino porque Roma tuviese esta gloria de verse señora de Germania, también es esto vanidad y locura; porque muy poco aprovecha tener los muros de los pueblos ganados, y tener los corazones de los vecinos perdidos. Si decís que por eso conquistastes a Germania, por ampliar y ensanchar los términos de Roma, tambien me parece ésa una muy frívola causa, porque no es de hombres cuerdos aumentar en tierra y disminuir en honra. Si decís que nos enviastes a conquistar a fin que no fuésemos bárbaros ni viviésemos como tiranos, sino que nos queriades hacer vivir debajo de buenas leyes y fueros, tal sea mi vida si la cosa así sucediera; pero ¿cómo es posible que vosotros deis orden de vivir a los extranjeros, pues quebrantáis las leyes de vuestros antepasados? Muy gran vergüenza han de tener de corregir a otros los que ven que hay mucho que corregir en sí mismos; porque el hombre tuerto no toma por adalid al ciego. Si esto es verdad, como es verdad, conviene a saber, que ni tuvo ocasión, ni menos razón, la superba Roma de conquistar ni tomar a la inocente Germania, andémonos todos a robar, a matar, a conquistar y a saltear, pues vemos que el mundo está ya tan corrupto y de los dioses tan desamparado, que cada uno toma lo que puede y mata a quien quiere; y lo que es peor de todo, que tantos y tan grandes males, ni los que gobiernan los quieren remediar, ni los agraviados dellos se osan quejar. Sois hoy tan inexorables los supremos jueces y tenéis tan amedrentados a los míseros pobres, que tienen por menos mal sufrir en sus casas las tribulaciones, que no poner delante vosotros algunas querellas; y la causa desto es, porque allá en su tierra por ventura no le perseguía sino uno, y aquí en este senado es desfavorecido de todos, y esto por ser el que querellaba pobre y ser aquel de quien querellaba rico. Pues fue vuestra dicha, y cupo en nuestra desdicha, que la superba Roma fuese señora de nuestra Germania, ¿es verdad que nos guardáis justicia y tenéis en paz y tranquilidad la tierra? No por cierto, sino que los que van allá nos toman la hacienda, y los que estáis acá nos robáis la fama, diciendo que pues somos una gente sin ley, sin razón y sin rey, que como bárbaros incógnitos nos pueden tomar por esclavos. Muy engañados vivís en este caso, oh romanos; ca no me parece que con razón nos pueden llamar gente sin razón, pues tales cuales nos criaron nuestros dioses, nos estamos en nuestras casas propias, sin desear ni buscar ni tomar tierras ajenas. Con mucha más razón podemos decir ser vosotros gente sin razón, pues no contentos con la dulce y fértil Italia, os andáis derramando sangre por toda la tierra. Que digáis

nosotros merecer ser esclavos a causa que no tenemos príncipe que nos mande, ni senado que nos gobierne, ni ejército que nos defienda; a esto os respondo que pues no teníamos enemigo, no curábamos de ejércitos, y que pues era cada uno contento con su suerte, no teníamos necesidad de superbo senado que gobernase; que siendo como éramos, todos iguales, no consentíamos haber entre nosotros príncipes; porque el oficio de los príncipes es suprimir a los tiranos y conservar en paz los pueblos. Que digáis no haber en nuestra tierra república ni policía, sino que vivíamos como viven los brutos animales en una montaña, tampoco en esto, como en lo otro, tenéis razón; pero nosotros no consentíamos en nuestras tierras tratantes mentirosos ni bulliciosos, ni hombres que de otras tierras nos trujesen aparejos para ser viciosos y regalados; de manera que como en el vestir éramos honestos, y en el comer nos preciábamos de sobrios, no teníamos necesidad de muchos tratos. Porque en nuestra tierra no haya mercaderes de Cartago, aceite de Mauritania, merchantes de Tiro, acero de Cantabria, olores de Asia, oro de España, plata de Bretaña, ámbar de Sidonia, seda de Damasco, trigo de Sicilia, vino de Candía y púrpura de Arabia, no por eso somos brutos en aquella tierra ni dejamos de tener república; porque estas y otras semejantes cosas más vienen para despertar muchos vicios que no para vivir con ellas los hombres virtuosos. Felice y bienaventurada república es, no en la que hay muchos tratos, sino do viven muchos virtuosos; no la que es abundante de muchas riquezas, sino la que se precia de muchas virtudes; no do viven muchos bulliciosos, sino do residen hombres pacíficos; de do se sigue que a la policía de Roma, por ser rica, hemos de tener mancilla, y a la policía de Germania, por ser pobre, habéis de tener envidia. Pluguiera a los inmortales dioses que el contentamiento que teníamos nosotros con la pobreza, ese tuviérades vosotros con la abundancia, porque desta manera, ni fuérades á robarnos la tierra entonces, ni viniéramos a quejarnos a Roma nosotros agora. Bien veo, romanos, que va mucho de lo uno a lo otro; porque vosotros, aunque oís nuestros trabajos, no por eso perdéis vuestros pasatiempos; pero a nosotros mismos jamás se nos enjugan las lágrimas de los ojos, ni jamás cesamos de llorar nuestros infortunios.

CAPÍTULO III

Do el villano concluye su plática, y habla contra los jueces que no hacen justicia, y de cuán dañosos son los tales en la república.

» Bien pensaréis que he dicho todo lo que había de decir, y por cierto no es así; antes me quedan de decir algunas cosas, de las cuales tomaréis mucho espanto de oírlas, y sed ciertos que yo no temé miedo en decirlas, pues vosotros no tenéis vergüenza de hacerlas; porque la culpa pública no sufre corrección secreta. Espantado estoy de vosotros los romanos, enviarnos, como nos enviáis, unos jueces tan ignorantes y bobos, que por los inmortales dioses juro, ni nos saben vuestras leyes declarar y mucho menos las nuestras entender; y el daño de todo esto procede en enviarnos allá, no a los más hábiles para administrar justicia, sino a los que tienen más amigos en Roma. Presupuesto que los deste senado dais los oficios de judicatura más por importunidad que no por habilidad, es muy poco lo que se puede decir respecto de lo que ellos allá osan hacer. Lo que acá les mandáis, yo no lo sé; pero lo que ellos allá hacen, yo os lo diré, y es esto. Vuestros jueces toman todo lo que les dan en público y cohechan lo más que pueden en secreto; castigan gravemente al pobre, disimulan con las culpas del rico; consienten muchos males por tener ocasión de hacer muchos cohechos. Olvidan la gobernación de los pueblos por darse a placeres y vicios; y habiendo de mitigar los escándalos, son ellos los más escandalosos; el que no tiene hacienda, por demás es pedirles justicia; finalmente, so color que son de Roma, no tienen temor de robar aquella tierra. ¿Qué es esto, romanos? ¿Nunca ha de tener fin vuestra soberbia en mandar ni vuestra codicia en robar? Decidnos lo que queréis, y no nos hagáis tanto penar. Si lo habéis por nuestros hijos, cargadlos de hierros y tomadlos por

esclavos, porque de hierro no los cargaréis más de lo que pudieren traer, pero de preceptos y tributos echáisles los que no pueden sufrir. Si lo habeis por nuestras haciendas, id y tomadlas todas, condición que tenéis aquí en Roma ; es a saber, holgáis de vivir pobres, no por más de por morir ricos. Si teméis que nos hemos de levantar con la tierra, maravillarme hia si pensásedes tal cosa, porque, según nos tenéis robados y maltratados, aseguradme vosotros que no se despueble, que yo os aseguraré que no se levante. Si no os contentan nuestros servicios, mandadnos cortar las cabezas como a hombres malos, porque on será tan crudo el cuchillo en nuestras gargantas como son vuestras tiranías en nuestros corazones, ¿Sabéis lo que habéis hecho, ¿oh romanos? Que nos hemos juramentado todos los de aquel mísero reino de no llegar más a nuestras mujeres y de matar a nuestros propios hijos, y esto por no los dejar en mano de tan crudos tiranos como sois vosotros porque más queremos que mueran con libertad que no vivan con servidumbre. Como hombres desesperados, hemos determinado de sufrir los bestiales movimientos de la carne en todo el tiempo que nos queda de vida, y esto a fin que ninguna mujer más no se haga preñada, porque más queremos sufrir ser continentes veinte o treinta años, que no dejar nuestros hijos esclavos perpetuos. Si es verdad que han de pasar los hijos lo que sufrimos los tristes padres, no sólo es bueno no los dejar vivir, pero aun sería mucho mejor no los consentir nacer. No lo habíades de hacer así, romanos, sino que la tierra tomada por fuerza, aquella había de ser muy mejor regida, porque los míseros cautivos, viendo que les administran recta justicia, olvidarían la tiranía pasada y domeñarían sus corazones a la servidumbre perpetua. Pues es verdad que si nos venimos a quejar de los agravios que hacen vuestros censores allá en el Danubio, que no oiréis los que estáis aquí en este senado, y cuando ya os determináis de nos oír, sois muy largos en lo proveer ; por manera que cuando comenzáis a redimir una costumbre mala, toda la repúlica está ya perdida. Quiero decir algunas cosas, dellas porque las sepáis, y dellas para que las enmendéis. Viene un pobre muy pobre a pediros aquí justicia, y como no tiene dineros que dar, ni vino que presentar, ni aceite que prometer, ni púrpura que ofrecer, ni favor para se valer, ni entrada para servir, después que en el Senado ha propuesto su querella, cumplen con él de palabra, diciéndole que en breve se verá su justicia. Qué más quereis que os diga, sino que al pobre querellante hácenle gastar lo poco que tiene, y no le restituyen cosa de lo que pide, danle buena esperanza, y hácenle gastar allí lo mejor de su vida ; cada uno por si le promete favor, y después todos juntos le echan a perder ; dícenle los más que tiene justicia, y dan después contra él la sentencia ; por manera que el mísero miserable que vino a quejarse de uno, se torna a su tierra quejoso de todos, maldiciendo sus tristes hados y exclamando a sus dioses justos. Acontece también que algunas veces se vienen a querellar a este senado algunos bulliciosos, y esto más con malicia que no con justicia, y vosotros los senadores, dando fe a sus palabras dobladas y a sus lágrimas fingidas, luego proveéis de un censor que vaya a determinar y sentenciar aquellas querellas, el cual ido y vuelto, después tenéis vosotros más que remediar y soldar en los desafueros que aquel juez hizo, que no los escándalos que había en aquel pueblo. Quiero, romanos, contaros mi vida, y por ella veréis qué vida pasan los de mi tierra. Yo vivo de varear bellotas en el invierno y de segar mieses en el verano, y algunas veces pesco, tanto por necesidad como por pasatiempo ; de manera que todo lo más de mi vida paso sólo en el campo o en la montaña, y si no sabéis por qué, oíd, que yo os lo diré. Veo tantas tiranías en vuestros censores, hácense tantos robos a los míseros pobres, hay tantas disensiones en aquel reino, permítense tantos daños en aquella tierra, está tan robada la mísera república, hay tan pocos que celen lo bueno, y espero tan poco remedio de aqueste senado, que determino, como malaventurado, desterrarme de mi casa y de mi dulce compañía, porque no vea con mis ojos cosa de tanta lástima. Mas quiero andarme por los campos solo

que no ver a mis vecinos cada día llorando; y allende desto, los fieros animales, si no los ofendo, no me ofenden, pero los malditos hombres, aunque los sirvo, me enojan. Gran trabajo es sufrir un revés de fortuna; pero mayor es cuando se comienza el mal a sentir y no se puede remediar; pero sin comparación es muy mayor cuando lleva remedio mi pérdida, y el que puede no quiere, y el que quiere no puede remediarla. ¡Oh crudos romanos! no sé si sentís algo de lo que nosotros sentimos, en especial yo, que lo digo, veréis cómo lo siento, pues sólo de traerlo a la memoria, mis ojos se enternecen, mi lengua se entorpece, mis miembros se descoyuntan, mi corazón se desmaya, mis entrañas se abren, mis carnes se consumen; ¿qué será allá, decidme, en mi tierra verlo con los ojos, oírlo con los oídos y tocarlo con las manos? Son por cierto tantas y tan graves las cosas que padece la triste Germania, que los piadosos dioses aún nos tienen mancilla. No quiero rogaros que de mis palabras toméis o no toméis escándalo, sino solamente os ruego entendáis bien lo que digo; porque presumiendo, como presumís, de discretos, bien veréis que las fatigas que nos vienen de los hombres, entre los hombres, con los hombres y por mano de los hombres, no es mucho que las sintamos como hombres. Hablando con verdad, y aun con libertad, si hubiese de contar por menudo todas las inadvertencias que proceden de este senado, y todas las tiranías que vuestros jueces hacen en aquel mísero reino, una de dos cosas había de ser: o castigar a mí si era mentira, o privar a vosotros si era verdad. Una cosa sola me consuela, la cual con algunos mal aventurados como yo la pongo algunas veces en plática, y es, que me tengo por dichoso ser los dioses tan justos, que sus castigos bravos no proceden sino de nuestras maldades crudas, y que nuestra culpa secreta los despierta a que hagan de nosotros pública justicia. De una cosa sola estoy muy turbado, y que a los dioses no puedo bien tomar tino, y es, por qué a un hombre bueno por pequeña culpa dan mucha pena, y a un hombre malo por muchas no le dan ninguna; por manera que disimulan con los unos y no perdonan cosa a los otros. ¡Oh secretos juicios de los dioses, y si como soy obligado a loar vuestras obras, tuviese licencia de condenarlas, osaría decir que nos hacéis mucho agravio en querernos perseguir por manos de tales jueces, los cuales, si justicia hubiese en el mundo, cuando nos castigan con sus manos, no merecían tener las cabezas sobre sus hombros! La causa por que ahora de nuevo exclamo a los inmortales dioses es, en ver que no ha sino quince días que entré en Roma, y he visto hacerse y proveerse tales y tantas cosas en este senado, que si la menor dellas se hiciese en el Danubio, más pobladas estarían las horcas de ladrones que no están las parras de uvas. Heme parado a mirar vuestra soltura en el hablar, vuestra deshonestidad en el vestir, vuestra poca templanza en el comer, vuestro descomedimiento en el negociar y vuestro regalo en el vivir, y por otra parte vea que cuando llega una provisión vuestro a nuestra tierra, llevámosla al templo, ofrecémosla a los dioses, ponémosla sobre las cabezas; por manera que cotejando lo uno con lo otro, hemos de cumplir lo que se manda, y blasfemar de los que mandan. Pues ya mi deseo se ha visto dónde deseaba, y mi corazón ha descansado en derramar la ponzoña que tenía. Si en algo os ha ofendido mi lengua, he aquí me tiendo en este suelo para que me cortéis la cabeza, porque quiero ganar honra en ofrecerme a la muerte que no que la ganéis vosotros conmigo en quitarme la vida.» Aquí dio fin el rústico a su no rústica plática. Dijo, pues, luego el emperador Marco Aurelio a los que con él estaban: «¿Qué os parece, amigos? ¡Qué núcleo de nuez, qué oro de escoria, qué grano de paja, qué rosa de espina, qué cañada de hueso y qué hombre tan heroico allí se descubrió! ¡Qué razones tan altas, qué palabras tan concertadas, qué sentencias tan bien dichas, qué verdades tan verdaderas; y aun qué malicias tan descubiertas allí descubrió! A ley de bueno vos juro, y aun así me vea yo libre del mal que tengo, que una hora estuvo el villano tendido en tierra, y todos nosotros las cabezas bajas, de espantados, no le podimos responder palabra; por-

que, la verdad, aquel rústico nos confundió con su plática, y nos espantó de ver en cuán poco tuvo su vida. Habido nuestro acuerdo en el Senado, otro día proveimos jueces de nuevo para las riberas del Danubio, y mandamos que nos diese por escrito todo aquel razonamiento, para que se asentase en el libro de todos los buenos dichos extranjeros que están en el senado. Proveyóse asimismo que aquel rústico fuese en Roma hecho patricio, y de los libertos de Roma él fuese uno, y que del erario público fuese para siempre sustentado; porque nuestra madre Roma siempre se preció de pagar, no sólo los servicios señalados que le hacían, mas aun las buenas palabras que en su senado se decían».

ANTONIO DE VILLEGAS (?)

Antonio de Villegas publicó por vez primera esta deliciosa novelita en su libro *Inventario*, que se imprimió en Medina del Campo, en 1565, aunque ya tenía licencia de impresión en 1551. Estas fechas son importantes pues esta misma novela morisca aparece, inoportunamente intercalada, en el libro IV de la *Diana* de Jorge de Montemayor, en las ediciones de 1561 y siguientes, pero no en las anteriores a dicho año. Teniendo en cuenta que Montemayor murió, a mano airada, en 1561 se considera como una superchería el atribuirle esta novelita que, para engrosar el volumen de la *Diana*, la intercalaron impresores poco escrupulosos.

Tampoco es Villegas el autor de esta narración cuyo asunto ya figura en la *Crónica del infante don Fernando, el que ganó Antequera*, opúsculo gótico sin lugar ni año de impresión, de autor anónimo que, a su vez arregla un relato popular anterior. Esta historia fue muy popular y de ella se hicieron numerosos romances artísticos, por Timoneda, Jerónimo de Covarrubias, Lucas Rodríguez, etc. La recuerda Cervantes en el *Quijote* (parte I, cap. V); al soldado italiano Balbi de Corregio le inspiró un mediocre poema en diez cantos y Lope de Vega la llevó al teatro en su comedia *El remedio en la desdicha*.

De esta novelita dijo Menéndez Pelayo que «con toda justicia puede considerarse como un dechado de afectuosa naturalidad, de delicadeza, de buen gusto, de nobles y tiernos afectos, en tal grado que apenas hay en nuestra lengua escritura corta de su género que la supere», y Gallardo pensaba que su autor la había escrito «con pluma del ala de algún ángel». De ella arranca el género de novela morisca, que llegará hasta *El último Abencerraje* de Chateaubriand.

Por todo ello reproducimos íntegramente esta pequeña joya literaria.

BIBLIOGRAFÍA: Ed. B. A. E. III. V. d. Merinée: *El Albencerrage d'après diverses versions du XVIème siècle*, Bull. Hisp., 1928; F. LÓPEZ ESTRADA, *El último Abencerrage*, Sevilla, 1967.

HISTORIA DEL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA

Dice el cuento, que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fue un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Éste, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria; sino que esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo (por serle tan natural y ordinario) que le parece, que cuanto se puede hacer es poco: no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida, le hacían en sus escritos inmortal, y le trasladaban a las estrellas. Hizo pues este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa, le hizo alcaide della, para que, pues había sido tanta parte en ganalla, lo fuese en defendella. Hízole también alcaide de Alora; de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes, y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario residía en Alora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo, a los gajes del rey, para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba como los inmortales del rey Darío, que en muriendo uno ponía otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil; y así no dejaban de ofender a sus enemigos y defenderse dellos, y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos. Pues una noche acabando de cenar, que hacía el tiempo

muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

— Paréceme, hijos-dalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres, como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias, y se pierde miedo a las ajenas. Y desto no hay para que yo traiga testigos de fuera; porque vosotros sois verdaderos testimonios. Digo esto, porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres acreciente, y sería yo de dar mala cuenta de mí y de mi oficio, si teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía dejase pasar el tiempo en balde. Paréceme (si os parece), pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar a entender a nuestros enemigos, que los valedores de Alora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad; hágase lo que os pareciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve dellos los hizo armar: y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, y porque la fortaleza quedase a buen recaudo. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo:

— Ya podría ser que yendo todos por este camino se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante, hablando en diversas cosas, el uno dellos dijo:

— Tenéos, compañeros, que o yo me engaño, o viene gente.

Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía, oyeron ruido; y mirando con más atención vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano: él era grande de cuerpo, y hermoso de rostro, y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota de carmesí, y un albornoz de damasco del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado, y labrado en él una hermosa dama, y en la mano una gruesa lanza de dos hierros. Traía una adarga y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí, que dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y de defensa de su persona.

En este hábito venía el moro, mostrando gentil continente, y cantando un cantar que él compuso en la dulce membranza de sus amores, que decía:

Nascido en Granada,
criado en Cartama,
enamorado en Coin,
frontero de Alora.

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia.

Los escuderos, transportados en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí, y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos los cuatro se apartaron, y el uno le acometió; mas, como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo. Visto esto de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, pareciéndoles muy fuerte: de manera que ya contra el moro eran tres cristianos que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vio en gran peligro, porque se le quebró la lanza, y los escuderos le daban mucha priesa; mas fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo, y arremetió al escudero que derribara; y como una ave se colgó de la silla, y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y diose tan buena maña, que a poco rato tenía de los tres dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno, y fue a ayudarlos.

Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse dellos. A esta hora le dio uno de los dos escuderos una lanzada en un muslo, que a no ser el golpe en soslayo

se le pasara todo. Él con rabia de verse herido, volvió por sí, y diole una lanzada que dio con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

Rodrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía a los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto.

Él le dijo:

—Moro, vente a mí, y si tú me vences, yo te aseguro de lo demás.

Y comenzaron a trabar brava escaramuza; mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa, que no podía mantenerse; mas, viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dio una lanzada a Rodrigo de Narváez, que a no tomar el golpe en su adarga le hubiera muerto. Él, en recebiendo el golpe arremetió a él, y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él le trabó a brazos, y sacándole de la silla, dio con él en el suelo. Y yendo sobre él, le dijo:

—Caballero, date por vencido, si no, matarte he.

—Matarme bien podrás —dijo el moro— que en tu poder me tienes; mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció.

El alcaide no paró en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dio el escudero en el muslo, y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo, le ligó las heridas; y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido, y volvieron el camino de Alora.

Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dio un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía que ninguno entendió.

Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y disposición: acordábase de lo que le vio hacer; y pareciale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse dél, le dijo:

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo, aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder; porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé agora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado; si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos las siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fiadle de mí, que yo os prometo como hijo-dalgo de hacer, por remediarle, lo que en mí fuere.

El moro, levantando el rostro, que en el suelo tenía le dijo:

—¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

Él le dijo:

—A mí llaman Rodrigo de Narváez, soy alcaide de Antequera y Alora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo:

—Por cierto agora pierdo parte de mi queja; pues ya que mi fortuna me fue adversa, me puso en vuestras manos, que aunque nunca os ví sino agora, gran noticia tengo de vuestra virtud, y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos, y hablaros he dos palabras.

El alcaide los hizo apartar y quedando solos, el moro, arrancando un gran sospiro, le dijo:

—Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Alora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre cautivo: a mí llaman Abindarráez el mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque

me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto :

« Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaron los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino ; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo, hacían ventaja a todos los demás ; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes ; de manera que se podía bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra eran ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición : no se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que desta excelencia cayesen de la manera que oirás. El rey de Granada hizo a dos destos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fue descubierta ; y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar ; porque a dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al rey grandes rescates por sus vidas ; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vio sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos : llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron ; llorábanlos las damas a quien servían y los caballeros con quienes se acompañaban ; y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos ; de manera que si a precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Ves aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje, tan principales caballeros como en él había! ¡Considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuán presto le derriba! ¡Cuánto tarda en crecer un árbol, y cuán presto va al fuego! ¡Con cuánta dificultad se edifica una casa, y con cuánta brevedad se quema! ¡Cuántos podrían escarmentar en las cabezas destos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo rey! Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocentes deste delito, a condición que los hijos que les naciesen enviasen a criar fuera de la ciudad, para que no volviesen a ella, y las hijas casasen fuera del reino ».

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo :

— Por cierto, caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fue grande ; porque no es de creer que siendo ellos tales cometiesen traición.

— Es como yo lo digo — dijo él, — y aguardad más, y veréis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos a ser desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del rey, envióme a Cartama, al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Éste tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí ; porque, allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Ésta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar : nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos : juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Naciónos desta conformidad un natural amor, que fue siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdome que, entrando una siesta en la huerta que dicen de los Jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo su hermosa cabeza : miréla vencido de su hermosura, y parecióme a Salmacis, y dije

entre mí! ¡Oh, quien fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! Y no aguardando más fuíme a ella; y cuando me vio, con los brazos abiertos me salió a recebir, y sentándome junto a sí me dijo:

— Hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola?

Yo la respondí:

— Señora mía, porque ha gran rato que os busco: nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazón me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certenidad tenéis vos de que seamos hermanos?

— Yo — dijo ella — no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos.

— Y si no lo fuéramos — dije yo — ¿quisiérasme tanto?

— ¿No ves — dijo ella — que a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?

— Pues si ese bien me habían de quitar — dije yo — más quiero el mal que tengo.

Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo:

— ¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?

— Pierdo a mí y a vos — dije yo.

— Yo no te entiendo — dijo ella — mas a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente.

— A mí, sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría algunas veces.

Y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al proprio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la más verdadera. Y deciame yo a mí mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo a mi señora, ¡cuánto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía! Diciendo esto, levantéme, y volviendo las manos a unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví a ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (a mi parecer) más dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro a mí, me dijo:

— ¿Qué te parece agora de mí, Abindarráez?

Yo la dije:

— Paréceme que acabáis de vencer al mundo y que os coronan por reina y señora dél.

Levantándose, me tomó por la mano y me dijo:

— Si eso fuera, hermano, no perdiérades vos nada.

Yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta.

Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recebí, aunque después acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuímos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó a dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que excusar; porque el principio destos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien; mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha a medida de la suya. Todo lo que no vía en ella me parecía feo, excusado, y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada, porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cartama, envióle a mandar que luego dejase aquella fuerza, y se fuese a Coin (que es aquel lugar frontero del vuestro) y que me dejase a mí en Cartama en poder del alcaide que a ella viniese.

Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algún tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, sólo bien mío, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba; apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis alguna vez memoria deste vuestro captivo? Aquí las lágrimas y sospiros atajaban las palabras. Yo, esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas, de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quien os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mi siempre me parecían pocas! Deciame mil dulces palabras, que hasta agora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un sospiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vio en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo:

— Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartándome de ti; y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada a Coin, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, por ausencia o por indisposición suya (que ya deseo) yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían; que todo lo demás muchos días ha que es tuyo.

Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía.

Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé a sentir su ausencia ásperamente buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que se dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza, que me dio de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.

Quiso mi ventura, que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercebíme; y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito que me encontrastes, por mostrar a mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo, porque traia mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fue por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi suerte, o la determinación del cielo quisieron atajarme tanto bien. Así que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama a Coin, breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho), el más ufano Abencerraje que nunca se vio: iba llamado de mi señora a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido, y lo que más siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues cristiano, consolar entre mis sospiros, y no los juzgues a flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilación, le dijo:

— Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruín for-

tuna: si tú me prometes como caballero de volver a mi prisión dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar a sus pies, y le dijo:

— Rodrigo de Narváez, si vos esto hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré.

El alcaide llamó a sus escuderos, y les dijo:

— Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

Ellos dijeron que ordenase a su voluntad; y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo:

— ¿Vos prometéisme como caballero de volver a mi castillo de Alora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

Él le dijo:

— Sí prometo.

— Pues id con la buenaventura, y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, o de otra cosa alguna, también se hará.

Y diciendo que se lo agradecía, se fue camino de Coin a mucha priesa.

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron a Alora, hablando en la valentía y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coin. Yéndose derecho a la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo, por ver si había algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que ésta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo:

— ¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora ha rato que os espera: apeaos, y subiréis donde está.

Él se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo más paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió a recebir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

— ¿En qué os habéis detenido, señor mío, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto?

— Mi señora — dijo él — vos sabéis b,en que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

— ¿He querido, Abindarráez, que veáis en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto según entiendo, será muy contra su voluntad; que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo.

Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

— Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal de que os recibo por mi señora y esposa.

Y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dio un gran sospiro.

La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí, y le dijo :

— ¿Qué es esto, Abindarráez? Parece que te has entristecido con mi alegría ; yo te oigo sospirar revolviendo el cuerpo a todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿por quién sospiras? Y si no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas ; y si sirves otra dama, díme quién es para que la sirva yo ; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré dél.

El Abencerraje, corrido de lo que había hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado sospiro dijo.

— Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento ; porque el pesar que conmigo traía, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo ; mas ahora, que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle ; y así entenderéis que mis sospiros se causan más de sobra de lealtad que de falta della ; y porque no estéis más suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.

Luego la contó todo lo que había sucedido ; y al cabo la dijo :

— De suerte, señora, que vuestro cautivo lo es también del alcaide de Alora ; yo no siento la pena de la prisión, que vos enseñasteis mi corazón a sufrir ; mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama con buen semblante le dijo :

— No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo ; porque a mí me cumple más ; yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir ; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, yo os las pondré en vuestro poder : enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero, y os dio una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora a usar de mayor virtud ; yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer lo mismo.

El Abencerraje la respondió :

— Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien : por cierto no caeré yo en tan gran yerro, porque, si cuando venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Alora y me porné en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

— Pues nunca Dios quiera — dijo Jarifa — que yendo vos a ser preso quede yo libre : pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el amor que he cobrado a mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.

El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo :

— Siempre vais, señora mía, acrecentándome las mercedes ; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo ; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo :

— Voy a Alora a negocios que tengo con el alcaide della, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví.

Jarifa se holgó mucho de oír esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo :

— Decid, hermano, ¿sabéis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

— Muchas sé — dijo él — mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fue primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar ; y aunque ella conocía el valor

deste caballero, amaba a su marido tanto, que hacía poco caso dél. Aconteció así, que un día de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron a una huerta que tenían dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole a unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse a acoger a una zarza; y el gavilán como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió a la dama, y la dijo:

— ¿Qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata.

Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era.

— Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi.

Y comenzó hablar dél muy altamente, tanto que a la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo:

— ¡Pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho.

Otro día adelante se ofreció que el marido fue fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle a llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dio crédito a ello, acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo era a la hora concertada, muy a recaudo, fue a ver a la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir a aquel de quien tanto tiempo había sido requerida. Pensaba también en la forma que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla más, y pasando por todos ellos le recebió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas le dijo:

— Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis a mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas o verdaderas, os aprovecharan poco conmigo; mas agradecedlo a mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy.

Tras esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo:

— Y cierto, señor, vos debéis a mi marido más que él a vos.

Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez, que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía a quien dél decía tantos bienes; y apartándose afuera, dijo:

— Por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que a hombre, que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy más he de procurar la honra de vuestro marido, como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo.

Y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, a mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió:

— Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera y pudo más con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer.

Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

Luego llegaron a la fortaleza, y llamando a la puerta, fue abierta por los guardas, que ya tenían noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo a llamar al alcaide, le dijo:

— Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama.

Al alcaide le dio el corazón lo que podía ser, y bajó abajo. El Abencerraje,

tomando a su esposa de la mano, se fue a él, y le dijo :

— Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos ; ves aquí mi señora ; juzga si he padecido con justa causa ; recíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos, y dijo a la dama :

— Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en esta vuestra casa, y tenedla de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

Y con esto fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje :

— Señor, ¿que tal venís de las heridas?

— Paréceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algún dolor.

La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo :

— ¿Qué es esto, señor? ¿heridas tenéis vos de que yo no sepa?

— Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras ; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

— Bien será — dijo el alcaide — que os acostéis, y verná un zurujano que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jarifa le comenzó a desnudar con grande alteración, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con ungüento que le puso le quitó el dolor ; y de ahí a tres días estuvo sano.

Un día acaeció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras :

— Rodrigo de Narváez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás ; yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa ; no quiso quedar en Coín, de miedo de haber ofendido a su padre ; todavía se teme deste caso ; bien sé que por tu virtud te ama el rey, aunque eres cristiano ; suplícote alcances dél que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo :

— Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere.

Y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decía así :

Carta de Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, para el rey de Granada

« Muy alto y muy poderoso rey de Granada : Rodrigo de Narváez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos, y digo así : que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija ; después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín ; los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero ; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos días. Él se fue a ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplícote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que éste y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo ; y en testimonio dello viven. Suplico a tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí : yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente ; sólo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia ; y en esto cumplirás con tu grandeza, y harás lo que della siempre esperé ».

Escripta la carte, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey se la dio : el cual, sabiendo cuya era, se holgó mucho, que a este solo cris-

tiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

— Lee esta carta, que es del alcaide de Alora.

Y leyéndola recebió grande alteración. El rey le dijo:

— No te congojes, aunque tengas por qué; sábete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego a Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los lleves a tu casa, que en pago de este servicio, a ellos y a ti haré siempre merced.

El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podía pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió a Alora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fue de todos recebido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. Él los recibió muy bien, y les dijo:

— No se trata aquí de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar.

El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

— Yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo, que sólo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes.

Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

— Hijos, agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo; que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes; enviádselas, y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes.

Abindarráez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarráez al alcaide de Alora

«Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío me dejaste libre, engáñaste; que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo por parecer a aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado a agradecerlo y servirlo; recebirás en ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della».

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recebiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió a Jarifa así:

Carta del alcaide de Alora a la hermosa Jarifa

«Hermosa Jarifa: no ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo, para ayudarle a defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en recebirlo yo pareciera cobdicioso mer-

cader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo ; y también, señora, yo no acostumbro a robar damas, sino servirlas y honrarlas ».

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las recebió y dijo :

— Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez en armas y cortesía, pensará mal.

Desta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida.

JUAN DE TIMONEDA

Pocos datos conocemos de la vida de este impresor y librero, que antes de dedicarse a estas tareas fue zurrador de pieles. Sabemos que era valenciano y que murió en 1583. Se conocen impresos suyos desde 1555. Publicó comedias, farsas, pasos y entremeses en el libro *Turiana;* seis autos en el *Ternario sacramental;* coleccionó romances en su *Rosa de romances;* publicó muchos pliegos sueltos y raros cancioneros como el *Villete de amor; Enredo de amor; Guisadillo de amor* y el *Truhanesco.* Pero el mayor interés reside en sus colecciones de cuentos: el *Patrañuelo;* el *Buen aviso y portacuentos* y *El Sobremesa y alivio de caminantes,* del que seleccionamos buen número de sus historietas. Muy pocas son originales de Timoneda, y proceden de Boccaccio, Poggio, Bandello, Morlini y algunos otros *novellieri* italianos, o de algún español como Fray Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares.* Pero si Timoneda no es original tuvo, en cambio, habilidad para resumir graciosamente los originales. Esta colección del *Sobremesa* se compone de dos partes, la primera de ochenta y ocho cuentos y la segunda de setenta y tres.

BIBLIOGRAFÍA. B. A. E., t. III; «Clásicos Castellanos», ed. Ruiz Morcuende.

EL SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES

EN EL CUAL SE CONTIENEN AFABLES Y GRACIOSOS DICHOS, CUENTOS HEROICOS Y DE MUCHA SENTENCIA Y DOCTRINA

CUENTO 1

Un tamborinero tenía una mujer tan contraria a su opinión, que nunca cosa que le rogaba podía acabar con ella que la hiciese. Una vez, yendo de un lugar para otro, porque había de tañer en unos desposorios, y ella caballera en un asno con su tamborino encima, al pasar de un río, díjole:

— Mujer, cantad; no tañáis el tamborino, que se espantará el asno.

Como si dijera táñelo, en ser en el río sonó el tamborino, y el asno espantándose púsose en el fondo, y echó nuestra mujer en el río; y él por bien que quiso ayudalle no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuéla a buscar río arriba. Díjole uno que estaba mirando:

— Buen hombre, ¿qué buscáis?

Respondió:

— Mi mujer, que se es ahogada.

— Señor, ¿y al contrario la habéis de buscar?

— Sí, señor; porque mi mujer siempre fué contraria a mis opiniones.

CUENTO 2

A un aldeano de Murcia trocábanle cierta heredad, que tenía a la orilla del río, con otra que estaba dentro de un cercado. La mujer rogábale que lo hiciese, y el aldeano nunca quiso conceder a sus ruegos. En este intermedio vino el río tan grande que hubieron de huir de la heredad; y sobre todas las lástimas que dijo la mujer fue ésta:

— Dios os lo perdone, marido, el no querer trocar la tierra.

CUENTO 4

Viendo un labrador que en una higuera que tenía en su heredad se habían desesperado en ella, por discurso de tiempo, algunos hombres, teniéndolo por mal agüero, determinó de cortalla; pero antes desto, presumiendo de gracioso, hizo hacer un pregón por la ciudad, que si alguno había que se quisiese ahorcar en su higuera, que se determinase dentro de tres días, porque la quería cortar de su campo.

CUENTO 10

Un mochacho, que su madre tenía fama de hacer placer y pasar la desho-

nesta vida, tiraba piedras hacia unos gentileshombres que estaban parados al sol, por ser de invierno, al cual por vello tan mal criado, dijo el uno dellos :

— Está quedo, rapaz, que por dicha darás a tu padre.

Cuento 11

En el tiempo que Roma florescía, florescieron tres cortesanas, dichas Laida, Lamia y Flor. A Laida vino a ver una vez el filósofo Demóstenes desde Grecia a Corinto, por si era tan hermosa como lo habían notificado ; y queriendo resolverse con ella, pidióle tan gran cantidad, que le respondió riendo :

— Perdóname, Laida : no permiten los dioses que compre tan caro el arrepentimiento.

¡Extraño dicho, si el día de hoy se notase!

Cuento 12

De Lamia se dice que vino otro filósofo de Atenas para solamente vella y no para con ella ajuntarse, sino por ver si la podía apartar del mal camino que llevaba. Y viniendo a conversación con ella, y contenta de hacer con él que fingidamente le había recuestado, entráronse en un rico aposento que tenía. A lo cual dijo el filósofo que otro más escondido quería. Ella entonces metióle en otro que tenía, diciéndole :

— Cata aquí lugar, que no nos puede ver sino Dios.

Respondió el filósofo :

— ¿Dios? ¡Tanto que peor! Perdona, Lamia, que yo no haré un pecado tan sucio delante de Dios.

Si tal consideraran los cristianos del día de hoy, no pecarían tan a rienda suelta.

Cuento 15

Estando en corrillos ciertos hidalgotes, vieron venir a caballo a un pastor con su borriquilla, y tomándolo en medio, por burlarse dél, dijéronle :

— ¿Qué es lo que guardáis, hermano?

El pastor, siendo avisado, respondióles :

— Cabrones guardo, señores.

Dijéronle :

— Y sabéis silbar?

Diciendo que sí, importunáronle que silbase, por ver qué silbo tenía. Ya que hubo silbado, dijo el uno dellos :

— Qué, ¿no tenéis más recio silbo que ése?

Respondió :

— Sí, señores ; pero éste abasta para los cabrones que me oyen.

Cuento 18

Comprado que hubo un notario a cierto labrador una carga de leña, descargándola en su casa, a la revuelta della estaba una azada ; y como la viese el notario dijo :

— Buen hombre, sobre esta carga de leña veo gran pleito.

Respondió el leñador :

— ¿De qué suerte?

Dijo el notario :

— De suerte que os he comprado la carga así, como estaba, y no podéis quitar el azada.

Respondió el labrador :

— En fin, ¿que decís que hay pleito?

— Sí lo hay — dijo el notario —, viste que lo hay.

— ¿Vayan diez reales que no me la podéis poner a pleito?

— Vayan — dijo el notario.

— Idos son — dijo el labrador —, ¿qué dice vuestra merced?

— Lo que digo es que por cuanto os he comprado la carga, es mía el azada y todo.

— ¿Vuestra? — respondió el labrador — ; séalo mucho en hora buena : llévesela. Ya ve cómo no hay pleito y son mías las apuestas, y sé más que vos.

Cuento 19

A un cierto viejo corrianle los mochachos sobre cierta cosa que le decían. El cual, astutamente, por desviar que los mochachos no se la dijesen, compró confites, y topando con los que se la decían y los que no se acordaban dello, dábales confites, diciendo :

— Mochachos, tomad, por que me digáis eso que me soléis decir.

De allí adelante no les quiso dar más, y como los topaba decía :

— Mochachos, ¿por qué no me decís lo que sóliades?

— No diremos si no nos dais confites:

Y desta suerte hizo callar los mochachos de lo que tanto se corría.

Cuento 22

Un rústico labrador, deseoso de ver al rey, pensando que era más que hombre, despidióse de su amo pidiéndole su soldada. El cual, yendo a la corte, con el largo camino, acabáronsele las blanquillas. Allegado a la corte y visto el rey, viendo que era un hombre como él, dijo: «¡Oh, pese a tal, que por ver a un hombre he gastado todo lo que tenía, que no me queda sino medio real en mi poder!». Y del enojo que tomó le empezó a doler una muela, y con la pasión de la hambre que le aquejaba no sabía qué remedio se tomase, porque decía: «Si yo me saco la muela, y doy este medio real, quedaré muerto de hambre: si me como el medio real, dolerme ha la muela». Con esta contienda arrimóse a la tabla de un pastelero, por írsele los ojos tras los pasteles que sacaba. Y acaso vinieron a pasar por allí dos lacayos, y como le vieron tan embebecido en los pasteles, por burlarse de él dijéronle: «Villano, ¿qué tantos pasteles te atreverías a comer de una comida?». «Pardiez, que me comiese quinientos». Dijeron: «¡Quinientos! Líbrenos Dios del diablo». Replicó: «¡De poco se espantan vuesas mercedes!». Ellos que no, y él que sí, dijeron: «¿Qué apostaréis?». «¿Qué señores? Que si no me los comiese, que me saquéis esta primera muela»; el cual señaló la que le dolía. Contentos, el villano empezó de jugar de diente la hambre que tenía, muy a sabor. Ya que estuvo harto paró y dijo: «Yo he perdido, señores». Los otros, muy regocijados y chacoteando, llamaron a un barbero y se la sacaron, aunque el villano fingidamente hacía grandes extremos; y por más burlarse de él decían: «¿Habéis visto este necio de villano, que por hartarse de pasteles se dejó sacar una muela?». Respondió él: «Mayor necedad es la vuestra, que me habéis muerto la hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolía». En oír esto, los que estaban presentes tomáronse a reír de la burla que el villano les había hecho, y los lacayos pagaron, y de afrentados volvieron las espaldas y se fueron.

Cuento 20

Viviendo marido y mujer como perro y gato, a causa de haberse casado contra su voluntad, viniendo un día a tal extremo que el marido la hubo de abofetear, y como ella supiese que días pasados había muerto un vecino suyo, sin haber sentimiento dello, empezó a desentonarse, diciendo:

— A este traidor no hay justicia que le castigue, que piensa matarme así como a fulano.

No faltó quien lo sintiese, que luego fue acusado, y según sus confesiones condenado, que lo ahorcasen. Ya que lo llevaban a ahorcar, suplicó que lo dejasen hablar con su mujer. Venida, y parándose en el camino, por el deseo que tenía la buena mujer de ver el fin de sus días, le dijo:

— Marido, ¿para qué os paráis? Andando y hablando; no perdamos tiempo.

Cuento 26

Habiendo un capitán recogido compañía de soldados, vino a recoger tantos, que haciendo reseña de todos despidió muchos, y viniendo a despedir un mancebo sin barbas, díjole:

— Mi señor capitán, ¿qué es la causa que me despide vuestra merced?

Viéndole tan bien criado, fuele forzoso responder, diciendo así:

— Mirad, amigo, yo no os despido sino porque no tenéis barba; porque el soldado paresce mal sin ella.

Dijo el mancebo:

— Y qué, ¿tanta barba es menester que tenga señor?

Respondió el capitán:

— Cuanta se pueda tener un peine en ella.

Entonces el mancebo sacó un peine y metióselo por la carne en la barba. Maravillado el capitán de caso tan hazañoso, no solamente lo recibió, mas hízole su sargento.

Cuento 27

De Antígono, Rey, escribe Séneca en el tercero libro de la ira, que como los mayores de su reino estuviesen juntos y hablasen mal dél, y él los oyese detrás de un paramento, les dijo:

— Hablad quedo, caballeros, que el Rey os oye.

Cuento 28

Leen de Vespasiano, que como un caballero suyo le dijese palabras pesadas y de reprehensión por ciertos descuidos en que había caído, le respondió muy mansamente y con gran paciencia diciendo:

— Tus palabras son dignas de risa, y mis yerros de enmienda.

Cuento 29

Venido un embajador de Venecia a la corte del gran turco, dándole audiencia a él juntamente con otros muchos que había en su corte, mandó el gran turco que no le diesen silla al embajador de Venecia, por cierto respecto. Entrados los embajadores, cada cual se sentó en su debido lugar. Viendo el veneciano que para él faltaba silla, quitóse una ropa de majestad que traía, de brocado hasta el suelo, y asentóse encima della. Acabando todos de relatar sus embajadas, y hecho su debido acatamiento al gran turco, salióse el embajador veneciano, dejando su ropa en el suelo. A esto dijo el gran turco:

— Mira, cristiano, que te dejas tu ropa.

Respondió:

— Sepa Tu Majestad que los embajadores de Venecia acostumbran dejarse las sillas en que se asientan.

Cuento 30

Estando un gran señor comiendo a su mesa, y los criados vueltos de cara al aparador, entró un ladrón y tomó uno de los mejores platos que había en la mesa, y viendo el ladrón que el señor lo estaba mirando, hízole señas que callase, y fuese. Hallando el plato menos al recoger de la plata, dijo el señor:

— No os cumple buscar, porque un ladrón se lo ha llevado, que yo lo he bien visto.

— Pues ¿por qué no lo decía vuestra señoría?

Respondió el señor:

— Porque me mandó que callase.

Cuento 31

En presencia del Rey de Nápoles y muchos caballeros, trujo un lapidario infinitas piedras preciosas. Ya, después de haber vendido muchas, halló menos un diamante riquísimo, y dijo:

— No creo yo que en presencia de vuestra alteza se me pierda un diamante que me falta.

Entonces, el Rey, como prudente, mandó traer un plato lleno de salvado, y mandó que todos pusiesen la mano cerrada en el plato, así como él, y la sacasen abierta. Hecho esto, mandó que mirase el lapidario el plato, y halló su diamante.

Cuento 32

En un banquete, estando el señor que lo hacía en la mesa, vido cómo uno de los convidados se escondió una cuchara de oro, y por el consiguiente él escondió otra. Viniendo por diversas veces a la mesa el guardaplata por buscar las cucharas que le faltaban, dijo:

— Toma, descuidado, toma esta cuchara, que el señor fulano te dará la otra, que no lo hacíamos sino por probarte.

Cuento 35

Fue convidado un nescio capitán, que venía de Italia, por un señor de Castilla a comer; y después de comido, alabóle el señor al capitán un pajecillo que traía muy agudo, y gran decidor de presto.

Visto por el capitán, y maravillado de la agudeza del pajecillo, dijo:

— ¿Ve vuestra merced estos rapaces cuán agudos son en la mocedad? Pues sepa que, cuando grandes, no hay mayores asnos en el mundo.

Respondió el pajecillo al capitán:

— Más que agudo debía de ser vuestra merced cuando mochacho.

Cuento 36

Estando un barbero afeitando a un gentilhombre en su casa, el cual estaba muy mohino dél por ser tan parlero que cuando vino a hacerle la barba, dijo:

— Señor, ¿cómo manda que le haga la barba?

Respondió el gentilhombre:

— Callando.

Cuento 37

En la feria de Medina del Campo entraron muchas damas y caballeros en una botica destas que venden cabezones labrados de oro y seda, y muchas otras delicadezas de lienzos de labores; y después de haber comprado muchas cosas, un gentilhombre de aquellos abrazóse con un aderezo de camisa, labrado de oro y perlas. El mercader violo; y y para cobrarlo, usó desta maña, que ya que se querían ir, dijo altico que bien lo oyesen:

— En verdad, señor, que el cabezón y polainas no las puedo dar por ese precio que me da: por eso perdone.

Respondió el caballero:

— Si no se pueden dar, veislas ahí.

Cuento 38

Preguntó un gran señor a ciertos médicos que a qué hora del día era bien comer.

El uno dijo:

— Señor, a las diez.

El otro:

— A las once.

Y el otro:

— A las doce.

Dijo el más anciano:

— Señor, la perfecta hora del comer es: para el rico, cuando tiene gana, y para el pobre, cuando tiene de qué.

Cuento 42

Llegándose al Rey Filipo, padre del Rey Alejandro, algunos familiares de su casa a decille que desterrase ciertos maldicientes que decían mal dél, respondió:

— Eso sería añadir leña al fuego, y que fuese disfamado entre gentes extrañas; tanto más, que ellos lo hacen por una de dos cosas: o por probar mi paciencia o porque enmiende mi vida. Cuanto a lo primero, si en mí no hay eso que ellos dicen, en no querer yo castigallos se prueba mi paciencia; y si lo hay, téngoles que agradescer, pues procuraré de enmendar mi vida.

¡Oh sabia y discreta respuesta, y tan pocas veces usada!

Cuento 43

Una mujer atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el Rey Demetrio muy aquejada para pedir justicia, fuele respondido por el mesmo Rey que no podía por entonces, porque estaba ocupado en ciertos negocios. Díjole ella:

— Pues no puedes oír, deja de ser Rey.

Por esta aguda y atrevida respuesta fue oída, y le hizo luego justicia.

Cuento 47

Yendo camino solo un Rey de Castilla con un paje diligente que le había seguido, y familiar suyo, y desdichado en haber mercedes, y acaso pasando el Rey por un riachuelo, paróse el caballo a mear, por do dijo el paje, por que el Rey lo pudiese sentir:

— Este caballo es de la condición de su amo, que siempre da a quien más tiene.

Dijo el Rey:

— Calla, nescio, que mercedes de Rey más se alcanzan por ventura que por diligencia.

— Eso no creo yo — respondió el paje.

A lo cual calló el Rey, y, venido a palacio, tomó dos arcas, y la una hinchó de plomo y la otra de oro, y llamó al paje, y díjole:

— Mira, cata ahí dos arcas, la una llena de plomo y la otra de oro; sin allegar a ellas, la que señalares será para ti.

Cuando hubo señalado, acertó con la de plomo. Entonces dijo el Rey:

— Agora creerás que las mercedes dependen de ventura.

Cuento 51

Recibió un caballero por criado, al parecer simple, un mozo llamado Pedro,

y por burlarse dél, diole un día dos dineros, y díjole :

— Ve a la plaza y tráeme un dinero de huevos y otro de ays.

El pobre mozo, comprado que hubo los huevos, se burlaban y reían dél, viendo que pedía un dinero de ays. Conosciendo que su amo lo había hecho por burla, puso los huevos en la capilla de la capa, y encima dellos un manojo de ortigas, y llegando a casa, díjole el amo :

— Pues, ¿traes recaudo?

Dijo el mozo :

— Sí, señor ; ponga la mano en la capilla, y sáquelo.

Puesta la mano, encontró con las ortigas, y dijo :

— ¡Ays!

Y dijo el mozo :

— Tras esto vienen los huevos, señor.

Cuento 52

A cierto capitán, el Rey Alejandro, por gratificalle algunos servicios, mandó a su tesorero que le diese dos mil ducados. El tesorero, como estuviese algo de punta con el capitán, mandó poner en la mañana una mesa al tiempo que el Rey se había de levantar en su aposento, y los dos mil ducados encima della en plata, pensando que en ver el Rey tanto dinero, se arrepentiría de la promesa. Pero como el Rey presumiese el negocio, dijo :

— ¿Qué es esto?

Respondió el tesorero :

— Señor, los dos mil ducados que mandó dar al capitán.

— ¡Qué! ¿Tan poca cosa es? Denle otros tantos.

Cuento 53

Siendo un viejo demasiadamente avaricioso en las cosas del servicio de su casa, lo era en extremo y fuera de compás en esto : que si veía encendidas dos lumbres, mataba la una ; y si candela fuera de la mesa ardía, hacía lo mesmo. Por tiempo vino a dolescer ; y no dándole vida, y estando *in extremis*, encendióle una candela un hijo ; y estándole diciendo :

— Padre, acordaos de la Pasión de Dios.

Le respondió :

— Ya me acuerdo, hijo ; pero mira tú que te acuerdes que, acabando que acabe de dar el alma a Dios, mates la candela.

Cuento 57

Siendo preso y llevado un corsario delante el Rey Alejandro, le dijo :

— Ven acá, rebelde, ¿no tienes vergüenza de ir ansí robando por la mar?

A lo cual respondió :

— Verdad es, Rey, que por ir cual voy solo, me llaman ladrón ; mas tú, que te usurpas todo el mundo, por ir tan acompañado, te llaman señor ; si fueses cual yo voy, llamarte tan como a mí.

Dijo el Rey :

— En fin, ¿que yo robo?

Respondió :

— También yo, señor ; pero yo por pobreza, y tú por codicia.

Viendo el Rey su animosidad, no sólo le perdonó, mas hízole su capitán.

Cuento 60

Fue avisado un Rey que un mancebo de su mesma estatura y edad se le parescía en grandísima manera. Deseoso de ver si era ansí, mandóle llamar, y conosciendo ser verdad, preguntóle.

— Di, mancebo : ¿acuérdaste si por dicha tu madre por algún tiempo estuvo en esta ciudad?

Respondió :

— Señor, mi madre, no ; pero mi padre, sí.

Cuento 62

Estando contendiendo muchos amigos, y tratando de las rentas que los grandes tienen en Castilla, decía el uno que quería ser duque del Infantazgo ; el otro, conde de Benavente ; el otro, marqués del Basto ; el otro, arzobispo de Toledo. Hubo uno de ellos que dijo :

— Yo querría ser melón.

Preguntado por qué, dijo :

— Porque me oliésedes en el rabo.

Cuento 63

En cierta batalla de Nápoles, teniendo un soldado a su enemigo debajo de sí, y con la boca en tierra para dalle de puñaladas, rogábale que le dejase volver de pechos arriba, y entonces que le matase. Preguntóle por qué, y respondió ;

— Por que si me hallaren mis amigos muerto, no se avergüencen de verme las heridas en las espaldas.

Entonces, el vencedor, viéndole en cuánto preciaba la honra el vencido, no sólo le perdonó, mas quiso fuese su amigo para siempre.

Cuento 66

Hurtando a un capitán en Flandes de su aposento unos borceguíes hechos de molde para sus pies, porque los tenía lisiados y tuertos, hallándolos menos, dijo :

—¡Plega a Dios que le vengan bien a quien me los hurtó!

Cuento 67

Vendiéndose ciertos captivos en presencia de un Rey, que estaba asentado en su tribunal, el cual, por tener descosidas sus calzas, mostraba sus vergüenzas sin haber sentimiento dello, un captivo de los que se vendían dijo a voces muy altas :

— Perdóname, Rey, cata que yo buen amigo fui de tu padre.

Respondió el Rey :

— ¿Por dónde o de qué manera fue esa amistad?

Dijo el captivo :

— Dame licencia que me llegue a ti, y yo te lo diré.

Dejándole que llegase, díjole en secreto :

— Rey, cubre tus vergüenzas...

Luego el Rey disimuladamente se cubrió, y dijo a altas voces :

— Dejadlo ir libre, pues tan servidor ha sido de mi padre.

Cuento 70

Fallesciendo un mercader que por muy rico era tenido, hallaron que era más lo que debía que no lo que tenía ; y como los acreedores a quien él debía por justicia en pública almoneda le vendiesen la ropa, el Rey de aquella tierra mandó a su mayordomo que le comprase una colcha con que dormía este mercader. Dijo el mayordomo :

— ¿Búrlase vuestra alteza?

Respondió :

— No me burlo, porque tengo necesidad della para poder dormir.

Quiso notar que cómo podía dormir un hombre que debiese tanto, pues a él los cuidados le hacían velar.

Cuento 72

Filogeno, famosísimo poeta, viendo que unos cantareros cantaban sus versos trastrocando y quebrando dellos, con un báculo que llevaba dio en los jarros y quebrólos, diciendo :

— Pues vosotros dañáis mis obras, yo también dañaré las vuestras.

Cuento 78

Habiendo librado de la muerte un soldado en una batalla al Rey Creso, e ya después de ser vencidos los enemigos, y estando el Rey en su tienda, quiso saber quién era el soldado que tanto bien le hizo ; venido y traído que fue delante del Rey con otros soldados que lo acompañaban, echóse la mano el Rey a la bolsa y díole cinco talentos de merced. El soldado, afrentado, bajó su cabeza, y contó muchas veces los talentos, de manera que le dijo un compañero

— Andad acá, ¿de qué sirve eso?

Respondió el soldado :

— Dejadme, que en un caso como éste, nunca se ha de acabar de contar.

Cuento 79

Una cortesana, siendo poco su caudal, y habiendo empleado todo su ajuar en guadameciles para un pequeño aposento que tenía, vino un galán a visitalla, y ella le dijo :

— ¿Qué le paresce, señor, mi pobre posada?

Respondió :

— Parésceme que es como el lechón, que lo mejor que tiene son los cueros.

Cuento 80

Una cierta dama valenciana, ultra que era muy sabia, tenía una tacha, y era que a veces hablaba más de lo que era menester. Un día, estando en sarao, tomóle un desmayo, y fueron corriendo a decirlo a su marido, diciéndole que su mujer estaba sin habla, el cual, como lo oyese, dijo :

— Déjala estar, que si eso dura, será la mejor mujer del mundo.

Cuento 87

Preguntó un trapacero al autor un día :

— Decid, fulano, ¿hay algunas coplas que vender?

Diciéndole que no, tornó a replicar :

— Pues qué, ¿no hay ninguna mentira que podamos decir por Valencia?

Respondió :

— Sí, señor ; decid que sois hombre de bien.

Cuento 88

Caminando un caminante por su camino, encontró con dos hidalgos que llevaban dos perdices ; hízose con ellos, y en llegando a la posada, mucho como servicial aderezó las perdices, y cortadas por sus manos, las puso en la mesa. Viendo su poquedad, en que no habían hecho proveer de otra cosa más que de las perdices, usó de esta maña con ellos ; y fue que, haciéndole sentar para que comiese con ellos, sacóse un cuchillo y con la punta dél tomaba el pedazo de la perdiz. Dijéronle :

— Tomad con la mano, y dejaos de cerimonias.

Respondió el caminante :

— Haríalo yo, señores, si lo sufriese mi oficio.

Dijéronle :

— ¡Cómo!, ¿qué oficio tenéis?

Respondió :

— Verdugo, señores.

— ¡Oh, pese a tal — dijeron ellos —, cómete tú solo las perdices!

SEGUNDA PARTE DEL SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES

Cuento 1

Había un epitafio escripto en latín en una pared, y parándose unos letrados a leerle, leíanlo tan bajo que nadie lo oía. A la sazón paróse un soldado detrás dellos, y con no saber ni entender lo que decía, estaba diciendo :

— ¡Oh, qué bueno! ¡Lindo está, por cierto!

Volvióse un letrado de aquéllos, y dijo :

— ¿Y qué es lo que nos entendéis desto, gentil hombre?

Respondió el soldado :

— Nada ; porque por no entendello es bueno, que si lo entendiese, maldita la cosa que valdría.

Cuento 2

Siendo un embajador prolijo en su razonamiento delante de un Príncipe, al cabo que hizo su embajada, dijo :

— Perdóneme vuestra alteza si he sido largo en mi relatar.

Respondió el Príncipe :

— No tenéis de qué pedirme perdón porque verdaderamente no sé lo que habéis dicho.

Cuento 8

Sabiendo Dionisio, tirano que, por ser tan cruel, todos le deseaban la muerte, y que una vejezuela rogaba por su vida, maravillado desto, mandóla traer ante sí, preguntóle qué era la causa que rogaba por él. Respondió :

— Has de saber, Dionisio, que, siendo yo moza, tuvimos un tirano y cruel por señor ; rogué a Dios por su muerte, y murió ; después tiranizó la tierra otro muy peor, y rogando que Dios lo llevase, también murió. Agora has venido tú, muy peor que los pasados ; tengo temor que si mueres verná otro más malo ; por eso ruego a Dios que te dé vida y te sostenga por muchos años.

A esta respuesta se sonrió el Rey, y la dejó ir libre : cosa fuera de su condición.

Cuento 9

Yendo una vez un embajador del Rey de Hungría con cierta embajada al gran turco, un sabio suyo, con licencia del mismo turco, en la sala do había de entrar el embajador cristiano hizo pintar infinitísimas cruces. Llamado el embajador, y vistas tantas cruces por el suelo, quitóse el bonete antes de entrar en la sala y arrodillóse, y a la primera besó y adoró, y de las otras no haciendo caso, pasó adelante, e hizo acatamiento al gran turco. Viendo esto el sabio, dijo :

— Mal ha parescido, cristiano, pisar las cruces de tu Dios y no reverenciarlas.

A lo cual respondió el embajador :

— Yo hice lo que debía, y tú no hablas como sabio, porque en una sola creo y adoro, do murió mi Redentor Cristo, que a las otras no las hago desacato en pisallas.

Cuento 12

Porque ciertos criados del presidente de Cádiz llamaban traidores a unos reconciliados, fuéronsele a quejar, y en oír la causa respondió el presidente así, mostrando que estaba bien dicho :

— No os maravilléis, amigos míos, que estos mis criados son tan torpes y rústicos de ingenio, que no saben decir al pan, pan, y al vino, vino. Id con Dios, que yo los castigaré.

Cuento 13

Siendo convidado un caballero por un grande amigo suyo a cenar, de camino se encontró con dos hidalgos, que los hubo de llevar, más por fuerza que por grado. Y como entrasen en casa del huésped, conoció que se había turbado, por no tener aparejado de cenar para tantos ; por lo cual dijo a todos secretamente que no comiesen mucho de las primeras viandas, porque las había para la postre primorosísimas. Persuadidos con este comer poco, bastaron las viandas, y burló a sus amigos y socorrió la falta de su huésped.

Cuento 17

Teniendo el Rey Alejandro determinado de destruir la ciudad de Lamsaco, y con juramento de no hacer cosa que le rogasen, sabiéndolo el filósofo Anaximenes, maestro del Rey, salióle al encuentro, y postrándosele por tierra, dijo:

— Yo te suplico, ¡oh Rey!, que destruyas la ciudad de Lamsaco.

Viendo el Rey la cautela deste sabio, por no quebrar el juramento, hubo de usar de misericordia..

Cuento 36

Por qué se dijo : *A qué puerta llamarán que no respondan.*

Subía un truhán delante de un Rey por una escalera, y parándose el truhán a estirarse el borceguí, tuvo necesidad el Rey de darle con la mano en las ancas para que caminase ; el truhán (como le dio) echó un traque. Y tratándolo de bellaco el Rey, respondió el truhán :

— ¿A qué puerta llamará que no le respondan?

Cuento 37

Por qué se dijo : *Qué, ¿búscasle consonante?*

Un paje muy gran tronador, estando sirviendo a la mesa de su señor, no pudiendo hacer más, aflojóse por abajo. Y él, por que no tuviese dello su amo sentimiento, comenzó de torcer el pie por tierra, haciendo ruido ; pero el señor sintiendo lo que pasaba, díjole graciosamente :

— Qué, ¿búscasle consonante?

Cuento 40

Por qué se dijo : *Perdices me manda mi padre que coma.*

Un padre envió su hijo a Salamanca a estudiar ; mandóle que comiese de las cosas más baratas. Y el mozo, en llegando, preguntó cuánto valía una vaca : dijéronle que diez ducados, y que una perdiz valía un real. Dijo él entonces :

— Según eso, perdices me manda mi padre que coma.

Cuento 41

Por qué se dijo: *He miedo que me diga de sí.*

Estando en un sarao de damas ciertos caballeros, concertados de requebrarse cada uno con la suya, y como al más galán le cupiese la más fea, echóse a sus faldas, y como no le dijese ningún requiebro, preguntóle otro caballero qué era la causa que no le decía ninguna cosa. Respondió:

— He miedo que me diga de sí.

Cuento 42

Por qué se dijo: *No hará sino cenar y partirse.*

Concertó con un pintor un gentilhombre que le pintase en un comedor la cena de Cristo, y por descuido que tuvo en la pintura, pintó trece apóstoles, y, para disimular su yerro, añadió al treceno insignias de correo. Pidiendo, pues, la paga de su trabajo, y el señor rehusando de dársela por la falta que había hecho en hacer trece apóstoles, respondió el pintor:

— No reciba pena vuestra merced, que ese que está como correo no hará sino cenar y partirse.

Cuento 45

Por qué se dijo: *Si dijera ojte, sacara su pierna.*

Habiendo un caballero muerto una grulla, mandó a su cocinero que la asase; y como el señor tardase, comióse el cocinero la una pierna. Y venido el señor, y puesta la grulla en la mesa, dijo:

— ¿Qué es de la otra pierna?

Respondió el cocinero que no tenía más de una. Calló por entonces el señor, y cuando fué otro día a caza de grullas, dijo el cocinero:

— Mire, señor, que no tienen más de una, y es porque acostumbran de tener la otra alzada.

Entonces el caballero fué hacia ellas y díjoles:

— Ojte.

Y volaron cada una con sus dos piernas. Y dijo el caballero:

— ¿Ves como tiene cada una dos piernas?

Respondió el cocinero:

— También si a la que estaba en el plato dijera *ojte*, sacara su pierna como las otras.

Cuento 48

Por qué se dijo: *De donde salió se volvió.*

Había un tabernero, muy diestro en baptizar el vino, con lo cual allegó a tener quinientos ducados, y tomó la dicha cantidad envuelta en un paño colorado, se fue a comprar vino fuera de la ciudad, y, por el gran calor que hacía, le fue forzado apearse junto a una fuente, a do se asentó y sacó los dineros y púsolos cabe sí. Viendo un águila que iba volando el paño colorado con que estaban atados, pensando que era algún pedazo de carne, apañó súpitamente dellos. El tabernero, siguiéndola de rastro, vido que se cayeron con el peso tan grande en medio de una laguna de agua, do probó por diversas veces de entrar por ellos. Y por ser tan sobrada el agua determinó de dejarlos, diciendo:

— Vaya en buen hora mi bien, que de donde salió se volvió.

Cuento 51

Por qué se dijo: *Ni la una ni las dos.*

Una mujer de un rústico labrador tenía amores con un licenciado, el cual era compadre de su marido. Y el labrador convidóle un día a un par de perdices. Como la mujer las hubiese asado, y se tardasen, y a ella le cresciese el apetito, se las comió. Venidos a comer, no tuvo otro remedio sino dar a su marido la cuchilla, que la amolase. Estando amolando, acercóse al licenciado y díjole:

— Idos de presto, señor, porque mi marido ha sabido de nuestros amores, y os quiere cortar ambas orejas; ¿no véis cómo está amolando la cuchilla?

Él, entonces, dio a huir.

Dijo la mujer:

— Marido, el compadre se lleva las perdices.

Saliendo el labrador a la puerta con la cuchilla en la mano, decía :

— Compadre, a lo menos una.

Respondió el licenciado :

— ¡Oh, hideputa! Ni la una ni las dos.

Cuento 52

Por qué se dijo : *Bien podríades, mintiendo como yo.*

Fue un soldado muy feo con un guárdenos Dios muy cumplido por la cara, el cual iba muerto por alcanzar una mujer, la cual no era hermosa, sino muy fea, y decíale :

— Perla graciosa, volveos acá y vea yo ese hermoso rostro, el cual a mí da gran pena por no poderle gozar.

Volvióse la mujer, y desque lo vio tan feo, le dijo :

— Eso no puedo decir por cierto de vuestra merced.

Respondió él :

— Bien pudiérades, mintiendo como yo.

Cuento 55

Por qué se dijo : *Aún no me han dado la carne, ¿e ya me pides los huesos?*

Un colegial del colegio del arzobispo de Sevilla, estando comiendo a la mesa, el racionero iba repartiendo sus raciones a cada uno : descuidóse de dar carne al dicho colegial ; él, no sabiendo de qué manera pedilla, vido que un gato le estaba maullando delante. Él, entonces, dijo a altas voces, que el mismo racionero lo oyese :

— ¿Qué diablo me estás maullando y moliendo? El racionero aún no me ha dado la carne, ¿y tú te abalanzas con priesa a demandarme los huesos?

Cuento 58

Por qué se dijo : *A buen capellán, mejor sacristán.*

Comiendo en una aldea un capellán un palomino asado, rogábale un caminante que le dejase comer con él y que él pagaría su parte ; y no queriendo, el caminante comía su pan a secas, y después dijo:

— Habéis de saber, reverendo, que vos al sabor e yo al olor, entrambos hemos comido del palomino, aunque no queráis.

Respondió el capellán :

— Si eso es ansí, vuestra parte quiero que paguéis del palomino.

El otro que no y él que sí, pusieron por juez al sacristán del aldea, que estaba presente, el cual dijo al capellán que cuánto le había costado el palomino ; dijo que medio real : mandó que sacase un cuartillo el caminante, y el mesmo sacristán lo tomó, y sonándole encima de la mesa, dijo :

— Reverendo, tenéis por pagado del sonido, así como él del olor ha comido.

Dijo entonces el huésped a los dos :

— A buen capellán, mejor sacristán.

Cuento 59

Por qué se dijo : *Nunca más perro al molino.*

Escondió un ciego cierta cantidad de dineros al pie de un árbol, en un campo, el cual era de un labrador riquísimo. Un día, yendo a visitallos, hallólos menos ; imaginando que el labrador los hubiese tomado, fuese a él mesmo, y díjole :

— Señor, como me parescéis hombre de bien, querría que me diésedes un consejo, y es : que yo tengo cierta cantidad de dineros escondida en un lugar bien seguro ; agora tengo otra tanta ; no sé si la esconda donde tengo los otros o en otra parte.

Respondió el labrador :

— En verdad que yo no mudaría lugar, si tan seguro es ese que vos decís.

— Así lo pienso de hacer — dijo el ciego.

Y despedidos, el labrador prestamente tornó la cantidad que le había tomado en el mesmo lugar, por coger los otros. Vueltos, el ciego cogió sus dineros, que ya perdidos tenía, muy alegre, diciendo :

— Nunca más perro al molino.

De aquesta manera quedó escarmentado.

CUENTO 60

Por qué se dijo : *No de aquésos, que están contados.*

Cierto mercader se puso en la faltriquera cincuenta reales para darlos a uno a quien los debía, y acaso estando arrodillado oyendo misa, sintió un famoso ladrón le estaba tentando la faltriquera, por do le dijo. :

— Tate, hermano, no de aquésos, que son contados.

CUENTO 63

Por qué se dijo : *Anda de ahí, no creas en sueños.*

Estando en conversación el Rey de Aragón una noche con muchos grandes señores, y tratando de sueños, dijo un gentilhombre de su casa :

— Pues sepa Vuestra alteza que esta noche pasada soñé que de su mano era armado caballero, y me proveyó de muy buenas armas y caballo.

A esto respondió el Rey :

— Pues así es, razón será que se cumpla tu sueño.

Y así le armó caballero y le dio grandemente de comer.

Oyendo esta grandeza otro criado, hijo de un caballero muy rico, deseoso de cierta villa, aguardó que el Rey estuviese en semejante conversación que la pasada, y viendo su lance, le dijo:

— Sepa Vuestra Alteza que soñé la otra noche que me hacía merced de tal villa.

Conosciendo el Rey la trampa y cobdicia deste su criado, respondió :

— Anda de ahí, no creas en sueños.

CUENTO 64

Por qué se dijo : *Mejor partido es morir que vivir.*

Viviendo con un gran señor muchos criados, dábales tan poco salario, y tan mal pagado, que pasaban con harto trabajo. Dejado esto aparte, tenía otro, que si por caso en su casa se le moría alguno de sus criados, gastaba tan largo en su enterramiento, que era cosa de extremo. Visto esto por un truhán suyo, dijo :

— Con este señor mejor partido es morir que vivir.

CUENTO 67

Por qué se dijo : *Pon un tajado a asar.*

Llegando dos vizcaínos que venían de camino a una venta, preguntaron si había algo que cenar. Dijo la huéspeda que no tenía otra cosa sino un panal de miel. Respondió el uno dellos :

— No entiendo, señora, qué cosa es panal de miel.

Dijo el otro su compañero, presumiendo de muy agudo :

— Deja estar, señora, este mi compañero, que es un asno, y pon un tajado a asar.

CUENTO 68

Por qué se dijo : *Sin esto no sabrás guisallas.*

Un caballero dio a un mozo suyo, vizcaíno, unas turmas de carnero para que se las guisase ; y a causa de ser muy ignorante, diole un papel por escripto cómo las había de guisar. El vizcaíno púsolas sobre un poyo, vino un gato y llevóse las turmas ; al fin, no pudiendo habellas, teniendo el papel en las manos, dijo :

— ¡Ah, gato! Poco te aprovecha llevallas, que sin esto no sabrás guisallas.

CUENTO 73

Por qué se dijo : *Que se moja y se gasta mi ropa.*

Había prometido un señor de salva una capa riquísima a un truhán, la cual había sacado en un recebimiento del Rey. Ya que hubieron dejado el Rey en su posada, parándose el dicho señor a tener plática con unas damas que estaban en una ventana, comenzó de lloviznar ; el truhán, congojado, dijo :

— Aguije, señor, que llueve y se moja.

Respondióle :

— ¿Y qué te da a ti que me moje?

— Dáseme, porque se moja y gasta mi ropa.

JUAN ARAGONÉS

Nada sabemos de este autor de la primera mitad del siglo XVI. Sus doce cuentos se publicaron precediendo a los de Timoneda en las ediciones de Medina del Campo, 1563 y Alcalá, 1576, en las que se dice « que sancta gloria haya ». Menéndez Pelayo añade :

«Es lástima que estos cuentecillos sean tan pocos, porque tienen carácter más nacional que los de Timoneda. Dos de ellos son dichos agudos del célebre poeta Garci Sánchez de Badajoz, natural de Écija ; tres se refieren a cierto juglar o truhán del Rey Católico, llamado Velasquillo, digno predecesor de don Francesillo de Zúñiga. Pero otros están tomados del fondo común de la novelística, como el cuento del codicioso burlado, que tiene mucha analogía con la novela 195 de Sacchetti, con la fábula tercera de la *Séptima Noche de Straparola*, con la balada inglesa *Sir Clegés* y otros textos que enumera el doctosísimo Félix Liebrecht ».

Ese cuento es el tercero de esta colección, que reproducimos íntegra.

CUENTOS

El duque de Ferrara tenía un truhán, y como un día el duque dijese no haber en toda Ferrara más de hasta quince o veinte físicos, contradíjole el truhán, diciendo que había más de cuatrocientos. Dijo el duque que no era ansi. Respondió el truhán que apostaría con su señoría doscientos escudos que había más de los cuatrocientos físicos que decía. El duque, riendo, dijo que le placía, y así, apostaron. El truhán, otro día, por la mañana, púsose muchos paños por los carrillos, fingiendo que tenía mal de muelas, y púsose a la puerta de la iglesia, donde el duque había de ir a misa, y llevó consigo un su hijo, al cual mandó que todos los que le diesen medicina para su mal que los pusiese en escripto. Pues como el duque viniese a misa y hallase a su truhán entrapado, díjole :

— ¿Qué es esto, fulano?

Respondió el truhán :

— Señor, he tenido y tengo tan gran dolor de muelas, que estoy fuera de sentido.

Díjole entonces el duque :

— Para ese mal tomarás tal y tal yerba, y harás un emplasto desta y esta manera, y ponértelo has ; y sobre mi cabeza que luego ternás salud.

Haciendo todo aquello escribir, el duque se entró en misa y luego, cuantos entraban y salían, daban al truhán medicinas para su mal, y así, escribió más de seiscientos físicos en su memorial, y, quitándose sus trapos, fuese luego a palacio, y dijo al duque :

— ¿Está vuestra señoría en que no hay en Ferrara más de quince o veinte físicos?

— Sí — dijo el duque —, y lo torno a apostar de nuevo contigo.

— Pues que vuestra señoría torna a afirmar ser ansí, yo le quiero dar a entender al contrario.

Y, sacando el memorial, le enseñó ser el mismo duque físico, con todos los que le habían dado remedio para su mal. Conosciendo el duque la verdad, le mandó dar los doscientos escudos que con él apostó.

A Garci Sánchez, le acaesció que, estando penado por una dama, subióse muerto de sus amores a un terrado que tenía, desde donde algunas veces la podía ver. Y estando allí un día, un grande amigo suyo le fue a ver ; el cual, preguntando a sus criados que adonde estaba, le fue dicho que allá arriba, en el terrado. Él se subió derecho allá, y, hallándolo solo, le dijo que cómo estaba allí. Respondió prontamente Garci Sánchez :

— ¿Adonde puede estar mejor el muerto que en terrado?

Dando a entender que, pues estaba muerto, era razón que estuviese enterrado.

Solía un villano muy gracioso llevar a un Rey presentes de poco valor, y el Rey holgábase mucho, por cuanto le decía muchos donaires. Acaesció que una vez el villano tomó unas truchas y llevólas (como solía) a presentar al Rey. El portero de sala real, pensando que el Rey haría mercedes al villano, por haber parte, le dijo :

— No te tengo de dejar entrar, si no me das la mitad de lo que el Rey te mandare dar.

El villano le dijo que le placía de muy buena voluntad, y así entró y presentó las truchas al Rey. Holgóse con el presente, y más con las gracias que el villano le dijo ; y, muy contento, le dijo que le demandase mercedes. Entonces el villano le dijo que no quería otras mercedes sino que Su Alteza la mandase dar quinientos azotes. Espantado el Rey de lo que le pedía le dijo que cuál era la causa por que aquello le demandaba. Respondió el villano :

— Señor el portero de Vuestra Alteza me ha demandado la mitad de las mercedes y no hallo otra mejor parte que a él le quepan doscientos cincuenta azotes.

Cayóle tanto en gracia al Rey, que luego le hizo mercedes y al portero mandó castigar.

Acaesció que un caballero de alta sangre, pobre de hacienda, servía a una señora muy rica y hermosa ; mas de linaje de las doce tribus. Y, como ella se viese tan poderosa y hermosa, no solamente menospreciaba al caballero, mas hacía burla dél, por ser pobre. Pues como un día estuviese a la ventana, y él llegase y le suplicase hiciese por él, dijo ella a un paje suyo :

— Dame un dinero.

Dado que se le hubo, tomólo ella, y arrojólo como por limosna, motejándolo de pobre. El caballero, como vió el dinero en tierra, dijo a un criado suyo, de manera que la dama lo pudo bien oír :

— Mozo, toma ese dinero, y guárdalo bien, porque es uno de los treinta.

Era un Rey muy liberal en cuanto hacía, y las cosas que le presentaban, de cualquiera persona que fuesen, las recibía en servicio, y hacía mercedes a los que con simple intención se las traían. Acaesció, pues, que un labrador, hecho al buen tiempo, halló un grande y muy poderoso rábano, el cual juzgó en su pensamiento que no era digna otra persona de comerlo, sino solamente el Rey ; y así, tomó su rábano, y se lo fue a presentar, diciendo :

— Señor, tome Vuestra Alteza este rábano, y cómaselo ; que yo no hallo otro que lo merezca comer (según es grande) sino Vuestra Alteza.

El Rey, conosciendo su simpleza, recibió el rábano, y dijo a su mayordomo que lo guardase, y mandóle dar cinco mil escudos, en pago de su simple intención. Sabidas y publicadas las grandes mercedes que el Rey hizo por el rábano, otro labrador halló en una heredad suya un grande y muy poderoso membrillo, que, como lo vio, luego dijo : « Este membrillo no pertenece sino para el Rey ; y si por el rábano dio cinco mil escudos, por éste, que vale el doble, bien dará diez mil ». Con este pensamiento y cobdicia, lo llevó luego a presentar al Rey, diciendo :

— Señor, tome Vuestra Alteza este membrillo, que no lo meresce comer otro sino él.

El Rey, como era discreto y de entendimiento delicado, luego conosció que aquel labrador venía con demasiada cobdicia. Tomando, pues, el membrillo en sus manos, alabándolo mucho, dijo a su mayordomo ;

— Tomad este membrillo, y guardadlo muy bien, y traedme el rábano que el otro día os mandé guardar.

Haciendo así el mayordomo, tomó el Rey con sus propias manos el rábano, y dijo al labrador :

— Toma, hombre honrado, este rábano, que yo os juro por mi corona real, que él me costó cinco mil escudos.

Así el labrador cobdicioso se fue corrido y confuso, pensando haber por el membrillo el doble que al otro por el rábano. Por cierto, el Rey fue sapientísimo en tener conosciniento de las intenciones de aquellos labradores.

Debajo de Zaragoza, en la ribera del río Ebro, está la ciudad de Tortosa, por el cual río suelen ir y venir muchas barcas con provisiones. Acaesció, pues, que subiendo hacia Zaragoza por el camino real un hombre junto al río, muy alto de cuerpo y tuerto de un ojo, topó a otro muy pequeño y corcovado, de tal manera que casi iba el pecho por tierra. Y como el tuerto ansí lo vio, queriéndolo motejar de corcovado o giboso, no mirando él sus faltas, díjole:

— Hombre de bien, ¿dónde van las barcas?

El corcovado, alzando la cabeza, como vio al otro sin ojo, respondió:

— Señor, a Tortosa.

En el tiempo del Rey D. Fernando acaesció que, habiendo de venir la corte a Madrid, mandó la villa que todos los vecinos toldasen la delantera de su casa, por do el Rey había de pasar, so pena de tantos mil maravedís. Velasquillo, un truhán muy famoso, del mismo Rey, vivía en la calle, y no tenía paños de corte para poner en la delantera de su puerta; el cual, por no caer en la pena que la villa había puesto, tomó una haca que tenía, y colgóla desde una ventana en cima de la puerta, la cabeza cara abajo. Como el Rey pasase y la viese colgada, rióse mucho de verla, y preguntó quién la había colgado allí. Fuele respondido que Velasquillo, su truhán. Mandóle llamar y díjole que por qué había colgado su haca. Respondió:

— Señor, porque no tenía paños para servir a Vuestra Alteza; quise servirle con hacer a mi haca paramento para rescebille.

Cayóle al Rey en tanta gracia, que le mandó que fuese a palacio y descolgase los paños de corte que quisiese y se los llevase, para cuando entrase en la villa con ellos lo pudiese honradamente recibir. Y como no se dijese al sordo ni al perezoso, prontamente fue a palacio y se proveyó dellos.

Como Velasquillo era muy gracioso en decir, lo mesmo era en obrar. Acaesció, pues, que tres caballeros, yéndose paseando, toparon a un hombre que traía una grande trucha, los cuales se la compraron, y concertaron de convidar a Velasquillo a ella, con condición que cada uno dijese un dicho de la Santa Escritura al propósito, y tomase una parte de la trucha. Mandáronla hacer tres partes: la una de la cabeza, la otra del medio, la otra de la cola, y que la cocicsen con muchos ajos; y estando aparejada llamaron a Velasquillo con el dicho concierto; y asentándose a la mesa todos cuatro, sacaron la trucha en un gran plato, con el caldo de ajos en que la habían cocido. El uno de los caballeros, alargando la mano, tomó la parte de la cabeza, diciendo:

— *In capite libri scriptam est de me.*

El otro tomó la parte del medio, diciendo:

— *In medio consistit virtus.*

Luego acudió el otro y tomó la cola, diciendo:

— *In cola ego sum in terra.*

Velasquillo, que se vio sin nada, tomó el plato de los ajos con entrambas manos, diciendo:

— *Asperges me dómine hysopo.*

Y echóselos por encima a todos.

Estando la corte en Toledo, acaesció que andaba un caballero enamorado de una dama muy hermosa; y suplicándole un día tuviese por bien darle audiencia, ella le respondió que al presente no había lugar; que se volviese a la tarde, que ella haría lo que él tanto deseaba. Él, con aquella palabra, se despidió, y aguardó a la hora concertada donde se fue a la casa de la señora, y hallóla que estaba a su ventana, mondando una pera con un cuchillo pequeño, el cual como así la vio, le dijo:

— Señora, ¿es pero o es pera?

Respondió ella tan presto:

— No es sinó gañivete.

Entonces el caballero, como sabía qué era, luego la entendió, y, volviendo las riendas a su caballo, se fue. Fue, sin duda, la respuesta de la dama sabia y delicada, y la pregunta del caballero sabia y aguda. Por cuanto el caballero quiso decir: «Señora, ¿espero yo a vuestra merced, o espéreme ella a mí?». Y porque entonces no había lugar para poder entrar el caballero, porque estaba la posada embarazada con otro que

estaba dentro, respondió ella a esta causa : « No es sino gañivete ».

Un gentil hombre estaba muy enamorado de una dama, y, por parecerle bien, mandó hacer una gran cadena de latón morisco, y mandóla dar por encima una color de oro, y así andaba muy potente con su sobredorada cadena al cuello. Acaesció que un día halló sola a la dama, y después de muchas pláticas díjole :

— Juro a tal señora, que estoy el hombre más aparejado del mundo para darle un par de toques.

Respondió ella prestamente :

— Dadlos vos, señor, a vuestra cadena, que ella os dirá quién es.

La cual respuesta fue bien avisada.

Habiendo hecho un enojo Velasquillo a la Reina, mandólo sentenciar a muerte. Él, viendo que determinadamente había de morir, suplicó a la Reina que le dejase escoger la muerte, y que estuviese presente a verle morir : al fin ella se lo concedió. Entonces él escogió que quería morir despeñado ; y estando toda la corte al salto que debía saltar, esperando lo que había de suceder, llegó siete u ocho veces Velasquillo al salto, y tornábase atrás, que no osaba arrojarse. Un caballero, muy enojado, porque hacía detener allí la Reina, díjole :

— ¡Oh, cuerpo de tal con el cobarde, que ha llegado al salto siete u ocho veces, y no ha osado arrojarse, de miedo!

Volvióse a él Velasquillo, y díjole :

— Pues si tan esforzado os halláis, tomadlo vos en veinte saltos, que yo os lo doy.

La Reina, que aquello oyó, cayóle tanto en gracia, que le perdonó la muerte, y aun le hizo mercedes.

Al afamado poeta Garci Sánchez de Badajoz, el cual era natural de Écija, ciudad en el Andalucía : este varón delicado, no solamente en la pluma, mas en promptamente en hablar lo era. Acaescióle, que estando enamorado de una señora, la fue a festejar delante de una ventana de su casa, a la cual estaba apartada. Pues como encima de su caballo le hiciese grandes fiestas, dando muchas vueltas por su servicio, acertó de tropezar el caballo ; y como la señora lo viese casi caído en tierra, dijo de manera que él lo pudo oír :

— Los ojos.

Respondió él tan presto, y sin tener tiempo para pensar lo que había de decir :

... Señora, y el corazón
vuestros son.

Juan de Arguijo

Nació y murió en Sevilla, don Juan de Arguijo (1560-1623). De familia riquísima gastó toda su hacienda favoreciendo a sus amigos. Dice Rodrigo Caro que «vino a estar tan pobre que sólo se sustentaba, hasta que murió, de la dote de su mujer». Fue veinticuatro de Sevilla, elegante poeta y hábil tañedor de diversos instrumentos. Fue enterrado de limosna en la casa profesa de los jesuítas de Sevilla.

Chistoso y afable reunía en su palacio a poetas y músicos. Allí acudían el pintor Pacheco, el escultor Montañés y el gracioso Ortiz de Melgarejo y referían con donaire los cuentos que forman de la colección que reproducimos.

CUENTOS

El licenciado Morillas, cura de la Parroquia de San Vicente, de Sevilla, fue a pedir limosna por su colación, Sábado de Pascua, para dar otro día pan y carne a los pobres. Llegó a la casa de un viejo muy rico y muy avaro, el cual le dio un cuarto de limosna, de los falsos, que llaman del fraile o de Santo Domingo. No advirtió entonces él qué era lo que recibía ; pero después, no pudiendo pasar el cuarto entre otros, ni hallando salida de él, se acordó de quién se lo había dado. Guardólo para restituírselo, y el Domingo de Pascua, yendo el viejo a que le comulgase el mismo cura, disimuladamente le metió el cuarto en la boca, en lugar de la Forma.

El hombre, sintiendo la dureza y el frío del metal, quedó turbado, pareciéndole milagro, y no osaba sacarle de la boca, ni tampoco contar el suceso, por el escándalo del pueblo.

Tomó por expediente decirle muy bajito al cura :

— Padre, no puedo pasarlo.

El cual le respondió :

— Tampoco lo pude yo pasar.

En el convento de San Agustín, de Sevilla criaban un carnero enano que discurría por toda la casa, dejando poco limpios los claustros, el Capítulo y los lugares más frecuentados. Acordaron los padres, por no tenerle encerrado, que le atasen una taleguilla debajo de la cola, que recogiera lo que caía en el suelo. Para esto, ofreció fray Juan de Velasco un saquillo, en que le habían traído de Nueva España un poco de chocolate. Pusiéronsele al carnero, de suerte que vino a caer hacia la parte de fuera el sobrescrito que la talega trajo de Indias, y que no se le había borrado, y decía : « Para fray Juan de Velasco ».

Un caballero de Écija se encontró con otro de Carmona en la iglesia. Eran amigos, y después de haberle dado la bienvenida, convidóle para que, después de haber oído misa, se fuesen a comer juntos, y envió a avisar a su mujer que previniese algo más de lo ordinario. Llegados ambos, no hallaron otra cosa que la olla, por lo cual, el de Écija, muy enfadado con su mujer, arrojó la olla en un pozo. El huésped, que había enviado a avisar en su posada que descuidasen de la comida, pareciéndole, con este suceso, que se quedaría ayuno hasta la noche, cansóse también y arrebató los manteles y aderezo de la mesa, y arrojólos dentro del mismo pozo. Preguntóle, muy colérico, el dueño de la casa qué era lo que hacía, y respondió :

— Como vi llevar al pozo la olla, creí que nos bajábamos a comer allá, y ayudaba a llevar el recado.

Paseándose a caballo con un inquisidor un hombre que temía que en aquel tribunal se sabía que estaba dudoso en materias de la religión, y que

andaban por prenderle, pasando por una iglesia donde tenía su entierro, dijo el inquisidor :

— Aquí han de enterrar a vuesa merced.

Respondió :

— Sí, señor ; si vuesa merced no manda otra cosa.

Mandó el conde de Fuensalida a su mayordomo en Toledo que aderezase de comer para doce de mesa. Era el mayordomo demasiadamente formal. Llegada la hora de comer, concurrieron doce caballeros, y fatigándose de ver que sobraba uno al número de los servicios que había puesto, comenzó a contar por el que más a cuento le vino, y llegando a los doce, dijo el que sobraba :

— Vuesa merced sobra — dándole a entender que se fuese.

El caballero respondió muy mesuradamente :

— Comience vuesa merced a contar por mí, y verá como no soy yo el que sobro.

A don Pero González de Mendoza, fraile franciscano, electo arzobispo de Granada, le dijo el duque de Lerma :

— Muy contentos estáis todos con la elección que Su Majestad ha hecho en vuestra señoría, si bien para prelado le juzgan muy mozo.

Respondió el arzobispo :

— Falta es ésa de que me iré enmendando cada día.

Había defendido Josef Morán, clérigo muy conocido en Sevilla, la causa de un clérigo de Evangelio, que por falsario de la firma del Rey ahorcó el alcalde Pareja, y no habiendo bastado las censuras y armas eclesiásticas para excusarle la muerte, le acompañó Morán hasta el lugar del suplicio, donde poco antes de echarle, levantando la voz y los ojos al cielo, el delincuente dijo :

— *Exurge, Domine, et judica causam tuam.*

Díjole entonces Morán, consolándole con mucha ternura :

— Déjese vuesa merced ahorcar, que aquí quedo yo.

La condesa de Lemos, camarera mayor, es una señora muy varón y que tiene acciones de tal. Envió a saber de la duquesa de Medina Sidonia, doña Ana de Silva, que se hallaba en Madrid, cómo lo había pasado una tarde que hubo gran tempestad, porque ella confesaba de sí gran miedo. Respondió la de Medina que la besaba las manos, y que echase de ver, pues su excelencia había estado tal, cómo estarían las mujeres.

Supo la Reina doña Isabel que el doctor Vargas, entrando a hablar a una monja, había caído de una escala que puso para entrar al monasterio, y héchose pedazos, y dijo la Reina :

— Dichoso él si fuera ya de vuelta, suponiendo que saldría arrepentido.

Fue uno a suplicar al Emperador de Alemania, D. Fernando, cierta merced. Quísole hablar en latín. Comenzó diciendo :

— *Ego...* — y paró tan turbado, que no pudo pasar adelante.

El Emperador prosiguió, añadiendo :

— *Pecator.*

Entró el doctor Constantino en un refectorio de frailes jerónimos, donde vio los jarros en que beben, demasiadamente grandes. Díjole el refitolero que era estatuto de la Orden beber con ambas manos. Respondió Constantino :

— Esa constitución los jarros la ponen.

Un prior de San Agustín, de Sevilla, negaba muchas licencias, por lo cual el maestro Farfán le llamaba obispo de Noli. Pidiéronle que permitiese traer una comedia al convento y nególo también. Y dijo Farfán :

— Nuestro padre prior hasta aquí era obispo de Noli ; ya es obispo de Nicomedia.

El Papa León X era gran favorecedor de las buenas letras. Mostróle un poeta ciertos versos suyos. Reparó el Papa que en uno dellos faltaba una sílaba, y díjole al poeta, el cual respondió :

— Pase Vuestra Santidad al verso siguiente, donde sobra otra, y vendrán a estar cabales.

Entraba en Palacio el almirante de Castilla cerca de la noche en un cuar-

tago andador y sin criados. Bajaba al mismo tiempo del aposento del Rey el doctor Villalobos, a quien, no conociendo, dijo :

— Amigo, ténéme esta haca mientras llegan mis mozos.

Preguntóle Villalobos :

— ¿Podrála tener uno solo?

Dijo el almirante que sí, y entonces replicó el doctor :

— Pues apéese y téngala.

Presentó un vasallo al Rey de Francia una celada muy rica. Preguntó el Rey al marqués de Aguilar :

— ¿Qué premio se diera en España por esto?

Y respondió :

— Prender al que la daba hasta que diese lo demás del arnés.

Prendieron a Beltrán de Galarza en Sevilla porque no hacía vida con su mujer, y al mismo tiempo llevaron por la propia culpa a la cárcel a Gabriel Vázquez, escribano, casado con una mulata muy gorda. Confiriendo los dos su trabajo, decía el escribano :

— Cruz muy pesada es tener mujer.

Respondió Galarza :

— Y más siendo tan gruesa y de ébano como la de vuesa merced.

Leía una dueña la instrucción de fray Pedro de Alcántara para confesarse bien. Mandó de memoria cuanto contenía y se acusó de todo a la letra. Asombrábase el confesor de que hubiese cometido tantos y tan graves pecados, y, preguntándole cómo era posible, respondió :

— ¿Sélo yo, por ventura, padre mío? Ahí lo hallará todo en fray Pedro de Alcántara.

Don Diego Tello, un caballero de Sevilla, perdió la vista de un ojo refinando una poca de pólvora ; y oyendo referir muchos milagros que la imagen de Nuestra Señora de Consolación había hecho aquel año, hizo la romería, y al entrar en la capilla, se untó con el aceite de la lámpara, muy devotamente, ambos ojos con lo cual sintió grande dolor en ellos y no veía con ninguno. Daba voces, diciendo :

— ¡Madré de Dios, siquiera el que traje!

Al duque de Medina, D. Juan Claros, quisieron regalar los de Chiclana con un presente. Votábalo en su Concejo: unos eran de parecer que el regalo fuese de piñas ; otros, cuyo voto prevaleció, acordaron que fuese de brevas, que las hay en aquella villa bonísimas.

Hincheron un costal de ellas, y atravesándose sobre un jumento, se sentó encima el embajador, acompañado de otro.

Llegaron como se puede entender del buen avío, y viéndolas el duque, mandó a sus criados que, atando a un poste al que las traía y desnudándole el medio cuerpo, se las tirasen todas.

Hízose así, y a cada golpe volvía el paciente al compañero, diciéndole :

— Mas ¡si fueran piñas!...

Desposándose Juan de la Parra, contador del marqués de Priego, hombre discreto, la primera palabra que le dijo a la desposada fue :

— Estos señores están aguardando lo que tengo de decir, y yo estoy esperando lo que tengo de hacer.

Decía uno :

— Yo bien daría en ser devoto ; pero es tanto lo que oigo en los púlpitos y leo en los libros de los trabajos que llueve Dios sobre sus más íntimos amigos, que no me atrevo a trabar conversación con su Divina Majestad.

A este mismo propósito un judío muy rico se convirtió en Roma, y a pocos días de cristiano le sucedió una grande desgracia en la hacienda. Consolábale su padre espiritual con decirle que con tales trabajos prueba Dios a sus mayores amigos. Respondió :

— Padre, no me espanto de que tenga Dios con sus amigos este trato ; lo que me asombra es cómo en tan pocos días ha estrechado conmigo la amistad, tratándome como si nos hubiéramos conocido de muchos años atrás.

Encargó mucho un confesor a un su penitente que rompiese unas coplas muy perjudiciales que tenía, y que las pro-

curase olvidar. Volvióse dos o tres veces a confesar y siempre se acusaba de que decía estas coplas. Díjole el confesor:

— ¿No le tengo encargado que las olvide?

Respondió:

— Cierto, padre, que lo deseo, y que no hay mañana que no las diga para ver si se me han olvidado, y no aprovecha.

Predicaba en la corte al Consejo de Órdenes el padre Fonseca, agustino, y echó de ver que algunos de los oidores se dormían, y tomando ocasión del ruido que hacían unos muchachos en la puerta de la iglesia, se volvió hacia allí y dijo:

— ¿No hay alguno que haga callar estos niños? ¿No ven que están reposando estos señores?

En la lengua italiana hay la equivocación de esta palabra: *raccomandare*, que significa encomendar, y significa también asir alguna cosa: *raccomandare la frune a un chiodo* es asir la soga de un clavo o de un madero.

Tenía, pues, un peón de albañil puesto en un caballete al maestro, atado con una soga, colgando de un lugar alto para poner unos mechinales en unos agujeros para hacer un andamio. Cansábase el peón, y díjoselo al maestro, el cual le respondió:

— *Se non potese (sic) sustentare, raccomandatimi a qualque cosa.*

Dijo el peón entonces, no pudiendo ya más:

— *Vi raccomando a Meser Domine Iddio* — y soltó.

A este propósito se viene a la memoria lo del peón de albañil que, viendo rodar a su maestro de un andamio muy alto y dando voces a los de abajo que le socorriesen, respondió:

— Déjenle hacer, que él es maestro y se entiende.

Dijéronle al cardenal Zapata, en Roma, que el cardenal de Borja, recién electo para venir a aquella corte, era gran letrado y virtuosísimo, y respondió:

— Traer a Roma letras y virtud es lo mismo que llevar *Agnus Dei* a Marruecos.

Al tiempo que Galarza dijo del marqués de Almansa, pobrísimo y devotísimo señor, que comulgaba de pura hambre a menudo para comer algo, el doctor Quadra dio por remedio a una señora que le habían nacido unas como agallas en el cuello y temía no fuesen lamparones, que las mañanas con saliva en ayunas las refregase algunas veces, y diciendo ella que si almorzara de mañana dónde tendría saliva en ayunas que fregarse, respondió:

— Vayan a casa del marqués de Almansa, que a cualquier hora del día la hallarán.

Una señorita doncella de bonísimo gusto, hija del doctor Vega, médico de cámara del Rey, quedó pobrica, y sucediéronle millares de desgracias por causa de un solo hermano que tenía, gastador, alocado, de trato y proceder cansadísimo. Dijo ella:

— Una sola dicha he tenido, que recibo en descuento de todas mis desgracias, y es haber sido hermana de fulano, porque si no lo fuera, hubiera sin duda sido su mujer, según soy de desdichada.

Don Íñigo de Mendoza, en la enfermedad de que murió, diéronle los médicos una purga por último remedio, diciendo que si con ella purgaba, escaparía. Tomóla, y no pudo obrar. Afanóse con esto de ver que se acababa, y teniendo un crucifijo en la mano, díjole con gran ansia:

— Señor mío Jesucristo, ¿qué le importa a Vuestra Divina Majestad que cague don Íñigo o no cague?

Muriósele a uno su mujer, con quien no había tenido, viviendo, un día de paz. Con todo esto, el día de su muerte, a gran priesa, hizo que un pintor la retratase. Algunos, que sabían lo mal que la quería, decían y extrañaban que al tiempo de la muerte la hubiese hecho retratar con tanta ternura y sentimiento. Oyólo uno y dijo:

— Hízola retratar en el día que mejor debió parecerle.

Una señora, moza, soltera y de no mal talle, recibió en su servicio, haciendo profesión de doncella recogida, a

una beata devota muy mirlada. Sucedió que una mañana salió un galán del aposento de la dama algo más tarde que solía, a medio vestir, alborotado. Violo, al salir, la beata, y la señora advirtiólo, de que tomó tanta pena, que, llamándola, le dio mil excusas, y le pidió con encarecimiento que no descubriese a nadie su flaqueza, que ella se enmendaría. La beata le respondió, compadecida :

— El alma esté bien con Dios, señora mía, que es lo que hace al caso, que el cuerpo no va ni viene que haga de las suyas.

Don Francisco de Quevedo, poeta que compuso el romance de Escarramán, fue estudiante muy pobre en su mocedad ; pero andando el tiempo vino a ser rico y a tener un hábito de Santiago. Supuesto esto, visitaba a una señora, a quien los más caballeros de la Corte visitaban muy de ordinario, y cansado de tantos compañeros, díjole un día :

— Vuesa merced, señora doña fulana, ha de morir comida de caballeros, como otras se comen de piojos.

Respondióle :

— Vuesa merced, que sabe de lo uno y de lo otro, dígame, por su vida, ¿quiénes comen más : los caballeros o los piojos?

Pablo de Céspedes, racionero de Córdoba, gran pintor, y tan perdido, que se andaba fuera de su iglesia vestido de pardo, pintando sólo por gusto en Sevilla y otras partes, y así decía de él don Luis de Góngora que cada año perdía 1.200 ducados a pintar.

En el comer, como en todo, era extravagantísimo : cogía nidos de grajos y comíase los grajitos, jurando que no había manjar más delicado.

Estaban una rueda de prebendados en la iglesia de Córdoba, y él entre ellos. Alzaron la hostia en un altar, y arrodillándose todos, él solo se excusó con decir que estaba enfermo de una pierna. Al alzar el cáliz hizo esfuerzo para hincar la rodilla, diciendo :

— Siempre he sido más devoto del *Sanguis* que del *Corpus*.

La primera locura con que descubrió su falta de juicio D. Benito de Cisneros fue aparecerse una mañana, al amanecer, encima de un tejado con un palo muy largo en una mano y en la otra dos galgos de traílla, y preguntado qué hacía, respondió que siempre oía decir que « donde menos se piensa salta una liebre », y que habiendo dado y tomado consigo donde menos podía pensarse que saltase una liebre, se había resuelto en que era un tejado sin género de duda, y así venía a buscarla.

Don Juan de Vera, estando en Mérida, de donde era natural, escribió al doctor Álvaro de la Cerda :

« Vuesa merced me escriba cuánto hay y no hay en Sevilla, y dé mis besamanos a los amigos ».

Respondióle : « Quisiera mucho para poder entretener a vuesa merced con nuevas conformes a su gusto, que hubiera dado a alguno dos o tres cuchilladas por la cara o colgádole una sarta de cuernos a la puerta ; pero no ha sucedido nada de esto. Lo que hay solamente es que el sastre y el zapatero se quejan de que vuesa merced no les paga lo que les debe, y el dueño de la casa de que no se le paga el alquiler. Lo que no hay es un amigo a quien poder dar los besamanos que vuesa merced me manda que se den. Envíelos vuesa merced a enemigos y no cabrán a medio por hombre. Guarde Dios a vuesa merced muchos años ».

Don Pedro de Toledo, cuando se le murió la segunda mujer, duquesa de Terranova, vinieron a léerle el testamento de ella al cabo de algunos días. Púsose muy mesurado, y cuando iba leyendo el escribano : « Item, declaro que tal y tal joya que se hallarán entre las mías son de D. Pedro, mi señor... », respondía :

— Dice verdad el ángel.

Y repetía esto mismo a todas las mandas que eran en su favor, hasta que llegando a decir : « Item, declaro que presté a D. Pedro, mi señor, para su jornada de Milán, 60.000 ducados, de que dispongo en la forma siguiente.. », respondió con la misma mesura :

— Miente el ángel.

El mismo D. Pedro de Toledo, yendo un escribano real a su casa a que reconociese una cédula en que confesaba una deuda muy gruesa a un mercader, ordenó al escribano que se sentase, para escribir su respuesta, en un bufete, sobre que puso en llegando el sombrero y los papeles. Porfió el escribano en no sentarse y el don Pedro en mandar que se sentase, hasta que vino a decirle :

— Siéntese, por mi amor, que si lo excusa por no parecer malcriado, bastantemente lo ha sido ya en poner su sombrero encima de este bufete.

Quitólo de presto el escribano y púsole delante la cédula escrita y firmada de su mano, preguntándole si era suya, a que respondió muy despacio, después de haberla mirado :

— No es esta cédula mía.

— ¿No escribió vuesa merced esta cédula? — replicó el escribano.

Respondió a esto D. Pedro :

— Esa es ya mucha bachillería. Digo que la cédula no es mía, y cuando yo la hubiera escrito, tampoco fuera mía, sino del mercader, en que transfiero yo todo el dominio siempre que doy cédulas semejantes.

Queriendo un clérigo decir misa en un lugarejo, probó el vino, y viendo que era vinagre, dijo que fuesen a un lugar vecino por un poco de vino. Un seglar que lo oyó, dijo, muy mohino :

— ¡Qué regaladito es el padre! ¿No pudiera un día pasarse sin vino en la misa?

Vallés, médico del Rey, dijo de un caballero que otro día estaría sin peligro de una gran enfermedad. Pasó por allí a la tarde, y una criada suya asomóse, llorando, a la ventana :

— Señor doctor, ¿no dijo vuesa merced esta mañana que mi señor mejoraría? Pues agora están ayudándole a bien morir.

Respondió :

— Pues si le ayudan, ¿qué mucho que se muera?

Llegó el maestro Farfán, siendo deán de Andalucía, a un convento de los suyos y en viernes sobre tarde, sin haber avisado antes de su venida. Afligióse el prior y dió mil quejas de que por no haber sabido antes que venía, le cogía desapercibido. Llegó la hora de la cena, y diéronle al huésped una tortilla de huevos algo fría. Dijo muy mesurado :

— No sé cómo dice, venerable padre prior, que no estaba prevenido, pues que ha más de un mes que me tenía hecha esta tortilla.

Héctor Rodríguez, portugués, catedrático de prima de leyes en Salamanca, gran encarecedor de sus agudezas, dio un sentido a una ley y no acabó de exagerar lo que le había costado y la agudeza que tenía. Acabada la lección, llegóse al postre un estudiante y díjole que aquella declaración era puntualmente de Bártulo, en tal parte. Respondió :

— Huélgome mucho de que Bártulo haya alcanzado lo que yo, y agora le estimaré en mucho más.

El conde de Lodosa tenía en Madrid un oso atado a la puerta de su casa, donde los muchachos, que se llegaban a bandadas a verle cada día, le daban algo por verle comer, con que se sustentaba sin costa de su amo. En este tiempo, D. Diego de Ayala, oidor del Consejo Real, salió por Madrid en un coche con una nueva invención de un asiento en medio y unas celosías. Fue tan extravagante, que infinidad de muchachos se andaban boquiabiertos tras el coche.

Sucedió que yendo el día de los Inocentes el Rey a las Descalzas, a ver a su tía la Infanta Margarita, le dieron un memorial sin saber quién, que decía así :

« El oso del conde de Lodosa dice : Que por la extrema pobreza de su amo, hacía mucho tiempo que los muchachos de Madrid, yéndole a ver, le socorrían con sus limosnas, con que podía sustentarse ; pero después que D. Diego de Ayala ha sacado la invención nunca vista de su coche, se van tras él desatados, de que resulta que perece de hambre, desamparado de todos. Por tanto, suplica a V. M. mande que el coche de D. Diego no ruede por Madrid, ni ande por las calles, o al menos que al

oso se le dé alguna ración con que se pueda sustentar ».

Un alcalde de corte (que hoy es oidor en Sevilla) encontró, rondando en Madrid, a un hombre con un estoque y un broquel, bien a deshora. Quiso llevarlo a la cárcel ; pero él, dándose a conocer por religioso, lo dejó el alcalde ir con una corta amonestación.

Encontrólo segunda vez otra noche, y mucho más reprendido se fue también ; pero sucediendo esto tercera vez al cabo de algunos días, determinó el dicho alcalde llevarlo en persona a su prelado para que pusiese remedio. El cual, aunque más suplicó y pidió, no tuvo remedio, que el dicho alcalde, con toda su ronda, fueron llevando con mucho cuidado al religioso a su convento, y llegados a la portería, comenzaron a llamar blandamente, y no respondiendo, con toda fuerza ; viendo el alcalde que de ninguna manera respondían, se volvió al religioso preso y le dijo :

— Padre, ¿qué será esto de no responder?

El cual, muy cabizbajo, le respondió :

— Señor, como es tan temprano, seré yo el primero que viene a casa.

Entraron en Sevilla a ver la casa de los locos, en San Marcos, el doctor Álvaro Picardo y fray Hernando de Santiago. Apeáronse de sus mulas, e iban mirándolo todo. Juan García, un loco muy agraciado, que cuando tuvo seso los conoció bien a entrambos, dijo cabeceando a los que estaban junto a él :

— ¡Cómo se les echa de ver a estos señores las letras y la prudencia que tienen! A mí, como era loco, fue menester que me trajeran treinta hombres para meterme en esta casa, y ellos, como son sabios, se han venido de suyo, sin aguardar a que los traigan.

Leyóse en Cuenca el edicto de la Inquisición, y entre otras cosas dícese en él que quien supiere de hechicerías y supersticiones las declarase.

Una mujer casada fuese otro día a ver a un inquisidor, y díjole muy afligida que se acusaba de haber aconsejado a una vecina suya que si quería que sus lluecas le sacasen pollos muy crecidos y que se le lograsen todos, que los echase encima algunas veces una capa de un cornudo. Díjole el inquisidor :

— Pues, hermana, ¿cómo sabéis vos que es provechoso ese remedio?

— Señor — respondió ella —, helo probado muchas veces con la capa de mi marido y hame salido muy bien.

Echaron a la puerta de Palacio, en Madrid, a un niño recién nacido. Mandó el Rey Felipe II que le criasen. Llamóse Melchor de los Reyes. Quísole el Rey bien cuando era niño, y deseó que saliese capaz de hacerle merced ; pero fue tan travieso, que lo envió a Flandes con el archiduque. Allá aprobó de manera que mereció cualquier merced ; pero muriósele el Rey al mejor tiempo, y escribió a un amigo suyo :

« He sido tan desgraciado, que cuando se usaban hombres de bien di en ser bellaco, y agora que sólo se usan bellacos, he dado en ser hombre de bien ».

Don Juan Idiáquez, grandemente estimado del Rey Felipe II, fué un ministro de gran prudencia y reputado por extremo. Un caballero, negociando, hablóle con mucha cólera hasta llegar a descomponérsele de palabra. Estuvo el D. Juan tan sobre sí, que sólo le respondió estas palabras :

— No ha mejorado vuesa merced su negocio hablando como ha hablado ; pero tampoco lo ha empeorado.

En un rebato de moros se ofrecieron gran número de frailes de armarse y salir al rebato en Zaragoza. Tratóse en el cabildo o Consejo de guerra, que se juntó para este caso, si convendría consentir que saliese esta compañía de religiosos, y fue el voto de D. Martín de Lanuza :

— Soy de parecer que salgan y aventuramos a ganar de cualquier manera que suceda ; porque o los frailes nos librarán de los moros, o los moros nos librarán de los frailes.

Estando en Cortes, en Cataluña, el Emperador Carlos V, no acababan de

despacharle. Llamó al duque de Cardona, y díjole :

— Yo sé que los catalanes hacen cuanto queréis, por vida vuestra.

Respondió :

— Es verdad que hacen cuanto yo quiero, cuando quiero lo que ellos quieren ; pero si no quiero lo que ellos, no hay hombre que quiera lo que yo.

Decía el cardenal Zapata que le caía en gracia oír decir de alguno : « Señor, él es colérico, y aquel primer ímpetu es de un león ; pero pasado, no hay hombre más blando ».

— ¿Qué se me da a mí que sea después como una seda, si con aquel ímpetu da con todo en tierra? Con una pieza de bronce puede jugar un niño después de haber disparado ; pero al disparar, todo lo asuela.

Un fraile en Roma, al cardenal Zapata :

— Señoría ilustrísima, sucedióme en España una desgracia : que enojándome con un fraile, le tiré un plato, con que le herí en la cabeza, y murió.

Respondió el cardenal :

— La desgracia, padre mío, no fue de vuestra paternidad, sino del fraile, que murió.

Andaba D. Juan Manrique enamorado, en Salamanca, de una hija de Vallecillo, abominable, y un caballero, su amigo, que quería bien a una señora muy hermosa, burlábase de él y decía que era imposible que de veras estuviese enamorado de una mujer tan fea. Respondió :

— Verdad es, señor don Juan, que ambos nos asamos con esta diferencia : que vuesa merced se asa con leña de canela y yo me cuezo con boñigo, como olla de la Mancha.

Compuso un libro y llamóle *Pepitoria espiritual*. Diéronsele a ver a otro para que lo aprobase, y respondió :

— El libro, cierto, está lleno de cosas buenas ; sólo reparo en el título, porque no viene bien llamarse *Pepitoria* no teniendo pies ni cabeza.

En Cataluña, un bandolero preguntó a un viandante de buen pelo adonde iba y qué dinero llevaba.

— A Italia, y cuarenta escudos.

— Pues ¿cómo tan poco para camino tan largo?

— Llevo doscientos escudos en letra.

— Pues cómo, ¿mi dinero en letra?

Y dióle muchos palos.

Rogó un señor a un su secretario que anotase por entretenimiento las necedades de los de casa. Prestó el amo quinientos ducados a una mala dita. Vio el libro, y asentada esta necedad, dijo el señor :

— Veréis como me los paga.

Entonces dijo el secretario :

— Borraré la necedad de habérselo prestado y la pondré a su cuenta si los pagare ; mas entretanto estése como se está.

Un duque de Nájera, en las revueltas de Navarra en tiempo de los Reyes Católicos, quedóse con unos lugarejos de una pobre señora. Estando para morir, encargóle el confesor se los restituyese. Su mujer, que lo olió, llamó aparte al confesor y díjole afligida :

— Padre mío, así como así se ha de ir a los infiernos el duque, mi señor ; no le apriete, venerable padre, por vida suya.

El confesor, sin reparar en esto, volvió a instar, hasta que redujo al enfermo que mandaría a su hijo que los restituyese. Vino el hijo, y díjole el padre, muy sesgo :

— Hijo mío, el padre me encarga la conciencia que restituyas los tales lugares. Yo te lo ordeno, y te pido la palabra de que harás este bien por mi alma. Esto es lo que debo hacer como cristiano ; pero si fuese que tú yo, juro a Dios que antes me dejase rallar que los restituyese. Agora haz tú lo mejor que te estuviere, que yo he cumplido con lo que estoy obligado.

Díjole uno de su cámara al Emperador Carlos V, estando en Barcelona unas Carnestolendas, que un obispo había andado enmascarado por las calles, y díjolo como acusándole. Respondió el Emperador :

— Para esos tales se hicieron las máscaras, que vos y yo podríamos sin nota andar sin ellas ; pero ese obispo antes anduvo muy cuerdo en salir con ella.

Miraba un fraile dominico con mucha atención unos retratos de los mártires de la Compañía de Jesús, con que está adornado alrededor el patio de la casa profesa de Sevilla: uno atravesado con una lanza, otro con una saeta y cada uno con su martirio diferente, y dijo el fraile:

— ¡Benditos santos; así habían de estar todos!

Hernando de Salier fué un cortesano en Roma de extravagante y discretísimo gusto en todas sus acciones. Una de ellas fue que, estando enfermo un personaje español, tenido y reconocido por todos por mentiroso en sus conversaciones, fue a visitarlo el Salier. Alegróse el enfermo y preguntóle si podía servir en algo. Respondió que para cuando le diese Dios salud tenía que suplicarle un favor. Insistió en que le dijese luego lo que era. Respondió:

— Señor, yo tengo aquí un sobrino. Hele mirado a las manos por ver a lo que se aplica, con ánimo de encaminarle conforme a su inclinación. He visto que de algunos días acá se inclina notablemente a mentir; pero no acierta, y a cada cuatro palabras le cogemos. Gustaría mucho que, ya que ha dado en esto, se aprovechase de manera que lo acertase a hacer. Para esto no veo mejor camino que tenerle vuesa merced cerca de sí, con que en muy breve tiempo espero que saldrá aprovechado. Suplico a vuesa merced que cuando tenga salud, me haga favor de recibirle en su servicio sin costa ninguna, porque yo le vestiré y proveeré de todo lo necesario.

El enfermo comenzó a escandalizarse y a hablar alto. El Salier, con mucho sosiego, le respondió:

— Señor, como vuesa merced en esto es tenido de todos por tan eminente, tengo por cierto que mi sobrino, que agora es una bestia, saldría un águila dentro de breve tiempo.

Ayudaba uno a morir a un ahorcado, el cual repetía algunas veces:

— ¡Válgame la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo!

Díjole el que le ayudaba:

— Hermano, dejad ahora a la Trinidad y acordaos de Jesucristo Nuestro Señor, que es lo que importa y lo que hace al caso.

Plata, fraile franciscano, siendo guardián en un convento, fue el provincial con la comitiva ordinaria de otros frailes a visitarle. Quejáronse los frailes de que los trataba mal de palabra y de obra muchas veces. Reprendióselo mucho el provincial, y estuvo cerca de no absolverle; pero él mostró arrepentimiento y ofrecióle para en adelante la enmienda. Con esto, al despedirse el provincial, dijo el Plata quedito a no sé qué tantos frailes:

— Irse ha el huésped y comeremos el gallo.

Ellos, creyendo que era amenaza y que debía tener ánimo de vengarse en volviendo el provincial las espaldas, fuéronse a él, que estaba ya sobre la mula, y diéronle sus quejas. El provincial estuvo para apearse, llamó al Plata y díjole ásperamente lo mal que lo hacía. Respondióle él muy sesgo:

— Pues ¿qué dije yo sino que ido vuestra paternidad nos comeríamos el gallo? Porque si cuando vino vuestra paternidad teníamos cincuenta gallinas y un gallo, y ahora se han muerto todas para regalar a vuestra paternidad y a los que le acompañan, ¿qué hemos de hacer del gallo sino comerlo?

Un moro, alcaide, que estuvo en Nápoles un tiempo, hombre de buen entendimiento, contaba al conde de Villamediana que diciéndole un día que pues tenía tan buen discurso debía conocer la verdad de nuestra ley y hacerse cristiano, le había respondido, después de haber estado un rato suspenso, como pensando en lo que debía resolverse:

— Cristiano, no, no, no; cristiano, no; cléregue, sí; cléregue, sí.

Osorio, el representante, oyendo decir que en Madrid querían reformar las comedias, quitando las mujeres por la disolución de que eran causa, respondió:

— Harto mejor las reformarían quitando a los maridos.

Hubo un albañil muy conocido en Alcalá de Henares. Tuvo tres hijos, y enseñóles su oficio a todos tres, y aun-

que pensaba muy bien, no reparaba en guardar, comiéndoselo todo. Llegó a morirse, y viendo a sus hijos muy tristes de que no les dejaba nada más que el oficio, díjoles para consolarlos :

— Hijos míos no me tengáis por descuidado de vuestro bien, que además del oficio que os he enseñado, media calle Mayor y cuantas casas he fabricado de mi mano, todas han sido sobre falso ; muy presto se irán viniendo al suelo y tendréis obras que os sobren.

Don Benito de Cisneros, el loco, estando sentado a una ventana, rogó a un hombre honrado que acaso pasaba por la calle, que subiese arriba, que tenía un negocio con él. Creyólo el hombre, y subió. El D. Benito cerró la puerta en entrando, y díjole que diese un salto de la ventana abajo ; si no, que juraba a Dios que le había de arrojar de ella. El hombre, apremiado de la necesidad, le dijo :

— Señor, saltar de esta ventana a la calle es cosa de poca dificultad y que cualquiera lo hará. Otra prueba haré yo muy más difícil, si vuesa merced me da licencia : que saltaré de la calle a la ventana.

Dio y tomó el loco sobre ello, hasta que vino a contentarse que fuese a hacer la prueba. El hombre, que se vio libre, pidióle desde la calle perdón, y fuese a su casa, quedando el loco corrido de la burla.

En el lugar de las Cabezas hubo un cura de quien el pueblo se quejaba de que ni les echaba las fiestas ni les avisaba cuando era día de ayuno.

Diciendo, pues, la misa mayor, día de San Lorenzo, volvióse al pueblo al tiempo del Ofertorio, diciendo :

— Ayer fue vigilia del señor San Lorenzo y hubo obligación de ayunar, so pena de pecado mortal, y hoy es fiesta de precepto con obligación de oír misa entera. Dígolo por que no me acuséis de que no os aviso con tiempo de lo que estáis obligados.

En un monasterio de monjas, en Madrid, hay muchas voces excelentes. Preguntáronle a un caballero cuál era la que mejor cantaba de ellas, y respondió :

— La que canta.

Respuesta semejante a la que dio uno en Sevilla, preguntado cuál de los hijos de Ruy López era más tonto :

— El que primero se encontrare.

Una mujer que tenía a su cargo la plata en casa de Alonso de Salinas, contaba un día tres docenas de trincheros y faltábale uno al cabo de la cuenta. Quejábase a todos diciendo :

— Señores, no sé qué es esto ; estas dos primeras docenas siempre las hallo justas ; pero no sé qué tiene esta postrera que aquí es donde me falta un platillo.

El duque de Lerma enriqueció con cien mil cuadros y jaspes y relicarios el convento de San Pablo, de Valladolid. Entró un día a bendecir la iglesia Vigil de Quiñones, el obispo. Era despepitado, y de cuando en cuando decía bajito, echando la bendición :

— ¡Válgate el diablo ladrón, y lo que has hurtado !

Un salteador tenía costumbre de todo lo que robaba partir por medio con aquel a quien le tomaba. Robando a uno que no tenía más que siete pesos, dijo :

— De éstos, me pertenecen a mí no más que tres y medio ; mas ¿cómo haremos a uno y medio que volver?

El pobre le dijo :

— Señor, llevaos en buena hora los cuatro.

Respondió el salteador :

— Hermano, con lo mío me ayude Dios.

Don Diego del Alcázar, señor de Collera, contaba que había cenado mucho. Díjole uno :

— Mal hace vuesa merced en cenar tanto, porque al día siguiente amanecerá sin gana de comer.

Respondió :

— Señor, por mucho que cene, es cosa cierta que al día siguiente he de amanecer en ayunas.

Salióse un caballero de una iglesia donde muchas veces, en diferentes altares, alzaban a Nuestro Señor Jesucristo, y preguntado por qué se salía, respondió :

— Sálgome porque dentro no hay quien se averigüe con Nuestro Señor Jesucristo. Alzanle aquí, álzanle allí tan a menudo, que no podía valerme con su Divina Majestad.

Culpó la Reina Católica a Hernando del Pulgar, su coronista, que refiriendo en su historia cierta acción del Rey Católico, su marido, no la puso en nombre de ambos como se le había ordenado.

Parió poco después la Reina a la Princesa doña Juana, y escribió Hernando del Pulgar:

«En tal día, a tal hora, parieron los Reyes una hija».

Dijéronle a la duquesa de Feria, vieja, que una señora pretendía que la llamasen por fuerza señoría, y que estaba resuelta de no llamárselo a la duquesa si no se lo llamaba. Respondió discretamente:

— Si yo la llamo señoría, será una gran necedad mía, y si ella no me lo llama, será una gran necedad suya. Pues si una de las dos ha de hacer esta necedad, mejor que la haga ella antes que yo.

En el convento de Sancti-Spíritu, de monjas, de Salamanca, es riguroso el Estatuto de limpieza, y son muy pocas, y preguntando una persona a una monja vieja cómo eran tan pocas religiosas, respondió:

— Señor, muchas personas honradas no quieren, por enterrar una viva, desenterrar muchos muertos.

Doña Teresa de Mendoza, mujer de Zapatilla, estando asomada a una reja, dijo a un pobre que la pedía limosna de la calle que entrase en casa y se la daría. Dijo el pobre:

— ¿Es posible que ha de ser tan grande la limosna que vuesa merced me ha de dar que no cabe por esa reja?

Sacaron una imagen de devoción en Baeza por un aprieto de muchas aguas, que siempre las sacaban por falta de agua. En saliendo la procesión a la calle, empezó a llover mucho más, y dijo muy apriesa un cofrade:

— ¡Cuerpo de Dios! Digan para qué la sacan, que pensará que le pedimos lo mismo que en los años secos.

Negaba un confesor la absolución a un penitente porque no dejaba la ocasión de una mujer con quien trataba, y viéndose apretado, le dijo:

— Padre: pues vuesa paternidad gusta de esto y me lo manda, dejemos esta mujer y tomemos otra.

Salió un clérigo portugués de la rota del Rey D. Sebastián, en África, con una saeta clavada en la cabeza, y, curándolo, dijo el cirujano:

— Es menester ir con mucho tiento en sacarla, porque si toca a la tela de los sesos, acabará de romperla.

Respondió:

— Tire vuesa merced seguramente, que no es posible que tenga seso en la cabeza quien vino a esta jornada.

Estaba sobre una mesa, a la puerta de una tienda, cantidad de medias de seda para vender. Pasó un hombre de razonable pelo y parecióle que no había quien guardase aquellas medias. Al pasar a raíz dellas, cogió un par disimuladamente. El dueño que se había puesto al sol un poco lejos, vio lo que pasaba, y no atreviéndose a decir claramente a un hombre honrado, al parecer, que le volviese las medias, tomó por expediente decirle:

— Señor, por ese precio no me es posible dar las medias, porque pondría dinero de mi caja.

El hombre, entonces, respondió prontamente, sacando las medias de la faltriquera:

— Pues si no las puede dar por este precio, no las quiero, ni daré una blanca más por ellas.

Un viandante hallóse sin dinero en un lugarejo de Castilla, y tomó por remedio hacer pregonar por el lugar que quien quisiese una mula prodigiosa, que tenía la cabeza donde otras mulas tienen la cola, fuese a tal mesón, que a cuatro maravedís la enseñaría. Juntóse medio lugar, y cuando los tuvo juntos y cobrado el dinero, fuélos llevando en procesión por la puerta de la caballeriza,

donde tenía la mula con la cola atada a un pesebre y la cabeza donde otros ponían la cola.

El cardenal de Toledo D. Bernardo de Rojas mandó llamar a un sastre para que le cortase de vestir de una pieza de chamelote morado, muy fino, que le habían traído de Italia. Midió el sastre las varas que había, y dijo que no tenía bastante recado para hacer el vestido, y que así no se atrevía a cortarlo, porque para lo que faltaba no se hallaría en Toledo otro pedazo de la misma tela igual en el color. Y en la verdad, pesóle al cardenal, y despedido el sastre, y por ver si tenía remedio, mandó llamar otro, el cual se ofreció que con las varas que allí había le haría el vestido muy a su gusto, como lo cumplió, trayéndolo presto acabado, y juntamente vistió a un hijuelo suyo pequeño de un pedazo del mismo chamelote que había sobrado. Maravillóse de esto el cardenal, y culpando al primer sastre, preguntó al que hizo el vestido :

— ¿Cómo no halló aquí fulano lo que era menester para vestirme y vos lo habéis hecho y sobrado también para vestir este niño?

Respondió :

— Señor, porque su hijo es mayor que el mío.

En el año 1622, tras de haber muchos en el Consejo de Estado, hizo el Rey Felipe IV no menos que cinco de una vez. Don Diego de Toledo, el día siguiente, fue el primero a ir a Consejo. Entraron con él hasta la sala sus criados. Díjoles :

— Advertid que ésta es la sala donde nos juntamos a Consejo y ésta es la puerta por donde entramos.

Dijo uno de los criados :

— Pues, ¿qué manda vuesa merced?

Respondió :

— Héoslo dicho con tiempo para si un día de éstos os hicieren del Consejo de Estado, tengáis sabido por dónde habéis de entrar y dónde habéis de juntaros.

De un muy mal predicador, y que mientras más estudiaba un sermón lo predicaba peor, decía uno :

— A fulano le aconsejara yo que piense lo que ha de decir primero que lo diga, y cuando lo haya pensado muy despacio, que no lo diga.

Algo se parece esto a lo que uno muy enemigo de morcillas solía decir: que para comer una morcilla se había de asar a fuego y luego echarle su naranja, meterla entre dos platos y ponerla en el pretil de una ventana y con un puntapié echarla a la calle.

Saliendo D. Gabriel Zapata acompañando a un caballero que había venido a visita, hacía el huésped mucho esfuerzo por detenerle, asiéndolo de la capa, que era de bayeta y muy vieja. Y al fin, temiendo no se la rasgase, le dijo :

— Señor, esta mi capa más se ha de tratar con maña que con fuerza.

A tan buen propósito como éste, dijo esto mismo un hombre cuerdo que, estando oyendo misa, sintió que uno que estaba junto a él forcejeaba por sacarle una bolsa de la faltriquera, que, por desgracia, se le había trabado de algún estorbo que le impedía el sacarla libremente. Volvióse a él y díjole muy quedo :

— Señor hidalgo, ese negocio más se ha de hacer con maña que con fuerza.

Ayudaba a morir a un ahorcado un religioso, y con la fuga del hablar trastrocósele la lengua y díjole :

— Acordaos, hermano, de aquel aceite y vinagre que dieron a Nuestro Señor en el árbol de la cruz.

El hombre era humorista, y, con todos sus duelos, respondió :

— Padre, más talle tiene eso de gazpacho que de Pasión de Jesucristo.

Queriéndole arrojar el verdugo, dijo a gran priesa :

— Padre, dígale que aguarde un poquito, que quiero mirar esta gente, que todo es menester para pasar este trance.

Un fraile de San Francisco, muy llano, quejábase al conde de Palma de que siendo letrado y habiendo muchos años que residía en Sevilla, nunca había tenido la dicha de tener por hijos de confesión sino oficiales y gente baja. Díjole el conde :

— Por fuerza yo quiero, de aquí adelante, ser hijo de confesión de vuestra paternidad.

Agradecióselo mucho el fraile.

— Pero ha de ser con una condición— añadió el conde — : que me ha de dar siempre la absolución antes que me confiese.

Púsose el fraile pensativo y salió, al cabo de rato, con decir :

— Bien hace vuesa merced en sacar partido de que se le dé la absolución antes de confesarse, porque después temo mucho que se la había de negar.

Muerto el Rey Felipe II, su último y gran privado, D. Cristóbal de Mora, retiróse de buena gana a Lisboa, su patria, donde, a ratos, se ocupaba en pescar con una caña. Estando un día en este ejercicio, llegó el ordinario de Madrid, y su secretario trájole el pliego de cartas e íbaselas leyendo mientras él, con su caña, estaba atento por si picaba algún pez. En una de las cartas avisaba un amigo que había muerto en Alcalá de Henares García de Loaisa, despechado de que le ordenaron que saliese de Madrid y se retirase a su iglesia. Dijo entonces D. Cristóbal :

— Pescara él como yo y no muriera tan presto.

Estando una noche el racionero Pablo de Céspedes contando no sé qué historia con unos amigos, comenzó uno a dar voces en la calle, encomendando, como se suele, las ánimas del purgatorio. Interrumpió su cuento al racionero, y amohinóse de suerte que, alzando al cielo las manos, dijo :

— Bendito seas tú, Argel, donde no hay ánimas de purgatorio ni quien las encomiende por las calles y estorbe a los que están en conversación hablando en lo que les cumple.

Solía hablar con todo este respeto del Gran Turco y de la Reina de Inglaterra :

— *El señor Gran Turco, la señora Reina.*

Comió una vez en el colegio de la Compañía, día del beato Padre Ignacio, y sobremesa, estando con todos los padres, dijo muy mesurado :

— Tres personajes valerosísimos ha llevado este siglo : Barbarroja, el Padre Ignacio y la señora Reina de Inglaterra.

La mujer de Antón de Ávila, pidiéndole una criada de una vecina suya, desde la puerta de la sala, un par de panes prestados de parte de su ama, decía con mucha flema :

— Venid acá, hija ; poca crianza os enseña vuestra señora. Haced una reverencia y otra a la mitad del aposento, y otra cuando llegáredes cerca ; hincaos de rodillas y decid : « Mi señora besa las manos de vuesa merced ».

Cuando hubo hecho todas estas diligencias, díjole muy mesurada :

— Decid a vuestra ama que le beso las manos y... que no los tengo.

Andaba un hombre en la feria buscando un pedacillo de paño de color semejante al de un ferreruelo casi nuevo que traía puesto de paño, para suplir un pedazo que le faltaba delante, y se le habían roído los ratones. Violo un ladronzuelo, y diestramente cortóle de detrás del mismo ferreruelo, y púsoselo delante diciendo si era a propósito aquel pedazo de paño. El hombre cotejólo, y viéndolo semejante, preguntó cuánto quería por él. Pidió el ladrón cuatro ducados, y estuvo firme hasta que se los dio. Fue con su paño a casa muy contento y halló en falta en el ferreruelo.

Muriósele a un villano un jumento, con el que había ganado mucho caudal acarreando. Con la ignorancia y sencillez de tal, procurando agradecérselo en lo que podía, hallándose compadre del sacristán del pueblo, intentó enterrarlo en la iglesia. El sacristán dificultó la posibilidad del caso sin que fuese sabidor el cura. Comunicáronselo y él los respondió ásperamente ; pero persistiendo el rústico en su intento, amagó al compadre sacristán con algunos escudos que le facilitaron la materia, y, con efecto, se enterró el jumento. A pocos días descubrió el cura el hecho, y, lleno de cólera, dio cuenta a la Chancillería de Granada (por medio de un vecino), la cual envió un receptor a la averiguación del caso, acriminándolo mucho. Comenzó a hacer grandes diligencias, de las cuales estaban muy medrosos el villano y sacristán, que conociéndolo otro villano, pobre y muy sutil, les dijo que no se afligiesen, que él los sacaría

del trabajo en que los consideraba en aquel mismo día, si le daban para ello cien escudos, y para él ciertos cahices de trigo, y afianzándoles con buenas razones su ofrecimiento, le entregaron lo que pedía. Él se fue al receptor y dijo que tenía mucho que decir en el pleito del enterrado borrico. Oyóle el receptor y él dijo :

— Señor, tengo noticia que su merced ha venido a hacer pesquisas. Si es verdad que en este pueblo se enterró un asno en la iglesia, y para descargo de mi ánima, que es verdad que se enterró y que el asno lo merecía, porque era muy sesudo e hizo testamento, y aun en él le deja a su merced una manda de cien escudos, que yo traigo aquí.

El receptor, que tal oyó y tal vio, dijo :

— Borrico que tal hace, *requiescat in pace*.

Y aquel mismo día se fue del lugar.

Esteban de Garibay

En un manuscrito de la Academia de la Historia se han conservado estos cuentecillos, con el título de *Cuentos de Garibay*. Consideran los doctos que su autor —o, mejor dicho, colector, pues casi todos pertenecen al saber popular— pudo ser el historiador guipuzcoano del mismo apellido.

Era don Esteban de Garibay y Zamalloa natural de Mondragón (1525-1599). Fue buen humanista y escribió, sin sentido crítico, *Los cuarenta libros del compendio historial de las crónicas* (Amberes, 1571) y las *Ilustraciones genealógicas de los Reyes de España* (Madrid, 1596). Residió en Toledo al final de su vida y quizá recogió allí estos chistosos cuentecillos y agudezas. La colección pasó casi enteramente al *Libro de los cien tratados*, recopilado por Melchor de Santa Cruz de Dueñas (Toledo, 1576).

CUENTOS DE GARIBAY

Un herrero de un lugar mató a un hombre. Fue condenado a ahorcar. Juntóse casi todo el pueblo, y dijeron al alcalde que no le ahorcase, porque era muy necesario al pueblo, que no podían pasar sin herrero para que hiciese rejas y azadas y herraduras. El alcalde dijo que no podía sino hacer justicia de él. Respondió un labrador:

— Señor, en este lugar hay dos tejedores, y para un lugar pequeño basta uno. Ahorcad un tejedor, en lugar del herrero.

Andaba un escudero después de las diez de la noche por la ciudad, y un alguacil topóle, y díjole el escudero:

— Señor, ¿sois vos el que quitáis las armas?

Respondió el alguacil:

— Yo soy el que las puedo quitar.

Dijo el escudero:

— Pues hacedme merced de quitarme unas corazas que tengo empeñadas en casa de un pastelero.

Un carbonero vendió una sera de carbón, y cuando la hubo vaciado hurtó una sartén y metióla en la sera. La huéspeda que le compró el carbón, preguntóle si era el carbón de encina. Dijo el carbonero:

— Señora, al freír lo verá.

Llevaban, en Sevilla, azotando a un rufián y a una cantonera, y yendo así, volvió la mujer al rufián, y díjole:

— Por vos, mal hombre, me azotan a mí.

Díjo el rufián:

— Pues, ¡pese a tal, cantonera!, ¿quédome yo en la posada?

Ahorcaban en Toledo a un hombre, y al tiempo de arrojallo de la escalera, pidió que le diesen a beber. Trujéronle un copón de vino, y en tomándole, sopló el espuma que tenía. Preguntóle el verdugo que por qué la soplaba. Díjole el que ahorcaban que porque era muy mala para los riñones.

En Alcázar de Consuegra y en Yébenes tienen de costumbre que el día del Corpus Christi hacen un infierno, donde están los que son diablos, y, saliendo por la plaza, meten en el infierno a muchos de sus amigos, y danles allí muy bien de almorzar.

Sucedió aquel día una cuestión muy trabada, donde hubo muchos heridos. Vino un pesquisidor sobre el negocio, y preguntando a uno cómo había pasado aquella cuestión, respondió que no sabía nada de ello, porque cuando aquello pasó estaba él en el infierno.

Topando un alguacil después de la queda a un hombre, díjole:

— ¿Qué armas lleváis?

Respondió:

— Un puñal.

Llegó a él y descubriólo, y vio que llevaba un jarro con vino. Tomó el

alguacil el jarro y bebióse todo el vino, y díjole:

— Tomá el puñal, que yo os hago gracia de la vaina.

Subió un gallego a un nogal. Cayó de él abajo. Quebróse una pierna. Dijo otro que estaba allí:

— Consolaos, hermano, que Dios os hizo merced, que no os matastes.

Respondió el gallego:

— De esas mercedes no haga Dios muchas.

Leyéndole a un delincuente una sentencia, por la cual le condenaban a que le hiciesen cuartos, dijo al juez:

— Suplico a vuesa merced me mande hacer reales o otra mejor moneda.

Respondió el juez:

— Mejor es cuartos, que es moneda menuda, porque la pueden llevar los cuervos.

Habiendo azotado a una hechicera que iba encorozada, al tiempo que el verdugo la abajó del asno, pidióle que le pagase, y dándole cuenta del papel y colores de la coroza, ella le pagó, y le dijo:

— Hermano, pues tanto cuesta, dádmela acá, que presto la tornaremos a haber menester, y estará pagada.

Un enfermo hizo llamar un médico, y mostrándole la orina, vio que era de sangre, y preguntóle:

— ¿Coméis bien?

— Sí, señor.

— ¿Dormís bien?

— Sí, señor.

Díjole el médico:

— Pues yo os daré con qué se os quite todo eso.

Diéronle a un hombre una pedrada en un ojo, que se lo echaron fuera. Preguntó al cirujano que se lo estaba curando:

— Señor, ¿perderé el ojo?

Respondióle el cirujano:

— No, que yo lo tengo en la mano.

Un médico envió por un albéitar que le curase una mula, y a la segunda visita dábale cuatro reales. Díjole el albéitar:

— Señor, no tenemos costumbre de llevar dinero a los de nuestra facultad.

Un padre tenía un hijo necio, y queriéndole desposar, encomendóle mucho que no hablase, por que no entendiesen que era necio. Y estando todos asentados a la mesa, los parientes de la novia dijeron que parescía el desposado necio, como no le vían hablar; y oyéndolo el desposado, dijo a su padre:

— Señor, bien puedo ya hablar, que ya me han conostido.

Perico de Ayala, truhán del marqués de Villena, que después fue del Emperador, fue a visitar a D. Francés, moribundo, y díjole:

— Hermano, ruégote que cuando estés en el cielo ruegues a Dios que haya merced de mi ánima.

Respondióle D. Francés:

— Átame un hilo a este dedo meñique, por que no se me olvide.

Y luego murió.

Un paje enojó a un mayordomo, el cual lo hizo desnudar, y lo azotó. Después de azotado, díjole que se vistiese. Respondióle el paje:

— Señor, los vestidos no son míos, porque de derecho son del verdugo. Vuesa merced se los lleve.

Un muchacho era muy hermoso y agudo, y, mirándole un caballero, dijo:

— ¡Válame Dios, que todos los muchachos y hermosos, cuando son agudos de pequeños, son grandes necios de grandes!

Dijo entonces el muchacho:

— Más que agudo debía ser vuesa merced cuando muchacho.

Casándose un tesorero de la Emperatriz, llamado Francisco Persoa, que era portugués, que era él muy chiquito, con una mujer que era muy grande y apersonada, la primera palabra que le dijo después que los desposaron fué:

— Señora, de aquí adelante yo seré el Francisco, y vuesa merced será la Persoa.

Un caballero pequeño, para hablar a una dama, púsose una noche de pies

sobre una mula en la silla, y cayó. La dama le preguntó cómo había caído. Respondióle :

— Hurtóme la bestia el cuerpo.

Respondióle ella :

— Bien era ella bestia quien tal cuerpo hurtaba.

Haciendo examinar a un hombre pobre y chiquito, pidió que le leyesen la obligación, y leyéndosela, cómo obligaba su persona y bienes, respondió :

— Asentá, señor ; que ni tengo persona ni bienes.

Escribió un caballero una carta a un hombre muy chiquito, y escribióla a lo ancho del papel, como escriben las cartas de ejecución, y púsole al pie de ella :

Quise escribilla al través
por que al señor a quien fuere,
al tiempo que la leyere,
no le arrastre por los pies.

Preguntó un señor a un caballero cómo se llamaba una señora que era muy larga de cuerpo. Dijo el caballero :

— Señor, llámase Esperanza.

Respondió el Gran Capitán :

— Muy larga es para Esperanza.

Llevaba un caballero de la mano una mujer muy hermosa y muy gorda, y iba cansado de llevala, y topando a un amigo suyo, díjole :

— ¿Qué haré, que voy muy cansado?

Respondióle :

— Echaos con la carga.

Un converso rico púsose un sayo con una guarnición de unas llamas de fuego bordadas en él. Viole un caballero y díjole que estaba muy galán, aunque corría peligro, por ser la casa pajiza.

Un día del Señor San Benito convidó uno a dos o tres amigos suyos, y al tiempo que alzaron los manteles, el uno de ellos dijo :

— Plega a Dios que muchos San Benitos veamos en la casa de vuesa merced.

Un padre reñía a su hijo porque no se levantaba de mañana, y dábale por ejemplo que uno se había levantado de mañana y había hallado una bolsa con muchos dineros. Respondió el hijo :

— Más había madrugado el que los perdió.

Saliendo el Rey D. Sebastián de Portugal, en Lisboa, a la carrera, preguntó a dos alguaciles que allí estaban que cómo no corrían ellos. Respondiéronle que ellos no corrían sino tras ladrones. Díjoles el Rey :

— Pues corred uno tras otro.

Cobijábase mucho una señora la boca por que no le viesen una perilla que tenía ella en el labio. Díjole un gentilhombre que él le daría con qué se la sanase, que era poniéndole un poco de saliva suya en ella. Respondió la señora :

— Para las almorranas he yo oído decir que es eso singular medicina.

Una señora estaba de parto y con grandes dolores. Prometía con juramento de no ponerse en su vida en ocasión de estar preñada, por no verse en semejante trance, y en acabando de parir, dijo a una doncella suya, que tenía una candela de Nuestra Señora de Montserrat encendida :

— Mata ese cabillo, y guárdamelo para otras veces.

Decía un gentilhombre a una señora :

— Beso pies y manos de vuesa merced.

Y ella le dijo :

— ¿Por qué os olvidáis, señor, de otra estación que está en medio?

Una señora de más de cincuenta y cinco años deseaba hacerse preñada. Dijéronle :

— A la vejez, ¿para qué?

Respondió :

— Por gozar nueve meses de regalo, cuarenta días de cama y dos años de cantares.

Quejándose uno a otro de la carestía de la cebada de Toledo, diciendo que si no llovía que creía que habían de morir todas las bestias, respondió el otro :

—¡Plegue a Dios de guardar a vuesa merced!

Un hombre de buena disposición ofrecióse de acompañar a un canónigo que era muy chiquito, el cual no consentía que le acompañase. Preguntáronle que si lo hacía por que no viese la miseria de su casa. Respondió :

— No lo hago sino por que no me culpen que voy a pie, llevando la bestia a par de mí.

Entró un labrador en casa de un señor de este reino preguntando :

— ¿Adonde está su merced?

Respondióle un criado :

— Su señoría ahí dentro está. Su merced no la veréis.

Quejándose unos criados a su amo de su mayordomo, porque cada noche les daba a cenar rábanos y queso, el señor, muy enojado, mandó llamar al mayordomo y díjole si era verdad que cada noche les mandaba dar rábanos y queso. El mayordomo respondió que sí. El señor, riñéndole mucho, dijo :

— Pues mirad que os mando que una noche les deis rábanos y otra noche queso.

Un caballero muy escaso era enemistado, y temíase que no le diesen yerbas. Tomó un criado para su servicio y dióle por aviso que solamente le había de servir de hacelle salva en todo lo que comiese, y que le daría cada mes tres reales. El cual, pareciéndole que era poco, despidióse diciendo :

— Antes creo que morirá vuesa merced de hambre que de yerbas.

Un vizcaíno, habiendo parido su ama, fue corriendo a pedir albricias a su amo del parto de su mujer, y cuando se lo dijo, le preguntó el amo :

— ¿Parió hija?

Dijo el mozo :

— Mejor, señor.

Replicó el amo :

— ¿Parió hijo?

Dijo el vizcaíno :

— Mejor, señor.

Dijo el amo :

— Pues ¿qué parió?

Respondió el vizcaíno :

— Señor, una hija muerta.

Pariendo la marquesa de Elche, doña Juana de Portugal, dos hijas : la una viva, que fue doña Isabel de Cárdenas, que después fue duquesa de Feria, y la otra muerta, llevó la nueva de ello un correo al condestable de Castilla, y pidiéndole albricias, mandóle dar cincuenta ducados, y díjole :

— Mira que estos cincuenta ducados no os los doy por la viva, sino por la muerta.

Jugando un mercader con un capitán, cada vez que el capitán perdía, echaba un pese a tal. Al cabo, el mercader le ganó todo el dinero, de lo cual enojado el capitán se lo quitó todo. Entonces el mercader le dijo :

— ¿Para qué renegaba vuesa merced, si al cabo me había de quitar el dinero?

Convidando a uno a cenar, pusiéronle rábanos al principio de la cena. El cual dijo :

— En mi tierra, a la postre ponen esta fruta.

Respondió el que le convidó :

— Y aquí también.

Sirvieron a la mesa del señor unos peces pequeños a un fraile, y al señor, grandes. Estaba a la mesa un fraile, y no hacía más que tomar de los peces chicos y ponellos al oído y echallos debajo de la mesa. El señor miró en ello y díjole :

— Padre, ¿huelen mal esos peces?

Respondió :

— No, señor ; sino que pasando mi padre un río, se ahogó, y preguntábales si se habían hallado a la muerte de mi padre. Ellos me respondieron que eran muy pequeños ; que no, que esos de vuestra señoría, que eran mayores, podría ser que se hubiesen hallado.

Entendido por el señor, diole de los peces grandes, diciéndole :

— Tome, y pregúntesle la muerte de su padre.

Un señor bebía muy a menudo, y estando a su mesa otro caballero, parescióle que bebía bien, y díjole :

— Bueno va eso, señor don Fulano.

El caballero, que lo entendió por qué lo decía, dijo :

— Las mías, señor, son de cuando en cuando ; mas las de vuestra señoría son como aleluyas de entre Pascua y Pascua.

Díjolo D. Íñigo de Cisneros al cardenal Espinosa.

Un escudero convidó a otro a comer. El otro se excusaba por no darle la costa. El cual, porfiando, le prometió que no le trataría como a extraño, sino como amigo, con lo que él tenía de ordinario. Después de haberle dado de comer muy cortamente, díjole el convidado :

— En verdad, señor, que nunca pensara que éramos tan amigos.

Pidió un señor a sus criados de comer. Respondiéronle :

— Señor, no son las diez.

El señor dijo :

— Pues dénme de comer que en mi estómago son las doce.

Armando a un señor de este reino, estaba, de puro animoso, temblando, y díjole un criado suyo que le armaba :

— ¿De qué tiembla vuestra señoría?

Respondióle :

— Tiemblan las carnes de donde las ha de poner el corazón.

Un soldado, caminando en calzas y en jubón, nevando, y su pica en el hombro iba sudando, y dijéronle dos caballeros que le toparon :

— ¿Cómo vais sudando en tal tiempo, que con la nieve que cae vamos nosotros muertos de frío?

Respondió :

— Si vuestras mercedes trujeran todo lo que tienen a cuestas, como yo, de la misma manera sudarían como yo.

Un conde de este reino entró a besar las manos al Emperador, y era muy guardoso, y dio un truhán que le sabía la propiedad, a grandes voces:

— Este es-conde, éste es-conde.

De que rieron todos mucho.

A uno que estudiaba Filosofía, en una cuestión, diéronle con un plato en la cabeza, y alabándole otro estudiante delante de otros, de que era gran filósofo, respondió uno :

— ¿Cómo queréis que no sea gran filósofo, si tiene a Platón en la cabeza?

Un obispo de anillo tenía un criado vizcaíno, y díjole que fuese a un carnicero que se llamaba David, que le solía fiar carne, que le diese una asadura fiada y que, traída, se fuese a Palacio, para que se viniese con él. Predicando el obispo, traía autoridades de profetas en el sermón, diciendo :

— Dice Isaías, profeta... ; dice Jeremías, profeta... — Y mirando entonces donde su mozo estaba, dijo con descuido, prosiguiendo el sermón — : Pues ¿qué dice David?

El vizcaíno, su criado, pensando que a él se lo preguntase, respondió muy alto :

— David dice que jura a Dios que no dará asadura ni bofes si primero no pagas.

Un clérigo vizcaíno, criado de un cardenal, traía debajo de los hábitos un machete, el cual un día el cardenal se lo vio, y reprendióselo, y él respondió:

— Reverendísimo señor, no traigo yo armas para ofender a nadie, sino para algún perro.

El cardenal le dijo :

— Para que estéis seguro de ellos, cuando venga a vos alguno, decid el Evangelio de San Juan.

Dijo el clérigo :

— Señor, todavía es bien traerlo, porque hay algunos perros que no saben latín.

Un cura debía a cierto banquero unos dineros, el cual se los pidió, y el cura tomólo por la mano y llevólo al cementerio de la iglesia, que estaba lleno de yerba, y díjole :

— ¿Qué renta quiere vuesa merced que tenga de heredad que ha dos años que no se labra?

Daban a fray Dionisio un obispado en las Indias, y él respondió :

— El obispado, de suyo, es gran trabajo para quien ha de hacer lo que debe. Conosciendo yo mi flaqueza de no poder administrarlo como debo, es causa de caminar al infierno, e ir por las Indias es gran rodeo.

La Reina mandó a un caballero que iba a su tierra, que le trujese una hacanea. El cual trujo, cuando volvió, un caballo y una yegua, y la Reina le preguntó si había traído la hacanea que le dijo. Él le respondió que no, mas que había traído los maestros que harían la hacanea, como Su Alteza les mandase.

Cuando se acabó la guerra de Granada, dio el Rey Católico al marqués de Villena, en las Alpujarras, dos lugares, que fueron Serón y Tixola, por lo que había servido en la guerra, y diciendo esta merced a muchos caballeros que el Rey había hecho, dijo D. Alonso:

— Pues ¡voto a tal!, que pues el Rey ha dado al marqués a Serón, ¿qué no nos ha de caber a nosotros que le hemos servido a esportillas?

Hernán Ruiz Cabeza de Vaca era veinticuatro de Sevilla y veinticuatro de Jerez, y, pasando por una calle, preguntó un caballero a otro:

— ¿Quién es éste?

Respondió el otro:

— Una baraja de naipes entera.

Preguntó una a otro que había sido convidado a un banquete el día de San Juan qué tal había sido la comida. Respondió:

— Todo nos lo dieron frio, si no fue el vino, que estaba caliente.

Escribió un caballero en un sobrescrito de una carta a un pobre hombre: «A mi señor Primo».

Respondió en el sobrescrito de otra el pobre hombre:

Tal manera de favor
no me lo deis, ni lo quiero;
para primo, soy grosero,
y pobre para señor.

Uno escribió a un caballero de Sevilla que era xxiiij de Sevilla, y en el sobrescrito puso el 24 por suma, y leyéndolo uno, dijo que decía:

— Al muy magnífico señor fulano, dos equis y un cuatro.

Topando un hombre en la calle a un hombre corcovado, díjole:

— ¿De adónde eres, hombre corcovado?

Respondió:

— De las espaldas.

Decía uno:

— ¡Voto a tal, que el que me derribó estos dientes, que cayó a mis pies.

Preguntáronle quién era; respondió:

— Un guijarro.

Llegando un gentilhombre a una venta, preguntó si había de comer. El mesonero le dijo que pan y vino y parte de un capón que otro huésped estaba asando, si quería. Y ansí entró y dijo al que estaba el capón asando:

— ¿Podremos tener parte en ese capón?

El que lo asaba pensó que lo conoscía, y dijo:

— ¿Quién es vuesa merced?

Respondió:

— Soy Pero González Gaitán de Guevara.

El señor del capón dijo:

— En verdad, señor, que no hay para tantos.

Envió un caballero a un viejo y a una vieja, que eran enamorados, esta letra:

Las damas que están pasadas
y el galán ya viejo anciano
tienen el mal de milano:
las alas solas quebradas
y el pico y el papo sano.

Servía un caballero viejo a una dama, y un mancebo que también la servía díjole:

— No son todos para servir al amor.

Respondióle:

— Decíslo, señor, porque sois mozo y yo viejo. Pues hágoos saber que en mi tierra, por más mozo tienen a un hombre de cincuenta años que no a un asno de quince.

Riñendo dos, llamó uno al otro tornadizo. Mandósele por la justicia, conforme a la ley, que se desdijese y él consintió la sentencia, y dijo:

— Yo me desdigo que dije a fulano tornadizo, porque mentí en ello, porque

jamás se tornó, que tan moro se está como el primer día.

Burlándose un gentilhombre con unas señoras desenvueltamente, díjole una:

— Esté quedo vuesa merced, que le atarán por loco con una cuerda.

Respondió él:

— Seguro estoy que no la habrá ninguna entre vuesas mercedes.

Un canónigo de Toledo, muy chiquito de cuerpo, dijo a un fraile tuerto que pedía para las ánimas:

— Padre, necesidad tenéis de otro ojo.

Respondió el fraile:

— Y aun de otros dos, para poder ver cosa tan chica.

El protonotario Pedro Mártir, coronista de los Reyes Católicos, habiéndoles servido mucho, dieron a tres o cuatro confesores de los Reyes obispados, y deseándolo él ser, dijo:

— Entre tantos confesores, bien paresciera un mártir.

Un señor de este reino traía pleito sobre el Estado con cierto duque, y enamoróse de una señora que se llamaba doña Blanca, y casóse con ella. Fueron unos caballeros a hablar al padre sobre que no tuviese pena del casamiento. Respondióles el padre:

— No puedo dejar de tenerla, pues mi hijo, trayendo pleito por un ducado, se contentó con una Blanca.

Pasando un hombre por casa de una mujer que era amiga de un merino, la cual estaba hilando lana muy delgada, como se detuviese mirándola, ella le dijo:

— ¿Qué miráis?

Respondió:

— Señora, miro si esa lana es merina.

Traían pleito en una universidad sobre quién iría delante en los dotoramientos, los dotores canonistas o los de medicina. Preguntó el juez:

— Cuando llevan a ajusticiar a uno, ¿va delante el verdugo o el que llevan a ajusticiar?

Respondiéronle que el que justiciaban iba delante. Entonces dio por sentencia que los juristas, como ladrones, fuesen delante, y los siguiesen los médicos, como verdugos.

Estando D. Ramón de Cardona, virrey de Nápoles, en un banquete con muchos señores, a caso en la mesa había un capitán portugués, y el virrey, por pasatiempo, entendido que había portugués en la mesa, dijo que se había puesto un epitafio en Portugal, sobre su sepultura, un portugués, muy donoso. Apretándole los señores que estaban en la mesa que lo dijese, dijo el virrey:

— Lo que puso fue: «Aquí yaze Vasco Palla, que morro muyto contra sua voontade y si no morrera, se fachara en la batalla de alende».

El capitán portugués, visto que a él era aquel tiro, con mucho ánimo se levanta y dijo:

— Pues oigan vuestras señorías el epitafio que han de poner a su excelencia el señor virrey cuando se muera: «Aquí yace D. Ramón de Cardona, que faxó en la batalla de Rávena, y ansí fará en cuantas se fachare».

Los señores, por libralle la vida, echáronlo en chacota, y hiciéronselo tragar al virrey en burlas.

Proveyó el Rey de España, D. Felipe II deste nombre, por virrey de las Indias del Perú a don García de Mendoza, marqués de Cañete, y pasó al Perú con su mujer, dejando acá un hijo que tenían, llamado D. Hurtado. Estuvo en las Indias por virrey muchos años. Él era muy cuerdo y muy allegado, y de sus acostamientos que ahorró y mandas que algunos le hicieron, cuando volvió a España, y sin mujer, que se le murió allá, trujo grandísima riqueza y grandísima cantidad de plata labrada en cántaros, tinajas, braseros y otras vajillas; y por alegrar un día a su hijo, que ya estaba con él, le dijo:

— Todo esto, Hurtado hijo, es para ti.

Gentes maliciosas, que estaban presentes, glosáronlo como maliciosos, y uno de ellos dijo a los otros:

— Buena confisión ha hecho el marqués de Cañete (que ya lo era, por

muerte de D. Diego, su hermano, sin hijos), sin que haya habido necesidad de tormento.

De lo cual rieron todos.

Un clérigo era capellán de las galeras de Cataluña, y era general de ellas un caballero catalán, llamado D. Lope de Moncada, con el cual estaba muy a mal el clérigo; diole al general cierta enfermedad, de la cual murió, y a sus honras, por ser su entierro en un lugar no grande, hicieron que predicase el capellán, por no haber otro. El cual, puesto en el púlpito, dijo que había cuatro cosas muy diferentes: La primera era que había cosa que vivo era muy bueno, y muerto no valía nada. La segunda era que había cosa que vivo no valía nada, y muerto era bueno. La tercera era que vivo y muerto era bueno. La cuarta, que había cosa que vivo ni muerto no valía nada.

La primera cosa era el caballo, que vivo era bueno, y muerto no valía nada. La segunda era el puerco, que vivo no valía nada, y muerto era bueno. La tercera cosa era el buey, que vivo y muerto era bueno. La cuarta cosa era el lobo, como este caballero que ha muerto, que ni vivo ni muerto valió a nadie.

Un beneficiado de un lugar del obispado de Cuenca, muy rico, era un hombre en edad y muy humano de mujeres; topó a uno que pedía para los presos de la cárcel de Cuenca, al cual había preso la justicia en Cuenca porque decían tenía amistad con una mujer, y dicen se lo levantaron porque, aunque estuvo preso, no le hallaron nada. Topóle el beneficiado, y díjole:

— ¿Cómo ha sido esto, hermano? Y el sicilio y pobreza, ¿en esto ha parado?

El buen hombre, con mucha modestia, le respondió:

— Quiérole contar a vuesa merced un cuento: Sepa que la cabra y la zorra estaban enemistadas, y acordaron de hacer amistad, y fuéronla a hacer ribera de un río. La cabra estaba del otro cabo del río y la zorra deste cabo. Cada una rogó a la otra que pasase. La zorra decía que la cabra lo pasaría mejor, que aunque venía crescido que tenía fuerza y rompería el agua. La cabra decía a la zorra que ella lo pasaría mejor, que era liviana y la sustentaría el agua. Al cabo, pudo tanto la cabra, que pasó el río la zorra, y llegando al medio del río, como venía crescido, por no ahogarse y que la cola no se le hinchase de agua y le hiciese peso, alzó la cola en alto. Cuando la cabra la vio en aquel trabajo, como la quería mal, holgóse de ello, y no hacía sino dar carrericas y saltos. Al fin, la zorra pasó al otro cabo, y llegándole la cabra a dar el parabién de su pasaje, díjole la zorra:

« — Comadre, ¿qué carrericas y saltos eran aquellos que dábades cuando yo estaba en medio del río? ».

Dijo la cabra:

« — Comadre, como os vi alzada la cola, no pude dejar de holgarme ».

Entonces dijo la zorra:

« — Pues, comadre, teniéndola vos alzada todo el año, mejor lo hago yo, que no me alegro ».

Ansí me paresce, señor beneficiado, a mí.

Y entendido el negocio por los que estaban allí, rieron mucho el cuento, y tuvieron al hombre por muy avisado.

Luis de Pinedo

Casi nada sabemos del autor de este gracioso libro que, aunque escrito en castellano, lleva el título latino de *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici di Pinedo et amicorum*. Menéndez Pelayo opinaba que estas facecias fueron «compuestas no por una sola persona, sino por una tertulia o reunión de amigos de buen humor, comensales acaso de don Diego de Mendoza... De todos modos, la colección debió de ser formada en los primeros años del reinado de Felipe II, pues no alude a ningún suceso posterior a aquella fecha. El recopilador era, al parecer, castellano viejo o había hecho, a lo menos, larga residencia en tierra de Campos, porque se muestra particularmente enterado de aquella comarca. El *Libro de chistes* es anterior sin disputa al *Sobremesa* de Timoneda y tiene la ventaja de no contener más que anécdotas españolas... Se refieren casi siempre a los personajes más famosos del tiempo de los Reyes Católicos y del Emperador, lo cual da verdadero interés histórico a esta floresta». Desfilan por ella el Duque de Nájera, el Almirante de Castilla, el poeta Garci Sánchez de Badajoz y el gracioso médico Villalobos, personajes popularísimos en la Castilla de aquel tiempo, por sus dichos agudos. Otras anécdotas tienen importancia histórica y, a pesar de su interés, este libro permaneció inédito hasta 1890 en que lo publicó el benemérito bibliotecario don Antonio Paz y Melia.

LIBER FACETIARUM ET SIMILITUDINUM

Como un bulero predicase unas bulas y no bastase su persuasión a quererlas tomar los del lugar do predicaba, acordó usar de una astucia, y fue decir que no se le acordaba de otra cláusula que traía la bula, que era la más importante de todas, porque Su Santidad concedía a todos los que tomasen la bula que pudiesen comer carne en Cuaresma. Con esto, todos tomaron la bula. El comisario, cuando vio que su negocio se había hecho como quería, les dijo que, por lo que tocaba a su conciencia, les quería dar a entender aquella cláusula, que se entendía que había de ser carne de membrillos.

El alcaide de Antequera, cuando los moros le llevaban su mujer, rescatábala con gran suma. Los otros, creyendo que daría mayor suma, encarecíanla y andaban. Decía él:

— Juro a Dios, si la pasáis de aquel cerro, de no darvos un maravedí.

Dijo el duque de Alba, D. Fadrique al doctor Villalobos:

— Parésceme, señor doctor, que sois muy gran albéitar.

Respondió el doctor:

— Tiene vuestra señoría razón, pues curo a un tan gran asno.

El capitán Gayoso era un hombre femenino y de poca persona. Éste andaba en Italia servidor de una dama, por cuyo respecto hizo un banquete a otras damas, entre las cuales estaba la suya, y entre otras pláticas, dijo el Gayoso:

— Siempre he oído, señora, que la loba siempre se deja tomar del lobo más ruin y más sarnoso que de ninguno de los otros.

Respondió la dama, y dijo:

— Beato fuérades, Gayoso, si eso fuera verdad.

En un lugar de la montaña había venido de Salamanca un estudiante, hijo de una viuda, y sin saber qué profesión o ciencia había aprendido, importunáronle mucho que predicase un día los parientes; lo cual él, por importunaciones, aceptó, y estudió para su sermón como pudo; y puesto en el púlpito, como era cosa no usada para él, olvidó totalmente lo que traía que de-

cir, y como se vio perdido, al cabo de gran rato, dijo :

— Vosotros, señores, sabéis lo que quiero decir.

Dijo uno de los que allí estaban :

— Señor, dellos lo saben y dellos no.

Respondió él :

— Pues los que lo saben díganlo a los que no lo saben, y ansí lo sabréis todos. *Ad quam nos perducat*, etc.

Y bajóse.

En un lugar desta tierra había un hombre que se había hecho rico con salar carne y hacer cecinas de todos géneros de animales ; y hacíalas tan buenas, que tenía dello fama. Vino a morir y tenía un hijo, no muy avisado, el cual tenía amistad con un hidalgo del mismo lugar, que lo era no poco gracioso. Éste, yendo a consolar al amigo, entre otras palabras consolatorias, le dijo :

— No sé yo por qué no estás alegre y consolado, pues vuestro padre está en el cielo claramente.

Dijo el otro :

— Y eso, ¿cómo lo puedo yo saber?

Respondió :

— Si vos en ello mirásedes, veríades ser ansí sin falta, y es de esta manera : esta noche pasada, estando yo triste de la muerte de vuestro padre, que era tan mi amigo, y mirando al cielo acaso, acordéme de las siete cabrillas que suelo mirar cada noche y encomendallas mi ganado a su guarda, que es cosa muy segura ; y como no las hallase, ni hallé en todo el cielo, andándolas buscando maravillado, acordéme de la muerte de vuestro padre, y luego entendí que estaba en el cielo y que las habría echado en sal, como hacía acá ; y sin falta es ansí, porque después que murió no han parescido.

Creyó el necio lo que le dijo el otro, y con gran prisa fue a pedir albricias a su madre, que estaba muy llorosa y triste, y dijo con enojo al hijo :

— ¡Ah pecadora de mí, que no conoces las cabrillas! Pues porque las he visto después que fallesció el malogrado en el cielo, creo que no está en él, que si allá estuviera, las echara en sal, y por esto lloro y me fatigo.

Un portugués clérigo, tenía un podenco portugués, digo, nacido en Portugal, y olvidósele un día el breviario que rezaba, en parte que el perro le comió y rompió un pedazo dél. Enojado el portugués, dio muchos palos al podenco y después, arrepentido, llamóle, halagóle y dijo :

— Ven acá, *Barbicas* (que ansí se llamaba), corpo de Deus, que non credo en tal, si como eres can portugués, fueras castelao, si non te hiciera cagar os evangelhos que comiste.

Un caballero andaba con amores con una señora, y un cierto día fue de ella avisado que su marido se había de partir a cierta parte ; dio aviso al amante para que viniese al lugar que solía algunas veces. Sucedió que cesó la partida del marido, por manera que la señora se vio en gran confusión y peligro, porque el caballero vendría al lugar dicho y sería visto del marido, y no tenía medio como se lo hacer saber.

Estando en esta terrible congoja y miedo, como la necesidad sea inventora de cautelas y avisos, previno de presto de esta manera : hizo una C partida en dos partes, y púsola en un papel a la puerta de la casa por do había de entrar el amador. Era la C en esta forma : ℂ. El caballero, venido al concierto, y como avisado y discreto, vista la letra, y con diligencia examinado su significado, entendió que decía : « *C sola, negra, partida* ». (Cesó la negra partida.) Y tornóse del camino que llevaba.

El duque de Alba y el conde de Chinchón y otros caballeros, estando en Palacio, en Madrid, entró el condestable D. Pedro de Velasco en la sala do estaban, con una ropa de martas muy arrebozado, y como las martas fuesen de pelo crecido, tovo lugar el apodarle, especialmente el conde de Chinchón, que dijo que parescía puerco espín. Y desque el condestable ovo llegado a ellos, díxole el duque :

— Señor, el conde ha dicho que paresce vuesa merced puerco espín.

El condestable le respondió riéndose :

— Señor, si yo fuera puerco espín, ni el conde me conniera, ni vuesa merced me esperara.

Un caballero que yo conoscí en Salamanca, metióse fraile en San Francisco, y como sus criados llorasen, viéndole tomar el hábito, vuelto a ellos, dijo :

— No lloréis por mí, cuerpo de tal ; llorad sobre vosotros, bellacos, que por no os sufrir me meto fraile.

El marqués de Aguilar, D. Luis Manrique, fue decidor y gracioso más que parescía, y gran cazador. Estando un día debatiendo con un cazador suyo sobre caza, en presencia de muchos señores, dijo el marqués al criado :

— ¡Oh, cómo mientes, fulano!

Respondió él :

— Señor, si yo miento, vuestra merced me las gana arrimadas a la pared.

Estando con unos caballeros el cardenal Loaysa un día tractando de cómo no daba el Emperador obispados a sus confesores, especialmente a fray N. de Sant Pedro, que a la sazón lo era le dixeron que Su Majestad tenía determinado de no dar obispado a su confesor, si no fuesen cuatrocientos ducados para su gasto cada año.

El cardenal les respondió :

— Señores, a ése, mártir le llamo yo, que no confesor.

Como en un lugar de este reino loasen un recibimiento que se había hecho a un señor, dijo un truhán :

— Pues loáis este recibimiento, yo he visto otro harto mejor.

Preguntado cuál, dijo :

— A este mi perro se le han hecho mejor, que cuando vino a este lugar no quedó perro ni perra que no le viniese a oler y besar el culo.

El doctor Villalobos, estando la corte en Toledo, entró en una iglesia a oír misa y púsose a rezar en un altar de la Quinta Angustia, y a la sazón que él estaba rezando, pasó por junto a él una señora de Toledo, que se llama doña Ana de Castilla, y como le vio, comienza a decir :

— Quítame de cabo este judío, que mató a mi marido.

Porque le había curado en una enfermedad de la que murió.

Un mozo llegóse al doctor Villalobos muy de prisa, y díjole :

— Señor, por amor de Dios, que vayáis, que está mi padre muy malo, a verle.

Respondió el doctor Villalobos :

— Hermano, ¿vos no veis que aquella que va allí vituperándome y llamándome judío porque maté a su marido? — Y señalando al altar — : Y esta que está aquí llorando y cabizbaja, porque dice que le maté su hijo, ¿y queréis vos que vaya ahora a matar a vuestro padre?

Un caballero mandó derramar un cesto de huevos a una vieja. Quebráronlos : quejábase la vieja, llorando, que le pagasen los huevos.

Respondió el caballero :

— No llores, madre, que yo vos pagaré los huevos. Decidme, ¿cuántos son?

Respondió :

— Señor, no sé más sino que contando de dos en dos, sobraba uno ; si de tres en tres, sobraba uno ; si de cuatro en cuatro, sobraba uno ; ídem de cinco en cinco ; ídem de seis en seis ; si de siete en siete, venían justos.

Respóndese que han de ser los huevos trescientos uno.

Dijo el Emperador a una dama en Valencia, yendo hecho máscara :

— Señora, ¿cómo os fue con el duque?

Respondió la dama :

— Como a vos con la duquesa.

Soria, estando una vez malo, y aun a la muerte, hecho ya todas sus cosas como cristiano, al confesor se le olvidó de preguntarle dónde se mandaba enterrar, y tornó a preguntárselo. Respondió el Soria :

— Padre, no tengáis cuidado, que, después de muerto, la huéspeda le terná de echarme de casa.

Había en la plaza de Valladolid tres abaceras : la una tenía cincuenta huevos ; la otra tenía treinta, y la otra, diez. Llegó un despensero a comprar a la primera sus cincuenta huevos, y ansí compró los treinta y después los diez ; y comprándolos todos a un precio, vio por su cuenta que le costaban tanto

dinero los cincuenta huevos como los treinta. Pregúntase de la posibilidad de este caso.

Respondo:

— La mujer de los cincuenta huevos le dijo que le había de dar por cada siete huevos un dinero, y por cada huevo de los que no llegasen a siete, tres dineros; el despensero fue contento y así le pagó diez dineros: siete dineros por siete veces siete, que son cuarenta y nueve, y tres dineros por un huevo que faltaba para cumplimiento a los cincuenta huevos; por manera que le pagó por cincuenta huevos diez dineros. Llegó a la otra abacera a comprarle los treinta huevos: dijo que era contenta de vendérselos de la manera que la otra le vendió los suyos. Él fué contento, y ansí le pagó por los veintiocho huevos cuatro dineros y por los dos huevos que faltaban para treinta le dio seis dineros. Llegó a la de los diez huevos por el mesmo partido y diole por siete huevos un dinero y por tres restantes nueve dineros; por manera que costaron tanto dinero los cincuenta como los treinta y como los diez.

Don Diego de Acevedo rescibió por lacayo a un ganapán de muy buena disposición, y yendo por una calle un día el don Diego, venía un ganapán cargado con un lío grande, que por ser tan grande se allegó a descargarle sobre un tablero, y íbasele a caer, y el criado de don Diego, como hubiese usado el mesmo oficio y supiese en qué caía, arremetió a ayudar al ganapán, y el don Diego pasóse adelante, y después de cargado, volvióse para él don Diego, y reprehendiéndole porque le dexase assí y fuese ayudar al ganapán, le respondió:

— ¡Oh, señor yo os juro a tal que si hobiésedes usado el oficio tantico, que os comiésedes las manos tras ello.

Dijo un caballero a Resa, tiple del Príncipe (porque traía en su sombrero un cordón con unos botones muy gruesos y grandes):

— Señor Resa, frotaos la barriga; podrá ser que bajen abajo.

A esto mismo dijo una señora (porque el Resa le decía que ya no le quería por servidor, le recibiese por su capellán):

— Tampoco, señor.

Dijo Resa:

— ¿Por qué, señora?

— Porque ya que consagráis, no consumís.

Loó una persona que tenía buen vino a otro su amigo para que enviase por alguna cantidad moderada para su beber en la comida. El amigo envió dos o tres mozos con grandes vasijas. Respondió el dueño del vino, despidiendo a los mozos:

— Hermanos, no entendisteis bien a vuestro amo. Yo sé que él os envió al río y no a mi botillería.

Un fraile trasquilón pedía limosna por ciertas aldeas. Importunáronle los de un pueblo que predicase. No lo pudo excusar. Predicó la cuarta dominica de Cuaresma. Dijo que con cinco mil panes y dos mil libras de peces había hartado nuestro Redentor cinco mil hombres. Hóbolo de saber el prior, y preguntado si era verdad que había predicado aquella doctrina, respondió que sí. Reprendido del prior, y diciéndole que debió atenerse al Evangelio, replicó el fraile:

— Por el hábito que tengo, que aquello que prediqué no me quisieron creer; ¿qué hiciera si predicara lo que vos decís?

En Monzón de Campos estaba un hidalgo que había venido de las Indias, y un día, contando cosas de aquellas partes a otros vecinos, dijo:

— Yo vi una berza en las Indias tan grande, que a la sombra de ella podían estar trescientos de a caballo sin que les diese ningún sol.

Dijo otro, criado del marqués de Poza:

— No lo tengo en mucho, porque yo vi en un lugar de Vizcaya que hacían una caldera en la cual martillaban doscientos hombres, y había tanta distancia del uno al otro, que las martilladas del uno no oía el otro.

Maravillándose mucho el indiano, dijo:

— Señor, ¿y para qué era esa caldera?

Respondió el otro :

— Señor, para cocer esa berza que acabáis de decir.

Hernán Cortés me dijo que una beata, hermana de su abuelo, hizo cavar en una ermita cabo Medellín y hallaron una estatua de piedra con letras : « Vuélveme y verás qué hallarás ». Y vuelta estaba escrito : « Por volverme desta otra parte lo hacía ».

Estando en Salamanca predicando un día de Cuaresma el maestro Castillo, fraile franciscano en el monasterio de Sancti Spíritu, el año de 30, y reprendiendo las liviandades y pecados públicos de caballeros mancebos, y como estuviese entre otros caballeros allí en el sermón D. Diego de Acevedo, y casi le señalase y encrespase, levantóse de la silla en que estaba sentado, y revolviendo la capa al brazo, se mostró, y con la diestra tomando el espada, cada vez que el maestro decía su reprehensión, se mamparaba con la capa y espada junto, a modo de contender con otro. Y esto fue en presencia de todos los oyentes, que era gran concurso, que les movió no a poca risa, puesto que el maestro no cesó ni perdió el hilo de su sermón punto, ni hizo caso de ello, como si no lo viera. Yo lo vi *propriis oculis*.

El comendador del Hospital del Rey, extramuros de Burgos, trataba un pleito ante el alcalde Herrera. Uno de los testigos, después de haber depuesto mediante juramento, preguntado si quería decir más, respondió :

— No me mandó decir más el comendador.

En Florencia echaron a los nobles del pueblo los populares que gobernaban. Dieron un oficio principal a un remendón. Preguntóle un noble :

— ¿Cómo gobiernas?

— Haciendo lo contrario a lo que vosotros haciades.

Uno pidió de beber a un paje, diciendo :

— Paje, vino.

Respondió el paje (motejándole de converso) :

— Sí, vino, sino que vos no le conocisteis.

Dijo el duque del Infantado al doctor Fabricio, hablando de su vejez :

— Ahora veo más, puedo más, mando más.

(Porque un hombre le parecían dos ; llevábanle mula tras sí al cabalgar ; mandaba más veces la misma cosa.)

El Emperador, cuando vino la segunda vez a Castilla, después de las Comunidades, teníanle por hombre no muy sabio ; y entrando Antón del Río, vecino de Soria, a hablarle y besarle las manos, diciendo que suplicaba a Su Majestad tuviese memoria de sus servicios, porque había prestado muchos dineros a sus gobernadores y para gastos de Su Majestad, le respondió el Emperador :

— Vos habéis hecho muy bien, y si otra cosa hiciérades, vos me lo pagárades.

En este mesmo tiempo llegó la mujer de Quintanilla a Su Majestad suplicándole toviese por bien de perdonar a su marido (el cual estaba huído porque había sido comunero), pues ella había sido dama de la Reina doña Isabel y su marido criado ; y que pues esto era así, y ellos lo eran de Su Majestad, que toviese por bien de perdonarle. Respondió el Emperador :

— Por eso tengo yo más razón de castigarle, y él menos de enojarme.

A un pequeño que dijo que veía poco :

— Eso será cuando vos miráis en el espejo.

El gobernador de cierta ciudad pidió consejo a Tristán de Acuña si demandaría embaxada para Roma al Rey don Manuel :

— Pedid y dároslo ha, porque no sois para ello.

Don Rodrigo Pimentel, conde de Benavente, fue un señor muy temido de sus criados. Estando un día en Bena-

vente escribiendo unas cartas de importancia, y estando allí cerca ciertos pajes suyos tratando de miedos que le tenian, dijo uno de ellos :

— ¿Qué me daréis, que vaya, ansí como está, y le dé un gran pescozón?

Hicieron con él una apuesta los otros. Va el buen paje, como que iba a ver si quería algo y llega y dale un terrible pescozón diciendo :

— ¡Sant-Jorge!

Dijo el conde :

— ¿Qué es esto?

Respondió :

— Señor, íbale a vuestra señoría una grande araña por el pescuezo.

Levantóse el conde, alborotado, y dijo :

— ¿Qué se hizo? ¿Matástela?

Dijo :

— Señor, derroquéla y fuése.

Salióse un dia Garci Sánchez de Badajoz desnudo de casa por la calle, y un hermano suyo fue corriendo tras él llamándole loco y que no tenía seso. Respondió él :

— ¿Pues cómo? ¡Hete sufrido tantos años yo a ti de nescio, y es mucho que me sufras tú a mí una hora de loco!

Estando en las casas de Pedro de Cartagena, subióse encima de unas barandas un loco para echarse de unos corredores de allí abajo, y estando para echarse, viole el dicho Pedro de Cartagena de abajo ; y como le preguntase que qué quería hacer, le respondió que quería volar.

Pedro de Cartagena le dijo :

— Espera y subiré a quitarte el capirote para que veas por dó has de ir.

Y con esto le detovo hasta que subió y le quitó de allí.

En Cuéllar estaba un loco que se decía Chinato, y entrando en una iglesia, en una aldea de Cuéllar, decía misa un clérigo que tenía fama de converso ; y estando alzando a Nuestro Señor, comenzó el Chinato a dar grandes voces, diciendo :

— Señor, guárdate de las manos de tus enemigos, no te acontezca otro tanto como lo pasado.

En Toledo, en la casa de los orates, estaba un loco dando muy grandes voces con unos que habían entrado a ver la casa, diciendo :

— Yo soy el Ángel San Gabriel, que vine con la embajada a Nuestra Señorá, y dije : « Ave María », etc.

Respondió otro loco, que estaba allí junto a él, y dijo :

— Juro a tal que miente : yo soy Dios Padre, y nunca tal le mandé.

El contador Soto, siendo verano, traía un jubón muy estofado y muy alto de collar. Paresciéndole a su mujer del marqués de Poza, doña Marina Sarmiento, que le debería de congojar el jubón, le dijo :

— Jesús, señor Soto, ¿cómo traéis ese jubón, que os congojará mucho?

Respondió Soto :

— Señora, mas dejando la congoja aparte, ¿el jubón no está bueno?

Un hijo de algo deste reino fue denunciado en la Inquisición de que había comido carne en tiempo prohibido. Paresciendo ante los inquisidores, lo primero contóles su genalogía limpia, como lo era, y luego dijo :

— Pues que habéis, señores, entendido que ni soy judío, ni converso, ni moro, quiero que entendáis cómo tampoco soy gentil.

Y quitóse la capa y quedó en cuerpo. paseándose.

Era un hombre de harto ruin talle y disposición. Dando una vuelta, tomó su capa y salióse, y fuese sin otra pena, quedando con no poca risa los presentes.

Decía el Rey de Fez, porque derribaban las casas de Granada :

— A lo menos no le pueden quitar tres cosas : saya verde, cinta de plata y toca blanca ; esto es : huerta, río que da vueltas y relumbra, nieve en la sierra para templar el calor.

En Roma dió un judío a un convertido un pernil de tocino fiambre, y respondió :

— Lo que tú no puedes comer caliente, ¿quieres que lo coma yo frío?

Hacían en un lugar la remembranza del prendimiento de Jesucristo, y como acaso fuesen por una calle y llevase la cruz a cuestas, y le fuesen dando de empujones y de palos y puñadas, pasaba un portugués a caballo, y como lo vio, apeóse, y poniendo mano a la espada, comenzó a dar en los sayones de veras, los cuales, viendo la burla mala, huyeron todos. El portugués dijo:

— ¡Corpo de Deus con esta ruyn gente castellana!

Y vuelto al Cristo, con enojo, le dijo:

— E vos, home de bien, ¿por qué vos dejáis cada año prender?

Otro portugués predicaba la Pasión, y como los oyentes llorasen y lamentasen y se diesen de bofetones e hiciesen mucho sentimiento, dijo el portugués:

— Señores, non lloredes ni toméis pasión, que quizá non será verdad.

Contóme uno, en Valencia, que mosén Ferrer el viejo, descendiendo de hablar al visorrey en el Real, no halló su mula, porque los mozos se habían ausentado. El dicho Ferrer buscó la mula, y subió en ella y fuese a su casa. A un amigo que le acompañaba y le dijo por qué no reñía con aquellos mozos, respondió:

— Calla, cuerpo de tal con vos, que si supiesen la necesidad que tenemos dellos, peor nos tratarían.

Día de San Pedro, en Valladolid, predicaba un descalzo en la parroquia de San Pedro, en el cual sermón se hallaron muchos prelados, y entre ellos el cardenal Loaysa; y como su costumbre en todos los sermones era reprender, aquel día tras los prelados, cuán tibios estaban en el dar de las limosnas, y cuán poco bien hacían a los pobres y necesitados, para cuyo fin fueron sus rentas; y volviendo al cardenal, dice:

— Por cierto, esto no se dirá por su señoría, que todo cuanto tiene da; y si supiésedes a quién. A fray Vicente, que se lo guarde.

En Valladolid, junto a la iglesia de San Esteban, está una medalla de un hombre con este epitafio:

Yo soy Don Pedro Miago,
Que en lo mío me yayo;
Lo que comí y bebí logré;
El bien que hice hallé;
Lo que acá dexé
Yo no lo sé.

El condestable llevaba a doña María de Mendoza de la mano por una parte escura. Dixo el condestable:

— Más que buen lugar éste, si no fuera vuesa merced.

Respondió doña María:

— Bueno, por cierto, si no fuera vuesa merced.

Al duque del Infantazgo escribieron una carta en las Cortes de Toledo, en la cual decía: «Pues casaste vuestra hija con Sancho de Paz, y consentistes el servicio del Rey, y os acuchillastes con el alguacil, no curéis de honra, que el Rey tiene harta».

El marqués de Santillana dio con su hija al condestable de Castilla un cuento, y dicen que le escribió: «Hija, envío vos el cumplimiento de vuestra dote, y hago vos saber que ni me queda vaca ni oveja, ni cera tras el oreja».

Diego de Rojas tenía un cazador, el cual tenía fama de cornudo. Un paje de Diego de Rojas pretendía ser servidor de la señora, y como le ruase la puerta el cazador, encontróle un día y echó mano a la espada contra él, y el paje no tuvo otro remedio sino arrojarle la capa a los ojos y sobre la cabeza y huir. El cazador fuese a quejar de los agravios que el paje le hacía a Diego de Rojas; y llamado el paje, fuele preguntado que cómo era aquello, que si era verdad lo que aquél decía. Respondió el paje:

— Por Dios, señor, que yo no hice sino echarle la capa sobre los cuernos.

Dijo D. Antonio de Velasco al almirante D. Fadrique:

— Paréscemе que habéis crescido. (Porque era pequeño.)

Respondió:

— En venir vuestra señoría, todos los medianos crescemos.

El conde de Urueña escribió una carta a su hijo, D. Pedro Girón, porque había

comenzado a seguir la parte de la Comunidad, y decía : « Hijo Pedro, pues subiste en la yegua, tente a las crines ». Y no le escribió otra cosa.

Un gentilhombre andaba enamorado de una dama, y como en ninguna manera ella pudiese venir en lo que le pedía, si no era sacándola de casa de sus padres, concertaron que para cierta noche la sacase, y fue así que el galán la llevó fuera del pueblo para ir con ella a otro lugar. Yendo por su camino, como hiciese muy buena luna, le dijo :

— Señora, más que buena noche hace para engañar putas.

La dama, como mujer cuerda, aunque hasta allí no lo había sido, calló, y andando por su camino, le dijo :

— Señor, lo más principal y necesario para nuestro camino se nos olvida, y es cien ducados que había tomado a mi madre ; por eso, volvamos por ellos, si os parece.

Él estuvo muy bien en ello, diciendo tener razón, y que era cosa que importaba, porque sin pan ni vino no se puede andar camino, aunque hubiese carne. Vueltos al lugar y a la casa de la señora, el galán quedó, después de entrada dentro, haciendo del armado a la luna, suspirando por su señora y su tardanza. Al cabo de rato, ella se paró a una ventana y le dijo :

— ¡Ce, señor!

Él, como respondiese :

— Mi señora, ¿qué manda vuesa merced?

Replicó ella :

— Más que buena noche hace para engañar necios.

Y cerrada su ventana, se quedó el galán para tal.

Contemple ahora el lector lo que podría sentir el galán.

LA NOVELA PASTORIL

JORGE DE MONTEMAYOR

Jorge de Montemayor nació en Montemor o Velho, cerca de Coimbra (1520 ?) y pasó a Castilla con el séquito de la reina doña María, que casó en 1543 con el príncipe don Felipe (II). Residió en España, en Flandes y en Inglaterra. Es un brillante lírico (v. Poesía). Su obra más famosa es su novela pastoril *Diana*.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. N. B. A. E., t. VII, M. PELAYO, *Orígenes de la novela*, vol. I RENNERT: *The Spanish Pastoral Romances*, Baltimore, 1892.

DIANA

ARGUMENTO DESTE LIBRO

En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Esla, hubo una pastora llamada Diana, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo. Ésta quiso y fue querida en extremo de un pastor llamado Sireno: en cuyos amores hubo toda la limpieza, y honestidad posible. Y en el mismo tiempo, la quiso más que sí, otro pastor llamado Silvano, el cual fue de la pastora tan aborrecido, que no había cosa en la vida a quien peor quisiese. Sucedió pues, que como Sireno fuese forzadamente fuera del reino, a cosas que su partida no podía excusarse, y la pastora quedase muy triste por su ausencia, los tiempos y el corazón de Diana se mudaron; y ella se casó con otro pastor llamado Delio, poniendo en olvido el que tanto había querido. El cual, viniendo después de un año de ausencia, con gran deseo de ver a su pastora, supo antes que llegase como era ya casada. Y de aquí comienza el primero libro, y en los demás hallarán muy diversas historias, de casos que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazados debajo de nombres y estilo pastoril.

LIBRO PRIMERO

Bajaba de las montañas de León el olvidado Sireno, a quien amor, la fortuna, el tiempo, trataban de manera, que del menor mal que en tan triste vida padecía, no se esperaba menos que perdella. Ya no lloraba el desventurado pastor el mal que la ausencia le prometía, ni los temores de olvido le importunaban, porque vía cumplidas las profecías de su recelo, tan en perjuicio suyo, que ya no tenía más infortunios con que amenazalle. Pues llegando el pastor a los verdes y deleitosos prados, que el caudaloso río Esla con sus aguas va regando, le vino a la memoria el gran contentamiento de que en algún tiempo allí gozado había: siendo tan señor de su libertad, como entonces subjecto a quien sin causa lo tenía sepultado en las tinieblas de su olvido. Consideraba aquel dichoso tiempo que por aquellos prados, y hermosa ribera apascentaba su ganado, poniendo los ojos en sólo el interés que de traelle bien apascentado se le seguía, y las horas que le sobraban gastaba el pastor en sólo gozar del suave olor de las doradas flores, al tiempo que la primavera, con las alegres nuevas del verano, se esparce por el universo; tomando a veces su rabel, que muy polido en un zurrón siempre traía, otras veces una zampoña, al son de la cual componía los dulces versos con que de las pastoras de toda aquella comarca era loado. No se metía el pastor en la consideración de los malos, o buenos sucesos de la fortuna, ni en la mudanza y variación de los tiempos; no le pasaba por el pensamiento la diligencia, y codicias del ambicioso cortesano, ni la confianza y presunción de la Diana celebrada por sólo el voto y parescer de sus apasionados: tampoco le daba pena la hinchazón, y descuido del orgulloso privado.

En el campo se crió, en el campo apascentaba su ganado, y ansí no salían del campo sus pensamientos, hasta que el crudo amor tomó aquella posesión de su libertad, que él suele tomar de los que más libres se imaginan. Venía pues el triste Sireno los ojos hechos fuentes, el rostro mudado, y el corazón tan hecho a sufrir desventuras, que si la fortuna le quisiera dar algún contento fuera menester buscar otro corazón nuevo para recebille. El vestido era de un sayal tan áspero como su ventura, un cayado en la mano, un zurrón del brazo izquierdo colgando. Arrimóse al pie de un haya, comenzó a tender sus ojos por la hermosa ribera, hasta que llegó con ellos al lugar donde primero había visto la hermosura, gracia, honestidad de la pastora Diana, aquella en quién naturaleza sumó todas las perfeciones, que por muchas partes había repartido. Lo que su corazón sintió imagínelo aquel que en algún tiempo se halló metido entre memorias tristes. No pudo el desventurado pastor poner silencio a las lágrimas, ni excusar los sospiros que del alma le salían. Y volviendo los ojos al cielo, comenzó a decir desta manera : ¡Ay, memoria mía! enemiga de mi descanso, no os ocupárades mejor en hacerme olvidar desgustos presentes, que en ponerme delante los ojos contentos pasados? ¿Qué decís, memoria? Que en este prado vi a mi señora Diana. Que en él comencé a sentir lo que no acabaré de llorar. Que junto a aquella clara fuente, cercada de altos y verdes sauces, con muchas lágrimas algunas veces me juraba, que no había cosa en la vida, ni voluntad de padres. ni persuasión de hermanos, ni importunidad de parientes que de su pensamiento le apartase. Y que cuando esto decía, salían por aquellos hermosos ojos unas lágrimas, como orientales perlas, que parescían testigos de lo que en el corazón le quedaba, mandándome so pena de ser tenido por hombre de bajo entendimiento, que creyese lo que tantas vezes me decía. Pues espera un poco, memoria, ya que me habéis puesto delante los fundamentos de mi desventura (que tales fueron ellos, pues el bien que entonces pasé, fué principio del mal que ahora padezco) no se os olviden, para templarme este descontento, de ponerme delante los ojos uno a uno, los trabajos, los desasosiegos, los temores, los recelos, las sospechas, los celos, las desconfianzas, que aun en el mejor estado no dejan al que verdaderamente ama. ¡Ay, memoria, memoria, destruidora de mi descanso! ¡cuán cierto está responderme, que el mayor trabajo que en estas consideraciones se pasaba, era muy pequeño, en comparación del contentamiento que a trueque dél recebía ; Vos, memoria, tenéis mucha razón, y lo peor dello es tenella tan grande. Y estando en esto, sacó del seno un papel, donde tenía envueltos unos cordones de seda verde y cabellos y poniéndolos sobre la verde yerba, con muchas lágrimas sacó su rabel, no tan lozano como lo traía al tiempo que de Diana era favorescido, y comenzó a cantar lo siguiente :

¡Cabellos, cuánta mudança
he visto después que os vi
y cuán mal paresce ahí
esta color de esperanza!
Bien pensaba yo cabe ellos
(aunque con algún temor)
que no fuera otro pastor
digno de verse cabe ellos.

¡Ay, cabellos, cuántos días
la mi Diana miraba,
si os traía, o si os dejaba,
y otras cien mil niñerías!
Y cuántas veces llorando
¡ay! lágrimas engañosas,
pedía celos, de cosas
de que yo estaba burlando.

Los ojos que me mataban,
decid, dorados cabellos,
¿qué culpa tuve en creellos,
pues ellos me aseguraban?
¿No vistes vos que algún día,
mil lágrimas derramaua
hasta que yo le juraba,
que sus palabras creía?

¿Quién vió tanta hermosura
en tan mudable subjecto?
y en amador tan perfecto,
¿quién vio tanta desventura?
Oh, cabellos ¿no os corréis,
por venir de ado venistes,

viendo me como me vistes
en verme como me veis?

Sobre el arena sentada
de aquel río le vi yo
do con el dedo escribió:
antes muerta, que mudada.
Mira el amor lo que ordena,
que os viene hacer creer
cosas dichas por mujer,
y escritas en el arena.

No acabara tan presto Sireno el triste canto, si las lágrimas no le fueran a la mano, tal estaba como aquel a quien fortuna tenía atajados todos los caminos de su remedio. Dejó caer su rabel, toma los dorados cabellos, vuélvelos a su lugar, diciendo: ¡Ay, prendas de la más hermosa, y desleal pastora, que humanos ojos pudieron ver! Cuán a vuestro salvo me habéis engañado. ¡Ay, que no puedo dexar de veros, estando todo mi mal en haberos visto! Y cuando del zurrón sacó la mano, acaso topó con una carta, que en tiempo de su prosperidad Diana le había enviado; y como lo vio, con un ardiente sospiro que del alma salía, dijo:

— ¡Ay, carta, carta, abrasada te vea, por mano de quien mejor lo pueda hacer que yo, pues jamás en cosa mía pude hacer lo que quisiese; malhaya quien ahora te leyere. Mas ¿quién podrá hacerlo? Y descogiéndola vio que decía:

CARTA DE DIANA A SIRENO

Sireno mío, cuán mal sufriría tus palabras, quien no pensase que amor te las hacía decir! Dices me que no te quiero cuanto debo, no sé en que lo ves, ni entiendo cómo te pueda querer más. Mira que ya no es tiempo de no creerme, pues ves que lo que te quiero me fuerza a creer lo que de tu pensamiento me dices. Muchas veces imagino que así como piensas que no te quiero, queriéndote más que a mí, así debes pensar que me quieres teniendo me aborrescida. Mira, Sireno, que'l tiempo lo ha hecho mejor contigo, de lo que al principio de nuestros amores sospechaste, y quedando mi honra a salvo, la cual te debe todo lo del mundo, no habría cosa en él, que por ti no hiciese. Suplícote cuanto puedo, que no te metas entre celos y sospechas, que ya sabes cuán pocos escapan de sus manos con la vida, la cual te dé Dios con el contento que yo te deseo.

¿Carta es esta, dijo Sireno sospirando, para pensar que pudiera entrar olvido en el corazón donde tales palabras salieron? ¿Y palabras son éstas para pasallas por la memoria, al tiempo que quien las dijo, no la tiene de mí? ¡Ay, triste, con quanto contentamiento acabé de leer esta carta, cuando mi señora me la envió, y cuantas veces en aquella hora misma la volví a leer!

GASPAR GIL POLO

Gaspar Gil Polo, que vivió en Valencia († 1591), interesa más que por su novela en sí por sus recursos líricos (véase Poesía). Con todo, su novela fue muy famosa y muy leída.

LA DAMA ENAMORADA

Diana, por saber algo de Sireno, a la Ninfa preguntó as : Ninfa hermosa, gran confianza me distes de contento con decirme el que hay en el palacio de Felicia por la venida de Alcida, pero más cumplido le recibiré si me contáis los pastores más señalados que en ella están. Respondió entonces Arethea : Muchos pastores hallaréis allí de singular merescimiento ; pero los que agora se me acuerdan son Sylvano y Selvagia, Arsileo y Belisa, y un pastor, el más principal de todos, llamado Sireno, de cuyas habilidades hace Felicia mucho caso ; mas tiene un ánimo tan enemigo de Amor, que a cuantos están allí tiene maravillados. De la mesma condición es Alcida, tanto que después que ella ha llegado, los dos no se han partido, tratando del olvido y platicando cosas de desamor. Y ansi tengo por muy cierto que Felicia los hizo venir a su casa para casallos, pues son entrambos de un mesmo parescer, y están sus ánimos en las condiciones tan avenidos que aunque él es pastor y ella dama, puede Felicia añadirle a él más valor del que tiene, dándole muchísima riqueza y sabiduría, que es la verdadera nobleza. Y prosiguiendo su razón Arethea, vuelta a Marcelio dijo : Por eso tú, pastor, pues ves tu bien en peligro de venir a manos ajenas, no te detengas un punto, que si llegas a tiempo podrás hurtarle la ventura a Sireno. Diana, después de haber oído estas palabras, sintió bravíssima pena, y la señalara con voces y lágrimas si la vergüenza y la honestidad no se lo impidieran. El mesmo dolor, y por la mesma causa, sintió Marcelio, y quedó dél tan atormentado que pensó morirse, haciendo grandíssimos extremos : de manera que un mesmo cuchillo travessó los corazones de Marcelio y Diana, y un mesmo recelo les fatigó las almas. Marcelio temía el casamiento de Alcida con Sireno y Diana, el de Sireno con Alcida. La hermosa Ninfa bien conocía a Marcelio y Diana y todos los demás ; pero por orden sapientíssima, que Felicia les había dado, había dissimulado con ellos y había dicho una verdad, para darle a Marcelio una no pensada alegria, y una mentira para más avivar su deseo y el de Diana, y para que con esta amargura después les fuessen más dulces los placeres que allí habían de recebir. Llegados ya a una plaza ancha y hermosíssima, que está delante la puerta de aquel palacio, vieron salir por ella una venerable dueña con una saya de terciopelo negro, tocada con unos largos y blancos velos, acompañada de tres hermosíssimas Ninfas, representando una honestíssima Sibila. Ésta era la sabia Felicia, y las Ninfas eran Dorida, Cynthia y Polydora. Llegando Arethea delante su señora, avisada primero su compañía cómo aquélla era Felicia, se le arrodilló a sus pies y le besó las manos, y lo mesmo hicieron todos. Mostró Felicia tener gran contento de su venida, y con gesto muy alegre les dijo : Preciados caballeros, dama y pastoras señaladas, aunque es muy grande el placer que tengo de vuestra llegada, no será menor el que recibiréis de mi vista. Mas porque venís algo fatigados id a tomar descanso y olvidad vuestro tormento, pues lo primero no podrá faltaros en mi casa y lo segundo con mi poderoso saber será presto remediado. Mostraron todos allí muchas señales y palabras de agradescimiento, y al fin dellas se despidieron de Felicia. Hizo la sabia que Polydoro y Clenarda quedassen allí diciendo tener que hablar con ellos ; y los demás, guiados por Arethea, se fueron a un aposento del

rico palacio, donde fueron aquella noche festejados y proveídos de lo que convenía para su descanso. Era esta casa tan sumptuosa y magnífica, tenía tanta riqueza, era poblada de tantos jardines, que no hay cosa que de gran parte se le pueda comparar. Mas no quiero detenerme en contar particularmente su hermosura y riqueza, pues largamente fué contada en la primera parte. Sólo quiero decir que Marcelio, Diana y Ismenia fueron aposentados en dos piezas del palacio entapizadas con paños de oro y seda ricamente labrados, cosa no acostumbrada para las simples pastoras. Fueron allí proveídos de una abundante y delicada cena, servidos con vasos de oro y de cristal, y al tiempo de dormir se acostaron en tales camas, que aunque los cuerpos de sus penas y cansancios venían fatigados, la blandura y limpiezas dellas y la esperanza que Felicia les había dado les convidó a dulce y reposado sueño. Por otra parte, Felicia en compañía de sus tres Ninfas, y de Polydoro y Clenarda; y avisándoles que no dijessen nada de la venida de Marcelio, Diana e Ismenia, fué a un ameníssimo jardín, donde vieron que en un corredor Eugerio con su hija Alcida estaba passeando. Don Félix y Felismena, Sireno, Sylvano y Selvagia, Arsileo y Belisa y otro pastor estaban más apartados sentados en torno de una fuente. Estaba aún Alcida con los mismos vestidos de pastora con que aquel día había llegado, pero luego por sus hermanos fué conoscida. La alegría que todos tres hermanos recibieron de verse juntos, y la que el padre tuvo de ver a sí y a ellos con tanto contento, el gozo con que se abrazaron, las lágrimas que vertieron, las razones que passaron y las preguntas que se hicieron, no se pueden con palabras declarar. Grandes fiestas hizo Alcida a los hermanos, pero muchas más a Polydoro que a Clenarda, por la presumpción que tenía que con Marcelio se había ido, dejándola en la desierta isla, como habéis oído. Pero queriendo Felicia aclarar estos errores y dar fin a tantas desdichas, habló ansí: Hermosa Alcida, por más que la fortuna con desventuras muy grandes se ha mostrado tu enemiga, no negarás que con el contento que agora tienes, de todas sus injurias no estés cumplidamente vengada. Y porque el engaño, que hasta agora tuviste, aborresciendo sin razón a tu Marcelio, si vives más en él, es bastante para alterar tu corazón y darle mucho desabrimiento, será menester que de tu error y sospecha quedes desengañada. Lo que de Marcelio presumes es al revés de lo que piensas: porque dejarte allí en la isla no fué culpa suya, sino de un traidor y de la fortuna. La cual, por satisfacer el daño que te hizo, te ha encaminado a mí, en cuya boca no hallarás cosa ajena de verdad. Todo lo que acerca desto passa, tu hermana Clenarda largamente lo dirá; oye su razón y da crédito a sus palabras, que por mí te juro que cuantas cosas sobre ello te contará serán certíssimas y verdaderas. Comenzó entonces Clenarda a contar el caso como había passado, deculpando a Marcelio y a sí, recitando largamente la grande traición y maldad de Bartofano y todo lo demás que está contado. Oído lo cual, Alcida quedó muy satisfecha, y junto con el engaño salió de su corazón el aborrescimiento. Y tanto por estar fuera del error passado como por la obra que las poderosas palabras de Felicia hacían en su alma, comenzó a despertarse en ella el adormecido amor y avivarse el sepultado fuego, y como tal le dijo a Felicia: Sabia señora, bien conozco el yerro mío y la merced que me heciste en librarme dél, pero si yo desengañada amo a Marcelio, estando él ausente como está, no tendré el cumplimiento de alegría que de tu mano espero, antes recibiré tan extremada pena, que para el remedio della será menester que me hagas nuevos favores.

V

PROSA HISTÓRICA

Lorenzo Galíndez de Carvajal

Descendiente de noble familia nació Galíndez de Carvajal en Plasencia (Cáceres) en 1472 y murió en 1532. Destacó como jurisconsulto y enseñó Derecho en la Universidad de Salamanca. Llegó a ser presidente del Consejo de los Reyes Católicos.

Como historiador escribió unas *Adiciones a los Varones Ilustres de Fernán Pérez de Guzmán;* una *Genealogía de los Carvajales;* la *Historia de lo sucedido después de la muerte del rey don Fernando* y unas *Anotaciones de la Historia de España.* Pero su obra más importante es el *Memorial o Registro breve de los lugares donde el Rey y Reina católicos... estuvieron cada año* desde 1468 hasta su muerte, de donde tomamos el siguiente fragmento.

MEMORIAL BREVE DE LOS REYES CATÓLICOS

LLEGADA DE CARLOS DE GANTE A ESPAÑA

El Rey nuestro Señor no se olvidó de la promesa que había hecho de venir presto en estos reinos, y mandó aparejar gran flota de navíos, que a ello convenían y era menester para semejante caso; lo cual se hizo sin alguna dilación; pero hecha la armada estuvo algunos días a punto de lo cual se hubiera seguido dilación, porque ya el tiempo entraba en el invierno, tanto que los que con él venían le aconsejaban que se quedara este año en Flandes también como el pasado. Pero su Alteza inspirado por Dios siguió sólo en esto su parescer de se hacer a la vela contra el de muchos que le aconsejaban quedar por entonces. E ansí en buena hora con próspero viaje desembarcó en la villa de Villaviciosa, que es del Principado de Asturias, porque se cumpliese lo que mucho antes estaba dicho *que al charco vicioso vernian muchas gentes en caballos de palo y de madera acompañando al gerifalte, etc.:* lo cual algunos interpretaban que se había de cumplir en Sevilla a que llamaban charco vicioso; pero más a la letra se verificó en Villaviciosa y en su puerto desembarcó el Rey a 27 de septiembre a donde fue rescebido de los hidalgos de aquella tierra, con mucho placer e alegría. Venía con él la Infanta Doña Leonor, su hermana, y acompañábanlos muchas gentes así de aquellas tierras como de España, que habían ido a Flandes; entre los cuales venían Mr. de Xeures, su camarero mayor, que era el todo, su canciller Juan Salvage, natural de Bruxas, el mayordomo mayor gobernador de Bresa, Lorenzo Garebot, el caballerizo mayor Charles de Lanoy y Laxao, y otros muchos españoles que traía consigo desde Flandes.

De Villaviciosa partió su Alteza para San Vicente de la Barquera donde estuvo algunos días. El cardenal D. Fray Francisco Ximénez quedó malo en el monasterio de la Aguilera, y aunque entre él y los del consejo ovo alguna diferencia que se apartaron de él contra su mandamiento, en especial el Presidente D. Antonio de Rojas arzobispo de Granada, el Rey imbió a mandar que se volviesen al Cardenal, e ansí lo hicieron; e también quedaron con el Cardenal los contadores y oficiales de hacienda. Los del Consejo de la Cámara que eran el licenciado Zapata y el doctor Carbajal, creyendo que serían rescebidos en sus oficios, según los servicios que en ausencia del Rey habían hecho, caminaron con voluntad del Cardenal y su parescer para donde el Rey estaba; y llegados a Aguilar de Campo, rescibieron cartas de parte del Rey, en que les mandaba que esperasen allí por falta de bastimentos y dificultad de los caminos y posadas: e allí también quedaron Antonio de Fonseca contador mayor, y su hermano el obispo de Burgos, y el comendador mayor de Castilla

Hernando de Vega, a donde esperaron al Rey como les era mandado. El licenciado Vargas tesorero y del Consejo partió desde Aranda con dineros y llegó a San Vicente, donde aunque fue bien rescibido no fue luego admitido que entrase en el consejo que traía. Los que venían con el Rey alargaban e detenían el camino cuanto podían, y achaban fama que el Rey sin venir a Castilla se pasaba a Aragón. La causa paresció, porque los flamencos creyeron y tuvieron que en desembarcando habían de venir los Grandes y los pueblos del reino a tomar su Rey, y le sacar de su poder. Lo otro que temían al Cardenal, que entendería en ordenar la casa, y que quitaría muchos de ellos que traían oficios de Flandes, y pornía otros, y haría con el Rey algunas cosas que convenían al servicio de Dios y suyo y bien de estos reinos, y por esto dilataban la venida porque el Cardenal no viniese ni avisase al Rey ni le aconsejase. En este medio tiempo el Cardenal pasó del Monasterio de la Aguilera a Roa con el Consejo donde cada día se le agravaba más la enfermedad; de lo cual tenían a menudo gran noticia los que estorbaban estas vistas, porque del médico que le curaba rescibían grandes avisos cada día, y hasta qué tiempo podía vivir según natura, y por esto alargaban la venida hasta el tiempo que el Cardenal fuese muerto, o no pudiese verse con el Rey; y creyóse que viniendo el tiempo, llegaran a Aguilar de Campo, donde el Rey fue rescibido como convenía, e allí los de la Cámara suplicaron al Rey les dejase servir sus oficios; pues por muchas células se lo tenían prometido e asegurado. El Rey se excusó diciendo que iba a Valladolid, donde había de ordenar su casa, que se fuesen allá, que no tuviesen duda que serían rescibidos, porque si allí los rescibía no se podía excusar lo mesmo con Fonseca y el obispo su hermano, y el Comendador mayor de Castilla y otros, los cuales también remitía, para Valladolid, y con esta respuesta vinieron suspensos los unos y los otros. Pero en este medio tiempo usaban el oficio de la Cámara el obispo Mota y D. García de Padilla, que habían sido proveídos en Flandes, y dicen que no por buenas maneras que el uno tuvo con Mr. de Xeures, y el otro con el gran canciller Juan Salvage. Llegado ya el Rey cerca de Valladolid mandó escribir dos cartas, la una para el Cardenal y la otra para el Consejo que viniesen a Mojados: en la del Cardenal decía en efecto que le daba gracias por lo pasado, y le rogaba que se llegase a Mojados para le aconsejar en la orden de lo que tocaba a su casa, porque luego se podría volver a descansar; y esta carta, dicen, que la hizo el dicho obispo Mota (a quien no placía que el Cardenal se juntase con el Rey) para le hacer sin sabor con aquel despedimiento honesto al cabo de tantos servicios. Luego que llegó esta carta el Cardenal rescibió alteración y tomóle recia calentura, que en pocos días le despachó, y domingo 8 de diciembre dio el ánima a Dios, que la crió, en Roa, y fue sepultado en Alcalá de Henares en el Colegio de San Ildefonso que él edificó.

JUAN DE OSNAYA

Este escritor se llamaba en realidad Juan de Carvajal, pero al hacerse dominico adoptó el nombre de Juan de Osnaya u Oznaya.

Como paje de lanza acompañó al Marqués del Vasto en la batalla de Pavía y, a petición del Marqués de las Navas, escribió la relación de esa batalla.

Comienza el relato desde 1522, cuando Adriano de Utrech, ascendido al pontificado, procuró la avenencia entre Carlos V y Francisco I. La relación es minuciosa, incluye arengas, conversaciones y pormenores que el autor presenció. Termina con el embarco de Francisco I, prisionero, camino de España.

Oznaya escribe con facilidad y da animación a su relato, que se lee con agrado.

LA BATALLA DE PAVÍA

LA CODICIADA ITALIA

PRISIÓN DEL REY DE FRANCIA EN PAVÍA

«Como el rey de Francia viese que no podía hacer tornar sus esguízaros, que era la gente de que él mayor estima hacía en la batalla; y que ya claramente vía su perdición, pensó procurar de ponerse en salvo, y toma el camino de la puente del Tesin. Iba casi solo, cuando un arcabucero le mató el caballo, y yendo a caer con él, llega un hombre darmas de la compañía de don Diego de Mendoza, llamado Joanes de Urbieta, natural de la provincia de Guipúzcoa, y como le vio tan señalado, va sobre él al tiempo que el caballo caía; y poniéndole el estoque al un costado por las escotaduras del arnés, le dijo que se rindiese. Él viéndose en peligro de muerte, dijo: «La vida, que soy el rey». El guipuzcoano lo entendió aunque era dicho en francés; y diciéndole que se rindiese, él dijo: «Yo me rindo al emperador». Y como esto dijo, el guipuzcoano alzó los ojos y vio allí cerca al alférez de su compañía que cercado de franceses estaba en peligro; porque le querían quitar el estandarte. El guipuzcoano, como buen soldado, por socorrer su bandera, sin acuerdo de pedir gaje o señal de rendido al rey, dijo: «Si vos sois el rey de Francia, hacedme una merced». Él le dijo, que él se lo prometía. Entonces el guipuzcoano alzando la visera del almete, le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes delanteros de la parte de arriba, y le dijo: «En esto me conoceréis»; y dejándole en tierra la una pierna debajo del caballo, se fue a socorrer a su alférez, y hízolo tan bien, que con su llegada dejó el estandarte de ir a manos de franceses. Luego llegó a donde el rey estaba otro hombre darmas de Granada, llamado Diego de Ávila, el cual como al rey viese en tierra con tales atavíos, fue a él a que se le rindiese, el rey le dijo quien era y que él estaba rendido al emperador: y preguntándole si había dado gaje, él le dijo que no. El Diego de Ávila se le pidió, y él le dio el estoque que bien sangriento traía y una manopla; y apeado Diego de Ávila trabajaba sacarle debajo del caballo. Y en esto llegó allí otro hombre darmas, gallego de nación, llamado Pita, el cual le ayudó a levantar y tomó al rey la insignia que de Sant Miguel al cuello traía en una cadenilla, que es la orden de la caballería de Francia, y tráenla como los del emperador el Tusón. Por ésta le ofresció el rey darle seis mill ducados; pero él no los quiso sino traerla al emperador. Estando ya el rey de Francia en pie, acudieron hacia aquella parte algunos soldados arcabuceros, los cuales no conosciéndole, le quisieron

matar, porque no daban crédito a los que le tenían, que decían ser el rey; y sin dubda ellos no le pudieron salvar la vida, si a la sazón no viniera por allí Monseñor de la Mota, deudo y muy grande amigo del duque de Borbón, que con él había andado, y desmandándose hacia aquella parte, vio la contienda que allí tenían; porque estaban allí copia de soldados de a caballo y de pie; y unos alegando lo que el marqués les había encomendado, le querían matar, no creyendo ser el rey, y otros le querían defender. Como Monseñor de la Mota entendiese que toda la contienda era por no haber quien le conosciese, pidió que se le dejasen ver; y llegado luego, conosció quien era, y hincó las rodillas en tierra y le quiso besar las manos. El rey le conosció y haciéndole levantar, le dijo que le rogaba hiciese como siempre había sido; y viendo esto los soldados, se certificaron ser aquel el rey; y quitándole Diego de Ávila el almete, él por limpiarse el sudor, que en la mano tenía, se ensangrentó un poco el rostro, por donde algunos pensaron estar herido en él; pero no fue así. Luego llegaron algunos soldados y unos le tomaron los penachos y bandereta que en el yelmo traía; otros cortando pedazos del sayo de sobre las armas, como por reliquias para memoria, cada uno que podía llevaba su pedazo; de suerte que en breve espacio no le dejaron nada del sayo. A todo esto siempre se mostró magnánimo, mostrando holgarse y reir de todo; los soldados le daban bien de que, porque le decían cosa donosas para reir...

CONÓCESE LA NOTICIA ENTRE LOS COMBATIENTES

Andando las cosas en esta manera, divúlgase la fama de la prisión del rey de Francia entre los unos y los otros, lo cual fue causa que muchos buenos caballeros franceses que estaban ya en salvo, o se podían salvar, se volvieron voluntariamente a darse por prisioneros de españoles, prometiendo grandes rescates con una honrosa consideración, diciendo que no quisiese Dios que ellos con tan grande inominia, dejando su rey en prisión, volviesen en Francia. Y destos fueron muchos, y algunos principales señores.

Como la nueva se derramó por el campo, de la prisión del rey de Francia, y llegó a los oídos de los señores, luego cada uno procuró de ir allá aquella parte por verle. El primero que fue, fue el marqués de Pescara, que a la sazón de junto a Pavía venía; de donde con alguna gente que consigo llevaba, y con alguna que de Pavía salió, había hecho huir los italianos que sobre la ciudad habían quedado, y de ellos traían muchos presos. Volviendo pues desta empresa, supo donde el rey estaba, y fuese para allá. Con el rey estaban algunos soldados aunque pocos, que ya se habían ido en siguimiento de la victoria. Estaba allí Monseñor de la Mota, el cual como vio al marqués, diciendo al rey quien era, se fue a buscar al duque de Borbón para traerle allí. El marqués, hincadas las rodillas por tierra, con grande acatamiento pidió las manos al rey. El no se las quiso dar y púsoselas sobre los hombros, y hízole levantar; y mostrando holgar mucho de su venida, le habló con buen semblante, rogándole que mirase lo que a caballeros vencedores debían: que los pobres vencidos fuesen tratados con la piedad a que los españoles, como los mejores soldados del mundo estaban obligados. Al marqués le vinieron las lágrimas a los ojos de pura compasión de oir semejantes palabras a un tan gran príncipe, y por no darle aflición, las disimuló diciendo, que S. M. no tuviese pena de aquello; que él le certificaba ser la nación española tan piadosa, que él estaba seguro que aun de las muertes pasadas ya les pesaba a ellos; y que el haría todo buen tractamiento a los soldados presos y los pornía en libertad. Esto mostró agradecer mucho el rey. Luego llegó allí el visorey de Nápoles, y haciendo el acatamiento que el marqués, fue rescibido con buen semblante del rey; y a todos decía palabras aunque con ánimo que movía a piedad. En esto llegó el marqués del Vasto con el mismo acatamiento y el señor Alarcón; y como el rey viese la persona del marqués del Vasto, tan señalada en gentileza entre todos, con buen semblante

y risa le dijo : « Marqués : yo he deseado mucho veros ; pero no quisiera que se me cumpliera mi deseo ansí ; sino de manera, que yo pudiera haceros la honra que meresce vuestra persona ». El marqués con mucha gracia le respondió : « A Dios gracias por todo, que desa manera bien puedo yo decir, que se me ha cumplido a mí muy mejor mi deseo, pues veo a V. M. en poder del emperador, mi señor ». Lo uno y lo otro dio regocijo a los que lo oyeron.

LA ENTREVISTA CON EL CONDESTABLE DE BORBÓN

A esta sazón vieron llegar allí cerca al duque de Borbón, su estoque en la mano muy teñido de sangre francesa, y la camisa que sobre el sayo y armas traía, bien salpicada de la misma sangra, que bien mostraba no haber estado ocioso. Al cual como él, vio preguntando quien era y diciéndoselo, dio dos o tres pasos hácia trás, retirándose hasta ponerse casi a las espaldas del de Pescara con alguna turbación de semblante. Conocido esto y la causa por el marqués, salió adelante hasta llegar a donde el duque venía, y con hermosa gracia le díjo que le diese el estoque. El duque que la vista del almete traía levantada, con grande alegría le respondió : « Yo, señor, soy contento de daros mís armas ; pues tan justamente os deben hoy todos los nacidos las armas por vencedor ». Y tendiendo la mano le da el estoque. El marqués con grande alegría y agradescimiento del favor y honra que le daba, le suplicó que poniendo el estoque en su lugar, se apease y con toda mansedumbre y acatamiento hablase al al rey ; pues allende del deudo, le obligaba el verle en su prisión. El duque dijo, que así lo haría ; y apeado, fuese a poner de rodillas delante el rey y porfió con él que le diese las manos ; y no lo pudiendo acabar, con los ojos arrasados de agua, dijo al rey : «¡Ah! Sire, que si mi parecer se hobiera tomado en algunas cosas, ni V. M. se viera en la necesidad que al presente está, ni la sangre de la nobleza de Francia anduviera tan derramada y pisada por los campos de Italia ». A lo cual el rey con gran turbación de rostro, alzados los ojos al cielo, con un entrañable suspiro, respondió : « Paciencia, pues ventura falta ». Como el marqués de Pescara vio la pena que rescibia, hace a Borbón que se apartase un poquito, y con palabras alegres dice al rey cuanto a su persona y gravedad hacía en no rescibir ni mostrar turbación en cosa ninguna, ni pensar que había otra ventura que la voluntad de Dios, la cual había permitido en aquel revés ; pero que le debía dar gracias, pues le había traído a poder del más benigno príncipe de la cristiandad. Por tanto, en ninguna manera dejase de mostrar ánimo ; porque los que no le querían bien, no tuviesen lugar de atribuírselo a flaqueza. El rey se lo agradesció, y mostrando alegre semblante, limpiando los ojos y dándole un chapeo del visorey, ansí armado en blanco, salvo manos y cabeza, le dan un cuartago en que subió sin espuelas, y mueven todos aquellos príncipes de allí con él hacia la ciudad de Pavía.

Las banderas españolas recogieron alguna gente ; porque mucha della seguía el alcance ; y por mandado del marqués vienen a donde el rey los pudiese ver. Muéstrale el escuadrón de los tudescos, que estaba todavía junto, y pasando cabe los españoles, hiciéronle una hermosa salva. Allí pasaron cosas de reír porque uno llegaba y le decía : « Ea, señor, que en semejantes toques se prueban los valores de los príncipes ». Otros le decían, tuviese paciencia, porque podía estar seguro que él sería mejor tratado en poder del emperador, que no lo fuera el emperador en el suyo. Otros le decían, que con pensar haber sido preso de la mejor nación del mundo, lo debía de tener todo por muy bien empleado. A todo esto y mucho más que le decían, él se reía y hacía que le declarasen en su lenguaje todas las palabras que él no entendía, lo cual hacía Monseñor de la Mota que allí venía. En esto llegó un soldado español arcabucero, llamado Roldán, y bien se le podía llamar por su esfuerzo. Traía dos pelotas de plata y una de oro de su arcabuz, en la mano ; y llegado al rey, le dice : « Señor, V. A. sepa, que ayer cuando supe que la batalla se había de dar, yo hice seis pelotas de plata para vuostros Mosiores, y la de oro para vos.

De las de plata, las cuatro yo creo que fueron bien empleadas; porque no las eché sino para sayo de brocado o carmesí; otras muchas de plomo he tirado por ahí a gente común; musiores no tope más; por esto me sobraron dos de las suyas. La de oro véisla aquí y agradecedme la buena voluntad, que deseaba daros la más honrosa muerte que a príncipe se ha dado; pero pues no quiso Dios que en la batalla os viese, tomadla para ayuda a vuestro rescate, que ocho ducados pesa; una onza tiene.» El rey tendió la mano y la tomó, y le dijo que le agradescía el deseo que había tenido, y más la obra que en darle la pelota hacía. Esto fue muy reído de todos. Y todavía se iban acercando a la ciudad, y a la contina topaban caballeros franceses en prisión de españoles, que ellos holgaban de ser vistos del rey, el cual los saludaba con buen semblante diciéndoles por gracia que procurasen de deprender la lengua española; pero que pagasen bien a los maestros: que haría mucho al caso. Y siempre decía a aquellos señores, que encomendasen el buen tratamiento a los que los llevaban.

Yendo desta manera, llegaron cerca de Pavía, y como el rey vio la puerta, con alguna turbación detuvo el cuartago en que iba, lo cual como el marqués de Pescara conociese, llegándose a él le preguntó la causa, y él le dijo: «Queríaos rogar, marqués, que vos y todos estos caballeros me hiciésedes un placer, y es que no me metáis en Pavía. Ruégoos que no resciba yo tan grande afrenta, como sería después de con tanta gente haberla tenido cercada tanto tiempo, y no haber sido para tomarla, meterme en ella preso». Al marqués le paresció justo conceder en su demanda, y comunicándolo con aquellos señores, fue acordado que le aposentasen en un monasterio que allí fuera estaba. Al cual llegados, hobieron su acuerdo de la guardia de la persona del rey, y todos lo remitieron al parecer del marqués de Pescara[1]: el cual en presencia de todos aquellos señores y príncipes, dijo: «No es justo, señores, que en lo que Dios Nuestro Señor tan aventajadamente pone su mano de favorescer los hombres lo contradigamos. Digo esto, porque nadie que sentido tenga, habrá que niegue deberse hoy todo el prez y gloria desta maravillosa victoria a la nación española, que tantas y tan señaladas hazañas hoy han hecho. Y pues Dios, de cuya mano todo ha venido, tan particulares favores, así en romper las batallas, como en prender los príncipes, les ha querido mostrar dándoles tanta gloria, razón será que nosotros nos conformemos con lo que a su divina voluntad vemos, no quiriendo quitar a esta tan encumbrada nación lo que de nuestra parte le debemos; y con esta consideración, después de besar las manos a V. S. por la merced que en me cometer a mí la determinación de tan arduo negocio me hacen, digo: que la guardia de la persona del rey se debe dar al señor Alarcón, que presente está; porque allende del gran valor de su persona, al cual con esto no damos sino trabajo, por ser de la nación española y cabeza de todos los que de ella acá estamos, soy cierto que el emperador será servido, y la nación honrada, y todos podremos dormir seguros». A todos aquellos señores pareció muy acertada la determinación del marqués, o a lo menos lo mostraron así; y luego fue dada la guardia del rey al Sr. Alarcón, y le aposentaron en aquel monasterio, y ellos en las tiendas francesas».

Pedro Mexía

El magnífico caballero Pedro Mexía nació en Sevilla hacia 1499. Estudió latín en su ciudad natal y leyes en Salamanca. Fue amigo de don Fernando Colón, hijo del Almirante, y tuvo gran afición a la Historia, Matemáticas y Astrología. Gozó fama de sabio y el suegro de Velázquez, Francisco Pacheco, en su *Libro de descripción de verdaderos retratos* dijo de él que fue muy diestro en el manejo de las armas y en la versificación, y que «sobrevínole una gran enfermedad de la cabeza, que le duró todo el tiempo que vivió, por donde parece increíble haber leído tantos libros y compuesto las obras que divulgó, sin faltar al trato de sus amigos y de los caballeros de esta ciudad y a los cargos que en ella administraba, porque fue alcalde de la hermandad del número de los hijosdalgos, contador de Su Magestad en la Casa de la Contratación y uno de los regidores que llaman veinticuatro. Con tan continuo trabajo vino a debilitarse de manera que en quince años jamás salió al sereno de la noche. En su manjar y bebida era muy templado y guardaba mucha igualdad. El sueño no pasaba de cuatro horas, y si llegaba a tres no se tenía por descontento. Sólo se hallaba con fuerzas para estudiar y escribir y para los ejercicios del alma... la mañana asistía en la iglesia y lo que le sobraba del día gastaba en los ministerios que tenía a su cargo, las noches eran todas de los libros; que, como se recogía temprano y salía tarde, dormía tan pocas horas, que le sobraban muchas que gastar en sus estudios».

Falleció a los cincuenta y dos años, el 7 de enero de 1551, aunque según el célebre cronista de Segovia, Diego de Colmenares, fue el 16 de dicho mes y año.

La *Historia Imperial y Cesárea*, publicada en Sevilla, en 1545, tiene algo de Historia Universal. Resume en ella las vidas de los Césares romanos y de los emperadores de Alemania, desde Julio César a Maximiliano I de Austria, pues considera al imperio de Occidente como continuación del romano. En un pasaje de esta historia se inspiró Lope de Vega para escribir su comedia *Roma abrasada*.

Bibliografía. Ed. B. A. E., t. XXI; Menéndez Pelayo: *El magnífico caballero Pero Mexía*, en «Estudios y Discursos de crítica histórica y literaria», vol. II, Madrid, año 1941.

HISTORIA IMPERIAL Y CESÁREA

Fragmentos de la Introducción

Y en pago de cuanto yo trabajé en lo recoger y abreviar, pido agora atención y aviso, pues lo suelen prestar a los triunfos y mentiras de Amadís y de Lisuartes y Clasines y otros portentos, que con tanta razón debrían estar desterradas de España como cosa contagiosa y dañosa a la república, pues tan mal hacen gastar el tiempo a los autores y lectores de ellos, y lo que es peor, que dan muy malos ejemplos y muy peligrosos para las costumbres. A lo menos son un dechado de deshonestidades, crueldades y mentiras... Tales hombres hay que piensan que pasaron así como las leen y oyen, siendo como son las más de ellas cosas malas, profanas y deshonestas. Abuso es muy grande e dañoso, que entre otros inconvenientes se sigue dél gran ignominia y afrenta a las crónicas y historias verdaderas, permitir que anden cosas tan nefandas a la par con ellos.

Muerte de Julio César

Solos cinco meses había que estaba pacífico señor, como nota Veleyo Patérculo, cuando conjuraron en su muerte aquellos en quien más se fiaba. Escriben algunos que fue aconsejado César que trujese gente de guarda consigo, como solía traer de españoles, y él dijo que no lo quería hacer, porque quería antes morir una vez que vivir de contino en temor y cuidado.

Las causas por que lo quisieron matar señalan muchos, unos diciendo ser el odio que de atrás le tenían ; otros que el deseo de libertad, teniéndolo por tirano ; los más paran en haber sido sospecha que todos tuvieron de que se quería llamar y hacer Rey de Roma, cosa en todo extremo odiosa a los romanos, de lo cual hubo muchas señales y sospechas, que Plutarco y otros escriben largo. Juntóse con esto quél comenzó a menospreciar los hombres y todas las cosas, por donde vino en aborrecimiento de muchos. Decía que República no era sino una voz y nombre sin cuerpo ni especie, y que bien parescía que Cornelio Sila no sabía letras, pues había dejado la dictadura perpetua. Entrando una vez todo el Senado en el templo de Venus donde él estaba, los esperó sentado y sin se levantar, como lo solía hacer, aunque algunos dicen que Cornelio Talbo lo detuvo que no se levantase; y fue cosa muy mirada y odiosa a la República romana.

Comenzaron asimismo sus amigos y privados a decir y publicar que en los libros de las Sibilas (que eran tenidos entre los romanos en suma veneración y por cierta profecía) se contenía que no podían ser vencidos los partos si no fuese por hombre que tuviese título de rey ; y platicaban que César había de tomar este nombre para aquella conquista, pues la tenía determinada. Y aunque él mostraba que le pesaba desto que se movía, todavía se tenía gran sospecha contra él ; la cual acrecentó, sin lo ya dicho, que porque los tribunos de la plebe mandaron prender a un hombre que puso una diadema (que era insignia de rey) en la cabeza de la estatua de César, él se enojó tan gravemente contra los tribunos, que los mandó deponer los oficios, mostrando que lo hacía porque le hacían ofensa en dar a entender que se podía sospechar dél que se quería hacer rey tirano. Casi lo mismo pasó cuando Marco Antonio, que era gran privado suyo y su colega y compañero aquel año en el consulado, estando en ciertos juegos públicos llegó a César y le puso diadema en la cabeza ; porque, aunque él la desechó, todavía tuvieron todos por entendido que Marco Antonio no osara hacer aquello sin su acuerdo y voluntad, y que se había hecho así para tentar qué voluntad mostraba el pueblo a ello.

De manera que estas cosas todas, y otras semejantes que pasaron, dieron ocasión a que le deseasen la muerte y la procurasen algunos, como lo hicieron. Dioles también ánimo y osadía para ello que se ponían en algunos lugares públicos algunos letreros que incitaban y animaban a que conjurasen contra él, como fue en la estatua de Bruto, que antiguamente había echado los reyes de Roma, do se pusieron estas palabras : « ¡Ojalá fueras hoy vivo, Bruto! » ; y en la de Marco Bruto, que entonces era pretor, que decendía dél, otras que decían : « Mucho duermes, Bruto ; cierto tú no eres Bruto. » Y según cuenta Apiano, otras veces ponían otras diciendo : « Muerto estás, Bruto », « ¡Ojalá vivieses! », « Indigno eres de la sucesión de los Brutos », « Tú no vienes de aquel buen Bruto », y otras semejantes a éstas, en estas estatuas y otros lugares. De manera que por todas estas cosas y por otras que con estas se juntaron, conjuraron más de setenta hombres principales de Roma en su muerte, incitándose secretamente los unos a los otros hasta llegar a este número, de los cuales las principales cabezas fueron Decio y Marco Bruto y Cayo Casio... Con ellos fueron Cayo Casca, y Atilio Cimbro, Servio Galba, Quinto Ligario, Marco Spurio y otra gran cuadrilla de hombres señalados, los cuales, después de algunos acuerdos, acordaron de lo matar a los idus de marzo, que es el 15 del mismo mes, en el templo donde se había de hacer el Senado aquel día. Lo cual se concertó y guardó con tanto secreto, que con ser número tan grande no se halla que ninguno lo descubriese ; pero acaecieron tantas señales y prodigios, y a él le acaecieron tantos agüeros que, sin saber nadie cosa alguna, todos tenían que la muerte de César había de ser en muy breve. Las cuales, entre los muchos que las cuentan, elegantemente las escribe Ovidio en sus *Transformaciones*, y yo por no ser largo las dejo.

Pero señaladamente Spurina, que era su arúspice y adivino, le amonestó que se guardase hasta pasados los idus de

marzo, que corría gran peligro su vida, y su mujer del mismo César le pidió ahincadamente que no saliese aquel día al Senado porque lo había soñado muerto en sus faldas. Finalmente, por tantas vías fue avisado y atemorizado Julio César de algún gran peligro, que estuvo en enviar a Marco Antonio aquel día a se excusar y mandar dilatar el Senado para otro. Pero como la voluntad de Dios fuese que él muriese así, hallándose a esta plática Marco Bruto, que ya hemos nombrado, que era uno de los conjurados, aconsejó a César que en ninguna manera mostrase tal temor, y así se determinó en hacerlo.

Algunos escriben, como son Suetonio y Plutarco, que el César tuvo en poco el morir, y que se sospechó dél que quiso ser muerto desta manera, porque decía él que no le iba tanto a sí propio en su vida cuanto aventuraba la República en perderlo, que para sí asaz había ganado de potencia y fama y gloria, que en ningún tiempo podía morir más honrado. Dio causa también a esta sospecha que hablándose, la noche antes que lo mataron, en su presencia, en cuál género de muerte era mejor, dijo que la súbita y no pensada. Que sea esto verdad o no, él salió de su casa a los quince de marzo en litera, y se fue al Senado; y yendo por la calle le fué dada una petición, la cual unos dicen que se la dio Artemidoro, preceptor suyo en lengua griega; otros dicen que por otro, y que Artemidoro no pudo llegar a avisarle. Quienquiera que fue el que la dio, en ella le fue dado por escripto todo lo que pasaba en la conjuración; y quien se la dio le dijo que luego la leyese, y él así lo comenzó a hacer. Pero llegaron tantos a hablarle, que no pudo más que comenzar a leer, y en la mano se la hallaron después de muerto.

Yendo, pues, así por la calle, también topó con Spurina, el que le había amonestado que se guardase hasta los idus de marzo, y como le vio Julio César, alegre y burlándose le dijo: «¿Sabes, Spurina, cómo son ya los idus de marzo?» «Sí — respondió Spurina —; pero sé que no son pasados».

Llegando, pues, al templo do había de hacerse el Senado, descendió de su litera y entró dentro, y hechos primero los sacrificios como lo tenían en costumbre, los cuales todos, según las supersticiones de entonces, le acudieron mal y infelicemente, él se asentó en el Senado en su silla. Y entreteniendo a Marco Antonio a la puerta del Senado Bruto Albino, o según algunos Trebonio, como estaba ordenado, uno de los conjurados, que se llamaba Celer, se llegó a César con color de le suplicar que alzase el destierro a un hermano suyo que estaba desterrado, y luego todos los conjurados, mostrando que le iban a suplicar lo mismo, se llegaron a su estrado y silla; lo cual visto por César, creyendo que todos querían lo mismo, dicen que les dijo: «¿Luego fuerza es ésta?». Y a este tiempo, comenzándolo uno de ellos que se llamaba Casca, desenvainaron todos los puñales y espadas que para este efeto traían secretas y comenzaron a herirlo. El primer golpe que recibió dicen que le dió el Casca por la garganta; en esta herida César dio una voz diciendo: «¿Qué haces, traidor?». Y tomándole de las manos el puñal o estoque se levantó y dio con él al Casca una herida que le pasó el brazo, y queriéndole dar otra fue estorbado por otras heridas que le fueron dadas, y saltando César a una y a otra parte con grande ímpetu y ánimo por se defender, como vio a Marco Bruto, cuya autoridad y reputación era grande, con la espada desnuda en la mano, con la cual le había ya herido en el muslo, escriben que se espantó mucho y le dijo en lengua griega, la cual comúnmente entendían y hablaban los romanos: «¿Pues cómo, hijo, y tú también?» Y dicho esto, y viendo tanta multitud de armas sobre sí, y que nadie le socorría, porque fue tanta la turbación de todo el Senado que todos pensaron ser muertos y ninguno osó acometer cosa, desesperado de defensa, acordóse de guardar la honestidad de su persona, y con la mano derecha, con parte de la toga que tenía vestida se cubrió la cabeza, y con la izquierda se apretó y puso bien las haldas, y así cubierto cayó en tierra muerto de veinte y tres heridas, y fue a caer a los pies de una basa y asiento de la estatua de Pompeyo, que fue notado por juicio y permisión de Dios.

HISTORIA DEL EMPERADOR CARLOS V

FIN DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES

LA ROTA DE LOBATÓN

Entendida bien por Juan de Padilla y los otros capitanes comuneros la ventaja que el campo del Emperador les hacía, no atreviéndose a pelear, y temiendo de ser salteados y entrados, cayeron tarde en el error que habían hecho de haber esperado tanto en Torre de Lobatón, y tomaron por el más sano consejo salir de allí luego lo más aprisa y secreto que pudiesen, y no parar hasta entrar en Toro, donde podían estar seguros con la gente y favor de la ciudad, y esperar que de León y Zamora y Salamanca les enviasen socorro.

Queriendo pues poner en efeto Juan de Padilla lo que tenía acordado, otro día, que fue martes a 23 de dicho mes de abril, antes que amaneciese, con el más cuidado que pudo mandó levantar y armar su gente, y en comenzando a amanecer, empezó a caminar con ella la vía de Toro, en muy buena orden, llevando delante su artillería e infantería en dos escuadrones, y él con la gente de a caballo en su retaguardia.

Los gobernadores y el Capitán General fueron luego avisados por sus corredores que en el campo traían, cómo Juan de Padilla salía de Lobatón, y la vía que llevaba, y luego a la mayor prisa que fue posible mandaron tocar alarma, y partieron en su alcance con todo su campo; y porque les llevaba tanta ventaja, que era imposible alcanzarle yendo al paso de la infantería, dejada orden que caminasen cuanto pudiesen, se adelantaron con toda la caballería y alguna artillería de campo, que al paso que llevaban podía ir tirada por caballos; y llegando a vista de los enemigos, les mataron con sus tiros algunos soldados y les fueron dando algunos alcances, pensando desordenarlos y romperlos o entretenerlos hasta que su infantería los alcanzase; pero ellos caminaban tan en orden y cerrados, que no bastó esto para les desordenar en más de dos leguas que caminaron ansí; y aún dícese por cierto que dos veces hizo Juan de Padilla alto, y quisiera dar la batalla en dos buenos sitios que se le ofrecieron, viendo que lo había de haber con la caballería sola sino que sus compañeros fueron de contrario parecer y se lo estorbaron. Caminando desta manera los unos y los otros, llegando cerca de un lugar que es de la orden de Santiago, llamado Villalar, acabada de subir una cuesta, descubrieron un gran prado que estaba antes de llegar al lugar, por el cual los escuadrones de los comuneros comenzaron a caminar más apriesa y a se desordenar algo de la vanguardia, con pensamiento de entrar en el lugar.

Juan de Padilla, que aquel día iba como hombre de armas, con una ropeta de brocado sobre ellas, visto que ya no podía excusarse sino huyendo, determinó de pelear, y habiendo esforzado y mandado esperar su gente, con algunos capitanes y la gente de a caballo que quiso tener con él, salió al encuentro a la batalla real; pero habiéndose comenzado a desordenar por se entrar en el lugar, que fue causa de su perdición, hubo poca resistencia, y aunque algunos cargaron las picas y esperaron, fueron ansimismo rompidos, y los unos y los otros volvieron las espaldas huyendo. Juan de Padilla y Don Pedro Maldonado o Pimentel y Francisco Maldonado, capitán de Salamanca, y Juan Bravo, capitán de Segovia, habiendo peleado animosamente, fueron presos en la batalla, y el Juan de Padilla mal herido en una pierna, al cual prendió don Alonso de la Cueva, caballero muy esforzado, vecino de Jaén. Fueron muertos de los comuneros casi quinientos hombres y no más, porque aquellos señores usaron con los vencidos de misericordia. Traían los del campo de la Comunidad cruces coloradas y los del campo del Emperador cruces blancas.

Presos estos caballeros, como tengo dicho, otro día miércoles se mandó hacer justicia dellos; y ansí, fueron degollados Juan de Padilla y Juan Bravo y Francisco Maldonado en el lugar de

Villalar, con público pregón, en que los declaraban por traidores; el cual como oyese Juan Bravo, capitán de Segovia, cuando lo llevaban por la calle, dijo al pregonero que mentía él y quién se lo había mandado; y Juan de Padilla, pareciéndole que no era tiempo de semejantes palabras, le dijo: «Señor Juan Bravo, ayer era día de pelear como caballeros, *pero hoy no es sino de morir como cristianos*»; y llegados al lugar donde fueron degollados, queriendo el verdugo empezar por Juan de Padilla, dicen que le dijo Juan Bravo que le degollase a él primero, porque no viese muerte de tan buen caballero.

SENTENCIA Y EJECUCIÓN DE LOS COMUNEROS
(Documento de la época)

En Villalar a veinte e cuatro días del mes de abril de mil e quinientos e veinte e un años el señor alcalde Cornejo por ante mi Luis Madera escribano, recibió juramento en forma debida de derecho de Juan de Padilla, el cual fue preguntado si ha seido capitán de las comunidades, e si ha estado en Torre de Lobatón peleando con los Gobernadores de estos reinos contra el servicio de SS. MM.; dijo que es verdad que ha seido capitán de la gente de Toledo e que ha estado en Torre de Lobatón con las gentes de las comunidades, e que ha peleado contra el Condestable e Almirante de Castilla Gobernadores de estos reinos, e que fue a prender a los del Consejo e alcaldes de sus Majestades.

Lo mismo confesaron Juan Bravo e Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia e Salamanca.

Este dicho día los señores alcaldes Cornejo, e Salmerón e Alcalá dijeron que declaraban e declararon a Juan de Padilla, e a Juan Bravo e a Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traidores de la corona Real de estos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban e condenaron a pena de muerte natural e a confiscación de sus bienes e oficios para la cámara de sus Majestades como a traidores, e firmáronlo. — Doctor Cornejo. — El Licenciado Garci Fernandez. — El Licenciado Salmerón.

E luego incontinente se ejecutó la dicha sentencia e fueron degollados los susodichos. E yo el dicho Luis Madera escribano de sus Majestades en la su corte e en todos los sus reinos e señoríos que fui presente a lo que dicho es, e de pedimiento del Fiscal de sus Majestades lo susodicho fice escribir e fiz aquí este mío sino atal. — En testimonio de verdad. — Luis Madera.

AMBROSIO DE MORALES

Fue natural de Córdoba y estudió en Salamanca, con su tío Fernán Pérez de Oliva, llegando a ser un buen humanista. Ordenado de sacerdote fue catedrático de Retórica en la Universidad de Alcalá, donde fue maestro de don Juan de Austria. Fue nombrado cronista y como tal hizo un viaje literario a León, Galicia y Asturias. Murió en 1591.

Como historiador continuó la *Crónica general* de Ocampo y editó las obras de su tío Pérez de Oliva. Su obra maestra es *Las antigüedades de las ciudades de España* (1575), interesantísima historia arquelógica de los primeros tiempos de España. Sus investigaciones son concienzudas y exactas, y es el primero en España que empleó para la historia testimonios no literarios como monedas, inscripciones, etc.

RELACIÓN DE LA PRISIÓN DEL ARZOBISPO DE TOLEDO BARTOLOMÉ CARRANZA

EL PRIMADO DE ESPAÑA Y EL SANTO OFICIO

CARRANZA ENCARCELADO

Domingo 20 de agosto por la mañana llegó el arzobispo a Tordelaguna, la más principal de las tres villas, que está una legua de Talamanca. Allí le vino a ver el padre maestro fray Pedro de Soto y le contó como habían preso en Valladolid a fray Luis de la Cruz, su correspondiente. A que dijo el arzobispo: ¿qué dice P. maestro? pues según eso, también a mí me querrán hacer hereje. Era fray Pedro catedrático mayor de Salamanca, hombre de gran verdad, y a quién se debía dar entero crédito; y así dejó muy confuso al arzobispo, porque en secreto le aseguró que ya habían salido de Valladolid para prenderle.

Esto era tan cierto que había cuatro días que el alguacil mayor del Consejo de la Inquisicion estaba encubierto en Tordelaguna en un mesón, y todo el día se estaba en la cama, y en anocheciendo salía con dos criados a caballo y pasaba encubierto a Talamanca a comunicar con D. Rodrigo de Castro, y volvía a la posada antes que amaneciese, hasta que ya el sábado en la noche D. Rodrigo de Castro envió a llamar a D. Diego Ramírez que estaba en Alcalá. Llegó el propio, y visto por Don Diego el aviso, sin embargo de tener convocado el pueblo para aquel domingo en la iglesia de Santa María a fin de leer el edicto, mandó que fuese otro en su lugar, y se partió con sólo su alguacil y dos criados divulgándose que iba a Madrid a negocios de importancia.

Causó esto mucho alboroto en el lugar, y mayor fue cuando vieron que un ministro del Santo Oficio mandó comprar un haz de varas de justicia, y convocando veinte familiares a caballo las repartió y salió con ellos del lugar diciendo habérselo así ordenado D. Diego Ramírez, al cual encontró dos leguas de Tordelaguna, porque no caminaba vía recta sino torciendo por aquellos lugares donde iba juntando gente, de suerte que el martes a 22 llegó de madrugada con casi cien hombres media legua de Tordelaguna al río que llaman Malacuera, y en las arboledas muy espesas que hay en aquella ribera estuvo escondido con la gente que llevaba; y allí les amonestó obediencia al Santo Oficio y constancia en lo que habían de hacer; pero sin decirles lo que era y si alguno lo maliciaba sería por su propio discurso y algunas conjeturas, no porque se les hubiese descubierto la orden; que con este maravilloso e inmitable secreto gobierna el Santo Oficio sus operaciones.

El lunes en la noche cenó con el arzobispo D. Rodrigo de Castro, y so color de que se quería acostar por su falta de salud se retiró temprano a su posada, que era la casa de Hernando

Berzosa, hombre principal de aquella villa y cuñado del huesped que tenía en su casa el arzobispo. A este le comunicó D. Rodrigo lo que convenía, y le dio doce cédulas para crear otros tantos familiares, los que él tuviese por más a propósito : y luego salió a buscarlos y los trajo dejando prevenido a Juan de Salinas que en punto de amanecer tuviese abiertas las puertas de su casa. Hecho esto, como a cosa de la una poco más de la noche salió D. Rodrigo de Castro con sus criados, el alguacil mayor de el Consejo, los doce familiares nuevamente nombrados y Hernando de Berzosa, y fueron todos a casa del gobernador de las tres villas que estaba casado con prima hermana del arzobispo, y le dejaron preso y con guardas, y lo mismo se hizo con los demás alcaldes y alguaciles del lugar ; y en esto se entretuvieron hasta que amaneció. Y para este punto ya estaba avisado Don Diego Ramírez y venía entrando con su gente, y así incorporados todos caminaron a casa del arzobispo, cuyas puertas hallaron abiertas ; y entrando en los patios el inquisidor Ramírez puso guardas a las puertas de la casa, escaleras, cuartos y de la huerta con orden que a nadie dejasen entrar ni salir. Y esto ejecutado subieron D. Diego Ramírez, D. Rodrigo de Castro, el alguacil mayor de el Consejo de Inquisición Pedro de Ledesma y algunos ocho o diez familiares con varas, y tocando a la puerta de la recámara donde dormía fray Antonio Sánchez, el lego, respondieron de adentro : ¿quién llama? Y los de a fuera : abrid al Santo Oficio. Abrieron luego, y dejadas guardadas en aquellas puertas pasaron a la cámara del arzobispo, adonde habiendo llamado respondió él mismo : ¿quién es? Y respondieron : el Santo Oficio. Volvió a preguntar el arzobispo ¿Está ahí el Señor D. Diego Ramírez? Y los de fuera dijeron : sí. Y luego abrió un paje y el arzobispo corrió la cortina, y tenía la cabeza levantada sobre el codo en la almohada. Entró D. Rodrigo delante y tras él D. Diego el alguacil mayor con seis o siete hombres. D. Rodrigo de Castro llegó a la cama y haciéndole primero una gran mesura, hincó después la rodilla en el suelo y le dijo con lágrimas : Ilmo. Señor : V. S. Reverendísima me dé la mano y me perdone. El arzobispo le respondió : ¿Porqué D. Rodrigo? y levantaos ; y él prosiguió diciendo : porque vengo a hacer una cosa que en mi rostro verá V. S. Reverendísima que contra mi voluntad la hago ; y apartándose le hizo seña para que llegase al alguacil mayor, el cual arrimándose a la cama, dijo : Señor Ilmo., yo soy mandado : sea preso V. S. Reverendísima por el Santo Oficio. El arzobispo dijo sin alterarse ni mudar la postura en que le hallaron : ¿Vos tenéis mandamiento bastante para que podáis conseguir lo que emprendéis? Sí, Ilmo. Señor, dijo él, y sacando el despacho leyó la orden del Consejo de Inquisición que había para prenderle, y venía firmada con los del Consejo de D. Fernando de Valdés arzobispo de Sevilla. Inquisidor General que era entonces. El arzobispo replicó : ¿Pues no saben esos señores que no pueden ser mis jueces estando yo por mi dignidad y consagración sujeto inmediatamente al Papa y no a otro alguno? A esto llegó el inquisidor D. Diego Ramírez, y dijo : Para eso se dará a V. S. Reverendísima entera satisfacción ; y sacando de la sotana un breve del Sumo Pontífice, leyó como Su Santidad daba comisión al Inquisidor General con los del Consejo que eran o fuesen para conocer de su causa. Al oirse nombrar el arzobispo en el breve, dicen unos se dejó caer con alguna turbación sobre la almohada, otros defienden que no, y que con la misma constancia y valor que hasta allí (efectos propios, fuesen de su naturaleza, o del valor intrínseco de su sagrado carácter, o de su inocencia o de todo junto, que es lo más verosímil), luego que se acabó de leer el breve se sentó sobre la cama, y mirando al inquisidor le dijo : Señor D. Diego, quedemos solos V. y D. Rodrigo. Salieron todos, y quedaron los tres solos en la cámara por espacio de una hora. Los dares y tomares que allí habría ellos solos lo supieron, porque a nadie los contaron.

Este comedimiento de D. Rodrigo de Castro bastaba para creer lo que aquel día certificó a muchos, poniendo por testigo al arzobispo, que viendo su detención en Alcalá, le dijo muchas veces : V. S. Reverendísima se dé priesa

por Dios, mire que puede ser le esté bien no detenerse; y que si así lo hubiera hecho, tan disimulada hubiera sido en Valladolid su prisión, que pocos la hubieran conocido; pero que el arzobispo no quiso tomar este buen consejo sino el de aquellos que le persuadían alargarse el viaje hasta que el Rey viniese; y también aseguró no haber venido como comisario a ejecutar la prisión, sino como nuncio de la Princesa para llamarle con aquella carta; y que viendo su detención se ordenó su prisión, y le enviaron a él las instrucciones para que se hiciese.

INCOMUNICACIÓN

Desde el punto que el arzobispo fue preso D. Rodrigo de Castro guardó la puerta de la antecámara sin permitir pasase nadie de ella; y así llegó el Licenciado Saavedra íntimo privado del arzobispo, que venía en camisa con ropa de levantar, y dando voces dijo: ¿qué cómo se le podía privar a él de ver y hablar a S. Ilma.? Pero D. Rodrigo le mandó que so pena de diez mill ducados y desobediencia al Santo Oficio saliese dentro de tres horas de Tordelaguna, y que no pasase en dos meses los puertos para Castilla la Vieja.

Luego vino fray Diego Ximénez compañero del arzobispo, y todo su gobierno con algunos de sus criados, y todos venían llorando y haciendo tales extremos que D. Rodrigo y D. Diego no pudieron reprimirse, y también se les caían las lágrimas por los rostros, indicio claro de cuanto sentían aquella desgracia.

Don Diego Ramírez salió después con fray Diego a hacer inventario y secuestro de los bienes del arzobispo, y cuando asentaron las cosas que estaban en su cámara se volvió el arzobispo a D. Rodrigo y le pidió que un escritorillo pequeño que había allí se guardase mucho, porque en él estaban todos sus descargos, y así se ejecutó. Mandó después el arzobispo le llamasen un paje; pero Don Rodrigo le dijo perdonase y admitiese un paje suyo, porque ya por entonces no podía servirle ninguno de su familia.

Don Rodrigo de Mendoza canónigo de Toledo y del Consejo del arzobispo entró poco después y le dijo a D. Rodrigo: como criado de S. Ilma., soy parte legítima, y como letrado me toca saber lo que es menester para prender a un prelado; y así le requiero a V. S. me dé razón de cómo y por qué ejecuta estas tropelías. Don Rodrigo le respondió lo mismo que al Licenciado Saavedra so las mismas penas: con lo cual D. Rodrigo de Mendoza no habló más palabras y se fue luego.

¿Quién entonces entraría en aquella casa que no se le rasgase el corazón? porque toda ella era lágrimas, lloros y sollozos amarguísimos.

En la comida se tuvo aquel día esta orden: que los platos los entrase el alguacil mayor hasta la cámara, y allí los tomase el paje de D. Rodrigo de Castro (que todo el día sirvió al arzobispo) y D. Rodrigo se los tomaba al paje y los ponía en la mesa y los quitaba, y D. Diego Ramírez servía la copa, y ambos guardaban en esto profundo respeto. Después salieron los dos a comer solos a la pieza de afuera, y a la familia se les dio de comer como solía hacerse antes.

CAMINO DE VALLADOLID

Cuando llegó la hora de comer el arzobispo, empezó a desconsolarse mucho con grandes congojas como que iba a desmayarse; y siendo de esto avisado D. Rodrigo por su paje entró junto con D. Diego Ramírez, y ambos con mucha piedad y comedimiento le alentaron y consolaron. Después de comer se dijo a toda la familia que cada uno podía irse donde fuese su voluntad, con tal que ninguno fuese a Valladolid; pero replicando y proclamando a esto que los más eran de aquella ciudad y que en ella tenían sus padres y parientes, y que todos habían enviado allá lo más precioso de su ropa, quedándose sólo con lo preciso para caminar, y coadyuvando estas razones el camarero D. Pedro Manrique, persona de ilustre nacimiento y especial inteligencia en los sagrados cánones, se vino a alcanzar que toda la familia fuese junta a Valladolid; pero mandóseles que no partiesen hasta otro día en la tarde, y que fuesen por el camino y puerto de Somosierra.

que no es pequeño rodeo ; y llevaron tasadas las leguas que habían de caminar cada día. Don Rodrigo les mandó dar cuatrocientos ducados para el viaje ; sólo mandaron quedar al dispensero y cocinero para los que iban con el arzobispo, y los mozos de mulas para que cuidasen del ganado. No se le consintió al arzobispo ir en coche ni litera sino en mula ; y toda su hacienda quedó en Tordelaguna depositada en poder de Juan de Salinas, menos el dinero que llevaron para el camino, habiéndose hallado diez mill ducados sin lo que estaba ya en Valladolid, que eran otros diez mill.

En estas disposiciones estuvieron todo el día siendo mucho lo que en lo referido se trabajó ; y a las nueve dadas de la noche se pregonó por toda la villa so gravísimas penas que nadie saliese de su casa, ni se asomase a las ventanas hasta ser de día claro. Y después de media noche los alguaciles tuvieron a la puerta del arzobispo cuarenta hombres a caballo, los veinte con varas, y D. Rodrigo de Castro y D. Diego Ramírez descendieron con el arzobispo, el cual se puso en su mula sin que hubiese quien le tuviese el estribo para cabalgar, que en esto se descuidaron, hasta que llegó el alguacil mayor que le tomó, y el mismo arzobispo tomó su sombrero del arzón donde se le habían puesto : caso raro y que admira ver un tan gran prelado que no hay otra mayor dignidad ni aun como ella en España, reducido a esta deplorable miseria, o por su poca ventura, o por envidia ciega de sus enemigos de quien él harto se quejaba. Así salió de Tordelaguna entre doce y una de la noche caminando en medio del inquisidor Ramírez y D. Rodrigo de Castro con toda la gente delante y la recámara detrás, notando esto último Juan de Salinas a quien permitieron bajase a verlos cabalgar y partir para que después pudiese cerrar la puerta de su casa por ser media noche.

Con el mismo secreto que salió el arzobispo de Tordelaguna, así entró en Valladolid en las cárceles del Santo Oficio, de calidad que en muchísimos días no se supo estuviese allí.

Fray José de Sigüenza

Nació este historiador en Sigüenza (Guadalajara), en 1540, y murió en El Escorial en 1606. Ingresó en la Orden de San Jerónimo cambiando su nombre patronímico, que ignoramos, por el de su lugar de nacimiento. En el Monasterio de El Escorial pasó casi toda su vida y allí fue discípulo de Arias Montano, con el que aprendió a la perfección el griego y el hebreo. Fue aficionado a la música y poesía y llegó a ser superior de su Orden.

Escribió con erudición la *Vida de San Jerónimo* (1595) y la *Escuela de novicios*, pero destaca por su monumental *Historia de la Orden de San Jerónimo*, en tres volúmenes (Madrid, 1595-1600), escrita con belleza literaria y de gran interés documental.

HISTORIA DE LA ORDEN DE SAN JERÓNIMO

CARLOS V SE RETIRA A YUSTE

ELECCIÓN DE LUGAR

El año de mil y quinientos y cinquenta y quatro, estaua su Magestad en Bruxelas apretado de indisposiciones, con gota en los pies, y en las manos, sin otros achaques : y pareciéndole que ya era tiempo de poner en execución sus buenos pensamientos, se resoluió en renunciar sus estados, venirse a España y recogerse en vna casa de la Orden de san Gerónimo, porque de atras auia considerado atentamente el modo de vida que en ella se guardaua, y le auía dado muy en gusto, y para su intento no halló cosa más a propósito. El sitio y la tierra también estaua ya mirada con cuydado, porque no fueron nueuos ni repentinos estos mouimientos en su Magestad, cosa que él con nuestro Señor trataua en lo secreto de su pecho. Y el tiempo que se detuuo en traerlo a execución, fue por dexar todas las cosas de la Iglesia y de la Christiandad bien assentadas, seguras, acabadas las más peligrosas guerras, congregado el Concilio para las cosas de la religión y dexado vn heredero tan cabal y tan pío como su hijo don Felipe, que era bastante para sustentar el peso de tantos estados. Que esto fuesse cosa muy pensada parece claro, porque más de doze años antes desta determinación, auía embiado su Magestad a considerar la casa, el sitio, el cielo, la disposición del Monasterio de S. Gerónimo de Iuste, hombres doctos y prudentes, y le lleuaron entera relación de todo. Y hase de estimar en mucho que en el pecho de un príncipe tan valeroso y belicoso tantos años antes, y en medio de tantas guerras, vitorias y triunfos, estuuiessen tan assentados estos pensamientos, de renunciar tanta gloria y monarquía. Desde entonces le cuento yo por religioso, y en vn ánimo tan determinado y firme, por professo.

PREPARATIVOS

Llegada pues la razón, escriuió desde Bruselas vna carta al General fray Iuan de Ortega, y entre otras cosas dize assi :

Venerable y deuotó Padre General de la Orden de san Gerónimo, empecóos a escribir de mi mano, y canséme, y ansí huuo de acabar la carta Guillermo Malineo. Deseo retirarme entre vosotros a acabar la vida, y por esso querría que me labrássedes vnos aposentos en san Gerónimo de Iuste, y para lo que fuere menester acudiréys al Secretario Juan Vázquez de Molina, que el proueerá de dineros, para lo cual os embio el modelo de la obra, &. Luego que nuestro General recibió el recaudo, dio noticia dello al Príncipe don Felipe que gouernaua el Reyno, a quien también auía escrito el Emperador su padre, mandándole, que antes que saliesse de España, para Inglaterra y Flandes, fuesse a ver el

sitio, la traça y el monasterio de Iuste. Partió el Príncipe para el monasterio, conforme la instrucción de su padre, y lo que auía concertado con el General; y llegó allá para la fiesta del Corpus, que aquel año de cinquenta y quatro cayó a veynte y quatro de mayo.

El General fray Iuan de Ortega llegó pocos días antes. Estáuanle aguardando los religiosos la misma mañana de la fiesta, puestos en procesión a la puerta de la Iglesia. Y como desde sus primeros años fue tan modesto, parecióle que no era aquel día de auer otra procesión sino la del Rey eterno, hurtó el cuerpo, y dissimulando lo más que pudo se entró en el Conuento por la portería sin ser conocido. Mudó el ábito de camino, y baxó luego a la procesión del Sacramento acompañándole con vna vela encendida. Después de comer, miró la disposición del sitio de la casa y de la huerta, entendiendo bien lo que su padre pretendía, y la traça que auia embiado. Boluióse a Vísperas y completas, despidiose del General, y otro día oyda Missa se partió para la Coruña, donde estaua aparejada vna grande armada, de ochenta naues gruesas, quarenta menores, sin diez y ocho que auían venido de Inglaterra, y veynte vreas de Flandes, y dos hermosas galeazas que auía hecho don Álvaro Baçán. Y ni se embarcó en estas, ni en las que los embaxadores de Inglaterra quisieran, sino en vna de vn Vizcayno, que se llamaua Martín de Bretendona. Embarcose a treze del Iulio siguiente, y a diez y nueue del mismo llegó al Puerto de Antona y el día del Apóstol Santiago se desposó con la Reyna doña María de Inglaterra.

Quedose el General en Iuste, y junto con Gaspar de Vega, maestro de las obras de Balsain, bosque de Segouia. Traçaron el aposento, y señalaron la parte y se hizo vn designio de toda la planta y montia del monasterio todo, que le embiaron a su Magestad a Flandes. Para maestro, digo obrero principal de esta fábrica, que no era grande, señaló el General a fray Antonio de Villa Castín, religioso de los Coristas, professo de la Sisla de Toledo, de quien haremos mucha memoria en la fábrica de san Lorenço,

LA ABDICACIÓN

Estuuo el Rey don Felipe en Inglaterra hasta el año siguiente de cinquenta y cuatro, que el Emperador le embió a llamar; determinado el día ya de renunciar a los estados, y la magestad del mundo, que fue el de san Simón y Iudas, mandó juntar todos los Procuradores de los Estados de Brabante y Flandes, y de todas aquellas prouincias y partes. Púsose vna silla alta en la sala de su Palacio, donde él se sentó y el Rey de Inglaterra y Napoles su hijo don Felipe a un lado y la reyna María de Vngría a otro. Hizo el Presidente de Flandes vn graue razonamiento, representando en él las consideraciones tan justas que a su Magestad mouían para hazer aquel acto que no era descansar, ni huyr el cuerpo al trabajo del gouierno de sus estados, sino dexarlos encomendados a quien tuuiesse salud, fuerças y valor para ampararlos y defenderlos de los muchos enemigos que los desassossegauan; que hasta allí el auía hecho todo lo que auía podido, y que ya se sentía sin fuerzas y como imposibilitado para acudir a lo que pudiesse sobreuenir, y que huuiera antes hecho esto, si el Príncipe su hijo pudiera con la edad suplir aquello; y que no auía estado aguardando más de que con la prueua y esperiencia todos se enterassen y certificassen, como el lo estaua, del valor y prudencia que Dios auía sido seruido de poner en él, para el gouierno de tantos estados.

Acabada esta plática del Presidente su Magestad hizo otra más breue, y como señor, llena de Magestad y consuelo para todos los que estauan presentes. Pidió que le perdonassen las faltas que auía hecho en el gouierno, y que recibiessen por natural Señor a su hijo, Príncipe de España, que supliría sus defectos, y que tuuiessen esto por bien, pues en lugar de vn Príncipe viejo, enfermo y tan impedido como el estaua, les daua vn Príncipe sano, fuerte, virtuoso y católico. Aquí fueron muchas las lágrimas que se derramaron, no sólo de todos los grandes y señores que estauan presentes, mas aun el magnánimo César no pudo contener las suyas. Los Procuradores hizieron a su Magestad

muchas gracias, con semblante y palabras humildes, por la merced que siempre les auía hecho, y la afabilidad y clemencia con que los auía tratado, y por dexarles en su lugar tal señor y sucessor, como el Rey don Felipe su hijo, que era el vnico consuelo que en tan grande desamparo les podía venir. Y ansí, sólo suplicauan a su Magestad, les hiziesse merced de encargarle no los desamparasse del todo, y quisiesse asistir con ellos el tiempo que pudiesse, pues era de tanta importancia para la quietud de aquellos estados. Passadas algunas razones, se hizieron las ceremonias y solenidades de la renunciación, y el Rey don Felipe aceptó la inuestidura y títulos de los estados, y puso de su mano en el gouierno dellos al Duque de Saboya su primo que estaua presente.

Pocos días después sintiéndose su Magestad más fatigado con sus enfermedades, en diez días de Henero del año siguiente de cinquenta y seys, hizo solene y publica renunciación en el Rey don Felipe su hijo, de todos los Reynos y señoríos que le auían quedado, sin reseruar para sí vn palmo de tierra. Y mandó que se leyesse la renunciación firmada de su nombre en público, en lengua Latina, estando el Príncipe don Felipe de rodillas delante de su padre, la cabeça descubierta (no pongo aquí el tenor de la renunciación, porque ya otros la han sacado en público). Fenecido el acto, el Principe besó la mano a su padre bañándosela con lágrimas, y el le besó en la frente y echó su bendición diziéndole amorosas y graues sentencias. Luego de allí a poco en el Parque, renunció en su hermano don Fernando, Rey de Romanos, el Imperio Romano, que ya no le quedaua otra cosa. Escribió luego a los electores del Imperio le tuuiessen por legítimo Emperador, como si por su muerte huuiera vacado, pues el se auía determinado morir a todos los cargos y dignidades del mundo. Ansí quedó desnudo de todo quanto possehía en la tierra este Monarca tan de veras Católico, religioso, pío, honra del género humano, exemplo raro, digno de eterna memoria, y que si se miran todas sus circunstancias, con dificultad hallaremos con quien compararlo, aunque parezca que ay otros muchos que hizieron otro tanto, si no nos engañan las historias.

EMBARCA PARA ESPAÑA

Detúuose su Magestad en Flandes casi todo el verano, hasta que llegó el mes de agosto, de cinquenta y seys. Embarcose con sus dos hermanas, doña Leonor Reyna de Francia y doña María Reyna de Vngría, y dándoles nuestro Señor buen viage, vinieron al puerto de Laredo a desembarcar, por el mes de setiembre. Desde allí mandó auisar al General de nuestra Orden (que ya a esta sazón como vimos era el padre fray Francisco de Tofiño) que estuuiesse en Valladolid para quando él llegasse, donde se le auía de dar el orden de todo lo que se auía de hazer en Iuste, y de los religiosos que auían de yr a aquella casa para seruirle de Capellanes. Acudió a todo el General con la puntualidad que era razón. Fue a Valladolid, acompañado del padre fray Iuan de Ortega, General passado, y del Prior de Iuste, y de otros religiosos, besó las manos al César por la merced que hazía a la Orden, en quererse seruir de ella. Pidiole también se la hiziesse en declarar su voluntad, de quien y como quería ser seruido, para que en todo se proueyesse con el cuydado que era razón. Agradecióle la voluntad y el desseo que en esto mostraua. Díxole que como él lo dispusiesse estaría todo bien: sólo le nombró al padre fray Iuan Regla, professo de santa Engracia de Zaragoça, para su confessor. El General nombró luego tres Predicadores de los mejores que auía en la Religión, y auíalos entonces de lo bueno de España, y otros religiosos de buenas vozes para el Coro, y dexando buena orden en todo, se boluió a S. Bartolomé. Partió su Magestad de Valladolid por fin de octubre de cinquenta y seys, y passó vn puerto muy áspero, que llaman en aquella tierra el Puerto nueuo, que aunque los de Plasencia hizieron quanto pudieron para facilitarle, fue menester en muchos passos difíciles y estrechos lleuarle a manos en vna silla. Encareciendo algunos la aspereza del camino, y de tan mal puerto, dixo su Magestad: No passaré ya otro en mi vida sino el de la

muerte, y no es mucho que tierra tan buena y sana como la de Iuste, cueste cara de alcançar.

Llegó a Xarandilla el día de san Martín Obispo; estuuo allí aposentado en las casas que tiene el Conde de Oropesa, que son buenas. Fuéle a besar las manos luego el Prior de Iuste, diole quenta de todo lo que estaua hecho en su aposento.

En tanto que estuuo en Xarandilla acabó su Magestad de despachar los negocios que tenía que concluir; despidió los criados y gente que no auía menester, pagándoles largamente sus gajes, y dexándolos en oficios y plaças, conforme a sus calidades; escogió los que auían de quedar con él, y assí se yua descarnando y deshaziendo de toda la magestad Imperial, hasta llegar a lo que no podía escusarse. Tuuo consideración a no entrar con tanta gente en el Conuento, y a que se assentasse todo como auía de estar, y no huuiesse duda de que el aposento no estuuiesse enjuto.

LLEGADA A YUSTE

Entretanto que aquí estuuo (fue después de onze de otubre de cinquenta y seys hasta tres de febrero de cinquenta y siete) quiso llegar a ver su aposento y el monasterio, que tenía desseo de verlo: llegó el día de santa Catalina Mártyr, rezó lo primero en la Iglesia, vio la casa, y fue luego a su aposento: mostró contento de todo, alegrose mucho y dixo que el aposento estaua muy acertado, conforme a la traça que el auía embiado de Flandes. Lo que en el ay (porque lo digamos aquí de vna vez, que todo es harto poco) es esto. Está plantado al medio día, en respeto de la Iglesia que le haze espaldas al Norte, y a la parte de la huerta, donde se descubre vna larga y hermosa vista. Lo principal de toda la fábrica son ocho pieças, o quadras de a veynte pies poco más o menos en ancho, y veynte y cinco en largo. Las quatro pieças están a la huella, y casi al mismo andar del claustro baxo, y las otras quatro responden puntualmente debaxo dellas, porque como la casa está leuantada en la ladera de vna cuesta muy alta, el edificio va cayendo como por sus poyos. Estas quatro piezas ansí altas como baxas, las diuiden dos tránsitos, o callejones que van de Oriente a Poniente: el alto sale a una plaça, con vn colgadizo grande al Poniente, adornado de muchas flores y diuersidad de naranjos, cidros, limones, y vna fuente bien labrada. El baxo a la huerta, y a lo que cae debaxo desta plaça, o colgadizo que se sustenta sobre columnas de piedra, y pilares de ladrillo.

Las pieças tienen sus chimeneas en buena proporción puestas, y sin esto vna estufa a la parte de Oriente, donde también ay otro jardín y fuente, de mucha variedad de flores y plantas singulares buscadas con cuydado. Escaleras para subir al Coro, y baxar a los aposentos, bien traçadas; y al fin rodeado todo de naranjos, y cidros, que se lançan por las mismas ventanas de las cuadras, alegrándolo con olor, color y verdura. Esta es la celda de aquel gran monarca Carlos quinto, para religioso harto espaciosa, para quien tanto abarcaua pequeña. Hízola fray Antonio de Villa Castín en año y medio, para que acabasse allí la vida este Monarca, con la fidelidad y facilidad y prudencia que después acá ha hecho este famoso Mauseolo de S. Lorenço para sepultura del mismo y de su hijo.

Antes que saliesse de Xarandilla, llegó su confesor fray Iuan Regla, harto contra su voluntad, que si en ella se lo dexaran no llegara jamás, según era humilde y santo. Tenía noticia desto su Magestad, y tanto más era la gana de verle, que le aguardaua por momentos. Después de auerle besado las manos, no pudo detenerse en manifestarle el desseo con que le auía estado aguardando, y ansí le dixo que porqué se auía detenido tanto. Respondió el sieruo de Dios con semblante encogido y humilde: «Señor, porque no me hallo digno ni suficiente para seruir en esto a vuessa Magestad». Respondiole el César: «mirá fray Iuan no tenéys que temer, porque cinco Letrados he tenido un año entero en Flandes, Iuristas y Teólogos, con quien he descargado mi conciencia y negocios della, agora no tenéys más que entender conmigo que con lo que aqui passare». Esto se dixo con mucha gracia y afabilidad, para animarle y desencogerle, por entender

auía sido menester mandarle por obediencia fuesse a seruirle en esto.

LOS REGALOS DE LA MESA

En tanto que estuuo aquí retirado el Emperador, le seruian y regalauan todos los Prelados y Señores que estauan más cerca, o que se quisieron mostrar más agradecidos. Quien más cuydado tenía, como a quien más le tocaua, era la Reyna de Portugal doña Catalina su hermana, que de quinze en quinze días le embiaua muchos regalos de conseruas y lienços. El Conde de Oropesa que le tenía tan vezino, acudía de ordinario con caça y otros regalos, lo poco que le alcançó Silíceo Arçobispo de Toledo. Embió también muchos don Francisco de Benauides Obispo de Mondoñedo, y después de Segouia, frayle desta religión, professo de Guadalupe; siruió lo mejor que pudo D. Gaspar de Zúñiga, entonces Obispo de Segouia, y después Arçobispo de Seuilla; acudía también muy de ordinario el Obispo de Salamanca, y otros mostrándose agradecidos a las mercedes que auían recebido de su Magestad.

La casa de nuestra Señora de Guadalupe, le sirvió y regaló muchas vezes, embiándole carneros criados a pan, terneras y otras cosas de frutas. Y la misma casa de Iuste, aunque pobre, acudía con lo que allí tenía, que por ser esto de la Orden y de su casa, mostraua agradecerlo mucho, y lo celebraua como si fuera algo. Sólo los de Quacos y otras aldehuelas, alguna gentecilla ruyn digo, que no todos, tuuieron, en pago de las mercedes que el Emperador les hazía, atreuimiento para ofender tan gran Monarca.

Vnas vezes le pescauan las truchas de los pozos que estauan en Garganta la Olla para su seruicio y messa; otras le prendauan vnas vaquillas que andauan por allí para la leche que auía menester, y se las llevauan a corral, como si fueran del obligado o vn pobre vezino. Y vez huuo que después de auer comprado vn cerezo de cerezas más tardías para el Emperador, y pagádoselas dos tanto, tardándose de yr por ellas, las tornó a vender el dueño, y no las tuuo quando las quiso. Llegó esto a término, que con ser el César de su natural tan benigno y clemente, le enojaron, y quiso que se les hiziesse alguna muestra de castigo, y le merecían muy grande.

LOS INSOLENTES VECINOS DE QUACOS

Vino a visitar a su Magestad, desde Valladolid, Iuan de Vega, Presidente de Consejo Real (a quién solamente por la enfermedad de la gota se dio licencia, para que entrase a cauallo por la puente que llegaua a la pieça del aposento Imperial). Después de auer negociado a lo que venía, preguntole (como de cumplimiento): ¿Señor, no siruen a vuestra Magestad los de esta tierra con mucho cuydado? ¿Vea vuesa Magestad si me manda que dexe ordenada alguna cosa que a esto toque? No ay necessidad de nada, respondió el Emperador; todos lo hazen bien si no son los de Quacos, que algunas veces me enojan. Entendió el Presidente que lo dezía porque eran muy cuydadosos demasiado, y en su seruicio diligentes (quien auía de pensar otra cosa) y que hablaua el Emperador como dizen por yronía, y respondió: Ansí es razón, señor, que lo hagan; déxelos vuestra Magestad que siruan en quanto pudieren, que todos estamos obligados a esso. Entonces le dixo: No cierto, no lo digo burlando, sino que son descomedidos y se atreuen a enojarme. El Presidente se enojó reziamente con aquellos villanos. Salió de allí con pensamiento de castigarlos, como merecía tan gran descomedimiento. Reprehendió al Licenciado Murga, que era juez de aquella villa, sin dependencia de la justicia de Plasencia, porque no les castigaua rigurosamente. Hizo sus informaciones, prendió a muchos porque auía muchos culpados, y de hecho los castigara rigurosamente si no estuuieran de por medio los frayles, que rogaron al Emperador por ellos, y porque algunos tenían parentesco, hízose el castigo moderado, que en respeto de los desacatos no fue nada. Podranse alabar los de Quacos que vencieron ellos la paciencia y clemencia del César, lo que no pudieron hazer muy valientes y fuertes enemigos, tanto fue su descomedimiento.

CONSTRUCCIÓN DE EL ESCORIAL

No sé si era más admirable, y de más nueua y alegre vista la desta casa, quando se yua edificando, que agora qual la vemos perfeta y acabada. Aquel bullicio y aquel ruydo, aquella variedad de gentes y voces tan varías, la diferencia de artes, oficios y exercicios embueltos todos en vna priessa y diligencia estraña, y en aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque en la verdad admirablemente auenida y concertada, causaua vn como pasmo y admiración a quantos de nueuo la vían, y aun a los que despacio la estauan considerando. Auía en sola la Iglesia veynte gruas de a dos ruedas, vnas altas, otras baxas y otras sobre estas más altas, y sobre estas tablados y andamios que subían al cielo ; estos dauan vozes a aquellos, los de abaxo llamauan a los altos, los de en medio a los vnos y a los otros ; de día, de noche, a la tarde, a la mañana, no se ohía sino guinda, amayna, buclue, rebuelue, torna, estira, para, tente, menea ; bullía todo y crecía con augmento espantoso ; parecía trabajauan no sólo para ganar de comer como en otras obras, sino para dar remate y perfección a lo que tenían entre manos en vna amigable contención y porfía, pretendiendo cada uno yr el primero, y junto con esto ayudar al otro. Fuera de este número de gruas que andauan en la Iglesia y torres della, auía otras en diuersas partidas : en el aposento de palacio, casa Real y de las damas y caualleros, otras dos ; en el pórtico principal cuatro, y aun seys, en el corredor de la enfermería otra, en el colegio otras, no se quantas, a to s se prouehía con abundancia, y con puntualidad los materiales necessarios, peonage, carretería, piedra, cal, agua, madera. Quien viera la multitud de aserradores y carpinteros de tantas suertes y diferencias de obras, vnas gruesas como andamios, gruas, cabrillas, agujas, y otros ingenios y vasos, tixeras y maderamientos de tejados, otros de puertas y ventanas y otros más primos, y delgadas manos para caxones, y sillas, y estantes, y todo cuanto toca a ensamblage, jurara que se hazía alguna ciudad de sola madera. Quien considerara las fraguas y el hierro que se gastaua y labraua, pensara que era para algún castillo o alcáçar de puro hierro, y lo mismo afirmaran los que pesaran el plomo y otros metales, como bronze, estaño y cobre. Por otra parte la variedad y diferencia de albañiles, para lo que se gastaua de cal yesso, estuque, azulejos, ladrillos y cosas deste menester era tan grande, que si se derramara, ocupara gran parte desta campaña, y sin duda que si esto, o cualquiera cosa de las que he dicho la amontonaran por sí en el contorno desta casa, admirara la grandeza de cada vna, y se atreuieran a firmar ser bastante para fundar vna ciudad entera. Diremos adelante la razón y la summa de lo que pudiéremos en ello ; entre estos maestros públicos que hazían tan acordado bullicio, auía otros más secretos y retirados, como eran pintores, muchos y de gran primor en el arte, que llaman ellos valientes ; vnos hazían dibuxos y cartones, y otros executauan ; vnos labrauan al olio tableros y lienços, otros al fresco las paredes y techos, otros al temple, y otros iluminauan, otros estofauan y dorauan, y otros muchos, porque los juntemos con estos, escriuían libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los enquadernauan.

Deste género y de no menos primor auía gran copia de bordadores, que yuan haziendo ornamentos al culto diuino para altares y sacristía, en telas de raso, marañas, terciopelo, brocados ; vnos matizauan con estraño primor, otros bordauan, otros hazían franjas y cordones. Sin esto otra diferencia de maestros más estraños para los metales, vnos hazían órganos y otros campanas, otros vaziauan grandes planchas de plomo y otros mezclauan los unos con los otros para diuersos ministerios y instrumentos, garruchas, poleas, troclas. El esparto y el cáñamo para sogas, serones, espuertas, guindaletas, cuerdas, maromas, ondas, cables, que casi se labró aquí todo, era otra parte de fábrica grande, que aunque aquí era casa sorda y de poca cuenta, en otra parte hiziera harto ruydo.

Esto todo junto, y como a la par, passaba aquí, y se executaua al pie de la fábrica ; y sin esto los campos desta comarca resonauan con los golpes de las

almadenas y cuñas, y con la fuerça de los martillos, picos y escodas, partiendo o (digámoslo assí) rebanando con tanta maña y artificio, que al rendirse parecían de cera, y en la blancura de dentro nieue ; estaua todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos, y aun tabernas, donde se amparauan de las injurias del tiempo, del agua, del Sol y de la nieue, y donde cobrauan fuerças con el vino ; por otra parte se vían ingeniosas ruedas trahídas del agua con que se cortauan, asserrauan, pulían jaspes y mármoles durísimos, con la fuerça de los esmeriles y sierras artificiosas.

La multitud de la carretería, carreteros y bueyes eran también de consideración, por la puntualidad con que acudían a sus horas concertadas, proueyendo a las gruas, agujas y cabrillas de piedra, para que ni parassen las ruedas, ni descansassen los pescantes, ni se quexassen lo estageros y assentadores, que no les dauan materia. Vehíanse cada día traer pieças grandes, basas, cornijas, capiteles, pedestales, linteles, jambas y otras pieças de tan descomunal grandeza, que no las meneauan menos que siete o nueue pares de bueyes, y algunas doze, y muchas veynte, y no pocas quarenta. Aquí era de ver mucho vna procesión, o vn rosario tan largo destos bueyes ensartados tan yguales y tan parejos, tirar todos tan a vn punto de aquella pesada carga, que parecía entenderse y adunarse para arrancar con ella, y quando esto no era muy a una acontecía arrancar del casco los cuernos de los que quedauan faltos o postreros. Para todos estos oficios, y para tanta variedad de menesteres, y para que todo creciesse a la igual, auía diferencias de aparejadores y sobrestantes, conueniendo vnos con otros en dar recado, prissa, calor y ánimo a los que andauan en sus partidas. En estando hecha la uentana, o la puerta, en lo que tocaua a la cantería, puestas las jambas y linteles, acudía el carpintero con la madera, marco, ventana o puerta, el herrero con el antepecho o rexa de hierro ; en cerrando o cubriendo el aposento con la bóueda o con la claue, o leuantando las paredes, ya estaua la madera del tejado, y el carpintero le cubría, el piçarrero le empiçarraua, acudía el albañir y jaharraua o enluzía las paredes, y si se auía de pintar, assentauan el estuque y le pintauan ; el otro tenía hecha la cerradura, y tan presto el solador la solaua de lo que la pieça pedía marmol, jaspe, piedra, azulejo o ladrillo. Assí se veía acabar vn montón grande de cosas a la par, con tanta presteza, que parecía se auía nacido assí. Bullía al fín como dize el Poeta aquí vn hormiguero concertadissimo, tan sin encontrarse ni embaraçarse, que parecían todos vno, o que vno lo hazía todo. Fuera de aquí, en muchas otras partes auía, y se hazía grande cantidad de obra, en que se ocupauan no poca diferencia de gentes, todo para la perfección desta fábrica.

En las canteras del jaspe, no lexos del Burgo de Osma, y junto a nuestra casa de san Gerónimo de Espeja, andauan sacando y labrando Españoles, Italianos, lo que tocaua al jaspe de la fábrica, que como veremos es mucho. En Madrid se haçía la obra de la custodia y relicario con parte del retablo, donde se juntauan muchos maestros y laborantes ; allí, y en Guadalaxara y Cuenca, y en otras partes que yo no sé, se hazía gran cantidad de rexas de hierro, sin lo que se labraua aquí. En Zaragoça se fundían y obrauan las rexas principales de bronze de la Iglesia, y los antepechos que corren por lo alto della.

En las sierras de Filabres se sacaua mármol blanco, y en estas de las Nauas y en Estremoz y en las riberas de Genil, junto a Granada, y en las sierras de Aracena y otras partes, mármoles pardos, verdes, colorados, negros, sanguíneos y de cien hermosos colores y diferencias. Los pinares de Cuenca, Balsayn de Segouia, Quexigal de Áuila y de las Nauas, estauan siempre sonando con los golpes de las hachas y segures con que derribauan y labrauan pinos altissimos, y con el ruído de los aserradores que los hazían troços, tozas y tablas. En Florencia o en Milán se fundían grandes figuras de bronze, para el retablo y entierros. En Toledo se hazían lámparas, candeleros, ciriales, Cruces, incensarios y nauetas de Plata. En Flandes otros candeleros de bronze grandes,

medianos y menores y de estrañas hechuras, de donde también se traxo grande cantidad de lienços de pintura al temple para adornar las celdas. De suerte que por toda España, Italia y Flandes estaua esparzida no pequeña parte desta fábrica, y aunque se pudo contar la gente que andaua en el templo de Salomón, la que anduuo en este no se puede aueriguar fácilmente, por estar allende, de la mucha que aquí se vía, en infinitos lugares repartida, porque aun los monasterios de monjas estauan ocupados en las cosas desta fábrica, labrando grande número de preciosos paños, corporales, palias, fruteros, paños de muchas diferencias y hermosura, sáuanas para los altares, sobrepelices, albas, amitos, pañiçuelos cornijales y otras cien preciosas menudencias de lino, roanes, calicut y olandas y otras diferencias de lienços que no les se yo los nombres. Obráuanse al fin, y crecían en competencia tantas cosas juntas, que me confiesso vencido para hazer memoria dellas, sin tratar agora de lo que se hazía en la dehessa del Quexigar, y en la de la Frexneda, de lo que se plantaua, edificaua, componía ; estanques, jardines, fuentes, viñas, oliuares, bodegas y lagares, todo con el calor y el aliento deste pío Rey que con sólo su vista parecía lo leuantaua, daua vida, ser y aumento.

Padre Juan de Mariana

Este importante historiador nació en Talavera de la Reina en 1535. Era hijo natural del deán de aquella colegiata Juan Martínez de Mariana. Ingresó como novicio en la Compañía de Jesús, en 1554, y desplegó, durante toda su vida, una gran actividad dentro de su Orden, enseñando Teología en Roma, Sicilia y París, predicando en muchas ciudades de Francia, Italia y Países Bajos, y desempeñando cargos de confianza en la Compañía de Jesús. Enfermo y fatigado, se retiró en 1574 a Toledo, donde se dedicó a escribir, sin dejar de intervenir en importantes asuntos eclesiásticos, hasta su muerte.

Para que sus obras fuesen más universales las redactó en latín, y así compuso la *Historiae de rebus Hispaniae libri XXX*, cuyos primeros veinticinco libros se publicaron en Toledo, en 1592. La obra completa apareció en Maguncia, en 1605, y fue tan grande el éxito que obtuvo que diversos amigos le animaron a que la tradujese al castellano. Así lo hizo Mariana, publicándola completa en Toledo, en 1601, con el título de *Historia general de España*, por lo que resulta que los últimos cinco libros aparecieron antes en castellano que en latín.

El propósito de Mariana fue no sólo el de escribir una historia completa de nuestra nación, sino el de darla a conocer en el extranjero, pues había observado en sus años de estancia en otros países el desconocimiento e ideas erróneas que sobre España se tenían en aquellos lugares. No perdonó esfuerzo para lograr este propósito nacional e internacional. Sincrónicamente presenta los hechos de todos los reinos cristianos peninsulares.

Si su labor patriótica es admirable, no puede decirse lo mismo de su rigor científico. Carecía del sentido crítico de Zurita o de Morales, y admite candorosamente leyendas y fábulas para los tiempos primitivos y medievales, por lo que tuvo numerosos contradictores. Su interés y amenidad se demuestran al ser editada cinco veces en veintidós años y, hasta el pasado siglo, puede decirse que fue la única Historia que se leyó en España.

Bibliografía. Ed. B. A. E., t. XXX y XXXI.

HISTORIA DE ESPAÑA

Libro XI, capítulo I

Cómo los almohades vinieron a España

Una nueva entrada que los almohades hicieron en España, gente bárbara y fiera, hemos de contar: un nuevo reino que en África y en España se fundó por estos tiempos, nuevas asonadas de guerras sangrientas, con cuyas olas la república cristiana fue trabajada; maravillosos y extraños juegos de la fortuna mudable, hasta tanto que, ganada una victoria señalada y la más ilustre que en aquella sazón hobo en el mundo, las fuerzas de los moros mucho se enflaquecieron y quebrantaron.

Tenía el imperio de los moros en África y en España Albohalí, príncipe del linaje de los almorávides, como arriba queda declarado, en el cual tiempo un cierto hombre, llamado Tumerto, en Africa, muy docto, así bien en las demás partes de astrología como señalado en pronosticar por el nacimiento de cada uno la vida, ingenio, costumbres y accidentes que había de tener, que es una ciencia vanísima, considerado el rostro de un mozo llamado Abdelmón, de cuerpo membrudo y muy animoso, por el aspecto de las estrellas, sin embargo que era de muy bajo suelo, tanto, que su padre era ollero, le pronosticó sería rey de su nación; que así lo mostraba el cielo y tales eran sus hados, cuya fuerza no poderse quebrantar la gente y nación de los moros está muy persuadida.

Abríanse las zanjas de una fábrica muy grande. Sucedió muy a propósito

para sus intentos que un gran predicador de la ley mahometana, en aquella sazón tenido por hombre de santa vida y de doctrina singular, llamado Almohades, introduciendo y publicando nuevas declaraciones de la ley despertaba y alborotaba los ánimos de la muchedumbre, mudable de ingenio, principalmente en África, y deseosa grandemente de novedades. A éste como quier que Tumerto persuadiese su pronóstico y él o de verdad lo creyese así o lo mostrase, trataron entre sí de mudar el estado de aquel reino.

No hay trama más engañosa en la apariencia que el pretexto y capa de la mala religión cuando se usa della para dar cubierta a otras maldades; ni hay cosa más perjudicial en la república que alterar la fe y religión que los mayores abrazaron. Así de todo tiempo consideramos haberse destruído grandes imperios por la diferencia en la religión, porque dividido el pueblo en parcialidades, de la contienda y de las palabras se pasa a enemistades descubiertas; y la una parte y la otra defiende sus opiniones con las armas, sin parar hasta arruinallo todo: lo que sucedió al presente, ca Almohades, por la mucha autoridad que tenía, persuadió a los que le seguían tomasen las armas debajo de la conducta de Abdelmón, atropellasen y destruyesen el reino de los almorávides, pues era ilegítimo el señorío que se fundara por fuerza destruyendo a los alavecinos, linaje que descendía de Fátima, hija mayor de Mahoma, su profeta. Demás desto, que si no sacudían de sí el imperio de los almorávides, no podrían las opiniones que de la religión tenían abrazadas pasar adelante, que los intentos impíos y insultos de aquella ralea de gente era justo fuesen castigados y vengados con toda diligencia.

. . . . . .

Libro XIII, capítulo VII

Conquista de Sevilla por Fernando III

En lo postrero de España, hacia el poniente, está asentada Sevilla, cabeza del Andalucía, noble y rica ciudad entre las primeras de Europa, fuerte por las murallas, por las armas y gente que tiene; los edificios públicos y particulares a manera de casas reales son en gran número, la hermosura y arreo de todos los ciudadanos muy grande. Entre la ciudad, que está a mano izquierda, y su arrabal, llamado Triana, pasa el río Guadalquivir, acanalado con grandes reparos y de hondo bastante para naves gruesas, y por la misma razón muy a propósito para la contratación y comercio de los dos mares Océano y Mediterráneo. Con una puente de madera fundada sobre barcas se junta el arrabal con la ciudad y se pasa de una parte a otra.

Abreviamos este capítulo, que continúa diciendo:

El rey don Fernando tenía un encendido deseo de apoderarse desta ciudad, así por su nobleza como porque, ella tomada, era forzoso que el imperio de los moros de todo punto menguase, tanto más que los aragoneses con gran gloria y honra suya se habían apoderado de Valencia, de sitio muy semejante y no de mucho menor número de ciudadanos.

El rey de Sevilla, por nombre Ajatafe, no ignoraba el peligro que corrían sus cosas; tenía juntados socorros de los lugares comarcanos, hasta desde la misma África; gran copia de trigo traída de los lugares comarcanos; proveídose de caballos, armas, naves y galeras, determinado de sufrir cualquier afán antes de ser despojado del señorío de ciudad tan principal. El rey don Fernando juntaba asimismo de todas partes gente para aumentar el ejército que tenía, trigo y todos los más pertrechos que para la guerra eran necesarios. La diligencia era grande, por entender que duraría mucho tiempo y sería muy dificultosa, y para que ninguna cosa necesaria falleciese a los soldados. En Alcalá por algún tiempo se entretuvo el rey don Fernando; pasada ya gran parte y lo más serio del verano, movió con todas sus gentes, púsose sobre Sevilla y comenzó a sitialla a 20 del mes de agosto, año de nuestra salvación de 1247; los reales del rey se asentaron en aquella parte que está el campo de

Tablada tendido a la ribera del río, más abajo de la ciudad. Don Pelayo Pérez Correa, maestre de Santiago, de la otra parte del río hizo su alojamiento en una aldea llamada Aznalfarache, caudillo de gran corazón y de grande experiencia en las armas. Pretendía hacer rostro a Abenjafan, rey de Niebla, que con otros muchos moros estaba apoderado de todos los lugares por aquella parte; tanto mayor era el peligro las dificultades; pero todo lo vencía la constancia y esfuerzo de este caballero. El rey barreaba sus reales; los moros, con salidas que hacían de la ciudad, pugnaban impedir las obras y fortificaciones. Hubo algunas escaramuzas, varios sucesos y trances, pero sin efecto alguno digno de memoria, sino que los cristianos las más veces llevaban la mejor parte y forzaban a los enemigos con daño a retirarse a la ciudad.

Por el mar y río se ponía mayor cuidado para impedir que no entrasen vituallas. Los soldados que tenían en tierra hacían lo mismo, y velaban para que ninguna de las cosas necesarias les pudiesen meter por aquella parte. Muchos escuadrones asimismo salían a robar la tierra; talaban los frutos que hallaban sazonados, el vino y el trigo todo lo robaban. Carmona, que está a seis leguas, forzada por estos males, como seis meses antes lo tenían concertado, sin probar a defenderse ni pelear se rindió, con tanta mayor maravilla, que los bárbaros pocas veces guardan los asientos. No se descuidaban los moros ni se dormían; el mayor deseo que tenían era de quemar nuestra armada, cosa que muchas veces intentaron con fuego de alquitrán, que arde en la misma agua. La vigilancia del general Bonifaz hacía que todos estos intentos saliesen en vano, y cada cual de los capitanes por tierra y por mar procuraban diligentemente no se recibiese algún daño por la parte que tenían a su cargo.

. . . . . .

Alhamar, ese mismo rey de Granada, vino a juntarse con el rey don Fernando, acompañado de buen número de soldados, en tiempo sin duda muy a propósito en que los soldados cristianos, cansados de la tardanza y con la dificultad de aquella empresa, comenzaban a tratar de desamparar los reales y las banderas, además de las enfermedades que sobrevinieron y los tenían muy amedrentados. Era pasado el invierno sin hacer efecto de algún momento.

El mismo Rey, aquejado de tantos trabajos y de las dificultades que se oponían muy grandes, dudaba si alzaría el cerco, o esperaría que las cosas se encaminasen mejor y el remate fuese más apacible que los principios, como otras veces lo tenía probado. Los cercados desbarataron en cierta salida los ingenios de los nuestros y les quemaron las máquinas. Alentados con el buen suceso, no sólo se defendían con la fortaleza de la ciudad, sino desde los adarves se burlaban de la pretensión de los contrarios, que llamaban desatino. Amenazaban a los nuestros con la muerte y ultrajábanlos de palabra. El cerco, sin embargo, se continuaba y se llevaba adelante con tanta mayor ventaja de los fieles, que de cada día llegaban nuevos socorros. A los cercados, por ser la unidad tan grande, no se podían de todo punto atajar los mantenimientos, dado que se ponía en esto todo cuidado.

El general de la armada, Bonifaz, ardía en deseo de quebrar la puente, para que no pudiendo comunicarse los del arrabal y la ciudad, fueran conquistados aparte los que juntos hacían tanta resistencia. Era negocio muy dificultoso por estar la puente puesta sobre barcas que con cadenas de hierro están entre sí trabadas; todavía pareció hacer la prueba, que la maña y la ocasión pueden mucho. Apercibió para esto dos naves, esperó el tiempo en que ayudase la creciente del mar y juntamente un recio viento que del poniente soplaba. Con esta ayuda, alzadas y hinchadas las velas, la una de las naves con tal fuerza embistió en la puente, cuanto no pudieron sufrir las ataduras de hierro. Quebróse la puente el tercero día de mayo con grande alegría de los nuestros y no menos comodidad.

Los soldados con la esperanza de la victoria, con grande denuedo acometieron a entrar en la ciudad, escalar los muros por unas partes y por otras derri-

ballos con los trabucos y máquinas, con tanta porfía, que los cercados estaban a punto de perder la esperanza de se defender. El mayor combate era contra Triana ; los moros se defendían valientemente, y la fortaleza de los muros, causaba a los nuestros dificultad. Cierto soldado en secreto murmuraba de Garci Pérez de Vargas ; cargábale que el escudo ondeado que traía era de diferente linaje. Ningunos oyen con mayor paciencia las murmuraciones que los que no se sienten culpados. Disimuló él por entonces la ira ; después, cierto día que acometieron los nuestros a Triana, se mantuvo tanto tiempo en la pelea, que con la lluvia de piedras, saetas y dardos que le tiraban, abolladas las armas y el escudo, apenas él pudo escapar con la vida. Entonces vuelto a su contrario, que estaba en lugar seguro : « Con razón, dice, nos quitáis las armas del linaje, pues las ponemos a tan graves peligros y trances ; vos las merecéis mejor, que como más recatado las tenéis mejor guardadas. Él, avergonzado, conoció su yerro ; pidió perdón, que le dio a la hora de buena gana, contento de satisfacerse de su injuria con la muestra de su valor y esfuerzo ; manera de vengarse muy noble.

Comenzaban en la ciudad a sentir gran falta de vituallas ; los ciudadanos visto que la felicidad de nuestra gente se igualaba con su esfuerzo, y que al contrario a ellos no quedaba alguna esperanza, acordaron tratar de rendir la ciudad, primero en secreto, y después en los corrillos y plazas. Pidieron desde el adarve les diesen lugar de hablar con el rey. Luego que les fue concedido, enviaron embajadores, que avisaron querían tratar de concierto con tal que las condiciones fueran tolerables, en particular que quedase en su poder la ciudad. Decían que quebrantados con los males pasados, ni los cuerpos podían sufrir el trabajo, ni los ánimos la pesadumbre ; que todavía en la ciudad quedaban compañías de soldados, que no era justo irritallas ni hacelles perder de todo punto la esperanza ; muchas veces la necesidad de miedosos hace fuertes, por lo menos que la victoria sería sangrienta y llorosa, si se allegase a lo último y no se tomaba algún medio.

A esto respondió el rey que él no ignoraba el estado en que estaban sus cosas. Tiempo hubo en que se pudiera tratar de concierto ; mas que al presente, por su obstinación se hallaba en tal término que sería cosa fea partirse sin tomar la ciudad, y que si no fuese con rendilla no daría lugar a que se tratase de concierto ni de concordia.

Entre tanto que se trataba de las condiciones y del asiento hicieron treguas y cesó la batería. Prometían acudir con las rentas reales y tributos todos los que acostumbraban los miramamolines. Desechada esta condición, dijeron que darían la tercera parte de la ciudad demás de las dichas rentas ; después la mitad, dividida con una muralla de lo demás que quedase por los moros. Parecían estas condiciones a los nuestros muy aventajadas y honrosas. El rey en menos de entregalle la ciudad, no hacía caso destas promesas ni estimaba todos sus partidos. En conclusión, se asentó que el rey moro y los ciudadanos con todas sus alhajas y preseas se fueran salvos donde quisiesen, y que fuera de Sanlúcar, Aznalfarache y Niebla, que quedaban por los moros, rindiesen los demás pueblos y castillos dependientes de Sevilla. Dióse de término un mes para cumplir todas estas capitulaciones. El castillo luego se entregó, y a 27 de noviembre salieron de la ciudad entre varones y mujeres y niños cien mil moros ; parte dellos pasó en África, parte se repartió por otros lugares y ciudades de España.

Gastáronse en el cerco diez y seis meses, en el cual tiempo los reales a manera de ciudad estaban divididos en barrios con sus tiendas en que se vendían las cosas necesarias, herrerías para forjar armas los pabellones puestos por su orden con sus calles y plazas en lugares convenientes. A los 22 de diciembre, con pública procesión y aparato entró el rey en la ciudad, oyó misa en la iglesia mayor, que para este propósito estaba bendecida y aparejada.

Quedaba Sevilla muy falta de mercaderes ; la franqueza que el rey prometió de tributos a los que viniesen a poblar hizo que gran número de gente acudiese de toda España, determinados de hacer allí su asiento y morada ; con esto,

en breve volvió a tener aquella ciudad nobilísima la hermosura de antes y número de gente asaz.

Libro XVII, capítulo XIII

Muerte del rey don Pedro el Cruel

Don Enrique, visto como don Pedro se encerró en la villa, a la hora la hizo cercar de una horma (pared de piedra seca) con gran vigilancia porque no se les pudiese escapar. Comenzaron los cercados a padecer falta de agua y de trigo, ca lo poco que tenían les dañó de industria, a lo que parece, algún soldado de los de dentro, deseoso de que se acabase presto el cerco. Don Pedro, entendido el peligro en que estaba, pensó cómo podría huirse del castillo más a su salvo. Hallábase con él un caballero que le era muy leal, natural de Trastamara; decíase Men Rodríguez de Sanabria; por medio deste hizo a Beltrán Claquín una gran promesa de villas y castillos y de doscientas mil doblas castellanas a tal que, dejado a don Enrique, le favoreciese y le pusiese en salvo. Extrañó esto Beltrán; decía que si tal consintiese incurriría en perpetua infamia de fementido y traidor; mas como todavía Men Rodríguez le instase, pidióle tiempo para pensar en tan grande hecho. Comunicado el negocio secretamente con los amigos de quien más se fiaba, le aconsejaron que contase a don Enrique todo lo que en este caso pasaba; tomó su consejo. Don Enrique le agradeció mucho su fidelidad, y con grandes promesas le persuadió a que con trato doble hiciese venir a don Pedro a su posada, y le prometiese haría lo que deseaba. Concertaron la noche; salió don Pedro de Montiel armado sobre un caballo con algunos caballeros que le acompañaban; entró en la estancia de Beltrán Claquín con más miedo que esperanza de buen suceso. El recelo y temor que tenía dicen se le aumentó un letrero que leyó poco antes, escrito en la pared de la torre del homenaje del castillo de Montiel, que contenía estas palabras: *Esta es la torre de la Estrella*. Ca ciertos astrólogos le pronosticaron que moriría en una torre deste nombre. Ya sabemos cuán grande vanidad sea la destos adevinos, y cómo después de acontecidas las cosas se suelen fingir semejantes consejas. Lo que se refiere que le pasó con un judío médico es cosa más de notar. Fue así, que por la figura de su nacimiento le había dicho que alcanzaría nuevos reinos y que sería muy dichoso. Después, cuando estuvo en lo más áspero de sus trabajos, díjole: «Cuán mal acertastes en vuestros pronósticos»; respondió el astrólogo: «Aunque más hielo caiga del cielo, de necesidad el que está en el baño ha de sudar». Dio por estas palabras a entender que la voluntad y acciones de los hombres son más poderosas que las inclinaciones de las estrellas.

Entrado, pues, don Pedro en la tienda de don Beltrán, díjole que ya era tiempo que se fuesen. En esto entró don Enrique armado; como vio a don Pedro, su hermano, estuvo un poco sin hablar como espantado; la grandeza del hecho le tenía alterado y suspenso, o no le conocía por los muchos años que no se vieran. No es menos sino que los que se hallaron presentes estaban entre miedo y esperanza vacilando. Un caballero francés dijo a don Enrique, señalando con la mano a don Pedro: «Mirad que ese es vuestro enemigo.» Don Pedro, con aquella natural ferocidad que tenía, respondió dos veces: «Yo soy, yo soy.» Entonces don Enrique sacó su daga y dióle una herida con ella en el rostro. Vinieron luego a los brazos, cayeron ambos en el suelo; dicen que don Enrique debajo, y que con ayuda de Beltrán; que les dio vuelta y le puso encima, le pudo herir de muchas puñaladas, con que le acabó de matar. Cosa que pone grima, un rey, hijo y nieto de reyes, revolcado en su sangre derramada por la mano de un su hermano bastardo. ¡Extraña hazaña!

Libro XX, capítulos II y IV

El compromiso de Caspe

Luego que el negocio de la sucesión estuvo bien sazonado, y oídas las partes y sus alegaciones, se concluyó y cerró el proceso; los jueces confirieron entre sí lo que debían sentenciar. Tuvieron

los votos secretos y la gente toda suspensa con el deseo que tenían de saber en qué pararía aquel debate. Para los autos necesarios, delante la iglesia de aquel pueblo hicieron levantar un cadahalso muy ancho para que cupiesen todos, y tan alto que de todas partes se podía ver lo que hacían ; celebró la misa el obispo de Huesca, como se acostumbra en actos semejantes. Hecho esto, salieron los jueces de la iglesia, que se asentaron en lo más alto del tablado, y en otra parte los embajadores de los príncipes y los procuradores de los que pretendían. Hallóse presente el Pontífice Benedicto, que tuvo en todo gran parte. A fray Vicente Ferrer, por su santidad y grande ejercicio que tenía en predicar, encargaron el cuidado de razonar al pueblo y publicar la sentencia. Tomó por tema de su razonamiento aquellas palabras de la Escritura : « Gocémonos y regocijémonos y démosle gloria porque vinieron las bodas del cordero ». « Después de la tempestad y de los torbellinos pasados abonanza el tiempo y se sosiegan las olas bravas del mar, con que nuestra nave, bien que desamparada del piloto, finalmente, caladas las velas, llega al puerto deseado. Del templo, no de otra manera que de la presencia del gran Dios, ni con menos devoción que poco antes delante los altares se han hecho plegarias por la salud común, venimos a hacer este razonamiento. Confiamos que con la misma piedad y devoción vos también oiréis nuestras palabras. Pues se trata de la elección del rey, ¿de qué cosa se pudiera más a propósito hablar que de su dignidad y de su majestad, si el tiempo diera lugar a materia tan larga y que tiene tantos cabos? Los reyes sin duda están puestos en la tierra por Dios para que tengan sus veces, y como vicarios suyos le semejan en todo. Debe, pues, el rey en todo género de virtud allegarse lo más cerca que pudiere imitar la bondad divinal. Todo lo que en los demás se halla de hermoso y honesto es razón que él solo en sí lo guarde y lo cumpla. Que de tal suerte se aventaje a sus vasallos, que no le miren como hombre mortal, sino como a venido del cielo para bien de todo su reino. No ponga los ojos en sus gustos ni en su bien particular, sino días y noches se ocupe en mirar por la salud de la república y cuidar del procomún. Muy ancho campo se nos abría para alargarnos en este razonamiento ; pero pues el rey está ausente, no será necesario particularizar esto más. Sólo servirá para que los que estáis presentes tengáis por cierto que en la resolución que se ha tomado se tuvo muy particular cuenta con esto : que en el nuevo rey concurran las partes de virtud, prudencia, valor y piedad que se podían desear. Lo que viene más a propósito es exhortaros a la obedeincia que le debéis prestar y a conformaros con la voluntad de los jueces, que os puedo asegurar es la de Dios, sin la cual todo el trabajo que se ha tomado sería en vano, y de poco momento la autoridad del que rige y manda si los vasallos no se le humillasen. Pospuestas, pues, las aficiones particulares, poned las mientes en Dios y en el bien común ; persuadíos que aquel será mejor príncipe que con tanta conformidad de pareceres y votos, cierta señal de la voluntad divina, os fuere dado. Regocijaos y alegraos ; festejad este día con toda muestra de contento. Entended que debéis al santísimo Pontífice, que presente está para honrar y autorizar este auto, y a los jueces muy prudentes, por cuya diligencia y buena maña se ha llevado al cabo sin tropiezo un negocio, el más grave que se puede pensar, cuanto cada cual de vos a sus mismos padres que os dieron el ser y os engendraron ».

Concluidas estas razones y otras en esta sustancia, todos estaban alerta esperando con gran suspensión y atención el remate deste auto y el nombramiento del rey. Él mismo en alta voz pronunció la sentencia dada por los jueces, que llevaba por escrito. Cuando llegó el nombre de don Fernando, así él mismo, como todos los demás que presentes se hallaron, apenas por la alegría se podían reprimir ni por el ruido oír unos a otros. El aplauso y vocería fue cual se puede pensar. Aclamaban para el nuevo rey, vida, victoria y toda buenandanza. Mirábanse unos a otros, maravillados como si fuera una representación de sueño. Los más no acababan de dar crédito a sus orejas ;

preguntaban a los que cerca les caían quién fuese el nombrado. Apenas se entendían unos a otros; que el gozo cuando es grande impide los sentidos que no puedan atender ni hacer sus oficios. Los músicos que prestos estaban, a la hora cantaron con toda solemnidad, como se acostumbra en acción de gracias, el himno *Te Deum laudamus*.

Hízose este acto tan señalado postrero del mes de junio el cual concluido, despacharon embajadores para avisar al infante don Fernando y acucialle la venida. Hallábase él, a la sazón, en Cuenca, cuidadoso del remate en que pararían estos negocios.

Diego Hurtado de Mendoza

Esta historia es indudablemente la mejor obra en prosa del granadino Hurtado de Mendoza (1503-1575). Humanista, bibliófilo, poeta, soldado, embajador e historiador, es Hurtado una figura señera en la historia de la cultura española en el siglo XVI (véase biografía en la I parte de esta Antología).

Retrata en esta obra la sublevación de los moriscos granadinos contra Felipe II. Se divide en cuatro libros y corrió en copias manuscritas, pues no se publicó hasta 1627, ya muerto el autor, editada por Luis Tribaldos de Toledo.

Hurtado, profundo conocedor de los clásicos, los imita, en especial a Salustio y Tácito. El lenguaje es conciso y de gran precisión. Procura ser imparcial y critica con dureza a los altos empleados. Para aclarar las causas de la rebelión no vacila en exponer la desorganización política y militar de la campaña. Relata episodios pintorescos y es un modelo de prosa castellana.

Mármol Carvajal trató de rectificar el influjo de esta obra con su *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*.

Bibliografía. B. A. E., t. XXI.

GUERRA DE GRANADA

Fragmentos del libro primero

Mi propósito es escribir la guerra que el rey católico de España don Felipe el Segundo, hijo del nunca vencido emperador don Carlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos; parte de la cual yo vi, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento. Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán a algunos livianas y menudas para historia, comparadas a las grandes que de España se hallan escritas: guerras largas de varios sucesos, tomas y desolaciones de ciudades populosas, reyes vencidos y presos, discordias entre padres y hijos, hermanos y hermanas, suegros y yernos, desposeídos, restituidos, y otra vez desposeídos, muertos a hierro; acabados linajes, mudadas sucesiones de reinos; libre y extendido campo, y ancha salida para los escriptores. Yo escogí camino más estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria, pero provechoso y de fructo para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelión de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilación de provisiones, falta de dinero, inconvenientes o no creídos o tenidos en poco; remisión y flojedad en ánimos acostumbrados a entender, proveer y disimular mayores cosas; y así, no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene a colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco y liviana dentro en casa, mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza, los ánimos de príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambición. La gente que dije, pocos a pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España a mover sus fuerzas para atajar el fuego; el rey salir de su reposo y acercarse a ella; encomendar la empresa a don Juan de Austria, su hermano, hijo del emperador don Carlos, a quien la obligación de las victorias del padre moviese a dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin; pelearse cada día con enemigos, frío, calor, hambre, falta de municiones, de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes a la continua; hasta que vimos a los enemigos, nación beli-

cosa, entera, armada y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeída de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños captivos vendidos en almoneda o llevados a habitar a tierras lejos de la suya: captiverio y transmigración no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros o los enemigos los a quien Dios quería castigar; hasta que el fin della descubrió que nosotros éramos los amenazados y ellos los castigados.

Agradezcan y acepten esta mi voluntad libre y lejos de todas las causas de odio o de amor, los que quisieren tomar ejemplo o escarmiento; que esto sólo pretendo por remuneración de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

Una cosa muy de notar califica los principios desta rebelión: que gente de mediana condición, mostrada a guardar poco secreto y hablar juntos, callasen tanto tiempo, y tantos hombres, en tierra donde hay alcaldes de corte y inquisidores, cuya profesión es descubrir delitos. Había entre ellos un mancebo llamado don Fernando de Válor, sobrino de don Fernando el Zaguer, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Válor, porque vivían en Válor el alto, lugar de la Alpujarra puesto cuasi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linaje de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En éste pusieron los ojos, así porque les movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tío, como porque había vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores y parte de los testigos.

(Suprimimos algún fragmento de menor interés.)

Comenzaron a juntar más al descubierto gente de todas maneras: si hombre ocioso había perdido su hacienda, malbaratándola por redimir delitos; si homicida, salteador o condenado en juicio, o que temiese por culpas que lo sería; los que se mantenían de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traían desasosegados, fueron autores o ministros desta rebelión. Si algún bueno había y fuera de semejantes vivios, con el ejemplo y conversación de los malos brevemente se tornaba como ellos; porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, más desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin, el temor de que eran descubiertos, y sería prevenida su determinación con el castigo, movió a los que gobernaban el negocio, y entre ellos a don Fernando el Zaguer, a pensar en algún caso con que obligasen y necesitasen al pueblo a salir de tibieza y tomar las armas.

Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuración y otras, con veinte y seis personas del Alpujarra, a San Miguel, en casa del Hardón, hombre señalado entre ellos, a quien mandó el duque de Arcos después justiciar; posava en la casa del Carcí, yerno suyo. Eligieron a don Fernando de Válor por rey con esta solemnidad: los viudos a un cabo, los por casar a otro, los casados a otro y las mujeres a otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman faquíes, cierta profecía hecha en el año de los árabes de... y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que había de ser baptizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaría la de los cristianos. Dijo que esto concurría en don Fernando y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusiéronle a torno del cuello y espaldas una insignia colorada a manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, a las cuatro partes del mundo, y él hizo su oración inclinándose sobre las banderas, el rostro al oriente (zalá la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino, defendiéndola a ella y a él y a sus vasallos. En esto levantó el pie, y en señal de general obediencia postróse Aben Farax en nombre de todos, y besó

la tierra donde el nuevo rey tenía la planta. A éste hizo su justicia mayor; lleváronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: «Dios ensalce a Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba». Tal era la antigua ceremonia con que elegían los reyes de la Andalucía, y después los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente a los compañeros en la conjuración; señalaron día y hora para ejecutalla; fueron los que tenían cargos a sus partidos. Nombró Aben Humeya por capitán general a su tío Aben Jauhar, que partió luego para Cádiar, donde tenía casa y hacienda...

Luis del Mármol Carvajal

El granadino Luis del Mármol, militar desde su juventud, pasó veintidós años en el Norte de África por lo que estaba familiarizado con la lengua y la cultura árabe. Recibió el encargo de escribir esta historia para contrarrestar el influjo de la *Guerra de Granada* de Hurtado de Mendoza, pues éste criticaba duramente la política y estrategia oficiales. Mármol conocía mucho mejor que Hurtado de Mendoza las cuestiones militares, pero el carácter oficial de su *Historia* contribuyó a su escaso éxito. El libro fue acogido fríamente por el público, pues Mármol no podía aclarar las causas de la rebelión al no poder referirse a los altos funcionarios. Hemos de reconocer que Mármol escribía con soltura y algunos capítulos ofrecen verdadero interés.

Publicó este libro en Málaga, en 1600, año de su muerte, y antes ya había escrito una *Descripción general de África* (Granada, 1573) en la que trataba del reino granadino.

Bibliografía. Ed. B. A. E., t. XXI.

HISTORIA DE LA REBELIÓN Y CASTIGO DE LOS MORISCOS DE GRANADA

CAPÍTULO VIII

Que trata de la muerte de Aben Aboo y fin desta guerra

Andaba en este tiempo Aben Aboo huyendo por las sierras que caen entre Bérchul y Trevélez, en lo más agrio de la Alpujarra, y escondiéndose de cueva en cueva, porque ya no le quedaban sino cuatrocientos hombres que le siguiesen; y las personas de quien más se fiaba eran un Bernardino Abu Amer, su secretario, y Gonzalo el Seniz, famoso monfí, de quien habemos hecho mención otras veces. Este había estado cuatro años preso en la cárcel de Chancillería de Granada por muerte de un hombre, y un año antes del rebelión se había soltado y dádose a la sierra con los monfíes, donde había cometido otros muchos delitos; y viendo su perdición, había hecho una barca secretamente para irse a Berbería, y Aben Aboo se la había hecho quemar, y mandádole que no bajase hacia la marina, sino que anduviese en la sierra con los otros compañeros; y así por esto como por otras cosas que habían pasado entre ellos, teniéndose por muy agraviado, mantenía enemistad secreta con él, y aun deseaba, según lo que nos certificó, que se ofreciese ocasión en que poderse vengar.

. . . . . .

Destas vistas del Seniz con Barredo fue avisado Aben Aboo, y como hombre sospechoso, queriendo saber lo que trataba, tomó consigo a Abu Amer y una cuadrilla de escopeteros y se fue a la cueva del Seniz, que era fuerte en la sierra, llamada el Huzúm, entre Bérchul y Mecina de Bombaron, a media noche; y dejando la gente a la parte de fuera, entró con solos dos moros, por mejor disimular con él, y le preguntó que con qué licencia había hablado con Barredo. El cual le respondió: «Señor, con la vuestra; y agora quería ir a daros parte de lo que tratamos. Sabed que nuestra plática ha sido para bien vuestro y de todos los que aquí estamos; porque el presidente nos envía a decir que nos reduzgamos al servicio de su majestad, y que nos hará merced de perdonarnos, y que nos dejará ir libremente a vivir donde quisiéremos; y demás desto nos hará otras muchas mercedes, que nos envía firmadas de su nombre en este papel.» Y sacando los despachos que Barredo había llevado para mostrárselos, Aben Aboo se airó grandemente, diciendo que todo era maldad y traición, y quiso salir

a llamar a Abu Amer; pero cuando llegó a la boca de la cueva, donde había dejado los dos moros y a un sobrino del Seniz llamado Bartolomé, y otro cuñado suyo, habían muerto el uno dellos, y el otro había salido huyendo. Tenía el Seniz consigo seis hombres de hecho, todos parientes suyos, los cuales, viendo la determinación de Aben Aboo, quisieron detenerle, y estando bregando con él llegó el Seniz por detrás y le dió con el mocho de la escopeta tan grande golpe en la cabeza, que le derribó en el suelo, y allí le acabaron de matar. Y porque Abu Amer y los que con él estaban entendiesen que no tenían ya a quien defender, arrojáronles luego el cuerpo muerto desde una peña alta que estaba delante de la cueva; mas no estaban allí los moros que habían dejado, porque habían ido a visitar amigos por las otras cuevas allí cerca.

Esta ocasión fue tan a propósito del Seniz como lo pudieran desear, viniéndosele a las manos, aunque no era cosa nueva para Aben Aboo irse las más noches de cueva en cueva con dos o tres compañeros. Finalmente el primer aviso que Abu Amer tuvo fue ver el cuerpo muerto, y como hombres inconstantes, sospechosos de sí mesmos, se fue cada uno por su parte, y los más se juntaron luego con el Seniz, para gozar del indulto que tenía. Abu Amer no quiso reducirse, y después le prendieron las cuadrillas, y murió arrastrado y hecho cuartos.

Muerto Aben Aboo, el Seniz avisó a Leonardo Rotulo y a Francisco Barredo, que estaban en Bérchul, y les pidió una acémila en que llevar el cuerpo, y siéndole enviada, lo llevó al presidio y se lo entregó. De allí lo llevaron a Cádiar, y porque no oliese mal, habiéndole de llevar a Granada, le abrieron y le hincharon de sal. Luego avisaron al duque de Arcos, y tornando a la sierra, recogieron los moros y moras que se venían a reducir, que eran muchos; y cuando volvieron a Cádiar hallaron a Juan Rodríguez de Villafuerte Maldonado, corregidor de Granada y del Consejo, que por orden del duque iba a asistir a la reducción de aquellas gentes; el qual quedó en el lugar para aquel efeto, y mandó que Leonardo Rotulo y Barredo llevasen a Granada el cuerpo de Aben Aboo y los moros reducidos.

Entraron por la ciudad con gran concurso de gente, deseosos de ver el cuerpo de aquel traidor, que había tenido nombre de rey en España. Delante iba Leonardo Rotulo y luego Francisco Barredo a la mano derecha, y a la izquierda el Seniz con la escopeta y alfanje de Aben Aboo; todos tres a caballo. Luego seguía el cuerpo sobre un bagaje, enhiesto y entablado debajo de los vestidos, de manera que parecía ir vivo; y de un cabo y de otro los parientes del Seniz con sus arcabuces y escopetas. Detrás de todos iban los moros reducidos con sus bagajes y ropa: los que llevaban ballestas, quitadas las cuerdas; y los que escopetas las llaves; y a los lados la cuadrilla de Luis de Arroyo, y de retaguardia Jerónimo de Oviedo, comisario de la gente de guerra de aquellos presidios, con un estandarte de caballos. Desta manera entraron por la ciudad, haciendo salva los arcabuceros y respondiendo la artillería de la Alhambra, y fueron hasta las casas de la Audiencia, donde estaban el duque de Arcos, y el presidente don Pedro de Deza, y los del Consejo, y gran número de caballeros y ciudadanos.

Apeáronse Leonardo Rotulo y Francisco Barredo y el Seniz, y subieron a besar las manos al Duque y al Presidente, a quien el Seniz hizo su acatamiento y entregó el alfanje y la escopeta de Aben Aboo, diciendo que hacía como el buen pastor, que no pudiendo traer a su señor la res viva, le traía el pellejo. Tomó el Duque las armas, agradeciéndoles a todos tres lo bien que se habían gobernado en aquel negocio, y ofreciéndoles que intercedería con su majestad para que les hiciese particulares mercedes. Mandó luego arrastrar y hacer cuartos el cuerpo de Aben Aboo, y la cabeza fué puesta en una jaula de hierro sobre el arco de la puerta del Rastro, que sale al camino de las Alpujarras, donde hoy está. Estuvo el duque de Arcos en aquella ciudad hasta diez y siete de noviembre de aquel año, que partió para su casa proveído por visorrey de Valencia; y quedó a cargo de don Pedro de Deza la presidencia de todos los negocios de justicia, de guerra, de hacienda y de población.

Lorenzo de Padilla

Fue el historiador Lorenzo de Padilla descendiente de noble familia que desde antiguo poseía el cargo de Adelantado de Castilla y fueron sus abuelos los condes de Santa Gadea. Nació en Antequera (Málaga) hacia 1485 y murió por el año de 1540. Abrazó la carrera eclesiástica y fue arcediano de Ronda (Málaga). Carlos V le nombró su cronista y gozó fama de gran erudito. Estudió las antigüedades romanas en España, los Cartularios de los monasterios y la genealogía de las grandes familias españolas. Escribió numerosas obras históricas, de las que se conservan siete manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid.

CRÓNICA DE FELIPE I, EL HERMOSO

PREMATURA MUERTE DE FELIPE EL HERMOSO

El Rey se subió cierto día a comer a la fortaleza de Burgos, que tenía Don Joan Manuel, y después de haber comido jugó a la pelota con D. Joan de Castilla y otros caballeros, y acabado el juego se sintió mal dispuesto y se bajó a palacio, y esa noche tuvo una recia calentura, la cual le fue siempre tanto cresciendo que murió al seteno día, que fue viernes a veinte y cinco días del mes de septiembre en lo mejor de su juventud, de edad de veinte y nueve años. Y así acabó la triste jornada deste mundo no con pocas lágrimas y sentimientos de todos los grandes y prelados y caballeros que se fallaron en su corte, cuyas voluntades y ánimos tenía muy ganados mediante su afabilidad y buen tratamiento que les facía. Fue Príncipe muy liberal, magnánimo, esforzado, animoso, de alta estatura, y abultado. Tenía muy gentil rostro, hermosos ojos y tiernos, la dentadura algo estragada, muy blanco rojo, las manos por excelencia largas y albas, y las uñas más lindas que se vieron a persona, y muy diestro en todos los ejercicios de las armas, así con la ballesta como con escopeta. Cabalgaba muy bien a caballo a todas las sillas: era muy buen justador: jugaba a todos los juegos de pasatiempos, y era más aficionado a la pelota que a otro ninguno. Era grand montero y cazador de volatería, para las cuales cosas tenía grandes aparejos. Era muy amigo de sus criados y muy afable a todos. Era templado en su comer y beber. A mugeres dábase muy secretamente, y holgábase de tener conversación a buena parte con ellas porque se holgaba con todo placer y regocijo. Cuando le tomaba algún enojo, luego se le quitaba. Quiso mucho a la Reina: sufríale mucho y encobría todo lo que podía las faltas que della sentía acerca del gobernar. En su andar mostraba sentimiento algunas veces por causa que se le salía la chueca de la rodilla, la cual él mismo con la mano arrimándose a una pared, la volvía a meter en su lugar. Y así fue Dios servido de quitar a este Príncipe del triunfo e imperio que le había mostrado al principio dél.

CABRERA DE CÓRDOBA

Luis Cabrera de Córdoba nació en Madrid, en 1559. Intervino directamente en la Organización de la armada *Invencible*, por lo que tiene gran interés la narración que reproducimos. Más tarde estuvo con el Duque de Osuna cuando fue virrey de Nápoles. Murió en 1623.

Cabrera escribió unas *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España*, que abarcan el período de 1599 a 1614, que no se imprimieron hasta el pasado siglo (1857). Es más conocido por su *Historia de Felipe II*, cuya primera parte publicó en Madrid, en 1619, pero la segunda parte quedó inédita hasta 1876. Es obra bastante exacta en los datos, pero su estilo es oscuro.

BIBLIOGRAFÍA. *Pérez Pastor*, « Bibls. madrileñas », vol. III.

HISTORIA DE FELIPE II

LA INVENCIBLE

La armada de España contenía sesenta y cinco galeones y naves gruesas, veinticinco urcas de trescientas a setecientas toneladas ; diez y nueve patajes de a ciento trece calzas y cuatro galeazas y cuatro galeras, veinte caravelas para servicio y diez falúas, que son ciento sesenta bajeles en que iban soldados, capitanes, marineros, remeros, venturereros, entretenidos y de la artillería ministros y oficiales de la armada y justicia, en que iban más de treinta y un mill personas, las veintinueve de tomar armas, con dinero y vituallas para seis meses y municiones en abundancia, con mucho número de barriles para aguada, galletas, friniles, baldes para agua, cueros de vaca, planchas de plomo, zurrones de becerro para el servicio de la pólvora, sacos, mochilas, botillas para vino ocho mill, cinco mill pares de zapatos y once mill de alpargatas. Iban encabalgamientos para doce piezas de batir y veintiuna de campaña, con balas para ellas, jarcias, lana, brea, sebo, estopa, clavazón, banderas y flámulas con la figura de Jesucristo y de su Madre Santísima, y con las armas de su Majestad. Para tirar la artillería en tierra se llevaron mulas y los carretones, carros-matos y largos, y jarcias, cabrias, tablones, siete mill arcabuces de respeto, mill mosquetes, diez mill picas y seis mill medias, mill partesanas y alabardas, sin las ordinarias armas que lleva la gente de guerra y de mar. Mandó el Duque embarcar los señores encomenderos encomendando a los más señalados y soldados los navíos, para que su asistencia aprovechase en la concordia y mover las armas y para que fuesen con autoridad conveniente a su calidad y méritos y procurase cada uno que su navío se señalase en todas las acciones.

[PARTIDA]

Partió la armada de la costa de España a treinta de mayo con varios accidentes, y desbaratóse al salir de la barra con recio temporal que la esparció y forzó a la Real capitana con buena parte de la vanguardia a entrar en el puerto de la Coruña, donde se entretuvo muchos días esperando el juntarse el resto de las escuadras que corrieron a la Tercera, Asturias, Guipúzcoa, y islas Sorlingas, cercanas a Inglaterra, donde arribó con doce urcas Pedro Coco Calderón, contador de la armada, guardando el orden que había dado el Duque, y pudieran hacer lo mismo él y los demás, ganando el tiempo que dieron al enemigo para armarse perdiéndole en la Coruña, esperando para salir vientos de mediodía, pocos y escasos en aquel tiempo en junio y julio, necesitando el Duque de Parma apartar su exército de las marinas para sustentalle, porque desde que salió la armada de Lisboa hasta que llegó a Calés, gastó sesenta y nueve días.

[LA ARMADA EN EL OCÉANO]

Viernes, veintidos de jullio, salió el Duque de Medina de la Coruña con toda la armada reparada y amunicionada, llevando en su Real Capitana, por mandado del Rey, al maestre de campo general D. Francisco de Bobadilla, por despacho que le dio el secretario Andrés de Alba, que proveyó allí la armada de los bastimentos que con mucho trabajo y gastos se llevaron de Castilla a Galicia, para veinte navíos de socorro que habían de ir a la armada, echada la gente en tierra. Navegó prósperamente con surdoeste algunos dias, y lunes a treinta y uno despachó al capitán D. Rodrigo Tello a Duinquerque a socorrer la armada y dar aviso al Duque de Parma de su venida, y a traer relación del estado de su armada y exército y de la disposición y medio para juntarse con la de España.

El martes, habiendo estado hasta el mediodía en calma, caminó con nordeste y con noroeste, hasta media noche, que sobrevino nordeste y oeste, y faltó la galera patrona, porque había mucha agua y se fue a tierra.

Miércoles, a veintisiete, fue el viento más fresco con mar gruesa y borrascosa, que hizo apartar muchas naves, y echó las galeras a la costa de Francia. Abonanzó el jueves, y numerando los bajeles de la armada faltaban cuarenta y tres y las galeras. Fondaron el mar y se hallaban en treinta y cinco brazas de agua y a treinta leguas de las Sorlingas. Allí despachó tres patajes al cabo de Lisarte a reconocer si estaban allí las naves derrotadas, y a darles orden que se entretuviesen hasta que él llegase; otro pataje a descubrir la tierra, y otro a decir a los capitanes de los navíos que alargasen trapo y caminasen para ver los que atrás quedaban.

El viernes, veintinueve, navegó la armada con viento este, y volvió el pataje de cabo de Lisarte con aviso que D. Pedro Valdés estaba adelante y había recoxido los bajeles que faltaban, excepto la capitana de Joan Martínez de Recalde, y de las galeras no sabían que derrota tomaron, y se descubrió el cabo de Inglaterra.

El siguiente día llegó junto a tierra la armada, y en descubriéndola hicieron fuegos y humadas los isleños a la tarde, y mandó al alférez Juan Xil que en una zabra de remos se alargase a tomar lengua, y descubrieron muchos navíos, que por haber niebla y llover no se pudo saber el cierto número. A la media noche volvió el alférez con cuatro pescadores ingleses que embarcó y dixeron había salido aquella tarde de Faramut la armada.

El último de jullio parecieron sesenta bajeles sobre viento de los de España, y por la parte de tierra, sotaviento, otros once con tres galeones grandes, cañoneándose algunos navíos, ganando el sobreviento hasta unirse con su armada.

[COMBATES PARCIALES Y ESPACIADOS]

La católica se puso en orden, poniendo la capitana el estandarte Real en el trinquete, y el enemigo pasó tirando cañonazos a la avanguardia que traía a su cargo D. Alonso de Leiva, que con mucho valor tan gallardamente resistió, que pasó el enemigo a cargar sobre la retaguardia que Recalde caudillaba. Él, por no perder su posta, aunque vio que algunos bajeles se incorporaban en el centro de la armada, hizo rostro al enemigo que le cargaba, rompiéndole el estandarte, y tocaron dos balazos en el trinquete. Quedó de retaguardia D. Diego Pimentel con el galeón San Mateo y con las naves San Juan, en que iba D. Diego Henríquez, hijo de Don Luis, visorey del Pirú, de la escuadra de Diego Flores, que en la Real capitana asistía al Duque en el gobierno de la navegacion. La Real amainó trinquete, alargó escota y esperó el navío de Recalde para recogerlo en la batalla.

Maltrataron una nave los ingleses, y fue a dar en Bretaña a Havre de Gracia, y el Duque recogió su armada, aunque los enemigos se alargaron por haber ganado el viento por ser buenos veleros y regirse bien. A la tarde la nave Santa Catalina, roto el bauprés y la vela del trinquete, se incorporó en la batalla para aderezarse; y la armada católica procuró ganar el viento al enemigo, y como a las cuatro tocó fuego en la pól-

vora de una nave de las de Guipúzcoa, con mucho daño de los que iban en ella, del dinero y libros del sueldo y gastos de la armada, del cargo y descargo del pagador Juan de la Huerta. El Duque tiró una pieza, para que la armada siguiese al socorro de la nave y pataxes a recoger la gente y la ropa que salvarse pudiese.

En esta vuelta que dio el armada se quebró el árbol mayor a la nave de Don Pedro de Valdés, soldado más plático y valeroso que venturoso. El Duque volvió atrás a socorrerle y darle cabo, mas por el mar grueso y el viento recio no lo pudo hacer su diligencia, quedando poco a poco sin vella, por ser ya noche, y porque Diego Flores de Valdés dixo al Duque que, si amainaba para esperarlo, perdería la jornada, porque no era posible ver más su armada, que estaba muy adelante, y a la mañana sin dubda se habría hallado con la mitad menos; y teniendo la enemiga tan vecina no la debía aventurar por un bajel, aunque era de los más importantes. Ordenó el Duque quedasen en su conserva el capitán Ojeda con su capitana y la de Diego Flores con cuatro pataxes y una galera, para que procurasen darle cabo o sacar la gente y ropa dello y echarla a fondo. Por grueso mar y viento reforzado ni se pudo hacer lo uno ni lo otro, y ser de noche y seguir el Duque su viaje, recoxiendo su armada, en la cual se quisieron incorporar.

A la mañana, descubierta la nave de los enemigos, fue embestida de dos galeones de la escuadra del Vice-almirante, llamados el Triunfo y la Victoria, que los tuvieron della. Tomaron ánimo los ingleses con ver desamparado tan buen navío, por cuya conservación podía aventurar el dar una batalla, pareciendo que caminaba la armada solamente a salvamento. Cuanto en esto se pudiera hacer, hiciera el Duque, aunque más persuadido de Diego Flores que no socorriese a Valdés, por ser su enemigo, por lo que estuvo preso en el castillo de Burgos Diego Flores, procesado por mandado del Rey, y D. Pedro de Valdés preso en Londres mucho tiempo con incomodidades, porque abreviase el rescate o recibiesen el precio, hasta que andando en corso el capitán Baltasar de Ortega y el teniente Bernardino Cosa y Juan de Castilla, prendieron en el mar del paso de Inglaterra a Francia al coronel musiur de Wintes, inglés, y le llevaron a Francia, y por no lo haber manifestado dentro de las veinticuatro horas de la prematica, le tomó por perdido el Duque de Meneluq, general de Francia por la Liga, y a petición del Duque de Parma le llevaron a Flandes, y el Rey le trocó por D. Pedro de Valdés.

El mismo día, lunes primero de agosto, el Duque ordenó a D. Alonso de Leiva que pasase con la avanguardia a unirse con la retaguardia en un cuerpo con tres galeazas demás, y los galeones San Mateo, San Luis, Santiago y el de Florencia que iba en la escuadra de Portugal, que todos eran cuarenta navíos, los mayores de la armada para hacer rostro al enemigo, tomándola a su cargo en tanto que Juan Martínez de Recalde acomodaba su navío; y así navegaría dividida en solos dos cuerpos la armada para hacer rostro al enemigo, con lo cual decia Flores que el enemigo no le podría impedir el unirse con el Duque de Parma. Invió sus sargentos mayores en pataxes a la avanguardia y tres a la retaguardia a decir a los capitanes de los navios que todos guardasen su posta, so pena de la vida. A las diez, visto que Oquendo decía que se iba a fondo y que no se podría remediar, hizo sacar la gente y dineros del Rey y afondó el vaso. A la tarde envió a Juan Gil, alférez, en un pataxe a dar cuenta al Duque de Parma de su estado y parte donde se hallaba.

El día siguiente al amanecer, por hallarse la armada enemiga a sotaviento la vuelta de tierra, haciendo su posible por ganar el sobreviento, el Duque dio bordo hácia la tierra conservándose, siguiéndole las galeazas de la avanguardia, y el resto de la armada un poco atrás. El enemigo, viendo esto, y que de allí no le podía ganar, volvió con otro bordo sobre su armada. En este tiempo Bertendona con su capitana acometió la inglesa para embestirla, y acercándose a ella cuanto pudo le volvió la popa; saliendo al mar arribaron, cargándola el Marqués de Peñafiel con el galeón San Marcos; D. Agustín Mexía,

con San Luis; D. Diego Pimentel, con San Mateo; D. Francisco de Toledo, con San Felipe; D. Diego Pacheco, con la capitana de Oquendo; D. Diego Téllez Enríquez, con la nave San Juan de Sicilia, que anduvo hasta salir el sol el día siguiente, acometiendo a los enemigos gallardamente; Gaspar de Sousa, con el galeón de Florencia; Antonio Pereira, con el de Santiago; Don Diego Henríquez, con la nave San Juan, de Diego Flores; D. Alonso de Luzón, con la Salcuzera, nao veneciana, y las galeazas que se hallaban de vanguardia, bajaron muy cerca de tierra por el corriente y ansí mandó el Duque que a vela y remo se mezclasen con el enemigo, y con su Real volvió a cargarla juntamente con algunos bajeles de la retaguardia, procurando abordarse con los enemigos, con gran deseo de pelear de poder a poder con ellos.

[LA LIGEREZA DE LOS NAVÍOS INGLESES]

Todo ayudaba poco, porque cuando se hallaban cerca de venir a las manos se alargaban, recibiendo la carga con ventaja por la ligereza de sus bajeles con el reflujo y el viento en favor, y cargaron la Real a la retaguardia. Socorrióle D. Alonso de Leiva, a tiempo que la Real estaba en medio de la batalla; caminó a dar ánimo a los navíos que estaban atacados con la retaguardia inglesa, apartadas de ambas armadas, ordenando al capitán Marrolín que en una falúa diesen orden a los bajeles cercanos a la Real par que volviesen en favor de la Real. Dejáronla los enemigos volviéndose para su Real, que venía sola arrimándose para socorrer sus baxeles, y viéndola el Duque venir de vanguardia hacia su Real, amainó las velas y revolvió contra ellos haciendo rostro, jugando tanto de su artillería que la hizo retirar. Acudieron en socorro de la Real, Recalde, Leiva, el Marqués de Peñafiel y Oquendo. Pasada ya la mayor furia, la almiranta enemiga se alargó al mar, disparando una pieza, pareciendo recibió daño, para recoger los navíos empeñados con la retaguardia católica, dividida en D. Antonio de Leiva y Recalde.

[MAR CONTRARIO]

El Duque invió patajes a sacar la gente del galeón San Felipe y San Mateo, que por lo mucho que habían combatido estaban hechos pedazos. Sacóse de San Felipe, y no queriendo D. Diego Pimentel dejarla sacar de San Mateo, mandó que fuese D. Luis Venegas a saber si podían navegar. Era tarde y el mar grueso, y no pudiendo llegar al galeón y aquella noche le vieron ir a Zelandia donde se perdió... ...y a San Felipe, no pudiendo hacer menos porque se anegaban. En Neoport se salvó don Francisco de Toledo y la gente; el baxel tomó el enemigo, porque queriendo meterse en la urca Doncella, habiendo pasado della el capitán Roca Sanctiso al galeón, y dicho que se iba a fondo, tomó la derrota de Flandes.

Trabajó el Duque por volver sobre la armada inglesa para recobrar el canal; mas como todos los pilotos le dixeron no era posible por el mar y el viento contrario, travesía de aquella costa y que era forzoso salir al mar del Norte o despeñar la armada en los bancos, no pudo excusar la salida del canal con sumo desplacer; y tanto más, porque el día siguiente dos horas de amanecer refrescó el viento, de manera que la Real, con andar a orza cuanto le fue posible, vino a caer a la costa de Zelandia. Habiendo procurado entretenerse para entrar otra vez en el canal al alba, cesando el viento, la armada enemiga con ciento y nueve navíos pareció por popa de la católica, lexos poco más de media legua. La Real de España quedó de retaguardia con Recalde, Leiva y las tres galeazas, el galeón San Marcos y San Juan, la nave San Juan de Sicilia de Diego Flores, hallándose lexos los otros baxeles católicos y muy a sotaviento. Viniendo los ingleses hacia la Real, se puso a trincar; mas las galeazas y otros navíos de retaguardia se atravesaron haciendo rostro al enemigo, y ansí se fue retirando. El Duque disparó tres tiros a la hila, para recoger su armada, e invió un piloto con un pataje a avisar a los baxeles que navegaban adelante que se tuviesen a orza, porque ya estaban para dar en

los bancos de Zelandia. Por esta causa los ingleses no siguieron al Duque, teniéndoles ya por perdidos. Los pilotos prácticos de aquella costa le afirmaron lo mismo al Duque y que procurase salvar su baxel, porque iba sin remedio a dar sobre los bancos con el maestral furioso que corría, y sólo Dios los podía remediar. Mas como nunca falta a sus fieles cuando los ve en el último trance y mayor peligro, trocóse el maestral en viento de mediodía, sacando la armada al norte sin perder baza un navío.

[RUMBO FORZOSO HACIA EL NORTE]

La noche siguiente llamó a consejo el Duque a D. Alonso de Leiva y a los demás capitanes generales para resolver lo que se había de hacer, propuesto el estado de la armada y la falta de balas de artillería que se veía en el pedirla de los navíos de importancia. Se trató si sería bien el volver al canal de Inglaterra, porque lo había deseado y procurado mucho y al presente lo deseaba, o si se haría viaje a España por el norte, pues se había tenido y se tenía aviso cierto que el Duque de Parma no podía salir tan presto. Todos fueron de parecer que se volviese a España, pues la armada estaba falta de tantas cosas. Y los navíos se hallaban hechos pedazos por la mucha resistencia que habían hecho combatiendo. El Duque, con el viento favorable, se alargó siguiéndole el enemigo; y a los diez de agosto, miércoles, aflojando la furia del viento se fue el armada enemiga acercando a la católica con todas las velas la vuelta de su retaguardia; y pareciendo al Duque que iba en ella pocos baxeles, aunque iba solo, amainó las velas de gavia la Real y se atravesó esperando la retaguardia. Disparó tres tiros, apartados el uno del otro, para advertir a sus navíos que caminaba con todas las velas. El enemigo, viendo que la Real atravesó y que las galeazas iban de retaguardia con hasta doce baxeles de los mejores, llegaron a tirar.

El jueves, once de agosto, siguió su viaje con el mismo viento, y a la tarde el enemigo volvió con todas las velas sin la escuadra de Juan Aquines; mas atravesándose las galeazas, la Real se paró y el enemigo también. Viernes a doce se mostró otra vez, y viendo la retaguardia católica reforzada, volvió a Inglaterra.

Todos los días siguientes navegó el Duque con el mismo viento hasta salir del canal del mar de Noruega, sin que fuese posible, aunque se hubiera intentado, el volver al de Inglaterra.

A los dos de setiembre, costeando el mar del Norte, los vientos le arrojaban a la parte de Escocia y sus islas tenebrosas y mal siguras a los mareantes llamadas Orcadas. Aquí un piloto inglés y otro holandés convinieron en que se hiciese a la mar ciento cincuenta leguas para doblar el cabo de Clara y de Irlanda, para no dar, en las costas peligrosas, si viniese algun temporal ordinario en aquel paraje, ganaría un viento de tres que tenían contrarios, y se apartarían de las nieblas que procedían de las islas. Aprobaron este parecer Don Francisco de Bobadilla y Diego Flores, y así el Duque dio orden a la armada que le siguiese, y si el tiempo contrario la apartase, se encaminase a la Coruña, donde esperasen unos navíos a otros.

[EN EL CANAL DE SAN JORGE]

Caminando la vuelta del canal de San Jorge, entre Escocia y Irlanda, sobrevino furiosa tempestad, que duró desde el alba hasta las diez con notable daño de la armada. Desaparescieron más de veinte navios, siguiéndola Recalde, que tomó la vía de Irlanda; D. Alonso de Leiva pasó en el canal de su nao, llamada la Rata, porque se iba a fondo, a la galeaza Xiron, procurando aferrar a Escocia. No pudo por sobrevenir la noche; la galeaza no era de muy fuerte leña, y así no sufrió la furia del mar, y se abrió y sepultó en él, sirviendo de ataud a D. Alonso, al Conde de Paredes y a don Francisco Manrique, su hermano. Lo mismo sucedió a D. Diego Enríquez con su nave y al galeón San Marcos. Recalde procuraba reparar algunos navíos que arribaron, a donde aferró, y al de D. Diego Bazán, sacada la gente, le dió barreno. Al mismo puerto llegó Marcos de Aramburey y salió con siete navíos para España y tras él Oquendo y Recalde, y murieron éstos

dos generales, en llegando a Santander el uno, y Recalde en la Coruña.

[VUELTA A ESPAÑA]

El Duque dobló el cabo de Clara y vino a España a veinticuatro de setiembre. Invió relación al Rey de lo sucedido con D. Baltasar de Zúñiga y a pedir licencia ; dio aviso al archiduque Alberto de todo, respondiendo a una carta en que le decia el Cardenal que parecía encanto el no saberse del armada, le avisase lo que sabía, diciendo solamente estas palabras : « Por la relación que va con ésta, que me invió el Duque de Medina, veréis en qué paró el encanto. Dios os guarde ». Envió licencia al Duque y en su lugar a D. Juan de Cardona, de su Consejo de Guerra, para amparar la gente maltratada y mal sana del gran trabajo que había padecido, a cuyo remedio con gran demostración acudieron las ciudades de Castilla la Vieja, especialmente su cabeza Burgos, y su corazon Valladolid, enviando medicinas, médicos, hermanos de los hospitales para enfermeros, vestidos, comida, dineros, a cargo de comisarios que mostraron bien el buen deseo con que su fidelísimas ciudades se señalaban. Bien quisieran los aficionados a la casa del Duque acudir al remedio de los males de su gente, pues su presencia consolara y pudiera mucho, mostrando su beneficencia, grandeza y liberalidad con los que libró Dios, pues volver sin victoria no quita a los príncipes la generosidad de sus corazones, ni el mérito de su gran valor. « Fue de grandes señores y reyes ganar y perder jornadas ».

CARLOS COLOMA

Carlos Coloma, marqués de la Espina, nació en Alicante en 1573. Militó como soldado desde los catorce años de edad, en Portugal, Sicilia y Flandes, en donde llegó a ser maestre de campo. Fue también embajador en Inlgaterra, gobernador del Cambresis y del Milanesado, comendador de Montiel y de la Osa, y consejero de Estado. Pasó la mejor parte de su vida en Flandes, y murió en 1637.

Aparte de una excelente traducción de Tácito, publicó en 1625 su importante historia de *Las Guerras de los Estados Bajos*, en la que relata los sucesos de Flandes desde 1588, en que Coloma llegó a aquel ejército, hasta 1599, en que juraron como soberanos de los Países Bajos, el Archiduque Alberto e Isabel Clara Eugenia. Aunque algo monótono por su asunto, es libro de gran interés histórico, ya que su autor fue testigo presencial de los hechos relatados. Coloma escribe con elegancia y espíritu patriótico. Su nombre figura entre las autoridades de la lengua, según la Real Academia Española.

LAS GUERRAS DE LOS ESTADOS BAJOS

LIBRO X

TOMA DE AMIENS

Amiens, cabeza de Picardía, y la más principal ciudad de las que llaman de la ribera del Soma, dista treinta y cuatro leguas de París, catorce de Arras, diez de Bapama, siete de Pas, en Artois, y otras tantas de Dorlán ; goza uno de los más fértiles territorios de toda Francia, y de los ciudadanos más valerosos ; tanto que persuadiéndoles su rey a que admitiesen guarnición, y con capa de mirar por su defensa asegurarse dellos como de gente que se había mostrado en otro tiempo demasiadamente aficionada al bando de la Liga, no sólo rehusaron, pero ofrecieron cuatro mil hombres armados y sustentados a su costa todo lo que durase el sitio de Dorlán, y otras muchas comodidades para la expugnación de aquella plaza, y en virtud deste ofrecimiento y de la calidad de su sitio, determinó el dicho rey hacer a aquella ciudad asiento de la guerra, y comenzarla, en abriendo el tiempo, con el sitio de Dorlán.

Gobernaba a Dorlán desde que se ganó, como se dijo en su lugar, Hernán Tello Puertocarrero, y deseando señalarse con algún honrado servicio mientras duraba su cuidadosa ociosidad, puso la mira ante todas cosas en lo que debe hacer cualquier gobernador de plaza fronteriza, que es procurarse informar de la calidad, fortaleza y defensas de las que tiene por vecinas. Y mientras todavía estaba en este pensamiento, un cierto Dumolín, ciudadano de Abevila, que vivía en Dorlán desterrado de su patria, hablando secretamente con Hernán Tello le persuadió a que la sobrada confianza con que vivía la ciudad de Amiens la tenía más sujeta a cualquier linaje de asechanzas que a otra alguna de Picardía ; porque, dado que pasaba de diez mil vecinos y de solas las compañías ordinarias de los ciudadanos, había ocho mil hombres alistados, y más ; era tan poca la gente que en reconociendo las campañas quedaba en los cuerpos de guardia, que con facilidad veinte hombres resueltos podían apoderarse de una puerta y conservarla hasta que llegase la gente, que no muy lejos podía estar de emboscada.

Sacáronse de toda la infantería trecientos soldados, los docientos españoles y los demás walones y irlandeses ; con los cuales se adelantaron los capitanes don Fernando de Deza y don Iñigo de Otaola y otros de naciones hasta una pequeña ermita llamada la Magdalena, distante quinientos pasos de la puerta que mira a Dorlán, a quien lla-

maban y llamaremos siempre de Montrecurt.

En abriendo el día comenzaron las cajas de la ciudad a tocar el alborada y de allí a una hora, que serían ya las siete, abrieron, entre otras, esta puerta, de la cual salieron algunos arcabuceros a descubrir, aunque con tan poco cuidado, que se volvieron dejándolo todo por llano y por seguro, y sin llegar a la ermita de la Magdalena, donde estaba la emboscada. A semejantes descuidos, aunque ajenos, sujeta su reputación quien se encarga de una plaza, en cuyo cuidado apenas puede haber hora de tregua. Metida, pues, con esta seguridad la guardia ordinaria de las puertas, y viendo los capitanes de la Magdalena que comenzaban a entrar y salir villanos y gente del campo, hicieron marchar a los disfrazados conforme a la orden que tenían de Hernán Tello, que era ésta: Bautista Doñano, milanés, teniente del capitán Daniel, que había sido capitán de borgoñones; el sargento Francisco del Arco y otro soldado walón iban delante, a la deshilada, con sacos de nueces, manzanas y legumbres, los cuales se mezclaron luego con los demás villanos de la comarca, que iban entrando también a la ciudad con cosas para vender. Seguía el carro, y delante dél el capitán Lacroy, borgoñón, y un sargento walón; tiraban el carro tres caballos, y guiábanle otros dos soldados borgoñones de la guarnición de Dorlán, y detrás dél iban seis soldados walones de la misma guarnición, todos oficiales reformados y gente de gran confianza Sólo los tres primeros llevaban armas, que eran una pistola cada uno, y esas escondidas, pareciéndoles que iban más disimulados de aquella manera, y que, entrados una vez dentro, no les podían faltar las que los enemigos tenían arrimadas en el cuerpo de guardia. Había de dar la seña de arremeter el sargento Francisco del Arco, disparando la pistola en viendo que el carro estaba ya en medio de los dos rastrillos; los cuales, por estar entre sí en menor distancia que lo largo del carro, se presuponía que habían de caer entrambos sobre él, como sucedió.

Entrados, pues, los soldados del disfraz, mostrando no conocerse unos a otros, llegándose a calentar al fuego del cuerpo de guardia, hacían con gran propiedad todos los ademanes que suelen los villanos de aquella tierra, como quien había tantos años que los tenían en plática. Es la gente de las aldeas de Picardía pobrísima, y andan vestidos de sayal blanco o de lienzo; y esto tan roto, que muchas veces muestran por diversas partes las carnes; con lo cual, y con haber buscado artificiosamente los vestidos más viles, tiznándose las caras y manos, no había quien hiciese caso dellos, para darles del pie. Todo lo demás habían menester fingir, si no era el frío, que, como los cogía tan en delgada, los hacía tiritar tan de veras, que de pura lástima los hicieron los franceses llegar al fuego, que no les fue después de poco servicio para poder menear las armas.

Las pláticas que trabaron entre sí eran tan conformes a lo que representaban, que casi se engañaban a sí mismos; y estando en medio dellas, llegó una vieja poco menos que decrépita, natural de alguna aldea de aquellas comarcas, que con rostro alterado dijo a los soldados que mirasen cómo estaban, y que hiciesen buena guardia, porque aquella noche habían pasado la ribera de Auti tropas de españoles. Riéronse los franceses teniéndolo por burla, y a uno que quiso moverse para ir a avisar dello al conde de San Pol, detuvo el caporal de la guardia, diciéndole que si hubiera algo de nuevo ya lo supiera el conde y estuviera la ciudad en arma. Así en las malas suertes va la fortuna cerrando la puerta a todos los remedios.

Francisco del Arco, que hasta entonces se había estado calentando como los demás, volviendo el rostro para ver si llegaba el carro tan deseado, vio que comenzaba a entrar por la puerta de la ciudad, después de haber pasado las del rebellín que la cubre, y que el borgoñón que guiaba el caballo delantero, apeándose dél, había cortado los tirantes. Estando embebecido Francisco del Arco, y aguardando a que el carro acabase de llegar al puesto que ya de antes tenían imaginado, llegó a él un sargento de la guardia, y con voz ya alterada le preguntó de dónde era; él, que no había

sido perezoso en sacar la pistola, disparándosela en los pechos, le respondió : « De aquí soy ». Dada esta señal, se apoderaron en un instante, él de la partesana del sargento, y los disfrazados de las armas del cuerpo de guardia ; y manejándolas todos valerosamente, se dieron tan buena maña, que antes que los de la emboscada de la Magdalena llegasen, habían muerto a veinte y dos franceses, que eran los que entonces se hallaban a la guardia del rebellín.

FRAY PRUDENCIO DE SANDOVAL

Esta historia se ha llamado también «de los cinco Reyes» por abarcar los reinados de Fernando I, Sancho II, Alfonso VI, doña Urraca y Alfonso VII, es decir, el período comprendido entre 1037 y 1157. Fue publicada en Pamplona, en 1615. Su autor, nacido en 1553 fue benedictino, y llegó a ser obispo de Tuy y de Pamplona. A la muerte de Ambrosio de Morales le sucedió en el cargo de cronista. Murió en 1620.

Además de varios tratados genealógicos y de asuntos eclesiásticos, escribió una *Crónica de Alonso VII*, que publicó en Madrid, en 1600, y luego la incluyó en la *Historia de los Reyes de Castilla y de León*. Pero su obra maestra es la *Historia del emperador Carlos V*, de la que más tarde hablaremos.

HISTORIA DE LOS REYES DE CASTILLA Y DE LEÓN

ORIGEN DE LAS ÓRDENES DE LOS TEMPLARIOS Y DE SAN JUAN DE MALTA

Pues en España se fundaron en estos tiempos y otros adelante monesterios de los caballeros Templarios, que si las pasiones de los enemigos o sus vicios no los acabaran fuera en nuestros días la más lucida caballería, rica y estimada del mundo, diré brevemente cuál fue su origen y cuál su fin desdichado.

Había en aquellos tiempos en que la Cristiandad toda iba a la guerra santa, gran multitud de gentes que de todas las provincias del mundo acudían, no con tanto concierto como se requiere en la milicia, donde el orden vale más que las muchas armas. Hubo entre estas gentes nueve caballeros esforzados, todos franceses, de los cuales sólo se nombran Hugo de Paganos y Gayfredo de Santo Adelmaro, que tomaron por oficio defender los peregrinos que a los Lugares Santos iban de los salteadores que había, así del puerto de Jafa hasta Jerusalén, como por otros lugares. Andando, pues, el tiempo en que se vio la utilidad que a los cristianos venía de su amparo y defensa, y siendo ya muchos en número, les fue señalado por posada y recogimiento un lugar en el Templo del Santo Sepulcro, queriéndolo así el abad y monjes que en el Templo estaban, de donde les quedó el hombre de templarios. Llegándose a éstos otros caballeros se pusieron en armas y comenzaron a seguirlas contra infieles, dejando otros caballeros que corriesen los campos y guardasen y asegurasen los caminos; por la cual razón muchos príncipes cristianos, para ayudar el propósito santo destos caballeros, les asignaron en sus tierras y dieron posesiones con que se pudiesen sustentar; y vemos por toda España, señaladamente en el camino francés que desde Navarra va a Santiago, ruinas de edificios y templos caídos que fueron destas gentes.

El Papa Honorio Segundo, a instancia de Estéfano, patriarca de Jerusalén, por vivir ellos en comunidad dentro de monesterios, como viven los monjes, les dio regla de orden, ordenada por San Bernardo, con hábito blanco, al cual Eugenio Tercero acrecentó una cruz colorada que trajesen en los pechos. Estos caballeros crecieron en tanto número y hicieron tantos servicios a Dios y a la república cristiana, que en breve tiempo fueron muy ricos y poderosos, señores de villas y castillos y rentas con que se extendieron, no sólo por el Oriente, mas por las partes occidentales, criando sus maestres por las provincias, instituyendo encomiendas, cuyo gran maestre residía en Jerusalén.

En este estado, creciendo en potencia y rentas, florecieron 200 años hasta el de 1310, en que el Papa Clemente V, en el Concilio de Viena de Francia los condenó y extinguió su orden, por las causas que no son para esta historia.

HISTORIA DEL EMPERADOR CARLOS V

El título completo de esta obra es Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V, *y se publicó en Valladolid, de 1604 a 1606. Es la principal obra del P. Sandoval, pero aunque tomó a Zurita como modelo, carece del método y sentido crítico de aquél, por lo que en ocasiones repite los mismos relatos al no saber extractar las fuentes que se limita a copiar. No poseyó tampoco la imparcialidad de Zurita, pero con todos sus defectos es obra importante de consulta por los muchos documentos inéditos que contiene. Utilizó también la* Historia *de Pero Mexía.*

Damos algunos fragmentos relativos al novelesco personaje «el encubierto de Valencia», que tan importante papel desempeñó en las Germanías, y que ha sido llevado a la novela y al teatro por algunos escritores españoles, especialmente en la época romántica.

En el año del Señor de 1512, un mercader vizcaíno que se llamaba Juan de Bilbao, se fue a residir con su familia a la ciudad de Orán. En el navío en que iba se le juntó un hombre que le dijo sabía muy bien leer y escribir, y las lenguas española, hebrea y arábiga, y que si quería concertarse con él, podría servirle de enseñar a sus hijos y ser factor de sus tratos... No se alcanzó a saber quién fuese su padre, mas cuando le castigaron, confesó ser hijo de un judío y que era circunciso y nunca fue bautizado; porque él y su padre se pasaron a Berbería en el año que echaron los judíos de España (1492).

Pasados cuatro años que había estado este pobre hombre en Orán, en casa de aquel mercader, por ganar más la voluntad de su amo dijo que se quería mudar el nombre, y llamar como él, Juan de Bilbao. Andando más adelante el tiempo, como el mercader hiciese ausencias de su casa, y dejase encomendados a su criado la mujer, hijos y tienda, una vez que volvió de Castilla fue avisado que aquel Juan de Bilbao, su criado, no era seguro. Y el mercader, como hombre prudente, le echó luego de su casa.

Había a la sazón en Orán un corregidor algo mozo, el cual, no sabiendo por qué el mercader había despedido su criado, le recibió por despensero. Este mal hombre, no sólo era moro y judío, pero preciábase de nigromántico. Acordó su ama decir al corregidor cómo el despensero concertaba de darle bebedizos, de lo cual quedó el corregidor espantado; y como viese que era verdad, y hallase los bebedizos que tenía el criado para dárselos, le mandó llevar a la cárcel pública. Así mismo le desterró de Orán, y hubo de volverse a España, donde desembarcó en la costa de Valencia, cuando el reino andaba tan revuelto.

Hízose Juan de Bilbao con sus embustes mucho lugar entre los agermanados que andaban en Alcira. Entró en Játiba, llamándose D. Enrique Manrique de Rivera; y como era tan grande embustero, y los agermanados de tan poco entendimiento, y tan ciegos y apasionados, vino a ganar tanta opinión entre ellos que le hicieron su General; y últimamente les hizo creer que era el Príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos, heredero de estos reinos (aquel que murió en Salamanca el año 1497).

Los de Játiba le seguían como a su redentor, y le llamaban *el Encubierto*, y que Dios lo enviaba para remediar los pueblos. Rindióle obediencia como a tal Vicente Peris. Tuvo modo para entrar secretamente en Valencia y tener tratos y disposiciones en todos los lugares de aquel reino. Intentó muchos medios para matar al Virrey, que era Don Diego de Mendoza, hermano del Marqués del Cenete. Al fin le fue forzoso huir de Valencia, con que los agermanados, viéndose dueños de la ciudad nombraron trece personas que la gobernasen y defendiesen, a los cuales llamaron *Trece de la Germania*, y éstos eligieron para General de la guerra un tendero de azucar que se llamaba Juan Caro, al cual depusieron presto por entender que tenía tratos con los contrarios, y en su lugar pusieron otro llamado Sorolla, y después de él, a Vicente Peris.

Vinieron a batalla entre cuatro y cinco de la tarde en una calle de Valencia que llaman de la Virgen María de Gracia, donde Vicente Peris con su gente se había fortificado, y así que mal herido el Marqués, y tenido por muerto de una pedrada que le dieron en la cabeza cuando ya desmayaban los suyos, y prevalecían los contrarios con la voz de que el marqués era muerto, volvió en sí con brevedad y saliendo de un portal allí cerca, donde le habían metido sus criados para curarle, dijo: «Si el Marqués es muerto, el Rey es vivo». Y prosiguiendo el combate contra Vicente Peris, le venció y le cortó la cabeza. Huyeron muchos de los agermanados a vista del suceso, quedando muertos no pocos de ellos y Valencia sosegada, en virtud de la industria y valor del Marqués del Cenete.

Esperaba el Encubierto en Játiba la nueva del suceso de Valencia y de la muerte del marqués para venir a apoderarse de ella; mas ordenólo Dios de otra suerte; porque habiéndole el Marqués asegurado, le prendió; y en 19 de Mayo de 1522 fué arrastrado por las calles públicas de Valencia y ahorcado, y su cabeza puesta en la punta de una lanza. De esta manera fue coronada aquella vil cabeza, que, siendo de un infame hechicero, quiso reinar en España.

Alonso de Santa Cruz

Fue Alonso de Santa Cruz buen navegante que acompañó a Sebastián Cabot en la expedición al estrecho de Magallanes en 1525, más tarde desempeñó el cargo de cosmógrafo de la Casa de Contratación (1536). Como historiador continuó la obra de Hernando del Pulgar sobre los Reyes Católicos, hasta la muerte de don Fernando. Pero su gran obra es esta *Crónica de Carlos V*, que abarca los años 1500 a 1550, y es del mayor interés, puesto que Santa Cruz fue testigo presencial de algunos hechos, como la guerra de las Comunidades.

CRÓNICA DEL EMPERADOR CARLOS V

II PARTE, CAPÍTULO III

De las primeras Cortes que el rey don Carlos tuvo en la villa de Valladolid y cómo en ellas fue jurado por rey, y las fiestas que allí se hicieron

Venidos los procuradores de las ciudades y villas del reino a Valladolid, se juntaron todos en el monasterio de San Pablo, y lo primero que allí les propusieron el maestro Mota, obispo de Badajoz, como presidente de las Cortes, y don García de Padilla, como letrado de ellas, fue que pues el rey don Carlos se intitulaba nombre de rey desde Flandes, que tuviesen por bien de jurarle por tal en nombre del reino, pues su madre la reina doña Juana no estaba con entero juicio para poder gobernar la república. Sobre lo cual hubo gran contienda en las Cortes entre los caballeros y procuradores y letrados del reino; porque aunque por una parte tenían gran voluntad de honrar al hijo, por otra tenían gran escrúpulo en la fidelidad de la madre, siendo ella viva; lo cual se altercó por algunos días mucho, y no porque pensaban de no hacerlo, sino porque los extranjeros conociesen cuán fidelísimos eran los españoles a sus reyes; y así el rey y los que con él venían no pensaron que se jurara por rey tan fácilmente. Lo cual tuvieron a mucho y lo tuvieran en mucho más si se dilatara, y así fue jurado el rey don Carlos por rey de Castilla y de León, con muchas ceremonias, en San Pablo de Valladolid, por todos los caballeros, procuradores y prelados, con tal condición que si algún tiempo Nuestro Señor, por su misericordia, tomase su juicio a la serenísima reina doña Juana, su madre, que el rey desistiese de la gobernación de Castilla, y de todo y por todo se hiciese lo que ella mandase, porque a él no le daban sino título de rey y gobierno de la república, y a su madre le quedaba sano y entero el derecho y dominio de los reinos de Castilla, y así fue pregonado con mucha solemnidad por rey.

Los procuradores le hicieron un servicio, para ayuda de su gasto, de 150 cuentos, el cual tuvo el rey en mucho.

Pasadas las Cortes, acordó el rey regocijar la caballería con fiestas, así por ser nuevamente jurado como por que todos conociesen su magnificencia, y a 14 de marzo se celebró un torneo en la plaza de Valladolid, que fue cosa maravillosa de ver, y fueron 25 a 25; do se dieron grandes golpes y heridas y salieron muchos caballos heridos y muertos.

Pasado el torneo se ordenaron grandes justas, donde justó el rey don Carlos, que fue la primera vez que lo había hecho en su vida, y justó contra él su caballerizo mayor don Carlos de la Noy, de nación italiano y caballero loado, más por las armas que por su condición, porque era muy cuerdo en lo que hacía y muy desabrido con los que trataba. Fueron muy grandes los gastos que se hicieron en estas fiestas de sedas y telas de oro y brocados y en las libreas que se dieron, todos los cuales mandó pagar el rey don Carlos, que decían haber lle-

gado a 40 000 ducados; su alteza se comenzó a demostrar muy generoso.

Y como el rey procurase de sacar a la infanta doña Catalina, su hermana, de poder de la reina doña Juana, su madre, para traerla consigo y en compañía de la infanta doña Leonor, sintió la reina el apartamiento de su hija, tanto que no quiso comer en tres días, y viendo esto su alteza la tornó a volver a la reina su madre, yendo él con ella a Tordesillas para consolarla.

Luis de Ávila y Zúñiga

Don Luis de Ávila y Zúñiga, o de Zúñiga y Ávila, como quieren otros, nació en Plasencia hacia el 1500. Era hijo del conde del Risco y perteneció a la Casa de Carlos V, a quien acompañó en sus expediciones militares, a Túnez (1535) y a Alemania (1546-47). Desempeñó una embajada a Roma (1539) y mantuvo amistad con famosos literatos como Pedro Aretino, Bernardo Tasso y otros. Casó con la hija del primer marqués de Mirabel (1542), y Carlos V le concedió la encomienda mayor de Alcántara (1546). Tomó parte activa contra la liga de Smacalda, y fruto de sus observaciones es el *Comentario* escrito inmediatamente y dado a la imprenta en 1547. Murió en 1564 ó, según otros, en 1573.

Se ha acusado a Ávila y Zúñiga de parcialidad en su historia. Está escrita con claridad y sencillez. En su concisión imita a los clásicos latinos, La energía del estilo y las descripciones son magníficas. Carlos V estaba orgulloso de este libro, del que dijo « Alejandro realizó empresas más altas que las mías, pero no tuvo nunca tan buen cronista ».

Se retiró a Plasencia cuando Carlos V se aisló en Yuste, y le asistió en sus últimos momentos. Aún fue como embajador a Roma en 1563 para activar la continuación del Concilio de Trento.

El *Comentario* obtuvo gran éxito y se reimprimió y tradujo muchas veces al francés, italiano, alemán y latín.

COMENTARIO DE LA GUERRA DE ALEMANIA

RENDICIÓN DEL LANDGRAVE DE HESSE

Venido el día que landgrave había de ser en Hala de Sajonia, llegó a ella con cien caballos, y fuese a la posada del duque Mauricio, su yerno, ya elector, y otro día, después de comer, a la hora que el emperador mandó, vino a palacio, acompañándole los dos electores. El emperador estaba en una sala con aquellas ceremonias acostumbradas en estos casos. Había muchos señores alemanes y caballeros que venían a ver lo que ellos nunca creyeron ni landgrave decía que había de ser. Llegado delante del emperador, quitado el bonete, se hincó de rodillas, y su chanciller también, el cual en nombre de su señor dijo estas palabras :

« Serenísimo, muy alto y muy poderoso, muy victorioso e invencible príncipe, emperador y gracioso señor : Habiendo Felipe, landgrave de Hesen, ofendido en esta guerra gravísimamente a vuestra majestad, y dádole causa de toda justa indignación, e inducido a otras personas a que cayesen en la misma falta, por lo cual vuestra majestad podía usar de todo rigor en el castigo que él merece, él confiesa humilísimamente que con razón le pesa de todo lo hecho ; y siguiendo los ofrecimientos que él ha hecho para venir delante de vuestra majestad, él se rinde a vuestra majestad de todo punto y francamente a su voluntad, suplicando muy humildemente que por el amor de Dios y por su misericordia, vuestra majestad sea contento, usando de su bondad y clemencia, perdonar y olvidar la dicha ofensa, y levantar el bando del imperio, que tan justamente vuestra majestad había declarado contra él ; permitiendo que pueda poseer sus tierras y gobernar sus vasallos, los cuales suplica a vuestra majestad sea servido de perdonar y recibillos en su gracia ; y él se ofrece para siempre jamás reconocer a vuestra majestad y acatalle por su solo derechamente ordenado de Dios, soberano señor y emperador, y obedecerle y hacer en servicio de vuestra majestad y del santo imperio todo aquello que un príncipe y vasallo es obligado a hacer, y para siempre perseverar en esto ; y que no

hará ni tratará jamás cosa contra vuestra majestad ; mas será toda su vida muy humilde y muy obediente servidor, y reconocerá su gran clemencia del perdón que de vuestra majestad ha alcanzado ; para lo cual desea y deseará toda su vida poder para servirlo con aquel agradecimiento que es obligado ; de manera que vuestra majestad conozca por efecto que el landgrave y los suyos guardarán y obedecerán lo que son obligados por los artículos que vuestra majestad fue servido de otorgalles ». Estas fueron las palabras que el landgrave dijo al pie de la letra.

El emperador mandó a uno de su consejo alemán, que estaba allí para responder en su nombre, que dijese estas palabras : « Su majestad, clementísimo señor, ha entendido lo que landgrave de Hesen ha dicho, que aunque el landgrave confiesa que le ha ofendido tan gravemente, y de suerte que merece todo castigo, aunque fuese el más grande que se pudiese dar, lo cual a todo el mundo es notorio, mas no obstante esto, teniendo su majestad respeto a que se viene a echar a sus pies, por su acostumbrada clemencia, y también por intercesión de los príncipes que por él han rogado, es contento de levantarle el bando que justamente había declarado contra él, y de no le castigar cortándole la cabeza, lo cual él merecía por la rebelión cometida contra su majestad, ni le quiere castigar por prisión perpetua, ni menos por confiscación de sus bienes ni privación dellos, ni más adelante de lo que se contiene en los artículos que clementemente su majestad le concede, y que recibe en su gracia y merced a sus súbditos y criados de su casa ; entendiéndose que cumpla todo lo contenido en sus capítulos, y que no vaya directa ni indirectamente en ninguna cosa contra ellos. Y su majestad quiere creer y esperar que el landgrave con sus súbditos servirá y reconocerá de aquí adelante la gran clemencia que con ellos ha usado ». Estas fueron las palabras al pie de la letra que se respondieron a landgrave.

En todo este tiempo el landgrave estuvo de rodillas, y después se levantó. Su majestad no le tocó la mano ni le hizo ninguna señal de cortesía. Era cosa digna de considerar, por donde se conoce la variedad de los sucesos humanos, ver al landgrave hincado de rodillas y preso, y junto con él el duque Henrique de Brunsvic, a quien él había tenido preso, con libertad y en pie. Acabado esto, el duque de Alba se llegó a él, y le dijo que se viniese con él, y a los dos electores les rogó que se viniesen con él a cenar, y así sacó de palacio a landgrave, y le llevó al castillo donde el Duque posaba, y después de cenar el Duque dio un aposento al landgrave en el castillo, y mandó a don Juan de Guevara, capitán del emperador, del tercio de Lombardía, que le guardase.

FRANCISCO DE MONCADA

El noble don Francisco de Moncada (1586) fue conde de Osona, marqués de Aytona, mayordomo mayor de la archiduquesa Isabel Clara, embajador en Alemania, gobernador de Milán y general de los ejércitos de Flandes. Murió en 1635.

Utilizando las obras de los historiadores griegos Pachimeres y Gregoras, la *Crónica de Ramón Muntaner*, la *Relación* de Berenguer de Entenza y los *Anales* de Zurita, redactó su interesante libro *Empresas y victorias alcanzadas por el valor de pocos catalanes y aragoneses contra los imperios de turcos y griegos*, que publicó en 1623. Ha sido obra muy leída, y se ha traducido al francés, alemán y catalán.

Su estilo es vigoroso, claro y conciso. Alguna vez imita a Tácito y es modelo de buena prosa.

EXPEDICIÓN DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS

Veamos cómo explica Moncada el origen y carácter de los bravos almogávares :

La antigüedad, madre del olvido, por quien han perecido claros hechos y memorias ilustres, entre otras que nos dejó confusas, ha sido el origen de los almogávares ; pero según lo que yo he podido averiguar, fue de aquellas naciones bárbaras que destruyeron el imperio y nombre de los romanos en España, y fundaron el suyo, que largo tiempo conservaron con esplendor y gloria de gran majestad, hasta que los sarracenos, en menos de dos años le oprimieron, y forzaron a las reliquias deste universal incendio, que entre lo más áspero de los montes buscan su defensa, donde las fieras muertas por su mano les dieron comida y vestido. Pero luego su antiguo valor y esfuerzo, que el regalo y delicias tenían sepultado, con el trabajo y fatiga se restauró, y les hizo dejar las selvas y bosques, y convertir sus armas contra moros, ocupadas antes en dar muerte a fieras.

Con la larga costumbre de ir divagando, nunca edificaron casas ni fundaron posesiones ; en la campaña y en la frontera de enemigos tenían su habitación y el sustento de sus personas y familias ; despojos de sarracenos, en cuyo daño perpetuamente sacrificaban las vidas, sin otro arte ni oficio más que servir pagados en la guerra, y cuando faltaban las que sus reyes hacían, con cabezas y caudillos particulares corrían las fronteras, de donde vinieron a llamar los antiguos en ir a correrías, *ir en almogavería*. Llevaban consigo hijos y mujeres, testigos de su gloria o afrenta ; y como los alemanes en todos los tiempos lo han usado, el vestido de pieles de fieras, abarcas y antiparas de lo mismo. Las armas, una red de hierro en la cabeza a modo de casco, una espada y un chuzo algo menos de lo que se usa hoy en las compañías de arcabuceros, pero la mayor parte llevaban tres o cuatro dardos arrojadizos. Era tanta la presteza y violencia con que los despedían de sus manos, que atravesaban hombres y caballos armados, cosa al parecer dudosa, si Desclot y Montaner no lo refirieran, autores graves de nuestras historias adonde largamente se trata de sus hechos, que pueden igualar con los muy celebrados de romanos y griegos.

CAPÍTULO XLIV

Acometen los genoveses a Galípoli y retíranse con pérdida de su general

En el mismo tiempo que Rocafort y Fernán Jiménez alcanzaron victoria de los masagetas, Ramón Montaner, ca-

pitán de Galípoli, la alcanzó de genoveses. Fue el suceso notable, y en que claramente se muestra cuán varios son los accidentes de una guerra, pues algunas veces las vitorias y pérdidas nacen de causas ni previstas ni esperadas.

Antonio Spínola, con diez y ocho galeras genovesas, llegó a Constantinopla para traer al marquesado de Monferrato a Demetrio, tercer hijo de Andrónico y de la emperatriz Irene, y platicando con el emperador del estado de los catalanes, el Spínola, con más temeridad que cordura, ofreció de tomar a Galípoli y echar los catalanes de Tracia, si le daba palabra de casar a Demetrio, su hijo tercero, con la hija de Apicín Spínola, premio debido a tan señalado servicio. Andrónico aceptó el partido y empeñó su palabra que casaría a su hijo.

Con esto el genovés arrogante con dos galeras llegó a Galípoli debajo de seguro. Preguntó por el capitán, y llevado donde estaba, con semblante soberbio y descortés le dijo: «Yo soy Antonio Spínola, general de mi república; vengo a ordenaros que sin réplica y dilación dejéis libres estas provincias y os retiréis a vuestra patria, porque de otra manera os echaremos con las armas y estaréis sujetos a su rigor». Ramón Montaner, reconociéndose sin fuerzas, como cuerdo y buen soldado respondió reportado, con mucha blandura y cortesía, que el salirse de Galípoli y de Tracia no era cosa que tan arrebatadamente se podía hacer como él quería, y que amenazalle con sus armas era cosa muy fuera de toda razón y de las paces que tenían sus reyes y su república; que él estaba puesto en guardalla mientras ellos la guardasen. Replicó Antonio, y segunda y tercera vez desafió a todos los catalanes con palabras llenas de mil ultrajes, y quiso que constase su desafío por fe pública de escribano. Montaner, irritado de tanta insolencia, perdió el sufrimiento y respondió con valor que la guerra que les denunciaba de parte de su república era injusta; y que así, protestaba delante de Dios y por la fe común que profesaban, que todos los daños, derramamiento de sangre, robos, incendios y muertes serían por su causa, porque ellos forzosamente se habían de oponer a tan injusta ofensa; que la república de Génova no tenía jurisdicción para requerille saliesen de Tracia, no siendo aquella tierra sujeta a su señorío; que si su derecho sólo le fundaban en su poder, viniesen a echarles, que el suceso mostraría la diferencia que hay del decir al hacer; que Andrónico era scismático, fementido, y que sus armas se habían de emplear en su ruina, a pesar de genoveses.

Luego con esta respuesta Antonio volvió a sus galeras, y con ellas a Constantinopla, y dio cuenta al emperador de lo que había pasado, y ofreció dalle luego ganado a Galípoli, por la poca defensa que tenía. Andrónico, codicioso de ganar el presidio de sus mayores enemigos, dio al Spínola siete galeras con su capitán Mandriol, genovés de nación, para que juntas con las diez y siete, facilitasen más la empresa. Antonio embarcó a Demetrio, y con veinte y cinco galeras llegó al día siguiente a las dos después de mediodía, a los Palomares, cerca de Galípoli, y comenzó a desembarcar la gente.

Montaner, con los pocos caballos que tenía, arriscado y valiente, a la lengua del agua (1) impedía la desembarcación. Pero diez galeras, apartándose de las demás, libremente pusieron en tierra la gente que traían. Hirieron a Montaner y le mataron el caballo, y creyendo los genoveses que su dueño lo quedaba, dijeron a voces: «Muerto es el capitán y Galípoli nuestro»; pero socorrido de un criado escapó de sus manos con cinco heridas. Retiróse dentro de Galípoli bañado en sangre propia y ajena, y causó alguna turbación, creyendo que las heridas de su capitán eran mortales. Reconocidas luego, fue de tan poco cuidado que ni el pelear ni el gobernar le impidieron. Guarneciéronse las murallas de Galípoli con dos mil mujeres, siendo cabo de cada diez un mercader catalán, y con chuzos, espadas y piedras, se pusieron a la defensa de su libertad, sucediendo no sólo en el cargo, pero en el valor de sus maridos.

Dueños ya los genoveses de la campaña, ordenadas sus haces, llegaron a Galípoli y arrimaron sus escalas, tirando

(1) En la orilla.

innumerables dardos ; apretaron gallardamente el asalto, y más cuando vieron las murallas sólo defendidas de mujeres. La resistencia mostró luego que sólo en el nombre lo parecían, y en el esfuerzo y constancia varones invencibles. Rebatidos con muchas muertes y heridas de las murallas, creyeron que la flaqueza natural del sexo, si porfiadamente se combatía, se rendiria. Volvieron segunda vez al asalto, pero con mayor daño se retiraron. Miraba Antonio Spínola de su capitana el combate ; y viendo su gente rendida, desesperado de poder hacer algún buen efeto con sola la que tenía en tierra, acudió con su persona y con cuatrocientos caballos a dar calor al asalto. Llegó a las murallas ; conociendo el daño de cerca y tanta gente muerta, quisiera no haberse empeñado ; animó a los suyos, y acometiron con valor. Renovóse el combate, y en las mujeres creció el ánimo con el peligro, llenas de sangre y heridas, tan asistentes en sus postas que alguna dellas con cinco heridas en el rostro no quiso dejar la suya, juzgando que tan honrado puesto como ocupar el que el marido debiera tener, no se había de perder sino con la vida.

Francisco Manuel de Melo

Nació este escritor en Lisboa en 1608, y militó en Flandes y en Cataluña. Fue gobernador de Ostende, pero partidario del Duque de Braganza huyó a Portugal. Tuvo amores con una dama casada a la que también pretendía el rey Juan IV, por lo que estuvo preso nueve años y después desterrado en el Brasil, hasta la muerte del rey. Indultado fue a vivir a Roma, y luego volvió a Portugal, donde murió en 1666.

Escribió muchas obras en portugués y en castellano, en prosa y en verso. La más interesante es, posiblemente, esta *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, que publicó en 1645, con el seudónimo de *Clemente Libertino*. Con claridad y vigor relata los sucesos del año 1640, primero de esta guerra. Se han señalado algunas inexactitudes pero nadie discute la belleza de exposición. Los retratos y descripciones son perfectas y es impresionante la narración de los sucesos preliminares, el *Corpus* sangriento y el asesinato del Virrey conde de Santa Coloma. Se considera como obra clásica en nuestra literatura histórica.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACIÓN Y GUERRA DE CATALUÑA

ESTALLA LA REVOLUCIÓN EN BARCELONA EL 7 DE JUNIO DE 1640

LIBRO I, PÁRRAFOS 79 A 99

Había entrado el mes de junio, en el cual, por uso antiguo de la provincia acostumbraban bajar de toda la montaña hacia Barcelona muchos segadores, la mayor parte hombres disolutos y atrevidos que lo más del año viven desordenadamente, sin casa, oficio o habitación cierta ; causan de ordinario movimientos e inquietud en los lugares donde los reciben ; pero la necesidad precisa de su trato no consiente que se les prohiba ; temían las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrían dar ocasión a su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

Entraban, comúnmente, los segadores en vísperas del Corpus, y se habían anticipado aquel año algunos ; también su multitud, superior a los pasados, daba más que pensar a los cuerdos, y con mayor cuidado por las observaciones que se hacían de sus ruines pensamientos.

El de Santa Coloma, avisado de esta novedad, procuró, previniéndola, estorbar el daño que ya antevía : comunicólo a la ciudad, diciendo le parecía conveniente a su devoción y festividad que los segadores fuesen detenidos, porque con su número no tomase algún mal propósito el pueblo, que ya andaba inquieto ; pero los conselleres de Barcelona (así llaman los ministros de su magistrado ; consta de cinco personas), que casi se lisonjeaban de la libertad del pueblo, juzgando de su estruendo habría de ser la voz que más constante votase el remedio de su república, se excusaron con que los segadores eran hombres llanos y necesarios al manejo de las cosechas ; que el cerrar las puertas de la ciudad causaría mayor turbación y tristeza ; que quizá su multitud no se acomodaría a obedecer la simple orden de un pregón. Intentaban con esto poner espanto al virrey para que se templase con la dureza con que procedía ; por otra parte, deseaban justificar su intención por cualquier suceso.

Pero el Santa Coloma ya imperiosamente les mostró con claridad la peligrosa confusión que los aguardaba en recibir tales hombres ; empero volvió el magistrado por segunda respuesta que ellos no se atrevían a mostrar a sus naturales tal desconfianza ; que recono-

cían parte de los efectos de aquel recelo ; que mandaban armar algunas compañías de la ciudad para tenerla sosegada ; que donde su flaqueza no alcanzase, supliese la gran autoridad de su oficio, pues a su poder tocaba hacer ejecutar los remedios que ellos sólo podían pensar y ofrecer. Estas razones detuvieron al conde, no juzgando por conveniente rogarles con lo que no podía hacerles obedecer, o también porque ellos no entendiesen eran tan poderosos que su peligro o su remedio podía estar en sus manos.

Amaneció el día en que la Iglesia católica celebra la institución del Santísimo Sacramento del altar ; fue aquel año el 7 de junio : continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores. Afirman que hasta dos mil, que con los anticipados hacían más de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo ; dícese que muchos, a la prevención y armas ordinarias, añadieron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algún hecho grande.

Entraban y discurrían por la ciudad ; no había por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores ; en todos se discurría sobre los negocios entre el rey y la provincia ; sobre la violencia del virrey, sobre la prisión del diputado y consejeros, sobre los intentos de Castilla y, últimamente, sobre la libertad de los soldados ; después, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor oprimido de la duda forcejeaba por salir, asomándose a los efectos, que todos se reconocían rabiosos e impacientes ; si topaban algún castellano, sin respetar su hábito o puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido ; no había demostración que no prometiese un miserable suceso...

Señalábase entre todos los sediciosos uno de los segadores, hombre facineroso y terrible, al cual queriendo prender, por haberle conocido, un ministro inferior de la justicia, hechura y oficial del Monredón (de quien hemos dicho), resultó desta contienda ruido entre los dos ; quedó herido el segador, a quien ya socorría gran parte de los suyos. Esforzábase más y más uno y otro partido, empero siempre ventajoso el de los segadores. Entonces alguno de los soldados de milicia que guardaban el palacio del virrey, tiraron hacia el tumulto, dando a todos más ocasión de remedio. A este tiempo rompían furiosamente en gritos : unos pedían venganzas ; otros, más ambiciosos, apellidaban la libertad de la patria ; aquí se oía : « ¡Viva Cataluña y los catalanes! » Allí otros clamaban : « ¡Muera el mal gobierno de Felipe! » Formidables resonaron la primera vez estas cláusulas en los recatados oídos de los prudentes ; casi todos los que no las ministraban las oían con temor, y los más no quisieran haberlas oído. La duda, el espanto, el peligro, la confusión, todo era uno ; para todo había su acción, y en cada cual cabían tan diferentes efectos ; sólo los ministros reales y los de la guerra lo esperaban, iguales en el celo. Todos aguardaban por instantes la muerte (el vulgo furioso pocas veces para sino en sangre) ; muchos, sin contener su enojo, servían de pregón al furor de otros ; éste gritaba cuando aquél hería, y éste, con las voces de aquél, se enfurecía de nuevo. Infamaban los españoles con enormísimos nombres ; buscábanlos con ansia y cuidado, y el que descubría y mataba, ese era tenido por valiente fiel y dichoso.

Las milicias armadas, con pretexto de sosiego, o fuese orden del conde o sólo de la ciudad, siempre encaminada a la quietud, los mismos que en ellas debían servir la paz, ministraban el tumulto.

Porfiaban otras bandas de segadores, esforzados ya de muchos naturales, en ceñir la casa del Santa Coloma ; entonces los diputados de la General, con los conselleres de la ciudad, acudieron a su palacio ; diligencia que más ayudó la confusión del conde, de lo que pudo socorrérsela ; allí se puso en plática saliese de Barcelona con toda brevedad, porque las cosas no estaban ya de suerte que accidentalmente pudiesen remediarse ; facilitábanle con el ejemplo de don Hugo de Moncada, en Palermo, que, por no perder la ciudad, la dejó pasándose a Mesina. Dos galeras genovesas en el muelle, daban todavía espe-

ranza de salvación. Escuchábalo Santa Coloma, pero con ánimo tan turbado, que el juicio ya no alcanzaba a distinguir el yerro del acierto. Cobróse y resolvió despedir de su presencia casi todos los que le acompañaban, o fuese que no se atrevió a decirles de otra suerte que escapasen las vidas, o que no quiso hallarse con tantos testigos a la ejecución de su retirada. En fin, se excusó a los que le aconsejaban su remedio, con peligro, no sólo de Barcelona, sino de toda la provincia; juzgaba la partida indecente a su dignidad; ofrecía en su corazón la vida por el real decoro; de esta suerte, firme en no desamparar su mando, se dispuso a guardar todos los trances de su fortuna.

Del ánimo del magistrado no haremos discurso en esta acción, porque ahora el temor, ahora el artificio, le hacían que ya obrase conforme a la razón, ya que disimulase, según la conveniencia. Afírmase por sin duda que ellos jamás llegaron a pensar tanto del vulgo, habiendo mirado apaciblemente sus primeras demostraciones.

No cesaba el miserable virrey en su oficio, como el que con el remo en la mano piensa que por su trabajo ha de llegar al puerto; miraba y revolvía en su imaginación los daños y procuraba su remedio; aquel último esfuerzo de su actividad estaba enseñando ser el fin de sus acciones.

Recogido en su aposento, escribía y ordenaba; pero ni sus papeles ni sus voces hallaban reconocimiento u obediencia. Los ministros reales deseaban que su nombre fuese olvidado de todos; no podían servir en nada; los provinciales ni querían mandar, menos obedecer.

Intentó por última diligencia satisfacer su queja al pueblo, dejando en su mano el remedio de las cosas públicas, que ellos ya no agradecían, porque ninguno se obliga ni quiere deber a otro lo que se puede obrar por sí mismo; empero ni para justificarse pudo hallar forma de hacer notoria su voluntad a los inquietos, porque las revoluciones interiores, a imitación del cuerpo humano, habían de tal suerte desconcertado los órganos de la república, que ya ningún miembro de ella acudía a su movimiento y oficio.

A la vista de este desengaño se dejó vencer de la consideración y deseo de salvar la vida, reconociendo últimamente lo poco que podía servir a la ciudad su asistencia, pues antes el dejarla se encaminaba a la lisonja o a remedio acomodado a su furor. Intentólo, pero ya no le fue posible, porque los que ocupaban la tarazana y baluarte del mar, a cañonazos habían hecho apartar la una galera, y no menos porque para salir a buscarla a la marina era fuerza pasar descubierto a las bocas de sus arcabuces. Volvióse, seguido ya de pocos, a tiempo que los sediciosos a fuerza de armas atropellaban las puertas; los que las defendían, entendiendo la causa del tumulto, unos les seguían, otros no lo estorbaban.

A este tiempo vagaba por la ciudad un confusísimo rumor de armas y voces; cada casa representaba un espectáculo; muchas se ardían, muchas se arruinaban, a todas se perdía el respeto y se atrevía la furia; olvidábase el sagrado de los templos; la clausura e inmunidad de las religiones fue patente al atrevimiento de los homicidas; hallábanse hombres despedazados sin examinar otra culpa que su nación; aun los naturales eran oprimidos por crimen de traidores: así infamaban aquel día a la piedad, si alguno abría sus puertas al afligido o las cerraba al furioso. Fueron rotas las cárceles, cobrando no sólo la libertad, mas autoridad los delincuentes.

Había el conde ya reconocido su postrer riesgo, oyendo las voces de los que le buscaban pidiendo su vida; y depuestas entonces las obligaciones de grande, se dejó llevar fácilmente de los efectos de hombre; procuró todos los medios de salvación, y volvió a proseguir en el primer intento de embarcarse; salió segunda vez a la lengua del agua; empero como el aprieto fuese grande y mayor el peso de las aflicciones, mandó se adelantase su hijo con pocos que le seguían, porque llegando al esquife de la galera, que no sin gran peligro los aguardaba, hiciese como lo esperase también; no quiso aventurar la vida del hijo, porque no confiaba tanto de su fortuna. Adelantóse el mozo,

y alcanzando la embarcación, no le fue posible detenerla (tanta era la furia con que procuraban desde la ciudad su ruina) ; navegó la galera, que le aguardaba fuera de la batería. Quedóse el Conde mirándola con lágrimas, disculpables en un hombre que se veía desamparado a un tiempo del hijo y de las esperanzas ; pero ya cierto de su perdición, volvió con vagorosos pasos por la orilla opuesta a las peñas que llaman de San Beltrán, camino de Montjuich.

A esta sazón, entrada su casa y pública su ausencia, le buscaban rabiosamente por todas partes, como si su muerte fuese corona de aquella victoria ; todos sus pasos reconocían los de la tarazana : los muchos ojos que lo miraban caminando como verdaderamente a la muerte, hicieron que no pudiese ocultarse a los que le seguían. Era grande el calor del día, superior la congoja, seguro el peligro, viva la imaginación de su afrenta ; estaba sobre todo firmada la sentencia en el tribunal infalible ; cayó en tierra cubierto de un mortal desmayo, donde siendo hallado por algunos de los que furiosamente le buscaban, fue muerto de cinco heridas en el pecho.

Así acabó su vida don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, dando famoso desengaño a la ambición y soberbia de los humanos, pues aquel mismo hombre, en aquella región misma, casi en un tiempo propio, una vez sirvió de envidia, otra de lástima. ¡Oh grandes que os parece nacisteis naturales al imperio! ¿Qué importa, si no dura más de la vida, y siempre la violencia del mando os arrastra temporalmente al precipicio?

Fray Miguel Servía

Aunque no tenga valor literario, creemos que se leerá con interés esta *Relación del suceso de la armada de la Liga* que escribió el confesor de don Juan de Austria, Fray Miguel Servía, testigo presencial de la gran batalla.

RELACIÓN DE LA BATALLA DE LEPANTO

EL SUCESO DE LEPANTO

[COMPOSICIÓN DE LA ARMADA ALIADA]

En 16 de setiembre salió el Sr. D. Juan de Mesina, con toda la armada para levante. Eran 212 galeras y 15 naves, y 6 galeazas. Fue a dormir a la Fossa de S. Juan.

De las galeras eran ciento de España con todas las de particulares y las demás de venecianos, y seis galeazas; y la mesma noche se hicieron las escuadras. El Sr. D. Juan de Austria llevaba una escuadra de sesenta galeras. Llevaba por divisa en la Real el estandarte que el Papa envió con un Cristo, y las armas de los de la liga. En medio las armas del Papa; las del Rey a mano derecha, a la izquierda las de los venecianos, y abajo las del Sr. D. Juan, con un lazo que las ligaba a todas. Llevaba en la entena una flámula azul y una banderilla en el carcel. Iba Juan Andrea con otra escuadra de cincuenta y tres galeras. Llevaba en su galera, en la entena, una flámula verde, encima de la cual tenia una banderilla verde; y todas las galeras de su escuadra llevaban una banderilla verde al cabo de la entena. Dióse otra escuadra a D. Álvaro Bazán de treinta galeras. Llevaba su galera por divisa una flámula blanca, y encima de la popa una banderilla blanca, y ansí todas las galeras de su escuadra. Dióse a Barbarigo, veneciano, otra escuadra de cincuenta y siete galeras: llevaba por encima una flámula amarilla, y una banderilla amarilla en el medio de la osta, ansí todas las de su escuadra.

Don Juan de Cardona iba siempre descubriendo con seis galeras. Llevaba en su galera una flámula con las armas Reales.

Todas las galeras de Venecia iban entretejidas con las nuestras por algunos respectos. Iban en esta armada cuatro tercios de españoles, los dos de soldados viejos, y los dos de bisoños.

Llevaba más de un tercio de italianos y otro de tudescos. Iba por maestre de campo general Ascanio de la Corna de toda la infantería. D. Pedro de Padilla maestre de campo, del tercio de Nápoles; D. Diego Enríquez del tercio de Sicilia; D. Miguel de Moncada del un tercio de bisoños; Don Lope de Figueroa del otro de bisoños: del tercio de tudescos el Conde Lodron de los italianos al propio Ascanio de la Corna. Capitanes generales de las galeras eran Gil de Andrada de las de España, de las del Papa Marco Antonio Colona, de las de Nápoles D. Alvaro Bazán, de las de Sicilia D. Juan de Cardona; general de las de Sabova Mosiur de Leim; general de las de Génova Hector Spínola: el Señor Juan Andrea de las suyas: de venecianos el Señor Barbarigo.

Iban en las galeras de venecianos, españoles y italianos, y así tambien en las galeazas.

A los 17 de setiembre salió la armada de la Fossa de San Juan, en la orden que tengo dicho.

[DESCÚBRESE LA ARMADA TURCA]

A los 7, digo por la mañana, se descubrió la armada del Turco a 12 millas de la nuestra en el mismo cabo de la

Salin. Cuatro galeras venían delante, y creimos sería D. Juan de Cardona que iba descubriendo; pero fue Carahoja que venía a descubrir nuestra armada, la cual vista se fue a la vuelta de su armada, y dio aviso de nuestra venida, aunque ya los enemigos, nos habían descubierto. Tocóse alarma en nuestra armada, y a gran prisa se hizo la pavesada, y luego cada escuadra tomó dos galeazas a jorro, y púsose la armada de esta manera.

La Real se puso en orden con su escuadra: a su mano izquierda venía Barbarigo con su escuadra: a la derecha Juan Andrea. D. Alvaro Bazán venía de retaguardia y socorro con treinta galeras, para favorecer donde necesidad hubiese.

Llevaba la Real de Su Alteza dos galeras de socorro y quince fragatas; y las otras dos escuadras cuatro galeras y quince fragatas, de suerte que nuestra armada iba muy en orden.

Dijeron después los turcos, que cuando nos poníamos en orden, ellos pensaron que huíamos, y que tenían por cierta la victoria; y así habían puesto por la costa mucha caballería porque si vencidos embistiésemos en tierra cayésemos en manos de la caballería.

Venía la armada turquesa con buen orden, en la cual había 280 bajeles; las 250 galeras reales, las demas galeotas de 20 y de 22 y de 18 sin muchas otras fragatas: y nuestra armada tenia 212 galeras y 6 galeazas.

Salió Su Alteza con una fragata, y anduvo por la mayor parte de nuestras galeras animando y exortando capitanes y soldados a la batalla con eficacísimas palabras, a las cuales con gran esfuerzo todos respondieron que Su Alteza no dudase que vencerían con el favor de Dios, sino que peleando todos morirían. Puestos en su orden caminaban los enemigos hecho un escuadrón como media luna; ni dejó de hacer Alí Bajá general, lo que a buen capitán convenía. Vendo las enemigas una contra otra, caminaban muy despacio. Los contrarios tenian viento y mar en su favor; pero permitió el Señor que en llegándose la una armada con la otra mar y viento en nuestro favor se volviesen.

[EL COMBATE]

Una milla estaría la una armada de la otra cuando la general del Turco tiró una pieza de artillería desafiando a la nuestra para la batalla. Nuestra Real respondió con otra aceptando la batalla, y a esta con otra respondió el Turco.

Cuando tan juntas se hallaron las armadas, que con la artillería se podían facilmente batir, se hallaron 6 galeazas nuestras delante nuestras galeras, dos en frente de cada escuadra.

Las dos de la mano izquierda comenzaron a jugar la artillería porque por aquella parte se comenzó la batalla, e hicieron grandísimo daño en los enemigos.

Lo mismo hicieron las otras cuatro galeazas a su tiempo.

Luego Barbarigo arremetió con su escuadra de galeras, y se trabó una muy sangrienta batalla, en la cual herido el Barbarigo murió; pero ya certificado de la victoria.

Su Alteza acometió con su Real a la general turquesca, la cual aunque tenía mucha y muy buena gente, y era por la popa socorrida fue en breve rendida, muerto Alí Bajá general, y derribado el estandarte. Un cuarto de hora despues Juan Andrea acometió por el cuerno derecho, al cual vino al encuentro Luchalí renegado y Rey de Argel; pero llegándose a la galera conoció que era de Juan Andrea, y no la osó acometer y fuése contra la capitana de Malta con otras galeras, la cual, aunque peleó muy valerosamente, por la multitud de los enemigos fue rendida. Juan Andrea acometió la proa de Luchalí y la rindió, y otra galeota echó a hondo otra galera y rindió algunas otras.

En la Real fue muerto de un falconete D. Bernardino de Cárdenas, que le dio sobre la rodela acerada, y murió el tercero día.

Viendo Luchalí su armada llevar el peor, procuró salvarse y huyó con cinco galeras.

Fue esta batalla muy grande, muy reñida y muy sanguinosa.

[LA VICTORIA]

Estuvo cerca de hora y media a declararse la victoria por los cristianos,

lo cual conocido por muchos turcos procuraron de arremeter y embestir en tierra, y así se salvaron algunos perdiendo sus galeras.

Fueron rendidos 204 bajeles con los echados a hondo y quemados.

El daño que recibió nuestra armada, fue que fueron rendidas cuatro galeras de venecianos, y dos echadas a hondo.

La capitana de Malta rendida, San Juan de Sicilia casi rendida, la patrona del Duque de Saboya rendida, y la capitana de Nicolás Doria, en la cual murió peleando el capitan Juan de Silva y toda su compañía. Duró la batalla y alcance de ella de las once de mediodía hasta las cinco de la tarde.

Fueron inviados por su Alteza embajadores D. Lope de Figueroa, maese de campo, al Rey, a su Santidad el conde de Pliego, al Emperador, D...

Recogidas las galeras se retiraron al puerto de la canal de Petrache.

De allí partimos con buen tiempo la vuelta de Santa Maura, llevando cada galera una de las rendidas. A los 13 partiendo de allí, se tuvo consejo, y se concluyó se tomase Santa Maura.

A los 15 echaron en Santa Maura diez mil hombres. Fue a reconocer Ascanio de la Corna con cien soldados, y el Príncipe de Urbino y D. Miguel de Moncada, y por ser noche le mandaron volver.

Los turcos habían ya quemado el burgo y rompida la puente del Estaño, de suerte que la fortaleza quedaba ya aislada, y no se podía llegar artillería a ella sino con gran trabajo.

Estúvose allí dos días, y hízose el repartimiento de las galeras y turcos que se tomaron.

Hallóse que habían tomado seis mil turcos, y muertos se cree pasaron de treinta mil; y siendo ellos cincuenta y seis mil según se entendió por sus listas, los demás se salvaron o dando en tierra o huyendo con las galeras que se escaparon.

De los nuestros, entre muertos y heridos fueron doce mil.

JUAN DE VALLEJO

Juan de Vallejo sirvió al Cardenal Cisneros desde 1498, o quizá algo antes, hasta la muerte del cardenal, con el que llegó a gozar de gran intimidad. Vallejo, por no abandonar a su señor, no desempeñó la canongía de Sigüenza hasta que aquél murió, aunque Cisneros se la había adjudicado hacia 1511.

La biografía del cardenal sólo alcanza hasta 1507, y es lamentable que falte el período más interesante, posterior a esa fecha.

El *Memorial de la vida de Cisneros* debió terminarse poco después de 1544. Vallejo con naturalidad, e incluso con descuido, no se preocupa de hacer obra literaria, y en su ingenuidad no disimula hechos como el de las conversiones forzosas en Granada ni el disgusto que produjo al rey Fernando el alzamiento que aquéllas provocaron. Como fuente histórica sólo es valiosa en lo que Vallejo refiere como testigo presencial, pues en los hechos ajenos está mal informado; pero para la biografía de Cisneros es el libro más importante de todos los coetáneos.

VIDA DE CISNEROS

CISNEROS

I. ESTUDIOS

Al Gonçalo Ximénez, hijo mayor, al qual dende niño que supo hablar lo embiaron a la Villa de Roa, que es del conde de Siruela, a vn tío suyo, adonde le enpeçaron a mostrar las primeras letras. Después de ya sabidas, que era ya mançebo, le enbiaron a la villa de Cuéllar, que es del duque de Alburquerque, a enseñar gramática, porque avía estudio allí; y viendo sus nobles padres cómo deprendía tan bien, y su mucha nobleza y honestidad, y el gran zelo que tenía a las letras, y darse a toda virtud y al seruicio de Dios, Nuestro Señor, procuraron de lo enviar a la vniuersidad de Salamanca, adonde en aquellos tiempos el bendito varón aprovechó tanto, que se hizo grand letrado y tomó grado de bachiller en Decretos.

II. LA CARRERA ECLESIÁSTICA

Y cresçiendo su fama, en tiempo del reuerendísimo señor arçobispo de Toledo don Alonso Carrillo, de buena memoria, syendo ynformado de su persona y letras, le enbió a llamar, y lo resçibió en su serviçio y le hizo merçed de beneficios, y dió cargo que entendiese en aquella governaçión de aquellas villas de Talamanca, Vzeda y Tordelaguna y su tierra; donde las governó muy sabia y prudentemente y tovo en mucha justiçia.

Y en este tiempo se ofresçió a vacar el arçiprestadgo de Vzeda, el qual el bachiller Gonçalo Ximénez ovo, y tomó posesión dél, por çierta bulla expetativa que tenia; de que el dicho rreuerendísimo señor arçobispo don Alonso Carrillo ovo grand enojo, y le mandó que lo resignase; lo qual sabido por el dicho bachiller Gonçalo Ximénez, le suplicó no se le mandase, porque él lo poseya con justo título — y — no lo dexaría. Y viendo esto el arçobispo, le mandó prender, y estar en la fortaleza de Vzeda muchos dias. Y a la sazón, en este tienpo, estava allí detenido otro honrrado clérigo; y viéndole ansí, congoxado, le consoló diziéndole: «señor, vuestra merçed no tenga pena ni pasión por esto que el señor arçobispo le haze, que yo oy dezir, que en ese palaçio, en que vos estáys, vn arçobispo de Toledo tuvo a vn clérigo preso, y después fue arçobispo de Toledo, que se llamó don Juan de Cerezuela. «El sobredicho bachiller Gonçalo Ximénez se sonrrió y dixo: «tengoos, señor, en merçed el buen con-

suelo, avnque al presente no veyo yo tales principios, y entretanto querríame ver yo salido de aqui».

Suelto que fue el sobredicho bachiller Gonçalo Ximénez, se partió para corte de Roma a litigar su arçipreſtadgo; adonde lo pacificó, y truxo otros beneficios, y se boluió en España, y ovo la capellanía mayor de la yglesia cathedral de la santa yglesia de Sigüença; adonde fue algunos años capellán mayor, y governó su dignidad y ánimas que tuvo en cargo con tanta saviduría y prudençia y con tan grand enxenplo de vida y virtudes, que el reuerendísimo señor cardenal de España don Pero Gonçález de Mendoça, que a la sazón hera arçobispo de Sevilla e obispo de Sigüença, viendo el grand valor de su persona, le hizo su provisor e vicario general de su obispado de Sigüença. Y por el consiguiente el illustre señor don Alonso de Silva, conde de Çifuentes, alférez mayor de Castilla, que en aquel tienpo bivía, yendo que fue a la guerra de Granada, adonde fue cativado por los moros, le dexó ansimismo por governador de su condado y toda su tierra. Luego subcedió que al rreuerendísimo señor cardenal don Pero Gonçáles de Mendoça fue trasladado de Sevilla a la santa yglesia de Toledo.

III. FRANCISCANO

Estando en estos cargos y governaçión el sobredicho señor don Gonçalo Ximénez de Cisneros, capellán mayor y provisor general del obispado de Sigüença, algunos años ynspirado por el Spíritu Santo, dexó libremente su capellanía mayor a vna muy honesta persona de letras y conçiençia, y sus beneficios a otras buenas personas beneméritas, en quien le paresçió que descargava su conçiençia; y dexado el siglo, ymitando las pisadas y regla del seráphico Sant Françisco, dexó todas sus rrentas y vienes tenporales, conpliendo enteraménte con todos sus criados y criadas, a quien hera en cargo, como persona cathólica y siervo de Dios, y se fue al monesterio de Sant Françisco de la Salzeda, que es çerca de la villa de Tendilla, casa muy devota y recogida, adonde ay muy devotos religiosos y siervos de Dios; adonde allí, con muy grand contrición y devoción, demandó el hábito al guardián de aquella santa casa que a la sazón hera; el qual, sabiendo el valor de su persona y quién hera, de muy buena voluntad y con muy grand plazer y alegría, a contentamiento suyo y de todos los padres religiosos, le fue dado el hábito; adonde estuvo todo el año de su noviçiadgo, con tanta religión y enxenplo de virtudes e vida, que al guardián y religiosos ponía en grand admiración, y davan muy grandes graçias y loores a Nuestro Señor por averles enviado vna tan santa y bendita criatura.

Conplido que fue el año y día, le fue dicho por el guardián si quería hazer profesión; él respondió que sí, si hera la voluntad de Dios. Sabiendo el padre guardián que se llamava don Gonçalo Ximénez, le dixo que si se quería mudar el nombre, pues mudaba el hábito y vida; respondió, debaxo de santa obediençia, que él ya no hera suyo, que lo dexava todo en las manos de Dios y de su paternidad; y ansí el padre guardián le dixo con mucho gozo que a él le paresçía que le fuese puesto Françisco; y todos los padres, discretos y religiosos lo aprovaron, dando muchas graçias a Dios, cantando el *Te Deum laudamus*.

Fray Marcos de Guadalajara

Fray Marcos de Guadalajara y Javier, fue carmelita de Zaragoza y murió en 1630.

Escribió el libro de la *Memorable expulsión de los Moriscos de España* para salir al paso de las censuras que esta expulsión habría de causar, dentro y fuera de España. Para ello utiliza cuantos argumentos puedan justificarla y comienza con el origen del mundo, refiriendo cuantos esfuerzos ha hecho el diablo para la perversión de los hombres. Entra en materia en el capítulo 10, al tratar del «embustero Mahoma» y las conquistas que hicieron sus secuaces.

Además de esta obra, Fray Marcos, continuó la *Historia Pontifical y Católica* de Gonzalo de Illescas.

EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS DE ESPAÑA

BANDO DE EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS DEL REINO DE VALENCIA

Don Luys Carrillo de Toledo, Marqués de Caracena, Señor de las villas de Pinto, y Inés, Comendador de Chiclana, Montizón, Virrey, Lugartiniente, y Capitán General en esta ciudad y Reyno de Valencia, por el Rey nuestro Señor. A los Grandes, Prelados, Titulados, Barones, Caualleros, Iusticias, Iurados de las Ciudades, Villas y Lugares, Bayles Generales, Gouernadores, y otros cualesquier ministros de su Magestad, Ciudadanos, vezinos, y particulares deste dicho Reyno. Su Magestad, en vna de su Real carta de quatro de Agosto passado deste presente año firmada de su Real mano, y referendada de Andrés de Prada su Secretario de Estado, nos escriue lo siguiente. Marqués de Caracena, Primo, mi Lugarteniente, y Capitán General del mi Reyno, de Valencia, entendido tenéys lo que por tan largo discurso de años, he procurado la conuersión de los Moriscos deste Reyno, y del de Castilla, y los editos de gracia que se les concedieron, y las diligencias que se han hecho, para instruyrlos en nuestra santa Fe, y lo poco que todo ello ha aprouechado; pues se ha visto, que ninguno se aya conuertido, antes ha crecido su obstinación. Y aunque el peligro y irreparables daños que de disimular con ellos podía suceder, se me representó días ha por muchos, y muy doctos, y santos hombres, exortándome al breue remedio, a que en conciencia estaua obligado, para aplacar a nuestro Señor, que tan ofendido está desta gente: y asegurándome, que podía sin ningún escrúpulo castigarlos en las vidas y haziendas, porque la continuación de sus delictos, los tenía conuencidos de hereges, apóstatas, y proditores de Laessa Magestad diuina, y humana. Y aunque pudiera proceder contra ellos con el rigor que sus culpas merecían, toda vía desseando reducirlos por medios suaues, y blandos, mandé hazer en essa ciudad la junta que sabeys, en que concurristeys vos, el Patriarca, y otros Prelados, y personas doctas, para ver; si se podia escusar el sacarlos destos Reynos. Pero auiendo se sabido, que los de esse, y los de este de Castilla passauan adelante con su dañado intento, y he entendido por auisos ciertos, y verdaderos, que continuando su apostasía, y prodición, han procurado, y procuran por medio de sus Embaxadores y por otros caminos, el daño y perturbación de nuestros Reynos. Y desseando cumplir con la obligación que tengo de su conseruación, y seguridad, y en particular la de esse de Valencia, y de los buenos y fieles súbditos del, por ser más euidente su peligro, y que cesse la heregía, y apostasia. Y auiéndolo echo encomendar a nuestro Señor, y confiado en su diuino

fauor : por lo que toca a su honra, y gloria, he resuelto que se saquen todos los Moriscos de esse Reyno, y que se echen en Berbería.

Y para que se execute, y tenga deuido efecto lo que su Magestad manda, hemos mandado publicar el Bando siguiente :

Primeramente, que todos los Moriscos de este Reyno assí hombres como mugeres, con sus hijos, dentro de tres días de como fuere publicado este Bando en los lugares donde cada vno viue y tiene su casa, salgan dél, y vayan a embarcarse a la parte donde el Comissario que fuere a tratar desto, les ordenare, siguiéndole y sus órdenes : lleuando consigo de sus haziendas muebles lo que pudieren en sus personas, para embarcarse en las galeras, y nauíos que están aprestados, para passarlos a Berbería ; a donde los embarcarán sin que reciban mal tratamiento, ni molestia en sus personas, ni lo que lleuaren, de obra, ni de palabra. Aduirtiendo, que se les proueerá en ellos del vastimento que necessario fuere para su sustento, durante la embarcación : y ellos de por sí lleuen también el que pudieren. Y el que no lo cumpliere, y excediere en vn punto de lo contenido en este Bando, incurra en pena de la vida.

Que qualquiera de los dichos Moriscos, que publicado este Bando, y cumplidos los tres días, fuere hallado desmandado fuera de su proprio lugar por caminos, o otros lugares, hasta que sea hecha la primera embarcación, pueda qualquier persona sin incurrir en pena alguna prenderle, y desbalijarle, entregándole al Iusticia del lugar más cercano ; y si se defendiere, lo pueda matar.

Que so la misma pena ningún Morisco, auiéndose publicado, este dicho Bando, como dicho es, salga de su lugar, a otro ninguno, sino que se estén quedos, hasta que el Comissario, que los ha de conducir a la embarcacion, llegue por ellos.

Item, que qualquiera de los dichos Moriscos que escondiere, o enterrare ninguna de la hazienda que tuuiere por no la poder lleuar consigo, o la pusiere fuego, y a las casas, sembrados, huertas, o arboledas, incurran en la dicha pena de muerte los vezinos del lugar, donde esto sucediere. Y mandamos se execute en ellos, por quanto su Magestad ha tenido por bien de hazer merced destas haziendas, rayzes, y muebles, que no pueden lleuar consigo, a los señores cuyos vasallos fueren.

Y para que se conseruen las casas, ingenios de açucar, cosechas de arroz, y los regadíos, y puedan dar noticia a los nueuos pobladores que vinieren, ha sido su Magestad seruido, a petición nuestra, que en cada lugar de cien casas queden seys con los hijos y muger que tuuieren, como los hijos no sean casados, ni lo ayan sido, sino que esto se entienda con los que son por casar, y estuuieren debaxo del dominio, y protección de sus padres, y en esta conformidad más o menos, según los que cada lugar tuuiere, sin exceder. Y que el nombrar las casas que han de quedar en los tales lugares (como queda dicho), esté a elección de los Señores dellos, los quales tengan obligación después a darnos cuenta de las personas que huuieren nombrado : y en quanto a los que huuieren de quedar en lugares de su Magestad a la nuestra. Aduirtiendo que en los vnos y en los otros han de ser preferidos los más viejos, y que sólo tienen por oficio cultiuar la tierra, y que sean de los que más muestras huuieren dado de Christianos, y más satisfacion se tenga, de que se reducirán a nuestra Santa Fe Cathólica.

Que ningún Christiano viejo, ni soldado, assí natural deste Reyno, como de fuera del, sea osado a tratar mal de obra, ni de palabra, ni llegar a sus haziendas a ninguno de los Moriscos, a sus mugeres e hijos, ni a persona dellos.

Que assí mismo no los oculten en sus casas, encubran ni den ayuda para ello, ni para que se ausenten, sopena de seys años de galeras, que se executarán en los tales irremisiblemente, y otras que reseruamos a nuestro arbitrio.

Y para que entiendan los Moriscos que la intención de su Magestad es sólo echarles de sus Reynos, y que no se les haze vexación en el viage, y que se les pone en tierra en la costa de Berbería, permitimos : que de diez de los dichos Moriscos que se embarcaren en el primer viage, bueluan, para que den

noticia a los demás. Y que en cada embarcación se haga lo mismo, que se escriuirá a los Capitanes Generales de las galeras, y armada de Nauíos, lo ordenen assí ; y que no permitan, que ningún soldado ni marinero los trate mal de obra, ni de palabra.

Que los muchachos y muchachas menores, de quatro años de edad, que quisieren quedarse, y sus padres, o curadores (siendo huérfanos) lo tuuieren por bien, no serán expelidos.

Item, los muchachos y muchachas menores de seys años, que fueren hijos de Christiano viejo, se han de quedar, y su madre con ellos, aunque sea Morisca. Pero si el padre fuere morisco, y ella Christiana vieja, el será expelido, y los hijos menores de seys años, quedarán con la madre.

Item, los que de tiempo a tras considerable, como sería de dos años, viuieren entre Christianos, sin acudir a las juntas de las Haljamas.

Item, los que recibieren el santíssimo Sacramento, con licencia de sus Prelados, lo qual se entenderá de los rectores de los lugares, donde tienen su hauitación.

Item su Magestad es seruido, y tiene por bien, que si algunos de los dichos Moriscos quisieren passarse a otros Reynos, lo pueden hazer, sin entrar por ninguno de los de España, saliendo para ello de sus lugares dentro del mismo término, que les es dado. Que tal es la Real y determinada voluntad de su Magestad, y que las penas deste dicho Bando se executen, como se executarán irremissiblemente. Y para que venga a noticia de todos, se manda publicar en la forma acostumbrada. Dat. en el Real de Valencia, a 22, días del mes de setiembre, 1609.

PEDRO DE GANTE

Estas *Relaciones* permanecieron inéditas hasta 1873, en que don Pascual de Gayangos las publicó en la colección de los « Bibliófilos Españoles », según un manuscrito conservado en el Museo Británico.

Pedro de Gante, según Gayangos, pertenecía a una familia de la Rioja, seguramente originaria de aquella ciudad de Flandes. Pedro fue criado del tercer duque de Nájera, a quien acompañó en sus viajes, y consecuencia de ellos fueron las tres *Relaciones* que abarcan el período comprendido entre 1520 y 1544, y ofrecen gran interés para el conocimiento de algunos hechos del reinado de Carlos V.

La primera relación se refiere a la coronación del emperador en Aquisgrán, en 1520 ; la segunda trata de la jornada de Carlos V a Niza, en 1538, y la tercera de la jornada imperial a Italia, Alemania y Flandes en 1543.

RELACIONES

CARLOS V Y FRANCISCO I

LA ENTREVISTA DE AGUAS MUERTAS

A 4 de julio el Emperador se embarcó en Génova para España. Detúvose seys días hasta llegar a Niza, porque hizo muy contrario tiempo. Antes de llegar a aquella ciudad está el castillo de Monago, junto a la mar, por do la armada passó a media noche ; hicieron del castillo muy hermosa salva de artillería, oyéronse cerca de 200 piezas.

A 13 de julio, sábado de mañana, llegó el Emperador acerca de Marsella. Salieron a recibille 21 galeras del rey de Francia. Quando llegaron cerca de la capitana, do S. M. iba, todas las banderas y estandartes derribaron, saluo el estandarte de su capitana. La salua que las unas a las otras se hizieron fue tal, y la escuridad del humo, que a todas cubrió, que los unos no podían ver a los otros. El conde de Tenda salió de la galera capitana del Rey con otros caballeros y entró a la del Emperador a ofrecelle a Marsella con toda aquella tierra. Todas las galeras en compañia se fueron hazia la ciudad. Cerca de media legua della está un castillo harto fuerte dentro en el mar, en una pequeña isla, para la guarda del puerto ; desde aquél y de otro castillo que está a un lado de la ciudad dispararon mucha artillería, y de Marsella no menos. Las salvas de una parte y de otra fueron muy brauosas. El armada estuvo hasta la tarde entre el castillo que primero dixe, y una isla que está vezina. Muchos caballeros y criados de señores fueron en barcos a ver la ciudad, y hallaron en los franceses todo buen trato y acogimiento.

Cerca era de la noche quando el armada comenzó a nauegar para Aguas Muertas, donde el Rey esperaba al Emperador.

Domingo 14 de julio, llegó el armada a Aguas Muertas. Echaron áncoras cerca de una legua del lugar. Luego vino el Gran Condestable de parte del Rey al Emperador ; hecha su visitación, se volvió. Dende a una hora vino el Rey en un barco con el Delfín y el duque Dorliens, sus hijos, con algunos caballeros en diez o doce barcos, sin tener hasta aquella hora hecho ninguno concierto de cómo ni adonde serían las vistas. La armada le hizo muy cumplida salua. El Rey llegó a la galera del Emperador ; y ayudándole S. M. a subir, entró en ella.

Los dos Príncipes se abraçaron muchas vezes y hablaron con muestras de grande amor. El Príncipe Andrea Doria llegó a besar las manos del Rey, el qual le abraçó y se le offrecio por amigo. Despues de hauer estado en mucho plazer hasta la tarde el Rey se volvió al lugar y el Emperador se quedó en su galera.

Otro día lunes, S. M. se fue en un barco a la Villa de Aguas Muertas a comer con el Rey. Mandó a todos los Señores que fuessen en su compañía con cada quatro caballeros, y que, so pena de la vida, no fuessen otras personas ni saliessen de las galeras. Mandólo assí, porque el Rey conociesse que confiaua de su persona más que de la gente que consigo lleuaba. El Rey mostró gran alegría, y salió con la Reyna a recibille hasta la puerta del lugar donde desembarcó. Estuvieron tanto abraçados el Emperador y el Rey, que pareciéndole a la Reyna que se detenían mucho, los abraçó a entrambos. Idos a Palacio entraron en una sala muy ancha y de gran largura, compuesta de rica tapicería de seda y oro; todo el cielo de la sala estaba cubierto de terciopelo morado y raso, con muchas flores de lises de oro; un doser muy rico de brocado estaba en aquella sala, con muchas bordaduras de oro y aljófar en gran cantidad. El Emperador y el Rey y la Reyna comieron juntos, y la Delfina y Madama Margarita. Sirvió madama Margarita al Emperador la toalla de las fuentes. S. M. no la quiso recibir, sino limpiarse en los manteles, y satisfizole con mucha cortesía aquella fiesta. El Delfín y el duque de Orliens llamaron al duque de Nágera y al conde de Benauente, al duque de Alua, al duque de Alburquerque, con los otros señores que allí estaban y los llevaron a comer consigo. Acabaron la comida a tiempo que la Delfina pudo yr a servir al Emperador la tobaja de la fuente sirvióla hincada la rodilla, con tanto acatamiento como si fuera su Maestresala. S. M. se limpió en los manteles, como al principio de la comida hizo, y dio al Delfín las gracias casi con ayre de desgracia, dando a entender que le hazía sinrazón.

Cosa fue de ver la riqueza de los aparadores del Rey y la grandeça de las piezas de oro y plata y lauores dellas. Otras muchas cámaras y salas estaban entapiçadas de seda y oro, con bordaduras de oro y doseres muy ricos, en especial el aposento del Emperador.

Era tan grande la alegría de la Reyna, que pareçía estar suspendida de otro qualquier sentido que no fuesse gozo. Las fiestas y danças de las damas fueron alegres de mirar. La Reyna dançó con el duque de Nágera, al qual mandó para esto llamar, estando el Duque con las damas. Pareció mostralle entre los otros particular affición, assí en el favorable tratamiento, como en enviar a la duquesa Doña Luysa de Acuña, su muger, un rico presente de pieças de telas de oro y plata y otras joyas.

Cessadas las danças, el Emperador se retraxo a su cámara: el Rey dende a poco le fue a ver, y con palabras de mucho agradecimiento le dio las gracias de la honra que le auía hecho en la confiança que dél hizo, poniendo su persona en su poder. Prometióle de guardar, no solamente las treguas hechas, mas de ser su amigo toda su vida y enemigo de sus enemigos, y de mandar a sus hijos y descendientes que hiciessen lo mismo, y que si por la costa de Francia viniesse Barbarroxa o otros infieles, de poner todas sus fuerças en destruyllos y enviárselos presos, y que para la conquista de Constantinopla, que se esperaba el año siguiente, le offrecía treynta galeras bien proueydas y armadas de gente y artillería, y su persona con ellas, si la de S. M. fuesse. Para señal que todo aquello sería cierto, le dio un anillo con un rico diamante, y se le puso en el dedo, diziendo que si por culpa suya lo que había dicho faltase, que le destruyese Dios en el alma y en la honrra y en la vida. De allí se fue el Rey a su aposento, y hallando en una parte dél negociando al cardenal de Lorreua y al Gran Condestable con el Comendador mayor de León y Granuela, hubo enojo con ellos, y mandóles que no hablasen en negocios, pues estando el Emperador en su casa no se hauía de entender en otra cosa sino en serville y dalle plazer, y que para lo que allí hazian, otros tiempos hauría, y que como el Emperador quisiese se hauía todo de hazer y no de otra manera. Entre el Delfín y el duque de Dorliens hauía ya competencia sobre quál dellos hauía de ir con el armada de su padre a Constantinopla si no fuesse el Rey. Mayor fue la amistad y amor que estos Príncipes se mostraron que la enemistad que se hauían tenido. Los señores y caualleros franceses no cessaban de loar a Dios viendo

a estos reyes tan conformes. Túuose por cierto que fue Dios el autor de aquellas vistas que encaminaron tan graciosas pazes: por la más dichosa jornada se ha tenido, que de grandes tiempos acá ningun Principe christiano ha hecho, presupuesto que las palabras del rey de Francia son enteras y sin otro entendimiento del que suenan (como se cree).

Traya el conde de Benauente un hombre gracioso, llamado Perico. Éste dixo al rey de Francia: «Rey, bien sé yo que el Emperador tiene por cierto todo lo que le hauéys dicho, y aunque él está satisfecho, yo también lo querría estar. ¿Qué satisfacción me days a mí?» — Dixo el Rey: «Si yo no cumpliere lo que he dicho, plegue a Dios que a ti te haga tan valiente que me lo pidas y me puedas matar».

Hablando el Emperador con el Delfín, le dixo: «Señor, no seáys vos y mi hijo tan locos como vuestro padre y yo lo hauemos sido».

Con estas burlas y fiestas passaron aquel día y otro hasta la tarde; volvióse el Emperador a su galera, acompañándole hasta dentro della el Rey y sus hijos con otros señores. El Rey le dezía que auía de ir a visitalle a Spaña y a ver los mejores lugares della; y el Emperador que yendo a Flandes, hauía de yr por París y por medio de Francia: lo que para el Rey no fue pequeña lisonja. Con estas ofertas se despidieron con mucha alegría, después de hauer mucho porfiado el Rey que sus 21 galeras acompañassen al Emperador hasta Barcelona. Partió S. M. con las 30 suyas, y anduvo aquella noche passadas de treynta millas con próspero viento; más trocóse en otro tan en contrario y soberbio, que hizo volver las galeras otro día miércoles al mismo lugar do partieron. El Rey era ydo de Aguas Muertas; la Reyna, que aún no era partida, y Madama Margarita, fueron a la galera del Emperador, do se dieron otro pasto de plazer; aquel día se fue la Reyna a do el Rey estaba.

Otro día jueues, 18 de julio, partió el Emperador de Aguas Muertas con buen viento. Viernes siguiente fue el armada en amaneciendo en Spaña a vista de Colibre.

Desembarcamos con ayuda de Jesucristo, nuestro Señor, y de su gloriosa Madre, en Barcelona, sábado a las diez de la noche, a XX de julio de 1538.

PEDRO DE RIBADENEYRA

El toledano Pedro de Ribadeneyra (1527-1611) fue uno de los discípulos predilectos de Ignacio de Loyola, cuya *Vida* escribió. La publicó primero en latín (1572) y después en castellano (1583). Con más sentido apologético que hagiográfico trató más tarde de las vidas de *San Francisco de Borja* (1592), del *Padre Laínez* (1594), y alcanzó popularidad con su *Flos Sanctorum* o *Libro de las vidas de los Santos* (1599-1601). Hizo además la *Historia del cisma de Inglaterra* (1588) y el *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano* (1601) contra el famoso libro de Maquiavelo.

Para la *Vida de San Ignacio* tuvo presente la autobiografía del santo, y por su forma y fondo es una de las mejores biografías de aquel tiempo.

VIDA DE SAN IGNACIO

SAN IGNACIO DE LOYOLA, ESTUDIANTE EN LA SORBONA

DE SALAMANCA A PARÍS

Salió con determinación de irse a la universidad de París, adonde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció. Tratada pues y acordada la jornada con sus compañeros, se parte Ignacio solo, camino de Barcelona, a pie, llevando un asnillo delante, cargado de libros. Llegado a Barcelona, y tratando su negocio y camino con sus conocidos y devotos (que tenía allí muchos del tiempo pasado), todos con grandes y eficaces razones le desaconsejaron la jornada de París. Poníanle delante el frío muy áspero que hacía, por ser en medio del invierno; la guerra ya rompida y muy sangrienta que había entre España y Francia, y los peligros y trabajos de que por esta causa estaba lleno el camino. Contábanle muchos y frescos ejemplos de horribles crueldades que en aquel camino de Francia los soldados habían ejecutado contra los caminantes. Mas no bastaron todas estas cosas a detener el camino de Ignacio, que sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo, y que hallaba paz en la guerra, y en los peligros seguridad, y en los trabajos descanso. Y así, se dio a caminar por medio de Francia a pie. Y con el favor de Dios, que le guiaba, llegó a París, sano y sin pasar ningún peligro, al principio de Hebrero de mil y quinientos y veinte y ocho.

TRABAJOS Y ESTUDIOS

Llegado Ignacio a la universidad de París, comenzó a pensar con gran cuidado qué manera hallaría para que, descuidado y libre de la necesidad que tenía de la sustentación corporal, se pudiese del todo emplear en el estudio de las artes liberales. Mas sucedióle muy al revés, porque fue grande la necesidad y molestia que pasó en la prosecución de sus estudios. Habíanle enviado de España cierta suma de dineros en limosna, y como él era tan amigo de no tener nada, diola a guardar a un su compañero *español*, con quien posaba, y él se la gastó toda (como le pareció), y gastada, no tuvo de qué pagarle. Y así, Ignacio quedó tan pobre y desproveído, que se hubo de ir al hospital de Santiago a vivir, donde le fue necesario pedir en limosna de puerta en puerta lo que había de comer. Lo cual, aunque no le era nuevo (y en pedir como pobre hallaba gusto y consuelo), todavía le era grande embarazo para sus estudios, y especialmente le estorbaba el vivir tan lejos de las escuelas como vivía. Porque comenzándose las liciones en invierno (como es uso en París) antes del día, y durando las de la tarde hasta ya noche, él, por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, había de

salir a la mañana con sol, y volver a la tarde con sol, y con esto venía a perder buena parte de las liciones. Viendo pues que no aprovechaba en sus estudios como quisiera, y que para tanto trabajo era muy poco el fruto que sacaba, pensó de ponerse a servir a algún amo, que fuese hombre docto y que enseñase filosofía, que era lo que él quería oír, para emplear en estudiar todo el tiempo que le sobrase de su servicio; porque así le parecía que tenía menos estorbo para aprender, que no estando en el hospital mendigando cada día.

GONZALO DE ILLESCAS

Casi nada sabemos de la vida de este historiador que fue cura beneficiado del pueblo de Dueñas, en la diócesis de Palencia y, en opinión de Nicolás Antonio, era natural de esa ciudad. Vivió a fines del siglo XVI y comienzos del XVII; parece ser que había muerto antes de 1633.

Escribió una *Historia pontifical y católica* con las vidas de los pontífices romanos, que se publicó en 1574 y alcanzó numerosas ediciones. Aparte de algunas traducciones, su obra más valiosa es la *Jornada de Carlos V a Túnez*, que en sus breves dimensiones consigue realizar un trabajo armónico y perfecto. El plan es ordenado; el estilo ameno y pintoresco; las descripciones oportunas y el relato se sigue con verdadero interés. La Academia Española la editó en 1804 y la «Biblioteca de Autores Españoles» la reprodujo en el tomo XXI.

JORNADA DE TÚNEZ

LA BRILLANTE CAMPAÑA DE TÚNEZ

Con esta plática quedaron en resolución de que se había de llevar al cabo el intento de la empresa que tenían comenzada, y sin otra dilación luego se comenzó a poner a punto la partida para la ciudad de Túnez en orden de batalla formada. Púsose en el castillo de la Goleta el recaudo conveniente, aderezóse el artillería en sus carros y de la manera que con más facilidad se pudiese llevar.

Barbaroja, que supo de sus corredores como nuestro campo se le acercaba, hizo del suyo lo que Muleáses tenía ya dicho que haría. Salió al campo y púsose en orden de pelear, echando delante la gente vil y de poco precio, y quedóse con la mayor en la retaguardia. Cuando los nuestros llegaron a las cisternas, como el calor era ardentísimo, y la sed tanta, que no bastaba el agua que se llevaba en botas, tanto, que alguno hubo que dio por un jarro dellas dos escudos.

Tenía Barbaroja bien cien mil hombres, y cuando los nuestros llegaron a vista de su campo, comenzó a disparar de su artillería, pero sin fruto ninguno. Venía más atrás la nuestra y por eso no se pudo jugar; y porque el camino era arenoso, y la llevaban en carros o en hombros de esclavos, no se podía mover con diligencia. Era tanta la gana que los cristianos mostraban de verse ya envueltos con los enemigos, que cada momento de dilación se les hacían un año.

Fue tal el primer acometimiento, que los alárabes volvieron luego las espaldas, y Barbaroja con sus siete mil turcos se metió huyendo dentro de la ciudad, y cerró las puertas a gran priesa. El César, como vio tan presto desembarazado el campo, fue a ponerse en los mesmos alojamientos donde Barbaroja tenía sus gentes, con propósito de batir el muro y ganar la ciudad por fuerza. Luego en entrando en la ciudad, Barbaroja, como iba rabiando y medio loco de coraje, dijo que le trajesen todos los cautivos cristianos que estaban en las mazmorras de la fortaleza, que los quería matar. Estorbóselo Sinan, judío, pareciéndole bajeza muy grande matar a quien no podía ofender. Supieron esta determinación de Barbaroja dos renegados cristianos, que, con ser renegados no tenían olvidado el amor de su ley, avisaron a los cautivos, que pasaban de seis mil, de lo que pasaba, y de cómo se trataba de maltratarlos; y con las llaves que pudieron hallar abrieron las mazmorras, y ayudaron a quebrar de las prisiones, y los sacaron a todos fuera desnudos y maltratados. Así como estaban abrieron las puertas de la fortaleza, y con piedras y palos y con lo que pudieron hallar a

mano mataron algunos turcos ; tornáronse luego a meter en la fortaleza, y con la mesma furia acudieron a la sala de las armas y en un momento se armaron todos, y se pusieron en orden, y comenzaron de hacer ahumadas en señal de la vitoria, para que los nuestros supiesen que estaba por ellos la fortaleza. El Emperador y todos, aunque vían las ahumadas, no entendían qué podría ser, hasta que de algunos que se salían de la ciudad y se pasaban al campo de Muleáses se vino a saber la verdad. Barbaroja, como vio la fortaleza perdida acabó de perder de todo punto la esperanza de poderse defender ; y tomando consigo todos los turcos, dio con ellos y con todo lo que pudo llevar de sus tesoros en Bona, porque allí tenía catorce galeras de respeto para si se viese en alguna necesidad. No fue bien salido de la ciudad Barbaroja, cuando salieron della los magistrados con el Mesuar a entregar a su majestad las llaves.

Su majestad fuese derecho al alcázar ; agradeció mucho a los cautivos lo que habían hecho por él ; mandólos vestir y proveer, para que se pudiesen cada uno ir a su tierra. La razón porque en Túnez había tantos cristianos era porque aquella ciudad había sido la manida y receptáculo de todos los cosarios, los cuales pagaban al rey de Túnez, porque les diese allí puerto seguro, una cierta parte de todas las presas que hacían, así de ropa y dineros como de personas. Valía tanto esto al rey de Túnez, que apenas tenía renta mayor ni de más provecho en todo su reino.

BALTASAR PORREÑO

Conocemos mal la vida de Baltasar Porreño. Parece ser que nació hacia 1565. En su juventud acompañó al historiador Ambrosio de Morales en su viaje a Galicia. Luego fue párroco de dos pueblos de Guadalajara. Toda su vida trabajó infatigablemente en obras históricas. Seguramente su primera obra fue la *Historia episcopal y real de España* que se conserva inédita en la biblioteca de la catedral de Toledo, pues sólo se ha publicado la parte referente al Cardenal Cisneros. Compuso varios libros anecdóticos de *Dichos y hechos*, uno sobre Felipe II, otro de Felipe III y otro relativo al Cardenal Cisneros, en pro de su beatificación. Murió en 1635.

Otras obras de Porreño son la *Vida del Cardenal Albornoz* y una *Historia de Don Alfonso el Noble* que permanece inédita, como también lo estuvo, hasta finales del siglo XIX, la *Historia de Don Juan de Austria*. Ésta sirve de complemento a la que hizo Van der Hammen, pues Porreño se dedica preferentemente a las campañas de don Juan en Flandes.

HISTORIA DE DON JUAN DE AUSTRIA

VIRTUDES Y DONES NATURALES DE D. JUAN DE AUSTRIA

Era S. A. mancebo gallardo, lindo jinete de ambas sillas, bien ejercitado en las armas, diestro en jugar de ellas por haberse impuesto en la paz desde su niñez, habilitándose para lo que había de hacer después al tiempo de la guerra, a que de su voluntad se ofreció cuando hizo el viaje al socorro de Malta. Tuvo gran fortaleza en sufrir trabajos incomparables por su ley y por su Rey, y grandeza de ánimo en los peligros, industria en comprenderlos, destreza en acabarlos, y tan grande uso del arte militar, que con justo título tomó el rayo por su empresa, como queda referido, arrojándole con su poderoso brazo con la letra «*Qualis vibrans*», que traducido por mí este mote, suena así:

Tal sois rayo, empresa mía,
cual el brazo que os envía.

¿Quién podrá referir lo que padeció este Príncipe por aumentar la fe de Jesucristo, conservar y extender el patrimonio Real y Monarquía de España, y por ilustrar el nombre y grandeza de su casa? Bien nos dijeran esto, si supieran hablar, los encumbrados cerros y espantosos llanos que quedaron ufanos con sus huellas; las fieras salvajinas que huyendo de su invencible brazo, en ninguna parte se tenían por seguras; los espesos bosques, en que desmontaba sendas, con mostrarse tan fuertes como murallas; los caudalosos ríos que vadeaba, sin acobardarle el furioso raudal de sus corrientes.

Heroicas virtudes ilustraron su vida, porque tuvo liberalidad, gravedad, fe, verdad y fidelidad, venciendo con clemencia y gobernando con benignidad. Anduvo con los suyos muchos tiempos en campaña rasa, sujeto al frío y a la helada y al granizo, sin desmayar un punto ni faltar a sus obligaciones, porque siendo en todo mayor, era en el trabajo, igual; en el amor, hermano, y en la solicitud y compasión padre; acariciaba a los unos, socorría a los otros, y a todos era ejemplo de valor y paciencia invencible.

Lastimábale el corazón no poder socorrer a muchos de sus soldados en tiempos de graves necesidades, y puesto en esta agonía pedía a Dios misericordia para sí y para los suyos, y le socorría S. M. en el tiempo de la mayor necesidad. Siempre anduvo con las armas en la mano, verificándose en él con singular propiedad aquel dicho de Job: *Militia est vita hominis super terrum*; la vida del hombre es una continua soldadesca sobre la tierra. Nunca estuvo libre de rebatos, seguro de enemigos,

lejos de batallas, apartado de peligros, llevándosele la muerte sin coger el fruto de sus trabajos ; y en lo fuerte de ellos, en todas las ocasiones se mostró fuerte, magnánimo y diligente, sin declinar a la temeridad, pertinacia, arrogancia, ira, temor, facilidad o pusilanimidad. Nunca la avaricia le inclinó a despojar los rendidos ni a saquear los rebeldes, ni la sensualidad le trajo de la melena a los vicios y torpes deleites, ni la comodidad y regalo le acortó los pasos de sus intentos y jornadas, ni el mismo trabajo pudo acabar con él, que tomase algún descanso que no fuese común a todos, hasta morir en una casa pajiça, estando cerca del albergue de la ciudad.

Siempre estuvo armado con el temor santo de Dios, a quien había de dar estrecha cuenta, y así se dio a las leyes y observancia debida a su Dios y a su Rey, escogiendo varones temerosos y cuerdos que le ayudasen a llevar la carga por consejo y por amonestación y doctrina, teniendo confesor tan grave y prudente, que fue uno de los Padres del santo Concilio de Trento. Pacificaba los pueblos y entablaba en ellos justas leyes y ordenanzas ; deshacía los bandos y parcialidad de hombres inquietos ; reprimía los insolentes motines de soldados temerarios ; sosegaba las turbulentas ondas y repentinas avenidas de enemistades no pensadas, y en todo era el medianero y nivel y regla de todos. ¿Cuándo se le pidió algo puesto en razón que él no lo concediese? ¿Qué hombre noble vido necesitado que no le ofreciese su amparo y le diese cuanto había menester? ¿Qué pobre le pidió limosna que se fuese con las manos vacías? ¿Qué huérfano, qué viuda, qué persona desvalida le pidió justicia que no la ancanzase de él? Lloráronle, y con razón los esforzados capitanes, que vieron con su muerte quebrada una firme columna de la fortaleza ; lloráronle los prudentes republicanos, pues perdieron en él un rico depósito de la prudencia civil ; lloráronle los gobernadores y jueces, pues les faltó un vivo retrato de la justicia ; lloráronle, finalmente, todos los buenos, pues con su falta les faltó un raro ejemplo de modestia, recato, fidelidad, bondad, y no menor ejemplo de templanza en la comida, en la bebida, en el sueño y en el trato recatado de su persona.

Él fue, finalmente, un retrato de un verdadero Gobernador y Capitán General, y será su fama perpetua, pues lo son sus empresas, victorias y hazañas, que así medra quien bien sirve.

JUAN MATEOS

Poco sabemos de la vida de Juan Mateos. Era extremeño, quizá de Villanueva del Fresno, pues su padre fue ballestero del cuarto marqués de ese lugar. Nació hacia 1575 y desde niño acompañaba a su padre en las cacerías. En 1602 fue nombrado montero de la reina Margarita de Austria y luego pasó al servicio de Felipe III. Más tarde fue ballestero de Felipe IV, cargo que desempeñaba en 1634, cuando publicó su libro del *Origen y dignidad de la caza* del que ahora reproducimos un fragmento. Fue reimpresa esta obra en 1928 por la «Sociedad de Bibliófilos Españoles».

ORIGEN Y DIGNIDAD DE LA CAZA

FELIPE IV CAZADOR DE JABALÍES

Por el mes de setiembre, año de 1633, haciendo días frescos, tuve noticias de que andaban jabalíes en Viñuelas y su tierra. Fui a verlo, llevando conmigo a José Méndez, Teniente de Alcaide del Pardo, con una guarda para avisar de lo que hubiese al Conde Duque de San Lúcar, Caballerizo mayor de Su Magestad.

Yendo mirando la tierra por un vallado de unas viñas vi un hombre fingido, y llegándome a él hallé rastro de un jabalí muy grande y muchos aguzaderos, y entendí que se habían allí topado dos jabalíes y amenazádose el uno al otro, que cuando se topan lo suelen hacer, y que esa era la causa del haber allí tantos aguzaderos. Pasé la pared adelante y topé otros bultos como el primero y en todas las partes donde los había tenía la tierra muchos aguzaderos, y reparé en mirarlos bien, y conocí no había rastro en todos ellos de más de un jabalí, y era la causa que cuando entraba en las viñas a comer a ellas hacía portillo, y a la mañana, el viñadero que las guardaba, tornábale a tapar y ponía allí aquel hombre fingido, y a la noche, como lo tienen de costumbre volver a comer donde están regostados, y hallando el portillo cerrado y en el puesto aquel bulto, él de valiente le parecía entrar y romper por todo, y entonces hacía tantos aguzaderos, de que me espanté mucho por ser cosa contra todo el arte y digna de contarse.

Desde allí me fui a tierra de Pesadilla y Valdelagua, y hallé rastro de un jabalí muy grande, y me pareció ser de la sierra, porque tenía las uñas muy romas, así de los pies como de las manos; y lo otro, por ver el cuidado con que vivía, que donde comía una noche no comía otra y iba a echarse una legua de donde había cenado. Y sin éstos que he dicho, topé rastro de otros dos. De todo avisé al Conde, dándole cuenta destos dos extremos, y envióme a mandar tuviese la montería todo puesto a punto, que Su Magestad iría. Puse por obra lo que se me mandaba y empecé a disponerlo en esta forma, por no tener más de un sabueso. Dixe a Francés de la Sala, mi compañero que fuese a Valdelagua, de donde truxo nueva que habían comido en las viñas dos jabalíes en diferentes partes y se habían entrado en el monde de Valdelagua. Y a José Méndez que fuese a las viñas de Fuente el Fresno y Pesadilla, de donde truxo nueva que había comido otro jabalí y se había entrado en el bosque de Viñuelas. Y Juan de Cepeda, ayuda de cargar el arcabuz, fue a la raya de Viñuelas y halló rastro de un jabalí que entraba en unas querencias. Yo tomé el sabueso que había y eché cerco, dexando las querencias dentro en las comidas, dividiendo el monte de Pesadilla, y el de Valdelagua, y Viñuelas, y el Cerro del Bodonal, que es donde andaba el jabalí valiente, y en toda la tierra que anduve el perro no me tomó traviesa de ninguna res que hubiese salido, con que quedé satisfecho de que los que

habían comido en las viñas se habían quedado en las querencias circunvecinas a ellas.

Hecho esto nos juntamos todos a un cerro donde teníamos concertado de juntarnos; y a este tiempo llegó también Su Magestad, y preguntándome si había algo concertado, dixe que no, mas que buen día de caza tendría. Contéle las diligencias que tenía hechas y todo le pareció bien. Hízose el armada en Valdelagua, donde estaban los dos jabalíes que vió Francés de la Sala; puse a Su Magestad por donde habían de huir y soltamos dos ventores, y luego llamaron con el uno y salió huyendo, aunque de falso, y se rehurtó de los perros y volvió a tomar el camino hacia el Pardo; y no le fue bastante esta diligencia para que los perros le perdiesen, aunque mató al uno de ellos; el otro le fue siguiendo hasta donde el Rey estaba con los demás caballeros; salióle al encuentro y vínosele al caballo y dióle una lanzada, y allí le mataron sin ningún trabajo. Muerto éste, dixe como camino de la casa había una querencia, donde Cepeda había topado rastro de otro y que allí había de estar porque tampoco había hallado salida dél, y entramos a buscalle en ala, y a poca diligencia que se hizo saltó, y Su Magestad salió tras dél y los demás señores, y el jabalí era nuevo y huyó mucho, que éstos corren siempre más ligeros, y en la carrera cayó el caballo del Conde de Niebla y le cogió debaxo, y fue Dios servido de que no se hiciese mal. Al fin, aunque con estos azares, Su Magestad le alcanzó y le alanceó; y dexando estos dos muertos, se vino Su Magestad a comer, quedando para la tarde el del Godonar, que en las muestras que dél había visto dixe me parecía había de ser muy valiente. En comiendo Su Magestad, fuimos y nos pusimos delante, hacia donde había de huir, y entraron en ala para echarle, y luego saltó y le vimos venir derecho al Rey. Salióle al encuentro y todos los caballeros tras dél, y asomándome a un cerro vi ir al Rey cosa de cincuenta pasos del jabalí y los demás caballeros, que no le podían alcanzar, picando cada uno al que más podía correr, y se me acordó aquí de lo que me había dicho en el Cerro del Gimio. Y en más de dozientos pasos que corrió su Magestad en la forma dicha no le ganó tierra, ni el jabalí la perdió; y me dixo que, como no le podía alcanzar, empezó a hablar diciendo: «¡Ah, perro! ¡Ah, perro!». Y como el jabalí le oyó, paróse y vínose a él, púsole la lanza y dióle en el escudo y no le hirió; metiósele por debaxo del caballo y tiróle una navajada por debaxo del caparazón, y le dió una cuchillada muy grande, y al salir de debaxo del capallo dióle otra lanzada por el ijar, que allí no tienen escudo, y rompió la lanza en él, y como se sintió herido revolvió sobre el caballo y, sin podello sacar, empinándose en dos pies le dio otra cuchillada al caballo en el cuadril, que parecía cosa imposible el que pudiera haber llegado a herirle donde le hirió. En esto fueron llegando al Condestable, Marqués de Velada, y el del Carpio, y el Conde de Aguilar, y el de Puñoenrostro, y cogiéronle en medio, y él sin huir más, andaba como un león acometiendo a todos, y Su Magestad advirtiendo a todos los caballeros no le diesen en el escudo; porque allí no le entraban las lanzas. Y es de advertir que no salió caballo ninguno sin llevar cuchillada: unos, a una, y otros, a dos, si no es el del Condestable, que estaba ocupado en cuidar de dar la lanza al Rey. En fin, le mataron, aunque vendió bien su vida y su Magestad se holgó mucho y dixo había sido aquel día de los más célebres que había tenido de caza.

Esteban de Garibay

El guipuzcoano Esteban de Garibay y Zamalloa nació en Mondragón, en 1525, y desde su juventud mostró gran afición a los estudios históricos. Conocía perfectamente el latín y el griego, y estaba dotado de espíritu laborioso, lo que le granjeó fama de sabio, y lo fue sin duda pero le faltó el sentido crítico, fundamental para un historiador. Felipe II le nombró bibliotecario de cámara y luego cronista del reino. Murió en Valladolid, en 1599.

Escribió unas *Ilustraciones genealógicas de los cathólicos Reyes de las Españas... de Francia y de los emperadores de Constantinopla* (1596); *Del origen... de las dignidades seglares de España*; y alguna otra, pero la más interesante es *Los quarenta libros del Compendio historial de las Chrónicas, y universal historia de todos los reinos de España*, impresa en Amberes, 1571, en cuatro volúmenes en folio, de la que tomamos los siguientes fragmentos.

COMPENDIO HISTORIAL DE ESPAÑA

Veamos unos fragmentos del Libro XVI, capítulo 44.

Prisión del condestable don Alvaro de Luna

En esta sazón se había acercado el tiempo de la total declinación y fin de los sucesos prósperos y adversos de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla y maestre de Santiago, poderoso señor en los reinos de España; el cual, en este tiempo, teniendo grande odio contra don Pedro de Estúñiga, conde de Plasencia, más que contra ningún grande destos reinos, procuró prenderle cautelosamente. Esto siendo revelado al conde y habiéndose fortalecido en Béjar, determinó como valeroso señor de hacer hasta lo último de su potencia por destruir al condestable su enemigo, para cuyo mayor efeto intentó confederarse secretamente con el príncipe, marqués de Santillana y condes de Benavente y Haro, determinando de perder su vida y estados o hacer lo mesmo del condestable, siendo el que entendía en esta liga mosén Diego de Valera.

Aunque el príncipe no vino en ello, los demás siendo contentos, concordaron sin saber el rey ni el príncipe, que atento que entre el conde de Benavente y don Pedro Álvarez Osorio, conde de Trastamara, se hacían guerra, que el conde de Plasencia y el marqués de Santillana enviasen con quinientas lanzas a sus primogénitos con demostración de ir a favorecer al conde de Benavente; los cuales, haciendo su camino por Valladolid, donde el rey y el condestable estaban, tenían prevenida una puerta y concertado que, entrando en la villa, prendiesen o matasen al condestable, diciendo, porque la gente no se alborotase, que el príncipe lo mandaba. En estos tratos, sin saber el rey, pasó este año.

En el año siguiente de mil y cuatrocientos y cincuenta y tres, siendo el condestable notorio el trato, haciendo venir al rey a Burgos, comunicó y confirió el rey con el debido silencio con la reina, la prisión y ruina del condestable. Para este efeto envió la reina a la condesa de Ribadeo con cédula del rey para su tío el conde de Plasencia, que estaba en Béjar, donde llegada en doce de abril, fue tan grande y extraña la alegría que el conde recibió con tan deseada embajada, que por ser él mesmo impedido de su persona envió luego a su primogénito don Álvaro de Estúñiga, en compañía de mosén Diego y de un secretario y paje, para Curiel, diciendo que le guiase la estrella que guió a los tres Reyes Magos, y hiciese como caballero. En Curiel, no pudiendo juntar, por la brevedad que se requería, más

de setenta lanzas, con ellas, por mandado del rey, partió don Álvaro de Estúñiga en postrero de abril, primer día de la Pascua de Resurrección en la noche. El mesmo don Álvaro fue adelante disfrazado en una mula, con sólo un compañero, a meterse en el castillo de Burgos, mandando a los demás, si les preguntasen cúyos eran respondiesen que del condestable, y que no caminasen de día ni entrasen en el castillo hasta tener mensajero suyo.

Todo se hizo así, y los de caballo entrando también en el castillo lunes a la noche, en esta mesma noche hizo don Álvaro meter en el castillo docientos hombres de armas, de amigos que tenía en la ciudad. El día siguiente martes, sin saber del trato se decía por toda la corte que el condestable había de ser preso. Aun a él mesmo dijo diversas veces un criado suyo llamado Diego Gotor, estando cenando la noche antes, que se pusiese en cobro, porque sin duda en toda la corte se decía que sería preso otro día miércoles. El condestable, aunque se turbó, no hizo el consejo del buen criado, diciéndole: «Anda, vete, que voto a Dios no es nada.» Permitía Dios su ceguedad para punición de sus delitos.

El rey, dudando que la prisión no se podría hacer, envió el martes a don Álvaro que tornase a Curiel, pues no se podría efectuar lo que se deseaba; pero don Álvaro, siendo caballero animoso, y respondiendo al rey maravillarse dello y que perdería la vida o prendería o mataría al condestable, le envió el rey un mandamiento del tenor siguiente: «Don Álvaro de Estúñiga, mi alguacil mayor. Yo os mando que prendáis el cuerpo de don Álvaro de Luna, maestre de Santiago, y si se defendiere que lo matéis».

En esta mesma noche, llamando el rey a los regidores de la ciudad, les mandó que otro día miércoles para amanecer estuviese la gente de la ciudad armada en la plaza del Obispo. Con esto en el día siguiente, miércoles tres de mayo, en amaneciendo, don Álvaro de Estúñiga saliendo del castillo tuvo diversos mandados del rey que no combatiese la posada del condestable sino que la cercase de modo que no pudiese huir; de lo cual pesó a don Álvaro, y en llegando cerca de la posada del condestable comenzaron las gentes de don Álvaro, por mandado suyo, a apellidar: «¡Castilla, Castilla; libertad del rey!».

A estas voces, el condestable, que ya sabía de su venida, parándose a la ventana dijo: «¡Voto a Dios, hermosa gente es ésta!», y tirándole con una saeta se metió dentro y comenzaron a tirar algunos escopetazos de la posada del maestre, con que mataban algunos y herían a otros. A esta causa, aunque don Álvaro envió a rogar al rey le dejase combatir la posada del condestable, no le dio lugar a ello, e interviniendo don Alonso de Cartagena, obispo de la mesma ciudad, y Ruy Díaz de Mendoza, mayordomo mayor del rey, y otros, se dio con harta dificultad el condestable maestre de Santiago a prisión, estando armado a caballo, dándole el rey seguro de no se le hacer en su persona y hacienda daño ninguno contra justicia.

Jerónimo Zurita

Jerónimo Zurita nació en Zaragoza, en 1512, y era hijo del médico de Carlos V, Miguel de Zurita. Buen humanista, estudió en la Universidad de Alcalá y obtuvo cargos de confianza con Felipe II, de quien fue secretario, y cronista del Reino de Aragón, desde 1541.

Su obra maestra son los *Anales de la Corona de Aragón*, en la que relata la historia de este reino año por año desde sus orígenes, después de la conquista musulmana hasta 1516, con la muerte de Fernando el Católico. Durante muchos años reunió materiales inéditos en los archivos de España, Italia y Sicilia, y se distingue por su probidad.

La importancia de Zurita reside en que es el primero en apartarse de las viejas crónicas para escribir a la vista de documentos auténticos. Su honradez y exactitud son rigurosísimas, y su imparcialidad no se deja influir ni por el patriotismo ni por la religión.

Su estilo no es artístico, aunque procura seguir a Tácito como modelo, pero su libro es imprescindible para la historia aragonesa.

ANALES DE LA CORONA DE ARAGÓN

Libro III, Capítulo IV

De la pasada del rey don Jaime con su armada a la isla de Mallorca, y de las batallas que tuvieron con los moros, y de la muerte de don Guillen de Moncada, vizconde de Bearne, y de don Ramón de Moncada.

...Era la armada de veinte y cinco naves gruesas, y diez y ocho taridas, que eran navíos muy cómodos para pasar caballos, y doce galeras : y entre otros navíos que llamaban trabuces, que eran lo mismo que tafurcas, y entre galeotas llegaban a ciento : de manera que toda la armada era de ciento y cincuenta y cinco navíos gruesos que decían caudales, sin las barcas, en que pasó mucha gente, y sin los aventureros que vinieron a esta empresa de Génova y de la Proenza : y entre ellos fue muy señalada una nao de Narbona que era de tres cubiertas.

Antes que la armada se hiciese a la vela mandó el rey que fuese con esta orden. Dióse la avanguarda a una nao de Nicolos Bonet, en que iba el vizconde de Bearne, y otra nao de Carroz fue en la retaguarda : y ordenóse que las galeras siguiesen en torno de las naos.

Con este orden se hizo el rey a la vela del puerto de Salou un miércoles por la mañana con viento de tierra ; porque estaban muy deseosos de partir, y no curaron de aguardar tiempo hecho ; y saliendo a lo largo los navíos que estaban en la playa de Tarragona y en Cambrils hicieron juntamente vela, y siguió el rey el postrero en una galera de Mompeller, porque se detuvo por mandar recoger mil hombres que querían pasar a Mallorca demás de la otra gente. Todos iban con tanto ánimo y alegría como si fueran a recibir el premio de la victoria cierta y no a dudosa guerra.

Habiendo navegado veinte millas, movióse viento lebeche tan contrario, que no se podía tomar con él tierra en ninguna parte de la isla de Mallorca, y los cómitres de la galera del rey, de acuerdo de los nocheres, quisieran que se volviera a tierra para esperar mejor tiempo y suplicáronle que lo tuviese por bien, pues era consejo forzoso ; y rehusólo el rey diciendo que mucha parte del ejército si volviesen a tierra se desmandaría, por estar fatigados de la mar, y que no convenía otro consejo sino proseguir su viaje. Siendo ya tarde que oscurecía, el rey, que había quedado postrero con la galera capitana, alcanzó la nave de don Guillén de Moncada, vizconde de Bearne que era la primera y prosiguió viaje a todas velas,

como había salido del puerto de Salou ; y toda aquella noche navegaron contra el mismo viento a orza, y la galera del rey, sin mudar ni calar velas, pasaba adelante todo lo que podía caminar.

Con esta contrariedad del tiempo navegó toda la armada el día siguiente, y siendo entre hora de nona y vísperas, por la gran furia del viento se engrosó la mar de tal suerte, que por la tercera parte de la galera del rey hacia proa pasaban las olas de la una banda a la otra. A la tarde, antes que el sol se pusiese, comenzó a caer el viento, y entonces se descubrió la isla y pudieron descubrir los lugares de Pollenza, Sóller, Almaruich. Navegando con esta bonanza calaron velas en la galera del rey, porque no se descubriese la armada de tierra, y iban ya juntas hasta cuarenta velas entre naos y galeras y taridas ; y porque tuvieron de refresco viento de tierra por la parte del viento que se dice en la historia del rey, garbin, que es viento de mediodía ; y fray Marsilio que tradujo esta historia en latín, dice ser el que llamaron los griegos leuconoto, mandó el rey hacer vela para que tomasen el puerto de Pollenza, porque estaba acordado que allí fuese a surgir la armada.

Mas a esta bonanza sobrevino un tan terrible torbellino de viento proenzal, que aunque reconoció el piloto de la galera del rey el temporal, fue muy dificultoso prevenir el peligro, y pasó la armada muy gran tormenta por ser aquel viento muy contrario. Entendiendo que toda la contrariedad era por porfiar de tomar el puerto de Pollenza, lo que no podía ser con aquel viento, determinaron que diese vuelta la armada la vía de la Palomera, que está a treinta millas de la ciudad de Mallorca, por ser cómodo puerto para poder en él reparar sin ningún embargo de los enemigos, y así la galera capitana hizo vela con aquel viento contra el puerto de la Palomera ; y siguieron por aquella derrota los navíos que no podían navegar a orza, y entró el rey en aquel puerto el primer viernes del mes de septiembre.

El día siguiente a la noche arribó todo el resto de la armada sin que se perdiese ningún navío, y mandó el rey a don Nuño Sánchez y a don Ramón de Moncada que fuesen con sendas galeras costeando la vuelta de la ciudad de Mallorca, y reconociesen adonde se pudiese echar la gente en tierra con mayor seguridad, y determinaron que la armada se pasase al puerto de Santa Ponza, por ser lugar seguro y buen desembarcadero, porque no podían tomar tierra en la Palomera porque la mayor parte de los moros acudió hacia aquella parte.

Había mandado el rey que la gente reposase el domingo siguiente en el monte de Pantaleu, que está junto a la isla que llaman la Dragonera, en aquel puerto de la Palomera, porque iban fatigados de la mar, y allí tuvo aviso de lo que en la ciudad estaba proveído para en su defensa, por un moro de la Palomera que se echó a nado ; y según Aclot escribe, se habían juntado diez mil moros para impedir la desembarcación a la parte de la Palomera, adonde pensaban que el rey saliera a tierra. Este moro, según aquel autor dice, dio buenas nuevas al rey, y le dijo que aquella tierra era suya, y que su madre, que era muy enseñada en hechicería y era gran maga, hallaba en su arte que se había de conquistar por él ; y juntamente con esto avisó al rey que había en la isla cuarenta y dos mil moros, que era buena gente de guerra y los cinco mil eran de a caballo, y que se apresurase cuanto pudiese para tomar tierra en la isla, porque en esto consistía la victoria.

A la media noche con gran silencio zarparon áncoras, y las doce galeras, remolcando cada una su navío, se acostaron a la marina para que desembarcase la gente, y siendo sentidos de tierra, acudieron a la marina mil moros y doscientos de a caballo que estaban a la vista de sus tiendas aguardando para impedir la salida de los nuestros ; pero apresuráronse con tanta furia las galeras que llegaron antes a tierra que ellos acudiesen ni les pudiesen defender la entrada. Fue el primero que saltó en tierra según en antiguas memorias parece un soldado que se decía Bernardo de Ruidemeya, y llevaba un pendón, y con él hizo señal a los de la armada para que le siguiesen. Éste se llamó después

Bernardo de Argentona, y fué muy valeroso capitán, a quien hizo el rey merced del término de Santa Ponza para él y sus descendientes, y siguiéronle hasta setecientos soldados, y ganaron el monte de Pantaleu, y allí se hicieron fuertes.

De los ricos hombres, los primeros que salieron a tierra fueron don Nuño, don Ramón de Moncada, el maestre del Temple, Bernardo de Santa Eugenia y don Gilabert de Cruillas, y hasta ciento y cincuenta de caballo; y los moros se afirmaron ordenando sus escuadrones, sin ofender a los que desembarcaban. Entonces don Ramón pasó solo adelante para reconocer a los enemigos, y cuando estuvo cerca dellos hizo señal que le siguiesen, diciendo que eran pocos; y estando juntos fue don Ramón el primero que con gran ánimo arremetió para herir en ellos; pero los moros no los esperaron y volvieron las espaldas; y siguiendo el alcance, murieron hasta mil y quinientos moros, y volvieron con esta victoria a la ribera de la mar.

Cuando salió el rey a tierra halló que habían desembarcado algunos caballeros de Aragón; y siendo hasta veinte y cinco de caballo en una cuadrilla, dijo que entrasen la tierra adentro, con gran pesar de no haberse hallado en el primer hecho de armas, y al galope entraron hacia aquella parte adonde fueron los moros vencidos. Descubrieron de aquel lugar que por lo alto de una sierra andaban hasta cuatrocientos moros de pie, y cuando fueron descubiertos bajaron de aquella sierra para pasarse a otra; y entonces dijo él a un caballero aragonés de los de Ahe, que era de Tauste, que se apresurase si quería atajarlos; y arremetiron para ellos, y mataron hasta ochenta moros, y peleando desta manera iban llegando los nuestros. En este reencuentro, hallándose el rey con solos tres caballeros que le acompañaban, se encontraron con un moro que estaba a pie con su lanza y escudo, y armado de yelmo zaragozano y perpunte, y diciéndole el rey que se rindiese volvió contra él blandeando su lanza, y peleó con todos cuatro muy valientemente, y arremetiendo para el moro uno de aquellos caballeros, que se decía Pedro Lobera, recogióle de manera el moro que le puso por los pechos del caballo media braza de lanza, y cayendo a tierra se levantó con su espada en la mano, y entonces cargaron sobre el moro y fue muerto sin que se quisiese rendir; y volvióse el rey a su real a puesta de sol, y saliéronle a recibir el vizconde de Bearne y don Ramón de Moncada, que estaban con gran cuidado no se recibiese algún daño por haberse el rey desmandado con tan poca gente, que se señaló aquel día de muy buen caballero.

VI

LITERATURA DIDÁCTICA

Elio Antonio de Nebrija

Hijo de Juan Antonio de Cala e Hinojosa y de Catalina de Jaraba, nació en Lebrija (cuyo nombre latino convirtió en apelativo) el año 1442. Estudió durante cinco años en Salamanca, donde tuvo por maestro, entre otros, a Pedro de Osma. Queriendo ampliar sus conocimientos, pasó a Italia cuando contaba 19 años (1461), disfrutando una beca en el Colegio de San Clemente de Bolonia hasta mayo de 1470, fecha en que regresó a su patria. Permaneció tres años en Sevilla, como familiar del Arzobispo don Alonso de Fonseca, fallecido en 1473. Pasó más tarde a Salamanca, donde se hallaba en junio de 1475 ; allí desempeñó brillantemente las cátedras de Gramática y Poesía, desde 1476 a 1486, y contrajo matrimonio con doña Isabel de Solís, en quien hubo siete hijos. El mecenazgo del maestre de Alcántara don Juan de Zúñiga le permitió sustituir las tareas pedagógicas por el ejercicio de la pluma (1505), pero muerto el maestre (1508) hubo de volver a ocupar la cátedra. Otra breve pausa debióse al nombramiento de cronista real con una pingüe pensión, en 1509. Ese mismo año obtuvo la cátedra de Retórica en Salamanca ; aprovechó su autoridad para atacar los viejos sistemas e incompetencia de muchos de sus colegas, contrayendo numerosos enemigos que imposibilitaron su elección para ocupar la cátedra de Gramática, al vacar en 1513. Despechado, Nebrija se retiró a Sevilla, adonde fue llamado por Cisneros — que ya en 1502 le encomendara la revisión de los textos latino y griego de la Políglota Complutense —, para que desempeñase la cátedra de Retórica en Alcalá, lo que llevó a cabo hasta su muerte, acaecida el 2 de julio de 1522.

Bibliografía. *Introductiones latinae*, Salamanca, 1481 ; trad. al castellano por el propio Nebrija, Salamanca ¿1486? — *Gramática castellana*, Salamanca, 1492 ; ed. crítica de P. Galindo y L. Ortiz, Madrid, 1946. — *Reglas de Orthografía castellana*, Alcalá de Henares, 1517. Diccionarios latino-español y español-latino, Salamanca, 1492-95, etc. Modernamente : *Miscelánea Nebrija*, en *Rev. de Filolog. Española*, 1945.

Acerca de Nebrija : P. F. Olmedo : *Antonio de Nebrija*, Madrid, 1942. — *Nebrija en Salamanca*, Madrid, 1944. — Odriozola : *La Caracola del Bibliófilo Nebricense*, en *Rev. de Biblioteca Nacional*, 1946, VII, págs. 3-114.

Elio Antonio de Nebrija pudo afirmar jactancioso « yo fui el primero que abrí tienda de la lengua latina en España, y todo lo que en ella se sabe de latín se ha de referir a mí », pero más que como latinista nos importa por su Gramática castellana, *que publica en los días del descubrimiento de América y es la primera gramática impresa en un idioma vulgar. Resulta profética la idea de Nebrija, obsesionado por la expansión de nuestra lengua por el mundo. Cuando termina su libro va, acompañado del obispo de Ávila Fray Hernando de Talavera, a visitar a la reina Isabel para que vea aquella gramática. Los tres estaban en el secreto de los proyectos de Colón, que a los pocos meses serían una espléndida realidad. A ello aluden las palabras de este prólogo : « Después que V. A. meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquellos ternán necesidad de recebir las leyes que el vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua, entonces por este* Arte *podrán venir en el conocimiento della ». Sintetiza Nebrija en este prólogo, el proceso que siguieron todas las grandes lenguas de la antigüedad : hebreo, griego y latín. Todas tuvieron un período de formación, otro de apogeo y finalmente decayeron. España ha llegado a su madurez en aquel momento, y hay que fijar y uniformar el idioma, para que lo conozcan también los vascos, navarros y de otras regiones.*

Se terminó la impresión de este libro en Salamanca, el 18 de agosto de 1492. Ya navegaba Colón tras de su estrella y el Imperio español alboreaba.

PROLOGO A LA GRAMÁTICA CASTELLANA

A la mui alta e assí esclarecida princesa doña Isabel la tercera deste nombre, Reina i Señora natural de España e las islas de nuestro mar.

Comença la gramática que nueva mente hizo el maestro Antonio de Lebrixa sobre la Lengua Castellana. E pone primero el prólogo. Léelo en buen hora.

Cuando bien comigo pienso, mui esclarecida Reina, i pongo delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación e memoria quedaron escriptas, una cosa hallo e saco por conclusión mui cierta : que siempre la Lengua fue compañera del imperio, e de tal manera lo siguió, que junta mente començaron, crecieron e florecieron, e después, junta fue la caída de entrambos. Y dexadas agora las cosas mui antiguas de que a penas tenemos una imagen e sombra de la verdad, cuales son las de los assirios, indos, sicionios e egipcios, en los cuales se podría mui bien provar lo que digo, vengo a las más frescas et aquellas especial mente de que tenemos maior certidumbre ; e primero, a las de los judíos.

Cosa es que mui ligeramente se puede averiguar que la lengua ebraica tuvo su niñez en la cual a penas pudo hablar. Y llamo io agora su primera niñez todo aquel tiempo que los judíos estuvieron en tierra de Egipto. Por que es cosa verdadera, o mui cerca de la verdad, que los patriarcas hablarían en aquella lengua que traxo Abraham de tierra de los caldeos, hasta que decendieron en Egipto, e que allí perderían algo de aquélla e mezclarían algo de la egipcia. Mas después que salieron de Egipto e comenzaron a hazer por sí mesmos cuerpo de gente, poco a poco apartarían su lengua, cogida cuanto io pienso de la caldea e de la egipcia e de la que ellos ternían comunicada entre sí por ser apartados en religión de los bárbaros en cuia tierra moravan. Assí, que comencó a florecer la lengua ebraica en el tiempo de Moisén, el qual, después de enseñado en la filosofía e letras de los sabios de Egipto, e mereció hablar con Dios e comunicar las cosas de su pueblo, fue el primero que osó escriuir las antigüedades de los judíos e dar comienço a la lengua ebraica. La qual de allí en adelante, sin ninguna contención, nunca estuvo tan empinada, cuanto en la edad de Salomón, el qual se interpreta pacífico por que en su tiempo con la monarchia floreció la paz, criadora de todas las buenas artes e onestas. Mas después que se comencó a desmembrar el Reino de los judíos, junta mente se comencó a perder la lengua, hasta que vino al estado en que agora la vemos, tan perdida, que de cuantos judíos oí biuen ninguno sabe dar más razón de la lengua de su lei que de como perdieron su reino e del Ungido que en vano esperan.

Tuvo, esso mesmo, la lengua griega su niñez e comencó a mostrar sus fuerças poco antes de la guerra de Troia, al tiempo que florecieron en la música e poesía Orfeo, Lino, Museo, Amphion, e poco después de Troia destruida, Omero e Esiodo. Y assí creció aquella lengua, hasta la monarchia del gran Alexandre, en cuio tiempo fue aquella muchedumbre de poetas, oradores e filósofos que pusieron el colmo, no sola mente a la lengua, mas aún a todas las otras artes e ciencias. Mas después que se començaron a desatar los reinos e repúblicas de Grecia e los romanos se hizieron señores della, luego junta mente comencó a desvanecerse la lengua griega e a esforçarse la latina.

De la cual otro tanto podemos dezir : que fue su niñez con el nacimiento e población de Roma, e comencó a florecer quasi quinientos años después que fue edificada, al tiempo que Livio Andrónico publicó primera mente su obra en versos latinos. Y assí creció hasta la monarchia de Augusto César, debaxo del cual, como dize el Apóstol, vino el cumplimiento del tiempo en que embió Dios a su unigénito Hijo e nació el Salvador del mundo, en aquella paz de que avían hablado los profetas e fue significada en Salomón, de la cual en su nacimiento los ángeles cantan : « Gloria en las alturas a Dios e en la tierra paz a los ombres de buena voluntad ». Entonces fue aquella multitud de poetas e orado-

res que embiaron a nuestros siglos la copia e deleites de la lengua latina: Tulio, César, Lucrecio, Virgilio, Oracio, Ouidio, Liuio y todos los otros que después se siguieron hasta los tiempos de Antonino Pío. De allí, començando a declinar el Imperio de los romanos, junta mente començó a caducar la lengua latina, hasta que vino al estado en que la recebimos de nuestros padres; cierto, tal, que cotejada con la de aquellos tiempos, poco más tiene que hazer con ella que con la aráviga.

Lo que diximos de la lengua ebraica, griega e latina podemos mui más clara mente mostrar en la castellana, que tuvo su niñez en el tiempo de los Juezes e Reies de Castilla e de León e començó a mostrar sus fuerças en tiempo del mui esclarecido e digno de toda la eternidad el Rei don Alonso el sabio, por cuio mandado se escrivieron las Siete Partidas, la General Istoria, e fueron trasladados muchos libros de latín e arávigo en nuestra lengua castellana. La cual se estendió después hasta Aragón e Navarra e de allí a Italia siguiendo la compañía de los ifantes que embiamos a imperar en aquellos Reinos. Y assí creció hasta la monarchia e paz de que gozamos, primera mente, por la bondad e Prouidencia diuina, después por la industria, trabajo e diligencia de Vuestra Real Majestad.

En la fortuna e buena dicha de la cual, los miembros e pedaços de España, que estauan por muchas partes derramados, se reduxeron e aiuntaron en un cuerpo e unidad de reino. La forma e travazón del cual assí está ordenada, que muchos siglos, iniuria e tiempos no la podrán romper ni desatar. Assí que, después de repurgada la cristiana religión, por la cual somos amigos de Dios o reconciliados con Él, después de los enemigos de nuestra fe vencidos por la guerra e fuerça de las armas, de donde los nuestros recebían tantos daños e temían mucho maiores, después de la justicia e essecución de las leies que nos aiunta e hazen bivir igual mente en esta gran compañía que llamamos reino e república de Castilla, no queda ia otra cosa sino que florezcan las artes de la paz.

Entre las primeras es aquella que nos enseña la lengua, la cual nos aparta de todos los otros animales e es propia del ombre e, en orden, la primera después de la contemplación que es oficio propio del entendimiento. Esta hasta nuestra edad anduvo suelta e fuera de regla, e a esta causa a recebido en pocos siglos muchas mudanças: por que si la queremos cotejar con la de oi a quinientos años, hallaremos tanta diferencia e diversidad cuanta puede ser maior entre dos lenguas. Y porque mi pensamiento, e gana siempre fue engrandecer las cosas de nuestra nación e dar a los ombres de mi lengua obras en que mejor puedan emplear su ocio, que agora lo gastan leiendo novelas e istorias embueltas en mil mentiras e errores, acordé ante todas las otras cosas reduzir en artifizio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que agora e de aquí adelante en él se escriviere pueda quedar en un tenor e estenderse en toda la duración de los tiempos que están por venir, como vemos que se a hecho en la lengua griega e latina, las cuales, por aver estado debaxo de arte, aun que sobre ellas an pessado muchos siglos, toda vía quedan en una uniformidad. Porque si otro tanto en nuestra lengua no se haze como en aquéllas, en vano vuestros cronistas e estoriadores escriven e encomiendan a inmortalidad la memoria de vuestros loables hechos e nos otros tentamos de passar en castellano las cosas peregrinas e estrañas, pues que aqueste no puede ser sino negocio de pocos años. Y será necessaria una de dos cosas: o que la memoria de vuestras hazañas perezca con la Lengua, o que ande peregrinando por las naciones estrangeras, pues que no tiene propia casa en que pueda morar. En la çania de la cual io quise echar la primera piedra e hazer en nuestra lengua lo que Zenodoto en le griega e Crates en la latina. Los cuales, aun que fueron vencidos de los que después dellos escriuiron, a lo menos fue aquella su gloria e será nuestra que fuemos los primeros inuentores de obra tan necesaria, lo cual hizimos en el tiempo más oportuno que nunca fue hasta aquí, por estar la nuestra lengua tanto en la cumbre, que más se puede temer el decendimiento della que esperar la subida.

Y seguirse [h]a otro no menor provecho que aqueste a los ombres de nuestra lengua que querrán estudiar la gramática del latín : porque después que sintieren bien el arte del castellano, lo cual no será mui difícile porque es sobre la lengua que ia ellos sienten, cuando passaren al latín, no avrá cosa tan escura que no se les haga mui ligera, maior mente entreveniendo aquel Arte de la Gramática que me mandó hazer vuestra Alteza contraponiendo línea por línea el romance al latín. Por la cual forma de enseñar no sería maravilla saber la gramática latina, no digo io en pocos meses, mas aún en pocos días e mucho mejor que hasta aquí se deprendía en muchos años.

El tercero provecho deste mi trabajo puede ser aquel que cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a Vuestra Real Majestad e me preguntó que para qué podía aprovechar, el mui reverendo padre obispo de Avila me arrebató la respuesta e respondiendo por mí dixo que, después que Vuestra Alteza metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas e con el vencimiento aquellos ternían necessidad de recebir las leies quel vencedor pone al vencido e con ellas nuestra lengua, entonces, por este mi Arte, podrían venir en el conocimiento della, como agora nos otros deprendemos el Arte de la Gramática Latina por deprender el latín.

Y cierto assí es que, no sola mente los enemigos de nuestra fe que tienen la necessidad de saber el lenguaje castellano, mas los vizcaínos, navarros, franceses, italianos e todos los otros que tienen algún trato ,e conversación en España e necessidad de nuestra lengua, si no vienen desde niños a la deprender por uso, podránla más aína saber por esta mi obra.

La qual con aquella vergüença, acatamiento e temor quise dedicar a Vuestra Real Majestad, que Marco Varrón intituló a Marco Tulio sus Orígenes de la Lengua Latina, que Grilo intituló a Publio Virgilio, poeta, sus libros del acento ; que Dámaso papa a sant Jerónimo, que Paulo Orosio a sant Augustín, sus libros de istorias ; que otros muchos autores, los cuales endereçaron sus trabajos e velas a personas mui más enseñadas en aquello de que escriuían, no para enseñarles alguna cosa que ellos no supiessen, mas por testificar el ánimo e voluntad que cerca dellos tenían e por que del autoridad de aquéllos se consiguiesse algún favor a sus obras.

Y assí, después que io deliberé, con gran peligro de aquella opinión que muchos de mí tienen, sacar la novedad desta mi obra de la sombra e tinieblas escolásticas a la luz de vuestra corte, a ninguno más justa mente pude consagrar este mi trabajo, que a aquella en cuia mano e poder no menos está el momento de la Lengua que el arbitrio de todas nuestras cosas.

FRANCISCO LÓPEZ DE VILLALOBOS

En 1473 ó 1474 nació en un lugar de la provincia de Zamora, acaso en el pueblo de Villalobos que uniera a su apellido; era de origen judío, y él mismo debió serlo pues se reconoce confeso, descendiente de médicos que estuvieron al servicio del Marqués de Astorga. Cursó sus estudios en Salamanca y a los 24 años de edad (1498) publicó el *Sumario de la medicina*. Por estas fechas estaba ya casado y ejercía su profesión. En 1507 parece que servía ya en la casa del duque de Alba pero tenía puestos los ojos en la Corte. Unos dos años más tarde (1509) había conseguido ya sus propósitos y era médico del rey Fernando el Católico. Atendiéndole se hallaba en Calatayud en octubre de 1515, y a su lado debió permanecer hasta la muerte del monarca, en enero de 1516. Siguió Villalobos en la Corte y tras ella fuése a Zaragoza, cuando Carlos asistió a las Cortes de Aragón. Sin embargo, le costó algún tiempo y sinsabores introducirse de nuevo en palacio, lográndolo en noviembre de 1518. Así, cuando el rey Carlos se trasladó a Barcelona, ya era Villalobos médico de la cámara real. A principios de 1520 regresó a Castilla, pero no acompañó al monarca en su viaje a Flandes. Enviudó en agosto de ese mismo año, y acaso se agregó de nuevo a la corte cuando el rey regresó a España en 1522. Ejerció su cargo hasta 1525, en que se alejó de la Corte, acaso por diferencias con Narciso, el otro médico real. Retiróse a Zafra y un año más tarde vuelve a su antiguo puesto para de nuevo buscar retiro después de muerta la emperatriz, hay quien supone que cayó entonces en desgracia; ello es que en 1542 se hallaba retraído, acaso en Valderas, celebrando sus segundas nupcias, si no es pura broma una carta suya fechada el 3 de agosto, dando cuenta del hecho. La última que de su mano se conoce corresponde al 2 de mayo de 1549, suponiéndose que falleció aquel mismo año.

BIBLIOGRAFÍA. Citada la 1.ª edición del *Sumario de medicina*, puede encontrarse en el tomo XXXVI de la Bibl. de Autores Españoles; en la edición de *Algunas obras* que Antonio María Fabié publicó en la Colección de Bibliófilos Españoles, 1.ª época, Madrid, 1886; y en la moderna edición de García del Real, Madrid, 1948.

Sobre Villalobos, además de los estudios previos que anteceden a las ediciones citadas, puede verse: GASKOIN: *The Medical Works of Francisco López Villalobos*, Londres, 1870.

SUMARIO DE LA MEDICINA

COMIENZA LA OBRA TROUADA

Con mucha instancia el Marqués mi señor,
aquel tan ilustre y real cauallero,
se muestra auer gana da questa labor
adonde se coja lo más de la flor
de la medecina en estilo ligero;
por esto mouido a estudiar en la sciencia
me hallo afrontado en tan áspera vía,
mas todos favores y toda osadía
que quita la rástica y ruda ynoscencia,
me pone el seruicio de su señoría.

Que en ver yo un señor y de tanta excelencia
mandarme vna cosa por graue que sea,
la gruesa rudeza se torna en sapiencia,
la cruda pereza es muy gran diligencia;
y el muy peruertido querer ya desea

porquel del mayor y mejor rey cristiano
es su carnal primo, segund que sabemos,
aqueste es Osorio que a puesto la mano
contra hombres y diablos y todo tirano,
y nunca sus armas sin sangre las vemos.

Bien basta que mire el que quiere sus daños
para que le otorgue la más alta ley,
que siendo niñito de solos doze años,
con sus lobos vino arramando rebaños,
armado en seruicio de su propio rey;
y tal daño dieron al otro pastor
que entraua a hurtar en los hatos agenos,
que no siendo injusto el estoriador,
dirá marauillas daqueste señor,
por este y por otros mil hechos tan buenos.

Que si él es encargo a su rey natural
por altas mercedes que dél rescibió,
su rey les encargo porque es muy leal
y en siempre guardar la corona real
afruentas y gloria y mercedes ganó;
y callen con este otros muchos señores
y en toda lealtad le conoscan ventaja,
y dengela en armas y en antecessores
y en antigüedad de los sus seruidores
tan finos que siempre leuantan la paja.

O quantos hidalgos su casa sostiene
que todos son suyos de padres y agüelos,
pues miren la casa que siempre mantiene
y miren los antecessores do viene,
que su gloria y fama penetra los cielos;
avn hasta en los físicos ay tal concierto,
que son de su casa por línea y succeso,
mi agüelo del suyo fue físico experto,
mi padre del suyo y avn suyo es por cierto,
yo estoy reseruado a seguir tal processo.

Es tan liberal y assí sabe tratallos
a todos los hombres de suma y de cuenta,
que siempre les da de vestir y cauallos,
iaezes y mulas, y plata y vasallos;
después asimismo se pone en afruenta,
no quiero volar más por tan grande altura
que faltan mis alas y quémome yo;
remito este caso a su propia escritura,
yo quiero tornarme a hazer con gran cura
aquello que su señoría mandó.

Por ende la gracia diuina yo imploro
y a aquel de quien mana suplico humilmente
que como alquemista que haze tesoro
de pieças de plomo tornándolas oro,
así mi juicio conuierta en prudente
y haga que en poca y estrecha escritura

comprenda las sumas daquesta dotrina,
pues tan general y tan gran medicina
metió en aquel vientre de tanta estrechura
daquella su madre gloriosa diuina.

Después a Esculapio que fue el primer seno
do en la medecina principio se ordena,
después a Ypocras aquel claro y sereno,
después Archigenes, después Galieno,
después el Rasis y después Auicena,
suplico me den su fauor y razón
para proceder nel comienço que e dado,
y en sus escrituras me muestren el vado
por donde no halle muy hondo el liondón
y pueda passarme sin ser ahogado.

Diffinición de la medecina

Y digo primero que la medecina
es sciencia por quien todas disposiciones
del cuerpo del hombre se muestran ayna,
de parte que sana o que enferma dotrina
y enseña por senso y por claras razones
que la sanidad se deue guardar,
y como se guarde nos muestra cautela
y de lo contrario se auisa y recela
diziendo que aquesto se deue apartar
y como se aparte descubre y reuela.

De complexione

Aquesta nos dize que la complexión
es tal qualidad la qual viene y procede
daquella renzilla y acción y passión
de las qualidades que contrarias son
quando entre las tales muy poco se excede;
asi que doquiera que en este comedio
se topan y encuentran los cuatro elementos
quebrantan sus fuerzas y aguzamientos,
y la qualidad que asi queda en el medio,
es la complexión y los temperamentos.

Ix. miembros de complexión

Pero como sea impossible de ser
la tal qualidad ygual totalmente,
a uezes se halla más humedescer,
y a uezes más seca se puede hazer
y a uezes más fría, también más caliente,
y a uezes más humida y fría acontesce;
también fría y seca se puede hallar,
y seca y caliente podrá resultar,
y humida y cálida a uezes paresce,
y a uezes ygual que es la más singular.

Quatro humores y sus complexiones

También aquesta arte nos muestra y nos guía
y da la noticia de nuestros humores
de colera y flema y de melancolia,

y sangre que nutre y en su compañía
se mezclan los otros y son accesores,
y destos la cólera es cálida y seca,
la sangre es caliente con mucha humidad ;
es humido el flema y de gran frialdad
la malenconía como tierra peca,
pues que es fría y seca de su qualidad.

Quadro humidades

Mas antes que passe la sangre a nutrir
se muda primero en las quatro humidades,
primero se muda queriendo salir
de las venas chicas para se infundir
por todos los miembros y porosidades ;
segundo se muda desques infundida
por los dichos miembros para humedecellos ;
tercero se muda desque dentro en ellos
en los lugarejos do ay parte perdida
se mete a cobralla para sostenellos.

Prosigue y diuide otra vez los humores

Y quarto, se muda desque en tal lugar
se embeue en el miembro y se torna como él,
esto es por cobrar y por restaurar
aquello que hizo el calor ya gastar
y el ayre y mudanças del mundo cruel ;
y a uezes son sanos y son naturales
aquestos humores de quien he hablado,
y a uezes alguno es corrupto y dañado
por las mutaciones de los animales ;
también por el aire corrupto espirado.

El miembro y los principales

Y dize que el miembro es un cuerpo tal
compuesto de humores por su comistión,
y deste son muchos nel cuerpo humanal,
mas digo que entre ellos el más principal
según el filósofo, es el coraçón,
tras este el celebro do están los sentidos,
al qual sigue el hígado en su perfectión,
tras este los miembros de generación ;
asi que son quatro los más escogidos
que guardan los binos con su operación.

Complexiones de los principales y del cuerpo todo

Mas el coraçón es muy seco y caliente,
es frío el celebro y de humido a nombre,
el hígado es cálido y humedesciente,
y asi compensados se queda excediente
en cálido y humido el cuerpo del hombre
por quanto en los dos ay excesso en calura
y sólo en ell uno es pujante frialdad ;
ítem en dos ay sobrada humidad,
y sólo en ell uno ay exceso en secura,
que sobra humidad y calor ya es verdad.

Virtudes

Y aquestos son casas y más principales
do las tres virtudes están perfectiuas,
que en el coraçón están las vitales,
celebro es la casa de las animales,
el hígado es casa de las nutritiuas,
vital es aquella por quien nos beuimos
y por la nutríbile nos mantenemos;
por la otra sentimos, también nos mouemos,
y cualquiera destas después diuidimos
en otras especias que aquí callaremos.

Esprito y calor natural

Y destas virtudes su propio instrumento,
y aquel que las trae es esprito y calor,
l'esprito es vn cuerpo delgado y vapor
que en el coraçón tiene hecho su asiento
nel vientre siniestro más noble y mejor,
éste es el que pulsa en los pulsos y venas,
éste es el que haze alentar y beuir,
éste es el que haze mouer y sentir,
éste es el que trae el calor en cadenas
a todos los miembros para digerir.

Enfermedades

Ya puede ocurrir qualquiera enfermedad
al cuerpo por vna de dos intenciones,
que o puede venir en la simplicidad
de sola vna especie de malignidad
o ay muchas especies en composiciones;
la simple diuidola en tres generales,
que o es por malicia de la complexión,
o es por malicia de composición,
o es de apartarse los miembros yguales
y hazerse diuisa su continuación.

De las enfermedades compuestas

Compuesta es aquella la cual se compuso
daquestas especies o de algunas dellas
de son que en vn miembro o en vn cuerpo nos puso
el daño o la causa que a ello dispuso,
dos destas especies o tres que son ellas
enxemplo si en mano o en cabeça o en pie
nasció vn apostema aqueste en verdad
pecó en solución de la continuidad
y en la complexión gran malicia allí fue
y en composición también vuo maldad.

Diuide la malicia de la complexion

Y luego me fundo sobresta razón
primero que hable de mal ni dolor,
que toda malicia de la complexión
por quien viene daño a la operación
o es sin humor o será con humor;

así que el celebro si es concalescido,
de alguna calor que allí l'es impidiente,
o es sola calor la que allí le a empescido,
o es por humor allá dentro metido,
que haze apostema o dolor o accidente.

. . . . . .

De emigránea, y de su cura

Emigránea es en media cabeça vn dolor
de dentro del cráneo o en la tela de fuera,
el qual a las vezes se causa de humor
o ventosidades de algún vapor
que sube de miembros daquella ladera;
la cura es sangría según que as sabido,
y más en la fruente si vees que conuiene,
y púrgalo al tiempo que abrás conoscido
que quiere venir el dolor tan crescido,
y vnta y emplastrale al tiempo que viene.

De sirsen o frenesís

Frenesís o sirsen nel celebro es furor,
su causa fue cólera o humor muy caliente
y es vn apostema en la parte anterior;
da fiebra continua y secura y dolor,
y es blanca la vrina y muy loco el paciente,
euacua el humor que azalli le ocurrió,
después repercute, resfría y mitiga
el fuerte accidente y dolor que causó;
después le resuelue el humor que quedó
y en fin esforçarle el celebro se siga.

De litargia

Litargia nel celebro es vn frío apostema
questá entre los cascos y sesos nascido,
su causa son crudos humores y flema,
da fiebre continua que mucho no quema,
y echa gran sueño, pereza y oluido;
primero le sangren si no hay impidientes,
segundo clisteres agudos le den,
tercero le embroquen con repercucientes,
después le resuelvan con calefacientes,
y en fin le digeran y purguen muy bien.

De congelación

La congelación es que alguno está elado,
sin senso y sin moto espantado adormido,
los ojos abiertos como hombre pintado,
ni oye ni vee, y así trasportado
que piensa la gente que al cielo es ya ido;
la causa es secura y muy gran frialdad,
en cuerpo y humor y grosseza de sprito,
por do no se mueue con agilidad,
y así falta el moto y la sensualidad
y en la litargia su cura he escrito.

De subeth sahari

Subeth sahari es composición
de la frenesís y de la litargia,
y es vn apostema que tiene mistión
de colora y flema, y los desta passión
no duermen ni velan la noche ni el día,
y así se interpreta subeth sahari :
ques sueño que vela ; y por quanto es compuesta,
su cura y señales ya las escreuí
en la litargia y en el frenesí,
la cura daquellos mesclada en aquesta.

De subeth

Subeth es un sueño que no es natural,
y viene de gran henchimiento de humores,
los cuales retraen la virtud animal
y dan a la parte anterior capital
flemáticos y otros copiosos vapores,
y aquestos si suben de miembros vezinos,
deveyslos purgar el celebro esforçando
primero sangrando si fueren sanguinos,
haziendo ruído y clamores contínos,
y pónganle olores y estenle embrocando.

De vigilia y sahara

Vigilia es defecto de sueño que tura
que o viene de gran congoxa y cuidado,
o viene al celebro do excede secura,
o de indigestión que tiene natura,
o de caprinoso vapor eleuado ;
si es sin humores mala qualidad,
aplica el contrario como as ya sabido,
y si es con humores tal enfermedad,
euacua y emplastra aplicando humidad
al seco celebro questá enflaquecido.

De memoria corrupta

Memoria corrupta es vna enfermedad
con quien la memoria oluida lo que era,
y viene al celebro de alguna frialdad
compuesta con humido o con sequedad
de humor o sin él en la parte trasera ;
si su causa fue sequedad y calor,
o qualquier qualidad, ya tu sabes la cura ;
pero si conosces flemático humor,
xarab de cantueso digere mejor,
después con cochias purgalle procura.

De manja y melancolía

La manja es locura que espritos llamaron,
do piensan que hablan almas estrangeras ;
y vino este yerro porquellos miraron
que algunos manjaces ya profetizaron
las cosas presentes y las venideras ;

la melancolía desta es apartada
porquesta de cólera adusta se haze,
mas la otra de flema o de sangre quemada,
y la frenesís no es entre estas contada,
por quanto en aquella muy gran fiebre yaze.

De cura

Desque esté el humor con xarabes digesto
y ayudas do entren epitimo y sen,
con pildoras indias le purguen muy presto,
o de fumo terre, y embroquen tras esto
con leche de hembra al paciente muy bien;
repréndanle siempre su loca porfía,
manjares calientes le den a comer,
y denle cordiales, plazer y alegría,
y auísese el físico en no dar sangría,
y más nel maniaco, sin gran menester.

Del mal de amores que Auicena llamó ilisci y los griegos le llaman hereos

Amor hereos según nuestros autores
es vna corrupta imaginación
por quién algún hombre se aquexa de amores;
y en este ques hito de los trouadores,
sin ser lisongero diré mi razón:
sabed por muy cierto quel entendimiento
jamás no se mescla en aquestas pendencias;
la imaginativa y bestial pensamiento,
como es gran potencia y padeçe el tormento
engaña consigo a las otras potencias.

Prosigue

Esta es la que mueue los otros sentidos
para que no tiren sino en este puesto,
memoria y deseos y ojos y oydos
a todos los tiene ya tan conuertidos
que todos se ocupan en no más daquesto,
que el tal pensamiento vencido del gesto
a todos los otros sentidos informa
ser lindo y gracioso y ornado y honesto,
do alguna esperança se muestra tras esto
por do en adquerirlo se deue dar forma.

Prosigue

Y el entendimiento después que allá entró
por falsos testigos tan falsa sentencia,
la qual por injusta contino aprobó,
perdió su juyzio, sus fuerças perdió,
perdió su razón, su consejo y prudencia;
helos todos ciegos a causa de vn ciego
ques el pensamiento y la imaginatiua
que dio al corazón tan maldito sosiego,
metiéndole dentro ardentíssimo fuego
do siempre el deseo lo atyza y lo aviua.

De las señales que se muestran quando alguno está enamorado

Verasle al paciente perder sus contínos
negocios y sueños, comer y beuer,
congoxas, sospiros y mill desatinos,
desear soledades y lloros mesquinos,
que no hay quien le valga ni pueda valer;
perdida la fuerça, perdido el color,
y quando le hablan d'amor luego llora,
y el pulso es sin orden y mucho menor,
y nunca s'esfuerça y se haze mayor
sino quando puede mirar su señora.

De la cura

El medio daquesto no está contenido
si no en distraelle daquesta locura
de su pensamiento questá corrompido,
y aquesto en diez partes será repartido
y en ellas se pone complida la cura:
primero, mandando que vaya a caçar;
segundo, que pesque do hay muchos pescados:
tercero, que siempre se ocupe en jugar,
y quarto, ante muchos le hagan estar,
y quinto, que vaya a espaciarse a los prados.

Prosigue

Y sesto, que amigos y nobles parientes
y hombres prudentes y de autoridad,
con sus ortaciones le hagan presentes
los muchos peligros, los inconuenientes,
y açoten y aflijan su carnalidad;
seteno, le pongan en muy gran pendencia
de tratos de suma y en mucho cuidado;
octauo, le aparten con gran diligencia
daquella señora, como en pestilencia
se apartan los hombres del ayre dañado.

Prosigue

Noueno, alcahuetes le hagan querer
a otras señoras por más distraello;
dezeno, le hagan casar con muger;
después vejezuelas le deuen traer
a que le desliguen, que bien saben dello,
y denle a comer vn sabroso manjar
en quien mucha sangre y sustancia s'ençierra,
y tinto con blanco le deuen aguar,
que siempre hemos visto del emborrachar
caer los amantes y amores en tierra.

Vértigo

Vértigo no es otro sino un remolino,
y es que hay nel celebro vn vapor retorcido,
o sube de abaxo como vn torbellino;
y así lo que vee el paciente contino

en el derredor es mouido y traydo ;
la cura es sangrar la cefláica vena
si sangre y edad y virtud le sintieres ;
después nel pescuezo ventosa es muy buena,
y si hay otro humor, digestiuos le ordena,
después purgatiuos; y más no lo esperes.

. . . . . .

Fen. XI. — *De las disposiciones y passiones del corazón, y primero pone aquellas cosas de quién se toma noticia de la complexión del coraçón*

El rey de los miembros do cuelga la vida
es el coraçón, y el más preeminente,
y su complexión general ya es sabida,
y en particular será bien conoscida
por estas señales del metro siguiente :
hechura de pecho, y por pulso y aliento,
y por aquel vello que nasce en el pecho ;
también por el cuero tomándole el tiento,
por fuerza y costumbres, y por pensamiento,
se alcança qual es, y también como es hecho.

Del tremor del coraçón que se llama cardíaca

Aqueste padece cardíaca o tremor,
y es cuando se siente temblar o saltar
como que quisiesse alançar el humor
o las qualidades, o algún mal vapor
que llega a su casa a quererle dañar ;
y aquesto, o le viene por su condición,
o por algún miembro que le es mal vezino,
assí como estómago o pecho o pulmón,
celebro o el hígado, o en conclusión,
de otro o de si aqueste daño le vino.

De las señales

Señales si aquesta passión fuere cierta,
serán que andan el pulso muy desordenado.
la sangre o vapor las más vezes, se acierta
de ser causa desto, y con ellos concierta
espesa la vrina y el pulso inflamado ;
si humor melancónico el daño hiziere
será el pulso duro y ternâ gran tristeza,
ardor demasiado si colera fuere,
y mucha humidad quando flema empeciere
como que nadasse, y ay mucha flaqueza.

Prosigue las señales y pone la cura

Si fuere apostema o es llaga o rotura,
muy presta denuncian la muerte al paciente ;
si fueren lombrices verás su letura,
si fuere poçoña, ay desmayo y quexura,
y si es calidad mostrarlo ha su accidente,
la diestra basílica mandan sangrar
si sangre empeciere, pero si es vapor

será la siniestra por más appropiar,
después medicinas cordiales le dar,
conserva de rosa y buglosa es mejor.

Prosigue

La gera rofini, si es malenconía,
le purgue despues que estuuiere digesto,
si fuere de colora, esfuerca y resfría
y sus propiedades al caso le embía,
y assí en cada humor según tes manifiesto;
y desque sacada la causa humoral,
templar el destemple de su calidad,
y siempre le da medecina cordial;
diamargariton es al caso especial
confectio alkermes es estremo en bondad.

PEDRO SIMÓN ABRIL

Sitúase su nacimiento en la villa de Alcaraz hacia 1530, sin que exista seguridad en ambos extremos. Fue maestro de Gramática en Tudela, luego en Alcaraz, en 1578, y por último en la Universidad de Zaragoza, en 1583. En esta misma ciudad se supone que falleció por el año de 1600.

Cabe distinguir en su obra los trabajos de traducción y los puramente didácticos. Entre aquéllos figuran la versión de *Las seis comedias de Terencio*, la *Medea* de Eurípides, las *Fábulas* de Esopo y las obras completas de Aristóteles. En 1583 publicaba su *Gramática* latina, tres años más tarde la *Gramática* griega y al cabo de otros tantos la obra que hoy seleccionamos, donde expone sus teorías acerca de la enseñanza, fruto de una larga experiencia y de un claro concepto de su misión profesional.

BIBLIOGRAFÍA: *Apuntamientos. De cómo se deuen reformar las doctrinas: y la manera de enseñallas.* Madrid, Pedro Madrigal, 1589. Reimpresa en Madrid, 1769; y luego, con observaciones y notas de don José Clemente Carnicero, Madrid, 1815, y nuevamente en 1817. Incluído en «Biblioteca de Autores Españoles», tomo LXV, pág. 293. Sobre Pedro Simón Abril, véase: MONRREALE DE CASTRO, M., *Pedro Simón Abril*, Madrid, 1949, anejo LI de la «Revista de Filología Española».

APUNTAMIENTOS

DE CÓMO SE DEBEN REFORMAR LAS DOCTRINAS, Y LA MANERA DEL ENSEÑALLAS, PARA REDUCILLAS A SU ANTIGUA ENTEREZA Y PERFICIÓN; DE QUE CON LA MALICIA DEL TIEMPO, Y CON EL DEMASIADO DESEO DE LLEGAR LOS HOMBRES PRESTO A TOMAR LAS INSIGNIAS DELLAS, HAN CAÍDO; HECHOS AL REY NUESTRO SEÑOR (DON FELIPE II) POR EL DOCTOR PEDRO SIMÓN ABRIL.

SEÑOR:

Verdad es llana y muy averiguada entre hombres de graves letras y doctrina la que escribe Aristóteles, en el primer libro de sus *Morales*, que a la suprema potestad toca el determinar qué doctrinas se han de enseñar en la república, y el cómo y por qué orden. Y pues vuestra majestad, por merced particular que Dios ha querido hacernos, tiene la suprema potestad temporal en la mayor parte del mundo, los que desean ver las buenas letras quitadas del barbarismo en que hoy están puestas, y reducidas a su antigua luz y perfición para mayor bien de la república, de necesidad han de acudir a vuestra majestad a dalle aviso de esto, como a quien sólo en la tierra tiene poder y autoridad para poner remedio en ello.

Bien tiene vuestra majestad inteligencia y providencia de esto, pues de tiempo en tiempo envía reformadores a las públicas escuelas con su poder y autoridad, para que reformen lo que el tiempo va ordinariamente gastando con su vicio. Pero éstos, no habiendo puesto mucho estudio en conferir la manera antigua de enseñar con la que hoy día usan las escuelas, para poder ver y conferir la perfición de aquella con los barbarismos e imperfecciones de ésta, curan el panarizo, como dice el proverbio antiguo de los latinos, y dejan sin remedio la calentura ética, que va consumiendo la virtud a la doctrina, y transformándola poco a poco en un puro barbarismo. Porque tratan de reformar lo que toca al mantenimiento y vestido, que es bien que se reforme, y no tocan en qué libros es bien que se lean en cada manera de doctrina, y qué no; por qué orden y qué doctrinas es bien que aprendan los mancebos antes de llegar a las más nobles y más granadas, para no entrar en ellas con los pies llenos de lodo, como dice otro proverbio antiguo de los griegos.

De las muchas faltas que hay en el enseñar las doctrinas en las públicas escuelas escribieron discretamente Luis Vives, valenciano, en un libro que particularmente escribió de esta materia, y fray Melchior Cano, obispo de Canaria, en los libros que escribió en los lugares teológicos ; pero, como lo escribieron en latín, lengua que leen pocos, y menos la entienden, estáse esto encerrado en los libros, y no viene a la noticia de vuestra majestad a quien toca poner remedio en esto, como en cosa en que le va gran interese a la república, y particularmente al servicio de vuestra majestad, para poder tener abundancia de ministros bien enseñados para que sirvan á vuestra majestad en éste ministerio del gobierno, como gente que se ha dispuesto para ello.

Yo, pues, brevemente advertiré á vuestra majestad lo que en cuarenta y tres años de estudios de letras griegas y latinas, y todo género de doctrina, en que me he ejercitado, he podido advertir de yerro en la manera de enseñar, confiriendo las letras antiguas con las que agora se ejercitan. Vuestra majestad se servirá de poner remedio en lo que le pareciere tener dél necesidad, considerando que no es pequeña parte de la felicidad de una monarquía como la de vuestra mejestad el tener personas bien enseñadas a quien encargar el ministerio que se ofrece en su gobierno.

Primer error en el enseñar comúnmente las ciencias, es el enseñallas en lenguas extrañas y apartadas del uso común y trato de las gentes, porque en los tiempos antiguos no hubo nación tan bárbara, que tal hiciese, desde que Dios formó el linaje humano, sino que enseñaron los caldeos en caldeo y los hebreos en hebreo, y lo mismo hicieron las demás naciones, gitanos, fenices, griegos, latinos, árabes, y casi desde los primeros tiempos los españoles, cada uno a su nación en la lengua que le era natural ; de donde resultaba que los discípulos entendian a sus maestros con gran facilidad, y los maestros enseñaban a sus discípulos con mayor llaneza y claridad ; porque agora los más de los que enseñan, por no enseñar en sus propias lenguas, sino en extrañas y poco usadas en el mundo, no declaran sus conceptos a los que aprenden, por términos llanos, claros y propios, sino por impropios y muy oscuros, de donde nace gran dificultad en el entenderse los maestros y los discípulos ; y si acaso se halla algún maestro que entienda bien el propio uso del griego o del latín, los que le van a oír no son tan ejercitados en el uso de aquellas lenguas extrañas, que entiendan fácilmente los conceptos y palabras del maestro ; de do les procede el quedar mal alumbrados en el conocimiento de las cosas, las cuales se perciben por la luz y significación de las palabras. Demás de esto, es grande la pérdida del tiempo que se pone en el aprender lenguas tan extrañas y tan apartadas del uso popular ; de tal manera, que en menos tiempo del que se gasta en el aprender mal aquellas lenguas, se sabrían las ciencias de las cosas enseñadas en el propio lenguaje con mayor luz y facilidad, como las aprendían todas las naciones antiguas de que arriba hice mención. Y así agora, cansados los hombres de aprender lenguas extrañas con tan poco gusto, emperezan en pasar adelante a los estudios de las cosas, dándose a juegos, deleites, ganancias y cosas semejantes, que estragan la lumbre natural de la razón.

Segundo error común en el enseñar las ciencias, es el no contentarse los maestros con las cosas que particular y propiamente tocan al sujeto de cada una de ellas, sin mezclar las cosas de las unas con las de las otras, por mostrarse muy doctos en ciencias diferentes, teniendo más cuenta con su propia ostentación que con el bien y utilidad de los que aprenden.

Tercer error común en el enseñar las ciencias, es el desordenado deseo que tienen los que aprenden de llegar de presto a tomar las insignias de doctrina, que vulgarmente llaman grados, a que tienen hoy más ojo los hombres por sus particulares ambiciones y codicias, que a salir con la empresa de la verdadera doctrina ; porque de aquí nace el desear ser enseñados los hombres por compendios, sumas o sumarios, y no tener paciencia para leer lo que los varones antiguos escribieron de cada una dellas largamente ; que es lo que va destruyendo y haciendo po-

ner en olvido la lición de los antiguos escritores.

Éstos son los comunes errores que hoy día tienen estragada la verdadera y elegante doctrina. De los que cada ciencia tiene en sí particularmente, diré a vuestra majestad con la misma brevedad.

ERRORES EN LA GRAMÁTICA

El primer error en el enseñar la gramática, es no enseñar primero a los niños la gramática de su propia lengua en las escuelas donde les enseñan leer y escribir en ella, como se sabe que lo hacían los latinos y griegos en las suyas. Porque si esto se hiciese, tendrían luz de bien leer y bien escribir su lengua propia, cosa que hoy está sin entenderse; y a proporción de la gramática de su lengua, entenderían los niños fácilmente la de las extrañas, como se ve fácilmente en los que, sabida la gramática latina, se ponen a estudiar la griega.

Segundo error en la gramática, es enseñar a los niños las lenguas extrañas por gramáticas escritas en las mismas lenguas, añadiendo trabajo a trabajo, y dificultad a dificultad. Porque los mismos preceptos son de suyo muy oscuros y dificultosos de entender, y mucho más de ponellos en uso a tan flaca razón como es la de la niñez. Todo lo cual cesaría enseñándoles pocas reglas, y aquellas necesarias, escritas en la lengua vulgar, y puestos sus ejemplos en la extraña, con sus declaraciones en la propia.

Tercer error en la gramática, es hacerles tomar de memoria a los niños las reglas de gramática, fatigándoles la memoria en cosas que las han luego de olvidar, pudiéndola ejercitar con muy mayor fruto en decorar graves sentencias y dichos que les sirvan para toda la vida. Que así lo hacían los antiguos, teniendo para este efecto libros de graves sentencias y dichos célebres, que en griego llaman apoftegmas, recopilados de diversos y graves escritores; pues las reglas de la gramática, poniéndolas en uso y plática en la lición de graves escritores, se asientan en el alma sin particular memoria dellas.

Cuarto error en la gramática, es hacer traducir a los niños cosas escritas de lengua vulgar en las extrañas, habiéndose antes de hacer, al contrario, de las extrañas en la vulgar. Porque el que traduce ha de saber mejor la lengua en que traduce que la de que traduce; pues ésta se la halla ya hecha, y le basta solamente entendella bien, y la otra la ha de poner él de suyo; y así no le basta entendella bien, sino que ha menester saber usalla propiamente; porque así lo usaban los romanos, traduciendo lo griego en latín, y no lo latino en griego; y del no hacerse así hoy día, resultan dos daños grandes: el uno es el no enriquecerse la lengua propia, y el otro el perderse la elegancia y propiedad de la extraña, traduciéndola de vocablo en vocablo, y haciendo de un buen lenguaje castellano, un impropio y bárbaro latín, que es el vicio que más ha destruído la lengua latina y trasformádola en diferentes barbarismos.

. . . . . .

ERRORES EN LA FILOSOFÍA NATURAL

En la filosofía natural es grave error enseñar las cosas de la naturaleza así en común y en general, sin descender a lo particular, y especialmente a la materia del agricultura, que es una de las mejores partes de la filosofía natural, y más necesaria en el mundo, de que no se tuvieron por afrentados de tratar grandes príncipes, sabios filósofos y graves senadores, escribiendo della muchos libros en lenguas tan diferentes, como fueron la púnica, la griega y la latina, y cuya ignorancia tiene perdidos estos reinos de vuestra majestad, y disminuído su real patrimonio, cuya mayor parte consiste en lo que se paga de los frutos de la tierra; pues en tiempo de los romanos, cuando ésta se ejercitaba bien, había en España bastimentos para mantener cuatro tanto pueblo que agora es, y muchos ejércitos juntos que tenían en ella los romanos y los cartagineses; y agora, estando tan despoblada de gente y sin ejércitos, un año que falte la pone en todo estrecho.

Convendría, pues, que todos los pueblos granados tuviesen personas sabias que la enseñasen, y tradujesen de griego y de latín en castellano lo que della han escrito personas sabias en la filosofía,

y esto lo declarasen en nuestra propia lengua, para que se entendiese mejor, y con más facilidad, y en menos tiempo, y con más universal provecho. Y es cosa realmente digna de dolor, que en tanta hacienda como se gasta en las publicas escuelas no haya doctrina ninguna de tres cosas que tan necesarias son para la vida, que son : el agricultura, el arquitectura y el arte militar, habiendo tantas liciones de vanas sofisterías, las cuales, quien las sabe no sabe nada por sabellas, ni por ignorallas ignora nada el que no las sabe.

GABRIEL ALONSO DE HERRERA

Nació en Talavera de la Reina entre los años 1470 y 1480, era hijo de Lope Alonso de Herrera y de Juana González, y hermano del humanista Hernando Alonso de Herrera. Se supone que estudió en Granada y fue beneficiado en la parroquia de San Miguel de su ciudad natal. Hacia 1500 comienza una serie de viajes en el curso de los cuales recorrió casi toda España, parte de Francia, Alemania e Italia, estabilizándose de nuevo por el año 1512. Protegido por el cardenal Jiménez de Cisneros, de quien fue capellán, recibió encargo suyo de componer un tratado sobre agricultura, materia en que era muy versado como lo demuestra la *Obra de Agricultura* (llamada luego también *Agricultura General*), que en 1513 salía de las prensas de Arnao Guillén de Brocar, en Alcalá de Henares. El ilustre cardenal distribuyó gran número de ejemplares y la obra alcanzó amplia popularidad y persistente, a juzgar por las sucesivas ediciones que se hicieron aunque siempre a costa de la pureza del texto original. Herrera murió hacia 1534, sin que haya seguridad en esta fecha. La Real Academia Española ha incluído su nombre entre las autoridades idiomáticas.

BIBLIOGRAFÍA. Citada ya la primera edición de la *Obra de Agricultura*, texto utilizado para esta selección, puede agregarse, como de más fácil consulta, la que en 1818 hizo la Sociedad Económica Matritense, en 4 tomos. En ésta se incluye una noticia histórica acerca de Herrera; puede verse, además, los párrafos que le dedica don Adolfo Bonilla y San Martín en su trabajo *Un antiaristotélico del Renacimiento, Hernando Alonso de Herrera...*, publicado en la «Revue Hispanique», tomo L (1920), págs. 61-196, así como el trabajo de C. E. DUBLER, *Posibles fuentes árabes de la «Agricultura general» de Gabriel Alonso de Herrera*, en «Al-Andalus», tomo VI, 1941, pág. 135.

OBRA DE AGRICULTURA

DEL TIEMPO Y ARTE DEL PODAR

. . . . . .

Así mismo, acaece muchas veces que por querer el podador dar a la vid presto el altura que ha de llevar la hace quedar muy delgada de pie, lo cual es muy malo; por ende conviene que poco a poco crezca, porque las que son de otra manera tienen las ramas más gordas que el pie, y son como contrechas y como personas monstruosas o como grande edificio encima de flaco cimiento. Las tales son de poca fuerza y tura y de poco fructo, y muy presto se quiebran y las arrinca el viento; y porque de chiquitas lleven buena hechura debe procurar el señor de la viña que sea buen podador el que la podare los primeros cuatro o cinco años, como quien a su hijo da buen maestro o ayo, porque las vides, en especial cuando son nuevas, son muy obedientes en recebir cualquier hechura que les quisieren dar.

Así mesmo procure el podador darle tal hechura que los brazos se partan en cinco o en cuatro, a manera de cruz, y nunca en menos de tres porque igualmente cargue la vid y con igual peso de toda parte esté sobre el pie, porque lo uno son más hermosas, más firmes y más fructíferas; que las que cargan de un cabo son muy malas y por la mayor parte suelen ser cocosas, flacas y no se pueden cobrir ni del frio ni del sol, y por ende las tales se han de jarretar por bajo para que de nuevo echen algún pimpollo de onde se torne a reformar la cepa, o si en lo bajo le nasciere en lo duro algún buen sarmiento, que algunos llaman tornillo, porque con aquel la tornen a rehacer de nuevo, cortando todo lo de arriba, y esto mismo han de hacer en las vides viejas o flacas o desvariadas, para que retornen y rehagan la fuerza en lo bajo, y de allí tornen de nuevo a echar, o tumbarlas de cabeza. Y primero que el podador comience la vid dél[e] una vuelta al derredor, por-

que de un cabo le parecerá un podo y de otro se le representará otro, y habiéndolos visto bien de cada parte, sabrá cuál más le pertenece.

Así mismo, para bien podar aprovecha que hayan puesto la viña como arriba dije, distincta, cada veduño por sí, porque al tiempo del podar sepan conocer qué veduño es, que de otra manera pocas personas conocerán de qué linaje es la cepa, y estando cada uno por sí y sabiendo cuál es, sabrá qué podo le ha de dar, y aun no quieren ser todos los veduños en un tiempo podados, que unos quieren más temprano que otros, según el tiempo del brotar de cada uno dellos ; que los que brotan temprano, como son las uvas delicadas, como albillas castellanas y otras semejantes, quieren el podo más temprano que las que abotonan tarde, como son uvas más gruesas, jaenes, palominas.

Y porque acaece muchas veces que habiendo unas cepas desfrutado un año, quedan muy flacas y desustanciadas, que si el año siguiente no las aprietan mucho en el podo, o enferman o se secan, es muy bueno que sepa el podador qué veduños cargaron bien en aquel año y cuáles no, porque los unos apriete y los otros alargue.

Allende deso, el podador ha de tener dos fines o intenciones en el podar : el uno del fructo, otro de la madera que ha de nacer y otro de la madera que ha de quitar, y para esto sea el podo lo más que pudiese en lo nuevo, porque de allí produce mejor madera y fructo quitando todo lo reseco, viejo, carcomido, hormigoso, gusaniento ; y lo desvariado, digo los brazos muy largos y los retuertos y los sarmientos que nacen en lo viejo, si no fueren tales que dellos se espere rehacer aquella vid, como arriba dije, o sacar alguna punta a otro cabo, que algunos llaman mugrón ; y ha de tener el podador este aviso, que las vides que fueren muy nuevas y las viejas quieren un podo, digo que las estrechen o aprieten, las unas porque crien y las otras porque no perezcan, pues entrambas tienen poca fuerza y las que están en buena edad de juventud mejor pueden sofrir la carga.

. . . . . .

DE LOS ÁRBOLES VECEROS

Muchos árboles son veceros, mas no por su naturaleza sino o porque no les basta la virtud y sustancia de la tierra en que están a darles tanto mantenimiento, a que juntamente en un año echen rama, que llaman nudrir, y lleven fructo — desto hay experiencia que trasponiendo los tales a mejor tierra, llevan cada año más fructo que antes a veces —, o son veceros aunque estén en buena tierra. Si son muy altos de cuerpo y muy grandes, aunque sea mucha la bondad de la tierra, no puede bastar a juntamente nudrir y desfrutar ; experiencia dello que, desmochando los tales, quitándoles lo superfluo y desvariado, mayormente los ramos que suben muy altos y desvariados, a los cuales con más trabajo sube el nutrimiento y virtud, se ha visto el árbol que era vecero ser muy mejor cadañego que vecero. Falsísima es la opinión de algunos que dicen que la oliva es vecera de su cualidad y natura, que si tal fuese, en todo cabo lo sería y en toda hechura, vémoslas en unas regiones ser veceras y en otras cada año llevar fructo y mucho. Mas a esto dirán que lo hace la diferencia de la tierra, luego no es natural del árbol. ¿Qué digo?, en una misma tierra, en la misma heredad, unas son veceras y otras cadañegas. Es la causa la hechura dellas. Las muy grandes, altas, desvariadas, son las que a años llevan ; mas las enanas, paradas, redondas, cada año desfrutan, uno bien, otro mejor, si no es por culpa del tiempo, que les llueve cuando están en flor, o les hace viento, que no hay en el mundo cosa que tanto daño haga a los árboles cuando florecen, a las olivas y vides cuando cierne, y aun a los panes, como esto que he dicho, que es agua o viento recio. Pues tornando al propósito, todo árbol, en cualquier linaje que sea, es más fructífero siendo enano, recogido, que los que son altos y aun trátanse mejor ; cógese mejor la fructa, sin peligro del que coge ni daño del árbol, que ni le aporrean ni le desgarran, lo cual es en grandísima manera dañoso a la vida del árbol, que no durará tanto a la vista, a la copia del fructo y aun a la mejoría, que mientras mejor

tratado es cualquier árbol, no solamente da más fructo mas aun mejor. Pues ¿qué diré de los que de tal suerte aporrean o consienten aporrear sus olivas, que dejan más rama en el suelo que en árbol, quitándoles todo lo nuevo en que llevan el fructo y atormentando lo viejo? Sino que los tales enemigos de sus haciendas, y lo que me paresce de los árboles así tratados que aun veceros me maravillo que sean, porque les quitan en lo que han de llevar la fruta, y no en un año mas en cuatro tiene que hacer en nudrir y criar nueva rama.

Y no lo callaré, pues que aquí hace al propósito y encaja bien, que pocas veces se vio uno que mucho quisiese holgar estar rico ni medrado. Labro yo mis olivas, y poséolas un año, y trabájole todo en ellas, y por no trabajar en el coger, arriéndolas a quien por no dejar una sola acetuna (que del árbol no tiene cuidado), busca quien mejor las quebrante y aporree. Y hace bien en sacudirle, que buen dinero le cuesta, viéralo su dueño. Otros arriendan sus viñas por estarse ociosos en la plaza murmurando de unos, mintiendo de otros, ninguno dejan en su estado; difamando mujeres, jugando, renegando. Digo que arriendan sus viñas, dan la ganancia a otros y ellos vienen muertos de hambre a casa a reñir con sus mujeres, pues al que arrendó la heredad no está de balde, que por sacar della o lo que le cuesta o buena ganancia, al podar dejen hartas varas los podadores, que aunque echen a perder la viña él no cura sino que le dé harto fructo. Desta manera desmedra el señor, piérdese la heredad, y aquél gana en ella cuya no es. Todo por no trabajar, y desta manera alcanzan las heredades al señor y no el señor a las heredades, y los árboles que así se tratan en muchos años no tornan.

Pues quiero tornar al propósito que llevaba. Aquel árbol se conocerá ser vecero que estando en tal tierra que según su natura y cualidad le convenga, y siendo bien labrado, bien limpio y bien tratado, no lleva sino a años; mas esto digo que de los tales pocos serán veceros.

. . . . . .

DE LAS BERENJENAS

Común opinión del vulgo es que las berenjenas fueron traídas a estas partes por los moros, cuando de allende pasaron en España, y que las trujeron para con ellas matar los cristianos. Y yo bien pienso que los moros las trujesen de allende pues que, en cuanto yo me acuerdo, no he hallado palabra dellas en alguno de los libros latinos que antiguamente fueron escritos ni aun en los modernos; y esto hace, segund yo creo, no criarse ellas bien en las tierras frías, como es la Italia. Mas como el Aristotel, preguntando a unos y a otros, escribió aquel singular libro de los animales, como Plinio dice, así, yo, pues en los libros no he hallado cosa alguna de cómo se han de sembrar, pregunté a los más expertos hortolanos cómo se había de hacer, para que quien no lo supiera lo pueda deprender sin otro maestro. Y ésta bien así como es la más mala de todas las yerbas que he escrito, así es la más trabajosa y penosa de hacer nascer; quieren aire callente, que en lo frío no se hacen ni lo sufren, y si en lugar frío lo quieren poner, ha de ser en parte muy abrigada y hacia el sol; quieren tierra muy gruesa y muy estercolada, y para la haber de sembrar, lo cual se hace de esta manera, es el tiempo por febrero y principio de marzo: Tomen la simiente ocho o diez días antes que las hayan de sembrar, y las mañanas y noches tengan a la lumbre un puchero de agua a callentar, y tomen la simiente atada en un trapo, y esté el agua bien tibia, que lo pueda bien sofrir la mano, y métanla allí un poquito, y sáquenla, y trátenla entre las manos al calor del fuego; y esto hagan un buen rato, y tengan un pellejo de alguna oveja y callentenla u envuélvanla así en él y otros trapos calientes, y de noche pónganla entre la ropa de la cama, que esté ella callente, y en la mañana tornenla a mojar más veces en el agua tibia, y hagan ni más ni menos que la otra vez, y tornenla a envolver en sus pellejos callentes y trapos, y así la envuelvan entre los colchones de la cama o la dejen tras el fuego bien arropada, de suerte que no se refríe; y esto hagan tantos días hasta que encomience

a brotar o a apuntar la simiente, y tengan una o dos o tantas eras cuantas eras quieran sembrar hechas en un lugar muy abrigado del cierzo y yelos con alguna pared o ramada, y que esté bien esento hacia el sol, que le dé luego en saliendo y por todo el día, y cávenlas hondas cuanto un buen palmo, y sáquenle toda aquella tierra y en su lugar echen estiércol nuevo de los establos que esté callente entre sí, que vahee, y písenlo mucho de suerte que quede bien llano 7 igual, y del altor de una buena mano y más, y tengan aparejada buena tierra prieta de unos muladares viejos, que de estiércol muy podrido se haya convertido en tierra, y de aquella tierra le echen encima alto de una mano, y no lleve piedras ni guijas sino que quede muy limpia. Y en día claro, dos o tres horas del día, qu'él haya algo deshelado la tierra, echen su simiente y cubranla con el dedo o con un palillo, como quien ara o escarba, o échenle de la misma tierra encima, como quien rocía o cierne, de suerte que quede cubierto y muy poco. De día, si hiciese claro y sol, estén descubiertas las eras, y si hiciere viento y frío y las noches, estén cubiertas y abrigadas con algunas cubiertas que las pueden abrigar y defender del yelo o frío ; y si hiciere tiempo enjuto, que las hayan de regar, sea en día claro y el regar sea con un hisopo o escoba, rociándolo, y esté así descubierta la era que se embeba bien y enjugue el agua, y de noche tórnenla a cobrir ; y desque estén grandecitas, riéguenlas a pie, con el agua recién sacada si es de pozo o anoria, porque esté algo caliente, y si de río, esté algo detenida al sol para que pierda la frialdad ; y hasta que cese de helar de noche, las cubran de noche.

El trasponer sea cuando estén bonitas, esto suele ser por en fin de abril o cuasi por aquel tiempo, a tierra muy estercolada y repartida por sus eras para que se puedan regar ; y sea el trasponer en día claro y luego, desque las han puesto, las rieguen.

Muchos ponen entre las berenjenas muchos pies de albahaca o tomillo salsero o cualquier otra buena yerba oloriosa, y hacen bien porque con el buen olor de la tal yerba pierden las berenjenas grande parte de su venenosidad.

Las primeras que nascieren y las más juntas al pie dejan para simiente, y desque estas tales muy maduras, que es ya por sant Miguel cuando arrincuan las matas, córtenlas dellas y amontónenlas en algúnd lugar para que entre sí pudran algo, y dende a algunos días córtenles las cortezas, que queden mondadas, y metan las pepitas, así con su pulpa, en una era y sotiérrenlas en un cabo de la huerta, y allí podrida aquella pulpa y dende a algunos días, sáquenlas y lávenlas y quedarán solas las pepitas, y enjúguenlas y ansí las guarden. Otros las meten en una tinajuela, a que allí se pudran con otras, mas mejor es lo primero, en encomenzando a refriar el tiempo luego se toman del yelo y se paran duras y no valen nada. Luego arrinquen las matas y las echen onde se pudran para que ayuden a hacer estiércol, como dije en el principio deste cuarto libro.

Las berenjenas son una planta muy mal acomplexionada y de muy malas cualidades. Las marchitas y las que están todas cubiertas con sus capullitos no son tan malas como las que son grandes y están desnudas. Las cárdenas son mejores que las verdes ; las pepitosas son malas, que aquellos granillos son de mala digestión y mientra mayores son peores.

Antonio de Torquemada

Nacido en el reino de León, cerca de Astorga, si no en esta villa, hacia el 1505, de familia hidalga. Tenía 10 años cuando sus padres lo enviaron a Salamanca, donde debió cursar sus estudios, aunque no parece que obtuviera título alguno. Estuvo en Roma «el año treinta o treinta y uno después de los quinientos», y nada nuevo sabemos de él hasta que en 1553, al publicar sus *Coloquios satíricos*, se declara en la portada «Secretario del Illustrísimo señor don Antonio Alonso Pimentel, Conde de Benabente». No era éste su primer libro, a creer en la cita de Nicolás Antonio, quien le da por autor de *El ingenio, o juego de marro, de punta o damas*, Valencia, 1547, que nadie ha logrado ver después, y que pudo ser la primera obra publicada en España, y aun en el mundo, acerca del juego de damas. Luego, en 1564, aparecía, sin expresión del autor, el *Oliuante de Laura*, libro de caballerías, condenado en el escrutinio de la biblioteca de don Quijote «por disparatado y arrogante». Otra obra suya, de fecha incierta, es el *Tratado llamado Manual de Escribientes*, cuyo Ms. reseña y extracta ampliamente Gallardo en su *Ensayo...*, t. IV, núm. 4045. Todavía escribió más tarde su *Jardín de flores curiosas*, al que debió dar los últimos toques poco antes de morir (se supone que falleció hacia fines de 1568 o principios del inmediato), ya que el privilegio para la impresión lo solicitaron sus hijos, como «herederos de Antonio Torquemada...defuncto, vecino de la villa de Benavente».

Bibliografía. *Jardín de Flores curiosas*, Salamanca, 1570; reimpreso por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, 2.ª época, t. XIII, Madrid, 1943, con un estudio preliminar por don Agustín G. de Amezúa, cuya ed. hemos utilizado.

JARDÍN DE FLORES CURIOSAS

. . . . . .

Bernardo. — Muchas cosas acaecen en el mundo semejantes a las que habéis contado que ponen en muy grande admiración, así por ser espantosas, como por no poderse entender la causa de ellas; y de éstas es una que a mí me contaron en Bolonia, que acacció a un Juan Vázquez de Ayola, la cual averigüé acá en España ser muy gran verdad.

Luis. — Yo he oído esto muchas veces por tan cierto, que ninguna dubda ponen en ello; pero no me acuerdo bien, y así, os ruego que nos lo digáis.

Bernardo. — Yo lo diré como me lo dijeron, y dicenme que en Bolonia y en España hay grandes testimonios dello. Y fue así, que este Ayola, siendo mancebo, él y otros dos compañeros suyos españoles determinaron de irse a estudiar Derechos en aquella Universidad, donde pensaban aprovecharse, como otros muchos han hecho; y llegados a ella, no hallaban posada a donde cómodamente pudiesen estar para lo que tocaba a su estudio; y andándola buscando, toparon con unos tres o cuatro gentiles hombres bolonienses, a los cuales preguntaron si por ventura tenían noticia de alguna buena posada donde pudiesen acogerse, porque eran extranjeros y llegaban entonces de España. El uno dellos les respondió que si querían una buena casa donde posasen, que él se la haría dar sin que por ella les llevasen dineros; y entonces les señaló una casa principal y muy grande que en la mesma calle estaba cerrada, diciendo que aquella las darían, y que no tuviesen de ello dubda. Los españoles quedaron confusos, pareciéndoles que hacían escarnio dellos; pero otro de los bolonienses les dijo: «Este gentilhombre está burlando; porque sabed, señores, que aquella casa que dice, ha más de doce años que está cerrada, sin que ninguno se atreva a vivir en ella, y esto es por unas visiones y fantasmas espantables que allí se han visto y se veen muchas veces, de manera que su propio dueño la ha dejado por perdida,

y no hay persona que se atreva a quedar allí una noche.» El Ayola, oyendo lo que decía, le respondió: «Si no hay más que eso, dénos las llaves, que estos mis compañeros y yo viviremos en ella, venga lo que viniere.» Los bolonienses, viendo su determinación, le dijeron que si querían que les harían dar las llaves, y muchas gracias con ellas. Y hallándolos firmes en su determinación, se fueron con ellos adonde estaba el dueño de la casa, el cual, poniéndoles muchos temores, y viendo que se reían de lo que les decían, les abrió la casa, y aun les ayudó con algunas cosas de las necesarias para poderla habitar, y ellos buscaron lo demás que les faltaba, y así, tomaron sus aposentos, que salían a una sala principal; y una mujer de fuera de la casa les guisaba la comida, que dentro no hallaban quien se atreviese a servirlos. Todos los de Bolonia estaban a la mira de lo que sucedería a los españoles, los cuales se burlaban de ellos porque en más de treinta días ni vieron ni oyeron cosa ninguna, y tenían por muy cierto que era burla todo lo que les decían. Pero al fin de este tiempo, habiéndose acostado una noche los dos y estando durmiendo, el Ayola se quedó estudiando, y se descuidó hasta que ya era media noche; y a esta hora oyó un gran estruendo y ruido, que parecía de muchas cadenas que se meneaban, y alterándose algo, dijo entre sí: «Sin dubda ninguna, éstas deben ser las visiones que dicen haber en esta casa». Y estuvo determinado de ir a despertar a sus compañeros; y queriendo hacerlo, parecióle que parecería falta de ánimo, y que lo mejor sería que él sólo fuese a ver lo que era; y escuchando más atentamente, entendió que el ruido de las cadenas venía por la escalera principal de la casa, que salía a unos corredores frontero de la sala, y encomendándose a Dios muy de corazón, y santiguándose muchas veces, tomó una espada y una rodela, y en la otra mano el candelero con la vela encendida, y de esta manera salió y se puso en medio de la sala, porque las cadenas, aunque era grande el estruendo que hacían, parecían venir muy despacio. Y estando así, vio asomar por la puerta de la escalera una visión espantosa y que le hizo respeluzar los cabellos y erizar todo el cuerpo, porque era un cuerpo de un hombre grande, que traía solos los huesos compuestos, sin carne ninguna, como se pinta la muerte, y por las piernas y alrededor del cuerpo venía atado con aquellas cadenas que traía arrastrando; y parándose, estuvieron quedos el uno y el otro, mirándose un poco; y cobrando el Ayola algún ánimo con ver que aquella visión no se movía, la comenzó a conjurar con las mejores palabras y más sanctas que el miedo le dio lugar, para que le dijese qué era lo que quería o buscaba, y si le había menester para alguna cosa, que como él lo entendiese, no faltaría punto de todo lo que fuese en su mano. La visión puso los brazos en cruz, y mostrando agradecerle lo que le decía, parecía que se le encomendaba. Ayola le tornó a decir que si quería que fuese con ella a alguna parte, que se lo dijese; la visión bajó la cabeza y señalóle hacia la escalera por donde había venido. El Ayola le dijo: «Pues anda, comienza a caminar, que yo te seguiré adonde quieras que quisieres». Y con esto, la visión comenzó a volverse por donde había venido, llendo de mucho espacio, porque las cadenas no la dejaban andar más apriesa. Ayola la siguió; y llegando al medio de la escalera, o porque viniese algún viento, o que turbado de verse solo con tal compañía la vela topase en alguna cosa, se le mató, y entonces de creer es que su turbación y espanto sería muy mayor; pero esforzándose cuanto pudo, dijo a la visión: «Ya vees que la vela se me ha muerto; yo vuelvo a encenderla; si tu me esperas aquí, yo volveré luego». Y con esto se fue adonde el fuego estaba, y encendióla, y dio la vuelta, y halló la visión en el mesmo lugar donde la había dejado; y caminando el uno y el otro, pasaron toda la casa y llegaron a un corral, y de ahí a una huerta grande, en la cual la visión entró, y Ayola tras ella, y porque en medio estaba un pozo, temió que la visión volviendo a él le hiciese algún daño, y paróse; pero la visión, volviendo a él, le hizo señas que fuese hacia una parte de la huerta; y así, caminando ambos juntos, ya que estaban casi en medio de ella, la visión,

súbitamente desapareció. El Ayola, quedando solo, comenzó a llamarla y conjurarla, haciendo grandes protestaciones que viese si quería dél alguna cosa, que estaba aparejado para cumplirla, y que por él no quedaría ; y aunque estuvo un poco esperando, como no la pudo ver más, se volvió y despertó a sus compañeros, que estaban durmiendo, los cuales le vieron tan alterado y mudada la color, que pensaron que se le acababa la vida ; y esforzándole con darle de una conserva que comiese y a beber un poco de vino, le hicieron acostar y le preguntaron qué había. Él les contó todo lo que por él pasara, rogándoles que no dijesen cosa ninguna, porque no serían creídos. Y como estas son cosas que pueden mal encubrirse, alguno de ellos lo dijo en alguna parte, que fué causa de publicarse por toda la ciudad, de manera que vino a oídos del Gobernador, el cual quiso averiguar la verdad, y debajo de muy solemne juramento mandó al Ayola que declarase todo lo que había visto. Él lo hizo así, diciendo la verdad dello. El Gobernador le preguntó si atinaría a la parte donde la visión le había desaparecido. Ayola le dijo que sí, porque como la huerta estaba llena de hierba, él había arrancado cinco o seis puños de ella y los había dejado allí por señal. El Gobernador y otros muchos que allí estaban lo fueron a ver, y hallando un montoncillo hecho de la hierba, sin quitarse de allí, hizo venir a algunos hombres con azadones y les mandó que comenzasen a cavar para abajo, por ver si allí descubrirían algún secreto ; y no hubieron ahondado mucho, cuando encontraron una sepultura, y en ella la mesma visión con todas las señas que Ayola había declarado ; lo cual fue causa de què se le diese verdadero crédito de todo lo que había contado ; y queriendo entender qué cuerpo era aquel que con aquellas cadenas estaba allí sepultado, y con mayor estatura que ninguna de la común de los otros hombres, no se halló quien supiese dar razón dello, aunque se contaron algunos cuentos antiguos de algunos antecesores del dueño de aquella casa. El Gobernador hizo luego llevarlo y sepultarlo en una iglesia, y de allí adelante no se vieron ni oyeron más las visiones y estruendo que solían. El Ayola se volvió en España, y según me han certificado, por ser buen letrado, fue proveído de oficios reales, y no ha mucho tiempo que un hijo suyo servía regimiento de una ciudad muy principal.

. . . . . .

JUAN LUIS VIVES

Era natural de Valencia, nacido en 1492 ; muy pronto (1509) abandonó su tierra para cursar estudios en el colegio de Montaigu, de París. Tres años más tarde (1512) se trasladó a Brujas, ciudad que sólo abandonaría ya para viajes circunstanciales. Uno de ellos a París (1514), editando entonces su *Christi Jesu triumphus* y *Virginis Dei parentis ovatio*, dos de sus primeras obras. Fue preceptor de Guillermo de Croy, sobrino del señor de Chièvres, en Lovaina (1517). En 1522 concluye y saca al público la edición de *La ciudad de Dios*, de San Agustín, labor que emprendiera a instancias de Erasmo. Este mismo año falleció Nebrija y la Universidad de Alcalá brindó a Vives la cátedra que aquél dejara vacante, pero no quiso aceptarla. Al cabo de varias esperanzas frustradas, se trasladó a Londres, mereciendo la protección de Tomás More y otros personajes que facilitaron su vida. Desempeñó las funciones de preceptor de María Tudor, hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón y, asimismo, fue lector de esta reina. Obtuvo una cátedra en el colegio Corpus Christi de Oxford, y en uno de sus viajes al Continente, en 1524, contrajo matrimonio con Margarita Valldaura en Brujas. El divorcio del monarca inglés fue causa de que Vives abandonara Inglaterra para regresar a Brujas. La peste de 1529 le hizo trasladarse a París y, finalmente, a Lovaina, donde reanudó sus clases. En 1532 recibió una pensión de 150 ducados, dispensada por el emperador Carlos. Siguen dos años de mala salud y en 1536, sintiéndose mejorado, se traslada a París y continúa sus trabajos. Ya en los últimos años de su vida, pasó largas temporadas en Breda (de 1537 a 1539), en casa de la Marquesa de Cañete. Agravóse su estado en aquel último año y en mayo de 1540 fallecía en Brujas.

BIBLIOGRAFÍA. *Institutione feminae christianae*, Amberes, 1524, fue traducida al castellano por Juan Justiniano, Valencia, 1528. Reimpr. en el t. 138 de la «Colección Austral».

Introductio ad sapientiam, Lovaina, 1524.

Exercitatio linguae latinae, Basilea, 1538. Traduc. castellana de Gabriel de Antón, Alcalá, 1574, y de Coret Peris, Valencia, 1723, reimpresa ésta con el título *Diálogos*, en el t. 128 de la «Colección Austral».

DIÁLOGOS

DESPERTAR MATUTINO

BEATRIZ *(criada)*, MANUEL *y* EUSEBIO

BEATRIZ. — Jesucristo os saque del sueño de los vicios. ¡Eh, muchachos! ¿No váis a despertar hoy?

MANUEL. — No sé qué me hiere en los ojos ; veo cual si los tuviese llenos de arena.

BEATRIZ. — Desde hace mucho tiempo es ésta tu primera canción matutina. Abriré las dos hojas de las ventanas, las de madera y las de vidrio, para que a entrambos os dé en los ojos la luz de la mañana. ¡Levantaos! ¡Levantaos!

EUSEBIO. — ¿Tan temprano?

BEATRIZ. — Más cerca está el mediodía que el alba. Tú, Manuel, ¿quieres mudarte de camisa?

MANUEL. — Hoy no, que ésta está bastante limpia ; mañana me pondré otra. Dame el jubón.

BEATRIZ. — ¿Cuál? ¿El sencillo o el acolchado?

MANUEL. — El que quieras ; me da igual. Dame el sencillo para que si hoy juego a la pelota esté más ligero.

BEATRIZ. — Siempre lo mismo ; antes piensas en el juego que en la escuela.

MANUEL. — ¿Qué dices, majadera? También la escuela se llama juego (1).

BEATRIZ. — Yo no entiendo vuestros sofismas y gramatiquerías.

MANUEL. — Dame las pretinas de cuero.

BEATRIZ. — Están rotas. Toma las de seda, que así lo mandó tu ayo. ¿Y ahora? ¿Quieres los calzones y las medias porque hace calor?

MANUEL. — De ninguna manera ; dame los calzoncillos. Apriétamelos bien.

(1) En latín, *ludus* significa «escuela» y también «juego».

BEATRIZ. — ¿Cómo? ¿Tienes de paja o de manteca los brazos?

MANUEL. — No, sino que los tengo como cosidos con un hilo delgado. ¡Oh, qué agujetas me das, sin cabos y rotas!

BEATRIZ. — Acuérdate que ayer perdiste las enteras jugando a los dados.

MANUEL. — ¿Cómo lo sabes?

BEATRIZ. — Yo te acechaba por una rendija de la puerta cuando jugabas con Guzmancillo.

MANUEL.—Querida, no lo digas al ayo.

BEATRIZ. — Pues se lo diré la primera vez que me llamares fea, como sueles.

MANUEL. — ¿Y si te llamara ladrona?

BEATRIZ. — Lo que quieras ; mas no fea.

MANUEL. — Dame los zapatos.

BEATRIZ. — ¿Cuáles? ¿Los cerrados de capellada larga o los abiertos de capellada corta?

MANUEL. — Los cerrados, por el lodo.

BEATRIZ. — El lodo seco, que por otro nombre se llama polvo. Haces bien, porque en los abiertos se ha roto una correa y falta una hebilla.

MANUEL. — Pónmelos, por tu vida.

BEATRIZ. — Póntelos tú.

MANUEL. — No puedo doblarme.

BEATRIZ. — Tú con facilidad te doblarías ; mas por la pereza te es difícil. ¿Te tragaste una espada como aquel charlatán de hace cuatro días? Si ahora eres delicado, ¿qué te ocurrirá cuando seas mayor?

MANUEL. — Átalos con doble lazada, que es más elegante.

BEATRIZ. — ¡Nada menos! Al instante se desharía la lazada y te caerían los zapatos de los pies ; más vale atarlos con dos nudos o con nudo y lazada. Toma la ropilla con mangas y el ceñidor de lienzo.

MANUEL. — No me agrada éste, sino la correa de ir a cazar.

BEATRIZ. — No quiere tu madre ; ¿has de hacer siempre tu gusto? Además ayer rompiste el clavillo de la hebilla.

MANUEL. — No me lo podía quitar de otro modo. Dame el ceñidor colorado de hilo.

BEATRIZ. — Toma ; cíñete a la francesa. Péinate primero con las púas ralas; después con las espesas. Ponte el sombrero ; no te lo eches al cogote ni a los ojos, como acostumbras.

MANUEL. — Salgamos ya de aquí.

BEATRIZ. — ¿Cómo, sin lavaros las manos ni la cara?

MANUEL. — Con tu molesta curiosidad ya hubieras abrumado a un toro, cuanto más un hombre. No parece que vistes a un muchacho, sino a una novia.

BEATRIZ. — Eusebio, trae el jarro y la jofaina. Levanta un poco la mano y vierte el agua despacio, por el pico, no de golpe, que se derrame. Lávate la suciedad de los artejos de los dedos ; enjuágate la boca, gargariza, estrega bien las cejas y los párpados, así como las orejas ; toma tu toalla y sécate. ¡Válgame Dios! ¡Todo hay que advertírtelo ; no haces cosa que salga de ti!

MANUEL. — ¡Bah! ¡Eres muy importuna y odiosa!

BEATRIZ. — Y tú muy encantador y hermoso niño. Dame un beso y un abrazo. Arrodíllate delante de esta imagen del Salvador y reza el Padrenuestro y las demás oraciones diarias antes que salgas del aposento. Mira, Manuel mío, que no pienses en otra cosa cuando reces. Espera un poco ; cuelga este pañuelo de la correa para limpiarte las narices.

MANUEL. — ¿Estoy ya compuesto a tu gusto?

BEATRIZ. — Sí.

MANUEL. — Pues al mío no, porque lo estoy al tuyo. Apostaré que he gastado una hora en vestirme.

BEATRIZ. — Y aunque hubieras gastado dos. ¿A dónde habías de ir ahora? ¿Qué tienes que hacer? ¿Creo que no irás a cavar o a arar?

MANUEL. — ¡Como si me faltara qué hacer!

BEATRIZ. — ¡Oh, grande hombre, muy ocupado en hacer nada!

MANUEL. — ¿No te vas, chismosa? ¡Vete, o yo te haré ir a zapatazos y te quitaré la cofia de la cabeza!

EL TRICLINIO

ARISTIPO *y* LURCO

ARISTIPO. — ¿Por qué te levantaste tan tarde y adormilado todavía?

LURCO. — Milagro es que haya despertado hoy ; tanto comimos y bebimos ayer.

ARISTIPO. — Por lo que se ve devoraste, engulliste hasta saciarte de comida y de vino. Pero ¿en dónde cargaste la barca?

LURCO. — En el convite de casa de Escopas.

ARISTIPO. — ¿Y por qué no dices *symposion* en griego mejor que *convivium* en latín?

LURCO. — Un bocado empujaba al otro, los guisos y las salsas picantes incitaban aun al estómago más remiso, y no se saciaba el apetito.

ARISTIPO. — Cuéntamelo todo, mas con orden, de modo que con sólo oírlo me parezca que estuve allí y que casi bebí con vosotros, como aquel del bodegón de los Españoles que comió dos panes sirviéndole de vianda sólo el olor de una perdiz asada.

LURCO.—¿Quién podrá contarlo todo? Negocio más arduo es éste que haberlo comprado, haberlo aderezado y aun más que haberlo comido.

ARISTIPO. — Sentémonos bajo estos sauces junto a esta pequeña ribera, y ya que estamos ociosos, en lugar de otras cosas hablemos del convite. La hierba nos servirá de almohada. Arrímate a este olmo.

LURCO. — ¿No será dañosa la humedad de la hierba?

ARISTIPO. — ¿Qué dices, loco? ¿Humedad en los comienzos de la canícula?

LURCO. — Antes rehusaba hablar; pero ahora siento comezón por decirte todavía más de lo que preguntas; así te hablaré del anfitrión y del comedor. Bien pronto habrás de pedirme que calle, como al músico de la Arabia, que le daban un óbolo por que tañese y tres por que callara.

ARISTIPO. — Di cuanto quisieres, que no me cansarás, pues nos hemos sentado en lugar ameno. Además aquel jilguerillo te ayudará a decir o hará que digas acompasado. Será como el siervo de Cayo Graco, que acompañaba a su amo con la flauta cuando hablaba en público.

LURCO. — ¿Qué es eso de Graco?

ARISTIPO. — Cuando concluyas yo te diré cuanto quieras de Gracos, Gráculos y Gréculos.

LURCO.— Paseábamos en el Foro Trasíbulo y yo, con mayor vagar que de ordinario, cuando se unió a nosotros Escopas. Nos saludamos cordialmente, y después nuestro Escopas, con gran vehemencia, instónos a que comiésemos con él en su casa al día siguiente. Nosotros nos excusamos, dando cada cual su razón. Yo le dije que me había llamado el pretor, hombre colérico, bilioso y violento; mas él, para mostrar su magnificencia, enderezónos una larga arenga... ¿Qué más te diré? Accedimos para que no siguiera molestándonos.

ARISTIPO. — ¿Sabes por qué te convidó?

LURCO. — ¿Lo sabes tú?

ARISTIPO. — Es, en verdad, hombre rico; posee bellas cosas de plata y de oro, vestidos suntuosos, costosas alhajas de todo género. Pero he aquí que había comprado tres hermosas copas y seis bellas tazas de plata sobredorada, y, en su sentir, habría malgastado el dinero que le costaron si no hubiese convidado a algunos amigos para que las viesen y admiraran, porque juzga que esto es el mayor placer que pueden dar las riquezas, y además, su mujer estimula su prodigalidad, que ella cree magnificencia.

LURCO. — Ello es que ayer a mediodía nos juntábamos en su triclinio o comedor.

ARISTIPO. — ¿En cuál?

LURCO. — En el descubierto, fresco y entoldado. Todo estaba óptimamente aparejado, aliñado y dispuesto; nada faltaba de cuanto fuese aseo, esplendidez, lucimiento y ornato. Cuando entramos, se alegraron nuestros ojos y nuestros ánimos de tanta hermosura, amenidad y riqueza. Había un aparador lleno de vasos de todas materias, de oro, de plata, de marfil, de cristal, de vidrio, de porcelana, y los había también de materias ínfimas, de boj, de cuerno, de hueso, de estaño, de barro, en los que el primor del arte daba precio a la vil materia de que estaban formados. En las esculturas, las tallas, las pinturas, el resplandor casi deslumbraba, de tal modo estaban limpias y pulidas. Allí hubieras visto dos aguamaniles grandes de plata con los bordes dorados y el centro u ombligo también dorado, y esculpidas en él las armas de Escopas. Cada uno tenía un jarro con

pico de oro. Otro había de vidrio con labores doradas sobre un aguamanil de barro labrado en Málaga, muy bien barnizado. También se veían garrafas de todas clases y dos de plata, soberbias, para el vino generoso.

ARISTIPO. — Para mi servicio yo prefiero utensilios de vidrio o de aquel barro que llaman piedra.

LURCO. — ¡Qué hemos de hacerle! ¡Así es la condición de los hombres ; hay quien en estas cosas no tanto busca la comodidad cuanto que se le tenga por rico!

ARISTIPO. — Los más creemos que esos ricos lo son realmente, pero ellos parecen considerarse pobres porque no cesan de mostrar lo que poseen, y más cuando carecen de otras cualidades, y hasta de buen arte. Mas sigue.

LURCO. — Cubría el tablero del aparador un lindo tapiz turco como velludo. Junto a él, en dos mesas pequeñas, había tajadores de plata dispuestos para trinchar. Para cada uno de nosotros había salero, cuchillo, pan y servilleta. Bajo el aparador se veían una cantimplora y grandes frascos con vino. Abundaban los asientos, sillas, sillas dobles y una primorosa de goznes para el ama de la casa, con almohada de seda y tarima para los pies.

ARISTIPO. — Acaba de poner la mesa y de extender los manteles, que mis tripas gritan de hambre.

LURCO. — La mesa de comer era redonda, muy grande, con bellas y antiguas labores de taracea. Esta mesa fue de un príncipe.

ARISTIPO. — ¡Oh, vieja mesa, y qué dueño tienes ahora!

LURCO. — Escopas la compró en la almoneda, pagándola a precio subido, sólo por ser de quien era, y para tener algo de príncipe. Diéronnos agua para las manos y ninguno quería ser el primero, convidándonos mutuamente.

ARISTIPO. — Y lo mismo sucedió al sentarnos. Cada uno se declaró inferior a los demás, alabándolos con una cortesía llena de vanidad, porque en su interior cada cual teníase por el mejor de todos.

LURCO. — Pero el ama de la casa señaló los lugares en que habíamos de sentarnos, y un mancebo bendijo la mesa con brevedad y versos suavísimos. ¡Dígnese Cristo bendecirnos a nosotros! Cada cual desplegó su servilleta echándola sobre el hombro izquierdo y después limpió el pan con el cuchillo, aunque no había en él ni costras ni ceniza.

ARISTIPO. — ¿Estábais a gusto?

LURCO. — ¡Nunca lo estuvimos más!

ARISTIPO. — Y no dejaríais de comer bien, porque estoy persuadido de que todas las cosas os servirían con tanta abundancia cual las hubiera en el mercado.

LURCO. — Nunca, en verdad, pudo como entonces decirse que aun la abundancia es nociva. Estaba el que dirigía el servicio componiendo en la mesa tenedores y cuchillos, cuando con grande ostentación entró un refitolero al frente de lucido escuadrón de niños y de mozos, que no crecerán más, portadores de los primeros platos.

INSTRUCCIÓN DE LA MUJER CRISTIANA

CAPÍTULO IV

DE LA DOCTRINA DE LAS DONCELLAS. — QUE NO HAY QUE SOSPECHAR DE LA MUJER POR VERSADA EN LETRAS. — LA FILOSOFÍA ELEVA EL ALMA. — CONVENIENCIA DE LA CULTURA. — LAS MUJERES DOCTAS SON TAMBIÉN LAS MÁS HONESTAS. — EJEMPLOS HISTÓRICOS DE ESTA VERDAD. — LAS PAGANAS — LAS CRISTIANAS. — INFANTAS Y PRINCESAS ESPAÑOLAS SABIAS. — LAS LETRAS, MEDICINA DEL ENTENDIMIENTO. — QUIÉN DEBE SER EL AYO O MAESTRO. — DIFERENCIA ENTRE LA SABIDURÍA FEMENINA Y LA VARONIL. — DOCTRINA DE SAN PABLO

Hay algunas doncellas que no son hábiles para aprender letras ; así también hay de los hombres ; otras tienen tan buen ingenio, que parecen haber nacido para las letras, o, a lo menos, que no se les hacen dificultosas. Las primeras no se deben apremiar a que aprendan, las otras no se han de vedar,

antes se deben halagar y atraer a ello y darles ánimo a la virtud a que se inclinan.

Veo algunos tener por sospechosas a las mujeres que saben letras, pareciéndoles que es echar aceite en el fuego, dándole a ellas avisos, añadiendo sagacidad a la malicia natural que algunas tienen. Yo por mí no aprobaría ni querría ver a la mujer astuta y sagaz en mal leer en aquellos libros que abren camino a las maldades y desencaminan las virtudes y a la honestidad y bondad; pero que lea buenos libros compuestos por santos varones, los cuales pusieron tanta diligencia en enseñar a los otros a bien vivir como ellos vivieron, esto me parece, no sólo útil, mas aun necesario.

Hablando Aristóteles de chocarreros y juglares y truhanes, pregunta: ¿por qué razón nunca son buenos para nada sino para gastar su vida en vanidades y vicios? Responde el mismo filósofo, que la razón de ello es que como siempre estén puestos en fiestas y placeres y convites, y nunca oigan preceptos de filosofía que los encaminen en la vida de bien y honestamente vivir, y en su vida no hayan hecho ni visto hacer otra cosa mejor, no la saben hacer, ni se alarga su entendimiento a más de lo que aprendieron, lo cual fue todo bestial y extraño, entre voces y baraundas entre los que bailan, y saltan, y ríen, y comen, y beben, enterrados en solos vicios, sin asomar jamás por donde hubiese virtud, dejado todo cuidado de mirar quién son y para qué nacieron.

Por donde es forzoso (según dicho) que hagan el oficio que aprendieron, como que el uso sea otra naturaleza; ejemplos: no hay tierra por buena que sea, que no se haga estéril e infructuosa si le falta la mano del buen labrador; no hay árbol que no se esterilezca y tuerza sus ramos, si no hay quien le cure; no hay caballo que no cobre vicio, si no le acompaña el freno y la mano del caballero; no hay mujer buena si le falta crianza y doctrina; ni hallaréis mujer mala sino la necia, y la que no sabe y no considera cuán gran bien es la castidad, y no piensa en la maldad que hace si la pierde, ni cuán incomparable es el bien que trueca a ferias de una falsa apariencia de placer torpe, breve y luego perecedero, y no mira cuántos males trae a su casa en lanzar de sí la bondad virginal, ni examina cuán vana, cuán loca, cuán bestial cosa es el placer del cuerpo, por el cual no se debía mover un dedo de la mano, cuanto más perder el mayor y más apreciado bien que se pueda hallar en la mujer.

La doncella que por letras hubiere aprendido tener ojo a estas cosas y otras semejantes, habiendo fortalecido su alma con estos santos avisos, no temerá los combates del enemigo tentador, ni se inclinará a rendir su bondad al demonio; y si por malos de sus pecados cae, y que tantos buenos consejos, amonestaciones, reprensiones y castigos no la pudieron valer, allí podréis ver cuán perdida fuera sin ellos.

. . . . . .

Todos los daños corporales que a los mortales pueden venir, o las medicinas los sanan, o la razón los remedia, o el tiempo los cura, o la muerte los ataja; sólo el entendimiento, ofuscado en errores, depravado en malicias, corrupto en vicios, ni medicina le sana, ni razón le encamina, ni otro remedio le aprovecha, de suerte que es necesario con el tiempo remontarle a cosas arduas, antes que se abata con cosas rastreras y civiles. Esto todo bien considerado, ninguna cosa hallaremos tan necesaria para elevar el entendimiento a cosas de virtud como es el estudio de las letras, el cual en sí es cosa tan alta que arrebata el entendimiento y le ensalza el conocimiento de las cosas sobrehumanas, y no le deja abatir a cosas viles y terrenales, ni que se cebe jamás en cosa carnal, teniendo su manjar divino y espiritual dentro de sí mismo.

A esta cosa pienso yo que Palas, diosa de letras y de los ingenios, y las otras musas fueron fingidas por la antigüedad ser vírgenes; y no solamente el entendimiento dado a la sabiduría aborrecerá al vicio, es a saber: la blancura al hollín y la limpieza a la suciedad; pero se despegará de todo vano deseo de delectación, do se arriman a su bordo los livianos ánimos de las doncellas, como son bailes, cantares y otras cosas

de esta calidad, vanas, ineptas y sin fruto. Plutarco, filósofo muy señalado, dice: «La mujer inclinada a las letras, nunca se deleitará de bailar». De esto y de otras vanidades en que las doncellas de grado se ocupan, hablaremos después más por extenso en su lugar. Los libros en que la doncella o mujer ha de estudiar, en el capítulo siguiente los diremos; aquí sólo decimos que sus estudios deben ser en las letras que dan forma a la crianza y costumbres, instituyen la vida, y, finalmente, muestran a vivir sin perjuicio de nadie ni de sí misma.

Del bien hablar no tengo tanto cuidado, porque como lo mejor del habla de la doncella es que sea pura y sin ningún artificio. No tiene tanta necesidad la doncella de ser bien hablada, como de ser buena y honesta y sabia. Porque no es cosa fea a la mujer callar, y es muy feo no conocer el bien y abominable obrar el mal. Aunque por esto ni vitupero ni desalabo el bien hablar, que Quintiliano y después de él San Jerónimo loaron en Cornelia, madre de los Gracos, y en Hortensia, hija de Hortensio, sino que tengo en mucho el silencio, como más útil al vivir honesto, y mayormente adonde no es muy necesario el hablar, el cual nunca puede ser necesario a la doncella, sino cuando o el callar perjudica a su bondad o el hablar le aprovecha; y acuérdese que como los vasos vacíos resuenan mucho, así los que tienen poco en la cabeza hablan mucho. Pero esto se tratará en otras partes de esta obra más largamente, como de cosa principalmente necesaria al vivir honesto y virtuoso de la mujer.

Ahora el maestro que ha de tener la nuestra virgen; yo, por mí querría que fuese alguna mujer antes que hombres y antes su madre o tía o hermana que no alguna extraña, y cuando extranjera hubiere de ser sea conocida, y si puede ser que tenga las circunstancias siguientes, es a saber: que sea en años anciana, en vida muy limpia, en fama estimada, en seso reposada y en doctrina muy hábil; con todas estas cosas, yo la tendría en mucho; pero cuando algo hubiere de faltar de esto, no falte la buena fama y las buenas letras; y cuando ni lo uno ni lo otro se halle, búsquese con mucho cuidado algún hombre anciano, de fama, vida y doctrina probada, y si puede ser no sea soltero, sino casado, y su mujer sea harto hermosa y la quiera bien, porque de otra manera no se moverá a codiciar las otras estando bien con la suya; estas cosas no fueron para dejarse de decir; como quiera que en el criar de la doncella ninguna cosa se debe guardar tanto como la honestidad y limpieza.

Cuando le enseñaren leer, sea en buenos libros virtuosos, que toda agua no es de beber, y cuando le mostrasen a escribir, no le den materia ociosa o vana, sino alguna cosa sacada de la Sagrada Escritura o alguna sentencia de castidad, tomada de los preceptos de filosofía, la cual, escribiéndola una y muchas veces, se la imprime firmemente en la memoria; y no pierda el maestro ni la madre cuidado de tenerla de continuo debajo de las alas de doctrina y crianza, si no quieren que el ingenio de la muchacha se tome huero, y en lugar de pollo saquen duelo. Porque todas las cosas del mundo, cuando dejan de ir, no se mueven; el caminante, cuando no camina, no va adelante; la nave, mientras no navega, estando en lo alto no se llega al puerto; pero el ingenio, mientras no aprovecha en la virtud, no sólo deja de ganar tierra en el bien, mas aun la pierde tornando en el mal, y mucho más caen en esto los muchachos que los grandes, y más las mujeres que los hombres; y aun por esto dijo aquél sabio poeta Horacio, en su arte poética, que el barro, mientras es fresco se debe labrar, y no dar reposo a la rueda para hacer el vaso, y, lo que comúnmente se dice, el hierro mientras está caliente debe ser batido.

El tiempo que ha de estudiar la mujer yo no lo determino más en ella que en el hombre, sino que en el varón quiero que haya conocimiento de más cosas y más diversas, así para su provecho de él como para bien y utilidad de la república para enseñar a los otros. Pero la mujer debe estar puesta en aquella parte de doctrina que la enseñan virtuosamente vivir, y poner orden en sus costumbres y crianza y bondad de su vida, y quiero que aprenda por saber,

no por mostrar a los otros que sabe, porque es bien que calle, y entonces su virtud hablará por ella. La tierra, que tiene venas de agua, si la miran algo de lejos antes que el sol se levante, da de sí un cierto vaho o niebla ; así, la mujer que es verdaderamente sabia o virtuosa, aunque no ande publicando quién ella es, siempre hace cosas por donde quien la quisiese mirar bien, conocerá que so color de aquel callar hay virtud y bondad.

Cuando digo que la mujer no debe mostrar ni alabarse que sabe mucho, mas le diré que no debe enseñar ni tener escuela para enseñar hijos ajenos, lo cual es también reprendido por San Jerónimo, excepto si en su casa quisiese enseñar a sus hijos o hermanas, lo cual no solamente otorgo, mas aun ruego, y esto cuando tiene muy bien sabido qué es lo que enseña, porque otramente no es de otorgárselo. El Apóstol San Pablo, vaso de escogimiento, dando forma a la Iglesia de los de Corinto dice : « Las mujeres callen en la iglesia, que no les es permitido hablar, sino ser sujetas conforme al mandamiento de la ley divina, y si quieren saber algo, pregúntenlo en casa a sus maridos ». En otra parte, el mismo Apóstol escribe a Timoteo, su discípulo, en esta forma : « La mujer aprenda callando con toda sujeción ; enseñar ella, yo no permito, ni que tenga autoridad sobre el varón, sino que esté en silencio, porque es notorio que Adán fue primeramente formado que no Eva, y él no fue engañado, y ella sí, y traspasó el mandamiento de Dios. Por tanto, como la mujer sea naturalmente animal enfermo, y su juicio no esté de todas partes seguro, y pueda ser muy ligeramente engañado, según mostró nuestra madre Eva, que por muy poco se dejó embobecer y persuadir del demonio : por todos estos respectos y por otros algunos que se callan, no es bien que ella enseñe. Ítem, porque habiéndose puesto en la cabeza alguna falsa opinión, no la traspase en los auditores con la autoridad que tiene de maestra, y traiga a los otros en su mismo error, en especial que en el mal, de grado siguen los discípulos al maestro ».

ALFONSO DE VALDÉS

Supónese que nació en Cuenca, solar de su familia, hacia el 1490. A juzgar por la amistad que más tarde le uniera con Pedro Mártir de Anglería, parece verosímil que a sus lecciones debiera Valdés su formación humanística. Nada se sabe con certeza acerca de sus estudios en las aulas oficiales, donde no hay rastro de su presencia, por lo que cabe suponer que completara por esfuerzo propio la labor inicial de Anglería, rechazándose la suposición de que fuera jurisconsulto ni clérigo. Caballero cree que Valdés estuvo en Alemania el año 1516, en misión oficial. Su correspondencia con Anglería facilita los primeros documentos: en agosto de 1520 le informaba acerca de los orígenes de la Reforma; en octubre del mismo año le describe las ceremonias de la coronación imperial, y en mayo del año siguiente la Dieta de Worms es el tema de su carta. Supone Caballero que regresó a España en 1522; ya entonces figuraba en la cancillería como escribiente, a las órdenes de Gattinara. En agosto de 1524 era registrador y contrarrelator, y desde febrero de 1526, latinista oficial del Emperador. Al año inmediato se destaca como cabeza visible del movimiento erasmista en España y el 31 de marzo fecha Erasmo su primera carta para Alfonso, agradeciéndole sus buenos servicios para que cesara la oposición de que se le hacía objeto. En mayo de este mismo año, las desmandadas tropas de Barbón saquearon a Roma. Muy poco después debió escribir Valdés su *Lactancio*, aunque manuscrito, circuló tan profusamente que Castiglione, como Nuncio apostólico, hizo la oportuna reclamación, sin que el Inquisidor Manrique ni el Arzobispo de Santiago se pronunciaran en contra de la obra, cuya impresión parece que se llevó a cabo a finales de 1529. En el verano de ese año abandonó Valdés España, unido a la Corte, comenzando una larga serie de viajes que le llevaron a Piacenza, Bolonia, Mantua (abril de 1530), Inspruck y Augsburgo, donde, por haber muerto Gattinara, hubo de intentar personalmente un acuerdo entre los luteranos y Roma. Duraron las conversaciones desde mediados de junio a fines del mes siguiente y aunque las condiciones y personalidad de Valdés ganaron la simpatía de Melanchton, la intransigencia romana imposibilitó el acuerdo. En diciembre se encontraba en Colonia, siguió viajando luego por Alemania y los Países Bajos hasta 1532, que se hallaba en Ratisbona aunque no parece que desempeñara función importante en aquella Dieta. A poco recibió el nombramiento de archivero de Nápoles pero no llegó a ocupar el puesto ya que a consecuencia de la peste fallecía el 3 de octubre de 1532.

BIBLIOGRAFÍA. Aunque sin seguridad, parece que la 1.ª ed. del *Lactancio* y del *Mercurio y Carón* se hicieron juntamente, el año de 1529. Modernamente se ha reimpreso aquél en la «Colección de Clásicos Castellanos», t. 89 y el último en la misma, t. 96, precedidos ambos de sendos estudios por José F. Montesinos.

Además de estos estudios y del que el mismo autor antepone a su ed. del *Diálogo de la Lengua* de Juan de Valdés («Clásicos Castellanos», t. 86), pueden verse F. CABALLERO, *Conquenses ilustres. Alfonso y Juan de Valdés*, Madrid, 1875. — M. PELAYO, *Historia de los heterodoxos*, libro IV, cap. II. — BONILLA y SAN MARTÍN, *Erasmo en España*, en «Revue Hispanique», 1907, 17, págs. 379-548. — M. BATAILLON, *Erasmo en España*, Méjico, 1950.

DIÁLOGO DE MERCURIO Y CARÓN

Mercurio visita a su amigo Carón y le anuncia gran número de viajevos según la corrupción que en el mundo ha encontrado. Principalmente le da cuenta de la conducta de Francisco I de Francia, luego de puesto en libertad, contra el Emperador. El diálogo es interrumpido con frecuencia por gentes que van al Infierno o al Cielo.

. . . . . .

CARÓN. — ...Pero veamos primero lo que quiere dezir esta ánima que no va a passar con las otras.

ÁNIMA. — ¿Cómo, Carón? ¿Tanta sobervia has cobrado que has menester un lugarteniente para tu barca? ¿De quándo acá te vino?

CARÓN. — ¿Eres tú, por dicha, procurador de los embargos?

ÁNIMA. — ¿A qué llamas procurador de los embargos? Yo he sido más de treinta años uno de los principales del consejo de un rey muy poderoso, y tenía muchas tierras que governava.

CARÓN. — Mal podías governar a los otros si no te supiste governar a ti.

ÁNIMA. — ¿Cómo no?

CARÓN. — Porque si bien te governaras no vinieras al infierno.

ÁNIMA. — ¿Cómo, que no viniera al infierno? ¿Parécete que venir aquí es venir al infierno?

CARÓN. — A la fe, hermano, si te piensas otra cosa estás muy engañado.

ÁNIMA. — ¡O desventurado de mí! ¿Que al infierno tengo de ir?

CARÓN. — Desto ninguna dubda tengas.

ÁNIMA. — Apena te puedo creer.

CARÓN. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Cata que yo era christiano y recebí siendo niño el baptismo y después la confirmación ; confessávame y comulgávame tres o quatro vezes en el año, guardava todas las fiestas, ayunava todos los días que manda la Iglesia, y aun otros muchos por mi devoción, y las vigilias de Nuestra Señora a pan y agua ; oía cada día mi missa y hazía dezir muchas a mi costa, rezava ordinariamente las horas canónicas y otras muchas devociones, fui muchas vezes en romería y tuve muchas novenas en casas de gran devoción, rezava en las cuentas que bendixo el Papa Hadriano, dava limosna a los pobres, casé muchas huérfanas, edifiqué tres monasterios y hize infinitas otras buenas obras. Allende desto tomé una bula del Papa en que me absolvía a culpa y a pena, *in articulo mortis*. Traía siempre un hábito de la merced, al tiempo de mi muerte tomé una candela en la mano de las del Papa Hadriano, enterréme en hábito de Sant Francisco, allende de infinitas mandas pías que en mi testamento dexé. ¿Y que con todo esto aya yo agora de venir al infierno? Aína me harías perder la paciencia.

MERCURIO. — Mira, hermano, tú has contado muchas cosas buenas, mas a mi ver sabías dellas mal usar, teniendo más respecto a cumplir con tu voluntad que ni con la de Dios ni con tu oficio. Bueno es guardar las fiestas, pero no las guarda el que se quiere estar ocioso dexando de despachar los negocios que tiene a cargo, no teniendo respecto a lo que gastan y pierden aquellos a quien haze esperar por no despacharlas el día de fiesta. ¿No sabes que haziendo bien al próximo no se rompe la fiesta? Bien era ayunar como se acostumbra, y mejor ayunar a pan y agua, pero si a causa del ayuno te venía alguna mala disposición que causava dilación en los negocios que tenías a cargo, dígote de verdad que pecavas donde pensavas merecer. Bueno es oír missa, y bueno rezar las horas canónicas ; pero si mientra oías tu missa y rezavas tus horas dexavas de [oír] y despachar los que havían de negociar contigo y eras causa que se comiessen sus capas en el mesón, dígote de verdad que te valiera más no oír missa ni rezar. Si no, dime, por tu fe : ¿Tenías siempre tiempo de oír los negociantes?

ÁNIMA. — Muchas vezes me faltava.

MERCURIO. — Pues vees aí ; ¿no valiera más que mientra ensartavas aquellos salmos que tú no entendías, oyeras y despacharas los negocios que tenías a cargo?

ÁNIMA. — ¿No querías que rezasse?

MERCURIO. — Quando ovieras cumplido lo que eras por razón de tu oficio obligado, bien era que te pusiesses en oración a Dios, demandándole gracia para que a servicio suyo y bien de la repúplica pudiesses exercitar tu oficio. Mira, hermano : no ay oración más grata a Dios que cumplir su voluntad ; y sabiendo tú ser ella que se haga bien al próximo, ¿pensavas servirlo rezando, con daño del próximo? Por cierto, muy gentil oración era la tuya.

ÁNIMA. — Quanto que si a esso va, los más de los que tienen oficios públicos caen en esse pecado.

MERCURIO. — Pues créeme tú a mí que los que en él cayeren, con él se vernán al infierno. Si tanto les agrada la oración (aunque no sé si se puede llamar oración el ensartar salmos como lo hazéis), no se ocupen en la adminis-

tración de la república. Dizes después que anduviste muchas romerías y toviste muchas novenas, y entre tanto dexarías los pobres négociantes desesperados, esperando tu buelta. Dígote de verdad, que con essas tales romerías y novenas offendías muy reziamente a Dios. Cuentas que edificaste monesterios y diste muchas limosnas a pobres y que casaste muchas huérfanas. Veamos : ¿de dónde tenías dinero para ello?

ÁNIMA. — De mis rentas.

MERCURIO. — Y estas rentas, ¿cómo las oviste?

ÁNIMA. — Parte me dió el príncipe a quien servía y parte me allegué yo.

MERCURIO. — ¿Pediásselo tú al príncipe o dávatelo de su voluntad?

ÁNIMA. — Bueno estava yo si hoviera de esperar que él me lo diera. A la fe, pediaselo yo y aun, si no bastava pedírselo, importunávalo por ello, allende otras grangerías que tenía para sacárselo.

MERCURIO. — ¿Qué grangerías?

ÁNIMA. — Procurava de andar siempre a su voluntad y nunca dezirle cosa que le pesasse. Si él dezía algo en consejo, aunque fuesse muy malo, dezía yo que era lo mejor del mundo, y como yo tenía opinión de sanctidad, los otros no osavan contradezirme, especialmente siendo el príncipe de mi parte. Con esto hazía dos cosas : ganava la gracia y amor del príncipe y mucha reputación con el vulgo.

MERCURIO. — ¿Tú no veías que esso era contra Dios, dezir bien de lo malo y mal de lo bueno? ¿Nunca leíste : *Vae qui dicitis bonum malum et malum bonum*?

ÁNIMA. — Bien lo veía, pero dezían que era muy gentil arte para medrar y ganar honra en el mundo, y que la ofensa que en ello se hazía a Dios, con los ayunos, limosnas, missas, oraciones, novenas y peregrinaciones se recompensava.

MERCURIO. — ¿Quién te dezía esso?

ÁNIMA. — Mis confesores.

CARÓN. — ¿Dávasle algo?

ÁNIMA. — No de mi hazienda, pero haziales haver buenas dignidades y aun obispados.

MERCURIO. — Y aun por esso procuravan ellos de contentarte. Veamos : y para [lo que dizes que llegavas tú mismo], ¿qué arte tenías?

ÁNIMA. — De muchas maneras se allega que serían largas de contar. Quando la consciencia abre la boca, no falta por donde las riquezas entran, especialmente en los que están cabe los príncipes.

MERCURIO. — Pues veamos : ¿querías tú hazer servicio a Dios con lo que ganavas con su ofensa? ¿No sabes que el que sirve a Dios con bienes mal ganados es como el que sacrifica al hijo en presencia de su padre?

ÁNIMA. — ¡Qué sé yo! A la fe, ni en las confesiones ni en los sermones no dezían nada desso.

MERCURIO. — De manera que procurando de agradaros os embían al infierno. Dime, quando estavas enfermo, ¿pesávate mucho de morirte?

ÁNIMA. — ¿Pues no me havía de pesar?

MERCURIO. — Si tú te acordaras que aquel cuerpo no era sino una cárcel en que estabas preso y que no eras morador, sino caminante en aquel mundo, no solamente no te pesara, mas holgaras de salir dél. ¿No has leído de David que se quexava porque bivía tanto, diziendo : *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est?* Y Sant Pablo : *Infelix ego homo! Quis me liberabit de* [*corpore*] *mortis huius?* Y otra vez : *Cupio dissolvi et esse cum Christo*. Mas como tú no tenías respecto a más de aquella vida y quiçá dubdavas si havía otra y para aquella endereçavas tus buenas obras, no me maravillo que se te hiziesse de mal dexarlo.

ÁNIMA. — El diablo te lo dixo. Mas veamos : y la bula del Papa Hadriano, ¿no me ha de aprovechar?

MERCURIO. — Sé que la bula del Papa no era sino contra las penas del pulgatorio, y tú agora vienes al infierno.

ÁNIMA. — ¿Y el habitico de la Merced que traía?

[CARÓN. — *¿Cómo lo traías?*

ÁNIMA. — *Al cuello por de fuera.*]

MERCURIO. — Si como lo traías al cuello por de fuera lo traxeras en tu ánima, aprovechárate ; pero ¿de qué sirve traerlo sobre el cuerpo no teniendo alguna señal dél en el ánima?

ÁNIMA. — ¿Y los paternostes y avemarías que rezé en las cuentas del Papa Hadriano?

MERCURIO. — ¿Cómo quieres tú que te dé Dios premio por que le pidas una cosa, si procuras con tus obras lo contrario a ella? Pides a Dios que se cumpla su voluntad en la tierra como se cumple en el cielo, y tú en todas tus obras vas contra la voluntad de Dios. Pídesle que te perdone tus pecados como tú perdonas a los que te ofenden, y nunca perdonándolos tú a ellos, ¿quieres que te perdone Dios a ti? Y después quieres que la Virgen María ruegue por ti, ofendiendo tú continuamente a su hijo.

ÁNIMA. — Luego, ¿ninguna gracia da allí el Papa?

MERCURIO. — Sí, da a los que procuran con obras, quanto en ellos es, que se haga aquello que demandan a Dios.

ÁNIMA. — ¿No sería razón que nos dixesen esso?

MERCURIO. — Sí por cierto, pero harto ciego está el que no lo conosce.

ÁNIMA. — ¿Y la candela del Papa Hadriano que me pusieron en la mano quando me quise morir?

MERCURIO. — ¿Cómo querías tú que te aprovechasse muriendo sin arrepentimiento de tus pecados y con intención de tornar a ellos?

ÁNIMA. — ¿Y el hábito de San Francisco en que me mandé enterrar?

MERCURIO. — Ven acá: ¿conoscerías tú una raposa en hábito de hermitaño? ¿Y piensas que Dios no conosce un ruín aunque venga en hábito de bueno? Si tú bivieras como San Francisco, aunque no murieras en su hábito, te diera Dios el premio que dió a San Francisco, mas viviendo tú contrario a la vida de San Francisco, porque al tiempo de tu muerte te vestiesses su hábito, ¿pensavas salvarte con San Francisco? Gentil necedad era la tuya.

ÁNIMA. — Pues dizen que ninguno puede ir al infierno con el hábito de San Francisco.

MERCURIO. — Dizen la verdad, que el hábito allá en la sepoltura se queda; mas por esso el ánima no dexa de venirse al infierno.

ÁNIMA. — Y los trentanarios, oficios, missas y limosnas que se han de dezir y hazer por mí, ¿tampoco me han de aprovechar?

MERCURIO. — A los clérigos aprovecharán los dineros que para ello dexaste, que a ti poco fructo pueden hazer acá, viniendo como vienes al infierno.

ÁNIMA. — Pues haz tú agora una cosa por amor de mí: déxame tornar al mundo para que siquiera me vengue de aquellos que assí me tuvieron engañado.

MERCURIO. — Tarde acordaste, antes avrás de estar aquí penando hasta que tu cuerpo sea enterrado.

ÁNIMA. — ¿Por qué?

[CARÓN.] — Porque ninguna ánima puede passar en mi barca cuyo cuerpo no fuere enterrado, y tú toviste del tuyo tanto cuidado que, muriendo en Chipre, lo mandaste enterrar en Carmona, como si la tierra de Chipre no fuera tan buena para consumir un cuerpo como la de Carmona.

ÁNIMA. — ¿No querías que me enterrarsse en mi capilla haviendo gastado una infinidad de dineros en la sepoltura que allí tenía fecha?

MERCURIO. — Por cierto mejor fuera que tovieras cuidado de ganar el cielo, que de la tierra que havía de consumir tu cuerpo. Anda, pues, agora, malaventurada de ti, que acá serás para siempre atormentada.

. . . . . .

CARÓN. — Ven acá, ánima. ¿Dónde cobraste tanta sobervia? ¿Eres, por ventura, francés?

ÁNIMA. — Sí que soy francés.

CARÓN. — Habla passo, que es la casa baxa. ¿Qué oficio tenías?

ÁNIMA. — A lo menos no barquero, ni galeote como tú.

CARÓN. — Pues ¿qué eras?

ÁNIMA. — Secretario.

CARÓH. — ¿De algún consejo, o de quién?

ÁNIMA. — ¿Búrlaste? No, sino del Rey.

CARÓN. — ¿Del Rey? Sea mucho en hora buena. ¿Hiziste alguna cosa señalada que nos cuentes?

ÁNIMA. — Allegué en menos de diez años más de ochenta mill ducados.

CARÓN. — Hombre eras de buen recaudo.

ÁNIMA. — A la fe, sí, que buen recaudo y buena maña es menester para ello.

CARÓN —¿A qué llamas buena maña?

ÁNIMA. — ¿Piensas que te lo tengo de dezir por tus ojos vellidos? A buena fe no lo sepas si no me lo pagas bien.

CARÓN. — ¿Qué quieres que te dé?

ÁNIMA. — Que me hagas franco del passage.

CARÓN. — Soy contento.

ÁNIMA. — Daca la mano.

CARÓN. — Mas dame tú la tuya.

ÁNIMA. — No quiero.

CARÓN. — Estás tan acostumbrado de tomar que nunca que[r]rías dar, como el fraile, que se estuvo tres días en un silo por no dar la mano a los que lo querían sacar. Agora, sus, no quede por esso ; toma la mano.

ÁNIMA. — Pues está atento. Lo primero que yo hazía era dar a entender a todos que tenía tanta parte con el Rey, que hazía dél lo que yo quería y que ninguna cosa él determinava sin mí. Con esto hazía que todos los negoziantes acudiessen a mí, y a los que me davan algo hablava yo con el bonete en la mano y les dava a todas horas audiencia ; a los otros amostrava muy mala cara hasta que les sacava algo. Si vacava o se havía de proveer alguna cosa y la pedían dos o tres, a todos prometía yo de ayudar, si me prometían ellos de pagármelo, y a las vezes no hablava por ninguno, mas quando se proveían, aunque yo no hoviesse hecho nada, todavía levava por entero lo que havían prometido, dando a entender que yo lo havía hecho, y muchas vezes havía sido contrario. De manera que de quanto se proveía por mis manos, y aun a ratos por las agenas, llevava yo mi repelón. Y con esta arte, prometiendo yo a entramas partes, no se me podía[n] escapar. Allende desto, si se determinava alguna cosa en consejo en favor de alguno, luego se la hazía saber con diligencia, dándole a entender que tal y tal le havían sido contrarios y que yo solo lo havía mantenido ; siendo esto muchas vezes al contrario, que ellos lo favorecían y yo solo lo acusava.

CARÓN.—Veamos. ¿Cómo sufrían esso los del Consejo?

ÁNIMA. — Procurava yo de tenerlos discordes. Iva al uno y dezíale que el tal havía dicho tal y tal cosa contra él y que lo quería mal, encargándole que no me descubriesse, y después iva al otro y dezíale otro tanto, de manera que como yo sembrava discordia entre todos y no se osavan fiar unos de otros, cada uno procurava de agradarme por tenerme de su parte, y assí los traía a todos a mi voluntad y ninguno osava abrir la boca contra mí.

CARÓN. — Gentil manera era essa.

ÁNIMA. — Desta manera tenía yo tan tyranizada aquella corte, que unos me davan seda, otros plata, otros buenos ducados.

CARÓN. — ¿No gastavas nada?

ÁNIMA. — Muy poco ; porque yo muchas vezes comía fuera de mi casa y otras combidava a otros que me davan de comer en mi propria casa ; a otros hazía jugar comigo cosas de comer, y si ellos perdían, pagavan, y si yo, ni ellos me lo osavan pedir, ni yo me comedía a pagarlo. Pues mis criados, con mejor apetito se levantavan que no se sentavan a la mesa. Allende desto, como el Rey se fiava de mí, haziale yo firmar lo que quería, y aprovechávame muy gentilmente dello, de manera que con éstas y otras tales grangerías, ganando mucho y gastando poco, que es la verdadera alquimia, me hize muy presto rico.

CARÓN. — Essas, ¿no eran falsedades y aun traiciones : cohechar y vender humo a los negociantes y engañar a tu señor que se fiava de ti?

ÁNIMA. — ¿Qué se me dava a mí? Hiziesse yo mi provecho y fuesse como quiera.

[CARÓN. — *Dígote que tú devías ser un grandíssimo vellaco y el rey harto malaventurado si no tenía quien de tus cosas le avisasse.*

ÁNIMA. — *Bien creo que era avisado, mas bien sabía él por qué lo dissimulava*].

CARÓN. — Y al Rey, ¿heziste algún señalado servicio?

ÁNIMA. — Assí burlando ; el mayor que nunca criado hizo a su señor.

CARÓN. — Alguna gran cosa deve ser ésta.

ÁNIMA. — Sabes qué tan grande, que yo fui el primero que le aconsejasse que ofrecisse al Emperador todo lo que pidiesse por salir de prisión, y que después de salido, no cumpliese cosa alguna de lo que le hoviesse prometido, y con este mi buen consejo él quedó libre y el Emperador engañado.

CARÓN. — Aosadas, de tal consejero tan consejo.

ÁNIMA. — Y aun te prometo que el Rey no me lo tuvo en poco.

CARÓN. — Con razón.

ÁNIMA. — Pues más hize : Que desde que el Rey saliesse de España tenia ya yo concertado con el Papa y con otros potentados de Italia que juntamente con él hiziessen guerra al Emperador, como la hizieron, y allende desto trabajé de ganar de nuestra parte al Rey de Inglaterra, de manera que se concertaron el año passado de mover muy crudel guerra contra el Emperador. Y hize yo que mientras ellos se aparejavan para la guerra, por que el Emperador no la barruntasse, le embiassen como le embiaron, embaxadores para entretenerlo con la esperança de paz ; y agora nuevamente han embiado los reyes d'armas con sus carteles de desafío, para intimarle la guerra, assí que o yo me engaño, o a esta hora él es desafiado.

CARÓN. — Por cierto, grandes servicios son essos : robar los negociantes, engañar tu rey y señor, que se fiava de ti, y después desto darle consejos con que perdiesse su honra y fama para siempre.

ÁNIMA. — Mira, hermano, todo mi intento era dexar muy gran estado, y para hazerlo no tenía mejores medios que estos. No, sino sed bueno y viviréis toda vuestra vida pobre.

CARÓN. — ¿Es possible que en la corte de un príncipe christiano se sufra una pestilencia como tú?

ÁNIMA. — Antes para andar en la corte éstas y otras semejantes artes son más que necessarias, si no queréis más ser de todos burlado y menospreciado con vuestras virtudes, que con esta buena maña ser loado por buen cortesano.

CARÓN. — ¿Cómo? ¿Buen cortesano llamáis vosotros a un monstruo como tú te me has aquí representado?

ÁNIMA.—Hermano, menester es vivir como en la tierra donde hombre se halla, y pues se requiere esto para vivir en las cortes de los príncipes, no te maravilles que yo me conformasse con la costumbre. Es verdad que acordándome de quanta obligación tienen los hombres a ser perfecto cada uno en su oficio, trabajéme yo tanto de serlo en este mío, que a ninguno de los passado[s] pienso haver dexado de sobrepujar, ni a alguno de los venideros lugar para que me pueda alcançar.

CARÓN. — De manera que saliste en tu bellaquería perfecto.

ÁNIMA. — Perfectíssimo.

CARÓN. — ¿No hay leyes que castiguen tan grandes maldades?

ÁNIMA. — Sí hay, mas ¿quién osará tomarse con un privado de un príncipe? Allende desto, son cosas que se tratan secretamente, de manera que quando vengan en juizio no se pueden provar, y aunque se provassen, nunca falta alguno del mesmo oficio que tome su defensión, de suerte que por maravilla veemos castigar tales cosas, quanto que yo no lo he oído, salvo de un Turino que hizo matar Alexandro Severo con humo a las narizes.

CARÓN. — Hízolo aquel gentil ¿y no lo hazen los christianos? Mas, pues quesiste ser malo, aquí pagarás la pena de tu maldad.

MERCURIO. — ¿No te parece, Carón, que se conforma esto con lo que yo te he dicho?

CARÓN. — Assí me parece. Y teniendo los príncipes cabe sí tal gente, no me maravillo sino del mal que no hazen.

. . . . . .

CARÓN. — Mira... tú cómo se va aquella ánima por la cuesta arriba. Vamos tras ella.

MERCURIO. — Vamos.

CARÓN. — ¡Torna acá, ánima! ¿Dónde vas?

ÁNIMA. — En esso estava pensando.

CARÓN. — Sabes si me enojo.

ÁNIMA. — Darás de coces a tu barca.

CARÓN. — Espera a lo menos, mira que te quiero preguntar.

ÁNIMA. — Qué me plaze.

CARÓN. — ¿De dónde vienes?

ÁNIMA. — Del mundo.

CARÓN. — ¿Dónde vas?

ÁNIMA. — Al cielo.

CARÓN.—En hora mala ello sea. Dessa manera no passarás por mi barca.

ÁNIMA. — Assí me parece.

CARÓN. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Porque assí plugo a Jesu Christo.

CARÓN. — ¿Pues no puedo haver de ti otra cosa, a lo menos yo te ruego que me cuentes cómo viviste en el mundo, pues assí vas a gozar de tanta gloria.

ÁNIMA. — Aunque se me haze de mal detenerme en tal jornada, no quiero dexar de satisfazer tu voluntad. Has de saber que siendo mancebo, aunque naturalmente aborrecía los vicios, malas compañías me tovieron muchos años ca[u]puzado en ellos. Cuando llegué a los veinte años de mi edad, comencé a reconoscerme y a informarme qué cosa era ser christiano, y conosciendo ser la ambición muy contraria a la doctrina christiana, desde entonces determiné de dexar muchos pensamientos vanos que solía tener de adquirir muchos bienes temporales, y me comencé a burlar de algunas supersticiones que veía hazer entre christianos, mas no por esso me aparté de mis vicios acostumbrados. Quando entre en los veinte y cinco años, comencé a considerar conmigo mesmo la vida que tenía y quán mal empleava el conoscimiento que Dios me havía dado, y hize este argumento, diziendo: O esta doctrina christiana es verdadera o no; si es verdadera, ¿no es grandíssima necedad mía vivir como vivo, contrario a ella? Si es falsa, ¿para qué me quiero poner en guardar tantas cerimonias y constituciones como guardan los christianos? Luego me alumbró Dios el entendimiento, y conosciendo ser verdadera la doctrina christiana, me determiné de dexar todas las otras supersticiones y los vicios, y ponerme a seguirla según devía y mis flacas fuerças bastassen, aunque para ello no me faltaron de parientes y amigos, infinitas contrariedades; unos dezían que me tornava loco, y otros que me quería tornar fraile, y no faltava quien se burlasse de mí. Sufrílo yo todo con paciencia por amor de Jesu Christo.

CARÓN. — ¿No te metiste fraile?

ÁNIMA. — No.

CARÓN. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Porque conoscí que la vida de los frailes no se conformava con mi condición. Dezíanme que los frailes no tenían tantas ocasiones de pecar como los que allá fuera andávamos, y respondía yo que tan entera tenían la voluntad para dessear pecar en el monesterio como fuera dél, quanto más que a quien quiere ser ruín, nunca ni en algún lugar le faltan ocasiones para serlo, y aun muchas vezes caen más torpe y feamente los que más lexos se piensan apartar. Bien es verdad que una vez me quise tornar fraile, por fuir ocasiones de ambición, y fuíme a confessar con un fraile amigo mío, y quando me dixo que tanta ambición havía entrellos como por allá fuera, determinéme de no mudar hábito.

CARÓN. — ¿Tenías conversación con ellos?

ÁNIMA. — Sí, con aquellos en quien veía resplandecer la imagen de Jesu Christo.

CARÓN. — Pues ¿hezístete clérigo?

ÁNIMA. — Tampoco.

CARÓN. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Sentíame indigno de tratar tan a menudo aquel santíssimo sacramento y haziaseme de mal haver cada día de rezar tan luengas horas, pareciéndome que gastaría mucho mejor mi tiempo en procurar de entender lo que los otros rezavan y no entendían, que no ensartar psalmos y oraciones sin estar atento a ello ni entenderlos. Allende desto me dezían que no era bien dar órdenes a quien no toviesse beneficio, y sabidas las trampas y pleitos que en los beneficios ecclesiásticos havía, no quise meterme en aquel laberintho.

CARÓN. — Pues ¿qué manera de vivir tomaste?

ÁNIMA. — Caséme.

CARÓN. — En harto trabajo te pusiste.

ÁNIMA. — En trabajo se ponen los que se casan teniendo respecto a la hermosura exterior, a los bienes temporales, pero, yo, sin mirar a nada desto, escogí vna muger de mi condición, con quien viví en mucho contentamiento. Si yo quería una cosa, ella dezía que era muy contenta, y lo mesmo hazía yo quando ella quería algo.

CARÓN. — ¿Nunca reñíades?

ÁNIMA. — Alguna vez, quando el uno, por complazer al otro, no nos determinávamos en lo que havíamos de hazer.

CARÓN. — Esse reñir era tener paz.

ÁNIMA. — Assí es.

CARÓN. — ¿Fuiste en alguna romería?

ÁNIMA. — No, pareciéndome que en todas partes se dexa hallar Jesu Christo a los que de veras lo buscan, y porque veía a muchos bolver dellas más ruínes que quando partieron ; y también me parecía simpleza ir yo a buscar a Hierusalem lo que tengo dentro de mí.

CARÓN. — Dessa manera, ¿no tenías tú por buenas las peregrinaciones?

ÁNIMA. — Assí como pensava no serme a mí necessarias, assí alabava y tenía por buena la santa intención con que algunos se movían a hazerlas.

CARÓN. — ¿Oías missa?

ÁNIMA. — Los días de fiesta sin faltar alguno, y también los otros días quando no tenía que hazer.

CARÓN. — ¿Ayunavas?

ÁNIMA. — Quando me sentía bueno, ayunava todos los días que manda la Iglesia, y demás desto todas las vezes que me parecía serme el ayuno necessario a la salud del cuerpo o del ánima.

CARÓN. — Y en essos días que ayunavas por tu voluntad, ¿comías carne?

ÁNIMA. — Sí.

CARÓN. — ¿Y cómo comiendo carne ayunavas?

ÁNIMA. — ¿Por qué no? Pues que para el fin que yo lo hazía me convenía más la carne que no el pescado.

CARÓN. — ¿Rezavas?

ÁNIMA. — Continuamente.

CARÓN. — ¿Cómo es esso possible?

ÁNIMA. — En qualquier parte y en qualquier tiempo procurava de endereçar mis obras y palabras a gloria de Jesu Christo, y esto tenía por oración.

CARÓN. — ¿Nunca pedías a Dios algo?

ÁNIMA. — Pedíale perdón de mis pecados y gracia para perseverar en su servicio, conosciéndome siempre por el mayor pecador del mundo.

CARÓN. — Veamos, ¿y no era malo mentir? ¿No sabías tú que havía otros muchos en el mundo que vivían peor que tú?

ÁNIMA. — Sí, mas también conoscía que si Dios, por su infinita bondad, no me toviera de su mano, hiziera yo obras muy peores que alguno de los otros hombres, y por esto me conoscía por más pecador que todos, atribuyendo a Dios solo el bien, si en mí alguno havía.

CARÓN. — ¿Nunca pedías a Dios bienes temporales o corporales?

ÁNIMA. — No, solamente le rogava que me los diesse o me los quitasse como él conoscía cumplir a su servicio y a la salud de mi ánima.

CARÓN. — ¿Edificaste alguna iglesia o monesterio?

ÁNIMA. — No, pareciéndome que en aquello, por la mayor parte, interviene ambición, y esso que havía de gastar quería yo más repartirlo y esconderlo entre los pobres donde veía evidente necessidad, que no en otra parte.

CARÓN. — Dessa manera, poco ganavan contigo los frailes.

ÁNIMA. — Dizes verdad, aquellos en quien yo no veía necessidad y aquello que me parecía quererlo para cosas curiosas ; mas a los que veía tener dello necessidad, nunca dexava de darles de lo que tenía.

CARÓN. — ¿Estoviste en corte de algún príncipe?

ÁNIMA. — Sí, hasta que me casé.

CARÓN. — Y estando en la corte, ¿podías seguir la virtud?

ÁNIMA. — ¿Por qué no?

CARÓN. — Porque en las cortes de los príncipes siempre los virtuosos son maltratados y perseguidos.

ÁNIMA. — Dizes verdad, por la mayor parte ; mas yo acerté a vivir con un príncipe tan virtuoso, que tenía muy gran cuidado de favorecer a los que seguían la virtud, y de aquí procedía que, como en las cortes de los otros príncipes hay muchos viciosos y malos, assí en la suya havía muchos virtuosos y buenos, porque es cosa muy averiguada que qual es el príncipe tales son sus criados, y quales son los criados tal es el príncipe.

CARÓN. — Veamos, y en la corte ¿nunca hallavas contrariedades para tu propósito?

ÁNIMA. — Hartas, pero sabía yo convertirlas en ocasiones para seguir con mejor ánimo mi buen camino.

CARÓN. — ¿Cómo?

ÁNIMA. — Pongo por caso : Si veía alguno andar hambreando bienes temporales, en verlo tomava yo dello aborrecimiento ; si veía alguno que por fas z nefas allegava riquezas, tomávame desseo de dexar las que yo tenía ; si me hallava alguna vez en compañía de mugeres desonestas, tomava tanto

asco dellas, que a mí era remedio lo que a otros ponçoña. Las cosas que tocavan a mi officio exercitava como aquel que pensava ser puesto en él, no para que me aprovechasse a mí, sino para hazer bien a todos, y desta manera me parecía tener un cierto señorío sobre quantos andavan en la corte, y aun sobre el mesmo príncipe.

CARÓN. — ¿En qué passavas [el] tiempo?

ÁNIMA. — El tiempo que me sobrava después de haver cumplido con lo que a mi officio era obligado, empleava en leer buena doctrina o escrevir cosas que a mi escriviéndolas y a otros leyéndolas aprovechasen, y no por esso dexava de ser conversable a mis amigos, porque ni me toviessen por hypócrita ni pensassen que para ser los hombres buenos christianos havían de ser melancólicos.

CARÓN. — ¿No temías la muerte?

ÁNIMA. — Mucho más temía los trabajos z infortunios de la vida.

CARÓN. — ¿Deseaste alguna vez morirte?

ÁNIMA. — Siempre estava aparejado para recebir la muerte quando Dios fuesse servido de llamarme, pero sola una vez la desseé viendo morir un fraile de San Francisco con tanta alegría y contentamiento, que me tomó gana de irme tras él.

CARÓN. — ¿Cómo te havías en las enfermedades y adversidades que te venían?

ÁNIMA. — Todo lo recebía de buena voluntad, conosciendo venirme de la mano de Dios, y que no me lo embiava Él sino para mayor bien mío.

CARÓN. — ¿Qué remedio hallavas contra la sobervia?

ÁNIMA. — Acordarme que era mortal.

CARÓN. — ¿Y contra la ambición?

ÁNIMA. — Acordarme de los trabajos que passan los que más altos están subidos y quánto más cerca están de caer.

CARÓN. — ¿Nunca desseaste tener riquezas para hacer bien a muchos por amor de Dios?

ÁNIMA. — No.

CARÓN. — ¿Por qué?

ÁNIMA. — Sabía tener Dios harto cuidado de mantener sus pobres y que nunca me pidiría a mí cuenta de lo que no me oviere dado. Allende desto, conoscía el peligro a que se ponen los que dessean riquezas.

CARÓN. — ¿Qué remedio hallavas contra las malas lenguas?

ÁNIMA. — Vivir bien.

CARÓN. — ¿Cómo te havías con clérigos y frailes?

ÁNIMA. — Honrándolos como a ministros de Dios, cerrava mis orejas a sus fábulas z invenciones.

CARÓN. — ¿Confessávaste?

ÁNIMA. — Cada día me confessava a Dios, y quando quería recibir el sanctísimo sacramento, si sentía mi consciencia agravada de alguna ofenssa hecha a Dios, confessávame a un sacerdote. Allende desto me confessava una vez en el año por cumplir el mandamiento de la Iglesia.

CARÓN. — ¿Ganavas muchos jubileos z indulgencias?

ÁNIMA. — Sí, mas siempre me holgué de ir más por el camino real que de buscar atajos, y más de entrar por la puerta que de subir por la ventana, y con esta intención, mis jubileos y mis indulgencias eran procurar de seguir la doctrina de Jesu Christo, que me parecía camino tan real que no se pudiesse errar.

CARÓN. — ¿Nunca fuiste por esso reprehendido?

ÁNIMA. — Muchas vezes, mas yo les dezía: Hermanos, tomad vosotros el camino que mejor os pareciere y dexadme a mí tomar el que yo quisiere, pues vedes que no es malo.

CARÓN. — Sé que bien podías hazer lo uno y lo otro.

ÁNIMA. — Dizes verdad, mas yo tenía un propósito muy firme [de desasirme de todas las cosas y confiarme] solamente de Jesu Christo.

CARÓN. — ¿Cómo moriste?

ÁNIMA. — Sentíame un día mal dispuesto, y conosciendo en mí que se llegava la hora en que havía de ser librado de la cárcel de aquel grossero cuerpo, hize llamar al cura de mi parrochia para que me confessase y comulgasse. Hecho esto, me preguntó él si quería hazer testamento; díxele que ya lo tenía hecho. Preguntóme si quería mandar algo a su iglesia, o entre pobres y monesterios; respondíle de que me parecía

poder disponer, dexando proveídos mi muger ℰ hijos, y que no quería mostrar de hazer servicio a Dios con aquello de que yo no podía gozar. Preguntóme quántos dobles quería yo que diessen las campanas por mí y díxele que las campanas no me havían de llevar a paraíso, que hiziesse él, tañer lo que le paresciesse. Preguntóme dónde me quería enterrar, y díxele que el ánima desseava yo embiar a Jesu Christo, que del cuerpo poco cuidado tenía, que lo enterrassen si quería en un cimenterio. Preguntóme quántos enlutados quería que fuessen con mi cuerpo y quántas hachas y cirios quería que ardiessen sobre mi sepultura y quántas missas se dirían el día de mi enterramiento, y con qué cerimonias y quántos treintanarios quería que se dixessen por mi ánima. Yo le dixe: Padre, por amor de Dios que no me fatiguéis agora con estas cosas. Yo lo remito todo a vos, que lo hagáis como mejor os pareciere, porque yo en sólo Jesu Christo tengo mi confiança. Solamente os ruego que vengáis a darme la extrema unción. Díxome que si él no oviera confessado me toviera por gentil o pagano, pues tan poco caso hazía de lo que los otros tenían por principal. Yo le satisfize lo mejor que pues, y a la fin se fue medio murmurando. Quando ya la enfermedad me aquexava, echéme en la cama, rogando a todos que no estuviessen tristes, pues que yo estava muy alegre en salir de la cárcel de aquel cuerpo, y assí en ninguna manera consentí que llorassen por mí; y llamada mi muger a parte, le encomendé mucho mis hijos, y a ellos mandé que fuessen a ella siempre obedientes, y a todos generalmente estava siempre rogando y encomendando que perseverassen en aquella caridad y bondad christiana en que yo los havía puesto. Y conosciendo llegarse ya la hora de mi muerte, mandé que me truxessen la extrema unción, y aquélla recebida, me preguntaron si quería que llamassen dos religiosos que me ayudassen a bien morir. Roguéles que no se curasen dello, que pues viviendo no les había dado trabajo, tampoco se lo quería dar muriendo. Preguntáronme si quería morir en el hábito de San Francisco, y díxeles yo: Hermanos, ya sabéis quánto me guardé siempre de engañar a ninguno; ¿para qué queréis que me ponga agora en engañar a Dios? Si he vivido como San Francisco, por muy cierto tengo que Jesu Christo me dará el cielo como a San Francisco, y si mi vida no ha sido semejante a la suya, ¿qué me aprovechará dexar acá este cuerpo cubierto con hábito semejante al suyo? Era ya tarde y roguéles a todos que se fuessen a reposar, y solamente me dexassen allí un mi amigo que me leyesse lo que yo le señalasse de la Sagrada Escriptura, y principalmente el sermón que Jesu Christo hizo a sus apóstoles en la última cena, y cada palabra de aquellas me inflamava y encendía con el ferventíssimo desseo de llegar a la presencia del que aquellas palabras havía dicho. A la mañana me pusieron una candela encendida en la mano, ℰ yo, haziendo rezar aquel salmo que dixo Jesu Christo estando en la cruz, estava atento, y sentía començarme ya a salir de aquel cuerpo, y diziendo: «Jesu Christo, recibe ésta mi ánima pecadora», me salí de aquella cárcel y voime a gozar de la gloria que Jesu Christo tiene a los suyos prometida. Vees aquí que te he contado la manera de mi vida y de mi muerte. Perdóname, que no puedo detenerme más.

. . . . . .

DIÁLOGO DE LAS COSAS OCURRIDAS EN ROMA

ARGUMENTO

Un cavallero mancebo de la corte del Emperador, llamado Latancio, topó en la plaça de Valladolid con un arcidiano que venía de Roma en ábito de soldado, y entrando en Sanct Francisco, hablan sobre las cosas en Roma acaecidas. En la primera parte, muestra Latancio al Arcidiano cómo el Emperador ninguna culpa en ello tiene, y en la segunda cómo todo lo ha permitido Dios por el bien de la cristiandad.

. . . . . .

LATANCIO

Más obligados son los principes a Dios que no a los hombres, más a los sabios que no a los necios. Gentil cosa sería que un príncipe dexasse de hazer lo que deve al servicio de Dios y bien de la República por lo quel vulgo ciego podría dezir o juzgar. Haga el príncipe lo que deve, y juzguen los necios lo que quisieren. Assí juzgavan de David porque vailava delante del arca del Testamento. Ansí juzgavan de Jesu Cristo porque moría en la cruz y dezían : *alios salvos fecit, seipsum non potest salvum facere.* Assí juzgavan de los Apóstoles porque predicavan a Jesu Cristo. Así juzgan aora a los que muy de veras quieren ser cristianos, menospreciando la vanidad del mundo y siguiendo el verdadero camino de la verdad. ¿Y quién ay que pueda escusar los falsos juizios del vulgo? Antes se deve tener por muy bueno lo quel vulgo condena por malo, y por el contrario. ¿Queréislo ver? A la malicia llaman industria ; a la avaricia y ambición, grandeza de ánimo ; al maldiziente, hombre de buena conversación ; al engañador, ingenioso ; al dissimulador, mentiroso y trafagador, buen cortesano. Y por el contrario, al bueno y virtuoso llaman simple ; al que con humildad cristiana menosprecia esta vanidad del mundo y quiere seguir a Jesu Cristo, dizen que se torna loco ; al que reparte sus bienes con los que lo an menester, por amor de Dios, dizen que es pródigo ; al que no anda en tráfagos y engaños para adquirir honra y riquezas, dizen que no es para nada ; al que menosprecia las injurias por amor de Jesu Cristo, dizen que es covarde y hombre de poco ánimo, et finalmente, convertiendo las virtudes en vicios y los vicios en virtudes, a los ruines alaban y tienen por bien aventurados, y a los buenos y virtuosos llaman pobres y desastrados, y con todo esto no tienen mala vergüença de usurpar el nombre de cristianos, no teniendo ninguna señal dello.

ARCIDIANO

Bien me parece esso, aunque, para deziros la verdad, por ser vos mancebo y seglar y cortesano, sería bien dexarlo a los theólogos. Mas digo que sea como vos dezís : veamos, a lo menos, ¿no fuera razón que hecho esse insulto el Emperador castigara a los que saquearon el sacro Palacio y templo de Sanct Pedro?

LATANCIO

Cierto, mejor fuera quel Papa no rompiera la tregua ni la fe que dio a don Hugo.

ARCIDIANO

Sé que no la rompió él.

LATANCIO

¿Pues quién hizo la guerra con [los] coloneses?

ARCIDIANO

Esso hizose en nombre del Collegio, y no del Papa.

LATANCIO

No me digáis essas niñerías. ¿Cúyos eran los capitanes? ¿Cúya era la gente? ¿Quién la pagava? ¿Cúyas las banderas? ¿A quién obedecían? Essas son cosas para entre niños. Más me maravillo de quien tan gran vanidad inventa y de los Cardenales, que tal cosa consintieron se hiziesse en su nombre. Mas muy bien está, pues los ha Dios castigado.

ARCIDIANO

¿No queríades quel Papa castigasse los coloneses, pues son sus súbditos?

LATANCIO

No, pues havía dado su fe de no hazerlo, y rompía la tregua siempre que tomava las armas contra ellos, y sabía quel Emperador no lo havía de consentir, pues los coloneses también son sus súbditos, como del Papa, y es obligado, como buen Príncipe, de ampararlos y defenderlos.

ARCIDIANO

Pues veamos, ya que essa tregua se rompió, y de la una parte y de la otra se hizieron muchos males, ¿por qué el Emperador después no quiso guardar la otra tregua quel Vicerrey de Nápoles

hizo con el Papa, al tiempo que estava perdida mucha parte del reino de Nápoles, y todo el resto en manifiesto peligro de perderse?

LATANCIO

¿Cómo que no la quiso guardar? Antes os digo de verdad que en viniendo a sus manos la capitulación dessa tregua, aunque las condiciones della eran injustas y contra la honra y reputación del Emperador, luego su Majestad, sin tener respecto a lo que el Papa havía hecho con tanta deshonestidad, dando investiduras de sus reinos a quien ningún derecho tenía a ellos, cosa de que los niños se devrían aun burlar, la ratificó y aprobó, mostrando quanto desseava la amistad del Papa y estar en conformidad con él, pues quería más aceptar condiciones de concordia injusta, que seguir la justa vengança que tenía en las manos. Mas, por permissión de Dios, que tenía determinado de castigar sus ministros, la capitulación tardó tanto en llegar acá, y la ratificación en ir allá, que antes que allegasse estava ya hecho lo que se hizo en Roma. Y, cierto, si bien lo queréis considerar, ninguno tuvo la culpa sino el mismo Papa, que podiendo vivir en paz buscó la guerra, y essa tregua más la hizo por necessidad que no por virtud, quando vido la determinación con que iva a Roma el exército del Emperador. ¿Y no fuera más razón que vosotros guardárades la que hiziste con don Hugo? Haviendo ansí rompido aquélla, ¿qué se podía esperar sino que otro tanto haríades a ésta, si el exército se volvía? Y ya que vistes quel exército no se quería volver, ¿por qué no moderastes aquellas injustas condiciones que en la tregua havíades puesto, u volviérasse el exército y Roma quedara libre?

ARCIDIANO

Querían que les diesse el Papa dineros.

LATANCIO

¿Y por qué no se los dava?

ARCIDIANO

¿Mas por qué se los havía de dar, no seyendo obligado a ello?

LATANCIO

¿Cómo que no era obligado? Veamos; ¿para qué dan los cristianos al Papa las rentas que tiene?

ARCIDIANO

Para que las gaste y despenda en aquello que más bien y más provechoso sea a la República.

LATANCIO

¿Pues qué cosa pudiera ser más provechosa que hazer volver aquel exército? Claro está que aunque las cosas sucedieran como el Papa las demandava, passando aquel exército adelante no se podían escusar muertes de hombres, ni las otras malas venturas que la guerra trae consigo.

ARCIDIANO

Dezís verdad, mas ¿por qué el Emperador no paga a su exército, y será obediente a sus capitanes? Bien sé yo que no quedó por el Duque de Borbón que la tregua no se guardasse, mas el exército no le obedecía, porque no era pagado, y esto es culpa del Emperador.

LATANCIO

Si el Emperador no paga su gente, quizá lo haze porque no tiene con qué.

ARCIDIANO

Pues si no tiene con qué, ¿por qué quiere hazer guerra?

LATANCIO

Mas ¿por qué se la hazéis vosotros y le forçáis a que mantenga exército para defenderse? Sé que el Emperador en paz se estava si vosotros no le moviades guerra.

ARCIDIANO

Y aun yo os prometo que si el exército no hiziera tan estrema diligencia, que él toviera bien que hazer en defenderse, y creo yo que no le quedara oy al Emperador un palmo de tierra en toda Italia.

LATANCIO

¿Cómo?

ARCIDIANO

Tenía ya el Papa hecha otra nueva liga, muy más rezia que la primera, en que el Rey de Inglaterra también entrava, y el Papa prometía de descomulgar al Emperador y a todos los de su parte, y privarlo de los reinos de Nápoles y Sicilia y continuar contra él la guerra, hasta que por fuerça de armas le hiziesse restituir al Rey de Francia sus hijos.

LATANCIO

Gentil cosa era éssa. ¿No fuera mejor hazer volver el exército que encender otro nuevo fuego?

ARCIDIANO

Mejor; pero al fin los hombres son hombres, y no se pueden assí, todas vezes, domeñar a lo que la razón quiere. Mas venid acá: aunque en todo lo que havéis dicho tengáis la mayor razón del mundo, ¿paréceos a vos gentil cosa que con aquellos alemanes, peores que hereges, y con aquella otra canalla de españoles z italianos, que no tienen fe ni ley, aya el Emperador permitido que se destruya aquella sancta ciudad de Roma? Que mala o buena, al fin es cabeça de la cristiandad y se le debría tener otro respecto.

LATANCIO

Yo os he claramente mostrado cómo esto no se hizo por mandado ni por voluntad del Emperador, pues allende que vosotros le haviades començado a hazer guerra, quando la tregua se hizo, luego que le fue presentada, la ratificó.

ARCIDIANO

¿Por qué tenía tan mala gente en Italia, que como lobos hambrientos vinieron a destruir aquella sancta Sede apostólica?

LATANCIO

Si vosotros quisiérades estar en paz, como devríades, y no moviérades guerra contra el Emperador, pues no os pedía nada, no fuera menester que él mantoviera ni embiara essa gente en Italia. ¿Queréis vosotros que os sea lícito hazer guerra y que a nosotros no nos sea lícito defendernos? ¡Gentil manera de vivir!

ARCIDIANO

Séaos lícito, mucho en ora buena, pero no con hereges, no con infieles.

LATANCIO

Por cierto vos habláis muy mal. Porque quanto a los alemanes no os consta a vos que sean luteranos, ni aun es de creer, pues los embió el rey don Hernando, hermano del Emperador, que persigue a los luteranos. Antes, vosotros recevistes en vuestro exército los luteranos que se vinieron huyendo de Alemaña, y con ellos hizistes guerra al Emperador. Pues quanto a los españoles z italianos, que vos llamáis infieles, si el mal vivir queréis dezir que es infidelidad, ¿qué más infieles que vosotros? ¿Dónde se hallaron más vicios, ni aun tantos, ni tan públicos, ni tan sin castigo como en aquella corte romana? ¿Quién nunca hizo tantas crueldades z abhominaciones como el exército del Papa en tierra de coloneses? Si los del Emperador son infieles porque viven mal, ¿por qué no lo serán los vuestros, que viven peor? Si a vosotros os es lícito hazer guerra con gente que tenéis por infieles, ¿por qué no nos será lícito a nosotros defendernos con gente que no tenemos por infieles? ¿Qué niñería es éssa? Lo que vosotros hazéis contra el Emperador no lo hazéis contra él, sino contra su exército, y lo quel exército haze contra vosotros no lo haze el exército, sino el Emperador.

ARCIDIANO

Digo quel exército lo hiziesse sin mandado, sin consentimiento, sin voluntad del Emperador, y que su Magestad no aya tenido culpa ninguna en ello; veamos, ya que es hecho, ¿por qué no castiga los malhechores?

LATANCIO

Porque conoce ser la cosa más divina que humana y porque acostumbra a dar antes bien por mal que no mal por bien. ¡Gentil cosa sería que castigasse él a los que pusieron sus vidas por su servicio!

ARCIDIANO

Pues ya que no los quiere castigar ¿por qué se quiere más servir de gente que tan rezio y abhominable insulto ha hecho?

LATANCIO

Por dos respectos. Por evitar los daños que, andando sueltos, harían, y por resistir al fuego que vosotros encendistes. Donosa cosa sería que, passando franceses en Italia, el Emperador deshiziesse su exército.

ARCIDIANO

Ya no me queda que replicar. Cierto, en esto, vos havéis largamente cumplido lo que prometistes. Yo os confiesso que en ello estava muy engañado. Agora querría que me declarássedes las causas por qué Dios ha permitido los males que se han hecho en Roma, pues dezís que an seído para mayor bien de la cristiandad.

LATANCIO

Pues en lo primero quedáis satisfecho yo pienso, con ayuda de Dios, dexaros muy más contento en lo segundo. Mas pues agora es tarde, dexémoslo para después de comer, que oy quiero teneros por convidado.

. . . . . .

JUAN DE VALDÉS

Natural de Cuenca, debió nacer a finales del siglo XV o principios del XVI. Era hijo de don Fernando Valdés, regidor perpetuo y procurador de Cuenca en las Cortes. Desde antiguo se viene suponiendo que, al igual que su hermano Alfonso, hizo sus primeros estudios con Pedro Mártir de Anglería. Por los años 1523 a 1524 hallábase en Escalona, al servicio del marqués de Villena, formando parte de un grupo de iluminados. Se trasladó a Alcalá, donde cursó estudios que se ignoran. Allí debía estar aún en 1528, cuando Erasmo, con quien comienza a cartearse, le anima a seguir estudiando. Un año después se encontraba en Toledo con su hermano Alfonso, y de la imprenta de Miguel de Eguría salían los ejemplares de su primer libro: *Diálogo de doctrina cristiana*, que llevado a la Inquisición por sus tendencias erasmistas, fue causa de inquietud para Valdés, quien optó por ausentarse y aunque, al cabo, el dictamen fue benigno, optó por ponerse a seguro, trasladándose a Italia. En 1531 se hallaba en Roma y era gentilhombre de Clemente VII. En 1532 se dirigió al encuentro de la corte del Emperador, con ánimo de ver a su hermano Juan, pero éste había fallecido poco antes, víctima de la peste. A la muerte del Papa, en 1534, pasó a ocupar un puesto cerca del Virrey de Nápoles, incorporándose a las actividades políticas imperiales en aquella ciudad, donde adquirió considerable influencia. Allí también desarrolla su mayor actividad religiosa en un selecto grupo de místicos iluminados, entre los que destaca la poética figura de Julia Gonzaga, a quien Valdés dedica el *Alfabeto cristiano*, y en esta ciudad, por último, falleció a mediados de 1541.

BIBLIOGRAFÍA. *Diálogo de doctrina cristiana*, edic. M. Bataillon, Coimbra, 1925. — *Alfabeto cristiano*, edic. B. Croce, Bari, 1938. — *Diálogo de la lengua*, edit. por primera vez por Mayans en el t. II de los *Orígenes de la lengua española*, Madrid, 1737; en 1895 Boehmer lo reeditó en la revista *Romanische Studien*, VI, págs. 339 a 508, reproducida por Moreno Villa, sin aparato crítico, en la edic. de Madrid, 1919 (Calleja); finalmente, la edic. de José F. Montesinos en «Clásicos Castellanos», t. 86, Madrid, 1928.

Sobre Valdés, véase Boehmer, loc. cit.; Montesinos, prólogo y notas en la edic. citada; MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los Heterodoxos*, t. IV, cap. IV; M. BATAILLON: *Erasmo y España*, México, 1950, t. I, cap. VII; MONTESINOS: *Cartas inéditas de J. de Valdés...*, Madrid, 1931, «Revista de Filología Española». Anejo XIV; BONILLA Y SAN MARTÍN: *Clarorum hispanorum epistolae...*, en «Revue Hispanique», 1901, t. VII, páginas 181-308; E. CIONE: *J. de Valdés. La sua vita e il suo pensiero*, Bari, 1938; LONGHURST: *Erasmus and the Spanish Inquisition: The case of J. de Valdés*, Albuquerque, 1950.

DIÁLOGO DE LA LENGUA

. . . . . .

VALDÉS. — ¿Qué es lo que queréis?

MARCIO. — Que nos digáis lo que observáis y guardáis acerca del escrivir y hablar en vuestro romance castellano quanto al estilo.

VALDÉS. — Para deziros la verdad, muy pocas cosas observo, porque el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escrivo como hablo, solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero dezir, y dígolo quanto más llanamente me es posible, porque a mi parecer en ninguna lengua stá bien el afetación. Quanto al hacer diferencia en el alçar o abaxar el estilo, según lo que escrivo, o a quien escrivo, guardo lo mesmo que guardáis vosotros en el latín.

MARCIO. — Si acerca desto uviéssedes de aconsejar a alguno, ¿qué le diríades?

VALDÉS. — Diríale primeramente que guardasse lo que al principio dixe de los artículos, porque esto pertenece assí para el hablar bien como para el escrivir. Avisaríale más que no curasse de un *que* superfluo que muchos ponen tan continuamente, que me obligaría quitar de algunas escrituras, de una hoja, media dozena de quees superfluos.

MARCIO. — Dadnos algún exemplo para que entendamos esso.

VALDÉS. — De refrán no se me ofrece ninguno que tenga este *que* demasiado, y creo lo causa la brevidad con que stán escritos, pero, si miráis en lo que leéis, hallaréis ser verdad lo que os digo en partes semejantes que ésta : *creo que será bien hazer esto*. Adonde aquel *que* stá superfluo, porque diría mejor : *creo será bien hazer esto*.

MARCIO. — Bien me contenta esso, pero ¿qué señal ternemos para ver quándo stá superfluo y quándo no?

VALDÉS. — La mesma escritura, si la miráis con cuidado, os lo mostrará. Como también es un *de* que se pone demasiado y sin propósito ninguno, diziendo *no os he scrito, esperando de embiar*. adonde staría mejor, sin aquel *de*, dezir *esperando embiar*. Y creedme que estas superflidades no proceden sino del mucho descuido que tenemos en el scrivir en romance.

MARCIO. — Bien creo esso y bien me ha parecido essotro. Proseguid adelante.

VALDÉS.— También avisaría que conviene usar la composición del verbo con *lo* y *la, los* y *las* muy libremente, sin pensar dezir por otra manera lo que se puede dezir por aquélla.

MARCIO. — ¿Cómo se haze essa composición?

VALDÉS. — Diziendo *hablarlo* y *traerla, hablarlos* y *traerlas*.

MARCIO. — ¿Qué queréis en esto, que no os entiendo?

VALDÉS. — Que se deve usar esta composición de la manera que digo y no andar por las ramas como algunos que, por no hablar como los otros, dizen por *ponerlos, los poner* y por *traerlas, las traer*, etc. Es bien verdad que lo uno y lo otro se puede seguramente usar, pero el dezir *ponerlos* y *traerlas*, a mi parecer es más llano y más puro y aun más galano y más castellano. Débese también huir toda manera de dezir que tenga mal sonido, como es diziendo *me he de perder*, adonde, como véis, estaría mejor y más galanamente *he de perderme*. Y destas maneras de dezir hallaréis muy muchas, si miráis un poco en ellas. Hablar o escrivir de suerte que vuestra razón pueda tener dos entendimientos, en todas lenguas es muy gran falta del que habla o escrive.

CORIOLANO. — Eso mesmo enseña Quintiliano.

VALDÉS. — Assí es verdad. En este error caen especialmente los que quitan una *a* que se deve poner delante de algunos acusativos, y assí, aviendo de dezir *el varón prudente ama a la justicia*, dizen *ama la justicia*, la qual manera de hablar, como véis, puede tener dos entendimientos : o que el varón prudente ame a la justicia, o que la justicia ame al varón prudente, porque sin la *a* parece que stán todos dos nombres en un mesmo caso. También es falta poner dos partes una cabe otra de tal manera que, juntándose la una con la otra, de todas dos se haga una, porque hazen desatinar al letor.

CORIOLANO. — Para entender bien esso, es menester que nos lo mostréis por algún exemplo.

VALDÉS. — Por exemplo os puede bastar esto, que, si avéis de dezir *es bien*, no digáis *bien es*, y de otra suerte, si avéis de scrivir *es verdad*, no digáis *verdad es*, y si *es mal*, no digáis *mal es*, porque no parezcan plurales. Otros muchos os podría señalar, pero, para entender lo que digo, harto bastan éstos. Algunos ay que, por no poner a los casos sus propios artículos, hazen que a lo que scriven se puedan dar muchos entendimientos ; por tanto el que quisiere scrivir bien, deve siempre poner los artículos como tengo dicho, conviene a saber : *el* y *la* en el nominativo, *del* y *de la* en el genitivo, *al* y *a la* en el acusativo, y *lo* que es neutro, de manera que, si avéis de dezir : *Dixo la leche al vino : bien seais venido, amigo*, miréis bien a donde ponéis *la* donde *al*. ¿Entendéis bien esto?

CORIOLANO. — Largamente.

VALDÉS. — Muchos ay que, porque saben o an oido dezir que en [la] lengua latina dos negaciones afirman, pensando que hazen lo mesmo en la castellana, huyendo dellas, gastan algunas vezes el estilo, porque, si an de dezir : *No diga ninguno : déstagua no beveré*, dizen: *No diga alguno*. Ésta, como véis, es grande inadvertencia ; pues es assí que no todas las lenguas tienen unas mesmas propiedades, antes, porque cada una tiene las suyas propias, por esso se llaman propiedades, y assí como el la-

tino con dos negaciones afirma, assí también el griego con dos negaciones niega más, y esto mesmo tiene el castellano, y aun el hebreo.

PACHECO. — Si esso es pecado, yo os prometo que he pecado en él muchas veces.

VALDÉS. — Pues sabed que lo es, por tanto os guardad de caer en él.

. . . . . .

MARCIO. — Assí se hará. Proseguid en dezirnos lo que pertenece al estilo de vuestra lengua castellana.

VALDÉS. — Con deziros esto, pienso concluir este razonamiento desabrido: que todo el bien hablar castellano consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes, de tal manera que, splicando bien el conceto de vuestro ánimo y dando a entender lo que queréis dezir, de las palabras que pusiéredes en una cláusula o razón no se puede quitar ninguna sin ofender o a la sentencia della o al encarecimiento o a la elegancia.

MARCIO. — Declaradnos más esso.

VALDÉS. — Qué me plaze. Si quisiéssedes quitar algo deste refrán: *Ama a quien no te ama, y responde a quien no te llama,* con cualquier cosa que le faltasse gastaríades la sentencia que tiene. Y si deste refrán: *Quien guarda y condesa, dos vezes pone mesa,* donde lo mesmo es guardar que condesar, quitássedes el uno dellos, aunque no gastaríades la sentencia, quitaríades el encarecimiento que suelen hazer dos vocablos juntos que sinifican una mesma cosa. De la mesma manera, si deste refrán: *Qual la madre, tal la hija y tal la manta que las cobija* quitássedes el segundo *tal,* o deste: *Del monte sale quien el monte quema* quitássedes el segundo *monte.* aunque no gastaríades la sentencia ni disminuiríades el encarecimiento, estragaríades de tal manera el estilo, que las cláusulas quedavan coxas.

MARCIO. — Muy bien me parece esto. Pero dezidme, ¿tenéis por buena manera ésta destos refranes, que parece van con no sé qué consonantes?

VALDÉS. — Sí, que es buena por estas sentencillas assí breves, pero siempre aconsejaría a quien quisiesse hablar o escrivir bien que se guardasse della, porque, si no es en semejantes dichos breves, en lo demás es muy agena del estilo castellano.

MARCIO. — Pues ¿cómo ay algunos que imprimen libros en este tiempo que usan esta' manera de scrivir?

VALDÉS. — Porque también hay algunos que imprimen libros en latín que usan otras cosas muy agenas del buen estilo de la lengua latina.

MARCIO. — Tenéis razón, y en efeto es assí, que en todas las lenguas del mundo ay unos que scriven mejor, más propia y más galanamente que otros, y por esto los que quieren aprender una lengua de nuevo, devrían mucho mirar en qué libros leen, porque siempre acontece que assí como naturalmente tales son nuestras costumbres quales son las de aquellos con quien conversamos y platicamos, de la mesma manera es tal nuestro estilo quales son los libros en que leemos.

VALDÉS. — Dezís muy gran verdad.

CORIOLANO. — Pues conocéis ser esto assí, para que ayáis enteramente cumplido vuestra jornada, resta que nos digáis qué libros castellanos os parece podemos leer para hazer buen estilo, y también de quáles tenéis por bien que nos guardemos.

VALDÉS. — Demanda es más dificultosa de lo que pensáis. Ya sabéis en qué laberinto se mete el que se pone a juzgar las obras agenas.

CORIOLANO.— Vos dezís verdad quando lo que se dize es público, pero aquí estamos solos y todo puede passar.

VALDÉS. — Con condición que no me déis por autor de lo que aquí sobresto os diré, soy contento [de] deziros mi parecer acerca de los escritores. Ya sabéis que, assí como los gustos de los hombres son diversos, así también lo son los juizios, de donde viene que muchas vezes lo que uno aprueva condena otro, y lo que uno condena aprueva otro. Yo, que hago professión de star bien con todo el mundo, no querría sin propósito ofender a otros por complazer a vosotros.

MARCIO. — Seguramente podéis dezir lo que quisiéredes, que yo por todos tres prometo el secreto.

VALDÉS. — Confiando en essa promessa, digo que, como sabéis, entre lo

que stá escrito en lengua castellana principalmente ay tres suertes de scrituras, unas en metro, otras en prosa, compuestas de su primer nacimiento en lengua castellana, agora sean falsas, agora verdaderas; otras ay traduzidas de otras lenguas, especialmente de la latina. El leer en metro no lo apruevo, en castellano ni en ninguna otra lengua, para los que son aprendizes en ella.

MARCIO. — Mucho ha que yo soy dessa mesma opinión.

VALDÉS. — Pero, porque digamos de todo, digo que, de los que an escrito en metro, dan todos comunmente la palma a Juan de Mena, y a mi parecer, aunque la merezca quanto a la dotrina y alto estilo, yo no se la daría quanto al dezir propiamente ni quanto al usar propios y naturales vocablos, porque, si no m'engaño, se descuidó mucho en esta parte, a lo menos en aquellas sus *Trescientas*, en donde, quiriendo mostrarse doto, escrivió tan escuro, que no es entendido, y puso ciertos vocablos, unos que por grosseros se devrían desechar y otros que por muy latinos no se dexan entender de todos, como son *rostro jocundo, fondón del polo segundo*, y *cinge toda la sfera*, que todo esto pone en una copla, lo qual a mi ver es más scrivir mal latín que buen castellano. En las coplas de amores que stán en el *Cancionero general* me contenta harto adonde en la verdad es singularíssimo. En el mesmo *Cancionero* ay algunas coplas que tienen buen estilo, como son las de Garci Sánchez de Badajoz y las del bachiller de la Torre y las de Guevara, aunque éstas tengan mejor sentido que estilo, y las del marqués de Astorga. Y son mejores las de don Jorge Manrique que comiençan *Recuerde el alma dormida*, las quales a mi juizio son muy dinas de ser leidas y estimadas, assí por la sentencia como por el estilo. Juan del Enzina escrivió mucho, y assí tiene de todo; lo que me contenta más es la farsa de *Plácida y Vitoriano* que compuso en Roma. El estilo que tiene Torres Naharro en su *Propaladia*, aunque peca algo en las comedias, no guardando bien el decoro de las personas, me satisface mucho, porque es muy llano y sin afetación ninguna, mayormente en las comedias de *Calamita* y *Aquilana*, porque en las otras tiene de todo, y aun en éstas ay algunas cosas que se podrían dezir mejor, más casta, más clara y más llanamente.

MARCIO. — Dezidnos alguna.

VALDÉS. — En la *Aquilana* dize:

Pues ¿qués esto?
Tórnome loco tan presto
por amores d'una dama
que tarde niega su gesto
lo que promete su fama

Adonde, si no m'engaño, dixera mejor, más clara y más galanamente:

que trae scrito en su gesto
lo que publica su fama.

PACHECO. — Mejor dixera assí. Pero no se lo neguemos, que mucho ha ilustrado la lengua castellana.

VALDÉS. — No os negaré yo esso jamás, y tampoco quiero que me neguéis vos a mí que, assí como escrivía bien aquellas cosas baxas y plebeyas que passavan entre gentes con quien él más ordinariamente tratava, assí se pierde quando quiere scrivir lo que passa entre gente noble y principal, lo qual se vee largamente en la comedia *Aquilana*; pero esto no haze al caso, pues aquí no hablamos sino de lo que pertenece a la lengua. Muchas otras cosas ay escritas en metro que se podrían alabar, pero, assí porque muchas dellas no están impresas como por no ser prodixo, os diré solamente esto, que aquella comedia o farsa que llaman de *Fileno y Zambardo* me contenta.

PACHECO. — Y de Yanguas ¿qué os parece?

VALDÉS. — Que muestra bien ser latino.

PACHECO. — Esso basta, ya os entiendo.

MARCIO. — Desseo nos dixéssedes algunas señales por donde conociéssemos quáles son buenas coplas y quáles no.

VALDÉS. — Por buenas tengo las que tienen buena y clara sentencia, buenos vocablos, acomodados a ella, buen estilo, sin superfluidad de palabras y sin que aya ni una sílaba supérflua por causa del metro, ni un vocablo forçado por causa del consonante, y por malas tengo

las que no son desta manera. Y mirad que digo buena y clara sentencia, porque ay algunas cosas trobadas que al parezer dizen algo y, si las queréis esaminar bien, hallaréislas vazías de sentencia. Y porque veáis que esto es assí, escuchad este villancico que, al tiempo que yo partí de Spaña, reinava entre los músicos, y mirad cómo hallaréis en él lo que digo.

Pues que os vi, merecí veros,
que si, señora, n'os viera,
nunca veros mereciera.

MARCIO. — Quanto que a mí, bien me contenta; no sé qué mal le halláis.

VALDÉS. — Con razón os contentara si el primer verso, que dize: *Pues que os vi, merecí veros*, dixera: *Porque os vi merezco veros*, pues, como véis, la sentencia estuviera clara y amorosa; pero, estando como stá, yo no hallo que diga nada, antes me parece que contradize en los dos últimos versos lo que afirma en el primero. Desta suerte os podría dezir otros muchos, los quales nacen de personas que no van acomodando, como dixe se deve hazer, las palabras a las cosas, sino las cosas a las palabras, y assí no dizen lo que querrían, sino lo que quieren los vocablos que tienen.

PACHECO. — Por mi fe, que tenéis razón y que agora caigo en ello.

VALDÉS. — Pues las palabras o partezillas que se ponen solamente por henchir el verso o por hazer la consonancia ya vosotros podéis ver quán mal parecen. Y porque mejor lo entendáis, miradlo en esta canción, que dize:

Destas aves su nación
es cantar con alegría,
y de vellas en prisión
siento yo grave passión,
sin sentir nadie la mia.

Adonde muy impropiamente puso *su nación*, quiriendo entender su natural condición, porque respondiesse a *prisión* y *passión*. Lo mesmo veréis en esta canción:

Ninguno haga mudança
por mal que vea de sobra,
mas tenga tal esperança
que lo que razón alcança
la vida todo lo cobra.

Adonde puso *de sobra* por sobrado o demasiado, solamente por la consonancia de *cobra*. Y siendo assí que la gentileza del metro castellano consiste en que de tal manera sea metro que parezca prosa, y que lo que se scrive se diga como se diría en prosa, tengo por buenos muchos de los romances que stán en el *Cancionero general*; porque en ellos me contenta aquel su hilo de dezir que va continuado y llano, tanto que pienso que los llaman romances porque son muy castos en su romance. De las canciones me satisfazen pocas, porque en muchas veo no sé qué dezir baxo y plebeyo y no nada conforme a lo que pertenece a la canción. Algunos motes ay buenos y bien glosados. En las invenciones ay qué tomar y qué dexar, y entre las preguntas ay muchas ingeniosas. Los villancicos en su género no son de desechar. Pero advertid que, si no halláredes guardadas las reglas que aquí os he dicho, ni aun en lo que os alabo, no os maravilléis, porque avéis de pensar que parte de la culpa tiene el tiempo, que no mirava las cosas tanto por el sutil como conviene, y parte tienen los impressores, que en todo estremo son descuidados, no solamente en la ortografía, pero muchas vezes en depravar lo que no entienden.

MARCIO. — Quanto que esso, ya sabéis que también nos acontece en la lengua latina.

VALDÉS. — Lo dicho basta quanto al metro. Quanto a la prosa, digo que de los que an romancado he leído poco, porque, como entiendo el latín y el italiano, no curo de ir al romance. Desso poco que he leído, me parece aver visto dos librillos que me contentan, assí en el estilo, el qual tengo por puro castellano, como en el esprimir muy gentilmente y por muy propios vocablos castellanos lo que hallavan escrito en latín. El uno destos es *Boecio de consolación*, y porque ay dos traduciones, parad mientes que la que yo os alabo es una que tiene el metro en metro, y la prosa en prosa, y stá dirigida al conde de Ureña.

MARCIO. — ¿Cómo se llama el autor?

VALDÉS. — No me acuerdo, por mi fe, pero séos dezir que a mi ver era hombre de bivo ingenio y claro juizio.

PACHECO. — Dezidme, por vuestra fe, aunque sea fuera de propósito, porque ha muchos días que lo desseo saber, ¿qué diferencia hazéis entre ingenio y juizio?

VALDÉS. — El ingenio halla qué dezir, y el juizio escoge lo mejor de lo que el ingenio halla, y pónelo en el lugar que ha de star, de manera que de las dos partes del orador, que son invención y disposición, que quiere dezir ordenación, la primera se puede atribuir al ingenio y la segunda al juizio.

PACHECO. — ¿Creéis que puede aver alguno que tenga buen ingenio y sea falto de juizio, o tenga buen juizio y sea falto de ingenio?

VALDÉS. — Infinitos ay dessos ; y aun de los que vos conocéis y platicáis cada día, os podría señalar algunos.

PACHECO. — ¿Quál tenéis por mayor falta en un hombre, la del ingenio o la del juizio?

VALDÉS. — Si yo uviesse de scoger, más querría con mediano ingenio buen juizio, que con razonable juizio buen ingenio.

PACHECO. — ¿Por qué?

VALDÉS. — Porque hombres de grandes ingenios son los que se pierden en heregías y falsas opiniones por falta de juizio. No ay tal joya en el hombre como el buen juizio.

MARCIO. — Dexáos desso, tornad a vuestros libros y dezid quál es el otro romançado de latín que os contenta.

VALDÉS. — El *Enquiridion* de Erasmo que romançó el Arcidiano del Alcor, que a mi parecer puede competir con el latino, quanto al estilo.

MARCIO. — Si el estilo castellano no es mejor para castellano que el latíno para latino, poco hizo el que lo romançó.

VALDÉS. — No es possible que vosotros concedáis, que uno, que no sea italiano, tenga buen estilo en latín.

MARCIO. — ¿No avéis leído algún otro libro romançado que os contente?

VALDÉS. — Si lo he leído, no me acuerdo.

MARCIO. — Pues he oído dezir que el del *Pelegrino* y el del *Cortesano* están muy bien romançados.

VALDÉS. — No los he leído, Y creedme que tengo por mayor dificultad dar buen lustre a una obra traduzida de cualquier lengua que sea en la castellana, que en otra lengua ninguna.

MARCIO. — ¿Por qué?

VALDÉS. — Porque, siendo assí que la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar por metáforas, atándose el que traduze a no poner más de lo que halla escrito en la lengua que traduze, tiene grandíssima dificultad en dar al castellano la gracia y lustre que, scriviendo de su cabeça, le daría. Porque si uno traduze aquello de Terencio : *Idne estis auctores mihi?* no queriendo apartarse de la letra, avrá de dezir : ¿Desto me sois autores? y assí no s'entenderá lo que el poeta quiso dezir, pero, si, escriviendo de su cabeça, querrá dezir aquella mesma sentencia, dirá : ¿Esto me aconsejáis a mí?, y es lo mesmo que sintió el poeta, aunque se dize por otras palabras. Y de la mesma manera, si otro querrá poner en romance aquello mesmo de Terencio : *O factum bene, beasti (me)* dize : O como stá hecho bien! asme hecho bien aventurado, no hablará el propio castellano, ni esprimirá tan bien lo que el poeta quiso dezir, como si, no curando de mirar a las palabras, sino al sentido, dize : Stá lo mejor del mundo, asme dado la vida.

MARCIO. — Digo que me parece essa una cosa muy bien considerada y muy verdadera.

VALDÉS. — Plázeme que os contente.

PACHECO. — Pues yo me maravillo mucho de vos que digáis que de los libros romançados os contentan solamente essos dos, aviendo tanta muchedumbre dellos muy buenos, como son : devotos, las *Epístolas* y *Evangelios del año*, los Cartuxanos, las *Epístolas* de santa Catalina de Sena, san Juan de Climaco, las *Vidas de los Padres* que compuso san Gerónimo, y otros muy muchos y muy buenos ; y profanos como Tito Livio, César, Valerio Máximo, Quinto Curcio, y otros desta calidad.

VALDÉS. — Por ventura yo no alabo ninguno dessos porque no los he leido, por esso no os devéis maravillar, y haréis mejor en dexarme dezir. Entre los que an escrito cosas de sus cabeças comunmente se tiene por mejor estilo el del que scrivió los quatro libros de *Amadís de Gaula*, y pienso tienen razón,

bien que en muchas partes va demasiadamente afetado y en otras muy descuidado; unas vezés alça el estilo al cielo y otras lo abaxa al suelo, pero al fin, assí a los quatro libros de *Amadís*, como a los de *Palmerín* y *Primaleón*, que por cierto respeto an ganado crédito conmigo, terné y juzgaré siempre por mejores que essotros *Esplandián*, *Florisando*, *Lisuarte*, *Cavallero de la Cruz* y que (a) los otros no menos mentirosos que éstos: *Guarino mezquino*, *La linda Melosina*, *Reinaldos de Montalván* con *La Trapisonda* y *Oliveros* que es intitulado *de Castilla*, los quales demás de ser mentirosíssimos, son tan mal compuestos, assí por dezir las mentiras muy desvergonçadas, como por tener el estilo desbaratado, que no ay buen estómago que los pueda leer.

MARCIO. — ¿Avéislo vos leído?

VALDÉS. — Sí, que los he leído.

MARCIO. — ¿Todos?

VALDÉS. — Todos.

MARCIO. — ¿Cómo es possible?

VALDÉS. — Diez años, los mejores de de mi vida, que gasté en palacios y cortes, no me empleé en exercicio más virtuoso que en leer estas mentiras, en las quales tomava tanto sabor, que me comía las manos tras ellas. Y mirad qué cosa es tener el gusto estragado: que si tomava en la mano un libro de los romançados en latín, que son de historiadores verdaderos, o a lo menos que son tenidos por tales, no podía acabar conmigo de leerlos.

MARCIO. — Essa es cosa tan natural, que no nos maravillamos della.

PACHECO. — Mucho me maravillo de lo que dezís de *Amadís*, porque siempre lo he oído poner en las nubes, y por tanto querría me mostrássedes en él algunos vocablos de los que no os satisfazen, y algunos lugares adonde no os contenta el estilo, y algunas partes adonde os parece que peca en las cosas.

VALDÉS. — Larga me la levantáis.

PACHECO. — No es tan larga que no sea más largo el día de aquí a que sea hora de irnos a Nápoles.

VALDÉS. — Pues assí lo queréis, sin sallir de los dos primeros capítulos os mostraré todo lo que pedís. Quanto a los vocablos, no me plaze que dize *estando en aquel solaz*, por estando en aquel plazer o regozijo. Tanpoco me contenta dezir: *quando vio ser sazón*, por quando vio ser tiempo; mejor lo usa en otra parte, diziendo: *a aquella sazón*. Y mucho menos me satisfaze donde dize: *en vos dexo toda mi hazienda*, por todo lo que me toca. No me suena bien *viniera* por avía venido, ni *passara* por avía passado. ¿Tengo razón?

PACHECO. — No mucha.

VALDÉS. — ¿Por qué?

PACHECO. — Porque si essos vocablos se usavan en Castilla en el tiempo que él escrivió, o, si ya que no se ussasen estonces, se usaron en algún tiempo, el autor del libro tuvo más razón en usarlos para acomodar su escritura a lo que en su tiempo se hablava, o por querer mostrar el antigüedad de lo que scrivía, que vos tenéis en reprehendérselos.

VALDÉS. — Y si quiero dezir que no son imitables para este tiempo, ¿terné razón?

PACHECO. — Sí, que la terméis, pero con tanto que no le reprehendáis que los aya usado en su historia.

. . . . . .

VALDÉS. — Pues si discurriéssemos por el libro adelante, os mostraría maravillas; pero por la víspera podéis sacar el disanto, y por la muestra podréis juzgar de la color del paño. Esto he dicho contra mi voluntad, por satisfazeros a lo mucho que dixistes os maravillávades de lo que me oíades dezir del libro de *Amadís*, y no porque me huelgo de dezir mal ni de reprehender lo que otros hazen. Y vosotros, señores, pensad que, aunque he dicho esto de *Amadís*, también digo tiene muchas y muy buenas cosas, y que es muy dino de ser leído de los que quieren aprender la lengua; pero entended, que no todo lo que en él halláredes lo avéis de tener y usar por bueno.

MARCIO. — Assí lo entendemos. Y dezídnos si de los que an escrito las historias de los reyes de Spaña, tenéis algunas que tengan buen estilo.

VALDÉS. — Para deziros verdad, ninguno de los que he visto me satisfaze tanto que osasse alabároslo enteramente. Mosén Diego de Valera, el que scrivió la *Valeriana*, es gran hablistán, y aunque al parecer lleva buena manera de

dezir, para mi gusto no me satisfaze, y téngolo por gran parabolano. Del mesmo autor creo sea parte de la corónica del rey don Juan, segundo deste nombre, en la qual, como ay diversos estilos, no puede hombre juzgar bien de toda la obra; pero, a mi ver, se puede leer para lo que pertenece a la lengua después de *Amadís de Gaula*, *Palmerín* y *Primaleón*.

PACHECO. — Maravíllome de vos que tratéis tan mal a Mosén Diego de Valera, siendo de vuestra tierra, y aviendo escrito muchas y muy buenas cosas en castellano; yo no sé por qué lo llamáis hablistán y parabolano.

VALDÉS. — Que sea de mi tierra o no, esto importa poco, pues, quanto a mí, aquél es de mi tierra, cuyas virtudes y suficiencia me contentan, si bien sea nacido y criado en Polonia. Y avéis de saber que llamo hablistán a Mosén Diego porque, por ser amigo de hablar, en lo que scrive pone algunas cosas fuera de propósito y que pudiera passar sin ellas, y llámolo parabolano porque entre algunas verdades, os mezcla tantas cosas que nunca fueron y os la quiere vender por averiguadas, que os haze dubdar de las otras. Como será dezir que el conduto de agua que stá en Segovia, que llaman Puente, fue hecho por Hispán, sobrino de Hércoles, aviéndolo hecho los romanos, como consta por algunas letras que el día de oy en ella se veen, y también que los de la Coruña, mirando en su espejo de la Torre, vían venir el armada de los Almonidas y que, porque venía enramada, creyendo que fuesse isla nuevamente descubierta, no se apercibieron para defenderse, y assí fueron tomados. Destas cosas dize tantas, que con mucha razón lo he llamado parabolano. Y si lo quisiesse alguno disculpar diziendo que estas cosas (esse) no las inventó él de su cabeça, sino las halló assí escritas por otros, en tal caso, dexaré de llamarle parabolano y llamarlo he inconsiderado, pues es assí, que la prudencia del que scrive consiste en saber aprovecharse de lo que ha leído, de tal manera, que tome lo que ha de tomar y dexe lo que ha de dexar, y el que no haze esto, muestra que tiene poco juizio, y, en mi opinión tanto, pierde todo el crédito.

PACHECO. — Abasta harto; por lo mío, llamadlo como quisiéredes.

MARCIO. — ¿Qué decís de *Celestina*? Pues vos mucho su amigo soléis ser.

VALDÉS. — *Celestina*, me contenta el ingenio del autor que la començó, y no tanto el del que la acabó; el juizio de todos me satisfaze mucho porque sprimieron a mi ver muy bien y con mucha destreza las naturales condiciones de las personas que introduxeron en su tragicomedia, guardando el decoro dellas desde el principio hasta la fin.

MARCIO. — ¿Quáles personas os parecen que stán mejor esprimidas?

VALDÉS. — La de Celestina stá a mi ver perfetíssima en todo quanto pertenece a una fina alcahueta, y las de Sempronio y Parmeno; la de Calisto no está mal, y la de Melibea pudiera estar mejor.

MARCIO. — ¿Adonde?

VALDÉS. — Adonde se deca muy presto vencer, no solamente a amar, pero a gozar del deshonesto fruto del amor.

MARCIO. — Tenéis razón.

PACHECO. — Dexáos agora, por vuestra vida, de hazer anatomía de la pobre Celestina, basta que la hizieron los moços de Calisto. Dezidnos qué os parece del estilo.

VALDÉS. — El estilo, en la verdad, va bien acomodado a las personas que hablan. Es verdad que peca en dos cosas, las quales facilmente se podrían remediar, y quien las remediasse, le haría gran honra. La una es en el amontonar de vocablos algunas vezes tan fuera de propósito como *Magnificat* a maitines; la otra es en que pone algunos vocablos tan latinos que no s'entienden en el castellano, y en partes adonde podría poner propios castellanos, que los ay. Corregidas estas dos cosas en *Celestina*, soy de opinión que ningún libro ay escrito en castellano donde la lengua sté más natural, más propia ni más elegante.

MARCIO. — ¿Por qué vos no tomáis un poco de trabajo y hazéis esso?

VALDÉS. — Demás estava.

MARCIO. — Del libro de *Questión de Amor*, ¿qué os parece?

VALDÉS. — Muy bien la invención, y muy galanos los primores que ay en él, y lo que toca a la questión no stá

mal tratado por la una parte y por la otra. El estilo, en quanto toca a la prosa, no es malo, pudiera bien ser mejor; en quanto toca al metro, no me contenta.

MARCIO. — Y de *Cárcel de Amor*, ¿qué me dezís?

VALDÉS. — El estilo desse me parece mejor. Pero todos essos librillos, como están escritos sin el cuidado y miramiento necessario, tienen algunas faltas, por donde no se pueden alabar como alabaréis entre los griegos a Demóstenes, a Xenofón, a Isócrates, a Plutarco, a Luciano, y assi a otros príncipes de la lengua, y en latín a Cicerón, a César, a Salustio, a Terencio, a otros, que como escrivieron con cuidado se vee en ellos la natural propiedad y puridad de la lengua. Y de star los libros españoles escritos con descuido, viene que casi todos los vocablos que la lengua castellana tiene de la latina, unos están corrompidos, quál más quál menos, otros están mal usados, porque, como no an andado escritos de personas dotas y curiosas en lo que avían de dezir, sino de mano en mano o, por mejor dezir, de boca en boca, poco a poco se an ido corrompiendo, de manera que ay ya muchos que no se dexan conocer de ninguna manera, y ay otros que con mucha dificultad y casi por rastro los sacáis, y ay otros que, aunque os parece conocerlos, no acabáis de caer en quien son, tanto están desfigurados. ¿Queréis que os diga una cosa que os parecerá estraña? Tengo por averiguado que, si los vocablos que la lengua castellana tiene tomados de la latina los escriviesse y pronunciasse enteramente, apenas avría latino que no entendiesse cualquier libro escrito en castellano, y apenas avría castellano que no entendiesse lo más de cualquier libro latino. Pero la corrupción de los vocablos ha sido tanta y tan grande, que sólo por esto ay algunos que contra toda razón porfían que la lengua toscana tiene más de la latina que la castellana.

HERNÁN PÉREZ DE OLIVA

Nacido en Córdoba hacia el año 1494, estudió, como él mismo refiere en el *Razonamiento que hizo en Salamanca...*, en la Universidad de esta ciudad, pasó luego a la de Alcalá, donde permaneció un año oyendo clases. Trasladóse entonces a París, siendo oyente otros dos años; de aquí se fue a Roma, con un tío suyo, servidor de León X, obteniendo de este Pontífice una pensión de la que disfrutó tres años. Regresó a París, dedicándose a la enseñanza de «diversas liciones, entre ellas, las Éticas de Aristóteles», por espacio de otros tres años. Vuelto a España, al cabo de «tres mil leguas de camino», como cuidó de consignar en el dicho *Razonamiento*, leyó en Salamanca Geometría, Cosmografía, Arquitectura y Perspectiva, y al opositar a la cátedra de Filosofía, redactó el *Razonamiento* a que venimos refiriéndonos, principal fuente biográfica de este autor. En 1529 fue designado Rector de la Universidad salmantina, falleciendo dos años más tarde (1531). Publicamos íntegro el texto de su obra más famosa: el *Diálogo de la dignidad del hombre.*

BIBLIOGRAFÍA. Los *Diálogos*, fueron impresos con sus *Obras*, editadas por Ambrosio de Morales, sobrino de Pérez de Oliva, Salamanca, 1585. El más notable y difundido, *Diálogo de la dignidad del hombre*, que hoy reproducimos, fue continuado por Cervantes de Salazar, y traducido al italiano y al francés. Incluído en el t. LXV de la «Biblioteca de Autores Españoles», págs. 385 a 396. Constituye el t. 32 de la «Biblioteca Popular Cervantes», Madrid, 1928.

Acerca de Pérez de Oliva: HENRÍQUEZ UREÑA: *El maestro H. Pérez de Oliva*, en «Cuba Contemporánea», Año 2.°, t. VI, Habana, 1914. — N. ALONSO CORTÉS: *Datos acerca de... Pérez de Oliva*, en «Homenaje a Menéndez Pidal», I, pág. 779. — ESPINOSA MAESO: *Pérez de Oliva en Salamanca*, en «Boletín de la Academia Española», 1926, t, XIII, páginas 432, 572. — *Pérez de Oliva. A biographical and critical study*, por W. C. Atkinson, Nueva York, París, 1927.

DIÁLOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

ARGUMENTO

Yéndose a pasear *Antonio* a una parte del campo, donde otras muchas veces solía venir, le sigue *Aurelio*, su amigo; y preguntándole la causa por que acostumbraba venirse allí, comienzan a hablar de la *soledad*. Y tratando, por qué es tan amada de todos, y más, de los más sabios, entre otras razones, *Aurelio* dice que por el aborrecimiento que consigo tienen los hombres de sí mismos, por las miserias y trabajos que padecen, aman la *soledad*. Pareciendo mal esta razón a *Antonio*, por no haber criatura más excelente que el hombre, ni que más contentamiento deba tener por haber nacido, dice que le probará lo contrario; y ansí determinados de disputar de los *males y bienes del hombre*, para más a placer hacerlo, se van hácia una fuente. Junto a ella hallan un viejo muy sabio, llamado *Dinarco*, con otros estudiosos, y entendiendo la contienda, y constituído por juez della, manda a *Aurelio* que hable primero, y luego *Antonio* diga su parecer. Habiéndoles oído *Dinarco*, juzga en breve de la dignidad del hombre, lo que con verdad y cristianamente debía, habiendo sustentado *Aurelio* lo que los gentiles comunmente del hombre sentían.

INTERLOCUTORES

AURELIO, ANTONIO, DINARCO

AURELIO. Viéndote salir, Antonio, hoy de la ciudad, te he seguido hasta ver este lugar, do sueles tantas veces venir a pasearte solo, porque creo que digna cosa será de ver lo que tú con tal costumbre tienes aprobado.

ANTONIO. Este lugar, Aurelio, nunca fue tal ni de tanto precio, como es agora, que eres tú venido a él.

AUR. Nadie puede darle mejoría, siendo de tí anticipado.

ANT. No quiero responderte, por no darte ocasiones de lisonjearme; sino quiero mostrarte lo que eres venido a ver. Mira este valle cuán deleitable parece, mira esos prados floridos y esas aguas claras que por medio corren; verás esas arboledas llenas de ruiseñores y otras aves, que con su vuelo entre las ramas y su canto nos deleitan, y entenderás por qué suelo venir a este lugar tantas veces.

AUR. Hermoso lugar es éste, y digno de ser visto; pero yo sospecho, Antonio, que otra cosa buscas tú o gozas en este lugar, porque, segun tú eres sabio y de mas altos pensamientos, bien sé que esas cosas sensuales, ni las amas, ni las procuras. Por eso yo te ruego no me encubras las causas de tu venida.

ANT. Pues así lo quieres, sabe que en estos valles mora una que yo mucho amo.

AUR. Agora veo, Antonio, que tienes gana de burlarme. Dime, yo te ruego: ¿qué tienen que hacer los amores con tu gravedad, o las vanidades con tu sabiduría?

ANT. Verdaderamente, Aurelio, así es como te digo que en aqueste valle mora una, sin la cual yo por la vida me daría poco.

AUR. Grande debe ser su bondad y hermosura, pues a tí, que menosprecias el mundo y sus deleites, te trae tan enamorado, con cudicia de verla o alcanzarla. Dime al menos su nombre, si por celos no me la quieres mostrar.

ANT. Soledad se llama.

AUR. Yo bien sabía, Antonio, que algún misterio tenían tus amores; ésa tiene otros muchos amadores, como sabes; y pues es así, yo te ruego que me declares cuál es la causa, a tu parecer, por que los hombres aman la soledad, y tanto más, cuanto son más sabios.

ANT. Porque cuando a ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres, donde nos encendimos en vanas voluntades o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho y nos abre las puertas de la sabiduría, para que, sanando el ánimo de las heridas que recibe en la guerra que entre las contiendas de los hombres trae, puede tornar entero a la batalla. Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres, si muchas veces no está sólo a contemplar qué hará acompañado. Porque, como los artífices piensan primero sus obras que pongan las manos en ellas, así los sabios, antes que obren, han de pensar primero qué hechos han de hacer y cuál razón han de seguir. Y si esto consideras, verás que la soledad es tan amable, que debemos ir a buscarla do quiera que la podamos hallar.

AUR. Bien veo, Antonio, que hay esos provechos que dices de la soledad; pero yo tengo creído que otra causa mayor hay.

ANT. ¿Qué causa puede haber mayor?

AUR. El aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano, por el cual somos inclinados a apartarnos unos de otros.

ANT. ¿Tan aborrecibles te parecen los hombres, que aun ellos mismos, por huir de sí, busquen la soledad?

AUR. Paréceme tanto, que cada vez que me acuerdo que soy hombre, querría, o no haber sido o no tener sentimiento de ello.

ANT. Maravíllome, Aurelio, que los autores excelentes que acostumbras a leer, y los sabios hombres que conversas, no te hayan quitado de ese error.

AUR. Mas antes esos me han puesto en este parecer; porque, mirando yo a ellos como a principales del género humano, nunca he visto cosa por do tuviese esperanza que pueda venir el hombre a algún estado donde no le fuera mejor no ser nacido.

ANT. Grande me parece este tu error, y no digno de tal persona como tú; si te place; disputarlo hemos aquí cabe una fuente sentados; que yo confío de hacerte mudar este parecer.

AUR. Tú me guía, que yo te seguiré; mas no con esperanza de lo que prometes, porque yo tengo tan miradas las miserias de los hombres, que pienso que en lugar de quitarme mi propósito, me confirmarás en él, porque, viéndote vencido en tal contienda, terné confianza que nadie se me podrá defender.

ANT. No han de menester amenazas los que tienen las armas en la mano y el campo libre; ya nosotros estamos cerca de nuestro asiento; allí mostrarás cuánto puedes. Pero gente veo entre los árboles; temo que nos estorben.

AUR. Dinarco es el que está sentado cabe la fuente ; y los otros que con él están, son los hombres buenos, amadores de saber, que lo siguen siempre.

ANT. Pues esos no serán estorbo ; antes he gran placer que estén aquí, porque Dinarco sea nuestro juez, al cual yo doy la ventaja de todos nuestros tiempos, ansí en virtud, como en letras.

AUR. Y los otros serán nuestros oyentes ; lleguemos a él, que visto nos ha.

ANT. Muchas veces, Dinarco, me he holgado de venir a esta fuente, mas no tanto como agora, que la hallo tan bien acompañada ; si ella estuviese siempre así, no habría para mí lugar más deleitable.

DINARCO. Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se debe desear mejor.

ANT. No está bien acompañada sino una fuente con otra. Esta es fuente de agua clara, y tú eres fuente de clara sabiduría ; así que sois dos fuentes bien ayuntadas para entera recreación del ánima y del cuerpo.

DIN. Mejor hace Aurelio en no decirme nada, que tú, Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

AUR. Yo no dejo de ayudar a Antonio, sino porque no sabré decir cosas iguales a tu merecimiento.

DIN. Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Agora decid : ¿qué ocasión os ha traído por acá?

ANT. Gana de hablar en una disputa que habíamos comenzado.

DIN. ¿Qué disputa es?

ANT. Sobre el hombre es nuestra contienda ; que Aurelio dice ser cosa vana y miserable, y yo soy venido a defenderlo, y queremos te rogar tú seas nuestro juez, a quien todos con mucha razón acatan por sabio principal.

DIN. Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me tenéis, por cumplir vuestra voluntad como deseo ; pero, de cualquier manera que sea, yo y estos mis amigos holgaremos de oír tan buena disputa. Y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hobiéredes menester, de donde yo pienso quedar tan instruido, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

ANT. Pues tú nos muestra la manera que debemos tener en esta disputa.

DIN. Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio ; y ansí guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decía, y despues el defensor.

AUR. Pues vosotros os sentad en esos céspedes ; y yo, en este tronco sentado, os diré lo que me parece.

DIN. Sentaos todos, de manera que podáis tener reposo.

AUR. Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad. Pero quien bien considerare los daños de la vida y los males por do el hombre pasa del nacimiento a la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos días que duramos, como quien en sueño pasa el tiempo de, su dolor. Que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos, como ellas son malas, con mayor voluntad desearíamos la muerte que amamos la vida, Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido, que no viérades la miseria de nuestra humanidad ni sintiérades la fortuna, su atormentadora. Pero, pues por vuestra voluntad, que grande mostráis, de saber lo que del hombre siento, soy yo casi compelido a haceros esta habla ; si por ventura mis palabras fueren causa que recibáis dolor cual ántes no habíades sentido, vosotros tenéis la culpa, que mandáis aquesto a quien no puede dejar de obedeceros. Oid, pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandáis, no según que pertenece para ser bien declarado (porque a esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque sólo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello según la experiencia que podemos alcanzar en los pocos días que vivimos, de tal manera, que el tiempo baste, y la paciencia que para oír tenéis aparejada.

Primeramente, considerando el mundo universo, y la parte que de él nos

cabe, veremos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra ; donde no hay mudanza en las cosas, ni hay causas de su detrimento ; mas antes todo lo que en el cielo hay persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos, que reciben pura la lumbre del cielo. Nosotros estamos acá en la hez del mundo y su profundidad entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra, do todas las cosas se truecan con breves mudanzas, comprendida en tan pequeño espacio, que sólo un punto parece, comparada a todo el mundo, y aun en ella no tenemos licencia para toda. Debajo las partes sobre que se rodea el cielo, nos las defiende el frío, en muchas partes los ardores, las aguas en muchas más, y la esterilidad también hace grandes soledades, y en otros lugares la destemplanza de los aires. Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraídos en muy chico espacio, en la más vil parte de él, donde nacemos desproveídos de todos los dones que a los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, a otros de pluma, a otros de escama, y otros nacen en conchas cerrados ; mas el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él hallan el frío y el calor es la carne. Así sale el mundo como a lugar extraño, llorando y gimiendo, como quien da señal de las miserias que viene a padecer. Los otros animales, poco después de salidos del vientre de su madre, luego, como venidos á lugar propio y natural, andan los campos, pacen las yerbas, y según su manera gozan del mundo ; mas el hombre muchos días después que nace, ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe do buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del aire. Todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre, do parece que el mundo como por fuerza lo recibe, y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crían, le da lugar en la vida. Y aun entonces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos que la naturaleza hizo mansos, viven de yerbas y simientes y otras limpias viandas ; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros animales. Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales. Muchos tienen mayor cuerpo donde reine su ánima, los toros mayor fuerza, los tigres ligereza, destreza los leones, y vida las cornejas. Por los cuales ejemplos y otros semejantes bien parece que debe ser el hombre animal más indigno que los otros, según la naturaleza lo tiene aborrecido y desamparado ; y pues ella es la guarda del mundo, que procura el bien universal, creible cosa es que no dejara al hombre a tantos peligros tan desproveído, si él algo valiera para el bien del mundo. Las cosas que son de valor, éstas puso en lugares seguros, do no fuesen ofendidas. Mirad el sol dónde lo puso, mirad la luna y las otras lumbres con que vemos, mirad donde puso el fuego, por ser el más noble de los elementos. Pues a los otros animales, si no los apartó a mejores lugares, armóles a lo menos contra los peligros de este suelo : a las aves dio alas con que se apartasen de ellos, a las bestias les dio armas para su defensa, a unas de cuernos, y a otras de uñas, y a otras de dientes, y a los peces dio gran libertad para huir por las aguas. Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen contra sus daños ; perezosos en huir, y desarmados para esperar. Y aun, sobre todo esto, la naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales, que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. Primeramente la discordia de los elementos tenemos nosotros en los cuatro humores que entre sí pelean, cólera con flema, y sangre con melancolía, de los cuales, si alguno vence, como es fácil cosa, desconcierta toda la templanza humana, y da la puerta a mil enfermedades. De manera que nuestros humores mismos, en que está la vida fundada, nuestros enemigos son, que entre sí pelean por nuestra destruición. Agora, pues, ¿qué diré de tantas menudas canales como hay en nuestro cuerpo, por do anda la sangre y los espíritus de vida, que siendo alguna de ellas rota

o estorbada, se pierde la salud? ¿Qué diré de la flaqueza de los ojos y de sus peligros, estando en ellos el mayor deleite de la vida? ¿Qué diré de la blandura de los nervios, de la fragilidad de los huesos? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos, porque tuviésemos más partes do poder ser ofendidos? Y aun en esta miserable condición que pudimos alcanzar, vivimos por fuerza, pues comemos por fuerza que a la tierra hacemos con sudor y hierro, porque nos lo de ; vestimonos por fuerza que a los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y sus pieles, robándoles su vestido ; cubrímonos de los fríos y las tempestades con fuerza que hacemos a las plantas y a las piedras, sacándolas de sus lugares naturales, do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana, ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo la naturaleza. Aves, peces y bestias de la tierra, frutas y yerbas, y todas las otras cosas, perecen para mantener nuestra miserable vida : tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener. Harto serían grandes causas y bastantes éstas que dichas tengo, para conocer cuál es el hombre, sino que bien veo que está Antonio considerando cómo yo he mostrado las miserias del cuerpo, a las cuales él después querrá oponer los bienes que suelen decir del alma. Agora, pues, Antonio, porque ninguna parte del hombre te quede do yo no te haya anticipado, quiero mostrar en el alma mayores males que para el cuerpo hay. Ya tú bien sabes cómo el alma nuestra su principal asiento tiene en el celebro, blando y fácil de corromper, y como en unas celdillas de él, llenas de leve licor, hace sus obras principales con ayuda de los sentidos, por do se le traslucen las cosas de fuera. Y sabes también cuán fácil cosa sea embotarle o desconcertarle estos sus instrumentos, sin los cuales ninguna cosa puede. Los sentidos de mil maneras perecen ; y siendo éstos salvos, otras causas tenemos dentro, que nos ciegan y nos privan de razón. Si el estómago abunda de vapores, luego ellos redundan a las partes del celebro, y enturbian los lugares que ha de menester el alma tener puros. Si se inflaman las entrañas con el ardor, se engendra frenesí, y si el corazón es por defuera tocado de sangre, suceden desfallecimiento y tinieblas escuras, do el alma se olvida de todas las cosas. Pero que es menester probarlo con estas cosas que están más apartadas, pues la mesma ánima con sus obras más excelentes se destruye. Bien sabemos que en altas imaginaciones metidos, muchos han perdido el seso ; y que de esta manera no podemos meter nuestra alma en hondos pensamientos sin peligro de su perdición. Mas pongamos agora que todas estas cosas no le empezcan, y que persevere tan perfecta y tan entera como puede, según naturaleza, y consideremos primero cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma, que da lunbre a todas sus obras. Éste, si bien miráis, aunque es alabado, y suele por él ser ensalzado el hombre, más nos fue dado para ver nuestras miserias que para ayudarnos contra ellas. Éste nos pone delante los trabajos por do habemos pasado, éste nos muestra los males presentes, y nos amenaza con los venideros antes de ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer de aquesta lumbre, que tenerla para hallar nuestro dolor con ella principalmente, pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas. Que aunque algunos piensan que vale más nuestro entendimiento para la vida, que la ayuda natural que tienen los otros animales, no es así, pues nuestro entendimiento nace con nosotros torpe y escuro ; y antes que convalezca, son pasadas las mayores necesidades de la vida, por la flaqueza de la niñez y los ímpetus de juventud, que son los que más han menester ser con la razón templados. Entonces ya puede algo el entendimiento, cuando el hombre es viejo y vecino de la sepultura, que la vida lo ha menos menester. Y aun entonces padece mil defectos en los engaños que le hacen los sentidos, y también porque él de suyo no es muy cierto en el razonar y en el entender ; unas veces siente uno, y otras veces él mesmo siente lo contrario ; siempre con duda y con temor de afirmarse en ninguna cosa. De do nace, como manifiesto vemos, tanta diversidad de opiniones de

los hombres, que entre sí son diversos. Por lo cual yo muchas veces me duelo de nuestra suerte, porque, teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento, que si por ventura puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, mientras la procura se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir. Mejor están los brutos animales proveídos de saber, pues saben desde que nacen lo que han de menester sin error alguno ; unos andan, otros vuelan, otros nadan, guiados por su instinto natural. Las aves, sin ser enseñadas, edifican nidos, mudan lugares, preven el tiempo ; las bestias de tierra conocen sus pastos y medicinas, y los peces nadan a diversas partes, todos guiados por el instinto que les dio naturaleza. Sólo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con entendimiento tan errado y tan incierto como ya habemos mostrado. Aunque yo no sé por qué me quejo en tan pequeños daños de nuestro entendimiento, pues siendo aquel a quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo de él cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fue el que hizo lanzas? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida, sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Éste es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros, éste halló los engaños, éste halló los venenos y todos los otros males, por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre. Otras cosas yo diría de aquesta parte del alma, si no me pareciese que esto basta para su condenación ; y pues ella es la guía a quien las otras siguen, no sería menester de la voluntad decir nada, pues no puede ser más concertada, que es sabio su maestro ; mas por mayor declaración de la intención que tengo, diré también las cosas que de ella siento. Está la voluntad, como bien sabéis, entre dos contrarios enemigos, que siempre pelean por ganarla ; éstos son la razón y el apetito natural. La razón de una parte llama la voluntad a que siga la virtud, y le muestra a tomar fuerza y rigor para acometer cosas difíciles ; y de otra parte, el apetito natural con deleite la ablanda y la distrae. Agora, pues, ved cuál es más fácil cosa, apartarse ella de su natural a mantener perpetua guerra en obediencia de cosa tan áspera como es la razón y sus mandamientos, o seguir lo que la naturaleza nos conseja, yendo tras nuestras inclinaciones, las cuales detener es obra de mayor fuerza que nosotros podemos alcanzar. Principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razón muchas veces deja de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites, mas no siempre está la razón con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella, porque no sólo este cuidado tiene el entendimiento, sino tambien los otros de la vida, por donde repartiéndose, según las varias necesidades que ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad y la deje en medio de los que la combaten, sin que nadie le enseñe cómo se ha de defender. Donde es necesario que alguna vez, o por flaqueza, o por error, sea presa de los vicios. Pues cuando viene a este estado, ¿qué cosa puede ser más aborrecible que el hombre? Entonces la sensualidad, con gula y pereza y otros blandos tratamientos de la carne, ciega el entendimiento, y ella arde en sucios encendimientos de lujuria. Y si por ventura la templanza natural nos resfría, como pocas veces acontece, otros vicios hay do se va la voluntad cuando de la razón se aparta ; estos son soberbia, codicia, invidia, enemistad y otros que hay semejantes, de do nacen las guerras, las muertes, las gravísimas perturbaciones en que traen los hombres al mundo. Agora, pues, vengan esos sabios, esos que suelen tanto ensalzar el ánima del hombre, dígannos agora dó pudieron ellos hallar bien alguno entre tantos males. Todo es vanidad y trabajo lo que a los hombres pertenece, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos do viven en comunidad. Allí veremos unos de ellos en sus artes, que dicen mecánicas, estar peleando con la

dureza del hierro ; otros figuran piedras, otros suben pesos, otros pulen la madera, otros la lana, y otros en otros ejercicios sudan y trabajan, encorvados sobre sus obras, do en pequeño espacio tienen ocupados los ojos y el pensamiento. Y verás allí otros los días y las noches del reposo ocupados en las disciplinas con cuidado perpetuo, en las cuales pierde tanto la memoria como gana el entendimiento. Así los veréis a los que siguen disciplinas, acabado el trabajo, tornar de nuevo a él. Los cuales me parece que así hacen, como de Sísifo dijeron los poetas, que cuantas veces sube una piedra a la cumbre de un monte infernal, tantas veces se le cae y torna al trabajo. Pues si ésta les pareció bastante pena para ser uno atormentado en el infierno, esos, que son en la república más estimados por las disciplinas, ¿qué descanso pensáis que tienen, peleando continuamente con el peso de ellas, que tantas veces se les cae de la memoria, cuantas lo levantan con el entendimiento? Todos trabajan y sudan los que viven en los pueblos, y los labradores de los campos, que andan fuera de ellos, no carecen de penas ; descubiertos por los soles y las aguas, andando por las soledades a procurar el mantenimiento de los otros que viven en sus casas, como esclavos de ellos, sin esperar fin o reposo alguno ; mas antes tornan de nuevo al trabajo por el orden mismo que tornan los años. Pues los que gobiernan, mirad cómo no tienen ellos tampoco descanso, buscando la verdad entre las contiendas de los hombres y sus porfías, donde el hallarla es cosa de gran cuidado y gran dificultad. Cuanto más, que pues el hombre que con mayor cuidado mira por sí, a gran pena puede dar en sus cosas concierto, las cuales conoce y es de ellas señor, ¿cómo podrá el que gobierna concertar las vidas de tantos hombres, no sabiendo de sus intenciones nada, que ellos tienen encubiertas en sus pechos? Y si miráis la gente de guerra, que guarda la república, verlos héis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar, y temores de ser muertos ; andando en continua mudanza, do los llama la fortuna con iguales trabajos en la noche y en el día. Así que, todos estos y los demás estados de los hombres no son sino diversos modos de penar, de ningún descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos, porque la fortuna todos los confunde y los revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas ; en las cuales cosas mostrando cuán fácil es y cuán incierta, a todos mete en deseos de valer, tan desordenados, que no hay lugar tan alto do los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna, cada uno aborrece su estado, con cudicia de los otros ; do si llega, no halla aquel reposo que pensaba. Porque todos los bienes de fortuna, al desear, parecen hermosos, y al gozar, llenos de pena. Así andan los hombres atónitos errados, buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo ; y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida, y los lleva a la muerte con pasos acelerados sin sentirlo, la cual nos espera encubierta, no sabemos a cuál parte de la vida ; mas bien vemos que jamás estamos tan seguros de ella, que no podamos tenerla muy cierta. A veces se nos esconde do menos sospecha hay, y otras veces la hallamos do vamos huyendo de ella. Unas veces lleva al hombre en la primera edad, y entonces es piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos ; otras veces, que es cruel, lo saca de entre los deleites de la edad entera, cuando ya ha cobrado a la vida grande amor. Mas pongamos que la muerte deje al hombre hacer el curso natural, la más luenga vida ¿no vemos cuán breve pasa? La niñez en breves días se nos va sin sentido ; la mocedad se pasa mientras nos instruimos y componemos para vivir en el mundo ; pues la juventud pocos días dura, y esos en pelea, que con la sensualidad entonces tenemos, o en darnos por vencidos della, que es peor. Luego viene la vejez, do en el hombre comienzan a hacerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfría, las fuerzas lo desamparan, los dientes se le caen, como poco necesarios, la carne se le enjuga, y las otras cosas se van parando tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que al fin llega volando con alas a quitarle de sus dulces miserias. Y aun allí en la despedida lo afligen

nuevos males y tormentos. Allí le vienen dolores crueles, allí turbaciones, allí le vienen suspiros, con que mira la lumbre del cielo que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes, y otras cosas que amaba; acordándose del eterno apartamiento que dellas ha de tener, hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los deja, retraida a despedirse del seso y el corazón y las otras partes principales, do en secreto solia ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo, y a veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda, entre el amor de la vida y temor del infierno, hasta que la muerte con su cruel mano la desase de las entrañas. Así fenece el miserable hombre, conforme a la vida que antes pasó. Aquí pudiera, Dinarco, poner fin a esta mi habla, pues he traído el hombre hasta el punto donde desvanece, si no viera que me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Ésta toman muchos por remedio de la muerte, porque dicen que da eternidad a las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes, que es, según dicen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido. ¿Qué aprovecha a los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿dónde está el sentido? ¿dónde el pecho para recibir la gloria? ¿dó los ojos? ¿dó el oír, con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los cubren. Allí yacen en tinieblas, libres de bien y mal, do nada se les da que, ande el nombre volando con los aires de la fama, la cual es tan incierta, que a la fin mezcla la verdad con fábulas vanas, y quita de ser conocidos los defuntos por los nombres que tenían. Las memorias de los grandes hombres troyanos y griegos, con la antigüedad están así corrompidos, que ya por sus nombres no conocemos los que fueron, sino otros hombres fingidos, que han hecho en su lugar, con fábulas, los poetas y los historiadores, con gana de hacer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el cielo incorruptible, ni con letras inmudables, sino escriben en papel, con letras que, aunque en él fueran durables, con la mudanza de los tiempos a la fin se desconocen. Las letras de egipcios y caldeos y otros muchos que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿quién conoce agora los reyes, los grandes hombres que a ellas encomendaron su fama? Todo va en olvido, el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios, que otros toman por socorro para perpetuar la fama, tambien los abate y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dura, ni metal, que no dure más el tiempo, consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo, los fuertes muros de Troya, el templo noble de Diana, el sepulcro de Mauseolo? Tantos grandes edificios de romanos, de que apénas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo hasta que tornan los hombres a estar en tanto olvido como antes que naciesen; y la misma vanidad se sigue después que primero había. Hasta aquí, Dinarco, me ha parecido decir del hombre; agora yo lo dejo a él y su fama enterrados en olvido perdurable. Yo no sé con qué razones tú, Antonio, podras resucitarlo. Dale vida si pudieres, y consuelo contra tantos males como has oído; que si tú así lo hicieres, yo seré vencido de buena gana, pues tu victoria será gloria para mí, que me veré constituído en más excelente estado que pensaba.

ANT. Considerando, señores, la composición del hombre, de quien hoy he de decir, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo, no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerza de los elementos, ni en todo el orden que tiene el universo; mas veo también, como en espejo claro, el mismo ser de Dios, y los altos secretos de su Trinidad. Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbre natural, pues que puestos en tal contemplación, dijo Trimegisto que gran

milagro era el hombre, do cosas grandes se veían ; y Aristóteles creyó que era, el hombre el fin a quien todas las cosas, acatan, y que el cielo tan excelente, y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reducidas a que el hombre tuviese vida, sin el cual todas parecían inútiles y vanas. Sólo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecía desierta de bien, y afligida de muchos males ; alegando tales razones, que me parece que tú, Aurelio, lo has bien en ellas imitado. Por lo cual le parecía que en este mundo universal se regía por fortuna, sin providencia que dentro dél anduviese a disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el deleite a la virtud. Yo no quisiera que aprobara al hombre quien a la virtud condena ; basta que lo aprueben aquellos que con alto juicio saben que al artífice hace grave injuria quien reprueba su obra más excelente. Dios fue el artífice del hombre ; y por eso, si en la fábrica de nuestro ser hubiese alguna falta, en Él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo a su imagen, para representarlo a Él. Si en la figura pintada, do algún hombre se nos muestra, hubiese alguna fealdad, ésta atribuiríamos a cuya es la imagen, si creemos que fue hecha con verdadera semejanza ; pues así las faltas de naturaleza humana, si algunas hubiese, pensaríamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa hay que tan bien represente a otra, como a Dios representa el hombre. En el ánima lo representa más verdaderamente, la cual es incorruptible y simplicísima, sin composición alguna, toda en un ser, como es Dios, y en este ser tres poderíos tiene, con que representa la divina Trinidad. El Padre, soberano principio universal, de donde todo procede, en contemplación de su divinidad, engendra al Hijo, que es su perfecta imagen, la cual Él amando, y siendo de ella amado, procede el Espíritu Santo, como vínculo de amor. Así con gran semejanza el ánima nuestra contemplando engendra su verdadera imagen, y conociéndose por ella, produce amor. De esta manera, con su memoria, con que hace la imagen, y con el entendimiento, que es el que usa de ella, y con la voluntad, a donde mana el amor, representa a Dios, no sólo en esencia, sino también en trinidad. Por lo cual en la creación del mundo, habiendo hecho la sagrada Escritura mención de Dios con nombre de uno, cuando hubo de criarse el hombre, refiere que dijo Dios : « Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza » ; así que, se declaró ser muchas personas en aquel paso, do hacía la imagen de ellas. Y no sin causa dobló la palabra cuando dijo *imagen* y *semejanza*, porque la imagen es de la esencia, y la semejanza es del poder y del oficio. Que así como Dios tiene en su poderío la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánima del hombre tiene el cuerpo subjecto, y según su voluntad lo mueve y lo gobierna ; el cual es otra imagen verdadera de aqueste mundo, a Dios subjecto. Porque, como son estos elementos, de que está compuesta la parte baja del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como véis el cielo en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el celebro, y de allí a los sentidos derivado, por do se recibe lumbre y vista de las cosas de fuera ; por donde es manifiesto ser el hombre cosa universal, que de todas participa. Tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo ; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo, cumplido de la perfición de todas las cosas, como Dios en sí tiene perfición universal ; por donde otra vez somos tornados a mostrar cómo es su verdadera imagen. Y pues es así que los príncipes, cuando mandan esculpirse, hacen que se busque alguna piedra excelente, o se purifique el oro, para hacer la figura según su dignidad, creíble cosa es que cuando Dios quiso hacer la imagen de su representación, que tomaría algún excelente metal, pues en su mano tenía hacerla de cual quisiese. Mas la causa por que la puso en la tierra, siendo tan excelente, oiréis agora. Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, después de hecho el edificio, mandaban poner su imagen esculpida en

medio de la ciudad, para que por ella se conociese el fundador ; así Dios, después de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio de Él, porque en tal imagen se pudiese conocer quién lo había fabricado. Mas no quiso que fuese aquí como morador, sino como peregrino, desterrado de su tierra, y como dice san Pablo : « Caminando para Dios, nuestra tierra es en el cielo ; mas púsonos Dios acá en el profundo, para que se vea primero si somos merecedores de ella. » Porque, como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere. Es como planta o piedra, puesto en ocio, y si se da al deleite corporal, es animal bruto ; y si quisiere, es ángel, hecho para contemplar la cara del Padre ; y en su mano tiene hacerse tan excelente, que sea contado entre aquellos a quien dijo Dios : « Dioses sois vosotros » ; de manera que puso Dios al hombre acá en la tierra para que primero muestre lo que quiere ser ; y si le placen las cosas viles y terrenas, con ellas se queda perdido para siempre y desamparado ; mas si la razón lo ensalza a las cosas divinas, o el deseo de ellas y cuidado de gozarlas, para él estan guardados aquellos lugares del cielo que a ti, Aurelio, te parecen tan ilustres, y Dios no nos los defiende ; mas antes, viendo él que los tuvimos perdidos, envió a su unigénito Hijo a juntarse con nosotros en nuestra misma carne, para que con su sangre nos abriese las puertas del cielo, cerradas primero a nuestros viles pecados, y nos mostrase los caminos de ir a ellas. Los ángeles que Dios tuvo cabe sí, cuando de ellos fue ofendido, los apartó y los echó en tinieblas sin remedio para siempre ; y al hombre quiso tanto que habiéndose perdido con soberbio deseo de sabiduría, vino a él como a hijo más querido, y no solamente le perdonó, mas limpióle los ojos de su ceguedad, y mostró cuán excelente ser y cuán bastante le había dado, pues él no se desdeñaba de juntar la naturaleza humana con su misma deidad, para que conociese el hombre cuán mal había hecho en menospreciar su estado. Y con todo esto, para darle claro testimonio del amor que le tenía, sufrió por él injurias, sufrió trabajo, sufrió persecución, y a la fin sufrió enclavar sus miembros en el leño de la cruz, y vertió la sangre de su corazón, con que nos tornó a heredar de su santo reino, de do por nuestros pecados nos había desheredado. Agora, pues, ¿quién será osado de aborrecer al hombre, pues lo quiere Dios por hijo, y lo tiene tan mirado? ¿Quién osará decir mal de la hermosura humana, de quien anda Dios tan enamorado, que por ningunos desvíos ni desdenes ha dejado de seguirla? Guardaos los que esto decís, de ofender más a Dios en culparle la obra que Él ha juzgado digna de ser guardada con tanta perseverancia y tanto sufrimiento. Que las cosas por do vuestra culpa os engaña a menospreciar el hombre, agora veréis que son con más amor hechas que agradecimiento. El cuerpo humano, que te parecia, Aurelio, cosa vil y menospreciada, está hecho con tal arte y tal medida, que bien parece que alguna grande cosa hizo Dios cuando lo compuso. La cara es igual a la palma de la mano, la palma es la novena parte de toda la estatura, el pie es la sexta, y el codo la cuarta, y el ombligo es el centro de un círculo que pasa por los extremos de las manos y los pies, estando el hombre tendido, abiertas piernas y brazos. Así que, tal compostura y proporción, cual no se halla en los otros animales, nos muestra ser el cuerpo humano compuesto por razón más alta, el cual puso Dios enhiesto sobre pies y piernas, de hechura hermosa y conveniente, porque pudiese contemplar el hombre la morada del cielo, para donde fue criado. A los otros animales puso bajos y inclinados a la tierra para buscar sus pastos y cumplir con un solo cuidado que del vientre tienen ; y aunque a estos los cubrió todos de pieles y de lanas, al hombre no cubrió sino sola la cabeza, mostrando que sola la razón, que en ella mora, hubo menester amparo, y ella proveída, daría a las otras partes bastante provisión. Agora miremos la excelencia de su cara. La frente soberana, do el ánima representa sus mudanzas y aficiones, ¡cuán hermosa, cuán patente! Debajo de ella están puestos los ojos como ventanas muy altas del alcázar de nuestra alma, por do ella mira

las cosas de fuera ; no llanos ni hundidos, mas redondos y levantados, porque estuviesen tornados a diversas partes, y pudiesen juntamente de todas ellas recebir las imágenes que vienen. Los oídos están en ambos lados de la cabeza, para coger los sonidos que de todas partes vienen. La nariz está puesta en medio de la cara, como cosa muy necesaria para su hermosura, por do el hombre respira, para evitar la fealdad de traer la boca abierta, y por ella recebimos el olor, y ella es la que templa el órgano de la voz ; debajo de la cual sucede la boca, que entre labios colorados muestra dentro sus blancos dientes, que son colores mezclados, cuales pertenecen a mucha hermosura, y ella es la puerta, por do entra nuestra vida, que es el mantenimiento de que nos sustentamos, y la puerta por do salen los mensajes de nuestra alma, publicados con nuestra lengua, que mora dentro en la boca, como en casa bien proveída de lo que ha menestar. Allí tiene por donde la voz le venga del pecho ; y después de recebida, tiene dientes, tiene labios, y los otros instrumentos con que la pueda formar. ¿Quién podría agora explicar bien claramente las excelentes obras que la lengua hace en nuestra boca? Unas veces rigiendo la voz por números de música con tanta suavidad, que no sé cuál puede ser otro mayor deleite de los lícitos humanos ; otras veces mostrando las razones de las cosas con tanta fuerza, que despierta la ignorancia, enmienda la maldad, amansa las iras, concierta los enemigos, y da paz a las cosas conmovidas en furor. Grandes son los milagros de la lengua, la cual sola es bien bastante para honrar todo el cuerpo. Mas hablemos agora de las otras partes, porque a todas demos la dignidad que les pertenece. La barba y las mejillas son, no solamente para firmeza y capacidad de lo que contienen, sino también para singular hermosura, que con ellas tiene la cara del hombre. El cuello ya lo vemos como es flexible para traer en torno la cabeza a considerar todas las partes que cerca de sí tiene. El pecho está debajo, más tendido que en los otros animales, como, capaz de mayores cosas, en el cual, no solamente obró Dios proveyendo a la necesidad natural, sino también a la hermosura, pues puso en el varón de ambas partes pequeñas tetas, no para más de adornar el pecho. De sus lados más altos salen los brazos, en cuyos extremos están las manos, las cuales solas son miembros de mayor valor que cuantos dio naturaleza a los otros animales. Son éstas en el hombre siervas muy obedientes del arte y de la razón, que hacen cualquier obra que el entendimiento les muestra en imagen fabricada. Éstas, aunque son tiernas, ablandan el hierro, y hacen dél mejores armas para defenderse, que uñas ni cuernos ; hacen dél instrumentos para compeler la tierra a que nos de bastante mantenimiento, y otros para abrir las cosas duras y hacerlas todas a nuestro uso ; éstas son las que aparejan al hombre vestido, no áspero ni feo, cual es el de los otros animales, sino cual él quiere escoger ; éstas hacen moradas bien defendidas de las injurias de los tiempos, éstas hacen los navíos para pasar las aguas, éstas abren los caminos por donde son ásperos, y hacen al hombre llano todo el mundo ; éstas doman los brutos valientes, éstas traen los toros robustos a servir al hombre, abajados sus cuellos debajo del yugo ; éstas hacen a los caballos furiosos sufrir ellos los trabajos de nosotros, éstas cargan los elefantes, éstas matan los leones, éstas enlazan los animales astutos, éstas sacan los peces del profundo de la mar, y éstas alcanzan las aves que sobre las nubes vuelan. Éstas tienen tanto poderío, que no hay en el mundo cosa tan poderosa, que dellas se defienda. Las cuales no tienen menos bueno el parecer que los hechos. Agora, pues, si bien contempláis, veréis al hombre compuesto de nobles miembros y excelentes, do nadie puede juzgar cual cuidado tuvo más su artífice, de hacerlos convenientes para el uso o para la hermosura. Por lo cual los pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo, y también naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y ganosa de mostrar su obra tan excelente sin ninguna cobertura. Que si el hombre sale llorando, no es porque sea aborrecido de naturaleza, o porque este mundo no

le sirva, sino es, como bien dijiste tú, Aurelio, porque no se halla en su verdadera tierra. Quien es natural del cielo, ¿en qué otro lugar se puede hallar bien, aunque sea bien tratado según su manera? El hombre es del cielo natural; por eso no te maravilles si lo ves llorar estando fuera dél. Ni pienses tampoco que es menos bien obrado dentro de su cuerpo, que has visto por defuera; antes sus partes interiores son de mayor artificio, de las cuales yo no hablo agora, con miedo que la filosofía no me desvíe muy lejos de mi fin. Pero diré a lo menos a lo que tú me provocas, que en la pelea de contrarias calidades y en la multitud de venas y fragilidad de huesos, o no hay tanto peligro como tú representaste, o si es así, en ello se muestra qué cuidado tiene de nosotros Dios, pues entre peligros tan ciertos nos conserva tantos días. Y lo que tú dices que hacemos a todas las cosas fuerza para vivir nosotros, vanas querellas son, pues todas las cosas mundanas vienen a nuestro servicio, no por fuerza, sino por obediencia que nos deben. ¿No has oído en los *Cantares* de David, donde por el hombre dice, hablando con Dios: « Ensalzástelo sobre las obras de tus manos, todas las cosas pusiste debajo de sus pies: ovejas y vacas y los otros ganados, las aves del cielo y los peces de la mar »? Esto dice David; y pues Dios es señor universal, Él nos pudo dar sus criaturas, y dadas, nosotros usar dellas según requiere nuestra necesidad, las cuales no reciben injuria cuando mueren para mantener la vida del hombre, mas vienen a su fin para que fueron criadas. De las cosas que ya dichas tengo, puedes conocer, Aurelio, que no es el hombre desamparado de quien el mundo gobierna, como tú dijiste; mas antes bastecido más que otro animal alguno, pues le fueron dados entendimiento y manos para esto bastantes, y todas las cosas en abundancia, de que se mantuviese. Agora quiero satisfacerte a lo que tú querías decir, que estas cosas mejor fuera que sin trabajo las alcanzara, que no buscadas con tanto afán y guardadas con tanto cuidado. Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan a los hombres a vivir en comunidad, de donde, cuanto bien nos venga y cuanto deleite, tú lo ves, pues que de aquí nacen las amistades de los hombres, y suaves conversaciones. De aquí viene que unos a otros se enseñen, y los cuidados de cada uno aprovechen para todos. Y si nuestra natural necesidad no nos ayuntara en los pueblos, tú vieras cuáles anduvieran los hombres solitarios, sin cuidado, sin doctrina, sin ejercicios de virtud, y poco diferentes de los brutos animales; y la parte divina, que es el entendimiento, fuera como perdida, no teniendo en qué ocuparse. Así que, lo que nos parece falta de naturaleza, no es sino guía, que nos lleva a hallar nuestra perfición. Cuanto más, que aunque estos bienes alcanzáramos sin nuestras necesidades naturales, los hombres son tan diversos en voluntades, que no era cosa conveniente que Dios les diese más instrumentos para que cada uno se proveyese de las cosas según su apetito. Así que, esta incertidumbre en que Dios puso al hombre responde a la libertad del alma. Unos quieren vestir lana, otros lienzo, otros pieles; unos aman el pescado, otros la carne, otros las frutas. Quiso Dios cumplir la voluntad de todos, haciéndolos en estado en que pudiesen escoger. Y pues es así, no debemos tener por aspereza lo que Dios nos concedió como a hijos regalados. Dime agora tú, Aurelio: si Dios te hiciera con cuernos de toro, con dientes de jabalí, con uñas de león, con pellejo lanudo, ¿no te parece que con estas provisiones, que alabas en los otros animales, te hallaras tan desprovcído según tu voluntad, que con ellas otra cosa no desearas más que la muerte? Pues si así es, no te quejes de la naturaleza humana, que todas las cosas imita y sobrepuja en perfición. Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fue prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho a los buenos, como de los malos les viniera daño. No tenemos que hacer en los aires; basta que la tierra do vivimos la podamos andar toda, y pasar los mares, que atajan los caminos. Gran cosa es el hombre y admirable, el cual quiso Dios que con muchas tardanzas

convaleciese después de nacido, dándonos a entender la grande obra que en él hacía. Bien vemos que los grandes edificios en unos siglos comienzan, y en otros se acaban; pues así Dios da perfición al hombre en tan largos días, aunque en un momento pudiera hacerlos; porque por semejanza de las cosas que nuestras manos hacen, conozcamos esta su obra. La cual para bien ver, tiempo es ya que entremos dentro a mirar el alma que mora en este templo corporal, la cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria, y la señaló como lugar propio, segun que nos mostró en la oración que hacemos al Padre, y de allí envía los ángeles y gobierna el mundo, así el ánima nuestra, que en todo lo imita, aunque está en todo el cuerpo, y todo lo rige y mantiene en la cabeza tiene su asiento principal, donde hace sus más excelentes obras. Desde allí ve y entiende, y allí manda; desde allí envía al cuerpo licores sutiles que le den sentido y movimiento, y allí tienen los nervios su principio, que son como las riendas con que el alma guía los miembros del cuerpo. Bien conozco que así el celebro como las otras partes do principalmente el alma está, son corruptibles y reciben ofensas, como tú, Aurelio, nos mostrabas; pero esto no es por mal del alma, antes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupción es disoluble destos miembros para volar al cielo, do es, como ya he dicho, el lugar suyo natural. Por eso hablemos agora del entendimiento, que tú tanto condenas, el cual para mí es cosa admirable, cuando considero que, aunque estamos aquí, como tú dijiste, en la hez del mundo, andamos con él por todas partes. Rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos, y no paramos hasta Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano para ir a todos los secretos del mundo; hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo a la gran ligereza de nuestro entendimiento; no es menester andar con los pies lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, en todas miramos, y no hay cosa más extendida que es el hombre, que aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece. Éste es el que lo iguala a las cosas mayores, éste es el que rige las manos en sus obras excelentes, éste halló la habla con que se entienden los hombres, éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los ausentes, y de escuchar agora a los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias, y lo que es más admirable, nos extienden la vida a largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales, vivir, no es sino sentirlos. Pues ¿qué mal puede haber, decidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia, como dijo Aurelio, esto es en las cosas que no son necesarias, en que por ambicion se ocupan algunos hombres; que en las cosas que son menester, lumbre tiene natural con que acertar en ellas, y en las divinas secretas Dios fue su maestro; así que, Dios hizo al hombre recto, mas él, como dice Salomón, se mezcló en vanas cuestiones. Para ver las cosas de nuestra vida no nos falta lumbre, y en éstas, si queremos, acertamos. Y las mayores tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad; así está escrito que en el ánima malvada no entrará sabiduría. No es, luego, falta de entendimiento caer en errores, sino de nuestros vicios, que lo ciegan y lo ensucian, los cuales si evitamos, y seguimos la virtud, tenemos la vista clara y nunca erramos, como quien anda por camino manifiesto. Mas si andamos en maldades, hay por ellas tantas sendas y tan escondidas, que ni pueden conocerse, ni era cosa justa que diese Dios lumbre para andar en ellas. Aquí son los desvanecimientos del hombre, aquí los errores, entre los cuales yo no cuento las armas, como tú, Aurelio; que pues había de haber malos, buenas fueron para defendernos dellos. No hay cosa tan buena, que el uso no pueda hacerla mala. ¿Qué cosa hay mejor que la salud? pero ésta, como ves,

muchas veces es el fundamento de seguir los vicios. Quien de aquesta usa, según virtud lo amonesta, buena joya tiene ; así pues, las armas con mal uso se hacen malas ; que ellas en sí buenas son para defenderse de las bestias impetuosas y los hombres que les parecen. Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento ; no parezca a Dios desagradecido de tan alto don, y agora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad. Ésta es el templo donde a Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merecer su gloria, para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue ; la cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él, como buen capitán, la deja bien amonestada de lo que debe hacer, cuando della se aparta a proveer las otras cosas de la vida. Y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes, que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que vive la voluntad fue dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios ; de la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, pues a los fuertes es deleite defenderse de los males. Porque no son menester, para vencer, tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuanto más, que pues los antiguos romanos solían pelear en regiones extrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un día de triunfo con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no pelearemos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable? Principalmente, pues tenemos los santos ángeles en la pelea por ayudadores nuestros, como san Pablo dice, que son enviados para encaminar a la gloria los que para ella fueron escogidos. Y no te espantes, Aurelio, si el hombre corrompido de vicios es cosa tan mala como representaste, porque es como la vihuela templada, que hace dulce armonía, y cuando se destiempla, ofende los oídos. Si el hombre se tiempla con las leyes de virtud, no hay cosa más amable ; mas si se destiempla con los vicios, es aborrecible, y tanto más, cuanto las faltas más feas parecen en lo más hermoso. Y esto basta, me parece, para que tú, Aurelio, sientas bien de las dos partes del alma. Agora veamos los estados de los hombres y sus ejercicios, de que tanto te quejas. Los artífices que viven en las ciudades no tienen la pena que tú representabas, mas antes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido. No es igual el trabajo de pintar una linda imagen o cortar un lindo vaso o hacer algún edificio, al placer que tiene el artífice después de verlo hecho. ¿Cuánto más te parece, Aurelio, que sería mayor pena, que alguno en su entendimiento considerase alguna excelente obra, como fue el navío para pasar los mares o las armas para guardar la vida, si en sí no tuviese manera de ablandar el hierro, hender los maderos y hacer las otras cosas que tú representas como enojos de la vida? Paréceme a mí que en mayor tormento viviera el hombre si las cosas usuales que viera con los ojos del entendimiento, no pudiera alcanzarlas con las manos corporales. Por eso no condenes tales ejercicios como son estos del hombre, antes considera que como Dios es conocido y alabado por las obras que hizo, así nuestros artificios son gloria del hombre, que manifiestan su valor. Agora el orden por donde tú, Aurelio, me guiaste, requiere que diga del estado de los hombres letrados ; do primero escucha lo que dijo Salomón en sus proverbios : « Bienaventurado es el que halló sabiduría y abunda de prudencia : mejor es su ganancia que la de oro y plata, y todas las cosas excede que se pueden desear. » Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete a lo secreto de las cosas, y nos lleva a ver a Dios, y nos da habla con Él y conversación, y nos muestra las sendas de la vida. Ésta nos da en el ánimo templanza, ésta alumbra el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra a cada uno el oficio de su estado. Ésta es reina y señora de todas las virtudes, ésta enseña la justicia y tiempla la fortaleza ; por ella reinan los reyes, y los príncipes gobiernan, y ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán

bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase. Por eso no compares los sabios a Sísifo infernal, aunque los veas muchas veces tornar a aprender de nuevo lo que tienen sabido; mas antes los compara a los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡Oh alta sabiduría, fuente divina, de do mana clara la verdad, do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es, pues eres tan dulce, que tornemos a ti muchas veces con sed? Más me maravillaría yo si quien te hubiese gustado, nunca a ti tornase, aunque tuviese en el camino todos los peligros de su vida. Cuanto más, que ni los hay, ni trabajos algunos de los que tú decías, sino fácil entrada y suave perseverancia. El camino de ir a ella es el deseo de alcanzarla, y presto se deja ver de quien con amor la busca. Pero hágote saber que el amor de ésta es el temor de Dios, que limpia los ojos de nuestro entendimiento, y esclarece la lumbre que para conocer el bien y el mal Dios nos dio, y ésta es la lumbre por quien dijo Salomón: «Quien con la lumbre velare para haber sabiduría, no trabaje; que a su puerta la hallará sentada»; queriendo decir que muy cerca está la sabiduría de quien la mira con ojos claros del entendimiento, limpios, con amor y deseo de servir a Dios. Los que la buscan en medio de las tinieblas de sus pecados, no es maravilla que la vean como sombra, y que no puedan asirla y en vano trabajen para tenerla. Aunque bien confieso que es algo labil nuestra ciencia, de cualquier manera que la hayamos alcanzado, y no tanto como tú dijiste, Aurelio; pero esto es porque deseemos el asiento en ella y el perfecto entendimiento, cual es el de la gloria que Dios nos tiene aparejada. No era cosa conveniente que aquí, do somos peregrinos, tuviésemos tales cumplimientos como en nuestro natural; sino solamente tales muestras de lo que hay allá, que nos encendamos en deseo de no errar el camino por do habemos de ir. Con esto me parece, Aurelio, que los sabios están en salvo, fuera del peligro de ser por tus razones su estado condenado. Los que labran los campos que pusiste tras éstos, no son tales como nos mostrabas. Tú decías que son esclavos de los que moramos en las ciudades, y a mí no me parecen sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente a nosotros, sino también a las bestias que nos sirven y a las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fruto que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen; que el frío y el calor, que a nosotros nos espantan por la mucha blandura en que somos criados, a ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus ejercicios no sienten el frío, y del calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, o tañen sus flautas o dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer, más atormentadores de la vida humana que frío ni calor. Allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar; dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así viven en sus soledades, sin hacer ofensa a nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no más entendimiento de las cosas, que es menester para gozarlas. Dejémoslos, pues, agora en su reposo, y veamos el estado de los que gobiernan, si es tal como tú, Aurelio, dijiste. Éstos tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos, y dan libertad a los pobres, y ponen freno a los poderosos; procuran la paz, y la vida la guardan, dan a todos sosiego y segura posesión de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto y a todas da vida con regimiento, el cual si faltase, toda la república se disiparía, como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen, y gran dignidad; no escuro o impedido, como me decías, Aurelio. Que no pienses que por la di-

ficultad que el hombre tiene en regirse a sí mismo, se ha de considerar la que terná en regir a muchos. Porque en las cosas propias es difícil juzgar do se entremeten nuestras pasiones; mas en las ajenas somos libres, y podemos más claro ver lo que muestra la razón, sin que nuestros apetitos nos lo estorben; en las cuales no se puede tanto esconder la verdad, que por alguna parte no resplandezca. Tan difícil es esconder la verdad como la lumbre, a la cual, si unos rayos le quitares, otros la descubrirán; y la falsedad es difícil de sostener. La una trae osadía a juicio, y la otra viene con temor; la una se mantiene de sí misma, la otra para sostenerse ha menester gran industria; y al fin, a la una favorece Dios, y a la otra desfavorece. Difícil cosa es que la verdad con tanto amparo sea vencida, y que venza la falsedad, si no es por descuido o por malicia del juez; o si por divina permisión alguna vez la verdad no se conoce y queda desfavorecida, el que della es juez no queda culpado, si con amor la buscó. Si algún amigo tuyo, Aurelio, favoreciese otra persona, pensando que tú eras, o la socorriese en alguna necesidad, tan en cargo le serías como si tú verdaderamente fueras. Así el juez que a la falsedad acata, cuando le parece ser ella la verdad, sin tener culpa en tal error, no menos merece que si conociendo la verdad la siguiera. Así verás, Aurelio, cuál es el estado de los que gobiernan. Agora considera cómo no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que has oído puede haber en la república, éstos lo guardan; ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren venir a perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos, y han por mejor padecer aquestas cosas que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo a la virtud, que sudar aprisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos; y si mueren siendo vencidos, no han menester la vida, pues en ella no tenían libertad. Cuanto más, que estos espantos de hombres flacos son los deleites de hombres fuertes. Sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros o combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud, en los cuales se deleitan y gozan del excelente don que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras; entonces se juzgan ser bienaventurados, cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No tienen en nada ver sus cuerpos llagados o dispuestos a morir, si el ánima tiene vida sin lisión ninguna. Pero aunque es así, yo bien confieso, Aurelio, que algunos hay que carecen destas excelencias, mas es por sus vicios, no por culpa del estado; que así éste como los otros de la vida humana, de que hemos hablado, todos son tales como es la intención de quien los sigue; no hay ninguno dellos malo para los buenos, ni bueno para los malos. El hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostrare la razón, vive contento y tiene deleite; mas el que por fuerza siguiendo uno, muestra que tiene los ojos y el deseo en los otros más altos, sin templanza y sin concierto, éste vive disipado y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea. Así que, nosotros tenemos libre poderío de nos hacer exentos de los escarnios de fortuna, en los cuales quien cayere con mucha razón será atormentado, pues él mismo se le dio. Por lo cual, antes me parece que la fortuna es buena para amonestar los hombres a que cada uno se contente de su estado, que no para dar descontentamiento con deseo del ajeno. Ella se declara por muchos ejemplos, y no tiene la culpa de los males que tras ella se padecen, sino tiénela quien por descuido o ceguedad no los considera; y tanto más es culpado quien la sigue, cuanto más clara se conoce la vecindad que tenemos con la muerte, donde habemos de dejar el bien deste mundo, pero no con tanto tormento como tú, Aurelio, representabas. No es tan cruel nuestra muerte, ni el alma deja el cuerpo en aquellas agonías que dijiste, pues como sabes, en tal pelea lo primero que el

hombre pierde es el sentido, sin el cual no hay dolor ni agonía. Que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entonces está adormida. Mas quiso Dios que nos pareciese comunmente la muerte tan espantable, con señales de tormento, porque a los que lá buscan con deseo de acabar sus males, les pareciese que es ella otro mayor ; y así cada uno antes quisiese padecer vida miserable, que buscar remedio en la muerte, la cual si nos pareciera fácil y suave, los afligidos que andan olvidados de las penas del infierno, no temiendo las del morir, dejarían la vida, y padeciera el género humano muy gran detrimento. Así que, los espantos de la muerte no son sino guardas de la vida, por la cual es verdad, como dijiste, que pasamos acelerados. Pero si tú porfías que hay tantos males en la vida, ¿qué mejor remedio pudo haber que en breve pasarlos? o ¿qué mal hallas tú en la muerte, pues es el fin de la vida, donde dices que hay tantas aflicciones? No es la muerte mala sino para quien es mala la vida ; que los que bien viven, en la muerte hallan el galardón, pues por ella pasan a la otra vida más excelente, con deseo de la cual lloraba David, porque los días de su tardanza le eran prolongados. San Pablo, acordándose que le fue en revelación mostrada, siempre deseaba su muerte, por pasar por ella a la vida perdurable, que, como él dice : « Ni ojos la vieron, ni la oyeron los oídos, ni el corazón la comprende » ; mas entendemos della que Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en él apacienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se harten de su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamás tan alto bien, mas antes con esperanza de recobrar sus cuerpos que tienen en deseo, por hallarse en aquellos mismos castillos do se defendieron de los vicios y ganaron tanta gloria. El día postrero se los darán no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil, hermosos y resplandecientes, así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenecen, para ser moradas donde vivan las almas, a quien hace Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos, libres del profundo del infierno, do está la multitud de los espíritus dañados ; allí se verán en los cielos ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divina sabiduría, hartando su voluntad con amor de la gran bondad de Dios, apacentando los ojos corporales en aquella carne humana con que Dios nos quiso parecer. Y veremos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió, que fueron las llaves con que nos abrió el reino donde entonces estaremos. Y al fin, allí ensalzados sobre la luna y el sol y las otras estrellas, veremos cuanto viéremos, todo para crecimiento de nuestra gloria, que Dios nos dará, como padre liberal a hijos muy amados. Éste es el fin al hombre constituído ; no la fama ni otra vanidad alguna, como tú, Aurelio, decías. Y éste es tan alto, que aunque se puede considerar cuán excelente será, pues se dará Dios al hombre en su eterna bienaventuranza, como antes decía, sin que ya tengamos más que decir dél, habiéndolo ensalzado Dios para tanta grandeza. Tú, Dinarco, verás agora lo que te conviene juzgar del hombre, conforme a la grande estima que Dios ha hecho dél.

DIN. Yo no tengo más que juzgar de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conocer y representar lo que Dios ha hecho por el hombre ; y preciar también mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste, con tu agudeza, tantas razones para defenderla. Y vámonos ; que ya la noche se acerca, sin darnos lugar que lleguemos a la ciudad antes que del todo se acabe el día.

PEDRO SÁNCHEZ CIRUELO

Nacido en Daroca hacia el último cuarto del siglo XV, de familia acomodada, cursó sus estudios en la Universidad salmantina, donde se licenció en los últimos años de aquel siglo. Pasó a la Universidad de París donde acaso prosiguiera estudios algún tiempo mientras daba lecciones a otros discípulos. Regresó a España en 1508, recibiendo de Cisneros una beca de colegial en el Colegio de San Ildefonso y la Cátedra de Prima de Santo Tomás. Posteriormente mereció las dignidades de canónigo de San Justo, de magistral de Segovia y, finalmente, de Salamanca, donde residió ya hasta el fin de sus días, cuya fecha no ha sido señalada aún con seguridad y parece rondar la mitad del siglo XVI, cuando Ciruelo era ya octogenario.

BIBLIOGRAFÍA. *Reprobación de las supersticiones y hechizerías*, sin indicación de tomo ni año, (hacia 1530). Reimpreso en el t. VII de la «Colección Joyas Bibliográficas», con una introducción de Francisco Tolsada, en 1952.

Sobre Sánchez Ciruelo puede verse, además: MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Libro V, cap. 4.°; A. GONZÁLEZ AMEZÚA: Introducción a su edic. del *Tratado de las supersticiones...* de FRAY MARTÍN DE CASTAÑEGA», «Biblioteca de Autores Españoles», 1946. — LORENTE Y PÉREZ: *Biografía y análisis de las obras de matemática pura de P. Sánchez Ciruelo*, Madrid, 1921. Publicación de la Junta para Ampliación de Estudios, Laboratorio y Seminario matemático, tomo III, memoria 5.ª.

REPROBACIÓN DE LAS SUPERSTICIONES Y HECHICERÍAS DE LOS SUEÑOS

Otros vanos hombres y mujeres presumen de adevinar las cosas venideras por los sueños que dormiendo sueñan los hombres, diciendo: Tal cosa soñastes, sinifica que os ha de venir esto o lo otro, etc. Mas para reprobar claramente esta manera de adevinar por vana y supersticiosa y por pacto secreto con el diablo, hacemos saber que los sueños vienen a los hombres por tres causas principales; es a saber: por causa natural, por causa moral y por causa teologal. Mas por cualquiera causa que vengan, no es lícito por ellos juzgar de las cosas de acaescimiento por casos de fortuna que han de venir a los hombres.

La causa natural es por alguna alteración del cuerpo del hombre, que hay tanta concordia entre el cuerpo y la ánima del hombre, que según es la alteración del cuerpo, tales fantasías representa el alma. Puede venir nueva alteración del cuerpo en el hombre horas hay por causa intrínseca de los humores que se mueven dentro del cuerpo, que si se mueve la cólera, sueña el hombre cosas coloradas de fuego o de sangre; si se mueve la flema, sueña cosas claras de agua o de babas; si la melancolía, sueña cosas negras, escuras y cosas tristes, de muertos, etc. Y por esta razón los médicos cuando curan de algún enfermo le preguntan si ha dormido y qué es lo que ha soñado, por sacar de allí qué humor reina en él; y, por ende, saber de qué manera lo ha de curar.

Puede venir otras horas la alteración del cuerpo humano por causa extrínseca fuera del cuerpo, que es por la alteración del aire que se humedesce o se seca, o se calienta o se esfría; y el aire ansí alterado altera nuestros cuerpos a otra tal complexión; y ansí muévense los humores y causan los sueños conformes a ellos, como está ya declarado. De aquí viene que los hombres sanos que viven quietos y apartados de negocios, más presto sienten la alteración del aire que los otros bolliciosos, y sueñan las cosas de aquella alteración antes que vengan; que si sueñan que pasan ríos, es por la humidad del aire, que se va aparejando para llover; y si sueñan que vuelan por el aire es por la sequedad del aire, que se apareja para hacer vientos; y ansí de otras

muchas cosas. Luego estos sueños que vienen por causas naturales más significan lo pasado o lo presente que no lo que está por venir ; y si algunos dellos significan lo que ha de venir, no significan lo que ha de acaescer a los hombres, sino las mudanças del aire y del tiempo.

La causa moral de los sueños ha lugar en los hombres de negocios o letras, que por la mucha atención que de día ponen en las cosas en que se ocupan, la fantasía del hombre está muy puesta en pensar de aquellas cosas. No solamente cuando vela, mas aun durmiendo representa muchas de aquellas cosas y algunas veces ordenadamente, otras desconcertadamente. De aquí viene que los que andan muy cobdiciosos en mercaderías o en pleitos o en quistiones muy dificultosas de sciencias, algunas veces en sueños aciertan mejor en ver lo que deben hacer y en qué se han de determinar en sus cosas, que cuando velan y se fatigan en pensar mucho en ellas. La causa es que durmiendo está la fantasía del hombre más desocupada que velando, cuando tiene los sentidos abiertos y se le ofrescen y atraviesan muchas maneras de cosas, que unas estorban a otras. Y ansí paresce que estos sueños de las causas morales más significan lo pasado o lo presente que lo que ha de venir, mayormente si lo que ha de venir es cosa de acaecimiento de fortuna mala o buena, etc.

La causa teologal o sobrenatural es cuando los sueños vienen por revelación de Dios, o de algún ángel bueno o malo, que mueve la fantasía del hombre y le representa lo que quiere decirle. Desta manera dice la Santa Escritura que en la vieja Ley, Dios hablaba a los profetas cuando dormían ; y el Evangelio dice que el buen ángel de Dios apareció entre sueños a José, esposo de la Virgen, Madre de Jesucristo Nuestro Señor ; y después apareció a los Reyes Magos, dormiendo ellos, y los avisó que no tornasen al rey Herodes. Y el diablo entre sueños habló al grande nigromántico Balaam, para que fuese a maldecir y encantar al pueblo de Dios. Y de la misma manera habla en sueños a los nigrománticos y adevinos que tienen pacto público o secreto con él, y les revela muchas cosas para que adevinen lo que ha de venir.

La diferencia que hay entre estas dos maneras de revelaciones es ésta : que en la revelación de Dios o del buen ángel no se hace mención de cosas vanas, ni acaesce muchas veces si no por alguna cosa de mucha importancia y que pertenece al bien común del pueblo de Dios ; y con tal visión queda el hombre muy certificado que es de buena parte ; porque Dios alumbra el entendimiento del hombre y lo certifica de la verdad. Mas en los sueños de los nigrománticos y adevinos no hay tal certidumbre, y vienen muchas veces, y sobre cosas livianas, y queda el hombre cegado y engañado del diablo, porque lo trata como a esclavo suyo ; y ansí lo permite Dios porque ansí lo merece por sus pecados, pues que no quiere guardar la doctrina de Dios y de la Sancta Madre Iglesia Católica, y toma amistad con el maligno espíritu enemigo de Dios y de los hombres, siervos de Dios.

Concluyamos luego que el que por los sueños adevina las cosas que acaescieron o acaecerán a los hombres, es vano, supersticioso y tiene secreto pacto con el diablo como cristiano apóstata, porque los sueños no tienen virtud natural ni sobrenatural de Dios para hacer aquellos efectos a que los aplican los adevinos. Y todo buen cristiano debe apartar de sí este cuidado de pensar en los sueños, porque como ellos puedan venir por muchas y diversas causas, la gente simple no aciertan a saber por cuál causa vienen ; y el diablo, como es sotil, presto podría engañar a los que se dan a esta vanidad.

Luis Lobera de Ávila

En la ciudad o en la provincia de Ávila debió nacer en el último cuarto del siglo XV, de familia ilustre. Parece ser que cursó sus primeros estudios en la Universidad de Salamanca, donde fue discípulo de Fernando de Scoriaza, continuándolos en Leipzig con Berlucio y luego en Francia. Durante un año ejerció su profesión en la villa de Ariza, y nada nuevo se sabe desde entonces hasta que en 1520 embarcó en La Coruña para acompañar al Emperador a Flandes, llegando a Worms en noviembre de aquel año y permaneciendo en esta ciudad hasta mayo de 1521. Junto a Carlos I hubo de viajar bastante y en 1530 hallábase en Bolonia, donde debió asistir al Papa Clemente VII y luego a la asamblea de médicos allí celebrada para determinar sobre el problema de señalar el sitio de la sangría en la pleuritis. Viajó después a Inglaterra, Sicilia, Nápoles, asistió en 1535 a la jornada de Túnez, sabemos que estaba en Génova en 1538 y posiblemente en España aquel mismo año. Luego, vuelve a perderse el hilo de las noticias suyas hasta 1542, en que se imprimen varias obras suyas, otras siguieron en 1544 y, por último, en 1551 cuando se publicó el *Libro de regimiento de la salud...*, sin que pueda afirmarse si todavía contaba en este mundo por entonces.

Bibliografía. *Banquete de nobles caballeros*, Absburgo, 1530. Reimpreso con un estudio previo por Juan de Oriol y de la Madrid, en la «Colección de Reimpresiones Bibliográficas», t. III, Madrid, 1952. Sobre Lobera puede verse, además del estudio mencionado, Hernández Morejón: *Historia Bibliográfica de la Medicina Española*, Madrid, 1842-52, t. II, pág. 303; Miguel de la Plata y Marcos: *Colección bio-bibliográfica de escritores médicos españoles*, Madrid, 1882, pág. 28.

BANQUETE DE NOBLES CABALLEROS

DE LOS VINOS Y DE LOS DAÑOS Y UTILIDADES DELLOS Y DE SUS COMPLEXIONES

Resta agora hablar de todo género de manjares, particularmente, y de vino, de agua, de cerveza y de todo género de pescados y frutas y pan. Y porque el día de hoy el vino es más usual que otro manjar alguno, comencaré, Dios mediante, del vino, los provechos y daños que hace, y así proseguiré en las otras cosas.

Los vinos blancos, según Galeno, en el comento de la tercera partícula *Del regimiento de las aguas*, son menos calientes que los tintos, siendo de igual tiempo y de un territorio comparados los unos a los otros; porque vinos hay blancos de una tierra, que son más calientes que tintos de otra, y tintos de otra, menos calientes que blancos de otra. Así como vinos de Pelayos y de San Martín, blancos, son más calientes que tintos de Escalona y de otras partes; y tintos de Pelayos y de San Martín, son más calientes que blancos de Madrid, y así se puede comparar de las otras tierras. Hay vinos dulces que son buenos para el pecho, siendo añejos. Del buen vino se engendran espíritus subtiles y claros. Son de buen mantenimiento y de buena digestión y sustancia, bebidos moderadamente, no teniendo enfermedad que lo prohiba. Esto quiere His, y Avicenna y Arnaldo de Villanova in *Tractatu de vinis*. De manera que el vino es *liquor* diverso también en virtud como en color y calidad; porque como es diferencia entre color y color y entre claro y no claro, es diferencia entre añejo y nuevo y entre dulce y agro. Y como diversifican en estos accidentes, así también en sus efectos y calidades; de tal manera, que lo añejo es caliente en el tercero grado y lo nuevo en lo primero; lo que participa de lo uno y de lo otro, es en el segundo. Así lo quiere Galeno octavo de *simplici medicina, in capitulo proprio, De vino*. Lo tinto también y lo blanco, lo que es muy claro y acuoso y muy simple es

más húmido y menos cálido; lo que es turbio o cetrino o dorado, participa más de calor, según Avicenna. Y cuanto es más fuerte, tanto más participa de calor, según Galeno, en el *III Del regimiento de las aguas*; y dice, que lo tinto grueso hace hinchamiento en el estómago, y lo dulce asimismo y no es bien digestible; y el dulce es más aparejado a laxar el vientre y es de menos fuerças que lo que no es dulce; y lo dulce añejo es convenible a pasiones de pecho, pulmones, vexiga, riñones y semejantes. Lo que es stitico algo áspero, es más aparejado a hacer o causar dolor de cabeça, como dice Serapio in capitulo *proprio*. Lo ácedo, cuanto es más agro, tanto es más frío y seco y apartado de la complexión natural del vino, que es ser caliente. El vino que es más odorífero, es más amigable al estómago y menos buena a la cabeça, según Galieno en el comento allegado. En todo este comento se manifiestan las diferencias dichas. El vino acuoso, en color simple, en sabor subtil y en liquor, dice Galeno en el comento XII de la segunda partícula de los *Amph.* que, naturalmente, tiene en su virtud familiaridad a la agua y cuasi como ella de sustancia. Por tanto, cuando a algún febricitante, por lo que más seguramente se puede dar; porque tal vino no engendra ventosidades ni augmenta inflamationes, ni otros accidentes que se podrían causar de lo que no fuese tal. Este tal vino se hallaría en Ávila, que se dice de llano, en un lugar que dicen Rehoyo y en otros lugares de la tierra.

. . . . . .

Asimismo los vinos blancos de Ribadavia, de Yepes, de Madrigal, Simancas, Medina del Campo, Valladolid, Villafranca, Monviedro, Orense y de Martos y de Ciudad Real, no siendo adobados, son medicinales. Asimismo los vinos tintos de los lomos de Madrid, Arenas, Alcarria, Escalona, Cigales, Toro e Illana y Úbeda, Valdepeñas y del Pozuelo, aloques; y en Torre el Campo y en Pelayos y en San Martín, se hacen vinos tintos de poco tiempo acá excelentísimos. Éstos o cualquier dellos son medicinales, siendo claretes y son de mucha sustancia y muy provechosos para viejos y no tan dañosos como los blancos para gotosos y artéticos y para otras enfermedades. Y en otras muchas partes hay vinos buenos de todas suertes, así como en Cebreros, de una hoja, reinos de Aragón, Italia, Alemana, Francia, Navarra, etc., que dexo de especificar por la prolixidad.

. . . . . .

DE LAS CEREZAS ET SUS PROVECHOS Y DAÑO

El que comiere las cerezas tiene tres provechos, y esto comiéndolas con la pepita del hueso. Y la pepita mesma tiene propiedad de quebrar la piedra de los riñones o vexiga, si toman el çumo o la leche de las pepitas. La carne de las cerezas es generativa de buena sangre, engruesa y conforta. Donde es de notar que hay dos maneras de cerezas: unas gruesas y otras pequeñas. Gruesas también de dos maneras: dulces y ácedas. Las dulces y pequeñas no son sanas y corrómpense presto. Causan lombrices en el vientre. Las gruesas unas son bermejas y de carne muelle, que llaman guindas. Las tales se han de comer en principio de la mesa, porqeu incitan el apetito. Otras hay negras y duras y de carne gruesas. Estas tales se han de comer en fin de la comida o de la cena, porque son pónticas y aprietan el orificio del estómago, mediante el cual se hace mejor digestión. Las cerezas son más convenientes a los flemáticos y las guindas a los coléricos. Asimismo las guindas agrias estíticas se han de comer después del pasto, por las razones dichas.

. . . . . .

DE LAS ALMENDRAS Y DE SU COMPLIXIÓN Y PROVECHOS E DAÑOS

Las almendras son en dos maneras: dulces y amargas. Aquí hablaré de las dulces. Son calientes, húmidas en primer grado. Son medicinales, que por ser apacibles y menos dañosas que otra fruta, usamos más dellas que de otras casi en todas enfermedades. Si al enfermo se dieren tostadas, serle han más provechosas al estómago y cabeça, porque causan sueño templado y estorban

los vapores que no suban al celebro; y por esto son buenas a los que suele dañar el vino. Y sobre comer con açucar, son buenas a los enfermos, y hecha almendrada dellas con açúcar, templan y dan sustancia, hacen dormir, máxime si con las almendras mezclan simientes frías y cebada. La leche de todo esto con su açúcar, templa mucho y enfría y reprime los vapores, máxime si las almendras son algo rancidas y no nuevas. No se han de dar solas, porque dañarían al pecho y cabeça.

. . . . . .

DIEGO SAGREDO

Procedía su familia de la villa de Junclillos, en la Sagra toledana, gentes modestas y de limpia sangre. Ignórase si nació Sagredo en aquel pueblo, en qué fecha y aun la Universidad donde se graduó de Bachiller. La primera fecha en que su nombre aparece registrado es el 14 de julio de 1517, al firmar como testigo en el último codicilo del Cardenal Cisneros. Fue capellán de la reina Juana; de sus escritos se deduce que visitó Italia y hacia 1522 encontrábase en Burgos, donde proyecta la sepultura del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, si bien el proyecto no parece haberse llevado a cabo. Trabó en esta ciudad conocimiento con León Picardo, pintor del Condestable, y de sus pláticas son trasunto los diálogos que constituyen las *Medidas del Romano*, aparecidas en Toledo el año 1526. A finales de 1524 fallecía don Juan Rodríguez de Fonseca y por estas fechas debió trasladarse Sagredo a Toledo, entrando al servicio de la Primada y del arzobispo don Alonso de Fonseca. Además de sus funciones de racionero en aquella Iglesia, ocupóse también como arquitecto, según se desprende de una carta de Fonseca, por cuyo mandado atendió en Alcalá a la reparación de las casas arzobispales. Ignoramos la fecha y lugar de su fallecimiento.

BIBLIOGRAFÍA. Citada ya la primera edición, de la que hay reproducción facsímil en Madrid, 1946 («Publicaciones de la Asociación de Libreros y Amigos del Libro»), puede verse nota detallada de las distintas ediciones en Zamora Lucas y Ponce de León: *Bibliografía Española de Arquitectura*, Madrid, 1947.

Sobre Sagredo: LLAGUNO AMIROLA: *Noticias de los arquitectos*, Madrid, 1827, t. I, páginas 175-180. — SÁNCHEZ CANTÓN: *Fuentes Literarias para la Historia del Arte...*, t. I, páginas 3-8. — MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las Ideas Estéticas*, t. II, cap. XI.

MEDIDAS DEL ROMANO

Los interlocutores que se introducen en el presente diálogo son dos grandes amigos: El uno es familiar de la Iglesia de Toledo, el cual se dice Tampeso. El otro es un pintor llamado Picardo. Este Picardo viene a visitar a Tampeso, al cual halla haciendo una cierta traza, y dice:

Siempre que te vengo a ver te tengo de hallar o estudiando o dibujando o trazando; bien sería tomases algunos ratos de placer porque, como sabes, la mucha continuación de estudio engendra melancolía, y la mucha melancolía incita y mueve enfermedades; no sin causa el viejo Catón manda entremeter placeres a vueltas de los cuidados.

(Prosiguen ambos amigos el coloquio acerca de las virtudes del trabajo).

PICARDO. ...Pero, dime, ¿qué pintura es esta que estás trazando, que, según a mí me parece, su ordenanza es al romano?

TAMPESO. Una muestra es de sepultura para nuestro obispo.

. . . . . .

PICARDO. ...según yo alcanzo, no hay más en el romano de lo que aquí se contiene; sería registro de medidas a los que quieren edificar al modo antiguo, mayormente hallándose dudosos y no sabiendo qué medida habían de dar a las piezas que labrasen, podrían venir aquí, donde hallarían el remedio de su necesidad. Yo soy el hombre del mundo más deseoso y perdido por haber estas medidas, y pues Dios me ha traído acá, merced me harás me las quieras comunicar y decir los nombres de cada una dellas, porque no siento quien así me pueda satisfacer como tú que lo has leído y visto.

TAMPESO. ...lo que en este negocio yo he visto, y leído, y alcanzado, te lo diré de buena voluntad y gana. En esta traza que has visto hay formaciones de Columnas, Basas, Capiteles, Arquitrabes, Frisos, Cornisas, Frontispicios, Acroterias y otras diversas piezas como por ella se muestran. Por tanto digamos en particular la formación, medida y origen de cada una dellas en la manera siguiente:

COMIENZAN LAS MEDIDAS DEL ROMANO

TAMPESO. Conclusión muy averiguada es entre los filósofos ser el hombre de mayor y más complida perfición de todas las criaturas; por tanto le llamaron Microcosmo, que quiere decir menor mundo; porque ninguna cosa hay tan subida y estimada en el mundo que en el hombre no se halle. Y como los primeros fabricadores no tuviesen reglas para trazar, repartir y ordenar sus edificios, parecióles debían imitar la composición del hombre, el cual fue criado y formado de natural proporción; y especulando los tercios, y escudriñando las medidas de su estatura, y cotejando unos miembros a otros, hallaron la cabeza ser más excelente; y della todos los otros, como de miembro más principal, tomaban medida y proporción; porque de su rostro sacaban el compás para formar los brazos, las piernas, las manos y, finalmente, todo el cuerpo; de donde tomaron ciertas reglas y medidas naturales para dar proporción y autoridad a los repartimientos y ordenanzas de sus edificios. De manera que todo edificio bien ordenado y repartido es comparado al hombre bien dispuesto y proporcionado.

PICARDO. ¿Qué medidas ha de haber el hombre para ser bien hecho y proporcionado?

TAMPESO. Hombre bien proporcionado se puede llamar a aquel que contiene en su alto (según Vitrubio) diez rostros, y según Pomponio Gaurico, nueve. Pero los modernos auténticos quieren que tenga nueve y un tercio. De la cual opinión es Maestre Felipe de Borgoña, singularísimo artífice en el arte de escultura y estatuaria; varón, asimismo, de mucha experiencia y muy general en todas las artes mecánicas y liberales; y no menos muy resoluto en todas las ciencias de arquitectura. Y las medidas que por él son asignadas en la estatura del hombre, dejadas todas las otras, son estas que se siguen.

Primeramente el rostro del hombre se entiende dende el primer pelo de sobre la frente hasta lo más bajo de la barba; el cual es igual al largo de la mano que comienza dende la juntura de la muñeca hasta lo último del dedo de medio. Decimos, pues, que la cabeza contiene un rostro y más un tercio; este tercio es lo que sube más la cabeza que la frente. El pecho contiene otro rostro; el estómago, hasta el ombligo, otro; del ombligo hasta el miembro genital hay otro; en cada uno de los muslos se miden dos; y en cada una de las espinillas, otros dos. De los tobillos a las plantas, un tercio; en las chuecas de las rodillas, otro; en el pescuezo, otro tercio. De manera que se monta por todos los dichos, nueve rostros y un tercio.

. . . . . .

TAMPESO. Aquellos se llaman oficiales mecánicos que trabajan con el ingenio y con las manos, como son los Canteros, Plateros, Carpinteros, Cerrajeros, Campaneros y otros oficiales que sus artes requieren mucho saber e ingenio... Has otrosí de saber que arquitecto es vocablo griego; quiere decir principal fabricador, y así los ordenadoras de edificios se dicen propiamente arquitectos.

. . . . . .

La primera pieza que debemos trazar será la cornisa; por cuanto las molduras que la componen son comunes a todas las otras piezas del edificio. Ca ningún miembro de los que habemos de formar hay que no sea guarnecido de cornisa o molduras.

PICARDO. ¿Qué cosa es cornisa?

TAMPESO. Cornisa en latín se dice *coronices*, que quiere decir coronamiento o remate del edificio. Este remate se llama por otro nombre tejaroz o entablamento. Aunque también se puede decir cornija porque en los cornijales y cantones del edificio se muestran mejor las molduras de que se compone que en ninguna otra parte.

PICARDO. Según yo veo, son las molduras en el edificio como las tiras, tirillas, ribetes, marbetes que se ponen en las ropas que vestimos.

TAMPESO. No lo digas burlando, porque te hago saber que lo más galano y vistoso del edificio son las molduras que le ponen; bien así como lo mejor de tu chamarra son las tiras y tirillas

de seda que tiene. Y sabe más que todas las molduras que se siembran por los edificios, consisten en ocho diferencias, las cuales se nombran por diversos vocablos según diversas tierras y gentes; por tanto nos será necesario poner la figura de cada una dellas y su nombre antiguo — cuando nos faltaren, el moderno — para que después, por su dibujo y por su formación cada uno la pueda conocer y nombrar al uso de su tierra que por ahora nosotros las llamamos: Gulas, Coronas, Boceles, Equinos, Escotas, Hacelas, Gradillas, Talones, Cuadros, Filetes.

. . . . . .

De más desto nos encomendaron los viejos arquitectos que la piedra que se saca para los dichos edificios se detenga antes que se labre por espacio de dos años, donde reciba yelos y soles y otras injurias del tiempo; porque después quedan y se hacen más fuertes y más aprobadas; y también porque si alguna dellas tuviere alguna enfermedad oculta, tenga lugar de mostrarla antes que se labre; y desta manera serán más durables las esculturas y labores que en ellas después se hicieren. Y de no se proveer ésto, acaece como cada día vemos despedazarse muchas delias después de labradas y deshacerse de suyo, por razón que las labraron antes que se curasen.

Item los fundamentos que hicieres penetren toda la tierra que se mostrare movediza; y si el lugar no fuere asaz sólido, o por ventura fuere cenagoso y de mala disposición para confiar tus cimientos en él, puedes le afirmar y reparar fincando en él muchas estacas de roble o de olivo, o de otros árboles de los que soterrados mucho duran; que tengan por lo menos a cinco pies de largo, y a seis; y para las meter debes las herir con un grueso tronco que desciende por entre dos vigas mediante sus canales bien ensebadas; y con este tal instrumento meterás tus estacas todo lo que conviene; cuyas cabezas encarcelarás unas con otras con vigas muy fuertes; y entremedias echarás carbón bien tapiado, y encima pornás tus piedras de cimientos, las mayores que pudieres haber, con su cal necesaria. Pero si el lugar donde esto hicieres fuere manantial, echarás sobre el carbón, lana y escoria, porque con ello se enjuta la cal y se endurece y froga mejor. En muchos fundamentos romanos se hallan pozos abiertos; los cuales mandaban abrir los peritos maestros por librar sus edificios del poder y dominio de los terremotos, los cuales hallando por do respirar quedarían sus edificios salvos y seguros.

PEDRO DE MEDINA

Se le supone nacido hacia 1493, ignorándose dónde vino al mundo. Avecindado en Sevilla, tenía a su cargo el examen de los pilotos y maestros de naves de aquella ciudad. En 1545 publicaba su primer libro, *Arte de navegar*, de cuyo éxito hablan las traducciones al francés, inglés, alemán e italiano. En 1548 salía a la luz el *Libro de las grandezas y cosas memorables de España*, provocando la protesta de Florián de Ocampo al verse plagiado. En 1555 se imprimía el *Libro de la verdad*, y, por último, en 1561 escribía la *Crónica de los Duques de Medina Sidonia*, su obra postrera con la *Suma de Cosmographia*. Se sitúa su muerte hacia 1567.

BIBLIOGRAFÍA. El *Arte de navegar* ha sido publicado en facsímil, Madrid, 1945. El *Libro de las grandezas* y el *Libro de la verdad*, han sido editados por A. G. Palencia, Madrid, 1944, tomo I de «Clásicos Españoles». La *Suma de Cosmografía*, edic. facsímil del manuscrito de la Biblioteca de la Catedral de Sevilla, en Sevilla, 1947.

ARTE DE NAVEGAR

En que se contienen todas las reglas, declaraciones, secretos y avisos que a la buena navegación son necesarios y se deben saber

PROHEMIO

Entre las virtudes, tanto es alguna mayor cuanto con las otras más se comunica. Por lo cual, la virtud de justicia es más perfecta entre las otras virtudes, porque más comunica y participa con todas. Pues así entre las artes el arte de la navegación es más excelente que las otras, pues no sólo comunica con ellas, mas incluye en sí las más principales, es a saber, Aritmética, Geometría, Astrología. Éstas tienen excelencia entre las matemáticas por la demostración verísima que de sus conclusiones hacen. Y que esta arte tenga el principado y grandeza entre las otras artes, muéstrase por tres razones siguientes:

La primera, por razón de su sutileza.

La segunda, por razón de su certinidad.

La tercera, por razón de su provecho.

A lo primero. ¿Quién basta a decir una sutileza tan grande que un hombre con un compás y unas rayas señaladas en una carta sepa rodear el mundo, y sepa de día y de noche a dónde se ha de allegar, y de dónde se ha de apartar, y cuánto ha de andar a una parte y a otra, y que acierte a caminar por una cosa tan larga y espaciosa como es la mar, donde ni hay camino ni señal dél?, por cierto cosa es muy sutil y dificultosa, y así considerada por Salomón. Dice que una de las cosas difíciles de hallar, es el camino de la nave por la mar, porque ni sigue camino ni deja señal. ¿Y quién basta a decir tan gran sutileza, que con un instrumento redondo del tamaño de un palmo llamado Astrolabio, se mida la redondez del cielo siendo tan grande, que el entendimiento del hombre no lo puede alcanzar, y con éste se tome el altura del sol pasándolo por muy delicado y sutil lugar, siendo mayor muchas veces que toda la tierra y la mar, y se sepa cuánto está allegado o apartado de nos; y asimesmo se tome el altura de las estrellas, y que esto nos enseñe y guíe tan cierto que no falte punto? También ¿quién podrá decir la sutileza y primor de la brújula o aguja de marear, la cual con tanto papel como la mitad de la mano, y con ciertas rayas señaladas que denotan los vientos, y con un poco de hierro puesto en ella se haga un instrumento, y ésta se mueva por sí con sola virtud natural que una piedra le influye, y con su propio movimiento sin que nadie la mueva, ella por sí enseñe dónde es el levante y dónde el poniente, y el sep-

tentrión, y el medio día, y semejantemente todos los treinta y dos vientos que tiene la navegación?, y esto, no sólo lo enseña en un lugar, mas en todo lugar; y lo enseña tan cierto, que por ella atinan y aciertan todo los que navegan.

A lo segundo. Es tanta la certitud desta arte que parece que para la ordenar no bastó saber de un hombre ni de muchos hombres, mas que Dios proveyó de especial gracia y entendimiento infuso para ello. Pruébase en que acontece venir un piloto navegando, y tomarle una tormenta trescientas leguas en la mar, y de día hacer gran cerrazón, y de noche tan escuro que estando a la popa de su nao no ve la propa y aun apenas el mástel, y dando muchas vueltas en la mar corriendo de unas partes a otras subiendo y descendiendo con el ímpetu de los vientos y fuerza de las mares, y con todo esto por la certinidad del arte, saber el camino que ha andado y el lugar donde está, y llegado a la tierra toma puerto aunque sea de noche que no vea la tierra. También acontece muchas veces, navegando el piloto hallar una peña o bajo *cc.* leguas en la mar apartado de tierra, y marcar el lugar donde está, aunque no viendo con quién lo marca, porque solamente ve cielo y agua, y en esto no hay en qué marcar o señalar porque todo se mueve, mas márcalo en su carta con la tierra que en ella ve, y conforme al arte que la carta tiene, es tan cierta, que él y otros de día y de noche se sabrán guardar de aquel lugar desviándose dél por no recibir daño aun que esté debajo del agua, que ninguna cosa se vea. De donde se concluye, que aunque las otras artes tengan verdad, ésta más por razón de la demostración muy cierta que tiene, la cual enseña a guardar el hombre del daño y peligro que no ve.

A lo tercero. Digo que ningún arte de las que los hombres tienen, es tan provechosa y tan buena a los hombres cuanto es el arte de la navegación, que esto sea verdad, bien parece, porque por ella tenemos noticia de las cosas varias y diferentes que por el mundo son. Y asimismo del trato y comunicación de todas las partes del universo, y así si la navegación cesase muy estrechamente vivirían los hombres porque carecerían de muchas cosas que son necesarias a la vida humana.

Mas es mucho de notar que entre todas las artes que los hombres usan y practican ninguna hay de tanto peligro y trabajo cuanto es el arte de la navegación, mayormente en estos tiempos, que tanto está extendida y alargada, pues agora casi la redondez del mundo se navega. ¡Oh bien dichosa nación española tan señalada en el mundo, que ni peligro de muerte, ni temor de hambre y sed, ni de otros innumerables trabajos han bastado a quitar que por mares nunca navegadas, y tierras incógnitas y nunca oídas, esforzados con la fe habéis rodeado el mundo! cosa es tan grande que los antiguos ni la vieron ni pensaron, antes por imposible la tuvieron.

. . . . . .

LIBRO III. DE LOS VIENTOS

Qué cosa es viento, y de qué calidad es y cómo se engendra

Para declaración de la natura del viento por la diversidad de las dudas que dél hay porque algunos dicen que es aire que se mueve, otros que es agua, otros que es vapor de la tierra, y otros que es algún gran cuerpo celestial, u otro que con gran fuerza o violencia rempuja al aire: y esto no se puede determinar si no se considera su naturaleza en lo que principalmente es. De lo cual digo que el viento es vapor de la tierra que sube y trasciende el aire (porque como sea de vapor sutil en su género y de lo sutil naturalmente es subir, así sube, porque de lo sutil del vapor de la tierra es hecho) y de allí cae o desciende, y en su descendida se señala que el vapor se mueve a lo alto, y como llega aquella parte es hecho viento, y así desciende soplando. Y es de saber que el vapor no sube hasta la parte superior del aire, que se llama Estus, mas sube hasta la parte fría, y allí, como dice Algacel, con la frialdad se espesa y desciende. De lo cual parece que el vapor de que se hace el viento no se congrega con frialdad interior, así como algunos dicen, mas con la frialdad

exterior del lugar, por lo cual, como dice Algacel, es impedido que no llegue a lo superior del aire. También se prueba porque el vapor es levantado con el calor, y por eso si el calor del aire circunstante le ayudare más se escalienta, porque el calor interior es ayudado del calor exterior, y así si no fuese por el frío del lugar ni se espesaría, ni se allegaría, ni soplaría.

JUAN HUARTE DE SAN JUAN

Escasas noticias y poco precisas se tienen de la vida de este célebre humanista. Nacido en San Juan de Pie de Puerto en 1526 (ó 1529, según otros autores), cursó sus estudios, al parecer en la Universidad de Huesca, acaso también en la de Baeza y medicina luego en Alcalá, doctorándose en 1559. Estableciόse en Linares y allí casó en 1562. Para combatir la peste que les aquejaba, fue contratado por el Concejo de Baeza en 1571. Volvió despues a Linares, donde murió en 1588, suponiéndosele enterrado en la Iglesia de Santa María.

El *Examen de ingenios* se publicó por vez primera en Baeza, 1575. Ya en 1581 aparece incluído en el *Índice* portugués, y dos años más tarde se le prohibe en el español. Las correcciones hechas por el autor permitieron que se imprimiera de nuevo, pero habiendo fallecido Huarte la edición salió sumamente incorrecta.

BIBLIOGRAFÍA. Citada ya la primera edición, actualmente puede encontrarse en «Biblioteca de Autores Españoles», t. LXV; edición Rodrigo Sanz, Madrid, 1930; sobre el doctor Huarte puede verse: ARTIGAS: *Notas para la bibliografía del «Examen de ingenios»*, en *Homenaje a Carmelo de Echegaray*, Madrid, 1928, pág. 579; IRIARTE: *El Doctor Huarte de San Juan y su Examen de ingenios*, Madrid, 1948; FARINELLI: *Dos excéntricos: Cristóbal de Villalón y El Doctor Juan Huarte*, Madrid, 1936; GREGORIO MARAÑÓN: *Juan de Dios Huarte (Examen actual de un examen antiguo)*, en *Tiempo viejo y tiempo nuevo*, «Colección Austral», t. 140, pág. 115.

EXAMEN DE INGENIOS

A LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE II

PROEMIO

Para que las obras de los artífices tuviesen la perfección que convenía al uso de la república, me pareció, Católica Real Majestad, que se había de establecer una ley. Que el carpintero no hiciese obra tocante al oficio del labrador, ni el tejedor del arquitecto, ni el jurisperito curase, ni el médico abogase, sino que cada uno ejercitase sólo aquel arte para el que tenía talento natural, y dejase los demás.

Porque considerando cuán corto y limitado es el ingenio del hombre para una cosa no más, tuve siempre entendido que ninguno podía saber dos artes con perfección, sin que en la una faltase; y porque no errase en elegir la que a su natural estaba mejor, había de haber diputados en la república, hombres de gran prudencia y saber, que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio, haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía y no dejarlo a su elección. De lo cual resultaría en los estados y señoríos de vuestra majestad haber los mayores artífices del mundo y las obras de mayor perfección, no más de por juntar el arte con naturaleza. Esto mismo quisiera yo que hicieran las academias de estos reinos, que pues no consienten que el estudiante pase a otra facultad, no estando en la lengua latina perito, que tuvieran también examinadores para saber si el que quiere estudiar dialéctica, filosofía, medicina, teología o leyes tiene el ingenio que cada una de estas ciencias ha menester, porque si no, fuera del daño que éste tal hará después en la república, usando su arte mal sabido, es lástima ver a un hombre trabajar y quebrarse la cabeza en cosa que es imposible salir con ella. Por no hacer hoy día esta diligencia han destruído la cristiana religión los que no tenían ingenio para teología, y echan a perder la salud de los hombres los que son inhábiles para medicina, y la jurisprudencia no tiene la perfección que pudiera, por no saber a qué potencia racional pertenece el uso y buena interpretación de las leyes. Todos los filósofos antiguos hallaron por expe-

riencia que donde no hay naturaleza que disponga al hombre a saber, por demás es trabajar en las reglas del arte.

Pero ninguno ha dicho con distinción ni claridad qué naturaleza es la que hace al hombre hábil para una ciencia y para otra incapaz; ni cuántas diferencias de ingenio se hallan en la especie humana; ni qué artes y ciencias corresponden a cada uno en particular; ni con qué señales se había de conocer qué era lo que más importaba. Estas cuatro cosas (aunque parecen imposibles) contienen la materia sobre que se ha de tratar, fuera de otras muchas que se tocan a propósito de esta doctrina, con intento que los padres curiosos tengan arte y manera para descubrir el ingenio a sus hijos, y sepan aplicar a cada uno la ciencia en que más ha de aprovechar; « que es un aviso que Galeno cuenta haberle dado un demonio a su padre, al cual le aconsejó, estando durmiendo, que hiciese estudiar a su hijo medicina, porque para esta ciencia tenía ingenio único y singular »; de lo cual entenderá vuestra Majestad cuánto importa a la república que haya en ella esta elección y examen de ingenios para las ciencias, pues de estudiar Galeno medicina, resultó tanta salud a los enfermos de su tiempo, y para los venideros dejó tantos remedios escritos.

Y si como Baldo (aquel ilustre varón en derecho) estudió medicina, y la usó, pasara adelante con ella, fuera un médico vulgar (como ya realmente lo era) por faltarle la diferencia de ingenio que esta ciencia ha menester, y las leyes perdieran una de las mayores habilidades de hombre que para su declaración se podía hallar.

Queriendo, pues, reducir a arte esta nueva manera de filosofar y probarla en algunos ingenios, luego me ocurrió el de vuestra majestad, por ser más notorio, de quien todo el mundo se admira, viendo un príncipe de tanto saber y prudencia, del cual aquí no se puede tratar sin hacer fealdad en la obra. El penúltimo capítulo es su conveniente lugar, donde vuestra majestad verá la manera de su ingenio, y el arte y letras con que había de aprovechar la república, si como es rey y señor nuestro por naturaleza, fuera un hombre particular. *Vale.*

Cuando Platón quería enseñar alguna doctrina grave, sutil y apartada de la vulgar opinión, escogía de sus discípulos los que á él le parecían de más delicado ingenio, y a solos éstos decía su parecer, sabiendo por experiencia que enseñar cosas delicadas a hombres de bajo entendimiento, era gastar el tiempo en vano, quebrarse la cabeza y echar a perder la doctrina. « La misma elección hacía Cristo, nuestro Redentor, entre sus discípulos, cuando quería enseñarles alguna doctrina muy alta. Como pareció en la transfiguración, que eligió a san Pedro, a san Juan y a Santiago. La razón por que a éstos, y no a los otros, él la sabía ».

Lo segundo que hacía, después de la elección, era prevenirlos con algunos presupuestos claros y verdaderos, y que no estuviesen lejos de la conclusión, porque los dichos y sentencias que de improviso se publican contra lo que el vulgo tiene persuadido, no sirven de más, al principio (no haciéndose tal prevención), que alborotar al auditorio y enojarle; de manera que viene a perder la pía afección y aborrecer la doctrina. Esta manera de proceder quisiera yo poder guardar contigo, curioso lector, si hubiera forma para poderte primero tratar y descubrir a mis solas el talento de tu ingenio, porque si fuera tal cual convenía a esta doctrina, apartándote de los ingenios comunes, en secreto te dijera sentencias tan nuevas y particulares, cuales jamás pensaste que podían caer en la imaginación de los hombres. Pero como no se puede hacer, habiendo de salir en público para todos esta obra, no es posible dejar de alborotarte, porque si tu ingenio es de los comunes y vulgares, bien sé que estás persuadido que el número de las ciencias y su perfección ha muchos días que por los antiguos está ya cumplido, movido con una vana razón, que pues ellos no hallaron más que decir, argumento es que no hay otra novedad en las cosas; y si por ventura tienes tal opinión, no pases de aquí ni leas más adelante, porque te dará pena ver probado cuán miserable diferencia de ingenio te cupo. Pero si eres discreto, bien compuesto y sufrido,

decirte he tres conclusiones muy verdaderas, aunque por su novedad son dignas de grande admiración.

La primera es, que de muchas diferencias de ingenio que hay en la especie humana, sola una te puede, con eminencia, caber, si no es que naturaleza, como muy poderosa, al tiempo que te formó, echó todo el resto de sus fuerzas en juntar solas dos o tres, o por más no poder, te dejó estulto y privado de todas.

La segunda, que a cada diferencia de ingenio le corresponde, en eminencia, sola una ciencia no más ; de tal condición, que si no aciertas a elegir la que corresponde a tu habilidad natural, tendrás de las otras gran remisión aunque trabajes días y noches.

La tercera, que después de haber entendido cuál es la ciencia que a tu ingenio más le correspoude, te queda otra dificultad mayor por averiguar, y es : si tu habilidad es más acomodada a la práctica que a la teórica, porque estas dos partes (en cualquier género de letras que sea) son tan opuestas entre sí y piden tan diferentes ingenios, que la una a la otra se remiten, como si fuesen verdaderos contrarios. Duras sentencias son (yo lo confieso) ; pero otra cosa tiene de más dificultad y aspereza, que de ellas no hay a quién apelar, ni poder decir de agravios, porque siendo Dios el autor de naturaleza, y viendo que ésta no da a cada hombre más que una diferencia de ingenio (como otras dije) por la oposición o dificultad que de juntarlas hay, se acomoda con ella, y de las ciencias que gratuitamente reparte entre los hombres, por maravilla da más que una en grado eminente.

. . . . . .

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se declara qué cosa es ingenio, y cuántas diferencias se hallan de él en la especie humana

Precepto es de Platón, el cual obliga a todos los que escriben y enseñan, comenzar la doctrina por la definición del sujeto cuya diferencia y propiedades queremos saber y entender. Dase por esta vía gusto al que ha de aprender, y el que escribe no se derrama a cuestiones impertinentes, ni deja de tocar aquellas que son necesarias, para que la obra salga con toda la perfección que ha de tener ; y es la causa que la definición es un tema tan fecundo y concertado, que apenas se halla paso ni contemplación en la ciencia, ni en el método con que se ha de proceder, que no esté en él apuntado, por donde es cierto que no se puede bien proceder en ningun género de sabiduría, no comenzando de aquí ; y pues el sujeto total de esta obra es el ingenio y habilidad de los hombres, razón será por lo dicho que sepamos su definición, y que es lo que contiene en su esencia, porque sabida y entendida como conviene, habremos hallado el verdadero medio para hacer demostración de esta nueva doctrina, y porque el nombre, como dice Platón, *est instrumentum docendi discernendique rerum substantias,* Es de saber que este nombre *ingenio* desciende de uno de estos tres verbos latinos, *gigno in genero* ; y de este último parece que tiene más clara su descendencia, atento a las muchas letras y sílabas que de él vemos que toma, y lo que de su significación diremos después.

La razón en que se fundaron los primeros que lo inventaron no debió ser liviana, porque saber imaginar los hombres con la consonancia y buen sonido que piden las cosas nuevamente halladas, es obra, dice Platón, de hombres heroicos y de alta consideración, como pareció en la invención de este nombre *ingenio*, que para descubrirle fue menester una contemplación muy delicada y llena de filosofía natural ; en la cual discurriendo, hallaron que había en el hombre dos potencias generativas, una común con los brutos animales y plantas y otra participante con las sustancias espirituales, Dios y los ángeles. De la primera no hay que tratar, por ser tan manifiesta y notoria. La segunda es la que tiene alguna dificultad, por no ser sus partos y manera de engendrar al vulgo tan conocidos. Pero hablando con los filósofos naturales, ellos bien saben que el entendimiento es potencia generativa, y que se empreña y pare, y que tiene hijos y nietos, y aun también partera, dice Platón, que le ayuda a parir ;

porque de la manera que en la primera generación, el animal o planta da ser real y substantífico a su hijo, no le teniendo antes de la generación, así el entendimiento tiene virtud y fuerzas naturales, de producir, y pare dentro de sí un hijo, al cual llaman los filósofos naturales noticia o concepto, que es *verbum mentis*, y no sólo es lenguaje y doctrina recibida de los filósofos naturales decir que el entendimiento es potencia generativa, y llamar hijo a lo que ésta produce, pero aun hablando la Escritura de la generación del Verbo divino, usa de los mismos términos de padre y de hijo, y de engendrar y parir.

Nondum erat abisi et ego iam concepta eram : et ante omnes colles ego parturibar.

Y así es cierto que de la fecundidad del entendimiento del Padre tuvo el Verbo divino su eternal generación. *Eructavit cor meum Verbum bonum.* Y no sólo él, pero aun todo lo visible e invisible contenido en el universo se halló producido por esta misma potencia, en tanto que viendo y considerando los filósofos naturales la gran fecundidad que Dios tenía en su entendimiento, lo llamaron genio, que por antonomasia quiere decir el grande engendrador.

El ánima racional y las demás sustancias espirituales puesto caso que también se llaman genios, por ser fecundas en producir y engendrar conceptos tocantes a ciencia y sabiduría, pero su entendimiento no tiene en los partos que hace tanta virtud y fuerzas que les pueda dar ser real y substantífico fuera de sí, como en las generaciones que Dios hizo ; sólo llega la fecundidad de éstas a producir dentro de su memoria un accidente que cuando va muy bien engendrado no es más que una figura y retrato de aquello que queremos saber y entender, no como la generación del Verbo divino, donde el engendrado salió *consubstancialis Patri.* Y las demás cosas que parió, respondieron afuera con el ser real y substantífico que ahora las vemos ; pero las generaciones que el hombre hace con su entendimiento, si son de cosas artificiales, no luego toman el ser que ha de tener, antes para sacar perfecta la idea con que se han de fabricar, es menester fingir primero mil rayas en el aire, y componer muchos modelos, y últimamente poner las manos para que tomen el ser que han de tener, y las más veces salen erradas ; lo mismo acontece en las demás generaciones que el hombre hace para entender las cosas naturales como ellas son en sí, donde la imagen que el entendimiento concibe de ellas por maravilla sale de la primera contemplación con el vivo que la cosa tiene ; y para pintar una figura tal y tan buena como ella está en su original, es menester juntar infinitos ingenios, y que pasen muchos años, y con todo eso conciben mil disparates. Supuesta, pues, esta doctrina, es ahora de saber que las artes y ciencias que aprenden los hombres son unas imágenes y figuras que los ingenios engendraron dentro de su memoria, las cuales representan al vivo la natural compostura que tiene el sujeto cuya es la ciencia que el hombre quiere aprender : como la medicina no fue más en el entendimiento de Hipócrates y Galeno que un dibujo que contrahace al natural la compostura verdadera del hombre, con sus causas y achaques de enfermar y sanar. Y la jurispericia es otra figura, donde está representada la verdadera forma de la justicia con que se guarda y conserva la policía humana, y viven los hombres en paz. Por donde es cierto que si el que aprende oyendo la doctrina del buen maestro no pudiese pintar en su memoria otra figura tal y tan buena como es la que le van diciendo, que sin duda es estéril, y que no se puede empreñar ni parir sino con disparates y monstruos.

Y esto baste cuanto al nombre *ingenio*, el cual desciende de este verbo *ingenero*, que quiere decir engendrar dentro de sí una figura entera y verdadera que represente al vivo la naturaleza del sujeto cuya es la ciencia que se aprende.

. . . . . .

CAPÍTULO III

Pruébase por un ejemplo que si el muchacho no tiene el ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar,

por demás es oirla de buenos maestros, tener muchos libros, ni trabajar en ellos toda la vida.

Bien pensaba Cicerón que para que su hijo Marco, saliese (en aquel género de letras que había escogido) tal cual él deseaba, que bastaba enviarle a un estudio tan famoso y celebrado por el mundo como el de Atenas, y que tuviese por maestro a Cratipo, el mayor filósofo de aquellos tiempos, y tenerle en una ciudad tan populosa, donde, por el gran concurso de gentes que allí acudían, necesariamente habría muchos ejemplos y casos extraños que le enseñasen por experiencia cosas tocantes a las letras que aprendía.

Pero con todas estas diligencias y otras muchas más, que como buen padre haría (comprándole libros y escribiéndole otros de su propia invención), cuentan los historiadores que salió un gran necio, con poca elocuencia y menos filosofía (cosa muy usada entre los hombres, pagar el hijo la mucha sabiduría del padre). Realmente debió de imaginar Cicerón que aunque su hijo no hubiera sacado de las manos de la naturaleza el ingenio y habilidad que la elocuencia y filosofía pedían, que con la buena industria del maestro, y los muchos libros y ejemplos de Atenas, y el contínuo trabajo del mozo y esperar en el tiempo, se enmendarían las faltas de su entendimiento. Pero, en fin, vemos que se engañó, de lo cual no me maravillo, porque tuvo muchos ejemplos a este propósito, que le animaron a pensar que lo mismo podría acontecer a su hijo.

. . . . . .

No tienen otro oficio los maestros con sus discípulos, a lo que tengo entendido, más que apuntarles la doctrina; porque si tienen fecundo ingenio, con sólo esto les hacen parir admirables conceptos, y si no, atormentan así a los que enseñan, y jamás salen con lo que pretenden.

Yo a lo menos, si fuera maestro, antes que recibiera en mi escuela algún discípulo había de hacer con él muchas pruebas y experiencias para descubrirle el ingenio, y si se hallare de buen natural para la ciencia que yo profesaba, recibiérale de buena gana, porque es gran contento para el que enseña instruir a un hombre de buena habilidad; y si no, aconsejarle que estudiase la ciencia que a su ingenio más le convenía; pero entendido que para ningún género de letras tenía disposición ni capacidad, dijérale con amor y blandas palabras: hermano mío, vos no tenéis remedio de ser hombre por el camino que habéis escogido, y que busquéis otra manera de vivir que no requiera tanta habilidad como las letras.

Viene la experiencia con esto tan clara, que vemos entrar en un curso de cualquier ciencia gran número de discípulos (siendo el maestro o muy bueno o muy ruín), y en fin de la jornada, unos salen de grande erudición, otros de mediana, otros no han hecho más en todo el curso de perder el tiempo, gastar su hacienda y quebrarse la cabeza sin provecho ninguno.

Yo no sé de dónde pueda nacer este efecto, oyendo todos un mismo maestro, y con igual diligencia y cuidado, y por ventura los rudos trabajando más que los hábiles. Y crece más la dificultad viendo que los que son rudos en una ciencia, tienen en otra mucha habilidad, y los muy ingeniosos en un género de letras pasados a otras, no las pueden comprender.

Yo a lo menos soy buen testigo en esta verdad; porque entramos tres compañeros a estudiar juntos latín, y el uno lo aprendió con gran facilidad, y los demás jamás pudieron componer una oración elegante. Pero pasados todos tres a dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes un águila caudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y venidos todos tres á oír astrologia, fue causa digna de considerar que el que no pudo aprender latín ni dialéctica, en pocos días supo más que el propio maestro que nos enseñaba, y a los demás jamás nos pudo entrar.

De donde espantado, comencé luego sobre ello a discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedía su ingenio determinado y particular, y que sacado de allí no valía nada para las demás letras, y si esto es verdad

(como lo es, y de ello adelante haremos demostración), ¡oh quién entrara hoy día en las escuelas de nuestros tiempos, haciendo cata y cala de los ingenios! ¡a cuántos trocara las ciencias, y a cuántos echara al campo por estólidos e imposibilitados para saber, y cuántos restituyera de los que por tener corta fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crió naturaleza sólo para las letras! Mas, pues no se puede hacer ni remediar, no hay sino pasar con ello. Esto que tengo dicho, a lo menos no se puede negar, sino que hay ingenios determinados para una ciencia, los cuales para otras son disparatados, y por tanto conviene antes que el muchacho se ponga a estudiar, descubrirle la manera de su ingenio, y ver cuál de las ciencias viene bien con su habilidad y hacerle que la aprenda, pero también se ha de considerar que no basta lo dicho para que salga muy consumado letrado, sino que ha de guardar otras condiciones no menos necesarias que tener habilidad, y así dice Hipócrates (lib. *Lex Hipp.*) que el ingenio del hombre tiene la misma proporción con la ciencia que la tierra con la semilla, la cual, aunque sea de suyo fecunda y paniega, pero es menester cultivarla y mirar para qué género de simiente tiene más disposición natural; porque no cualquiera tierra puede panificar con cualquiera simiente sin distinción. Unas llevan mejor trigo que cebada, y otras mejor cebada que trigo, y del trigo, tierras hay que multiplican mucho candial, y el trujillo no lo pueden sufrir. Y no sólo con hacer esta distinción se contenta el buen labrador, pero después de haber arado la tierra con buena sazón, aguarda tiempo conveniente para sembrar, porque no en cualquier parte del año se puede hacer, y después de nacido el pan, lo limpia y escarda para que pueda crecer y dar adelante el fruto que de la simiente se espera. Así conviene que después de sabida la ciencia que al hombre le está mejor, que la comience á estudiar en la primera edad, porque ésta, dice Aristóteles, es la más aparejada de todas para aprender.

Allende que la vida del hombre es muy corta, y las artes largas y espaciosas, por donde es menester que haya tiempo bastante para saberlas, y tiempo para poderlas ejercitar, y con ellas aprovechar la república. La memoria de los muchachos, dice Aristóteles que está vacía, sin pintura ninguna, porque ha poco qué nacieron, y así cualquier cosa reciben con facilidad; no como la memoria de los hombres mayores, que llena de tantas cosas como han visto en el largo discurso de su vida, no les cabe más. Y por esto dijo Platón que delante de los niños contemos siempre fábulas y narraciones honestas, que inciten a obras de virtud, porque lo que en esta edad aprenden jamás se les olvida. No, como dijo Galeno, que entonces se han de aprender las artes, cuando nuestra naturaleza tiene todas las fuerzas que puede alcanzar. Pero no tiene razón si no se distingue. El que ha de aprender latín o cualquiera otra lengua, lo ha de hacer en la niñez, porque si aguarda a que el cuerpo se endurezca y tome la perfección que ha de tener, jamás saldrá con ella. En la segunda edad, que es la adolescencia, se han de trabajar en el arte de raciocinar, porque ya se comienza a descubrir el entendimiento, el cual tiene con la dialéctica la misma proporción que las trabas que echamos en los pies y manos de una mula cerril, que andando algunos días con ellas, toma después cierta gracia en el andar. Así nuestro entendimiento trabado con las reglas y preceptos de la dialéctica, toma después en las ciencias y disputas un modo de discurrir y raciocinar muy gracioso. Venida la juventud se pueden aprender todas las demás ciencias que pertenecen al entendimiento, porque ya está bien descubierto. Verdad es que Aristóteles saca la filosofía natural, diciendo que el mozo no está dispuesto para este género de letras, en lo cual parece que tiene razón, por ser ciencia de más alta consideración y prudencia que otra ninguna. Sabida ya la edad en que se han de aprender las ciencias, conviene luego buscar un lugar aparejado para ellas, donde no se trata otra cosa sino letras, de como son las universidades; pero ha salir el muchacho de casa de su padre, porque el regalo de la madre, de los hermanos, parientes y amigos que no son de su profesión, es grande estorbo

para aprender. Esto se ve claramente en los estudiantes naturales de las villas y lugares donde hay universidades, ninguno de los cuales, si no es por gran maravilla, jamás sale letrado. Y puédese remediar fácilmente trocando las universidades; los naturales de la ciudad de Salamanca, estudiar en Alcalá de Henares, y los de Alcalá en Salamanca. Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio, es de tanta importancia, que ningún maestro hay en el mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria.

. . . . . .

CAPÍTULO XI

Donde se da a cada diferencia de ingenio la ciencia que le corresponde en particular, y se le quita la que le es repugnante y contraria.

Todas las artes, dice Cicerón (*Pro Archia poeta*), están constituídas debajo de ciertos principios universales, los cuales aprendidos con estudio y trabajo, en fin se vienen a alcanzar. Pero el arte de poesía es en esto tan particular, que si Dios o naturaleza no hacen al hombre poeta, poco aprovecha enseñarle con preceptos y reglas cómo ha de metrificar. Pero en esto no tiene razón Cicerón, porque realmente no hay ciencia ni arte inventada en la república que si el hombre se pone a estudiarla faltándole ingenio, salga con ella aunque trabaje en sus preceptos y reglas toda la vida, y si acierta con la que pedía su habilidad natural, en dos días vemos que se halla enseñado. Lo mismo pasa en la poesía sin diferencia ninguna, que si el que tiene naturaleza acomodada para ella se da a componer versos, los hace con gran perfección, y si no, para siempre es mal poeta. Siendo esto así, ya me parece que es tiempo saber por arte, qué diferencia de ingenio le corresponde en particular para que cada uno entienda con distinción, sabida ya su naturaleza, para qué arte tiene disposicion natural. Las artes y ciencias que se alcanzan con la memoria son las siguientes: gramática, latín y cualquier otra lengua; la teórica de la jurisprudencia, teología positiva, cosmografía y aritmética. Las que pertenecen al entendimiento son: teología escolástica, teórica de la medicina, la dialéctica, la filosofía natural y moral, la práctica de la jurispericia que llaman abogacía. De la buena imaginativa nacen todas las artes y ciencias que consisten en figura, correspondencia, armonía y proporción: éstas son poesía, elocuencia, música, saber predicar, la práctica de la medicina, matemáticas, astrología, gobernar una república, el arte militar, pintar, trazar, escribir, leer, ser un hombre gracioso, apodador, pulido, agudo *in agibilibus*, y todos los ingenios y maquinamientos que fingen los artífices, y tambien una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar a cuatro escribientes juntos, materias diversas, y salir todas muy bien ordenadas. De todo eso no podemos hacer evidente demostración, ni probar cada cosa por sí, porque sería nunca acabar; pero echando la cuenta en tres o cuatro ciencias, en las demás correrá la misma razón. En el catálogo de ciencias que dijimos pertenecer a la memoria, pusimos la lengua latina y las demás que hablan todas las naciones del mundo; lo cual ningún hombre sabio puede negar, porque las lenguas fue una invención que los hombres buscaron para poder entre sí comunicarse, y explicar los unos a los otros sus conceptos, sin haber en ello más misterio ni principios naturales de haberse juntado los primeros inventores, y a buen pláceme, como dijo Aristóteles (lib. I *De interpret.*), fingir los vocablos y dar a cada uno su significación. Resultó de allí tanto número de ellos, y tantas maneras de hablar, tan sin cuenta ni razón, que si no otra potencia, ésta es imposible poderse comprender. Cuán impertinente sea la imaginativa y el entendimiento para aprender lenguas y maneras de hablar pruébalo claramente la niñez, que con ser la edad en la cual el hombre está más falto de estas dos potencias, con todo eso, dice Aristóteles (30 sect., probl. 3) que los niños aprenden mejor cualquiera lengua que los hombres mayores, aunque son más racionales. Y sin que lo

diga nadie nos los muestra la experiencia; pues vemos que si a Castilla viene a vivir un vizcaíno de treinta a cuarenta años, jamás aprende el romance, y si es muchacho, en dos o tres años parece nacido en Toledo. Lo mismo acontece con la lengua latina y en todas las demás del mundo, porque todos los lenguajes tienen la misma razón. Luego si en la edad que más reina la memoria, y menos hay de entendimiento y de imaginación, se aprenden mejor las lenguas que cuando hay falta de memoria y sobra de entendimiento, cierto es que con la memoria se adquieren, y no con otra potencia ninguna. Las lenguas, dice Aristóteles (lib. IV *De hist. animal*, capítulo IX) que no se pueden sacar por razón, ni consisten en discurso ni raciocinio, y así es necesario oír a otro el vocablo y la significación que tiene, y guardarlo en la memoria, y con esto prueba que si el hombre nace sordo, necesariamente ha de ser mudo, por no poder oír a otro la articulación de los nombres ni la significación que los inventores les dieron. De ser las lenguas un plácito y antojo de los hombres y no más, se infiere claramente que en todas se pueden enseñar las ciencias, y en cualquiera se dice y declara lo que a la otra quiso sentir. Y así ninguno de los graves autores fue a buscar lengua extranjera para dar a entender sus conceptos; antes los griegos escribieron el griego, los romanos en latín, los hebreos en hebreo, y los moros en arábigo, y así hago yo en mi español, por saber mejor esta lengua que otra ninguna. Los romanos, como señores del mundo, viendo que era necesario haber una lengua común con que todas las naciones se pudiesen comunicar, y ellos oír y entender a los que venían a pedir justicia y cosas tocantes a su gobernación, mandaron que hubiese escuela en todos los lugares de su imperio, en la cual se enseñase la lengua latina, y así ha durado hasta el día de hoy.

. . . . . .

El leer bien y con facilidad descubre también una especie de imaginativa, y si es cosa muy notable, no hay que gastar el tiempo en letras, sino hacerle que gane su vida a leer procesos. En esto hay una cosa digna de notar, y es, que la diferencia de imaginativa que hace a los hombres graciosos, decidores y apodadores, es contraria de la que ha de menester el hombre para leer con facilidad; y así ninguno que sea muy donoso puede aprender a leer si no es tropezando y mintiendo. El saber jugar a la primera y hacer envites falsos y verdaderos, y el querer y no querer a su tiempo, y por conjeturas conocer el punto de su contrario y saberse descartar, es obra que pertenece a la imaginativa. Lo mismo el juego de los cientos y el triunfo, aunque no tanto como la primera de Alemania; y no solamente hace prueba y demostración de esta diferencia de ingenio, pero aun descubre todas las virtudes y vicios del hombre; porque cada momento se ofrecen en este juego ocasiones en las cuales da el hombre muestra de lo que también haría en otras cosas mayores viéndose en ellas.

El juego del ajedrez es una de las cosas que más descubren la imaginativa, por donde el que alcanzare delicadas tretas, diez o doce lances juntos en el tablero, corre peligro en las ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria; si no es que hace junta de dos o tres potencias, como ya lo hemos notado. La cual doctrina si alcanzara un teólogo escolástico doctísimo que yo conocí, cayera en la cuenta de una cosa que dudaba. Este jugaba con un criado suyo muchas veces, y perdiéndole, decía de corrido: « ¿Qué es esto, Fulano, que ni sabéis latín, ni dialéctica, ni teología, aunque lo habéis estudiado, y me ganáis vos a mí, estando lleno de Escoto y de santo Tomás? ¿Es posible que vos tenéis mejor ingenio que yo? No puedo creer verdaderamente sino que el diablo os revele a vos estas tretas ». Y era el misterio que el amo tenía grande entendimiento, con el cual alcanzaba las delicadezas de Escoto y de santo Tomás, y era falto de aquella diferencia de imaginativa con que se juega al ajedrez, y el mozo tenía ruín entendimiento y memoria y muy delicada imaginativa.

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

Agustín de Rojas Villandrando (de cuya producción poética hemos dado una muestra), interesa ahora como didáctico, ya que en su *Viaje entretenido* (Madrid, 1603) nos alecciona acerca de la organización de la vida teatral en la España de su tiempo. Publicamos este texto.

BIBLIOGRAFÍA. — Ed. moderna en «Colección de Libros picarescos», con prólogo de Manuel Cañete, Madrid, 1901, 2 vols. — E. V. CIROT, *Valeur littéraire du «Viaje entretenido»*, «Bull. Hisp.», 1923.

VIAJE ENTRETENIDO

SOLANO

Por cierto, la loa es buena y tiene muchas cosas antiguas de la comedia y de hombres que ha habido en ella de mucha fama.

RAMÍREZ

Un Navarro, natural de Toledo, se os olvidó, que fue el primero que inventó teatros.

RÍOS

Y Cosme de Oviedo, aquel autor de Granada tan conocido, que fue el primero que puso carteles.

SOLANO

Y aun el que trujo gangarilla por los lugares de la costa.

RAMÍREZ

¿Qué es gangarilla?

SOLANO

Bien parece que no habéis vos gozado de la farándula, pues preguntáis por una cosa tan conocida.

RÍOS

Yo tengo más de treinta años de comedia y llega ahora mi noticia.

SOLANO

Pues sabed que hay ocho maneras de compañías y representantes y todas diferentes.

RAMÍREZ

Para mí es tanta novedad esa como esotra.

ROJAS

Por vida de Solano, que nos la digáis.

SOLANO

Habéis de saber que hay bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, farándula y compañía. El bululú es un representante solo, que camina a pie y pasa su camino, entra en el pueblo, habla al cura y dícele que sabe una comedia y alguna loa, que junte al barbero y sacristán y se la dirá porque le den alguna cosa para pasar adelante. Júntanse éstos y él súbese sobre una arca y dice: ahora sale la dama, y dice esto y esto, y va representando, y el cura pidiendo limosna en un sombrero, y junta cuatro o cinco cuartos, algún pedazo de pan y escudilla de caldo que le da el cura, y con esto sigue su estrella y prosigue su camino hasta que halla remedio. Ñaque es dos hombres (que es lo que Ríos decía ahora poco de entrambos); éstos hacen un entremés, algún poco de un auto, dicen unas octavas, dos o tres loas, llevan una barba de zamarro, tocan el tamborino y cobran a ochavo y en esotros reinos a dinerillo (que es lo que hacíamos yo y Ríos); viven contentos, duermen vestidos, caminan desnudos, comen hambrientos y espúlganse el verano entre los trigos y en el invierno no sienten con el frío los piojos. Gangarilla es compañía más gruesa; ya van aquí tres o cuatro hombres; uno que sabe tocar una locura, llevan un mu-

chacho que hace la dama, hacen el auto de la Oveja Perdida, tienen barba y cabellera, buscan saya y toca prestada (y algunas veces se olvidan de volvella), hacen dos entremeses de bobo, cobran a cuarto, pedazo de pan, huevo y sardina y todo género de zarandaja (que se echa en una talega); éstos comen asado, duermen en el suelo, beben su trago de vino, caminan a menudo, representan en cualquier cortijo y traen siempre los brazos cruzados.

RÍOS

¿Por qué razón?

SOLANO

Porque jamás cae capa sobre sus hombros. Cambaleo es una mujer que canta y cinco hombres que lloran; éstos traen una comedia, dos autos, tres o cuatro entremeses, un lío de ropa que le puede llevar una araña; llevan a ratos a la mujer a cuestas y otras en silla de manos, representan en los cortijos por hogaza de pan, racimo de uvas y olla de berzas; cobran en los pueblos a seis maravedís, pedazo de longaniza, cerro de lino y todo lo demás que viene aventurero (sin que se deseche ripio); están en los lugares cuatro o seis días, alquilan para la mujer una cama y el que tiene amistad con la huéspeda dale un costal de paja, una manta y duerme en la cocina, y en el invierno el pajar es su habitación eterna. Éstos, a medio día, comen su olla de vaca y cada uno seis escudillas de caldo, siéntanse todos a una mesa y otras veces sobre la cama. Reparte la mujer la comida; dales el pan por tasa, el vino aguado y por medida y cada uno se limpia donde halla; porque entre todos tienen una servilleta o los manteles están desviados que no alcanzan a la mesa con diez dedos. Compañía de garnacha son cinco o seis hombres, una mujer que hace la dama primera y un muchacho la segunda; llevan un arca con dos sayos, una ropa, tres pellicos, barbas y cabelleras y algún vestido de la mujer, de tiritaña. Éstos llevan cuatro comedias, tres autos y otros tantos entremeses; el arca, en un pollino; la mujer, en las ancas, gruñendo, y todos los compañeros, detrás, arreando. Están ocho días en un pueblo, duermen en una cama cuatro, comen olla de vaca y carnero, y algunas noches, su menudo muy bien aderezado. Tienen el vino por adarmes, la carne por onzas, el pan por libras y la hambre por arrobas. Hacen particulares a *gallina asada, liebre cocida, cuatro reales en la bolsa, dos azumbres de vino en casa y a doce reales una fiesta con otra. En la bojiganga van dos mujeres y un muchacho, seis o siete compañeros y aun suelen ganar muy buenos disgustos, porque nunca falta un hombre necio, un bravo, un mal sufrido, un porfiado, un tierno, un celoso ni un enamorado; y habiendo cualquiera destos no pueden andar seguros, vivir contentos ni aun tener muchos ducados. Éstos traen seis comedias, tres o cuatro autos, cinco entremeses, dos arcas, una con hato de la comedia y otra de las mujeres. Alquilan cuatro jumentos, uno para las arcas, dos para las hembras y otro para remudar a los compañeros a cuarto de legua (conforme hiciere uno la figura y fuere de provecho en la chacota). Suelen traer entre siete dos capas, y con éstas van entrando de dos en dos, como frailes. Y sucede muchas veces, llevándosela el mozo, dejarlos a todos en cuerpo. Éstos comen bien, duermen todos en cuatro camas, representan de noche, y las fiestas de día, cenan las más veces ensalada, porque como acaban tarde la comedia hallan la cena fría. Son grandes hombres de dormir de camino, debajo de las chimeneas, por si acaso están tapizadas de morcillas, solomos y longanizas, gozar de ellas con los ojos, tocallas con las manos y convidar a los amigos, ciñéndose las longanizas al cuerpo, las morcillas al muslo y los solomos, pies de puerco, gallinas y otras menudencias en unos hoyos en los corrales o caballerizas; y si es en ventas en el campo (que es lo más seguro), poniendo su seña para conocer dónde queda enterrado tal difunto. Este género de bojiganga es peligrosa, porque hay entre ellos más mudanzas que en la luna y más peligros que en frontera (y esto si no tienen cabeza que

los rija). Farándula es víspera de compañía ; traen tres mujeres, ocho y diez comedias, dos arcas de hato, caminan en mulos de arrieros y otras veces en carros, entran en buenos pueblos, comen apartados, tienen buenos vestidos, hacen fiestas de Corpus a doscientos ducados, viven contentos (digo los que no son enamorados). Traen, unos plumas en los sombreros, otros veletas en los cascos y otros en los pies, el mesón de Cristo con todos. Hay Laumedones de ojos, decídselo vos, que se enamoran por debajo de las faldas de los sombreros, haciendo señas con las manos y visajes con los rostros, torciéndose los mostachos, dando la mano en el aprieto, la capa en el camino, el regalo en el pueblo y sin hablar palabra en todo el año. En las compañías hay todo género de gusarapas y baratijas, entreban cualquiera costura, saben de cualquiera costura, saben de mucha cortesía, hay gente muy discreta, hombres muy estimados, personas bien nacidas, y aun mujeres muy honradas (que donde hay mucho, es fuerza que haya de todo), traen cincuenta comedias, trescientas arrobas de hato, diez y seis personas que representan, treinta que comen, uno que cobra y Dios sabe el que hurta. Unos piden mulas, otros coches, otros literas, otros palafrenes y ningunos hay que se contenten con carros, porque dicen que tienen malos estómagos. Sobre esto suelen tener muchos disgustos. Son sus trabajos excesivos, por ser los estudios tantos, los ensayos tan continuos y los gustos tan diversos (aunque desto Ríos y Ramírez saben harto) y así es mejor dejallo en silencio, que a fe que pudiera decir mucho.

Ríos

Digo que me habéis espantado.

Ramírez

Ahora os confirmo por el mayor cómico que tiene el suelo.

Ruperto de Nola

La personalidad de Ruperto de Nola queda completamente perdida, y aún más lo quedaría si él mismo no dirigiera el prólogo de su libro *al rey don Hernando de Nápoles*, si bien este mismo don Fernando queda sin precisar cuál fue de los tres que gobernaron aquel reino. No se sabe siquiera si fue catalán, aragonés o italiano aunque la primera versión de su libro estuviera en lengua catalana, y hasta que hace poco tiempo apareció un ejemplar impreso en este idioma, se llegó a dudar si Nola sería una invención de Diego Pérez Dávila, alcaide de Logroño, traductor y editor de la obra. Y todavía deberá advertirse que en las ediciones catalanas anteriores a 1525, fecha de la primera castellana, el nombre de Nola no aparece por ningún sitio. Si existió, pues, sólo puede afirmarse que sirvió como cocinero a uno de los tres primeros Fernandos españoles que rigieron en Nápoles. El traductor y editor de la obra en castellano pudiera ser, en opinión de don Dionisio Pérez, quien la exhumó en 1929, el que fue alcaide de Logroño hacia mil quinientos veintitantos, acaso emparentado con la noble familia de los Dávilas, de cuyos símbolos participa en el escudo que reproducen las dos primeras ediciones castellanas (Toledo, 1525 y Logroño, 1529), mezclados con unas gallinas y unos panes.

Otras referencias pueden encontrarse en la citada reimpresión hecha en Madrid, en 1929, constituyendo el tomo IX de la colección «Los Clásicos Olvidados».

LIBRO DE GUISADOS
MANJARES Y POTAJES INTITULADO LIBRO DE COCINA

Tres oficios hay en las casas de los señores que no pueden estar en paz y concordia. El trinchante y el despensero y cocinero; porque si el despensero trae la carne sin quebrantar los huesos que se deben quebrar, ni trae las piezas que debe traer dice el cocinero que no sabe comprar, ni es suficiente para despensero, pues no trae buena carne ni gorda ni sabe escojer buenas piezas y a las veces vienen a reñir. Dice asimismo el trinchante al cocinero que no sabe guisar de comer ni tiene habilidad para cocinero ni concierto ni tiento en su oficio; porque cuece demasiadamente la carne, y no se puede cortar y que lo hace por hacerle caer en vergüenza y porque su señor riña con él y lo aborrezca. Y esta es la razón porque estos tres oficios no pueden estar en paz: y porque se escusen entre ellos estas diferencias es menester que el despensero sea buen cocinero y buen trinchante y el cocinero que sea buen cocinero y buen trinchante, y el trinchante que sea buen despensero y buen cocinero: y de esta manera estimándose y preciándose lo mejor que pudiere cada uno de su oficio podrán vivir en buena paz y amistad y gran concordia; favoreciéndose el uno al otro; y pues así es, hablaremos algo de él o del oficio de la cocina, que puesto que no sea muy necesaria esta arte es muy provechosa; porque en alguna parte se puede el hombre hallar que le sería muy bien de necesidad saber todas estas cosas; porque algunas e infinitas veces le honran con ello sabiéndolo ordenar y administrar y el que de este oficio ha de usar conviene que sepa el gusto y apetito de su señor; porque sabiendo esto, siempre estará en su gracia; y el buen cocinero ha de tener cuatro cosas sin las cuales no puede ser buen cocinero. La primera, que sea muy limpio y que no tenga la condición del molinero, que en cuanto hace le duele la agua. La segunda, que tenga el gusto de su señor. La tercera, que tenga buenas manos recias, que no tenga temor del hueso. La cuarta, que así en invierno como en verano no le enoje el fuego ni el humo sino sufrirlo con

mucha paciencia ; y el buen cocinero que tiene estas cuatro cosas y es buen oficial, es mucha razón que el señor le favorezca y le trate muy bien y le haga mercedes. Y no dé lugar que ninguno de su casa le enoje ni le maltrate porque en ser de este oficio de tanta cofianza es razón que sea muy mirado y bien tratado ; y primero, trataremos de algunas partes del servicio las cuales serán mejores y mas convenibles al servidor, y lo primero diremos cómo se deben aguzar los cuchillos para cortar la carne.

El buen trinchante ha de tener una aguzadera de palo de salce, o de álamo o de tejo, que son maderas blandas, y es mejor esta madera que otra ninguna en ser más amigable, y esta aguzadera ha de estar siempre enclavada en parte que no la puedan quitar, y esto se entiende si el señor estuviere en su casa de asiento. Y si anduviere camino, hase de traer en las arcas de la plata a cargo del repostero con los cuchillos que corta el trinchante a la mesa y tener con la aguzadera una bolsa de cuero con tierra de la que cae de las muelas de los barberos, para aguzar y limpiar los cuchillos con ella y cuando los aguzares sea de manera que el filo del cuchillo quede a la parte de fuera, porque corte muy mejor y este primor no se debe tener en poco porque no lo alcanzan todos. Y han de tener temple de navaja ; aun que la navaja tiene el hilo para dentro, porque sirve para una cosa y el cuchillo para otra.

. . . . . .

Agora torno a mi propósito primero que comencé ; y hablaré en la arte de la cocina que es el fin más principal para que fue hecho y ordenado este libro ; y daré algunas doctrinas de hacer muchas salsas, y manjares, y primero diremos de las especias de las salsas comunes cómo se han de hacer y pimientas de clarea, polvoras de duque y salsa de pavo y otras cosas ; y debéis saber que de cuantos manjares hay en el mundo son la flor estas tres y más principales, y son estas : Salsa de pavo, Mirrauste y Manjar blanco, las cuales deben ser coronadas de una corona real cada una por sí ; porque comúnmente son la flor de todas las otras y primeramente de la salsa común.

. . . . . .

PARA HACER SALSA DE PAVO

Para cinco escudillas toma una libra de almendras tostadas ; y májalas bien en un mortero ; y toma los hígados de los pavos o capones o gallinas, que sean cocidos en olla y majarlos has con las almendras ; y después tomas un migajón de pan, que sea remojado en suco de naranja o vinagre blanco, y el pan ha de ser tostado ; y después majarlo has todo junto con los hígados y con las almendras ; y desque sea todo majado destemplar esta salsa con dos llemas de huevo por cada escudilla ; y después pasarla has por estameña con las dichas salsas finas y desque sea pasado ponerlo has dentro de la olla con el azúcar y asaborirlo has o catarlo has de agro, que sea de buena manera y después cocerlo hasta que esté en buen punto, y desque sea cocida hacer escudillas y sobre la salsa poner azúcar y canela.

. . . . . .

Juan de Mal Lara

Posiblemente nacido en Sevilla hacia el año 1524, de ascendencia humilde, fue su padre el pintor Diego de Mal Lara y su madre Beatriz Ortiz. Inició sus estudios con el maestro Pedro Fernández, en Sevilla; luego, como paje de los sobrinos del Cardenal Loaysa, pasó a Salamanca por el año de 1538, continuándolos en aquella universidad, a la que siguieron otras. Hizo «frecuentes viajes por tierras de Castilla, Cataluña, Valencia y Aragón» (Sánchez y Escribano) y en 1548 regresó a su ciudad natal, donde abrió estudio de Gramática y Humanidades, que «llegó a proporcionarle una reputación muy reconocida por todos durante su vida y todavia años después de su muerte» (Sánchez y Escribano). Hacia 1557 casó con María de Hojeda, y cuatro años más tarde era encarcelado como supuesto partícipe en unos versos difamatorios contra la Iglesia sevillana; fue absuelto de este cargo, meses más tarde, el 14 de mayo de 1561. El incidente no impidió que en 1566 Felipe II le encargara unos versos para ilustrar seis cuadros debidos a Tiziano. En 1570, de nuevo en Sevilla, redactó el *Recebimiento...* que la ciudad hizo al mismo monarca, como uno de los diputados que intervinieron en los preparativos. Algún tiempo más tarde caía enfermo, hizo testamento el 8 de febrero de 1571 y a poco falleció, siendo enterrado en la parroquia de San Martín.

El sevillano Juan de Mal Lara (1525?-1571) estudió en Salamanca, Barcelona y Sevilla, en donde puso una escuela famosa de Gramática y Humanidades, en la que estudiaron doctos varones como Diego Girón y Francisco de Medina.

Compuso Mal Lara algunos poemas, como el de *La hermosa Psyche*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional, y el de *Los trabajos de Hércules*, que se ha perdido. También compuso epigramas y poemas en latín y alguna obra de circunstancias como el *Recibimiento que hizo... Sevilla a... Felipe II*. Pero su obra más conocida es *La Philosophia vulgar*, publicada en Sevilla en 1568. En este libro glosa mil proverbios castellanos con erudición y amenidad. Los cuentecillos, chistes y anécdotas que introduce en sus comentarios son oportunas y graciosas.

Es lamentable que no se haya reimpreso modernamente tan curioso libro. Reproducimos algunas páginas de la primera edición, respetando su ortografía arcaica.

Bibliografía. *La Philosophia vulgar*, Sevilla, Hernando Díaz, 1568.

El estudio más completo hasta la fecha acerca de Mañara es el de F. Sánchez y Escribano: *Juan de Mal Lara, su vida y sus obras*, Nueva York, Hispanic Institute, 1941, que incluye una copiosa bibliografía. Véase además: A. Castro: *Juan de Mal Lara y su «Filosofía vulgar»*, en «Homenaje... a Menéndez Pidal», Madrid, 1925, t. III, pág. 563. Sánchez Escribano: *Los «adagia» de Erasmo en «La Philosophia vulgar...»*, Nueva York, 1944. Sánchez Escribano: *La colaboración en la «Philosophia vulgar» de J. de Mal Lara*, en «Hispanic Review», 1947, t. XV, páginas 308-312.

La Philosophia vulgar

Anda con Dios, que un pan me llevas. Dicho a los que hacen un daño y con todo eso rogamos que vaya Dios con ellos, como dicen haber hecho todos los que siguieron el camino de Dios, y como lo han de hacer los que se precian de ser sus servidores.

Parece haber nacido del cuento que se dice en la vida de sant Juan limosnero, de un hombre rico que no daba por Dios, y fue allá un pobre importuno, y tanto le fatigó que, entrando una tabla de pan por su puerta, tomó uno y se lo arrojó para dalle, como con una piedra; el pobre lo recogió y fuese huyendo; no pudo dejar de decir el otro que fuese con Dios, que un pan le llevaba; y dicen que este pan le

valió mucho. Sea ello como fuere, la obra buena jamás se pierde.

. . . . . .

ESTAS SON MIS MISAS. Estando en la sacristía buscando en el libro para dar la limosna a los que habían dicho misa, había cierto debate; y diciendo el Colector que había dicho fulano veinte, dijo el otro de presto:

— Esas son mis misas.

Dícenlo los que hallan cosas que les vienen a propósito. Otros dicen que este refrán salió de una necedad de un procurador, y es que trayéndose pleito matrimonial ante el juez de la iglesia (en que un hombre acusaba a su mujer y se quería por aquella vía apartar della), [como] alegase que salía muchas veces de casa su mujer, ella respondía que iba cada día a misa, y en esto se ocupaba. Pero insistiendo el marido en decir que salía las tardes, y aun las noches, y replicándose palabras desta materia, que salía tantas veces, decía el procurador, defendiendo su parte:

— Pues esas son mis misas.

Y aunque le decían, mira que serán vísperas o maitines, porfiaba en «esas son mis misas». Lo cual fue muy reído y tomado en refrán para cuando queremos que sea lo que nosotros decimos, aunque no tengamos razón, como tenga buen color.

. . . . . .

MÁS VALE DIOS AYUDAR QUE VELAR NI MADRUGAR. La diligencia del hombre acábase presto, y si queremos saber qué medios puede tomar para ganar hacienda, son velar y madrugar, que es hurtar de la noche de tal manera que se quede con poco sueño. Cierto es que Dios puede más ayudar que esto que el hombre busca para su ganancia, también le será perdida si él enferma. Dicen de una panadera que madrugaba a masar y velaba cerniendo la harina, y esto con mucha diligencia porque su marido dormía mucho, y desde la cama la reprendía de loca que trabajaba demasiado. Y estando así una madrugada riñendo su mujer con él, porque se levantase, pasó un hombre huyendo de tejado en tejado, y por una ventana pequeña que caía sobre la cama arrojó un talego de ducados que traía. Al ruido se levantó el que estaba en la cama y, visto el talego, llamó a su mujer mostrándoselo; cómo el ladrón yendo huyendo, porque no le hayasen el hurto, lo había dejado. Y ella espantada, el marido le dijo:

— Callá, que más puede Dios ayudar que velar y trasnochar y madrugar y todo lo que vos andáis de aquí para allí.

Algunos de mi tierra dicen que éste vivía hacia la Puerta del Sol, y que lo llamaban el dormilón.

Venirse el bien a muchos durmiendo, leído lo habemos, y aún hay un adagio que se dice en latín: *Dormientis rete trahit*. La red del que duerme, pesca. De que las más veces se echan a dormir los pescadores en sus barcos y cae mucho pescado en las redes. Timoteo, capitán de los atenienses era tan venturoso que todos le decían que más vencía porque tenía dicha que no por ser extremado capitán. Y por decir mal dél y murmurar entre otras cosas, como en Pasquín pintábanlo durmiendo, y que la fortuna entretanto le pescaba con grandes redes, ciudades y castillos. A lo cual respondía el Timoteo, burlándose dellos:

— Si tales ciudades tomo durmiendo, ¿qué pensáis que haría si estuviese despierto?

Puédese atribuir al refrán aquel ejemplo que se cuenta en la vida de san Nicolás que casó las tres hijas del hombre pobre, arrojándole cada vez la suma de oro por la ventana, sin que el hombre lo ganase por su diligencia.

. . . . . .

LA MUJER Y LA VIÑA, EL HOMBRE LA HACE GARRIDA. Una de las haciendas que más necesidad tiene de la industria del hombre es la viña, y por esto con grande razón se compara a ella la mujer, porque como el hombre da ser a la viña, así la mujer la honra y le da lustre con que se pueda estimar y, como la viña, si el hombre no la cava y la pone de sarmientos y no tiene cuidado della, se viene a perder, así la mujer si le faltase aquellos beneficios vendría a perder su lozanía. De aquí pueden tomar consejo los hombres vie-

jos y los que no son para semejante labor, que no tomen a cargo una viña o majuelo donde nunca han de cesar de labrar si quieren tener vida con reposo.

ANDANDO Y HABLANDO, MARIDO A LA HORCA. Aviendo vn hombre hecho delitos, por los quales preso fue condenado a ahorcar y sacándolo por las calles acostumbradas, yua su muger llorando muy al lado y de la otra parte el cura. El triste deteníase encomendando a su muger lo que auía y lo que no auía, haziendo mil paradillas y hablando en secreto. El cura, (según algunos leuantan) tenía requiebros con la muger, haziale del ojo y ella, que no era necia, viendo la tardança que su marido hazía, creyendo que se podrá escapar, todas las veces que su marido le hablaua largo, deziale ella muy piadosamente : Andando y hablando, etc. Es conseja de muger mal casada, que desea que su marido muera presto. Aplícase a los que quieren ver acabado a su próximo y que ellos se lo agradezcan.

A LA MUGER Y A LA PICAZA LO QUE VIERES EN LA PLAZA. ... cuenta vna fábula a propósito que es no mala para esto, que vn hombre queriendo ver que tenia en su muger si guardaua secreto, yéndose a acostar escondió vn hueuo debaxo de la almohada y estándo acostados començó a suspirar, demostrando que tenía grande fatiga y la muger preguntándole vino su marido a dezirle el gran monstruo que le auía acaecido y que no osaua descubrirlo, porque no se confiaua de nadie. En fin prometido gran silencio, díxole auer parido aquella noche vn hueuo y mostrolo, y encargole que callase, porque no le viniese gran afrenta. La muger hizo sus acostumbrados juramentos y parecióle la noche vn año, que no huuo amanecido quando llamando vna comadre suya le contó auer su marido parido dos hueuos, la otra dixo tres y, en fin, antes de la noche vinieron a ser, multiplicando cada vno, quarenta hueuos y, allegado el marido a la plaça tuuo vno platicas con él, y luego le estrelló en la frente los quarenta hueuos que auia puesto y que se fuese al gallinero, y así él conoció en mentira, lo que tenía en su muger. Y a la verdad no ay razón para que esto no se ponga tanta culpa en las mugeres, pues tambien en la mayor parte de los hombres vemos esta falta de poco secreto, y por eso mejor será, según aquella sentencia antigua : No fiar de persona alguna lo que quieres tener secreto.

QUE TIENEN QUE HAZER LAS BRAGAS CON EL ALCAUALA DE LAS HAUAS. Ésta es vna pregunta que haze vno a su muger, que no le respondió a propósito según aquel de arriba : « préstame vn açadón, yo a vos también », que teniendo este hombre muger y hauar estaua mas guardando el hauar que a su muger, de adonde le vino poder entrar en su casa vn hombre de hábito estraño según paresce porque él no traya calças, sino bragas y ropa larga, que deuia ser de nación de los medos, que según trae Ponponio Mela, vsauan bragas, y este tenía por amiga a la muger y vn día viniendo el marido a horas desusadas llamando a la puerta. El otro que estaua dentro, tomando el manto, saltó por el corral, dexandose las bragas en casa. Entró el marido diziendo : ¿Como no abristes tan presto? Salta la muger diziendo : Tenia cerrado porque me dixeron que venia el alcaualero a pedir el alcauala, y pensé que venía a pedir de las hauas que tenemos y vendemos. El marido creyolo y, entrando en el palacio, topó con las bragas — sacólas afuera diziendo : Ce muger ¿y como bragas auía de auer aqui en casa? Respondió ella : Pues no os digo que venía por el alcauala de las hauas. El marido, no os digo yo, sino que esto de las bragas. La muger tornaua con las hauas y, con tantas bozes, que medio loco el marido dezía : ¿Que tienen que hazer las bragas con el alcauala de las hauas? Y así se quedaron riñendo siempre, que no se acabaron de concertar porque ni a ella le estaua bien responder para que eran las bragas ni a él creer que era la alcauala de las hauas y las bragas todo vno. Puédese aplicar a los que no responden a propósito, sino que dan otra razón differente para hazer callar...

Allá cuentan vna fabuleta de otro, que halló a su muger y otras bragas y que andaua muy enojado y con intento

de matar a su muger, lo cual descubrió la muger a su madre, la qual se vino otro día a comer con ellos y truxo consigo otra hija que tenía pequeña y, estando a la mesa, como estaua de concierto, pidió la madre a la hijuela vna cosa y ella no la quiso traer, leuántase presto de la mesa y álçale las haldas y començó a darle de açotes, allegó el yerno a quitarsela y vió que tenía la muchacha vnas bragas puestas. Assossegose algo y preguntó, después de reposados, que para que eran aquellas bragas. Dixo la suegra que por limpieza las vsó siempre en sus hijas todas. Entonces, cayendo en que sería lo que el pensaua burla, pidió perdón a la muger del mal que auía ymaginado. Escriuo esto aquí no porque creo yo que ya podrán engañar a su yerno con esto, sino porque se vea quanto daño hazen las bragas y, aunque es cierto género de vestido, es peor que vn tiro de póluora encendida.

BAXE LA NOVIA LA CABEÇA Y CABRÁ POR LA PUERTA DE LA IGLESIA. Quieren decir que en cierto lugar de gente no avisada avía una moça tan larga como dixo Marcial (lib. 8) :

Allegar al Colosso, bien pudieras,
viniendo igual con él, hasta la cumbre,
si pie y medio menor, o Claudia, fueras.

Colosso era una estatua del Sol tan alta como una torre. Pues siendo la moça de aquel lugar tan grande, y aviéndola desposado, llevándola a velar a la yglesia, vieron todos la dificultad que avía para que ella pudiesse entrar por la yglesia, y aun impossible les parescía, porque yva la novia tiessa, la cabeça engarrotada, con el trençado largo, los ojos vedriados, las orejas con dos arracadas de plata moriscas, no meneándose a ninguna parte, el cuello yerto, los hombros y pechos entablados, que no faltó alguna madrina, que avía estado en la ciudad, que la empapeló. Y no llevando el rostro poco encalado, y con toda su grandeza llevaba chapines valencianos. Assimismo la llevavan de braço otras dos mujeres que no yvan menos compuestas que ella.

Allegando a la yglesia mucho antes començaron a caer en que la puerta era pequeña, y la que llevavan era gran tiramira de cuerpo, puesto el trabajo delante, topando la cabeça en el umbral de la puerta quedó atorada, y todos atajados y suspensos, paráronse a ver que remedio se daría ; luciéronse corrillos, donde el más liviano remedio era cortarle un poco los pies, o de la cabeça, porque derribar algo de la yglesia no era cosa que el mayordomo de la yglesia quisiese.

Estando ya la consulta en que ya que le cortassen algo, si sería la cabeça o los pies, llegó un caminante que venía a vuscar missa, y viendo los remolinos de la gente, preguntando el negocio, y, contado cayendo en él, de que enfermedad eran dolientes, díxoles : « Quítenle los chapines » ; lo cual se hizo, aunque ella se enojava de que se los quitassen, y con todo no cabía, pues dixo : « Abaxe la novia la cabeça y cabrá por la puerta de la yglesia ». Hizolo assí la novia, aunque tuvieron gran pena, en que la abaxasse. Entró, y fue tenido en mucho el consejo, y al salir los auisó de lo mismo.

FERNANDO DE HERRERA

Fernando de Herrera (n. 1534) no sólo fue un gran poeta sino un formidable humanista y un gran estético. Publicamos a continuación unos fragmentos de sus *Anotaciones a las obras de Garcilaso* (Sevilla, 1590) de la biografía de Tomás Moro (ed. F. López Estrada, «Archivo Hispalense», 1950.)

ANOTACIONES A LAS OBRAS DE GARCILASO

[LICITUD DEL NEOLOGISMO]

Podemos usar vocablos nuevos en nuestra lengua que vive y florece, en la latina más rara y peligrosamente porque ya está acabada; que no queda el uso d'ella sino en los libros, no del habla que no sabemos qué vocablo sea latino, sino el que se halla en los autores antiguos, porque de las lenguas muertas nos quedan solamente las reliquias, guardadas en los escritos de los hombres doctos de aquella edad, en que tuvieron vida, porque de su imitación se sabe y conoce la fuerça d'ellas, pero en la nuestra que vive y se escrive y habla, y trata lo que se escrive, y trata y habla, osó Garci-Lasso entrometer en la lengua y plática Española muchas vozes latinas, italianas y nuevas y sucedióle bien esta osadía y temeremos traer al uso y ministerio d'ella otras voces extrañas y nuevas, siendo limpias, propias, significantes, convenientes, manificas, numerosas y de buen sonido, y que sin ellas no se declara el pensamiento con una sola palabra. Apártese este rústico miedo de nuestro ánimo; sigamos el exemplo, de aquellos antiguos varones que enriquecieron el sermón Romano con las vozes Griegas y peregrinas y con las bárbaras mesmas, no seamos únicos juezes contra nosotros, padeciendo pobreza de la habla que más merecieron lo que començaron a introduzillas en nuestro lenguaje, Abriéndoles el passo que los escritores d'esta edad. ¿Por qué no pensar en que es lícito a ellos lo que a otros, guardando modo en el uso y trayendo legítimamente a la naturaleza española aquellas diciones con juizio y prudencia? ¿Tuvieron los pasados más entera noticia de la habla que los presentes? ¿Fueron más absolutos señores d'ella?».

No solamente trae Herrera el ejemplo de los latinos en relación a los neologismos procedentes del griego, sino, como era de esperar, el testimonio de los preceptistas que más explícitamente podían ser utilizados en esta cuestión y, singularmente Horacio. Antes, sin embargo, exigirá del neologista una cultura y un juicio claro.

«No ai porque desespere el amador de su lengua si se dispone atentamente de la riqueza y abundancia y eloquencia de su habla con los más estimados despojos de Italia y Grecia y de los otros reinos peregrinos puede vertir y adereçar su patria y amplialla con hermosura, y el mesmo produzir y criar nuevos ornamentos porque quien uviere alcançado con estudio y àrte tanto juizio que pueda disçernir si la voz es propria y dulce al sonido o esfraña y áspera puede y tiene licencia para componer vocablos y enriquecer la lengua».

«Aristóteles, Tulio, Oracio apruevan la novedad de las diciones y enseñan como se hallen y assí dixo Tulio que las cosas que parecen duras al principio, se ablandan con el uso, y Oracio,

licuit semperque licebit
signatum praesente nota producere no-
[men

pero no basta firmar bien las figuras en el diseño si después coloridas no imitan bien la carne, porque no conviene a todos la formación de las vozes nuevas que requiere ecelente juizio y qe sea tal

el resto de la oración que dé autoridad al vocablo nuevo que se entrepone en ella com una estrella; y ser corto y mui moderado en ellas y formallas en modo que tengan similitud y analogía con las otras vozes formadas y inovadas de los buenos escritores; mas porque un autor ecelente no use ni se valga de algunas diciones no se deven juzgar por no buenas y huidas d'el para nunca usallas, porque otros pueden valerse d'ellas y dalles estimación con sus escritos, voces u en Virgilio no se hallan en Oracio y en Oracio que no las conocemos en Cátulo y en este que no las trata Tibulo, y porque no satisfagan a algunos no son malas ni indinas de ser acogidas, que el vino es bueno y ai gustos que lo aborrecen, y no está en un escritor toda la lengua, ni la puede usar uno solo ni juzgar ni acabar».

A continuación Herrera divide los nuevos vocablos en lo que hoy llamamos tecnicismos, producidos «por necessidad para esprimir pensamientos de Teología y Filosofía y las cosas nuevas que se hallan aora» y neologismos poéticos o «de ornamento» sobre cuya licitud insiste en nombre de la absoluta libertad del artista.

«Assí es lícito mayormente que puede el poeta usar en todo tiempo con prudente libertad por ornato de vocablos nuevos y le ofende haze grandísima injuria quien le quiere privar de la facultad de ordenar con ellos su poema, porque como dize Tulio, los poetas hablan en otra lengua y no son las mesmas cosas que trata el poeta que las que el orador ni unas mesmas las leyes y osservaciones; pero no sólo usan esto, mas pueden servirse de vozes de todas lenguas y por todas estas y otras cosas los llama Aristóteles tiranos de las diciones porque es la poesía abundantíssima y esuberante y rica en todo libre, y de su derecho y jurisdición, sola sin sugeción alguna y maravillosamente idónea en el ministerio de la lengua y copia de palabras por sí para manifestar todos los pensamientos del ánimo y el hábito que representare y obra y efecto y grandeza y todo lo que cae en sentimiento umano, sin que le falte mensagero de la voz que sinifique claramente todo lo que quisiere, porque casi padece necesidad de todas las cosas el género umano antes que de la voz y de la dición porque d'estas solamente posee admiraules riqezas que nunca se acaban».

«TOMÁS MORO»

Cuando vio Tomás Moro la estrecheza, en que lo ponían despreciando todas las cosas, se retiró consigo ocupado todo en Cristo, y en la contenplación del martirio, que esperava, y ardiendo en deseo de aquella gloria, considerava el valor y grandeza de aquella hazaña, y cuan pequeño era el precio, que aventurava; y suplicava a Dios con umildad, que confirmase su ánimo, para que ninguna violencia de tiranía pudiese causar en él alguna mudança, con que perdiese el merecimiento de aquella onra soberana. Porque nunca esperó de sí, ni confió el varón justo, antes reconoció sienpre todo el buen suceso de sus obras, por beneficio de la grandeza divina. Aviendo pues ya padecido casi catorze meses de prisión, en el primero día de Iulio lo llevaron del castillo al tribunal, donde en otro tienpo era tan obedecido, y fue preguntado, ¿qué sentía de la lei pública? Era esta lei (si deve darse tal nonbre a tan orrenda inpiedad) hecha después de su detención, y en ella avían quitado toda la potestad al Pontífice, y concedido al Rei la suma governación de la Iglesia. Respondió, que no sabía, que uviese tal lei.

— Pues nosotros — dixeron el Chanciller Auleo y el Duque de Norfolcia, que eran los principales de aquel ayuntamiento — afirmamos que la ai, y que está conprovada con el parecer de todos. Por eso dezid, lo que sentís della.

— Si me tuviérades, — dixo —, por ciudadano, creyera a vosotros, que dais testimonio de vuestra lei, mas avéisme apartado de vuestra república, y tratado no sólo como a estraño, pero encerrado en cárcel, como si fuera enemigo. ¿Siendo yo muerto a esta república, para que aora, como parte della,

me preguntáis, lo que siento de vuestras leyes?

A esto replicó enojado el Chanciller:

— Ya veo, pues calláis, que contradezís a la lei.

— Esto será de provecho a ella y a vosotros, — respondio Tomás Moro —, sí callo, porque quien calla, parece que consiente.

— Luego, — bolvió Auleo —, ¿obedecéis a la lei?

— Cómo, — dixo él, — ¿podía yo hazer eso? Porque ninguno obedece lo que inora.

Dio esta respuesta, como quien no negava la obligación, que tenía a la fe, y no se ofrecia temerariamente al peligro de la muerte. Por esto, y por aver escrito, estando preso al Obispo de Rofa, y animado a tener constancia contra este decreto de la corte, los doze, que juzgan de casos de muerte, lo condenaron a ella. Entonces él, más cierto y seguro de su martirio, dixo libremente:

— Yo e sido sienpre católico por gracia de Dios, y nunca e olvidado la obediencia devida al Pontífice, y en siete años de estudio particular en esta materia no e hallado algún dotor, que sea recebido y aprovado del consenso de la Iglesia, que conceda jamás a príncipe profano el señorío espiritual, porque solamente toca esta suprema potestad, que vosotros le quitáis, al sumo Pontífice Romano, cuya es de derecho divino, y assí lo tengo, y protesto morir en ello. Ninguna cosa pudieron oir aquellos ombres, que más les ofendiese, y confundiese juntamente: tanta fuerça tiene la verdad en la boca del bueno, y tanto averguença el sonido della a los malos. Pero los que se quieren perder, no dan lugar a la razón, y cobran seguridad y atrevimiento de sus maldades. Y assí dixeron todos, que era traidor, y el Duque de Norfolcia con mayor indinación:

— Bien claramente descubris vuestro mal ánimo contra la Magestad Real.

Al cual respondió con mucha moderación y sufrimiento:

— No descubro mal ánimo, mas declaro mi fe y la verdad con tanta sinceridad con la Magestad de mi Rei, que nunca e deseado, ni deseo, que Dios todo poderoso me valga y sea mas favorable, que lo que e sido siempre leal y de buen coraçon con mi Rei.

— ¿Queréis por ventura, — dixo el Chanciller —, que entendamos, que sois mejor i más sabio que todos los Obispos juntos, que toda la nobleza, que todo el parlamento entero; y finalmente, que todo el reino, cuan grande es?

— Por un obispo, que tenéis de vuestra opinión, — replicó Tomás Moro —, tengo ciento, muchos de los quales están por su merecimiento en el número de los Santos, y a vuestra nobleza opongo más noble y esclarecido ayuntamiento de Mártires y Confessores; y contra un vuestro parlamento (Dios sabe bien, qual aya sido) están por mí todos los Concilios generales, celebrados de más de mil años a esta parte; y para este vuestro pequeño reino siguen mi parecer Francia, España, Italia y los demás grandíssimos imperios de la Christiandad.

Con estas últimas palabras quedaron más confusos, y conocieron más abiertamente, que la seguridad y constancia de Tomás Moro no podía ser quebrantada con acidente alguno; y les pareció no convenir a su negocio, que hablase más delante el pueblo; y confirmada la sentencia de muerte, lo mandaron bolver a la torre. Donde gastó aquel poco espacio que le restava de vida, en oración y contemplación de las cosas divinas, hasta el sesto día de Iulio del mesmo año 1535, que llevado a padecer por la verdad con el mayor concurso de gente, que jamás avía visto antes Londres, fue espectáculo de la mayor consideración y marauilla que nunca vio, ni esperó Inglaterra. Porque contenplavan todos los onbres en aquella estrañeza y crueldad, unos el fin afrentoso, otros la gloria y alabança que se le seguía dél.

Fray Francisco Alcocer

Apenas si hay noticia de la vida de este autor, y nada nuevo se ha agregado a la referencia de Nicolás Antonio en su *Hispano Nova*, tomo I, página 397. Por ella sabemos que este religioso franciscano era natural de Santiago de Compostela. Autor del *Tratado del Juego*, impreso por única vez en Salamanca, el año 1559 y de un *Confesionario*, impreso también en la misma ciudad, en 1568, reimpreso luego hasta seis veces, la última en Alcalá, 1619.

TRATADO DEL JUEGO

DE LAS DIVERSAS MANERAS QUE HAY DE JUEGOS

Tres maneras de juegos ponen los Dotores. La primera manera es de juegos devotos y santos, que se hacen comúnmente para provocar a devoción a los que están presentes, y se usan en fiestas de nuestro Señor y de otros santos, como es en la Natividad de nuestro Señor, y día de los Inocentes, y de la Epifanía, y el día del Santísimo Sacramento, y en otras fiestas en que se suelen representar algunas historias de la sagrada escritura o algunas farsas devotas de la tal festividad. Y este uso se comenzó a imitación de David y de los suyos que iban delante del Arca del Señor, contando y tañendo y regocijándose espiritualmente.

La segunda manera de juegos es de aquellos en los cuales se representan torpes cosas y deshonestas y provocativas de lujuria, como lo usa la gente profana y mundana, en farsas y ejercicios y fiestas temporales.

La tercera manera de juego es de aquellos que se hacen para tomar un poco de placer y pasatiempo, y a las veces es juntamente para ejercitar las fuerzas. Y estos son los que los vulgares llaman propiamente juegos, y se dividen, según los Dotores, en tres maneras de juegos: La primera es de los juegos que consisten en ciencia y industria humana, como son los juegos de pelota, bolos, argolla, ballesta, bolear, ajedrez, jugar cañas, justar, correr, luchar, saltar, tirar una lanza o dardo, y todos los semejantes en que comúnmente aquél vence y gana que es más diestro y sabe más. La segunda manera de estos juegos es de aquellos que consisten en sola ventura y dicha, como son los juegos de los dados y carnicoles, y en los naipes, las quinolas y el parar y otros semejantes, en los cuales ninguna ciencia hay sino como aciertan a salir los dados, carnicoles o naipes. La tercera manera de estos juegos es de aquellos que llaman mixtos: porque parte están en ventura y parte en saberlos jugar. De esta calidad son los juegos de las tablas y los más de los juegos de naipes. Porque el caer de los naipes está en ventura, y el ordenar las tablas, en saber y ser experto en el juego. En los juegos de naipes, en las malillas, gana-pierde, ciento y uno, en las trescientas, chilindrón y en la primera y otros semejantes, es lo mismo. En los cuales juegos aunque algunas veces vale más la ventura de como salen los naipes, y acaece ganar los que menos saben, pero muchas veces es menester ciencia, y lo ordinario es ganar los que más saben y están en los tales juegos más diestros.

. . . . . .

DE LOS QUE TIENEN TABLAJERÍA EN SUS CASAS, Y SON TERCEROS Y CAUSAS DE LOS JUEGOS

Algunas personas hay tan desalmadas que no se contentan con jugar pero tienen sus casas hechas boticas y tiendas de juego, y dan en ellas todo aparejo a los tahures para proseguir su buen oficio; y suelen sanear su delito con

llamar aquella casa adonde se tiene la conversación, y si se le añadiese diabólica y infernal, pornían su proprio nombre. Porque casa adonde interesa tanto el demonio y pierde tantas ánimas Dios, diabólica y infernal se puede y debe llamar. Los jugadores muchos pecados cometen, y gravemente ofenden a su Dios; mas, no obstante su pecado, si entre ellos hay alguna injuria o robo, da acción el pretor contra los delincuentes. Pero si a los que tienen sus casas hechas tiendas de tahures y gentes perdidas como los jugadores son, alguno en el juego los hiere y les hace otro daño por razón del juego, o si, estando jugando en su casa, alguno les hurta algo, aun los jurisconsultos gentiles, y que no conocían a Dios verdaderamente, no quisieron dar acción para que pudiesen hacer contra los delincuentes en pena de su delito. La ley divina y evangélica no consiente ni da licencia para que a alguno se haga injuria ni daño en su persona, ni que le hurten su hacienda; pero las leyes humanas, en odio del delito, no quieren dar acción para que los que tienen tablajería en sus casas puedan pedir su injuria personal ni la hacienda robada, delante del juez. Mandan también las leyes confiscar las casas de los tales, según muchos Doctores, que fundan su opinión en una ley del emperador Justiniano que, a mi parecer, no lo prueba, porque la dicha ley, después de haber prohibido los juegos de fortuna, y permitido cinco juegos, y declarado la cantidad que a los dichos juegos permitidos se pudiese jugar, prohibe que no haya caballos de madera y dice que si alguna cosa se ganare con ellos, que los que perdieron, lo cobren, y que se confisquen las casas donde se hallaren estas cosas, conviene saber, los dichos caballos de madera. Y así solamente paresce que manda confiscar las casas donde estos caballos se hallaren.

Estos caballos de madera creo que era alguna manera de juegos, que no he podido entender qué juego era para lo declarar, porque los Doctores, ni en la dicha ley ni en otra parte que yo haya visto, lo declaran, aunque he procurado con toda diligencia saber de qué manera de juego habla allí el emperador. Pero al fin es muy justo que las tales casas sean confiscadas, y no digo yo confiscadas, sino asoladas y aradas y sembradas de sal habían de estar las tales hospederías del demonio. Si justamente se ara y siembra de sal la casa del que ha sido traidor a la Corona Real, ¿la casa donde tantas ofensas se cometen contra Dios, cuánta razón sería que la quemasen con fuego de alquitrán, y la arasen y la sembrasen de sal? y pusiesen en ella una piedra con un título que dijese: *Esta casa de Fulano, hospedero del demonio y acogedor de tahures, se quemó y aró y sembró de sal en tal era, porque el tal la tenía hecha sima de tahures, jugadores y blasfemos.*

Estos tales son parcioneros de todas las oraciones del demonio que en aquellas casas se hacen, pesando unos a Dios y a sus santos; otros, descreyendo de él, y otros blasfemando de su santo nombre y diciendo otras cosas tan graves y feas que no son para decir. Como los buenos participan de todos los bienes que se hacen en la iglesia, según el real profeta, así a estos mesoneros del demonio se comunican las tales obras y palabras de sus huéspedes. Porque, según san Pablo, no solamente son dignos de muerte los que hacen el mal, mas también todos los consentidores y amparadores de los tales. Y cierto el pecado de los tales es, según algunos Doctores, mortal y gravísimo, y allende del castigo divino que será conforme al delito, es razón que los tales sean gravemente castigados corporalmente, y que los príncipes y gobernadores de las repúblicas tengan grande cuidado, diligencia y solicitud en castigar ásperamente a los tales y desterrarlos de sus repúblicas.

GONZALO CORREAS

Gracias a una nota marginal autógrafa puesta en el hoy perdido ejemplar del *Arte de la lengua castellana*, se sabe que Correas nació en el lugar de Jaheriz, «pueblo en la Vera de Plazencia, 6 leguas al oriente de la ciudad, junto a Garganta la Olla». Este ilustre hispanista fue catedrático de la Universidad de Salamanca durante cuarenta años, enseñando las lenguas latina, griega y hebrea, dedicándose, además, al estudio de la propia, castellana. Suma de su labor en este sentido fueron las siguientes obras: *Arte de la lengua castellana*, antes citada, que en 1626 ya estaba preparada para la imprenta. No llegó, sin embargo, a las prensas hasta 1903, que la publicó el conde de la Viñaza, sirviéndose de una copia sacada por Gallardo, del manuscrito original, antes de que desapareciera de la sección correspondiente de la Biblioteca Nacional. En 1627 publicaba en Salamanca su *Trilingüe de tres artes de las tres lenguas castellana, latina y griega*. En la misma ciudad imprimíase en 1630 la *Ortografía castellana*, y asimismo en otras distintas fechas, diferentes obras de enseñanza y comentarios, cuya nómina puede verse en la *Biblioteca histórica de la filología castellana* del conde de la Viñaza (Madrid, 1893), y en el trabajo que publicó en el tomo I, págs. 601-614, del *Homenaje a Menéndez y Pelayo* (Madrid, 1899). Fruto de sus últimos años fue el *Vocabulario de refranes y frases proverbiales y otras fórmulas comunes de la Lengua castellana...*, cuyo manuscrito, conservado en el Colegio Trilingüe salmantino, desapareció en el siglo XIX. Por fortuna, además de los largos extractos de Gallardo, la Real Academia Española había mandado sacar copia a fines del siglo XVIII, y así pudo conservarse la obra de Correas, impresa por aquella corporación en 1906 y reimpresa en 1924.

BIBLIOGRAFÍA. Sobre Correas, consúltense los estudios de Emilio Alarcos, en «Castilla», revista de la Facultad de Letras de la Universidad de Valladolid (1945).

VOCABULARIO DE REFRANES Y FRASES PROVERBIALES

A buen capellán, mejor sacristán

Un clérigo, en una posada, comía un palomino, y otro pasajero rogábale que le admitiese a la parte y lo pagaría; el capellán se excusó; el caminante comió su pan y después dijo: «Tan bien he comido yo al olor como vos al sabor». Dijo el capellán: «Si eso es, pagad vuestra parte». El otro que no, él que sí, pusieron por juez al sacristán del lugar, que se halló allí; él preguntó y supo que el palomino había costado medio real, e hizo sacar al caminante un cuartillo, y sonóle encima de una mesa y dijo: «Reverendo, teneos por pagado del sonido como este otro se tuvo por contento del olor».

Andar de Ceca en Meca y los Cañaverales

Dícese de los que andan de una parte a otra, y en partes diferentes vanamente ocupados y sin provecho; eso denota la adición de *los cañaverales*, la cual se varía y acrecienta en otros refranes y en este mismo, comenzando de otra manera. *Ceca* y *Meca* son palabras castellanas enfáticas, fingidas del vulgo para pronombres indefinidos de lugares diversos, que no se nombran, como son *Zanquil* y *Manquil* en aquel refrán del mismo sentido «Zanquil y Manquil y la val de Andorra y la capa horadada»; y un poco mudado se dice «Zagil y Mandil y Capilla rota»; y lo mismo digo de *Zoco* y *Colodro*, que son pronombres de lugares vagos, como lo son de personas *fulano* y *citano* y *robiñano*, y como *traque barraque* y *chao chao* lo son de razones vanas sin propósito; y hay otras infinitas palabras de este género hechas por énfasis del sonido. No creo a los que quieren decir que *Ceca* fue una mezquita en Córdoba, y que *Meca* es la de Arabia, adonde está el zancarrón, que de eso no se acordó el cas-

tellano viejo. Antes dijera yo que *Ceca* era la ciega y adivina, y *Meca* la mujer perdida, tomada por bruja y hechicera, y conviniera con aquel refrán: «Vexe a la vedera, meterte ha en cansera», y quisiera decir: ándate de adivina en bruja y hechicera, y perderás tiempo. Tampoco agrada lo que sienten algunos portugueses que allá *Ceca* y *Meca* son dos ríos turbios, que de uno a otro hay muy áspero camino de sierra y montes que los dividen. Lo primero tengo por cierto.

Con lo mío me haga Dios bien; y era hurtado

Dicen es cuento que un salteador partía por mitad con los que robaba. Una vez, siendo los reales nones, púsose a partir por medio el non; el pasajero dijo que se lo llevase entero; respondió el ladrón: «No, hermano, con lo mío me haga Dios bien.» Y dícese muchas veces «Con lo mío me haga Dios bien», por los bien mirados en ocasión de cuentas y partijas. Es contra los que, usurpando lo ajeno, se justifican con razones aparentes.

Febrero en su conjunción,
primer martes carne es ida,
a cuarenta y seis, Florida;
otros cuarenta, Ascensión;
otros diez a Pascua son,
otros doce, Corpus Cristi;
en esto sólo consiste;
las movibles ¿cuántas son?

La mujer para ser hermosa ha de tener cinco veces tres cosas: ser blanca en tres, colorada en tres, [negra en tres] ancha en tres, larga en tres: blanca en cara, manos y garganta; colorada en labios, mejillas y barba; negra en cabellos, pestañas y cejas; ancha en caderas, hombros y muñecas; larga en talle, manos y garganta.

Otro loco hay en Chinchilla

En Chinchilla, lugar cercano de Cuenca, había un loco que, persuadido de holgazanes, llevaba un palo debajo de la falda, y en viniendo algún forastero, se llegaba a él con disimulación, preguntándole de dónde era y a qué venía; le daba tres o cuatro palos, con que los otros se reían, y luego los apaciguaban con la excusa de ser *loco*. Llegó un manchego, y tuvo noticia en la posada de lo que hacía el *loco*, y previnóse de un palo acomodado debajo de su capa, y fuese a la plaza a lo que había menester. Llegósele el *loco*, y adelantóse el manchego y dióle muy buenos palos, con que le hizo ir huyendo, dando voces y diciendo: «¡Gente, cuidado, que otro loco hay en Chinchilla!».

Sal, sol, solito, y estáte aquí un poquito; hoy, y mañana, y toda la semana; aquí vienen las monjas, cargadas de toronjas; no pueden pasar por el río de la mar; pasa uno, pasan dos, pasa la Madre de Dios, con su caballito blanco que relumbra todo el campo. Aquí viene Periquito con un cantarito de agua caliente, que me espanta a mí y a toda la gente.

Siete la vacía, y siete la hinche al día; en tu casa, que no en la mía

Una mujer tenía en habla para casar una hija, y púsola una rueca y cinco o seis mazorcas hiladas junto a sí para que pareciese casera, y díjola: «Estáte aquí, que fulano te ha de venir a ver; hablarás con él, que yo le voy a llamar.» Vino el que había de ser novio y halló a la moza con una barreña de migas. La madre, de industria, tardó, y encontrando al mozo en el camino, preguntóle qué hacía su hija: él dijo que buen oficio; repitió ella, alabándola: «Siete la vacía y siete la hinche al día», entendiéndolo por la rueca; el mozo lo entendió por la barreña, y añadió: «En tu casa, que no en la mía»; y apartó el casamiento.

Voime a la cárcel

Dícese oyendo mentiras claras, y ponen este cuento: que un señor contando mentidas hazañas, puso por testigo a un criado, el cual negó ser tal; metióle en la cárcel por ello; después, contando otras tales delante de él, por no aprobar mentiras, decía: «Voime a la cárcel», antes que le hiciese testigo.

ANTONIO AGUSTÍN

Era natural de Zaragoza y procedía de una noble familia que no desatendió las excepcionales condiciones de este hijo. Estudió, pues, en Alcalá durante dos años, pasando luego a la Universidad salmantina, donde se doctoró en Derecho Civil (1534). No contento con esto se trasladó a Bolonia y allí se hallaba en 1536. Un año más tarde encontrábase en Padua continuando sus estudios; después, para escuchar las lecciones de Alciati, regresó a Bolonia, doctorándose *in utroque jure* el año de 1541. Realizó entonces un viaje de estudios por Florencia y Venecia, y en 1545 lo hallamos en Roma, tomando posesión del cargo de auditor de la Santa Rota Romana, para el que había sido propuesto por Carlos V. Al cabo de diez años fue designado nuncio apostólico en Inglaterra, lo que constituía nuevas oportunidades para su insaciable curiosidad. Algún tiempo más tarde, ya de vuelta, recibía en Nápoles las órdenes sacerdotales y en 1557 era consagrado obispo y enviado a Viena. Ocasión que Agustín aprovechó para conocer las bibliotecas de Linz, Worms, Spira, Dilinga, Passau y Augsburgo. Como obispo de Lérida tuvo ocasión de asistir y distinguirse en el Concilio de Trento. Designado arzobispo de Tarragona, se trasladó a esta ciudad, donde falleció.

BIBLIOGRAFÍA. *Diálogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades ex bibliotheca Ant. Augustini*, Tarragona, Felipe Mey, 1587. Luego, Madrid, 1744, edición de don Andrés González Barcia; Lucca, 1774, con la interpretación latina de Andrés Scotto. La extensa relación de las restantes obras y sus traducciones, en PALAU: *Manual del Librero*, Barcelona, 1948. T. I, núms. 4058 a 4114. — Su epistolario ha sido publicado en parte por DORMER Y USTARROZ en *Progresos de la Historia en el reino de Aragón*, Zaragoza, 1680; reimpreso en 1878, «Biblioteca de escritores aragoneses», y, últimamente, por F. MIQUEL: *Epistolario de Ant. Agustín*, en «Analecta Sacra Tarraconensia», Barcelona, 1936-40.

DIÁLOGO DE MEDALLAS

DIÁLOGO SEGUNDO

DE LOS ROUERSOS, Y DEL PROUECHO DELLOS Y ESPECIALMENTE DE LOS ROUERSOS DE LAS VIRTUDES, Y DE SUS COMPAÑERAS

Antes que V. S. trate de los rouersos, y se desembueluan los líos, y balas, que ayer me mostró por vn agujero de su guarda ropa, querría saber, si es verdad que en Roma se muestra vno de los treynta dineros en que vendió Iudas a nuestro Señor, y que moneda es. A. Verdad es que en Santa Cruz de Hierusalem, donde está la mejor antigualla del mundo, que es el título de la cruz por la qual fuimos redimidos, se conserua vna medalla de peso de dos reales, la qual yo he visto, y tengo algunas a ella semejantes. B. O como me huelgo de lo que V. S. me dize. A. Es verdad que aquella medalla no es batida en Hierusalem, ni en Iudea, ni en Syria. B. ¿Como es possible? A. Yo lo diré, por que tiene letras griegas que muestran ser moneda de la isla de Rodas que dizen ΡΟΔΙΟΝ con la postrera o pequeña como vsauan los muy antiguos griegos, y tiene de la vna parte vna cara con rayos que representa el sol, cuya figura fue el colosso tan nombrado que estuuo en Rodas, y de la otra parte hai vna flor que muchos piensan que sea rosa, algunos dizen que es tornasol, otros amapola; yo no tengo dello certidumbre. Bien tengo otras medallas de plata, y de metal de la misma isla, y casi en todas está aquella flor, y aquellas letras. B. No sería possible que huuiessen pagado a Iudas con diuersas monedas, y entre las otras huuiesse essa de Rodas? A. Possible es, pero más es de creer que le pagaron en siclos, o en otra moneda de aquella tierra, especialmente pues le pagaron

de dinero publico. B. Pues por qué la tienen por reliquia en Roma con el titulo de la cruz? A. Por la razón que tienen en el monesterio de Poblete vn dado grande como quatro de los que agora se vsan, y es de jaspe colorado, y dizen que es vno de los que se sirvieron los ministros de Pilato en jugar, o sortear las vestiduras de Christo, y semejantes cosas son inciertas, y no merecen tan buen nombre como de reliquias, pues fueron ministerio de pecados. Propriamente reliquias santas son lo que nos queda de los cuerpos de los Santos, y de sus vestiduras. B. El siclo, que pienso que era la moneda principal de Hierusalem, ¿qué manera de moneda es? A. De la vna parte tiene vn vaso como cáliz, y de la otra vn ramo con tres flores, o almendras, con vnas letras antiguas, que según entiendo por relación de personas dotas, son de las que escriuian los Samaritanos, y refiere vn Rabí natural de Girona, que en la vna parte dezia Hierusalem ciudad santa; y en la otra, Siclo del santuario. El ramo de almendro significa la verga florecida de Aarón, el cáliz significa el gomor de manná que se guardaua con la dicha verga, y con las tablas en el arca fœderis, y en el sancta sanctorum. B. Tiene V. S. alguno destos siclos? A. Si tengo, y es de plata de peso de quatro drachmas, como tambien lo dize san Hierónymo sobre Ezechiel; y los setenta intérpretes algunas vezes traduzen por siclo, y medio siclo estáter, o tetradrachma, y didrachma, como también está en el Euangelio del didrachma que demandaron a Christo, y del estáter que san Pedro hallò en la boca del pescado.

. . . . . .

B. ¿Que cosa son Scylla, y Caribdis? ¿y como se ponen en medallas? A. Quando yo estuue en Sicilia, al entrar en el estrecho que hai entre Italia, y la isla me mostraron a Scylla, que era vn peñasco que estaua a la parte de Italia; y dentro del estrecho cerca de Mecina esta vn gran remolino en la mar al qual llaman Caribdis, y allí junto hai una torre para que se guarden de aquel peligro, y de noche se encienden alli fuegos como en las otras torres que llaman faros, o torres de lanternas, y porque los que venian de Grecia hazia Italia, se hauían de guardar deste primer peligro que les estaua a la mano hizquierda como estaua toda la isla, dauan despues en el otro de Scylla que estaua mas baxo a su mano derecha, y allí se rompían las naues en el peñasco, y assí le llama Vergílio *nauifragum Scyllaceaum*, y por esso se dixo:

Incidit in Scyllam cupiens vitare Cha-
[rybdim.

La figura de Carybdis nunca la he visto en medallas ni otras antiguallas; la de Scylla esta en las de Sesto Pompeio desta manera. Esta vna figura hasta el ombligo de muger desnuda, la qual con dos manos tiene vn gouernalle de nao, y con el parece que quiere dar algun golpe, y del ombligo abaxo es pescado, y se parte en dos colas enroscadas, y de baxo del ombligo le salen como tres perros, y tienen el medio cuerpo fuera, y parece que ladran. En vna antigualla que vi en las viñas de Roma en la que era de Madama Margarita Duquesa de Parma hai vna estatua muy bien hecha desta figura de Scylla, y en ella los perros estan ceuados en vn mancebo que despedaçan, y otro esta atrauessado por las roscas de las colas de Scylla. Deste mostruo habla Vergilio en aquellos versos que pienso están en dos partes.

Candida succinctam latrantibus inguina monstris.

Dulichias vexasse rates, et gurgite in alto

Ab timidos nautas canibus lacerasse marinis.

B. ¿Que es lo que quieren dezir con essos perros? A. El ruido que haze la mar braua quando hiere en aquellos peñascos se representa con el ladrar de los perros, y el daño que reciben los que dan allí al traues con la fiereza de Scylla, y de sus perros. B. ¿Porque tiene el gouernalle? A. Porque lo primero, y más principal que se padece en los naufragios es perder el timón, y assí este mostruo para deshacer las naues

que passan se finge que les toma los gouernalles, y con ellos rompe las naos, y mata los marineros. Algunos dizen que por esta figura se representa el daño de las malas mugeres, cuya primera parte, y lo descubierto dellas es blando, y delicado, y lo demás tan dañoso como se representa: y assí la sensualidad quita primero el timón de la razón, y da al través con ella, y se pierde el alma y el cuerpo de los que no se apartan deste peñasco.

Cristóbal de Villalón

Se supone que naciera a principios del siglo XVI en lugar desconocido. Cursó sus primeros estudios en la Universidad de Alcalá, donde recibió el grado de bachiller en Artes el 23 de abril de 1525. Trasladóse entonces a la Universidad salmantina, y concretamente a la Facultad de Teología — supone M. Bataillon —. Permaneció en esta ciudad un lapso de tiempo que se desconoce, pero en 1530 desempeñaba una cátedra en la Facultad de Artes de Valladolid. En marzo de 1532 « entraba al servicio del conde de Lemos como profesor de latín de sus dos hijos, Antonio y Rodrigo ». En 1537 iniciaba un proceso contra el de Lemos, que pretendía hurtarle su salario. En la Universidad vallisoletana quiso obtener el grado de licenciado en Teología « y chocó con una oposición misteriosa para nosotros », en 1545. Hacia 1558 vivía en una aldea inmediata a Valladolid, dedicado al estudio de la Sagrada Escritura. Éstas son las últimas noticias concretas que de él se tienen.

En 1536 había publicado la *Tragedia de Mirrha* en Medina del Campo (reimpresa por V. Suárez en Madrid, 1926) ; en 1539 la *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente*, en Valladolid (editado en 1898 por Serrano y Sanz en el tomo XXXIII de Bibliófilos Españoles) ; en 1541 imprimía en Valladolid un *Provechoso tratado de cambios y contrataciones de mercaderes*, que mereció tres reimpresiones en cinco años, y, por último, en 1548 publicaba en Amberes una *Gramática castellana*. El *Scholástico* permaneció manuscrito hasta que Menéndez y Pelayo publicó una parte en el tomo V de « Bibliófilos Madrileños », Madrid, 1911, sin que llegara a hacerlo con el resto y un estudio sobre el autor que prometiera.

El *Crotalón* se conservaba manuscrito y a nombre de Christóphoro Gnophoso (Menéndez y Pelayo sugiere la lectura Gnosopho), Gayangos, fundándose en analogías de estilo con la *Ingeniosa comparación*, y suponiendo el nombre transposición del de Cristóbal, atribuyó la obra a Villalón ; posteriormente Serrano y Sanz emplearía el *Scholástico* con idénticos fines, pero la crítica moderna se ha puesto del lado de quienes contradijeron tal suposición.

Para Bataillon el autor « es ciertamente un «clérigo» en el sentido lato de la palabra, un humanista cuyo anticlericalismo es erasmiano ». Sitúa la obra en el bienio 1552-53, « en Valladolid con muy grande probabilidad » y aventura la posibilidad de que el autor fuera italiano.

Frente a esta teoría y todas las anteriores se opone recientemente el P. Villoslada, apuntando la idea de que se estén fundiendo en una las vidas de dos o tres personas apellidadas Villalón, e igualmente sus obras, y rechazando, desde luego, la condición de italiano de Gnophoso y su identificación con Villalón ; pretende que es preciso desechar todo lo anterior y comenzar de nuevo.

Bibliografía. A las ediciones ya citadas pueden unirse la de *Crotalón*, en el t. VII de la « Nueva Biblioteca de Autores Españoles » y en el t. 264 de la « Colección Austral ». Los principales estudios sobre las obras y problemas apuntados son : Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos*, libro IV, cap. VII ; Serrano y Sanz, *Autobiografías y memorias*, t. II « Nueva Biblioteca de Autores Españoles », Prólogo ; Ibíd. revista « España », tomo 150. — N. Alonso Cortés, *Miscelánea vallisoletana*, Valladolid, 1921, 3.ª serie. — Rivera Manescau : *Cristóbal de Villalón*, en « Revista Castellana », Valladolid, abril 1922. — R. Schevill : *Erasmus and Spain*, en « Hispanic Review », t. VII, 1939, página 107. — A. Farinelli : *Dos excéntricos : Cristóbal de Villalón...*, Madrid, 1936. — F. A. de Icaza, *Miguel de Cervantes...y los orígenes de « El Crotalón »*, « Boletín de la Academia Española », 1917, t. IV, pág. 32. — E. S. Morby : « *Orlando furioso* » y « *El Crotalón* », en « Revista de Filología Española », 1935, t. XXII, pág. 34. — M. Bataillon : *Erasmo y España*, México, 1950, t. II, págs. 261-304, Estudio fundamental. — Howell, S. E. : *The use of Lucian by the Author of « El Crotalón »*, *Ohio State University Abstracts of Doctoral Dissertations*, Columbus, Ohio, 1949, t. XLVI, págs. 69-73. — P. Villoslada, en *Historia de las Literaturas Hispánicas*, tomo II, págs. 373-383.

EL SCOLÁSTICO

CAPÍTULO XI. EN EL CUAL EL MAESTRO OLIVA, PROSIGUIENDO EN LA FORMACIÓN DEL BUEN DISCÍPULO, PERSUADE QUE TENGA GRAN ATENCIÓN EN LAS LECCIONES QUE OYERE, Y QUE ESTUDIE Y TRABAJE EN SCIENCIAS LÍCITAS Y QUE SUFRA NUESTRA CRISTIANDAD.

Prosiguiendo, pues, el Maestro Oliva, dijo: «en la formación de nuestro scolástico y discípulo, es mucha razón que le encomendemos que procure tener mucha atención en las lecciones, porque para rescebir provecho dellas no basta estar presente a ellas de presencia local, sino aún demás de estar allí en la scuela presente el cuerpo, ha también tener el ánima, porque es aquel su proprio manjar y no es medecina que, aplicada al cuerpo sin que el ánima entienda en ella, resciba salud; porque si el maestro fuere más sabio que Sócrates ni Platón, y el discípulo fuere más hábil que ninguno otro fue, sino tiene atención, ninguna cosa aprovechará. Mas antes digo que un discípulo, con sólo ser buen oyente, contino y atento, oso decir que aunque nunca estudie más, será con aquello gran letrado y mejor que si lo hiciese al revés. Quiero más: que juntamente con la buena atención, encomiendo mucho a la memoria y no todo al papel, porque no hay medecina más cierta para augmentar la memoria, que cargarla cada día con algo que tenga a su cuidado. Así que debe continuar a tomar de cabeza y en la memoria muchas sentencias y sumarios, recoligiéndose en breve los puntos que tuvo de la lición. No debe depreciarse de cartapacio, encomendando todo sin estudio al papel, porque si se pierde su libro o papel a que lo encomienda, no se pierda toda su sciencia. Acuérdome haber leído que estando Diógenes a la muerte, decía a sus discípulos una cosa de mucho peso, y ellos, porque no se les olvidasse, escribíanlo en pergaminos porque no había entonces otro papel, y mirándole sus discípulos viéronle llorar, y preguntáronle: «¿maestro, por qué lloras?». Respondió él: «lloro porque aquello que en el discurso de mi vida con gran trabajo estudié y agora en el punto de mi muerte os lo enseño, habiéndolo de encomendar a vuestras memorias vivas porque nunca se os olvide lo encomendáis de las pieles de animales muertos que os lo acuerden; daisme a entender que ellos muertos ternán más memoria de mi dottrina y de mí que vosotros vivos.» Y todos, afrontados dejaron de escrebir más, por no le enojar.

Quiero también que nuestro scolástico, aun siendo discípulo, procure tener algunos compañeros iguales de su tiempo con quien conferir y platicar lo que oyere; porque demás de aprovechar para lo entender bien, queda más en la memoria de lo conferir y hablar entre sí, y también debe de buscar algunos menores en tiempo de estudio a quien lea y enseñe aquello que él a oído y visto, porque con este contino ejercicio de las letras se augmenta la sciencia, y por fuerza para leer ha de estudiar. Quiero también que juntamente con esto tenga gran cuidado el nuestro discípulo a se ejercitar en sciencias lícitas y honestas, y huia de las supersticiosas y abominables y de aquellas que siempre aborresció Dios. Hay unas sciencias que, puesto caso que se puedan aplicar a tiempos convenibles en nuestras nescesidades, ellas mesmas traen consigo una deformidad y abominación que las hace peligrosas en la consideración de los hombres. Porque está tan mal inclinada nuestra ánima, y tiene tan olvidados los respettos y fines de la virtud, que aun las buenas y sanctas dottrinas torcemos y aplicamos a ruines propósitos y feos intereses y malos fines. ¿Cuánto más podemos sospechar de los que con todas sus fuerzas se dan a saber el arte mágico, nigromancia, zorcismos, conjuros, encantamentos, arte de las manos, astrologia judiciaria, embaimientos, exposición de sueños y agüeros y cualquiera otra especie de adivinanza?; hallaréis unos hombres tan curiosos destas cosas, que procuran entender el silbo de las aves y el relincho de las bestias, lo cual me paresce a mí tener sabor de gentilidad o funda-

mento diabólico y muy lejos de nuestra religión. Yo fue una vez en romería a Santiago de Compostela, y entrando en Galicia se nos llegó un gallego en el camino, que nos acompañó una jornada, y andando por el camino, departiendo en diversas materias, oímos dar voces un cuervo, y dijo un compañero que yo llevaba: «por Dios, gran deseo tengo de saber lo que dice o quiere aquel cuervo»; y el gallego se llegó a él y díjole: «por una vez de vino que me deis, yo os diré la verdad sin mentir»; y mi compañero se la prometió, y luego el gallego dijo: «este cuervo ha hallado un sapo, y por ser grande no se atreve a le acometer, y llama a un su compañero que se le ayude a matar y que le comerán juntos». Estando diciendo esto, vieron venir otro cuervo, y juntos ambos se fueron junto a una peña y llegando nosotros allá, los vimos revueltos con el sapo en gran pelea, el cual fue delante nosotros vencido y después comido. Yo querría mucho saber si son principios de filosofía éstos con que esto se sabe, o documentos diabólicos, o palabras de sagrada escriptura, o artículos de fe».

Dijo don Antonio de Velasco: «por Dios, señores, yo os digo lo que vi con mis ojos, y no os contaré nada por oídas. Los días pasados estuvo en Valladolid un valenciano llamado Hahnao, que delante del pueblo hacía invenciones dignas de admiración. Entre otras cosas que le vi fue que, tomando un ducado de su bolsa, le dio a un caballero, diciéndole que se le guardasse con mucho recado, y el caballero le tomó y le puso en el lugar que le paresció estar más seguro. Y después de otros juegos y pasatiempos demandó Hahnao el ducado, y el caballero, buscándole en el lugar donde le puso, no le halló; mas sacó una rana que, echada en la mesa, saltó viva ante todos, y volvióse a una señora que allí estaba, y díjole que le diesse su ducado, que en los pechos le tenía; y así fue que, buscándole ella ante todos, le fue a hallar allí. Otras mill gentilezas hacía en naipes y en dados, porque hacía que todos fuessen figuras las que él quería y los dados ases».

Dijo don Gaspar: «señores, en la verdad, admirables cosas son esas que contáis; más yo os ofrezco contaros caso que no os dé menos admiración. Sabréis que yo tuve un grande amigo, gentilhombre, el cual era maestresala del vizconde de Altamira, y era muy favorescido del vizconde por muchas habilidades que tenía. Sucedió que él se enamoró de una hermosa doncella, camarera de la señora vizcondesa, y era tanta la pasión que por ella pasaba, que representaba cuerpo sin ánima o estatua, porque ni comía ni bebía, ni de noche dormía y como atónito callaba sin nunca hablar. Y cuando abría su boca, sólo era para maldecir su triste suerte y mísera fortuna, porque se hallaba muy ajeno de sí y muy apartado de su natural. Más con todos sus dolores no sentía mayor bienaventuranza que padescer por su señora; y aquel día que por nuevo favor se sentía algo aliviado de su pena, le dolía más pensando que hacía grande injuria a quien tanto amaba. Y si acaso la podía hablar, no se atrevía a decirle otra palabra sino: señora, sey cierta que, muriendo por ti, vivo. Y porque hace poco a nuestro caso encaresceros tanto su dolor, porque, en fin, está esto en el natural, quiero concluir con que sólo consumía su vida en contino penar; mas la dama estaba muy lejos de le favorescer, aun con aquello que lidianamente basta sustentar el ánima del amante, que es un atravesado mirar. Mas mostrábasela tan cruel y tan desabrida, que parescía que sólo estudiaba en qué le dar contina pena; y si se acertaba hallarse a su lado, le volvía el rostro con tanto desdén, que le bastaba por muchas veces desesperar. Y aún no se satisfizo con esto; mas como de su natural sean inclinadas a aborrescer a quien las ama, y responder a quien no las llama, procuró de aficionarse a un vizcaíno, gentilhombre que servía al vizconde de camarero, y trabajó a despertar los ojos soñolientos y descuidados del nuevo amante con tanta curiosidad, que ella mesma representaba el primero. El nuestro amigo maestresala estuvo muchas veces de afrontado por acometer un caso señalado, que era matarse a sí o al uno de los dos. Mas la razón, que

divinamente predomina en nuestra ánima, apartóle tan gran locura y desmán del pensamiento ; y deseando hallar una graciosa satisfación de su atormentado spíritu, acordó de afrontarla desta suerte : ya en toda la casa eran público estos amores, y a todos era notorio que esta dama amaba de corazón al vizcaíno, camarero del vizconde ; ofrescióse una fiesta que la vizcondesa solemnizaba, y vinieron a la celebrar a su casa muchas señoras de merescimiento y valor, y estando todas sus damas en una gran sala delante dellas, danzaban los galanes y sacaba cada cual a la que más le placía a la danza. Y el camarero, viniendo a danzar, sacó a la señora camarera, la cual, como se fue a levantar, dejó en el lugar donde estaba sentada, un borrico pequeño, balando como que acababa de salir del vientre de su madre, lo cual, siendo notado de todos, le fue muy grande afrenta, y de pesar cayó en una dolencia de que vino la dama a morir. El caso fue tan señalado, que a todos admiró, y aun espanta a cuantos agora le oyen ».

Dijo don Guillermo : « suplicos, señores, que tengáis por bien de me oir lo que os quiero contar. Bien conoscéis todos en la universidad al maestro Eucrates, y sabéis la gran familiaridad que con él tengo. Sabréis que un dia me fui a su posada por pasar tiempo con él, como solía otras muchas veces, y preguntando por él a sus criados, me dijeron que estaba malo en la cama. Yo subí y como entré en la cámara, saludéle a él y a los que allí estaban, que eran los buenos maestros, amigos suyos, Cleodemo, y Anthígono, y Dinomaco, varones, como sabéis, de gran dottrina ; y después de haberle dicho aquellas palabras comunes que suelen decir los postresros en la visita, las cuales son : señor, perdonarme, que no supe que estábades malo, que si yo lo supiera, yo fuera el primero, como suelo, venir en vuestra salud ; mandome sentar sobre la cama, y procurando yo con grande aviso no le tomar debajo los pies, me senté donde me mandó. Preguntele luego la calidad de la enfermedad, y díjome que era un humor de una pierna, y mirando acaso, veo detrás de mí una vieja que con mucha devoción santigua las piernas de Eucrates, la cual, acabado su conjuro y despedida del enfermo, se fue. Quedamos entre nosotros hablando de la vieja y de sus encantamentos, y dijo Anthígono : señor, eso creólo yo, porque veo ser así ; mas incrédulo estoy en las liviandades de los signos, palabras y figuras que usan estas viejas para ganar un real. Eucrates se esforzó a sentar en la cama, y se mandó encorporar con almohadas y comenzó a decir así : señores, todos los hombres virtuosos y que desean que sus palabras sean creídas y estimadas, han de huir que las cosas que dijeren no sean tan admirables y tan fuera del común acontescimiento, que engendren sospechas en los ánimos de los que le oyen a creer que no sea verdad, mas esto también ha de ser ante gente bárbara y del pueblo, que se espanta de cualquiera cosa que ve, y se le hace nuevo todo, y aún no cree cosa, por fácil que sea más de lo que le aplace a su voluntad. Mas delante de vosotros, que todos sois varones sabios, bien me atreveré a deciros una cosa admirable que acontesció siendo yo testigo de vista. Cuando yo era muchacho pequeño, de edad de diez y seis años, estando en la plaza de mi pueblo con mi padre, hablando con otros vecinos, dijo uno dellos : sabréis que nuestro amigo Midas, estando hoy en la labranza del campo con sus gañanes, le mordió una culebra en la pierna muy mal ; dejósela muy emponzoñada y podrécesele sin remedio ; da voces y muérese de dolor, que no hay quien le dé medecina bastante aunque prometa mill ducados. Dijo mi padre : pues yo conozco un hombre que le sanará si él se lo paga bien, al cual quiero ir a llamar ; y fuemos juntos a una casa, donde hallamos un hombre que en su hábito y habla mostraba ser extranjero y yo de negligente no escudriñé de qué nasción, y por ruego de mi padre se fue a ver a Midas, al cual hallamos con todas aquellas miserias que ya dije, y desenvolviendo sacó un libro muy viejo de la faltriquera y leyendo cinco palabras tomó una piedra que traía, la cual decía ser del sepulcro de una virgen defunta, y juntándola a la pierna con aquellas palabras, quedó Midas

sano sin lisión y sin dolor, y se levantó dando muchas gracias a mi padre, y pagó muy largamente al médico que le curó; y publicándose por la ciudad esta cura, hizo muchas en la mesma facultad. Y vi un día de mañana, cuando salió el sol, que, salidos al campo, leió ciertos versos en aquel libro, y dando ciertas vueltas a la redonda, y haciendo ciertas rayas en el suelo, convocó todas las serpientes que en el Universo había y las hizo allí venir, y dijo que no quedaba otra en todo el Universo sino una que estaba en un desierto en Egipto y que por ser vieja no se meneaba; y luego mandó a una serpiente joven que fuesse por ella, la cual con súbito vuelo fue y la trajo allí en presencia de todos de lo cual hubimos gran admiración de ver su grandeza, y con la furia que traía por el aire se asentó sobre él y le mató, y por su muerte hicieron gran estrago en la provincia y ciudad (1). Esto decía Eucrates, solemnizándolo con juramentos porque le creiéssemos; y encaresciendo sus palabras y prolongando la materia, nos afirmó ser ésto verdad».

Dijo el buen viejo Bonifacio: «señores, suplicos me hagáis digno de ser de vuestra congregación en oirme lo que en este propósito en que agora habláis me acontesció a mí». Dijo el Rettor: «señor Bonifacio, deci, que a todos nos placerá de oíros.» Luego él prosiguió: «Ahora veinte años que el duque mi señor me mandó que yo fue a negociar ciertos casos que se ofrescieron, a Valencia de Aragón, y de allí fueme nescesario después irlos a dar fin a la ciudad de Córdoba; y aparejando mi viaje en la cibdad de Valencia, ofrescióseme un hombre que en apariencia se mostró ser francés, el cual me preguntó para donde aparejasse mi camino; y sabiendo que para Córdoba, me rogó con grande importunación que le llevase en mi compañía; yo procuré de me informar de algunos ciudadanos que se le mostraron tener amistad, cual fuesse su condición y vivienda. Dijéronme que era un hombre muy de bien, y muy sabio en muchas sciencias, y que me certificaban de muy cierto que no me pesaría de su conversación; yo, como fuí informado tan a mi placer, holgué mucho por hallar tan buen compañero, con qué aliviar el trabajo del largo camino, el cual hallo yo ser muy grave si se pasa con soledad, y plació me más porque me dijeron que usaba un poco de nigromancia y encantamentos, porque me paresció ser proprio pasatiempo de camino, por ser sciencia regocijada y de mucho placer. Pues señalando el día de nuestra partida, comenzamos nuestro camino con mucho placer y conformidad, y en nuestra primera jornada, como es costumbre de caminantes, nos dimos cuenta el uno al otro de nuestras tierras y natural, de nuestros oficios y viviendas, y la causa de nuestro peregrinaje, y después que yo le di mi cuenta, él me dijo ser de natural nascimiento francés, nascido en León de Solarro; díjome haber sido aficionado a ciertas artes que le enseñó su padre y le daban agora bastantemente de comer, que sabía sacar demonios, y que adivinaba, y sabía mucha nigromancia, y que tenía tan perspicacíssimo el sentido del oír, que oía lo que en lejas tierras se hablasse, y díjome: porque veáis por experiencia ser verdad, en este lugar que agora llegamos está una moza endemoniada, a la cual haré venir donde yo quisiere, sin me poder resistir; y entrando en el lugar le conosciero todos, porque la moza los dijo que íbamos allí, y comenzaron a decir: véis aquí el encantador francés; y en acabándonos de apear, venía una gran compañía de hombres que traían una moza atada con fuertes cadenas, y ella arremetía con gran furia a todos, y si apañaba alguno con las manos, le mesaba y rascuñaba la cara hasta que se le quitaban, y el nuestro Pierres (que así se llamaba el francés) la tomó, y luego estuvo queda temblando ante él, y él le tomó a la moza el pulgar de la mano dentro en su boca, y con ciertas palabras que dijo volvió luego en sí; sana y sin algún mal la llevaron sus padres, y después que hubimos comido gallinas que nos enviaron los padres de la moza,

(1) Las 28 palabras precedentes constan al margen del manuscrito. En el texto dice, tachado: «y después, dando las vueltas al revés, por otras palabras que en el libro leyó, las despidió de allí y se fue cada una a su habitación».

traíanle muchos enfermos de lisiones y enfermedades viejas, y luego allí se las curaba sin quedarles señal ni dolor. Por todo el camino usaba una cosa admirable : que si faltaba el mozo que nos sirviesse, mandaba al jarro que fuesse a la tinaja por agua, y luego iba, y aun al cántaro que fuesse al río y venia lleno muy presto ante sí, y así mandaba al plato que trujesse la vianda de la olla, y sin ver quien lo sacaba lo víamos ante nosotros en el plato ; yo, con deseo de experimentar si sería buen discípulo de aquella sciencia, siquiera porque se me pegasse alguna miel de la conversación del colmenero, no estando Pierres en la posada un día en un lugar donde llegamos, mandé al cántaro que trujiesse agua, con aquellas palabras que Pierres se lo solía mandar, porque muchas veces se las había yo oído decir, y luego el cántaro va a la fuente que estaba cerca de la posada y púsoseme lleno delante, y como le vacié en la tinaja, fue por más, y después que fue llena la tinaja que no tenía y en que lo echar, díjele al cántaro que no fuese por más agua ; mas él no me obedesció, porque no entendía mi lenguaje, y no hacía sino ir y venir a la fuente y traer agua y vaciar ante mí ; yo, pensando ser bastante remedio, quebré el cántaro, y aun los pedazos iban a la fuente y traían lo que cabía en cada uno ; de manera que la casa toda estaba llena de agua sin poderlo remediar ; ya vino Pierres, y admirado de aquel acontescimiento, deshizo el conjuro, y luego el agua cesó. En estos pasatiempos fuemos ocupados hasta que llegamos a la ciudad de Córdoba, donde fuemos hospedados en un buen mesón, y luego comenzó a devulgar en la ciudad sus artes, y en breve tiempo se hinchó la casa de gente. A unos sanaba llagas viejas, a otros huesos salidos, como piernas desconcertadas y brazos y pies ; sanaba postemas invisiblemente, como lamparones, lubanillos, zaratanes y secas ; decía a otros lo que había de ser en el susceso de su vida, y a otros lo que sacaría de un camino que se les ofrescía, qué ventura habría el hijo nuevamente nascido. Plugo a Dios que a tercero día le prendió la inquisición, y luego le dieron por la ciudad cient azotes, y volvieron a la cárcel, y como yo me vine, no sé en lo que paró su suerte ».

Dijo el Maestro Oliva : « maravillado estoy, señor Bonifacio, del descuido dese hombre, que a todos dijesse el susceso de sus caminos, y el suyo no supiesse divinar, para librarse de los azotes. Ciertamente este el es pago que permite Dios que tengan los tales en premio de sus yerros y bellaquerías ; esto sacan de dar confianza al demonio y a sus engaños y maldades. Pues debe el nuestro scolástico de se apartar de aprender estas artes y sciencias, porque al fin aprovechan poco, y suelen siempre dañar ».

CROTALÓN

. . . . . .

Gallo. — Tu sabrás, que en vn tiempo siendo mançebo y cobdiçioso de ver, vino nueua en Castilla que se auían ganado en las partes occidentales aquellas grandes tierras de las Indias. México, nueua España y Perú que nueuamente ganó aquel animoso marqués del valle Cortés. y por satisfazer en alguna manera el insaciable ánimo de mi deseo que tenía de ver tierras y cosas nueuas determinéme de enbarcar, y auenturarme a esta nauegación. Y ansí en este mesmo deseo me fue para la çiudad y ysla de Calix donde se hazía el flete más conueniente y natural. Donde llegando, hallé diez compañeros que con el mesmo afecto y voluntad eran venidos allí. Y como en aquella çiudad venían muchos de aquella nueua tierra y nos dezían cosas de admiraçión creçíanos más el apetito de caminar. Dezían nos el natural de las gentes, las costumbres, atauio, y dispusiçión ; la diuersidad de los animales, aues, frutas y mantenimientos y tierra. Era tan admirable lo que nos dezían juntamente con lo que nos mostrauan los que de alla venían que no nos podíamos sufrir. y ansí juntándonos veynte compañeros todos mançebos y de vna edad hecho pato entre

nosotros inuiolable de nunca nos faltar ; y celebradas las ceremonias de nuestra amistad con juramento solene fletamos vn nauio vezcayno velero y ligero, todos de bolsa comun. Y con próspero tiempo partimos vn día del puerto encomendados a Dios, y ansí nos continuo siete días siguientes hasta que se nos descubrieron las yslas fortunadas que llaman de Canaria. Donde tomado nuestro fresco después de vista la tierra con próspero viento tornamos a salir de alli. Y caminando por el mar al tercero día de nuestro camino, dos horas salido el sol haziendo claro y sereno el cielo, dixeron los pilotos ver vna ysla de la qual no tenían noticia, ni la podían conocer de que estauan admirados y confusos por no se saber determinar poniéndonos en gran temor. y ansí a deshora admirauanse más turbados de ver que la ysla caminaua más veniendo ella azia nosotros que caminauamos nosotros para ella. En fin en breue tiempo nos venimos tanto juntando que venimos a conoçer que aquella que antes nos parecía ysla era vn fiero y terrible animal. Conoçimos vna vallena de grandeza increible ; que en sola la frente con vn pedaço del cerro que se nos descubría sobre las aguas del mar juzgáuamos auer quatro millas. Venía contra nosotros abierta la boca soplando muy fiera y espantosamente que a diez millas haçía retener el nauío con la furia de la ola que ella arrojaua de sí ; de manera que viniendo ella de la parte del poniente, y caminando nosotros con próspero leuante, nos forçaua calmar, y avn boluer atrás el camino. Venía desde lexos espumando y turbando el mar con gran alteración. ya que estuuimos más çerca que alcançamos a verla más en particular pareçíansele los dientes de terrible grandeza de hechura de grandes palas ; blancos como el fino marfil. Venimos adelante a juzgar por la grandeza que se nos mostró sobre las aguas ser de longura de dos mil leguas. Pues como nos vimos ya en sus manos y que no le podíamos euadir començámonos a abraçar entre los compañeros, y a darnos las manos con grandes lágrimas y alaridos ; porque víamos el fin de nuestra vida y compañía sin remedio alguno estar en aquel punto. Y ansí dando ella vn terrible empuxón y abriendo la boca nos tragó tan sin embaraço ni estorbo de dientes ni paladar, que sin tocar en parte alguna con gauia, velas y xarçia, munición y obras muertas fuemos colados y sorbidos por la garganta de aquel monstruoso pez sin lisión alguna del nauío hasta llegar a lo muy espaçioso del estomago, donde auía vnos campos en que cupieran otras veynte mil. Y como el nauío encalló quedamos espantados de tan admirable suceso sin pensar que podia ser. Y avnque luego estuuimos algo obscuros porque cerró el paladar para nos tragar, pero despues que nos tuuo dentro y se sosegó traya abierta la boca de manera que por allí nos entraua bastante luz. Y con el ayre de su contino resolgar nos entretenía el viuir a mucho descanso y plazer. Pareçiome que ya que no quiso mi ventura que yo fuesse a las Indias por ver allá ; que era conuenible comutaçión, pues fortuna nos forçaua en aquella carcel a ver y gustar de admirables cosas que te contaré. y mirando alrededor vimos muy grandes y espaciosos campos de frescas fuentes y arboledas de diuersas y muy suaues flores y frutas. Y ansí todos saltados en tierra por gustar y ver aquellas estançias tan admirables. Començamos a comer de aquellas frutas y a beuer de aquellas sabrosas y delicadas aguas que nos fue muy suaue refeçión. Estauan por allí infinitos pedaços de hombres, espinas y huesos de pescados y otros enteros que nos empedían el andar. Tablas y maderas de nauíos, áncoras, gauias, másteles, xarçia, munición y artillería, hombres y otros muchos animales que tragaua por se mantener. Pero salidos adelante de aquella entrada a vn grande espaçio que alcançamos a ver más de quinientas leguas desde vn alto monte vimos grandes llanos y campos muy fértiles, abundantes y hermosos. Auía muchas aues de diuersos colores adornadas en sus plumas que eran de graçioso pareçer. Auía águilas, garças, papagayos ruyseñores, sirgueros ; y otras espeçies y differençias de graçiosas aues de mucha hermosura. Pues proueyendo que algunos compañeros se quedassen a la guarda del nauío ; y dexándoles la neçesaria prouisión ; la mayor cantidad

de nosotros fuemos de acuerdo que fuessemos a descubrir la tierra por la reconoçer. Discurriendo pues por aquella deleytosa y fertilíssima tierra al fin de dos días, casi al puesto del sol, decendiendo de vna alta montaña a vn valle de mucha arboleda, llegamos a vn río que con mucha abundancia y frequencia corría vino muy suabe ; tan hondo y tan caudaloso que por muchas partes podían nauegar nauios muy gruesos. Del qual començamos a beuer y gustar ; y algunos compañeros se començaron de la beuida a vençer ; y se nos quedauan dormidos por allí que no los podíamos lleuar. Todas las riberas, de aquel suaue y graçioso río estauan llenas de muy grandes y fertilíssimas çepas cargadas de muy copiosas vides con sus pámpanos y raçimos muy sabrosos y de gran gusto ; de los quales començamos a cortar y comer. y tenían algunas de aquellas çepas figura y imagen de mugeres que hablando en nuestra lengua natural nos combidauan con agraçiadas palabras a comer dellas prometiéndonos mucho dulçor. Pero a todos aquellos que conuençidos de sus ruegos y halagos llegauan a gustar de su fruto los dormían y prendían allí que no eran libres para se mouer y las dexar ; ni los podíamos arrancar de allí. Destas de su frequente manar destilaua vn continuo liquor que hazía yr el río muy caudaloso. Aqui en esta ribera hallamos vn padrón de piedra de dos estados alto sobre la tierra ; en el qual estauan vnas letras griegas escriptas que mostrauan ser de gran antiguedad ; que dezían auer sido este el peregrinaje de Baco. Pasado este graçioso río por algunas partes que se podía vadear, y subida vna pedueña cuesta que ponían differençia entre este valle deçendimos a otro no menos deleytoso y de gran sabor. De cuyo gusto y dulçor nos parecía beuer aquella beuida que dezían los antiguos ser de los dioses por su grande y admirable gusto ; a la qual llamaron del netar y ambrosía. Éste tenía vna prodigiosa virtud de su naturaleza ; que si alguno escapado del río de Baco pudiesse llegar a beuer deste licor era marauillosamente consolado y sano de su embriaguez ; y era restituído en su entero y primero juizio ; y avn mejorado sin comparaçión. Aquí beuimos hasta hartar ; y boluimos por los compañeros y qual a braço, qual a cuestas y qual por su pie los truximos allí, y sanos caminamos con mucho plazer. No lexos desta suabe y salutífera ribera vimos salir humo ; y mirando más con atençión vimos que se descubraín vnas caserías pobres y pajizas ; de lo qual nos alegramos mucho por ver si habitaua por allí alguna gente como nosotros con que en aquella prisión y mazmorra nos pudiéssemos entender y consolar. Porque en la verdad nos pareçia ser aquello vna cosa fantaseada, o de sueño, o que por el rasgo nos la descreuía algun ingenioso pintor. Pues con esta agonía que por muchos días nos hazía andar sin comer ni beuer sin nos defatigar, llegamos çerca de aquellas casas, y luego en la entrada hallamos vna vieja de edad increíble ; porque en rostro, meneo y color lo monstró ser ansí. Estaua sentada entre dos muy perenales fuentes ; de la vna de las quales manaua vn muy abundante caño de miel ; y de la otra corría otro caño muy fértil, y grueso de leche muy cristalino. Las quales dos fuentes bajadas a vn vallico que estaua junto allí se mezclauan y hazían ambos vn río caudal. Estaua la dueña anciana con vna vara en la mano, con la qual con gran descuydo hería en la fuente que tenía a su mano derecha que corría leche ; y a cada golpe hazía vnas campanillas ; las quales corriendo por el arroyo adelante se hazían muy hermosos requesones, nazulas, natas y quesos como ruedas de molino. Los quales todos quando llegauan por el arroyo abajo donde se mezclaua la fuente del miel se hazían de tanto gusto y sabor que no se puede encareçer. Auía en este río peçes de diuersas formas que tenían sabor del miel y leche, y como nosotros la vimos espantámonos por pareçernos vna prodigiosa visión y ella por el semejante en vernos como vista súbita y no acostumbrada se paró. Pues quando boluimos en nosotros, y con esfuerço cobramos el huelgo que con el espanto auiamos perdido, la saludamos con mucha humildad, dubdosos si nos entendiesse la nuestra lengua, y ella luego con apazible semblante dando a enten-

der que nos conoçía por de vna naturaleza nos correspondió con la mesma salutación, y luego nos preguntó: ¿dezid hijos quál ventura os ha traydo en esta tierra; o quál hado, o suerte os ençerró en esta cárçel y mazmorra? A la qual respondí yo: Señora no sabemos hasta agora dezir si nuestra buena, o mala fortuna nos ha traydo aqui, que avn no emos bien reconoçido el bien o mal que en esta tierra ay. Sólo sabemos ser tragados en el mar por vn fiero y espantoso pez; donde lançados creemos que somos muertos, y para esperiençia, o más certidumbre desto nos salimos por estos campos por ver quien habitaua por aquí; y ha querido Dios que os encontrássemos; y esperamos que será para nuestra consolación, pues vemos no ser nosotros solos los encarçelados aquí. Agora queríamos de ti Señora saber: ¿quién eres y qué hazes aquí? ¿Si eres naçida del mar o si eres natural de la tierra como nosotros? y si de alguna parte de diuinidad eres comunicada profetízanos nuestra buena, o mala uentura; porque preuenidos nos haga menor mal. Respondió la buena dueña: ninguna cosa os diré hasta que en mi casa entréis: porque veo que venís fatigados. Sentaros éis y comeréis, que vna hija mía donzella hermosa que aquí tengo os lo guisará y aparejará, y como éramos todos moços y nos habló de hija donçella y de comer, todos nos regocijamos en el coraçón, y ansí entrando la buena vieja en su casa dixo con vna voz algo alta quanto bastaua su natural: hija sal acá apareja a esta buena gente de comer. Luego como entramos y nos sentamos en vnos poyos que estauan por allí salió vna donzella de la más bella hermosura y dispusición que nunca naturaleza humana crió. La qual avnque debajo de paños y vestidos pobres y desarrapados representaua çelestial dignidad; porque por los ojos, rostro, boca y frente echaua vn resplandor que a mirarla no nos podiamos sufrir, porque nos hería con vnos rayos de mayor fuerça que los del sol; que como tocauan el alma eramos ansí como pauesa abrasados, y rendidos nos postramos a la adorar. Pero ella haziéndonos nuestra con la mano con vna diuina magestad nos apartaua de sí, y mandándonos sentar con vna presta diligençia nos puso vbas y otras frutas muchas y suabes; y de vnos muy sabrosos peçes; de que perdiendo el miedo que por la reuerençia teníamos a tan alta magestad comimos y beuimos de vn preçioso vino quanto nos fue menester, y después que se leuantó la mesa; y la vieja nos vio sosegados començó a regocijarnos y a demandarnos le contássemos nuestro camino y suçeso, yo como vi que todos mis compañeros callauan y me dexauan la mano en el hablar la conté muy por estenso nuestro deseo y cobdiçia con que viuíamos muchos años en la tierra; y nuestra junta y conjuración, hasta el estado en que estáuamos allí, y después le dixe: agora tú, madre bienauenturada te suplicamos nos digas si es sueño esto que vemos ¿quién soys vosotras? ¿y cómo entrastes aquí? Con vna halagueña humildad que de contentarnos mostraua tener deseo dixo: O hijos y huéspedes amados, todos pareçe que tenemos la mesma fortuna, pues por juizio y voluntad de Dios somos lançados aquí, avnque por diuersas ocasiones como oyréis. Sabed que yo soy la bondad si la auéis oydo dezir por allá; que me crió Dios en la eternidad de su ser, y esta mi hija es la verdad que yo engendré, hermosa, graçiosa, apazible y afable; parienta muy cercana del mesmo Dios, de su cogeta a ninguno desagrado, ni desabrió si primero me quisiesse a mí. Embiónos Dios del çielo al mundo siendo naçidas allá; y todos los que me reçibían a mí no la podían a ella deshechar; pero amada y querida la amauan, como a sí, y ansí moramos entre los primeros hombres en las casas de los prínçipes y Reyes que con nosotras gouernauan y regían sus repúblicas en paz, quietud y prosperidad. Ni auía maliçia, cobdiçia, ni poquedad que a engaño tuuiesse muestra. Andauamos muy regaladas, sobrelleuadas y tenidas de los hombres; el que más nos podía hospedar y tenía en su casa se tenía por más rico, más poderoso y más valeroso. Andáuamos vestidas y adornadas de preciosas joyas y muy alto brocado. No entráuamos en casa donde no nos diessen abundantemente de comer y beuer; y pessáuales porque no reçibíamos más, tanto era su buen deseo de

nos tener. Topáuamos cada día a la riqueza y a la mentira por las calles por los lodos arrastradas, baldonadas y escarneçidas; que todos los hombres por nuestra deuoción y amistad gritauan y corrían y las echauan de su conuersación y compañía como a enemigos de su contento y prosperidad. De lo qual estas dos falsarías y malas compañeras reçebían grande injuria y vituperio; y con rabia muy canina vuscauan los medios posibles para se satisfazer. Juntáuanse cada día en consulta y echáuanse a pensar y tratar qualesquiera caminos faboreçiéndose de muchos amigos que trayan entre los hombres encubiertos y solapados que no osauan pareçer de verguença de nuestros amigos. Estas malditas bastaron en tiempo a juntar gran parte de gentes que por industria de vna dueña parienta suya que se llama la cobdicia los persuadieron yr a descubrir aquellas tierras de las Indias donde vosotros dezís que yvades caminando, de donde tanto tesoro salió. Éstas se las enseñaron y guiaron; dándoles después industria ayuda y fabor como pudiessen en estas tierras traer grandes piezas y cargas de oro y plata y joyas preciosas que de los de aquella tierra estauan menospreçiadas y holladas reconociendo su poco valor. Estas peruersas dueñas los forçaron a aquel trabajo teniendo por averiguado que estos tesoros les sería bastante medio para entretener su opinión; y desarraigar del común concebimiento nuestra amistad; con la qual estáuamos nosotras enseñoreadas en la mayor parte de la gente hasta allí, y ansí fue, que como fueron aquellos hombres que ellas embiaron en aquellas partes y començaron a embiar tesoros de grande admiración. Luego començaron todos a gustar y a poseer grandes rentas y hazienda, y ansí andando estas falsas hermanas con aquella parienta, casi de casa en casa, les hizieron a todos entender que no auía otra nobleza, ni otra feliçidad, ni otra bondad sino ser rico vn hombre; y que el que no poseya en su casa a la riqueza era ruyn y vil. Y ansí se fueron todos corrompiendo y deprabando en tanta manera que no se hablaua otra cosa en particular ny en común, ya desdichadas de nosotras no teníamos donde nos acoger ni de quien nos faborezer. Ninguno nos conoçía, ni amparaua, ni reçeuía; y ansí andáuamos a sombra de texados aguardando a que fuesse de noche para salir a reconoçer amigos, no osando salir de día; porque nos auían auisado algunos que andauan estas dos traydoras buscándonos con gran compañía para nos afrontar do quiera que nos topassen; prinçipalmente si fuesse en lugar solo y sin testigos, y ansí nosotras madre y hija nos fuemos a quexar a los Señores del Consejo real diziendo que estas falsarias se auían entremetido en la república muy en daño y corruptela dellas, y porque a la sazón estauan consultando açerca de remediar la gran carestía que auía en todas las cosas del reyno; les mostramos con argumentos muy claros y infalibles, ser la causa auernos echado todos de sí, la bondad y verdad madre y hija; y auer estas peruersas hermanas riqueza y mentira, y la cobdiçia, las quales si se remediauan y se echauan fuera, nos ofreçíamos y obligáuamos boluer todas las cosas a su primer valor y antiguo, y que en otra manera verían como neçesariamente yrían las cosas de peor en peor, y nos quexamos que nos amenaçauan que nos auían de matar; porque ansí éramos auisadas, que con sus amigos y aliados que eran ya muchos nos andauan vuscando procurando de nos auer, y los Señores del Consejo nos oyeron muy bien y se apiadaron de nuestra fortuna, y nos mandaron dar carta de amparo; y que diéssemos información como aquellas nos andauan a vuscar para nos afrontar y que harían justizia, y con esto nos salimos del Consejo, y yendo por vna ronda pensando yr más seguras por no nos encontrar con nuestros enemigos, fuemos espiadas y salteadas en medio de aquella ronda, y saliendo a nosotras nos tomaron por los cabellos a ambas y truxieron nos por el poluo y lodo gran rato arrastrando; y diéronnos todos quantos en su compañía lleuauan muchas cozes, puñadas y bofetadas; que por ruyn se tenía el que por lo menos no lleuaua en las manos vn buen golpe de cabellos, o vn pedaço de la ropa que vestíamos. En fin nos dexaron con pensamiento que no podíamos mucho viuir.

y ansí como de sus manos nos vimos sueltas cogiendo nuestros andraxos : cubriéndonos lo más honestamente que pudimos nos salimos de la çiudad no curando de informar a justiçias, temiéndonos que en el entretanto que informáuamos nos tornarían a encontrar, y nos acabarían aquellas maluadas, y ansí pensando que en aquellas tierras de Indias nueuas quedauan sin aquellos tesoros, y las gentes eran simples y nueuas en la religión que nos acogerían allá ; embarcamos en vna nao, y agora parécenos que pues la tierra no nos quiere sufrir nos ha tomado en sí el mar : y ha echado esta vestia que tragándonos nos tenga presas aquí rotas y despedaçadas como veys, y marauillándonos todos deste aconteçimiento las pregunté : cómo era posible ser en tan breue tiempo desamparadas de sus amigos que en toda la çiudad ni en otros pueblos comarcanos no hallassen de quien se amparar y socorrer. A lo qual la hija sospirando, como acordándose de la fatiga y miseria en que en aquel tienpo se vio, dixo. O huesped dichoso, si el coraçón me sufriesse a te contar en particular la prueua que de nuestros amigos hize, admirarte has de uer las fuerças que tuuieron aquellas maluadas : témome que acordándome de tan grande injuria fenezca yo oy. Tu sabrás que entre todos mis amigos yo tenía vn sabio y ançiano Juez ; el qual engañado por estas maluadas, y aborreçiéndome a mí, por augmentar en gran cantidad su hazienda torçía de cada día las leyes, peruertiendo todo el derecho canónico y ceuil, y porque vn día se lo dixe, dándome vn empujón por me echar de sí me metió la vara por vn los derechos se huuiesse de seguir no ganaria para çapatos, ni para pan, y porque le dixe : que porque interlineaua los contratos, enojándose me tiró con la pluma vn tildón por el rostro que me hizo esta señal que ves aquí que tardó vn mes en se me sanar, y de allí me fue a casa de vn mercader y demandéle me diese vn poco de paño que me ojo casi me lo sacó ; y mi madre me lo tornó a dereçar. Y porque a un escriuano que escreuía ante él le dixe que passaua el arançel me respondió : que si por la tassa del arançel, en la paga de vestir ; y el luego me lo puso en el mostrador : en el qual avnque de mi naturaleza yo tenía ojos más perspicaces que de linçe no le podía ver, y rogándole : que me diesse vn poco de más luz se enojó. Demandéle el preçio rogándole que tuuiesse respecto a nuestra amistad : y luego me mostró vn papel que con gran juramento afirmó ser aquel el verdadero valor y coste que le tenía : y que por nuestra amistad lo pagasse por allí. Y yo afirmé ser aquello lexos de mí. Y porque no me entendió esta palabra que le dixe me preguntó, que dezia. Al qual yo repliqué : que aquel creya yo ser el coste, cargando cada vara de aquel paño quantas gallinas y pasteles, vino, puterías y juegos y desordenes auian hecho él y sus criados en la feria y por el camino de yr y venir allá.

MIÇILO. — Y lo mesmo es en todos quantos offiçios ay en la república ; que no ay quien supla las costas, comer y beuer, juegos y puterías de los offiçiales, en la feria y do quiera que están ; y halo de pagar el que dellos va a comprar.

ANDRÉS LAGUNA

Los estudios de Marcel Bataillon han resuelto el problema de la atribución del *Viaje de Turquía* a favor del médico Andrés Laguna, nacido en Segoviâ (1499) y célebre en toda Europa por sus conocimientos de Medicina, Cosmografía y Botánica. Murió en 1560.

BIBLIOGRAFÍA. — Ed. Colección Universal, Madrid, Espasa-Calpe. — V. BATAILLON, MARCEL, *Erasme et l'Espagne*, Madrid, 1937, págs. 712-735.

DESCRIPCIÓN DE CONSTANTINOPLA

PEDRO. En la ribera del Hellesponto — que es una canal de mar, la cual corre desde el mar Grande, que es el Euxino, hasta el mar Egeo — está la cibdad de Constantinopla y, podríase aislar, porque la mesa canal hace un seno, que es el puerto de la cibdad, y dura de largo dos grandes leguas. Podéis estar seguros que en todo el mar Mediterráneo no hay tal puerto, que podrán caber dentro de todas las naos y galeras y barcas que hoy hay en el mundo, y se puede cargar y descargar en la escala cualquier nave sin barca ni nada, sino allegándose a tierra. La excelencia mayor que este puerto tiene es que a la una parte tiene a Constantinopla y a la otra a Galata. De ancho terna un tiro de arcabuz grande. No se puede ir por tierra de la una cibdad a la otra si no es rodeado cuatro leguas ; mas hay gran multitud de barquillas para pasar por una blanca o maravedí cada y cuando que tuviérdes a que. Cuasi toda la gente de mar como son los arraeces y marineros, viven en Galata, por respecto del tarazalan, que está allí, y ya tengo dicho el lugar donde se hacen las galeras, y por el mesmo caso todos los cautivos están allá ; los del Gran Turco en la torre grande una parte, y otra en Sant Pablo que agora es mezquita ; los del capitán de la mar, en otra torre ; cada arraer tiene los suyos en sus casas. El tarazanal tiene hechos unos arcos donde puede en cada uno estar una galera sin mojarse. Muchas veces los conté y no llegan a ciento, mas son pocos menos. También me acuerdo haber dicho que será una ciudad de cuatro mil casas, en la cual viven todos los mercaderes venecianos y florentinos, que serán mil casas ; hay tres monasterios de fraires de la Iglesia nuestra latina, Sant Francisco, Sant Pedro y Sant Benito ; en éste hoy en toda Levante, toda de obra musaica y las figuras muy perfectas Sant Pedro es de fraires dominicos, y terná doce fraires. Sant Francisco bien tendrá veinticuatro. Hallaréis en estos dos monasterios misa cada día, a cualquier hora que llegardes, como en uno de los mejores monasterios de España, rezadas y cantadas ; órgano ni campana ya sabéis que no le hay, pero con trompetas la dicen solene los días de grande fiesta, y para que no se atreva ningún turco a hacer algún desacato en la iglesia, a la puerta de cada monasterio destos hay dos genízaros con sendas porras, que el Gran Señor tiene puestos que guarden, los cuales cuando algún turco curioso de saber, quiere entrar le dan licencia y dícenle : « Entra y mira y calla, si no con estas porras te machacaremos esa cabeza. » Ningún judío tiene casa en Galata, sino tienen sus tiendas y estánse allí toda el día, y a la noche cierran sus tiendas y vanse a dormir a Constantinopla. Griegos y armenios hay muchos, y los forasteros marineros todos posan allí. Hay de los griegos muchos panaderos, y el pan que allá se hace tiene ventaja cierta a todo lo del mundo, porque el pan común es como lo regalado que comen por acá los señores ; pues lo floreado, como ellos

lo hacen echándole encima una simiente de alegría, o negrilla romana, que los griegos llaman « melanthio », no hay a que comparar.

MATA. ¿Tabernas pocas habrá, pues los turcos no beben vino?

PEDRO. ¿Qué hace el caso si los cristianos y judíos lo beben? Mucho hay, y en muy buen precio, y muy bueno. Un examen os harán cuando vais por vino en la taberna. Si queréis blanco o tinto. Si decís blanco preguntan si malvasía o moscatel de Candía, o blanco de Gallipol. Cualquiera destos que pidáis es tercera pregunta: ¿De cuántos años?

MATA. No hay tanta cosa en la corte.

PEDRO. ¿Quéreis comparar las provisiones y mantenimientos d'España con Grecia ni Italia?

JUAN. ¿Y es al cabo caro el vino?

PEDRO. El moscatel y mavasía mejor de todo es a cuatro áspero el golondrino, que será un azumbre; haced cuenta aque a real si es de cuatro años; si de uno o dos a tres ásperos, y tenedlo por tan bueno como de Sant Martín y mejor.

MATA. ¿El tinto?

PEDRO. El mejor del tinto es el « tópico », que dicen los griegos; quiere decir el de la mesma tierra. Es muy vivo, que salta y raspa, y medio clarete. Viene otro más cerrado como acá de Toro de Metellin, junto al Chío. Lo primero vale a dos ásperos el golondrino, y lo segundo a uno y medio. De Trapisonda, carga mucho clarete y de la isla de Mármara. Todos éstos, con lo de Negroponto, haced cuenta que valen a siete maravedís, de lo cual los cautivos cargan por junto, yéndose por él a las barcas que lo traen. La principal calle de Galata es la de Sant Pedro, que llaman la Lonja, donde los mercaderes tienen sus tratos y ayuntamientos. El tarazanal está a la puerta que mira a Occidente, y otra puerta, que está hacia donde sale el sol, que va la canal de mar arriba, se llama El Topana, que quiere decir donde se hunde la artillería. « Top », en turquesco, se dice el tiro. En medio de aquel campo están tantas piezas sobradas, sin carretones ni nada, que algún rey las tomaría por principal artillería para todo su ejército: culebrinas muy grandes, y buenas de las que tomaron en Rodas y de las de Buda y Belgrado, y cañones muy gruesos, que se meterá por ellos un hombre, hay muchos.

JUAN. ¿Qué hace allí aquello?

PEDRO. Está sobrado, para no menester, que no sabe que hacer dello. Cuando falta un buen cañón en alguna parte, luego le van a buscar allí.

MATA. ¿Es de hierro todo aquello?

PEDRO. No, sino de muy fino metal de campanas.

MATA. ¿Quétantos terná desos gruesos allí sobrados?

PEDRO. Más de cuatrocientos, aunque yo no los he contado.

MATA. Mucho es cuatrocientos tiros de artillería.

PEDRO. Más es el estar sobrados, que es señal que tiene muchos y no ha menester aquellos. Mezquitas y estufas, que llaman baños, no hay pocas por toda la cibdad, y Constantinopla, también, y iglesias de griegos, que son más de dos mil; y la realeza de aquellos baños de la una y de la otra parte es muy de notar; parescen por de fuera palacios muy principales y tienen unas capillas redondas a manera de media naranja, cubiertas de plomo. Por dentro todos son mármol, jaspe y pórfido. La ganancia lo sufre, que no hay ninguno de todos que no rinda cada día cincuenta escudos.

MATA. ¿Cuánto para cada uno?

PEDRO. Lo que quiere y como es; unos medio real, y otros uno, y otros dos; los pobres un áspero.

JUAN. ¿Cuántos se pueden bañar juntos de una vez?

MATA. Eso quería ya preguntar.

PEDRO. En seis capillas que tiene el que menos, cabrán juntos bañándose ochenta hombres.

. . . . . .

JUAN DE HERRERA

Natural de Mobellán (provincia de Santander), donde nació hacia 1530 de María Gutiérrez de la Vega y de Pedro Gutiérrez de Maliaño. Estudió humanidades y filosofía en Valladolid hasta 1548, fecha en que se unió a la comitiva del príncipe don Felipe, cuando visitó en Flandes a su padre el Emperador. Permaneció tres años en Bruselas, estudiando arquitectura y otras ciencias exactas. En 1551 regresaba a España y dos años más tarde sentaba plaza de soldado, pasando a Italia y tomando parte en la guerra del Senés y del Piamonte. El general Fernando de Gonzaga le hizo arcabucero de su guardia y consigo lo llevó a Flandes, para quedar allí en la guardia del Emperador. Con él regresó a España en 1556, le siguió a Yuste y acompañó hasta su muerte en 1558. Pasó entonces a la corte y en 1562 ejecutaba las figuras geométricas que debían ilustrar la copia de un libro de tiempos del rey Alfonso X. Siendo discípulo del arquitecto real, Juan Bautista de Toledo, fue nombrado su ayudante en 1563, con 100 ducados de sueldo. Al fallecer su maestro (1567) se encomendó a Herrera la dirección de las obras del Escorial, sin sucederle, no obstante, en el cargo por ser todavía poco conocido; aumentáronle el sueldo a 150 ducados, por cierto que con ellos continuó hasta 1577 cuando, reconocidos sus méritos, se le asignaron 800. Obras suyas fueron el diseño para la Casa de la Contratación de Sevilla, el de la Catedral de Valladolid, el madrileño puente de Segovia; fue el principal animador de la academia de matemáticas y arquitectura civil y militar que bajo el patrocinio de Felipe II inició sus trabajos en 1584. Casó con María de Álvaro y luego, en 1581, con doña Inés de Herrera, enfermó después gravemente y quedó su salud tan delicada que hubo de continuar sus obras por mediación de su discípulo y ayudante Francisco de Mora hasta que falleció en Madrid el 15 de enero de 1597.

BIBLIOGRAFÍA. El *Discurso de la figura cúbica* permaneció manuscrito en la Biblioteca Nacional hasta el año 1935 en que fue impreso en Madrid. (Edit. Plutarco).

Sobre Herrera puede verse LLAGUNO Y AMIROLA: *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, Madrid, 1829, t. II, pág. 117. PICATOSTE: *Apuntes para una biblioteca científica...* Madrid, 1891, pág. 143. SÁNCHEZ CANTÓN: *Fuentes literarias para la historia del arte español*, Madrid, 1923-1941.

DISCURSO DE LA FIGURA CÚBICA

En mucho debo yo estimar la merced que el Doctor Dimas me hace en decir que por mi causa vino a penetrar la admirable Arte luliana, porque careciendo yo de todo género de estudios, mal puedo abrir las puertas de una tan alta y poco conoscida doctrina y método de saber. Pero el Señor, en quien está toda la plenitud de sabiduría, abre a veces los entendimientos de los que poco saben, y les hace decir algunas cosas, que penetradas y rumiadas bien y no sobre peine como algunas veces se suele hacer, se hallan en ellas, aunque en sí parescen pocas, grandes y subidos misterios y secretos difíciles de calar, por no haberse enterado bien en las pocas que los hacen descubrir, y entre ellas entiendo ser una la figura cúbica, raíz y fundamento de la dicha Arte luliana. Y así se puede tomar licencia para decir algo y aun de todas las otras artes naturales subalternadas a ella, porque así como esta figura cúbica tiene plenitud de todas las dimensiones que son en natura con igualdad, así en todas las cosas que tienen ser y de que podremos tratar, debemos considerar la plenitud de su ser, y de su obrar, y porque el ser de la cosa está, y le hemos de considerar con la plenitud que le conviene para su ser natural, por el consiguiente le hemos de considerar con su obrar natural, y con la plenitud que le conviene para su obrar natural, porque por cualquier cosa que de estas le faltase de la plenitud de su ser o de su obrar se podría decir que había vacuidad en

él de su ser o de su obrar, o de ambos juntamente, como se podría también decir lo mismo del cuerpo cúbico, cuando le faltase alguna de las tres dimensiones, longitudinal, latitudinal y profunditudinal con igualdad, sin las cuales el tal cuerpo cúbico no tiene ni puede tener ser de figura cúbica. Así, pues, no sería la cosa perfecta sin su ser y obrar sobredicho; pero, tornando a lo que vuestra merced me pide del cuerpo cúbico, diré lo mejor que pudiere algo de lo que de él penetro y entiendo, aplicándole a la declaración de la dicha Arte luliana, y a la penetración de los tres correlatos que Raimundo trata en ella, y en todos sus principios y en todos los subietos que pone en el alfabeto de su Arte, y para esto es necesario saber primero que es cubo definiéndole, como hace Euclides en las definiciones de su undécimo libro en las cuantidades continuas, y después de las definiciones del séptimo en las cuantidades discretas; y luego conviene entender cómo se constituye el dicho cubo por el matemático, continua y discretamente, y discretamente, y después se tratará cómo por la operación cúbica la natura constituye los entes en el ser que a cada uno le conviene, y cómo por la mesma operación cúbica los conserva en su ser natural y cómo cesando esta operación, el ente se corrompe y aniquila y pierde su ser natural.

. . . . . .

TIEMPO

El tiempo es indivisible en sí y divisible en otro por razón del movimiento de las cosas que en él se mueven de potencia en acto, o de un lugar a otro, o en augmento por la generación, o en disminución y desmediamiento por la corrupción, o alteración de una cosa en otra, porque de la manera que el hierro siempre uno mismo en cuanto a su especie, aunque sea dividido en muchas figuras, como en figura de cuchillo, espada y martillo, así también el tiempo siempre es uno en sí mesmo, aunque se divida en pasado, presente y porvenir por causa de sus subietos substanciales y accidentales, que son subietos a movimientos, por los cuales se causan momentos, horas, días y años, que son figuras y semexanzas del tiempo que aparecen en los movimientos de las cosas. Y así, habiendo necesidad, como está probado, de que haya operación, forzoso (es) que haya movimiento de un principio a otro; y habiendo movimiento primero de un principio a otro, es forzoso que salgan los segundos movimientos de potencia en acto, en los cuales se representen las figuras del tiempo. Mas su forma es simple, indivisible y insensible, porque es necesario para la plenitud cúbica que el tiempo esté en el principio, y medio y fin por sus correlactos, pues sin ellos no se pudiera sustentar en el movimiento. De ahí nace que aunque es un *agora* indivisible tiene respecto al antes y después siendo siempre *agora*, para que no haya vacuidad en naturaleza. Mas hay otra *agora* que no tiene respecto al antes ni después, porque no está subieto a ningún movimiento, el cual *agora* es la eternidad, y hay otro *agora* que tiene respecto al antes y no al después, el cual es la evieternidad, por la cual este *agora* tiene principio y no fin, y el eterno ni principio ni fin, mas el temporal tiene principio y fin, porque de otra manera no hubiera plenitud de diferencias de duraciones.

ANTONIO PÉREZ

Nació en Madrid el 6 de mayo de 1540. Era su padre Gonzalo Pérez, secretario del Emperador y su madre Juana Escobar, soltera. Fue legitimado por real cédula de 4 de abril de 1542. Cursó sus primeros estudios en Alcalá, a cuyo colegio siguieron los de Lovaina, Venecia, Padua y, por último, Salamanca. Contrajo matrimonio con doña Juana Coello el 3 de enero de 1567. Este mismo año, a finales, firmó Felipe II el nombramiento de Secretario a favor de Antonio Pérez, quien tardó casi un año en posesionarse del cargo. La crítica moderna ha ido desvaneciendo las novelescas conjeturas que se construyeron a base de Felipe II, su secretario, la princesa de Éboli, don Juan de Austria y Escobedo, para explicar la muerte de éste y la prisión de Pérez y la princesa. La venalidad del secretario, traicionando a su señor, la venta de secretos de Estado, a la que no eran ajenos la de Éboli ni Escobedo, son motivos más probables del asesinato del secretario de don Juan de Austria (31 de marzo de 1578), y de las órdenes de prisión contra la princesa y Antonio Pérez (28 julio 1579). El largo proceso, cuya finalidad era averiguar el alcance de la traición, tuvo su primera etapa en la condena de dos años de prisión y diez de destierro (enero de 1585). Siguióse el proceso por la muerte de Escobedo, fue Pérez puesto a tormento, confesó el delito, aunque dijo obedecer órdenes reales, y consciente de peligro, se fugó de la prisión, huyendo a Calatayud (1590) de donde fue sacado, con quebrantamiento del asilo eclesiástico, y trasladado a Zaragoza. Condenado a la horca y a ser luego degollado y puesto en la picota, huyó nuevamente para trasladarse a Francia, acogiéndose a la protección de Enrique IV (1591). Pasó a Inglaterra en 1593 para regresar de nuevo a París en 1595. A la muerte de Felipe II (1598), el nuevo monarca español dio libertad a la esposa e hijos de Antonio Pérez pero no autorizó el regreso del exilado, quien hizo un nuevo e infructuoso intento en 1611, y el 3 de noviembre de ese mismo año fallecía en París, siendo enterrado en el Convento de los Celestinos.

BIBLIOGRAFÍA. *Relaciones*, París, 1598; las *Cartas* fueron impresas en el mismo lugar y año; el *Norte de Príncipes* no lo fue hasta 1787 en Madrid, y en la actualidad parece más posible que se deba a la pluma de Álamos de Barrientos y no a la de Antonio Pérez. *Obras y relaciones*, Ginebra, 1628. Las *Cartas* se reimprimieron en el t. XII de la «Biblioteca de Autores Españoles».

Acerca de Antonio Pérez, la obra más completa es la suscrita por don Gregorio Marañón: *Antonio Pérez. El hombre, el drama, la época*, Madrid, 1947 (1.ª edición a la que han seguido otras). En las págs. 947 a 970 del t. II se recoge una bibliografía muy copiosa. Puede verse, además, del mismo autor, *El Conocimiento de las naciones* y el *Norte de Príncipes...*, en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», t. I, págs. 317 a 347, Madrid, 1950.

EPISTOLARIO

COPIA DE CARTA A UN SEÑOR AMIGO: DE DÓNDE PROCEDE LA POCA SEGURIDAD DE PRIVADOS

En fin, señor, hay daños de provecho. Antes no hay ninguno que no tenga aquellas dos asas que dijo un discreto corcovado: *Unam qua ferri potest; alteram qua ferri non potest*: una, que hace lijera la cosa; otra, que la hace pesada. Yo lo diré a mi propósito por otro camino. Ningún daño hay que no tenga dos caras: una de dolor a la primera vista; otra de consuelo a la consideración. Si no quisiere vuestra Señoría que lo diga, como lo dijo otro, y gran cortesano, privado de un emperador de los primeros y de sus gustos privados, a quien también derribó la invidia o nuevos gustos, quizá las confianzas dellos, ruina de las más ciertas, de privados, porque los nuevos gustos reducen al compañero de los pasados a estado de testigo, de quien cada uno huye, como de enemigo: vaya dicho esto de paso. Este dijo: *Apes ideo pungunt, quia ubi-*

cumque dulce est, ibi et acidum invenies. No fuera de mi propósito este concepto : digo, señor, que he dado en desengaño, sacado de mi fortuna y de los ejemplos de la de otros ; que no hay vida ni estado seguro en esta vida, diga quien dijere, y el más seguro y confiado. De la vida hablo, de que son señores los dioses de la tierra ; que la natural y el ser mortal la vida humana, no hay gentil ni alárabe que no lo conozca con la experiencia : testimonio a quien dan crédito los brutos. Y de aquella sobrenatural, y de los que en esta asientan en el servicio de Dios, no es mi pluma para atreverse a hablar ; mi corazón, pluma y alas de alma, volará lo que pudiere tras el desengaño de la que habló, a la consideración de aquella.

No se espante vuestra Señoría que los hombres que se ven cerca de reyes y de sus favores, nunca o tarde caigan en el desengaño ; porque el natural del favor y de la privanza, y su posesión, desvanesce el entendimiento y juicio humano, como a la vista los lugares altos ; y piensan los pobres hombres que se ven en tal lugar y altura, que no hay otra vida sino áquella, y que están en algún llano muy seguro, en algún prado muy florido, por no echar de ver la caída hasta que la prueba della y el golpe los desengañó ; si hablo propriamente llamar aquí prueba, porque prueba en cabeza propria es más castigo que otra cosa, pues a los más no les queda vida para aprovecharse de la prueba ; y la ceguedad es tal, que no tienen crédito con ellos cuantas experiencias ven en otros al ojo cada día, de que cuantos levantó el favor, si no huyeron dél con tiempo, no dejaron de caer. Hablo del favor de uno ; que el de las gentes es como el concierto de los humores, salud de la vida humana ; y como muerte cierta la vida que está subjecta a un humor solo, así la que depende del humor de uno, aunque sea el mejor de los elementos ; y más, si vale la comparación que acullá hice de los príncipes a los elementos. ¿Y por qué no diremos aquí de paso, aunque sea esta carta de privados, que el mismo concierto de humores, la gracia, quiero decir, y satisfación de todos estados, será la salud segura de un príncipe? Y así (por dejar acabada la razón de reyes, ya que la comencé) por el favor de uno, aunque sea el mejor de todos, si el favor llega a exceso, corre peligro de él la salud del príncipe, y más si cae el favor en alguna estatua de oro, como la de Nabucodonosor. ¡Donosa estatua para ser adorada de las gentes, si no es por el metal, ídolo de los hombres! Que cuando es un Daniel, que sepa declararle al príncipe los sueños que le propone, ¿qué pues si le adivina los sueños de que no se acuerda? Advertirle de lo que no piensa, prevenir a las necesidades venideras, sacarle de las dificultades en que se hallare, con trazas y buenos expedientes que no alcanzan o callan los sabios de Babilonia, es otra cosa, es disculpable el príncipe, *quod in sublime extollat* al privado, *et munera multa, et magna det ei* ; que yo creo que aquello quiso advertir la Sagrada Escritura a los reyes, en materia de privados. Y por pasar un poco más adelante en este desengaño o engaño dellos, por entretenerme con vuestra Señoría, cierto, más que por advertir a nadie, pues si están sordos, no bastarán voces ni gritos ; y si no lo están, bástales aquel ruido sordo del natural temor, que suele hablar el alma a cada uno para despertarlos ; he considerado algunas veces de dónde nasce la poca seguridad de la gracia y favor humano, deso que llaman privanza : demás del peligro, inconstancia natural a todas las cosas humanas, demás del abuso de los privados en mil maneras, de la gracia y grados que poseen ; y hánseme ofrescido dos o tres consideraciones casi naturales que aquí diré una, que debe de proceder del celo que le causa el poder humano lo mismo que da, lo mismo que engrandesce a uno, paresciéndole que es disminución de su grandeza (flaqueza del poder humano), como creo que lo toqué no sé adonde en mis Relaciones: ¿pues qué si se van las gentes tras el privado? Tantos derribó este celo del príncipe, como la invidia de vasallos ; que si la persona gusta de compañero, el oficio no le sufre. Razón la... que decir, que si tiene fuerza será mas cierta con los que más hubieren despojado a su señor y usurpado de su poder ; porque a punto puede y suele llegar el

desdeño y el desengaño, que haga cargo de lo mismo que hubiere dado, como si se lo hubieran robado. Yo sé ejemplos de lo que digo ; y cuando a esto llega el poder, no se olvida de la ley, como quien la hizo quizá para este efecto ; que le da el privilegio de menor de llamarse a engaño en lo que menos engaño hubo. ¿Qué sabemos si esto de la menoridad es también porque dan algunos como niños, que lloran lo que han dado las más veces? Consideración en prueba de la flaqueza que decía arriba del poder humano y de mi intento, que para quitar y despojarse abata la grandeza a la bajeza, como aves mayores de rapiña ; que Dios, aquella águila real del cielo, para dar y levantar se abate. La otra consideración, que como ven a la prueba por las obras de sus pasados, que no pueden durar las suyas como mucho más que por su vida, de despecho algunos (¿quién sabe? Yo sé algo, y cuento particular de lo que digo), a cualquier ocasión de desgusto, o imaginación de desagradecimiento, o verdadero, o que para mudarse se le finge (expediente casi común a todos estados, perdónenme los que se picaren), o cansado de la carga que le dan por su privado, o por todo junto lo que he dicho, derriban de su mano al que ellos levantaron, porque otros no lo hagan, como los que se matan de la propria, por no morir de la del enemigo. La otra causa ; pero esta tercera va ya dicha respecto de algunos gentiles emperadores y otros tales, no de reyes cristianos : por pasar a más pruebas de su poder (ambición humana), y viendo que no pueden llegar a la última prueba del poder, que es dar a sus obras vida segura y durable (perfección de todas las obras y poder sólo divino), quieren ejercitarse en destruir y derribar lo que han levantado por una gran hazaña ; como el diablo, que no pudiendo ser auctor de cosa buena ni criador de nada, da en arruinar, en cuanto puede, lo criado. Que yo me aseguro de la vanidad del diablo de que él se preció mucho, si él pudiera se ocupara en lo que digo, para el mismo efecto de destruirlo en un instante. Si no hubieren contentado las razones, valer puede que el rayo, insignia de Júpiter, pero más de reyes hombres, en los pinos altos hiere ; la ventisca, la ira dellos, de las cumbres (en su género grandeza, pero si le resisten ; que victoria de rendidos jamás fue gloriosa) arrebata lo que halla, por antipatía natural con ellas ; que esto es lo que decía acullá de simpatías y antipatías de animales unos con otros, seguros dellas los valles y árboles medianos. Y si ni esto no hubiere satisfecho, aunque es bien natural, acogerme he, como poco filósofo y menos metafísico, a ejemplos y experiencias ordinarias de lo que he oído y visto. Tal me paresce lo que oí un día en Venecia a Ticiano mismo, aquel gran pintor. Preguntábale un día el embajador Francisco de Vargas (embajador en aquella república, de Carlos V, varón de los muy célebres, y estimado de los de mi nación y siglo), por qué había dado en aquella manera de pintar, tan sabida suya, de golpes de pincel groseros, casi como borrones al descuido (que borrones es cuanto pinta el poder humano, caídos del apetito las más veces), y no con la dulzura del pincel de los raros de su tiempo ; respondió el Ticiano : Señor, yo desconfié de llegar a la delicadeza y primor del pincel de Micael Ángelo, Urbino, Correggio y Parmesano, y que cuando bien llegase, sería estimado tras ellos, o tenido por imitador dellos ; y la ambición, natural no menos a mi arte que a las otras, me hizo echar por camino nuevo que me hiciese célebre en algo, como los otros lo fueron por el que siguieron. No es mala la razón a mi juicio, y si no he probado bien de donde nasce el peligro de privados, la experiencia nos da probado al ojo el efecto cada día, que es lo que basta, si algo ha de bastar para escarmiento humano ; consejo sólo de crédito en este siglo.

COPIA DE LA SEGUNDA CARTA AL MISMO : DE DÓNDE VENGA QUE LOS MÁS DE LOS PRÍNCIPES SE ENTREGUEN A UN PRIVADO

Pídeme vuestra Señoría que ya que le dije en la carta pasada de donde, a mi pequeño discurso, proceda la poca seguridad de privados, le diga también de dónde venga que los más de los príncipes soberanos se entreguen tanto a algún hombre particular, como se ve

cada día. Y aunque algunas de las causas dello se pueden sacar de la carta impresa al gran privado, y de lo que en la pasada dije sobre esta materia de privados, porque como está trabado el daño de los unos y de los otros, están también trabadas las causas de donde procede lo uno y lo otro ; diré, por obedescer, lo que demás de aquello se me ha ofrescido algunas veces, considerando el entrego total que hacen algunos príncipes de sí a un privado. Aunque, señor, yo no soy manantial de causas, de efectos y disparates humanos, antes balsa donde tantos se recogen y se prueban, levantarse ha un poco mi pluma de aquellas considcraciones ordinarias, someras mías, y de otras causas inferiores, varias tanto, cuanto varios los humores de los hombres. Peligro más tocar en ellas, que en el cielo ; que abajadas, y más peligrosas que subidas ; ni tampoco me subiré a las estrellas, a aquellos conciertos de ascendientes y conmutación de luminares, de que me río, de llorarlas por cierto, que queramos atribuir a las estrellas, que no lo pecaron, las cosas de nuestros errores ; ni quiero entrar en aquella consideración de un gran cortesano que dijo que algunas veces daban los reyes en levantar a un privado, porque acostumbrados los hombres a adorar a un hombre particular, tuviesen por más lijero el adorarlos a ellos ; como lo de la estatua de Nabucodonosor, que quizá fue este también de los fines de aquel disparate ; porque, añadía, que ¿quién diablos había de querer hacer compañero de su adoración a un pedazo de metal, sino con tal intento? Y aunque no contentan mis razones a esos ni a otros altos entendimientos cortesanos, algunos habrá de jerarquías inferiores (que por tales se tienen ya los que se acuerdan de Dios, hablando de reyes), a quien si no agradaren, entretengan. Vengo pues al caso : Entre los muchos atributos de Dios que se leen en la Sagrada Escriptura, son : *Deus deorum, Rex regum, Dominus dominantium, Dominus exercituum*. Digo yo, señor, a mi modo lego de moralizar, que usa Dios de aquellos nombres que son más necesarios para advertimiento de los hombres, porque acordándose dél, no le desconozcan a él ni a sí ; no se pierdan de vista, no se levanten del polvo de su principio. Creerse puede que va Dios enderezado a este fin, pues en su eternidad antigua, antes que criase nada, se era el que agora se es, sin nombrarse. *Qui est*, que es otro nombre suyo, y el más proprio, como quien dice : No hay declarar quién soy ; sino *idem per idem*, como dicen allá esos filósofos. Usa, digo, de aquellos nombres que son recuerdo a los que mayor peligro corren de ser tocados de la última landre humana, la idolatría, el querer ser idolatrados, que es mayor que el idolatrar. A los reyes y dioses de la tierra quiso Dios dar este advertimiento, como de quien cuida ; más no sólo por ellos, sino también por la conservación de todos, que depende dellos ; para que entiendan que, aunque sean reyes y señores, tienen sobre sí Rey y Señor, y que respecto de aquel no son nada ; que esto dice el atributo *qui est*, que todo es nada, y menos que no es, sólo él es *qui est ;* que aunque sean dioses de la tierra, y adorados como tales, tienen sobre sí Dios, tan Dios dellos como del pastor. Pluguiese a él que no los adorásemos más que a Dios ; yo sé lo que digo, por lo que me cuesta haber idolatrado ; que esta fue ella, que los otros fueron medios de su permisión, fue el azote destotro error mayor ; que aunque sean vencedores de batallas por su espada y brazo, y el mundo les dé la gloria como de obra propria, Dios es el Señor de los ejércitos, el Rey de los reyes, el Señor de los señores y de cuanto poseen de todo eso temporal ; que prestado se lo ha dado, ya prueba de cómo usan dello, y así lo pierden algunos y se lo quita a otros. Eso pienso que quiso decir Sant Juan en aquellas palabras en el Apocalipsis, cap. 19, de donde saqué el otro advertimiento para privados, y salga también este á los reyes : *Et habet in vestimento et in femore suo scriptum, Rex regum, et Dominus dominantium*. Vestidura de Dios todas esas obras naturales, vestidura la humanidad divina, vestidura que tomó para que le pudiésemos ver con los ojos corporales en alguna manera ; que con la vista llena no hay remedio : la prueba dello el sol material, figura suya, que cuando más

abrimos los ojos para verle, menos le vemos, más nos ciega su resplandor la vista ; medio cerrados los ojos, con temor, con rendimiento, mejor le vemos : de suerte que todo criado, vestidura es de Dios ; y el que se figura señor absoluto de causa alguna, usurpa a Dios su vestidura, la capa le quita de los hombros. Porque, señor, para mostrar Dios quién es, y qué es sobre todo y todos, si ese fuese su intento, en la creación de todo lo mostró, en anegar al mundo lo trujo a la memoria, en la prueba que se puede hacer al ojo del poder del más poderoso de la tierra, lo prueba el mayor idólatra y engañado : si pueden hacer, me diga, el menor grano de arena. Porque quien pensare que por nombres se puede decir ni declarar quién es Dios, ni su grandeza, la disminuye : el que no quisiere caer en tal error, conozca que no le conosce ni le puede conoscer por nombres ; que el nombre proprio *nemo novit nisi ipse*. Palabras del mismo secretario de Estado. No se maraville vuestra Señoría que yo me suba a tales alturas ; que para decir que nadie puede llegar a ellas, quien quiera puede hablar. De suerte que los nombres que Dios se da, pueden aplicar a lo que digo. Agora pues, sobre todo lo dicho, vengo a mi respuesta a la pregunta de vuestra Señoría, de dónde venga el entregarse los más de los príncipes a algún privado. Hela, va de golpe, Dios sea con ella. Es permisión divina que los que no se reconoscen y se olvidan que tienen sobre sí otro Dios, otro Rey, otro Señor, y que necesidad a los suyos, que la adoración que a ellos solos se les debe, la den a una estatua de metal común, a ejemplar de Nabucodonosor ; que quien tal hace, tal pague, que los tales en pena de tal, reverencien ellos mismos la misma estatua, y que de su mano, de su libre albedrío, como las buenas vallas, que juegan su libertad sobre un atambor, se entreguen y subjecten a un hombre particular. No digo acaso lo del atambor ; que así pasa ello y tal es el ruido y escándalo que obran en los ánimos de todos estatuas tales ; y este escándalo debió de querer significar aquel estruendo de tantos y tan varios instrumentos músicos en la adoración de la estatua que digo. Dije pena, dije mal, no viniendo pena de mano de Dios en esta vida, aun las que por nuestros desvaríos nos suceden, que no sea advertimiento y medicina. Pero esto será como cada uno usare y se aprovechare dello ; porque si se reconosciere y rescatare del captiverio a sí y a los suyos (suyos sólo, no de otro ; que aquí está el toque, el cargo y el peligro), habrá sido medio del desengaño, como lo fue a Nabucodonosor la prueba de su estatua ; y preservación de mil enfermedades que le pueden sobrevenir de tal estrago a un hombre particular. Y si durare en la porfía, caerá en ellas en castigo suyo y en escarmiento de otros, para que prueben ellos quién no son en dejando de ser suyos, y los suyos quién son en siendo de otro señor.

El diablo tentador es el gusto de complacer a un amigo, que entresacando esas cartas de entre los demás escriptos míos para enviárselas a vuestra Señoría, topé con esas dos más a mano que otras : la una, del peligro que corren los amigos por el olvido y del engaño de palabras deste siglo ; la otra, de la invidia. Allá van, y no me pida más vuestra Señoría ; que no quiero que me repele pelo a pelo. Cuando más quisiere, véngase por acá, yo le entregaré mis cartapacios, y ganaré yo en ellos más, porque riéndose de una vez de todo, no pasaré yo de tantas el vejamen. Esas son.

A DOÑA JUANA COELLO, SU MUJER

Quiero que sepa Vm. que cuando acabo de dar un poco de feno a este cuerpo a las noches (que por acá, señora, no se usa paja para los caballos ; a los hombres se da, y creo que en todas partes ; que palabras solas no son sino paja sin grano), no tengo otro amigo que me entretenga sino esta pluma. Mire Vm. qué valen los amigos deste siglo, pues una pluma, cuan poco pesa, vale más que un amigo. No dije pesa más, porque no entendiese Vm. por el pesa alguna cosa de valor ; que ya al peso y estima de cuanto en esta vida se encuentra, son dolores, son pesares, son engaños, que pasan a todos los dolores; Ya oigo a Vm. que dice : Pobre de mí,

pobre de mi marido, que ya desvaría, ya caduca, pues a los sesenta años (1) anda como niño jugando con las palabras. No se congoje Vm., que no es mucho que juegue con las palabras quien ha probado que son burlas y juego de niños las palabras y promesas deste siglo. Llegando aquí la pluma no quería pasar adelante: yo a ella (que no me rindo fácilmente, verdad fácil de creer de los maliciosos): adelante, señora; que nos queda adelante mucho camino que andar, mucho que contar a los venideros, de nuestras aventuras y causas dellas, para descargo nuestro y escarmiento suyo; y aunque esas nos llevan mucha delantera, porque se dan más priesa a afligirnos que nosotros a contar lo que nos queda, punto puede llegar a la paciencia y a la esperanza que sea menester, aunque nos tome la jornada a puestas de sol, hacer el camino de todo el día en un hora: propiedad de hora última, valer más que la vida entera. Con esta me voy a la cama donde se minuta a escuras más claro, más seguro que a la luz de mediodía; porque no hay día seguro en esta vida. Lo que decía de entre las sábanas, es a propósito de un cuento bien gracioso que pasó a Andrés Ponce, canciller de Milán, con un morisco en el Villarejo: un morisco de ciento y tantos años, de los traspuestos del reino de Granada, con quien se entretenía el Andrés Ponce, que esperaba en aquel lugar para entrar en la corte. Diré el cuento, por si no le conté a Vm.; cuento que celebraba Andrés Ponce mucho. Contome que sobre comida sa salía al sol, y hacía venir al morisco viejo a entretenerse con él; viejo que era nascido en la guerra de Granada, con hijos, y nietos y biznietos, a quien les cupo por suerte aquel lugar. Un día el viejo comenzó a llorar con Andrés Ponce su transmigración, a lamentarse con él de tal destierro y disipación de tanto pueblo, y vino a decir: Señor, ¿qué culpa tener yo, tanto viejo, y estos pobres niños y niñas inocentes, ni qué parte tampoco en el levantamiento de Granada? Pagáranlo los que lo pecaron. Andrés Ponce, viendo que hablaba con viejo de tantos años, a quien por ley de naturaleza, que excede a las de los emperadores y reyes de la tierra, se debe respecto, no le quiso dejar sin respuesta, y le dijo: ¡Ah, buen viejo! ¿negaréisme vos, que aunque no hayáis tomado las armas ni vos ni estos niños, que allá entre vuestras sábanas, a solas con vuestra mujer, no decíades esto y aquello, y echábades el diente del sentimiento donde mejor os parescía, y que no os holgábades del levantamiento comenzado, y de los sucesos buenos en vuestro favor? El morisco a esto, en pocas palabras, como viejo: Señor, si andar a eso, todos traidores. Díjome Andrés Ponce que dejó la plática diestramente, cayéndole bien en gracia la respuesta del buen viejo, y paresciéndole que hablaba al alma a muchos; y aún me acuerdo que discurríamos sobre el cuidado que debrían de tener los reyes de mantener en satisfación a todos estados de personas, para que aún entre las sábanas tuviesen seguros los ánimos de los suyos. Y por entretenerme más un poco, que el sueño aún no me llama, aunque el de los criados sí, mientras me abren y calientan la cama, y sahuman con romero como mantillas de niño contra ojo de brujas de hechiceras, quiero añadir aquí a Vm. un cuento de otro morisco viejo, que hallé estotro día en un libro de historias de España, de varios auctores, que refiere D. Rodrigo Sánchez, arzobispo de Toledo, en la parte cuarta, capítulo nueve. Gracioso cuento, cierto, y que a solas, en medio de toda mi melancolía, le he reído tan seguidamente, como pudiera reir en otro tiempo, en una comedia, algún paso extraordinario de aquellos de Lope de Rueda o de Ganasa; y no será fuera de propósito de nuestra fortuna y persecuciones, y del estado en que nos tienen y van reduciendo. Parece ser que el día que entró el rey D. Fernando el IV en Gibraltar, como va refiriendo el autor, dice así, traducido del latín: No me parece que se debe dejar de referir aquí una cosa donosa, y notable de un moro, que pasó con el rey D. Fernando el IV. Fue que, habiéndose rendido y entregado el lugar de Gibraltar al Rey, con concierto que pudiesen pasarse a África todos, de cualquier sexo,

(1) Corresponde, pues, la carta al año 1599.

llegó al Rey un moro venerable, de ciento y más años, y le dijo : No sé, señor Rey, qué tengo yo que ver con vos, o por qué me perseguís tanto. Yo era, tiempos pasados, morador en Sevilla, y el rey D. Fernando, vuestro bisabuelo, cuando ganó aquella ciudad, me echó della : yo me vine a Jerez. Después sobrevino el rey D. Alonso, vuestro abuelo. Él, ganada aquella villa, hizo lo mismo, echándome della desnudo y maltratado. Tras esto aporté a la villa de Tarifa, donde labré una casa ; y pensando estar allí quieto y seguro, vino el rey D. Sancho, vuestro padre, y ganó por fuerza la villa, y también me echó de mi casa. Después de todo esto, considerando que en ningún lugar de los que los moros poseían en España podía vivir más seguro que en esta famosa fuerza de Gibraltar, me determiné a acabar en ella mis tristes días. Agora al cabo venistes vos, Señor Rey, y habéis ganado la fuerza. Yo suplico a la vuestra merced que seáis servido de concederme a mí y a mi familia una pequeña barca o navío, para pasarme en África y acabar los pocos y miserables días que me quedan con algún sosiego, porque no vean mis ojos tanta desolación de nuestra gente. El rey D. Fernando, cayéndole en gracia la plática del moro, y compadesciéndose también del viejo, le hizo algunas mercedes, y la mandó dar navío en que se pasase en África con su familia y con los que más quisiese de aquellos miserables de los suyos. No dije mal, señora, en decir que no era muy fuera de propósito de nuestra fortuna el cuento, pues podríamos decir nosotros, que pues tanto y en tantas maneras nos persiguen, que nos diesen una barca en que pasarnos a lo menos, si no a África, a alguna isla despoblada, donde acabásemos padres y hijos los tristes días que nos quedan. Despoblada, digo, porque no le veo otro remedio para que la envidia nos deje vivir ; y aun en buena fe, si no viere Vm. alguna senda abierta, o abrirse en alguna manera esa niebla tan cerrada de fotuna, dé por memorial la copia desta carta ; dela al rey Vm., dela a quien quisiere : quizá se moverán. Cuando no, cierre con este cargo último su queja, cierre las puertas a la confianza humana, y entregue a Dios su venganza, *mihi vindictam ;* y déjele hacer : *Et ego retribuam,* dijo él, *qui est.*

JUAN DE LA CUEVA

Nacido en Sevilla en 1543. En compañía de su hermano Claudio estuvo en Méjico en 1574, permaneciendo allí hasta que tres años más tarde regresó a su ciudad natal. Comenzó entonces su actividad como autor teatral y falleció en 1610. Véase además, la sección de Teatro.

Al considerar el *Ejemplar Poético*, que reproducimos a continuación, en relación con la producción dramática de Juan de la Cueva, conviene tener presente que la última corrección de este poema se hizo en 1609, «treinta años después de representadas sus primeras comedias y algo menos de veintiocho de estrenadas las últimas conocidas». (F. A. de Icaza).

BIBLIOGRAFÍA. *Ejemplar poético*, incluído en el t. VIII del *Parnaso español*, de Sedano. También en Walberg: *Juan de la Cueva et son «Exemplar Poético»*, Lund, *Universitets Arsskrift*, 1904, Band 39, afdeln I, n.° 2. Y, finalmente, en el t. 60 de «Clásicos Castellanos», Madrid, 1941, edición, notas e introducción de don Francisco A. de Icaza, cuya lección seguimos.

EJEMPLAR POÉTICO DE JUAN DE LA CUEVA

EPÍSTOLA I

Sobre el ingenio y arte disputaron
Palas y el fiero hijo de la Muerte
a quien del cielo por odioso echaron.
La sabia diosa su razón convierte
en decir que el ingenio sin el arte
es ingenio sin arte cuando acierte.
De estas dos causas seguiré la parte
por do el ingenio inspira, el arte adiestra
sin que de su propósito me aparte.
Si admite la deidad sagrada vuestra,
Fébeas cultoras de Helicón divino,
comunicarse a la bajeza nuestra.
Y adiestrándome vos por el camino
de la vulgar rudeza desviado,
a su brutez profana siempre indino,
llegaré al punto en que veréis cantado
lo que el Arte al ingenio perfecciona,
y de quien es, si ha de acertar, guiado.
Sujeto es que repuna y abandona
de la mortal graveza la ignorancia,
y con puros espíritus razona.
Entre ellos hace dulce consonancia,
de quien recibe el numeroso acento
que lo adorna de afectos, y elegancia.
Vos a quien Febo Apolo da su asiento
y las Musas celebran en su canto
y el vuestro escuchan con discurso atento;
en mi temor que dificulta tanto
la extraña empresa, y me promete cierto,
la caída en el vuelo que levanto;
por este perturbado mar incierto
naufragando mi nave va a buscaros,
pues sois mi norte, a que seáis su puerto.

No va cargada — gran Fernando — a daros
ricas piedras de Oriente, ni preciosos
aromas, con que pueda regalaros.

Dones son los que os lleva más gloriosos,
de más estima, y de mayor riqueza
para la eternidad más poderosos.

De esta segura suerte la grandeza
se adquiere con los números, que el vuelo
cortan al tiempo en su mortal presteza.

Estos, son los que igualan con el cielo
los nombres, y así deben adornarse
con esplendor cual su lustroso velo.

De muchas cosas deben apartarse,
y otras muchas seguir precisamente
y por ley unas y otras observarse.

El verso advierta el escritor prudente
que ha de ser claro, fácil, numeroso
de sonido, y espíritu excelente.

Ha de ser figurado, y copioso
de sentencias, y libre de dicciones
que lo hagan humilde u escabroso.

La elevación de voces y oraciones
sublimes, muchas veces son viciosas
y enflaquecen la fuerza a las razones.

Vanse tras las palabras sonorosas
la hinchazón del verso, y la dulzura,
tras las sílabas llenas, y pomposas.

Entienden que está en esto la segura
felicidad y luz de la poesía
y que sin esto es lo demás horrura.

Si el verso consta sólo de armonía
sonora, de razones levantadas,
ni fuerza a más, bien siguen esa vía.

Mas si las cosas han de ser tratadas
con puntual decoro del sujeto
faltarán, de ese modo gobernadas.

No explica bien el alma de un conceto
el que se va tras el galano estilo
a la dulzura del hablar sujeto.

Ni el que del vulgo sigue el común hilo
en término, y razones ordinarias
cual en su ditirámbica Grecilo.

Entrambas a dos cosas son contrarias
a la buena poesía, en careciendo
del medio, con las partes necesarias.

Caerá en el mismo yerro el que escribiendo
puramente en lenguaje castellano
se sale de él por escribir horrendo.

Cual ya dijo un poeta semi hispano
el centimano Gigans que vibraba,
que ni habló en romance, ni en romano.

Otro que de elevado se elevaba
dijo, el sonoro son y voz de Orfeo,
en mi espíritu interno modulaba.

Esta escabrosidad de estilo es feo,
sin ingenio, y sin arte, que es la llave
con que se abre el celestial museo.

Ha de ser el poeta dulce, y grave,
blando en significar sus sentimientos,
afectuosos en ellos, y suave.

Ha de ser de sublimes pensamientos,
vario, elegante, terso, generoso,
puro en la lengua, y propio en los acentos.

Ha de tener ingenio y ser copioso,
y este ingenio, con arte cultivallo,
que no será sin ella fructuoso.

Fruto dará, mas cual conviene dallo
no puede ser, que ingenio falto de arte
ha de faltar si quieren apretallo.

No se puede negar que no es la parte
más principal, y que sin arte vemos
lo que Naturaleza le reparte.

Y aunque es verdad que algunos conocemos
que con su ingenio sólo han merecido
nombre, lugar común les concedemos.

Que el nombre de poeta no es debido
sólo por hacer versos, ni el hacellos
dará más, que el hacello conocido.

Este renombre se le debe a aquellos
que con erudición, dotrina, y ciencia
les dan ornato que los hacen bellos.

Vístenlos de dulzura y elocuencia,
de varias y hermosas locuciones,
libres de la vulgar impertinencia.

Hablan por elegantes circuiciones,
usan de las figuras convenientes
que dan fuerza a exprimir sus intenciones.

Los poetas que fueren diligentes
observando la lengua en su pureza
formarán voces nuevas de otras gentes.

No a todos se concede esta grandeza
de formar voces, sino a aquel que tiene
excelente juïcio, y agudeza.

Aquel que en los estudios se entretiene
y alcanza a discernir con su trabajo
lo que a la lengua es propio, y le conviene.

Cuál vocablo es común, y cuál es bajo,
cuál voz dulce, cuál áspera, cuál dura,
cuál camino es seguido, y cuál atajo.

Este tiene licencia en paz segura
de componer vocablos, y este puede
enriquecer la lengua culta y pura.

Finalmente, al que sabe, se concede
poder en esto osar, poner la mano,
y el que lo hace sin saber, excede.

Por este modo fue el sermón romanc
enriquecido con las voces griegas,
y peregrinas, cual lo vemos llano.

Y si tú que lo ignoras, no te allegas
a seguir esto, y porque a ti te admira
lo menosprecias, y su efecto niegas,
lo propio dice el Sabio de Stagira
a quien Horacio imita doctamente
en dulce, numerosa y alta lira.
Si formaren dicción, es conveniente
que sea tal de la oración el resto
que autoridad le dé a la voz reciente.
No se descuide en la advertencia de esto,
y en cuáles son las letras con que suenan
bien, y con cuáles mal lo que es compuesto.
Vocablos propios muchos los condenan
por simples, mas las voces trasladadas
y ajenas, por dulcísimas resuenan.
Voces antiguas hacen sublimadas
con majestad y ser las oraciones,
si las palabras son bien inventadas.
La oración hacen grave las dicciones
inusitadas, y serás loado
si cuerdamente ordenas, y dispones.
Una cosa encomienda más cuidado
que en cualquiera sujeto que tratares
siga siempre el estilo comenzado.
Si fuera triste aquello que cantares
que las palabras muestren la tristeza
y los afectos digan los pesares.
Si de Amor celebrares la aspereza,
la impaciencia y furor de un ciego amante,
de la mujer la ira y la crueza;
este decoro has de llevar delante
sin mezclar en sus rabias congojosas
cosa que no sea de esto semejante.
Si de cosas tratares deleitosas
las razones es justo que lo sean;
si de fieras, sean fieras y espantosas.
Acomoda el estilo que en él vean
las cosas que tratares tan al vivo
que tu designo por verdad lo crean.
Pinta al Satúrneo Júpiter esquivo
contra el terrestre bando de Briareo
y al soberbio Jayán, en vano altivo.
Celosa a Juno, congojoso a Orfeo,
hermosa a Hebe, lastimada a Ino,
a Clito bello, y sin fe a Tereo.
No estará la virtud en su divino
trono entre el Ocio vil y Gula vana
por ser lugar a su deidad indino.
Ni la corona sacra de Ariadna
esmaltada de formas celestiales
estará bien ciñendo frente humana;
estas partes son todas principales
en el Arte, y si en ellas no se advierte
errarán en las cosas esenciales.

Y vendrá a sucederles de la suerte
que en la lira una cuerda destemplada
en disonancia las demás convierte.
En la salud del hombre deseada
una señal de muerte, en mil de vida,
basta para que muera y sea acabada.
Si la obra en que tienes consumida
con largo estudio, y con vigilia eterna
la mejor parte de tu edad florida;
si abstinente de Baco, y de la tierna
Venus, que los espíritus enciende
y las almas destempla, y desgobierna.
Si Apolo que te inspira, la defiende
si le faltó la parte de inventiva
de do el alma poética depende;
no puede ufana alzar la frente altiva
ni tú llamarte con soberbia Homero,
si le hace la fábula que viva.
De este yerro culparon al severo
Scalígero, y de esto anduvo falto
en su Arte Poética el primero.
Castigo fue que vino de lo alto
que él criticó al Obispo de Cremona
y a él le dan por la inventiva asalto.
Así el que aspira a la Febea corona
observe la Poética imitante
que es la vía a la cumbre de Helicona.
Parte, ni fuerza tiene tan bastante,
ni más vida, ni esencia, cuanto tiene
de fábula que en ella es lo importante.
Después de saber esto le conviene
al pierio Poeta usar bien de ello
como no exceda al Arte, ni disuene.
De tal modo es forzoso disponello
que nadie inore, y sea a todos claro
sin que la oscuridad prive entendello.
Ha de ser nuevo en la invención y raro,
en la historia admirable, y prodigioso
en la fábula, y fácil el reparo.
Ningún precepto hace ser forzoso
el escribir verdad en la poesía,
mas tenido en algunos por vicioso.
La obra principal no es la que guía
solamente a tratar de aquella parte
que de decir verdad no se desvía.
Mas en saber fingilla de tal arte
que sea verosímil y llegada
tan a razón, que de ella no se aparte.
Nicandro en su Triaca celebrada
dicen que no es poeta, y que Lucano
no lo fue en su Farsalia laureada.
Históricos los llama Quintiliano
porque tanto a la Historia se llegaron.
Poetas a Platón y Luciano.

Estos que en sus poesías se apartaron
de la inventiva son historiadores
y poetas aquellos que inventaron.
No se dan del Parnaso los honores
por sólo hacer versos, aunque hagan
más que Favonio da a los Samios flores.
Cuando se alarguen más, y satisfagan
al común parecer, en careciendo
de intención, con poco honor les pagan.
Así, a los que este ingenio va encendiendo
son metrificadores, no poetas
cual fue Empedocles que lo fue siguiendo.
Di tú, que a la invención no te sujetas
y quieres que tu fama sea gloriosa,
¿sin ellas, cuáles obras hay perfetas?
Di, ¿cómo será especie de otra cosa
aquella que debajo no estuviere
de su género? o ¿cómo provechosa?
Cuando uno o más versos escribiere
dando poemas cada día diversos,
no es eso, lo que en esto se requiere.
Menos hace un poeta en hacer versos,
que en fingir, y fingiendo satisface,
y no fingiendo cuando sean más tersos.
Así, el que escribe al modo que le aplace
sin sujetarse a reglas ni preceptos,
de estimación carece lo que hace.
Los versos de esta suerte más perfetos
son oro con alquimia, o sin quilates,
que valen, pero poco entre discretos.
No faltará quien llame disparates
esto que voy diciendo, no entendido,
ni tratado cual cumple que lo trates.
Y será tu razón, si en el oído
suenan bien, si la lengua es propia y pura,
alto el conceto, el verso bien medido.
Si de cualquier dición, común o dura,
se aparta, y va esmaltado de sentencias
y pone a cada paso una figura.
Si en las imitaciones, y licencias
poéticas, se hace lo posible,
déjennos ya estas críticas sentencias.
No tengas lo que digo por terrible,
ni lo que tú respondes por seguro,
ni a solo tu conceto por creíble.
Cuando tú hables en lenguaje puro,
cuando sea tu canto levantado,
cuando huya el vulgar y frasis duro.
¿Qué piensas tú que importa ese cuidado,
si en lo que imitas perfección no guardas,
hermosura en lenguaje, y verso ornado?
¿Qué piensas tú que importa, cuando ardas
el corazón, y el alma, alambicando
el cerebro, tras ver lo que no aguardas?

Si en esas obras que te vas cansando
ni enseñas, ni deleitas, que es oficio
de los que siguen los que vas mostrando:
luego, razón será imputarle a vicio
al que de esto se aparta en su poesía
aunque se sueñe a Febo el más propicio.
En otro yerro incurre el que confía
en adornar los versos de dicciones
graves, dulces, que hagan armonía.
Si por subir de punto las razones
usa vocablos altos aplicados
en tiempos diferentes, y ocasiones.
Si los que son del tierno Alcman usados
en la dulzura de la blanda lira,
en la trompa de Homero son cantados.
Ni bien con ellos cantarán la ira
de Marte, ni de Amor los sentimientos
si del curso debido se retira.
A cada estilo apliquen sus acentos
propios, a su propósito y decoro,
no sólo tras la voz de los concentos.
Febo se agrada y su piério coro
que se use en la lírica terneza
el verso dulce, fácil y sonoro.
Y por el consiguiente a la grandeza
heroica, aplica los vocablos fieros
con que se sinifique su fiereza.
Peregrinos vocablos, y extranjeros
sirven a su propósito, y mezclallos
permitido es también con los iberos.
Mas deben con tal orden aplicallos
que su economía y su decoro sea
en el nuevo idioma trasladallos.
El que en este propósito desea
alabanza, guardando los preceptos
junte al provecho aquello que recrea.
Y tome solamente los sujetos
a que su ingenio más se aficionare
sin que en ellos violente los efetos.
Vaya por donde el mismo le guiare
sin torcer, ni hacelle repunancia
que imposible será si no acertare.
El ingenio da fuerza a la elegancia
es la fuente, y el alma a la inventiva,
y sin él, todo hace disonancia.
Mas importa saber que cuando esquiva
un sujeto, que huyan de forzallo,
que de acertar, formándolo, se priva.
Cual acontece al marcial caballo
revolver rehusando la carrera
sin poder arte o fuerza gobernallo:
Mas si el diestro jinete considera
la causa oculta, y con mudalle el puesto
hace lo que al apremio no hiciera.

Claro tenemos el ejemplo de esto
en el que hizo el «Sueño» a la viuda,
y a Venus el jardín tan deshonesto.
Que siempre fue su Musa tosca y muda,
en no siendo lasciva y descompuesta,
y en siendo obcena, fácil fue y aguda.
Otra Musa siguió los pasos de ésta
y de su mala inclinación el uso
cual en sus torpes obras manifiesta;
que ninguna de muchas que compuso
de sujetos de ingenio y regalados
dejó de dar molestia y ser confuso;
y como fuesen versos aplicados
a pullas, que era el centro de su ingenio,
fue admirable y los versos extremados.
Yo conocí un poeta cuyo genio
se aplicó siempre a varios argumentos,
y en especial a los que el doto Ennio.
Astro no dio favor a sus intentos,
ni jamás hizo cosa en que no viesen
lánguidos versos, bajos pensamientos.
Y como sus amigos le advirtiesen
del bruto estilo, y zafia compostura,
y los propios escritos lo dijesen;
echó de ver que toda su escritura
era sin arte y llena de rudeza,
sin medida, ni buena contextura.
Que las cosas comunes sin alteza
en lugares sublimes colocaba,
y las sublimes las ponía en bajeza.
Que en los sagrados épicos usaba
concetos ordinarios, inorando
la majestad que en ellos demandaba.
Que nos les iba a sus escritos dando
hermosura con flores y figuras,
que en variedad los fuesen esmaltando.
Que las diciones ásperas y duras
no supo corregir, y usando de ellas
las nuevas ofuscó y dañó las puras.
Sin alcanzar, después de no entendellas,
consistir la ecelencia a la Poesía
en variedad de elocuciones bellas.
En esta congojosa fantasía
su triste y laso espíritu rendido
a mil perturbaciones le ofrecía.
Lleno de confusión, entristecido,
rompió el silencio, levantando al Cielo
la voz diciendo, de dolor movido:
¡Oh, tú, Deidad que el tenebroso velo
de la caliginosa sombra ahuyentas
con luz divina, esclareciendo el suelo!
¡Oh, tú que los espíritus alientas
y con tu influjo celestial inspiras
las que en tu solio y a tu lado asientas!

Y coronando de laurel sus liras,
su gloria haces cual la tuya eterna,
y hombres y orbes con su canto admiras.
Si el mío tu sacro espíritu gobierna,
si en mis escritos invoqué tu nombre,
y en la dulzura de mi Musa tierna;
dime, ¡ay de mí!, ¿por qué no hallo un hombre,
ya que tú desdeñas de escucharme,
que en oyendo mis versos no se asombre?
¿Dejo de trabajar, y fatigarme
en el cómico y trágico argumento,
y en las sátiras libres desvelarme?
¿Dejo de hacer notorio el sentimiento
de mis ansias, en élegos llorosos,
y en líricos suaves mi tormento?
¿Dejo de celebrar héroes famosos
en verso heroico, a Marte consagrado,
y en épicos, oráculos gloriosos?
Si en esto, como sabes, he gastado
mi alegre juventud, y en alabanza
de dioses cien mil himnos he cantado,
¿por qué permites sin hacer mudanza
que en tan infame abatimiento vea
de mis largos trabajos la esperanza,
y que no hay sabio ni hay vulgar que lea
mis obras, que no vuelva el rostro dellas
el que más las alaba y lisonjea?
¿Es justo así que sufra escarnecellas?
¿Es justo así ver yo menospreciallas?
¿Es justo así que dejes tú ofendellas?
Si no es justo, y tú debes amparallas,
como deidad suprema y retor suyo,
acude, ¡oh, sacro Apolo!, a remediallas.
Acude a este sufragáneo tuyo,
acude, Apolo, a la infelice suerte
en que en tan triste deshonor concluyo.
Revélame algún arte con que acierte
a hacerme estimar y ser de aquellos
a quien tu aliento en otro ser convierte.
Ya podiste sacar alguno dellos
de oficios viles de alquilada gente,
y preferir los cómicos más bellos.
Y de un sueño podiste solamente
hacer poeta al que guardaba cabras
y que en tu coro junto a ti se asiente.
Estas no son quimeras, ni palabras;
cosas son pregonadas y sabidas
que en tus divinas oficinas labras.
Cosas son a ti sólo concedidas,
y a quien ofrezco humilde y congojoso
estas húmidas lágrimas vertidas.
Esto diciendo, le juntó un sabroso
sueño los blancos párpados, quedando
a su dulzor rendido con reposo.

Y estuvo de esta suerte reposando
lo que la oscura sombra cubrió el mundo,
con Febo, según dijo, consultando.
Y resultó de allí, que en su profundo
sueño, le reveló el conocimiento
de aquello en que su ingenio era fecundo.
Sacudió el perezoso encogimiento
que tenía sus nervios impedidos
con la dulzura del netáreo aliento.
Revolvió sus papeles conocidos
de tantos años, con afanes tantos
sustentados a fuerza y defendidos.
Y dijo, ya no quiere más quebrantos
en esta ceguedad, sirva el anillo
de Ciges que deshaga estos encantos.
El ingenio que supe mal regillo,
arrebatado de él, cativo y ciego
por tantos disparates, di en seguillo;
ahora que a la sacra luz me llego
estas obras que hice sin seguilla,
contra mi natural, mueran en fuego.
Sin más hablar, ¡oh, extraña maravilla!
que un hombre así con su opinión casado
poder tan fácilmente reducilla.
Y cuanto tenía escrito y trabajado
por este parecer que eligió sólo
sin dejar hoja, al fuego fue entregado.
Y por acuerdo, cual decía, de Apolo
siguió lo que en su ingenio le ditaba,
y lo demás que le dañó, dejólo.
Y de tal modo desde allí observaba
las leyes de su ingenio, que ninguna
por ocasión ni fuerza traspasaba.
Conociendo contraria su fortuna
de lo que fue, huyó constantemente
cuanto el ingenio con hastío repuna.
Dio en hacer coplas de plebeya gente
sin majestad heroica ni artificio,
en que su natural era ecelente.
A Séneca dejó el lloroso oficio
de la tragedia, a Plauto y a Cecilio
de la vulgar comedia el ejercicio.
Cantar las armas remitió a Virgilio,
al de Ascra de Dioses y labores,
a quien dio Apolo celestial auxilio.
La lírica dulzura y los amores
a Horacio y a Tibulo, y al fogoso
Juvenal murmurar vicios y honores.
Y un argumento humilde, aunque gracioso,
eligió, que su ingenio lo dispuso,
en que ecedió al más alto y generoso.
Libre del Caos que le traía confuso,
cantó en heroico plectro la ecelencia
de la Tarasca, con ingenio infuso.

Cantó su natural y descendencia,
el origen, la causa, el fundamento
de hacer en Sevilla su asistencia.
Por qué sale en tal fiesta y con qué intento
se le entregó a la gente que la tiene
a su cargo, y do fue su alojamiento.
Esto vistió de cuanto en sí contiene
un heroico poema, sin faltalle
parte de cuantas observar conviene.
De aquí nació seguille, y estimalle,
y entre los más ilustres escritores
la Tarascana nombre eterno dalle.
Mereció conseguir estos honores
porque siguió su ingenio y dejó aquello
que fue ocasión de todos sus errores.
Cherillo mereció de no hacello
la poca estimación, y la memoria
que en tal abatimiento fue a ponello.
De la gloriosa Atenas la vitoria
contra Jerjes cantó, de ingenio opreso
y cómo, opreso así, le dio la gloria.
Tenga el poeta en la memoria impreso
esto, y con este ejemplo no se aparte
de lo que tengo del ingenio expreso,
quél es la forma y la materia el Arte.

FRANCISCO PACHECO

Nacido en San Lúcar de Barrameda en 1564, de familia humilde, pronto quedó huérfano y pasó a Sevilla al cuidado de su tío, Francisco Pacheco también de nombre, Canónigo de la Catedral de aquella ciudad y capellán mayor de la Capilla Real, regidor de una tertulia literaria que indudablemente hubo de influir en la formación del pintor. Éste aprendió el oficio en el taller de Luis Fernández; al contrario de otros muchos pintores españoles, no abandonó el solar patrio; en 1611 hizo un viaje a la corte, aprovechando tal circunstancia para conocer en Toledo al Greco. Al regresar a Sevilla y precisamente este mismo año, recibió como aprendiz a un niño de doce años que andando el tiempo hubo de ser su yerno (1618) y uno de los primeros pintores del mundo: Diego de Velázquez. Con él volvió a Madrid en 1623, cuando Velázquez fue nombrado pintor de Felipe IV, volviendo a Sevilla en 1625. La extraordinaria cultura de Pacheco, aunque no caso único si recordamos a los que fueron sus grandes amigos Céspedes y Carducho, se demuestra en su obra *Arte de la Pintura*, que aunque escrita tiempo atrás no vio la luz hasta 1649. Peor suerte cupo a su *Libro de Retratos*, magnífica colección de dibujos donde figuran los personajes más relevantes de las letras y las artes sevillanas de su tiempo. Perdido y luego milagrosamente rescatado se reprodujo en facsímil gracias a don José María Asensio en 1886, con los importantes comentarios que el pintor unió a sus dibujos. Falleció Pacheco en Sevilla, el año 1654.

BIBLIOGRAFÍA. El *Arte de la Pintura* se reimprimió en Madrid, 1866; edic. dirigida por don Gregorio Cruzada Villaamil, tomos II y III de la Biblioteca del «Arte en España».
Sobre Pacheco, puede verse: ASENSIO, J. M.ª: *Francisco Pacheco, sus obras artísticas y literarias...*, Sevilla, 1876. — H. F. COOK: *Pacheco, the master of Velázquez*, en «Burlington Magazine», 1907. — M. PELAYO: *Historia de las ideas estéticas*, t. II, cap. XI. — F. RODRÍGUEZ MARÍN: *Pacheco, maestro de Velázquez*, Madrid, 1923.

ARTE DE LA PINTURA, SV ANTIGVEDAD, Y GRANDEZAS

Haviendo de tratar de la Pintura, es cosa conveniente, para mayor claridad de lo que cerca della se dixere, començar de su difinición, y esplicarla en este primer capítulo, para que sirva de fundamento a la grandeza de sus excelencias, y disponga el ánimo de sus aficionados a la atenta consideración de lo que en este discurso se tratare. Y porque el Maestro Francisco de Medina (en cuya muerte perdieron las buenas letras gran parte de su valor), no hallándose satisfecho de ninguna de las difiniciones que de la Pintura havía visto, a instancia mía escrivió una con su esplicación, me pareció justa cosa ponerla aquí, para honrar este discurso con la autoridad de varón tan docto, y por el gusto que suele causar la diferencia, dice desta manera:

Pintura es Arte que con variedad de líneas y colores representa perfectamente a la vista lo que ella puede percebir de los cuerpos.

La vista percibe de los cuerpos el tamaño, la proporción, la distancia, los perfiles, los colores, sombras y luces; el relieve, las figuras y posturas; y los varios gestos, ademanes y semblantes que aparecen, según son varios los movimientos, acciones y passiones del cuerpo y de l'alma.

Los cuerpos, cuyas imágines representa la pintura son de tres géneros: naturales, artificiales, o formados con el pensamiento y consideración de l'alma.

Los naturales son los que crió Dios al principio del mundo, o los que la naturaleza produce en la universidad dél con la fuerça que Dios le da; los artificiales son casi infinitos, según es casi infinita la muchedumbre y variedad de artífices que los forman.

Los cuerpos del pensamiento son los que la imaginación forma : sueños, devaneos, de grotescos, y de fantasías de pintores. Y son assimesmo los que figura el entendimiento con sabia consideración : ángeles, virtudes, potencias, empressas, hieroglíficos, emblemas ; a este último género se reducen las visiones imaginarias o intelectuales, que percibieron y revelaron los Profetas, y suelen los pintores representarlas con su arte.

Hasta aquí el Maestro Medina. Esta difinición no es diferente de la mía en lo esencial ; pero los que tuvieren gusto en las letras verán fácilmente que el Maestro Medina descrive antes el arte de la Pintura que la difine ; la difinición que yo hago parece más regular. Parte della escrivo de la opinión de Paulo Lomazo, de quien me he valido en mucho deste capítulo, si bien en algo de lo importante me aparto como veremos.

Pintura es Arte que enseña a imitar con líneas y colores. Ésta es la difinición. Para esplicación de la cual se ha de saber que toda difinición deve constar de género y diferencia. El género, según los lógicos, es una razón común que se dice de muchos diferentes en especie ; diferencia es todo aquello por lo cual una especie se distingue de cualquier otras del mismo género. Esto supuesto, la definición de la Pintura consta de género y diferencia. Arte es el género : razón común en que conviene con las demás artes, diferentes della en especie. La diferencia por la cual difiere de las demás es que enseña a imitar con líneas y colores todas las cosas imitables de l'Arte y de la imaginación y, principalmente, las obras de Naturaleza ; y esto en todas superficies, pero más de ordinario en superficie llana. A diferencia de la escultura, que si bien imita los efetos de Naturaleza, no, a lo menos, como la pintura, en superficie llana con líneas y colores.

. . . . . .

DE LA DIVISIÓN DE LA PINTURA Y SUS PARTES

...Y, primero, supongamos... Que no es la pintura cosa hecha a caso sino por eleción y arte del Maestro. Que para mover la mano a la execución se necessita de exemplar o idea interior, la cual reside en su imaginación y entendimiento. Del exemplar exterior y objetivo que se ofrece a los ojos. Pues ninguna cosa passa al entendimiento que primero no se registre en los sentidos ella o algo semejante, que dé motivo a que la imaginación imagine y el entendimiento entienda ; tal es la correspondencia destas potencias.

. . . . . .

Es, pues, según lo dicho, la idea un conceto o imagen de lo que se ha de obrar, y a cuya imitación el artífice hace otra cosa semejante, mirando como a dechado la imagen que tiene el entendimiento. De suerte que cuando el artífice mira un templo según su arquitectura o materialidad, entiende el templo ; mas cuando entiende la imagen que ha formado su juicio del templo, entonces entiende la idea dél.

Acaece, tal vez, que el exemplar exterior no sea en la forma que se imagina, como es una quimera o monstruo, formado de cabeça humana, de cuello de cavallo, con plumas de ave. El motivo para esta ficción es ver las partes dichas distintas, y la eminencia de nuestras potencias para unir, fingiendo, lo que vieron desunido. Haciendo interior imagen de monstruo o imposible, que ni le crió la Naturaleza ni lo hay en el mundo. Por esto enseña la filosofía común que lo imaginable se alarga más que lo possible : porque hay monstruos que es imposible que sean, y es posible imaginarse.

La formación de las imágenes o ideas camina por los pasos que diré : cuanto se ofrece a los ojos envía de sí especies a la vista, que forma imágenes de los objetos presentes. Lo mesmo hacen los otros sentidos exteriores, si bien no se vale el pintor más de lo que entra por los ojos ; que como no imita sino con líneas y colores, no puede imitar sino lo visible.

. . . . . .

Las imágenes de los ojos passan al sentido común ; éste las traslada a la imaginación, que hace imágenes o simples de las cosas como son, o compues-

tas, de objetos impossibles y quimeras. De aquí suben al entendimiento, cuyos actos son vivas representaciones de cuanto se imagina, con tal dependencia que cuanto más viva y tenaz la imaginativa, tanto mejor se vale el artífice de la idea espiritual; fundándose en la travazón de las potencias; de suerte que al punto que la imaginación hace imagen de lo que llegó a los ojos, el entendimiento línea el mesmo objeto en sus actos.

Formada ya la idea en el entendimiento e imaginativa, elige el artífice, juzgando su juicio que la idea tiene presente se puede o deve imitar. Con tal modo y circunstancias. A la eleción sigue el querer imitar, acto eficaz de la voluntad del artífice. A esta eficaz resolución obedece mano, lápiz o pincel, debuxando y sobreponiendo los colores. Imitando a la Naturaleza con viveza tal que afecta no ser parto de l'arte sino del Soberano Artífice o de su sostituto.

. . . . . .

Como la hermosura del cuerpo, la cual si es bien proporcionada, con perfeción de miembros, mueve y atrae a sí los ojos; y esto es porque todas las partes se corresponden entre sí, con linda gracia, assí, pues, esta decencia que resplandece en la vida de alguno, mueve y atrae a sí todos los hombres cou quien trata, para que la aprueven; y esto por la orden, constancia y moderación que tiene en todos sus dichos y hechos. Havemos, pues, de tener una reverencia y vergüença con todos los hombres, assí con los buenos como con los malos. Porque no cuidar uno que digan dél bien o mal, no sólo es sobervia mas disolución. También se ha de saber que hay diferencia entre la justicia y la vergüença; que las partes de la justicia son no maltratar a nadie, las partes de la vergüença, no escandalizar ni desagradar. En lo cual consiste principalmente toda la fuerça del DECORO.

. . . . . .

DEL COLORIDO Y DE SUS PARTES

. . . . . .

Hicimos división del colorido en tres partes, conviene a saber: hermosura, suavidad y relievo. De la primera parte, que es la HERMOSURA, se ha hablado asaz, en muchas partes desta obra, conforme a las ocasiones y propósitos que se han ofrecido; ahora conviene acomodarla al colorido. Porque es cierto que la pintura hermosa, con la propiedad que pide cada sugeto, es la que entre todas se lleva la ventaja y, generalmente, agrada a todos, sabios e ignorantes; como lo vemos en lo natural, que una muger hermosa, un lindo niño, un viejo, o vieja de buena gracia y agradable semblante, lleva los ojos de todos tras sí; y lo feo y oscuro es desagradable aunque sea natural. Assí lo dice León Batista Alberto.

. . . . . .

Verdaderamente, entre los colores hay una cierta amistad, que junto el uno con el otro le acrecienta más hermosura, porque si se mete el color roxo en medio del azul y del verde, les añade un nuevo lustre y decoro. El color cándido, no solamente al pardo o cenizo causa alegría, mas casi a todos los colores.

Los colores oscuros están no sin dignidad entre los claros; y de la misma manera los claros se colocan bien entre los oscuros.

Dispondrá, pues, el pintor por la Historia esta variedad de colores tan conveniente que havemos dicho.

La unión y SUAVIDAD es lo segundo importantissimo a la pintura.

La unión (dice el Vasari) *es una discordancia de colores diversos, juntos y acordados entre sí, los cuales muestran diferentemente las partes de las figuras, como las carnes distintas, de los cabellos, y los paños de diferente color, separados unos de otros.*

Cuando estos colores se ponen en la obra encendidos o muy vivos, con una discordancia desapacible, y tal que son teñidos y cargados de mucho cuerpo (como usan algunos pintores) el debuxo viene a ser ofendido, de manera que las figuras antes parecen metidas de aquel color que pintadas con el pincel, el cual las realça y asombra, y hace parecer de relievo y naturales.

Todas las pinturas, sean a olio, o fresco, o temple, se deven hacer de tal manera unidos sus colores que aquellas

figuras que en la historia son las principales, estando delante, se conduzcan con colores claros, y los paños de la misma suerte ; y las que van disminuyendo y entrándose más adentro, vayan pareciendo poco a poco en el color de la carne y en las ropas más oscuras ; y principalmente se tenga grandísima advertencia de poner siempre los colores más alegres, deleitables y hermosos en las figuras principales, y que juntamente son enteras, y no medias, y las más vistas y consideradas. Y las otras, que sirven casi siempre por campo de ellas, sean coloridas con colores más muertos, que assí hacen parecer más vivas las que están a su lado. Porque los colores melancólicos y pálidos hacen más alegres los que tienen junto a sí, y de una resplandeciente belleza.

No se deven vestir los desnudos de colores tan cargados y de tanto cuerpo que dividan la carne del paño cuando el paño atraviessa el desnudo, mas el color de las luces del paño sea claro y semejante a la carne : o amarillo, o rosado, o violado, cambiando los fondos oscuros con verde, azul o morado. Que unidamente se acompañen en el girar de las figuras con su mesma sombra, de la suerte que vemos en el vivo, que las partes que se avecinan más a la vista tienen más de luz, y las otras pierden della y del color.

. . . . . .

La más importante de las tres partes en que dividimos el colorido es esta postrera, que es el RELIEVO, de que se tratará en este capítulo. Digo que es la más importante porque tal vez se hallará alguna buena pintura que carezca de hermosura, y de hermosura y de suavidad, que por tener esta parte de la fuerça, y relievo, y parecer redonda como el bulto y como el natural, y engañar a la vista, saliéndose del cuadro, se le perdonen las otras dos partes, las cuales no son de tanta obligación como ésta. Porque muchos valientes pintores pasaron sin la hermosura y suavidad, pero no sin el relievo, como el Baçán, Miguel Ángel, Caravacho, y nuestro español Iosephe de Ribera ; y aun también podemos poner en este número a Dominico Greco, porque aunque escrivimos en algunas partes contra algunas opiniones y paradoxas suyas, no lo podemos escluir del número de los grandes pintores, viendo algunas cosas de su mano tan relevadas y tan vivas (en aquella su manera) que igualan a las de los mayores hombres (como se dice en otro lugar) ; y no sólo se ve la verdad de lo que vamos diciendo en estos pocos que hemos puesto por exemplo pero en otros muchos que los siguen ; que no sólo no pintan cosas hermosas, mas antes ponen su principal cuidado en afectar la fealdad y la fiereza.

. . . . . .

QUE DECLARA ENTRE VARIAS MANERAS DE PINTURA, CUÁL SE DEVE SEGUIR

. . . . . .

Mas viniendo a lo que es más vecino a mi intento y al siglo de oro que gozó Italia, sea, pues, el divino Miguel Ángel el primero, sígale Rafael de Urbino, Alberto Durero, Ticiano, Antonio Correggio, Andrea del Sarto, Polidoro, Federico Baroico, Tadeo Zucaro y otros de esta escuela. La manera que estos siguieron es la principal que ha de defender nuestra opinión. Y su acertado juicio el que ha de sugetar el nuestro. Estos, pues, fueron verdaderos imitadores de las estatuas antiguas y, por mejor decir, de la Naturaleza. Y no presuma ninguno temerariamente ni tener mejor juicio que ellos, ni mejor eleción, ni mejores maestros que las reliquias antiguas y el natural. Esto bastaba para quitar de dudas y de falsas opiniones a todos los que en la luz de mediodía andan en tinieblas. Pues vemos en las obras destos artífices referidos todo lo contrario que los más siguen hoy : lo primero, mucho debuxo, mucha consideración y conveniencia, mucha profundidad de pensamientos, mucho conocimiento y estudio de anatomía, mucha propiedad y verdad en los músculos, mucha diferencia en los paños y sedas, mucho acabado en las partes, así en el debuxo como en el colorido, mucha belleza y variedad en los rostros, mucho artificio en los escorzos y perspectiva, mucho ingenio en las luces, conforme a los sitios y lugares donde

colocarán sus obras, y, finalmente, mucho cuidado y diligencia en descubrir y manifestar en toda la dificultad de l'arte y las cosas más terribles de vencer.

. . . . . .

Mas para mayor confirmación de lo que se ha dicho, pondré algunas objeciones, de las que pueden formar los que siguen otras opiniones. Y sea la primera que la mayor parte de los pintores siguen lo contrario de lo que yo apruevo, y que lo que está en uso de tantos, que se llaman maestros desta profesión, tiene fuerça de ley ; y esto es tenido en nombre de mayor destreza por la mayor facilidad. Y aunque tocamos algo arriba, con el exemplo de Basán, responderemos aquí otras diferentes razones. Otra objeción más fuerte que la primera es afirmar que la pintura a borrones, hecha para de lexos, tiene su particular artificio y acuerdo, en los que la exercitan bien, y tiene mayor fuerça y relievo que la acabada y suave. También ponen otra fortíssima, que parece impossible impugnarla, con el exemplo de Ticiano, uno de los más excelentes coloridones que ha tenido Italia, y cabeça de la Academia Veneciana, y casi de todos confessado por el mayor. Pues se tiene por adagio, cuando la pintura no es acabada, llamarla borrones de Ticiano, con que se califica sumamente este camino. Y aunque puede haver otras muchas objeciones, según lo que yo alcanço, a solas estas tres, que parecen las mayores, se pueden reducir las demás, por guardar brevedad.

Y procediendo por orden, digo que lo que es usado de los más no es lo mejor, pues son menos siempre (según toca Plinio) los más doctos y sabios en cualquier facultad, y assí en la pintura es lò mesmo. Y el uso si es malo viene a ser abuso, y en esta parte dexa de ser ley y es secta. Porque la facilidad en obrar sin atención y estudio la tienen introducida la miseria y pobreza ; y como por esta parte la pintura no puede tener calidad, suplen con la cantidad esta mengua, haciendo muchos cuadros en el tiempo que se deve dar a uno.

. . . . . .

A la objeción segunda, que la pintura tiene particular estudio para de lexos, yo no lo he hasta ahora alcançado ni menos oído praticar a grandes hombres que he tratado, antes este modo ha procedido, a mi juicio, de querer facilitar y ahorrar de tiempo y de fatiga en la pintura, y crecer en hacienda ; o por defecto de la edad, que, cansada, la vista no puede durar mucho tiempo en la dulçura de los colores. Y esto ha sucedido a algunos grandes maestros que, como supieron executar l'arte, labrando dulcemente en la juventud, también lo executan en los borrones que dan siendo viejos. Y esto no procede de nueva maestría, que no la hay, y si la muestran es por hacer ostentación de la facilidad aunque les cueste trabajo. Que tenga más relievo que la pintura acabada y dulcemente colorida, no hay causa con que se pueda provocar (como hemos visto). Porque el que labra puede dar a su pintura toda la fuerça que quisiere ; como se ve en las pinturas de Leonardo de Vinci, de Rafael de Urbino, que son acabadíssimas, y en las de nuestro Maese Pedro Campaña, discípulo del mesmo Rafael, que no sólo de lexos pero de cerca nos sucede pensar que es relievo siendo pintura. Y respondiendo a la objeción última, digo que Ticiano es verdad que aún siendo moço no acabó las pinturas tanto como otros, y para esto, antes de pasar adelante, supongo que en dos maneras se puede entender ser una pintura acabada (entre otras), la una es por no faltarle nada de lo esencial en las partes ni en el todo. Y en este sentido llamamos una muger muy acabada en hermosura cuando la frente, ojos y boca, y las demás partes, tienen entre sí correspondencia en la perfeción y proporción. Assi en una pintura, el debuxo, colorido y buena eleción, la componen de manera que se puede decir acabada. Y en esta parte de acabar entran todos los grandes maestros y hombres de opinión, y si careciessen della posseerían indinamente el nombre, porque a todo buen artífice le obligan a saber la verdad de todo lo que pone en execución, determinando las partes del cuerpo humano y los demás primores con distinción y no confusamente. Esta parte

tuvo Ticiano, como tan grande artifice, y sus borrones no se toman en el sentido que suenan, que mejor se dirían golpes dados en el lugar que conviene, con gran destreza. Y adviértase que sus mejores y más estimadas pinturas (que yo he visto en el Pardo y Escorial) son las más acabadas, y las que hizo en lo mejor de su vida. Y assí, siendo muy viejo (como refería un hermano de Alonso Sánchez, valiente retratador de Filipo Segundo, que estuvo en su casa) dava borrones sobre cosas excelentes con lástima de los que las miravan.

. . . . . .

PINTURA DE PAÍSES

Cosa muy usada es en este tiempo (con cuya parte se han contentado muchos) el exercicio de pintar países, a que los flamencos, especialmente, han sido muy inclinados, usándolos a temple y olio, por la disposición de su cielo, de sus provincias, campos, jardines y ríos. Y entre los muchos que lo han exercitado, ha sido muy celebrado Paulo Bril, varón de mucha invención y caudal y alegre colorido. Y no ha carecido Italia desta gloria pues tuvo a Gerónimo Murciano, cuya manera (según el sentimiento común) fue la más grande en hacer países, y la siguió diestramente César de Arbasia, de quien la tomó Antonio Mohedano ; y es parte en la pintura que no se deve despreciar.

El orden que se tiene para pintar un país (estando el lienço dispuesto) es debujarlo, repartiéndolo en tres o cuatro distancias o suelos ; en el primero, donde se pone la figura o santo, se hacen los árboles y peñas mayores, teniendo respeto a la proporción de la figura. En el segundo se hacen los árboles y casas menores ; y en el tercero, mucho menos ; y en el cuarto, donde se juntan las sierras con el cielo, se remata en mayor diminución. Al debujo se sigue el bosquejo, o metido de colores, que algunos suelen hacer de blanco y negro, aunque tengo por mejor pintarlo de la primera vez porque el esmalte queda más alegre ; y templando la cantidad que es menester, y antes más, con el aceite de linaza, o de nueces, poniendo bastante blanco, se hará una templa alegre, no oscura, antes se incline más a clara (porque el tiempo lo oscurece), y desta templa mayor se sacará con el blanco otras dos claras, pero una más que otra, de suerte que se vengan a diferenciar. Luego, con carmín y blanco, se hará una templa de rosado, más claro que las del azul ; y si se pretende que sea puesta o salida de sol, se podrá hacer una templa más clara que las que havemos dicho, con blanco y ocre. Y estando templados los colores se irán repartiendo assí : En el horizonte arrimado a las sierras, la templa de ocre y blanco ; y de allí hacia arriba se arrimará a esta templa la del rosado, otra tanta cantidad, poco más o menos ; tras de ésta se seguirán las de azul, rematando lo más alto con lo más oscuro ; advirtiendo que todas se han de unir unas con otras, dexándolas con grande suavidad. En este cielo podrá haver nubes alegres, añadiendo a la templa del esmalte un poco de carmín, y a otras un poco de negro ; dándole sus luces del mesmo rosado, y a partes con el blanco y ocre, y será donde miran al horizonte (como luz participada dél). Hecho el cielo, que es el medio lienço de arriba, se sigue hacer la tierra, començando desde las sierras que se juntan con él, las cuales se harán con la templa más clara del esmalte y blanco, que viene a ser algo más oscura que el horizonte (porque la tierra es siempre más oscura que el cielo), mayormente estando el sol en aquella parte. Estas sierras tendrán su claro y oscuro, porque en lo baxo se suelen formar (después al acabado) ciudades o árboles pequeños. Tras désta se sigue baxando las casas o ciudades y árboles mayores, haciéndolos con azul fino, porque se pegue más con esta distancia. Este azul ha de ser templado con blanco, y para que algunos se diferencien se les echará un poquito de génuli, que verdeguea un poco en aquella parte. Y si se hacen aquí casas, se les echará un poco de negro, o tierra roxa, de manera que se diferencie de lo dè arriba y convenga con esta parte. Acercándose más a la primera, se han de hacer los árboles y las casas mayores ; y si quisieren podrán subir más que el horizonte. Podrán ser

estos árboles de color verde, hecho con cenizas, o costras, y haviendo algunos oscuros, lo que bastare a desviarse de lo de atrás, podrán cargar algunos claros sobre ellos, con ancorca y génuli para darles alegría. Y si huviere agua al pie dellos, podrán reberverar en ella como en espejo cristalino ; y lo mesmo si hay casas, yervas o peñas, que se han de ver al revés, y las piedras tendrán sus luces, pareciéndose otro tanto dentro del agua. Y si huviere en esta parte figuras, han de ser proporcionadas en la manera que parece una figura junto a un árbol o a una casa ; y no han de ser muy determinadas, ni los árboles muy picados, ni los colores tan oscuros como en la primera distancia pero más que los de atrás. La primera distancia, donde se planta la figura (que es lo primero que se debuja y lo postrero que se bosqueja y se acaba), por ser la parte superior en grandeza y la más principal con que se concluye. Los árboles que en ella se pintan han de subir desde el suelo todo lo que sube el cielo, porque sujetan todas las demás distancias, como parte mirada primero. Podránse bosquejar, o manchar con negro y sombra, y un poco de cardenillo y ancorca, y sus claros, no haciendo forma de hojas porque después se sale más afuera formándolas ; y en esto se suele usar en el picado de un modo práctico, mezclando algunas secas entre las verdes, pero si parecieren a las hojas naturales de árboles conocidos será mucho mejor ; y en los troncos, de la misma manera, por ser en la parte principal y estar allí la figura. Y que las yervas del suelo sean naturales en este lugar por ser más cerca, es digno de mayor alabança.

El acabado de los países ha de ser con los mismos colores, haciendo en las sierras algunos barranquillos o puntas, con el esmalte y blanco más claro ; y levantando algunos arbolillos o ciudades, del mesmo color, aunque más claros o más oscuros, con algunas luces de rosado, y a partes de blanco y ocre, y en las sierras también, como retocados de la luz del horizonte ; hasta venir más abaxo a hacerlos de azul y blanco algo más formados ; luego se seguirán los de verde, los cuales serán más determinados, y las casas más acabadas, encaminando los edificios a cierto punto. Advirtiendo siempre que se ha de començar a retocar desde el cielo, y desde lo más lexos, baxando por sus distancias a lo más cerca. Y esto se hace a fin que los colores vayan sobrepujando unos a otros en alegría, claro y oscuro. No se olvide que los cielos y sierras se han de meter con limpieza de la primera vez, y las nubes también, porque después, con un retoque, queden acabadas. Porque si el esmalte se mete dos veces (como apuntamos) se pone verde. Algunas veces se pinta una tormenta en el mar, donde el cielo ha de ser triste, con blanco y negro y nubes de lo mismo ; las aguas azuladas con azul baxo, y ondas muy crespas y levantadas, rematando en espumas, estendiéndose a las orillas, que suelen ser arenales, que se harán con sombra y blanco, y a partes con negro, blanco y tierra roxa, con algunas conchas o caracoles. También se hacen incendios de ciudades, como Troya, y luces en mar y tierra, y en las naves, que requiere gran destreza y observancia dónde se ha de guardar el orden en las diminuciones y diferentes luces, como tocamos en otra parte. Hácese un país nevado, y en los apartamientos se guarda el estilo que en los demás, salvo que se demuestran los árboles sin hojas, y los troncos secos ; pero los altos de todas las cosas son realçados de blanco, aunque guarden sus oscuros ; las sierras son de esmalte y blanco, mostrando en las distancias la fuerça en la que está más cerca, y la diminución en la que se aleja, como en los demás países, en que fueron muy diestros tres flamencos que honraron esta ciudad : Martín, Tomás y Adrián.

LIBRO DE RETRATOS

EL MAESTRO FRAI LUIS DE LEÓN

Si las obras acertadas de algún Artífice le están (como dize el Sabio) alabando siempre, con cuanta mayor razón las de Dios nos dan motivo para engrandecer su infinita Sabiduría. Y más cuando vemos que nacen algunos hombres, acompañados de tantas gracias que parece que fueron hechos, sin otro medio, por sus divinas manos, si en alguno se puede esto verificar, es en el gran Maestro Frai Luis de León, con quien anduvo tan liberal el cielo (como veremos). Sus Progenitores fueron de Belmonte, de clarissimo linage, en el cual resplandecieron muchos varones insignes en letras y Santidad. El Licenciado Lope de León su Padre, siendo uno de los mayores letrados de su tiempo, vino por Oidor a Sevilla, donde hizo oficio de Asistente, y en ella tuvo (para honra de nuestra Patria) este ilustre hijo, que siendo promovido luego a la chancillería de Granada, nació en ella, el año 1528 para engrandecer l'Andaluzía la Nación Española, y el mundo. En lo natural, fue pequeño de cuerpo, en devida proporción, la cabeza grande, bien formada, poblada de cabello algo crespo, y el cerquillo cerrado, la frente espaciosa, el rostro más redondo que aguileño (como lo muestra el Retrato) trigueño el color, los ojos verdes y vivos. En lo moral, con especial don de silencio, el hombre más callado que se ha conocido, si bien de singular agudeza en sus dichos, con estremo abstinente y templado, en la comida bevida, y sueño. De mucho secreto, verdad, y fidelidad; puntual en palabra y promesas; compuesto, poco o nada risueño. Leíasse en la gravedad de su rostro, el peso de la nobleza de su alma, resplandecía en medio desto por eccelencia una humildad profunda. Fue limpíssimo, muy honesto y recogido, gran Religioso, y observante de las Leyes. Amava a la santíssima virgen ternissimamente, ayunava las vísperas de sus fiestas, comiendo a las tres de la tarde, y no haziendo colación. De aquí nació aquella regalada Canción que comiença; *Virgen q'el Sol más pura*. Fue mui espiritual, y de mucha Oración, y en ella en tiempo de sus mayores trabajos, favorecido de Dios particularíssimamente. Con ser de natural colérico fue muy sufrido y piadoso para los que le tratavan. Tan penitente y austero consigo, que las más noches no se acostava en cama, y el que la havía hecho la hallava a la mañana de la misma manera; certifícalo el Padre Maestro frai Luis Moreno de Bohorquez (honra de su Religión, que estuvo cuatro años en su compañía) a quien devemos la verdad deste discurso, Professó en el Monasterio de San Agustín de Salamanca, en 29 de Enero de 1544 siendo de edad de 16 años. En lo adquisito, fue gran Dialéctico y Filósofo, Maestro graduado en Artes, y Dotor en Teología, por aquella insigne Universidad; donde fue Catedrático más de treinta y seis años, en la Cátedra de Santo Tomás, de Durando, de Filosofía moral, y de Prima de Sagrada Escritura, que tuvo con crecido premio, por que leyesse una lección, supo Escolástico tan aventajadamente, como sino tratara de Escritura, y de Escritura, como sino tratara de Escolástico. Fue la mayor capacidad de ingenio que se ha conocido en su tiempo, para todas Ciencias, y Artes; escrevía no menos que nuestro Francisco Lucas, siendo famosso Matemático, Aritmético, y Geómetra; y gran Astrólogo, y Judiciario (aunque lo usó con templança) fue eminente en el uno y otro derecho, Médico superior, que entrava en el General con los desta Facultad, y argüía en sus actos. Fue gran Poeta Latino y Castellano, como lo muestran sus versos. Estudió sin Maestro la Pintura, y la exercitó tan diestramente que entre otras cosas hizo (cosa difícil) su mesmo Retrato. Tuvo otras infinitas habilidades, que callo por cosas mayores. La lengua Latina, Griega, y Hebrea, la Caldea y Siria, supo como los Maestros della. Pues la nuestra ¿con cuánta grandeza? Siendo el primero que escrivió en ella con número y elegancia; dígalo el *Libro de los Nom-*

bres de Cristo y *perfeta casada*, encarecido y admirado de los doctos, que no sabe acabar de loarlo Antonio Possevino en su *Biblioteca*. Escrivió en Latín Comentarios sobre los *Cantares*, y fue el primero que allanó las dificultades de la letra: y sobre el Psalmo 26 y el Profeta Abdías, y la *Epístola ad Galatas*, y un tratado *De utriusque agni*: expuso otros libros de la Escritura que no están impressos. Hay muchas obras suyas de mano en verso, divididas en tres partes, la primera de las cosas propias, la segunda lo que traduxo de autores Profanos, la tercera de los Psalmos, Cantares, y Capítulos de Job. Lo cual ha sido siempre estimadíssimo, con la carta a don Pedro Puertocarrero, a quien lo dirige. Escrivió otra en San Felipe de Madrid año 1587 a las Carmelitas descalças, en favor del espírutu y escritos de Santa Teresa de Jesús, que anda con su libro, digna de la eccelencia de su ingenio. Al passo destas grandezas, fue la invidia que le persiguió, pero descubrió altamente sus quilates, saliendo en todo superior, y con el mayor triumfo y honra que en estos Reinos se ha visto. Fue varón de tanta autoridad, que parecía más a propósito para mostrar a los otros, que para aprender de ninguno. Grande su juizio y prudencia en materias de govierno, alcançó mucha estimación en España y fuera della con los mayores hombres; consultávalo el rey Filipo II en todos los casos graves de conciencia enviándole correos estraordinarios a Salamanca; y después yendo por orden de la Universidad, con particular comisión, a su Magestad, lo trató y comunicó, haziéndole especial favor y merced. Y en los acometimientos honrosos de Obispados, y del Arçobispado de México, descubrió su valor y ánimo grande, no sólo para desnudarse de la dignidad (cosa intentada de pocos) mas aun de todo cuanto tenía en la tierra: varón de veras Evangélico. En estos santos exercicios y con esta continuación de vida, siendo Provincial de la Provincia de Castilla, acabó su curso santamente (dexando en todos harto desconsuelo, aunque mayor certeza de su gloria) en la villa de Madrigal en 24 de Agosto del año 1595 de 63 años de edad. Traxéronle con la devida honra a San Agustín de Salamanca donde havía tomado el hábito, y yaze sepultado en el Claustro de aquel ilustre Convento.

GUTIERRE DE CETINA

Tengo por cierto, que el prudente letor viendo tanta suma de memorables varones, enriquecidos de tantas partes, diga haver dado entera satisfación, conforme a lo propuesto. Mas yo en medio deste seguro, me juzgara indigno de alabança; si faltara en esta descripción el presente Retrato de Gutierre de Cetina, Poeta Lírico, de maravilloso ingenio e invención de grande elegancia y suavidad, de mucha agudeza y soltura en el lenguaje. Cuyas estimadas obras dan testimonio de lo que dexo de referir en su alabança. Pues sin mis humildes razones la voz común, y general aprovación, lo libran del rigor del tiempo, y oscuridad del olnido. Fue natural desta Ciudad de gente poderosa y noble: diose después de sus estudios al arte militar, en que fue no menos valiente Soldado que estremado Poeta. Siéndole tan agradable la caxa de Marte como la vigüela de Apolo. Gastó en esta professión los años de su juventud en Italia, y llamándole su Divino ingenio se bolvió a su Patria a la quietud de las Musas. Estuvo retirado gran tiempo en un Aldea fuera de Sevilla, a donde hizo gran parte de las obras que hoy parecen suyas, a diferentes propósitos; y entre ellas aquella famosíssima Comedia en Prosa de la bondad Divina, en cuya representación se gastó una gran suma. Desde allí se comunicava con su íntimo amigo Baltasar de Alcáçar, y se escrevían varias canciones y Epístolas familiares el uno al otro: llamándole él en sus versos Damon, y él correspondiéndole con el nombre de Vandalio (como parece por algunos Sonetos entre las obras de Baltasar de Alcáçar, de que entresaqué los que pongo aquí en su alabança). Algún tiempo después, passó a las Indias de la nueva España, llamado de un hermano suyo, que havía sido Conquistador con el Marqués del Valle: de los más poderosos que havía en la Ciudad de México. A donde estuvo algunos

años, y hizo muchas obras, y en particular un libro de Comedias Morales, en prosa y verso; y otro de Comedias profanas, con otras muchas cosas. Que por su temprana muerte se perdieron; quedando las obras sueltas que él emendó y puso en orden. En este tiempo de su felice quietud la invidiosa muerte le aguardó en México, al que anduvo vagando por tantos riesgos de mar y tierra. Según él dize en una Canción que haze a la Marquesa de Molfeta, a donde con grande artificio y copia, cuenta todas sus peregrinaciones. Paréceme que bastara, para calificación de su ingenio, lo que dize dél Fernando de Herrera, en el comento sobre Garcilasso, cuyas palabras, como de tan erudito varón, referiré para honrara este Elogio. Hablando sobre el primer Soneto fol. 77 dize; «en Cetina cuanto a los Sonetos, particularmente, se conoce la hermosura y gracia de Italia. Y en número Lenguaje terneza y afectos, ninguno le negará lugar con los primeros». Y más abaxo; «Cetina muchas vezes, o sea causa la imitación, o otra cualquiera, es tan generoso y lleno, que casi no cabe en sí». Y hablando en fol. 216 de la tradución o imitación del Soneto del Conde Baltasar Castellón, que comiença: *Ecelso monte, do el Romano estrago / eterna mostrará vuestra memoria;* dize estas palabras; «basta que lo trasladó ilustremente, y que es uno de los buenos Sonetos que tiene la lengua Española». Últimamente de su muerte hay diferentes opiniones, pero la más cierta es (¡oh infelicidad humana!) que se acostó bueno y amaneció muerto; sin saber de qué ocasión a los 40 años de su edad, el de 1560.

Bernardo José de Aldrete

Nacido en Málaga hacia el año 1565, estudió Teología y Humanidades en la ciudad de Granada. En 1614 ejerció como Lectoral de la iglesia de Córdoba y dos años más tarde se trasladaba a Roma, enviado por el obispo Mardones, para la consecución de ciertas gestiones en las que fracasó al cabo de dos años de negociación. Vuelto a la ciudad cordobesa, en ella falleció hacia el año de 1641.

En 1606 había publicado en Roma su obra *Del Origen y Principio de la Lengua Castellana o Romance que oi se usa en España... Dirigido al Rei Cathólico... Don Philippe III*, discurso que luego fue agregado al *Tesoro de la lengua castellana*, de Covarrubias.

Sobre Aldrete puede verse Díaz de Escovar: *Galería Literaria Malagueña*.

DEL ORIGEN Y PRINCIPIO DE LA LENGUA CASTELLANA O ROMANA QUE OI SE USA EN ESPAÑA

DE LAS GRANDES PARTES DIGNAS DE MUCHA ESTIMA, QUE LA LENGUA CASTELLANA TIENE

El origen, que nuestra lengua tuuo, y la causa de su mudança, hasta el estado que oi tiene, se a mostrado con claridad en lo que se a dicho, esto más como quien señala con el dedo la verdad, que no como quien prueua cosa dudosa. E dexado de industria muchas cosas passandolas en silencio, y dicho otras, que si se notan se reconocerá, sin largo discurso, que todas no salen del propósito. Todo lo que se dize para maior demostración de lo que se trata, no es sobrado, ni demasiado: siento, que lo sería, si quisiesse mui a la larga dezir menudamente las partes merecedoras de alabança, que la lengua Castellana tiene, siendo menester para ello, que el volumen, y libros creciessen, y a su medida el talento del que lo tratasse. Mi intento sólo a sido mostrar su origen, y principio, que como no a sido de lengua bárbara, sino de la más prima, y elegante que a tenido el mundo, suficiente causa es de su estima y loa, y para preciar nos della, y no tenerla en poco, como algunos hazen. Hasta en esto a sido semejante a su madre la Latina, que tarde fue admitida en cosas graues, y no sin murmuración de sus mismos naturales. Sacaron la a luz varones elo-quentes, y sabios, que se esmeraron en adornarla y leuantarla, dándole nueuo lustre con realçar el estilo fuera de lo ordinario. En la nuestra se a començado lo mismo, y no dudo, sino que será con igual suerte, pues a juizio de varones, que en ella, y otras, lo tienen mui bueno, no es inferior a qualquiera de las más celebradas, pues en muchas virtudes y partes se les auentaja, como dixe al principio. Esto no es conocido de todos, como ni de todos es común el hablar bien, y con propriedad, sólo concedido a personas de singular discreción, y igual prudencia. Para lo qual es de importancia mirar con atención como, y de que manera se dize, y que es lo que se dize, que en sí conforme, que lo vno sin lo otro traua mal. La buena sentencia y sabia, y la razón graue con palabras de semejante peso, y seso se deue dezir, para que no pierda de su punto. Vna cosa es hablar comúnmente, como el vulgo sin reparar en nada, otra es como discreto, y reportado. Vna por escrito auiéndolo preuenido, pensado, y limado, otra, que las palabras corran libremente. Vna con propriedad, y elegancia declararse, y relegando el oído abrir camino, para que penetren, y se fixen en el ánimo; otra es herir y lastimar con ellas, trueque desgraciado, en que lo mui bueno se pierde, y torna en malo. Pero alcançar lo vno, y huír lo otro, me-

nester es cuidado, estudio y arte, maestros grandes de labrar, y polir las lenguas, con que se adquiere aquello, y euita estotro. Vale mucho para esto la elección de las palabras, que sean conuinientes, no sólo en el significado, sino también en el sonido y letras y que se acomoden en su lugar con tal compostura, que juntamente con la claridad tengan dulçura, y hagan armonía. Los pocos de los nuestros, que en esto luzen y campean, an mostrado y sacado en publico los tesoros escondidos, que el romance encierra, si bien no les an faltado émulos, que de propósito an reprehendido, lo que deuieran imitar. Algunos menos precian el arte, y ornamentos della, como si menos cabaran la lengua, o la destruieran siendo al contrario, que por esta vía consigue grande aumento ; siguiendo su parecer, dexaron sus escritos llenos de ingenio, y pobres y desnudos de palabras, occasión bastante, para que no sean conocidos, y estimados. Fueran lo sin duda si la obra y adorno igualara la materia. Grande alabança del Romance es, que sin auer la procurado cultivar, antes desmanparado (sic) aia florecido con tanta excelencia ; euidencia manifiesta, que si lo vuieran con artificio dispuesto, y con lo mismo que tiene lo vuieran enjoiado estuuiera mucho mas adelante. Poco deue a los suios, pues ni de su industria ni solicitud nada le a venido, y todo es de su cosecha lo que tiene. Porque como campo fértil que sin que nadie le aia puesto la mano se viste, y esmalta de lo más hermoso y lindo, que tienen los jardines, donde la diestra mano acompaña con el plantar el orden, y disposición, dando a cada cosa su lugar ; todo lo qual falta en essotro, pero en lo que tiene, no puede ser, ni más apazible, ni vistoso. Este es el estado de nuestra lengua, mui falta de arte, y artificio, y mui llena de todo lo bueno, que qualquiera lengua tiene mui digno de estima, y que nos preciemos della. ¿Si buscamos suauidad y dulçura? ella la tiene acompañada de gran ser, y magestad, conuiniente a pechos varoniles, y nada afeminados. ¿Si grauedad? tiénela tan apazible, que no admite arrogancia, ni liuiandad. ¿Si candidez, y pureza? hállase en ella con tanto primor, y compostura, que no sufre cosa lasciua, ni descompuesta. ¿Si agudeza? la suia es con tal biueza, que pica sin lastimar. ¿Si modos de dezir? en ellos ninguna lengua le haze vantaja (sic), tan proporcionados, y ajustados, que sin afectación declaran, y contienen gran émphasis y significación. ¿Si donaire y gracia? excede a las demás con tan buen gusto, que todos los que lo tienen la reconocen sin eceptuar (sic), los que della no tienen buen agrado. ¿Si copia, y abundancia? alcança la tan grande, que no mendiga, como algunos piensan, sino antes como riquíssima descriue, pinta, y enseña con variedad, y buen adorno de palabras vna gran multitud de cosas, que en otras lenguas no se hallan, corresponde a manifestar con propriedad sin límite, ni tassa todo lo que el entendimiento humano concibe, y alcança, y en lo criado se conoce. En la oratoria no dexa requisito, a que cumplidamente no satisfaga con eloquencia, hinche todo lo que las reglas della piden, tiene gran fuerça y energía en persuadir y disuadir, siendo en el mouer vehementíssima. En la Poesía es admirable, no liuiana, ni licenciosa, excluie, lo que otras admiten, cortar, alargar, y abreuiar, con que requiere, que el verso sea sonoro, limpio, terso, sin que le falte número, los que esto no guardan a nadie agradan, y siruen sólo, de lo que el lírico dixò, de papel para cubiertas en las especerías. En la historia, con grandeza, y magestad todas sus partes abraça, y aún las colma, es fácil, y graciosa en el dezir, aguda y facunda çn las sentencías, discurre con libertad modesta de suerte, que a todo lo hinche sin que por ella quede. En la Philosophía y Medicina a todas las cosas acude, y da gran punto. En la facultad de ambos derechos en nada es corta, ni de las vnas ni las otras sus términos particulares le impiden, para que con facilidad no se explique, con tanta destreza, y cortesanía, que parece que en ella fueron nacidas, y criadas. A lo más alto de la Sagrada Theología, quanto nuestra capacidad sufre, se encumbra y leuanta, sin que sè muestre torpe, o muda, en todo habla despiertamente sin tropieço ni impedimento. Testigos son de aquesto los libros que desta soberana materia an sacado varones in-

signes en Sanctidad, y doctrina de nuestros tiempos dichosos en esto, que assí los ilustra, y ilustrara en los venideros, con que claramente muestra, que para las alabanças diuinas, ora sea en prosa, ora en verso es mui a propósito; y si todo lo bueno, que con biuo sentimiento y spiritu venido del cielo se a cantado, y dicho se vuiera recogido, y puesto en orden, como vemos lo Griego, y lo Latino, no fuera a estos inferior ni de menor estima. ¿Qué lengua admite las chanzonetas, y villancicos con que las Nauidades se regozijan? Lo más delgado, lo más acendrado de los Santos, y sus conceptos, y otros nueuos los cifran, y ciñen en dos palabras con tanto donayre, y gracia que causan vna gustosa deuoción, y vn deuoto consuelo. Por no alargarme no digo de su pronunciación quan fácil, y suaue es, como reparte las letras, que en el hablar no causen fealdad, huye en las finales la M i la T, difíciles y duras, que con razón Quintiliano deseo ver quitadas en la lengua Latina; quando es menester ablanda la ce mudándola en ge, y la Te en De, para que suenen bien las varía, y otras muchas cosas, que todas hazen, que ni saquéis los labios, ni lengua de sus quicios, sino con toda buena compostura se hable llanamente, y sin estoruo. Paréceme, que para los que della tienen gusto lo dicho es bastante, y para los que no lo tienen es sobrado. Para mí lo que en ella y en este pequeño Libro deseo es, que siempre siruan para que Dios sea más glorificado, y entonces entenderé, que alcançan mayor alteza y uiuen en su centro, y tocan a su blanco, quando por su medio su Criador y Señor fuere más alabado, y ensalçado, adorando, y siruiendo al Sumo Rey de los Reyes Señor Nuestro IESU CHRISTO, que con el Padre, y el Espíritu Santo uiue, y reyna, a quien toda alabança, honra, y gloria sea dada por los siglos de los siglos. Amén.

RICARDO DEL TURIA

Pseudónimo que se supone corresponda a Pedro Juan de Rejaule y Toledo, magistrado valenciano, cuya vida transcurrió aproximadamente entre los años 1578 y 1638. Véase, además, la sección de Teatro.

El *Apologético de las comedias*, que se reproduce íntegro a continuación, figura al principio del *Norte de la poesía española. Illustrado del sol de doze Comedias (que forman Segunda parte) de Laureados Poetas Valencianos...*, Valencia, 1616. Aurelio Mey cuidó de sacar a luz los originales del canónigo Tárrega, Ricardo del Turia, Carlos Boyl y Gaspar Aguilar, anteponiendo una defensa del teatro al estilo lopiano frente a la posición de los escolásticos.

Agregamos igualmente el romance de Carlos Boyl que, a su modo, corrobora en el mismo volumen las teorías de Ricardo del Turia. Ambos trabajos están incluídos en los *Poetas dramáticos valencianos* que en 1929 publicó la Real Academia Española, con un estudio preliminar de don Eduardo Juliá Martínez, y a esta lección nos atenemos para la reproducción.

APOLOGÉTICO DE LAS COMEDIAS ESPAÑOLAS

Suelen los muy críticos Terensiarcos y Plautistas destos tiempos condenar generalmente todas las comedias que en España se hacen y representan, así por monstruosas en la invención y disposición, como impropias en la elocución, diciendo que la poesía cómica no permite introducción de personas graves, como son reyes, emperadores, monarcas y aun pontífices, ni menos el estilo adecuado a semejantes interlocutores, porque el que se ciñe dentro de esta esfera es el más ínfimo, como lo vieron los que se acuerdan en España del famoso cómico Ganasa, que en la primera entrada que hizo en ella robó igualmente el aplauso y dinero de todos; y lo ven agora los que de nuestros españoles están en Italia, y aun los que, sin desamparar su patria, se aplican al estudio de letras humanas en todos los poetas cómicos. Haciendo mucho donaire de que introduzgan en las comedias un lacayo, que, en son de gracioso, no sólo no se le defienda el más escondido retrete que vive la dama y aun la reina, pero ni el caso que necesita de más acuerdo, estudio y experiencia; comunicando con él altas razones de estado y secretos lances de amor; asimesmo de ver los pastores tan entendidos, tan filósofos, morales y naturales, como si toda su vida se hubieran criado a los pechos de las universidades más famosas. Pues el galán de la comedia (que, cuando mucho, en él se retrata un caballero hijo legítimo de la ociosidad y regalo) le pintan tan universal en todas las sciencias, que a ninguna deja de dar felice alcance. Pues si entramos en el trascurso del tiempo, aquí es donde tienen los malcontentos (cierta secta de discretos que se usa agora, fundando su doctrina y superior ingenio en recebir con náuseas y amagos cuanto a su censura desdichadamente llega) la fortuna por la frente; aquí es donde con tono más alto, sin except[u]ar lugar ni persona, acrimínan este delito por mayor que de lesa majestad, pues dicen que, si la comedia es un espejo de los sucesos de la vida humana, ¿cómo quieren que en la primer jornada o acto nazca uno, y en la segunda sea gallardo mancebo, y en la tercera experimentado viejo, si todo esto pasa en el discurso de dos horas?

Bien pudiera yo responder con algún fundamento, y aun ejemplos de los mesmos Apolos, a cuya sombra descansan muy sosegados estos nuestros fiscales, con decir que ninguna comedia de cuantas se representan en España lo es, sino tragicomedia, que es un mixto formado de lo cómico y lo trágico, tomando déste las personas graves, la

acción grande, el terror y la conmiseración, y de aquél el negocio particular, la risa y los donaires; y nadie tenga por impropiedad esta mixtura, pues no repugna a la naturaleza y al arte poético que en una misma fábula concurran personas graves y humildes. ¿Qué tragedia hubo jamás que no tuviese más criados y otras personas deste jaez que personajes de mucha gravedad?, pues si vamos al *Aedypo* de *Sóphocles* hallaremos aquella gallarda mezcla del rey Creonte y Tiresías, con dos criados que eran pastores del ganado, y si echamos mano a la comedia de *Aristóphanes*, toparemos con la mixtura de hombres y dioses, ciudadanos y villanos, y hasta las bestias introduce, que hablan en sus fábulas; pues si debajo de un poema puro, como tragedia y comedia, vemos esta mezcla de personas graves con las que no lo son, ¿qué mucho que en el mixto, como tragicomedia, la hallemos? Y los españoles no han sido inventores deste mixto poema (aunque no perdieran opinión cuando lo fueran); que muy antiguo es, y en cualquier dellos ha lucido más el ingenio del poeta por el grande artificio que incluye en sí la mezcla de cosas tan distinctas y varias, y la unión dellas, no en forma de composición (como algunos han pensado), sino de mixtura, porque va mucho del un término al otro; doctrina es del *Philosopho*, en el primero *De generatione* muy vulgar, donde muestra la diferencia que hay entre lo mixto y lo compuesto; porque en lo mixto las partes pierden su forma, y hacen una tercera materia muy diferente, y en lo compuesto cada parte se conserva ella misma como antes era, sin alterarse ni mudarse, antes bien se compone y junta, y lo que nace desta composición no es un tercero alterado debajo de diferente forma, pero son dos cuerpos que, trocándose, no se compadecen entre sí, y se quedan los mesmos que eran antes, assí en acto como en potencia. Lo mixto podemos comparar (porque exemplificando, declararemos mejor nuestro concepto) al fabuloso hermafrodito; éste de hombre y mujer formaba un tercero participante de la una y otra naturaleza, de tal manera mixto, que no se podía separar la una de la otra. Lo co[m]puesto es semejante a un hombre que se abraza con una mujer, y desasidos, cada uno vuelve a su ser; porque sabida cosa es que al abrazarse no los confunde de manera, que assí el hombre como la mujer dejen de ser el mismo hombre y la mujer misma que eran antes, y cualquiera dellos no guarde y reconozca entera su naturaleza, su ser y su forma. De aquí nacen los no entendidos pasmos de los amantes, viendo que no pueden unir y mezclar los cuerpos en la misma forma que las almas; porque ellas por medio de la voluntad, que no tiene otro acto que la cosa querida, acordándose y conformándose en querer una cosa misma, se juntan fácilmente, y de dos almas se hacen una; pero los cuerpos, que no se pueden tocar ni penetrar, como se esmeran y trabajan en añudarse, vienen con esto a unirse de manera, que hacen de dos (al parecer) un cuerpo sólo, como de dos voluntades una.

Pero volviendo a nuestro propósito, que dél no poco nos hemos divertido, digo que, sin defender la comedia española, o por mejor decir, tragicomedia, con razones *philosophicas*, ni *metaphisicas*, sino arguyendo *ab effectu*, y sin valerme de los exemplos de otros poetas extranjeros, que felizmente han escrito en estilo y forma tragicómica, pienso salir con mi intento. Cuando por los españoles fuera inventado este poema, antes es digno de alabanza que de reprehensión, dando por constante una máxima, que no se puede negar ni cabillar, y es, que los que escriben, es a fin de satisfacer el gusto para quien escriben, aunque echen de ver que no van conforme las reglas que piden aquella compostura; y hace mal el que piensa que el dexar de seguillas nace de ignorallas; demás que los cómicos de nuestros tiempos tienen tan bien probada su intención en otras obras que perfectamente han acabado y escrito con otros fines que el de satisfacer a tantos, que no necesitan, para eternizar sus nombres, de escribir las comedias con el rigor a que los reducen estos afectados censores con quien habla mi *Apología*. Supuesto esta verdad, pregunto: ¿qué hazaña será más dificultosa: la del aprender las reglas y leyes

que amaron Plauto y Terencio, y una vez sabidas, regirse siempre por ellas en sus comedias, o la de seguir cada quince días nuevos términos y preceptos? Pues es infalible que la naturaleza española pide en las comedias lo que en los trajes; que son nuevos usos cada día; tanto, que el príncipe de los poetas cómicos de nuestros tiempos, y aun de los pasados, el famoso y nunca bien celebrado Lope de Vega, suele, oyendo así comedias suyas como ajenas, advertir los pasos que hacen maravilla y granjean aplauso, y aquellos, aunque sean impropios, imita en todo, buscándose ocasiones en nuevas comedias, que, como de fuente perenne, nacen incesablemente de su fertilísimo ingenio; y así, con justa razón adquiere el favor que toda Europa y América le debe y paga gloriosamente; porque la cólera española está mejor con la pintura que con la historia; dígolo porque una tabla o lienzo de una vez ofrece cuanto tiene, y la historia se entrega al entendimiento o memoria con más dificultad, pues, al paso de los libros o capítulos en que el autor la distribuye. Y assí, llevados de su naturaleza, querrían en una comedia, no sólo ver el nacimiento prodigioso de un príncipe, pero las hazañas que prometió tan extraño principio, hasta ver el fin de sus días, si gozó de la gloria que sus heroicos hechos le prometieron. Y assimismo, en aquel breve término de dos horas, querrían ver sucesos cómicos, trágicos y tragicómicos (dexando lo que es meramente cómico para argumento de los entremeses que se usan agora), y esto se confirma con la música de la misma comedia, pues si comienzan por un tono grave, luego le quieren, no sólo alegre y jolí, pero corrido y bullicioso, y aun avivado con sainetes de bailes y danzas, que mezclan en ellos.

Pues si esto es así, y estas comedias no se han de representar en Grecia ni en Italia, sino en España, y el gusto español es deste metal, ¿por qué ha de dejar el poeta de conseguir su fin, que es el aplauso (primer precepto de Aristóteles en su *Poética*), por seguir las leyes de los pasados, tan ignorantes algunos, que inventaron los prólogos y argumentos en las comedias no más de para declarar la traza y maraña delías, que sin esta ayuda de costa, tan ayunos de entendellas, se salían como entraban? Y la introducción de lacayos en las comedias no es porque entiendan que la persona de un lacayo sea para comunicalle negocios de estado y de gobierno, sino por no multiplicar interlocutores; porque si a cada príncipe le hubiesen de poner la casa que su estado pide, ni habría compañía, por numerosa que fuese, que bastase a representar la comedia, ni menos teatro (aunque fuese un coliseo) de bastante capacidad a tantas figuras, y así hace el lacayo las de todos los criados de aquel príncipe; y el aplicar donaires a su papel es por despertar el gusto, que tal vez es necesario, pues con lo mucho grave se empalaga muy fácilmente; como se vio en la donosa astucia de que usó aquel grande orador Demóstenes, cuando vio la mayor parte de sus oyentes rendida al sueño, y para recordallos en atención y aplauso, les contó la novela *De umbra asini*, y en cobrándolos, añudó el hilo de su discurso. Y hacer fáciles dueños a los rudos pastores de materias profundas no desdice de lo que famosos y antiguos poetas han platicado, y por evitar prolijidad, volvamos sólo los ojos a la tragicomedia que el laureado poeta Guarino hizo del *Pastorfido*, donde un sátiro que introduce (a imitación de los que en esta figura reprehendían los vicios de la república; de donde les quedó nombre de sátiras a los versos mordaces) habla en cosas tan altas y especulativas, que es el mejor papel de la fábula, y define el mismo poeta al sátiro, diciéndole, en boca de Corisca: *Mezzo homo, mezzo capra, et tutto bastia*. Pues obra es la del *Pastorfido*, y opinión es la del autor, de las primeras que en Italia se celebran. Así que, no está la falta en las comedias españolas, sino en los Zoilos españoles, pareciéndoles breve camino y libre de trabaxo para conquistar el nombre de discretos la indistincta y ciega murmuración; y si le preguntáis al más delicado déstos que os señale las partes de que ha de constar un perfecto poema cómico, le sucede lo que a muchos poetas pintores de hermosuras humanas, pues las atribuyen facciones

tan disformes, que si el más catigado pincel las redujera a plática, no hubiera inventado demonio tan horrible Jerónimo Boscho en sus trasnochados diabólicos caprichos.

Desta calidad, desta traza y estilo (que antes procuro calificar que disculpar) son las doce comedias que hoy Aurelio Mey expone al juicio y censura de toda España, deseando lisonjealla haciéndole propias (con sacallas a luz) algunas obras que, con serlo de sus hijos, el olvido las oprimía, de manera que, si bien no les robaba, les impedía tan dichoso blasón. La figura en que las halló (imagen del cadáver de Sagunto) y la en que hoy las restituye, con lo que supone de vigilante diligencia, acredita de lucido trabajo; dellas se representaron en tiempo (que no disputo si era el mesmo que nos preside agora), pero bien sé que una general aceptación resonaron los eccos del último verso. Dellas han salido a luz en esta era (ni sé si diga dichosa o trabajosa), no con menor suerte que las primeras; con todo, no se las aseguro feliz, por ver que no es un mismo contraste el que quilata en el teatro y el que califica en la impresión; no todo lo representable tiene esplendor impreso, ni todo lo impreso illustra al que lo recita. Este riesgo corren; pero sin él, ¿qué pluma, por culta que fuese, voló por la región deste siglo?

CARLOS BOYL

Valenciano también, Carlos Boyl nació en 1577 y asistió a la Academia de los Nocturnos con el nombre poético de *Recelo*. Sus poesías fueron publicadas en Valencia (1600) con el título de *Silva de los versos y loas de Lisandro*. La poesía que reproducimos acompaña a la edición de su comedia *El marido asegurado*, y es evidente su interés didáctico.

BIBLIOGRAFÍA. Ed. B. A. E., XLIII.

A UN LINDO QUE DESEABA HACER COMEDIAS

Señor licenciado, cure
las cataratas que ciegan
los ojos, que en la memoria
dan luz a la inteligencia;
porque, curadas, avive
su vigilancia Minerva,
si es que desea saber
el arte de hacer comedias.
La comedia es una traza
que, desde que se comienza
hasta el fin, todo es amores,
todo gusto, todo fiestas.
La tragicomedia es
un principio, cuya tela
(aunque para en alegrías)
en mortal desdicha empieza.
La tragedia es todo Marte,
todo muertes, todo guerras;
que por eso a las desgracias
las suelen llamar tragedias.
La comedia antiguamente
tenía coros y scenas,
pasos y autos; pero agora
en tres jornadas se encierra,
y cada jornada tiene
cien redondillas, aunque éstas
son de a diez, porque con eso
ni corta ni larga sea.
De tercetos y de estanzas
ha de huir el buen poeta,
porque redondillas sólo
admiten hoy las comedias.
Partir una redondilla
con preguntas y respuestas,
a cualquier comedia da
muchos grados de excelencia,
puesto que hay poetas hoy
avaros con tantas veras,
que hacen (por no las partir)
toda una copla mal hecha.
No le ha de doler borrar
una y otra escrita scena;
que quien algunas no borra,
lejos está de la emienda.
Cuatro figuras en peso
han de llevar su quimera,
porque es de más artificio
con esto el enredo della.
Hacer la postrer jornada
sin acabar la primera,
es señal de que la traza
tiene mucho de perfeta.
Un romance y un soneto
pide sólo la que es buena;
lo demás es meter borra
para hinchir vacíos della;
la propiedad de su enredo
(según las cómicas reglas)
negocio ha de ser, que acaso
dentro una casa acontezca.
Segunda ni media vez
relatar acaso en ella
lo que se ha dicho al principio
maraña es de ingenio ajena.
El lenguaje el más castizo,
y un pensamiento o sentencia
entre cuatro redondillas,
bien se escucha y mejor suena;
porque decir de ordinario,
tras una y otra quimera,
uno y otro pensamiento,
cansa al gusto y no se lleva,
y en ocasión de apretar
un paso de más alteza,
no se logra la costumbre,
causada de oír sentencias.
El lacayo y la fregona,
el escudero y la dueña,
es lo que más en efeto
a la voz común se apega.

Una letra, en ocasión
de un paso de gran tristeza,
al vulgo, mientras se canta,
envuelta en silencio, eleva.
Salir un cómico solo
contando una larga arenga
es ocasión para que
con silbos dentro se vuelva;
que sólo, quien solo sale,
por no cansar, en tres letras
su razón ha de decir,
y si en menos, no lo yerra.
La suspensión hasta el fin,
el autor de Clariclea
en Teágenes confirma
lo que en esto el gusto alienta;
que conocer al principio
los sucesos del fin della,
ni es de mano artificiosa,
ni es obra de ingenio llena.
Algunos por varios modos
amor sin guerras condenan,
y otros guerras sin amor.
¡Ay de quién tal gusto templa!
Ellas, pues, habrán de ser
ni tan bravas ni tan tiernas,
que den por uno en lloronas
y den por otro en sangrientas.
Después, licenciado mío,
que estas reglas y artes sepa,
un sujeto escogerá
que dé nombre a su comedia.
Supuesto el fin que el mayor
de los que el aplauso aprueba,
es ver fingir un traidor
un leal, aunque le ofendan,
un perseguido de quien
la persecución desdeña,
un hombre a quien la fortuna
o le sube o le atropella,
un dadivoso Alejandro,
una Eriphile avarienta,
un cruelísimo Nerón,
una piadosa Fedra;
porque destas circunstancias
el énphasis que se muestra,
suspende, y la suspensión
de un cabello al vulgo cuelga.
Luego de otros atributos,
el panal de sus colmenas,
el abeja de su ingenio
pondrá en la más alta esphera.
Letras, loas y entremeses
buscará de mano ajena,
porque la propia de todos
como propia se condena.
De don Gaspar Mercader,
conde de Buñol, las letras
serán, porque, siendo suyas,
tendrán gracia y serán buenas;
las loas del gran Ferrer,
que ha de gobernar Valencia,
el divino don Luis
doctísimo en todas ciencias;
el verso, conceptuoso,
y las quintillas perfetas
del culto Ricardo busque,
pero no afecte su estrella.
Y al fin, fin, de espada y capa
dará a las salas comedias,
y al teatro para el vulgo
de divinas apariencias.
Éstos los compendios son
de las artes de mi escuela;
apréndalos, y saldrá,
si no cómico, cometa.
Ser esto verdad le juro
por las más que humanas letras
del *Arte amandi* de Ovidio;
que así juran los poetas.

Gregorio de los Ríos

Bien poco es lo que acerca de Gregorio de los Ríos se puede decir; ignórase la fecha y lugar de su nacimiento, sabemos que desde niño era aficionado a las flores, por cuanto «como venía del estudio — dice —, me entraba a un jardín, y allí cultivaba las plantas, y hacía diversas pruebas, hasta que sabía lo que convenía a cada planta». Hízose clérigo, sin abandonar el estudio de las plantas, y gracias a estos dos aspectos de su personalidad, Felipe II, en Cédula Real que expedía en Aranjuez, a 15 de noviembre de 1589, decía: «por la buena relación que se me ha hecho de la virtud y ejemplo de Gregorio de los Ríos, clérigo presbítero, y la experiencia que tiene de cosas de plantíos y jardines, le he mandado recibir por capellán de la dicha Casa de Campo, y señalarle cuatro reales ordinarios cada día...» «Y el dicho Gregorio de Ríos ha de vivir en la casilla de la Priora, que mandé comprar de Diego de Burgos..., en el aposento que solía tener Juan Vicencio, mi destilador». Y allí debieron transcurrir largos años de la vida de Ríos, cuando menos hasta 1592, en que publicaba su *Agricultura de Jardines* (Madrid, P. Madrigal), dedicándola al Rey Felipe, su señor. Era la primera obra de jardinería propiamente dicha que se escribía en España y en Europa. Se la unió luego a la *Agricultura general* de Herrera, e impresa así varias veces hasta 1951 en que don Agustín González de Amezúa se sirvió aislarla y prologarla en el tomo XXVII de la «Sociedad de Bibliófilos Españoles», 2.ª época.

AGRICULTURA DE JARDINES

LO QUE EL JARDINERO DEBE HACER

El jardinero ha de tener grandísima cuenta con su jardín; y no le bastará tener mucha suficiencia si juntamente no tiene afición, porque sin ella no podrá hacer tanta asistencia, como forzosamente se requiere, según que en el capítulo antes de éste queda advertido. Préciese de su oficio, y procure que nadie le haga ventaja, y de esta manera sabrá mucho y acertará en todo. Para lo cual, se debe aprovechar de juntarse con quien tenga más experiencia que él y hacer la prueba en dos o tres plantas, de quitarles el agua o dársela; y entonces verá lo que requiere la planta. No sea inclinado a estercolar, que por ser las plantas muy delicadas, no lo requieren. Sea muy herbolario en saber conocer las hierbas, verduras y plantas que se ponen en los jardines, que las plantas serán hasta doscientas, no metiéndose en saber muchas de las medicinales, que aquellas se quedan para los boticarios. Bien es que sepa gobernar cualquier planta que le dieren; mas no de manera que se distraiga y desamore las que tocan a los jardines. Guarde semillas para sembrar. Mire muchas veces las plantas, porque, si tienen color amarillo, es señal de tener mucha agua. La planta siempre ha de estar con deseo de agua, porque aquella falta tiene fácil remedio. Sepa hacer buenos ramilletes. Que esté el jardín muy limpio, así de hierbas blancas como de bascosidades. Procure traer hierbas de todas partes para su jardín, y si supiere de alguna buena planta, procúrela. No se descuide en el verano, cuando los grandes calores, de regar el jardín, procurando que no tenga demasiada agua, y que no le falte. Aderece la fuente o noria por la primavera, porque no se le quiebre la soga o caños en el verano; porque si le falta el agua cuando los grandes calores y el jardín tiene estiércol, abrasaránse las plantas. Y así, conviene que siempre vele y no se descuide en esto, ni en otra cosa alguna de las que aquí se advierten.

LO QUE REQUIERE EL JARDÍN

Cuanto a lo primero, el jardín ha de ser bien cuadrado, para que los cuadros salgan iguales y las calles derechas. El sitio, sea donde haya buena tierra y buena agua, y no sea salobre, que si el agua es mala, no tendrán jardín. Las calles, estén con arena y no empedradas, porque se crían entre las piedras muchas hierbas y es manester cada credo andar desempedrando para quitarlas; y para pasar las plantas por las calles, como son jazmines o parras si las quieren echar por debaxo de cabeza y atravesarlas es menester desempedrar; lo cual es un estorbo malísimo; y aun demás de esto, las calles empedradas no parecen tan bien como con arena.

Las paredes del jardín estén media vara fuera de tierra, de calicanto porque si son de tierra y las arriatas se riegan, vánse desmoronando y cáense muy presto; y si son de calicanto, cuanto más se riegan, más fuertes están. En el jardín no planten árboles de fruta, porque ya no sería jardín, sino huerto o granja, y los jardines no requieren sino árboles de flores que tengan olor y vista; y aun de los de fruta se pueden plantar naranjos, granados, manzanos enanos y membrillos, porque los demás es cosa grosera, y aun dañosos, porque destruyen las plantas con la sombra y les llevan toda la virtud de la tierra, y por estas causas se suelen perder muchas plantas. Cuando se plantaren árboles de flores, hanse de levantar arriba, podándolos por bajo, porque desocupen el jardín y no hagan sombra; y si es chico, no hagan lazos, porque quieren anchura y poca agua, y las plantas, mucha; y el chico es bien que se ocupe de flores; y si fuere nuevo, no requiere estiércol hasta los cuatro años, porque la tierra tiene fuerza demasiada, y dándole más calor, piérdense muchas plantas; y echando se les echare estiércol, sea de tierra muy podrida. Y cuando el jardín fuere de seis u ocho años, se le puede echar un poco de estiércol.

Riéguese por la tarde o por la mañana, de manera que las plantas no reciban daño, y no se han de regar por encima, sino por el pie, porque regándose por arriba, se secan las hojas y se dañan, y aun entonces el sol les hace perjuicio. En las paredes se planten jazmines, no yedra, ni rosales, ni parras; porque esto, tal como arriba se dice, es más propio para granjas. Y cuando se tratare de ello, se dirá lo que convenga. No se hagan encañados ni espalderas hasta que se puedan cubrir de los ramos de los jazmines o de otras plantas convenientes, porque parecen mal y se pudren primero que la planta pueda cubrirlos, y así, es mejor tenerla criada, para que luego haga su labor. Aderécese el jardín a mediados de octubre o a fin de él, según el tiempo que hiciere, o por marzo poco más o menos. Las plantas secas se limpien por septiembre. Y esté siempre con llave el jardín, guardado de pajes y de mujeres; porque no hay langosta ni oruga más mala para el jardín que son éstos. A la puerta del jardín se ponga este rótulo: *Para ver, y no cortar, se da licencia.*

Oliva Sabuco de Nantes

A nombre de esta dama, sumándolo al de las cultas mujeres españolas de su tiempo, apareció en Madrid (1587) un libro titulado *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*. Abundantes páginas encomiásticas se han escrito acerca del talento y de la belleza de doña Oliva, cuyos méritos se vieron disminuídos cuando el hallazgo del testamento paterno demostró que el libro era obra de su progenitor, el bachiller Miguel Sabuco, boticario de la villa de Alcaraz, fallecido en 1588, quien puso el nombre de su hija frente al libro, bien por granjearle unos honores que para sí no quería o ya esperaba que fueran breves, o bien para burlarse de los científicos de su época. Recientemente, el Dr. Marañón ha juzgado exagerada la extraordinaria importancia concedida por lo común a esta obra.

Bibliografía. *Obras*, Madrid, 1888. — Incluída en el t. LXV, de la «Biblioteca de Autores Españoles».

J. M. Hidalgo, *Doña Oliva de Sabuco no fue escritora*, en «Revista de Archivos», 1903, t. VII (por error, pero es el t. IX), 1-3. — Gregorio Marañón, *Las ideas biológicas del padre Feijóo*, Madrid, 1934, pág. 113. — Gregorio Marañón, *Historia de las Literaturas Hispánicas*, Barcelona, 1953, t. III, págs. 951-953.

COLOQUIO DEL CONOCIMIENTO DE SI MISMO

EN EL CUAL HABLAN TRES PASTORES FILÓSOFOS EN VIDA SOLITARIA, NOMBRADOS ANTONIO, VERONIO Y RODONIO

TÍTULO PRIMERO

De la plática de los pastores, en que mueven la materia y proponen sus preguntas

Antonio. ¡Qué lugar este tan alegre, apacible y grato para la dulce conversación de las musas! Asentémonos, y aflojemos las venas del cuidado, pues este alegre ruído del agua, el dulce murmurar de los árboles al viento, el suave olor de estos rosales y prado, nos convidan a filosofar un rato.

Veronio. ¿Quién es aquel que pasa por el camino?

Rodonio. Aquel es Macrobio, mi padre, que va a su heredad.

Ant. Por cierto yo juzgara que era algún mancebo, según la disposición que lleva.

Rod. Pues a fe que pasa de noventa años.

Ver. ¡Cuán pocos y raros son los hombres que viven todo el curso de la vida, y llegan a morir la muerte natural, que se pasa sin dolor, y viene por acabarse el húmido radical! y vemos a esotros animales comunmente que viven el curso de su vida hasta la muerte natural, y sin enfermedades, o muy raras.

Rod. Por cierto es de considerar, si de esto hubiera alguna lumbre en el mundo, que el hombre supiera las causas naturales por que enferma, o muere temprano muerte violenta, y por que la natural fuera una gran cosa; y si de esto alcanzáis algo, señor Antonio, muchas veces os he rogado que antes que nos muramos mejoremos este mundo, dejando en él escrita alguna filosofía que aproveche a los mortales, pues hemos vivido en él y nos ha dado hospedaje, y no nacimos para nosotros solos, sino para nuestro rey y señor, para los amigos y patria y para todo el mundo.

Ver. Si vos pedís eso, señor Rodonio, yo pido otra cosa, y es, que me declaréis aquel dicho, escrito con letras de oro en el templo de Apolo: *Nosce te ipsum*; Conócete a ti mismo; pues los antiguos no dieron doctrina para ello, sino sólo el precepto, y es cosa que tanto monta conocerse el hombre, y saber en qué difiere de los brutos animales; porque yo veo en mi que no me entiendo ni me conozco a mí mismo, ni a las cosas de

mi naturaleza, y también deseo saber cómo viviré felice en este mundo.

ANT. Dijo Galeno : « Ninguna evidente razón hay que nos muestre por qué viene la muerte. » Hipócrates dijo ; « Yo alabaría al médico que yerra poco, porque perfecta y acabada certinidad de la medicina no se alcanza. » Y Plinio dijo : « No sabe el hombre por qué vive ni por qué muere. » También dijo, señor Veronio, el divino Platón, de vuestra pregunta, estas palabras : « Cosa muy ardua y dificilísima es conocerse el hombre a sí mismo » ; y dijo que el conocimiento de sí mismo no consiste en otra cosa sino en conocer el ánima divina y eterna ; y no pasó de allí ; ¿y queréis que en cosas tan altas y no alcanzadas de grandes varones os responda y dé satisfacción un pastor?

TÍTULO II

Que los afectos de la sensitiva obran en algunos animales

VER. ¡Oh santo Dios! y ¡qué seguida y acosada viene aquella perdiz del azor! y en verdad que se abate a valerse de nosotros, como es cosa natural, que todos los animales se acogen al hombre en sus necesidades.

ANT. Mas antes, señor Veronio, cayó muerta ; véisla aquí.

VER. Por mi vida, así es, muerta está.

ANT. ¡Oh cuán eficaces son los efectos y pasiones del espíritu sensitivo para matar! Este caso responde a vuestra pregunta, y nos da materia fecunda y bastante para este rato de conversación.

ROD. ¿No es cosa de notar, que venía volando esta perdiz, sana, y fue bastante el temor y congoja a quitarle la vida en un momento?

ANT. De eso os espantáis, señor Rodonio? Pues quiéroos contar de otros animales, para que veáis cuánto obran los afectos de la sensitiva para vivir o morir. Plinio dice que un pescado longosta teme tanto al pulpo, que en viéndose cerca de él, se muere y pierde de el todo la vida. Y si el congrio ve cerca de sí la longosta, hace lo mismo. Y cuenta el mismo Plinio de el delfín, que es muy amigo de la conversación de el hombre, y que uno de ellos tomó amistad y conversación con un niño que vivia cerca de un lugar marítimo, de manera que muchas veces llegaba el niño a la ribera de el mar, y lo llamaba por este nombre, Simón, y el delfín luego venía, y el niño le daba pedazos de pan y otras muchas cosas ; el delfín se ponía de manera, que el niño subía encima, y lo llevaba y paseaba por la mar, y lo volvía a tierra. Continuando, pues, esta conversación y amistad, dióle una enfermedad al niño, de que murió. El delfín, viniendo un día y otro al puesto donde ejercitaba su amistad, como no acudía el niño, siempre lo veían en aquel lugar, gimiendo en semejanza de lloro, hasta tanto que allí mismo lo hallaron muerto. Cuenta también Eliano de otro delfín, que teniendo la misma conversación con otro mozuelo, lo paseaba cada día por el mar, y una vez al subir se descuidó el delfín de bajar las espinas de el lomo, de manera que el mozuelo se hincó una espina por la ingle, y andando por el mar, se desangró y cayó muerto ; de lo cual el delfín tomó tanto pesar, que vino corriendo y se arrojó fuera del agua en tierra, donde se dejó morir. ¿Paréceos, señor Rodonio, que obran estos afectos en los animales por el instinto y memoria sensitiva que tienen? Cuenta también Plinio que en el tiempo que Roma florecía se ayudaban los romanos, en la guerra, de los elefantes, y llevaban capitanía de ellos por sí ; los cuales, por su gran instinto, dice el mismo Plinio que entendían el pregón en la lengua romana, y llegando un día el ejército romano a un gran río, que tenía el vado dificultoso, mandaron pasar los elefantes delante, y el elefante capitan, que se nombraba Ayax, no osando pasar, estuvo detenido el ejército romano gran pieza, en tanto que fue menester pregonar que el elefante que primero pasase el río le harían capitán, y entonces un elefante, que se llamaba Patroclo, osó pasar, y pasó el río, y todos los demás elefantes tras él, y el ejército romano. Y llegados a la otra parte del río, luego Antioco cumplió lo que había hecho pregonar, quitando al Ayax las insignias que llevaba de capitán, a manera de jaeces y ornamentos dorados, y las mandó poner al Patroclo, por lo cual

el Ayax nunca más comió bocado, y a tercero día lo hallaron muerto. También cuenta Plinio del perro y del caballo casos notables, que muertos sus amos, sin más querer comer bocado, murieron.

VER. Bien creo que esto pasa en muchos animales, y acontece cada día, aunque no se echa de ver, y es cosa notable; pero deseo mucho saber si acontece esto mismo a los hombres.

ANT. ¡Jesús, señor! mucho más, sin comparación, porque tiene las tres partes del ánima: la sensitiva con los animales, la vegetativa con las plantas, la intelectiva con los ángeles, para sentir y entender los males y daños que le vienen de parte de los afectos del alma, que son los mayores, y los de la sensitiva y vegetativa. Yo os contaré algunos ejemplos de hombres que murieron por el afecto del enojo y pesar, que es el que hace mayor daño, y después procederemos por los demás afectos.

. . . . . .

TÍTULO XXVIII

De la amistad y buena conversación necesaria á la vida humana

La amistad y buena conversación es muy necesaria para la salud al hombre, porque el hombre es animal sociable, quiere y ama la conversación de su semejante, en tanto que algunos llamaron a la buena conversación quinto elemento con que vive el hombre; es necesario el hablar y conversar al ánima a sus tiempos, y entender en algo de pasatiempo, porque el alma empleada y atenta en algo aprovecha para la salud, y al contrario, estando queda y ociosa, como el agua encharcada, se podrece. También por otra razón son necesarios los amigos, porque si el alma no tiene en qué emplear su amor natural, que brota para fuera, ni con qué llevar sus deseos y gran capacidad, la cual se llena con lo amado, luego se marchita y desmaya, y hace melancolía y tristeza, quedándose como vacía, y frustrado su apetito, deseo y acción natural.

El amigo es otro yo, y así como el ser es la mayor felicidad, y dejar de ser es la mayor miseria, así es gran felicidad ser hombre dos veces, teniendo amigo verdadero. Con el buen amigo los bienes comunicados crecen y se hacen mayores, y los males y congojas se alivian y hacen menores. El amigo procura las cosas del amigo como las suyas. Guarda el secreto, y con él han de ser comunes los secretos del alma, y tambien las riquezas corporales. Todo lo de los amigos ha de ser común.

TÍTULO XXIX

De la soledad, que hace daño en su proporción

La soledad hace el contrario efecto de la buena conversación, deriva mal humor en su proporción, hace melancolía y tristeza, da tormento y angustias, como el gran deseo, si no tiene compañía consigo de gran entendimiento y filosofía para hablar y conversar consigo mismo y con su prudencia; que este tal más acompañado está cuando solo, y más solitario cuando acompañado. Por esto dijeron bien: «El solo, o es como Dios, o es como bestia, que no siente la falta de la compañía».

Esta soledad, silencio y tranquilidad son diferentes, porque a ratos son buenas, y a ratos son malas: cuando el ánima en su alcázar y casa real, que es el celebro, hace sus acciones naturales de la vegetación, quiere y ama soledad y silencio (y éste es necesario en la comida, reposo y sueño), y cuando, hechas éstas, hace y ejercita sus acciones proprias animales, entonces quiere y ama compañía, conversación y entender en algo. La soledad es mala a los tristes y melancólicos, y les acarrea más daño que a otros. La soledad es buena para el buen cristiano a sus tiempos y horas, y en ella se halla lo que muchas veces se pierde en la conversación, hablando y conversando con Dios en la oración vocal o mental, y haciendo paradas en la vida, entendiéndose a sí mismo, y considerando el camino y vía que lleva entre manos, y el fin a donde va a parar.

La soledad sienten los animales y huyen de ella, quieren y aman la compañía, y andan juntos y a manadas,

así las aves por el aire, como esotros animales por la tierra. Dice Plinio que la oveja, si está solitaria cuando truena, malpare, y si está en compañía con la manada, no aborta.

. . . . . .

TÍTULO XXXVIII

Del sonido excesivo y repentino, que hace este daño en su proporción

El sonido excesivo y repentino (sin proporción) hace caer y derriba este jugo del celebro en su proporción, como el sonido de un arcabuz repentino hace muchos daños, especial en mujeres, que se han visto malparir. Finalmente, todo demasiado sonido que no hace proporcion de número y tiempo es contrario al hombre. Especial tiene tres sonidos que derriban esta humidad del celebro, que son oír un hipo penoso, o limar hoja delgada, o llorar agriamente. También oír cantar mal, oír leer mal y oír a un necio importuno. Dijo Homero: «Cenemos alegres, y todo clamor cese.» Los jumentos tienen sonidos contrarios como es estruendo de pellejos secos. Los gusanos de la seda se mueren oyendo tronar, y así lo remedian con sonido contrario. Las ovejas solitarias, cuando están solas y apartadas de la compañía de la manada, malparen con los truenos, como lo afirma Plinio. El león huye del canto del gallo, y el elefante del gruñido del puerco.

TÍTULO XXXIX

De la música, la cual alegra y afirma el celebro, y da salud a toda enfermedad

La música es el contrario del mal sonido desproporcionado, así hace el contrario efecto; es la cosa que más conforta, alegra y afirma el celebro, de las que hay fuera del hombre, porque, como sea un género de alegría espiritual, que alegra el ánima, se le pega casi como afecto de alegría natural, en tanto que con la música se sana el daño que hizo el veneno en el celebro, y se pone por remedio. Teofrasto dice que al que estuviere mordido de víbora que le den suaves músicas, y no morirá. Alejandro y Petrogilio son autores que un género de arañas, que se nombran tarántulas, que se crian en la Pulla, tienen tanta ponzoña y veneno, que el hombre a quien pican luego pierde todos los sentidos, y muere si no es socorrido presto con el remedio, que halló experiencia que es la música, tañéndole suavemente, y que luego el hombre que fue picado comienza a bailar con mucha furia y fuerza, sin cansarse hasta que aquella ponzoña se gasta y pasa su furia; y que vieron una vez, faltando el son de las vihuelas por industria de los que las tocaban, al que bailaba caerse sin sentido; y tornando a tañer, tornarse a levantar y bailar hasta que se gasta y acaba aquella ponzoña. La causa de esto es que como aquel veneno está derribando la humidad del celebro, y la música y su alegría lo afirma y conforta y da virtud retentiva, no le deja obrar al veneno su efecto, que es derribar aquella humidad o jugo; y así es medicina con el contrario efecto, y ayuda también el ejercicio y calor del movimiento y baile para expeler y consumir aquel veneno, y así sana.

Asclepíades escribe que a los frenéticos y que tienen enajenado el juicio les aprovecha suaves músicas. También Ismenias, médico tebano, curaba muchos dolores y otras enfermedades con la música. Y Teofrasto y Aulo Gelio dicen que la música mitiga los dolores de la ciática y de la gota, y refiérelo arriba dicho de la víbora. Todos tienen gran razón, porque aquel dolor causa el humor que corre y cae del celebro, y la música, lo tiene y conforta y afirma. Y digo yo que obrará más la música juntando con ella buen olor y palabras de buena esperanza, y que de esta manera se podrían curar muchas enfermedades, como los que tienen apoplejía o epilepsia, que dicen mal de corazón, y sienten cuando les quiere venir, que un rato antes que les venga dan a correr con gran furia, y si hallasen música bailarían sin duda ninguna; y así digo que la música aprovechará también en la peste y todo género de alegría y en mal del ojo, y finalmente, en todas las enfermedades; mitiga la ira a los airados extrañamente (con que no sepan

que se hace por aquel efecto), consuela los tristes, mitiga todos los dolores, refrena y aparta la lujuria, y así me maravillo no estar en uso tan alta medicina. Ésta es la cosa más amable y que más excita el amor al hombre, de cuantas hay fuera del hombre. También algunos animales tienen grande amistad con la música. Plinio dice que los de Lisboa, en tiempo que señoreaba Roma, enviaron embajadores a Tiberio, príncipe, solamente para darle cuenta y hacerle saber cómo habían hallado en una cueva a un tritón (que es un pece de figura de hombre) tañendo y cantando con una concha de mar. Y cuenta también el mismo Plinio de un músico llamado Arión, el cual navegando por la mar, queriendo los marineros echarlo en la mar por tomarle sus riquezas, pidió de merced que le dejasen tañer un poco con su vihuela, y ellos se lo otorgaron, y asentándose en la popa de la nao, tocó su vihuela suavemente (porque sabia la propiedad de los delfines) hasta tanto que vido muchos delfines juntos oyendo la música, y entonces dijo que en buena hora cumpliesen su voluntad; así lo echaron en la mar, al cual luego los delfines juntos lo tomaron sobre sus lomos y lo llevaron a tierra sano y libre. También dice Plinio del ánsar y del carnero que son amigos de la música, y trae cómo un ánsar y un carnero fueron enamorados de Glaucia, tañedora y cantadora del rey Ptolomeo. También ayudan a este cremento del celebro la música y suave sonido del agua, y el murmurar de los árboles al viento, y el sonido del aire donde no toque, si es contrario o excesivo.

. . . . . .

TÍTULO XLV

De la comida, bebida y sueño

Menos es menester avisar a los hombres que coman para vivir, pero no vivan para comer, pues no ha quedado otra facilidad ni otro cuidado en el mundo sino de la comida, vestidos y vanidad. Ésta procuran, negocian y desean; en ésta yerran también, y la pierden no usando con prudencia de la regla, meta y raya de la temperancia. El rico pierde la felicidad por mucho comer, el pobre por poco. El rico por comer sin hambre, y el pobre por demasiada hambre. El mayor regalo y sabor, el mejor gozo y deleites es comer con hambre; da gusto, alegría y contento, sabor y salud; esto todo pierden los ricos que no usan de prudencia en su comer. La gran comida y muchos manjares da pesadumbre, tristeza y enfermedad, priva al ánima de sus acciones y la hace ignava, perezosa y atada; débense evitar los muchos manjares, porque son causa de corrupción los diversos jugos mezclados, y no se transforman tan bien como el sencillo, por su diversa o contraria naturaleza. Débense evitar los manjares melancólicos y flemáticos, que dijimos quién lo ha menester. En todo cualquier decremento presente de los dichos, o cuando se quita el verdadero sabor, gusto y gana de comer, disminuirá la comida, dejando los manjares acostumbrados de sustancia. Y comerá el pan segundo y unas yerbas cocidas en otra agua, como lechugas, borrajas, acelgas guisadas con aceite y pasas sin granillos, y el vino más aguado. Sufrirá la sed después de comer, y no cenará a lo menos cosa con pan, y de esta manera volverá al cremento y salud, y a su comida, y evitará una enfermedad. Y también cuando espera algún decremento, como gran trabajo, riña o enojo, miedo o gran estudio, y cuidado de cosa que monta mucho o acto público, disminuirá su comida, o con una conserva pasará aquel peligro; y también cuando se teme de enfermedad común del tiempo o contagio, disminuirá su comida. Y toma este aviso cuando comiendo o bebiendo se frunce el cuero de la boca, tiene veneno el manjar o bebida; y cuando el vaso muda el color o el vidrio cruje, debes luego cesar y aun vomitar lo comido o bebido. Y entienda el hombre que para la salud humana y nutrición del cuerpo va más en la bebida que en la comida; y debe en salud, para conservarla siempre, sufrir la primera sed despues del prandio.

Mucho más debe evitar la gran cena a la noche, porque de ella suelen venir grandes daños, muertes y enfermedades. La razón es, porque el sueño fue para

desentrañar las reliquias del jugo del alimento, y especialmente hacer la nutrición principal del cuero, pasando el jugo o quilo hasta el cuero de la vértice que cubre y alienta todo el cuerpo, y para esta obra no quiere estar cargada naturaleza de otra nueva comida ; también porque a la demasía del jugo de la gran cena ayuda el ocio, quietud y sueño, y se hace aguanoso ; ayuda también el decremento natural de la noche y ausencia del sol, y con pequeña ocasión se hace caduco, y viene un decremento de enfermedad o muerte repentina. En esto te quiero dar un aviso. Si disminuyes las cenas, disminuirás tus enfermedades, aumentarás el ingenio, evitarás la lujuria, alargarás tu vida.

Del sueño

El sueño es principal alimento y nutrición de la vegetativa ; alegra y renueva la naturaleza como si de nuevo comenzase ; pero éste también se ha de tomar con la regla, meta y raya de la temperancia, porque si de ésta pasa, hace el celebro aguanoso y caduco, y daña como el ocio ; pero el sueño, en su regla y moderación, hace la principal nutrición del cuerpo, y quebrantado el sueño o falta dél, hace gran daño. El sueño debe ser común a todos, por ley rigurosa, en la noche, y no es buen gobierno que unos duerman y otros canten por las calles.

El sueño se concilia y aumenta con el olor del vino puesto a la cabecera, y también se ayuda abrigando el estómago y pecho hasta la garganta con un lienzo o paño de grana y con el calor de la mano o brazo puesto en el estómago, o excitando su calor con la fricación de la mano. El sueño después de la comida es dañoso a los mozos ; ha ser poco y asentado, y no echado. En el sueño obra la natural, y en la vigilia la animal y intelectiva. Todo pesar, congoja y cuidado, y cualquier discordia del alma, de mal venidero, quita el sueño ; es menester saber dejarla en el jubón o escrita en la pared, y usar de las razones del alma dichas.

Alonso Martínez de Espinar

Nacido en Madrid el 5 de mayo de 1588, hijo de Cristóbal Martínez de Espinar y de Juana Hernández Sacristán. El padre de Alonso había sido ballestero de los reyes Felipe II y Felipe III, y siguiendo la tradición paterna, él lo fue de Felipe IV desde bien temprano, por cuanto al hacer testamento declara haberle servido «de más de ochenta años a esta parte», es decir, desde antes de 1600. Debe referirse a la Casa Real o exagerar en la cuenta de los años, ya que por aquellos no había nacido Felipe IV. Casó primero con doña Francisca de Rojas, enviudó y contrajo nuevas nupcias en 1630 con Julia Román o Romano, en quien hubo tres hijos. Ingresó como Continuo de la Casa de Castilla en 1634; en el mes de junio había sido nombrado ayuda del guardarropa del príncipe Baltasar Carlos; en septiembre de 1618 obtuvo la plaza de cargar el arcabuz real, y en abril de 1652, por muerte de Diego Ponce, se le encomendó la ocupación de darlo. Redactó testamento en 1680, modificado por codicilo fechado en 1681, y falleció el año inmediato, siendo enterrado en la parroquia de Santa María la Real de la Almudena.

Bibliografía. *Arte de Ballestería y Montería*, Madrid, 1644. Sobre Martínez del Espinar: Marqués del Saltillo, *Al margen de la Exposición de Caza. Alonso M. del Espinar*, en «Arte Español», Madrid, 1951, primer cuatrimestre, págs. 115 a 123.

ARTE DE BALLESTERÍA Y MONTERÍA

DE LA DIFINICIÓN DE LA CAZA, Y MODOS COMO SE CAZA EN ESPAÑA

Siguiendo el orden que he propuesto, para que no se dexe de decir lo que pertenece a la caza, començaré por su difinición, y lo primero definiéndola en general y común, digo, que es una acción de buscar, seguir, y perseguir a las fieras, o a las aves, para rendirlas, y sujetarlas el hombre a su dominio; la cual difinición se toma de la etimología del verbo, *Cazar*, que siendo de su naturaleza arábigo, como sienten algunos autores, significa en nuestro vulgar castellano, sujetar; y así esta palabra, *Caza*, tomada por el exercicio de que aquí tratamos, significa la acción de sujetar; y tomada por las aves, o las fieras, que con esta acción se rinden, significa cosa sujeta.

Y como la astucia de los hombres ha inventado muchos, y diferentes modos de engaños, y violencias para cazar las fieras, de aquí nace, que la razón universal de caza se divide en cuatro especies, o diferencias, que son, Ballestería, Montería, Bolatería, y Chuchería. De las cuales, para que se entiendan, y conozcan, pondré aquí sus particulares difiniciones.

DIFINICIÓN DE LA BALLESTERÍA, Y MONTERÍA

Diferéncianse tan poco estas dos suertes de caza en el modo, que me ha parecido comprehenderlas debaxo de una misma difinición. El ballestero es universal en todos los géneros de caza mayor, y menor; y el montero está limitado a cualquiera de ellos en particular, sin tener igual ciencia, y destreza en todos. Ballestería pues, y Montería, son un acto, en que el hombre con maña, y violencia reduce a su dominio los más silvestres, y fieros animales, valiéndose para esto de diferentes engaños, y instrumentos, como son, ballesta, arcabuz, lança, venablos, lebreles, sabuesos, caballos, y buey.

DIFINICIÓN DE LA BOLATERÍA

La bolatería es un acto, que con desvelos, y astuta enseñança, consigue el hombre, que a las aves, que están en su libertad vagueando los vientos, otras,

que él ha enseñado, las reduzgan a su dominio.

DIFINICIÓN DE LA CHUCHERÍA

La chuchería es una fullería mañosa, con que el hombre engaña muchas maneras de aves, y animales, con cebaderos, con señuelos vivos, y muertos, con redes, lazos, y otros muchos instrumentos para todo género de aves.

. . . . . .

CÓMO SE HAN DE AGUARDAR LAS RESES CERBUNAS, O LOS GAMOS, TENIÉNDOLOS CONCERTADOS AL LEVANTARSE A LA TARDE

Después de concertadas cualesquiera destas reses, ha de procurar el ballestero saber en qué parte del concierto están ; esto se alcança de dos maneras, procurando que el perro las ventee, como queda advertido en el capítulo del concierto, y de partir la tierra, o buscando atalaya de donde las pueda ver : esto es de mayor comodidad, porque con descanso se goza de lo que se pretende. Hase de tomar esta atalaya a las diez del día, y estar en ella hasta más de la una, aguardando a que se levanten las reses, que siempre lo hacen a mediodía : esto se entiende de las bravas, que se recogen por la mañana, como está dicho. Escóndese esta caza por tres cosas. La primera, por estar más retirada de quien la busca. La segunda, por gozar de descanso. Y la tercera, por defenderse del tiempo, ya frío, ya caluroso, que conforme el que corre, buscan su comodidad. Los días de vientos recios, aunque quieren lo abrigado, no se emboscan en lo más espeso, por aprovecharse de la vista, como del olfato : encámanse en lo más claro, para ver, y pónense rabo al viento, que bien conocen, que por allí no se le puede acercar cosa, que les pueda dañar : con esto se defienden, como lo pudiera prevenir quien tuviera uso de razón ; que los animales en lo que toca a su conservación, nos hacen conocidas ventajas : mírese si su apetito les hace comer cosa que les pueda dañar, ni si por falta de cuidado y diligencia pierden la vida, como tenemos advertido.

Las comodidades que busca esta caza cuando se encama por la mañana, ya para gozar del sol, ya para guardarse dél, les faltan a mediodía, porque ha hecho mudança en todo ; y para buscarla se levantan a esta hora, y a estenderse y espaciarse, que el mucho recogimiento les es molesto, y le guardan más de miedo, que de voluntad. En este medio tiempo, que están levantadas, alrededor desta estancia comen algún bocadillo, y se buelven a encamar hasta que llega la hora de bolver a campear.

Habiendo pues por el sabueso, o atalaya, sabido poco más, o menos, donde están las reses, si se determinare entrarlas a tirar a hurto, observe lo que queda dicho en el capítulo tercero, que trata de ello. Si las ha de aguardar a que se levanten, procure ponerse cerca dellas con buen viento, procurando sea hacia allí la parte por donde ellas tienen la comida, y salida, o orilla del monte, que a esta hora que se levantan, esso es lo que van a buscar, y en este camino se han de aguardar. Si fuere tan contrario el viento, que no pueda, porque no se le tomen a la parte donde más libre estuviere de hacer este daño cerca de esta salida, se arrime lo más que pueda, y esto ha de ser tarde, cuando se llegue la hora de levantarse ; porque de estar mucho tiempo cerca de ellas hay peligro, que es muy contingente mudarse el viento, y es cosa tan repentina dar una bocanada a las reses, que cuando un hombre lo llega a conocer, ya ellas van huyendo. Esto de mudarse el viento suele ser muy común, particularmente en el verano en tiempo sereno, porque la fuerça del sol atrae a sí el viento, y como él va caminando desde que nace, suele en este tiempo mudarle de muchas partes. Esto mismo sucede cuando se arman nublados, que de la parte que vence la fuerça de la nube se lleva tras sí el viento, aunque al suceder esto sea contrario, y por esta variedad es grande el peligro de estar cerca de la caza.

Cuando desde el atalaya la ve a mediodía, ha de probar si la puede tirar, y no lo consiguiendo, salirse afuera, y bolverse a poner a las tres de la tarde, que ya va perdiendo la fuerça el sol, y no la tiene para retirarle a sí, como

lo hace desde que nace, que crece hasta que llega su declinación, y entonces ya está fixo de la parte que ha de ser. Esta es la mejor hora para aguardar, y está ya cerca en la que se levantan las reses: y cuando no hubiera este peligro, es cosa muy molesta, haber de estar un hombre emboscado todo el día sin poder menear los pies, sujeto a si le da una tos a él, o al perro, haber de ser sentido, y perder lo que ha trabajado hasta aquel punto, que nunca será poco.

Lo que debe hacer el ballestero en este aguardo es, que el sabueso esté con cuidado, que no se duerma: aunque si él es bueno, y sabe donde están las reses, no lo hará; y estos animales hacen al hombre conocidas ventajas, porque sus sentidos son más promptos, y en particular es grandíssima esta ventaja estando pico a viento, que es fuerça, si las reses se mueven, las ventee, y sienta, y él mismo dice lo que hacen, si se le acercan, o alexan; que con lo uno se le aviva el cuidado, y con lo otro le va perdiendo. Cuando las reses se le acercan, se está relamiendo, y echando las orejas hacia aquella parte, y cuando se le alexan ventea confusamente, y de tarde en tarde, conforme el conocimiento que el ballestero tuviere del sabueso, verá lo que queda advertido: lo que ha de tener para estos aguardos, es que sea muy sufrido, y que por él no se pierda la ocasión, que muchas veces sin tener necessidad de mudar los pies, se les vienen a meter las reses debaxo del arcabuz, y si el sabueso no fuere tal, se perderá.

Si las reses después que las han sentido levantar, tomaren otro camino, con mucho secreto ha de ir metiendo el sabueso a la parte que han estado encamadas, para que tome el rastro, o conozca el que llevan, y según esso haga la diligencia. Si van pico a viento, seguirlas con mucho secreto hasta que vayan saliendo de la querencia, y espesura a tierra más clara, donde se detienen más, porque allí comen algún bocado, esto es yendo seguras y sin recelo, y por esso se advierte el secreto con que se ha de seguir esta caza: porque si ha sentido ruido a sus espaldas, no la alcançará en toda la tarde, que en ninguna parte para, que conoce que la siguen: cuando van sin este cuidado, en muchas se detiene, y da lugar para que el ballestero haga su diligencia. La que a este tiempo es conveniente, es ir con el sabueso abarcando el viento, echando medios cercos de una punta a otra, sin passarse delante de las reses, porque no se le tomen, que desta manera no las podrá perder: y en topando parte desde donde las pueda atalayar, es muy buena ocasión, que esta caza a este tiempo anda comiendo, y descubriéndola, será fácil de tirar; porque aquella hora toma la tierra más clara, y se detiene en ella haciendo hora para salir del monte. Esto hace la caza: la execución ponga de su parte el ballestero.

BALTASAR DE CÉSPEDES

Poco sabemos de este ilustre humanista nacido acaso en la segunda mitad del siglo XVI. Estudió en la Universidad de Granada, según declara Montells y Nadal en su *Historia* de esta Universidad, en virtud de los documentos existentes en ella. Casó con una hija de Francisco Sánchez de las Brozas, y le sucedió inmediatamente en la cátedra de Prima de Retórica en la Universidad Salmantina. Como sucesor, « y no indigno », según calificación de Menéndez y Pelayo, demuestra la influencia del *Brocense* pero no la total sumisión, ya que Céspedes tenía suficiente personalidad para oponerse a su suegro, sin escatimarle los elogios cuando conviene.

Escribió en 1600, según se deduce del texto, su *Discurso de las letras humanas, llamado el Humanista*, pero el original no llegó a la imprenta. En cambio dio a la luz, en 1611, una *Relación de las honras que hizo la Universidad de Salamanca a la Magestad de la Reina doña Margarita de Austria*. Nicolás Antonio dio noticia del *Humanista*, entre otras obras, gracias a una copia manuscrita que poseyó, y la obra permaneció inédita hasta 1784 en que don Santos Díez González la hizo imprimir en Madrid por vez primera y única hasta nuestros días. Menéndez y Pelayo se ocupa de esta obra en su *Historia de las ideas estéticas*, tomo II, siglos XVI y XVII, capítulo IX.

DISCURSO DE LAS LETRAS HUMANAS, LLAMADO EL HUMANISTA

En todas las Facultades y Ciencias es cosa de grandísima utilidad saber de ellas una general descripción, en que se comprendan sumariamente las partes principales de ellas y todo lo que contiene cada una, por vía de historia y relación. Esto quería Aristóteles, que es el Maestro de toda orden y método, en los libros *de partibus animalium*. Y es negocio de gran consideración para quien va aprendiendo un Arte, saber contadamente qué sabe de ella, y qué le falta por saber, y en qué parte de ella anda.

Por esta razón es mi propósito en tratado hacer una breve descripción de esto que vulgarmente llaman Humanidad, o Letras Humanas, cosa muy conocida por el nombre pero muy poco por los hechos.

Todos nombran las Letras de Humanidad, y todos llaman Humanistas a muchos ; pero si preguntamos ¿qué son Letras de Humanidad? y ¿qué es lo que profesa aquel que llamamos Humanista?, ¿qué partes tiene su facultad?, ¿qué contiene cada una de ellas? Quizá hallaremos pocos que nos lo sepan decir ; porque a esta facultad la han hecho daño todas las otras. Porque como todas ellas la hubieron menester, cada una tomó para sí la parte que le fue necesaria. Y como los Profesores de aquellas facultades todos vieron tratado en cada una muy bien lo que se había tomado en ella de las Letras Humanas por los hombres doctos de aquella facultad, no les pareció que tenían necesidad de aprender aquello de otros Maestros, pues lo hallaban cumplidamente en los suyos. Y pensando que aquello tocaba a su facultad, no lo conocieron por de facultad ajena ; y oyendo decir Humanista y Letras de Humanidad, imaginaron que era muy diferente cosa de lo que es. Y la ignorancia de lo que contiene, hace que este nombre Humanista se atribuya indignamente a quien no lo es : porque unos llaman Humanistas a los que saben muchos versos de Poetas, de memoria ; otros, a los que profesan un poco más pulido Latín que los demás ; otros, a los que alcanzan a saber un poco de Griego ; y otros, a otros que están muy lexos de llegar a saber lo que obliga el nombre de Humanista.

Viniendo, pues, al propósito, comprenderemos toda esta facultad debajo de sus términos y fines, sin dejar nada de lo que pertenezca a ella ni darle lo que no le pertenece.

Las Letras Humanas se pueden reducir a dos partes principales; una que pertenece al lenguaje y otra que pertenece a las cosas.

La parte que pertenece al lenguaje contiene tres cosas: la inteligencia del lenguaje, la razón de él y el uso.

La inteligencia del lenguaje se gana con la lección de todos los Autores antiguos Griegos y Latinos, y también de las piedras y medallas antiguas, para lo cual es necesaria la interpretación de las cifras o notas que usaban los antiguos.

La razón del lenguaje, que se saca de la observación, se aprende de los Gramáticos antiguos, a los cuales se ha de venir después de la inteligencia del lenguaje.

El uso del lenguaje, que es el hablarle o escribirle, ora sea en prosa, ora en verso, depene todo de la imitación de los Autores antiguos de aquel lenguaje cuyo uso queremos alcanzar.

En la consideración de las cosas (que es la otra parte principal de toda esta facultad) se comprenden otras tres cosas, puntas o cabos principales, porque se trata de las cosas, o de la acción de ellas, o del instrumento del conocimiento y de la acción.

El conocimiento de las cosas se divide en dos partes, porque o es de aquellas que pertenecen a la Historia y a la simple narración de los hechos, o de aquellas que pertenecen a la contemplación y especulación de las cosas.

Acción llamo de las cosas a las Obras que el Humanista, como tal, ha de escribir, y que no pertenecen a otro ningún artífice, como son Comentarios sobre Poetas, Historiadores y Oradores; traducciones de Autores de una lengua en otra; enmendaciones de libros; varias Lecciones, Poesías, Oraciones y Diálogos.

El instrumento de estas dos cosas llamo el admirable uso de la Lógica o Dialéctica, con el cual podrá el Humanista entender y juzgar cualquiera obra escrita por otro, y hacer él cualquiera de nuevo.

Esta es una breve suma y relación de lo que contienen las Letras Humanas. Ahora, discurriendo por la misma orden, trataremos de cada parte de estas, descendiendo a lo más particular.

. . . . . .

DE LAS FÁBULAS

En el cabo de la Historia se encierran las Fábulas, que son historias fingidas de los Poetas. Y no entendemos aquí por Fábulas las Comedias y Tragedias, a quien llaman los Autores antiguos Fábulas, como dice Horacio de la Comedia: *Fabula, quae posci vult, et spectata reponi*; sino en nombre de Fábulas entendemos las narraciones de las cosas tocantes a los Dioses de los Gentiles. En esta hay dos cosas que saber: la primera, la narración, la segunda, la Mithología.

La Narración contiene el cuento, que muchas veces es muy diferente en unos Autores que en otros; porque como en cosa fingida cada uno hizo su voluntad. Hay Escritores de fábulas muchos en la antigüedad que de principal intento las escribieron. El padre de ellas fue Homero, como de todas las otras cosas, por ser el Autor más antiguo que se conoce de los profanos en el mundo, como dice Aristóteles en su *Poética*.

. . . . . .

La Mithología es la declaración de las Fábulas, en que hubo antiguamente grandes variedades, por los diferentes caminos que se tomaron en la declaración de ellas; los cuales todos se reducen a tres más principales: el primero es el de los que sienten que todas las fábulas pertenecían a la enseñanza de las costumbres de los hombres, y contenían excelencias y premio de alguna virtud, o reprensión o castigo de algún vicio. Y a esto reducían todas las fábulas antiguas, diciendo que los Poetas inventores de ellas habían sido grandes Philósophos Morales, y querido, bajo de esta corteza de fábulas, enseñar a los hombres la Philosophía Moral. De esta opinión fueron el gran Platón y todos los Académicos, como se ve por sus obras.

Otros echaron por otro camino, que es el segundo en la Mithologia o interpretación de las Fábulas, pareciéndoles que todas ellas se habían inventado para enseñar la Philosophía natural, y que aquellos grandes especuladores de los misterios naturales, no queriendo que los entendiesen otros que sus discípulos, los escribieron bajo las alegorías fabulosas. De esta opinión fueron los Estoicos, y hoy en día nos queda un libro de este asunto, de un Fortunato, Estoico, donde se declaran casi todas las fábulas, reducidas a los misterios naturales.

. . . . . .

El tercer camino de la interpretación de las fábulas es el más cierto y más probable, y es de los Peripatéticos, los cuales dixeron que todas las fábulas antiguas habían nacido de historia verdadera, a las cules la credulidad, añadiendo y trastornando en cualquier cuento, le hicieron de historia verdadera, narración fabulosa, como vemos que suele cada día entre nosotros. Para probar esta opinión, un Discípulo muy querido de Aristóteles, llamado Palephato, peregrinó casi todo el mundo, buscando, en los Lugares donde se cuenta haber sucedido alguna fábula, rastro de la historia verdadera, de donde había salido, averiguándola con gran puntualidad.

. . . . . .

Esta opinión tengo por más cierta de las fábulas; aunque yo no haria regla cierta en ninguna de estas tres, porque entiendo que, siendo tanta y tan grande la muchedumbre de las fábulas, se debieron de inventar unas por un camino y otras, por otro, según se le antojó al inventor de cada una; que dejando el tercer camino, que tuvo fundamento en acontecimiento verdadero, los otros dos fueron voluntarios, y pudo por ellos cada uno componer las fábnlas que quiso.

. . . . . .

Las obras que el Humanista esta obligado a saber hacer perfectamente son muchas, como Commentarios sobre Escritores antiguos, y particularmente Poetas, como son en los Griegos los que llaman Scoliásticos; y en los Latinos el mejor y más perfecto, Donato, sobre Terencio, que si no estuviera tan corrupto, fuera la cosa mejor que tuviéramos de la antigüedad. Y sobre Virgilio, Servio, no el ordinario y corrupto, sino el verdadero, que se ha impreso este año de 1600, sacado de la Librería de Daniclio, a quien Josepho Escalígero estima mucho, y con mucha razón, y le llama *Servius in shedis Danicli*. Este es el mejor Comentario de Poeta Heroico, y que muestra haber sido el Servio perfecto Humanista. Negocio es de mucha dificultad; y ésta nace de la obscuridad de los Poetas, que cada uno en su género la tiene muy grande, para lo cual es necesario tener lección y memoria de todos los Escritores antiguos; porque unos toman de otros, unos declaran a otros, como vemos que Virgilio toma casi toda su obra de Homero, y alguna parte de otros Poetas Griegos, como lo mostró Fulvio Ursino en el libro que intituló *Virgilius collatus cum Graecis Scriptoribus*; y Germano Valente, Pomponio en los Comentarios sobre el mismo Poeta, con los cuales libros acudiéndose a las fuentes de donde aquel Poeta tomó sus conceptos y sentencias, se entiende con más facilidad, como lo hizo también sobre Séneca, Martín Antonio del Río en un gran libro que llamó *Sintagmata in Senecam*; aunque aquel libro yo le tengo por de poco provecho, porque como las Tragedias de Séneca están llenas de sentencias, es juntar otras semejantes de infinitos Autores, y así hacer un libro que sea como un sentenciario de Belingardo, o de otro de esta manera, que aunque puede servir a Predicadores, es de muy poco provecho para Humanistas; a los cuales es necesario que se les declare la letra, y no las moralidades y alegorías, porque en éstas cada uno puede ser docto, con muy poca doctrina y trabajo; y esta es la causa por que se estima tanto en Castilla el libro de las Emblemas de Alciato, porque son moralidades y lugares comunes, que cuestan muy poco trabajo de saber y dan mucho gusto a los que saben poco. De manera que los verdaderos Commentarios son aquellos que decla-

ran rigurosamente la letra, y por esto como decíamos, es necesaria la noticia de todos los Autores, y particularmente la de aquéllos de quien se puede entender que se aprovechó el Autor que comentamos.

. . . . . .

También aprovecha tener lección y memoria de los Autores que escribieron después de aquél a quien comentamos, porque lo que tomaron de él se entenderá mejor con ellos. Como en su tiempo estaban en pie los Autores de donde tomó el otro, lo declaran mejor. En los Poetas satíricos, como Horacio, Juvenal y Persio, es necesario tener noticia de la historia de sus tiempos, a que ellos acudieron, para entenderlos bien. Lo mismo es en los Epigrammáticos, como Marcial y Ausonio, y los Griegos que están en la Antología o Florilegio que recogió Máximo Planude y que comentó Juan Brodero.

. . . . . .

Del oficio del Comentador han salido muchas ocasiones, del Humanista, que son de tiempos muy antiguos y ahora, en los nuestros, se han resucitado como son varias lecciones, emendaciones, selectas, y otros libros así, divididos por capítulos, donde sin consecución de materia ninguna, en cada capítulo se declara un lugar o muchos de Autores antiguos.

. . . . . .

Y a la verdad, aunque los Autores de estas obras son muy doctos, y de ellas nos podemos aprovechar mucho para la inteligencia de los Autores antiguos, y no podemos escusar el tenerlos y leerlos, con todo eso, tengo por perniciosa manera de escribir a ésta. Demás de que para un hombre docto y que tiene muy andados los Autores clásicos, es composición ridícula por ser de tan poca dificultad, porque no hay ninguno de ellos que no tenga por las márgenes de sus libros muchas emendaciones, declaraciones, concordancias, contradicciones, y otras cosas que se ofrecen a quien pasa un libro con cuidado, y ha pasado otros muchos, y tiene algún caudal. Tomando, pues, cualquiera de éstos un libro ahora y otro a otra vez, de cualquiera parte saca una curiosidad u observación, amplificándolo con buen estilo, ora sea lamentándose de la corrupción de aquel Autor, ora quexándose de la negligencia de los Impresores, ora encareciendo su diligencia, o tomando otro camino. Cualquiera hace un largo capítulo de aquella anotación, a la cual añadiendo otra de otro libro, y de otras, viene a hacer una obra entera, y poniéndola el nombre que se le antoja, la saca a luz. Y no sé si es mayor daño el de aquella obra que el provecho que se saca de acrecentar el número de los libros. Esta es invención de hombres mozos, que han querido hacer ostentación de sus estudios por este camino tan barato. Así escribe Theodoro Cantero al principio de sus varias lecciones, que era de diez y nueve años cuando hizo aquel libro. Justo Lipsio dice que mucha parte de sus Críticos fue obra de su mocedad, y muchos hombres doctos han abominado esa manera de escribir, como Josepho Escalígero en la Epístola que escribió de la vida de su padre, y el gran Español Pedro Chacón los tenía por charlatanes a todos estos Escritores. Y tenía razón, porque tienen por fin admirar con sus obras a los que saben poco; y así unos hurtan de otros, pelan de una parte para otra, y siendo lo mismo, múdanle los proemios, y hácenlo suyo. Así lo ha hecho este año un Padre de la Compañía, llamado Roa (1), en un gran Libro, que llama *Locorum selectorum*, que tal parlería y variedad no se vio en el mundo, pareciéndole que en España eran todos idiotas y que no habían visto libro ninguno; y así vende por invenciones propias suyas las cosas que eran muy vulgares antes que nacieran sus abuelos. Sólo pone de su casa destragar las que no entiende y gastar palabras al aire para hacer el libro mayor.

Pero tornando al propósito, todo esto nació del oficio del Comentador que, en el libro que tomaba a declarar, estaba obligado a hecer lo que cada uno

(1) Parece referirse al P. Martín de Roa, Jesuita, autor de *Singularium locorum, ac rerum lib. 5. in quibus cum ex sacris, tum ex humanis literis multa ex Gentium, Haebreorumque moribus exlicantur.* Córdoba, 1600.

de estos Autores hace en el lugar que declara o enmienda; y así lo hacen los hombres doctos de nuestros tiempos.

. . . . . .

Este es el verdadero escribir, y que no puede dejar de costar mucho trabajo, del cual todos o los más, huímos; bien es verdad que, como dijimos arriba, hay algunas de estas obras que contienen algunos lugares comunes, importantes a las Letras Humanas, a quienes los Autores gustan de poner nombres semejantes a los que arriba hemos dicho, y debajo de estos títulos tratan alguna materia seguida, que tiene consecución y trabazón, fundada en muchos lugares de Autores, de quien se puede sacar la utilidad que arriba hemos dicho, como lo hizo Justo Lipsio en la materia de los Gladiadores, a la cual llamó *Saturnales*, fingiendo para más gusto del Lector unos regocijos y convites, y mezclando algunos donaires y cosas de entretenimiento. Esto es voluntario de cada Autor, como lo del estilo, que no hay hombre que no siga el suyo, porque como nace de imitación y las aficiones de los hombres son tan diferentes, uno se aficiona a imitar un Autor, y otro a otro, según el gusto de cada uno. Estas tales obras tengo por muy provechosas y muy propias del Humanista; y cuantas más pudiere hacer para sí, tanto más se aventajará en estas letras, como está dicho arriba, de lugares comunes; pero ha de ser con condición que no vaya con fin de alargar la obra, metiendo en ella disgresiones fuera de propósito, sólo con fin de una vana ostentación de varia lección.

FRANCISCO CORREA DE ARAUJO

Su biografía se desconoce por completo. Sólo sabemos de él lo que nos dice la portada de su libro, o sea, que fue sacerdote, organista de la iglesia colegial de San Salvador de Sevilla, y rector de la Hermandad de Sacerdotes de la misma ciudad, en la que falleció después de 1626. Educóse musicalmente en Sevilla desde muy joven, como él mismo afirma en el folio 2v. de su libro: «Quando comencé a abrir los ojos en la musica no avía en esta ciudad (Sevilla) rastro de musica de órgano accidental; y la primera que vide puntada...». Es fecundísimo en procedimientos y en belleza artística. No debe olvidarse que su libro se publicaba tres años más tarde que las obras de Titelonge y dos años después de la *Tabulatura* de Scheid. La opinión de Pedrell sobre la personalidad artística de Correa de Araujo, al afirmar que su «estilo... es duro y torturado», no puede ya sostenerse.

BIBLIOGRAFÍA. «*Libro de Tientos y discursos de musica practica y theorica de organo, intitulado Facultad organica: con el qual, y con moderado estudio y perseverancia, qualquier mediano tañedor puede salir aventajado en ella sabiendo diestramente cantar Canto de Organo y, sobre todo, teniendo buen natural: Compuesto por Francisco Correa de Arauxo, Clérigo Presbitero, Organista de la Iglesia Collegial de san Salvador de la Ciudad de Sevilla, Rector de la Hermandad de los Sacerdotes, della, y Maestro en la Facultad* (Escudo de la familia Correa). *Con licencia. Impreso en Alcalá por Antonio Aranda.* Año 1926». Encierra un total de 69 composiciones, todas originales de Correa de Araujo: *tientos, discursos, obras de medio registro,* etc. Se ignora si llegó a publicar las obras *Casos morales de la música,* y la colección de *Versos* que prometía en las advertencias preliminares de la citada obra.

Respecto a Correa de Araujo, véase R. MITJANA, *La musique en Espagne:* H. ANGLÉS en el «Bericht» del I Congreso de Musicología de la «Deutsche Musikgesellschaft» (Leipzig, 1925), pág. 227 y ss., y en «Festschrift für Peter Wagner» (Leipzig, 1926); S. KASTNER, *Música Hispánica* (Lisboa, 1936); F. PEDRELL, *Antología de Organistas Clásicos Españoles,* II, edita un Tiento y Discurso muy importante de Correa de Araujo. S. Kastner ha publicado el tomo I del *Libro de Tientos* (Barcelona, 1948), que contiene un estudio sobre la vida y obra de Correa de Araujo y los treinta y cinco primeros Tientos.

LIBRO DE TIENTOS Y DISCURSOS DE MUSICA PRÁCTICA, Y THEORICA DE ORGANO INTITULADO FACULTAD ORGÁNICA

PRÓLOGO EN ALABANZA DE LA CIFRA

La cifra en la música fue una grande humanidad y misericordia que los maestros en ella usaron con los pequeños y que poco pueden; porque viendo la necesidad que los tales tenían de conservar en la memoria sus lecciones, y de aumentar las que más le faltaban para perficionarse; y viendo asimismo la dificultad tan grande (no sólo para éstos sino para los muy provectos en la música) que había en poner cualquier obra de canto de órgano en la tecla por pequeña y fácil que fuese, provcyendo del remedio necesario, acordaron divinamente de inventar un nuevo modo de señales que causando los mismos efectos (en tanta perfección y primor como los de canto de órgano y sin que la música perdiese un punto de sus quilates) redujese aquella dificultad y desabrimiento a grande facilidad y dulzura haciendo camino llano y fácil el que antes era en extremo dificultoso y agro.

Este nuevo modo de caracteres llamado cifra se usó al principio de algunas diferentes maneras: ya con letras de el ABC, ya con núneros de guarismo y castellano, con diversos accidentes y señales, el cual por no tener facilidad y certeza que se pretendía fue totalmente desamparado hasta tanto que el ingenio de nuestros españoles inventó este género de cifra que hoy tenemos y en que va puntada la música práctica de este libro tan fácil y juntamente tan

perfecto que no puede haber otro que le exceda. Éste ha sido tan útil y provechoso al culto divino y servicio de la santa Iglesia católica que en donde quiera que se ha usado ha obrado maravillosos efectos, haciendo que personas tiernas y de poca edad alcancen en breve tiempo lo que en otros siglos aun no se conseguía con largos años de estudio. Y no hay que maravillar : porque en ella ve no sólo el maestro pero el razonable discípulo como entró el paso la primera voz, de qué modo la segunda respeto de la primera, cómo la tercera respeto de la segunda, y la cuarta respeto de la tercera. Y después de haberlo acabado la primera, cómo acompañó ésta a la segunda, en la fuerza de su paso ; y la primera y segunda cómo acompañaron a la tercera, y estas tres cómo acompañaron a la cuarta. Y después de haber todas cuatro acabado su tema, advierte cómo se divierten imitando algún pasaje de glosa, o jugueteando sin imitación, o discurriendo de mil modos posibles, hasta que una dellas, deteniendo la rienda a su curso, calla, aguardando pausa, para de nuevo comenzar con nuevo intento su discurso, o con el mismo repetido por diverso estilo de acompañamiento. El cual modo procuran imitar las otras voces aguardando ocasión de cláusula, ya callando la una, ya entrando la que había callado, ya callando la otra, ya acabando la última de imitar este segundo intento, o perficionar el primero repetido. En las cuales paradas o pausas, advierte asimismo el buen discípulo la calidad de la cláusula, si fue acabada o acometida, si fue remisa o sustenida, el acompañamiento que tuvo, sobre qué falsa se intentó, si se acabó sobre la misma o acometiendo otra de nuevo al acabarse. Nota asimismo cuando no queriendo usar de un mismo tema el autor, casa otro diferente con el primero, o ese mismo lo imita pasivé, esto es : haciéndole que baje lo que sube y a la contra. Advierte el tono y sus cláusulas debidas y nota con la moderación que usa de las ajenas, intentando gustosas disgresiones, saliéndose del tono por sus pasos contados, y volviendo por los mismos (o por otros) a entrarse en él. Considera asimismo las especies que el tenor alto y tiple cometen respecto del contrabajo, y así mesmo las que el alto y tiple respecto del tenor, y últimamente las que el tiple respecto del contralto ; y desta consideración conoce la buena y mala, la perfecta y imperfecta. Nota la curiosidad y la licencia, la libertad y la falsa, el acompañamiento y el intento della. Nota el pasaje de la glosa, el aire, la imitación propria o de las otras voces, el paso ya largo y veloz, ya rebuelto y entricado ; el bocadito gustoso, el melindre y el juguete y otros mil faltinetes que la eminencia del arte descubre cada día. Conoce (si ya es sabidor) los géneros y sus intervalos, las proporciones y sus números (materia que se descubre la profundidad y latitud de la música). Advierte el principio, medio y fin de los compases, y todo lo demás que dentro dellos se encierra, viendo donde da y alza, qué voces dan a la par, y en qué lugar y parte de cada una de ellas. Todo lo cual con grande dificultad, y al cabo de muchos años de estudio, alcanzamos a hacer en canto de órgano los maestros, habiendo muchos que ni aun en toda su vida pueden alcanzar a comprehender cuatro voces llanas de repente ; alcanzando a verlas y entenderlas (no sólo llanas pero lo que más es) glosadas, discípulos de muy poco tiempo de estudio.

Estos bienes y otros muchos hemos recibido y reciben los discípulos, de la cifra ; y con todo eso no falta quien no sienta bien de ella. Consuelo grande para mí si le sucediere lo mismo a mi libro, pero vergüenza y confusión para los mordaces si habiendo derramado su veneno, permaneciere la cifra y mi libro en perpetua memoria de los bien intencionados, a los cuales tan solamente encamino todo cuanto en él se contiene.

VII

LITERATURA ASCÉTICA Y MISTICA

C. García de Cisneros

V. P. García de Cisneros. Benedictino, primo hermano del famoso Cardenal Cisneros. Autor de *Ejercitatorio de la Vida Espiritual*, 1500. Tiene este célebre libro cuatro partes que, correlativamente, tratan de las vidas purgativa, iluminativa, unitiva y contemplativa, sumando en total sesenta y ocho breves capítulos. Damos de la cuarta parte diez capítulos, que contienen lo esencial de la doctrina mística del que fue Abad de Montserrat. Murió en 1510.

BIBLIOGRAFÍA. BESSE: *L'exercice de García de Cisneros et les «Exercices» de Saint Ignace* en «Revue des Questions Historiques», 1897.

EJERCITATORIO DE LA VIDA ESPIRITUAL

CAPÍTULO XXXVI

Cómo el amor de Dios es principio y fin de la vida contemplativa

La raíz y comienzo de la vida contemplativa debe ser el amor de Dios; esto es, que por su amor sea dejada la vida mundana, y todos los cuidados y ocupaciones exteriores, dándose todo a Dios; y el que hace lo contrario a sí mismo engaña, y muchas veces no viene al fin loable, salvo si por penitencia se enmendare. Así como son algunos que entran en religión o se ponen en estudio, no por amor de Dios, mas por pereza: fingidamente huyen el trabajo del mundo, o por tener donde vivir; o por vanidad y soberbia cobdiciando ser tenidos por grandes y devotos religiosos; o por curiosidad, solamente por saber, así como los grandes filósofos hicieron. Asimismo el fin de la vida contemplativa debe ser el amor de Dios; esto es, que por su dilección y amor, se esfuerce de aprovechar de bien en mejor: y que quiera apartarse de toda otra obra y ocupación. Y esto que digo que se haya de apartar del todo de otras ocupaciones, aquesto entiendo principalmente de las terrenas y de tal que notablemente impidiese su contemplación. Ca bien sé que la pequeña y templada ocupación alguna vez es necesaria y mucho provechosa a la vida contemplativa: y para apartar la pereza y mala tristeza. Que el fin de la vida contemplativa sea el amor divinal, dícelo el Apóstol: Plenitudo legis est dilectio. Quiere decir: El fin de la Ley divina es la caridad. Y por ende, en la ley de Dios, que es dicha sapiencia o teología, aquél debe ser llamado más excelente maestro o doctor, que más ama a Dios. Ca este tal, tiene vida más perfecta y estado más noble, que más y mejor ama; y porque la vida contemplativa es de sí más conveniente a los ejercitados para bien amar a Dios; así como escuela o estudio a donde mejor esta arte les es alcanzada; por ende (1), esta vida es más loada y aprobada en la Santa Escritura y de los santos doctores, y principalmente, por el verdadero Dios de amor Jesucristo que dio esta sentencia: que María eligió la mejor parte. Y ¿cuál es esta parte? Ciertamente ésta, que ella se asentaba a los pies del Señor, y oía la su palabra, y oyendo, de su amor era inflamada. Debes, empero, notar que muchas veces alguno puede en su vida activa más amar a Dios, que otro en su vida contemplativa; y el tal es más perfecto, aunque sea en estado menos perfecto que el contemplativo; y la tal vida activa será más perfecta que la contemplativa: aunque de sí sea en estado menor perfecto que la contemplativa. Donde paresce ser engañados aquellos que piensan en fin de la vida contemplativa ser solamente, saber o alcanzar nuevas verdades; mas antes el fin principal della es amar a Dios, y gustar cuán bueno y suave sea, aunque aqueste sabor o gusto, o aquel espiritual sentimiento por ventura puede ser dicho

(1) Tanto.

un modo de conoscer, porque ese amor es conoscimiento, según que lo dice san Agostín. El cual conoscimiento tal es, y así secreto, que de ninguno, salvo del que lo tiene, es conoscido; porque por palabras o doctrina ser explicado o demostrado a otro no puede; así como se acostumbra decir de la fuerte enfermedad: que el dolor de la tal enfermedad ninguno tan bien lo siente como aquel que lo padesce.

CAPÍTULO XXXVII

En qué consiste la perfección de la vida contemplativa por semejanza del amor mundano

Convenible [2] cosa es en alguna manera declarar en qué consiste la perfección de la vida contemplativa, antes que adelante pasemos. Cuanto quier que en el capítulo de arriba hayamos dicho el amor de Dios ser fin de aquesta vida contemplativa, así se puede decir, según el Gerson, que ese mismo fin sea y deba ser de todas nuestras operaciones; porque por amor de Dios se ha de hacer y ser ordenado todo lo que hacemos. Y por esta causa tengo de decir algunas condiciones de la vida contemplativa, no que en verdad suficientemente éstas conozca; mas antes de las tales hablo así como el ciego de los colores: recitando las cosas que los santos en sus escripturas nos dejaron; dejando lo otro a los más expertos en esta materia. Y para que más fácilmente podamos aprehender a cuál amor de Dios la perfección de la vida contemplativa venga, quiérolo demostrar por su contrario; conviene a saber, por el amor mundano, porque este tal amor mucho mejor lo conoscemos, y más familiar fue a nosotros que el divino. Pues que así es, miremos qué es lo que obra el tal amor mundano en el hombre puesto profundamente en él; así como es amor de plata, oro, honra, dignidad, o de mala carnalidad. Cierto es que, en el tal amor, el hombre primero se enflaquesce, por el deseo de haber aquello que solamente ama así locamente. Después en tal manera pone su mente y todo el corazón y el entendimiento en esto, que ninguna otra cosa puede pensar, salvo aquello que ama. En tal manera, que de sí mismo se olvida y pierde toda vergüenza; y no hay cosa que le pueda retener o apartar, ni trabajo, ni vejación, ni peligro, ni muerte, ni consejo de los amigos, ni el temor de Dios o de sus juicios. El tal, agora duerma, del amado sueña; ora vele, de ninguna otra cosa cura oír, ni hablar, ni escuchar; en tal manera que pierde la razón, y es hecho así como loco, o embriagado, o furioso. Ninguna cosa es que al tal hombre puede apartar o impedir del tal amor; ni que rehusase ni evitase hacer el tal hombre; pues solamente pudiese alcanzar aquello, a lo cual el tal amor mundano así lo inflama y llaga. Y aun olvida todo bien, así de la presente vida, como de la otra; en tal manera, que si alguna vez alguno le habla acaso del paraíso, o infierno, o de la muerte, paréscele esto un sueño o fábula. Ni aun por un poco dentro de sí retiene o rescibe la semejante cogitación espiritual: ca el amor mundano o carnal que se enseñorea dél, muy presto la alanza dende [3].

CAPÍTULO XXXVIII

Qué tal ha de ser el amor de Dios que el contemplativo ha de tener

Según el ejemplo que habemos dado, consideramos por igual manera que el amor de Dios fuese tal en alguno, que lo hiciese de todo en todo menospreciar el mundo, y olvidarse dél, así como el amor mundano hace olvidar a Dios. Y que fuese así fuerte y ardiente, y así arraigado en el corazón, que no pudiese ni supiese voluntaria, espontánea, ni libremente a otra parte pensar; ni temiese el menosprecio; o no curase de los vituperios, o increpaciones, o persecuciones, ni aun de la muerte temiese por aqueste amor de Dios. Y que todas las cosas vistas y oídas deste mundo y a la memoria traídas, le paresciesen como sueño y fábula; y por ninguna cosa lo reputase por respecto de Dios y de su gloria, y brevemente en el

(2) Conveniente.

(3) Arroja de allí.

juicio del mundo fuese habido así como loco y embriagado, porque tampoco cura de las cosas que son deste mundo: y aun menos de las cosas de Dios ni del paraíso, que los otros que están absorbidos en el amor del mundo (4). Entonces digo que éste sería perfecto amor de Dios. Al cual debe trabajar de llegar el contemplativo por la vida contemplativa. Y en el estado del tal amor ya dicho, sería dicho muerto y crucificado al mundo; porque ninguna cosa lo puede retener, y viviría a Dios, y dormiría a las vanidades deste siglo y velaría a los bienes eternos, y ternía (5) todos los sentimientos de su cuerpo cerrados y adormecidos a todo aquello que es hecho por los hombres deste mundo: más abiertos a los gozos de los santos. Y aquesto es lo que los doctores santos dicen ser figurado por Moysén, que como quisiere hablar con Dios, entró en la nube oscura, representando que el que quiere haber el amor de Dios, conviénele que entre en la nube oscura, la cual le haga olvidar, ni veer, ni entender las cosas que a este mundo pertenescen. Y en qué manera puede ser alcanzado este amor, demostrémoslo en alguna manera, porque este es el fin de la vida contemplativa. Y el que en este amor viniere, este tal ya subió encima del monte, adonde con los tres discípulos Cristo se transfiguró. Este tal habla a Dios en figura de Moysén cuando recibió la ley. Este tal es arrebatado en espíritu, o sobre su espíritu. Este tal su conversación es en los cielos. Este vive por amor. Este bienaventurada, delactable y aplacible-mente anda sin oscuridad de humo. Mas ¡guay, hermanos! ¡a cuán pocos esta gracia es dada y cuán poco tiempo dura mientras estamos en este destierro!

(4) El sentido de este período, según el texto latino, debe ser: «Estimándolas en menos que los que están absorbidos en el amor del mundo, estiman las cosas de Dios, ni del paraíso».

(5) Tendría.

San Ignacio de Loyola

San Ignacio de Loyola (1491-1566). Escritor ascético en su libro celebérrimo *Ejercicios Espirituales* y en sus numerosas *Cartas*. Damos la más célebre de todas, llamada *Carta de la Obediencia*, por ser un acabado tratadito sobre esta virtud.

Dieron ocasión a escribirla aquellos jesuítas de la Provincia de Portugal, que, amando al P. Simón Rodríguez de un amor demasiado natural y humano, y muy pagados de su gobierno, excesivamente blando y remiso, se tentaron de que les hubiese sido quitado de Provincial, y rehusaban obedecer a todo otro Superior que no fuese él o puesto por él. Fue escrita en Roma el 26 de marzo de 1553.

Bibliografía. V. Guillermo Díaz Plaja: *El estilo de San Ignacio y otras páginas*, Barcelona, ed. Nogues (1956).

CARTA DE LA OBEDIENCIA

IHS

La suma gracia y amor eterno de Cristo nuestro Señor os salude y visite con sus santísimos dones y gracias espirituales.

Y aunque en todas virtudes y gracias espirituales os deseo toda perfección, es verdad (como habréis de mí oído otras veces) que en la obediencia, más particularmente que en ninguna otra, me da deseo Dios nuestro Señor de veros señalar, no solamente por el singular bien que en ella hay, que tanto en la Sagrada Escritura con ejemplos y palabras en el Viejo y Nuevo Testamento se encarece, pero porque (como dice San Gregorio) *la obediencia es una virtud, que sola ella ingiere en el ánima las otras virtudes, e impresas las conserva;* y en tanto que ésta floreciere, todas las demás se verán florecer y llevar el fruto que yo en vuestras ánimas deseo, y el que demanda, el que redimió por obediencia el mundo perdido por falta de ella, *hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

En otras religiones podemos sufrir que nos hagan ventaja en ayunos y vigilias, y otras asperezas que, según su Instituto, cada una santamente observa; pero en la puridad y perfección de la obediencia, con la resignación verdadera de nuestras voluntades y abnegación de nuestros juicios, mucho deseo, Hermanos carísimos, que se señalen los que en esta Compañía sirven a Dios nuestro Señor, y que en esto se conozcan los hijos verdaderos de ella; nunca mirando la persona a quien se obedece, sino en ella a Cristo nuestro Señor, por quien se obedece.

Pues ni porque el Superior sea muy prudente, ni porque [sea] muy bueno, ni porque sea muy cualificado en cualesquiera otros dones de Dios nuestro Señor, sino porque tiene sus veces y autoridad debe ser obedecido, diciendo la eterna verdad: *El que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia;* ni, al contrario, por ser la persona menos prudente, se le ha de dejar de obedecer en lo que es Superior, pues representa la persona del que es infalible sapiencia, que suplirá lo que falta a su ministro; ni por ser falto de bondad y otras buenas cualidades; pues expresamente Cristo nuestro Señor, habiendo dicho: *En la cátedra de Moisés se sentaron y leyeron los escribas y fariseos;* añade: *Guardad, pues, y haced las cosas todas que os dijeren, pero no hagáis conforme a sus obras.*

Así que todos querría os ejercitásedes en reconocer, en cualquiera Superior, a Cristo nuestro Señor, y reverenciar y obedecer a su divina Majestad en él, con toda devoción; lo cual os parecerá menos nuevo si miráis que San Pablo, aun a los Superiores temporales y étnicos, manda obedezcan como a Cristo, de quien toda ordenada potestad desciende, como escribe a los Efesios: *Los*

que sois siervos, obedeced a vuestros amos y señores temporales con temor y temblor y con sencillo corazón, como a Cristo: no sirviéndolos tan solamente en su presencia, como quien quiere aplacer a hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen en esto la voluntad de Dios, con gana y voluntad buena, como quien sirve al Señor, y no a solos hombres.

De aquí podéis inferir, cuando un religioso toma a uno, no solamente por Superior, mas expresamente en lugar de Cristo nuestro Señor, para que le enderece y gobierne en su divino servicio, en qué grado le deba tener en su ánima, y si debe mirarle como a hombre o no, sino como a vicario de Cristo nuestro Señor.

También deseo que se asentase mucho en vuestras ánimas, que es muy bajo el primero grado de obediencia, que consiste en la ejecución de lo que es mandado, y que no merece el nombre, por no llegar al valor de esta virtud, si no se sube al segundo, de hacer suya la voluntad del Superior, en manera que, no solamente haya ejecución en el efecto, pero conformidad en el afecto con un mismo querer y no querer. Por eso dice la Escritura que *es mejor la obediencia que no los sacrificios*; porque, según San Gregorio: *Por otros sacrificios mátase carne ajena; mas por la obediencia sacrificase la voluntad propia.*

Y como esta voluntad es en el hombre de tanto valor, así lo es mucho el de la oblación, en que ella se ofrece por la obediencia a su Criador y Señor. ¡Oh, cuánto engaño toman y cuán peligroso, no digo solamente los que en cosas allegadas a la carne y sangre, más aún en las que son de suyo muy espirituales y santas, tienen por lícito apartarse de la voluntad de sus Superiores, como es en los ayunos, oraciones y cualesquiera otras pías obras! Oigan lo que bien anota Casiano en la colación de Daniel abad: *Una misma manera, sin duda, es de desobediencia quebrar el mandamiento del Superior por gana de trabajar, como por gana de estarse ocioso; y tan dañoso es quebrar los estatutos del monasterio por dormir, como por velar; y finalmente, tan malo es dejar de hacer lo que te manda tu abad por irte a leer, como por irte a dormir.* Santa era la acción de Marta, santa la contemplación de Magdalena, santa la penitencia y lágrimas con que se bañaban los pies de Cristo nuestro Señor; pero todo ello hubo de ser en Betania, que interpretan casa de obediencia; que parece nos quiere dar a entender Cristo nuestro Señor, como anota San Bernardo, que *ni la ocupación de la buena acción, ni el ocio de la santa contemplación, ni el lloro de la penitencia le pudieron fuera de Betania ser agradables.*

Así que, hermanos carísimos, procurad de hacer entera la resignación de vuestras voluntades; ofreced liberalmente la libertad, que Él os dio, a vuestro Criador y Señor en sus ministros. Y no os parezca ser poco fruto de vuestro libre albedrío que le podáis enteramente restituir en la obediencia al que os la dio; en lo cual no le perdéis, antes le perfeccionáis, conformando del todo vuestras voluntades con la regla certísima de toda rectitud, que es la divina voluntad, cuyo intérprete os es el Superior que en su lugar os gobierna. Y así no debéis procurar jamás de traer la voluntad del Superior (que debéis pensar ser la de Dios) a la vuestra; porque esto sería, no hacer regla la divina voluntad de la vuestra, sino la vuestra de la divina, pervirtiendo la orden de su sapiencia.

Engaño es grande, y de entendimientos obscurados con amor propio, pensar que se guarda la obediencia cuando el súbdito procura traer al Superior a lo que él quiere. Oíd a San Bernardo, ejercitado en esta materia: *Quienquiera que descubierta o mañosamente negocia que su Padre espiritual le ordene lo que él quiere, él mismo se engaña, si se tiene y alaba de obediente con vana lisonja; porque en aquello no obedece él al prelado, sino el prelado a él.* De manera que, concluyo, que a este segundo grado de obediencia, que es (ultra de la ejecución) hacer suya la voluntad del Superior, antes despojarse de la suya y vestirse de la divina por él interpretada, es necesario que suba quien a la virtud de la obediencia querrá subir.

Pero quien pretende hacer entera y perfecta oblación de sí mismo, ultra de la voluntad es menester que ofrezca

el entendimiento (que es otro grado y supremo de obediencia), no solamente teniendo un querer, pero teniendo un sentir mismo con su Superior, sujetando el propio juicio al suyo, en cuanto la devota voluntad puede inclinar al entendimiento.

Porque, aunque éste no tenga la libertad que tiene la voluntad, y naturalmente da su asenso a lo que se le representa como verdadero, todavía, en muchas cosas, en que no le fuerza la evidencia de la verdad conocida, puede con la voluntad inclinarse más a una parte que a otra; y en las tales todo obediente verdadero debe inclinarse a sentir lo que su Superior siente.

Y es cierto (pues la obediencia es un holocausto, en el cual el hombre todo entero, sin dividir nada de sí, se ofrece en el fuego de caridad a su Criador y Señor por mano de sus ministros; y pues es una resignación entera de sí mismo, por la cual se desposee de sí todo, por ser poseído y gobernado de la divina Providencia por medio del Superior) no se puede decir que la obediencia comprende solamente la ejecución para efectuar y la voluntad para contentarse, pero aun el juicio para sentir lo que el Superior ordena, en cuanto (como es dicho) por vigor de la voluntad puede inclinarse.

Dios nuestro Señor quisiese que fuese tan entendida y practicada esta obediencia de entendimiento, como es a quienquiera que en religión vive necesaria, y a Dios nuestro Señor muy agradable. Digo ser necesaria, porque, como en los cuerpos celestes, para que el inferior reciba el movimiento e influjo del superior, es menester le sea sujeto y subordinado con conveniencia y orden de un cuerpo a otro, así en el movimiento de una criatura racional por otra (cual se hace por [la] obediencia) es menester que la que es movida sea sujeta y subordinada, para que reciba la influencia y virtud de la que mueve. Y esta sujeción y subordinación no se hace sin conformidad del entendimiento y voluntad del inferior al superior.

Pues si miramos el fin de la obediencia, como puede errar nuestra voluntad, así puede el entendimiento en lo que nos conviene; y a la causa, como para no torcer con nuestra voluntad, se tiene por expediente conformarla con la del Superior, así para no torcer con el entendimiento, se debe conformar con el del mismo. *No estribes en tu prudencia*, dice la Escritura.

Y así, aun en las otras cosas humanas, comúnmente lo sienten los sabios, que es prudencia verdadera no fiarse de su propia prudencia, y en especial en las cosas propias, donde no son los hombres comúnmente buenos jueces por la pasión.

Pues siendo así que debe [el] hombre antes seguir el parecer de otro (aunque Superior no sea) que el propio en sus cosas, ¿cuánto más el parecer de su Superior, que en lugar de Dios ha tomada para regirse por él, como intérprete de la divina voluntad?

Y es cierto que en cosas y personas espirituales es aún más necesario este consejo, por ser grande el peligro de la vía espiritual, cuando sin freno de discreción se corre por ella. Por lo cual dice Casiano en la colación del abad Moisén: *Con ningún otro vicio trae tanto el demonio al monje a despeñarle en su perdición, como cuando le persuade que, despreciados los consejos de los más ancianos, se fíe en su juicio, resolución y ciencia.*

Por otra parte, si no hay obediencia de juicio, es imposible que la obediencia de voluntad y ejecución sea cual conviene. Porque las fuerzas apetitivas en nuestra ánima siguen naturalmente las aprensivas; y así será cosa violenta obedecer con la voluntad, a la larga, contra el propio juicio; y cuando obedeciese alguno un tiempo, por aquella aprensión general, que es menester obedecer aun en lo no bien mandado, a lo menos no es cosa para durar, y así se pierde la perseverancia; y si ésta no, a lo menos la perfección de la obediencia, que está en obedecer con amor y alegría; que, quien va contra lo que siente, no puede, durante tal repugnancia, obedecer amorosa y alegremente. Piérdese la prontitud y presteza, que no la habrá tal donde no hay juicio lleno, antes duda si es bien, o no, hacer lo que se manda. Piérdese la simplicidad, tanto alabada, de la obediencia ciega, disputando si se le manda

bien o mal, y por ventura condenando al Superior, porque le manda lo que a él no le va a gusto. Piérdese la humildad, prefiriéndose por una parte, aunque se sujeta por otra, al Superior. Piérdese la fortaleza en cosas difíciles; y por abreviar, todas las perfecciones de esta virtud.

Y al contrario, hay en el obedecer, si el juicio no se sujeta, descontento, pena, tardanza, flojedad, murmuraciones, excusas y otras imperfecciones e inconvenientes grandes, que quitan su valor y mérito a la obediencia. Pues dice San Bernardo, con razón, de los tales que en cosas no a su gusto mandadas del Superior reciben pena. *Si esto lo comienzas a llevar pesadamente, a juzgar a tu prelado, a murmurar en tu corazón, aunque exteriormente hagas lo que manda, no es esto virtud verdadera de paciencia, sino velo de malicia.*

Pues si se mira la paz y tranquilidad del que obedece, cierto es que no la habrá quien tiene en su alma la causa del desasosiego y turbación, que es el juicio propio contra lo que le obliga la obediencia.

Y por esto, y por la unión con que el ser de toda congregación se sustenta, exhorta tanto San Pablo que *todos sientan y digan una misma cosa*, porque con la unión del juicio y voluntades se conserven. Pues si ha de ser uno el sentir de la cabeza y los miembros, fácil es de ver, si es razón que la cabeza sienta con ellos, o ellos con la cabeza. Así que por lo dicho se ve cuán necesaria sea la obediencia de entendimiento.

Pues quien quisiere ver cuánto sea en sí perfecta y agradable a Dios nuestro Señor, verálo de parte del valor de la oblación nobilísima que se hace de tan digna parte del hombre; y porque así se hace el obediente todo, hostia viva y agradable a su divina Majestad, no reteniendo nada de sí mismo; y también por la dificultad con que se vence por su amor, yendo contra la inclinación natural que tienen los hombres a seguir su propio juicio. Así que la obediencia, aunque sea perfección de la voluntad propiamente (la cual hace pronta a cumplir la voluntad del Superior), es menester, como es dicho, que se extienda hasta el juicio, inclinándose a sentir lo que el Superior siente; porque así se proceda con entera fuerza del ánima, de voluntad y entendimiento, a la ejecución pronta y perfecta.

Paréceme que os oigo decir, hermanos carísimos, que veis lo que importa esta virtud; pero que querríades ver cómo podréis conseguir la perfección de ella. A lo cual yo respondo con San León Papa: *Ninguna cosa hay difícil a los humildes, ni áspera a los mansos.* Haya en vosotros humildad, haya mansedumbre; que Dios nuestro Señor dará gracia, con que suave y amorosamente le mantengáis siempre la oblación que le habéis hecho.

Sin estos tres medios en especial os represento, que para la perfección de la obediencia de entendimiento mucho os ayudarán.

El primero es que (como al principio dije) no consideréis la persona del Superior como hombre sujeto a errores y miserias; antes mirad al que en el hombre obedecéis, que es Cristo, sapiencia suma, bondad inmensa, caridad infinita, que sabéis ni puede engañarse, ni quiere engañaros. Y pues sois ciertos que por su amor os habéis puesto debajo de obediencia, sujetándoos a la voluntad del Superior por más conformaros con la divina, que no faltará su fidelísima caridad de enderezaros por el medio que os ha dado. Así que no toméis la voz del Superior, en cuanto os manda, sino como la de Cristo, conforme a lo que San Pablo dice a los Colosenses, exhortando los súbditos a obedecer a los Superiores. *Todo lo que hacéis, hacedlo de buena gana, como quien lo hace por servir al Señor, y no a hombres; y entendiendo que habéis de recibir en pago la eterna herencia de Dios, servid a Cristo nuestro Señor.* Y a lo que San Bernardo dice: *Ora sea Dios, ora sea el hombre, vicario suyo, el que diere cualquier mandato, con igual cuidado debe ser obedecido, con igual reverencia respetado; cuando empero el hombre no manda cosas contra Dios.* De esta manera, si miráis, no al hombre con los ojos exteriores, sino a Dios con los interiores, no hallaréis dificultad en conformar vuestras voluntades y juicios con la regla que habéis tomado de vuestras acciones.

El segundo medio es que seáis prontos a buscar siempre razones para defender lo que el Superior ordena, o a lo que se inclina, y no para improbarlo; a lo cual ayudará el tener amor a lo que la obediencia ordena; de donde también nacerá el obedecer con alegría y sin molestia alguna; porque, como dice San León: *No se sirve con forzada servidumbre cuando se ama y quiere lo que se manda.*

El tercer medio para sujetar el entendimiento es aún más fácil y seguro, y usado de los Santos Padres, y es: presuponiendo y creyendo (en un modo semejante al que se suele tener en cosas de fe) que todo lo que el Superior ordena es ordenanza de Dios nuestro Señor, y su santísima voluntad; a ciegas, sin inquisición ninguna, proceder, con el ímpetu y prontitud de la voluntad deseosa de obedecer, a la ejecución de lo que es mandado. Así es de creer procedía Abrahán en la obediencia que le fue dada de inmolar a su hijo Isaac; y asimismo en el Nuevo Testamento algunos de aquellos santos Padres, que refiere Casiano, como el abad Juan, que no miraba si lo que le era mandado era útil o inútil, como en regar un año un palo seco con tanto trabajo; ni si era posible o imposible, como en procurar tan de veras de mover, como le mandaban, una piedra, que mucho número de gente no pudiera mover.

Y para confirmar tal modo de obediencia vemos que concurría algunas veces con milagros Dios nuestro Señor; como en Mauro, discípulo de San Benito, que, entrando en el agua por mandato de su Superior, no se hundía en ella; y en el otro, que mandado traer la leona, la tomó y trajo al Superior suyo; y otros semejantes que sabéis. Así que quiero decir, que este modo de sujetar el juicio propio, con presuponer que lo que se manda es santo y conforme a la divina voluntad, sin más inquirir, es usado de los Santos, y debe ser imitado de quien quiere perfectamente obedecer en todas las cosas donde pecado no se viese manifiestamente.

Con esto no se quita que, si alguna cosa se os representase diferente de lo que al Superior, y haciendo oración os pareciese en el divino acatamiento convenir que se la representásedes a él, que no lo podáis hacer. Pero si en esto queréis proceder sin sospecha del amor y juicio propio, debéis estar en una indiferencia antes y después de haber representado, no solamente para la ejecución de tomar o dejar la cosa de que se trata, pero aun para contentaros más y tener por mejor cuanto el Superior ordenare.

Y lo que tengo dicho de la obediencia, tanto se entiende en los particulares para con sus inmediatos Superiores, como en los Rectores y Prepósitos locales para con los Provinciales, y en éstos para con el General, y en éste para con quien Dios nuestro Señor le dio por Superior, que es el Vicario suyo en la tierra; porque así enteramente se guarde la subordinación, y, consiguientemente, la unión y caridad, sin la cual el buen ser y gobierno de la Compañía no puede conservarse, como ni de otra alguna congregación.

Y éste es el modo con que suavemente dispone todas las cosas la divina Providencia, reduciendo las cosas ínfimas por las medias, y las medias por las sumas, a sus fines. Y así en los Ángeles hay subordinación de una jerarquía a otra; en los cielos y en todos los movimientos corporales reducción de los inferiores a los superiores, y de los superiores, por su orden, hasta un supremo movimiento.

Y lo mismo se ve en la tierra en todas policías seglares bien ordenadas, y en la jerarquía eclesiástica, que se reduce a un universal Vicario de Cristo nuestro Señor. Y cuanto esta subordinación mejor es guardada, el gobierno es mejor, y de la falta de ella se ven en todas congregaciones faltas tan notables. Y a la causa en ésta, de que Dios nuestro Señor me ha dado algún cargo, deseo tanto se perfeccione esta virtud, como si de ella dependiese todo el bien de ella.

Y así como he comenzado, quiero acabar en esta materia, sin salir de ella, con rogaros por amor de Cristo nuestro Señor, que no solamente dio el precepto, pero precedió con ejemplo de obediencia, que os esforcéis todos a conseguirla con gloriosa victoria de vosotros mismos, venciéndoos en la parte más alta

y difícil de vosotros, que son vuestras voluntades y juicios; porque así, el conocimiento verdadero y amor de Dios nuestro Señor posea enteramente y rija vuestras ánimas por toda esta peregrinación, hasta conduciros con otros muchos por vuestro medio al último y felicísimo fin de su eterna bienaventuranza.

En vuestras oraciones mucho me encomiendo.

De todos *in Domino*.

IGNACIO

Fray Francisco de Osuna

Fray Francisco de Osuna (1492-1540), franciscano, autor de múltiples doctrinas ascéticas, expuestas en seis obras principales tituladas cada una *Abecedario Espiritual*.

Cada una de estas obras consta de tantos capítulos como letras tiene el abecedario castellano, y cada capítulo va encabezado por una sentencia, en dístico octosílabo, iniciada por una de las letras del abecedario. El tenor de las sentencias difiere de unas a otras, de modo que cada obra resulta un pequeño *centón* o le falta para serlo lo que va de veintisiete a ciento.

El *Abecedario Cuarto* se aparta de este módulo general guardado por Francisco de Osuna, y es un tratado armoniosamente construído de ascética. Se titula *Ley de Amor*, y salió a luz en 1536. He aquí cómo desarrolla la misma doctrina del *amor de sí mismo*, que hemos leído en el libro de Alonso de Madrid expuesta con gran originalidad y gracia personal.

ABECEDARIO ESPIRITUAL

CAPÍTULO XXXI

En las cosas sobredichas, te he puesto tres maneras de amar a ti mesmo: la primera consiste en obrar todas las cosas que hicieres por haber a Dios y buscar su favor en todas ellas; y esta manera corresponde a la primera parte del grân mandamiento del amor de Dios. Y no te maravilles que en tu amor y en el de nuestro Señor haya correspondencia, porque él dice que este mandamiento en que manda que te ames es semejante al mandamiento en que te manda que lo ames.

La segunda manera de amarte consiste en contradecir y destirpar tus malas inclinaciones; y ésta corresponde a la segunda parte del gran mandamiento del amor, en que te es mandado que ames a Dios de toda el ánima. La tercera manera de amarte consiste en que eches tu cuidado en el amor de Dios, porque amar a Dios es amar a ti mesmo; y ésta responde a la tercera parte de la primera ley del amor, en que te manda Dios que lo ames con toda la memoria. Pues para mientes que he declarado la ley de tu amor de tres maneras, conforme a los tres estados de los varones estudiosos en la virtud. Si eres principiante, haste de amar aborreciendo en ti y contradiciendo a tus malas inclinaciones, según dijo San Agustín. Si eres varón ya más aprovechado, haste de amar buscando para ti a Dios en todas las cosas, pues que puede ser hallado, y él se ofrece a los que lo buscan. Si eres de los perfectos, conviene que te ames de la tercera manera, que es amando a Dios con gran vehemencia de amor, ofreciéndole tus entrañas dos mil veces al día, y renovando en ti una viva afición en lo profundo de tu pecho, con la intensísima atención a sólo él, tras la cual vaya todo el hombre interior al que lo crió. Y aun has de saber que como este amor que te has de tener se haya de referir a Dios para que sea meritorio, y del mesmo Dios procedan las virtudes y toda bondad, ca por esto se dicen emanación suya, y él se dice Señor de las virtudes, que son cierta participación del mesmo Dios enviada a la tierra para que de ella hinchan sus deseos los que verdaderamente se quisieren amar, porque ni a Dios ni a ti amas más de cuando las buscares y tuvieres, adquiriéndolas con más ansia que si fuesen oro o piedras preciosas.

CAPÍTULO XXXII

De otra manera cómo debe el hombre guardar la ley del amor consigo mesmo

Porque en la gran ley del amor se añade en otra parte que también *habemos de amar a Dios con todas nuestras*

fuerzas [1], y esto parezca cuarta añadidura o cuarta manera de amar a Dios, para que el amor con que te has de amar a ti sea más semejante al amor con que has de amar a Dios, a cuya semejanza eres hecho, te quiero poner aquí otra manera de amarte, que sea como cuarta con las tres de arriba, y ésta incluye y abraza todas tus fuerzas, según adelante verás. Esta cuarta manera de amarte se funda sobre una sentencia de San Agustín, que dice: «El que quiere dar ordenadamente limosna, debe comenzar de sí y darla primero a sí mesmo, ca la limosna es obra de misericordia, y verdaderamente es dicho [2]: "Habe misericordia de tu ánima agradando a Dios; ca *el que es malo para sí, ¿para quién será bueno?*"». Lo de suso es de San Agustín; en que muestra que aquel ama su ánima que le hace limosna; y como esta mesma sentencia pueda haber lugar en todas las obras de misericordia, aquel según todas sus fuerzas se amará que las ejercitare todas consigo mesmo y con su ánima, según se sigue.

La primera obra de misericordia es *visitar los enfermos o encarcelados*; y ésta has de cumplir con tu ánima teniendo cada día algún tiempo señalado en que le preguntes, por menudo, cómo le va, examinando su conciencia: mira si está enferma de alguna tibieza, si tiene resfriado el amor de Dios y se ha encendido en ella la calentura del amor ajeno; lo cual, si luego no pudieres tan presto remediar, vuélvete a Dios, diciendo [3]: *Mira, Señor, que quien amas, tiene enfermedad.* Cosa es muy fuera de razón que quien es amado de Jesús enferme; porque Jesús quiere decir *salud*, y su *salud* es su amor, que siquiera por su reverencia nos debría refrenar, así del amor extraño como del frío de la tibieza, ca los amados de tan gran amador siempre debrían estar fervientes en su bienquerencia.

Ítem, mira si está tu ánima en la cárcel de algún pecado mortal, y dirás al Señor, para que te ayude a la redemir [4]: *Saca de la cárcel mi ánima, para que confiese y alabe tu nombre.* Muy mala es la cárcel donde no puede ser Dios loado, y por tanto has de salir de ésta más presto que de otra alguna; empero, si solamente está en la cárcel de la vida presente contra su voluntad, podrás decir con aquél que mucho se amaba [5]: *¿Quién me librará de la cárcel de esta muerte?* Esta primera obra de misericordia que has de hacer con tu ánima, consiste en tener cada día conjugación y examinar lo que es tan necesario para aprovechar, que ya no se hiciese antes, se debe hacer a lo menos, según dice San Crisóstomo, después de hombre acostado, antes que se duerma. La segunda obra de misericordia es *dar de comer al hambriento*; y también has de guardar ésta con tu ánima, que, como otro Elías, ha hambre algunas veces de la vianda que Cristo dejó en el altar, con que se mantuviesen las ánimas de los que aman. Mira que no se diga de ti aquello de Job [6]: *Al que había hambre, quitó el pan.* En la mesa del altar está el *pan del cielo*; y tú, siendo envidioso, aun de tu ánima se lo quitas, y no se lo das siquiera las fiestas principales. Hinche tu ánima de tantos bienes, y cuando los pequeños deseos tuyos piden este pan, no dejes de partírselo, porque crezcan con él; cata que Cristo dice que dejemos ir a él los pequeños, y el Sabio dice [7]: *No desprecies el ánima que ha hambre.* Esta obra de misericordia que has de tener con tu ánima, si la amas, consiste en que cada vez que su buena conciencia quisiere aquesto santo comer, te aparejes y se lo des y no dejes de comulgar las fiestas principales, y aun cada vez que vas a la Iglesia piensa que vas a la casa del convite y despierta en ti el deseo de comulgar, si quieres recebir cada vez nueva gracia. Muy gran servicio hace a Dios y provecho a su ánima el que cada vez que ve la hostia consagrada desea comer de ella, si con este deseo tiene algún descontento de sus pecados, que es como brevísimo aparejo para *comulgar espiritualmente.*

La tercera obra de misericordia es *dar de beber al sediento.* ¿Nunca tu

(1) Luc. 10, 27.
(2) Eccli. 14, 5.
(3) Ioan. 11, 3.
(4) Ps. 141, 8.
(5) Rom. 7, 24.
(6) Iob. 22, 7.
(7) Eccli. 4, 2.

ánima tiene alguna sed de alguna devoción, nunca tiene sed de la palabra de Dios, nunca desea beber lágrimas siquiera por medida? Si hubiere sed de alguna de estas tres cosas, dale a beber y allegarás sobre su cabeza, que es la parte más alta, con que contempla a Dios, brasas de encendida caridad con que ames a ti y a él primero. No dejes de oir el consejo que te da Isaías diciendo ([8]): *Salid al camino: al que ha sed, traed agua los que moráis en la tierra del solano y ocurrid con panes al que huye.* No hay como mejor se remedien y conserven los que vienen huyendo del mundo y de los pecados que con las cosas sobredichas; el Pan de la sagrada comunión nos confirma en todo buen propósito, y el beber de la devoción procurada hace que muera en nosotros la mala sed de los vicios, que siempre dice *daca, daca.* Esta obra de misericordia consiste principalmente en que des a beber a tu ánima el agua de la saludable sabiduría. Y ten este aviso, que dende un sermón hasta que oyas otro, guardes en tu memoria la mejor sentencia que en él oyeres que haga a tu caso y tráela siempre en tu memoria, para que siquiera a ratos pienses en ella, y ten señalado algún rato del día para llorar tus pecados, o de la noche, porque entonces salga tu ánima a la fuente, como otra Judit ([9]).

La cuarta obra de misericordia es *redemir al captivo.* Nunca tu ánima está captiva en alguna mala costumbre; mira que aun San Pablo dice ([10]) que *conocía en sus miembros una mala ley que llevaba captiva la ley de su ánima al pecado;* lo cual dice el Apóstol porque tú no te descuides ni hayas vergüenza de te conocer vencido debajo del pecado y condenado a obras de lodo y ladrillo, apremiado con la dura servidumbre de los males, y muchas veces vencido con la luenga costumbre de los vicios; en tal manera, que a las veces hagas lo que no querrías, y esto por la dureza de los demonios, que presiden con mucha solicitud a las obras de los malos y ponen mucha fuerza en captivar las ánimas de ellos; mas tú redime tu ánima, ca puedes hacer fuerza al enemigo; esfuerza tu brazo, porque de ti puede ser dicho ([11]): *El yugo de su carga, y la vara de su hombro, y el cetro de su demandador importuno, sobrepujaste.* Miserable es aquesta captividad que no pueda ser vencida sino por las manos del poderoso Jacob, que sabe muy bien luchar y salir con lo que quiere.

Tres cosas ejercita el pésimo captivador sobre el ánima mísera: la primera es *imponerle* un yugo de carga muy pesada, que aflige mucho la conciencia con el pecado, que en la Escritura se llama *carga pesada.* Y dícese *pesada* porque siempre nos inclina más, aún hasta el infierno profundo, empero no se siente este peso hasta que el hombre procura de redemir su ánima y sacarla de la mala conversación pasada. Pónese ejemplo en un cubo de agua, que, estando lleno de agua dentro en el pozo, entre la otra agua, no pesa hasta que procuras de lo sacar fuera; entonces, como quien sale de mala gana, comienza a pesar; y así te acontecerá cuando quisieres dejar alguna mala costumbre, porque dura cosa es dejar hombre lo que solía seguir, en tal manera, que si trabajas por desechar el yugo del demonio, sentirlo has más pesado, y dirás ([12]): *Mis maldades subieron sobre mi cabeza, y así como carga pesada se agraviaron sobre mí.* El yugo de Cristo, suave, y la obediencia ligera de sus mandamientos te ayudará a desechar el yugo pesado de tu mala costumbre.

Lo segundo que hace en el ánima el captiverio de la mala costumbre, es *ponerte* una vara en el hombro como aguijada con que te ahinca para que más trabajes en su servicio. Y a esta vara o estímulo de más mal te pone sobre el hombro, por desechar de allí el principado de Cristo, que había de llevar con él la cruz; empero, si trabajas por la tomar a tus cuestas y propones de padecer algo por Dios, podrás por la cruz ser libre. En lo tercero que

([8]) Is. 21, 14.
([9]) Iudith 12, 7.
([10]) Rom. 7, 23.
([11]) Is. 9, 4.
([12]) Ps. 37, 5.

dijo Isaías, que es el *cetro*, se denota la *jurisdicción* que mediante la mala costumbre cobra sobre ti el demonio, alegando larga posesión para no te soltar; empero, si tú quieres sacar de captivo tu ánima, has de decir que la mala fe nunca hace firme la posesión por larga que haya sido.

Si quieres sacar tu ánima del captiverio de la mala costumbre, una cosa sobre todas te conviene, la cual hallarás que acaeció antes que saliesen los hijos de Israel de la captividad prolija de Egipto, y luego después de ésta salieron, y sola ésta tuvo más eficacia que todas las otras; y es que vino el ángel heridor y mató todos los primogénitos de la tierra de Egipto, dende el primero hasta el postrero. Primogénitos son en ti los primeros movimientos que, con algunos solapados pensamientos de mal, comienzan a nacer en ti. Si éstos no matas, créeme que jamás saldrás de captivo, porque estos te prenderén, si crecen algún poco, como prendieron los ladroncillos de Siria la hija de Israel. Para poseer el demonio con mayor seguridad y detener siempre el pueblo de Israel, hacía matar todos los niños que nacían en el pueblo de Dios, porque jamás deja él de crecer los buenos deseos; ca éstos, si creciesen, lo echarían a él de la posesión que ha cobrado en tu ánima por la mala costumbre, empero conviénete usar contra él de su mesma cautela, y matar todos los primeros gitanillos que él hiciere nacer en ti, si quisieres ser luego libre.

La quinta obra de misericordia es *vestir al desnudo*. Si la pena y el dolor de tus pecados te hiciesen abrir los ojos del corazón, bien creo que te verías desnudo de virtudes, y tanto peor, cuanto más espiritualmente, porque la desnudez de las virtudes peor es mucho que no la de las vestiduras. Y como las virtudes sean más fáciles de haber que las vestiduras, con mucha razón se puede quejar de ti tu ánima, pues con sólo querer se compran las virtudes que todos pueden haber, y las vestiduras cuestan dineros; y por esto con mucha razón se puede decir de ti [13]: *Quitaste la prenda de tus hermanos sin causa y despojaste de las vestiduras los desnudos.* La gracia del Espíritu Santo se llama en la Escritura *prenda que nos da el Señor en señal o esperanza de la gloria*; y esta *prenda* se llama también *virtud de las alturas*, con que nuestros hermanos los apóstoles y los otros fieles de la primera Iglesia fueron vestidos, según Cristo les había prometido; el cual no menos viste a los santos de aqueste nuestro tiempo que a los del tiempo pasado, porque el mesmo poder se tiene agora que entonces, salvo que las gracias que agora da son más secretas y, por nuestros pecados, muy raras, como rebusca tardía que apenas halláis que coger; empero la culpa es a nosotros, que con nuestros malos merecimientos quitamos de nuestra ánima esta prenda de que podríamos muy santamente usar, si no lo estorbasen nuestras malas obras; la cual dice el Señor que quitamos porque no la merecemos tener, aunque de su parte no concurre causa de dureza ni escaseza alguna,

Dícete más el Señor: que despojaste los desnudos de las vestiduras; si despojaras los vestidos no fuera tanto mal, empero despojando los desnudos eres notado crudelísimo, porque no se pueden despojar los desnudos sino desollándolos, y tú desuellas a tu ánima de las virtudes que Dios infunde en ella, y a tu cuerpo de la buena conservación con que te debrías amparar de los demonios, que, como cuervos, están muy prestos para herir a los que de esta manera se descubren y desuellan. De la mujer sabia se dice que tenía a los de su casa vestidos con dobladas vestiduras, porque las aficiones del corazón, de nosotros y de Dios nuestro Señor deben ser favorecidas; ca no basta la bondad moral solamente, sino que también es menester bondad meritoria, las cuales dos cosas si faltaren en ti se podrá decir que desuellas aun tus entrañas, pues por tu negligencia y malicia falta todo. No sea, hermano, de esta manera, sino mira que dice San Pablo [14] que *es peor que infiel aquel que no tiene cuidado de los de su casa interior*; y toma el consejo de Isaías,

[13] Iob 22, 6.

[14] I Tim. 5, 8.

que dice [15]: *Cuando vieres al desnudo cúbrelo y no desprecies tu carne.*

De dos vestiduras parece que hace aquí el profeta mención: la primera es la interior del corazón; y de ésta dice que cuando vieres con los ojos interiores al desnudo, lo cubras con aquesta vestidura; de la cual dice San Pablo [16]: *Pues vestíos así como escogidos de Dios santos y amados, entrañas de misericordia, benignidad, humildad, templanza, paciencia; sufriéndoos unos a otros y perdonándoos, si alguno tiene alguna queja contra el otro, así como Dios os perdonó; empero sobre todas las cosas tened caridad que es lazo de perfección, y la paz de Cristo se goce en vuestros corazones.* La segunda vestidura parece que pertenece al cuerpo, y de ésta dijo que no menospreciases tu carne, avisándote que tengas honesta conversación y des buen ejemplo; porque, según dice San Bernardo, nunca está lo de dentro sin lo de fuera, ca dentro y de fuera mandó Dios que vistiesen el arca de oro.

La sexta obra de misericordia es *acoger el peregrino;* y tu mesma ánima es peregrina, que no tiene aquí permaneciente ciudad, y aun fuera de ti anda tu ánima en no se qué maravillas y fingimientos, y eres como uno de aquellos de los cuales se dice [17]: *Salidos, apartáronse de sí.* Pues que estás fuera de ti, razón es que digas a ti mesmo: Entra, bendito del Señor, porque estás fuera; no serás bendito si no recogieres en ti tu ánima, ni te asentarás con holganza alguna, porque no hay convenible lugar para tú ánima en el diversorio de aqueste mundo hasta que torne al pesebre del corazón; empero, pues que andas vagueando fuera de ti, y en las cosas mundanas, no hay donde pueda reposar el pie de tu afición, da voces, aun llorando, y llama a tu ánima que venga a tener en ti mesma quietud, porque se puede decir de ti [18]: *Oyó el Señor la voz de Elías y tornóse el ánima del muchacho dentro en él, y revivió.* Más de mal se nos hace a nosotros de llamar que a Dios de oír, ca pues él nos manda que llamemos a él, señal es que no quiere presto oír, mayormente en el caso presente, que sin su favor no se puede hacer. Más fácil es de tornar un ave a la jaula que no un ánima derramada al corazón, porque la paloma de su voluntad tornó al arca y estuvo queda cuando Noé extendió la mano para meterla dentro, mas desque nuestra ánima se veza a vaguear y ama mover sus pies, que son sus deseos, no la puede hombre revocar sin el favor de Dios, y por esto, para que uses con tu ánima esta obra de misericordia, es menester que, esforzándote tú a la revocar, digas también a Dios con Ester [19]: *Si hallé gracia en tus ojos, oh, rey celestial, y si te place, dame a mi ánima, por la cual te ruego.*

La séptima obra de misericordia es *enterrar el muerto.* ¡Oh, si fueses tú de aquellos muertos de que dice San Juan [20]: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!;* porque dende agora dice el Espíritu que huelguen ya y descansen de sus trabajos. No bendice aquí solamente San Juan a los que mueren en el Señor, sino a los muertos que mueren en el Señor. En ti mesmo mueres cuando amortiguas tus malas inclinaciones; y en Dios que es vida, mueres de una muerte vital, por la gloria de Dios, cuando cesando en ti la imaginación te ajenas de los sentidos corporales para sentir más puramente a Dios, y entonces huelgas de los trabajos que hasta allí ha tenido tu fantasía. Y porque solas tus fuerzas no bastan a esto, dice el Espíritu de Dios que *tengas quietud entera,* y estés por una maravillosa manera muerto, porque hombre vivo no verá a Dios viviendo como los otros. Si tal es tu muerte, razón es que sea tu sepulcro glorioso, y que oigas la voz de tu ánima, que te dice [21]: *Hazme esta misericordia; que no me sepultes en Egipto, sino que duerma con mis padres, y llevarme has de esta tierra.* Esta voz es de Jacob, y aun de Israel, que con los santos desea dormir por contemplación, no en esta tierra penosa, sino en la tierra de los vivos, adonde, sepultados en Cristo,

[15] Is. 58, 7.
[16] Col. 3, 12.
[17] Dan. 13, 13.
[18] III Reg. 17, 22.
[19] Esth. 8, 5.
[20] Apoc. 14, 13.
[21] Gen. 47, 29.

conviene que pongas tu ánima en su costado, si quieres tener sepulcro de piedra viva, nuevo y glorioso; allí se sepultaron, aún vivos, nuestros padres los apóstoles, haciendo nidos como palomas en las concavidades de la piedra, porque ellos en Cristo tenían escondida su vida, tanto mejor cuanto más muertos parecían.

De la manera sobredicha has de cumplir con tu ánima no solamente las siete obras de misericordia corporales sino las siete espirituales, si quieres tenerte amor y que se pueda decir de ti [22]: *El que tiene misericordia enseña y doctrina como pastor su ganado; haya misericordia recibiendo la doctrina de la piedad.* Mucho es en calidad el ganado que dentro de ti tienes, y pues que te es mandado que lo ames, haslo de enseñar ir por recto camino y pacer en dehesa segura. Una oveja que tienes, pues que es tan tuya, hasla de amar más que si fuese tu hija, ca es tu ánima, para con la cual no has de tener, según dice el Señor, a todo el mundo en un maravedí, y de tal manera has de preciar más tu ánima que todo el mundo, que si viniese caso en que por un pecado mortal que tú hicieses se hubiese de salvar el mundo, debrías escoger no pecar por no perder el amor de Dios, que se destruye con el pecado, y por no perder el amor de ti mesmo, que te aborreces cuando pecas, según dice David.

Para que haya más correspondencia del amor que debes tener a ti al que debes tener a Dios, para mientes que en otra parte se añade a la gran ley del amor que sea *según toda tu virtud*, y conforme a esto aun hay otra manera con que se aman los varones recogidos, de la cual dice el Sabio [23]: *El que solamente sigue las palabras, ninguna cosa habrá; mas el que es posesor de su memoria, ama su ánima.* Los que solamente siguen las palabras y se quedan sin fruto, según dice la *Glosa*, los que leen los libros por estar escritos en latín muy elegantes o en romance muy pulido, como acaece el día de hoy, que son en más tenidos los buenos latinos que los buenos teólogos; empero, dejando esto, y hablando conforme al sentido espiritual, que es de más edificación, has de saber que los que siguen las palabras son los que se dan demasiadamente a las oraciones vocales y no se curan de las entender ni meditar, y éstos habrán poco o ningún fruto de ellas; empero, el que posee su memoria por vía de recogimiento, deteniéndola, según dice la *Glosa*, porque no ande vagueando, este tal ama verdaderamente su ánima, porque la tiene toda junta y no la desperdicia, como los hombres distraídos, que hacen tantos pedazos su ánima cuantos negocios tienen; mas los recogidos ámanla tanto que la guardan toda junta, según les aconseja el Sabio, diciendo [24]: *Habe misericordia de tu ánima agradando a Dios y ten junto y allega tu corazón en su santidad.*

Si quieres, pues, hermano, amarte del amor que Dios manda que te ames, mira las cinco maneras susodichas y sigue cualquiera de ellas; y todo otro amor que fuera de ellas te tuvieres, cree que es aborrecimiento, y si te parece a ti que es amor, acuérdate que el gato piensa que ama sus hijos cuando se los come, y no es así, porque aquélla es obra de gran aborrecimiento, pues les quita la vida.

---

[22] Eccli. 18, 13.

[23] Prov. 19, 8.

[24] Eccli. 30, 24.

ALEJO VENEGAS DEL BUSTO

Era natural de Toledo, donde vio la luz hacia el año mil cuatrocientos noventa y tantos, de familia hidalga, supone el P. Mir, pero no acomodada. Fue monaguillo en la catedral toledana, a cuyas expensas se educó en la escuela adjunta al Cabildo. Auxiliar del Maestro Cedillo, a quien le unió además larga y estrecha amistad, casó con Marina Quijada, de quien hubo abundante prole que le obligó a trabajar tan intensamente que, en ocasiones, vióse forzado «a quitar de las horas debidas al sueño para entresacar alguna partecilla del talento que Nuestro Señor nos ha dado en cargo». En estas estrecheces fue auxiliado por los Condes de Mélito y por el Cardenal D. Francisco Bobadilla Mendoza, entre otros. Se trasladó a Madrid, donde siguió dedicado a la enseñanza, y aquí se hallaba en mayo de 1545, al prologar su obra *De las diferencias de libros que hay en el universo;* consta igualmente su estancia en Madrid en octubre de 1548, agosto de 1552 (prólogo a la traducción que Agustín de Almazán hizo de *El Momo* de León Baptista Alberto), y en octubre de 1561, fecha de su escrito «Al benévolo y pío lector» en la *Arithmética* de Pérez de Moya. Debió, sin embargo, regresar a Toledo, pues allí otorgó testamento el 1 de agosto de 1562, ya enfermo de muerte, y el día 8 del mismo mes y año se le daba por fallecido al hacer el inventario de sus bienes.

BIBLIOGRAFÍA. *Agonía del tránsito de la muerte,* Toledo, 1537. Reimpresa en el vol. I de «Escritores Místicos Españoles», vol. XVI de la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», ed. abreviada por «Cruz del Sur», Buenos Aires, 1948.

AGONÍA DEL TRÁNSITO DE LA MUERTE

DEL TERCERO GÉNERO DE TENTACIONES QUE SON DE LOS VICIOS PARTICULARES Y PROPIOS DE LAS PROUINCIAS

...digo que vicio particular y propio de la nación es el vicio de la gente nacional o provincial que no comunica con el vicio de las otras naciones. De aquí se saca: que robar, adulterar y matar, y otros semejantes a éstos, no serán vicios de la nación española porque son comunes con todas las naciones del mundo. Luego los vicios propios de España, de los cuales tienta el diablo a los españoles, ni han de pasar del monte Pirineo adelante, ni del estrecho de Gibraltar. Éstos son, a mi ver, cuatro:

El primero es el exceso de los trajes, los cuales, por exceder tras ordinariamente al caudal ordinario de la renta o hacienda, engendran ordinarias trapaças y pleitos. Por cuya causa están las ciudades afiançadas, y eso poco de la hacienda que havía de andar como en rueda del mantenimiento de casa, se va en las audiencias para pagar a los ministros de la justicia.

El segundo vicio es que en sola España se tiene por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay abundancia de holgazanes y malas mugeres, de más de los vicios que a la ociosidad acompañan. ...No somos para más los baldíos de para augmentar el número de los hombres y comer pan de balde. Los cuales si no tuviesen por deshonra el oficio mecánico, allende que represarían el dinero en su tierra que para comprar las industrias de las otras naciones se saca, escusarían muchos pecados que ordinariamente suelen nacer de la ociosidad.

El tercero vicio nace de las alcuñas de los linages; el cual, aunque paresce común con las otras naciones, en esto es propio de España, que se da por afrenta la novedad de familia si no se deriva de la península de Scandia — o, según Jacobo Ziglero, Schondiade — donde dice Jornandis que salieron los Godos. Y aunque dice el apóstol que Dios no es

aceptador de personas, piensan los que en España se cevan de las alcuñas que de los antiguos blasones tienen facultad para blasonar de los otros, y a los que Dios ayuntó en una Iglesia, quiere desaspriscar el retinte de las hazañas de los antepasados... ,

El cuarto vicio es que, la gente española, ni sabe ni quiere saber. Por el cual vicio no solamente no buscan quien les aconseje lo que les cumple; mas al que por caridad quiere dar consejo de suyo, movido por lo que el Eclesiástico dice: *A cada uno mandó Dios que tuviese cuidado sobre su próximo*, en lugar de agradescimiento, le dicen que mire sus duelos y no se cure de los agenos. Como si fuesen al pie los males de la cabeça. Deste vicio nació un refrán castellano, que en ninguna lengua del mundo se halla sino en la española, en donde solamente se usa, que dice: *Dadme dineros y no consejo.*

. . . . . .

QUE TRATA QUE COSA ES DECLARACIÓN Y QUANTAS DIFFERENCIAS AY DELLA

Con mucha razón reprehende Marco Tullio, muy magnífico señor, a los Romanos, porque menospreciavan su propia lengua Latina, y no querian leer libro que no fuese escripto en la griega. Como si tanto fuera mayor la ciencia: quanto menos se entendiera la lengua en que se encerrava. Este vicio de menospreciar la propia lengua, se estendió tánto quasi por todo el mundo, que hasta hoy queda arraygado en la opinión de muchos vulgares. Mas los prudentes, que miran la cosa de dentro, hallan ser verdad lo que en otro lugar escrivió el mismo Marco Tullio: Que debaxo de capa vieja muchas vezes habita la sapiencia. Es lo mismo que dize el refrán: Debaxo del sayal ay al. Por lo qual, pues nuestra lengua Castellana es derivada de la lengua Romana, de la qual tomó nombre de romance, no es razón que se desprecie: pues la fuente Romana donde ella salió, fue tan estimada, que porque se estendiesse por todo el mundo, hizo un decreto el senado Romano, que no oyessen a los embaxadores que fuessen a Roma, sino explicassen su embaxada en latín. Y a esta causa, Sertorio, capitán Romano que fue. lxx, años antes del advenimiento de nuestro redemptor, estatuyó que se leyese Latina en la ciudad de Huesca de Aragón, y dexó renta para que, a manera de collegiales, diesen a comer a los hijos de los nobles de España, como lo escrive Plutarco en su vida. De manera que no es otra la lengua Castellana que la Latina; sino fuera dejarretada de su natural proporción por las gentes bárbaras que después vinieron a España; las quales, así como asolaron las poblaciones antiguas, así no perdonaron la virginidad de la lengua sin que con su Babilónica barbareria la corrompiesen. Como si plaze a nuestro señor explícitamente declararemos en una arte de grammática, en que al presente entendemos, para que por ella puedan las monjas aprender la lengua Latina sin preceptor. Y aunque juntamente entendemos en otros libros: ponemos más diligencia en esta arte que en otra obra, por el mandamiento de la muy magnífica y muy religiosa Señora doña Ysabel de Viana: que por la religión que professa, se intitula de Sancta Clara, Abadesa del monasterio de Sant Joan de la penitencia en esta ciudad de Toledo. Porque como esta señora es de las primeras que fundaron la casa, tiene experiencia de la ventaja que haze en los exercicios espirituales las religiosas que entienden las horas que rezan. Entre tanto que esta arte no sale, antes que declaremos las dificultades que ocurren en la lición del libro del tránsito. Brevemente diremos qué cosa es declaración, y quántas maneras ay della. Declaración es una desemboltura de la cosa encogida. Quiero dezir, que así como la cosa embuelta no se cognosce hasta que se descoge, así el libro, por claro que sea, se dize que está encogido. Que de verdad no basta que sea escripto en lengua vulgar, si la materia de que el tal libro trata pasa de la raya del juyzio vulgar. Quanto a lo segundo, otros hallarán otras declaraciones, mas las que al presente a mí se me ofrescen, son quatro diferencias de declaración. La primera se dize explanación, la segunda dilatación, la tercera contractación:

y la última interpretación. La explanación se divide en tres especies, que son glossa, enthymema y escholio. La dilatación se divide en dos, cuento poético y paráfrasis. La contractación se divide en tres, comentario, epítome y detruncación. La interpretación se divide en dos, en translación de palabra por palabra, y en translación de sentido por sentido. La glosa en griego quiere dezir lengua, porque el texto que declara es como hombre mudo que habla por señas; y la glosa que sirve de lengua, declara lo que significa el texto, a los que no estienden las señas. El enthymema quiere dezir commento o imaginación. Haze lo mismo que la glosa, y difiere que la glosa es de cosas ciertas, y el commento de cosas imaginadas: las quales aunque pueden ser verdaderas, no dexan de ser dubdosas. El escholio es nombre diminutivo de schola, y es lo mismo que significa en romance declaracioncilla, porque succintamente toca algunos puntillos que hazen dificultad en el texto. La poética narración es una explicación por rodeos de fingimientos, con tal que no salgan de los límites de la razón, porque no es otra cosa sino una fictión racional; que por vía de admiración guía al entendimiento del oidor. La paráphrasis es una mistura de texto y glosa: porque el texto sirve de huessos y la glosa de carne; de modo que resulte un cuerpo de entrambos. Quiere decir paráphrasis en Griego tanto como *addictionem* en Latín: que es seguir juntamente con el razonamiento del texto. El comentario en una significación quiere dezir suma de cosas, y en esta es texto del libro. En otra significa declaración de algún texto: y en esta es una declaración abrevia. Difiere del escholio, en que va proseguido el commentario, y el escholio va haziendo salto en el texto. La epítome quiere dezir acortamiento, porque suma y acorta la sentencia del texto en breves palabras, a manera de recapitulación. La detruncación es un entresacamiento de algunos razonamientos del texto, por las mismas palabras que estavan en el mismo texto, de donde se saca, como lo hizo el Obispo don Paulo del difusísimo vocabulario de Festo Pompeio. La interpretación en griego se dice Hermenia, que es traslación o conversión de una lengua en otra. Trasladar palabra por palabra, es viciosa interpretación; como hazen los que declaran algunas authoridades sagradas, los quales por presumir de ser fieles en las palabras, son muchas vezes infieles de la verdadera traslación del sentido; pongamos ejemplo: El que traslada: *In principio erat verbum*, en el principio era la palabra; no mira que, en este lugar, se toma *principio* por el Padre Eterno, y *verbum* por la noticia y cognoscimiento que eternalmente el Padre tiene de sí, y aquel verbo, *erat*, no significa tiempo, sino el ser eterno de la segunda persona de la sanctíssima Trinidad. De manera que por ir muy apegado a la interpretación de palabra por palabra, pierde el verdadero sentido, porque no hay lengua en el mundo que en todo se conforme con los vocablos y maneras de hablar que hay en otra. De todas estas diferencias y especies de declaración, nos aprovecharemos en la obra presente, porque de verdad es tanta la diversidad de las cosas que ocurren, que todas estas declaraciones hazen a nuestro caso. Entre las quales el buen juizio sabrá distinguir conforme a las difiniziones que aquí brevemente tocamos.

Fray Alonso de Madrid

De Fray Alonso de Madrid no sabemos sino que nació en la villa de su apellido, que entró en los Franciscanos de la Regular Observancia y que, hacia mitad del siglo XVI estaba en Salamanca, donde afirma Ambrosio de Morales que se confesó con él. El año 1521 publicó su célebre libro *Arte para servir a Dios*, y en 1525 lo adicionó con otra obrita titulada *Espejo de Ilustres Personas*. Juntos o separados se reimprimieron reiteradamente, ya en español, ya traducidos al latín, al alemán, al francés y al italiano.

El *Arte para servir a Dios* toma la palabra «Arte» en el sentido de *método*, lo mismo que otras obras se titularon *Arte de la Lengua latina*, *Arte de Reinar*, *Arte de los Metales*, etc. Fray Alonso de Madrid pretende pues, reducir a método lógico la ascética o práctica de la virtud. Este *Arte* así entendido, consta de siete principios o bases, que el autor llama *Notables*. El lector puede tener idea del contenido de cada uno de estos principios y del estilo del autor.

ARTE PARA SERVIR A DIOS

NOTABLE I

..Y en el Evangelio dijo Cristo: *Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos* (1). Cierto es muy justo que sea santo quien es hijo de Padre a quien sin nunca cesar llaman santo los serafines, porque nunca, olvidando nosotros cuyos hijos somos, no nos contentamos hasta ser santos según nuestra flaqueza esto es, hasta que apartemos nuestro corazón del amor de toda cosa terrenal y le pongamos en nuestro Padre, que es de bondad infinita, alumbrador y santificador, muy ganoso de quien a Su Majestad se allega como a Padre tan alto y de tan infinitas grandezas y excelencias; y ayuda aún para más movernos a esto lo que arriba se dijo.

Vista ya la obligación que a la santidad tienen todos, aunque más en especial los religiosos, como más escogidos para ella, notaremos también que, así como en este mundo la mayor parte que uno puede tener con algún rey consiste en ser de un mismo querer y voluntad con él, así la verdadera santidad se encierra y consiste en un solo punto, que es ser un espíritu y de un querer con Dios, aunque para venir a tan alto punto como el sobredicho se requiere pasar por el camino de todas las virtudes que en el santo Evangelio y Escritura santa se escriben, y el Hijo de Dios poderoso nos enseñó con tanto trabajo cuanto sabemos.

Todo lo sobredicho considerado, notaremos, porque con el grande apetito que los hombres tienen de saber tienen también apetito de recoger sumariamente todo lo que en alguna obra se contiene y de qué cosas ha de tratar, que lo que en el presente *Arte* se contiene se puede brevemente coger de la siguiente y sumaria consideración, la cual cumple leerse con reposo.

SUMARIO

Como seamos criados hombres puros y pobres con poder de tornarnos hombres divinales y de muy altas riquezas, lo que siempre debemos procurar para esto, presupuesto el cierto socorro de Dios, es hacer una mudanza en nuestro ánimo, tal que sintamos que ya nuestra voluntad no sirve de querer a Dios y cuanto bien tiene Su Majestad, y de querer a nosotros mismos como a cosa suya y como a cosa de que él se quiere siempre servir por su merced y bondad

(1) Matth. 5, 48.

infinita, en manera que tengamos siempre sus grandezas y excelencias y gloria infinita como cosas nuestras y más que nuestras, y lo amemos y nos gocemos con ello mucho más que con todo cuanto bien tenemos y esperamos y nos puede venir, teniendo por perfecta bienaventuranza que Su Majestad tenga tan infinitos bienes como tiene, casi no curando de nosotros, pero procurando con todas nuestras fuerzas de ir al cielo a verlo y gozarlo más cumplidamente, no por gozarnos más, sino porque Su Majestad, con gloria infinita, infinitamente quiere de bueno vernos engrandecidos de la muy alta posesión y riquezas que él posee, y que poseen asimismo los que escogen por último descanso y bien que Su Majestad tenga tanto gloria como tiene; y esto es ser un espíritu con Dios.

Pero notaremos aún más, para cumplimiento de nuestro sumario, que, visto ya en suma en qué consiste mudarnos de hombres puros en divinales, será asimismo bueno ver en suma lo que, para alcanzar tan alto bien, se trata en esta obra; lo cual consiste en dos cosas, en las cuales debe hacer gran hincapié nuestro corazón si quiere subir a la sobredicha alteza.

La una cosa es en mostrar cuán estragada está nuestra alma para alcanzar tan soberana y tan alta mudanza. Y lo otro, en mostrar y declarar y dar arte para considerar y movernos a remediar este estrago tan grande, y para conoscer y usar de las fuerzas o instrumentos de gran poder que tenemos en el alma para remediar esto, y en especial para conocer el gran señorío mal conoscido y peor usado que nuestra voluntad tiene para hacer la sobredicha mudanza tan grande, y para descomponernos de todas las malas costumbres que tuviéremos y adornarnos de toda virtud; porque, así adornados, estemos habilitados para la sobredicha santidad, que consiste principalmente en el sobredicho punto, que es ser de un espíritu y un querer con Dios, para lo cual se requiere muy necesariamente hacer y considerar con gran diligencia todo lo sobredicho, según que dello se proveerá en las reglas de los seis notables siguientes con todo lo demás que abajo se contiene.

NOTABLE II

..Y para declarar esto, es de notar que el siervo de Dios que a su señor desea aplacer debe plantar en su alma una fuerte voluntad o hábito de querer, engendrado de muchas veces quererlo la voluntad o hábito; y así plantado, le mueva y le haga sentir que todo lo que no obrare con el cuerpo y con el alma, todo lo que pensare y hablare, y aun las virtudes que procurare, y este remedio para su alma, y toda devoción, todo sea porque Dios lo quiere y nos lo demanda siempre, y es dignísimo de ello por su bondad infinita, y es Él servido de ello, quiero decir, hablando con palabras usuales, por hacerle placer. Su Majestad nos dijo que por esto nos hablaba, porque su gozo *sea en nosotros* (2). Y entonces el gozo de Dios está en nosotros, como San Agustín declara, cuando le servimos como Él quiere, y ninguna otra manera hay que tanto le contente como esta que agora acabamos de decir.

Y es que el siervo de Dios quiera tanto lo que Dios quiere, y quiera tanto emplear todo lo que es y puede, y todas las fuerzas interiores y exteriores en servicio de su Dios, que en cada obra que hiciere no sienta otro fin que le mueva sino querer aplacer a Dios; quiero decir, que olvide en alguna manera el bien y la gloria que de la virtud se le puede seguir, y de sólo Dios que lo quiere se acuerde; y solamente entienda obrar, porque Él lo quiere y manda, y con gran razón lo requiere su bondad. Todo lo sobredicho se conoscerá en alguna manera por esta comparación.

Comparación: Está uno doliente; desea para su salud tal vianda o medicina; no sólo desea, pero procúralo. Ofrecióse a la sazón a un gran amigo déste una muy mayor enfermedad con muy mayor necesidad de aquella misma vianda o medecina; viene aquel primer doliente casi olvidado de su alguna dolencia y del deseo de aquella medecina para sí mesmo, y comienza de nuevo a desearla, no para sí mismo, pero para aquel amigo, en manera que el amor de su amigo hace a éste desear y buscar

(2) Ioan. 15, 11.

lo que él ha menester ; y no por satisfacer a su menester, pero por satisfacer a la necesidad de su amigo ; y cuando lo anda buscando, trae en su ánima un deseo que bulle de haber aquello para su amigo, casi olvidado que lo ha menester ; y después que lo halla, gózase, porque así se cumplirá con la voluntad y menester de su amigo.

. . . . . .

. . Quiere decir, dando regla universal, que cada y cuando quisiéramos hacer algo, nunca comencemos hasta poner los ojos en Dios ; en la cual vista no nos contentemos hasta que sintamos aquel querer con gozo infinito que Dios tiene de nuestro bien obrar. Lo cual visto y sentido y conocido que Dios es dignísimo de ser obedescido y servido como tal y desta manera, entonces, como trabados de aquella su muy alta voluntad y querer, pongamos en obra lo que viéremos que debemos hacer, casi olvidados de todo nuestro bien.

. . . . . .

. . Por no haber alcanzado ni aun sentido el sobredicho motivo, muchos han pensado que hacía grandes obras, y hallaron después ser bien pequeñas ; porque muy bien se compadesce que alguna persona bien inclinada y apetitosa de grandes y verdaderos bienes, y que está en estado de gracia, conociendo la grandeza que está en amar a Dios, tenga deseo encendido de tener este amor en perfección, y que este su deseo no sea obra perfecta ; porque puesto caso que el deseo sea de cosa perfecta, no empero aquella obra que es desear será perfecta si le falta el motivo perfecto, que es que nazca nuestro deseo de una gran voluntad que nos haga querer y desear el tal amor, porque Dios quiere que le tengamos para nuestro engrandecimiento, que él mucho ama.

Esto mismo se ha dicho de aquel buen deseo se podría y debe traer para muchos que tienen gran celo de la salud de las ánimas y del bien de la república y comunidades adonde viven, y que tienen las bienaventuranzas que nuestro Redentor dice de hambre y sed de justicia y que lloran por los males que ven y sienten haber en el mundo ; lo cual todo, aunque es bueno, pero puede ser de bajo metal y muy falto de perfección, como ya se platicó del sobredicho deseo del amor de Dios, y por eso debemos estar muy sobre aviso para mover actualmente la voluntad de todas las cosas ya dichas a obrar con el perfecto motivo que acabamos de platicar ; y lo que se ha dicho de aquellas obras se debe entender y ejercitar en todos los movimientos que son innumerables, que al alma se ofrescen, de cualquier calidad que sean, y aun también en cualquier tentación que resistamos ; ca debemos tanto procurar que la Voluntad de Dios reine en la nuestra, que ya ninguna cosa nazca de la nuestra sola, pero más enteramente de la de Dios, reinante en ella, como muchas veces se platicó.

Grande dificultad sentirán los principiantes hasta alcanzar tan alto motivo y tan alta manera de obrar, como está platicado, y muchos días podrá ser que estarán que no alcancen muy a su placer ; pero no deben aflojar ; antes deben considerar que más tiempo trabajan muchos en el mundo por ligeras cosas y no las alcanzan, y nosotros habremos cierto esta merced si la procuramos desde lo muy hondo de la humildad, perseverando y ayudándonos de lo que en los siguientes notables se dice ; y repreh éndase de muy áspera repreh ensión quien pensare ser de alguna estima o con dignidad guardar las cosas en ellos contenidas, considerando la grandeza de la merced que le se promete, que es alcanzar con ello el sobredicho motivo.

NOTABLE III

. . Lo tercero que debe notar el que quiere servir a este tan gran Señor, es procurar de saber de cuántas maneras se puede servir, porque así pueda escoger la que más supiere agradarle. Y pues el mismo señor y maestro de la sabiduría eterna declaró a un mancebo, que esto deseaba saber, que dos son las maneras, no hay más que altercar.

La primera es guardar los mandamientos. La segunda es que quien quisiere ser siervo perfecto, que, dejando cuanto hay en el mundo, siga lo que Su Majestad hizo en la tierra, cuya vida

sagrada en muchas cosas fue ejercitada y con harto trabajo, no porque su muy santa y real persona las hobiese menester, pero porque a nosotros iba la vida en cada una de ellas, quísose hacer siervo por mostrarnos a servir, y sirvió en muchas cosas para darnos a entender cuán ejercitada y limada debe estar en toda virtud el alma del que bien quiere servir y amar a tan gran Señor.

Y es de notar que, aunque Dios nuestro Señor quiso dejar a la cortesía o libertad de los hombres no necesitados a que le sirviesen en la segunda manera aquí puesta, pero cierto son todos obligados a ello so pena de torpes y mal mirados; porque a todos está puesto el gran mandamiento de amar con todas las fuerzas; y si sería de reprender y culpar el que viniese a algún lugar con intención de poner ahí en obra alguna cosa muy provechosa y necesaria y dejase de hacer y efectuar la tal cosa, y se ocupase en otra de muy poco valor, mucho más se debe culpar el que, nacido y criado en este mundo, como todos nacemos, para siempre servir con todas las fuerzas al muy alto Dios, tan dignísimo de ello y en lo que hay tanto provecho, deja de lo hacer porque no se lo mandan so pena de muerte, ocupándose en bajo servicio mezclado con lo vano del mundo, que tan presto pasa y tanto mal hace. Y si todos son de culpar no sirviendo en la segunda manera según el estado y condición de cada uno, mucho más los religiosos, que lo comenzaron dejando el mundo y se hicieron continuos en la casa y mesa de Dios, lo deben continuar, haciendo lo que es más perfecto; esto es, seguir las pisadas del Hijo de Dios; los cuales, como San Bernardo dice, no contentándose con solos los mandamientos, deben siempre pesquisar y sacar de lo que conocen de las palabras y condición divina qué es lo que Dios quiere y huelga más que hagamos; y para esto nos es dado el entendimiento y el apetito de pesquisar y escudriñar grandes cosas.

Y pues hablamos en este notable destas dos maneras de servir para escoger la que más contenta al muy alto Rey, notemos, declarando en sentencia con breves y usuales palabras, aquello que nuestro Redentor dice en la dicha segunda manera, esto es: *Ven y sígueme* (3), que quiere aquí decir a cada uno y a todos que cumplamos cuanto está escrito para nuestra doctrina, haciéndolo no solamente con amor, pero con amor y por amor juntamente, porque éstas son las pisadas que Él nos amonesta seguir. Por tanto, no basta cumplir algo de lo prescripto, pero todo no basta para bien servir; *obrar con amor*, pero *con amor y por amor*.

Con amor sirve un paje que quiere bien a su señor, pero no por amor, porque no le serviría sino por lo que dél espera de haber. *Con amor y por amor* serviría si sirviese sólo porque aquel señor quiere y huelga de su servicio, porque ama la bondad y compañía de su señor sin otro respecto. Y éste es el verdadero obrar que de nuestro muy alto Maestro hemos de aprender; el cual, como vimos, quiso servir por nosotros, y el servir le dio a Él el señorío universal y a nosotros dará reino perpetuo.

Y que aquellas palabras: *Ven y sígueme*, quieren decir que cumplamos con amor y por amor todo lo que está prescripto que hagamos; claro lo verá quien siente, porque seguir a Cristo es obrar lo que Él obró para nuestra doctrina y en la manera que Él obró. Y la manera en que Él obró fué con amor y por amor, porque ésta es la más alta manera. Lo cual nosotros podemos hacer, aunque no tan perfectamente como Él; y pues que así es, poquedad sería decir nosotros que nos mandase nuestro Señor que le sigamos en sólo las obras y no en la manera; pues que poco aprovechara el obrar si faltase la manera que ya está dicha y declarada, y esto es que obremos con amor y por amor, y no se debe pensar de tan alto Maestro y tan magnífico Señor darnos doctrina de pequeño provecho.

Es aún de notar que, por ser la primera destas maneras muy llana, y aun porque se platica cada día en los púlpitos y fuera dellos la manera para así servir a Dios, principalmente se proveerá de arte para la segunda manera, que es más perfecta y más sutil y menos

(3) Matth. 19, 21; Luc. 18, 22.

usada y platicada, aunque podría aprovechar para todos abundantemente.

NOTABLE IV

Lo cuarto de notar es que, queriendo servir a tan gran Señor, miremos con buena consideración la disposición en que estamos, por que proveamos a cualquier falta que nosotros halláremos. Y notaremos que el mal donde nos viene todo estorbo para altamente servir a Dios es el pecado, que tiene debilitada y estragada el alma; y que si pecados no hubiera, con mucha ligereza hiciéramos cualquier bien; pero, venido el pecado, desconcertáronse en tanta manera nuestros deseos, apetitos y quereres con la cruel enfermedad espiritual de este pecado causada, que ya, como quien tiene hastío, apenas amamos ni deseamos sino cosas groseras y dañosas y viciosas, olvidando el bien infinito para que nacimos, como cosa en que no teníamos sabor; y de aquí viene el desconcierto del alma que en nosotros vemos, estando apartada de aquello para que nacimos; y tanto, que siempre nos inclinamos a lo malo y a dejar lo bueno.

Pero es también de notar y considerar que no por este desconcierto, causado de tan mala enfermedad, se nos quita la obligación de hacer lo que debemos y a que somos al mundo venidos; puesto caso que por la enfermedad que ya dije que tenemos el obrar nos sea más dificultoso, no, empero, en tal manera dificultoso que nos haga impotentes, presupuesta la favorable misericordia del muy Alto, con cuya ayuda nuestra perdición se puede remediar.

Y es de notar que tanto más se acerca alguno a la disposición y concierto excelente que para servir a Dios se requiere y que en su alma hubiera para todo bien si no pecara, cuanto más reparados y concertados tiene los apetitos y quereres, que, como vimos, se desconcertaron por el pecado; y aquellos terná reparados que por muy vivo estudio y consideración profunda de lo que se dirá los guiare todos a Dios nuestro Señor, contrariando a todo lo que deseare fuera de la voluntad dese Señor, y abrazando y siguiendo todos los remedios que para esto se pudieren hallar y se diera; y en el grado que cada uno esto alcanzare, en ése será ensalzado aquí en virtud y santidad y después en la gloria. Y en tanto grado podría alguno esmerarse en esto, que casi alcanzase aquella llaneza que hubiera en el estado de la inocencia para obrar con gran sabor, como se cree de algunos santos haberlo alcanzado.

Y de lo que en nosotros es de hacer para alcanzar esto se ha de tratar aquí cuanto el Señor para ello ayudare; y débese leer mucho y muchas veces, porque leerlo una o dos veces no aprovecharía más de cuanto aprovecharía a uno que nunca supo lógica leer una o dos veces, pasando de presto, un libro de lógica.

NOTABLE V

Es, pues, de notar quintamente que, así como tenemos cuerpo y alma, así tenemos en cada uno instrumentos para obrar. El cuerpo tiene pies para andar y manos para lo que queréis, y lengua para hablar, con todo lo demás. Y el alma tiene voluntad para querer, entendimiento para conocer, con muchos y diversos apetitos.

Y esto es de notar, que cuanto más excelente es el obrador y el instrumento, tanto más excelente es la obra, habiendo igualdad de las otras causas que en la obra concurren. Las obras corporales tanto tienen de excelencia cuanto más afinado instrumento del ánima concurre en el obrarse. Llámase afinado instrumento el que es movido a hacer alguna obra con buen fin, y el muy afinado instrumento se dice la voluntad, que se mueve por sólo Dios, como se dijo en el segundo notable. Muy en poco debéis estimar cualquier obra corporal que así no va hecha. Y esto quiso decir San Pablo cuando dijo a Timoteo *que el ejercicio corporal a poco aprovecha* (4).

Las obras del ánima son de otra manera, esto es, que ellas en sí pueden ser de gran provecho; así como si uno se

(4) I Tim. 4, 8.

ejercitase con el entendimiento en considerar de cuánta poquedad son las houras de este mundo, y de cuánta excelencia lo que Dios manda y su gloria, o en conocer cómo se deben gobernar las pasiones del ánima, según se declara en la segunda parte en el capítulo nono ; y con la voluntad en querer todo lo que ya conoce ser bueno, y en no querer, pero menospreciar lo vano. Porque estos menosprecios serían muy provechosos, aunque el cuerpo estuviese como baldío ; que de aquellos ejercicios se engendrarían excelentes hábitos y se destruirían los malos ; lo cual es muy bueno, aunque se hiciese por sólo amor de la virtud como hacían los filósofos ; y será mejor en el cristiano que tiene fe, y muy mejor si con la fe enderezamos actualmente la intención a Dios en cada obra, como se declara por todo el segundo notable; que de ahí notaréis y de aquí cuánto debéis ejercitaros con el alma. Y podéislo hacer estando ocupado o desocupado corporalmente, y en todo tiempo y lugar, en tanto que aun podéis estar hablando con otro de algún negocio temporal y obrar con el ánima, amando a Dios o acordándoos en alguna cosa suya.

Esto parescerá grave al no habituado, pero la costumbre lo hace ligero, aunque no sin dificultad y trabajo se puede alcanzar esta costumbre ; pero por eso se dice que la virtud es cerca de lo dificultoso. Tantas veces os haréis la fuerza con la voluntad, que quedéis amaestrados a obrar muchas y grandes cosas con ligereza ; y no haciéndolo, no tenéis razón de maravillaros y decir que no podéis ser más devotos ; pues como se dirá en el sexto notable, en vuestra mano está querer o no querer, cuantas veces quisiéredes, todo lo que por bien tuviéredes.

. . . . . .

. . Y pues tanto consiste nuestra grandeza en el obrar con estos instrumentos del alma, y nuestra poquedad en la negligencia dello, será bien platicar qué forma o arte ternemos para ello los que hasta aquí hemos estado tan desalmados en el obrar con ellos.

. . . . . .

. . Y comenzando del entendimiento, dejando la voluntad para el siguiente notable. . . . cumple ahora mucho notar que para bien y perfectamente obrar sería menester que el entendimiento no errase en el conocer, y que, averiguado que no yerra, que luego la voluntad quisiese lo así conocido. Pero si el entendimiento yerra, como las m veces acaesce, por la malicia que nos tiene ciegos, o si acierta en la verdad, pero la voluntad, con la libertad que tiene, no quiere seguir lo que conoce ser bueno, viene a caer en todo mal.

Y dejando ahora muchas cosas que en este caso se podrían decir y se debrían saber, lo que en especial cumple para la presente obra es que en una cosa en especial debemos siempre estar muy apercibidos para servirnos del entendimiento, y es que para que cuando quisiéremos querer alguna cosa virtuosa o que nos dispone para la virtud, así como ser menospreciados de los hombres, y huír todos los deleites que los grandes varones aborrecieron, que siempre en éstas y en todas las otras cosas que se nos hicieren penosas de obrar y querer, acudamos con ese entendimiento para considerarlas y aprehenderlas por preciosísimas y muy agradables a Dios y a nosotros dadoras de vida perpetua, como se declara en el capítulo segundo de la segunda parte ; porque, conoscidas por tales, tome aliento y gana la voluntad para moverse a quererlo y abrazarse con ello, poniéndolo en obra ; porque esa voluntad obra con libertad, pero muchas veces, espantada de la dificultad o aspereza que se le representa en la obra, lo deja, y así peca o deja hacer lo que debe. Y si procuramos servirle con el entendimiento, según es dicho, recibirá tan grande aliento, que, conociendo la excelencia que hay en lo penoso, lo quiera y obre con tanta ligereza casi como lo que desea naturalmente. Y ese tal sería ligeramente de grande virtud, y tornía reparado gran parte del estrago causado del pecado, y obraría con mucha ligereza lo que en el cielo y en la tierra hace bienaventurados ; esto es, que tornía gran vista de las grandezas de Dios ; y amándolas se gozaría dellas, según que está dicho y se dirá más abajo.

NOTABLE VI

Este sexto notable debe ser muy notado y muy entendido y muy sabido, como un fundamento grande de todo lo que se ha de decir y de toda la vida espiritual; y contiene una regla muy memorable fundada en la libertad de nuestro libre albedrío, declaradora de lo que podemos obrar con la voluntad y avivadora del adormecimiento del alma. Y la regla es que naturalmente está en manos de cuantos viven en el mundo querer o dejar de querer cualquier cosa que quisieren o les pareciese que deben querer o no querer, y por el fin que quisieren y cuantas veces quisieren.

Pongo desto ejemplo en una cosa, y de la manera desta será en todas las otras. Ser un hombre tenido en poco es una cosa que se puede querer, quiero decir, que quien quiera lo puede querer, por dificultoso que le sea el inclinarse a quererlo; y aun puede quererlo por diversos fines, escogiendo dellos el que quisiere; porque lo puede querer, o por alcanzar la humildad, y éste es buen fin, o por parescer algo al Hijo de Dios, que por nosotros fue menospreciado, y éste es mejor fin, o por disponerse por menosprecio para que Dios se sirva dél por caridad y amor perfecto, y éste es aún más alto fin. Y dando la vuelta, pongo ejemplo del dejar de querer; y digo que cualquiera puede dejar de querer o no querer ser tenido en algo, o no querer ser amado particularmente o no querer ser estimado; y por los mismos fines que ya dije, aunque natural y viciosamente sea inclinado a ser tenido y estimado en mucho.

Y también notad que así como es en mano o poder de cada uno querer o dejar de querer, según está declarado, así está en su poder el querer o no querer actualmente cuantas veces por bien tuviere al rato o al día. Y tantas cuantas más veces inclinare la voluntad al querer o no querer, tanto más presto destruirá los hábitos viciosos y engendrará los virtuosos, allende que en cada inclinación de la voluntad hay singular merescimiento, si la tal inclinación es por placer a Dios, como se declara en el segundo notable.

Y para mayor claridad de lo sobredicho notaremos que producir acto de querer lo que naturalmente aborrescemos es cuando, considerando que es Dios servido que lo queramos, inclinamos o forzamos la voluntad a quererlo, como el enfermo quiere la purga amarga que le dará salud, aunque naturalmente la aborresce. Y acto de no querer lo que naturalmente deseamos es cuando, considerando que aquello no lo quiere Dios ni a nosotros cumple, inclinamos o forzamos nuestra voluntad a que no lo quiera. Y será verdadero no querer, aunque quede alguna rebeldía de la sensualidad, en la manera que acaece al doliente que no quiere comer la vianda de que tiene apetito porque le es dañosa; y dale la vida el no quererla comer, aunque no se le quite el apetito desordenado. Y desta manera está dicho que podemos producir actos de virtudes cuantas veces quisiéremos.

Y es de notar que, allende del continuo estudio que debemos tener en ejercitar la voluntad, en querer las buenas cosas que debemos nosotros desear, y en dejar de querer las malas, para fabricar buenos hábitos y deshacer los malos, pero aun muy en especial cumple aprovecharnos cada rato de este notable para refrenar los primeros movimientos, que aun a los muy virtuosos guerrean, o en que nos detenemos o consentimos a las veces, cuando el movimiento es de obra o pensamiento de pecado venial, así como holgamos que sean algo estimados nuestros hechos y dichos, o de las personas que según el mundo amamos, o entristecemos o dolemos de lo contrario, como injurias o disfavores. En lo cual todo detenernos o consentir, aunque no sea de suyo mortal, pero es tan dañoso cuanto sabe el que de verdad busca a Dios, porque con ella se embota o agravia el alma para todo lo que debría hacer.

Debe, pues, el que desea siempre ser señor de sí mismo y poderoso de ligeramente bien obrar, dar luego en el primer movimiento un golpe con la voluntad, queriendo las injurias y trabajos, o desdén, o sinsabor, o cualquier contradicción que se nos ofrezca; contradicción con el tal querer al dolor que el

primer movimiento traerá de las tales injurias y las otras cosas semejantes ya dichas; y dando la vuelta a los favores y honras y favores y contentamientos de alguna cosa vana, adonde se ofrecerá un movimiento de placer, debemos estar apercibidos para con la voluntad producir acto de no querer la tal cosa que naturalmente deseamos; porque haciéndolo así excusaremos liviandad y pecado, y haciéndolo muchas veces, quedaremos con excelentes hábitos, deshechos los malos; y en esto está la llave de nuestro reparo.

Notad aún también que muchas veces, por los malos hábitos o costumbres, se os hará dificultoso el querer el bien, o el no querer el mal, o tomar un fin o dejar otro; pero al cabo, como ya es dicho en el párrafo primero y segundo, está en nuestra mano, aunque a los principios produciréis tan flacos actos que os parecerá que ni es querer ni no querer; pero no dejéis de producirlos, porque poco a poco se hacen grandes; y aun cuando son chicos, son harto meritorios al alma.

También os parecerá todo esto a los principios como nonada, pero así paresce nonada un nominativo a un principiante de gramática, pero con aquel nominativo y otro y otro poquito, etc., al cabo de un año habla y entiende cuanto quiere; y mucho más al cabo de dos, y así se hace perfecto gramático. Pero notad que cada día estudia, y muchas horas del día, y con mucho esfuerzo de su memoria y entendimiento, y todo lo ha menester; y mucho más es menester en la muy alta esciencia en que aprendemos a servir a Cristo; para lo cual no un hábito, pero muchos habemos menester de adquirir, como son hábito de caridad de Dios y del prójimo, y en especial del enemigo, y hábito de humildad y paciencia y abstinencia; de los cuales cada uno requiere más tiempo que ser gramático; de parte de tener plantados en nuestra alma otros hábitos muy contrarios destos, lo cual no tiene el que estudia gramática u otra ciencia.

Notad también que cuanto más vehementes o fuertes actos fueren los que vuestra voluntad produce, tanto más presto ganaréis el hábito, como acontece entre dos de igual ingenio: saber el uno más en un año que el otro en dos, porque éste trabajó poco y el otro cuanto pudo.

Llamaremos vehemente o intenso acto cuando se ofreciere alguna injuria, o disfavor, o abatimiento, no pensando, o a lo menos no imagina de pensar si se ofreciere, si entonces inclinásemos fuertemente la voluntad a quererlo, tanto que nos gozásemos, porque con el tal gozo quedase nuestra alma muy domada contra lo que primero amaga, fuera del querer de Dios; y por el contrario, si alguna honra o favor se nos ofreciere, inclinaremos fuertemente la voluntad a pesarnos, porque la tal honra nos es algún disfavor para la humillación, que es camino de la humildad, que tanto Dios ama. Estos tales actos son de tanta fuerza, que pocos dellos harán tan excelente hábito de humildad y paciencia, aunque, según regla común, de muchos actos se hace un hábito. Y como se ha dicho destas virtudes se entiende de todas las otras.

Es también aquí de notar que sobre todo requiere nuestra flaqueza trabajar con mucha fuerza de desarraigar los vicios. Raíz de vicios llamaremos la más pequeña inclinación, y mucho más la mayor, que en nosotros sintiéremos bullir contra cualquier cosa de las que en el santo Evangelio nos están mandadas o consejadas. Y trabajemos como hombres y hijos de Dios, porque por muy arraigadas que estén las tales raíces, tantas veces trabajemos que las arranquemos de la tierra de nuestra carne, como acontece cada día arrancando de tierra raíces de algunas plantas corporales, que no las arrancan del primero ni del segundo, ni del tercer tiro, sino de muchos; y muchos más se requieren para arrancar el mal hábito vicioso, porque está muy más fuertemente plantado en el cuerpo y en el alma.

Este notable ha sido de pocas palabras, pero notad que tales suelen ser todos los principios de las facultades o artes; pero es de tanto provecho, que sólo éste basta para dar orden y manera de obrar, aunque ninguna otra arte se supiese; y es tan necesario saberlo y entenderlo muy enteramente

cuanto es menester el fundamento en todo fuerte edificio. Y sería liviandad pensar alcanzar la alteza de las virtudes por vía ordinaria sin la manera aquí puesta ; y por no acertar en ella, hartos han trabajado mucho y alcanzado poco, como acaesce cada día en muchas cosas del mundo.

NOTABLE VII

Este séptimo y final notable declara por manera de práctica la manera de plantar y fabricar los buenos hábitos y desarraigar los malos con los sobredichos instrumentos, y en el ejercicio desto va la vida a los principiantes y aun a todos ; y dice más, que para la conservación de la humildad quiso Dios que, aunque tengamos ya excelentes hábitos de virtudes, no sepamos si le es gracioso nuestro servicio o si tenemos su gracia ; y da una gran señal que nos convida a creer que tenemos esta gracia ; y pone, en fin, la razón por qué algunas veces no alcanzamos alguna virtud de las que a nuestro parecer procuramos.

Es, pues, lo séptimo de notar del que compuestamente desea servir a tan gran Señor, que presupuesto ya que el estrago del ánima está en malos hábitos y el reparo en buenos, los cuales se hacen de muchos actos o de pocos vehementes y intensos, como en el párrafo quinto del precedente notable se declaró, que, como los hábitos estén en el ánima, así los actos con que se engendran han de ser principalmente con los instrumentos del ánima, puesto que a las veces reciban ayuda de lo corporal.

Ejemplo : Quiere y desea un hombre tener una casa a su contentamiento ; tiene dineros y aun materiales allegados para ella ; por más que piense y la desee, nunca la tendrá hasta que labre y junte un material con otro, según que es menester para formar la tal casa. Bien así de esta manera es uno impaciente y querría repararse y cobrar hábito de paciencia ; sepa este tal que por muchas injurias que le hagan de palabras y de obra, y aun por mucho que se esfuerce a callar de palabra y a tener quedas las manos, nunca hará hábito de paciencia si no se ayuda principalmente con lo interior del ánima, moviendo muchas veces el entendimiento a considerar el gran bien de la paciencia, y la voluntad como instrumento necesario para fabricarla, inclinando esa voluntad a querer ser injuriado y perseguido por el amor de aquel Señor que a ello nos amonesta y lo sufrió por nosotros.

Habéis, pues, de plantar este hábito desta manera, y ayuda para aquí lo del sexto notable. Ofresced a vuestro pensamiento qué sintiérades si tal o tal injuria os hiciesen, representando alguna injuria que mucho aborrezcáis ; veniros ha luego como un espanto della con el mal hábito que tenéis. Tomad vos luego y acordaros del mucho bien que hay en sufrir las tales injurias, y forzad vuestra voluntad a quererlas, y no dejcis de forzaros, aunque os parezca que va forzado, porque todavía lleva algo de voluntario ; y tantas veces haréis actos semejantes, que crezca aquello que parecía poco voluntario, y vengáis a sufrir la injuria de voluntad y quedará hecho el hábito.

Este ejemplo puede aprovechar para hacer todos los hábitos, porque lo mismo que se ha dicho de la paciencia se puede decir de la humildad mudándole el nombre, lo mismo de la pobreza, lo mismo de la templanza y abstinencia ; porque considerando el mucho bien que en estas virtudes hay, y forzando vuestra voluntad (como ya es dicho) a querer aquella pobreza y mengua de vianda, quedaréis con los hábitos de pobreza y abstinencia.

Y si consideráis ser voluntad de Dios que os apartéis de los deleites torpes de la carne y forzáis vuestra voluntad a nunca quererlos y nunca deteneros en el pensamiento dellos, ni aun por breve espacio, quedaréis en breves días con excelente hábito de castidad ; y desta manera puede uno estar santamente habituado.

Y notad que si, como se ha dicho, por solo ofrescimiento de la injuria al pensamiento se puede fabricar el tal hábito, muy mejor y más presto se fabricará si nos viene de hecho la tal injuria, o cosa que nos parece estar algo corridos

o abatidos delante la gente con quien conversamos, si entonces forzamos la voluntad a quererla.

La razón desto es porque los actos de la voluntad, aceptante la injuria que tenemos presente, son más vehementes y, por consiguiente, más domadores del alma que los de la voluntad que acepta y quiere la injuria que se le ofresce o piensa poderle venir; y pocos actos vehementes obran más que muchos remisos para fabricar hábito, según se declara en el párrafo quinto del precedente notable; y debe notar mucho esto el que desea ser gran siervo de Dios, porque no debe decir ni pensar que hace lo que en sí es para alcanzar las mercedes y gracias de Dios, que no quiere y huelga que se ofrezcan las cosas con que más se puede disponer para esas mercedes, como son los ofrescimientos de injurias y menosprecios; pues que se requiere tan de necesidad para amenguar los vicios y hacer crescer las virtudes, para venir a la perfecta caridad, en la cual está todo bien y servicio perfecto.

Para todo esto sería mucho menester tener muy fortificada la voluntad con una gana de lo bueno y aborrescimiento de lo malo; para lo cual aprovecharán las muy altas consideraciones y razones de que los libros devotos están llenos; porque aquí, aunque se digan algunas, serán pocas, porque no se entiende, principalmente, sino dar forma o arte cómo se pongan en obra esas virtudes, que en otras partes están escritas con muchos loores, y cómo se destruirán muy de raíz los vicios que con muchos vituperios están reprobados, dejando todo lo demás por brevedad y por estar escrito en cada libro.

Paresció aún bien notar con lo sobredicho, porque siempre nos refrene algún temor, que, por excelentes hábitos de virtudes que uno tenga, no por eso tiene certidumbre del bien verdadero, que es la gracia de Dios; la cual, aunque cierto se da cuando tenemos lo sobredicho o que se dirá, pero nunca podemos nosotros ser ciertos por vía natural, cuando lo tenemos según que es voluntad de Dios que lo tengamos; y así no podemos tener certidumbre de la gracia. Y paresce que se podría decir que la mayor señal para creer que uno tiene la gracia de Dios, es cuando así pensamos en las virtudes de que ya estamos habituados como pensaríamos en las ajenas; esto es, que no se eleva más nuestro corazón, pero bendice a Dios, cuyo es todo bien, y así se ufanece de unas como de otras por la gloria y alabanza deste Dios, que en lo uno y en lo otro se manifiesta igualmente.

Es aún, por conclusión, de notar, por que no pongamos la culpa de nuestra flojura sobre lo que leemos, que si a alguno paresciere que procura algunas cosas de las que aquí se dicen que debemos hacer, y que no lo puede alcanzar, sepa que le viene porque deja de procurar otra de las que también se escriben. Así como si uno procurase mucho de no sentir las injurias que le son hechas, sin procurar ni trabajar de alcanzar el propio aborrescimiento de sí mismo, como está escrito en su lugar, poco aprovecharía, porque alteza en una virtud y flojura en otra no lo sufre Dios.

Asentadas las bases metódicas de la vida espiritual, Alonso de Madrid pasa a exponer las materias esenciales en que el asceta ha de ejercitarse, a saber: contrición, aborrecimiento propio, oración, humildad, paciencia, dominio de las pasiones, amor de Dios, amor del prójimo y amor de sí mismo. Este último punto causa novedad verlo expuesto en un libro ascético. Antes ha hablado del «aborrecimiento de sí mismo». Por esta razón vale la pena leer este capítulo, que cierra el Arte de Servir a Dios.

DEL AMOR DE SÍ MISMO

Es cosa tan natural amarnos, que quien quisiere dar doctrina para ello debe hablar sin miedo de enojar, pues que nuestro apetito es tan crecido por el amor que nos tenemos, que aun enriquecidos de grandes cosas nos parecen pequeñas, porque aun para más nos amamos; y por esto el Hijo de Dios, nuestro gran Maestro, deseando que amásemos mucho a nuestros prójimos, como a gente por quien había puesto la vida, para encarecer con breves palabras cuánto quería que los amásemos,

dijo: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum* (5).

Pero porque la ceguedad del pecado cundió tanto, hasta quitarnos el saber cómo habíamos de amar, será bien proveer algo según que el santo Evangelio provee. Y notaremos que aquel diremos que se ama que tuviere tres cosas: la una, que con todas sus fuerzas procure cualquier cosa de donde le pueda venir bien. La segunda, que huya todo lo que le puede dañar o hacer mal. La tercera, que, aunque por alcanzar el bien se le ofrezcan algunos trabajos, no deje de aventurarse y ponerse a ellos. Destas cosas, por estar muy tocadas arriba, solamente se dirá aquí algo más necesario para que nos sepamos amar.

Para lo primero, que es que el que se quisiere bien o se ama, procure por cualquier cosa de dónde le puede venir algún bien, notaremos una regla cada rato muy necesaria para que lo bueno se haga muy bueno, y es que en cualquier cosa, otra vez digo universalmente que en cualquier cosa que deseáremos o tuviéremos, dos cosas se pueden considerar: lo uno es el bien que de la tal cosa se nos viene o puede venir; lo otro es que Dios es servido que el tal bien nos venga.

Debe, pues, quien se ama y desea grandes bienes tener en poco el bien que a sí mismo puede venir de todo cuanto desea o hace; quiero decir que lo tenga en poco, en cuanto bien suyo, en respecto de lo segundo, que es el servicio de Dios, y del cumplimiento de su santa voluntad, que de allí redunda; y para esto es menester el segundo notable.

Miremos que cada uno que se ama procura de mejorar todas las joyas y hacienda que tiene, si no es tal cual él querría; y así debe hacer el que se ama espiritualmente, ca Dios nuestro Señor nos dió una joya muy preciosa, con que nos podamos enriquecer cada rato, la cual se llama apetito natural.

Esta joya tenemos engastonada en cobre o en estaño tanto cuanto deseamos algo para nuestro bien o provecho propio, y nunca debemos descansar hasta que por la diestra del muy Alto se haga tal mudanza; que el apetito que bulle en nosotros, deseando algún provecho propio, ya no cure sino de cosas con que Dios huelgue; pues que, allende ser en esto lo que Dios quiere, aun a nosotros es más riqueza; pues que cuanto más olvidado tuviéremos nuestro provecho por acordarnos de la gloria de Dios, tanto más se acordará Dios de enriquecernos en todo bien.

¡Oh, olvido de memoria perpetua! ¡Oh, acuerdo de gloria eterna! ¡Oh, amor precioso que de hombres hace dioses! Porque deste amor se ha de entender lo que San Agustín dice: Si amas a Dios, Dios eres. *Ego dixi: dii estis* (6).

Y porque alcanzásemos tan alto amor de nosotros mismos, quiso nuestro Dios que nos aborreciésemos en aquello que los mundanos se suelen amar. Y esto quiere decir en el santo Evangelio, cuando dice que nos aborrezcamos, según está declarado arriba en el capítulo segundo de la segunda parte.

Sobre todo esté avisado el que se ama de verdad, que no se contente con el sabor que sentirá en los servicios que a Dios hace o en la gloria que espera; porque este sabor, aunque es bueno, como se dijo en el párrafo segundo del capítulo primero desta tercera parte, pero no le da Dios para que nos contentemos con él solo, pero para que con él vengamos a tomar sabor en la consideración del bien y gloria y señorío que Dios tiene, y para que con grande aliento le alabemos; ca no es otra cosa la hermosura y alabanza de Dios sino un gozarnos de contar al mundo todas las grandezas de nuestro Señor, como se escribe en el salterio y en toda la Santa Escritura y como se presenta en todas las cosas criadas.

De lo cual y de cada cosa que contáremos, y dijéremos, y oyéremos, debemos recibir un movimiento de gozo, cual lo reciben los del mundo de ver alabar a los que mucho aman o a sí mismos; y pues ellos se gozan vanamente de la alabanza que no les pertenece, debe el siervo de Dios derretirse de gozo en alabanza de Aquél a quien el cielo y la tierra no bastan alabar.

(5) Matth. 19, 19; Lev. 19, 18.

(6) Ps. 81, 6.

También el que se amare de verdadero amor, cuando sintiere haber recibido alguna merced de Dios, debe con todas entrañas darle las gracias, no por ver a sí mismo más enriquecido, pero por verse con más fuerzas para que dél se pueda Dios más servir; como si un caballero se holgase de recibir alguna gran merced del rey porque con las mayores riquezas le podría hacer mayores servicios y placeres sin respecto de otras mercedes.

Y no es otra cosa hacer gracias a Dios (lo cual algunos no saben), sino un acto interior del alma, con el cual, reconociendo a Dios por Señor infinito de quien todo bien mana, se goza el que recibe el beneficio de toda la gloria de Dios y de verse más hábil por el tal beneficio para más amar y servir.

Y extendiendo más lo sobredicho, por ser gran cosa, notaremos que con el conocimiento y gozo que se acaba de decir debemos en cada merced que recibimos ofrecer a Dios todo cuanto somos, deshaciéndonos en la voluntad de nosotros mismos, para que del todo nos empleemos en cuerpo y en ánima en su servicio, produciendo a la sazón grandes actos, con que nos gocemos del gran poder y bondad de Dios, de quien nos vino la merced por la cual al presente la hacemos gracias.

Y por que mejor entendamos lo que se acaba de decir que nos debemos deshacer, quiero decir, que pues podemos siempre crecer en el deshacimiento de nosotros mismos o de nuestro propio amor, que debemos, cada vez que quisiéremos agradecer a Dios sus beneficios, deshacernos muy en especial, para mejor darnos del todo a su Majestad.

Y debe el siervo de Dios estar muy en especial sobre aviso para que cada vez que agradeciere al Señor alguna merced recibida, con aquel movimiento de la voluntad con que huelga de la merced recibida sea, como arriba se tocó, actualmente por el bien que de allí le viene para más amar y servir a Dios, apartando de sí la consideración del bien que de allí conoce venir para sí mismo, porque así se apodere más en el solo amor de Dios y vayan las gracias más graciosas. Y cumple abrir los ojos, porque alguna vez se hará con algunas faltas y pensaremos que queda muy hecho.

. . . . . .

. . ¡Oh, cuán de verdad se ama el que siempre se ocupa en el sobredicho hacimiento de gracias! Pues que tomando por suyo el bien de todas las cosas, hace crecer su bien propio en inestimable manera, allende de que hace suyo todo lo ajeno; y tanto más crece, cuanto más por solo amor de Dios huelga y lo agradece todo sin respecto del tal crecimiento. Y en estas palabras postreras consiste lo más alto que se requiere para graciosamente dar gracias a Dios.

. . . . . .

. . Concluyendo ya, pues, nuestra obra, y encerrándola en dos puntos esenciales, bienaventurado quien todos sus movimientos y obras obrare por sólo Dios, como está declarado; y bienaventurado quien asentase fuertemente en su alma la multiplicidad de actos que por todo este tratado se ponen. Los cuales el buen artista debe muy enteramente saber, y el gran siervo de Dios innumerables veces poner en obra; pues que no puede ser otra vez digo, que no pueda ser muy estimado servicio sin que actualmente vaya asido con algún acto de la voluntad, según está en cada notable y capítulo derramado.

Lean, pues, todos esta breve *Arte*; léanla los que la saben, por que con más ligereza se acuerden cómo se quiere servir el muy Alto. Léanla los que no la saben, por que alcancen tan alta esciencia; pues cierto verá muy claro quien bien sintiere que en un año hará mucho más y mayores servicios de los que son preciosos delante Dios quien se diere a ella, por la grande ayuda que recibirá de sus avisos, que no en diez años no ayudándose della o de otra semejante, si Dios nuestro Señor se la diere.

Pruébase esto de la grande necesidad que todos confiesan haber en el mundo de libros y santas palabras que nos doctrinen, pues que por esto se escribió el santo Evangelio y cuanto bueno hay. Y en esta breve *Arte* se pone muy en especial la manera de muy altamente poner en obra todo lo allí escrito.

Pruébalo también la confesión de muchos, que pensando tener harto amor de Dios según su flaqueza humana, y

que le servían según su voluntad, y leyendo esto, afirmaban casi nunca haberle servido y servirle ahora más en un día que antes en diez; y manifestarlo ha más la experiencia de los que, leyendo muchas veces, quisieren obrar como aquí se dice; esto es, que obren y siempre obren a gloria y alabanza de aquel gran Dios poderoso, cuyas grandezas y bien soberano con todo corazón y entrañas alaben todas las criaturas para siempre jamás. Amén.

Beato Juan de Ávila

Beato Juan de Ávila (1500-1569), sacerdote secular, autor de un tratado ascético titulado *Avisos y Reglas cristianas para los que desean servir a Dios aprovechando en el camino espiritual, sobre aquel verso de David : «Audi, filia, et vide et inclina aurem tuam...»* (1556) y de varios opúsculos breves y numerosas cartas que desde 1588 se comprenden bajo el título general de *Obras del Padre Maestro Juan de Ávila*. Las cartas son todas del mismo tono ascético que el *Audi, filia*. Una sola de ellas da el modelo de la espiritualidad y estilo del autor.

Bibliografía. Eds. *Obras*, ed. J. Fernández Montaña, Madrid, 1901, IV vol. *Epistolario Espiritual*, ed. V. García de Diego, Madrid, 1912.

EPISTOLARIO

[*Carta del auctor a una muger que sentía mucha absencia y disfavores de Nuestro Señor : animala a confiar del Señor, enseñándole lo mucho que hay para confiar de su Magestad. Danse en esta carta las causas por que Dios aflige a los suyos, y de los fructos que de ellas saca su Magestad.*]

No tengáis por ira lo que es verdadero amor; que así como la malquerencia suele halagar, así también el amor reñir y castigar; y mejores son, dize la Escriptura[1], las heridas dadas por quien ama, que los falsos besos de quien aborrece; y grande agravio hazemos a quien con amorosas entrañas nos reprehende o castiga, pensar o dezir[2] que por querernos mal nos persigue.

No olvidéis que entre el Padre eterno y nosotros es medianero Nuestro Señor Jesucristo, por el qual somos amados, y atados con tan fuerte lazo de amor, que ninguna cosa lo puede soltar[3], si el mismo hombre no lo corta por culpa del pecado mortal. ¿Tan presto avéis olvidado que la sangre de Jesucristo da vozes pidiendo para nosotros misericordia, y que su clamor es tan alto que haze que el clamor de nuestros pecados quede muy baxo y no sea oído? ¿No sabéis que si nuestros pecados quedasen vivos, muriendo Jesucristo por deshazerlos, su muerte sería de poco valor, pues no los podía matar? Nadie pues aprecie en poco lo que Dios apreció en tan[t]o que lo tiene en suficiente y sobrada paga, en quanto de su parte es, de todos los pecados del mundo, y de mil mundos que huviera. No por falta de paga se pierden los que se pierden, mas por no querer aprovecharse de la paga por medio de la fe y penitencia y sacramentos de la sancta Iglesia.

Asentad una vez con firmeza en vuestro coracón, que el negocio de vuestro remedio Cristo lo tomó a su cargo como si fuera suyo, y a nuestros pecados llamó suyos por boca de David, diziendo: *Longe a salute mea*[4]; y pidió perdón de ellos sin los aver cometido, y con entrañable amor pidió que los que a Él se quisiesen llegar fuesen amados como si para Él lo pidiera; y como lo pidió lo alcancó, porque según ordenança de Dios, somos tan uno Él y nosotros[5], que o hemos de ser Él y nosotros amados, o Él y nosotros aborrecidos; y pues Él no es ni puede ser aborrecido, tampoco nosotros, si estamos encorporados en Él con la fe y amor[6], antes por ser Él amado lo somos nosotros, y con justa causa, pues que más pesa Él para que nosotros seamos amados, que nosotros pesamos para que Él sea aborrescido,

(1) En el Libro de los Proverbios, XXVII, 6.
(2) En la edición de 1901 « nos reprende o castiga, en pensar o decir »; Ochoa, en la edición de Baudry « nos responde, en pensar que por querernos ».
(3) En la edición de 1759 « lo pueda soltar ».
(4) En el Libro de los Salmos, XXI, 1.
(5) En el Evangelio de San Juan, XVII, 21.
(6) En la edición de 1674 « si estamos encorporados con la fe y amor, antes »; en todas las posteriores « si estamos encorporados en Él con la fe y amor, y antes ».

y más ama el Padre a su Hijo que aborrece a los pecadores que se convierten a Él; y como Él, muy amado, dixo a su padre «o quiere bien a éstos o quiere mal a mí, porque yo me ofrezco por el perdón de sus pecados y porque sean encorporados en mí», venció el mayor amor al menor aborrecimiento, y somos amados, perdonados y justificados, y tenemos grande esperança que no avrá desamparo donde ay ñudo[7] tan fuerte de amor; y si la flaqueza nuestra estuviere con demasiados temores congoxada[8], pensando que Dios la ha olvidado, como la vuestra l[o] está[9], provee el Señor de consuelo, diziendo en el profeta Isaías desta manera: «¿Por ventura puédese olvidar la madre de no tener misericordia del niño que parió de su vientre? Pues si aquélla se olvidare, yo no me olvidaré de ti, que en mis manos te tengo escripta[10].» ¡Oh, escriptura tan firme, cuya pluma son duros clavos, cuya tinta es la misma sangre del que escrive, y el papel su propia carne!: y la sentencia de la letra dize: «Con amor perpetuo te amé, y por esso con misericordia te atraxe[11] a mí». Tal pues escriptura como esta no deve ser tenida en poco, especialmente sintiendo en sí ser el ánima atraída con dulcedumbre de propósitos buenos, que son señales del perpetuo amor con que el Señor la ha escogido y amado.

Por tanto no os escandalizéis ni turbéis por cosas déstas que os vienen, pues que todo viene dispensado por las manos que por vos y en testimonio de amaros se enclavaron en cruz. Y si queréis entender lo que os viene al intento que Dios os lo embía, sabed que son pruevas[12] para que seáis examinada y después como a persona fiel en la prueva seáis con corona de justicia de la mano del mismo Señor coronada. Y porque no penséis que esas cosas que pasáis son señales de reprobación, y que a solos los malos las embía Dios, oíd qué dize David en su persona y de otros muchos que andan el camino de Dios: «Yo dixe en el exceso de mi ánima: alcançado soy delante de la faz de tus ojos»[13]; y aunque es cosa que mucho lastima este desmayo del coraçón, y disfavor sentido en lo de dentro dél, y no atinar el ánima cómo está con Dios, ni cómo estará, ni en qué parará, mas con todo esto, pocas cosas ay con que uno tanto purgue sus pecados, ni tantas cosas aprenda, como en aquella obscuridad tenebrosa y aflicción interior, que haze sudar del coraçón gotas de sangre; lo qual embía Nuestro Señor a los suyos porque no se vayan deste mundo sin sentir qué es cruz y tribulación, y así hiéreles en lo del espíritu, donde están vivos; porque si les hiriera en las cosas temporales, a las quales están muertos, no lo sintieran.

Conviéneos[14] pues dar buena cuento deste peligroso paso donde Dios es servido poneros, y adorando sus juizios, y confortada con la confiança de su bondad, abaxar vuestra cabeça, y sin más escudriñar la boca de vuestro coraçón, y tragar[15] esta píldora de oscuridad y del sentimiento de la ausencia y disfavor de Dios con obediencia del mismo Dios.

Sabed cierto que si queréis no desdezir en la prueva que Dios os embía, que os conviene hazeros robusta, como dixo el ángel a Josué[16], y vivir muriendo

(7) *Ñudo*, actual vulgar en vez de *nudo*, acaso formado con ocasión de *añudar*.

(8) *Congoxar*, hoy sólo el compuesto *acongojar*: «Congojada por la crianza de mi hija», Martín de Roa, *Vida de doña Ana Ponce de León, Condesa de Feria*, III, 3; «El frío me encoje, el calor me congoja», Antonio de Guevara, *Epístolas Familiares*, II, 12; «Se descarna de todos los afectos que suelen congojar al tiempo de la partida», Alejo Venegas, *Agonía del Tránsito de la Muerte*, II, 10.

(9) En la edición de 1578 «le está»; pero *lo* en todas las demás ediciones.

(10) Es del cap. XLIX, 15 y 16 de *Isaías*: *Numquid oblisci potest mulier infantem suum, ut non misereatur filio uteri sui?: et si illa oblita fuerit, ego tamen non obliviscar tui. Ecce in manibus meis descripsi te.* Ochoa, en la edición de Baudry, ha modificado malamente esta cita; así, no comprendiendo el valor de *no*, lo ha suprimido en la frase «puedese olvidar la madre de no tener»; «que en mis manos» lo ha corregido «porque en mis manos»; y «te tengo escrita» la ha corregido «te tengo escrito», por no comprender que se refiere a un femenino, *alma, esposa, flaqueza*.

(11) En la edición de 1901 «te traje».

(12) En todas las ediciones, menos en la de 1578, «son prueba».

(13) Del cap. XXX, 23.

(14) En la edición de 1674 «conviénenos».

(15) En la edición de 1901 «de vuestro corazón, tragar».

(16) En *Josué*, I, 6 a 9.

cada día, como Sant Pablo hazía[17]: cozeos en el fuego de la tribulación para que seáis fuerte como ladrillo, y seáis conveniente para suffrir lluvias y vientos de tentaciones y de trabajos, y no blanda como adobe de barro, que se deshaze en el agua, y no es fuerte para edificio; que la gente que ha de ser puesta en el edificio del cielo, con golpes de diversos trabajos y tentaciones ha de ser provada en el suelo, según está escripto: «Probólos el Señor y hallólos dignos de sí[18]».

Enseñaos pues a mantener con gruesos manjares, y esforçaos a convertir en pan las piedras de las tribulaciones, si queréis tener testimonio de que sois hija de Dios. Y si os da gana de pan blando y blanco de consolaciones, remitid eso a la voluntad del Señor, y contentaos con que ternéis tanto de eso en el siglo que está por venir, que lo dulce de allá excede sin comparación a lo amargo de acá; y en lugar de los duros huesos que acá davan a comer a los dientes del ánima, será allá el mismo Dios sabrosíssimo pan de vida que nunca se acabe. Esperad esto y esforcaos con esto, porque este negocio ni es para regalados ni para hombres de flaca fe.

En trabajos os veréis muchas vezes que si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio dél, y avéislos de sufrir con paciencia y sin consolación, y aun sin sentimiento de confiança, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad; porque mientras la confiança está fuerte, no hay cosa que mucho lastime, mas quando Dios esconde su faz y no enseña favor al ánima sino disfavor, y siendo perseguida de sus enemigos no siente favor en su buen amigo[19], entonces es el padescer puro y sabe a tormentos de infierno; no sentiréis entonces esperança de escapar, mas contentaos con no desesperar, y séaos aquel desconsuelo penitencia por vuestros pecados, con los quales algún día os consolastes, y sírvaos de ver a la clara qué es lo que podéis vos de vos. Justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí, y quien en sí confía que le demuestren tan a su costa qué es lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso: esta guerra avéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dize la divina Escriptura: «Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque quando fuere provado, recebirá corona de vida[20]»; la qual prometió Dios a los que le aman. Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueva; y no puede aver prueva sin tentación; y no os vendrá tentación que no passe por la mano de nuestro Padre, Dios, midiéndola que sea convenible[21] para vuestro provecho y para vuestra flaqueza. No temáis de beber con paciencia lo que Dios os da con amor. Él mesmo dize: «Hijo, no te angusties quando eres de Dios castigado, porque al que el Señor ama, castiga, y como padre en hijo se agrada»; y en otra parte dize[22]: «Hijo, en tu flaqueza no te desprecies, mas ora al Señor, y curarte ha.» Y pues no[s][23] está mandado de parte de Dios que en ninguna cosa desmayemos, vamos a Él fiados de su palabra, y pidámosle favor, que verdaderamente nos lo dará[24].

¡Oh, hermana, si viésemos quán caros y preciosos somos delante los ojos de Dios! ¡Oh, si viésemos quán metidos nos tiene en su coraçón, y quando nosotros nos parece que estamos alançados[25], quán cercanos estamos a Él! Sea para siem-

(17) En la Epístola a los Corintios, XV, 31.
(18) *Sabiduría*, III, 6 y 7.
(19) En la edición de 1674 por vez primera «en su buen ánimo», y ya en todas las ediciones posteriores.
(20) En la Epístola de Santiago, I.
(21) Alusión al cap. X, 13, de la Epístola a los Corintios: *Fidelis autem Deus est qui non patietur vos tentari supra id quod potestis.* La palabra *convenible* era usual: «Ser convenible, ser llegado a razón», Covarrubias, *Tes.*, I, 161; «O haciendo cualquier otro ejercicio corporal convenible», Francisco de Osuna, *Abecedario Espiritual*, III, XIII, 5.
(22) *Proverbios*, III.
(23) En la edición de 1578 «no está», pero «*nos*» en todas las demás ediciones.
(24) En la edición de 1901 «nos le dará».
(25) En la edición de 1618 «y quando a nosotros nos parece que estamos alcanzados»; la edición siguiente de 1674 no sólo no corrigió este absurdo «alcanzados», sino que no entendiendo que *nosotros* era sujeto de *estamos*, se quiso regir de *parece*; «y cuando a nosotros nos parece que estamos alcanzados». Las ediciones posteriores mantuvieron las dos erratas.

pre Jesucristo bendito, que éste es a boca llena nuestra esperança[26], que ninguna cosa tanto me puede atemorizar quanto Él asegurar; múdeme yo de devoto en tibio, de andar por el cielo a escuridad de abismo[27] de infierno, cérquenme peccados passados, temores de lo porvenir, demonios que acusen y me pongan lazos, hombres que espanten[28] y persigan, amenázenme con infierno, y pongan diez mil peligros[29] delante, que con gemir mis pecados y alçar mis ojos pidiendo remedio a Jesucristo, el manso, el benigno, el lleno de misericordia, el firmísimo amador mío hasta la muerte, no puedo desconfiar, viéndome tan apreciado que fue Dios dado por mi[30]. ¡Oh, Cristo, puerto de seguridad para los que acosados de las ondas tempestuosas de su coraçón huyen a Ti! ¡Oh, fuente de vivas aguas para los ciervos heridos y acosados [de] los perros espirituales, que son demonios y pecados! ¡Tú eres descanso entrañal[31], fiucia que a ninguno de su parte faltó, amparo de huérfanos y defendedor de las viudas, firme casa de piedra[32] para los erizos llenos de espinas de pecados, que con gemido[33] y deseo de perdón huyen a Ti! ¡Tú defiendes de la ira de Dios a quien a ti se subjeta; Tú, aunque mandas algunas veces a tus discípulos que entren en la mar sin Ti, y que se desteten de tu dulce conversación, y estando Tú absente se levanten[34] en la mar tempestades que ponen en aprieto de perder el ánima, mas no los olvidas[35]; dízesles que se aparten de Ti, y vas Tú a orar[36] al monte por ellos: piensan que los tienes olvidados y que duermes; estás[37] las rodillas hincadas rogando por ellos; y quando son ya passadas las tres partes[38] de la noche, quando a tu infinito saber parece que basta ya la penosa absencia tuya para los tuyos que andan en la tempestad, desciendes del monte, y como señor de las ondas mudables andas sobre ellos, que para Ti todo es firme, y acércaste a los tuyos, quando ellos piensan que están más lexos de Ti, y dízesles palabras[39] de confiança, que son: «Yo soy, no queráis temer.» O Cristo, diligente y cuidadoso pastor, quán engañado está quien en Ti y de Ti no se fía de lo más entrañable de su coraçón, si quiera[40] enmendarse y servirte! ¡Oh, si dixesses Tú a los hombres quánta razón tienen de no desmayar con tal Capitán los que quieren entrar a servirte, y cómo no hay nueva que tanto pueda entristecer ni atemorizar al tuyo, quanto la nueva de quien Tú eres basta para lo consolar[41]!

Si bien y perfectamente conocido fueses, Señor, no avría quien no te amase y confiase, si muy malo no fuese; y por esto dizes[42]: «Yo soy, no queráis temer.» «Yo soy aquél que mato y doy vida, meto a los infiernos y saco»: quiere dezir[43], que atribulo al hombre hasta que le paresce que muere, y después le alivio y recreo y doy vida: meto en desconsolaciones que parecen infierno, y después de metidos no los olvido, mas sácolos, y por eso

---

(26) Ochoa, en la edición de Baudry, «que es a boca llena nuestra esperanza»; en las ediciones de 1674 y 1901 «a boca llena de nuestra esperanza».

(27) En la edición de Baudry «a escuridad y abismo».

(28) En la edición de Baudry «hombres que me espanten».

(29) En la edición de Baudry «y pónganme diez mil peligros».

(30) Ochoa, en la edición de Baudry «fue Dios dado para mí».

(31) *Entrañal*, por *interior, espiritual*: «Llámase esta guerra cordial o entrañal», Antonio de Guevara, *Epístolas Familiares*, II, 12.

(32) En el Libro de los Salmos, CIII, 18.

(33) En todas las ediciones desde la de 1618 «que con gemidos».

(34) Desde la edición de 1759 «se levantan».

(35) Ochoa, en la edición de Baudry «mas tú no los olvidas».

(36) Por vez primera en la edición de 1674 «y vas tú aora», y lo mismo en todas las ediciones posteriores.

(37) Ochoa, en la Biblioteca de Baudry, «y estás».

(38) Ochoa, edición de Baudry, creyó encontrar un error de sentido, y enmendó «las cuatro partes».

(39) Ochoa «y dices estas palabras».

(40) El editor de 1674 creyó hallar una falta de régimen en el subjuntivo con *si* y corrigió «si quiere», corrección que siguieron todos los posteriores.

(41) En las ediciones de 1674, 1759, 1850, 1894 y 1901 «para los consolar».

(42) En la edición de 1674 «y por esto dize»; las ediciones de 1759, 1850, y Ochoa en la edición de Baudry no caycron en una errata tan visible, pero en la de 1901 volvió a restaurarse *dices*.

(43) Por vez primera en la edición de 1674 «quiero dezir», y así en todas las posteriores.

los mortifico, para vivificarlos; para eso los meto, para que no se queden allá, mas para que la entrada en aquella sombra de infierno[44] sea medio para que después de muertos no vayan allá, mas al cielo. Yo soy el que de cualquier trabajo os puedo librar, porque soy omnipotente, y os querré librar, porque soy todo bueno[45], y os sabré librar, porque todo lo sé. Yo soy vuestro abogado, que tomé vuestra causa por mía; yo vuestro fiador, que salí a pagar vuestras deudas; yo Señor vuestro[46], que con mi sangre os compré, no para olvidaros, mas engrandeceros, si a mí quisiésedes[47] servir, porque fuistes con grande precio comprados: yo aquel que tanto os amé, que vuestro amor me hizo transformarme en vosotros, haziéndome mortal y pasible, el que de todo esto era muy ageno; yo me entregué por vosotros a innumerables tormentos de cuerpo y mayores de ánima, para que vosotros esforcéis a pasar algunos por mí, y tengáis esperança de ser librados, pues tenéis en mí tal librador; yo vuestro Padre[48], por ser Dios, y vuestro primogénito Hermano por ser hombre; yo vuestra paga y rescate, ¿qué teméis deudas, si vosotros con la penitencia y confesión pedís suelta de ellas?; yo vuestra reconciliación, ¿qué teméis ira[49]?; yo el lazo de vuestra amistad, ¿qué teméis enojo de Dios?; yo vuestro defendedor[50], ¿qué teméis contrarios?; yo vuestro amigo, ¿qué teméis que os falte quanto yo tengo?; si vosotros no os apartáis de mí, vuestro es mi cuerpo y mi sangre, ¿qué teméis hambre?; vuestro mi coraçón, ¿qué teméis olvido?; vuestra mi divinidad, ¿qué teméis miseria? Y por accessorio son vuestros mis ángeles para defenderos; vuestros mis sanctos para rogar por vosotros; vuestra mi Madre bendita para seros madre cuidadosa y piadosa; vuestra la tierra para que en ella me sirváis; vuestro el cielo para a él vernéis[51]; vuestros los demonios e infiernos, porque los hollaréis[52] como a esclavos y cárcel; vuestra la vida, porque con ella ganáis la que nunca se acaba[53]; vuestros los buenos plazeres, porque a mí los referís[54]: vuestras las penas, porque por mi amor y vuestro provecho las sufrís[55]; vuestras las tentaciones porque son mérito y causa de vuestra eterna corona[56]; vuestra es la muerte, porque os será el más cercano paso para la vida; y todo esto tenéis en mí y por mí, porque ni lo gané para mí solo, ni lo quise gozar yo solo, pues que quando tomé compañía en la carne con vosotros, la tomé en hazeros participantes en lo que yo trabajase, ayunase, comiese, sudase y llorase, y en mis dolores y muerte, si por vosotros no queda.

No sois pobres los que tanta riqueza tenéis, si vosotros con vuestra mala vida no la queréis perder a sabiendas; no desmayé[i]s[57], que no os desampararé aunque os prueve; vidrio sois delicado, mas mi mano os tendrá; vuestra flaqueza haze parecer más fuerte mi fortaleza; de vuestros pecados y miserias saco yo manifestación de mi bondad[58] y de mi misericordia: no hay cosa que os pueda dañar si me amáis, y de mí os fiáis; no sintáis de mí humanamente según vuestro parecer, mas en viva fe con amor, no por las señales de fuera, mas por el coraçón, el cual se abrió en la cruz por vosotros, para que ya no

(44) En la edición de 1901 «en aquella sombra del infierno».
(45) Ochoa, en la edición de Baudry, «porque todo soy bueno».
(46) En la edición de 1674 «yo, Señor nuestro».
(47) Ochoa, en la edición de Baudry, «quisiéredes».
(48) Ochoa «Y vuestro padre».
(49) Ochoa «qué teméis iras».
(50) Ochoa «vuestro defensor».
(51) Ochoa, en la edición de Baudry, «extrañando el indicativo con *para*, cambió la frase, «vuestro el cielo, para donde vendréis»; el editor de 1894 y 1901 optó por otro giro «para que viniereis»; todas las demás ediciones han respetado el texto original.
(52) Ochoa «porque los hollareis».
(53) Ochoa «lo que nunca».
(54) En la edición de 1901 «porque a mí los refiráis».
(55) En la edición de 1901 «las sufráis»; en la de Ochoa de Baudry falta «y vuestro provecho».
(56) Ochoa «de vuestra corona».
(57) En la edición de 1578 «desmayes»; bien pudiera ser un olvido de concordancia, pensando en el singular; pero lo corregimos suponiendo que más bien será una errata de impresión: errata de impresión debe ser el «desmayes» de la edición de Ochoa en la Biblioteca de Baudry, pues en todas las ediciones anteriores en que esta edición se funda hay «desmayéis».
(58) Ochoa, «manifestación de mi voluntad».

pongáis duda[59] en ser amados en quanto es de mi parte; pues veis tales obras de amor de fuera y coraçón tan herido con lança, y más herido de vuestro amor por de dentro[60], ¿cómo os negaré a los que me buscáis para honrarme, pues salí al camino a los que me buscavan para maltratarme?; ofrecíme a sogas y cadenas que me lastimavan, ¿y negarme he a los braços y coraçón de cristianos donde descanso?; dime a açotes y columna dura, ¿y negarme he al ánima que me está subjecta?; no bolví la faz a quien me la hería, ¿y bolverla he a quien se tiene por bienaventurado en la mirar para la adorar? ¡Qué poca confiança[61] es aquesta, que viéndome de mi voluntad despedaçado en mano de perros por amor de los hijos, estar los hijos dudosos de mí si los amo. amándome ellos? Mirad, hijos de los hombres, y dezid; ¿a quién desprecié que me quisiese?; ¿a quién desamparé[62] que me llamase?, ¿de quién huí que me buscase?: comí con pecadores, llamé y justifiqué a los apartados y suzios, importuno yo a los que no me quieren, ruego yo a todos conmigo[63]; ¿qué causa hay para sospechar olvido para con los míos, donde tanta diligencia hay en amar y enseñar el amor? Y si alguna vez lo disimulo, no lo pierdo, mas encúbrolo por amor de mi criatura, a la qual ninguna cosa le está bien como no saber ella de sí, sino remitirse a mí; en aquella ignorancia está su saber, en aquel estar colgada su firmeza, en aquella subjección su reinar. Y bastar le deve que no está en otras manos sino en las mías, que son también suyas, pues por ella las di a clavos de cruz, y más son que suyas, pues hizieron por el provecho de ella más que las proprias suyas. Y por sacarla de su parecer y que siga el mío, le hago que esté como en tinieblas, y que no sepa de sí; mas si se fía, y no se aparta de mi servicio, librarla he, y glorificarla he, y cumpliré lo que dixe: «Sei[64] fiel hasta la muerte y darte he corona de vida.» Amén.

---

(59) En Ochoa «para que pongáis duda».

(60) En Ochoa falta «con lanza y más herido por vuestro amor por».

(61) En Ochoa, «¡Qué poca confianza es esta, viéndome».

(62) En la edición de 1674 «¿a quién desampararé», pero bien en todas las demás ediciones.

(63) *Rogar con* en la acepción de *ofrecerse*: «Porque quien en un bien solo halla juntos todos los bienes, y que le están rogando con él». Ávila, *Epist.*, XV.

(64) Desde la edición de 1674 se ha corregido en todas «sed»: *sei* del ant. *see*, SEDE es bien común: «Tu, Calíope, me sei favorable», Juan de Mena, *El Lab. de Fort.*, 3. Además de los muchos casos en que encontramos *sei* en ediciones modernas de clásicos, las antiguas ediciones acusan otros muchos, corregidos o confundidos inconscientemente por los editores. Como muestra véase «se, y cierto» por «sey cierto», en Granada, *Guía de Pecadores*, I, XVI, 2, ed. de Rivadeneyra.

Fray Luis de Granada

Dominico andaluz, escritor fecundísimo en todos los dominios del género religioso. Por su celebridad de predicador, fue enviado por Felipe II a Portugal, donde con su gran influencia apoyara indirectamente la causa españolista. En Lisboa pasó la mayor parte de su vida, escribiendo sin cesar libros doctrinales, ascéticos y hasta místicos, bien que su mística se abstenía de particularidades y casuística y se concretaba en persuadir en general el amor a Dios y el desprecio del mundo y las mundanidades.

Una de las obras más famosas del célebre dominico, y cronológicamente la primera (1554), es el *Libro de la Oración y Meditación*, del que se hicieron ocho ediciones el mismo año de su publicación. Fue inmediatamente abreviado por San Pedro de Alcántara, bajo el título de *Suma*, hacia 1556; texto que no ha llegado a nuestros días. En 1558, sahó en Alcalá la *Suma* de San Pedro de Alcántara, «corregido y añadido» por el franciscano Martín de Lilio, del que se conoce un solo ejemplar. Fray Luis de Granada reaccionó ante estos compendios mal pergeñados de su libro, y compuso un *Tratado de la Oración*, «recopilación más copiosa» que las *Sumas* indicadas, que salió a luz en Lisboa hacia 1558.

(Véase, para toda esta embrollada polémica, Huarga, *Génesis y Autenticidad del «Libro de la Oración y Meditación»; en* «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», Madrid, 1953, t. LIX, 135-183).

El *Tratado de la Oración* es, literariamente, una pieza excepcional en la historia de nuestras letras, por el patetismo a veces dramático que campea en muchas de sus páginas. La obra trata primeramente de los frutos espirituales, de la oración y de sus condiciones y partes principales de su ejercicio. Después explana la materia de la meditación, dividida en dos semanas: la primera dedicada a considerar el pecado, las miserias humanas, la muerte, el juicio de Dios, las penas del Infierno, los gozos de la Gloria y los beneficios divinos; la segunda semana corresponde a las meditaciones de la Pasión de Cristo, en las cuales sube de punto el afecto e impetuosidad de la elocuencia característica de Granada. Ofrecemos la meditación del Lavatorio.

Bibliografía. *Obras*, ed. J. Cuervo, Madrid, 1906, 14 vols; B. A. E., t. VI, VIII, XI.

TRATADO DE LA ORACIÓN

MEDITACIONES

PARA EL LUNES POR LA MAÑANA

Este día será la meditación del lavatorio de los pies de los discípulos

Contempla, pues, ¡oh, ánima mía!, en esta cena a tu dulce y benigno Jesús, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aquí te da, levantándose de la mesa y lavando los pies de sus discípulos. ¡Oh, buen Jesús! ¿Qué es eso que hacéis? ¡Oh, dulce Jesús!, ¿por que tanto se humilla tu majestad? ¿Qué sintieras, ánima mía, si vieras allí a Dios arrodillado ante los pies de Judas? ¡Oh, cruel! ¿Cómo no se te ablanda el corazón con esta tan grande humildad? ¿Cómo no te rompe las entrañas esta tan grande mansedumbre? ¿Es posible que tú hayas determinado vender ese mansísimo Cordero? ¿Es posible que tú no te hayas ahora compungido con este ejemplo? ¡Oh, blancas y hermosas manos! ¿Cómo podéis tocar pies tan sucios y abominables? ¡Oh, purísimas manos! ¿Cómo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y tratos de vuestra sangre? ¡Mirad, oh, espíritus bienaventurados, qué hace vuestro Criador! ¡Salid a mirar desde esos cielos, y veréis arrodillado ante los pies de los hombres, y decid si usó jamás con vosotros de tal linaje de cortesía! ¡Señor, oí tus palabras y temí; consideré tus obras, y quedé espantado! ¡Oh, Apóstoles bienaventurados! ¿Cómo no tembláis viendo esta tan grande humildad? Pe-

dro, ¿qué haces? ¿Por ventura consentirás que el Señor de la Majestad te lave los pies?

Maravillado y atónito San Pedro, como viese al Señor arrodillado delante de sí, comenzó a decir: «¿Tú, Señor, lavas a mí los pies? ¿No eres Tú Hijo de Dios vivo? ¿No eres Tú el Criador del mundo, la hermosura del Cielo, el paraíso de los ángeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduría de Dios en las alturas? ¿Pues Tú me quieres lavar a mí los pies? Tú, Señor de tanta majestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza? ¿Tú, que fundaste la tierra sobre sus cimientos y la hermoseaste con tantas maravillas? ¿Tú, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones de las causas, beatificas los ángeles, enderezas los hombres y riges con tu sabiduría todas las cosas? ¿Tú me has de lavar a mí los pies? ¿A mí, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, un vaso de corrupción, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias, y lo que es sobre toda miseria, llena de pecados? ¿Tú, Señor, a mí? ¿Tú, Señor de todas las cosas, a mí, el más bajo de todas ellas? La alteza de tu majestad y la profundidad de mi miseria me hace fuerza que tal cosa no consienta. Deja, pues, Señor mío, deja para los siervos este oficio, quita esa toalla, toma tus vestiduras, siéntate en tu silla y no me laves los pies. Mira que no se avergüencen de esto los Cielos, viendo que con esta ceremonia los pones debajo de la tierra; pues las manos en quien el Padre puso los Cielos y todas las cosas, vienes a poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente de esto toda la naturaleza criada, viéndose puesta debajo de otros pies que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saúl, viéndote con este lienzo vestido a manera de siervo, y diga que no quiere recibir por esposo ni por Dios al que ve entender en oficio tan vil.

Esto decía Pedro, como hombre que aun no sentía las cosas de Dios, y como quien no entendía cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan grande bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conocía y tanto deseaba dejarnos en aquella sazón por memoria un tan maravilloso ejemplo de humildad, no satifizo a la simplicidad de su discípulo y llevó adelante lo comenzado. Aquí es mucho de notar cuánto es lo que este Señor hizo para hacernos humildes, pues estando tan a la puerta de su Pasión, donde había de dar tan grandes ejemplos de humildad que bastasen para asombrar cielos y tierra, no contento con esto, quisiese aún añadir más a todos ellos para dejar más encomendada esta virtud. ¡Oh, admirable virtud, cómo deben ser grandes tus riquezas, pues tanto eres alabada! ¡Oh, cómo no deben ser conocidas, pues por tantas vías nos eres encomendada! ¡Oh, humildad predicada y enseñada en toda la vida de Cristo, cantada y alabada por boca de su Madre, flor hermosísima entre las virtudes, divina piedra imán que atraes a Ti al Criador de todas las cosas! El que te desechare, será de Dios desechado, aunque esté en lo más alto del Cielo; y el que te abrazare, será de Dios abrazado, aunque sea el mayor pecador del mundo. Grandes son tus gracias, Señor, y maravillosos tus efectos. Tú places a los hombres, agradas a los ángeles, confundes a los demonios y atas las manos al Criador; Tú eres fundamento de las virtudes, muerte de los vicios, espejo de las vírgenes y hospedería de la Santísima Trinidad. Quien allega sin Ti, derrama; quien edifica, y no sobre Ti, destruye; quien amontona virtudes sin Ti, el polvo lleva ante la cara del viento. Sin Ti, la virgen es desechada de las puertas del Cielo, y contigo, la pública pecadora es recibida a los pies de Cristo. Abrazad esta virtud las vírgenes, porque por ella os aproveche vuestra virginidad. Buscadla vosotros, religiosos, porque sin ella será vana vuestra religión. Y no menos vosotros los legos, porque por ella seréis librados de los lazos del mundo.

Después de ésto, considera cómo acabando de lavar los pies, los limpia con aquel sagrado lienzo con que estaba ceñido. Y sube más arriba con los ojos del ánima, y verás allí representado el misterio de nuestra redención. Mira cómo aquel lienzo recogió en sí toda la

inmundicia de aquellos pies sucios; y así ellos quedaron limpios, y el lienzo, por el contrario, quedaría todo manchado y sucio después de acabado aquel oficio. Pues ¿qué cosa más sucia que el hombre concebido en pecado? Y ¿qué cosa más limpia y más hermosa que Cristo concebido del Espíritu Santo? Blanco y colorado es mi amado, dice la Esposa, y escogido entre millares. Pues este tan hermoso y tan limpio quiso recibir en sí todas las manchas y fealdades de nuestras ánimas; conviene a saber: las penas que merecían nuestros pecados, y dejándolas limpias y libres de ellas, Él quedó, como ves, en la cruz mancillado y afeado con ellas. Por esto, con mucha razón, se maravillan los ángeles de esta extraña fealdad, y preguntan por Isaías, diciendo: « ¿Por qué, Señor, traes teñidas las vestiduras de color de sangre y manchadas y sucias como las de los que pisan uvas en lagar? Pues si esta sangre y estas manchas son ajenas, conviene a saber, de nuestras culpas, dime, Rey de gloria: ¿No tuvieran mejor los hombres su merecido que no Tú? ¿No estuviera mejor la basura en su muladar que no en Ti, espejo de hermosura? ¿Qué piedad te hizo desear tanto la limpieza de mi ánima, que con tal costa y detrimento de tu hermosura se la dieses? ¿Cuál es el hombre que con un lienzo labrado de oro se pusiese a limpiar un plato sucio y desportillado? Bendito seas Tú, Señor Dios mío, y bendígante tus ángeles para siempre, pues quisiste venir a ser como un estropajo del mundo, recibiendo en Ti todas nuestras fealdades y miserias, que son las penas de nuestras culpas, para dejarnos libres de ellas.

. . . . . .

Meditación del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen

Después de esto, considera cómo fue quitado aquel santo cuerpo de la cruz y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan, pues, el mismo día sobre tarde aquellos dos santos varones José y Nicodemus, y, arrimadas las escaleras a la cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador. Como la Virgen vio que, acabada la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo a tierra, aparéjase ella para darle puerto seguro en sus pechos y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con grande humildad a aquella noble gente que, pues no se había despedido de su Hijo ni recibido de Él los postreros abrazos de la cruz al tiempo de su partida, la dejen ahora llegar a Él, y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo si, habiéndose quitado por un cabo los enemigos vivo, ahora los amigos se le quitan muerto. ¡Oh, por todas partes desconsolada Señora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has, y si te lo dan como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla. Pues ¿qué haréis, santos varones? ¿Qué consejo tomaréis? Negar a tales lágrimas y a tal Señora cosa que pida, no conviene; y darle lo que pide, es acabarle la vida. Teméis por una parte desconsolarla, teméis por otra no seáis por ventura homicidas de la Madre, como lo fueron los enemigos del Hijo. Finalmente, vence la piadosa porfía de la Virgen, y pareció a aquella noble gente, según eran grandes sus gemidos, que sería mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarla la vida, y así se lo hubieron de entregar.

Pues cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? Ángeles de paz, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, Cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétales fuertemente en sus pechos (para esto sólo le quedan fuerzas), mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntanse rostro con rostro, tíñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh, dulce Madre! ¿Ése es, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Ése es el que concebisteis con tanta gloria y el que paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros goces pasados? ¿Adonde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura, en quien Vos os mirabais? Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz; ya

no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus orejas han perdido el oír; ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del Cielo; ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Cómo no habláis ahora, Reina del Cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entrañable dolor al Hijo dulcísimo, y le diría:

¡Oh, vida muerta! ¡Oh, lumbre oscurecida! ¡Oh, hermosura afeada! Y ¿qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¿Qué corona es ésta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¿Qué herida es ésta que veo en vuestro costado? ¡Oh, sumo Sacerdote del mundo! ¿Qué insignias son éstas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¿Quién ha manchado el espejo y hermosura del Cielo? ¿Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¿Éstos son aquellos ojos que oscurecían el sol con su hermosura; éstas son las manos que resucitaban los muertos a quienes tocaban; ésta es la boca por donde salían los cuatro ríos del Paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de dónde se levantó a deshora esta fuerte tempestad? ¿Qué ola ha sido ésta que así te me ha llevado? Hijo mío, ¿qué haré sin Ti, adónde iré, quién me remediará? Los padres y los hermanos afligidos venían a rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y Tú, con tu infinita virtud y clemencia, los consolabas y socorrías. Mas yo, que veo muerto a mi Hijo, y mi Padre, y mi Hermano, y mi Señor, ¿a quién rogaré por Él? ¿Qué me consolará? ¿Dónde está el buen Jesús Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela a los vivos y da vida a los muertos? ¿Dónde está aquel grande profeta, poderoso en obras y palabras?

Hijo, antes de ahora descanso mío, y ahora cuchillo de mi dolor, ¿qué hiciste para que los judíos te crucificasen, qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Éstas son las gracias de tantas buenas obras; ése es el premio que se da a la virtud; ésta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo; hasta aquí la malicia del demonio; hasta aquí la bondad y clemencia de Dios? ¿Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por la culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de los hombres?

¡Oh, dulcísimo Hijo mío!, ¿qué haré sin Ti? Tú eras mi Hijo, mi Padre, mi Esposo, mi Maestro y toda mi compañía. Ahora quedo como huérfana sin padre, viuda sin esposo, y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas, cansado de los discursos y predicación del Evangelio; ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asolado y fatigado de los caminos y trabajos; ya no te veré más asentado a mi mesa y comiendo y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Fenecida es ya mi gloria: hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo mío, ¿no me hablas? ¡Oh, lengua del Cielo, que a tantos consolaste con vuestras palabras, a tantos disteis habla y vida!, ¿quién os ha puesto tanto silencio que no habláis a vuestra Madre? ¿Cómo no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esa corona real será la manda, de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón; allí estarán hincados vuestros clavos; allí estará guardada vuestra corona, y vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí mientras me durare la vida.

¡Cómo dura poco la alegría en la tierra, y cómo se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad! ¡Oh, Belén y Jerusalén, cuán diferentes días he llevado con vosotras! ¡Qué noche fue aquella tan clara, y qué día éste tan oscuro! ¡Qué rica entonces y qué pobre ahora! ¡No podía ser pequeña la pérdida de tan gran tesoro! ¡Oh, ángel bienaventurado! ¿Dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? No era vana mi turbación ni mi temor en aquella hora; porque a grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir, o gran caída,

o grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos : nunca da honra sin carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia, sino para mucho trabajo. Entonces me llamaste llena de gracia, ahora estoy llena de dolor ; entonces bendita entre las mujeres, ahora la más afligida de las mujeres ; entonces dijiste : El Señor es contigo ; ahora también está conmigo ; mas no vivo, sino muerto, como le tengo en mis brazos.

¡Oh, dulce Redentor mío! ¿Fue alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nacido, por donde viniste ahora a tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fue algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, para que ahora me hayas querido dar a beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fue algún yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, para que ahora hayas querido que te vea yo tan afeado y atormentado? ¿Fue algún delito amarte tanto, para que ahora hayas querido que el amor se me hiciese verdugo, y que tanto padeciese cuanto más te amo?

¡Oh, Padre Eterno! ¡Oh, amador de los hombres! ¡Piadoso para con ellos y para con vuestro Hijo riguroso! ¡Vos sabéis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazón! ¡Vos sabéis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón! Mas con todo esto, yo, la más afligida de todas las criaturas, os doy gracias infinitas por este dolor. Bástame quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, le meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias ; por el usufructo de vuestros bienes de que hasta aquí he gozado, os bendigo ; y porque ahora me lo quitáis no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro depósito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas también con ellos os bendigan. Mas suplícoos, Padre mío, si Vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabéis que desde el día en que aquel santo Simeón me anunció este martirio, se echó acíbar en todos mis placeres, y desde entonces traigo este día atravesado en el corazón. En medio de mis alegrías me saltaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este día. Bien sé que todo esto fue encaminado por vuestra providencia, y que Vos quisisteis que desde entonces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que así como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos desde el día de su concepción, así también la trajese la Madre. Así queréis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no queréis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sea en Vos. Pues, ¡oh, Rey mío!, habed ya por bien, que sea éste el postrero de mis martirios si Vos de ello sois servido ; y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco un martirio, bien sabéis Vos que tantas veces ha sido mártir cuantas fue herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mío viéndole se renueva. Mandad a la muerte que vuelva por los despojos que dejó y lleve a la Madre con el Hijo a la sepultura. ¡Oh, dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que a mí me quitan a Ti la dan, pues encerrarás dentro de Ti al que yo tuve encerrado en mis entrañas! Mis huesos se alegrarían si allí se viesen, y allí sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazón y el alma, que yo puedo, yo la sepultaré ; mas Vos también, Señor mío, el cuerpo, que yo no puedo sin Vos. ¡Oh, muerte!, ¿por qué eres tan cruel que me apartas de Aquél en cuya vida estaba la mía? Más cruel eres a las veces en perdonar que en matar. Piadosa fueras para mí si nos llevaras a entrambos ; mas ahora fuiste cruel en matar al Hijo, y más cruel en perdonar a la Madre.

Tales palabras en su corazón diría la Virgen, y semejantes las dirían aquellas santas Marías que le acompañaban. Lloraban todos los que presentes estaban ; lloraban aquellas santas mujeres ; lloraban aquellos nobles varones ; lloraban el Cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen. Lloraba otrosí el santo Evan-

gelista, y, abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: «¡Oh, buen Maestro y Señor mío!, ¿quién me enseñará ya de aquí adelante? ¿A quién iré con mis dudas? ¿En cúyos pechos descansaré? ¿Quién me dará parte de los secretos del Cielo? ¿Qué mudanza ha sido ésta tan extraña? Anteanoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida, y ahora te pago tan grande beneficio teniéndote en los míos muerto. ¿Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte? ¿Esta es aquella figura más clara que el sol del mediodía?

Lloraba también aquella santa pecadora, y, abrazada con los pies del Salvador, decía: «Oh, lumbre de mis ojos y remedio de mi alma!, si me viere fatigada de los pecados, ¿quién me recibirá, quién curará mis llagas, quién responderá por mí, quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh, cuán de otra manera tuve yo estos pies, y los lavé cuando en ellos me recibisteis! ¡Oh, amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh, vida de mi alma!, ¿cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva teniéndote delante de mis ojos muerto? ».

De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía, regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado. Llegada, pues, ya la hora de la sepultura, envuelven el santo cuerpo en una sábana limpia; atan su rostro con un sudario, y, puesto encima de un lecho, caminan con Él al lugar del monumento, y allí depositan aquel precioso tesoro. El sepulcro se cubrió con una losa, y el corazón de la Madre con una oscura tiniebla de tristeza. Allí se despide otra vez de su Hijo; allí comienza de nuevo a sentir su soledad; allí se ve ya desposeída de todo su bien, y allí se le queda el corazón sepultado, donde quedaba su tesoro.

En este estilo caldeado y emotivo desfilan todos los episodios de la Sagrada Pasión, sin decaer un momento el tono apasionado y vehemente del expositor. Todavía hay unas páginas, obra de supremo artífice, y ápice de lo patético en la literatura española, que contienen el llanto de la Virgen sobre el cadáver de su divino hijo. Dudamos que en lengua humana sea superable este trozo de elocuencia.

GUÍA DE PECADORES

La obra que más fama ha alcanzado de Fray Luis de Granada es la Guía de Pecadores *(1567), de la que se han hecho innumerables ediciones y se ha traducido a todas las lenguas. Es una apología de la virtud cristiana, escrita con verdadera pasión apostólica. Consta de tres partes. En la primera expone todos los motivos de orden sobrenatural o respecto de Dios, que el hombre tiene para abrazar la virtud. La segunda parte estudia y analiza el valor de la virtud en sí misma, para persuadir al hombre a vivir dentro del orden moral. La tercera explana finalmente el premio que Dios promete a los virtuosos, y los castigos con que amenaza a los seguidores de sus pasiones y vicios.*

Del primero título que nos obliga a la virtud y servicio de Dios, que es ser Él quien es, donde se trata de la excelencia de las perfecciones divinas

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres, cristiano lector, a cualquier honesto trabajo. Una es la obligación que por título de justicia tienen a él, y otra el fruto y provecho que se sigue dél. Y así es común sentencia de todos los sabios que estas dos cosas, conviene a saber, honestidad y utilidad, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven a todo lo que ha de hacer. Entre las cuales, aunque la utilidad es comúnmente más deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es más poderosa. Porque ningún provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud; así como ninguna pérdida hay tan grande, que el varón sabio no deba antes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual, siendo nuestro propósito en este libro convidar y aficionar los hombres a la

hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte más principal, declarándoles la obligación que tenemos a ella por la que tenemos a Dios; el cual, como sea la misma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide más en este mundo que la virtud. Veamos, pues, ahora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para pedirnos este tan debido tributo.

Mas como éstos sean innumerables, solamente tocaremos aquí seis de los más principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es, sin ninguna excepción.

Entre los cuales el primero y el mayor y el que menos se puede declarar es ser Él quien es; donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones; esto es, la inmensidad incomprensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en Él. Las cuales son tantas y tan grandes, que, como dice un doctor, si todo el mundo se hinchese de libros, y todas las criaturas dél fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta, antes se henchiría el mundo de libros, y se cansarían los escritores, y se agotaría la mar, que se acabase de explicar una sola destas perfecciones como ella es. Y añade más este doctor, diciendo: «Que si criase Dios un nuevo hombre, con un corazón que tuviese la grandeza y capacidad de todos los corazones del mundo, y éste llegase a entender una destas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corría gran peligro no desfalleciese del todo o reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaría, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.»

Esta es, pues, la primera y la más principal razón por la cual estamos obligados a amar, servir y obedecer a este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mismos filósofos epicúreos, destruidores de toda la filosofía, pues niegan la Divina Providencia, y la inmortalidad del ánima, no por eso niegan la religión, que es el culto y veneración de Dios. Porque a lo menos, disputando uno dellos en los libros que Tulio escribió «DE LA NATURALEZA DE LOS DIOSES», confiesa y aprueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa también la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que merece ser adorado y venerado; porque esto se debe a la alteza y excelencia de aquella nobilísima substancia por sólo este título, aunque más no haya. Porque si acatamos y reverenciamos un rey, aunque esté fuera de su reino, donde ningún beneficio recibimos dél, por sola la dignidad real de su persona, ¿cuánto más se deberá esto a aquel Señor, que, como dice San Juan (*Apocalipsis*, 19), *trae broslado en su vestidura y en su muslo, Rey de los reyes y Señor de los señores?* Él es el que tiene colgada de tres dedos toda la redondez de la tierra; la cual dispone las causas, mueve los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y, como Rey y Señor universal, da de comer a todas las criaturas. Y lo que más es, que este reino y señorío no es por sucesión, ni por elección, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque, así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima substancia sobrepuja tanto las otras substancias criadas, que todas ellas y todo este mundo tan grande apenas es una hormiga delante de Él.

Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y tan mal filósofo, ¿qué será razón que confiese la filosofía cristiana? Ésta, pues, nos enseña que, aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados a Dios, éste es el mayor de todos, y el que sólo, aunque más no hubiera, merecía todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuerpos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los Santos; cuyo amor es tan puro y tan desinteresado, que dice dél San Bernardo: «El verdadero y perfecto amor ni toma fuerzas con la confianza ni siente los daños de

la desconfianza.» Queriendo decir que ni se esfuerza a servir a Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaría, aunque supiese que nada le habían de dar, porque no se mueve a esto por interés, sino por puro amor, debido a aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el más obligatorio, es el que menos mueve a los menos perfectos. Lo uno, porque tanto más los mueve su interés cuanto más parte en ellos tiene el amor propio; y lo otro, porque, como aun rudos e ignorantes, no alcanzan a entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si desto tuviesen más entera noticia, sólo este resplandor de tal manera robaría sus corazones, que, contentos con sólo él, no buscarían más que a él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz, para que puedan conocer algo más de la grandeza y dignidad deste Señor. Esta es tomada de aquel sumo teólogo, San Dionisio, el cual, en su MÍSTICA TEOLOGÍA, ninguna otra cosa más pretende que darnos a entender la diferencia del Ser divino a todo otro ser criado, enseñándonos, si queremos conocer a Dios, a desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar a Dios por ellas; sino que, dejándolas todas acá abajo, nos levantemos a contemplar un Ser sobre todo ser, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparación es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella oscuridad en que entró Moisés a hablar con Dios (*Éxodo*, 24), la cual le cubría la vista de todo lo que no era Dios, para que así pudiese mejor conocer a Dios. Y esto mismo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio cuando vio pasar delante de sí la gloria de Dios (3 *Reg.*, 19), porque a todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos, como a cosa tan baja y desproporcionada, cuando quisiera contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá más claro si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel Ser no criado a todo otro ser criado: que es del Criador a sus criaturas. Porque todas ellas vemos que tuvieron principio y pueden tener fin; mas Él ni tiene principio ni puede tener fin. Todas ellas reconocen superior y dependen de otro; Él, ni reconoce superior ni depende de nadie. Todas ellas son variables y sujetas a mudanzas; en Él no cabe mudanza ni variedad. Todas ellas son compuestas, cada cual a su manera; mas en Él no hay composición, por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes, tuviera componedor que fuera primero que Él, lo cual es imposible. Todas ellas pueden ser más de lo que son, y tener más de lo que tienen, y saber más de lo que saben; mas Él, ni puede ser más de lo que es, porque en Él está todo el ser; ni tener más de lo que tiene, porque Él es el abismo de todas las riquezas; ni saber más de lo que sabe, por la infinidad de su saber, y por al excelencia de su eternidad, a la cual todo está presente. Por la cual causa lo llama Aristóteles *acto puro*, que quiere decir última y suma perfección, tal que no sufre añadidura; porque no es posible ser más de lo que es, ni imaginarse cosa que falte.

Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que, como pobres y necesitadas, se puedan mover a buscar lo que les falta: mas Él no tiene para qué moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente.

En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras; mas en Él no puede haber distinción de partes diversas, por su suma simplicidad. De manera que su ser es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual, aunque tiene contrarios efectos que la justicia, cuales son perdonar y castigar, mas realmente en Él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en Él caben obras y per-

fecciones al parecer contrarias y admirables, como dice San Agustín. Porque Él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable e incomprensible, sin lugar y en todo lugar invisible y que todo lo ve, inmutable y que todo lo muda; el que siempre obra y siempre está quieto; el que todo lo hincha sin estar encerrado, y todo lo provee sin quedar distraído; el que es grande sin cuantidad y por eso inmenso, y bueno sin cualidad, y por eso verdadera y sumamente bueno, antes *ninguno es bueno sino sólo Él* (*Mt.*, 19).

Finalmente, por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprende, así tienen limitado poder a que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares adonde moran y limitados nombres con que se significan, y particulares definiciones con que se declaran, y señalados predicamentos o géneros donde se encierran. Mas aquella soberana substancia, así como es infinita en el ser, así también lo es en el poder y en todo lo demás; y así, ni tiene definición que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice San Dionisio, con no tener nombre, tiene todos los nombres, porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres.

De donde se infiere que todas las criaturas, como son limitadas, así son comprensibles; mas sólo aquel Ser divino, así como es infinito, así es incomprensible a todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningún entendimiento puede ser comprendido ni abarcado, si no es con sólo aquél que todo lo comprende.

¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos serafines que vio Isaías (6, 2) puestos al lado de la majestad de Dios, que estaba sentado en un trono muy alto, cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrían el rostro de Dios y con las otras dos los pies del mismo Dios, según declara un intérprete; sino dar a entender que ni aun aquellos espíritus soberanos, que tienen el más alto lugar en el cielo y están más vecinos a Dios, pueden comprender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo a cabo a conocerle, puesto caso que claramente le vean en su misma esencia y hermosura? Porque como el que está a la orilla de la mar realmente ve la mar en sí misma, mas no llega a ver ni la profundidad ni la largura della, así aquellos espíritus soberanos, con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven a Dios, mas no pueden comprender ni el abismo de su grandeza ni la longura de su eternidad. Y por esto mismo se dice que está *Dios sentado sobre los querubines* (*Ps.* 103), en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina; mas, con todo esto, está *sobre ellos*, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprender.

Estas son aquellas *tinieblas* que el profeta David dice que *puso* Dios *alderredor de su tabernáculo* (*Ps.* 17), para dar a entender lo que el Apóstol significó más claramente cuando dijo (1 *Timoteo*, 6) que Dios moraba *en una luz inaccesible*, adonde nadie podía llegar; lo cual el profeta llama *tinieblas*, que impiden la vista y comprensión de Dios. Porque, según dijo muy bien un filósofo, así como ninguna cosa hay más clara ni más visible que el sol; pero, con todo esto, ninguna hay que menos se vea, por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista, así ninguna hay que de suyo sea más inteligible que Dios, y ninguna que menos en esta vida se entienda, por esta misma razón.

Por donde el que en alguna manera le quisiere conocer, después que haya llegado a lo último de las perfecciones que él pudiere entender, conozca que aún le queda infinito camino que andar; porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprender; y cuanto más entendiere esta incomprensibilidad, tanto más habrá entendido de Él. Por donde San Gregorio, sobre aquellas palabras de Job (5, 3): *El que hace cosas grandes e incomprensibles sin número*, dice así: «Entonces hablamos con mayor elocuencia las obras de la Omnipotencia divina, cuando, quedando maravillados y atónitos, las callamos; y entonces el hombre alaba convenientemente callando lo que no puede con-

venientemente significar hablando.» Y así nos aconseja San Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneración del ánima y con un inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude a aquellas del profeta David (*Ps.* 64), según la traslación de San Jerónimo, que dice: *A ti calla el alabanza, Dios, en Sión*: dando a entender que la más perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando, que es con este casto e inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprensibilidad y soberanía de aquella inefable substancia, cuyo Ser es sobre todo ser, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya substancia sobrepuja infinitamente y se diferencia de toda otra substancia, así visible como invisible. Conforme a lo cual dice San Agustín: «Cuando yo busco a mi Dios no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni olores de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos; nada desto busco cuando busco a mi Dios. Mas, con todo esto, busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no sienten las narices; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto; y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto. Porque esta luz resplandece donde no hay lugar, y esta voz suena donde el aire no la lleva, y este olor se siente donde el viento no se derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamás se aparta.»

§ 1

Y si quieres por un pequeño ejemplo barruntar algo desta incomprensible grandeza, pon los ojos en la fábrica deste mundo, que es *obra de las manos de Dios* (*Ps.* 18), para que por la condición del efecto entiendas algo de la nobleza de la causa (*Rom.*, 1). Presuponiendo primero lo que dice San Dionisio, que en todas las cosas hay *ser*, *poder* y *obrar*; las cuales están de tal manera proporcionadas entre sí, que cual es el *ser* de las cosas, tal es su *poder*, y cual el *poder* tal el *obrar*.

Presupuesto este principio, mira luego cuán hermoso, cuán bien ordenado y cuán grande es este mundo, pues hay algunas estrellas en el cielo que, según dicen los astrólogos, son ochenta veces mayores que toda la tierra y agua juntas. Mira otrosí, cuán poblado está de infinita variedad de cosas que moran en la tierra y en el agua y en el aire y en todo lo demás; las cuales están fabricadas con tan grande perfección, que, sacados los monstruos aparte, en ninguna hasta hoy se halló ni cosa que sobrase, ni que le faltase para el cumplimiento de su ser. Pues esta tan grande y tan admirable máquina del mundo, según el parecer de San Agustín, creo Dios en un momento (*Eccli.*, 18, 1), y sacó de no ser a ser; y ésto sin tener materiales de que la hiciese, ni oficiales de que se ayudase, ni herramientas de que se sirviese, ni modelos o dibujos exteriores en que la trazase, ni espacio de tiempo en que, prosiguiendo, la acabase, sino con sola una simple muestra de su voluntad salió a luz esta grande universidad y ejército de todas las cosas. Y mira más: que con la misma facilidad que crio este mundo pudiera criar, si quisiera, millares de cientos de mundos muy más grandes y más hermosos y más poblados que éste; y acabándolos de hacer, con la misma facilidad los pudiera aniquilar y deshacer sin ninguna resistencia.

Pues dime ahora: si, como se presupuso de la doctrina de San Dionisio, por los efectos y *obras* de las cosas conocemos el *poder* de las cosas, y por el poder el *ser*, ¿cuál será el *poder* de donde esta obra procedió? Y si tal y tan incomprensible es este poder, ¿cuál será el *ser* que se conoce por tal poder? Esto, sin duda, sobrepuja todo encarecimiento y entendimiento.

Donde hay aún más que pensar: que estas obras tan grandes, así las que son como las que pueden ser, no igualan con la grandeza deste divino poder, antes quedan infinitamente más bajas; por-

que infinitamente más es a lo que se extiende este infinito poder. Pues ¿quién no queda atónito y pasmado considerando la grandeza de tal ser y tal poder? Al cuál, aunque no vea con los ojos, a lo menos no puede dejar de barruntar por esta razón cuán grande sea y cuán incomprensible.

Esta inmensidad infinita de Dios, declara Santo Tomás en el COMPENDIO DE LA TEOLOGÍA, por este ejemplo: «Vemos — dice él — que entre las cosas corporales, cuanto una es más excelente, tanto es mayor en cuantidad. Y así vemos ser mayor el agua que la tierra, y mayor el aire que el agua, y mayor el fuego que el aire, y mayor el primer cielo que el elemento del fuego, y mayor el segundo cielo que el primero, y mayor el tercero que el segundo; y así subiendo hasta la décima esfera y hasta el cielo empíreo, que es de inestimable e incomparable grandeza.» Lo cual se ve claro por cuán pequeña es la redondez de la tierra y del agua en comparación de los cielos, pues los astrólogos dicen que es un punto a respecto del cielo. Lo cual demuestran claramente: porque estando el cerco del cielo repartido en doce signos por do anda el sol, de cualquier parte de la tierra se ven los seis perfectamente; porque la altura y eminencia de la tierra no ocupa más de lo que ocuparía una hoja de papel o una tabla que estuviese en medio del mundo, de donde sin impedimento se vería la mitad del cielo. Pues siendo el cielo empíreo, que es el primero y el más noble cuerpo del mundo, de tan inestimable grandeza sobre todos los otros cuerpos, por aquí se entiende, dice Santo Tomás, cómo Dios, que sin ninguna limitación es el primero y el mayor y el mejor de todas las cosas, así espirituales como corporales, y el hacedor dellas, ha de sobrepujar a todas ellas con infinita grandeza, no en cuantidad, porque no es cuerpo, sino en la excelencia y nobleza de su perfectísimo Ser.

Pues descendiendo ahora a nuestro propósito, por aquí podrás en alguna manera entender cuáles sean las perfecciones y grandezas deste Señor; porque tales es necesario que sean, cual es su mismo Ser. Así lo confiesa el ECLESIÁSTICO (2, 23) de su misericordia, diciendo: *Cuan grande es el ser de Dios, tan grande es la misericordia de Dios;* y no menos lo son todas las otras perfecciones suyas: de manera que tal es su bondad, su benignidad, su majestad, su mansedumbre, su sabiduría, su dulzura, su nobleza, su hermosura, su omnipotencia, y tal también su justicia. Y así es infinitamente bueno, infinitamente suave, infinitamente amoroso e infinitamente amable e infinitamente digno de ser obedecido, temido, acatado y reverenciado. De suerte que, si en el corazón humano pudiese caber amor y temor infinito, y obediencia y reverencia infinita, todo esto era debido en ley de justicia a la dignidad y excelencia deste Señor. Porque si cuanto una persona es más excelente y más alta, tanto se le debe mayor reverencia, necesariamente se sigue que, siendo la excelencia de Dios infinita, se le debe reverencia infinita. De donde se infiere que todo lo que falta a nuestro amor y reverencia para llegar a esta medida, falta para lo que se debe a la dignidad desta grandeza.

Pues siendo esto así, ¿qué tan grande es la obligación que nos pide sólo este título, aunque más no hubiera, al amor y obediencia deste Señor? ¿Qué ama quien a esta bondad no ama? ¿Qué teme quien a esta majestad no teme? ¿A quién sirve quien a este Señor no sirve? ¿Para qué se hizo la voluntad sino para abrazar y amar al bien? Pues si éste es el Sumo Bien, ¿cómo no lo abraza nuestra voluntad sobre todos los bienes?

Y si tan grande mal es no amarlo y reverenciarlo sobre todas las cosas, ¿qué será tenerlo en menos que todas ellas? ¿Quién pudiera creer que hasta aquí pudiese llegar la maldad del hombre? Pues realmente hasta aquí llegan los que por un deleite bestial, o por un pundonor de honra, o por dos maravedís de interés desprecian y ofenden a esta Bondad. Y aún más adelante pasan los que pecan de balde, que es por sola maldad y costumbre, sin haber por eso algún interés. ¿A tanto ha llegado el desalmamiento del mundo? ¡Oh, ceguedad incomparable! ¡Oh, insensibilidad más que de bestias! ¡Oh, atrevimiento digno de los demonios! ¿Qué

merece quien esto hace? ¿Con qué se castigará dignamente el desprecio de tan grande majestad? Claro está que con ninguna pena menor que con la que está a los tales aparejada, que es arder para siempre en los fuegos del infierno; y con todo esto no se castiga dignamente.

Éste es, pues, el primer título por donde estamos obligados al amor y servicio deste Señor; la cual obligación es tan grande, que todas cuantas obligaciones podemos tener en el mundo a diversos géneros de personas por razón de sus excelencias y perfecciones, no se pueden llamar obligaciones comparadas con ésta. Porque así como todas las otras perfecciones criadas comparadas con las divinas, no son perfecciones, así todas las obligaciones que nacen destas mismas excelencias y perfecciones no se llaman obligaciones en presencia désta, como tampoco todas las ofensas hechas a puras criaturas se llaman ofensas comparadas con la que se hace al Criador. Por lo cual dijo David, en el salmo (50) de la penitencia, que *contra sólo Dios había pecado;* como quiera que también había pecado contra Urías, a quien mató, y contra su mujer, a quien deshonró, y contra todo su reino, a quien escandalizó. Mas con todo esto dice que había pecado *contra sólo Dios*, porque sabía él muy bien que todas estas ofensas y deformidades eran nada, en comparación de la fealdad que este pecado tenía por ser contra lo que Dios mandó. Y así, la consideración desta deformidad lo afligía tanto, que no hacía caso de todas las otras en comparación désta; porque así como Dios es infinitamente mayor que toda otra criatura, así es infinitamente mayor en su manera la obligación que le tenemos y la ofensa que le hacemos; y de finito a infinito no puede haber proporción.

Damos a continuación un capítulo de la Primera Parte, en el que se compendia una brevísima Teodicea:

De cómo en la oración señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones divinas

Y si, prosiguiendo más adelante esta materia, me preguntares dónde señaladamente gozan los virtuosos destas consolaciones que habemos dicho, a esto responde el Señor por el Profeta Isaías (56): *A los hijos de los extranjeros que se llegan al Señor para servirle y amarle y guardar las leyes de su amistad, Yo los llevaré a mi santo monte y alegrarlos he en la casa de mi Corazón.* De manera que en este santo ejercicio señaladamente alegra el Señor a sus escogidos. Porque, como dice San Lorenzo Justiniano, en la oración se enciende el corazón de los justos en el amor de su Criador, y allí a veces se levantan sobre sí mismos, y paréceles que están ya entre los coros de los ángeles; y allí, en presencia del Criador, cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gózanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en Vos, a quien contemplan con la fe, acatan con la humildad, buscan con el deseo y gozan con la caridad. Entonces conocen por experiencia ser verdad lo que dijistes (*Jn.*, 17): *Mi gozo será cumplido en ellos;* el cual, como un río de paz, se extiende por las potencias del ánima, esclareciendo el entendimiento, alegrando la voluntad y recogiendo la memoria y todos sus pensamientos en Dios; y aquí con unos brazos de amor abrazan y tienen una cosa dentro de sí y no saben qué es; mas desean con todas sus fuerzas tenerla que no se les vaya. Y así como el patriarca Jacob luchaba con aquel ángel (*Gen.*, 32) y no le quería soltar de las manos, así acá lucha en su manera el corazón con aquel divino dulzor por que no se le vaya, como cosa en que halló todo lo que deseaba. Y así dice con San Pedro en el monte (*Mt.*, 17): *Señor, bueno es que nos estemos aquí,* y no nos vamos deste lugar. Aquí luego entiende el ánima todo aquel lenguaje de amor que se habla en los CANTARES (2, 5), y canta ella también en su manera todas aquellas suavísimas canciones, diciendo: *Sostenedme con flores y cercadme de manzanas, que estoy enferma de amor.*

Y luego más abajo dice: *Su mano siniestra tiene debajo de mi cabeza, y con la diestra me abrazará.* Entonces el ánima, encendida con esta divina

llama, desea con gran deseo salir desta cárcel, y sus lágrimas le son *pan de día y de noche* (*Ps.*, 41) mientras se dilata esta partida. La muerte tiene en deseo y la vida en paciencia, diciendo a la continua aquellas palabras de la misma Esposa (*Cant.*, 8): *Quién te me diese, hermano mío, que te mantienes de los pechos de mi madre, que te hallase yo allá afuera y te diese besos de paz.* Entonces, maravillándose de sí misma, cómo tales tesoros le estaban escondidos en los tiempos pasados, y viendo que todos los hombres son capaces de tan grande bien, desea salir por todas las plazas y calles y dar voces a los hombres y decir: ¡Oh, locos!, ¡oh, desvariados! ¿En qué andáis, que buscáis, cómo no os dáis priesa por gozar de tan grande bien? *Gustad y ved cuán suave es el Señor. ¡Bienaventurado es el varón que espera en Él!* (*Ps.* 33). Aquí, gustada ya la dulcedumbre espiritual, toda carne le es desabrida; la compañía le es cárcel, la soledad tiene por paraíso y sus deleites son estar con el Señor que ama; la honra le es carga pesada, y la gobernación de la casa y hacienda tiene por un linaje de cruz. No querría que el cielo ni la tierra le estorbasen sus deleites, y por esto trabaja que no se le trabe el corazón de cosa alguna. No tiene más de un amor y un deseo; todas las cosas ama en uno, y uno es el amado en todas las cosas. Sabe muy bien decir con el Profeta (*Ps.* 72): *¿Qué tengo yo* que querer *en el cielo, ni qué* bienes *te pido yo, Señor en la tierra? ¡Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón, y mi* única y sola parte *Dios, para siempre!*

No le parece que tiene ya tan oscuro conocimiento de las cosas sagradas, sino que las ve con otros ojos, porque tales movimientos y mudanzas siente en su corazón, que le son grandísimos argumentos y testimonios de las verdades de la fe. El día le es enojoso cuando amanece con sus cuidados, y desea la noche quieta para gastarla con Dios.

Ninguna noche tiene por larga, antes la más larga le parece la mejor. Y si la noche fuere serena, alza los ojos a mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y de las estrellas, y mira todas estas cosas con otros diferentes ojos y con otros muy diferentes gozos. Míralas como a unas muestras de la hermosura de su Criador, como a unos espejos de su gloria, como a unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas dél, como a unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como a unos presentes y dones que el Esposo envía a su Esposa para enamorarla y entretenerla hasta el día que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece que habla siempre de Dios, y una carta mensajera que su Amado le envía, y un largo proceso y testimonio de su amor. Éstas son, hermano mío, las noches de los amadores de Dios, y éste es el sueño que duermen. Pues con el dulce y blando ruido de la noche sosegada, con la dulce música y armonía de las criaturas, arróllase dentro de sí el ánima y comienza a dormir aquel sueño velador, de quien se dice (*Cantares*, 5): *Yo duermo y vela mi corazón.* Y como el Esposo dulcísimo la ve en sus brazos adormecida, guárdale aquel sueño de vida, y manda que nadie sea osado a la despertar, diciendo (*Cant.*, 2): *Conjúroos, hijas de Jerusalén, por los gamos y por los ciervos de los campos, que no despertéis a mi Amada hasta que ella quiera* despertar.

Pues ¿qué tales te parecen estas noches, hermano? ¿Cuáles son mejores, éstas o las de los hijos deste siglo, que andan a estas horas acechando a la castidad de la inocente doncella para destruir su honra y su alma, cargados de hierro, de temores y de sospechas, trayendo las vidas y las ánimas en peligro, y *atesorando ira para el día de su perdición?* (*Rom.*, 2).

De las consolaciones de los que comienzan a servir a Dios

Posible sería que a todo esto me respondieses con una sola cosa, diciendo que estos favores tan grandes de que habemos hablado no se conceden a todos, sino solamente a los perfectos, y que hay mucho camino que andar hasta serlo. Verdad es que para los tales son tales bienes; mas también *previene* nuestro Señor *con bendiciones de dulce-*

dumbre (*Ps.*, 20) a los que comienzan, y les da primero leche dulce como a niños, y después les enseña a comer pan con corteza. ¿No miras las fiestas que se hicieron en la venida del hijo pródigo (*Lc.*, 15), los convites, los convidados, la música que sonaba por todas partes? ¿Pues qué es esto sino figura del alegría espiritual que pasa dentro del ánima cuando se ve salida de Egipto y libre del cautiverio de Faraón y de la servidumbre del demonio? Porque ¿cómo el que así se ve libre no hará fiesta por tan grande beneficio? ¿ ¿Cómo no convidará a todas las criaturas para que le ayuden a dar las gracias a su Libertador por él diciendo (*Exod.*, 15) : *Cantemos al Señor, que* tan *gloriosamente ha triunfado,* pues *al caballo y al caballero arrojó en la mar?*

Y si esto no fuese así, ¿dónde estaria la providencia de Dios, que a cada criatura provee perfectisimamente según su naturaleza, su flaqueza, su edad y su capacidad? Pues cierto es que no podrían los hombres aún carnales y mundanos andar por este nuevo camino y poner debajo de los pies al mundo, si el Señor no los proveyese de semejantes favores. Y por esto a su divina Providencia pertenece, ya que se determina sacarlos del mundo, hacerles este camino tan llano, que puedan fácilmente caminar por él, sin que las dificultades dél los hagan volver atrás. Desto es evidentísima figura aquel camino por donde Dios llevó a los hijos de Israel a la tierra de promisión, del cual escribe Moisés estas palabras (*Exod.*, 13) : Cuando sacó el Señor a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, *no los quiso llevar por la tierra de los filisteos,* por donde era más corta la jornada, *porque no se arrepintiesen* a medio camino *y se volviesen a Egipto, viendo las guerras que por aquella parte se les levantaban.* Pues este mismo Señor, que entonces usó desta providencia para llevar a su pueblo a la tierra de promisión cuando lo sacó de Egipto, ese mismo usa ahora de otra semejante a ésta para llevar al cielo a los que Él quiere llevar, cuando los saca del mundo.

Antes quiero que sepas que aunque los favores y consolaciones de los perfectos sean muy altas, pero es tan grande la piedad de nuestro Señor para con los pequeñuelos, que, mirando su pobreza, Él mismo les ayuda a poner casa de nuevo, y viendo que se están todavía entre las ocasiones de pecar, y que tienen aún sus pasiones por mortificar, para alcanzar victoria dellas y para descarnarlos de su carne y destetarlos de la leche del mundo, y apretarlos consigo con tan fuertes vínculos de amor, que no se le vayan de casa, por todas estas causas los provee de una tan poderosa consolación y alegría, que, aunque ellos sean principiantes, tiene semejanza en su proporción con el alegría de los perfectos. Si no, dime : ¿qué otra cosa quiso Dios significar en aquellas sus fiestas del Testamento viejo cuando decía (*Lev.*, 23 ; *Núm.*, 28) que el primer día y el postrero fuesen de igual veneración y solemnidad? Los otros seis días de en medio eran como de entre semana ; mas estos dos extremos eran señalados y aventajados entre todos los otros. ¿Pues qué es esto sino imagen y figura de lo que hablamos? En el primer día quiere Dios que se haga fiesta como en el postrero, para dar a entender que en el principio de la conversión y en el fin de la perfección hace nuestro Señor grande fiesta a todos sus siervos, considerando en los unos el merecimiento y en los otros la necesidad, y usando con los unos de justicia y con los otros de su gracia, dando a unos lo que merecen por su virtud, y a otros más de lo que merecen por su necesidad.

Cuando los árboles florecen y cuando madura la fruta, están más hermosos de mirar. El día del desposorio y también del casamiento son días de fiesta señalados. En los principios se desposa nuestro Señor con el ánima, y como la toma en camisa, Él hace la fiesta a su costa, y así la fiesta es, no conforme a los merecimientos de la Esposa, sino conforme a la riqueza del Esposo, que lo pone todo de su casa ; y asi dice Él (*Cant.*, 8) : *Nuestra hermana es pequeña y no tiene pechos,* y según esto, con leche ajena ha de criar su criatura. Por esto dice la misma Esposa, hablando con su Esposo (*Cant.*, 1) : *Las doncellicas te amaron* mucho. No dice las doncellas, que son las ánimas ya más

fundadas en la virtud, sino las de más tierna edad, que son las que comienzan a abrir los ojos a aquella nueva luz; ésas, dice ella, te amaron mucho. Porque las tales suelen tener en su comienzo grandes movimientos de amor, como Santo Tomás lo declara en un opúsculo. Y la causa desto, entre otras, dice él que es la novedad del estado, del amor, de la luz y conocimiento de las cosas divinas que de presente conocen, que hasta allí no conocían. Porque la novedad deste conocimiento causa en ellas una grande admiración, acompañada con una grande suavidad y agradecimiento de quien tanto bien les hizo y que de tales tinieblas las sacó. Vemos que cuando un hombre entra de nuevo en una grande y famosa ciudad, o en un palacio real, los primeros días anda como abobado y suspenso con la novedad y hermosura de las cosas que ve, mas después que ya las ha visto muchas veces, decrece aquella admiración y gusto con que al principio las miraba. Pues lo mismo acaece en su manera a los que entran en esta nueva región de la gracia, por la novedad de las cosas que se les descubren en ella, por lo cual no es maravilla que algunas veces los nuevos devotos sientan mayores fervores en sus ánimas que los más antiguos, porque la novedad de la luz y sentimiento de las cosas divinas causa en ellos mayor alteración. Y de aquí viene lo que muy bien notó San Bernardo: «Que no mintió el hermano mayor del hijo pródigo cuando se querelló de su buen padre, diciendo que, habiéndole él servido tantos años sin traspasar sus mandamientos, no había recibido tan grandes favores como los que el hijo desperdiciado recibió cuando se tornó a su casa.» Hierve también el amor nuevo, como el vino nuevo en los principios, y la olla da por cima luego como siente la llama, y comienza a experimentar el extraño y nuevo calor del fuego; adelante es el calor más fuerte y más sosegado, pero a los principios más fervoroso.

Muy buen recibimiento hace el Señor a los que de nuevo entran en su casa. Los primeros días comen de balde, y todo se les hace ligero. Hace con ellos el Señor como el mercader, que la primera muestra de la hacienda que quiere vender da de balde, como quiera que lo demás venda por su justo valor. El amor que se tiene a los hijos chiquitos, aunque no es mayor que el de los que están ya criados, pero es más tierno y más regalado. A éstos llevan en brazos, los otros andan por su pie; a los otros ponen en trabajos, a éstos de propósito se los quitan, y sin buscar ellos la comida, muchas veces les ruegan con ella, y aun se la ponen en la boca.

Pues deste buen tratamiento del Señor y destos favores tan conocidos nace, en los que comienzan, aquella alegría espiritual que el Profeta significó, cuando dijo (*Ps.*, 64): *Con las gotas del agua lluvia* que de lo alto caen *se alegrará la* nueva *planta que comienza a florecer*. Pues ¿qué planta es ésta y qué gotas de agua éstas, sino el rocío de la divina gracia, con que se riegan las espirituales plantas que de nuevo son trasplantadas del mundo en la huerta del Señor? Pues déstas dice el Profeta que *se alegrarán con las gotas* desta agua que caen de lo alto, para significar la grande alegría que los tales reciben con las primicias desta nueva visitación y beneficio celestial. Y no pienses que estos favores, porque se llaman *gotas*, es tan pequeña su virtud como su nombre, porque, como dice San Agustín, el que bebiere del río del Paraíso, del cual sola una gota es mayor que todo el mar Océano, cierto es que sola esta bastará para apagar en él toda la sed del mundo.

Ni es argumento contra esto decir que tú no sientes estas consolaciones y alegrías, aunque pienses en Dios. Porque si cuando el paladar está corrompido con malos humores no juzga bien de los sabores, porque lo amargo le parece dulce y lo dulce amargo, ¿qué maravilla es que teniendo tú el ánima corrompida con tantos malos humores de vicios y aficiones desordenadas, y tan hecho a las ollas podridas de Egipto, tengas hastío del maná del cielo y del Pan de los ángeles? Purga tú ese paladar con las lágrimas de la penitencia, y así purgado y limpio, podrás gustar y ver *cuán suave es el Señor*.

Pues siendo esto así, dime ahora, hermano: ¿que bienes hay en el mundo que no sean basura comparados con

éstos? Dos bienaventuranzas ponen los Santos: una comenzada y otra acabada; de la acabada gozan los bienaventurados en la gloria, y de la comenzada los justos en esta vida. Pues ¿qué más quieres tú que comenzar desde ahora a ser bienaventurado y recibir desde acá las arras de aquel divino casamiento que allí se celebra por palabras de presente y aquí se comienza por palabras de futuro? «¡Oh, hombre! — dice Ricardo —, pues en este paraíso puedes vivir y gozar deste tesoro, ve y vende todo lo que tienes y compra esta tan preciosa posesión, que no te será cara, porque el mercader es Cristo, que la da casi de balde. No lo dilates para adelante, porque un punto que ahora pierdes vale más que todos los tesoros del mundo. Y aunque adelante se te diese, sey cierto que has de vivir con grande dolor de lo que pierdes, y llorar siempre con San Agustín, diciendo: «Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé.» Este Santo lloraba siempre la tardanza de la vuelta, aunque no fue despojado de la corona.

La Segunda Parte de la Guía de Pecadores *tiene pasajes que mejor podrían figurar en una «guía de justos», o iniciados en las vías de la Mística. El lector juzgará, leyendo los capítulos que siguen, a los cuales, entre otros, aludía Melchor Cano, acusando a Granada de que había pretendido hacer* contemplativos *a todos los cristianos.*

El nivel espiritual a que Granada arrastraba a sus lectores y el excesivo afecto que encendía en sus almas, le enajenaron la simpatía de sus compañeros de hábito, Melchor Cano, insigne teólogo, que sostenía el criterio de que «el sastre sea buen sastre y el zapatero buen zapatero, y déjense de esas contemplaciones», y del Inquisidor Valdés, que recriminaba a Granada haber pretendido en sus obras hacer contemplativas hasta a las «mujeres de carpinteros». En 1559 Valdés lanzó el Catalogus librorum qui prohibentur, *entre los que aparecían el* Libro de la Oración *y la* Guía de Pecadores. *Granada no desistió un momento del camino emprendido, y multiplicó sus libros llamando universalmente a todos los cristianos a la perfección evangélica. Sin embargo, el enorme disgusto que le proporcionó el* Catalogus *de Valdés, le aconsejó tal vez escribir una obra menos espiritual, más al alcance del vulgo cristiano. Tal fue la obra titulada* Introducción al Símbolo de la Fe, *grandiosa Apologética, preambular a toda la temática cristiana. Pero Fray Luis no podía dejar de ser él mismo; y aun queriendo escribir en frío, se le enciende la pluma con bastante frecuencia y no puede impedir que una brisa caliente vitalice todas sus páginas. De esta obra damos varios capítulos, aquellos que Menéndez Pelayo llamó primer ensayo de Física Estética en España.*

INTRODUCCIÓN DEL SÍMBOLO DE LA FE

EN LA CUAL SE TRATA DE LA CREACIÓN DEL MUNDO PARA VENIR POR LAS CRIATURAS AL CONOSCIMIENTO DEL CRIADOR, Y DE SUS DIVINAS PERFECCIONES

Consideración del mundo mayor, y de sus partes más principales

Comenzando, pues, por la declaración de la primera destas tres partes (que es del mundo mayor), la primera cosa y como fundamento de lo que habemos de presuponer, es que cuando aquel magnificentísimo y soberano Señor por su sola bondad determinó criar al hombre en este mundo en el tiempo que a él le plugo (para que conosciendo y amando, y obedeciendo a su Criador, mereciese alcanzar la vida y bienaventuranza del otro), determinó también de proveerle de mantenimiento y de todo lo necesario para la conservación de su vida. Pues para esto crió este mundo visible con todas cuantas cosas hay en él, las cuales todas vemos que sirven el uso y necesidades de la vida humana.

Y así como en cualquier oficina ha de haber dos cosas, conviene a saber, materia de que se hagan las cosas, y oficial que las haga y introduzga la forma en la materia, como lo hace el carpintero

y cualquier otro oficial: así proveyó el Criador que en esta grande oficina del mundo hubiese estas dos cosas, que son materia de que las cosas se hiciesen, y oficiales que las hiciesen. La materia de que todas las cosas se hacen, son los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego. Los oficiales que desta materia fabrican todas las cosas, son los cielos con sus planetas y estrellas. Porque dado caso que Dios sea la primera causa que mueve todas las otras causas, pero estos cuerpos con las inteligencias que los mueven son los principales instrumentos de que él se sirve para el gobierno deste mundo inferior, el cual de tal manera pende del movimiento de los cielos, que vienen a decir los filósofos, que si este movimiento parase, todo otro movimiento cesaría de tal manera que no quemaría el fuego un poco de estopa que hallase a par de sí. Porque así como parando la primera rueda de un reloj, luego todas las otras pararían; así cesando el movimiento de los cielo (del cual todos los otros movimientos penden) luego ellos también cesarían.

Y porque estos cuerpos celestiales son los primeros instrumentos del primer movedor, que es Dios, y tienen tan principal oficio en este mundo, que es ser causa eficiente de todo lo corporal, los aventajó y ennobleció el Criador con grandes preeminencias sobre todos los otros cuerpos.

I. Porque primeramente hízolos incorruptibles y impasibles, con estar siempre en continuo movimiento, y junto a la esfera del fuego. De modo que a cabo de tantos mil años como ha que fueron criados, perseveran en la misma entereza y hermosura que tuvieron el día que fueron criados; sin que el tiempo, gastador de todas las cosas, haya menoscabado algo dellos.

II. Dioles también lumbre, no sólo para ornamento del mundo (sin la cual todas las cosas estarían escuras y tristes y sumidas en el abismo de las tinieblas), sino también para el uso de la vida humana; y, como dice el Salmo, el sol crio para dar lumbre de día, y la luna para la noche. Y porque ella también se ausenta de nuestro hemisferio, crio las estrellas en su lugar, porque nunca el mundo careciese de luz.

III. Dioles también tanta constancia en sus movimientos, que dende que los crio, nunca han variado un punto de aquella regla y orden que al principio les puso. Siempre el sol sale a su hora, siempre hace con su movimiento los cuatro tiempos del año, y lo mismo hacen todos los otros planetas y estrellas. De donde procede que los conoscen la orden destos movimientos, pronostican de ahí a muchos años los eclipses del sol y de la luna, sin faltar un punto, por ser tan regulares y ordenados estos movimientos. Por cuyo ejemplo aprenderán todos los que en la Iglesia o en la república cristiana tienen lugar y oficio de cielos y de estrellas (que es de gobernar y regir los otros), cuán regulados y ordenados, y cuán constantes han de ser en sus vidas y oficios, para que en los que están a su cargo no haya desorden, si en los que los rigen la hubiere. Porque si la lumbre que ha de esclarecer las tinieblas de los otros se escureciese, ¿cuáles estarán las mismas tinieblas? Y si un ciego guiare a otro ciego, ¿qué se puede esperar sino caída de ambos?

IV. Pues la grandeza de estos cuerpos es tal, que pone admiración a quien la piensa, y del todo sería increíble si no supiésemos que no hay cosa imposible al que los crio.

V. Y no es menos admirable, sino por ventura mucho más, la ligereza con que se mueven: de las cuales cosas trataremos adelante cuando viniéremos a las grandezas y maravillas de Dios.

VI. Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¿Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara que encubre con su claridad la de todas las estrellas? ¿Cuánto más huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbrera que con la del sol, aunque sea mayor? Mas estando ella ausente, ¿qué cosa más hermosa, y que más descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza, las cuales nadie puede contar sino sólo aquél que las crio? Mas la costumbre de ver esto

tantas veces, nos quita la admiración de tan grande hermosura, y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano pintor, que así supo hermoscar aquella tan grande bóveda del cielo.

. . . . . .

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no menos lo es la eficacia que tienen en influir y producir todas las cosas en este mundo inferior, y especialmente el sol, el cual así como se va desviando de nosotros, que es por la otoñada, todas las frescuras y arboledas pierden juntamente con la hoja su hermosura, hasta quedar desnudas, estériles y como muertas. Y en dando la vuelta, y llegándose a nosotros, luego los campos se visten de otra librea, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entonces estaban mudas, comienzan a cantar y chirriar y las vides y los rosales descubren luego sus yemas y capullos, aparejándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada. Finalmente, es tanta la dependencia que este mundo tiene de las influencias del cielo, que por muy poco espacio que se impida algo dellas (como acaesce en los eclipses del sol y de la luna, y en los entrelunios), luego sentimos alteraciones y mudanzas en los cuerpos humanos, mayormente en los más flacos y enfermos.

Soneto a Cristo Crucificado

No podía faltar en esta Antología el famoso *Soneto a Cristo Crucificado*, atribuído a San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús. Alberto María Carreño lo atribuye al agustino fray Miguel de Guevara. Montoliu lo enlaza al nombre de Lope de Vega. Sister Mary Cyria Huff lo considera anónimo así como Marcel Bataillon, para quien el soneto «es un momento de la espiritualidad *cristo céntrica*, un eslabón aviliano (de Juan de Avila) de la cadena que une la escuela italiana de los *spirituali* y del Beneficio de Cristo con la escuela del Puro Amor que florece en la Francia de Luis XIII».

Bibliografía. Carreño: Fr. Miguel de Guevara y el célebre Soneto «No me mueve mi Dios para quererte», Méjico, 1915. Huff: *The sonnet «No me mueve mi Dios»*. The Catholic University of America Press, Washington, 1948. Bataillon: *El anónimo del soneto «No me mueve mi Dios»* en «Nueva Revista de Filología Hispánica», IV, 3. (1950).

No me mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

¡Tú me mueves, Señor! ¡Muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido!
muéveme el ver tu cuerpo tan herido
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme en fin, tu amor, en tal manera,
que no aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera;

no tienes que me dar por que te quiera,
porque aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Santa Teresa de Jesús

El 28 de marzo de 1515 nació en Ávila la célebre escritora mística Teresa de Cepeda Dávila y Ahumada, llamada generalmente Teresa de Jesús.

Sus primeras lecturas fueron *Vidas de Santos*, y ya dio muestras de su vivaz imaginación para actuar lo que leía, en la determinación que tomó e hizo tomar a su hermano pequeño de escaparse de casa para ir a tierra de moros, donde los descabezasen para comprar a tan barato precio ir a gozar de Dios.

Siguieron entre los once y los trece años otras lecturas, las de los libros de caballerías, en los que se abrieron sus ojos a las galanterías y lances de amor. A los trece años quedó huérfana de madre, y aunque en un arranque natural y sincero se arrodilló ante una antigua imagen de Nuestra Señora y la tomó por madre y guía de su vida, la amistad contraída de antes con cierta parienta casquivana y poco seria aconsejó a su padre, don Alonso, que la sacase de casa y la encerrase, como educanda, en las monjas agustinas del convento de Gracia, entre las que pasó año y medio. Al cabo de este tiempo enfermó gravemente, y hubo que reintegrarla al hogar paterno, y restablecida medianamente la salud, fue a convalecer a casa de una hermana, que vivía en Castellanos de la Cañada, a unas ocho leguas al poniente de Ávila. Ya en esta época leía las cartas de San Jerónimo y daba vueltas al pensamiento de ser monja.

Regresó a su casa en 1533, amplió el círculo de sus lecturas — San Agustín, el Cartujano, el Kempis —, maduró su vocación religiosa, y el día 2 de noviembre de 1535, se enclaustró en el convento de monjas carmelitas, de la Encarnación. Al año siguiente y en el mismo día, trocó el vestido de postulanta por el hábito del Carmen. Tenía veintiún años de edad. Al año y un día de la toma de hábito hizo su profesión solemne (3 de noviembre de 1537). Siguió un período de atroces penitencias y lágrimas constantes, que desembocó en un estado de convulsiones, desmayos y angustias de corazón. El grave peligro de su vida movió a su padre a gestionar la exclaustración de la monja enferma. En el otoño de 1538, acompañada de don Alonso, de varios hermanos y de una fiel amiga, salía de la Encarnación, camino de Becedas, donde era fama habitaba una curandera indicada para su enfermedad. Hicieron parada en Hortigosa, en casa de un hermano de don Alonso, de manos del cual recibió Teresa el *Tercer Abecedario Espiritual* de Fray Francisco de Osuna, obra que si «no convenía a todos», como afirmara Juan de Ávila, venía como agua de mayo al espíritu de Teresa. Allí aprendió la oración de recogimiento, o sea, *sin pensar* en nada. Llegaron a Becedas, y después de tres meses de inútiles curanderías, regresaron a Ávila, en el verano de 1539, con menos salud que habían salido. A fines de agosto reingresó Teresa en la Encarnación, donde convaleció paulatinamente.

Recobradas las fuerzas y la libertad relativa que permitían las reglas del convento, Teresa entra en un período de disipación espiritual, casi llega a dejar la oración, recibe demasiadas visitas de parientes y amigas en el locutorio, se interesa por las cosas del mundo. En el otoño de 1543, Teresa vuelve al hogar paterno para asistir a la última enfermedad de don Alonso. En el estío de 1548, emprende una romería a Guadalupe, en compañía de su hermana y otros familiares. Hasta 1554 siguen las disipaciones. Por esta fecha, lee casualmente las *Confesiones* de San Agustín, que producen honda revulsión en su espíritu. La decisión de entregarse totalmente a la vida interior no se hace esperar. Iba a cumplir cuarenta años. A poco empiezan los fenómenos místicos que el lector hallará expuestos por ella misma. En su dirección espiritual intervienen dominicos, jesuítas, franciscanos, carmelitas y hasta algún individuo del clero secular. Varios de ellos le mandaron escribir su *Vida* y dar razón de sus estados interiores,

fenómenos y modos de oración, gracias a lo cual poseemos el tesoro de experiencias místicas que por su ingenuidad, sinceridad y sencillez constituyen literariamente una joya de inestimable mérito.

Las obras de Santa Teresa, todas ellas interesantes y grabadas con su estilo de decir encantador son: el libro de su *Vida*, que admite sólo comparación con las *Confesiones* de San Agustín; *Moradas*, libro único en la literatura europea por la audacia de descripción de fenómenos de espíritu altísimos que nunca decae; *Camino de Perfección*, modelo de exposición familiar de la perfección cristiana y carmelitana donde quizá se percibe mejor la presencia de la gran Madre Teresa; *Modo de visitar los Conventos* de su Reforma, opúsculo de alcance pedagógico muy fino; *Meditaciones sobre los Cantares*, de una penetración aguda sobre las derivaciones sociales de la mística; *Exclamaciones*, otro opúsculo que sólo admite comparación con los *Soliloquios* de San Agustín; *Relaciones* de los fenómenos místicos que le mandaban hacer sus confesores para orientarse, de un valor extraordinario; unos tres centenares de sabrosísimas *Cartas*, en las que trata con la gracia más diversa de temas totalmente opuestos y algunas *Poesías*.

BIBLIOGRAFÍA. *Obras*, ed. V. de la Fuente, Madrid, 1881, 6 vols. *Las Moradas*, ed. T. Navarro, en Clásicos Castellanos. M. MIR: *S. T. de J.; su vida, su espíritu y sus fundaciones*, Madrid, 1912.

Damos a continuación los primeros capítulos de su Vida, *hasta el momento de entrar en la vía extraordinaria de la Mística.*

AUTOBIOGRAFÍA

CAPÍTULO PRIMERO

En que trata cómo comenzó el Señor a despertar esta alma en su niñez a cosas virtuosas, y la ayuda que es para esto serlo los padres.

JESÚS

1. El tener padres virtuosos y temerosos de Dios me bastara, si yo no fuera tan ruín, con lo que el Señor me favorecía, para ser buena. Era mi padre [1] aficionado a leer buenos libros, y así los tenía de romance para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser dovotos de nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó a despertarme, de edad, a mi parecer, de seis o siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenían muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano, la regalaba como a sus hijos. Decía que de que no era libre, no lo podía sufrir de piedad. Era de gran verdad; jamás nadie le vio jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera.

2. Mi madre [2] también tenía muchas virtudes y pasó la vida con grandes enfermedades; grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de; ella; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.

3. Éramos tres hermanas y nueve hermanos. Todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre. Y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón; porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas.

4. Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía

[1] Don Alonso Sánchez de Cepeda, natural de Toledo.

[2] Doña Beatriz Dávila y Ahumada, con quien don Alonso casó en segundas nupcias.

uno casi de mi edad — juntábamos entrambos a leer vidas de Santos —, que era el que yo más quería (3), aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí. Como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el Cielo, y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto. Concertábamos irnos a tierra de moros pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto y gustábamos de decir muchas veces: ¡Para siempre, siempre, siempre! En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez impreso el camino de la verdad.

De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas, que luego se nos caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa.

Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.

5. Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y, en fin, me ha tornado a sí. Fatígame ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo estado entera en los buenos deseos que comencé.

6. ¡Oh, Señor mío! Pues parece tenéis determinado que me salve, plegue a Vuestra Majestad sea así, y de hacerme tantas mercedes como me habéis hecho, ¿no tuvierais por bien, no por mi ganancia, sino por vuestro acatamiento, que no se ensuciara tanto posada a donde tan continuo habíais de morar? Fatígame, Señor, aun decir esto, porque sé que fue mía toda la culpa; porque no me parece os quedó a Vos nada por hacer, para que desde esta edad no fuera toda vuestra. Cuando voy a quejarme de mis padres, tampoco puedo, porque no veía en ellos sino todo bien y cuidado de mi bien. Pues pasando de esta edad que comencé a entender las gracias de naturaleza que el Señor me había dado, que según decían eran muchas, cuando por ellas le había de dar gracias, de todos me comencé a ayudar para ofenderle, como ahora diré.

CAPÍTULO II

Trata cómo fue perdiendo estas virtudes y lo que importa en la niñez tratar con personas virtuosas.

1. Paréceme que comenzó a hacerme mucho daño lo que ahora diré. Considero algunas veces cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras; porque, con serlo tanto mi madre como he dicho, de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo como yo le tomé para mí, porque no perdía su labor; sino desenvolvíamos (4) para leer en ellos; y por ventura lo hacía para no pensar en grandes trabajos que tenía y ocupar sus hijos que no anduviesen en otras cosas perdidos. De esto le pesaba tanto a mi padre, que

(3) Refiérese a su hermano Rodrigo.

(4) Despachábamos los quehaceres domésticos.

se había de tener aviso a que no lo viese. Ya comencé a quedarme en costumbre de leerlos, y aquella pequeña falta que en ella vi, me comenzó a enfriar los deseos y comenzar a faltar en lo demás; y parecíame no era malo, con gastar muchas horas del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en extremo lo que en esto me embebía, que si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento.

2. Comencé a traer galas y a descar contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello, y olores y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque no quisiera yo que nadie ofendiera a Dios por mí. Duróme mucha curiosidad de limpieza demasiada y cosas que me parecía a mí no eran ningún pecado, muchos años; ahora veo cuán malo debía ser. Tenía primos hermanos algunos, que en casa de mi padre no tenían otros cabida para entrar, que era muy recatado, y plugiera a Dios que lo fuera de éstos también; porque ahora veo el peligro que es tratar en la edad que se han de comenzar a criar virtudes con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo. Andábamos siempre juntos. Teníanme gran amor, y en todas las cosas que les daba contento los sustentaba plática y oía sucesos de sus aficiones y niñerías nonada buenas; y lo que peor fue, mostrarse [5] el alma a lo que fue causa de todo su mal.

3. Si yo hubiera de aconsejar, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor. Así me acaeció a mí, que tenía una hermana [6] de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, de ésta no tomaba nada, y tomé todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa — parece adivinaba el mal que por ella me había de venir —, y era tanta la ocasión que había para entrar, que no había podido. A esta que digo me aficioné a tratar. Con ella era mi conversación y pláticas; porque me ayudaba a todas las cosas de pasatiempo que yo quería, y aun me ponía en ellas y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fue de edad de catorce años, y creo que más — para tener amistad conmigo, digo, y darme parte de sus cosas —, no me parece había dejado a Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Éste tuvo fuerza para no perderla del todo, ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona de él que a esto me hiciese rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecía a mí está la honra del mundo, y no miraba que la perdía por otras muchas vías.

En querer ésta vanamente tenía extremo. Los medios que eran menester para guardarla no ponía ninguno; sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana sentían mucho esta amistad; reprendíanmela muchas veces. Como no podían quitar la ocasión de entrar en casa, no les aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquier cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello no la pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace. Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto. Y es así que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuoso no me dejó casi ninguna [virtud], y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos.

Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en

---

[5] *Adiestrarse.*
[6] Hermana solamente de padre.

esta edad tuviera quien me enseñara a temer a Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Después, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacía me traía atormentada. Con pensar que no se había de saber, me atrevía a muchas cosas bien contra ella y contra Dios.

Al principio dañáronme las cosas dichas, a lo que me parece, y no debía ser suya la culpa, sino mía; porque después mi malicia para el mal bastaba junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo. Que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como a mí la afición. Y pues nunca era inclinada a mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino a pasatiempos de buena conversación; mas puesta en ocasión, estaba en la mano el peligro, y ponía en él a mi padre y hermanos.

4. De los cuáles me libró Dios de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiese, aunque no pudo ser tan secreto que no hubiese harta quiebra de mi honra y sospecha de mi padre; porque no me parece había tres meses que andaba en estas vanidades cuando me llevaron a un monasterio que había en este lugar, a donde se criaban personas semejantes (7), aunque no tan ruines en costumbres como yo, y esto con tan gran disimulación, que sola yo y algún deudo lo supo; porque aguardaron a coyuntura que no pareciese novedad, porque haberse mi hermana casado y quedar sola sin madre no era bien.

Era tan demasiado el amor que mi padre me tenía y la mucha disimulación mía, que no había creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Como fue breve el tiempo, aunque se entendiese algo, no debía ser dicho con certeza; porque como yo temía tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podía serlo a quien todo lo ve. ¡Oh, Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra Vos! Tengo por cierto que se excusarían grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no guardarnos de descontentaros a Vos.

Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí, porque ya yo andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendía, y procuraba confesarme con brevedad. Traía un desasosiego, que en ocho días, y aun creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento adondequiera que estuviese, y así era muy querida. Y puesto que yo estaba entonces ya enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, que lo eran mucho las de aquella casa, y de gran honestidad y religión y recato. Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recados. Como no había lugar, presto se acabó, y comenzó mi alma a tornarse a acostumbrar en el bien de mi primera edad, y vi la gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos. Parécememe andaba Su Majestad mirando y remirando por dónde me podía tornar a Sí. Bendito seáis Vos, Señor, que tanto me habéis sufrido. Amén.

5. Una cosa tenía, que parece me podía ser alguna disculpa, si no tuviera tantas culpas; y es que era el trato con quien por vía de casamiento me parecía podía acabar en bien; e informada de con quién me confesaba y de otras personas, en muchas cosas me decían no iba contra Dios.

Dormía una monja (8) con las que estábamos seglares, que por medio suyo parece quiso el Señor comenzar a darme luz, como ahora diré.

CAPÍTULO III

En que trata cómo fue parte la buena compañía para tornar a despertar sus

(7) Llámase el convento Nuestra Señora de Gracia, de monjas agustinas, extramuros de Ávila.

(8) Llamábase María Briceño y Contreras.

deseos, y por qué manera comenzó el Señor a darla alguna luz del engaño que había traído

1. Pues comenzando a gustar de la buena y santa conversación de esta monja, holgábame de oírla cuán bien hablaba de Dios, porque era muy discreta y santa. Esto, a mi parecer, en ningún tiempo dejé de holgarme de oírlo. Comenzóme a contar cómo ella había venido a ser monja por sólo leer lo que dice el Evangelio (*Mt.*, 20, 16): *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*. Decíame el premio que daba el Señor a los que todo lo dejan por Él. Comenzó esta buena compañía a desterrar las costumbres que habían hecho la mala, y a tornar a poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas y a quitar algo la gran enemistad que tenía con ser monja, que se me había puesto grandísima. Y si veía alguna tener lágrimas cuando rezaba, u otras virtudes, habíala mucha envidia; porque era tan recio mi corazón en este caso, que si leyera toda la Pasión, no llorara una lágrima. Esto me causaba pena.

Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada. Comencé a rezar muchas oraciones vocales y a procurar con todas me encomendasen a Dios, que me diese el estado en que le había de servir: mas todavía deseaba no fuese monja, que éste no fuese Dios servido de dármele, aunque también temía el casarme. Al cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenía más amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que después entendí tenían, que me parecían extremos demasiados. Y había algunas de las más mozas que me ayudaban en esto; que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. También tenía yo una gran amiga en otro monasterio [9], y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino adonde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba a mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venían algunas veces y luego se quitaban, y no podía persuadirme a serlo.

2. En este tiempo, aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor. Diome una gran enfermedad, que hube de tornar en casa de mi padre. En estando buena llevároronme en casa de mi hermana, que residía en una aldea, para verla, que era extremo el amor que me tenía, y, a su querer, no saliera yo de con ella; y su marido también me amaba mucho, al menos mostrábame todo regalo, que aun esto debo más al Señor, que en todas partes siempre le he tenido, y todo se lo servía como la que soy.

Estaba en el camino un hermano de mi padre [10], muy avisado y de grandes virtudes, viudo, a quien también andaba el Señor disponiendo para Sí; que en su mayor edad dejó todo lo que tenía y fue fraile, y acabó de suerte que creo goza de Dios. Quiso que me estuviese con él unos días. Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar; tanto, que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces sin discreción. ¡Oh, válgame Dios, por qué términos me andaba Su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que, sin quererlo yo, me forzó a que me hiciese fuerza! Sea bendito por siempre. Amén.

3. Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine a ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y cómo acababa en breve, y a temer, si me hubiera muerto, cómo me iba al infierno; y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse a ser monja, vi era el mejor y más seguro estado, y así poco a poco me determiné a forzarme para tomarle.

---

[9] En las Carmelitas de la Encarnación, de Ávila, vivía doña Juana Suárez, a quien Teresa solía visitar.

[10] Don Pedro de Cepeda.

En esta batalla estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al Cielo, que éste era mi deseo. Y en este movimiento de tomar estado, más me parece me movía un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión, por ser tan regalada. A esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo; porque no era mucho yo pasase algunos por Él; que Él me ayudaría a llevarlos, debía pensar, que esto postrero no me acuerdo. Pasé hartas tentaciones estos días.

Habíanme dado, con unas calenturas, unos grandes desmayos; que siempre tenía bien poca salud. Diome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leía en las Epístolas de San Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné a decirlo a mi padre, que casi era como a tomar el hábito; porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me quería, que en ninguna manera lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen. Lo que más se pudo acabar con él, fue que después de sus días haría lo que quisiese. Yo ya me temía a mí y a mi flaqueza no tornase atrás, y así no me pareció me convenía esto, y procurélo por otra vía, como ahora diré.

CAPÍTULO IV

Dice cómo la ayudó el Señor para forzarse a sí misma para tomar hábito, y las muchas enfermedades que Su Majestad le comenzó a dar.

1. En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido a un hermano mío [11] a que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un día, muy de mañana, al monasterio a donde estaba aquella mi amiga [12], que era al que yo tenía mucha afición; puesto que ya en esta postrera determinación ya yo estaba de suerte que a cualquiera que pensara servir más a Dios o a mi padre quisiera, fuera, que más miraba ya al remedio de mi alma, que del descanso ningún caso hacía de él. Acuérdaseme, a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dio ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.

2. En tomando el hábito, luego me dio el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendía de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dio un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, que yo me espantaba y no podía entender por dónde venía. Cuando de esto me acuerdo no hay cosa que delante se me pusiese, por grave que fuese, que dudase de acometerla; porque ya tengo experiencia en muchas, que, si me ayudo al principio a determinarme a hacerlo, que, siendo sólo por Dios, hasta en comenzarlo quiere, para que más merezcamos, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio y más sabroso se hace después; aun en esta vida lo paga Su Majestad por unas vías que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por experiencia, como he dicho, en muchas cosas harto graves; y así jamás aconsejaría,

(11) Llamábase Antonio, que entró en los Jerónimos y salió por falta de salud, y pasó a América.

(12) El monasterio de la Encarnación, donde entró a los veintiún años de edad y tomó el hábito a 2 de noviembre de 1536.

si fuera persona que hubiera de dar parecer, que, cuando una buena inspiración acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra; que si va desnudamente por sólo Dios, no hay que temer sucederá mal, que poderoso es para todo. Sea bendito por siempre. Amén.

3. Bastara, ¡oh, sumo Bien y descanso mío!, las mercedes que me habiais hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos vuestra piedad y grandeza a estado tan seguro y a casa a donde había muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en su servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesión y la gran determinación y contento con que la hice y el desposorio que hice con Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habían de ser de sangre y quebrárseme el corazón, y no era mucho sentimiento para lo que después os ofendí. Paréceme ahora que tenía razón de no querer tan gran dignidad, pues tan mal había de usar de ella. Mas Vos, Señor mío, quisisteis, casi veinte años que usé mal de esta merced, ser el agraviado, porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mío, sino que prometí no guardar cosa de lo que os había prometido, aunque entonces no era ésa mi intención; mas veo tales mis obras después, que no sé qué intención tenía, para que más se vea quién Vos sois, Esposo mío, y quién soy yo. Que es verdad, cierto, que muchas veces me templa el sentimiento de mis grandes culpas, el contento que me da que se entienda la muchedumbre de vuestras misericordias. ¿En quién, Señor, pueden así resplandecer como en mí, que tanto he oscurecido con mis malas obras las grandes mercedes que me comenzasteis a hacer? ¡Ay de mí, Criador mío, que si yo quiero dar disculpa, ninguna tengo! Ni tiene nadie la culpa sino yo; porque si os pagara algo del amor que me comenzasteis a mostrar, no le pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediaba todo. Pues no lo merecí ni tuve tanta ventura, válgame ahora, Señor, vuestra misericordia.

4. La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño a la salud; que, aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme a crecer los desmayos y diome un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto a quien le veía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí a Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí, procuró llevarme a un lugar a donde había mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harían la mía. Fue conmigo esta amiga que he dicho que tenía en casa, que era antigua. En la casa que era monja no se prometía clausura.

Estuve casi un año por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan recias, que yo no sé cómo las puede sufrir; y, en fin, aunque las sufrí, no las pudo sufrir mi sujeto, como diré. Había de comenzarse la cura en el principio del verano, y yo fui en el principio del invierno. Todo este tiempo estuve en cara de la hermana que he dicho, que estaba en la aldea [13], esperando el mes de abril, porque estaba cerca y no andar yendo y viniendo.

5. Cuando iba me dio aquel tío mío, que tengo dicho que estaba en el camino, un libro. Llámase *Tercer abecedario* [14], que trata de enseñar oración de recogimiento, y, puesto que este primer año había leído buenos libros, que no quise más usar de otros, porque ya entendía el daño que me había hecho, no sabía cómo proceder en oración, ni cómo recogerme, y así holguéme mucho con él y determinéme a seguir aquel camino con todas mis fuerzas. Y como ya el Señor me había dado don de lágrimas y gustaba de leer, comencé a tener ratos de soledad y a confesarme a menudo y comenzar aquel camino, teniendo aquel libro por maestro. Porque yo no hallé maestro, digo confesor, que me entendiese, aunque le busqué, en veinte años después de esto que digo;

---

[13] Becedas, cerca de Béjar.
[14] Del franciscano fray Francisco de Osuna.

que me hizo harto daño para tornar muchas veces atrás y aun para del todo perderme; porque todavía me ayudara a salir de las ocasiones que tuve para ofender a Dios. Comenzóme Su Majestad a hacer tantas mercedes en estos principios, que al fin de este tiempo que estuve aquí, que era casi nueve meses en esta soledad, aunque no tan libre de ofender a Dios como el libro me decía —mas por esto pasaba yo; parecíame casi imposible tanta guarda; teníala de no hacer pecado mortal, y pluguiera Dios la tuviera siempre; de los veniales hacía poco caso, y esto fue lo que me destruyó —, comenzó el Señor a regalarme tanto por este camino, que me hacía merced de darme oración de quietud, y alguna vez llegaba a unión, aunque yo no entendía qué era lo uno ni lo otro, y lo mucho que era de preciar, que creo me fuera gran bien entenderlo. Verdad es que duraba tan poco esto de unión, que no sé si era Avemaría; mas quedaba con unos efectos tan grandes, que con no haber en este tiempo veinte años, me parece traía el mundo debajo de los pies, y así me acuerdo que había lástima a los que le seguían, aunque fuese en cosas lícitas. Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro Bien y Señor, dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración. Si pensaba en algún paso, le representaba en lo interior, aunque lo más gustaba en leer buenos libros, que era toda mi recreación. Porque no me dio Dios talento de discurrir con el entendimiento ni de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan torpe, que aun para pensar y representar en mí, como lo procuraba, traer la humanidad del Señor, nunca acababa. Y aunque por esta vía de no poder obrar con el entendimiento llegan más presto a la contemplación, si perseveran, es muy trabajoso y penoso; porque si falta la ocupación de la voluntad y el haber en qué se ocupe en cosa presente el amor, queda el alma como sin arrimo ni ejercicio, y da gran pena la soledad y sequedad, y grandísimo combate los pensamientos.

6. A personas que tienen esta disposición las conviene más pureza de conciencia que a las que con el entendimiento pueden obrar. Porque quien discurriendo en lo que es mundo, y en lo que debe a Dios y en lo mucho que sufrió y lo poco que le sirve y lo que da a quien le ama, saca doctrina para defenderse de los pensamientos y de las ocasiones y peligros. Pero quien no se puede aprovechar de esto, tiénele mayor y conviénele ocuparse mucho en lección, pues de su parte no puede sacar ninguna. Es tan penosísima esta manera de proceder, que si el maestro que enseña aprieta en que sin lección, que ayuda mucho para recoger — a quien de esta manera procede, le es necesario, aunque sea poco que no puede tener —; digo que sin esta ayuda le hacen estar mucho rato en la oración, que será imposible duran mucho en ella, y le hará daño a la salud si porfía, porque es muy penosa cosa.

7. Ahora me parece que proveyó el Señor que yo no hallase quién me enseñase, porque fuera imposible, me parece, perseverar dieciocho años que pasé este trabajo, y en éstos grandes sequedades, por no poder, como digo, discurrir. En todos estos, si no era acabando de comulgar, jamás osaba comenzar a tener oración sin un libro; que tanto tenía mi alma estar sin él en oración, como si con mucha gente fuera a pelear. Con este remedio, que era como una compañía o escudo en que había de recibir los golpes de los muchos pensamientos, andaba consolada. Porque la sequedad no era lo ordinario, mas era siempre cuando me faltaba libro, que era luego desbaratada el alma; y los pensamientos perdidos con esto los comenzaba a recoger y como por halago llevaba el alma. Y muchas veces, en abriendo el libro, no era menester más. Otras leía poco, otras mucho, conforme a la merced que el Señor me hacía. Parecíame a mí en este principio que digo, que teniendo yo libros y cómo tener soledad, que no habría peligro que me sacase de tanto bien; y creo con el favor de Dios fuera así si tuviera maestro o persona que me avisara de huir las ocasiones en los principios, y me hiciera salir de ellas, si entrara, con brevedad; y si el demonio me acometiera entonces descubiertamente, parecíame en ninguna

manera tornara gravemente a pecar; mas fue tan sutil y yo tan ruín, que todas mis determinaciones me aprovecharon poco, aunque muy mucho los días que serví a Dios, para poder sufrir las terribles enfermedades que tuve, con tan gran paciencia como Su Majestad me dio.

Muchas veces he pensado espantada de la gran bondad de Dios y regaládose mi alma de ver su gran magnificencia y misericordia. Sea bendito por todo, que he visto claro no dejar sin pagarme, aun en esta vida, ningún deseo bueno. Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite Su Majestad se cieguen, y los quita de su memoria. Dora las culpas; hace que resplandezca una virtud que el mismo Señor pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga.

Quiero tornar a lo que me han mandado. Digo, que si hubiera de decir por menudo de la manera que el Señor se había conmigo en estos principios, que fuera menester otro entendimiento que el mío para saber encarecer lo que en este caso le debo y mi gran ingratitud y maldad, pues todo esto olvidé. Sea por siempre bendito, que tanto me ha sufrido. Amén.

CAPÍTULO V

Prosigue en las grandes enfermedades que tuvo y la paciencia que el Señor le dio en ellas, y cómo saca de los males bienes, según se verá en una cosa que le acaeció en este lugar que se fue a curar.

1. Olvidé de decir cómo en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces. Yo lo llevaba con harta pena e imperfección; aunque con el gran contento que tenía de ser monja todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento y así lo decían. Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada; era curiosa en cuanto hacía; todo me parecía virtud; aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabía lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa. Alguna tiene no estar fundado el monasterio en mucha perfección. Yo, cómo ruín, íbame a lo que veía falto y dejaba lo bueno.

Estaba una monja entonces enferma de grandísima enfermedad, y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre que se le habían hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comía. Murió presto de ello. Yo veía a todas temer aquel mal; a mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía a Dios que, dándomela así a mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temía, porque estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que por cualquier medio determinara a ganarlos. Y espantóme, porque aun no tenía a mi parecer, amor de Dios, como después que comencé a tener oración me parecía a mí le he tenido; sino una luz de parecerme todo de poca estima lo que se acaba y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. También me oyó en esto Su Majestad; que antes de dos años estaba tal, que, aunque no el mal de aquella suerte, creo no fue menos penoso y trabajoso el que tres años tuve, como ahora diré.

2. Venido el tiempo que estaba aguardando en el lugar [15] que digo que estaba con mi hermana para curarme, lleváronme con harto cuidado de mi regalo mi padre y hermana, y aquella monja mi amiga [16], que había salido conmigo, que era muy mucho lo que me quería. Aquí comenzó el demonio a descomponer mi alma, aunque Dios sacó de ello harto bien. Estaba una persona de la iglesia, que residía en aquel lugar a donde me fui a curar, de harto buena calidad y entendimiento; tenía letras, aunque no muchas. Yo comencé a confesar con él, que siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados,

[15] Castellanos de La Cañada.
[16] Doña Juana Suárez, de quien habló en el cap. 3.°, página 18.

porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por experiencia que su mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas; porque ni ellos se fían de sí, sin preguntar a quien las tenga buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó. Estos otros tampoco me debían de querer engañar, sino no sabían más. Yo pensaba que sí, y que no era obligada a más de creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruín que buscara otros. Lo que era pecado venial decíanme que no era ninguno; lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho lo diga aquí para aviso de otras, de tan gran mal; que para delante de Dios bien veo no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, para que yo me guardara de ellas. Creo permitió Dios por mis pecados ellos se engañasen y me engañasen a mí. Yo engañé a otras hartas con decirles lo mismo que a mí me habían dicho. Duré en esta ceguedad creo más de diecisiete años, hasta que un Padre Dominico (17), gran letrado, me desengañó en cosas, y los de la Compañía de Jesús del todo me hicieron tanto temer, agravándome tan malos principios, como después diré.

Pues comenzándome a confesar con este que digo (18), él se aficionó en extremo a mí, porque entonces tenía poco que confesar para lo que después tuve, ni lo había tenido después de monja. No fue la afección de éste mala; mas de demasiada afección venía a no ser buena. Tenía entendido de mí que no me determinaría a hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y él también me aseguraba lo mismo, y así era mucha la conversación. Mas mis tratos entonces, con el embebecimiento de Dios que traía, lo que más gusto me daba era tratar cosas de él; y como era tan niña, hacíale confusión ver esto, y con la gran voluntad que me tenía, comenzó a declararme su perdición. Y no era poca, porque había casi siete años que estaba en muy peligroso estado con afección y trato con una mujer del mismo lugar, y con esto decía misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hízoseme gran lástima, porque le quería mucho; que esto tenía yo de gran liviandad y ceguedad, que me parecía virtud ser agradecida, y tener ley a quien me quería. ¡Maldita sea tal ley, que se extiende hasta ser contra la de Dios! Es un desatino que se usa en el mundo, que me desatina; que debemos todo el bien que nos hacen a Dios, y tenemos por virtud, aunque sea ir contra Él, no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Fuerais Vos servido, Señor, que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra Vos no lo fuera un punto; mas ha sido todo al revés por mis pecados.

Procuré saber e informarme más de personas de su casa. Supe más la perdición, y vi que el pobre no tenía tanta culpa; porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie había sido poderoso de podérselo quitar. Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente; mas diré esto que yo vi, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener, y crean que, pues pierden la vergüenza a Dios —que ellas más que los hombres son obligadas a tener honestidad—, que ninguna cosa de ellas pueden confiar. Que, a trueque de llevar adelante su voluntad y aquella afección que el demonio les pone, no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara, hiciera el mal que hacía en lo demás; que de mí ninguna cosa hay que fiar.

3. Pues como supe esto, comencé a mostrarle más amor. Mi intención buena era, la obra mala; pues por hacer bien, por grande que sea, no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy ordinario de Dios. Esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el que-

(17) Padre Vicente Barrón.

(18) Se refiere al clérigo que residía en aquel lugar.

rerme mucho ; porque, por hacerme placer, me vino a dar el idolillo, el cual hice echar luego en un río. Quitado éste, comenzó, como quien despierta de un gran sueño, a irse acordando de todo lo que había hecho aquellos años ; y espantándose de sí, doliéndose de su perdición, vino a comenzar a aborrecerla. Nuestra Señora le debía ayudar mucho ; que era muy devoto de su Concepción, y en aquel día hacía gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias a Dios por haberle dado luz. Al cabo de un año en punto, desde el primer día que yo le vi, murió. Y había estado muy en servicio de Dios, porque aquella afición grande que me tenía, nunca entendí ser mala, aunque pudiera ser con más puridad ; mas también hubo ocasiones para que si no se tuviera muy delante a Dios, hubiera ofensas suyas más graves. Como he dicho, cosa que yo entendiera era pecado mortal, no la hiciera entonces. Y paréceme que le ayudaba a tenerme amor ver esto en mí ; que creo todos los hombres deber ser más amigos de mujeres que ven inclinadas a virtud ; y aun para lo que acá pretenden, deben de ganar con ello más por aquí, según después diré. Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien y muy quitado de aquella ocasión ; parece quiso el Señor que por estos medios se salvase.

4. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que pedía mi complexión. A los dos meses, a poder de medicinas me tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazón, de que me fui a curar, era mucho más recio ; que algunas veces me parecía con dientes agudos me asían de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud, porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida, de grande hastío, calentura muy continua, y tan gastada, porque casi un mes me había dado una purga cada día, estaba tan abrasada, que se me comenzaron a encoger los nervios con dolores tan incomportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener ; una tristeza muy profunda.

Con esta ganancia me tornó a traer mi padre, a donde tornaron a verme médicos. Todos me desahuciaron ; que sobre todo este mal, decían estaba hética. De esto se me daba a mí poco ; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran de un ser desde los pies hasta la cabeza ; porque de nervios son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían, cierto, si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta recíedumbre no estaría más de tres meses, que parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor, la paciencia que Su Majestad me dio, que se veía claro venir de Él. Mucho me aprovechó para tenerla, haber leído la historia de Job en los *Morales de San Gregorio* [19], que parece previno el Señor con esto, y con haber comenzado a tener oración, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con Él. Traía muy ordinario estas palabras de Job (2, 10) en el pensamiento y decíalas : *Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males?* Esto parece me ponía esfuerzo.

5. Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde abril había sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di prisa a confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme a menudo. Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. ¡Oh, amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fue ignorancia, me pudiera hacer gran daño! Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos. En esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora o momento pensaban expiraba, y no hacían sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme a veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos.

La pena de mi padre era grande de no haberme dejado confesar ; clamores

---

[19] Las carmelitas descalzas de Ávila guardan el ejemplar en que leía la Santa.

y oraciones a Dios, muchas. Bendito sea Él, que quiso oírlas, que teniendo día y medio abierta la sepultura en mi monasterio esperando el cuerpo allá y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aquí, quiso el Señor tornarse en mí. Luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas; mas, a mi parecer, que no eran con el sentimiento y pena de sólo haber ofendido a Dios, que bastara para salvarme si el engaño que traía de los que me habían dicho no eran algunas cosas pecado mortal, que cierto he visto después lo eran, no me aprovechara. Porque los dolores eran incomportables, con que quedé; el sentido poco, aunque la confesión entera, a mi parecer, de todo lo que entendí había ofendido a Dios; que esta merced me hizo Su Majestad, entre otras, que nunca, después que comencé a comulgar, dejé cosa por confesar que yo pensase era pecado, aunque fuese venial, que le dejase de confesar. Mas sin duda me parece que lo iba harto mi salvación, si entonces me muriera, por ser los confesores tan poco letrados por una parte, y por otra ser yo ruin, y por muchas.

Es verdad, cierto, que me parece estoy con tan gran espanto llegando aquí y viendo cómo parece me resucitó el Señor, que estoy casi temblando entre mí. Paréceme fuera bien, oh, ánima mía, que miraras el peligro que el Señor te había librado, y ya que por amor no le dejabas de ofender, lo dejaras por temor, que pudiera otras mil veces matarte en estado más peligroso. Creo no añado muchas en decir otras mil, aunque me riña quien me mandó moderarme el contar mis pecados, y harto hermoseados van. Por amor de Dios le pido de mis culpas no quite nada, pues se ve más aquí la magnificencia de Dios y lo que sufre a un alma. Sea bendito para siempre. Plegue a Su Majestad que antes me consuma que le deje yo más de querer.

Continúa la Santa hablando de cómo dio principio a la reforma de la Orden del Carmen, y fundó el convento de San José en Avila, al cual se retiró a vivir con una docena de monjas ansiosas de retiro y soledad. Esta parte de la Vida *forma el primer capítulo de otra obra de Santa Teresa, el* Libro de las Fundaciones, *escrito a instancias de sus monjas, en el que relata la fundación sucesiva de dieciséis monasterios de monjas y catorce de frailes, para lo cual hubo de recorrer desde Palencia hasta Sevilla, sufriendo contradicciones, enfermedades y disgustos de todas clases. Damos a continuación la fundación del primer convento reformado, que es como el patrón de todos y para el que hubo que superar más dificultades que en ninguno.*

8. Andando yo.. deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes y acabar ya de en todo en todo apartarme del mundo. No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso. Bien se veía que era de Dios, y que le había dado Su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía.

9. Pensaba qué podría hacer por Dios, y pensé que lo primero era seguir al llamamiento que Su Majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese. Y aunque en la casa a donde estaba había muchas siervas de Dios y era harto servido en ella, a causa de tener gran necesidad salían las monjas muchas veces a partes a donde con toda honestidad y religión podíamos estar; y también no estaba fundada en su primer rigor la Regla, sino guardábase conforme a lo que en toda la Orden, que es con Bula de relajación [20]; y también otros inconvenientes, que me parecía a mí tenía mucho regalo, por ser la casa grande y deleitosa [21]. Mas este inconveniente de salir, aunque yo era la que mucho lo usaba, era grande para mí, ya porque algunas personas, a quien los prelados no podían decir de no, gustaban estuviese yo en su compañía, e, importunados, mandábanmelo; y así, según se iba ordenando, pudiera poco estar en el monasterio, porque el demonio en parte debía ayudar para que no estuviese en casa, que todavía, como comunicaba con algunas lo que

[20] El Papa Eugenio IV publicó esta Bula de mitigación de la Regla Carmelitana en 1432.

[21] Monasterio de la Encarnación, de Avila.

los que me trataban me enseñaban, haciase gran provecho.

10. Ofrecióse una vez, estando con una persona [22], decirme a mí y a otras, que si no seríamos para ser monjas de la manera de las Descalzas, que aun posible era poder hacer un monasterio. Yo, como andaba en estos deseos, comencélo a tratar con aquella señora mi compañera viuda [23], que ya he dicho que tenía el mismo deseo. Ella comenzó a dar trazas para darle renta, que ahora veo yo que no llevaban mucho camino, y el deseo que de ello teníamos nos hacía parecer que sí. Mas yo, por otra parte, como tenía tan grandísimo contento en la casa que estaba, porque era muy a mi gusto y la celda en que estaba hecha muy a mi propósito, todavía me detenía. Con todo, concertamos de encomendarlo mucho a Dios.

11. Habiendo un día comulgado, mandóme mucho Su Majestad lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome grandes promesas de que no se dejaría de hacer el monasterio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase San José, y que a la una puerta nos guardaría Él y nuestra Señora la otra, y que Cristo andaría con nosotras, y que sería una estrella que diese de sí gran resplandor, y que, aunque las Religiones estaban relajadas, que no pensase se servía poco en ellas; que qué sería del mundo si no fuese por los religiosos, que dijese a mi confesor esto que me mandaba y que le rogaba Él que no fuese contra ello ni me lo estorbase.

12. Era esta visión con tan grandes efectos y de tal manera esta habla que me hacía el Señor, que yo no podía dudar que era Él. Yo sentí grandísima pena, porque en parte se me representaron los grandes desasosiegos y trabajos que me había de costar y como estaba tan contentísima en aquella casa; que, aunque antes lo trataba, no era con tanta determinación ni certidumbre que sería. Aquí parecía se me ponía apremio, y como veía comenzaba cosa de gran desasosiego, estaba en duda de lo que haría. Mas fueron muchas veces las que el Señor me tornó a hablar en ello, poniéndome delante tantas causas y razones que yo veía ser claras y que era su voluntad, que ya no osé hacer otra cosa sino decirlo a mi confesor [24], y dile por escrito todo lo que pasaba.

13. Él no osó determinadamente decirme que lo dejase, mas veía que no llevaba camino conforme a razón natural, por haber poquísima y casi ninguna posibilidad en mi compañera, que era la que lo había de hacer. Díjome que lo tratase con mi prelado, y que lo que él hiciese, eso hiciese yo. Yo no trataba estas visiones con el prelado, sino aquella señora trató con él que quería hacer este monasterio; y el Provincial [25] vino muy bien en ello, que es amigo de toda religión, y díle todo el favor que fue menester, y díjole que él admitiría la casa. Trataron de la renta que había de tener, y nunca queríamos fuesen más de trece, por muchas causas. Antes que lo comenzásemos a tratar, escribimos al santo fray Pedro de Alcántara todo lo que pasaba, y aconsejónos que no lo dejásemos de hacer, y dionos su parecer en todo.

14. No se hubo comenzado a saber por el lugar, cuando no se podía escribir en breve la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate. A mí, que bien me estaba en mi monasterio; a la mi compañera tanta persecución, que la traían fatigada. Yo no sabía qué hacerme; en parte me parecía que tenían razón. Estando así muy fatigada encomendándome a Dios, comenzó Su Majestad a consolarme y a animarme. Díjome que aquí vería lo que habían pasado los santos que habían fundado las religiones, que mucha más persecución tenía por pasar de las que yo podía pensar; que no se nos diese nada. Deciame algunas cosas que dijese a mi compañera, y lo que más me espantaba yo es que luego quedábamos consoladas de lo pasado y con ánimo para resistir a todos. Y es así que de gente de oración y todo, en fin el lugar no había casi persona que entonces no fuese

(22) Fue María de Ocampo, hija de don Diego de Cepeda y doña Beatriz de la Cruz y Ocampo, primos de Santa Teresa.

(23) Doña Guiomar de Ulloa.

(24) Padre Baltasar Álvarez.

(25) Padre Gregorio Fernández.

contra nosotras y le pareciese grandísimo disparate.

15. Fueron tantos los dichos y el alboroto de mi mismo monasterio, que al Provincial le pareció recio ponerse contra todos, y así mudó el parecer y no la quiso admitir. Dijo que la renta no era segura, y que era poca, y que era mucha la contradicción; y en todo parece tenía razón, y, en fin, lo dejó y no lo quiso admitir. Nosotras, que ya parecía teníamos recibidos los primeros golpes, dionos muy gran pena; en especial me la dio a mí de ver al Provincial contrario, que, con quererlo él tenía yo disculpa con todos. A la mi compañera ya no la querían absolver si no lo dejaba, porque decían era obligada a quitar el escándalo.

16. Ella fue a un gran letrado, muy gran siervo de Dios, de la Orden de Santo Domingo, a decírselo y darle cuenta de todo ([26]). Esto fue aún antes que el Provincial lo tuviese dejado, porque en todo lugar no teníamos quien nos quisiese dar parecer, y así decían que sólo era por nuestras cabezas. Dio esta señora relación de todo y cuenta de la renta que tenía de su mayorazgo a este santo varón, con harto deseo nos ayudase, porque era el mayor letrado que entonces había en el lugar, y pocos más en su Orden. Yo le dije todo lo que pensábamos hacer y algunas causas. No le dije cosa de revelación ninguna, sino las razones naturales que me movían; porque no quería yo nos diese parecer sino conforme a ellas. Él nos dijo que le diésemos de término ocho días para responder y que si estábamos determinadas a hacer lo que él dijese. Yo le dije que sí; mas aunque yo esto decía, y me parece que lo hiciera (porque no veían ánimo por entonces), nunca jamás se me quitaba una seguridad de que se había de hacer Mi compañera tenía más fe; nunca ella por cosa que la dijesen se determinaba a dejarlo.

17. Yo, aunque como digo, me parecía imposible dejarse de hacer, de tal manera creo ser verdadera la revelación como no vaya contra lo que está en la Sagrada Escritura o contra las leyes de la Iglesia que somos obligados a hacer; porque, aunque a mi verdaderamente me parecía era de Dios, si aquel letrado me dijera que no lo podíamos hacer sin ofenderle y que íbamos contra conciencia, paréceme luego me apartara de ello, o buscara otro medio; mas a mí no me daba el Señor sino éste. Decíame después este siervo de Dios, que lo había tomado a cargo con toda determinación de poner mucho en que nos apartásemos de hacerlo (porque ya había venido a su noticia el clamor del pueblo, y también le parecía desatino, como a todos, y en sabiendo habíamos ido a él, le envió a avisar un caballero, que mirase lo que hacía, que no nos ayudase), y que en comenzando a mirar en lo que nos había de responder y a pensar en el negocio y el intento que llevábamos y manera de concierto y religión, se le asentó ser muy en servicio de Dios, y que no había de dejar de hacerse. Y así nos respondió nos diésemos priesa a concluirlo, y dijo la manera y traza que se había de tener; y aunque la hacienda era poca, que algo se había de fiar de Dios, que quien lo contradijese fuese a él, que él respondería, y así siempre nos ayudó como después diré.

18. Con esto fuimos muy consoladas, y con que algunas personas santas, que nos solían ser contrarias, estaban ya más aplacadas, y algunas nos ayudaban. Entre ellas era el caballero santo, de quien ya he hecho mención, que, como lo es y le parecía llevaba camino de tanta perfección, por ser todo nuestro fundamento en oración, aunque los medios le parecían muy dificultosos y sin camino, rendía su parecer a que podía ser cosa de Dios, que el mismo Señor le debía mover. Y así hizo al maestro, que es el clérigo siervo de Dios que dije que había hablado primero, que es espejo de todo el lugar, como persona que le tiene Dios en él para remedio y aprovechamiento de muchas almas, y ya venía en ayudarme en el negocio ([27]). Y estando en estos términos, y siempre con ayuda de muchas oraciones, y teniendo comprada ya la casa en buena parte, aunque pequeña (mas de esto

([26]) Trátase aquí del Padre Pedro Ibáñez.

([27]) El maestro Gaspar Daza.

a mí no se me daba nada), que me había dicho el Señor que entrase como pudiese, que después yo vería lo que Su Majestad hacía, ¡y cuán bien que lo he visto!, y así, aunque veía ser poca la renta, tenía creído el Señor lo había por otros medios de ordenar y favorecernos.

CAPÍTULO XXXIII

Procede en la misma materia de la fundación del glorioso San José. Dice cómo le mandaron que no entendiese en ella, y el tiempo que lo dejó, y algunos trabajos que tuvo y cómo la consolaba en ellos el Señor.

1. Pues estando los negocios en este estado y tan al punto de acabarse que otro día se habían de hacer las escrituras, fue cuando el Padre Provincial nuestro mudó parecer. Creo fue movido por ordenación divina, según después ha parecido; porque como las oraciones eran tantas, iba el Señor perfeccionando la obra y ordenando que se hiciese de otra suerte. Como él no lo quiso admitir, luego mi confesor me mandó no entendiese más en ello, con que sabe el Señor los grandes trabajos y aflicciones que hasta traerlo a aquel estado me había costado. Como se dejó y quedó así, confirmóse más ser todo disparate de mujeres y a crecer la murmuración sobre mí con habérmelo mandado hasta entonces mi Provincial.

2. Estaba muy malquista en todo mi monasterio [28], porque quería hacer monasterio más encerrado. Decían que las afrentaba, que allí podía también servir a Dios, pues había otras mejores que yo; que no tenía amor a la casa, que mejor era procurar renta para ella que para otra parte. Unas decían que me echasen en la cárcel [29]; otras, bien pocas, tornaban algo de mí. Yo bien veía que en muchas cosas tenían razón, y algunas veces dábales descuento; aunque, como no había de decir lo principal que era mandármelo el Señor, no sabía qué hacer, y así callaba Otras hacíame Dios muy gran merced que todo esto no me daba inquietud, sino con tanta facilidad y contento lo dejé como si no me hubiera costado nada. Y esto no lo podía nadie creer, ni aun las mismas personas de oración que me trataban, sino que pensaban estaba muy penada y corrida, y aun mi mismo confesor no lo acababa de creer. Yo, como me parecía había hecho todo lo que había podido, parecíame no era más obligada para lo que me había mandado el Señor, y quedábame en la casa, que yo estaba muy contenta y a mi placer. Aunque jamás podía dejar de creer que había de hacerse, yo no veía ya medio, ni sabía cómo ni cuándo, mas teníalo muy cierto.

3. Lo que mucho me fatigó fue una vez que mi confesor [30], como si yo hubiera hecho cosa contra su voluntad (también debía el Señor querer, que de aquella parte que más me había de doler no me dejase de venir trabajo), y así en esta multitud de persecuciones, que a mí me parecía había de venirme de él consuelo, me escribió que ya vería que era todo sueño en lo que había sucedido, que me emendase de allí adelante en no querer salir con nada ni hablar más de ello, pues veía el escándalo que había sucedido, y otras cosas, todas para dar pena. Esto me la dio mayor que todo junto, pareciéndome si había sido yo ocasión y tenido culpa en que se ofendiese, y que si estas visiones eran ilusión, que toda la oración que tenía era engaño y que yo andaba muy engañada y perdida. Apretóme esto en tanto extremo, que estaba toda turbada y con grandísima aflicción. Mas el Señor, que nunca me faltó, que en todos estos trabajos que he contado hartas veces me consolaba y esforzaba, que no hay para qué decirlo aquí, me dijo entonces que no me fatigase, que yo había mucho servido a Dios y no ofendídole en aquel negocio: que hiciese lo que me mandaba el confesor en callar por entonces, hasta que fuese tiempo de tornar a ello. Quedé tan consolada y contenta, que me parecía todo nada la persecución que había sobre mí.

4. Aquí me enseñó el Señor el grandísimo bien que es pasar trabajos y

(28) La Encarnación.

(29) Era una celda oscura, que todavía se conserva en la Encarnación.

(30) El Padre Baltasar Álvarez.

persecuciones por Él, porque fue tanto el acrecentamiento que vi en mi alma de amor de Dios y otras muchas cosas, que yo me espantaba; y esto me hace no poder dejar de desear trabajos. Y las otras personas pensaban que estaba muy corrida, y sí estuviera si el Señor no me favoreciera en tanto extremo con merced tan grande. Entonces me comenzaron más grandes los ímpetus de amor de Dios que tengo dicho y mayores arrobamientos, aunque yo callaba y no decía a nadie estas ganancias. El santo varón dominico ([31]) no dejaba de tener por tan cierto como yo que se había de hacer; y como yo no quería entender en ello por no ir contra la obediencia de mi confesor, negociábalo él con mi compañera y escribían a Roma y daban traza.

5. También comenzó aquí el demonio de una persona en otra procurar se entendiese que había yo visto alguna revelación en este negocio, e iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios y que podría ser me levantasen algo y fuesen a los inquisidores. A mí me cayó esto en gracia y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí que en cosa de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia que alguien viese yo iba por ella o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, me pondría yo a morir mil muertes; y dije de eso no temiesen, que harto mal sería para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisición; que si pensase había para qué, yo me la iría a buscar; y que si era levantado, que el Señor me libraría y quedaría con ganancia. Y tratélo con este padre mío dominico que, como digo, era gran letrado, que podía bien asegurar con lo que él me dijese, y díjele entonces todas las visiones y modo de oración y las grandes mercedes que me hacía el Señor, con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase muy bien, y me dijese si había algo contra la Sagrada Escritura y lo que de todo sentía. Él me aseguró mucho, y a mi parecer le hizo provecho, porque aunque él era muy bueno, de ahí adelante se dio mucho más a la oración y se apartó en un monasterio de su Orden, a donde hay mucha soledad, para mejor poder ejercitarse en esto, a donde estuvo más de dos años; y sacóle de allí la obediencia, que sintió harto, porque le hubieron de menester, como era persona tal.

6. Yo en parte sentí mucho cuando se fue, aunque no se lo estorbé, por la gran falta que me hacía. Mas entendí su ganancia; porque estando con harta pena de su ida, me dijo el Señor que me consolase y no la tuviese, que bien guiado iba. Vino tan aprovechada su alma de allí y tan adelante en aprovechamiento de espíritu, que me dijo cuando vino, que por ninguna cosa quisiera haber dejado de ir allí. Y yo también podía decir lo mismo; porque lo que antes me aseguraba y consolaba con solas sus letras, ya lo hacía también con la experiencia de espíritu, que tenía harta de cosas sobrenaturales, y trájole Dios a tiempo que vio Su Majestad había de ser menester para ayudar a su obra de este monasterio que quería Su Majestad se hiciese.

7. Pues estuve en este silencio y no entendiendo ni hablando en este negocio cinco o seis meses, y nunca el Señor me lo mandó. Yo no entendía qué era la causa, mas no se me podía quitar del pensamiento que se había de hacer. Al fin de este tiempo, habiéndose ido de aquí el Rector que estaba en la Compañía de Jesús ([32]), trajo Su Majestad aquí otro muy espiritual y de gran ánimo y entendimiento y buenas letras, a tiempo que yo estaba con harta necesidad; porque, como el que me confesaba tenía superior y ellos tienen esta virtud en extremo de no se bullir sino conforme a la voluntad de su mayor, aunque él entendía bien mi espíritu y tenía deseo de que fuese muy adelante, no se osaba en algunas cosas determinar, por hartas causas que para ello tenía. Y ya mi espíritu iba con ímpetus tan grandes, que sentía mucho tenerle atado, y con todo, no salía de lo que me mandaba.

8. Estando un día con gran aflicción de parecerme el confesor no me creía,

([31]) Padre Pedro Ibáñez.

([32]) El rector que salió de Ávila fue el Padre Dionisio Vázquez. Le sustituyó en el oficio el Padre Gaspar de Salazar en abril de 1561.

díjome el Señor que no me fatigase, que presto se acabaría aquella pena. Yo me alegré mucho pensando que era que me había de morir presto, y traía mucho contento cuando se me acordaba. Después vi claro era la venida de este Rector que digo; porque aquella pena nunca más se ofreció en qué tenerla, a causa de que el Rector que vino no iba a la mano al ministro que era mi confesor, antes le decía que me consolase y que no había de qué temer y que no me llevase por camino tan apretado, que dejase obrar el espíritu del Señor, que a veces parecía con estos grandes ímpetus de espíritu no le quedaba al alma como resolgar.

9. Fueme a ver este Rector y mandóme el confesor tratase con él con toda libertad y claridad. Yo solía sentir grandísima contradicción en decirlo; y es así que, en entrando en el confesonario sentí en mi espíritu un no sé qué, que ni antes ni después no me acuerdo ha[ber]lo con nadie sentido, ni lo sabré decir cómo fue, ni por comparaciones podría. Porque fue un gozo espiritual y un entender mi alma que aquella alma la había de entender y que conformaba con ella, aunque, como digo, no entiendo cómo. Porque si le hubiera hablado o me hubieran dado grandes nuevas de él, no era mucho darme gozo de entender que había de entenderme; mas ninguna palabra él a mí ni yo a él nos habíamos hablado, ni era persona de quien yo tenía antes ninguna noticia. Después he visto bien que no se engañó mi espíritu, porque de todas maneras ha hecho gran provecho a mí y a mi alma tratarle; porque su trato es mucho para personas que ya parece el Señor tiene ya muy adelante, porque él las hace correr y no ir paso a paso. Y su modo es para desasirlas de todo y mortificarlas, que en esto le dio el Señor grandísimo talento también como en otras muchas cosas.

10. Como le comencé a tratar, luego entendí su estilo y vi ser un alma pura, santa y con don particular del Señor para conocer espíritus. Consoléme mucho. Desde a poco que le trataba, comenzó el Señor a tomarme a apretar que tornase a tratar el negocio del monasterio y que dijese a mi confesor y a este Rector muchas razones y cosas para que no me lo estorbasen; y algunas los hacía temer, porque este Padre Rector nunca dudó en que era espíritu de Dios; porque con mucho estudio y cuidado miraba todos los efectos. En fin, de muchas cosas no se osaron atrever a estorbármelo.

11. Tornó mi confesor a darme licencia que pusiese en ello todo lo que pudiese. Yo bien veía al trabajo que me ponía, por ser muy sola y tener poquísima posibilidad. Concertamos se tratase con todo secreto, y así procuré que una hermana mía [33], que vivía fuera de aquí, comprase la casa y la labrase como era para sí, con dineros que el Señor dio por algunas vías para comprarla; que sería largo de contar cómo el Señor lo fue proveyendo, porque yo traía gran cuenta de no hacer cosa contra obediencia; mas sabía que, si lo decía a mis prelados, era todo perdido como la vez pasada, y aun ya fuera peor. En tener los dineros, en procurarlo, en concertarlo y hacerlo labrar, pasé tantos trabajos, y algunos bien a solas, aunque mi compañera hacía lo que podía, mas podía poco, y tan poco, que era casi nonada más de hacerse en su nombre y con su favor; y todo el más trabajo era mío, de tantas maneras, que ahora me espanto cómo lo pude sufrir.

Un gran paso de la Reforma teresiana fue la fundación de conventos de hombres, y, sobre todo, la captación para esta obra de un ser extraordinario por sus facultades naturales unidas a una gran santidad: San Juan de la Cruz.

CAPÍTULO XIII

En que trata cómo se comenzó la primera casa de la Regla primitiva, y por quién, de los Descalzos Carmelitas. Año de MDLXVIII.

1. Antes que yo fuese a esta fundación de Valladolid, como ya tenía concertado con el Padre fray Antonio de Jesús, que era entonces prior en Me-

[33] Doña Juana de Ahumada, que residía en Alba con su esposo, Juan de Ovalle.

dina, en Santa Ana, que es de la Orden del Carmen, y con fray Juan de la Cruz, como ya tengo dicho, de que serían los primeros que entrasen, si se hiciese monasterio de la primera Regla de Descalzos, y como yo no tuviese remedio para tener casa, no hacía sino encomendarlo a nuestro Señor; porque, como he dicho, ya estaba satisfecha de estos Padres. Porque al Padre fray Antonio de Jesús había el Señor bien ejercitado, un año que yo lo había tratado con él, en trabajos, y llevádolo con mucha perfección; del Padre fray Juan de la Cruz ninguna prueba había menester, porque aunque estaba entre los del Paño Calzados, siempre había hecho vida de mucha perfección y religión. Fue nuestro Señor servido, que como me dio lo principal, que eran frailes que comenzasen, ordenó lo de demás.

2. Un caballero de Ávila, llamado don Rafael [34], con quien yo jamás había tratado, no sé cómo, que no me acuerdo, vino a entender que se quería hacer un monasterio de Descalzos; y vínome a ofrecer que me daría una casa que tenía en un lugarcillo de hartos pocos vecinos, que me parece no serían veinte, que no me acuerdo ahora, que la tenía allí para un rentero, que recogía el pan de renta que tenía allí. Yo, aunque vi cuál debía ser, alabé a nuestro Señor, y se lo agradecí mucho. Díjome que era camino de Medina del Campo, que iba yo por allí para ir a la fundación de Valladolid, que es camino derecho, y que la vería. Yo dije que lo haría, y aun así lo hice, que partí de Ávila por junio, con una compañera y con el Padre Julián Dávila, que era el sacerdote que he dicho, que me ayudaba a estos caminos, capellán de San José, de Ávila.

3. Aunque partimos de mañana, como no sabíamos el camino, errámosle; y como el lugar es poco nombrado, no se hallaba mucha relación de él: así anduvimos aquel día con harto trabajo, porque hacía muy recio sol. Cuando pensábamos estábamos cerca, había otro tanto que andar. Siempre se me acuerda el cansancio y desvarío que traíamos en aquel camino; así, llegamos poco antes de la noche. Como entramos en la casa, estaba de tal suerte, que no nos atrevimos a quedar allí aquella noche por causa de la demasiada poca limpieza que tenía, y mucha gente del agosto. Tenía un portal razonable, y una cámara doblada con su desván, y una cocinilla; este edificio todo tenía nuestro monasterio. Yo consideré que en el portal se podía hacer iglesia, y en el desván, coro, que venía bien, y dormir en la cámara. Mi compañera [35], aunque era harto mejor que yo y muy amiga de penitencia, no podía sufrir que yo pensase hacer allí monasterio, y así me dijo: «Cierto, Madre, que no haya espíritu, por bueno que sea, que lo pueda sufrir; vos no tratéis de esto». El Padre que iba conmigo [36], aunque le pareció lo que a mi compañera, como le dijese mis intentos, no me contradijo. Fuímonos a tener la noche en la iglesia, que para el cansancio grande que llevábamos no quisiéramos tenerla en vela.

4. Llegada a Medina, hablé luego con el Padre fray Antonio, y díjele lo que pasaba, y que si tendría corazón para estar allí algún tiempo, que tuviese cierto que Dios lo remediaría presto, que todo era comenzar (paréceme tenía tan delante lo que el Señor ha hecho, y tan cierto, a manera de decir, como ahora que lo veo, y aún mucho más, de lo que hasta ahora he visto; que al tiempo que ésta escribo, hay diez monasterios de Descalzos, por la bondad de Dios), y creyese que no nos daría la licencia el Provincial pasado ni el presente (que había de ser con su consentimiento, según dije al principio), si nos viesen en casa muy medrada, dejado que no teníamos remedio de ella, y que en aquel lugarcillo y casa, que no harían caso de ellos. A él le había puesto Dios más ánimo que a mí, y así dijo, que no sólo allí, mas que estaría en una pocilga. Fray Juan de la Cruz estaba en lo mismo.

5. Ahora nos quedaba alcanzar la voluntad de los dos Padres que tengo dichos, porque con esa condición había

---

[34] Don Rafael Mejía y Velázquez era un caballero muy calificado y cristiano.

[35] Antonia del Espíritu Santo, una de las cuatro que primero tomaron el hábito en San José, de Ávila.

[36] Julián de Ávila.

dado la licencia nuestro Padre General. Yo esperaba en nuestro Señor de alcanzarla, y así dejé al Padre fray Antonio que tuviera cuidado de hacer todo lo que pudiese en allegar algo para la casa; yo me fuí con fray Juan de la Cruz a la fundación que queda escrita en Valladolid. Y como estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al Padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder; para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como de estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas. Que todo es con tanta moderación, que sólo sirve de entender allí las faltas de las hermanas, y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la Regla. Él era tan bueno, que, al menos yo podía mucho más aprender de él que él de mí; mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder las hermanas.

6. Fue Dios servido, que estaba allí el Provincial de nuestra Orden, de quien yo había de tomar el beneplácito, llamado fray Alonso González. Era viejo y harto buena cosa y sin malicia. Yo le dije tantas cosas, y de la cuenta que daría a Dios si tan buena obra estorbaba, cuando se la pedí, y Su Majestad que le dispuso, como quería que se hiciese, que se ablandó mucho. Venida la señora doña María de Mendoza y el Obispo de Ávila, su hermano, que es quien siempre nos ha favorecido y amparado, lo acabaron con él y con el Padre fray Ángel de Salazar, que era el Provincial pasado, de quien yo temía toda la dificultad. Mas ofrecióse entonces cierta necesidad que tuvo menester el favor de la señora doña María de Mendoza, y esto creo ayudó mucho, dejado que, aunque no hubiera esta ocasión, se lo pusiera nuestro Señor en corazón, como al Padre General, que estaba bien fuera de ello.

7. ¡Oh, válgame Dios, qué de cosas he visto en estos negocios, que parecían imposibles, y cuán fácil ha sido a Su Majestad allanarlas! ¡Y qué confusión mía es, viendo lo que he visto, no ser mejor de lo que soy! Que ahora que lo voy escribiendo, me estoy espantando y deseando que nuestro Señor de a entender a todos, cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas. Todo lo ha ordenado el Señor por unos principios tan bajos, que sólo Su Majestad lo podía levantar en lo que ahora está. Sea siempre bendito. Amén.

CAPÍTULO XIV

Prosigue en la fundación de la primera casa de los Descalzos Carmelitas. Dice algo de la vida que allí hacían, y del provecho que comenzó a hacer nuestro Señor en aquellos lugares, a honra y gloria de Dios.

1. Como yo tuve estas dos voluntades, ya me parecía no me faltaba nada. Ordenamos que el Padre fray Juan de la Cruz fuese a la casa, y lo acomodase de manera que como quiera pudiesen entrar en ella; que toda mi prisa era hasta que comenzasen, porque tenía gran temor que nos viniese algún estorbo; y así se hizo. El Padre fray Antonio ya tenía algo allegado de lo que era menester; ayudábamosle lo que podíamos, aunque era poco. Vino allí a Valladolid a hablarme con gran contento, y díjome lo que tenía allegado, que era harto poco; sólo de relojes iba proveído, que llevaba cinco, que me cayó en harta gracia. Díjome, que para tener las Horas concertadas, que no quería ir desapercibido; creo aún no tenía en qué dormir.

2. Tardóse poco en aderezar la casa, porque no había dinero, aunque quisieran hacer mucho. Acabado, el Padre fray Antonio renunció su priorazgo con harta voluntad, y prometió la primera Regla; que aunque le decían lo probase primero, no quiso. Íbase a su casita con el mayor contento del mundo; ya fray Juan estaba allá.

3. Dicho me ha el Padre fray Antonio que cuando llegó a vista del lugarcillo, le dió un gozo interior muy grande, y le pareció que había ya acabado con el mundo, en dejarlo todo y meterse en aquella soledad; a donde al uno y al otro no se les hizo casa mala, sino que les parecía estaban en grandes deleites.

4. ¡Oh, válgame Dios!, ¡qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores

para lo interior! Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas. Tengamos delante nuestros fundadores verdaderos que son aquellos santos Padres de donde descendimos; que sabemos que por aquel camino de pobreza y humildad gozan de Dios.

5. Verdaderamente, he visto más espíritu, y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que después que ya tienen mucha casa y lo están. Por grande que sea, ¿qué provecho nos trae? Pues sólo de una celda es lo que gozamos continuo, que ésta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerado que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida: por larga que sea se nos hará todo suave, viendo que mientras menos tuviéremos acá, más gozaremos en aquella eternidad, a donde son las moradas conforme al amor con que hemos imitado la vida de nuestro buen Jesús. Si decimos que son estos principios para renovar la Regla de la Virgen su Madre y Señora y Patrona nuestra, no la hagamos tanto agravio, ni a nuestros Santos Padres Pasados que dejemos de conformarnos con ellos. Ya que por nuestra flaqueza en todo no podamos, en las cosas que no hace ni deshace para sustentar la vida, habíamos de andar con gran aviso, pues todo es un poquito de trabajo sabroso, como le tenían estos dos Padres; y en determinándonos de pasarlo es acabada la dificultad, que toda es la pena un poquito al principio.

6. Primero o segundo domingo de Adviento de este año MDLXVIII (que no me acuerdo cuál de estos domingos fue), se dijo la primera misa en aquel portalito de Belén, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine por allí. Llegué una mañana; estaba el Padre fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que tiene él siempre. Yo le dije: «¿Qué es esto, mi Padre? ¿Qué se ha hecho la honra?» Díjome estas palabras diciendo el gran contento que tenía: «Yo maldigo el tiempo que la tuve.» Como entré en la iglesia, quedé espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo, que eran mis amigos, no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces!, ¡tantas calaveras!

7. Nunca se me olvida una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada. El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa. Tenían a los dos rincones, hacia la iglesia, dos ermitillas, a donde no podían estar sino echados o sentados, llenas de heno (porque el lugar era muy frío, y el tejado casi les daba sobre las cabezas), con dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acababan Maitines hasta Prima, no se tornaban a ir, sino allí se quedaban en oración; que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos, cuando iban a Prima, y no haberle sentido. Decían sus Horas con otro Padre de los del Paño, que se fue con ellos a estar, aunque no mudó hábito, porque era muy enfermo, y otro fraile mancebo, que no era ordenado, que también estaba allí [37].

8. Iban a predicar a muchos lugares, que están por allí comarcanos, sin ninguna doctrina (que por esto también me holgué se hiciese allí la casa; que me dijeron, que ni había cerca otro monasterio), ni de dónde tenerla, que eran gran lástima. En tan poco tiempo era tanto el crédito que tenían, que a mí me hizo grandísimo consuelo, cuando lo supe. Iban, como digo, a predicar legua y media, dos leguas, descalzos (que entonces no traían alpargatas, que después se las mandaron poner), y con harta nieve y frío; y después que habían predicado y confesado, se tornaban bien tarde a comer a su casa. Con el contento, todo se les hacía poco.

---

[37] Este era fray José de Cristo.

LIBRO DE LAS MORADAS

Aunque en el libro de su Vida *explana Santa Teresa los modos de oración que ella tenía y la serie de experiencias místicas por las que había pasado, todavía, a instancia de sus directores espirituales, recopiló toda la vía de unión con Dios con todas sus incidencias en el libro titulado* Castillo Interior o las Moradas, *que empezó a escribir el 2 de junio de 1577, estando en Toledo, y lo terminó en Avila el 28 de noviembre del mismo año.*

La Santa concibe todo el desarrollo de la vida espiritual como un castillo con muchas moradas o estancias, en el centro del cual habita Dios, señor del castillo, y al que el alma va aproximándose, pasando de las moradas más exteriores a las más interiores, hasta llegar al centro. Todas las moradas pueden reducirse a siete estados, que como esferas concéntricas tiene el alma que ir penetrando para llegar a la perfecta unión con Dios. He aquí el plan de la obra, según su misma autora:

MORADAS PRIMERAS

HAY EN ELLAS DOS CAPÍTULOS

CAPÍTULO PRIMERO

En que se trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas. Pone una comparación para entenderse, y dice la ganancia que es entenderla y saber las mercedes que recibimos de Dios y cómo la puerta de este castillo es oración.

1. Estando hoy suplicando a nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba a cosa que decir ni cómo comenzar a cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún fundamento: que es considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, a donde hay muchos aposentos, así como *en el Cielo hay muchas moradas* (*Jn.*, 14, 2). Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso a donde dice Él *tiene sus deleites* (*Prov.*, 8, 31). ¿Pues qué tal os parece que será el aposento a donde un Rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con qué comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad. Y verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios; pues Él mismo dice que nos crió *a su imagen y semejanza* (*Gen.*, 1, 26). Pues si esto es, como lo es, no hay para qué cansarnos en querer comprender la hermosura de este castillo; porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura, basta decir Su Majestad que es hecho a su imagen para que apenas podamos entender la gran dignidad y hermosura del ánima.

2. No es pequeña lástima y confusión que, por nuestra culpa, no entendamos a nosotros mismos, ni sepamos quién somos. ¿No sería gran ignorancia, hijas mías, que preguntasen a uno quién es y no se conociese ni supiese quién fue su padre ni su madre ni de qué tierra? Pues si esto sería gran bestialidad, sin comparación es mayor la que hay en nosotras cuando no procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe sabemos que tenemos almas. Mas qué bienes puede haber en esta alma o quién está dentro en esta alma o el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste o cerca de este castillo, que son estos cuerpos.

3. Pues consideremos que en este castillo tiene, como he dicho, muchas moradas, unas en lo alto, otras en bajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es a donde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma. Es menester que vayáis advertidas a esta comparación. Quizá será Dios servido pueda por ella daros algo a enten-

der de las mercedes que es Dios servido hacer a las almas y las diferencias que hay en ellas, hasta donde yo hubiere entendido que es posible; que todas será imposible entenderlas nadie, según son muchas: ¡cuánto más quien es tan ruín como yo! Porque os será gran consuelo, cuando el Señor no las hiciere, saber que es posible; y a quien no, para alabar su gran bondad. Que así como no nos hace daño considerar las cosas que hay en el Cielo y lo que gozan los bienaventurados, antes nos alegramos y procuramos alcanzar lo que ellos gozan; tampoco nos hará ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios con unos gusanos tan llenos de mal olor y amar una bondad tan buena y una misericordia tan sin tasa. Tengo por cierto que a quien hiciere daño entender que es posible hacer Dios esta merced en este destierro, que estará muy falta de humildad y del amor del prójimo; porque si esto no es, ¿cómo nos podemos dejar de holgar de que haga Dios estas mercedes a un hermano nuestro, pues no impide para hacérnoslas a nosotras, y de que Su Majestad dé a entender sus grandezas, sea en quien fuere? Que algunas veces será sólo por mostrarlas, como dijo del ciego que dio vista, cuando le preguntaron los Apóstoles si era *por sus pecados o de sus padres* (*Jn.*, 9, 2). Y así acaece no hacerlas por ser más santos a quien las hace que a los que no, sino porque se conozca su grandeza, como vemos en San Pablo y la Magdalena, y para que nosotros le alabemos en sus criaturas.

4. Podráse decir que parecen cosas imposibles, y que es bien no escandalizar los flacos. Menos se pierde en que ellos no lo crean que no en que se dejen de aprovechar a los que Dios las hace; y se regalarán y despertarán a más amar a quien hace tantas misericordias, siendo tan grande su poder y majestad. Cuánto más, que sé que hablo con quien no habrá este peligro; porque saben y creen que hace Dios aun muy mayores muestras de amor. Yo sé que quien esto no creyere no lo verá por experiencia; porque es muy amigo de que no pongan tasa a sus obras, y así, hermanas, jamás os acaezca a las que el Señor no llevare por este camino.

5. Pues tornando a nuestro hermoso y deleitoso castillo, hemos de ver cómo podremos entrar en él. Parece que digo algún disparate; porque si este castillo es el ánima, claro está que no hay para qué entrar, pues sé es él mismo; como parecería desatino decir a uno que entrase en una pieza estando ya dentro. Mas habéis de entender que va mucho de estar a estar; que hay muchas almas que se están en la ronda del castillo, que es a donde están los que le guardan, y que no se les da nada de entrar dentro ni saben qué hay en aquel tan precioso lugar ni quién está dentro ni aun qué piezas tiene. Ya habréis oído en algunos libros de oración aconsejar al alma que entre dentro de sí; pues esto mismo es.

6. Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar, que así son; que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que pueden entrar dentro de sí, porque ya la costumbre la tiene tal de haber siempre tratado con las sabandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas; y con ser de natural tan rica y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas *estatuas de sal* por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Lot por volverla (*Gen.*, 19, 26).

7. Porque, a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labios. Porque aunque algunas veces sí será, aunque no lleve este cuidado, más es habiéndole llevado otras. Mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene

a la boca y tiene aprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plegue a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte. Que entre vosotras, hermanas, espero en Su Majestad no lo habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

8. Pues no hablemos con estas almas tullidas, que si no viene el mismo Señor a mandarlas se levanten, como al que había treinta años que estaba en la piscina, tienen harta mala ventura y gran peligro; sino con otras almas que, en fin, entran en el castillo. Porque, aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos, y alguna vez, aunque de tarde en tarde, se encomiendan a nuestro Señor y consideran quién son, aunque no muy despacio. Alguna vez, en un mes, rezan llenos de mil negocios, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos, que como *a donde está su tesoro se va allá el corazón* (*Mt.*, 6, 22) ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puerta. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellos tantas sabandijas, que ni le dejan ver la hermosura del castillo ni sosegar; harto hacen en haber entrado.

9. Pareceros ha, hijas, que es esto impertinente, pues, por la bondad del Señor, no sois de éstas. Habéis de tener paciencia, porque no sabré dar a entender como yo tengo entendido algunas cosas interiores de oración si no es así, y aun plegue al Señor que atine a decir algo; porque es bien dificultoso lo que querría daros a entender, si no hay experiencia; si la hay, veréis que no se puede hacer menos de tocar en lo que, plegue al Señor, no nos toque por su misericordia.

Damos del libro de las Moradas *la parte en que Santa Teresa explica con admirable claridad los fenómenos místicos, valiéndose de la metáfora del gusano de seda, que dentro de la metáfora general del* Castillo, *es una de las más bellas creaciones teresianas.*

CAPÍTULO II

Prosigue en lo mismo. Declara la oración de unión por una comparación delicada. Dice los efectos con que queda el alma. Es muy de notar.

1. Pareceros ha que ya está todo dicho lo que hay que ver en esta morada y falta mucho, porque, como dije, hay más y menos. Cuanto a lo que es unión, no creo sabré decir más; mas cuando el alma a quien Dios hace estas mercedes se dispone, hay muchas cosas que decir de lo que el Señor obra en ellas. Algunas diré y de la manera que queda. Para darlo mejor a entender, me quiero aprovechar de una comparación que es buena para este fin; y también para que veamos cómo, aunque en esta obra que hace el Señor no podemos hacer nada, mas para que Su Majestad nos haga esta merced, podemos hacer mucho disponiéndonos.

2. Ya habréis oído sus maravillas en cómo se cría la seda, que sólo Él pudo hacer semejante invención, y cómo de una simiente, que es a manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto, sino oído, y así si algo fuere torcido no es mía la culpa), con el calor, en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir; que hasta que hay este mantenimiento de que se sustenta se está muerta; y con hojas de moral se crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran; y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposica blanca, muy graciosa. Mas si esto no se viese, sino que nos lo contaran de otros tiempos, ¿quién lo pudiera creer? ¿Ni con qué razones pudiéramos sacar que una cosa tan sin razón como es un gusano y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho y con tanta industria y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda? Para un rato de meditación basta esto, hermanas, aunque no os diga más; que en ello podéis considerar las maravillas y sabiduría de nuestro Dios. ¿Pues

qué será si supiésemos la propiedad de todas las cosas? De gran provecho es ocuparnos en pensar estas grandezas y regalarnos en ser esposas de Rey tan sabio y poderoso.

3. Tornemos a lo que decía. Entonces comienza a tener vida este gusano cuando con el calor del Espíritu Santo se comienza a aprovechar del auxilio general que a todos nos da Dios y cuando comienza a aprovecharse de los remedios que dejó en su Iglesia, así de continuar las confesiones, como con buenas lecciones y sermones, que es el remedio que un alma que está muerta en su descuido y pecados y metida en ocasiones puede tener. Entonces comienza a vivir y vase sustentando en esto y en buenas meditaciones, hasta que está crecida, que es lo que a mí me hace al caso, que estotro poco importa.

4. Pues crecido este gusano, que es lo que en los principios queda dicho de esto que he escrito, comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo. En una parte me parece he leído u oído, que nuestra vida está escondida en Cristo, o en Dios (1), que todo es uno, o que nuestra vida es Cristo (2). En que esto sea o no, poco va para mi propósito (3).

5. Pues veis aquí, hijas, lo que podemos con el favor de Dios hacer. ¡que Su Majestad mismo sea nuestra morada como lo es en esta oración de unión, labrándola nosotras! Parece que quiero decir que podemos quitar y poner en Dios, pues digo que Él es la morada, y la podemos nosotras fabricar para meternos en ella. ¡Y como si podemos!, no quitar de Dios ni poner, sino quitar de nosotros y poner, como hacen estos gusanitos; que no habremos acabado de hacer en esto todo lo que podemos, cuando este trabajillo, que no es nada, junte Dios con su grandeza, y le dé tan gran valor que el mismo Señor sea el premio de esta obra. Y así como ha sido el que ha puesto la mayor costa, así quiere juntar nuestros trabajillos con los grandes que padeció Su Majestad y que todo sea una cosa.

6. Pues ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo, quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, poniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia, todo lo demás que sabéis; que ¡así obrásemos como sabemos y somos enseñadas de lo que hemos de hacer! Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fue criado, y veréis como vemos a Dios y nos vemos tan metidas en su grandeza como lo está este gusanillo en este capucho. Mirad que digo ver a Dios, como dejo dicho que se da a sentir en esta manera de unión.

7. Pues veamos qué se hace este gusano, que es para lo que he dicho todo lo demás; que cuando está en esta oración bien muerto está al mundo, sale una mariposita blanca. ¡Oh, grandeza de Dios, y cuál sale una alma de aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con Él; que, a mi parecer, nunca llega a media hora! Yo os digo de verdad, que la misma alma no se conoce a sí; porque, mirad la diferencia que hay de un gusano feo a una mariposica blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien; de dónde le pudo venir, quise decir, que bien sabe que no le merece; vése con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer y de morir por Él mil muertes. Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios, y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido. Y aunque en la morada que viene se tratará más de estas cosas en particular, porque aunque casi lo que hay en esta morada y en la que viene después es todo uno, es muy diferente la fuerza de los efectos; porque, como he dicho, si después que Dios llega a un

(1) Gracián borra las dos líneas siguientes, y al margen pone esta nota: *San Pablo lo dice en la Epístola a los Colosenses, cap.° 3.°, que nuestra vida está escondida con X.° en Dios. Y luego dice que X.° es nuestra vida.*

(2) *Ad Colos.*, III, 3.

(3) Ya se entiende, que al propósito de la Santa hace poco, no el texto de la Escritura, sino el que diga: *nuestra vida está escondida en Cristo*, o *que nuestra vida es Cristo.*

alma aquí se esfuerza a ir adelante verá grandes cosas.

8. ¡Oh, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haber estado más quieta y sosegada en su vida! Es cosa para alabar a Dios, y es que no sabe adonde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino. Casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho; hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella ni su figura. Porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte; el atamiento con deudos o amigos o hacienda, (que ni le bastaban actos, ni determinaciones, ni quererse apartar, que entonces le parecía se hallaba más junta), ya se ve de manera que le pesa estar obligada a lo que, para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

9. Parece que me alargo, y mucho más podría decir, y a quien Dios hubiere hecho esta merced verá que quedo corta; y así no hay que espantar que esta mariposilla busque asiento de nuevo, así como se halla nueva de las cosas de la tierra. ¿Pues a dónde irá la pobrecica? Que tornar adonde salió no puede, que, como está dicho, no es en nuestra mano, aunque más hagamos, hasta que es Dios servido de tornarnos a hacer esta merced. ¡Oh, Señor, y qué nuevos trabajos comienzan a esta alma! ¿Quién dijera tal después de merced tan subida? En fin, fin (4), de una manera o de otra ha de haber cruz mientras vivimos. Y quien dijere que, después que llegó aquí, siempre está con descanso y regalo, diría yo que nunca llegó, sino que por ventura fue algún gusto, si entró en la morada pasada, y ayudado de flaqueza natural; y aún, por ventura, del demonio, que le da paz para hacerle después mucha mayor guerra.

10. No quiero decir que no tienen paz los que llegan aquí, que sí tienen y muy grande; porque los mismos trabajos son de tanto valor y de tan buena raíz, que, con serlo muy grandes, de ellos mismos sale la paz y el contento. Del mismo descontento que dan las cosas del mundo nace un deseo de salir de él tan penoso, que si algún alivio tiene es pensar que quiere Dios viva en este destierro, y aún no basta, porque aún el alma con todas estas ganancias no está tan rendida en la voluntad de Dios, como se verá adelante, aunque no deja de conformarse; mas es con un gran sentimiento, que no puede más, porque no le han dado más y con muchas lágrimas. Cada vez que tiene oración es ésta su pena. En alguna manera quizá procede de la muy grande que le da de ver que es ofendido Dios y poco estimado en este mundo y de las muchas almas que se pierden, así de herejes, como de moros; aunque las que más la lastiman son las de los cristianos, que aunque, ve es grande la misericordia de Dios, que por mal que vivan se pueden enmendar y salvarse, teme que se condenan muchos.

11. ¡Oh, grandeza de Dios!, que pocos años antes estaba esta alma, y aun quizá días, que no se acordaba sino de sí, ¿quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación, tan penosamente como ahora esta alma lo siente no lo podremos sentir. Pues, válgame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido y pensar que estos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuán bien no sestá salir de esta miserable vida, ¿no bastará? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí como las de acá; que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto; mas no llega a lo íntimo de las entrañas como aquí, que parece desmenuza un alma y la

(4) Repite esta palabra por la razón que en otros pasajes hemos visto.

muele, sin procurarlo ella, y aun a veces sin quererlo. ¿Pues qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré.

12. ¿No habéis oido (que ya aquí lo he dicho otra vez, aunque no a este propósito) de la Esposa, que la metió Dios a la bodega dél vino, y ordenó en ella la caridad? (5). Pues esto es que como aquel alma ya se entrega en sus manos, y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella (que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced, sino a alma que ya toma muy por suya); quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello. Porque verdaderamente el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime a sí, sólo está dispuesta, digo blanda; y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh, bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis nuestra voluntad y que no haya impedimento en la cera.

13. Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí para que esta alma ya se conozca por suya; da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida; no nos puede hacer mayor merced. ¿Quién más debía querer salir de esta vida? Y así lo dijo Su Majestad en la Cena: *Con deseo he deseado* (6). Pues ¿cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir tan penosa y espantosa? No, porque el grande amor que tengo y deseo de que se salven las almas sobrepuja sin comparación a esas penas; y las muy grandísimas que he padecido y padezco, después que estoy en el mundo, son bastantes para no tener ésas en nada en su comparación.

14. Es así que muchas veces he considerado en esto, y sabiendo yo el tormento que pasa y ha pasado cierta alma que conozco (7) de ver ofender a Nuestro Señor, tan insufridero que se quisiera mucho más morir que sufrirla, y pensando si una alma con tan poquísima caridad, comparada a la de Cristo, que se puede decir casi ninguna en esta comparación, sentía este tormento tan insufridero, ¿qué sería el sentimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y qué vida debía pasar, pues todas las cosas le eran presentes y estaba siempre viendo las grandes ofensas que se hacían a su Padre? Sin duda creo yo que fueron muy mayores que las de su sacratísima Pasión; porque entonces ya veía el fin de estos trabajos, y con esto y con el contento de ver nuestro remedio con su muerte y de mostrar el amor que tenía a su Padre en padecer tanto por Él, moderaría los dolores, como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias; que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más, y todo se le hace poco. ¿Pues qué sería a Su Majestad, viéndose en tan gran ocasión, para mostrar a su Padre cuán cumplidamente cumplía el obedecerle, y con el amor del prójimo? ¡Oh, gran deleite, padecer en hacer la voluntad de Dios! Mas en ver tan continuo tantas ofensas a Su Majestad hechas, e ir tantas almas al infierno, téngolo por cosa tan recia, que creo, si no fuera más de hombre, un día de aquella pena bastaba para acabar muchas vidas, ¡cuánto más una!

(5) *Cant.*, II, 4.
(6) Luc., XXII, 15.
(7) La misma Santa.

POESIAS DE SANTA TERESA

Desechadas muchas poesías mal atribuídas a la insigne mística, hoy se admiten como ciertas las siguientes.

I

Aspiraciones de vida eterna

Vivo sin vivir en mí,
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le dí
puso en él este letrero,
que muero porque no muero.

Esta divina prisión,
del amor con que yo vivo,
ha hecho a Dios mi cautivo,
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel, estos hierros
en que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué vida tan amarga
do no se goza el Señor!
Porque si es dulce el amor,
no lo es la esperanza larga;
quíteme Dios esta carga,
más pesada que el acero,
que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir,
me asegura mi esperanza;
muerte do el vivir se alcanza,
no te tardes, que te espero,
que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
vida no me seas molesta,
mira que sólo te resta,
para ganarte, perderte;
venga ya la dulce muerte,
el morir venga ligero,
que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba,
que es la vida verdadera,
hasta que esta vida muera,
no se goza estando viva;
muerte, no me seas esquiva;
viva muriendo primero,
que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darte
a mi Dios, que vive en mí,
si no es el perderte a ti,
para merecer ganarte?
Quiero muriendo alcanzarte,
pues tanto a mi Amado quiero,
que muero porque no muero.

II

Feliz el que ama a Dios

Dichoso el corazón enamorado
que en sólo Dios ha puesto el pensamiento,
por Él renuncia todo lo criado,
y en Él halla su gloria y su contento.
Aun de sí mismo vive descuidado,
porque en su Dios está todo su intento,
y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestuoso.

III

Ante la hermosura de Dios

¡Oh, Hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.

¡Oh ñudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales!,
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males.

Juntáis quien no tiene ser
con el Ser que no se acaba:
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada.

IV

Eficacia de la paciencia

Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza;
quien a Dios tiene
nada le falta:
sólo Dios basta.

V

Hacia la patria

Caminemos para el Cielo,
monjas del Carmelo.

Vamos muy mortificadas,
humildes y despreciadas,
dejando el consuelo,
monjas del Carmelo.

Al voto de la obediencia
vamos, no haya resistencia,
que es nuestro blanco y consuelo,
monjas del Carmelo.

La pobreza es el camino,
el mismo por donde vino
nuestro Emperador del Cielo,
monjas del Carmelo.

No deja de nos amar
nuestro Dios, y nos llamar,
sigámosle sin recelo,
monjas del Carmelo.

En amor se está abrasando
Aquel que nació temblando
envuelto en humano velo,
monjas del Carmelo.

Vámonos a enriquecer,
a donde nunca ha de haber
pobreza ni desconsuelo,
monjas del Carmelo.

Al Padre Elías siguiendo
nos vamos contradiciendo
con su fortaleza y celo,
monjas del Carmelo.

Nuestro querer renunciado,
procuremos el doblado
espíritu de Eliseo,
monjas del Carmelo.

VI

Al velo de la Hermana Isabel de los Ángeles

Hermana, porque veléis
os han dado hoy este velo
y no os va menos que el Cielo;
por eso no os descuidéis.

Aqueste velo gracioso
os dice que estéis en vela,
guardando la centinela
hasta que venga el Esposo,
que, como ladrón famoso,
vendrá cuando no penséis:
por eso no os descuidéis.

No sabe nadie a cuál hora,
si en la vigilia primera,
o en la segunda o tercera,
todo cristiano lo ignora.
Pues velad, velad, hermana,
no os roben lo que tenéis;
por eso no os descuidéis.

En vuestra mano encendida
tened siempre una candela,
y estad con el velo en vela,
las redes muy bien ceñidas.
No estéis siempre amodorrida,
catad que peligraréis:
por eso no os descuidéis.

Tened óleo en la aceitera
de obras y merecer
para poder proveer
la lámpara, que no muera;
porque quedaréis de fuera
si entonces no lo tenéis;
por eso no os descuidéis.

Nadie os le dará prestado;
y si lo vais a comprar,
podría ser os tardar,
y el Esposo haber entrado;
y desde una vez cerrado,
no hay entrar aunque llaméis;
por eso no os descuidéis.

Tened continuo cuidado
de cumplir con alma fuerte
hasta el día de la muerte,
lo que habéis profesado;
porque habiendo así velado
con el Esposo entraréis:
por eso no os descuidéis.

¡Oh!, qué ricas bodas
ordenó Jesús;
quiérenos a todas,
y danos la luz;
sigamos la Cruz
con gran perfección,
a la gala, gala,
de la Religión.

Este es el estado
de Dios escogido,
con que del pecado
nos ha defendido;
hanos prometido
la consolación,
si nos alegramos
en esta prisión.

Darnos ha grandezas
en la eterna gloria,
si por sus riquezas
dejamos la escoria
que hay en este mundo,
y su perdición,
a la gala, gala,
de la Religión.

¡Ah!, qué cautiverio
de gran libertad,
venturosa vida
para eternidad;
no quiero librar
ya mi corazón,
a la gala, gala,
de la Religión.

VII

En una profesión

Pues que nuestro Esposo
nos quiere en prisión,
a la gala, gala
de la Religión.

EXCLAMACIONES

VIII

1. ¡Oh, Señor, Dios mío, y cómo tenéis palabras de vida, adonde todos los mortales hallarán lo que desean, si lo quisiéremos buscar! Mas ¡qué maravilla, Dios mío, que olvidemos vuestras palabras con la locura y enfermedad que causan nuestras malas obras! ¡Oh, Dios mío; Dios, Dios hacedor de todo lo criado! ¿Y qué es lo criado, si Vos, Señor, quisiérais criar más? Sois todopoderoso; son incomprensibles vuestras obras. Pues haced, Señor, que no se aparten de mi pensamiento vuestras palabras.

2. Decís Vos: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os consolaré* [1]. ¿Qué más queremos, Señor?, ¿qué pedimos?, ¿qué buscamos? ¿Por qué están los del mundo perdidos, sino por buscar descanso? ¡Válgame Dios, oh, válgame Dios! ¿Qué es esto, Señor? ¡Oh, qué lástima! ¡Oh, qué gran ceguedad, que le busquemos en lo que es imposible hallarle! Habed piedad, Criador, de estas vuestras criaturas. Mirad que no nos entendemos, ni sabemos lo que deseamos, ni atinamos lo que pedimos. Dadnos, Señor, luz; mirad que es más menester que al ciego que lo era de su nacimiento, que éste deseaba ver la luz y no podía. Ahora,

[1] Matth., XI, 28.

Señor, no se quiere ver. ¡Oh, qué mal tan incurable! Aquí, Dios mío, se ha de mostrar vuestro poder, aquí vuestra misericordia.

3. ¡Oh, qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío, que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores; éstos, Señor, son los verdaderos pecadores. No miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino a la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros. Resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad; mirad, Señor, que somos hechura vuestra. Válganos vuestra bondad y misericordia.

CONCEPTOS DEL AMOR DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

Trata de la veneración con que deben ser leídas las Sagradas Escrituras y de la dificultad de comprenderlas las mujeres, principalmente el « Cantar de los Cantares ».

Béseme el Señor con el beso de su boca, porque más valen en tus pechos que el vino, etc.

1. He notado mucho que parece que el alma está, a lo que aquí da a entender, hablando con una persona, y pide la paz de otra; porque dice: *Béseme con el beso de su boca* (1). Y luego parece que está diciendo a con quien está: *Mejores son tus pechos* (2). Esto no entiendo cómo es, y no entenderlo me hace gran regalo; porque verdaderamente, hijas, no ha de mirar el alma tanto, ni la hacen mirar tanto, ni la hacen tener [tanto] respeto a su Dios las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como las que en ninguna manera se pueden entender. Y así os encomiendo mucho que, cuando leyereis algún libro oyereis sermón o pensareis en los misterios de nuestra sagrada fe, que lo que buenamente no pudiereis entender no os canséis ni gastéis el pensamiento en adelgazarlo; no es para mujeres, ni aun para hombres muchas cosas.

2. Cuando el Señor quiere darlo a entender, Su Majestad lo hace sin trabajo nuestro. A mujeres digo esto, y a los hombres que no han de sustentar con sus letras la verdad; que a los que el Señor tiene para declarárnoslas a nosotras, ya se entiende que lo han de trabajar y lo que en ello ganan. Mas nosotras con llaneza tomar lo que el Señor nos diere; y lo que no, no cansarnos, sino alegrarnos de considerar qué tan gran Dios y Señor tenemos, que una palabra suya tendrá en sí mil misterios, y así su principio no entendemos nosotras. Así, si estuviera en latín o en hebraico o en griego, no era maravilla; mas en nuestro romance qué de cosas hay en los salmos del glorioso rey David, que cuando nos declaran el romance solo, tan oscuro nos queda como el latín. Así que siempre guardaos de gastar el pensamiento con estas cosas ni cansaros, que mujeres no han menester más que para su entendimiento bastare. Con esto las hará Dios merced. Cuando Su Majestad quisiere dárnoslo, sin cuidado ni trabajo nuestro lo hallaremos sabido; en lo demás, humillarnos y, como he dicho, alegrarnos de que tengamos tal Señor, que aun palabras suyas, dichas en romance nuestro, no se pueden entender.

3. Os parecerá que hay algunas en estos *Cánticos* que se pudieran decir por otro estilo. Según es nuestra torpeza, no me espantaría; he oído a algunas personas decir, que antes huían de oírlas. ¡Oh, válgame Dios, qué gran miseria es la nuestra! Que como las cosas ponzoñosas, que cuanto comen se vuelve en ponzoña, así nos acaece, que de mercedes tan grandes como aquí nos hace el Señor en dar a entender lo que tiene el alma que le ama y animarla para que pueda hablar y regalarse con Su Majestad, hemos de sacar miedos y dar sentidos conforme al poco sentido del amor de Dios que se tiene.

4. ¡Oh, Señor mío, que de todos los bienes que nos hicisteis, nos aprovechamos mal. Vuestra Majestad bus-

(1) *Cant.*, I, 1.
(2) *Ibid.*

cando modos y maneras e invenciones para mostrar el amor que nos tenéis; nosotros, como mal experimentados en amaros a Vos, tenémoslo en tan poco, que de mal ejercitados en esto vanse los pensamientos adonde están siempre y dejan de pensar los grandes misterios que este lenguaje encierra en sí, dicho por el Espíritu Santo. ¿Qué más era menester para encendernos en amor suyo, y pensar que tomó este estilo, no sin gran causa?

5. Por cierto, que me acuerdo oir a un religioso un sermón harto admirable, y fue lo más de él declarando de estos regalos que la Esposa trataba con Dios; y hubo tanta risa y fue tan mal tomado lo que dijo, porque hablaba de amor (siendo sermón del Mandato [3], que es para no tratar otra cosa), que yo estaba espantada. Y veo claro que es lo que yo tengo dicho, ejercitarnos tan mal en el amor de Dios, que no nos parece posible tratar un alma así con Dios. Mas algunas personas conozco yo, que así como estotras no sacaban bien, porque, cierto, no lo entendían, ni creo pensaban sino ser dicho de su cabeza; estotras han sacado tan gran bien, tanto regalo, tan gran seguridad de temores, que tenían que hacer particulares alabanzas a Nuestro Señor muchas veces, que dejó remedio saludable para las almas que con hirviente amor le aman, que entiendan y vean que es posible humillarse Dios a tanto; que no bastaba su experiencia para dejar de temer, cuando el Señor les hacía grandes regalos. Ven aquí pintada su seguridad.

6. Y sé de alguna que estuvo hartos años con muchos temores, y no hubo cosa que la haya asegurado, sino que fue el Señor servido oyese algunas cosas de los Cánticos, y en ellas entendió ir bien guiada su alma (4). Porque, como he dicho, conoció que es posible pasar el alma enamorada por su Esposo todos esos regalos y desmayos y muertes y aflicciones y deleites y gozos con Él después que ha dejado todos los del mundo por su amor y está del todo puesta y dejada en sus manos. Esto no de palabra, como acaece en algunos, sino con toda verdad, confirmada por obras. ¡Oh, hijas mías, que es Dios muy buen pagador, y tenéis un Señor y un Esposo que no se le pasa nada sin que lo entienda y lo vea! Y así, aunque sean cosas muy pequeñas, no dejéis de hacer por su amor lo que pudiereis. Su Majestad las pagará; no mirará sino el amor con que las hiciereis.

7. Pues concluyo en esto, que jamás en cosa que no entendáis de la Sagrada Escritura, ni de los misterios de nuestra fe os detengáis más de como he dicho, ni de palabras encarecidas que en ella oigáis que pasa Dios con el alma, no os espantéis. El amor que nos tuvo y tiene me espanta a mí más y me desatina, siendo los que somos; que teniéndole, ya entiendo que no hay encarecimiento de palabras con que nos le muestre, que no le haya mostrado más con obras; sino, cuando lleguéis aquí, por amor de mí os ruego que os detengáis un poco pensando en lo que nos ha mostrado y lo que ha hecho por nosotras, viendo claro que amor tan poderoso y fuerte que tanto le hizo padecer, ¿con qué palabras se pueda mostrar que nos espanten?

8. Pues tornando a lo que comencé a decir, grandes cosas debe haber y misterios en estas palabras, pues cosa de tanto valor, que me han dicho letrados (rogándoles yo me declaren lo que quiere decir el Espíritu Santo y el verdadero sentido de ellos) dicen que los doctores escribieron muchas exposiciones, y que aun no acaban de darle. Parecerá demasiada soberbia la mía, siendo esto así, quereros yo declarar algo; y no es mi intento, por poco humilde que soy, pensar que atinaré a la verdad. Lo que pretendo es, que así como yo me regalo en lo que el Señor me da a entender cuando algo de ello oigo, que decíroslo por ventura os consolará como a mí. Y si no fuere a propósito de lo que quiere decir, tómolo yo a mi propósito que no saliendo de lo que tiene la Iglesia y los Santos (que para esto primero lo examinarán bien

(3) Joan., XIII, 34. El *Mandato* recuerda el lavatorio de los pies de los Apóstoles por Jesús, vísperas de su muerte. La Iglesia renueva la ceremonia el día de Jueves Santo, habiendo durante ella en muchos templos sermón, llamado del *Mandato*, por aquellas palabras de la antífona: *Mandatum novum do vobis*.

(4) Habla aquí la Santa de sí misma.

letrados que lo entiendan que los veáis vosotras), licencia nos da el Señor, a lo que pienso, como nos la da para que pensando en la sagrada Pasión, pensemos muchas más cosas de fatigas y tormentos que allí debía de padecer el Señor, de que los Evangelistas escriben. Y no yendo con curiosidad, como dije al principio, sino tomando lo que Su Majestad nos diere a entender, tengo por cierto no le pesa que nos consolemos y deleitemos en sus palabras y obras, como se holgaría y gustaría el rey si a un pastorcillo amase y le cayese en gracia y le viese embobado mirando el brocado y pensando qué es aquello y cómo se hizo. Que tampoco no hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor. De disputarlas y enseñarlas, pareciéndoles acierten, sin que lo muestren a letrados, esto sí. Así que, ni yo pienso acertar en lo que escriba (bien lo sabe el Señor), sino como este pastorcillo que he dicho. Consuélame, como a hijas mías, deciros mis meditaciones y serán con hartas boberías, y así comienzo, con el favor de este divino Rey mío y con licencia del que me confiesa. Plegue a Él, que como ha querido atine en otras cosas que os he dicho (o Su Majestad por mí quizá, por ser para vosotras), atine en éstas; y si no, doy por bien empleado el tiempo que ocupare en escribir y tratar con mi pensamiento tan divina materia, que no la merecía yo oir.

9. Paréceme a mí, en esto que dice al principio, habla con tercera persona y es la misma que da a entender que hay en Cristo dos naturalezas, una divina y otra humana. En esto no me detengo, porque mi intento es hablar en lo que me parece podemos aprovecharnos las que tratamos de oración; aunque todo aprovecha para animar y admirar un alma que con ardiente deseo ama al Señor. Bien sabe Su Majestad que, aunque algunas veces he oído exposición de algunas palabras de éstas y me la han dicho pidiéndolo yo, son pocas, que poco ni mucho no se me acuerda, porque tengo muy mala memoria; y así no podré decir sino lo que el Señor me enseñare, y fuere a mi propósito, y de este principio jamás he oído cosa que me acuerde.

10. *Béseme con beso de su boca.* ¡Oh, Señor mío y Dios mío, y qué palabra ésta, para que la diga un gusano a su Criador! ¡Bendito seáis Vos, Señor, que por tantas maneras nos habéis enseñado! Mas ¿quién osara, Rey mío, decir esta palabra, si no fuera con vuestra licencia? Es cosa que espanta, y así espantará decir yo que la diga nadie. Dirán que soy una necia, que no quiere decir esto, que tiene muchas significaciones, que está claro que no habíamos de decir esta palabra a Dios, que por eso es bien estas cosas no las lean gente simple. Yo lo confieso, que tiene muchos entendimientos; mas el alma que está abrasada de amor que la desatina no quiere ninguno, sino decir estas palabras; sí, que no se lo quita el Señor. ¡Válgame Dios! ¿Qué nos espanta? ¿No es de admirar más la obra? ¿No nos llegamos al Santísimo Sacramento? Y aun pensaba yo si pedía la Esposa esta merced que Cristo después nos hizo. También he pensado si pedía aquel ayuntamiento tan grande como fue hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano; porque, claro está, que el beso es señal de paz y amistad grande entre dos personas. Cuántas maneras hay de paz, el Señor ayude a que lo entendamos.

11. Una cosa quiero decir antes que vaya adelante, y a mi parecer de notar, aunque viniera mejor a otro tiempo, mas para que no se nos olvide, que tengo por cierto habrá muchas personas que se llegan al Santísimo Sacramento (y plegue al Señor yo mienta) con pecados mortales graves; y si oyesen a un alma muerta por amor de su Dios decir estas palabras, se espantarían y lo tendrían por gran atrevimiento. Al menos estoy yo segura que no la dirán ellos, porque estas palabras y otras semejantes que están en los *Cantares*, dícelas el amor; y como no le tienen, bien pueden leer los *Cantares* cada día y no ejercitarse en ellas, ni aún las osarán tomar en la boca; que verdaderamente aun oirlas hace temor, porque traen gran majestad consigo. Harta traéis Vos, Señor mío, en el Santísimo Sacramento; sino, como no tienen fe viva, sino muerta, estos tales os ven tan humilde bajo especies de pan, no les ha-

bláis nada, porque no lo merecen ellos oir, y así se atreven tanto.

12. Así que estas palabras verdaderamente pondrían temor en sí si estuviesen en sí quien las dice, tomada sóla la letra; mas a quien vuestro amor, Señor, ha sacado de sí, bien perdonaréis diga eso y más, aunque sea atrevimiento. Y, Señor mío, si significa paz y amistad, ¿por qué no os pedirán las almas la tengáis con ellas? ¿Qué mejor cosa podemos pedir que lo que yo os pido, Señor mío, que me déis esta paz *con beso de vuestra boca*? Esta, hijas, es altísima petición, como después os diré.

CARTAS

CARTA XII

A FELIPE II. — SEVILLA, 19 DE JULIO DE 1575

Suplica al Rey haga valer su mediación para que consigan los Carmelitas Descalzos provincia aparte, necesaria para su buen gobierno. Dale gracias por la licencia que le otorgó para fundar en Caravaca (1).

Jhs.

1. La gracia del Espíritu Santo sea siempre con Vuestra Majestad. Estando con harta pena encomendando a Nuestro Señor las cosas de esta sagrada Orden de Nuestra Señora, y mirando la gran necesidad que tiene de que estos principios, que Dios ha comenzado en ella, no se caigan, se me ofreció que el medio mejor para nuestro remedio es que Vuestra Majestad entienda en lo que consiste estar ya del todo asentado este edificio y aun remediados los Calzados con ir en aumento.

2. Ha cuarenta años (2) que yo vivo entre ellos, y miradas todas las cosas conozco claramente que si no se hace provincia aparte de Descalzos, y con brevedad, que se hace mucho daño, y tengo por imposible que puedan ir adelante (3). Como esto está en manos de Vuestra Majestad y yo veo que la Virgen Nuestra Señora le ha querido tomar por amparo para el remedio de su Orden, heme atrevido a hacer esto para suplicar a Vuestra Majestad, por amor de Nuestro Señor y de su gloriosa Madre, Vuestra Majestad mande se haga; porque al demonio la va tanto en estorbarlo, que no pondrá pocos inconvenientes sin haber ninguno, sino bien de todas maneras.

3. Harto nos haría al caso si en estos principios se encargase a un Padre Descalzo, que llaman Gracián, que yo he conocido ahora; y aunque mozo, me ha hecho harto alabar a Nuestro Señor lo que ha dado a aquel alma y las grandes obras que ha hecho por medio suyo, remediando a muchas; y así, creo que le ha escogido para gran bien en esta Orden. Encamine Nuestro Señor las cosas de suerte que vuestra Majestad quiera hacerle este servicio y mandarlo.

4. Por la merced que Vuestra Majestad me hizo en la licencia para fundar el Monasterio en Caravaca (4), beso a Vuestra Majestad muchas veces las manos. Por amor de Dios suplico a Vuestra Majestad me perdone, que ya veo soy muy atrevida; mas considerando que oye a los pobres el Señor y que Vuestra Majestad está en su lugar, no pienso ha de cansarse.

5. Dé Dios a Vuestra Majestad tanto descanso y años de vida como yo continuo le suplico y la Cristiandad ha menester.

6. Son hoy XIX de Julio.

7. Indigna sierva y súbdita de Vuestra Majestad,

TERESA DE JESÚS, *Carmelita*

(1) Bien entendía la Santa que para preservar a su Reforma de seguras relajaciones, era preciso que la gobernasen los que profesaban en ella y no otros de vida menos austera y recogida, que fácilmente dispensaban de las leyes y santas costumbres.

(2) Cuarenta años, en números redondos, como vulgarmente se hace cuando se recuerda una fecha muy atrasada y no hay interés particular en aquilatarla. De hecho, llevaba de religiosa algo más de treinta y ocho años; porque entró en la Encarnación, como ya dijimos en la *Vida*, pág. 45, en noviembre de 1536.

(3) En 1581 se logró la creación de una Provincia de Carmelitas Descalzos, según dijimos en la fundación de Palencia, cap. XXIX, página 902.

(4) Por estar sujeta esta villa a los Comendadores de Santiago, hubo de intervenir el Rey a fin de que pudiese fundar la Santa en ella un convento sujeto a la Orden del Carmen. (Confróntese *Libro de las Fundaciones*, capítulo XXVII).

Fray Bernardino de Laredo

Fray Bernardino de Laredo (siglo XVI), franciscano, autor de la obra ascetico-mistica, *Subida del Monte Sión*, en la que encierra toda la materia ciclica de la vida espiritual (vía purgativa, iluminativa y unitiva), llegando a las alturas de la mística. Reproducimos su doctrina sobre el amor, como lo más característico de su obra, comentando nueve de los 24 pareados que concretan su doctrina.

SUBIDA DEL MONTE SIÓN

CAPÍTULO XL

De la declaración de los versos del amor que fueron puestos en el capítulo XXI de aquesta tercera parte en la primera impresión, porque esta declaración me ha sido muy demandada en el nombre de Jesús.

1. El que con amor trabaja,
   holgando gana ventaja.
2. Si quiere siempre holgar,
   nunca deje de ganar.
3. El gusto del vero amor,
   en todo toma sabor.
4. El que es bien enamorado,
   nunca halla río sin vado.
5. Cuanto topa, tanto traza,
   y así nada le embaraza.
6. El amor va donde quiere,
   sin que nadie se lo viede.
7. Si el amor mucho se trata,
   todos los males remata.
8. Si cesa de se tratar,
   otro nombre ha de tomar.
9. El amor, si mucho dura,
   él solo en sí se asegura.

VERSO 1

El que con amor trabaja,
holgando gana ventaja.

Tiene el amor esta propiedad: que al trabajo quita el nombre y el efecto, porque la mayor satisfacción, y más cierta, y más propia, y más pronta que tiene el ánima enamorada es sufrir dificultades por el amor de aquel que ama. Y es así que a cualquier ejercicio que se ha de hacer mañana le es muy grande auxilio comenzarlo desde hoy; porque aquello que está hecho da descanso y más aliento a lo que se ha de hacer, y es ventaja para que haya más descanso y huelgue más trabajando que holgaría cesando de trabajar, por ser algo descuidado. Por lo cual se dice bien que aventajadamente huelga más el que trabaja con amor y por amor que el que sin él se descuida de quererse en virtud ejercitar; y síguese:

VERSO 2

Si quiere siempre holgar,
nunca deje de ganar.

Las más encumbradas ganancias de aquesta nuestra mortalidad consisten o están en los virtuosos ejercicios hechos amorosamente y por sólo amor de Dios. Y siendo así que está dicho que el amor quita al trabajo el efecto y el ditado, quitado esto, ya no puede ser trabajo lo que lo sería sin ello, es a saber, sin amor. Sea, pues, así: que el ánima que es codiciosa de crescer continuamente en grandes merescimientos, no cese de ser solicita en cebarse en el amor con todo cuanto hiciere. De manera que en comer y dormir y en las otras recreaciones de aquestos astrosos cuerpos, si se guarda una amorosa intención de comer por disponerlos para que sirvan mejor, será más merescimiento que sin esta amorosa incitación podría merecer en muy grandes ejercicios, por más que pudiesen ser inclinados a bondad. Y pues que el amoroso trabajo es descanso que se ha mucho de estimar, aquel descansará más que con más amor cesare menos de virtuosamente obrar hasta

alcanzar el amor; por lo cual se sigue luego:

VERSO 3

El gusto del vero amor,
en todo toma sabor.

No hay más de un solo amor que se conforme a este verso en ser amor verdadero, y de éste dice San Dionisio en el libro de los *Nombres divinos*: «Uno de los divinos nombres es llamarse Dios *amor*. Y así como en el gusto corporal se toma el sabor de las cosas materiales, así con las más vivas entrañas gusta el ánima el suavísimo sabor; el cual, después de gustado, hace que tengan sabor suave las cosas que eran amargas. De este gusto, dice N. S. P. San Francisco haberle vuelto en dulcedumbre del ánima y del cuerpo lo que solía ser amargo». De manera que los que habemos poco gustado este gusto entendamos con palabras lo que entienden con experiencia los que están ejercitados, los cuales saben certificar que el ánima que bien gusta por mística teología la suavidad del amor no halla algún sinsabor en cuantos desabrimientos le puede el mundo ofrecer. Y por esto, este gusto es de tanta suavidad, que no puede ser por palabra explicado; el amoroso David nos dice que para sentirle procuremos de gustarle, porque veamos que es muy suave el amor de nuestro Dios; y aquesto nos amonesta con suavidad de palabras en el salmo 33 (1), donde se nos da a entender que sólo el gusto del ánima es quien ha esto de entender. Así que el amor que es verdadero es amor de nuestro Dios, y quien lo gusta pierde del todo el disgusto de cualquier contradición, disfavor o adversidad que pueda el mundo ofrecer. Así que en todo toma sabor. Sigucse:

VERSO 4

El que es bien enamorado,
nunca halla río sin vado.

Ninguna cosa es difícil al amor, si es verdadero, antes puede lo que sería imposible sin amor, y así pasa sin dificultad por la mar y por las aguas, como si le fuese guiando aquel de quien dice el salmo 76 (2): *En la mar son tus caminos, y tus sendas entre muchedumbre de aguas*. Así como si, hablando con Cristo Jesús, más claramente le dijera: Todo el curso del camino de vuestra sagrada vida, ¡oh, amantísimo amor nuestro!, ha de ser por el mar tempestuosísimo de toda contradición, y todas las obras vuestras han de ser piedra de escándalo y han de pasar por las aguas de mucha tribulación; mas así como el inefable amor que Cristo Jesús nos tuvo le pasó, sin alguna excusación, sobre todas estas aguas, así como por un común vado, así, los enamorados seguidores de aquel verdadero amor nunca entran en el lugar tan apretado que no puedan muy libremente pasar. Ni topan con tantas aguas que no las puedan vadear aunque sean tantas y en tan grande cantidad, que, con el salmo 68 (3) puedan decir: *Las aguas han entrado hasta lo interior de mi ánima*. Porque las tales, pidiendo socorro a Dios, las presumen bien pasar. Y así, cualquier tempestad les es suavísimo vado, y por salida y entrada se puede muy suavemente pasar, diciendo:

VERSO 5

Cuanto topa, tanto traza,
y así, nada le embaraza.

En dos maneras trazamos alguna cosa, porque ordenamos el cómo y por cuáles lineamentos o con qué intención y por cuál fin hacemos, o decimos, o pensamos cualquier cosa en que entendemos. Y la traza en este modo es de muy gran provecho; porque, trazando de esta manera, nada le impedirá la orden de su aprovechar; y dice: *Cuanto topa*, conviene a saber, cuanto piensa, o hace, o dice, *tanto traza*, y *así, nada le embaraza*. Porque si conoce en la traza impedimento, excúsase de la ejecución de aquello que algo le puede ahora o después estorbar. En la segunda manera decimos trazar alguna cosa cuando, conociendo no convenir

(1) Ps. 33, 9.

(2) Ps. 76, 20.

(3) Ps. 68, 2.

a nuestro propósito, luego y del todo la cortamos y la quitamos de nuestra intención, así como de nuestra obra queremos que sea quitada. Y lo así trazado o cortado no nos puede embarazar la nuestra libre pasada o proceder libertado por el propósito de nuestra intención. Y no trazando nuestras cosas en esta manera, es necesario ser muchas veces embargados de aquello en lo cual por eso nos detuvimos, porque no lo trazamos con tiempo y con impetuosa determinación; y luego dice:

VERSO 6

El amor va donde quiere,
sin que nadie se lo viede.

Nuestro inacesible Dios es indificiente amor, porque es amor infinito; y así es objeto propio de la virtud amativa del ánima racional, la cual amativa virtud consiste en la voluntad, porque más que las otras potencias, es a saber, más que la memoria y más que el entendimiento, tiene libertad de traer, y pasar, y traspasar todo lo criado y dejarlo atrás así como si no fuese; y, entrándose dentro en sí, empléase en sólo Dios, porque él es su objeto propio, así como está apuntado. Pues como Dios nuestro Señor esté dentro de todas las cosas, porque todo cuanto creó le es clarísimo y patente, tanto que más que yo mismo me conoce a mí mi Dios. Y, por tanto, cuando quiera que el ánima enamorada se entrare dentro en sí mesma, en este tal entramiento se hallará con su Dios sin que haya prosperidad ni adversidad que estorbe aquel emplearse en amar aquel infinito amor que le es amable infinito. Pues como es amor increado está más dentro de cuanto crió que las mismas cosas criadas pueden estar en sí mismas, y también está fuera de todas las mismas cosas dentro en las cuales verdaderamente está. Podremos bien entender que, si queremos buscar nuestro amantísimo Dios dentro de nosotros mismos, tenemos gran libertad para poderlo hacer, y si queremos amarle en cuantas criaturas son, que lo podemos hacer con entera libertad. Y sí en mayor perfeción queremos amarle en sí mesmo desechando cuanto crió y olvidándome de mí, ocupado sólo en él, esnos cosa ciertamente natural, dado caso que resista esta pobreza exterior.

Es aquí la conclusión que nuestra voluntad tiene tanta libertad, que en lo criado no hay quien le pueda impedir que no lo penetre todo cuantas veces le pluguiere, no parando hasta nuestro inmenso amor increado; porque como el amor criado se vaya a su increado amor o el amor que en las ánimas Dios cría sea cierto y naturalmente regalado, dale aquel que le regala todo cuanto por bien tiene. Y como a cualquier parte que vaya es llevado por el infinito amor, al cual nadie puede resistir, resta que entendáis que el amor criado va a donde el amor increado le hace ir y quiere lo que quiere él. Y así, nada hay que pueda contradecir todo el cumplimiento de aquel que amorosamente quiere todo cuanto quiere Dios. Así que el amor, es a saber, el ánima enamorada, va a donde quiere, por querer lo que quiere aquel en cuyo querer nunca hubo contradición; y dice:

VERSO 7

El amor, si bien se trata,
todos los males remata.

Entonces tratamos bien alguna cosa cuando ocupamos en la ejecución de su obra todo el tiempo que su dignidad requiere. Pues como la cosa muy digna y de gran merescimiento entre todas las cosas que Dios crió en puras criaturas es la virtud amativa de la pronta voluntad del ánima enamorada de su verdadero amor, necesario será, si ha de ser tratada bien, así como ella meresce, que se le dé todo el tiempo y que en cualquier lugar tenga la su obra sazón para que sea bien tratada; porque se pueda decir que *si el amor bien se trata*, etc. Y añade: *todos los males remata*. Porque así como las tinieblas se rematan, o se acaban, o fenescen sobreviniendo la luz, así todas las dificultades de nuestra conversación y temores temporales y cuantas cosas se le pueden ofrecer al ánima que está ceba en amor, todas y cuantas pensar se pueden, cesan de poderse llamar males, porque todas

se le convierten en bien al ánima que con el muy santo Job dice en el capítulo 2 (4): *Si los bienes tomamos alegremente de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de sufrir los males?* Porque entendáis que cualesquier aflicionos que se puedan llamar males de aquellos que por falta de amor no los conocen será necesario que a los muy enamorados les parezcan que son bienes; porque el gusto del amor así los tiene cebados, que ya no puedan sentir por vía de agravio alguna controversia que se pueda llamar mal.

Así que se diga y se entienda que el ánima muy cebada en el amor, aquel cebo, cuanto más en ella es tratado, tanto más le va quitando el disgusto de cualquier contrariedad; hasta tanto que, si bien se trata, quiero decir, si el trato y frecuentación de este gusto del amor es largo tiempo y con ferviente perseverancia ejercitado, hace que nada haya que le sea dificultoso a aquel que verdadera y desnudamente ama. Y entonces son rematadas y acabadas todas las dificultades y cualesquiera trabajos que se puedan llamar males cuando aquel a quien se ofrecen no los tienen en el valor de un quilate; antes los toma con gusto, porque ha gustado con larga perseverancia el gusto del ferventísimo amor; el cual, por su bien tratamiento o que ha sido bien tratado, ha puesto fin y remate a todo trabajo y mal. Así que todo trabajo no es trabajo en presencia del amor. Cerca de lo cual se note que en el Génesis, capítulo 41 (5), se escribe que cuando al patriarca José le nació Manasés, su primogénito hijo, con el amor que conoció encendido en sus entrañas y gozo que hubo con él, pronunció aquestas palabras, es a saber: Mi Dios me ha hecho olvidar todos mis trabajos. Este glorioso patriarca había padecido muy grandes dificultades con gran perseverancia y grande incendio de amor, y él había tratado el amor, y el amor le trataba a él también; y con tales circunstancias, que, rematadas todas sus dificultades, fue figura del amor, y dio a las ánimas devotas a conocer con verdad que en él y con el amor, todo trabajo se acaba; y así, dice procediendo:

VERSO 8

Si cesa de se tratar,
otro nombre ha de tomar.

Toda la ganancia de algún oficial consiste en tratarse bien su oficio o mercadería. Y la ganancia y felicidad de todo contemplativo consiste en frecuentar el amor y en hacer que sea continuo su trato o tratamiento en el ánima; porque del amor está escrito que obra grandes cosas. Porque se escribe que, si cesa de obrar o menosprecia el favor de su obra, no es amor pues le falta lo que al amor es imposible faltar si él mismo no se enflaquesce en el ánima. Así que es la conclusión que el amor no cesa de obrar por cosa que ofrecerse pueda; y si cosa se le ofreciere que impida su operación, luego no se llama amor; porque como sea en todo tiempo y lugar libre la voluntad de estas ánimas, nada hay que baste a poderla impedir si ella quiere irse a su Dios. Y porque, si es estorbada, eslo porque ella consiente en el tal impedimento; por este consentimiento es con razón castigada en quitarle la sublimidad del ditado de su propia operación, que es continuamente amar. Ni hay tan gran dificultad que, si es amor, no pase por ella sin mirar ni conocer que en su pasada pueda haber impedimento. Así que el amor tanto le dura el nombre cuanto persevera obrando; y dice:

VERSO 9

El amor, si mucho dura,
él solo en sí se asegura.

Aquél sirve amorosa y seguramente que no tiene temor indiscreto de alguna cosa que por vía contradictoria se le pudiere ofrecer. Y con este quietísimo sosiego y sin contradición de algún desconvenible temor deseaba servir aquel profeta que hacía oración a Dios diciendo: Porque os sirvamos, Señor nuestro, con seguridad y sosegada quietud, hacednos libres de cualesquiera ocasiones de temor de los enemigos nues-

(4) Iob 2, 10.
(5) Gen. 41, 51.

tros (6), conviene a saber, del demonio, y de la carne, y del mundo. De manera que para que nuestras ánimas tengan seguridad (libres de toda inquietud) en la contemplación es necesario que el amor en ellas lance el temor fuera y ocupe todo el lugar que en el ánima enamorada solía ocupar el temor antes que en el tal amor estuviese tan cebada. Y para que el amante llegue a amar en perfición, y seguridad, y quietud al amado conviene que el tal amor sea fiel y perseverante y dure toda la vida, por que se diga aquí con verdad que *si el amor mucho dura*, etc.; y síguese: *Él solo en sí se asegura*. Porque de su continuación se engendra el hábito de su indificultad, y de esta continuación nace una familiaridad entre el que ama y el amado; en la cual saben los experimentados que hay una seguridad doblada, porque, por una parte, ama con toda quietud, y de la otra, ama con tanta confianza, que puede y sabe decir que aquel amor que ha permanecido en ella por la gran bondad de Dios le ha quitado todo el temor servil o temor de siervo y le ha así asegurado, que se ocupa ya en amar casi sin contradición. Así que duró mucho el amor y causó seguridad, porque si el que ama permanesce con fidelidad, no tiene a quién ni de quién tener temor. Así que, *si mucho dura, él solo en sí se asegura*.

(6) Luc. 1, 74.

Fray Diego de Estella

Fray Diego de Estella (1524-1578), franciscano, notable asceta, autor de dos obras, *Tratado de la Vanidad del Mundo* (1574), y *Meditaciones devotísimas del Amor de Dios* (1578). Ambas obras se diferencian más por su título que por su contenido, pues indistintamente se tratan los mismos temas bajo diversos aspectos. El último capítulo de la primera obra trata «De la gloria que alcanzarán los que desprecian la vanidad del mundo», y el último capítulo de la segunda obra se titula «De la gloria que alcanzarán los que aman a Dios». Hasta en el corte y armazón material de entrambas obras hay homogeneidad. El *Tratado de la Vanidad del Mundo* lo forman tres partes cada una de cien capítulos; las *Meditaciones devotísimas del Amor de Dios* es una sola parte de cien capítulos. La diferencia principal consiste en que *El Tratado de la Vanidad del Mundo* está escrita en estilo expositivo y las *Meditaciones* en estilo apostrofal o monólogo. He aquí el comienzo del primer tratado.

Bibliografía. *Obras*, ed. R. León, Madrid, 1920.

Tratado de la Vanidad del Mundo

Primera parte

Capítulo primero

Cómo para gozar de Dios conviene despreciar las vanidades del mundo

Ninguno puede servir a dos señores, dice Cristo nuestro Redentor. Suave es la divina consolación, y ésta no es para todos, sino para los que desprecian las vanidades del mundo. No es posible gustar de Dios, y amar desordenadamente las cosas de esta vida. Todos quieren gozar de la suave conversación del Señor; pero muy pocos son los que quieren perder sus intereses, y menospreciar de corazón los bienes terrenos. Desean recibir la interior consolación del alma, y juntamente satisfacer a sus apetitos. Si quieres seguir a Cristo, conviene negarte a ti mismo. Despídete del mundo, para gozar de Dios. De los samaritanos, que eran una gente perdida, dice la Escritura, que temían a Dios, y juntamente con esto tenían ídolos, que adoraban. No puedes temer a Dios con amor filial y verdadero, y adorar el vicio que amas. Por amor de esto mandó Jacob a los suyos quitar los ídolos, para orar y sacrificar a Dios. Contrarios son Jesucristo y el demonio; ninguna cosa tienen común, ni pueden morar juntos. Quita primero el amor del mundo, si quieres que venga Dios a tu alma. No podrás gustar de Dios, hasta que los bienes de este mundo y sus deleites tengas por amargos y desabridos. Cuando las cosas de este siglo tuvieres por ácedas, entonces está tu alma dispuesta para recibir la interior consolación de Jesucristo. Como es imposible mirar con un ojo al Cielo y con el otro a la tierra, así no cabe en razón, ni se compadece, que teniendo las afecciones en los bienes terrenos, quieras gozar de las espirituales consolaciones. Si quieres gozar de Dios, forzoso es que seas privado de todo género de mundana y sensual consolación. Si quieres gozar del sol, vuelve las espaldas a la sombra. Vuelve las espaldas al mundo, despreciando estas sombras y vanidades suyas, y gozarás del Sol de Justicia, Jesucristo. Nadie goza de la consolación espiritual, sino el que vuelve las espaldas a la terrena. Vil es la consolación humana, pues impide a la divina. No busques a Dios entre los vergeles, y florestas de los deleites y pasatiempos del mundo, pues le halló Moisés entre las espinas de la penitencia y aspereza de la vida. Porque los mundanos le buscan en los regalos, nunca merecen hallarle. Aborrece de corazón toda mundana delectación, y serás de parte de Dios recreado. Desarraiga e

amor del mundo de tu alma, para que dé lugar que el divino amor haga presa en ella. No permitió Dios que su Santa Arca, y el ídolo Dagón tuviesen un altar : y aunque porfiaron los filisteos, jamás pudieron hacer que estuviesen juntos. No quiere Dios que esté en pie el ídolo del vicio, que adoras, donde está su divina Persona. No consiente, que él, y el mundo sean juntamente adorados. Por tanto, si a Dios quieres amar, conviene despreciar la gloria de este siglo. Nunca apareció Dios a Moisés, estando en Egipto, ni tú esperes gozar de él, viviendo entre las tinieblas del mundo. Renuncia el palacio de Faraón, menospreciando las honras y vanidades en que vives, porque en el desierto de la vida solitaria hallarás, como otro Moisés, el amparo de Dios y espiritual consolación. En tanto que se hallere en tí la harina de Egipto, no gustarás del maná del Cielo. Acábese primero en tí todo amor mundano, y gozarás del amor divino. Tienes el estómago lleno de malos humores, y por eso no recibes el delicado y sustancial manjar del Cielo. Menosprecia de corazón todas las cosas que deleitan debajo del Cielo, y podrás levantar tu ánimo sobre el Cielo, y recibir parte de los gozos del Cielo. Aquella pobre viuda, por mandado del Profeta Eliseo, echaba aceite en los vasos vacíos, que sus hijos le ofrecían ; y faltando los vasos, cesó el aceite que Dios milagrosamente había multiplicado. Si quieres que Dios derrame en tu corazón su divina gracia, conviene que se lo ofrezcas vacío de amor mundano. Aparejada está la divina largueza para comunicarte sus dones, y los da a quien le ofrece el corazón desocupado de todo lo que es mundo y sabe a mundo. Y si cesa esta celestial consolación, es porque cesas tú de darle vaso vacío en que ese divino licor se derrame. Cuando cesó el aceite, no fue por culpa del magnífico dador, sino por falta de vasos vacíos. Créeme, que si Dios no te da las gracias que dio a sus grandes amigos, que no es porque no es ahora tan magnífico como entonces, sino porque no dispones tu voluntad como aquellos santos la disponían, y daban a Dios. Entrégate todo a él, quebrando de todo con el mundo, y verás lo mucho que del Señor recibes. Pocos son los que perfectamente renuncian al mundo y a sí mismos. Muchos quieren tener dos respetos, y entregándose a Dios, reservan los cumplimientos que tienen con el mundo. No te sea grave apartarte de los amigos y parientes, pues no sirven sino de impedir el camino del Cielo. No revela Dios al alma sus íntimos secretos delante de testigos, ni quiere conversar con el bullicioso que en muchos negocios se ocupa. Ninguno es amado del mundo, sino el que es desechado de Cristo, y ninguno es querido de Cristo, sino aquel que el mundo desprecia. David recibió al siervo egipcio, a quien su amo había desechado. Así recibe Dios a los que el mundo desecha. Presto oyen la voz de Dios, los que no tienen en el mundo cosas que los deleitan. No puedes perfectamente amar a Dios, si no desprecias a ti mismo y al mundo por Dios. En esto verás si amas a Dios, echando la cuenta con el amor que tienes al mundo. Cuanto a Dios más amares, tanto estimarás en menos las cosas de la tierra. No quiere el Señor nuestro corazón partido ni dividido, sino entero. Por no perder un bien tan verdadero, ten en poco estos falsos bienes, y alcanzarás la perfecta consolación del espíritu.

Fray Luis de León

Fray Luis de León (1528-1591) estudiado como poeta (véase) cumple ahora estudiarlo como tratadista religioso, aspecto en el que es también un alto luminar de la literatura española.

Como ya sabemos, Fray Luis de León tomó el hábito de San Agustín en 1543 y en 1561 obtuvo la cátedra de Santo Tomás de Aquino en la Universidad salmantina, y años después la de Sagrada Escritura. En este campo, Fray Luis era un decidido partidario de la renovación de los métodos exegéticos, acudiendo a las lenguas originales de la Biblia y al conocimiento de la antigüedad oriental, cuyos elementos podrían esclarecer el sentido literal de los textos sagrados. Esta actitud le hizo sospechoso de contactos con la escuela rabínica, enemiga generalmente de la Vulgata o traducción bíblica de San Jerónimo. Denunciado a la Inquisición el año 1570, hasta 1572 el Santo Oficio no se resolvió a decretar la encarcelación del presunto heterodoxo, lo que hizo en vista de nuevas y formales acusaciones.

Fray Luis fue trasladado a las cárceles inquisitoriales de Valladolid el 27 de marzo de 1572, y sometido a un proceso larguísimo, en el que aparecía como principal cargo el haber traducido al español el *Cantar de los Cantares*, sin la licencia que para ello era necesaria. El reo se defendió airosamente de aquel aluvión de minucias y tiquismiquis que sus émulos disparaban contra su ortodoxia. Pero su principal enemigo era el derecho procesal de la Inquisición, lentísimo y minucioso en extremo, a fuer de querer ser justo. Al cabo de cinco años, el Tribunal dictó sentencia absolutoria, limitándose a *reprenderle y aconsejarle* que mirase cómo y dónde hablaba de materias delicadas y provocantes de escándalo.

Salió al fin de las cárceles Fray Luis de León, volvió a Salamanca, fue objeto de público homenaje de desagravio, instalado provisionalmente en una cátedra de Teología con 200 ducados de gratificación, hasta que el año 1579 ocupó en propiedad la cátedra de Sagrada Escritura. Todavía, en 1582 sufrió un nuevo proceso por sus ideas sobre la *Predestinación*, del cual salió incólume, aunque otra vez amonestado por su manera de expresarse.

Desde el tiempo de su encarcelamiento vallisoletano, venía Fray Luis trabajando su obra *De los Nombres de Cristo*. Sin embargo, dio antes a las prensas el comentario del *Cantar de los Cantares*, en latín (1580). Al fin, en 1583 salió de las prensas de Salamanca la obra que había de ser famosa en la Literatura española: *De los Nombres de Cristo*, en dos libros. Es la teología *de Verbo Incarnato* expuesta por un artífice de la palabra, por un excelso poeta y por un místico de corazón encendido. Tres maestros de la ciencia sagrada disertan a orillas del Tormes sobre los problemas cristológicos, en diálogos de larga extensión, apacibles y vibrantes alternativamente, agudos y sutiles siempre. Los nombres que la Sagrada Escritura da a Cristo, y alrededor de los cuales se polariza toda la Cristología, son: Pimpollo, Faces de Dios, Camino, Pastor, Monte, Padre del Siglo Futuro, Brazo de Dios, Rey de Dios, Príncipe de la Paz, Esposo, Hijo, Amado, Jesús y Cordero.

Bibliografía. *Obras*: Salamanca, 1891-95, 7 vols. Véase: Bell, *Fr. Luis de León*, Barcelona, 1928; Coster; *Fr L. de L.* « Rev. Hisoanique », 1921-2; Vossler: F. L. de L. « Colección Austral ».

Introducimos al lector en la obra por el mismo pórtico que Fray Luis le puso, creándole su marco y su ambiente, situando a los interlocutores y dictando el programa que piensa desarrollar.

DE LOS NOMBRES DE CRISTO

INTRODUCCIÓN

Era por el mes de junio, a las vueltas (1) de la fiesta de San Juan, al tiempo que en Salamanca comienzan a cesar los estudios, cuando Marcelo, el uno de los que digo — que así le quiero llamar con nombre fingido, por ciertos respetos que tengo, y lo mismo haré a los demás —, después de una carrera tan larga como es la de un año en la vida que allí se vive, se retiró, como a puerto sabroso, a la soledad de una granja que, como v. m. sabe, tiene mi monasterio en la ribera de Tormes ; y fuéronse con él, por hacerle compañía y por el mismo respeto, los otros dos. Adonde habiendo estado algunos días, aconteció que una mañana, que era la del día dedicado al Apóstol San Pedro, después de haber dado al culto divino lo que se le debía, todos tres juntos se salieron de la casa a la huerta que se hace delante della.

Es la huerta grande, y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden ; mas eso mismo hacía deleite en la vista, y, sobre todo, la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero, y por un espacio pequeño se anduvieron paseando y gozando del frescor ; y después se juntaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte ; y corriendo y estropezando, parecía reírse (2). Tenían también delante de los ojos y cerca dellos una alta y hermosa alameda. Y más adelante, y no muy lejos, se veía el río Tormes, que aun en aquel tiempo, hinchiendo bien sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca.

Así que, asentándose, y callando por un pequeño tiempo después de sentados, SABINO — que así me place llamar al que de los tres era el más mozo —, mirando hacia Marcelo y sonriéndose, comenzó a decir así :

— Algunos hay a quien la vista del campo los enmudece ; y debe ser condición de espíritus de entendimiento profundo ; mas yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo o cantar o hablar.

— Bien entiendo por qué lo decís — respondió al punto MARCELO — ; y no es alteza de entendimiento, como dais a entender por lisonjearme o por consolarme, sino cualidad de edad y humores diferentes, que nos predominan, y se despiertan con esta vista, en vos de sangre, y en mí de melancolía. Mas sepamos — dice — de Juliano (que éste será el nombre del otro tercero), si es pájaro también o si es de otro metal.

— No soy siempre de uno mismo — respondió JULIANO —, aunque ahora al humor de Sabino me inclino algo más. Y pues él no puede ahora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar.

Entonces SABINO, sacando del seno un papel escrito, y no muy grande :

— Aquí — dice — está mi deseo y mi esperanza.

MARCELO, que reconoció luego el papel, porque estaba escrito de su mano, dijo, vuelto a Sabino y riéndose :

— No os atormentará mucho el deseo a lo menos, Sabino, pues tan en la mano tenéis la esperanza ; ni aun deben ser ni lo uno ni lo otro (3) muy ricos, pues se encierran en tan pequeño papel.

— Si fueren pobres — dijo SABINO —, menos causa tendréis para no satisfacerme en una cosa tan pobre.

— ¿En qué manera—respondió MARCELO — o qué parte soy yo para satisfacer a vuestro deseo, o qué deseo es el que decís?

Entonces SABINO, desplegando el papel, leyó el título que decía : DE LOS NOMBRES DE CRISTO ; y no leyó más. Y dijo luego :

(1) *A las vueltas de* = cerca de.

(2) A esta fuente alude el autor en su obra *A la vida retirada* : *Del monte en la ladera...*

(3) *Ni lo uno ni lo otro* = ni el deseo ni la esperanza.

— Por cierto caso hallé hoy este papel, que es de Marcelo, adonde, como parece, tiene apuntados algunos nombres con que Cristo es llamado en la Sagrada Escritura, y los lugares della adonde es llamado así. Y como le vi (4), me puso codicia de oírle algo sobre aqueste argumento, y por eso dije que mi deseo estaba en este papel; y está en él mi esperanza también, porque como parece (5) de él, éste es argumento en que MARCELO ha puesto su estudio y cuidado, y argumento que le debe tener en la lengua; y así no podrá decirnos ahora lo que suele decir cuando se excusa si le obligamos a hablar, que le tomamos desapercibido. Por manera que, pues le falta esta excusa, y el tiempo es nuestro, y el día santo, y la sazón tan a propósito de pláticas semejantes, no nos será dificultoso el rendir a Marcelo, si vos, Juliano me favorecéis.

— En ninguna cosa me hallaréis más a vuestro lado, Sabino — respondió JULIANO.

Y dichas y respondidas muchas cosas en este propósito, porque Marcelo se excusaba mucho, o a lo menos pedía que tomase Juliano su parte y dijese también, y quedando asentado que a su tiempo, cuando pareciese, o si pareciese ser menester, Juliano haría su oficio, MARCELO, vuelto a Sabino, dijo así:

— Pues el papel ha sido el despertador desta plática, bien será que él mismo nos sea la guía en ella. Id leyendo, Sabino, en él; y de lo que en él estuviere, y conforme a su orden, así iremos diciendo, si no os parece otra cosa.

— Antes nos parece lo mismo — respondieron como a una SABINO y JULIANO.

Y luego SABINO, poniendo los ojos en el escrito, con clara y moderada voz leyó así:

Los nombres que en la Escritura se dan a Cristo son muchos, así como son muchas sus virtudes y oficios; pero los principales son diez (6), en los cuales se encierran y, como reducidos, se recogen los demás; y los diez son éstos...

NATURALEZA DEL NOMBRE

— Primero que vengamos a eso — dijo MARCELO alargando la mano hacia Sabino para que se detuviese — convendrá que digamos algunas cosas que se presuponen a ello; y convendrá que tomemos el salto, como dicen, de más atrás, y que guiando el agua de (7) su primer nacimiento, tratemos *qué cosa es* esto que llamamos *nombre*, y *qué oficio tiene*, y por qué fin se introdujo, y *en qué manera se suele poner*; y aun antes de todo esto hoy otro principio.

— ¿Qué otro principio — dijo JULIANO — hay, que sea primero que *el ser* de lo que se trata, y la declaración dello breve, que la Escuela llama *definición*?

— Que como los que quieren hacerse a la vela — respondió MARCELO — y meterse en la mar, antes que desplieguen los lienzos, vueltos al favor del cielo, le piden viaje seguro, así ahora en el principio de una semejante jornada, yo por mí, o por mejor decir, todos para mí, pidamos a Dios mismo de quien habemos de hablar, sentidos y palabras cuales convienen para hablar de Él. Porque si las cosas menores, no sólo acabarlas no podemos bien, mas ni emprenderlas tampoco, sin que Dios particularmente nos favorezca, ¿quién podrá decir de Cristo y de cosas tan altas como son las que encierran LOS NOMBRES DE CRISTO, si no fuere alentado con la fuerza de su espíritu?

Por lo cual, desconfiando de nosotros mismos, y confesando la insuficiencia de nuestro saber, y como derrocando por el suelo los corazones, supliquemos con humildad a aquesta divina Luz que nos amanezca; quiero decir, que envíe a mi alma los rayos de su resplandor y la alumbre, para que en esto que quiere decir de Él, sienta lo que es digno de Él, y para que lo que en esta manera sintiere, lo publique por la lengua en la forma que debe.

Porque, Señor, sin Ti, ¿quién podrá hablar como es justo de Ti?, o ¿quién no se perderá, en el inmenso océano de

(4) *Como le vi* = luego que le vi.

(5) *Parece* = se ve.

(6) Refiérese el autor a los diez nombres que se contienen en los libros 1.° y 2.° de esta obra. El libro 3.°, que apareció después, trae otros tres, a los cuales se añadió más tarde el nombre de Cordero; total, catorce.

(7) *De* = desde.

tus excelencias metido, si Tú mismo no le guías al puerto? Luce, pues, ¡oh, solo verdadero Sol!, en mi alma, y luce con tan grande abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente y (8) mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca'te hable y pregone, si no como eres del todo, a lo menos como puedes de nosotros ser entendido, y sólo a fin de que Tú seas glorioso y ensalzado en todo tiempo y de todos.

Y dicho esto, calló, y los otros dos quedaron suspensos y atentos mirándole; y luego tornó a comenzar en aquesta manera:

—El *nombre*, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O *nombre* es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento.

Porque se ha de entender que la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras, y en que siendo una, sea todas cuanto le fuere posible. Porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo; y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más a Él, haciéndosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pío (9) general de todas las cosas, y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas.

Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todo en mí, y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas, no lo sean; y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Lo cual es avecinarse la criatura a Dios, de quien mana, que en tres personas es una esencia, y en infinito número de excelencias no comprensibles, una sola, perfecta y sencilla excelencia.

Pues siendo nuestra perfección aquesta que digo, y deseando cada uno, naturalmente, su perfección, y no siendo escasa la naturaleza en proveer a nuestros necesarios deseos, proveyó en esto, como en todos los demás, con admirable artificio. Y fue que, porque no era posible que las cosas, así como son, materiales y toscas, estuviesen todas unas en otras, les dio a cada una de ellas, además del ser real que tienen en sí, otro ser del todo semejante a este mismo, pero más delicado que él, y que nace en cierta manera de él, con el cual estuviesen y viviesen cada una de ellas en los entendimientos de sus vecinos, y cada una en todas y todas en cada una. Y ordenó también que de los entendimientos por semejante manera saliesen con la palabra a las bocas. Y dispuso que las que en su ser material piden cada una de ellas su propio lugar, en aquel espiritual ser pudiesen estar muchas, sin embarazarse, en un mismo lugar en compañía juntas; y aun, lo que es más maravilloso, una misma en un mismo tiempo en muchos lugares.

De lo cual puede ser como ejemplo lo que en el espejo acontece. Que si juntamos muchos espejos y los ponemos delante los ojos, la imagen del rostro, que es una, reluce una misma y en un mismo tiempo en cada uno de ellos; y de ellos todas aquellas imágenes, sin confundirse, se tornan juntamente a los ojos, y de los ojos al alma de aquel que en los espejos se mira. Por manera que, en conclusión de lo dicho, todas las cosas viven y tienen ser en nuestro entendimiento, cuando las entendemos; y cuando las nombramos, en nuestras bocas y lenguas. Y lo que ellas son en sí mismas, esa misma razón de ser tienen en nosotros, si nuestras bocas y entendimientos son verdaderos.

---

(8) Esta *y* delante del primer miembro de una serie, es un latinismo que no ha prevalecido en castellano.

(9) *Pío* = deseo, aspiración. Todas las cosas anhelan asemejarse a Dios.

Digo *esa misma* en razón de semejanza, aunque en cualidad de modo diferente, conforme a lo dicho. Porque el ser que tienen en sí es ser de tomo y de cuerpo, y ser estable y que así permanece; pero en el entendimiento que las entiende hácense a la condición de él, y son espirituales y delicadas; y para decirlo en una palabra, en sí son la verdad, más en el entendimiento y en la boca son imágenes de la verdad — esto es, en sí mismas — e imágenes que sustituyen y tienen la vez de sus mismas cosas para el efecto y fin que está dicho; y, finalmente, en sí son ellas mismas, y en nuestra boca y entendimiento sus *nombres*. Y así queda claro lo que al principio dijimos; que el *nombre* es como imagen de la cosa de quien se dice, o la misma cosa disfrazada en otra manera, que sustituye por ella y se toma por ella para el fin y propósito de perfección y comunidad que dijimos.

Y de esto mismo se conoce también que hay dos maneras o dos diferencias de nombres; unos que están en el alma, y otros que suenan en la boca. Los primeros son el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que, como las entiende, las declara y saca a luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y, como ya digo muchas veces, sustitutos de aquellos cuyos nombres son. Mas hay también esta desconformidad, que los unos son imágenes por naturaleza y los otros por arte. Quiero decir que la imagen y figura que está en el alma, sustituye por aquellas cosas cuya figura es, por la semejanza natural que tiene con ellas; mas las palabras, porque nosotros, que fabricamos las voces, señalamos para cada una la suya, por eso sustituyen por ellas. Y cuando decimos *nombres*, ordinariamente entendemos estos postreros, aunque aquellos primeros son los nombres principalmente. Y así nosotros hablaremos de aquéllos, teniendo los ojos en éstos.

Y habiendo dicho Marcelo esto, y queriendo proseguir su razón, díjole JULIANO:

— Paréceme que habéis guiado el agua muy desde su fuente, y como conviene que se guíe en todo aquello que se dice para que sea perfectamente entendido. Y si he estado bien atento, de tres cosas que en el principio nos propusistes, habéis ya dicho las dos, que son, lo que es el *nombre* y el oficio para cuyo fin se ordenó. Resta decir lo tercero, que es la forma que se ha de guardar, y aquello a que se ha de tener respeto cuando se pone.

— Antes de eso — respondió MARCELO — añadiremos esta palabra a lo dicho; y es, que como de las cosas que entendemos, unas veces formamos en el entendimiento una imagen, que es imagen de muchos, quiero decir, que es imagen de aquello en que muchas cosas, que en lo demás son diferentes, conviene entre sí y se parecen; y otras veces la imagen que figuramos es retrato de una cosa sola, y así propio retrato de ella, que no dice con otra; por la misma manera hay unas palabras o *nombres* que se aplican a muchos, y se llaman nombres *comunes*, y otros que son *propios* de solo uno, y éstos son aquellos de quien hablamos ahora.

En los cuales, cuando de intento se ponen, la razón y naturaleza de ellos pide que se guarde esta regla: que, pues han de ser propios, tengan significación de alguna particular propiedad, y de algo de lo que es propio a aquello de quien se dicen; y que se tomen y como nazcan y manen de algún mínero suyo y particular. Porque si el *nombre*, como habemos dicho, sustituye por lo nombrado, y si su fin es hacer que lo ausente que significa, en él nos sea presente, y cercano y junto lo que nos es alejado, mucho conviene que en el *sonido*, en la *figura* o verdaderamente en la *origen* y significación de aquello de donde nace, se avecine y asemeje a cuyo es, cuanto es posible avecinarse a una cosa de tomo y de ser, el sonido de una palabra.

Damos una amplia selección del nombre de Esposo, *en el que Fray Luis de León hace gala de delicadezas y ternuras ajenas ordinariamente de su pluma:*

ESPOSO

— Tres cosas son, Juliano y Sabino, las que este nombre de ESPOSO nos da a entender, y las de que nos obliga a tratar: el ayuntamiento [10] y la unidad estrecha que hay entre Cristo y la Iglesia; la dulzura y deleite que en ella nace de aquesta unidad; los accidentes, y, como si dijésemos, los aparatos [11] y circunstancias del desposorio. Porque si Cristo es ESPOSO de toda la Iglesia y de cada una de las ánimas justas, como de hecho lo es, manifiesto es que han de concurrir en ello aquestas tres cosas. Porque el desposorio, o es un estrecho nudo en que dos diferentes se reducen en uno, o no se entiende sin él; y es nudo por muchas maneras dulce; y nudo que quiere su cierto aparato, y a quien le anteceden siempre y le siguen algunas cosas dignas de consideración.

Y aunque entre los hombres hay otros títulos y otros conciertos, u ordenados por su voluntad de ellos mismos, o con que naturalmente nacen así, con que se ayuntan en uno, unas veces más y otras menos — porque el título de deudo o de padre es unidad que hace la naturaleza con el parentesco; y los títulos de rey y de ciudadano y de amigo son respetos de estrechezas [12] con que por su voluntad los hombres se anudan —; mas aunque esto es así, el nombre de ESPOSO y la verdad de este nombre hace ventaja a los demás en dos cosas: La primera, en que es más estrecho y de más unidad que ninguno; la segunda, en que es lazo más dulce y causador de mayor deleite que todos los otros.

Y en aqueste artículo es muy digna de considerar la maravillosa blandura con que ha tratado Cristo a los hombres; que, con ser nuestro padre, y con hacerse nuestra cabeza, y con regirnos como pastor, y curar nuestra salud como médico, y allegarse a nosotros y ayuntarnos a Sí con otros mil títulos de estrecha amistad, no contento con todos, añadió a todos ellos aqueste nudo y aqueste lazo también, y quiso decirse y ser nuestro ESPOSO: que para lazo es el más apretado lazo; y para deleite, el más apacible y más dulce; y para unidad de vida, el de mayor familiaridad; y para conformidad de voluntades, el más uno; y para amor, el más ardiente y el más encendido de todos.

Y no sólo en las palabras mas en el hecho es así [13] nuestro ESPOSO, que toda la estrecheza de amor y de conversación y de unidad de cuerpos que en el suelo hay entre dos, marido y mujer, comparada con aquella con que se enlaza con nuestra alma este ESPOSO, es frialdad y tibieza pura. Porque en el otro ayuntamiento no se comunica el espíritu, mas en éste su mismo espíritu de Cristo se da y se traspasa a los justos, como dice San Pablo (1 *Cor.*, 6, 17): *El que se ayunta a Dios, hácese un mismo espíritu con Dios.* En el otro así dos cuerpos se hacen uno, que se quedan diferentes en todas sus cualidades; mas aquí así se ayuntó la persona del Verbo a nuestra carne, que osa decir San Juan (1, 14), que *se hizo carne.* Allí no recibe vida el un cuerpo del otro; aquí vive y vivirá nuestra carne por medio del ayuntamiento de la carne de Cristo. Allí al fin son dos cuerpos, en humbres e inclinaciones diversos; aquí, ayuntando Cristo su cuerpo a los nuestros, los hace de las condiciones del suyo, hasta venir a ser con Él casi un cuerpo mismo, por una tan estrecha y secreta manera, que apenas explicarse puede. Y así lo afirma y encarece San Pablo (*Efes.*, 5, 29, 32): *Ninguno*, dice, *aborreció jamás a su carne, antes la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia; porque somos miembros de su cuerpo, de su carne de Él y de sus huesos de Él. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se ayuntará a su mujer, y serán dos en una carne. Este es un secreto y un sacramento grandísimo, mas entiéndolo yo en la Iglesia con Cristo.*

Pero vamos declarando poco a poco, cuanto fuere posible, cada una de las

[10] *Ayuntamiento* = unión.
[11] *Aparatos* = preparativos.
[12] *Estrechezas* = enlaces.
[13] *Así* = de tal modo, tan de verdad.

partes de aquesta unidad maravillosa, por la cual todo el hombre se enlaza estrechamente con Cristo, y todo Cristo con él.

Porque, primeramente, el ánima del hombre justo se ayunta y se hace una con la divinidad y con el alma de Cristo, no solamente porque las anuda el amor, esto es, porque el justo ama a Cristo entrañablemente, y es amado de Cristo por no menos cordial y entrañable manera, sino también por otras muchas razones.

Lo uno, porque imprime Cristo en su alma de él y le dibuja una semejanza de Sí mismo viva, y un retrato eficaz de aquel grande bien que en sí mismas contienen sus dos naturalezas, humana y divina; con la cual semejanza figurado nuestro ánimo, y como vestido de Cristo, parece otro Él, como poco ha que decíamos [14], hablando de la virtud de la gracia.

Lo otro, porque demás de esta imagen de gracia que pone Cristo como de asiento en nuestra alma, le aplica también su fuerza y su vigor vivo y que obra, y lánzalo por ella toda; y apoderado así de ella, dale movimiento y despiértala y hácele que no repose, sino que, conforme a la santa imagen suya, que impresa en sí tiene, así obre y se menee y bulla siempre, y como fuego arda y levante llama y suba hasta el cielo, ensalzándose. Y como el artífice que —como alguna vez acontece— primero hace de la materia que le conviene lo que le ha de ser instrumento en su arte, figurándolo en la manera que debe para el fin que pretende; y después, cuando lo toma en la mano, queriendo usar de él, le aplica su fuerza y le menea, y le hace que obre conforme a la forma de instrumento que tiene, y conforme a su cualidad y manera; y en cuanto está así el instrumento, es como un otro artífice vivo porque el artífice vive en él y le comunica, cuanto es posible, la virtud de su arte; así Cristo, después que con la gracia, semejanza suya, nos figura y concierta en la manera que cumple, aplica su mano a nosotros, y lanza en nosotros su virtud obradora, y dejándonos llevar de ella nosotros sin le hacer resistencia, obra Él, y obramos con Él y por Él lo que es debido al ser suyo que en nuestra alma está puesto, y a las condiciones hidalgas y al nacimiento noble que nos ha dado; y hechos así otro Él, o por mejor decir, investidos en Él, nace de Él y de nosotros una obra misma, y esa cual conviene que sea la que es obra de Cristo.

Mas ¿por ventura parará aquí el lazo con que se anuda Cristo a nuestra alma? Antes pasa adelante; porque —y sea esto lo tercero, y lo que ha de ser forzosamente lo último—, porque no solamente nos comunica su fuerza y el movimiento de su virtud en la forma que he dicho, mas también, por una manera que apenas se puede decir, pone presente su mismo Espíritu Santo [15] en cada uno de los ánimos justos. Y no solamente se junta con ellos por los buenos efectos de gracia y de virtud y de bien obrar que allí hace, sino porque el mismo Espíritu divino suyo está dentro de ellos presente, abrazado y ayuntado con ellos por dulce y bienaventurada manera. Que así como en la divinidad el Espíritu Santo, inspirado juntamente de las personas del Padre y del Hijo, es el amor, y como si dijésemos, el nudo dulce y estrecho de ambas, así Él mismo, inspirado a la Iglesia, y con todas las partes justas de ella enlazado y en ellas morando, las vivifica y las enciende y las enamora y las deleita, y las hace entre sí y con Él una cosa misma: *Quien me amare*, dice Cristo (*Juan*, 14, 23), *será amado de mi Padre; y vendremos a él, y haremos morada en él.* Y San Pablo (*Rom.*, 5, 5): *La caridad de Dios nos es infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado.* Y en otra parte (1 *Cor.*, 3, 16; 6, 19) dice que nuestros cuerpos son *templo suyo*, y que vive en ellos y en nuestros espíritus. Y en otra (*Rom.*, 8, 15), que *nos dio el Espíritu de su Hijo*, que en nuestras almas y corazones a boca llena le llama *Padre y más Padre.*

Y como aconteció a Eliseo con el hijo de la huéspeda [16] muerto, que le aplicó su báculo, y se ajustó con él después, y lo último de todo le comunicó

(14) *Príncipe de Paz*, página 330.

(15) Llámase *suyo*, de Cristo, el Espíritu Santo, porque procede del Padre y del Hijo.

(16) *Huéspeda* = hospedadora.

su aliento y espíritu (4 *Reg.*, 4, 31); así en su manera es lo que pasa en este ayuntamiento y en este abrazo de Dios: que primero pone Dios en el alma sus dones, y después aplica a ella sus manos y rostro, y últimamente le infunde su aliento y Espíritu, con el cual la vuelve a la vida del todo; y viviendo a la manera que Dios vive en el cielo, y viviendo por Él, dice con San Pablo (*Gálatas*, 2, 20): *Vivo yo, mas no yo, sino vive en mí Jesucristo*. Esto, pues, es lo que hace en el alma.

Y no es menos maravilloso que esto lo que hace con el cuerpo, con el cual ayunta el suyo estrechísimamente. Porque, demás de que tomó nuestra carne en la naturaleza de su humanidad, y la ayuntó con su Persona divina con ayuntamiento tan firme, que no será suelto jamás, el cual ayuntamiento es un verdadero desposorio, o por mejor decir un matrimonio indisoluble, celebrado entre nuestra carne y el Verbo, y el tálamo donde se celebró fue, como dice San Agustín [17], el vientre purísimo; así que, dejando esta unión aparte que hizo con nuestra carne, haciéndola carne suya, y vistiéndose de ella, y saliendo en pública plaza, en los ojos de todos los hombres, abrazado con ella: también esta misma carne y cuerpo suyo, que tomó de nosotros, lo ayunta con el cuerpo de su Iglesia, y con todos los miembros de ella, que debidamente le reciben en el Sacramento del altar, allegando su carne a la carne de ellos, y haciéndola, cuanto es posible, con la suya una misma: *Y serán*, dice (*Efes.*, 5, 31-32), *dos en una carne. Gran sacramento es éste; pero entiéndolo yo de Cristo y de la Iglesia*. No niega San Pablo decirse con verdad de Eva y de Adán aquello: *Y serán una carne los dos*, de los cuales al principio se dijo (*Génesis*, 2, 24); pero dice que aquella verdad fue semejanza de aqueste otro hecho secreto; y dice que en aquello la razón de ello era manifiesta y descubierta razón; mas aquí dice que es oculto *misterio*.

Y a este ayuntamiento real y verdadero de su cuerpo y el nuestro miran también claramente aquellas palabras de Cristo (*Juan*, 6, 54-55): *Si no comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros*. Y luego, o en el mismo lugar: *El que come mi carne y bebe mi sangre, queda en Mí y Yo en él*. Y ni más ni menos lo que dice San Pablo (1 *Cor.*, 10, 17): *Todos somos un cuerpo los que participamos de un mismo mantenimiento*.

De lo cual se concluye que, así como por razón de aquel tocamiento son dichos ser una carne Eva y Adán, así, y con mayor razón de verdad, Cristo, ESPOSO fiel de su Iglesia, y ella, Esposa querida y amada suya, por razón de este ayuntamiento que entre ellos se celebra cuando reciben los fieles dignamente en la Hostia su carne, son una carne y un cuerpo entre sí. Bien y brevemente Teodoreto [18] sobre el principio de los *Cantares* (1, 1) y sobre aquellas palabras de ellos: *Béseme de besos de su boca*, en este propósito dice de esta manera: «No es razón que ninguno se ofenda de aquesta palabra de beso; pues es verdad que al tiempo que se dice la Misa, y al tiempo que se comulga en ella, tocamos al cuerpo de nuestro ESPOSO, y le besamos y le abrazamos, y como con ESPOSO, así nos ayuntamos con él.» Y San Crisóstomo [19] dice más larga y más claramente lo mismo: *Somos*, dice, *un cuerpo, y somos miembros suyos, hechos de su carne, y hechos de sus huesos*. Y no sólo por medio del amor somos uno con Él, mas realmente nos ayunta y como convierte en su carne por medio del manjar de que nos ha hecho merced. Porque, como quisiese declararnos su amor, enlazó y como mezcló con su cuerpo el nuestro, e hizo que todo fuese uno, para que así quedase el cuerpo unido con su cabeza, lo cual es muy propio de los que mucho se aman. Y así Cristo, para obligarnos con mayor amor, y para mostrar más para con nosotros su buen deseo, no solamente se deja ver de los que le aman, sino quiere ser también tocado de ellos y ser comido, y que con su carne se ingiera la de ellos, como diciéndoles: Yo deseé y procuré ser vuestro hermano, y así por este fin me vestí,

(17) *In Joannem*, trac. 8.°.

(18) Libro I.

(19) *Ad Pop. Antioch.*, Hom. 61.

como vosotros, de carne y de sangre; y eso mismo con que me hice vuestro deudo y pariente, eso mismo Yo ahora os lo doy y comunico.

Aquí JULIANO, asiendo de la mano de Marcelo, le dijo:

— No os canséis en eso, Marcelo, que lo mismo que dicen Teodoreto y Crisóstomo, cuyas palabras nos habéis referido, lo dicen por la misma manera casi toda la antigüedad de los Santos: San Ireneo, San Hilario, San Cipriano, San Agustín, Tertuliano, Ignacio, Gregorio Niseno, Cirilo, León, Focio y Teofilacto. Porque así como es cosa notoria a los fieles que la carne de Cristo debajo de los accidentes de la Hostia, recibida por los cristianos y pasada al estómago, por medio de aquellas especies toca a nuestra carne, y es nuestra carne tocada de ella, así también es cosa en que ninguno que lo hubiere leído puede dudar, que así las Sagradas Letras como los santos Doctores usan por esta causa de aquesta forma de hablar, que es decir que somos *un cuerpo* con Cristo, y que *nuestra carne es de su carne* y *de sus huesos los nuestros*, y que no solamente en los espíritus, mas también en los cuerpos estamos todos ayuntados y unidos. Así que estas dos cosas, ciertas son y fuera de toda duda están puestas.

Lo que ahora, Marcelo, os conviene decir, si nos queréis satisfacer, o, por mejor decir, si deseáis satisfacer al sujeto [20] que habéis tomado y a la verdad de las cosas es declarar cómo por sólo que se toque una carne con otra, y sólo porque el un cuerpo con el otro cuerpo se toquen, se puede decir con verdad que son ambos cuerpos un cuerpo y ambas carnes una misma carne, como las Sagradas Letras y los santos Doctores, que así las entienden, lo dicen. ¿Por ventura no toco yo ahora con mi mano a la vuestra, mas no por eso son luego un mismo cuerpo y una misma carne vuestra mano y mi mano?

— No lo son, sin duda — dijo MARCELO entonces —; ni menos es un cuerpo y una carne la de Cristo y la nuestra solamente porque se tocan cuando recibimos su cuerpo; ni los Santos por sólo este tocamiento ponen esta unidad de cuerpos entre Él y nosotros; que los pecadores, que indignamente le reciben, también se tocan con Él; sino porque tocándose ambos por razón de haber recibido dignamente la carne de Cristo, y por medio de la gracia que se da por ella, viene nuestra carne a remedar en algo a la de Cristo, haciéndosele semejante.

— Eso — dijo JULIANO entonces, dejando a Marcelo — nos dad más a entender.

Y MARCELO, callando un poco, respondió luego de esta manera:

— Quedará muy entendido si yo, Juliano, hiciere ahora clara la verdad de dos cosas: la primera, que para que se diga con verdad que dos cosas son una misma basta que sean muy semejantes entre sí; la segunda, que la carne de Cristo, tocando a la carne del que le recibe dignamente en el Sacramento, por medio de la gracia que produce en el alma, hace en cierta manera semejante nuestra carne a la suya.

— Si vos probáis eso, Marcelo — respondió JULIANO —, no quedará lugar de dudar. Porque si una grande semejanza es bastante para que se digan ser unos los que son dos, y si la carne de Cristo, tocando a la nuestra, la asemeja mucho a sí misma, clara cosa es que se puede decir con verdad que por medio de este tocamiento venimos a ser con Él un cuerpo y una carne. Y a lo que a mí me parece, Marcelo, en la primera de esas dos cosas propuestas no tenéis mucho que trabajar ni probar; porque cosa razonable y conveniente parece que lo muy semejante se llame uno mismo, y así lo solemos decir.

— Es conveniente — respondió MARCELO — y conforme a razón, y recibido en el uso común de los que bien sienten y hablan. De dos, cuando mucho se aman, ¿por ventura no decimos que son uno mismo, y no por más, de por que se conforman en la voluntad y querer? Luego si nuestra carne se despojare de sus cualidades, y se vistiere de las condiciones de la carne de Cristo, serán como una ella y la carne de Cristo; y además de muchas otras razones, será también por esta razón carne de Cristo la nuestra, y como parte de su cuerpo,

---

[20] *Al sujeto* = al asunto.

y parte muy ayuntada con Él. De un hierro muy encendido decimos que es fuego, no porque en substancia lo sea, sino porque en las cualidades, en el ardor, en el encendimiento, en el color y en los efectos lo es; pues así para que nuestro cuerpo se diga cuerpo de Cristo, aunque no sea una substancia misma con Él, bien le debe bastar el estar acondicionado como Él.

Y para traer a comparación lo que más vecino es y más semejante, ¿no dice a boca llena San Pablo (1 *Cor.*, 6, 17) que *el que se ayunta con Dios se hace un espíritu con Él*? Y ¿no es cosa cierta que el ayuntarse con Dios el hombre no es otra cosa sino recibir en su alma la virtud de la gracia, que, como ya tenemos dicho otras veces, es una cualidad celestial, que, puesta en el alma, pone en ella mucho de las condiciones de Dios, y la figura muy a su semejanza? Pues si al espíritu de Dios y al nuestro espíritu los dice ser uno el Predicador de las gentes, por la semejanza suya que hace en el nuestro el de Dios, bien bastará para que se digan nuestra carne y la carne de Cristo ser una carne, el tener la nuestra — si lo tuviere — algo de lo que es propio y natural a la carne de Cristo.

Son *un cuerpo* de república y de pueblo mil hombres en linaje extraños en condiciones diversas, en oficios diferentes y en voluntades e intentos contrarios entre sí mismos, porque los ciñe un muro y porque los gobierna una ley; y dos carnes tan juntas, que traspasa por medio de la gracia mucho de su virtud y de su propiedad la una en la otra, y casi la embebe en sí misma, ¿no serán dichas ser *una*?

Y si en esto no hay que probar, por ser manifiesto, como, Juliano, decís, ¿cómo puede ser oscuro o dudoso lo segundo que propuse, y que después de aquesto se sigue? Un guante oloroso, traído por un breve tiempo en la mano, pone su buen olor en ella, y, apartado de ella, lo deja allí puesto; y la carne de Cristo, virtuosísima y eficacísima, estando ayuntada con nuestro cuerpo e hinchiendo gracia nuestra alma, ¿no comunicará su virtud a nuestra carne? ¿Qué cuerpo, estando junto a otro cuerpo, no le comunica sus condiciones? Este aire fresco que ahora nos toca, nos refresca; y poco antes de ahora, cuando estaba encendido, nos comunicaba su calor y encendía.

Y no quiero decir que ésta es obra de naturaleza, ni digo que es virtud que naturalmente obra la que acondiciona nuestro cuerpo y le asemeja al Cuerpo de Cristo; porque si fuese así, siempre y con todos aquellos a quien tocase sucedería lo mismo. Mas no es con todos así, como parece en aquellos que le reciben indignos; en los cuales el pasar atrevidamente a sus pechos sucios el Cuerpo santísimo de Jesucristo, además de las daños del alma, les es causa en el cuerpo de malos accidentes y de enfermedades y a las veces de muerte, como claramente nos lo enseña San Pablo (1 *Cor.*, 11, 30). Así que no es obra de naturaleza aquesta; mas es muy conforme a ella y a lo que naturalmente acontece a los cuerpos cuando entre sí mismos se ayuntan. Y si por entrar la carne de Cristo en el pecho no limpio ni convenientemente dispuesto, como ahora decía, justamente se le destempla la salud corporal a quien así le recibe, cuando por el contrario estuviere bien dispuesto el que la recibiere, ¿cómo no será justo que con maravillosa virtud, no sólo le santifique el alma, mas también con la abundancia de la gracia que en ella pone, le apure [21] el cuerpo y le avecine [22] a sí mismo todo cuanto pudiere? Que no es más inclinado al daño que al bien el que es la misma bondad; ni el bien hacer le es dificultoso al que con el querer sólo lo hace.

Y no solamente es conforme a lo que la naturaleza acostumbra, mas es muy conveniente y muy debido a lo que piden nuestras necesidades. ¿No decíamos esta mañana [23] que el soplo de la serpiente y aquel manjar vedado y comido nos desconcertó el alma y nos emponzoñó el cuerpo? Luego convino que este manjar, que se ordenó contra aquél, pusiese no solamente justicia en el alma, sino también por medio de ella santidad y pureza celestial en la carne; pureza, digo, que resistiese a la ponzoña

[21] *Apure* = purifique.
[22] *Avecine* = asemeje.
[23] *Padre del siglo futuro*, página 153.

primera, y la desarraigase poco a poco del cuerpo, como dice San Pablo (1 *Corintios*, 15, 22): *Así como en Adán murieron todos, así cobraron vida en Jesucristo*. En Adán hubo daño de carne y de espíritu; y hubo inspiración del demonio espiritual para el alma, y manjar corporal para el cuerpo. Pues si la vida se contrapone a la muerte, y el remedio ha de ir por las pisadas del daño, necesario es que Cristo en ambas a dos cosas produzca salud y vida; en el alma con su espíritu, y en la carne ayuntando a ella su cuerpo. Aquella manzana, pasada al estómago, así destempló el cuerpo, que luego se descubrieron en él mil malas cualidades, más ardientes que el fuego; esta carne santa, allegada debidamente a la nuestra, por virtud de su gracia produzca en ella frescor y templanza. Aquel fruto atoxicó nuestro cuerpo, con que viene a la muerte; esta carne comida enriquézcanos así con su gracia, que aún descienda su tesoro a la carne, que la apure y le dé vida y la resucite.

El nombre de ÉL AMADO, *desarrolla una profunda filografía, en la que se depuran y acrisolan doctrinas socráticas, tamizadas ya por San Agustín, y que en el valiente verbo de Fray Luis de León cobran esas tintas y tonalidades áureas, de las piedras de la catedral salmantina.*

EL AMADO

Y porque, Sabino, veáis que no me pesa de obedeceros, y porque no digáis, como soléis, que siempre os cuesta lo que me pedís muchos ruegos; primero que diga del nombre que señalasteis, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser Él *lo que Dios en todas las cosas ama*, me le trajeron a la memoria; y es EL AMADO; que así le llama la Sagrada Escritura en diferentes lugares.

— Maravilla es veros tan liberal, Marcelo — dijo SABINO entonces —; mas proseguid en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena.

— Digo, pues — prosiguió luego MARCELO —, que es llamado Cristo EL AMADO en la Santa Escritura, como parece [24] por lo que diré. En el libro de los *Cantares*, la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces. Isaías, en el capítulo quinto (v. 1), hablando del mismo y con Él mismo, le dice: *Cantaré* AL AMADO *el cantar de mi tío a su viña*. Y acerca del [25] mismo profeta, en el capítulo veinte y seis (v. 17), adonde leemos: *Como la que concibió, al* [26] *tiempo del parto vocea herida de sus dolores, así nos acaece delante de tu cara*, la antigua traslación de los griegos lee de esta manera: *así nos aconteció con* EL AMADO. Que, como Orígenes declara, es decir, que EL AMADO, que es Cristo, concebido en el alma, la hace sacar a luz y parir lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta, cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negación de sí mismo. Y David, al salmo cuarenta y cuatro, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula *Cantar* DEL AMADO. Y San Pablo le llama (*Colos.*, 1, 13) EL HIJO DEL AMOR, por aquesta misma razón. Y el mismo Padre celestial, acerca de San Mateo (3, 17), le nombra su AMADO y su Hijo. De manera que es nombre de Cristo éste, y nombre muy digno de Él, y que descubre una su propiedad muy rara y muy poco advertida.

Porque no queremos decir ahora que Cristo es *amable* o que es merecedor del amor; ni queremos engrandecer su muchedumbre de bienes, con que puede aficionar a las almas; que eso es un abismo sin suelo, y no es lo propio que en este nombre se dice. Así que no queremos decir que se le debe a Cristo amor infinito; sino decir que es Cristo ÉL AMADO, esto es, el que antes ha sido y ahora es y será para siempre la cosa más amada de todas. Y dejando aparte el *derecho*, queremos decir del *hecho*, y de lo que pasa en realidad de verdad, que es lo que propiamente importa [27]

[24] *Parece* = se ve.
[25] *Acerca del* = en él.
[26] *Al tiempo*; « La Lectura », *el tiempo*.
[27] *Importa* = significa, encierra.

este nombre, no menos digno de consideración que los demás nombres de Cristo.

Porque, así como es sobre todo lo que comprende el juicio la grandeza de razones por las cuales Cristo es amable, así es cosa que admira la muchedumbre de los que siempre le amaron, y las veras y las finezas nunca oídas de amor con que los suyos le aman. Muchos merecen ser amados y no lo son, o lo son mucho menos de lo que merecen ; mas a Cristo, aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible a los hombres. Y si de ellos levantamos los ojos, y ponemos en el cielo la vista, es amado de Dios todo cuanto merece, y así es llamado debidamente EL AMADO, porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas, y porque Él sólo es el que tiene verdaderos amadores de Sí.

Y aunque la prueba de este negocio es el *hecho*, digamos primero del *dicho ;* y antes que vengamos a los *ejemplos*, descubramos las palabras que nos hacen ciertos de esta verdad, y *las profecías* que de ella hay en los Libros divinos.

Porque, lo primero, *David*, en el salmo (71, 11, 15, 19), en que trata del Reino de aqueste su hijo y Señor, profetiza como en tres partes esta singularidad de afición con que Cristo había de ser de los suyos querido. Que primero dice : *Adorarlo han los reyes todos, todas las gentes le servirán.* Y después añade : *Y vivirá, y daránle del oro de Sabá, y rogarán siempre por Él ; bendecirle han todas las gentes.* Y a la postre concluye : *Y será su nombre eterno ; perseverará allende del sol su nombre ; bendecirse han todos en Él, y daránle bienandanzas.* Que como aquesta afición que tienen a Cristo los suyos es rarísima por extremo, y David la contemplaba alumbrado con la luz de profeta ; admirándose de su grandeza, y queriendo decirla, usó de muchas palabras, porque no se decía con una. Que dice que la fuerza del amor para con Cristo, que reinaría en los ánimos fieles, les derrocaría por el suelo el corazón *adorándole*, y los encendería con cuidado vivo para *servirle*, y les haría que le diesen todo su corazón hecho *oro*, que es decir hecho amor, y que fuese su deseo continuo *rogar* que su reino creciese, y que se extendiese más y allende (28) su gloria, y que les daría un corazón tan ayuntado y tan hecho uno con Él, que no rogarían al Padre ninguna cosa que no fuese *por medio* de Él, y que del hervor del ánimo les saldría el ardor a la boca que *les bulliría siempre en loores*, a quien ni el tiempo pondría silencio, ni fin el acabarse los siglos, ni pausa el sol cuando él se parare, sino que durarían cuanto el amor que los hace, que sería perpetuamente y sin fin. El cual mismo amor les sería causa a los mismos para que ni tuviesen por bendito lo que Cristo no fuese, ni deseasen bien, ni a otros ni a sí, que no naciese de Cristo, ni pensasen haber alguno que no estuviese en Él, y así juzgasen y confesasen ser suyas todas las buenas suertes y las felices venturas.

También vio aquestos extremos de amor con que amarían a Cristo los suyos el patriarca *Jacob*, estando vecino a la muerte, cuando profetizando a José, su hijo, sus buenos sucesos, entre otras cosas, le dice (*Gen.*, 49, 26) : *Hasta el deseo de los collados eternos.* Que por cuanto le había bendecido, y juntamente profetizado que en él y en su descendencia florecerían sus bendiciones con grandísimo efecto ; y por cuanto conocía que al fin había de perecer toda aquella felicidad en sus hijos, por la infidelidad de ellos, al tiempo que naciese Cristo en el mundo ; añadió, y no sin lástima, y dijo : *Hasta el deseo de los eternos collados.* Como diciendo que su bendición en ellos tendría suceso (29) hasta que Cristo naciese. Que así como cuando bendijo a su hijo Judas le dijo que mandaría entre su gente y tendría el cetro del reino hasta que viniese el *Silo ;* así ahora pone límite y término a la prosperidad de José en la venida del que llama *deseo.* Y como allí llama a Cristo *Silo* por encubierta y rodeo, que es decir *el enviado* o *el hijo de ella*, o *el dador de la abundancia y de la paz*, que todas son propiedades de Cristo ; así aquí le nombra *el deseo de los collados eternos ;* porque los collados

(28) *Allende* = de la parte de allá, más allá.
(29) *Tendría suceso* = sería valedera.

eternos aquí son todos aquellos a quienes la virtud ensalzó, cuyo único deseo fue Cristo. Y es lástima, como decía, que hirió en este punto el corazón de Jacob con sentimiento grandísimo, que viniese a tener fin la prosperidad de sus hijos cuando salía a luz la felicidad deseada y amada de todos; y que aborreciesen ellos para su daño lo que fue el suspiro y el deseo de sus mayores y padres; y que se forjasen ellos por sus manos su mal en el bien que robaba para sí todos los corazones y amores. Y lo que decimos *deseo* aquí, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa y que abre de continuo el pecho con ardor y deseo.

Por manera que es cosa propia de Cristo, y ordenada para solo Él, y profetizada de Él antes que naciese en la carne, el ser querido y AMADO y deseado con excelencia, como ninguno ha sido ni querido ni deseado ni amado. Conforme a lo cual fue también lo de *Ageo* (2, 8), que hablando de aqueste general objeto de amor y de este señaladamente querido, y diciendo [30] de las ventajas que había de hacer el templo segundo, que se edificaba cuando él escribía, al primero templo que edificó Salomón, y que fue quemado por los caldeos; dice por la más señalada de todas, que *vendría a él El Deseado de todas las gentes, y que le hinchiría de gloria.* Porque así como el bien de todos colgaba de su venida, así le dio por suerte [31] Dios que los deseos e inclinaciones y aficiones de todos se inclinasen a Él. Y esta suerte y condición suya, que el Profeta miraba, la declaró llamándole el *Deseado de todos.*

Mas ¿por ventura no llegó *el hecho* a lo que la profecía decía, y el de quien se dice que sería el Deseado y AMADO, cuando salió a luz, no lo fue? Es cosa que admira lo que acerca de esto acontece, si se considera en la manera que es.

Porque, lo primero, puédese considerar la grandeza de una afición *en el espacio que dura;* que ésa es mayor la que comienza primero, y siempre persevera continua, y se acaba o nunca o muy tarde. Pues si queremos confesar la verdad, primero que naciese en la carne Cristo, y luego que los hombres, o luego que los ángeles comenzaron a ser, comenzó a prender en sus corazones de ellos su deseo y su amor. Porque, como altísimamente escribe San Pablo (*Hebreos*, 1, 6), *cuando Dios primeramente introdujo a su Hijo en el mundo, se dijo: Y adórenle todos sus ángeles.* En que quiere significar y decir que luego y en el principio que el Padre sacó las cosas a luz, y dio ser y vida a los ángeles, metió en la posesión de ellos a Cristo su Hijo, como a heredero suyo y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenía en su ánimo acerca de la Humanidad de Jesús, señora que había de ser de todo y reparadora de todo; a la cual se la propuso como delante los ojos, para que fuese su esperanza y su deseo y su amor.

Así que, cuanto [32] son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo AMADO de ellas; y como si dijésemos, en sus amores de Él se comenzaron los amores primeros, y en la afición de su vista [33] se dio principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta ella antes que ninguno otro que de fuera viniese.

Y en la manera que San Juan (*Apocalipsis*, 13, 8) le nombra *Cordero sacrificado desde la origen del mundo,* así también le debemos llamar bien AMADO y deseado desde luego que nacieron las cosas. Porque así como fue desde el principio del mundo sacrificado en todos los sacrificios que los hombres a Dios ofrecieron desde que comenzaron a ser, porque todos ellos eran imagen del único y grande sacrificio de este nuestro Cordero; así en todos ellos fue aqueste mismo Señor deseado y AMADO. Porque todas aquellas imágenes, y no solamente aquellas de los *sacrificios,* sino otras innumerables que se compusieron de las *obras* y de los *sucesos* y de las *personas* de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro general deseo de Cristo; y eran como un pedírsele a Dios, poniéndole devota y aficionadamente tantas veces su imagen delante. Y como los que aman una cosa

---

[30] *Diciendo de las* = hablando de las.
[31] *Suerte* = bendición, hado, condición.
[32] *Cuanto*; «La Lectura», *cuando.*
[33] *La afición de su vista* = el deseo de verle.

mucho, en testimonio de cuanto la aman, gustan de hacer su retrato y de traerlo siempre en las manos; así el hacer los hombres tantas veces y tan desde el principio imágenes y retratos de Cristo, ciertas señales eran del amor y deseo de Él que les ardía en el pecho. Y así (34) las presentaban a Dios para aplacarle con ellas, que las hacían también para manifestar en ellas su fe para con Cristo y su deseo secreto.

Y este deseo y amor de Cristo, que digo que comenzó tan temprano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes *se continuó* con el tiempo y persevera hasta ahora, y llegará hasta el fin y *durará* cuando la edad se acabare, y florecerá fenecidos los siglos, tan grande y tan extendido cuanto *la eternidad* es grande y se extiende. Porque siempre hubo y siempre hay y siempre ha de haber almas enamoradas de Cristo. Jamás faltarán vivas demostraciones de este bienaventurado deseo; siempre sed de Él, siempre vivo el apetito de verle, siempre suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma.

(34) *Así* = de tal manera.

LA PERFECTA CASADA

Simultáneamente con De los Nombres de Cristo *presentó el Maestro León a la aprobación otra obra suya:* La Perfecta Casada, *que vio la luz pública también el año 1583. Es una explicación del último capítulo del* Libro de los Proverbios, *en que se pauta la conducta de una mujer casada, de acuerdo con la ley cristiana y... con las costumbres de aquella sociedad española de la época de Felipe II, tan distanciada de la nuestra. Orea estos cuadros domésticos de Fray Luis cierto aire bucólico, cargado de salud y de vida patriarcal. Tal vez, esta austera sencillez hogareña, que la prosa del gran agustino nos deja entrever, haga añorar a más de un lector ese remotísimo estado social que pudiera ser la solución del azaroso, agónico y problemático vivir de nuestro siglo. Bajo este aspecto, Fray Luis cobra modernidad insospechada y valor social indiscutible. Nuestra selección abarca varios capítulos de* La Perfecta Casada, *a nuestro juicio los más pintorescos. Comienza el Autor con una larga dedicatoria a doña María Varela Osorio, algo emparentada con él, casada recientemente. Luego en la Introducción expone ciertas reglas de exégesis general.*

CAPÍTULO I

Mujer de valor ¿quién la hallará?
Raro y extremado es su precio.

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada; y loa lo que propone, o, por mejor decir, propone loándolo, para despertar desde luego y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por vía de pregunta, diciendo: «Mujer de valor ¿quién la hallará?» Y, en preguntarlo y decirlo así, dice que es dificultoso el hallarla, y que son pocas las tales. Y así, la primera loa que da a la buena mujer es decir de ella que es cosa rara, que es lo mismo que llamarla preciosa y excelente cosa, y digna de ser muy estimada, porque todo lo raro es precioso. Y que sea aqueste su intento, por lo que luego añade se ve: «Alejado y extremado — dice — es su precio.» O, como dice el original en el mismo sentido: «Más allende, y muy alejado sobre las piedras preciosas, el precio suyo.»

De manera que el hombre que acertare con una mujer de valor se puede desde luego tener por rico y dichoso, entendiendo que ha hallado una perla oriental, o un diamante finísimo, o una esmeralda, u otra piedra preciosa de inestimable valor. Así que ésta es la primera alabanza de la buena mujer: decir que es dificultosa de hallar. Lo cual, así es alabanza de las buenas, que es aviso para conocer generalmente la flaqueza de todas. Porque no sería mucho ser una buena, si hubiese muchas buenas, o si en general no fuesen muchos sus siniestros malos. Los cuales son tantos, a la verdad, y tan extraordina-

rios y diferentes entre sí, que con ser un linaje y especie, parecen de diversas especies. Que, como burlando, en esta materia o Focílides o Simónides, solía decir: «En ellas solas se ven el ingenio y las mañas de todas las suertes de cosas, como si fueran de su linaje; que unas hay cerriles y libres como caballos, y otras resabidas como raposas, otras ladradoras, otras mudables a todos colores, otras pesadas, como hechas de tierra.» Y por esto, la que entre tantas diferencias de mal acierta a ser buena, merece ser alabada mucho.

Mas veamos por qué causa el Espíritu Santo a la buena mujer la llama mujer de valor, y después veremos con cuánta propiedad la compara y antepone a las piedras preciosas. Lo que aquí decimos *mujer de valor*, y pudiéramos decir mujer varonil, como Sócrates, acerca de Jenofón, llama a las casadas perfectas; así que, esto que decimos varonil o valor, en el original es una palabra de grande significación y fuerza y tal, que apenas con muchas muestras se alcanza todo lo que significa. Quiere decir virtud de ánimo, y fortaleza de corazón, industria y riquezas, y poder y aventajamiento, y, finalmente, un ser pefecto y cabal en aquellas cosas a quien esta palabra se aplica; y todo esto atesora en sí la que es buena mujer, y no lo es si no lo atesora. Y, para que entendamos que es esto verdad, la nombra el Espíritu Santo con este nombre, que encierra en sí tanta variedad de tesoro. Porque, como la mujer sea de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa; y como la vida casada sea vida sujeta a muchos peligros, y donde se ofrecen cada día trabajos y dificultades muy grandes, y vida ocasionada a continuos desabrimientos y enojos, y, como dice San Pablo, vida a donde anda el ánimo y el corazón dividido y como enajenado de sí, acudiendo ahora a los hijos, ahora al marido, ahora a la familia y hacienda; para que tanta flaqueza salga con victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, menester es que la que ha de ser buena casada esté cercada de un tan noble escuadrón de virtudes, como son las virtudes que habemos dicho y las que en sí abraza la propiedad de aquel nombre. Porque lo que es harto para que un hombre salga bien con el negocio que emprende, no es bastante para que una mujer responda como debe a su oficio; y cuanto el sujeto es más flaco, tanto para arribar con una carga pesada tiene neçesidad de mayor ayuda y favor. Y como, cuando en una materia dura, y que no se rinde al hierro ni al arte, vemos una figura perfectamente esculpida, decimos y conocemos que era perfecto y extremado en su oficio el artífice que la hizo, y que con la ventaja de su artificio venció la dureza no domable del sujeto duro; así, y por la misma manera, el mostrarse una mujer la que debe, entre tantas ocasiones y dificultades de vida, siendo de suyo tan flaca, es clara señal de un caudal de rarísima y casi heroica virtud. Y es argumento evidente que, cuanto en la naturaleza es más flaca, tanto en el valor del ánimo y en su virtud es mayor y más aventajada. Y esta misma es la causa también por donde, como lo vemos por la experiencia y como la historia nos lo enseña en no pocos ejemplos, cuando alguna mujer acierta a señalarse en algo de lo que es de loor, vence en ello a muchos hombres de los que se dan a lo mismo. Porque cosa de tan poco ser como es esto que llamamos mujer, nunca ni emprende ni alcanza cosa de valor ni de ser, si no es porque la inclina a ello y la despierta y alienta alguna fuerza de increíble virtud que, o el cielo ha puesto en su alma, o algún don de Dios singular. Que, pues vence su natural, y sale, como río, de madre, debemos necesariamente entender que tiene en sí grandes acogidas [1] de bien. Por manera que, con grandísima verdad y significación de loor, el Espíritu Santo a la mujer buena no la llamó como quiera buena, ni dijo o preguntó: ¿Quién hallará una buena mujer?; sino llamóla mujer de valor, y usó en ello de una palabra tan rica y tan significante como es la original que dijimos, para decirnos que la mujer buena es más que buena, y que esto que nombramos bueno es una mediania

(1) Avenidas.

de hablar que no allega a aquello excelente que ha de tener y tiene en sí la buena mujer; y que, para que un hombre sea bueno, le basta un bien mediano, mas en la mujer ha de ser negocio de muchos y muy subidos quilates, porque no es obra de cualquier oficial, ni lance ordinario, ni bien que se halla adoquiera, sino artificio primo y bien incomparable, o, por mejor decir, un amontonamiento de riquísimos bienes. Y éste es el primer loor que le da el Espíritu Santo, y con éste viene como nacido el segundo, que es compararla a las piedras preciosas. En lo cual, como en una palabra, acaba de decir cabalmente todo lo que en esto de que vamos hablando se encierra. Porque, así como el valor de la piedra preciosa es de subido y extraordinario valor, así el bien de una buena tiene subidos quilates de virtud; y como la piedra preciosa en sí es poca cosa, y por la grandeza de la virtud secreta cobra gran precio, así lo que en el sujeto flaco de la mujer pone estima de bien, es grande y raro bien; y como en las piedras preciosas la que no es muy fina no es buena, así en las mujeres no hay medianía, ni es buena la que no es más que buena; y de la misma manera que es rico un hombre que tiene una preciosa esmeralda o un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra sino poseer en ella un tesoro abreviado, así una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien las posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso; y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos, y se pone delante de los ojos, y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra de ella, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad, ni más ni menos a la buena mujer el marido la ha de querer más que a sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza, y el mejor lugar del corazón de él ha de ser suyo, o, por mejor decir todo su corazón y su alma; y ha de entender que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón y coyuntura responderá con su gusto y le henchirá su deseo, y que en la alegría tiene en ella compañía dulce con quien acrecentará su gozo, comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, nuestra de sus hijos, provisora de [2] sus excesos; y finalmente, en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor, y paz y descanso.

Hasta aquí llegan las alabanzas que da Dios a aquesta mujer; veamos agora lo que después de esto se sigue:

En los capítulos II y III expone el autor los deberes de la mujer respecto del honor de su marido.

CAPÍTULO IV

Buscó lana y lino, y obró con el saber de sus manos.

No dice que el marido le compró lino para que ella labrase, sino que ella lo buscó, para mostrar que la primera parte de ser hacendosa es que sea aprovechada, y que, de los salvados de su casa, y de las cosas que sobran y que parecen perdidas, y de aquello de que no hace cuenta el marido, haga precio ella para proveerse de lino y de lana, y de las demás cosas que son como éstas; las cuales son como las armas y el campo adonde descubre su virtud la buena mujer. Porque, ajuntando su artificio ella, y ayudándolo con la vela [3] e industria suya y de sus criadas, sin hacer nueva costa y como sin sentir, cuando menos pensare, hallará a su casa abastada y llena de riquezas.

Pero, dirán, por ventura, las señoras delicadas de agora, que esta pintura es grosera, y que aquesta casada es mujer de algún labrador, que hila y teje, y mujer de estado diferente del suyo, y que así no habla con ellas. A lo cual respondemos, que esta casada es el perfecto dechado de todas las casadas, y

---

[2] Que provee a.
[3] Velar de noche.

la medida con quien, así las de mayores como las de menores estados, se han de ajustar cuanto a cada una le fuere posible; y es como el padrón de esta virtud, al cual la que más se avecina es más perfecta. Y bastante prueba de ello es que el Espíritu Santo, que nos hizo y nos conoce, queriendo enseñar a la casada su estado, la pinta de esta manera.

Mas, porque quede más entendido, tomemos el agua de su principio y digamos así. Tres maneras de vidas son, en las que se reparten y a las que se reducen todas las maneras de viviendas [4] que hay entre los que viven casados; porque, o labran la tierra, o se mantienen de algún trato y oficio, o arriendan sus haciendas a otros y viven ociosos del fruto de ellas. Y así, una manera de vida es la de los que labran, y llamémosla vida de labranza; y otra la de los que tratan, y llamémosla vida de contratación; y la tercera, de los que comen de sus tierras, pero labradas con el sudor de los otros, y tenga por nombre vida descansada.

A la vida de labranza pertenece, no sólo el labrador que con un par de bueyes labra su pegujar, sino también los que, con muchas yuntas y con copiosa y gruesa [5] familia, rompen los campos y apacientan grandes ganados.

La otra vida que dijimos, de contratación, abraza al tratante pobre, y al mercader grueso [6], y al oficial mecánico, y al artífice, y al soldado, y, finalmente, a cualquiera que vende o su trabajo, o su arte, o su ingenio.

La tercera vida ociosa el uso la ha hecho propia agora de los que se llaman nobles, y caballeros, y señores, los que tienen o renteros o vasallos, de donde sacan sus rentas.

Y si alguno nos preguntare cuál de estas tres vidas sea la más perfecta y mejor vida, decimos: que la de la labranza es la primera y la verdadera; y que las demás [7] dos, por la parte que se avecinan con ella y en cuanto le parecen, son buenas, y, según que de ella se desvían, son peligrosas. Porque se ha de entender que, en esta vida primera, que decimos de labranza, hay dos cosas; ganancia y ocupación; la ganancia es inocente y natural, como arriba dijimos, y sin agravio o desgusto ajeno; la ocupación es loable y necesaria, y maestra de toda virtud.

La segunda vida, de contratación, se comunica con ésta en lo segundo, porque es también vida ocupada como ella, y esto es lo bueno que tiene, pero diferéncíase en lo primero, que es la ganancia, porque la recoge de las haciendas ajenas, y las más veces con desgusto de los dueños de ellas, y pocas veces sin alguna mezcla de engaño. Y así, cuanto a esto, tiene algo de peligro y es menos bien reputada.

En la tercera y última vida, si miramos a la ganancia, cuasi es lo mismo que la primera: a lo menos nacen, ambas a dos, de una misma fuente, que es la labor de la tierra; dado que, cuando llega a los de la vida que llamamos ociosa, por parte de los mineros [8] por donde pasa, cobra algunas veces algún mal color del arrendamiento y del rentero, y de la desigualdad que en esto suele haber, pero, al fin, por la mayor parte y cuasi siempre, es ganancia y renta segura y honrada, y por esta parte aquesta tercera vida es buena vida; pero, si atendemos a la ocupación, es del todo diferente de la primera: porque aquélla es muy ocupada, y ésta es muy ociosa, y, por la misma causa, muy ocasionada a daños y males gravísimos; de manera que, lo perfecto y lo natural en esto de que vamos hablando es el trato de la labranza. Y pudiera yo aquí agora extender la pluma alabándola, mas dejarélo por no olvidar mi propósito, y porque es negocio sentenciado ya por los sabios antiguos, y que ha pasado en cosa juzgada su sentencia, y también porque, a los que sabemos que Dios puso al hombre en esta vida y no en otra, cuando le crió y antes que hubiese pecado, y cuando más le regalaba y quería, bástanos esto para saber que, de todas las maneras de vivir sobredichas, es aquesta la más natural y la mejor.

---

(4) Modos de vivir.
(5) Numerosa.
(6) Rico.
(7) Otras.
(8) Vetas de tierra.

Pues, dejando aquesto por cosa asentada, añadimos, prosiguiendo adelante, que en todas las cosas que son de un mismo linaje y que comunican en una misma razón, si acontece que entre ellas haya grados de perfección diferentes, y que aquello mismo que todas tienen esté en unas más entero y en otras menos, la razón pide que la más aventajada y perfecta sea como regla y dechado de las demás; que es decir que todas han de mirar a la más aventajada, y avecinarse más a ella cuanto les fuere posible, y que, la que más se le allegare, será de mejor suerte. Claro ejemplo tenemos de esto en las estrellas y en el sol; los cuales todos son cuerpos llenos de luz, y el sol tiene más que ninguno de ellos y es el más lúcido y resplandeciente, y así es que tiene la presidencia en la luz, y a quien todas las cosas lúcidas miran y siguen, y de quien cogen sus luces, tanto más cada una cuanto se le acerca más.

Pues digo agora que, como entre todas las suertes de vivir de los hombres casados tenga el más alto y perfecto grado de seguridad y bien la labranza, y sea ella, como está concluído, la medida y la regla que han de seguir, y el dechado que han de imitar, y el blanco adonde han de mirar y a quien se han de hacer vecinas las demás suertes cuanto pudieren, no convenía en ninguna manera que el Espíritu Santo, que pretende poner aquí una que sea como dechado de las casadas, pusiese o una mercadera, mujer de los que viven de contratación, o una señora regalada y casada con un ocioso caballero: porque la una y la otra suerte son suertes imperfectas, y menos buenas, y, por la misma causa, inútiles para ser puestas por ejemplo general y por dechado; sino escogió la mejor suerte, e hizo una pintura de perfecta mujer en ella; y púsola como delante de los ojos de todas las mujeres, así a las que tienen aquella condición de vida, como a las de diferentes estados, para que fuese común a todas: a las del mismo estado, para que se ajustasen de [9] todo con ella, y a las de otra manera, para que se le acercasen e hiciesen semejantes cuanto les fuese posible. Porque, aunque no sea de todas el lino y la lana, y el huso y la tela, y el velar sobre sus criadas y el repartirles las tareas y las raciones, pero en todas hay otras cosas que se parecen a éstas y que tienen parentesco con ellas, y en que han de velar y se han de remirar las buenas casadas con el mismo cuidado que aquí se dice. Y a todas, sin que haya en ello excepción, les está bien y les pertenece, la [10] cada una en su manera, el no ser perdidas y gastadoras, y el ser hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo y mal uso de agora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y de grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado [11] de no hacer nada y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y la labranza es negocio vil contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad.

Porque, si volvemos atrás los ojos y si tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que, siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos; y hallaremos que, el vivir de la granjería de su hacienda, era vida usada y que les acarreaba reputación a los príncipes y grandes señores: Abraham, hombre riquísimo y padre de toda la verdadera nobleza, rompió los campos. Y David, rey invencible y glorioso, no sólo antes del reino apacentó las ovejas, pero después de rey los pechos [12] de que se mantenía eran sus labranzas y sus ganados. Y de los Romanos, señores del mundo, sabemos que del arado iban al Consulado, que es decir al mando y gobierno de toda la tierra, y volvían del Consulado al arado. Y si no fuera esta vida de nobles, y no sólo usada y tratada por ellos, sino también debida y conveniente a los mismos, nunca el poeta Homero en su poesía, que fue imagen viva de lo que a cada una persona y estado convino, introdujera a Helena, reina noble, que, cuando salió a ver a Telémaco asentada en su cadira [13], una doncella suya le pone al

(9) En.

(10) A.
(11) Cuestión o punto de honra.
(12) Tributos o impuestos.
(13) Silla.

lado, en un rico canastillo, copos de lana ya puestos a punto para hilar, y husadas [14] ya hiladas, y la rueca para que hilase; ni, en el palacio de Alcinoo, príncipe de su pueblo riquísimo, de cien damas que tenía en su servicio hiciera, como hace, hilanderas a las cincuenta; y la tela de Penélope, princesa de Itaca, y su tejer y destejer, no la fingiera el juicio de un tan grande poeta, si la tela y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales. Y Plutarco escribe que, en Roma, a todas las mujeres, por mayores [15] que fuesen, cuando se casaban y cuando las llevaba el marido a su casa, a la primera entrada de ella, y como en el umbral, les tenían, como por ceremonia necesaria, puesta una rueca; para que, lo que primero viesen al entrar de su casa, les fuese aviso de aquello en que se habían de emplear en ella siempre.

Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos, y poner delante los ojos los que, de muy apartado, cuasi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro de España y casi en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud, como de la reina católica Doña Isabel, princesa bienaventurada, se lee. Y si las que se tienen agora por tales, y se llaman duquesas y reinas, no se persuaden bien por razón, hagan experiencia de ello por algún breve tiempo, y tomen la rueca y armen los dedos con la aguja y dedal, y, cercadas de sus damas y en medio de ellas, hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio, y húrtense al vicioso sueño, para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas, y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando de aventajarse en el ser hacendosas; y cuando para el aderezo o provisión de sus personas y casas no les fuere necesaria aquesta labor (aunque ninguna casa hay tan grande, ni tan real, adonde semejantes obras no traigan honra y provecho), pero cuando no para sí, háganlo para remedio y abrigo de cien pobres y de mil necesidades ajenas.

Así que, traten las duquesas y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea a sus damas y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado y honra aquesta virtud; que yo me hago valiente [16] de alcanzar del mundo que las loe, y de sus maridos (los duques y reyes) que las precien por ello y que las estimen; y aun acabaré con ellos que, en pago de este cuidado, las absuelvan de otros mil importunos y memorables trabajos con que atormentan sus cuerpos y rostros, y que las excusen y libren del leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto y la canción en el seno, y del billete, y del donaire de los recaudos [17]; y del terrero [18] y del sarao, y de otras cien cosas de este jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que, la buena casada, en este artículo de que vamos hablando de ser hacendosa y casera, ha de ser: o labradora, en la forma que dicho es, o semejante a labradora, todo cuanto pudiere.

Y porque del ser hacendosa decíamos que era la primera parte ser aprovechada, y que, por esta causa, Salomón no dijo que el marido le compraba lino a esta mujer, sino que ella lo buscaba y compraba, es de advertir lo que en esto acontece: que algunas, ya que se disponen a ser hacendosas, por faltarles esta parte de aprovechadas, son más caras y más costosas labrando que antes eran desaprovechadas holgando; porque, cuanto hacen y labran, ha de venir todo de casa del joyero y del mercader, o fiado, o comprado a mayores precios; y quiere la aventura después que habiendo venido mucho del oro y mucha de la seda y aljófar, para todo el artificio y trabajo en un arañuelo [19] de pájaros o en otra cosa semejante de aire. Pues, a estas tales, mándenles sus maridos que descansen y huelguen, o ellas lo harán sin que se lo manden: porque muy menos malas son para el sueño que para el trabajo y la vela; que, lo casero y lo hacendoso de una

[14] Porciones.
[15] Altas o nobles.
[16] Salgo fiador.
[17] Recados o mensajes.
[18] Lugar delante de la casa, donde el galán cortejaba a su dama.
[19] Red para cazar pajarillos.

buena mujer, gran parte de ello consiste en que ninguna cosa de su casa quede desaprovechada, sino que todo cobre valor, y crezca en sus manos, y que, como sin saber de qué, se haga rica y saque tesoro (a manera de decir) de entre las barreduras de su portal. Y, si el descender a cosas menudas no fuera hacer particular esta doctrina que el Espíritu Santo quiso que fuese general y común, yo trujera agora a V. m. por toda su casa y en cada uno de los rincones de ella le dijera lo que hay de provecho; más V. m. lo sabe bien y lo hace mejor, y, las que se aplican a esta virtud, de sí (20) mismas lo entienden; como, al revés: las que son perdidas y desaprovechadas, por más que se les diga, nunca lo aprenden. Pero, veamos lo que después de aquesto sigue:

(20) Por sí.

San Alonso Rodríguez

San Alonso Rodríguez (1530-1617). Hermano portero del Colegio jesuítico de Mallorca, escribió por mandato de sus confesores y superiores infinidad de relaciones autobiográficas, que modernamente han salido a luz. Reproducimos uno de sus cuadernillos donde expone el ejercicio, tan usado por los místicos, *de la presencia de Dios*.

PRÁCTICAS ESPIRITUALES

De dos presencias de Dios que puede usar el alma, la una es de memoria: *Memor fui Dei, et delectatus sum,* y la segunda es memoria de afecto del corazón de amor de Dios; y esta es la más alta y más fina y más entera y sensible, sintiendo a Dios sensiblemente consigo: y mientras el amor es mayor, más presente siempre le tiene.

El camino para venir a esto que se sigue, y alcanzar la perfección, es la gran limpieza del alma, que viva limpia de pecado como ángel, si ha de tratar siempre con Dios, como los ángeles del cielo. A esta limpieza ha de acompañar la profunda humildad de ángeles.

Ese es santo, que es humilde; y ese es más santo, que es más humilde; y ese es santísimo, que es humildísimo; y ese es precioso a los ojos de Dios, que a sus ojos es despreciable; y ese es más despreciable a los ojos de Dios, que a los suyos es más precioso; y ese le es a Dios más precioso, que a sus ojos el alma es más despreciable; y a ese levanta Dios más, que se abaja y humilla más, y se tiene por más vil y bajo y malo y nada.

Esta gran virtud de la humildad barre y lleva tras sí todas las virtudes, y ella es madre de todas ellas. Entonces el alma para parecerse mal y a Dios bien anda metida en el establo hediondo de su conocimiento, lo cual le causa al alma grande asco y aborrecimiento de sí, que de asco no se puede ver, hediéndose como si a sus narices trajese hediondos perros muertos; y lo mismo cree que hiede a los que están cabe ella, y en esta estima se tiene.

Las condiciones del humilde son estas. El humilde se tiene en su corazón por el más vil de todos los hombres; trata su propia persona como vil; desea ser tenido de los otros por vil, y que le traten como a vil; tiene y estima los desprecios que le hacen por cosa muy preciosa, porque le desengañan con ellos y la humillan.

El humilde verdadero a todos tiene por buenos, y a sí se tiene por el mayor pecador del mundo; porque esa es mayor humildad, que a mayores extremos se abaja.

El humilde es muy obediente: el verdadero obediente de buena gana y en todo lugar y en todo tiempo y en todas las cosas con toda su alma y cuerpo sigue la voluntad de Dios manifiesta, estando muy sujeto a su Dios y a sus superiores y a toda criatura según Dios.

El humilde tiene paciencia perfecta: y esa es mayor paciencia, que más duras cosas y trabajos sufre por Dios. Esta nunca torna mal por mal, nunca hace mal rostro en tiempo de la adversidad, nunca se turba en lo interior, ama y hace bien al perseguidor, y alégrase de corazón en todo género de adversidad por amor de Dios.

El verdadero humilde de corazón es muy manso: y esa es la mayor mansedumbre, que a mayores injurias calla, no las sintiendo, por tener el corazón muerto, es a saber, mortificado; el manso siempre tiene sosiego en sus palabras, y siempre muestra en lo de fuera el semblante sosegado, y el corazón también; y no es nada porfiado, no se excusando ni defendiéndose; es benigno, y siempre que habla, usa de palabras dulces y amorosas, salidas del corazón siempre amoroso en Dios.

El humilde de corazón, como se conoce tanto, y ve las miserias que pasan por él, y que todos somos de una masa desventurada y flaquísima; por si saca a los otros, y se compadece de ellos como de sí: este tal tiene y siente compasión y dolor en su corazón de cualquier daño del prójimo, ahora sea daño de la hacienda, ahora de la honra, ahora del cuerpo, ahora del alma; y no tiene cuenta si el que lo padece es amigo o extraño, o enemigo o perseguidor; bástale considerar que es prójimo, y que en ello contenta y hace la voluntad de Dios ayudándole en el trabajo lo que puede.

El verdadero humilde tiene el corazón desapegado de todas las cosas criadas, porque así pueda con liberalidad y libertad ofrecer a sí mismo con todas las cosas a la voluntad de Dios, empleándose con solicitud y diligencia y ejercicio en alcanzar las virtudes y plantarlas en el alma con la gracia de Dios, para imitar a Cristo con ellas: el cual ejercicio es el negarse y vencerse y mortificarse el hombre a sí mismo, y tomando su cruz, seguir a Nuestro Señor Jesucristo con oración y mortificación: con estas dos alas, que anden juntas, ha de volar para seguir a Cristo y alcanzar gran perfección; porque con la oración alcanza el alma gracia para mortificarse y vencerse, tomando lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo, por Dios.

El humilde es muy callado, no hablando sino cosas necesarias y provechosas y según Dios: el silencio es llave de la devoción y preserva la conciencia de muchas caídas.

Mucho ayuda este silencio al recogimiento íntimo, el cual consiste en estas tres cosas: entendimiento callado, memoria serenada, e intención atenta y resignada. Es de saber, que este recogimiento íntimo no es para todos, sino sólo para los contemplativos; y no para todos los que contemplan, sino sólo para aquellos que buscan a Dios por la vía que llaman *negativa*: y este recogimiento íntimo presupone haber alcanzado el recogimiento exterior, que consiste en recoger el cuerpo con sus corporales sentidos; y el interior consiste en recoger las potencias del ánima de los pensamientos vanos a los provechosos y santos, tras los cuales dos recogimientos viene este que llamamos *íntimo*, con que se recoge el espíritu, que es la porción superior del alma, el cual consiste en tres cosas.

La primera es, entendimiento acallado: entonces tenemos el entendimiento acallado, cuando le recogemos dentro de nuestra misma advertencia, advirtiendo que no discurra por diferencia de cosas, mas que esté en sí mismo sosegado, sin emplearse en ninguna manera de criatura, estando con su Dios a solas.

La segunda es, memoria serenada: la memoria es lugar donde se imprimen las imágenes, esto es, las imaginaciones de las cosas imaginables: y así como por el aire discurren las nubes, por la memoria pasan las imaginaciones: y así como decimos que entonces está el cielo sereno, cuando de noche ninguna nube se atraviesa que nos impida la vista de las estrellas, así también llamamos a la memoria memoria serenada, cuando ninguna imagen o imaginación de cosas imaginables consentimos en ella, sino que todo nuestro interior está raso en su natural claridad: esto se hace con un actual encerramiento de la advertencia, o con un levantamiento de la mente en sí misma, escupiendo de sí todo lo criado.

La tercera parte del recogimiento íntimo se llama intención atenta y resignada. Solemos decir que nuestra intención es aquello que íntimamente pretendemos; llamando intención *objectiva* a lo pretendido por ella, pero intención *subjectiva* es nuestra íntima voluntad o afectiva, en la cual si miramos, hallamos luego sin algún engaño aquello que amamos, aquello a que nos afectamos, y aquello que pretendemos; y así decimos que lo que finalmente pretendemos hacer, aunque es último en ejecución, es lo primero en la intención: de manera que hallamos siempre nuestra intención revestida de aquello que pretende o desea, cuando actualmente lo desea.

A este propósito dijo bien un santo: «El que con la mente entera a Dios desea, ya por cierto tiene al que ama: pues cuando nuestra advertencia, en sí

misma encerrada, no se emplea en alguna criatura, despidiéndolas todas de sí, necesario es, si no se pasma, que se emplee en el Criador; al cual es imposible no advertir, presupuesto que quiere advertir, y no a criatura; porque no se puede dar algún vacío a la divina naturaleza, porque Dios es infinita replencia; y como hinche nuestro ser, y nuestro ser es en él, necesaria cosa es que él sea lo primero y solo a quien nuestra advertencia advierta: y si me pedís ¿en dónde le halla para advertir a él? digo que en la propia intención; y si decís que la intención es criatura, y que por consiguiente la advertencia se pone en criatura, digo que cuando la intención está en Dios y Dios en ella, pretendiendo a él y afectando tiernamente a solo él, ya la intención no es criatura, sino Dios, por deiformidad, porque es intención deiforme.» De manera que la advertencia puesta en la intención deiforme, advierte y está atenta a solo Dios; y entonces de la advertencia y de la intención deiforme se hace una intención atenta a sólo Dios. Y es de advertir que todo el tiempo que la intención está así endiosada, está amando a Dios, y gozándole por un acto de amor quietísimo continuado, al cual acto y continuación llaman los quietos contemplativos *adhesión*, que es principio de quieta y alta contemplación.

Y si me preguntáis en qué manera de objeto goza el alma de Dios, cuando la intención está atenta a él, como sea verdad que la divina esencia es inaccesible; respondo, que el objeto es ignorancia infinita de Dios: la cual, por cuanto es ignorancia sin término, despide por todas las partes, altas y bajas, y laterales de un lado y de otro, todo cuanto se le ofrece y ofrecérsele pueda imaginable, y todo cuanto se le ofrece y ofrecérsele pueda que no sea Dios; y despídelo sin algún término ni alcance, persuadiéndose que cosa alguna que se le ofrezca, la cual pueda la imaginativa imaginar a la inteligencia comprender, no es Dios: y así queda nuestra mente toda desnuda de todas las criaturas, y toda revestida de ignorancia infinita de Dios; la cual, por ser ignorancia infinita, priva al alma de toda comprensión así de toda criatura como de Criador; mas porque la ignorancia es tan sublime, que llega a ser ignorancia de Dios, quédase la intención fija y colgada de Dios, ignorando más suave y sabroso que todo sabor criado. A esta ignorancia llaman los contemplativos *niebla*, sobre la cual sube el alma levantada y atraída del rayo de la divina ignorancia, no para que comprenda, mas para que conozca que Dios es suave; y así conoce por gusto lo que no comprende por inteligencia: y cuanto a Dios menos comprende y más ignora, más dulce le halla la intención atenta y resignada.

Es semejante esta intención deiforme a la boca del niño que tiene la teta, el cual entre la lengua y el paladar tira y gusta la leche, y a las veces la leche le adormece, y dormido aun mama. La boca, que tiene la teta, es la intención, que tiene a Dios; la leche que se gusta es la incomprensibilidad divina, porque con su incomprensibilidad nos apacienta; mas la lengua y paladar son la fe y la afectiva, con las cuales la intención se deiforma y gusta: y acontece algunas veces con la perseverancia y divina condescensión ser tanto el rocío y gusto de aquella divina consolación, y ser nuestra mente tan rodeada, tan cándida y comprendida de Dios, que viene a perderse la vigilancia y cuidado de estar atenta la intención; y sin tal diligencia lo está, y goza de Dios, como decíamos del niño, que durmiendo mama; y por esta causa solía yo decir que unas veces nuestra alma tira para sí y tiene a Dios, otras Dios tira a nuestra alma y la tiene, que con dificultad la deja apartar de él, puesto caso que el alma así comprendida oye y siente las palabras altas que cerca se hablan, muy con dificultad se puede presto desenvolver para responder alguna palabra. Algunos dicen (lo que yo por mis pecados no tengo gustado) que es tan fuerte en ellos la suspensión en Dios, que totalmente no sienten lo que cerca de ellos se trata.

Vimos qué cosa es intención atenta. Veamos también qué es resignada; pues dijimos que ha de ser intención atenta y resignada. Por esta palabra «resignada» se entienden tres buenas disposiciones y necesarias de nuestra inten-

ción. La primera es, que no desee recibir consolación ni desconsolación en su obra, sino que cumpla Dios en el alma su divino beneplácito como bien le fuere visto; y tan buena cara haga al desconsuelo y a la sequedad y desamparo como a cualquier gusto y favor, y lo reciba todo de mano de Dios, y haciendo por el divino amor del desconsuelo consuelo, pues así lo quiere el amado: de de manera que en medio de cualesquier aflicciones espirituales pueda decir: «Bástame que mi Dios se me deje amar»; y el alma así resignada nunca podrá ser afligida: de lo cual infiero que el que quiere gozar de este íntimo recogimiento y estado estático, conviene que primero se haga muy grande enamorado de Dios; porque preso del amor, se deje, como mansita ovejita, llevar por donde le pluguiere al pastor.

La segunda disposición es, que sea muy diestra la mente en saberse estarse queda, porque su obra es sueño, ocio: destierre de sí todo bullicio, porque cuanto más hiciere del hacendado por recogerse en Dios tanto más se le deslizará de las manos; cuanto más se fatigare de menos paz gozará: de manera que es menester paciencia, blandura, suavidad y sosiego en nuestra obra, dejándose la mente y resignándose en silencio y esperanza, mortificando todo bullicio, y esperando a Dios: y porque espera a Dios en verdad, cuando le espera si para mientes a quién espera, ya le tiene. ¡Maravillosa cosa! que trabajará un alma una hora por recogerse en Dios, y no puede; mas en el punto que se deja caer, conociendo no poder nada, y aguarda a su Dios, luego se le viene a las manos y le goza como quiere.

La tercera y última disposición buena de la intención resignada, es una comunicación y dejamiento suave de nuestra afectiva en aquel sumo bien, que es su infinito objeto e incomprensible, al cual siempre se comunica, y en el cual se entra y se pierde; como una gota de vino que cae en un estanque de agua; así se dilata perdidamente y se desaparece, revestidas y transformadas las partes del vino en la clarísima agua. Allí el vino se comunica del todo y se resigna al agua, y el agua abraza y recibe en sí el vino y transforma en sí misma: así nuestra alma se entra en Dios y Dios la ampara, comunícase ella a él y él a ella con amor recíproco, en el cual el alma se da a Dios y Dios a ella; y al fin los dos se vencen del amor.

Esta resignación, en que el alma siempre se deja en Dios, es continuamente amar, es continuamente obrar la obra esencial del amor, que es amar: que si amor deja de amar, ya no es amor; así como el fuego, que no deja de calentar hasta que deja de ser fuego: así el amor, mientras es amor, no puede estar ocioso. Todo nuestro negocio ha de ser amor, hasta tanto que los dos amantes, alma y Dios, sean vencidos de amor; y entonces el alma ama y goza sin saber cómo ama y goza, porque queda absorta y abismada y anegada en el amor. Esta es alta unión y transformación del alma en Dios, que llega a tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es: de manera que viene a lo que dice la esposa: «Mi amado y querido es para mí, y yo soy para él».

Este amor recoge la memoria, esclarece el entendimiento, inflama la voluntad, roba los sentidos, santifica el alma, y transforma todo el hombre en Dios. Esta caridad hiere y traspasa el corazón de amor: estos gozan de una maravillosa paz y tranquilidad de ánimo y libertad, la cual los levanta sobre todos los cuidados y perturbaciones del mundo, y sobre todos los temores de la muerte y del infierno, y sobre todas las calamidades y adversidades y desdichas que se les pueden ofrecer en este mundo; porque trasladado todo su espíritu en Dios, andan entre las criaturas como si estuviesen fuera de ellas: de esta manera viven una vida angélica, sobrenatural, por la cual se pueden llamar ángeles de la tierra, pues conversando con solo el cuerpo en la tierra, todo lo demás está en el cielo.

De aquí nace la grande seguridad y tranquilidad del ánima, que es un cumplido reposo y una holganza espiritual, un silencio interior, un sueño reposado en el pecho del Señor, y es finalmente aquella paz que el Apóstol dice que

sobrepuja todo sentido, porque no hay seso humano que baste a comprender lo que es, sino aquel que lo ha probado. Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos gozar en este destierro.

El primer remedio será procurar una gran limpieza de alma: porque bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Lo segundo, será procurar que nuestro corazón con todo su poder se emplee aspirando a la unión y transformación divina: y para venir a tener costumbre de este amor, acostumbre a arrojar en todo lugar y tiempo unas oraciones abrasadas y palabras amorosas a Dios, con coloquios de amor, por mil modos, con gran fervor y humilde corazón, andando siempre atenta y elevada en Dios.

El segundo remedio para enamorarse el alma de Dios mucho, será considerar la infinita bondad de Dios y su infinita hermosura, sabiduría, poder y misericordia, justicia, majestad, resplandor y gloria, y el infinito amor que nos tiene, y los inmensos beneficios que nos tiene hechos, especialmente en Cristo y por Cristo Nuestro Señor.

El tercer remedio será pedirlo a Dios Nuestro Señor. Este amor se alcanza con trabajo de las virtudes, oración, y gran mortificación, y con la imitación de Cristo Nuestro Señor, trayéndole siempre como espejo delante de los ojos, mirándose en él, imitando su vida y sus virtudes, tomando su consejo, que dice: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Fray Pablo de León

Fray Pablo de León (siglo XVI), autor de biografía borrosa, pero de fuerte personalidad, publicó en 1553 una obra titulada *Guía del Cielo*, preponderantemente ascética, en la que pasa revista a las principales virtudes y ejercicios de la vida espiritual. Reproducimos el capítulo XXXIII sobre la *humildad*.

Este texto procede de la obra impresa que se conserva en la Biblioteca Nacional (Madrid), Sección de Raros, folios 152 al 154.

GUÍA DEL CIELO

CAPÍTULO XXXIII

DE LA HUMILDAD: QUÉ COSA ES Y QUÉ HACE EN EL HOMBRE

Conviene decir de la humildad, por la cual se refrena un apetito de subir, o desear lo que no conviene, o si conviene, no por aquella orden que lo desea; y para esto es de saber que humildad es una virtud por la cual la persona, considerando cuán poco es, comparándose con Dios y los Santos, como de sí vale muy poco, se detiene de no desear cosa alta, ni grande, ni excelente, sino baja, teniéndose por de poco valor, aunque viendo que nuestro Señor le dio gracias y letras, juicio y riquezas, se esfuerza, con la ayuda de Dios a hacer grandes cosas, y esto hace la magnanimidad como arriba dijimos. Así que, según el hombre considerare, ve que él es poco, todo cuanto es subjecto a Dios, y a todos por Dios, y a todos tiene por mayores que él, y esto según humildad. Pero según algunas gracias de Dios recebidas, agora gratuitas, agora naturales como acquisitas, cobra esfuerzo y esperanza, y acomete grandes cosas y toma gran corazón y esto por la magnanimidad, y así la humildad no es contra la magnanimidad, ni es ella misma, por que ni son contrarios, ni una virtud, sino dos. Así que el acto principal de la magnanimidad es esforzar y acometer grandes cosas dignas de honra, y ayuda a la esperanza a pensarlas alcanzar; y el acto segundo de la magnanimidad es reprimir la esperanza que no espera ni acomete mayores cosas que requieren las virtudes que en él hay, sino conforme a ellas. Al contrario es la humildad, que su principal acto es refrenarse y tenerse en no subir ni desear subir sobre sí; mas considerando la poca cosa que es y cual es, de sí trabaja de subjectarse a Dios y aun a todos por Dios. Así dijo el apóstol: Sed subjectos a toda humana criatura por Dios. Y así la madre de Dios considerando lo que de sí era y cuán poco vale el hombre, considerando lo que era según su quilate dijo: «Ved aquí la sierva y esclava de Dios.» Como quien dijese: ¿Qué cosa puedo yo ser, sino subjectarme a Dios; pues todo lo que soy, soy de Dios? Pero cuando considero las grandes mercedes, y de tal hijo, y quedar virgen, que ella tanto deseaba, levantada en el Spíritu Sancto, con una gran magnanimidad dijo: «Bienaventurada me dirán todas las gentes; porque hizo Dios en mí grandes cosas.» Que así como sería soberbia en el hombre levantarse sobre sí no teniendo causa para ello, así sería ingrato, conosciendo en sí gracias de Dios grandes, como gracia, letras, lengua o fortaleza, no las poniendo por obra y ejercitarlas y conocerlas. Así hizo aquella tan alta Señora, que considerando quién era de sí, se humilló y considerando que tal la había ordenado Dios, por mayor que todas se tuvo. Y así como más conosció qué tan gran distancia hay de lo que es naturaleza humana comparándola a la divina, fue la más humilde pura criatura que jamás hubo en el mundo. Y por que más conosció Christo esta distancia qué menos es el hombre en

respecto de Dios de lo que todos conoscen, fue el más humilde entre todos los hombres del mundo. Y así nos convidaba el señor, diciendo: « Deprended de mí que soy humilde de corazón y hallaréis holganza para vuestras ánimas ». Sobre lo cual dice Sant Agustín en el *Libro de la Virginidad*: « No dijo, deprended de mí a criar el mundo, o hacer los cielos, o resuscitar los muertos; sino, *que soy humilde*. ¡Oh, bendita doctrina y saludable, oh, maestro divino y Señor de los mortales! No quiso enseñar sino lo que él era ». Y el mesmo Sant Agustín dice en el *Libro de la Ciudad de Dios*: « Humildad nos enseñó nasciendo, conversando, haciendo milagros y moriendo; que en su nascimiento casa tuvo humilde en un establo, cama pobre en un pesebre, en la vida nunca casa propia, en la muerte una cruz, y después de la muerte, un sepulchro ajeno ». Sobre lo cual dice San Bernardo: « ¡Con cuántos ornamentos dorados están aderezados los altares y piedras preciosas, y qué retablos parescen, y cómo están las paredes de las Iglesias con infinitas mantas preciosas y diversas colores adornadas. Piensan que los ángeles y Christo miran aquéllos y menosprecian los hombres pobres y vilmente vestidos que están en la Iglesia a un rincón; pues que miran los clérigos en grandes ornamentos y muy ataviados y de grandes dignidades en la Iglesia y en el coro, y que dejan de mirar al pobre cristiano clérigo o humilde en la más humilde parte de la Iglesia. Cierto es que no, que si esto fuese verdad, no aparescieran los ángeles a los pobres pastores, y dejaron los grandes sacerdotes y reyes en Jerusalem. No miran estas vanidades que hacen los hombres soberbios, sino la humildad que él predicó, y anda a buscar dónde la hallará. Y donde la halla, allí mora; que a aquel le aparesce, y aquel es su discípulo ». Y así dicen todos que ésta es la escuela de Christo, en la cual solo esto dijo que deprendiésemos. Y en otra parte dijo: « Deja agora que así conviene complir toda justicia », y ésta es la humildad, ésta es el camino más breve para el cielo, y por éste fue nuestra Señora, y así todos los buenos; y así dijo Isaías: « Éste es el camino, andad por él ». Y para que esta virtud esté muy fija en la voluntad, es menester tener muy recto y claro el entendimiento para conoscer y considerar y pensar qué tal es el hombre y qué cosa es de sí mesmo, y cuánto vale sin Dios. Y después que tales y tantas son las gracias que de Dios ha recebido y recibe; porque todas le son causa de humildad, y así la humildad, aunque esté en la voluntad, pero tiene principio en el entendimiento; que él no se conosce a sí ni a Dios, no para cuanto es no que es lo suyo propio y lo ajeno y que a recebido y tiene protestado no sabe usar dello. Y así los necios no pueden ser humildes ni gratos, sino desordenados y soberbios.

Fray Luis de Alarcón

Fray Luis de Alarcón (siglo XVI), agustino, autor de la obra ascética *Camino del Cielo*, publicada en Alcalá en 1547. Contiene tres partes, sobre la *lección*, la *meditación* y la *oración*. Damos unos capítulos sobre la *meditación*.

CAMINO DEL CIELO

CAPÍTULO PRIMERO

DE CUÁN NECESARIA SEA LA MEDITACIÓN PARA ALCANZAR LA SALVACIÓN

El segundo ejercicio y más alto y más fructuoso, con que hemos de andar y subir por el camino del cielo, buscando y hallando de cada día más a nuestro Señor Dios, hasta venirlo a hallar del todo, gozándolo perfectamente en su celestial reino, es la sagrada meditación. Llámase este ejercicio meditación porque es obrado con la mente y pensamiento íntimo y profundo del hombre de dentro, y ésta es propia y perfecta vía para venir el hombre al amor de Dios y al menosprecio de sí mismo. Porque por la continua meditación de los beneficios de Dios somos inflamados a lo amar, y por el conocimiento de la necesidad que de sus dones tenemos, y de nuestro gran desagradecimiento y maldades con que le ofendemos, venimos a conocer ser indignos de todo bien y dignos de todo mal, con la cual consideración somos movidos a cosas ásperas y obrar cosas penosas y sufrir injurias y haber vergüenza de tratar blandamente nuestros cuerpos con que le ofendemos; y como estas cosas son obradas mediante el pensamiento, y con el corazón, afírmanse fuertemente en él, y así siéntense mejor y no se cae ni corrompe lo que se adquiere por este ejercicio profundamente meditando, como las cosas que son aprendidas solamente leyendo y oyendo. Este ejercicio de la meditación es un fundamento necesario para subir al cielo y ser todo hombre salvo, porque ninguno se salva sino al que a Dios nuestro Señor verdaderamente ama. Y como ninguna cosa se puede amar si no se conoce, ni se puede conocer si no se considera, que es bien pensarla y meditarla, de aquí se sigue ser cosa necesaria al que quiere aprovechar en el amor de Dios, ejercitarse en la santa meditación por la cual se sube al conocimiento de Dios. El que agora en esta presente vida no sube, meditando con su corazón, al cielo, no podrá subir después con el ánima y el cuerpo. Esto es lo que dice el Salmista: «Bienaventurado el varón que ayudado de vos, Señor, puso ante su corazón sus subidas desde este valle de lágrimas en aquel lugar donde lo ha puesto; conviene a saber, en el cielo, el cual no lo nombra por ser inefable». Esto mismo da a entender nuestro padre San Agustín en un sermón de la Ascensión, donde dice: «Subamos con Christo con el corazón, entretanto que somos detenidos en este mundo, porque después subamos a estar con Él, con el ánima y con el cuerpo». Esto mismo nos significa el apóstol diciendo: «Nuestra conversación es en el cielo. Porque, como dice Nuestro Señor en el Evangelio: Donde está tu tesoro allí está tu corazón; pues donde está el corazón allí es su conversación. Y cómo todo nuestro tesoro sea Christo que está esperándonos en el cielo, allí con Él debe estar todo nuestro pensamiento y deseo».

María de San José (Salazar)

Descendiente remota de los Duques de Medinaceli, nació en Toledo hacia 1549. A los 13 años conoció a Santa Teresa en el palacio de doña Luisa de la Cerda. La afición que le brotó con su presencia no se borró nunca. Ya Carmelita Descalza, es una de las principales coadjutoras de la Doctora mística, si no es la principal. De un talento y de una cultura extraordinarios la propia Madre Teresa lo reconoce con sencillísimo encanto en una carta: «Como no soy tan letrada como ella, no sé lo que son los fenicios».

Literariamente María de San José se da la mano con *De los nombres de Cristo*, y, a trechos, los supera. Esto, sobre todo, en su *Libro de Recreaciones*. Murió el 19 de octubre de 1603. Otras obras suyas son *Ramillete de mirra*; una preciosa obra pedagógica del corte de las de Luis Vives: *Avisos y máximas para gobernar religiosas* y una regular colección de poesías. Las *Recreaciones* son los primeros *Diálogos de Carmelitas* que se conocen. Damos de ellos una muestra.

Ramillete de mirra es una enérgica autobiografía en la cual María de San José defiende sus puntos de vista teresianos frente a las intromisiones que el Padre Nicolás Doria hacía — muerta Santa Teresa — en su espíritu y en la interpretación que daba al mismo el Padre Gracián, amigo este último, a cual más, de la Madre Teresa y de la Madre Salazar. Sabido es cómo Marquina, en *Santa Teresa de Jesús*, lleva la interpretación de la relación entre el Padre Gracián y la ilustre escritora teresiana a desenlaces desagradables y estridentes.

Es curioso comprobar cómo el estilo de María de San José refleja insensiblemente el de Santa Teresa, así como el de Cecilia del Nacimiento resbala sobre el de San Juan de la Cruz, a quien tiene asimilado maravillosamente.

LIBRO DE RECREACIONES

1.ª RECREACIÓN

Año del Señor de mil y quinientos y ochenta y tres, día del seráfico Padre San Francisco, habiendo un año que este día se secó la flor del Carmelo, invoqué el llanto y luto, viéndose despojado de su dulce Madre Teresa de Jesús, de quien dos hijas suyas, puestas a la sombra de una hermosa alameda, hablaban de ella debajo del nombre de Ángela, y aunque el tiempo no era para buscar la frescura y campos, que en la primavera suele ser deleitoso, empero la plática que tenían ayudaba la soledad y ruido del viento que movía todo a sentir la suya, y con lágrimas en los ojos traían a la memoria el robo que la muerte hizo dejándolas sin Madre, pastora y consuelo, y habiendo un rato llorado, los ojos puestos en tierra, los levantaban a tiempos al cielo, con que se templaba su dolor, considerando tener allí cierto y seguro su tesoro, gozándose de lo que su Madre gozaba con esto, quedando con algún espacio mudas.

Gracia, que así se llamaba la que más moza parecía, mudando la plática que antes tenían, dijo a Justa *(hace una transición a una orden del P. Gracián que la ha mandado escribir sobre temas de espíritu)*:

— Comienza ya — dijo Justa — que me da gran contento oír las cosas de nuestra Ángela.

— Oh, hermana Justa, y cuán de buena gana comenzara — dijo Gracia — esa materia, porque ha muchos días que ando con grandes deseos de hacer un memorial de algunas cosas que vi y oí a la buena Madre; pero paréceme imposible salir con ello, lo uno por mi rudeza, que no sabrá decir nada, y lo otro, que

es lo que más me acobarda, por ser mujer, a quienes ya por ley que ha hecho la costumbre les es vedado el escribir, y con razón, pues es su oficio más propio hilar.

— Yo confieso — respondió Justa — que sería muy gran yerro escribir ni meterse las mujeres en la Escritura, ni en cosas de letras, digo las que no saben más que mujeres, porque muchas ha habido que se han igualado, y aún aventajado a muchos varones ; pero dejemos esto : qué mal es que escriban las mujeres cosas caseras, que también a ellas les toca, como a los hombres, hacer memoria de las virtudes y buenas obras de sus madres y maestras, en las cosas que sólo ellas que las comunican, pueden saber, y forzosamente ocultar a ellas, fuera de que podría ser que a las que están por venir les cuadrase más, aunque escrito con ignorancia y con curiosidad, que si las escribiesen los hombres, porque en caso de escribir y tratar de valor y virtud de mujeres, solemos tenerlos por sospechosos, y a las veces nos harán daño, porque no es posible sino que cause confusión las heroicas virtudes de muchas flacas, como por la misericordia de Dios, en estos floridos tiempos de esta renovación, vemos.

— Bien dices, hermana — dijo Gracia — que sería confusión si lo que escriben mujeres ellos lo creyesen ; pero no ves que han tomado por gala tener a las mujeres por flacas, mudables e imperfectas y aun inútiles e indignas de todo ejercicio noble...

Y volviendo a lo comenzado, digo, hermana, que es de poca fuerza y de ningún crédito lo que dijéremos, por ser mujeres.

— ¿Qué se nos da de eso? — dijo Justa —. Para quien se escribe lo creerá. ¡Cuánto más en lo que fuere decir de nuestra grande Ángela! El Señor se ha mostrado tan maravilloso en su vida y muerte, que es a todos notorio, y, así, comienza, hermana, y haz cuenta que lo cuentas a las hermanas en las recreaciones, y si dijeres boberías, de las que no te aseguro, ya sabes cuán aceptas son en tal tiempo, y cuán solemnizadas, que no hayas miedo que ninguna te perdonen.

— Pluguiese a Dios, hermana mía — dijo Gracia — sirviese de dar recreación a estos ángeles, porque no hay cosa de que más guste que de verlas alegrarse unas con otras, y mi alma se goza porque se ve allí el amor y hermandad y gran contento que tienen y la mortificación de cada una, no mostrando ningún género de sentimiento, aunque se rían de sus boberías...

— Llamemos a las Hermanas Josefa y Dorotea — respondió Justa — que en negocio de recreación ellas tienen buen voto ; y levantándose con esto Gracia, fue por ellas, y venidas con licencia, les dijo Justa :

— Deogracias, hermanas, ¿pesóles de que las sacasen de la ermita?

Dorotea dijo al punto :

— ¿Y eso, carísima, úsase en las descalzas, pesarles de lo que manda la obediencia? No por cierto, ni creo que la hermana Josefa viene de mala gana ; la que dije luego : de mí sé decir que no holgué, porque deseaba pedir licencia para venir a oír algo de nuestro Señor, y acordóseme que me faltaba por hacer una mortificación de las que me han mandado que haga cada día y así lo dejé, y proveyó Nuestro Señor que me lo mandasen. ¡Bendito sea su nombre, que nada deja sin premio de lo que por Él se hace!

— Ea, hermanas — dijo Gracia — hagamos la obediencia y ved qué nombre se pondrá a esto que la hermana Justa aquí me hace escribir.

— Es menester que se vea — dijo Josefa — para dar el voto.

— Enhorabuena — dijo Gracia — mas yo aseguro que nunca nos venga vanagloria con el nombre que Vuestra Caridad le pusiere.

— Bien dice, hermana — replicó Josefa — que ya me va pareciendo de lo poco que he oído « olla podrida, que se hace de muchas cosas ».

— Más honesto nombre parece « ensalada », — dijo Dorotea.

Gustando todas de lo que Dorotea decía, acordándose de los trances que en semejante caso a cada una le habían pasado, de común parecer y voto de todas, determinaron se pusiese nombre al *Libro de Recreaciones*, pues no iba fuera de propósito, por ir mezclado con

diversas cosas bien semejantes a los entretenimientos de las hermanas, los cuales, compuestos de muchas materias sacan a un fin, que es alabanzas de Dios.

Con esto Josefa, que era la que más el nombre y la historia solemnizaba, dijo a Gracia: Comienza, hermana, que yo iré por el sombrero, que sospecho le habrás mucho menester.

—¡Bendito sea el Señor —decía Gracia— que veo ya lucir las obras de mis manos, pues dan ya recreación a mis hermanas! Mas porque estamos de prisa y no habrá lugar de solemnizar cada necedad poniéndose el sombrero, trae, hermana, el libro de las crónicas, donde las tales se suelen escribir, y ve asentando las que dijere.

Al punto Josefa, con gran presteza, respondió:

—De ese trabajo nos quita Vuestra Caridad, pues las escribe de su mano.

Justa que le había caído en gracia la aguda respuesta de Josefa, después de haberla con las demás solemnizado, mandó a Gracia que comenzase, y las demás se fueron porque habían tañido a oración.

RAMILLETE DE MIRRA

INTRODUCCIÓN

Ramillete de mirra es mi amado para mí; pondréle entre mis pechos (Cantar de los Cantares).

¡Qué es esto, Esposa Santa! ¿Ramillete de mirra amarga llamáis al Amado? Mirad que nos escandalizamos las que también tenemos nombres de esposas del mismo amado y nos parece blando y suave, y más cuanto más se llega al pecho: es deleite, es dulzura, es regalo, es consuelo, es todo amor, y por eso todas nos vamos tras él dejando padres, parientes, amigos y todo lo que el mundo estima, y a nosotras mismas negamos. Y nos lleva tras sí con el olor de su nombre, ¿qué será puesto entre los pechos?

¿Cómo, pues, os atrevéis a decir que es amargo delante de tantos testigos que han probado lo que no es posible decir de su infinita dulzura? Mirad no sospechen las que no entienden vuestro lenguaje que son celos por gozarle a solas. ¡Oh, esposa, digna de ser llamada esposa entre todas las que lo son, y cómo en eso que decís, mostráis que estáis ya abrazada con el esposo y tenéis el amado entre los pechos! ¡Desengañadnos, querida esposa, y enseñadnos, que muchas vamos erradas!

¡Oh, hijas de Eva engañadas como ella lo fue! Mirad que no es el esposo de la condición de Adán que habéis de comer con él de la manzana dulce, sino que es Cristo Jesús, que paga esa dulzura con la amargura y tormento de Cruz; y si la mano de esposa le habéis de dar, el clavo la ha de juntar con la suya. Es esposo de sangre. Con este traje y librea os habéis de adornar si queréis que ame el rey vuestra hermosura y serle semejantes. Sus galas son escarnios; sus honras son oprobios; sus regalos son azotes; sus músicas, blasfemias; su manjar, hiel y su corona, espinas; si en el pecho se reclina, forzoso es que ha de lastimar a la esposa, y viéndole tal, y por su amor, ¿cuál es la que requiere contento y regalo? ¡Oh, simples esposas! Corréis a los gustos preciándoos de favorecidas. No creáis que del todo lo sois si no os han lastimado las espinas, indicio manifiesto de que no os ha dado el Esposo el abrazo y beso de paz, que si éste hubiésedes recibido, no hay duda sino que sentiríades el amargura de la hiel de que está llena su boca.

¡Oh, mi buen Señor! No es mucho que seáis vos mirra a nosotras, pues nosotras os fuimos hiel, y gustándola vos, quisísteis quitar de las hijas de Eva el sabor de la manzana que nuestra madre comió. ¡Oh, cuán felice y bienaventurada esta esposa, a quien sois mirra puesta entre los pechos; y quién sabrá decir cuánto deleite y dulzura hay en esto que tiene nombre de amargura! ¿Hay por ventura en la tierra gusto que iguale el padecer por vos? ¿Satisfácele la honra al soberbio, aunque alcance cuanto el mundo da, tanto como a los que os aman el padecer

deshonras? ¿Hubo poder y riqueza tan rica como el ser pobre por vos? ¿Pudiera toda la carne y regalos de ella henchir el alma de gustos y deleites como los dan las injurias padecidas por vos? Estando en el pecho, ¿no fortalecéis el de una flaca y miserable mujer de suerte que se atreva a decir con el glorioso San Pablo: *Padecemos tribulación, pero en ninguna cosa somos afligidos; somos metidos en congoja, mas no somos desamparados; padecemos persecuciones, mas no nos falta el valor; humíllannos, pero no nos avergüenzan; somos derribados, mas no pereceremos?*

¿Adonde por ventura se halla la verdadera sabiduría sino en la pena y la cruz? ¿A quién descubrís vuestro amoroso corazón, sino al afligido corazón que a vos se llega? Las tribulaciones nos dan la preciosa paciencia, la pena y aflicción nos descubren la rica esperanza, las persecuciones muestran lo que son las criaturas; amigannos con el cielo, desarráigannos de la tierra, hacen el corazón generoso y que se levante de esto visible.

Infelices y desdichados, groseros y de poco saber son los que no saben qué son penas por Cristo. Todas las que mi Señor padeció vengan sobre mí, porque siéndole en algo semejante no se desdeñe de que me nombre su esposa...

QUÉ ES SER CARMELITA

Pobre el vestido, limpio, sin cuidado,
un rostro afable, grave, alegre, honesto,
un trato honroso, sincero y modesto,
a la verdad el corazón ligado.
Un valeroso pecho al bien atado,
sin que temor o amor le mude el puesto,
conforme a Dios, en todo al hombre opuesto,
por sí mismo temblando sosegado;
Buscar a Dios, por sólo ser Dios bueno,
abrazar con el alma la pobreza,
tener por libertad el ser mandada,
El corazón vacío, de Dios lleno,
conocer la soberbia en su bajeza:
esto es ser Carmelita Reformada.

Las que en dulce Jesús
todo vuestro amor tenéis,
escuchad, escuchad y oiréis
de qué se agrada.

Quiere su esposa encerrada,
amadora de pobreza
y que con toda presteza
sea obediente

Sujetando prestamente
el juicio y la razón
a la santa ordenación
de sus mayores.

Porque son finos amores
seguir sus santas pisadas
pues son las sendas, que amadas
causan vida.

Procurar que el alma unida
ande con su buen Señor,
porque sólo sea amor
el que la mueva.

Amando lo que se aprueba,
que es la santa castidad,
procurad en verdad
gran pureza

Grande bien es la pobreza,
con ella nos abracemos,
y hasta la muerte busquemos
su tesoro.

Aborrecible es el oro
para quien ama el sayal,
aqueste es vestido igual
a nuestra vida.

. . . . . .

Busca tú lo soberano
de la infinita bondad,
porque aquí sólo hay verdad
sin mentira.

Dejemos los desatinos
del mundo y su gran locura,
y amemos la hermosura
de nuestro Dios.

Juan de Jesús María (Aravalles)

Natural de Pastrana, donde nació en 1549, es uno de los discípulos inmediatos de San Juan de la Cruz. Rector del Colegio Mayor que la Reforma Teresiana tenía en Alcalá de Henares, se distinguió sobre todo por sus métodos y tratados pedagógicos. Siendo muchacho le conoció la Madre Teresa en su villa de Pastrana y le intuyó en todo su valor: «Ese mancebo ha de ser muy gran religioso». Esta semiprofecía no quedó desmentida. Ocupó los más altos cargos de la Reforma. Murió en 1609.

Sus obras, conocidas hasta ahora, son: *Instrucción de Novicios*, aprobada por San Juan de la Cruz en enero de 1590; *Tratado de Oración*, prolongación pedagógica de la obra anterior, e *Instrucción a la digresión de amor*. El estilo de todas es castigado y clásico, muy digno de ocupar primeros puestos en la literatura religosa del Siglo de Oro.

QUE LOS GUSTOS SON ARGUMENTO DE FLAQUEZA Y POR QUÉ SE COMUNICAN MAS A LOS PRINCIPIANTES

Así como en el manjar, v. g., en la perdiz, se hallan dos cosas: la substancia de la perdiz y el sabor de ella; lo primero es lo principal del alimento, pues con la substancia se nutre y alimenta el cuerpo; lo segundo, que es el sabor, no es lo que sustenta ni es necesario para la nutrición, que sólo la naturaleza proveyó de sabor a las cosas para que fuese motivo de que el hombre apeteciere la substancia, que es necesaria para la conservación de la vida, de donde nace que el enfermo que no arrostra la comida porque tiene estragado el gusto y no percibe el sabor de ella, tiene necesidad de algún pebre apetitoso, que le mueva algún tanto a comer, no habiéndole en realidad de verdad de sustentar el tal sabor; así pues el mismo que dio su naturaleza a las cosas, tuvo tal providencia acerca de la oración y contemplación, que ordenó que en ella hubiera gusto y contento, para que, movidos por él nos alentásemos a estos ejercicios, que no cuestan poco trabajo. A los principiantes que traen el gusto estragado del siglo, les hace en la oración mil salsillas y sainetes de júbilos y regalos sensibles, para que, movidos con este saborcillo, perseveren en la oración y contemplación, no siendo los gustos lo sustancial, sino la aplicación de la voluntad al buen objeto y verdadero que el entendimiento le propone.

Pues según lo dicho, los regalos antes son argumentos de flaqueza y enfermedad que de fortaleza y salud; y como los regalones y enfermizos con sus caldillos y potajes no son para trabajos, y uno que está en sanidad, toma un pedazo de pan que le hace saltar chispas entre los dientes, comiéndolo con linda gana y aliento, sale fuerte y animoso para los trabajos y haciendas; así los principiantes, con sus gustillos y lagrimillas, muchas veces no son para trabajos, ni hay provecho de ellos, más que de unos mamoncillos y niños de teta; pero el perfecto, que se contenta con una oración seca y disgustada, como soldado robusto, pone el hombro al trabajo y tentación, como nuestro buen adalid y padre Elías, que con un pedazo de pan amasado con ceniza (miren qué sabor tendría), cobró tanto aliento y esfuerzo, que subió con lindo brío por las breñas, peñascos y riscos hasta ponerse sobre la cumbre del monte de Dios.

Imitemos, pues, hermanos míos, a este nuestro buen padre, y haciendo nosotros lo poquillo que podemos, contentémonos con un pedazo de pan duro y ceniciento; digo con una oración a veces seca y soñolienta; que con esa oración, tal cual es, nos dará el Señor ánimo y fuerzas para caminar de virtud

en virtud, hasta que veamos al Dios de los dioses en Sión.

Los gustos que los principiantes tienen, nacen de la novedad de aquel nuevo espíritu que reciben, y de aquel nuevo trato que experimentan; y como andando el tiempo se van continuando en ello, haciéndose a cosas divinas, como les falta la admiración, carecen del gusto. El agreste labrador que nunca ha salido de su choza y lugar, si entra en palacio, mira muy por menudo la hermosura de las portadas, y delicadas molduras de ellas, la riqueza de los techos y florines dorados, las lisas y jaspeadas columnas, con sus bien labradas basas; asómbrale ver tanta gente de guarda con sus alabardas y cuchillas; embelésase en ver tanta gente y caballería arreada de seda, y pásmase viendo al Rey con tanto acompañamiento; y poniéndose, ya de puntillas, ya subiéndose a los antepechos de los corredores para alcanzar a verle, y admirándose de todo, trae extraordinario y crecido contento, y no ve la hora de manifestar y dar cuenta a los de su aldea de las cosas tan admirables que ha visto. No siente esto el cortesano que cada día lo tiene delante de sus ojos, que, como dice el filósofo: *Ex assuetis non fit passio;* de donde alguno vino a decir que por la costumbre no sentimos el ruido y estruendo que hacen los cielos con su movimiento. El cortesano, como tiene todas estas cosas por comunes, y ha hecho costumbre a ellas, no siente cuando las ve mucho gozo y alegría, aunque mejor las entiende y conoce que el rústico labrador. Así, pues, sucede a los que estaban en el siglo en sus casas pajizas, en sus tinieblas, en vanidades y naderías, que cuando entran en el palacio y casa de Dios, y se convierten a Él, descubren una vida celestial, un trato angélico de sus hermanos, una luz con que penetran claramente el meollo de todo lo criado, que es suciedad, un barruntar la grandeza de Dios, unos ciertos asomos del inflamado amor que Cristo les tiene, unos vislumbres de la hermosa deidad; un singular privilegio de haberles Dios sacado y entresacado del mundo, dejando a otros sus conocidos en tanto peligro de condenarse; un columbrar la eterna vida, pareciéndole la presente sueño y sombra, y otras maravillas que el mismo que las descubre no sabe por palabra explicarlas, suspéndese y con su embeleso y admiración de cosas tan nuevas y admirables, reciben grande gusto y júbilo; sintiendo en sí unos deseosos ímpetus de ir por el mundo a predicar y dar voces de las nuevas maravillas que ha gustado.

Como se viese sano aquel tullido de los Actos de los Apóstoles, a quien San Pedro curó, sano y con libertad, comenzó luego a dar saltos y brincos de contento. Claro está que no estaría toda la vida bailando y haciendo esos extremos de contento. El Novicio que ha estado tullido para dar paso bueno, que tenía lisiado el entendimiento y la voluntad, que no podía pasar su andar más adelante de lo que con los sentidos percibía; viéndose ya libre y tan ligero que en un punto se pone con la consideración en el cielo, y en otro en el infierno; en un momento se va al fondo de su miseria, en otro se levanta a la alteza de Dios, no acaba de dar saltos y brincos de contento de ver en sí tan nuevo efecto; pero esto no dura más de lo que dura la novedad de ellos; que después se va ejercitando en actos más excelentes y subidos, aunque no en gustos tan perceptibles.

También los fervores en los Novicios son mayores, porque se encuentran el amor mundano que traen del siglo y el de Dios, que comienza a tomar posesión del corazón; y de la pelea y contranitencia de los dos amores se causan los fervores y sentimientos. La olla que se pone el fuego a cocer, al principio hace borbollones, y hierbe que se quiere salir, por la contrariedad de la frialdad del agua y calor del fuego; pero aun entonces no está sazonada la olla en estas oleadas, hasta que el calor se ha enseñoreado de la frialdad, y queda la olla quieta y reposada y con sazón para comerla: como también el mosto no está hecho vino para beber, hasta que está cocido y sosegado. Así la perfección no está en un amor muy sensible que da como oleadas en el corazón de los Novicios, que parece que los quiere hacer salir de madre, mostrando con señales exteriores que no les cabe en el

corazón lo que sienten, que nace de la batalla de los dos amores que dijimos. Mas la verdadera perfección está y consiste en una entrega del corazón a Dios con una tranquilidad sencilla, inclinado amorosa y firmemente el espíritu a la soberana deidad ; y entonces, cuando el alma llega a esta sosegada firmeza de espíritu, está el amor sazonado y en su punto. Este amor perfectísimo es el amor esencial, del cual, con el favor del Señor, trataremos.

San Juan de la Cruz (Juan de Yepes)

Nace en Fontiveros (Ávila) en 1542. Muere en Úbeda (Jaén) el 14 de diciembre de 1591. El tiempo que transcurre entre estas dos fechas marca el cénit de la espiritualidad española y de la expresión lírica del castellano. Lo primero porque, como dice M. Bataillon, «las vicisitudes de la Reforma del Carmen — de la que Fray Juan de Yepes es protagonista con Santa Teresa — marcan el momento cumbre de la espiritualidad española». Lo segundo porque la crítica no ha podido descubrir una mota en la transparencia de sus versos de ángel, con estar éstos sobrecargados con el tema más difícil y arriesgado que puede abordar la poesía.

Como poeta San Juan de la Cruz no tiene rival en la Península Ibérica. Como prosista castellano, aunque no llega a esas cumbres a que nadie pudo llegar más que él, está a la altura de los mejores que han escrito en nuestro idioma. La Academia española tiene incluído su nombre en el «Catálogo oficial de los escritores que pueden servir de autoridad en el uso de los vocablos y de las frases de la lengua castellana».

Las facetas que presenta su genio son múltiples e inagotables. Hace desfallecer, sin que lleguen a agotarle, al filósofo, al teólogo, al literato, al poeta, al místico, al psicólogo, al pedagogo, al metodista, al hagiógrafo y al historiador. Y lo más peregrino es que cada una de esas facetas está tan implicada en las otras, que la hace imposible de abordar por separado. Quiere esto decir que aún no ha podido presentarse un especialista que pueda dar una explicación satisfactoria de su obra. Es mas bien ella, su obra, la que vale y se adelanta a explicar a los especialistas parciales que se le acercan.

He aquí las principales fechas que hay que tener en cuenta después de su muerte. El 25 de enero de 1675 es beatificado por Clemente X. Le canoniza Benedicto XIII el 27 de Diciembre de 1726. Pío XI le declara Doctor de la Iglesia Universal el 24 de agosto de 1926.

Los principales hitos literarios son: En 1618 sale en Madrid la primera edición de sus obras, que antes habían corrido en centenares de copias manuscritas por toda Europa y América. El no haberse impreso antes ha traído a la posteridad un agudo problema, sobre los otros muchos que ya planteaba el estudio de San Juan de la Cruz: ¿tenemos el texto auténtico de la pluma de San Juan de la Cruz? Parece que hay uniformidad en cuanto a los versos del *Cántico Espiritual*, así como en cuanto al resto de su poesía. Hay profundas discordancias en cuanto a la prosa del *Cántico* y de la *Llama de Amor*, y sospechas muy dignas de ser oídas en cuanto a la *Subida del Monte Carmelo* y *Noche Oscura*. La razón de ese mal trato y mutilación, o posible refundición de su texto, podemos resumirla en esto: San Juan de la Cruz es sumamente original en terminología, en frase, en sacar consecuencias, en el uso de la Biblia. Esto, cuando trata de publicarse su obra, acarrea un complejo de timidez extraordinario ante la Inquisición, a la que todavía se denuncia repetidas veces la edición impresa. Es la mejor prueba de que la timidez estaba justificada, si no tuviésemos ejemplos elocuentes, como el proceso del mismo Fray Luis de León.

En 1619 aparece otra edición española en Barcelona, de las más extendidas, pues sólo en el siglo XVII cuenta por lo menos con nueve reediciones. En 1621 aparece la primera edición francesa. En 1622 aparece otra edición gala en Bruselas — la otra era de París — en la que se edita por vez primera el *Cántico Espiritual*, que todavía no se habían atrevido a editar en España. Esta edición belga cuenta al menos con seis reediciones en el mismo siglo. En 1627 aparece la edición italiana. La flamenca sale en

1637. En 1697 aparece en Praga la edición alemana. Al siglo de su muerte San Juan de la Cruz se había impuesto, como puede verse, a las letras europeas.

Las cuatro obras principales del gran místico son las que hemos enumerado: *Subida del Monte Carmelo, Noche Oscura del alma, Cántico espiritual* y *Llama de Amor viva*. La rutina, sin embargo, de computar estas obras como principales, dada su extensión, ha hecho que se desconozcan otras menores en las que va, todavía mejor que en aquellas muchas veces, el genio concentrado del Santo. Tales son las *Cautelas*, los *Dichos de Luz y de Amor*, *Avisos* y las pocas *Cartas* que escaparon a la persecución que se opuso a sus escritos.

Su obra poética, escasa en extensión, sublime en calidad, está representada, sobre todo, en las estrofas que dan origen a los comentarios de la *Subida*, *Noche*, a los del *Cántico* y a los de la *Llama*. Se puede decir así que todos esos múltiples problemas que crea San Juan de la Cruz nacen de su poesía. Preciosidades poéticas son también su poemita: *Un pastorcico sólo está penado*, y *¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre aunque es de noche!*

San Juan de la Cruz — lo hemos indicado — escribe con una lógica extraordinaria. La arquitectura del Escorial es lo que mejor explica su método de escritor. Sigue las rectas de cada consecuencia en todo el horizonte que admiten. Por eso, no vamos a dar ligazón a los fragmentos que ofrecemos de muestra.

El dibujo que pone él al principio de la *Subida* es ya de por sí un esquema luminoso. Lo reproducimos en conexión con el capítulo XIII del libro primero, en que resume en sus célebres aforismos todas las intenciones que lleva en la obra. Damos el capítulo XVI del libro segundo de la *Noche* porque es donde expone con claridad la paradoja oscuridad-seguridad. Del *Cántico* ofrecemos su planeamiento, el comienzo dinámico de la primera estrofa, y el desenlace del poema en una de las últimas. De la *Llama*, muy difícil de seleccionar, damos su planteamiento con la primera estrofa. De las *Poesías* ofrecemos todas las principales.

BIBLIOGRAFÍA. Todavía en esta fecha, 1955, no tenemos una edición crítica de San Juan de la Cruz, haciéndose, a medida que pasa el tiempo, más dificultosa por la ininterrumpida aparición de nuevos códices y por la desaparición de otros. Consúltese la ed. de B. A. E., XXVII. Véase: BARUZI: *Saint Jean de la Croix et le problème de l'experience mystique*, París. P. NAZARIO DE STA. TERESA: *Filosofía de la mística*, Madrid, 1953. DÁMASO ALONSO: *La poesía de San Juan de la Cruz*. (Madrid, 1951) y su posterior enfoque del tema en *Poesía española* (ed. Gredos)

SUBIDA DEL MONTE CARMELO

(de 1578 a 1583)

Trata de cómo podrá un alma disponerse para llegar en breve a la divina unión. Da avisos y doctrina, así a los principiantes, como a los aprovechados, muy provechosa, para que sepan desembarazarse de todo lo temporal, y no embarazarse con lo espiritual, y quedar en la suma desnudez y libertad de espíritu cual se requiere para la divina unión.

ARGUMENTO

Toda la doctrina que entiendo tratar en esta *Subida del Monte Carmelo*, está incluida en las siguientes Canciones, y en ellas se contiene el modo de subir hasta la cumbre del monte, que es el alto estado de la perfección que aquí llamamos unión del alma con Dios. Y porque tengo de ir fundando sobre ellas lo que dijere, las he querido poner aquí juntas, para que se entienda y vea junta toda la substancia de lo que se ha de escribir; aunque al tiempo de la declaración convendrá poner cada canción de por sí, y, ni más ni menos, los versos de cada una, según lo pidiere la materia y declaración. Dice, pues, así.

CANCIONES

EN QUE CANTA EL ALMA LA DICHOSA VENTURA QUE TUVO EN PASAR POR LA OSCURA NOCHE DE LA FE, EN DESNUDEZ Y PURGACIÓN SUYA A LA UNIÓN DEL AMADO.

1. En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

2. A oscuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh, dichosa ventura!
A oscuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

3. En la noche dichosa
En secreto que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz, y guía,
Sino la que en el corazón ardía.

4. Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía,
A donde me esperaba,
Quien yo bien me sabía,
En parte, donde nadie parecía.

5. ¡Oh, noche que guiaste,
Oh, noche amable más que el alborada;
Oh, noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!

6. En mi pecho florido,
Que entero para Él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la almena,
Cuando yo sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.

8. Quedéme y olvideme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

PRÓLOGO

1. Para haber de declarar y dar a entender esta noche oscura, por la cual pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, cual se puede en esta vida, era menester otra mayor luz de ciencia y experiencia que la mía; porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, así espirituales, como temporales, porque ordinariamente suelen pasar las dichosas almas para poder llegar a este alto estado de perfección, que ni basta ciencia humana para saberlo entender, ni experiencia para saberlo decir; porque sólo el que por ello pasa, lo sabrá sentir, mas no decir.

2. Y, por tanto, para decir algo de esta noche oscura, no me fiaré, ni de experiencia, ni de ciencia, porque lo uno y lo otro puede faltar y engañar; mas, no dejándome de ayudar en lo que pudiere de estas dos cosas, aprovecharme he para todo lo que con el favor divino hubiere de decir, a lo menos para lo más importante y oscuro de entender, de la Divina Escritura, por la cual guiándonos, no podremos errar, pues el que en ella habla es el Espíritu Santo. Y si yo en algo errare, por no entender bien así lo que en ella como en lo que sin ella dijere, no es mi intención, apartarme del sano sentido y doctrina de la Santa Madre Iglesia Católica; porque, en tal caso, totalmente me sujeto y resigno, no sólo a su mandado, sino a cualquiera que en mejor razón de ello juzgare.

3. Para lo cual me ha movido, no la posibilidad que veo en mí para cosa tan ardua, sino la confianza que en el Señor tengo de que ayudará a decir algo, por la mucha necesidad que tienen muchas almas; las cuales, comenzando el camino de la virtud, y queriéndolas Nuestro Señor poner en esta noche oscura para que por ella pasen a la divina unión, ellas no pasan adelante: a veces, por no querer entrar o dejarse entrar en ella; a veces, por no se entender y faltarles guías idóneas y despiertas que las guíen hasta la cumbre. Y así, es lástima ver muchas almas a quien Dios da talento y favor para pasar adelante (que si ellas quisiesen animarse llegarían a este alto estado), y quédanse en un bajo modo de trato con Dios, por no querer, o no saber, o no las encaminar y enseñar a desasirse de aquellos principios. Y ya que, en fin, Nuestro Señor las favorezca tanto,

que sin eso y sin esotro las haga pasar llegan muy más tarde y con más trabajo, y con menos merecimiento, por no haber acomodádose ellas a Dios, dejándose poner libremente en el puro y cierto camino de la unión. Porque aunque es verdad que Dios las lleva, que puede llevarlas sin ellas, no se dejan ellas llevar, y así camínase menos resistiendo ellas al que las lleva, y no merecen tanto, pues no aplican la voluntad, y en eso mismo padecen más. Porque hay almas que en vez de dejarse a Dios y ayudarse, antes estorban a Dios por su indiscreto obrar o repugnar; hechas semejantes a los niños, que queriendo sus madres llevarlos en brazos, ellos van pateando y llorando, porfiando por irse ellos por su pie, para que no se pueda andar nada; y si se anduviere, sea al paso del niño.

4. Y así, para este saberse dejar llevar de Dios, cuando Su Majestad los quiere pasar adelante, así a los principiantes, como a los aprovechados, con su ayuda daremos doctrina y avisos para que sepan entender, o, a lo menos, dejarse llevar de Dios. Porque algunos confesores y padres espirituales, por no tener luz y experiencia de estos caminos, antes suelen impedir y dañar a semejantes almas que ayudarlas al camino; hechos semejantes a los edificantes de Babilonia, que habiendo de administrar un material conveniente, daban y aplicaban ellos otro muy diferente, por no entender ellos la lengua, y así, no se hacía nada. Por lo cual, es recia y trabajosa cosa en tales sazones no entenderse un alma, ni hallar quien la entienda. Porque acaecerá que lleve Dios a un alma por un altísimo camino de oscura contemplación y sequedad, en que a ella le parece que va perdida, y que, estando así llena de oscuridad y trabajos, aprietos y tentaciones, encuentre con quien le diga como los consoladores de Job, que es melancolía o desconsuelo, o condición, o que podrá ser alguna malicia oculta suya, y que por eso la ha dejado Dios. Y así, luego suelen juzgar que aquella alma debe de haber sido muy mala, pues tales cosas pasan por ella.

5. Y también habrá quien le diga que vuelve atrás, pues no halla gusto ni consuelo como antes en las cosas de Dios. Y así doblan el trabajo a la pobre alma; porque acaecerá que la mayor pena que ella siente, sea del conocimiento dé sus miserias propias en que le parece que ve más claro que la luz del día que está llena de males y pecados, porque le da Dios aquella luz de conocimiento en aquella noche de contemplación, como adelante diremos. Y como halla quien conforme con su parecer, diciendo que serán por su culpa, crece la pena y el aprieto del alma sin término, y suele llegar a más que morir. Y no contentándose con esto, pensando los tales confesores que procede de pecados, hacen a las dichas almas revolver sus vidas y hacer muchas confesiones generales, y crucificarlas de nuevo; no entiendo que aquel por ventura no es tiempo de eso ni de esotro, sino de dejarlas así en la purgación que Dios las tiene, consolándolas y animándolas a que quieran aquello hasta que Dios quiera; porque hasta entonces, por más que ellas hagan y ellos digan, no hay remedio.

6. De esto hemos de tratar adelante con el favor divino, y de cómo se ha de haber el alma entonces, y el confesor con ella, y qué indicios habrá para conocer si aquélla es la purgación del alma; y, si lo es, si es del sentido o del espíritu (lo cual es la noche oscura que decimos), y cómo se podrá conoçer si es melancolía u otra imperfección acerca del sentido o del espíritu. Porque podrá haber algunas almas que pensarán ellas o sus confesores, que las lleva Dios por este camino de la noche oscura de purgación espiritual, y no será, por ventura, sino alguna imperfección de las dichas. Y porque hay también muchas almas que piensan no tienen oración, y tienen muy mucha; y otras, que piensan tienen mucha y es poco más que nada.

7. Hay otras, que es lástima que trabajan y se fatigan mucho y vuelven atrás, y ponen el fruto del aprovechar en lo que no aprovecha, sino antes estorba; y otras, que con descanso y quietud van aprovechando mucho. Hay otras que, con los mismos regalos y mercedes que Dios les hace para caminar adelante, se embarazan y estorban, y no van adelante; y otras muchas cosas

que en este camino acaecen a los seguidores de él, de gozos, penas y esperanzas y dolores: unos que proceden de espíritu de perfección, otros de imperfección. De todo, con el favor divino, procuraremos decir algo, para que cada alma que esto leyere, en alguna manera eche de ver el camino que lleva, y el que le conviene llevar, si pretende llegar a la cumbre de este Monte.

8. Y por cuanto esta doctrina es de la noche oscura por donde el alma ha de ir a Dios, no se maraville el lector si le pareciere algo oscura. Lo cual entiendo yo que será al principio que la comenzare a leer; mas, como pase adelante, irá entendiendo mejor lo primero, porque con lo uno se va declarando lo otro. Y después, si lo leyere la segunda vez, entiendo le parecerá más claro y la doctrina más sana. Y si algunas personas con esta doctrina no se hallaren bien, hacerlo ha mi poco saber y bajo estilo; porque la materia, de suyo, buena es y harto necesaria. Pero paréceme que aunque se escribiera más acabada y perfectamente de lo que aquí va, no se aprovecharán de ello sino los menos, porque aquí no se escribirán cosas muy morales y sabrosas [1] para todos los espirituales que gustan de ir por cosas dulces y sabrosas a Dios; sino doctrina sustancial y sólida, así para los unos como para los otros, si quisieren pasar a la desnudez de espíritu que aquí se escribe.

9. Ni aun mi principal intento es hablar con todos, sino con algunas personas de nuestra sagrada Religión de los primitivos del Monte Carmelo, así frailes, como monjas, por habérmelo ellos pedido, a quien Dios hace merced de meter en la senda de este Monte; los cuales, como ya están bien desnudos de las cosas temporales de este siglo, entenderán mejor la doctrina de la desnudez del espíritu.

CAPÍTULO XIII

EN QUE SE TRATA DE LA MANERA Y MODO QUE SE HA DE TENER PARA ENTRAR EN ESTA NOCHE DEL SENTIDO.

1. Resta ahora dar algunos avisos para saber y poder entrar en esta noche del sentido. Para lo cual es de saber, que el alma ordinariamente entra en esta noche sensitiva en dos maneras: la una es activa, la otra pasiva. Activa es lo que el alma puede hacer y hace de su parte para entrar en ella, de lo cual ahora trataremos en los avisos siguientes. Pasiva es en que el alma no hace nada, sino que Dios lo obra en ella, y ella se ha como paciente. De la cual trataremos en el cuarto Libro, cuando habemos de tratar de los principiantes. Y porque allí habemos, con el favor divino, de dar muchos avisos a los principiantes, según las muchas imperfecciones que suelen tener en este camino, no me alargaré aquí en dar muchos. Y porque también no es tan propio de este lugar darlos, pues de presente sólo tratamos de las causas por qué se llama noche este tránsito, y cuál sea ésta, y cuántas sus partes. Pero porque parece quedaba muy corto y no de tanto provecho no dar luego algún remedio o aviso para ejercitar esta noche de apetitos, he querido poner aquí el modo breve que se sigue; y lo mismo haré

---

[1] Ni que decir tiene que el Santo no intenta declarar en esta frase, que desenvolverá las doctrinas que va a tratar en forma poco conveniente a la moral más limpia y pudorosa, lo mismo en lo que atañe a la sustancia de la exposición, que a la forma del lenguaje y estilo; pues sabido es que el autor del *Cántico Espiritual* es uno de los pocos escritores de su siglo que no tienen crudeza de expresión que puedan ofender a oídos meticulosos o de muy extremada pudibundez, que en nuestros días no faltan, no por mejora de costumbres, sino por afinamiento externo de trato y de pluma. Lo que dice es, que no tratará de cosas llanas y sencillas de perfección, como declaración de virtudes y fácil evitación de vicios y defectos, que siempre oyen o leen con gusto las personas discretas; sino que se tira a lo hondo de la santidad evangélica, para descuajar de raíz los vicios y asentar las virtudes y los medios conducentes a la unión más estrecha del alma con Dios por amor, sobre todo la contemplación en bases solidísimas. Es una prevención y algo como toque de retirada a los pusilánimes que no se sientan con ánimo para subir el repecho de este monte místico. Por lo demás, el mismo Santo define en la siguiente forma lo que el entiende por bienes morales. «Por bienes morales entendemos aquí las virtudes y los hábitos de ellas en cuanto morales, y el ejercicio de cualquiera virtud, y el ejercicio de las obras de misericordia, la guarda de la ley de Dios, y la política (cortesanía, educación) y todo ejercicio de buena índole e inclinación».

al fin de cada una esotras dos partes o causas de esta noche, de que luego, mediante el Señor, tengo de tratar.

2. Estos avisos que aquí se siguen de vencer los apetitos, aunque son breves y pocos, yo entiendo que son tan provechosos y eficaces como compendiosos; de manera que el que de veras se quisiere ejercitar en ellos, no le harán falta otros ningunos, antes en éstos los abrazará todos.

3. Lo primero, traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas, conformándose con su vida, la cual debe considerar para saberla imitar y haberse en todas las cosas como se hubiera Él.

4. Lo segundo, para poder bien hacer esto, cualquiera gusto que se le ofreciere a los sentidos, como no sea puramente para honra y gloria de Dios, renúncielo y quédese vacío de él por amor de Jesucristo, el cual en esta vida no tuvo otro gusto, ni le quiso, que hacer la voluntad de su Padre, lo cual llamaba él su comida y manjar. Pongo ejemplo. Si se le ofreciere gusto de oír cosas que no importen para el servicio y honra de Dios, ni lo quiera gustar, ni las quiera oír; y si le diere gusto mirar cosas que no le ayuden más a Dios, ni quiera el gusto, ni mirar las tales cosas; y si en el hablar o en otra cualquiera cosa se le ofreciere, haga lo mismo. Y en todos los sentidos, ni más ni menos, en cuanto lo pudiere excusar buenamente; porque, si no pudiere, basta que no quiera gustar de ello, aunque estas cosas pasen por él. Y de esta manera ha de procurar dejar luego mortificados y vacíos de aquel gusto a los sentidos, como a oscuras. Y con este cuidado en breve aprovechará mucho.

5. Y para mortificar y apaciguar las cuatro pasiones naturales, que son gozo, esperanza, temor y dolor, de cuya concordia y pacificación salen estos y los demás bienes, es total remedio lo que se sigue, y de gran merecimiento y causa de grandes virtudes.

6. Procure siempre inclinarse: no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto; no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso; no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada; no andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo.

7. Y estas obras conviene las abrace de corazón y procure allanar la voluntad en ellas. Porque si de corazón las obra, muy en breve vendrá a hallar en ellas gran deleite y consuelo, obrando ordenada y discretamente.

8. Lo que está dicho, bien ejercitado, bien basta para entrar en la noche sensitiva; pero, para mayor abundancia, diremos otra manera de ejercicio que enseña a mortificar la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, que son las cosas que dice San Juan reinan en el mundo, de las cuales proceden todos los demás apetitos.

9. Lo primero, procurar obrar en su desprecio, y desear que todos lo hagan; lo segundo, procurar hablar en su desprecio, y desear que todos lo hagan; lo tercero, procurar pensar bajamente de sí en su desprecio, y desear que todos lo hagan.

10. En conclusión de estos avisos y reglas, conviene poner aquí aquellos versos que se escriben en la Subida del Monte, que es la figura que está al principio de este libro, los cuales son doctrina para subir a él, que es lo alto de la unión. Porque, aunque es verdad que allí habla de lo espiritual e interior, también trata del espíritu de imperfección según lo sensual y exterior, como se puede ver en los dos caminos que están en los lados de la senda de perfección. Y así, según ese sentido los entenderemos aquí, conviene a saber: según lo sensual; los cuales después, en la segunda parte de esta noche, se han de entender según lo espiritual.

11. Dice así:

— Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
— Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.

— Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
— Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.
— Para venir a lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas.
— Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
— Para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees.
— Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.

MODO PARA NO IMPEDIR AL TODO

12. Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo;
Porque para venir del todo al todo,
has de negarte del todo en todo.
—Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer.
Porque si quieres tener algo en todo,
No tienes puro en Dios tu tesoro.

13. En esta desnudez halla el alma espiritual su quietud y descanso; porque no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba, y nada le oprime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad; porque, cuando algo codicia, en eso mismo se fatiga.

NOCHE OSCURA

(de 1578 a 1583)

CAPÍTULO XV

PÓNESE LA SEGUNDA CANCIÓN Y SU DECLARACIÓN

A oscuras y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh, dichosa ventura!
A oscuras y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN

1. Va el alma cantando en esta canción todavía algunas propiedades de la oscuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dícelas, respondiendo a cierta objeción tácita, diciendo que no se piense que por haber en esta noche y oscuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y horrores, como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse, porque antes en la oscuridad de esta noche se ganó; porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la oscuridad de la noche iba mudado el traje y disfrazada con tres libreas y colores que después diremos; y por una escala muy secreta, que ninguno de casa la sabía, que, como también en su lugar notaremos, es la viva fe, por la cual salió tan encubierta y en celada, para poder bien hacer su hecho, que no podía dejar de ir muy segura; mayormente estando ya en esta noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que estando despiertos y vivos no se lo consintieron.

Síguese, pues, el verso, y dice así:

A oscuras y segura

CAPÍTULO XVI

EXPLÍCASE COMO YENDO EL ALMA A OSCURAS VA SEGURA

1. La oscuridad que aquí dice el alma, ya habemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, porque todas se oscurecen de su natural lumbre en esta noche, porque purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas acerca de lo sobrenatural; porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados sin poder gustar de cosa, ni divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover a ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria, acabada; el entendimiento entenebrecido, sin poder entender cosa, y de aquí también la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías e inútiles, y, sobre todo esto, una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajenada de

Dios [1]. De esta manera «A oscuras», dice aquí el alma que iba «segura».

2. La causa de esto está bien declarada; porque, ordinariamente, el alma nunca yerra sino por sus apetitos o sus gustos, o sus discursos, o sus inteligencias, o sus aficiones; porque de ordinario en éstas excede o falta, o varía o desatina, y de ahí se inclina a lo que no conviene. De donde, impedidas todas estas operaciones y movimientos, claro está que queda el alma segura de errar en ellos; porque no sólo se libra de sí, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio, los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

3. De aquí se sigue, que cuanto el alma va más a oscuras y vacía de sus operaciones naturales, va más segura. Porque como dice el Profeta: la perdición al alma solamente le viene de sí misma, esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos; y el bien, dice Dios, solamente de mí. Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengan luego los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y potencias, en que las hará divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira en ello, muy bien echará de ver cuán poco se le divierte el apetito y las potencias a cosas inútiles y dañosas; y cuán segura está de vanagloria, y soberbia y presunción, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir a oscuras, no sólo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

4. Pero a la duda que de aquí nace luego, conviene a saber, que pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta noche le oscurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gustar de ellas, ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese, que entonces conviene que tampoco le quede operación ni gusto acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos impuros, bajos y muy naturales; y así, aunque se les dé el sabor y trato a estas potencias de las cosas sobrenaturales y divinas, no le podrían recibir sino muy baja y naturalmente, muy a su modo. Porque, como dice el Filósofo, cualquiera cosa que se recibe, está en el recipiente al modo del que la recibe. De donde porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza, ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es divino, sino sólo al suyo, que es humano y bajo, como habemos dicho, conviene que sean oscurecidas también acerca de esto divino. Porque destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo y humano modo de recibir y obrar, y así vengan a quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma, para poder recibir, sentir y gustar lo divino y sobrenatural alta y subidamente, lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo.

5. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y potencias del de hombre con Dios y por mucho que les parezca los gustan, no los gustarán divina y espiritualmente, sino humana y naturalmente, como gustan las demás cosas, porque los bienes no van del hombre a Dios, sino vienen de Dios al hombre. Acerca de lo cual (si éste fuera lugar de ello) pudiéramos aquí declarar, cómo hay muchas personas que tienen muchos gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios o de

---

[1] Algo exagerado en la descripción de esta obscuridad han hallado algunos al Doctor místico, pero debe tenerse presente que no a todas las almas se prueba lo mismo, y el Santo habla de aquellas que apuran hasta las heces el cáliz de la amargura, por la eminente santidad a que Dios quiere levantarlas. Léanse algunos párrafos del capítulo XXV de la Autobiografía de Santa Teresa y el capítulo primero de las Moradas Sextas, y se verá cuán discreto y reportado está aquí el experimentado Maestro de espíritu. Por otra parte, no se olvidó el Santo de prevenirnos (libro I, cap. XIV, n. 5), que esta purgación «no pasa en todos de una manera..., porque esto va medido por la voluntad de Dios, conforme a lo más o menos que cada uno tiene de imperfección que purgar; y también conforme al grado de amor de unión a que Dios la quiere levantar, la humillará más o menos intensamente, o más o menos tiempo».

cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, y por ventura no son más que actos y apetitos más naturales y humanos, que, como los tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias a cualquier cosa.

6. Si por ventura encontráremos ocasión en lo restante, lo trataremos, diciendo algunas señales de cuándo los movimientos y acciones interiores del alma sean sólo naturales, y cuándo sólo espirituales, y cuándo espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan venir a ser movidos por Dios divinamente, primero han de ser oscurecidos y adormidos y sosegados naturalmente acerca de toda su habilidad y operación hasta que desfallezcan.

7. Oh, pues, alma espiritual, cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha; pues que te va Dios librando de ti misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente (a causa de la impureza y torpeza de ellas) como ahora, que tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, a donde y por donde tú no sabes, ni jamás con tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinaras a caminar.

8. La causa también por qué el alma no sólo va segura, cuando así va a oscuras, sino aún se va más ganando y aprovechando, es porque comúnmente cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando, es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa que se va perdiendo. Porque, como ella nunca ha experimentado aquella novedad que la hace salir y deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de lo que sabía y gustaba, y se va por donde no sabe si gusta. Así como el caminante, que para ir a nuevas tierras no sabidas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, camina no guiado por lo que sabía antes, sino en dudas y por el dicho de otros, y claro está que éste no podría venir a nuevas tierras, ni saber más de lo que antes sabía, si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía; ni más ni menos, el que va sabiendo más particularidades en un oficio o arte siempre a oscuras, no por su saber primero, porque si aquél no dejase atrás nunca saldría de él, ni aprovecharía en más; así, de la misma manera, cuando el alma va más aprovechando, va a oscuras y no sabiendo. Por tanto, siendo, como habemos dicho, Dios aquí el maestro y guía de este ciego del alma, bien puede ella, ya que lo ha venido a entender, con verdad alegrarse y decir: «A oscuras y segura».

9. Otra causa también hay por qué en estas tinieblas ha ido el alma segura, y es porque ha ido padeciendo; porque el camino de padecer es más seguro y aun más provechoso que el de gozar y hacer; lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas e imperfecciones; y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes y purificando el alma y haciéndola más sabia y cauta.

10. Pero aquí hay otra más principal causa por qué aquí el alma a oscuras va segura, y es de parte de la dicha luz o sabiduría oscura, porque de tal manera la absorbe y embebe en sí esta oscura noche de contemplación, y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios. Porque, como está puesta aquí en cura esta alma para que consiga su salud, que es el mismo Dios, tiénela Su Majestad en dieta y abstinencia de todas las cosas, estragado el apetito para todas ellas; bien así como para que sane el enfermo que en su casa es estimado, le tienen tan adentro guardado, que no le dejan tocar del aire ni aun gozar de la luz, ni que sienta las pisadas, ni aun el rumor de los de casa, y la comida muy delicada y muy por tasa y de substancia más que de sabor.

11. Todas estas propiedades (que todas son de seguridad y guarda del alma) causa en ella esta oscura contemplación, porque ella está puesta más cerca de Dios. Porque cuanto el alma más a él se acerca, más oscuras tinieblas siente y más profunda oscuridad por su flaqueza; así como el que más cerca de sol llegase, más tinieblas y pena le causaría su grande resplandor por la flaqueza e impureza de sus ojos. De donde tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento natural, que cuando llega más cerca, le ciega y oscurece. Y ésta es la causa por qué en el salmo XVII dice David, que puso Dios por su escondrijo y cubierta las tinieblas, y su tabernáculo enrededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire. La cual agua tenebrosa en las nubes del aire, es la oscura contemplación y Sabiduría divina en las almas, como vamos diciendo. Lo cual ellas van sintiendo como cosa que está cerca de él, como tabernáculo donde él mora, cuando Dios a sí las va más juntando. Y así, lo que en Dios es luz y claridad más alta, es para el hombre tiniebla más oscura, como dice San Pablo, según lo declara luego David en el mismo Salmo, diciendo: Por causa del resplandor que está en su presencia, salieron nubes y cataratas (2), conviene a saber, para el entendimiento natural, cuya luz, como dice Isaías en el capítulo V: *Obtenebrata est in caligine ejus* (3).

12. ¡Oh, miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce! Pues lo más claro y verdadero nos es más oscuro y dudoso, y por eso huímos de ello siendo lo que más nos conviene; y lo que más luce y llena nuestros ojos, lo abrazamos y vamos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que a cada paso nos hace dar de ojos. ¡En cuánto peligro y temor vive el hombre, pues la misma lumbre de sus ojos natural con que se ha de guiar, es la primera que le encandila y engaña para ir a Dios! ¡Y que si ha de acertar a ver por dónde va, tenga necesidad de llevar cerrados los ojos e ir a oscuras para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que con sus sentidos y potencias!

13. Bien está, pues, el alma aquí escondida y amparada en esta agua tenebrosa, que está cerca de Dios. Porque así como al mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá, ni más ni menos, al alma de otro tanto y de amparo perfecto y seguridad, aunque ella quede en tinieblas, en que está escondida y amparada de sí misma, y de todos los daños de criaturas, como habemos dicho; porque de las tales se entiende lo que también David dice en otro salmo, diciendo: Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbación de los hombres; ampararlos has en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas (4). En lo cual se entiende toda manera de amparo; porque estar escondidos en el rostro de Dios de la turbación de los hombres, es estar fortalecidos con esta oscura contemplación contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir. Y estar amparados en su tabernáculo de la contradicción de las lenguas, es estar el alma engolfada en esta agua tenebrosa, que es el tabernáculo que habemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destetados y las potencias oscurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne, como de las demás criaturas. De donde esta alma bien puede decir que va «a oscuras y segura».

14. Hay también otra causa no menos eficaz que la pasada, para acabar bien de entender que esta alma va segura a oscuras, y es por la fortaleza que desde luego esta oscura, penosa y tenebrosa agua de Dios pone en el alma. Que, al fin, aunque es tenebrosa es agua, y por eso no ha de dejar de reficionar y fortalecer al alma en lo que más le conviene, aunque a oscuras y penosamente. Porque, desde luego, ve el alma en sí una verdadera determinación y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que le parece cosa de su servicio. Porque aquel amor oscuro se le pega con un

(2) Ps. XVII, 13.
(3) X, 30.
(4) Ps. XXX, 21.

muy vigilante cuidado y solicitud interior de lo que hará o dejará de hacer por él para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle; y todo esto con mucho más cuidado y solicitud que antes, como arriba queda dicho en lo de las ansias de amor. Porque aquí todos los apetitos y fuerzas y potencias del alma están recogidas de todas las demás cosas, empleando su conato y fuerza sólo en obsequio de su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas a la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, «A oscuras y segura».

CÁNTICO ESPIRITUAL

(hacia 1584)

ARGUMENTO

1. El orden que llevan estas Canciones es desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega al último estado de perfección, que es matrimonio espiritual; y así, en ellas se tocan los tres estados o vías de ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son: purgativa, iluminativa y unitiva, y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ella.

2. El principio de ellas trata de los principiantes, que es la vía purgativa. Las de más adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y ésta es la vía iluminativa. Después de éstas, las que se siguen tratan de la vía unitiva, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual vía unitiva y de perfectos se sigue a la iluminativa, que es de los aprovechados; y las últimas canciones tratan del estado beatífico, que sólo ya el alma en aquel estado perfecto pretende.

COMIENZA LA DECLARACIÓN

DE LAS CANCIONES DE AMOR ENTRE LA ESPOSA Y EL ESPOSO CRISTO

ANOTACIÓN

1. Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligada a hacer, viendo que la vida es breve (1), la senda de la vida eterna estrecha (2), que el justo apenas se salva (3), que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta como el agua que corre (4), el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa; conociendo, por otra parte, la gran deuda que a Dios debe en haberle criado solamente para sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida, y en haberla redimido solamente por sí mismo, por lo cual le debe todo el resto y correspondencia del amor de su voluntad, y otros mil beneficios en que se conoce obligada a Dios desde antes que naciese, y que gran parte de su vida se ha ido en el aire, y que de todo esto ha de haber cuenta y razón, así de lo primero, como de lo postrero, hasta el último cuadrante (5), cuando escudriñará Dios a Jerusalén con candelas encendidas (6), y que ya es tarde y por ventura lo postrero del día (7); para remediar tanto mal y daño, mayormente sintiendo a Dios muy alejado y escondido por haberse ella querido olvidar tanto de él entre las criaturas, tocada ella de pavor y dolor de corazón interior sobre tanta perdición y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano a todo negocio, sin dilatar un día ni una hora, con ansia y gemido salido del corazón, herido ya del amor de Dios, comienza a invocar a su Amado, y dice:

CANCIÓN PRIMERA

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido,
Salí tras ti clamando y eras ido.

DECLARACIÓN

2. En esta primera canción, el alma enamorada del Verbo Hijo de Dios su Esposo, deseando unirse con él por

(1) Job, XIV, 5.
(2) Matth., VII, 14.
(3) I Petr., IV, 18.
(4) II Reg., XIV, 14.
(5) Matth., V, 26.
(6) Sophon., I, 12.
(7) Matth., XX, 6.

clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose a él de la ausencia, mayormente que habiéndola él herido y llagado de su amor, por el cual ha salido de todas las cosas criadas y de sí misma, todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal, para poderle gozar en gloria de eternidad, y así dice:

¿A dónde te escondiste

3. Y es como si dijera: Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido; en lo cual le pide la manifestación de su divina esencia, porque el lugar donde está escondido el Hijo de Dios, es, como dice San Juan [8], el seno del Padre, que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal, y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo: Verdaderamente, tú eres Dios escondido [9]. De donde es de notar, que por grandes comunicaciones y presencias y altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios, ni tiene que ver con él, porque todavía a la verdad le está al alma escondido, y por eso siempre le conviene al alma sobre todas esas grandezas tenerle por escondido, y buscarle escondido, diciendo: ¿A dónde te escondiste? Porque ni la alta comunicación ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella, por lo cual, el Profeta Job dice: Si viniere a mí no le veré, y si se fuere no lo entenderé [10].

4. En lo cual se ha de entender, que si el alma sintiere gran comunicación o sentimiento o noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir a que aquello que siente es poseer o ver clara y esencialmente a Dios, o que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que le falta Dios más así que así, pues que realmente ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia; ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio: Ninguno sabe si es digno de amor o de aborrecimiento delante de Dios [11]. De manera que el intento principal del alma en este verso, no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y visión de su esencia en que desea estar certificada y satisfecha en la otra.

5. Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares divinos cuando, deseando unirse con la Divinidad del Verbo Esposo suyo, la pidió al Padre, diciendo: Muéstrame dónde te apacientas, y dónde te recuestas al mediodía [12]. Porque en pedir le mostrase dónde se apacentaba, era pedir le mostrase la esencia del Verbo Divino, su Hijo, porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su único Hijo, pues es la gloria del Padre; y en pedir le mostrase el lugar donde se recostaba, era pedirle lo mismo, porque el Hijo solo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar, ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo, en el cual todo él se recuesta, comunicándole toda su esencia, al mediodía, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado. Este pasto, pues, del Verbo Esposo, donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y este lecho florido, donde con infinito deleite de amor se recuesta escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura, pide aquí el alma Esposa cuando dice: ¿A dónde te escondiste?

6. Y para que esta sedienta alma venga a hallar a su Esposo y unirse con él por unión de amor en esta vida, según puede, y entretenga su sed con esta gota que de él se puede gustar en esta vida, bueno será, pues lo pide a su Esposo, tomando la mano por él, le respondamos mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle a lo cierto con la perfección

(8) I, 18.
(9) XLV, 15.
(10) IX, 11.
(11) Eccles., IX, 1.
(12) I, 6.

y sabor que puede en esta vida y así no comience a vaguear en vano tras las pisadas de las compañías. Para lo cual es de notar, que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma; por tanto, el alma que le ha de hallar conviene salir de todas las cosas según la afición y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía: No te hallaba, Señor, de fuera porque mal te buscaba fuera, que estabas dentro. Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo: ¿A dónde te escondiste?

7. Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unirte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora, y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedes estar sin él. Catad, dice el Esposo, que el reino de Dios está dentro de vosotros [13]. Y su siervo el Apóstol San Pablo: Vosotros, dice, sois templo de Dios [14].

8. Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal, cuánto menos de la que está en gracia. ¿Qué más quieres, oh, alma, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás más cierto ni más presto ni más cerca que dentro de ti. Sólo hay una cosa, que aunque esté dentro de ti, está escondido. Pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido para buscarle allí a lo cierto. Y esto es lo que tú también aquí, alma, pides cuando con afecto de amor dices: ¿A dónde te escondiste?

9. Pero todavía dices: puesto está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento? La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla, él también está escondido como ella. Como quiera, pues, que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dio todas sus cosas [15], convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu [16], y cerrando la puerta sobre ti (es a saber, tu voluntad a todas las cosas) ores a tu Padre en escondido; y así, quedando escondida con él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con él, es a saber, sobre todo lo que alcanza la lengua y sentido.

10. Ea, pues, alma hermosa, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor. Y mira que a ese escondrijo te llama él por Isaías diciendo: Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti (esto es, todas tus potencias a todas las criaturas), escóndete un poco hasta un momento [17], esto es, por este momento de vida temporal. Porque si en esta brevedad de vida guardares, oh, alma, con toda guarda tu corazón, como dice el Sabio [18], sin duda ninguna te dará Dios lo que adelante dice Dios también por Isaías diciendo: Daréte los tesoros escondidos, y descubrirte he la substancia y misterios de los setos [19]. La cual sustancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la sustancia de la fe y el concepto de ella,

---

(13) Luc., XVII, 21.
(14) II, ad Cor., VI, 16.
(15) Matt., XIII, 44.
(16) Matt., VI, 6.
(17) Isai, XXVI, 20.
(18) Prov., IV, 23.
(19) Isai., XLV, 3.

y la fe es el secreto y el misterio. Y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la fe, que es lo perfecto de Dios, como dice San Pablo ([20]), entonces se descubrirán al alma la sustancia y misterios de los secretos; pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan a lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía si se escondiere como Moisés ([21]), en la caverna de la piedra, que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, Esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida a tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios su Esposo; de manera que se sienta tan junta con él y tan instruída y sabia en sus misterios, que cuanto a lo que toca a conocerle en esta vida, no tenga necesidad de decir: ¿A dónde te escondiste?

11. Dicho queda, oh, alma, el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en su escondrijo, pero si lo quieres volver a oír, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible: es buscarle en fe y en amor, sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber; que esos dos son los mozos del ciego que te guiarán por donde no sabes allá a lo escondido de Dios. Porque la fe, que es el secreto que habemos dicho, son los pies con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina; y andando ella tratando y manoseando estos misterios y secretos de fe, merecerá que el amor la descubra lo que en encierra la fe, que es el Esposo que ella desea en esta vida por gracia especial de divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándole cara a cara, ya de ninguna manera escondido. Pero, entretanto, aunque el alma llegue a esta dicha unión (que es el más alto estado a que se puede llegar en esta vida), por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice: ¿A dónde te escondiste?

12. Muy bien haces, oh, alma, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a él, teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar; y por tanto, no repares en parte ni en todo lo que tus potencias pueden comprender. Quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios, sino ama y delcítate en lo que no puedes entender y sentir de él; que eso es, como habemos dicho, buscarle en fe. Que pues es Dios inaccesible y escondido, como también habemos dicho, aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido. Y no seas como muchos insipientes que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no le entienden o no le gustan o sienten, está Dios más lejos y más escondido; siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos distintamente le entienden, más se llegan a él, pues como dice el profeta David: Puso en su escondrijo las tinieblas ([22]). Así, llegando cerca de él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tu ojo. Bien haces, pues, en todo tiempo, ahora de adversidad, ahora de prosperidad espiritual o temporal, tener a Dios por escondido, y así clamar a él diciendo: ¿A dónde te escondiste?

Amado, y me dejaste con gemido

13. Llámale Amado, para más moverle e inclinarle a su ruego, porque cuando Dios es amado, con grande facilidad acude a las peticiones de su amante. Y así lo dice él por San Juan, diciendo: Si permaneciéredes en mí, todo lo que quisiéredes pediréis, y hacerse ha ([23]). De donde entonces le puede el alma de verdad llamar Amado, cuando ella está entera con él, no teniendo su corazón asido a alguna cosa fuera de

([20]) I ad Cor., XIII, 10.
([21]) Exod., XXXIII, 22.
([22]) Ps. XVII, 12.
([23]) XV, 7.

él, y así de ordinario trae su pensamiento en él. Que por falta de esto dijo Dalila a Sansón (que cómo podía él decir que la amaba, pues su ánimo no estaba con ella? (24). En el cual ánimo se incluye el pensamiento y la afición. De donde algunos llaman al Esposo Amado, y no es su Amado de veras porque no tienen entero con él su corazón, y así su petición no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su petición, hasta que continuando la oración vengan a tener su ánimo más continuo con Dios, y el corazón con Él más entero con afición de amor, porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor.

14. En lo que dice luego: Y me dejaste con gemido, es de notar que la ausencia del Amado causa continuo gemir en el amante, porque como fuera de él nada ama, en nada deseansa ni recibe alivio; de donde en esto se conocerá el que de veras a Dios ama, si con ninguna cosa menos que él se contenta. ¿Mas qué digo se contenta? Pues aunque todas juntas las posea, no estará contento, antes cuantas más tuviere estará menos satisfecho: porque la satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez de todas ellas y pobreza de espíritu. Que por consistir en ésta la perfección de amor en que se posee Dios con muy junta y particular gracia, vive el alma en esta vida, cuando ha llegado a ella, con alguna satisfacción, aunque no con hartura, pues que David con toda su perfección la esperaba en el cielo, diciendo: Cuando pareciere tu gloria, me hartaré (25). Y así no le basta la paz y tranquilidad y satisfacción de corazón a que puede llegar el alma en esta vida, para que deje de tener dentro de sí gemido (aunque pacífico y no penoso) en la esperanza de lo que falta; porque el gemido es anejo a la esperanza; como el que decía el Apóstol que tenía él y los demás, aunque perfectos, diciendo: Nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu, dentro de nosotros mismos gemimos esperando la adopción de hijos de Dios (26).

Este gemido, pues, tiene aquí el alma dentro de sí en el corazón enamorado; porque donde hiera el amor, allí está el gemido de la herida clamando siempre en el sentimiento de la ausencia, mayormente habiendo ella gustado alguna dulce y sabrosa comunicación del Esposo, ausentándose, se quedó sola y seca de repente; que por eso dice luego:

Como el ciervo huíste.

15. Donde es de notar que en los Cantares compara la Esposa al Esposo al ciervo y a la cabra montesa diciendo: Semejante es mi Amado a la cabra y al hijo de los ciervos (27). Y esto no sólo por ser extraño y solitario y huír de las compañas como el ciervo; sino también por la presteza del esconderse y mostrarse, cual suele hacer en las visitas que hace a las devotas almas para regalarlas y animarlas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas, para probarlas y humillarlas y enseñarlas; por lo cual la ausencia, según ahora da aquí a entender en lo que se sigue, diciendo:

Habiéndome herido

16. Que es como si dijera: no sólo no me bastaba la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que hiriéndome más de amor con tu flecha y aumentando la pasión y apetito de tu vista, huyes con ligereza de ciervo y no te dejas comprender algún tanto.

17. Para más declaración de este verso, es de saber que allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga y levanta en amor, suele hacer unos escondidos toques de amor que a manera de saeta de fuego hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor, y éstas propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman éstas tanto la voluntad y en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llama de amor, tanto, que parece consumirse en aquella llama, y la hace salir fuera de

(24) Jud., XVI, 15.
(25) Ps. XVI, 15.
(26) Ad Rom., VIII, 23.
(27) II, 9.

sí, y renovar toda, y pasar a nueva manera de ser, así como el ave fénix que se quema y renace de nuevo. De lo cual hablando David, dice: Fue inflamado mi corazón, y las renes se mudaron, y yo me resolví en nada, y no supe ([28]).

18. Los apetitos y afectos que aquí entiende el Profeta por renes, todos se conmueven y mudan en divinos en aquella inflamación del corazón, y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor. Y a este tiempo es la conmutación de estas renes en grande manera de tormento y ansia por ver a Dios, tanto, que le parece al alma intolerable rigor de que con ella usa el amor; no porque la hubo herido (porque antes tiene ella las tales heridas por salud), sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió más valerosamente, acabándola de matar para verse y juntarse con él en vida de amor perfecto. Por tanto, encareciendo o declarando ella su dolor, dice: Habiéndome herido.

19. Es a saber, dejándome así herida, muriendo con heridas de amor de ti, te escondiste con tanta ligereza como ciervo. Este sentimiento acaece así tan grande, porque en aquella herida de amor que hace Dios al alma, levántase el afecto de la voluntad con súbita presteza a la posesión del Amado, cuyo toque sintió; con esa misma presteza siente la ausencia y el no poderle poseer aquí como sea, y así, luego allí juntamente siente el gemido de la tal ausencia, porque estas visitas tales no son como otras en que Dios recrea y satisface al alma, porque éstas sólo las hace más para herir que para sanar, y más para lastimar que para satisfacer, pues sirven para avivar la noticia y aumentar el apetito, y por consiguiente el dolor y ansia de ver a Dios. Estas se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes a estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios, lo cual da ella a entender en el verso siguiente, diciendo:

Salí tras ti clamando, y eras ido.

20. En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió; y por eso esta herida alma salió en la fuerza del fuego que causó la herida tras de su Amado que la había herido, clamando a él para que la sanase. Es de saber que este salir espiritualmente se entiende aquí de dos maneras para ir tras Dios: la una, saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas; la otra, saliendo de sí misma por olvido de sí, lo cual se hace por el amor de Dios; porque cuando éste toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta, que no sólo la hace salir de sí misma por olvido de sí, pero aun de sus quicios y modos e inclinaciones naturales la saca clamando por Dios, y así es como si dijera: Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no sólo de todas las cosas, mas también la sacaste e hiciste salir de sí (porque, a la verdad, y aun de las carnes parece la saca), y levantástela a ti, clamando por ti, ya desasida de todo para asirse a ti. Y eras ido.

21. Como si dijera: al tiempo que quise comprender tu presencia no te hallé, y quedéme desasida de lo uno y sin asir lo otro, penando en los aires de amor sin arrimo de ti y de mí. Esto que aquí llama el alma salir para ir a buscar el Amado llama la Esposa en los Cantares levantar, diciendo: Levantarme he y buscaré al que ama mi alma rodeando la ciudad por los arrabales y las plazas. Busquéle, dice, y no le hallé, y llagáronme ([29]). Levantarse el alma Esposa, se entiende allí, hablando espiritualmente, de lo bajo a lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma salir: esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios. Pero dice allí la Esposa que quedó llagada porque no le halló; y aquí el alma también dice que está herida de amor, y la dejó así; por eso el enamorado vive siempre penado en la ausencia, porque él está ya entregado al que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, y es la entrega del Amado a él, y todavía no se le da; y estando ya perdido a

([28]) Ps. LXXII, 21-22.

([29]) Cant., III, 2, V, 7.

todas las cosas y a sí mismo por el Amado, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la posesión del que ama su alma.

22. Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande a los que van llegando al estado de perfección, al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyese el Señor, morirían; porque como tienen el paladar de la voluntad sano y el espíritu limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da a gustar algo de la dulzura del amor divino que ellos sobre todo modo apetecen, padecen sobre todo modo, porque como por resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede: así es inefable la pena y el tormento.

LLAMA DE AMOR VIVA

Declaración de las Canciones que tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios, por el Padre Fray Juan de la Cruz, Carmelita Descalzo, a petición de doña Ana de Peñalosa, compuestas en la oración por el mismo, año de 1584.

PRÓLOGO

1. Alguna repugnancia he tenido, muy noble y devota señora, en declarar estas cuatro canciones que Vuestra Merced me ha pedido por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comúnmente falta lenguaje; porque lo espiritual excede al sentido, y con dificultad se dice algo de la sustancia del espíritu si no es con entrañable espíritu. Y por el poco que hay en mí, lo he diferido hasta ahora que el Señor parece que ha abierto un poco la noticia y dado algún calor (debe ser por el santo deseo que Vuestra Merced tiene, quizá como se hicieron para Vuestra Merced, querrá Su Majestad que para Vuestra Merced se declaren), me he animado, sabiendo cierto que de mi cosecha nada que haga al caso diré en nada, cuánto más en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso, no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y por eso lo sujeto todo al mejor parecer y al juicio de nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome a la Escritura Divina, y como se lleve entendido que todo lo que se dijere es tanto menos de lo que allí hay, como lo es lo pintado de lo vivo, me atreveré a decir lo que supiere.

2. Y no hay que maravillar que haga Dios tan altas y extrañas mercedes a las almas que Él da en regalar. Porque si consideramos que es Dios y que se las hace como Dios, y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razón; pues Él dijo que en el que le amase vendrían el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y harían morada en él [1]; lo cual había de ser haciéndole a él vivir y morar en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo, en vida de Dios como da a entender el alma en estas Canciones.

3. Porque aunque en las Canciones que arriba declaramos, hablamos del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas canciones tratan del amor ya más calificado y perfeccionado en este mismo estado de transformación; porque aunque es verdad que lo que aquéllas y éstas dicen es todo un estado de transformación y no se puede pasar de allí en cuanto tal, pero puede con el tiempo y ejercicio calificarse, como digo, y sustanciarse mucho más en el amor; bien así como aunque habiendo entrado el fuego en el madero le tenga transformado en sí y esté ya unido con él, todavía afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente e inflamado hasta centellear fuego de sí y llamear.

4. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí, ya tan transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo está unida en este fuego, sino que hace ya viva llama en ella. Y ella así lo siente, y así lo dice en estas canciones, con íntima y delicada dulzura de amor,

[1] Joan, XIV, 23.

ardiendo en su llama, encareciendo en estas canciones algunos efectos que hace en ella, los cuales iré declarando por el orden que en las demás: que las pondré primero juntas, y luego, poniendo cada canción, la declararé brevemente; y después, poniendo cada verso, le declararé de por sí.

. . . . . .

CANCIÓN PRIMERA

¡Oh, llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

DECLARACIÓN

1. Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión, y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites, sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva, que dijo el Hijo de Dios que saldrían en semejantes almas [1], parécele que, pues con tanta fuerza está transformada en Dios y tan altamente de Él poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que le está embistiendo, la está como glorificando con suave y fuerte gloria, tanto, que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va a dar la vida eterna, y que va a romper la tela de la vida mortal, y que falta muy poco, y que por esto poco no acaba de ser glorificada esencialmente, dice con gran deseo a la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro, en que de veras la acabe de comunicar lo que cada vez parece que la va a dar cuando la encuentra, que es glorificarla entera y perfectamente, y así dice:

¡Oh, llama de amor viva!

2. Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos *oh* y *cuán*, que significan encarecimiento afectuoso; los cuales cada vez que se dicen, dan a entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el *oh* para mucho desear y para mucho rogar persuadiendo y para entrambos efectos usa el alma de él en esta canción; porque en ella encarece e intima el gran deseo, persuadiendo al amor que la desate.

3. Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en ella y echa llama, como dije; y aquella llama, cada vez que llamea, baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así, estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno y vale más que cuanto había hecho toda su vida sin esta transformación, por más que ello fuese. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la transformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y la llama de él, que la llama es efecto del fuego que allí está.

4. De donde el alma que está en este estado de transformación de amor, podemos decir que es su ordinario hábito, y es como el madero que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale cuanto es más intenso el fuego de la unión, en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el ángel que subió a Dios

[1] Joan, VII, 38.

en la llama del sacrificio de Manué [2]. Y así, en este estado nos puede hacer actos, que el Espíritu Santo los hace todos y la mueve a ellos; y por eso, todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios.

5. Y éste es el lenguaje y palabras que trata Dios en las almas purgadas y limpias, todas encendidas, como dijo David: Tu palabra es encendida vehementemente [3]; y el Profeta: ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? [4]. Las cuales palabras, como él mismo dice por San Juan, son espíritu y vida [5]; las cuales sienten las almas que tienen oídos para oírlas, que, como digo, son las almas limpias y enamoradas, que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas, antes les hacen sinsabor. Y por eso cuanto más altas palabras decía el Hijo de Dios, tanto más algunos se desabrían por su impureza, como fue cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la Sagrada Eucaristía, que muchos de ellos volvieron atrás.

6. Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla dentro han de pensar que no le gustarán otros, como aquí se dice, como lo gustó San Pedro en el alma cuando dijo a Cristo: ¿Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de la vida eterna? [6]. Y la Samaritana olvidó el agua y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios. Y así, estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de vida eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida? Mas es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a qué sabe la vida eterna, que por eso la llama a la llama, viva; no porque no sea siempre viva, sino porque le hace tal efecto, que la hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios, al modo que dice David: Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo [7]. No porque sea menester decir que sea vivo, pues siempre lo está; sino para dar a entender que el espíritu y sentido vivamente gustaban a Dios hechos en Dios, lo cual es gustar a Dios vivo; y esto es vida de Dios, y vida eterna. Ni dijera David allí: Dios vivo, sino porque vivamente le gustaba, aunque no perfectamente, sino como un viso de vida eterna...

. . . . . .

POESÍAS

I

Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado de la perfección, que es la unión con Dios, por el camino de la negación espiritual. De el mesmo autor.

1. En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh, dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.
2. A escuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh, dichosa ventura!
A escuras, y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.
3. En la noche dichosa
En secreto, que nadie me veía,
No yo miraba cosa,
Sin otra luz y guía,
Sino la que en el corazón ardía.
4. Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía,
A donde me esperaba,
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
5. ¡Oh, noche, que guiaste,
Oh, noche amable más que el alborada:
Oh, noche que juntaste

---

[2] Judic, XIII, 20.
[3] Ps. CXVIII, 140.
[4] Jerem., XXIII, 29.
[5] VI, 64.
[6] Joan, VI, 69.
[7] Ps. LXXXIII, 3.

Amado con amada
Amada en el Amado transformada!
6. En mi pecho florido,
Que entero para él solo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
7. El aire de la almena,
Cuando yo sus cabellos esparcía,
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.
8. Quédeme, y olvideme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado.

CÁNTICO ESPIRITUAL

II

ESPOSA

1. ¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huíste,
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando, y eras ido.
2. Pastores los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
3. Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA A LAS CRIATURAS

4. Oh, bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh, prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

5. Mil gracias derramando,
Pasó con estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

ESPOSA

6. ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
7. Y todos cuantos vagan,
De ti me van mil gracias refiriendo
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
8. Mas, ¿cómo perseveras,
Oh, vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en ti concibes?
9. ¿Por qué, pues, has llagado
A aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
10. Apaga mis enojos,
Pues que ninguna basta a deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre dellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
11. Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor que no se cura
Sino con la presencia y la figura (1).
12. ¡Oh, cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
13. Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

14. Mi Amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.

(1) Ya se sabe que esta estrofa se toma de las copias de la segunda redacción del *Cántico*.

15. La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.
16. Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
17. A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo Divino.
18. En la interior bodega
De mi amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguia.
19. Allí me dio su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le di de hecho
A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.
20. Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
21. Pues ya si en el ejido,
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fui ganada.
22. De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas
23. En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
24. Cuando tú me mirabas,
Tu gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en ti vían.
25. No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.
26. Cogednos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
27. Detente, Cierzo muerto;
Ven, Austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran sus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

ESPOSO

28. Entrádose ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y a su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.
29. Debajo del manzano,
Allí conmigo fuíste desposada,
Allí te di la mano,
Y fuíste reparada,
Donde tu madre fuera violada.
30. A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores:
31. Por las amenas liras
Y canto de serenas os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

ESPOSA

32. Oh, ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.
33. Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz a las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

34. La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
35. En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía

A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

ESPOSA

36. Gocémonos, Amado,
Y vámonos a ver en tu hermosura
Al monte o al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.
37. Y luego a las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
38. Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.
39. El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena
40. Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

LLAMA DE AMOR VIVA

III

1. ¡Oh, llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela deste dulce encuentro.
2. ¡Oh, cautiverio suave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado,
Que a vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
3. ¡Oh, lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba obscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto a su querido!
4. ¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
¡Cuán delicadamente me enamoras!

IV

Coplas del mismo hechas sobre un éxtasis de alta contemplación.

Entréme donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda sciencia trascendiendo.
1. Yo no supe dónde entraba,
Pero, cuando allí me vi,
Sin saber dónde me estaba,
Grandes cosas entendí;
No diré lo que sentí,
Que me quedé no sabiendo,
Toda sciencia trascendiendo.
2. De paz y de piedad
Era la sciencia perfecta,
En profunda soledad,
Entendida vía recta;
Era cosa tan secreta,

Que me quedé balbuciendo,
Toda sciencia trascendiendo.

3. Estaba tan embebido,
Tan absorto y ajenado,
Que se quedó mi sentido
De todo sentir privado;
Y el espíritu dotado
De un entender no entendiendo,
Toda sciencia trascendiendo.

4. El que allí llega de vero,
De sí mismo desfallesce;
Cuanto sabía primero
Mucho bajo le paresce;
Y su sciencia tanto cresce,
Que se queda no sabiendo,
Toda sciencia trascendiendo.

5. Cuanto más alto se sube,
Tanto menos entendía
Que es la tenebrosa nube
Que a la noche esclarecía;
Por eso quien la sabía
Queda siempre no sabiendo
Toda sciencia trascendiendo.

6. Este saber no sabiendo
Es de tan alto poder,
Que los sabios arguyendo
Jamás le pueden vencer;
Que no llega su saber
A no entender entendiendo,
Toda sciencia trascendiendo.

7. Y es de tan alta excelencia
Aqueste sumo saber,
Que no hay facultad ni sciencia
Que le puedan emprender;
Quien se supiere vencer
Con un no saber sabiendo,
Irá siempre trascendiendo.

8. Y si le queréis oír,
Consiste esta suma sciencia
En un subido sentir
De la divinal Esencia;
Es obra de su clemencia
Hacer quedar no entendiendo,
Toda sciencia trascendiendo.

V

Coplas del alma que pena por ver a Dios, del mismo autor.

Vivo sin vivir en mí,
Y de tal manera espero,
Que muero porque no muero.

1. En mí yo no vivo ya,
Y sin Dios vivir no puedo;
Pues sin Él y sin mí quedo,
Este vivir ¿qué será?
Mil muertes se me hará,
Pues mi misma vida espero,
Muriendo porque no muero.

2. Esta vida que yo vivo
Es privación de vivir;
Y así, es contino morir
Hasta que viva contigo;
Oye, mi Dios, lo que digo,
Que esta vida no la quiero;
Que muero porque no muero.

3. Estando absente de ti,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padescer,
La mayor que nunca vi?
Lástima tengo de mí,
Pues de suerte persevero,
Que muero porque no muero.

4. El pez que del agua sale,
Aun de alivio no caresce,
Que en la muerte que padesce,
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Pues si más vivo más muero?

5. Cuando me pienso aliviar
De verte en el Sacramento,
Háceme más sentimiento
El no te poder gozar;
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Y muero porque no muero.

6. Y si me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
En ver que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Muérome porque no muero.

7. Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que peno por verte,
Y mi mal es tan entero,
Que muero porque no muero.

8. Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh, mi Dios! ¿cuándo será?
Cuando yo diga de vero:
Vivo ya porque no muero.

VI

Otras del mismo a lo divino

Tras de un amoroso lance,
Y no de esperanza falto,
Volé tan alto, tan alto,
Que le di a la caza alcance.

1. Para que yo alcance diese
A aqueste lance divino,
Tanto volar me convino,
Que de vista me perdiese;
Y con todo, en este trance
En el vuelo quedé falto;
Mas el amor fue tan alto,
Que le di a la caza alcance.

2. Cuando más alto subía,
Deslumbróseme la vista,
Y la más fuerte conquista
En escuro se hacía;
Mas por ser de amor el lance
Di un ciego y oscuro salto,
Y fuí, tan alto, tan alto,
Que le di a la caza alcance.

3. Cuanto más alto llegaba
De este lance tan subido,
Tanto más bajo y rendido
Y abatido me hallaba;
Dije: No habrá quien alcance
Y abatíme tanto, tanto,
Que fui tan alto, tan alto,
Que le di a la caza alcance.

4. Por una extraña manera
Mil vuelos pasé de un vuelo,
Porque esperanza de cielo
Tanto alcanza cuanto espera;
Esperé sólo este lance,
Y en esperar no fui falto,
Pues fui tan alto, tan alto,
Que le di a la caza alcance.

VII

Otras canciones a lo divino (del mismo autor) de Cristo y el alma

1. Un pastorcico solo está penado,
Ajeno de placer y de contento,
Y en su pastora puesto el pensamiento,
Y el pecho del amor muy lastimado.

2. No llora por haberle amor llagado,
Que no le pena verse así afligido,
Aunque en el corazón está herido;
Mas llora por pensar que está olvidado.

3. Que sólo de pensar que está olvidado
De su bella pastora, con gran pena
Se deja maltratar en tierra ajena,
El pecho del amor muy lastimado.

4. Y dice el Pastorcico: ¡Ay, desdichado
De aquel que de mi amor ha hecho ausencia,
Y no quiere gozar la mi presencia,
Y el pecho por su amor muy lastimado!

5. Y a cabo de un gran rato se ha encumbrado
Sobre un árbol do abrió sus brazos bellos,
Y muerto se ha quedado, asido de ellos,
El pecho del amor muy lastimado.

VIII

Cantar del alma que se huelga de conoscer a Dios por fe

Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
Aunque es de noche.

1. Aquella eterna fonte está ascondida,
Que bien sé yo do tiene su manida,
Aunque es de noche.

2. Su origen no lo sé, pues no le tiene,
Mas sé que todo origen de ella viene,
Aunque es de noche.
3. Sé que no puede ser cosa tan bella,
Y que cielos y tierra beben de ella,
Aunque es de noche.
4. Bien sé que suelo en ella no se halla,
Y que ninguno puede vadealla,
Aunque es de noche.
5. Su claridad nunca es escurecida,
Y sé que toda luz de ella es venida,
Aunque es de noche.
6. Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
Que infiernos, cielos riegan, y las gentes,
Aunque es de noche.
7. El corriente que nace de esta fuente,
Bien sé que es tan capaz y omnipotente,
Aunque es de noche.
8. El corriente que de estas dos procede
Sé que ninguna de ellas le precede,
Aunque es de noche.
9. Aquesta eterna fonte está escondida
En este vivo pan por darnos vida,
Aunque es de noche.
10. Aquí se está llamando a las criaturas,
Y de esta agua se hartan, aunque a escuras,
Porque es de noche.
11. Aquesta viva fuente, que deseo,
En este pan de vida yo la veo,
Aunque es de noche.

. . . . . .

XVIII

Traducción del salmo por « Super flumina Babylonis. »

Encima de las corrientes,
Que en Babilonia hallaba,
Allí me senté llorando,
Allí la tierra regaba.
Acordándome de ti,
Oh, Sion, a quien amaba,
Era dulce tu memoria,
Y con ella más lloraba.
Dejé los trajes de fiesta,
Los de trabajo tomaba,
Y colgué en los verdes sauces
La música que llevaba.
Poniéndola en esperanza
De aquello que en ti esperaba;
Allí me hirió el amor,
Y el corazón me sacaba.
Díjele que me matase,
Pues de tal suerte llagaba:
Yo me metía en su fuego,
Sabiendo que me abrasaba,
Desculpando el avecica
Que en el fuego se acababa;
Estábame en mí muriendo,
Y en ti sólo respiraba.
En mí por ti me moría,
Y por ti resucitaba
Que la memoria de ti
Daba vida y la quitaba.
Gozábanse los extraños
Entre quien cautivo estaba.
Preguntábanme cantares
De lo que en Sion cantaba;
Canta de Sion un himno,
Veamos cómo sonaba.
Decid: ¿Cómo en tierra ajena,
Donde por Sion lloraba,
Cantaré yo la alegría
Que en Sion se me quedaba?
Echaríala en olvido
Si en la ajena me gozaba.

Con mi paladar se junte
La lengua con que hablaba,
Si de ti yo me olvidare,
En la tierra do moraba.
Sión, por los verdes ramos
Que Babilonia me daba,
De mí se olvide mi diestra,
Que es lo que en ti más amaba,
Si de ti no me acordare,
En lo que más me gozaba,
Y si yo tuviere fiesta,
Y sin ti la festejaba.
¡Oh, hija de Babilonia,
Mísera y desventurada!
Bienaventurado era
Aquel en quien confiaba,
Que te ha de dar el castigo
Que de tu mano llevaba.
Y juntará sus pequeños,
Y a mí, porque en ti lloraba,
A la piedra que era Cristo,
Por el cual yo te dejaba.
Debetur soli gloria vera Deo (1).

XIX (2)

Glosa a lo divino

Sin arrimo y con arrimo,
Sin luz y a oscuras viviendo,
Todo me voy consumiendo.
1. Mi alma está desasida
De toda cosa criada,
Y sobre sí levantada,
Y en una sabrosa vida,
Sólo en su Dios arrimada.
Por eso ya se dirá
La cosa que más estimo,
Que mi alma se ve ya
Sin arrimo y con arrimo.
2. Y aunque tinieblas padezco
En esta vida mortal,
No es tan crecido mi mal;
Porque, si de luz carezco,
Tengo vida celestial;
Porque el amor de tal vida,
Cuando más ciego va siendo,
Que tiene al alma rendida,
Sin luz y a oscuras viviendo.
3. Hace tal obra el amor,
Después que le conocí,
Que, si hay bien o mal en mí,
Todo lo hace de un sabor,
Y al alma transforma en sí;
Y así, en su llama sabrosa,
La cual en mí estoy sintiendo,
Apriesa, sin quedar cosa,
Todo me voy consumiendo.

XX

Glosa a lo divino del mismo autor

Por toda la hermosura
Nunca yo me perderé
Si no por un no sé qué
Que se alcanza por ventura.
1. Sabor de bien que es finito,
Lo más que puede llegar,
Es cansar el apetito
Y estragar el paladar;
Y así, por toda dulzura
Nunca yo me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.
2. El corazón generoso
Nunca cura de parar
Donde se puede pasar,
Sino en más dificultoso;
Nada le causa hartura,
Y sube tanto su fe,
Que gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.
3. El que de amor adolesce,
Del divino ser tocado,
Tiene el gusto tan trocado,
Que a los gustos desfallece;
Como el que con calentura
Fastidia el manjar que ve,
Y apetece un no sé qué
Que se halla por ventura.
4. No os maravilléis de aquesto,
Que el gusto se quede tal,
Porque es la causa del mal
Ajena de todo el resto;
Y así, toda criatura
Enajenada se ve,
Y gusta de un no sé qué
Que se halla por ventura.
5. Que estando la voluntad
De Divinidad tocada,
No puede quedar pagada
Sino con Divinidad;

(1) Así terminan el manuscrito de Jaén y Barrameda.

(2) Esta y la siguiente poesía se leen en la colección del Códice de Jaén y Sacro Monte. La primera la trasladan, además, numerosos manuscritos, entre otros, el 8795, 8492 y 2201 de la Nacional. En este último se lee también la segunda. Ambas se publican ajustadas al Códice jienense, que nos merece absoluta confianza.

Mas, por ser tal su hermosura,
Que sólo se ve por fe,
Gústala en un no sé qué
Que se halla por ventura.

6. Pues de tal enamorado,
Decidme si habréis dolor,
Pues que no tiene sabor
Entre todo lo criado;
Sólo, sin forma y figura,
Sin hallar arrimo y pie,
Gustando allá un no sé qué
Que se halla por ventura.

7. No penséis que el interior,
Que es de mucha más valia,
Halla gozo y alegría
En lo que acá da sabor;
Mas sobre toda hermosura,
Y lo que que es y será y fue,
Gusta de allá un no sé qué
Que se halla por ventura.

8. Más emplea su cuidado
Quien se quiere aventajar,
En lo que está por ganar,
Que en lo que tiene ganado;
Y así, para más altura
Yo siempre me inclinaré
Sobre todo a un no sé qué
Que se halla por ventura.

9. Por lo que por el sentido
Puede acá comprehenderse,
Y todo lo que entenderse,
Aunque sea muy subido,
Ni por gracia y hermosura
Yo nunca me perderé,
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura.

. . . . . .

XXII

Suma de la perfección

Olvido de lo criado,
Memoria del Criador,
Atención a lo interior
Y estarse amando al Amado.

Teresa de Jesús María (Pineda)

Hija de don Juan de Pineda y doña Gabriela de Zurita. Nació en Toledo el 1.° de octubre de 1592, y murió a mediados de 1642 en Cuerva. De una precocidad extraordinaria, a los tres años tiene conciencia definitiva de su vocación de carmelita descalza. Entra en el convento que había fundado en Cuerva la mujer de Garcilaso doña Aldonza Niño de Guevara. Mística por temperamento está familiarizada con los misterios más altos, de cuya experiencia honda es testigo su obra. Ésta permaneció oculta en los archivos hasta 1921 en que la editó M. Serrano y Sanz. Aunque falta de plan y de esquema es de lo más notable de nuestra literatura ascético-mística por el tema que aborda y por el estilo galano en que lo expone. Se compone en total de una *Autobiografía*, de una *Explicación mística de los Trenos de Jeremías*, y de otros *Comentarios a la Escritura*, invertebrados, pero unidos todos en su experiencia mística y en su ingenio clásico de exposición.

EXPLICACIÓN A LO MÍSTICO DE LOS TRENOS DE JEREMÍAS

El santo profeta Jeremías, con su espíritu profético, contemplando profundísimamente la destrucción de esta Jerusalén y la de cualquier alma que cae en pecado, unas veces se lamenta de ella; otras, mirando la Humanidad de Cristo, tan desamparada y tan afligida, por remediarla, le causa gran ternura y sentimiento y lo llora amargamente en metáfora de Hija de Sion y ciudad de Sion; otras veces habla en nombre de la Humanidad de Cristo, dando quejas amorosas de sus trabajos.

Y comienza sus llantos así: *Quomodo sedet sola civitas plena populo.* ¡Cómo está sentada sola la ciudad llena de pueblo, la Humanidad de mi Señor Jesucristo, que es ciudad fortísima, edificada por toda la Santísima Trinidad, para morada, no sólo de divinidad del Verbo Divino, sino también de todos los justos y predestinados, y así la pudo llamar ciudad llena de pueblo!

La cual estuvo en su Pasión tan sola y desamparada que de este desamparo se quejó a su Eterno Padre, con gran sentimiento y clamor, diciendo: ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado? ¿Cómo me has dejado sola quitándome el consuelo y gozo que se me debía de derecho por la compañía e inseparable unión con el Verbo Divino? Que aunque esta unión no falta, ni puede faltar, estoy tan desconsolada y afligida como si estuviera sola, y no sólo estoy sola en cuanto a este consuelo, sino que también mis escogidos y amigos, que moraban en esta ciudad de mi Humanidad, por el amor que me tenían y por la fe con que me seguían, me han dejado sola y desamparada.

. . . . . .

Viae Sion lugent eo quod non sint qui veniant ad solemnitatem. Mas los caminos de esta ciudad de Sion, que es Cristo, los de la Cruz, y continua mortificación, trabajos y padecer suma pobreza y desnudez de espíritu, profunda humildad y, al fin, todos los demás ejercicios de virtudes perfectísimas de que este Señor dio ejemplo, enseñó cómo eran caminos ciertos y derechos para llegar al término y fin deseado de la Bienaventuranza, que es la solemnidad y fiesta eterna.

Y también son caminos por donde un alma llega al fin feliz y dichoso que en esta vida puede alcanzar, que es el estado de unión y transformación en Dios por gracia y amor, la cual también es fiesta solemnísima y de suma felicidad para el alma, y allí se sacrifica todo en holocausto, dejándose abrasar y consumir del fuego ardentísimo del divino Amor; pero como son tan pocos los que llegan a esto y andan estos ca-

minos, y es cosa para tan llorada y sentida (y con todo aun apenas hay quien lo llore y lo sienta), justo es que los mismos lo lloren y se lastimen de que, siendo hechos y puestos por Cristo, para que las almas caminasen a tanta alteza, no se quieran aprovechar y servir de ellos, y también el mismo Cristo quiso hacerse Camino para que por Él fuese a su Eterno Padre : *Ego sum Via ; nemo venit ad Patrem nisi per Me.*

Así también llora y siente que haya tan poquitos que caminen por Él, y se aprovechen de esta merced y misericordia, como fue hacerse camino y medio para ir al Padre, que de otra manera fuera imposible, por la distancia infinita que había de Dios a la criatura, y de la Naturaleza divina a la humana ; hasta que el Verbo divino la unió a sí hipostáticamente, y de esta manera nos comunicó su divinidad, y fue camino para que los hombres se pudiesen juntar y unir con Dios, por amor, con lo cual quedó la naturaleza humana sumamente ennoblecida.

Pero supo tan poco aprovecharse de ello, que no sólo no camina por este camino divino, sino que después de haber recibido de Dios un alma e innumerables beneficios, gracias, dones, y haberla ennoblecido y levantado de muchas maneras, y juntándole a sí por medio del amor, sucede volver muy atrás y caer miserablemente, y caminar por los caminos de la maldad, y venir hasta tantas miserias y desdichas por sus culpas, que el mismo Cristo se lastima de ellas. Y con gran sentimiento las refiere diciendo : *Omnes portae ejus destructae,* todas las puertas de esta alma, que era como ciudad de Jerusalén, están destruídas, esto es, las tres virtudes teologales, que son las puertas por donde al alma le entra la gracia, y por donde ella entra a ser hija de mi Iglesia y a gozar de la herencia de mi casa, están destruídas, porque la caridad está muerta y la fe y esperanza amortiguadas y oscurecidas y aún casi muertas; pues la fe, sin obras muerta es : *Sacerdotes ejus gementes.*

Aquellos afectos fervorosísimos que siempre estaba ofreciendo a la Majestad de Dios, sacrificios suavísimos de todo cuanto tenía e incienso olorosísimo de continua y fervorosa oración, ya pueden ocuparse en gemir y llorar la desventura del estado del alma por la culpa, mas por mucho que llore no será nada respecto de lo que esto pide de llanto y sentimiento. *Virgines ejus squalidae* : aquellos pensamientos purísimos, empleados en la suma pureza, que es Dios ; aquella vida angélica y pureza de conciencia con que procura excusar la más mínima imperfección, ya están llenas estas cosas y estas vírgenes de manchas, impurezas e inmundicias. Y así está toda el alma oprimida, atormentada y llena de amargura, en lugar de la dilatación de la dulzura, suavidad, paz y alegría de que gozaba antes de caer en la miseria y abismo profundo del pecado.

Esto mismo y aun con más propiedad sucedió a Adán y Eva cuando cayeron del estado de la inocencia y perdieron la gracia de la felicidad de que en aquel estado gozaban ; y quedó la naturaleza humana tan vil, abatida y destruída, y tal, que la misericordia infinita de Dios se compadeció de ella ; y viendo que por sí era imposible levantarse y que sus enemigos la cautivaban sin poderse librar de ellos, determinó que el mismo Dios, el Divino Verbo se hiciese hombre, y desposándose con ella fuese cabeza suya, como lo es el esposo de la esposa, y que los enemigos que la cercaban y cautivaban viesen en su cabeza que era Cristo : *Facti sunt hostes ejus in capite.* Y que este Señor la redimiese a ella y a sus hijos de la cautividad del pecado y del demonio y la librase de todos sus enemigos y tomase por suyas todas sus miserias y culpas, para satisfacer por ella a la divina justicia todas las penas que merecía. Y así, al punto que el Verbo encarnó y se hizo hombre luego, *Dominus locutus est per eam, propter multitudinem iniquitatum ejus,* y habló el Padre Eterno a esta humana naturaleza de Cristo, a esta ciudad de Sion, lo que habló fue echar y cargar sobre ella toda la multitud de pecados y maldades de la ciudad de Jerusalén, que es toda la humana naturaleza, y que la tomase por suya para pagarlas y satisfacerlas.

Diego Pérez de Valdivielso

Diego Pérez de Valdivielso, (siglo XVI), catedrático, autor de diversas obras espirituales, siguiendo las doctrinas ascéticas del Beato Juan de Ávila. Su libro principal se titula *Avisos de Gente Recogida*, del cual reproducimos las curiosísimas advertencias sobre los directores espirituales, y sobre la lectura espiritual.

AVISOS DE GENTE RECOGIDA

CAPÍTULO I

QUE NI LA LECCIÓN NI LA ORACIÓN VOCAL LE CONVIENE DEJAR DEL TODO EN NINGUNA MANERA POR PERFECTA QUE LE PAREZCA A UN ALMA QUE ESTÁ.

El último peligro está en la lección; y aunque a algunos parezca que no había para que tratar este peligro: empero, porque he visto que por falta de aviso en esta parte, algunas almas se han perdido o maleado y recibido daño, no quiero dejar de avisar esto también. Yo he visto alma a quien le hizo mucho mal el diablo quitándole la lección, en achaque de mucha oración, y que ya no había menester lección, y que era embarazo de la oración. ¡Oh, siervas de Jesucristo y cuánto conviene velar; que traemos guerra con un enemigo astutísimo! Suele ser tentación del diablo quitar del todo la oración vocal, y hacer entender que no pueden en ninguna manera rezar vocalmente; y que tampoco pueden leer, de tan levantado el corazón en la oración mental. Y la experiencia me ha mostrado que lo uno y lo otro es tentación del diablo; como también lo es quitar la oración mental y trocarla toda en lección y oración vocal.

Ahora, válgame Dios, ¿que todos aquellos grandes santos y santas rezaban algún rato vocalmente y leían, y vos sola sois la santa mayor y de más profunda oración, y de puro elevamiento no podéis rezar ni leer? ¿No habláis algún rato? ¿No miráis a alguna parte? ¿No coméis? ¿No dormís? ¿No oís cuando os hablan? ¿Pues cómo no podéis hablar con Dios con la boca ni oír hablar a Dios en el libro? ¿Hay boca y ojos para otras cosas y no la hay para Dios? ¿Qué quiere decir? ¿No se ve que es astucia del enemigo que donde quiere arma lazos? ¡Oh, qué seguro el camino real de los santos!

Esfuércense las siervas de Dios a leer cada día su ratico, y rezar también vocalmente; no digo yo que lean mucho y recen mucho, antes les daría yo por consejo que rezasen poco vocalmente, bien considerado, y leyesen poco, bien pensado y remirado. Más vale poco bien hecho, que mucho mal o no tan bien hecho.

Es pues, muy justo, a mi parecer, que todas las siervas de Nuestro Señor Jesucristo sepan leer, y ojalá todas aprendieren a leer como adelante diré; porque cierto, para aprender a servir a Dios para tener en qué ocupar el tiempo los días de fiesta, para consolarse, para bien pelear y otros muchos buenos efectos, mucho vale; y casi es necesario a todo género de gentes a quienes es posible, para huír ocasiones de ofender a Dios, para conservarse en la bondad, para saber muchas cosas buenas, que sepan leer. Procuren por vías honestas y seguras de aprender a leer todas las siervas de Dios de cualquier edad, estado y condición que sean, y hagan toda su diligencia para aprenderlo, máxime si tienen alguna sierva de Dios que les enseñe. Y no lo dejen de aprender sino fuese por grande impedimento; como sería que no hubiese persona segura para su castidad que les dé lección, o si ha de haber escándalo, o, si quien puede mandar de hecho que no lo

aprendan, lo manda muy de veras. Empero en estas cosas remítome a la prudencia de quien diere consejo sobre este punto.

Sentado, pues, que les conviene leer algún ratico cada día a las siervas de Dios, y quitado este peligro de no leer, guárdense también de otros peligros que en el leer suelen acontecer. El primero y principal es envanecerse tanto en leer que dejen la oración mental o le pierdan el gusto. También otras suelen tomar tanta afición a leer, que dejan otros ejercicios, oficios y obligaciones necesarias. Todo lo cual tiene grandes inconvenientes ; y para evitarlos conviene que pongan tasa en el lugar y tiempo de la lección, leyendo tanto y a tal hora, y en su celda, de manera que no impida los demás buenos ejercicios y obligaciones.

El segundo peligro es leer por curiosidad, no para hacer, sino para saber y poder predicar a los otros, lo cual es muy grande lazo del diablo; como es oír palabra de Dios para juzgar o saber y no para hacer lo que nos dicen. Es género de injuria y afrenta y adulterio espiritual contra la palabra de Dios leer no para obrar, y suele Dios algunas veces castigar esto con ceguedad y suele acontecer que en lo que así leemos nos engañemos, y en lugar de sacar provecho saquemos daño y ceguedad y malos conceptos y soberbia y vanidad y distracción por nuestra culpa.

Lea, pues, la sierva de Dios un tiempo limitado para mirarse como en espejo, como el bienaventurado Santiago dio a entender, y examínese qué tal es, qué tan lejos está de la verdadera santidad y cuánto le falta para llegar a la cumbre de la verdadera perfección, para que viendo las culpas y bajezas se enmiende y vaya adelante, como hace la mujer cuerda que se mira al espejo para ver las faltas que tiene, y en viéndolas luego las remedia. Así ha de ser la sierva de Jesucristo leyendo buenos libros ; mirar las culpas que tiene y enmendarlas ; mirar los bienes y virtudes que le faltan y procurarlos.

Y no quiera ser predicadora sino con buen ejemplo; deje al predicador predicar con palabras y obras y ella predique con puro recogimiento exterior que salga del interior para que tenga espíritu y fuerza. El ejemplo que dure, porque cual es el corazón de donde salen las buenas obras, tal es la virtud que tienen para edificar, y más edificará callando y haciendo, que hablando. Edifica mucho ver una persona callada. No quito por eso el buen consejo y palabra, sino que digo que no se precie la sierva de Dios de predicadora ; hable poco y muy mirado y consultado con Nuestro Señor.

De donde se sigue que huya la sierva de Dios de libros curiosos y agudos y humanos. Lea vida de santos, mayormente la vida e historia del bienaventurado San Francisco ; los libros de Fray Luis de Granada, del Padre Ávila y los de Fray Francisco de Osuna, que llaman *Abecedarios*, especialmente la tercera parte : *Subida del Monte Sion*, Ángela de Fulgino, Santa Catalina de Siena y otros a este tono ; y finalmente lea libros que conviden a compunción de pecados y a mortificación y a toda perfección.

Y sobre todo, si es posible, tome este consejo ; no se le pase día sin leer (aunque sea media planita) en *Contemptus mundi ;* y este libro de *Contemptus mundi* le sea perpetuo compañero y amigo y hermano y siempre lo traiga consigo o cerca de sí para acogerse a él. Porque yo les digo la verdad, que *Contemptus mundi* cogió de la Escritura y de los Santos las flores de la mortificación y de la limpieza del espíritu.

¡Y ojalá fuesen alguna vez a San Juan Clímaco, aunque con tiento y prudencia santa, que en verdad que les haría mucho provecho. Los libros de grande penitencia, mortificación y perfección y alta oración, léanse no para desesperar y afligirse, sino para humillarse y esforzarse a crecer en el servicio de Dios y hacer con consejo y discreción, si no todo, parte de lo que se lee en ellos.

Jerónimo (Gracián) de la Madre de Dios

Nació en Valladolid el 6 de junio de 1545. Murió en Bruselas en 1614. Pertenecía a una ilustre familia de humanistas. Su padre era hijo del armero mayor de los Reyes Católicos y estudió en Lovaina en la casa de Luis Vives. Por sus conocimientos filológicos fue secretario vitalicio de Carlos V y después de Felipe II. Tradujo, del griego, a Tucídides, Jenofonte, Plutarco y Sócrates; del latín, los *Oficios* de San Ambrosio. Era gran amigo de Santa Teresa, así como su mujer, madre del Padre Gracián, Juana Dantisco. Ésta era hija del embajador de Polonia en Madrid. Antonio Gracián (hermano del Padre Gracián) fue asimismo ilustre humanista y filólogo, secretario real también en El Escorial. De otro Gracián (Lucas) es la obra *Galateo Español*. Tomás Gracián, otro de los hermanos, fue asimismo secretario real y una de las cabezas que organizaron la biblioteca del famoso monasterio.

El Padre Jerónimo Gracián, a los diez y nueve años era ya maestro en Filosofía por la Universidad de Alcalá. Fue breve tiempo profesor de Escritura y de Teología en la misma Universidad. En 1572 entró en la Reforma de Santa Teresa, de la que, con San Juan de la Cruz, iba a ser sostén principal. Su vida fue agitadísima. Recorrió, predicando y escribiendo, toda Europa, de la que dominaba todas las lenguas; así como el norte de África, donde estuvo cautivo de los piratas moros.

Literariamente, el Padre Gracián es el más fecundo escritor de nuestro Renacimiento. Sólo admite comparación con Lope de Vega. Nicolás Antonio cita ya de él cuatrocientas cuarenta y cinco obras, y eso que no las conoció todas. Las más interesantes dentro de esta infinidad son su autobiografía, publicada con el título de *Peregrinación de Anastasio*, notable en la narración y en la descripción; *Dilucidario del verdadero espíritu*, la enciclopedia más nutrida, variada y amena que produjo ese siglo sobre la vida espiritual; del mismo carácter es la *Lámpara encendida*, el *Arte de bien morir*, *Música espiritual*, *Vida del alma*. Su *Tratado de la redención de cautivos* es de un gran valor documental.

DILVA DARÍO

CAPÍTULO V

De los cinco grados de unión, que nacen de las potencias unidas. Declárase en qué consiste la esencia de la unión, y el orden que ha de llevar el alma en el proceder en la oración para llegar a lo más perfecto.

Hallamos en nuestra alma cinco maneras de potencias. La primera la voluntad, que es potencia libre, con la cual queremos, o aborrecemos. La segunda, el entendimiento y memoria, con que entendemos y nos acordamos. La tercera, los apetitos que son irascible y concupiscible, donde están las once pasiones. La cuarta la imaginación, en la cual formamos imágenes interiores, con que conocemos las cosas corpóreas, llamadas fantasmas, porque están en la fantasía. La quinta y última, los sentidos exteriores, como vista, oído, etcétera. No quiero tratar destas potencias, ni dividirlas filosóficamente, y por el orden, y con las particularidades que dellas tratan, los que escriben de la naturaleza del ánima: trato dellas a mi propósito, para colegir los grados diversos que hay de unión, según estuvieren las potencias unidas y empleadas en Dios. La unión de sola la voluntad, es una resignación de nuestra voluntad, en la voluntad de Dios, cuando queremos lo que Dios quiere, y aborrecemos lo que Él aborrece, un rendimiento a todo lo que le da gusto, aunque el entendimiento no esté considerando en

Dios, y las demás potencias estén distraídas. En esta unión de la voluntad consiste la esencia del amor, ésta pedimos en el Pater noster, cuando decimos: *fiat voluntas tua, etc.*, y la ejercitó Cristo cuando dijo: *Non mea voluntas fiat*, y San Pablo diciendo: *Domine quid me vis facere?* que como el alma esté fija en esta unión, y con mayor gozo, deseo, promptitud y eficacia se rindiere a la voluntad de Dios, y cumpliere lo que Dios manda, y obrare lo que Dios quiere en sus mandamientos, y se alegrare de lo que Dios hace, más perfecta y más santa será, aunque falte en la unión de las otras potencias, y carezca de delicadezas de conceptos, gustos, visiones imaginarias y exteriores que vienen del entendimiento, apetitos y sentidos, cuando están unidos y puestos en Dios. De este primer grado de unión nace la observancia a los mandamientos de Dios, y a los consejos del Evangelio, a las obligaciones del estado de cada uno, y el rendimiento a las divinas inspiraciones, y la obediencia a los superiores, cuales son los prelados, confesores y maestros de espíritu, porque por todos estos caminos se nos descubre la voluntad de Dios, y quien tiene esta manera de unión, ama a Dios, y tiene a Dios en su alma.

El segundo grado de unión es, cuando juntamente con la unión de la voluntad, se une, sujeta y rinde al Señor el entendimiento y memoria, y están empleadas en Él, y ocupadas en entender y acordarse de Dios, y de las cosas divinas, deste grado nace la soberana contemplación y meditación de Dios, y la luz interior sobrenatural del alma, y las visiones intelectuales.

El tercer grado de unión es el de la imaginación, cuando demás de la unión de la voluntad, entendimiento y memoria, la imaginación unida, está tan puesta en Dios, que facilísimamente forma las imágenes interiores de Cristo y de los Santos, con que anda atenta, meditando en los divinos misterios, moviéndose con esta meditación al conocimiento y amor divino. Y algunas veces (sin que la imaginación trabaje) se vienen tales imágenes interiores a ella (que se llaman visiones imaginarias) que levanta sumamente el espíritu. Muchos años tuvo la santa Madre Teresa de Jesús una de estas visiones imaginarias, trayendo continuamente presente una figura de Cristo muy hermoso resucitado, con corona de espinas, y llagas, de que hizo pintar una imagen, que me dio a mí, y yo se la di al Duque de Alba don Fernando de Toledo.

El cuarto grado de unión es, el de el apetito: cuando (además de los grados de unión que he dicho) el apetito con la continuación de la oración, y con la presencia de Dios, y pureza del alma, está divertido de los gustos de la tierra, y tan empleado en los del cielo, que satisfecho, contento y lleno de gozo: *Gusta quam suauis est Dominus*. Deste grado de unión nacen los regalos del alma, que son sensibles, como el júbilo, la alegría espiritual, la serenidad del espíritu, la embriaguez del corazón, y otros muchos de que después diremos.

El quinto y último grado de unión es el de los sentidos. Cuando (después de haberlos rendido la voluntad, lo más que puede, y hecho esclavos de la razón) los emplea y manda, que se ocupen en Dios, y en las cosas que mueven a la virtud, y al divino servicio, y ellos obedecen a su Reina la voluntad, y así la vista se emplea en mirar con los ojos el Santísimo Sacramento del altar, y las imágenes pintadas de Cristo, y de su Madre, y de los Santos, y mira a las criaturas como imágenes vivas de Cristo, y al oído, que oya palabras de Dios, lo más que pudiere, al olfato, gusto y tacto: manda que cuando percibieren los buenos olores, manjares y blanduras, que les agradan, tomen por motivo aquel gusto, para levantar el corazón a Dios, dándole gracias, o deseando los gustos eternos. Y que cuando percibieren cosas desabridas, se mortifiquen con aquel desgusto, y hagan penitencia, y se acuerden de las penas del infierno, o de los disgustos, que por salvar las almas, padeció Cristo Crucificado. Algunas veces, sin que la voluntad guíe los sentidos (sobrenaturalmente) vienen a los ojos visiones exteriores, como la zarza, que vio Moisés, y palabras formadas, que oían los Profetas, y algunas veces se huelen olores celestiales, o se sienten en el gusto sabores divinos, como acontece en algunos cuando co-

mulgan, y en el tacto se suele sentir una muy buena disposición, que suele quitar los dolores, del cuerpo y cabeza, etc., y le pone, ágil, ligero y gallardo, para el servicio del Señor: de los cuales trataremos después más despacio. Y aunque estos efectos sobrenaturales, que nacen de la unión de los sentidos sean muy estimados de muchos, que no entienden tan de raíz las cosas espirituales, no son tan seguros, ni esta unión es tan cierta y meritoria, como la del entendimiento y voluntad, porque aquí el demonio (transfigurado en Ángel de luz) puede y suele causar ilusiones y engaños. Como hemos dicho otras veces, dos maneras hay de unión una dada y sobrenatural, y en ésta no puede haber orden, ni se va subiendo por grados, que la da Dios como quiere, y cuando quiere, como aconteció a San Pablo, que de la unión exterior de los sentidos (viendo Cristo, y oyendo su voz) comenzó su buen espíritu. Hay otra unión procurada, y ejercitada por la misma alma, y en esta vale por grados y por orden. Porque primero se rinde la voluntad al servicio de Dios (aunque sea muy a ciegas) y luego continuando la oración se da a la contemplación del entendimiento y memoria, y después de bien ejercitado en la contemplación y meditación se enriqueze la imaginativa, y desechando las fantasmas e imaginaciones impertinentes, trae figurado dentro de sí a Cristo, y cuando está muy ejercitada en esto, los apetitos están rendidos, y reciben gustos y regalos espirituales. Y finalmente los sentidos de lo que ven, o oyen, sea bueno, o sea malo, coligen y lo refieren a gloria de Dios, y suelen recibir cosas sensibles y sobrenaturales, como visiones exteriores, etc. Este es el orden que se lleva en estos cinco grados de unión. Así como cuando la esposa lleva a su esposo de la mano, metiéndole en su casa: que le mete en el patio, de allí en la sala, y así va por orden en los demás aposentos, o como lo que dicen los filósofos del alma, cuando da vida al cuerpo: que primero vive el corazón, luego el cerebro, y así van los demás miembros por su orden, siendo los menos principales los postreros que reciben vida: y cuando se muere, lo primero que muere es lo menos principal del cuerpo: y lo postrero el corazón. El mismo orden lleva el espíritu en la vida, y unión con Cristo, que primero viene la voluntad que es el corazón, y luego el entendimiento.

CECILIA DEL NACIMIENTO (SOBRINO)

Una de las mujeres más ilustres de España, como afirma justamente Villar y Macías, es también una de sus grandes mujeres más desconocidas. Es poco lo que se la ha dado a conocer todavía, si bien va siendo lo suficiente para que su fama se extienda con más rapidez, en lo sucesivo. Título no pequeño es que esta ilustre humanista vallisoletana es una perfecta prolongación estilística y doctrinal de San Juan de la Cruz. Nació en Valladolid el 18 de Diciembre de 1568. Murió el 5 de abril de 1646.

Sus obras más relevantes son : *Autobiografía ; Liras de la Transformación del alma en Dios ; Tratado de la Transformación del alma en Dios ; Tratado de la unión del alma con Dios ; Relación de mercedes de espíritu ; Meditaciones sobre el Cantar de los Cantares ; Exposición teológica sobre la Inmaculada Concepción ; Poesías.*

TRATADO DE LA TRANSFORMACIÓN DEL ALMA EN DIOS

Al Padre Tomás de Jesús, Carmelita Descalzo

JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Viendo, Padre nuestro, lo que Vuestra Reverencia gusta de las cosas espirituales, y por su mandato particular, con que me alienta, me atrevo a decir aquí algo, aunque breve : lo uno, por saber tan poco, y lo otro, por serlo lo que se puede decir de lo que es tanto. Mas así, aunque sea poco, se glorifica Nuestro Señor en que le alabemos y digamos de sus misericordias, que por poco que sea, levanta el espíritu y le aficiona de Nuestro Señor que así comunica su grandeza con tan bajas criaturas.

Será sobre unas Liras o Canciones, que en éstas no menos se suelen acomodar los sentimientos del amor y espíritu divino. Como los humanos suelen declarar con canciones lo que les parece más fino de su amor, mucho mejor el Espíritu Santo, cuyo amor es divino, y el que con verdad se puede llamar *Amor*, suele inspirar canciones suyas a las almas, para declarar algo de este divino y encendido amor. Así lo hizo ya por Salomón y por muchos santos ; y parece en aquella brevedad de palabras encierran más profundos misterios, y encubren en sí más de lo que se puede declarar, de lo que significan, que son cosas divinas e indecibles ; y hay tanta inmensidad en cada una de ellas, que se puede mejor sentir que decir.

Sea el Señor servido se acierte en lo que se dijere, y si no, fácil es la enmienda con que lo rompa Vuestra Reverencia, a quien dé Su Majestad su espíritu divino con el crecimiento que le suplico.

LIRAS DE LA TRANSFORMACIÓN DEL ALMA EN DIOS

1.ª Aquella niebla oscura
es una luz divina, fuerte, hermosa,
inaccesible y pura,
íntima y deleitosa,
un ver a Dios sin vista de otra cosa.

2.ª La cual a gozar llega
el alma que de amor está inflamada,
y viene a quedar ciega
quedando sin ver nada,
la ciencia trascendida y alcanzada,

3.ª Y cuando la conquista
del Reino de sí misma es acabada
se sale sin ser vista
de nadie, ni notadâ,
a buscar a su Dios dél inflamada.

4.ª Y en aquesta salida,
que sale de sí el alma dando un vuelo,
en busca de su vida,
sube al empíreo Cielo
y a su secreto centro quita el velo.

5.ª Y aunque busca al Amado
con la fuerza de amor toda encendida,
en sí le tiene hallado,
pues está entretenida
en gozar de su bien con él unida.

6.ª Está puesta en sosiego
ya todas las imágenes perdidas,
y su entender ya ciego,
las pasiones rendidas,
con fuerza las potencias suspendidas.

7.ª A tal gloria y ventura
subir por escalera la convino,
para venir segura;
que por modo divino
los misterios de Cristo fue el camino.

8.ª Habiendo ya llegado
al deseado fin que fue su intento,
tiene, quieta en su Amado,
continuo movimiento,
estando sosegada y muy de asiento.

9.ª Y cuando de continuo
del Verbo eterno el alma está gozando,
su espíritu divino
mueve un aire muy blando
que todo lo interior va regalando.

10. En la noche serena,
en que goza de Dios, su vida y centro,
sin darla nada pena,
le busca bien adentro,
con deseos saliéndole al encuentro.

11. El amor la encamina,
metida entre tiniebla tan oscura,
y sin otra doctrina,
camina muy segura
a donde Dios la muestra su hermosura.

12. Y yendo sin camino,
sin que haya entendimiento ni memoria,
la muestra el Rey divino
su virtud y su gloria
como se puede en vida transitoria.

13. ¡Oh, noche cristalina
que juntaste con esa luz hermosa
en una unión divina
al Esposo y la esposa,
haciendo de ambos una misma cosa!

14. Gozando dél a solas,
y puesto un muro en este prado ameno,
vienen las blandas olas
de aqueste aire sereno,
y todo lo de afuera lo hace ajeno.
15. Aquel Rey en quien vive
la tiene con gran fuerza ya robada,
y como la recibe
de asiento en su morada,
la deja de sí toda enajenada.
16. Como es tan poderosa
la fuerza de aquel bien con que está unida
y ella tan poca cosa,
con darse por vencida
pierde su ser y en él es convertida.
17. No porque jamás pueda
ser, que su esencia pierda la criatura,
sino que como exceda
en Dios el alma pura,
toda en él se convierte y transfigura.

. . . . . .

CANCIÓN DECIMOTERCERA

¡Oh, noche cristalina
que juntaste con esa luz hermosa
en una unión divina
al Esposo y la esposa,
haciendo de ambos una misma cosa!

¡Oh, noche cristalina!

Como si dijera: oh, noche, que siéndolo en cuanto a encubrir el Amado de la manifestación clara de su eternidad, eres para el alma la más clara manifestación suya que puede tener en esta vida, en que la alumbras divinamente en tu divina claridad cristalina, con que la has hecho su centro un amor de inmensidad, semejante a un cristal en la limpieza y claridad, en donde mora de asiento la majestad de Dios como en su propia morada, y con su claridad alumbra este centro cristalino y le absorbe en el mar inmenso de su Divinidad, dándole mayor resplandor y luz que en todas las demás comunicaciones, para alumbrarla en la ciencia de la claridad de Dios. Más clara eres que el cristal para el alma, pues en ti se le dio (aunque encubierto), del modo que se le ha de dar en la eternidad; mas con admiración grande de cuanto bien y claridad le comunicas en esta vida, juntándola consigo el que es esencialmente luz, haciendo el efecto que hace esta luz esencial en ella, pues de ella recibe toda la que tiene, y ella la juntó consigo para hacerla luz; y así le dice: *Oh! clara encubierta*, oscura y clara manifestación de la Divinidad del Esposo

Que juntaste con esa luz hermosa
En una unión divina
Al Esposo y la esposa.

Esto dice el alma como agradeciendo tan inmenso bien como le hizo esta oscuridad clarísima, que fue juntarla en la unión del Amado, porque para juntarse el espíritu criado con el increado de Dios, hizo esta junta su misma luz increada y esencial, que a todos nos crió de una naturaleza apta para infundir en ella esta divina luz, o para que quedase infundida en ella. Y así dice, que en esta inmensa y divina luz quedaron en una unión divina el alma con Dios, a quien llama aquí Esposo y Esposa. Y dice que ya en esta unión tan subida, sustancial y divina, se juntan en un matrimonio espiritual, haciéndose el alma un espíritu con Dios, como lo dice San Pablo: que el que se junta con Dios se hace un espíritu con

él (1.ª Ad. Corint. VI, 17), esto por una altísima manera: que en esta comunicación ya no se apartan, sino están en unión durable, ya mudada el alma y transformada en Dios, hecha una cosa con él ¡Oh, divina unión y matrimonio divino que así levantas una naturaleza criada a juntarla por este modo altísimo de unión divina con la naturaleza increada, y al espíritu criado con el increado de Dios,

Haciendo de ambos una misma cosa!

Porque si dice el Apóstol San Pablo, hablando del matrimonio corporal: que serán dos en una carne (1.ª Ad. Corintios VI, 16); en esta unión, que al fin es divina y apartada, cuán bien se puede decir que esta alma está unida con el espíritu, que se une como una luz en otra, como un agua en otra, de suerte que no admite división; antes tiene mayor unidad, porque le da sus mismas condiciones en aquella sutileza purísima con que se une, y así ha de quedar hecha luz en la luz; hecha agua en el agua, esto es, unido su espíritu con el de Dios, en cuanto por haberle dado naturaleza y capacidad para emplearla en la inmensidad divina se puede unir con el espíritu divino que la da y comunica condiciones divinas. Y ella en este divino bien queda con perpetuidad.

. . . . . .

SONETOS MÍSTICOS

I

Piadosa fuerza, vencimiento blando,
embebimiento y música suave,
licor precioso, gusto que a Dios sabe,
gloria insufrible, favorable mando,
raíz que mi sustancia está animando,
peregrina infusión y silbo grave,
ciencia que de experiencia el alma sabe,
fuego que en el crisol me está esperando,
virtud, omnipotencia, embestimiento,
tiniebla, noche oscura, bien amable,
toque que vuelve loco al que es más cuerdo,
silencio y pausa, luz, transcendimiento:
¿a quién iré que sus efectos hable,
oh, dulce sueño, dónde me recuerdo?

II

Como de torbellino y recio viento
el átomo ligero es levantado;
o como cuándo de la mar hinchado
es llevada una paja de su asiento;
así como vapor y flaco aliento,
como el humo de un palo muy delgado,
como el humilde polvo del soplado
los desaparece el aire en su elemento;
como si un escuadrón de gente armada
con poderosa fuerza combatiese
un mosquito ahogado en la bebida,
trata el inmenso Dios con esta nada.
¡Oh, pues lo comenzó, si ya quisiese
que del todo en su ser fuese sorbida!

III

Bebo en un mar de sed donde me anego,
que a los umbrales puesta el alma mía
del bien, se desfallece de alegría
y a gozarle del todo nunca llego.
Crece la llama de mi ardiente fuego
y en él, cual mariposa, mi porfía
busca la luz de aquel eterno día,
y antes que me amanezca, en él me ciego.
¡Oh, breve tiempo de mi larga pena,
dulce devanear de pensamiento!
¿Quién abrirá los ojos a la vida?
Si la muerte me suelta la cadena,
dándome amor su favorable viento
iré a buscar al que me tiene asida.

TRADUCCIÓN DEL CANTAR DE LOS CANTARES

(Fragmento)

ESPOSA. ¿Quién es el que a esta hora
a mi cabaña llama
sabiendo que yo estoy
en ella retirada?
Entre sueños oí
(sin duda que soñaba)
que un pastor a mi puerta
que le abriese esperaba.

AMOR. Verdad es, que no duermes;
despierta ya, y acaba
de levantarte.

ESPOSA. ¡Ay cielo!
Si es mi Esposo quien llama.

ESPOSO. Yo soy, paloma mía,
querida esposa amada;
yo soy, ¿no me conoces?
¿cómo en abrirme tardas?

Mira que ya a tu puerta
atrevida la escarcha
en mi rojo cabello
blancas perlas ensarta.
Tu amor me tiene preso
y estás tan descuidada,
dormida y perezosa
que aun responder te cansa.

ESPOSA. Ya, Esposo, he respondido,
y conozco quién llama;
mas desnuda, no es bien
que a abrir la puerta salga.
Lavé los pies anoche,
y si a abrir voy descalza,
podrá ser que me ensucie.
Volved a la mañana.

AMOR. Si con ingratitudes
tales finezas pagas,
yo haré que se te acuerde...

P. Juan Eusebio Nieremberg

Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658), jesuita. Polígrafo fecundísimo. Entre sus obras espirituales — *Aprecio y estima de la divina gracia, De la adoración en espíritu y verdad, De la vida divina, Diferencia entre lo temporal y eterno, Prodigio del amor divino* —, sobresale el tratado *De la hermosura de Dios y su amabilidad* (1641), que ha venido a ser clásico en la materia. La primera parte es una especie de física-estética, para deducir la belleza de Dios por la de las criaturas; la segunda parte sondea la belleza de Dios en sus atributos, sabiduría, justicia, bondad, santidad, poder, etc. La tercera parte es un monólogo del alma con Dios, gozándose de conocerlo tan hermoso. Damos la introducción y primeros capítulos de esta tercera parte, de más sabor místico que las anteriores.

TRATADO DE LA HERMOSURA DE DIOS

EJERCICIO DE AFECTUOSO AMOR DE DIOS

Todas las finezas y extremos que han hecho los Santos por amor de Dios, y los que deben hacer por su infinita Hermosura y Perfección infinitamente amable, son muy cortos, y quedan muy inferiores a la amabilidad que merece; y así debemos suplir con afectos y deseos lo que falta a nuestras obras, principalmente, pues la sustancia del amor está en el alma y en la voluntad. Y pues el amar no es otra cosa que querer bien para otro, debemos ejercitar esta buena voluntad y afecto para con Dios, gozándonos de sus infinitos bienes, pues no podemos querer a Dios cosa mejor de lo que Él se tiene; y así, el bien mayor que podemos quererle no puede ser deseando que Él le adquiera y venga a tener, pues ya lo tiene, sino por afectos de complacencia, y gozo, y congratulación de que ya tenga, y posea, y goce cuanto se podía desear para su perfección, felicidad y bienaventuranza; porque Él es cuanto tiene en sí, Él es total, absoluta e infinitamente perfecto, y es su infinita y sobreesencial Perfección, su Sabiduría, su Omnipotencia, su Bondad, su Justicia, su Inmensidad, su Santidad, su Caridad. Por esto, como dice Dionisio Cartusiano [1], es un excelentísimo, principalísimo y purísimo afecto de amor de Dios gozarse y alegrarse de todas estas cosas, y darle con gran alegría el parabién de todas muy entrañablemente, y de todo corazón. Por lo cual pondré aquí algunas afectuosas congratulaciones o complacencias de las perfecciones divinas, con que sustentemos este afecto puro del amor de Dios; advirtiendo que para mayor cumplimiento de la caridad, no nos hemos de contentar con eso; porque como Dios, por razón de sus infinitas perfecciones se deba honrar, temer y reverenciar, pertenece al amor divino que quien ama a Dios le respete sobre todas las cosas, y con todo su corazón y entrañas le tema, y le honre, y desee que todos los hombres y ángeles le veneren, adoren y alaben; y aquí tienen lugar los deseos, y cuanto está en mano de uno lo ha de procurar con sus oraciones, obras y trabajos, cooperando a ello con sus palabras y ejemplo. Después desto, como sea una misma la caridad con que amamos a Dios y a los hombres; como hemos de desear estar con Dios, contemplarle, gozarle y unirnos con Él inseparable y eternamente, eso mismo hemos de desear a nuestros prójimos, y procurarlo cuanto alcanzaren nuestras fuerzas. Demás desto, como el amor conforma las voluntades de los que se aman, debe el que ama a Dios conformar su querer con el querer divino, no queriendo otra cosa sino lo que Dios quiere. De aquí viene que

[1] *In inflammatorio divini amoris*, art. 17.

quien ama a Dios ha de obedecer en todo a los preceptos divinos, ejercitando todas las virtudes que nos mandan y aborreciendo los vicios que nos vedan. De todas estas cosas pondré también algunos afectos amorosos; pero principalmente los gozos que podemos tener de las perfecciones divinas.

Pídote primero, Dios mío, perdón de que, siendo yo tan indigno, tome tus alabanzas en mi boca; porque a lo que no me atreviera considerando tu grandeza, me da alas la consideración de tu bondad. Esto te suplico yo, pecador, como te lo suplicó tu siervo Augustino (1): «Perdóname, Señor mío, perdóname, y ten misericordia de mí; perdona mi ignorancia y mi mucha imperfección; no me quieras desechar como a temerario porque me atreva a hablarte siendo tu siervo; ojalá lo fuera yo bueno, y no malo, y tan sin provecho; y por eso soy muy malo, pues alabo, bendigo y adoro a mi Dios Todopoderoso, terrible y en gran manera digno de ser temido, sin dolor de corazón, y sin grande abundancia de lágrimas, y sin la reverencia debida y temor a tal Señor. Porque si los ángeles que te adoran y alaban tiemblan llenos de maravillosa alegría, ¿cómo cuando yo, pecador, estoy delante de ti, y te digo alabanzas, no teme mi corazón, mi semblante no se muda, y mis labios no rehilan, ni se me erizan los cabellos? ¿Cómo derramando lágrimas no lloro sin cesar delante de ti? Quiero, mas no puedo, porque no sé lo que deseo. De aquí es que me admiro mucho cuando con los ojos de la fe te considero tan tremendo. Mas ¿quién podrá hacer esto sin el favor de tu gracia, pues toda nuestra salud está puesta en tu gran misericordia? ¡Oh, miserable de mí, y qué miserable está mi alma, pues no se asombra y espanta cuando está delante de su Dios y canta sus alabanzas! ¡Oh, miserable de mí! ¿Cómo se ha endurecido mi corazón, que mis ojos no vierten ríos de lágrimas, mientras el siervo habla con su Señor, el hombre con Dios, y la criatura con el Criador; el que fue hecho de barro con el que todo lo hizo de nada? Vedme aquí, Señor, puesto delante de ti. ¿Cómo no tiemblo de tu grandeza, ni me asombro de tu majestad? Tú eres rico en misericordia, largo en premios; dame de tus dones para que te sirva con ellos, porque no te podemos servir ni agradar si no es con tu ayuda. Atraviesa mis carnes con tu santo temor. ¡Ojalá así te temiera mi alma pecadora, como temió aquel santo varón que dijo: «Siempre temí a Dios, como unas ondas hinchadas que venían sobre mí! ¡Dios mío, dador de todos los bienes! Dame entre tus alabanzas una fuente de lágrimas, acompañada con pureza de corazón y alegría de mi alma, para que, amándote perfectamente y alabándote dignamente, sienta, guste y sepa con el paladar de mi corazón cuán dulce y suave eres, como está escrito: «Gustad, y ved cuán suave es el Señor. Bienaventurado el varón a quien en este valle de lágrimas en que le pusiste, das la mano, y en Él hizo escala en su corazón para llegar a ti. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa; alabaránte en los siglos de los siglos. Amén.»

(1) Oración sacada de San Agustín.

I

Gozo y complacencia de la Hermosura divina

Gózome, Dios mío, de tus infinitas perfecciones, de las cuales quisiera gozarme infinito; y si fuera menester comprar cada una a precio de mi vida y sangre, y todo mi ser, mil vidas diera porque no te faltara la menor de todas, si hubiese en ellas menor, y no fuesen todas grandes, todas sumas, todas infinitas. Mil veces quisiera ser aniquilado antes que te faltase bien alguno de los que posees. Gózome de tu infinita Hermosura, que encierra todas las perfecciones. Gózome que seas tan Hermoso, que sólo con tu vista hagas bienaventurados a todos tus santos ángeles. Doy el parabién a las criaturas todas, que tengan tan hermoso Autor, que es fuente de todas sus hermosuras. Doite a ti mismo el parabién, que tengas naturaleza tan perfecta, esencia tan bella, ser tan hermoso. Tú eres, Dios mío, la Hermosura esencial en ti, y la ejemplar de

todo lo criado. Tu resplandor, Dios mío, no tiene límite, tu luz no tiene fin, tu gracia no tiene término, tu perfección no tiene límite, tu hermosura carece de medida: ¿qué mucho que los ángeles santos, aunque te ven, de deseen ver? Eres luz pura sin mezcla de tinieblas, eres perfección sin falta, y belleza sin lunar. Tus perfecciones tienen infinita proporción, y tu hermosura infinitas perfecciones y bellezas. Por ti están hermoseados los cielos con estrellas, y las estrellas con claridad y resplandor. Por ti luce la luna, y por ti alumbra el sol, cuya claridad, aunque alegra a todo el mundo, no es sino oscuridad en comparación de la tuya. Por ti los campos se adornan con hierbas, plantas y árboles, y las hierbas con verdor, las plantas con flores y los árboles con frutos. Por ti saben los Querubines, por ti aman los Serafines, por ti pueden las Dominaciones, por ti son hermoseados los Ángeles; mas tú eres lo hermoso de todos y lo florido de todas las esencias; tú eres la flor de las naturalezas, la gracia de todo lo criado, la idea de todo lo especioso, la rosa de todo lo vistoso, lo primo de todo lo agradable, la imán de todo lo amoroso, la nata de todo lo sabroso. ¿Qué cosa más lúcida que tu sabiduría? ¿Qué cosa más clara que tu verdad? ¿Qué cosa más resplandeciente que tu majestad? ¿Qué cosa más cándida que tu santidad? ¿Qué cosa más hermosa que tu bondad? ¿Qué cosa más bella que tu esencia? Dame que a ti solo ame, de ti solo guste, a ti solo admire, en ti solo descanse, por ti solo anhele, a ti solo busque y desee conocer y saber.

II

Gozo del Ser perfectísimo de Dios

Regocíjome, Dios mío, de la grandeza de tu Ser increado, independiente, perfectísimo sobre toda la esencia y sustancia; porque es plenitud de toda entidad, piélago de toda perfección, manantial de todas las criaturas, idea de toda bondad. Gózome de tu infinita nobleza, que no procede de nadie, y de la cual proceden todas las cosas. Doite el parabién, que no tienes necesidad de criatura, y que tengan todas las criaturas tanta necesidad de ti, que les eres más necesario que ellas lo son a sí mismas. Sin ti nada fue ni pudo ser antes que fuese. El alma se me alegra de que seas tan rico que tú solo te bastas a ti mismo para que seas bienaventurado y sobres para hacer bienaventurados a los espíritus más altos y llenar de bendiciones a toda criatura. El corazón se me dilata en pensar sólo que no debes nada a nadie, que tú solo tienes ser esencial, verdadero y eterno por sí mismo. Las demás cosas tienen un ser defectible y participado, y que les puede faltar; Tú solo le tienes de ti mismo, inmutable y sempiterno. El ser de todo este universo es, en tu comparación, una gota de rocío, un polvito de la tierra, un átomo del aire. La alteza de las nubes, la profundidad del mar, la anchura de los cielos, no es más que un indivisible respecto de tu inmensidad. El espíritu se me alegra de que eres tal, que nada se puede imaginar mayor, y que eres mayor de lo que se puede pensar. Tu ser es tan bueno, que tiene cuanto es mejor ser que no ser. Doime mil parabienes, que recibí ser de tal Ser. Gózome que mi Dios sea tal que no le pueda desear mejor. Dame, Bien mío, que no desee otra cosa sino a ti, y que pues eres tan gran Ser, independiente de todo, que me humille a ti y quiera depender de ti. ¡Oh, cómo hasta los mismos huesos se me regocijan que no tengas necesidad de mí, y que es tal de quien tengo yo suma necesidad! Regocíjome que no dependas de nadie; pero si dependieras de mí, mil pedazos me dejara hacer porque tú fueras, mil muertes padeciera porque tú vivieras, mil esclavitudes padeciera porque tú reinaras, mil aniquilaciones sufriera porque tú fueras ensalzado. Y si tú no fueras, no quisiera yo reinar, ni vivir, ni ser. Bien sé que no se puede ser que faltes, pues tú Ser es necesario y esencial, sin el cual ni otra cosa fuera ni pudiera ser; pero esta buena voluntad te ofrezco, que porque tú fueras, millones de veces dejara yo de ser. Regocíjome en el alma que seas, y que seas sumo, bonísimo, misericordiosísimo, justísimo, secretísimo, fortísimo, incom-

prensible y estable, invisible que todo lo ves, inmudable que todo lo mudas, inmortal sin término inmenso sin medida, que no hay lugar que te abrace; inestimable, inefable, inescrutable, inmoble, aunque todo lo mueves; investigable, inenarrable, terrible, digno de ser temido, honrado y reverenciado; nunca nuevo, nunca envejecido, y todo lo renuevas; siempre obras, y estás quieto; recoges, y no tienes necesidad; llevas todas las cosas sin peso; todas las hinches sin estar encerrado en ellas, y todas las crías, amparas, sustentas y perficionas. Ampárame a mí y perficiónome.

III

Gozo de la felicísima Vida de Dios

El corazón se me llena de contento, Dios mío, de ver que no viviste antes que fueses bienaventurado y dichoso; porque viviendo desde la eternidad, eres también desde toda la eternidad bienaventurado, sin haberse interrumpido, ni turbado, ni menoscabado un punto tu eterna felicidad y continuo gozo. Lo mismo es en ti vivir que gozar de tu suma dicha, y gloria, y bienaventurada vida. Tú eres la misma esencia de tu vida y de tu felicidad: tu Ser es vivir, y tu vivir entender, y tu entender es amar, y tu amar es gozar, y tu gozar es tu Ser, y tu Ser es todo ser. ¡Oh, admirable Divinidad, cuán admirable vida tienes! Toda está llena de gozos que no te costaron trabajo, llena de gusto sin contrapeso de peligros, llena de suavidad sin riesgo de penas, llena de bienes sin experiencia de algún mal. Todo eres dulzura, todo paz, todo descanso, todo gusto, todo vida, todo bien, y todo bienaventuranza, todo vida bienaventurada y beatificadora, y todo vida mía. Con razón te engrandecen tus Escrituras con llamarte Dios vivo, porque, respecto de tu vida, cualquiera otra vida no lo parece, y sin la tuya nada vive. Tu vida es verdadera y vitalísima, vida causadora de todas las vidas. Vivid, vivid, Dios mío, pues me importa a mí más que el vivir, impórtame el ser, impórtame el alma, impórtame el cuerpo, impórtame la salvación. Vivid, vivid, vida mía, pues me importa tu vida más que la mía y de todas las criaturas. Huélgome, y el corazón se me salta de placer, que tengas por esencia y necesidad de tu Ser lo que debía ser deseo de todo ser y diligencia de todas las naturalezas. Huélgome que por esencias tengas el vivir eternamente, pues por tu vida debíamos dar todas las nuestras, que della dependen. ¡Viva, viva Dios tan bueno! y todos los ángeles digan: Viva. Aclámenle todas las naturalezas. Decid, elementos, decid: Viva Dios tan poderoso. Decid, plantas y prados, decid: Viva Dios tan suave. Decid, peces; decid, aves; decid, animales, decid: Viva Dios tan sabio. Decid, cielos; decid, estrellas; decid, planetas: Viva Dios tan hermoso. Decid, hombres, decid: Viva Dios tan misericordioso. Decid, espíritus soberanos, decid a voces, decid: Viva Dios tan grandioso, viva Dios tan liberal, viva Dios tan inmenso. Decid a una, elementos, plantas, peces, aves, animales, cielos, hombres y ángeles, decid: Viva Dios tan bueno, viva Dios tan admirable, viva Dios vivo, viva Dios eterno, viva Dios bienaventurado, viva un Dios que es causa de todas las vidas. Dél procede toda la vida de la naturaleza, dél mana toda vida de gracia, dél sale toda vida de gloria. Viva Dios, en quien viven todas las vidas. ¡Oh, clarísima fuente de vida, cuya redundancia vital es una infinita plenitud de todo vivir! ¡Oh, Dios mío, y vida mía! Hermosea la vida de mi naturaleza con la vida de tu gracia, y a la vida de gracia perficiónala en mí con la vida de gloria; resucita mi espíritu, vivifica siempre mi alma con tus dones y gracias, para que viva sólo para ti y en ti.

MIGUEL DE MOLINOS

Nacido en Muniesa (provincia de Zaragoza) en 1628, cursó estudios en Valencia, y en esta misma ciudad fue beneficiado de la Iglesia de San Andrés en 1646, confesor de unas monjas y, según él, discípulo de los Jesuítas del colegio de San Pablo. Fue a Roma como procurador delegado por el Reino valenciano para la beatificación de Francisco Jerónimo Simón, en 1663. Allí «asistía muy de continuo a la congregación llamada *Escuela de Cristo*... primer foco del Quietismo, y Molinos llegó a dominarla a su albedrío» (Menéndez Pelayo). No fue inmediata la reacción contra Molinos puesto que, en 1687, el Arzobispo de Palermo recomendaba y ensalzaba la *Guía espiritual* y su autor era considerado como un oráculo en Roma y Nápoles, estimando su amistad numerosos eclesiásticos sin excepción de jerarquías. Extendióse la doctrina, multiplicáronse las ediciones de la *Guía* en diversas lenguas, y esta misma difusión atrajo la atención más cuidadosa de los teólogos: «Jesuítas y Dominicos se conjuraron contra los quietistas», intervino la Inquisición romana y el Santo Oficio decretó la prisión de Molinos en 1685, siguiéndole otras muchas e importantes personas. Sometióse finalmente al Santo Oficio y el 3 de septiembre de 1687 abjuraba de sus errores. Fue condenado a cárcel perpetua, a llevar siempre el hábito de la penitencia, a rezar todos los días el Credo y una parte del Rosario, con meditaciones sobre los misterios, y a confesar y comulgar cuatro veces al año con el confesor que el Santo Oficio le señalase. Nada vuelve a saberse de Molinos hasta su muerte, acaecida el 28 de diciembre de 1696. Menéndez Pelayo, que no alcanzó a ver ejemplar castellano de la *Guía*, adivinó en el libro «un modelo de tersura y pureza de lengua. Molinos no estaba contagiado en nada por el mal gusto del siglo XVII, y es un escritor de primer orden, sobrio, nervioso y concentrado, cualidades que brillan aun a través de las versiones».

BIBLIOGRAFÍA. *Guía espiritual*, Roma, 1675. Ed. R. Urbano, Barcelona, 1906. Edición A. Ovejero, Madrid, 1935, «Colección Biblioteca de Filósofos Españoles».

Sobre Molinos: MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, vol. V, páginas 248-268, ed. Suárez, 1928. DUDON, *Le quietiste espagnol Miguel Molinos*, París, 1921. ENTRAMBASAGUAS, *Miguel de Molinos*, Madrid, ed. Aguilar, s. a.

GUÍA ESPIRITUAL

QUE DESEMBARAZA EL ALMA Y LA CONDUCE POR EL INTERIOR CAMINO PARA ALCANZAR LA PERFECTA CONTEMPLACIÓN Y EL RICO TESORO DE LA INTERIOR PAZ

PROEMIO

ADVERTENCIA PRIMERA

De dos modos se puede ir a Dios: el primero, por meditación y discurso; el segundo, por pura fe y contemplación.

Dos modos hay de ir a Dios: uno, por consideración y discurso, y otro, por pureza de fe, noticia indistinta, general y confusa. El primero se llama meditación; el segundo, recogimiento interior o adquirida contemplación; es el primero de principiantes, el segundo, de aprovechados; el primero es sensible y material, el segundo es más desnudo, puro e interior.

Cuando el alma está ya habituada a discurrir en los misterios, juntándose con la imaginativa y usando de imágenes corporales, siendo traída de criatura en criatura y de noticia en noticia (teniéndola muy corta de la que se desea), y de éstas al Creador, entonces la suele coger Dios de la mano — si no es que la llama a los principios y la introduzca sin discurso por el camino de la pura fe —, y haciendo que se deje

atrás el entendimiento todas las consideraciones y discursos, la adelanta y saca de aquel estado sensible y material y hace que debajo de una simple y oscura noticia de fe aspire sólo con las alas del amor a su Esposo, sin que tenga ya necesidad, para amarle, de persuasiones e informaciones del entendimiento, porque de ese modo sería muy costoso su amor, muy pendiente de las criaturas, muy a gotas, y esas caídas a pausas, despacio.

Cuanto menos pendiere de criaturas y más estribare sólo en Dios y su secreta enseñanza, mediante la fe pura, más firme, durable y fuerte será el amor. Después que ya el alma ha adquirido la noticia que la pueden dar todas las meditaciones e imágenes corporales de las criaturas, si ya el Señor la saca de ese estado, privándola del discurso, dejándola en la divina tiniebla para que camine por el camino derecho, y fe pura, déjese guiar y no quiera amar con la escasez y cortedad que ellas le informan, sino suponga que es nada cuanto todo el mundo y los más delicados conceptos de los entendimientos más sabios la puedan decir, y que la bondad y hermosura de su amado excede infinitamente a todo saber, persuadiéndose que todas las criaturas son muy bozales para informarla y traerla al verdadero conocimiento de su Dios.

Debe, pues, pasar adelante con su amor, dejándose atrás todo su entender. Ame a Dios como es en sí y no como se lo dice y forma su imaginación; y si no lo puede conocer como es en sí, ámelo sin conocerlo debajo de los velos oscuros de la fe, de la manera que un hijo que nunca ha visto a su padre, por lo que de él le han informado, a quien da todo crédito, le ama como si ya le hubiera visto.

El alma, a quien se le ha quitado el discurso, debe no violentarse ni buscar por fuerza noticia más clara o particular, sino sin yugos ni arrimos de consuelos o noticias sensibles, con pobreza de espíritu y vacío de todo lo que su apetito natural le pide, estar quieta, firme y constante, dejando obrar al Señor, aunque se vea sola, seca y llena de tinieblas, que si bien le pareciera ociosidad, es sólo de su sencillez y material actividad, no de la de Dios, el cual está obrando en ella la ciencia verdadera. Finalmente, cuanto más sabe el espíritu, tanto más se desarrima de lo sensible. Muchas son las almas que han llegado y llegan a esta puerta; pero pocas las que han pasado y pasan por falta de experimentada guía, y las que tienen y han tenido, por no sujetarse con verdadero y total rendimiento.

Dirán que no amará la voluntad, sino que estará ociosa, si el entendimiento no entiende distinta y claramente: porque es asentado principio que no se puede amar sino lo que se conoce. A esto se responde que aunque el entendimiento no conoce distintamente, por discurso, imágenes y consideraciones, entiende y conoce por la fe oscura, general y confusa, cuyo conocimiento, aunque tan oscuro, indistinto y general, como es sobrenatural, es más claro y más perfecto conocimiento de Dios que cualquiera noticia sensible y particular que en esta vida se pueda formar, porque toda imagen corporal y sensible dista de Dios infinitamente.

Más perfectamente — dice San Dionisio — *conocemos a Dios por negaciones que por afirmaciones. Más altamente sentimos de Dios, conociendo que es incomprensible, y sobre todo nuestro entender, que concibiéndole debajo de alguna imagen y hermosura creada, que entendiéndole a nuestro tosco modo.* (Mística Theolog., cap. I, § 2.) Luego más estima y amor se engendra de este modo confuso, oscuro y negativo que de cualquiera sensible y distinto; porque aquél es más propio de Dios y desnudo de criaturas, y éste, por el contrario, cuanto más depende de criaturas, tanto menos tiene de Dios.

VIII

CERVANTES

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Nace Miguel de Cervantes en Alcalá de Henares, siendo bautizado el día 9 de Octubre de 1547. Su padre — Rodrigo de Cervantes — era médico cirujano. Su madre se llamaba Leonor de Cortinas. El matrimonio tuvo siete hijos: Miguel ocupaba el cuarto lugar.

Anduvo la familia Cervantes en busca de diversos acomodos por Valladolid, La Mancha y Andalucía. Hacia 1569 estudiaba en Madrid en el estudio de Juan de Hoyos.

Como camarero del cardenal Acquaviva pasó a Italia, pasando luego al servicio de las armas y tomando parte en la batalla de Lepanto donde fue herido en la mano y en el pecho. Cuando, pasaba a España, con cartas de recomendación de don Juan de Austria, la galera *Sol* en que navegaba fue abordada por piratas berberiscos que tuvieron cautivo a Cervantes por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales fue liberado por los padres trinitarios.

Regresado a Madrid, inició su vida literaria, publicando su novela pastoril *La Galatea*, y se le dieron cargos administrativos como proveedor de la Real Armada teniendo conflictos con la jurisdicción eclesiástica y en la rendición de las cuentas por lo que estuvo en la cárcel.

En 1605 publicó la Primera parte del *Quijote*. Vivía entonces en Valladolid, donde tuvo otro enojoso incidente por haber aparecido un hombre acuchillado a la puerta de su casa, siendo encarcelados por sospechosos Cervantes y sus familiares.

Regresó Cervantes a Madrid, de donde no se movió hasta su muerte acaecida el 23 de abril de 1616.

LA GALATEA (1)

CURIOSOS LECTORES

La ocupación de escribir églogas en tiempo que, en general, la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfacción a los que, siguiendo el diverso gusto de su inclinación natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas pues a ninguno toca satisfacer a ingenios que se encierran en términos tan limitados, sólo quiero responder a los que libres de pasión, con mayor fundamento se mueven a no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que, los que en esta edad tratan de ella se mueven a publicar sus escritos con ligera consideración, llevados de la fuerza que la pasión de las composiciones propias suele tener en los autores de ellas, para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinación que a la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia a semejantes ocupaciones. De más de que no puede negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo, con razón, tan estimada), traen consigo más que medianos provechos, como son enriquecer el poeta, considerando su propia lengua, y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe, para empresas más altas y de mayor importancia, y abrir camino para que a su imitación los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana, entiendan que tiene campo abierto, fértil y espacioso, por el cual, con facilidad y dulzura, con gravedad

(1) El texto sigue la edición de 1585, pero modernizando la ortografía y puntuación. Se ha tenido en cuenta, también, la edición de Schnill y Bonilla, que forma parte de las *Obras completas*, Madrid, 1914.

y elocuencia, pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos, sutiles, graves y levantados, que, en la fertilidad de los ingenios españoles, la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra ; de lo cual puedo ser yo cierto testigo, que conozco algunos que, con justo derecho y sin el empacho que yo llevo, pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades, y tan varios los fines y las acciones, que unos, con deseo de gloria, se aventuran ; otros, con temor de infamia, no se atreven a publicar lo que, una vez descubierto, ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso y casi siempre engañado. Yo, no porque tenga razón para ser confiado, he dado muestra de atrevido en la publicación deste libro, sino porque no sabría determinarme, destos dos inconvenientes, cuál sea el mayor : o el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recibido, temprano se aventura a ofrecer los frutos de su ingenio a su patria y amigos, o el que, de puro escrupuloso, perezoso y tardío, jamás acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo sólo por acertado lo que no alcanza, nunca se determina a descubrir y comunicar sus escritos. De manera que, así como la osadía y confianza del uno podría condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede, asimismo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde o nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio a los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante sus ejercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado antes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí sólo más tiempo guardado, pues, para más que para mi gusto sólo, le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina fue calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado más que en las otras ; y así no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan a más que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace), que muchos de los disfrazados pastores della lo eran sólo en el hábito, queda llana esta objeción. Las demás que en la intención y en la disposición se pudieren poner, discúlpelas la intención segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fue de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que, ya que en esta parte la obra no responda a su deseo, otras ofrece para adelante de más gusto y de mayor artificio.

Se inicia la novela con los comentarios de Elicio y Erastro, enamorados pastores del Tajo. La invención, de que tanto se afanaba Cervantes, se manifiesta en el episodio que sigue :

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto, cuando sintieron, por un espeso montecillo que a sus espaldas estaba, un no pequeño estruendo y ruido, y levantándose los dos en pie por ver lo que era, vieron que del monte salía un pastor corriendo a la mayor priesa del mundo, con un cuchillo desnudo en la mano, y la color del rostro mudada : y que tras él venía otro ligero pastor, que a pocos pasos alcanzó al primero, y, asiéndole por el cabezón del pellico, levantó el brazo en el aire cuanto pudo, y un agudo puñal que sin vaina traía se le escondió dos veces en el cuerpo, diciendo :

— Recibe, ¡oh mal lograda Leonida!, la vida deste traidor, que en venganza de tu muerte sacrifico.

Y esto fue con tanta presteza hecho, que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estorbárselo, porque llegaron a tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras :

— Dejárasme, Lisandro, satisfacer al cielo con más largo arrepentimiento el agravio que te hice, y después quitárasme la vida, que ahora, por la causa que he dicho, mal contenta de estas carnes se aparta.

Y, sin poder decir más, cerrró los ojos en sempiterna noche.

Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro, que no con pequeña causa había el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso, quisieran preguntárselo al pastor homicida; pero él, con tirado paso, dejando al pastor muerto, y a los dos admirados, se tornó a entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle, y saber dél lo que deseaba le vieron tornar a salir del bosque, y, estando por buen espacio desviado de ellos, en alta voz les dijo:

— Perdonadme, comedidos pastores, si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habéis visto, porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenía concebida no me dió lugar a más moderados discursos: lo que os aviso es que, si no queréis enojar a la deidad que en el alto cielo mora, no hagáis las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de ese cuerpo que delante tenéis, ni a él deis sepultura, si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra a darla a los traidores.

Y, diciendo esto, a todo correr se volvió a entrar por el monte, con tanta priesa que quitó la esperanza a Elicio de alcanzarle, aunque le siguiese; y así se volvieron los dos contiernas entrañas a hacer el piadoso oficio, y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente había acabado el curso de sus cortos días. Erastro fue a su cabaña, que no lejos estaba, y, trayendo suficiente aderezo, hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba, y dándole el último vale, le pusieron en ella. Y, no sin compasión de su desdichado caso, se volvieron a sus ganados, y recogiéndolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba a más andar por las puertas del occidente, se recogieron a sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedían, podían apartar a Elicio de pensar qué causas habían movido a los dos pastores para venir a tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél, si fuera posible, lo que deseaba.

El pastor reanuda su canto y cuando termina inspira con los suspiros, mayores deseos de conocerle; Elicio se llega hasta su lado, y consigue que el desconocido le cuente:

«En las riberas del Betis, caudalosísimo río que la gran Vandalia enriquece, nació Lisandro (que éste es el nombre desdichado mío), y de tan nobles padres, cual pluguiera al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo a levantar los ojos adonde la humilde suerte no osara jamás levantarlos y de tales atrevimientos suelen suceder a menudo semejantes calamidades, como las que de mí oirás, si con atención me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora, cuyo nombre era Leónida, suma de toda la hermosura, que en gran parte de la tierra — según yo imagino — pudiera hallarse: de no menos nobles y ricos padres nacida, que su hermosura y virtud merecían. De do nació que, por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar, y estar en ellos el mando y gobernación del pueblo, la envidia enemiga mortal de la sosegada vida, sobre algunas diferencias del gobierno del pueblo vino a poner entre ellos cizaña y mortalísima discordia; de manera que el pueblo fue dividido en dos parcialidades: la una seguía la de mis parientes, la otra la de los de Leónida, con tan arraigado rencor y mal ánimo que, no ha sido parte para ponerlos en paz, ninguna humana diligencia. Ordenó, pues, la suerte, para echar de todo punto el sello a nuestra enemistad, que yo me enamorase de la hermosa Leónida, hija de Parmindro, principal cabeza del bando contrario; y, fue mi amor tan de veras, que, aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas, el fin de todos venía a parar a quedar más vencido y sujeto. Poníaseme delante un monte de dificultades, que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban, como era el mucho valor de Leónida, la endurecida amistad de nuestros padres, las pocas coyunturas o ninguna que se me ofrecían para descubrirle mi pensamiento; y con todo esto, cuando ponía los ojos

de la imaginación en la singular belleza de Leónida, cualquiera dificultad se allanaba, de suerte que, me parecía poco, romper por entre agudas puntas de diamantes, para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

» Habiendo, pues por muchos días combatido conmigo mesmo, por ver si podría apartar el alma de tan ardua empresa, y viendo ser imposible, recogí toda mi industria a considerar con cuál podría dar a entender a Leónida el secreto amor de mi pecho: y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos, en los que tratan de amor son, por la mayor parte, dificultosísimos, hasta que el mesmo amor, cuando se quiere mostrar favorable, abre las puertas del remedio, donde parece que están más cerradas, y así se pareció en mí, pues, guiado por su pensamiento el mío, vine a imaginar que ningún medio se ofrecía mejor a mi deseo, que hacerme amigo de los padres de Silvia, una pastora que era en extremo amiga de Leónida, y muchas veces la una a la otra, en compañía de sus padres, en sus casas se visitaban. Tenía Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leónida, cuya bizarría y aspereza de costumbres le habían dado renombre de cruel, y así, de todos los que le conocían, el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado: y ni más ni menos a Carino, el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban; del cual y de Silvia — por parecerme que me convenía —, con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad — al parecer — posible; a lo menos de parte de Silvia fue más firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella, con limpias entrañas, me hacía obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo.

» Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazón de Crisalvo se movió a amarla; y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí a muchos días; y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un día ofreciéndoseme comodidad, con las más tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que, aunque era tan profunda y peligrosa, no lo sentía yo tanto, sólo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole ansimismo el honesto fin a que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leónida: y que, pues era causa tan justa y buena, no se había de desdeñar de tomarla a su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella, vencida de ellas, y más por la pena que ella, como discreta, por las señales de mi rostro, conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar a su cargo mi remedio y decir a Leónida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza e industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa tal empresa, por la inimicicia grande que entre nuestros padres conocía, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leónida conmigo se casase. Movida, pues, con esta buena intención, y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró a ser intercesora de mi contento; y discurriendo consigo qué entrada tendría para con Leónida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecía a darla cuando tiempo le pareciese.

A continuación se transcriben las alambicadas cartas de los dos amantes.

Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar a Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; mas era tan fuerte y desabrida la condición de Crisalvo, que jamás pudo mover a la de Silvia a que un pequeño favor le diese; de lo cual estaba tan desesperado e impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores había tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero, mortales enemigos, porque en

cierta lucha que un día de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales más diestros del lugar tuvieron, Carino fue vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazón odio perpetuo contra Crisalvo, y no menos lo tenía contra otro hermano mío, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto, hasta que el tiempo le descubrió ocasión como a un mesmo punto se vengase de entrambos, por el más cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese; Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leónida venía a casa de Silvia, Carino la acompañaba; por la cual causa le pareció bien a Silvia darle cuenta, pues era mi amigo, de los amores que yo con Leónida trataba, que en aquella sazón andaban ya tan vivos y venturosos, por la buena intercesión de Silvia, que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos; los cuales, sabidos de Carino, tomó por instrumento para hacer la mayor traición del mundo. Porque un día (haciendo del leal con Crisalvo, y dándole a entender que tenía en más su amistad que la honra de su parienta) le dijo, que la principal causa por que Silvia no le amaba ni favorecía, era por estar de mí enamorada, y que ya nuestros amores iban tan al descubierto, que si él no hubiera estado ciego de la pasión amorosa, en mil señales lo hubiera ya reconocido; y que para certificarse más de la verdad que le decía, que de allí adelante mirase en ella, porque vería claramente cómo sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo, como pareció por lo que de ellas sucedió.

Los comentarios amorosos de los pastores siguen entre discreteos y encuentros de nuevos amigos con sus especiales aventuras eróticas. En el libro III y el IV se desarrollan los discursos acerca de la naturaleza del amor, con la consiguiente rejerencia a los celos.

Confieso que es terrible dolor querer y no ser querido, pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos, por lo que la razón y la experiencia nos enseñan, veríamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepción en los casos de amor, antes en ellos más se confirma y fortalece: así que, quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término, porque como el amor sea, y ha de ser, voluntario y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada a amarme, porque yo la amo: que, puesto que la persona amada debe, en ley de naturaleza y en buena cortesía, no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligación que corresponda del todo y por todo a los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamorados importunos habría que, por su solicitud, alcanzasen lo que quizá no se les debría de derecho; y cómo el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida, partes tan buenas que la muevan e inclinen a quererme: y así no está obligada, como ya he dicho, a amarme, como yo estaré obligado a adorarla, porque hallé en ella lo que a mí me falta. Y por esta razón no debe el desdeñado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover a bien quererle; y así debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo, que éste es tan principal remedio, que estoy para afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procurare granjear la voluntad de su señora. Y pues este mal del desdén tiene el bien deste remedio, consuélese Marsilio, y

tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor que en las de amor imaginar se puede. ¡Oh, celos turbadores de la sosegada paz amorosa! ¡Celos, cuchillo de las más firmes esperanzas! No sé yo qué pudo saber de linajes el que a vosotros os hizo hijos del amor, siendo tan al revés, que por el mesmo caso dejara el amor de serlo, si tales hijos engendrara. ¡Oh, celos, hipócritas y fementidos ladrones, pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo, en viendo nacer alguna centella de amor en algún pecho, luego procuráis mezclaros con ella, volviéndoos de su color, y aun procuráis usurparle el mando y señorío que tiene! Y de aquí nace que, como os ven tan unidos con el amor, puesto que por vuestros efetos dais a conocer que no sois el mesmo amor, todavía procuráis que entienda el ignorante que sois sus hijos, siendo, como lo sois, nacidos de una baja sospecha, engendrados de un vil y desastrado temor, criados a los pechos de falsas imaginaciones, crecidos entre vilísimas envidias, sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruición que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos, en siendo el amante celoso, conviene, con paz sea dicho de los celosos enamorados, conviene, digo, que sea como lo es, traidor, astuto, revoltoso, chismero, antojadizo, y aun mal criado: y a tanto se extiende la celosa furia que le señorea, que a la persona que más quiere, es a quien más mal desea. Querría el amante celoso que sólo para él su dama fuese hermosa, y fea para todo el mundo; desea que no tenga ojos para ver más de lo que é quisiere, ni oídos para oir, ni lengua para hablar; que sea retirada, desabrida, soberbia y mal acondicionada; y aún a veces desea, apretado desta pasión diabólica, que su dama se muera, y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos; al revés de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica, en los verdaderos y comedidos amadores; porque en el pecho de un buen enamorado se encierra discreción, valentía, liberalidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable a los ojos de las gentes. Tiene más asimismo la fuerza deste crudo veneno; que no hay antídoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre; todo esto cabe en el enamorado celoso, y más: que cualquiera sombra le espanta, cualquiera niñería le turba, y cualquiera sospecha falsa o verdadera le deshace; y a toda esta desventura se le añade otra: que con las disculpas que le dan, piensa que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que, esta enfermedad es sin remedio, y que a todas las demás debe anteponerse. Y así, es mi parecer, que Orfenio es el más penado pero no el más enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente [1]; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado. Y también el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo; y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual, sin llegar a la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso: que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendria por soberbio y demasiadamente confiado, porque, como dice un común proverbio nuestro, quien bien ama, teme; teme, y aun es razón que tema el amante, que, como la cosa que ama es en extremo buena, o a él le pareció serlo, no parezca lo mesmo a los ojos de quien la mirare, y por la mesma causa se engendra el amor en otro, que pueda y venga a turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de

[1] La curiosidad impertinente es comentada en casi todas las obras de Cervantes, y culmina en la novela incluída en el *Quijote*. Los temas cervantinos son relativamente pocos e insistentes.

los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrían ofrecerse, de que con brevedad no se acabe el dicho estado que goza, y este temor ha de ser tan secreto, que no le salga a la lengua para decirle, ni aún a los ojos para significarle; y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados, que cría en ellos nuevos deseos de acrecentar más el amor, si pudiesen, de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza, mostrándose liberales, comedidos, galanes, limpios y bien criados: y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe, tanto y más, es digno, que los celos se vituperen.

En el libro VI se inserta el Canto de Calíope *después de algunas referencias de carácter literario, y en dicho Canto se hace el elogio de varios poetas. Después continúan los incidentes amorosos, y, con referencia a Galatea y Elicio, queda interrumpido el relato después de dos cartas en que, la primera, advierte a su amado la intención que tiene el padre de la pastora de casarla con quien ha de llegar al día siguiente, y el enamorado pastor promete que «ni recelo interno serán parte para que yo no ponga en efeto lo que a vuestro gusto conviene, y al mío tanto importa».*

Este cuento y los del resto de los amores que surgen entre las páginas de la novela, se promete quedarán terminados en la segunda parte, «la cual, si con apacibles voluntades esta primera viere recibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad a ser vista y juzgada de los ojos y entendimiento de las gentes».

NOVELAS EJEMPLARES

PRÓLOGO [1]

...Éste que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y ésos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: éste, digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá, sin el nombre de su dueño; llámase comúnmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades: perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V, de felice memoria...

A ésto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación, y más que me doy a entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa. Tras ellas, si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles*, libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza: y primero verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de *Don Quijote* y donaires de Sancho Panza; y luego las *Semanas del Jardín*. Mucho prometo

[1] Para el texto de las *Novelas Ejemplares* se han utilizado las ediciones de 1613 y 1614 y la de Rodríguez Marín, incluída en la colección «Clásicos Castellanos».

con fuerzas tan pocas como las mías; pero ¿quién pondrá rienda a los deseos? Sólo esto quiero que consideres: que pues yo he tenido osadía de dirigir estas novelas al gran conde de Lemos, algún misterio tienen escondido, que las levanta...

LA GITANILLA

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, y la gana del hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte. Una, pues, desta nación, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, a quien puso nombre Preciosa, y a quien enseñó todas sus gitanerías, y modos de embelecos, y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, a quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir las manos; y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada. Y, con todo esto, era algo desenvuelta; pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes, con ser aguda, era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana, vieja ni moza, cantar cantares lascivos ni decir palabras no buenas. Y, finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así, determinó el águila vieja sacar a volar su aguilucho y enseñarle a vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas, y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire. Porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias, en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habían de ser felicísimos atractivos e incentivos para acrecentar su caudal; y así, se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y no faltó poeta que se los diese; que también hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van a la parte de la ganancia. De todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios a cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y a los quince años de su edad su abuela putativa la volvió a la Corte y a su antiguo rancho, que es adonde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la Corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fue un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco a poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamborín y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrían los muchachos á verla, y los hombres a mirarla. Pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, ¡allí fue ello! Allí sí que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta, desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza.

Acabáronse las vísperas, y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada; pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta, y de bailadora, que a corrillos se hablaba della en toda la Corte. De allí a quince días volvió a Madrid con otras tres muchachas, con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás,

y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenía por abuela. Pusiéronse a bailar a la sombra en la calle de Toledo, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna a los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras a tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida.

La curiosidad y admiración que inspira Preciosa, hace que sea reclamada por todas partes, aunque, a veces, como ocurre en casa del Teniente, se demuestre que no acompaña siempre la riqueza a los más jactanciosos y vanos. Pero, en contraposición, se acerca a la Gitana un joven de abolengo y fortuna, quien ofrece su nombre y alta condición a la bella y donosa muchacha, la cual impone la condición de que, demuestre la lealtad y firmeza de sus propósitos, uniéndose a los gitanos y adoptando la gitanería por su vida y costumbre; su nombre será Andrés Caballero.
Otro de los atraídos por Preciosa es un paje con ribetes de poeta quien le entrega romances acompañados de un doblón. Esto da ocasión a la plática en que se habla de la poesía:

— Pues la verdad que quiero que me diga — dijo Preciosa — es si, por ventura, es poeta.

— A serlo — replicó el paje —, forzosamente había de ser por ventura. Pero has de saber, Preciosa, que ese nombre de poeta muy pocos le merecen, y así, yo no lo soy, sino un aficionado a la poesía; y para lo que he menester, no voy a pedir ni a buscar versos ajenos: los que te di son míos, y estos que te doy agora también; mas no por esto soy poeta, ni Dios lo quiera.

— ¿Tan malo es ser poeta? — replicó Preciosa.

— No es malo — dijo el paje —; pero el ser poeta a solas no lo tengo por muy bueno. Hase de usar de la poesía como de una joya preciosísima, cuyo dueño no la trae cada día, ni la muestra a todas gentes, ni a cada paso, sino cuando convenga y sea razón que la muestre. La Poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, y que se contiene en los límites de la discreción más alta. Es amiga de la soledad; las fuentes la entretienen; los prados la consuelan; los árboles la desenojan; las flores la alegran; y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.

— Con todo eso — respondió Preciosa —, he oído decir que es pobrísima, y que tiene algo de mendiga.

— Antes es al revés — dijo el paje —, porque no hay poeta que no sea rico, pues todos viven contentos con su estado, filosofía que la alcanzan pocos. Pero, ¿qué te ha movido, Preciosa, a hacer esta pregunta?

— Hame movido — respondió Preciosa — porque como yo tengo a todos o los más poetas por pobres, causóme maravilla aquel escudo de oro que me distes entre vuestros versos envuelto; mas agora que sé que no sois poeta, sino aficionado de la poesía, podría ser que fuésedes rico, aunque lo dudo, a causa que por aquella parte que os toca de hacer coplas, se ha de desaguar cuanta hacienda tuviéredes; que no hay poeta, según dicen, que sepa conservar la hacienda que tiene, ni granjear la que no tiene.

— Pues yo no soy dés os — replicó el paje —: versos hago, y no soy rico ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los genoveses sus convites [1], bien puedo dar un escudo, y dos, a quien yo quisiere. Tomad, preciosa perla, este segundo papel y este escudo segundo que va en él, sin que os pongáis a pensar si soy poeta o no: sólo quiero que penséis y creáis que quien os da esto quisiera tener para daros las riquezas de Midas.

Y en esto, le dio el papel, y tentándole Preciosa, halló que dentro venía el escudo, y dijo:

— Este papel ha de vivir muchos años, porque trae dos almas consigo: una, la del escudo, y otra, la de los versos, que siempre vienen llenos de *almas* y *corazones*. Pero sepa el señor

[1] Cuando los genoveses convidaban a comer a un español, descontaban el importe de la comida en la primera cuenta que le rendía.

paje que no quiero tantas almas conmigo, y si no saca la una, no haya miedo que reciba la otra : por poeta le quiero, y no por dadivoso, y desta manera tendremos amistad que dure ; pues más aína puede faltar un escudo, por fuerte que sea, que la hechura de un romance.

— Pues así es — replicó el paje — que quieres, Preciosa, que yo sea pobre por fuerza, no deseches el alma que en este papel te envío, y vuélveme el escudo ; que, como le toques con la mano, le tendré por reliquia mientras la vida me durare.

Sacó Preciosa el escudo del papel, y quedóse con el papel, y no le quiso leer en la calle. El paje se despidió, y se fue contentísimo, creyendo que ya Preciosa quedaba rendida, pues con tanta afabilidad le había hablado.

Andrés sufre el tormento de los celos ante los comentarios de la gitana en favor del paje ; pero la sinceridad de la moza abre paso a la tranquilidad, y el joven cumple su palabra de incorporarse a los gitanos, de los cuales, uno viejo, explica la maravillosa y libre vida.

En el ir y venir de la caravana, llega la ocasión en que Andrés, motejado de ladrón por un soldado, sobrino del alcalde del pueblo en que se hallaba, al recibir un bofetón, reacciona como caballero, saca de la vaina la espada del soldado « y se la envainó en el cuerpo, dando con él muerto en tierra ». Apresado y puesto en el cepo, tiene la sorpresa de recibir la visita del Corregidor, no para sentenciarle, sino para ponerle en libertad, por haberse aclarado que, Preciosa había sido robada en Madrid por la gitana vieja, y era hija del Corregidor y su esposa doña Guiomar. Se confiesa entonces que Andrés Caballero se llamaba don Juan de Cárcamo y era hijo de don Francisco de Cárcamo, y casan los dos enamorados y falsos gitanos.

Llegaron las nuevas a la Corte, del caso y casamiento de la Gitanilla ; supo don Francisco de Cárcamo ser su hijo el gitano, y ser la Preciosa la Gitanilla que él había visto, cuya hermosura disculpó con él la liviandad de su hijo, que ya le tenía por perdido, por saber que no había ido a Flandes ; y más porque vio cuán bien le estaba el casarse con hija de tan gran caballero y tan rico como era don Fernando de Azevedo. Dio priesa a su partida, por llegar presto a ver a sus hijos, y dentro de veinte días ya estaba en Murcia, con cuya llegada se renovaron los gustos, se hicieron las bodas, se contaron las vidas, y los poetas de la ciudad, que hay algunos, y muy buenos, tomaron a cargo celebrar el extraño caso, juntamente con la sin igual belleza de la Gitanilla. Y de tal manera escribió el famoso licenciado Pozo, que en sus versos durará la fama de la Preciosa mientras los siglos duraren.

EL AMANTE LIBERAL

Es aventura de cautivos entre Ricardo, Leonisa y Cornelio. El primero, celoso, intenta matar al que supone amante favorecido, cuando arriban los turcos y apresan a Leonisa y a Ricardo. Tras los incidentes del cautiverio, entre los que figuran el amor de Halima a Ricardo y de Alí y Hazen a Leonisa, consiguen la libertad los dos enamorados. Él, se hace acreedor al título de liberal porque entrega a su amada diciendo :

— Ves aquí, ¡oh, Cornelio!, te entrego la prenda que tú debes de estimar sobre las cosas que son dignas de estimarse ; y ves aquí tú, hermosa Leonisa, te doy al que tú siempre has tenido en la memoria : esta sí quiero que se tenga por liberalidad ; en cuya comparación dar la hacienda, la vida y la honra no es nada : recíbela, ¡oh, venturoso mancebo! recíbela, y si llega tu conocimiento a tanto que llegue a conocer valor tan grande, estímate por el más venturoso de la tierra : con ella te daré asimismo todo cuanto me tocare de parte en lo que a todos el cielo nos ha dado, que bien creo que pasará de treinta mil escudos : de todo puedes gozar a tu sabor con libertad, y quietud y descanso ; y plega al cielo que sea por luengos y felices años : yo sin ventura, pues quedo sin Leonisa, gusto de quedar pobre ; que a quien Leonisa le falta, la vida le sobra.

Sin embargo, ella declara que se inclina hacia su libertador, y, en consecuencia, se verifica la boda de Leonisa y Ricardo.

RINCONETE Y CORTADILLO

En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia (1), como vamos de Castilla a la Andalucía, un día de los calurosos del verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce a quince años; el uno ni el otro, no pasaban de diez y siete; ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados. Capa, no la tenían; los calzones eran de lienzo, y las medias de carne; bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates, tan traídos como llevados, y los del otro, picados (2) y sin suelas, de manera, que más le servían de cormas que de zapatos. Traía el uno montera verde de cazador; el otro, un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda (3). A la espalda, y ceñida por los pechos, traía el uno una camisa de color de camuza, encerada, y recogida toda en una manga (4); el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, a lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valones, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas. Venían en él envueltos y guardados unos naipes de figura ovada, porque de ejercitarlos se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se las cercenaron y los dejaron de aquel talle. Estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas (5), y las manos no muy limpias; el uno tenía una media espada, y el otro, un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros.

Saliéronse los dos a sestear en un portal o cobertizo que delante de la ventana se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño:

— ¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhombre, y para adónde bueno camina?

— Mi tierra, señor caballero, — respondió el preguntado —, no la sé, ni para dónde camino tampoco.

— Pues en verdad — dijo el mayor — que no parece vuesa merced del cielo, y que éste no es lugar para hacer su asiento en él; que por fuerza se ha de pasar adelante.

— Así es — respondió el mediano —; pero yo he dicho verdad en lo que he dicho; porque mi tierra no es mía, pues no tengo en ella más de un padre que no me tiene por hijo y una madrastra que me trata como alnado (1); el camino que llevo es a la ventura, y allí le daría fin donde hallase quien me diese lo necesario para pasar esta miserable vida.

— Y ¿sabe vuesa merced algún oficio? — preguntó el grande.

Y el menor respondió:

— No sé otro sino que corro como una liebre, y salto como un gamo, y corto de tijera muy delicadamente.

Sigue el diálogo y se retratan ambos muchachos con clara sinceridad:

— Pues yo le sé decir que soy uno de los más secretos mozos que en gran parte se puedan hallar; y para obligar a vuesa merced que descubra su pecho y descanse conmigo, le quiero obligar con descubrirle el mío primero; porque imagino que no sin misterio nos ha juntado aquí la suerte, y pienso que habemos de ser, déste hasta el último día de nuestra vida, verdaderos amigos. Yo, señor hidalgo, soy natural de la Fuenfrida (2), lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de con-

(1) A cuatro leguas de Almodóvar del Campo.

(2) Los zapatos picados eran los labrados con agujerillos o cortaduras sutiles, como se usaron en algún tiempo entre damas y galanes; pero aquí se refiere a lo muy destrozados que estaban los del pícaro de que habla.

(3) El ala del sombrero se llamaba *falda* cuando tendía hacia abajo.

(4) En *La Gitanilla* se dice: «Dineros traigo — respondió el mozo —; en estas mangas de camisa que traigo ceñida por el cuerpo, vienen cuatrocientos escudos de oro».

(5) Largas y negras.

(1) Hoy se llama *entenado*.

(2) A tres leguas de Segovia y paso obligado para ir los reyes y los príncipes a los reales sitios de Balsaín y La Granja, hasta que se abrió el puerto de Navacerrada.

tinuo pasan; mi nombre es Pedro del Rincón; mi padre es persona de calidad, porque es ministro de la Santa Cruzada: quiero decir que es bulero, o buldero, como los llama el vulgo. Algunos días le acompañé en el oficio, y le aprendí de manera, que no daría ventaja en echar las bulas al que más presumiese en ello; pero habiéndome un día aficionado más al dinero de las bulas que a las mismas bulas, me abracé con un talego, y di conmigo y con él en Madrid, donde, con las comodidades que allí de ordinario se ofrecen, en pocos días saqué las entrañas al talego, y le dejé con más dobleces que pañizuelo de desposado. Vino el que tenía a cargo el dinero tras mí; prendiéronme; tuve poco favor; aunque, viendo aquellos señores mi poca edad, se contentaron con que me arrimasen al aldabilla (1) y me mosqueasen las espaldas por un rato y con que saliese desterrado por cuatro años de la Corte. Tuve paciencia, encogí los hombros, sufrí la tanda y mosqueo, y salí a cumplir mi destierro, con tanta priesa, que no tuve lugar de buscar cabalgaduras. Tomé de mis alhajas las que pude y las que me parecieron más necesarias, y entre ellas saqué estos naipes — y a este tiempo descubrió los que se han dicho, que en el cuello traía —, con los cuales he ganado mi vida por los mesones y ventas que hay desde Madrid aquí, jugando a la veintiuna; y aunque vuesa merced los vee tan astrosos y maltratados, usan de una maravillosa virtud con quien los entiende, que no alzará que no quede un as debajo; y si vuesa merced es versado en este juego, verá cuánta ventaja lleva el que sabe que tiene cierto un as a la primera carta, que le puede servir de un punto y de once; que, con esta ventaja, siendo la veintiuna envidada, el dinero se quede en casa. Fuera desto, aprendí de un cocinero de un cierto embajador ciertas tretas de quínolas, y del parar, a quien también llaman el andaboba, que así como vuesa merced se puede examinar en el corte de sus antiparas, así puedo yo ser maestro en la ciencia villanesca. Con esto estoy seguro de no morir de hambre; porque aunque llegue a un cortijo, hay quien quiera pasar tiempo jugando un rato; y desto hemos de hacer luego la experiencia los dos: armemos la red, y veamos si cae algún pájaro destos harrieros que aquí hay: quiero decir que jugaremos los dos a la veintiuna, como si fuese de veras; que si alguno quisiere ser tercero, él será el primero que deje la pecunia.

— Sea en buena hora — dijo el otro —, y en merced muy grande tengo la que vuesa merced me ha hecho en darme cuenta de su vida, con que me ha obligado a que yo no le encubra la mía, que, diciéndola más breve, es ésta: Yo nací en el piadoso lugar puesto entre Salamanca y Medina del Campo: mi padre es sastre; enseñóme su oficio, y de corte de tijera, con mi buen ingenio, salté a cortar bolsas. Enfadóme la vida estrecha del aldea y el desamorado trato de mi madrastra; dejé mi pueblo, vine a Toledo a ejercitar mi oficio, y en él he hecho maravillas; porque no pende relicario de toca, ni hay faldriquera tan escondida, que mis dedos no visiten, ni mis tiseras no corten, aunque le estén guardando con los ojos de Argos. Y en cuatro meses que estuve en aquella ciudad, nunca fuí cogido entre puertas, ni sobresaltado ni corrido de corchetes, ni soplado (1) de ningún cañuto; bien es verdad que habrá ocho días que una espía doble dió noticia de mi habilidad al Corregidor, el cual, aficionado a mis buenas partes, quisiera verme; mas yo, que, por ser humilde, no quiero tratar con personas tan graves, procuré de no verme con él, y así, salí de la ciudad con tanta priesa, que no tuve lugar de acomodarme de cabalgaduras ni blancas, ni de algún coche de retorno, o, por lo menos, de un carro.

— Eso se borre — dijo Rincón —; y pues ya nos conocemos, no hay para qué aquesas grandezas ni altiveces: confesemos llanamente que no teníamos blanca, ni aun zapatos.

— Sea así — respondió Diego Cortado, que así dijo el menor que se llamaba —; y pues nuestra amistad, como vuesa merced, señor Rincón, ha dicho,

(1) A la que ataban a quienes por ser muchachos, no parecía bien darles en público los azotes.

(1) Denunciado.

ha de ser perpetua, comencémosla con santas y loables ceremonias.

Y levantándose Diego Cortado, abrazó a Rincón, y Rincón a él, tierna y estrechamente, y luego se pusieron los dos a jugar a la veintiuna con los ya referidos naipes, limpios de polvo y de paja, mas no de grasa y malicia, y a pocas manos, alzaba también por el as Cortado, como Rincón su maestro.

Con los preparados naipes burlan a un «harriero», y después se unen a unos caminantes con los que van a Sevilla. Allí se acomodan por «mozos de la esportilla» y, aprovechan la ocasión, para adueñarse Cortado de la bolsa de un estudiante contra la voluntad de su dueño. Otro mozo observa el robo de un pañuelo, y les informa que nadie puede ejercer el oficio de ladrón en la ciudad sin registrarse ante el señor Monipodio; les acompaña hasta la casa en que vive éste, y allí contemplan los dos muchachos las pintorescas escenas que se desarrollan entre la gente del hampa que concurre al patio con sus disputas y sus amistades.

Llegóse en esto la sazón y punto en que bajó el señor Monipodio, tan esperado como bien visto de toda aquella virtuosa compañía. Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos, y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pecho, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo (1); las manos eran cortas, pelosas, y los dedos gordos, y las uñas hembras y remachadas; las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos. En efeto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo. Bajó con él la guía de los dos, y trabándoles de las manos, los presentó ante Monipodio, diciéndole:

— Éstos son los dos buenos mancebos que a vuesa merced dije, mi sor Monipodio: vuesa merced los desanime, y verá como son dignos de entrar en nuestra congregación.

— Eso haré yo de muy buena gana — respondió Monipodio.

Olvidábaseme de decir que así como Monipodio bajó, al punto todos los que aguardándole estaban, le hicieron una profunda y larga reverencia, excepto los dos bravos, que a medio magate (1), como entre ellos se dice, se quitaron los capelos, y luego volvieron a su paseo por una parte del patio, y por la otra se paseaba Monipodio, el cual preguntó a los nuevos el ejercicio, la patria y padres.

A lo cual Rincón respondió:

— El ejercicio ya está dicho, pues venimos ante vuesa merced; la patria no me parece de mucha importancia decilla, ni los padres tampoco, pues no se ha de hacer información para recebir algún hábito honroso.

A lo cual respondió Monipodio:

— Vos, hijo mío, estáis en lo cierto, y es cosa muy acertada encubrir eso que decís; porque si la suerte no corriere como debe, no es bien que quede asentado debajo de signo de escribano, ni en el libro de las entradas: «Fulano, hijo de Fulano, vecino de tal parte, tal día le ahorcaron, o le azotaron», u otra cosa semejante, que, por lo menos suena mal a los buenos oídos; y así, torno a decir que es provechoso documento callar la patria, encubrir los padres y mudar los propios nombres; aunque para entre nosotros no ha de haber nada encubierto, y sólo ahora quiero saber los nombres de los dos.

Rincón dijo el suyo, y Cortado también.

— Pues de aquí adelante — respondió Monipodio — quiero y es mi voluntad que vos, Rincón, os llaméis *Rinconete*, y vos, Cortado, *Cortadillo*, que

(1) Las espadas del *perrillo* eran las hechas por el moro toledano Julián del Rey, el cual fue bautizado, siendo padrinos los Reyes Católicos. Este espadero adoptó la marca de un *perrillo*.

(1) Mal, con descuido; procede del árabe *mogatí*, y se decía comúnmente *mogate*.

son nombres que asientan como de molde a vuestra edad y a nuestras ordenanzas, debajo de las cuales cae tener necesidad de saber el nombre de los padres de nuestros cofrades, porque tenemos de costumbre de hacer decir cada año ciertas misas por las ánimas de nuestros difuntos y bienhechores, sacando el estupendo (1) para la limosna de quien las dice de alguna parte de lo que se garbea; y estas tales misas, así dichas como pagadas, dicen que aprovechan a las tales ánimas por vía de naufragio; y caen debajo de nuestros bienhechores el procurador que nos defiende, el guro (2) que nos avisa, el verdugo que nos tiene lástima, el que, cuando uno de nosotros va huyendo por la calle y detrás le van dando voces: «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Deténganle, deténganle!», se pone en medio, y se opone al raudal de los que le siguen diciendo: «¡Déjenle al cuitado; que harta mala ventura lleva! ¡Allá se lo haya; castíguele su pecado!». Son también bienhechoras nuestras las socorridas que de su sudor nos socorren, así en la trena como en las guras (3); y también lo son nuestros padres y madres, que nos echan al mundo, y el escribano, que si anda de buena, no hay delito que sea culpa, ni culpa a quien se dé mucha pena; y por todos estos que he dicho hace nuestra hermandad cada año su adversario con la mayor pompa y soledad que podemos.

Y continúan las escenas con los incidentes de Juliana, la Cariharta y el Repolido, quien, con su condición de jaque, amaga un conflicto con Chiquiznaque y Maniferro; pero todo se apacigua con la intervención de Monipodio.
Rinconete se encarga de leer las notas sobre los trabajos que han de realizarse porque es avisado para la lectura, y cuando acaba, dispone el jefe:

— Lo que se ha de hacer — respondió Monipodio — es que todos se vayan a sus puestos, y nadie se mude hasta el domingo, que nos juntaremos en este mismo lugar y se repartirá todo lo que hubiere caído, sin agraviar a nadie. A Rinconete el Bueno y a Cortadillo se les da por distrito hasta el domingo desde la Torre del Oro, por defuera de la ciudad, hasta el postigo del Alcázar, donde se puede trabajar a sentadillas con sus flores; que yo he visto a otros de menos habilidad que ellos salir cada día con más de veinte reales en menudos, amén de la plata, con una baraja sola, y ésa, con cuatro naipes menos. Este distrito os enseñará Ganchoso; y aunque os extendáis hasta San Sebastián y San Telmo, importa poco, puesto que es justicia mera mixta que nadie se entre en pertenencia de nadie.

Besáronle la mano los dos por la merced que se les hacia, y ofreciéronse a hacer su oficio bien y fielmente, con toda diligencia y recato.

Sacó, en esto, Monipodio un papel doblado de la capilla de la capa, donde estaba la lista de los cofrades, y dijo a Rinconete que pusiese allí su nombre y el de Cortadillo; mas porque no había tintero, le dió el papel para que lo llevase, y en el primer boticario los escribiese, poniendo: «Rinconete y Cortadillo, cofrades; noviciado, ninguno; Rinconete, floreo; Cortadillo, bajón», y el día, mes y año, callando padres y patria.

Y cierra el relato la picaresca sevillana con esta reflexión:

Era Rinconete, aunque muchacho, de muy buen entendimiento, y tenía un buen natural; y como había andado con su padre en el ejercicio de las bulas, sabía algo de buen lenguaje, y dábale gran risa pensar en los vocablos que había oído a Monipodio y a los demás de su compañía y bendita comunidad, y más cuando por decir *per modum suffragii*, había dicho *por modo de naufragio*; y que *sacaban el estupendo*, por decir *estipendio* de lo que se garbeaba; y cuando la Cariharta dijo que era Repolido como un *marinero de Tarpeya* y un tigre de *Ocaña*, por decir *Hircania*, con otras mil impertinencias a éstas y a otras peores semejantes. Especial-

(1) Estipendio.
(2) Alguacil.
(3) *Trena* es la cárcel, y *gura*, que debía decir *gurapa*, la *galera*. Cervantes distinguió bien la *gura* y la *gurapa* en *El rufián dichoso*, como advirtió Rodríguez Marín.

mente le cayó en gracia cuando dijo que el trabajo que había pasado en ganar los veinte y cuatro reales lo recibiese el cielo en descuento de sus pecados; y, sobre todo, le admiraba la seguridad que tenían, y la confianza, de irse al cielo con no faltar a sus devociones, estando tan llenos de hurtos, y de homicidios, y de ofensas de Dios. Y reíase de la otra buena vieja de la Pipota, que dejaba la canasta de colar, hurtada, guardada en su casa, y se iba a poner las candelillas de cera a las imágenes, y con ello pensaba irse al cielo calzada y vestida. No menos le suspendía la obediencia y respeto que todos tenían a Monipodio, siendo un hombre bárbaro, rústico y desalmado. Consideraba lo que había leído en su libro de memoria, y los ejercicios en que todos se ocupaban; finalmente, exageraba cuán descuidada justicia había en aquella tan famosa ciudad de Sevilla, pues, casi al descubierto, vivía en ella gente tan perniciosa y tan contraria a la misma naturaleza, y propuso en sí de aconsejar a su compañero no no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta, y tan libre y disoluta. Pero, con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así, se deja para otra ocasión contar su vida y milagros, con los de su maestro Monipodio, y otros sucesos de aquéllos de la infame academia, que todos serán de grande consideración y que podrán servir de ejemplo y aviso a los que los leyeren.

LA ESPAÑOLA INGLESA

Entre los despojos llevados de Cádiz por la expedición del Conde de Essex, llega a Londres Isabela, niña de siete años, robada y ocultada por Clotaldo. La hermosura de la española se hace célebre y despierta el amor de Recaredo, hijo de Clotaldo. La Reina se interesa por la niña y la hace llevar a su presencia quedándosela para su servicio. Recaredo es nombrado subjefe de una expedición marítima en corso; muere el jefe y el joven consigue una gran victoria sobre unos barcos turquescos. Los apresa y libera a los cautivos que van en ellos entre los que se encuentran los padres de Isabela. La Reina prepara la boda de la joven con el conde Arnaute, y los celos conducen al supuesto drama de la muerte de Recaredo en Italia. Pero el joven ha sido herido solamente y, al volver, es víctima de los turcos, lo cual se relata en un pasaje que se reputa como autobiográfico de Cervantes, y que concentra el mayor interés de esta novela:

Pero llegando a un paraje que llaman las Tres Marías, que es en la costa de Francia, yendo nuestra primera faluca descubriendo, a deshora salieron de una cala dos galeotas turquescas, y tomándonos la una la mar y la otra la tierra, cuando íbamos a embestir en ella nos cortaron el camino, y nos cautivaron: en entrando en la galeota nos desnudaron hasta dejarnos en carnes: despojaron las falucas de cuanto llevaban, y dejáronlas embestir en tierra sin echarlas a fondo, diciendo que aquellas les servirían otra vez de traer otra galima, que con este nombre llaman ellos a los despojos que de los cristianos toman; bien se me podrá creer, si digo que sentí en el alma mi cautiverio, y sobre todo la pérdida de los recaudos de Roma, donde en una caja de lata los traía, con la cédula de los mil y seiscientos ducados; mas la buena suerte quiso que viniese a manos de un cristiano cautivo español, que los guardó; que si viniera a poder de los turcos, por lo menos había de dar por mi rescate lo que rezaba la cédula, que ellos averiguarían cúya era. Trujéronnos a Argel, donde hallé que estaban rescatando los padres de la Santísima Trinidad: hablélos, díjeles quién era, y movidos de caridad, aunque yo era extranjero, me rescataron en esta forma: que dieron por mí trescientos ducados, los ciento luego, y los doscientos cuando volviese el bajel de la limosna a rescatar al padre de la redención, que se quedaba en Argel empeñado en cuatro mil ducados, que había gastado más de los que traía; porque a toda esta misericordia y liberalidad se extiende la caridad destos padres, que dan su libertad

por la ajena, y se quedan cautivos por rescatar los cautivos.

La novela termina con el casamiento de Recaredo e Isabela.

EL LICENCIADO VIDRIERA

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol, durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador; mandaron a un criado que le despertase; despertó, y preguntáronle de adonde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir, por solo que le diese estudio. Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

— Desa manera — dijo uno de los caballeros —, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

— Sea por lo que fuere — respondió el muchacho —; que ni el della ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

— Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? — preguntó el otro caballero.

— Con mis estudios — respondió el muchacho —, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella Universidad a los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el vestido, que debía de ser hijo de algún labrador pobre. A pocos días le vistieron de negro, y a pocas semanas dio Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que, con no faltar un punto a sus estudios, parecía que sólo se ocupaba en servirlos; y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la Universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido. Su principal estudio fue de leyes; pero en lo que más se mostraba era en letras humanas; y tenía tan felice memoria, que era cosa de espanto; e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades de la Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás, y estuvo con ellos algunos días; pero como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos, corteses y liberales, se la dieron, acomodándole de suerte, que, con lo que le dieron, se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga (que ésta era la patria de sus señores), y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentilhombre a caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados también a caballo. Juntóse con él y supo como llevaba su mismo viaje; hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y a pocos lances dio Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortesano trato, y dijo que era capitán de infantería por Su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca. Alabó la vida de la soldadesca; pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha, patrón; pasa acá, manigoldo; venga la macatela, li polastri, e li macarroni.* Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia; pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del

espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear, y la voluntad a aficionarse a aquella vida, que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia [1] se llamaba, contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él a Italia, si quería, por curiosidad de verla; que él le ofrecía su mesa, y aun si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto. Poco fue menester para que Tomás tuviese el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y Flandes, y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos, que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia; pero había de ser condición que no se había de sentar debajo de bandera, ni ponerse en lista de soldado, por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

— Eso sería — dijo Tomás — ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán; y así, más quiero ir suelto que obligado.

— Conciencia tan escrupulosa — dijo don Diego — más es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas.

Marchan a Italia y allí recorren varias capitales, lo cual sirve para que Cervantes manifieste su nostalgia por los recuerdos de su residencia en la Península de los Apeninos. Tomás Rodaja regresa a España y torna a Salamanca para continuar sus estudios con intención de graduarse de Leyes. Como llegase a la ciudad una dama «de todo rumbo y manejo» y dijeran a Tomás que había estado en Italia, marchó a verla, por confirmar si era alguna de las que había conocido en aquel país. La dama se enamora, y, al ver que no logra sus deseos, aconsejada de una morisca, da al estudiante un hechizo en un membrillo toledano, a consecuencia de lo cual enferma Rodaja y acaba loco «de la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto... que todo era de vidrio, de pies a cabeza».

Para sacarle desta extraña imaginación, muchos sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase como no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo del cual no volvía en sí en cuatro horas; y cuando volvía, era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen. Decía que le hablasen desde lejos, y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más promptitud y eficacia que no por la del cuerpo, pesada y terrestre. Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así, le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio; cosa que causó admiración a los más letrados de la Universidad y a los profesores de la Medicina y Filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como era el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza.

Por oírle reñir y responder a todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oílle que tiralle. Pasando,

[1] Amigo y buen valedor de Cervantes fue don Diego de Valdivia, Alcalde de la Real Audiencia de Sevilla.

pues, una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:

— En mi ánima, señor Licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré, que no puedo llorar?

Él se volvió a ella, y muy mesurado le dijo:

— *Filiae Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros.*

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho, y díjole:

— Hermano Licenciado Vidriera — que así decía él que se llamaba —, más tenéis de bellaco que de loco.

— No se me da un ardite — respondió él —, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana [1] y venta común, vió que estaban a la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el mesón del Infierno.

Preguntóle uno que qué consejo o consuelo daría a un amigo suyo, que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro. A lo cual respondió:

— Dile que dé gracias a Dios por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo.

— Luego ¿no irá a buscarla? — dijo el otro.

— Ni por pienso — replicó Vidriera —; porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

— Ya que eso sea así — dijo el mismo —, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondióle:

— Dale lo que hubiere menester; déjala que mande a todos los de su casa; pero no sufras que ella te mande a ti.

Le llevan a Valladolid y continúa respondiendo a cuanto se le propone:

...Le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo. A lo cual respondió:

— Hasta ahora no he sido tan necio, ni tan venturoso.

— No entiendo eso de necio y venturoso — dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

— No he sido tan necio, que diese en poeta malo, ni tan venturoso, que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia, en mucha; pero que a los poetas, en ninguna. Replicáronle que por qué hacía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número; y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las demás ciencias: porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.

Continúa con unas citas de Ovidio, y agrega:

— ¡Qué es ver a un poeta déstos de la primera impresión, cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: « Vuesas mercedes escuchen un sonetillo que anoche a cierta ocasión hice, que, a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito! ». Y en esto, tuerce los labios, pone en arco las cejas, y se rasca la faltriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice, con tono melifluo y alfeñicado. Y si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes, no se le alaban, dice: « O vuesas mercedes no han entendido el soneto, o yo no le he sabido decir; y así ,será bien recitarle otra vez, y que vuesas mercedes le presten más atención, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece. » Y vuelve como primero a recitarle, con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré de ladrar que hacen los cachorros y modernos a los mastinazos antiguos y graves? Y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentos sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que, to-

[1] Mancebía.

mándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende, y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles y la ignorancia que se arrima a los sitiales?

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas, por la mayor parte, eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas; y más, que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas; y que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza. Estas y otras cosas decía de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vio un día en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban a naturaleza; pero que los malos la vomitaban. Arrimóse un día, con grandísimo tiento, porque no se quebrase, a la tienda de un librero, y díjole:

— Este oficio me contentara mucho si no fuera por una falta que tiene.

Preguntóle el librero se la dijese. Respondióle:

— Los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro, y la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa, pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

. . . . . .

LA FUERZA DE LA SANGRE

Un anciano hidalgo sale con su mujer, un niño pequeño y una hija de 16 años llamada Leocadia, a recrearse en el río para soportar una calurosa noche de Toledo. Rodolfo, con sus amigos, concibe la mala idea de robar a la hija, y lleva a cabo su propósito. Leocadia, cuando vuelve del desmayo sufrido con angustia del rapto, tiene la advertencia de coger un crucifijo que encuentra en la desconocida habitación donde fue llevada. Fruto de la desgracia es un niño. Rodolfo marcha a Italia. El niño Luisito — que así se llama —, crece y demuestra clara inteligencia pues sabe leer latín y romance a los siete años. Un día en que va a cumplir un mandato de su abuela, pasa por una calle donde hay «carrera de caballeros», y al atravesar, es atropellado por un caballo «a cuyo dueño no fue posible detenerle en la furia de su carrera». Un caballero recoge a Luisito y lo lleva a su casa porque «le pareció había visto el rostro de un hijo suyo». Nada regatean doña Estefanía y su mando — el caballero de que hablamos — para cuidar al niño, negándose a que salga de su casa: los abuelos y Leocadia son recibidos en ella con gran afecto. La joven intima con la dama y llega a confesarle su dolor, y, a la vista del crucifijo, se demuestra dónde sufrió el atropello y quien fue el autor de la desgracia. Vuelto Rodolfo y después de algunos incidentes, se verifica la boda: «La fuerza de la sangre que vio derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico», produjo la reparación del atropello cometido por Rodolfo con su desenvoltura y despreocupación.

EL CELOSO EXTREMEÑO

Filipo de Carrizales era un extremeño que, después de ir a Italia y Flandes, se embarcó para las Indias de donde volvió rico de hacienda y de canas. Sin amigos, pues habían muerto, y temeroso del asedio de los pobres en su patria.

Quisiera tener a quien dejar sus bienes después de sus días, y con este deseo tomaba el pulso a su fortaleza, y parecíale que aún podía llevar la carga del

matrimonio ; y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacía como hace a la niebla el viento; porque de su natural condición era el más celoso hombre del mundo, aun sin estar casado, pues con sólo la imaginación de serlo, le comenzaban a ofender los celos, a fatigar las sospechas y a sobresaltar las imaginaciones, y esto, con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que había de hacer de su vida, quiso su suerte que, pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese a una ventana puesta una doncella, al parecer, de edad de trece a catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa, que sin ser poderoso para defenderse el buen viejo Carrizales, rindió la flaqueza de sus muchos años a los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella. Y luego, sin más detenerse, comenzó a hacer un gran montón de discursos, y, hablando consigo mismo, decía :

— Esta muchacha es hermosa, y a lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica ; ella es niña : sus pocos años pueden asegurar mis sospechas. Casarme he con ella ; encerraréla, y haréla a mis mañas, y con esto, no tendrá otra condición que aquella que yo le enseñare. Y no soy tan viejo, que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden. De que tenga dote o no, no hay para qué hacer caso, pues el Cielo me dio para todos, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto ; que el gusto alarga la vida, y los disgustos entre los casados la acortan. Alto, pues : echada está la suerte, y ésta es la que el Cielo quiere que yo tenga.

Inquietaron los celos de tal modo a Carrizales, que no consintió hicieran los trajes tomando los sastres medida directamente a la joven, por lo que hubieron de trabajar sobre otra persona de medidas semejantes. Hizo una casa sin ventanas, con solo vistas al Cielo. La adornó con largueza, y puso cuatro esclavas blancas y dos negras bozales, o sea, recién sacadas de su país. Tomó las precauciones imaginables y no imaginables para asegurar que nadie pudiera entrar en la casa cuando él salía, y comenzó a gozar del matrimonio con toda tranquilidad. Pero...

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana a quien comúnmente suelen llamar gente de bárrio : estos son los hijos de vecino de cada colación, y de los más ricos della ; gente baldía, atildada y meliflua, de la cual y de su traje y manera de vivir, de su condición y de las leyes que guardan entre sí había mucho que decir ; pero por buenos respectos se deja. Uno destos galanes, pues, que entre ellos es llamado *virote*, mozo soltero (que a los recién casados llaman *mantones*), asestó a mirar la casa del recatado Carrizales, y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivía dentro ; y con tanto ahinco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino a saber lo que deseaba. Supo la condición del viejo, la hermosura de su esposa y el modo que tenía en guardarla ; todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expunar, por fuerza o por industria, fortaleza tan guardada ; y comunicándolo con dos *virotes* y un *mantón*, sus amigos acordaron que se pusiese por obra ; que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores.

Dificultaban el modo que se tendría para intentar tan dificultosa hazaña ; y habiendo entrado en bureo muchas veces, convinieron en esto : que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el *virote*, que iba fuera de la ciudad por algunos días, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo ; y, hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio, y camisa limpia ; pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningún pobre en toda la ciudad los traía tan astrosos ; quitóse un poco de barba que tenía, cubrióse un ojo con un parche, vendóse una pierna estrechamente, y arrimándose a dos muletas, se convirtió en un pobre tullido, tal, que el más verdadero estropeado no se le igualaba.

Con este talle se ponía cada noche a la oración a la puerta de la casa de Carrizales, que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luis se llamaba,

cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas, y como él era algo músico, comenzaba a tañer algunos sones alegres y regocijados, mudando la voz por no ser conocido, Con esto, se daba priesa a cantar romances de moros y moras, a la loquesca, con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponían a escucharle, y siempre, en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos; y Luis el negro, poniendo los oídos por entre las puertas, estaba colgado de la música del *virote*, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más a su placer: tal es la inclinación que los negros tienen a ser músicos. Y cuando Loaysa quería que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar y recogía su guitarra, y acogiéndose a sus muletas, se iba.

Con su modestia y desaprensión, día tras día fue Loaysa captándose la simpatía del negro que vivía entre puerta y puerta de las dos que cerraban la casa; le hizo creer le iba a enseñar a tocar la guitarra y a cantar, y, con tal traza, consiguió vencer la fortaleza y que sucumbiera Leonora ante los ataques y argucias del mancebo. Para asegurarse la libertad, había proporcionado el seductor un ungüento que producía un sueño profundo: Carrizales dormía con aquel artificio, y la honra quedaba destrozada en torno suyo como flor zarandeada por el vendaval. Una noche dejó de obrar el ungüento con toda su eficacia; despertó Carrizales, dejó el lecho al encontrarse solo, y sorprendió a Leonora en brazos de Loaysa. Pensó tomar venganza, volvió a su aposento en busca de una daga, pero «le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia, que, sin ser poderoso a otra cosa, se dejó caer desmayado en el lecho».
Llegado el día, todo fue confusión en la casa. Vuelto en sí el extremeño, pidió que acudieran los padres de su esposa, y así que llegaron, habló de esta suerte:

— Bien seguro estoy, padres y señores míos, que no será menester traeros testigos para que me creáis una verdad que quiero deciros. Bien se os debe acordar (que no es posible se os haya caído de la memoria) con cuánto amor, con cuán buenas entrañas, hace hoy un año, un mes, cinco días y nueve horas, que me entregastes a vuestra querida hija por legítima mujer mía. También sabéis con cuánta liberalidad la doté, pues fué tal la dote, que más de tres de su misma calidad se pudieran casar con opinión de ricas. Asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó a desear y yo alcancé a saber que le convenía. Ni más ni menos habéis visto, señores, como, llevado de mi natural condición, y temeroso del mal de que, sin duda, he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los extraños y varios acaescimientos del mundo, quise guardar esta joya, que yo escogí y vosotros me distes, con el mayor recato que me fue posible: alcé las murallas desta casa, quité la vista a las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno, como a monasterio; desterré perpetuamente della todo aquello que sombra o nombre de varón tuviese; dile criadas y esclavas que la sirviesen; ni les negué a ellas ni a ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual; comuniquéle mis más secretos pensamientos; entreguéla mi hacienda. Todas éstas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me había costado, y ella procurara no darme ocasión a que ningún género de temor celoso entrara en mi pensamiento; mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar a los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mías, y que yo mismo haya sido el fabricador del veneno que me va quitando la vida. Pero porque veo la suspensión en que todos estáis, colgados de las palabras de mi boca, quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas. Digo, pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé a ésta, nacida en el mundo para perdición de mi sosiego y fin de mi vida — y esto, señalando

a su esposa —, en los brazos de un gallardo mancebo, que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado.

Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando a Leonora se le cubrió el corazón, y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada. Perdió la color Marialonso, y a las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo:

—La venganza que pienso tomar desta afrenta no es ni ha de ser de las que ordinariamente suelen tomarse; pues quiero que, así como yo fui extremado en lo que hice, así sea la venganza que tomare, tomándola de mí mismo, como del más culpado en este delito; que debiera considerar que mal podían estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochenta míos. Yo fui el que, como el gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese, y a ti no te culpo, ¡oh, niña mal aconsejada! — y diciendo esto, se inclinó y besó en el rostro de la desmayada Leonora —; no te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran. Mas porque todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo, que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, al menos, de simplicidad jamás oída ni vista; y así, quiero que se traiga luego aquí un escribano, para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote a Leonora, y le rogaré que después de mis días, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, a casarse con aquel mozo, a quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que, si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto. La demás hacienda mandaré a otras obras pías; y a vosotros, señores míos, dejaré con que podáis vivir honradamente lo que de la vida os queda. La venida del escribano sea luego; porque la pasión que tengo me aprieta de manera, que a más andar me va acortando los pasos de la vida.

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabía que su marido en su testamento dejaba mandado, vio que, dentro de una semana, se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad. Él, despechado y casi corrido, se pasó a las Indias. Quedaron los padres de Leonor tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les había dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo, con la libertad; y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos.

Y yo quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido y tocas blancas y luengas. Sólo no sé qué fue la causa que Leonora no puso más ahinco en desculparse y dar a entender a su celoso marido cuán limpia y sin ofensa había quedado en aquel suceso; pero la turbación le ató la lengua, y la priesa que se dio a morir su marido no dió lugar a su disculpa.

LA ILUSTRE FREGONA

En Burgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivían dos caballeros principales y ricos: el uno se llamaba don Diego de Carriazo, y el otro, don Juan de Avendaño. El don Diego tuvo un hijo, a quien llamó de su mismo nombre, y el don Juan, otro, a quien puso don Tomás de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien han de ser las principales personas deste cuento, por excusar y ahorrar letras, les llamaremos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño. Trece años, o poco más, tendría Carriazo, cuando, llevado de una inclinación picaresca, sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hicie-

sen, sólo por su gusto y antojo, se desgarró, como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fue por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas como en colchones; con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de Holanda. Finalmente, él salió tan bien con el asumpto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache.

En tres años que tardó en parecer y volver a su casa aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las Ventillas de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla; pero con serle anejo a este género de vida la la miseria y estrecheza, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus cosas: a tiro de escopeta, en mil señales, descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas. Visitaba pocas veces las ermitas de Baco, y, aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellón y almagre. En fin, en Carriazo vio el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro, hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el *finibusterræ* de la picaresca.

¡Oh, pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva inumerable que se encierra debajo deste nombre *pícaro*! Bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes. ¡Allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltronería! Allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre prompta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin aciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van, o envían, muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevaran a dar muerte.

Vuelto a su patria, todos acuden a felicitar a sus padres y oir las aventuras ciertas y falsas del mancebo apicarado, el cual logra convencer a su amigo Tomás de Avendaño, y ambos piden a sus padres ir a Salamanca para estudiar. Llegados a Valladolid acompañados de un ayo, emprenden el camino hacia Toledo, abandonando a su acompañante. Allí se enamora Avendaño de la fregona ilustre del Mesón del Sevillano, y se propone quedarse contra los deseos de Carriazo quien quería irse a Málaga sin perder más tiempo. Una noche los avisan que hay músicos cerca del Monasterio del Carmen, los cuales dan serenata a Costanza, la fregona del Mesón:

Por venir el día, se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron a su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana, la cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver a Costanza; pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro, deseo enamorado. Pero a entrambos se los cumplió Costanza, saliendo de la sala de su amo, tan hermosa, que a los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le habia dado el mozo de mulas eran cortas y de ningún encarecimiento. Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño. Los corpiños eran bajos; pero la camisa, alta, plegado el cuello, con un cabezón labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una coluna de alabastro:

que no era menos blanca su garganta; ceñida con un cordón de San Francisco, y de una cinta pendiente, al lado derecho, un gran manojo de llaves. No traía chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecían, sino cuanto por un perfil mostraban también ser coloradas. Traía tranzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo; pero tan largo el tranzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura; el color salía de castaño y tocaba en rubio; pero, al parecer, tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar. Pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio, que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas.

Cuando salió de la sala, se persignó y santiguó, y con mucha devoción y sosiego hizo una profunda reverencia a una imagen de Nuestra Señora, que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos, vio a los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió a entrar en la sala, desde la cual dio voces a Arguello, que se levantase.

Resta ahora por decir qué es lo que le pareció a Carriazo de la hermosura de Costanza; que de lo que le pareció a Avendaño, ya está dicho, cuando la vio la vez primera. No digo más sino que a Carriazo le pareció tan bien como a su compañero; pero enamoróle mucho menos; y tan menos, que quisiera no anochecer en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas. En esto, a las voces de Costanza, salió a los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, también criadas de la casa, de quien se dice que eran gallegas; y el haber tantas lo requería la mucha gente que acude a la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes a pedir cebada; salió el huésped de casa a dársela, maldiciendo a sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razón, sin que le hubiese hecho menos, a su parecer, un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo:

—No se fatigue, señor huésped: deme el libro de la cuenta; que los días que hubiere de estar aquí, yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido.

—En verdad que os lo agradezca, mancebo —respondió el huésped—, porque yo no puedo atender a esto; que tengo otras muchas cosas a que acudir fuera de casa. Bajad; daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo, y hacen trampantojos [1] un celemín de cebada con menos conciencia que si fuese de paja.

Bajó al patio Avendaño y entregóse en el libro, y comenzó a despachar celemines como agua, y a asentarlos por tan buena orden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento; y tanto, que dijo:

—Pluguiese a Dios que vuestro amo no viniese, y que a vos os diese gana de quedaros en casa; que a fe que otro gallo os cantase. Porque el mozo que se me fue, vino a mi casa, habrá ocho meses, roto y flaco, y ahora lleva dos pares de vestidos y muy buenos, y va gordo como una nutria. Porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amén de los salarios.

—Si yo me quedase —replicó Avendaño—, no repararía mucho en la ganancia; que con cualquiera cosa me contentaría a trueco de estar en esta ciudad, que me dicen que es la mejor de España.

—A lo menos —respondió el huésped—, es de las mejores y más abundantes que hay en ella; mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río; que también se me fué otro mozo que con un asno que tengo famoso me tenía rebosando las tinajas, y hecha un lago de agua la casa; y una de las causas porque los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos a mi posada es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella; porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.

[1] Covarrubias dice es «la trampa y engaño que alguno nos hace en nuestra presencia y delante de nuestros ojos».

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual, viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse a buenas noches, y más, que consideró el gran gusto que haría a Avendaño si le seguía el humor; y así, dijo al huésped:

— Venga el asno, señor huésped; que también sabré yo cinchalle y cargalle como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía.

— Sí — dijo Avendaño —, mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fío.

La Argüello, que estaba atenta desde el corredor a todas estas pláticas, oyendo decir a Avendaño que él fiaba a su compañero, dijo:

— Dígame, gentilhombre, y ¿quién le ha de fiar a él? Que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que de ser fiador.

Quedan aposentados Avendaño con nombre de Tomás Pedro, y Carriazo con el de Lope Asturiano. Éste montó en el asno, para ir por agua al río, y, por la cuesta del Carmen cruzó con otro aguador, tropezaron los asnos, discutieron los hombres e intervino la justicia yendo a parar Lope a la cárcel. Por fin, se vio libre Asturiano cuando curó el aguador viejo de las heridas recibidas en la reyerta, y, para no ser tachado de vagabundo, pensó comprar un asno y dedicarse al oficio de aguador «que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad a sus anchuras, mirando bobas».

— Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura; y si no, míralo por Costancica de cuyas sobras de belleza puede enriquecer, no sólo a las hermosas desta ciudad, sino a las de todo el mundo.

— Paso, señor Tomás — replicó Lope —: vámonos poquito a poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que, como le tengo por loco, le tenga por hereje.

— ¿Fregona has llamado a Costanza, hermano Lope? — respondió Tomás —. Dios te lo perdone y te traiga a verdadero conocimiento de tu yerro.

— Pues ¿no es fregona? — replicó el Asturiano.

— Hasta ahora le tengo por ver fregar el primer plato.

— No importa — dijo Lope — no haberle visto fregar el primer plato, si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo.

— Yo te digo, hermano — replicó Tomás —, que ella no friega, ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa, que es mucha.

— Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad — dijo Lope — *la fregona ilustre*, si es que no friega? Mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, la dan el nombre de ilustre. Pero, dejando esto aparte, dime, Tomás: ¿en qué estado están tus esperanzas?

— En el de perdición — respondió Tomás —; porque en todos estos días que has estado preso nunca la he podido hablar una palabra, y a muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios: tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura. Lo que me trae alcanzado de paciencia es saber que el hijo del Corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierto, que, en lo que cantan, la nombran, la alaban y la solenizan. Pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazón la dura saeta de los celos.

— Pues ¿qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva, y desta nueva Penélope, que en figura de doncella, y de fregona, te enamora, te acobarda y te desvanece?

— Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope; que yo sé que estoy enamorado del más hermoso rostro que pudo formar naturaleza, y de la más incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se

llama, y no Porcia, Minerva o Penélope; en un mesón sirve, que no lo puedo negar; pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina, y la elección con claro discurso me mueve a que la adore? Mira, amigo; no sé cómo te diga — prosiguió Tomás — de la manera con que Amor el bajo sujeto desta fregona, que tú llamas, me le encumbra y levanta tan alto, que viéndole, no le vea, y conociéndole, le desconozca. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar, si así se puede decir, en la bajeza de su estado, porque luego acuden a borrarme este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan a entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande. Finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que a otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se extiende a más que a servir, y a procurar que ella me quiera, pagándome con honesta voluntad lo que a la mía, también honesta, se debe.

A este punto, dio una gran voz el Asturiano, y, como exclamando, dijo:

— ¡Oh, amor platónico! ¡Oh, fregona ilustre! ¡Oh, felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza a que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna! ¡Oh, pobres atunes míos, que os pasáis este año sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! Pero el que viene yo haré la enmienda de manera, que no se quejen de mí los mayorales de las mis deseadas almadrabas.

A esto dijo Tomás:

— Ya veo, Asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí. Lo que podías hacer es irte norabuena a tu pesquería; que yo me quedaré en mi caza, y aquí me hallarás a la vuelta. Si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré, y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare.

Quedaron los dos amigos en Toledo; por la noche hubo baile; tocó el asturiano la guitarra, pero nadie vio a Costanza «que dejó burlados muchos deseos». No hubo cantor nocturno, ni adorador diurno que lograra más en sus propósitos.

Tomás, llevado de su amor, escribió unos ovillejos, aprovechando el mismo libro de cuentas, donde las descubrió su amo, quien lo manifestó a su mujer, la cual se tenía por docta y se daba por culta ya que rezaba en latín las cuatro oraciones, aunque su tío el clérigo decía que las llenaba de «mil gazafatones». Un día apareció Costanza, con una toca ceñida por las mejillas, puesto que tenía un gran dolor de muelas, y el enamorado joven aprovechó la coyuntura para ofrecerle una oración muy eficaz; así le entregó el papel en que decía:

«Señora de mi alma: Yo soy un caballero natural de Burgos; si alcanzo de días a mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta. A la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se extiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis, vine a servir a nuestro dueño; si vos lo quisiéredes ser mío, por los medios que más a vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas queréis que haga para enteraros desta verdad; y enterado en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo, y me tendré por el más bien afortunado del mundo. Sólo, por ahora, os pido que no echéis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos en la calle; que, si vuestro dueño los sabe y no los cree, me condenará a destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme a muerte. Dejadme, señora, que os vea, hasta que me creáis, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros. Con los ojos podréis responderme, a hurto de los muchos que siempre os están mirando; que ellos son tales, que airados matan, y piadosos curan.»

Pero, Costanza, le respondió:

— Hermano Tomás, esta tu oración más parece hechicería y embuste que

oración santa, y así, yo no la quiero creer ni usar della, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea más crédula que yo. Aprende otras oraciones más fáciles, porque ésta será imposible que te sea de provecho.

En diciendo esto, se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso; pero algo consolado, viendo que en sólo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo; pareciéndole que, pues no había dado cuenta dél a su amo, por lo menos, no estaba en peligro de que le echasen de casa. Parecióle que en el primero paso que había dado en su pretensión había atropellado por mil montes de inconvenientes, y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto, Lope compró un asno, y jugando a «la primera» (1), perdió su caudal y también el asno jugado por cuartos. Cuando había perdido los cuatro, reclamó la cola, que era desde «la punta del celebro, con toda la osamenta del espinazo, donde ella tomaba principio y descendía, hasta parar, en los últimos pelos de ella». Fue tal su actitud, que se propuso por uno de los concurrentes echar la cola contra un cuarto del asno. Ganó el Asturiano, y no sólo recobró el animalejo, sino cuanto había perdido y cuanto tenía el vendedor, quien se daba cabezadas contra el suelo por su desdicha. Lope «le levantó y le volvió todo el dinero que le había ganado y los dieciséis ducados del asno y aún, de los que él tenía, repartió con los circustantes, cuya extraña liberalidad pasmó a todos... Pero como la mala bestia del vulgo, por la mayor parte, es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope, sino solamente la cola», con lo que se hizo corriente el grito de los muchachos: «¡Asturiano, daca la cola! ¡Daca la cola, Asturiano!».

El Corregidor se presentó un día en la posada inquiriendo la condición de la moza por la que bebía los vientos su hijo, y, ya a solas, le contó el huésped que, Costanza, era hija de una señora llegada a la posada en peregrinación hacia Guadalupe, sin que pudiera averiguarse su nombre. Dejó un trozo de cadena de oro, y un pergamino con las letras É T E L S Ñ V D D R, las cuales se completaban con las de otro pergamino que había de presentar quien fuese a reconocer a la niña.

Dos días después se presentaron dos caballeros ancianos con dos mozos a pie: declararon que iban por la hermosa doncella, y, avisado el Corregidor, ante el pergamino que guardaba el toledano:

Sacó don Diego el otro, y juntando las dos partes, se hicieron una, y a las letras del que tenía el huésped, que, como se ha dicho, eran É T E L S Ñ V D D R, respondían en el otro pergamino éstas: S A S A E AL ER A E A, que todas juntas decían: ÉSTA ES LA SEÑAL VERDADERA. Cotejáronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas.

—¡Esto está hecho! —dijo el Corregidor—. Resta ahora saber, si es posible, quién son los padres desta hermosísima prenda.

—El padre —respondió don Diego— yo lo soy; la madre ya no vive: basta saber que fue tan principal, que pudiera yo ser su criado. Y, porque, como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida, se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró a vivir a una aldea suya y allí, con recato y con honestidad grandísima, pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta. Ordenó la suerte que un día, yendo a caza por el término de su lugar, quise visitarla, y era la hora de siesta cuando llegué a su alcázar, que así se puede llamar su gran casa; dejé el caballo a un criado mío; subí sin topar con nadie hasta el

(1) «Juego de naipes que se juega dando cuatro cartas a cada uno: el siete vale veintiún puntos, el seis vale dieciocho, el as dieciséis, el dos doce, el tres trece, el cuatro catorce, el cinco quince y la figura diez. La mejor suerte, con que se gana todo, es el flux, que son cuatro cartas de un palo; después el cincuenta y cinco, pues se compone precisamente de siete, seis y as de un palo; después la quínola o primera, que son cuatro cartas, una de cada palo. Si hay dos que tengan flux, gana el que lo tiene mayor, y lo mismo sucede con la primera; pero, si no hay cosa alguna de esto, gana el que tiene más puntos en dos o tres cartas de un palo. (*Dic. Ant.*).

mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro. Era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasión, despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme a hacer discretos discursos, cerré tras mí la puerta, y llegándome a ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente, le dije : « Vuesa merced, señora mía, no grite ; que las voces que diere serán pregoneras de su deshonra : nadie me ha visto entrar en este aposento ; que mi suerte, para para que la tenga bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan a vuestras voces, no podrán más que quitarme la vida, y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinión vuestra fama. » Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y a pura fuerza mía : ella, cansada, rendida y turbada, o no pudo o no quiso hablarme palabra, y yo, dejándola como atontada y suspensa, me volví a salir por los mismos pasos donde había entrado, y me vine a la aldea de otro amigo mío, que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar a otro, y sin que yo jamás la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta ; y podrá haber veinte días que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra, me envió a llamar un mayordomo desta señora. Fui a ver lo que me quería, bien lejos de pensar en lo que me dijo ; hallele a punto de muerte, y, por abreviar razones, en muy breves me dijo como al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le había sucedido, y como había quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto había venido en romería a Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo había parido en esta casa una niña, que se había de llamar Costanza. Díome las señas con que la hallaría, que fueron las que habéis visto de la cadena y pergamino, y dióme ansimismo treinta mil escudos de oro que su señora dejó para casar a su hija. Díjome ansimismo que el no habérmelos dado luego como su señora había muerto, ni declarádome lo que ella encomendó a su confianza y secreto, había sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero ; pero que ya estaba a punto de ir a dar cuenta a Dios, por descargo de su conciencia, me daba el dinero y me avisaba adonde y cómo, había de hallar mi hija. Recebí el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

Aclarada la verdadera personalidad del Asturiano, se conciertan las bodas de Tomás con Constanza ; Diego, con la hija del Corregidor, y el hijo de éste con una hija de don Juan de Avendaño.

Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron a Burgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre y Costanza, con su marido don Tomás, y el hijo del Corregidor, que quiso ir a ver a su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos, y con muchas joyas que Costanza dió a su señora : que siempre con este nombre llamaba a la que la había criado. Dió ocasión la historia de *la fregona ilustre* a que los poetas del dorado Tajo ejercitasen sus plumas en solenizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aun vive en compañía de su buen mozo de mesón, y Carriazo, ni más ni menos, con tres hijos que, sin tomar el estilo del padre ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca ; y su padre, apenas vee algún asno aguador, cuando se le representa y viene a la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate ha de remanecer en alguna sátira el « ¡Daca la cola, Asturiano! ¡Asturiano, daca la cola! ».

LAS DOS DONCELLAS

Una de las más débiles, entre las novelas ejemplares cervantinas, refiere las aventuras de dos jóvenes andaluzas enamoradas del mismo galán ; las cuales, vestidas de hombre, abandonaron su hogar en busca de su falso amante ; Teodosia, más desgraciada, dejó los puntos de su honra entre las promesas de Marco

Antonio, y, en su peregrinar, vino a dar con su hermano don Rafael quien la perdonó y acompañó camino de Barcelona, donde esperaban encontrar al fugitivo. La llegada a aquella población da motivo a la página dedicada en su loor :

Admiróles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad, y satisfación de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.

Los tres viajeros auxiliaron a Marco Antonio, al verle mezclado en una gran refriega que había entre los de la ciudad y los de la nave que estaba anclada en el puerto. Curado que fue, emprendieron la peregrinación que habían prometido, contrastando la rápida referencia que se hace en esta ocasión, con relación a lo que ocurre en otras obras cervantinas :

Reiteráronse dos veces los abrazos, y, con alegría mezclada con algún sentimiento triste, se despidieron, y caminando con la comodidad que permitía la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres días llegaron a Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que a buenos y católicos cristianos debían, con el mismo espacio volvieron a su camino, y sin sucederles revés ni desmán alguno llegaron a Santiago. Y después de cumplir su voto con la mayor devoción que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, a las cuales llegaron poco a poco, descansados y contentos ; mas antes que llegasen, estando a vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho era a una legua del de Teodosia), desde encima de un recuesto los descubrieron a entrambos, sin poder encubrir las lágrimas, que el contento de verlos les trujo a los ojos, a lo menos a las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

El relato acaba con las bodas de las dos doncellas : Teodosia casó con Marco Antonio y Leocadia con Rafael.

LA SEÑORA CORNELIA

Más que la desventura de esta hermosa y joven italiana, destaca en esta novela la intervención de dos españoles : Don Antonio de Isunza y Don Juan de Gamboa ; vizcaínos que se trasladaron a Bolonia deseosos de estudiar en aquella Universidad. Los incidentes que ligan a estos jóvenes con el asunto fundamental, están narrados con soltura, elegancia y con recursos de invención con los que se mantiene extraordinariamente el interés de la fábula. Cornelia consigue casar con el Duque de Ferrara su seductor, quien se desvivió en obsequio de los vizcaínos por su feliz intervención en las paces, colmándolos de regalos cuando regresaron a España.

EL CASAMIENTO ENGAÑOSO Y COLOQUIO DE LOS PERROS

Estas dos novelitas constituyen una unidad que no puede destruirse. En la primera se cuenta cómo el Alférez Campuzano encontró a su amigo el Licenciado Peralta, a quien refiere el casamiento que hizo con doña Estefanía de Caicedo, embaucadora redomada que acaba marchándose con un supuesto primo, dejando sin blanca al Alférez, pero, con una enfermedad que, le obliga a ingresar en el Hospital de la Resurrección en Valladolid. Peralta duda de las facultades de su amigo, cuando le dice que, una noche — la última en que acabó de sudar, según la terapéutica de aquel entonces — oyó hablar a los dos perros del hospital, llamados Cipión y Berganza. Como anotó lo oído « sacó del pecho un cartapacio y le puso en las manos del Licenciado, el cual le tomó riéndose y como haciendo burla de todo lo oído y de lo que pensaba leer », y así comenzó la lectura del cartapacio encabezado con el título : « Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la Puerta del

Campo, a quien comúnmente llaman los perros de Mahudes».
Entre lo que hablaron, pertinente todo a la vida de Berganza, pues Cipión había de contar la suya en la noche siguiente si eran favorecidos por el portento de hablar una vez más, merece «recordarse lo siguiente:

BERGANZA. — Paréceme que la primera vez que vi el sol fue en Sevilla, y en su Matadero, que está fuera de la puerta de la Carne; por donde imaginara (si no fuera por lo que después te diré) que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, a quien llaman jiferos. El primero que conocí por amo, fue uno llamado Nicolás, el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería; este tal Nicolás me enseñaba a mí y a otros cachorros a que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos a los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.

CIPIÓN. — No me maravillo, Berganza; que, como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

BERGANZA. — ¿Qué te diría, Cipión hermano, de lo que vi en aquel Matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero, has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia, desalmada, sin temer al Rey, ni a su justicia; los más, amancebados; son aves de rapiña carniceras: mantiénense ellos y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas que son días de carne (1), antes que amanezca, están en el Matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas, que, viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas, con criadillas y lomos medio enteros. No hay res alguna que se mate de quien no lleve esta gente diezmos y primicias, de lo más sabroso y bien parado; y como en Sevilla no hay obligado (1) de la carne, cada uno puede traer la que quisiere, y la que primero se mata, o es la mejor, o la de más baja postura; y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan a esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten (que esto es imposible), sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas, que las escamondan y podan como si fuesen sauces o parras. Pero ninguna cosa me admiraba más ni me parecía peor que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca: por quítame allá esa paja, a dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acogotasen un toro. Por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridas, y a veces sin muertes; todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca. Finalmente, oí decir a un hombre discreto que tres cosas tenía el Rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.

CIPIÓN. — Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al Cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aún temo que, al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo de contarlos; quiero decir que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz, se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos

(1) Lo eran todos los de la semana, excepto ciertos días de fiesta y sus vísperas, así como los viernes y los sábados, aunque estos días podían comerse los despojos de las reses.

(1) Persona encargada de abastecer a un pueblo o ciudad de algún género: carne, azúcar, etc.

y gustosos ; y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.

BERGANZA. — Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros : porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas, sino un :

Cata el lobo dó va, Juanica. (1)

y otras cosas semejantes ; y esto, no al son de chirumbelas, rabeles o gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro, o al de algunas tejuelas puestas entre los dedos ; y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que, solas o juntas, parecía, no que cantaban, sino que gritaban o gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose, o remendando sus abarcas ; ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílidas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos ; todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes ; por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos : que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna ; que a serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

. . . . . .

CIPIÓN. — Advierte, Berganza, no sea tentación del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido ; porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta que darse a entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es reprehensión, y el descubrir los defetos ajenos buen celo. Y no hay vida de ningún murmurante que, si la consideras y escudriñas, no la halles llena de vicios y de insolencias. Y debajo de saber esto, filosofea ahora cuanto quisieres.

. . . . . .

Como puede observarse, Berganza pasó por varios amos, como Lazarillo de Tormes, y esta circunstancia le permite desarrollar consideraciones diversas : desde el jarife del matadero, pasando por los pastores, residió en una casa de Sevilla donde había dos niños estudiantes — lo cual da ocasión para hacer un elogio del Colegio de la Compañía de Jesús — ; estuvo al cuidado de un alguacil, y al de un atambor que pasaba con una compañía de Soldados a Cartagena, el cual le enseñó a hacer diversas gracias al son del tambor.
Los comentarios, responden a hechos reales perfectamente documentados, conocidos por Cervantes.

Pasa, después, a poder de unos gitanos y más tarde al de un morisco en Granada, por lo que habla Berganza de esta clase de gente.

Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana ; todo su intento es acuñar, y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen : en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan a cárcel perpetua y a escuridad eterna ; de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España. Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas : todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden, poco o mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo ; y como van creciendo, se van aumentando los esconedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra. Entre ellos no hay castidad, ni entran en religión ellos ni ellas : todos se casan, todos multiplican, porque el vivir so-

(1) Cantar indicado en un tratado del músico Salinas, el cual cantar transcribe el señor Amezúa en su edición crítica del *Colofino*.

briamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje; róbannos a pie quedo, y con los frutos de nuestras heredades, que nos revenden, se hacen ricos. No tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos. De los doce hijos de Jacob que he oído decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisén de aquel cautiverio salieron seiscientos mil varones, sin niños y mujeres: de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las déstos, que, sin comparación, son en mayor número.

CIPIÓN.— Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra; que bien sé que son más y mayores los que callas que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república, que considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida.

También estuvo en unas compañías de cómicos, y al fin quedó en el Hospital de Mahudes, donde entre otros episodios, fue testigo de la conversación entre un alquimista, un poeta, un matemático y un arbitrista. Con la llegada del día se acabó el portento de hablar los perros y el escritor cierra el libro con esta reflexión:

— Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto, que puede el señor Alférez pasar adelante con el segundo.

— Con ese parecer — respondió el Alférez —, me animaré y disporné a escribirle, sin ponerme más en disputas con vuesa merced si hablaron los perros o no.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO [1]

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir a la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre, un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas; ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de DON QUIJOTE, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío, como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato.

Añade que, quisiera dar la obra libre de sonetos, epigramas y elogios que

[1] Seguimos la edición de 1605, habiendo consultado, también, la de Rodríguez Marín, publicada con ocasión del Centenario del nacimiento de Cervantes.

suelen ponerse al principio de los libros, y se lamenta de tener que darle libre de erudición, acotaciones de margen y anotaciones de fin de libro. Llega un amigo «gracioso y bien entendido» y le cuenta tales preocupaciones :

— ...En fin, señor y amigo mío,—proseguí — yo determino que el señor DON QUIJOTE se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el Cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspensión y elevamiento, amigo, en que me hallastes ; bastante causa para ponerme en ella la que de mí habéis oído.

Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando una larga risa, me dijo :

— Por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra. ¿Cómo que es posible que cosas de tan poco momento y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro y tan hecho a romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Queréis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento y veréis cómo, en un abrir y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar a la luz del mundo la historia de vuestro famoso DON QUIJOTE, luz y espejo de toda la caballería andante.

— Decid,— le repliqué yo, oyendo lo que me decía — ¿de qué modo pensáis llenar el vacío de mi temor y reducir a claridad el caos de mi confusión?

A lo cual él dijo ;

— Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo os toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas ; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria, o, a lo menos, que os cueste poco trabajo el buscarlos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio :

Non bene pro toto libertas venditur auro. [1]

Y luego, en el margen, citar a Horacio, o a quien lo dijo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con :

Pallida mors æquo pulsat pede
Regumque turres pauperum tabernas.

Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura Divina, que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos, del mismo Dios : *Ego autem dico vobis : diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio : *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Catón, que os dará su dístico :

(1) Los comentaristas han señalado ya, repetidas veces, los verdaderos autores de cuantos textos se citan con donosa ironía por el amigo consejero, burla que intencionadamente se refiere a casos literarios muy singularmente de Lope de Vega.

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera. Si nombráis algún gigante en vuestro libro, hacedle que sea el gigante Golías, y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación, pues podéis poner: «El gigante Golías, o Goliat, fue un filisteo a quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes», en el capítulo que vos halláredes que se escribe.

Continúa dando consejos irónicos el amigo, y el Prólogo termina con estas palabras:

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decía, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y dellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mía en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso DON QUIJOTE DE LA MANCHA, de quién hay opinión por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos. Y no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud y a mí no olvide. VALE.

Siguen las composiciones laudatorias de Urganda, la Desconocida, Amadís de Gaula, Don Belianís de Grecia *y otros personajes literarios.*

CAPÍTULO PRIMERO

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, y algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entre semana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana. Pero esto importa poco a nuestro cuento: basta que en la narración dél no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año), se daba a leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos. Y de todos, ningunos le parecían tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intricadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requie-

bros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: «La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura.» Y también cuando leía: «los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza».

Con estas razones perdía el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para sólo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma y dalle fin al pie de la letra como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula, mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que, si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, porque tenía muy acomodada condición para todo, que no era caballero melindroso, ni tan llorón como su hermano, y que en lo de valentía no le iba en zaga.

En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera, que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas [1] invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía él, que el Cid Rui Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés había partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había muerto a Roldán, el Encantado, valiéndose de la industria de Hércules cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decía mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero, sobre todos, estaba bien con Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun a su sobrina de añadidura.

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase, el pobre, ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos, del imperio de Trapisonda, y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa a poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos

[1] Rodríguez Marín imprime *sonadas soñadas*, y así parece lo escribió Cervantes, el cual, probablemente interpondría una *y* entre las dos palabras.

siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; más a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y por asegurarse de este peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.

Fue luego a ver a su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban. Cuatro días se le pasaron en imaginar qué nombre le pondría, porque (según se decía él a sí mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido; y así procuraba acomodársele de manera, que declarase quién había sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razón, que mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenía a la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y así, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó a hacer en su memoria e imaginación, al fin le vino a llamar Rocinante, nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue rocín, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérsele a sí mismo y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino a llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadís no sólo se había contentado con llamarse Amadís a secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadís de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quijote de la Mancha, con que, a su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della.

Limpias, pues, sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre a su rocín, y confirmándose a sí mismo, se dio a entender qué no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque, el caballero andante sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: «Si yo por males de mis pecados, o por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordinario les acontece a los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener a quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida; Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mí a su talante?». ¡Oh, cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló a quien dar nombre de su dama! Y fue, a lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y a ésta la pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla

Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso: nombre a su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que a él y a sus cosas había puesto.

CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIZO EL INGENIOSO DON QUIJOTE

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza, según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Mas, apenas se vió en el campo, cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que, por poco, le hiciera dejar la comenzada empresa, y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que, conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron, según él había leído en los libros que tal le tenían. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamente aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: «¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía la venida de la rosada aurora que, dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y balcones del manchego horizonte a los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.»

Y era la verdad que por él caminaba, y añadió diciendo: «¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! ¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser cronista desta peregrina historia!, ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mío en todos mis caminos y carreras.» Luego volvía diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.» Con éstos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habían enseñado, imitando en cuanto podía su lenguaje. Con esto caminaba tan despacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos, si algunos tuviera.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera

topar luego luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fue la del Puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento ; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre ; y que, mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vio, no lejos del camino por donde iba, una venta, que fue como si viera una estrella que, no a los portales, sino a los alcázares de su redención le encaminaba. Dióse priesa a caminar, y llegó a ella a tiempo que anochecía.

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada ; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando a la venta, que a él le parecía castillo, y a poco trecho della detuvo las riendas a Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas a dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vio que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar a la caballeriza, se llegó a la puerta de la venta, y vio a las dos distraidas mozas que allí estaban, que a él le parecieron dos hermosas doncellas o dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto, sucedió acaso que un porquero, que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que, sin perdón, así se llaman), tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó a Don Quijote lo que deseaba, que era que algún enano hacía señal de su venida, y así con extraño contento llegó a la venta y a las damas, las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta ; pero don Quijote, coligiendo por su huída su miedo, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo :

— Non fuyan las vuestras mercedes, ni teman desaguisado alguno, ca a la Orden de caballería que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, cuanto más a tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran.

Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubría ; mas, como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fue de manera que don Quijote vino a correrse y a decirles :

— Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez, además, la risa que de leve causa procede, pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante, que el mío non es de ál que de serviros.

El lenguaje, no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero acrecentaban en ellas la risa y en él el enojo, y pasara muy adelante, si, a aquel punto, no saliera el ventero, hombre que, por ser muy gordo, era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar a las doncellas en las muestras de su contento. Mas, en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo :

— Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia.

Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza, que tal le pareció a él el ventero y la venta, respondió :

— Para mí, señor castellano, cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc.

Pensó el huésped que el haberle llamado castellano había sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje, y así le respondió:

—Según eso, las camas de vuestra merced, serán duras peñas, y su dormir, siempre velar; y siendo así, bien se puede apear, con seguridad de hallar en esta choza ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche.

Y diciendo esto, fue a tener del estribo a don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel día no se había desayunado.

Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él, las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
De damas tan bien servido,
Como fuera Don Quijote
Cuando de su aldea vino:
Doncellas curaban dél,
Princesas de su rocino.

O Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío: que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

Las mozas, que no estaban hechas a oír semejantes retóricas, no respondían palabra; sólo le preguntaron si quería comer alguna cosa.

—Cualquiera yantaría yo —respondió don Quijote— porque, a lo que entiendo, me haría mucho al caso.

A dicha acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacalao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que darle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió don Quijote— podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de a ocho. Cuanto más que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusiéronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenía puesta la celada y alzada la visera, no podía poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponía, y así una de aquellas señoras servía deste menester. Mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recibía en paciencia a trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso a la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro

o cinco veces, con lo cual acabó de confirmar don Quijote que estaba en algún famoso castillo, y que le servían con música, y que el abadejo eran truchas, el pan, candeal, y las rameras, damas, y el ventero, castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que más le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podría poner legítimamente en aventura alguna sin recibir la orden de caballería.

CAPÍTULO III

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO

Y así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

— No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano.

El ventero, que vio a su huésped a sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

— No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío — respondió don Quijote —; y así, os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oirle semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él asimismo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes, en pago de su buen deseo. Díjole también, que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, él sabía que se podían velar dondequiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo; que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba; que, puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido a los autores dellas que no era menester escribir una

cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles; y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que, en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo pues aun se lo podía mandar como a su ahijado, que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba, y, embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Dos arrieros son descalabrados por el vigilante caballero, puesto que osan tocar las armas veladas, arrojándolas lejos de donde estaban depositadas. El ventero, para evitar mayores males, decide poner fin al empeño y armar caballero a aquel hombre que amenazaba con no dejar viva a persona alguna en el castillo.

CAPÍTULO XXII

DE LA LIBERTAD QUE DIO DON QUIJOTE A MUCHOS DESDICHADOS QUE MAL DE SU GRADO LOS LLEVABAN DONDE NO QUERÍAN IR

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia, que después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevaba venían hasta doce hombres a pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venían asimismo con ellos dos hombres de a caballo y dos de a pie, los de a caballo con escopetas de rueda, y los de a pie con dardos y espadas, y que, así como Sancho Panza los vido, dijo:

— Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va a las galeras.

— ¿Cómo gente forzada? — preguntó don Quijote — ¿Es posible que el rey haga fuerza a ninguna gente?

— No digo eso —respondió Sancho—, sino que es gente que por sus delitos va condenada a servir al rey en las galeras, de por fuerza.

— En resolución — replicó don Quijote —, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza, y no de su voluntad.

— Así es — dijo Sancho.

— Pues de esa manera — dijo su amo —, aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacer fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.

— Advierta vuestra merced — dijo Sancho — que la justicia que es el mismo Rey, no hace fuerza ni agravio a

semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó, en esto, la cadena de los galeotes, y don Quijote, con muy corteses razones pidió a los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa o causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de a caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba a galeras, y que no habia más que decir, ni él tenía más que saber.

— Con todo eso — replicó don Quijote — querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia.

Añadió a estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos a que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de a caballo le dijo:

— Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos malaventurados, no es tiempo éste de detenernos a sacallas ni a leellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte a ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.

Con esta licencia, que don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él respondió que por enamorado iba de aquella manera.

— ¿Por eso no más? — replicó don Quijote —. Pues si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

— No son los amores como los que vuestra merced piensa — dijo el galeote —; que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra.

— ¿Qué son gurapas? — preguntó don Quijote.

— Gurapas son galeras — respondió el galeote; el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita.

Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico; mas respondió por él el primero, y dijo:

— Éste, señor, va por canario: digo, por músico y cantor.

— ¿Pues cómo?, repitió don Quijote, ¿por músicos y cantores van también a galeras?

— Sí, señor — respondió el galeote — que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

— Antes he yo oído decir — dijo don Quijote — que quien canta, sus males espanta.

— Acá, es al revés — dijo el galeote —; que quien canta una vez, llora toda la vida.

— No lo entiendo — dijo don Quijote.

Mas, una de las guardas, le dijo:

— Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confesó su delito que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y, por haber confesado, le condenaron por seis años a galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones. Porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida o su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mí tengo que no van muy fuera de camino.

. . . . . .

Tras todos éstos venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro; un poco venía diferentemente atado que los demás, porque traía una cadena al pie tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas a la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo o pie de amigo, de la cual descendían dos hierros que llegaban a la cintura, en los cuales se asían dos esposas, donde llevaba las manos cerra-

das con un grueso candado, de manera que, ni con las manos podía llegar a la boca, ni podía bajar la cabeza a llegar a las manos. Preguntó don Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda: Porque tenía aquél solo, más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que, aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les había de huir.

— ¿Qué delitos puede tener — dijo don Quijote —, si no han merecido más pena que echarle a las galeras?

— Va por diez años — replicó la guarda —, que es como muerte civil. No se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla.

— Señor comisario — dijo entonces el galeote —, váyase poco a poco, y no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé dice; y cada uno se dé una vuelta a la redonda, y no hará poco.

— Hable con menos tono — replicó el Comisario — señor ladrón de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese.

— Bien parece — respondió el galeote — que va el hombre como Dios es servido; pero algún día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla, o no.

— ¿Pues no te llaman así, embustero? — dijo la guarda.

— Sí llaman — respondió Ginés — mas yo haré que no me lo llamen, o me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mía quiere saber, sepa que soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares.

— Dice verdad—dijo el Comisario—; que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales.

— Y le pienso quitar — dijo Ginés —, si quedara (1) en doscientos ducados.

— ¿Tan bueno es? — dijo don Quijote.

— Es tan bueno—respondió Ginés —, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen.

— ¿Y cómo se intitula el libro? — preguntó don Quijote.

— La vida de Ginés de Pasamonte — respondió él mismo.

— ¿Y está acabado? — preguntó don Quijote.

— ¿Cómo puede estar acabado — respondió él—, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

— ¿Luego otra vez habéis estado en ellas? — dijo don Quijote.

— Para servir a Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho — respondió Ginés —; y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro; que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro.

— Hábil pareces — dijo don Quijote.

— Y desdichado—respondió Ginés—; porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio.

— Persiguen a los bellacos — dijo el Comisario.

— Ya le he dicho, señor Comisario — respondió Pasamonte—, que se vaya poco a poco; que, aquellos señores, no le dieron esa vara para que maltratase a los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda. Si no, por vida de... ¡basta!; que podría ser que saliesen algún día en la colada las manchas que se hicieron en la venta; y todo el mundo calle, y viva bien y hable mejor, y caminemos; que ya es mucho regodeo éste.

Alzó la vara en alto el Comisario para dar a Pasamonte, en respuesta de sus amenazas; mas don Quijote se puso en

(1) El *si* ha de entenderse como *aunque*.

medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algún tanto suelta la lengua.

Don Quijote libra a los galeotes, éstos le corresponden a pedradas, y, temerosos de la Santa Hermandad, los dos personajes centrales de la narración, se adentran por la espesura de Sierra Morena, donde los halla Ginés de Pasamonte, el cual roba el rucio a Sancho Panza. Allí, encuentran caballero y escudero a Cardenio, quien, entre varios incidentes cuenta sus amores con Luscinda. Solos ya los dos aventureros, pide Sancho permiso para regresar a su casa. Don Quijote le entrega una carta para Dulcinea y la orden de dar a su buen criado dos pollinos. Queda entre las peñas el caballero, imitando la penitencia de la Peña Pobre, donde Amadís de Gaula mudó su nombre en el de Beltenebros. El escudero encuentra al cura y al barbero de su pueblo, los cuales indagan la suerte del loco vecino, y, para lograr su vuelta al lugar piensan vestirse de doncella y de escudero, a a fin de pedir a don Quijote acompañe a la dolida dama y desfaga el entuerto que le hiciera un mal sujeto. Empero, encuentran a Cardenio, y luego, a una joven disfrazada de mozo, la que cuenta su historia con gran extrañeza de Cardenio, pues resulta que la dama es Dorotea, burlada por don Fernando, quien había casado con Luscinda. Dorotea se presta a representar el papel que le asignan con objeto de conseguir el regreso de don Quijote a su casa, y, con su discreción, convence al valeroso hidalgo.
Éste y su criado conversan largamente separados del resto de la comitiva, y, llegados a una fuente, pasa un muchacho que abraza por las piernas a don Quijote y comienza a llorar y a lamentarse del pretendido socorro brindado un día por el caballero. Andrés — que no era otro el muchachuelo — cuenta el desenlace de la aventura del capítulo IV :

...así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió a atar a la misma encina, y me dio de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y, a cada azote que me daba, me decía un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que, a no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decía. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa ; porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entrometiera en negocios ajenos, mi amo se contentara con darme una o dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía. Mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vio solo, descargó sobre mi el nublado, de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida.

En su marcha hacia la aldea, arriban todos a la famosa venta y se ofrece ocasión de intercalar en el relato la novela del Curioso impertinente, *basada en las razones de un prudente viejo a otro, padre de una doncella, para que la « recogiese, guardase y encerrase », que*

es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.

La curiosidad de Anselmo produce su propia deshonra, y el dolor, le causa la muerte, perdonando a su esposa y a su amigo Lotario, empujados por él a la irreparable culpa. En la venta coinciden Luscinda y don Fernando, así como el cautivo y Zoraida, lo cual da margen para insertar otra novela del tipo de las Ejemplares : la Historia del Cautivo *tan del gusto de Cervantes que la repitió en* Los baños de Argel, *tal vez por tratarse de algún hecho real conocido por el escritor durante su cautiverio. Un episodio, semejante al que originó el comentario sobre la edad dorada, figura entre los sucesos de la venta, y es el célebre discurso de las armas y las letras.*
Los complicados sucesos de la venta se resuelven dándose a conocer cada personaje con incidentes que prueban una vez más la invención de que

tanto se ufanaba el Príncipe de los Ingenios españoles.
En la marcha de la caravana, todavía encuentran a un canónigo, el cual platica con el cura sobre el teatro y los libros de caballerías. Más tarde, conversan con un cabrero; encuentran una procesión de disciplinantes entregados al sacrificio para impetrar la necesaria lluvia. Por fin, acomodan al loco hidalgo en la carreta, llegan a la aldea con la natural alegría de la sobrina y del ama, y termina la Primera Parte con los sonetos y epitafios dedicados a distintos personajes de la novela, por varios académicos de Argamasilla.

Segunda parte

PRÓLOGO AL LECTOR

¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo *Don Quijote*, digo, de aquél que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya.

Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes hallarme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame envidioso, y que como a ignorante me describa qué cosa sea la envidia; que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a ningún sacerdote, y más si tiene por añadidura ser familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa. Pero en efecto le agradezco a este señor autor el decir que mis novelas son más satíricas que ejemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo.

Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que la que debe de tener este señor sin duda es grande, pues no osa parecer a campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares a conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado; que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores es ponerle a un hombre en el entendimiento que puede componer e imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y, para confirmación desto, quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento:

Habia en Sevilla un loco, que dio en el más gracioso disparate y tema que dio loco en el mundo. Y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el

fin, y en recogiendo algún perro en la calle, o en cualquiera otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía le acomodaba el cañuto en la parte que, soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en teniéndolo desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba, diciendo a los circunstantes, que siempre eran muchos: « ¿Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro? » — ¿Pensará vuestra merced ahora que es poco trabajo hacer un libro?

Y si este cuento no le cuadrare, dirásle, lector amigo, éste, que también es de loco y de perro:

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, o un canto no muy liviano, y en topando algún perro descuidado se le ponía junto, y a plomo dejaba caer sobre él el peso; amohinábase el perro, y, dando ladridos y aullidos, no paraba en tres calles. Sucedió, pues, que entre los perros que descargó la carga, fue uno un perro de un bonetero, a quien quería mucho su dueño. Bajó el canto, diole en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano; y a cada palo que le daba, decía:

— Perro ladrón, ¿a mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?

Y, repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho una alheña. Escarmentó el loco y retiróse, y en más de un mes no salió a la plaza; y al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirándole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse a descargar la piedra, decía: « Este es podenco ¡guarda! » En efecto, todos ¿cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos o gozques, decía que eran podencos, y así, no soltó más el canto. Quizá desta suerte le podrá acontecer a este historiador, que no se atreverá a soltar más la presa de su ingenio en libros, que, en siendo malos, son más duros que las peñas. Dile también que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo que me viva el veinticuatro mi señor y Cristo con todos. Viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos príncipes, sin que lo solicite adulación mía, ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado a su cargo el hacerme merced y favorecerme; en lo que me tengo por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar a la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de sí, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene a ser estimada de los altos y nobles espíritus y, por el consiguiente, favorecida. Y no le digas más, ni yo quiero decirte más a ti, sino advertirte, que consideres que esta segunda parte de *Don Quijote*, que te ofrezco, es cortada del mismo artífice y del mismo paño que la primera, y que en ella te doy a *Don Quijote* dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva a levantarme nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un hombre honrado haya dado noticias destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas; que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen, y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidábaseme de decirte, que esperes el *Persiles* que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.

Tranquilo vivía don Quijote al parecer, cuando fueron a visitarle sus amigos el cura y el barbero. Le encontraron en la cama, le hablaron de los preparativos del turco y las medidas que estaba tomando su Majestad, y el hidalgo responde que con sólo un caballero andante, podría

detener a todo el ejército, lo que hace comprender, sigue la manía que padecía el manchego ilustre. El ama, la sobrina, el cura y el barbero, así como un nuevo personaje llamado Sansón Carrasco, comentan las conversaciones entre don Quijote y Sancho Panza, y sospechan una nueva salida. Y en efecto, un día emprenden la marcha, si bien carecen de la lozanía y júbilo de las antiguas empresas. Van al Toboso, donde la noche les hace ver las cosas rodeadas de misterio, ven a las tres labradoras entre las que señalan a una por Dulcinea, transformada por algún mago encantador, platican los dos caminantes, y encuentran con la carreta de cómicos que motiva el pasaje siguiente :

Responder quería don Quijote a Sancho Panza ; pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servía de carretero era un feo demonio. Venía la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció a los ojos de don Quijote fue la de la misma Muerte, con rostro humano ; junto a ella venía un ángel con unas grandes y pintadas alas ; al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza ; a los pies de la Muerte estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas ; venía también un caballero, armado de punta en blanco, excepto que no traía morrión, ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversos colores ; con éstas venían otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual, visto de improviso, en alguna manera alborotó a don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho ; mas luego se alegró don Quijote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura ; y con este pensamiento, y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenzadora dijo :

— Carretero, cochero, o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Carón, que carreta de las que se usan.

A lo cual mansamente, deteniendo el Diablo la carreta, respondió :

— Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo, el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de Las Cortes de la Muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece ; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos a vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de Muerte ; el otro, de Ángel ; aquella mujer, que es la del autor, va de Reina, el otro, de Soldado ; aquél, de Emperador, y yo, de Demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papeles. Si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, pregúntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad ; que, como soy demonio, todo se me alcanza.

— Por la fe de caballero andante — respondió don Quijote — que, así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho ; que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.

Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca, hinchadas, el cual moharracho, llegándose a don Quijote, comenzó a esgrimir el palo y a sacudir el suelo con las vejigas, y a dar grandes saltos, sonando los cascabeles ; cuya mala visión, así alborotó a Rocinante, que, sin ser poderoso a detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dio a correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía. Sancho, que consideró el peligro en que

iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y a toda priesa fue a valerle; pero cuando a él llegó ya estaba en tierra, y junto a él, Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos.

Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho para acudir a don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido más que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban a hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caída de su amo, y no sabía a cuál de las dos necesidades acudiría primero; pero, en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veía levantar las vejigas en al aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba don Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole a subir sobre Rocinante, le dijo:

— Señor, el diablo se ha llevado al rucio.

— ¿Qué diablo? — preguntó don Quijote.

— El de las vejigas — respondió Sancho.

— Pues yo le cobraré — replicó don Quijote —, si bien se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del infierno. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio.

— No hay para qué hacer esa diligencia, señor — respondió Sancho —; vuesa merced temple su cólera; que según me parece, ya el Diablo ha dejado el rucio, y vuelve a la querencia.

Y así era la verdad; porque habiendo caído el Diablo con el rucio, por imitar a don Quijote y a Rocinante, el Diablo se fue a pie al pueblo, y el jumento se volvió a su amo.

— Con todo eso — dijo don Quijote — será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo Emperador.

— Quítesele a vuesa merced eso de la imaginación — replicó Sancho —, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que, como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que todos, o los más, en sus trajes y compostura, parecen unos príncipes.

— Pues con todo — respondió don Quijote — no se me ha de ir el Demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.

Y diciendo esto volvió a la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, e iba dando voces, diciendo:

— Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar a entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería a los caballeros andantes.

Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decía, en un instante saltó la Muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el Diablo carretero y el Ángel, sin quedarse la Reina, ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir a don Quijote en las puntas de sus guijarros.

Don Quijote, que los vio puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas a Rocinante, y púsose a pensar de qué modo los acometería con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, le dijo:

— Asaz de locura sería intentar tal empresa: considere vuesa merced, señor mío, que para sopa de arroyo y tente, bonete, no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre

solo a un ejército donde está la Muerte, y pelean en persona emperadores, y a quien ayudan los buenos y los malos ángeles; y si esta consideración no le mueve a estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningún caballero andante.

— Ahora sí — dijo don Quijote — has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, contra quien no fuere armado caballero. A ti, Sancho, toca, si quieres, tomar la venganza del agravio que a tu rucio se le ha hecho; que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables.

— No hay para qué, señor — respondió Sancho—, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto más que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad; la cual es de vivir pacíficamente los días que los cielos me dieren de vida.

— Pues ésa es tu determinación — replicó don Quijote — Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos a buscar mejores y más calificadas aventuras; que yo veo esta tierra de talle, que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas.

Volvió las riendas luego, Sancho fue a tomar su rucio, la Muerte con todo su escuadrón volante volvieron a su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la Muerte, gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dio a su amo, al cual, el día siguiente, le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.

CAPÍTULO XII

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE CON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS

La noche que siguió al día del reencuentro de la Muerte, la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, a persuasión de Sancho, comido don Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio; y entre la cena dijo Sancho a su señor:

— Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crías de las tres yeguas! En efecto, en efecto más vale pájaro en mano que buitre volando.

— Todavía — respondió don Quijote — si tú, Sancho, me dejaras acometer, como yo quería, te hubiera cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos.

— Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes—respondió Sancho Panza — fueron de oro puro, sino de oropel u hoja de lata.

— Así es verdad — replicó don Quijote —; porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia, con la qual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente a los que las representan y a los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien a la república, poniéndonos un espejo a cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales.

— Sí he visto — respondió Sancho.

— Pues lo mismo — dijo don Quijote — acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y, finalmente, todas cuantas figuras se pueden

introducir en una comedia ; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

— ¡Brava comparación! — dijo Sancho —, aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que, mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio ; y en acabándose el juego, todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

— Cada día, Sancho — dijo don Quijote — te vas haciendo menos simple y más discreto.

— Sí que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced — respondió Sancho —; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas, y cultivándolas, vienen a dar buenos frutos : quiero decir, que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído ; la cultivación, el tiempo que ha que le sirvo y comunico ; y con esto, espero de dar frutos de mí que sean de bendición, tales, que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.

Rióse don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decía de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera, que le admiraba ; puesto que todas o las más veces que Sancho quería hablar de oposición y a lo cortesano, acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia ; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen o no viniesen a pelo de lo que se trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia.

Adentrados en el bosque, dan con un caballero que no es otro que Sansón Carrasco, convertido en Caballero de los Espejos con la sana intención de vencer a su vecino y ordenarle se recluya en su casa durante dos años y hasta que él le ordene otra cosa. El diálogo comienza muy amable, pero pronto desemboca en la discusión y desafío. Por desgracia el caballo de Sansón Carrasco tropieza, cae, y está a punto de morir el caritativo joven a manos del vencedor. La intervención de Tomé Cecial, fingido escudero para contribuir a la liberación de don Quijote, y la credulidad de Sancho, ponen fin a la aventura ; convenciéndose, el protagonista, que los hechiceros enemigos han convertido a caballero y escudero en dos amigos del Toboso para que no consiga la victoria definitiva. Sansón Carrasco se marcha acariciando ideas de venganza, y Tomé Cecial prometiendo no reincidir en lo tan desdichadamente concluido.

Don Quijote y Sancho, comentan lo sucedido, camino adelante, hasta que encuentran al Caballero del Verde Gabán, señor de noble corazón que los lleva a su casa. Gran sorpresa recibieron la señora doña Cristina y su hijo Lorenzo al ver a los dos extraños personajes que acompañaban a don Diego, y pasaron de una opinión malévola a una compasión piadosa, según manifestaba el diálogo. La sensatez del hidalgo se mezclaba con su singular manía hasta el punto de que, el día de la despedida, quedan con dolor y deseando venturas a tan estrambóticos caminantes. En su continuo cabalgar, encuentran éstos a unos estudiantes y labradores, quienes les informan de la esplendidez que prometen las bodas de Camacho, el rico, con la hermosa Quiteria. A ellas marchan todos, y presencia la industria de Basilio, enamorado de la joven, el cual se traspasa el pecho con una daga, y, en las ansias de la muerte, pide a Quiteria se case con él, pues va a morir y luego se celebrarán las bodas que con tanto derroche se preparan. El cura aconseja que tal se haga para complacer a un moribundo ; pero, en cuanto queda bendecida la unión, se levanta Basilio sano y salvo, pues la cuchilla « había pasado, no por la carne y costillas... sino por un cañón hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado tenía, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase ». Camacho ordena que siga la fiesta, mas los novios renuncian a participar en ella, y se van a la aldea del avisado pastor que logró sus amores por tan ingenioso modo. Llévanse a don Quijote, con harto

dolor de Sancho, quien prefería quedarse para participar de los suculentos manjares que guardaban las ollas. Los novios obsequiaron cuanto pudieron a sus amigos, y, al fin, prosiguió sus aventuras el caballero andante con el propósito de adentrarse en la famosa cueva de Montesinos, para conocer sus secretos, admirados por todos y no vistos por nadie. Un licenciado que asistió a las bodas, le proporcionó un primo suyo, buen estudiante y seguro guía para llegar sin rodeos a la cueva. Llegados a ella, ataron al arriesgado caballero, el cual realizó su hazaña quedándose dormido colgado en el aire, y soñando lo que después dio por el más real de los sucesos.

Llegan a la venta, por tal reconocida en contra de lo común en el maniático hidalgo, y allí son testigos de las habilidades del mono que exhibía Maese Pedro, y pasan luego a contemplar el retablo en el que se representan las desventuras de Melisendra, tan mal soportadas por el desfacedor de entuertos que presenciaba el espectáculo, el cual arremete con la espada a todos los muñecos, a los que deja destrozados implacablemente. Más tarde se da cuenta, en el relato, que el titerero no era otro que Ginés de Pasamonte.

Amo y escudero se ven envueltos en la aventura del rebuzno, de la que sale mucho peor parado Sancho que su señor. Ya en el capítulo XXIX se narra la aventura del barco encantado que, en el Ebro, arrastrado por la corriente, va a dar en unas aceñas donde tuviera mal fin si no intervinieran oportuna y eficazmente los molineros. En el capítulo siguiente se inician los días en que los protagonistas son huéspedes de los Duques y víctimas del buen humor de señores, doncellas y criados, todos prestos siempre a llevar la burla hasta lo inhumano. Así se suceden los episodios entre los que destaca el de Clavileño, y el nombramiento de Sancho como gobernador de la ínsula Barataria.

El relato va siguiendo un movimiento pendular, alternando los capítulos en la narración de lo acaecido a don Quijote y lo sucedido a Sancho: todo, bromas fraguadas por los hombres; lo cual caracteriza a la Segunda parte, frente a la Primera, donde los dos héroes se enfrentan con la realidad inanimada, desfigurada por la imaginación del pretendido desfacedor de entuertos. La travesura de Altisidora, dama de la duquesa, tiene consecuencias penosas para don Quijote, herido por uno de los gatos lanzados con cencerros para fingir artes de encantamiento; los incidentes del gobierno del escudero, privado de todo manjar por el fingido médico Pedro Recio de Tirteafuera, y juez acertado en resolver malicias como las del labrador de Miguel Turra; el pleito de doña Rodríguez que tiene una hija burlada por el hijo de un labrador de las tierras del Duque, pleito que se expone a don Quijote para su resolución; los episodios de la ronda nocturna realizada por Sancho en su ínsula y otras páginas en las que se cuentan el viaje de un pajecillo para visitar a Teresa Panza con gran sorpresa para el cura y el barbero, y el doloroso fin del gobierno del cándido escudero; forman un núcleo de desventuras que la locura del protagonista, la índole poco caritativa de la Humanidad, paliada por lo anteriormente hecho por el Caballero del Verde Gabán, y los sacrificios de Sansón Carrasco y otros, como el cura y el barbero. Reanudan su caminar los dos manchegos, y se dirigen a Zaragoza en busca de nuevas aventuras.

Siguen sus andanzas, y entrados en un bosque, pide don Quijote a Sancho cumpla la condición de azotarse que era imprescindible para desencantar a Dulcinea. El escudero protesta, lucha con su señor, le derriba y recuerda la situación del rey don Pedro y la intervención de Duguesclín. Vueltos a la paz, encuentran con las huestes del bandolero Roque Guinart, hombre de corazón, valiente con los que luchan, y generoso con los necesitados. Roque envía cartas a sus amigos de Barcelona para que se solacen con don Quijote, y, en efecto, don Antonio Moreno prepara varias bromas, entre ellas la de la cabeza encantada que responde a cuanto le preguntan. Don Quijote visita una imprenta y habla con el autor de una traducción del italiano, lo cual da pie a sus reflexiones sobre las versiones escritas en «lenguas fáciles». El buen hidalgo sale despechado al ver que están corrigiendo la falsa Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, *libro que pensaba «ya estaba quemado y hecho polvos por imperti-*

nente». La visita a las galeras se complica con la batalla en que es apresada una galera turca, cuyo arraez resulta ser Ana Félix, la hija del morisco Ricote, teniendo todo un feliz remate. Empero...

...una mañana, saliendo don Quijote a pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decía, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vio venir hacia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el cual, llegándose a trecho que podía ser oído, en altas voces, encaminando sus razones a don Quijote, dijo:

— Insigne caballero, y jamás como se debe alabado, don Quijote de la Mancha, yo soy «el Caballero de la Blanca Luna», cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traído a la memoria; vengo a contender contigo y a probar la fuerza de tus brazos, en razón de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparación más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad, si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfacción, sino que, dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires a tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano a la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y a la salvación de tu alma; y si tú me vencieres, quedará a tu discreción mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará a la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el día traigo de término para despachar este negocio.

Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del Caballero de la Blanca Luna, como de la causa por que le desafiaba, y con reposo y ademán severo, le respondió:

— Caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado a mi noticia, yo os haré (1) jurar que jamás habéis visto a la ilustre Dulcinea; que si visto la hubiéredes, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda; y así no diciéndoos que mentís, sino que no acertáis en lo propuesto, con las condiciones que habéis referido acepto vuestro desafío, y luego, porque no se pase el día que traéis determinado; y sólo excepto de las condiciones la de que se pase a mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mías me contento, tales cuales ellas son. Tomad, pues, la parte del campo que quisiéredes; que yo haré lo mismo, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga.

Habían descubierto de la ciudad al Caballero de la Blanca Luna, y dichoselo al Visorrey y que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El Visorrey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, o por otro algún caballero de la ciudad, salió luego a la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, a tiempo cuando don Quijote volvía las riendas a Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo, pues, el Visorrey que daban los dos señales de volverse a encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movía a hacer tan de improviso batalla. El Caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que había dicho a don Quijote, con la aceptación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el Visorrey a don Antonio, y preguntóle paso si sabía quién era el tal Caballero de la Blanca Luna, o si era alguna burla que querían hacer a don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafío. Esta respuesta tuvo perplejo al Visorrey en si les dejaría o no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir a que fuese sino burla, se apartó diciendo:

(1) En la primera edición dice: *osaré.*

— Señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar o morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, a la mano de Dios, y dense.

Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mismo; el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y a su Dulcinea (como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían), tornó a tomar otro poco más de campo, porque vio que su contrario hacía lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mismo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza (que la levantó al parecer de propósito), que dio con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída. Fue luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

— Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma, dijo:

Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. ¡Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra!

— Eso no haré yo, por cierto — dijo el de la Blanca Luna —: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo esto oyeron el Visorrey y don Antonio con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que, como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorrey, a medio galope se entró en la ciudad.

Mandó el Visorrey a don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron a don Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando.

Rocinante, de puro malparado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabía qué decirse, ni qué hacerse: parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamiento. Veía a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas obscurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaría o no contrahecho Rocinante, o deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el Visorrey, le llevaron a la ciudad, y el Visorrey se volvió también a ella con deseo de saber quién fuese el Caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante había dejado a don Quijote.

El Caballero de la Blanca Luna no no era otro que el bachiller Sansón Carrasco, y resultado de la derrota fue el regreso de amo y criado hacia su lugar, no sin que tengan que lamentar incidentes, como el atropello por una piara de cerdos y el encuentro con un grupo de hombres armados, quienes les toman como presos y los conducen al palacio de los duques, donde asisten a la fingida muerte de Altisidora, y donde Sancho sufre la sentencia de que todos han de darle pellizcos, mamonas y alfilerazos para resucitar a la difunta, a todo lo cual se niega el cachazudo escudero, libre por fin de la sentencia, porque la doncella se incorpora, dándose por resucitada. Rostro a su lugar, siguen su camino caballero y criado, coincidiendo con el granadino don Álvaro Tarfe, personaje del Quijote apócrifo, y ello sirve para nueva censura del ya asendereado libro. Día tras día, y con su continuo

caminar, llegan al término de su viaje; «bajaron la cuesta» y entraron en la aldea. Cervantes torna a presentar agüeros, aunque dando la nota de su carencia de fe en ellos, pero haciendo que se cumplan los males que denunciaban. En efecto, los últimos días del famoso manchego, desfacedor de entuertos que no consiguió desfacer ninguno, transcurren con la sencilla placidez que refleja el capítulo con que se cierra la obra, al que pertenecen estas páginas:

Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al Cura, el bachiller Sansón Carrasco, y a maese Nicolás, el barbero; que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vio don Quijote cuando dijo:

— Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino.

Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le había tomado. Y Sansón le dijo:

— ¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vuesa merced con eso? Y, ¿ahora que estamos tan a pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí, y déjese de cuentos.

— Los de hasta aquí — replicó don Quijote — que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo a toda prisa: déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento; que en tales trances como éste no se ha de burlar el hombre con el alma; y así, suplico que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el Escribano.

Miráronse unos a otros admirados de las razones de don Quijote, y, aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moría fue el haber vuelto con tanta facilidad de loco a cuerdo; porque a las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan cristianas y con tanto acierto, que del todo les vino a quitar la duda, y a creer que estaba cuerdo.

Hizo salir la gente el Cura, y quedóse sólo con él y confesóle. El Bachiller fue por el Escribano, y de allí a poco volvió con él y con Sancho Panza; el cual Sancho (que ya sabía por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando a la Ama y a la Sobrina llorosas, comenzó a hacer pucheros y a derramar lágrimas.

Acabóse la confesión, y salió el cura diciendo:

— Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano, el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento.

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de Ama, Sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano, el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el Escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma don Quijote, con todas aquella circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

— Ítem, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que,

si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si, como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y volviéndose a Sancho, le dijo:

— Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

— ¡Ay! — respondió Sancho llorando —. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en este vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana.

— Así es — dijo Sansón — y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos.

— Señores—dijo don Quijote—vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano, el Bueno. Pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor Escribano.—Ítem, mando toda mi hacienda a puerta cerrada a Antonia Quijana, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más de veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor Cura y al señor bachiller Sansón Carrasco, que están presentes. — Ítem, es mi voluntad que si Antonia Quijana, mi sobrina, quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y, con todo eso, mi sobrina quisiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad. — Ítem suplico a los dichos señores mis albaceas, que, si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe; porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después déste, donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comía la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de don Quijote, después de recibidos todos los sacramentos, y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías: hallóse el Escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote, el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió.

Viendo lo cual el Cura, pidió al Escribano le diese por testimonio como

Alonso Quijano, el Bueno, llamado comúnmente don Quijote de la Mancha, había pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para quitar la ocasión de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, e hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el Ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero.

Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte
Que a tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo a todo el mundo en poco;
Fue el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete, dijo a su pluma: «Aquí quedarás colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

«¡Tate, tate, folloncicos!
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.»

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada [1] y salida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. — Vale.

[1] En verdad, tenía que haber escrito Cervantes, «cuarta jornada» y después «bastan las tres que él hizo», pues don Quijote había salido tres veces: una, sólo, y otras dos con Sancho.

LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA

La Dedicatoria *de este libro postumo, es lo último que escribió el Príncipe de los Ingenios Españoles, y constituye una de las páginas más serenas y clásicas salidas de su Minerva. A su lado no desmerece el Prólogo, el más subjetivo de cuentos brotaron de la pluma cervantina.*

A D. PEDRO FERNÁNDEZ DE CASTRO

Conde de Lemos, de Andrade, de Villalba; marqués de Sarria, gentilhombre de la Cámara de Su Majestad, presidente del Consejo Supremo de Italia, comendador de la Encomienda de la Zarza, de la Orden de Alcántara

Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

« Puesto ya el pie en el estribo »,

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras las puedo comenzar, diciendo :

« Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo. »

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta ; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa excelencia : que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuesa excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y, por lo menos, sepa vuesa excelencia este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte mostrando su intención. Con todo esto, como en profecía, me alegro de la llegada de vuesa excelencia, regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de vuesa excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las *Semanas del jardín* y del *famoso Bernardo*. Si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida, las verá, y con ellas fin de *La Galatea*, de quien sé está aficionado vuesa excelencia ; y con estas obras, continuando mi deseo, guarde Dios a vuesa excelencia como puede. De Madrid, a diez y nueve de abril de mil seiscientos diez y seis años.

Criado de vuesa excelencia,

MIGUEL DE CERVANTES

PRÓLOGO

Sucedió, pues, lector amantísimo, que viniendo otros dos amigos y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus ilustres linajes, y otra por sus ilustrísimos vinos, sentí que a mis espaldas venía picando con gran priesa uno que, al parecer, traía deseo de alcanzarnos, y aun lo mostró dándonos voces que no picásemos tanto. Esperámosle, y llegó sobre una borrica un estudiante pardal, porque todo venía vestido de pardo, antiparras, zapato redondo y espada con contera, valona bruñida y con trenzas iguales ; verdad es no traía más de dos, porque se le venía a un lado la valona por momentos, y él traía sumo trabajo y cuenta de enderezarla. Llegando a nosotros, dijo :

— ¿Vuesas mercedes van a alcanzar algún oficio o prebenda a la corte, pues allá está su ilustrísima de Toledo y su majestad, ni más ni menos, según la priesa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el víctor de caminante más de una vez?

A lo cual respondió uno de mis compañeros :

— El rocín del señor Miguel de Cervantes tiene la culpa desto, porque es algo que pasilargo.

Apenas hubo oído el estudiante el nombre de Cervantes, cuando, apeándose de su cabalgadura, cayéndosele aquí el cojín y allí el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaba, arremetió a mí, y acudiendo asirme de la mano izquierda, dijo :

— ¡Sí, sí ; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas!

Yo, que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanzas, parecióme ser descortesía no corresponder a ellas ; y así, abrazándole por el cuello, donde le eché a perder de todo punto la valona, le dije :

— Ése es un error donde han caído muchos aficionados ignorantes ; yo, señor, soy Cervantes, pero no el regocijo de las Musas, ni ninguna de las demás baratijas que ha dicho. Vuesa merced vuelva a cobrar su burra, y suba, y caminemos en buena conversación lo poco que nos falta de camino.

Hízolo así el comedido estudiante, tuvimos algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciendo :

— Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar

Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará, sin otra medicina alguna.

—Eso me han dicho muchos —respondí yo—; pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y, al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced a conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido a la voluntad que vuesa merced me ha mostrado.

En esto llegamos a la puerta de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó a entrar por la de Segovia. Lo que se dirá de mi suceso, tendrá la fama cuidado de decirla y yo mayor gana de escucharla. Torneme a abrazar, volvióseme a ofrecer, picó a su burra, y dejóme tan mal dispuesto como él iba caballero en su burra, a quien había dado gran ocasión a mi pluma para escribir donaires; pero no son todos los tiempos unos. Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta y lo que sé convenía. ¡Adiós gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!

El relato novelístico se inicia con un marcado afán de acumular incidentes que despierten y aviven la atención del lector. Una profunda mazmorra de la que sacan a un hermoso joven al que llevan a una balsa donde, uno de los bárbaros, le amenaza con atravesarle el pecho con la flecha puesta en su arco; un naufragio, un salvamento prodigioso y una sucesiva presentación de personajes, cada uno de los cuales da cuenta de su vida, son elementos que, no se dan paz ni reposo, para acumular sorpresas. Entre estos personajes figuran Arnaldo, hijo y heredero de rey de Dinamarca, quien está enamorado de Auristela, hermana del joven ya mencionado y que se llama Periandro; Bradamiro, un bárbaro «de los más valientes y más principales de toda la isla», donde fue a parar el navío en que navegaban los héroes de la narración. Su valor no le vale para defenderse de la flecha que le quita la vida, no sin que su muerte sea vengada en seguida por otro de los bárbaros; el ama de Auristela, Clodia, la cual muere pronto; Taurisa; el señor Antonio, soldado español que hubo de huir de la justicia por pendencias que tuvo con quienes pagaron con la vida los insultos que quisieron prodigar al valeroso joven en aquellos días, y ya entrado en años cuando se une à los héroes fundamentales, con la fundada familia en aquellas tierras del norte europeo, familia constituída por Ricla, hermosa bárbara con quien trabó amores de los que nacieron dos hijos: Antonio y Constanza. Rutilio, maestro de danzar italiano y otros que se van incorporando a la caravana marinera, aceptan el deseo de Auristela y Periandro, y emprenden la peregrinación con ánimo de llegar a Roma para cumplir un solemne voto que han hecho los dos hermanos. En el capítulo X se cuenta la historia del enamorado portugués, que dice:

Yo, señores, soy portugués de nación, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna y no pobre en los de naturaleza; mi nombre es Manuel de Sosa Coitiño; mi patria Lisboa, y mi ejercicio, el de soldado. Junto a la casa de mis padres, casi pared en medio, estaba la de otro caballero del antiguo linaje de los Pereiras, el cual tenía sola una hija, única heredera de sus bienes, que eran muchos, báculo y esperanza de la prosperidad de sus padres; la cual, por el linaje, por la riqueza y por la hermosura, era deseada de todos los mejores del reino de Portugal; y yo, que, como más vecino de su casa, tenía más comodidad de verla, la miré, la conocí y la adoré con una esperanza, más dudosa que cierta, de que podría ser viniese a ser mi esposa; y, por ahorrar el tiempo, y por entender que con ella habían de valer poco requiebros, promesas ni dádivas, determiné de que un pariente mío se la pidiese a sus padres para esposa mía, pues ni en el linaje, ni en la hacienda, ni aun en la edad diferenciábamos en nada. La respuesta que trujo fue que su hija Leonora aun no estaba en edad de casarse; que dejase pasar dos años, que le daba la palabra

de no disponer de su hija en todo aquel tiempo, sin hacerme sabedor dello. Llevé este primer golpe en los hombros de mi paciencia y en el escudo de la esperanza; pero no dejé por esto de servirla públicamente a sombra de mi honesta pretensión, que luego se supo por toda la ciudad; pero ella, retirada en la fortaleza de su prudencia y en los retretes [1] de su recato, con honestidad y licencia de sus padres, admitía mis servicios, y daba a entender que, si no los agradecía con otros, por lo menos no los desestimaba.

Sucedió que, en este tiempo, mi rey me envió por capitán general a una de las fuerzas que tiene en Berbería, oficio de calidad y de confianza. Llegóse el día de mi partida, y pues en él no llegó el de mi muerte, no hay ausencia que mate, ni dolor que consuma. Hablé a su padre, hícele que me volviese a dar la palabra de la espera de los dos años; túvome lástima, porque era discreto y consintió que me despidiese de su mujer y de su hija Leonora, la cual, en compañía de su madre, salió a verme a una sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardía y el silencio. Pasméme cuando vi tan cerca de mí tanta hermosura; quise hablar y anudóseme la voz a la garganta y pegóseme al paladar la lengua, y ni supe ni pude hacer otra cosa que callar y dar con mi silencio indicio de mi turbación, la cual, vista por el padre, que era tan cortés como discreto, se abrazó conmigo y dijo: «Nunca, señor Manuel de Sosa, los días de partida dan licencia a la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio, hable en su favor de vuesa merced más que alguna otra retórica. Vuesa merced vaya a ejercer su cargo y vuelva en buen punto, que yo no faltaré ninguno en lo que tocare a servirle. Leonora, mi hija, es obediente, y mi mujer desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho: que con estas tres cosas, me parece que puede esperar vuesa merced buen suceso en lo que deseo». Estas palabras todas me quedaron en la memoria y en el alma impresas de tal manera, que no se me han olvidado, ni se me olvidarán en tanto que la vida me durare. Ni la hermosa Leonora ni su madre me dijeron palabra, ni yo pude, como he dicho, decir alguna. Partíme a Berbería; ejercité mi cargo, con satisfacción de mi rey, dos años; volví a Lisboa; hallé que la fama y hermosura de Leonora había salido ya de los límites de la ciudad y del reino, y extendídose por Castilla y otras partes, de las cuales venían embajadas de príncipes y señores que la pretendían por esposa; pero como ella tenía la voluntad tan sujeta a la de sus padres, no miraba si era o no solicitada.

»En fin: viendo yo pasado el término de los dos años, volví a suplicar a su padre me la diese por esposa. ¡Ay de mí, que no es posible que me detenga en estas circunstancias, porque a las puertas de mi vida está llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras: que si así fuese, no las tendría yo por tales! Finalmente, un día me avisaron que, para un domingo venidero, me entregarían a mi deseada Leonora, cuya nueva faltó poco para no quitarme la vida de contento. Convidé a mis parientes, llamé a mis amigos, hice galas, envié presentes, con todos los requisitos que pudiesen mostrar ser yo el que me casaba y Leonora la que había de ser mi esposa. Llegóse este día, y yo fuí acompañado de todo lo mejor de la ciudad a un monasterio de monjas que se llama de la Madre de Dios, adonde me dijeron que mi esposa, desde el día de antes, me esperaba: que había sido su gusto que en aquel monasterio se celebrase su desposorio, con licencia del arzobispo de la ciudad.»

Detúvose algún tanto el lastimado caballero, como para tomar aliento de proseguir su plática, y luego dijo:

—Llegué al monasterio, que real y pomposamente estaba adornado; salieron a recebirme casi toda la gente principal del reino, que allí aguardándome estaba, con infinitas señoras de la ciudad de las más principales; hundíase el templo de música, así de voces como de instrumentos, y en esto salió por la puerta del claustro la sin par

[1] «El aposento pequeño y recogido en la parte más secreta de la casa y más apartada, y así se dice o de *retro*» (Covarrubias).

Leonora, acompañada de la priora y de otras muchas monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con saya entera a lo castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y gruesas perlas. Venía forrada la saya en tela de oro verde; traía los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios, que deslumbraban los del sol, y tan luengos, que casi besaban la tierra; la cintura, collar y anillos que traía, opiniones hubo que valían un reino; torno a decir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda y tan ricamente compuesta y adornada, que causó invidia en las mujeres y admiración en los hombres. De mí sé decir que quedé tal con su vista, que me hallé indigno de merecerla, por parecerme que la agraviaba, aunque yo fuera el emperador del mundo.

» Estaba hecho un modo de teatro en mitad del cuerpo de la iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachase, se había de celebrar nuestro desposorio. Subió en el primero la hermosa doncella, donde al descubierto mostró su gallardía y gentileza; pareció a todos los ojos que la miraban lo que suele parecer la bella aurora al despuntar el día, o lo que dicen las antiguas fábulas que parecía la casta Diana en los bosques; y algunos creo que hubo tan discretos, que no la acertaron a comparar sino a sí misma. Subí yo al teatro, pensando que subía a mi cielo, y, puesto de rodillas ante ella, casi di demostración de adorarla. Alzóse una voz en el templo, procedida de otras muchas, que decía: «¡Vivid felices y luengos años en el mundo, oh, dichosos y bellísimos amantes!; coronen presto hermosísimos hijos vuestra mesa, y a largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos; no sepan los rabiosos celos ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos; ríndase la invidia a vuestros pies y la buena fortuna no acierte a salir de vuestra casa». Todas estas razones y deprecaciones santas me colmaban el alma de contento, viendo con qué gusto general llevaba el pueblo mi ventura. En esto, la hermosa Leonora me tomó por la mano, y así, en pie como estábamos, alzando un poco la voz, me dijo: «Bien sabéis, señor Manuel de Sosa, cómo mi padre os dio palabra que no dispondría de mi persona en dos años, que se habían de contar desde el día que me pedistes fuese yo vuestra esposa; y también, si mal no me acuerdo, os dije yo, viéndome acosada de vuestra solicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me habéis hecho, más por vuestra cortesía que por mis merecimientos, que yo no tomaría otro esposo en la tierra sino a vos. Esta palabra mi padre os la ha cumplido, como habéis visto, y yo os quiero cumplir la mía, como veréis; y así, porque sé que los engaños, aunque sean honrosos y provechosos, tienen un no sé qué de traición cuando se dilatan y entretienen, quiero, del que os parecerá que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mío, soy casada, y en ninguna manera, siendo mi esposo vivo, puedo casarme con otro; yo no os dejo por ningún hombre de la tierra, sino por uno del cielo, que es Jesucristo, Dios y hombre verdadero: Él es mi esposo, a Él le di la palabra primero que a vos; a Él, sin engaño y de toda mi voluntad, y a vos con disimulación y sin firmeza alguna. Yo confieso que, para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar; pero, habiéndole de escoger en el cielo, ¿quién como Dios? Si esto os parece traición o descomedido trato, dadme la pena que quisiéredes y el nombre que se os antojare, que no habrá muerte, promesa o amenaza que me aparte del crucificado esposo mío». Calló, y al mismo punto la priora y las otras monjas comenzaron a desnudarla y a cortarle la preciosa madeja de sus cabellos. Yo enmudecí, y, por no dar muestras de flaqueza, tuve cuenta con reprimir las lágrimas que me venían a los ojos; y hincándome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza la besé la mano; y ella, cristianamente compasiva, me echó los brazos al cuello; alcéme en pie, y, alzando la voz de modo que todos me oyesen, dije: «María optimam partem elegit». Y diciendo esto me bajé del teatro, y, acompañado de mis amigos, me volví a mi casa, adonde, yendo y viniendo con la imaginación en este extraño suceso, vine casi a perder el juicio; y ahora, por la misma causa, vengo a perder la vida.

Y dando un gran suspiro, se le salió el alma, y dio consigo en el suelo.

De isla en isla se suceden las aventuras, sin dejarse vagas unas a otras, sumándose nuevos personajes, como Mauricio, nacido «en una isla, de siete que están circunvecinas a la de Hibernia»; y padre de Transila, casada con Ladislao; sin faltar maldicientes y viciosos como Clodio y Rosamunda: ambos contrastan absolutamente con la general hermosura y virtud que campea en toda esta historia. Los presagios de Mauricio dan ocasión a reflexiones sobre la Astrología, tema tan del gusto de Cervantes:

Rosamunda, que era una de las llegadas a la conversación, volviéndose a Auristela, dijo:

— El día que Clodio fuere callado, seré yo buena, porque en mí la torpeza y en él la murmuración son naturales, puesto que más esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él, porque la hermosura se envejece con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicción el tiempo; y así, los ancianos murmuradores hablan más cuanto más viejos, porque han visto más, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido a la lengua.

— Todo es malo — dijo Transila —. Cada cual por su camino va a parar a su perdición.

— El que nosotros ahora hacemos — dijo Ladislao — próspero y felice ha de ser, según el viento se muestra favorable y el mar tranquilo.

— Así se mostraba esta pasada noche — dijo la bárbara Constanza —; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusión y alboroto tanto, que ya yo pensé que nos había sorbido el mar a todos.

— En verdad, señora — respondió Mauricio —, que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica, y me acordara de lo que dice Dios en el *Levítico*: «No seais agoreros, ni deis crédito a los sueños, porque no a todos es dado el entenderlos», que me atreviera a juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto, el cual, según a mi parecer, no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños, que cuando no son revelaciones divinas o ilusiones del demonio, proceden, o de los muchos manjares que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido común, o ya de aquello que el hombre trata más de día. Ni el sueño que a mí me turbó cae debajo de la observación de la astrología, porque, sin guardar puntos ni observar astros, señalar rumbos ni mirar imágenes, me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera, donde estábamos todos los que aquí vamos, llovían rayos del cielo que le abrían todo, y por las bocas que hacían descargaban las nubes no sólo un mar, sino mil mares, de agua; de tal manera, que, creyendo que me iba anegando, comencé a dar voces y hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega; y aun no estoy tan libre de este temor que no me queden algunas reliquias en el alma. Y como sé que no hay más cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, ¿qué mucho que, yendo navegando en un navío de madera, tema rayos del cielo, nubes del aire y aguas de la mar? Pero lo que más me confunde y suspende es que si algún daño nos amenaza, no ha de ser de ningún elemento que destinada y precisamente se disponga a ello, sino de una traición, forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos.

— No me puedo persuadir — dijo a esta sazón Arnaldo — que entre los que van por el mar navegando puedan entremeterse las blanduras de Venus ni los apetitos de su torpe hijo; al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardándose para mejor vida.

Esto dijo Arnaldo, por dar a entender a Auristela y a Periandro, y a todos aquellos que sus deseos conocían, cuán ajustados iban sus movimientos con los de la razón; y prosiguió diciendo:

— El príncipe, justa razón es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe.

— Así es — respondió Mauricio —, y aun es bien que así sea; pero dejemos

pasar este día, que si él da lugar a que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pediré, y las daré, albricias del buen suceso.

Iba el Sol a esta sazón a ponerse en los brazos de Tetis, y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí había tenido; soplaba favorable el viento; por parte ninguna se descubrían celajes que turbasen los marineros; el cielo, la mar, el viento, todos juntos y cada uno de por sí, prometían felicísimo viaje, cuando el prudente Mauricio dijo en voz turbada y alta:

— ¡Sin duda nos anegamos! ¡Anegámonos, sin duda!

Dos marineros, movidos de torpes deseos de apoderarse de Auristela y de Transila, habían barrenado el barco provocando el naufragio, y ambos perecieron sin lograr sus propósitos. Los náufragos llegan a la isla nevada, donde tiene lugar el duelo entre dos caballeros que se disputan una doncella: los dos mueren, y en la doncella reconocen a Taurisa, la cual también estaba muerta. El relato del capitán de la nave que recoge a los náufragos les hace saber las fiestas que ha habido en el reino de Policarpo, donde un joven ha ganado todos los premios y despierta el amor de Sinforosa, hija del rey. El joven resulta ser Periandro, separado del resto de los peregrinos entre las peripecias pasadas, y con esto termina el Libro Primero.

El Libro Segundo se desarrolla en el mismo ambiente que el anterior, con hechos tan extraordinarios como el del buque, volcado por la tormenta sin que perezcan los tripulantes, los cuales son salvados abriendo varios boquetes en la quilla. El rey Policarpo y su hija Sinforosa, enamorados de Auristela y de Periandro, respectivamente, fracasan en sus amores; hay un accidental intento de Rutilio y Clodio de enamorar a Policarpa, hermana de Sinforosa, y a Auristela; intento desvanecido por arrepentimiento del primero, y porque Antonio, equivocadamente, da muerte al maldiciente entrometido. En el capítulo X comienza Periandro a contar su vida con prolija inventiva que suscita comentarios como el siguiente:

A todos dio general gusto de oír el modo con que Periandro contaba su extraña peregrinación, si no fue a Mauricio, que, llegándose al oído de Transila, su hija, le dijo:

— Parecéceme, Transila, que con menos palabras y más sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no había para qué detenerse en decirnos tan por extenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios que para ornato de las historias se ponen no han de ser tan grandes como la misma historia; pero o, sin duda, creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio y la elegancia de sus palabras.

— Así debe de ser — respondió Transila; pero lo que yo sé decir es que, ora se dilate o se sucinte en lo que dice, todo es bueno y todo da gusto.

El relato de Periandro no termina hasta el capítulo XX; si bien se intercala en el XIX, el del francés Renato, retirado a la isla de las Ermitas, con vida austera y casta, junto a su amada Eusebia, recogida en otra ermita. Ambos regresan a Francia, al saber que su enemigo ha muerto, y quedan separados los peregrinos: Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla y Constanza, marchan a España.
En el capítulo II de esta Tercera parte llegan los peregrinos a Lisboa, y se pone en boca de Antonio el elogio:

Aquí, en esta ciudad, verás cómo son verdugos de la enfermedad muchos hospitales que la destruyen, y el que en ellos pierde la vida, envuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo; aquí el amor y la honestidad se dan las manos y se pasean juntos; la cortesía no deja que se le llegue la arrogancia, y la braveza no consiente que se le acerque la cobardía. Todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos. La ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el Universo; su puerto es capaz, no sólo de naves que se puedan reducir a

número, sino de selvas movibles de árboles que los de las naves forman; la hermosura de las mujeres admira y enamora; la bizarría de los hombres pasma, como ellos dicen; finalmente, ésta es la tierra que da al cielo santo y copiosísimo tributo.

— No digas más — dijo a esta sazón Periandro —; deja, Antonio, algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de decir todo: algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo, y así, creciendo el gusto por puntos, vendrá a ser mayor en sus extremos.

Llegó el navío a la ribera de la ciudad, y en la de Belén se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada y devota de la fama de aquel santo monasterio, visitarle primero, y adorar en él al verdadero Dios libre y desembarazadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra...

Llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya y de cortesana gente; lleváronlos al gobernador, que, después de admirado de verlos, no se cansaba de preguntarles quiénes eran, de dónde venían y adónde iban; a lo que respondió Periandro, que ya traía estudiada la respuesta que había de dar a semejantes preguntas, viendo que se la habían de hacer muchas veces; cuando quería o le parecía que convenía, relataba su historia a lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo que, satisfaciendo a los que le preguntaban, en breves razones cifraba, si no toda, a lo menos, gran parte de su historia. Mandólos el visorrey alojar en uno de los mejores alojamientos de la ciudad, que acertó a ser la casa de un magnífico caballero portugués, donde era tanta la gente que concurría para ver a Auristela, de quien sola había salido la fama de lo que había que ver en todos, que fue parecer de Periandro mudasen los trajes de bárbaros en los de peregrinos, porque la novedad de los que traían era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecían perseguidos del vulgo; además, que para el viaje que ellos llevaban de Roma, ninguno le venía más a cuento. Hízose así, y de allí a dos días se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeció, pues, que, al salir un día de su casa, un hombre portugués se arrojó a los pies de Periandro, llamándole por su nombre, y abrazándole por las piernas, le dijo:

— ¿Qué ventura es ésta, señor Periandro, que la des a esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que uno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla bárbara, donde tú la tenías perdida; hallémeme a la muerte de Manuel de Sosa Cuytiño, el caballero portugués; apartéme de ti y de los tuyos en el hospedaje donde llegó Mauricio y Ladislao en busca de Transila, esposa del uno y hija del otro; trújome la buena suerte a mi patria; conté aquí a sus parientes la enamorada muerte; creyéronla, y, aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amores los portugueses; un hermano suyo, que heredó su hacienda, ha hecho sus obsequias, y en una capilla de su linaje le puso en una piedra de mármol blanco, como si debajo della estuviera enterrado, un epitafio que quiero que vengáis a ver todos, así como estáis, porque creo que os ha de agradar, por discreto y por gracioso.

Por las palabras bien conoció Periandro que aquel hombre decía verdad; pero, por el rostro, no se acordaba haberle visto en su vida. Con todo eso, se fueron al templo que decía, y vieron la capilla y la losa, sobre la cual estaba escrito en lengua portuguesa este epitafio, que leyó casi en castellano Antonio, el padre, que decía así:

Aquí yace viva la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Cuytiño, caballero portugués que, a no ser portugués, aún fuera vivo; no murió a las manos de ningún castellano, sino a las de amor, que todo lo puede; procura saber su vida y envidiarás su muerte, pasajero.

Vió Periandro que había tenido razón el portugués de alabarle el epitafio, en el escribir de los cuales tiene gran primor la nación portuguesa. Preguntó Auristela al portugués qué sentimiento había hecho la monja, dama del muerto, de la muerte de su amante, el cual la

respondió que, dentro de pocos días que la supo, paso desta a mejor vida, o ya por la estrecheza de la que hacía siempre, o ya por el sentimiento del no pensado suceso.

Desde allí se fueron en casa de un famoso pintor, donde ordenó Periandro que en un lienzo grande le pintase todos los más principales casos de su historia. A un lado pintó la isla bárbara ardiendo en llamas, y allí, junto la isla de la prisión y un poco más desviado, la balsa o enmaderamiento donde le halló Arnaldo cuando le llevó a su navío; en otra parte estaba la isla nevada, donde el enamorado portugués perdió la vida; luego la nave que los soldados de Arnaldo taladraron; allí junto pintó la división del esquife y de la barca; allí se mostraba el desafío de los amantes de Taurisa y su muerte; acá estaban serrando por la quilla la nave que había servido de sepultura a Auristela y a los que con ella venían; acullá estaba la agradable isla donde vio en sueños Periandro los dos escuadrones de virtudes y vicios; y allí junto la nave donde los peces náufragos pescaron a los dos marineros y les dieron en su vientre sepultura; no se olvidó de que pintase verse empedrados en el mar helado, el asalto y combate del navío, ni el entregarse a Cratilo; pintó asimismo la temeraria carrera del poderoso caballo, cuyo espanto, de león le hizo cordero; que, los tales, con un asombro se amansan; pintó como en rasguño y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronándose a sí mismo por vencedor en ellas; resolutamente, no quedó paso principal en que no hiciese labor en su historia, que allí no pintase, hasta poner la ciudad de Lisboa y su desembarcación en el mismo traje en que habían venido; también se vio en el mismo lienzo arder la isla de Policarpo, a Clodio traspasado con la saeta de Antonio y a Zenotia colgada de una antena; pintóse también la isla de las Ermitas y a Rutilio con apariencias de santo. Este lienzo se hacía de una recopilación que les excusaba de contar su historia por menudo, porque Antonio el mozo declaraba las pinturas y los sucesos cuando le apretaban a que los dijese; pero en lo que más se aventajó el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien decían se había mostrado a saber pintar una hermosa figura, puesto que la dejaba agraviada, pues a la belleza de Auristela, si no era llevado de pensamiento divino, no había pincel humano que alcanzase.

Diez días estuvieron en Lisboa, todos los cuales gastaron en visitar los templos y en encaminar sus almas por la derecha senda de su salvación, al cabo de los cuales, con licencia del visorrey, y con patentes verdaderas y firmes de quiénes eran y adonde iban, se despidieron del caballero portugués, su huésped y del enamorado, Alberto, de quién recibieron grandes caricias y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla; y esta partida fue menester hacerla de noche, temerosos que, si de día la hicieran, la gente que les seguiría la estorbara, puesto que la mudanza del traje había ya que amainase la admiración.

La primera ciudad española que visitan es Badajoz, donde asisten a la representación de una comedia y permanecen tres días, dirigiéndose después al Santuario de Guadalupe. En el camino se desarrolla la aventura de Feliciana de la Voz, la cual después de peripecias que amenazan su vida, logra casar con su amado. Más tarde son apresados por la Santa Hermandad, creyéndoles homicidas de aquel a quien auxiliaron al morir, episodio que recuerda la situación de Cervantes, ante el herido don Gaspar de Ezpeleta. Poca trascendencia tiene el encuentro de la peregrina de Talavera; más interés reviste la historia del polaco Ortel Banedre, en la que, al principio, recoge la leyenda que inspiró modernamente a Marquina su drama titulado María, la Viuda, *y después se cuenta la desgracia del casamiento con la moza que le abandona por marchar con su primer amante. En el capítulo VIII llegan los viajeros a Toledo:*

No es la fama del río Tajo tal que la cierren límites, ni la ignoren las más remotas gentes del mundo: que a todos se extiende, y a todos se manifiesta, y en todos hace nacer un deseo de conocerle; y como es uso de los setentrionales ser toda la gente principal ver-

sada en la lengua latina y en los antiguos poetas, éralo asimismo Periandro, como uno de los más principales de aquella nación; y así, por esto, como por haber mostrádole a la luz del mundo aquellos días las famosas obras del jamás alabado como se debe poeta Garcilaso de la Vega, y haberlas él visto, leído, mirado y admirado, así como vio al claro río, dijo:

—No diremos: «Aquí dio fin a su cantar Salicio», sino «Aquí dio principio a su cantar Salicio; aquí sobrepujó en sus églogas a sí mismo; aquí resonó su zampoña, a cuyo son se detuvieron las aguas deste río, no se movieron las hojas de los árboles, y, parándose los vientos, dieron lugar a que la admiración de su canto fuese de lengua en lengua y de gente en gentes por todas las de la tierra». ¡Oh, venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas, ¡qué, digo yo doradas!, antes de puro oro nacidas! Recoged a este pobre peregrino, que, como desde lejos os adora, os piensa reverenciar desde cerca.

Y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dijo:

—¡Oh, peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos, para volver a resucitar su muerta gloria y ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias! Salve, pues, ¡oh, ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos a verte!

Esto dijo Periandro, que lo dijera mejor Antonio, el padre, si también como él lo supiera; porque las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa que el que lee con atención repara una y muchas veces en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede a la lección la vista. Casi en este mismo instante resonó en sus oídos el son de infinitos y alegres instrumentos, que por los valles que la ciudad rodean se extendían, y vieron venir hacia donde ellos estaban escuadrones no armados de infantería, sino montones de doncellas, sobre el mismo sol hermosas, vestidas a lo villano, llenas de sartas y patenas los pechos, en quien los corales y la plata tenían su lugar y asiento, con más gala que las perlas y el oro, que aquella vez se hurtó de los pechos y se acogió a los cabellos, que todos eran luengos y rubios como el mismo oro; venían, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores. Campeó aquel día, y en ellas, antes la palmilla de Cuenca que el damasco de Milán y el raso de Florencia. Finalmente, la rusticidad de sus galas se aventajaba a las más ricas de la corte, porque, si en ellas se mostraba la honesta medianía, se descubría asimismo la extremada limpieza: todas eran flores, todas rosas, todas donaire, y todas juntas componían un honesto movimiento, aunque de diferentes bailes formado, el cual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos ya referidos. Alrededor de cada escuadrón andaban por de fuera, de blanquísimo lienzo vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabezas, muchos zagales, o ya sus parientes, o ya sus conocidos, o ya vecinos de sus mismos lugares; uno tocaba el tamboril y la flauta; otro, el salterio; éste, las sonajas, y aquél los albogues, y de todos estos sones redundaba uno solo, que alegraba con la concordancia, que es el fin de la música. Y al pasar uno de estos escuadrones o junta de bailadoras doncellas por delante de los peregrinos, uno, que, a lo que después pareció, era el alcalde del pueblo, asió a una de aquellas doncellas del brazo, y, mirándola muy bien de arriba abajo, con voz alterada y de mal talante, la dijo:

—¡Ah, Tozuelo, Tozuelo, y qué de poca vergüenza os acompaña! ¿Bailes son éstos para ser profanados? ¿Fiestas son éstas para no llevarlas sobre las niñas de los ojos? No sé yo cómo consienten los cielos semejantes maldades. Si esto ha sido con sabiduría de mi hija Clementa Cobeña, ¡por Dios que nos han de oir los sordos!

Apenas acabó de decir esta palabra el alcalde, cuando llegó otro alcalde y le dijo:

—Pedro Cobeño, si os oyesen los sordos, sería hacer milagros. Contentaos con que nosotros nos oigamos a nosotros

y sepamos en qué os ha ofendido mi hijo Tozuelo; que si él ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podré y sabré castigar.

A lo que respondió Cobeño:

— El delinquimiento ya se ve, pues, siendo varón, va vestido de hembra; y no de hembra como quiera, sino de doncella de su majestad, en sus fiestas; porque veáis, alcalde Tozuelo, si es mocosa la culpa. Témome que mi hija Cobeña anda por aquí, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querría que el diablo hiciese de las suyas y sin nuestra sabiduría los juntase sin las bendiciones de la Iglesia: que ya sabéis que estos casorios hechos a hurtadillas por la mayor parte pararon en mal y dan de comer a los de la audiencia clerical, que es muy carera.

A esto respondió por Tozuelo una doncella labradora, de muchas que se pararon a oír la plática:

— Si va a decir la verdad, señores alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Tozuelo, y él marido della; como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre. Ella está encinta, y no está por danzar ni bailar. Cásenlos, y váyase el diablo para malo, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

— ¡Par Dios, hija! — respondió Tozuelo —. Vos decís muy bien: entrambos son iguales; no es más cristiano viejo el uno que el otro; las riquezas se pueden medir con una misma vara.

— Agora bien — replicó Cobeño —: llamen aquí a mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda.

Vino Cobeña, que estaba lejos, y lo primero que dijo fue:

— Ni yo he sido la primera, ni seré la postrera que haya tropezado y caído en estos barrancos. Tozuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdónenos Dios a entrambos, cuando nuestros padres no quisieren.

— Eso sí, hija — dijo su padre —. ¡La vergüenza, por los cerros de Úbeda, antes que en la cara! Pero, pues esto está hecho, bien será que el alcalde Tozuelo se sirva de que este caso pase adelante, pues vosotros no le habéis querido atrás.

— ¡Pardiez — dijo la doncella primera —, que el señor alcalde Cobeño ha hablado como un viejo! Dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en uno como lo manda la Santa Iglesia nuestra madre, y vamos con nuestro baile al olmo, que no se ha de estorbar nuestra fiesta por niñerías.

Vino Tozuelo con el parecer de la moza, diéronse las manos los donceles, acabóse el pleito y pasó el baile adelante: que si con esta verdad se acabaran todos los pleitos, secas y peladas estuvieran las solícitas plumas de los escribanos. Quedaron Periandro, Auristela y los demás peregrinos contentísimos de haber visto la pendencia de los dos amantes y admirados de ver la hermosura de las labradoras doncellas, que parecía, todas a una mano, que eran principio, medio y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrasen en Toledo, porque así se lo pidió Antonio, el padre, a quien aguijaba el deseo que tenía de ver a su patria y a sus padres, que no estaban lejos, diciendo que, para ver las grandezas de aquella ciudad, convenía más tiempo que el que su priesa les ofrecía. Por esta misma razón tampoco quisieron pasar por Madrid, donde a la sazón estaba la corte, temiendo algún estorbo que su camino les impidiese. Confirmóles en este parecer la antigua peregrina, diciéndoles que andaban en la corte ciertos pequeños que tenían fama de ser hijos de grandes, que, aunque pájaros noveles, se abatían al señuelo de cualquier mujer hermosa, de cualquiera calidad que fuese; que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura.

A lo que añadió Antonio, el padre:

— Desa manera, será menester que usemos de la industria que usan las grullas cuando, mudando regiones, pasan por el monte Limavo, en el cual las están aguardando unas aves de rapiña para que les sirvan de pasto; pero ellas, previniendo este peligro, pasan de noche y llevan una piedra cada una en la boca, para que les impida el canto y excusen de ser sentidas; cuanto más, que la mejor industria que podemos tener es seguir la ribera deste famoso río, y, dejando la ciudad a mano derecha, guardando para otro tiempo el verla,

nos vamos a Ocaña, y desde allí al Quintanar de la Orden, que es mi patria.

Viendo la peregrina el designio del viaje que había hecho Antonio, dijo que ella quería seguir el suyo, que le venía más a cuento. La hermosa Ricla le dio dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidió de todos, cortés y agradecida. Nuestros peregrinos pasaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de primavera, en un mismo punto les puso la admiración y la alegría; vieron iguales y extendidas calles, a quien servían de espaldas y arrimos los verdes y infinitos árboles, tan verdes, que las hacían parecer de finísimas esmeraldas; vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos ríos Henares y Tajo; contemplaron sus sierras de agua; admiraron el concierto de sus jardines y de la diversidad de sus flores; vieron sus estanques, con más peces que arenas, y sus exquisitos frutales, que, por aliviar el peso a los árboles, tendían las ramas por el suelo; finalmente, Periandro tuvo por verdadera la fama que deste sitio por todo el mundo se esparcía. Desde allí fueron a la villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres vivían, y se informó de otras cosas que le alegraron.

Llegan los peregrinos a Quintanar de la Orden; Antonio encuentra a sus padres; una pendencia entre soldados y vecinos ocasiona heridas a un conde; le conducen a la casa y son sus enfermeras Auristela y Constanza. Agradecido, casa el conde con ésta última, y, quedan en el pueblo Antonio, el padre y su mujer, continuando los demás su peregrinación a Roma.

...el hermoso escuadrón de los peregrinos, prosiguiendo su viaje, llegó a un lugar, no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaza dél, por quien forzosamente habían de pasar, vieron mucha gente junta, todos atentos mirando y escuchando a dos mancebos que, en traje de recién rescatados de cautivos, estaban declarando las figuras de un pintado lienzo que tenían tendido en le suelo; parecía que se habían descargado de dos pesadas cadenas que tenían junto a sí, insignias y relatoras de su pesada desventura; y uno dellos, que debía de ser de hasta veinticuatro años, con voz clara y en todo extremo experta lengua, crujiendo de cuando en cuando un corbacho, o, por mejor decir, azote que en la mano tenía, le sacudía de manera que penetraba los oídos y ponía los estallidos en el cielo, bien así como hace el cochero, que, castigando o amenazando sus caballos, hace resonar su látigo por los aires.

Entre los que la larga plática escuchaban, estaban los dos alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el uno como el otro. Por donde comenzó su arenga el libre cautivo, fue diciendo:

—Ésta, señores, que aquí veis pintada, es la ciudad de Argel, gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que, deste pequeñuelo puerto que aquí va pintado, salen con sus bajeles a inquietar el mundo, pues se atreven a pasar el plus ultra de las columnas de Hércules, y a acometer y robar las apartadas islas, que, por estar rodeadas del inmenso mar Océano, pensaban estar seguras, a lo menos de los bajeles turquescos. Este bajel que aquí veis reducido a pequeño, porque lo pide así la pintura, es una galeota de veintidós bancos, cuyo dueño y capitán es el turco que en la crujía va en pie, con un brazo en la mano, que cortó a aquel cristiano que allí veis, para que le sirva de rebenque y azote a los demás cristianos que van amarrados a sus bancos, temeroso no le alcancen estas cuatro galeras que aquí veis, que le van entrando y dando caza. Aquel cautivo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre que se le ha pegado de los golpes del brazo muerto, soy yo, que servía de espalder en esta galeota; y el otro que está junto a mí, es éste mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos: quizá la aprehensión deste lastimero cuento os llevará a los oídos las amenazadoras y vituperosas voces que ha dado este perro de Dragut, que así se llamaba el

arraez de la galeota, cosario tan famoso como cruel, y tan cruel como Falaris o Busiris, tiranos de Sicilia ; a lo menos, a mí me suena agora el *rospení*, el *manahora* y el *denimaniyoc*, que, con coraje endiablado, va diciendo que todas éstas son palabras y razones turquescas, encaminadas a la deshonra y vituperio de los cautivos cristianos : llámanlos de judíos, hombres de poco valor, de fe negra y de pensamientos viles, y, para mayor horror y espanto, con los brazos muertos azotan los cuerpos vivos.

Parece ser que uno de los dos alcaldes había estado cautivo en Argel mucho tiempo, el cual, con baja voz, dijo a su compañero :

— Este cautivo, hasta agora, parece que va diciendo verdad, y que en lo general no es cautivo falso ; pero yo le examinaré en lo particular, y veremos cómo da la cuerda ; porque quiero que sepáis que yo iba dentro desta galeota, y no me acuerdo de haberle conocido por espalder della, si no fue a un Alonso Moclín, natural de Vélez-Málaga.

Y volviéndose al cautivo, le dijo :

— Decidme, amigo, cúyas eran las galeras que os daban caza, y si conseguistes por ellas la libertad deseada.

— Las galeras — respondió el cautivo — eran de don Sancho de Leyva ; la libertad no la conseguimos, porque no nos alcanzaron ; tuvímosla después, porque nos alzamos con una galeota que desde Sargel iba a Argel cargada de trigo ; vinimos a Orán con ella, y desde allí a Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intención de seguir a su majestad, que Dios guarde, en el ejercicio de la guerra.

— Decidme, amigos — replicó el alcalde — : ¿Cautivastes juntos? ¿Llevaron os a Argel del primer boleo, o a otra parte de Berbería?

— Nos cautivamos juntos — respondió el otro cautivo —, porque yo cautivé junto a Alicante, en un navío de lanas que pasaba a Génova ; mi compañero en los Percheles de Málaga, adonde era pescador. Conocímonos en Tetuán, dentro de una mazmorra ; hemos sido amigos, y corrido una misma fortuna mucho tiempo ; y, para diez o doce cuartos que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienzo, mucho nos aprieta el señor alcalde.

— No mucho, señor galán — replicó el alcalde —, que aun no están dadas todas las vueltas de la mancuerda ; escúcheme y dígame : ¿cuántas puertas tiene Argel, y cuántas fuentes, y cuántos pozos de agua dulce?

— ¡La pregunta es boba! — respondió el primer cautivo — ; tantas puertas tiene como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las sé, y tantos pozos que no los he visto, y los trabajos que yo en él he pasado me han quitado la memoria de mí mismo ; y si el señor alcalde quiere ir contra la caridad cristiana, recogeremos los cuartos y alzaremos la tienda, y a Dios aho, que tan buen pan hacen aquí como en Francia.

Entonces el alcalde llamó a un hombre de los que estaban en el corro, que al parecer servía de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo cuando se ofrecía, y díjole :

— Gil Berrueco, id a la plaza, y traedme aquí luego los primeros dos asnos que topáredes ; que, por vida del rey nuestro señor, que han de pasear las calles en ellos estos dos señores cautivos, que con tanta libertad quieren usurpar la limosna de los verdaderos pobres, contándonos mentiras y embelecos, estando sanos como una manzana, y con más fuerzas para tomar una azada en la mano, que no un corbacho para dar estallidos en seco. Yo he estado en Argel cinco años esclavo, y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habéis dicho.

La sinceridad con que se disculpan los estudiantes, capta el perdón de los alcaldes, los cuales se disputan albergarlos en su casa. Los peregrinos exhiben sus cédulas y nadie les impide proseguir su viaje. Encuentran a Rafala, morisca cristiana, la cual les advierte del peligro que corren, pues su padre, que se les ha ofrecido como protector, prepara una incursión de moriscos, para vengarse del Decreto de expulsión que se había publicado. Se salvan todos en la iglesia y continúan su viaje.

Cerca de Valencia llegaron, en la cual no quisieron entrar, por excusar las ocasiones de detenerse ; pero no faltó quien

les dijo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y, finalmente, todo aquello que la hace hermosa y rica sobre todas las ciudades, no sólo de España, sino de toda Europa; y principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sola la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable. Determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuese a costa de su cansancio, por llegar a Barcelona, adonde tenían noticia habían de tocar unas galeras en quien pensaban embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genova. Y al salir de Villa-Real, hermosa y amenísima villa, de través, de entre una espesura de árboles, les salió al encuentro una zagala o pastora valenciana, vestida a lo del campo, limpia como el Sol, y hermosa como él y como la Luna, la cual, en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hacerles ceremonia de comedimiento alguno, dijo:

— Señores, ¿pedirlos he, o darlos he?

A lo que respondió Periandro:

— Hermosa zagala, si son celos, ni los pidas ni los des, porque si los pides menoscabas tu estimación, y si los das, tu crédito; y si es que el que te ama tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimará y querrá bien, y si no le tiene, ¿para qué quieres que te quiera?

— Bien has dicho — respondió la villana.

Y, diciendo adiós, volvió las espaldas y se entró en la espesura de los árboles, dejándolos admirados con su pregunta, con su presteza y con su hermosura.

Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importancia que merezcan escritura, si no fue el ver desde lejos las santísimas montañas de Monserrate, que adoraron con devoción cristiana, sin querer subir a ellas, por no detenerse. Llegaron a Barcelona a tiempo cuando llegaban a su playa cuatro galeras españolas, que, disparando y haciendo salva a la ciudad con gruesa artillería, arrojaron cuatro esquifes al agua, el uno de ellos adornado con ricas alcatifas de Levante, y cojines de carmesí, en el cual venía, como después pareció, una hermosa mujer de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana y dos doncellas hermosas y honestamente aderezadas. Salió infinita gente de la ciudad, como es costumbre, ansí a ver las galeras, como a la gente que de ellas desembarcaba, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegó tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano a la dama que de ellos desembarcaba, la cual, poniendo los ojos en todos, especialmente en Costanza, después de haber desembarcado, dijo:

— Llegáos acá, hermosa peregrina, que os quiero llevar conmigo a la ciudad, donde pienso pagaros una deuda que os debo, de quien vos creo que tenéis poca noticia; vengan asimismo vuestros camaradas, porque no ha de haber cosa que obligue a dejar buena compañía.

— La vuestra, a lo que se ve — respondió Costanza —, es de tanta importancia, que carecería de entendimiento quien no la aceptase. Vamos donde quisiéredes, que mis camaradas me seguirán, que no están acostumbrados a dejarme.

La dama cuenta su vida. Su nombre es Ambrosia Agustina y, la peripecia de su drama se produjo al ser abandonada por quien le había dado nombre de esposo. Vistió de hombre, se hizo soldado, en cierta ocasión fue socorrido por los peregrinos cuando le encontraron enfermo en un carro en que le llevaban a Cartagena. Al fin encontró a su hermano y a Contarino de Arbolánchez su amado, y, al volver a la felicidad y dar con sus caritativos amigos, quiere corresponder a la buena obra y colmarles de atenciones. Les ofrece el navío para llevarlos al puerto italiano que prefieran, pero ellos agradecen la oferta y se deciden a seguir a pie como habían prometido. Pasan por el sur de Francia y entran en Italia, no sin producirse aventuras por todas partes. Llegados a Acquapendente, casi a la vista de Roma, quedan apartados de los demás Auristela y Periandro, entre los que ha lugar el siguiente diálogo:

— Bien sabes, ¡oh, señora!, que las causas que nos movieron a salir de nuestra patria y a dejar nuestro regalo fueron tan justas como necesarias. Ya

los aires de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanzas que nos sustentan nos bullen en las almas ; ya, ya hago cuenta que me hallo en la dulce posesión esperada. Mira, señora, que será bien que des una vuelta a tus pensamientos, y, escudriñando tu voluntad, mires si estás en la entereza primera, o si lo estarás después de haber cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu real sangre no se engendró entre promesas mentirosas ni entre dobladas trazas. De mí te sé decir, ¡oh, hermosa Sigismunda!, que este Periandro que aquí ves es el Persiles que en la casa del rey, mi padre, viste ; aquél, digo, que te dio palabra de ser tu esposo en los alcáceres de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si allí la contraria fortuna nos llevase.

Íbale mirando Auristela atentísimamente, maravillada de que Periandro dudase de su fe, y así le dijo :

— Sola una voluntad, ¡oh, Persiles!, he tenido en toda mi vida, y ésa habrá dos años que te la entregué, no forzada, sino de mi libre albedrío ; la cual tan entera y firme está agora, como el primer día que te hice señor della ; la cual, si es posible que se aumente, se ha aumentado y crecido entre muchos trabajos que hemos pasado. De que tú estés firme en la tuya, me mostraré tan agradecida, que, cumpliendo mi voto, haré que se vuelvan en posesión tus esperanzas. Pero dime : ¿qué haremos después que una misma coyunda nos ate y un mismo yugo oprima nuestros cuellos? Lejos nos hallamos de nuestras tierras, no conocidos de nadie en las ajenas, sin arrimo que sustente la yedra de nuestras incomodidades. No digo esto porque me falte el ánimo de sufrir todas las del mundo como esté contigo, sino dígolo porque cualquiera necesidad tuya me ha de quitar la vida. Hasta aquí, o poco menos de hasta aquí, padecía mi alma en sí sola ; pero de aquí en adelante padeceré en ella y en la tuya, aunque he dicho mal en partir estas dos almas, pues no son más que una.

— Mira, señora — respondió Periandro — : como no es posible que ninguno fabrique su fortuna, puesto que dicen que cada uno es el artífice della, desde el principio hasta el cabo, así, yo no puedo responderte agora lo que haremos después que la buena suerte nos ajunte. Rómpase agora el inconveniente de nuestra división, que, después de juntos, campos hay en la tierra que nos sustenten, y chozas que nos recojan, y afos [1] que nos encubran : que a gozarse dos almas que son una, como tú has dicho, no hay contentos con que igualarse, ni dorados techos que mejor nos alberguen. No nos faltará medio para que mi madre, la reina, sepa dónde estamos, ni a ella le faltará industria para socorrernos, y en tanto, esa cruz de diamantes que tienes, y esas dos perlas inestimables comenzarán a darnos ayudas. Sino que temo que, al deshacernos dellas, se ha de deshacer nuestra máquina, porque ¿cómo se ha de creer que prendas de tanto valor se encubran debajo de una esclavina?

Y por venir dándoles alcance la demás compañía, cesó su plática, que fué la primera que habían hablado en cosas de su gusto, porque la mucha honestidad de Auristela, jamás dio ocasión a Periandro a que en secreto la hablase, y, con este artificio y seguridad notable, pasaron la plaza de hermanos entre todos cuantos hasta allí los habían conocido ; solamente en el desalmado y ya muerto Clodio pasó la malicia tan adelante, que llegó a sospechar la verdad.

Aquella noche llegaron una jornada antes de Roma, y en un mesón, adonde siempre les solía acontecer maravillas, les aconteció ésta, si es que así puede llamarse. Estando todos sentados a una mesa, la cual, la solicitud del huésped y la diligencia de sus criados tenían abundantemente proveída, de un aposento del mesón salió un gallardo peregrino, con unas escribanías sobre el brazo izquierdo y un cartapacio en la mano, y, habiendo hecho a todos la debida cortesía, en lengua castellana dijo :

— Este traje de peregrino que visto, el cual trae consigo la obligación de que pida limosna el que lo trae, me obliga a que os la pida, y tan aventajada y tan nueva, que, sin darme joya alguna ni prendas que lo valgan, me habéis de hacer rico. Yo, señores, soy un hombre

[1] Cavernas.

curioso: sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad, Mercurio y Apolo; algunos años me he dado al ejercicio de la guerra, y algunos otros, y los más maduros, en el de las letras; en los de la guerra he alcanzado algún buen nombre, y por el de las letras he sido algún tanto estimado; algunos libros he impreso, de los ignorantes no condenados por malos, ni de los discretos han dejado de ser tenidos por buenos; y como la necesidad, según se dice, es maestra de avivar los ingenios, este mío, que tiene un no sé qué de fantástico e inventivo, ha dado en una imaginación algo peregrina y nueva, y es que, a costa ajena, quiero sacar un libro a luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ajeno, y el provecho, mío. El libro se ha de llamar «Flor de aforismos peregrinos», conviene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad, en esta forma: cuando, en el camino o en otra parte, topo alguna persona cuya experiencia muestre ser de ingenio y de prendas, le pido me escriba en este cartapacio algún dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo ajustados más de trescientos aforismos, todos dignos de saberse y de imprimirse, y no en nombre mío, sino de su mismo autor, que lo firmó de su nombre después de haberlo dicho. Esta es la limonsa que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo.

— Dadnos, señor español — respondió Periandro —, alguna muestra de lo que pedís, por quien nos guiemos; que, en lo demás, seréis servido como nuestros ingenios lo alcanzaren.

— Esta mañana — respondió el español — llegaron aquí, y pasaron de largo, un peregrino y una peregrina españoles, a los cuales, por ser españoles, declaré mi deseo, y ella me dijo que pusiese de mi mano — porque no sabía escribir — esta razón:

«Más quiero ser mala, con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.»

Y díjome que firmase: La peregrina de Talavera. Tampoco sabía escribir el peregrino, y me dijo que escribiese:

«No hay carga más pesada que la mujer liviana.»

Y firmé por él: Bartolomé, el Manchego. Deste modo son los aforismos que pido; y los que espero desta gallarda compañía serán tales, que realcen a los demás, y les sirvan de adorno y de esmalte.

— El caso está entendido — respondió Croriano —; y por mí — tomando la pluma al peregrino y el cartapacio —, quiero comenzar a salir desta obligación y escribo:

«Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.»

Y firmó: Croriano. Luego tomó la pluma Periandro, y escribió:

«Dichoso es el soldado que, cuando está peleando, sabe que le está mirando su príncipe.»

Y firmó. Sucedióle el bárbaro Antonio, y escribió:

«La honra que se alcanza por la guerra, como se graba en láminas de bronce y con puntas de acero, es más firme que las demás honras.»

Y firmóse: Antonio, el bárbaro. Y como allí no había más hombres, rogó el peregrino que también aquellas damas escribiesen, y fué la primera que escribió Ruperta, y dijo:

«La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura; y la que no, no es más que un buen parecer.»

Y firmó. Segundóla Auristela, y, tomando la pluma, dijo:

«La mejor dote que puede llevar la mujer principal, es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, o la fortuna la deshace.»

Y firmó. A quien siguió Constanza, escribiendo:

«No por el suyo, sino por el parecer ajeno, ha de escoger la mujer el marido.»

Y firmó. Feliz Flora escribió también, y dijo:

«A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa; pero a mucho más las fuerzas del gusto.»

Y firmó. Y siguiendo Belarminia, dijo:

«La mujer ha de ser como el armiño, dejándose antes prender que enlodarse.»

Y firmó. La última que escribió fue la hermosa Deleasir, y dijo:

«Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena o la mala suerte; pero más sobre los casamientos.»

Esto fue lo que escribieron nuestras damas y nuestros peregrinos, de lo que el español quedó agradecido y contento, y preguntándole Periandro si sabía algún aforismo de memoria de los que tenía allí escritos, le dijese, a lo que respondió que sólo uno diría, que le había dado gran gusto por la firma del que lo había escrito, que decía:

« No desees, y serás el más rico hombre del mundo. »

Y la firma decía: « Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la Vieja, junto a Valladolid ».

— ¡Por Dios — dijo Antonio —, que la firma está larga y tendida, y que el aforismo es el más breve y compendioso que puede imaginarse! Porque está claro que lo que desea es lo que falta, y el que no desea, no tiene falta de nada, y así, será el más rico del mundo.

Algunos otros aforismos dijo el español, que hicieron sabrosa la conversación y la cena. Sentóse el peregrino con ellos, y, en el discurso de la cena, dijo:

— No daré el privilegio de este mi libro a ningún librero en Madrid, si me da por él dos mil ducados; que allí no hay ninguno que no quiera los privilegios de balde, o, al menos, de tan poco precio, que no le luzca al autor del libro. Verdad es que tal vez suelen comprar un privilegio y imprimir un libro con quien piensan enriquecer, y pierden en él el trabajo y la hacienda; pero el de estos aforismos, escrito se lleva en la frente la bondad y la ganancia.

Auristela anuncia a Periandro que desea ser religiosa y que él case con una hermana que ella tiene « tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza ». Periandro muestra el natural disgusto. Pero llegados a Roma, todo tiene feliz desenlace. Los dos peregrinos son hijos de los reyes de Thile o Tule, y de Frislandia, y, por la muerte del hermano de Persiles, a quien encuentran en Roma, donde iba en busca de buenos médicos que le devolvieran la salud, Arnaldo, y cuantos han figurado en el relato, encuentran su acertada pareja, y la novela termina con una serie de casamientos, entre los que sobresale el de los dos protagonistas, hasta que Sigismunda, cumplido su voto, y junto con su esposo « bisnietos le alargaron la vida, pues los vio en su larga y feliz posteridad ».

POESÍAS

I

REDONDILLA, EN LA QUE SE REPRESENTA LA VELOCIDAD Y PRESTEZA CON QUE LA MUERTE ARREBATÓ A SU MAJESTAD (LA REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS)

Cuando dejaba la guerra
libre nuestro hispano suelo,
con un repentino vuelo
la mejor flor de la tierra
fue trasplantada en el cielo.

Y, al cortarla de su rama,
el mortífero accidente,
fue tan oculta a la gente,
como el que no ve la llama
hasta que quemar se siente.

II

ELEGÍA *que, en nombre de todo el estudio, el sobredicho compuso al ilustrísimo y reverendísimo cardenal Don Diego de Espinosa, etc., en la cual con bien elegante estilo se ponen cosas dignas de memoria.*

¿A quién irá mi doloroso canto,
o en cúya oreja sonará su acento,
que no deshaga el corazón en llanto?

A ti, gran Cardenal, yo le presento ;
pues vemos te ha cabido tanta parte
del hado ejecutivo (1) violento.
Aquí verás quel bien no tiene parte :
todo es dolor, tristeza y desconsuelo
lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo
de una ánima beata al alta cumbre,
pusiera en confusión el bajo suelo?
Mas ¡ay! que yace muerta nuestra lumbre :
el alma goza de perpetua gloria,
y el cuerpo de terrena pesadumbre.
No se pase, señor, de tu memoria
cómo en un punto la invencible muerte
lleva de nuestras vidas la vitoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
poderse mejorar, la santa mano
mostró por nuestro mal su furia fuerte.
Entristeció a la tierra su verano,
secó su paraíso fresco y tierno,
el ornato añubló del ser cristiano.
Volvió la primavera en frío invierno,
trocó en pesar su gusto y alegría,
tornó de arriba a bajo su gobierno.
Pasóse ya aquel ser, que ser solía
a nuestra oscuridad claro lucero,
sosiego de la antigua tiranía.
A más andar el término postrero
llegó, que dividió con furia insana
del alma santa el corazón sincero.
Cuando ya nos venía la temprana
dulce fruta del árbol deseado,
vino sobre él la frígida mañana.
¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
que no pasase más el alto monte,
con prisiones de nieve aherrojado?
No pisará ya más nuestro horizonte,
que a los campos Elíseos es llevada,
sin ver la oscura barca de Caronte.
A ti, fiel pastor de la manada
seguntina, es justo y te conviene
aligerarnos carga tan pesada.
Mira el dolor que el gran Filipo tiene :
allí tu discreción muestre el alteza
que en tu divino ingenio se contiene.
Bien sé que le dirás que a la bajeza
de nuestra humanidad es cosa cierta
no tener solo un punto de firmeza ;
Y que si yace su esperanza muerta,
y el dolor vida y alma le lastima,
que a do la cierra Dios, abre otra puerta.
Mas ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima
algún tanto sus lágrimas cansadas,
si una prenda perdió de tanta estima?

(1) En el texto, *secutivo*.

Y más si considera las amadas
prendas que le dejó en la dulce vida,
y con su amarga muerte lastimadas.
Alma bella, del cielo merecida,
Mira cuál queda el miserable suelo
sin la luz de tu vida esclarecida:
Verás que en árbol verde no hace vuelo
el ave más alegre, antes ofrece
en su amoroso canto triste suelo.
Contino en grave llanto se anochece
el triste día, que te imaginamos
con aquella virtud que no perece.
Mas deste imaginar nos consolamos
en ver que merecieron tus deseos,
que goces ya del bien que deseamos.
Acá nos quedarán por tus trofeos
tu cristiandad, valor y gracia extraña,
de alma santa, santísimos arreos.

. . . . . .

III

De Miguel de Cervantes, cautivo, a Mateo Vázquez, mi señor

Si el bajo son de la zampoña mía,
señor, a vuestro oído no ha llegado
en tiempo que sonar mejor debía,
no ha sido por la falta de cuidado,
sino por sobra del que me ha traído
por extraños caminos desviado.
También por no adquirirme de atrevido
el nombre odioso, la cansada mano
ha encubierto las faltas del sentido.
Mas ya que el valor vuestro sobrehumano,
de quien tiene noticia todo el suelo,
la graciosa altivez, el trato llano,
aniquilan el miedo y el recelo
que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
de no quereros descubrir su vuelo,
de vuestra alta bondad y virtud suma
diré lo menos, que lo más no siento
quien de cerrarlo en verso se presuma.
Cuando llegué vencido y vi la tierra
tan nombrada en el mundo, que en su seno
tantos piratas cubre, acoge y cierra,
no pude al llanto detener el freno
que, a mi despecho, sin saber lo que era,
me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofrecióse a mis ojos la ribera
y el monte donde el grande Carlos tuvo
levantada en el aire su bandera,
y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo
pues, movido de envidia de su gloria
airado entonces más que nunca estuvo.

Estas cosas volviendo en mi memoria
las lágrimas trujeron a los ojos,
movidas de desgracia tan notoria.
Pero si el alto cielo en darme enojos
no está con mi ventura conjurado,
y aquí no lleva muerte mis despojos,
cuando me vea en más alegre estado,
si vuestra intercesión, señor, me ayuda
a verme ante Filipo arrodillado
mi lengua balbuciente y casi muda
pienso mover en la real presencia,
de adulación y de mentir desnuda,
diciendo: «Alto señor, cuya potencia
sujetas trae mil bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia:
a quien los negros indios con sus dones,
reconocen honesto vasallaje,
trayendo el oro acá de sus rincones:
despierte en tu real pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una bicoca
aspira de contino a hacerte ultraje.
La gente es mucha, mas su fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte, muro o roca.
Cada uno mira si tu armada viene,
para dar a sus pies el cargo y cura
de conservar la vida que sostiene.
Del amarga prisión, triste y oscura,
adonde mueren veinte mil cristianos,
tienes la llave de su cerradura.
Todos, cual yo, de allá puestas las manos,
las rodillas por tierras, sollozando,
cercados de tormentos inhumanos,
valeroso señor, te están rogando
vuelvas los ojos de misericordia
a los suyos que están siempre llorando;
y, pues te deja agora la discordia
que hasta aquí te ha oprimido y fatigado
y gozas de pacífica concordia,
haz, ¡oh, buen rey!, que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fue por tu amado padre comenzado.
Sólo el pensar que vas, pondrá un espanto
en la enemiga gente, que adivino
ya desde aquí su pérdida y quebranto».
¿Quién duda que el real pecho benigno
no se muestre, escuchando la tristeza
en que están estos míseros contino?
Bien parece que muestro la flaqueza
de mi tan torpe ingenio, que pretende
hablar tan bajo ante tan alta alteza;
pero el justo deseo la defiende...
Mas a todo, silencio poner quiero,
que temo que mi pluma ya os ofende,
y al trabajo me llaman donde muero.

IV

MIGUEL DE CERVANTES, AUTOR DE DON QUIJOTE: *este soneto hice a la muerte de D. Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto advierto que él celebraba en sus versos a una señora debajo deste nombre de* LUZ. *Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.*

SONETO

El que subió por sendas nunca usadas
Del sacro monte a la más alta cumbre;
El que a una *Luz* se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantadas;

El que con culta vena las sagradas
De Helicón y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas trasformadas,

Aquél a quien invidia tuvo Apolo
Porque a par de su *Luz* tiende su fama
De donde nace a donde muere el día;

El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fría.

V

AL TÚMULO DEL REY FELIPE II EN SEVILLA

SONETO

«¡Voto a Dios!, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un millón por describilla;
Porque ¿a quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, esta riqueza?

¡Por Jesucristo vivo!, cada pieza
Vale más de un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y nobleza!

Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente.» —

Esto oyó un valentón, y dijo: «Es cierto
Cuanto dice voacé, seor soldado.
Y el que dijere lo contrario, miente.» —

Y luego incontinente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

VI

LOS CELOS

ROMANCE

Yace donde el sol se pone,
entre dos tajadas peñas,
una entrada de un abismo,
quiero decir, una cueva,
profunda, lóbrega, oscura,
aquí mojada, allí seca,
propio albergue de la noche,
del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
que al alma encendida hiela,
y un fuego de cuando en cuando
que el pecho de hielo quema.
Óyese dentro un ruido
como crujir de cadenas,
y unos ayes luengos, tristes,
envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
por los resquicios y quiebras,
mil víboras se descubren
y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puestos,
en una amarilla piedra,
huesos de muerto encajados
en modo que forman letras;
las cuales vistas del fuego
que arroja de sí la cueva,
dicen: «Ésta es la morada
de los celos y sospechas».
Y un pastor contaba a Lauso
esta maravilla cierta
de la cueva, fuego y hielo,
aullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo, le dijo:
—«Pastor, para que te crea,
no has menester juramentos,
ni hacer la vista experiencia.
Un vivo traslado es ése
de lo que mi pecho encierra,
el cual como en cueva oscura
no tiene luz ni la espera.
Seco le tienen desdenes,
bañado en lágrimas tiernas;
aire, fuego y los suspiros
le abrasan contino y hielan.
Los lamentables aullidos
son mis continuas querellas,
víboras mis pensamientos
que en mis entrañas se ceban.

La piedra escrita, amarilla,
es mi sin igual firmeza;
que mis huesos en la muerte
mostrarán que son de piedra.
Los celos son los que habitan
en esta morada estrecha,
que engendraron los descuidos
de mi querida Silena».
En pronunciando este nombre
cayó como muerto en tierra,
que de memorias de celos
aquestos fines se esperan.

VIAJE DEL PARNASO

(FRAGMENTOS)

CAPÍTULO PRIMERO

Un quidam Caporal italiano,
de patria perusino, a lo que entiendo,
de ingenio griego, y de valor romano,
llevado de un capricho reverendo,
le vino en voluntad de ir a Parnaso,
por huir de la corte el vario estruendo.
Solo y a pie partióse, y paso a paso
llegó donde compró una mula antigua,
de color parda y tartamudo paso.
Nunca a medroso pareció estantigua
mayor, ni menos buena para carga,
grande en los huesos, y en la fuerza, exigua;
corta de vista, aunque de cola larga,
estrecha en los ijares, y en el cuero,
más dura que lo son los de una adarga.
Era de ingenio cabalmente entero:
caía en cualquier cosa fácilmente,
así en abril, como en el mes de enero.
en fin, sobre ella el poetón valiente
llegó al Parnaso, y fue del rubio Apolo
agasajado con serena frente.
Contó, cuando volvió el poeta solo
y sin blanca a su patria, lo que en vuelo
llevó la fama deste al otro polo.
Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia, que no quiso darme el cielo,
quisiera despachar a la estafeta
mi alma, o por los aires, y ponella
sobre las cumbres del nombrado Oeta;
pues descubriendo desde allí la bella
corriente de Aganipe, en un saltico
pudiera el labio remojar en ella,
y quedar del licor suave y rico
el pancho lleno, y ser de allí adelante
poeta ilustre, o al menos manifico.

Mas mil inconvenientes al instante
se me ofrecieron, y quedó el deseo
en cierne, desvalido e ignorante.
Porque en la piedra que en mis hombros veo,
que la fortuna me cargó pesada,
mis mal logradas esperanzas leo.
Las muchas leguas de la gran jornada
se me representaron, que pudieran
torcer la voluntad aficionada,
si en aquel mismo instante no acudieran
los humos de la fama a socorrerme,
y corto y fácil el camino hicieran.
Dije entre mí: — Si yo viniese a verme
en la difícil cumbre de este monte,
y una guirnalda de laurel ponerme,
no envidiaría el bien decir de Aponte,
ni del muerto Galarza la agudeza,
en manos, blando; en lengua, Rodomonte.

Prepara su humilde equipaje, como de poeta, y exclama:

— Adiós — dije a la humilde choza mía —;
adiós, Madrid, adiós, tu Prado, y fuentes
que manan néctar, llueven ambrosía.
Adiós, conversaciones suficientes
a entretener un pecho cuidadoso,
y a dos mil desvalidos pretendientes.
Adiós, sitio agradable y mentiroso,
do fueron dos gigantes abrasados
con el rayo de Júpiter fogoso.
Adiós, teatros públicos, honrados
por la ignorancia, que ensalzada veo
en cien mil disparates recitados.
Adiós, de San Felipe el gran paseo,
donde si baja o sube el turco galgo
como en gaceta de Venecia leo.
Adiós, hambre sotil de algún hidalgo,
que por no verme ante tus puertas muerto,
hoy de mi patria y de mí mismo salgo. —
. . . . . .
Arrojóse mi vista a la campaña
casa del mar, que trujo a mi memoria
del heroico Don Juan la heroica hazaña,
donde con alta de soldados gloria,
y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.
Allí con rabia y con mortal despecho,
el otomano orgullo vio su brío
hollado y reducido a pobre estrecho.
Lleno, pues, de esperanzas, y vacío
de temor, busqué luego una fragata
que efectuase el alto intento mío.

Sale a recibirlo Mercurio, y le dice:

— ¡Oh, Adán de los poetas! ¡oh, Cervantes!
¿Qué alforjas y qué traje es éste, amigo,
que así muestra discursos ignorantes? —

Yo, respondiendo a su demanda, digo :
— Señor, voy al Parnaso, y, como pobre,
con este aliño mi jornada sigo. —
Y él a mí dijo : ¡Oh, sobre humano, y sobre
espíritu cilenio levantado!
Toda abundancia y todo honor te sobre ;
que en fin has respondido a ser soldado
antiguo y valeroso, cual lo muestra
la mano de que estás estropeado.
Bien sé que en la naval dura palestra
perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra ;
y sé que aquel instinto sobrehumano
que de raro inventor tu pecho encierra,
no te le ha dado el padre Apolo en vano.
Tus obras los rincones de la tierra,
(llevándolas en grupa Rocinante)
descubren, y a la envidia mueven guerra.
Pasa, raro inventor, pasa adelante
con tu sotil disinio, y presta ayuda
a Apolo ; que la tuya es importante,
antes que el escuadrón vulgar acuda
de más de veinte mil sietemesinos
poetas, que de serlo están en duda.
Llenas van ya las sendas y caminos
desta canalla inútil contra el Monte,
que aun de estar a su sombra no son dinos.
Ármate de tus versos luego, y ponte
a punto de seguir este viaje
conmigo, y a la gran obra disponte.
Conmigo segurísimo pasaje
tendrás, sin que te empaches, ni procures
lo que suelen llamar matalotaje.
Y porque esta verdad que digo apures,
entra conmigo en mi galera, y mira
cosas con que te asombres y asegures. —
Yo, aunque pensé que todo era mentira,
entré con él en la galera hermosa,
y vi lo que pensar en ello admira.
De la quilla a la gavia, ¡oh, extraña cosa!,
toda de versos era fabricada,
sin que se entremetiese alguna prosa.
Las ballesteras eran de ensalada
de glosas, todas hechas a la boda
de la que se llamó Malmaridada.
Era la chusma de romances toda,
gente atrevida, empero necesaria,
pues a todas acciones se acomoda.
La popa de materia extraordinaria,
bastarda, y de legítimos sonetos,
de labor peregrina en todo, y varia.
Eran dos valentísimos tercetos
los espalderes de la izquierda y diestra,
para dar boga larga muy perfetos.

Hecha ser la crujía se me muestra
de una luenga y tristísima elegía,
que no en cantar, sino en llorar es diestra.
Por ésta entiendo yo que se diría
lo que suele decirse a un desdichado,
cuando lo pasa mal: « Pasó crujía ».
El árbol, hasta el cielo levantado
de una canción prolija, estaba
de canto de seis dedos embreado.
Él y la antena que por él cruzaba,
de duros estrambotes, la madera
de que eran hechos claro se mostraba.
La racamenta, que es siempre parlera,
toda la componían redondillas,
con que ella se mostraba más ligera.
Las jarcias parecían seguidillas
de disparates mil y más compuestas,
que suelen en el alma hacer cosquillas.
Las rumbadas, fortísimas y honestas
estancias, eran tablas poderosas,
que llevan un poema y otro a cuestas.
Era cosa de ver las bulliciosas
banderillas que al aire tremolaban,
de varias rimas algo licenciosas.
Los grumetes, que aquí y allí cruzaban,
de encadenados versos parecían,
puesto que como libres trabajaban.
Todas las obras muertas componían
o versos sueltos o sextinas graves,
que a la galera más gallarda hacían.
En fin, con modos blandos y suaves,
viendo Mercurio que yo visto había
el bajel, que es razón, letor, que alabes,
junto a mí se sentó, y su voz envía
a mis oídos en razones claras
y llenas de suavísima armonía,
diciendo: — Entre las cosas que son raras
y nuevas en el mundo y peregrinas,
verás, si en ello adviertes y reparas,
que es una este bajel de las más dinas
de admiración, que llegue a ser espanto
a naciones remotas y vecinas.
No le formaron máquinas de encanto,
sino el ingenio del divino Apolo,
que puede, quiere, y llega y sube a tanto.
Formóle, ¡oh nuevo caso!, para sólo
que yo llevase en él cuantos poetas
hay desde al claro Tajo hasta Pactolo.

Mercurio entrega una lista de poetas, sobre los que va exponiendo el escritor su opinión, de más carácter subjetivo que de índole objetiva y desapasionada; he aquí algunos de estos juicios:

Estotro que sus versos encarama
sobre los mismos hombros de Calisto,
tan celebrado siempre de la fama,

es aquel agradable, aquel bienquisto,
aquel agudo, aquel sonoro y grave
sobre cuantos poetas Febo ha visto:
aquel que tiene de escribir la llave
con gracia y agudeza en tanto extremo,
que su igual en el orbe no se sabe;
es DON LUIS DE GÓNGORA, a quien temo
agraviar en mis cortas alabanzas,
aunque las suba al grado más supremo.
¡Oh, tú, divino espíritu, que alcanzas
ya el premio merecido a tus deseos,
y a tus bien colocadas esperanzas!
Ya en nuevos y justísimos empleos,
divino HERRERA, tu caudal se aplica,
aspirando del cielo a los trofeos.
Ya de tu hermosa luz, y clara, y rica,
el bello resplandor miras seguro
en la que la alma tuya beatifica,
y arrimada tu hiedra al fuerte muro
de la inmortalidad, no estimas cuanto
mora en las sombras deste mundo escuro.
Y tú, DON JUAN DE JÁUREGUI, que a tanto
el sabio curso de tu pluma aspira,
que sobre las esferas le levanto,
aunque Lucano por tu voz respira,
déjale un rato, y con piadosos ojos
a la necesidad de Apolo mira;
que te están esperando mil despojos
de otros mil atrevidos, que procuran
fértiles campos ser, siendo rastrojos.

. . . . . .

— Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO
Venir — dije yo entonces; y él me dijo:
— Pues partirme sin él de aquí no puedo.
Ése es hijo de Apolo, ése es hijo
de Calíope musa; no podemos
irnos sin él, y en esto estaré fijo.
Es el flagelo de poetas memos,
y echará a puntillazos del Parnaso
los malos que esperamos y tememos.
— ¡Oh, señor — repliqué — que tiene el paso
corto, y no llegará en un siglo entero!
— Deso, dijo Mercurio, no hago caso;
que el poeta que fuere caballero,
sobre una nube entre pardilla y clara
vendrá muy a su gusto caballero.
— Y el que no — pregunté — ¿qué le prepara
Apolo? ¿Qué carrozas, o qué nubes?
¿Qué dromerio [1], o alfana en paso rara?
— Mucho — me respondió —, mucho te subes
en tus preguntas; calla y obedece.
— Sí haré, pues no es infando lo que jubes. —

[1] Debe interpretarse esta forma como una licencia tomada por Cervantes, sincopando la palabra *dromedario*.

Esto le respondí, y él me parece
que se turbó algún tanto ; y en un punto
el mar se turba, el viento sopla y crece.
Mi rostro entonces, como el de un difunto
se debió de poner, y sí haría ;
que soy medroso a lo que yo barrunto.
Vi la noche mezclarse con el día,
las arenas del hondo mar alzarse
a la región del aire, entonces fría.
Todos los elementos vi turbarse,
la tierra, el agua, el aire, y aun el fuego
vi entre rompidas nubes azorarse.
Y en medio deste gran desasosiego
llovían nubes de poetas llenas
sobre el bajel, que se anegara luego,
si no acudieran más de mil sirenas
a dar de azotes a la gran borrasca,
que hacia el saltarel por las antenas.

. . . . . .

Mandóme el del aligero calzado,
que me aprestase y fuese luego a tierra
a dar a los LUPERCIOS un recado,
en que les diese cuenta de la guerra
temida, y que a venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al ¡cierra, cierra!
— Señor — le respondí —, si acaso hubiese
otro que la embajada les llevase,
que más grato a los dos hermanos fuese,
que yo no soy, sé bien que negociase
mejor. — Dijo Mercurio : — No te entiendo,
y has de ir antes que el tiempo más se pase.
— Que no me han de escuchar estoy temiendo —,
le repliqué — y así el ir yo no importa,
puesto que en todo obedecer pretendo.
Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
que tienen para mí, a lo que imagino,
la voluntad, como la vista corta ;
que si esto así no fuera, este camino
con tan pobre recámara no hiciera,
ni diera en un tan hondo desatino ;
pues si alguna promesa se cumpliera
de aquellas muchas, que al partir me hicieron,
lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron,
mas podrá ser que ocupaciones nuevas
les obligue a olvidar lo que dijeron.
Muchos, señor, en la galera llevas,
que te podrán sacar el pie del lodo :
parte, y excusa de hacer más pruebas.
— Ninguno — dijo — me hable dese modo ;
que si me desembarco y los embisto,
voto a Dios, que me traiga al Conde, y todo.
Con estos dos famosos me enemisto,
que habiendo levantado a la poesía
al buen punto en que está, como se ha visto,

quieren con perezosa tiranía
alzarse, como dicen, a su mano
con la ciencia que a ser divinos guía.
¡Por el solio de Apolo soberano,
juro... y no digo más! — Y ardiendo en ira
se echó a las barbas una y otra mano.

Entre tantos comentarios, no falta el exclusivamente personal, de gran interés como siempre que habla Cervantes de sí mismo:

Suele la indignación componer versos;
pero si el indignado es algún tonto,
ellos tendrán su todo de perversos.
De mí yo no sé más, sino que pronto
me hallé para decir en tercia rima
lo que no dijo el desterrado al Ponto.
Y así le dije a Delio: — No se estima,
Señor, del vulgo vano el que te sigue
y al árbol sacro del laurel se arrima.
La envidia y la ignorancia le persigue,
y, así, envidiado siempre y perseguido,
el bien que espera por jamás consigue.
Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa *Galatea*
salió, para librarse del olvido.
Soy por quien *la Confusa* nada fea
pareció en los teatros admirables,
si esto a su fama es justo se le crea.
Yo, con estilo en parte razonable,
he compuesto *Comedias*, que en su tiempo
tuvieron de lo grave y de lo afable.
Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohíno
en cualquiera sazón, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis *Novelas* un camino,
por do la lengua castellana puede
mostrar con propiedad un desatino.
Yo soy aquel que en la invención excede
a muchos; y al que falta en esta parte,
es fuerza que su fama falta quede.
Desde mis tiernos años amé el arte
dulce de la agradable poesía,
y en ella procuré siempre agradarte.
Nunca voló la pluma humilde mía
por la región satírica; bajeza
que a infames premios y desgracias guía.
Yo el soneto compuse que así empieza,
por honra principal de mis escritos:
Voto a Dios, que me espanta esta grandeza.
Yo he compuesto *Romances* infinitos,
y el de los *Celos* es aquel que estimo,
entre otros que los tengo por malditos.
Por esto me congojo y me lastimo
de verme solo en pie, sin que se aplique
árbol que me conceda algún arrimo.

Yo estoy, cual suelen, decir puesto a pique
para dar a la estampa al gran *Persiles*,
con que mi nombre y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos y sotiles,
dispuestos en sonetos de docena,
he honrado tres sugetos fregoniles.
También al par de *Filis* mi *Silena*
resonó por las selvas, que escucharon
más de una y otra alegre cantilena,
y en dulces varias rimas se llevaron
mis esperanzas los ligeros vientos,
que en ellos y en la arena se sembraron.
Tuve, tengo y tendré los pensamientos,
merced al cielo que a tal bien me inclina,
de toda adulación libres y exentos.
Nunca pongo los pies por do camina
la mentira, la fraude y el engaño,
de la santa virtud total ruina.
Con mi corta fortuna no me ensaño,
aunque por verme en pie, como me veo,
y en tal lugar, pondero así mi daño.
Con poco me contento, aunque deseo
mucho.

La lucha entre los poetas buenos y malos se hace encarnizada, y el poema termina con estos tercetos :

Un cierto mancebito cuellierguido,
En profesión poeta, y en el traje
A mil leguas por godo conocido,
Lleno de presunción y de coraje
Me dijo : — Bien sé yo, señor Cervantes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje.
Cargastes de poetas ignorantes,
Y dejástesme a mí, que ver deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.
Que caducáis sin duda alguna creo :
Creo, no digo bien : mejor diría
Que toco esta verdad, y que la veo. —
Otro, que al parecer, de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componía.
Me dijo, bravo, cual corrido toro :
— Nó sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.
— Así el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondí, y en este hecho
De ignorancia o malicia no me acuso. —
Fuíme con esto, y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho ;
Que cansa, cuando es larga, una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO

En prosa escribió más tarde el diálogo sostenido con el poeta Pancracio de Roncesvalles, portador de una carta de Apolo, con el sobrescrito: «A Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid». «Al porte: medio real, digo, diez y siete maravedís.» Este detalle sirve para una reflexión en la cual dice que: «en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas.»

La carta está fechada en el Parnaso a 22 de julio, «el día que me calzo las espuelas para subirme sobre la canícula» (1614). Y los privilegios dicen así:

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas como por la fama de sus versos.

Ítem, que si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento o averiguación alguna.

Ordénese que todo poeta sea de blanda y de suave condición, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Ítem, que si algún poeta llegare a casa de algún su amigo o conocido, y estuviere comiendo, y le convidare, que aunque él jure que ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza; que en tal caso no se le hará muy grande.

Ítem, que el más pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre a su dama como más le viniere a cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Fílida, o ya Juana Téllez, o como más gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razón alguna.

Ítem, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condición que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo, en razón del generoso ejercicio en que se ocupa, como son tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Ítem, se advierte que ningún poeta sea osado de escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intención y advertida voluntad, que la lisonja ni la adulación no atraviesen los umbrales de mi casa.

Ítem, que todo poeta cómico, que felizmente hubiere sacado a luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere la limosna de la segunda puerta; y aun ésta, si pudiese ser, la excuse.

Ítem, se advierte que si algún poeta quisiere dar a la estampa algún libro que él hubiere compuesto, no se dé a entender que por dirigirle a algún monarca, el tal libro ha de ser estimado; porque si él no es bueno, no le adobará la dirección, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Ítem, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.

Ítem, que todo buen poeta pueda disponer de mí y de lo que hay en el cielo a su beneplácito: conviene a saber: que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar a los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando menos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

Ítem, que todo poeta a quien sus versos le hubieren dado a entender que que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose a aquel refrán: Ruin sea el que por ruin se tiene.

Ítem, se ordena que ningún poeta grave haga corrillo en lugares públicos recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Atenas se habían de recitar, que no en las plazas.

Ítem, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: «Guardaos, niños, que viene el poeta fu-

lano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra o en el pozo Airón».

Ítem, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Ítem, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachín, valentón y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desagüe y vaya la fama que podía alcanzar por sus buenos versos.

Ítem, se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algún verso ajeno, y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera; que en tal caso tan ladrón es como Caco.

Ítem, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heroico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueroa, el capitán Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

Ítem, se da aviso que si algún poeta fuere favorecido de algún príncipe, ni le visite a menudo, ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar a un poeta, por sabandija que sea».

OBRAS DRAMÁTICAS

Si es difícil recoger sintéticamente las obras cervantinas, la dificultad de condensar, en pocas páginas, las dramáticas, crece de punto; los elementos autobiográficos, los recuerdos de otros tiempos son abundantes, si bien resultan, a veces, dudosos o imprecisos; los fragmentos en los que el escritor logra sus mejores aciertos de versificación, son numerosos, y han servido para las ocasiones en que se ha querido demostrar que Cervantes tenía sus dotes de poeta; empero, los desmayos son más constantes y sensibles. Y si la crítica vacila en las comedias, en los entremeses titubea mucho más, aunque en sentido contrario, pues las pinceladas en estas obrillas son magistrales en su casi totalidad. Nos limitaremos a dar las notas indispensables, para orientación rápida, de esta labor del Príncipe de los Ingenios Españoles, en la que distinguiremos tres épocas:

PRIMERA ÉPOCA

A) Los Tratos de Argel. *Don Fernando de Saavedra encarna al propio Cervantes, y en sus labios se pone un largo fragmento de la Epístola a Mateo Vázquez. Los amores de Aurelio y Silvia, de los cuales se han enamorado a su vez sus dueños Ahara e Yzuf, constituyen el núcleo fundamental de la comedia, exornada con episodios como el de los dos hermanitos cautivos, uno de los cuales reniega mientras el otro se mantiene vivo en la Fe, episodio que da ocasión a cuadros de color local como el siguiente:*

...entran mercaderes MOROS *primero y segundo;* PADRE *y* MADRE, *y dos* HIJOS *cautivos; un* PREGONERO; MAMÍ, *soldado corsario.*

MORO 1.°. En fin, Aydar, ¿qué, en Cerdeña
habéis hecho la galima?

MAMÍ. Sí; y aun no de poca estima,
según se vio en la reseña.

MORO 1.°. Dícennos que os dieron caza
de Nápoles las galeras.

MAMÍ. Sí dieron, mas no de veras;
que el peso las embaraza.
El ladrón que va a hurtar,
para no dar en el lazo,
ha de ir muy sin embarazo,
para huir, para alcanzar

Las galeras de cristianos,
sabed, si no lo sabéis,
que tienen falta de pies
y que no les sobran manos;
y esto lo causa que van
tan llenas de mercancías,
que, si bogasen dos días,
un pontón no tomarán.
Nosotros a la ligera,
listos, vivos como el fuego,
y, en dándonos caza, luego
pico al viento y ropa fuera,
árbol y antena en crujía;
y así hacemos nuestra vía
contra el viento, sin trabajo;
y el soldado más lucido,
el más flaco y más membrudo,
luego se muestra desnudo
y del bogavante asido.
Pero allá tiene la honra
el cristiano en tal extremo,
que, asir en un trance el remo,
le parece que es deshonra.
Y mientras ellos allá
en sus trece están honrados,
nosotros, dellos cargados,
venimos sin honra acá.

MORO 1.°. Esa honra y ese engaño
nunca salga de su pecho,
pues nuestro mayor provecho
nace de su propio daño.
Un mozo de poca edad
destos sendos comprar quiero.

MAMÍ. Ya los trae el pregonero
vendiendo por la ciudad.

MORO 1.°. ¿Hay españoles entre ellos?

MAMÍ. Sí hay; que también tomamos
una nave, y allí hallamos
hasta veinticuatro dellos.

Entra el PREGONERO, *con el* PADRE *y la* MADRE *y los dos muchachos y un niño de teta a los pechos.*

PAD. ¿Hay quién compre los perritos,
y el viejo, que es el perrazo,
y la vieja y su embarazo?
¡Pues a fe, que son bonitos!
Deste me dan ciento y dos;
déste doscientos me dan;
pero no los llevarán.
¡Pasá acá, perrazo, vos!

HIJO. ¿Qué es esto, madre? ¿Por dicha,
véndennos aquestos moros?

MAD. Sí, hijo; que sus tesoros
los crece nuestra desdicha.

PAD. ¿Hay quién a comprar acierte
el niño y la madre junto?

MAD. ¡Oh, amargo y terrible punto,
más terrible que la muerte!
PAD. Sosegad, señora, el pecho;
que, si mi Dios ha ordenado
ponernos en este estado,
Él sabe por qué lo ha hecho.
MAD. Destos hijos tengo pena,
que no sé por dónde han de ir.
PAD. Dejad, señora, cumplir
lo que el alto cielo ordena.
MORO 1.°. ¿Qué han de dar déste, decí?
PRE. Ciento y dos escudos dan.
MORO 1.°. ¿Por ciento y diez, darlo han?
PRE. No, si no pasáis de ahí.
MORO 1.°. ¿Está sano?
PRE. Sano está.
MORO. 1.°. Abre; no tengas temor.

(Abridísele la boca.)

HIJO. ¡No me la saque, señor;
que ella misma se caerá!
MORO 1.°. ¿Piensa que sacalle quiero
el rapaz, alguna muela?
HIJO. Paso, señor, no me duela;
tenga quedo, que me muero!
MORO 2.°. Destotro, ¿cuánto dan dél?
PRE. Docientos escudos dan.
MORO 2.°. Y ¿por cuánto le darán?
PRE. Trescientos piden por él.
MORO 2.°. Si te compro, ¿serás bueno?
HIJO. Aunque vos no me compréis,
seré bueno.
MORO 2.°. ¿Serlo heis?
HIJO. Ya lo soy, sin ser ajeno.
MORO 1.°. Por éste doy ciento y treinta.
PRE. Vuestro es; venga el dinero.
MORO 1.°. En casa dároslo quiero.
MAD. ¡El corazón me revienta!
MORO 1.°. Comprad, compañero, esotro.
Ven, niño, vente a holgar.
HIJO. No, señor; no he de dejar
mi madre por ir con otro.
MAD. Ve, hijo; que ya no eres
sino del que te ha comprado.
HIJO. ¡Ay madre! ¿Habéisme dejado?
MAD. ¡Ay, cielo, cuán crudo eres!
MORO 1.°. Anda, rapaz; ven conmigo.
HIJO. Vámonos juntos, hermano.
HER. No puedo, ni está en mi mano;
el cielo vaya contigo.
MAD. ¡Oh mi bien y mi alegría!
¡No se olvide de ti Dios!
HIJO. ¿Dónde me llevan sin vos,
padre mío y madre mía?
PAD. ¿Quieres que hable, señor,
a mi hijo aun no un momento

Dame este breve contento,
pues es eterno el dolor.

MORO 1.° Cuanto quisieres le di,
pues será la vez postrera.

PAD. Sí, pues ésta es la primera
que en este trance me vi.

HIJO. Tenedme con vos aquí,
madre; que voy no sé dónde.

MAD. La ventura se te esconde,
hijo, pues yo te parí.

PAD. Hase oscurecido el cielo,
turbado los elementos,
conjurado mar y vientos
todos en tu desconsuelo.
No conoces tu desdicha,
aunque está bien dentro della,
puesto que el no conocella
lo puedes tener a dicha.
Lo que te ruego, alma mía,
pues el verte se me impide,
es que nunca se te olvide
rezar el Ave María;
que esta Reina de bondad,
de virtud y gracia llena,
ha de limar tu cadena
y volver tu libertad.

MORO 1.° ¡Mirad la perra cristiana
qué consejo da al muchacho!
¡Sí, que no estaba él borracho
como tú, sin seso, vana!

HIJO. Madre, al fin, ¿que no me quedo?
¿Que me llevan estos moros?

MAD. Contigo van mis tesoros.

HIJO. A fe, que me ponen miedo.

MAD. Más miedo me queda a mí
de verte ir donde vas,
que nunca te acordarás
de Dios, de mí, ni de ti,
porque esos tus tiernos años,
¿qué prometen sino esto,
entre inicua gente puesto,
fabricadora de engaños...?

PRE. ¡Calla, vieja y mala pieza,
si no quieres, por más mengua,
que lo que dice tu lengua
que lo pague la cabeza!
¿Destotro hay quien me dé más?
Que es más bello y más lozano
que no es el otro su hermano.

MORO 2.° Sus, ¿en cuánto le darás?

PRE. ¿No os he dicho que trescientos
escudos por cuenta?

MORO 2.° ¿Quiés doscientos y cincuenta?

PRE. Es dar voces a los vientos.

MORO 2.° Enamorado me ha
el donaire del garzón.

Yo los doy, en conclusión.
PRE. Dinero o señal me da.
MORO 2.°. ¿Cómo te llamas, me di.
HIJO. Señor, Francisco me llamo.
MORO 2.°. Pues que has mudado de amo,
muda el Francisco en Mamí.
HIJO. ¿Para qué es mudar el nombre,
si no he de mudar la fe?
MORO 2.°. Eso agora no lo sé.
HIJO. No hay castigo que me asombre.
MORO 2.°. Alto, venidos tras mí.
HIJO. ¡Amados padres, adiós!
PAD. ¡El mismo vaya con vos!
MAD. ¡Francisco!
MORO 2.°. No, no; Mamí.
HIJO. Eso no, señor patrón;
Francisco me has de llamar.
MORO 2.°. El palo os hará trocar
el nombre y aun la intención...

B) El cerco de Numancia. *El patriotismo ha hecho triunfar esta tragedia, que tiene en su haber también lo espectacular. El poeta persigue una doble intención: a) épica, y b) lírica; pero ambas confluyen en la admiración que desea despertar hacia el sacrificio. Marandro se sacrifica por su amada Lira: marcha al campo enemigo para apoderarse del pan que mitigue el hambre de la joven:*

LIRA. ¿Qué es esto que ven mis ojos?
MARA. Lo que presto no verán,
según la priesa se dan
de acabarme mis enojos.
Ves aquí, Lira cumplida,
mis palabras y porfías
de que tú no morirías
mientras yo tuviera vida.
Y aun podré mejor decir
que presto vendrás a ver
que a ti te sobra el comer
y a mí me falta el vivir.
LIRA. ¿Qué dices, Marandro amado?
MARA. Lira, que acates la hambre
entretanto que la estambre
de mi vida corta el Hado;
pero mi sangre vertida
y con este pan mezclada
te ha de dar, mi dulce amada,
triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban
ochenta mil enemigos,
que cuestan de dos amigos
las vidas que más amaban.
Y porque lo entiendas cierto
y cuánto tu amor merezco,
ya yo, señora, perezco,
y Leonicio está ya muerto.
Mi voluntad sana y justa
recíbela con amor,

que es la comida mejor
y de que el alma más gusta.
Y pues en tormento y calma
siempre has sido mi señora,
¡recibe este cuerpo agora
como recibiste el alma!

Cáese muerto y recógele en las faldas o regazo Lira.

LIRA. ¡Marandro, dulce bien mío!
¿Qué sentís, o qué tenéis?
¿Cómo tan presto perdéis
vuestro acostumbrado brío?
Mas, ¡ay, triste sin ventura,
que ya está muerto mi esposo!
¡Oh, caso, el más lastimoso
que se vio en la desventura!
¿Qué os hizo, dulce amado,
con valor tan excelente,
enamorado y valiente,
y soldado desdichado?
Hiciste una salida,
esposo mío, de suerte,
que, por excusar mi muerte,
me habéis quitado la vida.
¡Oh, pan, de la sangre lleno
que por mí se derramó!
¡No te tengo en cuenta, no,
de pan, sino de veneno!
No te llegaré a mi boca
por poderme sustentar,
si no es para besar
esta sangre que te toca!

Entra un muchacho, hermano de Lira, hablando desmayadamente.

MUCH. Lira hermana, ya expiró
mi madre, y mi padre está
en términos, que ya ya
morirá, que muero yo:
la hambre le ha acabado.
Hermana mía, ¿pan tienes?
¡Oh, pan, y cuán tarde vienes
que no hay ya pasar bocado!
Tiene la hambre apretada
mi garganta en tal manera,
que, aunque este pan agua fuera,
no pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
que, por más crecer mi afán,
veo que me sobra el pan
cuando me falta la vida.

Cáese muerto.

LIRA. ¿Expiraste, hermano amado?
¡Ni aliento ni vida tiene!
Bueno es el mal cuando viene
sin venir acompañado.

Fortuna, ¿por qué me aquejas
con un daño y otro junto,
y por qué en un solo punto
huérfana y viuda me dejas?
¡Oh, duro escuadrón romano!
¡Cómo me tiene tu espada
de dos muertos rodeada:
uno esposo y otro hermano!
¿A cuál volveré la cara
en este trance importuno,
si en la vida, cada uno,
fue prenda del alma cara?
Dulce esposo, hermano tierno,
yo os igualaré en quereros,
porque pienso presto veros
en el cielo o el infierno.
En el modo de morir
a entrambos he de imitar,
porque el hiero ha de acabar
y la hambre mi vivir.
Primero daré a mi pecho
una daga que este pan:
que a quien vive con afán,
es la muerte de provecho.
¿Qué aguardo? ¡Cobarde estoy!
Brazo, ¿ya os habéis turbado?
Dulce esposo, hermano amado,
esperadme, que ya voy!

. . . . . .

Épico es el sacrificio de Teógenes, símbolo del heroismo numantino:

TEÓG. Sangre de mis entrañas derramada,
pues sois aquella de los hijos míos;
mano, contra ti misma acelerada,
llena de honrosos y crueles bríos;
fortuna en daño mío conjurada;
cielos de justa piedad vacíos:
ofrecedme en tan dura, amarga suerte,
alguna honrosa, aunque cercana muerte.
Valientes numantinos, haced cuenta
que yo soy algún pérfido romano,
y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
ensangrentando en él espada y mano.
Una de estas espadas os presenta
mi airada furia y mi dolor insano:
que, muriendo en batalla, no se siente
tanto el rigor del último accidente.
El que provare del vital sosiego
al otro, por señal de beneficio,
entregue el desdichado cuerpo al fuego,
que éste será bien piadoso oficio.
Venid, ¿qué os detenéis? Acudid luego;
haced ya de mi vida sacrificio,
y esta terneza que tenéis de amigos,
volved en rabia y furia de enemigos.

Sale un numantino y dice :

NUM. ¿A quién, fuerte Teógenes, invocas?
¿Qué nuevo modo de morir procuras?
¿Para qué nos incitas y provocas
a tantas desiguales desventuras?

TEOG. Valiente numantino, si no apocas
con el miedo tus bravas fuerzas duras,
toma esta espada y mátate conmigo,
así como si fuese tu enemigo :
que esta manera de morir me place
en este trance más que en otra alguna.

NUM. También a mí me agrada y satisface,
pues que lo quiere así nuestra fortuna ;
mas vamos a la plaza adonde yace
la hoguera a nuestras vidas importuna,
porque el que allí venciere pueda luego
entregar al vencido al duro fuego.

TEÓG. Bien dices ; y camina, que se tarda
el tiempo de morir como deseo.
¡Hora me mate el hierro, el fuego me arda,
que gloria y honra en cualquier muerte veo!

SEGUNDA ÉPOCA

No es de este lugar la determinación de las características de las obras de esta época con relación a las dos siguientes : baste decir que todas ellas tienen una temática de cautiverio, que las enlaza con Los Tratos de Argel.

A) El gallardo español. *Resulta la más imprecisa del grupo : en esta comedia se cifra el interés en una anécdota amorosa en la que se ve envuelto un valiente español llamado Fernando de Saavedra, cuyo heroísmo hiperbólico, le convierte en personaje de pura imaginación que escapa a todo atisbo autobiográfico. Detalles como la intervención de Buitrago — de indudable inspiración real — explica el final de la obra :*

...llega el tiempo
de dar fin a esta comedia,
cuyo principal intento
ha sido mezclar verdades,
con fabulosos inventos.

En esta obra interviene doña Margarita, la cual, vestida de hombre, busca a su amado don Fernando, a quien encuentra entre los moros, como consecuencia de un reto de Alimuz, incitado por Arlaja, enamorada a su vez del héroe español, al que desea conocer. La aparente traición de Saavedra, al pasar al campo enemigo, se resuelve al final, cuando decide la batalla en favor de los españoles.

B) Los baños de Argel. *Enlazada muy íntimamente con la primera de las comedias de que hemos tratado, ofrece una serie de escenas conocidas de visu por el escritor, y muchas de ellas vividas personalmente. Los amores entre Zahara y don Lope forman el núcleo central de esta producción, historieta tan del gusto del complutense que la repitió en la novela de* El cautivo, *integrada en el* Quijote. *Paralelamente se desarrollan los amores de don Fernando y Constanza, de quienes están enamorados sus amos Halima y Cauralí, juego semejante al que figura en* El Trato de Argel *entre Aurelio y Silvia, Zara e Yzuf. A esto se agrega la humorística intervención del Sacristán, que logra el rescate a costa de unos judíos a quienes hace varias tretas, y la dramática de los dos hermanitos que se conservan en la Fe, y uno de ellos sufre el martirio en cruz. El poeta aclara al final :*

No de la imaginación
este trato se sacó,
que la verdad lo fraguó
bien lejos de la ficción.

Dura en Argel este cuento
de amor y dulce memoria,
y es bien que verdad e historia
alegre el entendimiento.
Y aún hoy se hallarán en él
la ventana y el jardín.

Todo lo cual está confirmado por la crítica moderna.

C) La gran sultana. *Sobre algunos detalles históricos, se alza una anécdota imaginada. Doña Catalina de Oviedo, sin dejar de ser cristiana, casa con el Sultán, circunstancia que coloca a la española en situaciones angustiosas de conciencia, las cuales inspiran sonetos como el que, con frecuencia, se cita como uno de los mejores aciertos cervantinos :*

A ti me vuelvo, gran Señor, que alzaste,
a costa de tu sangre y de tu vida,
la mísera de Adán, primer caída,
y, adonde él nos perdió, tú nos cobraste ;
a ti, Pastor bendito, que buscaste
de las cien ovejuelas la perdida,
y, hallándola del lobo perseguida,
sobre tus hombros santos te la echaste.
A ti me vuelvo en mi afición amarga
y a ti toca, Señor, el darme ayuda,
que soy cordera de tu aprisco ausente,
y temo que, a carrera corta o larga,
cuando a mi daño tu favor no acuda,
me ha de alcanzar esta infernal serpiente.

La intervención de Madrigal revela el humorismo cervantino y la opinión que tenía de quienes le habían quitado la libertad, pues los presenta crédulos hasta la necedad ante las argucias de aquel que les asegura conoce el lenguaje de los animales y los hará hablar. Entre los episodios se destaca el de los dos amantes que son llevados al harén del Sultán, vestido él con traje femenino, creyendo alcanzar con él la libertad, y cayendo en el peligro de la predilección que por él muestra el musulmán, pero logra ser perdonado por la intervención de la Gran Sultana.

Tercera época

En el último período de su actividad dramática, interpoló Cervantes textos anteriores, remozando las versiones primeras, y aun forjó algún nuevo original. Las obras de este período utilizan fuentes literarias, abandonando los recuerdos del cautiverio argelino.

A) La casa de los celos. *Basado en los poemas de Boyardo y Ariosto, escribió el dramaturgo esta comedia, en la que figuran Roldán y Reinaldos, así como Bernardo del Carpio, sin que sirva este personaje para alguna expresión patriótica. Cervantes debió de tener en buena estima esta producción, porque reprodujo en el* Quijote *dos sonetos que constan en ella y son los que empiezan : « En el silencio de la noche, cuando »... y « O le falta al amor conocimiento »..*

B) El laberinto de amor. *Nacida de iguales fuentes que la anterior, recoge la leyenda de la calumnia lanzada contra la mujer hermosa, a quien parece que no va a defender nadie. Los amores de Julia y Porcia complican la acción con los cambios de trajes que ambas jóvenes realizan con objeto de conseguir sus fines. Cuando mayor es la aparente acumulación de desgracias, todo se resuelve satisfactoriamente, como indica el Duque al decir :*

Entremos en la ciudad,
donde despacio sabremos
destos no vistos extremos
toda la puntualidad,
y allí se harán regocijos
y desposorios honrosos
de los seis tan venturosos,
que ya los tengo por hijos.

C) El rufián dichoso. *Repetidas veces insiste Cervantes en lo histó-*

rico de cuanto escribe en esta comedia, cuyo protagonista, mezclado entre el hampa sevillana, pero devoto en el fondo, reacciona al trasladarse a Méjico; profesa en religión y acaba en olor de santidad. Detalles de su vida de rufián, anuncian ya, esta condición santa que después ha de tener. Ante la dama enamorada de él, se conduce según esta escena:

Entra en este instante una DAMA, *con el manto hasta la mitad del rostro.*

DAMA. Una palabra, galán,
LUG. Ve con Dios, y quizá iré
si estás cierto que allá van.
LAG. Digo que van; yo lo sé,
y sé que te aguardarán.

Éntrase Lagartija.

DAMA. Arrastrada de un deseo
sin provecho resistido,
a hurto de mi marido,
delante de vos me veo.
Lo que este manto os encubre
mirad, y después veréis.

Mírala por debajo del manto.

Si es razón que remediéis
lo que la lengua os descubre.
¿Conocéisme?
LUG. Demasiado.
DAMA. En eso veréis la fuerza
que me incita y aun me fuerza
a ponerme en este estado;
mas, porque no estéis en calma
pensando a qué es mi venida,
digo que a daros mi vida
con la voluntad del alma.
Vuestra rara valentía
y vuestro despejo, han hecho
tanta impresión en mi pecho,
que pienso en vos noche y día.
Quitame este pensamiento
pensar en mi calidad,
y al gusto la voluntad
da libre consentimiento;
y así, sin guardar decoro
a quien soy en ningún modo,
habré de decirlo todo;
saber, Lugo, que os adoro.
No fea, y muy rica soy;
sabré dar, sabré querer,
y esto lo echaréis de ver
por este trance en que estoy:
que la mujer ya rendida,
aunque es toda mezquindad,
muestra liberalidad
con el dueño de su vida.
En la tuya o en mi casa,
de mí y de mi hacienda puedes

prometerte, no mercedes,
sino servicios sin tasa;
y, pues miedo no te alcanza,
no te le dé mi marido,
que el engaño siempre ha sido
parcial de la confianza.
No llegan de los recelos,
porque los tiene discretos,
a hacer los tristes efectos
que suelen hacer los celos;
y porque nunca ocasión
de tenerlos yo le he dado,
le juzgo por engañado
a nuestra satisfacción.
¿Para qué arrugas la frente
y alzas las cejas? ¿Qué es esto?

LUG. En admiración me ha puesto
tu deseo impertinente.
Pudieras, ya que querías
satisfacer tu mal gusto,
buscar un sujeto al justo
de tus grandes bizarrías;
pudieras, como entre peras,
escoger en la ciudad
quien diera a tu voluntad
satisfacción con más veras;
y así tuviera disculpa
con la alteza del empleo
tu mal nacido deseo,
que en mi bajeza te culpa.
Yo soy un pobre criado
de un inquisidor, cual sabes,
de caudal, que está sin llaves,
entre libros abreviado;
vivo a lo de Dios es Cristo,
sin estrechar el deseo,
y siempre traigo el baldeo
como sacabuche listo;
ocúpome en bajas cosas,
y en todas soy tan terrible,
que el acudir no es posible
a las que son amorosas;
a lo menos a las altas,
como en las que en ti señalas:
que son de cuervo mis alas.

DAMA. No te pintes con más faltas,
porque en mi imaginación
te tiene amor retratado
del modo que tú has contado,
pero con más perfección.
No pido hagas quimeras
de ti mismo; sólo pido
deseo bien comedido,
que, pues te quiero, me quieras.
Pero, ¡ay de mí, desdichada!
¡Mi marido! ¿Qué haré?

Tiemblo y temo, aunque bien sé
que vengo bien disfrazada.

Entra su marido.

LUG. Sosegaos, no os desviéis,
que no os ha de descubrir.
DAMA. Aunque me quisiera ir,
no puedo mover los pies.
MAR. Señor Lugo, ¿qué hay de nuevo?
LUG. Cierta cosa que contaros,
que me obligaba a buscaros.
DAMA. Irme quiero, y no me atrevo.

(Aparte.)

MAR. Aquí me tenéis, mirad
lo que tenéis que decirme.
DAMA. Harto mejor fuera irme.
LUG. Llegaos aquí, y escuchad.
La hermosura que dar quiso
el cielo a vuestra mujer,
con que la vino a hacer
en la tierra un paraiso,
ha encendido de manera
de un mancebo el corazón,
que le tiene hecho carbón
de la amorosa hoguera.
es rico y es poderoso,
y atrevido de tal modo,
que atropella y rompe todo
lo que es más dificultoso.
No quiere usar de los medios
de ofrecer ni de rogar,
porque, en su mal, quiere usar
de otros más breves remedios.
Dice que la honestidad
de vuestra consorte es tanta,
que le admira y que le espanta
tanto como la beldad.
Por jamás le ha descubierto
su lascivo pensamiento:
que queda su atrevimiento,
ante su recato, muerto.
MAR. ¿Es hombre que entra en mi casa?
LUG. Róndala, mas no entra en ella.
MAR. Quien casa con mujer bella,
de su honra se descasa,
si no lo remedia el cielo.
DAMA. ¿Qué es lo que tratan los dos?

(Aparte siempre.)

¿Si es de mí? ¡Válgame Dios
de cuántos males recelo!
LUG. Digo, en fin, que es tal el fuego
que a este amante abrasa y fuerza
que quiere usar de la fuerza
en cambio y lugar del ruego.
Robar quiere a vuestra esposa,
ayudado de otra gente

como yo, desta valiente,
atrevida y licenciosa.
Hame dado cuenta dello,
así como principal
desta canalla mortal.
que en hacer mal hecha el sello.
Yo, aunque soy mozo arriscado,
de los de campo través,
ni mato por interés,
ni de ruindades me agrado
De ayudarlo he prometido
con intento de avisaros:
que es fácil el repararos,
estando así prevenido.

MAR. ¿Soy hombre yo de amenazas?
Tengo valor, ciño espada.

LUG. No hay valor que pueda nada
contra las traidoras trazas.

MAR. En fin, ¿mi consorte ignora
todo este cuento?

LUG. Así ella
os ofende, como aquella
cubierta y buena señora.
Por el cielo santo os juro
que no sabe nada desto.

MAR. De ausentarla estoy dispuesto

LUG. Eso es lo que yo procuro.

MAR. Yo la pondré donde el viento
apenas pueda tocalla.

LUG. En el recato se halla
buen fin del dudoso intento.
Retiradla, que la ausencia
hace, pasando los días,
volver las entrañas frías
que abrasaba la presencia;
y nunca en poca edad
tiene firme asiento amor,
y siempre el mozo amador
huye la dificultad.

MAR. El aviso os agradezco,
señor Lugo, y algún día
sabréis de mi cortesía
si vuestra amistad merezco.
El nombre saber quisiera
de ese galán que me acosa

LUG. Eso es pedirme una cosa
que de quien soy no se espera.
Basta que vais avisado
de lo que más os conviene,
y este negocio no tiene
más de lo que os he contado.
Vuestra consorte, inocente
está de todo este hecho;
vos, con esto satisfecho,
haced como hombre prudente.

MAR. Casa fuerte y heredad

tengo en no pequeña aldea,
y llaves, que harán que sea
grande la dificultad
que se oponga al mal intento
dese atrevido mancebo.
Quedaos, que en el alma llevo
más de un vario pensamiento.

Vase el marido.

DAMA. Entre los dientes yo estaba
el alma para dejarme;
quise, y no pude mudarme,
aunque más lo procuraba.
¡Mucho esfuerzo ha menester
quien, con traidora conciencia,
no se alborota en presencia
de aquél que quiere ofender!

LUG. Y más si la ofensa es hecha
de la mujer al marido.

DAMA. El nublado ya se ha ido;
hazme agora satisfecha,
contándome qué querías
a mi esclavo y mi señor.

LUG. Hanme hecho corredor
de no sé qué mercancías.
Díjele, si las quería,
que fuésemos luego a vellas.

DAMA. ¿De qué calidad son ellas?

LUG. De la de mayor cuantía.
que le importa, estoy pensando,
comprallas, honor y hacienda.

DAMA. ¿Cómo haré yo que él entienda
esa importancia?

LUG. Callando.
Calla y vete, y así harás
muy segura su ganancia.

DAMA. Pues ¿qué traza de importancia
en lo de gozarnos das?

LUG. Ninguna que sea de gusto;
por hoy, a lo menos.

DAMA. ¿Pues
cuándo la darás, si es
que gustas de lo que gusto?

LUG. Yo haré por verme contigo.
Vete en paz.

DAMA. Con ella queda,
y el amor contigo pueda
todo aquello que conmigo.

LUG. Como de rayo del cielo,
como en el mar de tormenta,
como de improviso afrenta,
y terremoto del suelo;
como de fiera indignada,
del vulgo insolente y libre,
pediré a Dios que me libre
de mujer determinada.

Encargado de convencer a una gran pecadora moribunda para que confiese, le ofrece sus buenas obras, quedándose para él todas las culpas de la impenitente, llenándose de llagas y siendo asombro de todo el mundo. En esta obra se introduce una escena al principio de la segunda jornada, en la que actúan la Curiosidad y la Comedia, y en la que se expone una teoría dramática contraria a la seguida hasta entonces por el escritor de Alcalá, y se acerca al sistema de Lope.

D) La Entretenida. *Al final se declara :*

Esto en este cuento pasa :
los unos por no querer,
los otros por no poder,
al fin ninguno se casa.
Desta verdad conocida
pido me den testimonio :
que acaba sin matrimonio
la comedia Entretenida.

Dos acciones se desarrollan en esta producción : una referente a los amores de don Antonio, Cardenio, don Ambrosio y don Silvestre, con la inocente complicación de llamarse Marcela las dos amadas, y el no menos inocente ardid de fingirse Cardenio el pariente que viene de América. Lo poco atrayente de esta acción se compensa con la gracia entremesil de los amores de la fregona Cristina, con Ocaña, Torrente y Quiñones. Ella dice el romancillo :

¡Tristes de las mozas
a quien trujo el cielo
por casas ajenas
a servir a dueños,
que, entre mil, no salen
cuatro apenas buenos,
que los más son torpes
y de antojos feos!
¿Pues qué si la triste
acierta a dar celos
al ama, que piensa
que le hace tuerto?
Ajenas ofensas
pagan sus cabellos,
oyen sus oídos
siempre vituperios,
parece la casa
un confuso infierno :
que los celos siempre
fueron vocingleros.
La tierna fregona,
con silencio y miedo,
pasa sus desdichas,
malogra requiebros,
porque jamás llega
a felice puerto
su cargada nave
de malos empleos.
Pero, ya que falte
este detrimento,
sobran los del ama,
que no tienen cuento :
« Ven acá, suciona :
¿dónde está el pañuelo?
La escoba te hurtaron
y un plato pequeño.
Buen salario ganas ;
dél pagarme pienso,
porque despabiles
los ojos y el seso.
Vas, y nunca vuelves,
y tienes bureo
con Sancho en la calle,
con Mingo y con Pedro.
Eres en fin, pu..,
El ta diré quedo,
porque de cristiana
sabes que me precio ».
Otra vez repito,
con cansado aliento,
con lágrimas tristes
y suspiros tiernos :
¡Triste de la moza
a quien trujo el cielo
por casas ajenas!

A esta comedia pertenece también el soneto con estrambote dedicado a la Esperanza, erróneamente interpretado como dirigido a la Virgen, hasta hace pocos años en que se advirtió la equivocación :

Por ti, Virgen hermosa, esparce ufano,
contra el rigor con que amenaza el cielo,
entre los surcos del labrado suelo,
el pobre labrador el rico grano.
Por ti surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño a vuelo ;

y en el rigor del sol como del hielo,
pisa alegre el soldado el risco y llano.
Por ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega,
se cobra y se promete la vitoria.
Por ti, báculo fuerte de la vida,
tal vez se aspira a lo imposible, y llega
el deseo a las puertas de la gloria.
¡Oh, esperanza notoria,
amiga de alentar los desmayados,
aunque estén en miseria sepultados!

E) Pedro de Urdemalas. *Probablemente es ésta la última comedia que escribió Cervantes. La flexibilidad del protagonista convenía bien con la invención cervantina, aunque muchos episodios recuerden otras producciones del Príncipe de nuestros Ingenios, como las justicias del alcalde Martín Crespo. Las leyendas de la noche de San Juan inspiran algunos episodios. Pedro se incorpora a unos gitanos, y la historia de Belica recuerda un tanto la de la Gitanilla; luego se viste de ermitaño; más tarde de estudiante, y al fin se hace cómico, lo que da pretexto para que exponga las condiciones que han de tener los representantes:*

Sé todo aquello que cabe
en un general farsante.
Sé todos los requisitos
que un farsante ha de tener
para serlo, que han de ser
tan raros como infinitos.
De gran memoria, primero;
segundo, de suelta lengua;
y que no padezca mengua
de galas es lo tercero.
Buen talle no le perdono,
si es que ha de hacer los galanes;
no afectado en ademanes,
ni ha de recitar con tono.
Con descuido cuidadoso,
grave anciano, joven presto,
enamorado compuesto,
con rabia si está celoso.
Ha de recitar de modo,
con tanta industria y cordura,
que se vuelva en la figura
que hace de todo en todo.
A los versos ha de dar
valor con su lengua experta,
y a la fábula, que es muerta,
ha de hacer resucitar.
Ha de sacar con espanto
las lágrimas de la risa,
y hacer que vuelvan con prisa
otra vez al triste llanto.
Ha de hacer que aquel semblante
que él mostrare, todo oyente
le muestre, y será excelente
si hace aquesto el recitante.

Al final insiste Cervantes en las críticas que siempre lanzó contra los poetas cómicos de su tiempo:

Ya ven vuesas mercedes que los reyes
aguardan allá dentro, y no es posible
entrar todos a ver la gran comedia
que mi autor representa, que alabardas
y lancinetes y frinfón impiden
la entrada a toda gente mosquetera
Mañana, en el teatro, se hará una,
donde, por poco precio, verán todos
desde principio al fin toda la traza,
y verán que no acaba en casamiento,
cosa común y vista cien mil veces,
ni que parió la dama esta jornada,
y en otra tiene el niño ya sus barbas,
y es valiente y feroz, y mata y hiende,
y venga de sus padres cierta injuria,
y al fin viene a ser rey de un cierto reino
que no hay cosmografía que le muestre.
Destas impertinencias y otras tales
ofreció la comedia libre y suelta,
pues llena de artificio, industria y galas
se cela del gran Pedro de Urdemalas.

ENTREMESES

Ante la imposibilidad de establecer el orden cronológico de estas producciones, las expondremos según el en que están insertas en el tomo de Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados, *impreso en 1615.*

A) El juez de los divorcios. *Ante dicho juez se presentan tres matrimonios pidiendo decrete la separación, a los cuales declara dicha autoridad que recibe a prueba. Al fin entra un Músico.*

MÚS. Señor juez, aquellos dos casados tan desavenidos que vuesa merced concertó, redujo y apaciguó el otro día, están esperando a vuesa merced con una gran fiesta en su casa; y por nosotros le envían a suplicar sea servido de hallarse en ella y honrallos.

JUEZ. Eso haré yo de muy buena gana, y pluguiese a Dios que todos los presentes se apaciguasen como ellos.

PROC. Desa manera, moriríamos de hambre los escribanos y procuradores desta audiencia; que no, no, sino todo el mundo ponga demandas de divorcios; que al cabo, al cabo, los más se quedan como estaban, y nosotros habemos gozado del fruto de sus pendencias y necedades.

MÚS. Pues en verdad que desde aquí hemos de ir regocijando la fiesta.

B) El rufián viudo, llamado Trampagos. *Cuando todos llegan condoliéndose de la muerte de la Pericona, y Trampagos hace el panegírico de la muerta, dice el rufián Juan Claros:*

Yo soy de parecer que el gran Trampagos
Ponga silencio a su contino llanto
Y vuelva al *sicut erat in principio,*
Digo a sus olvidadas alegrías;
Y tome prenda que las suyas quite,
Que es bien que el vivo vaya a la hogaza,
Como el muerto se va a la sepultura.

Aspiran a consolar al triste la Repulida, la Pizpita y la Mostrenca, llevando la victoria la primera de ellas. Termina el entremés con el baile del nuevo Escarramán.

C) La elección de los alcaldes de Daganzo. *Tema de gusto cervantino, presentado en distintas obras, incluso el* Quijote. *Se trata de las garantías necesarias para que las autoridades actúen con justicia, y propone el fiscal Algarroba:*

Digo
Que, pues se hace examen de barberos,
De herradores, de sastres, y se hace
De cirujanos y otras zarandajas,
También se examinasen para alcaldes,
Y, al que se hallase suficiente y hábil
Para tal menester, que se le diese
Carta de examen, con la cual podría
El tal examinado remediarse;
Porque de lata en una blanca caja
La carta acomodando merecida,
A tal pueblo podrá llegar el pobre,
Que le pesen a oro; que hay hogaño
Carestía de alcaldes de caletre
En lugares pequeños casi siempre.

Se procede al examen, y dicen:

BACH. ¿Sabéis leer, Humillos?
HUM. No, por cierto,
Ni tal se probará que en mi linaje
Haya persona tan de poco asiento,
Que se ponga a aprender esas quimeras
Que llevan a los hombres al brasero,
Y a las mujeres, a la casa llana.
Leer no sé, mas sé otras cosas tales,
Que llevan al leer ventajas muchas.
BACH. Y ¿cuáles son?
HUM. Sé de memoria
Todas cuatro oraciones, y las rezo
Cada semana cuatro y cinco veces.
RANA. Y ¿con eso pensáis de ser alcalde?
HUM. Con esto, y con ser yo cristiano viejo,
Me atrevo a ser un senador romano.
BACH. Está muy bien. Jarrete diga agora
Qué es lo que sabe.
JARR. Yo, señor Pesuña,
Sé leer, aunque poco; deletreo,
Y ando en el *b-a-b-a* bien ha tres meses,
Y en cinco más daré con ello a un cabo;
Y, además desta ciencia que ya aprendo,
Sé calzar un arado bravamente,
Y herrar, casi en tres horas, cuatro pares
De novillos briosos y cerreros;
Soy sano de mis miembros, y no tengo
Sordez ni cataratas, tos ni reumas;
Y soy cristiano viejo como todos,
Y tiro con un arco como un Tulio.
ALGAR. ¡Raras habilidades para alcalde,
Necesarias y muchas!
BACH. Adelante.
¿Qué sabe Berrocal?
BERR. Tengo en la lengua
Toda mi habilidad, y en la garganta;
No hay mojón en el mundo que me llegue;
Sesenta y seis sabores estampados
Tengo en el paladar, todos vináticos.
ALGAR. Y ¿quiere ser alcalde?
BERR. Y lo requiero;
Pues, cuando estoy armado a lo de Baco,
Así se me aderezan los sentidos,
Que me parece a mí que en aquel punto
Podría prestar leyes a Licurgo
Y limpiarme con Bártulo.
PAND. ¡Pasito;
Que estamos en concejo!
BERR. No soy nada
Melindroso ni puerco; sólo digo
Que no se me malogre mi justicia,
Que echaré el bodegón por la ventana.
BACH. ¿Amenazas aquí? Por vida mía,
mi señor Berrocal, que valen poco.
¿Qué sabe Pedro Rana?

RANA. Como Rana,
habré de cantar mal ; pero, con todo,
diré mi condición, y no mi ingenio.
Yo, señores, si acaso fuese alcalde,
mi vara no sería tan delgada
como las que se usan de ordinario :
de una encina o de un roble la haría,
y gruesa de dos dedos, temeroso
que no me la encorvase el dulce peso
de un bolsón de ducados, ni otras dádivas,
o ruegos, o promesas, o favores,
que pesan como plomo y no se sienten
hasta que os han brumado las costillas
del cuerpo y alma ; y, junto con aquesto,
sería bien criado y comedido,
parte severo y nada riguroso ;
nunca deshonraría al miserable
que ante mí le trujesen sus delitos ;
que suelen lastimar una palabra
de un juez arrojado, de afrentosa,
mucho más que lastima su sentencia,
aunque en ella se intime cruel castigo.
No es bien que el poder quite la crianza
ni que la sumisión de un delincuente
haga el juez soberbio y arrogante.

ALGAR. ¡Vive Dios, que ha cantado nuestro Rana
mucho mejor que un cisne cuando muere!

PAND. Mil sentencias ha dicho censorinas.

ALGAR. De Catón Censorino ; bien ha dicho el regidor Panduro.

Se elige a Pedro Rana y éntranse cantando :

Pisaré yo el polvico
a tan menudico,
pisaré yo el polvico
a tan menudo.

D) La guarda cuidadosa. *Expone la contienda amorosa en que son rivales un* soldado y un mal sacristán. *El primero, se constituye en guarda, y va eliminando a cuantos se acercan a la casa donde sirve Cristina. Planteado el pleito de los amantes ante la moza, cada uno hace su propio panegírico, y ella decide.*

SOLD. Niña, échame el ojo ; mira mi garbo ; soldado soy, castellano pienso ser ; brío tengo de corazón ; soy el galán más hombre del mundo, y, por el hilo deste vestidillo, podrás sacar el ovillo de mi gentileza.

SAC. Cristina, yo soy músico, aunque de campanas ; para adornar una tumba y colgar una iglesia para fiestas solenes, ningún sacristán me puede llevar ventaja ; y estos oficios bien los puedo ejercitar casado, y ganar de comer como un príncipe.

AMO. Ahora bien, muchacha : escoge de los dos el que te agrada ; que yo gusto dello, y con esto pondrás paz entre dos fuertes competidores.

SOLD. Yo me allano.

SAC. Y yo me rindo.

CRIST. Pues escojo al sacristán.

El baile, cierra la acción como en todos los entremeses.

E) El retablo de las maravillas. *Dos pícaros, la Chirinos y Chanfalla, llegan a un lugar con el Rabelín, músico de muy menguada figura. Ven a unos señores que entienden sean, como lo son, el Gobernador y los Alcaldes, y se disponen a aprovechar la coyuntura para re-*

solver el problema de su vida durante unos días. Él se presenta como Montiel, portador del Retablo de las maravillas, *llamado así por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran «...el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas; con tales puntos, caracteres y observaciones que ninguno pueda ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, o no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado destas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas jamás vistas ni oídas de mi retablo».*

Adelantados media docena de ducados, montan el misterioso retablo en casa de Juan Castrado, y con motivo de las bodas de la hija de tal personaje. Todos los reunidos fingen ver cuanto anuncia Chanfalla. El Gobernador siente dudas, porque no ve nada; pero se suma al general embuste para no denunciar su condición de bastardo o de confeso, que le privarían de las prebendas que disfruta. El pícaro dice que salen del retablo unos ratones excitando la gritería y el miedo; un toro, unos leones y osos; una fuente que es el origen del Jordán y amenaza con inundar la habitación entera. Pero llega un furriel con tropas que han de alojarse, e ignorante de lo que se trata, confiesa con sinceridad que no ve nada cuando todos dicen está bailando Herodías con el sobrino del alcalde Benito Repollo.

JUAN. Por vida del Autor, que haga salir otra vez a la doncella Herodías, porque vea este señor lo que nunca ha visto; quizá con esto le cohecharemos para que se vaya presto del lugar.

CHANF. Eso en buen hora, y veisla aquí a do vuelve, y hace de señas a su bailador a que de nuevo la ayude.

SOB. Por mí no quedará, por cierto.

BEN. Eso sí, sobrino, cánsala, cánsala; vueltas y más vueltas; ¡vive Dios, que es un azogue la muchacha! ¡Al hoyo, al hoyo! ¡A ello, a ello!

FURR. ¿Está loca esta gente? ¿Qué diablos de doncella es ésta, y qué baile, y qué Tontonelo?

CAP. Luego ¿no vee la doncella herodiana el señor Furrier?

FURR. ¿Qué diablos de doncella tengo de ver?

CAP. Basta: de *ex il[l]is* es.

GOB. De *ex il[l]is* es, de *ex il[l]is* es.

JUAN. Dellos es, dellos el señor Furrier, dellos es.

FURR. ¡Soy de la mala p... que los parió; y, por Dios vivo, que si echo mano a la espada, que los haga salir por las ventanas, que no por la puerta!

CAP. Basta: de *ex il[l]is* es.

BEN. Basta: dellos es, pues no vee nada.

FURR. Canalla barretina: si otra vez me dicen que soy dellos, no les dejaré hueso sano.

BEN. Nunca los confesos ni bastardos fueron valientes; y por eso no podemos dejar de decir: dellos es, dellos es.

FURR. ¡Cuerpo de Dios con los villanos! ¡Esperad!

Mete mano a la espada, y acuchíllase con todos; y el ALCALDE *aporrea al* RABALLEJO; *y la* CHIRINOS *descuelga la manta y dice:*

CHIR. El diablo ha sido la trompeta y la venida de los hombres de armas; parece que los llamaron con campanilla.

CHANF. El suceso ha sido extraordinario; la virtud del Retablo se queda en su punto, y mañana lo podemos mostrar al pueblo; y nosotros mismos podemos cantar el triunfo desta batalla, diciendo: ¡Vivan Chirinos y Chanfalla!

F) La cueva de Salamanca. *Ruiz de Alarcón se inspiró en las leyendas de la famosa cueva salmantina para una comedia de tipo dramático; Cervantes, con humorismo boccacciesco, inventó una historieta de la más atrevida picaresca, que insertamos íntegra como muestra clara de los entremeses cervantinos.*

Salen PANCRACIO, LEONARDA *y* CRISTINA

PANC. Enjugad, señora, esas lágrimas y poned pausa a vuestros suspiros, considerando que cuatro días de ausencia no son siglos: yo volveré a lo más largo, a los cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor, por no turbar la vuestra, romper mi palabra, y dejar esta jornada; que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

LEÓN. No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que, por respeto mio, vos parezcáis descortés; id en hora buena, y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llegan son precisas; que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere. Sólo os encargo la vuelta, y que no paséis del término que habéis puesto. — Tenme Cristina, que se me aprieta el corazón.

Desmáyase LEONARDA

CRIST. ¡Oh, que bien hayan las bodas y las fiestas! En verdad, señor, que, si yo fuera que vuestra merced, que nunca allá fuera.

PANC. Entra, hija, por un vidro de agua para echársela en el rostro. Mas espera; diréle unas palabras que sé al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos.

Dícele las palabras; vuelve en sí LEONARDA *diciendo:*

LEÓN. Basta: ello ha de ser forzoso: no hay sino tener paciencia, bien mío; cuanto más os de[t]uviéredes, más dilatáis mi contento. Vuestro compadre L[e]oniso os debe de aguardar ya en el coche. Andad con Dios: que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANC. Mi ángel, si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

LEÓN. No, no, descanso mío; que mi gusto está en el vuestro; y, por agora, más que os vais, que no os quedéis, pues es vuestra honra la mía.

CRIST. ¡Oh, espejo del matrimonio! A fe que si todas las casadas quisiesen tanto a sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEÓN. Entra, Cristinica, y saca mi manto; que quiero acompañar a tu señor hasta dejarle en el coche.

PANC. No, por mi amor; abrazadme, y quedaos, por vida mía. — Cristinica, ten cuenta de regalar a tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tú le quisieres.

CRIST. Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora, porque la pienso persuadir de manera a que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuestra merced le ha de hacer.

LEÓN. ¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! Porque, ausente de mi gusto, no se hicieron los placeres ni las glorias para mí; penas y dolores, sí.

PANC. Ya no lo puedo sufrir. Quedad en paz lumbre destos ojos los cuales no verán cosa que les dé placer hasta volveros a ver.

Éntrase PANCRACIO

LEÓN. Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz. Vayas, y no vuelvas; la ida del humo. Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

CRIST. Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEÓN. ¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRIST. ¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el rey el Jueves Santo a sus pobres; sino que la canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco, y dos capones que aun no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y, sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que traciende.

LEÓN. Es muy cumplido, y lo fue siempre, mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

CRIST. ¿Pues qué le falta a mi maese Nicolás, barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido?

LEÓN. ¿Pusiste la canasta en cobro?

CRIST. En la cocina la tengo, cubierta con un cernadero, por el disimulo.

Llama a la puerta el ESTUDIANTE CARRAOLANO, *y en llamando, sin esperar que le respondan, entra.*

LEÓN. Cristina, mira quién llama.

EST. Señoras, soy yo, un pobre estudiante.

CRIST. Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es ésta, que no hay pobre que espere a que le saquen la limosna a la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan a quien duerme, o si no!

EST. Otra más blanda respuesta esperaba yo de la buena gracia de vuestra merced; cuanto más que yo no quería ni buscaba otra limosna, sino alguna caballeriza o pajar donde defenderme esta noche de las inclemencias del cielo, que, según se me trasluce, parece que con grandísimo rigor a la tierra amenazan.

LEÓN. ¿Y de dónde bueno sois, amigo?

EST. Salmantino soy, señora mía; quiero decir, que soy de Salamanca. Iba a Roma con un tío mío, el cual murió en el camino, en el corazón de Francia. Vine solo; determiné volverme a mi tierra: robáronme los lacayos o compañeros de Roque Guinarte, en Cataluña, porque él estaba ausente; que a estar allí, no consintiera que se me hiciera agravio, porque es muy cortés y comedido, y además limosnero. Hame tomado a estas santas puertas la noche, que por tales las juzgo, y busco mi remedio.

LEÓN. ¡En verdad, Cristina, que me ha movido a lástima el estudiante!

CRIST. Ya me tiene a mí rasgadas las entrañas. Tengámosle en casa esta noche pues de las sobras del castillo se podrá mantener el real; quiero decir, que en las reliquias de la canasta habrá en quien adore su hambre; y más que me ayudará a pelar la volatería que viene en la cesta.

LEÓN. Pues ¿cómo, Cristina, quieres que metamos en nuestra casa testigos de nuestras liviandades?

CRIST. Así tiene él talle de hablar por el colodrillo, como por la boca. — Venga acá, amigo: ¿sabe pelar?

EST. ¿Cómo si sé pelar? No entiendo eso de saber pelar, si no es que quiere vuesa merced motejarme de pelón; que no hay para qué, pues yo me confieso por el mayor pelón del mundo.

CRIST. No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino por saber si sabía pelar dos o tres pares de capones.

EST. Lo que sabré responder es que yo, señoras, por la gracia de Dios, soy graduado de bachiller por Salamanca, y no digo...

LEÓN. Desa manera, ¿quién duda sino que sabrá pelar no sólo capones, sino gansos y avutardas? Y, en esto del guardar secreto, ¿cómo le va? Y, a dicha, ¿es tentado de decir todo lo que vee, imagina o siente?

EST. Así pueden matar delante de mí más hombres que carneros en el Rastro, que yo despliegue mis labios para decir palabra alguna.

CRIST. Pues atúrese esa boca, y cósase esa lengua con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos dientes, y éntrese con nosotras, y verá misterios y cenará maravillas, y podrá medir en un pajar los pies que quisiere para su cama.

EST. Con siete tendré demasiado: que no soy nada codicioso ni regalado.

Entran el SACRISTÁN REPONCE *y el* BARBERO

SAC. ¡Oh, que en hora buena estén los automedones y guías de los carros de nuestros gustos, las luces de nuestras tinieblas y las dos recíprocas voluntades que sirven de basas y colunas a la amorosa fábrica de nuestros deseos!

LEÓN. ¡Esto sólo me enfada dél! Reponce mío: habla, por tu vida, a lo moderno, y de modo que te entienda, y no te encarames donde no te alcance.

BARB. Eso tengo yo bueno, que hablo más llano que una suela de zapato; pan por vino y vino por pan, o como suele decirse.

SAC. Sí, que diferencia ha de haber de un sacristán gramático a un barbero romancista.

CRIST. Para lo que yo he menester a mi barbero, tanto latín sabe, y aun más, que supo Antonio de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia, ni de modos de hablar: que cada uno habla, si no como debe, a lo menos como sabe; y entrémonos, y manos a la labor, que hay mucho que hacer.

EST. Y mucho que pelar.

SAC. ¿Quién es este buen hombre?

LEON. Un pobre estudiante salamanqueso, que pide albergo para esta noche.

SAC. Yo le daré un par de reales para cena y para lecho, y váyase con Dios.

EST. Señor sacristán Reponce, recibo y agradezco la merced y la limosna; pero yo soy mudo, y pelón además, como lo ha menester esta señora doncella, que me tiene convidado; y voto a... de no irme esta noche desta casa, si todo el mundo me lo manda. Confíese vuestra merced mucho de enhoramala de un hombre de mis prendas, que se contenta de dormir en un pajar; y si lo han por sus capones, péleselos el Turco y cómanselo ellos, y nunca del cuero les salgan.

BARB. Éste más parece rufián que pobre. Talle tiene de alzarse con toda la casa.

CRIST. No medre yo, si no me contenta el brío. Entrémonos todos, y demos orden en lo que se ha de hacer; que el pobre pelará y callará como en misa.

EST. Y aun como en vísperas.

SAC Puesto me ha miedo el pobre estudiante; yo apostaré que sabe más latín que yo.

LEON. De ahí le deben de nacer los bríos que tiene; pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que vale para todas las cosas.

Éntranse todos, y sale LEONISO, *compadre de Pancracio, y* PANCRACIO

COMP. Luego lo vi yo que nos había de faltar la rueda; no hay cochero que no sea temático; si él rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya estuviéramos dos leguas de aquí.

PANC. A mí no se me da nada; que antes gusto de volverme y pasar esta noche con mi esposa Leonarda, que en la venta; porque la dejé esta tarde casi para espirar, del sentimiento de mi partida.

COMP. ¡Gran mujer! ¡De buena os ha dado el cielo, señor compadre! Dadle gracias por ello.

PANC. Yo se las doy como puedo, y no como debo; no hay Lucrecia que se [le] llegue, ni Porcia que se le iguale: la honestidad y el recogimiento han hecho en ella su morada.

COMP. Si la mía no fuera celosa, no tenía yo más que desear. Por esta calle está más cerca mi casa: tomad, compadre, por éstas, y estaréis presto en la vuestra; y veámonos mañana, que [no] me faltará coche para la jornada. Adiós.

PANC. Adiós.

Éntranse los dos

Vuelven a salir el SACRISTÁN *y el* BARBERO, *con sus guitarras;* LEONARDA, CRISTINA *y el* ESTUDIANTE. *Sale el* SACRISTÁN *con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando al son de su misma guitarra; y, a cada cabriola, vaya diciendo estas palabras:*

SAC. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

CRIST. Señor Sacristán Reponce, no es éste tiempo de danzar; dése orden de cenar, y en las demás cosas, y quédese las danzas para mejor coyuntura.

SAC. ¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

LEON. Déjale, Cristina; que en extremo gusto de ver su agilidad.

Llama PANCRACIO *a la puerta, y dice:*

PANC. Gente dormida, ¿no oís? ¡Cómo! ¿Y tan temprano tenéis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por aquí.

LEON. ¡Ay, desdichada! A la voz y a los golpes, mi marido Pancracio es éste; algo le debe de haber sucedido, pues él se vuelve. Señores, a recogerse a la carbonera: digo al desván, donde está el carbón. — Corre, Cristina, y llévalos; que yo entretendré a Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

EST. ¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

CRIST. ¡Gentil relente, por cierto! ¡Ea, vengan todos!

PANC. ¿Qué diablos es esto? ¿Cómo no me abrís, lirones?

EST. Es el toque, que yo no quiero correr la suerte destos señores. Escóndanse ellos donde quisieren y llévenme a mí al pajar, que, si allí me hallan, antes pareceré pobre que adúltero.

CRIST. Caminen, que se hunde la casa a golpes

SAC. El alma llevo en los dientes.
BARB. Y yo en los carcañares.

Entranse todos y asómase LEONARDA *a la ventana*

LEON. ¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

PANC. Tu marido soy, Leonarda mía; ábreme que ha media hora que estoy rompiendo a golpes estas puertas.

LEON. En la voz, bien me parece a mí que oigo a mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo se parece a la de otro gallo, y no me seguro.

PANC. ¡Oh, recato inaudito de mujer prudente! Que yo soy, vida mía, tu marido Pancracio ábreme con toda seguridad.

LEON. Venga acá, yo lo veré agora. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANC. Suspiraste, lloraste y al cabo te desmayaste.

LEON. Verdad; pero, con todo esto, dígame: ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombros?

PANC. En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

LEON. Verdad; pero, ¿cómo se llama la doncella de casa?

PANC. ¡Ea, boba, no seas enfadosa; Cristinica se llama! ¿Qué más quieres?

[LEON.] ¡Cristinica, Cristinica, tu señor es; ábrele, niña!

CRIST. Ya voy, señora; que él sea muy bien venido. — ¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿Qué acelerada vuelta es ésta?

LEON. ¡Ay, bien mío! Decidnoslo presto, que el temor de un mal suceso me tiene ya sin pulsos.

PANC. No ha sido otra cosa sino que en un barranco se quebró la rueda del coche, y mi compadre y yo determinamos volvernos, y no pasar la noche en el campo; y mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo. Pero ¿qué voces hay?

Dentro, y como de muy lejos, diga el estudiante:

EST. ¡Ábranme aquí, señores; que me ahogo!

PANC. ¿Es en casa o en la calle?

CRIST. Que me maten si no es el pobre estudiante que encerré en el pajar para que durmiese esta noche.

PANC. ¿Estudiante encerrado en mi casa, y en mi ausencia? ¡Malo! En verdad, señora, que si no me tuviera asegurado vuestra mucha bondad, que me causara algún recelo este encerramiento. Pero ve, Cristina, y ábrele; que se le debe de haber caído toda la paja acuestas.

CRIST. Ya voy. [*Vase.*]

LEON. Señor, que es un pobre salamanqueso, que pidió que le acogiésemos esta noche, por amor de Dios, aunque fuese en el pajar; y, ya sabes mi condición, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero veisle aquí, y mirad cuál sale:

Sale el ESTUDIANTE *y* CRISTINA; *él lleno de paja las barbas, cabeza y vestido*

EST. Si yo no tuviera tanto miedo, y fuera menos escrupuloso, yo hubiera excusado el peligro de ahogarme en el pajar, y hubiera cenado mejor y tenido más blanda y menos peligrosa cama.

PANC. Y ¿quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

EST. ¿Quién? Mi habilidad, sino que el temor de la justicia me tiene atadas las manos.

PANC. Peligrosa habilidad debe ser la vuestra, pues os teméis de la justicia!

EST. La ciencia que aprendí en la Cueva de Salamanca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la Santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara a costa de mis herederos; y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

PANC. No se cure dellas, amigo, sino haga lo que quisiere, que yo les haré que callen; y ya deseo en todo extremo ver alguna destas cosas que dice que se aprenden en la Cueva de Salamanca.

EST. ¿No se contentará vuestra merced con que le saque de aquí dos demonios en figuras humanas, que traían acuestas una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

LEON. ¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesús! Librada sea yo de lo que librarme no sé.

CRIST. El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo: ¡plega a Dios que vaya a buen viento esta parva! Temblándome está el corazón en el pecho.

PANC. Ahora bien; si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y a la canasta de las fiambreras; y torno a advertir, que las figuras no sean espantosas.

EST. Digo que saldrán en figura del sacristán de la parroquia y en la de un barbero amigo.

CRIST. ¡Mas que lo por el sacristán Reponce, y por maese Roque, el barbero de casa!... ¡Desdichados dellos, que se han de ver convertidos en diablos! — Y dígame, hermano, ¿y éstos han de ser diablos bautizados?

EST. ¡Gentil novedad! ¿Adonde diablos hay diablos bautizados, o para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen, porque no hay regla sin excepción; y apártense, y verán maravillas.

LEON. ¡Ay, sin ventura! Aquí se descose; aquí salen nuestras maldades a plaza; aquí soy muerta.

CRIST. ¡Ánimo, señora, que buen corazón quebrante mala ventura!

EST. Vosotros, mezquinos, que en
[la carbonera
hallastes amparo a vuestra des-
[gracia,
salid y, en los hombros, con
[priesa y con gracia,
sacad la canasta de la fiam-
[brera;
no me incitéis a que de otra
[manera
más dura os conjure. Salid;
[¿qué esperáis?
Mirad que, si a dicha, el salir
[rehusáis,
tendrá mal suceso mi nueva
[quimera.

Hora bien; yo sé cómo me tengo de hacer con estos demonicos humanos: quiero entrar allá dentro y a solas hacer un conjuro tan fuerte, que los haga salir más que de paso; aunque la calidad destos demonios, más está en sabellos aconsejar que en conjurallos.

Entrase el ESTUDIANTE

PANC. Yo digo que, si éste sale con lo que ha dicho, que será la cosa más suave y más rara que se haya visto en el mundo.

LEON. Sí saldrá, ¿quién lo duda? ¿Pues, habíamos de engañar?

CRIST. Ruido anda allá dentro; yo apostaré que los saca; pero vee aquí do vuelve con los demonios y el apatusco de la canasta.

Salen el ESTUDIANTE, *le* SACRISTÁN *y el* BARBERO

LEON. ¡Jesús! ¡Qué parecidos son los de la carga al sacristán Reponce y al barbero de la plazuela!

CRIST. Mirá, señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesús.

SAC. Digan lo que quisieren; que nosotros somos como los perros del herrero, que dormimos al son de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEON. Lléguense a que yo coma de lo que viene en la canasta, no tomen menos.

EST. Yo haré la salva y comenzaré por el vino. *(Bebe)*. Bueno es: ¿es de Esquivias, señor Sacridiablo?

SAC. De Esquivias es, juro a...

EST. Téngase, por vida suya, y no pase adelante. ¡Amiguito soy yo de diablos juradores! Demonico, demonico, aquí no venimos a hacer pecados mortales, sino a pasar una hora de pasatiempo, y cenar, y irnos con Cristo.

CRIST. ¿Y éstos han de cenar con nosotros?

PANC. Sí, que los diablos no comen.

BARB. Sí comen algunos, pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

CRIST. ¡Ay, señores! Quédense acá los pobres diablos, pues han traído la cena; que sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy honrados y muy hombres de bien.

LEON. Como no nos espanten, y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

PANC. Queden; que quiero ver lo que nunca he visto.

BARB. Nuestro Señor pague a vuestras mercedes la buena obra, señores míos.

CRIST. ¡Ay, qué bien criados, qué corteses! Nunca medre yo, si todos los diablos son como éstos, si no han de ser mis amigos de aquí adelante.

SAC. Oigan, pues, para que se enamoren de veras.

Toca el SACRISTÁN, *y canta; y ayúdale el* BARBERO *con el último verso no más*

SAC. Oigan los que poco saben
lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. Oigan lo que dejó escrito
Della el Bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua
Que dicen que fue potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca.
Siéntanse los que allí enseñan
De alquitrán en una banca,
Porque estas bombas encierra
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. En ella se hacen discretos
Los moros de la Palanca;
Y el estudiante más burdo
Ciencias de su pecho arranca.
A los que estudian en ella
Ninguna cosa les manca;
Viva, pues, siglos eternos
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
SAC. Y nuestro conjurador,
Si es a dicha de Loranca,
Tenga en ella cien mil vides
De uva tinta y de uva blanca;
Y al diablo que le acusare,
Que le den con una tranca,
Y para el tal jamás sirva
BARB. *La Cueva de Salamanca.*

CRIST. Basta; ¿que también los diablos son poetas?

BARB. Y aun todos los poetas son diablos.

PANC. Dígame, señor mío, pues los diablos lo saben todo, ¿dónde se inventaron todos estos bailes de las *Zarabandas*, *Zambapalo* y *Dello me pesa*, con el famoso del nuevo *Escarramán*?

BARB. ¿Adonde? En el infierno; allí tuvieron su origen y principio.

PANC. Yo así lo creo.

LEON. Pues, en verdad, que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco; sino que por mi honestidad, y por guardar el decoro a quien soy, no me atrevo a bailarle.

SAC. Con cuatro mudanzas que yo le enseñase a vuestra merced cada día en una semana, saldría única en el baile; que sé que le falta bien poco.

EST. Todo se andará; por agora entrémonos a cenar, que es lo que importa.

PANC. Entremos; que quiero averiguar si los diablos comen o no, con otras cien mil cosas que dellos cuentan; y, por Dios, que no han de salir de mi casa hasta que me dejen enseñado en la ciencia y ciencias que se enseñan en la Cueva de Salamanca.

G) El viejo celoso. *Tiene el mismo asunto que* El Celoso extremeño; *pero sin nota psicológica alguna como la que da tanto interés a la novela, por lo que resalta el carácter lascivo de este entremés. La vecina Ortigosa es una relativa descendiente de Celestina, pues sólo ha heredado de aquélla lo lujurioso, olvidando cuanto proporciona grandeza al maleficio de la que por favorecedora de Calisto, crea la tragedia que destruye la vida de Melibea y de su amante. El canto final de los músicos tiene el estribillo:*

Las riñas de por San Juan
todo el año paz nos dan.

La Antología es la publicación que más se adapta a las exigencias del lector de nuestros días, por cuanto ofrece, condensado en manejables tomos, lo mejor de cada materia o género seleccionado por el experto de mayor autoridad y crédito. Ésta es la finalidad de la presente colección, aparte que cada obra que figura en ella ha sido estructurada sistemáticamente y con un orden científico debidamente justificado en los estudios que a la manera de prólogo o introducción le precede. Las Antologías, así concebidas, con la ventaja de su extensión relativamente breve, ofrecen cuanto de más bello o interesante se ha escrito

Antología de Cuentos de la Literatura universal

Por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. XLIV-1050 páginas y 16 láminas. *(3.ª edición.)*

Cuentos completos

Por JACOB y WILHELM GRIMM. XX-720 págs., 96 dibujos y 8 láminas originales del famoso ilustrador Adrián Ludwig Richter. *(Reimp.)*

Cuentos completos

Por HANS CHRISTIAN ANDERSEN. 816 páginas, 350 ilustraciones y 16 láminas. *(Próxima publicación.)*

Antología de Leyendas de la Literatura universal

Por VICENTE GARCÍA DE DIEGO. Dos tomos con XXXII-1635 páginas y 32 láminas. *(3.ª edición.)*

Las más bellas Leyendas de la Antigüedad clásica

Por G. SCHWAB. XX-792 págs., 16 láminas y 23 dibujos. *(2.ª reimp.)*

Leyendas de los dioses y de los héroes romanos

Por G. SCHALK. 327 páginas, 30 láminas y 3 mapas. *(Próx. aparición.)*

Antología del Humorismo en la Literatura universal

Por WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ. XL-1240 páginas.

Antología de cuentos de misterio y de terror

Por J. LÓPEZ IBOR. Dos tomos con XLIV-1324 páginas.

Antología de Epístolas

Por FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA. Unas 1120 págs. *(En preparación.)*

Antología de detección

Por JAVIER LASSO DE LA VEGA. Unas 1100 págs. *(En prensa.)*

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES
RIO DE JANEIRO - MÉXICO - MONTEVIDEO